

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

Facultad de Filosofía y Letras
Departamento de Historia Contemporánea



**Prensa y revolución. El proceso revolucionario cubano a
través de las publicaciones periódicas de España y Cuba
(1959-1961)**

TOMO II

Tesis doctoral

Autor: **Daniel Rodríguez Suárez**

Director: **Pedro Martínez Lillo**

Programa de Doctorado en Historia Contemporánea

Madrid, 2016

INDICE GENERAL

TOMO I

Introducción y planteamiento de la investigación..... 17

Introducción	17
Estado de la cuestión y justificación de la investigación	25
Objetivos	31
Hipótesis	33
Marco teórico y metodológico	44
Un marco genérico: el estudio crítico del discurso como herramienta heurística y como punto de partida.....	44
Sujeto, imagen y discurso.....	48
Ideología: un concepto preñado de polisemia	53
Revolución, ideología y análisis marxista	76
Prensa cubana y prensa española: criterios de selección, problemas y particularidades	88

Capítulo 1- La creación de los mitos y los intentos de apropiación de la gesta “fidelista” (los primeros diez días) 105

1.1 La huida de Batista y la aparición de Fidel Castro.....	105
1.2 Las convulsiones de Cuba llegan a España.....	113
1.3 Más allá “del 26 de Julio” y su máximo dirigente	118
1.4 El reconocimiento oficial del Gobierno cubano llega desde el exterior	125
1.5 Fidel Castro en La Habana.....	130
1.6 <i>La Quincena</i> y el pensamiento progresista cristiano.....	137
1.6.1 La implicación católica en la lucha por la liberación	137
1.6.2 Contra el comunismo.....	145
1.6.3 Salvas a los vencedores y consuelos a los vencidos	148
1.6.4 Pasado, presente y futuro de Cuba según <i>La Quincena</i>	151
1.7 <i>Bohemia</i> saluda al nuevo régimen y ajustan cuentas con el antiguo.....	157
1.7.1 El drama de Cuba	157
1.7.2 Los justos y los pecadores: una realidad dual.....	160
1.7.3 El derecho y la obligación de impartir justicia	166
1.7.4 La salida de los infames y la llegada de los titanes	167
1.7.5 El Movimiento 26 de Julio y la prensa	170
1.7.6 Juntos en la guerra y unidos en la victoria.....	177

Capítulo 2- De la “Luna de Miel Revolucionaria” a la Reforma Agraria (enero de 1959- junio de 1959) 185

2.1 La justicia revolucionaria.....	185
-------------------------------------	-----

2.1.1 La justicia revolucionaria irrumpe en las publicaciones.....	187
2.1.2 La Operación Verdad	189
2.1.3 Las razones de Cuba traspasan sus fronteras	194
2.2 Venturas y tribulaciones de España en los albores de la Revolución cubana	211
2.3 La entrada de Fidel Castro en el Gobierno revolucionario	230
2.3.1 La España oficial y la oficiosa frente a la nueva etapa cubana.....	231
2.3.2 El torrente de medidas revolucionarias	237
2.4 Precedentes, contexto y desarrollo de la visita de Fidel Castro a las Américas.....	253
2.5 El carácter de la revolución: en busca de una definición de consenso.....	267
2.6 La Reforma Agraria	275
Capítulo 3- Las divisiones internas entre los revolucionarios en el poder. El “parteaguas” de la revolución (junio de 1959- octubre de 1959).....	287
3.1 Las consecuencias inmediatas de la Reforma Agraria en la prensa cubana y española..	287
3.1.1 La Iglesia católica y la Reforma Agraria.....	290
3.1.2 Reforma Agraria, inseguridad informativa y uso interesado	296
3.2. El anticomunismo como pretexto para la imposición de modelos y tutelas ideológicas	302
3.3 Comunistas, socialistas y revolucionarios. Mismo análisis y distintas soluciones	310
3.4 Fidel Castro versus Urrutia. La ruptura del frente nacionalista	317
3.5 “Transterrados”, “empatriados” o invasores: un debate plagado de polisemia.....	330
3.6 Franco: convidado de piedra o corsario en el Caribe	348
3.7 España y Cuba, entre el acuerdo imprescindible y el disenso impredecible	363
3.8 Jacobinos y girondinos: el enfrentamiento inevitable	382
Capítulo 4- La radicalización como única vía para salvar la revolución (octubre de 1959 –enero de 1960).....	387
4.1 Estados Unidos, fuente de tensión y plataforma de intervención sobre Cuba	387
4.1.1 El dedo acusador de Fidel Castro	388
4.1.2 La acusación de las multitudes	391
4.1.3 Los líderes de la revolución recogen el testigo de la contestación popular	392
4.1.4 Secuelas de la movilización cubana	395
4.2 El interludio dramático en la tragedia cubano-estadounidense	402
4.3 <i>Pueblo</i> : afectos y contradicciones en un discurso plagado de matices	408
4.4 De la plaza pública a la cancillería: la disputa entre Cuba y Estados Unidos muda de escenario	415
4.4.1 Diversidad de pareceres en la prensa franquista sobre la respuesta diplomática cubana.	421
4.4.2 La opinión pública cubana celebra la soberanía proclamada.....	423
4.4.3 Los defensores de Cuba en tierras norteamericanas	425
4.4.4 La España del exilio irrumpe en apoyo de la nueva Cuba.....	429
4.5 Cierre de filas ante el acoso exterior y la puesta en práctica del proyecto soberanista...	434
4.5.1 La Federación Estudiantil Universitaria: el consenso como elemento aglutinador	438

4.5.2 Fidel Castro interviene en el X Congreso de CTC para salvar la unidad sindical	440
4.5.3 El catolicismo cubano: humanismo frente a capitalismo y comunismo	444
4.5.4 Hacia el primer aniversario de revolución bajo el signo de la unidad	452

Capítulo 5- La madre patria, la madrastra imperialista y la hija levantisca. Cuba frente a los poderes de antaño y la dominación de hogaño (diciembre de 1959 – febrero de 1960)..... 465

5.1 Los sediciosos del hábito y las nuevas tácticas de la contrarrevolución	465
5.2 El padre Azpiazu: un cura vasco a favor de la revolución y en contra de las premisas del régimen franquista	469
5.3 La concentración de sotanas y escapularios en la Embajada española como réplica a la información vertida en los medios por el padre Azpiazu	475
5.4 La contraofensiva del progresismo católico.....	479
5.5 <i>Bohemia</i> y la concentración de religiosos en la Embajada española	483
5.6 El <i>Diario de la Marina</i> , vocero del catolicismo conservador y de la visión del mundo que portaba el régimen franquista.....	489
5.7 <i>La Quincena</i> , el padre Azpiazu y la historia reciente de España	495
5.8 El caso Lojendio.....	500
5.8.1 El embajador español indignado y el primer ministro cubano ofendido	500
5.8.2 La quema en efigie del embajador español	507
5.8.3 La jornada más dura para el régimen franquista. Los republicanos españoles izan la bandera tricolor en la Embajada española.....	513
5.8.4 El baile de embajadores.....	516
5.8.5 La lectura del contencioso hispano-cubano desde la cúpula franquista y los españoles de Cuba	518
5.9 La prensa española irrumpe en el enfrentamiento hispano-cubano	528
5.10 La consigna era evitar la ruptura: Cuba y España en busca de una solución de consenso	541
5.11 Del enfrentamiento con la madre patria al encontronazo con la madrastra imperialista	546
5.12 Ideología, utopía e imagen del mundo en el conflicto cubano con España y los Estados Unidos	552

Capítulo 6- De los convenios comerciales a las relaciones diplomáticas. Cuba y la URSS impulsan la colaboración bilateral (febrero de 1960 –mayo de 1960) .. 557

6.1 La inminente llegada de Mikoyán a La Habana desata la campaña anticomunista a ambos lados del Atlántico	557
6.2 El viceprimer ministro soviético en tierras cubanas	567
6.2.1 La vieja Revolución soviética y la novedad de la Revolución cubana	568
6.2.2 Entre el aplauso y la repulsa: los primeros incidentes entre defensores y detractores del insigne invitado	573
6.3 <i>La Quincena</i> , un valladar contra la URSS y un parapeto contra las corrientes liberales deshumanizadas	577
6.4 <i>Bohemia</i> : honores a la exposición de la URSS, condenas al régimen soviético y defensa del progresismo católico	584

6.4.1 “ <i>La Marina</i> ”, “ <i>La Quincena</i> ” y las riñas entre católicos girondinos y jacobinos en el seno de la Iglesia	584
6.4.2 Luces y sombras en la construcción de la URSS.....	589
6.5 Los derechos de Cuba: el convenio cubano-soviético	591
6.5.1 Las primeras críticas a los convenios establecidos entre Cuba y la URSS.....	596
6.6 Ni Oriente ni Occidente, Cuba. El trabajoso camino hacia la neutralidad proclamada ..	600
6.7 Bombas en Madrid, sabotajes en Cuba y protestas en Latinoamérica	612
6.7.1 Cuba: una tachuela más en el mapa de la Guerra Fría.....	614
6.7.2 La conjura contra el franquismo, ficción o realidad	618
6.8 La explosión del carguero <i>La Coubre</i> en el puerto de La Habana	636
6.9 Cuba y Estados Unidos se distancian de forma definitiva	649
6.10 Cuba trata de suplir la posible ausencia norteamericana.....	654
6.11 La campaña anticomunista se acentúa	658
6.12 De las palabras a los fusiles	665
6.13 El conflictivo marco internacional precipita el restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre Cuba y la URSS	679
Capítulo 7- Las posibles vías de desarrollo de la Revolución cubana y su repercusión en la realidad española (mayo de 1960 –junio de 1960)	693
7.1 La neutralidad y el bloque de los no alineados como salida plausible	693
7.2 Batistianos, católicos, comunistas y anticomunistas. El carácter de la revolución a examen una vez más	697
7.2.1 La Intervención de “ <i>La Marina</i> ”: síntoma y consecuencia de tiempos convulsos.....	701
7.3 La prensa franquista exterioriza sus diferencias y la del exilio guarda silencio	715
7.3.1 <i>ABC</i> rinde tributo al Diario de la Marina	726
7.3.2 Cuba y la URSS cada vez más cerca: preocupación en la prensa franquista.....	730
7.4 Las relaciones con los soviéticos: hipoteca diplomática para Cuba.....	738
7.5 La contrarrevolución se organiza bajo nuevos modelos	743
7.6 Propaganda y contra-propaganda en Latinoamérica	755
7.7 La Revolución cubana y sus contradicciones en el conflicto español: entendimiento con Franco y sustento del PCE	770
7.8 La Revolución cubana y su compleja lectura desde la izquierda española	780
7.9 Cuatro visiones de la Revolución cubana: la de la nueva izquierda, la comunista, la socialista y la franquista.....	794
7.10 El DRIL entra en escena sembrado la confusión y avivando las suspicacias	801
7.10.1 El DRIL y el exilio español radicado en Cuba	811
Capítulo 8- Soberanía versus imperialismo: la refutación de la Doctrina Monroe (junio de 1960-agosto 1960)	827
8.1 El complejo marco de contradicciones imperante en Cuba a mediados de 1960.....	827
8.2 Petróleo por azúcar. Acción y reacción en el devenir de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos	831

8.2.1 La guerra del petróleo y el azúcar en la prensa franquista.....	831
8.3 Bohemia: foro de discusión sobre la liberación nacional y el capitalismo cubano	839
8.4 Las reacciones al contencioso del petróleo y el azúcar	854
8.5 Cuba: episodio de liberación nacional y capítulo de la Guerra Fría	863
8.6 La posición del catolicismo cubano ante el contencioso entre Cuba y los Estados Unidos	867
8.6.1 La Quincena: con la Revolución cubana y contra la mística materialista de comunistas y capitalistas	868
8.6.2 Los templos como trinchera: el catolicismo conservador se posiciona	876
8.7 Cuba y Estados Unidos en busca del arbitraje internacional	892
8.7.1 El Consejo de Seguridad de la ONU y la OEA como posibles foros para dirimir las diferencias	892
8.7.2 La tibieza de la América oficial y el sustento de la América oficiosa ante las demandas cubanas	898
8.7.3 Cuba acusa. La delegación cubana se hace oír ante Consejo de Seguridad.....	906
8.8 La Revolución cubana en el centro del debate internacional: balance del contencioso entre Cuba y los Estados Unidos.....	912

TOMO II

Capítulo 9- El contencioso ideológico, los posibles compañeros de viaje y la formación del grupo hegemónico: el difícil camino hacia la unidad revolucionaria (agosto de 1960- septiembre de 1960) 939

9.1 La Revolución cubana como desafío continental.....	939
9.2 La prensa franquista como fuente de desinformación: la primacía del rumor y la ocultación de la realidad cubana.....	941
9.3 La Ley de Defensa Económica Nacional	946
9.4 Las reacciones a la nacionalización de los consorcios norteamericanos.....	952
9.5 La Circular Colectiva de la jerarquía católica: punto de inflexión en las relaciones Iglesia-Estado.....	956
9.5.1 La Circular Colectiva enfrenta a la Revolución cubana con el Gobierno franquista.....	963
9.5.2 La “Circular Colectiva” y su repercusión en el catolicismo cubano.....	976
9.6 Hegemonía y bloque hegemónico en la nueva Cuba	989
9.6.1 Los comunistas cubanos y españoles ante el nuevo escenario abierto por la revolución	995

Capítulo 10- Cuba y los Estados Unidos: dos proyectos divergentes para el futuro de las Américas (agosto de 1960- septiembre de 1960) 1017

10.1 Cuba y la República Dominicana en el banquillo de los acusados: la inestabilidad caribeña a debate en la OEA	1017
10.1.1 Las reuniones de cancilleres como blindaje hacia el exterior.....	1018
10.1.2 Las reuniones de cancilleres tras la llegada de Fidel Castro al poder.....	1023
10.2 La lectura de la conferencia de Costa Rica desde la prensa española.....	1033
10.3 Los resultados de la conferencia de cancilleres desde la óptica de la diplomacia franquista	1048
10.4 La conferencia de San José de Costa Rica en los medios cubanos	1052
10.5 La Primera Declaración de La Habana, programa y guía para la revolución	1071
10.5.1 <i>Bohemia</i> : escaparate para la interpretación	1084
10.5.2 Visiones para un balance de la Primera Declaración de La Habana.....	1087

Capítulo 11- La Revolución cubana en el umbral del cambio definitivo: visiones y balances de un proyecto sujeto a lecturas divergentes (septiembre de 1960- octubre de 1960) 1099

11.1 <i>Bohemia</i> : órgano para la divulgación internacional del proyecto cubano.....	1099
11.1.1 Redefinición y alcance de los temas abordados en la revista <i>Bohemia</i>	1102
11.1.2 España en las páginas de <i>Bohemia</i> : la historia del colonizador colonizado y las posibles vías para revertir aquella condición de oprobio.....	1118
11.2 La puesta de largo de la Revolución cubana: Fidel Castro acude a la ONU a defender el programa revolucionario	1132
11.2.1 La XV Asamblea General de la ONU bajo el signo de los nuevos cicerones	1134

11.2.2 Las tribulaciones neoyorquinas de la delegación cubana	1136
11.2.3 El Harlem negro y puertorriqueño acoge a la delegación cubana	1142
11.2.4 El primer ministro de Cuba toma la palabra en la sede de la ONU	1154
11.2.5 El regreso.....	1160
11.3 El diario <i>Pueblo</i> : reflejo de la encrucijada franquista ante el fenómeno cubano	1163
11.3.1 La Revolución cubana como festival de las clases populares: la pobreza se toma unas vacaciones	1167
11.3.2 Una Habana báltica y eslava: el más provocador de los aforismos	1172
11.3.3 La incertidumbre: fuente de ensoñación y fundamento interpretativo	1179
11.3.4 El anhelo nacional y el líder carismático.....	1186
11.3.5 Salvar la sima ideológica entre Madrid y La Habana: un juego de prudencias, insinuaciones y requiebros	1194
11.3.6 El matiz: origen de algarabías entre franquistas y batistianos	1204
11.3.7 <i>Pueblo</i> : un bálsamo emoliente para aligerar la carga marxista de la Revolución cubana	1208
Capítulo 12- Cuba y los Estados Unidos fijan las condiciones para el tránsito al socialismo de la Revolución cubana (octubre de 1960- diciembre de 1960) ..	1217
12.1 Un nuevo impulso revolucionario	1217
12.1.1 El franquismo y su compleja lectura del acontecer cubano	1221
12.2 Fidel Castro da por concluido el Programa del Moncada: La articulación del nuevo bloque hegemónico bajo la doctrina martiana	1223
12.3 Martiana y marxista. La convergencia de discursos en el dietario de la revolución ...	1231
12.4 Acción, reacción, represalia y desquite.....	1237
12.5 El trabajador cubano como vanguardia del proceso revolucionario en su nueva etapa	1244
12.6 Los objetivos ocultos y los manifiestos	1252
12.7 Sociedad civil, movilización y proyecto revolucionario	1254
12.7.1 La movilización: corolario y principio de resistencia.....	1258
12.7.2 Fábula del tiburón y las sardinas. América Latina estrangulada	1264
12.7.3 La revolución como modelo a exportar o como ejemplo a seguir: las claves de un debate irresoluble.....	1268
Capítulo 13- Fusiles en el frente y sotanas en la retaguardia: la contrarrevolución aviva el combate (octubre de 1960-enero de 1961).....	1283
13.1 La contrarrevolución: un fenómeno heterogéneo, internacional y doméstico	1283
13.2 La deriva del catolicismo cubano: de la revolución pasiva a la contrarrevolución activa	1287
13.2.1 <i>La Quincena</i> órgano de expresión del Episcopado cubano y azote de la Revolución cubana	1289
13.2.2 “Ni traidores ni parias”: una pastoral teológica y política	1292
13.2.3 Contrarrevolución y catolicismo: un binomio de difícil digestión	1294
13.3 Roma o Moscú, el Vaticano o el Kremlin: Pérez Serantes lanza su pastoral más provocadora.....	1299

13.4 La Iglesia católica: entre la guerra psicológica y la propagación de infundios	1303
13.5 Los conjurados de Villanueva.....	1305
13.5.1 La división del catolicismo cubano: el cisma entre la oficialidad católica y parte de la feligresía.....	1306
13.5.2 Fidel Castro rompe su silencio	1308
13.5.3 La revista <i>Bohemia</i> recoge el guante lanzado por el primer ministro cubano	1312
13.6 Carta abierta del Episcopado al primer ministro Fidel Castro	1315
13.6.1 <i>Bohemia</i> lanza sus huestes contra la reacción católica	1319
13.6.2 Fidel Castro responde públicamente a la carta abierta del Episcopado cubano.....	1322
13.7 El padre German Lence: cismático y revolucionario	1327
13.8 Imperialismo yanqui e imperialismo romano: las dos caras de un mismo fenómeno.	1333
13.9 Felices Pascuas en casa propia.....	1340
Capítulo 14- Del humanismo al socialismo, del verde olivo al rojo: los prolegómenos del periodo de transición del capitalismo al socialismo (enero de 1961- marzo de 1961)	1347
14.1 Producción y defensa: pilares para el sostén de la Cuba revolucionaria.....	1347
14.2 Un desenlace inevitable: Washington rompe relaciones diplomáticas con La Habana	1350
14.2.1 Cuba acusa.....	1353
14.2.2 El canciller de la dignidad: Raúl Roa denuncia ante el Consejo de Seguridad de la ONU los planes urdidos por Estados Unidos	1356
14.3 La estrategia de Cuba para romper el cerco norteamericano y el bloqueo económico	1363
14.3.1 Una misión comercial con ribetes políticos e ideológicos.....	1363
14.3.2 Con Pekín en lo espiritual y con Moscú en lo material	1367
14.3.3 El manifiesto de los ochenta y un partidos comunistas	1371
14.3.4 El comunicado conjunto cubano-soviético: Cuba asume como propia una parte de la política exterior de la Unión Soviética	1372
14.3.5 Un nuevo programa de desarrollo para el futuro de Cuba.....	1376
14.4 Un período de interregno presidido por la incertidumbre	1383
14.5 Sociedad civil y sociedad política: la amalgama del nuevo Estado	1396
14.6 El episodio del “Santa María”; ¿un fallido <i>Granma</i> para la liberación de España y Portugal o un acto de propagando contra la dictadura portuguesa?	1402
14.6.1 El secuestro del “Santa María”: el salazarismo y el franquismo ante el rechazo de su modelo en América	1403
14.6.2 La voz de los protagonistas	1418
14.6.3 La versión de los hechos aportada por el exilio español radicado en Cuba.....	1423
14.7 La producción ideológica como fuente de legitimación y consenso.....	1435
14.7.1 Peculiaridades y singularidades del proyecto socialista de la Revolución cubana	1436
14.7.2 La construcción del relato cubano desde el sujeto de la revolución y desde la óptica de sus intelectuales orgánicos	1440
14.8 La colonia española: una reconstrucción a imagen de la sociedad cubana	1448

14.8.1 Las plataformas de difusión de la Cuba revolucionaria se ponen al servicio del exilio español.....	1458
14.8.2 El pensamiento mítico como sustento de la solidaridad entre cubanos y españoles....	1460
14.9 La revolución restauración y <i>La Quincena</i> : la historia de un fracaso	1468
14.10 Cierre y apertura, epílogo y obertura: Cuba hacia el socialismo	1475
Capítulo 15- Cabildeo, propaganda y ruido de sables: Cuba y Estados Unidos se preparan para afrontar la contienda definitiva (febrero – abril de 1961)....	1479
15.1 La Revolución cubana extiende la lucha a todos los frentes: movilización permanente, apertura al diálogo y vocación de resistencia.....	1479
15.2 Miami: el vivero de la Cuba contrarrevolucionaria	1489
15.3 La oficialidad de la Iglesia cubana: Caballo de Troya de la contrarrevolución en suelo cubano	1512
15.4 La revolución pasiva y la Revolución cubana: Kennedy y Fidel Castro cotejan sus proyectos en el continente	1522
15.5 La Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz.....	1531
15.6 Janio Quadros y la soberanía brasileña: paradigma del malestar latinoamericano frente a Estados Unidos.....	1535
15.7 La respuesta institucional de la Administración Kennedy al desafío cubano: La Alianza para el Progreso.....	1541
15.8 La contrarrevolución se reorganiza: nuevos parámetros y objetivos renovados	1554
15.8.1 La lucha armada se intensifica bajo el patrocinio de las autoridades estadounidenses	1554
15.8.2 El Consejo Revolucionario Cubano: la receta de la Administración Kennedy para ganar influencia dentro de los núcleos de la contrarrevolución	1560
15.8.3 La revolución traicionada y el Libro Blanco sobre Cuba	1568
15.9 La respuesta cubana a la ofensiva contrarrevolucionaria patrocinada por la Casa Blanca	1581
15.9.1 La España de los años treinta: madre y maestra de la Cuba revolucionaria	1582
15.9.2 La movilización proletaria como respuesta al Libro Blanco sobre Cuba	1594
15.9.3 La vía hacia el socialismo de la Revolución cubana: un proyecto concebido entre la observancia teórica y la transgresión práctica	1603
Capítulo 16- Cuba: primer territorio libre de América (abril y mayo de 1961)	1625
16.1 Vísperas de sangre en suelo cubano.....	1625
16.2 Los prolegómenos de la primera derrota del imperialismo en América	1643
16.2.1 Escuadrones de bombarderos: premonición del desembarco anfibio	1648
16.2.2 Cuba acusa: el entreacto del conflicto en la sede la ONU	1655
16.2.3 Propaganda y maniobras de distracción: entremés y mojiganga de la inminente invasión	1662
16.2.4 La proclamación del carácter socialista de la revolución	1669
16.3 Playa Girón: la epopeya de un pueblo en armas	1680

16.3.1 Una primera jornada presidida por la desinformación y la propaganda contrarrevolucionaria	1683
16.3.2 La primera jornada de combates en Bahía Cochinos.....	1687
16.3.3 Roa versus Stevenson: una batalla deslucida por la falta de informaciones fidedignas procedentes de Cuba.....	1693
16.3.4 El cerco se cierra sobre los invasores	1700
16.3.5 Del cerco militar al cerco diplomático y propagandístico: Estados Unidos comienza a sufrir los rigores de su controvertida decisión	1708
16.3.6 La ofensiva final en Playa Girón	1715
16.3.7 La orfandad de la derrota y la paternidad de la victoria	1719
16.4 El fracaso entre los vencidos y los temores entre los victoriosos	1731
16.4.1 Hungría: material heurístico para la interpretación	1731
16.4.2 El escenario internacional dicta sentencia: descrédito norteamericano y prestigio soviético	1735
16.4.3 La facundia de los invasores y el carácter de la invasión: el juicio público a los complotados	1740
16.4.4 Nikita Krushev, Fidel Castro y John Fitzgerald Kennedy establecen las líneas rojas del conflicto.....	1749
16.4.5 La Iglesia de Franco como componente de la intelectualidad orgánica de la agresión	1761
16.4.6 Las conclusiones finales sobre la incruenta batalla	1768
16.4.7 El comité de investigación Taylor: el lavado de la ropa sucia tras las bambalinas	1775
16.5 Primero de Mayo en Cuba socialista: primer peldaño de la transformación definitiva	1787
Conclusiones	1815
Revisión y reacomodo de los planteamientos de partida	1815
Cinco períodos y cinco razones	1823
El asentamiento del poder y las diferentes aproximaciones a la Revolución cubana	1823
La decantación ideológica del grupo rector.....	1840
Cuba fija los principios rectores de su política exterior	1851
La toma del control del tejido productivo y la consolidación de la independencia	1863
La Revolución cubana sienta las bases para la construcción del socialismo	1874
Epílogo.....	1891
Archivos y fuentes documentales.....	1895
Cuba: archivos y fuentes documentales	1895
España: archivos y fuentes documentales	1899
Estados Unidos: archivos y fuentes documentales.....	1901
América Latina y Organización de Estados Americanos: archivos y fuentes documentales	1901
Bibliografía	1905
Recursos electrónicos y audiovisuales	1915
Índice de imágenes	1917

CONTRA EL DOLOR

TABLETA

ANALGÉSICO

ANALGÉSICO

PUEBLO

AÑO XXI
NUMERO 6.516
1,50 PESETAS

Director: Emilio Romero

Depósito Legal, M. 16.-1958

Narváez, 70 • Apartado número 517 • Teléfono (centralita) 25-61-32

MADRID
SABADO 13
AGOSTO 1960

Menú

LAVADORAS

DIVERSOS MODELOS

CONTADO Y PLAZOS

Solrma

Ferrocarril, 3

Tel. 28.6016-39.81.30

Enérgica protesta del Gobierno español ante las calumnias de Fidel Castro

Según «F. C.», la actitud anticomunista de la Iglesia cubana ha sido inspirada por Estados Unidos y España

Falaces ataques contra España y el jefe del Estado

«GOBIERNOS DE LA CAYOS»

PROTESTA ESPAÑOLA

«AL PAREDON»

EL HERMANO DE UNA DE LAS VÍCTIMAS PROVOCÓ EL FUEGO

DOS NIÑOS MUEREN ABRASADOS EN UN CAJÓN

La Oficina de Información Diplomática del Ministerio de Asuntos Exteriores ha facilitado la siguiente nota:

El Gobierno español ha tenido conocimiento de las falsedades y calumnias que el jefe del Gobierno cubano, señor Fidel Castro, se ha permitido expresar contra España y su jefe de Estado, al referirse a las difíciles relaciones del Gobierno de Cuba con la Iglesia Católica en su discurso pronunciado en La Habana el día 11 de agosto.

España, que no tiene en este momento ningún problema pendiente con Cuba y que siempre ha mantenido una actitud de especial amistad hacia el pueblo cubano, no puede evitar su indignada protesta ante dicho insulto atroz, tanto más cuanto que el Gobierno español viene practicando los asuntos internos de los demás países y se ha identificado siempre, fraternalmente, con las aspiraciones de los pueblos hispanoamericanos.

Los sacerdotes españoles residentes en Cuba, y luego a decir que en España «han sido asesinados más de un millón de personas como represalias después de terminada la guerra civil».

Dijo también el jefe del Gobierno cubano que su régimen revolucionario encuentra la oposición de «los traidores al servicio del imperialismo» y «de un grupo de contrarrevolucionarios».

(Para a la pág. siguiente.)

Franco inaugura la nueva traida de aguas de San Sebastián y la Ciudad Laboral de «Dom Bosco»

San Sebastián, 13.—Su Excelencia el jefe del Estado ha presidido hoy diversas inauguraciones en San Sebastián.

A las diez y media de la mañana, Su Excelencia, a quien acompañaba el ministro de la Gobernación, llegó a Mons (Aizgorri), lugar donde inauguró la nueva traida de aguas a San Sebastián, que ultimamente ha resuelto el problema de la capital. Esperaban al Caudillo los ministros de Obras Públicas y del Ejército, el Ayuntamiento de San Sebastián en Corporación, gobernador de la provincia y otras autoridades y personalidades.

El alcalde de la ciudad, señor Vega de Seque, explicó a Su Excelencia el proyecto de la presa de Aizgorri, que ha hecho posible la terminación de esta red de suministro de agua.

Seguidamente, el jefe del Estado, acompañado del ministro de la Gobernación y demás autoridades, se trasladó a Paisajes, para proceder a la inauguración de la Ciudad Laboral «Dom Bosco», institución construida por la Caja de Ahorros de Guipúzcoa. Esta costa se eleva a sesenta millones de pesetas. Tiene una capacidad para 800 alumnos y será regentada por religiosos de la Orden Salesiana.

El edificio está situado a siete kilómetros de San Sebastián, en la margen derecha de la carretera general de Madrid a Irún, en un pequeño alto frente al mismo canal de entrada al puerto de Paisajes.

En dicha ciudad laboral se seguirán los estudios de enseñanza primaria, de aprendizaje y de oficio, para terminar en el grado de maestro industrial.

La ciudad laboral de Dom Bosco, con una extensión total de 64.000 metros cuadrados, consta de cuatro plantas, con un aula magna,oteca, lavas para las instalaciones de maquinaria, salas de dibujo, química, laboratorios y otras instalaciones, contando asimismo con un magnífico teatro de cerca de mil localidades.

En la entrada de esta ciudad esperaban a Su Excelencia el ministro de Educación Nacional, señor Rubio; gobernador civil, señor Del Moral; la Diputación en pleno y otras autoridades provinciales.

El jefe del Estado recorrió detenidamente toda la ciudad laboral de Dom Bosco, haciendo grandes elogios de sus instalaciones.

A continuación visitó la Residencia Sanitaria del Seguro de Enfermedad, que tiene una capacidad de 378 camas, susceptible de ser ampliada hasta 500.

El director de la Residencia, doctor Urdal, explicó al jefe del Estado el funcionamiento y las instalaciones del mismo. Después de asistir a un vino de honor que se sirvió a los asistentes, el jefe del Estado regresó a San Sebastián, a su residencia del palacio de Aiete. (Mencheta.)

Los niños Rafael Rey Vilches, de siete años, y Ricardo Mendicuti, de cuatro, han perecido esta mañana, abrasados dentro de un gran cajón destinado al transporte de muebles, al que prendió fuego involuntariamente el hermano de una de las víctimas.

En el interior de estas cajas habían instalado los pequeños su «cuartel general» para sus juegos. Esta mañana, cuando Rafael y Ricardo se hallaban en el interior de una de ellas, Ramón, hermano de Rafael, prendió fuego, con una tea hecha de papel, un montón de pajas y virutas muy próximo al gran recipiente. Las llamas inmediatamente se propagaron al cajón, cuyas tablas comenzaron a arder violentamente. Ramón, mientras pedía auxilio, trató de volar el cajón, del que no podía salir, dada su gran altura, los pequeños. Todo fue inútil. Cuando los bomberos llegaron, los niños estaban totalmente carbonizados.

(Información, en última pág.)

Imagen 10- Durante el agitado verano de 1960, que se erigió en parteaguas para la revolución, la prensa editada en la España de Franco optó por la ocultación de la realidad cubana y la campaña difamatoria. Esta línea fue secundada por todos los diarios franquistas, incluso por aquellos que se habían distinguido hasta entonces por una actitud más benevolente con Cuba. Véase *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6516. Madrid: sábado, 13 de agosto de 1960, pág. 1. Diario.

Capítulo 9- El contencioso ideológico, los posibles compañeros de viaje y la formación del grupo hegemónico: el difícil camino hacia la unidad revolucionaria (agosto de 1960- septiembre de 1960)

9.1 La Revolución cubana como desafío continental

Las celebraciones del “26 de Julio” y sobretudo el incendiario alegato de Fidel Castro en aquellos fastos, al hablar de los Andes como la Sierra Maestra del continente, mostraba sin circunloquios que Cuba no estaba dispuesta a someterse a la obediencia que exigían los Estados Unidos a las repúblicas americanas. Cuba renegaba, ya sin digresiones, de la tutela norteamericana en lo tocante a sus asuntos internos y, también, sin atajos conciliatorios, conminaba a los pueblos de América a defender su soberanía tomando como ejemplo la tradición insurreccional del continente. El discurso revolucionario que se lanzaba desde La Habana hablaba abiertamente de la segunda independencia, ineludible e indispensable para el desarrollo continental. La batalla contra el colonialismo español había dejado como secuela una Cuba dependiente del nuevo señor de las Américas, el Gobierno de Estados Unidos; una circunstancia que los voceros de la Revolución cubana hacían extensible, con mayor o menor profusión, a la realidad que se vivía en el resto de las repúblicas latinoamericanas.

La Revolución cubana se había convertido en un desafío continental sin precedentes para la diplomacia norteamericana y en una compañera de viaje incómoda para el resto de las administraciones latinoamericanas. Fidel Castro, en poco más de año y medio, se había transformado en un referente para la América ibérica, amerindia y afroamericana. Un nuevo líder que rompía las fronteras de su país natal y que dejaba en mal lugar a las acomodaticias élites que gobernaban en muchas de las repúblicas americanas, pues los pueblos que dirigían encontraban en los mandatarios de la Revolución cubana el impulso transformador que demandaban de sus propios gobernantes y que nunca llegaba.

Para numerosos sectores de la sociedad continental, la figura del líder cubano aparecía ya a la vera de los próceres de la independencia colonial y se erigía en el paladín, en el dirigente tipo, para encabezar la nueva emancipación que reclamaba el continente: la liberación del imperialismo norteamericano. Una valoración que ponía en tela de juicio la posición norteamericana en el continente y el papel de las tradicionales clases dirigentes latinoamericanas. La situación se complicaba más si cabe con el ofrecimiento soviético de defender, por las armas si la ocasión lo demandara, la causa cubana y el derecho del Gobierno fidelista a trazar su propio camino.

Las esperanzas norteamericanas de que la Revolución cubana pudiera reconducirse hacía vías reformistas parecían desvanecerse y sólo restaba ya la acción coercitiva para frenar el empuje fidelista. Las dudas norteamericanas se centraban ya sólo en el procedimiento, en determinar el modo más conveniente para contener el proceso cubano y en conocer si se podría acometer la ofensiva en

comunidad con el resto de repúblicas latinoamericanas o si por el contrario Estados Unidos tendría que lanzarse en solitario a las labores de contención si no se conseguía la aquiescencia continental. Una serie de dudas que la Administración estadounidense pretendía dilucidar en la reunión de cancilleres de la OEA de mediados de agosto de 1960.

La disputa entre Cuba y los Estados Unidos se había internacionalizado y lo había hecho rompiendo el marco americano. La URSS, la China popular, el resto del bloque comunista y el grupo de los países pertenecientes a los no alineados eran ya juez y parte en el conflicto, una circunstancia que hacía más penosa la posición estadounidense. La Administración Eisenhower determinó entonces que el debate tenía que reconducirse hacia los foros de discusión americanos, donde su capacidad de maniobra contaba con mayores garantías de éxito. A todo ello se unía la necesidad de acelerar los tiempos; conseguir la condena de Cuba en el seno de la OEA parecía apremiante, pues el proceso revolucionario en su cotidianidad transformadora estaba desalojando a los intereses norteamericanos del ámbito económico cubano con suma rapidez y también con comprobada eficacia.

Sin embargo, el contenido del debate en el seno de la OEA debía ser cuidadosamente presentado y convenientemente promocionado en las semanas previas. La agenda de las cuestiones a tratar no era un tema baladí, pues del resultado de su articulación y del enfoque del debate podía desprenderse que el sentir de las repúblicas latinoamericanas se volcara en uno u otro sentido. Ante tales premisas, la diplomacia cubana y la norteamericana se aprestaron a fijar el carácter de los alegatos que tendría que desplegarse en el arbitraje que pretendía la OEA.

Cuba lanzaba el mensaje a lo largo y ancho del continente de que había llegado el momento de la liberación y de que su Gobierno estaba dispuesto a luchar por este objetivo aunque para ello tuviera que enfrentarse a la agresión norteamericana. Cuba reclamaba su derecho a existir y promocionaba su vocación soberanista, un frente que no abandonaría por muchas que fueran las presiones de la Administración norteamericana.

Muy diferente era el contenido de la argumentación del Gobierno estadounidense: el problema no era la agresión de los Estados Unidos a Cuba, sino la irresponsabilidad mostrada por el Gobierno fidelista al facilitar la entrada en los asuntos americanos de las potencias extra-continenciales, concretamente de la URSS. La estrategia de Estados Unidos debía centrarse de este modo en trabajar para debilitar al movimiento fidelista en América y en la propia Cuba. La Revolución cubana debía ser presentada, por tanto, como un problema continental y no como un contencioso bilateral entre Cuba y los Estados Unidos. La nueva Cuba debía ser mostrada ante el continente como la cabeza de puente del comunismo internacional y como un peligro para la seguridad de las naciones americanas.

Estados Unidos debía focalizar sus esfuerzos en difundir esta imagen y en ganar voluntades entre las clases dirigentes de los países latinoamericanos para que secundaran esta propuesta. De todos modos, los Gobiernos latinoamericanos se mostraban renuentes a implicarse en aquel debate, pues conocían los daños colaterales que podía generar un enfrentamiento directo con la Cuba de Fidel Castro. Los mandatarios latinoamericanos, temerosos ante el empuje del régimen de La Habana, eran conscientes de la pérdida de popularidad que podía generarles el espinoso asunto cubano si se plegaban mansamente a la postura norteamericana. Y no era para menos, pues una condena en firme de la Cuba fidelista, como demandaban con insistencia los Estados Unidos, traía aparejado un desgaste ante la opinión pública de los países que gobernaban que no siempre era fácil de asumir.

La dirigencia fidelista estaba dispuesta a llevar la defensa de la soberanía cubana, y de la latinoamericana si fuera preciso, hasta sus últimas consecuencias. El proceso cubano aparecía entonces como algo indisociable de la realidad que vivían el resto de las repúblicas al sur del Río Bravo y por lo tanto como vía para resolver la contradicción entre el imperialismo norteamericano y

los pueblos latinoamericanos. La declaración de intenciones del máximo líder de la revolución ante la embelesada juventud latinoamericana en la cita del “26 de Julio” así lo refrendaba. La Revolución cubana era una propuesta continental que desbordaba las fronteras de Cuba y que por lo tanto se erigía en vía alternativa a la organización del asendereado sistema panamericano.

9.2 La prensa franquista como fuente de desinformación: la primacía del rumor y la ocultación de la realidad cubana

El conflicto cubano había tenido una fuerte presencia en los diarios franquistas durante el mes de julio y no lo perdió en el mes de agosto. Tras la intervención de Fidel Castro en los festejos del “26 de Julio”, la posición cubana había quedado claramente establecida y habría que esperar a la conferencia de San José de Costa Rica para registrar un nuevo repunte del ya permanente enfrentamiento entre la Administración estadounidense y la Revolución cubana. Sin embargo, en la prensa franquista no disminuyó la atención sobre los asuntos cubanos. A principios de agosto la prensa franquista aprovechó una nueva recaída en la salud de Fidel Castro para publicar en sus páginas toda una serie de teorías y conjeturas sobre el significado y la lectura de aquella nueva ausencia del primer ministro cubano.

El 26 de julio se produjo la última aparición pública de Fidel Castro y, como había sucedido a mediados del mes julio, el máximo líder de la revolución desapareció durante varios días de la primera línea política. La salida de escena del primer ministro cubano, en un momento de máxima relevancia para el futuro de Cuba, produjo de inmediato un torrente de especulaciones. La prensa franquista, haciéndose eco de los rumores que afloraban en los medios de comunicación estadounidense, comenzó a mostrar en sus destacados y titulares de la sección de internacionales las posibles desavenencias entre Fidel Castro y Ernesto Guevara¹. Corrían también informaciones oficiosas que señalaban la posible sustitución de Fidel Castro por su hermano Raúl al frente del Gobierno cubano. Según la prensa franquista, una opción más acorde con los requerimientos ideológicos que demandaba una cada vez más estrecha relación con la URSS².

El diario *Pueblo* comenzó a hablar de la más que posible reorganización del Gobierno fidelista³. Rumores procedentes de La Habana señalaban que Fidel Castro sería sometido inminentemente a una operación quirúrgica y que, ante su baja obligada, su hermano Raúl asumiría temporalmente las riendas del poder⁴. Además de este cambio en el cargo del primer ministro, *Pueblo* señalaba que había constancia de que las relaciones entre Fidel Castro y Che Guevara se habían tensado⁵. Sobre este particular, el diario sindical apuntaba que el supuesto distanciamiento entre los dos líderes revolucionarios venía impuesto por las últimas manifestaciones realizadas por Guevara en el marco de los discursos pronunciados durante el Congreso de la Juventud. El “Che” había dirigido ataques a los mandatarios de Argentina y Venezuela debido a su falta de apoyo al proceso cubano.

Pueblo se aventuraba a señalar que era improbable que Fidel Castro hubiera aprobado la arremetida que Guevara había lanzado el día 28 de julio contra el presidente venezolano, Rómulo Betancourt, al aseverar que el mandatario venezolano era prisionero de intereses reaccionarios⁶. Unas afirmaciones que además habían venido acompañadas de una declaración en la que se delimitaba y definía

¹ ABC (Año LIII). Núm.16972. Madrid: viernes, 5 de agosto de 1960, págs. 15 y 16. Diario, *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6504. Madrid: sábado, 30 de julio de 1960, págs. 5. Diario, *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6505. Madrid: lunes, 1 de agosto de 1960, pág. 4. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6506. Madrid: martes, 2 de agosto de 1960, pág. 1. Diario.

² *Idem*.

³ *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6504. Madrid: sábado, 30 de julio de 1960, págs. 5. Diario.

⁴ *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6505. Madrid: lunes, 1 de agosto de 1960, pág. 4. Diario.

⁵ *Idem*.

⁶ *Idem*.

claramente, y contra costumbre, el carácter del proceso cubano. Ernesto Guevara había afirmado ante el Congreso de la Juventud, sin pudor alguno, que la “*Revolución cubana solamente podía ser calificada de marxista, porque estaba fundada en la propia senda del marxismo*”⁷. Los observadores internacionales tomaban estas declaraciones del Che Guevara para sostener que Fidel Castro estaba tomando medidas para “*suavizar la impresión causada en Argentina y Venezuela por los vitriólicos ataques lanzados por el tercer hombre de la revolución*”⁸.

La crónica exponía además que se habían producido varias dimisiones en los últimos días y que en la Universidad de La Habana se habían acometido importantes purgas entre el profesorado⁹. En las páginas de *Pueblo* se recreaba una imagen del Gobierno cubano en la que el disenso dentro de la cúpula revolucionaria sobre el rumbo que debía tomar el proyecto cubano parecía determinar por entero la realidad del país. El dietario que enfatizaba sobre aquel estado de inestabilidad permanente provenía de la *Agencia Efe* y había sido remitido al diario español, según afirmaba el propio periódico en sus páginas, por Martin Houseman, un periodista de la *United Press Internacional* y un habitual en las páginas del *Miami Herald*.

El diario *Pueblo* ahondó en esta línea informativa en los días sucesivos y se centró en informaciones provenientes de los Estados Unidos. Las referencias a las publicaciones cubanas, habituales en el periódico sindical, desaparecieron casi por completo y dejaron su lugar a las informaciones que pormenorizaban sobre los “rumores” provenientes de Miami. Ruido de fondo que evitaba ahondar en la realidad cubana y rumores que respondían a una tónica común: el disenso entre los hombres llamados a conducir los destinos de Cuba.

“*Cisma en el seno del Gobierno cubano*”: afirmaba *Pueblo* en su primera página el día 2 de agosto, mientras exponía una retahíla de preguntas tendentes a mostrar los orígenes de la fractura en la cúpula revolucionaria: “¿*Raúl Castro y Che Guevara detentan el máximo poder?*” “¿*Estamos ante un duelo entre el nacionalismo de Fidel Castro y los marxistas Raúl Castro y Che Guevara?*” “¿*O se trata acaso de que Che Guevara se dispone a conquistar el poder barriendo a los dos hermanos Castro?*”¹⁰

En los temas cubanos, la prensa franquista se aferró a un análisis teñido de especulación y carente de informaciones constatables. *El Alcázar*, *ABC* y *Pueblo* reprodujeron al unísono informaciones provenientes del *New York Times* en las que se señalaba que la entrada de Raúl Castro en sustitución de su hermano empeoraría las relaciones entre los Gobiernos cubano y norteamericano¹¹. Las noticias reseñadas en la prensa franquista en aquellos días se movían en el ámbito de la conjetura y las derivaciones que podría traer aparejada una reestructuración del Gobierno. En todo caso, una serie de hipótesis, nunca confirmadas, que dibujaban un horizonte de profundos cambios sobre los que la Administración norteamericana se apresuraba a lanzar calificativos y valoraciones como si fueran ya parte de la remozada realidad cubana. Sin embargo, el pregonado nuevo organigrama de la cúpula ministerial, como se constató a los pocos días, era puro divertimento de la prensa internacional y estaba lejos de las intenciones de los dirigentes cubanos.

ABC iba más allá de la posible remodelación del gabinete gubernamental y señalaba, en grandes titulares, que los asuntos cubanos estaban ya en manos de Raúl Castro y Ernesto Guevara¹². El diario tradicionalista fue el periódico franquista que más se prodigó en la publicación de noticias

⁷ *Idem*.

⁸ *Idem*.

⁹ *Idem*.

¹⁰ *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6506. Madrid: martes, 2 de agosto de 1960, pág. 1. Diario.

¹¹ *ABC* (Año LIII). Núm. 16971. Madrid: jueves, 4 de agosto de 1960, pág. 20. Diario, *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7529. Madrid: miércoles, 3 de agosto de 1960, pág. 6. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6507. Madrid: miércoles, 3 de agosto de 1960, pág. 1. Diario.

¹² *ABC* (Año LIII). Núm. 16972. Madrid: viernes, 5 de agosto de 1960, pág. 15. Diario.

aventuradas y, haciéndose eco de lo publicado en los diarios británicos, señalaba las pretensiones de poder que albergaban Raúl Castro y Ernesto Che Guevara, a los que consideraba ya los verdaderos conductores del proceso revolucionario. El *Daily Herald* llegaba incluso a afirmar que Fidel Castro se encontraba bajo arresto domiciliario y que el comandante Ernesto Guevara intentaba hacerse con las riendas del poder¹³. En igual sentido se pronunciaban el *Daily Telegraph* y el *News Chronicle* al anunciar cambios inminentes en el gabinete cubano que pasarían necesariamente por un aumento de atribuciones para Raúl Castro¹⁴. La invectiva y la inventiva parecían no encontrar límites en la prensa anglosajona y el diario tradicionalista español, víctima de sus anhelos, confundía deseo con realidad al darle la mayor relevancia a aquella serie de noticias cocinadas para desestabilizar a la Revolución cubana.

Los diarios franquistas, no obstante, señalaban por medio de un cable de la *Agencia Efe* que “la ansiedad por la enfermedad de Fidel Castro” indicaba “el grado de importancia” que había adquirido el líder cubano “en los asuntos mundiales”¹⁵. Y apostillaban acto seguido la siguiente valoración sobre el primer ministro de Cuba: “Se piense lo que se piense de él, no cabe duda de que ha causado un gran impacto sobre el hemisferio occidental”¹⁶. Sin embargo, y a pesar de algunos guiños a la relevancia de Fidel Castro como líder continental, o a la actitud contumaz del diario *Pueblo* por difundir la idea de una división gubernamental, explicitada por la existencia de un frente comunista en el Gobierno cubano y de otro diferenciado y nacionalista encabezado por Fidel Castro, la prensa franquista parecía desempeñarse en aquellas fechas como correa de transmisión de la postura estadounidense en lo tocante a la Revolución cubana.

Una posición que se evidenciaba a través del empeño por caracterizar al Gobierno revolucionario como eje de la inestabilidad continental y como plataforma para la penetración soviética en las Américas, precisamente las dos ideas que pretendía llevar la diplomacia norteamericana como base de su discurso a la próxima conferencia de cancilleres de la OEA en San José de Costa Rica.

Antes de que finalizara la primera semana de agosto, la prensa franquista trató de cimentar estas ideas en sus páginas. Uno de los fundamentos de la posición norteamericana para contrarrestar el influjo continental de la Revolución cubana pasaba por difundir la idea de que Cuba estaba propiciando el asentamiento del comunismo en el continente americano. Para ello nada mejor que tomar las declaraciones de los desencantados con el proceso revolucionario. Las deserciones continuaban en La Habana y ahora le tocaba el turno a Raúl Chibás; el hermano del que fuera líder del Partido Ortodoxo, el fallecido Eduardo Chibás, renunciaba a las filas revolucionarias y lo hacía dejando un reguero de acusaciones.

Raúl Chibás abandonó Cuba a principios de agosto y tan pronto como se vio en Miami ofreció una rueda de prensa para informar sobre el acontecer revolucionario. Según su parecer, la popularidad de Fidel Castro estaba disminuyendo rápidamente en Cuba. Una apreciación con la que abrieron los diarios franquistas sus secciones de internacionales entre los días 4 y 6 de agosto. Las valoraciones de Chibás, un entusiasta del proceso cubano durante el último año y medio, parecían haber cambiado de repente y, aunque no ofrecían mayores novedades, cargaban las tintas sobre la presencia de “gran número de técnicos de Checoslovaquia, Alemania Oriental y otros países de allende el telón de

¹³ *ABC* (Año LIII). Núm.16970. Madrid: miércoles, 3 de agosto de 1960, pág. 20. Diario.

¹⁴ *Idem*.

¹⁵ *ABC* (Año LIII). Núm.16971. Madrid: jueves, 4 de agosto de 1960, pág. 20. Diario, *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7529. Madrid: miércoles, 3 de agosto de 1960, pág. 6. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6507. Madrid: miércoles, 3 de agosto de 1960, pág. 1. Diario.

¹⁶ *Idem*.

acero” en tierras cubanas¹⁷. Raúl Chibas afirmaba que aquel contingente de peritos y técnicos procedentes del bloque oriental contaba con el beneplácito del Gobierno revolucionario, que tenía además total libertad para trasladarse a lo largo de la isla y que portaba instrucciones precisas para organizar Cuba a imagen y semejanza de los países comunistas¹⁸. Por otro lado, siguiendo la senda trazada por Eisenhower durante los últimos meses y por el propio Miguel Ángel Quevedo, antiguo director de *Bohemia*, días antes, Chibás acusaba a Castro “*de traicionar los ideales originales de la revolución cubana*”¹⁹. Una aseveración en la que habían incidido ya muchos de los desafectos de los últimos meses.

El mensaje de la prensa franquista no podía ser más explícito: Cuba estaba en manos de la Unión Soviética. Una afirmación que confirmaba uno de los colaboradores más cercanos a la cúpula revolucionaria. Chibás venía a sumarse así a la retahíla de antiguos revolucionarios que abandonaban Cuba asegurando que el control de la Revolución cubana estaba en manos del ala comunista que imperaba en la cúpula revolucionaria. Sin embargo, según la opinión de estos mismos medios, los problemas de Cuba iban más allá de su condición de país cautivo, además, la dirigencia cubana trataba de exportar su modelo revolucionario a otras repúblicas latinoamericanas con el consiguiente malestar de sus vecinos continentales.

La acusación contra Cuba de exportar su receta insurreccional contaba con el refrendo de las autoridades guatemaltecas. Como ya se ha expuesto en los capítulos precedentes, las relaciones entre Cuba y el Gobierno guatemalteco habían sido clausuradas a raíz de los incidentes de marzo y abril de 1960. Las acusaciones de injerencia, y de violaciones contra la seguridad nacional, cruzadas entre las autoridades de uno y otro país habían dado al traste con las relaciones entre ambas naciones y habían desembocado en la ruptura tras una agria polémica. Cuba había acusado a la Administración guatemalteca de ofrecer su territorio nacional para el entrenamiento y aprovisionamiento de contingentes contrarrevolucionarios dispuestos a invadir la isla con el respaldo de los Estados Unidos. Guatemala, por su parte, había asegurado en aquellos mismos meses que Cuba trataba de promover levantamientos contra el Gobierno de Ydígoras a través de la propaganda política y el apoyo a grupos guerrilleros.

Después de la ruptura de relaciones, el contencioso entre los dos países de la cuenca caribeña había perdido intensidad. Sin embargo, tras aquel receso de varios meses, las acusaciones regresaron en el mes de agosto. En este nuevo enfrentamiento entre ambos países el ataque fue unilateral: Guatemala acusó a Cuba y ésta se mostró renuente a secundar el envite. En vísperas de la importante reunión en San José de Costa Rica, en nada podía beneficiar al Gobierno cubano el litigio reprobatorio o el pleito dialéctico con una nación latinoamericana. De todos modos, Guatemala no tenía esta perspectiva del asunto y la emprendió contra la Revolución cubana acusándola de actividades injerencistas.

Las acusaciones guatemaltecas contra Cuba, después de un período de silencio, volvían a proferirse el día 5 de agosto. En esta ocasión, el embajador de Guatemala ante la OEA había enviado una nota de protesta a la Comisión de Paz del organismo americano en la que se afirmaba que un contingente procedente de Cuba había intentado desembarcar en sus costas en aquellas fechas. La noticia era publicada en las páginas del diario *ABC* e informaba sobre aquel nuevo contencioso en el que las autoridades guatemaltecas habían señalado en su nota de protesta que poseían pruebas irrefutables de

¹⁷ *ABC* (Año LIII). Núm.16973. Madrid: sábado, 6 de agosto de 1960, pág. 28. Diario, *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7530. Madrid: jueves, 4 de agosto de 1960, pág. 4. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6509. Madrid: viernes, 5 de agosto de 1960, pág. 5. Diario.

¹⁸ *Idem*.

¹⁹ *Idem*.

que un barco cubano había tratado de desembarcar en aquellos días fuerzas armadas en las costas de Guatemala²⁰.

El embajador guatemalteco ofrecía detalles de la embarcación destinada a conducir las tropas a Guatemala y aseguraba que el buque cubano había cargado hombres y municiones en Costa Rica para partir rumbo a Guatemala el día 3 de agosto²¹. La noticia aparecía con la firma de la *Agencia Efe* y no ofrecía más detalles sobre el nuevo enfrentamiento entre el Gobierno de Fidel Castro y el del presidente Manuel Ydígoras, no obstante, *ABC* se encargaba de completar la noticia con una coletilla de factura propia que apuntaba la siguiente salvedad: “*Se halla en Cuba Jacobo Arbenz, ex presidente comunizante de Guatemala, derribado en junio de 1954 por Carlos Castillo Armas. Participó en la magna concentración de Sierra Maestra. Su presencia en Cuba da verosimilitud a la denuncia de Guatemala*”²².

Más allá de las aclaraciones que pudiera aportar *ABC* para cargar de veracidad aquella acusación del régimen de Ydígoras, la nota guatemalteca constituía un contratiempo para la diplomacia cubana y parecía de lo más oportuna para la salvaguarda de los intereses del Gobierno estadounidense, pues llegaba tres días después de que el Gobierno cubano hubiese cursado una nota de protesta ante la Comisión Internacional de Paz de la OEA en la que se acusaba a Estados Unidos de “*agresión económica*” y de “*actividades contrarrevolucionarias*” dirigidas contra el régimen de Fidel Castro²³. Aquella noticia sí fue presentada en todos los diarios franquistas que venimos tratando y servía para cimentar la postura que defendería Cuba ante la OEA. El memorándum entregado por la delegación cubana ante la OEA, como acertadamente señalaba la prensa del régimen español, venían a sentar las bases de los alegatos que Cuba desplegaría en la reunión de los veintiuno a celebrarse en San José de Costa Rica a mediados de agosto.

Dadas las circunstancias, no es difícil entrever las intenciones que perseguía la repentina acusación del Gobierno de Ydígoras Fuentes contra la Revolución cubana: contener las posibles argumentaciones que el Gobierno revolucionario pudiera desplegar sobre el estado de connivencia que existía entre las autoridades de Guatemala, la Administración de los Estados Unidos y la contrarrevolución cubana. La nota guatemalteca no hacía más que curarse en salud y actuaba de esta forma a modo de contrapeso a las más que probables alusiones de la delegación cubana a los campamentos guatemaltecos destinados al entrenamiento de las fuerzas contrarrevolucionarias que tenían como objetivo la invasión de Cuba. El presidente Ydígoras conseguía así que la delegación revolucionaria fuera cauta a la hora de implicar a Guatemala en los asuntos de la posible invasión o desembarco de fuerzas paramilitares en Cuba. Además, de forma sibilina, la nota deslizaba detalles sobre la recluta de hombres y el suministro de armas en tierras de Costa Rica, precisamente el país que actuaría como anfitrión de la mentada cumbre de los veintidós cancilleres americanos.

Ante tales premisas, la delegación cubana se vería obligada a extremar las precauciones y a concretar muy bien el contenido de sus alegatos en la futura reunión de la OEA. De lo contrario, su acusación contra la agresión norteamericana se podía ver diluida en un cruce de declaraciones con el delegado guatemalteco o en un contencioso diplomático con las autoridades costarricenses. A todo ello se unían las recientes tensiones con Argentina y los resquemores generados por las declaraciones de Guevara sobre el Gobierno venezolano, que en aquellas fechas ya se había adelantado a enviar una nota de protesta a las autoridades cubanas señalando que la Venezuela de Rómulo Betancourt rechazaba

²⁰ *ABC* (Año LIII). Núm.16973. Madrid: sábado, 6 de agosto de 1960, pág. 28. Diario.

²¹ *Idem*.

²² *Idem*.

²³ *ABC* (Año LIII). Núm.16970. Madrid: miércoles, 3 de agosto de 1960, pág. 20. Diario, *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7529. Madrid: miércoles, 3 de agosto de 1960, pág. 6. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6507. Madrid: miércoles, 3 de agosto de 1960, pág. 5. Diario.

cualquier injerencia extranjera en su política²⁴. En vísperas de la reunión de San José la delegación cubana se veía conminada a orillar cualquier tipo de enfrentamiento con las naciones latinoamericanas, de lo contrario, la posición estadounidense podía recibir todo el apoyo de los países que se sintieran ofendidos o acosados por el empuje fidelista a nivel continental.

De todos modos, no todo eran noticias pesimistas para las autoridades cubanas, el día 6 de agosto la prensa franquista recogía unas declaraciones de Raúl Castro en las que se señalaba que su hermano Fidel pronunciaría unas palabras en la clausura del Congreso de la Juventud Latinoamericana. El menor de los Castro añadía además que el primer ministro cubano no padecía enfermedad grave, que simplemente no se encontraba recuperado de su última convalecencia y que, por lo tanto, necesitaba reposo.²⁵

9.3 La Ley de Defensa Económica Nacional

Fidel Castro volvió a la escena política en la noche del 6 de agosto bajo la expectación que producía su reaparición. En los días precedentes se habían generado todo tipo de especulaciones ante la ausencia del primer ministro y su vuelta podía traer novedades sobre lo que había de acertado en las informaciones sin confirmar que, procedentes de los Estados Unidos, habían inundado las agencias de prensa internacionales.

La prensa franquista, como ya hemos expuesto, había sido presa de las noticias procedentes de los medios de comunicación anglosajones, lo que determinó que la exposición del momento cubano se hiciera bajo los auspicios de estas fuentes en detrimento de la información procedente de Cuba. *El Alcázar* y *ABC* habían hecho caso omiso de las noticias publicadas en Cuba. Solamente *Pueblo* acudió al diario *Revolución* para señalar que el día 4 de agosto había tenido lugar una reunión del Consejo de Ministros del Gobierno revolucionario en el que, según lo expuesto por el órgano de expresión del “26 de Julio”, se examinarían “*cuestiones de interés nacional*”²⁶. Tomando como referencia estas informaciones, el diario franquista señalaba entonces que la reunión del gabinete debería arrojar luz sobre las intenciones políticas de Fidel Castro y sobre lo que había de cierto en la posible remodelación del Gobierno revolucionario²⁷.

Los interrogantes de *Pueblo* pronto tuvieron cumplida respuesta. La reincorporación de Fidel Castro a la primera fila política se produjo en la clausura del Primer Congreso Latinoamericano de la Juventud, un marco incomparable para lanzar las novedades que traía en cartera el primer ministro cubano. Fidel Castro tomó la palabra en la noche del sábado 6 de agosto en el Estadio del Cerro de La Habana ante la juventud de las repúblicas latinoamericanas y ante el pueblo cubano y lo hizo para anunciar un paquete de nacionalizaciones sin precedentes. Una iniciativa que iba en sentido contrario a los rumores difundidos sobre las desavenencias en el seno de la dirigencia cubana.

El líder cubano, ausente desde los fastos del “26 de Julio”, se presentó en el estadio de béisbol habanero en compañía de Raúl Castro, Osvaldo Dorticós y el resto de la cúpula revolucionaria cubana para informar a los presentes sobre la nacionalización de veintiséis compañías norteamericanas. Entre estas compañías figuraban las refinerías de petróleo de *Texaco*, *Esso* y *Sinclair Oild*: las dos primeras,

²⁴ *ABC* (Año LIII). Núm.16970. Madrid: miércoles, 3 de agosto de 1960, pág. 20. Diario y *ABC* (Año LIII). Núm.16972. Madrid: viernes, 5 de agosto de 1960, pág. 15. Diario.

²⁵ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7532. Madrid: sábado, 6 de agosto de 1960, pág. 3. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6510. Madrid: sábado, 6 de agosto de 1960, pág. 1. Diario.

²⁶ *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6508. Madrid: jueves, 4 de agosto de 1960, pág. 2. Diario.

²⁷ *Idem*.

después de estar intervenidas durante un mes, pasaban a ser nacionalizadas²⁸. Además de las petroleras, las compañías afectadas por la nacionalización poseían en Cuba los monopolios de la electricidad y de la telefonía, así como treinta y seis centrales azucareras que generaban más de un tercio de la producción total del azúcar del país. Otra de las compañías que entraba en el paquete de la nacionalización masiva era la *United Fruit Company*, todo un referente de la presencia norteamericana en el continente²⁹.

La comparecencia de Fidel Castro en el Estadio del Cerro fue recibida, según informó la prensa franquista, “*con una ovación y gritos contra los Estados Unidos*”³⁰. Durante su discurso los problemas pulmonares que aquejaban al primer ministro se hicieron evidentes y Fidel Castro tuvo que retirarse durante unos minutos³¹. Su hermano Raúl tomó entonces la palabra y arengó a los asistentes antes de que el primer ministro volviera a la tribuna³². Una vez repuesto, Fidel Castro retomó el hilo de su argumentación y pasó a exponer el decreto de nacionalizaciones. La Ley de Defensa Económica Nacional descargaba entonces todo su peso sobre las compañías norteamericanas.

El primer ministro cubano explicó el motivo de las nacionalizaciones, la agresión norteamericana, y expuso que Cuba, en conformidad con su ordenamiento constitucional y legal y en ejercicio de su soberanía, había decidido ejercitar las facultades que le confería el paquete legislativo y la reforma constitucional aprobada a raíz de la cancelación de la cuota azucarera por parte del presidente Eisenhower. La dirigencia revolucionaria se había visto obligada a tomar aquella medida en aras de atajar los daños causados a la economía cubana por la Administración estadounidense.

Las autoridades cubanas, presidente, primer ministro y el Consejo de Ministros del Gobierno revolucionario habían tomado la decisión de hacer uso de las facultades de las que estaban investidos, “*de conformidad con lo dispuesto en la Ley No. 851, del 6 de Julio de 1960*”³³. Es decir, nacionalizar los grandes consorcios norteamericanos que operaban en Cuba debido a las urgencias por las que pasaba la economía cubana. Fidel Castro, en su alocución, lo exponía de forma explícita:

*“Proceder a la expropiación forzosa, a favor del Estado, de bienes y empresas propiedad de personas jurídicas nacionales de los Estados Unidos de Norteamérica, como decisión justificada, por la necesidad que tiene la nación de resarcirse de los daños causados en su economía, y afirmar la consolidación de la independencia económica del país”*³⁴.

Después de la argumentación legal que amparaba la decisión tomada por la dirigencia revolucionaria, el primer ministro cubano pasó a nombrar una a una las veintiséis empresas nacionalizadas³⁵. Cada

²⁸ ABC (Año LIII). Núm.16975. Madrid: martes, 9 de agosto de 1960, pág. 27. Diario, *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7533. Madrid: lunes, 8 de agosto de 1960, pág. 3. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6511. Madrid: lunes, 8 de agosto de 1960, pág. 15. Diario.

²⁹ Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista de Cuba. Anexo al CC del PCC: *El pensamiento de Fidel Castro. Selección temática, enero 1959-abril 1961*, Tomo I, Volumen 1, Editora Política, La Habana, 1983, pág. 103.

³⁰ ABC (Año LIII). Núm.16975. Madrid: martes, 9 de agosto de 1960, pág. 27. Diario, *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7533. Madrid: lunes, 8 de agosto de 1960, pág. 3. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6511. Madrid: lunes, 8 de agosto de 1960, pág. 15. Diario.

³¹ *Idem*.

³² *Idem*.

³³ Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba. 1960. Año de la Reforma Agraria: “Discurso pronunciado en el acto de clausura del Primer Congreso Latinoamericano de Juventudes, el 6 de agosto de 1960”. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1960/esp/f060860e.html> (Consultado: 15-01-2014)

³⁴ *Idem*.

³⁵ 1. Compañía Cubana de Electricidad. 2. Compañía Cubana de Teléfonos. 3. Esso Standard Oil, S.A. 4. Texas Company West Indian (TEXACO). 5. Sinclair Cuba Oil Company, S.A. 6. Central Cunagua, S.A. 7. Compañía Azucarera Atlántica del Golfo, S.A. 8. Compañía Central Altagracia, S.A. 9. Miranda Sugar States. 10. Compañía Cubana, S.A. 11. The Cuban

compañía mentada producía el delirio de la audiencia, que, en apretado coro, iba arengando a Fidel Castro mientras recitaba la retahíla de compañías norteamericanas nacionalizadas. A través de esta escenificación la Compañía Cubana de Electricidad y la de Teléfonos pasaban a manos del Estado cubano. Con ellas las grandes petroleras norteamericanas que habían sido intervenidas un mes antes y las centrales azucareras propiedad de los consorcios estadounidenses que operaban en el país. Una iniciativa que había nacionalizado propiedades norteamericanas por el valor de ochocientos cincuenta millones de dólares³⁶. Las indemnizaciones para las compañías afectadas, como ya expusimos al presentar el contenido de las leyes promulgadas a principios de julio, estarían sujetas a las compras de azúcar que Estados Unidos realizara por encima del contingente de la cuota, tal y como recogía la reforma constitucional y la promulgación legislativa del 6 de julio de 1960.

Con la decisión de nacionalizar los consorcios norteamericanos Cuba había dado un paso audaz aunque sumamente peligroso, pues Estados Unidos se había quedado ya sin intereses económicos que preservar en la isla y, por tanto, la Administración estadounidense tendría menos reparos ante la puesta en práctica de medidas más contundentes contra la Revolución cubana. La presencia económica de Estados Unidos en Cuba había sido reducida de forma drástica mediante aquellas nacionalizaciones, lo que facultaba a la Administración norteamericana para actuar contra Cuba con el beneplácito de los intereses dañados. Todavía quedaban algunas compañías norteamericanas en Cuba, pero lo más sustancioso de sus inversiones y, sobre todo, sus compañías insignia a nivel internacional habían sido barridas del panorama económico cubano. De este modo, la dirigencia cubana había logrado mediante aquella decisión irrevocable la creación de un fuerte sector estatal en la economía cubana, lo que constituía un paso sin precedentes para afianzar su independencia.

Sin embargo, y en contra de lo esbozado por la diplomacia norteamericana, la Revolución cubana no podía ser calificada de comunista por el mero hecho de tomar posesión de las divisiones cubanas de los consorcios estadounidenses. El decreto de nacionalizaciones había puesto en manos del Estado cubano el control de importantes sectores de la economía, había dejado patente la posición firme del Gobierno cubano frente al imperialismo norteamericano y había, en definitiva, radicalizado la revolución. De todos modos, las empresas no se habían socializado: simplemente, pertenecían al Estado cubano. Todo dependería a la postre de las alianzas de clase que se establecieran en el futuro para gestionar aquel gigantesco sector estatal.

El Gobierno revolucionario había intervenido y nacionalizado el capital norteamericano, pero el cubano, aquel que no había estado implicado en los gobiernos de Batista, seguía todavía en manos de ciudadanos cubanos con nombre y apellido. Por el momento, las empresas de capital nacional que no habían participado alevosamente en el período “marcista” permanecían incólumes. Por lo tanto, la vía para el desarrollo de un sistema capitalista con fuerte presencia estatal no quedaba proscrita, es más, desde el Gobierno cubano parecía promoverse. Una apreciación que podía rastrearse en cada una de las intervenciones de Fidel Castro, en las que el primer ministro huía de los calificativos marxistas, socialistas o comunistas y en las que se circunscribía el mensaje a la liberación nacional, una meta de la que sólo quedaba excluido aquel que decidía hacerlo.

American Sugar Mill. 12. Cuban Trading Company. 13. The New Tuinicú Sugar Company. 14. The Francisco Sugar Company. 15. Compañía Azucarera Céspedes. 16. Manatí Sugar Company. 17. Punta Alegre Sugar Sales Co. 18. Baraguá Industrial Corporation of New York. 19. Florida Industrial Corporation of New York. 20. Macareño Industrial Corporation of New York. 21. General Sugar States. 22. Compañía Azucarera Vertientes Camagüey de Cuba. 23. Guantánamo Sugar Company. 24. United Fruit Company. 25. Compañía Azucarera Soledad S.A. 26. Central Ermita, S.A. Véase: “Discurso pronunciado en el acto de clausura del Primer Congreso Latinoamericano de Juventudes, el 6 de agosto de 1960”: *Op. Cit.*

³⁶ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7533. Madrid: lunes, 8 de agosto de 1960, pág. 3. *Diario y Pueblo* (Año XXI). Núm. 6511. Madrid: lunes, 8 de agosto de 1960, pág. 15. *Diario*.

Esta circunstancia no nos puede hacer perder de vista que la burguesía cubana estaba ante una de sus últimas oportunidades para engancharse al carro de la revolución, aunque, como venimos exponiendo, parecía mostrarse sumamente dubitativa ante el momento por el que estaban pasando el proceso revolucionario. La burguesía cubana albergaba en su seno influyentes sectores sumamente refractarios con el rumbo que estaba tomando el proyecto fidelista. Frente a esta realidad que se vivía en Cuba, todo quedaba a expensas de la actitud que tomara la burguesía cubana: si la tendencia mostrada por el capital cubano se consolidaba, es decir, si la burguesía nacional no salía de forma efectiva en defensa de la dirigencia cubana, el discurso revolucionario se radicalizaría todavía más. De hecho, el Gobierno fidelista se vería forzado a ello, pues sólo podría contar con el campesinado, la clase trabajadora y una parte de la pequeña burguesía, lo que indudablemente determinaría que los intereses de estos grupos pasaran a ser los de la propia revolución. La clave, en última instancia, estaría en la postura que adoptara aquella burguesía cubana que no estaba excesivamente comprometida con el capital norteamericano y que había salido indemne de los procesos de recuperación de bienes malversados que había tenido lugar en los primeros meses de 1959.

La Revolución cubana se presentaba todavía como un proyecto integrador en el que ninguna alianza quedaba descartada si coadyuvaba en la lucha contra el imperialismo norteamericano. La contradicción principal en aquel momento, como se ha apuntado ya, pasaba por el enfrentamiento entre el pueblo cubano y el imperialismo norteamericano³⁷. Junto a esta contradicción principal permanecía latente la contradicción fundamental del sistema capitalista, que en Cuba presentaba características específicas debido a la propiedad foránea del capital más poderoso e influyente. La titularidad norteamericana de los consorcios más importantes de la isla confería al sistema capitalista cubano una serie de singularidades que terminaron propiciando que la suerte del capitalismo apareciera aparejada al grado de tolerancia que se tuviera con la participación de Estados Unidos en la economía cubana.

De este modo, el régimen capitalista cubano aparecía vinculado al imperialismo norteamericano, albergando la lucha contra este una carga destructiva contra aquel y otorgando unas características particulares al sistema productivo cubano y a la lucha de clases que se recreaba en su seno. Unas particularidades que han sido estudiadas por académicos cubanos como la profesora Fung Riverón. Esta autora señalaba que en el primer bienio revolucionario imperaban en Cuba contradicciones secundarias, aledañas a la contradicción principal entre el pueblo cubano y la Administración norteamericana y a la fundamental propia del sistema capitalista. Contradicciones de segundo orden como las que enfrentaban al campesino con el terrateniente, al proletario con el burgués o como las que se recreaban entre las diversas capas de la burguesía cubana³⁸. Esta última contradicción, el disenso y las diferentes sensibilidades que operaban dentro de la burguesía cubana, parecía estar jugando un papel determinante en aquel verano de 1960.

La verdadera lucha de clases a mediados de 1960, y la más trascendente para el futuro cubano, parecía estar dentro de las diferentes capas de la burguesía. La duda estaba en saber si los sectores de la burguesía nacionalista cubana, los grupos de la pequeña y mediana burguesía que habían recibido con alborozo el triunfo fidelista en enero de 1959, estaban dispuestos a dar el paso para integrarse definitivamente en las filas de la revolución o si por el contrario terminarían por apoyar abiertamente a la Administración norteamericana en su contencioso con la dirigencia revolucionaria. Una incertidumbre que poco a poco se iba dilucidando, pues, a aquellas alturas del proceso, parecía más probable que el capital cubano optara por la segunda opción en detrimento de la primera. Lo que no era óbice para que Fidel Castro siguiera mostrando en sus alocuciones la imagen de un proceso

³⁷ Fung Riveron, Thalía: *Op. Cit.*, págs. 10 y 11.

³⁸ *Ibidem*, págs. 8-11.

revolucionario genuinamente americano, abierto a la totalidad de la ciudadanía y marcado por la impronta soberanista.

La Revolución cubana contaba con la burguesía nacional y deseaba su integración en el proceso. Sin embargo, abrazarse es cosa de dos, y dos no se abrazan si uno no quiere. Todo dependería en última instancia de la capacidad de seducción que el Gobierno revolucionario pudiera ejercer sobre estos sectores de la sociedad cubana para así contrarrestar la propaganda que se lanzaba desde los Estados Unidos.

Se antoja perentorio recordar que el miedo al comunismo seguía jugando un importante papel en las posiciones adoptadas por los sectores acomodados de la sociedad cubana. De poco servirían las prudentes alocuciones de Fidel Castro en torno a la alianza con el bloque socialista y al carácter de dichos acuerdos si la burguesía cubana se mostraba permeable a los miedos propagados desde los Estados Unidos sobre la inminente llegada del comunismo a Cuba. El primer ministro cubano venía señalando con insistencia que las relaciones con la URSS y los países de Europa oriental se circunscribían a lo económico y diplomático. Un tipo de relaciones que no traían como condición el tener que instaurar un régimen análogo al soviético. Las palabras del primer ministro desmentían de forma constante que Cuba fuera ya una realidad socialista o comunista. Sin embargo, algunos sectores de la ciudadanía cubana, sobre todo aquellos que gozaban de una posición más desahogada, eran refractarios a este mensaje.

En su discurso del 6 de agosto Fidel Castro no hizo alusión alguna al comunismo como régimen socioeconómico, ni a los logros sociales alcanzados por los países que habían optado por esta vía de desarrollo. Algo que sí habían hecho otros líderes revolucionarios como Ernesto Guevara o Núñez Jiménez en aquellas fechas. El primer ministro cubano solamente habló de la oferta soviética de proteger Cuba ante un hipotético ataque norteamericano y circunscribió su discurso a la necesidad de superar la dependencia norteamericana, tanto en Cuba como en el resto del continente. Las palabras de Fidel Castro, como venía siendo habitual, giraban en torno a los valores e ideas que habían guiado al proceso revolucionario desde sus mismos orígenes: la defensa de la nación, la soberanía, la posición continuista de Cuba en su lucha por la independencia y la herencia adquirida de las luchas anticoloniales y antimperialistas que habían existido en las repúblicas latinoamericanas.

La revolución en Cuba estaba inspirada en los movimientos independentistas patrios y en los protagonizados por otros pueblos de América, no necesitaba acudir a recetas foráneas, pues se nutría del acervo revolucionario heredado del continente americano. De ahí la incompreensión mostrada por Fidel Castro ante las condenas provenientes de los dirigentes que gobernaban algunas de las repúblicas latinoamericanas. Según manifestó el primer ministro en aquella histórica cita del 6 de agosto, la Revolución cubana había nacido sin el permiso de Washington y sin la aprobación de la OEA. Y por lo tanto continuaría su andadura a pesar de Washington y a pesar de la OEA³⁹. El primer ministro era sumamente crítico con los dirigentes latinoamericanos que se prestaban a secundar y sufragar el dominio continental de los Estados Unidos y sin mencionar a ninguno de ellos los acusaba de títeres del imperialismo⁴⁰.

La Revolución cubana estaba enraizada en la entraña de América y no era deudora de ideologías importadas. Un ideal que venía sosteniendo el proceso cubano desde su nacimiento y que sería defendido en la conferencia de la OEA. Estos eran los principios que le daban el carácter al proyecto revolucionario y que el primer ministro de Cuba exponía con meridiana claridad:

³⁹ Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista de Cuba. Anexo al CC del PCC: *El pensamiento de Fidel Castro. Selección temática, enero 1959-abril 1961: Op. Cit.*, pág. 108.

⁴⁰ *Ibidem*, págs. 106 y 108.

“Cuba lo que hace hoy es recoger la bandera de América, la bandera de Bolívar, la bandera de Sucre, de San Martín, la bandera de Juárez y de Sandino, la bandera de los hombres dignos de América, la bandera de la dignidad de América. Cuba lo que hace hoy es rebelarse contra el coloniaje yanqui, como ayer se rebelaron ellos, en Venezuela, o en México, o en Argentina contra el coloniaje de España. El grito de Cuba aquí y el grito de Cuba en Costa Rica será el grito de la libertad de América, será el grito de los derechos de América, será el grito de la dignidad de América frente al grito del imperio, frente a la complicidad vergonzosa de los que entregan sus pueblos en bandeja de plata al poderoso imperio del norte”⁴¹.

Las intenciones de Cuba no podían ser más claras: se defendería la soberanía cubana contra todos y ante todo. En esta defensa de Cuba y de su derecho a existir como nación soberana, el pensamiento mítico alcanzaba en la alocución del líder cubano su máxima relevancia, los mitos de la independencia colonial y de la lucha antimperialista se mezclaban sin ápice de contradicción. Por su parte, el pensamiento teórico se fundamentaba en una ideología que huía de las hipotecas que pudieran traer aparejadas las ideas provenientes de otras latitudes y se centraba en el bagaje atesorado por las luchas continentales contra la dominación colonial e imperial. Estos aspectos, que residían en el componente mítico y teórico de la imagen del mundo que proyectaba la revolución, eran parte del acervo histórico que portaba la sociedad civil cubana y latinoamericana. El proceso cubano simplemente les daba cauce para su representación, contribuyendo de este modo a cimentar una nueva cotidianidad en la que la tradición histórica de las luchas continentales encontraba un campo de expresión fértil en el proyecto cubano. Las tres componentes de la *“imago mundi”*, pensamiento mítico, teórico y cotidiano, se hallaban así en sintonía con el mensaje que trataba de difundir el nacionalismo revolucionario cubano: una Latinoamérica en pie de lucha contra el poder imperial, como antaño lo había estado frente al control colonial.

Aquella empresa de liberación continental, representada a través de un continuo histórico en el que el pasado y el presente se hilvanaban sin contradicción aparente, tenía sus protagonistas y sus antagonistas. En el bando de los primeros, como señaló Fidel Castro ante la juventud latinoamericana, se encontraban los próceres de la independencia y otros revolucionarios latinoamericanos que ofrecieron su resistencia en la arena política o en la lucha armada, como Benito Juárez o Augusto César Sandino. En cuanto a los segundos, aquellos que se desempeñaban como los antagonistas, se hacía constar su carácter dictatorial o su comunión de intereses con las diferentes Administraciones norteamericanas. Aquí se encontraban los Somoza, los Stroessner o los Trujillo y otros *“gobiernos títeres”* que, sin mencionarlos, se dejaban al ingenio de la audiencia. Estas clases dirigentes, caracterizadas como *“castas militares”* u *“oligarquías privilegiadas”* eran las encargadas, según Fidel Castro, de mantener divididos y sojuzgados a los pueblos de América Latina⁴².

El discurso del primer ministro constituía una descalificación explícita a varios de los Gobiernos latinoamericanos y una crítica implícita a algunos otros. En el centro del discurso trenzado por Fidel Castro se encontraba Estados Unidos. La nación norteamericana hacía uso de aquellos dirigentes serviles que gobernaban en Latinoamérica para mantener un régimen de obediencia a nivel continental. La Administración estadounidense contaba con varios Gobiernos que velaban por sus intereses, unos intereses que se veían también defendidos por otros regímenes similares al otro lado del Atlántico. Aquí Fidel Castro hacía mención directa a Francisco Franco. El caudillo español se estaba convirtiendo en un recurso habitual para representar el estado de postración en que se

⁴¹ *Ibidem*, pág. 109.

⁴² *Ibidem*, págs. 106 y 108.

encontraban algunos pueblos y también para explicitar el tipo de aliados por los que mostraba predilección la Administración norteamericana.

Al referirse al régimen franquista, Fidel Castro exponía las paradojas de la historia y señalaba el modo en que los Estados Unidos habían esgrimido la Doctrina Monroe para expulsar a otras potencias del continente, entre ellas a España, y así convertir en protectorados a las repúblicas latinoamericanas, y, a la postre, también a la propia España. La dominadora de antaño había terminado por correr la misma suerte que las repúblicas latinoamericanas nacidas de su entraña. Fidel Castro, para cimentar esta idea que bullía en su discurso, hacía mención a las bases norteamericanas en territorio español y no olvidaba tampoco la traición que suponía para los norteamericanos caídos en la lucha contra el fascismo en la Guerra Civil española la firme alianza entre Franco y Eisenhower.⁴³

La alocución del primer ministro cubano, acompañada por el alborozo de las multitudes que asistían a la clausura del congreso juvenil, tocó todos los temas continentales y no ahorró reproches a los Gobiernos latinoamericanos. Profirió fuertes críticas al papel desempeñado en Latinoamérica por los Estados Unidos y no perdió la oportunidad de denigrar a la España de Franco y a la Norteamérica de Eisenhower por aquel entendimiento deshonesto, oprobio para ambos mandatarios. Para el primero por servir de peón en Europa y América a los intereses norteamericanos y para el segundo por pactar con los residuos del fascismo que había combatido en la Segunda Guerra Mundial. La alocución de Fidel Castro finalizaba con las consignas acostumbradas, que ya no eran sólo cubanas, sino continentales: «*América es una sola: campo de lucha por la libertad, campo de lucha por la dignidad y por la justicia. Aquí o allá, todos tendremos que decir también “¡Patria o Muerte!”*. *Aquí o allá todos diremos a la larga: “¡Venceremos!” ¡Y venceremos!*»⁴⁴

9.4 Las reacciones a la nacionalización de los consorcios norteamericanos

En aquella cita del 6 de agosto de 1960, Fidel Castro había lanzado críticas contra las tradicionales clases dirigentes que imperaban en Latinoamérica, había denostado a la Administración norteamericana y había hecho mención explícita al censurable pacto establecido entre Eisenhower y Franco. Sin embargo, los grandes damnificados en aquella jornada habían sido los intereses norteamericanos radicados en Cuba. La decisión adoptada por el gabinete del Gobierno cubano parecía significar el fin de una época y la Administración norteamericana así lo entendió, pues tan pronto como trascendió el contenido de la alocución de Fidel Castro y las medidas adoptadas, el Departamento de Estado, el Senado norteamericano, el Congreso, el presidente de la nación y el embajador ante la OEA se movilizaron para condenar el proceso de nacionalizaciones emprendido por la dirigencia revolucionaria.

La primera respuesta corrió a cargo del Departamento de Estado norteamericano y se materializó a través de un memorándum de setenta y ocho páginas, entregado a la Comisión de Paz de la OEA. En aquel escrito se acusaba a Cuba “*de agresión económica, interferencia militar en los países vecinos, desprecio de los derechos humanos y aumento de la tensión internacional por su sometimiento al comunismo soviético y chino*”⁴⁵.

La acusación por escrito contra Cuba por parte estadounidense, como acertadamente se aprestó a señalar la prensa franquista, se entregó en la víspera de la reunión del Consejo de la OEA⁴⁶. Una

⁴³ *Ibidem*, págs. 104, 105 y 110.

⁴⁴ *Ibidem*, pág. 111.

⁴⁵ *ABC* (Año LIII). Núm. 16975. Madrid: martes, 9 de agosto de 1960, pág. 28. Diario, *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7533. Madrid: lunes, 8 de agosto de 1960, pág. 3. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6511. Madrid: lunes, 8 de agosto de 1960, pág. 15. Diario.

⁴⁶ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7533. Madrid: lunes, 8 de agosto de 1960, pág. 3. Diario.

reunión que había sido convocada días antes para fijar el orden del día de la conferencia de San José de Costa Rica y que tuvo lugar el día 8 de agosto. Aquella cita reuniría a los embajadores de los países americanos acreditados ante la OEA para consensuar los contenidos a abordar en la Conferencia de San José de mediados de agosto. El memorándum norteamericano se antojaba de lo más oportuno y sus indicaciones parecieron recibir el apoyo de los delegados latinoamericanos, al menos en lo tocante a los asuntos a tratar.

La prensa franquista encabezó su sección de internacionales los días 9 y 10 de agosto señalando que finalmente se había aprobado el orden del día de la reunión de Costa Rica con el único voto en contra de Cuba. Uno de los temas que centrarían el debate sería la infiltración comunista en Latinoamérica⁴⁷. La reunión giraría en torno a tres ejes de debate. En el primero de ellos se pediría de forma explícita *“el fortalecimiento de la solidaridad continental y del sistema interamericano, especialmente frente a las amenazas de una intervención extra-continental que pudieran afectarlos”*⁴⁸. En el segundo se trataría de coordinar la defensa de la democracia frente a cualquier organización, agente, Gobierno o actividad subversiva que tratara de subvertirla⁴⁹. Y en el tercero se abordaría un debate sobre los factores económicos y sociales tendentes a generar inestabilidad política en el hemisferio occidental⁵⁰. Una iniciativa que se completaría con *“una acción colectiva para promover la elevación del nivel de vida en las regiones subdesarrolladas del continente americano”*⁵¹.

El representante cubano, Carlos Lechuga, rechazó el orden del día, pues, a su parecer, “ni su contenido ni su formulación respondían a las realidades existentes en América”. Y añadió que “la verdadera amenaza” para Latinoamérica y “el mayor obstáculo para una solidaridad interamericana” residían en la política desplegada por los Estados Unidos. Según el delegado cubano, asumir el orden del día implicaría aceptar que se estaba ante un inminente ataque exterior. Algo que a su entender no tenía razón de ser, pues no existía la amenaza de una potencia extra-continental. Carlos Lechuga expuso a continuación que el ofrecimiento soviético para defender Cuba ante una agresión norteamericana no era una amenaza sino una garantía para que se respetara el derecho de Cuba a elegir independiente su propio destino.⁵²

Cuba centraba la atención continental y su deriva trasformadora no sólo fue tema de debate en el seno del Consejo de la OEA. El mismo día en que los delegados americanos debatían los asuntos a tratar en la conferencia de mediados de agosto, el tema cubano estuvo presente también en el Senado y el Congreso norteamericano.

Un senador republicano y uno demócrata, pertenecientes a la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado, conminaron al presidente Eisenhower a que actuara a través de la OEA *“para combatir al Gobierno de Fidel Castro e impedir nuevas acciones antiamericanas”*⁵³. Ambos senadores, en declaraciones por separado, manifestaron que la OEA se erigía en *“el mejor vehículo para contrarrestar las actividades de Castro”*⁵⁴. Mientras los senadores promovían la acción decidida contra el Gobierno cubano el presidente Eisenhower solicitaba al Congreso que se destinaran seiscientos millones de dólares para programas de desarrollo en Latinoamérica⁵⁵. Desde el Congreso

⁴⁷ ABC (Año LIII). Núm.16976. Madrid: miércoles, 10 de agosto de 1960, pág. 21. Diario y *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7534. Madrid: martes, 9 de agosto de 1960, pág. 6. Diario.

⁴⁸ *Idem.*

⁴⁹ *Idem.*

⁵⁰ *Idem.*

⁵¹ *Idem.*

⁵² *Idem.*

⁵³ ABC (Año LIII). Núm.16975. Madrid: martes, 9 de agosto de 1960, pág. 28. Diario y *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7533. Madrid: lunes, 8 de agosto de 1960, pág. 6. Diario.

⁵⁴ *Idem.*

⁵⁵ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7534. Madrid: martes, 9 de agosto de 1960, pág. 6. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6512. Madrid: martes, 9 de agosto de 1960, pág. 2. Diario.

y el Senado estadounidense se armaba la estrategia a desarrollar ante la Conferencia de Costa Rica: promover una condena explícita del régimen cubano en el seno de la OEA y ofrecer a cambio un programa de ayuda económica a nivel continental.

En cuanto a las relaciones estrictamente bilaterales, la Embajada de los EEUU en La Habana se encargó de entregar una nota al ministro cubano de Asuntos Exteriores protestando contra la nacionalización de las compañías norteamericanas. Según informó la prensa franquista, no se habían revelado detalles sobre el contenido de la nota⁵⁶. Sin embargo, el día 10 de agosto las declaraciones del secretario de Estado norteamericano apuntaban a lo que podía contener aquel escrito de descargo. Christian Herter señaló en conferencia de prensa que Estados Unidos había protestado ante el Gobierno cubano “*por la confiscación de propiedades norteamericanas*” y que la iniciativa nacionalizadora cubana, era, “*en su propia esencia, discriminatoria, confiscatoria y arbitraria*”⁵⁷. Herter condenaba así mismo la falta de una adecuada y pronta compensación por las propiedades nacionalizadas⁵⁸. Y finaliza señalando que el verdadero problema no residía en el enfrentamiento entre Cuba y Estados Unidos, sino en la influencia comunista que sobre toda Latinoamérica estaba promoviendo y canalizando el Gobierno cubano⁵⁹.

La Administración estadounidense se movió en todos los frentes para contener la iniciativa revolucionaria de terminar virtualmente con la presencia de capital norteamericano en Cuba. De todos modos, ya no había marcha atrás. El día 9 de agosto la prensa franquista señalaba que el gabinete ministerial cubano se había reunido para darle curso legal al proceso nacionalizador y un día después Eisenhower tomaba la palabra para evaluar la situación creada por Cuba a nivel continental.⁶⁰ Como había hecho Herter, Eisenhower centró el debate en la lucha contra el comunismo. Sin embargo, fue más explícito que su secretario de Estado en lo tocante a lo que podía considerarse tolerable dentro del ámbito americano. Eisenhower condenaba el comunismo, pero dejaba la puerta abierta a otras recetas organizativas, aunque no encajaran con el régimen democrático occidental.

En conferencia de prensa, el presidente estadounidense se mostró contundente ante la penetración comunista en el continente, pero al mismo tiempo hizo gala de las limitaciones con las que contaban los Estados Unidos para frenar el empuje de otros regímenes heterodoxos a la democracia parlamentaria. Eisenhower aseguró ante los medios de comunicación que Estados Unidos intervendría de “*forma muy definitiva*” si un Gobierno del hemisferio occidental, cualquiera de ellos, “*se viera dominado por el comunismo internacional y reducido a la condición de satélite de Moscú*”⁶¹. Sin embargo, también apuntó que Estados Unidos no contaba con las facultades para intervenir en el caso de que “*un país eligiera libremente otra forma de Gobierno*” distinta a la imperante en el ámbito occidental.⁶²

Aquella voluntad firme de suprimir los regímenes comunistas en el seno del mundo occidental parecía complementarse con las vacilaciones que generaba la represión de “*otras formas de gobierno*”. Eisenhower pasaba por alto los regímenes dictatoriales que existían en el continente americano, a todas luces incluidos en la elusiva expresión “*otras formas de gobierno*”, y parecía circunscribir la falta de libertades a la asunción de planteamientos comunistas. Estos últimos eran los que tenían que

⁵⁶ ABC (Año LIII). Núm.16976. Madrid: miércoles, 10 de agosto de 1960, pág. 21. Diario y *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7534. Madrid: martes, 9 de agosto de 1960, pág. 6. Diario.

⁵⁷ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7535. Madrid: miércoles, 10 de agosto de 1960, pág. 6. Diario.

⁵⁸ ABC (Año LIII). Núm.16977. Madrid: jueves, 11 de agosto de 1960, pág. 23. Diario y *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7535. Madrid: miércoles, 10 de agosto de 1960, pág. 6. Diario.

⁵⁹ *Idem*.

⁶⁰ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7536. Madrid: jueves, 11 de agosto de 1960, pág. 6. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6514. Madrid: jueves, 11 de agosto de 1960, pág. 5. Diario.

⁶¹ *Idem*.

⁶² *Idem*.

ser combatidos con firmeza en el hipotético caso de que algún país latinoamericano optara por esta forma de gobierno. La mera posibilidad de la libre asunción de planteamientos comunistas en la esfera política, económica o social se alejaba de los esquemas conceptuales del mandatario norteamericano. Simplemente se trataba de una idea que le resultaba inconcebible. El comunismo sólo podía imponerse bajo la coacción, manu militari, y, por tanto, la elección deliberada y libre de este sistema político se antojaba refractaria a la lógica y la racionalidad que reinaba en el continente americano. El presidente estadounidense rechazaba la idea de que algún pueblo americano quisiera “*perder sus libertades en beneficio del comunismo*”⁶³. Una circunstancia que, de todos modos, no debía llevar a la Administración norteamericana a contemporizar con los intentos soviéticos de penetrar en Latinoamérica.

El presidente estadounidense encuadraba el problema cubano en el marco de la Guerra Fría y culpaba a la URSS de generar “*una nueva atmósfera internacional*” de incertidumbres y recelos entre las antaño bien avenidas repúblicas americanas⁶⁴. Eisenhower parecía rehuir de cualquier tipo de responsabilidad o yerro por parte estadounidense en el descontento y la acción emprendida por el Gobierno cubano. Se limitaba a señalar a la URSS como la instigadora de la inquina cubana contra la Administración estadounidense. La nueva estrategia soviética a nivel internacional pasaba por sembrar la discordia entre las naciones latinoamericanas y había generado en los Estados Unidos la necesidad de “*modificaciones en el orden defensivo*” a modo de contrapeso para combatir la constante propaganda y el acoso soviético en el continente americano⁶⁵.

Un replanteamiento de la defensa del hemisferio occidental en el que, según las palabras del mandatario norteamericano, no habían influido el vicepresidente Nixon ni tampoco el gobernador de Nueva York, Rockefeller. Eisenhower se mostraba taxativo en este aspecto: los cambios habidos en el ámbito defensivo a nivel internacional en los últimos años contaban con la participación, los criterios y la responsabilidad exclusiva de los peritos del Pentágono, del Departamento de Estado y del propio presidente norteamericano. Los aciertos y torpezas debían serle atribuidos a estos tres agentes en detrimento del resto de departamentos gubernamentales y estatales.⁶⁶

Como puede observarse, la problemática latinoamericana entraba de lleno en el debate político estadounidense y lo hacía a pocos meses vista de las elecciones presidenciales. Demócratas y republicanos se hallaban ya en plena campaña electoral por la presidencia y los temas latinoamericanos, dentro de los cuales Cuba tenía la mayor cuota de protagonismo, comenzaron a ser material recurrente en la confrontación política. Las elecciones estaban concertadas para noviembre de 1960 y Eisenhower no quería comprometer a los líderes del Partido Republicano en su lucha por la presidencia contra el candidato demócrata John Fitzgerald Kennedy. Tal era así que los problemas por los que pasaban las relaciones entre Estados Unidos y la URSS o el espinoso asunto cubano tenían que recaer sobre las espaldas de la Administración en ejercicio y no podían servir de desgaste para los llamados a batirse en la arena política para luchar por la presidencia. De ahí la alusión explícita de Eisenhower a sus delfines políticos y a su falta de responsabilidades en el ámbito de la defensa y política internacional.

Sin embargo, los planteamientos de Eisenhower, fundamentalmente su propuesta de ayuda económica a Latinoamérica y el artificio de desvincular a Nixon y Rockefeller de las responsabilidades en materia de defensa, fueron tachadas por el Partido Demócrata como maniobras puramente electoralistas. Los demócratas consideraron que las iniciativas tomadas por Eisenhower y sus declaraciones durante

⁶³ *Idem.*

⁶⁴ *Idem.*

⁶⁵ *Idem.*

⁶⁶ *Idem.*

aquellos días respondían a la lógica electoral, pues el presidente norteamericano, además de exculpar a sus inmediatos colaboradores, en particular a aquellos llamados a luchar en la carrera presidencial, trataba de englobar en sus últimas decisiones aspectos que pertenecían al programa del Partido Demócrata⁶⁷. Esta era la idea que verbalizó en aquellos días Lyndon Johnson, candidato a vicepresidente en las próximas elecciones y líder de los demócratas en el Senado: Eisenhower no hacía más que asumir sus errores y acudir al programa demócrata para tratar de subsanarlos⁶⁸.

Como se aprecia, la Revolución cubana estaba alcanzando y alcanzaría en los meses venideros una importancia capital en los debates propios de la lucha electoral estadounidense. Eisenhower era consciente de ello y estaba dispuesto a cargar en solitario con la gestión del problema cubano para no hipotecar el futuro electoral de sus herederos políticos en la carrera por la presidencia, al mismo tiempo que trataba de capitalizar e impulsar parte de las políticas propuestas por los demócratas en lo tocante a las relaciones con América Latina, entre ellas la ayuda económica, presente en el programa del Partido Demócrata. Una estrategia que parecía tener como objetivo sacar los asuntos cubanos del debate político, pues las menciones a la Revolución cubana durante la campaña electoral a quien más podía perjudicar era a los republicanos, no en vano, ellos habían sido los que habían gestionado la crisis con Cuba y, a la vista de los resultados, de forma nada satisfactoria.

9.5 La Circular Colectiva de la jerarquía católica: punto de inflexión en las relaciones Iglesia-Estado

Los asuntos cubanos habían entrado de lleno en la campaña presidencial estadounidense a tres meses vista de los comicios a la presidencia norteamericana. La Revolución cubana era difícil de desligar de la política doméstica estadounidense y menos aún en un contexto de contienda electoral. En el caso de la España de Franco la falta de libertades políticas y de llamada a sufragio impedía la confrontación de pareceres en lo tocante a los asuntos cubanos. Existían diferencias entre las diferentes familias del régimen sobre la significación de la Revolución cubana y el papel a jugar por España en el conflicto creado tras el arribo de los hombres de Fidel Castro al poder. Sin embargo, estas diferencias no se hacían explícitas debido a la falta de confrontación política entre las familias del régimen.

Los debates en España sobre la Revolución cubana terminaban casi siempre girando en torno a la ascendencia común entre cubanos y españoles y al catolicismo que compartían ambos pueblos. Estos dos temas, al fin y al cabo asuntos de familia debido a los lazos que existían entre la antigua metrópoli y la levantisca excolonia, sustituían los inexistentes debates entre formaciones políticas en España. Como se ha expuesto ya en reiteradas ocasiones, el devenir del catolicismo cubano estaba estrechamente ligado a la presencia de España en Cuba y, por tanto, cualquier contencioso entre la Iglesia cubana y el Gobierno revolucionario rápidamente se trasformaba en un desencuentro entre la Cuba de Fidel Castro y la España de Francisco Franco. Una circunstancia que terminaba por abrir viejas heridas y que daba a pie a una serie de reproches y rencores que eran propios de la ascendencia común que compartían españoles y cubanos.

Dadas estas premisas, no resultaba extraño que ante cualquier desliz o indiscreción de la Iglesia cubana frente al Gobierno revolucionario, la España franquista se viera inmediatamente conminada a participar en la refriega y que fruto de este enfrentamiento se destaparan otros asuntos que permanecían latentes en las relaciones entre España y Cuba. Esto fue lo que sucedió a raíz de la carta pastoral lanzada por la jerarquía católica un día después del decreto de nacionalizaciones anunciado

⁶⁷ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7534. Madrid: martes, 9 de agosto de 1960, pág. 6. Diario.

⁶⁸ *Idem*.

por el Gobierno revolucionario. El día 7 de agosto en las iglesias cubanas se leyó una pastoral en la que se hacía una fuerte crítica al comunismo y a todos aquellos que lo secundaban.

La prensa franquista atribuyó la autoría de la carta pastoral al cardenal Arteaga, arzobispo de La Habana⁶⁹. De todos modos, lo cierto es que la “Circular Colectiva”, como intitularon aquella pastoral los prelados cubanos, contaba con la firma de todas las autoridades eclesiásticas de la isla incluida la del mentado cardenal Arteaga. El arzobispo de La Habana aparecía como el primer signatario de aquella pastoral. Sin embargo, el prelado habanero, a pesar de desempeñarse en el cargo más relevante del catolicismo cubano, estaba lejos de fijar los destinos de la Iglesia en Cuba; más bien los secundaba sin objeciones, pues, debido a su avanzada edad y a su delicado estado de salud, se encontraba desde hacía meses fuera de los debates estratégicos de la Iglesia⁷⁰.

El pronunciamiento de la oficialidad del catolicismo cubano provenía de las altas esferas. Es decir, de los prelados al cargo de la totalidad de las diócesis cubanas. Por primera vez, la jerarquía católica se presentaba en bloque para pronunciarse sobre el momento cubano. Lo hacía además sembrando dudas sobre el devenir del proceso revolucionario y exhortando al catolicismo cubano para que se tomaran las mayores precauciones ante la deriva marxista en la que estaba inmersa parte de la dirigencia revolucionaria.

Según han constatado estudiosos de la Iglesia cubana, la “Circular Colectiva” del Episcopado del 7 de agosto de 1960 llevaba semanas en gestación y no salió a la luz hasta finales de aquella primera semana de agosto debido a la falta de consenso dentro de la jerarquía católica⁷¹. Y es que había posiciones contrapuestas sobre la conveniencia de emitir un comunicado conjunto en aquel momento. Además del provecho o merma que para los intereses de la Iglesia podía acarrear un pronunciamiento de la jerarquía católica en aquellos días, había también serias desavenencias sobre el carácter que debía portar el comunicado y sobre los temas que tenían que exponerse en aquella carta pastoral⁷². Por otro lado, estaba la posición de los sacerdotes extranjeros radicados en Cuba, en su mayoría españoles, quienes podían salir seriamente dañados de aquel envite. Evelio Díaz, como administrador apostólico de La Habana, temía por la expulsión del clero extranjero, que, debido a su importancia en número e influencia, podía significar “*la muerte de la Iglesia en Cuba*”⁷³.

Sin embargo, la necesidad de emitir una circular colectiva crítica con el desempeño gubernamental contaba con el impulso de uno de los prelados españoles con mayor ascendencia dentro de la Iglesia cubana: monseñor Pérez Serantes, arzobispo de Santiago de Cuba. Pérez Serantes no se encontraba sólo en la propuesta de apelar al Gobierno para pedirle firmeza ante el comunismo y prudencia en el ritmo y profundidad de las reformas. El prelado gallego era secundado en su posición beligerante por Eduardo Boza Masvidal, obispo auxiliar de La Habana, y por monseñor Luis Centoz, nuncio vaticano⁷⁴. Frente a ellos se encontraban Evelio Díaz, arzobispo coadjutor y administrador apostólico de La Habana, y Martín Villaverde, obispo de Matanzas, quienes señalaban que la Iglesia tenía que optar por una posición en la que se reiterara su compromiso con la justicia social y las reformas económicas, aunque sin renunciar a criticar la deriva procomunista que habitaba en el Gobierno revolucionario⁷⁵.

⁶⁹ ABC (Año LIII). Núm.16975. Madrid: martes, 9 de agosto de 1960, pág. 27. Diario, *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7533. Madrid: lunes, 8 de agosto de 1960, pág. 3. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6511. Madrid: lunes, 8 de agosto de 1960, pág. 1. Diario.

⁷⁰ Uría Rodríguez, Ignacio: *Op. Cit.*, pág. 398.

⁷¹ *Ibidem*, págs. 396-398.

⁷² *Idem*.

⁷³ *Ibidem*, pág. 396.

⁷⁴ *Ibidem*, pág. 398.

⁷⁵ *Ibidem*, págs. 396 y 397.

Evelio Díaz tenía también presente el daño que podía causar al clero español un pronunciamiento de aquella índole, pues prontamente, como había sucedido en otras ocasiones, colocaría a la dirigencia revolucionaria en posición de tachar a parte de la Iglesia de contrarrevolucionaria, franquista y reaccionaria. Sin embargo, la toma de posiciones abiertamente contestatarias por parte del Episcopado podía traer consecuencias aún más graves, pues, como ya hemos apuntado, existía la posibilidad de que se desencadenara un decreto de expulsión para aquellos sacerdotes españoles que ejercían su magisterio en Cuba. Aquellos sectores de la Iglesia cubana que tenían ascendencia española serían los primeros señalados ante un pronunciamiento desfavorable sobre el rumbo que estaba imprimiendo la dirigencia fidelista al proceso revolucionario.

Pérez Serantes y Evelio Díaz representaban las dos estrategias que se barajaban dentro de la jerarquía católica para tutelar el proceso revolucionario. El primero apostaba abiertamente por enfrentarse a la revolución y hacerle saber que la Iglesia cubana no toleraría la presencia comunista en los puestos dirigentes. El segundo se mostraba más contemporizador y consideraba poco prudente un enfrentamiento directo con el Gobierno revolucionario. El resto de los prelados cubanos mostraban una actitud ambigua ante la conveniencia y los problemas que podían traer la publicación de una carta pastoral en la que se fijara la posición de la Iglesia. Una posición que inevitablemente tendría que atacar al comunismo como doctrina y asumir una posición comprometida frente a la dirigencia cubana, pues tendrían que juzgar, con mayor o menor severidad, la actitud del Gobierno revolucionario en la acometida de alguna de sus últimas reformas.

Finalmente terminó prevaleciendo la posición de Pérez Serantes, Boza Masvidal y Centoz, pues la pastoral fue leída en todas las Iglesias cubanas el 7 de agosto de 1960 en la misa dominical, pocas horas después de la promulgación nacionalizadora anunciada por Fidel Castro. La pastoral contaba con la firma de los prelados mentados en las líneas precedentes, a los que se sumaban la totalidad de las dignidades que regían el conjunto de las diócesis cubanas. Es decir, el resto de la jerarquía eclesiástica del catolicismo cubano: Carlos Riu Anglés, obispo de Camagüey; Manuel Rodríguez Rozas, obispo de Pinar del Río; Alfredo Muller San Martín, administrador apostólico de Cienfuegos; y José Maximino Domínguez Rodríguez, obispo auxiliar de La Habana⁷⁶. La plana mayor de la jerarquía eclesiástica había secundado con su rúbrica el documento y conminaba de este modo a la dirigencia revolucionaria a entrar en un debate que estaba lejos de desear dado el momento convulso por el que pasaban sus relaciones exteriores.

La Iglesia cubana parecía hacer gala una vez más del don de la oportunidad en sus declaraciones y comunicados, pues como había sucedido en otras ocasiones lanzaba su carta pastoral justo cuando el Gobierno cubano necesitaba que la sociedad cerrara filas con la revolución ante la previsible acometida de la Administración norteamericana. La Iglesia cubana, sin embargo, no lo vio así, pues de forma más clara que en los enfrentamientos precedentes había optado por la vía rupturista. Al menos, esto fue lo que entendió la prensa franquista.

Pueblo lanzó en su primera página el siguiente titular el día 8 de agosto: “Cuba; el Arzobispo de La Habana ataca las tendencias comunistas del régimen fidelista”⁷⁷. *El Alcázar*, también en su primera página, señalaba que el arzobispo de La Habana había expresado “la profunda preocupación de la Iglesia por el régimen de Castro”, mientras el diario *ABC* secundaba la línea editorial de *El Alcázar* señalando que el mentado prelado había atacado “las nuevas tendencias del régimen castrista”⁷⁸.

⁷⁶ *La Quincena* (Año VI). Núm. 15. La Habana: domingo, 31 de agosto de 1960, pág. 81. Quincenal.

⁷⁷ *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6511. Madrid: lunes, 8 de agosto de 1960, pág. 1. Diario.

⁷⁸ *ABC* (Año LIII). Núm. 16975. Madrid: martes, 9 de agosto de 1960, pág. 27. Diario y *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7533. Madrid: lunes, 8 de agosto de 1960, pág. 3. Diario.

Llama la atención que los dos diarios más vinculados al catolicismo redujeran la tensión del momento, como fue el caso de *ABC* y *El Alcázar*, y que el más alejado de la sensibilidad católica española y de su estrategia internacional, el sindicalista *Pueblo*, hiciera uso de un titular más abiertamente incisivo, centrándose en la acusación explícita lanzada por los prelados en lo tocante a la tendencia comunista del régimen cubano, algo que, por otro lado, no se ajustaba con exactitud a lo expresado por los prelados de las diócesis isleñas. Llegados a este punto, en el que el contenido de la pastoral entraba ya en el terreno de las interpretaciones, resulta perentorio ceñirse a lo reflejado en la “Circular Colectiva”, reproducida de forma íntegra en la revista *La Quincena*⁷⁹, para dilucidar el contenido de crítica que albergaba la pastoral y el papel que se atribuía en este documento al comunismo en el seno de la Revolución cubana.

El comunicado en cuestión reflejaba las tendencias que moraban dentro de la Iglesia cubana. Ahora bien, lo que parecía evidente es que, en aquel documento, los más críticos con el proceso cubano, acaudillados por Pérez Serantes y Boza Masvidal, habían conseguido imponerse a los moderados, el grupo representado por Evelio Díaz y Martín Villarverde. Y es que, la carta pastoral, si por algo se caracterizaba, era por su falta total de retruécanos y sutilezas. El documento en cuestión no utilizaba las ambigüedades y las prudencias de que hacía gala normalmente la Iglesia cubana en sus pronunciamientos. La “Circular Colectiva” constituía un posicionamiento claro frente a la labor revolucionaria, en la que los errores y los aciertos atribuidos al primer año y medio largo de revolución rivalizaban a los largo del comunicado. Por primera vez desde el triunfo de la revolución, la Iglesia católica lanzaba sus huestes contra la revolución y criticaba todo aquello en lo que, a su parecer, se había equivocado la dirigencia revolucionaria.

La pastoral comenzaba con una introducción sobre la doctrina social católica y la justa distribución de las riquezas propugnada por Pío XII. Sobre esta base doctrinal se construía un relato en el que se señalaba el modo en el que la Iglesia había acogido, “*con la más viva simpatía*”, las medidas tomadas por la Revolución cubana para elevar el nivel de vida de los humildes y necesitados del país⁸⁰. La labor revolucionaria en materia social era ensalzada abiertamente en aquella pastoral, pues, según exponían los prelados, las autoridades cubanas se habían empeñado desde el mismo triunfo de la revolución en la promoción de “*medidas encaminadas a rebajar el costo de la vida y aumentar los ingresos de las clases más necesitadas*”⁸¹, una labor que recibía el refrendo de la jerarquía católica y que debía ser reconocida en Cuba y más allá de sus fronteras. Del mismo modo, a los prelados cubanos, no les dolían prendas a la hora de señalar la satisfacción que había producido en el seno del catolicismo, y de la jerarquía eclesiástica, la Reforma agraria y los proyectos de industrialización promulgados por el régimen fidelista⁸². Tampoco se perdía de vista el avance en materia educativa y sanitaria conseguido mediante el crecimiento significativo del número de escuelas y hospitales⁸³.

En el mismo sentido, haciendo gala del elogio, se pronunciaban los prelados al evaluar el trabajo desarrollado por la revolución en la construcción de viviendas populares, en la erradicación del juego, en la lucha contra la discriminación racial y en los esfuerzos acometidos para sanear la administración y desterrar la corrupción del panorama político cubano⁸⁴. El conjunto de estas reformas y transformaciones recibieron el refrendo de las autoridades eclesiásticas. Tal era así que los prelados no dudaron en calificar estas medidas como fundamentales y necesarias para la promoción material

⁷⁹ *La Quincena* (Año VI). Núm. 15. La Habana: domingo, 31 de agosto de 1960, págs. 2, 3 y 81. Quincenal.

⁸⁰ *Ibidem*, pág. 2.

⁸¹ *Idem*.

⁸² *Idem*.

⁸³ *Idem*.

⁸⁴ *Ibidem*, pág. 3.

y moral de Cuba. Las autoridades eclesiásticas no le ahorraron elogios a la revolución por todos lo conseguido en tan corto espacio de tiempo.

Sin embargo, aquella retahíla de alabanzas tenía su contrapeso en una no menos numerosa secuencia de críticas. La jerarquía católica, acogiendo a las lides diplomáticas, hablaba de “*preocupaciones y temores*”⁸⁵, quizás con ánimo de descargar de acritud aquella pastoral. De todos modos, la crítica era más explícita que en ninguna otra ocasión, pues los prelados arremetieron abiertamente contra el Gobierno revolucionario. La carta pastoral, después de reconocer el carácter irrenunciable de las tan necesarias medidas sociales acometidas por el Gobierno revolucionario, señalaba que muchas de aquellas medidas habían sido llevadas a cabo sin “*el respeto debido a los derechos de todos los ciudadanos*”⁸⁶. Sin embargo, esta no era la mayor preocupación de la jerarquía católica. La carta pastoral señalaba la necesidad de ceñirse a lo que la Iglesia cubana consideraba el problema fundamental al que tenía que hacer frente la Revolución cubana. “*Un problema de extraordinaria gravedad*”, según exponían los prelados, y que se mostraba ya de forma tan manifiesta que “*ninguna persona de buena fe*” podía atreverse a negar o enmascarar. Este problema no era otro que “*el creciente avance del comunismo*” en Cuba⁸⁷. Con esta apreciación la Iglesia daba por sentado que los comunistas se encontraban ya entre los que tomaban las decisiones en Cuba, o al menos que contaban con capacidad de influencia sobre los llamados a decidir en lo tocante al futuro revolucionario.

La pastoral daba a entender que los problemas de la Revolución cubana habían llegado tras el acercamiento a los países de la órbita comunista y fundamentalmente tras el establecimiento de relaciones diplomáticas entre Cuba y la Unión Soviética. Para cimentar esta idea, la “Circular Colectiva” hacía una exposición sobre cuál había sido la actitud de la Iglesia ante el establecimiento de relaciones comerciales, culturales y diplomáticas con los Gobiernos de los principales países comunistas.

Los prelados ponían especial atención en el acercamiento a la Unión Soviética y en las diferencias que existían entre las relaciones económicas y las diplomáticas. Las primeras podían constituir una vía para la diversificación económica cubana, pero las segundas se erigían en puente para el desembarco de las ideas y la propaganda soviética. Un razonamiento que no se reflejaba abiertamente en la pastoral, pero que se podía entrever en la posición sostenida por la Iglesia cubana ante ambos tipos de relaciones.

La “Circular Colectiva” señalaba que las relaciones estrictamente comerciales o económicas con la URSS no habían suscitado inquietud alguna en el seno del catolicismo⁸⁸. Sin embargo, el establecimiento de relaciones diplomáticas había dado pie a que saltaran las primeras alarmas dentro de la Iglesia cubana. Después de la reanudación de los vínculos diplomáticos entre Moscú y La Habana, los prelados consideraban que el alcance de la propaganda comunista había ido a más. Y que en las últimas semanas el nivel al que había llegado el repetido y caluroso elogio a los sistemas de vida imperantes en los países socialistas se había disparado. Tal era así, que el discurso comunista parecía constituirse ya en parte de la cotidianidad revolucionaria. Unos elogios a los planteamientos soviéticos y a los países que secundaban su línea política que, según los prelados, rompían las barreras del tradicional comunismo cubano, pues habían contado, además de con los voceros habituales, con la pluma de “*periodistas gubernamentales*”, con la voz de “*líderes sindicales*” y con el sustento de “*algunas altas figuras del Gobierno*”⁸⁹.

⁸⁵ *Idem.*

⁸⁶ *Idem.*

⁸⁷ *Idem.*

⁸⁸ *Idem.*

⁸⁹ *Idem.*

La infiltración comunista no se circunscribía ya a la colocación de hombres del PSP en responsabilidades secundarias, sino que iba mucho más allá. De acuerdo a la línea argumental de la jerarquía católica, la fiebre marxista azotaba ya a la isla con intensidad y había llegado a colonizar las mentes de revolucionarios que no formaban parte de la antigua formación comunista cubana. Una apreciación que nos retrotrae a la postura sostenida por monseñor Enrique Pérez Serantes en la pastoral eclesiástica “Por Dios y por Cuba” lanzada en mayo de 1960⁹⁰. En aquella pastoral el prelado gallego había hecho un llamamiento a la unidad de la Iglesia en la lucha contra el comunismo. En la pastoral de mayo, el arzobispo de Santiago de Cuba había señalado que el enemigo, léase, el comunismo, se había insertado ya en el proceso revolucionaria y que alzaba la voz, como quien se sabía ya situado en predio propio⁹¹.

Este paralelismo entre lo esbozado por el prelado gallego en mayo de 1960 y lo sostenido en la pastoral de agosto de 1960 nos indica que las ideas esbozadas por Pérez Serantes y también por Boza Masvidal en los meses precedentes parecían tener su asiento en el capítulo de críticas consignado al Gobierno revolucionario en la “Circular Colectiva”. De igual modo, y siguiendo un razonamiento similar, la postura mantenida por Evelio Díaz y Martín Villaverde en favor de la labor revolucionaria en los últimos meses nos lleva a sostener que la parte de la pastoral de agosto que hacía referencia a los logros de la revolución en materia social, económica y organizativa contaban con el refrendo de las ideas sostenidas por estos dos prelados.

De todos modos, más allá de las diferencias entre Pérez Serantes y Boza Masvidal, por un lado, y Evelio Díaz y Martín Villaverde, por el otro, en lo que convergían una y otra tendencia, y a la que también se sumaba el resto de la jerarquía católica, era en su oposición al comunismo como doctrina política y social. Un tema al que se consignaba la última parte de la “Circular Colectiva”.

Después de los logros y las críticas con las que se adornaba y afeaba la labor revolucionaria, la pastoral pasaba a señalar en su tramo final los motivos que despertaban la preocupación dentro de la Iglesia cubana sobre el futuro de Cuba. Un porvenir que necesariamente precisaba huir de la tentación comunista, pues el catolicismo cubano no podría sumarse a un proceso revolucionario que derivara hacia la asunción del comunismo. Aquí la pastoral acudía a ideas esbozadas por *La Quincena* en varios artículos publicados en sus últimas entregas al señalar que católicos y comunistas partían de principios tan diferentes que impedían su convivencia y colaboración. Desde una perspectiva meramente doctrinal el catolicismo y comunismo resultaban incompatibles, pues sostenían “*concepciones del hombre y del mundo totalmente opuestas*” y, por lo tanto, imposibles de conciliar⁹².

La carta pastoral encadenaba entonces una serie de apreciaciones sobre el materialismo ateo que imperaba en el constructo ideológico comunista y afirmaba que el comunismo, como ideología, irremediabilmente conducía a la conculcación de “*los derechos de la persona humana*”⁹³. El documento acudía a los planteamientos habituales y a los lugares comunes que servían para recrear el universo soviético en la prensa occidental de la época. Entre ellos el “*terror policial*” que imperaba en los países comunistas, “*el régimen dictatorial*” al que estaban abocados todos los países que habían optado por la vía soviética, “*el control total del Estado sobre los medios de producción*” o la anulación por decreto del “*derecho de propiedad*”⁹⁴. Según las ideas esbozadas por la jerarquía

⁹⁰ *La Quincena* (Año VI). Núm. 10. La Habana: martes, 31 de mayo de 1960, págs. 36 y 37. Quincenal.

⁹¹ *Ibidem*, pág. 36.

⁹² *La Quincena* (Año VI). Núm. 15. La Habana: domingo, 31 de agosto de 1960, pág. 3. Quincenal.

⁹³ *Idem*.

⁹⁴ *Ibidem*, págs. 3 y 81.

católica, éstas eran las características propias del socialismo soviético y del resto de países que secundaban, voluntariamente o bajo la coacción, la vía comunista de organización política y social.

Una línea argumental en la que el discurso del miedo tomaba el protagonismo para señalar todos los problemas que traería aparejados, según la carta pastoral, la implantación de un sistema comunista en Cuba. Por otro lado, los prelados isleños consideraban que la adopción de un régimen de aquellas características resultaba distante de la tradición histórica imperante en Cuba, y que, por lo tanto, era ajeno al sentir del pueblo cubano.

La carta finalizaba posicionándose claramente a favor “*de las más profundas reformas sociales*” siempre que tuvieran como fundamento la justicia y la caridad, pero rechazaba y condenaba sin salvedades “*las doctrinas comunistas*”⁹⁵. La pastoral exponía sus conclusiones de forma meridianamente clara: la Iglesia estaba fuertemente posicionada “*en favor de los humildes*”, pero no estaría en ningún caso a favor del comunismo⁹⁶.

No fue otra la idea que alumbró los párrafos finales de aquella conflictiva pastoral, en los que la advertencia y el ruego se mezclaban para hacerle frente al comunismo. El comunismo era el enemigo declarado de la doctrina católica y ante aquella realidad los prelados se veían obligados a informar a la dirigencia revolucionaria que no obtendrían el apoyo de la Iglesia si optaban por la vía marxista:

*“No se le ocurra, pues, a nadie venir a pedirles a los católicos, en nombre de una mal entendida unidad ciudadana, que nos callemos nuestra oposición a estas doctrinas, porque no podríamos acceder a ello sin traicionar nuestros más fundamentales principios”*⁹⁷.

Aquella declaración de intenciones señalaba de forma muy clara que la Iglesia le daría la espalda a la revolución en caso de connivencia doctrinal con el comunismo y que no dudaría en denunciar esta complicidad haciendo uso de su influencia que el catolicismo tenía en Cuba, en América y en el resto del mundo. La carga destructiva que traía aparejada la carta pastoral de los prelados para las relaciones Iglesia-Estado en Cuba parecía evidente.

A partir de aquel comunicado el conflicto entre la Iglesia cubana y el Gobierno revolucionario ya nunca consiguió encauzarse. La Iglesia cubana, como señalaba en su último enunciado la carta pastoral, estaba contra “*el comunismo materialista y ateo*”, como lo estaba, según su parecer, “*la mayoría absoluta del pueblo cubano*” que se consideraba católico⁹⁸. El catolicismo de la población constituía, según el razonamiento de los prelados, el dique de contención contra el desembarco comunista, pues la Cuba católica sólo podría caer en un régimen comunista a través del sometimiento, el engaño o la coacción⁹⁹. La pastoral terminaba con una apelación a “*la Santísima Virgen de la Caridad*” para que no permitiera jamás el establecimiento de un régimen comunista en Cuba¹⁰⁰.

El comunicado de los prelados de las diócesis cubanas vio la luz en un momento sumamente inoportuno para los intereses revolucionario, pues se insertaba entre el anuncio de las nacionalizaciones y la futura conferencia de la OEA en San José de Costa Rica. La Iglesia y sus órganos de expresión en Cuba, fundamentalmente *La Quincena*, trataron de desvincular el documento del proceso de nacionalizaciones, pero la lectura dominical de la pastoral a pocas horas de la intervención de Fidel Castro hacía de la declaración de la jerarquía católica un pronunciamiento en

⁹⁵ *Ibidem*, pág. 81.

⁹⁶ *Idem*.

⁹⁷ *Idem*.

⁹⁸ *Idem*.

⁹⁹ *Idem*.

¹⁰⁰ *Idem*.

contra del Gobierno revolucionario, que venía a sumarse al aluvión de protestas procedentes de los Estados Unidos.

9.5.1 La Circular Colectiva enfrenta a la Revolución cubana con el Gobierno franquista

La “Circular Colectiva” supuso un torrente de descalificaciones para el Episcopado cubano por parte de los sectores revolucionarios y trajo como consecuencia altercados a la puerta de los templos cubanos debido a la lectura en los mismos de la pastoral de los preladados. Los enfrentamientos entre los sectores del catolicismo que apoyaban el contenido de la circular y los detractores de la pastoral pronto hicieron acto de presencia en la prensa. La mayoría de los diarios franquistas, tomando los enfrentamientos a la puerta de los templos como parte de la acción gubernamental, consideraron que la respuesta del Gobierno cubano a la jerarquía católica se había materializado a través del acoso al catolicismo. Es decir, la dirigencia revolucionaria estaba cargando contra la grey católica cubana en su totalidad y contra sus representantes en Cuba, pues desde estos diarios se consideró que detrás de los detractores de la carta pastoral que se personaron en las inmediaciones de las iglesias de la isla para explicitar la protesta se encontraba el Gobierno cubano.

Ésta fue la tesis que manejó y sobre la que articularon su discurso el diario *ABC* y *El Alcázar*. Ambos periódicos, en abierta desaprobación con la línea gubernamental cubana, llevaron a sus titulares una interpretación de los enfrentamientos producidos a las puertas de los templos cubanos en la que se hacía gala de un marcado maniqueísmo. *El Alcázar* concretaba de forma clara su línea editorial con el siguiente titular: “*El Gobierno cubano contra los católicos*”¹⁰¹. Esta perspectiva era sustentada hábilmente al hacerse eco de la detención de dos sacerdotes en unos altercados protagonizados en La Habana pocas horas después de que Evelio Díaz leyera la pastoral en la misa dominical de la catedral de La Habana. Los padres Fernando Arango y Argelio Blanco habían sido arrestados en unión de cuatro miembros de la Juventud Católica “*después de una pelea entre católicos y elementos ultranacionalistas y comunistas en las cercanías de la catedral*”¹⁰².

Los sacerdotes prendidos en la reyerta habían sido puestos en libertad pocas horas después sin mayores consecuencias¹⁰³. Sin embargo, la detención de dos sacerdotes, a todas luces una noticia menor debido a la casi inmediata excarcelación de los religiosos, se mostró en *El Alcázar* a través de grandes caracteres en su primera página¹⁰⁴. *ABC* reaccionó del mismo modo ante aquella noticia e hizo uso también de la misma tipografía para señalar la detención de los dos sacerdotes en La Habana como la noticia principal de su sección de internacionales¹⁰⁵.

ABC y *El Alcázar* retrataban a Cuba como a un país más dentro del orbe soviético y señalaban las dificultades con las que se tenía que enfrentar la Iglesia debido a su oposición al comunismo. En Cuba, como en otros países comunistas, la religión afrontaba dificultades para su desarrollo. Una interpretación de lo que sucedía en Cuba entre Iglesia y Estado que estaba bien lejos del acontecer cubano. *El Alcázar* iba más allá en su desaprobación de la Revolución cubana y a través de un editorial señalaba que la Iglesia era la última estación del proyecto revolucionario. Según el matutino madrileño el régimen de Fidel Castro había recorrido un largo viaje en su lucha por implantar el comunismo y ya próximo a su destino final había topado con la Iglesia.

El Alcázar era inclemente con el proceso cubano. Según el diario franquista, el régimen fidelista, en su año y medio largo de vida, había hecho “*caso omiso de las libertades humanas*”, incluido “*el*

¹⁰¹ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7535. Madrid: miércoles, 10 de agosto de 1960, pág. 3. Diario.

¹⁰² *Idem*.

¹⁰³ *Idem*.

¹⁰⁴ *Idem*.

¹⁰⁵ *ABC* (Año LIII). Núm.16977. Madrid: jueves, 11 de agosto de 1960, pág. 23. Diario.

régimen de propiedad”¹⁰⁶. La propiedad, según el diario franquista, se erigía en uno de los elementos fundamentales dentro de este grandilocuente título de “libertades humanas”. Además de estas violaciones, que emitidas desde la prensa franquista parecían casi subversivas, dada la condición del régimen español, *El Alcázar* hablaba también de otros destrozos en la vida cubana, perpetrados según el editorial, bajo “*el slogan de las reivindicaciones sociales*”¹⁰⁷. Entre ellos el diario madrileño hablaba de la descomposición de la familia y de la ruina de la moral¹⁰⁸. Tras la vaga enumeración de todos aquellos atropellos el diario consideraba que le había llegado el turno a la religión, víctima postrera del empuje revolucionario.

El Alcázar no sólo eludía que las protestas ante las iglesias cubanas eran consecuencia y no causa de la pastoral del Episcopado, sino que perfilaba un programa apriorístico, establecido por la dirigencia revolucionaria desde el mismo triunfo fidelista, y urdido como plan excluyente en el que la moral, la familia, las libertades básicas y la propia Iglesia cubana no tenían cabida. El editorial entraba entonces a señalar la larga lista de personalidades políticas, diplomáticas y de otros órdenes, que habían plantado ya al proceso revolucionario¹⁰⁹. El motivo de la espantada no era otro que el arribo del comunismo a Cuba.

El Alcázar despachaba la actualidad cubana a través del editorial más duro publicado hasta la fecha en sus páginas. En otras ocasiones, la opinión del diario, aun siendo sumamente crítica con el Gobierno revolucionario, había tratado de balancear los, según *El Alcázar*, numerosos errores, con los, según este mismo diario, contados aciertos. Sin embargo, en esta ocasión la crítica del rotativo madrileño no concedía absolutamente nada al régimen fidelista. Un régimen que se encontraba en manos del líder que le daba nombre, de su hermano Raúl Castro y del “Che” Guevara, definido en las páginas de *El Alcázar* como “*el aventurero presidente del Banco Nacional*”¹¹⁰. Fidel Castro gobernaba a su antojo secundado por sus dos lugartenientes y los deseos del máximo líder se convertían en órdenes, según enfatizaba el editorial¹¹¹.

El Alcázar acudía también a hacer balance de los fusilamientos realizados bajo el régimen cubano, seiscientos según sus cálculos. Cuba se había convertido además “*en inmenso centro de espionaje comunista*”. Una condición que había llegado de la mano de los lazos y “*la amistad*” con los países comunistas: “*Rusia y China Roja*” eran los nuevos protagonistas del “*panorama inmediato del régimen castrista*”. Un régimen que había llevado al país al colapso económico, pues, según el mentado editorial, “*el déficit de la Hacienda cubana sobrepasa los cuatrocientos millones de pesos*”.¹¹²

Este era el estado de la economía y de la vida política y social en la nueva Cuba según pormenorizaba el rotativo madrileño. La detención de dos sacerdotes y la negativa del Gobierno a recibir al arzobispo de La Habana, junto con los incidentes ocurridos en la catedral y la supresión de la enseñanza religiosa en algunas escuelas era el paso definitivo emprendido por “*Fidel y sus barbudos*” en la erradicación del estilo de vida imperante en Cuba.¹¹³

El presidente cubano se había negado a recibir al arzobispo auxiliar de La Habana como reflejó *El Alcázar* de forma secundaria en la retahíla de reproches al Gobierno revolucionario. Evelio Díaz había mostrado su preocupación ante los incidentes registrados en la catedral habanera a raíz de la lectura

¹⁰⁶ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7536. Madrid: jueves, 11 de agosto de 1960, pág. 4. Diario.

¹⁰⁷ *Idem.*

¹⁰⁸ *Idem.*

¹⁰⁹ *Idem.*

¹¹⁰ *Idem.*

¹¹¹ *Idem.*

¹¹² *Idem.*

¹¹³ *Idem.*

de la pastoral del Episcopado. En otras poblaciones, incluida Santiago de Cuba, se había producido altercados similares y como consecuencia de ello el prelado habanero había solicitado audiencia con el presidente cubano¹¹⁴. Monseñor Evelio Díaz consideró los altercados y las detenciones de suma gravedad, solicitó un encuentro con Dorticós y amenazó con el cierre de todas las iglesias del país si el Gobierno no garantizaba la libertad de religión¹¹⁵.

Osvaldo Dorticós, sin embargo, consideró que el momento no era el más oportuno para reunirse debido a los convulsos momentos por los que pasaba Cuba y aseguró que los cultos religiosos se respetarían en toda la isla. Éste era el primer pronunciamiento de la oficialidad revolucionaria sobre la tensión generada a raíz de la carta pastoral. Una intervención que *El Alcázar* y el diario *ABC* acometieron de forma superficial al señalar que el presidente se había comprometido a garantizar la libertad de culto¹¹⁶.

La intervención de las autoridades cubanas para explicitar su posición ante el Episcopado cubano era la noticia más esperada y sin duda la noticia a destacar en aquel contexto de enfrentamiento entre Iglesia y Estado. Sin embargo, *El Alcázar* y *ABC* no lo consideraron así, una posición que contrastaba con la adoptada por *Pueblo*. El diario sindical pasó por alto la detención de los sacerdotes y los desencuentros entre partidarios y detractores del pronunciamiento episcopal. Su línea editorial se centró en las declaraciones de Dorticós a través de un destacado en la sección de internacionales. El presidente cubano, como la máxima magistratura del Estado, fue el que tomó la palabra para señalar que la revolución no tenía problemas con la Iglesia, que los cultos serían respetados y que el catolicismo estaba siendo presa de la “contrarrevolución”¹¹⁷. El presidente cubano se refirió al tema religioso mientras dirigía la palabra a los asistentes a un congreso de trabajadores del comercio para acusar a la contrarrevolución “de tratar de enfrentar a la Iglesia con el Gobierno” y añadió que, “a pesar de todas las provocaciones, el Gobierno continuaría respetando todos los cultos religiosos”¹¹⁸.

Las relaciones entre Iglesia y Estado habían sufrido algún desencuentro, pero en ningún caso registraron la gravedad de lo acontecido en el mes de agosto de 1960. El Episcopado cubano había acudido a la penetración comunista como fuente y argumento para armar su ataque contra el Gobierno cubano. De este modo, asumía como propia la estrategia trazada y puesta en práctica por la contrarrevolución desde hacía meses. La jerarquía católica había optado por una línea muy clara frente al Gobierno cubano y lo hacía además en un momento en el que el proceso cubano tenía que frenar la acometida estadounidense. Ante tal escenario, no resulta extraño que la dirigencia revolucionaria viera cierta identidad de intereses entre unos, prelados, y otros, Administración estadounidense.

El enfoque antimperalista propio del discurso revolucionario era arrinconado por el Episcopado cubano para asumir, en comunión con el Gobierno Eisenhower, la tesis de la infiltración comunista. Un cambio de rumbo en la tradicional prudencia de la Iglesia que daba luz verde al choque con el proceso revolucionario. Una muestra evidente de que la estrategia de la Iglesia cubana frente a la revolución había cambiado podía encontrarse en los rumores procedentes del Vaticano. Las conjeturas sobre el sentir vaticano que publicó la prensa franquista no hacían más que reforzar el contenido y la intención de la carta pastoral del Episcopado isleño.

No debe olvidarse, como se ha destacado ya, que el Nuncio vaticano en La Habana, monseñor Luis Centoz, era uno de los que apostaba por la línea beligerante contra el Gobierno revolucionario. Una

¹¹⁴ Uría Rodríguez, Ignacio: *Op. Cit.*, págs. 398-405.

¹¹⁵ *ABC* (Año LIII). Núm.16977. Madrid: jueves, 11 de agosto de 1960, pág. 23. Diario y *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7536. Madrid: jueves, 11 de agosto de 1960, pág. 6. Diario.

¹¹⁶ *Idem.*

¹¹⁷ *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6514. Madrid: jueves, 11 de agosto de 1960, pág. 5. Diario.

¹¹⁸ *Idem.*

realidad que aparecía reforzada por lo expuesto en *El Alcázar* al acometer la preocupación que imperaba en el Vaticano por la situación cubana. El diario madrileño no revelaba sus fuentes, pero señalaba que la diplomacia vaticana estaba siguiendo con “una gran pena y preocupación” el “camino peligroso” que había emprendido Cuba¹¹⁹. *El Alcázar* agregaba que los funcionarios vaticanos seguían atentamente los acontecimientos en Cuba, las detenciones de sacerdotes y la convulsa situación de la Iglesia; pero que, hasta el momento, no se había hecho “comentario oficial alguno en torno a la disputa entre la Iglesia y los elementos comunistas cubanos”¹²⁰.

El proceso de nacionalizaciones constituía el frente de lucha entre la Administración estadounidense y el Gobierno cubano y la Circular Colectiva del Episcopado la fuente de conflicto entre la Iglesia y la dirigencia revolucionaria. Dos aspectos que, como se acaba de apuntar, tenían sus vasos comunicantes para muchos de los analistas del momento. La promulgación de las nacionalizaciones y la carta pastoral de los prelados eran causa y consecuencia de la enconada lucha de clases e intereses en la que estaba inmersa la revolución, o al menos así lo veía el Gobierno cubano. Las palabras de Fidel Castro ante la juventud continental y el comunicado de los prelados, leído en los púlpitos de los templos a escasas horas de la aparición del primer ministro, parecían así difíciles de disociar; uno otro y otro formaban parte de la realidad desencadenada en los últimos meses. Es decir, acción revolucionaria, reacción contrarrevolucionaria; ataque de la contrarrevolución, contrataque de la revolución.

Por otro lado, la contrarrevolución y la Administración norteamericana eran ya elementos de una misma realidad para los intérpretes pro-revolucionarios del proceso cubano. Una realidad en la que se involucraba al franquismo y a otros regímenes del continente americano a través de su desempeño como actores secundarios en un conflicto a todas luces ya irresoluble. Ante tales premisas, si la Iglesia cubana elegía bando y optaba por secundar las tesis de la infiltración comunista, como hacía la Administración norteamericana y la contrarrevolución de forma estentórea, la involucración del régimen franquista en la refriega, independientemente del interés que tuviera este régimen en implicarse en ella, resultaría inmediata. Y esto fue lo que terminó sucediendo a pesar del fastidio con el que se acogió la noticia en el Palacio de Santa Cruz. El régimen franquista no se encontraba cómodo ante un contexto de confrontación directa con el Gobierno de La Habana; y es que, enfrentarse a la Revolución cubana, traía aparejado un fuerte desgaste y sobre todo un menoscabo de prestigio en Latinoamérica, algo de lo que a todas luces andaba justo el régimen franquista.

La enconada lucha establecida dentro de la Iglesia cubana entre sus sectores progresistas y conservadores parecía haber caído finalmente del lado conservador, lo que suponía un revés para los intereses revolucionarios, pues, de prosperar la revolución y ahondar en sus proyectos, las acusaciones sobre su carácter marxista se intensificarían. Ante el nuevo escenario, y dado el pronunciamiento del Episcopado cubano, la dirigencia revolucionaria llegó a la conclusión de que la Administración norteamericana había ganado un aliado de peso en Cuba y, por las mismas razones, la revolución un poderoso enemigo intramuros. La Iglesia se erigía así en bastión y tutela de la revolución para desviarla de cualquier veleidad comunista y contarían además en su empeño con la influencia que pudiera ejercer el régimen franquista, azote del comunismo e influyente tutela para gran parte de los religiosos seculares y regulares radicados en Cuba.

A un razonamiento similar debió llegar Fidel Castro si nos atenemos al contenido de sus declaraciones sobre lo acaecido en el seno de la Iglesia en aquellas fechas. El presidente de Cuba ya se había pronunciado al respecto, pero la estrategia revolucionaria, tanto en la acción como en la reacción, esperaba siempre al pronunciamiento del primer ministro para discernir el camino que tomaría el

¹¹⁹ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7536. Madrid: jueves, 11 de agosto de 1960, pág. 6. Diario.

¹²⁰ *Idem*.

proceso revolucionario. Las incipientes dudas sobre quien se encontraba al mando del proyecto revolucionario se habían disipado y los medios cubanos y foráneos esperaron a lo que Fidel Castro tenía que aportar en aquel debate.

El primer ministro cubano se había mostrado sumamente conciliador con la Iglesia en los meses precedentes, pero el nuevo contexto, con una jerarquía católica unida y dispuesta a tutelar el proceso, constituía un desafío sin precedentes. La Revolución cubana había llegado a la conclusión de que el derecho a decidir su propio destino encontraba resistencias más allá de sus fronteras. Sin embargo, ahora se encontraba con que la Iglesia se autoerigía también en juez y árbitro sobre el rumbo revolucionario. Una decisión que en principio debía estar en manos de la dirigencia revolucionaria y la población cubana, y, por tanto, lejos de los cenobios. Por lo demás, esto no excluía a la grey católica, ni tampoco a sus representantes, del proyecto revolucionario. Los católicos no podían, ni debían, excluirse del proceso, pues formaban parte del pueblo cubano. Ahora bien, los criterios sobre el destino Cuba y los caminos idóneos para alcanzar el progreso tenían que estar en manos de la revolución. El hecho de que la mayoría de la población cubana se manifestara católica no confería ningún derecho especial al Episcopado para inmiscuirse en los asuntos de Estado. Lo temporal debía de estar en manos de la revolución, como lo espiritual estaba en manos de la Iglesia.

Todas estas dudas y razonamientos fueron acometidos por Fidel Castro en el discurso que pronunció en la clausura de la reunión de coordinadores de cooperativas cañeras que tuvo lugar en el teatro de la CTC el 10 de agosto de 1960¹²¹. Fidel Castro, como había hecho el presidente Dorticós, acometió el análisis del conflicto Iglesia-Estado en el contexto de su primera alocución pública una vez emitida la pastoral del Episcopado.

De todos modos, el primer ministro cubano dedicó la mayor parte de la disertación al tema que le había reclamado en aquella cita: la organización de las cooperativas agrícolas, su puesta en funcionamiento y los desafíos que suponía para el campo cubano aumentar la producción que obtenían los latifundistas antes de acometerse la reforma agraria¹²². Fue en la última parte de su discurso cuando Fidel Castro acometió el tema de la defensa de la revolución, una defensa que tenía que ir de la mano del aumento de la producción. Llegados a este punto no tardaron en salir en la alocución del líder cubano las referencias a las amenazas imperialistas y a las maniobras articuladas para poner en apuros al proceso revolucionario. Frente aquellas amenazas, Fidel Castro señalaba que todo el mundo debía aprender a manejar armas. Los hombres y las mujeres de las cooperativas tenían que conocer el uso básico del armamento para defender la revolución ante los ataques que pudieran producirse.

El momento por el que estaba pasando la revolución requería que el pueblo contribuyera tanto a la defensa como a la producción, pues ambos eran campos imprescindibles para sostener el proceso cubano en pie¹²³. Fidel Castro sostenía que la lista de traidores “*al servicio del imperio*” estaba creciendo y que los creadores de problemas y provocaciones iban en aumento¹²⁴. Algo que indudablemente contribuía a que las necesidades en la defensa fueran cada vez más perentorias.

El primer ministro cubano expuso ante su audiencia los nuevos perfiles que venía adoptando la contrarrevolución y aquí abordó directamente los problemas generados por algunos sectores dentro

¹²¹ Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba. 1960. Año de la Reforma Agraria: “Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro, Primer Ministro del Gobierno revolucionario, en la clausura de la reunión de coordinadores de cooperativas cañeras, en el teatro de la CTC revolucionaria, el 10 de agosto de 1960”. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1960/esp/f100860e.html> (Consultado: 18-02-2014)

¹²² *Idem.*

¹²³ *Idem.*

¹²⁴ *Idem.*

del catolicismo. Sobre este particular, el líder revolucionario señaló lo paciente y tolerante que había sido la revolución con aquellas facciones del catolicismo cubano, que, consciente o inconscientemente, habían optado ya por integrarse en las filas de la contrarrevolución. Estos grupos, a los que últimamente había dado cobertura la jerarquía católica, se habían entregado a la provocación permanente y habían tratado de combatir las realizaciones revolucionarias haciendo uso de los sentimientos religiosos¹²⁵.

Fidel Castro pasaba entonces a señalar el respaldo que la revolución había prestado a las instituciones religiosas y contraponía este apoyo a la descalificación con que un sector de la Iglesia estaba pagando aquel respaldo. El líder cubano, de todos modos, llamaba a la calma y demandaba prudencia para no caer en la provocación. Los propósitos de la revolución eran otros y no se podía caer en la incitación de los sectores que buscaban la confrontación directa. El proyecto cubano se había levantado para combatir el latifundio, el crimen, la explotación, la opresión y el entreguismo, y, por lo tanto, quedaba fuera de su cometido el establecimiento de una lucha contra los curas¹²⁶.

Tras exponer todas y cada una de las debilidades en que habían incurrido algunos sectores de la Iglesia cubana en los últimos meses, Fidel Castro derivó su discurso por los cauces de las evocaciones bíblicas al señalar que la revolución había entendido siempre que su reino era el reino de este mundo¹²⁷. Los asuntos terrenales eran los que atañían a la dirigencia revolucionaria. La revolución se había erigido para dar cauce a las necesidades del pueblo cubano. De lo que se trataba, en definitiva, era de dar pronta solución a los problemas sociales, económicos, culturales y materiales que atenazaban a los cubanos¹²⁸.

Después de exponer el papel que tenía encomendado la revolución y la conducta del Gobierno cubano para con las instituciones religiosas, Fidel Castro, sin abandonar el tono suasorio de sus alocuciones y las reminiscencias bíblicas a las que había acudido en aquella disertación, cargó de lleno contra los prelados del Episcopado cubano. El ataque se realizó sin ni siquiera mentarlos, en lugar de las alusiones a los jerarcas del catolicismo se habló de los fariseos que albergaba en su seno la Iglesia cubana. Acusó a los prelados de sustentar los intereses de las clases privilegiadas y les recriminó su posición acomodaticia. Les censuró su protesta ante la redención del pobre y su silencio durante los periodos de explotación y crímenes por los que había pasado Cuba en los últimos años.

Cada acusación vertida por el primer ministro tomaba algún pasaje del Nuevo Testamento para mostrar cuán lejos se encontraba la jerarquía católica del mensaje de Cristo. El líder cubano, a través de una gavilla de ejemplos tomados de las escrituras bíblicas, contrapuso el mensaje cristiano al lanzado por los prelados de la Iglesia cubana. El Episcopado se estaba erigiendo en el defensor de los intereses de los privilegiados y en agresor de las necesidades de la grey católica a la que presumía de servir, lo que indudablemente le separaba de los intereses y preocupaciones de sus feligreses.

De todos modos, Fidel Castro se cuidó mucho de generalizar y habló simplemente de sectores contrarrevolucionarios, grupos al servicio de la reacción, escribas y fariseos, servidores del imperio¹²⁹. Alocuciones, que, en todo caso, hablaban de una parte y no del todo. Una parte del catolicismo había optado por la provocación, por la maniobra reaccionaria, por el escándalo, por el conflicto permanente y por la búsqueda constante de algún pretexto para presentar a la revolución en pugna con la religión.

¹²⁵ *Idem.*

¹²⁶ *Idem.*

¹²⁷ *Idem.*

¹²⁸ *Idem.*

¹²⁹ *Idem.*

Aquella actitud era, según Fidel Castro, la causante de “*la indignación y la irritación*” del pueblo cubano¹³⁰.

El primer ministro veía en aquella postura de los prelados un episodio más dentro de la campaña internacional orquestada para llevar la división a las filas revolucionarias. El proyecto revolucionario se mantenía en pie y había llegado el momento de movilizar a todas las fuerzas que fueran necesarias para tratar de tumbarlo. Fidel Castro parecía tener claro el trance por el que estaba pasando Cuba. La revolución, lejos de agrietarse, se afianzaba y la Embajada americana había decidido lanzar al combate a sus últimos peones¹³¹.

Toda la argumentación de Fidel Castro estaba encaminada a señalar que los prelados cubanos no eran más que uno de los tantos albaceas con que contaba el imperialismo en Latinoamérica. Los servidores del imperio estaban obligados a acudir a la llamada de su señor y para ello resultaba imprescindible que la contrarrevolución, la manifiesta y la emboscada, cerrara filas con la Administración Eisenhower.

La revolución, como venimos apuntando en este capítulo y los precedentes, se había hecho acreedora del respaldo del pueblo cubano y contaba con unos índices de popularidad que rebasaban sus propias fronteras. Se había convertido en un movimiento que trascendía lo cubano, pues tenía reminiscencias continentales. Ante tamaña contrariedad, y visto desde la perspectiva de las autoridades estadounidenses, ya no se podían tolerar la indecisión en los posicionamientos. De ahí que se tratara de imponer en los grupos que albergaran dudas sobre el devenir cubano la condena a la revolución. Todos aquellos sectores que se habían manifestado vacilantes o renuentes a pronunciarse, entre ellos el catolicismo conservador, se veían ahora impelidos a posicionarse de forma definitiva. Sobre estas ideas genéricas, hilvanadas en un diálogo constante de preguntas retóricas y respuestas concluyentes, el primer ministro relató el modo en el que la contrarrevolución se había armado en el exterior en los últimos meses y no desatendió en su discurso los pasos que se estaban dando en el interior de Cuba para hacer visible a la contrarrevolución que permanecía todavía en el país.

La Administración estadounidense estaba empeñada en que esta disidencia interna, emboscada y renuente a pronunciarse a favor o en contra de la Revolución cubana, aflorara durante aquellos meses centrales de 1960 en que la dirigencia revolucionaria estaba inmersa en la vorágine de nacionalizaciones y reformas radicales. Estos sectores de disidencia potencial podían erigirse en baluarte para contener las transformaciones que demandaba la revolución y Fidel Castro trató de exponer ante su audiencia quiénes estaban al frente de aquellos grupos de objetos.

El imperialismo contaba en Cuba con su quinta columna, al frente de la cual, según manifestó el líder cubano, se encontraba los asistentes del franquismo. Fidel Castro exponía esta idea con meridiana claridad y, sin hacer uso de las digresiones de que había hecho gala para referirse al Episcopado cubano, señalaba al régimen franquista como el instigador de los provocadores que habitaban en el seno de la Iglesia cubana. El imperialismo norteamericano, personificado en el presidente Eisenhower, había acudido a Franco para que éste movilizara contra la revolución a cuanto “*cura fascista*” pudiera encontrar en suelo cubano¹³². Fidel Castro explicitaba, como lo había hecho a raíz del caso Lojendio, las afinidades que existían entre la Administración norteamericana y el régimen español, y lo hacía sin perder de vista los sectores dentro de la Iglesia que el franquismo podía lanzar contra la Revolución cubana:

¹³⁰ *Idem.*

¹³¹ *Idem.*

¹³² *Idem.*

*“Lo que no hay duda es que Franco cuenta en Cuba con un grupo de curas fascistas, y que el imperialismo, a través de sus influencias falangistas y fascistas, con Franco, ha estado moviendo incesantemente a sus peones, para tratar de llevar a la Revolución a un conflicto y a eso obedecen las incesantes provocaciones que la Revolución ha estado sufriendo”*¹³³.

El primer ministro cubano acusaba a los Gobiernos de España y Estados Unidos de estar detrás de las provocaciones de la Iglesia y señalaba también que la estrategia urdida por franquistas e imperialistas pasaba por tratar de movilizar al catolicismo cubano contra el proceso revolucionario, olvidando que eran muchos los católicos que apoyaban a la revolución, y pasando también por alto que muchos católicos habían perdido la vida por sostener el proceso revolucionario durante la dictadura de Batista¹³⁴. Debido a estas y otras razones, el antiguo poder colonial y el moderno régimen imperial, como enfatizaba el primer ministro cubano, fracasarían en sus intentos de soliviantar al catolicismo cubano.

Franquistas e imperialistas, mezclados ya sin asomo de contradicción, erraban el tiro. Se equivocaban de estrategia, según señalaba Fidel Castro, pues, los Estados Unidos de Eisenhower y la España de Franco eran regímenes bien conocidos en Cuba. Al primero se le atribuía un alto grado de responsabilidad en los crímenes perpetrados por Fulgencio Batista. Los Estados Unidos eran acusados por el primer ministro de haber armado al régimen de Batista en su empeño de someter al pueblo cubano¹³⁵. Las críticas a España eran de otra índole. España era un país demasiado cercano a Cuba como para que el pueblo cubano desconociera la tiranía que imperaba bajo el régimen de Franco. Al caudillo español le atribuía Fidel Castro el asesinato de *“un millón de españoles después de la guerra”*¹³⁶. Unos asesinatos que habían contado con la aquiescencia de parte del clero español.

El primer ministro enlazaba entonces el acontecer hispano con el cubano y entraba en asociaciones que dejaban en muy mal lugar al clero conservador de la isla, de origen español en su gran mayoría, y al régimen franquista, tan mentado en aquellas fechas en sus discursos: *“La parte fascista del clero ¡santificó y bendijo los asesinatos de Franco!”*, afirmaba el líder cubano, y anotaba a continuación que en Cuba nadie ignoraba *“las magníficas relaciones entre Franco y el clero fascista”*¹³⁷.

La diatriba del primer ministro contra parte del clero cubano pasaba entonces a solicitar de su audiencia la prudencia y el buen criterio a la hora de juzgar a la Iglesia. El catolicismo cubano no podía ser juzgado como un organismo unitario y monolítico en su pensamiento. En Cuba existía un clero comprometido, al servicio del humilde y reacio a la ostentación, los cargos y los honores¹³⁸, que no se había significado contra la revolución: todo lo contrario, había coadyuvado con ella en todo momento. Frente a este clero se erigía otro, el comprometido con la provocación y el infundio. Se trataba de las altas esferas eclesiásticas, quienes se arrogaban el derecho de hablar por el conjunto y representar a la totalidad del catolicismo, cuando los hechos venían demostrando que a los únicos que representaban, según lo expuesto en la alocución del líder cubano, era a ellos mismos, a los poderosos, a los ricos y a los tiranos¹³⁹.

La disertación del primer ministro entraba entonces en la recta final, pero no por ello perdía intensidad. El líder cubano había construido un relato minucioso que tenía como fin servir de prolegómeno a su último razonamiento: la crítica contra el Episcopado cubano no era fruto de un deslíz puntual, o de análisis equivocado de lo que estaba sucediendo en Cuba a mediados de 1960,

¹³³ *Idem.*

¹³⁴ *Idem.*

¹³⁵ *Idem.*

¹³⁶ *Idem.*

¹³⁷ *Idem.*

¹³⁸ *Idem.*

¹³⁹ *Idem.*

sino de errores sostenidos y recurrentes a lo largo de la historia de Cuba. Lo que se le recriminaba a la jerarquía católica eran más sus silencios históricos que sus críticas puntuales en aquel momento. Aquí el primer ministro señalaba que el pueblo cubano estaba todavía a la espera de una carta pastoral en la que los prelados de la Iglesia condenaran “*los crímenes, los asesinatos y los horrores de Franco*”; u otra hoja pastoral en la que se condenara a los regímenes que habían asesinado a revolucionarios dentro y fuera de Cuba¹⁴⁰.

Sin embargo, el pueblo esperaba en vano, pues, según expuso el primer ministro, la jerarquía del catolicismo cubano tenía otros intereses, defendía otros modos de organización, y entre ellos no estaba el proyecto que venía sosteniendo en los últimos meses el pueblo cubano. Para cimentar este razonamiento, Fidel Castro ahondaba todavía más en los silencios de las autoridades eclesiásticas. El Episcopado nunca había contemplado la posibilidad de publicar una carta pastoral en la que se condenara a “*las compañías explotadoras*”, a “*los horrores del imperialismo*” o a “*los bombardeos*” de los cañaverales y de las ciudades¹⁴¹. El Episcopado no había levantado la voz ante “*la agresión económica a Cuba*” y había callado ante “*los planes criminales de invasión que el imperialismo había estado fraguando*” contra Cuba¹⁴².

Aquel discurso de Fidel Castro albergaba todos los reproches que la dirigencia revolucionaria se había abstenido de verbalizar en los últimos meses. La Iglesia cubana salía maltrecha de aquel envite, pues los daños que había tratado de infligir al proceso revolucionario habían revertido sobre la propia institución eclesiástica. El pueblo no perdonaría aquella actitud del Episcopado en momento tan comprometido para los intereses de Cuba, según se encargó de enfatizar el primer ministro en varias ocasiones durante su extensa alocución.

La jerarquía católica había dado muestras evidentes de la trinchera que había decidido ocupar y aquella noticia, de la que ellos mismos habían dado fe a través de su carta pastoral, estaba ya en conocimiento del pueblo y del catolicismo cubano. Fidel Castro hacía un llamamiento a los gestores de la Iglesia para que rectificaran su rumbo, pues la revolución no desviaría el suyo. El momento era germinal y el líder de la revolución les conminaba a sumar si no querían ser barridos del escenario cubano. Los bandos estaban ya plenamente establecidos y no cabían los remilgos ante aquel momento definitivo. Tal era así que Fidel Castro finalizaba su diatriba con un mensaje contundente al Episcopado. Un mensaje de evocaciones bíblicas debido al carácter del destinatario y en el que, como en otras ocasiones, el consejo se teñía de amenaza y la advertencia de vaticinio:

*“¡Recuerden al Cristo crucificado, al hijo del carpintero de Galilea, al maestro de los pescadores que se enfrentó al imperio de ayer, al imperio de los romanos y aunque lo crucificaron, no por eso el imperio dejó de caer, no por eso los Césares dejaron de caer, y no por eso los escribas, los fariseos y los traidores dejaron de caer!”*¹⁴³

Fidel Castro, como había hecho Dorticós, no se pronunció sobre la carta pastoral en una conferencia *ad hoc*, esperó a su primera cita ante al pueblo cubano para dar testimonio de la posición de la revolución frente al pronunciamiento del Episcopado. Sin embargo, su condena del comunicado de la jerarquía católica trajo aledaña una crítica al imperialismo norteamericano y al régimen franquista. Los Gobiernos de los Estados Unidos y España estaban siendo blanco predilecto de las críticas de Fidel Castro. Ambos aparecían además en comunión en cuanto a objetivos y planteamientos con

¹⁴⁰ *Idem.*

¹⁴¹ *Idem.*

¹⁴² *Idem.*

¹⁴³ *Idem.*

respecto a Cuba. Sin embargo, después del episodio Lojendio, el líder cubano no había acusado a España de injerencia en sus asuntos internos.

Fidel Castro, después de lo acontecido con el embajador español en La Habana, solía hacer mención al régimen franquista en sus discursos para explicitar las similitudes que había entre los Gobiernos de Ciudad Trujillo, Madrid o Managua. En otras ocasiones, las referencias al Gobierno español tenían por objeto exponer los males que traía aparejados para España un régimen como el encabezado por Francisco Franco. Sin embargo, en su alocución del 10 de agosto, además de estos aspectos, acusó al régimen español de estar detrás del pronunciamiento de la jerarquía católica y también de actuar en sintonía con la estrategia dictada desde el Departamento de Estado norteamericano destinada a ultimar el proceso revolucionario cubano. Franco aparecía además como una suerte de vasallo al rendir tributo y obediencia a la cabeza del imperio, al señor de las Américas: el presidente de los Estados Unidos.

La gravedad de las acusaciones vertidas por el primer ministro cubano activaron los resortes propagandísticos del régimen franquista. La prensa al unísono salió en tromba para defender a la España franquista y señaló que el jefe del Estado español había sido gravemente calumniado. El diario *ABC* encabezaba su sección de internacionales el día 13 de agosto, tres días después del discurso del primer ministro cubano, señalando que Castro había calumniado a España y al jefe del Estado español¹⁴⁴. En igual sentido se pronunció *El Alcázar*, haciendo extensible el ataque dirigido contra el caudillo a España en general y a la Iglesia española en particular¹⁴⁵. *Pueblo* colocó un antetítulo para constatar esta misma idea: “*los falaces ataques contra España y el Jefe del Estado*”, y reservó su titular principal para informar sobre “*la enérgica protesta del Gobierno español ante las calumnias de Fidel Castro*”¹⁴⁶. Un aspecto que los diarios *ABC* y *El Alcázar* confinaron en los subtítulos. De todos modos, más allá de los matices en los encabezamientos, la prensa franquista, como no podía ser de otro modo, mostró unanimidad en la condena a las palabras de Fidel Castro.

El diario *Pueblo* acudió a su corresponsal en Nueva York, Manuel Blanco Tobío, para señalar que el Departamento de Estado norteamericano había negado que tuviera algo que ver con la circular emitida por los prelados cubanos. El enviado del diario sindical recogió las declaraciones de Lincoln White, portavoz del Departamento de Estado, quien, en rueda de prensa, había negado toda implicación en el ataque de la Iglesia contra el Gobierno revolucionario. Según el portavoz norteamericano, aquel desencuentro entre Iglesia y Estado debía interpretarse como un episodio más dentro de la paulatina restricción de libertades que imperaban en Cuba, por lo que carecía de lógica implicar a los Estados Unidos en aquella contienda entre cubanos.¹⁴⁷

Blanco Tobío, en un intento de desvincular al régimen franquista de la “Circular Colectiva”, se hacía eco también de un editorial publicado en el *New York Times* en el que se había desvirtuado la tesis que sustentaba el Gobierno revolucionario sobre la supuesta colaboración entre Madrid y Washington en los asuntos cubanos. Las palabras de Fidel Castro, según el diario neoyorquino, podían vincularse a la fuerte presencia de sacerdotes españoles en Cuba: quinientos de los ochocientos que ejercían su magisterio en suelo cubano, una circunstancia que, por otro lado, no tenía por qué traer aledaño, de forma necesaria, la implicación del régimen español en la protesta de la Iglesia católica¹⁴⁸.

Pueblo, de todos modos, no esquivó la contundencia del ataque emprendido por el primer ministro cubano contra el régimen franquista y reprodujo algunos de los pasajes en los que Fidel Castro se había referido a la connivencia de España con los Estados Unidos o a las acusaciones que situaban al

¹⁴⁴ *ABC* (Año LIII). Núm.16979. Madrid: sábado, 13 de agosto de 1960, pág. 15. Diario.

¹⁴⁵ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7538. Madrid: sábado, 13 de agosto de 1960, pág. 6. Diario.

¹⁴⁶ *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6516. Madrid: sábado, 13 de agosto de 1960, pág. 1. Diario.

¹⁴⁷ *Idem*.

¹⁴⁸ *Idem*.

jefe del Estado español como instigador de los prelados cubanos¹⁴⁹. *ABC* presentó una información muy similar a la de *Pueblo* y no pasó por alto la incertidumbre que la actitud cubana estaba generando a nivel continental. Como venía siendo habitual, el diario tradicionalista consideraba que la Revolución cubana estaba inmersa en un proceso que inevitablemente terminaría por desembocar en la asunción del comunismo como régimen organizativo. La opinión de *ABC* sobre este particular era concluyente: Cuba sólo necesita dar algunos pasos más en el camino emprendido y podría considerarse ya como “*un Estado comunista en el Caribe*”¹⁵⁰.

El Alcázar fue el diario más inquisitivo y el que más espacio dedicó a la descalificación de las palabras del primer ministro cubano. Su vinculación más estrecha con los sectores católicos del franquismo le inclinaba a extremar la crítica contra el líder revolucionario. Al contrario de sus homólogos, *Pueblo* y *ABC*, *El Alcázar* consideraba que el discurso de Fidel Castro constituía no sólo un ataque a España y a su jefe de Estado sino también a la Iglesia española como institución. Tal como estaba confeccionada su información, la Iglesia española y el jefe del Estado eran los grandes damnificados en la alocución del primer ministro cubano.

El diario madrileño, siguiendo la estela terminológica fijada en el discurso del 10 de agosto, recogió los calificativos con que Fidel Castro había obsequiado a la Administración norteamericana, al propio Francisco Franco y a la Iglesia católica. Especialmente hirientes encontró *El Alcázar* aquellos pasajes en que se hacía alusión a los “*curas fascistas*” vinculados a los deseos de Estados Unidos y de la España franquista¹⁵¹. En un destacado de su información internacional, el diario madrileño calificaba el alegato del primer ministro cubano como “*ataque a la Iglesia española*”, eje sobre el que se había vertebrado un duro discurso contra España y los Estados Unidos¹⁵².

El Alcázar dedicó además un reportaje a la Revolución cubana en el que el enfrentamiento entre Iglesia y Estado y el treinta y tres aniversario del nacimiento de Fidel Castro se erigían en pretextos ineludibles para analizar los asuntos cubanos. El reportaje en cuestión aparecía encabezado con un escueto titular en compañía de una fotografía de Fidel Castro: “*Hoy cumple treinta y tres años*”¹⁵³. Una información que se completaba en el pie de foto con una sentencia que resumía el contenido y las intenciones de aquel reportaje: “*El comunismo se ha infiltrado progresivamente en el régimen que triunfó el 1 de enero de 1959*”¹⁵⁴. Después de aquella fotografía otro titular, no menos elocuente, describía al líder cubano del siguiente modo: “*Frenético, apasionado, casi loco, su revolución no ha satisfecho a Cuba*”¹⁵⁵.

El reportaje aparecía bajo la firma de un habitual del medio, Pablo de Irazazabal, que voluntaria o involuntariamente le restaba un año a la edad de Fidel Castro para convertir los treinta y cuatro años que cumplía el primer ministro cubano en treinta y tres. Una edad ungida de evocaciones cristianas y que convertía a Fidel Castro en una suerte de mesías para su pueblo. De todos modos, en el artículo se dejaba entrever que este hijo predilecto del pueblo cubano, esperado durante décadas, no había sabido encauzar las esperanzas en él depositadas.

Irazazabal confeccionaba un reportaje dedicado en exclusiva a la figura de Fidel Castro en el que se salvaba al hombre y se condenaba a su obra. El artículo en cuestión estaba centrado en la lucha de Fidel Castro contra la dictadura de Batista y en el período que había transcurrido desde enero de 1959 hasta el desencuentro entre Iglesia y Estado en agosto de 1960. Sin embargo, mientras se

¹⁴⁹ *Ibidem*, págs. 1 y 2.

¹⁵⁰ *ABC* (Año LIII). Núm.16979. Madrid: sábado, 13 de agosto de 1960, pág. 16. Diario.

¹⁵¹ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7538. Madrid: sábado, 13 de agosto de 1960, pág. 6. Diario.

¹⁵² *Idem*.

¹⁵³ *Ibidem*, pág. 1 del suplemento.

¹⁵⁴ *Idem*.

¹⁵⁵ *Ibidem*, págs. 1 y 2 del suplemento.

pormenorizaba en la contienda fidelista contra la dictadura batistiana, se pasaba de forma acelerada por los casi dos años de la Revolución cubana en el poder. Sobre lo acontecido en 1959 y 1960 el artículo se limitaba a señalar que la labor de la dirigencia revolucionaria había ido poco a poco defraudando las expectativas creadas¹⁵⁶. Unas expectativas, que, tal como eran esbozadas en el reportaje, no se correspondían con las que la propia revolución se había trazado, sino que respondían más bien a los anhelos y esperanzas del diario madrileño.

Las complicidades de *El Alcázar* con la Iglesia católica y el talante de Irazazabal, un periodista de larga trayectoria vinculado a las filas del Opus Dei, daban pie a una interpretación de la Revolución cubana en la que los valores cristianos aparecían como fermento del proyecto fidelista. Sin embargo, según señalaba *El Alcázar*, en el movimiento encabezado por Fidel Castro la primigenia influencia católica había ido perdiendo predicamento debido a la progresiva ascendencia de los comunistas sobre la dirigencia revolucionaria. Una muestra palpable de este posicionamiento, en el que se ponía en contraste el carácter primigenio del movimiento fidelista con las ideas que conducían el proceso después de más de año y medio de gobierno se evidenciaba en la forma en que Irazazabal abría y cerraba su colaboración en *El Alcázar*.

El reportaje comenzaba con un pasaje de evocaciones religiosas, los conjurados a las órdenes de Fidel Castro habían partido a la lucha contra Batista entre oraciones marianas. Las primeras líneas dedicadas a la epopeya cubana comenzaban con la plegaria que los hombres embarcados en la expedición del Gramma habían elevado a la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba, antes de emprender su travesía desde las playas mejicanas hasta las del Oriente cubano para entablar la lucha en las montañas. Los hombres del Gramma, arrodillados en las playas del Estado de Veracruz, habían rendido votos y plegarias a la patrona de Cuba antes de embarcarse y se habían conjurado para renovar dichos votos y oraciones si llegaba a buen puerto la empresa emprendida¹⁵⁷.

El pasaje evocado por Irazazabal era digno de encabezar las crónicas de los conquistadores españoles del siglo XVI; sin embargo, hacía referencia a la partida de Fidel Castro y sus hombres hacia Cuba y a los pertrechos ideológicos con los que iban equipados para emprender el combate y la toma del poder. El pensamiento mítico evocado por la prensa franquista rechazaba los referentes de la lucha por la independencia colonial e imperial propios de las publicaciones cubanas. *El Alcázar* evocaba otros mitos en los que la liberación se tornaba en conquista y las reminiscencias evangelizadoras tomaban un nuevo cariz en la imagen conmemorada del reducido contingente fidelistas, presto a embarcarse en las playas mejicanas para liberar a Cuba de la tiranía batistiana.

La preparación teórica previa, en la que los grupos fidelistas compartían planteamientos marxistas, quedaba desvirtuada. Si había algún planteamiento ideológico apriorístico en los hombres que había comenzado la lucha armada en Cuba, éste no era otro que la tradición cubana más genuinamente hispánica: el pensamiento católico. La Revolución cubana había cambiado su rumbo por la perniciosa influencia de los comunistas: éste era el planteamiento germinal que manejaba la prensa franquista en general. *El Alcázar*, en particular, representaba esta idea en su reportaje con meridiana claridad. Irazazabal, tras la evocación de los hombres de la sierra encomendándose a la patrona de Cuba, exponían los desvelos de las tropas fidelistas hasta la huida de Batista y la frustración posterior de muchos de los colaboradores primeros de Fidel Castro al percatarse del rumbo que había tomado la revolución.

La parte final del trabajo de Irazazabal acudía de nuevo a la reminiscencia cristiana para señalar que aquella aventura de raigambre católica había terminado por violentar los valores que estaban en sus

¹⁵⁶ *Ibidem*, pág. 2 del suplemento.

¹⁵⁷ *Ibidem*, pág. 1 del suplemento.

orígenes. La Revolución cubana, finalmente, había derivado en un enfrentamiento con muchos de los sectores que la habían sustentado, entre ellos el católico. El movimiento fidelista se encontraba ya en agosto de 1960 en abierto litigio con la Iglesia, y por lo tanto con España, violentando así gran parte del contenido ideológico que portaba el proyecto en sus orígenes. Nada mejor que la prosa de Irazazabal y el último párrafo de su trabajo para cimentar esta idea:

*“Esta es la situación de un Movimiento revolucionario que empezara con hombres de rodillas, en una playa mejicana, implorando la protección de la Virgen de la Caridad, y que hoy se encuentra en una fase de oposición a la Iglesia, manifestada claramente en su último discurso, en el que también se atacó a España”*¹⁵⁸.

Esta cita es fuente de inspiración para entender el cambio de posicionamiento del diario madrileño frente a la Revolución cubana. *El Alcázar* acogió el triunfo fidelista con el mismo entusiasmo que la Iglesia católica en Cuba y comenzó a criticar el proceso revolucionario tan pronto como el sector más conservador de la Iglesia expuso sus primeros reparos. Como hemos expuesto ya en otras ocasiones, la imagen del movimiento fidelista se encumbró en España de la mano del sentimiento católico y comenzó a ser criticado cuando se produjeron los primeros encontronazos con la Iglesia cubana. Del mismo modo, la posición del franquismo en Cuba corrió pareja a la suerte del catolicismo. El régimen español fue respetado mientras la Iglesia tuvo ascendencia sobre el Gobierno fidelista y perdió este respeto cuando las instituciones católicas entraron en conflicto con la revolución.

A tenor de todo lo expuesto y estando la Iglesia en pleito con la dirigencia revolucionaria no resulta extraño el empeño de *El Alcázar* en mostrar las desviaciones y el rumbo equivocado que había adoptado la Revolución cubana. Los diarios madrileños *ABC* y *Pueblo* tenían una visión similar, aunque el carácter tradicionalista del primero y el sindical del segundo conferían ciertas peculiaridades a su análisis. Sin embargo, en lo que sintonizaron los tres diarios, sin variaciones interpretativas, pues todos presentaron el mismo contenido, fue en las protestas del Gobierno español ante los ataques del primer ministro cubano. *Pueblo* lo presentó como la noticia principal del 13 de agosto y *ABC* y *El Alcázar* lo confinaron a sus páginas interiores en aquella misma jornada.

Esta relevancia otorgada por el diario *Pueblo* a la protesta española, preponderante sobre los vejámenes a que sometió Fidel Castro al régimen franquista, atiende, a nuestro modo de ver, al carácter sindical del diario y a la enconada lucha que opus deístas y falangistas mantenían por tutelar el régimen franquista. El diario *Pueblo*, poniendo en primera fila la protesta del Gobierno de Madrid ante las autoridades de La Habana no hacía más que evidenciar los problemas que le generaba al régimen franquista dejar los asuntos de política exterior en manos de los católicos.

La protesta del régimen franquista no fue de todos modos arrinconada por ninguno de los diarios madrileños. Los tres que venimos analizando señalaron que el encargado de Negocios de España en La Habana, conde de Portalegre, había presentado al ministro de Negocios Extranjeros cubano “una nota de enérgica protesta por los histéricos y falaces ataques” que el jefe del Gobierno cubano, Fidel Castro, había dirigido “al Gobierno y al Jefe del Estado español” en un discurso pronunciado ante las cooperativas azucareras¹⁵⁹.

Aquella protesta formal ante las autoridades de La Habana se completaba con otra nota facilitada por la Oficina de Información Diplomática del Ministerio de Asuntos Exteriores y publicada en todos los

¹⁵⁸ *Ibidem*, pág. 2 del suplemento.

¹⁵⁹ *ABC* (Año LIII). Núm.16979. Madrid: sábado, 13 de agosto de 1960, pág. 15. Diario, *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7538. Madrid: sábado, 13 de agosto de 1960, pág. 6. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6516. Madrid: sábado, 13 de agosto de 1960, pág. 1. Diario.

diarios el día 13 de agosto de 1960. La nota aparecía sin comentario alguno y en los diarios tampoco se precisaba si su contenido estaba en sintonía con la protesta presentada ante las autoridades cubanas.

La nota facilitada por la Oficina de Información Diplomática era escueta y se componía de dos párrafos. En el primero de ellos se calificaban como “*falsedades y calumnias*” las palabras emitidas por Fidel Castro “*contra España y su Jefe de Estado*” y se señalaba que aquellos ataques se habían producido como consecuencia de las difíciles relaciones que el Gobierno cubano mantenía con la Iglesia católica¹⁶⁰.

Una vez desmentidas aquellas acusaciones, fechadas en el comunicado el 11 de agosto, sin duda por error, pues el discurso ante las cooperativas agrícolas tuvo lugar el 10 de agosto, el comunicado exponía en un segundo párrafo cuál era la posición de España frente Cuba:

*“España, que no tiene en este momento ningún problema pendiente con Cuba y que siempre ha mantenido una actitud de especial amistad hacia el pueblo cubano, no puede evitar su indignada protesta ante dicho insólito ataque, tanto más cuanto que el Gobierno español viene practicando invariablemente una correcta política de no injerencia en los asuntos internos de los demás países y se ha identificado siempre, fraternalmente, con las aspiraciones de los pueblos hispanoamericanos”*¹⁶¹.

9.5.2 La “Circular Colectiva” y su repercusión en el catolicismo cubano

La España de Franco se había visto conminada a participar en los problemas que enfrentaban a la Iglesia con el Gobierno cubano por alusiones directas. Sin embargo, todo hacía apuntar a que no estaba especialmente interesada en prolongar el debate más allá de una enérgica protesta. La prensa franquista, como correa de transmisión del sentir gubernamental, así lo reflejó en los días posteriores. La Revolución cubana siguió siendo tema preponderante en los contenidos de los diarios madrileños, pero el contencioso abierto entre el franquismo y la revolución desapareció de las páginas de los rotativos españoles.

El control de la prensa española, sometida al capricho gubernamental, servía para elevar la tensión o disminuirla en función de las necesidades del momento. Desde España se podía contener la crisis a través de un prudente silencio, sin embargo, en Cuba esto no era posible. Al contrario de lo que sucedía en España, la Iglesia cubana no tenía capacidad para desactivar la crisis y el enfrentamiento con la dirigencia revolucionaria terminó por repercutir en aquellos sectores de la Iglesia católica que se encontraban más próximos al proyecto cubano. Éste fue el caso de *La Quincena*.

La primera consecuencia para la revista franciscana pasó por la cancelación de su número de mediados de agosto. *La Quincena* alteró su ritmo habitual en la publicación de entregas, probablemente, en aras de serenar los ánimos y, quizás también, con la lógica intención de no precipitar, y tal vez errar, la respuesta pertinente al delicado momento por el que estaban pasando las relaciones Iglesia-Estado. Cualquier desliz o reacción extemporánea podía avivar el conflicto. La revista de los franciscanos españoles, presa de estos condicionantes, esperó a la clausura del mes para lanzar un número doble. La demora posibilitó que se contara ya con las reacciones de todos los implicados en aquel conflicto y también con los análisis que sobre el contencioso se habían publicado en el resto de los medios de comunicación cubanos. Una circunstancia que indudablemente facilitaba

¹⁶⁰ ABC (Año LIII). Núm.16979. Madrid: sábado, 13 de agosto de 1960, pág. 15. Diario, *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7538. Madrid: sábado, 13 de agosto de 1960, pág. 3. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6516. Madrid: sábado, 13 de agosto de 1960, pág. 1. Diario.

¹⁶¹ *Idem*.

mucho el despliegue de la estrategia más adecuada para defender la posición sustentada por el Episcopado cubano.

En este número doble que daba clausura al mes de agosto el tema principal de la publicación, como no podía ser de otro modo, fue la “Circular Colectiva” de los prelados cubanos. *La Quincena* optó por publicar la pastoral del Episcopado de forma íntegra para a continuación desmenuzar su contenido y desvincularlo de aquellas lecturas que pudieran presentar el pronunciamiento episcopal como un ataque a la revolución. Las intenciones de la revista pasaron por aligerar la carga beligerante de la “Circular Colectiva”. Para ello se centró el análisis en los halagos que el comunicado episcopal brindaba a la labor revolucionaria y se enfatizó que los ataques no estaban dirigidos contra la revolución, sino contra el comunismo y contra la propaganda que de él hacían algunas personalidades próximas al Gobierno cubano. La jerarquía católica no renegaba de la Revolución cubana, sino de ciertas actitudes e ideologías que trataban de colonizar el proyecto de renovación nacional, despojándolo de este modo de su carácter primigenio.

Una de las secciones habituales de la revista, “Instantáneas”, destacó la “*mesura y compostura*” con la que había sido redactado el documento de los prelados. Una circunstancia que hacía difícilmente tolerable la descalificación de que había sido víctima el Episcopado cubano. *La Quincena* señalaba que en la carta pastoral los obispos habían enaltecido varias de las medidas implantadas por el Gobierno revolucionario. La única salvedad que planteaba el documento a la labor gubernamental pasaba por la corrección de detalles formales encaminados a que se atendieran debidamente los derechos de los afectados por la legislación revolucionaria. En el contenido de la combatida carta pastoral, la publicación franciscana no encontraba base para la puesta en ejercicio de aquel “*desaforado ataque*” del que había sido objeto la jerarquía católica.¹⁶²

La Quincena señalaba además que la circular episcopal había apostado, como venía haciendo la Iglesia, por aquellos sectores del pueblo cubano que habían sido castigados por el capitalismo deshumanizado. La revista franciscana exponía este razonamiento con meridiana claridad: “*Lejos de mostrarse indiferente ante la suerte de los humildes*”, el documento había hecho una apuesta decidida por “*la justicia y la caridad de Cristo*”¹⁶³. Ante este pronunciamiento, la línea editorial de *La Quincena* consideraba que no cabía otra alternativa que asumir que Iglesia y Estado compartían objetivos.

De todos modos, y a pesar de la identidad de metas promulgada, la jerarquía católica y la dirigencia revolucionaria diferían en los itinerarios para la consecución de objetivos. Los prelados habían centrado sus críticas en los caminos más que en los destinos. Las formas de la revolución y los posibles compañeros de viaje atentaban contra los principios fijados por la Iglesia. La pastoral había señalado algunas puntualizaciones para que se corrigieran ciertos aspectos de la labor revolucionaria en aras de prevenir que “*la justicia sufriera detrimento*”¹⁶⁴. En igual sentido había demandado también que se rectificaran algunos planteamientos para que “*las doctrinas y los motivos ético-religiosos del cristianismo*” no fueran puestos en entredicho¹⁶⁵.

Las indemnizaciones a los afectados por la vorágine revolucionaria y la oportunista penetración comunista en el proceso revolucionario parecían estar en el origen de las críticas de los prelados. Críticas en las formas y los procedimientos, que en ningún caso debían interpretarse como una refutación al fondo y el contenido general del proceso revolucionario. Sin embargo, aquellos apuntes constructivos, planteados desde la perspectiva de los principios más que desde la de los asuntos

¹⁶² *La Quincena* (Año VI). Núm. 15 y 16. La Habana: miércoles, 31 de agosto de 1960, págs. 42 y 43. Quincenal.

¹⁶³ *Ibidem*, pág. 42.

¹⁶⁴ *Idem*.

¹⁶⁵ *Idem*.

materiales, no podían dar pie a considerar aquel pronunciamiento como un ataque a la revolución, más bien se trataba de lo contrario. ¿Dónde estaba entonces el origen del conflicto? ¿A qué intereses respondía la desproporción de las críticas? El gran problema, el motivo principal de la batería de ataques, parecía estar en la alusión que los prelados habían hecho de la penetración comunista. *La Quincena* consideraba que el ataque al comunismo había desencadenado un torrente de “pronunciamientos francamente sectarios” por parte de “algunos personeros del régimen y jefes sindicales”¹⁶⁶. Personalidades de la órbita gubernamental habían utilizado aquel pretexto “para prender a la Iglesia la consabida etiqueta infamante de contrarrevolucionaria”¹⁶⁷.

En las páginas de la revista franciscana se consideraba que la respuesta de los dirigentes revolucionarios a la carta pastoral tenía que pasar por ceñirse al tema que había sido objeto de controversia. Es decir, los sectores que conducían el proceso revolucionario debían dilucidar sobre el porcentaje de verdad o de mentira que albergaba la denuncia cursada por el Episcopado cubano sobre la penetración comunista¹⁶⁸. Acusar a los prelados de contrarrevolucionarios era una táctica ya demasiado gastada y un subterfugio para eludir la cuestión. Según *La Quincena*, el uso y abuso de aquel calificativo lo había situado ya en unos terrenos en que cualquier apelación o crítica puntual podía ser tachada de contrarrevolucionaria. Los obispos, mediante la alusión a la penetración comunista, sólo habían registrado un hecho que preocupaba a la nación por “las dolorosas consecuencias” que podía traer aparejadas¹⁶⁹. Por lo tanto, lo que correspondía en aquel momento era aclarar si las preocupaciones mostradas por los obispos cubanos tenían o no tenían base.

La población en general y los católicos en particular tenían que hacer una lectura cabal de la pastoral respondiendo a una serie de cuestiones que pasaban por determinar si las corrientes de pensamiento marxista formaban parte del bagaje argumental de alguno de los dirigentes revolucionarios. Esta era la idea que flotaba en el razonamiento esbozado por la publicación franciscana. Un razonamiento que se iba presentando de forma solapada y con todas las prudencias imaginables. En las páginas de la revista, de todos modos, se llamaba a un análisis de los planteamientos trazados por personeros del régimen sobre el comunismo y el sistema económico marxista. Concretamente, la revista aludía a las últimas intervenciones públicas de Ernesto Guevara o de Núñez Jiménez, director del INRA¹⁷⁰.

En última instancia, *La Quincena* señalaba que todo pasaba por discernir el contenido real de lo que unos y otros, revolucionarios con responsabilidades de gobierno y sin ellas, dirigentes de primera y segunda fila o izquierdistas manifiestos y simpatizantes del marxismo emboscados entendían por humanismo y nacionalismo, divisas con las que se había identificado la revolución hasta aquellas fechas.

La revista franciscana, reflejo del sentir de gran parte del catolicismo cubano, demandaba definiciones para saber a qué atenerse, desconociendo que el posicionamiento ideológico del revolucionario cambiaba en la misma medida que la revolución iba cubriendo etapas.

De este modo, la necesidad imperiosa de definiciones reclamada por *La Quincena* eludía dos cuestiones claves dentro del carácter de los procesos revolucionarios, a saber: primero, que, como afirmara la profesora Díaz Castañón haciéndose eco de las teorías de Antonio Gramsci, la subversión social requiere la transformación del protagonista antes, durante y después del cambio, y, segundo, que el hacedor de la revolución evolucionará en la medida en que el proceso de subversión del

¹⁶⁶ *Ibidem*, pág. 43.

¹⁶⁷ *Idem*.

¹⁶⁸ *Idem*.

¹⁶⁹ *Idem*.

¹⁷⁰ *Ibidem*, pág. 55.

régimen preexistente se agudice, cambiando de este modo tanto el proceso revolucionario como el participante y, por consiguiente, la lectura ideológica que este último haga del momento vivido¹⁷¹.

En el fondo, lo que *La Quincena* reclamaba era una imagen fija del proceso revolucionario, una meta, una estabilidad definida y definitiva. Un marco ideológico estanco que ofreciera seguridad a la visión del mundo que portaba el catolicismo y que a la vez frenara el torrente transformador de la revolución o al menos que lo encauzara por sendas alejadas de veleidades marxistas y, en la medida de lo posible, próximas a la doctrina social de la Iglesia.

Sin embargo, la visión dinámica de la todavía joven revolución, inmersa en la vorágine del cambio que lucha por definirse y que aún no sabe cómo hacerlo, no estaba en condiciones de ofrecer lo que demandaba parte del catolicismo cubano. El elusivo término de humanista ofrecía la posibilidad de la redefinición constante por parte de la dirigencia revolucionaria. Los objetivos de la revolución, más allá de la irrenunciable soberanía, se iban definiendo dentro del proceso de desmantelamiento de las estructuras de la vieja Cuba.

El pueblo cubano, una vez disociado de España, había atesorado durante años una larga lista de demandas insatisfechas. Esta circunstancia condicionaba en gran medida el proyecto fidelista, convirtiéndolo en matriz de numerosos proyectos parciales, confundidos y englobados en el proceso general de soberanía efectiva. De este modo, las exigencias del contexto cubano y sus particularidades determinaron que el cumplimiento de ciertos objetivos trajeran aparejados los intentos de lograr otros, y que la actitud contumaz de la dirigencia revolucionaria por cimentar la soberanía nacional generara a su vez nuevas metas a lograr, que ni siquiera habían sido esbozadas en enero de 1959 y que muchas veces surgían de la propia dinámica que creaba el proceso revolucionario. En un marco de esta naturaleza cualquier planteamiento que tratara de fijar un marco ideológico definitivo, más allá del evidente nacionalismo y del impreciso y elusivo humanismo, resultaba igual de arriesgado que de gratuito y sólo podía servir para condicionar el futuro de la revolución. El proceso cubano tendría mayor margen de maniobrabilidad si conseguía mantenerse al margen de pronunciamientos ideológicos definitivos que tendrían como evidente desenlace su encuadramiento definitivo en uno u otro bloque de los enfrentados en la Guerra Fría.

A pesar de todo lo expuesto sobre la dificultad de definición durante el cambio, de los inconvenientes que podía traer para el asiento internacional del régimen fidelista un posicionamiento de aquella naturaleza y de los condicionantes evidentes a los que tenía que hacer frente la dirigencia cubana para dotar a la revolución del nombre y apellido que muchos demandaban y que otros tantos esperaban, la revista franciscana consideraba que la definición del carácter de la revolución era un asunto capital y que ante esta cuestión esencialista no se podían esquivar responsabilidades.

La Quincena demandaba de la dirigencia revolucionaria unos parámetros mínimos sobre los principios que sustentaban la revolución y para ello los hombres que se encontraban al frente del proyecto cubano debían dar cumplida respuesta a ciertas preguntas. Partiendo de esta base, *La Quincena* consideraba que entre estas cuestiones, inaplazables ya, se encontraban las siguientes: qué se entendía por humanismo y nacionalismo; hasta dónde llegaban las coincidencias entre las tesis marxista y humanista y, si existían estas coincidencias, se precisaba explicar si eran incidentales y coyunturales o resultarían ya permanentes¹⁷².

A parte de estas cuestiones de carácter netamente ideológico, de premisas o simplemente de principios, la revista solicitaba de las autoridades una posición clara con respecto a algunos otros asuntos más mundanos y que caían más bien dentro del orden de lo material. Entre estos aspectos

¹⁷¹ Díaz Castañón, María del Pilar: *Op. Cit.*, págs. 4 y 5.

¹⁷² *La Quincena* (Año VI). Núm. 15 y 16. La Habana: miércoles, 31 de agosto de 1960, pág. 55. Quincenal.

materiales, *La Quincena* señalaba que había llegado el momento, impostergable ya, en el que la dirigencia revolucionaria debía pronunciarse sobre el futuro de la empresa privada. Es decir, resultaba perentoria una exposición clara sobre el papel y la función de la empresa privada en el proyecto revolucionario y, desde un ámbito más general, se requería también una explicación sobre el régimen de propiedad que imperaría en la nueva Cuba¹⁷³. Todos estos interrogantes no habían recibido respuesta concluyente desde las altas instancias del poder y los conminados a hacerlo con mayor urgencia eran aquellos dirigentes que últimamente se estaban pronunciando sobre las virtudes de los sistemas de organización socialista.

Ante aquellos interrogantes de condición irresoluta, que hacían referencia a asuntos de carácter ideal y material, *La Quincena* veía plenamente justificada la alarma despertada entre los obispos cubanos, pues gran parte de las cuestiones que se estaban ventilando caían plenamente dentro de la jurisdicción de la Iglesia. Por lo demás, la línea editorial de la revista franciscana consideraba que la jerarquía católica estaba investida de plenos derechos para participar en aquel debate y exigir respuestas, pues, además de cabeza del catolicismo cubano, el Episcopado estaba obligado a pronunciarse sobre los aspectos que atañían a la moral y las costumbres¹⁷⁴.

La revista aducía que la naturaleza del debate que se estaba viviendo en Cuba hacía referencia a planteamientos y razonamientos que eran propios e inherentes a la moral cristiana. Esta era una razón de peso para tener en consideración la opinión de los prelados. La Iglesia tenía que aportar su visión y magisterio cristiano en aquel momento definitorio. Tal era así que *La Quincena* contemplaba la participación plena de la Iglesia en los asuntos temporales como algo normal, lógico y deseable. Es más, la Iglesia no sólo tenía el derecho, sino también la obligación, de inmiscuirse en los asuntos temporales, sobre todo cuando estaba en juego el reordenamiento de la organización social en Cuba y los valores a cultivar en esta nueva sociedad.

Desde las páginas de *La Quincena* se hacían verdaderos esfuerzos por aparentar normalidad y justificar la necesidad de contar con la Iglesia como actor privilegiado en cualquier cambio que se proyectara para Cuba. Sin embargo, para muchos sectores de la revolución, tanto dentro como fuera del Gobierno, el pronunciamiento de los prelados era un acto de injerencia en asuntos de ámbito temporal que se escapaban a las competencias de la Iglesia. El Episcopado cubano se había pronunciado sobre el rumbo de la revolución y lo había hecho mostrando sus reservas, lanzando más críticas de lo habitual y acusando a varios de los dirigentes revolucionarios de colaboracionismo con las corrientes marxistas y a otros de mostrarse indiferentes ante la estrategia de penetración comunista en el seno de la revolución.

La revista franciscana trataba de mostrar en sus páginas una normalidad que no se correspondía con lo que estaba aconteciendo en Cuba. La carta pastoral había traído consecuencias que no podían ser encubiertas, pues a nadie se le escapaba que las relaciones entre la Iglesia y el Gobierno revolucionario habían sufrido un evidente deterioro y que aquello afectaba a todos los organismos, instituciones y asociaciones que estaban vinculadas a la Iglesia cubana.

De esta suerte, los daños causados a la Iglesia por el pronunciamiento episcopal tuvieron también sus repercusiones en *La Quincena*. Más allá de la anomalía que representaba la publicación de un sólo número en agosto, a todas luces debido a lo convulso del momento y al temor de hipotecar el futuro de la revista con pronunciamientos precipitados, la revista salió a la calle con un cambio en la dirección. El padre Ignacio Biaín ya no se encontraba al frente de la publicación cuando el número de agosto salió de la redacción de *La Quincena*. Desde la revista se aseguró que era una ausencia

¹⁷³ *Idem*.

¹⁷⁴ *Ibidem*, págs. 42 y 43.

temporal, pero lo cierto es que *La Quincena* pasó a estar a partir de entonces bajo la dirección de Fray Mariano Errasti, otro franciscano vasco vinculado a la revista desde hacía años¹⁷⁵.

Las motivaciones que llevaron a este cambio de jefatura al frente de la publicación no han sido suficientemente aclaradas. Uno de los más recientes estudiosos de la Iglesia cubana en el contexto de la revolución, Ignacio Uría Rodríguez, se limita a constatar el cambio en la dirección de la revista, pero no aduce razón alguna, ni aclara cuáles fueron los condicionantes y motivaciones de este cambio¹⁷⁶. Desde *La Quincena* se aseguró que Biaín había decidido, motu proprio, tomarse un período de asueto al frente de la revista. Sin embargo, corrieron dos versiones en aquel momento. La sostenida por la propia publicación, en la que señalaba que el padre Biaín había decidido tomarse “*un descanso de sus actividades ordinarias*” para centrarse en la labor pastoral y que regresaría a su puesto como director de la revista tan pronto como quedara liberado de sus nuevas obligaciones¹⁷⁷. La otra versión era la sustentada por los medios afines al Gobierno, quienes señalaban que presiones de todo tipo habían producido su relevo.

La revista franciscana señaló en su número de finales de agosto, mediante un destacado, que el obispo de Pinar del Río se había dirigido a la orden franciscana en busca de sacerdotes para atender su diócesis. El prelado pinareño había mostrado especial interés en contar con la experiencia del padre Biaín en las labores de promoción de la doctrina social de la Iglesia y el sacerdote vasco, consciente de las necesidades que imperaban en aquel momento, había aceptado su propuesta¹⁷⁸. El superior de la orden franciscana había dado el visto bueno al traslado, lo que condicionaba la presencia de Biaín en La Habana, circunstancia por la cual se había decidido buscarle un sustituto temporal para que dirigiera la revista¹⁷⁹. De este modo, el sacerdote vasco se ausentaba de la dirección por tiempo indefinido y cedía el testigo a otro franciscano, Fray Mariano Errasti. Además de sustentar la labor evangelizadora en Pinar del Río, el padre Biaín tenía el encargo de la diócesis pinareña de organizar un programa de radio diario sobre la doctrina social católica¹⁸⁰.

La Quincena señalaba que se había visto obligada a publicar aquella información sobre el paradero de Biaín debido a los rumores que corrían a través de los medios de comunicación más próximos al Gobierno cubano. Aquella nota era un desmentido a las informaciones que habían aseverado que el padre Biaín había sido “*silenciado*”, que se le había conminado a tomarse unas “*vacaciones forzosas*” y que presiones, “*a las que no había sido ajena la Embajada franquista*”, le habían obligado a abandonar la dirección de *La Quincena*¹⁸¹.

La revista franciscana impugnaba estos rumores al señalar que Ignacio Biaín seguiría escribiendo en la revista y que también continuaría siendo el director de *La Quincena* una vez cubiertos sus nuevos compromisos. Se le había reemplazado como director de la revista debido a su residencia en Pinar del Río y que detrás de aquella sustitución no había otra razón que la imposibilidad de dirigir la revista desde la distancia. Lo cierto es que el padre Biaín abandonó la dirección de la revista en aquellas fechas, como constata el historiador Ignacio Uría, y que su salida de *La Quincena* sería definitiva¹⁸². El sustituto temporal, Mariano Errasti, terminaría siendo permanente. En cuanto a las presiones de la Embajada franquista, no se tiene constancia de su existencia, aunque no es menos cierto que la línea editorial de *La Quincena* difería sustancialmente de la posición sustentada por la Iglesia española. El

¹⁷⁵ Uría Rodríguez, Ignacio: *Op. Cit.*, págs. 476.

¹⁷⁶ *Idem.*

¹⁷⁷ *La Quincena* (Año VI). Núm. 15 y 16. La Habana: miércoles, 31 de agosto de 1960, pág. 35. Quincenal.

¹⁷⁸ *Idem.*

¹⁷⁹ *Idem.*

¹⁸⁰ *Idem.*

¹⁸¹ *Idem.*

¹⁸² Uría Rodríguez, Ignacio: *Op. Cit.*, pág. 476.

catolicismo que encarnaba el padre Biaín siempre había dado voz a aquellos sectores de la Iglesia que disentían del régimen español, recuérdese el episodio del padre Azpiazu, origen del contencioso que terminó con la expulsión del embajador español en La Habana.

La antipatía de la Embajada española en La Habana por aquel sacerdote era más que notoria. Una muestra de esta animadversión hacia Biaín se puede encontrar en una carta personal remitida en la primera semana de enero de 1961 por Jaime Caldevilla, antiguo oficial del Ejército español y responsable de la Oficina de Información Diplomática de la Embajada franquista en Cuba, al titular del Ministerio de Exteriores, Fernando María Castiella. En aquella carta, Caldevilla definía al padre Biaín y al “grupito de separatistas” que lo secundaban en la orden franciscana como enemigos de España¹⁸³. El diplomático español señalaba además que aquel sector de religiosos vascos que se agrupaban a la vera del padre Biaín habían sido los principales promotores en el seno de la Iglesia de la negación “del carácter comunista” de la revolución¹⁸⁴. Una actitud que había contribuido a “confundir a los católicos”¹⁸⁵.

El padre Biaín, respetado y valorado dentro de la dirigencia revolucionaria y colaborador ocasional en revistas tan relevantes como *Bohemia*, abandonaba la dirección de la revista franciscana y lo hacía sin ofrecer declaración alguna sobre los motivos que le habían llevado a tomar aquella decisión. La salida de Biaín coincidía además con un cambio evidente en la línea editorial de la revista, pues los ataques al comunismo como doctrina pasaron a ocupar un puesto preponderante dentro de la publicación.

De todos modos, y a pesar de este giro de perspectiva, la revista de los franciscanos españoles en Cuba no se convirtió en órgano de expresión de la contrarrevolución a raíz de la confrontación con la dirigencia revolucionaria. Sin embargo, esto no fue óbice para que a partir de agosto de 1960 la revista se encontrara en una posición comprometida y se revistiera a la vez de todo tipo de ambigüedades: defender a la jerarquía católica y al Gobierno revolucionario de forma simultánea no era tarea fácil y las contradicciones afloraron en la publicación de forma abrupta.

La línea argumental de la revista, en la entrega de agosto y en los números subsiguientes, se movió en un terreno en el que se combinaban los logros de la revolución en materia social con artículos en los que el ataque al comunismo se tornó feroz. Lo expuesto en la “Circular Colectiva” parecía determinar la hoja de ruta para la revista franciscana. De este modo, los contenidos de la publicación se tornaron a ajustar a la senda trazada en la pastoral del Episcopado cubano. Las salvas a la revolución en materia social eran sazonadas frecuentemente con críticas de tipo procedimental y con constates objeciones a la forma de ejecutar la legislación transformadora¹⁸⁶. Estas alabanzas a las intenciones que albergaba la labor revolucionaria, difíciles de separar de las críticas aludidas debido a los modos desplegados en la ejecutoria, se combinaban con ataques al comunismo como doctrina social, política y económica. Sin embargo, el espacio destinado en la revista a una y otra vertiente resultaba desigual. Los brindis a la revolución solían colocarse en la sección “15 días en la nación”, destinada al relato de la cotidianidad revolucionaria¹⁸⁷. Mientras los artículos quedaban confinados en la crítica al marxismo, desde perspectivas jurídicas, económicas y sociales¹⁸⁸.

¹⁸³ De Paz-Sánchez, Manuel: *Zona de Guerra: Op. Cit.*, pág. 111.

¹⁸⁴ *Idem.*

¹⁸⁵ *Idem.*

¹⁸⁶ *La Quincena* (Año VI). Núm. 15 y 16. La Habana: miércoles, 31 de agosto de 1960, pág. 34. Quincenal y *La Quincena* (Año VI). Núm. 18. La Habana: viernes, 30 de septiembre de 1960, págs. 4-7. Quincenal.

¹⁸⁷ *Idem.*

¹⁸⁸ *La Quincena* (Año VI). Núm. 15 y 16. La Habana: miércoles, 31 de agosto de 1960, pág. 25. Quincenal, *La Quincena* (Año VI). Núm. 17. La Habana: jueves, 15 de septiembre de 1960, págs. 5 y 11. Quincenal y *La Quincena* (Año VI). Núm. 18. La Habana: viernes, 30 de septiembre de 1960, págs. 3 y 5. Quincenal.

Por otro lado, la revista acometió un ejercicio minucioso para desmentir las acusaciones vertidas por el primer ministro cubano contra la jerarquía católica. *La Quincena* eludió referirse a las palabras de Fidel Castro, pero dedicó gran parte de su número de mediados de septiembre a publicar los pronunciamientos, realizados a través de pastorales, notas de prensa, artículos periodísticos o boletines parroquiales, en los que se hacía explícita la condena al régimen de Batista por parte de la Iglesia y de las organizaciones católicas radicadas en Cuba. Las principales organizaciones seculares y religiosas del catolicismo cubano, incluido el Episcopado isleño, habían condenado la dictadura “marxista” en varias ocasiones. Desde 1952, año de la asonada de Batista, hasta las navidades de 1958, momento en que se vivían los estertores del régimen, la Iglesia había salido a condenar la actitud mostrada por el régimen batistiano¹⁸⁹. Aquel interés en reservar resmas de papel en la revista para constatar aquella realidad venía marcado por la acusación de Fidel Castro sobre la falta de una pastoral en la que se condenaran los crímenes de Fulgencio Batista.

La revista reservó también espacio en aquellas fechas para explicar la posición de la Iglesia en materia social. La doctrina social de la Iglesia aparecía, en una u otra vertiente, en todos sus números¹⁹⁰. Como ya se ha apuntado, los sectores del progresismo católico consideraban que la doctrina cristiana en materia social tenía que ocupar el espacio que los comunistas estaban intentando copar. Además, el catolicismo cubano tenía que prestar suma atención a la familia, la educación y el sindicalismo¹⁹¹. Tres campos, sobre todo los dos últimos, en los que los comunistas pretendían ir ganando terreno.

La estrategia desplegada por *La Quincena* resultaba idéntica a la mostrada por las organizaciones católicas de Cuba. Los movimientos católicos más influyentes dentro del ámbito secular dieron un paso al frente en aquellos momentos de tensión para reclamar su espacio en el proceso revolucionario. Después de meses de silencio, estas organizaciones irrumpieron en el escenario político cubano para sustentar las ideas que figuraban en la “Circular Colectiva”. Todas las secciones de Acción Católica, la Orden de Caballeros de Colón, las Federaciones Marianas, las diferentes asociaciones de maestros católicos y agrupaciones de familias cristianas de diversa condición salieron en defensa de la jerarquía católica y lo hicieron a través de un comunicado conjunto.

El comunicado de las formaciones seculares afirmaba que el pronunciamiento episcopal era legítimo y necesario, pues, “*en cumplimiento de su misión irrenunciable*”, los prelados estaban obligados a “*orientar ideológicamente al pueblo católico*”¹⁹². El tejido asociativo del catolicismo cubano respondía a las críticas de la dirigencia revolucionaria y de gran parte de los medios de comunicación mostrando su adhesión total a la jerarquía eclesiástica y señalando que el catolicismo cubano estaría, como lo había hecho en el pasado, al lado de los humildes, pero que nunca transigirían con el comunismo¹⁹³. Se rechazaba al mismo tiempo, “*como injustificadas y caprichosas*”, las interpretaciones tendentes a vincular “*los cubanísimos pronunciamientos*” del Episcopado con “*los intereses políticos de potencias extrañas*”¹⁹⁴.

Las organizaciones católicas hacían una apuesta decidida por la neutralidad de Cuba ante las potencias extranjeras, rechazaban sin fisuras cualquier tipo de connivencia con el comunismo y condenaban los

¹⁸⁹ *La Quincena* (Año VI). Núm. 17. La Habana: jueves, 15 de septiembre de 1960, págs. 12-14. Quincenal.

¹⁹⁰ *La Quincena* (Año VI). Núm. 15 y 16. La Habana: miércoles, 31 de agosto de 1960, pág. 64. Quincenal, *La Quincena* (Año VI). Núm. 17. La Habana: jueves, 15 de septiembre de 1960, págs. 8 y 9. Quincenal y *La Quincena* (Año VI). Núm. 18. La Habana: viernes, 30 de septiembre de 1960, págs. 4, 6 y 7. Quincenal.

¹⁹¹ *La Quincena* (Año VI). Núm. 15 y 16. La Habana: miércoles, 31 de agosto de 1960, pág. 64. Quincenal y *La Quincena* (Año VI). Núm. 17. La Habana: jueves, 15 de septiembre de 1960, págs. 3, 10, 11 y 60. Quincenal.

¹⁹² *La Quincena* (Año VI). Núm. 15 y 16. La Habana: miércoles, 31 de agosto de 1960, pág. 37. Quincenal.

¹⁹³ *Idem*.

¹⁹⁴ *Idem*.

altercados en las puertas de los templos en la jornada del 7 de agosto. Unos tumultos que en ningún caso habían sido provocados por los fieles, sino por personas ajenas al cristianismo.¹⁹⁵

El comunicado apostaba de forma decidida por el cierre de filas. Se antojaba necesaria la unión de todos los católicos bajo las ideas sostenidas por el Episcopado, fuente única de legitimidad para cualquier tipo de pronunciamiento. La obediencia a la jerarquía se imponía como premisa irrenunciable. El comunicado se brindaba ante las potenciales desavenencias que se pudieran registrar dentro de las organizaciones de base del catolicismo y para ello no se perdía la oportunidad de desautorizar a todos aquellos sectores que sintiéndose católicos pudieran estar en contra de la “Circular Colectiva”. Sobre este particular el comunicado era taxativo: “*Las verdaderas organizaciones católicas*” eran las que se hallaban “*aprobadas oficialmente por la Iglesia*”¹⁹⁶. Las manifestaciones de grupos que no gozaran de dicha aprobación no podían en modo alguno tenerse en cuenta como parte del sentir de la masa católica, sino como opiniones personales de los que suscribieran aquellas manifestaciones¹⁹⁷.

Bajo esta última premisa quedaba proscrita la disidencia en el seno del catolicismo. Cualquier atisbo de escisión se condenaba de antemano y se ponía el acento en la sumisión a la hoja de ruta trazada desde el Episcopado cubano. Aquel apunte no hacía más que descalificar las declaraciones de otros grupos ya operativos, que sin contar con la aprobación episcopal, trataban de erigirse en expresión del sentir de la grey católica. El comunicado en cuestión no mencionaba al movimiento “Con la Cruz y con la Patria”, encabezado por el padre Germán Lence, pero todo parecía indicar que este comité cívico católico, próximo al Gobierno revolucionario, era el destinatario de aquel mensaje.

Los riesgos de una división dentro de la grey católica parecían más reales que nunca. Por primera vez había dentro de la Iglesia un grupo de católicos, el denominado “Con la Cruz y con la Patria”, que no reconocía otra autoridad que la representada por la dirigencia revolucionaria, todo un contratiempo para la jerarquía eclesiástica. El grupo que encabezaba el padre Germán Lence se mostraba sumamente crítico con todas aquellas manifestaciones del catolicismo cubano, vinieran de donde vinieran, que ponía en tela de juicio el proyecto revolucionario.

El padre Lence pronto sería acusado de encabezar un movimiento cismático en el seno del catolicismo, acusación que le llevó a abandonar la Iglesia católica antes de que finalizara el año 1960¹⁹⁸. Sus “misas revolucionarias” eran ya moneda de cambio en aquellas fechas. Uría Rodríguez no nos informa con exactitud en qué momento el padre Lence comenzó con aquellas homilías. De todos modos, señala que a mediados de diciembre de 1960 eran ya habituales las “misas revolucionarias” y que se celebraban con cierta frecuencia en Santiago de Cuba¹⁹⁹.

Este mismo autor nos ofrece también una semblanza del padre Lence en la que sus proximidades al comunismo o la izquierda marxista pierden toda base. Germán Lence era natural de Galicia y había llegado a Cuba en 1938, antes de que finalizara la Guerra Civil española. Su protagonismo en la escena cubana llegó cuando los conflictos entre la Iglesia y el Estado se intensificaron. A mediados de 1960, las inclinaciones del sacerdote gallego estaban con la revolución fidelista. Sobre esto no cabía duda alguna. Sin embargo, su historial en España y en Cuba lo alejaban de toda afinidad con las corrientes comunistas o socialistas. Según señala en su obra Uría Rodríguez, el padre Germán Lence se había presentado voluntario para ser capellán de Falange Española durante la Guerra Civil y una vez en Cuba había sido investigando por colaborar con la Alemania nazi durante la Segunda

¹⁹⁵ *Idem.*

¹⁹⁶ *Ibidem*, pág. 64.

¹⁹⁷ *Idem.*

¹⁹⁸ Uría Rodríguez, Ignacio: *Op. Cit.*, págs. 432.

¹⁹⁹ *Ibidem*, pág. 427.

Guerra Mundial²⁰⁰. En 1942 los barcos de guerra alemanes habían recibido cobertura logística desde Cuba y las investigaciones de las autoridades cubanas terminaron localizando la emisora de radio desde la que se informaba a los buques nazis en la Parroquia de Holguín donde oficiaba el padre Germán Lence²⁰¹. En fin, unos antecedentes que convertían en gratuitas o cuando menos discutibles las acusaciones que pudieran situar al sacerdote gallego en la órbita del comunismo internacional.

Más allá del curioso y controvertido caso del padre Lence, sin duda un quebradero de cabeza para la Iglesia, lo cierto es que el catolicismo cubano estaba inmerso en un período de definición y desconcierto, generado en última instancia desde el propio Episcopado. La jerarquía católica y las organizaciones seculares que crecían a su vera, después de meses de incertidumbres y controversias a nivel interno, habían decidido remar en una misma dirección, pero en la grey católica las dudas sobre la conveniencia de seguir la senda trazada por el Episcopado se explicitaron de forma evidente. En el catolicismo de base el desencanto parecía estar haciendo mella y muchos católicos se sentían defraudados por el mensaje que llegaba desde las altas esferas eclesiales. Algunos de los grupos católicos que disentían de lo sostenido en la carta pastoral del Episcopado se unieron a la organización del padre Germán Lence, mientras otros se separaron de la vía fijada por la jerarquía católica y se alejaron de la Iglesia para sustentar a la revolución desde sus propias filas, huyendo de este modo de cualquier reivindicación religiosa.

Este desconcierto del que fue presa la grey católica tuvo como fruto una clara división en el seno catolicismo cubano y se vio reflejado de forma dramática en la revista de los franciscanos españoles. La sección destinada en *La Quincena* a la opinión de los lectores se tornó desde la entrega doble del mes de agosto en fuente de litigio entre la dirección de la publicación y sus lectores. Esta sección de la revista, que había sido irrelevante en la mayoría de los números precedentes, pasó a convertirse a partir de agosto en foro de acaloradas discusiones.

En el número que cerraba el mes de agosto un lector inquirió a la publicación una explicación sobre el posicionamiento de los prelados. En una de las cartas dirigidas a la redacción de la revista el remitente se dirigía al director para indicarle que aún se encontraba “*aturdido y confuso*” al constatar el modo en el que la jerarquía católica había optado por coadyuvar con los intereses de la contrarrevolución y el imperialismo²⁰². La jerarquía católica, según el remitente de aquella queja, había optado por colaborar con todos aquellos sectores que tenían como propósito hacer fracasar a la Revolución cubana, una actitud que se hacía acreedora de la protesta de los que en Cuba se sentían católicos. El indignado lector reiteraba su asombro ante la actitud del Episcopado, demandaba del padre Errasti una explicación sobre aquel insólito episodio y aprovechaba la ocasión para mostrar su rabia ante la posición antipatriótica que estaba mostrando la Iglesia cubana²⁰³.

Desde la dirección de *La Quincena* se trató de dar respuesta a todas aquellas cuestiones que planteaban sus lectores. Sin embargo, no se le puso objeción alguna a la carta pastoral, ni a la actitud mostrada por la jerarquía católica; muy al contrario, se acometió una defensa cerrada del Episcopado con el ánimo de descargarlo de las culpas que se le atribuían. Por enésima vez, se acudió al análisis detallado del contenido de la pastoral para señalar que en el controvertido documento no había un ataque a la revolución²⁰⁴.

La línea editorial de la revista franciscana articuló también la defensa de la Iglesia por medio del ataque a sus enemigos, es decir, el comunismo y sus corifeos en Cuba. En varias ocasiones, el director

²⁰⁰ *Ibidem*, pág. 448.

²⁰¹ *Idem*.

²⁰² *La Quincena* (Año VI). Núm. 15 y 16. La Habana: miércoles, 31 de agosto de 1960, pág. 1. Quincenal.

²⁰³ *Idem*.

²⁰⁴ *Idem*.

de la revista, padre Errasti, no dudó en señalar directamente al diario *Hoy*, órgano de expresión de los comunistas cubanos, como el instigador de los ataques contra la Iglesia y como el promotor de todas aquellas lecturas aviesas que circulaban en Cuba, y más allá de sus fronteras, sobre la “Circular Colectiva”²⁰⁵. El director de *La Quincena* señalaba que el periódico comunista había lanzado una campaña de desprestigio contra el Episcopado cubano, haciendo caso omiso de lo reflejado en la propia “Circular Colectiva” y con la clara intención de dividir al catolicismo cubano²⁰⁶. Para el padre Errasti no había duda al respecto: la carta pastoral de los prelados estaba siendo aprovechada por el comunismo para fomentar el cruce de declaraciones entre las autoridades gubernamentales y eclesiásticas y de paso para sembrar la división en el seno de la Iglesia.

De todos modos, los mensajes lanzados desde la dirección de *La Quincena* no parecieron surtir el efecto esperado, pues en los dos números del mes de septiembre la sección dedicada a los lectores se tornó más beligerante y las críticas a los prelados se hicieron extensivas a la propia revista. *La Quincena* publicó todas estas objeciones haciendo acopio de gran aplomo, pues las críticas y descalificaciones superaban el ámbito del Episcopado y se dirigían directamente contra algunos de los padres franciscanos que escribían en las páginas de la revista²⁰⁷. Sin embargo, lo más preocupante para la publicación fueron las bajas en las subscripciones. Varios de los lectores, aportando sus nombres y apellidos, disentían abiertamente con la posición oficial mantenida por la Iglesia y censuraban la actitud mostrada por la revista franciscana. La posición mantenida por la Iglesia y por *La Quincena*, según estos lectores, sólo les dejaba una salida: darse de baja en la revista.

La sección dedicada a las opiniones de los lectores creció en extensión, pues la dirección de la revista tomó la decisión de publicar gran número de ellas y de darles respuesta a través del director. Los ejemplos del descontento descollaban en las páginas de *La Quincena* y las causas esgrimidas para justificar aquel desencanto eran casi siempre las mismas.

En el número de mediados de septiembre un lector solicitaba la baja de su subscripción en *La Quincena*. Las razones aducidas no eran otras que el cambio en la línea editorial de la revista. La publicación franciscana, según este lector, había perdido todo interés desde la salida del padre Biaín y, lo que era todavía peor, había optado por la defensa de unos intereses que ya no se correspondían con los de aquellos que seguían luchando por la soberanía de Cuba²⁰⁸. Otros dos lectores, en aquel mismo número de mediados de septiembre, solicitaban también la baja y mostraban igualmente su incredulidad ante la salida del padre Biaín²⁰⁹. Uno de ellos, cargándose de razones, señalaba que sus “sentimientos patrióticos y cristianos” le impedían seguir leyendo *La Quincena* y que la revista se había equivocado gravemente con el silenciamiento del padre Biaín²¹⁰.

En el número de finales de septiembre las bajas no cesaron y continuaron las críticas. La defensa emprendida por *La Quincena* de la jerarquía católica estaba dejando unos dividendos nefastos para la redacción de la revista, pues lejos de aplacar los ánimos de la grey católica contribuía a enaltecerlos. Muchos de los lectores que recibían aquella revista habían decidido dejar de hacerlo por la actitud mostrada por la Iglesia en los últimos tiempos. *La Quincena* recibió cartas a título individual y en representación de empresas y colectivos en las que se solicitaba la baja en la subscripción²¹¹. Por otro lado, los lectores desencantados no se resignaban a solicitar la baja simplemente, sino que exponían

²⁰⁵ *Idem.*

²⁰⁶ *Idem.*

²⁰⁷ *La Quincena* (Año VI). Núm. 17. La Habana: jueves, 15 de septiembre de 1960, págs. 1. Quincenal.

²⁰⁸ *Ibidem*, pág. 2.

²⁰⁹ *Idem.*

²¹⁰ *Idem.*

²¹¹ *La Quincena* (Año VI). Núm. 18. La Habana: viernes, 30 de septiembre de 1960, págs. 1. Quincenal.

las razones que les habían llevado a tomar aquella decisión y solicitaban de la redacción la publicación de sus quejas.

La Quincena no optó por censurar los escritos de quejas enviados a su redacción. Por críticas que fueran con la Iglesia, con el Episcopado o con la propia revista, las opiniones de los lectores tuvieron su espacio en las páginas de la publicación franciscana. De todos modos, junto a estas cartas de condena se publicaron otras en las que se ensalzaba la labor de la revista. También se dio cabida en aquella sección a las opiniones que descalificaban la actitud mostrada por el padre Germán Lence, poniendo el acento en su irresponsable actitud divisionista en el seno del catolicismo. Y tampoco se pasaron por alto aquellas opiniones de los lectores que ensalzaban la labor de los religiosos extranjeros que impartían su magisterio en tierras cubanas²¹².

El catolicismo cubano, desde sus sectores oficiales, habían decidido oponerse a la labor gubernamental cuando entendieran que había motivos para ello. Una actitud que traía aparejada como consecuencia indeseable el enfrentamiento entre las diferentes sensibilidades que albergaba en su seno el catolicismo cubano. La Iglesia se había convertido en un polvorín en el que los conflictos internos y externos parecían multiplicarse. Por otro lado, la situación de tirantez entre el Episcopado y el Estado cubano no tenía visos de resolverse, más bien parecía empeorar con el curso de los días.

La Quincena, sin embargo, no varió un ápice su posición con respecto a la jerarquía católica, había apostado de forma decidida por secundar la postura del Episcopado y esta actitud se hizo evidente en cada uno de los trabajos publicados en la revista. El nuevo talante mostrado por la revista franciscana le hizo ganar simpatías entre ciertos sectores de la sociedad cubana, pero, irremediablemente, la estaba separando de los católicos de base, muchos de ellos involucrados ya de forma activa en el proceso revolucionario. Gran parte del catolicismo cubano parecía más dispuesto a seguir la mística revolucionaria de Fidel Castro que los planteamientos inmovilistas lanzados desde el Episcopado.

El enfrentamiento entre la Iglesia y el Estado y el desconcierto de parte de la masa católica ante aquella encrucijada de compleja elección configuraban un escenario de consecuencias impredecibles. El conflicto Iglesia-Estado parecía ya irresoluble y lejos de revertirse fue a más. De hecho, aquel mes de agosto supuso un punto de no retorno. Las cordiales relaciones que la Iglesia había mantenido con la dirigencia revolucionaria desde el triunfo de la revolución se enturbiaron a aquellas alturas de 1960 y ya no volvieron a ser las de antes. Por otra parte, muchos sectores dentro de la Iglesia se empeñaron en que así fuera y continuaron, a través de declaraciones y acciones violentas, colocando a la revolución en situaciones comprometidas. La situación parecía estar sujeta a la capacidad de aguante que la dirigencia revolucionaria tuviera ante las provocaciones y, por otro lado, a dilucidar con exactitud hasta dónde estaba dispuesta a llegar la Iglesia y su tejido organizativo en su confrontación con el Gobierno cubano.

A finales de agosto se produjo un acontecimiento que parecía darle la razón a las palabras pronunciadas por Fidel Castro ante las cooperativas agrícolas semanas antes. El suceso implicaba de lleno a la Iglesia católica. A finales de agosto el jesuita Marcial Bedoya, sacerdote santanderino, y seis miembros de la Juventud de Acción Católica fueron detenidos tras protagonizar un cruce de disparos, de consecuencias fatales, con las fuerzas fidelistas. El grupo formado por el religioso español y los jóvenes católicos fue conminado a identificarse por la Inteligencia militar cubana. Sin embargo, los jóvenes de Acción Católica, lejos de acceder a los requerimientos de las autoridades, desenfundaron sus pistolas y dispararon contra las fuerzas de orden público. Según la versión aportada por el historiador Uría Rodríguez, en el intercambio de fuego dos militares murieron y el padre

²¹² *Ibidem*, pág. 2.

Bedoya resultó herido²¹³. Acto seguido el religioso y los miembros de la juventud católica que habían iniciado el tiroteo fueron acusados de transportar armas para el Movimiento de Recuperación Revolucionaria y puestos a disposición judicial²¹⁴.

Al frente del Movimiento de Recuperación Revolucionaria, como hemos señalado en capítulos anteriores, se encontraba Manuel Artime, quien, según algunos autores, había recibido la protección de la Iglesia y, al parecer, también de la Embajada española, para organizar el grupo contrarrevolucionario²¹⁵. Posteriormente, Manuel Artime había partido rumbo a los Estados Unidos y como se ha expuesto ya también en los capítulos precedentes, la Iglesia y la Embajada de España desempeñaron un papel importante en su huida²¹⁶. No en vano, aquel asunto había sido una de las razones aducidas por Fidel Castro para implicar al embajador Lojendio en los asuntos de la contrarrevolución cubana²¹⁷. De este modo, las acusaciones de las autoridades cubanas no perecían del todo desencaminadas cuando señalaron la implicación de aquellos jóvenes y del jesuita santanderino en la provisión de armamento para el grupo que encabezaba Artime desde el exilio norteamericano. Por otro lado, resulta atinado señalar también que el gran valedor de Manuel Artime ante las autoridades revolucionarias tras el triunfo fidelista había sido otro jesuita español, el padre Llorente, antiguo profesor de Fidel Castro en el Colegio de Belén, como el propio primer ministro cubano se encargó de destacar a resultas del caso Lojendio²¹⁸.

Todos estos antecedentes nos colocan en un contexto en el que Iglesia parecía tendente a repetir los viejos errores que la habían condenado ya en el pasado. *La Quincena* debió entender que así era y que la Iglesia estaba inmersa de nuevo en asuntos que podían traerle graves consecuencias. Ante semejante historial no resulta extraño que *La Quincena* guardara un silencio, más que prudente, ante el encontronazo que los jóvenes de Acción Católica y el padre Bedoya habían tenido con las fuerzas fidelistas. Este incidente de fatales consecuencias se produjo además durante el primer Encuentro Nacional de la Juventud de Acción Católica, algo de lo que sí se hizo eco la revista franciscana. La balaceada protagonizada por miembros de la Juventud de Acción Católica, la muerte de dos agentes de las fuerzas de orden público y las conclusiones del congreso celebrado por esta organización contribuyeron a separar, aún más si cabe, a la Iglesia del Estado cubano.

En aquellos días la Acción Católica utilizó la dialéctica de las palabras, pero también la de las pistolas, para escenificar que su idea de Cuba difería de la sostenida por el Gobierno revolucionario. Las conclusiones del congreso dejaron patente cual era la posición de los jóvenes de Acción Católica. Según informó *La Quincena*, en la declaración de principios que surgió de aquel primer congreso, los jóvenes católicos habían ratificado “*el inquebrantable apoyo e incondicional fidelidad al Venerable Episcopado cubano*” y a todos y cada uno de los puntos expuestos en la “*Circular Colectiva*” leída en los templos de Cuba²¹⁹.

La Iglesia, con su jerarquía al frente y con la “incondicional fidelidad” de sus organizaciones seculares había fijado sus principios y no se apartaría de ellos. En cuanto a la revolución, también había fijado los suyos. Los dirigentes revolucionarios los habían expuesto en numerosas ocasiones y los estaban llevando a la práctica sin vacilaciones. El choque ideológico, de ideas y de principios estaba servido. La revolución se había enfrentado a numerosos sectores de la vieja Cuba y ahora le llegaba el turno a uno de los más poderosos: la Iglesia.

²¹³ Uría Rodríguez, Ignacio: *Op. Cit.*, págs. 405.

²¹⁴ *Idem.*

²¹⁵ Brown, Jonathan C.: *Op. Cit.*, pág. 65.

²¹⁶ *Idem.*

²¹⁷ *Hoy* (Año XXII). Núm. 18. La Habana: viernes, 22 de enero de 1960, págs. 5 y 6. Diario.

²¹⁸ *Diario de la Marina* (Año CXXVIII). Núm. 17. La Habana: jueves, 21 de enero de 1960, págs. 1A y 12A. Diario.

²¹⁹ *La Quincena* (Año VI). Núm. 17. La Habana: jueves, 15 de septiembre de 1960, págs. 15, 61 y 62. Quincenal.

9.6 Hegemonía y bloque hegemónico en la nueva Cuba

El enfrentamiento entre las posiciones de la Iglesia y del Gobierno cubano puede abordarse desde la noción “gramsciana” de “*revolución pasiva*”²²⁰, un concepto preñado de posibilidades heurísticas para exponer el conflicto que nos ocupa. La noción de revolución pasiva nos sitúa ante una revolución restauración, como la define también Antonio Gramsci²²¹. Se trataría de un proyecto revolucionario que tendría como promotores a aquellos sectores de las altas esferas del antiguo régimen que fueran capaces de adaptarse a los procesos de cambio que demandara la sociedad. Es decir, una transformación desde arriba por medio de la cual las tradicionales clases dirigentes modificarían lentamente las relaciones de fuerza imperantes en el Estado y en la sociedad civil para neutralizar las demandas de cambio radicales reclamadas por las clases populares y preservar así, en la medida de lo posible, los privilegios de las antiguas clases dominantes.

En el caso nos ocupa, una vertiente de lo que Gramsci definiera como la revolución pasiva estaría representada por el proyecto de revolución que portaba la jerarquía eclesiástica cubana. La Iglesia cubana, como promotora y parte integrante del bloque hegemónico prerrevolucionario, proponía una línea de acción para la Revolución cubana en la que se pretendía frenar el proceso transformador o, al menos, descargarlo de atributos lesivos para las antiguas clases dirigentes. Para llevar a cabo este proyecto reformista se antojaba imprescindible desenvolverse en el ámbito de la “*revolución pasiva*”. Es decir, la Iglesia y su jerarquía, como componentes de los segmentos políticamente hegemónicos en la vieja Cuba, pretendían integrar en su tesis reformista parte del programa fidelista: incorporar una porción considerable de las demandas revolucionarias resultaba necesario para controlar y tutelar el proceso cubano, pero resultaba aún más perentorio integrar las premisas revolucionarias si lo que se pretendía era despojarlas de los gravámenes que traía aparejados para las clases dominantes cubanas.

Según las ideas promulgadas por la Iglesia católica, los derechos de la burguesía cubana debían ser contemplados en el quehacer revolucionario y compensadas sus pérdidas cuando sus intereses se vieran arrollados por el empuje transformador. Es decir, y aquí tomamos como base las afirmaciones eufemísticas lanzadas por los prelados cubanos en su “Circular Colectiva”: corregir aquellos aspectos de la labor revolucionaria en aras de prevenir que “*la justicia sufriera detrimento*”²²².

El desencuentro entre la jerarquía católica y la dirigencia revolucionaria y las pretensiones de la Iglesia de situarse en el ámbito de una revolución restauración quedan retratados a través de la oposición dialéctica. En la disputa entre la Iglesia y Gobierno cubano, uno encarnaría la tesis, el otro la antítesis y ambos tratarían de imponerse en la síntesis mediante la apropiación de los principios del contrario. Es decir, cada miembro de la oposición dialéctica trataría de absorber los planteamientos del adversario para imponerse en la contienda de contrarios. Para poner en práctica esta estrategia resultaba imprescindible utilizar la propaganda con el objeto de explicitar todas las posibilidades operativas que portaban las doctrinas de cada contendiente.

Llegados a este punto nada mejor que tomar las reflexiones de Gramsci sobre este particular. El autor italiano nos expone que cada miembro de la oposición dialéctica “*debe intentar serlo todo y lanzar a la lucha todos sus recursos políticos y morales*”²²³. Gramsci nos sitúa entonces en un contexto en el que los sustentadores de la tesis, en el caso que nos ocupa, la Iglesia cubana, tratarían de “*desarrollarse totalmente hasta llegar a englobar parte de la antítesis*”²²⁴. Huelga aclarar que, en el

²²⁰ Gramsci, Antonio: *La política y el Estado moderno: Op. Cit.*, pág. 137-143.

²²¹ *Ibidem*, pág. 139.

²²² *La Quincena* (Año VI). Núm. 15 y 16. La Habana: miércoles, 31 de agosto de 1960, pág. 42. Quincenal.

²²³ Gramsci, Antonio: *La política y el Estado moderno: Op. Cit.*, pág. 139.

²²⁴ *Idem*.

enfoque de nuestro estudio, la antítesis estaría representada por la posición de la dirigencia revolucionaria.

La Iglesia, portadora de la tesis, trataría de alcanzar el desarrollo total de sus planteamientos doctrinarios en materia social para integrar en su seno a la antítesis. El programa revolucionario cubano sería la antítesis que una vez diluida en sus aspectos más espinosos dentro de la tesis del catolicismo permitiría a la Iglesia imponerse en la oposición dialéctica y poner así en práctica su versión de revolución restauración. De lo que se trataba, en definitiva, era de absorber parte de los planteamientos revolucionarios en el seno del catolicismo oficial para así disolver sus componentes más radicales en la doctrina social de la Iglesia.

El proyecto de revolución que promovía la jerarquía católica dulcificaba y restaba virulencia a las premisas que sustentaba la dirigencia revolucionaria, las descargaba de radicalidad. La revolución pasiva que promovía la Iglesia contaba además con otro tipo de virtualidades, pues resultaba a todas luces compatible con el sistema interamericano y con las relaciones establecidas a nivel internacional, tanto en el ámbito económico como político, por las antiguas clases dirigentes cubanas.

La lucha, por tanto, estaba establecida entre la nueva Cuba, encarnada por la dirigencia revolucionaria, y aquellos sectores dispuestos a salvar parte de las antiguas formas organizativas que imperaban en la república poscolonial y prerrevolucionaria. La revolución que propugnaba la Iglesia cubana como institución respondía pues a esta versión de revolución pasiva. La jerarquía católica promovía las concesiones a los dominados para preservar parte de los privilegios de los antiguos dominadores y así restar carga destructiva al proyecto que sustentaba la cúpula revolucionaria. En esto consiste precisamente otro de los atributos de la revolución pasiva o revolución-restauración de Antonio Gramsci: asumir parte del contenido revolucionario para podarlo de sus aristas subversivas, encabezarlo y canalizarlo en provecho propio.

A tenor de lo expuesto, no debe resultar extraño que la propuesta de la Iglesia cubana pueda parecernos el último intento por preservar la visión del mundo, los valores y la cultura de la Cuba prerrevolucionaria. En la medida en que la Iglesia pudiera contener el ritmo y la velocidad de las transformaciones, parte de las antiguas maneras de la Cuba prerrevolucionaria podrían salvarse. En otras palabras, lo que promovía la Iglesia como institución pasaba por el establecimiento de una suerte de periodo “termidoriano”. Sin embargo, la tarea de tutela y desaceleración pretendida por la Iglesia resultaba ya sumamente complicada, pues el Gobierno cubano estaba inmerso en la revolución permanente y controlaba todos los resortes del poder para llevarla a cabo.

En primer lugar, es necesario señalar el control total que el Gobierno revolucionario ejercía sobre los mecanismos coercitivos del Estado. El Ejército rebelde estaba al mando de las fuerzas armadas desde los primeros compases de la revolución. Una situación que se fue reforzando con el transcurso de los meses a resultas de la partida hacia el exilio de los elementos disidentes que, dentro del ejército, pudieran estar dispuestos a hacer frente o revertir la radicalidad y profundización del proceso revolucionario. Además del control de las armas, algo evidente a tenor de lo expuesto en los capítulos anteriores, es necesario apuntar un segundo aspecto, igual de evidente pero inevitable en este análisis, la dirigencia fidelista estaba ya al frente del tejido industrial y agrario. El frente revolucionario había dado en aquel mes de agosto un paso definitivo para hacerse con el control del aparato productivo a través del proceso de nacionalizaciones de los consorcios norteamericanos. El control del entramado de las grandes industrias y empresas venía a sumarse a los frutos que comenzada a dar la puesta en ejercicio de la Reforma agraria. De este modo, podía afirmarse que, a aquellas alturas de 1960, el Estado cubano tenía a su servicio lo que en el marxismo clásico se entiende por infraestructura, la base económica de la sociedad cubana.

Las fuerzas productivas y los mecanismos coercitivos del Estado estaban en manos de la dirigencia revolucionaria, por lo tanto, la batalla que pretendía entablar la Iglesia tenía que darse desde lo que en la teoría marxista se define como superestructura. Y no desde todos los ámbitos de esta superestructura, pues las instituciones estatales y su andamiaje jurídico estaban también bajo la tutela del Gobierno revolucionario.

Antes de continuar, es necesario determinar qué entendemos por superestructura y delimitar su contenido, sin perder de vista una aclaración previa a cualquier análisis: se debe tener en cuenta que la infraestructura, la base material de la sociedad, condiciona de forma permanente el andamiaje institucional, político, filosófico y jurídico de la superestructura. Para fijar el contenido de la noción de superestructura y sus diferentes niveles acudimos a la definición aportada por la socióloga chilena Marta Harnecker. La superestructura designaría dos niveles de la sociedad: *“la estructura jurídico-política y la estructura ideológica. A la primera correspondería el Estado y el derecho, a la segunda, las llamadas formas de la conciencia social”*²²⁵.

Una vez expuesto este apunte teórico podemos continuar con nuestro análisis señalando que la Iglesia, consciente del marco coyuntural en el que se encontraba, puso el énfasis en los aspectos que atañían a las ideas que debían imperar en la sociedad. La Iglesia decidió intervenir en aquel nivel de la superestructura en el que la última palabra todavía no había sido dicha y en el que la dirigencia revolucionaria se mostraba más divagante y renuente a los pronunciamientos categóricos. A saber: en el ámbito de la estructura ideológica y de las formas de la conciencia social.

El ámbito de las ideas, los valores y las recreaciones de lo real caía plenamente en los dominios de la superestructura, desde la cual la Iglesia todavía podía realizar una acción política como base para recuperar y reproducir parte de los posicionamientos propios de aquellos sectores que habían sido y estaban siendo desalojados del poder, y asegurar de paso un espacio para la propia Iglesia en el futuro de Cuba. La Iglesia, ciñéndose al marco de la superestructura, podía circunscribir su discurso a los contenidos espirituales para influir en los temporales y eludir así cualquier crítica sobre intrusión en los asuntos de gobierno.

El ámbito de la ideología y de la conciencia social se presentó entonces como el terreno más idóneo para que la Iglesia pudiera batirse y no sólo con la intención de preservar las haciendas y haberes de la alicaída burguesía cubana, sino también para preservar sus propios intereses en los medios de comunicación y en el campo de la educación. Revestir los intereses materiales y temporales de una pátina de motivaciones espirituales e ideales permitía a la Iglesia orquestar su defensa contra las acusaciones de contrarrevolucionaria de que fue objeto y proteger su posición privilegiada en el ámbito de los aparatos ideológicos del Estado.

La Iglesia presentó batalla por tanto en el campo de las formas de la conciencia social, único ámbito en el que estaba justificada su intromisión y en el que tenía todavía espacio para intervenir. Una serie de relaciones de poder y de fuerza entraron entonces en juego y se confrontaron con las defendidas por la dirigencia revolucionaria. La supremacía cultural, la hegemonía cultural, acudiendo de nuevo a Gramsci, pasó a tener de este modo el papel preponderante. Para la Iglesia su participación e inclusión en el bloque histórico que encabezaba la Revolución cubana pasaba por mantener su hegemonía cultural. Si no podía imponer sus doctrinas como filosofía mayoritaria dentro de la nueva Cuba, al menos debía intentar mantener sus ideas como guía subsidiaria del proceso revolucionario y para ello resultaba imprescindible preservar su parcela de poder dentro del sistema educativo, mantener su presencia en los medios de comunicación y proteger la permanencia de las instituciones religiosas en la vida pública.

²²⁵ Harnecker, Marta: *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1975, pág. 88.

Según nos expone Antonio Gramsci en su teorización de los problemas de la filosofía y de la historia “*toda relación de hegemonía es necesariamente una relación pedagógica*” y requiere para ello unos cauces de expresión²²⁶. La pretensión hegemónica en el campo de la ideología y de la cultura demanda de este modo el control de los medios necesarios: el sistema escolar, la prensa y las asociaciones se tornan así indispensables²²⁷. La Iglesia en Cuba contaba con parte del sistema educativo, con los púlpitos y con espacio en los medios de comunicación e incluso con medios propios. Unas herramientas fundamentales e imprescindibles para la promoción de su ideología. Tal era así que cualquier atisbo de reforma en estos campos era atacado por la Iglesia y su tejido organizativo sin consideración alguna.

Desde *La Quincena* se condenó, como hemos reiterado en diversos pasajes, todas y cada una de aquellas manifestaciones populares que, a la puerta de los templos, reprobaban las actitudes de la Iglesia como institución. La libertad de culto y el derecho a manifestarse del catolicismo debía ser preservada a toda costa y la responsabilidad de que así fuera corría a cargo del Estado y del Gobierno cubano.

Las asociaciones del catolicismo, como hemos comentado también, alzaban la voz para defender esta libertad de expresión y pronunciamiento y se convertían en campo para la propaganda ideológica. Las organizaciones católicas actuaban como correa de transmisión de las ideas de la jerarquía católica y promovían ante las autoridades revolucionarias y la sociedad civil el derecho y la obligación del catolicismo a expresar y promover sus ideas sobre el futuro de Cuba.

En cuanto a los medios de comunicación, *La Quincena* presentó batalla siempre que vio cancelados o suprimidos los espacios y programas católicos en los canales de televisión y radio. Una actividad en la que participó también con fuerza el entramado asociativo del catolicismo cubano, que no dudó en presentar sus protestas formales ante el mismo presidente de Cuba cuando dos horas de radio y televisión destinadas al catolicismo fueron suprimidas de las parrillas de programación en los canales estatales²²⁸.

La presencia en los medios y la libertad para manifestarse sobre el devenir cubano estuvieron en el centro de las reivindicaciones católicas, sin embargo, en lo que se mostraron incontenibles las voces del catolicismo cubano fue en la preservación de su parcela educativa. *La Quincena* dedicó a la importancia de la educación en los valores cristianos algún apunte en cada uno de sus números desde el triunfo de la revolución. Sin embargo, fue a mediados de septiembre cuando la revista franciscana se mostró más inflexible ante los derechos que a su parecer asistían a la Iglesia en materia de educación. En un artículo titulado “*Escuela, familia e Iglesia*”²²⁹, la revista fijaba su postura en los deberes y derechos que los padres, la Iglesia y el Estado tenían en materia escolar. El artículo señalaba el compromiso de la Iglesia en materia educativa, la necesidad de formación cristiana en las escuelas públicas y la función de los padres como electores del sistema educativo conveniente para sus hijos. La educación en los valores cristianos resulta para la Iglesia, como no podía ser de otro modo, capital, y en aquella tarea no sólo debían estar implicados aquellos centros educativos que dependieran de la Iglesia, sino que el propio Estado, a través de sus instituciones formativas, debía promover estos valores.

La capacidad de propaganda y de difusión de las ideas cristianas para poder mantenerse dentro del bloque hegemónico que estaba construyendo la Revolución cubana resultaba así imprescindible para la Iglesia católica. De este modo, no resulta extraña la defensa enconada que desde la Iglesia se hizo

²²⁶ Gramsci, Antonio: *Introducción a la filosofía de la praxis*, Ediciones Península, Barcelona, 1970, pág. 47.

²²⁷ *Idem*.

²²⁸ *Idem*.

²²⁹ *La Quincena* (Año VI). Núm. 17. La Habana: jueves, 15 de septiembre de 1960, págs. 10 y 11. Quincenal.

de sus espacios y medios de comunicación, de su derecho a expresarse en los púlpitos y a través de sus organizaciones seculares y de su papel primordial en materia educativa. Si la Iglesia pretendía preservar su vigencia en el panorama cultural cubano debía mantener incólumes todas estas vías para la difusión de su doctrina. Un aspecto que está directamente entroncado con las posibilidades de promoción de la revolución pasiva o restauradora. Para imponer este modelo de revolución había que estar dentro del proceso, se debía formar parte del grupo hegemónico que lo encabezaba, de lo contrario, cualquier posibilidad de contener y encauzar la revolución fidelista quedaba descartada.

Las nociones cimentadas por Antonio Gramsci en su extensa obra nos ayudan a entender el momento por el que estaba pasando Cuba en el campo de la lucha ideológica. Para ello acudimos a las ideas planteadas por el político y teórico italiano sobre el bloque hegemónico en formación, en nuestro caso, el construido por el movimiento revolucionario. Gramsci nos informa, acudiendo a los razonamientos presentados por Carlos Marx en la *Crítica de la economía política*, que “*los hombres toman conciencia de los conflictos de la estructura*” en la que viven “*en el terreno de las ideologías*”²³⁰. Una afirmación que, según el teórico y político italiano, debe valorarse por el aporte gnoseológico que porta además de por la contribución puramente psicológica y moral. De este modo, en la consecución y formación de un aparato hegemónico, “*en la medida en que crea un nuevo terreno ideológico*”, se determina también “*una reforma de las conciencias y de los modos de conocimiento*”²³¹.

En el bloque hegemónico que estaba formándose en Cuba las formas de valorar y evaluar estaban cambiando. El proceso revolucionario traía consigo una proyección de la imagen nacional e internacional diferente. La apropiación de lo real ya no era la imperante en la Cuba prerrevolucionaria y la puesta en ejercicio de nuevas propuestas y reformas tenían claras implicaciones en todos los órdenes ideológicos. Las promesas se llevaban a cabo. La teoría de los políticos tradicionales se había transformado en praxis en los jóvenes revolucionarios.

Todo aquel proceso de cambio tenía evidentes implicaciones morales y éticas, como el Episcopado enfatizó en su polémica pastoral del mes de agosto y se encargó de destacar *La Quincena* en numerosas ocasiones. De todos modos, además de implicaciones morales, la carga ideológica que portaba la revolución en su agitado quehacer estaba promoviendo una reforma de las conciencias en el pueblo cubano. El antaño espectador del proceso revolucionario poco a poco se iba transformando en el partícipe de hogaño, pues la vorágine del cambio que traía aparejada la revolución afectaba a todo y a todos, demandando a cada paso mayor implicación de las clases populares en la preservación de todo lo conseguido y la puesta en práctica de renovados esfuerzos para la consecución de nuevas metas.

La ética, la moral y la ideología que portaba el devenir revolucionario estaban promoviendo una nueva conciencia en el cubano y, por consiguiente, también en aquellos que se consideraban católicos. Y esto se producía a pesar de la falta de inclinación que mostraban los líderes revolucionarios por encasillar la revolución en marcos ideológicos cerrados. La revolución no soportaba otro calificativo más allá de su apelación a la “cubanidad”. El proceso cubano era nacional y popular y estaba por lo tanto abierto a todos los sectores. La clase social y el credo religioso no eran óbice para quedar excluidos de la Revolución cubana.

Ante semejante perspectiva era mucho lo que estaba en juego en la nueva Cuba, circunstancia que empujaba a la Iglesia a intervenir de forma decidida. De este modo, las pretensiones de la Iglesia pasaban por hacer de su propia moral un componente importante de la ética de la propia revolución,

²³⁰ Gramsci, Antonio: *Introducción a la filosofía de la praxis: Op. Cit.*, pág. 67.

²³¹ *Idem.*

inquiriendo del proceso fidelista la promoción y salvaguarda de los valores cristianos para situarlos en el seno del acervo ideológico revolucionario. La Revolución cubana debía preservar “*las doctrinas y los motivos ético-religiosos del cristianismo*”²³², como exponía la pastoral episcopal de agosto sin atisbo de rubor. Y es que, como nos informa el pensamiento “gramsciano”, en la formación y triunfo de un bloque hegemónico en el seno del Estado y la sociedad se promueve una nueva moral y “*cuando se consigue introducir una nueva moral conforme a una nueva concepción del mundo, se termina por introducir también esta concepción, es decir, se determina una reforma filosófica total*”²³³. Frente a esta reforma filosófica, la Iglesia no tenía otra opción que tratar de colar sus doctrinas entre los planteamientos ideológicos que formulara la revolución. Se precisaba por tanto arrancar un compromiso por parte de la revolución para que los valores cristianos formaran parte del acervo revolucionario y fueran conveniente preservados.

Las ideas y los valores del bloque hegemónico en descomposición, el prerrevolucionario, y las del naciente, el representado por la propia revolución entraron entonces en colisión. Las ideas de la vieja Cuba ya no resultaban eficaces en la nueva Cuba, la revolución había traído la subversión de la totalidad y el campo para establecer los nuevos criterios valorativos estaba todavía abierto a nuevas aportaciones. La lucha por la cultura, por la hegemonía cultural, pasó entonces a ser el objetivo prioritario de la Iglesia. La jerarquía católica abogó por una imagen del mundo en que la conciencia propia del catolicismo era la que respondía a la tradición y sentir cubano, a la ética y la moral que debía imperar en el Estado, y presentó la conciencia social, la ideología del otro, es decir, la del Gobierno cubano como la viva imagen de la Cuba en estado de disgregación; Cuba estaba en peligro.

Desde la perspectiva de la jerarquía católica, el proyecto cubano era portador de nobles intenciones y de valores necesarios para la regeneración nacional, pero estaba siendo víctima del empuje y la penetración de visiones foráneas, encarnadas, cómo no, por el comunismo internacional. Ante esta amenaza de colonización comunista nada mejor que los sólidos valores cristianos para servir de parapeto al arribo de las corrientes moscovitas. La vieja Cuba, después de año y medio de revolución, se estaba desmoronando y la nueva estaba todavía en proceso de formación, sin embargo, la Iglesia debía permanecer incólume entre ambas, de la colonia había pasado a la república dependiente y sin solución de continuidad pasaría a la revolución soberanista, o al menos esta era la impresión optimista que imperaba en el seno del catolicismo oficial.

La Iglesia había participado de forma destacada en todos los regímenes imperantes en Cuba y estaba capacidad para seguir haciéndolo bajo las posibilidades que le ofrecía la puesta en ejercicio de la doctrina social de la Iglesia. Aquí tenía que centrar su estrategia el catolicismo para superar los apetitos de las corrientes marxistas y tutelar así el bloque hegemónico que gobernaría Cuba en los próximos años. Sin embargo, esta visión de la Iglesia difería de la mostrada por muchos de los líderes revolucionarios. Los desvelos del Episcopado cubano por preservar el proceso revolucionario de la infiltración comunista, muestra inequívoca de “las buenas intenciones” que albergaba la Iglesia, eran vistas desde el Gobierno cubano como un acto de injerencia en los asuntos temporales y, peor aún, como una apuesta decidida por la contrarrevolución. Los planteamientos de la Iglesia estaban demasiado próximos a los que encarnaban muchos de los grupos desalojados del poder como para no contemplar esta hipótesis.

El bloque hegemónico que había señoreado en Cuba antes y después del régimen colonial se estaba desmoronando de forma irreversible y para muchos fidelistas la Iglesia parecía ser el último bastión de aquel orden prerrevolucionario. La jerarquía eclesiástica representaba a las viejas instituciones, a su sistema de ideas y, en definitiva, a sus doctrinas. Las herramientas de que había hecho uso la clase

²³² La *Quincena* (Año VI). Núm. 15 y 16. La Habana: miércoles, 31 de agosto de 1960, pág. 42. Quincenal.

²³³ Gramsci, Antonio: *Introducción a la filosofía de la praxis: Op. Cit.*, pág. 67.

hegemónica en la llamada “república mediatizada” estaban siendo reestructuradas de acuerdo a nuevas premisas. El sistema educativo y los medios de comunicación poco a poco estaban siendo reedificados bajo nuevos parámetros que respondían a los valores y la cultura del nacionalismo que habitaba en las clases medias. Unos principios que, además de dar satisfacción al nacionalismo cubano, daban cauce de expresión a las demandas de campesinos y trabajadores urbanos de diversa condición y que, en definitiva, poco tenían que ver con las ideas que promovía el Episcopado cubano.

La Revolución cubana no era comunista, como reconocía *La Quincena* en aquellas fechas, pero se habían deteriorado hasta tal punto los aparatos ideológicos del Estado que imperaban en la Cuba prerrevolucionaria, que la posibilidad de que lo fuera en un futuro próximo no podía ser ya descartada, pues el catolicismo no era el único pretendiente con el que contaba la Revolución cubana para apuntalar y definir de forma definitiva su carácter.

9.6.1 Los comunistas cubanos y españoles ante el nuevo escenario abierto por la revolución

Los miembros del PSP eran acusados por la Iglesia cubana de penetrar las líneas revolucionarias. Se les acusaba de practicar el “entrismo”, paradójicamente una actividad en la que se venía desempeñando el catolicismo cubano con verdadera dedicación desde que los hombres de Fidel Castro llegaron a las montañas de Cuba. Las pretensiones de los comunistas cubanos, por tanto, no diferían en lo sustancial de las de la Iglesia cubana. Sin embargo, los comunistas no consideraban que sus planteamientos fueran incompatibles con los del resto de sectores de la sociedad cubana que estuvieran dispuestos a profundizar en el proceso revolucionario.

Los comunistas no excluían a los católicos de la revolución y estaban abiertos a colaborar con ellos siempre que se plegaran a los requerimientos del Gobierno cubano, algo que difería de la postura mostrada por la Iglesia que, como hemos indicado, dejó constancia en numerosas ocasiones de que sus principios no eran compatibles con los del marxismo. La pastoral del Episcopado cubano del mes de agosto, sin ir más lejos, lo exponía de forma axiomática: desde una perspectiva meramente doctrinal el catolicismo y el comunismo resultaban incompatibles, pues sostienen “*concepciones del hombre y del mundo totalmente opuestas*” y, por lo tanto, imposibles de conciliar²³⁴.

En la construcción del bloque hegemónico llamado a ostentar el poder en Cuba los comunistas tenían pretensiones de protagonismo. Sin embargo, eran perfectamente conscientes de que los rumbos de la revolución venían marcados por la oratoria de Fidel Castro y del puñado de hombres que se encontraban a su vera. Lo que en principio no iba en contra de sus intereses, pues como ya hemos expuesto, dirigentes de la talla de Ernesto Guevara, Raúl Castro o Antonio Núñez Jiménez representaban líneas de pensamiento y acción semejantes al comunismo, aunque ninguno de ellos militaba, ni lo había hecho en el PSP.

El PSP había sido el único partido político que había salido ileso tras el triunfo de la revolución. Se trataba de una formación prerrevolucionaria que había sabido adaptarse a los nuevos aires que traía el movimiento fidelista, lo que permitió que sus actividades políticas y propagandísticas se mantuvieran sin mayores sobresaltos. Más allá de los ataques sostenidos por parte del entorno de la revolución, sobre todo durante los primeros meses de Gobierno fidelista, y del azote constante al que eran sometidos por parte del catolicismo cubano, la formación de los comunistas en Cuba mantuvo su funcionamiento ordinario sin entrar en colisión con el Gobierno cubano.

El partido había sabido estar en un conveniente segundo plano desde el triunfo de la revolución y sus apariciones en escena se habían producido para apoyar el proyecto fidelista. Las críticas al desempeño

²³⁴ *La Quincena* (Año VI). Núm. 15. La Habana: domingo, 31 de agosto de 1960, pág. 3. Quincenal.

de la dirigencia revolucionaria nunca habían afluído en los discursos de sus dirigentes, lo que los convertía a priori en socio fiable para la revolución. El PSP, indudablemente, había ganado presencia desde el establecimiento de relaciones comerciales y diplomáticas con la URSS y en los últimos meses la apuesta soviética de acudir en ayuda de Cuba en caso de agresión había reforzado su importancia en el panorama cubano.

Ésta era, a grandes rasgos, la situación de la formación comunista cubana frente al proceso revolucionario. Sin embargo, a pesar de la posición ventajosa con la que partían los comunistas frente a otros colectivos cubanos para influir en el Gobierno revolucionario, el PSP padecía de ciertas anemias materiales y espirituales que lastraban su capacidad de convertirse en motor de la Revolución cubana. Uno de los rasgos más evidentes de esta debilidad estaba en los cuadros que integraban el partido. La formación comunista estaba en manos de unos dirigentes que carecían de la juventud, el atractivo y la cintura política que atesoraba la dirigencia revolucionaria. Un aspecto que captó claramente Santiago Álvarez, miembro del Comité Ejecutivo del PCE, durante su estancia en Cuba en aquellas fechas.

El PSP no pasaba por su mejor momento como constató Santiago Álvarez en los informes remitidos a su partido. En las conclusiones de su largo viaje por Latinoamérica, ya analizadas en capítulos precedentes, el dirigente español informó al PCE de los defectos que, a su entender, padecía el partido de los comunistas cubanos. Santiago Álvarez había hecho hincapié en la necesidad de reforzar al PSP y en la responsabilidad que tenía que asumir el PCE en aquella labor²³⁵. Señaló también la debilidad y el envejecimiento de sus cuadros, sobre todo en el Comité central²³⁶. Sin embargo, estos no eran los únicos problemas de la formación comunista cubana según la valoración del dirigente español. El partido estaba además estancado ideológicamente y anquilosado políticamente²³⁷. Aquella extemporaneidad, tanto en la formación doctrinal como en la militancia, no permitía al comunismo cubano tomar conciencia del momento que estaban viviendo “*para marchar con el nuevo ritmo que requerían las circunstancias dado el carácter de la revolución cubana*”²³⁸.

En su informe, Santiago Álvarez reiteró las necesidades de apoyo y aportaciones de cuadros nuevos que demandaba la situación de deterioro en que se encontraba el partido en Cuba. Una necesidad que se hacía incluso más apremiante después de la reunión mantenida por el dirigente comunista español con Fidel Castro. Como se recordará de capítulos anteriores, las impresiones que sacó Santiago Álvarez de su cita con el dirigente cubano no pudieron ser más esperanzadoras para el futuro del comunismo en Cuba.

Fidel Castro había puesto en conocimiento de Santiago Álvarez que en Cuba se estaba trabajando para crear las bases sobre las que podría edificar el socialismo en un futuro²³⁹. Además de esta noticia alentadora, el primer ministro se comprometió a canalizar toda la ayuda para la lucha en España a través del PCE²⁴⁰, lo que convertía al partido de los comunistas españoles en el interlocutor prioritario del régimen cubano con la oposición española. Por otro lado, la línea sostenida por el PCE para combatir al franquismo, la reconciliación nacional y la apuesta por la lucha de masas pacífica, fue también refrendada por el líder cubano²⁴¹. Una confianza de vital importancia para los comunistas españoles, pues aquel apoyo explícito del líder cubano a la estrategia fijada por el PCE liberaba al

²³⁵ Archivo Histórico del PCE, *América Latina. Generalidades. Emigración Política*, caja 102/1. Información sobre mi viaje por América Latina, Santiago Álvarez, 5 de octubre de 1960, pág. 18C.

²³⁶ *Idem*.

²³⁷ *Idem*.

²³⁸ *Idem*.

²³⁹ *Ibidem*, pág. 2.

²⁴⁰ *Idem*.

²⁴¹ *Idem*.

comunismo español de la presencia de grupos que optaran por la acción armada para derrocar a Franco. El DRIL o recetas análogas que pudieran surgir al abrigo del prestigio de la Revolución cubana entre la juventud progresista española quedaban así fuera de la ayuda que pudieran aportar los cubanos.

La posición del PCE frente a la revolución salió fuertemente reforzada tras aquel encuentro entre Álvarez y Castro. El primer ministro cubano, en su primer contacto con la alta dirigencia del comunismo español, causó una grata impresión, lo que condicionó la imagen que el PCE comenzó a difundir de la Revolución cubana y de su máximo líder. Santiago Álvarez no albergaba dudas sobre la talla del líder cubano y sobre la oportunidad que abría para las formaciones comunistas de América Latina el asentamiento del movimiento fidelista a nivel continental.

El perfil ideológico del primer ministro cubano no ofreció tampoco dudas al dirigente comunista español, quien no dudó en aseverar que Fidel Castro era un hombre *“identificado con los ideales del socialismo y dispuesto a luchar hasta el fin por ellos”*²⁴². Además, consideraba que en lo tocante al problema español el líder cubano había expresado su admiración por el PCE. Una admiración que no se había quedado en la retórica, pues el “Movimiento 26 de Julio” había decidido contribuir al sustento económico del PCE con una asignación mensual. Una muestra que hacía evidente la sinceridad y honestidad de Fidel Castro en lo tocante a la causa comunista y al compromiso que tenía con los partidos comunistas tanto dentro como fuera de Cuba²⁴³.

Los informes de Santiago Álvarez resultan fundamentales para entender la posición de la cúpula revolucionaria frente a los comunistas patrios y foráneos. Por otro lado, nos pone en la senda de comprender las razones por las que la presencia del comunismo español en Cuba comenzó a ser evidente después de mediados de 1960. Fidel Castro había solicitado informes al delegado del PCE sobre la labor de los comunistas españoles, sus actividades y su disponibilidad para colaborar con Cuba²⁴⁴. Una demanda, de información y personal, que había sido correspondida por Santiago Álvarez con creces, pues no dudó en ofrecer, en nombre del partido y de Santiago Carrillo, cuantos cuadros fueran precisos para apuntalar el proceso revolucionario en Cuba²⁴⁵.

El encuentro entre Santiago Álvarez y el líder cubano disipó las posibles desconfianzas que pudiera albergar el PCE con respecto a la Revolución cubana. La desautorización del DRIL por parte del propio Fidel Castro, su afirmación de que en Cuba se estaban sentando las bases para la construcción del socialismo y la apuesta explícita del líder cubano por la línea estratégica fijada por el PCE constituían tres asuntos capitales para la aceptación plena del proyecto fidelista por parte de la formación comunista española. Aquella cita supuso un punto de inflexión para la relación del PCE con la dirigencia revolucionaria y tuvo su repercusión inmediata en el órgano de expresión del comunismo español.

Mundo Obrero, totalmente ausente de los asuntos cubanos hasta aquellas fechas, pasó a informar con desacostumbrada puntualidad sobre el devenir cubano. Resultaba evidente que algo había cambiado a mediados de 1960, pues el mutismo habitual se había tornado en inusitado interés. En sus primeros artículos sobre la Revolución cubana el órgano de expresión del PCE acometió una puesta al día de la lucha que estaba llevando a cabo el régimen de La Habana. Una recapitulación a todas luces necesaria, pues la publicación comunista, después de saludar con simpatía el arribo al poder de Fidel

²⁴² *Idem.*

²⁴³ *Idem.*

²⁴⁴ *Ibidem*, pág. 3.

²⁴⁵ *Idem.*

Castro allá en enero 1959, se había sumido en un prolongado silencio que no rompió hasta el verano de 1960.

La primera crónica de *Mundo Obrero* sobre los asuntos cubanos apareció en su número de mediados de julio, coincidiendo casualmente con el arribo de los primeros informes de Santiago Álvarez a la dirección del partido. Esta primera crónica sobre la Revolución cubana apareció bajo un encabezamiento más que elocuente: “*Al lado del pueblo cubano y de su Gobierno revolucionario*”²⁴⁶. Tras aquella declaración de intenciones el vocero del PCE acometió una apasionada defensa de la “*dignidad y entereza*” mostrada por el Gobierno de Fidel Castro en su decidido avance hacia la liberación nacional²⁴⁷. Fidel Castro no había capitulado ante los Estados Unidos y “*el camarada Jruschov*” había agradecido el gesto apoyando el proceso fidelista en todos los frentes²⁴⁸.

El cambio de régimen en Cuba había terminado por enfrentar a las dos potencias hegemónicas. Sin embargo, más allá de los rigores que imponía la Guerra Fría, *Mundo Obrero* no perdió la oportunidad de hacer una lectura en clave española de los asuntos cubanos y para ello hizo referencia al papel que estaba jugando el franquismo en los ataques contra el Gobierno de La Habana. La denuncia de los planes de agresión de los monopolios norteamericanos contra “*el pueblo hermano de Cuba*” no podía disociarse de la complicidad que con esos planes venían mostrando “*las camarillas de Franco*”²⁴⁹. Una realidad que evidenciaban los medios de comunicación españoles y sus “*campañas indignas*” contra la Revolución cubana²⁵⁰. Detrás de aquellos ataques se encontraba el Gobierno de Franco, pues, según *Mundo Obrero*, de todos era conocido que los medios franquistas respondían a las directrices gubernamentales. El vocero del PCE era inclemente con los medios de comunicación franquistas. “*La prensa regimentada*”, al igual que la radio, aparecían retratadas en las páginas del vocero comunista como “*inmundos vertederos*” por donde corrían “*las calumnias que las agencias internacionales de prensa del imperialismo*” ponían en circulación para desprestigiar a la Revolución cubana ante los pueblos²⁵¹.

Cuba estaba sufriendo el embate del imperialismo norteamericano, secundado en su estrategia por una serie de Gobiernos serviles. Una entente de colaboradores en la que el régimen franquista estaba teniendo un protagonismo injustificado e indigno. Sin embargo, la Revolución cubana contaba con el sustento de la clase trabajadora. El proletariado nacional y mundial se encontraba preparado para defender el proyecto cubano frente a la agresión exterior. Un apoyo que se hacía incluso evidente en países tan sometidos como lo era la España franquista. Los trabajadores españoles “*celebran como suyos*” los cambios revolucionarios que se venían produciendo en Cuba²⁵².

La Revolución cubana era parte ya de la realidad española, tema de debate y asunto capital para la España franquista y también para la otra España, la del exilio. Dentro de los dos bandos nacionales el proceso revolucionario cubano había sido un tema controvertido, pues en el proyecto cubano había todavía demasiadas incógnitas por resolver. De todos modos, *Mundo Obrero* eludía entrar a valorar estas cuestiones no resueltas y esquivaba un pronunciamiento sobre las posibles vías de construcción del socialismo en Cuba. Un proyecto socialista, que de cuajar, inevitablemente tendrían que estar sometido al nacionalismo imperante en la mayor de las Antillas. Sin embargo, para el vocero del PCE, desde una perspectiva estrictamente española, había algunos principios irrefutables en lo tocante a la

²⁴⁶ *Mundo Obrero* (Año XXX). Núm. 12. Madrid: viernes, 15 de julio de 1960, pág. 3. Quincenal.

²⁴⁷ *Idem*.

²⁴⁸ *Idem*.

²⁴⁹ *Idem*.

²⁵⁰ *Idem*.

²⁵¹ *Idem*.

²⁵² *Idem*.

Revolución cubana: la disparidad de criterios entre la posición sustentada por los trabajadores españoles y la manifestada por el régimen franquista.

La actitud mostrada por la clase trabajadora española con respecto a Cuba contrastaba de forma tan acusada con la actitud mantenida por el régimen de Madrid que la lucha contra el franquismo terminaría por convertirse en la defensa de la Cuba revolucionaria. Y por analogía inversa el ataque al Gobierno de La Habana se transformaría a todos los efectos en defensa del régimen franquista. Aquella disyuntiva que planteaba la crónica de *Mundo Obrero* respondía en cierta medida a lo que ya estaba sucediendo en Cuba. El catolicismo cubano, en sus enmiendas y reparos al proyecto revolucionario, había terminado por aproximarse al régimen franquista y a sus representantes en La Habana. En cuanto al PCE, la proximidad cada vez mayor del PSP a la dirigencia revolucionaria había posibilitado que la organización de los comunistas españoles terminara por insertarse en la Revolución cubana.

En aquella lucha global que se venía librando entre socialismo y capitalismo, España y Cuba eran parte del problema, pero también de la solución. Dadas las circunstancias, sólo restaba un camino: los trabajadores españoles y los comunistas de España tenían que colaborar en el sustento del proyecto cubano. El pueblo de España tenía que estar “*al lado del pueblo de Cuba y de su gobierno revolucionario presidido por el doctor Fidel Castro*”²⁵³.

Mundo Obrero finalizaba su crónica tal y como la había empezado, brindado un apoyo decidido a Cuba y al Gobierno fidelista en nombre de la clase trabajadora y de los comunistas españoles. El análisis acometido por la publicación comunista eludía cualquier alusión a las aristas o incógnitas que todavía presentaba el proyecto cubano y acometía un análisis en el que el apoyo a Cuba no era negociable, sino imprescindible. La defensa encendida del proyecto revolucionario trataba a la vez de cubrir la larga ausencia de *Mundo Obrero* en los asuntos cubanos. Una ausencia que se trató de compensar a través de un seguimiento masivo a partir de aquel número de mediados de julio.

En la entrega de primeros de agosto, *Mundo Obrero* se desempeñó al abrigo de la senda trazada en su número precedente y a través de una columna editorial se adornó a la Revolución cubana con todos los atributos deseables en un proceso revolucionario. Las salvas al proyecto fidelista y a su máximo líder se intercalaban con los ataques a los Estados Unidos y al régimen franquista. Sin embargo, más allá de los apasionados halagos a los primeros y de las encendidas críticas a los segundos, la publicación comunista acometía un minucioso análisis de la historia de Cuba desde la liberación colonial hasta el triunfo de la Revolución cubana. Una vez expuesta la tortuosa historia de Cuba como nación disociada de España, *Mundo Obrero* trataba de establecer las causas que habían hecho posible el éxito de la revolución en Cuba.

La Revolución cubana, contra pronóstico, había logrado imponerse, pues las habituales tácticas de desgaste orquestadas desde la Administración estadounidense no habían conseguido dividir a la cúpula revolucionaria. La contrarrevolución estaba fracasando en sus propósitos de socavar la revolución y todo parecía indicar que Cuba no sería una nueva Guatemala. La comprensión de las razones del éxito resultaba por tanto fundamental para afrontar procesos revolucionarios de aquella naturaleza en otras naciones.

Mundo Obrero señalaba que el análisis del éxito cubano debía servir para sacar ciertas conclusiones sobre el problema español. Como había sucedido en la entrega de julio, en la de agosto, el análisis se desarrollaba en clave española. El contrapunteo entre la realidad española y la cubana, el fracaso de unos y el éxito de los otros se explicitaba para mostrar la errática actitud mostrada por muchas de las fuerzas democráticas que luchaban contra el franquismo. El ejemplo cubano no hacía más que

²⁵³ *Idem.*

constatar la conveniencia y necesidad de unir fuerzas desde diferentes posicionamientos ideológicos para llevar a buen fin las luchas contra los regímenes dictatoriales. La Revolución cubana había sabido aunar en un solo proyecto las diferentes sensibilidades nacionales en pos de un objetivo común: terminar con el régimen de Batista y construir un proyecto nacional en el que se desechaban las actitudes serviles frente a los Estados Unidos.²⁵⁴

En la explicación de *Mundo Obrero* se aportaban dos vías de análisis complementarias para entender en profundidad el éxito de Cuba y el fracaso de otros proyectos que habían pretendido similares objetivos. Una de las claves de la pervivencia de la Revolución cubana residía en la tenacidad mostrada por los grupos revolucionarios en la defensa del proyecto. La otra clave se encontraba en la postura adoptada por la URSS y el bloque socialista en la defensa de los derechos cubanos.

Mundo Obrero, ensalzaba el aporte del campo socialista, pero no restaba méritos a los cubanos en su proyecto revolucionario. Pues la razón fundamental del éxito residía en el atrevimiento mostrado por el pueblo cubano y sus clases dirigentes en el desarrollo del programa revolucionario, “*arrollando sin vacilar, uno tras otro, los obstáculos*” que habían encontrado²⁵⁵. “*El imperialismo yanqui y sus agentes en Cuba*” habían desplegado todo su potencial para tumbar el proyecto revolucionario, pero habían fracasado en el intento²⁵⁶.

Entre las tácticas desplegadas para ultimar el proyecto fidelista se encontraba la puesta en circulación de “*la infame campaña internacional*” tendente a presentar la Revolución cubana como la obra del comunismo soviético, una maniobra a la que no era ajena la prensa franquista²⁵⁷. Aquella provocación, destinada a acusar a la URSS de injerencia en terceros países, se había mantenido durante meses, pero no había impresionado “*a los trabajadores y demócratas cubanos*”²⁵⁸, pues la táctica era conocida, no en vano esta había sido la añagaza puesta en práctica años antes en Guatemala para derrocar su movimiento revolucionario. A la manida y manoseada acusación de comunista, una maniobra destinada a restar apoyos, había respondido la dirigencia revolucionaria con la profundización en el proyecto transformador.

Mundo Obrero señalaba de igual modo que la actitud de los comunistas cubanos había ayudado también a rebajar la tensión y restar credibilidad a aquella acusación de injerencia soviética. El “*patriotismo*” de la militancia del PSP y su apoyo incondicional al Gobierno cubano había disipado cualquier duda sobre las pretensiones del comunismo frente al proceso cubano: los comunistas estaban dispuestos a colaborar con el Gobierno revolucionario, al que además reconocían como legítimo y único conductor del proceso²⁵⁹.

El órgano de expresión del PCE no perdía de vista en ningún momento el ejemplo que se podía sacar para España del caso cubano. La clave estaba en última instancia en la capacidad para construir un proyecto común entre las fuerzas democráticas, algo en lo que la oposición al franquismo estaba fracasando. “*Fidel Castro y sus camaradas*”, de acuerdo al razonamiento de *Mundo Obrero*, estaban dando “*una buena lección a los demócratas españoles*” que todavía vacilaban a la hora de estrechar lazos con el PCE, “*aun a sabiendas de que ese entendimiento pondría fin rápidamente a la dictadura franquista*”²⁶⁰.

²⁵⁴ *Mundo Obrero* (Año XXX). Núm. 13. Madrid: lunes, 1 de agosto de 1960, pág. 4. Quincenal.

²⁵⁵ *Idem*.

²⁵⁶ *Idem*.

²⁵⁷ *Idem*.

²⁵⁸ *Idem*.

²⁵⁹ *Idem*.

²⁶⁰ *Idem*.

En la unidad residía el éxito cubano y la clave para afrontar en el futuro proyectos de aquella naturaleza. Una y otra vez la crónica de *Mundo Obrero* situaba a la colaboración entre fuerzas dispares como la única vía posible para imponerse frente al poder imperial y la dictadura. La unidad, por tanto, se erigía en premisa para el sustento de la revolución. Un mensaje reiterativo también en los discursos de los líderes cubanos desde el mismo inicio de la revolución. En el caso cubano, la unidad de tendencias se había visto reforzada además por la obstinación y el arrojo mostrado por el pueblo en la defensa de la Revolución cubana.

El imperialismo norteamericano se había servido de los grupos inmovilistas y conservadores de Cuba para fomentar el disenso, destruir la unidad de formaciones y conseguir así socavar el proyecto desde dentro. Un intento que no había cosechado los frutos deseados: la contrarrevolución había fracasado en sus planteamientos de agresión y propaganda a pesar de contar con el incondicional apoyo norteamericano. Estados Unidos constató entonces, según señalaba el vocero del PCE, que era necesario quemar las naves ante la actitud contumaz de las fuerzas revolucionarias. La Administración norteamericana no dudó ante el significado que podía tener la insolencia cubana, pues consentir con el régimen fidelista podía erigirse en ejemplo para otros y emprendió entonces “*el camino de las sanciones económicas y de la preparación de la intervención militar*”²⁶¹. Momento en el cual, según señalaba la publicación comunista de forma gráfica, había entrado en escena la Unión Soviética para decir: “*¡Alto, fuera las manos de Cuba!*”²⁶².

Los dirigentes norteamericanos alegaron entonces que Estados Unidos no tenía pretensiones de intervención sobre Cuba y presentaron “*como un éxito el acuerdo del Consejo de Seguridad*” por medio del cual se remitía “*a la OEA la discusión de la acusación cubana contra Estados Unidos*”²⁶³. *Mundo Obrero* no ocultaba las consecuencias que traía aparejadas aquella opción, pues a ningún observador avezado se le escapaba la inanidad que suponía querellarse contra Estados Unidos en el seno de la OEA. El Departamento norteamericano conseguiría someter a ciertos Gobiernos latinoamericanos e imponer sus criterios frente a la Revolución cubana, pero aquello serviría de poco, pues lo pueblos a los que representaban estos Gobiernos estaban con Cuba. Las discusiones en la OEA sólo servirían, en opinión de la publicación comunista, para poner de manifiesto “*el divorcio entre los pueblos latinoamericanos y los gobernantes a sueldo de los monopolios de Wall Street*”²⁶⁴.

Mundo Obrero señalaba que la Revolución cubana, si perseveraba en su firmeza y tesón transformador, serviría de ejemplo al resto del continente. En toda América del Sur se levantaba ya la “*ola de solidaridad con el pueblo cubano*”²⁶⁵. En conjunción con aquella solidaridad continental se encontraban la Unión Soviética y otros muchos pueblos del mundo lo que impediría cualquier intento de “*intervención armada del imperialismo yanqui en Cuba*”²⁶⁶.

La visión que presentaban los comunistas españoles del contencioso cubano se enclava así en las luchas por la hegemonía mundial en el marco de la Guerra Fría. La Revolución cubana era una muestra evidente de que era posible hacer retroceder al imperialismo norteamericano en todas las latitudes y en todos los frentes. El campo socialista, “*unido a los pueblos liberados, o en trance de liberarse del yugo colonial, y a las fuerzas democráticas de los países capitalistas*”, se estaba

²⁶¹ *Idem.*

²⁶² *Idem.*

²⁶³ *Idem.*

²⁶⁴ *Idem.*

²⁶⁵ *Idem.*

²⁶⁶ *Idem.*

reforzando frente al imperialismo²⁶⁷. Una circunstancia que, según el vocero del PCE, coadyuvaba a que se manifestase con más fuerza *“la lucha de los pueblos por la paz”*²⁶⁸.

La posición de los comunistas españoles frente a la Revolución cubana, largo tiempo esperada y demorada durante muchos meses, por fin se hacía pública. La postura del PCE corría pareja a la interpretación del PCUS y no difería en lo sustancial de la mostrada por el PSP. En los asuntos cubanos, el comunismo tenía una estrategia a nivel internacional y ésta pasaba por socavar las estructuras sobre las que se apoyaban las pretensiones hegemónicas de Estados Unidos sobre la isla. Frente al bloque encabezado por la URSS y los partidos comunistas se encontraba el mundo capitalista, más diverso y por lo tanto más dividido en cuanto a las estrategias idóneas para contener el avance soviético. Cuba había entrado en las contiendas propias de la Guerra Fría y, aunque se manifestaba partidaria de permanecer en el bloque de los no alineados, los compromisos con el bloque soviético cada día se hacían más evidentes.

En cuanto al PSP, su posición seguía siendo la misma que en los meses precedentes: continuaba inmerso en su estrategia de secundar las posiciones de la dirigencia revolucionaria para el futuro de Cuba. Las pautas marcadas por el Gobierno fidelista constituían su hoja de ruta. En esta labor, el partido de los comunistas cubanos se estaba desempeñando con magistral sagacidad. Los defectos que le había achacado Santiago Álvarez al PSP, a pesar de estar bien fundados, estaban resultando sumamente funcionales y se ajustaban a las necesidades del momento por el que estaba pasando el proceso cubano. La falta de atractivo de sus líderes y su edad avanzada contrastaban con la juventud y el empuje de la dirigencia revolucionaria, como había señalado Santiago Álvarez acertadamente, pero este defecto se terminó tornando en virtud, pues les permitía mantenerse en un segundo plano y no rivalizar con la dirigencia revolucionaria. Estas características del partido resultaron a la postre de lo más adecuadas, pues evitaban publicidades en el ejercicio del poder, preservaban de desgaste innecesario a la formación comunista y sorteaban los riesgos de generar susceptibilidades dentro de la dirigencia revolucionaria.

Por otro lado, el Gobierno cubano era además consciente de las virtualidades que traía aparejada una relación estrecha con los comunistas cubanos. El establecimiento de un frente común en el que cupieran los comunistas aportaba solidez al compromiso de la URSS con Cuba y obligaría al frente soviético a salir en defensa de la Revolución cubana ante cada nueva agresión. Por otro lado, como evidenció el interés de Fidel Castro por el PCE y las transferencias de personal que pudiera aportar esta formación al proyecto cubano, una relación de colaboración con los comunistas podía compensar en parte la sangría de cuadros y técnicos que estaba sufriendo Cuba en los últimos meses. De este modo, los comunistas cubanos, debido a la asunción de un discreto segundo plano y al régimen de relaciones internacionales que podían aportar para el sustento de la revolución, pasaron a ser para el Gobierno cubano un aliado más que conveniente.

Dentro del bloque hegemónico que se estaba formando en Cuba los comunistas tenían su sitio, pues sus planteamientos resultaban compatibles con los del Gobierno cubano. Además, el PSP había salido en defensa de la revolución y de sus tesis siempre que la dirigencia fidelista había solicitado el cierre de filas frente a la amenaza exterior, algo que los distinguía de forma acusada de los católicos cubanos. La Revolución cubana a mediados de agosto estaba en ciernes de volver a defender sus planteamientos en los foros internacionales. En esta ocasión sería en la conferencia de San José de Costa Rica. Cuba llevaría al seno de la OEA su ya irresoluble desencuentro con la Administración norteamericana. Y

²⁶⁷ *Idem.*

²⁶⁸ *Idem.*

para ello, una vez más, resultaba perentorio el apoyo incondicional de las diferentes sensibilidades que sustentaban el proceso revolucionario en Cuba.

El PSP no faltó a la cita y fijó la posición del partido con respecto a la revolución en su VIII Asamblea Nacional, iniciada el 16 de agosto de 1960. La fecha escogida no era casual, coincidía con la apertura de la reunión de consulta de cancilleres americanos en la OEA. Las discusiones en San José de Costa Rica tuvieron lugar entre los días 16 y 29 de agosto, fechas que el partido comunista cubano hizo coincidir con el desarrollo de su Asamblea Nacional.

A la asamblea del PSP asistieron delegaciones de partidos comunistas de todo el mundo, entre ellos el PCE. Una delegación de los comunistas españoles presidida por Santiago Carrillo se personó en La Habana para seguir las deliberaciones de la asamblea. La presencia de Santiago Carrillo en Cuba había sido tramitada meses antes por Santiago Álvarez, como se recordará de los capítulos precedentes²⁶⁹. Representaciones comunistas de los países socialistas y de partidos comunistas de naciones englobadas en el llamado bloque capitalista se dieron cita en La Habana para acompañar a sus camaradas cubanos y secundar sus tesis. Una muestra evidente de la fuerza que tenían los comunistas a nivel internacional, independientemente de la fortaleza que pudiera tener el PSP dentro de Cuba. Es más, la supuesta debilidad del PSP unida a su capacidad de entablar acuerdos y negociaciones a nivel internacional, convertían a los comunistas cubanos en unos aliados todavía más deseables para la dirigencia revolucionaria, pues a su incapacidad para capitanear la revolución se unía su fortaleza en el ámbito de las relaciones internacionales.

En aquella asamblea de los comunistas cubanos, Blas Roca, secretario general del PSP, reconoció a Fidel Castro como líder indiscutible de la revolución en marcha y proclamó la completa adhesión del PSP a la línea unitaria promovida por el primer ministro cubano. Una decisión que recibió el refrendo del resto de formaciones comunistas concentradas en La Habana. Fidel Castro pasaba entonces, de forma oficial, a ser el único e indiscutible conductor del proceso revolucionario para el comunismo internacional. El PSP así lo había decidido y su decisión fue arropada por las delegaciones de los partidos comunistas de medio mundo.

Otro dato a tener en cuenta fue la asistencia a las sesiones de la asamblea de militantes del “Movimiento 26 de Julio” y del “Directorio Revolucionario 13 de Marzo”. El camino para llevar a cabo la lucha mancomunada quedaba así cimentado. Las tres formaciones pasaron de este modo a formar un frente unitario, sino *de iure* al menos sí *de facto*. Cada formación siguió manteniendo su estructura y su funcionamiento de forma independiente, pero en aquella asamblea se escenificó la voluntad de converger en una línea de acción única.

La penetración comunista era la gran excusa esgrimida por muchos de los grupos renuentes a apostar de forma decidida por la línea de acción marcada por Fidel Castro. Los comunistas eran acusados de penetrar el frente revolucionario para así imponerle al proceso cubano una vía de desarrollo convergente con los planteamientos soviéticos. Esta era la postura defendida por la mayoría de los sectores del catolicismo cubano. Sin embargo, el análisis de los objetivos del PSP podía abordarse desde otra perspectiva, los comunistas parecían estar más dispuestos a disolverse en el seno de la revolución, para integrarse así, sin banderías, en el frente revolucionario, que a trazar la senda sobre la que tenía que construir el Gobierno cubano su modelo de revolución. Más que capitanear, el PSP quería sumar.

A tenor de lo expuesto en la asamblea del PSP, se podría decir que los comunistas cubanos habían lanzado un órdago a la revolución, pues si se llevaba el proceso revolucionario a sus últimas

²⁶⁹ Archivo Histórico del PCE, *América Latina. Generalidades. Emigración Política*, caja 102/1. Información sobre mi viaje por América Latina, Santiago Álvarez, 5 de octubre de 1960, pág. 1.

consecuencias ellos estarían allí para defenderlo en todos frentes, tanto dentro como fuera de Cuba, y lo harían además a través de su integración en las filas de la revolución asumiendo el liderazgo de Fidel Castro y apoyando la estrategia que él fijara.

Esta era la postura del PSP, una posición que se hizo oficial a través de la resolución final adoptada en aquella asamblea nacional. Las conclusiones elaboradas tras las sesiones deliberativas arrojaron unos resultados que podríamos dividir en dos unidades. En la primera parte se ofrecía un análisis sobre el momento en el que se encontraba la Revolución cubana, se trataba de definir el carácter del proceso revolucionario en función del bloque hegemónico que lo encabezaba y de la alianza de clases que se había formado en su seno, mientras se destacaba y encomiaba lo mucho que ya se había conseguido en materia social y de soberanía. En la segunda parte se esbozaban unas líneas genéricas sobre cuáles eran los próximos objetivos a alcanzar para defender la revolución y profundizar en sus fines.

En los primeros pasajes de la resolución final de la asamblea se lanzaba una definición de la Revolución cubana en la que se ponía el acento en el carácter inclusivo e integrador del proyecto que encabezaba Fidel Castro: *“La revolución cubana es, consecuentemente, en su presente etapa, una revolución patriótica y democrática, nacional-liberadora y agraria, una revolución popular avanzada. Es por tanto una revolución antiimperialista y antilatifundista (sic)”*²⁷⁰.

Una vez cimentada esta definición, en la que se anejaban diferentes componentes para recoger el acervo que atesoraba la labor revolucionaria y reflejar a la vez lo ya conseguido, la resolución acometía la exposición de la alianza de clases que se había dado dentro del proyecto revolucionario. El Gobierno revolucionario había conseguido dar satisfacción *“a los intereses históricos de la clase Obrera, los campesinos, la pequeña burguesía urbana y la burguesía nacional”*²⁷¹. Estas eran las clases sociales y los sectores productivos que debían coadyuvar para que el proyecto revolucionario pudiera asentarse de forma definitiva. Sin embargo, el PSP hacía una distinción entre los beneficiarios y los promotores del proceso, entre las clases populares llamadas a beneficiarse de la revolución y sus clases conductoras. Las fuerzas motrices de la revolución, es decir, sus dirigentes, provenían de unos sectores muy concretos dentro de la realidad cubana. Los conductores de la revolución nacían de las filas de *“los obreros, los campesinos pobres y medios y el ala radical de la pequeña burguesía urbana”*²⁷². Estos grupos había conseguido construir un proyecto común para actuar en el seno de uno sólo bloque, *“en un frente único no escrito, pero si real y actuante”*²⁷³.

Una vez expuestos los componentes del bloque hegemónico que imperaba en la nueva Cuba y las clases sociales desde las que fluían los cuadros dirigentes, la resolución acometía un análisis de las transformaciones orquestadas en el campo de la conciencia nacional. La revolución, a través de los cambios impulsados, había propiciado la formación de un nuevo terreno ideológico, una nueva forma de evaluar y una apropiación de lo real que arrumbaba con los viejos dogmas prerrevolucionarios. En este nuevo campo ideológico al que había dado vida el proceso revolucionario se había generado una reforma de las conciencias y de los modos de aproximarse a la realidad cubana y continental.

Se había producido por tanto una transformación total en la percepción que el pueblo cubano tenía de sí mismo y del resto del mundo, lo que indudablemente tenía sus consecuencias. Unas consecuencias que se encargó de reflejar en sus conclusiones sobre la asamblea el Comité Central del PSP: el triunfo de la Revolución cubana había echado por tierra varios planteamientos considerados axiomáticos en

²⁷⁰ *Mundo Obrero* (Año XXX). Núm. 16. Madrid: jueves, 15 de septiembre de 1960, pág. 4. Quincenal.

²⁷¹ *Idem.*

²⁷² *Idem.*

²⁷³ *Idem.*

la vieja Cuba, publicitados por sus antiguas clases dirigentes y asumidos con naturalidad por el resto de la población cubana.

A saber: *“Las teorías del fatalismo geográfico”*, que parecían condenar a Cuba al sometimiento y al desempeño de un papel subalterno en la realidad continental; *“la omnipotencia del imperialismo yanqui”*, que tras el triunfo revolucionario perdía su condición de maldición perenne; y *“la imposibilidad de sostener y desarrollar la economía sin la asistencia y la protección de Estados Unidos”*²⁷⁴. Estos tres factores se habían recreado durante años en el discurso político para contener toda acción transformadora y habían servido de pretexto a *“los gobiernos lacayos y los dirigentes del ala conciliadora de la burguesía”* para justificar *“su sometimiento a los imperialistas yanquis”*²⁷⁵.

La resolución acometía también un análisis de la significación que portaban los últimos pasos emprendidos por la dirigencia revolucionaria. Entre ellos el PSP consideraba fundamental la nacionalización de las grandes empresas norteamericanas. El decreto de nacionalizaciones promulgado por el Gobierno de Fidel Castro en aquellas fechas era saludado con satisfacción por la dirigencia comunista, pues el control de los consorcios estadounidenses garantizaba el triunfo de la independencia económica, *“base y garantía de la independencia política”*²⁷⁶. El decreto de nacionalizaciones había posibilitado el predominio de la propiedad nacional sobre la propiedad privada. Un nuevo escenario que permitía la progresiva consolidación en Cuba de las condiciones necesarias e imprescindibles para el *“desarrollo y avance acelerado de la industrialización, de la transformación de la estructura económica atrasada y del desenvolvimiento hacia adelante de la revolución”*²⁷⁷.

La resolución de la VIII Asamblea Nacional del PSP refrendaba de este modo el bagaje revolucionario. La Revolución cubana había violentado las premisas de la vieja Cuba y el país se estaba edificando bajo nuevos parámetros que contaban con las bendiciones del PSP. Los comunistas cubanos no encontraban objeción alguna a lo realizado en los casi veinte meses de Gobierno revolucionario. Sin embargo, el PSP llamaba a profundizar en los cambios emprendidos y a extremar las precauciones para que no se produjera un retroceso en el terreno de lo ya conseguido.

La labor revolucionaria debía centrarse, en lo que restaba de año, en la consecución de una serie de objetivos inaplazables. Los comunistas consideran necesario proceder a la liquidación de los pocos *“latifundios semif feudales”* que todavía quedaban inermes en Cuba. En estrecha relación con lo precedente el PSP recomendaba también completar *“la entrega de los títulos de propiedad a los campesinos”* y, así mismo, impulsar *“el movimiento de las cooperativas, tanto las organizadas con los obreros agrícolas, como las organizadas con los campesinos, sobre la base del convencimiento, el ejemplo y el estímulo de los resultados obtenidos en las cooperativas que ya funcionan”*²⁷⁸.

El PSP consideraba fundamental la organización del agro cubano, pues el apoyo de campesinado al Gobierno revolucionario se antojaba fundamental para sostener el proceso revolucionario. Como había sucedido en Rusia cuarenta años antes, el proletariado necesitaba tener a su lado al campesinado, pues en un país eminentemente rural como lo era Cuba, y como lo había sido Rusia en las primeras décadas del siglo XX, cualquier intento de sostener la revolución al margen del campesinado resultaría estéril.

El desenlace de la revolución iba a depender en última instancia de la opción que tomara el campesinado en el momento decisivo de la lucha como había demostrado la experiencia

²⁷⁴ *Idem.*

²⁷⁵ *Idem.*

²⁷⁶ *Idem.*

²⁷⁷ *Idem.*

²⁷⁸ *Idem.*

revolucionaria en otros países y especialmente en Rusia²⁷⁹. Esta máxima del marxismo-leninismo determinaría el curso de la revolución. Si el campesinado se situaba de forma definitiva al lado de las masas populares, la revolución se asentaría, de lo contrario, el proceso revolucionario podría tambalearse. De ahí la importancia que otorgaba el PSP a la destrucción definitiva del latifundio, a la estabilidad del pequeño campesino propietario y al funcionamiento óptimo de las diferentes modalidades de cooperativas. El desarrollo de una Reforma agraria que favoreciera los intereses de los pequeños y medianos campesinos resultaba indispensable para la futura implantación de una revolución socialista, que necesariamente precisaba como condición *sine qua non* su edificación sobre la base del “*fortalecimiento de la alianza obrero-campesina*”²⁸⁰.

En las conclusiones de la VIII Asamblea Nacional resultaba evidente que pesaba la experiencia soviética en la construcción de una posible vía al socialismo, pues también se hacían recomendaciones para “*evitar daños a los pequeños propietarios*”²⁸¹. El PSP iba aún más lejos en el apoyo a los sectores nacionalistas de la burguesía, pues señalaba que la dirigencia revolucionaria debía “*encontrar los medios para que la empresa privada nacional, no imperialista, colaborara al máximo*”²⁸².

Difíciles de esquivar en estos planteamientos eran las evocaciones a la “nueva política económica” promulgada por Lenin en 1921. A mediados de 1960 los comunistas cubanos habían llegado a la conclusión de que la transformación de la revolución en socialista tomaría un determinado período, en el cual tendrían tiempo de madurar las condiciones políticas, sociales y económicas para llegar a la aludida transformación²⁸³. Un período de transición en el que la burguesía nacional y nacionalista, aquella no comprometida con el imperialismo y con los intereses del fenecido régimen batistiano, podía contribuir a sostener el proyecto revolucionario en pie.

Aquel razonamiento, como han señalado estudiosos del período, estaba justificado teóricamente desde los planteamientos marxistas-leninistas, pues “*la presencia de un potente sector estatal*”, como el que ya existía en Cuba, “*y la regulación y el control por el Estado de la actividad económica*” tenían la posibilidad de incorporar “*la producción capitalista a los planes generales de renacimiento de la economía nacional*”.²⁸⁴ En sintonía con esta suposición, “*el Estado revolucionario hizo todo lo posible por poner en práctica una colaboración con esta parte de la burguesía para mantenerla en el campo nacional y ant imperialista*”²⁸⁵

En Cuba, por lo tanto, los comunistas consideraban que para mantener intactas las posibilidades de llevar a cabo el tránsito de la revolución popular y ant imperialista al campo de la revolución socialista era necesario un período de transición, en el cual resultaban imprescindibles las relaciones estrechas del proletariado con el campesinado, la pequeña burguesía urbana y la burguesía nacional. Unas relaciones interclasistas que debían ser cultivadas para la integración de todas estas clases sociales en un frente común revolucionario. Sin embargo, todos aquellos planteamientos precisaban, para desarrollarse con éxito, de una adecuada defensa del proyecto revolucionario en ciernes, que, necesariamente, tenía que plantearse más allá de lo puramente armamentístico. La revolución tenía que protegerse ante las andanadas que pudieran venir del exterior y, para tal fin, el PSP ponía el acento en la necesidad de fomentar “*la unión, la producción, la defensa y la conciencia revolucionaria*”, pues “*el peligro de agresiones, complots, actos terroristas y movimientos armados*

²⁷⁹ Bekarevich, Anatoliĭ Danilovich, et al: *Op. Cit.*, pág. 98.

²⁸⁰ *Idem.*

²⁸¹ *Mundo Obrero* (Año XXX). Núm. 16. Madrid: jueves, 15 de septiembre de 1960, pág. 4. Quincenal.

²⁸² *Idem.*

²⁸³ Bekarevich, Anatoliĭ Danilovich, et al: *Op. Cit.*, pág. 120.

²⁸⁴ *Idem.*

²⁸⁵ *Idem.*

contrarrevolucionarios” había aumentado debido a la acción, cada día más intensa, “*del imperialismo yanqui*”²⁸⁶.

El trabajo a realizar demandaba de la implicación total de la población y para conseguir ésta se precisaba redoblar la actividad propagandística. El momento por el que estaba pasando la revolución exigía el fomento de la conciencia revolucionaria y, por tanto, el “*contacto con las masas*”, para “*convencerlas de la necesidad de cada paso de la revolución*”²⁸⁷. Una labor para la que resultaba imprescindible “*estrechar las relaciones, la cooperación y la coordinación entre todas las fuerzas y organizaciones revolucionarias, particularmente entre el 26 de Julio, PSP y Directorio Revolucionario*”²⁸⁸.

El PSP, de forma solapada, abogaba por la promoción de un partido de vanguardia, o al menos apostaba por acometer los trabajos que fueran necesarios para sentar las bases que lo hiciera viable en un futuro. El partido de vanguardia tenía que complementar al Gobierno revolucionario en la concienciación de los cubanos. Sin embargo, para garantizar el éxito del partido se necesitaba reflejar en su seno las diferentes sensibilidades que participaban en el proceso revolucionario. De este modo, dentro de este nuevo partido de vanguardia debían recogerse las propuestas antimperialistas y socialistas, para que, juntas, formaran parte del acervo de la Revolución cubana. La lucha contra el imperialismo y la batalla por la consecución de los ideales socialistas pasarían entonces a ser parte del programa revolucionario, pues sin la derrota del imperialismo no se podrían acometer las conquistas socialistas.

Como señalara Lenin en su obra temprana, el partido debía erigirse en la vanguardia del desarrollo político. El partido, según el dirigente soviético, tenía el cometido de acercarse “*a todas las clases de la población*” para promover las ideas socialistas²⁸⁹. Acudir a todas las clases significaba asumir los papeles de propagandistas, agitadores y organizadores; de educadores capaces de exponer a la población los objetivos democráticos generales de su lucha²⁹⁰. Según la teoría leninista, si el partido aspiraba a tener pretensiones de vanguardia resultaba necesario “*atraer a otras clases*”²⁹¹.

Dentro de este futuro partido, de todos modos, no sólo se recogerían las ideas socialistas, pues, junto a la contradicción fundamental del sistema capitalista debía articularse la contradicción que venía ejerciendo como rectora del sistema de contradicciones que imperaba en Cuba; es la decir, la dependencia de los Estados Unidos. Bajo el paraguas de un partido de vanguardia que unificara ambas contradicciones, se podía luchar contra el imperialismo y de esta forma destruir el sistema capitalista imperante en Cuba. En el contexto cubano imperialismo y capitalismo resultaban indisolubles: si se conseguía la eliminación del primero, el segundo quedaría francamente debilitado y como consecuencia de ello las puertas quedarían expeditas para el ensayo de alguna vía que condujera al socialismo.

Las conclusiones de la VIII Asamblea Nacional del PSP estaban articuladas de tal manera que la labor gubernamental salía refrendada en su totalidad. Al mismo tiempo el PSP emitía unas líneas de acción para los meses venideros en las que se dejaba abierta cualquier vía posible hacia el socialismo. El futuro de la revolución quedaba a expensas de lo que tuviera a bien determinar la dirigencia

²⁸⁶ *Mundo Obrero* (Año XXX). Núm. 16. Madrid: jueves, 15 de septiembre de 1960, pág. 4. Quincenal.

²⁸⁷ *Idem*.

²⁸⁸ *Idem*.

²⁸⁹ Lenin, Vladimir Ilich: *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005, pág. 180.

²⁹⁰ *Ibidem*, págs. 180 y 181.

²⁹¹ *Ibidem*, pág. 188.

revolucionaria. Fidel Castro y el puñado de hombres que le acompañaban desde el desembarco del Granma serían los encargados de determinar los tiempos y fases por los que pasaría la revolución.

El pronunciamiento oficial del PSP evitaba hacer mención al futuro desarrollo comunista del proceso revolucionario, simplemente describía a la Revolución cubana con una serie de atributos de los que ni la burguesía nacional, ni el campesinado, ni el proletariado quedaban excluidos por definición. Las apelaciones al carácter patriótico y democrático de la revolución, a su perfil nacional-liberador y agrario, antimperialista y antilatifundista o la vaga descripción que hacía referencia a una revolución popular avanzada exponían las características del proceso, pero nada apuntaban sobre su posible futuro desarrollo.

Mediante este articulado o esbozo de definición la resolución final de la asamblea mostraba de forma explícita la predisposición del partido comunista a integrarse, sin condiciones, en el frente revolucionario. Y al mismo tiempo esquivaba espinosos asuntos y debates estériles a los que pudiera dar lugar la confrontación ideológica propia de la historia marxista, pues bajo el abrigo de aquella declaración lanzada por el PSP quedaban las puertas abiertas al marxismo-leninismo, al trotskismo o incluso a alguna fase temporal de revolución menchevique. La inclusión en el frente revolucionario, sin jerarquías ni prioridades clasistas, de “los obreros, los campesinos pobres y medios, el ala radical de la pequeña burguesía urbana y la burguesía nacional” hacía posible la apuesta por diferentes fórmulas.

Todo dependería en última instancia de quien tomara las riendas en el bloque hegemónico en formación. La dirección política estaba en manos de la dirigencia revolucionaria, con Fidel Castro al frente. Sin embargo, la clave estaba en las alianzas de clase que se establecieran. Unas alianzas que no sólo estarían sujetas a los deseos del Gobierno revolucionario, sino también a las posibles deserciones que pudieran producirse. Los más proclives a abandonar el proceso parecían ser los miembros de la burguesía nacional, sin embargo, las conclusiones adoptadas por el PSP en su resolución final apostaban por su integración.

Las posibles vías que se abrían para la revolución cubana pueden rastrearse una vez más en el ejemplo soviético. “Las Tesis de Abril” de Lenin nos ayudan a interpretar el momento por el que estaba pasando la revolución cubana. De este modo, el régimen de alternativas con las que se encontraba el Gobierno fidelista era similar al presente en la Rusia de 1917. Revolución dentro de la vía capitalista y alianza por tanto con los sectores de la burguesía nacionalista o revolución rupturista y salto hacia el socialismo. Alianzas con la burguesía o lucha por el poder del proletariado en comunión con el campesinado sometido. Alianza estrecha entre campesinos y proletarios en la dictadura democrática revolucionaria o política de independencia de clase y dictadura del proletariado. En definitiva, tanto el “menchevismo” como el bolchevismo y la alianza con el campesinado cabían todavía dentro de la vía revolucionaria. Todos estos debates, resueltos por Lenin en sus “Tesis de Abril” de 1917 en favor del proletariado²⁹², quedaban sin resolver en el caso cubano, pues el PSP apuntaba simplemente hacia la alianza de todas las clases que apostaran por la revolución, pero sin establecer de forma explícita jerarquías internas. Sin embargo, en lo que había plena sintonía era en la lucha por la soberanía nacional. Lo que realmente integraba y fomentaba la unión en Cuba era el fuerte nacionalismo imperante en el seno de las diferentes clases sociales.

En cuanto a los problemas propios de la teoría trotskista se afrontaban de forma más abierta, quedando de este modo resueltos en las conclusiones del PSP algunos de los argumentos que León Trotsky presentaba en contra de una revolución por fases y de la colaboración interclasista dentro de los procesos revolucionarios. En la resolución del PSP la proposición de fusionar su línea de acción con

²⁹² Lenin, Vladimir Ilich: *Las tesis de abril*, Fundación Federico Engels, Madrid, 1997, págs. 41-49.

el resto de fuerzas revolucionarias diluía las desconfianzas que pudieran mostrar las tendencias trotskistas sobre la lealtad del propietario rural y la pequeña burguesía radical con respecto a la dictadura democrática revolucionaria implantada por proletarios y campesinos. La propuesta de una acción revolucionaria mancomunada en la que el PSP promovería la unión con el “Movimiento 26 de Julio” y el “Directorio Revolucionario 13 de Marzo” propiciaban la creación de un futuro partido de vanguardia en el que los intereses de la pequeña burguesía urbana y rural quedarían salvaguardados, quedando de esta forma atenuada la posible fuga de estos sectores hacia la contrarrevolución. Tal y como expuso León Trotsky en su obra “La Revolución permanente” la lealtad del pequeño propietario rural y urbano sólo se podría garantizar mediante un partido revolucionario independiente:

*“La dictadura democrática del proletariado y de los campesinos, en calidad de régimen distinto por su contenido de clase a la dictadura del proletariado, sólo sería realizable en el caso de que fuera posible un partido revolucionario independiente que encarnara los intereses de la democracia campesina y pequeño burguesa en general, un partido capaz, con el apoyo del proletariado, de adueñarse del poder y de implantar desde él su programa revolucionario”*²⁹³.

Al contar con un partido o un frente independiente como conductor del proceso revolucionario en el que los intereses del proletariado y los pequeños propietarios urbanos y rurales quedaban salvaguardados la posibilidad de progresar hacia el socialismo a través de etapas intermedias quedaba sustentada desde el ámbito teórico, lo que no convertía en imprescindible la inmediata imposición de la dictadura del proletariado para preservar el proceso revolucionario. La propuesta del PSP salvaba de este modo uno de las posibles fuentes de divergencia entre las tácticas trotskistas y marxistas-leninistas.

Sin embargo, la posibilidad de llevar la revolución socialista a un solo país en el ámbito occidental era uno de los principales escollos que eludía el PSP y que podían ser fuente de discusión con las sensibilidades trotskistas. Los grupos partidarios de las teorías de León Trotsky no creían posible la implantación del socialismo en un sólo país. Una situación que aún generaba más dudas si el país en cuestión respondía a los patrones de Cuba. La posibilidad de implantar el socialismo en un país que, además de contar con escasa población, llevaba décadas sometido al poder de la máxima potencia capitalista despertaba todas las suspicacias, pues las opciones de que Cuba pudiera mantenerse aislada del continente sin un fuerte apoyo soviético parecían remotas. La dirigencia revolucionaria consciente de este problema trataba de sumar a la causa cubana a los pueblos del continente. Los pueblos de Latinoamérica podían jugar una baza en favor de la revolución a través de la presión sobre sus Gobiernos. De hecho, aquello estaba surtiendo cierto efecto, pues los Gobiernos latinoamericanos estaban comenzando a sopesar los problemas internos que traían aparejados los pronunciamientos anticubanos.

Por otro lado, la posibilidad de hacer de Cuba la punta de lanza de la revolución continental no era ajena a la dirigencia cubana. La posibilidad de exportar el modelo cubano o la idea de convertir a los Andes en la Sierra Maestra del continente ya había sido lanzada por Fidel Castro en su discurso del 26 de julio de 1960. Como puede observarse, este no era un tema menor, pues, además de hacer referencia a la posibilidad de llevar la revolución a un solo país o la necesidad de promover la revolución permanente, la posibilidad de promover la revolución a nivel continental entraba de lleno en el contencioso que mantenían chinos y soviéticos sobre la conveniencia de la lucha armada y el espinoso asunto de la contienda violenta por el poder. La exportación de la revolución era ya y sería en el futuro uno de los asuntos que no permitía el total encuentro entre los partidos comunistas de

²⁹³ Trotsky, León: *La revolución permanente*, Ruedo Ibérico, París, 1972, pág. 130.

obediencia soviética y las nuevas formaciones revolucionarias que tomaban como ejemplo a Cuba y su proceso revolucionario.

Una realidad que se podía ya vislumbrar en las tímidas declaraciones del PSP sobre este particular. Las únicas referencias a la significación de la Revolución cubana y a las consecuencias que se podían derivar de su ejemplo insurreccional se despachaban por medio de la siguiente apreciación: Hace falta “*seguir promoviendo y mereciendo la solidaridad de los pueblos de América Latina, de los países afro-asiáticos, de los Estados socialistas, de los trabajadores, de los partidarios de la paz y los pueblos del mundo*”²⁹⁴. Un pronunciamiento a todas luces insuficiente y que eludía entrar de lleno en las posibles derivaciones que la lucha armada y la receta cubana podían tener en el resto del continente y a nivel internacional.

La mayor diferencia entre el sentir comunista y el encarnado por la joven dirigencia cubana residía precisamente en las tácticas desplegadas para acceder al poder, algo que se había hecho ya evidente desde que los hombres de Fidel Castro desembarcaron en Cuba procedentes de Méjico. En las resoluciones del Comité Central del PSP no se encontraban referencias a la exportación del modelo cubano a otras latitudes, aquella tesis de que Cuba sirviera de ejemplo a otros países del continente, chocaba de lleno con la propuesta soviética de coexistencia pacífica promocionada en aquel momento por Nikita Kruschchev.

Sin embargo, y a pesar de esta diferencia no menor, preñada de posibles desencuentros para al futuro, la actitud de la dirigencia comunista cubana no podía ser más convergente con la línea marcada por Fidel Castro. Y es que, el grupo jacobino que encabezaba el proceso revolucionario, aunque se moviera por momentos en el ámbito de la revolución permanente a nivel continental y esto pudiera traer consecuencias en un futuro sobre el apoyo que pudieran captar de los partidos comunistas latinoamericanos, lo cierto es que le había plantado cara a los Estados Unidos, y de qué manera. Cuba estaba llevando la lucha contra el imperialismo norteamericano a unos niveles que ningún país latinoamericano había osado alcanzar y esta actitud entraba en sintonía plenamente con la ortodoxia leninista.

El derecho a la autodeterminación figuraba dentro de las premisas del marxismo-leninismo. El propio Lenin, en su producción teórica sobre la praxis revolucionaria, se había encargado de señalar que los socialistas debían permanecer apegados y “*apoyar con la mayor decisión*” las reivindicaciones nacionalistas y a los “*elementos democrático burgueses de liberación nacional*” en aquellos países que se encontraran sometidos a un régimen de dominación semicolonial²⁹⁵. Este apunte teórico abría la posibilidad de que la Unión Soviética, sin salirse de la ortodoxia leninista, tuviera la oportunidad de romper el frente capitalista a escasas millas de las costas norteamericanas al apostar por un régimen como el cubano, independientemente de las intenciones futuras que albergara la dirigencia revolucionaria sobre la organización política, económica y social para el futuro de la isla.

A tenor de lo expuesto, resulta ocioso apuntar que en el bloque hegemónico que se estaba imponiendo en Cuba las formas de los dirigentes revolucionarios y sus planteamientos valorativos tenían mucho más que ver con lo que sostenía el PSP que con lo que defendía el Episcopado cubano. El proceso revolucionario había propiciado un cambio en los posicionamientos ideológicos que los comunistas eran capaces de adoptar dentro de su extenso bagaje doctrinario y que los católicos asumían pero con condiciones. El PSP tenía las herramientas para apropiarse del discurso revolucionario, pues conseguía hacerlo suyo a través de los múltiples ensayos orquestados por la URSS en la arena política desde el triunfo de la Revolución de Octubre. La apropiación de lo real había variado en los últimos

²⁹⁴ *Mundo Obrero* (Año XXX). Núm. 16. Madrid: jueves, 15 de septiembre de 1960, pág. 4. Quincenal.

²⁹⁵ Lenin, Vladimir Ilich, “El imperialismo, fase superior del capitalismo”, en *Obras Completas Tomo V (1913-1916)*, Editorial Progreso, Moscú, 1973, pág. 153.

meses y católicos y comunistas, tendencias doctrinarias que habían sido protagonistas durante el período republicano prerrevolucionario luchaban para adaptarse, sin embargo, los segundos parecían contar con mayores recursos que los primeros en este ajuste de estrategia.

La llegada de Nikita Krushev al poder facilitaba además las cosas para la formación de los comunistas cubanos. La línea de acción patrocinada por la nueva Secretaría General del PCUS promovía una mayor independencia de los partidos comunistas en la toma de decisiones. En el año 1955, dos años después del arribo de Krushev a la dirección del partido, el PCUS había aceptado “*el pluralismo en las vías hacia el socialismo*”, lo que propiciaba el entendimiento con Belgrado y abría la posibilidad a la heterodoxia en la interpretación de la doctrina marxista²⁹⁶. La relación del PCUS con el resto de formaciones comunistas a nivel internacional se hacía de este modo más flexible.

Un nuevo contexto que se vio reforzado un año después con nuevos postulados. En 1956, durante el desarrollo del XX Congreso del PCUS, Krushev había condenado los crímenes de Stalin, un informe demoledor ponía al descubierto las arbitrariedades y los parámetros erróneos sobre los que el fallecido dirigente soviético había organizado la Unión Soviética en los últimos años²⁹⁷. La URSS se liberaba así del estalinismo y aprovecha los aires de renovación para poner en circulación una nueva teoría sobre la vía de acceso deseable para alcanzar el socialismo dentro del marco normativo de la “coexistencia pacífica” promovida por Krushev. Sin embargo, y a pesar de hacer de la coexistencia pacífica su línea de acción prioritaria, el PCUS no cerraba la posibilidad del ensayo de diferentes tácticas para promover el triunfo del socialismo, las condiciones objetivas del país y el factor subjetivo como desencadenante serían en última instancia los que marcarían la pauta. De todos modos, el “establishment” soviético apostaba ahora por una línea de acción en la que la sociedad socialista podía alcanzarse sin enfrentamientos violentos con las clases dominantes y sin derribar por la fuerza al bloque hegemónico que imperaba en los países capitalistas, coloniales o sometidos al imperialismo norteamericano. Lo que no era óbice para que los pueblos pudieran organizarse en la defensa de sus intereses, utilizando para ello los métodos que los dirigentes consideraran más convenientes.

Este era el nuevo programa recomendado por los jerarcas soviéticos y la línea prioritaria sobre la que trabajaba la diplomacia soviética. Sin embargo, según han señalado algunos estudiosos del marxismo, no había una ruptura tan marcada con el pasado como cabría esperar, pues “*con la doctrina de la coexistencia pacífica y tránsito pacífico*” Krushev conseguía llevar a sus últimas consecuencias “*las tesis estalinistas de frente popular y unidad nacional*”²⁹⁸. Las tesis imperantes durante el estalinismo cobraban una nueva forma bajo la batuta de Krushev y se presentaban ahora desprovistas de su carga radical, sin saltos ni rupturas abruptas, pero portadoras de los mismos objetivos. La nueva premisa colocaba a los partidos comunistas en la tesitura de luchar por el poder a través del voto en los regímenes parlamentarios si en el país existía una democracia liberal asentada, y si no era así, cualquier tipo de alianza con las fuerzas progresistas que luchaban por la instauración de un nuevo orden resultaba preferible al enfrentamiento directo con las clases hegemónicas imperantes. Sin embargo, ninguna táctica quedaba arrinconada, la diplomacia soviética dulcificaba su rostro, pero las antiguas premisas, si las condiciones lo requerían, seguían siendo totalmente válidas.

Frente a este contexto, la entrada de los comunistas cubanos en el proceso revolucionario no podía ser más oportuna. El PSP entraba en la Revolución cubana cuando el proceso ya había tomado el poder tras una guerra civil de carácter revolucionario. Su entrada tardía en el proceso revolucionario les permitía desasirse de las teorías de la lucha armada; guardar las formas con la línea prioritaria marcada por la URSS, mostrando de paso la nueva cara con la que la diplomacia soviética quería

²⁹⁶ Alba, Víctor: *Op. Cit.*, pág. 296.

²⁹⁷ *Ibidem*, pág. 297.

²⁹⁸ Kohan, Néstor: *Nuestro Marx*, La oveja roja, Madrid, 2013, pág. 188.

presentarse al mundo; e integrarse en la Revolución cubana en una fase en la que la dirigencia revolucionaria promovía la lucha contra la agresión externa y la convivencia pacífica entre regímenes de diferente signo.

El bloque socialista, de la mano del PSP, se integraba así en el proceso cubano en una fase que esquivaba las posibles acusaciones de intervencionismo que podía generar el apoyo soviético a un proceso revolucionario que estuviera todavía en la fase armada de la lucha por el poder. Del mismo modo, el contexto de la descolonización y la lucha contra el imperialismo norteamericano encajaban en las tesis de la URSS y de la mayoría de los partidos comunistas a nivel mundial y convergían plenamente con los planteamientos que sustentaba el Gobierno cubano en aquel momento de enfrentamiento enconado con los Estados Unidos.

Cuba estaba obrando con sumo tacto, pues la dirigencia revolucionaria era capaz de mantener enganchados al carro de la revolución a todas las sensibilidades que poblaban las familias marxistas. Un éxito que quizás debía atribuirse precisamente a la capacidad que el Gobierno cubano estaba teniendo para no verse comprometido plenamente con ninguna de aquellas familias, al mismo tiempo que maniobraba para no quedar excluido totalmente de ninguna de ellas. De esta suerte, la dirigencia cubana era capaz de apostar por la vía armada y de refrendar al mismo tiempo la vía pacífica para España, sin que en su actitud hubiera asomo de contradicción. Los pueblos eran los llamados a decidir sobre su destino y solamente las condiciones objetivas de cada país y el factor subjetivo de las fuerzas desencadenadas podían determinar cuál era la receta más apropiada para la toma del poder.

La revolución por la vía pacífica, programa por el que apostaba el PCE para ultimar el régimen franquista, constituía también la base de los planteamientos del PSP para promover el socialismo en Cuba. Los comunistas españoles habían arrancado de Fidel Castro el compromiso de apostar por la reconciliación nacional, desechar el uso de la lucha armada y continuar por la senda de la lucha de masas pacífica en la solución del problema español. El PCE como había hecho también el PSP rechazaba a priori la táctica guerrillera para acceder al poder, pero esta propuesta no tenía que enfrentarse necesariamente con la dirigencia revolucionaria, pues lo que promovían ambas formaciones encajaba perfectamente con lo que necesitaba el Gobierno cubano en aquel momento de la revolución. Ambos partidos solicitaban para España y para Cuba una estrategia en la que la alianza de clases podía utilizarse como vía transitoria para alcanzar el socialismo. Los comunistas españoles apostaban por la organización de “*huelgas nacionales pacíficas*” y “*huelgas generales políticas*” en comunión con otros grupos de la oposición²⁹⁹. Mientras los comunistas cubanos apostaban por la colaboración entre los obreros, los campesinos pobres y medios, el ala radical de la pequeña burguesía urbana y la burguesía nacional no comprometida con el imperialismo para asentar el poder revolucionario.

Los comunistas de ambos lados del Atlántico encontraban la posibilidad de llegar al socialismo sin la necesidad de romper con otras fuerzas antimperialistas y democráticas y habían encontrado en la Revolución cubana, debido al aplomo de la dirigencia revolucionaria en la defensa de lo ya conseguido, el escenario idóneo para poner en práctica aquellas teorías. Pues se introducían en el proceso revolucionario cuando la lucha armada había dejado paso a la organización del país y la dirigencia revolucionaria necesitaba de todos los apoyos imaginables para poder mantener el proyecto fidelista en pie.

De este modo, los comunistas patrios y foráneos, se enganchaban al carro de la Revolución cubana en el momento idóneo, cuando la dialéctica de las armas se utilizaba ya para la defensa y no para el

²⁹⁹ Soto Carmona, Álvaro, “España: un país industrial y de servicios”, en *El Franquismo. Tercera parte. 1959-1975. Desarrollo, tecnocracia y protesta social*, Arlanza Ediciones, Madrid, 2005, pág. 22.

ataque, lo que liberaba de puntos de fricción a los partidos comunistas con la dirigencia revolucionaria. Por el contrario, para el catolicismo la revolución había llegado demasiado pronto. Debido a la presencia del catolicismo español en Cuba, los aires renovadores que pudiera traer el papado de Juan XXIII estaban tardando en llegar a la Iglesia cubana. Los católicos progresistas del continente latinoamericano, entre los que se encontraba parte del catolicismo cubano, se vieron emplazados a terciar sobre las dificultades teóricas y prácticas que la adopción del concepto socialista le creaba a la democracia cristiana y al catolicismo de base en su aproximación a la arena política. Un problema que abordó el Concilio Vaticano II desde el inicio de los debates en 1959 hasta la clausura de los mismos en 1965. El socialismo comunitario, que años más tarde trajo el diálogo cristiano-marxista, tuvo sus orígenes en el Concilio Vaticano II³⁰⁰. Sin embargo, este diálogo entre socialismo y cristianismo llegó demasiado tarde para Cuba. Es decir, el emplazamiento a este debate llegó al escenario cubano cuando la Iglesia ya se había distanciado de la dirigencia revolucionaria. Las exigencias de maniobrabilidad que la Revolución cubana le impuso a la democracia cristiana, al catolicismo cubano y al del resto de Latinoamérica permitieron un proceso de discusión constructiva entre socialistas y católicos, pero este encuentro se produjo después de que la Iglesia cubana, de forma oficial, se enfrentara al proceso revolucionario.

Los comunistas de Cuba, de España y de otras latitudes habían apostado de forma decidida por la Revolución cubana a mediados de agosto de 1960. La VIII Asamblea Nacional del PSP había dado muestra evidente de ello. Una asamblea que además se había hecho coincidir con la conferencia de cancilleres de San José de Costa Rica, con la clara intención de mostrar en el continente americano que Cuba contaba con más apoyos de los que pudieran provenir de las naciones americanas. Entre tanto, el Episcopado cubano y el catolicismo de procedencia española no encontraban otra receta para insertarse en la revolución que el pronunciamiento sobre los excesos del Gobierno revolucionario. Su táctica pasaba por frenar el proyecto fidelista, por restarle profundidad, mientras los comunistas apostaban por relanzarlo todavía con más fuerza. Dos aproximaciones al proceso revolucionario que determinarían en lo sucesivo el tipo de aliados con los que podía contar la revolución intramuros. Sin embargo, el carácter de la Revolución cubana y su aprobación o condena se estaba jugando también a nivel continental. Tras la conferencia de Costa Rica, la dirigencia revolucionaria podría conocer el grado de implicación de los Gobiernos latinoamericanos en la estrategia estadounidense, las posibles fisuras del sistema interamericano y los potenciales aliados con los que podría contar a nivel continental.

³⁰⁰ Lane, Arturo: *La Democracia Cristiana Chilena ¿Comunitaria o Socialista?*, Talleres Gráficos Omega, Ciudad de México, 1973, págs. 1 y 2.

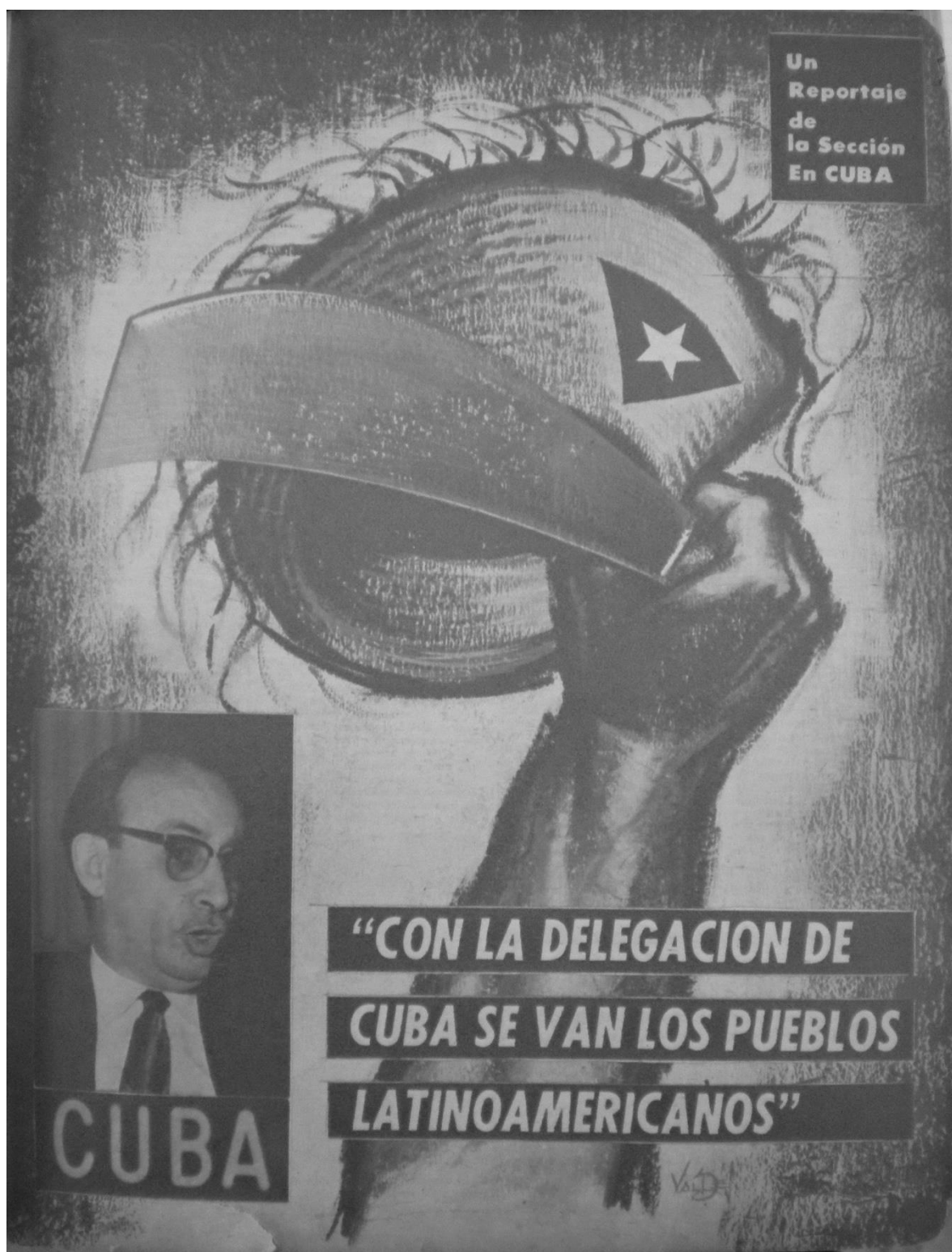


Imagen 11- Durante los meses de agosto y septiembre de 1960 el pueblo de Cuba rompió con el régimen político imperante en América y se desprendió de una tradición política que consideraba basada en un profundo servilismo y en el sustento de los intereses norteamericanos. A partir entonces, Cuba apostó, de forma decidida, por los pueblos de América y comenzó a difundir en los medios de comunicación cubanos la imagen de una revolución que mostraba ya un carácter continental. Véase *Bohemia* (Año LII). Núm. 36. La Habana: domingo, 4 de septiembre de 1960, pág. 43. Semanal.

Capítulo 10- Cuba y los Estado Unidos: dos proyectos divergentes para el futuro de las Américas (agosto de 1960- septiembre de 1960)

10.1 Cuba y la República Dominicana en el banquillo de los acusados: la inestabilidad caribeña a debate en la OEA

La segunda mitad del mes de agosto de 1960 estuvo centrada en la reunión de cancilleres de San José de Costa Rica, donde la atención recayó en la política exterior de Cuba y la República Dominicana. Por diferentes motivos, ambos países fueron sentados en el banquillo de los acusados como principales responsables de la inestabilidad continental. La posibilidad de arrancar de la conferencia de San José una condena en firme del régimen de Trujillo se había convertido en el principal objetivo de muchas de las repúblicas latinoamericanas. Sin embargo, la condena de Cuba resultaba más comprometida y mucho menos deseable. En primer lugar, la descalificación del régimen fidelista generaría agitación en Latinoamérica. Una inestabilidad con la que tendrían que lidiar los Gobiernos latinoamericanos en sus propios países. Y en segundo lugar, las razones esgrimidas por Estados Unidos para llevar a término algún tipo de condena o sanción contra Cuba no parecían demasiado convincentes.

Por el contrario, las inquietudes de la Administración estadounidense eran otras. La condena al régimen de Trujillo era vista por la diplomacia norteamericana como algo irremediable, sin embargo, el gran asunto era la Cuba de Fidel Castro. Estados Unidos había llegado a la conclusión, como han apuntado algunos autores, de que merecía la pena entregar el Gobierno de Trujillo al escarnio continental si con ello se conseguía como contrapartida la condena de Cuba¹. El Departamento de Estado norteamericano no podía dejar pasar la oportunidad de comprometer a los Gobiernos latinoamericanos en la lucha contra la Revolución cubana y para ello resultaba imprescindible sumarse a la condena que contra Trujillo se urdía en el seno de la OEA. De este modo, Estados Unidos estaba dispuesto a desautorizar y sancionar a uno de los regímenes más contundentes en la lucha contra el comunismo en América, pero solicitaría a cambio, como justa compensación, la condena del país que estaba poniendo en tela de juicio su hegemonía continental: la Cuba de Fidel Castro.

La Administración estadounidense, desde la denuncia cubana ante el Consejo de Seguridad, se había volcado en eludir las acusaciones lanzadas por Cuba y había conseguido cambiar el guion del contencioso entre ambos países: en poco más de un mes Cuba había pasado de denunciante en el seno de la ONU a denunciada en los foros de la OEA.

¹ Enrich, Silvia: *Historia diplomática entre España e Iberoamérica en el contexto de las relaciones internacionales (1955-1985)*, Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, 1989, pág. 118.

A grandes rasgos este era el escenario previo a los agitados debates que se vivieron en aquella de cita de San José de Costa Rica. No obstante, antes de entrar a valorar lo allí acontecido y la proyección que aquella conferencia tuvo tanto en España como en Latinoamérica, resulta perentorio acercarse a la significación y los precedentes que habían tenido aquellas reuniones de cancilleres para el continente americano.

10.1.1 Las reuniones de cancilleres como blindaje hacia el exterior

La primera reunión de ministros de Asuntos Exteriores en el seno de las conferencias panamericanas se celebró en 1939. En esta primera cita, los contenidos de las deliberaciones estuvieron centrados en el análisis de las repercusiones que el inicio de las hostilidades en Europa podía tener para el conjunto de las repúblicas americanas². Aquella primera reunión, celebrada en Panamá, dio lugar a una segunda en La Habana un año más tarde. El tema volvió a ser el mismo, pero ya no se hablaba de posibilidades, sino de realidades. Es decir, de las consecuencias que la contienda europea estaba generando en América³. En estas dos primeras conferencias Estados Unidos y el resto de los países del continente apostaron por la neutralidad ante la conflagración europea y aprobaron una serie de medidas para hacerla efectiva e impedir la implicación americana en la II Guerra Mundial.

La tercera conferencia de cancilleres tuvo como sede Río de Janeiro y en ella la neutralidad pasó a ser ya opción vetada para los países latinoamericanos. En este tercer cónclave el motivo de la convocatoria volvió a ser la contienda europea, pero no para sentar los principios sobre los que construir la neutralidad, sino para fijar las premisas sobre las que edificar la beligerancia. En la reunión de Río de Janeiro se trataron directamente las implicaciones que para el continente americano tenía la entrada de Estados Unidos en la II Guerra Mundial. Esta tercera cita fue solicitada por Chile a raíz del ataque de las fuerzas japonesas contra Estados Unidos el 7 de diciembre de 1941. El ataque de la Armada Imperial japonesa sobre la base naval de Pearl Harbor había determinado la entrada estadounidense en la guerra de forma inmediata. Una circunstancia que desencadenó la llamada a consejo de los cancilleres americanos en enero de 1942. El contexto había cambiado, pues el Estado hegemónico de América era ya juez y parte en la conflagración mundial y, por tanto, la estrategia frente al exterior no podía ya estar marcada por la neutralidad de las repúblicas latinoamericanas.⁴

La cuarta reunión se convocó en Washington en 1951, tres años después de la fundación de la OEA. Una nueva cita en la que el asunto prioritario dejó de ser la guerra mundial y las “Potencias del Eje”. Ahora el problema se había trasladado al bloque de los aliados. Las premisas sobre las que había que edificar la defensa continental habían cambiado y las sesiones estuvieron centradas en el nuevo desafío que encontró Estados Unidos para mantener su supremacía continental tras la II Guerra Mundial: el “*peligro de la agresión internacional comunista*”⁵. Después de la finalización de la

² Véanse las actas finales de la I Reunión de Ministros Relaciones Exteriores: Organización de los Estados Americanos. Consejo Permanente, “Actas de las Reuniones de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores. I Reunión - Ciudad de Panamá, celebrada del 23 de septiembre al 3 de octubre de 1939, Acta Final”. <http://www.oas.org/consejo/sp/rc/Actas/Acta%201.pdf> (Consultado 20-02-2014).

³ Véanse las actas finales de la II Reunión de Ministros Relaciones Exteriores: Organización de los Estados Americanos. Consejo Permanente, “Actas de las Reuniones de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores. II Reunión – La Habana, celebrada entre el 21 y el 30 de julio de 1940, Acta Final”. <http://www.oas.org/consejo/sp/rc/Actas/Acta%202.pdf> (Consultado 20-02-2014).

⁴ Véanse las actas finales de la III Reunión de Ministros Relaciones Exteriores: Organización de los Estados Americanos. Consejo Permanente, “Actas de las Reuniones de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores. III Reunión – Río de Janeiro, celebrada entre el 15 y el 28 de enero de 1942, Acta Final”. <http://www.oas.org/consejo/sp/rc/Actas/Acta%203.pdf> (Consultado 20-02-2014).

⁵ Véanse las actas finales de la IV Reunión de Ministros Relaciones Exteriores: Organización de los Estados Americanos. Consejo Permanente, “Actas de las Reuniones de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores. IV Reunión – Washington, celebrada del 26 de marzo al 7 de abril de 1951, Acta Final”. <http://www.oas.org/consejo/sp/rc/Actas/Acta%204.pdf> (Consultado 20-02-2014).

guerra, el otrora aliado soviético pasó a ser el nuevo enemigo. De este modo, la Conferencia de cancilleres de Washington se utilizó como la herramienta más idónea para exportar el “macartismo” al resto de las repúblicas americanas.

En once años los ministros de Exteriores se habían reunido cuatro veces y siempre bajo la perspectiva de aunar fuerzas frente al contagio de los conflictos exteriores y la influencia que pudieran ejercer en el continente potencias ajenas a él. El objetivo en última instancia pasaba por mantener alejados de América a aquellos países que pudieran desempeñarse como obstáculos en la preservación del régimen de equilibrios americano y de la hegemonía estadounidense a nivel continental. Las reuniones habían tenido como objetivo la defensa del *statu quo ante bellum*. La situación de poder y liderazgo prebélica y la Doctrina Monroe se identificaban con claridad como dos de los pilares sobre los que se construyeron estas conferencias deliberativas. El enemigo exterior iba mutando de aspecto e ideología con el transcurso de los años, pero la actitud norteamericana se mantenía incólume, pues los diferentes mandatarios que ocuparon la Casa Blanca no estaban dispuestos a ceder su indiscutible supremacía continental en la toma de decisiones sobre los destinos de América.

En las dos primeras reuniones el enemigo exterior se identificó con el propio conflicto mundial y su capacidad de contagio. América debía mantenerse alejada de las tentaciones intervencionistas, sin descuidar al mismo tiempo estas mismas tentaciones de intervención en América de los países beligerantes. Para cumplir estos dos objetivos se puso el acento en la necesidad de contener la acción diplomática en suelo americano de los contendientes enfrentados en la II Guerra Mundial. El objetivo no era otro que evitar los incentivos para involucrarse en la contienda, tanto los provenientes de las repúblicas americanas, como los que tuvieran origen en los países extra-continetales. Además, como reflejó el acta final de la segunda conferencia, se antojaba imprescindible que aquella apuesta por la neutralidad se asentara sobre un entramado legal de obligado cumplimiento, ante el que debían comprometerse la totalidad de repúblicas americanas.

Sin embargo, todo cambió tras la implicación estadounidense en el conflicto mundial. En la cita de Río de Janeiro los trabajos acometidos en el plano legislativo para sustentar la neutralidad pasaron a ser papel mojado, pues Estados Unidos había tomado la determinación, después del bombardeo de Pearl Harbor, de tomar parte en la II Guerra Mundial. El enemigo exterior dejaba de identificarse con la implicación americana en la contienda global. Ante esta nueva premisa, la neutralidad proclamada a nivel continental se tornó en el transcurso de año y medio en la defensa de la beligerancia. Y, como no podía ser de otro modo, las repúblicas latinoamericanas se verían abocadas a optar por la causa aliada. Más allá de consideraciones de otra índole el bando escogido por los Estados Unidos sería el sustentado por la totalidad de las repúblicas del hemisferio occidental. Una vez tomada esta decisión, el antagonista cobraba plena identidad, pues los enemigos ya no estaban representados por las tendencias intervencionistas o la violación de la neutralidad, sino por las “Potencias del Eje”: el bloque beligerante ante el que habría que oponer la fuerza americana.

En el ambiente generado durante la guerra y la inmediata posguerra, como han señalado especialistas de la política latinoamericana, el fascismo, y no el comunismo, “*fue considerado como el principal desafío a la democracia en América Latina*” y también como el obstáculo fundamental para la preservación de “*los intereses estadounidenses*”⁶. De este modo, los Estados Unidos centraron su atención en aquellos países latinoamericanos que mostraron tendencias favorables al Eje⁷. Argentina pasó a ser entonces una de las principales preocupaciones de la diplomacia estadounidense, pues la adhesión a la causa aliada de este país se demoró en demasía y las ambigüedades ante el contencioso

⁶ Smith, Peter: *Estados Unidos y América Latina: hegemonía y resistencia*, Patronato Sud-Nord. Solidaritat i Cultura de la Fundació General de la Universitat de València i Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2010, pág. 193.

⁷ *Idem*.

formaron parte del discurso oficial argentino hasta el último momento. El Gobierno de Perón parecía tener ideas propias sobre la significación de lo que estaba en juego en la II Guerra Mundial y, por tanto, la fidelidad mostrada al frente aliado se difirió en el tiempo hasta que la suerte de la guerra y las presiones internas y externas hicieron aconsejable la adhesión al bloque de los aliados. Por otro lado, el asiento durante el Gobierno de Perón de “*un movimiento obrero, populista y nacionalista*” abría la posibilidad de construir una vía alternativa a la propugnada por los Estados Unidos, lo que determinó que la diplomacia estadounidense no escatimara “*esfuerzos para desbaratar la candidatura de Perón a la presidencia en 1946*”⁸.

Sin embargo, todo cambió súbitamente una vez superados los dos primeros años de posguerra. El final de la contienda mundial y las consecuencias que trajo aparejadas el reparto de influencias dentro del bando de los vencedores abrieron las puertas a un nuevo aspirante a influir en América. Dadas las circunstancias, Estados Unidos precisaba de un renovado programa de defensa continental para contener el avance de los nuevos enemigos. En la conferencia de 1951 celebrada en la capital norteamericana el antagonista era ya otro, el bloque de los países comunistas. Esta última reunión había dado lugar a la Declaración de Washington, centrada en la necesidad de acometer, desde el ámbito americano, un plan de acción para contener “*las actividades agresivas del comunismo internacional*”⁹.

Entraba de este modo en la escena americana la Guerra Fría. Estados Unidos comprometía así a las repúblicas latinoamericanas en la defensa de los intereses del frente capitalista. Las consecuencias de aquella situación eran fácilmente deducibles, Estados Unidos pasó entonces a desconfiar de aquellas repúblicas americanas que eran permisivas con las actividades de las formaciones comunistas o que establecían acuerdos con los países del bloque soviético. Al mismo tiempo que observó con simpatía aquellos regímenes que se oponían con severidad a la presencia comunista, independientemente de que pudieran ser o no considerados democráticos. Causa o consecuencia del razonamiento precedente, lo cierto es que a partir de 1947 comenzaron a proliferar los regímenes de fuerza en algunos países del continente: Perú (1948), Venezuela (1948), Colombia (1949) o Cuba (1952) fueron los más significativos. Este período vio como nacían dictaduras de corte conservador, mientras las ya existentes tendían a consolidarse. Todos estos gobiernos estuvieron caracterizados por la represión del comunismo, pero bajo este paraguas se aprovechó la oportunidad para aplastar a otras fuerzas progresistas, partidarias de la reforma social, pero en ningún caso partidarias de imponer un régimen de corte soviético. De este modo, el pretexto de la lucha contra el comunismo sirvió de parapeto para cercenar la actividad de otras formaciones progresistas, que, a pesar de no compartir los principios soviéticos, eran acusadas, de forma reiterativa, de promover la causa de la URSS en América.

Este nuevo escenario trajo como consecuencia un cambio radical de la política exterior estadounidense. Las repúblicas latinoamericanas giraron hacia las tendencias propias de la derecha autoritaria y la nueva política exterior estadounidense viró con ellas. El diseño de la lucha contra el comunismo condicionó la política exterior norteamericana y terminó alineando a las diferentes administraciones estadounidenses con aquellos regímenes que rompían en América con el marco democrático y con aquellos otros que llevaban fuera de él ya varios años. Una realidad que refrendan sin circunloquios los análisis de reputados politólogos norteamericanos: “*Uno de los objetivos principales de la política de Estados Unidos fue fomentar y consolidar regímenes anticomunistas en América Latina. Lo que, a menudo, llevó a aceptar gobiernos dictatoriales*”¹⁰.

⁸ *Idem.*

⁹ Véanse las actas finales de la IV Reunión de Ministros Relaciones Exteriores: *Op. Cit.*

¹⁰ Smith, Peter: *Op. Cit.*, pág. 191.

El anticomunismo pasó a ser después de la Declaración de Washington la ideología de combate para preservar la hegemonía estadounidense a nivel continental. De todos modos, no era suficiente con que las clases dirigentes norteamericanas la asumieran como propia, el anticomunismo tenía que ser también adoptado por los gobernantes latinoamericanos como una de las premisas sobre las que tenía que girar su política interior y exterior. Lo que determinó en la última instancia la sintonía norteamericana con gobiernos dictatoriales y la desconfianza ante otros regímenes o formaciones políticas latinoamericanas que no eran partidarias de eliminar a los comunistas, ni a ninguna otra formación política, del panorama continental.

Un año después de la IV Reunión de Ministros de Asuntos Exteriores en Washington el anticomunismo había permeado ya la política estadounidense. Un posicionamiento ideológico que se hizo evidente en la campaña por la Presidencia norteamericana que llevaría a Dwight D. Eisenhower al poder. El futuro presidente Eisenhower hizo del anticomunismo una de sus señas de identidad en la campaña electoral de 1952 y “*acusó a la Administración Truman de desatender a América Latina y de causar una desilusión terrible en la región*”, donde a “*las dificultades económicas*” se había sumado “*el malestar popular*”¹¹. Una coyuntura de la que estaban sabiendo sacar partido “*los agentes comunistas*” a través de la infiltración en los Gobiernos latinoamericanos¹².

En 1953, una vez instalado Dwight D. Eisenhower en el poder, el hermano del nuevo presidente, Milton Eisenhower, traía de nuevo a colación la infiltración comunista a través de un publicitado informe sobre la situación en América latina. Milton Eisenhower señalaba en aquel informe que los comunistas trabajaban para socavar las instituciones latinoamericanas y que estaban alcanzando ciertos avances en su desempeño¹³.

Según lo apuntado en aquella evaluación sobre la situación Latinoamérica, el bloque comunista y el mundo capitalista resultaban incompatibles, lo que indudablemente generaría conflictos debido a la imposibilidad de una coexistencia pacífica entre aquellas dos concepciones del mundo. Una discordancia de principios que hacía insostenible la convivencia con el comunismo y la presencia del mismo dentro del hemisferio occidental: “*Los países comunistas del Este, con su rechazo de Dios y su adherencia a un materialismo dialéctico militante, y Occidente, con su larga adherencia a los principios fundamentales de la filosofía judeocristiana*” estaban condenados a chocar¹⁴. Esta disparidad de criterios ante lo social, lo político y lo económico imposibilitaba el establecimiento de acuerdos con los comunistas. De tal suerte, que la URSS no tendría otro remedio que renunciar a América, pues los partidos comunistas se verían condenados a “*ser purgados, perseguidos, expulsados y excluidos del hemisferio*”¹⁵. Si Estados Unidos pretendía mantener su hegemonía continental, tendría ineludiblemente que luchar por la erradicación del comunismo, o al menos por su marginación, dentro del continente americano. Como puede constatarse, el “macartismo” rebasó las fronteras norteamericanas y trató de imponerse en el resto del continente bajo la premisa histórica de preservar a América del mayor de los males. Es decir, del comunismo.

Las palabras de Milton Eisenhower en 1953 corrían parejas a las sostenidas por su hermano en 1960 y a las mantenidas también por la Iglesia católica en lo tocante al problema cubano y a la infiltración comunista. El discurso que se estaba lanzado contra la Revolución cubana llevaba ya varios años en el imaginario colectivo americano. Sin embargo, traía implícitos demasiados inconvenientes para la imagen estadounidense a nivel continental y mundial, pues Estados Unidos, ineludiblemente,

¹¹ *Ibidem*, pág. 190.

¹² *Idem*.

¹³ *Idem*.

¹⁴ *Idem*.

¹⁵ *Idem*.

terminaba por sustentar en el ámbito latinoamericano, y más allá de él, posturas próximas a las sostenidas por la derecha autoritaria latinoamericana en su lucha contra el comunismo.

De esta forma, durante los primeros años del Gobierno de Eisenhower, las tendencias registradas a finales de la década de los cuarenta, en las que la democracia parecía batirse en retirada ante el arribo de los regímenes de fuerza, tendieron a asentarse. Un régimen de acontecimientos que trajo consigo el afianzamiento de situaciones propicias para que la asonada militar o los gobiernos de facto tuvieron más posibilidades de perdurar que las propuestas democráticas, más vulnerables ante la acometida de facciones militares u oligárquicas envalentonadas ante la pasividad norteamericana.

En definitiva, un horizonte político poco halagüeño y al que contribuyó significativamente Estados Unidos a través del diseño de su política exterior. La Administración Eisenhower encontró en los regímenes autoritarios de derechas a sus principales aliados en la lucha contra la influencia e infiltración comunista en América, dejando de este modo al resto de recetas políticas ensayadas en el continente en una clara indefensión frente a las oligarquías de las diferentes repúblicas, libres de la oposición norteamericana si tenían a bien derrocar un régimen que no respondiera satisfactoriamente a la salvaguarda de sus intereses.

Estados Unidos, en la defensa de su posición hegemónica, camuflada las más de las veces bajo el eufemismo de intereses continentales, había pasado de la neutralidad durante la II Guerra Mundial a la beligerancia. Había convertido a las “Potencias del Eje en el enemigo a batir y poco después, una vez ultimada la guerra, había sustituido a los fascistas por los regímenes comunistas como el nuevo modelo antagónico. Y todo ello para terminar a la postre sustentado dictaduras de derechas que diferían radicalmente del modelo defendido durante la II Guerra Mundial y que, paradójicamente, estaban muy cerca de aquellos regímenes a los que Estados Unidos había combatido en dicha guerra. Este errático y por momentos desconcertante bagaje ideológico y programático quedaba perfectamente reflejado en las actas finales de aquellas cuatro primeras reuniones de cancilleres.

Sin embargo, la supuesta inconsistencia ideológica mostrada por Estados Unidos entre 1939 y 1959, no era tal, pues la postura norteamericana y su cambiante estrategia habían estado presididas siempre por el espíritu de la Doctrina Monroe, camuflado en los primeros momentos dentro del discurso neutralista, poco después, escondido en la beligerancia contra el fascismo y, finalmente, emboscado tras la lucha contra el comunismo y la penetración soviética.

Estados Unidos se había arrogado la responsabilidad de preservar al continente de los peligros y las agresiones, provenientes, como no podía ser de otro modo, de allende de los mares. El Atlántico y el Pacífico debían convertirse así en barrera de contención contra las potencias extrañas al continente. Durante la II Guerra Mundial aquellos supuestos agresores habían estado representados, principalmente, por Alemania y Japón, más tarde la URSS y la China popular tomarían el relevo. De lo que se trataba en definitiva era de ostentar el poder, en solitario, en el ámbito americano. Estados Unidos se arrogaba el derecho a fijar sin interferencias los destinos del continente y, con este objetivo en cartera, trabajó durante dos décadas para seguir siendo el país hegemónico en América.

Estas eran las coordenadas sobre las que Estados Unidos había fijado la defensa de los intereses propios, publicitados, no obstante, como continentales. Los intereses de los dirigentes norteamericanos habían podido coordinarse con los intereses de los grupos que ostentaban el poder en Latinoamérica, primero en la lucha contra el fascismo y en la defensa de la democracia y después en la batalla contra el comunismo y la tolerancia con los regímenes dictatoriales. Sin embargo, la llegada de la Revolución cubana había supuesto un problema de naturaleza desconocida para la diplomacia norteamericana, un peligro intramuros que había soliviantado la paz caribeña y por extensión la continental. Además, en el caso cubano, la unidad de las fuerzas revolucionarias y el

apoyo de la población hacían del régimen fidelista un movimiento difícil de agrietar bajo las recetas tradicionales de acoso y derribo ensayadas en países como Guatemala. El proceso revolucionario guatemalteco se había derrumbado ante los primeros envites, algo que estaba lejos de suceder en Cuba, que a cada nueva acometida estadounidense parecía hacerse más fuerte.

10.1.2 Las reuniones de cancilleres tras la llegada de Fidel Castro al poder

El arribo de Fidel Castro al poder y su programa de transformaciones radicales había generado los recelos norteamericanos desde el primer momento. Una desconfianza inicial que, con el transcurso de los meses, se había tornado en abierta hostilidad. La convocatoria de tres reuniones de cancilleres en un año era una muestra evidente de la desazón que la propuesta cubana generaba en las autoridades estadounidenses. De agosto de 1959 a agosto de 1960 las espaciadas conferencias de cancilleres se tornaron en habituales. En poco más de un año se habían celebrado tres conferencias de cancilleres, un número de convocatorias que contrastaba con las cuatro reuniones de este tipo celebradas durante las dos décadas anteriores.

La V Reunión de Ministros de Exteriores había tenido lugar en agosto de 1959 en Santiago de Chile. El cometido de esta reunión había estado centrado en la “*coordinación solidaria de esfuerzos para solucionar la situación existente en la región del Caribe*”¹⁶. La incertidumbre creada por la llegada de los hombres de Fidel Castro a La Habana, el nerviosismo registrado en algunos países centroamericanos debido a la posible propagación del fenómeno cubano a la cuenca caribeña y la actitud agresiva y abiertamente injerencista mostrada por el régimen de Ciudad Trujillo estaban detrás de aquella convocatoria.

Sin embargo, la cita de Santiago de Chile no dio los frutos deseados. Un año más tarde, la agitación caribeña, lejos de apaciguarse, parecía haber empeorado y, además, tenía visos de extenderse al resto del continente. Una muestra evidente de que la situación parecía haberse deteriorado todavía más fue la llamada a deliberación de los cancilleres americanos para dos nuevas reuniones. La Consulta de Ministros de Asuntos Exteriores de la OEA que tuvo lugar en San José de Costa Rica en agosto de 1960 constó de dos reuniones, la VI y la VII en la historia de este tipo de consultas en el seno de la organización americana.

La primera de ellas se convocó a instancias de la solicitud de Venezuela y tuvo como objeto someter a la consideración de las repúblicas americanas “*los actos de intervención del Gobierno de la República Dominicana contra el Gobierno de Venezuela, que culminaron en el atentado contra la vida del Presidente venezolano*”¹⁷. Venezuela ponía el acento en su seguridad interna, violentada por la dictadura trujillista, y, además, ponía en circulación por primera vez la llamada “Doctrina Betancourt”, reflejada en 1961 en la Constitución de Venezuela y conforme a la cual el Gobierno venezolano no reconocería a ningún Gobierno que no surgiera de procesos democráticos¹⁸.

En esta primera reunión, celebrada entre el 16 y el 21 de agosto, la República Dominicana fue condenada por la totalidad de las repúblicas americanas. Las deliberaciones de los ministros de Exteriores resolvieron “*condenar enérgicamente la participación del Gobierno de la República*

¹⁶ Véanse las actas finales de la V Reunión de Ministros Relaciones Exteriores: Organización de los Estados Americanos. Consejo Permanente, *Actas de las Reuniones de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores*. V Reunión – Santiago de Chile, celebrada del 12 al 18 de abril de 1959, Acta Final. <http://www.oas.org/consejo/sp/rc/Actas/Acta%205.pdf> (Consultado 20-02-2014).

¹⁷ Véanse las actas finales de la VI Reunión de Ministros Relaciones Exteriores: Organización de los Estados Americanos. Consejo Permanente, *Actas de las Reuniones de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores*. VI Reunión – San José de Costa Rica, celebrada del 16 al 21 de agosto 1960, Acta Final., pág. 6. <http://www.oas.org/consejo/sp/rc/Actas/Acta%206.pdf> (Consultado 20-02-2014).

¹⁸ Urbaneja, Diego Bautista: *La política venezolana desde 1958 hasta nuestros días*, Temas de Formación Sociopolítica. Tomo 7, Fundación Centro Gumilla-Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, 2007, pág. 32.

Dominicana en los actos de agresión e intervención contra el Estado de Venezuela que culminaron en el atentado contra la vida del Presidente de dicho país”¹⁹. Ante tales alegatos, la OEA obró en consecuencia y tuvo a bien, de conformidad con lo dispuesto en los Artículos sexto y octavo del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, solicitar de los países convocados la ruptura de relaciones diplomáticas con el régimen de Ciudad Trujillo y la “*interrupción parcial de relaciones económicas, comenzando por la suspensión inmediata del comercio de armas e implementos de guerra de toda clase*”²⁰. La extensión a otros artículos, según reflejó el acta final de la reunión, quedaba sujeta a otras circunstancias de las que no se hacía mayor especificación, a no ser la debida a las consideraciones y limitaciones “*constitucionales o legales*” de los Estados miembros²¹.

Desde Colombia, el representante de la España de Franco, Sánchez Bella, buen conocedor del terreno que pisaba, no en vano había sido embajador en Ciudad Trujillo antes de desempeñarse en el mismo cargo en Bogotá, señalaba que la política exterior desplegada por la República Dominicana en el último año y medio hacía presagiar aquel desenlace. Desde la llegada de Fidel Castro a La Habana las relaciones del régimen de Trujillo con América habían estado presididas por un “*desaforado intervencionismo*”²². Sánchez Bella, en un despacho reservado enviado al Ministerio de Asuntos Exteriores español durante la celebración de la Conferencia de San José, consideraba que la política exterior de Trujillo había estado presidida por la reiterativa intención de inmiscuirse en los asuntos de sus vecinos y que aquella actitud injerencista sólo podía terminar en “*la retirada de los embajadores, el bloqueo a la compra de armamento, el parcial económico, y las sanciones colectivas*”²³.

La conferencia de cancilleres reunida en San José había votado de forma unánime aquellas sanciones, algo que a nadie podía extrañar a tenor de la conducta mostrada por la República Dominicana en el último año y medio. El comportamiento del régimen trujillista había estado presidido por la preparación y sustento de topo de tipo de actividades contra sus vecinos. Entre ellas Sánchez Bella destacaba las siguientes. “*Una invasión armada contra Honduras desde Nicaragua*”, cancelada en el último momento por “*la indecisión del Presidente Somoza*”. Poco después de aquel evidente acto de agresión, el régimen de Trujillo había sufragado acciones similares contra Panamá, disponiendo lo necesario para acometer una invasión que finalmente había fracasado. Más tarde, siguiendo la misma receta, el régimen de los hermanos Trujillo había pretendido “*un nuevo intento de invasión contra Cuba*”. Posteriormente, el Gobierno dominicano se había visto involucrado en la ayuda a los golpistas que pretendieron fomentar “*la sublevación en Venezuela*” y como colofón “*el atentado terrorista contra Betancourt*”.²⁴

El 24 de junio el presidente venezolano había sido víctima de un atentado que a punto estuvo de costarle la vida. Desde el primer momento, la implicación del Gobierno dominicano resultó evidente; tan evidente que ni siquiera la prensa franquista se atrevió a poner en cuestión los indicios que apuntaban a Ciudad Trujillo. El Gobierno venezolano pronto presentó pruebas de que el régimen dominicano estaba detrás de aquel atentado, denunció los hechos pocos días después ante la OEA y señaló como responsables del atentado al antiguo presidente de Venezuela, Pérez Jiménez, exiliado en la República Dominicana, y al duunvirato formado por los hermanos Trujillo.²⁵

¹⁹ Véanse las actas finales de la VI Reunión de Ministros Relaciones Exteriores: *Op. Cit.*

²⁰ *Idem.*

²¹ *Idem.*

²² Enrich, Silvia: *Op. Cit.*, pág. 118.

²³ *Idem.*

²⁴ *Idem.*

²⁵ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7947. Madrid: lunes, 27 de junio de 1960, pág. 4. Diario, *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6501. Madrid: lunes, 27 de junio de 1960, págs. 5. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6503. Madrid: jueves, 30 de junio de 1960, págs. 5. Diario.

El régimen dominicano, ante el caudal de acusaciones de que había sido objeto, no consiguió eludir sus responsabilidades y resultó condenado y sancionado en San José de Costa Rica. El acuerdo por medio del cual las repúblicas americanas emitían aquellas sanciones contra el Gobierno de Ciudad Trujillo, un castigo sin precedentes en el seno de la OEA, constituía la primera parte de la conferencia de cancilleres, pues tan pronto como terminó aquella reunión, la VI en la historia de las de aquella naturaleza, comenzó la VII.

La segunda de las reuniones en San José comenzó al día siguiente de emitirse las resoluciones finales de la primera, aunque ahora ya sin el concurso de la República Dominicana, que decidió no concurrir a la cita²⁶. En esta segunda reunión Cuba pasó a ser el centro de las discusiones, pero, curiosamente, los ministros de Asuntos Exteriores apenas hicieron referencias al proceso cubano. En el fondo del debate se encontraba la Revolución cubana, pero la mayoría de los cancilleres, con la evidente excepción de Raúl Roa y Christian Herter, evitaron, en la medida de lo posible, mentarla en sus alegatos.

Esta segunda conferencia, celebrada entre los días 22 y 29 de agosto, había sido convocada a instancias del Gobierno de Perú. Como se expuso en el capítulo precedente, el Departamento de Estado peruano había solicitado una reunión de los ministros de Exteriores a raíz de la denuncia de Cuba ante el Consejo de la Seguridad de la ONU. La acusación cubana, debido a las presiones norteamericanas, terminó derivándose de este modo hacia el organismo regional. La OEA sería por tanto la encargada de solventar el desencuentro entre cubanos y norteamericanos en detrimento del Consejo de Seguridad. Sin embargo, la denuncia de Cuba contra los Estados Unidos se había trocado, tras un mes de preparativos en el seno de la OEA, en una acusación del Departamento de Estado norteamericano contra la Revolución cubana.

A principios de agosto, la Administración estadounidense había enviado a la OEA un extenso informe para sustentar su acusación contra Cuba. El régimen fidelista pasaba a ser así el encausado, pues el Departamento de Estado norteamericano, lejos de preparar la defensa de la demanda cubana, acusaba al régimen fidelista de agresión económica y de promoción de la causa comunista en el hemisferio occidental. Una acusación que se había hecho pública en la víspera de la reunión del Consejo de la OEA²⁷. En esta reunión del consejo americano se fijó el orden del día de la conferencia de San José de Costa Rica y, dados los precedentes de las anteriores reuniones de cancilleres americanos, la agresión externa terminó imponiéndose como núcleo de los debates. La demanda cubana se eliminó de la agenda y el contencioso cubano estadounidense se afrontó desde una nueva perspectiva.

El régimen cubano tornaba su condición de demandante por el de demandado. La Revolución cubana era acusada de proferir daños a los Estados Unidos y de comprometer la seguridad del hemisferio. La solidaridad continental, la defensa del sistema regional, de los principios democráticos y, fundamentalmente, el rechazo a la intervención de potencias ajenas al sistema interamericano se impusieron como criterios generales en las deliberaciones. De este modo, en el transcurso de un mes, Cuba había pasado de acusar a los Estados Unidos en el seno de la ONU a sentarse en el banquillo de los acusados en la reunión de cancilleres latinoamericanos de la OEA debido a sus nuevas relaciones y a las complicidades establecidas con el bloque comunista.

Sin embargo, aquel contrasentido en el que el acusador ante el Consejo de Seguridad de la ONU pasaba a convertirse en acusado ante la OEA no constituía una novedad. De hecho, esta situación ya

²⁶ Véanse las actas finales de la VII Reunión de Ministros Relaciones Exteriores: Organización de los Estados Americanos. Consejo Permanente, *Actas de las Reuniones de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores*. VII Reunión – San José de Costa Rica, celebrada del 22 al 29 de agosto 1960, Acta Final., pág. 2. <http://www.oas.org/consejo/sp/rc/Actas/Acta%206.pdf> (Consultado 20-02-2014).

²⁷ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7533. Madrid: lunes, 8 de agosto de 1960, pág. 3. Diario.

se había dado en 1954 cuando Guatemala acudió al Consejo de Seguridad en demanda de protección contra la injerencia estadounidense y Estados Unidos revirtió la situación en el seno de la OEA donde terminó por conseguir una justificación jurídica para intervenir en Guatemala y derrocar al Gobierno de Jacobo Árbenz²⁸. La condición hegemónica de Estados Unidos en América propiciaba esta paradoja y este sin par sinsentido.

Desde una perspectiva sujeta al derecho internacional público, autores como Remiro Brotons exponen con sencillez los motivos que conducen a la imposibilidad de aprobar resoluciones contrarias a los intereses norteamericanos en el seno del organismo americano y el mecanismo inevitable que lleva al querellante contra Estados Unidos en la ONU a terminar como encausado ante la OEA una vez derivado el asunto al foro regional. Y todo ello a pesar de no existir prerrogativa alguna para los Estados Unidos en el organismo regional americano.

El régimen organizativo de la OEA, al menos teóricamente, no reservaba posiciones privilegiadas para ninguno de sus miembros, ni siquiera para los Estados Unidos. Es decir, nada en los estatutos orgánicos de la OEA facultaba al Departamento de Estado norteamericano para emitir sanciones de forma unilateral. Dentro de la OEA y desde un plano puramente normativo, Estados Unidos aparecía como un miembro más dentro de la organización americana, *“pues no existen órganos elitistas ni votos cualificados”*²⁹.

En el régimen interno de la organización americana *“una mayoría de dos tercios”* entre los votos emitidos por las repúblicas bastarían *“para adoptar decisiones vinculantes en materia de paz y seguridad”*³⁰. Una muestra evidente de que no se confería jerarquía alguna a ningún país, ni se dispensaba ningún tipo de excepción para los Estados Unidos en el foro americano. Ahora bien, esta supuesta paridad entre la membresía, quedaba desvirtuada debido a la desigualdad de poder existente entre el Estado hegemónico y el resto de repúblicas. El resultado de esta manifiesta desigualdad de poder alteraba la toma de decisiones, adulteraba el proceso deliberativo, condicionaba las resoluciones finales y hacía inoperante la paridad *de iure*.

Remiro Brotons constataba esta realidad al señalar, en primer lugar, la incapacidad de la OEA para actuar contra Estados Unidos debido a la condición hegemónica de este país a nivel continental y, por los mismos motivos, apuntaba en segundo término a la imposibilidad de que la organización americana pudiera actuar sin la cooperación y la aquiescencia estadounidense en el mantenimiento de la paz y seguridad continental³¹.

La desigualdad de poder, por tanto, estaba en el centro de la ineficacia de la OEA como órgano para dirimir un conflicto entre el Estado hegemónico y cualquier otro Estado americano. De esta suerte, la organización americana resultaba inoperante e impotente tanto para actuar “contra” los Estados Unidos como para obrar “sin” su cooperación³². Sin embargo, la abrumadora supremacía

²⁸ El caso de Guatemala, como hemos apuntado ya en varias ocasiones, constituía un precedente peligroso para Cuba, pues Estados Unidos, después de ser acusado ante los organismos internacionales por Guatemala debido a su constante y pertinaz acoso, terminó condenando al régimen guatemalteco en el seno de la OEA debido a su supuesta condición comunista. Aquella maniobra intervencionista estadounidense, que dio al traste con el Gobierno de Jacobo Árbenz, se justificó jurídicamente en la X Conferencia Interamericana de Caracas a través de la llamada Declaración de Caracas, que tomó como pretexto la supuesta condición comunista de Gobierno guatemalteco para promulgar que un régimen de aquella naturaleza en la región implicaba una amenaza para el sistema interamericano y que por tanto tenía que ser combatido. La Declaración de Caracas puede consultarse en la célebre obra de Guillermo Toriello, canciller guatemalteco durante el Gobierno de Árbenz, *“La batalla de Guatemala”*. En esta obra se pueden consultar igualmente los preparativos de la agresión y la caída final del Gobierno de Árbenz en junio de 1954 fruto de la asonada militar. Véase: Toriello Garrido, Guillermo: *La Batalla de Guatemala*, Ediciones Pueblos de América, Buenos Aires, 1956, págs. 135-162, 240 y 241.

²⁹ Remiro Brotons, Antonio: *Op. Cit.*, pág. 59.

³⁰ *Idem*.

³¹ *Ibidem*, pág. 62.

³² *Idem*.

norteamericana en la OEA genera otro tipo de disfunciones. Entre ellas la capacidad de influencia de los Estados Unidos sobre la posición del resto de repúblicas y sobre el propio funcionamiento de la organización.

Estos tres factores, la incapacidad de actuar sin el concurso estadounidense, la imposibilidad de imponer sanciones o reglas de obligado cumplimiento a los Estados Unidos y la capacidad de influencia de este último sobre el resto de países americanos y sobre la propia organización venían determinados por un mismo principio: la preponderancia norteamericana en todos los órdenes. Como puede observarse, este régimen de arbitrio y sumisión, en ocasiones manifiesto y en otras tantas encubierto, arrojaba un balance de la capacidad operativa de la OEA sumamente deficiente, pues las posibilidades de imponer un criterio diferente al de los Estados Unidos resultan casi inviables.

Bajo esta idea genérica de sumisión de la OEA a los designios estadounidenses, Remiro Brotons señalaba tres características de la OEA en su relación con el Estado hegemónico norteamericano: *“la Organización Regional es más débil que los Estados Unidos; la Organización Regional es ineficaz sin los Estados Unidos; y la Organización Regional es sensiblemente permeable a la influencia de los Estados Unidos”*³³.

Como puede deducirse con facilidad después de lo expuesto, no resultaba insólito y a nadie podía sorprender el interés de Estados Unidos por acometer cualquier contencioso con las repúblicas americanas en el seno de la OEA. Como señalaba el propio Remiro Brotons en su obra, cuando un miembro de la organización regional denunciaba ante la ONU *“una situación materialmente peligrosa para la paz del Hemisferio”*, Estados Unidos trataba de evitar que el contencioso se resolviera en la ONU, alegando la prioridad que la OEA tenía en aquel tipo de desencuentros³⁴. Las posibilidades de que Estados Unidos llegara a algún tipo de resolución favorable a sus intereses crecían en el organismo regional en la misma medida en que disminuían en el foro mundial, donde otras potencias tenían la prerrogativa de imponer también sus criterios. De esta suerte, en el seno de la OEA, *“Estados Unidos obtenía el arreglo de la situación más favorable a sus intereses”*³⁵.

Los países latinoamericanos eran pues tutelados en el ámbito internacional por la potencia norteamericana, que además de derivar los posibles conflictos americanos del ámbito mundial al regional, no dudaba en cambiar el carácter de estos conflictos. De esta suerte, además de la transferencia de cualquier tipo de contencioso que hiciera referencia a los asuntos americanos de la ONU a la OEA, Remiro Brotons señalaba que se producía otro tipo de tránsito, pues el centro de gravedad del conflicto tendía a desplazarse *“del ámbito material al ideológico”*³⁶.

Los problemas que las repúblicas latinoamericanas tuvieran con Estados Unidos no se dirimían en el foro mundial sino en el organismo regional y, como consecuencia de este tránsito, el contencioso variaba también de perspectiva. El transvase del conflicto no solamente hacía referencia al *locus*, sino también a su propia naturaleza y enfoque.

Esto fue precisamente lo que ocurrió en 1954 cuando Guatemala, tras constatar el peligro que para el continente suponía la injerencia norteamericana en los asuntos que sólo incumbían a las autoridades guatemaltecas, pidió la mediación de la ONU. En la tramitación de su demanda ante el Consejo de Seguridad el asunto se derivó a la OEA y aquí tomó ya una vertiente puramente ideológica. La interferencia comunista en el continente pasó a ser entonces el centro del debate y poco después se

³³ *Ibidem*, pág. 63.

³⁴ *Ibidem*, pág. 36.

³⁵ *Idem*.

³⁶ *Idem*.

produjo el derrocamiento del Gobierno de Jacobo Árbenz, precisamente debido a los motivos denunciados por Guatemala ante el Consejo de Seguridad de la ONU³⁷.

En el contencioso con Guatemala el Gobierno norteamericano puso todo su empeño en desfigurar la agresión material denunciada por Guatemala en la ONU y para ello trató de presentar el contencioso bajo un nuevo prisma que pasaba por condenar en el organismo regional americano al Gobierno de Jacobo Árbenz por su connivencia con el comunismo internacional. Un cambio de perspectiva en el análisis de la situación guatemalteca que se escenificó de forma clara durante la X Conferencia Interamericana celebrada en Caracas en marzo de 1954. En esta cita se promulgó una condena a la injerencia comunista en el continente, mientras las denuncias presentadas por el Gobierno de Jacobo Árbenz fueron conveniente silenciadas. Las medidas que se tomaron en esta cumbre de Caracas se materializaron a través de una resolución, explícitamente definida como anticomunista, que declaró lo siguiente:

*“El dominio o control de las instituciones políticas de cualquier Estado americano por parte del Movimiento Internacional Comunista, que tenga como resultado la extensión hasta el Continente americano del sistema político de una potencia extra-continental, constituirá una amenaza a la soberanía e independencia política de los Estados americanos, que pondría en peligro la paz de América y exigiría una Reunión de Consulta para considerar la adopción de las medidas procedentes de acuerdo con los Tratados existentes”*³⁸.

Aquella resolución, nacida del compromiso y la coyuntura propia del “macartismo” y de los rigores de la Guerra Fría apuntaba directamente al régimen guatemalteco sin ni siquiera tener que hacer referencia explícita a él. La “resolución anticomunista” no encontró después campo propicio para su desarrollo, pues antes de que pudiera desplegarse el Gobierno Árbenz en todas sus potencialidades fue derrocado por medio de la asonada militar.

De todos modos, es necesario detenerse en las susceptibilidades que aquel tipo de resoluciones generaban en algunos de los Gobiernos latinoamericanos. Como apunta Remiro Brotons, «*los Estados iberoamericanos no podían estar interesados en consentir un compromiso definitivo en la vía de la “defensa ideológica” orquestada por los Estados Unidos*»³⁹.

La puesta en ejercicio de un mecanismo que habilitara la intervención sobre uno de los Estados americanos, sin otro criterio que la definición ideológica que de dicho Estado emanara de la diplomacia norteamericana, era un riesgo perfectamente identificable para los países iberoamericanos. No en vano, una calificación errónea o interesada ponía a cualquier país latinoamericano a merced de la intervención estadounidense. De ahí el interés mostrado por las delegaciones mejicana y argentina en la Conferencia Interamericana de Caracas de fijar la no intervención como principio medular de cualquier tipo de iniciativa. Única premisa con la que se podía esquivar el peligro de los juicios y discernimientos, desafortunados o pérfidos, que tuviera a bien utilizar la Administración norteamericana a la hora de definir el carácter de uno de los Gobiernos latinoamericanos.

Así pues, los problemas para alcanzar un consenso pleno en 1954 sobre Guatemala se hicieron todavía más evidentes en el verano de 1960, cuando el asunto a tratar en la VII Conferencia de Ministro de Asuntos Exteriores fue la Revolución cubana. En esta ocasión Estados Unidos no parecía conformarse con una resolución anticomunista, pues el proceso cubano había dado pasos muchos más audaces que

³⁷ Un relato detallado sobre la agresión contra Guatemala, iniciada el 17 de junio de 1954 y finalizada el 2 de julio de dicho año con la entrada de Armas Castillo en la capital del país, puede consultarse en la obra mentada de Toriello. Véase: Toriello Garrido, Guillermo: *Op. Cit.*, págs. 135-162.

³⁸ Remiro Brotons, Antonio: *Op. Cit.*, pág. 160 y Toriello Garrido, Guillermo: *Op. Cit.*, pág. 98.

³⁹ Remiro Brotons, Antonio: *Op. Cit.*, pág. 161.

los acometidos por Guatemala y, además, la dirigencia revolucionaria cubana parecía sólidamente asentada en el poder, algo que también la distinguía claramente del régimen de Árbenz. Ante esta realidad, la situación cubana necesitaba medidas más enérgicas que las emprendidas contra Guatemala, no en vano la receta guatemalteca ya se había ensayado en Cuba cosechando un evidente fracaso. Y es que, el acoso en todos los frentes y la promoción de la disidencia no habían dado los frutos deseados en la batalla contra el régimen fidelista.

En la cita de San José de Costa Rica el Departamento de Estado norteamericano quería ir más allá de una simple declaración en contra de la presencia comunista en América y pretendió comprometer al resto de las repúblicas latinoamericanas en una condena concreta de la Revolución cubana. Una concesión que no pudo arrancar de la mayoría de los países americanos, que se mostraron reacios a condenar al régimen fidelista y mucho menos a emitir algún tipo de sanción contra Cuba. Sin embargo, los paralelismos entre la situación vivida por el Gobierno de Jacobo Árbenz en 1954 y la sufrida por el Gobierno Fidel Castro en 1960 eran evidentes: el contencioso pasó de la ONU a la OEA, cambió el carácter del debate al pasar del ámbito material al ideológico y se registró también un cambio de papeles, donde la nación pequeña pasó de demandante a demandada al derivarse el debate de la ONU a la OEA.

De todos modos, Cuba parecía salir mejor parada que Guatemala de aquel envite, pues la relevancia y popularidad alcanza por la Revolución cubana superaba con creces el alcance del efímero ensayo capitaneado por Juan José Arévalo y Jacobo Árbenz. Por otro lado, el Gobierno de La Habana, como señalaba Remiro Brotons, no había cometido “*actos materiales que pudiesen considerarse ilícitos conforme a los tratados en vigor*” o al menos Estados Unidos no consiguió evidenciar o demostrar que así fuera⁴⁰. Ante esta falta de pruebas, el Departamento de Estado norteamericano sólo pudo conseguir una reprimenda implícita al régimen fidelista «*dentro de una genérica formulación condenatoria de las “pretensiones chino-soviéticas” en el Continente*»⁴¹.

No fue otra la idea que presidió la estrategia de las delegaciones continentales presentes en Costa Rica. Las repúblicas latinoamericanas jugaron su baza de forma inteligente, pues, al mismo tiempo que condenaron la posible intervención comunista en América resistieron a las pretensiones norteamericanas de fijar el carácter de la Revolución cubana bajo criterios que emanaban de forma unilateral desde el Gobierno de Washington. En la Declaración de San José que emanó de aquella VII reunión de cancilleres Estados Unidos logró la condena de la intervención comunista en el continente, pero no consiguió una declaración conjunta en la que se sancionara al régimen fidelista. Además, las repúblicas latinoamericanas consiguieron colar en el articulado de la declaración una mención explícita a la necesidad de preservar la soberanía de cada uno de los miembros de la OEA.

La Declaración de San José recogió dentro de su articulado “el principio de no intervención de un Estado americano en los asuntos internos o externos de los demás Estados americanos”, reiterando al mismo tiempo que cada Estado tenía “el derecho de desenvolver libre y espontáneamente su vida cultural, política y económica” respetando los derechos de las personas y la moral universal⁴². Sobre este particular la declaración se mostró reiterativa al enfatizar que ningún Estado americano podía intervenir con el propósito de “imponer a otro Estado Americano sus ideologías o principios políticos, económicos o sociales”⁴³.

La Declaración de San José guarda por consiguiente muchos paralelismos con la resolución anticomunista de Caracas, la llamada Declaración de Caracas. No obstante, contiene también

⁴⁰ *Ibidem*, pág. 163.

⁴¹ *Idem*.

⁴² Véanse las actas finales de la VII Reunión de Ministros Relaciones Exteriores: *Op. Cit.*, pág. 4.

⁴³ *Idem*.

sustanciales diferencias, pues, los propósitos norteamericanos, a diferencia de lo acontecido con Guatemala, no se pudieron alcanzar para el caso cubano. Especialistas en el ámbito de las relaciones diplomáticas iberoamericanas, como es el caso de Silvia Enrich, han señalado al hacer referencia a las dos reuniones de San José de Costa Rica que Estados Unidos se había visto obligado “*a acompañar a los demás países en la votación de sanciones*” contra la República Dominicana, pero aquella condena del régimen de Ciudad Trujillo tenía que tener una compensación: los Estados Unidos “*aspiraban a la reciprocidad*” por parte de las repúblicas latinoamericanas cuando llegara el momento de acometer el problema cubano⁴⁴.

El Departamento de Estado norteamericano había entregado en bandeja al denostado régimen de Trujillo a las repúblicas latinoamericanas, cansadas de soportar la actitud agresiva del Gobierno dominicano. Sin embargo, estas mismas repúblicas ni sancionaron ni condenaron al Gobierno de La Habana como esperaba la delegación estadounidense. La Declaración de San José constituye la plasmación de un acuerdo de mínimos y explicita la incapacidad norteamericana de implicar al resto de los países americanos en su cruzada contra Cuba. Si el Departamento de Estado norteamericano no era capaz de exponer mejores argumentos contra Cuba, las repúblicas no obrarían con el régimen de La Habana como lo había hecho con respecto al de Ciudad Trujillo. Además, la Declaración de San José como expresión del mínimo acuerdo posible traía aneja otras declaraciones y resoluciones que fijaban la posición presente y futura de algunos de los países con respecto a Cuba, al comunismo y a la cooperación americana. La delegación mejicana explicitó su apoyo a la Revolución cubana a través de un comunicado en el que se lanzaba un mensaje de aliento al pueblo cubano y a su régimen transformador.

La “Declaración de Méjico”, pues así intituló la delegación azteca su comunicado, señaló que su adhesión a la Declaración de San José se había hecho de acuerdo a los siguientes criterios: Primero, que el Gobierno mejicano ponía por encima de cualquier salvedad o contingencia la libertad de cada país para desarrollarse “*cultural, política y económicamente*” de acuerdo a sus propios criterios. Lo que colocaba al “*derecho de autodeterminación*” y a “*la soberanía*” como premisa de cualquier análisis sobre la situación de los países latinoamericanos. Segundo, la delegación mejicana, juzgaba asimismo, que “*el principio de no intervención*”, como “*base insustituible de la paz y del entendimiento entre los Estados*”, había salido “*fortificado de modo muy efectivo*” en la VII reunión de cancilleres y en la propia Declaración de San José. Y tercero y último, la delegación mejicana quiso también dejar constancia de su convencimiento de que la Declaración de San José se trataba de “*una resolución de carácter general*”. Y que, por tanto, de ninguna forma podía tomarse como “*una condenación o una amenaza*” para Cuba, “*cuyas aspiraciones de mejoramiento económico y de justicia social*” contaban “*con la más viva simpatía del Gobierno y el pueblo de México*”.⁴⁵

La Declaración de Méjico no podía ser más concluyente: ni el pueblo, ni el Gobierno mejicano estaban contra el proceso cubano, pues la soberanía y el derecho de los pueblos a escoger su destino como nación no podían ser segados por ninguna resolución de la OEA.

Muy otra fue la actitud mostrada por Guatemala, que como Méjico tuvo a bien insertar otro comunicado que definió como la “Declaración de Guatemala”. La delegación guatemalteca señaló que había votado favorablemente a la Declaración de San José “*con espíritu eminentemente americanista*”, aunque no por ello se podía pasar por alto la actitud mostrada por el Gobierno cubano. Partiendo de estas premisas la delegación de Guatemala tenía el convencimiento de que los actos realizados por el Gobierno de Cuba “*al adoptar una política proclive a la Unión Soviética y contraria al Sistema Interamericano*” ponían “*en peligro la paz y la seguridad de América*”. Una circunstancia

⁴⁴ Enrich, Silvia: *Op. Cit.*, pág. 118.

⁴⁵ Véanse las actas finales de la VII Reunión de Ministros Relaciones Exteriores: *Op. Cit.*, pág. 13.

que impulsaba a la delegación guatemalteca a señalar que, a pesar de la ausencia de una condena explícita al Gobierno cubano, habría estado justificada “*una actitud más enérgica*” por parte los Estados americanos para proteger los intereses continentales frente a la actitud del régimen fidelista, “*en cumplimiento de la Carta, Convenios y Resoluciones de la Organización de los Estados Americanos*”.⁴⁶

México y Guatemala habían hecho explícitos, a través de sendas declaraciones, los dos polos en que se dividía el sentir de los miembros del órgano americano. Argentina por su parte eludió hacer referencia a la situación cubana pero puso el acento en la defensa de la democracia y en la necesidad de endurecer la lucha contra las actividades subversivas y la penetración del comunismo en América. Además, esbozó los principios desde los que se tenía que construir la colaboración económica. Una iniciativa a la que aportaron proyectos de carácter general, a modo de enumeración de principios sobre los que se tenía que cimentar dicha colaboración, países como Costa Rica, Brasil, Estados Unidos, Bolivia y la propia Argentina. El subdesarrollo económico y la inestabilidad política fueron también analizados por Bolivia y Brasil, que al igual que Argentina, no dudaron en poner en sintonía ambos aspectos como origen y destino de los males de Latinoamérica.⁴⁷

El ministro colombiano señaló que entre comunismo y democracia las repúblicas americanas no tenían el derecho a la neutralidad⁴⁸. El presidente venezolano, Rómulo Betancourt, se dirigió a la asamblea para señalar que el no-reconocimiento podía erigirse en el más eficaz de los métodos para aislar a los Gobiernos que ignoraran los principios democráticos⁴⁹. Rómulo Betancourt, desde Caracas y saltándose a su representante en la conferencia, tuvo a bien fijar este criterio, quedando así expuesto lo que devino en llamarse a partir de entonces la Doctrina Betancourt⁵⁰. Mientras, el delegado peruano, uno de los más duros con el Departamento de Estado norteamericano, criticó las formas y los métodos con que tradicionalmente venían desempeñándose los Estados Unidos en sus relaciones con América Latina⁵¹.

Lo curioso de la Declaración de San José, como señaló en aquellos años el diplomático español Félix Fernández-Shaw, fue que no se produjo, “*ni una sola vez*”, mención alguna a Cuba⁵². Sin embargo, como señalara de forma audaz el mentado diplomático, el que lo deseara podía leer entre líneas⁵³. De esta forma, la Revolución cubana no recibía la condena de las delegaciones latinoamericanas en San José, pero tampoco la absolución total. Un balance incierto el de aquella conferencia, pues, aunque la mención explícita a Cuba se eludió en todo momento, no cabe duda que detrás de muchos de los pronunciamientos de las delegaciones americanas las referencias solapadas al caso cubano eran evidentes.

Una vez constatada la renuencia de las repúblicas latinoamericanas a condenar al régimen cubano partiendo de la calificación política que pudiera emitir el Departamento de Estado norteamericano, la gran baza de los Estados Unidos pasó a ser la colaboración económica, un mecanismo de primer orden para poder negociar con cada república la cuantía de la ayuda, y, sobre todo, las posibles contrapartidas. En la VII reunión de cancilleres, después de abordar los temas que hacían referencia a la defensa continental y la paz hemisférica, se fijó una nueva cita para tratar sobre los asuntos económicos. El comité de los veintiún miembros de la OEA quedaba así emplazado para celebrar en

⁴⁶ *Idem*.

⁴⁷ *Ibidem*, págs. 16, 17 y 20-23.

⁴⁸ Fernández-Shaw, Félix: *La Organización de los Estados Americanos (OEA)*, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1963, págs. 531 y 532.

⁴⁹ *Idem*.

⁵⁰ Urbaneja, Diego Bautista: *Op. Cit.*, pág. 32.

⁵¹ Fernández-Shaw, Félix: *Op. Cit.*, págs. 531 y 532.

⁵² *Ibidem*, pág. 535.

⁵³ *Idem*.

Bogotá en el mes de septiembre una conferencia en la que se fijaría el alcance y la naturaleza de la cooperación económica⁵⁴.

El balance para la delegación norteamericana de la reunión de San José, a pesar de los esfuerzos mostrados por la diplomacia norteamericana y las agencias informativas estadounidense por presentarla como un éxito del Departamento de Estado, no fue plenamente satisfactorio. Por otro lado, haciendo gala de una gran osadía, la delegación norteamericana hizo una mención explícita a la adhesión de los Estados miembros de la OEA a los principios de la democracia representativa, a los procedimientos electorales que le eran propios y a la necesidad de perfeccionarlos⁵⁵. Una afirmación plenamente gratuita, pues varias de las delegaciones allí presentes encarnaban a países que no podían encuadrarse dentro de este sistema de gobierno. Además, la democracia representativa no constituía una premisa a la hora de tejer acuerdos entre Estados Unidos y otras repúblicas latinoamericanas, pues el Departamento de Estado norteamericano establecía relaciones diplomáticas y comerciales bajo unos criterios en los cuales la democracia representativa o la ausencia de ella figuraran como asuntos hasta cierto punto secundarios. El régimen de gobierno imperante en las repúblicas latinoamericanas no era un argumento que pudiera enturbiar un entendimiento fluido con Estados Unidos si se conseguía el consenso sobre aspectos diplomáticos y económicos propios del contexto de la Guerra Fría y en cuestiones que hicieran referencia a la preservación de los intereses corporativos y empresariales norteamericanos a nivel continental.

Sin embargo, la delegación norteamericana perseveró en este principio de la aceptación de la democracia representativa. Y tomando la ensoñación como si de realidad se tratara teorizó e hizo referencia a los procedimientos electorales y a la necesidad de perfeccionarlos, para sonrojo de muchas de las delegaciones allí presentes y también para descrédito del propio secretario de Estado norteamericano. Es perentorio aclarar que el mostrarse contumaz y reiterativo en aquel aspecto de la democracia y la mejora de sus implementos de funcionamiento no hacía más que dejar al descubierto las fallas del sistema interamericano y la inconsistencia doctrinal de los principios que lo sustentaban, pues éstos, a todas luces, no parecía ir más allá de la preservación de los intereses norteamericanos. Presentar a la OEA como una suerte de organismo deliberativo en el que se daban cita las democracias representativas del continente americano le hacía un flaco favor al panamericanismo promocionado desde los Estados Unidos y ciertamente dejaba en mal lugar a la propia organización americana al caricaturizarla de aquella guisa.

Lo que sí consiguió la delegación norteamericana fue una declaración contra la intervención extracontinental, pues, desprendido de la hojarasca, aquel era uno de los objetivos de la convocatoria de San José de Costa Rica. Además, el secretario de Estado norteamericano presentó uno de los mecanismos más poderosos para ganar el favor de las repúblicas latinoamericanas y emplazó a los miembros de la OEA a celebrar una conferencia de los veintiuno para acordar los términos de la futura colaboración económica.

Ahora bien, para la Administración norteamericana, los logros habían quedado muy por debajo de las metas fijadas. En definitiva, un balance pobre si se tiene en cuenta que el objetivo prioritario de la delegación norteamericana pasaba por conseguir una declaración conjunta en la que se condenara al régimen cubano. Este fue su principal revés, sin embargo, hubo otros. La soberanía y la no intervención figuraron dentro del articulado de la Declaración de San José de Costa Rica y, en la reunión previa, Estados Unidos se había visto obligado a sumarse a las repúblicas latinoamericanas en la condena y la sanción de la República Dominicana. Uno de los regímenes que, precisamente, mejor servía a los propósitos norteamericanos de contener el influjo del comunismo en el continente.

⁵⁴ Véanse las actas finales de la VII Reunión de Ministros Relaciones Exteriores: *Op. Cit.*, pág. 8.

⁵⁵ *Ibidem*, págs. 18 y 19.

La cita de San José resultó hasta cierto punto un tanto incoherente, pues mientras en la VI reunión se condenó y sancionó al régimen que mejor y más efectivamente combatía la influencia comunista y el influjo soviético en el continente, en la VII reunión se apostaba por poner en ejercicio los mecanismos que fueran necesarios para combatir la presencia del comunismo y de la Unión Soviética.

Por lo demás, el nombre de Cuba no figuró en el acta final de las conclusiones ni en la Declaración de San José, salvo en el caso de las Declaraciones de Méjico y Guatemala, que insertaron sus valoraciones a modo de inciso para dejar constancia de su posición con respecto a Cuba. Finalmente, Estados Unidos consiguió que firmaran todas las repúblicas, pero con las objeciones de Méjico, la resistencia del resto de las repúblicas a que el nombre de Cuba apareciera mentado y sembrando además las desavenencias entre alguna representación latinoamericana y el Gobierno al que representaban. Como señaló en aquellos años Fernández Shaw, a la hora de la verdad llegaron las discordancias: *“El Ministro venezolano no firmó la Declaración; fue Betancourt quien dio las órdenes oportunas a la delegación venezolana. Posición análoga adoptó el Ministro peruano, quien delegó en su Embajador”*⁵⁶.

Sin embargo, a pesar del revés norteamericano, Cuba tampoco salió reforzada de aquella cumbre. Raúl Roa abandonó la VII reunión de cancilleres el día 28 de agosto, antes de que se adoptaran las resoluciones finales, y desde La Habana la conferencia de cancilleres fue interpretada como una afrenta a la revolución y a los pueblos de América. El juego de equilibrios adoptado por las repúblicas latinoamericanas, tratando de agradar a cubanos y estadounidenses, terminó por desagradar a ambos. Y es que, en el contexto de la Guerra Fría, la diplomacia estadounidense estaba inmersa en un juego de suma cero. Cualquier muestra de debilidad en su área de influencia significaba un triunfo para la Unión Soviética. Del mismo modo, para la Revolución cubana, una derrota, aunque fuera con matices, en su área natural de desarrollo y alianzas significaba un paso atrás en su estrategia de sumar voluntades en América, al mismo tiempo que hacía más dependiente a Cuba del bloque soviético.

10.2 La lectura de la conferencia de Costa Rica desde la prensa española

La prensa española, la del exilio y la franquista, sacó unas conclusiones similares de la cumbre de San José de Costa Rica a pesar de la sima ideológica que las separaba. *El Socialista*, a través de un artículo de Indalecio Prieto, aportó un balance de lo acontecido en la reunión de cancilleres en el que la supuesta y celebrada victoria de Estados Unidos frente a Cuba en el seno de la OEA era puesta en entredicho.

En su artículo, Indalecio Prieto, haciendo uso de los vínculos de sangre entre los países latinoamericanos, señalaba lo difícil que le estaba resultando a los Estados Unidos aislar a Cuba del resto del continente. La hermandad de la América hispánica estaba por encima de la solemnidad de los tratados. El líder socialista consideraba que Estados Unidos no pasaba de ser un vecino para el resto del continente; *“un mal vecino”*, según habían declarado en diversas ocasiones *“con voz unánime”* muchas de las repúblicas latinoamericanas⁵⁷. Sin embargo, a tenor de los comentarios de *“viva satisfacción”* lanzados por el secretario de Estado norteamericano, en Costa Rica se había sellado la comunión de las Américas frente a la agresión exterior y se había reforzado el sistema interamericano⁵⁸. Una afirmación demasiado apresurada y que contradecía la declaración conjunta de aquella reunión, como acertadamente señaló Indalecio Prieto. Para justificar su afirmación, el socialista español tomaba el articulado de la aclamada Declaración de San José para exponer lo que en ella había de incoherencia y desatino.

⁵⁶ Fernández-Shaw, Félix: *Op. Cit.*, pág. 537.

⁵⁷ *El Socialista* (Año XV). Núm. 6050. Toulouse: jueves 22 de septiembre de 1960, pág. 3. Semanario.

⁵⁸ *Idem*.

Indalecio Prieto señalaba que la declaración del 28 de agosto emitida en VII reunión de cancilleres era *“tan incongruente en el fondo como incorrecta en la forma”*⁵⁹. El líder socialista sólo encontraba atinados los puntos tres y cuatro de aquella declaración. En el tercero de los enunciados se hacía referencia al derecho que tenían las repúblicas americanas a desenvolverse *“libre y espontáneamente”* en *“la vida cultural, política y económica”*, respetando al mismo tiempo *“los derechos de la persona humana y los principios de la paz universal”* y, por consiguiente, se reiteraba que ningún Estado americano podía intervenir en los asuntos de otro *“con el propósito de imponer sus ideologías o principios políticos, económicos o sociales”*⁶⁰. En el cuarto de los enunciados se hacía un apunte complementario al punto tres, poniendo el acento en señalar que el sistema interamericano era *“incompatible con toda forma de totalitarismo”*⁶¹. Estos dos puntos, según el Indalecio Prieto, hubieran sido suficientes para contener cualquier tentación intervencionista, pues se sobrentendía, y era de sencilla deducción, que si estaba prohibida la injerencia para las repúblicas latinoamericanas, con mayor motivo estarían prohibidos estos comportamientos para los Estados no americanos.

Sin embargo, según rezaba el razonamiento esbozado en el artículo, se quiso ir más allá debido al empeño estadounidense de aislar a Cuba del resto de las repúblicas hermanas. Esta pretensión de confinar la Revolución cubana a la isla que le había dado vida se concretaba en los puntos primero y segundo de la declaración. En el primero de ellos, al que se le había dado la mayor relevancia, pues se desempeñaba como encabezamiento de la declaración, se condenaba *“la intervención o amenaza de intervención, aun cuando fuera condicionada, de una potencia extra-continental”* en los asuntos propios de las repúblicas americanas, señalando al mismo tiempo que *“la aceptación de dicha intervención por un Estado americano pondría en peligro la solidaridad y la seguridad americanas”*, lo que obligaría a rechazarla *“con la toda energía”*⁶². El punto dos ahondaba en el argumento lanzado en el primero de los pronunciamientos y señalaba su rechazo frontal a la pretensión de las potencias del bloque soviético de utilizar la situación política, económica o social de cualquier Estado americano en beneficio de su estrategia internacional, ya que esta pretensión de intervención podía *“quebrantar la unidad continental y poner en peligro la pax y la seguridad del continente”*⁶³.

Llegados a este punto, Indalecio Prieto ponía de manifiesto la incoherencia de aquella declaración y lo hacía rescatando la afirmación contenida en el pronunciamiento de San José que hacía referencia a *“la intervención o amenaza de intervención por parte de potencias extra-continentales”*, con independencia de que esta amenaza o intervención fuera *“condicionada”*. Resulta ocioso aclarar que este pronunciamiento apuntaba directamente, como todo el mundo podía imaginar, a la propuesta soviética de defender a Cuba con su cohertería en caso de agresión norteamericana. Ahora bien, Indalecio Prieto se preguntaba si realmente Cuba quebrantaba los compromisos interamericanos aceptando la protección soviética frente a los Estados Unidos. La respuesta era obvia para el dirigente socialista: no lo hacía porque la amenaza soviética se convertiría en acción contra los Estados Unidos cuando este país infringiera los compromisos de no intervención en los asuntos propios de otras naciones americanas⁶⁴. Si la Administración norteamericana vulneraba los principios de no injerencia, de los que la propia nación estadounidense era signataria y promotora, entonces se produciría la intervención soviética. En ningún caso la URSS intervendría si estos principios de no injerencia eran respetados. De ahí la importancia conferida en el artículo de Indalecio Prieto a los puntos tres y cuatro,

⁵⁹ *Idem.*

⁶⁰ *Idem.*

⁶¹ *Idem.*

⁶² *Idem.*

⁶³ *Idem.*

⁶⁴ *Idem.*

que, de respetarse en sus justos principios, harían irrelevante y superfluo el contenido de las disposiciones de los puntos uno y dos, que eran además el núcleo de la declaración de San José.

Aquella circunstancia le hacía sostener a Indalecio Prieto que de no haber mediado la amenaza soviética “*la intervención militar yanqui*” en Cuba se habría producido ya, aún a sabiendas de que se pasaría por encima de los estatutos de la OEA o de cualquier otro pacto interamericano⁶⁵. De este modo, el caso de Guatemala no se produciría de nuevo, y no porque la OEA se jactara de condenar la intervención y la injerencia, sino porque existía la amenaza soviética. La última felonía norteamericana, la acometida en 1954, no tendría razón de ser en el verano de 1960 y no por obra y gracia de la OEA, sino por la intervención extra-continental. Indalecio Prieto no podía ser más concluyente en su análisis: “*La era de impunes y vergonzosos abusos*” se le había terminado a Washington⁶⁶.

El líder socialista, sin embargo, señalaba que la diplomacia moscovita no sólo acudía en defensa de Cuba para satisfacer la necesidad de preservar la libertad de la “*naciones oprimidas*”, motivación muy loable, sino también, y en mayor medida, para dar satisfacción al “*vehemente deseo del Kremlin de impedir cualquier dilatación del poderío enemigo*”⁶⁷. Esta última razón, por encima de cualquier otra consideración, había empujado a la diplomacia soviética a aprovechar aquella oportunidad brindada por la impericia norteamericana. Así, en el caso cubano, Indalecio Prieto encontraba una de las muestras más evidentes de “*la incorregible torpeza yanqui*”⁶⁸.

Por otro lado, Indalecio Prieto, no pasaba por alto que Cuba había actuado acorde a lo que se esperaba de una revolución de contenido social, que era precisamente lo que llevaban en cartera los hombres de Fidel Castro cuando se alzaron en las montañas de la Isla. Los tiempos de las revoluciones meramente políticas habían pasado en Latinoamérica, pues las verdaderas necesidades a mediados del siglo XX eran sociales y económicas. Estos eran los objetivos que había pretendido el paquete de reformas y transformaciones acometidas por la Revolución cubana: la Reforma agraria, la Reforma urbana y el reparto de la riqueza nacional no se podían separar de esta necesidad de cambios sociales y económicos que demandaba el continente americano en general y la isla de Cuba en particular.

La Revolución cubana había llevado a la práctica estas demandas. Unas demandas que pronto tuvieron consecuencias reales en el ordenamiento que imperaba en la isla desde la partida de los españoles. El proceso fidelista, al llevarse a la práctica, poseía una carga destructiva en la que los principales damnificados eran los intereses norteamericanos, lo que pronto produjo las represalias de la Administración estadounidense.

La actitud mostrada por la Revolución cubana, adquiriendo crudo soviético y vendiendo contingentes de azúcar a la URSS y China, no hacía más que compensar las agresiones norteamericanas materializadas a través del bloqueo de crudo y de la cancelación de la cuota azucarera. Cuba se defendía de Estados Unidos y para ello no podía menos que aceptar la ayuda soviética. Aquella actitud recibía el refrendo del líder socialista, pues nadie podía demostrar que había algo de ilícito en la postura de la dirigencia revolucionaria⁶⁹. El ordenamiento económico, político y social de la nueva Cuba era un asunto que atañía a los cubanos. Es decir, Cuba tenía el derecho y la obligación de regir sus propios destinos, con la colaboración de otras naciones si así lo demandaba el pueblo cubano y así lo decidían sus autoridades.

⁶⁵ *Idem.*

⁶⁶ *Idem.*

⁶⁷ *Idem.*

⁶⁸ *Idem.*

⁶⁹ *Idem.*

El líder socialista señalaba que la situación de Cuba se había complicado en los últimos meses y que el principal responsable era el Departamento de Estado norteamericano. Estados Unidos había ido “*de torpeza en torpeza*” en el caso cubano, como rezaba en un destacado el artículo del dirigente socialista, sin embargo, Fidel Castro y la dirigencia revolucionaria habían cometido también algunos excesos⁷⁰. Entre ellos, Indalecio Prieto señalaba las asambleas multitudinarias, una receta válida para grupos reducidos, pero inoperante para concentraciones donde los asistentes se contaban por millares. Su espíritu de socialista democrático le hacía repudiar ciertas actitudes y señalaba que las asambleas multitudinarias y el liderazgo de Fidel Castro y los hombres que le secundaban, imprescindibles durante los primeros compases de revolución, tendrían que dar paso a una institucionalización del proceso fidelista en el menor plazo posible⁷¹.

Sobre este particular, el dirigente socialista señalaba que “toda revolución social, teniendo en cuenta los muchos intereses privados que forzosamente lastimaba, debía actuar a rajatabla bajo la dirección personal de los caudillos”, pero esto no era óbice para que dichos caudillos olvidaran que era necesario ceder las riendas del poder después de acometer los cambios más radicales⁷². La conducción unipersonal o colegiada de un grupo era una provisionalidad inevitable, sin embargo, debía de ser todo lo breve que permitieran las condiciones existentes. De acuerdo a los razonamientos expuestos por Prieto, la Revolución cubana necesita ya de instituciones que pudieran legitimar todo lo que “revolucionariamente” se había decretado y mereciera de consolidación, amén de restablecer las libertades que se pudieran haber conculcado⁷³. Además, en el caso cubano, una institucionalización a tiempo quedaría legitimada de inmediato debido “al intenso fervor popular” que la población mantenía en torno a Fidel Castro, rebajaría igualmente los temores de la burguesía cubana y reflejaría, por último, “el espíritu del alzamiento de Sierra Maestra”⁷⁴.

La necesidad de institucionalizar la revolución o llevarla a una fase en el que las maneras revolucionarias dieran paso a la *realpolitik* o a un proyecto más pragmático que fuera capaz de asentar a la Revolución cubana en el panorama americano era compartida también por un sector de la prensa franquista. El director de *Pueblo*, Emilio Romero, dedicaba un editorial a la situación cubana el día en que se abrían las sesiones de la VI reunión de cancilleres y los comunistas cubanos inauguraban su VIII asamblea. El título que precedía a la opinión del medio era ya de por sí definitorio: “*No hay nada que hacer*”⁷⁵.

Bajo este encabezamiento el diario *Pueblo* consideraba que la transición del período netamente revolucionario al institucional no se había realizado en Cuba y que la revolución, por lo tanto, surcaba ya las sendas de la más absoluta radicalidad. De este modo, se podría decir que había ciertos paralelismos entre el análisis de Indalecio Prieto para *El Socialista* y el abordado desde el diario sindical por Emilio Romero. Sin embargo, no es menos cierto que había también una diferencia sustancial: los socialistas españoles consideraban que había llegado el momento de buscarle asiento formal a la revolución fidelista o, al menos, que esta opción debían comenzar a barajarse, mientras que los sindicalistas del régimen de Franco apuntaban a que ya era demasiado tarde para afrontar la institucionalización del movimiento encabezado por el mayor de los Castro, pues el proceso cubano era ya presa de su propia dinámica destructiva.

⁷⁰ *Idem.*

⁷¹ *Idem.*

⁷² *Idem.*

⁷³ *Idem.*

⁷⁴ *Idem.*

⁷⁵ *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6518. Madrid: martes, 16 de agosto de 1960, pág. 1. Diario.

El editorial de *Pueblo* comenzaba señalando que habían recibido la última *boutade* de Fidel Castro, “*sin indignación, pero con desconsuelo*”⁷⁶. El diario no hacía referencia a los ataques sostenidos por Fidel Castro contra el régimen franquista y la Iglesia cubana, sin embargo, esta idea flotaba en las primeras líneas del editorial. Emilio Romero apuntaba también a que el diario sindical había sido el periódico español que había abierto “*un amplio margen de esperanza a Fidel Castro en su revolución*”; el rotativo madrileño, como enfatizaba en su editorial, había enviado a corresponsales a Cuba para transmitir en España el triunfo de la revolución y lo había hecho desde perfiles proclives a la aceptación y el apoyo a la línea política impulsada por Fidel Castro⁷⁷.

Tras el incidente de Lojendio, el editorial recordaba que el diario *Pueblo* había escrito sobre el encontronazo del primer ministro cubano con el embajador español “*con mesura y serenidad*”, prescindiendo de las críticas exageradas y tratando de frenar el distanciamiento entre ambos países⁷⁸. Durante aquellos días de desencuentro el periódico sindical se había tomado la libertad de ofrecer “*algunas recomendaciones a Castro en materia de su grave responsabilidad, contraída no solamente con su país, sino con toda la América hispana*”⁷⁹. La Revolución cubana había significado una bocanada de aire fresco para el sometido mundo iberoamericano, una realidad que en ningún momento trató de ocultar el diario sindical, como venimos apuntando en los capítulos precedentes.

Tal era así que, *Pueblo*, a través de aquel editorial, no mostraba rubor alguno al destacar la significación que para el continente tenía la actitud mostrada por el líder cubano: algunas de las propuestas que Fidel Castro había llevado a su política eran, según la redacción del diario, encomiables. Otros políticos americanos habían intentado la vía soberanista. Sin embargo, ningún líder continental se había aventurado a llevar adelante aquella voluntad liberadora con tanta tenacidad como lo había hecho Fidel Castro. El primer ministro cubano había apostado por la “*potenciación económica*”, la “*colaboración continental*”, la no menos necesaria “*manumisión de colonialismos*” o la muy encomiable “*dignificación social*”. Todas ellas eran medidas necesarias para que la América hispana pudiera dar un paso adelante en su anhelado desarrollo. Las recetas políticas que había intentado poner en práctica el régimen cubano constituían, según lo apuntado por *Pueblo*, “*la esperanza de América*”⁸⁰.

El editorial de Emilio Romero iba apuntando, en paciente ejercicio de enumeración, los aspectos que habían hecho de Fidel Castro y del proyecto que había encabezado un programa válido para el desarrollo de Hispanoamérica. Sin embargo, frente a aquellas virtudes atribuidas al líder cubano y a su proyecto revolucionario, era necesario presentar también, al parecer del director del diario sindical, sus numerosos defectos.

Los defectos achacados a Fidel Castro y al movimiento que encabezaba apuntaban más a las formas que a los contenidos. Pues aquellas conquistas que había propugnado el líder revolucionario precisaban para hacerse efectivas de unas características políticas que, según Emilio Romero, no poseían ni Fidel Castro ni los hombres que le acompañaban en su aventura. El programa de transformaciones que había defendido la Revolución cubana necesitaba de “*grandes y valerosas personalidades políticas, con dominio de sus nervios y de sus humores*”, y vigilantes ante la infiltración de los siempre solícitos comunistas, dispuestos a adular con tal de penetrar las filas revolucionarias⁸¹. Los cambios que había pretendido llevar adelante Cuba en ningún caso estaban necesitados del brazo comunista. Antes al contrario, “*este pequeño truco de aliarse con el comunismo*

⁷⁶ *Idem.*

⁷⁷ *Idem.*

⁷⁸ *Idem.*

⁷⁹ *Idem.*

⁸⁰ *Idem.*

⁸¹ *Idem.*

para irritar o para sacar más a los demás”, lejos de arrojar resultados favorables, podía resultar “seriamente pernicioso”, porque, según el editorial, quien de verdad se aprovechaba “de esta astucia aldeana y pueril” de acercarse al comunismo para alcanzar objetivos era “el aparato soviético de expansión universal”⁸².

El diario reconocía que a Fidel Castro le sobraba “entusiasmo por su país”, y señalaba además que poseía “deseos nada comunes de servir a su pueblo hasta el final”, pero no era “un hombre público”⁸³. El primer ministro cubano era, sencillamente, “un agitador político, un guerrillero de Sierra Maestra”, que no había “digerido todavía sus importantes deberes de hombre de Estado”⁸⁴. Sin embargo, su popularidad a nivel continental había alcanzado unas cotas que le convertían ya en un líder potencialmente dañino para los destinos de la comunidad hispanoamericana. Por esta razón, cuando el líder cubano había optado por agraviar a España y a su jefe de Estado, más que indignación, el diario *Pueblo* sólo podía expresar “decepción”⁸⁵.

Según la opinión lanzada por el diario sindical, Fidel Castro ya no podía agraviar seriamente a nadie, porque su dialéctica cada día estaba más “desacreditada” y a todo el mundo le resultaba “grotesca”⁸⁶. Para Emilio Romero, el líder cubano no era más que “una esperanza social fallida”⁸⁷. Su actitud había convertido a la revolución en “un esfuerzo inútil”⁸⁸.

El desencanto mostrado por el diario sindical con respecto al primer ministro cubano no podía ser más amargo, no en vano este periódico era el que más veces había salido en defensa de la línea propugnada por la Revolución cubana. El editorial consideraba que lo acontecido en España durante la Segunda República estaba sucediendo de nuevo en Cuba y que el mayor responsable de la penetración comunista y de la división que imperaba en el país caribeño era el hombre que regía los destinos de la revolución. Una idea que exponía sin ambages ni dobleces el mensaje final que cerraba el editorial del director de *Pueblo*: “Fidel Castro es un hombre que ha tenido a todo el pueblo cubano en las manos, como tuvieron a España los dirigentes de la segunda República, y el desenlace está ya previsto. No hay nada que hacer”⁸⁹.

Para el diario vertical los ataques al régimen español no podían separarse de la cumbre de cancilleres celebrada en San José de Costa Rica y de la VIII Asamblea Nacional del PSP, nombrada en los medios franquistas como la novena, sin duda por error. En el centro de los tres asuntos gravitaba el comunismo. El régimen franquista había sido atacado por el líder revolucionario por su condición anticomunista; en la cumbre de cancilleres, el secretario de Estado norteamericano, Christian Herter, había denunciado de forma reiterativa el peligro que la penetración comunista significa para Cuba y en extensión para el continente⁹⁰, y la concurrida asamblea de los comunistas cubanos, en la que los militantes del PCE habían tenido destacada presencia⁹¹, no hacían más que certificar aquellos

⁸² *Idem*.

⁸³ *Idem*.

⁸⁴ *Idem*.

⁸⁵ *Idem*.

⁸⁶ *Idem*.

⁸⁷ *Idem*.

⁸⁸ *Idem*.

⁸⁹ *Idem*.

⁹⁰ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7540. Madrid: martes, 16 de agosto de 1960, pág. 3. Diario, *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7549. Madrid: viernes, 26 de agosto de 1960, pág. 6. Diario, *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6524. Madrid: martes, 23 de agosto de 1960, pág. 1. Diario, *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6525. Madrid: miércoles, 24 de agosto de 1960, pág. 2. Diario, *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6526. Madrid: jueves, 25 de agosto de 1960, pág. 2. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6527. Madrid: viernes, 26 de agosto de 1960, pág. 2. Diario.

⁹¹ *Mundo Obrero* (Año XXX). Núm. 16. Madrid: jueves, 15 de septiembre de 1960, pág. 4. Quincenal y *Mundo Obrero* (Año XXX). Núm. 17. Madrid: sábado, 1 de octubre de 1960, págs. 3 y 4. Quincenal.

temores⁹². Los tres temas corrieron en paralelo por la prensa franquista en aquellos días. *El Alcázar* y *Pueblo* mezclaron en sus crónicas los tres asuntos como parte integrante de un mismo proceso y lo sazonaron con noticias diseminadas, de escaso contenido y cargadas de especulación, en las que se hacía mención a posibles levantamientos contra el régimen fidelista⁹³. Se trataba de noticias de alzamientos que aparecían con el mayor de los estruendos en los rotativos madrileños para desaparecer con la misma rotundidad en los días subsiguientes.

Sin embargo, la prensa franquista tampoco eludió los problemas que había generado la conferencia de cancilleres de San José de Costa Rica. Las sanciones a la República Dominicana fueron acogidas con una mezcla de resignación y temor, pues la diplomacia franquista no era ajena a los paralelismos que se pudieran trazar en América entre el régimen de Madrid y el de Ciudad Trujillo. Una circunstancia que recogió en sus páginas *El Socialista*, consciente de que la debilidad de Franco frente a las repúblicas americanas traía implícita una mayor aceptación de la España del exilio en el continente americano⁹⁴.

La prensa franquista, de todos modos, no se extendió en exceso en la VI reunión de cancilleres y trató de aludir, en la medida de lo posible, los comentarios sobre aquella primera cita. En los días sucesivos a la finalización de la VI conferencia en San José se fueron sucediendo las rupturas de relaciones diplomáticas con la República Dominicana y la prensa franquista las fue mencionando sin mayores comentarios⁹⁵. Las interesadas elusiones al caso dominicano, sin embargo, se tornaron en inusitado interés cuando el asunto a tratar fue el cubano. Si el seguimiento de la VI reunión fue escaso y se pasó de puntillas sobre el espinoso asunto de la condena al régimen de Trujillo, no sucedió lo mismo con la VII reunión. Aquí la encausada era Cuba y la influencia del comunismo en América el primer damnificado.

El día 26 de agosto, cuando la VII reunión ya había registrado los primeros desencuentros entre el representante norteamericano, Christian Herter, y el cubano, Raúl Roa⁹⁶, el diario *Pueblo* señalaba que Washington había derrotado a La Habana y que las repúblicas americanas se habían pronunciado “contra la infiltración comunista en el hemisferio occidental”⁹⁷. Un desenlace que, según la valoración del periódico madrileño, resultaba a todas luces previsible.

La crónica sobre aquella condena al comunismo corría a cargo de Blanco Tobío, corresponsal en Nueva York del diario sindical. Una condena que como todo el mundo podía intuir apuntaba directamente al Gobierno cubano. Blanco Tobío, de todos modos, señalaba que las delegaciones latinoamericanas habían hecho todo lo posible para que el enfrentamiento entre la delegación norteamericana y la cubana no se produjera. Sin embargo, aquellos buenos oficios no habían tenido los resultados esperados, porque la pretendida reconciliación entre ambas naciones no se había producido⁹⁸.

⁹² *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7540. Madrid: martes, 16 de agosto de 1960, pág. 6. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6518. Madrid: martes, 16 de agosto de 1960, pág. 5. Diario.

⁹³ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7541. Madrid: miércoles, 17 de agosto de 1960, pág. 5. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6519. Madrid: miércoles, 17 de agosto de 1960, pág. 5. Diario.

⁹⁴ *El Socialista* (Año XV). Núm. 6047. Toulouse: jueves 1 de septiembre de 1960, pág. 1. Semanario.

⁹⁵ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7545. Madrid: lunes, 22 de agosto de 1960, pág. 6. Diario. *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7550. Madrid: sábado, 27 de agosto de 1960, pág. 5. Diario. *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6523. Madrid: lunes, 22 de agosto de 1960, pág. 1. Diario. *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6528. Madrid: sábado, 27 de agosto de 1960, pág. 5. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6529. Madrid: lunes, 29 de agosto de 1960, pág. 1. Diario.

⁹⁶ *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6524. Madrid: martes, 23 de agosto de 1960, pág. 1. Diario. *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6525. Madrid: miércoles, 24 de agosto de 1960, pág. 2. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6526. Madrid: jueves, 25 de agosto de 1960, pág. 2. Diario.

⁹⁷ *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6527. Madrid: viernes, 26 de agosto de 1960, pág. 2. Diario.

⁹⁸ *Idem*.

El diario *Pueblo*, a través de la visión plasmada por su corresponsal en Nueva York, ponía el acento en la labor desempeñada por los delegados latinoamericanos para acercar posturas entre las misiones cubana y norteamericana. Una predisposición hacia el arreglo y la avenencia que había obtenido como respuesta la cerrazón exhibida por los representantes de Cuba y los Estados Unidos. La actitud mostrada por Christian Herter y Raúl Roa había desbaratado las esperanzas de las repúblicas americanas de llegar a algún tipo de acuerdo. Todo parecía indicar que Estados Unidos y Cuba no arreglarían sus diferencias a través de la OEA, algo que resultaba ya evidente en vísperas de la clausura del encuentro de San José.

El duelo Herter-Roa no había hecho más que enconarse a medida que habían ido pasando los días y las sesiones de debate. Las posibilidades para llegar a un arreglo comenzaban a agotarse. Y es que, según señalaba la crónica de *Pueblo*, todos los esfuerzos desplegados por las delegaciones hispanoamericanas para “inducir a Cuba a que renunciase a la ayuda y amistad del bloque chino-soviético” habían obtenido “una contundente respuesta negativa por boca del mismo Fidel Castro desde La Habana y del doctor Raúl Roa en la reunión de San José”⁹⁹.

Blanco Tobío señalaba en su crónica que la animadversión latinoamericana estaba dirigida contra los intentos de colonización comunista y que en ningún caso el rechazo se dirigía contra la Cuba de Fidel Castro. Muchas de las repúblicas latinoamericanas se habían negado a condenar de forma explícita al régimen cubano y habían tenido palabras de aliento para la revolución que se estaba llevando a cabo en Cuba. La crónica de *Pueblo* venía a exponer que Cuba había rechazado los intentos del resto de repúblicas de tender puentes de entendimiento, pues la mayoría de las delegaciones presentes en Costa Rica, a pesar de condenar la penetración comunista, no habían mostrado ninguna predisposición hacia la marginación de Cuba y su proceso revolucionario. Más bien todo lo contrario, pues la Declaración de Méjico, reflejada en las actas finales de la VII reunión de cancilleres, no había sido la única muestra de simpatía hacia el Gobierno de La Habana. Otras delegaciones latinoamericanas habían declarado “que la revolución cubana era justa y necesaria” y que debía “permitirse al pueblo cubano arbitrar su propio destino”¹⁰⁰. Esta había sido la postura de los representantes de exteriores de Perú y Venezuela. Sin embargo, ni estas dos repúblicas, ni la mejicana, ni ninguna otra habían querido transigir con la posibilidad de que Cuba se convirtiera en “cabeza de puente al comunismo en el hemisferio occidental”¹⁰¹. La Cuba de Fidel Castro no había sido condenada de forma explícita, pero tampoco había recibido el indulto de las repúblicas latinoamericanas a pesar de la manifiesta simpatía con la que todavía contaba en América el régimen fidelista, como se encargaba de dejar claro Blanco Tobío.

El Gobierno de La Habana, no obstante, era presentado como uno de los principales responsable de esta falta de absolución por parte de las repúblicas hermanas, aunque no era el único. Cuba había rechazado la ayuda latinoamericana para salir de aquel embrollo, aunque, en honor a la verdad, Estados Unidos tampoco habían generado el ambiente propicio para que el régimen cubano pudiera optar por algún tipo de componenda con la Administración de Eisenhower. Sobre este particular, Blanco Tobío, se mostraba taxativo. Estados Unidos había hecho todo lo posible para boicotear el “clima de reconciliación” por el que trabajaban las repúblicas latinoamericanas¹⁰². Y es que, mientras en San José las delegaciones hispanoamericanas se esforzaban en obtener concesiones por parte de Cuba, en Washington, el Senado, “aprobaba una enmienda de la ley de Seguridad Mutua”, en la que

⁹⁹ *Idem.*

¹⁰⁰ *Idem.*

¹⁰¹ *Idem.*

¹⁰² *Idem.*

se preveía “la retirada de toda asistencia económica” a aquellas naciones que ayudaran “económica o militarmente a Cuba”¹⁰³.

Aquella actitud estadounidense, desplegada mientras los ministros de Asuntos Exteriores del continente trataban de llegar a algún tipo de acuerdo, no le ponía las cosas fáciles a los llamados a buscar soluciones en San José de Costa Rica y en cierta medida justificaba plenamente la argumentación cubana sobre la continua y reiterativa agresión norteamericana.

Además, otras circunstancias coadyuvaban a hacer responsables a los norteamericanos de la situación creada con Cuba, pues mientras Roa sostenía en Costa Rica que Cuba no se podía permitir el lujo de rechazar la ayuda soviética, debido a que ninguno de los países hispanoamericanos era lo suficientemente fuerte para contener el ataque estadounidense y frenar la agresión imperialista, desde el senado norteamericano se sostenía que “Estados Unidos debía emplear la fuerza militar en Cuba, si fuera necesario, para recuperar las propiedades confiscadas por Fidel Castro y prevenir futuras incautaciones”¹⁰⁴.

Lejos de quedarse aquí, algunos senadores, como fue el caso del representante por Carolina del Sur, pretendían ir más allá de la simple intervención militar y, después de describir al primer ministro cubano como “un bandido internacional”, habían propuesto ante la cámara del Senado que Fidel Castro “debería ser detenido y juzgado como criminal internacional”¹⁰⁵. Aquellas medidas, lanzadas desde la cámara alta estadounidense sin asomo de rubor, no hacían más que justificar las palabras sostenidas por Raúl Roa en aquellos días al señalar que la verdadera amenaza contra el continente no tenía su origen en fuentes extra-continetales, sino en los “ataques y amenazas” de las autoridades estadounidenses¹⁰⁶. “Los Estados Unidos, y no Rusia”, eran quien comprometía la paz interamericana¹⁰⁷.

La crónica de Blanco Tobío respondía a unos planteamientos que comenzaban a ser habituales en las publicaciones de la España de Franco. En la prensa franquista, y con mayor frecuencia en el diario *Pueblo*, los titulares que hacían referencia al contencioso entre Cuba y los Estados Unidos no reflejaban plenamente la intención que después se desplegaba en la exposición de las noticias. En los titulares se rompían una lanza en favor de Estados Unidos, pero, en el desarrollo de la noticia, aquella apuesta por la postura de la diplomacia norteamericana se matizaba y adornaba con un sinnúmero de salvedades. Con harta frecuencia, las objeciones a la posición norteamericana eran tantas, que la argumentación presentada en la exposición de las noticias, crónicas y reportajes sobre los errores que contenía la estrategia norteamericana hacían difícil de justificar aquel pretendido apoyo a la postura estadounidense que se trataba de reflejar en los titulares y encabezamientos.

En la crónica de Blanco Tobío del día 26 de agosto este fue el perfil representado: la victoria de Estados Unidos frente a Cuba en el seno de la OEA, desplegada en grandes titulares, era reconvenida a continuación en la exposición y desarrollo de la información remitida desde Nueva York. Una crónica en la que la posición de la diplomacia estadounidense contaba con más sombras que luces. El corresponsal en Estados Unidos de *Pueblo* siguió practicando esta curiosa receta en los días subsiguientes y, hasta el final de la conferencia de San José, *Pueblo* confeccionó así su seguimiento de la VII reunión de cancilleres.

Resultaba evidente que un sector de la prensa franquista se mostraba sumamente incómodo con todo lo que había sucedido en aquella cita de San José. Una situación que se vio reflejada de forma más

¹⁰³ *Idem.*

¹⁰⁴ *Idem.*

¹⁰⁵ *Idem.*

¹⁰⁶ *Idem.*

¹⁰⁷ *Idem.*

que contundente en una nueva crónica remita por Blanco Tobío desde Nueva York el día 27 de agosto. El corresponsal de *Pueblo*, en un documento que trataba de poder al descubierto los sostenidos y reiterativos errores de la diplomacia norteamericana al sur del Río Grande, señalaba que 1960 se presentaba como “*el año de Hispanoamérica*”, pues los Estados Unidos no podían “*permitirse el lujo de seguir ignorándola*”¹⁰⁸. Bajo este enunciado, que se desempeñaba a modo de titular, Blanco Tobío lanzaba una crítica sin paliativos sobre el papel jugado por los Estados Unidos en Latinoamérica.

El periodista español se expresaba con una contundencia que ciertamente no era propia de los rotativos franquistas. Según su parecer, la política desplegada por los Estados Unidos en Hispanoamérica había generado ciertos hábitos perniciosos que se habían transformado en “*vicios y peligrosos reflejos*” con el transcurso de los años¹⁰⁹. Uno de estos hábitos pasaba por “*hacer de la presión económica un instrumento político*”¹¹⁰. Así, “*con represalias económicas, aunque sin marines*”, se había enfocado el problema de Cuba y se estaba enfocando también el de la República Dominicana¹¹¹. A ambos países, la Administración norteamericana les había ido reduciendo o eliminando sus cuotas azucareras. En el caso del Gobierno de Ciudad Trujillo, además, el castigo había sido mayor, ya que a las sanciones económicas se habían sumado las diplomáticas.

Blanco Tobío señalaba que las sanciones económicas impuestas a Cuba habían caído muy mal en todo el continente, pues las repúblicas latinoamericanas, independientemente de la reacción oficial que hubieran adoptado, sabían que aquellas medidas servían para darle “*una formidable baza propagandística a los grupos antiamericanos*”, para los cuales resultaba “*muy fácil asociar la presión económica con desagradables recuerdos del pasado*”¹¹².

El periodista español consideraba que aquella política ensayada de forma reiterativa por la diplomacia estadounidense no podía ser más contraproducente debido a que las represalias económicas equivalían a «*seguir empleando el dólar –sin “marines”– en lugar de ideas e imaginación*»¹¹³. Y esta actitud no era ciertamente lo que esperaban las repúblicas latinoamericanas de la que nación que se erigía en salvaguarda y guía del continente americano.

Las críticas hacia el desempeño de los Estados Unidos en los asuntos americanos estaban generando un consenso entre la España vencida y un sector importante de la vencedora como no había conseguido suscitar ningún otro acontecimiento internacional. La actitud mostrada por el Departamento de Estado norteamericano, en la que las gracias, los honores y los castigos se distribuían en función de la calidad del vasallaje prestado por las repúblicas latinoamericanas recibía la repulsa de los comunistas y los socialistas y también de aquellos sectores más apegados a las esencias falangistas. En España, el rechazo a la forma de ejercer el liderazgo en América de los Estados Unidos no respondía a concepciones clasistas, ni a ideologías de partido o facción política, sino más bien a planteamientos propios de la identidad cultural y la hermandad entre naciones que se sentían parte de un tronco común. Por encima de los matices propios de cada familia franquista y de las sensibilidades variadas que poblaban el exilio español, todos parecían estar de acuerdo en que el papel desempeñado por los Estados Unidos en América perjudicaba los intereses de las repúblicas latinoamericanas.

¹⁰⁸ *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6528. Madrid: sábado, 27 de agosto de 1960, pág. 4. Diario.

¹⁰⁹ *Idem.*

¹¹⁰ *Idem.*

¹¹¹ *Idem.*

¹¹² *Idem.*

¹¹³ *Idem.*

El diario sindicalista *Pueblo*, como venimos exponiendo, estaba acentuando sus críticas en aquellos días. En sus páginas no se había escatimado espacio para la condena de muchas de las actitudes mostradas por Fidel Castro y el resto de la dirigencia revolucionaria, pero aquello no era óbice para pasar por alto los graves errores en los que estaba incurriendo la diplomacia norteamericana. Todo parecía indicar que si Cuba finalmente optaba por el comunismo sería gracias a la torpeza de los Estados Unidos y no a pesar de sus aciertos. Con esta idea gravitando en la argumentación del diario sindical, Blanco Tobío acometió su última crónica sobre el final de la conferencia de San José de Costa Rica. Estados Unidos estaba propiciando la separación de Cuba del resto del continente, lo que en última instancia se traduciría en la aproximación a la URSS¹¹⁴. Algo que había señalado también, aunque con mayor contundencia, Indalecio Prieto desde las páginas de *El Socialista*: Estados Unidos, debido a “*su incorregible torpeza*”, habían echado a Cuba “*en brazos de Rusia*”¹¹⁵.

Blanco Tobío no se mostraba tan taxativo como Indalecio Prieto, pero a grandes rasgos sus planteamientos no diferían en exceso de los del dirigente socialista. Además, el corresponsal de *Pueblo* no dudo en señalar los pobres resultados de la conferencia de San José y los inconvenientes que traía aparejados para el futuro de América lo acordado en Costa Rica.

En lo tocante a la situación cubana, la OEA nada había resuelto; más bien todo lo contrario. La posibilidad de alcanzar a través de la OEA una posible salida al conflicto había quedado cercenada, pues los acordado en la VII reunión había propiciado que la Revolución cubana dejara de sentirse solidaria con el espíritu interamericano. Cuba no firmaría las resoluciones finales de la VII reunión de ministros de Asuntos Exteriores y abandonaría las sesiones debido a “*la condena de los ministros a la interferencia chino-soviética en el hemisferio occidental*”¹¹⁶. Previamente los cancilleres americanos habían rechazado “*una petición cubana para que se condenase a Estados Unidos por supuesta agresión contra el régimen de Castro*”¹¹⁷. Una pretensión inviable, pues, como venimos señalando, cualquier intento de actuar contra los Estados Unidos a través de la OEA era mera ilusión.

En cuanto a la República Dominicana salía de la conferencia con las relaciones diplomáticas canceladas con la mayoría de las repúblicas latinoamericanas, a las que se irían uniendo de forma paulatina las que todavía no habían roto con el régimen de los hermanos Trujillo. Además, sus ventas de azúcar en Estados Unidos se habían cancelado y las relaciones económicas con el resto naciones latinoamericanas salían ciertamente muy dañadas.

En la capital costarricense, según reflejó con cierta amargura la crónica de *Pueblo*, se había registrado un contrasentido de difícil digestión para todos aquellos que luchaban contra la penetración soviética a nivel internacional, pues, “*mientras un régimen político como el dominicano, en excelentes términos con los Estados Unidos*”, al menos hasta aquel momento, resultaba “*condenado*”, el régimen de Fidel Castro, “*radicalmente antinorteamericano*”, ni siquiera había entrado en la agenda de la OEA, reprochándole únicamente “*sus relaciones con el bloque comunista*”¹¹⁸.

Además de aquella extraña paradoja, reflejo de un desacierto de difícil comprensión para gran parte de los sectores franquistas, Blanco Tobío tampoco pasaba por alto las contradicciones que traían aledañas las decisiones alcanzadas en la OEA. Una organización regional de las Naciones Unidas como lo era la OEA, que aceptaba como tal “*el principio de no intervención en los asuntos internos de los países y en el régimen político*” que éstos se dieran a sí mismos, había sancionado a la República Dominicana “*por no ser una democracia*” y habían censurado al régimen revolucionario

¹¹⁴ *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6529. Madrid: lunes, 29 de agosto de 1960, pág. 1. Diario.

¹¹⁵ *El Socialista* (Año XV). Núm. 6050. Toulouse: jueves 22 de septiembre de 1960, pág. 3. Semanario.

¹¹⁶ *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6529. Madrid: lunes, 29 de agosto de 1960, pág. 1. Diario.

¹¹⁷ *Idem*.

¹¹⁸ *Idem*.

cubano “*por sus concomitancias con Rusia y China roja*”¹¹⁹, vulnerando así uno de los principios sobre los que se asentaba la organización americana.

De todos modos, la crónica señalaba que las repúblicas latinoamericanas no eran solidarias con aquella política de intervención y que la muestra evidente de aquella falta de empatía con las medidas sancionadoras e intervencionistas era la fría acogida con la que se habían recibido los alegatos estadounidenses contra Cuba: las pruebas que habían presentado los Estados Unidos “*para denunciar a Cuba como comunista o filocomunista*” no habían resultado “*convincientes para el grupo hispanoamericano*”¹²⁰. Los razonamientos desplegados por Blanco Tobío, como puede observarse, volvían a correr muy próximos a los lanzados por Indalecio Prieto contra la Declaración de San José, “*tan incongruente en el fondo como incorrecta en la forma*”¹²¹.

Después de la exposición de aquella retahíla de alicientes para que cundiera la división continental, la crónica de Blanco Tobío señalaba además que eran más que dudosos “*los resultados prácticos*” que se pudieran derivar de aquella conferencia de la OEA. Para comenzar, Cuba no había aceptado la autoridad que pudiera emanar de dicha organización ni habían dado muestras palpables de que tuviera intención de “*rectificar su política exterior*”¹²². En lo tocante a los efectos que pudieran tener las sanciones diplomáticas y económicas contra la República Dominicana, Blanco Tobío hacía notar el ambiente de “*profundo escepticismo*” que reinaba entre las repúblicas latinoamericanas sobre aquel particular, quizás porque la experiencia demostraba que aquel tipo de sanciones, en muchas ocasiones, podían servir para “*consolidar un régimen político vacilante*”¹²³. Y, ya por último, la crónica hacía una crítica sin ambages de la ignorancia demostrada por la organización americana sobre los asuntos que hacían referencia a la naturaleza del comunismo. Las ideas comunistas estaban empezando a tener influencia en América Latina y había que poseer un alto grado de desconocimiento sobre las razones que engendraban el comunismo como para pensar que aquel “*cáncer de las sociedades modernas*” se podía curar “*con declaraciones de principios y cordones sanitarios apoyados en doctrinas decimonónicas*”¹²⁴.

Según el razonamiento apuntado por Blanco Tobío, el comunismo no tenía sus raíces en la “*distribución geográfica del mundo*”, sino en “*una conciencia social universal exasperada por siglos de explotación y de miseria y desilusionada por tantas fórmulas políticas y económicas que no habían cumplido sus promesas*”¹²⁵. Ante aquellas premisas no servían las cataplasmas ni las improvisaciones, el dique que había que oponerle a aquella enfermedad “*no era la geografía de América, sino el espíritu de la justicia social y una masiva ayuda económica, sin pensar en los beneficios*”¹²⁶.

Aquellas ideas planteadas por Blanco Tobío portaban una carga subversiva, que de no haber sido planteadas en términos muy similares por el propio José Antonio Primo de Rivera en las décadas precedentes, quizás no hubieran podido ser publicadas en la prensa franquista debido a los rigores de la censura. Sin embargo, aquella aportación de presentar al comunismo como fruto de las promesas no cumplidas y de la desesperación de los humildes ante la injusticia social y las fallidas recetas políticas y económicas del liberalismo llevaba la impronta del mismísimo José Antonio.

Sobre las ideas lanzadas por Blanco Tobío había dejado constancia en sus escritos el principal ideólogo del falangismo español: “*Bajo el régimen libera*”, según expuso en su momento José

¹¹⁹ *Idem.*

¹²⁰ *Idem.*

¹²¹ *El Socialista* (Año XV). Núm. 6050. Toulouse: jueves 22 de septiembre de 1960, pág. 3. Semanario.

¹²² *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6529. Madrid: lunes, 29 de agosto de 1960, pág. 1. Diario.

¹²³ *Idem.*

¹²⁴ *Idem.*

¹²⁵ *Idem.*

¹²⁶ *Idem.*

Antonio, se había asistido “*al cruel sarcasmo de hombres y mujeres que trabajaban hasta la extenuación, durante doce horas al día, por un jornal mísero y a quienes, sin embargo*”, declaraba “*la ley hombres y mujeres libres*”¹²⁷. Los posicionamientos doctrinales y de principios no servían para contener al socialismo, pues este se nutría de la desigualdad rampante. Como señalaba José Antonio “*el socialismo*” había visto “*esa injusticia y se alzó, con razón, contra ella*”¹²⁸. Ante esta realidad sólo cabía una solución posible para desbaratar las opciones del socialismo “*el bienestar de cada uno de los que integran el pueblo*”¹²⁹.

Las conclusiones presentadas por Blanco Tobío sobre la conferencia de San José de Costa Rica y, en última instancia, sobre el modo en el que los Estados Unidos estaba planteado el problema del comunismo y de la Revolución cubana entraban plenamente en sintonía con las ideas que sobre el comunismo, la nación, la justicia social y la organización del interés privado y del público había aportado la ideología falangista por boca de su teórico más prominente. José Antonio Primo de Rivera había señalado que los “*estímulos del interés privado*”, o simplemente el “*interés particular*”, en ningún caso podían situarse por encima de “*los fundamentos de la comunidad*”¹³⁰. Una comunidad nacional que tenía que estar basada en “*la justicia social*” para conseguir la ansiada unidad¹³¹.

Después de todo, los principios adoptados por José Antonio, en los que la Falange Española, como “*portadora de la nueva fe*”, volvería “*a hacer de España una nación*”, implantaría en ella “*la justicia social*” y le daría al país “*pan y fe*”, no diferían en lo sustancial de las premisas que habían imperado en los orígenes de la Revolución cubana. En Cuba la justicia social vendría de la mano del proceso revolucionario. La Revolución humanista, proclamada tantas veces por Fidel Castro, sería la que haría de Cuba una nación y la única capaz de llevar la justicia social al país.

José Antonio Primo de Rivera hablaba de “*pan y fe*”¹³², Fidel Castro de “*Libertad con pan y pan sin terror*”¹³³. Ambos dirigentes consideraban que la justicia social y la soberanía eran los dos pilares sobre los que se tenía que construir la revolución. Y ambos coincidían en que los intereses particulares tenían que someterse al interés colectivo, al interés nacional. De todos modos, a nadie se le escapa que las diferencias entre ambos proyectos eran también muchas y abismales. Entre el fascismo español y el socialismo cubano había una distancia más que considerable e imposible de soslayar. Sin embargo, parte de la prensa franquista tendía a diluir estas diferencias insalvables bajo aquellos recurrentes principios que hacían referencia a los vínculos culturales, históricos y de sangre que compartían cubanos y españoles.

Los rencores que albergaba la España apegada a las ideas falangistas con respecto a los Estados Unidos parecían despertarse al calor de la actitud mostrada por la diplomacia estadounidense frente a las repúblicas latinoamericanas. Una predisposición al resentimiento que se sublimaba cuando la atacada era Cuba. Aquel contexto de permanente acoso estadounidense a los países hispanoamericanos que apostaban por ser dueños de sus destinos situaba a parte de los diarios franquistas ante un análisis que no difería en lo sustancial del presentado por los comunistas y socialistas españoles. La España del exilio y la que ostentaba el poder sublimaban así una idea de rebeldía frente al imperialismo norteamericano, alimentada desde el noventa y ocho, y que se veía también reflejada en la actitud mostrada por algunos de los cancilleres latinoamericanos que habían concurrido a aquella reunión de San José.

¹²⁷ Primo de Rivera, José Antonio: *Op. Cit.*, pág. 498.

¹²⁸ *Idem.*

¹²⁹ *Ibidem*, pág. 499.

¹³⁰ *Idem.*

¹³¹ *Idem.*

¹³² *Idem.*

¹³³ *Bohemia* (Año LI). Núm. 18. La Habana: domingo 3 de mayo de 1959, pág. 87. Semanal.

Las conclusiones de la VII reunión de San José habían dejado un reguero de resentimiento en los países iberoamericanos que había llegado incluso a provocar situaciones de desengaño e insubordinación entre algunos de los cancilleres presentes en la conferencia de Costa Rica. En la prensa franquista comenzaron a aparecer comentarios sobre la supuesta renuncia de Diógenes Taboada, ministro de Exteriores argentino, debido a desavenencias con su Gobierno. La postura adoptada por Argentina en aquella cumbre de cancilleres estaba en el fondo de este distanciamiento entre el Gobierno argentino y su delegado ante la OEA. Unas noticias que habían sido desmentidas casi de inmediato por el hombre que había sucedido a Taboada de forma temporal en su cargo. Luis R. MacKay, sustituto interino del canciller argentino durante los últimos días de la conferencia de Costa Rica, habían aparecido en los medios para desmentir los rumores que circulaban en San José según los cuales “*el Ministro de Asuntos Exteriores, Diógenes Taboada, había dimitido por diferencias con la política del Gobierno argentino*”¹³⁴. El ministro interino había negado la autenticidad de aquella renuncia y afirmaba que la política y la postura sostenida por Argentina ante la conferencia de la OEA “*habían sido debidamente tratada antes de la marcha de Taboada*” y que por lo tanto existía consenso entre las posiciones sostenidas por el Gobierno argentino y su delegación.

Sin embargo, a pesar de los esfuerzos por aparentar normalidad, el ruido existía, y las desavenencias, más allá de que fueran reales o simuladas, eran difíciles de ocultar. Por otro lado, los rumores que hablaban de disenso no eran privativos de una sola delegación. La representación argentina ante la OEA no era la única en la que se habían registrado dudas sobre la postura adoptada en San José de Costa Rica con respecto a Cuba. Algo parecido sucedía con Venezuela, sin embargo, en el caso venezolano no se trataba de rumores, sino de noticias confirmadas.

Venezuela firmó la Declaración de San José y las resoluciones adoptadas en aquella cumbre, pero a costa de cargar con la renuncia, según unas versiones, o el cese, según otras, de su ministro de Asuntos Exteriores. El presidente de Venezuela, Rómulo Betancourt, había instruido al jefe de la delegación venezolana en la conferencia, Ignacio Luis Arcaya, para que firmara sin reserva alguna la Declaración de San José¹³⁵. Una consigna con la que no estaba de acuerdo el canciller venezolano. Ignacio Luis Arcaya había presentado algunas objeciones a lo declarado en el conclave de cancilleres y había mostrado también sus reparos a asumir la totalidad de lo acordado en la VII reunión de Ministros de Asuntos Exteriores de la OEA. Ante tamaña desavenencia sólo cabía una salida: el cese de Arcaya en el desempeño de sus funciones.

Según informó el diario *Pueblo*, las críticas presentadas por Ignacio Luis Arcaya a algunos puntos de la Declaración de San José de Costa Rica habían propiciado su destitución¹³⁶. Por su parte, Arcaya confirmó el abandono de su cargo, pero señaló que había presentado la dimisión y que no se había producido cese alguno. Según sus propias declaraciones ante los medios había dimitido porque “*no deseaba firmar la resolución adoptada en San José, temiendo que esto le comprometiera con su partido de la Unión Revolucionaria*”¹³⁷.

El presidente Betancourt obró con celeridad para sustituir a Ignacio Luis Arcaya como representante del Gobierno de Caracas ante la conferencia de la OEA y poder así firmar la totalidad de las resoluciones adoptadas en San José de Costa Rica. Arcaya fue remplazado por Marcos Falcón Briceño, embajador venezolano en Washington¹³⁸. Con la jefatura de la delegación venezolana en manos de embajador en los Estados Unidos Venezuela pudo presentarse junto al resto de las

¹³⁴ *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6529. Madrid: lunes, 29 de agosto de 1960, pág. 24. Diario.

¹³⁵ *Idem.*

¹³⁶ *Idem.*

¹³⁷ *Idem.*

¹³⁸ *Idem.*

repúblicas latinoamericanas en su rechazo al comunismo y a la intervención exterior, pero dejó patente las dificultades que generaba cualquier tipo de pronunciamiento en el que pudiera sobreentenderse un ataque a la Revolución cubana y puso también al descubierto los problemas y la fragilidad con la que contaba la coalición que gobernaba en Venezuela bajo el liderazgo de Betancourt.

Aquel enfrentamiento entre Arcaya y Betancourt tuvo como telón de fondo las desavenencias que había entre las formaciones que integraban la coalición de gobierno, dentro de las cuales la posición a adoptar en el caso de Cuba era una de las principales. Este enfrentamiento en torno a la Revolución cubana produjo que la Unión Republicana Democrática, formación a la que pertenecía Arcaya, terminara por abandonar el Gobierno en noviembre de aquel año. En el fondo del debate estaba la interpretación que debía dársele a la que terminaría por denominarse Doctrina Betancourt. Es decir, si aquella máxima de que ningún Gobierno sería plenamente reconocido si no había llegado al poder por procedimientos democráticos realmente podía aplicársele al Gobierno cubano en aquellas especiales circunstancias.¹³⁹

De este modo, en Argentina y Venezuela, con diferencias de grado, la resolución de San José había generado problemas internos. Algo de lo que había sido víctima también Perú, donde no tardaron en aflorar los desencuentros entre la delegación peruana y el Gobierno de Lima. Según la versión ofrecida por Indalecio Prieto, el Gobierno del Perú, como había sucedido con el venezolano, sostenía una postura ante la OEA que no era compartida por su plenipotenciario¹⁴⁰. Estas muestras de disenso entre cancilleres y Gobiernos latinoamericanos se produjeron en los momentos en que tenían que adoptarse las resoluciones finales y vinieron a unirse a la retirada de Raúl Roa y la delegación cubana de la VII reunión de cancilleres antes de que ésta llegara fin. Cuba abandonaba la conferencia de la OEA y con ella se retiraban también parte de Hispanoamérica.

Estados Unidos había conseguido arrancar de la oficialidad gubernamental un compromiso contra el comunismo y la intervención exterior, pero no había obtenido una condena de la Revolución cubana. Además, aquella pírrica victoria había generado daños a nivel interno en algunas de las repúblicas latinoamericanas y desde luego había distanciado a gobernantes y gobernados en lo tocante a los asuntos cubanos. Estados Unidos, bajo el control que ejercía de la OEA y de los mecanismos económicos y comerciales, podía contar, aunque de forma condicionada, con la Hispanoamérica oficial, pero cada día estaba más lejos de la real. La delegación cubana se había retirado de la cumbre de la OEA y, como acertadamente señaló la revista *Bohemia* en sus páginas, con ella se habían ido los pueblos latinoamericanos¹⁴¹.

La conferencia de San José de Costa no había constituido un éxito para la diplomacia norteamericana, a pesar del empeño del Departamento de Estado norteamericano en afirmar lo contrario. Una realidad que reconocían diarios como *El Alcázar*. El periódico franquista, poco proclive a desdecir a la Administración estadounidense y muy solícito para emprender el ataque contra las autoridades cubanas al menor atisbo de oportunidad para ello, señalaba que Cuba no había sido condenada ante la OEA y que tampoco se habían respetado las demandas cubanas de sancionar la agresión norteamericana. Además, episodios como los registrados por la delegación venezolana hacían de aquella cita algo totalmente prescindible. “*Total: poco se ha adelantado*”, como señalaba de forma enfática el diario madrileño¹⁴². La conferencia de San José de Costa Rica había finalizado y en

¹³⁹ Véase Urbaneja, Diego Bautista: *Op. Cit.*, págs. 32 y 33.

¹⁴⁰ *El Socialista* (Año XV). Núm. 6050. Toulouse: jueves 22 de septiembre de 1960, pág. 3. Semanal.

¹⁴¹ *Bohemia* (Año LII). Núm. 36. La Habana: domingo, 4 de septiembre de 1960, pág. 43. Semanal.

¹⁴² *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7552. Madrid: martes, 30 de agosto de 1960, pág. 6 del reportaje. Diario.

principio podía afirmarse, como reflejó *El Alcázar* en sus páginas, “*que el principal objetivo de la conferencia, condenar al régimen cubano por su filo-comunismo, no se había logrado*”¹⁴³.

10.3 Los resultados de la conferencia de cancilleres desde la óptica de la diplomacia franquista

Estados Unidos había pretendido ir demasiado lejos en el caso cubano y había fracasado en su pretensión de condenar al régimen de La Habana. La intención de presentar a Fidel Castro como un adalid del comunismo era una interpretación que no había madurado todavía en el continente y las repúblicas latinoamericanas se resistían a asumir sin condiciones aquella propuesta, que, por otro lado, no parecía contar con otro propósito que la salvaguarda de los intereses norteamericanos en Cuba.

Las delegaciones hispanoamericanas habían condenado la intervención soviética en el continente y este era el pronunciamiento máximo que los Estados Unidos podían arrancar de sus vecinos en aquellos momentos. Las implicaciones que para Cuba tenía aquel comunicado de condena a la intervención de potencias ajenas al espacio americano ya era un castigo suficiente para la Revolución cubana a ojos de las repúblicas latinoamericanas. De esta suerte, la conferencia de Costa Rica sólo había servido para propiciar divisiones innecesarias a nivel continental y para contribuir al menoscabo de la autoridad estadounidense en América. Un aspecto que no pasó desapercibido para la diplomacia española, pues, al no producirse la condena explícita del régimen cubano por sus relaciones fuera del continente, la veda quedaba abierta para que otras repúblicas optaran por estrechar sus vínculos con otros países. La posibilidad de soslayar la celada que imponía Estados Unidos al resto del continente era una tentación a la que difícilmente se resistirían los países hispanoamericanos.

La Revolución cubana no había salido victoriosa de Costa Rica, pero la Administración norteamericana tampoco había conseguido los objetivos que se había propuesto. Sin embargo, había un damnificado evidente en aquella justa: el mayor perjudicado era el sistema interamericano, que, a través de aquella cita, evidenció sus fisuras. Esta era la lectura que presentó el Ministerio de Asuntos Exteriores de España en una nota enviada al Consejo de Ministros de Franco del 6 de septiembre de 1960. Según exponía el informe de Exteriores, Cuba había conseguido salir de Costa Rica sin las sanciones que pendían ya de la República Dominicana y para resistir la investida norteamericana había buscado apoyo en el bloque soviético. Esta evidencia comenzaba a tener sus repercusiones en el resto de los Gobiernos hispanoamericanos, pues, según reflejaba la nota de la Dirección General de Política Exterior, se observaba en las repúblicas latinoamericanas una “*tendencia a mirar hacia Europa occidental como recurso en que apoyarse para escapar al bilateralismo económico con América del Norte*”¹⁴⁴.

Este retorno a Europa era un aspecto que tenía derivaciones de sumo interés para España. El régimen de Franco, situado ya en el bloque de la Europa occidental por obra y gracia del aval norteamericano, contaba así con posibilidades reales, más allá de los manoseados vínculos históricos, de aumentar su presencia en América. Sin embargo, el documento remitido al Consejo de Ministros franquistas señalaba que la actitud de España tenía que ser prudente y mostrarse como parte integrante del flujo proveniente de Europa. Cualquier tipo de protagonismo exacerbado por parte del régimen franquista o las pretensiones de hacer oír su voz en el continente podían ser vistas con recelo por la totalidad de las repúblicas americanas¹⁴⁵.

¹⁴³ *Idem.*

¹⁴⁴ Enrich, Silvia: *Op. Cit.*, pág. 121.

¹⁴⁵ *Idem.*

España, por tanto, debía acudir a América como parte de Europa y a petición de la propia Hispanoamérica. Aquella parecía la estrategia más plausible para que el franquismo aumentara su influencia diplomática y económica en América sin generar suspicacias en sus antiguas colonias. Sin embargo, para materializar este incremento de la presencia de España en América resultaba imprescindible que el régimen franquista se mostrara distanciado de cualquier tipo de connivencia con los Estados Unidos. El Gobierno de Madrid debía mostrarse ante las repúblicas latinoamericanas “*como absolutamente libre de todo lo que pudiera parecer una concomitancia de intenciones y objetivos con Estados Unidos*”¹⁴⁶. Una forma de actuar que había dado sus frutos ya en el caso de Cuba, pues, “*la actitud prudente mantenida por el Gobierno español ante el caso Castro demostraba lo conveniente que había sido el conservar una fachada limpia en las relaciones con el resto de los países*”¹⁴⁷.

Así pues, la cerrazón manifestada por Estados Unidos y la política de intransigencia mostrada por Cuba habían complicado al continente americano en los escenarios propios de la Guerra Fría. Sin embargo, había algunos aspectos positivos para España, pues las repúblicas latinoamericanas comenzaban “*a replantearse sus relaciones con Europa*”¹⁴⁸

La Revolución cubana en su enfrentamiento con los Estados Unidos estaba abriendo nuevas sendas y a través de ellas América Latina estaba comenzando a alterar las líneas sobre las que se asentaban sus relaciones exteriores. Una perspectiva que compartía con el Ministerio de Exteriores español el representante de Franco en Méjico, Joaquín Juste. El titular de la representación española en tierras mejicanas había enviado una nota al Palacio de Santa Cruz en la que valoraba lo acontecido en Costa Rica de un modo casi idéntico al sustentado por el propio Ministerio de Exteriores.

En aquella conferencia de cancilleres se había plasmado lo que todo el mundo intuía pero nadie había tenido ocasión de exponer. Para Joaquín Juste, la diplomacia estadounidense seguía incurriendo en algunos de los errores que habían presidido su tratamiento de la realidad continental a lo largo de la historia. Era evidente que Estados Unidos, en los últimos años, había moderado su actitud con respecto a sus vecinos, pero los resabios imperialistas parecían brotar con renovada vitalidad en las grandes citas y se hacían manifiestamente visibles cuando los intereses norteamericanos eran puestos en cuarentena.

En la nota procedente de Méjico, el diplomático español exponía esa mezcla de remozada moderación y de imperialismo encubierto de que hacía gala el Departamento de Estado norteamericano. Un entramado de contradicciones sobre el que iban medrando las ansias independentistas de las repúblicas hispanoamericanas. Los pueblos al sur del Río Bravo “*se sentían cada vez más independientes y menos temerosos, por lo menos desde el punto de vista moral*”¹⁴⁹. En Hispanoamérica, según reseñaba Joaquín Juste, “*el deseo de tomarse una revancha deslumbrante por las humillaciones y explotaciones pasadas*” cada día era más intenso¹⁵⁰. Una muestra evidente de que las repúblicas latinoamericanas parecían a la espera de un resarcimiento o de alguna suerte de desagravio frente a las ofensas del pasado era la tolerancia que mostraban las delegaciones latinoamericanas ante la actitud de “*desmelenado antinorteamericanismo*” con la que se desempeñaba la Revolución cubana en los foros internacionales¹⁵¹.

¹⁴⁶ *Idem.*

¹⁴⁷ *Idem.*

¹⁴⁸ *Idem.*

¹⁴⁹ *Idem.*

¹⁵⁰ *Idem.*

¹⁵¹ *Idem.*

Los países iberoamericanos “no se sentían con fuerzas para tomar una actitud descaradamente hostil” frente a Fidel Castro¹⁵². En opinión de Joaquín Juste, entre los Gobiernos latinoamericanos el rechazo a condenar la Revolución cubana venía impuesto por una doble motivación. En primer lugar por “la convicción” de que lo acontecido en Cuba constituía el reflejo de algo propio¹⁵³. El movimiento revolucionario que había estallado en Cuba, al fin y al cabo, no era otra cosa que la sublimación de los problemas que Latinoamérica tenía con los Estados Unidos. Sin embargo, además de esta primera motivación, en la que Cuba aparecía como expresión panegírica de las contradicciones entre la América anglosajona y la iberoamericana, había un segundo motivo; los Gobiernos latinoamericanos sabían que pronunciarse contra Fidel Castro podía desencadenar la ira de las “amplísimas corrientes de opinión filocubanas” que existían en Hispanoamérica¹⁵⁴. A mediados de 1960 el Primer Ministro cubano era ya un líder indiscutible para “las masas campesinas hambrientas de toda América”, y también para los que las dirigían y aleccionaban¹⁵⁵. Fidel Castro era ante todo “el opositor de los explotadores yanquis, y si además de eso era comunista, nada había en el comunismo que resultara temible ni repulsivo para esas masas”¹⁵⁶.

Ante semejante perspectiva, el diplomático español consideraba que la Administración norteamericana estaba obligada a tomar “decisiones trascendentales” en relación con los asuntos americanos¹⁵⁷. “O se hacía de una vez una política humana, dirigida a ayudar a la resolución de problemas económicos y sociales, o los pueblos del continente irían rompiendo todas sus ataduras con los Estados Unidos”¹⁵⁸. Una ruptura, que de producirse, dejaría “un vacío político evidente” que podría ser rápidamente ocupado por el comunismo¹⁵⁹.

Las noticias que iban llegando al palacio de Santa Cruz sobre la conferencia de Costa Rica apuntaban todas en el mismo sentido: la Revolución cubana estaba dejando al descubierto la debilidad de la solidaridad continental, y el Departamento de Estado norteamericano, en sus anhelos de aislar a Cuba, estaba forzando en exceso las estructuras de la organización interamericana. El embajador de España en Colombia, Sánchez Bella, informó también a su Ministerio sobre lo acontecido en Costa Rica. En el informe remitido a Madrid por Sánchez Bella se tocaron los temas apuntados por su homólogo en México, sin embargo, la nota principal fue el descontento que imperaba entre las autoridades estadounidenses: “El Departamento de Estado norteamericano había quedado poco satisfecho de las VI y VII reuniones de cancilleres”¹⁶⁰. Algo de lo que trataría de resarcirse la Administración norteamericana, según Sánchez Bella, durante la próxima reunión de los veintiuno en la capital colombiana¹⁶¹. De tal suerte que la ayuda económica prometida por Eisenhower pasaría a tener un papel preponderante en las futuras negociaciones. Sánchez Bella consideraba más que probable que “el fondo de ayuda prometido mediante un acuerdo multilateral” por Eisenhower cediera paso a una nueva modalidad de “acuerdos bilaterales”, con el fin de permitir a la Administración estadounidense utilizar aquellas ayudas a modo de “presiones políticas compensadoras”¹⁶².

Los resultados de aquellas dos conferencias en Costa Rica no arrojaban un balance positivo para la diplomacia norteamericana, algo que reflejó de forma evidente el cese del encargado de Asuntos Interamericanos. Roy Rubottom, muy activo en los preparativos de la conferencia de San José como

¹⁵² *Idem.*

¹⁵³ *Idem.*

¹⁵⁴ *Idem.*

¹⁵⁵ *Idem.*

¹⁵⁶ *Ibidem*, pág. 122.

¹⁵⁷ *Idem.*

¹⁵⁸ *Idem.*

¹⁵⁹ *Idem.*

¹⁶⁰ *Idem.*

¹⁶¹ *Idem.*

¹⁶² *Idem.*

advirtió la prensa franquista, cesó en su cargo de responsable de los Asuntos Interamericanos tras la clausura de la cita de Costa Rica¹⁶³. La salida de Rubottom parecía una muestra evidente de que la línea por él impulsada desde el triunfo de la Revolución cubana no había dado los frutos deseados. El Departamento de Estado norteamericano escenificó en San José la imposibilidad de arranca de sus vecinos algún tipo de condena o rechazo a la Revolución cubana y esta circunstancia terminó pasando factura al responsable de la política interamericana en la Administración Eisenhower.

Rubottom había errado además en su estrategia de cerco y castigo al régimen de Fidel Castro, pues, para contrarrestar las denuncias cubanas, había apostado por acusar a Cuba de establecer “*un programa de instrucción para agentes comunistas y guerrilleros, con el fin de extender la revolución comunista en Iberoamérica*”¹⁶⁴. Unas acusaciones que no podían resultar más desafortunadas, pues para las delegaciones latinoamericanas era ya noticia confirmada que la contrarrevolución cubana estaba siendo instruida en tierras guatemaltecas bajo los auspicios de las autoridades norteamericanas.

Como se recordará de capítulos precedentes, en el mes de abril Raúl Roa había ofrecido evidencias de que se estaba utilizando a Guatemala, con la connivencia de Estados Unidos, como plataforma de intervención para una futura invasión de Cuba¹⁶⁵. Según había señalado el Ministerio de Exteriores cubano, detrás de aquellos planes se encontraba el presidente guatemalteco Miguel Ydígoras Fuentes y la *United Fruit Company*¹⁶⁶.

Por lo tanto, las declaraciones de Rubottom llegaban cuatro meses después de que Roa hubiera acusado a Guatemala de utilizar su territorio como campo de entrenamiento y cabeza de puente para la invasión de Cuba. De este modo, la estrategia del diplomático norteamericano resulta tan insulsa como inane la “Declaración de Guatemala”, exhibida por la delegación guatemalteca en San José de Costa Rica para acusar a Cuba de poner “*en peligro la paz y la seguridad de América*” debido a las connivencias con el bloque soviético¹⁶⁷. En la conferencia de cancilleres de Costa Rica Estados Unidos había tenido en Guatemala a un fiel escudero y ambos países se habían mostrado decididamente contumaces en la defensa de la tesis de la exportación del modelo revolucionario cubano. Estados Unidos, secundado por Guatemala, había señalado que las autoridades cubanas estaban inmersas en labores de formación de grupos guerrilleros prestos a intervenir en el continente. Una acusación que perdía credibilidad para el resto de repúblicas al estar ambos países involucrados en la recluta contrarrevolucionaria y en los preparativos de contingentes armados dispuestos a desembarcar en Cuba.

Como consecuencia de lo presentado hasta el momento, no resulta aventurado señalar que las reuniones de cancilleres americanos del mes de agosto de 1960 habían arrojado resultados poco favorables para la convivencia entre las naciones americanas. La conferencia de San José de Costa Rica había sembrado la incertidumbre en América; había dejado a la República Dominicana aislada económica y diplomáticamente de sus vecinos, convirtiendo al régimen de Ciudad Trujillo en una suerte de paria a nivel continental, y, por último, había errado el tiro al tratar de abatir a la Revolución cubana al hacer uso de unos alegatos escasamente fundados y poco convincentes. Ante este pobre balance, la doble reunión de Costa Rica estaba muy lejos de erigirse en la conferencia exitosa que de cara a los medios de comunicación publicitaban los voceros del Departamento de Estado norteamericano.

¹⁶³ *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6525. Madrid: miércoles, 24 de agosto de 1960, pág. 2. Diario.

¹⁶⁴ *Idem*.

¹⁶⁵ *Diario de la Marina* (Año CXXVIII). Núm. 97. La Habana: domingo, 24 de abril de 1960, pág. 1A. Diario.

¹⁶⁶ *Idem*.

¹⁶⁷ Véanse las actas finales de la VII Reunión de Ministros Relaciones Exteriores: *Op. Cit.*, pág. 13.

Los resultados cosechados en Costa Rica no podían ser más desalentadores para la diplomacia norteamericana. Cuba no había recibido las sanciones que pendían ya de la República Dominicana y la conferencia sólo había servido para explicitar la división continental. Además, había dejado patente la debilidad argumental de los Estados Unidos frente a las reivindicaciones cubanas. El resultado de la conferencia no arrojaba por tanto resultados concluyentes, pues los debates no habían concedido la posibilidad de triunfos evidentes ni tampoco de claras derrotas: la Revolución cubana no había salido victoriosa de aquella cita, pero la diplomacia norteamericana tampoco había alcanzado los objetivos que se había propuesto. Sin embargo, la gran perjudicada parecía haber sido la OEA como institución, pues parecía incapaz de ofrecer acuerdos satisfactorios para todas las partes. La “Declaración de San José” había sido acompañada de tal volumen de anexos y declaraciones aledañas que hacían de su deficiente articulado anécdota y no núcleo de las conclusiones de la VII reunión de cancilleres. Después de las jornadas de debates, acusaciones, incisos y renunciaciones, la conferencia tornaba a fin dejando constancia de que el mayor damnificado en aquella justa había sido el sistema interamericano, pues, en Costa Rica, la OEA había mostrado de forma evidente las fisuras y problemas que la adornaban.

A tenor de la documentación diplomática y periodística analizada no resulta fácil llegar a la conclusión de que aquella conferencia pudiera tomarse como una derrota para la delegación cubana. Sin embargo, quizás debido al publicitado, celebrado y a la postre ilusorio triunfo norteamericano o quizás también fruto de los deseos de Cuba de romper con aquella organización regional de la que no reconocía autoridad alguna, lo cierto es que la dirigencia revolucionaria asumió la Declaración de San José y las resoluciones de la VII reunión de cancilleres como una afrenta a la nación cubana y a la soberanía del resto de los países latinoamericanos.

10.4 La conferencia de San José de Costa Rica en los medios cubanos

El mismo día en que la conferencia de Costa Rica se dio por clausurada, Fidel Castro tomó la palabra para exponer en su primera aparición pública sus conclusiones sobre lo acontecido en la reunión de cancilleres. Su valoración sobre la actitud mostrada por los Gobiernos latinoamericanos no pudo ser más negativa. Sus comentarios resultaron sumamente duros, pues contenían una carga hiriente para la mayoría de los cancilleres y por extensión para los Gobiernos a los que representaban.

Una circunstancia que no pasó desapercibida para Indalecio Prieto en el análisis acometido desde las páginas de *El Socialista* y tampoco para la diplomacia franquista. El embajador español en Colombia, Sánchez Bella, señaló en los días posteriores a la cumbre de Costa Rica que Fidel Castro no parecía “darse cuenta de que la verdadera protección de su régimen” estaba cimentada “en el considerable influjo que su política antimperialista” ejercía “en el seno de una amplia opinión de Hispanoamérica”¹⁶⁸. Más que la coherencia soviética, el empuje de Fidel Castro estaba en el poder de seducción que ejercía sobre determinados sectores políticos del continente. Un caudal de poder e influencia que, según Sánchez Bella, estaba siendo malgastado de forma imprudente a través de la postura sostenida por la dirigencia revolucionaria en sus relaciones con los Gobiernos latinoamericanos¹⁶⁹. Tomando esta idea como base, Silvia Enrich, historiadora de las relaciones diplomáticas entre Hispanoamérica y España, señala en su obra que tras la conferencia de San José de Costa Rica Fidel Castro había cerrado las puertas a la posibilidad de captar la solidaridad de “las fuerzas reformistas de Iberoamérica”¹⁷⁰.

¹⁶⁸ Enrich, Silvia: *Op. Cit.*, pág. 122.

¹⁶⁹ *Idem.*

¹⁷⁰ *Idem.*

Una argumentación que había sido también abordado por Indalecio Prieto desde *El Socialista*, pues, según su opinión, los excesos verbales de Fidel Castro tras la conferencia de Costa Rica no beneficiaban a la causa cubana. Las repúblicas latinoamericanas habían mostrado una posición frente al proceso cubano que en ningún caso podía tomarse como homogénea. En el tratamiento dado a Cuba por los Gobiernos latinoamericanos había grados, diferencias y matices, por lo tanto, la dirigencia revolucionaria no podía actuar sin contemplar esta diversidad de pareceres ni podía utilizar el mismo rasero para evaluar a todas las repúblicas latinoamericanas.

Sobre este particular Indalecio Prieto exponía su razonamiento a través de una pregunta retórica que él mismo se apresuraba a responder: “¿Qué necesidad tienen Fidel Castro y sus colaboradores de ofender a los Gobiernos de Repúblicas hermanas, cualesquiera que haya sido su actitud en Costa Rica? La causa cubana nada gana con ello; al contrario, se perjudica”¹⁷¹. Según el líder socialista, el violento diálogo sostenido por largo tiempo entre Washington y La Habana parecía “haber viciado el lenguaje de los oradores habaneros”¹⁷². Una circunstancia que había terminado por propiciar injustos ataques de la dirigencia revolucionaria contra los Gobiernos latinoamericanos que en nada ayudaban a Cuba, pues la revolución se enajenaba simpatías que podían ser enfrentadas a “la implacable antipatía yanqui” que permanecía latente en el sentir latinoamericano¹⁷³.

Falangistas y socialistas mostraban cierta sintonía en su análisis sobre los errores cometidos por la dirigencia revolucionaria, algo que sin duda invita a la reflexión y nos pone en la senda de los más que posibles excesos de la dirigencia revolucionaria a raíz de la conferencia de San José. Sin embargo, el Gobierno cubano, por boca del primer ministro, no optó por la moderación y dio rienda suelta a su descontento. Como se ha indicado, Fidel Castro acometió su valoración de lo acontecido en San José de Costa Rica en su primera aparición pública, que tuvo lugar el día 29 de agosto en el acto de graduación de los maestros voluntarios a su regreso de la Sierra Maestra.

El primer ministro cubano reservó la parte final de su alocución ante el profesorado para mostrar su desagrado con lo que había sucedido en Costa Rica. Comenzó por señalar las falsas esperanzas que la prensa revolucionaria habanera había despertado en la población cubana sobre la posibilidad de que se produjera una rebelión de los Gobiernos de América frente al poder estadounidense. Algo que evidentemente no se había producido.

Fidel Castro consideraba toda una ingenuidad “creer que las cancillerías se iban a sublevar contra las órdenes de Washington”¹⁷⁴. Una candidez en la que había caído la prensa cubana al confundir deseos con realidad, pues, según la opinión de Fidel Castro, la rebeldía pretendida se había tornado en pudor y vergüenza¹⁷⁵. Esto dos sentimientos habían sido los únicos que habían podido mostrar las cancillerías para tratar de disimular “su triste y penosa situación”¹⁷⁶. El primer ministro cubano señalaba que aquello era lo máximo que se podía esperar de las sometidas cancillerías americanas. Con cierta sorna, el líder revolucionario señalaba que Cuba podía darse por satisfecha con aquellas tímidas muestras de mala conciencia, porque jamás la palabra vergüenza y la palabra pudor habían tenido la “necesidad de cobrar sentido en la conferencia de la OEA”¹⁷⁷. Cuando Guatemala había pasado por aquel trance, las repúblicas latinoamericanas ni siquiera habían mostrado aquella

¹⁷¹ *El Socialista* (Año XV). Núm. 6050. Toulouse: jueves 22 de septiembre de 1960, pág. 3. Semanario.

¹⁷² *Idem*.

¹⁷³ *Idem*.

¹⁷⁴ *Bohemia* (Año LII). Núm. 36. La Habana: domingo, 4 de septiembre de 1960, pág. 51. Semanal.

¹⁷⁵ Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba. 1960. Año de la Reforma Agraria: “Discurso pronunciado en el acto de Graduación de los Maestros Voluntarios a su regreso de la Sierra Maestra, celebrado en el Teatro Auditórium, La Habana, el 29 de agosto de 1960”.<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1960/esp/f290860e.html> (Consultado: 18-04-2014).

¹⁷⁶ *Bohemia* (Año LII). Núm. 36. La Habana: domingo, 4 de septiembre de 1960, pág. 51. Semanal.

¹⁷⁷ *Idem*.

vergüenza. Sin embargo, en el caso cubano las delegaciones americanas se habían visto obligadas a “*exhibir durante algún tiempo cierto pudor para cubrir sus desnudeces*”, hasta que Mr. Herter les había arrancado “*de una vez la hojita de parra*”¹⁷⁸.

La conferencia por tanto había tenido el desenlace que cabía esperar: las cancillerías habían traicionado al pueblo hermano que había sido agredido y no habían dudado en situarse al lado del “*poderoso imperio yanqui*”¹⁷⁹. La Administración norteamericana dominaba el continente y era capaz de lanzar al resto de las repúblicas contra aquellas que osaran alzar la voz o no asumieran el mandato imperial.

Cuba no respondía al patrón exigido por los Estados Unidos, porque de todos era conocido, según apuntaba el líder cubano, la especial predilección que la diplomacia norteamericana sentía por los regímenes dictatoriales y colonialistas. Estados Unidos prohibaba, apadrinaba y protegía “*a los regímenes sociales más reaccionarios y atrasados del mundo*” y castigaba con severidad a aquellos que pretendían salir de su atraso sin pedirle permiso o sin contar con su tutela¹⁸⁰. Fidel Castro se mostraba inclemente con la Administración estadounidense y en su discurso iba encadenando preguntas que él mismo se encarga de responder o que traían implícita la respuesta: “*¿Qué es el gobierno de Estados Unidos hoy, sino el gobierno que se asocia a las castas y a los grupos más retrógrados del mundo; el que respalda a Franco, en España, o respalda el coloniaje en todos los países del mundo?*”¹⁸¹

En el tono convincente y suasorio que el líder cubano gustaba de utilizar iba construyendo un discurso en el que el ataque a los Estados Unidos se iba complementando con la crítica a las repúblicas latinoamericanas, tomando a su vez al régimen franquista para ejemplificar el tipo de gobierno por el que el Departamento de Estado norteamericano sentía especial predilección. De aquella inectiva sólo excluía el primer ministro cubano a algunos cancilleres que, a pesar de representar a su país ante el foro americano, no había podido soportar “*la repugnancia*” que les producía lo que se estaba cocinando en Costa Rica¹⁸². Estos cancilleres recibían la absolución del líder cubano, pues, a pesar de las “*órdenes estrictas y directas de sus respectivos gobiernos*” y de las fuertes presiones del Departamento de Estado norteamericano, habían ofrecido resistencia a secundar lo que pretendía sacar adelante el conclave de Costa Rica¹⁸³.

Fidel Castro no mencionó el nombre de ninguno de estos cancilleres, pero en la mente de todos estaban los nombres de los ministros de Exteriores venezolano y peruano, Ignacio Luis Arcaya y Raúl Porras Barrenechea. Según la versión ofrecida por Indalecio Prieto, los Gobiernos de Venezuela y del Perú habían sostenido una postura ante la OEA que no era compartida por sus plenipotenciarios¹⁸⁴, el venezolano Arcaya y el peruano Porras Barrenechea.

Estas muestras de disenso entre cancilleres y Gobiernos latinoamericanos se evidenciaron en el momento en que tuvieron que adoptarse las resoluciones finales y vinieron a unirse al impacto que generó la retirada de Raúl Roa y la delegación cubana de la VII reunión de cancilleres antes de que ésta emitiera sus conclusiones. La salida de Roa arrastró tras de sí a los delegados de Venezuela y Perú, según señaló Carlos Lechuga, embajador cubano ante la OEA¹⁸⁵. Lechuga, profundo conocedor del funcionamiento de aquellas conferencias y también del carácter de los delegados presentes en

¹⁷⁸ *Idem.*

¹⁷⁹ *Idem.*

¹⁸⁰ *Idem.*

¹⁸¹ *Idem.*

¹⁸² *Idem.*

¹⁸³ *Idem.*

¹⁸⁴ *El Socialista* (Año XV). Núm. 6050. Toulouse: jueves 22 de septiembre de 1960, pág. 3. Semanario.

¹⁸⁵ *Bohemia* (Año LII). Núm. 37. La Habana: domingo, 11 de septiembre de 1960, pág. 45. Semanal.

aquella cita, destacó en un artículo publicado para *Bohemia* los reparos presentados por las delegaciones de Méjico, Venezuela y Perú a lo acordado en San José¹⁸⁶. En unos casos la negativa a secundar la postura norteamericana fue matizada y estuvo consensuada entre Gobierno y delegación, como fue el caso de Méjico; en otros, el rechazo fue mayor, pero corrió a cargo del delegado y no contó con el apoyo de su Gobierno, como sucedió con Venezuela y el Perú.

De todos modos, la lista de desafecciones parecía incluso más larga: hubo alguna otra delegación en la que las desavenencias en torno a lo acordado en Costa Rica también parecían haber surgido. Como ya hemos apuntado, el diario *Pueblo* publicó a finales de agosto que el ministro de Exteriores argentino, Diógenes Taboada, había dimitido de su cargo debido a diferencias con su Gobierno¹⁸⁷. Unas divergencias que se apresuró a desmentir el ministro interino colocado por el Gobierno de Frondizi, quien negó cualquier tipo de problema y aseguró que la postura sostenida por Argentina ante la conferencia de la OEA “*habían sido debidamente tratada antes de la marcha de Taboada*” y que por lo tanto no existía disenso alguno entre delegación y Gobierno¹⁸⁸. Sin embargo, como no podía ser de otro modo, el ruido existió y la duda quedó.

En la conferencia de Costa Rica se habían registrado desavenencias, de todos modos, y quizás debido a la confusión que reinaba en aquellos primeros momentos, Fidel Castro se abstuvo de personificar su absolución en canciller alguno, pues no existían certezas sobre si los díscolos habían sido relevados en sus cargos o habían dimitido *motu proprio*, una circunstancia que no había sido suficientemente aclarada y sobre la que circulaban todo tipo de rumores. No obstante, más allá del carácter de las renuncias o de las motivaciones de los relevos al frente de las delegaciones latinoamericanas, lo que resultaba evidente es que en el conclave costarricense había estado en juego la autoridad norteamericana y ante aquella premisa no cabía la disidencia.

Los cancilleres reacios a comulgar con lo acordado en San José habían sido sustituidos u obligados a adoptar la postura defendida por la Administración norteamericana. Y es que, en aquel momento definitorio, la diplomacia estadounidense no estaba dispuesta a ceder terreno ante la díscola Cuba. El Departamento de Estado norteamericano sabía que tenía que asegurarse el voto favorable de las delegaciones latinoamericanas, de lo contrario su liderazgo continental saldría maltrecho. Como señaló el primer ministro cubano, las repúblicas sureñas tenían que refrendar la postura estadounidense y la Administración de Eisenhower no dudó en presentarse en Costa Rica “*con la bolsa de millones en una mano y con el garrote en la otra mano*” para ganar el favor de los indecisos o de los renuentes a sumarse al acuerdo¹⁸⁹.

Fidel Castro hablaba directamente de chantaje económico y de sometimiento por el miedo en la conferencia de San José. El Gobierno estadounidense había preparado aquella cita de forma concienzuda, primero le había arrebatado la cuota azucarera a Cuba y después la había repartido entre otros Gobiernos de América “*antes de ir a la conferencia a discutir las agresiones a Cuba*”¹⁹⁰. La Administración estadounidense, en plena conferencia, le había dado legitimidad legal al crédito «*de 500 millones de dólares para “ayudar” a esos gobiernos que estaban reunidos en Costa Rica*» y por último, también en medio de la conferencia, había acordado “*un crédito de 100 millones de dólares para Chile*”, todavía convaleciente del terremoto sufrido en los meses precedentes¹⁹¹.

¹⁸⁶ *Ibidem*, págs. 44, 42 y 68.

¹⁸⁷ *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6529. Madrid: lunes, 29 de agosto de 1960, pág. 24. Diario.

¹⁸⁸ *Idem*.

¹⁸⁹ *Bohemia* (Año LII). Núm. 36. La Habana: domingo, 4 de septiembre de 1960, pág. 51. Semanal.

¹⁹⁰ *Idem*.

¹⁹¹ *Idem*.

Un reparto de prebendas que, como no podía ser de otra forma, contribuía a inclinar la balanza de las repúblicas latinoamericanas en favor del oferente. “*Cuba, su Gobierno y su Cancillería*”, sin embargo, según exponía Fidel Castro, sí podían rebelarse contra el dominio del imperio, porque Cuba no era “*el gobierno de los privilegios*”; porque no era “*el gobierno de la oligarquía*”, ni “*de los generales y los coroneles*”; porque no era el Gobierno de “*las misiones militares americanas*”, y porque, en definitiva, no era “*el gobierno de los garroteros, ni de los especuladores, ni de los latifundistas, ni de los explotadores, ni de los monopolios norteamericanos*”¹⁹².

El discurso del primer ministro era vitoreado e interrumpido por el aplauso y la arenga de los maestros convocados, mientras Fidel Castro llamaba a la calma y señalaba que el Gobierno de Cuba estaba con los pueblos de América y que por lo tanto no podía esperar que “*los sectores conservadores*” que gobernaban en “*las naciones hermanas de América*” salieran en defensa de la Revolución cubana¹⁹³. “*La oligarquía militar y la oligarquía económica*” que gobernaba a los pueblos de América y “*los partidos archiconservadores*” que determinaban la política de las naciones del continente ni podían ni querían “*escenificar una rebelión contra el imperio yanqui*”¹⁹⁴.

Estados Unidos, además, ni siquiera se comportaba como un patrón agradecido, pues, según exponían Fidel Castro en su alocución, ni siquiera había tenido el pudor de salvar la cara de los Gobiernos que le servían en el foro americano, pues la Administración norteamericana los había dejado inermes “*frente al sentimiento de los pueblos hermanos de América*”¹⁹⁵. El imperialismo, de este modo, había hecho uso de sus servidores como tantas otras veces y después los había dejado solos antes sus respectivos pueblos, ante los cuales tenían que defenderse por haber aceptado “*la impúdica política de la aprobación de 500 millones de pesos y el reparto de la cuota cubana*”¹⁹⁶: el precio con el que los Estados Unidos habían comprado el apoyo de las naciones americanas para la salvaguarda de los intereses del imperialismo norteamericano en Cuba.

El imperialismo, como apostillaba de forma enfática el líder cubano, había desnudado a sus servidores ante sus pueblos respectivos. Una situación que había tenido ya consecuencias inmediatas en algunos países. Éste era el caso de Venezuela, como señalaba el primer ministro cubano. El pueblo venezolano, en aquella jornada en que Fidel Castro se dirigía a los maestros cubanos, se manifestaba ya en las calles “*protestando contra la traición de Costa Rica*”¹⁹⁷. Una protesta a la que se sumaron setenta y ocho miembros del Congreso de Venezuela, reunidos aquella misma tarde para hacer visible su desacuerdo con lo acordado en San José¹⁹⁸.

Fidel Castro hacía notar entonces que Venezuela, como pueblo, no respondía a los criterios de la Embajada norteamericana y que se mantenía incólume ante las presiones que había tenido que sufrir. Venezuela era la patria de Simón Bolívar y de este país habían surgido los “*soldados que dieron la libertad a la mitad del continente sudamericano*”¹⁹⁹.

Fidel Castro pasaba poco después a señalar las diferencias que había entre los pueblos de América y “*un grupo de muñecos en una conferencia de la OEA*”²⁰⁰. La organización americana había dejado al descubierto su verdadera naturaleza y ésta no respondía a los intereses de Latinoamérica ni a la de

¹⁹² *Ibidem*, págs. 50 y 51.

¹⁹³ “Discurso pronunciado en el acto de Graduación de los Maestros Voluntarios a su regreso de la Sierra Maestra, celebrado en el Teatro Auditórium, La Habana, el 29 de agosto de 1960”: *Op. Cit.*

¹⁹⁴ *Idem*.

¹⁹⁵ *Bohemia* (Año LII). Núm. 36. La Habana: domingo, 4 de septiembre de 1960, pág. 51. Semanal.

¹⁹⁶ *Idem*.

¹⁹⁷ “Discurso pronunciado en el acto de Graduación de los Maestros Voluntarios a su regreso de la Sierra Maestra, celebrado en el Teatro Auditórium, La Habana, el 29 de agosto de 1960”: *Op. Cit.*

¹⁹⁸ *Idem*.

¹⁹⁹ *Idem*.

²⁰⁰ *Idem*.

sus pueblos, sino a los exclusivos y excluyentes de los Estados Unidos. El líder cubano aseveraba a continuación que había tenido que surgir un movimiento revolucionario como el que estaba teniendo lugar en Cuba para que se evidenciara definitivamente lo que significaba y lo que defendía la OEA.

Cuba no había llevado su revolución al foro americano para exponerla a debate, pues ni la dirigencia revolucionaria ni el pueblo que la sustentaba querían comprometer al continente. El imperialismo norteamericano era el único interesado en discutir los asuntos cubanos en el seno de la OEA. Sin embargo, no había tenido el arrojo de acometer aquella iniciativa en solitario: el Departamento de Estado norteamericano había colocado a *“las cancillerías de América en el tremendo dilema de ponerse o junto al pueblo heroico de Cuba, o junto al imperio explotador y agresivo del norte”*²⁰¹. Estados Unidos, y no Cuba, había sido el que había colocado a las repúblicas latinoamericanas en tan vergonzosa situación ante sus propios pueblos.

Los Gobiernos de América habían traicionado a sus pueblos como en tantas ocasiones. Sin embargo, en aquel trance de Costa Rica, la deslealtad de los gobernantes para con los pueblos había resultado sumamente evidente y aquello traería consecuencias. Entre ellas Fidel Castro señalaba *“el aumento de la conciencia política”* de los pueblos²⁰², pues la Revolución cubana resultaba demasiado próxima a los problemas americanos como para no ser tenida en cuenta.

Fidel Castro entraba entonces a valorar lo que significaba el proyecto cubano y dirigiéndose a la audiencia de docentes que le escuchaba señaló: *“¡Esta es una Revolución que habla en español! ¡Esta es una Revolución que habla un lenguaje demasiado inteligible para los pueblos hermanos de América!”*²⁰³. La Revolución cubana se presentaba así como un movimiento de catarsis que no sólo involucraba al pueblo de Cuba, sino que apelaba también a todo el continente por recrearse en un escenario compartido. La Revolución cubana estaba *“luchando contra intereses explotadores demasiado conocidos por los pueblos de América”* como para ser ignorada o maltratada por los mandatarios latinoamericanos²⁰⁴. Dadas las premisas sobre las que se estaba construyendo el proyecto cubano, resultaba imposible que los pueblos hispanoamericanos no entendieran y no se sintieran solidarios con aquella revolución que hablaba su propio idioma y en la que *“cada palabra, cada conquista y cada victoria”* tenía claras reminiscencias para aquellos pueblos que compartían cultura y territorio²⁰⁵.

Fidel Castro machacaba estos conceptos de forma insistente y hacía de la cultura y la historia compartida una trinchera en la que parapetarse. El imperio hablaba un lenguaje distinto, lo hacía en inglés, y defendía conceptos diferentes a los propios y compartidos por los pueblos de América Latina. Ante aquella diferencia, palpable y fácil de constatar, Fidel Castro señalaba que los propósitos de la diplomacia estadounidense estaban condenados al fracaso, pues *“una cosa era manejar cancilleres, y otra cosa era manejar pueblos”*²⁰⁶.

Costa Rica era pues una lección para los pueblos de América que hablaban *“el mismo idioma”* y que sangraba por *“la misma herida”*²⁰⁷. Unos pueblos que no olvidarían aquella traición de sus cancillerías. Partiendo de aquella idea, Fidel Castro señalaba que Estados Unidos había ido a Costa Rica simplemente a discutir el precio del apoyo. Los mandatarios estadounidenses jamás se habían preocupado de prestar ayuda alguna a América Latina, pero la irrupción de la Revolución cubana y

²⁰¹ *Idem.*

²⁰² *Idem.*

²⁰³ *Bohemia* (Año LII). Núm. 36. La Habana: domingo, 4 de septiembre de 1960, pág. 51. Semanal.

²⁰⁴ *Idem.*

²⁰⁵ “Discurso pronunciado en el acto de Graduación de los Maestros Voluntarios a su regreso de la Sierra Maestra, celebrado en el Teatro Auditórium, La Habana, el 29 de agosto de 1960”: *Op. Cit.*

²⁰⁶ *Bohemia* (Año LII). Núm. 36. La Habana: domingo, 4 de septiembre de 1960, pág. 51. Semanal.

²⁰⁷ *Idem.*

el temor que inspiraba la justicia que entrañaba habían obligado a la Administración Eisenhower a repartir parte de “los jugosos dividendos que obtenía en América”²⁰⁸. La cantidad desembolsada tenía que servir entonces de estímulo a la Revolución cubana, pues cuanto “más alta” fuera “la voz de Cuba”, “más alto” sería “el precio a pagar”; cuanto “más firme” fuera “la posición de Cuba” y cuanto mayor fuera la “influencia de la Revolución Cubana en América Latina”, más altos serían los emolumentos a abonar²⁰⁹.

Fidel Castro hacía hincapié en que al Departamento de Estado norteamericano no le había preocupado en ningún momento el resultado de la cumbre, pues lo conocía de antemano. Sobre este particular el líder cubano no albergaba duda alguna: “El Gobierno de Estados Unidos sabía que cuando su Secretario de Estado les hablara fuerte a los cancilleres, los cancilleres obedecerían inmediatamente”²¹⁰. Tal era así, que, en realidad, lo único que se había aclarado en Costa Rica era el precio del favor latinoamericano. La única preocupación de la diplomacia estadounidense había pasado por el coste que se tendría que pagar por aquella operación. El prestigio que portaba la revolución y el temor que infundía en las autoridades norteamericanas habían propiciado que los honorarios destinados para ganar voluntades fueran ya elevados. La Administración norteamericana se había visto obligada a pagar “600 millones de dólares”²¹¹. Aquel precio era la muestra evidente de que el imperio solo se conmovía cuando los pueblos oprimidos se rebelaban a su dominio y, según Fidel Castro, aquella tenía que ser la lección que América Latina debía de sacar de la conferencia de Costa Rica.

Los emolumentos desembolsados por Estados Unidos eran considerables, pero el líder cubano señalaba que nadie se podía llevar a engaños con aquel aporte de millones. Las cantidades anunciadas por la Administración norteamericana no llegarían al pueblo, “se quedarían entre los dedos de las insatiadas oligarquías” que gobernaban en las naciones vecinas²¹². Aquello venía también a demostrar que los Estados Unidos compraban a las clases dirigentes porque a los pueblos no se los podía comprar.

Las conclusiones por tanto eran demoledoras, pues los que habían creído “que el imperialismo iba a ser derrotado en una reunión de dóciles cancilleres”, que no representaban otra cosa que “la reacción y el espíritu conservador de América”, habían creído ingenuamente²¹³. Al imperialismo no se le podía derrotar en una reunión de cancilleres rendida al capricho de los intereses estadounidenses. Al imperialismo, lo derrotarían los pueblos. Cuba ya lo estaba haciendo, pues a cada envite del poder norteamericano el país ganaba en fortaleza y en conciencia revolucionaria, ganaba en unidad y capacidad de impugnación. Y, por eso, Cuba como nación debía dar una respuesta a la Declaración de Costa Rica. Una proclama que tendría como escenario la Plaza Cívica de La Habana. Fidel Castro hacía saber a su audiencia que el pueblo cubano quedaba emplazado en el foro habanero para dar una respuesta a los cancilleres, a la Administración norteamericana y a la OEA a través de lo que terminaría pasando a la historia como “la Primera Declaración de La Habana”.

La población cubana, la de oriente y la de occidente, fue convocada entonces para dar cumplida réplica a los Estados Unidos y a sus corifeos el viernes día 2 de septiembre. Fidel Castro señalaba que tenía que ser la mayor de todas las concentraciones realizadas en La Habana hasta aquel momento; a

²⁰⁸ “Discurso pronunciado en el acto de Graduación de los Maestros Voluntarios a su regreso de la Sierra Maestra, celebrado en el Teatro Auditórium, La Habana, el 29 de agosto de 1960”: *Op. Cit.*

²⁰⁹ *Idem.*

²¹⁰ *Idem.*

²¹¹ *Bohemia* (Año LII). Núm. 36. La Habana: domingo, 4 de septiembre de 1960, pág. 51. Semanal.

²¹² “Discurso pronunciado en el acto de Graduación de los Maestros Voluntarios a su regreso de la Sierra Maestra, celebrado en el Teatro Auditórium, La Habana, el 29 de agosto de 1960”: *Op. Cit.*

²¹³ *Idem.*

esa asamblea no debía faltar ni un solo obrero, ni un solo campesino. Junto a ellos debían estar también los estudiantes, los patriotas, todos debían comparecer para dar fe de la posición de Cuba como respuesta a la Declaración de Costa Rica²¹⁴. Una cita en la que se debería mostrarse la entereza y la decisión de Cuba para defender su territorio ante “*cualquier fuerza*” que intentara invadir el país²¹⁵. El imperialismo debía tener presente que en Cuba se encontraría a un pueblo decidido a defender su soberanía y también la del resto de los pueblos de América.

Cuba, de este modo, sería libre y soberana o no sería. Y en la defensa de estos objetivos no habría vacilaciones. Un mensaje que transmitiría la Revolución cubana en asamblea general desde la Plaza Cívica. En aquel escenario daría el pueblo cubano firme respuesta a los intentos de aislar a Cuba del continente bajo el pretexto de preservar a América de la intervención soviética. Una intervención, que como enfatizó Fidel Castro era condicional y que en ningún caso se materializaría si no mediaba en ello la agresión norteamericana. El desenlace final quedaba a expensas de la actitud que mostrara el Departamento de Estado norteamericano, de tal suerte que la URSS no podía ser considerada injerencista sino garante de soberanía para Cuba.

Cuba, según señaló Fidel Castro, no renunciaría al apoyo soviético, hacerlo supondría condenar a la revolución, pues Estados Unidos se abalanzaría sobre la Isla sin contemplaciones. Un escenario sobre el que había reflexionado también el líder socialista Indalecio Prieto. La URSS se mostraba así como garantía para Cuba, pues de no existir el freno soviético la Casa Blanca terminaría por acudir a sus fuerzas militares para someter a los cubanos. Una posibilidad sobre la que el líder cubano no albergaba rastro de duda. Fidel Castro estaba seguro de la intervención estadounidense si Cuba renunciaba al apoyo soviético, una certeza que era compartida también por el dirigente socialista español. Una muestra evidente de la predisposición norteamericana para intervenir en Cuba se había escenificado sin rastro de rubor en las declaraciones procedentes del Pentágono durante la reunión de Costa Rica. El Pentágono había manifestado “*que sus tropas, sus paracaidistas y sus infanterías de marina*” estaban listas para, en caso de necesidad, actuar inmediatamente en el Caribe²¹⁶. Aquel pronunciamiento, calificado por Fidel Castro de “*desfachatez insólita*”, no hacía más que revelar cuales eran los verdaderos planes de la Administración estadounidense en Cuba²¹⁷. Frente aquella “*bravuconería*” la revolución contaba con el poder del pueblo que no esperaría orden alguna para defender el territorio²¹⁸. Si Estados Unidos pretendía atacar Cuba, el enfrentamiento sería enconado, en ningún caso sería un “*paseo militar*” para los marines²¹⁹. Las tropas norteamericanas no encontrarían en Cuba una “*Guatemala*”, sino un “*Waterloo*”²²⁰.

En Cuba se estaba viviendo una revolución social que había puesto “*fin a la explotación y al privilegio*” y que además estaba sólidamente enraizada en la nación y en el continente²²¹. Y esa realidad, si no era entendida y asumida por los Estados Unidos, el pueblo de Cuba tendría que recordársela a las autoridades norteamericanas, una vez más y las veces que fueran necesarias.

El viernes día 2 de septiembre a las tres de la tarde Cuba se pronunciaría de nuevo en la Plaza Cívica y lo haría “*en asamblea general del pueblo, para dar respuesta a la Declaración de Costa Rica*” y también para hacerle ver a la Administración norteamericana que el coloniaje, el imperio y la

²¹⁴ *Bohemia* (Año LII). Núm. 36. La Habana: domingo, 4 de septiembre de 1960, págs. 50 y 51. Semanal.

²¹⁵ *Ibidem*, pág. 51.

²¹⁶ *Idem*.

²¹⁷ “Discurso pronunciado en el acto de Graduación de los Maestros Voluntarios a su regreso de la Sierra Maestra, celebrado en el Teatro Auditórium, La Habana, el 29 de agosto de 1960”: *Op. Cit.*

²¹⁸ *Idem*.

²¹⁹ *Idem*.

²²⁰ *Idem*.

²²¹ *Idem*.

explotación eran conceptos ya desterrados del suelo cubano²²². Fidel Castro finalizaba su alocución después de haber tratado en extensión y durante horas los asuntos de Cuba, de la OEA y del continente en general y lo hacía con las tradicionales arengas que ya formaban parte del acervo revolucionario: fortalecerse, prepararse, atrincherarse y tener presente la consigna de la revolución, “*patria o muerte, venceremos*”²²³.

Los contenciosos internos y externos que el proceso revolucionario traía aparejados terminaban como siempre por canalizarse a través de las pautas fijadas por Fidel Castro, pero en esta ocasión el líder cubano había sido el primero en dar su parecer. A diferencia de otras ocasiones, el primer ministro no había dejado tiempo para que las diferentes tendencias que se apretaban en torno a la dirigencia revolucionaria tuvieran tiempo de exponer sus puntos de vista. Fidel Castro fue el primero en pronunciarse, lo hizo con suma celeridad y su posición determinó por entero el curso de los análisis acometidos por la prensa cubana. Y es que, también por primera vez, Fidel Castro había enviado un mensaje de claro reproche a la prensa revolucionaria debido a su ingenuidad. Una prensa que, haciendo gala de cierta candidez, había llegado a pensar que las delegaciones latinoamericanas terminarían por rebelarse contra el mandato norteamericano.

Las cancillerías latinoamericanas no habían alzado la voz contra la potencia hegemónica porque defendían intereses parejos a ésta. Fidel Castro lanzaba así un duro ataque contra los Gobiernos de las repúblicas latinoamericanas y hacía una distinción clara entre Gobiernos y gobernados en Hispanoamérica. Cuba estaba con los pueblos de América y los Gobiernos de éstos con el imperio norteamericano. Si alguna concesión hubo a los cancilleres, ésta fue a título individual, pues algunos habían mostrado sus escrúpulos a la hora de asentir con sumisión el mandato de Washington.

La revista *Bohemia* reprodujo las palabras de Fidel Castro, pero pulió las aristas del discurso: eliminó aquellos pasajes que hacía alusión a la ingenuidad mostrada por la prensa en los días previos a la conferencia de Costa Rica y pasó por alto también los calificativos más gruesos dedicados por el primer ministro a las repúblicas latinoamericanas. Sin embargo, esto no significó que la revista habanera optara por la moderación en su línea argumental y editorial; más bien todo lo contrario. La prensa cubana, con *Bohemia* a la cabeza, se mostró más fidelista que el propio Fidel y construyó un discurso apegado a las líneas maestras trazadas por el líder revolucionario.

La consigna había sido lanzada de antemano y la revista *Bohemia* captó el sentido que había que darle a lo acontecido en San José de Costa Rica. De tal suerte que *Bohemia* se mostró todavía más dura que Fidel Castro a la hora de valorar la conferencia de cancilleres. Uno de los análisis más crudos se desarrolló bajo la firma de Euclides Vázquez Candela en la primera entrega de septiembre. El trabajo de Vázquez Candela, subdirector del diario *Revolución*, se presentaba bajo un título que no arrojaba atisbo de duda sobre las intenciones que albergaba: “*Bajo el signo del terror y el soborno. La OEA contra América*”²²⁴. El análisis acometido en aquel artículo comenzaba señalando que cuatro habían sido “*los personajes históricos directa o indirectamente acusados*” en Costa Rica: “*Los Estados Unidos, el subdesarrollo económico, Cuba y los regímenes que encabezan el mundo socialista*”²²⁵.

Sin embargo, en aquel juicio interamericano, el verdadero problema estaba, más que en los encausados, en la magistratura llamada a pronunciarse. Vázquez Candela, en términos más duros que los anunciados por Fidel Castro, hablaba del “*tribunal de la sumisión*” y definía la reunión de consulta de cancilleres como el foro de “*las satrapías americanas del imperialismo yanqui*”²²⁶.

²²² *Idem.*

²²³ *Idem.*

²²⁴ *Bohemia* (Año LII). Núm. 36. La Habana: domingo, 4 de septiembre de 1960, págs. 35 y 69. Semanal.

²²⁵ *Idem.*

²²⁶ *Ibidem*, pág. 35.

Después de la reunión de San José, Cuba debía tomar conciencia de la soledad institucional en la que se encontraba. De todos modos, Estados Unidos había errado el tiro con Cuba, pues la actitud contumaz de la dirigencia revolucionaria, dispuesta a batirse el cobre por la soberanía económica y política, había propiciado que el continente americano se insertara en un mundo que para la población latinoamericana sólo estaba presente “*en los cables periodísticos y en las revistas con pretensiones omnicomprendivas: el mundo de la guerra fría, casi siempre prelude más o menos dilatado en el tiempo de la guerra caliente*”²²⁷.

Los Estados Unidos habían pretendido aplicar en Cuba las recetas que le habían otorgado el triunfo sobre la democracia guatemalteca y se habían encontrado con que la Revolución cubana no iba a ceder tan fácilmente. Además, la diplomacia norteamericana, al agitar el fantasma del anticomunismo y al cerrarse a la posibilidad de que los pueblos pudieran ejercer la soberanía en su territorio, había involucrado a la URSS y a la República Popular China en el contencioso. No obstante, ni la Unión Soviética, ni la China popular, habían intervenido en América, ni tenían intención de hacerlo, si finalmente Estados Unidos se avenía a respetar la legislación internacional.

La presencia de los países del bloque comunista era pues condicionada y quedaba a expensas del grado de libertad con que contara Cuba para llevar adelante sus reformas. Si Estados Unidos no intervenía, la Unión Soviética y China se mantendría al margen. Sin embargo, según señalaba Vázquez Candela en su colaboración para *Bohemia*, aquello no supuso un freno para las ansias revanchistas de la diplomacia estadounidense, pues el Departamento de Estado norteamericano y “*sus bribones lacayos en el cónclave de Costa Rica*” habían optado por pronunciarse contra una inexistente intervención comunista en el continente y habían pasado por alto las reiterativas agresiones, presentes y pasadas, de los Estados Unidos contra Cuba²²⁸. De este modo, la conferencia de cancilleres había adoptado acuerdos para hacer frente a una situación imaginaria, o en todo caso hipotética, y se había apartado de buscar algún tipo de solución a lo que sucedía en realidad en el continente.

Lo imaginario se contraponía a lo real para poder así esquivar el espinoso asunto de la intervención estadounidense en Cuba. Y todo ello se debía a que, según Vázquez Candela, Cuba no estaba dispuesta a aceptar un “*interamericanismo (sic) de látigo, migaja y sumisión*”²²⁹. Una actitud la cubana que contradecía el espíritu de subordinación que propugnaba la Administración norteamericana para las repúblicas americanas y que había desencadenado en la diplomacia estadounidense la puesta en ejercicio de una legislación que se basaba “*en la consideración aviesa de que la amistad con los competidores del imperio era igual a la complicidad con éstos*” en su estrategia internacional²³⁰. Cuba no podía estar de acuerdo con ella postura, que, además, suponía una provocación para la URSS y la China popular, pues, según indicaba el subdirector de *Revolución*, lo que pretendía Estados Unidos era presentar “*como delito a castigar las relaciones pacíficas*” con los países que no estuvieran englobados dentro del bloque que capitaneaban los Estados Unidos²³¹.

Ante aquella actitud de cerrazón, que prohibía la relación entre los pueblos, ni la URSS ni la República Popular China podían permanecer “*ajenas, calladas*” e “*insensibles*”²³². Estados Unidos castigaba las relaciones de los países americanos con potencias extra-continetales y al hacerlo en el contexto de la Guerra Fría propiciaba que la URSS y la China se posicionaran. El gigante euroasiático y la inmensa China popular poseían además los medios disuasivos necesarios para contener el castigo que

²²⁷ *Idem.*

²²⁸ *Idem.*

²²⁹ *Idem.*

²³⁰ *Idem.*

²³¹ *Idem.*

²³² *Idem.*

las autoridades estadounidenses impusieran a Cuba o a cualquier otra nación americana si en ejercicio de su soberanía nacional decidían establecer acuerdos de naturaleza pacífica con el bloque comunista.

La posición de Vázquez Candela sobre este particular era esclarecedora y dejaba constancia también de cuál era la postura de la Revolución cubana al respecto: *“La Unión Soviética y China han ofrecido a Cuba y a América recíproca y justa amistad. De Washington depende única y exclusivamente que este ofrecimiento se troque por el de ayuda militar”*²³³. La posibilidad de que la Guerra Fría se trasladara a Cuba y de que el conflicto soviético estadounidense estableciera *“a noventa millas de las costas de la metrópoli imperial”* uno de *“sus múltiples epicentros”* no era culpa del Gobierno de La Habana, ni tampoco de los de Moscú y Pekín, sino de la política estadounidense en América Latina²³⁴, renuente a aceptar cualquier escenario que no pasara por la sumisión y el vasallaje.

Vázquez Candela señalaba además que a pesar de la proximidad temporal que había entre el caso de Guatemala y el de Cuba el contexto internacional había cambiado. Las distancias entre la URSS y EEUU se habían reducido considerablemente y la condena gratuita que se había lanzado contra Guatemala, por *“una colaboración inexistente”* con el bloque soviético, ya no serviría para contener las ansias soberanistas de los pueblos latinoamericanos²³⁵. La potencia que se sentía hegemónica en América no podía prohibir el trato del resto de los países del continente con aquellas naciones que Estados Unidos consideraba enemigas. De este modo, *“el cartabón de la Resolución de Caracas”* no servía ya para contener la independencia cubana²³⁶. Cuba no era Guatemala, el pueblo cubano había hecho más avances que la malograda democracia guatemalteca y el contexto internacional de mediados de la década del cincuenta era muy distinto del imperante a principios de los años sesenta.

La diplomacia norteamericana, sin embargo, era incapaz de asumir aquella realidad que imperaba en 1960. Consideraba a la totalidad de América Latina parte de su feudo y como tal sujeto a la estrategia internacional del Departamento de Estado estadounidense. Toda una provocación para aquellos países que estaban interesados en establecer relaciones con Latinoamérica, y, al mismo tiempo, un desafío para las propias repúblicas americanas, cada día más conscientes de que la autonomía de la que presumían era más nominal que real. Estados Unidos, al no respetar la independencia de las repúblicas latinoamericanas, le había brindado la oportunidad a la Unión Soviética de exigir el respeto a la soberanía nacional en las relaciones internacionales. La Administración norteamericana, haciendo gala de una torpeza sin precedentes, se había empeñado en trasladar la Guerra Fría al Caribe y por lo tanto tenía que asumir los efectos que de ello se derivaran. Vázquez Candela exponía esta idea sin dar lugar a equívocos:

*“Los que de modo doloso convocaron a los países que encabezan el campo socialista, para insertarlos como comodines propicios para el juego de sus tropelías, sin contar con estos ni con sus gigantesco peso político y militar de hoy, tendrán que aceptar su inevitable presencia en este drama, como una consecuencia lógica de su provocación”*²³⁷.

Cuba se mostraba renuente a aceptar el vasallaje impuesto al continente, pero parecía ser la única dispuesta a romper con el marco de sumisión establecido. Una disidencia la cubana que no contaba con el beneplácito de las autoridades norteamericanas. Y, dados los precedentes, la historia terminó marchando por los cauces previstos. En Costa Rica todo se desarrolló bajo un marco en el cada uno desempeñó el papel que tenía asignado de antemano: *“los gobiernos de las oligarquías no podían sino actuar en consonancia con su propia naturaleza”* y colaboraron con los Estados Unidos en la

²³³ *Idem.*

²³⁴ *Idem.*

²³⁵ *Idem.*

²³⁶ *Idem.*

²³⁷ *Ibidem*, pág. 69.

censura de la posición cubana, mientras, la delegación de Cuba tenía que batirse en solitario en la defensa de los derechos de los pueblos latinoamericanos²³⁸. De este modo, los resultados de la conferencia de cancilleres resultaron previsibles. Lo único que se decidió en Costa Rica, como había señalado Fidel Castro en las jornadas previas, fue el precio a pagar por los servicios prestados. Vázquez Candela, como en el resto de cuestiones se mostró convergente con el análisis presentado por el primer ministro cubano días antes: la conferencia de cancilleres se limitó *“a una puja sin decoro para subir el precio de la colaboración a la medida de la desesperación del Departamento de Estado yanqui. Éste sabía también que ladra mejor el perro cuando es más gorda y jugosa la chuleta”*²³⁹.

Los términos en los que se hacía alusión a los cancilleres latinoamericanos no podían ser más desdeñosos e iban en consonancia con el desprecio que se manifestaba por la actitud del Departamento de Estado norteamericano. Desde Cuba, periodistas y dirigentes, comenzaron a darse cuenta que sin el apoyo soviético Cuba tendría dificultades para salir adelante, pues la Administración estadounidense iría incrementando el nivel de acoso. Ante este panorama, la prensa cubana, alentada desde los cuadros dirigentes, comenzó a analizar el proceso cubano desde las perspectivas propias de la Guerra Fría.

Estados Unidos no había dudado en violentar al resto de repúblicas latinoamericanas para arrancarles algún tipo de concesión en el tema cubano, a sabiendas de los problemas que podía traer aparejados para dichas repúblicas. La Administración Eisenhower estaba dispuesta a llevar el contencioso cubano hasta sus últimas consecuencias, aunque para ello fuera necesario forzar las estructuras que mantenían los consensos en América. Llegados a aquel punto, parecía evidente que la Revolución cubana sería cercada y acosada cada vez con mayor insistencia y, debido a ello, la dirigencia fidelista estaba obligada a tejer las alianzas que fueran necesarias para sostener el desigual pulso. Una situación que hacía imprescindible la presencia soviética, pues de otro modo la lucha entre Cuba y Estados Unidos resultaría a todas luces inviable ante la desigualdad de los contendientes. El pueblo cubano creía en la revolución y la dirigencia revolucionaria estaba llevando adelante su programa con determinación, pero esto no parecía suficiente para enfrentarse a los Estados Unidos; se precisaba algún sustento que frenara la acometida norteamericana y aquel sólo podía suministrarlo la Unión Soviética. Además, la diplomacia norteamericana, poco a poco, iba comprometiendo a las repúblicas latinoamericanas, quizás no en el apoyo a sus planes de derrocar al Gobierno de Fidel Castro, pero sí al menos en la pasividad ante el desarrollo de dichos planes.

La Unión Soviética podía pues servir de parapeto a la revolución. Cuba, sin embargo, no era la instigadora de su presencia, más bien habían sido los Estados Unidos los que la habían invitado a concurrir en aquel conflicto. La diplomacia norteamericana había insertado la Guerra Fría en el área del Caribe y lo había hecho través de *“un simple expediente jurídico de pérvido inter-americanismo”*, comprometiendo al resto del continente en la defensa de unos intereses que eran los de los *“mayorales de Washington”*²⁴⁰. Estados Unidos había extendido la Guerra Fría a la cuenca del Caribe y tendrían por tanto *“que aceptar la existencia de ella como una cruda, inevitable y conturbadora realidad”*²⁴¹. La URSS, a petición norteamericana, se personaba en los asuntos de América como garante de la soberanía del pequeño frente al grande. El Departamento de Estado norteamericano había involucrado al Kremlin en el proceso cubano y la diplomacia moscovita se había insertado en él con la intención de equilibrar las fuerzas actantes. Lo que no podía esperarse era que Cuba rechazara aquella

²³⁸ *Idem.*

²³⁹ *Idem.*

²⁴⁰ *Idem.*

²⁴¹ *Idem.*

presencia graciosamente, pues las autoridades de Moscú eran las únicas capaces de contener la agresión norteamericana.

Vázquez Candela finalizaba su demoledor artículo señalando el raro privilegio que ostentaba Cuba, pues a través del *“esfuerzo de sus hijos”* había tenido el honor de erigirse en *“la tumba americana del imperio español”* y lucía ya como la nación llamada a convertirse *«en el lugar de “descanso final” del big stick»*²⁴².

La articulación del discurso revolucionario lanzado desde la revista *Bohemia* no se había alterado en lo sustancial a pesar del convulso momento por el que estaba pasando Cuba. Había ganado en intensidad y dureza, sin embargo, utilizaba los mismos alegatos en la defensa de la causa cubana.

La revista había cambiado de director y había sufrido otras bajas, pero los referentes seguían siendo los mismos. La lucha por la independencia cubana había comenzado en la contienda contra la España colonial y continuaba bajo los mismos parámetros en la batalla contra el imperialismo norteamericano. Lejos de las veleidades comunistas con las que se acusaba a Cuba, el proyecto fidelista se construía bajo criterios de honda raíz cubana, que a la postre no eran más que una variante de las aspiraciones que albergaban el resto de naciones hispanoamericanas. La Revolución cubana se había fraguado al calor del ejemplo latinoamericano en su lucha por la independencia y se estaba construyendo a la sobra que proyectaban las figuras de Martí, Juárez, Sandino, Bolívar o Zapata. Los mitos evocados no hacían referencia a la patria de Lenin o Mao, sino a la de Martí y Bolívar. La revolución fidelista tenía por ello profundas raíces martianas, y si lo que se pretendía era proyectar sobre ella influencias externas, estas eran, más que marxista, bolivarianas, zapatistas o sandinistas.

Cuba, de este modo, representaba la liberación de los pueblos de América ante la imposición de un régimen colonial o imperial y se alzaba al mismo tiempo como ejemplo para otros pueblos más allá del continente americano. Como señalaba de forma gráfica el propio Vázquez Candela en su prolijo artículo, *“en España, Corea o Argelia, el derrocamiento de las minorías gobernando a horcajadas sobre las espaldas maceradas de los pueblos”* podía diferirse en el tiempo debido al apoyo del imperialismo, pero tarde o temprano terminaría por llegar²⁴³. Todo cuanto se opusiera a las mayorías populares estaba condenado a sucumbir como evidenciaba el proceso revolucionario cubano. Cuba había tardado casi un siglo en conseguirlo, pero finalmente había logrado el propósito, tantas veces buscando y otras tantas frustrado, de edificar su provenir bajo sus propios criterios.

Cuba estaba en ciernes de conseguir su independencia definitiva. De todos modos, una pregunta resulta ineludible: ¿Por qué se había conseguido en aquel momento y no en el pasado? Para Vázquez Candela la respuesta era obvia, los líderes de la Revolución cubana contaban en 1960 con la unidad de un pueblo dispuesto a defender el proceso. Algo de lo que habían carecido los líderes cubanos que habían precedido a Fidel Castro y al grupo de revolucionarios que le acompañaban. *“Ni el señorial empecinamiento de Céspedes”*²⁴⁴, *ni la palabra profética y alucinada de Martí, ni mucho menos los*

²⁴² *Idem.*

²⁴³ *Ibidem*, pág. 35.

²⁴⁴ Para acercarse a la figura del prócer independentista Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo acúdase a la siguiente obra: Torres-Cuevas, Eduardo, et al., “La Revolución del 68. Fundamentos e inicio”, en *Historia de Cuba. Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales*, Editorial Política, La Habana, 1996, pág. 25.

*forcejeos republicanos de Mella*²⁴⁵, *de Rubén*²⁴⁶, *de Guiteras*²⁴⁷ o *de Chibás*²⁴⁸” habían podido contar con lo que en aquel momento contaba Fidel Castro: “*La unidad indestructible de todo un pueblo*”²⁴⁹.

La opinión de Vázquez Candela, voz reputada de la Revolución cubana que distaba mucho de la postura sostenida por el PSP, no era un verso aislado dentro de la revista *Bohemia*. En el mismo número que el subdirector de *Revolución* exponía lo acontecido en San José y reiteraba los principios sobre los que estaba construido el proyecto fidelista, la publicación habanera editorializaba sobre lo acontecido en Costa Rica y sobre el porvenir y la prosapia de la Revolución cubana usando el mismo recetario²⁵⁰. Según la opinión de la revista, los cancilleres latinoamericanos habían obrado a espaldas de sus pueblos. El razonamiento de *Bohemia* corría parejo al de Vázquez Candela y exponía al mismo tiempo argumentos muy similares a los presentados por el líder socialista español Indalecio Prieto para demostrar la incongruencia de lo aprobado en San José de Costa Rica.

La Revolución cubana no podía contar para su defensa con la ayuda que pudiera ofrecerle el sistema panamericano, porque este mismo sistema era el que la combatía. Una organización como la OEA, que había ofrecido al mundo la enésima muestra de sumisión a la voluntad del *State Department*, mal podía proteger a Cuba y al resto de repúblicas latinoamericanas de las invasiones y la injerencia, cuando la potencia hegemónica que disponía y gobernaba los destinos de América era la que mostraba con insistencia pertinaz la necesidad de aislar y sancionar a Cuba o cualquier otro régimen que albergara pretensiones liberalizadoras. Las conclusiones de la conferencia de San José de Costa Rica condenaban la intervención extra-continental, pero pasaban por alto que esta sólo se produciría en caso de violentarse los propios principios contra la injerencia e intervención de los que decía sentirse partícipe la propia conferencia.

El razonamiento de la revista *Bohemia* señalaba que el peligro para Cuba, “*a los ojos de los pueblos y de la conciencia humana*”, que no se cotizaba “*en dólares ni en cohetes teledirigidos*”, no tenía su origen en Moscú, sino en Washington²⁵¹. Cuba, al fin y al cabo tenía unas relaciones con la Unión Soviética de las que también participan otras repúblicas latinoamericanas. Lo único que distinguía las relaciones La Habana-Moscú de las relaciones soviéticas con otros países del continente era la predisposición del Kremlin a defender Cuba en caso de agresión militar norteamericana.

Para la revista *Bohemia* carecía de sentido acusar a Cuba de estar bajo la influencia de Moscú o a su revolución de contar con la inspiración soviética. La Revolución cubana había nacido en el su suelo natal y tenía como referentes las corrientes independentistas del pasado cubano. Resultaba indignante que se intentara poner “*la etiqueta de exotismo y extranjería sobre la revolución más espontánea y nativa de la historia*”²⁵². Frente a Lenin, que había recibido la influencia del “*pensamiento alemán*”

²⁴⁵ Para comprender el significado que tuvo Julio Antonio Mella para las generaciones revolucionarias pueden consultarse las obras que sobre Raúl Roa hemos manejado en los capítulos precedentes. Véase Fresneda Camacho, Edel José: *Op. Cit.*, pág. 96-153 y Ramos Valdés, Humberto y Gómez García, Carmen: *Op. Cit.*, págs. 3-14.

²⁴⁶ La significación de Rubén Martínez Villena para el movimiento revolucionario cubano puede consultarse en: Fresneda Camacho, Edel José: *Op. Cit.*, pág. 96-153.

²⁴⁷ La influencia de Antonio Guiteras Holmes en la historia de Cuba y en el movimiento revolucionario puede rastrearse en la selección de texto presentada por Ana Cairo sobre Guiteras, especial atención requiere el primer tercio de la obra en la que se recogen los pronunciamentos y escrito de Antonio Guiteras. Véase Cairo, Ana: *Antonio Guiteras. 100 años*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2007, págs. 25-55.

²⁴⁸ De Eduardo Chibás se ha hablado ya en los primeros capítulos. De todos modos, una semblanza de lo que había significado su ejemplo para los hombres que habían llegado a la Sierra Maestra procedentes de Méjico puede encontrarse en un artículo de la revista *Bohemia* de los primeros meses de 1959 o en las alusiones que el propio Fidel Castro manifestó al periodista Ignacio Ramonet en la biografía que éste confeccionó del líder revolucionario cubano. Véase *Bohemia* (Año LI). Núm. 2. La Habana: domingo 11 de enero de 1959, pág. 7. Semanal y Ramonet, Ignacio: *Op. Cit.*, págs. 99-103

²⁴⁹ *Bohemia* (Año LII). Núm. 36. La Habana: domingo, 4 de septiembre de 1960, pág. 35. Semanal.

²⁵⁰ *Ibidem*, págs. 52, 53 y 67

²⁵¹ *Ibidem*, pág. 52.

²⁵² *Ibidem*, pág. 53.

y Jefferson, que sorbió en la “fuente europea”, se alzaba Fidel Castro, cuyo pensamiento arrancaba “única, exclusiva y directamente de un manantial autóctono: el de José Martí”²⁵³.

Aquel había sido el mensaje que había llevado Raúl Roa a la conferencia de cancilleres, un mensaje en el que la voz de la Revolución cubana se confundía con la voz de la América hispana y con los postulados que había fijado José Martí en la lucha por la independencia de España. La revolución fidelista, según había apuntado el canciller cubano en Costa Rica, era fruto del pensamiento cubano y latinoamericano. “No había brotado de los textos de Rousseau, de Jefferson o de Marx”; se había gestado por el contrario “en las entrañas mismas del pueblo cubano” y pretendía sacar adelante “la trunca empresa de José Martí”²⁵⁴. La Revolución cubana era por tanto “nacionalista, antifeudal y democrática”²⁵⁵. Sin embargo, a pesar de contar con Martí como ideólogo no se trataba de una revolución del siglo XIX, sino del XX, que heredaba “viejos problemas” y que encaraba otros nuevos²⁵⁶. El Gobierno cubano estaba decidido a ser libre después de los intentos frustrados del pasado, señalaba Roa, y para ello no podía “supeditar su soberanía a decisiones ajenas”²⁵⁷.

Cuba tenía el derecho a estrechar sus vínculos con cualquier país del mundo y el establecer relaciones diplomáticas, culturales y comerciales con los países socialistas no le convertía en satélite de la Unión Soviética, ni en un país comunista. Sobre este particular Roa se expresa sin rodeos: “Si el gobierno revolucionario fuera comunista no lo ocultaría”²⁵⁸. La Revolución cubana no necesitaba acudir a las corrientes comunistas para cimentar sus propósitos, Cuba y América Latina eran su fuente de inspiración y así lo atestiguó Raúl Roa en sus alegatos en Costa Rica. El ministro de Exteriores cubano defendió en el foro americano las posiciones de la Cuba revolucionaria y lo hizo desde las posturas sostenidas en el pasado por los líderes de la América hispana.

Raúl Roa citó a Simón Bolívar, Benito Juárez y José Martí para exponer sus razonamientos. Del primero destacó la siguiente cita: “Los Estados Unidos parecen destinados por la providencia para plagar a la América de miserias en nombre de la libertad”²⁵⁹. Una afirmación que complementó con una de las sentencias más celebradas del político mejicano Benito Juárez: “El respeto al derecho ajeno es la paz”²⁶⁰. Aquellos dos razonamientos provenían de líderes latinoamericanos y no de Carlos Marx, como señaló con ironía el canciller cubano. Para defender la necesidad de preservar la soberanía de Cuba y el libre ejercicio en la toma de decisiones de su Gobierno acudió también a Martí e hizo mención a que unas Antillas libres significarían la “garantía para las naciones americanas” de preservar su propia independencia²⁶¹. Tres alegatos de raíz latinoamericanista que reflejaban a la perfección los problemas que no estaba sabiendo afrontar Estados Unidos en sus relaciones con América Latina y que las propias repúblicas latinoamericanas no eran capaces de tomar como propios, ni, por supuesto, de asumir las consecuencias que de estos alegatos se derivaban.

Roa construyó su defensa de la causa cubana acudiendo a los posicionamientos sentenciosos de estos líderes continentales. Sin embargo, la guía de la argumentación de Roa se centró fundamental y principalmente en el pensamiento de Martí. El fecundo político cubano había aportado a través de su obra escrita los suficientes argumentos para contrarrestar la posición que defendía Estados Unidos en el continente y el canciller cubano se valió de ellos para defender la posición cubana.

²⁵³ *Idem*.

²⁵⁴ *Ibidem*, pág. 50.

²⁵⁵ *Idem*.

²⁵⁶ *Idem*.

²⁵⁷ *Ibidem*, pág. 46.

²⁵⁸ *Idem*.

²⁵⁹ *Ibidem*, pág. 49.

²⁶⁰ *Idem*.

²⁶¹ *Ibidem*, pág. 48.

Raúl Roa tomaba de Martí pasajes en los que señalaba que los pueblos de América no podían unirse para combatir a Europa, del mismo modo que Europa no podía concertar uniones para combatir a un pueblo de América²⁶². Aquella idea la enlazaba con la posición que había mantenido Martí sobre la colaboración de las repúblicas americanas: *“El caso de vivir juntos en América, no obliga a la unión política”*²⁶³. Una idea debidamente argumentada por Roa y que se completaba con otra no menos oportuna: *“Si algún oficio tiene la familia de Repúblicas de América, no es el de ir de arria de una de ellas contra las Repúblicas futuras”*²⁶⁴. De este modo Roa iba construyendo un discurso, en sus diferentes intervenciones en Costa Rica, en el que las fuentes eran latinoamericanas y fundamentalmente cubanas. Sus citas no habían sido tomadas de las obras de Marx, ni de Lenin, ni de los discursos de Kruschew, sino del pensamiento de Martí, como reiteraba en cada cita el propio Roa. Además, las alusiones recurrentes al ideólogo cubano servían también para dejar constancia de lo poco que habían cambiado las cosas en América Latina.

Los que estaban defendiendo la revolución acudían a Martí porque allí estaba la esencia de los principios que habían coadyuvado para cimentar la ideología del proyecto revolucionario. Raúl Roa, de este modo, no se separaba de la esencia cubana del Gobierno fidelista e iba entretejiendo el pensamiento de Martí con la posición de los Estados Unidos con respecto a la Revolución cubana con el claro propósito de explicitar que los desencuentros entre Cuba y Estados Unidos no eran nuevos. Simplemente habían quedado soterrados y subyugados bajo la sumisión mostrada por la mayoría de los gobernantes de la vieja Cuba. La lucha de Cuba, desde el mismo momento en que decidió constituirse al margen de España, había estado centrada en mantener a los Estados Unidos alejados de sus asuntos internos, algo que no se había logrado, pero sobre lo que se había teorizado durante décadas y donde las ideas de Martí ocupaban la posición cimera.

El líder independista cubano había señalado que la emancipación de Cuba de la tutela española tenía que servir para contener a tiempo el dominio norteamericano de las Antillas²⁶⁵. Un objetivo que sólo podía lograrse si se apostaba por la independencia económica como base para conseguir la política. La unión económica estaba estrechamente ligada a la unión política y así lo había señalado Martí: *“Quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda; el pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio para asegurarse la libertad”*²⁶⁶.

La defensa de la Revolución cubana realizada por Roa en Costa Rica se construyó, fundamentalmente, a través de los alegatos sostenidos por Martí en su obra. El fecundo líder de la independencia cubana del poder colonial español era fuente de inspiración para el movimiento fidelista y esta realidad se explicitaba en cada palabra de Roa. José Martí estaba en la base de la defensa de la delegación cubana. El carácter de la Revolución cubana provenía del pensamiento de Martí y sobre él había construido Fidel Castro la revolución en Cuba. Estas eran las conclusiones que se extraían del discurso del canciller cubano sobre el carácter de la Revolución cubana: una revolución martiana y soberanista. De este modo, la agresión de los Estados Unidos contra Cuba se presentaba como un ataque a los principios que daban sentido a Cuba como nación, y la presencia soviética no era más que un episodio puntual en aquella lucha enconada por la independencia definitiva. Lo que de verdad estaba en juego era la soberanía de Cuba como nación, algo a lo que no estaba dispuesto a resignarse el Departamento de Estado norteamericano, incapaz de asumir la presencia de un Estado totalmente independiente en las Antillas.

²⁶² *Ibidem*, pág. 44.

²⁶³ *Idem*.

²⁶⁴ *Idem*.

²⁶⁵ *Idem*.

²⁶⁶ *Ibidem*, pág. 47.

Sobre esta realidad construyó Raúl Roa sus intervenciones en San José de Costa Rica, Cuba había sido el basamento sobre el que Estados Unidos había comenzado a cimentar su imperio y su independencia era un trago de difícil digestión. Una aseveración que no tenía nada de gratuita, pues la base real sobre la que se asentaba esta premisa había quedado evidenciada durante el último año y medio de revolución.

La propuesta cubana de organizarse política, social y económicamente al margen del mandato norteamericano había obtenido como respuesta la agresión de las fuerzas que movían al imperialismo norteamericano, porque, como señalaba Roa, el Gobierno de Estados Unidos anteponía sus intereses corporativos a cualquier otra circunstancia, incluidos los derechos de los países subdesarrollados y los derechos de los ciudadanos norteamericanos, que se veían condicionados en sus relaciones con Cuba a los preceptos que emanaban del *State Department*²⁶⁷.

Cuba contaba con el derecho que era propio de los países soberanos y los Estados Unidos no estaban investidos de ninguna prerrogativa que les permitiera juzgar o dirigir los actos del Gobierno revolucionario cubano. Sin embargo, aquello no era óbice para ocultar los tremendos daños que la diplomacia estadounidense estaba infligiendo al pueblo cubano, precisamente por su negativa a respetar la soberanía cubana y su empeño en tutelar y dirigir los asuntos que sólo concernían a los cubanos.

La obsesión estadounidense por “el bien de Cuba” tenía también contradicciones palmarias. Por un lado, la Administración norteamericana había brindado el “*silencio aquiescente*” a los crímenes cometidos por el régimen de Batista y había apostado por todos aquellos sectores que habían estado dispuestos a combatir al Gobierno fidelista²⁶⁸. Y, por otro lado, la resistencia contra Batista primero y el Gobierno revolucionario después no habían recibido muestra alguna de apoyo por parte de las autoridades estadounidenses.

Bajo el régimen de Batista habían muerto veinte mil personas de la más diversa condición, no se respetó la edad, ni el sexo ni la condición social, pues entre las víctimas se podían encontrar desde niños hasta sacerdotes. Sin embargo, a pesar de aquella afrenta al pueblo cubano, el Departamento de Estado norteamericano no se había dado por aludido²⁶⁹. El extinto John Foster Dulles y su equipo de asesores eran los responsables de que se extendiera una cortina de silencio “*sobre crímenes de lesa humanidad, a cuya comisión habían contribuido suministrándole ametralladoras, cañones, tanques y aviones*” al derrotado dictador cubano²⁷⁰.

Llegado a aquel punto, Raúl Roa señalaba que todos aquellos crímenes no parecían contravenir “*la dogmática*” y tampoco “*la preceptiva del sistema interamericano*”²⁷¹. Fulgencio Batista parecía cumplir con todos los requisitos que la diplomacia norteamericana exigía al buen gobernante. En primer lugar era “*anticomunista y por añadidura defensor de la cultura occidental*”²⁷². Batista había defendido también los “*valores del espíritu*” y de “*la solidaridad hemisférica frente a las agresiones extra-continetales*”²⁷³. Todas estas características habían convertido a Batista en hombre de confianza, en el mandatario predilecto para la Administración norteamericana. Un dictador al que se le podían perdonar los mayores atropellos sobre el pueblo cubano, pues esto no tenía mayor

²⁶⁷ *Ibidem*, pág. 49.

²⁶⁸ *Ibidem*, pág. 45.

²⁶⁹ *Idem*.

²⁷⁰ *Idem*.

²⁷¹ *Idem*.

²⁷² *Idem*.

²⁷³ *Idem*.

importancia si coadyuvaba al sostén cultural, económico y político de Estados Unidos fuera de sus fronteras.

Los intereses norteamericanos habían estado preservados bajo el Gobierno batistiano; sin embargo, tras el arribo de Fidel Castro al poder, habían comenzado a estar seriamente comprometidos. Roa acusaba además a los Estados Unidos de utilizar cargos falsos contra el régimen cubano, con el único objeto de “*salvaguardar primero, y conquista después, los privilegios de corporaciones expoliadoras*”²⁷⁴. Unos intereses que pesaban más para el Departamento de Estado que “*el legítimo interés del pueblo norteamericano*”²⁷⁵.

Lo único que había pretendido el Gobierno cubano era el desarrollo de la nación bajo sus propios criterios y las autoridades estadounidenses no habían encontrado otro cauce para darle respuesta a esta demanda que la agresión en sus diversas variantes. El Departamento de Estado había acudido a todo tipo de mecanismos: las “*campañas difamatorias*”; el “*auxilio y protección a los criminales de guerra*”; el “*amparo a los saboteadores*” que habían bombardeado al pueblo y a los centros de producción; “*la supresión de los créditos comerciales; las amenazas de intervención, y las violaciones de las aguas territoriales*”²⁷⁶.

En definitiva, Estados Unidos no había desatendido ninguno de los posibles mecanismos para torpedear el proceso revolucionario, pero como finalmente no había conseguido terminar con la resistencia del pueblo cubano, ni de sus clases dirigentes, habían optado por paralizar al país por medio del bloqueo. Primero a través de la negativa de las petroleras norteamericanas a refinar crudo del Estado cubano y después decretando “*la drástica reducción de las cuotas azucareras cubanas*”²⁷⁷. La estrategia del Departamento Estado no había escatimado esfuerzos, pues cuando la quema de cañaverales no resultó suficiente no dudó en cerrar los mercados del azúcar a la producción cubana²⁷⁸. Sabotajes a la producción y cierre de mercados. Una situación que no dejaba a Cuba otra alternativa que acudir en busca de nuevos proveedores y colocar sus productos en otros mercados.

Ante aquellos precedentes, Cuba, como había señalado José Martí, no se sentía obligada a secundar ninguna unión política por el mero hecho de compartir territorio y vecindad con los Estados Unidos. La imposición geográfica de vivir juntos no tenía que trasladarse por pura necesidad a compartir principios económicos y políticos. Partiendo de esta realidad, Cuba no renunciaría a seguir comerciando con todos aquellos países que estuvieran dispuestos a comprar o vender en el mercado cubano²⁷⁹. La actitud estadounidense de torpedear de forma reiterativa aquellos acuerdos comerciales y de extorsionar al pueblo cubano con sus amenazas y sanciones iba en contra de la libertad de comercio que Estados Unidos parecía abanderar y, además, “*violaba de forma fragante los principios de la Carta de Naciones Unidas*”²⁸⁰.

Las desavenencias entre Cuba y Estados Unidos eran ya tantas que cualquier esperanza de llegar a algún tipo de acuerdo se antojaban baldías. Aun así, la delegación cubana, por boca de su ministro plenipotenciario, aseveraba que el Gobierno revolucionario no renunciaría a la posibilidad de discutir sus desacuerdos con los Estados Unidos “*en pie de igualdad*”²⁸¹. A pesar de las “*gravísimas diferencias*” que separaban a ambos países, el Gobierno cubano estaba dispuesto a hacer un esfuerzo, siempre y cuando las negociaciones se realizaran bajo el “*respeto de la soberanía*”, de acuerdo al

²⁷⁴ *Ibidem*, pág. 47.

²⁷⁵ *Idem*.

²⁷⁶ *Ibidem*, pág. 49.

²⁷⁷ *Idem*.

²⁷⁸ *Ibidem*, pág. 48.

²⁷⁹ *Ibidem*, pág. 45.

²⁸⁰ *Idem*.

²⁸¹ *Ibidem*, pág. 47.

espíritu “*del derecho internacional*” y bajo la premisa del establecimiento de una “*agenda abierta a todos los temas*”²⁸². Si se atendían aquellos requerimientos, el Gobierno cubano estaba abierto a negociar un arreglo a la situación creada, pues un proceso revolucionario que convertía “*los cuarteles en escuelas y los cañones en tractores*” era obvio que no creía en las soluciones de corte militar para solucionar los conflictos entre naciones²⁸³.

Las intervenciones de Raúl Roa en la VII reunión de cancilleres de San José de Costa Rica eran una muestra evidente de que Cuba quería ser dueña de su destino y que el carácter de su revolución estaba profundamente asentado en la prosapia del país que le había dado vida. Como ya se ha comentado en otras ocasiones, la Revolución cubana era fundamentalmente, y por encima de cualquier salvedad, cubana; una afirmación, que, a pesar del carácter tautológico que encierra, sirve para entender el proceso cubano como algo propio de la historia y el desarrollo de Cuba como nación. La Revolución cubana se presentaba así como consecuencia de la turbulenta historia cubana y como vehículo idóneo para asentar al país de forma definitiva entre las naciones con derecho a existir. Cuba había tenido durante décadas la tentación de existir como nación plenamente diferenciada e independiente de Estados Unidos, pero esta tentación no se había tornado en exigencia hasta que los hombres de Fidel Castro bajaron de la Sierra para reclamarla.

Desde comienzos del siglo XX hasta la llegada de Fidel Castro al poder, la república había defraudado las expectativas de conseguir una independencia real debido a la observancia del mandato norteamericano. No obstante, durante más de medio siglo el nacionalismo y el ideal de justicia social habían permanecido vivos en Cuba. La revolución tenía pues unos orígenes muy precisos que tenían su asiento en las luchas por la independencia de España, en las frustraciones generadas por la dependencia de los Estados Unidos y en unos ideales de justicia social que habían sido defendidos desde diferentes posturas ideológicas. Sin embargo, desde Estados Unidos, desde parte los sectores que gobernaban en Latinoamérica y desde la ya nutrida contrarrevolución, se trataba de mostrar que la Revolución cubana bebía de fuentes marxistas y que estaba en manos de Moscú y de Pekín, pero la realidad parecía ser otra. El dominador del panorama cubano era Fidel Castro, un político que se nutría de la tradición y de la historia cubana, y a través de su oratoria, compartida por el Gobierno cubano, iba convenciendo al bloque revolucionario de cuál tenía que ser el camino a seguir.

La prensa franquista, en un ejercicio de síntesis acertado, señaló que el primer ministro cubano había atacado violentamente la resolución de la OEA una vez finalizada la cumbre de Costa Rica, que convocaría una manifestación monstruosa para rechazar lo acordado en San José y que no rechazaría la ayuda prestada por la Unión Soviética. Tres ideas principales que habían sido sazonadas con duros ataques al imperialismo norteamericano y airadas críticas a las delegaciones latinoamericanas presentes en la conferencia de San José.²⁸⁴

Este era el ambiente que se respiraba en Cuba cuando el pueblo se concentró en asamblea general para dar refrendo a la Declaración de La Habana, Primera Declaración de La Habana, según caracterizaron meses después los líderes revolucionarios y, con el transcurso de los años, la propia historia.

²⁸² *Idem.*

²⁸³ *Idem.*

²⁸⁴ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7553. Madrid: miércoles, 30 de agosto de 1960, pág. 5. *Diario y Pueblo* (Año XXI). Núm. 6531. Madrid: miércoles, 31 de agosto de 1960, pág. 2. *Diario.*

10.5 La Primera Declaración de La Habana, programa y guía para la revolución

La Primera Declaración de La Habana²⁸⁵, un documento de importancia capital para el futuro de la revolución, se dio a conocer y se aprobó de forma multitudinaria en aquella histórica cita del 2 de septiembre. Sin embargo, no aportaba muchas novedades a lo ya expuesto durante los últimos meses por la dirigencia revolucionaria. La mayoría de sus planteamientos habían sido señalados ya por Raúl Roa en los foros internacionales y en las notas intercambiadas entre los Ministerios de Exteriores cubano y norteamericano durante los últimos meses. Unos puntos a los que había hecho también mención en numerosas ocasiones Fidel Castro y otros líderes revolucionarios.

Cualquier lector avezado a las páginas de la revista *Bohemia* o cualquier seguidor atento al verbo encendido de Fidel Castro tenía que conocer por necesidad cada uno de los alegatos lanzados en aquella trascendental asamblea general de principios de septiembre. Sin embargo, el documento resultaba, y resultó finalmente, fundamental para el proceso revolucionario por lo que tenía de programático.

La Primera Declaración de La Habana, aprobada en asamblea general del pueblo, se desempeñó como programa de la revolución a partir de entonces. Había nacido con el propósito de denunciar la opresión norteamericana sobre Cuba y el resto del continente, pero, finalmente, el carácter nacionalista, antimperialista y latinoamericanista que portaba lo convirtieron en el vehículo ideal para cimentar el carácter de la revolución. Su condición generalista e internacionalista lo hacían capaz de acoger los diferentes matices que la revolución iría adquiriendo en su decurso.

Cuba tenía un programa a pesar de la falta de institucionalización del proceso revolucionario. La ausencia de formalismo institucional, que muchos sectores exigían con diferente grado de intensidad desde el otro la de la frontera cubana, se suplía con claridad programática. Frente al formalismo, los planteamientos teóricos y el lenguaje cancilleresco, Cuba colocaba la praxis como teoría en acción y una hoja de ruta a la que la dirigencia revolucionaria no estaba dispuesta a renunciar por muchas que fueran las presiones. Cuba estaba decidida a labrar su futuro bajo un programa de claras raíces martianas y bolivarianas que tenían como meta la redención de los cubanos, pero que no renunciaba a mostrarse como guía y faro para el resto de los pueblos que albergaba el continente.

Con aquel pretexto en cartera, ofrecer una vez más a modo de prontuario el programa de la Revolución cubana, había llamado el primer ministro a la concentración de la Plaza Cívica. Había llegado el momento de exponer el sentir cubano, pues la Declaración de Costa Rica, concebida y promulgada contra los intereses del pueblo cubano y del resto de los pueblos latinoamericanos, hacía que cualquier dilación en la respuesta pudiera ser tomada como la asunción o indiferencia sobre los principios acordados en la capital costarricense.

Ante aquellas urgencias, que no atendían a requerimientos de otro orden, el pueblo cubano se concentró en la Plaza Cívica para difundir la verdadera Carta de América, como la definió en editorial la revista *Bohemia*²⁸⁶, o mencionándola en su verdadera nomenclatura, la Declaración de La Habana, promulgada al anochecer del viernes 2 de septiembre de 1960 con el refrendo de los gobernantes de la revolución y sus conciudadanos.

²⁸⁵ En la prensa de 1960 y en la de 1961 se habla de “La Declaración de La Habana”, en nuestro caso, y a partir de este momento, nos decantaremos por mentar este documento como la “Primera Declaración de La Habana” o la “Declaración de La Habana”, pues ambas hacen referencia al mismo documento. Las dos denominaciones, la contemporánea a su pronunciamiento y la que ha pasado a la historia, han sido utilizadas indistintamente y, a efectos prácticos, ambas nomenclaturas son perfectamente intercambiables. .

²⁸⁶ *Bohemia* (Año LII). Núm. 37. La Habana: domingo, 11 de septiembre de 1960, pág. 16 del suplemento. Semanal.

El maestro de ceremonias, como no podía ser de otro modo, fue Fidel Castro. El primer ministro cubano ya había ofrecido un anticipo en la jornada del 29 de agosto de por dónde iría el sentir de la revolución en aquel trance definitorio. Sin embargo, en aquella nueva entrega de comienzos de septiembre, Fidel Castro ofreció mucho más. La que pasaría a la historia de las Américas como la Primera Declaración de La Habana se erigía en compendio de todo lo promovido por la revolución y de todo lo afirmado por sus clases dirigentes en los foros nacionales y extranjeros durante el último año y medio.

La Declaración de La Habana, sin embargo, era algo más que la proyección de un deseo o el epítome de la ya expuesto en los meses precedente y de todo lo conseguido hasta aquella fecha, se erigía también en una invitación a los restantes pueblos de América para que se alzarán ante el poder imperial. Se trataba, como de forma gráfica señaló también *Bohemia* en uno de sus editoriales, de “una carta de libertadores para futuros libertados”, de “un mensaje fraternal del pueblo que rompió sus cadenas e invitaba a sus hermanos de raza a imitarlo”²⁸⁷. La dirigencia revolucionaria no se dirigía a los latinoamericanos para pedirles un imposible, se ofrecía a los pueblos de América como ejemplo del que cumple lo que predica. La dirigencia revolucionaria pedía a los demás dirigentes populares de América llevar a término lo que ya se había hecho en Cuba: acometer de forma definitiva “la segunda independencia”, ensayo remozado de los trabajos que habían quedado pendientes tras la primera lucha por la emancipación protagonizada por los próceres de la liberación del dominio colonial español.

Aquel era el espíritu que se respiraba en la Plaza Cívica de la ciudad de La Habana cuando Fidel Castro comenzó su alocución. Una disquisición sobre la posición cubana que comenzó con un agradecimiento al pueblo cubano por la imponente concentración de aquella jornada, para acto seguido lamentar que los veintiún cancilleres no se encontraran en aquella cita habanera para comprobar lo diferente que era el lenguaje diplomático del lenguaje de los pueblos²⁸⁸. Raúl Roa había intentado exponer en Costa Rica las razones de Cuba, unas razones que pasaban por la soberanía y por el derecho de Cuba a regir sus propios destinos sin interferencias exteriores, pero su mensaje había sido ignorado por los que no atendían a otro dictado que no fuera el imperial.

Casi un siglo le había costado a Cuba llegar a la conclusión de que tenía pleno derecho a ser libre. Estos conceptos, expuestos por Roa en San José de Costa y reiterados por Fidel Castro y el resto de la dirigencia cubana en numerosas ocasiones desde la llegada de la revolución al poder, eran los mimbres sobre los que se comenzaba a tejer la argumentación fidelista en aquella jornada del 2 de septiembre. Una vez más, el discurso lanzado por la máxima figura de la revolución eludía comprometerse en la disyuntiva capitalismo-socialismo y transitaba las veredas del nacionalismo cubano, sin otra pretensión que la vocación soberanista de Cuba y su derecho a existir. La contradicción fundamental del sistema capitalista, la contradicción capital trabajo, pasaba de soslayo por el discurso de Fidel Castro; era necesario leer entre líneas para dar con ella, pues la contradicción que ejercía de rectora en el sistema de contradicciones vigente en Cuba era el irresoluble desencuentro entre el pueblo cubano y el imperialismo norteamericano, de presencia explícita durante toda la alocución de Fidel Castro.

La Revolución cubana, como venía siendo habitual, se centraba en aquella que era la madre de las contradicciones, la contradicción principal, el antagonismo entre el pueblo cubano y el imperialismo norteamericano. En aquella lucha de contrarios, Cuba, por primera vez, le había dado la espalda al capital norteamericano, a su influencia en la isla, y había decidido entregarle el país a sus ciudadanos: el pueblo sería ahora el protagonista de su destino. Estados Unidos había relevado a España en el dominio de

²⁸⁷ *Ibidem*, pág. 59.

²⁸⁸ *Ibidem*, pág. 54.

la mayor de las Antillas y los cubanos se habían resignado a aquella condición subalterna durante décadas. Sin embargo, la revolución había llegado para revertir aquella condición de oprobio. Fidel Castro señalaba que los tiempos en los que el pueblo padecía y los Estados Unidos cosechaban el esfuerzo cubano habían quedado atrás. Los cubanos estaban ahora dispuestos a defenderse del imperialismo y contaban para ello con la amarga experiencia vivida por los libertadores, que tras el triunfo frente al colonialismo español habían sido apartados por el nuevo dominador: los Estados Unidos de América. Cuba había aprendido de los sinsabores de la historia patria y no se dejaría arrebatar de nuevo la soberanía de la que era acreedora.

Fidel Castro, en un estilo directo y recalcando cada idea, como si se tratara de memorizar una serie de principios a los que no se podía renunciar, explicó por enésima vez los agravios que Cuba había tenido que soportar en los últimos meses frente al poder norteamericano y profundizó en todos y cada uno de los puntos que expuso ante los docentes procedentes de la Sierra Maestra en la jornada del 29 de agosto. Tampoco pasó por alto el estado en el que se encontraba el país cuando la revolución tomó las riendas de Cuba y recordó lo mucho que se había conseguido en tan corto espacio de tiempo.

Fidel Castro, tomando como base la Cuba de Batista, señaló que la revolución se había encontrado con *“un país económicamente subdesarrollado”*, con *“un pueblo que era víctima de todo género de explotación”* y que el cometido de la dirigencia revolucionaria era precisamente revertir aquella condición de subdesarrollo y sometimiento.²⁸⁹

El pueblo de Cuba había luchado contra la dictadura de forma enconada y una vez en el poder no podía dejar correr la oportunidad de solventar los problemas endémicos que aquejaban al país. Cuba había optado por la revolución y la revolución traía implícita la lucha contra la injusticia. En su alocución, el primer ministro hacía mención a la necesidad de ofrecer un nuevo horizonte al campesino y al obrero, señalaba que no se podía seguir ignorando a la juventud cubana, verdadero motor de la revolución, y recordaba lo apremiante que resultaba revertir la ignominiosa condición del afrocubano: tratado en numerosas ocasiones como un extraño en su propio país²⁹⁰.

En Cuba se estaba trabajando para terminar con la situación de sometimiento que pendía sobre el país en todos los órdenes. Una iniciativa que no contaba con el beneplácito de los poderes tradicionales, ni con la anuencia estadounidense, pues, más allá de los intereses particulares dañados en Cuba, podía cundir el ejemplo en el resto de las repúblicas americanas, de ahí la Declaración de San José y las medidas aledañas tomadas en aquella cita de ministros de Asuntos Exteriores. La diplomacia norteamericana tenía claro que se precisaba frenar el proceso cubano y, partiendo de aquella premisa, el Departamento de Estado había acudido a los Gobiernos del continente para defender sus intereses materiales, revistiendo groseramente de principios morales y democráticos el afán de lucro desmedido de unos pocos.

Estados Unidos había comprometido a los Gobiernos latinoamericanos en la salvaguarda de los intereses imperiales y en la defensa de los privilegios de las oligarquías continentales, y, no conforme con ello, pretendía disfrazar de legitimidad lo acordado en Costa Rica por unas élites sometidas a través del chantaje del dólar y el miedo a ofender al poderoso gendarme norteamericano. Desde Cuba se elevaba la voz en señal de protesta y se señalaba que las élites continentales se representaban a sí mismas y que, por lo tanto, mal podían revestirse de la legitimidad que reclamaban. La legitimidad de lo acordado a nivel continental sólo podía lograrse si se asentaba en la aquiescencia de los pueblos.

²⁸⁹ *Idem.*

²⁹⁰ Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba. 1960. Año de la Reforma Agraria: “Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro, Primer Ministro del Gobierno revolucionario, en la magna asamblea popular celebrada por el pueblo de Cuba en la Plaza de la República, el 2 de septiembre de 1960”. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1960/esp/f020960e.html> (Consultado: 28-05-2014)

Éstos eran los únicos depositarios de la legitimidad y en ningún caso podían ser suplantados por unos Gobiernos convenientemente adiestrados en la defensa del privilegio imperial.

Fidel Castro señalaba que Cuba no podía estar de acuerdo con aquella componenda y por eso había reunido al pueblo para dar una respuesta efectiva a las resoluciones de la cumbre costarricense. Los que en América alardeaban de representar a los pueblos y se habían concentrado en Costa Rica en nombre de ellos deberían reunirlos para someter al designio de estos pueblos lo acordado en San José. El Primer Ministro cubano se mostraba taxativo sobre este particular: *“Los que en América se llaman demócratas, ¡que reúnan a sus pueblos, como lo hemos reunido nosotros hoy aquí, para tratar con sus pueblos los problemas de América!”*²⁹¹

Fidel Castro consideraba que los acuerdos de cualquier congreso internacional, para que tuvieran validez, tenían que recibir *“la aprobación de sus respectivos pueblos”*²⁹². Y este requisito, como en tantas otras ocasiones, no se había tenido en cuenta, ni siquiera se había contemplado tal posibilidad. Debido a ello, Fidel Castro consideraba que los acuerdos de Costa Rica eran papel mojado, pues los actos que se acometían por encima de la voluntad popular no tenían validez alguna. Los pueblos de América no habían dado su consentimiento a la Declaración de Costa Rica, sólo lo habían hecho los cancilleres de los Gobiernos americanos y por tanto todavía quedaba pendiente el acto definitivo para darle legitimidad a los acuerdos de San José. Llegados a aquel punto, Fidel Castro se dirigía a los Gobiernos americanos en nombre del pueblo de Cuba para pedirles una demostración de legitimidad. Si las delegaciones americanas realmente se consideraban portadoras de los intereses de sus pueblos y no de los intereses del imperio debían demostrarlo a través de la ratificación de los acuerdos de San José entre los diferentes pueblos de América.

El Primer Ministro cubano demandaba de los mandatarios americanos esta refrenda popular: *“Les pedimos, respetuosamente, a los gobiernos de América que convoquen a sus pueblos en asamblea general y les sometan la Declaración de Costa Rica”*²⁹³. El Gobierno cubano predicaba con el ejemplo, pues lo que solicitaba en sus vecinos se aprestaban a llevarlo a efecto los mandatarios cubanos en aquella jornada del 2 de septiembre.

Fidel Castro, de todos modos, era consciente de que sus deseos eran vanos y pasaba entonces a señalar que la petición cubana estaba condenada al fracaso, pues los pueblos no serían consultados porque la respuesta era ya conocida de antemano. Estados Unidos, consciente de esta realidad, se había presentado en Costa Rica sabiendo que había que ganarse el favor de las oligarquías porque eran las únicas a las que se podía someter por el dólar. Los pueblos manejaban otros códigos y no podrían ser comprados fácilmente con ayudas que se quedarían en manos de los intermediarios del imperio o que serían gestionadas por los mismos que las aportaban con el ánimo de incrementar su influencia y control.

La diplomacia norteamericana se había personado en San José a *“discutir”*, pero *“con la bolsa en una mano y con el garrote en la otra”*²⁹⁴. Si fallaba la bolsa siempre quedaría el garrote. Sin embargo, aquellos no eran sus únicos recursos para someter al continente, tenía a su disposición otras armas: entre ellas el miedo a las reformas. El Departamento de Estado norteamericano contaba también con el miedo de las oligarquías latinoamericanas a una revolución que en Cuba había terminado con *“los privilegios”*, que había finiquitado *“los latifundios”* y que había acabado con *“la explotación”*²⁹⁵.

²⁹¹ *Bohemia* (Año LII). Núm. 37. La Habana: domingo, 11 de septiembre de 1960, pág. 1 del suplemento. Semanal.

²⁹² *Idem*.

²⁹³ *Idem*.

²⁹⁴ Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista de Cuba. Anexo al CC del PCC: *El pensamiento de Fidel Castro. Selección temática, enero 1959-abril 1961. Tomo I...: Op. Cit.*, pág. 115.

²⁹⁵ *Idem*.

El miedo a una revolución como la cubana y la capacidad de contagio que podía tener sobre el resto de los pueblos del continente permitían que el voto contra Cuba no necesitara de especiales incentivos. Votar contra el proyecto cubano en Costa Rica constituía otra forma de contener la propagación del espíritu revolucionario de Cuba, porque el ejemplo de la Revolución cubana destruía el statu quo continental, daba al traste con la hegemonía de los Estados Unidos y erosionaba el poder de las oligarquías latinoamericanas que estaban al servicio del imperio.

La Declaración de San José aparecía pues como arma arrojadiza contra la Revolución cubana, como herramienta para contener su presencia en América. Una declaración que había sido impuesta a través de las presiones estadounidenses y de los miedos de los dirigentes latinoamericanos. La combinación de estos dos elementos, el poder estadounidense y la sumisión timorata de los mandatarios latinoamericanos, habían permitido que el imperialismo saliera victorioso de Costa Rica. Sin embargo, Fidel Castro calificaba aquella victoria de pírrica, pues Estados Unidos había perdido mucho también en aquella cita. El Primer Ministro habló de la falta de sumisión de algunos de los cancilleres, mencionó a los representantes de Perú y Venezuela, y no pasó por alto las declaraciones del delegado mejicano, que una vez en suelo patrio había señalado que no estaba de acuerdo con la condena del régimen cubano²⁹⁶.

En la cumbre de San José, como venimos reiterando, habían saltado las costuras del maltrecho sistema interamericano. Un sistema que había sido remendado y violentado en numerosas ocasiones para satisfacer los intereses de la diplomacia estadounidense. Sin embargo, las rasgaduras del ajado vestido panamericano resultaban cada vez más difíciles de recomponer debido a los constantes tirones a los que lo venía sometiendo la Administración americana. De este modo, la OEA se presentaba ante los pueblos de América como una institución gigantesca cubierta de harapos en la que su estructura lucía ya desnuda de las galas de antaño. La OEA dejaba al descubierto su verdadera naturaleza: la de un organismo al servicio de la preservación de los intereses estadounidenses en América. Para el líder cubano la organización americana estaba tan desprestigiada que difícilmente podía representar ya el sentir de los pueblos de América.

Fidel Castro, después de exponer en extensión todos los males que aquejaban a América, los mecanismos de coacción con los que contaba el imperialismo y las recetas cubanas para contenerlo, pasó entonces a abordar el verdadero motivo que había llevado al pueblo cubano a personarse bajo la estatua de Martí en aquella tarde de primeros de septiembre: evaluar lo acordado en Costa Rica para pronunciarse al respecto. Los artículos de la Declaración de San José fueron entonces presentados ante el pueblo para que en asamblea general los rechazaran o los aprobaran.

El primer ministro se centró en primer lugar en el artículo que hacía mención a la condena de la intervención, aunque fuera condicionada, de una potencia ajena al continente en los asuntos de las repúblicas americanas. Aquella afirmación, como todo el mundo intuía, hacía alusión a la URSS y a su ofrecimiento de defender a Cuba en caso de agresión norteamericana. Fidel Castro señaló que aquella oferta sólo podía ser rechazada por el pueblo cubano y acto seguido conminó al pueblo a pronunciarse sobre la siguiente cuestión: ¿debía aceptar Cuba la ayuda soviética si la isla era invadida por fuerzas imperialistas? La respuesta afirmativa se produjo de inmediato²⁹⁷.

La consulta de aquella importante cuestión en asamblea general no se detuvo aquí y Fidel Castro, tras certificar que Cuba aceptaría la ayuda soviética porque así lo había decidido el pueblo soberano, señaló además que los cubanos debían aceptar aquella oferta del Kremlin porque la revolución no tenía otra

²⁹⁶ “Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro, Primer Ministro del Gobierno revolucionario, en la magna asamblea popular celebrada por el pueblo de Cuba en la Plaza de la República, el 2 de septiembre de 1960”: *Op. Cit.*

²⁹⁷ Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista de Cuba. Anexo al CC del PCC: *El pensamiento de Fidel Castro. Selección temática, enero 1959-abril 1961. Tomo I...: Op. Cit.*, pág. 116.

opción si tenía pretensiones de pervivencia. La Habana no podía rechazar el ofrecimiento de Moscú porque las repúblicas latinoamericanas no tenían recursos para enfrentarse a la ofensiva imperial y, después de lo acordado en Costa Rica, tampoco se les veía con arrestos de ni siquiera intentarlo.

Fidel Castro señalaba que los cancilleres presentes en Costa Rica habían solicitado de Cuba el rechazo del ofrecimiento soviético con la pretensión de dejar a la revolución a merced del ataque norteamericano. Esta era la explicación más plausible después de lo acontecido en San José. De lo contrario, y si esta interpretación no respondía a las verdaderas motivaciones de las delegaciones latinoamericanas, el líder cubano señalaba que entonces resultaba perentorio y urgente que los cancilleres y sus Gobiernos respondieran a la siguiente pregunta: cómo y con qué defenderían a Cuba en caso de agresión imperialista²⁹⁸. El propio Fidel Castro se encargaba de dar respuesta a aquella cuestión: América Latina no contaba con los recursos necesarios para sujetar la ofensiva norteamericana y Cuba no quería pasar de nuevo por una ocupación estadounidense.

En América Latina no había ningún país capaz de contener la acometida estadounidense y la unión de todos ellos, en el caso de producirse, posibilidad ciertamente remota, tampoco podría sostener un pulso con la potencia norteamericana. Cuba ya había pasado por la experiencia de la ocupación ante la pasividad continental. Sin embargo, Cuba no había sido la única en ser privada de su soberanía: Méjico había sido invadido y mutilado, la invasión norteamericana formaba parte, igualmente, de la historia nicaragüense, también de la de Haití o Costa Rica²⁹⁹. Fidel Castro ponía aquellos ejemplos para señalar que sin la ayuda exterior nadie podía contener los apetitos norteamericanos en el continente. De tal suerte que el ofrecimiento de la URSS no podía rechazarse sin asumir el fin del proceso revolucionario o un derramamiento de sangre que tendría que asumir en solitario la nación cubana.

Solventado aquel asunto, Fidel Castro presentaba ante la asamblea general otro de los puntos candentes de Costa Rica: las péfidas insinuaciones que trataban de colocar la Revolución cubana bajo la influencia, tanto en el origen como en su desarrollo, de la URSS y la China popular. Ante aquellas acusaciones propias de la estrategia internacional norteamericana, Fidel Castro sometía a la consideración de la asamblea general si la Revolución cubana tenía como referencia a la Unión Soviética o la República Popular China. La respuesta, como es fácil de deducir, negó la mayor, la revolución en Cuba tenía sus orígenes y se regía bajo criterios cubanos y si alguien era responsable del progreso de la Revolución cubana éste no era otro que el imperialismo norteamericano.³⁰⁰

La asamblea gritó al unísono que los responsables de quebrantar la paz americana eran los Estados Unidos. “¡Los yanquis, los yanquis!”, apostillaba el pueblo cubano, dando pie a que Fidel Castro completara la arenga popular y sellara este segundo punto de discusión fijando la posición de Cuba:

*“Es decir, el único culpable de que esta Revolución esté teniendo lugar en Cuba es el imperialismo yanqui, y, por tanto, el pueblo de Cuba rechaza esa acusación de que la Unión Soviética o la República Popular China estén tratando de utilizar la situación política, económica y social de un estado americano, para quebrantar la unidad continental, y poner en peligro la paz y la seguridad del hemisferio”.*³⁰¹

Los únicos responsables de quebrantar la unión de los pueblos de América Latina, atacados en numerosas ocasiones desde los Estados Unidos en su propio territorio, habían sido las diferentes administraciones norteamericanas. Los únicos culpables de lo que sucedía en Cuba, y de lo que

²⁹⁸ *Ibidem*, pág. 117.

²⁹⁹ *Idem*.

³⁰⁰ *Ibidem*, págs. 117 y 118.

³⁰¹ *Idem*.

terminaría sucediendo en el futuro en América Latina, eran los promotores del “*imperialismo yanqui*”³⁰².

Cada afirmación de Fidel Castro recibía el aplauso y la aprobación de la asamblea general. Una multitud que celebró también mediante sonora aclamación el anuncio de Fidel Castro de que el Convenio Bilateral de Ayuda Militar entre Cuba y Estados Unidos, ya vacío de contenido, tenía que pasar la criba de la asamblea general; el pueblo tenía que pronunciarse sobre la idoneidad de aquel convenio. La misión militar norteamericana ya había sido despedida tras el triunfo de la revolución, pero el tratado militar seguía todavía vigente. Fidel Castro pidió a la concentración asamblearia que se pronunciara sobre aquel tratado, si el pueblo decidía a mano alzada que aquel vínculo militar debía ser anulado, pasaría de inmediato a ser historia.

Un bosque de brazos alzados irrumpió en la Plaza Cívica y sin solución de continuidad el Primer Ministro señaló que al día siguiente el Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba comunicaría al Gobierno de los Estados Unidos que el pueblo de Cuba, “*por voluntad absolutamente soberana y libre, reunido en asamblea general nacional*”, había decidido dar por finalizado el convenio militar con los Estados Unidos³⁰³.

Fidel Castro expuso también ante la concentración asamblearia la necesidad de pronunciarse sobre la China popular. Cuba llevaba años negándole el reconocimiento a la verdadera China y dando cobertura al Gobierno títere de la mal llamada China nacionalista. Una circunstancia que hacía todavía más inverosímil la acusación vertida por la diplomacia norteamericana sobre la China popular al atribuirle actividades injerencistas en las cuestiones de América Latina.

Cuba, al igual que el resto de las repúblicas americanas, no tenían ningún tipo de acuerdo diplomático sellado con la República Popular China, por lo tanto, las posibilidades de intervención de este país en el continente americano resultaban a todas luces inverosímiles. Cuba, como sucedía también con el resto de Latinoamérica, había estado tolerando aquella anomalía de reconocer al Gobierno de Taiwán mientras que el legítimo Gobierno chino permanecía en un limbo diplomático. Estados Unidos había vetado la posibilidad de reconocimiento de la inmensa China continental e imponía América el sustento de aquella China insular minoritaria.

Los barcos de la séptima flota americana estaban sosteniendo al Gobierno de Chiang Kai Shek y las naciones latinoamericanas tenían que secundar a la potencia norteamericana a través del aislamiento de la República Popular China. Ningún país de América Latina había osado establecer relaciones diplomáticas con China por temor a la represalia norteamericana. Sin embargo, Cuba ya no se sentía signataria de aquel acuerdo tácito, la Revolución cubana estaba con los pueblos y por lo tanto tenía el deber de estar con la China popular. Partiendo de aquella máxima, la dirigencia revolucionaria consideró que había llegado al momento de “*someter a la consideración del pueblo de Cuba*” si estaba de acuerdo en establecer relaciones diplomáticas con la República Popular China³⁰⁴.

Como en el resto de los asuntos sometidos a votación el pueblo congregado otorgó el sí, de tal suerte que Fidel Castro consideró que, dada la unanimidad, desde aquel preciso momento cesaban las relaciones diplomáticas con “*el régimen títere de Chiang Kai Shek*” para sustituirlas por las relaciones con la China popular³⁰⁵. Lejos de quedarse aquí Fidel Castro añadió además que si la República Popular China deseaba ayudar también a Cuba, en caso de ser “*agredida por fuerzas*

³⁰² *Ibidem*, pág. 118.

³⁰³ *Ibidem*, pág. 119.

³⁰⁴ “Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro, Primer Ministro del Gobierno revolucionario, en la magna asamblea popular celebrada por el pueblo de Cuba en la Plaza de la República, el 2 de septiembre de 1960”: *Op. Cit.*

³⁰⁵ *Idem*.

militares del imperialismo”, el Gobierno revolucionario aceptaría la ayuda de la República Popular China, como había aceptado de igual modo la ayuda de la URSS³⁰⁶.

El establecimiento de relaciones diplomáticas con la República Popular China y la ruptura de relaciones con Taiwán, sumados a la aceptación de cualquier tipo de ayuda militar que pudiera ofrecer la patria de Mao, rompía con el alineamiento total de Cuba con la URSS. De este modo, en las reyertas ideológicas y programáticas propias del campo socialista, Cuba no tomaba partido. Las ayudas de la URSS y las de la China popular eran acogidas por igual a pesar de la ser la primera real y la segunda hipotética. Sin embargo, bajo aquella medida había intenciones más profundas, pues aquella apuesta manifiesta por abrirse a la China continental traía implícita la salvaguarda de la vía propia hacia el socialismo. Cuba exponía así su independencia de cara a un posible futuro socialista: abierto al modelo soviético, al chino, a uno de factura propia o a cualquier otro ya ensayado sin necesidad de hipotecar su futuro a ninguna receta preestablecida o impuesta desde el exterior.

Como ya hemos comentado en capítulos precedentes, los planteamientos chinos sobre la toma del poder y el acceso a la vía socialista encajaba más con el modelo cubano que la posibilista coexistencia pacífica promocionada por Nikita Krushev en aquel momento. De ahí la insistencia del líder cubano en incluir a la China popular en cada mención que hacía a la patria de Lenin. Si la Cuba de Fidel Castro finalmente optaba por una vía socialista, esta no tendría que ser necesariamente la soviética.

Una muestra evidente de que esta idea gravitaba sobre el sentir de la dirigencia cubana podía rastrearse en los párrafos posteriores de la alocución del primer ministro cubano. Fidel Castro ponía el acento en la libertad cubana, pues Cuba no tenía que pedirle permiso a nadie para tomar sus propias decisiones. No tenía que consultar en ninguna embajada la postura a adoptar, porque la soberanía residía en el pueblo y no en unas clases venales que actuaban al dictado de los intereses extranjeros. Cuba estaba decidida a labrarse su propio camino y aquí Fidel Castro hacía un llamamiento al pueblo cubano para que se tuviera presente el ejemplo de las generaciones que les habían precedido.

Resultaba pues imprescindible rendir memoria “a los hombres que en condiciones muy adversas” habían librado “una lucha desigual contra la penetración yanqui”³⁰⁷. Varias generaciones de cubanos, desde los mismos orígenes de la república y después durante las décadas que habían precedido al triunfo de la revolución, habían caído en la lucha “para que sobreviviera la nacionalidad cubana, el espíritu nacional cubano, para que el alma nacional no fuese absorbida por el extranjero poderoso”³⁰⁸. Gracias a aquellas generaciones, a la tradición de lucha por la soberanía sostenida en el tiempo, había conseguido resistir el proceso revolucionario que en aquellos momentos se vivía en Cuba. El pueblo que se había concentrado aquella tarde en la Plaza Cívica era un pueblo ya maduro para regir su propio destino y, después de años de lucha, estaba decidido a ejercer sus derechos.

El primer ministro cubano, tras hacer gala de aquella determinación a continuar por la senda trazada y consciente del respaldo con el que contaba la dirigencia revolucionaria, pasó a exponer los puntos sobre los que se sostendría la respuesta que Cuba, como pueblo, enviaría al continente americano. Fidel Castro señaló entonces que había llegado el momento de someter a la consideración del pueblo una declaración, una declaración que el propio Fidel Castro vaticinó que pasaría a la historia como la Declaración de La Habana. Aquella era la respuesta a la Declaración de Costa Rica y se erigía, según atestiguó el líder cubano, como la declaración de los pueblos frente a la declaración de los cancilleres.

El carácter de aquel documento, que pasaría a los anales de la historia americana como la Primera Declaración de La Habana, ya daba en sus primeras líneas el tono que la definiría de principio a fin.

³⁰⁶ *Idem.*

³⁰⁷ *Idem.*

³⁰⁸ *Idem.*

Un carácter que desde sus primeros compases hacía del pronunciamiento un alegato en favor de la independencia de Cuba y que proyectaba el ejemplo cubano como guía de liberación para los pueblos subyugados de América. La declaración, de un contenido antiimperialista evidente, comenzaba así:

*“Junto a la imagen y el recuerdo de José Martí, en Cuba, Territorio Libre de América, el pueblo, en uso de las potestades inalienables que dimanán del efectivo ejercicio de la soberanía, expresada en el sufragio directo, universal y público, se ha constituido en Asamblea General Nacional. En nombre propio, y recogiendo el sentir de los pueblos de nuestra América, la Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba condena en todos sus términos la denominada Declaración de San José de Costa Rica, documento dictado por el Imperialismo Norteamericano, y atentatorio a la autodeterminación nacional, la soberanía y la dignidad de los pueblos hermanos del Continente”.*³⁰⁹

Aquel era el primer punto de la respuesta cubana a los cancilleres americanos: la condena a lo acordado en Costa Rica. Toda una declaración de intenciones sobre el papel que Cuba quería jugar en el continente y sobre las pretensiones de irradiar el proyecto cubano al resto de repúblicas americanas.

La Primera Declaración de La Habana constaba de nueve puntos y en el segundo de ellos apuntaba directamente al intervencionismo norteamericano en el continente. La *“voracidad de los imperialistas yanquis”* les había conducido a la invasión del suelo de México, Nicaragua, Haití, Santo Domingo o Cuba. Una invasión que había propiciado la escisión de territorios, como era el caso de Tejas, y *“de extensas y ricas zonas”* en beneficio estadounidense³¹⁰. Los apetitos anexionistas del imperialismo norteamericanos habían favorecido además la dominación y apropiación *“de centros estratégicos vitales, como el Canal de Panamá”*, o de *“países enteros, como Puerto Rico, convertido en territorio de ocupación”*³¹¹.

Estados Unidos se había apoyado en su superioridad militar para someter al continente, pero había contado también con la inestimable ayuda ofrecida por *“la sumisión miserable de gobernantes traidores”*, que habían violentado la tradición heredada de Bolívar, Hidalgo, Juárez, San Martín, O’Higgins, Sucre, Tiradentes y Martí³¹². La América que los libertadores quisieron libre había sido reducida a *“zona de explotación”*, a *“traspasamiento del imperio financiero y político yanqui”*, o a *“reserva de votos para los organismos internacionales”*, en los cuales los países latinoamericanos habían figurado *“como arrias del Norte revuelto y brutal”* que los despreciaba³¹³.

Ante aquella condición de oprobio que pesaba sobre América Latina, la Asamblea General Nacional del Pueblo alzaba la voz y declaraba que la aceptación de aquella *“intervención continuada e históricamente irrefutable”* traicionaba *“los ideales independentistas de sus pueblos”*, terminaba con la soberanía y hacía inviable *“la verdadera solidaridad”* entre los países latinoamericanos³¹⁴. La posición del Gobierno cubano no podía ser más tajante, pues acusaba a los Gobiernos que oficialmente asumían la representación de los países de América Latina de traicionar a los pueblos que gobernaban.

La Cuba fidelista se convertía así en depositaria de la tradición soberanista de los pueblos hispanoamericanos y lo hacía por derecho propio debido a los honores conseguidos en su lucha contra el colonialismo español y el imperialismo norteamericano. Un planteamiento que hacía del tercer

³⁰⁹ *Bohemia* (Año LII). Núm. 37. La Habana: domingo, 11 de septiembre de 1960, pág. 2 del suplemento. Semanal.

³¹⁰ *Idem.*

³¹¹ *Idem.*

³¹² *Idem.*

³¹³ *Idem.*

³¹⁴ *Idem.*

punto recogido en la declaración una suerte de anexo al segundo, pues resultaba complementario y signatario de este. En el tercer punto se condenaba el intento de preservar la Doctrina Monroe, utilizada para extender el dominio en América del imperialismo norteamericano³¹⁵. Además de aquella censura al imperialismo se hacía una salvedad que los dirigentes revolucionarios tenían a bien poner en liza cuando los ataques se focalizaban sobre los Estados Unidos o sobre España: era necesario distinguir entre los pueblos y sus clases dirigentes.

Los puntos cuatro y cinco de la declaración estaban reservados a la URSS y la China popular. En el primero de ellos la Asamblea General del Pueblo declaraba que aceptaba y agradecía *“el apoyo de los cohetes de la Unión Soviética”*, si el territorio cubano fuera invadido por fuerzas norteamericanas, y que aquella *“ayuda espontánea”* no podía ser considerada *“un acto de intromisión”*, pues la actitud agresiva mostrada por los Estados Unidos contra Cuba invalidaba cualquier valoración en aquel sentido³¹⁶. En el artículo quinto se hacía mención al reconocimiento de la República Popular China por parte de Cuba, al establecimiento de relaciones diplomáticas con la patria de Mao y a la consiguiente ruptura con el régimen sostenido por los Estados Unidos en la isla de Formosa³¹⁷. El pueblo cubano, en asamblea general, ratificaba así mismo *“su política de amistad con todos los pueblos del mundo”*, reafirmaba *“su propósito de establecer relaciones diplomáticas también con todos los países socialistas”* y desvinculaba las decisiones cubanas de cualquier tipo de tutela por parte soviética o china. La asamblea general negaba igualmente que existiera *“pretensión alguna por parte de la Unión Soviética y la República Popular China de utilizar la posición económica, política y social de Cuba, para quebrantar la unidad continental y poner en peligro la unidad del hemisferio”*³¹⁸.

La Revolución cubana, desde el mismo comienzo de la lucha contra Batista, había actuado *“por libre y absoluta determinación propia”*, sin el mandato de potencia exterior alguna³¹⁹. Por tanto, carecía de sentido culpar del desarrollo u origen de la revolución a la Unión Soviética o a la República Popular China. La existencia de la Revolución cubana bebía de sus propias fuentes y se erigía en *“respuesta cabal de Cuba a los crímenes y las injusticias instaurados por el imperialismo en América”*³²⁰.

La Primera Declaración de La Habana estaba concebida como un instrumento para el hermanamiento de Cuba con los pueblos del mundo, sin distinción entre ellos, y en el que tenía cabida el propio pueblo norteamericano. Partiendo de esta premisa, ningún pueblo del orbe podía quedar excluido, y, por tanto, tampoco aquellos que se regían por sistemas socialistas. Un capítulo aparte se asignaba a los hispanoamericanos, que por historia y cultura, estaban estrechamente unidos al pueblo cubano. La condena sin paliativos se dirigía contra el despliegue del imperialismo norteamericano. Un sistema de dominación puesto al servicio de los Estados Unidos, país que se autoproclamaba garante ante el resto de las naciones de la democracia occidental. Sin embargo, la tan laureada democracia norteamericana estaba plagada de contradicciones y a ellas dedicaba la Primera Declaración de La Habana el más extenso de sus artículos: el sexto.

En el punto sexto, la Revolución cubana se pronunciaba, haciendo extensible su alegato a todos pueblos de América Latina, contra los aspectos que estaban reñidos con la democracia. Unos aspectos que contradecían los principios democráticos y que tenían su expresión y asiento más señalado en la nación estadounidense, en el sistema político que imperaba en los Estados Unidos, y que por tanto ponían al sistema democrático norteamericano en tela de juicio. Fidel Castro exponía los siguientes elementos

³¹⁵ *Idem.*

³¹⁶ *Idem.*

³¹⁷ *Idem.*

³¹⁸ *Idem.*

³¹⁹ *Idem.*

³²⁰ *Idem.*

como indicadores que inclinaban al pueblo cubano a desconfiar de la tan publicitada democracia norteamericana:

*“La democracia no es compatible con la oligarquía financiera, con la existencia de la discriminación del negro y los desmanes del Ku-Klux-Klan, con la persecución que privó de sus cargos a científicos como Oppenheimer; que impidió durante años que el mundo escuchara la voz maravillosa de Paul Robeson, preso en su propio país, y que llevó a la muerte, ante la protesta y el espanto del mundo entero, y pese a la apelación de gobernantes de diversos países y del Papa Pío XII, a los esposos Rosenberg”.*³²¹

El pronunciamiento de la Asamblea General, en apretada síntesis, ponía al descubierto los aspectos más controvertidos del quehacer político estadounidense en los últimos años. La carrera armamentística y el uso de las armas de destrucción masiva, puestos en tela de juicio por parte del padre de la investigación atómica, Robert Oppenheimer, pasaba al primer plano. Oppenheimer, vinculado al Proyecto Manhattan desde sus orígenes, había terminado sumido en el ostracismo, víctima del “macartismo” y de la persecución emprendida por la Administración Eisenhower de todos aquellos ciudadanos sospechosos de no asumir plenamente las premisas sobre las que se fundamentaba la política exterior norteamericana³²². Una política de acoso a la disidencia que había tenido en la condena a pena de muerte de Ethel y Julius Rosenberg, acusados de espionaje y de trabajar al servicio de la URSS, su episodio más denigrante³²³. La lucha contra el comunismo, independientemente de que éste fue real o ficticio, se había convertido en los Estados Unidos en el mecanismo predilecto para acallar las voces disidentes.

Por otro lado, la discriminación racial se erigía en lacra para los Estados Unidos. Un demérito en la política interior estadounidense que resultaba un baldón para la estrategia democrática que las autoridades norteamericanas trataban de difundir a nivel internacional. Paul Robeson se presentaba como la voz de la protesta ante aquella actitud de menosprecio, violencia y segregación que se ejercía sobre el negro americano. Una voz autorizada que procedía del corazón de América y que encarnaba al activista afroamericano en pugna por la obtención de la igualdad de derechos en los Estados Unidos. Un activista que además había apostado por trasladar las luchas de liberación a todos los países, no en vano había formado parte de la Brigada Lincoln durante la Guerra Civil española. Robeson constituía un referente para la liberación de los pueblos, reconocido a nivel internacional y censurado en su propio país por sus vinculaciones marxistas³²⁴. Las conclusiones que se extraían del pronunciamiento cubano sobre aquel particular no podían ser más explícitas: las autoridades norteamericanas concedían su beneplácito y refrendo a sus ciudadanos bajo criterios que tenían muy en cuenta el color de la piel.

Las alusiones en la Primera Declaración de La Habana al sistema de valores que imperaba en Estados Unidos estaban cuidadosamente estudiadas y explicitaban las lacras e incertidumbres que pesaban sobre la nación que presumía de encarnar la libertad. Estados Unidos contaba en su entramado institucional con numerosos defectos que dejaban al descubierto las miserias de un sistema que trataba de mostrarse al mundo como el gran ejemplo a seguir. La democracia, tal como se ejercía en América, no podía presentarse como el modelo a imitar. La democracia tenía que nacer del impulso de los pueblos, debía ir de abajo a arriba, no podía exportarse, como tampoco se podía exportar la

³²¹ *Idem.*

³²² Véase Fontana, Josep: *Por el bien del Imperio. Una historia del mundo desde 1945: Op. Cit.*, pág.110.

³²³ *Ibidem*, pág. 101, 102 y 109.

³²⁴ Dudziak, Mary L.: *Cold War Civil Rights. Race and the Image of American Democracy*, Princeton University Press, Princeton, 2000, págs. 61-77.

revolución, pues una y otra debían tener como sustento las condiciones objetivas del país en el que se desarrollaban y como factor subjetivo el impulso que quisieran darle sus propios pueblos.

Y es que, como se encargaba de dejar constancia la Primera Declaración de La Habana, el pueblo cubano consideraba que la democracia iba más allá del voto electoral, casi siempre “*ficticio*”, o sujeto al manejo de “*latifundistas y políticos profesionales*”³²⁵. La democracia, según los criterios manejados por la Revolución cubana, residía, más que el voto, en “*el derecho de los ciudadanos a decidir sus propios destinos*”, como lo estaba haciendo la Asamblea General del Pueblo de Cuba³²⁶. La democracia, además, sólo tendría posibilidades de desarrollarse plenamente en el continente americano cuando los pueblos fueran “*realmente libres para escoger*” y cuando los humildes no estuvieran sometidos y reducidos “*a la más ominosa impotencia*” por causa del “*hambre, la desigualdad social, el analfabetismo y los sistemas jurídicos*”³²⁷.

La democracia, tal y como se entendía en Estados Unidos, carecía de sentido para los pueblos que no contaban con los mínimos requeridos para desarrollarse de forma autónoma, en ejercicio de su soberanía y libre de imposiciones y prerrogativas exteriores, casi siempre dictadas al abrigo de intereses extraños a los pueblos. Por estas razones y por las deficiencias propias de la democracia norteamericana, una democracia que sólo alcanzaba a unos pocos, la Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba se aprestaba a señalar lo que para la Revolución cubana era el sentido democrático. Desempeñarse en los usos propios de la democracia tenía que pasar, necesariamente, por condenar “*el latifundio, fuente de miseria para el campesino y sistema de producción agrícola retrógrado e inhumano*”; por desterrar “*los salarios de hambre y la explotación inicua del trabajo humano por bastardos y privilegiados intereses*”; por condenar “*el analfabetismo, la ausencia de maestros, de escuelas, de médicos y de hospitales*” o por combatir “*la falta de protección a la vejez que impera en los países de América*”³²⁸.

Aquel tramo de la declaración, que se englobaba en el sexto punto de su articulado, iba entretejiendo una serie de condenas que hacían alusión a los males que aquejaban a Latinoamérica. La Revolución cubana, por boca de su máximo representante, condenaba la intolerable “*discriminación del negro y del indio*”; “*la desigualdad y la explotación de la mujer*” o la actitud de ciertas “*oligarquías militares y políticas*”, que mantenían a sus pueblos en la miseria e impedían “*el desarrollo democrático y el pleno ejercicio de su soberanía*”³²⁹. Se condenaban igualmente “*las concesiones de los recursos naturales*” de los países latinoamericanos “*a los monopolios extranjeros*”³³⁰. Una muestra más de la “*política entreguista*” que seguían algunos gobernantes³³¹. Ante aquellas posturas displicentes con el poder imperial, la democracia en Latinoamérica tenía que centrarse fundamentalmente en el respeto de los pueblos, de las grandes mayorías de obreros, campesinos y estudiantes. El sistema democrático, para serlo, tenía que contar con los pueblos y dejar a un lado los mandatos de Washington. El camino hacia la democracia en América Latina sólo podía entenderse a través de un proyecto que priorizara la modernidad y el progreso.

Aquel era en definitiva el proyecto democrático por el que apostaba Cuba. Un pueblo que se mostraba como ejemplo al resto del continente para liberarse del poder imperial. Sin embargo, la dirigencia cubana era consciente de que la tarea a realizar requería de los mayores esfuerzos pedagógicos, pues la maquinaria estadounidense contaba con un aparato propagandístico, unos órganos de divulgación

³²⁵ *Bohemia* (Año LII). Núm. 37. La Habana: domingo, 11 de septiembre de 1960, pág. 2 del suplemento. Semanal.

³²⁶ *Idem.*

³²⁷ *Idem.*

³²⁸ *Idem.*

³²⁹ *Idem.*

³³⁰ *Idem.*

³³¹ *Idem.*

y unas agencias de noticias diseñadas en gran parte para llevar al “*engaño sistemático*” a los pueblos sometidos³³². Una realidad aquella que recibía también la condena del régimen cubano, pues a las herramientas propagandísticas para la divulgación ideológica de las élites se unían las leyes represivas para defender los intereses de este grupo oligárquico. Este entramado legal y propagandístico era el que impedía “*a los obreros, a los campesinos, a los estudiantes y a los intelectuales, a las grandes mayorías de cada país, organizarse y luchar por sus reivindicaciones sociales y patrióticas*”³³³. Cuba hacía así un llamamiento a revertir aquel estado en el que se encontraba el continente, sometido “*a los monopolios*” y a las “*empresas imperialistas*” que saqueaban las riquezas de América Latina, que explotaban a sus obreros y campesinos y que, en definitiva, mantenían en el atraso a la economía del continente³³⁴.

La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba condenaba, en definitiva, aquel estado de postración en el que se encontraban los pueblos de Latinoamérica y proclamaba, ante el continente, que los derechos de todos los agraviados, mencionados una vez más en paciente enumeración por el líder cubano, tenían que ser defendidos por los propios subyugados. Sólo los sometidos tenían la facultad de revertir aquella situación mediante la defensa de sus derechos y sus destinos.

El séptico artículo de la Declaración de La Habana profundizaba precisamente en este punto: en la necesidad de levantarse para defender los derechos usurpados por minorías venales al servicio del imperialismo. Los pueblos oprimidos, una condición que compartían todos los pueblos latinoamericanos según la exposición del Primer Ministro cubano, tenían el deber de luchar por su liberación, el deber unirse ante las reivindicaciones económicas, políticas y sociales y el deber de apoyar a las naciones oprimidas en su lucha por la soberanía³³⁵. Aquel mandato rompía los marcos del continente americano y se hacía extensible al resto de las naciones del orbe, pues el deber de cada pueblo era prestar ayuda al resto de “*los pueblos oprimidos, colonizados, explotados o agredidos*”; fuera cual fuese su ubicación geográfica, todos y cada uno de los pueblos del mundo debían hermanarse en aras de alcanzar la soberanía³³⁶.

Nunca el llamamiento de la Revolución cubana había sido tan claro para que los pueblos tomaran las riendas de su futuro y así lo reflejaba en el octavo de sus artículos la declaración habanera. La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba reafirma su fe en la libertad de los pueblos y también en este pasaje de la declaración mostraba su convicción de que pronto la América Latina marcharía “*unida y vencedora*”, liberada de las ataduras que hacían de su economía un reo más del imperialismo norteamericano³³⁷. América Latina tenía que hacer oír su verdadera voz y ésta en ningún caso podía estar representada por la emitida en las reuniones interamericanas, “*donde cancilleres domesticados*” hacían “*de coro infamante al amo despótico*”³³⁸. Lo que estaba en juego era la lucha por la modernidad y esta no podía venir de la mano de oligarquías que se movían bajo patrones que recordaban al período colonial.

Cuba ratificaba “*su decisión de trabajar por ese común destino latinoamericano*” de emancipación definitiva que permitiera construir “*una solidaridad verdadera*”, asentada en la libre voluntad de cada uno de los países latinoamericanos y en las aspiraciones conjuntas de todos ellos³³⁹. La lucha “*por esa América Latina liberada*” debía construirse sobre la voz legítima de los pueblos, que

³³² *Idem.*

³³³ *Idem.*

³³⁴ *Idem.*

³³⁵ *Ibidem*, pág. 62.

³³⁶ *Idem.*

³³⁷ *Idem.*

³³⁸ *Idem.*

³³⁹ *Idem.*

necesariamente tenía que contraponerse “a las voces obedientes” de quienes usurpaban su representación³⁴⁰. El discurso de la declaración tomaba aquí altura épica y buscaba aquella voz genuina de los pueblos entre los olvidados por las cancillerías americanas en San José de Costa Rica. La voz del pueblo latinoamericano no se encontraba en las reuniones de la OEA, era una voz que se abría paso “desde las entrañas de sus minas de carbón y de estaño, desde sus fábricas y centrales azucareros, desde sus tierras enfeudadas, donde rotos, cholos, gauchos, jíbaros, herederos de Zapata y de Sandino, empuñarían las armas de su libertad”³⁴¹. Se trataba en definitiva de la voz que resonaba fuera de las cancillerías, era la voz que portaban los “poetas y novelistas” de la América hispánica, la voz de “sus estudiantes, de sus mujeres, de sus niños y de sus ancianos”³⁴². A aquella voz hermana, la Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba le respondía: “¡Presente! Cuba no fallará”³⁴³. Y allí estaría Cuba “para ratificar, ante América Latina y ante el mundo, como un compromiso histórico, su dilema irrenunciable: Patria o Muerte”³⁴⁴.

Con aquella arenga, signo y bandera de una revolución que ya no estaba dispuesta a llegar a ningún tipo de componenda con las imposiciones que provinieran de los Estados Unidos, se daba por cerrada aquella declaración, que dejaba su último artículo para señalar que la Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba había resuelto que aquel pronunciamiento fuera conocido con el nombre de “Declaración de La Habana”, promulgada en Cuba como “Territorio Libre de América” el 2 de septiembre de 1960³⁴⁵.

Una vez dada por finalizada la lectura del documento central de la concentración asamblearia, Fidel Castro tomó la palabra por última vez para someter aquella declaración a la consideración del pueblo. Es decir, los que estuvieran de acuerdo con el contenido de la recién nacida Declaración de La Habana debían levantar el brazo. A nadie sorprendió el mar de brazos que pobló la Plaza Cívica. Bajo la estatua de Martí fue ratificada la declaración de una Cuba que se abría al mundo y defendía su soberanía como había propugnado el propio José Martí a finales del siglo XIX.

10.5.1 Bohemia: escaparate para la interpretación

La revista *Bohemia* dedicó extensos reportajes a comentar el significado que para Cuba y para América tenía la Primera Declaración de La Habana. Unos reportajes en los que el texto y la imagen rivalizaban para dar testimonio de la magna concentración que había presidido aquel acto de reafirmación revolucionaria. Desde la revista opinaron también directores de otros medios sobre lo acontecido en la plaza pública. Euclides Vázquez Candela, subdirector del diario *Revolución*, expuso su visión de la Declaración de la Habana: un documento que atacaba directamente a la línea de flotación de la Doctrina Monroe. Monroe había sido sepultado en la tarde noche del 2 de septiembre de 1960, pues, según Vázquez Candela, en adelante, cuando se tuviera que impugnar la inservible y caduca doctrina por la que se regía el Departamento de Estado norteamericano, se podría acudir a “la síntesis de todo el pensamiento liberador latinoamericano” contenida en la histórica Declaración de La Habana³⁴⁶. El documento leído por Fidel Castro ante el pueblo y después sometido a su consideración y aprobación se convertía así en una suerte de “credo de la revolución libertadora” que daría comienzo a la segunda independencia de Latinoamérica³⁴⁷.

³⁴⁰ *Idem.*

³⁴¹ *Idem.*

³⁴² *Idem.*

³⁴³ *Idem.*

³⁴⁴ *Idem.*

³⁴⁵ *Idem.*

³⁴⁶ *Ibidem*, pág. 35.

³⁴⁷ *Idem.*

El subdirector de *Revolución* señalaba de forma acertada que el documento tenía “*un carácter fundamentalmente anti-imperialista*” y, tras desglosar y comentar de forma favorable su articulado, afirmaba que aquel pronunciamiento entablaba una “*contienda doctrinal*” con el imperialismo norteamericano y sus aliados en América³⁴⁸. Sin embargo, para Vázquez Candela, uno de los mayores logros de aquel programa antimperialista estaba en la ruptura del marco regional. Estados Unidos había llevado el imperialismo fuera del continente americano y Cuba se había mostrado insumisa también ante la actitud injerencista estadounidense en el resto de los continentes. El inmediato establecimiento de relaciones diplomáticas con la República Popular China era una muestra evidente de que la Revolución cubana rompía el marco regional.

En la colaboración de Vázquez Candela para la revista *Bohemia* había evidentes pinceladas del pensamiento trotskista, la revolución para obtener dicha condición tenía que ser permanente y trasladarse a todos los frentes y a todos los países. El socialismo en un sólo país se arrinconaba y dejaba la vía abierta a la revolución socialista a nivel mundial. De todos modos, ni la palabra socialista aparecía en la Declaración de La Habana ni Vázquez Candela hizo referencia alguna a ella, una circunstancia que no era óbice para que los guiños a la revolución permanente y al internacionalismo fueran constantes tanto en el comentario del periodista cubano como en el propio documento leído por Fidel Castro en la Plaza Cívica de La Habana. Al analista avezado no se le podía escapar que los comentarios de Vázquez Candela iban en sintonía con el pensamiento de León Trotsky, pues uno de los aspectos más celebrados por el subdirector de *Revolución* fue precisamente el llamamiento a la revolución mundial: un aspecto presente y al que se acudió de forma reiterativa en diferentes párrafos de la Declaración de La Habana.

Con aquel pronunciamiento Cuba había conminado a los pueblos latinoamericanos a levantarse contra el imperialismo siguiendo el ejemplo cubano. Un llamamiento en toda regla a la lucha contra el imperio norteamericano y contra el sistema económico, político y social que defendían los Estados Unidos. Ésta era la inclinación más evidente del documento, sin embargo, la revista *Bohemia* presentó otras derivaciones e interpretaciones. En el texto que acompañaba a un extenso reportaje de Alberto Korda, el autor de la archiconocida imagen de Ernesto Che Guevara, se presentaba la Declaración de La Habana como una Carta de Derechos Humanos, la primera entre las de su condición en ser votada en asamblea multitudinaria³⁴⁹. Lejos de quedarse aquí, los primeros párrafos que daban pie a la introducción del foto-reportaje de Korda señalaban que la Declaración de La Habana, “*vista en su justa perspectiva*”, venía a “*reemplazar a la anticuada Carta de Filadelfia*”, en la que “*los patriotas norteamericanos*” habían prometido comprometerse con “*la igualdad entre los hombres*” y con “*los derechos a la vida, la libertad y la felicidad*”³⁵⁰. Todos aquellos propósitos se habían renovado en la declaración habanera para erigirse en la nueva “*Carta de América*”³⁵¹.

Cuba tomaba así el relevo de los Estados Unidos ante el olvido de los Gobiernos norteamericanos de los principios que habían cimentado su independencia. La Revolución cubana era la que ofrecía ahora una respuesta “*al clamor desoído del hombre americano*”³⁵². La emancipación de los pueblos de América, largamente esperada, encontraba así una nueva senda, pero ahora era Cuba la que mostraba el camino. Estados Unidos ya no representaba la libertad de los pueblos, pues Cuba la había reemplazado como faro para el continente. Aquella interpretación no era la primera vez que se esbozaba desde las páginas de *Bohemia*. Una perspectiva que los líderes de la revolución ya habían trazado también en alguna ocasión al colocar a los líderes de la independencia norteamericana entre

³⁴⁸ *Idem.*

³⁴⁹ *Ibidem*, pág. 52.

³⁵⁰ *Idem.*

³⁵¹ *Idem.*

³⁵² *Idem.*

los próceres del independentismo continental. Sin embargo, aquella vertiente del análisis en la que Cuba sustituía a Estados Unidos como referente de la libertad cobró más fuerza a raíz de la promulgación de la Declaración de La Habana.

La declaración habanera entraba en confrontación dialéctica con la Carta de Filadelfia y no con la Declaración de San José. Un documento este último que debido a su carácter intervencionista e imperialista no podía presentarse en el mismo plano que el emitido por la Revolución cubana el 2 de septiembre de 1960. La Declaración de Costa Rica era la contraparte de la Declaración de La Habana y la Carta de Filadelfia el documento obsoleto al que el pronunciamiento habanero sustituía como nueva carta de las Américas. Entre la Carta de Filadelfia y la promulgada en La Habana había claros paralelismo, pero también marcadas diferencias como se encargó de editorializar la revista *Bohemia*. La primera no dejaba de ser una bella declaración de intenciones, pero contaba con la mácula de todas las declaraciones promulgadas o ratificadas en América hasta la irrupción de la Revolución cubana: la contraposición entre teoría y práctica o como lo exponía *Bohemia*, el fariseísmo como premisa, pues practicaban todo aquello que condenaban cínicamente y transgredían con descaro aquellos derechos de los que se mostraban solidarios. Es decir, las declaraciones promulgaban unos principios que sobre el papel resultaban inmutables, pero que en la práctica se incumplían como norma.

Bohemia, en uno de sus editoriales del segundo número de septiembre, señalaba que, desde 1776, la tradición en el Nuevo Mundo había pasado por la promulgación de “*declaraciones farisaicas*”³⁵³. Esta era la norma y la tradición imperante en América: las ideas progresistas parecían concebirse sólo para figurar impresas, pues no tenían su reflejo en la realidad vivida. Y una muestra evidente de aquel duro alegato lo encontraba el editorial de *Bohemia* en el carácter patricio de los firmantes en Filadelfia, promotores de una libertad e igualdad de la que quedaban excluidos los esclavos de los que eran propietarios³⁵⁴.

Después de casi dos siglos, la irrupción de la democracia no parecía haber cambiado aquel orden de cosas inaugurado a finales del siglo XVIII, pues, en pleno siglo XX, las declaraciones en América seguían circulando por unos cauces de ensoñación que rara vez reflejaban la cotidianidad de los pueblos de América. Una aseveración que se vio refrendada una vez más en 1948 al reparar en la naturaleza de algunos de los mandatarios americanos signatarios de la Declaración de Derechos Humanos proclamada por la ONU. Como señalaba *Bohemia*, esta declaración recibió el refrendo y la firma de Trujillo, Somoza, Perón, Pérez Jiménez y Odría³⁵⁵. Las dictaduras en América Latina no mostraron rubor alguno a la hora de sumarse graciosamente a declaraciones de principios que conculcaban a diario. Aquello había sucedido también en San José de Costa Rica, donde los Estados Unidos y varias repúblicas latinoamericanas se dedicaron a teorizar y debatir sobre los principios de la democracia, unos principios que unos y otros, por diferentes motivos y en diversos contextos, violentaban a capricho.

Sin embargo, la Declaración de La Habana, según la reflexión lanzada por *Bohemia*, constituía una novedad en la historia de los pronunciamientos y las declaraciones promulgadas o adoptadas en América, pues era la primera en el continente cuyos autores plasmaban sobre papel lo que antes habían hecho. No era una declaración de principios adornados de fariseísmo, sus promotores no se rasgaban las vestiduras para expresar una indignación fingida. No se trataba, en definitiva, de un plan ideal para una futura e hipotética realización. Los autores de la declaración habanera ofrecían el ejemplo de lo que predicaban³⁵⁶, reflejaban sobre el papel lo que habían ensayado en los meses precedentes.

³⁵³ *Ibidem*, pág. 16 del suplemento.

³⁵⁴ *Ibidem*, pág. 59.

³⁵⁵ *Idem*.

³⁵⁶ *Idem*.

La Declaración de La Habana se erigía así en programa para la revolución y guía para futuras revoluciones, pues Cuba, además de conminar al resto de los pueblos a luchar por sus libertades, ofrecía su ejemplo como muestra evidente de que la posibilidad de regir sus propios destinos no era una quimera para los países subdesarrollados. De todos modos, Cuba ya había sido tachada en América, su ejemplo había sido desvirtuado y deslegitimado por los Gobiernos del continente, pues, como señaló en su editorial *Bohemia*, el pueblo liberado de Cuba había cometido, según el parecer de las oligarquías americanas, “*un pecado nefando: no practicaba la democracia representativa*”³⁵⁷.

Desde *Bohemia* se mostraba indignación frente a aquel alegato, pues las cartas constitucionales de la mayoría de los países americanos consignaban en su articulado bellas palabras para un sistema democrático que estaban lejos de poner en práctica. En todas las constituciones de América se sostenía además, “*falsamente*”, que existía “*igualdad de derechos entre patronos y obreros, entre latifundistas y campesinos explotados, o entre blancos, negros e indios*”³⁵⁸. Según la ficción jurídica emanada de la Revolución Francesa, “*todos eran iguales ante la ley*”; algo que evidentemente distaba de ser real³⁵⁹.

El editorial de *Bohemia* hacía uso de una amarga ironía para señalar la igualdad de derechos ante ley que regía en las democracias americanas. Según los planteamientos doctrinarios de las cartas constitucionales americanas estaban equiparados “*el negro norteamericano*”, que tenía acotado el espacio público en el que podía moverse, “*y el blanco*”, que lo expulsaba de dicho espacio; de la misma igualdad gozaban “*los asesinos del Ku Klux Klan y sus víctimas de color*”; también ante la ley tenían los mismos derechos “*el indio de los Andes y el terrateniente despótico*” que lo vejaba y explotaba; para el caso cubano, habían sido también iguales ante la ley “*el guajiro analfabeto y olvidado*”, sin noción de sus derechos, escritos en un papel que no sabía leer, “*y el magnate yanqui o criollo*” que crecía sobre sus espaldas³⁶⁰.

En teoría, guajiros, indios y negros se podían equiparar a las clases dominantes que los gobernaban y, bajo aquella ficción, cada cierto número de años “*el Carnaval democrático*” entraba en escena³⁶¹. Los maestros de ceremonias de aquella mascarada eran “*abogados de empresas imperialistas y políticos profesionales*”, que, “*con vestiduras distintas*”, de “*liberales, conservadores, radicales o demócratas*”, concedían al pueblo el único derecho que le asistía: “*el de justificar mediante el sufragio la continuidad del régimen igualitario y democrático*”³⁶².

Aquella democracia huera y sometida al soborno imperial había traído como consecuencia en la política latinoamericana un juego de oscilaciones que iba de “*la dictadura militar*” a “*la oligarquía civilista*”³⁶³. Una alternancia en el poder que no cambiaba la situación de sometimiento de los pueblos latinoamericanos y que duraba ya más de un siglo. Para la revista *Bohemia*, “*un régimen montado sobre semejante farsa sólo podía producir gobiernos monstruos*”³⁶⁴.

10.5.2 Visiones para un balance de la Primera Declaración de La Habana

Una primera aproximación al significado que portaba la Primera Declaración de La Habana nos conduce a ahondar en su carácter rupturista. Cuba, a través de aquel pronunciamiento asambleario, rompía con el régimen político imperante en América. Se desprendía de una tradición política que

³⁵⁷ *Idem.*

³⁵⁸ *Idem.*

³⁵⁹ *Idem.*

³⁶⁰ *Idem.*

³⁶¹ *Idem.*

³⁶² *Idem.*

³⁶³ *Idem.*

³⁶⁴ *Idem.*

consideraba basada en un profundo servilismo y en el sustento de los intereses de unos pocos. La Revolución cubana se sentía solidaria con los valores democráticos, pero no compartía aquella democracia anodina e inane que imperaba en muchas de las repúblicas americanas. Cuba pondría en práctica sus propias estrategias para gobernarse, pero, a aquellas alturas de 1960, parecía claro que no serían convergentes con las que imperaban en el resto del continente.

Cuba podía orientarse hacia recetas próximas a las democracias populares, quizás populistas, probablemente socialistas o comunistas e incluso hacia un capitalismo de estado tendente al reparto ponderado de las riquezas entre sus ciudadanos, pero lo que había quedado claro tras la Primera Declaración de La Habana era que no se encaminaría hacia la democracia representativa imperante en las Américas, donde la democracia propiamente dicha quedaba circunscrita a la emisión del voto que después se utilizaba para sostener unos regímenes en los que había ciudadanos de segunda y primera categoría, con igualdad de derechos ante la ley escrita, pero carentes de ellos en la práctica. La dirigencia revolucionaria no podía embarcarse en un sistema democrático que sólo figuraba en las constituciones, pero que estaba ausente en la vida de los ciudadanos y de los pueblos de América. Las repúblicas reales tenían que sustituir a las repúblicas ficticias, presentes solamente en el derecho constitucional y ausentes de la realidad vivida en el continente.

La Primera Declaración de La Habana recogía así un pensamiento que no era nuevo en la América hispana y que cobraría después fortuna con el transcurso de los años. El primero en advertirlo, como acertadamente señala el historiador y filósofo cubano Rafael Rojas fue el propio Simón Bolívar, quien teorizaba ya sobre los peligros de redactar constituciones perfectas para repúblicas aéreas; es decir repúblicas en el aire sin base real en la nación a la que trataban de inspirar ³⁶⁵. Este pensamiento de Bolívar, intuición premonitora de lo que le podía sucederle a América Latina si las superestructuras se tornaban inaprensibles y se independizaban de una infraestructura a la que olvidaban en aras de la formalidad constitucional, se encontraba también en la base del razonamiento esbozado en la declaración habanera.

Los riesgos de construir entramados jurídicos y legales, superestructuras, que se desarrollaban disociadas de la infraestructura y de las condiciones materiales de existencia propias de los pueblos que habitaban el continente constituyeron una preocupación permanente desde los mismos inicios del período descolonizador y fueron esbozados con posterioridad por la intelectualidad latinoamericana. Doscientos años después de las valoraciones de Bolívar, el escritor mejicano Carlos Fuentes se pronunciaba en parecidos términos.

En un artículo publicado en *El País*, el intelectual iberoamericano se interrogaba sobre lo acontecido en Latinoamérica en los últimos doscientos años y ahondaba en los mismos argumentos que habían preocupado a Bolívar. Es decir, el peligro de crear repúblicas de papel en las que lo legal y lo real se repudiaran. Carlos Fuentes acometía en las páginas de *El País* una lectura crítica sobre el desarrollo de las repúblicas latinoamericanas tras la independencia de España y, en el contexto del bicentenario de la emancipación, se hacía unas preguntas que nos ponían en sintonía directa con lo apuntado por el prócer de la independencia venezolana y también con lo promulgado por la Primera Declaración de La Habana en 1960:

“¿Fueron nuestras Constituciones, como dijo Víctor Hugo, creadas para los ángeles, no para los hombres? ¿Confundimos sistemáticamente lo real con lo posible? ¿Hasta qué punto se separa la nación real de la nación legal? ¿Creamos Estados virtuales divorciados de las

³⁶⁵ Rojas, Rafael: *Las repúblicas de aire. Utopía y desencanto en la revolución de Hispanoamérica*, Editorial Taurus, Madrid, 2009, págs. 350-360.

sociedades reales? ¿No supimos incorporar al proyecto independentista al indio y al negro?”³⁶⁶

Carlos Fuentes planteaba unas cuestiones que no hacían más que explicitar el divorcio entre la América legal y la real. Unos riesgos que intuía también Bolívar tras la independencia de España y que había planteado igualmente la dirigencia cubana en aquella jornada del 2 de septiembre de 1960. Sin embargo, en el caso de la Primera Declaración de La Habana, aquellas cuestiones no se presentaban en clave de riesgos o preguntas que sembraban la incertidumbre y el dilema, sino en clave de certezas: América Latina había estado centrada en la construcción de repúblicas imaginarias que daban la espalda a la realidad de sus pueblos. La dirigencia cubana, en comunión con el pueblo, había dado una respuesta inequívoca sobre aquella disociación: la sociedad legal en Latinoamérica iba por unas sendas que diferían de la sociedad real. La nación legal no se correspondía con la real y el negro y el indio, evidentemente, se habían quedado fuera de las construcciones nacionales debido a la prepotencia y preeminencia criolla. Las constituciones habían sido creadas para dar satisfacción a unos pocos, a las oligarquías dirigentes que permanecían separadas y ajenas al resto de los pueblos y de los hombres de América. De esta suerte, los problemas que planteaba la Revolución cubana no eran nuevos y continuaron años después del triunfo revolucionario formando parte de la realidad continental.

En la Declaración de La Habana se criticaba también aquella democracia americana que parecía obsesionada por el procedimiento y el entramado legal que la sustentaba. En la conferencia de San José Costa Rica se había tratado en extenso sobre los mecanismos para mejorar la democracia en América, pero todo había girado en torno a la forma, olvidando el contenido. La dirigencia cubana consideraba que los sistemas democráticos en Latinoamérica tenían que estar centrados en darle voz al olvidado y al oprimido, debían basarse, en definitiva, en el derecho a decidir, en la soberanía de los pueblos y en una igualdad real y efectiva entre los hombres y también entre los pueblos. La ficción jurídica que hacía iguales a los hombres ante la ley carecía de validez si aquellos mismos hombres no contaban con los mismos derechos en la práctica.

La Revolución cubana, ante aquella serie de contradicciones, y ante el divorcio entre la democracia real y la formal, apostaba por la soberanía y la igualdad entre los pueblos como fundamento para liberar a las naciones de la tutela imperial en lo económico, lo político y lo cultural. La soberanía se erigía así en base para el progreso, en sustento para la construcción de una modernidad verdadera y en fundamento para la vertebración de una democracia que llegara a los pueblos y no se quedara solamente en las cartas constitucionales como muestra de unas intenciones que nunca terminaban por llevarse a la práctica de forma efectiva. La historia de la democracia en América Latina era pues la historia de un fracaso, pues eran los pueblos los que tenían que construir la democracia y para ello era necesario la liberación y el progreso de estos pueblos. Estos eran los principios que sostenía Cuba con respecto a la democracia. Un análisis que coincidía plenamente con lo apuntado, años después, por otro escritor mejicano. Octavio Paz reflexionaba sobre los problemas de la democracia latinoamericana en unos términos que se mostraban convergentes con lo planteado en la Primera Declaración de La Habana al señalar que “*los pueblos latinoamericanos*” habían escogido “*la democracia porque les pareció que era la vía hacia la modernidad*”³⁶⁷. Sin embargo, según el escritor mejicano, las cosas ocurrían de otra manera: “*la democracia es el resultado de la modernidad, no el camino hacia ella*”³⁶⁸.

³⁶⁶ Del Rey Morató, Javier: *Filosofía, religión y política en el espacio antropológico. Una teoría de la comunicación y la cultura*, Editorial Fragua, Madrid, 2010, págs. 18 y 19.

³⁶⁷ Del Rey Morató, Javier: *Op. Cit.*, pág. 20.

³⁶⁸ *Idem.*

La democracia había sido pues uno de los puntos fundamentales en la Declaración de La Habana. Sin embargo, el carácter del documento venía dado por su posición frente al imperialismo norteamericano. El antiimperialismo era lo que verdaderamente vertebraba la declaración de principio a fin, pues se hacía presente en cada artículo de la carta cubana. Cuba mostraba el camino para la liberación nacional y sobre aquella posición numantina, de combate frente al poder norteamericano, tomaba una decisión atrevida: la sublevación de todos y cada uno de los pueblos contra el imperialismo. La dirigencia revolucionaria y el pueblo cubano, apelando a la épica, conminaban al resto de los pueblos a seguir su ejemplo. Era la primera vez que, de forma oficial, Cuba llamaba al alzamiento contra el poder norteamericano. Aquel mensaje estaba especialmente encaminado a agitar a los pueblos latinoamericanos y para ello no dudaba en acudir a la ascendencia común con la que contaban las naciones al sur del Río Bravo. La prosapia, el viejo nexo común hispano y el sincretismo creado durante y después de la colonia se concebían así como trinchera frente al imperio americano de estirpe anglosajona. La América del sur sólo podría liberarse bajo la acción conjunta del criollo, el indio y el negro, única vía para unificar a los pueblos y enfrentarse al poderoso norte exclusivista.

Latinoamérica contaba así con unos problemas no resueltos que no eran más que los viejos problemas de siempre disfrazados de nuevos y que tenían su origen en la falta de soberanía, secuestrada antaño por el régimen colonial y robada hogaño por el imperialismo norteamericano. La Revolución cubana parecía decidida a terminar con aquella situación de crisis permanente y la solución definitiva pasaba por la eliminación de la presencia norteamericana de Cuba, algo que sólo se podía conseguir bajo el empuje de un pueblo unido y decidido a defenderse. Una circunstancia que necesariamente tendría que fundamentarse en la lucha por eliminar los patrones políticos, económicos y sociales que eran propios de Estados Unidos y que habían señoreado en Cuba durante décadas. Cuba estaba trabajando para alcanzar aquellos objetivos en el menor plazo posible y consideraba que el camino para el resto de los pueblos latinoamericanos debía ser el mismo si tenían a bien ejercer la plena soberanía.

Como se ha dicho en los capítulos precedentes, en el entramado de contradicciones que imperaban en Cuba antes y después de la revolución, la contradicción principal dentro del régimen de antagonismos vigente estaba encarnada por el enfrentamiento entre el pueblo cubano y el imperialismo norteamericano. Ésta era la contradicción rectora que movilizaba a la población cubana en pos del movimiento revolucionario, mientras que la contradicción fundamental del sistema capitalista, la contradicción capital-trabajo, quedaba integrada y subsumida en la lucha antiimperialista debido a las peculiaridades del sistema capitalista cubano, dependiente y subsidiario del capitalismo norteamericano. Igual suerte corría el abigarrado marco de contradicciones secundarias, donde las reclamaciones del obrero frente al empresario y al capital, las del campesino frente al terrateniente y al latifundista y las de la pequeña burguesía nacionalista frente a la gran burguesía nacional y norteamericana aparecían a su vez supeditadas a la disyuntiva capital trabajo y a la liberación nacional.³⁶⁹

No obstante, esta evidente subordinación no nos puede llevar a engaño, pues la lucha por la soberanía traía aparejada la erosión del régimen capitalista cubano, que en última instancia no era otra cosa que un subsistema anejo al sistema madre: el capitalismo estadounidense. Independencia nacional, revolución social, transformación económica y catarsis política aparecían entonces como indisociables, pues la contienda por eludir la dependencia norteamericana traía como consecuencia aledaña la destrucción del sistema capitalista reinante, la deslegitimación de la inestable y corrompida democracia que imperaba en Cuba antes del arribo fidelista y la lucha contra la organización social,

³⁶⁹ Fung Riverón, Thalía: *Op. Cit.*, págs. 10 y 11.

presidida por la más fragante de las desigualdades, que se derivaba de aquel régimen político y económico dependiente que había existido en Cuba durante las últimas décadas.

De ahí que resultara cada vez complicado establecer aquella distinción entre contradicciones secundarias, principales y fundamentales. La disociación, el grado de importancia o la preminencia de rango entre contradicciones comenzaron a desdibujarse tras la Primera Declaración de La Habana. La lucha por la soberanía, a aquellas alturas del proceso revolucionario, implicaba ya la resolución de todas y cada una de las contradicciones imperantes en Cuba, pues la victoria frente al imperialismo supondría la del obrero frente al capitalista y la del campesino frente al terrateniente. Como han señalado historiadores marxistas del período revolucionario cubano, la solución de este nudo de contradicciones pasaba necesariamente por *“la solución, en primer término, de la contradicción de carácter externo entre el pueblo cubano y el imperialismo extranjero, única vía para que pudieran alcanzarse las reivindicaciones de los campesinos y los objetivos de los obreros”*³⁷⁰.

En septiembre de 1960 el panorama había cambiado, pues ahora, todos los sectores que coadyuvaban en la defensa de la revolución estaban impelidos a la asociación para conseguir sus objetivos. Los grupos de obreros de diversa condición, los campesinos, la mermada y desconcertada pequeña burguesía nacionalista y otros colectivos comenzaron a ver que para llevar a buen puerto las luchas encaminadas a resolver sus reclamaciones de clase era preciso terminar con el principal obstáculo al progreso social, económico y político, representado en última instancia por el régimen de explotación capitalista imperante en Cuba, aparador en el que se engolaba el imperialismo norteamericano.

La consecución de los objetivos específicos de cada grupo pasó entonces a ser convergente con la meta general fijada por la dirigencia revolucionaria. Una circunstancia que se pone de manifiesto en la posición fijada por la Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba en la Declaración de La Habana, al señalar de forma explícita que la Revolución cubana condenaba *“la explotación del hombre por el hombre y la explotación de los países subdesarrollados por el capital financiero imperialista”*³⁷¹. En consecuencia, aquella multitud asamblearia proclamaba una serie de principios en los que la lucha por la soberanía hacía referencia y tenía que construirse sobre una larga lista de derechos que eran propios de los diferentes colectivos que se integraban en el proceso revolucionario y que hacían referencia también a los derechos de la totalidad de los pueblos:

*“El derecho de los campesinos a la tierra; el derecho del obrero al fruto de su trabajo; el derecho de los niños a la educación; el derecho de los enfermos a la asistencia médica y hospitalaria; el derecho de los jóvenes al trabajo; el derecho de los estudiantes a la enseñanza libre, experimental y científica; el derecho de los negros y los indios a la dignidad plena del hombre; el derecho de la mujer a la igualdad civil, social y política; el derecho del anciano a una vejez segura; el derecho de los intelectuales, artistas y científicos a luchar, con sus obras, por un mundo mejor; el derecho de los Estados a la nacionalización de los monopolios imperialistas, rescatando así las riquezas y recursos nacionales; el derecho de los países al comercio libre con todos los pueblos del mundo; el derecho de las naciones a su plena soberanía; el derecho de los pueblos a convertir sus fortalezas militares en escuelas, y a armar a sus obreros, a sus campesinos, a sus estudiantes, a sus intelectuales, al negro, al indio, a la mujer, al joven, al anciano, a todos los oprimidos y explotados, para que defiendan, por sí mismos, sus derechos y sus destinos”*³⁷².

De la larga enumeración que precede se deduce el cambio profundo que se había producido. En primer lugar, los derechos de la burguesía nacionalista se eliminan de la larga lista de derechos reclamados;

³⁷⁰ *Ibidem*, pág. 38.

³⁷¹ *Bohemia* (Año LII). Núm. 37. La Habana: domingo, 11 de septiembre de 1960, pág. 2 del suplemento. Semanal.

³⁷² *Ibidem*, págs. 2 del suplemento y 62. Semanal.

una muestra inequívoca de que la revolución no estaba dispuesta a defender a una burguesía que no estuviera totalmente comprometida con la defensa de todos los mentados. La liberación del pueblo estaba así estrechamente asociada a la erradicación del sistema que lo mantenía encadenado y del que eran benefactores los diferentes sectores de la gran burguesía nacional y foránea. Y en segundo lugar, se constataba la tendencia convergente de todas las reclamaciones, sólo posibles de alcanzar si se resolvía de forma efectiva el antagonismo entre el pueblo cubano y el imperialismo norteamericano. Los derechos de los diferentes colectivos y los destinos del pueblo se hacían así indisociables. La liberación individual pasaba por la liberación colectiva y ésta necesariamente debía fundamentarse en la lucha contra el imperio. Aquellos principios estaban en la base del programa cubano, se hacían extensibles al resto de los pueblos del continente, y había que defenderlos, si fuera menester, a través de las armas, empuñadas por los propios agraviados.

Como puede observarse, la distinción entre contradicción principal y fundamental que veníamos manejando en los capítulos precedentes tendía a desvanecerse como fruto de la profundización del proceso revolucionario. Historiadores marxistas del ámbito cubano, sin precisar en qué momento se produce este cambio en el que resulta imposible priorizar o distinguir entre contradicciones, han señalado que la propia dinámica del movimiento revolucionario tendía en su progreso a fundir *“en una sola contradicción la anteriormente rectora del sistema, es decir, la existente entre la neo-colonia y su metrópoli, y la contradicción fundamental entre el trabajo y el capital”*³⁷³.

De esta suerte, en esta aproximación a la significación que porta la Primera Declaración de La Habana, consideramos que el sistema plural de contradicciones vigente en Cuba se torna en un sistema de contradicción única a raíz de la declaración habanera. Momento en el que el imperialismo norteamericano tiene que luchar en Cuba contra un triple frente imposible de disociar: Estados Unidos tiene que batallar contra el movimiento socialista cubano e internacional, contra las clases trabajadoras, el campesinado y otras clases tradicionalmente arrinconadas en la historia cubana y contra las ansias de liberación nacional que descollaban en el país.

En Cuba, además, el logro de la soberanía sólo podía alcanzarse en la lucha contra el capital internacional, fundamentalmente el norteamericano, lo que tenía unos costos incuestionables para el régimen capitalista cubano. Una circunstancia que nos ayuda a vislumbrar en este momento las posibilidades, cada vez mayores, que se abrían para una vía hacia el socialismo en Cuba. El proyecto de liberación nacional de Cuba y el programa del comunismo cubano e internacional podían diferir en muchos aspectos, pero contaban con un enemigo común, el expansionismo del imperio norteamericano, construido y cimentado sobre estructuras capitalistas. Nacionalistas, comunistas y otros sectores de la izquierda compartían objetivos, pero ninguno de ellos estaba en condiciones de capitanear el proceso en solitario, lo que ineludiblemente los abocaba a la colaboración en el plano de la praxis aunque difirieran en el campo teórico.

Las emanaciones ideológicas que se desprendía de la Primera Declaración de La Habana eran deudoras de un marcado carácter antiimperialista, pero, dentro de este marco general, las tareas que traía implícita la lucha contra el imperialismo coincidían con las propias de la revolución socialista, pues esta variante de la revolución se erigía en la mayor garantía para llevar hasta sus últimas consecuencias la liquidación de los elementos imperialistas presentes en la economía cubana. La diferencia entre la revolución socialista y la revolución soberanista se encontraba en última instancia en el plano de la representación, en las formas de apropiación y difusión de la realidad, y no en el de la praxis, pues unos y otros eran conscientes de que la consecución de sus objetivos particulares

³⁷³ Fung Riverón, Thalía: *Op. Cit.*, pág. 106.

pasaba por el triunfo ante el imperialismo norteamericano y el sistema capitalista que le era afín. De ahí que los conflictos dentro del bloque revolucionario fueran puramente ideológicos.

La Revolución cubana teorizaba sobre lo que ya se había llevado a la práctica, por lo tanto los desencuentros que se pudieran dar dentro del campo revolucionario se circunscribían a planteamientos teóricos o ideológicos sobre lo ya realizado. Llegados a este punto resulta perentorio una reflexión sobre la ideología. Los problemas y la complejidad de la ideología, como ha señalado el pensador Paul Ricoeur, se encuentran en última instancia en *“la relación entre representación y praxis”*³⁷⁴. De esta suerte, al preceder, en el caso cubano, la praxis a la teoría, la divergencia se encontraba sólo en la representación, en la imagen proyectada del proceso revolucionario, válida desde perspectivas marxistas, pero igualmente válida y plenamente coherente si se construía desde el bagaje independentista propio de la historia cubana. La interpretación, el pronunciamiento o, como hemos señalado, la representación no se elaboraban para poner en práctica un proyecto, sino que era el proyecto ya realizado el que se desmenuzaba para ser representado o interpretado a través de diferentes planteamientos ideológicos.

Volviendo a Ricoeur, en la ideología nos encontramos con lo imaginario, con *“los reflejos y los ecos del proceso real de la vida”*³⁷⁵, para Marx *“la ideología es deformación”*³⁷⁶, mera representación, y por ende sujeta al error interpretativo. Dadas las circunstancias, el choque entre las diferentes corrientes que se agrupaban dentro de la Revolución cubana sólo podía darse en la representación, en la realidad imaginada e interpretada, pero, en todo caso, una realidad ya puesta en práctica y ensayada por la propia revolución.

La acción y el quehacer revolucionario precedían a la teoría, por lo tanto, las disputas ideológicas no tendían a la confrontación sobre un programa proyectado en el futuro; se reducían a la imagen proyectada sobre lo ya realizado. Es decir, al campo propio del pensamiento mítico y del pensamiento teórico, pues el cotidiano era compartido por todos los cubanos que estaban inmersos en el proceso revolucionario, fueran marxistas, nacionalistas, antiimperialistas o entusiastas fidelistas.

En poco más de dos meses se había formado en Cuba un bloque hegemónico coherente, en el que las formas de valorar y de evaluar habían cambiado con respecto a las imperantes en las décadas precedentes. Las viejas clases dirigentes de la Cuba pre-revolucionaria habían sido desplazadas del poder y con ellas las formas de representación de la realidad. Dentro y fuera de Cuba había variantes en aquellas nuevas representaciones de la realidad vivida, pero la revolución social, política y económica que se venía desarrollando en territorio cubano se regía por un común denominador: la lucha contra el imperio instaurado por el capitalismo norteamericano. Una circunstancia que facilitaba la convergencia en seno de la revolución de diferentes sensibilidades: desde el nacionalismo hasta las más diversas corrientes de la izquierda.

El proceso revolucionario, al permanecer abierto a diferentes formas de representación, tanto en el plano nacional como en el internacional, permitía la diversidad ideológica en su seno, pues la única preocupación estaba en la praxis, cuya representación iba más allá de una teoría puesta en acción, ya que se trataba de la acción en sí misma, sobre la que se teorizaba a posteriori. La praxis en la Revolución cubana era la consecución del programa fidelista en su totalidad: la liberación nacional, el mandato del pueblo y el despliegue de todas las virtualidades presentes en el proyecto revolucionario. Este era el único dogma admisible en la realidad cubana, de ahí las dificultades que tenían las diferentes tendencias que cerraban filas con la dirigencia revolucionaria para imponer como únicas sus visiones del mundo. Como señalara Risieri Frondizi, hermano del presidente argentino en

³⁷⁴ Ricoeur, Paul: *Op. Cit.*, pág. 14.

³⁷⁵ *Idem.*

³⁷⁶ *Idem.*

aquel período, una teoría filosófica no podía convertirse en dogma, sino que precisaba de “*un permanente aliento creador*”, apuntando a la vez que la aplicación a la realidad de esta teoría no podía erigirse en “*tarea rutinaria y mecánica*”³⁷⁷. “*La complejidad de los hechos supera los esquemas teóricos*”³⁷⁸, de ahí su constante adaptación. Un razonamiento, el del pensador argentino, que era plenamente aplicable al proceso cubano.

Cuba, ante la complejidad de los hechos, no se comprometía con filosofía alguna más allá de la derivada de su propia historia y proyectaba así una imagen en la que se teorizaba, desde diferentes perspectivas, sobre las políticas llevadas a la práctica. La praxis revolucionaria era la filosofía política del proyecto fidelista y sobre este planteamiento se conminaba al resto de los pueblos a seguir el ejemplo cubano. La Primera Declaración de La Habana, una carta de derechos y deberes, se presentaba así como recapitulación de lo ya realizado en Cuba y como programa para aquello a realizar en Latinoamérica. Cuba ya no estaba dispuesta a desempeñar el papel de arria para los Estados Unidos, había puesto en ejercicio un proyecto propio y quería difundirlo más allá de sus fronteras, lo que tenían claras implicaciones para el futuro del continente.

Cuba no se dedicaba a la difusión de promesas y a la promulgación de proyectos futuros, Cuba predicaba con el ejemplo. La dirigencia revolucionaria solicitaba de las repúblicas latinoamericanas lo que el pueblo cubano ya había puesto en práctica. La Revolución cubana se presentaba así como un desafío para el continente, pues contraponía a la teoría de los políticos tradicionales de las Américas la praxis de los jóvenes revolucionarios cubanos. Unos principios que se proyectaban al continente a través de la Primera Declaración de La Habana, un programa en el que se planteaba la transformación del continente como subversión de la totalidad y que debía materializarse a través del empuje popular.

La declaración habanera se erigía así en bisagra para la historia de la revolución, pues, su carácter marcadamente antiimperialista marcaría el inicio de un nuevo período revolucionario, caracterizado por la soberanía ejercida, pero también por el enfrentamiento con los Estados Unidos y las tensiones con sus tradicionales aliados debido a la proximidad, cada vez mayor, del bloque socialista.

Tras la Declaración de La Habana, Cuba se adentraba en una nueva etapa caracterizada por la profundización y la radicalización del proceso revolucionario, un proceso ya irreversible. Una revolución, la cubana, sobre la que se seguían vertiendo las más diversas interpretaciones: para algunos se estaban construyendo ya las bases del socialismo; para otros la revolución era la quinta esencia de la liberación nacional; para algunos otros Cuba representaba la primera estación en la “segunda independencia” de Latinoamérica y para otros tantos el proyecto cubano simbolizaba un programa regeneracionista por el que Cuba clamaba desde hacía décadas: “*la despensa y la escuela*”, el “*impulso alfabetizador*” y la lucha contra “*las oligarquías parasitarias y el caciquismo*” de las que había hablado Joaquín Costa en el regeneracionismo español parecían tomar plena vigencia en la Cuba fidelista³⁷⁹.

Independientemente de cual fuera la interpretación del arrollador discurrir revolucionario, había llegado el momento de la nación cubana, pues se insertaba en el marco internacional con un papel protagonista que nunca había ostentado. Como señalara Fernando Ortiz, otro regeneracionista, en este caso cubano, Cuba tenía que levantarse ante las frustraciones del noventa y ocho. La lucha por la independencia había dejado desperfectos en la joven nación cubana. Y es que, los daños del noventa y ocho iban más allá de la postración de España, estaban también presentes en el sometimiento de

³⁷⁷ Del Rey Morató, Javier: *Op. Cit.*, pág. 27.

³⁷⁸ *Idem.*

³⁷⁹ Seca Serrano, Carlos, “La renovación política: el regeneracionismo”, en *España en 1898*, RBA, Barcelona, 2005, pág. 242.

Cuba a los Estados Unidos. Fernando Ortiz, en los primeros años de la república constituida tras la independencia de España, había señalado que Cuba necesitaba de un nuevo proyecto: “*una nueva cruzada, una locura colectiva que galvanice al pobre pueblo*”³⁸⁰. En Cuba, según el pensador habanero, se precisaban caballeros andantes: “*caballeros andantes que nos sacudan, que nos despierten de esta modorra tropical, y nos conduzcan como caudillos de la fe*”³⁸¹.

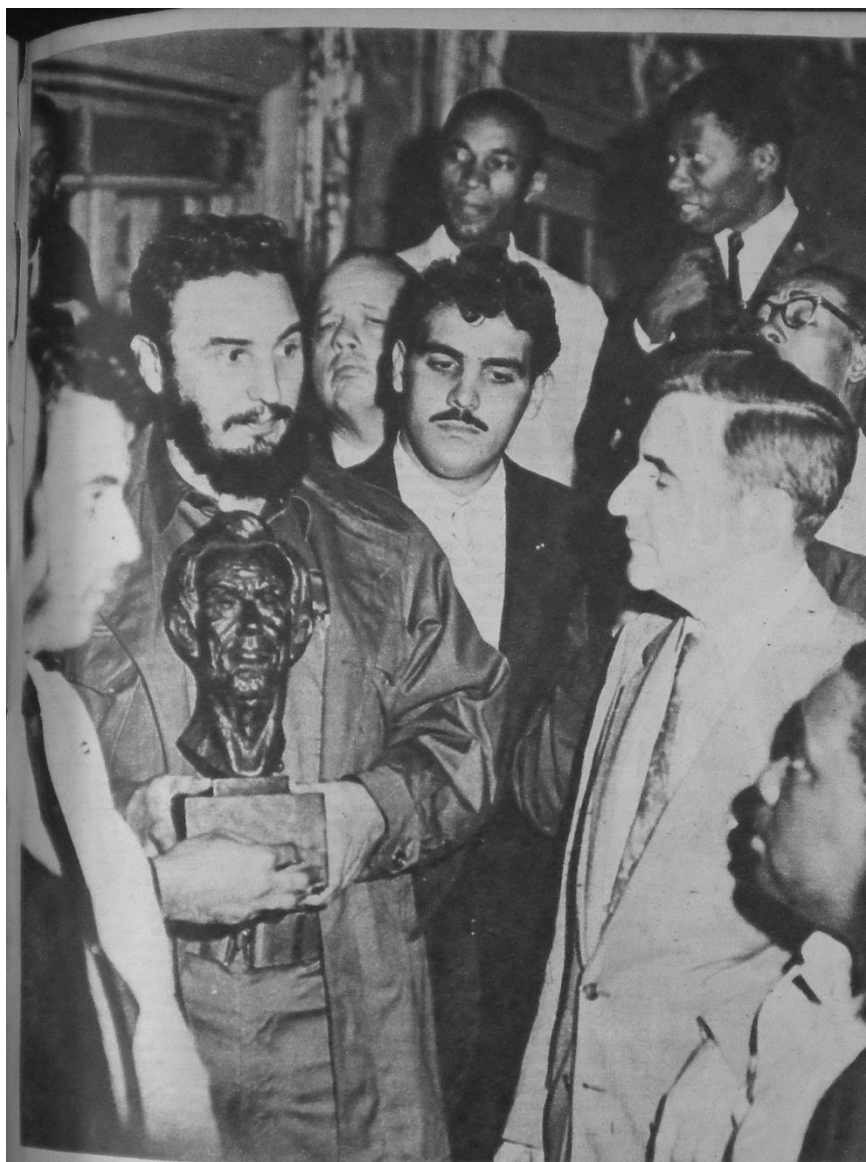
Fernando Ortiz, tomando al hidalgo caballero de La Mancha como símil de la patria cubana, señalaba en los albores de la república que era preciso que los cubanos montaran de nuevo en Rocinante y que, por tanto, debían bajarse de Clavileño cuanto antes para afrontar con aplomo un nuevo ideal que consiguiera hacer de Cuba una nación viable³⁸², con derecho a ser ante cualquier intento de absorción³⁸³. El intelectual cubano tuvo que esperar medio siglo para ver sus expectativas cumplidas, pero después del arribo fidelista, y fundamentalmente tras del verano de 1960, los cubanos cabalgaban ya sobre Rocinante, contaban con una nueva cruzada, una locura colectiva que había situado a Cuba entre las naciones con derechos a existir, y poseían además algunos caballeros andantes dispuestos a batirse el cobre por el proyecto cubano.

³⁸⁰ Viñale, Ricardo: *Fernando Ortiz ante las secuelas del 98. Un regeneracionismo transculturado*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 2001, pág. 53.

³⁸¹ *Ibidem*, pág. 54.

³⁸² *Ibidem*, pág. 56.

³⁸³ *Ibidem*, pág. 47.



FIDEL en la ONU

Rompió la Barrera del Dólar

En el recinto acogedor del hotel Theresa Fidel fue objeto de un singular homenaje. A nombre del Comité Pro Trato Justo a Cuba, el compañero Gibson le entregó un busto de Abraham Lincoln, el gran antiesclavista norteamericano, con estas palabras: "De un libertador a otro libertador". Posteriormente, el jefe de la Revolución donó otro del Apóstol Martí con la siguiente inscripción: "Peca contra la humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas".

DURANTE la primera semana de sesiones de las Naciones Unidas, la atención de Nueva York, incluyendo la de la prensa norteamericana en general, estuvo centrada en dos figuras: las de Nikita Jruschov y Fidel Castro.

Todavía pesaba sobre los ánimos el efecto de las vejaciones a que fueron sometidos ambos jefes de Estado, tanto a su arribo como después, con la diferencia de que el Primer Ministro soviético tuvo que sufrir meramente limitaciones de movimiento, mientras que al jefe de la Revolución cubana se le trató inhospitalariamente.

Incluso la Casa Blanca cometió el desaire de no invitar a Cuba al banquete ofrecido en el Waldorf Astoria a los representantes latinoamericanos. Mientras tanto, en el Congreso, un patán disfrazado de legislador —el representante "demócrata" por Nueva York, Emmanuel Celler, pidió al Overseas Press Club que retirara su invitación a Jruschov.

—Ya es bastante —dijo— que nos veamos obligados a sufrir sus diatribas en las Naciones Unidas.

Así subrayaban los personeros del imperio su menosprecio por las cortesías internacionales.

La revista *The Nation* comentaba que, según todas las apariencias, "la diplomacia norteamericana puede tornarse aún más bobalicona" y analizaba el absurdo de restringir a Jruschov a Manhattan "para protegerlo de los americanos furiosos", cuando los emigrados húngaros "tienen sus contingentes más fuertes en la isla", al alcance de la residencia oficial soviética de Park Avenue.

Eleanor Roosevelt, personalidad de las más influyentes y respetadas en Estados Unidos, declaraba el hecho "sencillamente una insensatez". Y Drew Pearson opinaba desde la prensa:

—El limitar a Jruschov a la isla de Manhattan nos hace lucir ante los ojos del mundo como pequeños, ruines y temerosos de no poder controlar a nuestro propio pueblo. Es más, nos hace aparecer preocupados por el impacto que hará la cara y las verdades de Jruschov en los norteamericanos. Hemos erigido nuestra propia cortina de hierro, la Cortina de Manhattan, situándonos en una posición ridícula.

Se adentró en la esfera internacional:

—La política de Estados Unidos

Imagen 12- Fidel Castro y la delegación cubana que le secundó durante la XV Asamblea General de la ONU se albergaron en el Hotel Theresa del barrio de Harlem en Nueva York y confeccionaron una cuidada agenda de contactos que fue convenientemente publicitada. La imagen que se quería mostrar al mundo sobre el carácter de la Revolución cubana tenía en Harlem un escaparate envidiable, no sólo para explicitar el mensaje revolucionario, sino también para hacer evidentes las contradicciones de la tan laureada democracia americana. *Bohemia* (Año LII). Núm. 40. La Habana: domingo, 2 de octubre de 1960, pág. 43. Semanal.

Capítulo 11- La Revolución cubana en el umbral del cambio definitivo: visiones y balances de un proyecto sujeto a lecturas divergentes (septiembre de 1960- octubre de 1960)

11.1 *Bohemia*: órgano para la divulgación internacional del proyecto cubano

Las prioridades de la Revolución cubana se habían fijado en la Declaración de La Habana. Fidel Castro, como portavoz del sentir cubano, había marcado a grandes rasgos los temas que debían centrar los debates a partir de entonces y, la prensa, con *Bohemia* a la cabeza, respondió a la consigna llevando los comentarios del líder cubano hasta sus últimas consecuencias. La revista *Bohemia*, aparador en el que se colocaban todos los sectores de la revolución, siguió la vía marcada por el primer ministro y se erigió en plataforma para la difusión internacional y doméstica de la visión cubana de América.

Las necesidades del momento demandaron también transformaciones en la línea editorial de *Bohemia*, que se comenzaron a materializar tras la huida de Miguel Ángel Quevedo y el relevo subsiguiente en la dirección de la revista. La publicación habanera afrontó así un cambio que se vio tímidamente reflejado en sus números del mes de agosto de 1960 y que a partir del mes de septiembre se hizo ya evidente. Bajo la impronta de su nuevo director, Enrique de la Osa, se llevaron a cabo variaciones que no sólo afectaron a los contenidos y las prioridades, sino que también se vieron reflejados en la factura y sobre todo en la apariencia externa de la revista, donde las nuevas generaciones se habían hecho cargo de la disposición y presentación de los contenidos bajo un nuevo formato.

Enrique de la Osa parecía el hombre más capacitado para hacerse con la dirección de la revista. En primer lugar, porque conocía la publicación: había sido el creador y director de la mítica sección “En Cuba” de la revista *Bohemia*¹. Y en segundo lugar, porque, dentro de la intelectualidad cubana, pocos habían participado tan activamente en la configuración y defensa del pensamiento antiimperialista en las últimas décadas. Una postura en la que el nuevo director de *Bohemia* había militado desde diferentes planos ideológicos en su ya larga carrera. Enrique de la Osa había colaborado con diferentes movimientos en los que el antiimperialismo y nacionalismo se amalgamaban con las líneas de pensamiento próximas al marxismo y con las corrientes revolucionarias del continente.

El nuevo director encarnaba, debido a su bagaje intelectual y vital, lo que demandaba el momento cubano: la tolerancia y la convivencia entre todos los sectores que arropaban a la dirigencia revolucionaria. Enrique de la Osa alcanzó la dirección de *Bohemia* cuando contaba ya con cincuenta años y aportó a la revista la experiencia adquirida en su extensa carrera, marcada por su trabajo en

¹ Puyol, Johanna *Op. Cit.* y De la Hoz, Pedro: *Op. Cit.*

publicaciones de tendencia antiimperialista, comunistas, trotskista y aprista, de hecho había sido director en los años treinta del semanario *Futuro*, órgano de expresión del Partido Aprista cubano². Las publicaciones más beligerantes contra el imperialismo norteamericano habían contado con la firma o la dirección de Enrique de la Osa³. Además, el nuevo director de *Bohemia*, había trabajado estrechamente con aquellas personalidades del panorama cubano que habían protagonizado la fallida revolución de los años treinta y que se erigían en referentes para las nuevas generaciones que encabezaban la Revolución cubana.

Así pues, en la persona del nuevo timonel del semanario habanero concurrían el conocimiento, o la experiencia vivida desde dentro, de todas las propensiones ideológicas que habían dado origen o que integraban y apoyaban el proyecto fidelista, desde el marxismo más ortodoxo, a la heterodoxia de las corrientes trotskistas, pasando por las variantes socialistas y populares revolucionarias propias del contexto latinoamericano y del nacionalismo de corte más social. Además, como ya hemos apuntado, contaba con la experiencia que aportaba el haber estado inmerso en la revolución de los años treinta. Se trataba, en definitiva, de un hombre de la generación de Raúl Roa, de Eduardo Chibás, de Rubén Martínez Villena, de Julio Antonio Mella o de Antonio Guiteras, con los que había convivido y colaborado en las luchas revolucionarias de los años treinta⁴. Su papel durante los acontecimientos revolucionarios que dieron origen la revolución de 1933 y su condición de aprista en aquel contexto, capaz de tejer acuerdos y no romper con los jóvenes revolucionarios que bebían de las fuentes del marxismo-leninismo lo convertían en un elemento valioso para el momento por el que pasaba Cuba en 1960⁵. Por tanto, De la Osa era de los pocos revolucionarios capacitados para ponerse, en aquel momento, al frente de una revista como *Bohemia* y aunar dentro de un discurso coherente al nacionalismo cubano, al antiimperialismo latinoamericano y a las ideas marxistas procedentes de diversas tendencias que cerraban filas con la revolución.

De la Osa cumplía de este modo con todos los requisitos deseables para acometer la nueva etapa de la revista *Bohemia*. A su experiencia en los medios cubanos se unía su comprensión del complejo entramado de ideologías que se deban cita en las filas revolucionarias y era de los pocos que conocía la estrecha colaboración pasada y presente de todas aquellas sensibilidades que se aunaban bajo la bandera fidelista. Unas sensibilidades que tenían que ser respetadas y mimadas para evitar posibles escisiones, pues aunque se presentaban hermanadas en el combate contra el imperialismo norteamericano, también se sabían distanciadas en sus ideas sobre el futuro de Cuba.

Bajo estos nuevos aires traídos por la nueva dirección, *Bohemia* señalaba a principios de octubre que la publicación había abierto sus páginas a los escritores y artistas cubanos que en el pasado habían recibido el veto de la revista⁶. Del mismo modo, la afluencia de material extranjero cedía gran parte del espacio del que había disfrutado a la producción nacional. Lo que tuvo una repercusión inmediata en la publicación, pues el contenido más ligero, formado por trabajos de factura y procedencia norteamericana, en los que, según la redacción de *Bohemia*, se despertaban en el lector “la afición negativa al tópico morbos, la violencia y el vicio, prodigando historias de gangsters y matones del

² Cairo, Ana: *Op. Cit.*, págs. 56, 60-63 y 307.

³ Romero, Cira, “Atuei, revista de la vanguardia literaria cubana”, *La Jiribilla* (Año XII), Edición Digital, n° 684, La Habana, 21 al 27 de junio de 2014. Semanal. <http://www.lajiribilla.cu/articulo/7912/atuei-revista-de-la-vanguardia-literaria-cubana> (Consultado: 19-6-2014).

⁴ Véase De la Osa, Enrique: *Crónica del año 33*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989, 157 págs.

⁵ Para comprender los conflictos entre las corrientes comunistas, el aprismo y otras corrientes de la izquierda puede consultarse el tercer tomo del compendio de trabajos de Carlos Rafael Rodríguez, dirigente del PSP. Véase Rodríguez, Carlos Rafael: *Letra con filo*, Tomo III: *Op. Cit.*, págs. 347-357.

⁶ *Bohemia* (Año LII). Núm. 41. La Habana: domingo, 9 de octubre de 1960, pág. 5 del suplemento. Semanal.

Far West, crónicas del hampa y otros temas disolventes” quedaban fuera de las páginas de la revista habanera⁷.

Así pues, como señalaba *Bohemia* en un destacado emitido por su redacción a principios de octubre, la revista quería seguir siendo vehículo para la transformación nacional, pero desde una vertiente diferente a lo acometida por la antigua dirección. El semanario habanero más internacional en la historia de Cuba respondía así a la necesidad “*regeneradora y cubanísima*” que demandaban los nuevos tiempos⁸. La redacción de la revista ponía el acento también en la aceptación que habían tenido sus últimos números y de forma enfática señalaba que la nueva *Bohemia* “*se adueñaba del futuro para darle la espalda a un pasado insatisfactorio*” y fijar así una nueva línea editorial acorde con las exigencias propias del proceso revolucionario que se estaba viviendo en Cuba⁹.

Más allá de la retórica propia de los momentos de exaltación revolucionaria por los que estaba pasando Cuba, lo cierto es que la revista registró cambios desde la salida de Miguel Ángel Quevedo de la dirección. Unos cambios que sobre todo hacían estado centrados en la supresión de reportajes de factura norteamericana. La reproducción de trabajos procedentes de Estados Unidos, ciertamente habituales en la antigua *Bohemia*, desaparecieron casi en su totalidad. Y, en lo sucesivo, la polémica periodística, tan prolífica en los meses precedentes, dejó paso a otro tipo de contenidos. El enfrentamiento entre facciones, en las que muchas veces las posturas ideológicas habían terminado derivando en ataques personales de dudoso interés, recuérdese la agria polémica sostenida entre Andrés Valdespino y Carlos Rafael Rodríguez, desaparecieron de la revista para ser sustituidos por contenidos en los que imperaban el consenso sobre los principios que debían conducir el proceso revolucionario.

La huida de Miguel Ángel Quevedo trajo consigo también la salida de cronistas y colaboradores que habían hecho de la posición anticomunista su seña de identidad. Estos articulistas, representados en la figura de Andrés Valdespino, en el que el catolicismo militante, su posición pronorteamericana en el contexto de la Guerra Fría y su cerrada crítica al comunismo constituían el eje sobre el que construía su discurso, desaparecieron de las páginas de *Bohemia*. Los artículos de opinión eliminaron de este modo su tendencia recurrente a criticar al comunismo como sistema político, económico y social, lo que no se tradujo, sin embargo, en la promoción de trabajos en los que se hiciera propaganda exclusiva de las ideas marxistas. Los temas giraron fundamentalmente en la promoción de la Primera Declaración de La Habana y el antiimperialismo explícito que contenía. Por otro lado, los temas culturales y de divulgación histórica, generalmente cubana, ganaron preponderancia. Los rigores impuestos por las nuevas alianzas y el proceso soberanista en el que estaba inmersa la revolución cubana determinaron este cambio de perspectiva.

La revista se convirtió así en medio de divulgación para los principios de la Revolución cubana en todos los órdenes, pero huyendo en todo momento del encasillamiento ideológico de corte soviético. Los temas de divulgación marxista no aparecen durante la segunda mitad de 1960 y la temática que predominó fue la del antimperialismo, en el que las críticas a la burguesía y las clases dirigentes americanas, fundamentalmente a las estadounidenses, pasaron a tener un destacado protagonismo. A consecuencia de ello, el periodismo que apostaba por los intereses de la burguesía criolla, muy próximos en el fondo a los presentes entre sus homólogos norteamericanos, fueron desterrados de las páginas de *Bohemia*, y con ellos desaparecieron también las críticas explícitas al marxismo y las polémicas entre aquellos que aspiraban a hacer de sus planteamientos un camino exclusivista para la revolución.

⁷ *Idem.*

⁸ *Idem.*

⁹ *Idem.*

La revista perdió así los característicos tintes polemistas de los que había hecho gala en el pasado y desatendió su papel de ágora para el debate entre las diferentes tendencias. Sin embargo, también ganó en otros aspectos. Como ya hemos indicado, la revista creció en lo tocante a los temas culturales y literarios y conquistó terreno en los asuntos de análisis internacional, tanto en lo que se refiere a contenidos y espacio dedicado en sus páginas, como en lo tocante a la amplitud de miras.

La postura internacional de la revolución se vio liberada de todos aquellos analistas que apostaban por la posición estadounidense en los asuntos propios de la Guerra Fría, mientras que el análisis de la situación latinoamericana, de los procesos de liberación nacional y de los asuntos que hacían referencia al bloque soviético se combinaron en la revista para darle una perspectiva a las relaciones internacionales más propia del neutralismo que de otras visiones tendentes al encasillamiento. Los no alineados, sus máximos dirigentes a nivel internacional, y los líderes de los procesos de descolonización y del antimperialismo pasado y presente se alzaron con el protagonismo en la publicación. Por otro lado, los temas que hacían mención a la Unión Soviética se encuadraron dentro de una línea argumental en la que se hacía siempre explícita la gratitud del pueblo cubano a la URSS por su defensa de la soberanía como premisa en el juego internacional.

En definitiva, la revista *Bohemia* cambió de forma manifiesta tras la salida de Miguel Ángel Quevedo. Sin embargo, plantear el análisis de esta transformación desde la postura de lo que perdió o ganó la revista después del cambio de dirección se presenta como un ejercicio complicado y hasta cierto punto estéril. Resulta más provecho centrarse en las diferencias que se podían registrar entre la antigua línea editorial y la acometida por la revista en su nueva singladura, pues, desde esta perspectiva, encontramos más certezas que elucubraciones. La revista cambió de forma significativa con la dirección de Enrique de la Osa, pues el nuevo ideario, por encima de cualquier otra consideración, giró sobre el nacionalismo cubano y el antimperialismo a nivel mundial.

11.1.1 Redefinición y alcance de los temas abordados en la revista *Bohemia*

Durante el mes de agosto, septiembre y octubre de 1960 se perdieron firmas en la revista *Bohemia* pero se ganó en la relevancia de los colaboradores. En este trimestre de importancia capital para el rumbo de la revolución aparecieron varios artículos de Euclides Vázquez Candela, director de la Escuela Nacional de Periodismo y subdirector del diario *Revolución*. Sus trabajos, comentados algunos de ellos en el capítulo precedente, comenzaron a ser habituales y hacían referencia fundamentalmente a la denuncia del imperialismo¹⁰. Desde una posición complementaria pero más sujeta a los rigores de los mecanismos utilizados por el imperialismo para someter a los pueblos de América se expresó Carlos Lechuga, embajador de Cuba ante la OEA. Lechuga había colaborado en la revista *Bohemia* a través de la sección “En Cuba”¹¹. Sin embargo, en aquel momento de la revolución su aportación se mostró fundamental en el campo de las relaciones internacionales. Su larga vinculación a los servicios diplomáticos y su fina ironía le convirtieron en un analista solicitado con asiduidad y en un elemento indispensable para comprender los mecanismos por medio de los cuales la OEA y otras organizaciones de implantación continental eran utilizadas para imponer el dominio estadounidense en América¹².

La política internacional, sobre todo la que hacía referencia al ámbito americano, se puso entonces por encima de la doméstica, fundamentalmente en el mes de septiembre, pues en aquel momento

¹⁰ *Bohemia* (Año LII). Núm. 36. La Habana: domingo, 4 de septiembre de 1960, págs. 35 y 69. Semanal y *Bohemia* (Año LII). Núm. 37. La Habana: domingo, 11 de septiembre de 1960, págs. 35 y 80. Semanal.

¹¹ Lechuga apareció vinculado a la sección “En Cuba” desde su misma fundación en 1943. Véase Rojas, Marta, “La escuela que fue para mí la sección *En Cuba*, de *Bohemia*”, *La Jiribilla* (Año VI), Edición Digital, n° 366, La Habana, 10 al 16 de mayo de 2008. Semanal. http://www.epoca2.lajiribilla.cu/2008/n366_05/366_22.html (Consultado: 19-6-2014)

¹² *Bohemia* (Año LII). Núm. 37. La Habana: domingo, 11 de septiembre de 1960, págs. 44, 45 y 68. Semanal.

Cuba hablaba para el continente y por tanto éste debía ser el ámbito para la exposición del proyecto cubano. Una vez inmersos en este contexto, nadie podía ofrecer mejores servicios que la revista *Bohemia*, el semanario de mayor difusión fuera de las fronteras cubanas. Sin embargo, el análisis de lo que estaba sucediendo en el interior de Cuba tampoco se descuidó y cobró auge en el mes octubre debido a la nueva oleada de transformaciones que puso en marcha el Gobierno revolucionario.

De este modo, los ímpetus de la Revolución cubana canalizados a través de *Bohemia* mezclaban política doméstica e internacional en aras de abrirse a los pueblos de América, con el propósito declarado de contrarrestar la desafección de los Gobiernos latinoamericanos y de la Administración estadounidense. La Revolución cubana rompía así los marcos del programa regeneracionista y no se resignaba a jugar simplemente el papel de una revolución soberanista, pues era además un proyecto para la América hispana capaz de competir con el trillado pensamiento panamericanista. Para ello nada mejor que poner el acento en lo que Cuba, a través de sus realizaciones, podía aportar al continente. La batalla tenía que darse en todos los frentes: en las vías para llegar a los procesos de nacionalización, en las muy necesarias reformas económicas, políticas y sociales que demandaba el continente y, en definitiva, en la inclinación soberanista, pero entendida en el sentido más amplio del término. Cuba tenía vocación de trascender más allá de sus fronteras y para ello era necesario también presentar batalla en el campo de la cultura y de la divulgación de la vía revolucionaria.

Bohemia, días después de la Declaración de La Habana, se empleó en esta tarea de aunar cultura y promoción revolucionaria y lanzó desde sus páginas “*un mensaje a los pueblos del mundo: ser cultos para ser libres. La Revolución cubana convierte los cuarteles en escuelas*”¹³. Sobre esta premisa, fruto de la praxis revolucionaria, construían su discurso algunos de los colaboradores que comenzaron a ser asiduos en la revista. Entre ellos, la escritora y activista cubana Lolo de la Torriente, quien se encargó de reseñar a través de varios artículos los progresos en educación y promoción cultural que había acometido el proceso revolucionario.

Una revolución que transforma cuarteles en escuelas y que abría sus publicaciones a la intelectualidad cubana y latinoamericana era una revolución que iba más allá de las transformaciones económicas y políticas, señalaba la activista cubana. Sobre esta deducción, Lolo de la Torriente hacía un llamamiento a los intelectuales latinoamericanos desde las páginas de *Bohemia* para que secundaran el articulado de la Declaración de La Habana, un llamamiento que se mostraba de lo más pertinente a las puertas de 1961, el que sería el año de la educación para la Revolución cubana¹⁴.

En el ámbito de las relaciones internacionales y de la cultura se estaba librando la batalla de la propaganda para asegurar el provenir del proyecto cubano, pero también en los medios de comunicación, elemento fundamental para llevar el mensaje revolucionario al pueblo cubano y al resto de los pueblos de América. La Revolución cubana precisaba poner en valor sus medios de comunicación después de los ataques que habían recibido a raíz del cierre algunos diarios y de los cambios registrados en otras publicaciones, entre ella la propia *Bohemia*.

José Pardo Llada, Directo del FIEL (Frente Independiente de Emisoras Libres), fue el encargado de acometer esta tarea y se centró en la crítica de los medios de comunicación norteamericanos. Este controvertido periodista cubano encarnaba en aquel momento la visión más conservadora de la revolución, pero desde posiciones todavía totalmente proclives a la línea impulsada desde el Gobierno revolucionario. Pardo Llada, integrante de las filas ortodoxas en los cincuenta y, por encima de cualquier otra afinidad ideológica, fidelista convencido, dedicó su espacio en *Bohemia* a desentrañar

¹³ *Bohemia* (Año LII). Núm. 36. La Habana: domingo, 4 de septiembre de 1960, pág. 21. Semanal.

¹⁴ *Bohemia* (Año LII). Núm. 39. La Habana: domingo, 25 de septiembre de 1960, págs. 12, 13, 101 y 102. Semanal.

los entresijos de los medios de comunicación americanos, la supuesta libertad de que hacían gala, el papel de la publicidad y los intereses que se movían detrás de dichos medios¹⁵.

La propaganda, y sobre todo el control de la misma, resultaban fundamentales en aquel contexto. Una circunstancia que se hacía más perentoria para la dirigencia revolucionaria debido al fenomenal aparato propagandístico con que contaban los Estados Unidos. Ante aquella realidad, nada mejor que la promoción del antiimperialismo para contrarrestar la influencia que tenían los medios de comunicación y de cultura norteamericanos. Y a esta labor se dedicó con pertinaz empeño la revista cubana. *Bohemia*, acogiendo a la senda trazada por la Declaración de La Habana, dio cobijo en sus páginas al antiamperialismo, a los mecanismos por medio de los cuales algunos gobernantes latinoamericanos sometían a sus pueblos y también a la rebeldía de estos pueblos, que no dudaban en alzar su voz para defender a la Revolución cubana.

La lucha contra el imperialismo, en aquel momento, tenía su asiento en los temas de actualidad derivados de la Conferencia de Costa Rica y de la Primera Declaración de La Habana, en los que Vázquez Candela y Lechuga exponían sus análisis sobre las consecuencias de aquella conferencia y la declaración que el pueblo cubano había promulgado como respuesta. Dos citas que dejarían como secuela la reunión del comité de los veintiuno en Bogotá. Los países miembros de la OEA habían quedado emplazados para este nuevo encuentro tras la conferencia de Costa Rica. Estados Unidos había concebido la cumbre de Bogotá como el complemento de la de San José y había fijado una vez más la agenda del cenáculo continental. El asunto principal a tratar en la capital colombiana fue el plan de ayuda para Sudamérica aprobado por el Congreso norteamericano. La reunión tuvo lugar entre los días 5 y 13 de septiembre y en ella se fijarían el alcance y la naturaleza de la cooperación económica, empresarial e institucional para la distribución de aquellos 500 millones de dólares que la Administración Eisenhower traía en cartera¹⁶.

La reunión de Bogotá fue acogida con frialdad y evidente desprecio en las páginas de *Bohemia*. En Bogotá, como antes en San José, lo único que se había acordado era un nuevo documento de sumisión al imperio. En la capital colombiana, como venía siendo costumbre en el continente en los últimos meses, se había escenificado el choque entre “la arrogante voracidad de Washington y la fórmula liberadora de La Habana”¹⁷. Aquella simple contradicción explicaba lo sucedido en aquella nueva cita de las delegaciones americanas en la OEA. Una contradicción que se había resuelto, como era también costumbre, a favor del más fuerte.

El propósito estadounidense en Bogotá había pasado por incrementar el aislamiento de Cuba y para ello había hecho uso, como venía siendo también habitual, del soborno económico, según aseveró *Bohemia* sin circunloquios¹⁸. Estados Unidos, como hiciera pocos días antes en Costa Rica, acudía de nuevo a las presiones para someter al resto de las repúblicas. Sin embargo, aquellas presiones habían mudado de naturaleza en su viaje de San José de Costa Rica a Bogotá, pues ahora, las presiones políticas se habían transformado en económicas, haciendo más intolerable si cabe la sensación de que el chantaje y el soborno se erigía en la principal arma diplomática de los Estados Unidos.

Cuba, sin embargo, había intentado presentar batalla una vez más y había tratado de hacerlo en comunión con los intereses que podían compartir todos los pueblos y Gobiernos latinoamericanos. Es decir, la apertura económica a otros mercados y la regularización del precio y los volúmenes de las materias primas que eran objeto de exportación. La cita de Bogotá trataría de asuntos económicos y comerciales y, por lo tanto, las autoridades cubanas consideraron que debían plantearse los problemas

¹⁵ *Bohemia* (Año LII). Núm. 37. La Habana: domingo, 11 de septiembre de 1960, págs. 48-50 y 82. Semanal.

¹⁶ Véanse las actas finales de la VII Reunión de Ministros Relaciones Exteriores: *Op. Cit.*, pág. 8.

¹⁷ *Bohemia* (Año LII). Núm. 38. La Habana: domingo, 18 de septiembre de 1960, pág. 49. Semanal.

¹⁸ *Idem*.

que imposibilitaban el desarrollo de Latinoamérica. Las soluciones tenían que ir más allá de la ayuda económica, una ayuda que era además, según la dirigencia revolucionaria, a todas luces insuficiente.

La propuesta cubana partía de aquellos principios y para defenderlos se había personado en Bogotá Regino Boti, ministro de Economía de Cuba. Boti encabezaba la delegación cubana y traía como propósito una apuesta por el consenso, por un acuerdo de mínimos que pudieran compartir todas las repúblicas latinoamericanas sobre aquellos mecanismos que fueran capaces de promocionar económicamente a los países al sur del Río Bravo. Para cumplir con estos criterios de partida, como apostilló *Bohemia*, la propuesta cubana no se hizo desde posturas revolucionarias o extremistas, muy al contrario, los planteamientos defendidos por Cuba en aquella cita no se habían apartado un ápice de lo que habían expuesto y recomendado “*muy sesudos economistas argentinos, chilenos o colombianos*” en aquellas fechas¹⁹. Unas recomendaciones que partían de economistas latinoamericanos, por otro lado, “*nada revolucionarios*”, como se encargó de señalar *Bohemia*²⁰.

De este modo, bajo las premisas marcadas por economistas latinoamericanos que en gran parte no comulgaban con la totalidad del proyecto revolucionario cubano, Regino Boti había defendido ante la reunión de los delegados americanos la necesidad de “*liberalizar las condiciones del comercio exterior*” y había propuesto igualmente la eliminación de las trabas que impedían “*la entrada de productos básicos*”²¹. Una medida esta última que trataba de paliar los más que posibles problemas de abastecimientos que podía generar un bloqueo estadounidense, algo que pendía ya sobre Cuba de forma ostensible.

El Ministerio de Exteriores cubano apostaba así por la libertad de comercio, algo que no se ajustaba a las inclinaciones comunistas que al parecer de muchos albergaba el Gobierno revolucionario. Esta libertad de importación y exportación, sin embargo, debía contar con algunos mecanismos para compensar las debilidades de los países atrasados, muchos de ellos dependientes de un solo producto de exportación, o de un puñado de ellos, para afrontar las ineludibles importaciones. Para paliar esta desventaja evidente, la delegación cubana había abogado también por la pronta creación de un marco legal que fuera capaz de “*regular las excesivas fluctuaciones del precio y del volumen de las exportaciones*”²². Nada, en definitiva, “*que no fuera necesario y apetecible para las mismas clases dominantes latinoamericanas*”²³. De esta suerte, las propuestas cubanas, como cabía esperar, habían recibido el refrendo, aunque con alguna objeción, de los demás miembros de la comisión.

Cuba había desplegado el programa “cepalino” en toda su extensión y para ello había enviado a la cita a su ministro de Economía, que era además el mayor defensor de estas políticas en la cúpula revolucionaria cubana²⁴. Sin embargo, las propuestas cubanas no se vieron reflejadas en las resoluciones finales del encuentro bogotano, pues, antes de que estas se ratificaran, Estados Unidos intervino y forzó la votación de un nuevo documento casi calcado del que había propuesto para la concesión de la ayuda el subsecretario de Estado norteamericano, Douglas Dillon, y en el que se especificaban las consiguientes reformas que traía aldeaña dicha ayuda para que pudiera hacerse efectiva.

De este modo, los Estados Unidos habían impuesto de nuevo su criterio y ahora ya no sólo contra Cuba y los pueblos latinoamericanos, como había sucedido en San José, sino también contra el conjunto de los Gobiernos de Latinoamérica. Las propuestas de Cuba, que estaban en rigurosa

¹⁹ *Idem.*

²⁰ *Idem.*

²¹ *Idem.*

²² *Idem.*

²³ *Idem.*

²⁴ Sobre el programa económico de Regino Boti puede consultarse: Pérez-Stable, Marifeli: *Op. Cit.*, págs. 112 y 113.

intonía con lo que la CEPAL había propuesto para promover el desarrollo económico y social de la región latinoamericana, habían sido rechazadas por el intervencionismo norteamericano.

Estados Unidos imponía así su hoja de ruta en detrimento de los intereses continentales y “*para escándalo de América*”, como señaló *Bohemia*, se aprobó el documento final norteamericano con el único voto en contra de Cuba²⁵. La delegación cubana había defendido en Bogotá principios que no eran los de la revolución, sino los de las reivindicaciones históricas de las clases dirigentes latinoamericanas; sin embargo, ni en un contexto de aquella naturaleza las delegaciones sureñas parecían contar con arrestos para votar en contra de los Estados Unidos. Dadas las circunstancias, y consignado el fracaso cubano para establecer puentes con los Gobiernos de las repúblicas hermanas, las conclusiones de *Bohemia* no pudieron ser más desdeñosas para con el Departamento de Estado norteamericano y las delegaciones latinoamericanas que lo secundaban. En Bogotá, según certificó el semanario habanero, “*el imperio se desnudaba y desnudaba de paso a sus lacayos*”. La operación orquestada en Bogotá era una afrenta al continente y dejaba al descubierto el sistema de repúblicas que se había entronizado en América y el régimen mediante el cual se relacionaban. *Bohemia* describía aquel entramado de intereses inconfesables haciendo uso de los términos más hirientes: “*Había sólo una república de estilo romano –expansiva, soberbia y subyugadora de pueblos y razas –que, al igual que la Roma antigua paga a los traidores y los desprecia*”²⁶.

El artículo de *Bohemia* sobre la comisión reunida en la capital colombiana finalizaba como había comenzado. Si en el título que encabeza aquel trabajo se hacía referencia a la “agresión imperialista”, en su párrafo final se escenificaba en qué consistía aquella nueva agresión del imperio: en la imposición a ultranza de los criterios estadounidenses por encima de los intereses del resto de repúblicas. Nada mejor que el propio razonamiento de la revista *Bohemia* para explicitar las enseñanzas que se podían sacar de la cita de Bogotá:

*“Una estupenda lección de cosas, para que el más lerdo no ignore ya lo que es el imperialismo. Un régimen capaz de conceder como limosna la milésima parte de lo que ha sacado previamente en usurarias utilidades, pero que no permite ninguna alteración sustancial en su estructura impositiva y explotadora”*²⁷.

Para la revista *Bohemia* se había escrito una estrofa más en la historia mendaz del imperialismo norteño y una vez más, como había sucedido en San José de Costa Rica, “*el coro de criollos serviles había agachado la cabeza*”²⁸. El imperialismo imponía su ley en América y la fuerza de Cuba, una de sus víctimas señeras y la única dispuesta al combate, no era suficiente para contenerlo.

El imperialismo norteamericano se erigía así en el eje vertebrador de todos y cada uno de los debates sobre la situación latinoamericana y cubana. Una fijación que se hizo evidente en la línea editorial de *Bohemia*, pues, más allá de los rigores que imponía la actualidad continental, el semanario cubano comenzó a dar cabida en sus páginas a artículos que analizaban desde una perspectiva histórica los mimbres sobre los que Estados Unidos había construido su imperio en América. El “Destino Manifiesto” y “la Doctrina Monroe” pasaron entonces a ser dos de los alegatos más mentados en el análisis de la carrera imperial norteamericana. Del mismo modo, la base naval de Guantánamo, impuesta a Cuba en 1903, fue otro de los caballos de batalla en las páginas de la revista²⁹, pues en aquella usurpación del territorio cubano parecían escenificarse la doctrina y el destino que habían sustentado al imperialismo norteamericano.

²⁵ *Bohemia* (Año LII). Núm. 38. La Habana: domingo, 18 de septiembre de 1960, pág. 49. Semanal.

²⁶ *Idem*.

²⁷ *Idem*.

²⁸ *Idem*.

²⁹ *Ibidem*, págs. 4-6, 109 y 110.

Bohemia construía una imagen de Estados Unidos en la que los prometedores comienzos de la nación habían dado paso a un imperialismo voraz nacido de la debacle del colonialismo español y cuyas primeras víctimas habían sido precisamente las últimas colonias de España. Un imperio, el norteamericano, que se había tornado incluso más agresivo en los últimos años, pues el Pentágono, tras el final de la Segunda Guerra Mundial, parecía haber alcanzado un protagonismo desmesurado en la política exterior norteamericana. De este modo, *Bohemia* consagró también parte de su información al militarismo imperante en Estados Unidos, y, a este militarismo rampante, la línea editorial de la publicación contrapuso el desarme y la coexistencia pacífica propugnada por la URSS.

La revista *Bohemia* no dudó en tomar partido por la posición soviética de coexistencia pacífica entre bloques y como venía siendo costumbre acudía para justificar su postura a la opinión de reputados analistas norteamericanos, con el ánimo de certificar que la disidencia a la política exterior norteamericana no era fruto de la inquina de la diplomacia soviética o de los análisis propios de los corifeos del comunismo internacional, sino que medraba en el seno de la sociedad norteamericana. Tomando esta premisa como punto de partida, la revista acudió a extractos de la obra del sociólogo norteamericano Wright Mills³⁰.

En 1958 Mills había reflexionado sobre las causas que generarían una hipotética guerra mundial, la tercera, y sobre estas hipótesis construyó la publicación cubana su discurso contra la política exterior norteamericana a través de un artículo en el que se exponía el dilema en el que se encontraba el panorama internacional: “*Estrategia del terror o desarme*”³¹. Obviamente la estrategia del terror era la fuente en la que se inspiraban los gerifaltes del Pentágono, que se oponían a las voces crecientes que, dentro del bloque soviético y también del occidental, mostraban sus reticencias a aquella carrera armamentística de impredecibles consecuencias.

Bohemia cimentaba su alegato en los planteamientos de Mills y para ello, en primer lugar, trataba de poner en antecedentes al lector sobre el corte ideológico por el que se regía el sociólogo norteamericano. Para la revista *Bohemia*, en los planteamientos de Mills no nos encontrábamos con las teorías de un comunista, sino con las reflexiones de “*un intelectual liberal*” proveniente de la escuela “*de Franklin Roosevelt*”³². Nos hallábamos pues ante un académico norteamericano que defendía el proyecto del *New Deal* y la experiencia de gobierno de Franklin Roosevelt. Mills partía de unos referentes políticos que provenían de la historia americana convergente con las líneas de pensamiento progresista y distante por tanto de cualquier influencia soviética. Aquel perfil nos mostraba que el análisis de Mills no era deudor de las corrientes marxistas, lo que no era óbice para que desde posturas liberales enraizadas en la tradición estadounidense se apostara por un análisis riguroso y contrario a la política exterior estadounidense sustentada en el crecimiento armamentístico y la “*metafísica militar*”³³.

Una vez expuesto el perfil ideológico de Mills, se pasaba en segundo término a exponer las explicaciones que el sociólogo norteamericano ofrecía sobre el desenfreno armamentístico en los Estados Unidos. Mills consideraba que los errores de la política exterior norteamericana se encontraban fundamentalmente en la negativa a otorgar un reconocimiento sincero al mundo comunista: “*Ni los Estados Unidos, ni Occidente en general han aceptado, como completamente real y legítimo, el hecho de que existe el comunismo soviético*”³⁴. Aparte de esta falta de reconocimiento al campo socialista, Mills señalaba que, a su parecer, los Estados Unidos carecía de un proyecto que

³⁰ La obra a la que hace referencia *Bohemia*, con el título que recogió su primera edición, es la siguiente; Mills, Charles Wright: *The Causes of World War Three*, Simon & Schuster, New York, 1958, 172 págs.

³¹ *Bohemia* (Año LII). Núm. 40. La Habana: domingo, 2 de octubre de 1960, págs. 8-10, 97 y 109. Semanal.

³² *Ibidem*, págs. 10 y 97.

³³ *Ibidem*, pág. 10.

³⁴ *Ibidem*, pág. 97.

podiera “*respetar sus intereses capitalistas y al mismo tiempo industrializar el mundo subdesarrollado*”³⁵.

De esta suerte, el crecimiento norteamericano era inversamente proporcional al de sus vecinos. La Casa Blanca se había habituado a conceder ayudas al extranjero “*por razones militares*” o a comprometerse en “*inversiones de capital buscando beneficios*”, pero cuando estos incentivos faltaban, es decir, cuando no había “*ni provecho capitalista ni interés militar en juego*”, entonces Estados Unidos se quedaba sin alternativas³⁶. Aquella política, centrada en intereses puramente extractivos, dejaba un balance desolador para los países subdesarrollados: el capitalismo occidental no había conseguido la industrialización de extensas regiones del planeta en las que había intervenido.

De este juicio deducía Wright Mills que la política exterior norteamericana debía buscar nuevas orientaciones dados los resultados negativos y la imagen poco atractiva que aquel matrimonio entre monopolios y militares ofrecía al mundo. La conclusión del pensador norteamericano no presentaba ambigüedades: “*La metafísica militar debe abandonarse. La industrialización debe considerarse como la clave del gran combate universal*”³⁷.

Ante aquellas premisas, Mills consideraba que los encargados de fijar la política de los Estados Unidos debían comenzar a tener en cuenta los ofrecimientos soviéticos de la coexistencia pacífica. Así pues, el horizonte deseado, ineludiblemente, tenía que pasar por entrar en negociaciones con la URSS, pues los recursos norteamericanos destinados al exterior debían tener un uso más racional e inteligente si se quería contar con el favor de los pueblos. Lejos de quedarse aquí, Mills ofrecía una hoja de ruta para la política exterior norteamericana, que necesariamente tendría que comenzar por “*poner fin a sus pruebas atómicas*” y “*abandonar todas las bases militares y las instalaciones situadas fuera del dominio continental de los Estados Unidos*”³⁸. Aquellas dos iniciativas servirían para rebajar la tensión internacional, pues a nadie podía sorprender que la URSS considerara inamistosos aquellos bríos militaristas. Los jerarcas soviéticos, según Mills, se cargaban de razones al acusar a Estados Unidos de desempeñarse en el ámbito internacional con “*un carácter agresivo y provocador*”³⁹. Las protestas de la URSS estaban justificadas y nadie podía sorprenderse ante el enfado soviético, pues los Estados Unidos mostrarían similares recelos si las bases soviéticas rodearan el territorio norteamericano. De ahí la necesidad de aplacar aquella escalada armamentística que, de no frenarse a tiempo, tenía visos de abocar a soviéticos y norteamericanos al cerco mutuo.

Por otro lado, Mills consideraba insostenible el esfuerzo que Estados Unidos estaba acometiendo para defender el *statu quo* económico y político imperante en aquellos años; de persistir el Departamento de Estado norteamericano en aquella estrategia, el futuro estaba abocado a la guerra mundial. Los objetivos tenían que ir pues encaminados a establecer un marco pacífico en el juego de las relaciones internacionales y aquel objetivo necesariamente tenía que pasar por las negociaciones entre Washington y Moscú. Sin embargo, para que aquellos objetivos pudieran materializarse, tenían que cambiar las relaciones de fuerza que prevalecían dentro del núcleo hegemónico imperante en los Estados Unidos. Para frenar la escalada armamentística y caminar en pos de la ansiada paz resultaba perentorio que aquella alianza “*entre los hombres de los trusts, los jefes militares, los políticos y los altos funcionarios a sus órdenes*” se trasformara⁴⁰.

³⁵ *Idem.*

³⁶ *Idem.*

³⁷ *Idem.*

³⁸ *Idem.*

³⁹ *Idem.*

⁴⁰ *Ibidem*, págs. 97 y 109.

En la proposición de Mills había una clara apuesta por el rescate y la puesta en valor de los actores políticos que tenía que ir, necesariamente, en detrimento del protagonismo alcanzado en los últimos años por los monopolios y el Pentágono. Estos dos últimos elementos, consorcios empresariales y entramado militar, tenían que responder a los dictados de los primeros, los actores políticos y los partidos en los que se encuadraban, y no al revés, como estaba sucediendo tras el inicio de la Guerra Fría. Como señalaba en sus titulares *Bohemia*, Wright Mills denunciaba “*valientemente el belicismo insensato de Washington*”⁴¹. Sin embargo, la base de aquel belicismo tenía explicaciones más infraestructurales que políticas. Las empresas armamentísticas fijaban la agenda del Gobierno norteamericano, o como exponía la revista *Bohemia* “*las fábricas de armamento pesaban más que el gobierno*”⁴². Y es que la guerra era ante todo un “*Business*”⁴³.

El bloque hegemónico que sujetaba las riendas de los destinos norteamericanos pasó a ser así una de las grandes obsesiones para la publicación habanera y a este tema dedicó la revista una miríada de reportajes y artículos de opinión. A principios de septiembre *Bohemia* ya se preguntaba sobre aquellas fuerzas que sujetaban al imperio: “*¿Quién gobierna USA?*”⁴⁴

Bajo aquella pregunta la publicación habanera acometía un análisis sobre las fuerzas que se movían detrás del trampantojo en el que se había convertido la Casa Blanca. En los últimos años, los políticos norteamericanos habían desatendido el mandato del pueblo y habían entregado el poder a “*los magnates de los grandes trusts norteamericanos*”, cuyos intereses estaban directamente relacionados con los fines que perseguían los hombres del Pentágono⁴⁵. En definitiva, una nueva distribución de poder dentro del bloque hegemónico norteamericano, que, según la revista *Bohemia*, se había formado durante la Administración Truman, se había afianzado poco después en el período de Eisenhower al frente de la Presidencia norteamericana y que había arrojado un balance desastroso para los intereses de los países de América Latina.

Aquella situación, que lejos de revertirse parecía ya permanente, se convirtió así en el argumento sobre el que edificó sus planteamientos *Bohemia*. En su artículo, la revista habanera se interrogaba sobre los intereses que movían los hilos del imperio y respondía a aquella pregunta ofreciendo un análisis pormenorizado sobre los factores que tras la Segunda Guerra había hecho de los grandes grupos industriales norteamericanos los verdaderos dominadores de América.

Las razones de aquella presencia abrumadora en todo el continente del imperialismo norteamericano las encontraba *Bohemia* en el retraimiento europeo. Inglaterra, que hasta 1940 compartían con Estados Unidos el control de América Latina, se había convertido en un inversor secundario⁴⁶. A resultas de la falta de concurrencia europea, Estados Unidos se encontró con la oportunidad de llevar la Doctrina Monroe hasta sus últimas consecuencias, pues se erigía ya en el indiscutible dominador tras la expulsión de competidores ajenos al continente. La hegemonía estadounidense se materializó así tras la Segunda Guerra Mundial y un nuevo escenario se abrió entonces para América. Los rigores de la conflagración mundial y advenimiento del Gobierno de Truman habían dejado al continente en manos de los consorcios norteamericanos, que tras el impulso recibido por las ganancias de la guerra se sintieron con arrestos suficientes para adueñarse de América Latina.

Sobre las cenizas de la guerra y la postración europea, las inversiones de los grandes consorcios norteamericanos en Latinoamérica se multiplicaron y comenzaron a tener cada vez más influencia en

⁴¹ *Ibidem*, pág. 8.

⁴² *Ibidem*, pág. 9.

⁴³ *Idem*.

⁴⁴ *Bohemia* (Año LII). Núm. 36. La Habana: domingo, 4 de septiembre de 1960, pág. 64. Semanal.

⁴⁵ *Idem*.

⁴⁶ *Idem*.

las decisiones gubernamentales. Una situación que derivó en el control por parte de las grandes firmas que operaban en Wall Street de la política exterior estadounidense y de los destinos de América. Según la revista *Bohemia*, la poderosa Asociación Nacional de Industriales, en la que se concentraban “la Casa Morgan, la Casa Rockefeller, la Casa Mellon, la Casa Kuhn and Loeb, la familia Dupont de Nemours y los Grupos de Chicago, de Boston y de Cleveland”, sumados a otros “diecinueve grupos también multimillonarios”, multiplicaron su influencia e ingresos después de la conflagración mundial y terminaron ubicándose en una posición que les permitió orientar la política norteamericana durante los años de Truman en la Casa Blanca⁴⁷.

Estos consorcios norteamericanos, según *Bohemia*, habían sido los que habían tomado las grandes decisiones en Estados Unidos desde la Segunda Guerra Mundial y los que en última instancia habían conseguido conformar la política a seguir en materia internacional. Una política que pasaba, en gran medida, por “mantener vigente el peligro de guerra”⁴⁸. La supremacía norteamericana se había construido bajo un régimen de economía de guerra, y sobre esta premisa se pretendió mantener la preponderancia estadounidense. Los consorcios, en contubernio con las autoridades, se mostraron renuentes a abandonar aquel modelo y pretendieron que aquella economía de guerra siguiera vigente durante los tiempos de paz, pues los réditos que arrojaba la política belicista facilitaban que el complejo industrial y militar siguiera a pleno rendimiento.

Con el pretexto de la inminencia de una tercera guerra mundial, “y a pesar de la insistencia de la URSS en manifestar todo lo contrario”, los Estados Unidos consiguieron firmar “tratados militares y económicos con casi todos los países sudamericanos, y obligaron a estos a seguir produciendo materias primas a toda capacidad”⁴⁹. El objetivo no era otro que mantener un sistema de producción que había dejado de tener sentido tras la Segunda Guerra Mundial, pero sobre el que Estados Unidos había construido su hegemonía en América, y en gran parte del mundo, y al que no estaba dispuesto a renunciar.

Sin embargo, durante el periodo de Truman al frente de la Casa Blanca comenzaron a proliferar las voces que se oponían a que las decisiones se tomaran fuera del ámbito político. Durante el tiempo en que Truman ocupó el sillón presidencial surgió en Estados Unidos, según la visión esbozada por *Bohemia*, “la única figura política de arrastre e independencia: Henry Wallace”⁵⁰.

Wallace trató de ponerse al frente del partido demócrata e impulsar una nueva política de convivencia pacífica con la URSS. Wallace se presentaba como una alternativa al entreguismo de Truman, pero aquella opción política llegaba tarde. La Asociación de Industriales y el Pentágono comandaban ya los destinos de América y, en la lucha por el control del partido demócrata, el aspirante a capitanear una alternativa popular no tuvo el éxito esperado. El candidato a presidenciable era socialista, según aseveraba *Bohemia* sin rastros de duda, y en Norteamérica había ya tomado fuerza “la publicidad imbecilizante (sic) contra toda palabra que oliera a progreso social”⁵¹.

Wallace cometió además algunas “imprudencias” de cara a los detentadores del poder en Norteamérica: “Se fotografiaba con negros a su lado”⁵². Las connivencias con afroamericanos y socialistas entraban en franca confrontación con la visión del mundo que manejaba el bloque hegemónico que señoreaba en América y los poderes fácticos que se escudaban en aquel bloque dominante pronto tomaron cartas en el asunto. Los “trusts” cerraron todos los caminos para la

⁴⁷ *Idem.*

⁴⁸ *Idem.*

⁴⁹ *Idem.*

⁵⁰ *Idem.*

⁵¹ *Idem.*

⁵² *Idem.*

promoción del nuevo candidato, “*boquearon las emisoras de radio y TV*” y con relativa facilidad “*Wallace desapareció del mapa político*”⁵³. En menos de un año, el que fuera vicepresidente de Franklin Roosevelt perdió el pulso con Harry Truman y abandonó la arena política. Contra él se había esgrimido las mismas acusaciones que contra Fidel Castro, las de ser un dirigente en manos de Moscú. La intentona de Wallace quedó así en un vano intento por hacer al pueblo americano el depositario de la soberanía; las decisiones se tomaban ya en otros lugares y el advenimiento de Eisenhower no hizo más que ahondar la languidez de la democracia americana.

El presidente Eisenhower dio naturaleza legal al sistema puesto en funcionamiento durante la Administración Truman. El héroe de Normandía se encargó de sacar de dudas a los latinoamericanos sobre cuál era el nuevo orden “*al presentarse con un gabinete compuesto totalmente por multimillonarios de la industria y las finanzas*”⁵⁴. En el tránsito de Truman a Eisenhower, el gobierno en la sombra que formaba el entramado industrial militar que imperaba en América dio un paso al frente y se mostró ya sin dobleces. Las grandes firmas que movían la economía estadounidense colocaron a sus hombres de confianza a la vera del presidente Eisenhower. La alianza entre el Pentágono y los grandes consorcios norteamericanos tomó entonces el poder, pero ahora ya de forma manifiesta, al descubierto, sin necesidad de escudarse en políticos al uso.

Bohemia señalaba que el reparto de carteras que se acometió en el año 1953 era representativo de los intereses que se disponía a defender el general Eisenhower. En el Departamento de Defensa se situó a Charles E. Wilson, presidente de la *General Motors*, todo un síntoma del nuevo orden. Como secretario de Interior se colocó a Douglas McKay, estrechamente vinculado a *Dupont Chemicals*. En la Secretaría de Estado, Foster Dulles, muy próximo a la familia Rockefeller; como jefe de Seguridad Mutua se designó a Stassen, vinculado a la Casa Morgan; el Secretariado de Marina correspondió a R. Anderson, con fuertes intereses en las compañías petrolíferas de Texas; como secretario de Comercio se nombró a S. Weeks, representante de los intereses financieros de Boston y como secretario de Finanzas a M. Humphrey, al frente de más de treinta empresas metalúrgicas. En fin, un gabinete de Gobierno hecho a la medida de los intereses que marcaban la agenda norteamericana.⁵⁵

Además de este incontestable perfil de los llamados a gobernar, autores que han tratado el período de Eisenhower en profundidad señalaron en sus trabajos los mecanismos de que se valió la Casa Blanca para sostener aquel tinglado de alianzas. El cometido fundamental de la Administración Eisenhower se centró entonces en asegurar que los intereses del Pentágono y de las grandes corporaciones fueran bien atendidos y para ello se puso en funcionamiento lo que después se denominó el “*revolving door*”⁵⁶. Es decir, una puerta giratoria, en su acepción en castellano, donde militares de alta graduación retirados se colocaron al frente de consorcios industriales y gerentes de la industria ocupaban puestos gubernamentales, para cambiar de puesto a continuación, entrando y saliendo del Gobierno o de la gerencia de las grandes firmas sin que el sistema sufriera grandes sobresaltos. Nos hallábamos, de este modo, ante un complejo militar industrial en el que los dirigentes de importantes firmas, en comunión con militares de alta graduación, ejercían labores políticas, mientras que otros altos mandos militares hacían las veces de dirigentes de entramados industriales. Un sistema en el que el Pentágono y la gran industria aparecían estrechamente vinculados y con acceso directo a la toma de decisiones políticas, no en vano ocupaban los puestos clave dentro del gabinete gubernamental que facultaban para determinar el plan de gobierno.

⁵³ *Idem.*

⁵⁴ *Idem.*

⁵⁵ *Ibidem*, págs. 64 y 67.

⁵⁶ García Iturbe, Néstor: *Op. Cit.*, pág. 279.

Ante aquel régimen de connivencias y complicidades, las cifras que arrojaba la estancia de Eisenhower al frente de la Casa Blanca hablaban por sí solas. El total de gastos militares pasó de 12.900 millones en 1949 a 43.300 millones en 1958⁵⁷. Unas cantidades que a nadie podían sorprender, pues, como señaló *Bohemia* en diversas ocasiones en aquel mes de septiembre, la Administración Eisenhower se había centrado en el rearme durante la posguerra como mecanismo para conservar el crecimiento económico y sostener los intereses de la gran industria. La Guerra Fría y todas las actividades que traía aparejadas eran necesarias para mantener en funcionamiento el entrado industrial y militar, algo que era incompatible con los llamamientos soviéticos para afrontar unas negociaciones sobre desarme. De esta suerte, la coexistencia pacífica propugnada por Krushev estaba en las antípodas de las inclinaciones e intereses de los hombres que regían los designios de la Casa Blanca, pues cualquier medida tendente a rebajar la tensión propiciaría que el aparato productivo estadounidense se viera seriamente comprometido.

El balance de *Bohemia* sobre los intereses que imperaban en los Estados Unidos no podía ser más desfavorable para la preservación de la independencia de los cubanos y del resto de latinoamericanos, pues en el bloque hegemónico que dominaba la nación norteamericana, no había cabida para aquellos que no mostraran una actitud agresiva contra el comunismo y contra los países que secundaban esta ideología. Estados Unidos se presentaba así como el único socio posible para Latinoamérica, pues Europa occidental se cuidaría de ofender a los norteamericanos y el bloque comunista, como enemigo estadounidense, quedaba excluido por definición. *Bohemia* explicitaba bajo estos razonamientos las contradicciones a las que estaba sometida Latinoamérica en la defensa del bando estadounidense en la Guerra Fría. Los países al sur del Río Bravo, al defender la posición de Estados Unidos, contribuían a hacer permanente su vasallaje al vecino norteño, además de ayudar, consciente o inconscientemente, a la consolidación del imperialismo norteamericano y al fomento del entrado industrial y militar que lo sustentaba.

Sin embargo, el imperialismo no había nacido por mor de las rigideces propias de la Guerra Fría, venía de lejos, y para afrontar su explicación *Bohemia* hacía uso de un análisis hermenéutico en el que las palabras de los dirigentes norteamericanos, los de antaño y hogaño, eran expuestas para reflejar que el alma imperialista había estado presente en Estados Unidos desde la misma independencia de la Corona británica.

La disquisición que aportaba *Bohemia* sobre el vecino norteño estaba así presidida por la lucha de dos corrientes contrapuestas en el ejercicio del poder. En Norteamérica, el espíritu independentista que había guiado a los *patres patriae* pronto tuvo que hacer frente a los deseos expansionistas e imperiales; dos tendencias que no compartían el mismo proyecto para el continente americano. Sin embargo, esta confrontación no respondía a los dictados del bipartidismo estadounidense, pues los partidarios de la intervención o la inhibición en los asuntos continentales se descubrían tanto en el bloque demócrata como en el republicano. Nos encontrábamos pues con una dualidad en la cúpula gubernamental caracterizada por la pugna entre los mandatarios tendentes a promocionar la línea imperialista y aquellos otros más proclives a la convivencia pacífica entre naciones. Estos dos planteamientos habían estado siempre presentes en la política exterior norteamericana. De todos modos, la línea argumental de la publicación cubana dejaba al descubierto la supremacía del imperialismo frente a otras tendencias y señalaba que su triunfo había sido ya definitivo tras la Segunda Guerra Mundial. La injerencia, además de contraponerse a la coexistencia pacífica y erigirse ya en la línea de gobierno, había mostrado también mayor vigor en la historia de los Estados Unidos, lo que hacía más compresible su entronización final.

⁵⁷ *Ibidem*, pág. 281.

Sobre esta lectura maniquea, *Bohemia* construía un discurso, presente en los artículos de actualidad, pero también en aquellos de carácter histórico, en el que los promotores de la coexistencia pacífica entre naciones siempre aparecían tutelados o enfrentados a los guerreristas. En Estados Unidos los políticos que habían centrado sus intereses en la prosperidad de sus ciudadanos y en el respeto de los demás pueblos se contraponían y habían tenido que enfrentarse a aquellos dirigentes que consideraban que el bienestar norteamericano tenía que fundamentarse en el sometimiento de otras naciones.

Una divergencia de posturas que, por tanto, no era privativa de los rigores que imponía la Guerra Fría, sino que se había escenificado ya en la nación temprana de mediados del siglo XIX. Para refrendar aquella idea *Bohemia* contraponía el pensamiento de Abraham Lincoln al de Stephen Douglas con el ánimo de reflejar las divergencias que existían dentro de las élites de poder sobre la proyección internacional y el liderazgo que tenían que ejercer los Estados de la Unión sobre el continente. Un siglo antes de que Wallace y Truman expusieran sus discordancias en torno a la política exterior norteamericana se habían explicitado ya los desajustes y refriegas que, sobre materia exterior, se daban entre las élites de poder estadounidense. Douglas constituía la viva imagen de la posición injerencista y encarnaba los valores que había hecho de aquella interpretación aviesa de la Doctrina Monroe el decálogo para la intervención estadounidense en el continente. *Bohemia* rescataba algunos pasajes del credo que defendía Douglas para explicitar aquel sentir que habitaba en algunos de los dirigentes norteamericanos de la joven república:

“El gran pueblo americano cuyo destino manifiesto es la hegemonía sobre todos los países del continente, no debe comprometer su desarrollo económico y político porque un ideólogo ponga su firma al pie de un papel que nada significa...No es posible dejar que nos ganen con documentos diplomáticos, tras inútiles conferencias de paz, lo que nosotros podemos tomar a nuestro arbitrio con acorazados y cañones”⁵⁸.

La figura de Douglas, intervencionista e imperialista, se contraponía así a la Lincoln, libertador entre los libertadores, amigo de los pueblos de América y defensor de la independencia de las repúblicas americanas⁵⁹. Una visión, quizás excesivamente reduccionista, pero que servía para mostrar un continuo histórico entre las dos almas de América. Las disputas entre Douglas y Lincoln a mediados del siglo XIX volvían a darse cita en el ecuador del siglo XX a través de la postura defendida por Harry Truman y de la sostenida por Henry Wallace. Aquel ejemplo servía además para mostrar que las tendencias injerencistas no eran privativas de republicanos o demócratas, pues se manifestaban en el seno de los dos partidos norteamericanos. Si en la naciente república emancipada algunos sectores dentro de la facción republicana habían sido los adalides de la soberanía, décadas después algunos grupos dentro de las tendencias demócratas habían tomado el relevo.

Sin embargo, aquella dualidad había languidecido tras Gobierno de Franklin Delano Roosevelt y había tenido su epílogo en el intento de Wallace de alcanzar el control del partido demócrata. Tras el inicio de la Guerra Fría la coexistencia pacífica entre naciones había fenecido, pues los presidentes norteamericanos atendían ya al dictado de los grupos y los consorcios próximos a las fuerzas armadas y las multinacionales estadounidenses. En la revista *Bohemia* se daba por sentada esta premisa, ante la cual sólo se podía ofrecer la resistencia de los pueblos. La Presidencia de Eisenhower había consolidado aquellos parámetros en la política exterior norteamericana y la pugna entre Nixon y Kennedy, independientemente de cual fuera el resultado de aquella justa, no cambiaría la postura estadounidense frente a Latinoamérica.

⁵⁸ *Bohemia* (Año LII). Núm. 38. La Habana: domingo, 18 de septiembre de 1960, pág. 4. Semanal.

⁵⁹ *Bohemia* (Año LII). Núm. 40. La Habana: domingo, 2 de octubre de 1960, pág. 43. Semanal.

El imperialismo norteamericano había nacido por lo tanto antes de que Cuba emprendiera sus luchas contra el colonialismo español y, por consiguiente, sus víctimas no sólo se encontraban entre las últimas colonias españolas: el imperialismo había lanzado sus redes de igual forma sobre las primeras colonias en independizarse del cepto borbónico. El imperialismo estadounidense no era pues fruto exclusivo del declive y la desaparición del colonialismo español en América, lo antecedía y había medrado a su costa, hasta tal punto, que la propia España había sido también, finalmente, presa del imperio norteamericano. La batalla pues venía de lejos, sin embargo, el Departamento de Estado norteamericano había modernizado sus métodos, había sabido adaptarse al cambiante contexto internacional para seguir su estela imperial y contaba además con poderosos aliados y con todo tipo de facilidades en muchas de las repúblicas latinoamericanas.

Bohemia señalaba que aquel régimen de alianzas entre el imperio y algunos dirigentes americanos tenía en el presidente Frondizi a uno de sus ejemplos más logrados. En la Argentina de Frondizi había encontrado la Administración Eisenhower campo fértil para llevar a término su estrategia de dominación política y económica a través de un fuerte control militar sobre la población. Desde la Casa Rosada se estaban apoyando las demandas estadounidenses de promover el militarismo para contener cualquier movimiento de cambio que pudiera darse en Argentina. Y este modelo, una vez ensayado, era exportable al resto de las repúblicas latinoamericanas.

Bohemia les dedicaba a las autoridades argentinas un áspero artículo cuyo título daba ya muestras evidentes de la dureza con la que se iba tratar al presidente argentino y a los sectores que lo sustentaban. En Argentina se estaba poniendo en práctica “un plan neofascista”, advertía *Bohemia* en su antetítulo, para aseverar a continuación que “*generales yanquis y argentinos intrigaban contra los movimientos populares*”⁶⁰. Las autoridades argentinas y norteamericanas se presentaban así como los promotores de un designio imperial encaminado a contener los posibles conatos de resistencia al poder norteamericano en el continente. Al frente de aquel plan de choque se encontraban “*el general Bogart, comandante supremo de las fuerzas yanquis en el Caribe*” y “*el general Toranzo Montero, comandante en jefe del ejército argentino*”⁶¹. Bogart, secundado por Toranzo Montero, era el encargado de suministrar “*lecciones muy concretas y específicas para aplastar militarmente movimientos huelguísticos y copar sindicatos*”⁶². La consigna partía de las recetas habituales usadas en el continente, toda disidencia, fuera ésta nacionalista, reformista o revolucionaria sería encasillada dentro de la subversión comunista y contra la injerencia soviética todas las medidas que pudieran tomarse estaban justificadas. En las páginas de *Bohemia* se mostraba estupor ante aquellas medidas. Sin embargo, no resultaban sorprendes, pues, como oportunamente señalaba la revista habanera, “*ya se sabía que la confusión del nacionalismo y el comunismo era un principio cardinal de la política exterior de Washington*”⁶³.

El artículo en el que se denunciaban aquellas maniobras represivas se presentaba sin firma y como “*un servicio especial de Prensa Latina*” para la revista *Bohemia*⁶⁴. La agencia cubana de noticias señalaba la gravedad de aquel asunto, pues las intenciones de Frondizi estaban encaminadas a extender el modelo al resto del continente⁶⁵. Como se recordará del capítulo anterior, en San José de Costa Rica la delegación argentina ya había hablado de la necesidad de reforzar la democracia y endurecer la lucha contra las actividades subversivas y la penetración del comunismo en América⁶⁶. Una lucha en la que quería comprometer a todas las repúblicas americanas a través de la OEA y que

⁶⁰ *Bohemia* (Año LII). Núm. 38. La Habana: domingo, 18 de septiembre de 1960, pág. 20. Semanal.

⁶¹ *Idem*.

⁶² *Idem*.

⁶³ *Idem*.

⁶⁴ *Idem*.

⁶⁵ *Ibidem*, pág. 89.

⁶⁶ Véanse las actas finales de la VII Reunión de Ministros Relaciones Exteriores: *Op. Cit.*, pág. 16, 17 y 20-23.

había registrado ya sus adeptos entre las delegaciones latinoamericanas presentes en la cita costarricense⁶⁷.

De este modo, como señaló *Prensa Latina* con severidad en su artículo para *Bohemia*, “*mientras en el mostrador de la OEA*” continuaban exhibiéndose “*las formalidades democráticas*”, de las que la delegación argentina hizo ufana propaganda, en “*la trastienda*” se estaba preparando “*un movimiento de genuino corte fascista, destinado a reforzar el control militar sobre determinadas repúblicas americanas y prevenir el desarrollo de las reivindicaciones populares*”⁶⁸.

Bohemia, sin embargo, a pesar de aquellas noticias desalentadoras que aportaba *Prensa Latina*, no daba la contienda por perdida. En aquella lucha que inundaba ya el continente todavía quedaban los pueblos y el ejemplo de algunos líderes latinoamericanos. Cuba no estaba sola en la pendencia contra el imperialismo, pues todavía contaba con el favor de los pueblos. Este convencimiento, bandera con la que se presentaba el primer ministro cubano ante cualquier convocatoria, era expuesto también en las páginas de la revista *Bohemia*.

La revista habanera dedicó varias de sus secciones habituales a relatar los actos de adhesión a Cuba que se estaban realizando en Chile. En apretada síntesis, acompañada de un generoso acopio de imágenes, *Bohemia* expuso las actividades que venía desarrollado el tejido asociativo del pueblo chileno para acompañar y defender el proyecto revolucionario cubano. Las imágenes de los entonces senadores Salvador Allende, Aniceto Rodríguez o Raúl Ampuero, llamados todos ellos a desempeñar un papel relevante en la historia del socialismo chileno, se mezclaron con las de intelectuales, periodistas y líderes sindicales chilenos en los actos celebrados en el país andino en defensa de la Revolución cubana⁶⁹. Mineros del cobre compartieron con el embajador cubano en Santiago, que se hizo omnipresente en cada marcha o concentración de la población chilena en favor de Cuba o contra el imperialismo norteamericano⁷⁰.

El pueblo de Chile se mostraba así comprometido con la causa de Cuba, que no dejaba de ser la de América, como se encarga de exponer *Bohemia* en casi la totalidad de sus trabajos. De este modo, la división por países de los problemas latinoamericanos carecía sentido, los Estados andinos, los caribeños o los centroamericanos, junto con el resto de los países emergentes tras la debacle española en América, compartían problemas y tenían por tanto que compartir también soluciones.

Las demostraciones chilenas eran pues una muestra evidente de aquel aserto y de la fuerza de Cuba entre los pueblos latinoamericanos, una fuerza que era también reconocida por líderes revolucionarios del continente. Uno de ellos era Jacobo Árbenz, que en el mismo número en que *Bohemia* censuraba al Gobierno argentino y alababa al pueblo chileno, concedía una extensa entrevista, a la ya mentada Lolo de la Torriente, para exponer en la publicación habanera las dificultades y los problemas con los que se había topado el pueblo guatemalteco en su proceso revolucionario. Árbenz ponía el acento también en los aciertos de la Revolución cubana y en los desafíos y dificultades que tendría que afrontar en el futuro. Sin embargo, el líder guatemalteco veía en Cuba unas condiciones que hacían de su proceso revolucionario una apuesta más consistente que la recreada en Guatemala y por tanto más difícil de abatir por el imperialismo.

Jacobo Árbenz señalaba para comenzar que la conciencia del ciudadano medio en Cuba sobre las tareas a cometer era más sólida que la que había existido en Guatemala durante su proceso revolucionario. Además, la unidad en Cuba de un bloque hegemónico solidario y capaz de actuar de

⁶⁷ *Idem*.

⁶⁸ *Bohemia* (Año LII). Núm. 38. La Habana: domingo, 18 de septiembre de 1960, pág. 20. Semanal.

⁶⁹ *Ibidem*, págs. 30 y 31.

⁷⁰ *Idem*.

forma conjunta era otra de las ventajas de Cuba frente al proceso liberador recreado en Guatemala. En Cuba, según aseveraba Árbenz, no existía la confusión que había reinado en su vecino centroamericano y la posición vacilante y tímida de los grupos progresistas más temerosos de un estallido revolucionario se había resuelto a favor del Gobierno cubano con relativa rapidez. Otro de los puntos claves era la actitud decidida que la dirigencia revolucionaria había mantenido con respecto a las herramientas del imperialismo en Cuba: la prensa y los monopolios habían sido rápidamente reconducidos para sumar, y no restar, en el proceso revolucionario. Por lo demás, Cuba contaba con las milicias populares; un baluarte frente a cualquier fuerza exterior que pretendiera actuar en suelo cubano. Jacobo Árbenz se había recorrido la Isla en los últimos meses y conocía la solidez de estas fuerzas de autodefensa.⁷¹

En fin, toda una serie de planteamientos sobre los que Jacobo Árbenz ya se había pronunciado en otras ocasiones y que eran convergentes con lo apuntado por otros líderes continentales como Lázaro Cárdenas. Sin embargo, Árbenz se pronunciaba en esta ocasión sobre algunos puntos que habían permanecido en la sombra desde la caída de la revolución guatemalteca. Lolo de la Torriente ponía el dedo en la llaga y le preguntaba abiertamente al líder centroamericano sobre el grado de implicación y la presencia real que habían tenido los comunistas en su movimiento revolucionario.

Sobre este particular Árbenz expuso que la participación del comunismo había sido escasa, pero de sus palabras se desprendía que de haber contado Guatemala con un partido comunista fuerte la revolución hubiera tenido más posibilidades de prosperar. Árbenz ofrecía una radiografía del proceso revolucionario guatemalteco en el que se hacía un balance de las relaciones de fuerzas que se habían dado cita alrededor del Gobierno durante su estancia al frente de Guatemala. El líder centroamericano acometía además aquel balance haciendo gala de un análisis que entraba dentro de las premisas del marxismo leninismo y de la doctrina tradicional del comunismo, pues, según manifestó en sus declaraciones para *Bohemia*, la clave del fracaso guatemalteco había estado en los sindicatos y en su incapacidad para tejer acuerdos entre campesinos y proletarios.

Según Árbenz, en la Guatemala revolucionaria, “*la dirección de algunos sindicatos, organizaciones campesinas y populares*” habían estado en manos de “*la pequeña burguesía de los diversos partidos*” que configuraban el espectro político guatemalteco⁷². Una circunstancia, que, de acuerdo al razonamiento de Árbenz, le había dado a aquel tejido institucional y asociativo un perfil “*anárquico, vacilante y con escasa conciencia política revolucionaria*”⁷³. La influencia del Partido Guatemalteco del Trabajo, denominación a la que respondía la formación comunista del país, había sido importante en el movimiento obrero, “*que era disciplinado y responsable*”, pero menor entre los campesinos, lo que finalmente había inhabilitado “*la alianza básica entre el proletariado y el campesinado*”⁷⁴.

Jacobo Árbenz tomaba como premisa básica de su discurso una de las ideas medulares del marxismo-leninismo: el éxito o el fracaso de revolución dependía en última instancia de la postura que tomara el campesinado en el momento decisivo de la lucha. Una máxima que se había constatado, no sólo en Cuba, sino también en el resto de los procesos revolucionarios, Rusia incluida⁷⁵. Esta premisa doctrinaria del marxismo-leninismo estaba en la base de cualquier evaluación sobre la revolución presente o pasada en los países con una fuerte economía rural. Si el campesinado apostaba de forma decidida por los intereses de las masas populares y proletarias, la revolución se asentaría. Ahora bien, si adoptaba una posición vacilante, disolvente o se manifestaba en connivencia con algún sector de la burguesía la lucha sería enconada y el posible fracaso de la revolución se hacía más que probable.

⁷¹ *Ibidem*, págs. 12 y 13.

⁷² *Ibidem*, págs. 102.

⁷³ *Idem*.

⁷⁴ *Idem*.

⁷⁵ Bekarevich, Anatoliĭ Danilovich, et al: *Op. Cit.*, pág. 98.

Huelga decir que si el campesinado tomaba una actitud abiertamente hostil o reaccionaria las posibilidades de la revolución serían nulas, especialmente en los llamados países subdesarrollados.

El quid de la cuestión estaba pues en la fuerza que tuviera el partido y en su capacidad de seducción o, como señalara Lenin en sus escritos, en las posibilidades que este partido tuviera de erigirse en la vanguardia del desarrollo político. El partido, según el dirigente soviético, debía tener como objetivo prioritario la proximidad y el trato con “*todas las clases de la población*” para difundir entre ellas las ideas socialistas⁷⁶. De este modo, para el partido, las tareas fundamentales tenían que centrarse en las labores de propaganda y agitación⁷⁷. Unas labores que tenían que llegar a todos los estratos sociales con el objetivo declarado de difundir entre la población los objetivos democráticos generales de la lucha⁷⁸. El propio Lenin había puesto especial empeño en señalar la importancia del partido, si la formación socialista o comunista tenía pretensiones de vanguardia resultaba imprescindible “*atraer a otras clases*”⁷⁹.

Un razonamiento que nos ponía en la senda de los principios sustentados por Árbenz: la clave para que el proceso revolucionario pudiera prosperar estaba en la existencia de un partido de vanguardia correoso y en la posibilidad de sellar una alianza sólida entre las clases sojuzgadas. Estos puntos, que resultaban cardinales para el éxito de la revolución desde una perspectiva marxista, eran precisamente los que habían fallado en Guatemala.

Árbenz hacía así un análisis del fracaso guatemalteco que no se separaba un ápice del que pudiera haber esbozado cualquier líder comunista. Según el dirigente centroamericano, “*el Partido Comunista prácticamente no existía en Guatemala*” y aquella ausencia explicaba en gran medida el fiasco del proyecto revolucionario⁸⁰. En la entrevista de Lolo de la Torriente se señalaba, con cierta ironía, e incurriendo en una clara exageración, que se había llegado a afirmar que el partido se había fundado “*la noche misma de la renuncia de Árbenz*”⁸¹. La intelectual cubana tiraba de aticismo para dejar constancia de lo débil que había sido la posición e implantación de los comunistas en Guatemala y, al mismo tiempo, quería dejar patente lo absurdos que habían sido los pretextos esgrimidos para terminar con el proceso de liberación guatemalteco. La revolución guatemalteca había sido abatida por su carácter comunista, un débil argumento que el propio Árbenz se encargaba de desmontar. Sin embargo, a Árbenz no le faltaban los elogios para con aquella endeble formación comunista que le había secundado en Guatemala y así lo exteriorizó para los lectores de *Bohemia*:

*“Los comunistas cumplían sus tareas políticas con abnegación y, aunque reducidos en número, el patriotismo de los verdaderos hacía sentir su actividad en beneficio de lo causa popular. Eran los de mejor organización, los más disciplinados y los de acción más coherentes y, dentro de un estricto sentido de la autocrítica, analizaban sus errores en un entendido propósito de eliminar el mecanismo teórico adoptándose a las realidades objetivas de una política que exigía audacia, dinamismo y capacidad creadora”*⁸².

Árbenz, al igual que Fidel Castro, siempre había huido del encasillamiento ideológico al uso; siempre había rechazado aquellas opiniones que le situaban en la órbita soviética, pero su análisis, inconcusamente, era deudor de las evaluaciones marxistas que se difundían en aquellos años. Por otro lado, nunca antes el dirigente guatemalteco se había mostrado tan abiertamente a favor de los hombres del “partido”. Fruto del convencimiento debido a la experiencia sufrida en Guatemala o de la

⁷⁶ Lenin, Vladimir Ilich: *¿Qué hacer?: Op. Cit.*, pág. 180.

⁷⁷ *Ibidem*, págs. 180 y 181.

⁷⁸ *Idem*.

⁷⁹ *Ibidem*, pág. 188.

⁸⁰ *Bohemia* (Año LII). Núm. 38. La Habana: domingo, 18 de septiembre de 1960, pág. 102. Semanal.

⁸¹ *Idem*.

⁸² *Idem*.

imperiosa necesidad que la Revolución cubana tenía de cuadros disciplinados y conscientes sobre la tarea a realizar, lo cierto es que Jacobo Árbenz hacía una apuesta decidida por el valor de los comunistas en las labores organizativas y de gobierno.

No hacía falta ser excesivamente perspicaz para certificar que los razonamientos de Árbenz validaban la posible o futura incorporación de los hombres del PSP al Gobierno cubano o a la administración del Estado. A tenor de lo expuesto, y ateniéndonos a lo publicado en *Bohemia*, todo parecía indicar que se estaba preparando al pueblo cubano para una colaboración más estrecha con los comunistas y su entramado organizativo nacional e internacional. Como se recordará de capítulos anteriores, Fidel Castro ya había dado este paso con los comunistas españoles y el Ministerio de Exteriores cubano venía haciendo lo propio a través del establecimiento de relaciones diplomáticas y comerciales con los países del bloque comunista.

Después de todo lo expuesto, no es aventurado señalar que la revista *Bohemia* se convirtió así en el baluarte de la revolución tanto dentro como fuera de Cuba. La línea editorial impuesta por la nueva dirección de Enrique de la Osa permitía sentirse cómodas a todas las sensibilidades que se daban cita en torno al proyecto fidelista. Socialistas, comunistas, trotskistas, maoístas, nacionalistas, fidelistas, guevaristas y revolucionarios sin otra adscripción que la lealtad al movimiento que encabezaba Fidel Castro tenían en la revista *Bohemia* un foro para exponer sus ideas sobre el futuro, el presente y pasado de Cuba. Este semanario habanero se convirtió así en el órgano de expresión más plural dentro de la prensa cubana. Cualquier tendencia que coadyuvara con los intereses y el plan trazado por la dirigencia revolucionaria tenía su espacio en la revista *Bohemia*. Frente a *Revolución y Hoy*, enteramente dedicado a la defensa gubernamental el primero y órgano de expresión del comunismo nacional e internacional el segundo, *Bohemia* representaba la pluralidad del frente revolucionario, dentro del cual no había jerarquías ideológicas más allá de la línea impulsada por el Gobierno cubano.

11.1.2 España en las páginas de *Bohemia*: la historia del colonizador colonizado y las posibles vías para revertir aquella condición de oprobio

La revista *Bohemia* se había transformado en escasos meses. Ahora ya no cabían duplicidades en torno a la defensa del proceso revolucionario y esto se vio reflejado en las fobias y las adhesiones. Todos los que estuvieran dentro del proceso revolucionario eran saludados por la revista, y los que se quedaban fuera, nacionales o extranjeros, emboscados o manifiestos, tibios o disidentes, fueron escarnecidos sin reparos.

El momento por el que pasaba Cuba no admitía ambigüedades ni dobleces. El objetivo soberanista estaba en juego y la Administración norteamericana se erigía en el principal enemigo. La radicalidad del proceso se conducía así por veredas en las que la lucha de contrarios se instituía ya como una contienda dualista en la que los amigos del imperialismo norteamericano se transforman de inmediato en enemigos y por lo tanto en parte del contencioso a nivel mundial. Bajo esta premisa fue tratada España, que curiosamente salía peor parada en la evaluación de su régimen de entonces que en el análisis de su período colonial.

Tras la promulgación de la Primera Declaración de La Habana la revista *Bohemia* transformó de forma definitiva su perfil y los temas que hacían referencia a la España vieja y a la nueva también se presentaron bajo nuevos enfoques que se materializaron en los números del mes de septiembre, octubre y noviembre de 1960. Los temas españoles, como cabía esperar, cubrían un gran espectro, pero fundamentalmente, y casi en exclusiva, se circunscribieron a cuatro momentos concretos, dos de carácter histórico, uno de actualidad y otro con pretensiones de alumbrar un futuro diferente para España. De este modo, la historia pasada, el presente y el futuro de España se dieron cita en la

publicación cubana a través de cuatro bloques temáticos: el periodo colonial en Cuba, la Segunda República, el franquismo vigente en tierras españolas y el futuro de una España liberada de Franco.

El período colonial fue un tema transversal en los trabajos de *Bohemia* y como venía siendo habitual tras el triunfo de la revolución, la llamada república mediatizada salía peor parada que los siglos de la colonia. Tal era así, que la posición de mandatarios venales que habían compadreado con el imperialismo norteamericano durante el siglo XX contrastaba de forma estentórea con las descripciones que en la revista se hacían del arribo de Cristóbal Colón o de la defensa de la Isla frente a los ingleses en el siglo XVIII⁸³. Ambos pasajes de la historia colonial eran pintados en los artículos de *Bohemia* bajo perfiles que transitaban de lo mítico a lo épico.

Las referencias veladas a España se produjeron también en cada crónica que se hizo del emplazamiento estadounidense en Guantánamo. La base naval norteamericana era uno de los temas recurrentes en la revista habanera y la posible utilización de este enclave militar para simular un ataque cubano contra los Estados Unidos fue una de las obsesiones tanto de la revista como de los dirigentes revolucionarios. *Bohemia*, para señalar que esta posibilidad de autoagresión no podía descartarse, rememoraba lo acontecido en la guerra hispano-norteamericana: “*Remember the Maine*”⁸⁴, con este significativo título *Bohemia* colocaba un editorial en su primera página del segundo número del mes de noviembre, con el propósito no disimulado de señalar que Estados Unidos contaba con “una amplia experiencia en su historia imperial” de provocar conflictos a costa de sus propios implementos y fuerzas militares⁸⁵. Los precedentes existían y la Administración norteamericana, según *Bohemia*, no dudaría en atacar su propia base si con ello se obtenía una excusa para la intervención en la Isla.

Bohemia cimentaba su desconfianza sobre la base de Guantánamo acudiendo a los razonamientos del entonces presidente norteamericano: Eisenhower, en sus últimos meses al frente de la Casa Blanca, haciendo uso de “un cinismo impar”, señalaba que tomaría cualquier tipo de medida “para defender su base naval de Guantánamo” en caso de ataque⁸⁶. Aquella advertencia extemporánea esbozaba por Eisenhower se erigía en un pronunciamiento carente de sentido, pues las pretensiones de la dirigencia revolucionaria estaban en denunciar el uso que estaba haciendo del enclave militar y en ningún momento habían esbozado la idea de ocupar aquella porción de territorio usurpado. El Gobierno cubano venía haciendo constantes advertencias sobre el riesgo que para Cuba significaba aquella base debido a su posible uso como cabeza de puente para la invasión, como fuente de suministros para los posibles disidentes o como objetivo de una autoagresión que justificara un ataque contra Cuba.

El periodo colonial español era despojado así de sus aspectos más tenebrosos. El enemigo era ahora otro y contra el nuevo oponente cabían todos los argumentos, incluso el de ennoblecer el papel jugado por España en Cuba durante el período colonial. Tal era así, que incluso el ejército español en época de la colonia aparecía bajo perfiles amables, en los que se destacaba su carácter aguerrido y el espíritu de sacrificio, quizás con el ánimo no disimulado de ensalzar el valor de la victoria del pueblo cubano frente aquella fuerza colonial y, quizás también, para poner de manifiesto la bellaquería con la que los Estados Unidos se habían ensañado con España para apropiarse de Cuba.

La base de Guantánamo se erigió así en fuente de litigio, un conflicto que se construyó a través de las constantes rememoraciones de carácter histórico y en el que las evocaciones al hundimiento del *Maine* o a las draconianas cláusulas del tratado de París que habían dado fin a la guerra entre la España borbónica y los Estados Unidos comenzaron a aparecer con cierta frecuencia en las páginas de

⁸³ *Bohemia* (Año LII). Núm. 38. La Habana: domingo, 18 de septiembre de 1960, págs. 4-6, 109 y 110. Semanal.

⁸⁴ *Bohemia* (Año LII). Núm. 46. La Habana: domingo, 13 de noviembre de 1960, pág. 3. Semanal.

⁸⁵ *Idem*.

⁸⁶ *Idem*.

Bohemia. España era pues vista desde una perspectiva netamente cubana y como una víctima más del imperialismo norteamericano.

Sin embargo, este enfoque de lo español desde una óptica puramente cubana no se reducía al período colonial, se hacía también extensible a la historia reciente de España, una postura que se hacía evidente en su aproximación al régimen de Franco. El franquismo era tratado con una dureza desacostumbrada y el propio Franco aparecía retratado como un peón más dentro de la maya imperialista estadounidense. España, tras ser expulsada de América, pasaba a ser otro enclave más del imperialismo norteamericano. Entre Franco y Batista la revista *Bohemia* no parecía encontrar mayores diferencias, la España de Franco estaba enferma de los mismos males que habían atenazado a Cuba durante el período de Batista o de Machado.

La España valerosa salía entonces a relucir a través de las virtualidades que albergaba su pueblo. Unas potencialidades que se habían hecho acto a través de la Segunda República. Frente al franquismo se alzaba aquella experiencia democrática, breve, pero intensa, en la que el pueblo, sus intelectuales y los hombres que la habían defendido ante las hordas franquistas se erigían en ejemplo para la Revolución cubana. *Bohemia* dedicó espacio en sus páginas a homenajear a Federico García Lorca a través de un extenso reportaje y no olvidó tampoco a otros grandes intelectuales españoles que desde el exilio extendieron su memoria⁸⁷. El movimiento republicano español, más que en su Gobierno del exilio, tenía su referente en: Picasso, Casals y Alberti o en los ya fallecidos en aquel entonces Juan Ramón Jiménez o Manuel de Falla⁸⁸. Como lo tenía también en el omnipresente Alberto Bayo, “General del Ejército republicano español y Comandante del Ejército Rebelde”⁸⁹, un privilegio que comenzó a compartir en Cuba con el general Enrique Lister, otro veterano de la contienda española cuyos comentarios sobre el presente, el pasado y el porvenir de España comenzaron a ser frecuentes en la revista habanera⁹⁰.

Bohemia esquivaba así el espinoso asunto del Gobierno republicano en el exilio con el que Batista había tenido tratos, aireados conveniente por la Embajada española tras el triunfo de la revolución, como se recordará de los primeros capítulos. La España republicana era retratada en *Bohemia* a través del elogio, pero haciendo referencia a sus intelectuales, al pueblo o a los militares que la había defendido de las huestes de Franco, pero evitando cualquier alusión al Gobierno del exilio.

Sobre estos mimbres tejía su discurso sobre España la revista *Bohemia* y lo hacía a través de un compendio de trabajos en los que Cuba y España compartían mucho más que una historia y una lengua común, pues la antigua colonia y el país que había dado asiento al poder colonial compartían destinos. España y Cuba desde la debacle del noventa ocho se habían debatido ante las mismas contradicciones. Ambas habían sido víctimas del fascismo y del imperialismo y ambas habían contado con gobiernos al servicio del pueblo. La diferencia estribaba en que Cuba se encontraba tras el arribo de la revolución ante un gobierno popular y España lo había perdido ante las hordas fascistas, que con el pasar de los años no habían tenido escrúpulos en convertirse en servidoras del imperialismo norteamericano.

El panorama que ofrecía *Bohemia* de España y de los españoles era pues complejo y plagado de giros interpretativos que le daban un perfil muchas veces sorprendente. De tal suerte, que la contienda de España contra los norteamericanos durante las luchas de la independencia cubana se presentaba en ocasiones bajo unas ambigüedades en las que no era difícil rastrear cierta condescendencia hacia los españoles, la misma condescendencia que se registraba al hablar de la defensa de Cuba frente a la invasión inglesa. Una interpretación que podía invitar al desconcierto, pero que sin embargo era

⁸⁷ *Bohemia* (Año LII). Núm. 43. La Habana: domingo, 23 de octubre de 1960, págs. 40, 41 y 89. Semanal.

⁸⁸ *Ibidem*, pág. 40.

⁸⁹ *Ibidem*, págs. 32, 33 y 75.

⁹⁰ *Bohemia* (Año LII). Núm. 45. La Habana: domingo, 6 de noviembre de 1960, pág. 72. Semanal.

convergente con la estrategia revolucionaria, pues, estos aspectos, hasta cierto punto sorprendentes, entraban dentro de la posición que la Revolución cubana venía manejando cuando se hacía mención a España, a los países latinoamericanos o a los Estados Unidos: era importante distinguir entre gobernantes y gobernados, entre pueblo y clases dirigentes. Tal era así, que, en ocasiones, el pueblo español durante la colonia aparecía bajo unos perfiles en los que resultaba complicado diferenciarlo del cubano.

Del mismo modo, aquel pueblo español que había sido fermento del cubano atesoraba una de las experiencias de gobierno más celebradas por la revista *Bohemia*: la Segunda República, que, como se ha dicho en varias ocasiones, era presentada como referente y ejemplo para los revolucionarios cubanos. Por el contrario, las élites depredadoras de España se veían representadas en el entreguismo de la dictadura franquista, referente a su vez de los sectores reaccionarios del catolicismo cubano y del fenecido régimen batistiano. La España de Franco compartía proyecto con la Cuba prerrevolucionaria, pues, ésta y aquella, defendían el modelo de “neo-colonia” estadounidense. Un modelo, que, según la versión que propagaban los voceros del fidelismo, era el más extendido dentro del sometido mundo iberoamericano.

El “generalísimo”, denostado habitualmente en las páginas de *Bohemia* debido a la naturaleza de su régimen, aparecía ahora también retratado como uno de los coagentes del imperialismo norteamericano, uno más entre los dirigentes de su condición en el ámbito iberoamericano. Franco, además, se exhibía como un miembro destacado en la terna de los colaboracionistas habituales, a la vera de los Trujillo, Somoza o el propio Frondizi. *Bohemia* certificaba aquel aserto con un compendio de imágenes en las que Franco se asomaba a las páginas de la revista fotografiado con el dictador caribeño, el tirano nicaragüense y con el presidente Fondizi⁹¹. Tres instantáneas que aparecían conveniente situadas al lado de la imagen, ya célebre, del abrazo entre el caudillo de España y el general Eisenhower⁹². El dictador español se mostraba de esta guisa a los lectores de *Bohemia*: como un peón del Departamento de Estado norteamericano, una imagen que compartía con la de embajador y cabeza visible de la Iglesia más reaccionaria. Esta última idea se explicitaba también a través de una fotografía más, en la que Franco departía con el cardenal Spellman, arzobispo de New York, anticomunista furibundo y azote habitual de la Revolución cubana en los últimos meses⁹³.

La revista *Bohemia* presentaba aquel acopio fotográfico, muy significativo del papel que se le asignaba a Franco en el concierto internacional, dentro de un trabajo que hacía referencia a las impresiones que un laborista británico había captado de su viaje por España en aquellas fechas. La crónica en cuestión aparecía bajo el siguiente título: “*Un dirigente laborista inglés en el país de Franco*”⁹⁴. A través de aquel trabajo, John Wilcox, pues así se llamaba el laborista en cuestión, desmontaba las supuestas virtudes del plan de estabilización que se estaba implementado en España. Para comenzar, aquella crónica del viaje por tierras españolas desmentía algunos supuestos de partida. Las noticias que hablaban de lo barata que era la vida en España con respecto a los países de su entorno eran desmontadas por Wilcox, quien señalaba que “*desde la última devaluación de la peseta, impuesta por el imperialismo norteamericano, el poder adquisitivo de los españoles había disminuido en el cuarenta por ciento*”⁹⁵.

Los males de España llegaban así por vía de sus amistades con la Administración Eisenhower como había acontecido en la Cuba de Batista. España era un país barato para los extranjeros, como lo había sido la Cuba de Batista, pero no para los españoles, como tampoco lo había sido para los cubanos su

⁹¹ *Bohemia* (Año LII). Núm. 43. La Habana: domingo, 23 de octubre de 1960, pág. 12. Semanal.

⁹² *Ibidem*, pág. 13.

⁹³ *Idem*.

⁹⁴ *Ibidem*, pág. 12.

⁹⁵ *Idem*.

propio país antes del arribo fidelista. De este modo, España comenzaba a sufrir los envites del imperio. El franquismo había asentado las bases para el dominio estadounidense y aquel mal no sólo lo padecían las masas de trabajadores, sino también “*los pequeños y medianos comerciantes e industriales*”, que eran los que estaban pagando “*los gastos de una operación que favorecía a los monopolios extranjeros, particularmente los norteamericanos*”, y que, según *Bohemia*, se estaban adueñando “*poco a poco de la economía del país*”⁹⁶.

Aquellas impresiones de Wilcox situaban a España ante un panorama que apuntaba directamente a una situación prerrevolucionaria similar a la que había existido en la Cuba de Batista, o al menos esta era la impresión que trataba de difundir *Bohemia* entre sus numerosos lectores. Si en Cuba los sectores más radicales de la pequeña y la mediana burguesía se habían unido a las masas de trabajadores urbanos y rurales para derrocar la dictadura, en España podía suceder algo parecido, pues el descontento debido al clima imperante en el régimen franquista presentaba una clara analogía con la dictadura de Batista. En la España de 1960, al igual que había acontecido en la Cuba de finales de la década de los cincuenta, al descontento de la clase trabajadora se unía la falta de perspectivas de la pequeña y mediana burguesía española que veía cercenado su progreso debido a la presencia del capital y los monopolios norteamericanos. De este modo, la combinación de un desempleo galopante, de una represión que parecía recrudecerse por los rigores de la nueva situación económica y de una juventud totalmente refractaria al mensaje gubernamental parecían coadyuvar para situar a España en una situación, ciertamente, muy similar a la de la Cuba de Batista.

Las recetas norteamericanas y el plan de estabilización se presentaban de este modo como la estrategia de dominación norteamericana en España. El “*plan de estabilización*”, muy celebrado entre las élites franquistas, lo único que estabilizaba era “*la miseria*”, además, privaba al país de una mano de obra que se veía impelida a emigrar a otros países de Europa debido al crecimiento de los niveles de desempleo y, por extensión, permitía que la represión fuera en aumento debido a las protestas laborales que se unían a las políticas⁹⁷.

España era presentada así como un régimen represivo, atrasado y en bancarrota; con altos niveles de descontento y donde la legislación social era descrita “*como una inmensa estafa*”, una condición que se hacía evidente en el seno de los sindicatos verticales, mascarada de las clases dirigentes para someter a los trabajadores de diversa condición que padecían las consecuencias del arribo del imperialismo norteamericano⁹⁸.

Tal y como estaba concebido aquel reportaje, todo parecía indicar que la situación en España era difícilmente sostenible. El bloque hegemónico que se había formado alrededor de la camarilla franquista sólo era capaz de contener el definitivo desplome del régimen bajo un sistema cimentado en una férrea represión bajo la que padecían hombres y mujeres, jóvenes y viejos, y que sólo servía para engrosar las cifras de “*presos políticos*” encarcelados durante años bajo la condición de “*reos comunes*”⁹⁹.

En aquel reportaje, las imágenes eran tan significativas como el texto que las acompañaba, y bajo esta premisa, la revista mostraba el régimen de excepción que imperaba en España a través de un grupo de mujeres antifranquistas encarceladas: “*Auténtica expresión de la España digna que se enfrentaba a la feroz tiranía de la anti-España*”¹⁰⁰. España, desde una perspectiva cubana, era un polvorín que

⁹⁶ *Ibidem*, pág. 13.

⁹⁷ *Ibidem*, págs. 13 y 14.

⁹⁸ *Ibidem*, págs. 12-14.

⁹⁹ *Ibidem*, pág. 13.

¹⁰⁰ *Ibidem*, pág. 14.

podía saltar por los aires por las mismas razones que había saltado Cuba a finales de la década de 1950.

Dadas las circunstancias imperantes en España, las condiciones objetivas para un estallido revolucionario estaban servidas, sólo faltaba el detonante del factor subjetivo para que el régimen franquista se hiciera añicos. Esta impresión corría pareja e implícita en cada razonamiento que se exponía en aquella crónica negra sobre la realidad de España. Una idea que, como venimos exponiendo, la revista *Bohemia* ayudaba a concretar a través del aporte fotográfico que acompañaba a la argumentación. El reportaje no dejaba lugar a la interpretación, pues la imagen cubría aquellos espacios explicativos a los que el texto no llegaba. Frente aquel régimen de oprobio que representaba la España de Franco, *Bohemia* presentaba las salidas que le quedaban al pueblo: revolución o reconciliación nacional. Según la línea editorial de *Bohemia*, ésta era la disyuntiva a la que se enfrentaba el pueblo español: o ruptura sin connivencias con la España antigua o integración y colaboración en la lucha para terminar con Franco. Sobre la primera de las salidas, un proceso revolucionario rupturista similar al que se había acometido en Cuba, Wilcox no se pronunciaba, pero lo hacía *Bohemia* de forma evidente a través de una imagen cargada de elocuencia. El sentir de la España combativa se reflejaba en una fotografía en la que el empuje del pueblo español aparecía unido a su iconografía más universal: el complejo escultórico del Quijote y Sancho que se encuentra en la madrileña Plaza de España aparecía presidido por una pintada en su base que rezaba del siguiente modo: “¿Monarquía? no. Revolución”¹⁰¹.

Un sector de la población española, siempre de acuerdo a las valoraciones lanzadas por *Bohemia*, no estaba dispuesto ya a ningún tipo de componenda, la dictadura tenía que dar paso a un proceso revolucionario en el que el pueblo tenía que pasar a ser el protagonista y, por tanto, ninguna receta tenía que verse excluida. De todos modos, el sindicalista británico optaba por la reconciliación nacional como “*el medio más adecuado para derribar el franquismo*”¹⁰². Se tenía que acometer pues un proceso revolucionario, pero muy distinto del que había tenido lugar en Cuba.

Esta reconciliación, según Wilcox, comenzaba a tener “*un eco profundo*” en la sociedad española, pues tenía la capacidad de sumar a los indecisos o comprometidos con el régimen franquista en algunas de sus etapas anteriores. Sin embargo, para concretarse tenía que cumplir ciertas condiciones de partida. Para que aquella reconciliación pudiera llevarse a la práctica tenía que apostar por el respecto de las diferencias políticas que existían entre las diversas formaciones de la oposición¹⁰³. Wilcox asumía así la colaboración entre fuerzas pero sin tutelas ni imposiciones de ningún grupo. Así pues, una vez respetadas las sensibilidades reinantes en el seno de la oposición, la ofensiva popular tenía que vertebrarse a través de dos fases: En una primera, se llevaría a cabo un gran acción nacional que debía culminar “*en una huelga pacífica, acompañada de grandes manifestaciones de masas para poner fin a la dictadura sin nuevos conflictos sangrientos*”, para pasar a continuación, en su segunda fase, a un proceso constituyente en el que era condición *sine qua non* la “*aceptación de la legalidad que los españoles establecieran en elecciones libres*”¹⁰⁴.

El futuro de España pasaba pues por la reconciliación nacional, única vía sobre la que podía construirse la concertación de voluntades diversas para finiquitar el régimen impuesto. A grandes rasgos, la postura sostenida por el laborista británico seguía la hoja de ruta trazada por los socialistas españoles, que con matices era la que mantenían también los hombres del PCE. Y que a la postre era igualmente compartida, al menos de forma extraoficial, por el primer ministro cubano. La Revolución

¹⁰¹ *Ibidem*, pág. 13.

¹⁰² *Ibidem*, pág. 95.

¹⁰³ *Idem*.

¹⁰⁴ *Idem*.

cubana, como le había asegurado el propio Fidel Castro a Santiago Álvarez, miembro del Comité Ejecutivo del PCE, apostaría por la posición que habían adoptado los comunistas españoles. La línea de acción sostenida por el PCE para combatir al franquismo, la reconciliación nacional y la apuesta por la lucha de masas pacífica, como se recordará de capítulos precedentes, había sido expresamente avalada por el primer ministro cubano en la entrevista que había tenido con Santiago Álvarez en aquellas fechas.

Álvarez había arrancado de la máxima autoridad cubana un compromiso en firme sobre la apuesta por la reconciliación nacional en detrimento de la lucha armada. De este modo, los comunistas españoles conocían desde hacía ya tiempo cual era la postura del conductor del proceso revolucionario cubano con respecto a la táctica a seguir en España. El PCE contaba pues con todas las prerrogativas para defender su tesis sobre el camino a seguir para abatir al régimen de Franco. Una situación que colocaba a los comunistas españoles ante un escenario idóneo para hacer propaganda de su estrategia ante la opinión pública de Cuba sin el riesgo de contradecir u ofender a la dirigencia revolucionaria. Este contexto de sintonía entre Fidel Castro y los hombres del partido en España nos ayuda a entender el aplomo con que el secretario general del PCE, Santiago Carrillo, y el resto de los comunistas españoles presentes en Cuba defendieron la reconciliación nacional y desaconsejaron la lucha armada cada vez que fueron conminados a pronunciarse sobre el problema español.

Santiago Carrillo, que, a resultas de la celebración de la VIII Asamblea Nacional del PSP, se encontraba en La Habana desde mediados de agosto, contó con todas las facilidades para desplegar su visión del momento por el que estaba pasando España y dispuso para ello con espacio en los medios de comunicación habaneros para exponer la posición de los comunistas españoles ante las audiencias y los lectores cubanos.

Santiago Carrillo, inmerso en las actividades del PSP y del PCE durante su estancia en tierras cubanas, tuvo la oportunidad de presentarse ante la sociedad cubana y no desaprovechó aquella ocasión que le brindaron las plataformas de difusión con las que contaba la Revolución cubana. Carrillo, recientemente investido como secretario general del partido, era un desconocido para la mayoría de los cubanos en aquel momento, una situación que trató de revertirse a través de sus apariciones en prensa y televisión. Carrillo se presentó así en horario de máxima audiencia, a principios de septiembre, ante las cámaras de Tele-revolución, nombre con el que había sido designado el antiguo *Canal 2*, para conceder una larga entrevista a una terna de periodistas, entre los se encontraban tres personalidades de los medios de comunicación habaneros estrechamente relacionados con España y con el comunismo. Estos eran: José González Jerez, miembro del PCE en Cuba y director del semanario *España Republicana*; Segundo Cazalis, exiliado con su familia tras el final de la Guerra Civil española y autor de columnas de opinión en el diario *Revolución*; y Jaime Gravalosa, vinculado también a *Revolución* y al ala comunista de CTC¹⁰⁵.

Carrillo aparecía así ante las cámaras de televisión cubanas en un contexto relativamente cómodo. Los contertulios que le acompañaron en aquella cita permitían aquel ambiente distendido. De todos modos, el flamante nuevo secretario general de los comunistas españoles no esquivó entrar en los asuntos más polémicos que atañían a la realidad española y cubana. El PCE tenía que fijar posiciones frente a España, y también frente Cuba, en aquel momento definitorio. Así lo entendieron también los entrevistadores cubanos, pues conminaron a Santiago Carrillo a manifestarse sobre aquellos temas que precisaban de aclaración o exposición detallada. Uno de estos temas, sobre el que se extendían todo tipo de especulaciones y sobre el que reinaba un silencio inquietante, era el movimiento clandestino que respondía a las siglas del DRIL. Santiago Carrillo no soslayó la invitación a

¹⁰⁵ *Bohemia* (Año LII). Núm. 38. La Habana: domingo, 18 de septiembre de 1960, pág. 62. Semanal.

pronunciarse sobre aquel espinoso asunto y señaló que el DRIL ni siquiera era conocido en España. Carrillo se pronunció con desdén sobre el significado y el alcance que tenía el DRIL en la realidad española y aseveró que aquellas siglas no significaban nada para el pueblo español y que eran el producto “*de la emigración*”, de la “*parte más turbia de la emigración*”¹⁰⁶.

Según Carrillo, las bombas que habían estallado en España en los últimos meses parecían contar con la autoría de aquel grupo. Sin embargo, Carrillo señalaba que aquella oscura formación, lejos de inquietar al régimen, lo único que había conseguido era azuzar la represión franquista. El líder comunista iba más allá y, ahondando en el asunto, indicaba que se trataba muy probablemente de “*una maniobra de distracción*” al servicio de los intereses del franquismo, con la intención manifiesta “*de justificar la represión*”¹⁰⁷.

Por otro lado, Carrillo no pasaba por alto la vertiente más inquietante del DRIL, pues además de la represión existía otro aspecto que habían sido conveniente explotado por el régimen franquista. Aquella formación había contado con elementos cubanos en su seno, lo que había creado el clima propicio para que las autoridades franquistas trataran de “*desacreditar a la Revolución cubana en España*”¹⁰⁸. Carrillo entraba entonces a valorar la significación que en España había tenido lo acontecido en Cuba y señaló que los sectores que se encontraban al frente del régimen de Franco eran conscientes de que la Revolución cubana podía obrar como ejemplo para España. Ante aquella amenaza nada mejor que situar a Cuba en el disparadero. El DRIL había llegado en el momento oportuno a la realidad española pues servía para contrarrestar las informaciones que señalaban los avances de Cuba durante su primer año de revolución¹⁰⁹. De esta forma, el régimen franquista no había dudado en presentar ante la opinión pública española a aquel grupo como la prueba fehaciente de la existencia de un “*complot cubano-comunista en España*”¹¹⁰.

En aquella entrevista de Carrillo el DRIL fue uno de los temas sobre los que el dirigente comunista se mostró más concluyente. Aquel tipo de organizaciones no encontrarían amparo entre los comunistas españoles y tampoco en el seno de las fuerzas históricas de la izquierda española. Tal era así que el rechazo se extendía también a otras fuerzas antifranquistas de perfil más conservador: ningún sector de la oposición le había dado el beneplácito a aquella estrategia de terrorismo urbano, que al único que beneficiaba era al propio Franco. El DRIL no podía obtener el apoyo de la España contestataria porque la oposición española apostaba en su conjunto por la reconciliación nacional. Una postura que dejaba meridianamente clara Santiago Carrillo:

*“Los comunistas españoles y todas las fuerzas de la oposición –socialistas, republicanos, demócratas cristianos, liberales y cenetistas –estamos de acuerdo en principio en encontrar una vía que llamamos pacífica para terminar con la dictadura franquista”.*¹¹¹

Santiago Carrillo profundizó en aquella idea y justificó las razones que impulsaban aquel propósito de renunciar a la lucha armada. La Guerra Civil española se había clausurado con más de un millón de muertos. Según Carrillo, no había familias en España que no estuviera marcadas por la guerra: “*muertos, heridos, emigrados, sufrimientos incruentos, miserias, calamidades que todavía sobrevivían entre la población española*” y que se habían visto acentuadas en la posguerra por un largo período de “*terror salvaje*”¹¹².

¹⁰⁶ *Idem.*

¹⁰⁷ *Idem.*

¹⁰⁸ *Idem.*

¹⁰⁹ *Idem.*

¹¹⁰ *Idem.*

¹¹¹ *Idem.*

¹¹² *Idem.*

En el pueblo español, por tanto, no se daban las condiciones anímicas para afrontar una nueva contienda. Los comunistas habían apostado por el foco guerrillero en algunas regiones de España tras la Guerra Civil, sin embargo, la experiencia había demostrado que aquella táctica no había funcionado. Los socialistas españoles habían abandonado antes la contienda armada que los comunistas y aquello había contribuido a que los comunistas, en relación a los socialistas, se hubieran mantenido aislados de las clases trabajadoras españolas durante más tiempo. Ante aquellos precedentes, costosos en prestigio, vidas y esperanzas, los comunistas españoles habían abandonado la lucha guerrillera y se habían centrado en la reconciliación nacional. Una estrategia más favorable a los intereses de la oposición dadas las condiciones que imperaban y habían imperado en España.¹¹³

Carrillo hablaba entonces sobre los fundamentos en que se basaba aquella reconciliación. Obviamente no significaba la reconciliación con el franquismo, ni con los “*cabecillas facciosos de Las Canarias y Marruecos*”¹¹⁴. De lo que se trataba en definitiva era de tender la mano a aquellos sectores de la sociedad española que, por “*una u otra razón*”, se habían visto enrolados en “*la sangrienta aventura*” franquista¹¹⁵. Según aseveró Carrillo, al lado de Franco había “*muchas gente del pueblo*” que no podían ser considerada “*fascista*”: “*miles de campesinos, incluso obreros, pequeños burgueses, intelectuales, estudiantes que entonces estaban seducidos por la demagogia fascista; otros que iban a la lucha pensando que defendían la fe y la cruz...*”¹¹⁶ En fin, miles de españoles que una vez terminada la guerra comenzaron a darse cuenta que ellos no habían ganado, simplemente habían sido utilizados como fuerza en la contienda.

Carrillo señalaba que los españoles de la diáspora tenían que asumir el paso inexorable e los años y afirmaba también que las generaciones llamadas a jugar un papel decisivo en el futuro de España eran aquellas que no habían hecho la guerra. La contienda civil ya no separaba a los españoles, pues el enemigo ahora había mutado y era incluso más fuerte que antaño. En torno a Franco y junto al puñado de “*grandes capitalistas y terratenientes*” que se habían dado cita en la Guerra Civil se encontraban ahora “*un grupo de oligarcas monopolistas que explotaban a todo el pueblo*”¹¹⁷. En 1960, según enfatizaba Carrillo, “*los imperialistas extranjeros, particularmente los yanquis*”, estaban aprovechando “*la situación*” de la apertura económica franquista “*para crear bases militares y hacer negocios en España*”¹¹⁸.

Llegados a aquel punto, el líder comunista no dudaba en poner en tela de juicio “*la teoría de las dos Españas*”¹¹⁹. Según Carrillo, los comunistas se habían opuesto siempre a aquel concepto, pues las dos Españas no eran la del exilio y la del interior. De existir aquellas dos tendencias una sería la representada por los que oprimían al pueblo español y la otra se encontraría en la vanguardia de los que luchaba por liberarlo, dos tendencias que, además, estaban dentro de la propia España y no fuera de ella. Allí, en España, era donde había que “*librar la batalla para derrocar al franquismo*” y para eso no servían los discursos del exilio¹²⁰. Lo verdaderamente importante, por encima de divisiones artificiales, era organizar la lucha interior. Una organización que necesariamente tenía que pasar por la unidad de todas las fuerzas opositoras y esta sólo podía lograrse a través de la lucha de “*las grandes masas populares*”¹²¹.

¹¹³ *Idem.*

¹¹⁴ *Idem.*

¹¹⁵ *Idem.*

¹¹⁶ *Idem.*

¹¹⁷ *Idem.*

¹¹⁸ *Idem.*

¹¹⁹ *Idem.*

¹²⁰ *Idem.*

¹²¹ *Idem.*

En la lucha popular residían las claves del éxito en la lucha contra Franco. Para el guía del PCE la revolución en España tenía que hacerse conforme a la tradición revolucionaria española y en esta tradición la huelga general seguía siendo *“el instrumento idóneo para provocar el vuelco político”*¹²². Sobre este particular, Carrillo se mostraba taxativo y afirmaba que si las fuerzas antifranquistas se ponían de acuerdo y llamaban *“a una huelga nacional el régimen franquista sería derribado”*¹²³.

Una vez tratado este asunto, de la mayor relevancia para las relaciones entre la izquierda española, tanto socialista como comunista, y la Revolución cubana. Carrillo pasaba a desglosar las posibilidades que tenía la receta de un tránsito hacia la monarquía desde las estructuras franquistas. Sobre este particular el dirigente comunista no se mostraba muy esperanzador, pues, a su parecer, si se producía aquel cambio sería a causa de las condiciones impuestas por los imperialistas americanos y por la oligarquía monopolista española¹²⁴. La monarquía en aquella situación sería una continuación del régimen franquista, aunque, a Carrillo, no se le escapaba que sería un cambio favorable para la lucha en el interior del país.

Una vez solventado aquel asunto Carrillo pasaba a analizar el estado de deterioro en el que se encontraba el Gobierno republicano en el exilio y señalaba que en 1960 ya no tenía peso alguno en la realidad española¹²⁵. El Gobierno que imperaría en España tras la caída de Franco estaba en España y no en Méjico. Los hombres llamados a conducir a la España postfranquista tendrían que ser, por necesidad, gente ajena al exilio histórico.

Otro de los puntos tratados por Carrillo se centró en las campañas por la amnistía de los presos políticos, aquí la batalla tenía que ser enconada porque tras veinte años de franquismo las cárceles seguían repletas de presos políticos y muchos republicanos seguían teniendo vetada la entrada a su propio país. Antes de finalizar su intervención ante las cámaras de la televisión cubana Carrillo trató otros tres temas de imposible omisión: la presencia del imperialismo norteamericano en España, las fuerzas políticas llamadas a tener protagonismo en el futuro del país, a su entender los demócrata cristianos, los comunistas y los socialistas, para pasar por último a exponer las repercusiones que podía tener en Latinoamérica la derrota del régimen franquista. El impacto ocasionado por el desplome de Franco, según Carrillo, supondría un *“estímulo para las organizaciones democráticas del hemisferio”* y aligeraría *“de muchos de sus desvelos a la propia Revolución cubana”*, aislada en su área de influencia de los Gobiernos hermanos, aunque contara con el apoyo de sus pueblos¹²⁶.

En su tramo final Carrillo expuso la repercusión de la Revolución cubana en España, no sin antes detenerse en el escándalo protagonizado por Juan Pablo de Lojendio. La *“conducta cerril”* del ex embajador había estado tan fuera de lugar que incluso el propio régimen franquista había tratado de acallarla con la mayor celeridad posible¹²⁷. Aquel encontronazo entre el representante de Franco en La Habana y el primer ministro de Cuba sólo había servido para darle más crédito si cabe a la figura de Fidel Castro.

Carrillo ponía los atentados de DRIL en sintonía con los desencuentros entre España y Cuba y señalaba que tal organización había sido usada por Franco para *“justificar la represión”* y *“para desacreditar a la Revolución cubana”* entre los españoles, porque las autoridades franquistas sabían que la revolución y *“la personalidad de Fidel Castro”* había calado hondo en la población de España¹²⁸. Para el dirigente comunista el ejemplo cubano estaba siendo *“un estímulo para el pueblo*

¹²² *Ibidem*, pág. 63.

¹²³ *Idem*.

¹²⁴ *Idem*.

¹²⁵ *Idem*.

¹²⁶ *Idem*.

¹²⁷ *Idem*.

¹²⁸ *Ibidem*, pág. 57.

español”¹²⁹. Carrillo, después de tratar aquella agenda surtida, finalizaba su extensa intervención afirmando que tenía el total convencimiento de que “*la revolución que encabezaba magistralmente Fidel Castro en Cuba*” triunfaría “*sobre todos sus enemigos*”¹³⁰.

Carrillo había construido un relato que entraba en perfecta sintonía con el sentir cubano, sus referencias al imperialismo, a las bases norteamericanas y al poder de los monopolios norteamericanos en tierras españolas así lo certificaban. La contradicción entre el pueblo español y el imperialismo norteamericano sólo tenía visos de solución si se optaba por resolver la contradicción imperante entre las masas populares españolas y los capitalistas y terratenientes que los explotaban. De todos modos, el secretario general de PCE no pasaba por alto que detrás de aquellas similitudes entre lo vivido en Cuba y lo que se estaba viviendo en España había también diferencias. En lo que diferían España y Cuba era en el método más adecuado para resolver el nudo gordiano de las contradicciones imperantes. Es decir, a iguales males no siempre era perentorio usar las mismas recetas para subsanarlos. España y Cuba diferían en el factor subjetivo llamado encabezar y desatar el proceso revolucionario.

Las condiciones objetivas en España para el estallido revolucionario estaban dadas, pero en España, a diferencia de lo acontecido en tiempos de Batista, se precisaba un estilo de lucha que no encajaba con el foco guerrillero o las teorías guevaristas. En España, por necesidades propias del fomento de la unidad entre las fuerzas disidentes y por factores puramente subjetivos, que tenían que ver con la tradición revolucionaria española y su estrecha relación con la huelga general como método más ajustado al contexto español, se había optado por la reconciliación nacional. La lucha armada no quedaba descartada *ad eternum*, simplemente se eliminaba para aquel momento concreto por el que pasaba España. El infructuoso ensayo de las guerrillas en los años cuarenta y en los primeros dos años de la década del cincuenta le había cerrado el paso y ahora se optaba por la reconciliación nacional y por la lucha de masas pacífica como los medios más adecuados para llevar a buen término la insurrección contra Franco.

Sin embargo, aquella apuesta del líder comunista español por la reconciliación entre españoles para terminar con Franco no parecía que se asumiera sin salvedades por la línea editorial de *Bohemia*. Independientemente del conocimiento que la publicación tuviera de lo acordado entre Fidel Castros y el PCE, lo cierto es que la revista *Bohemia* dejaba la puerta abierta a la insurrección guerrillera. Algo que se certificó en el mismo número en que se reproducía lo expuesto por Carrillo ante las cámaras de televisión. En un pequeño reportaje el semanario habanero situaba el contencioso entre franquistas y opositores en el marco del tipo de lucha más conveniente para terminar con la dictadura española. *Bohemia* titulaba aquel trabajo con una disyuntiva que era más que elocuente: “*España; ¿huelga o guerrillas?*”¹³¹ Tras aquel encabezamiento la revista *Bohemia* exponía pormenorizadamente las palabras de Carrillo y señalaba que las opiniones del secretario general del PCE, por ser una de las figuras más relevantes en la lucha contra el franquismo, eran de una singular importancia, de tal suerte que debían ser tenidas en cuenta por el pueblo cubano.

De todos modos, la revista señalaba a su vez que las declaraciones de Carrillo eran opiniones y que como tal debían de ser tratadas. *Bohemia* no apostaba por la lucha guerrillera en España, o al menos no lo hacía abiertamente, hubiera supuesto toda una intromisión en la política española y una imprudencia que en nada beneficiaba a las relaciones de Cuba con la España opositora. Sin embargo, lo que sí señalaba *Bohemia* eran los inconvenientes de la vía escogida por las fuerzas de la izquierda española. Los socialistas y los comunistas en España estaban depositando su vitalidad contestataria

¹²⁹ *Idem.*

¹³⁰ *Idem.*

¹³¹ *Ibidem*, pág. 46.

en un solo frente y aquello tenía sus peligros, pues si se fracasaba en el intento las virtualidades que atesoraba la oposición podían verse cercenadas durante un largo período de tiempo. Además, el camino elegido desviaba las energías de las fuerzas anti-franquistas hacia el campo sindical, donde el mayor botín, en caso de alcanzar el éxito total, se centraba “*en puestos de tercera fila*”, “*en los comités de centros de trabajo y poco más*”¹³².

Las teorías del foco guerrillero, dado el éxito cosechado en Cuba, no podían ser alegremente rechazadas por aquellos líderes internacionales que se presentaban en Cuba con la idea de derrocar un régimen dictatorial. El prestigio del PCE y de los hombres que había defendido a la Segunda República ante las hordas franquistas estaba fuera de duda; en Cuba gozaban de todo el crédito. Ahora bien, rechazar el foco guerrillero como mecanismo para alcanzar el poder frente a un Gobierno dictatorial era una idea que no tenía campo de desarrollo en Cuba y que de esbozarse cosechaba un torrente de objeciones.

Sin embargo, a pesar del rechazo que generaba en algunos sectores de la Revolución cubana la renuncia a la lucha armada en la resolución del problema español, la suerte estaba echada, pues el propio Fidel Castro se había comprometido a seguir las indicaciones del PCE en la lucha contra el régimen franquista. La dirigencia cubana tenía una política frente a Franco y ésta la dictaba el PCE. Una realidad que se hizo evidente semanas después al desautorizar el general Bayo la lucha guerrillera en la resolución del contencioso español. El general Bayo había sido el principal animador y coordinador de los grupos que estaban dispuestos a enfrentarse con las armas al régimen franquista, con lo cual su llamamiento a secundar la posición de los comunistas españoles era una acción que frenaba en seco la acción guerrillera contra Franco. Queda en duda si aquella iniciativa corría a cargo del convencimiento al que había llegado el general Bayo o es que había sido conminado a tomar aquella posición por las autoridades cubanas.

Independiente de si el comunicado de Bayo era *motu proprio* o si emanaba de instancias superiores, lo cierto es que aquel pronunciamiento fue recibido con satisfacción no disimulada por el órgano de expresión del PCE. *Mundo Obrero* señaló en su primer número de noviembre que los sectores hispano-cubanos que apostaban por la lucha armada habían finalmente cedido el testigo al PCE para poner en práctica la estrategia de reconciliación nacional.

El procedimiento para llegar a aquel acuerdo había sido sencillo y se había llevado a cabo por medio de contactos personales y del intercambio de pareceres y experiencias. Durante su estancia en Cuba, Santiago Carrillo había entrado en contacto con el general Bayo, “*con quien tuvo un cambio de impresiones sobre la situación política española*”¹³³. La táctica para terminar con Franco había sido debatida en extenso en Cuba en los últimos meses y las posiciones lejos de ser unitarias habían estado divididas. *Mundo Obrero*, para explicitar aquellas diferencias entre la posición de las formaciones de la izquierda históricas y las nuevas fuerzas que habían medrado tras el triunfo de la Revolución cubana, acudía a lo que había sucedido en los últimos meses.

En febrero de 1959 el general Bayo había hecho un llamamiento desde Venezuela para “*organizar la lucha contra Franco por métodos terroristas*”¹³⁴. Al amparo de aquel llamamiento, varios grupos, entre ellos el DRIL, habían iniciado sus actividades en la lucha contra Franco. Sin embargo, todas aquellas organizaciones habían nacido con el mal de la infiltración en sus entrañas. Según la versión sostenida desde la línea editorial de *Mundo Obrero*, los grupos armados que habían emprendido la

¹³² *Idem.*

¹³³ *Mundo Obrero* (Año XXX). Núm. 19. Madrid: martes, 1 de noviembre de 1960, pág. 2. Quincenal.

¹³⁴ *Idem.*

lucha contra Franco no eran más que delegaciones de los servicios de inteligencia internacionales dedicadas a la “*actividad provocadora*”¹³⁵.

Los grupos de acción directa destinados a la lucha contra la dictadura española estaban controlados “*por los servicios policíacos franquistas, portugueses y americanos*”, tenían por objeto “*confundir al pueblo*” y, en última instancia, estaban destinados a “*justificar la represión franquista*” sobre las fuerzas opositoras¹³⁶. El PCE, como habían hecho también otras fuerzas del exilio, había denunciado aquellas siniestras intenciones en diversas ocasiones y por ello se habían criticado las iniciativas del general Bayo. Los comunistas españoles consideraban que en las condiciones en las que se encontraba España la lucha armada, en cualquiera de sus variantes, apuntalaba al régimen franquista y justificaba su actividad represiva.

El encuentro entre el general Bayo y el secretario general del PCE había servido para confrontar las estrategias a desplegar frente al régimen franquista. Bayo, continuaba pensando que la lucha armada seguía siendo una acción válida para España y Carrillo había defendido los fundamentos de la política de reconciliación nacional y las razones por las cuales la táctica preconizada por Bayo era contraproducente en aquel momento. Ahora bien, según lo expuesto en *Mundo Obrero*, en el curso del encuentro con Carrillo, el general Bayo condenó la utilización que de sus planteamientos habían hecho “*los diversos elementos provocadores*”, desautorizó a todos aquellos grupos sobre los que recaía la sospecha y “*afirmó su voluntad de colaborar con el partido comunista*”¹³⁷.

A los pocos días de aquella entrevista entre ambos dirigentes el general Bayo había remitido a la prensa cubana un comunicado que tenía por título: “*A los antifranquistas españoles*”¹³⁸. En aquel comunicado el general Bayo comenzaba haciendo un balance de lo expuesto en su llamamiento de febrero de 1959 y refrendaba todo lo allí expuesto, pero a continuación señalaba que después de articularse aquel llamamiento la inmensa mayoría de los españoles consultados había mostrado su rechazo a un enfrentamiento armado. Las consecuencias que podían derivarse de una nueva guerra civil aconsejaban ensayar otras vías. Acto seguido exponía su postura ante la política propugnada por el PCE y se comprometía a secundarla.

La lucha armada quedaba así en suspenso, desde Cuba el general Bayo no emprendería más iniciativas para sustentar la formación de guerrillas o grupos de acción directa. Bayo se apoyaba para justificar su cambio de actitud en las circunstancias particulares por las que estaba pasando España. Para empezar hacía un balance de su posición ideológica como antifranquista y señalaba que aunque nunca había sido comunista era de los que tenía el convencimiento de que en España no se podía emprender la lucha contra Franco sin el concurso del PCE. Bayo encomiaba a continuación el espíritu disciplinado que adornaba a los hombres del comunismo español y señalaba que sin aquel espíritu la lucha contra Franco se tornaría más difícil. Tras exponer aquellos puntos señalaba que el PCE apostaba por sumar fuerzas entre los partidarios de ultimar al régimen franquista y que aquella colaboración entre fuerzas de la más diversa condición sólo podía lograrse mediante “*los procedimientos coactivos de desobediencia civil, huelgas, no colaboración*” y otros movimientos de esta naturaleza¹³⁹.

Bayo aceptaba aquellos métodos, pero, a su parecer, aquello no sería suficiente para terminar con un régimen como el franquista. Sin embargo, aquello no era óbice para reconocer el protagonismo de los comunistas en la lucha contra Franco. Una realidad que los facultaba para obrar con la mayor de las

¹³⁵ *Idem.*

¹³⁶ *Idem.*

¹³⁷ *Idem.*

¹³⁸ *Idem.*

¹³⁹ *Idem.*

legitimidades. Bayo, atendiendo a su experiencia en la Guerra civil, reconocía a *“la gran masa comunista española”* como *“la más disciplinada”* y aseguraba que durante la contienda española los comunistas habían sido el grupo que había trabajado *“con más eficiencia, entusiasmo y tesón”*¹⁴⁰. Además, Bayo reconocía a su vez que en 1960 el PCE era todavía más sólido que en la segunda mitad de los años treinta. Tal era así que se había erigido en la organización política más numerosa en España y, por lo tanto, oponerse a su estrategia no contribuía a la lucha contra Franco, más bien todo lo contrario, la debilitaba.

Llegados a aquel punto Bayo señalaba que sus *“amigos los comunistas”* apostaban por *“una solución más pacífica, menos sangrienta para el caso de España”* y que atendiendo a aquella motivación le habían instado a que cesase en la propaganda sobre la lucha armada¹⁴¹. Bayo entonces aseveraba que había aceptado la propuesta de los comunistas y que a partir de aquel momento su promoción de la vía violenta, para el problema español, quedaba clausurada. Bayo, en un estilo que mezclaba laconismo y derrotismo a partes iguales, apuntalaba su razonamiento haciendo uso de las siguientes palabras: *“Yo accedo ponerme un esparadrapo en mis labios, ahuyentar el odio y la venganza de mi pecho y tratar de extender mi mano a todo aquel, que aun habiendo luchado con Franco hoy quiera separarse de él”*¹⁴². La aseveración de Bayo no se quedaba en un pronunciamiento a título personal, pues se hacía extensible además a otros compañeros a los que incitaba a seguir su ejemplo: *“bajar la guardia”* y conceder *“un compás de espera”* para que los comunistas puedan desplegar su estrategia¹⁴³.

El general Bayo concedía así un período a los comunistas para que pudieran ensayar la vía pacífica en la lucha contra el franquismo y se comprometía a guardar pacientemente el resultado de la puesta en práctica de aquella estrategia. Los comunistas estaban legitimados para intentarlo y la lucha armada, según reconoció el propio Bayo, había sufrido el revés de la infiltración, que había traído como resultado execrable daños irreparables para varios combatientes sinceros: *“unos cuantos valientes”* habían perdido la vida en aquella aventura y *“cientos de personas cultas y honorables”* que no se avenían a tolerar el régimen imperante en España estaban sometidas al cumplimiento de largas penas de prisión¹⁴⁴.

Mundo Obrero celebraba aquella declaración por el carácter simbólico que portaba, no en vano, aquel comunicado representaba *“una desautorización rotunda”* de la lucha armada en España, desacreditada por el control que sobre ella ejercían los servicios de inteligencia españoles. La publicación comunista finalizaba su trabajo sobre las declaraciones del general Bayo señalando que Santiago Carrillo, en sus conversaciones con el general Bayo, había reiterado la posición del Partido Comunista frente a la lucha armada. En principio quedaba desechada, pero el partido estaba dispuesto a rescatarla *“si la ceguera de las fuerzas políticas de la burguesía”* hacía imposible el ensayo de *“la vía pacífica”*¹⁴⁵. Los comunistas, si fracasaba la política de reconciliación nacional, no vacilarían en tomar la vía de la lucha armada, pero para ello era necesario contar con *“el apoyo de la inmensa mayoría del pueblo”*¹⁴⁶. Las tácticas terroristas o guerrilleras tendrían que nacer del convencimiento del pueblo español y a este convencimiento sólo podría llegarse cuando se tuviera la certeza de que el resto de las vías para terminar con Franco ya no eran posibles.

¹⁴⁰ *Idem.*

¹⁴¹ *Idem.*

¹⁴² *Idem.*

¹⁴³ *Idem.*

¹⁴⁴ *Idem.*

¹⁴⁵ *Idem.*

¹⁴⁶ *Idem.*

11.2 La puesta de largo de la Revolución cubana: Fidel Castro acude a la ONU a defender el programa revolucionario

En aquellas semanas que habían sucedido a la Conferencia de San José de Costa Rica y a la Primera Declaración de La Habana, la Revolución cubana acometió una reestructuración de su discurso sobre los mismos parámetros de antaño, pero puliendo ciertas ambigüedades en torno al régimen de alianzas internas y externas que precisaba el proyecto revolucionario. En aquel contexto ya no cabían las ambigüedades y los aliados, tanto los externos como los internos, tenían que ser sinceros y fiables, pues cualquier desliz podía dar al traste con todo lo construido hasta el momento.

Cuba había entrado en una nueva fase tras la Primera Declaración de La Habana, caracterizada por el enfrentamiento directo con los Estados Unidos. Un atrevimiento que tendría que gestionar la dirigencia revolucionaria en solitario, sin apoyos de la oficialidad continental, pues, como muchos habían intuido antes de la reunión de San José de Costa Rica, el proceso revolucionario cubano despertaba unos recelos entre las clases dirigentes latinoamericanas que ya no se podían soslayar detrás de declaraciones ambiguas. Cuba no iba a contar en adelante con la aprobación de la mayoría de los Gobiernos latinoamericanos, de ahí la insistencia en proclamar la adhesión que sí le prestaban los pueblos hermanos del continente y de otros países del orbe. La publicidad dada a las adhesiones que la revolución tenía entre los pueblos del mundo y entre sus líderes populares pasó así a ser una de las consignas irrenunciables para la revolución.

Entre tanto, la población cubana vivía en un estado de excitación permanente. Tumultos entre una mayoría de partidarios y una minoría de descontentos; pequeños grupos de insurgentes que recibían la respuesta de las milicias populares en la Sierra del Escambray; mítines que hablaban del porvenir cubano y del continental; llamadas a la colaboración en todos los órdenes, inflación de consignas y arengas; manifestaciones de todo orden, y provenientes de los sectores más diversos, para dejar testimonio de las adhesiones al proceso revolucionario... En fin, un pueblo inmerso en la vorágine revolucionaria, consciente de que Cuba estaba llamada a marcar los destinos de América y adicto al verbo encendido de Fidel Castro y los hombres que le acompañaban. La cotidianidad en Cuba configuraba así un cuadro de efervescencia revolucionaria que afectaba ya todos los órdenes de la vida.

Sin embargo, a escasas millas de aquella catarsis colectiva, vivida ya en primera persona por todos aquellos que se sentían afines al proceso, se encontraba el principal escollo para la revolución: los Estados Unidos. El Departamento de Estado norteamericano había puesto en práctica todos los procedimientos a su alcance para frenar el proceso revolucionario. Unas iniciativas de contención que habían estado presididas por el fracaso, lo que dejaba expedita la vía para tomar medidas de acción directa dada la condición inane de las indirectas. De este modo, la amenaza de la agresión armada norteamericana parecía más real que en los meses precedentes y esta posibilidad era puesta de manifiesto en cada uno de las concentraciones y discursos que tuvieron lugar en aquellas fechas.

Fruto de aquel ambiente, las posibilidades de llegar a algún tipo de acuerdo que redujera el enfrentamiento permanente entre Estados Unidos y Cuba o que pudiera contener al menos la escalada de descalificaciones mutuas parecía ya un escenario sino imposible, sí al menos difícil de imaginar. Aquel desencuentro era ya permanente y ninguno de los contendientes parecía dispuesto a ceder en sus posturas. Por un lado, la dirigencia revolucionaria daba muestras evidentes de que no se iba a apejar del tren revolucionario y, por el otro, las instituciones de poder estadounidense contribuían con sus declaraciones a dejar patente que el proceso revolucionario cubano, tal y como estaba planteado, nunca contaría con sus bendiciones.

La dirigencia revolucionaria había hecho así de su programa la única vía posible para Cuba, pues cualquier vacilación podría tener fatales resultados para la estabilidad del proceso y destruiría igualmente la imagen numantina que Cuba se había construido ante los pueblos de América, ante otras naciones recientemente independizadas, o en ciernes de estarlo, y ante el bloque soviético, socio comercial con el que se habían tejido numerosos acuerdos en los últimos meses. Además, el Gobierno revolucionario contaba con el beneplácito de la mayoría de la población cubana y con el calor y el aval que aportaban muchos otros pueblos, lo que colocaba a la Revolución cubana en una situación de legitimidad casi absoluta ante las radicales transformaciones que venía acometiendo.

Del mismo modo, el proyecto revolucionario, como ya hemos comentado, contaba en su seno con una diversidad de tendencias ideológicas que le daban soporte internacional y que le permitían congraciarse con diferentes corrientes políticas presentes en todos los continentes. La Revolución cubana había sabido mantener enganchadas al proceso revolucionario a diferentes tendencias ideológicas. No obstante, el empuje transformador y la velocidad del proceso de cambio que se estaba viviendo en Cuba estaba obligando a dichas tendencias a reinterpretarse a cada paso de la revolución para encajar en lo que el proyecto fidelista demandaba de ellas. Una circunstancia que facilitaba una extraña mezcla en la que el fundamentalismo y la ortodoxia se combinaban con el revisionismo de cada tendencia sin que en aquella reinterpretación constante de la teoría se registrara contradicción reseñable a la hora de ponerla en práctica. Al contrario de lo que sucedía en las formaciones políticas de otros países, las corrientes revisionistas o los cambios programáticos no eran baldón, sino blasón. La revolución hacía de la necesidad virtud, pues adaptaba la teoría y hablaba a través de la praxis. Y es que, la fortaleza de la Revolución cubana parecía residir precisamente en la praxis, en la acción decida de sus clases dirigentes y en la puesta en práctica de proyectos sobre los que otros antes habían teorizado sin mayor provecho práctico.

La Revolución cubana se construía así sobre una amalgama de disquisiciones ideológicas no siempre compatibles, pero que terminaban por converger a la luz del empuje de la acción y la praxis revolucionaria. Por otro lado, el movimiento fidelista contaba con unas virtualidades que hacían posible esta convergencia ideológica. La historicidad de los procesos sociales y económicos sobre los que actuaba el proceso revolucionario y el formidable sentido histórico y dialéctico que animaban las interpretaciones que aportaban los dirigentes revolucionarios hacían que aquella amalgama ideológica pudiera encajar en el proyecto genérico independentista que encabezaba Fidel Castro.

La Revolución cubana se había construido sobre su propia historia y la del resto de los pueblos de América, como habían señalado los voceros de la revolución en los foros internacionales y en cada manifestación o asamblea popular en la que habían tomado la palabra. Una historia que estaba presidida por la contradicción permanente con los Estados Unidos y el sistema económico, político y social que exportaba al mundo. Una circunstancia, esta última, que permitía albergar en el seno de la revolución fidelista tanto al nacionalismo, como al antimperialismo y, por supuesto, también al socialismo. De esta suerte, la concepción del pasado cubano y continental influía sobre el análisis del presente y también sobre el del porvenir. Lo que daba pie a una visión sobre el proceso revolucionario en el que el futuro al alcanzar venía condicionado por unas categorías que tenía su asiento en el pasado y que ordenaban los conceptos sobre los que se regía el presente. Como ya hemos señalado en numerosas ocasiones, los ideólogos del fidelismo encontraban en la Revolución cubana la consecuencia lógica de un pasado de oprobio y la única vía posible para la construcción de una Cuba futura dueña de su destino y su riqueza.

Aquellas condiciones sobre las que se estaba construyendo el discurso cubano y, sobre todo, el modo en que los cubanos estaban relatando el quehacer de su proceso revolucionario permitían hacer una lectura de la revolución en la que, de forma simultánea, tanto el materialismo histórico como el

análisis y la explicación de las luchas por la independencia resultaban convergentes y válidas para recrear lo acontecido en Cuba y alumbrar un posible futuro para el resto del continente. En Cuba cada día era más evidente que la contradicción entre el imperialismo norteamericano y la soberanía cubana comenzaba a ser imposible de separar de la contradicción fundamental del sistema capitalista, la contradicción capital trabajo. Ambas contradicciones ya no parecían tener visos de resolución favorable a los intereses cubanos si se disociaban. Capitalismo y soberanía se erigían así en términos difíciles de reconciliar en aquella Cuba de 1960.

En aquel círculo virtuoso, donde todas las tendencias tenían encaje, siempre que se mantuvieran atentas a las consignas que provenían del Gobierno revolucionario, se movían los medios de comunicación cubanos. El proceso revolucionario, y las luchas que traía aledañas, habían invadido ya todos los órdenes de la vida del cubano y la prensa como plataforma del sentir revolucionario así lo transmitía. En Cuba se vivía revolucionariamente y el ciudadano había pasado de espectador entusiasta a participante convencido. Fidel Castro se había encargado de sembrar este sentimiento en la población, pues, todas las aportaciones ideológicas, todas las actividades culturales y educativas y todas las movilizaciones populares en materia de producción y defensa, siempre que compartieran el principio irrenunciable de la soberanía y la promoción económica y social de Cuba, tenían cabida dentro de la revolución.

En el mes de septiembre y la primera mitad de octubre, después del torrente de medidas nacionalizadoras tomadas en el verano de 1960, se fijó el carácter de la revolución sobre unas premisas en las que más que hablar de lo que quedaba dentro se trató de fijar lo que definitivamente quedaba fuera del proceso revolucionario. Se habían fijado ya de forma concluyente los parámetros para definir quiénes eran los “pro” y quiénes los “contra” revolucionarios y esta imagen quedó definitivamente establecida tras la comparecencia de Fidel Castro ante la Asamblea de la ONU durante su estancia en Nueva York. Un viaje publicitado y expuesto con minuciosidad quirúrgica por la prensa cubana y que tuvo un eco muy considerable también en los medios franquistas.

Fidel Castro y la delegación cubana salieron de La Habana rumbo a Nueva York el domingo 18 de septiembre para permanecer allí durante diez días. La estancia en Nueva York de la representación cubana se erigió en una campaña sin precedentes para difundir el mensaje de la revolución y dejó una serie de imágenes, gestos, encuentros y desencuentros que tuvieron tanta significación o más que el extenso discurso que Fidel Castro ofreció ante la Asamblea General de la ONU.

La partida de Castro se expuso con lujo de detalles en la revista *Bohemia*. En aquella jornada del domingo 18 de septiembre la plana mayor de la dirigencia revolucionaria acompañó al primer ministro hasta la misma puerta del avión que le conduciría a Nueva York. Comenzaba así una estancia en la ciudad neoyorquina plagada de desencuentros con las autoridades norteamericanas.

11.2.1 La XV Asamblea General de la ONU bajo el signo de los nuevos cicerones

La XV Asamblea General de la ONU tuvo una gran resonancia en los medios cubanos, pues junto a Fidel Castro otros líderes de talla mundial asistieron a las sesiones en representación de sus países. La mayoría de “*los gobernantes más discutidos y celebrados del planeta*”, como señaló *Bohemia*, habían decidido acudir a la cita de la ONU¹⁴⁷. Entre ellos se encontraban: Krushev, Fidel Castro, Nasser, Nehru, Sukarno o Tito. La revista cubana sólo lamentaba la ausencia de Lumumba. Según la crónica del semanario habanero, “*las intrigas de los colonialistas belgas y sus aliados norteamericanos, aferrados al uranio y el diamante del Congo*” habían impedido que Lumumba compareciera en la asamblea de la ONU. No obstante, *Bohemia* señalaba que “*su histórico mensaje*

¹⁴⁷ *Bohemia* (Año LII). Núm. 39. La Habana: domingo, 25 de septiembre de 1960, pág. 45. Semanal.

de unidad africana y redención popular, el único posible y justo”, sería llevado a la asamblea por otros representantes mundiales¹⁴⁸. De este modo, los líderes de los países en vías de descolonización, los dirigentes más destacados del bloque de los no alineados y figuras prominentes del bloque soviético, encabezados por Krushev, habían decidido presentarse en la sede ONU para asistir a la Asamblea General. Cuba contaría pues con una parte significativa de la asamblea dispuesta a secundar sus planteamientos.

El programa de la asamblea abarcaba 85 temas y, según *Bohemia*, los problemas que más preocupaban en aquel momento estaban incluidos en la agenda: el desarme, proposición de la Unión Soviética; el de la guerra por la independencia de Argelia, proposición de 25 países afroasiáticos; el de la admisión de nuevos miembros, con la tensa perspectiva de discutir la entrada de la República Popular China; el de la reforma agraria, propuesto por Cuba; el de la supresión de ensayos nucleares y termonucleares; el del conflicto racial en el África del Sur; la cuestión del Congo y el irresoluble problema de Corea¹⁴⁹.

Estos eran los temas que centrarían los debates, lo que indudablemente presagiaba una asamblea en la que la voz cantante la llevarían los países afroasiáticos, los no alineados, el bloque socialista y la Cuba de Fidel Castro, como acertadamente aventuró *Bohemia*. Los temas a debate concedían el protagonismo a los hombres que no pertenecían a “*los países satisfechos y dominantes*”, sino a “*sus colonias emancipadas*”¹⁵⁰.

Como señaló *Bohemia*, en un estilo claramente deudor de la oratoria de Fidel Castro, los verdaderos cicerones en aquella cita no serían los líderes de las potencias hegemónicas ni los intereses que representaban tendrían el protagonismo acostumbrado. En esta ocasión los discursos representarían otros intereses y los llamados a defenderlos serían de este modo también otros. Así pues, Estados Unidos, Francia o el Reino Unido se veían conminados, muy a su pesar, a ceder el protagonismo a “*los gobernantes surgidos de la emancipación, las prisiones, los exilios, las sierras y las selvas indómitas*”¹⁵¹. Los representantes de los pueblos que habían sostenido “*la prolongada y heroica resistencia a los imperios del franco, el dólar o la libra esterlina serían los verdaderos oradores*” en la Asamblea General de la ONU¹⁵². Por boca de estos líderes hablarían las mayorías irredentas de varios continentes: América Latina, África y Asia. En aquella asamblea, según *Bohemia*, tenían que brillar los pueblos que habían sido sometidos al poder colonial y neocolonial. Era el momento de los pueblos oprimidos por el imperialismo y Cuba, como representante señera de aquellas luchas por la liberación, enviaba a la ONU a su mejor emisario.

Un razonamiento de los más acertado, pues la apertura de las sesiones el día 20 de septiembre tendría como resultado más destacado meses después la adopción el 14 de diciembre de 1960 de la Resolución 1.514, en la que se contenía la “*Declaración sobre la concesión de la Independencia a los Países y Pueblos Coloniales*”¹⁵³. La adopción de la Resolución 1.514, como han señalado varios autores, “*se vio facilitada por el hecho de que 16 Estados africanos fueran admitidos en 1960*”¹⁵⁴. Un documento señero en la historia de la Asamblea General y determinante para el futuro de los territorios sometidos a dominio exterior, no en vano aquel año de 1960 pasó a considerarse “*el año de la descolonización*”¹⁵⁵. El texto es tan significativo, como han señalado los autores de referencia

¹⁴⁸ *Idem.*

¹⁴⁹ *Ibidem*, págs. 44 y 48.

¹⁵⁰ *Ibidem*, pág. 48.

¹⁵¹ *Idem.*

¹⁵² *Idem.*

¹⁵³ Pereira Castañares, Juan Carlos y Martínez-Lillo, Pedro Antonio: *Op. Cit.*, pág. 46.

¹⁵⁴ *Idem.*

¹⁵⁵ *Idem.*

consultados, “*que ha sido llamado la Carta Magna de la Descolonización*”¹⁵⁶. Este documento, que sentó sus bases en los debates de apertura de la XV Asamblea General, aceleró el proceso descolonizador y legitimó la libre determinación de los pueblos¹⁵⁷.

Cuba contaría pues en la Asamblea General con líderes de talla mundial decididos a apoyar su causa frente al poder imperial, pues las demandas de Cuba llegaban a la ONU en la mejor de las coyunturas. Sin embargo, aquel apoyo mostrado a la delegación cubana dentro de la sede de la ONU contrastaba con el acoso extramuros. La delegación cubana, según detalló la revista *Bohemia*, se vio asediada por las autoridades norteamericanas incluso antes de pisar suelo estadounidense. Tan pronto como se supo que la misión cubana estaría encabezada por Fidel Castro comenzaron las limitaciones de movimiento y los problemas de hospedaje para los revolucionarios cubanos.

11.2.2 Las tribulaciones neoyorquinas de la delegación cubana

Fidel Castro había partido de La Habana con el uniforme verde olivo, la mochila que le había acompañado en Sierra Maestra y la hamaca, dispuesto a acampar en los jardines de la ONU o en el Parque Central de Nueva York si fuera necesario. Con este mensaje se había despedido el primer ministro de los periodistas que se habían dado cita en el Aeropuerto de Rancho Boyeros¹⁵⁸, consciente, sin duda, de los problemas que tendría la delegación cubana para alojarse en Nueva York. De todos modos, este no era el único problema al que tendría que enfrentarse el contingente revolucionario desplazado a la ONU: Fidel Castro había sido confinado por las autoridades norteamericanas en la isla de Manhattan. Un dudoso privilegio que, según *Bohemia*, el líder cubano compartía con Nikita Krushev, János Kádár, secretario general del partido de los comunistas húngaros, y el primer ministro albanés Mehmet Shehu¹⁵⁹.

Este fue el primer impedimento al que tuvo que hacer frente la representación cubana. Fidel Castro conocía desde el día 14 de septiembre que no estaba autorizado a abandonar la isla de Manhattan¹⁶⁰. Christian Herter había certificado este confinamiento aduciendo razones de seguridad que no parecían del todo justificadas. La revista *Bohemia* hizo acopio de las críticas aparecidas en la prensa norteamericana sobre las restricciones de movimientos impuestas a Fidel Castro y otros líderes mundiales. Sin embargo, y a pesar de las críticas cosechadas, las trabas de las autoridades estadounidenses a la delegación cubana no terminaron aquí. Además del confinamiento en Manhattan pronto comenzó a quedar claro que la delegación cubana tendría problemas para hospedarse. Según señaló *Bohemia* en aquellas fechas, los empresarios de hoteles neoyorquinos se negaron en bloque a confirmar las reservas que las autoridades cubanas trataban de tramitar en Manhattan.

Bohemia, en un amplio reportaje sobre la estancia del mayor de la Castro en Nueva York, señalaba lo inadmisibles de aquellas negativas a albergar a la delegación cubana. El negocio hotelero de Nueva York acometía así una “*súbita inmersión*” en la Guerra Fría y los representantes cubanos se veían en una situación que no tenía precedentes en la historia de las asambleas celebradas en la ONU¹⁶¹. Fue entonces cuando Fidel Castro, inmediatamente antes de su partida, aireó en la prensa que con hotel o sin hotel asistiría a la Asamblea General de Naciones Unidas y que iba preparado con mochila y hamaca para acampar “*en el Parque Central o en los jardines de la ONU*” si las circunstancias así lo demandaban¹⁶². Simultáneamente la diplomacia cubana tomó medidas ante la actitud hostil de las

¹⁵⁶ *Idem.*

¹⁵⁷ *Idem.*

¹⁵⁸ *Bohemia* (Año LII). Núm. 39. La Habana: domingo, 25 de septiembre de 1960, págs. 48 y 52. Semanal.

¹⁵⁹ *Ibidem*, pág. 52.

¹⁶⁰ *Idem.*

¹⁶¹ *Idem.*

¹⁶² *Ibidem*, págs. 48 y 52.

autoridades norteamericanas y Raúl Roa, miembro de la delegación cubana y ministro de Exteriores, cursó una nota a la Embajada norteamericana en Cuba para hacerle saber al embajador Bonsal que el Gobierno revolucionario había resuelto limitar sus actividades al barrio del Vedado, distrito habanero en que estaba ubicada la sede diplomática estadounidense. Raúl Roa le comunicó al Sr. Bonsal antes de embarcarse junto a Fidel Castro rumbo a Estados Unidos que, mientras el primer ministro cubano permaneciera en Nueva York, sus movimientos en Cuba quedaban restringidos al barrio de La Habana en el que estaba sita la Embajada norteamericana¹⁶³.

Raúl Roa le exponía al embajador norteamericano, haciendo uso de los formalismos propios del lenguaje diplomático, que aquellas medidas extraordinarias tenían carácter temporal y que venían motivadas por “*el arbitrario confinamiento impuesto por las autoridades norteamericanas a las actividades del Primer Ministro doctor Fidel Castro*”, así como a “*las ofensivas restricciones adoptadas respecto a su llegada y estancia en la ciudad de Nueva York*”. Según argumentó el canciller cubano, el tratamiento dispensado a Fidel Castro, antes incluso de su llegada a Nueva York, había suscitado “*profunda irritación y visible malestar en el pueblo cubano*”. Una circunstancia que obligaba a los dirigentes cubanos a ofrecer una respuesta: las medidas adoptadas por las autoridades estadounidenses contra la delegación cubana, dada su “*obvia índole y explícita finalidad*”, había obligado al “*Gobierno revolucionario a reciprocarlas*”. Roa aseguraba también que la decisión adoptada por las autoridades cubanas con respecto a las actividades del embajador norteamericano, dada la agitación popular y el descontento imperante, estaban inspiradas igualmente en el propósito de brindarle toda clase de seguridades al representante estadounidense en Cuba.¹⁶⁴

El enfrentamiento entre el Departamento de Estado norteamericano y la dirigencia revolucionaria parecía crecer por momentos y todo ello antes incluso de que Fidel Castro aterrizara en Nueva York. De este modo, el Departamento de Estado norteamericano, consciente de que las restricciones adoptadas contra el primer ministro estaban ya generando daños a la imagen de los Estados Unidos, convino con la gerencia del Hotel Shelbourne, sito en la parte central de la ciudad, el alojamiento del primer ministro cubano¹⁶⁵. Y es que, la imagen de Fidel Castro vestidos de verde olivo y pernoctando a la intemperie a las afueras de la ONU o en *Central Park* era más de lo que las autoridades norteamericanas podían soportar.

Sin embargo, aquella medida tomada para atemperar los ánimos no duró demasiado. Nada más poner pie en suelo americano Fidel Castro fue sometido a un control estricto. Según relató *Bohemia*, el avión que transportó a la delegación cubana aterrizó en el aeropuerto de Idlewild de Nueva York en la tarde del 18 de septiembre y nada más tomar tierra la torre de control conminó al piloto a situarse en la zona más alejada del edificio principal de las instalaciones aeroportuarias. La finalidad de este alejamiento estaba clara: según la versión ofrecida por *Bohemia*, de lo que se trataba era de separar a Fidel Castro del numeroso público que le esperaba en la terminal del aeropuerto¹⁶⁶.

Desde el primer momento en que Fidel Castro pisó suelo norteamericano, una nube de miembros del FBI, “*no inferior a 1750, según informes del propio aeropuerto*”, se encargó de mantener al líder cubano fuera del alcance de la colonia latina desplazada a Idlewild¹⁶⁷. Fidel Castro apenas pudo esbozar unas palabras ante los medios de comunicación cuando descendió del avión, pues, inmediatamente, la comitiva cubana fue presionada por la policía para que entraran en los automóviles que les conducirían al Hotel Shelbourne donde tenían que hospedarse. Fue en aquel momento en el que se desarrolló el peor incidente de la jornada. De acuerdo a lo apuntado por *Bohemia* en su crónica,

¹⁶³ *Ibidem*, pág. 49.

¹⁶⁴ *Idem*.

¹⁶⁵ *Ibidem*, pág. 53.

¹⁶⁶ *Idem*.

¹⁶⁷ *Idem*.

cuando el vehículo que conducía al primer ministro hasta su residencia en Nueva York pasó por delante del edificio principal del aeropuerto el gentío allí congregado irrumpió en demostraciones de adhesión: “*aplausos, tremolar de banderas, voces de salutación, cantos y lemas revolucionarios*”¹⁶⁸. Fidel Castro sacó entonces el brazo por la ventanilla del automóvil para saludar a la multitud que se había desplazado a recibirle. Fue más de lo pudieron soportar las fuerzas policiales neoyorquinas y uno de los agentes empujó bruscamente el brazo del primer ministro cubano hacia el interior del vehículo¹⁶⁹. Se detuvo el automóvil y protestaron airadamente los que en él iban, Fidel Castro, Raúl Roa y Núñez Jiménez, director del INRA. Las autoridades cubanas y la policía intercambiaron reproches y tras un pequeño altercado la comitiva y la escolta policial se encaminó hacia el Hotel Shelbourne escoltado, según *Bohemia*, por “*centenares de automóviles de los simpatizantes*” y “*veinte ómnibus*” de cubanos residentes en Nueva York¹⁷⁰.

Una vez en el hotel los altercados continuaron, pero esta vez entre los simpatizantes fidelistas y las autoridades policiales que tenían acordonadas las inmediaciones del Shelbourne. Un cerco policial, que se extendía a tres manzanas, mantenía a las multitudes alejadas¹⁷¹. Cubanos, dominicanos, puertorriqueños y exiliados de otros países latinoamericanos portando carteles y entonando cánticos revolucionarios trataron de aproximarse al hotel y se registraron entonces algunos enfrentamientos con la policía que arrojaron un balance de varios heridos¹⁷².

Dentro del hotel las cosas no iban mejor. Fidel Castro y la delegación cubana tropezaron con todo tipo de restricciones para abandonar el hotel y circular por Nueva York. El Shelbourne se había convertido en una cárcel y los controles para entrar y salir de él se multiplicaron hasta el absurdo¹⁷³. A la delegación cubana se le prohibió todo contacto con las multitudes y mientras el resto de los líderes mundiales congregados en Nueva York concedían entrevistas, se movían en círculos civiles y organizaban su agenda a capricho, el líder cubano permanecía confinado en el piso que fue puesto a su disposición en el Hotel Shelbourne.

La indignación de la delegación cubana iba en aumento al mismo ritmo que las obstrucciones policiales y las exigencias de la gerencia del hotel. El piso de la delegación cubana estaba habitado por una maraña de reporteros en los que su condición de periodistas o sabuesos del FBI no parecía estar del todo clara, lo que determinó que Fidel Castro se negara a conceder entrevistas a la prensa¹⁷⁴. Hizo una sola excepción: “*la del veterano Herber L. Matthews, su entrevistador de la Sierra Maestra y autor, junto con Bob Taber, de los más objetivos y comprensivos reportajes sobre la Isla*”, según indicó *Bohemia*¹⁷⁵.

La representación cubana estaba siendo sometida a un control difícilmente soportable y finalmente la cadena de desencuentros con las autoridades policiales y la dirección del hotel propició la expulsión de la delegación fidelista. En la tarde noche del 19 de septiembre la comitiva cubana abandonó finalmente el Hotel Shelbourne. Según la versión ofrecida por el propio Fidel Castro a los periodistas y al secretario general de la ONU, el propietario del Shelbourne había exigido por adelantado nada menos que 15.000 dólares en concepto de fianza mientras durara la estancia de la delegación cubana, un depósito que tenía que entregarse por adelantado, de lo contrario los cubanos tendrían que

¹⁶⁸ *Ibidem*, pág. 54.

¹⁶⁹ *Idem*.

¹⁷⁰ *Idem*.

¹⁷¹ *Idem*.

¹⁷² *Ibidem*, pág. 55.

¹⁷³ *Idem*.

¹⁷⁴ *Idem*.

¹⁷⁵ *Idem*.

abandonar las habitaciones que estaban ocupando. Aquel requerimiento monetario actuó como detonante e hizo ya insalvable la permanencia de la misión cubana en el hotel neoyorquino.

El diario *ABC* señaló que aquella cantidad solicitada como prenda por la dirección del Shelbourne estaba destinada a asegurar “no sólo la estancia del batallón castrista..., sino la posibilidad de daños al edificio”¹⁷⁶. Una excusa cuando menos poco elaborada y cuyo objetivo no era otro que justificar lo desproporcionado de los emolumentos exigidos al destacamento revolucionario. Por otro lado, aludir a los desperfectos no hacía más que dejar al descubierto la desconfianza que el regente del hotel albergaba sobre los representantes revolucionarios.

Así pues, cuando apenas había transcurrido un día desde el arribo de la delegación fidelista, el hospedaje que tanto trabajo había costado organizar se vio truncado por mor de la falta total de entendimiento entre los cubanos y las autoridades del Hotel Shelbourne. Sin embargo, la solución a tan acuciante problema llegó muy rápido según relataron los medios de la época. *ABC*, que tenía por costumbre denostar a la Revolución cubana, hizo una excepción y reconoció en sus páginas la ingeniosa salida que el líder cubano tomó ante aquel entuerto. Tan pronto como la delegación cubana se vio en la calle, el Hotel Theresa, “el más grande y famoso de Harlem, el distrito negro de Nueva York”¹⁷⁷, ofreció cobijo a los líderes cubanos, los cuales aceptaron de inmediato la oferta. “Como golpe de propaganda política”, *ABC* reconocía que “la decisión de Castro de irse a vivir a Harlem” había sido “una obra maestra”¹⁷⁸. Fidel Castro huía del opulento corazón de Manhattan para instarse en el emblemático y popular Harlem y “sumergirse” así “en el océano negro y puertorriqueño de Nueva York”, donde el discurso cubano tenía la mayor de las vigencias¹⁷⁹.

En poco más de un día, la delegación cubana estaba dejando un reguero de titulares a los que las publicaciones no parecían resistirse. En la prensa cubana, como cabía esperar, la atención se centró en la manifiesta hostilidad con que las autoridades norteamericanas habían recibido a los delegados cubanos, una inhospitalidad que se hizo extensible también a los representantes soviéticos.

Bohemia, en uno de sus editoriales del último número de septiembre, mostraba su reprobación a las formas con las que habían sido recibidos en Nueva York “los primeros ministros de la Unión Soviética y Cuba”, obsequiados nada más poner pie en suelo norteamericano con “excepcionales restricciones y limitaciones de arribo, residencia y movimiento”¹⁸⁰. Ambos mandatarios, además de ser “confinados en un área reducida de Manhattan”, como ya se ha indicado, tuvieron que lidiar con una nube de agentes de las fuerzas policiales estadounidenses que se encargaron de “vedarles toda relación espontánea con la población neoyorquina”¹⁸¹. Unas restricciones que habían sido justificadas amparándose en razones de seguridad, pero que tenían la clara intención de evitar cualquier imagen que mostrara el entusiasmo con que podían ser recibidos ambos mandatarios¹⁸². Krushev y Fidel Castro estaban llamados a copar el protagonismo en la asamblea de la ONU y las autoridades norteamericanas no veían con buenos ojos que además recibieran el refrendo popular en las calles de la capital económica de Estados Unidos.

De este modo, las fuerzas del orden público estadounidenses se encargaron desde el primer momento de dejar a ambos mandatarios fuera del alcance de los vítores y las salvas, a la vez que se evitaba cualquier incidente que pudiera generarse con sus detractores. Las autoridades norteamericanas se

¹⁷⁶ *ABC* (Año LIII). Núm.17012. Madrid: miércoles, 21 de septiembre de 1960, pág. 33. Diario.

¹⁷⁷ *Idem*.

¹⁷⁸ *Idem*.

¹⁷⁹ *Idem*.

¹⁸⁰ *Bohemia* (Año LII). Núm. 39. La Habana: domingo, 25 de septiembre de 1960, pág. 67. Semanal.

¹⁸¹ *Idem*.

¹⁸² *Idem*.

aplicaron a esta tarea con eficacia desmedida, de tal forma que la protección y el aislamiento se tornó pronto en una suerte de reclusión y falta de libertad.

Bohemia explicaba aquellos hechos y comenzaba por señalar que el tratamiento dispensado a Fidel Castro y Krushev nada más poner pie en suelo norteamericano había sido tan inapropiado como desmedido. El buque en el cual había arribado el premier soviético y el avión que condujo al premier cubano habían sido “aislados e interceptados” como si portaran a los mayores “delincuentes”¹⁸³. En aquel editorial, la revista habanera lamentaba el modo en que los dos gobernantes habían sido “facturados desde sus embarcaciones hasta sus residencias poco menos que como paquetes sellados”¹⁸⁴. Aquel trato vejatorio había prescindido de todo tipo de formalidades y ambos mandatarios tuvieron que convivir desde el primer momento con “el más extraño de los comités de recepción, integrado por detectives del FBI, agentes de inmigración y demás fauna policial” avisada e instruida en los más ofensivos procedimientos de traslado e indagación¹⁸⁵. “Así habían entrado en contacto con la democracia norteamericana” los mandatarios aludidos, enfatizaba con ironía la revista *Bohemia*¹⁸⁶. No obstante, el editorial ponía el acento también en que todas aquellas trabas e impedimentos no habían podido acallar el “caluroso recibimiento” que se dispensó al líder de la Revolución cubana¹⁸⁷.

El Departamento de Estado, el FBI y la CIA, sin embargo, no parecían darse por satisfechos con aquel trato descortés y tras aquellas provocaciones, encubiertas al abrigo de las necesarias precauciones y seguridades con que debía contar la delegación cubana, pretendieron ir más allá y provocaron un conflicto entre los delegados cubanos y la dirección del Hotel Shelbourne al someter a los más insidiosos y malintencionados requerimientos a Fidel Castro y a sus acompañantes.

Para la revista *Bohemia* las intenciones del Departamento de Estado norteamericano no podían ser más claras: todo pasaba por obligar al líder cubano a abandonar Nueva York; presionarle para que cometiera algún desliz o simplemente hacer de su estancia algo tan enojoso que él mismo decidiera delegar la representación de Cuba en un subalterno y así atemperar los ánimos y rebajar el control que envolvía a la delegación cubana. Estas debían ser las intenciones no manifestadas de la Administración estadounidense, de lo contrario, no se justificaba aquella movilización de sus numerosos organismos de seguridad, empeñados en tratar a uno de sus huéspedes más aclamados no como un invitado, sino como un “delincuente”¹⁸⁸.

Bohemia señalaba sin embargo que nadie se podía llevar a engaño, pues éste era el trato que cabía esperar de “un imperio disfrazado de democracia”¹⁸⁹. Las autoridades norteamericanas sabían que Cuba reproduciría las acusaciones de San José de Costa Rica y de Bogotá y que en la ONU Estados Unidos no contaba con las mismas prerrogativas que en la OEA. En la asamblea de la ONU Cuba se encontraba con un balance de fuerzas más favorable a sus intereses y Fidel Castro tenía el derecho y la obligación de dirigirse al foro internacional para exponer sus ideas y defender su proyecto. Por lo demás, el papel a jugar por las autoridades norteamericanas y sus órganos de seguridad tenía que estar encaminado a hacer todo lo posible para que la estancia del primer ministro cubano en Nueva York estuviera garantizada, pues si finalmente el líder cubano no podía llevar la palabra de Cuba a la ONU, los principios de esta organización quedaría seriamente dañados y “valdría más clausurar de una vez

¹⁸³ *Idem.*

¹⁸⁴ *Idem.*

¹⁸⁵ *Idem.*

¹⁸⁶ *Idem.*

¹⁸⁷ *Idem.*

¹⁸⁸ *Idem.*

¹⁸⁹ *Idem.*

el organismo que decía representar los derechos humanos y el porvenir de las colectividades, sin distinción de tamaño, riqueza y potencia militar”¹⁹⁰.

Bohemia se mostraba taxativa sobre el trato dispensado a la delegación cubana y señalaba que desde el primer momento las autoridades norteamericanas habían tratado de promover algún tipo de escándalo que diera pie al regreso de Fidel Castro a La Habana. Sin embargo, aquellos intentos de desmoralizar y soliviantar a los representantes cubanos, para obligarles a abandonar Nueva York o para hacerles caer en las provocaciones y publicitar a posteriori algún desliz de los agraviados, parecían haberse vuelto contra las pretensiones de las autoridades norteamericanas, pues, lejos de salir dañada la imagen de la Revolución cubana, el proyecto fidelista se mostraba de lo más coherente con los principios que le habían dado vida.

Los incidentes entre las fuerzas policías norteamericanas y la delegación cubana fueron denunciados ante el secretario general de la ONU por Manuel Bisbé, embajador y representante permanente de Cuba en las Naciones Unidas, a través de una nota que se reprodujo en los medios cubanos¹⁹¹. Además, tras la salida de la delegación cubana del Shelbourne, aquella misma noche del 19 de septiembre, una multitud se concentró ante el Palacio Presidencial de La Habana como acto de repudio frente al trato recibido por la Revolución cubana en tierras norteamericanas. En aquella cita Osvaldo Dorticós y Raúl Castro tomaron la palabra para darle voz al pueblo que se había concentrado en señal de protesta.

Raúl Castro, como primer ministro interino, y Dorticós, como presidente de la república, señalaron la “*naturaleza bárbara e incivilizada*” del imperialismo norteamericano, ejemplarizada en la última medida tomada contra la Revolución cubana al obligar a la delegación fidelista a abandonar el hotel en el que residían desde su llegada a Nueva York¹⁹². Aquella circunstancia sirvió para lanzar un nuevo alegato contra la Administración norteamericana. Según Raúl Castro, el Gobierno estadounidense se había visto totalmente superado ante el atrevimiento de una revolución que reformaba el agro, nacionalizaba “*las empresas yanquis explotadoras*”, apostaba por una “*política de independencia y plena soberanía*”, atendían las necesidades de las clases populares y defendía la igualdad racial¹⁹³. Estados Unidos se erigía en presa del histerismo al ver medrar una revolución de aquellas características entre uno de sus vecinos latinoamericanos. Cuba encarnaba un “*latinoamericanismo (sic) liberador*” que se mostraba como “*ejemplo luminoso*” y estímulo para “*todos los pueblos del Rio Bravo a la Patagonia*” y aquella realidad suponía una de las mayores amenazas para la supervivencia del imperialismo norteamericano¹⁹⁴.

Cuba había sido ofendida y menospreciada y, frente aquella obviedad, las autoridades revolucionarias tenían que protestar ante el trato norteamericano, estaban obligadas a ello, según señaló Raúl Castro en su alocución. Sin embargo, el pueblo cubano tenía que comprender la actitud estadounidense, pues quien iba de la mano “*de la reacción nazi*”, del “*sangriento fascismo*” o quien apoyaba a los “*déspotas*” que aún quedaban en Latinoamérica o “*a los verdugos y criminales de guerra*” que habían huido de Cuba tras la caída de Batista, necesariamente, tenía que estar en contra de la Revolución cubana¹⁹⁵. La Administración norteamericana estaba siendo fiel a los principios que defendía como lo estaba siendo la Revolución cubana a los suyos en tierras norteamericanas.

¹⁹⁰ *Idem.*

¹⁹¹ *Ibidem*, pág. 51.

¹⁹² *Ibidem*, pág. 54.

¹⁹³ *Idem.*

¹⁹⁴ *Idem.*

¹⁹⁵ *Idem.*

Raúl Castro aprovechó además para arengar a los presentes con las consignas que ya eran patrimonio de la revolución. El ya célebre “¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!” fue entonado por el menor de los Castro en varias ocasiones, mientras, la multitud congregada, ocurrente como de costumbre en sus dictados y respuestas, coreó las soflamas del momento: “Fidel, seguro, a los yanquis dales duro”; “Raúl aprieta, a Fidel no se respeta”, y “Con hotel o sin hotel tendrán que oír a Fidel”.¹⁹⁶

Por su parte, Dorticós, haciendo uso de un estilo más pausado pero no por ello menos reprobatorio de la actitud norteamericana, puso el acento en la “*ingenua estupidez*” mostrada por las autoridades norteamericanas¹⁹⁷. Fidel Castro no necesitaba de “*un lujoso hotel*” para representar a Cuba, pues el líder de la revolución estaba acostumbrado a “*la campiña*” desde las luchas en la Sierra Maestra e iba preparado para acampar a la intemperie si las circunstancias lo requerían¹⁹⁸. Lo único que demandaba Cuba eran “*garantías para acudir a la sede de la ONU*”¹⁹⁹. Y estas garantías no estaban cubiertas en Nueva York. Dorticós se mostraba sumamente duro con la Administración Eisenhower y señalaba que una organización internacional como la ONU, “*para cumplir sus destinos históricos, debería estar situada en un país donde rigiera un gobierno verdaderamente democrático y civilizado*”.²⁰⁰

A pesar de las trabas, el primer magistrado de Cuba señalaba que Fidel Castro llevaría “*el mensaje de una patria que estaba ganando para su porvenir histórico la verdadera civilización*”²⁰¹. Dorticós finalizaba señalando que Cuba miraba al porvenir y que el futuro se alumbraría con lo que ella representaba y no con lo encarnaban sus opresores. El futuro de los pueblos oprimidos pasaba por La Habana y no por Nueva York.

11.2.3 El Harlem negro y puertorriqueño acoge a la delegación cubana

Después de aquella jornada de tensión e incertidumbres, plena de incidentes, agravios estadounidenses y desagavios cubanos, la delegación revolucionaria pareció tomarse la revancha por el trato recibido, pues tan pronto como corrió la voz de que los representantes de la Revolución cubana se encontraba en el Hotel Theresa, Fidel Castro fue rodeado, y arropado, según señaló ABC en su crónica, “*por una muchedumbre de color ruidosa y alegre*”²⁰². Latinoamericanos residentes y también del exilio hicieron piña con las masas de afronorteamericanos para darle la bienvenida a Fidel Castro. La policía cargó en numerosas ocasiones contra los comités de bienvenida, pero en esta ocasión, debido al número de los concurrentes, y quizás también a la imagen poco favorecedora para los Estados Unidos de agentes policiales apaleando a negros y latinoamericanos, se mostró más condescendiente con los manifestantes. El protagonismo que las naciones africanas estaban llamadas a tener en la Asamblea General de Naciones Unidas, con la admisión de trece de ellas como nuevos miembros, desaconsejaba la difusión de imágenes en las que afroamericanos aparecieran vapuleados por las fuerzas del orden norteamericanas.

Fidel Castro y la delegación que le secundaba, conscientes del escenario que se les presentaba en Harlem, tan importante y quizás más efectivo ante la opinión internacional que el propio atril de la ONU, prepararon de forma cuidadosa la agenda de contactos para aquellas jornadas que permanecieron en el Hotel Theresa. La imagen que se debía mostrar al mundo de la Revolución cubana tenía en Harlem un escaparate envidiable, no sólo para explicitar el mensaje revolucionario, sino también para hacer evidentes las contradicciones de la tan laureada democracia americana. Los

¹⁹⁶ *Ibidem*, págs. 54 y 55.

¹⁹⁷ *Ibidem*, pág. 73.

¹⁹⁸ *Idem*.

¹⁹⁹ *Idem*.

²⁰⁰ *Idem*.

²⁰¹ *Idem*.

²⁰² ABC (Año LIII). Núm.17012. Madrid: miércoles, 21 de septiembre de 1960, pág. 33. Diario.

olvidados por la opulenta sociedad estadounidense en comunión con los abandonados de Latinoamérica salían al encuentro de la revolución y lo hacían en los barrios populares, donde se albergaban los líderes que realmente eran populares. Cuba estaba con los pueblos de América, los habitantes de Harlem, negros y puertorriqueños, así lo atestiguaban, y frente a ellos se encontraba la Administración norteamericana, garante de los Gobiernos lacayos del continente que gobernaban para minorías y hacían caso omiso a las necesidades del pueblo.

Harlem y la zona central de Manhattan se erigían así en retrato y metáfora de la realidad cubana y latinoamericana. La revolución fidelista recibía el aplauso y el calor de los barrios desatendidos y, en contraposición, era obsequiada con el acoso y el maltrato de los distritos opulentos. Consciente de esta realidad, tan benefactora para la imagen que Cuba quería exportar al mundo, la delegación cubana se movió con celeridad. Aquella primera noche en el Hotel Theresa Fidel Castro recibió al activista afronorteamericano Malcolm X. Dado el protagonismo que estaban llamadas a tener las naciones africanas en las primeras jornadas de la recién inaugurada asamblea de la ONU y atendiendo al barrio en el que estaba sita la delegación cubana, el acercamiento al activismo negro neoyorquino y norteamericano parecía de los más oportuno.

El encuentro entre el líder cubano y el afroamericano, según relató la prensa negra editada en Harlem, giró en torno a las relaciones de Cuba con los Estados Unidos; se abordó también la situación del pueblo afronorteamericano; y, por supuesto, se habló de Lumumba y del futuro de África²⁰³. En fin, se intercambiaron ideas sobre todos los intereses e inquietudes que podían compartir ambos líderes.

Fidel Castro, quizá consciente de la necesidad de contar con el factor negro dentro de la delegación cubana, telefoneó a La Habana para que se unieran a la representación revolucionaria el ministro de Economía, Regino Boti, de evidentes rasgos afrocubanos, y el comandante Juan Almeida, jefe del Ejército Rebelde y héroe de la Sierra Maestra. Ambos fueron llamados por el primer ministro para que “*los líderes negros de Harlem*” conocieran a otros líderes de la revolución, según declaró el propio Fidel Castro a los medios cubanos²⁰⁴.

La delegación cubana iba así tejiendo una serie de encuentros, que, adecuadamente publicitados, promocionaban la causa cubana a nivel mundial y la ofrecían como contraste a la política norteamericana. Sin embargo, el gran momento en el Hotel Theresa se produjo en la mañana del 20 de septiembre. Nikita Krushev se personó en Harlem para rendir tributo al nuevo adalid de la revolución. Las cámaras de televisión y los reporteros de prensa, hábitos por inmortalizar el momento, no por previsible menos esperado, tomaron las imágenes de un Krushev eufórico, abrazado a Fidel Castro y, por mor de la diferencia de talla, refugiado en el pecho del líder cubano. El abrazo entre los dos mandatarios fue recogido en la revista *Bohemia* como una cita inaplazable. Fidel, caracterizado como “*la voz redentora del continente latinoamericano*”, y Krushev, presentado como “*el infatigable vocero de una paz mundial sin opresores*”, rubricaban su encuentro con “*un cordial abrazo*” después de una extensa charla en las instalaciones del Hotel Theresa²⁰⁵.

El encuentro, según señaló el diario *ABC*, había sido precedido de una breve visita de Raúl Roa, ministro cubano de Exteriores, a la residencia de la delegación soviética en *Park Avenue*, un aserto que confirmó también el diario *Pueblo*²⁰⁶. Minutos después de la llegada de Roa a la residencia soviética se produjo la visita de Krushev, que se presentó en el Theresa con la intención de saludar al primer ministro cubano. Finalmente, ambos líderes cambiaron impresiones durante cuarenta

²⁰³ Terrill, Robert: *The Cambridge Companion to Malcolm X*, Cambridge University Press, Cambridge, 2010, pág. 161.

²⁰⁴ *Bohemia* (Año LII). Núm. 39. La Habana: domingo, 25 de septiembre de 1960, pág. 73. Semanal.

²⁰⁵ *Bohemia* (Año LII). Núm. 40. La Habana: domingo, 2 de octubre de 1960, pág. 45. Semanal.

²⁰⁶ *ABC* (Año LIII). Núm.17012. Madrid: miércoles, 21 de septiembre de 1960, pág. 33. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm.6549. Madrid: miércoles, 21 de septiembre de 1960, pág. 1. Diario.

minutos y a su salida del hotel se immortalizó el publicitado encuentro a través del abrazo entre los dos dirigentes, mientras grupos de cubanos, latinoamericanos y afroamericanos jalearon a ambos mandatarios²⁰⁷.

ABC, a pesar de los comentarios desdeñosos sobre el encuentro, no pudo eludir el espaldarazo que para los intereses y la proyección internacional de cubanos y soviéticos significó el abrazo entre el líder cubano y el premier soviético: el encuentro de Harlem, “*magistralmente calculado*”, según enfatizaba la crónica del diario tradicionalista, había sido “*una operación de agitación y propaganda*” casi perfecta²⁰⁸. Fidel Castro y Krushev publicitaban su cordial entente escoltados por la policía y amparados por la inmunidad de la ONU²⁰⁹. Y lo habían hecho además en “*territorio americano*” y “*en un distrito negro*”, con todo lo que ello significaba²¹⁰. A las pocas horas, Eisenhower, en comparecencia de prensa y visiblemente alterado, hizo alusión a los acontecimientos de los últimos días en Nueva York y, sin personificar en líder alguno, señaló que en aquellas fechas de excepcional agitación los “*camorristas*” habían llegado a Norteamérica para tratar de sacar partido de los problemas internos de los Estados Unidos²¹¹.

La imagen de Fidel Castro y Krushev fue también recogida en la cabecera del diario *Pueblo*. El periódico de los sindicatos verticales, fiel a su línea editorial, señaló que aquel encuentro con el premier soviético no favorecía a la causa fidelista y que las relaciones con la URSS eran tan “*innecesarias*”, como “*perjudiciales*” para Cuba²¹². *Pueblo* abrió su edición del día 22 de septiembre con el abrazo de Krushev y Castro. Una gran fotografía del corpulento líder cubano y del rollizo mandatario ucraniano presidió la portada de *Pueblo* con un pie de foto que definía a la perfección la posición que el diario sindical venía sosteniendo en los últimos meses sobre Cuba, su revolución y la aproximación a la URSS:

*“Seguimos creyendo que Cuba puede plantear sus justas demandas nacionales y sociales en diálogo firme y sereno con los Estados Unidos y que no es necesario utilizar la palanca soviética, a quien Cuba no le importa nada y solamente acepta amigos ocasionales –en este caso Fidel Castro –para sus propios fines. Realmente no esperábamos este gesto. Ha rebasado todas nuestras previsiones”*²¹³.

A tenor de lo expuesto, resulta evidente que la fotografía de Fidel Castro y Nikita Krushev no dejó indiferente a nadie. Una imagen que para delirio de algunos y pesar de otros se repitió aquella misma tarde en la apertura de la XV Asamblea General de la ONU, donde el mandatario soviético, saltándose cualquier protocolo al uso, abandonó su escaño para abrazar una vez más al líder cubano cuando éste irrumpió en el salón en el que se daban cita las delegaciones de todas las naciones representadas en la ONU. *ABC* señalaba con malicia el empeño de Krushev por difundir aquella imagen de entendimiento entre cubanos y soviéticos, escenificada en la sede de la ONU a través de efusivos y prolongados abrazos, dando tiempo a que los reporteros gráficos tomaran todas las instantáneas posibles para su distribución en las agencias de prensa internacionales²¹⁴.

La imagen de aquel encuentro se erigía así en la formalización, sino de iure, sí al menos de facto, de la alianza cubano soviética. El *NODO*, que tenía por norma separarse prudentemente de los asuntos cubanos, no eludió el significativo encuentro de Fidel Castro con Krushev. El “*noticiero español*”

²⁰⁷ *ABC* (Año LIII). Núm.17012. Madrid: miércoles, 21 de septiembre de 1960, pág. 33. Diario.

²⁰⁸ *Idem*.

²⁰⁹ *Idem*.

²¹⁰ *Idem*.

²¹¹ *Idem*.

²¹² *Pueblo* (Año XXI). Núm.6550. Madrid: jueves, 22 de septiembre de 1960, pág. 1. Diario.

²¹³ *Idem*.

²¹⁴ *ABC* (Año LIII). Núm.17012. Madrid: miércoles, 21 de septiembre de 1960, pág. 33. Diario.

encabezó su información sobre la XV Asamblea con una descalificación rotunda del “dictador soviético”, acusado de promover agresivas “*campañas de agitación y propaganda*” al amparo que “*ingenuamente*” se le brindaba con motivo de las reuniones de la Asamblea General de la ONU²¹⁵. El mandatario soviético había tomado así su estancia en Nueva York como pretexto para lanzar “*toda clase de amenazas e intemperancias*”²¹⁶. Sin embargo, según el noticiero franquista, Kruschew ya no estaba sólo, había encontrado en Fidel Castro a otro activista entregado a la causa de la agitación permanente. “*Fidel Castro y sus barbados*” acudían también a la cita para promocionar “*sus propagandas agresivas y subversivas*”²¹⁷. Cubanos y soviéticos compartían fines y nada mejor para explicitarlo que el abrazo y el saludo de Kruschew a sus “*nuevos compañeros de viaje*”²¹⁸.

Por otro lado, el NODO tampoco pasaba por alto la ascendencia que los cubanos tenían ya entre “*los delegados de los países exóticos*” y, tras mostrar las imágenes de Fidel Castro estrechando la mano de los representantes de los jóvenes estados de África que se acercaban a la bancada cubana, señalaba que “*el prosélito de Cuba simpatizaba con los delegados africanos*” en la misma medida en que lo hacía con el mandatario soviético.²¹⁹

La campaña informal que en favor de los derechos de los afronorteamericanos estaba llevando a cabo la delegación cubana estaba dando sus frutos y los estaba dando con suma celeridad. Entre tanto, Harlem seguía siendo una fiesta, y la población negra del barrio neoyorquino se congregaba en las inmediaciones del Theresa para articular consignas que funcionaban ya a modo de divisa entre el asociacionismo negro de Nueva York: “*We want Castro*”, coreaban las multitudes mientras sostenían carteles en las que se podía leer: “*Protect independence of Cuba*”²²⁰.

El día 21 de septiembre el comandante Juan Almeida llegaba al barrio neoyorquino de Harlem y se entrevistaba con los líderes de las comunidades negras, mientras Fidel Castro les recibía también en el Hotel Theresa. El vestíbulo del Theresa se había convertido en una embajada improvisada. Allí recibió Fidel Castro a “*representantes de la barriada de Harlem*” que venían a saludar y conferenciar con el líder de la Revolución cubana “*en nombre de los veinte millones de negros discriminados en los Estados Unidos*”²²¹.

Por la residencia de la delegación cubana en Harlem pasó también una nutrida representación del “Comité Pro Trato Justo a Cuba” encabezada por Richard Gibson, activista afroamericano, a quien acompañaban como integrantes del mentado comité el sociólogo Wright Mills, el escritor Carleton Beals y el periodista Bob Taber, compañía frecuente del primer ministro cubano desde los tiempos de la Sierra Maestra²²². A estos líderes destacados se unieron unas trescientas personas que pertenecían al comité y en el salón principal del Theresa tuvo lugar un acto en el que se entregó a Fidel Castro un busto de Abraham Lincoln²²³. Richard Gibson, dado el escenario en el que se representaba aquel homenaje a la Revolución cubana, corrió con los honores de hacer entrega a Fidel Castro del presente diciéndole: “*De un libertador a otro libertador*”²²⁴. Fidel Castro, visiblemente emocionado según relató *Bohemia*, señaló entonces que la propaganda no había podido con parte de los norteamericanos y que era evidente que Cuba aún contaba con amigos en los Estados Unidos²²⁵.

²¹⁵ NODO. Noticiero español (Año XXVIII), nº 926C, Madrid, 3 de octubre de 1960, 10 min. <http://www.rtve.es/filmoteca/no-do/not-926/1469732/> (Consultado: 3-8-2014)

²¹⁶ *Idem.*

²¹⁷ *Idem.*

²¹⁸ *Idem.*

²¹⁹ *Idem.*

²²⁰ *Bohemia* (Año LII). Núm. 40. La Habana: domingo, 2 de octubre de 1960, pág. 44. Semanal.

²²¹ *Ibidem*, pág. 47.

²²² *Ibidem*, pág. 44.

²²³ *Idem.*

²²⁴ *Idem.*

²²⁵ *Idem.*

Además, el líder cubano aprovechó el momento para obsequiar al propietario del Hotel Theresa, que era quien realmente estaba propiciando aquellos encuentros tan valiosos en réditos morales para la Revolución cubana, con un busto de José Martí en el que aparecía la siguiente inscripción: “*Peca contra la humanidad el que fomite y propague la oposición y el odio de las razas*”²²⁶.

La residencia en Harlem de la delegación cubana no podía estar siendo más provechosa para Fidel Castro y el proyecto revolucionario que encabezaba. Desde el emblemático barrio fluían imágenes a las agencias de prensa que mostraban el entusiasmo que estaba generando la estancia de tan señalados huéspedes. Y comenzaban a menudear también otro tipo de instantáneas que enseñaban los métodos con que la policía hacía frente a las aclamaciones populares.

La revista *Bohemia* comenzó a distribuir imágenes en las que se mostraba el ensañamiento con que la policía se desahogaba con los manifestantes en favor de la causa cubana. En una fotografía en la que varios policías inmovilizaban a un cubano, dando “*una lección de democracia representativa*”, según rezaba *Bohemia* tirando de ironía, un pie de foto confeccionado para describir la imagen desglosaba el esperpento: “*Un fornido policeman*” envolvía a un cubano “*en una llave de estrangulamiento*”. Otro “*le retorció el brazo*”, mientras un tercero “*le ponía una zancadilla*”. A caballo se acercaba un cuarto, como refuerzo, con “*el tolete listo*” para ser usado.²²⁷

Además de los conflictos entre las fuerzas de orden público y los manifestantes también frecuentaron las agencias de prensa internacionales los relatos sobre las escaramuzas entre cubanos del exilio y procastristas. Los exiliados no permanecieron inactivos en aquellos días y acometieron batidas contra los partidarios de la revolución fidelista que se manifestaban en Nueva York a favor de la causa cubana. En una de estas acometidas, de fatal desenlace, una niña de nueve resultó muerta como consecuencia de un disparo. Los acontecimientos se desarrollaron en la noche del día 21 de septiembre en un restaurante en el que se daban cita las colonias de cubanos y latinoamericanos residentes en Nueva York. Según relató *Bohemia* en su primer número de octubre, un grupo de miembros y simpatizantes del Movimiento 26 de Julio cenaba en un restaurante cuando un contingente de exiliados, “*pistola en mano*”, irrumpió en el establecimiento bajo el grito de “*¡Abajo el comunismo! ¡Abajo Fidel Castro!*”²²⁸. Acto seguido se produjo un tumulto, “*volaron sillas y botellas*”, en tanto que se desató una balaceá²²⁹. *Bohemia* señaló que la policía, que no había hecho nada impedir el ataque, tampoco llegó a tiempo para arrestar a los agresores. Después del tumulto una niña yacía en el suelo mal herida, moriría al día siguiente.

La redacción de *Bohemia*, en una crónica en la que se describían los hechos, se mostraba indignada ante tamaño crimen y lamentaba el “*repugnante*” intento de la prensa amarilla, en complicidad con sectores oficiales, de responsabilizar del suceso a los partidarios de la Revolución cubana. Para la revista habanera, aquel intento resultaba “*tan infame como burdo*”. De todos era conocido, según lo reflejado en *Bohemia*, que “*los pandilleros del marzato*” se paseaban armados por los Estados Unidos sin que nadie les pidiera mayores explicaciones. Sin embargo, los partidarios de Fidel Castro habían sido cacheados por la policía de forma continuada en aquellos días y la propia escolta del primer ministro de Cuba había sido obligada a permanecer desarmada. *Bohemia* señalaba que en los primeros momentos de la confusión dos miembros de la Rosa Blanca habían sido detenidos y que poco después habían sido liberados sin mayores consecuencias.²³⁰

²²⁶ *Idem.*

²²⁷ *Ibidem*, pág. 48.

²²⁸ *Ibidem*, pág. 51.

²²⁹ *Idem.*

²³⁰ *Idem.*

Aquellos acontecimientos y la muerte de la niña, víctima inocente y ajena al altercado, fueron igualmente recogidos en la prensa franquista. El diario *Pueblo* mencionaba también en sus páginas la reyerta entre partidarios y detractores de Castro, aunque de forma testimonial y sin entrar en profundidades. La reseña del diario sindical no hablaba de culpables, simplemente reseñaba el altercado y las consecuencias fatales del mismo, apuntando asimismo que los atacantes habían huido y que los hechos no habían sido suficientemente esclarecidos²³¹. Fueron *ABC* y *El Alcázar*, más proclives a asumir la versión oficial estadounidense como la realmente cierta, los diarios que expusieron el contenido de los informes policiales²³². Según la policía neoyorquina un grupo de anticastristas había sido abordado por partidarios de Fidel Castro en un restaurante neoyorquino. “*De las palabras pasaron a los hechos y se inició una lucha*” a resultas de la cual “*uno de los partidarios de Castro sacó, de pronto, una pistola y comenzó a disparar*”²³³. Una de las balas alcanzó a una niña que se encontraba en el restaurante, falleciendo un día después como consecuencia de la herida recibida en la víspera²³⁴.

Aquel episodio, conocido en sus detalles quizás sólo por los testigos y los participantes en la refriega, quedó así por esclarecer en su verdadero alcance. Las autoridades policiales corrieron un tupido velo sobre el asunto y, desde Washington, el portavoz de la Secretaría de Estado norteamericana, Lincoln White, aireó la noticia en rueda de prensa y, sin señalar culpables de forma directa, responsabilizó de los altercados y de la muerte de la niña al ambiente de perturbación que la presencia de la delegación cubana había generado en Nueva York²³⁵.

Desde la Administración Eisenhower se trataba de oscurecer y desprestigiar al contingente revolucionario desplazado a Nueva York. Sin embargo, la batalla de la propaganda parecía decantarse del lado fidelista, pues un día más tarde la delegación cubana supo hacer uso de las imágenes una vez más para mostrar que su actitud dentro y fuera de la ONU se amoldaba más a la cortesía y los buenos modos que la desplegada por la Administración norteamericana. El día 22 de septiembre Eisenhower tomó la palabra en la ONU, su discurso, según la versión aportada por *Bohemia*, estuvo plagado de tópicos y de buena voluntad, abordó el espinoso asunto del desarme sin comprometerse en firme con ninguna resolución e hizo uso una vez más de “*la postura limosnera de Bogotá, ofreciendo cien millones de dólares para un plan de ayuda a África*”²³⁶.

Sin embargo, la lectura hecha desde la prensa franquista del discurso del presidente norteamericano fue otra. Según la versión de *Pueblo*, Eisenhower había apostado por “*una política de acotamiento exclusivo del África negra*” a los dictados que emanaran de la ONU²³⁷. Blanco Tobío, en su crónica para *Pueblo*, señaló que el discurso de Eisenhower había sido visto en Nueva York como “*el esfuerzo más constructivo*”, que hasta la fecha se había hecho, “*para ahorrarles a las jóvenes naciones africanas los peligros y frustraciones de la guerra fría*”²³⁸. El discurso de “Ike” constituía pues, según reflejó *Pueblo* en sus titulares, “*un espaldarazo a la ONU*” en los asuntos africanos²³⁹.

En otro orden de cosas, la crónica de Blanco Tobío, señalaba también que el discurso de Eisenhower había tenido dos oyentes distinguidos: Krushev y Castro. Sobre el primero, el relato de *Pueblo* apuntó que el premier soviético había meneado varias veces la cabeza, “*con disgusto*”, al escuchar

²³¹ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6550. Madrid: jueves, 22 de septiembre de 1960, pág. 2. Diario.

²³² *ABC* (Año LIII). Núm.17014. Madrid: viernes, 23 de septiembre de 1960, pág. 27. Diario y *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7572. Madrid: jueves, 22 de septiembre de 1960, pág. 3. Diario.

²³³ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7572. Madrid: jueves, 22 de septiembre de 1960, pág. 3. Diario.

²³⁴ *Idem*.

²³⁵ *Bohemia* (Año LII). Núm. 40. La Habana: domingo, 2 de octubre de 1960, págs. 51 y 70. Semanal.

²³⁶ *Ibidem*, pág. 48.

²³⁷ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6551. Madrid: viernes, 23 de septiembre de 1960, pág. 1. Diario.

²³⁸ *Idem*.

²³⁹ *Idem*.

las alusiones que el mandatario norteamericano había hecho sobre la URSS. Y sobre el segundo, Blanco Tobío indicó que Fidel Castro había seguido las palabras del presidente norteamericano “*con una larga y sostenida atención, casi sin pestañear*”.²⁴⁰

Por su parte, *Bohemia* hizo alusión también al seguimiento que las cámaras de televisión habían hecho de las reacciones de Krushev y Castro al discurso de Eisenhower, con el ánimo de captar “*la más mínima expresión*” en los gobernantes soviético y cubano “*ante los pronunciamientos del mandatario yanqui*”²⁴¹. Las palabras del presidente norteamericano coparon la atención en la jornada del día 22 de septiembre y “ *fueron escuchadas con el mayor interés*” entre las delegaciones presentes en la ONU, con mención especial a la soviética y la cubana que habían permanecido en sus bancadas durante toda la alocución²⁴².

Eisenhower había sido el tercero en tomar la palabra, y, al terminar, según señaló *Bohemia*, “se produjo un incidente que subrayó aún más la actitud intolerante y desdeñosa asumida por la diplomacia de Washington frente a las Naciones Unidas”: Eisenhower “abandonó el edificio seis minutos después de haber concluido su oración, sin molestarse en escuchar la del canciller nipón”²⁴³. Un hecho que, según el semanario cubano, había sido tomado “como un abrupto desafío a las normas elementales del protocolo y una ofensa a la monarquía asiática”²⁴⁴. Además, las cámaras de televisión, que habían estado funcionando hasta que Eisenhower terminó su alocución, se retiraron cuando el mandatario norteamericano abandonó la ONU²⁴⁵. Un comportamiento que dejaba meridianamente claro el nulo interés que los medios de comunicación, norteamericanos y occidentales, tenían sobre la opinión que pudieran tener los delegados de otros países.

La salida intempestiva de Eisenhower había sido justificada por los acólitos del presidente brindando para ello “*una singular explicación*”: el presidente “*tenía que asistir a un banquete ofrecido por él a los delegados latinoamericanos*”²⁴⁶. Como cabía esperar y así lo reseñó *Bohemia*: la representación cubana no fue invitada. Y tampoco la dominicana, como apuntó certeramente, la prensa franquista²⁴⁷. De este modo, a mediodía y en las torres del lujoso Waldorf Astoria, donde había fijado su cuartel general la delegación norteamericana en la ONU, se dieron cita para almorzar las delegaciones americanas, con las dos excepciones previstas de Cuba y República Dominicana y una imprevista, la del delegado uruguayo. Según reseñó *Pueblo*, el representante del Uruguay se excusó por su ausencia aduciendo que tenía concertado otro almuerzo con el cardenal Spellman²⁴⁸, arzobispo de New York y enemigo declarado del comunismo y de la Revolución cubana.

Blanco Tobío señaló que aquella ausencia había desencadenado en la ONU “*una fuerte marejadilla de especulaciones*”, pues días antes Eduardo Víctor Haedo, responsable de la delegación Uruguaya y futuro presidente del Consejo Nacional de Gobierno, había manifestado su desacuerdo con “*la política del Departamento de Estado con respecto a Cuba*”²⁴⁹. Aquella disconformidad con la postura norteamericana en sus relaciones con la Revolución cubana no había sido aireada a los medios, pero Blanco Tobío señalaba que Haedo se la había hecho saber a Eisenhower en el transcurso de una conversación privada mantenida en Washington en aquellos días.

²⁴⁰ *Idem.*

²⁴¹ *Bohemia* (Año LII). Núm. 40. La Habana: domingo, 2 de octubre de 1960, pág. 48. Semanal.

²⁴² *Idem.*

²⁴³ *Idem.*

²⁴⁴ *Idem.*

²⁴⁵ *Idem.*

²⁴⁶ *Idem.*

²⁴⁷ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6551. Madrid: viernes, 23 de septiembre de 1960, pág. 1. Diario.

²⁴⁸ *Idem.*

²⁴⁹ *Idem.*

Pocas jornadas después la información de Tobío se veía confirmada en las páginas de *Pueblo* al señalar que “*USA rechazaba un encuentro unilateral con Castro*”²⁵⁰. En el desarrollo de la noticia se apuntaba que el Gobierno de los Estados Unidos rechazaba “*cualquier intento de mediación en la disputa norteamericano-cubana fuera de la OEA*”²⁵¹. La noticia, ahondando en lo mismo, señalaba que las gestiones de Haedo, jefe de la delegación uruguaya, no habían sido tenidas en cuenta y que el “*comité de buenos oficios*”, formado por Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, México y Venezuela, había decidido posponer cualquier gestión hasta después de que Castro pronunciara su discurso en la ONU²⁵². Una pequeña victoria para Cuba, pues todo lo que fuera discordia y disenso sobre la posición a adoptar frente a la Revolución cubana debilitaba el caudillaje que el Departamento de Estado pretendía ejercer sobre el continente y alejaba la posibilidad de las sanciones colectivas en el seno de la OEA.

Sobre estos movimientos entre bastidores no informó *Bohemia*, más pendiente de los gestos y las imágenes que de la labor diplomática desplegada en la sombra. *Bohemia* sólo reseñó la ausencia de Cuba en el agasajo ofrecido por Eisenhower, muestra evidente de los inexistentes contactos con la Administración norteamericana, y contrapuso las ostentosas imágenes y la etiqueta del banquete ofrecido en el Waldorf Astoria con al almuerzo brindado por Fidel Castro a la misma hora en el Hotel Theresa. Tan pronto como abandonó el edificio de la ONU Eisenhower, Fidel Castro señaló que prefería “*almorzar con los humildes en el Waldorf Astoria de Harlem*”, en referencia inequívoca al Hotel Theresa, antes que en ningún otro lugar de Nueva York²⁵³.

De esta forma, junto al empaque exhibido en las imágenes del almuerzo ofrecido por Eisenhower, donde señoreaban los trajes y la mantelería fina, *Bohemia* colocó otra fotografía en la que se mostraba la réplica de la Revolución cubana al convite del mandatario norteamericano, en la que aparecía la delegación fidelista vestida de verde olivo compartiendo “*la mesa humilde de los empleados del Hotel Theresa*”²⁵⁴. Una imagen que explicitaba de forma tajante la confrontación de dos modelos irreconciliables: en un continente multirracial las instantáneas del agasajo de Eisenhower, donde todos los comensales lucían su ascendencia europea, contrastaba con la fotografía tomada del almuerzo del Theresa, donde Fidel Castro, el único blanco, aparecía sentado a la vera del comandante Almeida y rodeado de los afroamericanos que formaban el plantel del Hotel Theresa.

Fidel Castro se había convertido en la imagen de la XV Asamblea de la ONU debido al uso que estaba sabiendo hacer de los medios de comunicación. Un aspecto que no eludió, y reconoció en gran medida, la prensa franquista, pues, aunque fuera para denostarlo, como acostumbraban y gustaban de hacer *El Alcázar* o *ABC*, el primer ministro cubano fue el mandatario internacional más mentado en las páginas de los rotativos españoles durante la última quincena de septiembre. El vespertino *Pueblo*, más tolerante con el líder cubano y en cierta medida preso de la imagen que irradiaba el proceso revolucionario, señaló en aquellos días que la partida parecía jugarse tanto dentro como fuera del recinto de la ONU y que en ambos contextos Fidel Castro se estaba moviendo con inteligencia.

Blanco Tobío, omnipresente en aquellas fechas en las páginas del diario sindical, no pasaba por alto el uso que la delegación cubana estaba sabiendo hacer de la tensión que se estaba viviendo en la Asamblea General. Los representantes cubanos estaban sabiendo sacar provecho del estricto control que imperaba en la sede de Naciones Unidas, donde, según Tobío, resultaba complicado dar un paso “*sin que los ojos del FBI*” se apartaran de uno por un momento²⁵⁵. Se respiraba un ambiente de

²⁵⁰ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6553. Madrid: lunes, 26 de septiembre de 1960, pág. 5. Diario.

²⁵¹ *Idem*.

²⁵² *Idem*.

²⁵³ *Bohemia* (Año LII). Núm. 40. La Habana: domingo, 2 de octubre de 1960, pág. 48. Semanal.

²⁵⁴ *Ibidem*, pág. 46.

²⁵⁵ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6550. Madrid: jueves, 22 de septiembre de 1960, pág. 2. Diario.

desconfianza permanente en aquella cita de la ONU y los cubanos parecían moverse con mucha soltura en aquel contexto, no en vano aquella situación no hacía más que apoyar las tesis que Cuba venía defendiendo con tanto ahínco: el imperio no toleraba la disidencia y sometía a los discolos, o a los sospechosos de serlo, a un estrecho marcaje. La ONU, que tenía que erigirse en la casa de todos, no lo estaba siendo en aquellos días, pues los enemigos o contendientes de los Estados Unidos estaban sometidos a una presión que contrastaba con el favor y la cortesía que se dispensaba a los aliados de la Administración Eisenhower.

En aquel clima de recelo, donde, según el relato de Blanco Tobío, “*los rumores sobre atentados*” proliferaban y “*las culatas*” se insinuaban “*debajo de la ropa*” del personal desplegado en el recinto de Naciones Unidas, estaba teniendo lugar la apertura de la XV Asamblea General²⁵⁶. Una asamblea en la que “*la espectacularidad de la puesta en escena*” convivía con “*la ineficacia de Naciones Unidas*”²⁵⁷. A priori un marco complicado para alcanzar acuerdos, pero propicio para la difusión propagandística. Y en este ámbito los cubanos estaban sabiendo jugar sus cartas. La delegación cubana sabía que sus desencuentros con Estados Unidos estaban abocados a encauzarse en el seno de la OEA y aquí su desventaja era tan obvia como notoria, por tanto, la ONU se erigía en el marco idóneo para airear sus reclamaciones. En la ONU Cuba contaba con numerosas simpatías dentro del bloque de países africanos y asiáticos, además del apoyo de los países socialistas, lo que propiciaba un mayor grado de libertad para sus demandas, denuncias y reclamaciones, aunque supieran que, finalmente, el contencioso se derivara del organismo internacional al regional como había sucedido siempre. Por el contrario, como hemos apuntado ya, Estados Unidos rechazaría “*cualquier intento de mediación*” en el contencioso con la Revolución cubana que se realizara al margen de la OEA²⁵⁸.

Así pues, desde la perspectiva cubana, la ONU resultaba más provechosa como foro internacional para la difusión de ideas e imágenes que como vía para arrancar alguna condena de la Administración estadounidense y bajo estas premisas la cita en las Naciones Unidas se convertía en el mejor de los escaparates para la Revolución cubana. Una oportunidad que no dejó pasar la dirigencia revolucionaria, ya que no tenía que amoldar en exceso su discurso para adaptarse a los temas candentes que en aquel momento estaban presentes en el mosaico internacional.

El desarme, la soberanía, la descolonización, la pobreza, el analfabetismo y la justicia tuvieron un fuerte protagonismo en el discurso de Eisenhower en la ONU. Precisamente, “*estos eran los males que Fidel Castro estaba atacando a fondo en Cuba*”, como oportunamente señaló *Bohemia*²⁵⁹. Sin embargo, la labor cubana se “*boicoteaba sin piedad*” por “*el propio gobierno de Eisenhower*”, lo que daba muestras evidentes de las contradicciones que imperaban dentro del Departamento de Estado norteamericano²⁶⁰.

De este modo, al abrigo de los temas sobre la descolonización, de la tensión entre bloques y de las contradicciones presentes en la estrategia exterior norteamericana, europea y soviética se había inaugurado la Asamblea General. Una de las más importantes a juicio del periodista español Blanco Tobío. Sin embargo, a pesar de su relevancia y de los importantes asuntos a dilucidar, no parecía llamada a alcanzar acuerdos reseñables que contaran con el beneplácito y el consenso de los países más poderos. Por otro lado, Blanco Tobío señalaba que en aquella cita el anecdotario estaba siendo “*fabulosamente rico*”²⁶¹. Lo que contrastaba con la pobreza de “*la sustancia política*”, escasa y “*muy*

²⁵⁶ *Idem.*

²⁵⁷ *Idem.*

²⁵⁸ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6553. Madrid: lunes, 26 de septiembre de 1960, pág. 5. Diario.

²⁵⁹ *Bohemia* (Año LII). Núm. 40. La Habana: domingo, 2 de octubre de 1960, pág. 48. Semanal.

²⁶⁰ *Idem.*

²⁶¹ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6550. Madrid: jueves, 22 de septiembre de 1960, pág. 2. Diario.

dudosa”²⁶². Los protagonistas de las asambleas precedentes habían dejado su hueco a nuevos actores y la irrupción de las nuevas figuras, con Fidel Castro al frente, estaban eclipsando la convocatoria. Ya en las dos primeras sesiones, puramente rutinarias según *Bohemia*, dos discursos habían causado “sensación”²⁶³. Los pronunciados por el emisario de Ghana y el lanzado por Sekou Touré en nombre de Guinea. Las dos repúblicas africanas daban la bienvenida a los quince nuevos miembros de la ONU, catorce de ellos africanos, y denunciaban el régimen de explotación colonial que todavía imperaba en África²⁶⁴.

En aquella misma jornada en que los representantes de Ghana y Guinea protagonizaban los discursos más aclamados, Krushev y Castro se habían dado cita en el Theresa y se habían saludado efusivamente en las bancadas de la ONU. Y es que, en aquella asamblea, según Tobío, la anécdota se había impuesto a la categoría. Una circunstancia que había impulsado a Krushev a vivir “*de los sobrantes de la publicidad*” que dejaba Fidel Castro, lo que estaba propiciando que “*un personaje como Tito*”, tan protagonista en otras ocasiones, estuviera pasando casi “*inadvertido*”²⁶⁵. Blanco Tobío señalaba que “*las barbas de Fidel ejercían un indudable magnetismo sobre las cámaras de la televisión*”²⁶⁶. Una circunstancia que movía a los líderes del bloque socialista a aproximarse al líder cubano en busca del halo revolucionario perdido y que impulsaba a los nuevos países independizados o en ciernes de estarlo a saludar y congraciarse con la delegación cubana, adalid de la lucha por la soberanía. Aquella realidad había hecho circular en Nueva York comentarios sobre los numerosos abrazos de Krushev al líder cubano, pues el mandatario soviético sabía que era “*la única manera de salir en la televisión*”²⁶⁷.

Blanco Tobío, desplegando toda su intuición y su fina ironía, señalaba que en el terreno publicitario era donde se estaban disputando el protagonismo las delegaciones de los diferentes países. En aquel ámbito de la propaganda la batalla estaba siendo encarnizada, se luchaba “*con uñas y dientes*” para captar la atención de las cámaras y figurar en las agencias de noticias²⁶⁸. Eisenhower se había apartado inteligentemente de aquella lucha, consciente de que la fotogenia y el exotismo de algunos líderes le dejaban en clara desventaja. Krushev, por su parte, no se resignó a ocupar un segundo plano y se colocó a la vera de Fidel Castro siempre que tuvo oportunidad para captar la atención de los medios. Y es que, como señalaba Blanco Tobío, el líder soviético no tenía otra opción si pretendía tener un papel protagonista: “*Un tipo rechoncho y paternal*” no podía competir en modo alguno “*con un guerrillero despechugado, barbudo y grandilocuente, de estatura casi majestuosa*” y que andaba de un lado para otro «*en un Cadillac “Fleetwood” con una mochila sobre las rodillas y para quien desplumaban gallinas en la “suite” de su hotel, dejando las crestas sobre las alfombras*»²⁶⁹. Haciendo gala de un marcado pesimismo, Tobío señalaba que “*entre las bambalinas de aquel carnaval*” algunas “*personas serias*” meditaban con preocupación sobre lo que podía salir de aquella “*babel*” en la que se estaba produciendo “*un incidente cada cinco minutos*” y en la que los líderes que sabían hacer uso de los medios, como era el caso de Fidel Castro, estaban copando todo el protagonismo²⁷⁰.

Krushev se apegó así al discurso cubano, consciente de que la partida se estaba decantando del lado de los pueblos liberados del yugo colonial. El día 23, un día después del discurso de Eisenhower, Krushev tomó la palabra y después de exponer el desaliento que suponía confrontar el progreso

²⁶² *Idem.*

²⁶³ *Bohemia* (Año LII). Núm. 40. La Habana: domingo, 2 de octubre de 1960, pág. 47. Semanal.

²⁶⁴ *Idem.*

²⁶⁵ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6550. Madrid: jueves, 22 de septiembre de 1960, pág. 2. Diario.

²⁶⁶ *Idem.*

²⁶⁷ *Idem.*

²⁶⁸ *Idem.*

²⁶⁹ *Idem.*

²⁷⁰ *Idem.*

técnico a nivel mundial y el hambre que asolaba a muchos pueblos, señaló que la única vía para que los adelantos llegaran a todos los rincones del planeta pasaba por la colaboración. Sin embargo, para alcanzar aquella ansiada colaboración entre los pueblos había que resolver primero el dilema agónico que tenía que afrontar la comunidad internacional, debatiéndose entre dos tendencias contrapuestas, “una de ellas noble y magnífica dirigida hacia el alivio de la tensión internacional, la interrupción de la carrera armamentística, el desarrollo de la cooperación y la terminación de las guerras”, y otra, “orientada hacia la guerra fría, el aumento de los armamentos y la destrucción de todos los esfuerzos cooperativos, con sus consecuencias peligrosas”²⁷¹. Resulta ocioso apuntar con cuál de estas tendencias se comprometían los esfuerzos soviéticos.

De todos modos, lo más reseñable para la delegación cubana, atenta al discurso de Krushev, como lo había estado de la alocución de Eisenhower, fueron las alusiones del líder soviético a Cuba. Krushev señaló que había llegado el momento “de liquidar total y definitivamente el régimen de administración colonial en todas sus variedades, para poner fin a esa vergüenza y a esa barbarie”²⁷². El líder soviético apuntó igualmente que sabía que sus palabras no recibirían el aplauso de todos, porque en la Asamblea General se encontraban los representantes de las grandes potencias coloniales. Acto seguido concedió su primera mención a “la valerosa Cuba” y señaló que la dominación americana sobre la isla había terminado y que el único pecado de Cuba consistía en ser “un pueblo valiente” que deseaba “vivir una vida independiente”²⁷³. Cuba había decidido tomar “las riendas de su destino” y era necesario que las Naciones Unidas estuvieran a su lado para apoyarla. Krushev, ahondando en esta idea, iba más allá y señalaba que la ONU debía “hacer todo lo posible para eliminar la amenaza que se cernía sobre Cuba de una intervención extranjera”²⁷⁴. El mandatario soviético consideraba que la ONU tenía que tomar parte de activa en las demandas que estaba planteando la Revolución cubana y que no se podía permitir que en Cuba sucediera lo mismo que en Guatemala, pues de suceder algo análogo se produciría “el estallido de acontecimientos peores”, que en aquel momento, “eran difíciles de prever”²⁷⁵.

La Unión Soviética salía así en defensa de Cuba de forma decidida; lo hacía sin mentar siquiera a los Estados Unidos y dejando una amenaza velada en el ambiente con aquellas alusiones a las consecuencias que podría traer una intentona contra el régimen fidelista. La Revolución cubana salía fortalecida tras la alocución del premier soviético y copaba una vez más el protagonismo, pero en esta ocasión por persona interpuesta. A aquellas alturas de la asamblea a ningún observador avezado se le podía escapar que Cuba estaba teniendo una presencia insólita en el seno de la ONU. Una realidad que se encargó de señalar la revista *Bohemia* a cada paso, pues las cámaras de televisión, como había sucedido durante la alocución de Eisenhower, enfocaron constantemente a Fidel Castro durante las alusiones de Krushev a Cuba. El primer ministro cubano se erigía de este modo en una suerte de destinatario privilegiado de los discursos pronunciados por los dos mandatarios más influyentes y poderosos del orbe.

Cuba ingresaba así de lleno en la Guerra Fría y lo hacía con el mayor protagonismo político y mediático, algo que se escenificó horas más tarde con la invitación cursada por Krushev para que Fidel Castro y el resto de la representación cubana asistieran a una cena en el edificio en el que se albergaba la delegación soviética. El premier soviético, consciente del tirón mediático de los fotogénicos cubanos, aguardó la llegada de su homólogo cubano y del séquito que le acompañaba en la misma acera que presidía la entrada al edificio, con la clara intención de que los numerosos

²⁷¹ *Bohemia* (Año LII). Núm. 40. La Habana: domingo, 2 de octubre de 1960, pág. 50. Semanal.

²⁷² *Idem*.

²⁷³ *Ibidem*, pág. 52.

²⁷⁴ *Idem*.

²⁷⁵ *Idem*.

periodistas allí congregados recogieran el momento del arribo de los delegados cubanos y el encuentro con sus colegas soviéticos. Y es que, como destacaron las publicaciones cubanas y reconoció la prensa española, la delegación cubana resultaba sumamente atrayente para los medios. Una circunstancia que resultaba evidente y que se encargaron de certificar los líderes políticos más relevantes del momento, pues no sólo Kruschev tuvo la necesidad de personarse en el Theresa y aparecer al lado del líder cubano en busca del halo romántico y de los aires de cambio que envolvían a la comitiva revolucionaria cubana.

Nasser pasó por el cuartel general de los cubanos el domingo 25 de septiembre, en la víspera de la alocución de Fidel Castro en la sede de Naciones Unidas. Nasser, en su viaje hacia Estados Unidos, había hecho una escala previa en Barajas y allí había conferenciado con Franco y otras autoridades del régimen durante unas horas para gran alborozo de la prensa franquista, que se extendió en los detalles superficiales del encuentro, pero no que abordó ninguno de los contenidos tratados en la hora y media de conversación entre Franco y Nasser²⁷⁶. El presidente de la República Árabe Unida, cuarenta y ocho horas después de su entrevista con Franco, hacía lo propio con Fidel Castro en el Hotel Theresa, dando muestras palpables de su condición de líder del bloque neutral, abierto a entenderse con todos y renuente a secundar las posturas maximalistas de soviéticos y estadounidenses.

La visita de Nasser, según afirmó *Bohemia*, hizo todavía más complejo “*el panorama racial*” de aquel distrito de Harlem, “*añadiendo contingentes árabes a la movilización general*”²⁷⁷. Árabes, afroamericanos y latinoamericanos confraternizaron entonces cuando Nasser y Castro comparecieron ante los medios después de más de hora y media de conversación privada. Como había sucedido con la visita de Kruschev la delegación cubana volvía a propiciar confraternizaciones poco frecuentes.

Del encuentro entre Nasser y Fidel Castro no trascendió el contenido de las conversaciones. Lo que sí se explicitó fue el apoyo del régimen de El Cairo al Gobierno de La Habana. El propio Nasser se encargó de señalar que la RAU apoyaba y apoyaría a la Revolución cubana. Nasser señalaba igualmente que aquel apoyo lo había manifestado públicamente la ciudad de Alejandría durante la visita de Raúl Castro. La RAU no tenía pues intención de cambiar su posición con respecto a Cuba, pues ante el acoso al Gobierno de Fidel Castro el pueblo de la República Árabe Unida nunca se había mostrado indiferente. El primer ministro cubano, por su parte, señaló lo importancia de aquella visita y no pasó por alto las similitudes y coincidencias que compartían las revoluciones egipcia y cubana.²⁷⁸

Nehru hizo lo propio dos días después, una vez que Fidel Castro había lanzado en la ONU su maratónico discurso²⁷⁹. El mandatario indio tuvo a bien pasarse por el Theresa para conferenciar con el premier cubano, con la intención, más que probable de ganar a Cuba de forma definitiva para la causa de los neutrales. Castro se había entrevistado en aquella misma jornada del 27 de septiembre con Kwame Nkrumah, presidente de Ghana²⁸⁰. Un encuentro en el que las pretensiones de sumar a Cuba al bloque de los no alineados seguramente estuvieron también presentes. Estas habían sido las intenciones de Nasser dos días antes en su encuentro con Fidel Castro, según manifestó el corresponsal de *Pueblo* en Nueva York Blanco Tobío²⁸¹. Sin embargo, más allá de las intenciones de unos y otros lo cierto es que aquellas visitas habían hecho de Fidel Castro uno de los líderes más solicitados de la conferencia. Nasser y Nehru habían contado con una agitada agenda en aquellos días en la que concertaron encuentros con el primer ministro británico Harold McMillan, con el mariscal

²⁷⁶ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6551. Madrid: viernes, 23 de septiembre de 1960, págs. 1 y 2. Diario.

²⁷⁷ *Bohemia* (Año LII). Núm. 40. La Habana: domingo, 2 de octubre de 1960, pág. 53. Semanal.

²⁷⁸ *Idem*.

²⁷⁹ *ABC* (Año LIII). Núm.17019. Madrid: jueves, 29 de septiembre de 1960, pág. 40. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm.6555. Madrid: miércoles, 28 de septiembre de 1960, pág. 2. Diario.

²⁸⁰ *ABC* (Año LIII). Núm.17019. Madrid: jueves, 29 de septiembre de 1960, pág. 40. Diario.

²⁸¹ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6554. Madrid: martes, 27 de septiembre de 1960, pág. 1. Diario.

Tito, con Nikita Krushev, o con Eisenhower²⁸², lo que situaba a Fidel Castro, al parecer de los líderes neutralistas, entre los mandatarios llamados a configurar el nuevo concierto internacional. Y es que, un líder en pleno auge, como lo era Fidel Castro, podía reforzar de forma considerable el bloque de países que apostaban por distanciarse de los escenarios propios de la Guerra Fría.

El diario *Pueblo* y *ABC* habían centrado parte de sus informaciones sobre la Asamblea General en la propuesta soviética de transformar la Secretaría General de las Naciones Unidas²⁸³. Krushev, en su discurso, habló “*de sustituir o desdoblar el cargo de secretario general por un triunvirato o Comité integrado por tres miembros, que representarían, respectivamente, el bloque occidental, el bloque comunista y el bloque neutral*”²⁸⁴. Una idea sobre la que se extendió la prensa franquista, pero que ni si quiera mencionó la revista *Bohemia*, más pendiente de los detalles de los encuentros que de las intenciones de los mismos. La propuesta finalmente no cuajó, pero el diario *Pueblo*, al igual que *ABC*, señalaron que se había generado un fuerte bloque neutral encabezado por Nasser, Nehru, Tito y Nkrumah²⁸⁵. Un grupo de países que pretendían mantenerse equidistantes del enfrentamiento entre bloques y en el que sería bien recibido el nuevo adalid del antimperialismo, Fidel Castro, como pudo comprobarse por los encuentros mantenidos por el primer ministro cubano en Harlem con los mandatarios de la RAU e India y por las entrevistas mantenidas en la sede de la ONU con el presidente de Ghana.

La labor de la delegación cubana fuera de la ONU había estado marcada por el impacto mediático, pues, como se ha indicado, en el Hotel Theresa de Harlem y en los recesos de las sesiones de la ONU Fidel Castro y los dirigentes revolucionarios habían entrado en contacto con todos aquellos dirigentes que traían en vilo al Departamento de Estado norteamericano. Aquellos encuentros de la delegación cubana no hacían más que certificar la postura oficial del régimen de La Habana como se demostró en la comparecencia de Fidel Castro ante la Asamblea de la ONU.

11.2.4 El primer ministro de Cuba toma la palabra en la sede de la ONU

Fidel Castro tomó la palabra en la tarde del 26 de septiembre y lo hizo para protagonizar el discurso más largo jamás lanzado en sede de la ONU. Durante cuatro horas y veinte minutos Fidel Castro se mantuvo en el atril exponiendo el presente, el pasado y el porvenir de Cuba²⁸⁶. Casi cuatro horas y media en las que Cuba contuvo el aliento. El país se paralizó ante la intervención del primero ministro y la consigna lanzada se cumplió fielmente: “*ventanas y puertas abiertas*” para que todos aquellos cubanos que no dispusieran de televisión o de aparato de radio pudieran escuchar y ver al líder de la Revolución cubana²⁸⁷.

Así pues, con el país en vilo, Fidel Castro tomó la palabra en la ONU para acometer un discurso que no dejó pendiente ninguno de los temas candentes y en el que se hizo una exposición detallada y minuciosa de lo acontecido en Cuba en los últimos meses. Sin embargo, su discurso rompió los marcos de la Revolución cubana y se extendió sobre la historia de Cuba y por extensión sobre la

²⁸² *ABC* (Año LIII). Núm.17017. Madrid: martes, 27 de septiembre de 1960, págs. 23 y 24. Diario, *Pueblo* (Año XXI). Núm.6553. Madrid: lunes, 26 de septiembre de 1960, pág. 1. Diario, *Pueblo* (Año XXI). Núm.6556. Madrid: jueves, 29 de septiembre de 1960, págs. 1 y 2. Diario, *Pueblo* (Año XXI). Núm.6557. Madrid: viernes, 30 de septiembre de 1960, págs. 1 y 2. Diario.

²⁸³ *ABC* (Año LIII). Núm.17017. Madrid: martes, 27 de septiembre de 1960, pág. 16. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm.6553. Madrid: lunes, 26 de septiembre de 1960, pág. 1. Diario.

²⁸⁴ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6553. Madrid: lunes, 26 de septiembre de 1960, pág. 1. Diario.

²⁸⁵ *ABC* (Año LIII). Núm.17017. Madrid: martes, 27 de septiembre de 1960, pág. 24. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm.6553. Madrid: lunes, 26 de septiembre de 1960, pág. 1. Diario.

²⁸⁶ Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba. 1960. Año de la Reforma Agraria: “Discurso pronunciado en la sede de las Naciones Unidas, Estados Unidos, el 26 de septiembre de 1960”. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1960/esp/f260960e.html> (Consultados: 18-10-2014)

²⁸⁷ *Bohemia* (Año LII). Núm. 40. La Habana: domingo, 2 de octubre de 1960, pág. 53. Semanal.

historia del continente, no sin antes exponer las agresiones de las Cuba había sido objeto desde enero de 1959 hasta aquel mismo mes de septiembre de 1960.

Fidel Castro, en la primera parte de su discurso, denunció todas los inconvenientes y el maltrato manifiesto con que se había encontrado la delegación cubana tras su arribo a los Estados Unidos y puso el acento en las campañas de difamación puestas en funcionamiento por las agencias de prensa norteamericanas, empeñadas en culpar a la delegación cubana de los desmanes acometidos por las fuerzas de orden público y los diferentes grupos de la contrarrevolución que actuaban sin freno alguno en las calles de Nueva York.²⁸⁸

Una vez cubierta esta enojosa denuncia, Fidel Castro dedicó una segunda parte de su discurso a esbozar un extenso relato de la historia de Cuba, centrándose principalmente en el periplo por el que había pasado la isla en su transitar del régimen colonial español al régimen imperial estadounidense. Llegados a aquel punto, el líder cubano habría un nuevo bloque expositiva y desplegó entonces una explicación detallada sobre los avatares por los que había tenido que pasar el Gobierno revolucionario desde su arribo al poder en 1959. Aquí Fidel Castro relató las dificultades, variadas y numerosas, con las que había tenido que lidiar el Gobierno revolucionario para sacar a adelante su plan trasformador: la hostilidad constante de la Administración norteamericana y los ataques de todo tipo a los que tuvo que hacer frente el pueblo cubano en su afán soberanista. El terrorismo, la calumnia y la agresión económica habían sido los tres pilares fundamentales sobre los que se había pretendido combatir el programa revolucionario. Fidel expuso también, en apretada enumeración, todas las reformas y todos los logros alcanzados por la revolución en aquellos 20 meses de gobierno y el modo en que la OEA había sido utilizada para frenar el proceso revolucionario.

El argumentario de Fidel Castro se deslizó después hacia el análisis de los esfuerzos realizados por Cuba para llegar a algún tipo de entendimiento con los Estados Unidos y el modo en que habían sido rechazados aquellos requerimientos. Ninguno de los temas acometidos en el último año y medio fue esquivado y como no podía ser de otro modo la base de Guantánamo salió también a colación. Fidel Castro señaló el modo grosero en que aquella porción de territorio cubano había sido utilizada para provocar a Cuba y el peligro que para la nación cubana suponía aquella base.

El espinoso asunto de Guantánamo le sirvió a Fidel Castro para adentrarse en los terrenos de la Guerra Fría y fue entonces cuando acometió las diferencias entre los Estados Unidos y la URSS, unas diferencias que podía rastrearse en los discursos pronunciados en aquella misma sede hacía pocos días por los máximos representantes de ambos países. Fidel Castro señaló entonces que una lectura detenida de los discursos del presidente de Estados Unidos y del premier soviético dejaba al descubierto las grandes diferencias entre ambos colosos. En el caso de Eisenhower, y a tenor de lo visto en los últimos años, se dejaba entrever la despreocupación, la falta de sinceridad en la resolución de los problemas del mundo y la distancia que había entre palabras y acciones; una actitud que contrastaba con la claridad del discurso Krushev, centrado en el desarme, en el desarrollo de los países subdesarrollados y en lo problemas que tenían que afrontar los países sometidos a régimen colonial.

El primer ministro cubano tampoco pasó por alto las declaraciones que el candidato demócrata a la presidencia norteamericana, John Fitzgerald Kennedy, estaba haciendo sobre Cuba en las últimas semanas: sus alusiones constantes a usar toda la fuerza de la OEA para impedir que Cuba influyera en otros Gobiernos del continente y, más grave aún, el estatus que le había dado a los huidos tras la caída de Batista: definidos nada menos que como fuerzas que luchaban por la libertad en el exilio, constituían una ofensa a la soberanía de Cuba y una muestra manifiesta del apoyo de las autoridades

²⁸⁸ “Discurso pronunciado en la sede de las Naciones Unidas, Estados Unidos, el 26 de septiembre de 1960”: *Op. Cit.*

norteamericanas a todos aquellos sectores que apostaban por derrocar a la Revolución cubana. Aquellas declaraciones del candidato demócrata, que no había dudado en afirmar que Estados Unidos debía apoyar a todos los movimientos insurgentes que se alzarán en Cuba contra el Gobierno revolucionario, estaban en sintonía con las señaladas por su homólogo republicano. Era desalentador, según señaló Fidel Castro, comprobar el modo en el que el todavía vicepresidente Nixon apostaba también por cercar y acosar a Cuba, desprendiéndose de las elementales prudencias que traía aparejadas las responsabilidades propias del cargo que desempeñaba.

Una vez expuestos todos aquellos temas que hacían alusión a Cuba y a sus complicadas y conflictivas relaciones con los Estados Unidos, Fidel Castro trató de poner en sintonía la cuestión cubana con la realidad por la que estaban pasando otros pueblos del orbe, pues el caso de Cuba no era un caso aislado. Más bien todo lo contrario: la cuestión cubana era la cuestión de todos los pueblos subdesarrollados y colonizados. Para escenificar aquella realidad Fidel aludió al caso del Congo, al de Egipto, al de Argelia, al de Irán occidental, al de Panamá, al de Puerto Rico o al de Honduras. Unos y otros luchaban por su soberanía, por conservar o recuperar su territorio o por defender su espíritu nacional.

Todos aquellos países, junto con Cuba y con el resto de América Latina, batallaban por defender su soberanía, trataban de mantener bajo el control nacional el comercio de sus productos y luchaban por proteger su integridad territorial frente a la agresión exterior. Unos habían tenido éxito en sus demandas, otros no tanta y muchos otros habían decidido no luchar y someterse. Aquella era la realidad que vivía el continente americano y por extensión todos los países que bajo régimen de explotación colonial o imperial existían en África y Asia. Sin embargo, liberarse de aquel cepo embrutecedor no era tarea fácil, Cuba estaba inmersa en aquellos trabajos y padecía por ello todo el peso del poder imperial, reacio a prescindir de los frutos de la colonia.

Fidel Castro, como llevaba haciendo durante más de un año, exponía todos aquellos casos en un constante contrapunteo en el que se comparaba la realidad de Cuba con la de muchos otros países. Cuba no podía, ni debía, luchar sola en aquella contienda, pues era evidente que sus problemas eran extrapolables a otros pueblos sometidos al yugo del sistema imperial y colonial.

En su extenso discurso, Fidel Castro se centró también en el problema del Congo, un problema sin visos de solución en aquel momento, y en la lucha heroica que estaba llevando a cabo la población congoleña contra la metrópoli belga. Hizo alusión también a Argelia y tuvo aquí duras críticas para con las autoridades francesas. Fidel Castro no dejó conflicto sin exponer. Aludió a la inadmisible exclusión de la China Popular de la ONU, intolerable ante la presencia paulatina y el ingreso constante de numerosos países en los últimos años.

El primer ministro cubano, ahondando en la exclusión de la China Popular, expuso el modo en que había surgido la ONU, fruto de la lucha contra el fascismo. La ONU había nacido después de que millones de hombres murieran por contener el avance del fascismo. Fidel Castro se refirió entonces a los soldados norteamericanos caídos en *“Guam, en Guadalcanal, en Okinawa, o en otras de las muchas islas de Asia”*²⁸⁹. Unos soldados estadounidenses que había perdido la vida también en el territorio continental de China, luchando junto a las tropas chinas contra un mismo enemigo. Sin embargo, de forma incomprensible, a los hombres de la China continental que se habían opuesto al avance del fascismo se les negaba ahora *“el derecho a discutir su ingreso en las Naciones Unidas”*²⁹⁰. Fidel Castro, daba entonces un giro a su argumentación, y ponía el acento en las paradojas de la historia. La China continental, barrera incuestionable contra el fascismo, era excluida de la ONU,

²⁸⁹ *Idem.*

²⁹⁰ *Idem.*

mientras la España de Franco, cuyos soldados de la División Azul habían luchado en la Unión Soviética en defensa del fascismo, tenía ahora su espacio en el foro internacional.

Como venía siendo habitual el régimen de Franco era utilizado por Fidel Castro para someter a los Estados Unidos y a sus aliados occidentales frente a sus flagrantes contradicciones. Fidel Castro señalaba entonces que el régimen franquista, que había sido la consecuencia “*del nazismo alemán y del fascismo italiano*”, que había llegado al poder “*con el apoyo de los cañones y los aviones de Hitler, y de los camisas negras de Mussolini*”, había recibido en justa compensación el generoso ingreso en las Naciones Unidas²⁹¹. Sin embargo, la China antifascista, representante de la cuarta parte del mundo, quedaba excluida, para ser sustituida por un Gobierno ilegítimo al que sostenía “*la Séptima Flota de Estados Unidos*”.

Después de hablar durante casi cuatro horas y media Fidel Castro entró ya en la parte final de su alocución y aquí, cumpliendo lo que entendía como un deber, llevo al seno de la Asamblea “*la parte esencial de la Declaración de La Habana*”²⁹². Expuso el carácter de aquella declaración, concebida como una “*respuesta del pueblo de Cuba a la Carta de Costa Rica*”²⁹³. Y señaló, para fijar la legitimidad de lo aprobado en La Habana a principios de septiembre, que Cuba había aprobado la declaración mentada ante un millón de cubanos. Tras aquel inciso introductorio, afirmó entonces que, a su parecer, debían ser destacados los siguientes puntos contenidos en aquella declaración.

En primer lugar, Cuba había declarado en presencia de La Asamblea General Nacional del Pueblo la condena al “latifundio”; la “condena a los salarios de hambre” y a “la explotación inicua del trabajo humano por bastardos y privilegiados intereses”; la “condena del analfabetismo”; la condena a la falta “de médicos y de hospitales”; la “condena a la discriminación del negro y del indio”; la “condena la desigualdad y la explotación de la mujer” o la condena a “a la política del imperialismo opresor”²⁹⁴. Fidel Castro encadenó entonces todas aquellas condenas que se habían promulgado en la Declaración de La Habana con aquel párrafo que se había hecho ya célebre entre los dirigentes revolucionarios y los medios de comunicación cubanos: “La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba condena, en fin, la explotación del hombre por el hombre, y la explotación de los países subdesarrollados por el capital financiero imperialista”²⁹⁵.

Tras aquella retahíla de condenas, todas ellas con el membrete implícito de los Estados Unidos, Fidel Castro acometió entonces la enumeración de los derechos que defendía y defendería la Revolución cubana. Todo lo condenado con anterioridad se viraba ahora para convertirse en derecho irrenunciable.: “*El derecho de los campesinos a la tierra; el derecho del obrero al fruto de su trabajo; el derecho de los niños a la educación; el derecho de los enfermos a la asistencia médica y hospitalaria; el derecho de los jóvenes al trabajo...*”²⁹⁶

Una serie de derechos que hacía también mención a aquellos que asistían a “*los negros y los indios*” y “*a la dignidad plena del hombre*” sin distinción de raza o género²⁹⁷. Fidel tenía también palabras de aliento para “*los intelectuales, artistas y científicos*”, investidos también del derecho “*a luchar, con sus obras, por un mundo mejor*”²⁹⁸. Y pasaba entonces para finalizar a enumerar los derechos que asistían a los Estados: el derecho “*a la nacionalización de los monopolios imperialistas*”; “*el derecho de los países al comercio libre con todos los pueblos del mundo*”; “el derecho de las naciones

²⁹¹ *Idem.*

²⁹² *Idem.*

²⁹³ *Idem.*

²⁹⁴ *Idem.*

²⁹⁵ *Idem.*

²⁹⁶ *Idem.*

²⁹⁷ *Idem.*

²⁹⁸ *Idem.*

a su plena soberanía”; “*el derecho de los pueblos a convertir sus fortalezas militares en escuelas*” y, también, el derecho de los Estados a “*armar a sus obreros*” para defenderse de los ataques imperialistas²⁹⁹. Los Estados estaban facultados para armar a sus a sus “*campesinos, estudiantes, intelectuales, al negro, al indio, a la mujer, al joven, al anciano, a todos los oprimidos y explotados*”, para que juntos pudieran defender todos “*sus derechos*” y construir sus propios destinos³⁰⁰.

En sus últimas palabras Fidel Castro se mostró taxativo y aclaratorio. La revolución no engañaba a nadie y exponía su ideología de forma franca y abierta. El primer ministro había expuesto los puntos de vista del Gobierno cubano en todas las materias, en todos los asuntos que se debatían en la sede de la ONU y presentó su programa de manera pormenorizada para que todos los delegados de las naciones con representación en la ONU conocieran la posición de Cuba.

Las reacciones a aquel discurso, reproducido de forma íntegra en las publicaciones cubanas y retrasmítido por radio y televisión en todos los rincones de Cuba recibió la aprobación unánime, como no podía ser de otro modo, de la revista *Bohemia*. El discurso de Fidel Castro fue reproducido en la revista habanera prácticamente en su totalidad aunque sin respetar el orden originario, haciendo omisión de aquellos pasajes que hacían alusión a la historia de Cuba y a la Declaración de La Habana, materias de uso corriente en la revista *Bohemia*, de ahí quizás su exclusión. Sin embargo, la acogida en España no fue la misma, *ABC*, *El Alcázar*, *Pueblo* condenaron aquel discurso por lo que tenía de alineamiento cubano a las tesis soviéticas.

El diario *ABC*, en uno de sus editoriales de finales de septiembre, señaló que “*después de conocer el kilométrico discurso de Fidel Castro*”, se podía calificar de moderado el pronunciado por Gomulka, dirigente polaco, y el del propio Nikita Krushev³⁰¹. Según la línea editorial de *ABC*, “*el jefe cubano, con su temperamento tropical y su odio reconcentrado*” había superado a todos los oradores comunistas “*en sus ataques contra el mundo occidental*”³⁰².

Para el diario tradicionalista la suerte estaba echada; había que resignarse ante lo que eran ya hechos consumados: Cuba formaba parte de América, pero ya sólo geográficamente. *ABC*, sin rastro de empacho y sin rubor alguno, señalaba que Cuba había sido perdida para “*el mundo libre*”³⁰³, del que por supuesto España formaba parte. Cuba se había desasido de las naciones libres de occidente y lo acontecido en la ONU no debía sorprender a nadie, pues era una realidad para todos conocida, desde el momento en el que régimen cubano había lanzado la llamada “*Declaración de La Habana*”³⁰⁴. Un alegato en toda regla, según el diario *ABC*, contra el “*imperialismo yanqui y los cancilleres domesticados*” de las repúblicas americanas y una defensa encendida de “*la Rusia soviética y la China roja*”³⁰⁵.

Por su parte, *El Alcázar* se abstuvo de pronunciarse a través de un editorial, pero su lectura del discurso de Fidel Castro dejaba al descubierto cuál era el sentir del diario. *El Alcázar* centró su resumen del discurso del primer ministro cubano en los ataques lanzados contra los Estados Unidos e introdujo la noticia señalando en primer lugar que Castro había sido “*calurosamente*” aplaudido por “*Krushev y otros delegados comunistas*”³⁰⁶. No le hizo falta al diario madrileño pronunciamientos de otra naturaleza para señalar que Cuba formaba parte ya del bloque comunista en oposición al mundo occidental. En el diario *Pueblo* las críticas fueron más comedidas y se

²⁹⁹ *Idem*.

³⁰⁰ *Idem*.

³⁰¹ *ABC* (Año LIII). Núm.17019. Madrid: jueves, 29 de septiembre de 1960, pág. 40. Diario

³⁰² *Idem*.

³⁰³ *Idem*.

³⁰⁴ *Idem*.

³⁰⁵ *Idem*.

³⁰⁶ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm. 7576. Madrid: martes, 27 de septiembre de 1960, pág. 5. Diario.

centraron fundamentalmente en las consecuencias que había tenido aquella diatriba del primer ministro cubano. En el diario sindical se dejaba traslucir una cierta pesadumbre y un evidente malestar con lo acontecido, verbalizado en la crónica de Blanco Tobío al señalar que “*la traca de Fidel Castro*” había causado “*asombro*” y “*consternación*” entre “*la inmensa mayoría de las delegaciones*” presentes en la ONU³⁰⁷.

Tobío, mostrando en cada párrafo el destino fatal al que estaba abocada la Cuba fidelista, señaló que Castro se había jugado “a cara o cruz su destino personal y el destino de su revolución, quemando sus naves y poniéndose enteramente a merced de los maderos que Rusia le quisiera echar a la hora de los naufragios”³⁰⁸. Tobío, haciéndose partícipe de la línea editorial que imperaba en el diario Pueblo, aseguró igualmente que Cuba se había ganado con aquel discurso “enemigos a puñados dentro de las Naciones Unidas”, y que la actitud mostrada por su máximo dirigente había sido “un trágico error” y que “el precio a pagar” por aquel desliz “sería también trágico”³⁰⁹.

Desde Madrid y desde La Habana, como cabía esperar, los pronunciamientos sobre la posición adoptada por la Cuba fidelista se mostraban totalmente contrapuestos. Sin embargo, en algo coincidieron las publicaciones de ambas orillas del Atlántico, pues, tanto los diarios de referencia que venimos tratando en la España franquista, *ABC*, *El Alcázar* y *Pueblo*, como el semanario cubano *Bohemia*, eludieron aquellos párrafos en los que Fidel Castro se había dirigido a la España de Franco como vestigio del nacismo alemán y el fascismo italiano, una condición que en poco ayudaba a dignificar a la ONU como organización internacional.

Los diarios franquistas y la publicación revolucionaria, pasaron por alto las duras referencias del primer ministro cubano a la España franquista, con el ánimo quizás de no de enturbiar unas relaciones que se encontraban ya seriamente tocadas. Ni para la Cuba de Fidel Castro, ni para la España de Franco, resultaba conveniente un nuevo cruce de declaraciones, que, como se había demostrado en los meses precedentes, sólo servían para enturbiar unas relaciones ya de por sí difíciles.

Más allá de las críticas de unos y de los parabienes de otros, lo cierto es que la pieza oratoria de Fidel Castro, marcó la línea de actuación en el ámbito nacional e internacional a partir de entonces. La Declaración de La Habana marcaría el desarrollo de la revolución en el ámbito doméstico y condicionaría también sus relaciones internacionales. En lo tocante a los asuntos de política exterior Fidel Castro tuvo en su discurso palabras de agradecimiento y reconocimiento para Nikita Krushev y la Unión Soviética y encomió el papel desempeñado por Nasser en la RAU y por Kwame Nkrumah y Sekou Touré al frente de Ghana y Guinea respectivamente. Así pues, la política exterior de la Revolución cubana se organizaba sobre unos parámetros que no respondían al alineamiento pleno con la Unión Soviética. Cuba tenía una política exterior propia y así lo quedó reflejado en la alocución en la ONU del primer ministro cubano.

En el discurso de Fidel Castro, la Revolución cubana se posicionó con claridad en el conflicto entre la China Popular y la llamada China nacionalista, Taiwán, e hizo lo propio en aquellos conflictos que copaban el protagonismo en la arena internacional: El Congo y Argelia. No faltaron tampoco palabras de aliento para aquellos territorios de América Latina que tenían parte de su territorio sometido al dominio imperial, como era el caso de Honduras y sus territorios insulares, las Islas del Cisne, en manos norteamericanas y donde la CIA había instalado el canal radiofónico *Radio Swan*, o el caso, todavía más grave, de Panamá y los territorios enajenados de su soberanía debido al canal interoceánico. Honduras y Panamá, como le sucedía a Cuba, con la base naval de Guantánamo, habían sido despojados de parte de su territorio por los apetitos comerciales y militares de los Estados Unidos.

³⁰⁷ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6554. Madrid: martes, 27 de septiembre de 1960, pág. 1. Diario.

³⁰⁸ *Ibidem*, pág. 2.

³⁰⁹ *Idem*.

Sin embargo, no todos los estadounidenses podían ser condenados por el intolerable comportamiento de sus clases dirigentes. Castro tuvo también palabras de agradecimiento para aquellas personalidades norteamericanas, que a riesgo de comprometer su carrera en los Estados Unidos, se habían mostrado solidarias con la Revolución cubana.

La política exterior de Cuba quedó así definida como la de un país con pretensiones de integrarse en los no alineado, pero con especiales y cordiales relaciones con la URSS y muy distante de los planteamientos norteamericanos. De todos modos, en el discurso de Fidel Castro la puerta quedaba abierta a una mejora de relaciones con Estados Unidos, sumamente complicada en aquel momento, pero todavía posible. La dirigencia cubana era consciente de que las relaciones con Estados Unidos ya no volverían a ser las de antes, no podían serlo si la revolución perseveraba en sus planteamientos, pero, al menos, sí se podía luchar por desactivar aquella crisis permanente que sometía a los cubanos a vivir en estado de alerta constante.

11.2.5 El regreso

En el ánimo cubano había estado siempre el encauzamiento o al menos la descongestión de sus relaciones con los Estados Unidos, pues el enfrentamiento con el coloso norteamericano suponía para Cuba un desgaste inasumible a largo plazo. Sin embargo, aquella posibilidad de encauzar bajo nuevas premisas las relaciones con los Estados Unidos encontraba constantes obstáculos que hacían todavía más inviable la ya de por sí escasa probabilidad de llegar a algún tipo de entendimiento. Las relaciones entre ambos países estaban pues muy deterioradas; algo que certificó en todas sus variantes la estancia de Fidel Castro en Nueva York, pues no hizo más que confirmar que las relaciones se desenvolvían ya enteramente a través de los conflictos y los desencuentros. Las autoridades norteamericanas no tenían ninguna simpatía por la delegación cubana desplazada a la ONU, como habían dejado ver de forma manifiesta. Por su parte, el resentimiento de los cubanos para con la Administración estadounidense era también evidente y se escenificó con toda su crudeza en aquella segunda quincena de septiembre de 1960.

La animadversión entre las autoridades estadounidenses y cubanas era pública y notoria y vino a acrecentarse todavía más cuando llegó el momento del regreso de Fidel Castro a Cuba. Fidel Castro, según señaló con irritación la revista *Bohemia* en uno de sus editoriales de principios de octubre, había recibido el último agravio en pleno aeropuerto, cuando se disponía a embarcar de regreso a Cuba, pues allí mismo se le notificó que su avión había sido embargado por orden judicial de los Estados Unidos³¹⁰.

El primer ministro cubano, para asombro de propios y extraños, había sido obsequiado con una despedida oficial muy similar a la que se le había otorgado en su llegada. Arribo y partida habían estado pues en consonancia. Las autoridades revolucionarias, según reseñó *Bohemia*, habían sido recibidas por un comité de recepción formado por una caterva de “*genízaros irrespetuosos e insolentes*” y, tras diez días de asedio, se les impedía partir el día 28 de septiembre al ser intervenido el avión que tenía que llevarles de regreso a La Habana³¹¹. La inhospitalidad había tenido continuidad desde el primer minuto hasta el último.

Aquel incidente postrero se presentaba así como colofón a una retahíla de enfrentamientos y había ocurrido en el último momento, en el aeropuerto de Idlewild el día 28 de septiembre al medio día, cuando parte de la delegación cubana encabezada por Fidel Castro se aprestaba a abordar el *Britania* de la Compañía Cubana de Aviación. El primer ministro cubano, según relató *Bohemia*, recibió la noticia del embargo de la aeronave mientras era “*asediado por los reporteros*” en los minutos previos

³¹⁰ *Bohemia* (Año LII). Núm. 41. La Habana: domingo, 9 de octubre de 1960, pág. 1 del suplemento. Semanal.

³¹¹ *Idem*.

al inicio del vuelo de regreso; fue entonces, según informó de forma desdeñosa *Bohemia*, cuando Fidel Castro fue interrumpido en medio de sus declaraciones por un “leguleyo norteno” que, abriéndose paso a codazos, enarbolaba en la mano un papel de embargo para el Britania. El abogado en cuestión traía la orden de embargo expedida por una autoridad judicial norteamericana y se hacía acompañar por un contingente de policías que portaban la orden de inmovilizar el avión e impedir su partida³¹².

El episodio, concebido según *Bohemia*, como “un folletín por entregas”, constituía el último capítulo de una cadena de incidentes desencadenada hacía una semana por los servicios de la abogacía estadounidense, que habían tratado de hacerse con la aeronave a pesar de “su condición de transporte diplomático en misión oficial”³¹³. El Britania estuvo a punto de ser embargado en aquel momento, sumándose a otros aviones capturados por las autoridades neoyorquinas en pago a las demandas exigidas a Cuba por la intervención de varias empresas norteamericanas³¹⁴. Un funcionario del Departamento de Estado había frenado la ejecutoria del embargo en un primer momento aduciendo razones diplomáticas e haciendo, al mismo tiempo, “un paréntesis en su política de sistemático hostigamiento”³¹⁵. Desde el Departamento de Estado se había comunicado que un Gobierno extranjero en misión oficial en los Estados Unidos tenía para dicha misión “inmunidad diplomática” y que ello era aplicable también a los medios que dicho Gobierno extranjero o sus representantes utilizaran para el arribo y partida de los Estados Unidos³¹⁶. Sin embargo, una semana después aquella declaración era ya papel mojado, había sido revocada como demostraba la incautación del Britania.

La delegación cubana tomó entonces la iniciativa y canalizó la protesta a través de la ONU. Manuel Bissé, embajador y representante permanente de Cuba en las Naciones Unidas, tras conferenciar con Raúl Roa, ministro de Exteriores, puso en conocimiento del secretario general de la ONU el incidente y la situación en la que se encontraba la delegación cubana, inmovilizada en el aeropuerto sin posibilidad de partida³¹⁷. La Secretaría General de la ONU, dado el sesgo que estaban tomando los acontecimientos, se puso en contacto de forma inmediata con las autoridades norteamericanas para liberar el avión incautado³¹⁸. De todos modos, la solución al bloqueo impuesto a la delegación cubana no llegó por mediación de las gestiones de la diplomacia revolucionaria o del levantamiento de la incautación por parte norteamericana, dando muestras evidentes de la imposibilidad que unos otros tenían para llegar acuerdos, aunque fueran de naturaleza tan nimia. La URSS, finalmente, fue la que presentó una solución al problema.

La diplomacia soviética, atenta a todo lo que estaba sucediendo, se puso en funcionamiento y acometió las gestiones necesarias para los que cubanos pudieran abandonar el territorio norteamericano con la mayor brevedad. Según señaló *Bohemia*, la solución inmediata del conflicto terminó llegando “por vía de la cooperación soviética”³¹⁹. El premier Krushev “puso a disposición de la delegación cubana el cuatrimotor de la URSS, CCC-75717 Turbo-Jet, que reposaba en el hangar número 17 del aeropuerto de Idlewild”³²⁰. La partida del primer ministro cubano quedaba así resuelta, pero el Britania quedaría incautado durante unas cuantas horas más. Antes de embarcar al avión soviético, la delegación cubana todavía tuvo que sufrir la acometida de los periodistas que, con

³¹² *Idem.*

³¹³ *Idem.*

³¹⁴ *Idem.*

³¹⁵ *Idem.*

³¹⁶ *Idem.*

³¹⁷ *Idem.*

³¹⁸ *Idem.*

³¹⁹ *Idem.*

³²⁰ *Idem.*

“*fingida candidez*”, cercaban a Fidel Castro para conocer las razones por las que la delegación cubana tenía que hacer uso de un aparato ruso para regresar a La Habana³²¹.

Aquel incidente, más allá de convertirse en prolegómeno para la articulación de nuevos rencores, se erigía en fotograma cardinal para entender el cambio orquestado en las relaciones exterior cubanas en el último año y medio. La situación realmente había cambiado: un mandatario cubano tenía las mayores dificultades para entrar en los Estados Unidos y otras tantas para poder salir de este país, teniendo que recurrir a la diplomacia soviética para contener las ínfulas interventoras de las autoridades norteamericanas.

De todos modos, aquel ambiente de hostilidad indeleble con el que las autoridades estadounidenses habían castigado a la delegación cubana en aquellos diez días de estancia en Nueva York, súbitamente, se transformó en acogida entusiasta tras el arribo a la capital cubana. En aquella mañana del 28 de septiembre una nueva consigna recorría ya las calles de La Habana: “*Del trabajo al Palacio*”³²². Con aquel escueto enunciado, transformado en cintillo en las primeras páginas de los diarios cubanos, todos los habitantes de la capital y el resto de la población eran conscientes de que la dirigencia revolucionaria demandaba el apoyo popular una vez más.

La respuesta no se hizo esperar y, a las cuatro de la tarde, la carretera que unía el aeropuerto habanero con el centro de la capital se colapsó de vehículos, banderas y carteles de apoyo. La televisión y la radio retrasmitieron el evento para todo el país. La capital habanera, por enésima vez, protagonizó una concentración popular como las acaecidas en los meses precedentes. Una nueva concentración multitudinaria que, debido al retraso de la llegada de la delegación cubana por mor de la incautación del Britannia, fue ganando mayor envergadura a medida que fueron pasando las horas. Finalmente, cuando la tarde había entrado en su último compás, el cuatrimotor soviético tomó tierra en suelo cubano y justo cuando se anunciaba el arribo de Fidel Castro a La Habana el presidente Dorticós dio inicio al acto multitudinario en la tribuna situada frente al Palacio presidencial. Todo había sido preparado para un regreso triunfal y la máxima autoridad de la república tomó la palabra para, a modo de introducción, exponer ante el pueblo cubano los entresijos de aquella histórica cita de la Asamblea General de las Naciones Unidas.³²³

El presidente fue breve en su alocución, pues poco después llegó ya a la tribuna el primer ministro. Fidel Castro se dirigió a los presentes con un estentóreo “*¡cubanos!*” Y, entonces, las multitudes se enardecieron. Como era habitual, el líder cubano arrancó su alocución hablando despacio, de forma pausada, casi susurrando, para poco a poco ir subiendo el tono. Fidel Castro comenzó aquel maratónico discurso, otra de las características habituales por las que se regían ya sus alocuciones, agradeciendo el apoyo recibido por parte de muchos ciudadanos norteamericanos, que habían tenido el valor de expresar públicamente sus simpatías por la Revolución cubana. El primer ministro mencionó entonces al Comité Pro Trato Justo para Cuba, baluarte de la defensa del proyecto revolucionario en los Estados Unidos.³²⁴

Una vez cubiertas las formalidades imprescindibles de aquel agradecimiento, el primer ministro pasó a exponer, con lujo de detalles, la “*incivil hospitalidad imperialista*”³²⁵. Fidel Castro se adentró en la exposición de los detalles sobre el trato recibido por muchos cubanos residentes en los Estados Unidos durante la presencia de la delegación cubana en Nueva York, aporreados sin contemplaciones por las fuerzas policiales por el mero hecho de mostrar su apoyo a los representantes cubanos, y entró a

³²¹ *Idem.*

³²² *Ibidem*, pág. 4 del suplemento.

³²³ *Ibidem*, págs. 5 y 6 del suplemento.

³²⁴ *Ibidem*, pág. 6 del suplemento.

³²⁵ *Idem.*

continuación a señalar lo que la Revolución cubana significaba para los pueblos del mundo en su lucha contra el imperialismo. Fue entonces cuando estalló una bomba en las inmediaciones de la plaza, que sin dejar tiempo a la reacción fue seguida de otra deflagración minutos después. Pasaban ya de las once de la noche cuando se produjeron las explosiones y Fidel Castro interrumpió el hilo de su discurso para hacer referencia a las detonaciones. El primer ministro llamó a la calma y señaló que frente a aquellas bombas, “*desahogo contrarrevolucionario*” y muestra inequívoca de impotencia, Cuba mostraría “*la obra viva de la revolución*”³²⁶. Fidel Castro, como el resto de los presentes frente al Palacio presidencial, se mantuvo impasible y derivó su discurso hacía el modo de hacer frente a aquellos atentados: “*Por cada petardito, cientos de casas y cooperativas, más nacionalizaciones, nuevas fábricas y una ininterrumpida siembra de escuelas. ¡Por cada petardito se armarían mil nuevos milicianos!*”³²⁷

El primer ministro conminó entonces a los presentes a redoblar los esfuerzos en la defensa y la producción. Cuba tenía que ser consciente de que todos los esfuerzos serían pocos, pues en frente se encontraba “*el imperio más feroz de los tiempos contemporáneos*”³²⁸. El imperio odiaba a la Revolución cubana, con aquel odio, según enarboló Fidel Castro, que albergaban “*los amos*” contra “*los esclavos que se rebelaban*”³²⁹.

Fidel Castro expuso esta idea de todas las formas posibles para que hiciera meya en la conciencia de los presentes y afirmó ante el numeroso auditorio que los años venideros serían años de intranquilidad e incomodidades, los rigores de la lucha emprendida y el desafío que suponía el enemigo a enfrentar así lo habían determinado. El líder cubano sabía que tras aquella semana de desencuentros con las autoridades norteamericanas, contactos con miembros del bloque de los no alineados y abrazos con los dirigentes soviéticos en la ONU Cuba había definido ya su destino. La Administración estadounidense también lo sabía, con lo cual el período que ahora se abría estaría ya presidido por el enfrentamiento directo y aquí el pueblo cubano tendría que mostrar su temple, su valor y la fuerza de los principios que lo venían sustentando en aquellos dos últimos años. Una idea que parecía reflejarse en la despedida que Fidel Castro dedicó a los asistentes a aquel acto de adhesión: “*¡No importa que cualquiera de nosotros caiga, lo que importa es que esa bandera se mantenga en alto, que la idea siga adelante; que la patria viva!*”³³⁰

Después de aquella jornada del 28 de septiembre de 1960, podríamos decir sin temor a equivocarnos, que Cuba había cerrado un ciclo en la historia de su revolución. El abrazo con Nikita Krushev, los encuentros y las reuniones organizadas en Harlem y los contactos realizados en la ONU eran las imágenes que certificaban ante la opinión pública la posición de Cuba. De mismo modo, los desencuentros con los Estados Unidos y el mensaje enviado por Fidel Castro desde la Asamblea General ponían negro sobre blanco un pie de foto a las numerosas imágenes que había dejado en aquella cita internacional la delegación cubana.

11.3 El diario *Pueblo*: reflejo de la encrucijada franquista ante el fenómeno cubano

La Revolución cubana, por boca de su máximo representante, había dejado constancia en el foro internacional del rumbo que tomaría en el futuro y ante aquella realidad eran muchos los llamados a pronunciarse para definir el tipo de relaciones que en adelante tendrían que seguir en su trato con Cuba. Uno de aquellos países era España, que debido a sus peculiaridades políticas y a sus relaciones

³²⁶ *Idem.*

³²⁷ *Idem.*

³²⁸ *Ibidem*, pág. 7 del suplemento.

³²⁹ *Idem.*

³³⁰ *Idem.*

familiares e históricas con Cuba, estaba llamado a orquestar una política imaginativa para sostener, para no romper o para no deteriorar más sus intercambios con Cuba. El régimen franquista, anegado por su condición dictatorial y preso de su dogmática antimarxista, se encontraba ante un verdadero dilema. Una situación que quedó meridianamente clara en la aproximación que el siempre singular diario *Pueblo* hizo de la Revolución cubana en los días que siguieron al regreso de Fidel Castro a La Habana.

El diario *Pueblo*, como venimos señalando al referirnos al tratamiento dado a las actividades de la delegación cubana ante la ONU, siguió con puntualidad rigurosa todo lo acontecido en las sesiones de la XV Asamblea General de las Naciones Unidas. De este modo, las propuestas de desarme; los movimientos de la diplomacia soviética y norteamericana en el seno de la ONU; o el conflicto congoleño, en el marco de los problemas propios de las descolonización tuvieron su espacio en las páginas del diario sindical³³¹; como lo tuvieron también asuntos derivados de estos temas genéricos; a saber: la intervención de Lequerica en la Asamblea General y su enfrentamiento con la delegación de la URSS; las idas y venidas de los no alineados en su pretensión de formar un bloque que pudiera servir de contrapeso a la hegemonía de soviéticos y norteamericanos; o la posición a desempeñar por los nuevos líderes de los países independizados o en ciernes de estarlo³³². En definitiva, *Pueblo* no evitó ninguno de los temas candentes e hizo un seguimiento detallado de lo acontecido en el foro internacional, haciendo además gala de una exhaustividad que merece una cierta reflexión dado el contexto en el que se movía la intervenida prensa franquista.

El diario sindicalista se presenta así como uno de los medios más apropiados para entender la por momentos desconcertante posición de la España franquista en el ámbito internacional. La España de Franco, a pesar de recibir el espaldarazo de los Estados Unidos y de otros líderes internacionales, seguía siendo una suerte de apestado en el contexto internacional, pues llevar las relaciones con la España oficial más allá de lo estrictamente necesario siempre era un riesgo que pagaban en imagen los países que decidían dar este paso.

La dictadura española, dado su difícil encaje en el bando occidental, confeccionaba así una visión del mundo en la que se ofrecía una imagen positiva, y por momentos laudatoria, de algunos de los países y líderes pertenecientes a los no alineados, mientras se denostaba desde perspectivas claramente sectarias a la diplomacia soviética, sin que ello significara apostar abiertamente por la posición norteamericana en el ámbito internacional. En lo tocante a este último aspecto, de todos eran conocidas las frecuentes críticas deslizadas en algunos medios franquistas sobre la labor estadounidense en el mundo y especialmente en la región latinoamericana. Estas contradicciones, difíciles de acomodar en un régimen autoritario como el español en el que la duda era sinónimo de

³³¹ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6548. Madrid: martes, 20 de septiembre de 1960, pág. 2. Diario, *Pueblo* (Año XXI). Núm.6549. Madrid: miércoles, 21 de septiembre de 1960, págs. 1 y 5. Diario, *Pueblo* (Año XXI). Núm.6550. Madrid: jueves, 22 de septiembre de 1960, págs. 1 y 2. Diario, *Pueblo* (Año XXI). Núm.6550. Madrid: viernes, 23 de septiembre de 1960, pág. 1. Diario, *Pueblo* (Año XXI). Núm.6553. Madrid: lunes, 26 de septiembre de 1960, pág. 1 y 2. Diario, *Pueblo* (Año XXI). Núm.6554. Madrid: martes, 27 de septiembre de 1960, pág. 2. Diario, *Pueblo* (Año XXI). Núm.6555. Madrid: miércoles, 28 de septiembre de 1960, pág. 2. Diario, *Pueblo* (Año XXI). Núm.6555. Madrid: miércoles, 28 de septiembre de 1960, pág. 2. Diario, *Pueblo* (Año XXI). Núm.6556. Madrid: jueves, 29 de septiembre de 1960, págs. 1 y 2. Diario, *Pueblo* (Año XXI). Núm.6557. Madrid: viernes, 30 de septiembre de 1960, págs. 1 y 2. Diario, *Pueblo* (Año XXI). Núm.6558. Madrid: sábado, 1 de octubre de 1960, pág. 2. Diario, *Pueblo* (Año XXI). Núm.6561. Madrid: miércoles, 5 de octubre de 1960, págs. 1 y 2. Diario, *Pueblo* (Año XXI). Núm.6566. Madrid: martes, 11 de octubre de 1960, págs. 1 y 2. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm.6568. Madrid: jueves, 13 de octubre de 1960, págs. 1 y 2. Diario.

³³² *Pueblo* (Año XXI). Núm.6553. Madrid: lunes, 26 de septiembre de 1960, pág. 1 y 2. Diario, *Pueblo* (Año XXI). Núm.6554. Madrid: martes, 27 de septiembre de 1960, págs. 1 y 2. Diario, *Pueblo* (Año XXI). Núm.6558. Madrid: sábado, 1 de octubre de 1960, págs. 1 y 2. Diario, *Pueblo* (Año XXI). Núm.6559. Madrid: lunes, 3 de octubre de 1960, págs. 1 y 2. Diario, *Pueblo* (Año XXI). Núm.6562. Madrid: jueves, 6 de octubre de 1960, págs. 1 y 2. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm.6567. Madrid: miércoles, 12 de octubre de 1960, págs. 1 y 2. Diario.

traición, ofrecían un panorama sujeto a una interpretación cuando menos complicada y abierta inevitablemente a lecturas divergentes.

Los diarios franquistas, y especialmente *Pueblo*, invitaban al lector que se aproximaba a sus páginas a adoptar la imagen de una España antisoviética con pretensiones de neutralidad frente a los Estados Unidos o al menos equidistante del total alineamiento con la posición adoptada por el Departamento de Estado norteamericano. Una imagen de independencia, asentada más en lo ilusorio que en lo real, solamente quebrada por los rigores que venían prendidos de la dogmática antimarxista propia del régimen español. El anticomunismo se erigía de este modo en el único sustento y en principio innegociable de la España de Franco en el exterior, dejando abiertas el resto de las cuestiones a las dinámicas que la agitada agenda internacional fuera proveyendo. El régimen franquista trataba de presentarse así como un “no alineado” *sui generis*; muro de contención para la entrada del marxismo en Europa y América, pero en el que las salvedades y desconfianzas sobre el sistema internacional vigente eran tantas, que no hacían más que explicitar el origen y las razones que ayudaban a entender el difícil encaje franquista en el marco internacional y, a la postre, en el bando occidental.

El régimen de Franco, debido a su carácter dictatorial y a su condición de residuo del período de entreguerras, debido, en definitiva, a la mácula que portaba como heredero de los derrotados en la II Guerra Mundial, algo que había dejado meridianamente claro Fidel Castro en varios de sus discursos, estaba condenado a recibir el repudio, manifiesto o encubierto, del bloque occidental y de otros países socialistas o neutrales. Esta era una hipoteca que pendía de la España franquista en su constante búsqueda de acomodo internacional. El régimen español aparecía de éste forma como una singularidad, una anomalía dentro del mundo capitalista y, por tanto, como un socio al que se cortejaba en la intimidad y se ignoraba en el espacio público debido a los escrúpulos y la mala prensa que aportaba a los llamados países occidentales los arreglos y concomitancias con las autoridades franquistas. Dadas todas estas contingencias, el diario *Pueblo*, uno de los referentes de la prensa española y portavoz del ajado sindicalismo español, representaba como ningún otro las contradicciones del régimen imperante en España y lo hacía a través de un discurso que trataba de superar dichas contradicciones o al menos encubrirlas.

El diario sindical, como deudor de una ideología ya superada y de infausto recuerdo para Europa, se batía así en la defensa de unos principios obsoletos que trataban de combinarse con una modernidad mal encajada e impuesta por los rigores de la escena internacional y de los fracasos cosechados por el propio régimen. Bajo estas premisas se confeccionaba un relato del panorama mundial plagado de inconsistencias, y, por lo general, poco claro y confuso, que solamente salvaba la pluma hábil, y avezada a utilizar el subterfugio como recurso, de cronistas muy dotados para las lides periodísticas.

Uno de estos cronistas era Blanco Tobío que, partiendo de aquellos mimbres, construía desde Nueva York un relato del panorama internacional en el que las particularidades y anomalías del franquismo se combinaban para ofrecer un análisis plagado de afirmaciones singulares y por momentos sorprendentes, como podía ejemplificarse en la posición adoptada frente al régimen cubano. *Pueblo*, más allá del protagonismo que tenían las crónicas de Tobío, representaba esta corriente díscola de aproximación a los temas cubanos que resultaba clave para entender la posición de España frente al panorama internacional y la realidad latinoamericana.

Los reparos del régimen franquista al orden vigente en el mundo se hacían evidentes al aproximarse a la Revolución cubana. El movimiento fidelista cumplía todos los requisitos para ser rechazado por la prensa franquista, sin embargo, su condición latinoamericanista, la posición de Cuba en la historia reciente de España y las críticas a la política desplegada por Estados Unidos en el ámbito hispanoamericano hacían del proyecto cubano un caso de particular relevancia para la diplomacia franquista. Un aspecto que tenía su reflejo en el diario sindical. En los temas que hacían referencia a

la Cuba fidelista, la línea editorial de *Pueblo* estuvo marcada por la articulación de opiniones contrapuestas y de giros constantes en la argumentación del devenir cubano que no contribuían precisamente a exponer con claridad cuál era la posición del régimen franquista frente a la Revolución cubana.

Pueblo dedicó gran espacio a las actividades del contingente fidelista destacado en la Asamblea General de la ONU. Sin embargo, la información sobre la presencia de Cuba en las sesiones de la ONU se redujo de forma acusada tras la vuelta de Fidel Castro a La Habana. De todos modos, esto no significó la desaparición de Cuba de las páginas del diario sindical. *Pueblo*, en los días previos a la apertura de la Asamblea General había enviado a La Habana a su corresponsal en los Estados Unidos, Manuel Blanco Tobío, para que confeccionara una serie de reportajes sobre la situación de Cuba. Durante dos semanas, Blanco Tobío permaneció en la isla del Caribe, de forma reservada, sin dar mayor publicidad a su estancia, según declaró el propio diario en sus páginas, y tras su regreso a Nueva York, el mismo día en que se inauguraba la XV Asamblea General, fue publicando en los días subsiguientes una serie de extensos reportajes sobre la Revolución cubana, seis en total, que comenzaron a aparecer en las páginas de *Pueblo* tras el regreso de Fidel Castro a La Habana.

Pueblo justificaba aquella media docena de entregas sobre la situación de Cuba por razones de oportunidad e interés general, pues Cuba se había convertido en aquellas fechas en “*encrucijada del mundo*” y en “*vértice de tensiones internacionales*”³³³. Además de los motivos que atendían a la relevancia de Cuba en el contexto internacional, el diario sindical encontraba imprescindible “*recoger de manera personal y directa*” la impresión de cuanto ocurría en aquel país³³⁴, pues no era la primera vez que *Pueblo* lamentaba en sus páginas la falta de agencias de prensa hispanoamericanas independientes y con capacidad de suplir la información que de manera casi exclusiva provenía de los gigantes de la información y la comunicación estadounidense.

Los “informes sobre Cuba”, pues así tituló *Pueblo* cada uno de los seis *dosieres* de Blanco Tobío sobre la Revolución cubana, exponían lo conseguido por el régimen fidelista en aquellos ya casi dos años de Gobierno revolucionario, sin desatender por ello los errores que, a juicio del corresponsal de *Pueblo*, se habían cometido en aquellos meses. De todos modos, *Pueblo* se cuidó de no achacar a los dirigentes revolucionarios la responsabilidad en exclusiva de lo que estaba aconteciendo en Cuba. En los problemas que estaba teniendo que abordar la Revolución cubana parte de la responsabilidad se colocaba en las alforjas de los dirigentes revolucionarios, pero otra parte no desdeñable se la apuntaba Tobío a la cuenta que, de forma conjunta, ostentaban la Administración norteamericana y las clases dirigentes cubanas que habían precedido al régimen fidelista.

Antes de cualquier análisis sobre lo expuesto por Tobío en aquellos seis informes sobre Cuba, consideramos necesario marcar unas pautas teóricas para ordenar la pléyade de apreciaciones, tanto positivas como negativas, que Tobío volcó en su extensa aproximación a la realidad cubana. Para ello acudiremos a las reflexiones que Paul Ricoeur acometió sobre la ideología y la utopía en su extensa obra: una herramienta que nos puede servir para aproximarnos al contradictorio, errático y por momentos desconcertante retrato que *Pueblo* hizo de la Revolución cubana en aquellos momentos.

Sobre la ideología tomaremos como referencia las diferentes versiones que ésta puede ofrecer de su representación de la realidad, tanto en su variante deformadora³³⁵, como en la legitimista y en la que hace referencia a la preservación de la identidad del grupo³³⁶. Consideraremos además que la realidad social está simbólicamente construida y, por tanto, podremos considerar la ideología como

³³³ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6556. Madrid: jueves, 29 de septiembre de 1960, pág. 1. Diario

³³⁴ *Idem*.

³³⁵ Ricoeur, Paul: *Op. Cit.*, pág. 14.

³³⁶ *Ibidem*, pág. 16.

deformación cuando las ideas no sean capaces de representar lo realizado en una sociedad concreta; es decir, cuando se pierde la relación entre ideología y praxis. En otros supuestos, al partir de la construcción simbólica de la realidad social, podremos considerar a la ideología en su papel de legitimación cuando ésta es capaz de cubrir la brecha que separa a los gobernantes de los gobernados. Es decir, cuando lo representado cobija las expectativas de poder que pretenden los gobernantes y, al mismo tiempo, es capaz de cubrir las creencias que tienen los gobernados. Y por último, esta construcción simbólica de la realidad, nos permite también que la ideología se desempeñe desde una perspectiva integradora, garante de la identidad del grupo al construir partiendo de las ideas una realidad desde la que los dirigentes políticos y el pueblo son capaces de alcanzar un consenso. La construcción del relato ideológico es capaz de dar satisfacción a la identidad que comparten los dirigentes políticos y el pueblo que les secunda cuando estos últimos consideran legítimo el poder que desempeñan los primeros.

En lo tocante a la utopía, también tomando a Ricoeur como referencia, consideraremos que la utopía y la ideología forman parte de la realidad y de la acción social por estar éstas simbólicamente construidas. La utopía funcionaría como una exploración de lo posible, como una variación imaginativa sobre la naturaleza del poder, sin embargo, la utopía no sería simplemente un sueño, pues es un sueño que aspira a realizarse³³⁷. Entre tanto, la ideología se presentaría como la representación de lo constituido o lo todavía por construir, pero bajo criterios más concretos³³⁸. De este modo, la ideología sería imaginación a manera de cuadro, mientras que la utopía sería imaginación como ficción³³⁹. La ideología repetiría lo que existe o ha existido justificándolo, ofreciendo un cuadro de lo que es o lo que era, independientemente del acierto con el que opere en la interpretación de esta realidad, por su parte, la utopía cuenta con la fuerza ficticia de escribir de nuevo la realidad³⁴⁰. Así pues ideología y utopía juntas formarían la imaginación social, la imagen del mundo narrada bajo todos sus perfiles³⁴¹, siendo conscientes que la propia narración parte también de una ideología.

Una vez expuestos estos apuntes previos, podemos adentrarnos en los trabajos que Tobío publicó en *Pueblo* sobre la Revolución cubana, donde la utopía y la ideología, sin hacer referencia explícita a ninguno de los dos conceptos, estaban presente de forma casi constante. Tobío se aproximaba al proceso cubano desde una ideología y sobre ella exploraba las ideologías que pugnaban por hacerse con el control de proyecto fidelista, mientras divagaba sobre las formas de utopía que habitaban en la revolución y sobre el carácter utópico con que algunos dirigentes revolucionarios construían su discurso y ponían en práctica las transformaciones proyectadas.

11.3.1 La Revolución cubana como festival de las clases populares: la pobreza se toma unas vacaciones

En el primero de los informes publicados por Tobío, ideología y utopía aparecían ya presentes. En la utopía se encontraba lo imaginado y conseguido por el proceso revolucionario, su parte más noble, mientras que la ideología venía representada por la necesidad de asentar el poder revolucionario. La ideología nos colocaba así en la senda del conjunto de ideas adoptado por la dirigencia fidelista para la representación del proyecto revolucionario. Unas ideas que se antojaban imprescindibles para que las demandas del pueblo y las pretensiones del Gobierno cubano sobre el futuro de Cuba pudieran ser convergentes. La ideología estaría así presente en las tareas llevadas a cabo para legitimar lo conseguido y en el control ejercido para conservar todo lo ya alcanzado, promocionarlo y construir

³³⁷ *Ibidem*, pág. 21.

³³⁸ *Idem*.

³³⁹ *Ibidem*, pág. 28.

³⁴⁰ *Idem*.

³⁴¹ *Idem*.

el porvenir en tiempos de crisis y bloqueo. La ideología que legitimaba la Revolución cubana estaba trabajando para hacer de la utopía fidelista una realidad y transformarla así en la identidad de la nación. Sin embargo, en aquella transición de lo utópico a lo ideológico existía el riesgo de hipotecar el futuro de Cuba, pues se podía pagar un alto precio al establecer compromisos ideológicos que superaran al nacionalismo cubano imperante entre la dirigencia revolucionaria.

Este primer informe sobre Cuba, a grandes rasgos, estaba confeccionado bajo estos criterios apuntados y aparecía bajo un subtítulo ya de por sí indicativo del carácter de su contenido: "*Vacaciones de la Pobreza*"³⁴². Bajo aquel encabezamiento se exponía el ambiente que se respiraba en la nación antillana tras los primeros veinte meses de acción de gobierno fidelista. Blanco Tobío confeccionaba un relato en el que se hablaba de los pros y los contras del proyecto revolucionario. En La Habana se registraban ya dos almas bien diferenciadas, "*la Cuba del ejército rebelde, integrado, en su inmensa mayoría, por los campesinos y obreros rurales, gente rudamente amable, sencilla y llena de ideales de redención*" y otra Cuba más oscura, la presente en los servicios de inteligencia, el llamado G-2, y en la Policía sedienta de delaciones³⁴³. Los integrantes de esta otra Cuba eran "*gentes de ciudad, sin barbas de ex combatientes, pero con bigotillo y achulamientos (sic) arrabaleros*"³⁴⁴.

Blanco Tobío señalaba, tras aquella gráfica descripción, que era necesario distinguir entre "*los barbudos de Sierra Maestra*" y "*los pícaros habaneros*"³⁴⁵. La crónica rompía así una lanza en favor del agro frente a la urbe, tan propia del pensamiento falangista y tradicionalista, y señalaba a continuación que lamentablemente todo parecía indicar que los bigotitos se estaban imponiendo a las barbas, que los pícaros de la habana, retrato de una realidad amarga, parecían llamados a imponerse sobre los campesinos de Oriente y Santa Clara, portadores del ideal de redención del pueblo cubano.

La crónica de *Pueblo*, tras lamentar esta pérdida progresiva de lo que de original había en el movimiento fidelista, abordó a continuación la inflación de soflamas fidelistas con las que La Habana había sido empapelada. Fragmentos de los discursos de Fidel Castro y otros líderes revolucionarios formaban ya parte del acervo de la Revolución cubana y como tal ocupaban el espacio que antaño había estado destinado a otro tipo de mensajes sujetos al capitalismo y la sociedad consumista que había imperado entre las clases pudientes de Cuba. Unas clases que había cedido su lugar en el espacio público a los nuevos protagonistas: las clases populares de la isla.

Blanco Tobío responsabilizaba de aquella transformación a las nuevas instituciones creadas por la revolución, entre ellas el INRA y el INIT (Instituto Nacional de Industria Turística). El primero había creado cooperativas, nuevos propietarios y una nueva forma de vida para el guajiro cubano y el segundo se las había ingeniado para sostener en pie la industria turística sustituyendo al norteamericano y al criollo adinerado por el guajiro y el obrero cubano. La revolución había inventado así un nuevo turismo: "*El turismo popular para bolsillos económicamente débiles*", fundamentado en poner a disposición de los ciudadanos de Cuba las imponentes instalaciones hoteleras cubanas a unos precios sumamente reducidos³⁴⁶. De este modo, el recién llegado a La Habana podía encontrarse en "*el suntuosísimo (sic) hall del Habana Libre*" con "*una extraña clientela*" formada por "*mulatitos en camiseta, fumando puros nacionalizados*", "*soldados barbudos, taconeando con sus rústicas botas sobre los mármoles pulidos como espejos*" y "*obreritas o dependientas, sentadas en el Caribe Night Club, tomando un daiki frappe por sesenta centavos*"³⁴⁷. La industria del ocio y el esparcimiento atraía ahora otro tipo de turistas a La Habana a un precio casi simbólico y en los hoteles

³⁴² *Pueblo* (Año XXI). Núm.6557. Madrid: viernes, 30 de septiembre de 1960, pág. 3. Diario.

³⁴³ *Idem*.

³⁴⁴ *Idem*.

³⁴⁵ *Idem*.

³⁴⁶ *Idem*.

³⁴⁷ *Idem*.

fastuosos de la capital cubana, según señalaba Blanco Tobío entre la fascinación y la incredulidad, podían encontrarse guerrilleros, mulatos y obreros de diversa condición albergados en lujosas habitaciones junto a “*guajiros con sombrero de paja*”³⁴⁸.

Aquella nueva clientela, proveniente de los barrios habaneros y de las provincias interiores y orientales, se albergaba en los hoteles habaneros junto a otro tipo de clientes, los provenientes del otro lado del telón de acero, de presencia desacostumbrada en otros tiempos, pero cada día más frecuentes en el paisaje capitalino. Se mezclaban así “*periodistas, diplomáticos y técnicos rusos, checos o polacos*” con las clases populares de Cuba, configurando un retrato por momentos impresionista y a ratos surrealista en el que “*la corrección en el vestir*” mostrada por los hombres venidos del este contrastaba con los atuendos que adornaban a muchos de los nuevos turistas traídos a La Habana por la revolución.³⁴⁹

Según Blanco Tobío, “aquello venía a ser como una versión multitudinaria del cuento de la cenicienta”³⁵⁰. Por primera vez “las puertas de los palacios” se habían abierto “para los desheredados, para quienes nunca habían podido participar, ni siquiera con la imaginación, en el mundo aparte de los ricos, en los frutos exquisitos de una civilización que, en muchos países, pertenecía sólo a unos pocos”³⁵¹.

La crónica de *Pueblo* no veía objeciones en aquel comportamiento desplegado por la revolución, pues, al fin al cabo, no había nada sagrado en el lujo: podía “*profanarse*” a pesar del escándalo de muchos³⁵². El lujo que antaño disfrutaba un reducido porcentaje de la población se había popularizado. Los casinos abrían para los guajiros que apostaban cantidades minúsculas donde antes se apostaban fortunas y los yates de lujo del puerto de La Habana, hasta hacía pocos meses sólo a disposición de un porcentaje reducido de la población, se alquilaban ahora “*a pescadores de caña por un peso, incluido aparejo y cebo*”³⁵³. Cuba estaba en plena efervescencia revolucionaria y como era natural la revolución llegaba a las industrias señeras del país. Blanco Tobío iba construyendo un relato en el que esta idea, sin mencionarse de forma explícita, estaba presente en cada párrafo.

Sin embargo, aquel régimen que vivía en la ensoñación permanente y en el que los ropajes de un turismo internacional para millonarios servían para vestir las necesidades de esparcimiento de los pobres era para Blanco Tobío insostenible sin fuertes subsidios del Estado, y aún con ellos “*la operación resultaba claramente antieconómica*”³⁵⁴. Cuba vivía en “*el cuento de la cenicienta*”³⁵⁵, se había instalado de forma definitiva en la utopía, y tarde o temprano, según se relataba en aquella crónica, el cuento tendría el final previsto. Blanco Tobío señalaba que, a su parecer, a lo que estaban asistiendo los cubanos era a “*unas vacaciones de la pobreza, a unas espléndidas vacaciones pagadas con el botín de una revolución ardiente, cuya ira desencadenada por hambre de siglos*”, contaba “*con una bíblica majestad*” que conmovía y que, al mismo tiempo, asustaba³⁵⁶. Tras aquella “*fachada de exaltación*” y épica revolucionaria, sin embargo, según profetizaba Blanco Tobío, pronto comenzarían a aparecer los primeros nubarrones, pues tarde o temprano llegarían las “*restricciones*”, “*las cartillas de racionamiento*”, “*el hambre*” y “*los sacrificios*” a los que Cuba tendría que enfrentarse sometiendo a su población a “*una prueba suprema*” de “*resistencia física y mental*”³⁵⁷.

³⁴⁸ *Idem.*

³⁴⁹ *Idem.*

³⁵⁰ *Idem.*

³⁵¹ *Idem.*

³⁵² *Idem.*

³⁵³ *Idem.*

³⁵⁴ *Idem.*

³⁵⁵ *Idem.*

³⁵⁶ *Idem.*

³⁵⁷ *Idem.*

Algunos líderes de la revolución, como era el caso del Che Guevara, ya comenzaban a poner el acento en que Cuba tendría que trabajar muy duro para salir adelante. Tobío sintonizaba con esta idea y señalaba que no todo podía arreglarse con “*la intervención*” de empresas, con “*la nacionalización*”, o con la ayuda de la Unión Soviética³⁵⁸. Lo peor para la revolución estaba por llegar, y “*sólo entonces*” se conocería “*la profundidad de las raíces físicas y morales del 26 de Julio*”, “*la extensión de la popularidad de Fidel Castro*”, que, en aquel momento, era incontestable, y el aguante de todo el entramado institucional e ideológico montado en torno al proyecto fidelista³⁵⁹.

La prueba a la que tendría que enfrentarse Cuba iba a ser “*tremenda*”, según profetizaba una vez más la crónica de *Pueblo*, porque pocas revoluciones en la historia habían despertado “*tantas ilusiones*”; pocas habían “*hecho soñar tanto y tan audazmente a un pueblo entero*”. El desencanto estaba pues a la vuelta de la esquina y “*muchas gentes*”, como señalaba Tobío, una vez más aguardando la fiesta, estaban ya “*despertando con furia*” del sueño revolucionario.³⁶⁰

Esta era una realidad ya patente en la Cuba de 1960, sin embargo, la mayoría del pueblo seguía inmerso en la vorágine revolucionaria. Unos subidos al carro del oportunismo y otros totalmente volcados en las virtudes que atesoraba el proceso. La Habana seguía así “*adelante con sus largas vacaciones*” y sus gentes vivían inmersas “*en una perpetua excitación*”, “*de mitin en mitin, de manifestación en manifestación, llevada y traída tumultuosamente por banderas, discursos, arengas, pancartas y demostraciones culturales*”³⁶¹. Quizás ningún pueblo, como aseveraba Tobío, había sido nunca sometido a “*una tan intensa y caudalosa reeducación política*”³⁶². En los canales de televisión y en la prensa se debatía y exponían temas sobre socialismo, cristianismo, imperialismo, soberanía, nacionalización...; ningún aspecto que atañera al proceso cubano se soslayaba en aquella disquisición permanente sobre el futuro de Cuba. Entre tanto, los cubanos, al ritmo de su trasnochador primer ministro, se concentraban muchas noches en la plaza cívica para mostrar su apoyo al Gobierno frente a cualquier incidente internacional o doméstico. La calle estaba con la revolución, pero además Fidel Castro había sabido sacarle todo el partido posible a la televisión. Después de los barbudos del ejército rebelde, la televisión había sido una de los baluartes más importantes para el fidelismo. Blanco Tobío consideraba a la televisión una de las armas más poderosas de la revolución:

*“Un arma ideal para un pueblo pobre, pero con los tejados erizados de antenas y que padece todavía un pavoroso índice de analfabetismo. Los editoriales, los artículos, los discursos impresos que no hubiesen llegado jamás a una población iletrada, han entrado torrencialmente por los ojos y oídos de todos a través de “la galvanizante (sic) personalidad de un joven excepcionalmente fotogénico, bien parecido y espontáneo en sus gestos como es Fidel Castro”.*³⁶³

Tobío consideraba que la Revolución cubana había sido la primera en la historia hecha “*por vía electrónica*”³⁶⁴. En adelante, las escuelas y teóricos que tuvieran por objeto el estudio de las técnicas revolucionarias tendrían “*que analizar como asignatura obligatoria las campañas televisadas del fidelismo*”³⁶⁵. Tobío no albergaba dudas sobre este particular: Cuba había sido “*hipnotizada por medio de las ondas hertzianas*”³⁶⁶. En la crónica de *Pueblo* no se ahorraban elogios a la inteligencia política de Fidel Castro y a su saber hacer ante las cámaras de televisión. La cubana era “*una*

³⁵⁸ *Idem.*

³⁵⁹ *Idem.*

³⁶⁰ *Idem.*

³⁶¹ *Ibidem*, pág. 4.

³⁶² *Idem.*

³⁶³ *Idem.*

³⁶⁴ *Idem.*

³⁶⁵ *Idem.*

³⁶⁶ *Idem.*

revolución ultramoderna”, con posibilidades todavía por explorar, y sobre la que Estados Unidos estaba tomando nota, como demostraban los novedosos “*mano a mano*” televisados entre Nixon y Kennedy³⁶⁷.

El discurso de Tobío colocaba a la Revolución cubana como uno de los acontecimientos del siglo y no pasaba por alto la labor que la dirigencia cubana estaba haciendo en el campo de la cultura. Fidel Castro contaba con “*la obsesión de la cultura*” y era de los que consideraba que la revolución tenía como problema prioritario a resolver “*la educación del pueblo*”, el proyecto fidelista estaba trabajando con tesón para que el “*acceso a las experiencias culturales y estéticas*” alcanzara al total de la población³⁶⁸. De este modo, La Habana había sido invadida por todo tipo de actividades culturales, muchas veces gratis y otras bajo un régimen de precios tan bajo que se erigía en simbólico:

«*Cine, teatro, ballet, conciertos, reúnen a audiencias de millares de trabajadores que estrenan por primera vez en su vida el sentimiento de escuchar la "Novena sinfonía" de Beethoven, de ver los mejores reportorios del ballet clásico, de oír los versos de Calderón, Lope de Vega o Bertolt Brecht*». ³⁶⁹ Fruto de aquella fiebre por la cultura llegaban a La Habana “*legiones de artistas, directores de teatro y cine, escritores y músicos*”³⁷⁰. Tobío señalaba que muchos de ellos provenían desde el otro lado del telón acero y que residían en los hoteles habaneros enfundados en guayaberas con la intención “*de poner en solfa o en verso, con estética marxista plúmbea y ya superada, la épica de Sierra Maestra*”³⁷¹.

Este era el escenario que reinaba en La Habana durante el último tercio de 1960. La movilización política, la cultural y la organizativa se combinaban con la instrucción de las milicias populares para hacer frente a los desafíos que la revolución tendría que afrontar. La dirigencia revolucionaria atendía a las necesidades culturales de un pueblo que precisaba estar formado para sostener el proceso revolucionario, tenía que atender igualmente a la organización económica e institucional, cada día más dependiente de la gestión estatal debido a su tamaño creciente, y veía como las milicias eran cada día más necesarias debido a la proliferación de los atentados de la disidencia y a la actividad de las guerrillas “antifidelistas” en el llano y en la sierra.

La revolución estaba pues en el cénit de su apogeo, según predicaba *Pueblo*; contaba ya en su haber con bastantes logros y sobre todo tenía el apoyo decidido de un porcentaje mayoritario de la población fruto de los beneficios que reportaba el empuje revolucionario en las clases populares. El nacionalismo cubano de corte progresista, es decir, la ideología bajo la que se articulaba el proyecto fidelista, había alcanzado unas cotas de aceptación entre la población tan altas que habían convertido al Gobierno de Fidel Castro en plenamente legítimo, quizás en el más legítimo de la corta historia de la Cuba postcolonial. Aquel nacionalismo que practicaban las huestes fidelistas tenía además el don de la integración, pues parecía estar abierto a todos aquellos que apostaran por la premisa básica de la soberanía, lo que lo convertía en una ideología que además de legítima contaba también con la capacidad integradora entre sus características.

Sin embargo, a pesar de contar el régimen encabezado por Fidel Castro con todas aquellas virtualidades, también tenía sus inconvenientes. En el futuro inmediato se divisaban ya las primeras complicaciones para la Revolución cubana, unas complicaciones que venían marcadas por su marcado carácter utópico y por la creciente presencia del comunismo. De ahí la contumaz insistencia de Tobío en remitirnos a la fábula, o su obstinación en hacer referencia al cuento de la cenicienta,

³⁶⁷ *Idem.*

³⁶⁸ *Idem.*

³⁶⁹ *Idem.*

³⁷⁰ *Idem.*

³⁷¹ *Idem.*

que, a su entender, encajaba a la perfección con lo acontecido en aquellos últimos meses en Cuba. La incertidumbre reinaba en Cuba, pues la utopía podía terminar en “distopía”.

La idea de la utopía trasformada en pesadilla, en “distopía”, por los excesos de la ideología parecía flotar en cada párrafo de la primera entrega sobre Cuba publicada en *Pueblo*, pues el nacionalismo cubano, en su lucha contra el imperialismo norteamericano, podía resultar finalmente engullido por los apetitos presentes en el marxismo internacional o sucumbir al empuje de la maquinaria económica, propagandística y militar norteamericana. En la búsqueda de la dicha nacional, el movimiento fidelista podía conducir a Cuba a los mayores sufrimientos debido a los gravámenes propios de estar sometido a la URSS o al castigo que Estados Unidos podía estar dispuesto a imponer a los cubanos por su insolencia.

De todas formas y a pesar de las objeciones, desde la proclamación de la Reforma Agraria en mayo de 1959 ningún medio franquista se había atrevido a ir tan lejos en una aproximación a la Revolución cubana. Tobío no había ahorrado las críticas al régimen fidelista, ni tampoco había arrinconado el grado de improvisación y desorden que reinaba en Cuba. Sin embargo, en aquella síntesis de la actualidad habanera los aspectos positivos estaban muy por encima de las valoraciones negativas. Una vez más, *Pueblo* daba una versión diferente a la ofrecida por otros medios franquistas sin que la censura llegara a sus páginas. El régimen español, consciente, quizás, de que el proceso cubano no se podía encorsetar dentro de la reduccionista etiqueta de comunista, dejaba crecer algunas grietas por las que se permitía que afloraran interpretaciones ideológicas que rompían con el marco al uso.

Sin embargo, más allá de la visión amable que se ofrecía del proyecto cubano, la lectura ideológica que se hacía de la realidad cubana no se separaba en esencia de los principios del régimen. La visión aportada por Tobío colocaba los peros a la revolución allí donde la sombra soviética y la influencia marxista hacían acto de presencia, reservando los parabienes para la interpretación del proyecto cubano que aparecía desasido de las tutelas de las diferentes ramas del tronco del socialismo. Un aspecto que se puso de manifiesto en la segunda de las entregas de *Pueblo* sobre la Revolución cubana.

11.3.2 Una Habana báltica y eslava: el más provocador de los aforismos

La segunda crónica de Tobío sobre la Revolución cubana podría sintetizarse en el siguiente aserto: el marxismo trabajaba para hacerse cargo de los destinos de Cuba, frente a él se encontraba el nacionalismo cubano, cuyo verdadero carácter tendría que testarse en su capacidad de resistencia a la penetración comunista. Ahora, la ideología que trataba de apropiarse del proceso revolucionario para transformarlo, la ideología como falsa conciencia y que pervertía por tanto la interpretación de lo acontecido, era la del socialismo internacional, deformadora de una realidad hispanoamericana que, a pesar de los numerosos intentos, nunca habían podido someter a sus designios. Por el contrario, la vertiente de la ideología que se presentaba como legítima, la ideología que pasaba de funcionar como deformación a funcionar como legitimación, aquella que cubría la brecha entre las pretensiones de la dirigencia revolucionaria y las creencias de los gobernados era la que fluía en la crónica de Blanco Tobío como la versión fidedigna del acontecer cubano: la que nacía de la entraña de Cuba y tenía su asiento en la nación cubana. Es decir, aquel planteamiento ideológico, que, partiendo del nacionalismo cubano y de la prosapia hispana, refrendaba todo lo conseguido por la revolución, pero que abominaba de la presencia soviética y del socialismo internacional.

La segunda entrega de Tobío partía de estos razonamientos básicos y aparecía bajo un título que hacía honor a ellos desde las primeras líneas: “Una Habana báltica y eslava”³⁷², titulaba el periodista

³⁷² *Pueblo* (Año XXI). Núm.6558. Madrid: sábado, 1 de octubre de 1960, pág. 3. Diario.

gallego su segunda aproximación al universo cubano. Tobío encabezaba su segunda crónica con un razonamiento provocador, pues convertía en axioma lo que muchos deseaban y otros tantos combatían. Un encabezamiento que no dejaba resquicio a la duda y que le servía a Tobío para combatir aquella afirmación desde el primer momento: la interpretación de la realidad en la que la capital cubana estaba llamada a regirse bajo patrones esclavos y bálticos era a todas luces una construcción artificiosa, forzada y deformada y, por tanto, alejada de la realidad cubana y de su tradición revolucionaria.

Para aproximarnos a esta variante de la ideología en su versión deformadora partimos de la siguiente premisa como principio teórico: la realidad social está simbólicamente construida y por tanto podemos considerar la ideología como deformación cuando las ideas no son capaces de representar lo acontecido en una sociedad concreta; o, como hemos apuntado ya, cuando la ideología no es capaz de establecer una relación directa con la praxis³⁷³.

La deformación sería pues una de las variantes de la ideología, aquella que distorsiona la realidad ya prefigurada simbólicamente para presentarla bajo patrones desfigurados. Desde esta perspectiva, la de la ideología como deformación, un concepto puramente marxista, se acercaba la crónica de *Pueblo* a la interpretación y la representación de la realidad que pretendía hacer de Cuba un apéndice báltico o eslavo en pleno Caribe. En aquella versión la ideología se separaba de tal forma de la praxis que transformaba la representación de lo real en deformación de la realidad. La ideología que hacía de Cuba uno más entre los países socialistas se presentaba así como una deformación radical, que en su representación se alejaba totalmente de las ideas y del lenguaje de la vida real que daban pie a la praxis revolucionaria que se estaba observando en Cuba. Así pues, cualquier aproximación a la revolución desde planteamientos marxistas deformaba al proceso revolucionario y lo hacía incomprensible. Un posicionamiento que valía tanto para la lectura de los marxistas, ansiosos de ponerse al frente del proceso revolucionario a través de sus interpretaciones de la Revolución cubana, como para la lectura de los capitalistas, que trataban de hacer pasar al régimen cubano por comunista para poder así justificar sus descalificaciones y ataques.

De esta forma, las pretensiones de colocar el cartel de marxista a la revolución, tanto las maliciosas provenientes del mundo capitalista, como las interesadas y con pretensiones de dominio provenientes del área de influencia soviética, quedaban descalificadas por no ser capaces de dar fe de lo sucedido en Cuba. Las intenciones que perseguía la segunda crónica de Tobío podían explicarse bajo estas premisas: la lectura marxista de la revolución hacía inabordable el proceso cubano y aquí quedaba expedita la vía para ensayar una interpretación alternativa, una vía intermedia entre la versión ofrecida por el capitalismo y la aportada por el socialismo; por otra parte, muy del gusto de las aproximaciones que el falangismo español hacía a la realidad internacional.

Tobío exponía así, negro sobre blanco, la interpretación franquista del proceso revolucionario cubano. La línea argumental que se exponía para alcanzar esta vía alternativa pasaba por encontrar una versión ideológica que fuera capaz de salvar su variante deformadora y así esquivar las lecturas marxistas, las encubiertas con pretensiones de poder o las maliciosas tendentes a justificar los ataques contra la revolución. Frente a esta postura deformadora, la proveniente de la interpretación marxista fundamentalmente, pero también la proveniente del capitalismo irreflexivo, se presentaba la visión hispana del proceso revolucionario, la única capaz de conseguir la concordia entre los dirigentes revolucionarios y la mayoría de la población cubana. La ideología como legitimación era la encarnada por la Cuba independiente, la proyectada por el nacionalismo cubano que se presentaba como

³⁷³ Ricoeur, Paul: *Op. Cit.*, págs. 14 y 15.

heredero del sentir hispano, y que era capaz de danzar a su propio ritmo, sin prestar oídos a la música que provenía de Moscú o Washington.

Llegados a este punto, el razonamiento parecía decantarse por sí mismo: la ideología como legitimación, aquella que cubría la brecha entre gobernantes y gobernados cubanos para conseguir el consentimiento de los segundos frente a las pretensiones de poder de los primeros, era la que estaba presente en el nacionalismo cubano, remedo de la resistencia hispana frente al tradicional poder anglosajón primero. Esta vertiente ideológica era la que tenía que hacer frente a la otra ideología, a la marxista, a la deformadora de la realidad cubana, que no por ello renunciaba a sus pretensiones de legitimidad. De este modo, nos encontrábamos con dos vertientes ideológicas, que según el reportaje de *Pueblo*, se aproximaban a la realidad de forma muy distinta. Una era la representada por el marxismo, usurpadora y falsa, una reinterpretación de la realidad que colocaba a Cuba fuera de su tradición revolucionaria. Y otra ajustada al sentir cubano, reproducción de las pasiones y fobias hispanas, y representante por tanto de la historia de Cuba y del nacionalismo cubano.

Para acometer esta labor Tobío hacía una comparativa entre la España de la Guerra Civil y la Cuba revolucionaria. Cuba estaba inmersa en los males de la utopía y de la ideología izquierdista, como lo había estado España en los albores de la contienda civil en la que había desembocado la Segunda República. Aquellos males traídos por las ideologías de corte marxista habían condenado a España en 1936 a una guerra en la que el comunismo internacional finalmente había tomado el mando y se había batido contra las huestes del nacionalismo español. España se había separado de su tradición al calor de la arenga de un contingente de intelectuales al servicio de las variadas corrientes de la izquierda política y frente ellos otra parte de España había reclamado el derecho de réplica. Cuba, según la versión de *Pueblo*, estaba padeciendo aquel mismo mal veinte años más tarde, pues tarde o temprano el nacionalismo cubano tendría que tomar partido de forma abierta: o se enfrentaba al socialismo o terminaba confluyendo con él.

Así pues, en 1960 Cuba estaba en el mismo estadio que España en 1936. Es decir, en ciernes de enfrentar el desafío comunista. Tobío señalaba que, durante la Guerra Civil española, Madrid había atraído a una “*vastísima legión de escritores, periodistas e intelectuales de izquierdas*” que había apoyado a la causa republicana y a su temerario proyecto³⁷⁴. Aquel mundo intelectual, envejecido y ajado por el paso de los años, podía encontrarse en 1960 en La Habana. Aquellos personajes, tan frecuentes en las novelas de Hemingway, según señalaba Tobío, se paseaban ahora por La Habana³⁷⁵.

En Cuba se encontraban pues las secuelas de la Guerra Civil española. El pensamiento de escritores como Hemingway, Malraux, Orwell o Koestler, las crónicas de periodistas como Matthews o William Krehm o la forma de contar de cineastas como Joris Ivens, productor de “*Tierra Española*”, dramaturgos como Bertolt Brecht, autor de “*Los fusiles*”, o poetas cubanos como Nicolás Guillén copaban ahora el panorama cultural y volvían a tener presencia en Cuba dos décadas más tarde³⁷⁶. Muchos estaban todavía en activo y habían acudido a Cuba en busca de aquel halo romántico que les había aportado la Guerra Civil española y otros, herederos del pensamiento de aquellos, veían en Cuba una reedición de la revolución española. Esta patulea de intelectuales eran los portadores de la idea romántica de la revolución; participaban de un izquierdismo difuso y parecían más interesados en la destrucción del pasado reciente que en las teorizaciones sobre la construcción del futuro, sin embargo, apoyaban de forma entusiasta a la dirigencia revolucionaria y contribuían a hacer de la Revolución cubana una nueva epopeya en la construcción del socialismo.

³⁷⁴ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6558. Madrid: sábado, 1 de octubre de 1960, pág. 3. Diario.

³⁷⁵ *Idem*.

³⁷⁶ *Idem*.

A esta comitiva de intelectuales afincados en el mundo occidental se habían unido otros pertenecientes al bloque oriental, también presentes en la Guerra Civil española, pero que habían decidido cruzar el telón de acero para resarcirse en Cuba de la nostalgia de un tiempo pasado. Aquí Tobío mencionaba a Rafael Alberti³⁷⁷, que, en compañía de Santiago Carrillo, merodeaba por La Habana en busca de un reconocimiento que España no le ofrecía. Tobío hacía de este grupo internacionalista, en el que el activismo político se confundía con la vocación artística en muchos de ellos, el componente utópico de la revolución, pues construían el presente desde los parámetros que ofrecía la contienda española. Muchos de ellos defendían un programa de futuro nunca ensayado y es que, según dejaba entrever Tobío, resultaba difícil construir la victoria y el porvenir sobre los escombros de una derrota pretérita. Los regímenes de corte marxista no habían prendido en suelo hispano, sin embargo, el marxismo se mostraba pertinaz en su acoso y, como antes en España, se pretendía hacer de Cuba el bastión para futuras intervenciones en el solar iberoamericano.

Todos aquellos intelectuales aparecían unidos bajo los recuerdos y el sentimentalismo de una guerra perdida, compartían, según Tobío, *“los recuerdos que se llevaron de España, buenos, porque eran tiempos heroicos y juveniles”* y estaban unidos también por *“la frustración de la derrota”* que *“nunca habían podido digerir”*. Veinte años después aparecían de nuevo es escena. Los supervivientes de aquella debacle, la generación de *“Por quién doblan las campanas”*, según la definió Tobío, se encontraban ahora en La Habana hospedados *“en los hoteles del INIT”*, *“haciendo declaraciones a la prensa”*, *“dando conferencias”*, *“recitándoles”* la buena nueva a los cubanos y *“rodando películas”* sobre la epopeya revolucionaria.³⁷⁸

Estos intelectuales, creadores aclamados a ambos lados del telón de acero, con sus detractores y partidarios, le daban fuste a la revolución y la ayudaban a construir un relato de su devenir destinado a resucitar *“el clima y la excitación de la guerra civil española”*. Para Blanco Tobío no había dudas al respecto: la Revolución cubana le estaba dando cobertura a la actividad *“laboriosa y patética”* de aquel conjunto de intelectuales y activistas que a través de la instituciones culturales y educativas de Cuba trataban de despertar en la población cubana la nostalgia de la España perdedora y de todo lo que había representado. En Cuba se estaba dando cobertura al desahogo de una derrota no digerida y muestra de ello podía encontrarse en *“los homenajes a la República española”*, en las reposiciones de obras como *“Los Santos”* de Pedro Salinas, o la vigencia de la ya citada *“Los fusiles”* de Bertolt Brecht, o de poetas como Juan Rejano, miembro del Comité Central del PCE.³⁷⁹

Todas estas manifestaciones eran presentadas bajo unos perfiles que las colocaban en el campo de la nostalgia o del ensalmo de proyectos fallidos. Su ocupación fundamental pasaba así por el canto a las luchas pretéritas como semblanza de las actuales, pero donde la ausencia de propuestas concretas era más que manifiesta. Así pues, la plétora de la intelectualidad asentada en La Habana era retratada en *Pueblo* como una suerte de componente utópico de la revolución, pues había más de ensoñación que de realidad en los planteamientos de aquella intelectualidad izquierdista. Sin embargo, contribuían a la creación de los mitos populares y a la puesta en vigencia de otros ya olvidados, que, en comunión con los referentes revolucionarios cubanos y latinoamericanos, eran capaces de construir un todo de raigambre hispana e izquierdista que hacía de la Revolución cubana la continuación de luchas pretéritas y el destino final de anhelos insatisfechos. De todos modos, como señalaba Tobío de forma machacona, el componente marxista que emanaba de aquellos intelectuales los colocaba fuera de la tradición cubana y, por tanto, como usurpadores de una realidad que no les pertenecía y a la que tampoco comprendían enteramente.

³⁷⁷ *Idem.*

³⁷⁸ *Idem.*

³⁷⁹ *Idem.*

Frente a este componente utópico, memorándum de “*la exploración de lo posible*” expuesto como una suerte de “*variación imaginativa sobre la naturaleza del poder*” y sus posibilidades de desarrollo³⁸⁰, nos encontrábamos con la ideología que trataba de preservar la identidad del grupo y cuya función principal pasaba a la vez por legitimar la autoridad vigente³⁸¹, es decir la presente en el nacionalismo cubano. Un nacionalismo que se veían a su vez impelido a competir con otra ideología con pretensiones de legitimidad, la que representaba la realidad desde la óptica marxista y que contaba con teóricos más reputados que la intelectualidad de izquierdas asentada en La Habana. Sólo que en esta ocasión, siempre de acuerdo a la interpretación de *Pueblo*, la identidad tenía que ser reedificada y deformada para pasar a continuación a trabajar por la legitimidad de esta nueva identidad artificiosa. Los teóricos marxistas se veían así impelidos a hacer una lectura de la Revolución cubana que tenía que amoldar el acontecer revolucionario a su dogma sin perder por ello el toque nacionalista que requería cualquier interpretación del proceso revolucionario cubano.

Nos topábamos de esta suerte ante dos entornos complementarios y compatibles, el componente utópico y el ideológico. Si el primero tenía su asiento en los intelectuales a los que hacía mención Tobío en su crónica, portadores de mitos y los mayores defensores de la democracia directa implementada por el movimiento revolucionario, en el segundo estaban presentes los portavoces del comunismo internacional y del nacionalismo cubano. En este segundo entorno, en el ideológico, nos encontrábamos pues con dos legitimidades: una perfectamente asentada y otra con pretensiones de estarlo. En primer lugar nos hallaríamos frente a la legitimidad que brotaba del pensamiento martiano-fidelista, es decir, la que se desempeñaba como verdadera vertebradora del proceso revolucionario, y en segundo lugar con la legitimidad que trataba de implantar la escuela marxista, contemporizadora y huésped inesperado del proyecto fidelista. En esta segunda, la que trataba de asentar el poder establecido bajo los criterios que emanaban de Moscú, estarían los miembros de las formaciones comunistas.

Tobío hacía referencia en su crónica a Santiago Carrillo, pasto de las descalificaciones más hirientes en las páginas de *Pueblo*, y al resto de los comunistas patrios y foráneos que se afanaban en tomar el control del proceso revolucionario. El comunismo trataba así de amoldarse al discurso revolucionario, intentaba hacer suyo el nacionalismo cubano, para, a continuación, tratar de transformarlo. La brecha entre las pretensiones de los gobernantes y las creencias de los gobernados estaba siendo cubierta con relativo éxito por parte del nacionalismo cubano, con lo cual, cualquier ideología con pretensiones de legitimidad en Cuba tenía que amoldarse por fuerza a las premisas del nacionalismo que brotaba del discurso fidelista. Los miembros del PSP eran perfectamente conscientes de esta necesidad y no permanecían ociosos ante los requerimientos del momento. Se precisaba “cubanizar el discurso marxista” y los comunistas patrios contaban con la ayuda inestimable de sus camaradas extranjeros para llevar a cabo aquella transformación en la que la defensa a ultranza de la nación cubana y de su soberanía tenía que ser el eje vector de cualquier estrategia.

La táctica tenía que pasar por hacer del socialismo algo perfectamente compatible con la soberanía nacional o incluso, yendo todavía más allá, hacer del socialismo la condición necesaria para preservar la soberanía. La mejor de las estrategias pasaría entonces por presentar al capitalismo como el mayor obstáculo para la preservación de Cuba como nación. De este modo, socialismo y nacionalismo podrían ir de la mano sin contradicción aparente, pero para ello, como venimos reiterando, se precisaba de la nacionalización de los postulados y las formas del comunismo tradicional.

A esta parte, a lo que hemos determinado en llamar “cubanización del discurso marxista”, dedicó *Pueblo* parte de su segunda entrega sobre Cuba. Tobío, muy crítico con el comunismo internacional

³⁸⁰ Ricoeur, Paul: *Op. Cit.*, págs. 21 y 22.

³⁸¹ *Ibidem*, pág. 20.

en sus crónicas, no eludía sin embargo la habilidad de “los rusos” para adoptar los hábitos del país en el que vivían y adaptarse a las necesidades que demandaba un contexto internacional cambiante³⁸². Tobío señalaba que “los rusos” aprendían “a una velocidad fantástica” el idioma nativo³⁸³. Una característica que los diferenciaba claramente de los norteamericanos, según enfatizaba el cronista de *Pueblo*. Frente a los norteamericanos, «por lo general impermeables a todo hábito extranjero y tenazmente refractarios a aprender lenguas “bárbaras”», estaban los soviéticos, que se paseaban por La Habana vestidos con la tradicional “guayabera”, que se había convertido en lectores asiduos “de Hoy y Revolución” y que fumaban con naturalidad “tabacos capitalistas” que habían dejado de serlo, precisamente en aquellas fechas, fruto de la nacionalización de la industria tabaquera.³⁸⁴

La Habana se había convertido así, en el “hotel terminus para comunistas errantes”: intelectuales, políticos y técnicos marxistas, apretaban filas con las huestes fidelistas, no sin generar tensión e incredulidad entre muchos revolucionarios, que, según Tobío, manifestaban en círculos privados su disconformidad con aquella alianza fruto del entendimiento con la Unión Soviética.³⁸⁵

El reportaje de *Pueblo* exponía el modo en que la Unión Soviética, poco a poco, se había incorporado en la propaganda oficial como “amiga y protectora de Cuba”³⁸⁶. Primero con su oferta de ayudar ante la falta de suministros petrolíferos y después como compradora del azúcar que rechazaban los americanos, para finalmente ofrecer su coherencia como defensa de la integridad territorial de la isla y como salvaguarda de soberanía. Ante aquellos hechos, Tobío afirmaba que era lógica la gratitud de los cubanos. Cuba finalmente había girado hacia la URSS en parte “por miedo” y en parte por “despecho”, y ni el miedo ni el despecho eran buenos consejeros³⁸⁷. De este modo, Cuba no había tenido la oportunidad de afrontar su crisis con los Estados Unidos de manera fría y racional. El conflicto había llegado cuando todavía estaban vivos los ecos de la gesta fidelista, en plena calentura por la victoria frente a Batista, “cuando Fidel Castro no había tenido tiempo de sentarse, de meditar, de reflexionar”³⁸⁸.

La Revolución había adoptado “sus grandes decisiones en la calle”, al calor de “gritos y apretones” y “entre multitudes desgañitadas”³⁸⁹. Un marco ideal para que aquellos ímpetus corrieran parejos a los intereses de Moscú, presto a ocupar el espacio que Estados Unidos no estaba sabiendo cubrir en defensa de los anhelos cubanos. Cuba se encontró así apegada a la URSS y no por el interés mostrado por la diplomacia soviética. Tobío señalaba que, en el caso cubano, lo más lamentable era que “Rusia no había tomado arte ni parte, cuando menos de una manera directa y evidente, en la captación de Cuba: se la encontró”³⁹⁰. Se había topado con ella “como regalo caído del cielo” fruto de “la ceguera de Washington y de la obcecación de La Habana”³⁹¹.

Sin embargo, aquella proximidad a la URSS y las facilidades dadas por cubanos y norteamericanos para que la diplomacia soviética tomara posiciones en el Caribe no reducían a Cuba al papel de satélite soviético. Aquella explicación reduccionista no era capaz de exponer lo que realmente sucedía en Cuba y el papel que estaba destinada a jugar en el futuro, pues además de la URSS estaba también la China popular en el tablero. Tobío señalaba que de sus conversaciones en La Habana había deducido que la colonia más numerosa en Cuba era la China. Los comunistas soviéticos, checos, polacos o

³⁸² *Pueblo* (Año XXI). Núm.6558. Madrid: sábado, 1 de octubre de 1960, pág. 3. Diario.

³⁸³ *Idem*.

³⁸⁴ *Idem*.

³⁸⁵ *Idem*.

³⁸⁶ *Idem*.

³⁸⁷ *Idem*.

³⁸⁸ *Idem*.

³⁸⁹ *Idem*.

³⁹⁰ *Ibidem*, pág. 4.

³⁹¹ *Idem*.

españoles se habían asentado en La Habana, pero a nadie se le escapaba que Pekín, por encima de Moscú, se había erigido en *“la Roma de los partidos comunistas de los países subdesarrollados, africanos, asiáticos e hispanoamericanos”*³⁹².

De todos modos, y a pesar de las concomitancias fidelistas con soviéticos y maoístas, Tobío no admitía la condición comunista de Cuba, aunque tampoco la negaba; simplemente no existían todavía suficientes elementos para posicionarse. Tobío no veía razón alguna para precipitarse en *“un juicio definitivo”* sobre aquella cuestión³⁹³. Las razones que se esgrimían para definir a Cuba como un Estado comunista estaban también presentes en otros países: como sucedía en Cuba, había comunistas de otros lares también en Iraq o Egipto y ni este ni aquel habían sido calificados como Estados socialistas³⁹⁴. Por su parte, el reconocimiento de la China popular no convertía tampoco a Cuba en un Estado comunista. Inglaterra también la había reconocido y esto no la colocaba en la órbita soviética³⁹⁵. Cuba se presentaba así, de forma interesada, como un caso particular y como tal debía ser tratada. Ni siquiera consideraba Tobío que fuera un *“neutralista”* al uso, pues las bases norteamericanas en su territorio invalidaban cualquier posicionamiento de esta índole³⁹⁶. Tobío señalaba además que su postura no se movía en el vacío, pues las repúblicas latinoamericanas habían asumido aquella misma posición a través del rechazo a las tesis de Herter en la conferencia de San José de Costa Rica³⁹⁷.

De todos modos, Tobío no eludía la infiltración comunista en Cuba al reconocer la fuerte presencia de comunistas en el ámbito de la prensa, la radio y la televisión, donde ejercían su labor en los últimos tiempos *“locutores y locutoras en un castellano que no era cubano”*³⁹⁸. Sin embargo, a pesar de estas evidencias, y de la adscripción ideológica de muchos de estos periodistas y profesionales de la información, en el Gobierno de Fidel Castro no había *“ministros con carnet del partido comunistas”*, como sí había sucedido en uno de los gabinetes de Gobierno formados bajo la tutela de Batista³⁹⁹.

La adscripción comunista del Gobierno cubano era pues más que discutible. Tobío apuntaba en este momento cuál era la posición oficial del régimen cubano sobre este particular: *“la contrarrevolución se disfraza de anticomunismo”*⁴⁰⁰. La crónica de *Pueblo* no refutaba este aserto y señalaba que aquella apreciación no era cierta para todos los casos, pero sí que lo era en muchos de ellos *“sin el menor género de duda”*, pues para las antiguas clases dirigentes cubanas *“toda reforma de tipo social avanzado, aunque contara con las bendiciones de la Iglesia, era comunismo”*⁴⁰¹. Aquí, Blanco Tobío, después de descargar contra norteamericanos, soviéticos y también contra cubanos revolucionarios, reservaba sus últimas apreciaciones para someter a las clases hegemónicas que habían ejercido el control sobre Cuba en el último medio siglo a la crítica más descarnada:

*“La alta burguesía cubana no parece haber reparado todavía en el hecho de que cuando el comunismo prospera entre las clases trabajadoras, la responsabilidad no es enteramente de Rusia, sino también de quienes, como en Cuba, no demostraron sensibilidad alguna ante la miseria de millones de cubanos”*⁴⁰².

³⁹² *Idem.*

³⁹³ *Idem.*

³⁹⁴ *Idem.*

³⁹⁵ *Idem.*

³⁹⁶ *Idem.*

³⁹⁷ *Idem.*

³⁹⁸ *Idem.*

³⁹⁹ *Idem.*

⁴⁰⁰ *Idem.*

⁴⁰¹ *Idem.*

⁴⁰² *Idem.*

Blanco Tobío lanzaba una interpretación del momento por el que estaba pasando Cuba en la que había mucho del habitual resentimiento español hacia los Estados Unidos y las clases dirigentes cubanas que tradicionalmente habían aparecido subordinadas a los intereses norteamericanos. La lucha de la Revolución cubana por defender la soberanía de la nación y la igualdad entre sus ciudadanos se había convertido así, además de en materia de conflicto entre soviéticos y americanos, en fuente para confrontaciones de otra naturaleza, pues se ponía en tela de juicio el papel que históricamente habían desempeñado las clases dirigentes en Cuba desde su independencia de España.

El movimiento fidelista, que no era otra cosa que un facsímil moderno del nacionalismo cubano, estaba tratando de resolver, independientemente de la posición que se tuviera con respecto a sus métodos y procedimientos, lo que la burguesía nacional se había negado a hacer durante décadas. De este modo, las responsabilidades sobre el conflicto que estaba viviendo Cuba no podía ser sólo de las huestes revolucionarias, recaía también sobre los hombros de quienes hasta la llegada de la Revolución cubana habían determinado los destinos de Cuba en todos los órdenes. Es decir, la alta burguesía cubana y los intereses norteamericanos en la isla. Así pues, la responsabilidad sobre el destino de Cuba tenía que repartirse entre los culpables de haber llevado al país a aquella situación de impredecible desenlace. Cuba se encontraba en aquel brete debido a la acción de tres factores prioritarios y un cuarto secundario. Como factores prioritarios encontraríamos los siguientes: la ofuscación de los líderes revolucionarios, la debilidad ideológica de las viejas clases dominantes de la Cuba republicana y la torpeza de la diplomacia estadounidense para gestionar su ámbito de influencia más cercano; quedando en su segundo plano, como factor secundario, la responsabilidad soviética y sus intentos de infiltración en la cúpula revolucionaria. Este era el razonamiento básico apuntado por Blanco Tobío.

Un planteamiento que se podía sintetizar del siguiente modo: el conflicto por el que estaba pasando Cuba, a pesar del protagonismo alcanzado por la URSS en los últimos meses, apenas era deudor de las ambiciones internacionales de los soviéticos, convidados en el último momento a participar en la refriega debido a “*la ceguera de Washington*”, a “*la obcecación de La Habana*” y a la incapacidad del bloque hegemónico prerrevolucionario para asumir “*reformas de tipo social avanzado*”⁴⁰³. Cuba se convertía así en epicentro de la Guerra Fría por mor del comportamiento errático de las clases dirigentes cubanas, “pre” y “post” revolucionarias, y del tradicional dominador de la isla, los Estados Unidos.

Aquella sucesión de errores concatenados había abocado a Cuba a aquella situación de impredecible final. Una situación que había propiciado que Cuba tuviera ahora un nuevo papel en el ámbito internacional, un mayor protagonismo y que fungiera abiertamente como partidaria de la URSS frente a Estados Unidos; una circunstancia nueva que, sin embargo, no implicaba necesariamente la transformación del proyecto revolucionario cubano en un régimen comunista.

11.3.3 La incertidumbre: fuente de ensoñación y fundamento interpretativo

El carácter definitivo de la revolución estaba pues todavía por delimitar en todos sus detalles, como explicaba la controvertida versión apuntada en *Pueblo*. Una muestra evidente de aquella afirmación era la consolidación del problema cubano como uno de los debates recurrentes y más controvertidos de la política hispanoamericana en 1960. El cartel de comunista que se le había colgado a la revolución estaba estrechamente ligado a la propaganda difundida por la jerarquía eclesiástica y la alta burguesía cubana y norteamericana en su afán por terminar con un régimen que los había desalojado del poder. Por el contrario, las visiones contrarias a esta etiqueta iban desde la mostrada por los propios comunistas, que en ningún momento definían a Cuba como un régimen socialista al uso, no lo era,

⁴⁰³ *Idem.*

hasta sectores del falangismo español que consideraban a Fidel Castro y su revolución una víctima de la Guerra Fría debido a su irreductible nacionalismo, pasando a su vez por las valoraciones de sectores democristianos y socialdemócratas que veían en el proyecto cubano el desarrollo de parte de su argumentación programática, aunque demonizaran o temieran la cada vez más evidente presencia de los comunistas dentro del frente revolucionario.

En fin, el carácter comunista de la revolución sólo parecía habitar en las mentes de aquellos sectores que habían sido barridos por la vorágine revolucionaria. Ante este escenario y a pesar de los condicionantes domésticos y foráneos, el régimen cubano sería lo que decidieran sus nuevas clases dirigentes, pues habían demostrado ya de forma palmaria que, fuera cual fuese el camino a seguir, el objetivo prioritario pasaba por terminar con el dominio norteamericano en Cuba; un fin que se erigía como factor medular del proceso y que en su desarrollo haría uso de los elementos materiales o espirituales que fueran necesarios para hacerlo efectivo.

La dirigencia revolucionaria, en sus pretensiones de legitimidad, contaba además con un fuerte apoyo popular. De este modo, la brecha entre las pretensiones de legitimidad presentes en la autoridad revolucionaria y las creencias de la población cubana en la legitimidad del orden implantado por Fidel Castro era muy pequeña, por no decir irrelevante. De ahí que la dirigencia revolucionaria no tuviera prisas en la asunción de una nueva ideología monolítica más allá del nacionalismo genérico que definía al proceso revolucionario.

En Cuba no existía la necesidad de optar por el marxismo de corte soviético ni por la democracia burguesa de prosapia estadounidense porque el orden político instaurado por Fidel Castro era legítimo para la inmensa mayoría de los cubanos. En definitiva, la sistematización de la ideología que tenía que asumir este papel de legitimación para cubrir la brecha entre las pretensiones de la dirigencia y las creencias de los gobernados no se presentaba como materia urgente porque se satisfacía plenamente con la soberanía proclamada y el nacionalismo cubano.

Sin embargo, la revolución no cerraba las puertas a nadie y como había manifestado en numerosas ocasiones estaba abierta a todos aquellos sectores que comulgaban con los objetivos generales de liberación nacional y continental. Una circunstancia que jugaba a favor de aquellos que como la Iglesia, el comunismo u otros sectores del variado panorama ideológico hispanoamericano se afanaban en buscar las justificaciones para completar e integrarse en el compendio doctrinal que comulgaba con la Revolución cubana. Comunistas, socialista, católicos o democristianos podían formar parte de las filas revolucionarias si asumían los principios básicos de soberanía. Podían integrarse en el bloque hegemónico en formación si estaban dispuestos a defender el proyecto fidelista y propagar entonces, una vez situados en las proximidades del poder, una lectura del proceso cubano que pudiera ser compatible con la ideología en la que militaban. De todos modos, era evidente que los mejor situados, dadas las relaciones de Cuba con la URSS y los Estados Unidos eran los comunistas, además contaban con la ayuda inestimable de la contrarrevolución que tildaba de comunistas a todos aquellos que se mostraban proclives a apostar por las reformas progresistas puestas en marcha por el gabinete de gobierno fidelista.

La brecha que separaba las pretensiones entre gobernantes y gobernados estaba pues sobradamente cubierta, lo que no era óbice para que la revolución siguiera abierta a nuevos contenidos que fueran capaces de reforzar al Gobierno cubano. La dirigencia revolucionaria había llenado el espacio entre sus pretensiones y las expectativas del pueblo con nacionalismo integrador, un nacionalismo que significaba el reparto de la riqueza nacional y la lucha por la soberanía. Sin embargo, la cúpula revolucionaria no se cerraba a que participaran otros sectores que se mantenían expectantes o que apoyaban el proyecto desde una posición discreta o secundaria. Dentro de la revolución había espacio para todos aquellos que compartieran estos principios básicos de liberación nacional y continental,

independientemente del campo ideológico del que provinieran. Lo que ineludiblemente daba a pie a aquellos que se sentían partícipes del proyecto general a que lo rellenaran con contenidos propios de la ideología de la que sentían partidarios. El carácter definitivo que adoptara finalmente la revolución parecía estar precisamente aquí, en los complementos ideológicos y en las aportaciones postreras, fundamentales para desequilibrar la balanza en uno otro sentido. La clave estaba, como hemos venido señalando, en los compañeros de viaje que adoptara la dirigencia revolucionaria entre aquellos grupos dispuestos a colaborar en la accidentada travesía contra el imperialismo norteamericano. Aquellas inclinaciones de última hora, adoptadas al ritmo de las tensiones con los Estados Unidos, terminarían dándole el perfil definitivo a la revolución.

De todos modos, desde el órgano de expresión del sindicalismo franquista, Blanco Tobío, en la tercera y cuarta entrega de sus trabajos sobre Cuba, señalaba que la revolución ya había fijado sus principios medulares y que éstos estaban en manos del pensamiento y el acervo ideológico que se desprendía de la oratoria de Fidel Castro. Los comunistas y todos aquellos que quisieran sumarse tendrían que adaptar su discurso a la prédica fidelista y escuchar con atención lo que ella fuera demandando a cada paso. La revolución y su carácter pasaban por lo que Fidel Castro tuviera a bien disponer sobre este y sobre aquella.

De este modo, la cuestión sobre el carácter de la revolución seguía abierta para los grupos que fueran capaces de desplegar una alta capacidad de adaptación a la línea argumental del fidelismo. Sin embargo, había que obrar con tiento, pues, sobre el carácter de la revolución, el primer ministro cubano no acostumbraba a prodigarse, al menos públicamente. Fidel Castro no se había comprometido abiertamente con ninguna de las doctrinas clásicas y esto había mantenido al proceso libre de los intentos de encapsulamiento que muchos pretendían. El humanismo de la revolución, al que Tobío dedicaba la mayor parte de su tercera entrega, era la única definición concreta y la única ideología por la que había apostado abiertamente Fidel Castro. Ahora bien, el humanismo aclaraba poco sobre el perfil de la revolución y se desempeñaba como una suerte de cajón de sastre en el que todo parecía tener cabida. Un calificativo, el de humanista, que tenía *“más resonancias literarias y filosóficas que políticas”*, como acertadamente señalaba Tobío, quien apuntaba con igual atino que aquel humanismo proclamado le venía inspirado a Fidel por *“el pensamiento de José Martí”*⁴⁰⁴. El héroe nacional de Cuba, Martí, era el verdadero mentor de Fidel Castro, quedando el resto de posicionamientos ideológicos como acompañamientos de los que se podía prescindir o adaptar al calor de los acontecimientos nacionales o internacionales.

La revolución contaba así con el pensamiento de Fidel Castro, netamente martiano, pero junto a él se recreaban otras representaciones de la realidad revolucionaria. Entre ellas tenían singular importancia las encabezadas por Raúl Castro y Ernesto “Che” Guevara, cuyo propósito pasaba por *“hablar de socialismo, e incluso de marxismo”* bajo el calificativo de *“cubano”*, con el ánimo no disimulado de restar protagonismo a aquellos y darle la relevancia a este y conseguir así hacer del pensamiento marxista una doctrina más digerible para el cubano⁴⁰⁵. Así pues, la ideología que se desprendía de la revolución cubana, para ser legítima e integradora, tenía que acudir a las fuentes del nacionalismo cubano. El resto de las corrientes ideológicas al uso, como sucedía con el socialismo, estaban condenadas a colgar el calificativo de cubano como acompañante indispensable, aunque fuera a costa de deformar ambos componentes de la particular unión.

Fruto de todos aquellos posicionamientos, en los que las ideas provenientes de la dirigencia cubana trataban de combinarse con otras ideologías, Tobío se aventuraba a designar al régimen fidelista como *«una “summa” de eclecticismo de izquierda»*, que nadie se había tomado todavía *“la molestia de*

⁴⁰⁴ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6559. Madrid: lunes, 3 de octubre de 1960, pág. 3. Diario.

⁴⁰⁵ *Idem.*

sistematizar ni de expresar filosóficamente ⁴⁰⁶. De la Revolución cubana podía pues prenderse el calificativo de socialista, pero se trataba de una versión tan particular del socialismo que ni los propios socialistas eran capaces de dar fe de aquella variante implementada en Cuba. Esta era la razón, según Tobío, por la que Mikoyán, durante su visita a Cuba, no había podido entender, desde el punto de vista doctrinal, la mitad de lo que había visto ⁴⁰⁷. Un sentimiento que no era privativo del mandatario soviético, pues dos socialistas americanos de escrupulosa ortodoxia, como era el caso de Leo Huberman y Paúl M. Sweezy, no terminaban de entender muchas de las medidas económicas tomadas en Cuba, pues representaban exactamente *“lo contrario de lo que para el caso prescribían los exégetas del marxismo”* ⁴⁰⁸.

El régimen cubano prescindía así de la ortodoxia de los teóricos marxistas; en Cuba los había, pero, según Tobío, las grandes decisiones programáticas no estaban en sus manos, sino en manos de Fidel Castro y el puñado de hombres que le secundaban. Cuba despertaba las simpatías en la izquierda pero no contaba con ninguno de los ornamentos organizativos de los regímenes comunistas, con lo que mal podía ser definido, según apuntaba Tobío, como un Estado comunista.

A resultas de todo este razonamiento, lo único que podía apuntarse de la Revolución cubana desde el punto de vista ideológico se reducía a aquel término arisco y elusivo que se daba en llamar humanismo, cuyo mentor e intérprete era Fidel Castro. Tobío tenía las ideas claras sobre este particular: humanismo era fidelismo y el socialismo cubano un subterfugio para recoger en el seno de la revolución fidelista a todo el izquierdismo errante y nacional que tenía aposento en la isla. Un mecanismo de lo más idóneo ante la necesidad de congraciarse con la URSS y con los nuevos aliados provenientes de la órbita soviética. De este modo, cualquier ejercicio que tratara de teorizar sobre el corte ideológico de la revolución tenía que centrarse en las condiciones concretas en las que había nacido el proceso revolucionario, en la personalidad y maneras de su máximo líder y, ineludiblemente, en la praxis revolucionaria del programa de gobierno desplegado en Cuba. Por encima de cualquier teorización política, la Revolución cubana bebía de las fuentes de la particular visión de Fidel Castro y del nacionalismo de nuevo cuño que él patrocinaba. Tobío lo expresaba de este modo:

«El “humanismo”, si decidimos llamarlos así, fue haciéndose sobre la marcha, a tiro limpio, improvisando la mayoría de las veces y acusando, más que predeterminando, las circunstancias. No podía esperarse otra cosa de Fidel, alma y cuerpo del “humanismo”, porque este hombre singular es la contrafigura de todo lo que signifique orden en los hábitos y en las ideas, sistema, organización y método. Temperamentalmente, es un perfecto anarquista, rabelesiano en el comer, extravagante en el vestir, enemigo de todo convencionalismo y con una idea muy vaga de cómo pasa el tiempo y de cómo se gasta el dinero. Jamás llega puntual a una cita, aunque sea con Kruschef, a quien en Nueva York dio un plantón de treinta y ocho minutos, y en los primeros tiempos de la revolución solía subir a un helicóptero y aterrizar donde caía, con libros de cheques en los bolsillos, para llenarlos en beneficio del portador, campesinos que lo mismo le pedían dinero para una yunta que para formar una cooperativa». ⁴⁰⁹

En esta extensa nota se compensaba la posición de Tobío sobre el carácter de la revolución en Cuba. Un tótum revolútum en el que se mezclaban a partes iguales exuberancia, anarquía, voluntarismo, exaltación, desmesura y confusión. Un régimen en el que las maneras y la personalidad del líder parecían indisociables del proyecto político que encabezaba. No obstante, bajo aquel ropaje de

⁴⁰⁶ *Idem.*

⁴⁰⁷ *Idem.*

⁴⁰⁸ *Idem.*

⁴⁰⁹ *Idem.*

supuesto desorden y desconcierto, Tobío señalaba tres ejes en la política de Fidel Castro desde sus orígenes hasta aquel mes de octubre de 1960: “*Poner fin al régimen dictatorial de Fulgencio Batista*” y terminar con sus modos de hacer política, llevar adelante “*una reforma agraria*” y “*nacionalizar los recursos del país, en manos, predominantemente, de capital norteamericano*”⁴¹⁰.

Tres objetivos por los que la revolución había trabajado y seguía haciéndolo ayudándose para ello de un peculiar estilo. Tobío hacía mención a las Asambleas Populares, refrendo para el Gobierno y órgano de deliberación entre gobernantes y gobernados: “*una consulta popular*” que se ejercía de forma periódica siempre que la ocasión lo demandara y que se había llevado a la práctica por medio de la institucionalización, “*por decreto no escrito*”, de lo que en Cuba llamaban la Asamblea del Pueblo⁴¹¹.

Aquellas asambleas estaban formadas por el pueblo directamente, no por sus representantes, y su punto de reunión era la Plaza Cívica en La Habana. Las convocatorias se hacían a través de los medios de comunicación y en ocasiones señeras el país al completo se movilizaba para colapsar La Habana. Otras veces, como había sucedido con la Declaración de La Habana, lo aprobado en asamblea multitudinaria recibía el refrendo popular a través de carteles en locales públicos y privados. Tiendas de la más diversa condición y sedes de organismos oficiales aparecían cubiertos de carteles y consignas a favor de lo aprobado por el pueblo. La Habana “*estaba empapelada con rótulos que decían: Apoyamos la Carta de La Habana*”.⁴¹²

Tobío apuntaba todas aquellas singularidades de la revolución para señalar lo distante que La Habana se encontraba de Moscú. “*En realidad, en Cuba se gobernaba por aclamación popular*”, según enfatizaba Blanco Tobío sin asomo de duda⁴¹³. En Cuba se ejercía una variante de la democracia directa en la que no se precisaban intermediarios entre el poder y el pueblo. Ni el 26 de Julio ni el PSP eran partidos capaces de sujetar el proceso revolucionario. El régimen que encabezaba Fidel Castro era “*absolutamente inorgánico*” a la vez que “*radicalmente jerárquico*”⁴¹⁴. Tobío se pronunciaba de forma taxativa sobre este particular: “*La jerarquía es el espinazo del sistema, y está exhaustivamente representada en Fidel; todos los demás gobiernan por emanación de su autoridad*”⁴¹⁵.

Cuba era pues un régimen singular que se singularizaba a cada paso que daba. Contaba con un componente utópico incuestionable, pues además de atraer a la intelectualidad de medio mundo debido al halo romántico que portaba su proyecto, era capaz de poner en práctica procedimientos organizativos y deliberativos que hasta la fecha se habían desechado por su falta de sustento en la realidad. Sin embargo, a pesar de su carácter utópico, contaba con una ideología, pero esta estaba circunscrita a un término tan elusivo como impreciso: el humanismo, una particular versión de un nacionalismo cubano con veleidades progresistas e izquierdistas.

Entre estos y otros razonamientos Tobío iba tejiendo un entretenido ensayo sobre lo que a su atender era la Revolución cubana. Todo un alarde retórico para construir una legitimidad del proyecto cubano que se articulara al margen del mandato soviético y que resultara sugestiva para los hispanoamericanos que disentían del papel jugado por Estados Unidos en América Latina. La lectura de *Pueblo*, a pesar de los constantes puyazos lanzados contra la izquierda diversa que se apretaba en el seno de la revolución, no resultaba totalmente incompatible con la de aquellos que se asomaban a

⁴¹⁰ *Idem.*

⁴¹¹ *Idem.*

⁴¹² *Idem.*

⁴¹³ *Idem.*

⁴¹⁴ *Idem.*

⁴¹⁵ *Idem.*

la realidad bajo el ordenamiento ideológico que imponía el armazón marxista. Cuba se erigía así en excepción y en régimen excepcional. En la Revolución cubana, a pesar de su clara vocación izquierdista, las particularidades estaban por encima de las regularidades: una circunstancia que hacía complejo el encasillamiento del régimen cubano dentro de los marcos del socialismo o el comunismo, pero que lo convertían en referencia obligada para cualquiera que se aproximara a la revolución en aquellos años.

Todos aquellos atributos del régimen cubano, exclusivos y excluyentes, que lo diferenciaban de cualquier otro régimen inclinaban a Tobío a señalar que Cuba no era un Estado comunista, aunque tampoco podía considerarse “una democracia social”, ni “una democracia liberal”⁴¹⁶. Puestos a lanzar definiciones, reclamadas a la dirigencia revolucionaria desde todos los ámbitos, Tobío se aventura a aportar una de factura propia: el régimen cubano podía representarse a través del “demototalitarismo”⁴¹⁷.

Así pues, el régimen imperante en Cuba era visto desde las páginas de *Pueblo* como una democracia totalitaria. Un giro que se daba de bruces con las intenciones que manifestaba el diario sindical cuando hacía referencia a la situación del régimen franquista: un jefe carismático y un pueblo igualitario entregado a la prosperidad de la nación. En definitiva, una hipérbole del franquismo, una caricatura hiriente para todos aquellos que no sentían partícipes del régimen imperante en España y un alago envenenado para la Revolución cubana, que aunque resultara del agrado de muchos sectores franquistas colocaba al régimen fidelista en una suerte de caudillismo de nuevo cuño, populista y voluntarista.

Había mucho de falangismo utópico en aquella propuesta de Tobío y una fuerte carga ideológica preñada de la revolución pendiente por la que suspiraba parte del falangismo español. Tobío asignaba así al régimen cubano parte de las características con que *Pueblo* definía a la dictadura franquista y no pasaba por alto lo mucho que había conseguido la Revolución cubana a través de aquel peculiar régimen. En lo tocante a sus logros, la semblanza que se presentaba de Cuba apuntaba a que los resultados positivos se habían conseguido allí donde imperaba la nacionalización y la autarquía.

Bajo estos planteamientos genéricos, que no se exponía de forma expresa pero que bullían en cada uno de los trabajos de Tobío, la tercera entrega de “informes directos sobre Cuba” no regateo elogios a la revolución, materializados fundamentalmente a través de las valoraciones positivas sobre la Reforma Agraria, “su éxito más indiscutible”, y la labor desempeñada por el INRA⁴¹⁸. Ocuparon también espacio en aquella tercera entrega los cambios acontecidos en el país en materia sanitaria y educativa y los avances en la construcción de viviendas y en la dignificación de la vida guajira⁴¹⁹. Cuba estaba llevando el progreso al campo cubano y aquello se reflejaba en las llamadas Tiendas del Pueblo, capaces de suministrar alimentos a unos campesinos que, “por primera vez en su vida”, se estaban “alimentando suficientemente”⁴²⁰.

No le faltaron parabienes a la revolución en la prosa de Tobío, pero tampoco esquivó el cronista gallego la desafección que estaba cosechando la revolución entre algunos sectores de la sociedad cubana. Tobío hacía una distinción entre el guajiro y el trabajador cubano, totalmente entregados a la causa revolucionaria, y sectores de la pequeña y mediana burguesía, que de antiguos entusiastas comenzaban poco a poco a perder la confianza en la revolución y a ingresar en las filas de la oposición. Entre los desencantados había también técnicos de diversa condición, lo que redundaba en perjuicio

⁴¹⁶ *Idem.*

⁴¹⁷ *Idem.*

⁴¹⁸ *Ibidem*, pág. 4.

⁴¹⁹ *Idem.*

⁴²⁰ *Idem.*

del proyecto revolucionario, obligado a satisfacer de especialistas al enorme entramado estatal que había nacido fruto de las intervenciones y nacionalizaciones. El desafío era enorme y el creciente Estado cubano tenía que hacer frente al dirigismo cada vez más mermado del personal adecuado para llevar a cabo aquella empresa.

La cuarta entrega de Tobío estaba dedicada a los decepcionados de la revolución⁴²¹, a los desencantados que habían visto como la revolución llegaba para quedarse y que lo hacía con proyectos en cartera que nadie había osado poner en marcha en la corta historia de la república cubana. Fruto de aquella osadía Fidel Castro había visto como la vieja guardia del “26 de julio” le había abandonado a las primeras de cambio. La revolución había perdido ya parte de los entusiasmos que la habían sustentado en su alborada. Unos la habían abandonado movidos por escrúpulos ideológicos, otros habían visto en el distanciamiento con los Estados Unidos una sentencia de muerte para el proyecto fidelista y algunos otros, los menos numerosos, pero también los más influyes, habían percibido que la revolución estaba llamada a hacerse a costa de la alta burguesía y la aristocracia del dinero. Estos habían sido los primeros en promover el disenso; mientras pudieron, trataron de promover la agitación desde dentro del país con ánimo de derrocar al nuevo Gobierno o al menos reconducirlo; una vez frustradas estas esperanzas, partieron hacia el exilio y muchos de ellos continuaron desde allí con el sustento de todo tipo de iniciativas para debilitar al régimen fidelista. Tobío señalaba que muchos de ellos se encontraban en Miami o en otros puntos de la geografía norteamericana. Su suerte había sido desigual, unos vivían con grandes fortunas, otros no habían puesto su patrimonio a salvo y habían partido hacia el exilio con una mermada bolsa.

Tobío señalaba que los motivos para optar por la disidencia y el exilio eran muy respetables, pero en cada grupo y en cada clase social las motivaciones variaban. Si los impulsos para renunciar al proyecto revolucionario eran variados y respondían a la clase social, no eran menos las consideraciones que Tobío mostraba ante los diferentes grupos desilusionados con el proceso. Las grandes fortunas que pertenecían a los consorcios norteamericanos y a la alta burguesía cubana no parecían contar con la conmiseración de la crónica de *Pueblo* y eran los más castigados en la argumentación de Tobío, algo que contrastaba con el tratamiento dispensado a aquellas pequeñas fortunas pertenecientes a la mediana burguesía, normalmente fruto del trabajo de la inmigración europea y el sacrificio de hombres y mujeres hechos a sí mismos.

En aquel conflicto entre revolución y propietarios Tobío consideraba que el Gobierno cubano estaba siendo tremendamente injusto, pues la responsabilidad sobre los desmanes perpetrados durante la Cuba prerrevolucionaria no era la misma entre los diferentes estratos que componían la burguesía cubana. Había enormes diferencias entre el recelo y la descalificación que Tobío mostraba frente aquellas fortunas que habían estado confundidas con el poder político, con la presencia norteamericana en la isla y que pasaban de una generación a otra en la historia de Cuba y aquellas otras formadas por la “última generación de indianos” llegados a Cuba, “por lo general, precedentes de España”⁴²². A estos últimos Tobío dedicaba varios párrafos. A unos propietarios que “partiendo de cero, de la posición económica y social menos privilegiada”, habían conseguido “a fuerza de trabajo, ahorro y sacrificio” ascender a la clase de propietarios, aunque fueran modestos⁴²³. Aquellos grupos de españoles, desentendidos de los avatares políticos y centrados en la acumulación de capital durante varias décadas se veían ahora desposeídos de aquella “pequeña fortuna”, generalmente “en propiedades”, quedando así su tranquilidad y vejez quebrantada por los avatares políticos en los que normalmente nunca habían estado implicados⁴²⁴. De todos modos, y a pesar de aquellas supuestas

⁴²¹ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6560. Madrid: martes, 4 de octubre de 1960, pág. 3. Diario.

⁴²² *Idem*.

⁴²³ *Idem*.

⁴²⁴ *Idem*.

arbitrariedades cometidas por el proceso revolucionario con algunos grupos, un aspecto en el que Tobío coincidían con las posiciones mostradas por la jerarquía católica cubana en su pastoral colectiva, algo había quedado patente tras el triunfo de la revolución: un nuevo período, no carente de incertidumbres, se abría para Cuba. Colonia, república y revolución hacían referencia a tres períodos en la historia de la mayor de las Antillas.

11.3.4 El anhelo nacional y el líder carismático

La Revolución cubana, según hizo ostensible el diario sindical, contaba con un proyecto nacional largamente ambicionado y con un líder capaz de sostenerlo. Tras el arribo de Fidel Castro a La Habana la historia de Cuba ya no volvería a ser la misma, pues algo había quedado meridianamente claro desde entonces: “*la Enmienda Platt había sido vencida*”⁴²⁵. Este esclarecedor enunciado daba título a la quinta entrega de las crónicas cubanas de Tobío. Aquí residía según Tobío “*la verdadera naturaleza de las aspiraciones y de la conducta de la revolución*”⁴²⁶. El “*furioso antinorteamericanismo*” que traía a Cuba “*embriaga*” tenía orígenes históricos, no era un hecho puntual⁴²⁷. Es decir, no sólo respondía a los desencuentros entre estadounidenses y cubanos desde el triunfo de la revolución o a los apoyos mostrados por Estados Unidos a Batista y a la contrarrevolución, sino que nacía desde el mismo momento en que la bandera norteamericana se desplegó en Cuba tras la derrota de España⁴²⁸.

Para justificar aquel alegato Tobío volvía a tomar como referencia los totalitarismos de derechas que habían medrado en el período de entreguerras y que habían desencadenado la Segunda Guerra Mundial. Tobío señalaba que había ciertos paralelismos entre la entrada del ejército del III Reich en París y la entrada del ejército rebelde en La Habana. Tras la toma de París, la prensa alemana había señalado que “*Richelieu había sido vencido*”⁴²⁹. Una aseveración sumamente reveladora sobre “*las aspiraciones históricas alemanas*” y que se remontaba no sólo al tratado de Versalles, sino al tratado de Westfalia en 1648⁴³⁰. La prensa cubana no había llegado a tanto tras la entrada de Fidel Castro en La Habana. Sin embargo, Tobío señalaba que si los períodos cubanos hubieran abierto sus cabeceras señalando que la toma del ejército rebelde de la capital habanera significa que “*la enmienda Platt había sido vencida*” Estados Unidos y el resto del mundo hubieran sido más conscientes del significado del triunfo fidelista⁴³¹.

La opinión pública internacional, al contrario de lo acontecido con Alemania en la Segunda Guerra Mundial, había prescindido de la perspectiva histórica en el análisis del contencioso cubano. Aquella omisión de los antecedentes históricos había obrado como agente de confusión para la aproximación al problema cubano. La Revolución cubana estaba pues movida por reivindicaciones que iban más allá de los desencuentros puntuales o los cambios de Gobierno. Es decir, a la revolución la animaba la necesidad de resolver problemas que estaban ya presentes “*en los mismos orígenes de Cuba como nación*”⁴³². El fidelismo no era tan sólo “*una revolución política, social y económica*”; era también, “*y en grado superlativo, una reivindicación histórica, un saldo de cuentas*”, que se remontaban a 1898, “*lo mismo que el saldo de cuentas del III Reich se remontaba hasta Richelieu*”⁴³³.

⁴²⁵ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6561. Madrid: miércoles, 5 de octubre de 1960, pág. 3. Diario.

⁴²⁶ *Idem.*

⁴²⁷ *Idem.*

⁴²⁸ *Idem.*

⁴²⁹ *Idem.*

⁴³⁰ *Idem.*

⁴³¹ *Idem.*

⁴³² *Idem.*

⁴³³ *Idem.*

Aquel paralelismo mostrado por Tobío, tan forzado como sorprendente, servía para colocar al diario sindical, una vez más, en la senda de aquellas correspondencias que se había empeñado en establecer entre los totalitarismos de entreguerras y el régimen cubano. Cuba, como Alemania años antes, se había alzado para reclamar derechos ancestrales y, como había hecho también Alemania con Francia, Cuba culpaba de todos sus males a los Estados Unidos. Tobío pasaba entonces a valorar el grado de justificación que tenía aquellas reclamaciones cubanas frente al coloso norteamericano.

Tobío señalaba en primer lugar que no había dudas sobre el poder que Estados Unidos había ejercido sobre Cuba durante más de medio siglo; Cuba no había sido otra cosa que una extensión en el Caribe de la autoridad y el control americano sobre el continente. El ejemplo más logrado de lo que se entendía como colonia encubierta. En palabras de Tobío, durante años Cuba no había sido mucho más que “*un apéndice de los Estados Unidos, o para ser más exactos, de Wall Street*”⁴³⁴.

Las autoridades cubanas habían consentido durante años con aquel régimen de sometimiento y no se podía pedir “*al capital extranjero*” que tuviera entre sus prioridades “*un espíritu de beneficencia*” y de “*responsabilidades sociales*”⁴³⁵. La responsabilidad del capital norteamericano frente al país de acogida no podía provenir de dicho capital, tenían que exigirlo los Gobiernos que habían imperado en la isla hasta el triunfo de la revolución. Un alegato, este último, que le daba pie a Tobío para exponer el carácter de aquellos Gobiernos prerrevolucionarios. Aquí el cronista gallego se descargaba con la mayor de las durezas al señalar que aquellos Gobiernos habían carecido, en la mayoría de las ocasiones, de “*la honradez*”, “*el patriotismo*” y la “*energía suficientes para independizar a su país de los aspectos más onerosos de la dependencia económica de los Estados Unidos*”⁴³⁶. La condición entreguista y la facilidad para asumir el sometimiento al dictamen norteamericano de aquellos Gobiernos y de las clases sociales que los sustentaban era algo que, según Tobío, ningún cubano se atrevía a poner en cuestión. Izquierdas y derechas sabían que Cuba, en su corta historia como país independiente, había estado sometida al capricho del coloso norteamericano y que los sucesivos Gobiernos cubanos que en la isla habían sido se habían plegado con mayor o menor agrado a los requerimientos del imperio norteamericano.

Tobío, lejos de quedarse aquí en su ataque furibundo a la Cuba prerrevolucionaria, iba aún más lejos y señalaba que “Cuba podría haber comprado no una sino varias veces la totalidad de las empresas extranjeras allí instaladas, sin tener que recurrir en 1960 a las confiscaciones al descubierto, jugándose quizás su existencia nacional”⁴³⁷. Tobío aprovechaba una vez más, como había hecho en sus crónicas anteriores sobre Cuba, para descargar contra el bloque hegemónico que había señoreado en Cuba hasta el arribo de Fidel Castro. La política seguida por aquellos Gobiernos, de la llamada en Cuba “*república mediatizada*”, había sido, según el parecer del periodista gallego, “*catastrófica*”, y no sólo por su falta de ambición nacional, sino también por contar con gobernantes, “*en su gran mayoría, corrompidos hasta la médula*”⁴³⁸.

Pueblo, a través de su enviado en Nueva York, descargaba así toda su inquina contra las clases dirigentes que se habían independizado de España y contra todos sus herederos naturales. La Revolución cubana y el movimiento fidelista no formaban parte de aquella casta pervertida, pues precisamente habían llegado para desalojarla del poder. Así pues, desde *Pueblo* se construía un relato que inevitablemente llevaba a pasar por alto muchos de los defectos que, según la opinión de los sectores más conservadores, pudiera albergar en su seno la Revolución cubana y, al mismo tiempo, aquella actitud complaciente terminaba por conducir el relato por unos cauces en los se dejaba al

⁴³⁴ *Idem.*

⁴³⁵ *Idem.*

⁴³⁶ *Idem.*

⁴³⁷ *Idem.*

⁴³⁸ *Idem.*

descubierto una clara condescendencia con el movimiento fidelista. Los problemas que atenazaban a Cuba en aquel inicio tumultuoso de la década de los sesenta no podían ser cargados sobre la espalda del Gobierno de Fidel Castro en su totalidad, pues, para el diario sindical, tenían profundas raíces en la república cubana de los últimos sesenta años. Aquella era una posición en la que *Pueblo* sintonizaba con el proyecto fidelista, pues los problemas de Cuba venían de largo y no eran achacables solamente a la falta de entendimiento que pudiera existir en la Administración Eisenhower y el Gobierno de Fidel Castro.

El régimen fidelista se erigía así en el primer Gobierno cubano, que, desde las más altas instancias del poder, ponía en cuestión el funcionamiento de todo el entramado institucional montado tras la independencia de España. No en vano, el relato revolucionario de la historia cubana, como se ha expuesto ya en capítulos anteriores, partía de las luchas independentistas contra el sistema colonial español y, tras recoger varios episodios de insumisión al imperialismo norteamericano en tiempos de la república mediatizada, entroncaba directamente con las luchas fidelistas contra Batista, transformando de esta suerte la historia de Cuba en un relato homogéneo de la lucha por la soberanía en el que se hacía caso omiso de los Gobiernos republicanos, meros portadores, emboscados o manifiestos, del *estatus quo* montado por Estados Unidos en Cuba tras la expulsión de España.

Dados estos condicionantes y tomando en cuenta los rencores de la dirigencia revolucionaria hacia los Estados Unidos, que no eran ajenos a los que también sentían las oligarquías del régimen franquista, el relato revolucionario del devenir cubano y aquel que pudiéramos llamar falangista no se encontraban tan distanciados como en principio pudiera pensarse. Sin embargo, lo que sí los diferenciaba era la evaluación del grado de responsabilidades que cubanos y norteamericanos tenían en aquel funcionamiento defectuoso de la Cuba poscolonial. Los revolucionarios cubanos esquivaban la “*responsabilidad*” y “*culpabilidad*” que la propia nación había tenido en aquel régimen de latrocinio institucionalizado, y cargaban en la cuenta de Estados Unidos “*la tradicional corrupción política*” que había imperado en la isla⁴³⁹. La voracidad norteamericana era la que había conducido a la sumisión cubana, asumida por unas clases gobernantes que eran promocionadas al poder por el entramado de intereses norteamericanos en la isla. Frente a esta lectura considerada reduccionista, Tobío se mostraba ambivalente y tras un largo razonamiento venía a exponer que en el ejercicio del poder estadounidense en Cuba y en el resto de repúblicas caribeñas se había impuesto debido a su vocación hegemónica, pero también gracias a las facilidades y el consentimiento otorgado por los pueblos caribeños, incapaces de hacer valer sus criterios durante generaciones.

En el caso de Cuba, el pueblo había consentido con aquella dominación, en parte por las facilidades para corromper a las clases dirigentes, en parte por el caos político que había imperado en Cuba durante más cien años y, fundamentalmente, porque los movimientos de resistencia a la dominación norteamericana nunca habían encontrado la profundidad requerida. Es decir, con el ordeno y mando de los embajadores norteamericanos y de los marines no bastaba, Estados Unidos había contado además con la aquiescencia de unas clases incapaces de persuadir y convencer a los norteamericanos y a sus propios ciudadanos de que Cuba podía funcionar sin la presencia y la tutela constante de los Estados Unidos.

Ante aquellos planteamientos, el entendimiento entre Estados Unidos y Cuba resultaba difícil de recomponer, pues el enfrentamiento iba más allá del desencuentro económico. A nadie se le escapaba que las intervenciones y los procesos de nacionalización acometidos por el Gobierno cubano habían constituido el golpe definitivo a las maltrechas relaciones, pero estas adolecían ya de la solidez necesaria desde hacía meses. En realidad, las relaciones bilaterales entre La Habana y Washington

⁴³⁹ *Idem.*

estaban ya arruinadas desde el momento en que la Administración norteamericana percibió que Fidel Castro tenía un proyecto propio y que estaba dispuesto a llevarlo adelante, con o sin la aquiescencia estadounidense. De este modo, la contienda rompía el marco económico y se situaba en el plano de las ideas y en el de la visión que unos y otros tenían sobre el destino de Cuba y del resto del continente. Es decir, la pugna se centraba en la percepción que cubanos y estadounidenses tenían de la historia más reciente de Cuba y, por extensión, de la del resto del continente. Este aspecto se erigía así en factor fundamental, quizás más importante que el económico, para valorar el contencioso general en La Habana y Washington: aquí residía el desencuentro principal y el que verdaderamente impediría restañar las heridas a nivel oficial.

Estos eran los planteamientos que guiaban la explicación de Tobío, pues, como reflejó en su crónica, las razones económicas eran incapaces de explicar el cúmulo de desencuentros en los mandatarios de ambos países. En el deterioro y derrumbe de las relaciones cubano-norteamericanas había tenido un papel capital la imagen de los Estados Unidos que la revolución había cultivado en los últimos meses. El coloso norteamericano era retratado en los medios de comunicación cubanos y en la oratoria de los líderes revolucionarios como *“un país imperialista subordinado a los intereses de Wall Street y habituado a desembarcar sus marines para defender aquellos intereses”*⁴⁴⁰. De este modo, como señalaban de forma contumaz las autoridades cubanas y la mayoría de los medios de comunicación de la isla, la intervención se presentaba como la respuesta más probable de los Estados Unidos al programa revolucionario, pues, para la Administración norteamericana, la injerencia era su *modus operandi* habitual en la resolución de conflictos con los países limítrofes.

“La revolución había vivido siempre bajo el temor de una intervención militar norteamericana”, según señalaba Tobío, pues aquella había sido la forma en la que los Estados Unidos habían dirimido los desencuentros con sus vecinos caribeños⁴⁴¹. Cuando las diferentes administraciones norteamericanas no habían obtenido el beneplácito a sus requerimientos, habían optado por la intervención en la mayoría de las ocasiones. Una intervención guiada por la fuerza, o por “el poder de persuasión” de los marines, que terminaba por erigirse en fruto y causa, permanente y recurrente, de este dominio. Frente a esta imagen prefigurada de la Administración norteamericana, difundida dentro de Cuba y exportada a todo el continente, Estados Unidos tenía también su visión de Cuba. Una visión que venía marcada así mismo por la tradición, la experiencia norteamericana en el continente y por prejuicios más que evidentes. Para las autoridades norteamericanas Cuba era *“un país tropical, caribeño, incapaz de gobernarse por sí mismo y saqueado sistemáticamente por sus gobernantes”*⁴⁴². Así pues, estas dos imágenes contrapuestas, extremadas y caricaturizadas, habían llevado hasta el límite la versión más negativa que en ambos países se tenía de su tradicional aliado. De este modo, resultaba imposible barajar aquellas dos visiones sin caer en el desacuerdo y liberar *“una reacción de desavenencias mutuas en cadena”*⁴⁴³.

Ante aquella realidad Estados Unidos había optado por cercar al régimen cubano para reconducirlo o derrocarlo, pues había ya constatado que su dominación de la isla se tornaba inviable bajo un Gobierno de aquella naturaleza, y Cuba, por su parte, había tomado el camino más arriesgado y singular: *“la disociación económica”* de quien había sido siempre, *“por fuerza de geografía y de sentido común, su principal cliente y su principal proveedor, es decir, Estados Unidos, para enganchar su economía en el bloque comunista”*⁴⁴⁴.

⁴⁴⁰ *Ibidem*, pág. 4.

⁴⁴¹ *Idem*.

⁴⁴² *Idem*.

⁴⁴³ *Idem*.

⁴⁴⁴ *Idem*.

Esta era pues la tesitura en la que, según Tobío, se encontraba la revolución cubana: en saber si la isla resistiría el embate norteamericano y en saber si Cuba tendría éxito en su proyecto soberanista. Tobío no ocultaba que aquel “*experimento*” económico, el intento cubano de disociación, de independencia de los Estados Unidos, era “*extraordinariamente interesante*”⁴⁴⁵. Al frente de la iniciativa se encontraban “*un médico argentino*”, Ernesto Guevara, y «*varios “amateurs” de la economía*»⁴⁴⁶. Tobío apuntaba también que pronto se saldría de dudas sobre la viabilidad de aquel experimento y que a finales de aquel año, 1960, se comenzarían a conocer los resultados de la iniciativa cubana. El éxito o el fracaso de aquella audaz y arriesgada propuesta arrojarían luz sobre el futuro de Cuba: los resultados del proyecto económico fidelista dirían si finalmente Cuba podía “*vivir sin los Estados Unidos*”; esta sería “*la prueba suprema de la revolución*”⁴⁴⁷. Lo que sí estaba claro, según Tobío, era que los Estados Unidos podían vivir sin Cuba.

Pueblo acometía así un análisis en el que las salvadas a la revolución estaban por encima de las críticas. Éstas existían y no eran precisamente livianas, pero compartían protagonismo con las dedicadas a las antiguas clases dominantes de la vieja Cuba y a los Estados Unidos, a su obcecación por imponer sus criterios y a su falta de paciencia para con las demandas revolucionarias.

Tobío reservaba su última entrega al análisis detallado del hombre que se encontraba al frente de todo el entramado revolucionario: Fidel Castro, y en aquella disquisición resultaba difícil separar al líder cubano del proyecto que encabezaba. Como en el resto de los trabajos acometidos por Tobío en aquella primera quincena de octubre de 1960 las críticas y alabanzas al líder corrían parejas a las que se emitían sobre el proyecto: unas y otras, parabienes y deméritos, líder y proyecto, formaban parte de una misma realidad indisociable. La revolución no se entendía sin Fidel ni ésta sin él, así pues, el provenir del líder y el destino de su revolución eran uno, ni la una sobreviviría sin él, ni él conseguiría mantenerse si aquella fracasaba.

Blanco Tobío no dudaba en señalar que Cuba y Fidel Castro eran ya en aquellas fechas términos intercambiables y que “*entre las masas populares izquierdistas de Hispanoamérica*” el primer ministro cubano se había erigido en “*líder continental*”⁴⁴⁸. Tobío comenzaba así su relato del líder revolucionario, con unas palabras que no eran suyas, sino de Jacobo Árbenz, para dejar claro que Fidel Castro era un fenómeno continental, que contaba con las bendiciones de la generación anterior que había discurrido por las sendas de la revolución y que aquella perspectiva tenía que ser tomada en cuenta ante cualquier análisis.

Por lo demás, Blanco Tobío señalaba que la condición de icono latinoamericano que pendía del líder cubano era en parte deudora del gran dominio que tenía del espacio público. El primer ministro cubano se crecía ante los grandes auditorios y las cámaras de televisión; tenía, en definitiva, tirón mediático. Además, consciente de este idilio que tenía con los medios de comunicación, había desarrollado una marcada habilidad para hacer un uso inteligente de los mismos. El líder cubano contaba igualmente con el don de la palabra y la facilidad para amoldar su discurso a las audiencias más variadas. Fidel era pues la Revolución cubana y todo lo que en ella había de virtud y de desacierto a él debía de ser atribuido, pues él la había imaginado y protagonizado desde sus mismos inicios.

Tobío iba construyendo un relato en el que los primeros pasajes de la vida adulta de Fidel Castro, su participación en “el Bogotazo” y otros actos de protesta política, servía para contextualizar sus inquietudes públicas, antesala de los encononazos que había protagonizado con la dictadura de Batista. La intentona del Moncada y el desembarco del Gramma le habían dado además un

⁴⁴⁵ *Idem.*⁴⁴⁶ *Idem.*⁴⁴⁷ *Idem.*⁴⁴⁸ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6562. Madrid: jueves, 6 de octubre de 1960, pág. 3. Diario.

componente épico a aquellas luchas y habían hecho de Fidel Castro un mandatario singular dispuesto a batirse si las circunstancias lo demandaban. El primer ministro cubano, a pesar de su corta edad, poseía ya un bagaje vital que contaba con sus momentos de “grandeza”⁴⁴⁹.

Tobío no le regateaba a Fidel Castro su aplomo en la lucha y su talla como agitador continental. El líder del 26 de Julio contaba con el arrojo y la audacia que les habían faltado a muchos otros líderes en la historia de América y esta madera de paladín latinoamericano apareció retratada de forma explícita en la prosa de Tobío. De todos modos, tampoco esquivó Tobío los problemas con los que contaba el mandatario cubano: Fidel Castro era un hombre “*muy desordenado en sus costumbres*” y totalmente refractario al convencionalismo⁴⁵⁰. Algo que indudablemente estaba emparentado con el talento especial que Fidel Castro tenía para enemistarse con otros líderes continentales, como era el caso de Betancourt o Figueres, o de la extraña facilidad con la que podía dilapidar el prestigio ganado con tanto esfuerzo⁴⁵¹. Al líder cubano, como a su revolución, le faltaba experiencia en la arena internacional y aquello le estaba reportando problemas a Cuba en sus relaciones exteriores, pues en las decisiones del primer ministro había mucho de voluntarismo y arrebato pasional, según enfatizaba el cronista de *Pueblo*. Unas características que podían servir para ganar batallas en la Sierra Maestra, pero que se antojaban menos propicias para ganar en las luchas que tenían que entablarse en el marco internacional.

Sin embargo, a pesar de aquellos peros, el entusiasmo que el líder cubano despertaba en Tobío era difícil de soslayar. En Fidel se hallaba el alma de “*un guerrillero en busca de un estadista*”⁴⁵². Con este argumento cargado de la grandeza que se le reconocía a Fidel Castro titulaba Tobío uno de sus destacados en el último reportaje sobre Cuba. Para Tobío Fidel Castro había sido “*un rebelde político indomable y un buen guerrillero*”, sin embargo, “*el Castro político, estadista, era un enigma todavía*”⁴⁵³. Tobío, no obstante, rompía una lanza en favor del futuro político del líder cubano al señalar que su falta de experiencia podía suplirse con “*la inteligencia y la pasión política*”; aprendería el oficio y “*la clase de régimen que había montado*” le facilitaría las cosas⁴⁵⁴. Fidel Castro contaba con todas las facilidades imaginables para asentarse como líder nacional indiscutible. Entre estas facilidades, que allanarían el camino del líder cubano en su aprendizaje político, se destacaba la inexistencia de “*un congreso con el que batallar, ni unos límites constitucionales que respetar, ni una oposición a la que dar explicaciones*”⁴⁵⁵. Poseía pues, “*en grado superlativo*”, “*el ingrediente básico*” de la política: “*la autoridad*”⁴⁵⁶.

Fidel Castro era en Cuba “*todopoderoso*”, como señalaba abiertamente el reportaje en su exposición⁴⁵⁷. Toda la autoridad estaba en sus manos y gozaba además de la aquiescencia de la mayoría de la población, pues entre las virtudes del líder cubano, como reconocían “*sus más encarnizados enemigos*”, se encontraba la de “*la honradez*”⁴⁵⁸. Tobío exponía de forma gráfica aquella apreciación al señalar que en Fidel Castro nos encontrábamos con “*un hombre honrado*”, a quien no se podía comprar ni “*con todo el oro*” de Wall Street⁴⁵⁹. En Fidel Castro no tenía cabida la

⁴⁴⁹ *Idem.*

⁴⁵⁰ *Idem.*

⁴⁵¹ *Idem.*

⁴⁵² *Idem.*

⁴⁵³ *Idem.*

⁴⁵⁴ *Idem.*

⁴⁵⁵ *Idem.*

⁴⁵⁶ *Idem.*

⁴⁵⁷ *Idem.*

⁴⁵⁸ *Idem.*

⁴⁵⁹ *Idem.*

pasión por “*el lujo*” y “*el dinero*”, ni tampoco “*las quintas palatinas*” o “*las cuentas bancarias en el extranjero*”⁴⁶⁰.

La honradez que pendía de Fidel Castro, una de las cualidades de las que habían carecido los anteriores mandatarios cubanos, estaba además en consonancia con otra de las virtudes con las que contaba el primer ministro cubano: la austeridad, también de difícil asiento en la historia de Cuba. Fidel Castro seguía vistiendo el uniforme “*caquí de fatigas, exactamente igual al que llevaban sus soldados del ejército rebelde*”⁴⁶¹. Algo que le separaba de forma ostensible de “*tantos hombres fuertes*” del hemisferio, adornados con “*uniformes sobrecogedores y condecoraciones como ceniceros*”⁴⁶². Fidel se distinguía así del caudillismo latinoamericano, pero también de líderes como Krushev o Tito, quienes, según Tobío, adornaban “*sus camisas de diario*” de “*botones con brillantes*”⁴⁶³. Frente a todos estos líderes “*Fidel parecía un pordiosero*”⁴⁶⁴.

La suerte de aquella crónica estaba echada casi desde su mismo arranque, Tobío no le escatimaba el elogio a Fidel Castro y tampoco lo hacía con su entorno más inmediato, adornado con la virtud de la lealtad. Tobío aseguraba que sin la aprobación del primer ministro ningún programa podría sacarse adelante. De este modo, las intenciones que pudieran tener Raúl Castro, Guevara, Núñez Jiménez, Raúl Roa o Dorticós resultaban irrelevantes para el futuro de Cuba, pues sin el beneplácito de Fidel Castro nunca podrían llevarse a término. Los temores sobre la condición ideológica de los hombres que rodeaban al primer ministro eran pues materia para propagar un miedo infundado, muchas veces divulgado de manera malintencionada por aquellos que habían sido desalojados del poder. Todos los cabecillas de la revolución habían mostrado su disposición a acatar la línea fijada por Fidel Castro y esta condición de lealtad en los segundos espadas de la revolución estaba fuera de toda duda.

“*Fidel y sólo Fidel*”, enfatizaba Tobío al comienzo de sus párrafos⁴⁶⁵. En manos de aquel joven estaba “*íntegramente el destino de Cuba*”, como no lo había estado nunca “*en manos de Batista o de otro gobernante cubano desde 1898*”⁴⁶⁶. En poco más de año y medio el primer ministro cubano, para bien o para mal, había producido “*más alteraciones básicas en Cuba que las se registraron en ella desde que amaneció como nación*”⁴⁶⁷.

La triada “*revolución, Fidel Castro, nación*” aparecía así imposible de disociar y Tobío no osaba hacerlo. La revolución había convertido a Cuba en algo diferente, de “*una dulce y melancólica habanera*” se había pasado a “*una sinfonía heroica*”, ya nada volvería a ser lo mismo tras el triunfo de la revolución y así lo refrendaba Tobío para finalizar su última entrega⁴⁶⁸. “*La alternativa para el fracaso de la revolución*” sería “*la muerte*”. Como reflejaba el lema revolucionario por excelencia no había alternativa: “*¡Patria o muerte!*” Tobío contraponía la patria al deceso y señalaba que para el cubano ya no cabían las vacilaciones en aquel trance definitorio. O se vencería o se moriría en el intento. Sin embargo, independientemente de lo que terminara por suceder, la revolución había despertado unos anhelos en Cuba que perdurarían.

Aquella última entrega era en la que Tobío había dado más rienda suelta a su innegable simpatía por el proceso cubano, una simpatía que no se traducía en la cesión de un cheque en blanco al proceso revolucionario, pero al que sí se le concedía el beneplácito de erigirse en revulsivo para la

⁴⁶⁰ *Idem.*

⁴⁶¹ *Idem.*

⁴⁶² *Idem.*

⁴⁶³ *Idem.*

⁴⁶⁴ *Idem.*

⁴⁶⁵ *Ibidem*, pág. 4.

⁴⁶⁶ *Idem.*

⁴⁶⁷ *Idem.*

⁴⁶⁸ *Idem.*

transformación continental. Una transformación que no tenía por qué ir necesariamente de la mano del marxismo. En Fidel Castro encontraba Tobío más similitudes con otros líderes de la escena internacional, que eran y habían sido en la historia reciente, que con los líderes marxistas que imperaban en el panorama mundial. En esta última entrega dedicada a Fidel Castro, Tobío hacía notar lo que separaba al líder cubano del por entonces mandatario soviético o del muy asimilable y comparable con el primer ministro cubano mariscal Tito. Sin embargo, Tobío no mostraba asomo de rubor al poner en sintonía “*La historia me absolverá*” con el “*Main Kampf*” de Adolf Hitler o en comparar el asalto al cuartel Moncada con la versión caribeña del “*frustrado putch de Munich*”⁴⁶⁹.

Una vez más, Blanco Tobío, con el ánimo de separar a la Revolución cubana y a su máximo líder de las acusaciones que los colocaban en sintonía con el comunismo, emprendía el camino más radical y lejos de tomar aquellas acusaciones como fundadas establecía paralelismos entre el movimiento fidelista y los regímenes totalitarios de ultraderecha que habían asolado Europa en los años treinta y cuarenta. Este era el sorprendente camino adoptado por *Pueblo* para refutar el carácter comunista de la revolución: establecer paralelismos entre el régimen cubano y otros regímenes, aunque fueran totalitarios, o acudir a figuras como Nasser, con el que el régimen franquista se entendía en los mejores términos. La estrategia, vista la nula disposición de las autoridades franquistas a romper con Cuba, pasaba por hacer tolerables estas relaciones y éstas se hacían más justificables siempre que la Revolución cubana pudiera definirse bajo parámetros que no fueran netamente comunistas.

En el fondo, lo que se trataba de explicitar en las páginas del diario sindical era la proximidad entre Cuba y España; que dada esta cercanía el régimen franquista no tenía por qué enfrentarse al régimen cubano y que la Doctrina Estrada seguía siendo la piedra angular del franquismo en sus relaciones con América Latina. España no rompería con Cuba, pues ambas naciones estaban unidas por una historia que compartían y que se extendía más allá del periodo colonial. Del mismo modo y siguiendo un razonamiento análogo, Cuba no estaba obligada a romper con España porque compartían más de lo que en principio se podría esperar. Como cicateramente exponía *Pueblo*, en Cuba había mucho de la herencia que España había dejado en América. Las pasiones de españoles y cubanos eran las mismas, pero también las fobias de España tenían su reflejo en la Cuba revolucionaria, con lo cual no había base para una ruptura que a nadie beneficiaría y que daría pie a la implantación definitiva y total de la otra España, la que provenía del contingente derrotado en la Guerra Civil, dispuesta a desembarcar con bienes y haberes en La Habana, consciente de que contaba para la maniobra con la connivencia y el apoyo del comunismo internacional.

Ante semejante panorama, se precisaba hacer una lectura de la Revolución cubana que, haciendo uso de los planteamientos ideológicos propios del régimen franquista, permitiera despojar al proceso cubano de su carácter comunista. Este era el propósito fundamental de *Pueblo*, aunque para ello tuviera que incurrir en las comparaciones más aviesas. Y es que, a pesar del abismo ideológico y doctrinal que separa a la Cuba fidelista de la España franquista, todo podía reconducirse, pues a falta de definiciones concluyentes, de las que la dirigencia cubana huía con frecuencia, todo estaba sujeto a la interpretación que cada medio quisiera darle a aquel torbellino revolucionario. Al fin y al cabo, aquellas interpelaciones a la soberanía, la libertad y la muerte en defensa de la patria, de las que abusaban los cubanos en su oratoria, no eran extrañas al falangismo español, que en su pasado reciente había gustado también de lanzar vivas a la muerte y de entonar salvas a España: “una, grande y libre”. Así pues, nadie mejor que la doctrina falangista para acometer aquel relato de la Revolución cubana que pudiera encajar en el imaginario colectivo del franquismo, aunque fuera a costa de forzar hechos y personajes.

⁴⁶⁹ *Ibidem*, pág. 3.

11.3.5 Salvar la sima ideológica entre Madrid y La Habana: un juego de prudencias, insinuaciones y requiebros

El diario *Pueblo* se convirtió así en el principal elemento para propagar una idea alternativa de Cuba que fuera capaz de converger con la política exterior franquista y que consiguiera hacer del fidelismo una excepcionalidad tolerable para conseguir de este modo apaciguar a las clases dirigentes españolas y al porcentaje de la población que las secundaba. Este mensaje destinado a indultar a Cuba de los ataques con los que se obsequiaba al resto de estados socialistas, aunque tuviera que exponerse por medio de los circunloquios más arriesgados y delirantes, estaba plenamente en sintonía con lo que precisaba el régimen franquista.

La Revolución cubana había alcanzado una altura que nadie podía imaginar meses antes y estar con ella en buenos términos se antojaba condición fundamental si se quería medrar en el ámbito hispanoamericano y alejar cualquier tentación de reconocimiento cubano al Gobierno republicano en el exilio o a las formaciones políticas españolas que trabajaban para terminar con la dictadura española. El régimen franquista, en aquel alarde de congraciarse con la Revolución cubana, ponía al descubierto sus múltiples contradicciones y se veía abocado a labores de equilibrismo para tratar de conciliar sus tratos con norteamericanos y cubanos. Unas relaciones a dos bandas que resultaban imprescindibles para sostener sus intereses a nivel internacional, lo que indudablemente no resultaba fácil, como mostraban los enfrentamientos que tuvieron lugar en el seno de la ONU a raíz de su XV Asamblea General.

En aquellos días en que Tobío ofrecía su peculiar y controvertida versión sobre la Revolución cubana Krushev y Lequerica protagonizaron un duro enfrentamiento en el seno de la ONU. Krushev, como había hecho Fidel Castro en los días precedentes y acostumbraba a hacer en otras ocasiones, había descalificado a los Estados Unidos haciendo para ello uso del régimen franquista⁴⁷⁰. El carácter del imperio norteamericano daba su verdadera medida a través de las amistades que cultivaba, estando entre las más señeras las que mantenía con la dictadura española. El abrazo de Eisenhower y Franco tomaba de nuevo toda su significación y se utilizaba con profusión para desprestigiar al primero y para denigrar al segundo.

Aquellos eran los peligros que para la España de Franco tenía la Revolución cubana, pues la alianza franquista con la Administración norteamericana y la cubana con las autoridades de Moscú terminaban por generar un marco internacional en el que indudablemente las relaciones Madrid-La Habana podían verse gravemente afectadas. Lo que la diplomacia franquista y sus medios de comunicación debían transmitir era la normalidad en las relaciones entre hermanos, unas relaciones que tenían que ser capaces de sobreponerse a cualquiera de los avatares internacionales y primar, por encima de las diferencias coyunturales, aquello que compartían.

Esta era la idea que presidió el discurso que el ministro de Asuntos Exteriores español, Fernando María Castiella, pronunció en Mallorca con motivo de las celebraciones del “Día de la hispanidad”. El objetivo prioritario de España era “*mantener con Iberoamérica una política de unidad, comprensión y respeto con la máxima firmeza*”⁴⁷¹. Castiella había construido su discurso aquel 12 de octubre centrándose en la unidad iberoamericana. Un principio de unidad que tenía que estar fundamentado en “*las soberanías nacionales*”, en el respeto a “*las características de cada país*” y en el acatamiento de “*la no intervención*” como premisa⁴⁷². España tenía que insertarse en la realidad latinoamericana y tenía que hacerlo sin ser presa de los contratiempos coyunturales. Es decir, en sus

⁴⁷⁰ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6559. Madrid: lunes, 3 de octubre de 1960, págs. 1 y 2. Diario.

⁴⁷¹ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6567. Madrid: miércoles, 12 de octubre de 1960, pág. 10. Diario.

⁴⁷² *Idem*.

relaciones con Hispanoamérica, España tenía que prescindir de ligámenes temporales y coyunturales. No podía estar sometida “a la temporalidad de un régimen concreto o de un Gobierno”, pues lo importante estaba en lo que se compartía, en “el ser permanente de la hispanidad”⁴⁷³. Así pues, “el sentido de lo permanente y la no intervención” eran las premisas sobre las que España había construido y pretendía seguir haciéndolo su relación con América.

Castiella, tras exponer aquellos puntos medulares, se adentró en ejemplos concretos y señaló que aquella conducta de respeto a la soberanía y de preservación de lo permanente era la que había regido los destinos de España en Hispanoamérica. Una máxima que obtenía refrendo en los acontecimientos recientes:

*“Es precisamente esa regla de oro de nuestra política exterior, es decir, el sentido de lo permanente y la no intervención en los asuntos de los demás, la que nos ha dictado nuestra actitud al procurar no hacer nada irreparable en graves ocasiones recientes en que, habiendo sido tratados con desconsideración, cualquier medida violenta podría haber parecido justificada. No faltaron incitaciones para ello, pero no cedimos en nuestra postura. Nos importaba la continuidad de nuestra amistad no lo accesorio de una irritación. Estamos seguros de que; esperando con dignidad y paciencia, la invariable y leal amistad española hacia todos y cada uno de los pueblos de nuestra estirpe será reconocida. Creemos que éste y no otro ha de ser el espíritu que debe presidir las relaciones entre todos los pueblos hispánicos”.*⁴⁷⁴

En la alocución de Castiella no hubo mención explícita a Cuba, ni antes ni después del extracto que hemos reproducido, pero resultaba evidente que en aquellas palabras había una referencia clara al caso Lojendio. Un *affaire* que sin embargo no había dado al traste con los principios que el régimen franquista decía defender: España sentía por la independencia de las naciones hispanas y por los vínculos permanentes que compartían un afecto que se traducía en adhesión y por tanto en baluarte contra las incontinencias en las que pudieran incurrir los gestores pasajeros y los representantes temporales de las naciones iberoamericanas.

Como puede apreciarse, la España de Franco lanzaba un mensaje de concordia en aquellos momentos de agitación. Cualquier enfrentamiento con Latinoamérica quedaba así descartado, porque frente a la contingencia estaba lo permanente y la ligazón cultural y familiar, o como enfáticamente había destacado Castiella en su discurso, España, prescindiendo de los avatares temporales, sólo atendía a “la voz de la sangre” en sus relaciones con los pueblos hispanoamericanos⁴⁷⁵.

Así pues, cualquier mensaje que hiciera alusión al carácter permanente y atemporal de los vínculos hispanos y que fuera capaz al mismo tiempo de comprometerse con los principios de la no intervención y el respeto a las peculiaridades políticas, sociales y económicas de cada país hispano sería bien recibido por la diplomacia española, pues estaba plenamente en sintonía con el recetario que las autoridades franquistas aseguraban defender. Esta era precisamente la idea vehicular de la sorprendente entrevista que concedió Raúl Roa a Blanco Tobío para el diario *Pueblo*. En ella Roa manifestó abiertamente que Cuba no contemplaba la posibilidad de romper las relaciones con España y que la Revolución cubana era una revolución “hecha a la española”⁴⁷⁶.

Aquella entrevista, de la que daremos cuenta a continuación, partía de unos antecedentes que es necesario mencionar. En primer lugar estaba la reciente actitud soviética frente a España, en la que

⁴⁷³ *Idem.*

⁴⁷⁴ *Idem.*

⁴⁷⁵ *Idem.*

⁴⁷⁶ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6569. Madrid: viernes, 14 de octubre de 1960, pág. 1. Diario.

resultaba evidente la presencia de la retórica cubana. El diario sindical había tratado en extenso el enfrentamiento que Lequerica había protagonizado con Krushev en la sede de la ONU y *Pueblo*, como el resto de la prensa franquista, había señalado la sintonía que existía entre los planteamientos soviéticos y los apuntados por Fidel Castro en numerosas ocasiones. Krushev había manejado en su polémica con Estados Unidos y España unos términos que bebían en las fuentes del argumentario cubano: se ataca a Eisenhower por sus relaciones con el régimen franquista, haciendo ver que ambos mandatarios defendían los mismos principios y análoga estrategia internacional y, de paso, se insinuaba que compartían también muchas otras cosas en el campo de la ideología y el pensamiento político.

Y en segundo lugar estaba la preocupación de la diplomacia franquista por la presencia cada vez más evidente del PCE en Cuba. Santiago Carrillo y otros prohombres del comunismo español estaban alcanzando cierto predicamento en los medios cubanos y parecía a todas luces que aquella presencia contaba con un sustento que superaba el que pudieran facilitar las exiguas fuerzas del PSP. Algo que terminó por confirmarse a mediados de octubre en la prensa franquista. El diario *Pueblo* y *ABC* habían publicado una carta intervenida a miembros del PCE en la que Dolores Ibárruri hacía un llamamiento a las secciones del partido comunista que operaban en España y Portugal para que reforzaran la lucha contra el franquismo y contra la dictadura de Salazar y en la que además se señalaba el carácter comunista de la Revolución cubana⁴⁷⁷. Según *La Pasionaria*, el peligro para los comunistas en Cuba no estaba en la falta de adhesión de los líderes revolucionarios, pues había muestras evidentes de que la Revolución cubana confraternizaba con el proyecto del comunismo internacional, sino en que el conflicto sinosoviético se enraizara en Cuba⁴⁷⁸. *La Pasionaria* consideraba que los encuentros con Raúl Castro y los informes sobre el Che Guevara no hacían más que confirmar lo que todo el mundo sospechaba, que Cuba caminaba por la senda del socialismo y que esto significaba la apertura de un nuevo frente contra el franquismo, sin embargo, había que movilizarse para que las desavenencias que la China tenía con la URSS no prendieran en territorio cubano y sirvieran así para romper la unidad y recrear un conflicto que perjudicaría a Cuba y al resto de los países iberoamericanos⁴⁷⁹.

Aquellos movimientos habían puesto sobre aviso a la diplomacia española, algo que tuvo una respuesta inmediata en el discurso del ministro de Asuntos Exteriores con motivo de los festejos del 12 de octubre y que contó con la réplica, dos días después, de su homólogo cubano en las páginas de *Pueblo*. Castiella y Roa, cada uno desde la trinchera que le tocó defender, apostaron por criterios similares en sus relaciones bilaterales. Castiella no mencionó a Cuba en su discurso del día de la hispanidad, aunque la presencia de la mayor de las Antillas se dejó entrever en cada una de sus apreciaciones sobre el momento por el que estaba pasando Hispanoamérica. Y es que, según afirmó Castiella bajo diferentes recetas, “el ser permanente de la hispanidad” y los vínculos de sangre estaban por encima de los desencuentros puntuales. España mantendría y fomentaría sus relaciones con todos y cada uno de los países hispanoamericanos respetando la máxima de no intervenir en los asuntos internos de otros países. Por encima de las contingencias temporales estaba la permanencia de los vínculos históricos y estos no se podían ver constreñidos por la coyuntura política e internacional. Por su parte, Raúl Roa, en su conversación con Blanco Tobío, sí abordó directamente el problema de fondo: es decir, las relaciones entre España y Cuba, y señaló, según reflejó *Pueblo* en grandes titulares en su primera página, que Cuba, “*en ningún momento*”, había pensado “*en una ruptura diplomática con España*”⁴⁸⁰.

⁴⁷⁷ *ABC* (Año LIII). Núm.17033. Madrid: sábado, 15 de octubre de 1960, pág. 57. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm.6570. Madrid: sábado, 15 de octubre de 1960, pág. 8. Diario.

⁴⁷⁸ *Idem*.

⁴⁷⁹ *Idem*.

⁴⁸⁰ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6569. Madrid: viernes, 14 de octubre de 1960, pág. 1. Diario.

La entrevista de Blanco Tobío al canciller cubano, o al menos la parte que tuvo a bien publicar el diario *Pueblo*, contenía unas referencias genéricas al carácter hispano de la Revolución cubana, a la voluntad de Cuba de mantener las relaciones con España y al marco de relaciones internacionales en el que se movía la diplomacia cubana, con especial mención a sus encuentros con la URSS y sus desencuentros con los Estados Unidos. Aquel bloque temático sobre los asuntos cubanos era el que traía en vilo a la diplomacia franquista, sin embargo, aquellas declaraciones del canciller cubano, para ser entendidas en sus justos términos, precisaban de una nota aclaratoria, según refrendó el diario sindical. La línea editorial de *Pueblo*, consciente de que sus simpatías por el proceso cubano iban a contracorriente de lo publicado en España en aquellas fechas, tuvo a bien colocar una introducción en la que se mostraba abiertamente cual era la posición del diario.

El diario sindical señalaba en primer lugar el contexto en el que se había realizado la entrevista. En la tarde del 14 de octubre, dos días después de que Castiella hiciera sus alusiones veladas al caso Lojendio y un día después de que el Gobierno cubano anunciara un nuevo paquete de nacionalizaciones, Raúl Roa concedía una entrevista a Blanco Tobío en el salón de delegados de las Naciones Unidas⁴⁸¹. Como venía siendo habitual, las contadas declaraciones de la dirigencia revolucionaria a la prensa franquista se canalizaban a través del diario sindical. En esta ocasión, como había sucedido a raíz de la desaparición de Camilo Cienfuegos, un miembro destacado de la cúpula revolucionario concedió una entrevista a *Pueblo* para aclarar las informaciones contradictorias que pudieran generar una imagen equivocada de la Revolución cubana en España. Atendiendo a esta necesidad de despejar dudas y limar asperezas, el periodista gallego, Blanco Tobío, y el canciller cubano, Raúl Roa, habían mantenido una conversación de algo más de una hora con el propósito de acometer el análisis de asuntos de interés general: “*desde las relaciones entre España y Cuba a las relaciones entre ésta y Rusia y los Estados Unidos*”⁴⁸².

De todos modos, antes de profundizar en lo tratado entre Roa y Tobío el diario sindical señaló que era necesario apuntar, como ya hemos señalado, cuál era la posición de *Pueblo* con respecto a la revolución de Fidel Castro y al comunismo. Aquellas consideraciones previas resultaban fundamentales para que las palabras de Roa y “*el cuadro de pensamiento*” del diario fueran bien entendidos y no generaran confusión entre los lectores⁴⁸³.

En primer lugar, la nota de encabezamiento de *Pueblo*, que se desempeñaba como una suerte de editorial, señalaba que el diario sindical había contemplado “*con simpatía y esperanza*” todo lo que había tenido, y seguía teniendo, la Revolución cubana “*de deseo de potenciación económica, de tendencia a la colaboración internacional, de manumisión del colonialismo, de dignificación social y de elevación del nivel de vida de los trabajadores*”⁴⁸⁴. Unas aspiraciones que el diario *Pueblo*, según manifestaba de forma enfática, entendía “*particularmente bien*” y estimaba “*tan justas como propias del clima político*” que se estaba viviendo en aquellos años⁴⁸⁵.

Tras aquella primera apreciación se exponía una segunda no menos relevante. La línea editorial de *Pueblo* había señalado y subrayado en numerosas ocasiones “*su recelo ante las conexiones de cualquier clase, incluso las puramente técnicas, entre la revolución cubana y el comunismo*”, por entender que el apoyo comunista no era necesario para conseguir “*la justicia social o el buen desarrollo económico*”⁴⁸⁶. Una vez expuesta esta premisa se adjuntaba otra nota en este segundo

⁴⁸¹ *Idem.*

⁴⁸² *Idem.*

⁴⁸³ *Idem.*

⁴⁸⁴ *Idem.*

⁴⁸⁵ *Idem.*

⁴⁸⁶ *Idem.*

bloque aclaratorio en el que se definía al comunismo como “*atentatorio contra la libertad humana*” y como “*una fórmula muy típica de imperialismo*”⁴⁸⁷.

Aquellos dos criterios, el aprecio a todo lo que la Revolución cubana tenía de redención para el pueblo y el rotundo rechazo a la penetración comunista del proceso revolucionario y a la propia doctrina marxista, servían para centrar las manifestaciones del ministro cubano. Unas apreciaciones, las de Raúl Roa, que, según la línea editorial de *Pueblo*, tenían un alcance significativo, pues, aunque no había “*motivo para la discrepancia*” entre Cuba y España “*en el campo de las relaciones oficiales entabladas entre los Gobiernos*”, no se podían ignorar las posibilidades que había “*de situaciones de no buen entendimiento provocadas y alentadas por personajes tristemente conocidos de los españoles*”⁴⁸⁸.

Pueblo fijaba así unos criterios de análisis claros, a través de los cuales se pretendía justificar la necesidad de aquella entrevista. Mediante la elusiva apelación a los “personajes tristemente conocidos” por los españoles se señalaba que España tenía que conocer de primera mano, como tantas veces se había demandado desde el diario, cuál era la posición de Cuba frente España, sin atender a las proclamas que pudieran lanzar los desafectos al franquismo. Además, necesidades de índole doméstica, dada la popularidad de Fidel Castro, hacían también conveniente señalar que la Revolución cubana no tenía como enemigo a la España de Franco. De este modo, nada mejor que una aproximación amable a algún dirigente revolucionario para que pudiera enviar un mensaje de tranquilidad a las inquietas huestes franquistas, desconcertadas y nerviosas ante el desembarco del exilio español en Cuba y la influencia que éste pudiera tener sobre los dirigentes revolucionarios, ya de por sí distantes y críticos con el régimen franquista.

Así pues, la España de Franco precisaba de algún gesto de la revolución que pudiera de algún modo atemperar los ánimos en aquel momento de incertidumbre, uno más, en el campo de las relaciones bilaterales. Con esta idea en mente el diario *Pueblo* había montado una campaña para salvar la cara de la Revolución cubana ante los lectores del diario sindical y en compensación por aquel trabajo de restauración de la imagen de Cuba en la prensa franquista se demandaba un gesto de concordia por parte de alguna figura señera de la Cuba revolucionaria.

Probablemente esta fue la idea que impulsó al corresponsal de *Pueblo* en Nueva York a propiciar un encuentro con Raúl Roa, pues frente aquel panorama, marcado por la presencia de la España del exilio en Cuba, el protagonismo del PCE en el panorama cubano y el uso que el comunismo internacional pudiera hacer de la Revolución cubana en su pugna con el régimen franquista, los medios de comunicación españoles, como voceros y correa de transmisión del régimen franquista, no podían permanecer ajenos a la batalla que se estaba librando en el campo de la propaganda. De esta suerte, nada mejor que aproximarse a la máxima autoridad exterior cubana para enfriar los futuros y posibles conflictos, que tarde o temprano llegarían, y tratar así de compensar la ventaja que frente a las autoridades cubanas tenía ya la España del exilio.

Sin embargo, lo más extraño de aquellos intentos de aproximación de los voceros del franquismo a la cúpula revolucionaria era que se hubiera pensado precisamente en Raúl Roa como el dirigente capaz de restañar las heridas pasadas, presentes y posibles, pues como se recordará de los capítulos precedentes, el canciller cubano se había destacado en Cuba, desde sus años mozos, como una de las figuras políticas más afines a la causa de la Segunda República española. De ahí que resultara cuando menos paradójico que tuviera que recaer precisamente en él la responsabilidad de darle satisfacción al régimen franquista. Algo que reforzaba aún más si cabe lo que había de singular en las relaciones

⁴⁸⁷ *Idem.*

⁴⁸⁸ *Idem.*

entre el franquismo y el fidelismo, una singularidad que se iría afianzando con el paso de los meses. Así pues, y contra pronóstico, recaía en Raúl Roa aquella tarea de mediar con la prensa franquista; nobleza obliga y la responsabilidad del cargo hacía que fuera justamente Roa el que tuviera que cargar con aquellas labores de zapa para satisfacer las demandas franquistas y acometer además la evaluación de los problemas desde una perspectiva que pudiera aplacar a las irritantes e irritadas autoridades españolas. El resultado de aquel encuentro, necesario y quizás imprescindible para serenar los ánimos al menos durante algún tiempo, fueron las complacientes declaraciones que el canciller cubano concedió a Blanco Tobío: un ejercicio de diplomacia en estado puro.

Las palabras que Roa dedicó a los lectores de *Pueblo* servían más para prevenir los males futuros que para aliviar los encononazos pasados, pues como había sucedido con el discurso de Castiella, aquellas declaraciones de Roa trataban de reducir la tensión y acercar posturas en un camino que se aventura complicado y en el que los desencuentros se presumían inevitables. La estrecha relación que Cuba tenía con la España del exilio y la continuidad de las relaciones con la España de Franco hacían que la diplomacia cubana tuviera que afinar y pensar mucho cada una de sus declaraciones. Una situación que era análoga a la que le sucedía a la España franquista, pues sus intentos de concordia con la Revolución cubana tenían que ponerse en sintonía con las relaciones que el régimen de Franco tenía con la contrarrevolución y con el exilio cubano.

De este modo, quedaba claro que las relaciones bilaterales entre España y Cuba se presentaban plagadas de contradicciones y que aquellas contradicciones terminaban generando muchas otras en los discursos y posicionamientos oficiales y oficiosos. Este era el contexto en el que Tobío entrevistó a Raúl Roa, aprovechando la estancia de ambos en las sesiones de la XV Asamblea General de la ONU. Tobío exponía así en *Pueblo* el contenido de aquella sustanciosa entrevista y señalaba en primer lugar, antes de recoger las palabras de Roa, que las apreciaciones del ministro de Exteriores cubano arrojaban “*alguna luz sobre la filosofía política*” de Cuba “*en el enfoque de sus relaciones internacionales*”⁴⁸⁹. Una vez expuesta esta apreciación, encaminada a fijar la atención del lector en la relevancia de lo que se iba a exponer, Blanco Tobío expuso la respuesta que Raúl Roa le había dado cuando se le preguntó sobre cómo veía el futuro de las relaciones entre Cuba y España. El canciller cubano había respondido “*que no las veía mal, que de hecho, España en La Habana y Cuba en Madrid, estaban representadas por sendos Encargados de Negocios, no habiéndose pensado en ningún momento en una ruptura diplomática*”⁴⁹⁰.

Como puede observarse, Raúl Roa, a través de aquella valoración en la que se hablaba de relaciones diplomáticas y encargados de Negocios, ponía en juego una calculada imprecisión, pues señalaba de forma clara lo que serían las peculiares relaciones entre España y Cuba en el futuro: no se rompían las relaciones diplomáticas, pero se mantenían sin embajadores acreditados al no haber asumido ni España ni Cuba la reposición del embajador español expulsado y del cubano llamado a consultas. Así pues, el juego de palabras hablaba a las claras de la ambigüedad de aquellas relaciones; comerciales, pues habían sido reducidas al nivel de encargado de Negocios por mor del desencuentro entre la Embajada española y el primer ministro cubano, pero revestidas de diplomáticas, pues no había mediado acuerdo formal para reducir aquella representación al nivel de encargado de Negocios. Simplemente se había optado por posponer de forma indefinida el tomar medida alguna para restaurar al embajador retirado o expulsado y el encargado de Negocios de Cuba en Madrid y el de España en La Habana se había hecho cargo de la representación diplomática, haciendo así de lo temporal algo permanente.

⁴⁸⁹ *Idem.*

⁴⁹⁰ *Idem.*

Raúl Roa exponía de este modo la corrección en las relaciones oficiales entre España y Cuba. Las relaciones no iban mal y parecía que estaban llamadas a continuar en aquella línea. Una situación que parecía incompatible con los ataques de la Revolución cubana al régimen de Franco, lo que indudablemente daba a pie a Tobío para preguntar, estando las relaciones asentadas, sobre las motivaciones que habían movido a Fidel Castro y después a su embajador en la ONU, Bisbé⁴⁹¹, a hacer declaraciones en contra del régimen español⁴⁹². A aquella pregunta el señor Roa respondió haciendo alusión a la necesidad de atender a la máxima de la no intervención en los asuntos internos de otros países, precisamente una de las premisas en las que el régimen franquista se sentía comprometido y se vanagloriaba de practicar, según había aseverado el ministro de Asuntos Exteriores español dos días antes con motivo del discurso pronunciado el 12 de octubre. Roa señaló que en la actitud de crítica al régimen franquista habían influido *“las actitudes calificadas de contrarrevolucionarias de algunos sacerdotes españoles residentes en Cuba y el incidente ocurrido con el Embajador español”*⁴⁹³.

Así pues, lo dificultades que pudieran darse estaban en la capacidad que España tuviera de contener sus impulsos de intervención en los asuntos cubanos. Roa dejaba entrever que las relaciones no se verían alteradas si la Embajada española se dedicaba al papel que tenía asignado y no se azuzaba al catolicismo para lanzarlo por las sendas de la contrarrevolución.

A continuación, y una vez expuesta la necesidad de respetar la soberanía de ambos países, Roa, sin que mediara pregunta alguna, según apuntilló *Pueblo*, se refirió a la filosofía política de la revolución. Y lo hizo afirmando *“con insistencia”* que *“se trataba de una revolución hecha a la española, dejándose llevar, no por frías planificaciones, sino por impulsos raciales fuertes e instintivos”*⁴⁹⁴. El canciller Roa, según aseguró Tobío, *“identificó reiteradamente el espíritu de la revolución cubana con las raíces españolas de su raza, sosteniendo que en ello residía su originalidad y, en consecuencia, la dificultad de que los de fuera la entendiesen”*⁴⁹⁵.

Raúl Roa, buen conocedor de la cultura española, parecía construir su discurso desde el pensamiento del filósofo español García Morente, pues aquellas alusiones al carácter hispánico de la revolución corrían parejas a las ideas que había planteado García Monente al hacer referencia al caballero cristiano, tipo ideal con el que se podía identificar a la hispanidad y arquetipo a la vez del carácter español. De esta suerte, los protectores de la hispanidad parecían tener en aquellos años su versión más lograda en los revolucionarios de Cuba, representados por su máximo líder, Fidel Castro, paladín y defensor de las esencias hispanas. Y es que, aquellas palabras de Roa, donde *“el dejarse llevar”* estaba por encima de *“la fría planificación”*, estaban plenamente en sintonía con la imagen que proyectaba el filósofo español en su obra *Idea de Hispanidad*, retratada bajo unos atributos que jugaban con el cruce de conceptos antagónicos para representar aquellas supuestas características de lo netamente hispano y aquellas otras que lo contradecían: Grandeza contra mezquindad, arrojo contra timidez, altivez contra servilismo, culto al honor y a la muerte, impaciencia de eternidad y más pálpito que cálculo⁴⁹⁶.

Roa presentaba a la Revolución cubana como algo que nacía de la prosapia hispana, pues aquella era una revolución *“hecha a la española”*. El canciller cubano acometía así un giro interesado y que se desviaba ligeramente del discurso oficial cubano. Sin embargo, aquel giro estaba destinado al consumo de las élites españolas y del entramado social que las secundaba, ya que lo que se había

⁴⁹¹ *Bohemia* (Año LII). Núm. 41. La Habana: domingo, 9 de octubre de 1960, pág. 9 del suplemento. Semanal.

⁴⁹² *Pueblo* (Año XXI). Núm.6569. Madrid: viernes, 14 de octubre de 1960, pág. 1. Diario.

⁴⁹³ *Idem*.

⁴⁹⁴ *Idem*.

⁴⁹⁵ *Idem*.

⁴⁹⁶ García Morente, Manuel: *Op. Cit.*, págs. 72-123.

hecho con la proyección de aquella imagen era sustituir lo hispano o lo latino, términos muy frecuentes en la oratoria de los líderes de la revolución, por lo español. De este modo, aquella aproximación al proyecto fidelista, tan del gusto de los ideólogos del régimen franquista, colocaba a Fidel Castro y al proyecto que encabezaba fuera de la órbita soviética a ojos de la línea editorial de *Pueblo*, algo que se encargaba de certificar Blanco Tobío haciendo uso de las declaraciones hechas por el propio Raúl Roa.

La obsesión de los medios franquistas, y aquí *Pueblo* no tenía la patente en exclusiva de aquel interés desmesurado, parecía centrarse en conocer, de una vez por todas, el nivel de implicación de los comunistas en la revolución y en saber, con el mayor grado de certeza posible, hasta qué punto los dirigentes cubanos estaban dispuestos a asumir el modelo soviético. El canciller cubano, muy juicioso con el discurso que le convenía a la Revolución cubana en aquella entrevista, no le regateó al periodista gallego una explicación “*sobre la orientación de la política exterior cubana hacia el bloque soviético*” y señaló que en sus relaciones con la URSS Cuba no se había movido por “*una cuestión de afinidades políticas o ideológicas*”, sino por principios que eran de naturaleza puramente práctica⁴⁹⁷. Las relaciones con la URSS era una maniobra a la que Cuba no podía renunciar, pues la prioridad para el Gobierno cubano pasaba por “*impedir un rápido estrangulamiento económico a manos de los Estados Unidos*”⁴⁹⁸.

Raúl Roa añadió que la actitud de la Revolución cubana con respecto a la URSS respondía a una estrategia general, en la que Cuba “*deseaba entenderse con los países y regímenes de todo el mundo, sin acotaciones de bloque*”, entre otras razones, porque Cuba estaba trabajando para “*romper con el viejo sistema de monocultivo y de monomercado*”⁴⁹⁹. Sobre este particular, Roa añadió que la decisión de comerciar con el bloque soviético había surgido a raíz de la visita de Mikoyán a La Habana y en el momento en el Gobierno de Castro intuyó que “*la asfixia económica que preparaba Washington*” era inminente⁵⁰⁰. Roa puso especial empeño en dejarle claro al corresponsal de *Pueblo* que las relaciones con la URSS se habían producido a raíz de las complicaciones cubanas con los Estados Unidos. Esta había sido la secuencia, el acoso norteamericano había cercado la economía cubana y el Gobierno revolucionario, en ejercicio de sus facultades y como garante de la gobernabilidad, había buscado soluciones en otros lugares, entre ellos en el campo socialista.

En lo tocante a los encuentros de los dirigentes cubanos con los soviéticos durante la XV Asamblea General de la ONU. El canciller cubano señaló que la delegación cubana había actuado con Krushev haciendo uso de la cortesía que se requería entre países. Krushev había sido el primero en aproximarse a la delegación cubana y en justa correspondencia la dirigencia revolucionaria no podía hacer otra cosa que responder en iguales términos⁵⁰¹. Las URSS tenía relaciones diplomáticas y económicas con Cuba y no había motivos para rechazar la atención que la diplomacia soviética había dispensado a los delegados cubanos. Por lo demás, Roa se extendió en sus explicaciones sobre los contactos que se habían producido entre cubanos y soviéticos en aquellas fechas y le expuso a Tobío que en la cena celebrada entre Fidel Castro y Krushev en el marco de la XV Asamblea de la ONU no se habían abordado “*conversaciones políticas de ningún género*” y que lo único que se había pretendido “*era pasar la velada*” con un país con el que se mantenían relaciones cordiales⁵⁰². “*El canciller cubano insistió en que Cuba no estaba ligada a ningún bloque político*”, y que en las

⁴⁹⁷ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6569. Madrid: viernes, 14 de octubre de 1960, pág. 1. Diario.

⁴⁹⁸ *Ibidem*, págs. 1 y 2.

⁴⁹⁹ *Ibidem*, pág. 2.

⁵⁰⁰ *Idem*.

⁵⁰¹ *Idem*.

⁵⁰² *Idem*.

votaciones en la Asamblea General Cuba “*seguía invariablemente su propio criterio, sin consultar con nadie*”⁵⁰³.

En aquella entrevista Raúl Roa estaba afrontando todas las cuestiones, incluso las más incómodas. Por su parte, Blanco Tobío, consciente de esta situación, aprovechó aquel encuentro para entrar a fondo en todos los asuntos que hacían referencia al comunismo y no sólo al que provenía de la URSS sino también al que se movía dentro de Cuba. Con esta idea en mente Tobío conminó a Roa a ofrecer una explicación sobre la existencia en Cuba de “*un solo partido político organizado, el comunista*”⁵⁰⁴. A aquella pregunta Roa contestó de forma tajante al asegurar que, aunque dicho partido se moviera con libertad en Cuba, aquello no le preocupaba al Gobierno revolucionario porque el PSP “*no ejercía la más mínima influencia sobre la vida nacional cubana*”, ni antes ni después de revolución, porque “*nunca la había ejercido*”⁵⁰⁵.

Así pues, el controvertido tema del comunismo, obsesión y alarma permanente para las cancillerías de medio mundo, no parecía estar entre las mayores preocupaciones de la diplomacia cubana. Cuba, reiteraba por enésima vez su vocación neutralista y su derecho a trenzar unas relaciones exteriores que respondieran a las necesidades del país. Sobre este particular, Roa le comunicó al corresponsal de *Pueblo* que las relaciones de Cuba con España y con la URSS, y con la mayoría de los países presentes en la ONU, se encontraban en buenos términos, pero que no sucedía lo mismo con los Estados Unidos. Las relaciones entre La Habana y Washington estaban seriamente dañadas; una realidad que reconocía abiertamente el canciller cubano. Sobre este particular, Raúl Roa no se anduvo con circunloquios y ofreció aquí su opinión, una posición que tenía un carácter más personal que oficial, pero que reflejaba claramente el contexto en el que se encontraban aquellas relaciones: las “*veía muy mal*” y en “*un futuro próximo*”, todo parecía indicar, que no tendrían visos de mejora⁵⁰⁶.

Sin embargo, no todo estaba perdido, pues, según Roa, “*cuando la economía cubana*” se independizara “*por completo de la economía norteamericana*” ambos países normalizarían sus relaciones y “*acabarían por ser los mejores amigos de este mundo*”⁵⁰⁷. Roa señalaba además que aquel razonamiento se lo había trasladado al embajador norteamericano en La Habana con la intención manifiesta de que lo se lo hiciera llegar a los responsables del Departamento de Estado norteamericano. Cuba no tenía ningún interés en granjearse la enemistad de los Estados Unidos, ni en mantener un nivel de tensión permanente con las autoridades estadounidenses, pero había llegado el momento de ejercer su plena soberanía y Estados Unidos tenía que avenirse a aquel nuevo contexto.

Así pues, el rechazo de Estados Unidos a la Revolución cubana poco tenía que ver con el comunismo, según Roa, sino más bien con la pertinaz insistencia de negarle a Cuba los derechos que le eran propios como nación independiente. Estados Unidos, como resultaba público y notorio, no aceptaba la soberanía de Cuba y como consecuencia de ello promovía el bloqueo económico con el objetivo evidente de colapsar la economía cubana.

De todos modos, Cuba estaba preparada para afrontar aquel desafío y Raúl Roa apuntaba que se estaban tomando las medidas necesarias para que otros países pudieran ocupar el espacio que Estados Unidos estaba dejando vacante en la economía cubana. La huida norteamericana de la economía cubana, en parte obligada y en parte voluntaria, tendría que suplirse mediante el aprovisionamiento y la venta en otros mercados, pues Cuba estaba dispuesta a funcionar al margen de los exclusivos y excluyentes intereses del capital norteamericano. Con respecto a esto último, Roa señaló que en aquel

⁵⁰³ *Idem.*

⁵⁰⁴ *Idem.*

⁵⁰⁵ *Idem.*

⁵⁰⁶ *Idem.*

⁵⁰⁷ *Idem.*

desencuentro entre La Habana y Washington “*países como Canadá, Japón y la misma Inglaterra, acabarían beneficiándose de la nueva orientación de Cuba en los mercados internacionales al suministrarles lo que antes le vendían los Estados Unidos*”⁵⁰⁸. Aquella apreciación, como se recordará de las conclusiones que la diplomacia franquista sacó de la Conferencia de San José de Costa Rica, colocaban también a España en una posición de preferencia dentro del mercado exterior cubano. Algo que, como puede observarse, tampoco había escapado al análisis que las autoridades cubanas habían hecho del nuevo contexto.

En definitiva, Cuba estaba abierta al mundo y aquí se encontraría con España y el resto de países. Estados Unidos se alejaba, pero la responsabilidad no podía recaer en modo alguno en la diplomacia cubana. La Revolución cubana era netamente hispana y su carácter comunista era simplemente un subterfugio impulsado por la Administración norteamericana para desacreditarla dentro del campo occidental y justificar así sus constantes agresiones. Estas eran las conclusiones básicas de las palabras del canciller cubano.

Aquella conversación entre Blanco Tobío y Raúl Roa, según declaró el primero, había durado más de una hora y en ella las preguntas habían sido escasas y genéricas. Sin embargo, había sido el propio Roa, “*hombre nervioso y mentalmente muy ágil*”, el que había optado por hacer una disquisición minuciosa de la realidad cubana para despejar dudas en España⁵⁰⁹. Tobío señalaba también, a modo de aclaración, que el canciller cubano hablaba muy rápido y que todos los temas se habían tratado en profundidad y con el mayor detalle, con lo cual no se había podido recoger la totalidad de lo abordado. No obstante, Tobío aseguraba que se había “*recogido notarialmente la esencia*” de aquel encuentro⁵¹⁰. Una entrevista en la que el peso había corrido a cargo de la argumentación de Raúl Roa, quien, según señaló Blanco Tobío, había abordado la realidad cubana a través de “*un singular monólogo de diplomacia abierta*”⁵¹¹.

Las palabras de Roa, recogidas por Tobío con espíritu “notarial”, según el mismo afirmó, encajaban casi a la perfección con lo apuntado por Castiella dos días antes con motivo del Día de la hispanidad. El respeto a la soberanía y a la particularidades políticas de cada país, además de la no intervención, habían sido recogidas de una u otra forma por el canciller cubano, quien tuvo a bien hacer menciones más que explícitas a lo que compartían cubanos y españoles, es decir a aquella hispanidad a la que Castiella confiaba el futuro de las relaciones entre España y Latinoamérica, por residir en ella lo permanente y el nexo de unión que serviría de valladar contra las incidencias coyunturales y los desencuentros puntuales.

Las relaciones entre España y Cuba estaban preñadas de futuro, según había afirmado el mismo Roa, siempre que se preservaran aquellas premisas de las que la España de Franco hacía propaganda con profusión. De hecho, Roa había caracterizado el caso Lojendio o la actitud de algunos sacerdotes como episodios donde España había violado aquellos principios de los que se sentía deudora y signataria. En definitiva, Raúl Roa, sin hacer mención explícita al asunto, venía a exponer que los principios por los que apostaban cubanos y españoles en el marco internacional, a grandes rasgos y siempre que se respetaran en sus justos términos, eran perfectamente compatibles y que, por lo tanto, las relaciones entre ambos países no tendrían por qué verse violentadas.

La entrevista de Roa se desempeñaba así como la contraparte y el complemento ideal de los reportajes que sobre Cuba y su revolución había afrontado Blanco Tobío en aquellas fechas, con un balance final en el que podía asegurarse que el diario sindical le daba la absolución a la Cuba fidelista y le

⁵⁰⁸ *Idem.*

⁵⁰⁹ *Idem.*

⁵¹⁰ *Idem.*

⁵¹¹ *Idem.*

otorgaba un voto de confianza, aunque fuera limitado. El diario sindical, recogiendo el sentir de las autoridades franquistas, invalidaba así cualquier propuesta que fuera encaminada a la ruptura de relaciones con Cuba. En similares términos se había expresado Raúl Roa sobre las relaciones entre España y Cuba. Unas relaciones que se había reducido *de facto*, pero a las que no se les había dado esa condición *de iure*. Así pues, las relaciones entre Madrid y La Habana se singularizaban cada vez más, pues aunque con frecuencia aparecían condicionadas por los conatos de intervención franquistas, reales o supuestos, al mismo tiempo parecían fuerte asentadas, dentro de sus limitaciones, por mor de la herencia común, por los lazos familiares que unían a cubanos y españoles y por la particular posición internacional en la que se encontraban ambos países. Y es que, España y Cuba, habían sido embarcadas en la lucha entre bloques, en muchas ocasiones, muy a su pesar: España por mediación de la ayuda norteamericana y Cuba como consecuencia de la agresión de ésta; España por la imposibilidad de converger ideológicamente con la URSS y Cuba debido a las consecuencias de la ayuda y la protección del bloque soviético. Así pues, España y Cuba aparecían más o menos asentadas dentro de uno de los bloques en pugna, pero sin la plena e incondicional adhesión a estos bloques debido a las peculiaridades de Revolución cubana y también a las de la dictadura franquista. Cuba se declaraba neutral y España alineada al bloque occidental, pero, por unas razones u otras, ni la primera era un país neutral al uso ni la segunda podía considerarse sólidamente integrada en el bloque occidental.

11.3.6 El matiz: origen de algarabías entre franquistas y batistianos

Los trabajos de Tobío en aquel mes de octubre pronto alcanzaron notoriedad en el panorama periodístico franquista y, según *Pueblo*, superaron las fronteras de la propia España⁵¹². Sin embargo, no siempre para bien, pues desde el solar español varias publicaciones se alzaron contra aquella versión de la Revolución cubana que preconizaba el diario sindical. Una de las más señeras fue el diario *Madrid*. Este periódico, carente todavía de los aires de renovación que exhibió pocos años después, se opuso con contundencia a la versión del proyecto cubano que albergó *Pueblo* en sus páginas y calificó como inaceptables los paralelismos que Raúl Roa estableció entre la Revolución cubana y España, a través de los cuales se daba a entender que allí residía la originalidad del proyecto fidelista y también su incompreensión fuera de las fronteras cubanas⁵¹³.

Pueblo, dedicó un editorial en su primera página a comentar aquellas críticas desdeñosas alzadas por el diario *Madrid* y otras publicaciones contra los trabajos de Tobío. El diario sindical arremetió contra la línea argumental de *Madrid* y lamentó la falta de imaginación y entendimiento de aquel diario, pues en su análisis había confundido los términos en los que se había expresado Tobío. El diario madrileño había tomado las referencias de Roa sobre el origen común de españoles y cubanos y las había mezclado sin tino alguno con la naturaleza y el carácter de los regímenes que imperaban en Cuba y España en aquellos años, componiendo un relato que no se ajustaba a lo expuesto por Raúl Roa y Blanco Tobío en su encuentro. Una actitud de descuido o mala fe que poco o nada tenía que ver con lo que *Pueblo* había expuesto en sus páginas. Ni Tobío ni Roa, según editorializó *Pueblo*, encontraron similitudes ni hablaron sobre las raíces comunes de los regímenes cubano y español⁵¹⁴. Lo único que se había planteado era la similitud en el carácter de ambos pueblos y las incompreensiones suscitadas por ambos regímenes en el exterior⁵¹⁵.

Pueblo, lamentaba aquella clase de tergiversaciones y malos entendidos, y señalaba de paso que lo importante era estrechar puentes con los países latinoamericanos y no destruirlos. Sin embargo, según

⁵¹² *Pueblo* (Año XXI). Núm.6571. Madrid: martes, 17 de octubre de 1960, pág. 1. Diario.

⁵¹³ *Idem*.

⁵¹⁴ *Idem*.

⁵¹⁵ *Idem*.

editorializó *Pueblo*, había otras publicaciones que habían incurrido en un desliz todavía más gravoso para la posición de España frente Cuba. La línea editorial de *Pueblo* encontró especialmente graves las reacciones suscitadas contra su diario dentro de la colonia de exiliados cubanos en Madrid. Frente a estos últimos, el diario sindical no se mostró tan condescendiente como lo hizo con el diario *Madrid*, pues los ataques lanzados por los exiliados cubanos, lejos de centrarse en polemizar o disentir, habían caído en las descalificaciones más hirientes.

El exilio cubano había hecho uso para sus embestidas contra *Pueblo* y su corresponsal Blanco Tobío de “una hojita que se titulaba *Acción Cubana*” y que contaba en su primera página con el “*respetable sumario*” de “*Dios, Patria y Familia*”⁵¹⁶. *Pueblo* no ocultaba su malestar contra aquel medio, portavoz de una Cuba que había sido abatida por la revolución, que ahora se presentaba ufana en territorio español y que, con sus intemperancias, comprometía los intereses de España en Cuba. El exilio cubano, llamado a significarse sobre todo lo que compartían cubanos y españoles, se estaba caracterizando precisamente por todo lo contrario, pues con su actitud coadyuvaban a demoler lo que había preconizado Castiella días antes en el discurso lanzado con motivo del Día de la hispanidad.

Acción Cubana era el primer diario anticastrista publicado en Madrid, y en él, bajo la dirección de Rosendo Canto, diplomático y periodista durante los Gobiernos de Batista, se habían acogido los exiliados batistianos en Madrid. La publicación en cuestión se revestía de un catolicismo militante y nunca había ahorrado críticas al régimen fidelista, este era su cometido como órgano del exilio. Sin embargo, por primera vez había pasado de las críticas al régimen cubano a mostrar actitudes displicentes o claramente desaprobatorias frente a la postura adoptada por algunos sectores franquistas en su aproximación a la realidad cubana. Esta publicación batistiana, según señaló con cierto desdén *Pueblo* en sus páginas, habían publicado a mediados de octubre un editorial titulado “*Las crónicas de Blanco Tobío*”⁵¹⁷. Un editorial que *Pueblo* consideraba “*absolutamente inaceptable*”, pues vertía ofensas de todo tipo contra el corresponsal de *Pueblo* en Nueva York⁵¹⁸.

Pueblo recogía algunos pasajes de aquel “*sorprendente editorial impreso en España por partidarios de Batista*” y señalaba que, además de atacar a Tobío calificándolo de mentiroso, se hacía una crítica mordaz de lo expuesto por el corresponsal gallego en las páginas del diario sindical⁵¹⁹. *Acción Cubana* había cargado contra la versión de la realidad cubana vertida en las páginas del diario sindical y lo había hecho de forma contundente al señalar que la opinión pública española tenía “*derecho a ser informada correctamente, objetivamente, desapasionadamente*”, y que nada de aquello podía encontrarse en los últimos trabajos sobre Cuba firmados por el corresponsal de *Pueblo* en Nueva York⁵²⁰. Las crónicas de Tobío, según la publicación cubana, estaban “*saturadas de sectarismo político, de estupideces monumentales y de afirmaciones tendenciosas y astronómicamente falsas*”⁵²¹.

En fin, Tobío era retratado como la viva imagen del “*antiperiodismo*”, pues su relato estaba encaminado a generar una opinión muy concreta sobre la revolución y resultaba totalmente partidista, pues en última instancia rompía una lanza en favor del proyecto fidelista. *Acción Cubana* había dado un paso al frente y no permitiría desviaciones, por leves e inanes que fueran, en la lucha contra la Revolución cubana. El exilio cubano irrumpía en la política española y lo hacía a través del exceso, lo que inmediatamente generó la airada respuesta de *Pueblo*, llamado a pronunciarse por alusiones directas. El diario sindical, lejos de mostrarse tibio, criticó los insultos dedicados a Tobío, expuso el

⁵¹⁶ *Idem.*

⁵¹⁷ *Idem.*

⁵¹⁸ *Idem.*

⁵¹⁹ *Idem.*

⁵²⁰ *Idem.*

⁵²¹ *Idem.*

contenido del editorial de *Acción Cubana* sin añadir mayores comentarios a su argumentario y reiteró el compromiso que *Pueblo* siempre había tenido con la causa franquista y la lucha contra el comunismo.

Sin embargo, lejos de quedarse aquí, dio también un paso al frente y acotó el terreno del que podía hacer uso el exilio cubano. *Pueblo*, tirando de su perfil más autoritario, deslegitimó a la publicación cubana y de forma clara la conminó a guardar silencio sobre los asuntos españoles. Para ello hizo alusión a la condición de acogidos que pesaba sobre el exilio cubano y señaló que de ellos se esperaba colaboración y en ningún caso oposición. Aquí *Pueblo* se mostró contundente y fijó, según su parecer, cual debía ser la actitud de los contrarrevolucionarios cubanos radicados en España.

Pueblo señaló en primer lugar que aquel editorial publicado por *Acción Cubana* era incompatible “con la generosa hospitalidad española”, que era precisamente la que hacía posible “la existencia de aquel periodiquito en Madrid”⁵²². *Pueblo* señalaba además que los acogidos “por razones políticas al amparo residencial de otra nación” tenían la obligación de “extremar su prudencia”⁵²³. El diario sindical apelaba al sentido común y conminaba al exilio a guardar las formas y a utilizar los espacios de los que disfrutaban de forma juiciosa.

Los exiliados cubanos estaban obligados a ser prudentes y comedidos en todos y cada uno de sus pronunciamientos, y no solamente porque así lo exigía su condición, sino también para no perturbar las relaciones diplomáticas del país de acogida, en este caso España. Sobre este particular, *Pueblo*, dirigiéndose al exilio cubano, señalaba que las relaciones diplomáticas entre Cuba y España eran delicadas, “por razones bien conocidas para todos”, y que la aspiración de las autoridades españolas y de sus medios de comunicación era velar para que no empeoraran, sino para que mejoraran “en función de unos gestos y unas actitudes más cordiales”⁵²⁴. Esta era la consigna a seguir y a la que estaba obligado, más que ningún otro colectivo, el exilio cubano acogido en España. *Pueblo* señalaba igualmente que no se le podía permitir al exilio cubano lo que España criticaba en Cuba con relación al exilio español. “Las andanzas de los exilados españoles en Cuba por los despachos influyentes” no podían tener su contraparte en la actitud española frente al exilio cubano⁵²⁵. España tenía que dar ejemplo y mostrarle a la dirigencia cubana que sus intenciones de no intervenir en la política cubana eran sinceras.

Aquellos enfrentamientos entre diarios franquistas y publicaciones cubanas del exilio no hacían más que explicitar las conexiones que la política exterior tenía con la interior en el régimen franquista, siendo la primera una suerte de extensión de la segunda. Así pues, *Pueblo*, diario sindicalista y autoproclamado voz y adalid del obrerismo de corte falangista, se enfrenta al diario *Madrid* y al periódico *Acción Cubana*, sectores más vinculados al catolicismo y a la línea de gobierno que preconizaba el Opus Dei, para dejar claro dos aspectos fundamentales; a saber: que el régimen franquista tenía que conservar sus relaciones con Cuba y que el exilio cubano tenía que guardar silencio para que estas relaciones no se vieran afectadas. Como resultado de aquel enfrentamiento nos encontrábamos una vez más con una reyerta doméstica, silenciosa y muy habitual entre las familias del régimen franquista, pero en esta ocasión con la singularidad de contar con claras derivaciones internacionales.

Blanco Tobío había oscurecido en sus crónicas los problemas que el catolicismo de cuño español había tenido y estaba teniendo en Cuba. El catolicismo de origen español era uno de los temas recurrentes entre la dirigencia revolucionaria para acusar al régimen franquista de inmiscuirse en los

⁵²² *Idem.*

⁵²³ *Idem.*

⁵²⁴ *Idem.*

⁵²⁵ *Idem.*

asuntos cubanos. Unas acusaciones que, como se ha podido comprobar en los capítulos precedentes, recibían normalmente la consabida respuesta desde Madrid, adornada con sus apelaciones a los lazos comunes y al respeto de España por las naciones hermanas.

Todos estos aspectos, materia fundamental entre España y Cuba, habían sido conveniente arrinconados en los trabajos de Tobío. Hasta tal punto que, en sus crónicas, a las que se dedicaron resmas de papel y ríos de tinta en las páginas de *Pueblo*, el conflicto entre Iglesia y Estado en Cuba ocupó el ridículo espacio de catorce líneas en una página a cuatro columnas dentro de su cuarta entrega. La extensión de los informes de Tobío y su meticulosidad parecían así estar reñidos con la brevedad de aquellas catorce líneas con las que se ventiló el contencioso Iglesia Estado. Algo que sin duda, más allá del perfil adoptado por *Pueblo*, tuvo que ofender profundamente a aquellos que se sentían vinculados al catolicismo en general y al cubano y español en particular, como el caso de Rosendo Canto, director de *Acción cubana*.

Sin embargo, las intenciones de *Pueblo* no habían estado encaminadas a desentrañar los vericuetos de las relaciones entre la Iglesia y el Estado en Cuba. El diario sindical no tenía al catolicismo entre sus intereses prioritarios, como quedaba patente en sus páginas. *Pueblo* se mostraba renuente a tratar sobre aquellos asuntos que hicieran alusión a las intervenciones de la Iglesia en los asuntos temporales. Desde el diario sindical no se practicaba el anticlericalismo, su condición franquista hacía inviable la receta, pero sí se tendía a omitir aquellas intervenciones que la Iglesia acometía fuera de los aspectos espirituales que le eran propios. Así pues, las intenciones de *Pueblo* en su análisis de la realidad cubana eran otras y los problemas que Fidel Castro pudiera tener con el Obispado cubano no figuraban para *Pueblo* en la agenda de lo más relevante en el panorama cubano.

Desde *Pueblo*, con la colaboración inestimable y fundamental de su corresponsal en Nueva York, se había tratado de construir un discurso sobre Cuba plagado de contradicciones y deliberadamente encaminado a sembrar la confusión, pero en el que se habían pretendido difundir tres ideas vertebradoras que tenían que quedar meridianamente claras: la negación del carácter comunista de la Revolución cubana, la proclamación de su prosapia hispana y la excepcionalidad y singularidad del proceso revolucionario desarrollado en Cuba. Se proyectaba de este modo una imagen sobre Cuba y su revolución en el que el componente teórico estaba marcado por el eclecticismo ideológico, en el que habían pinceladas de los regímenes totalitarios clásicos, pero también un antimperialismo de raigambre latinoamericana que se revestía de hispanidad y en el que el marxismo se erigía a la vez en fermento y en pertinaz amenaza debido a la labor sorda de los comunismos patrios y foráneos.

En lo tocante al ingrediente mítico, éste encontraba su referencia en la historia de Cuba, imbuida desde el diario sindical por la retórica hispanista, que se confundía con la cubana y latinoamericana como si se tratara de conceptos perfectamente intercambiables. De este modo, Fidel Castro y la revolución, además de herederos del orgullo nacional de Cuba y de su vocación soberanista, se convertían a la vez en una suerte de depositarios de los valores permanentes de lo hispano y de su vocación de existir y resistir ante el empuje norteamericano. Ya por último, en lo que atañe al componente cotidiano, éste venía marcado por el impulso de una sociedad civil que se movía al calor de las soflamas antimperialistas, las consignas soberanistas y de la retórica encendida de Fidel Castro y sus edecanes. El componente cotidiano de la imagen proyectada de la revolución tenía su asiento en la sociedad civil y en ésta lo pretérito y lo contemporáneo se mezclaban de forma armoniosa para integrar en un mismo relato la historia de Cuba y su arrollador presente, ambos parámetros asociados a la hispanidad como fuente irrenunciable del análisis.

11.3.7 *Pueblo*: un bálsamo emoliente para aligerar la carga marxista de la Revolución cubana

Pueblo, se había extendido durante más de dos semanas en exponer de forma pormenorizada su particular versión de lo acontecido en Cuba desde el triunfo de la revolución. Había acometido un análisis de la situación cubana en el que se sometía a crítica la lectura del proyecto revolucionario que tenía su asiento en la izquierda política. En esta lectura marxista lo ideológico y lo utópico formaban parte de una misma realidad: lo utópico, encabezado por Fidel Castro y parte de la intelectualidad izquierdista proveniente de los más diversos parajes, incluidos los restos del naufragio de la Guerra Civil española, se habían mezclado con lo puramente ideológico, encarnado en las lecturas “sovietizantes” del proceso revolucionario. Unos y otros, los que figuraban como utópicos y los que se desempeñaban como ideológicos, se habían dado cita en La Habana para acometer una interpretación que exploraba las posibilidades de un proyecto que afrontaba su futuro entre lo imaginativo y lo dogmático y sobre el que aún quedaban demasiados interrogantes.

Frente a estas dos versiones provenientes de la izquierda marxista se alzaba la visión de Blanco Tobío, en principio apegada a la praxis revolucionaria o al análisis de las realizaciones del proceso revolucionario. Una versión, la del sindicalismo español, que se presentaba a sí misma como carente de calificativos apriorísticos, abierta a exponer lo que realmente había dentro del proyecto revolucionario y, por tanto, con vocación de lectura rigurosa de la realidad. Sin embargo, la aproximación de Tobío a la situación cubana, lejos de las veleidades neutrales de las que presumía, aportaba una nueva perspectiva ideológica tendente a descalificar todo lo que de socialismo y comunismo había en Cuba y a ensalzar todos aquellos otros aspectos que se separaban de las corrientes marxistas.

La interpretación de Tobío hacía las veces de un bálsamo emoliente destinado a ablandar aquellos aspectos de la revolución que podían ser menos digeribles para la sociedad española que vivía bajo el dogma franquista. Para hacer asimilable aquella versión tan particular, Tobío se presentaba en la posición del observador absoluto, tratando de hacer pasar por neutral lo que era puramente ideológico. Así pues, Tobío tomaba su visión del mundo, su particular ideología, como legítima e integradora y hacía pasar a las otras, aquellas que contemporizaban con el marxismo o que participaban de él, por falsas y deformadoras. Este ejercicio se revestía de una supuesta objetividad y para ello recurría, según su propia versión, al sentir y las ideas de terceros que, tras ser expuestas, servían para cimentar su presunta despreocupación valorativa. Sin embargo, como han señalado diversos autores, la posibilidad de un juicio libre de valoraciones resulta harto complicada, pues se cae en la circularidad de la ideología. La crítica de una ideología, inevitablemente, se termina acometiendo a través de un juicio ideológico⁵²⁶, especialmente cuando se parte de prejuicios que actúan ya como condicionantes previos.

De este modo, el análisis de Tobío no se podía presentar como una aproximación neutral al mapa de las ideologías que se daban cita en el seno de la revolución. Su visión era totalmente parcial y estaba destinada a satisfacer las necesidades del régimen franquista. Tobío tomaba partido al exponer y analizar el quehacer revolucionario, lo que hacía inviable la supuesta neutralidad de su trabajo. Al juzgar, analizar y explicar se comprometía a hacer uso de un sistema de normas y categorías que eran ya de por sí marcadamente ideológicas, pues respondían a la línea editorial que habitualmente defendía el diario *Pueblo*. Además, Tobío establecía correlaciones constantes entre pensamientos y situaciones, acometía un relato interesado de enumeraciones y coincidencias y, en definitiva, trataba

⁵²⁶ Ricoeur, Paul: *Op. Cit.*, págs. 191-196.

de ofrecer una lectura del proceso revolucionario que se acomodara a algunos de los principios que imperaban o habían imperado en el régimen franquista.

Tobío afrontaba la situación cubana desde una perspectiva puramente ideológica y la supuesta objetividad manifestada por *Pueblo* en sus páginas sobre la Revolución cubana carecía de sentido al afrontar el diario un análisis de la revolución desde una perspectiva puramente española, como el propio periódico reconocía en sus páginas. Del mismo modo, el recelo, la oposición y la descalificación de cualquier clase de conexión entre la Revolución cubana y el comunismo, aunque fuera de orden “puramente técnico”, como el diario había manifestado de forma enfática, ya era de por sí una posición de un calado ideológico difícilmente compatible con cualquier supuesta objetividad.

Ante tales premisas las conclusiones parecen evidentes: *Pueblo* tomaba partido por una versión de Cuba que tenía su asiento en el imaginario franquista, una Cuba idealizada, y lo hacía desde una posición marcadamente ideológica, y por momentos utópica, al invalidar cualquier tipo de contenido que desde perspectivas marxistas tratara de rellenar aquella brecha teórica que existía entre las pretensiones de los gobernantes cubanos y el consentimiento de los gobernados. Precisamente, según la versión de *Pueblo*, los renegados del proceso revolucionario estaban justamente aquí, en la negativa a asumir planteamientos marxistas.

Así pues, la versión lanzada por Tobío, señalaba que la revolución había perdido poder y empuje debido a su aproximación a las corrientes marxistas, muchos cubanos habían renegado del proceso revolucionario y habían retirado su consentimiento al orden vigente por las concomitancias con la URSS y la infiltración comunista en el seno de la revolución. Una tendencia que, al parecer de *Pueblo*, iría creciendo a medida que Cuba mostrara mayores inclinaciones hacia el bloque oriental y su régimen organizativo⁵²⁷; cuanto mayor fuera la carga marxista del proceso cubano, menores serían los apoyos, y cuanto más se apegara la revolución a su vertiente puramente nacionalista mayor alcance tendría entre la población cubana.

Por otro lado, el nacionalismo que portaba la Revolución cubana tenía un importante componente “socialista” debido a su preocupación por la redención del pueblo cubano, pero esta vertiente socialista, según la versión difundida en las páginas de *Pueblo*, no tenía por qué acometerse desde perspectivas marxistas. Aquí tenía asiento otra de las claves del análisis acometido por Blanco Tobío y por el diario *Pueblo* en general: el uso tendencioso que se hacía del término socialista.

De forma intencionada y recurrente, las crónicas de Blanco Tobío y el resto de la información de *Pueblo* sobre el acontecer cubano acudían al término socialista o socializante para definir al régimen fidelista y huían en todo momento de calificativos como soviético, marxista o comunista, términos y vocablos muy habituales en las aproximaciones de *ABC* o *El Alcázar* a la realidad cubana. *Pueblo*, a través de este posicionamiento terminológico, que estaba lejos de ser inocente, lo que pretendía era situar a la Revolución cubana en el campo de los nacional socialismos. Para apuntalar esta estrategia se apoyó en la opinión de reputados falangistas. Los camisas viejas cubrían aquellos espacios a los *Pueblo* no llegaba debido a su sutil encauzamiento y orientación ideológica. Por su parte, Blanco Tobío, cuando no consideraba oportuno pronunciarse con rotundidad, dejaba huecos para que la imaginación del lector hiciera el resto a través de términos tan curiosos como “demototalitarismo”. Una táctica que *Pueblo* compartía con otros medios franquistas, que en aquellas fechas habían atacado al anticomunismo dogmático, como hacían en Cuba con frecuencia los dirigentes revolucionarios. Sin embargo aquel ataque al anticomunismo irreflexivo se había acometido a través de las lecturas

⁵²⁷ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6560. Madrid: martes, 4 de octubre de 1960, pág. 3. Diario.

que fueran capaces de tener en cuenta las variadas formas que podía adoptar el nacionalsocialismo o el socialismo nacionalista.

Uno de los diarios que ensayaba esta vía de alizar las variadas formas que podía adoptar el nacionalsocialismo era *Arriba*, órgano oficial de Falange, que en aquellas fechas lanzaba un artículo, reproducido con agrado y aprobación en las páginas de *Pueblo*, en el que se establecía un claro paralelismo entre “peronismo”, “castrismo” y las diferentes ramas del nacionalsocialismo. El artículo en cuestión respondía a la firma del periodista Jesús Suevos, falangista confeso y defensor habitual de aquellas ideas, y aparecía en las páginas de *Pueblo*, curiosamente, el mismo día en que el diario sindical había cargado mediante un editorial contra el diario *Madrid* y la revista *Acción Cubana*.

En aquel trabajo de Suevos, en el que se analizaba la realidad de Hispanoamérica en su conjunto, se señalaba que “*el comunismo*”, “*el fascismo*” y “*esos movimientos autoritario-populares o nacional-sociales, que no eran comunistas ni fascistas*”, estaban consiguiendo divorciar las palabras “*democracia*” y “*liberalismo*”⁵²⁸. Los regímenes antiliberales clásicos y los nuevos movimientos populares que anatemizaban la doctrina liberal habían colocado la democracia en su solapa acompañándola de diversos calificativos y aquella estrategia estaba consiguiendo que la democracia ya no apareciera necesariamente comprometida con el liberalismo, lo que estaba generando un daño grave en el prestigio de este último.

Según aseveraba Suevos de forma axiomática, si no se entendía aquel aspecto, no se podía percibir, “*pese a todas sus diferencias*”, lo que tenían en común “*el justicialismo argentino, el movimiento boliviano y el castrismo de Cuba*”⁵²⁹. Ni tampoco se podían comprender en su justa medida los discursos de los nuevos líderes continentales. Janio Quadros, el presidente electo del Brasil en aquellas fechas, señalaba que él no era liberal ni marxista. Una frase “rotunda”, que según Suevos, nos ayudaba a entender el acontecer hispanoamericano⁵³⁰. La separación del liberalismo, del marxismo y la renuncia a pertenecer a los partidos de corte tradicional eran las características principales de los políticos más aclamados de aquella América que llegaba. Para Suevos aquella era una realidad que también se contemplaba en Cuba: la revolución que estaba llevando a cabo Fidel Castro ni era liberal ni era marxista⁵³¹. Un alegato que había señalado el propio Núñez Jiménez, director del INRA, durante su estancia en Madrid a finales de 1959⁵³².

En aquella ocasión, como había hecho Raúl Roa con Tobío, el director del INRA había atendido a varios medios franquistas para esclarecer algunos puntos que preocupaban a la España de Franco. En medio de la rueda de prensa el propio Suevos, allí presente, le había preguntado a Núñez Jiménez si era cierto que la Revolución cubana era socialista y nacionalista, a lo que el dirigente cubano había respondido con rotundidad que sí. Sin embargo, cuando Suevos le había propuesto concluir que la revolución cubana era entonces nacionalsocialista, el revolucionario cubano se había encrespado. Aquella apreciación intemperante de Suevos ofendió al dirigente cubano, que se apresuró a señalar que ellos no tenían nada que ver con la Alemania nazi. Suevos compartía aquella apreciación: Cuba no tenía que ver con Alemania pero el nacionalsocialismo albergaba en su seno diferentes recetas que no tenían que pasar necesariamente por el “*hitlerismo*”. Aquí residía la clave del análisis, según el artículo de *Arriba*, en que el nacionalsocialismo no era una receta cerrada y única.⁵³³

⁵²⁸ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6571. Madrid: martes, 17 de octubre de 1960, pág. 3. Diario.

⁵²⁹ *Idem*.

⁵³⁰ *Idem*.

⁵³¹ *Idem*.

⁵³² De Paz Sánchez, Manuel: *Zona Rebelde: Op. Cit.*, pág. 310.

⁵³³ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6571. Madrid: martes, 17 de octubre de 1960, pág. 3. Diario.

Tras esta aseveración, Suevos señalaba, haciendo uso de un argumentario en el que lo pedagógico y lo paternal se disputaban la supremacía, que esto era lo que no querían entender “*los inspiradores y dirigentes de las democracias hispanoamericanas: que para resolver la crisis del liberalismo capitalista*” había que escoger entre “*la revolución internacional del comunismo*” o “*las revoluciones nacional sociales*”⁵³⁴. Según Suevos, la mayor parte de los dirigentes hispanoamericanos vivían engañados y enredados en la maraña que el liberalismo había tejido durante décadas. Una circunstancia que no les permitía ver que era necesario romper con el marco preexistente. Por el contrario, lejos de abrir nuevos espacios, aquellas clases dirigentes preferían creer que todo podía arreglarse todavía ejerciendo labores de remiendo sobre el “*liberal-capitalismo*”⁵³⁵.

Un error que estaba acarreando consecuencias nefastas para el continente, pues aquella incomprensión de las democracias hispanoamericanas y su miedo absurdo a los nacionalismos socialistas estaba dejando sin argumentos y sin espacio a estos últimos y los estaba conduciendo hacia “*posiciones demagógicas o anárquicas*”⁵³⁶. En definitiva, el letargo y la torpeza de los primeros y la desorientación y desorganización de los segundos habían abocado a Hispanoamérica a una situación que se antojaba explosiva. Suevos daba término a aquel análisis, en clave estrictamente falangista, señalando que, si de la incomprensión del marco regional e internacional continuaba entre las clases dirigentes de las democracias latinoamericanas, los “*socialismos nacionales de Hispanoamérica*” podían precipitarse por “*los despeñaderos marxistas, para la mayor gloria y provecho de Pekín y Moscú*”⁵³⁷.

Aquella táctica de hacer uso de definiciones oscurantistas y confusas, y la de “socialismo nacional hispanoamericano” cumplía ambos criterios, se erigía en ocurrencia singular del falangismo más ultra para insertarse en la América que se intuía para los próximos años. Sin embargo, hacer referencia al movimiento fidelista en aquellos términos era un procedimiento arriesgado, pues fuera del régimen franquista, y de alguna otra desventurada excepción, el fascismo no era considerado precisamente un blasón, sino un baldón que hipotecaba cualquier tipo de simpatía internacional. De todos modos, y a sabiendas de los costes en imagen que podía generar aquella interpretación de la Revolución cubana, los sectores del franquismo que habían quedado prendidos del proceso cubano y que trataban de establecer puentes con Cuba no parecían encontrar mejor forma de aproximación que articular aquellas definiciones de corte de fascistas para dar fe del acontecer cubano. Ocioso resulta aclarar que la estrategia desplegada era toda una temeridad, pues el elogio de unos, los remitentes, se tornaba en insulto para los otros, los beneficiarios del supuesto parabién.

Sin embargo, parte de la prensa franquista no parecía verlo de este modo y así, de forma manifiesta en ocasiones, calificando a la revolución de nacionalsocialista, o de forma emboscada en algunas otras, haciéndola pasar por un régimen nacionalista con tendencias socializantes, la prensa franquista dejaba caer algunos artículos en defensa de la Revolución cubana, orientados quizás por el régimen, con la clara intención de congraciarse con las autoridades cubanas.

Aquella aproximación a la Revolución cubana desde una óptica franquista parecía además imprescindible y tenía que ser afrontada por algunos diarios del régimen, pues la crítica constante y el seguidismo de la versión procedente de Estados Unidos no parecía una receta sostenible a largo plazo. Dadas las circunstancias y ante lo inaplazable del reto, nadie mejor para acometer aquel ejercicio temerario que los elementos del régimen más significados en las filas del falangismo, por

⁵³⁴ *Idem.*

⁵³⁵ *Idem.*

⁵³⁶ *Idem.*

⁵³⁷ *Idem.*

ser ellos los más avezados a defender la dogmática franquista y también los más dispuestos a surcar las siempre revueltas aguas de la ideología en un contexto de censura informativa.

La España de Franco no podía permitirse el lujo de presentarse como fiel vasallo de los Estados Unidos en el continente americano, pues, frente a esta posición servil, más valía lanzar las huestes falangistas a los ensayos interpretativos, que necesariamente diferirían del sentir norteamericano, y salvar así la honra, aunque fuera a costa de la imagen. Aquel ejercicio de interpretación se antojaba así imprescindible, pues no se debe perder de vista que la oposición al régimen franquista tenía las puertas abiertas de Cuba y que los comunistas, especialmente, contaban con todas las prerrogativas para pronunciarse con total libertad en los medios cubanos sobre la realidad española y cubana.

La España de Franco, consciente del empuje de Fidel Castro y del movimiento que encabezaba, no quería ser menos que la España exiliada, ni en cierto modo podía permitírselo. De ahí que de cara a la parroquia interna, más allá de las simpatías reales o fingidas con respecto al fidelismo, tuviera que mostrarse la imagen de una Cuba próxima, para significar que entre Cuba y España, léase entre el régimen franquista y el movimiento fidelista, no había problemas que no pudieran encauzarse a través de todo aquello que compartían ambos países y ambos regímenes. Unas afinidades, en lo que se refiere a los regímenes políticos, difíciles de encontrar, que algunos medios franquistas llevaron más allá de lo imaginable y que dieron como resultado aquellas peculiares lecturas del proceso revolucionario cubano.

La interpretación de la Revolución cubana desde una óptica franquista resultaba así todo un extravío, confeccionado a la postre sobre un relato plagado de contradicciones que iban más allá de lo narrado y que ponían en entredicho la propia doctrina que pretendían defender. Así pues, aquellos sectores que todavía se sentían apegados al falangismo más ultramontano, dentro del grupo hegemónico que imperaba en la España de Franco, tomaron como máxima para su análisis perspectivas netamente marxistas, incurriendo de este modo en contradicciones palpables. En concreto su análisis se ajustaba a lo que el propio Marx prescribía para acometer el estudio de los procesos revolucionarios: en épocas revolucionarias, de rápidos y constantes cambios, *“se impone distinguir entre el conflicto como tal y las formas ideológicas a través de las cuales se lucha para resolverlo. Y justamente por ello no se podrá juzgar una época revolucionaria por la conciencia que ella tenga de sí misma”*⁵³⁸. El falangismo, consciente o inconscientemente, y en cualquier caso muy a su pesar, seguía esta premisa de forma rigurosa y acometía un análisis en el que se pasaba por alto la conciencia que la Revolución cubana tenía de sí misma. Aunque para ello tuviera que construir un relato por momentos delirante en el que, eso sí, se hacía una distinción clara entre el conflicto como tal y las formas ideológicas puestas en liza para resolverlo.

De ello se deduce que lo contradictorio del relato emprendido por *Pueblo* no se encontraba en la falta de pericia de los periodistas, muy dotados para aquel complicado ejercicio, sino en la sima ideológica que separaba a Cuba y España en 1960. La línea editorial de *Pueblo* estaba lidiando con un problema de casi imposible solución, pues el falangismo español se veía abocado a aportar una visión de la Revolución cubana que fuera capaz de reconciliar el pensamiento de José Antonio Primo de Rivera y el ideario de Fidel Castro. Algo que se antojaba sumamente complicado, pero que resultaba perentorio ensayar más allá de los resultados, dado el empuje del movimiento revolucionario en Cuba y sus posibilidades, cada día más reales, de asentarse en el tiempo y, quizás también, de extenderse más allá de sus fronteras.

Así pues, parte de la prensa franquista asumió el éxito de la revolución, pero lo hizo a través de una interpretación periodística tendente a desprender del movimiento fidelista todo aquello que estuviera

⁵³⁸ Díaz Castañón, María del Pilar: *Op. Cit.*, pág. 50.

apegado a las corrientes clásicas de la izquierda. Un ejercicio que dejaba tras de sí un relato tan habilidoso como deliberadamente confusionista. A esta tarea se entregó con delectación el diario *Pueblo*, ya que, ni el nacionalismo español ni el falangismo en su versión más genuina le debían nada a los Estados Unidos o a las clases dirigentes criollas que habían gobernado Cuba desde la caída del régimen colonial, más bien todo lo contrario. El régimen de Fidel Castro contaba con la aquiescencia de los cubanos y esta condición se imponía sobre cualquier otro tipo de criterio, pues negarla llevaría al régimen de Franco, tarde o temprano, a la ruptura definitiva con la Revolución cubana.

La política se ejerce mediante la administración del poder y la organización del consentimiento y en esto parecía estar teniendo mucho más éxito la Revolución cubana que el tándem que antaño formaban la Embajada norteamericana y el Gobierno de Batista, algo que se hacía extensible, en mayor o menor medida, a los Gobiernos cubanos que habían precedido al inefable y denostado régimen batistiano. Así pues, si el régimen fidelista contaba con las bendiciones del pueblo cubano, la España de Franco, en atención al respeto que se le debía a “las soberanías nacionales”, a “las características de cada país” y a “la no intervención”, no tenía nada que alegar, pues actuaba de acuerdo a las premisas promulgadas por el ministro de Exteriores Castiella en aquellas fechas. Ahora bien, si España se comprometía en la salvaguarda de aquellos principios, de Cuba se exigiría un trato análogo, la no intervención y el respeto a las singularidades y a la soberanía tenía que ser recíproco para que aquello que había de permanente e inmutable entre España y Cuba no fuera innecesariamente violentado. El régimen franquista se comprometía a no comprometer el curso de la revolución, pero demandaba de Cuba reciprocidad. Varios sectores dentro del régimen franquista percibían que la Revolución cubana era ya algo irreversible y ante aquella realidad lo mejor que se podía hacer era comenzar a tejer un discurso capaz de sostener en el tiempo y justificar las relaciones de Franco con el régimen que se avecinaba en la Cuba de Fidel Castro. Una nueva Cuba que sería a todas luces radicalmente diferente de que se había conocido hasta la fecha y que claramente estaba en las antípodas de la dictadura que imperaba en la España franquista.



“LA NACIONALIZACION GARANTIZA LA REFORMA AGRARIA Y LA INDUSTRIALIZACION”

—Afirma el Presidente del Banco Nacional, comandante Ernesto Guevara.

(Triunfo Completo en la Batalla de las Divisas)

FRENTE a una opinión pública interesada en conocer sus pronunciamientos, en un momento de ruda agresión económica del imperialismo norteamericano, el comandante Ernesto Guevara brindó confianza y seguridad a incontables televidentes, que se mantuvieron atentos a sus pronunciamientos sobre el control estatal en la economía y sus resultados actuales.

Un panel de periodistas, ágil y conocedor de la problemática cubana, integrado por el director de Verde Olivo, Miguel Bruguera, el comandante Guillermo Jiménez, director del diario Combate, y el periodista Honorio Muñoz, de la redacción de Hoy, bajo la función moderadora del veterano Gómez Wangüemert, cumplió eficazmente la tarea inquiridora.

Así habló el héroe de la Invasión, responsable máximo en la paz de un frente no menos importante: el de la defensa económica nacional. Sucedió el jueves pasado en el programa Ante la Prensa, de CMQ-TV.

Por qué se ha nacionalizado la Banca Cubana

—El Banco Nacional, cuya creación fue un gran paso de avance, nació a la vida controlado, y muchas veces dirigido, por la banca privada. Todas las decisiones de tipo financiero del gobierno revolucionario contaban para producirse con la voz de un representante de los intereses financieros del Wall Street. Naturalmente, un banco en esas condiciones podía cumplir solamente a medias, o menos que a medias, una verdadera función de dirección del crédito y un verdadero programa para la industrialización del país. Poco después de llegar al poder la Revolución, se vio que había un cuello de botella donde los programas económicos y los deseos de avance rápido quedaban estrangulados. Era, precisamente, a nivel de las instituciones de crédito.

—El respeto que sentíamos muchos por la capacidad intelectual del doctor Felipe Pazos hizo que se demorara su sustitución, que no tuvo lugar hasta noviembre del año pasado. Lo acertado del cambio lo demuestra el hecho de que el doctor Pazos esté hoy en Puerto Rico colocado en el cuarto o en el quinto lugar en el rating de los presidentes de la contrarrevolución, al igual que el ex-presidente del BANFAIC, Justo Carrillo. Pero al tomar nosotros la presidencia del Banco Nacional vimos que el obstáculo no era sólo el deseo de no hacer las cosas, sino el mismo sistema creado. Todas las orientaciones, los fundamentos, los planes de la política económica del gobierno

revolucionario, en cosas realmente delicadas, eran inspeccionadas por los representantes de la banca extranjera.

—Por otra parte, el crédito se realizaba en forma anárquica y los bancos que tenían la capacidad de crear dinero lo hacían orientando el crédito en la forma en que les era más rentable, dejando completamente de lado los intereses de la nación. Dentro de este sistema se afrontaban dificultades para dar crédito a las diversas instituciones que el INRA estaba creando, por lo que fue necesario pasar el BANFAIC al INRA. Luego se disolvió el BANDES y se comenzó a pensar en la nueva estructura que debía tener el sistema bancario. Al fin, hace pocos días, el Consejo de Ministros aprobó la ley nacionalizando la banca.

Importancia de la Nacionalización de la Banca

—La nacionalización de la banca garantizará que la reforma agraria y la industrialización del país no sufran dentro del mismo país, sabotajes ni entorpecimientos de clase alguna.

—El pequeño comercio y la pequeña industria, la gente de ingresos medianos, que recibían muy escasamente los beneficios del sistema bancario, no van a estar excluidos ahora. Por el contrario, van a tener créditos en el momento adecuado, con intereses justos. Esto es importante, porque en la agricultura no existe únicamente el INRA, que sólo tiene actualmente menos del cincuenta por ciento de las tierras laborables de Cuba, sino también hay muchos product-

“... hay que tener confianza en nuestra capacidad de realizar las tareas que tenemos como deber histórico en estos momentos y confianza en la solidaridad internacional...”

Imagen 13- A finales de octubre de 1960 Fidel Castro dio por concluido el Programa del Moncada y ofreció además los parámetros para la articulación del nuevo bloque hegemónico que tendría que establecerse en Cuba bajo la doctrina martiana, una doctrina que, bajo la interpretación fidelista, sentaba las bases de un posible desarrollo socialista para la revolución. Junto al primer ministro cubano se posicionaron todos los líderes de la revolución, entre ellos el Che Guevara. *Bohemia* (Año LII). Núm. 44. La Habana: domingo, 30 de octubre de 1960, pág. 68. Semanal.

Capítulo 12- Cuba y los Estados Unidos fijan las condiciones para el tránsito al socialismo de la Revolución cubana (octubre de 1960- diciembre de 1960)

12.1 Un nuevo impulso revolucionario

El mes de octubre de 1960 pasaría a la historia de Cuba como un momento trascendental para los destinos de la revolución. Después de la estancia de Fidel Castro en Nueva York y una vez establecidos los contactos pertinentes a nivel internacional y exponer el programa cubano en la sede de la ONU en toda su extensión, la partida pasó a jugarse de nuevo en La Habana. El primer ministro cubano regresó a Cuba y dejó al frente de la delegación revolucionaria en la ONU al omnipresente Raúl Roa. Primer ministro y ministro de Exteriores se repartían tareas, pues la revolución, para no quedarse varada, precisaba de la acción exterior tanto como de la interior para mantener el pulso con los Estados Unidos. De esta suerte, mientras Raúl Roa se batía por la causa cubana y denunciaba sin descanso la política exterior estadounidense ante los conciliábulos de la disidencia norteamericana que proliferaban en la ONU, Fidel Castro puso en marcha un nuevo paquete legislativo que afectaba de lleno al régimen de propiedad imperante en la isla, a los medios de producción, a la titularidad de las mismas y a las relaciones de producción que le eran propias.

La política cubana, después de aquel receso de finales de septiembre, regresó a su campo natural de desarrollo, Cuba, y lo hizo con aires renovados y tomándole de nuevo el pulso a la nación. Por otra parte, Fidel Castro, protagonista absoluto en la escena cubana, volvió a la primera línea de combate en la política nacional y retomó su actividad allí donde la había dejado: hablando de los desafíos futuros y presentes, de los enemigos manifiestos y emboscados y descargando contra Estados Unidos, el régimen franquista y los Gobiernos latinoamericanos que se movían al dictado del Departamento de Estado norteamericano.

Así pues, los devaneos de parte de la prensa franquista para congraciarse con el régimen cubano y tratar así de paliar sus acometidas contra la España de Franco parecían más que justificados, porque tan pronto como Fidel Castro volvió a la actividad en Cuba, una vez cubiertas las formalidades propias del baño de masas que se le sirvió tras su arribo a La Habana, volvió a cargar contra el régimen de Franco. En la jornada del día 29 de septiembre, el primer ministro cubano, en sus consabidos ataques a los Estados Unidos, hizo uso del régimen franquista para dejar claro el tipo de intereses que defendía la diplomacia estadounidense. Lo hizo además en frente de las cámaras de televisión, en el afamado programa *Ante la Prensa* del recién intervenido Canal 6 de la CMQ¹.

¹ *Bohemia* (Año LII). Núm. 41. La Habana: domingo, 9 de octubre de 1960, pág. 13 del suplemento. Semanal.

La posición de Fidel Castro con respecto a los Estados Unidos y España no era ninguna novedad y la forma que tenía de tratar sus diferencias con ambos países de forma conjunta tampoco sorprendían ya a nadie, lo que sí sorprendió es que Nikita Krushev comenzara a utilizar los mismos argumentos en sus diferencias con los Estados Unidos y que en aquellas justas España saliera a colación. Algo que no fue más que el precedente de lo que vino en el último trimestre de 1960, con artículos frecuentes en la prensa cubana sobre la realidad española y en los que, como cabía esperar, la España de Franco salía muy mal parada y la republicana visiblemente reforzada, especialmente aquellos sectores que se encontraban más a la izquierda en el arco político. *Bohemia* se significó en estos ataques al régimen franquista, como ya hemos comentado en el capítulo anterior, y lo hizo, como venía haciéndolo la dirigencia cubana, para mostrar con rotundidad cuál era la estrategia de Cuba a nivel internacional, distante de los postulados franquistas y de los de los Estados Unidos. Los temas españoles pasaron a ser moneda corriente en la revista *Bohemia* y esta circunstancia propició también un debate sobre la vía más adecuada para salir del atolladero franquista: la reconciliación nacional o alguna otra forma de acoso al régimen.

De todos modos, más allá de las diferencias que pudieran existir sobre el camino más idóneo para terminar con la dictadura española, había un consenso generalizado sobre los gravámenes que para España suponía el franquismo. Sobre este particular ya no había voces disidentes en la revista *Bohemia*, ni réplicas de la Embajada española, consciente de que no contaba con el beneplácito de ningún sector próximo a la revista para tratar de mostrar en sus páginas algún tipo de desagravio, directamente o por persona interpuesta.

El régimen de Franco se presentaba como triste vestigio del pasado, sostenido por una Administración norteamericana que permanecía ajena a las voces que pedían un cambio para España. El otrora poder colonial y el reciente poder imperial había escenificado a través de sus acuerdos militares y económicos un pacto de colaboración, en el que España fungía como vasallo y la potencia americana como señor, sin que aquella falta de simetría en el trato perjudicara en lo más mínimo el consenso básico que mantenían en materia internacional. Unos principios de los que Cuba se había separado ya hacía meses, pues no estaba dispuesta a renovar el vasallaje que los Gobiernos de La Habana habían dispensado a Washington durante décadas en los asuntos internacionales.

Sin embargo, las diferencias cubanas con la España de Franco y los Estados Unidos iban más allá de los desencuentros en la arena internacional, pues mientras Estados Unidos ejercía como el adalid del capitalismo para imponerlo en su ámbito de dominio y el régimen franquista se afanaba en cumplir con los criterios de reforma económica impuestos por el liberalismo norteamericano, Cuba los estaba demoliendo a través del empuje de su revolución. Los dirigentes cubanos, más allá del entusiasmo con el que asumieran el nuevo paradigma económico que se abría para Cuba, parecían tener cada día más claro que la contradicción entre el pueblo cubano y la Administración norteamericana sólo podía resolverse de forma definitiva acometiendo las contradicciones propias del sistema capitalista y fundamentalmente la contradicción capital trabajo. La manera más efectiva de romper la celada impuesta por el imperialismo norteamericano pasaba por romper con las bases materiales que lo sustentaban.

De este modo, las tesis nacionalistas y las puramente marxistas se hacían compatibles en la Cuba revolucionaria, la defunción del dominio norteamericano sobre Cuba sería una realidad si Cuba terminaba con el régimen material que le daba cobijo, el socialismo se presentaba así como el mejor antídoto contra el imperialismo norteamericano. Sin embargo, para que el sistema capitalista de cuño liberal tocara fondo en Cuba, aún restaba mucho por hacer. La dirigencia cubana, con Fidel Castro a la cabeza, era consciente de ello, pero también lo era de que, ante la ingente tarea, el tiempo apremiaba: la rapidez se tornaba así en aliada y la lentitud o la tibieza en acompañante indeseado. La

contrarrevolución no permanecía inactiva y la Revolución cubana se estaba convirtiendo en tema recurrente en la campaña presidencial norteamericana, lo que hacía presagiar que tras las elecciones norteamericanas, independientemente de cual fuera el resultado, el acoso sobre Cuba tomaría nuevos bríos. Así pues, el Gobierno cubano, consciente del momento, dio un nuevo impulso a la revolución mediante una nueva batería de nacionalizaciones y reformas legislativas que alteraban sustancialmente el régimen de propiedad en Cuba. Un nuevo golpe al sistema capitalista imperante en la isla y a la postre al grado de influencia y dominación estadounidense.

El 13 de octubre de 1960, un día después de que Krushev golpeará con su zapato el pupitre de la representación soviética en la ONU en demanda de libertad para las colonias todavía sometidas y mientras Kennedy y Nixon rivalizaban ante las cámaras de televisión en el tercero de sus debates electorales², donde ambos polemizaron sobre las vías más adecuadas para terminar con Fidel Castor, el Gobierno cubano aprobaba un nuevo paquete de nacionalizaciones. De forma simultánea el portavoz del Departamento de Estado norteamericano declaraba que los Estados Unidos estaban estudiando sus relaciones económicas con Cuba y que pronto se tomarían relevantes decisiones sobre el comercio bilateral en forma de sanciones y prohibiciones a la exportación de ciertas mercancías³.

En tierras norteamericanas, las autoridades estadounidenses y soviéticas maniobraban para tomar posiciones en el conflicto cubano. La contrarrevolución no quería ser menos y aquella misma jornada del 13 de octubre asaltó el Consulado cubano en Miami⁴. Mientras todo eso sucedía en territorio norteamericano, el Gobierno revolucionario dio un nuevo salto en el ejercicio de su soberanía, demostrando que estaba dispuesto a actuar al margen de la defensa soviética y de los ataques norteamericanos y contrarrevolucionarios. En aquella jornada de agitación en Estados Unidos, el régimen de La Habana afianzaba su control sobre la economía de Cuba, materializándolo a través de un paquete de nacionalizaciones y reformas tan radical como el acometido durante aquel mismo verano.

La batería de nacionalizaciones afectó, prácticamente, a todos los sectores de la economía cubana. Todos los bancos cubanos y extranjeros fueron nacionalizados, a excepción de los canadienses, por ser estos los únicos que avalaban las operaciones exteriores del Gobierno cubano⁵. El mismo día, 382 empresas, cubanas y extranjeras, corrieron la misma suerte, quedando incluidas en el decreto de nacionalización 105 ingenios azucareros de propiedad cubana, 50 industrias textiles, 8 empresas de ferrocarriles, 13 tiendas por departamentos o grandes almacenes, 6 fábricas de bebidas alcohólicas, 11 tostaderos de café y también 11 circuitos cinematográficos, varias empresas mayoristas de alimentación, empresas de droguería, de construcción, marítimas...⁶, nada parecía quedar a salvo del decreto gubernamental.

Una operación sin precedentes que no hizo distinguos entre capital foráneo y nacional. De este modo, los bancos, las grandes industrias y las empresas comerciales más importantes de la alta burguesía cubana y foránea pasaron a ser controladas por el Estado. Los estratos más elevados de la burguesía cubana recibieron el mayor golpe desde el triunfo de la revolución, pues ahora no sólo habían sido dañados los intereses norteamericanos, sino también los de la alta burguesía cubana, situada ya en el lado de la contrarrevolución o en ciernes de estarlo tras aquella acometida del Gobierno fidelista.

² *ABC* (Año LIII). Núm.17033. Madrid: sábado, 15 de octubre de 1960, pág. 49. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm.6568. Madrid: jueves, 13 de octubre de 1960, pág. 1. Diario.

³ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm.7591. Madrid: viernes, 14 de octubre de 1960, pág. 6. Diario.

⁴ *Idem*.

⁵ *Bohemia* (Año LII). Núm. 43. La Habana: domingo, 23 de octubre de 1960, pág. 45. Semanal.

⁶ *Ibidem*, pág. 44.

Estados Unidos ganaba así un nuevo segmento de la sociedad cubana para sumarlo a su causa. Una parte sustancial del clero, de manera soterrada, secundaba ya las propuestas norteamericanas y después de mediados de octubre de 1960 era más que probable que la alta burguesía, o lo que quedara de ella, y un sector importante de la burguesía media se sumaran también a los postulados norteamericanos y contrarrevolucionarios. El Gobierno cubano apostó fuerte y tomó la determinación de coger las riendas de la economía del país. Cuba no era todavía socialista, pero en sus manos estaba pasar a serlo, pues las empresas privadas de mayor tamaño se regían ya bajo los postulados que emanaban del Estado.

La vorágine revolucionaria caminaba a pasos agigantados y sólo un día más tarde, el 14 de octubre de 1960, se aprobó la Ley de Reforma Urbana, un golpe sin precedentes a los propietarios urbanos de apartamentos e inmuebles de toda condición. Los propietarios urbanos que se las habían ingeniado para burlar la ley de alquileres implantada por la revolución durante los primeros meses de Gobierno fidelista, según señalaba la revista *Bohemia*⁷, se veían ahora superados por la pérdida de sus propiedades, que pasarían a manos de los inquilinos una vez cubiertas las mensualidades pertinentes, que iban, según lo estipulado en la nueva legislación, de un mínimo de cinco años a un máximo de veinte⁸.

En cualquier caso, todos los cubanos que pagaban una renta en 1960 serían propietarios de los inmuebles que habitaban en un plazo máximo de veinte años, plazo en el que ya no quedarían alquileres en vigor a cobrar por particulares y por añadidura tampoco grandes propietarios urbanos. La Reforma urbana fijaba asimismo una renta máxima a percibir por el propietario, 600 pesos, y se archivaban todos los juicios abiertos por desahucio, quedando a su vez liquidados los adeudos pendientes por agua e impuestos urbanos de otra naturaleza a razón de un peso mensual⁹. Dicha ley preveía también la devolución a los inquilinos de las cantidades consignadas en el juzgado por impagos de diferente signo que tuvieran que ver con los gastos de habitación¹⁰.

La vivienda dejaba de ser un problema en Cuba, pues, además de aquellas medidas, el Estado decretaba nulos y sin valor todos los contratos de arrendamiento anteriores a aquella ley¹¹. Los viejos arrendamientos tendrían que amoldarse a la ley recién implantada y los nuevos encauzarse al amparo de la nueva legislación. Por lo demás, el Estado tomaba también bajo su responsabilidad aquellas células habitacionales que no reunieran unos requisitos mínimos para su uso y se comprometía a construir nuevas viviendas. Unas viviendas de titularidad estatal que serían ofrecidas en usufructo permanente a cambio de una mensualidad. Se pagaría un alquiler mensual que en ningún caso podría superar el diez por ciento del ingreso familiar¹².

Vivir de las rentas comenzaba a ser complicado en la Cuba revolucionaria, o al menos resultaba menos lucrativo que en los tiempos de Batista y sus predecesores. El negocio del ladrillo entraba así en crisis irremediabilmente por mor de la voluntad revolucionaria. Aquella medida tuvo unos efectos devastadores sobre los rentistas urbanos y afectó también a un grupo significativo de la colonia española, pues parte de ella, como había señalado Blanco Tobío en su cuarta crónica sobre la Revolución cubana en el diario *Pueblo*, habían dado acomodo a sus ahorros en los inmuebles urbanos. Así pues, un grupo de la colonia española pasó así a formar parte de “los decepcionados de la

⁷ *Ibidem*, pág. 49.

⁸ *Idem*.

⁹ *Ibidem*, pág. 45.

¹⁰ *Idem*.

¹¹ *Idem*.

¹² *Ibidem*, pág. 49.

revolución”¹³, un eufemismo para delimitar lo que en Cuba se definía ya abiertamente como contrarrevolución.

Como dato curioso resulta perentorio señalar, para dar muestra de lo atentos que franquistas y revolucionarios cubanos estaban a todo aquello pudiera enturbiar las relaciones entre ambos países, que la Ley de Reforma Urbana se dio a conocer en Cuba el mismo día en que *Pueblo* abría su portada con la entrevista a Raúl Roa. De hecho, *Pueblo* no consignó espacio a comentar la ley, la incluyó dentro del resto de medidas tomada el día 13 de octubre y no le otorgó mayor recorrido, una actitud que estaba en sintonía con la mostrada por *El Alcázar*, aunque difería ligeramente de la adoptada por el diario *ABC*, convertido ya en aquellas fechas en uno de los críticos más contumaces del proceso revolucionario cubano. *ABC* señaló días después en sus páginas que Cuba había tomado “*drásticas medidas contra los caseros*”¹⁴. Ahora bien, ni siquiera en el diario *ABC* fue materia de exhaustivo escrutinio, pues se confinó la información a las páginas centrales mediante un destacado dentro de las cuantiosas noticias secundarias que aparecían en su sección de internacionales.

12.1.1 El franquismo y su compleja lectura del acontecer cubano

La indiferencia mostrada ante Ley de Reforma urbana en la prensa franquista, aunque pudiera deberse al despiste ocasional o a la indigencia informativa, se antoja más bien deliberada. Y es que una exploración detallada de lo que estaba sucediendo nos lleva a orquestar una segunda lectura en la que España y los españoles afincados en Cuba no salían tan violentados tras aquellas transformaciones acometidas por el Gobierno revolucionario como pudiera suponerse. A nadie se le escapaba que cualquier mediada que interviniera sobre el régimen de propiedad imperante en Cuba tendría su repercusión en la colonia española y en la propia España debido, fundamentalmente, al volumen de españoles, a la cantidad de ciudadanos que, sin necesidad de sentirse españoles, tenían nacionalidad española y también al número no despreciable de cubanos que, sin tener dicha nacionalidad española, se sentían próximos a España por razones de progenie. Sin embargo, la revolución no parecía que estuviese realizándose en detrimento de aquellos sectores que estaban apegados a España por razones de nacionalidad o ascendencia directa, más bien parecía que se estaba haciendo a costa de los intereses de la Cuba republicana. Los grandes perjudicados estaban siendo las antiguas clases dirigentes de la Cuba prerrevolucionaria, la gran burguesía cubana, importadora y exportadora, un sector importante de la burguesía media cubana y, de forma definitiva, los intereses norteamericanos, tanto los que tenían un componente político como aquellos que se ajustan a lo puramente económico.

Los intereses de España en Cuba ya no eran los provenientes de la colonia o de los residuos que quedaran de ella, ya fenecidos desde hacía décadas, sino los que provenían de los españoles y descendientes directos de españoles que se encontraban en aquel momento en Cuba. Y el grueso de estos españoles, reales o sentimentales, se encontraba precisamente en el seno de los trabajadores de diversa condición y también dentro de la pequeña burguesía, pues muchos de los que se situaban en clases sociales más altas ya habían partido hacia el exilio tras los primeros meses de revolución. Así pues, la España de Franco no hacía más que ajustar su criterio a la Cuba real y a los españoles que vivían en ella en aquel momento.

La ascendencia española estaba muy presente en la población cubana en 1960, pero aquellos que contaban con padres nacidos en España, por razones que responden a la simple capacidad de acumulación de capital en el tiempo o a razones institucionales, como era la preferencia de la inmigración española frente a cualquier otra durante la mayor parte de la primera mitad del siglo

¹³ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6560. Madrid: martes, 4 de octubre de 1960, pág. 3. Diario.

¹⁴ *ABC* (Año LIII). Núm.17034. Madrid: domingo, 16 de octubre de 1960, pág. 67. Diario.

XX¹⁵, estaban presentes en la clase trabajadora y también en aquello que pudiéramos llamar pequeña burguesía, especialmente en el sector del comercio¹⁶. Algo que era también perfectamente aplicable a los españoles nacidos en España¹⁷.

Un detalle a tener en cuenta a la hora de abordar, desde una perspectiva franquista, el análisis de las decisiones tomadas por el Gobierno cubano en aquellos meses. De este modo, aquel nuevo paquete de medidas activadas por la dirigencia revolucionaria en octubre de 1960, aunque afectaba a algunos españoles, quizás a parte de los que podían sentirse más próximos a la causa de la España vencedora, no dañaban a la totalidad de la colonia española. Más bien todo lo contrario, ya que preservaba los intereses de la mayoría de ellos, pues las grandes nacionalizaciones habían dejado fuera de su alcance a las pequeñas empresas familiares y al comercio minorista, donde la presencia de españoles era más que numerosa¹⁸.

En la llamada Federación Nacional de Detallistas, donde se agrupaban los comerciantes minoristas y los tenderos que tenían el comercio en propiedad aunque, normalmente, no el local en el que estaban afincados, la presidencia española era más que significativa y la dirección de muchas de las ramas de esta federación estaba en manos de españoles¹⁹. Además, las vinculaciones entre la Federación Nacional de Detallistas y los centros regionales españoles de Cuba era una realidad que se evidenció durante 1959 y gran parte de 1960 el desaparecido *Diario de la Marina* en sus páginas²⁰.

Una muestra de esta presencia española podía encontrarse en La Habana, donde uno de los dirigentes detallistas de la capital, Daniel García, de nacionalidad española, concedió una entrevista al diario comunista *Hoy* para señalar que Ley Urbana era una sólida garantía para todos los pequeños comerciantes del país, pues se verían liberados de unos alquileres desorbitados, especialmente en La Habana. Según los cálculos de Daniel García, la Ley Urbana beneficiaría, solamente en el barrio habanero de Mariano, a unos tres mil pequeños comerciantes, que podría ahora trabajar con una margen de beneficios mayor, debido a la bajada de alquileres, pero también al respaldo que habían recibido por parte del Gobierno revolucionario.²¹

¹⁵ Véase: Vidal Rodríguez, José Antonio: *La emigración gallega a Cuba: Trayectos migratorios, inserción y movilidad laboral, 1898-1968*, Biblioteca de Historia de América, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2005, págs. 37-67.

¹⁶ *Ibidem*, págs. 229-230.

¹⁷ *Idem*.

¹⁸ Para constatar la presencia de ciudadanos españoles en el comercio minorista pueden consultarse los siguientes números del *Diario de la Marina*, en los que se hace referencia a las festividades del comercio detallista durante los años 1959 y 1960: *Diario de la Marina* (Año CXXVII). Núm. 91. La Habana: sábado, 18 de abril de 1959, págs. 1A, 8A y 16B. *Diario de la Marina* (Año CXXVII). Núm. 92. La Habana: domingo, 19 de abril de 1959, pág. 21A. *Diario de la Marina* (Año CXXVII). Núm. 93. La Habana: martes, 21 de abril de 1959, pág. 8. *Diario de la Marina* (Año CXXVIII). Núm. 95. La Habana: viernes, 22 de abril de 1960, págs. 10B. *Diario de la Marina* (Año CXXVIII). Núm. 96. La Habana: sábado, 23 de abril de 1960, págs. 15A. *Diario de la Marina* (Año CXXVIII). Núm. 97. La Habana: domingo, 24 de abril de 1960, págs. 17A y 39. *Diario*.

¹⁹ Dentro de la Federación Nacional de Detallistas algunas de sus ramas estaban presididas por españoles, unos cargos que compartían con sus responsabilidades dentro de los centros regionales. La relación entre la colonia española y el comercio detallista resultaba tan evidente que el *Diario de la Marina* presentaba las informaciones sobre España y sobre el comercio minorista cubano en una misma página, que aparecía bajo los epígrafes de crónica española y crónica católica, destinadas a tratar algunos asuntos pertenecientes al mundo católico o a España. Véase: *Diario de la Marina* (Año CXXVIII). Núm. 95. La Habana: viernes, 22 de abril de 1960, págs. 10B. *Diario de la Marina* (Año CXXVIII). Núm. 96. La Habana: sábado, 23 de abril de 1960, págs. 15A. *Diario de la Marina* (Año CXXVIII). Núm. 97. La Habana: domingo, 24 de abril de 1960, págs. 17A y 39. *Diario*.

²⁰ *Diario de la Marina* (Año CXXVII). Núm. 91. La Habana: sábado, 18 de abril de 1959, págs. 1A, 8A y 16B. *Diario de la Marina* (Año CXXVII). Núm. 92. La Habana: domingo, 19 de abril de 1959, pág. 21A. *Diario de la Marina* (Año CXXVII). Núm. 93. La Habana: martes, 21 de abril de 1959, pág. 8. *Diario de la Marina* (Año CXXVIII). Núm. 95. La Habana: viernes, 22 de abril de 1960, págs. 10B. *Diario de la Marina* (Año CXXVIII). Núm. 96. La Habana: sábado, 23 de abril de 1960, págs. 15A. *Diario de la Marina* (Año CXXVIII). Núm. 97. La Habana: domingo, 24 de abril de 1960, págs. 17A y 39. *Diario*.

²¹ *Hoy* (Año XXII). Núm. 251. La Habana: jueves, 20 de octubre de 1960, pág. 12. *Diario*.

Por lo que respecta a las clases trabajadoras, donde la presencia de españoles también era reseñable, es ocioso señalar que eran las grandes beneficiarias de la nueva legislación revolucionaria. Por el contrario, los que sí habían recibido el golpe definitivo eran aquellos sectores que habían dominado Cuba durante las últimas seis décadas. Aquellos sectores que había señoreado en la realidad cubana prerrevolucionaria desde las instancias políticas o desde las económicas, lucrándose, por acción o por omisión, del régimen imperante, habían sido barridos del panorama cubano en poco más de dos meses.

De esta suerte, podemos afirmar que la miríada de leyes revolucionarias a las que el Gobierno fidelista dio cauce legal en el verano y el otoño de 1960 habían perjudicado, casi en exclusiva, al capital norteamericano, a la alta burguesía cubana y a un sector de lo que podríamos llamar burguesía media, quedando dentro de los beneficiarios el proletariado urbano y rural, los pequeños propietarios rurales y los industriales y comerciantes modestos de las áreas urbanas. La Revolución cubana quería construirse alrededor de los trabajadores, los campesinos y la pequeña y mediana burguesía radical y nacionalista. Y dentro de aquella pequeña burguesía la hornada de españoles que se encontraban al frente de pequeños negocios, industrias modestas y tiendas y almacenes minoristas era importante. Este grupo pasaba a ser dentro de aquella nueva sociedad en construcción la nueva burguesía. Una burguesía modesta, pero, al fin y al cabo, la única posible.

Una circunstancia que refrendó el propio Fidel Castro en la tarde noche del día 15 de octubre en los estudios del canal de televisión *CMQ*. Después de promulgadas las leyes sobre aquella nueva batería de grandes nacionalizaciones y una vez estuvo tramitada la legislación de la Reforma urbana, Fidel Castro se presentó de nuevo ante las cámaras de televisión para explicar el alcance de las leyes, exponer el momento en el que se encontraba la revolución y certificar ante la opinión pública que se cerraba un período de la revolución y que empezaba otro de naturaleza diferente.

12.2 Fidel Castro da por concluido el Programa del Moncada: La articulación del nuevo bloque hegemónico bajo la doctrina martiana

De este modo, el primer ministro daba por concluida una etapa importante de la historia de la Revolución cubana, quizás la más difícil, o al menos la más osada, por lo que tenía de ruptura, y señalaba que una nueva etapa se presentaba para el pueblo cubano, donde las iniciativas gubernamentales estarían más centradas en la construcción del futuro que la destrucción del pasado. Con aquel mensaje el mandatario cubano daba carta de defunción al sistema económico imperante en la Cuba republicana y señalaba que ahora le tocaba a la revolución, en apretada colaboración con el pueblo, asumir la construcción del nuevo sistema económico. El primer ministro cubano señalaba que los males que impedían el crecimiento cubano habían sido abatidos y que se estaba trabajando ya en la construcción de una nueva Cuba. Algo que se encargó de dejar patente el propio Fidel Castro: *“Hoy se ha cumplido ya una etapa. En veinte meses de Gobierno Revolucionario se ha cumplido el Programa del Moncada, en muchos aspectos ya superado”*²².

Por primera vez, un Gobierno cubría sus promesas iniciales, toda una novedad, según apuntaba *Bohemia*, pues en la República de Cuba *“los programas burlados”* habían tapizado el escenario nacional durante décadas²³. Sin embargo, este no parecía ser el caso de la Cuba fidelista. Fidel Castro, como había señalado en *“La Historia me Absolverá”*, se había planteado dignificar a la nación cubana y para ello había dado satisfacción a todos aquellos cubanos que se encontraban dentro de lo que en aquel documento se definía como nación cubana. *Bohemia* lo expuso, como acostumbraba, tirando

²² *Bohemia* (Año LII). Núm. 43. La Habana: domingo, 23 de octubre de 1960, pág. 42. Semanal.

²³ *Ibidem*, pág. 44.

de retórica, pero dejando meridianamente claro quienes habían sido los barridos por el vendaval revolucionario y quienes, por lo tanto, quedaban relegados de la nueva nación.

La revolución se había hecho a costa de unos sectores muy concretos. *Bohemia* señalaba que el país avanzaba y que, necesariamente, tenía que hacerlo a costa de las “*fuerzas sociales justamente detestadas por la ciudadanía desde generaciones*”²⁴. Estas clases sociales aborrecidas por la población eran las que habían sido afectadas por las nuevas medidas revolucionarias. El retrato del momento vivido se exponía sin ambigüedades en las páginas de la revista *Bohemia*: un sector de la población cubana muy concreto era el que abominaba de la legislación revolucionaria y el que se contraponía a la marcha de la revolución, no en vano sobre este sector estaba recayendo la justicia revolucionaria en el campo del reparto de la riqueza nacional. De este modo, entre los damnificados estaban los que antaño habían disfrutado de los bienes colectivos: “*los usureros hipotecarios; los magnates de la medicina; los artífices del contrabando comercial; las grandes entidades bancarias norteamericanas; los dueños de casas de vecindad y los empresarios vinculados a trasmano a la contrarrevolución*”²⁵.

Bohemia se mostraba tajante sobre este particular y mediante la exclusión de los no aptos para integrar el nuevo proyecto de país definía por estricta exclusión a los que sí lo estaban. Campesinos, obreros y pequeña burguesía radical quedaban así insertos en la nueva realidad cubana para erigirse en nuevo bloque hegemónico por el que trabajaría la dirigencia revolucionaria. Fidel Castro, ante la obviedad de que las nuevas medidas revolucionarias corrían parejas a los intereses de campesinos y trabajadores, se centró en definir las condiciones que se abrían para aquellos sectores de la pequeña y mediana burguesía que no se habían visto afectados por el proyecto nacionalizador. Y aquí es donde aparecía un sector importante de la colonia española, como parte integrante y protagonista de lo que se entendía por comerciantes e industriales medios y pequeños.

En primer lugar, Fidel Castro llamó a la tranquilidad de los pequeños comerciantes, la revolución no tenía ningún interés en conducirlos a la ruina ni en dañar sus intereses²⁶. El Estado cubano había tomado el control de los grandes almenes comerciales, de las tiendas por departamentos y del comercio mayorista y en sus planes estaba hacer uso de aquel control para sufragar los gastos en materia de desarrollo social y económico. Se usaría los ingresos de estos almacenes para promover el desarrollo del país y se mantendrían los precios que habían imperado hasta aquellas fechas para no perjudicar a los pequeños negocios y al comercio minorista²⁷. Es más, los estrangulamientos a los que los grandes almacenes habían sometido al pequeño comercio quedaban fuera de juego, porque ahora, estos establecimientos eran propiedad del Estado y este no promovería la competencia desleal para terminar con el pequeño comerciante. Fidel Castro señalaba que los pequeños comerciantes estaban dentro del frente revolucionario y que por tanto sus intereses se constituían en parte de los intereses nacionales²⁸.

La revolución quería contar con la pequeña burguesía en sus filas, nunca había pretendido excluirla del proceso y aquel momento se prestaba como uno de los más idóneos para hacerle ver a aquel sector de la burguesía cubana que la revolución quería seguir contando con ellos en el futuro. Para ello, resultaba fundamental exponer que el sector comercial que se encontraba ya en manos del Estado no sería usado para sacar al pequeño comercio de la vida económica de Cuba. Este fue uno de los ejes sobre los que gravitó a la comparecencia de Fidel Castro ante las cámaras de televisión. En aquella cita, el primer ministro fijó el papel que tendría el comercio estatalizado y el papel que desempeñarían

²⁴ *Idem.*

²⁵ *Idem.*

²⁶ *Ibidem*, pág. 47.

²⁷ *Idem.*

²⁸ *Idem.*

los almacenes estatales, tanto los intervenidos y nacionalizados, como aquellos otros que se habían creada al abrigo de la iniciativa gubernamental. Ni los grandes almacenes ni las Tiendas del Pueblo serían una competencia para el pequeño comercio urbano, que seguiría ostentado el papel que había jugado en el comercio de las ciudades cubanas hasta aquellos días. El nicho de mercado que posea el pequeño comerciante no se vería afectado por los almacenes estatales, pues éstos no variarían sus precios ni trataría de establecer una competencia con ellos. Y en lo concerniente a las Tiendas del Pueblo tampoco se ofrecerían como contrapeso al comercio minorista urbano pues aquellas sólo se instalarían allí donde éste no tuviera presencia.

Las Tiendas del Pueblo, dependientes del INRA y proveedoras de todo tipo de productos en las zonas rurales de Cuba, no serían introducidas en las ciudades. Fidel Castro señalaba que el comercio en las ciudades estaba bien cubierto y que por lo tanto la introducción de las Tiendas del Pueblo generaría más problemas de los que resolvería; “*crearía desempleo*”; provocaría “*desajustes sociales*”; “*privaría de sus ingresos a numerosos comerciantes*” y perjudicaría a los “*pequeños comerciantes*”²⁹. La Revolución, según enfatizó Fidel Castro, estaba al lado de la pequeña burguesía y enfrentarse a ella de forma innecesaria se consideraba “*un obstáculo para la revolución*”³⁰.

El primer ministro se mostró transparente en su alocución y como era ya costumbre expuso con franqueza qué objetivos perseguía la nueva miriada de leyes revolucionarias en materia comercial. El Gobierno cubano quería tener el control del “*comercio de exportación*”, de “*las importaciones*”, de “*los grandes almacenes*” y de “*los bancos*”³¹. Es decir, de todos aquellos sectores que durante años habían permanecido en manos ajenas o extrañas a los intereses nacionales. A la Revolución cubana no le interesaba tener el control del aparato de distribución comercial al por menor en las ciudades. El comercio minorista sería respetado y defendido por el Gobierno revolucionario siempre y cuando la iniciativa privada se ajustara “*a precios justos y razonables*”³².

Los intereses de los comerciantes modestos no estaban reñidos con los intereses de la revolución, pues estos y aquellos habían sido víctimas del control foráneo del comercio y las finanzas durante generaciones. Los consorcios norteamericanos habían sido los promotores de aquel control; por tanto, en el nuevo marco comercial que estaba implantando la revolución los intereses del pequeño comerciante y del Gobierno revolucionario podían ser convergentes, es más, debían de ser convergentes. De este modo, el primer ministro señalaba que la Revolución quería tener un aliado en el pequeño comerciante, pues consideraba que el desarrollo del comercio minorista podía hacer avanzar a la revolución y que la revolución podía y quería contribuir “*a la solución de los problemas de muchos de esos pequeños negocios y pequeños comerciantes*”³³.

El Gobierno cubano estaba para solucionar los problemas de abastecimiento y por eso había puesto en funcionamiento las Tiendas del Pueblo, para “*mejorar las condiciones de vida en el campo*” y suministrar los productos que el pequeño comercio no cubría en el ámbito rural, algo que no sucedía en las ciudades de Cuba, donde el comercio minorista había sabido, a pesar de las dificultades inherentes de competir contra los consorcios norteamericanos, sobrevivir y surtir los mercados urbanos³⁴.

El primer ministro Cubano, lejos de quedarse en una mera manifestación retórica de simpatía por el pequeño comerciante, solicitaba su colaboración y lo hacía poniendo a disposición de este pequeño

²⁹ *Ibidem*, pág. 44.

³⁰ *Idem*.

³¹ *Idem*.

³² *Idem*.

³³ *Idem*.

³⁴ *Idem*.

comercio el potencial crediticio que había ganado el Estado cubano al tomar el control sobre el poder financiero. Las palabras de Fidel Castro sobre este particular eran también esclarecedoras: *“Ahora los bancos los administra el Gobierno, y éste distribuirá los créditos de acuerdo con los intereses del país. Le dará crédito a las industrias que lo necesiten, crédito a los pequeños comercios que lo necesiten, crédito a las fincas que lo necesiten”*³⁵. De aquellas palabras el primer ministro derivaba la nueva organización de la banca cubana, que quedaría dividida en tres ramas o secciones: *“un banco para el comercio exterior”*, un *“banco para el comercio agrícola”* y un banco dedicado al *“crédito industrial y comercial”*³⁶.

Fidel Castro le exponía al grupo de industriales y comerciales, medios y pequeños, que en la nueva Cuba ya no hacían falta los *“padrinos”*, que las *“las influencias”* ya no serían necesarias y que la práctica del *“garrote”* quedaba eliminada³⁷. Los tiempos de los intereses bancarios abusivos, del tráfico de influencias para ganar favores y prebendas y de las prácticas garroteras habían pasado a la historia; el crédito fluiría ahora del Estado y lo haría atendiendo a unos plazos y unos intereses que se ajustaran a las necesidades de los industriales y comerciantes modestos, porque el Gobierno revolucionario no tenía *“ningún interés”* ni *“razón”* alguna para liquidar los intereses de aquellos sectores de la pequeña y mediana burguesía cubana que, por otra parte, siempre había considerado aliados³⁸.

La mayoría de los mensajes del primer ministro en aquella nueva jornada televisiva, tan esclarecedora como persuasiva, estuvieron destinados a la pequeña y mediana burguesía, con el ánimo no disimulado de uncir sus intereses a los de la revolución y convertir así a este sector en otro baluarte más del proceso revolucionario. No fue otra la idea que se encontraba detrás de otro de los pronunciamientos clave en la alocución del primer ministro: *“El Gobierno da la garantía de que las intervenciones van a cesar”*³⁹.

Y es que la nacionalización, muchas veces, venía a ser el segundo acto después de la intervención. Sin embargo, Fidel Castro no estaba dispuesto a que el Gobierno tuviera que seguir interviniendo empresas para frenar los conflictos laborales o de otro orden que se daban en su seno; la intervención no se desechara, pero antes había que explotar todas las vías posibles para llegar a algún tipo de arreglo. Para ello resultaba fundamental contar con la colaboración de todos y aquí el primer ministro hacía un llamamiento a los trabajadores y al pueblo en general para tratar de buscar la conciliación de intereses dentro del mundo laboral y empresarial. Todos, *“sin excepción”*, estaban conminados a secundar aquella máxima⁴⁰. *“Campesinos, obreros, el pueblo, los pequeños industriales, los pequeños comerciantes”*, todos en definitiva, tenían que asumir aquella consigna, porque el Gobierno cubano garantizaba la no intervención sobre las empresas que habían quedado al margen de las intervenciones de los meses precedentes y de todas las nacionalizaciones llevadas a efecto⁴¹. La Revolución cubana había llegado a un estadio en el que no veía necesario, *“en ningún sentido”*, *“acudir a medidas drásticas contra intereses de sectores medios y pequeños”* del país⁴².

El mensaje de moderación lanzado por Fidel Castro, lejos de erigirse en mera consigna, se mostraba como una suerte de mandato. Los integrados en el frente revolucionario, y aquí, además de los obreros y los campesinos, se englobaba aquel sector de lo que podríamos considerar la mediana y pequeña

³⁵ *Idem.*

³⁶ *Idem.*

³⁷ *Idem.*

³⁸ *Idem.*

³⁹ *Ibidem*, pág. 46.

⁴⁰ *Idem.*

⁴¹ *Idem.*

⁴² *Idem.*

burguesía, estaban llamados a la concertación, a la negociación para salvar sus diferencias y a unir fuerzas en pos de la buena marcha del proceso revolucionario, pues esta era, según aseveró Fidel Castro, “*la política más sabia, más inteligente, más patriótica y más revolucionaria*” que se podía llevar adelante en aquel momento⁴³. Era además lo que le convenía al país y lo que el país debía hacer, según manifestó Fidel Castro con severidad ante las cámaras de televisión⁴⁴.

Así pues, la rotundidad y radicalidad de las medidas adoptadas en el mes de octubre por el Gobierno revolucionario, colofón de todo lo realizado desde enero de 1959, cerraba un período en la historia de Cuba: el de las luchas por poner el país en manos cubanas. Aquella tarea, la de devolver la nación a sus propietarios legítimos, se había cubierto ya, y por esa razón el Gobierno garantizaba la preservación de los intereses de todas las clases sociales que quedaban bajo el paraguas revolucionario. De este modo, lejos de lo que pudiera esperarse, la radicalidad de las últimas medidas tomadas en el plano económico y social se combinó con un mensaje de tranquilidad y moderación, que recordaba más a los pronunciamientos de los primeros días de Gobierno revolucionario que a las proclamas desplegadas en los últimos meses por los dirigentes cubanos.

En la nueva etapa, como manifestó el propio Fidel Castro en aquella jornada, “*los métodos drásticos de orden económico y social desaparecerían*”⁴⁵. El ministro justificaba aquella postura señalando que las últimas medidas adoptadas habían puesto “*fuera de combate*” a los dominadores seculares del país y que en el nuevo período que se abría quedaba el pueblo y quedaban también numerosos intereses económicos y empresariales contra los que la revolución no emprendería medidas legales, pues contaba con ellos para la reestructuración del país⁴⁶.

En la segunda etapa de la revolución el talante sería otro, se acabarían las medidas drásticas, pues la lucha por la soberanía entraba en una nueva fase, en la que la consolidación y la construcción del futuro tenían que sustituir a la destrucción del pasado. La revolución sólo acudiría a las medidas excepcionales, interventoras o nacionalizadoras, en defensa de la propia revolución, para frenar a los conspiradores y para contener a todos aquellos que se unieran al imperialismo⁴⁷. Los métodos radicales habían sido usados para desposeer de su poder económico, y a la postre del control del país, “a los enemigos de la patria”, pero una vez cubierto este objetivo la dirigencia revolucionaria consideraba que el resto de los intereses económicos no tenían por qué recibir el mismo trato, ya que no se consideraban contrarios a los objetivos nacionales. Más bien todo lo contrario, en la segunda etapa revolucionaria, cualquier medida adoptada en el ámbito económico o social buscaría siempre la satisfacción de todas las partes implicadas. Los intereses de la pequeña burguesía serían respetados y sobre aquel aspecto el discurso fidelista se mostró contumaz en su argumentario.

La revolución tenía por delante una tarea ingente. Fidel Castro señalaba que ahora el país tenía que apostar por la industrialización, tenía que afrontar el desarrollo agrario, fomentar la transformación del endeble sistema educativo y cubrir todas las deficiencias que aún quedaban en materia social y económica⁴⁸. La revolución contaba ahora con todos los recursos para desarrollar la nación, con todas las herramientas para acudir en defensa de los desfavorecidos y, sobre todo, contaba con el control y poder suficientes para construir un proyecto de futuro atrayente para todos los cubanos. Según señaló Fidel Castro, haciendo uso de los modos suasorios y didácticos que tenía por costumbre utilizar, todo estaba ya en manos de la revolución. La dirigencia revolucionaria se había liberado de todos aquellos sectores que entorpecían la marcha de Cuba y ahora disponía de los instrumentos para planificar la

⁴³ *Idem.*

⁴⁴ *Idem.*

⁴⁵ *Ibidem*, pág. 48.

⁴⁶ *Idem.*

⁴⁷ *Idem.*

⁴⁸ *Ibidem*, pág. 49.

economía y “brindar garantías a todos los intereses de los sectores medios y de los sectores pequeños que había en el país”⁴⁹.

Como puede observarse, el análisis acometido por Fidel Castro del momento cubano, de la miríada de leyes revolucionarias y de los intereses que eran propios de la revolución y de aquellos otros que le resultaban extraños se realizaba, como era costumbre, desde un plano puramente nacional: el discurso fidelista, por encima de cualquier otra doctrina, se nutría de la historia de Cuba. Y es que, en la oratoria de Fidel Castro, como era también habitual, las maneras de José Martí estaban presentes, aunque el primer ministro no acudiera en esta ocasión a citas explícitas del “apóstol” cubano. Sin embargo, tanto en los fines como en el espíritu de sus afirmaciones, el proyecto de nación martiano, sintetizado en su célebre aforismo “con todos y para el bien de todos”, estaba presente en la comparecencia televisiva de Fidel Castro.

Como había dejado dicho José Martí ante una concurrida audiencia de cubanos en su discurso de Tampa, el 26 de noviembre de 1891, Cuba tenía que construirse con todos y para el bien de todos y de la nación cubana nadie quedaba excluido, ni siquiera los españoles⁵⁰. Lo fundamental en la Cuba imaginada por Martí, en aquella nueva Cuba al margen del poder colonial español, era su concepto de inclusión social, expresado a través de una idea de nación que engloba a pobres y ricos, blancos y negros, campesinos y obreros y que, por pura necesidad, debía incluir también a españoles y cubanos. En definitiva, un sentido de pertenencia que aludía a todas las clases sociales y en el que los españoles, siempre que coadyuvaran al interés nacional, estaban incluidos también en el proyecto de futuro: todos eran cubanos. Fidel Castro así lo entendió también, pues como le había sucedido a Martí, la exclusión de los españoles ni resultaba conveniente ni factible, pues era consciente de que en aquellos intereses capitalistas que prevalecerían en Cuba después de las nacionalizaciones había una presencia española evidente.

Fidel Castro sentaba así las bases de lo que sería la relación de la Revolución cubana con España y los españoles. Se defendería a la España del exilio y en concreto a aquellos sectores que estaban situados en la izquierda política, pero aquello no significaba que se fuera a romper con el régimen franquista, ni mucho menos que se fuera a prescindir de la pequeña burguesía española o de origen español, imprescindible en aquellos momentos en los que la revolución capitaneaba las grandes industrias, las finanzas y el gran comercio y en el que se precisaba uncir al carro de la revolución al mayor número posible de ciudadanos, especialmente a aquellos que podían completar al Estado y llegar donde éste no llegaba en materia económica.

La pequeña burguesía habilitaba además la posibilidad de proyectar una imagen más moderada del proceso revolucionario y permitía alejar, de cara a la opinión pública internacional, la manida y recurrente acusación de comunista. Así pues, todas las Españas y todos los españoles resultaban complementarios en la escena cubana y, dadas las necesidades del momento, no parecía acertado prescindir de ellos en la construcción del proyecto nacional.

Una de la Españas resultaba atractiva como socio comercial, la franquista; la otra, la España del exilio, se antojaba necesaria por razones de imagen política, por la responsabilidad que Cuba había contraído como vanguardia del cambio para el mundo iberoamericano y, hasta cierto punto, la acogida de aquella España errante respondía también a razones sentimentales, a las que no eran ajenos la mayoría de los integrantes de la dirigencia revolucionaria. En cuanto a los españoles, los que estaban en Cuba desde hacía años tenían una posición relevante en aquel sector del comercio que había quedado fuera

⁴⁹ *Idem*.

⁵⁰ Véase: Fernández Muñiz, Aurea Matilde: *Op. Cit.*, pág. XXXIII y Hernández, Luis Rafael y Del Campo, Ángel Esteban (eds.): *José Martí. Claves del pensamiento martiano. Ensayos políticos, sociales y literarios*, Editorial Verbum, Madrid, 1998, pág.182. .

del proceso nacionalizador y resultaban, por lo tanto, imprescindibles; lo que no era óbice para que se excluyera a los españoles del exilio, capaces de proveer de cuadros y técnicos a una revolución que, con el transcurso de los meses y debido al ingente sector estatal que manejaba, precisaba cada vez de más personal para el normal funcionamiento y la gerencia de los numerosos departamentos estatales que se ocupaban de la administración del Estado.

Las necesidades de personal de la Cuba revolucionaria no eran las mismas que las de la Cuba de Batista y no sólo debido al sector estatal que manejaban, infinitamente mayor en la administración fidelista que la imperante antes de 1959, sino también porque la partida hacia el exilio se comenzaba a notar en las clases medias. La vorágine revolucionaria no había dado tregua a la vieja Cuba y ahora los damnificados por el proceso ya no eran sólo aquellos que habían estado más próximos a las filas batistianas. Una razón más para entender el mensaje de moderación que portaba la alocución televisiva del primer ministro. La dirigencia cubana no estaba en condiciones de prescindir de efectivos en aquel momento definitorio y de ahí los llamamientos para contar con el mayor número posible de cubanos.

El proyecto nacional, como había señalado el propio Fidel Castro, precisaba del apoyo de todos para llegar a consolidarse y aquí los españoles, por presencia y prosapia, podían contribuir de forma significativa a asentar el proceso revolucionario en su nueva fase. En definitiva, más allá de las tendencias políticas de unos y otros, convenía mantener a los españoles y a las Españas de las que eran partidarios uncidos al carro de la revolución.

A aquellas alturas de 1960, el Estado cubano tenía a su servicio lo que en el marxismo clásico se entiende por infraestructura, la base económica de la sociedad cubana, y tenía que trabajar para hacerse cargo de lo que en la teoría marxista se define como superestructura. Dentro de esta superestructura la dirigencia revolucionaria tenía el control de las instituciones estatales y su andamiaje jurídico, pero precisaba obtener el dominio sin contrapesos de la estructura y construcción ideológica y de las formas a través de las cuales se articulaba la conciencia social.

La aquiescencia de los españoles presentes en el pequeño comercio y la pequeña industria asegurarían el control total sobre la infraestructura y el compromiso de los españoles del exilio contribuirían a la construcción ideológica del proyecto revolucionario y a fomentar aquellas lecturas de la conciencia social, que desde el ámbito hispano y cubano, fueran capaces de preservar el carácter autóctono y singular de la experiencia fidelista y permitieran así su exportación al ámbito iberoamericano.

De este modo, la España oficial, la peregrina, la del emigrante exitoso, la del profesional exiliado y la del activista político, por razones muchas veces no previstas, se insertaban en el proceso revolucionario sin demasiado ruido y con una naturalidad que se explicaba por la relación que España y Cuba habían tenido a lo largo de su historia. Aquella unión permanente, a la salvo de los avatares y las vicisitudes, era propia de los lazos familiares, donde el rencor y el afecto se mezclaban a veces de forma incomprensible, y cuyo resultado no podía ser otro que la singularidad en el pronunciamiento de todas aquellas Españas. Singularidad y simultaneidad, pues si singulares eran las posiciones que defendía el diario *Pueblo* en aquellas fechas, no lo eran menos las ideas que utilizaba aquel periódico para exponer la realidad cubana. Una posición que corría pareja en el tiempo a los pronunciamientos de Santiago Carrillo o del general Bayo, de signo contrario, pero con un mismo objetivo, la defensa de la soberanía cubana. De la misma forma, y con fines análogos, se había pronunciado en aquellas fechas la España de la emigración. La Unión de Detallistas de Cuba, al escuchar las declaraciones hechas por Fidel Castro sobre los intereses que compartía la revolución con los pequeños comerciantes, habían vislumbrado que su futuro estaba en La Habana y en el resto de las ciudades cubanas, y no en Miami al lado de la otra burguesía, la expropiada y la sometida a la nacionalización revolucionaria.

Fidel Castro, según señaló *Bohemia* en sus páginas, había reconocido el derecho del pequeño comerciante a continuar con sus actividades, el derecho que les asistía a participar en la nueva política crediticia implantada por el Gobierno y sobre todo, el primer ministro, había decretado “*la prohibición de las bodegas del pueblo en las ciudades de toda la República*”⁵¹. Una noticia de la mayor relevancia para el futuro del comercio privado minorista de Cuba, pues la Tiendas del Pueblo que dependían del INRA, debido a su política de precios y abastecimientos, se presentaban como competidor imbatible para el pequeño comercio urbano.

De esta suerte, aquellas palabras del primer ministro, como no podía ser de otro modo, recibieron el aplauso del pequeño comerciante. A las pocas horas de la alocución televisiva de Fidel Castro, la Federación Nacional Detallista, en agradecimiento por el gesto gubernamental, había emitido un comunicado en el que se ponía de manifiesto su “*apoyo*”, su “*agradecimiento*” y su “*felicitación más sincera*” al “*doctor Fidel Castro, Primer Ministro de Gobierno Revolucionario y máximo líder de la revolución*”⁵². Los detallistas de Cuba, dentro de los cuales, como se ha expuesto, la presencia española era notable, se congraciaban así con el régimen y prometían unir sus fuerzas a las del resto del pueblo cubano bajo la égida y el mando de Fidel Castro.

Se evidenciaba así, como oportunamente señaló *Bohemia* en sus páginas, que la revolución “no era interés exclusivo de los sectores obreros y campesinos del país”, sino que también “tenían cabida e interés en ella las clases medias”, las cuales integrarían desde aquel momento “el gran movimiento nacionalista en que consistía el régimen verdeolivo”⁵³.

Aquella idea esbozada por *Bohemia* tenía su lógica, pues se acomodaba a los límites del proyecto revolucionario y nos remitía al comienzo del movimiento fidelista, dándole todo el sentido al trayecto recorrido por el Gobierno cubano hasta aquellas fechas. La gesta del “26 de Julio” había echado a andar con unos principios muy concretos y estos principios pasaban por la soberanía nacional y la preservación de los intereses del pueblo cubano, o más bien de lo que Fidel Castro entendía por pueblo: es decir, el campesinado, los trabajadores y las clases medias en el sentido amplio de la palabra. Fidel Castro había prometido en el alegato de defensa articulado como consecuencia del Asalto al Moncada, en “*La Historia me absolverá*”, que el pueblo cubano sería redimido, pero que al pueblo no se le ofrecerían “*engaños*” y “*falsas promesas*”, sino realidades⁵⁴. Fidel Castro había expuesto de forma gráfica en 1953 cuál era el cometido de su causa. El pueblo no recibiría del movimiento fidelista una promesa en forma de: “*Te vamos a dar*”, sino una realidad materializada en un: “*¡Aquí tienes, lucha ahora con todas tus fuerzas para que sean tuyas la libertad y la felicidad!*”⁵⁵.

En aquella defensa de su causa, expuesta en el juicio sumarísimo que había sucedido a la intentona del Moncada, Fidel Castro se posicionó también sobre cual tenía que ser la política a seguir por Cuba frente “*a las sangrientas tiranías que oprimían a las naciones hermanas*” de América⁵⁶. En aquella jornada histórica, el líder cubano había señalado que la patria de Martí tenía que brindar a los ciudadanos provenientes de los países hermanos sometidos a la tiranía “*asilo generoso, hermandad y pan*”⁵⁷. “*Cuba debía ser baluarte de libertad y no eslabón vergonzoso de despotismo*”⁵⁸. Aquellos principios habían sido bandera para la revolución desde sus orígenes y los ciudadanos perseguidos

⁵¹ *Bohemia* (Año LII). Núm. 43. La Habana: domingo, 23 de octubre de 1960, pág. 51. Semanal.

⁵² *Idem*.

⁵³ *Ibidem*, pág. 49.

⁵⁴ Castro Ruz, Fidel: *La historia me absolverá*: Op. Cit., pág. 35.

⁵⁵ *Idem*.

⁵⁶ *Ibidem*, pág. 37.

⁵⁷ *Idem*.

⁵⁸ *Idem*.

por las tiranías latinoamericanas sabían, más allá del alegato fidelista de 1953, que en Cuba tendrían asiento y cobijo. Por lo demás, aquellas referencias genéricas a las tiranías americanas rompían el marco continental, pues a nadie se le escapaba que en el contexto latinoamericano, y especialmente en el cubano, España aparecía implícitamente comprendida en cualquier alusión que se hiciera a los países o repúblicas hermanas.

De lo expuesto se desprende que en el Programa del Moncada las implicaciones para España eran múltiples. En “La historia me absolverá” se deducía que el asilo prestado por Cuba a los españoles cubría varios planos, una triple vertiente que hacía referencia a lo político, lo social y lo económico, pues la acogida iba más allá de la protección a los directamente implicados en las luchas contra el régimen franquista, ya que también incluía a los españoles que se encontraban en Cuba y a sus descendientes, hubieran llegado antes o después de la contienda española. Es decir, independiente de cuáles fueran las razones de su arribo, los españoles encontrarían cobijo en Cuba si coadyuvaban en la lucha por la liberación nacional.

El Programa del Moncada era un programa de gobierno en toda regla y como tal se había difundido, hacía referencia a la realidad cubana y también a su relación con el mundo y sobre todo había trazado la senda para alcanzar las soluciones que precisaba el país para desarrollar todas sus virtualidades, latentes durante todo el período republicano y desplegadas desde el arribo del contingente fidelista a La Habana. Sin embargo, aquel programa se daba ya por cubierto en octubre de 1960, el Gobierno cubano consideraba que, tal y como había propuesto Fidel Castro en 1953, se le había entregado al pueblo una realidad: “aquí tienes” lucha para que ahora sea tuya la libertad.

En Cuba, como había sucedido en tiempos del Moncada y en tiempos de Martí se seguía luchando por la libertad, por la nacional y por la individual, y así lo había promulgado Fidel Castro en octubre de 1960. Quedaba todavía mucho por hacer y para llevar a buen puerto aquella empresa se precisaba de la colaboración de todos, de los pequeños empresarios y de los trabajadores, de los pequeños propietarios agrícolas y de los campesinos y obreros del campo. La prédica estaba centrada en la unidad, se precisaba convencer a las diferentes clases sociales, una vez finalizadas las transformaciones sobre el régimen de propiedad, que la lucha por los propios intereses contribuiría al bien común, pues a través de aquella unidad se podría salvar al conjunto. Una realidad que atañía también a los españoles residentes en Cuba y especialmente a aquellos sectores que habían recibido de la revolución la oportunidad para medrar en el nuevo contexto y contribuir así a la libertad de Cuba. Fidel Castro con aquella defensa del comercio minorista y de los pequeños sectores del empresariado, lejos de dañar los intereses de los españoles en Cuba los reforzaba y les pedía que lucharan por su libertad y por la de Cuba, haciendo honor a las palabras de Martí en el ya mentado discurso de Tampa: “*¡Por la libertad del hombre se pelea en Cuba, y hay muchos españoles que aman la libertad! ¡A estos españoles los atacarán otros: yo los ampararé toda mi vida! A los que no saben que esos españoles son otros tantos cubanos, les decimos: ¡Mienten!*”⁵⁹

12.3 Martiana y marxista. La convergencia de discursos en el dietario de la revolución

La consecución del Programa del Moncada se presentaba así como la satisfacción de un anhelo perseguido durante generaciones. Un programa para una Cuba independiente que al fin se materializaba. Así pues, después de haber sido acometido sin éxito por varios movimientos revolucionarios en la historia de la Cuba republicana y después de haber sido esbozado en los programas reformistas de varias formaciones políticas durante el siglo XX, el proyecto de liberación

⁵⁹ Véase: Hernández, Luis Rafael y Del Campo, Ángel Esteban (eds.): *Op. Cit.*, pág. 182.

nacional con el que unos y otros, desde diferentes corrientes doctrinales, habían coqueteado durante años llegaba a su fin y se alcanzaba tras el arribo del contumaz movimiento fidelista al poder.

Habían hecho falta altas dosis de ingenio para materializar aquella nueva realidad, pero, tras hacer de la porfía un método, después de asumir un liderazgo fuerte bajo la figura de Fidel Castro, de entablar una lucha sin precedentes contra los Estados Unidos y de derrochar un torrente de arrojo, por fin Cuba tenía los pertrechos necesarios para que su pueblo, como nación soberana, construyera su futuro. Sin embargo, aquello no era un punto y final, ni siquiera un punto y aparte, sino más bien un punto y seguido, pues ahora tocaba sacar el máximo rendimiento a la nueva organización estatal. Así lo entendió Vázquez Candela y así lo plasmó en las páginas de *Bohemia*. El subdirector del diario *Revolución*, cargándose de razones y de retórica confusionista en sus argumentaciones, exponía que “la historia y sus hacedores” determinaban “los momentos estelares” de los acontecimientos nacionales, fijando “los contornos” de los eventos que se consideraban cenitales, pero que estos momentos no constituían el punto final, pues en “la gramática dinámica de la vida” marcar el final resultaba imposible⁶⁰.

Vázquez Candela, tras exponer la inevitable continuidad de la vida y de la historia, y después de abusar del circunloquio para exponer que aquel proceso necesitaba de continuidad, ponía el acento en lo que quedaba por delante y en los nuevos bríos que precisa la revolución. Se trataba, en definitiva, de un aviso para navegantes: la consecución del Programa del Moncada no era más que la puerta a una organización social, política y económica distinta a la precedente. Sobre este particular Vázquez Candela no albergaba dudas y, según su opinión, estas dudas tampoco habitaban en la dirigencia revolucionaria: Fidel Castro sabía, “y con él todos cuantos le seguían en la obra revolucionaria”, que aquella “síntesis que él llamaba el cumplimiento del programa del Moncada”, no era más que “la premisa para un nuevo acontecer creador”, que llevaba en sí “toda la posibilidad de su desarrollo ulterior”⁶¹.

Vázquez Candela, al considerar que el cierre de una etapa abría por necesidad otra, consideraba que la consecución del Programa del Moncada no era más que una “base sólida” sobre la que se podía edificar “la consolidación definitiva de la Revolución Cubana”, con el propósito seguramente, según señalaba a continuación, “de pasar luego a las nuevas formas” que el desarrollo del pueblo cubano fuera proponiendo “para contenerse a sí mismo y dar paso a una estructura social superior”⁶².

El periodista cubano se armaba de un lenguaje encriptado, pues todas las prudencias eran pocas a la hora de hablar explícitamente del futuro de la revolución, y parapetado en aquella fraseología de añagazas y ardiles, que rehuían de cualquier calificativo que pudiera ser tachado abiertamente de socialista, señalaba que la nueva fase traería por necesidad un proyecto diferente al desarrollado hasta la fecha por el Gobierno revolucionario. Sin embargo, esto no era óbice para que no pudieran estar al frente del nuevo período los hombres que habían encabezado hasta la fecha la fase recién finiquitada de la revolución. Si en la nueva etapa revolucionaria cambiaban las premisas y se optaba abiertamente por el socialismo, Fidel Castro y los hombres que le secundaban estaban sobradamente capacitados para ensayar aquella nueva vía, sin necesidad de ceder el testigo a dirigentes que estuvieran directamente y abiertamente emparentados con las doctrinas, ideas o formaciones socialistas. Así lo entendía Vázquez Candela que para exponerlo seguía haciendo uso de aquel lenguaje huidizo y renuente a la llamar a las cosas por su nombre:

“Se cumplirá lo que una vez afirmamos, en el sentido de que los hombres que, encabezados por Fidel Castro, habían acometido la primera etapa de la Revolución, estaban capacitados

⁶⁰ *Bohemia* (Año LII). Núm. 43. La Habana: domingo, 23 de octubre de 1960, pág. 42. Semanal.

⁶¹ *Idem*.

⁶² *Ibidem*, pág. 75.

para llevarla por cuantas fueran necesarias, con economía de quebrantos personales y sociales y profundidad de propósitos y soluciones, tanta cuanto cualquier otro revolucionario en Cuba hubiera aspirado, tanta cuanto la experiencia contemporánea recomendara y avalara por sus óptimos resultados en otros escenarios donde la injusticia, el hambre y la dominación oligárquica y extranjera, resultaron al igual que en Cuba las condiciones objetivas para llevar adelante un vuelco de esta naturaleza”⁶³.

En el razonamiento de Vázquez Candela todo parecía estar claro, si Fidel Castro y el grupo que le amparaba habían sido capaces de aprovechar las condiciones objetivas del país para ensayar un proyecto diferente y arrumbar con un pasado de oprobio, estaban sobradamente facultados para construir desde las condiciones objetivas por ellos creadas un nuevo proyecto, fuera o no socialista. Desde una posición teórica marxista, el estallido revolucionario precisaba del factor subjetivo y de las condiciones objetivas, estas habían estado presentes en la Cuba prerrevolucionaria y aquel, el factor subjetivo, tenía su reflejo en Fidel Castro y el movimiento que encabezaba. De este modo, nadie mejor que el primer ministro cubano para aprovechar las nuevas condiciones objetivas por él creadas. De ahí la necesidad de contar con los mismos protagonistas: en el paso hacia la construcción del socialismo, si finalmente se daba, Fidel Castro tenía que ser el verdadero factótum, como lo había sido hasta la fecha del proyecto soberanista.

Sin embargo, según reconocía el subdirector de Revolución, aún quedaba mucho *“que bregar”*, simplemente, para *“defender lo alcanzado”*⁶⁴. Una revolución, según señalaba el propio Vázquez Candela, no era una acción puntual ni un acontecimiento singular suspendido en el tiempo, sino un proceso: *“Cada victoria, cada etapa cumplida no eran más que la sugerencia y la condición de nuevas jornadas a realizar”*⁶⁵. Quienes no comprendieran aquella *“ley general”* y pretendieran dar por finalizado el proceso debido *“al ritmo de su hartura o su cansancio”*, dejaban de ser revolucionarios y hasta ponían *“en peligro la obra supuestamente terminada”*⁶⁶. El razonamiento del periodista cubano no podía ser más tajante, nada se podía dar por concluido todavía, se había cubierto simplemente una etapa en la larga marcha; capitular o *“confundir la estación de reaprovisionamiento con la meta final”* era adjuar del proceso revolucionario⁶⁷.

Era el momento de arrimar el hombro para que el avance fuera más decidido, ya no cabían las vacilaciones ni la timidez de los primeros momentos. Los hombres de la sierra estaban dispuestos a seguir avanzando, a seguir profundizando en el proceso revolucionario para liberar a Cuba de las contradicciones que comprometían su independencia. La mayoría de los integrantes de la dirigencia revolucionaria contaban además con el ímpetu de la juventud como acertadamente apuntaba Vázquez Candela; se encontraban en la plenitud de la vida y ninguno de ellos, Fidel el primero, se conformaría con dejar aquella obra inconclusa: *“Los que hasta ahora han realizado algo que en América parecía imposible, pueden muy bien mañana ser factores para la regeneración de toda la humanidad”*⁶⁸. Con estas palabras terminaba el periodista cubano aquella arenga, confusa por momentos y elusiva en el lenguaje. Una vez más se optaba por escoger terminología que no comprometiera al proceso con las posiciones socialistas, pero dejando entrever en cada párrafo, que posiblemente éste sería el destino final. Un destino en el que la liberación nacional y el socialismo comenzaban a ir de la mano debido a las alianzas de clase establecidas en torno al régimen revolucionario y también debido a los nuevos aliados y a los enemigos seculares con que contaba el proyecto soberanista cubano. Socialismo y

⁶³ *Idem.*

⁶⁴ *Idem.*

⁶⁵ *Idem.*

⁶⁶ *Idem.*

⁶⁷ *Idem.*

⁶⁸ *Idem.*

liberación nacional parecían converger más que nunca en aquel otoño de 1960, de igual forma que capitalismo y dependencia habían confluído durante años en la Cuba prerrevolucionaria.

Vázquez Candela, desde las visiones propias de un análisis socialista, que no se sentía solidario con las posiciones del comunismo patrio y foráneo, como habían demostrado sus polémicas con el PSP en las páginas de *Revolución*, aportaba una mirada del momento cubano complementaria a la de Fidel Castro, pero en la que además del nacionalismo propio de la revolución, imprescindible para todos, se aproximaba a la realidad cubana desde una óptica marxista.

Bohemia, como hemos apuntado ya, estaba abierta a todas las visiones, y desde sus páginas, cuando las informaciones o reportajes aparecían sin firma, acometía un análisis del devenir cubano en la que todas las aproximaciones a la realidad eran posibles. Nacionalismo y marxismo, en sus variadas ramas, se daban cita en un mismo texto cargado de ambigüedades y en el que muchas veces se dejaba que los razonamientos inconclusos fluyeran por su cuenta en la interpretación del lector, libre de derivar sus conclusiones por las sendas puramente nacionalistas o por otras más ligadas al análisis marxista.

El argumentario de *Bohemia*, con ciertas variantes, acostumbra a seguir este recorrido. Y así lo demostró una vez más al exponer su relato sobre la consumación del Programa del Moncada y la apertura de una nueva etapa todavía por definir. Ahora bien, a pesar de la prudencia de unos y otros a la hora de argumentar y explicar el balance doctrinal y la lectura ideológica de las transformaciones acometidas en el verano y el otoño de 1960, lo que parecía claro es que la revolución había trastocado por completo la relación de los ciudadanos con el Estado, la economía y la sociedad en la que estaban inmersos.

Las nuevas nacionalizaciones y la Reforma urbana abrían así un nuevo panorama en Cuba, asignaban al Estado cubano la titularidad de la mayoría de los medios de producción y trastocaban la estructura de clases imperante en la Isla, lo que indudablemente terminaba por transformar a su vez el régimen de propiedad imperante y las relaciones de producción. *Bohemia*, no lo expresaba en estos términos, pero lo hacía en otros que resultaban análogos. El nuevo paquete de nacionalizaciones venía a consumir y reforzar los procesos de nacionalización acometidos a principios de agosto, y completaba el control del Estado sobre la economía, mientras que la Reforma urbana convertía a medio o largo plazo en propietarios a todos los inquilinos del país y se deshacía de aquellos sectores parasitarios que nada estaban aportando a las necesidades por la que pasaba la revolución. Una transformación en toda regla que recibía como colofón la nacionalización bancaria, que dejaba en manos de la dirigencia cubana la asignación de capitales a aquellos sectores que se consideraran más relevantes para relanzar la economía del país y promover la causa soberanista.

Con aquel último avance revolucionario, según anticipaba *Bohemia*, el Estado tomaba el control “*del crédito bancario*” y de “*la gran industria*”⁶⁹. De igual forma, el “*comercio de importación*” y los “*demás renglones fundamentales de la economía*” pasaban también a estar tutelados por el Estado cubano⁷⁰. Cuba había sentado las bases para ejercer su soberanía, libre de injerencias externas y liberada también de aquellos sectores en los que la contrarrevolución parecía tener su asiento natural. Así pues, más allá de las aseveraciones de unos o los diagnósticos de otros, la praxis revolucionaria, asentada en unos planteamientos puramente soberanistas, seguía marcando el ritmo del proceso cubano. La dirigencia revolucionaria se mostraba reacia a los pronunciamientos ideológicos provenientes de las doctrinas al uso, pero las realizaciones iban definiendo el proceso sin necesidad de grandes definiciones.

⁶⁹ *Ibidem*, pág. 43.

⁷⁰ *Idem*.

Los principios de la revolución estaban en el devenir revolucionario, que sería lo que a la postre acabaría fijando el carácter de aquella revolución. Los objetivos alcanzados terminaban por impulsar otros nuevos, muchas veces imprevistos, y la acometida de éstos últimos abría nuevos horizontes para la conquista de otros ulteriores, haciendo de la vorágine revolucionaria un proceso de no retorno en el que las cotas de poder en manos de la dirigencia revolucionaria y del pueblo que la secundaba eran cada vez mayores. El propio proceso iba generando necesidades que la dirigencia revolucionaria iba tratando de satisfacer, pero en donde la participación del pueblo se hacía cada vez más necesaria para el sustento del proyecto en el tiempo.

Cuba, en su lucha contra el imperialismo, estaba dejando atrás su condición de territorio dependiente de los Estados Unidos y lo estaba haciendo prescindiendo de los sectores que habían sustentado aquella dependencia, lo que indudablemente abría un nuevo horizonte bajo un nuevo bloque hegemónico construido sobre nuevos consensos. *Bohemia* lo exponía con claridad: “*Quedaba así el camino despejado para que el pueblo cubano, como un todo – y no fracciones privilegiadas de él, como antes – se adueñara de su futuro*”⁷¹.

En el discurso de *Bohemia* se jugaba deliberadamente con los términos Estado, Gobierno y pueblo como si se tratara de voces intercambiables en la realidad cubana, pues a la vez que se encomiaba la labor del Gobierno cubano en la ejecución de aquella profunda transformación se ponía en valor el nuevo papel del Estado como garante del funcionamiento económico del país y se celebraba la posición del pueblo cubano, responsable y a disposición de la dirección revolucionaria para mantener a pleno rendimiento el funcionamiento de bancos, industrias y empresas nacionalizadas.

El Gobierno cubano había puesto a disposición del Estado los medios de producción y con su particular forma de hacerlo había cambiado también las relaciones de producción, ya que la administración y dirección de la mayoría de las empresas nacionalizadas correría a cargo del INRA. Una nueva realidad que convertía a este instituto, en principio creado para poner en marcha la Reforma Agraria, en una suerte de Estado dentro del Estado controlado por el Ejército Rebelde y los hombres incondicionales del régimen fidelista. El INRA, a través de sus diferentes departamentos, como aseveró *Bohemia* asumiría ahora el control de “*la industria, el transporte, el comercio y la producción*”⁷². Algunas de las empresas intervenidas escapaban a este control como era el caso de las imprentas, que quedaban a cargo de la Imprenta Nacional de Cuba; los circuitos fílmicos, integrados en el Instituto Cubano del Cine; las entidades de construcción y electricidad bajo el control del Ministerio de Obras Públicas y las navieras; bajo la tutela de Fomento Marítimo⁷³.

De todos modos, lo fundamental del proceso nacionalizador, a nuestro modo ver, terminó siendo el nuevo papel asignado al INRA, algo más que un mero instituto de reforma agraria. El INRA se convertía ahora en una suerte de ministerio omnipresente e interviniente en casi todos los campos de la economía cubana. El campo, siguiendo una estrategia de claras evocaciones maoístas, se había abalanzado sobre la ciudad para hacerse cargo de ella. El control del INRA sobre el agro cubano, en todos sus aspectos, comerciales, industriales y productivos, se trasladaba ahora a los ambientes urbanos y con él la mentalidad y las relaciones de producción que le eran propias: la visión holista sobre la Revolución cubana, las ansias de transformación radical, de industrialización del país y el régimen colectivista de producción como horizonte deseable. Y es que los técnicos llevados por el INRA al campo cubano y el Ejército Rebelde, el pueblo uniformado, como acostumbraban en decir los acólitos de Camilo Cienfuegos, pasaban a tener ahora un control sustancial sobre el Estado cubano. Algo, en definitiva, que se contraponía a la versión del diario *Pueblo* y de Blanco Tobío, pues Cuba,

⁷¹ *Idem.*

⁷² *Ibidem*, pág. 45.

⁷³ *Idem.*

lejos de caminar hacia el gobierno de “los bigotitos”, se encaminaba a depositar el poder en la autoridad de “las barbas”.

En lo tocante a la nacionalización bancaria, el Banco Nacional de Cuba se situaba ahora en una posición central. El Gobierno revolucionario había decretado que la función bancaria pasaba a ser pública, “*estableciéndose que en los sucesivos sólo podría ejercerla el Estado*”⁷⁴. Quedaban excluidos de aquel mandato los dos bancos canadienses que operaban en Cuba, el *Royal Bank* y el *Bank of Nova Scotia*⁷⁵. Las razones de la excepción canadiense quedaban aclaradas mediante el siguiente alegato: “*eran los únicos que no ponían trabas a las operaciones exteriores de Cuba*”⁷⁶. Se declaraban así “*disueltas todas las compañías propietarias de los bancos expropiados*”, reconociéndoles a los socios el derecho a la indemnización, realizada en efectivo en las cantidades que no excedieran de los diez mil dólares y para aquellos que las superaran por medio bonos amortizables a quince años⁷⁷.

Bohemia encomiaba además la actitud de los depositantes en aquel trance, ni el pánico ni la alteración habían acompañado al proceso nacionalizador. Los bancos del país habían seguido operando como de costumbre gracias a la actitud mostrada por los sindicatos del sector y el personal laboral bancario. La revista habanera responsabilizaba de aquella normalidad, además de a los trabajadores, al pueblo cubano, sustento de la dirigencia revolucionaria, pero también a las empresas que habían quedado al margen de los procesos nacionalizadores y que no había caído en la tentación de retirar sus fondos. El empresariado cubano que había sobrevivido a la vorágine nacionalizadora contemplaba con esperanza la transformación bancaria, pues intuía que Cuba se encontraba a las puertas de una “*política de créditos flexibles y sin trabas*” en un régimen de intereses bajos⁷⁸.

La pequeña y mediana burguesía nacional salía así muy reforzada y se le abrían las puertas para que pudiera participar en la construcción del país. La dirigencia revolucionaria veía además deseable aquella participación, pues, como hemos señalado, la inclusión de aquel sector de la burguesía cubana constituía un factor de equilibrio y una muestra inequívoca de que en Cuba no se perseguía al capital por el mero hecho de serlo. El Gobierno cubano creaba así un marco ideal para que la pequeña y mediana burguesía nacional pudiera medrar, pues, en Cuba, además de un potente sector estatal, el capital privado cubano desvinculado de los Estados Unidos contaba ahora con unas condiciones favorables para su desarrollo.

La pequeña y mediana burguesía nacional se encontraba en un momento propicio para su desarrollo tras el impulso revolucionario de octubre de 1960. Se encontraba quizás con la mejor oportunidad de su historia para asentarse dentro del bloque hegemónico en formación como una de las clases a tener en cuenta, y todo ello debido a tres razones fundamentales: contaba con el apoyo institucional y con el aliento del primer ministro cubano, lo que en aquel momento no era un tema menor; disponía de una política de créditos favorable, lo que tampoco era asunto baladí, y, por primera vez en su historia, tenía a sus disposición un mercado nacional cautivo y en expansión para la venta de sus productos. Un contexto institucional propicio al que venía a unirse además la disponibilidad de efectivo entre la población, beneficiaria principal de la mirada de leyes revolucionarias.

Este último aspecto, como han señalado diversos autores, resultó evidente a partir del verano de 1960, pues a “*la liquidación de los latifundios y la nacionalización de las empresas imperialistas*”; es decir, a la eliminación de la competencia directa, se sumaron “*otras medidas del Gobierno revolucionario para elevar los ingresos de los trabajadores*”, entre ellas la nueva Ley de Urbana, lo que generó una

⁷⁴ *Idem.*

⁷⁵ *Idem.*

⁷⁶ *Idem.*

⁷⁷ *Ibidem*, págs. 45 y 46.

⁷⁸ *Ibidem*, pág. 46.

ampliación sustancial del “*mercado interior para mercancías agrícolas e industriales*”⁷⁹. Los cubanos contaban con más dinero para el consumo y esto necesariamente repercutía en el comercio. Se creaban así “*condiciones benéficas para muchos tipos de producciones*”⁸⁰. Por ello, el nuevo escenario abierto por la revolución, creó un contexto idóneo para el crecimiento de un sector importante de la burguesía industrial, agrícola y comercial.

Sin embargo, pronto comenzó a quedar claro que un sector de esta burguesía, a todas luces beneficiado por la legislación revolucionaria, no tardaría en surcar las aguas de la contrarrevolución, pues como dejó constancia años después la Plataforma Programática del Partido Comunista de Cuba, la imbricación de intereses económicos entre los monopolios norteamericanos, la oligarquía burgués-latifundista y el resto de la burguesía nacional generaba una cierta solidaridad clasista, pues cualquier medida que afectara a algún sector de la burguesía terminaba generando “*una inmediata oposición y resistencia por parte de toda la burguesía en bloque*”⁸¹. En el fondo de todo aquel razonamiento estaba el miedo al socialismo, imaginado y evocado en cualquier contexto en el que el régimen de propiedad sobre los medios de producción se ve alterado y con él las relaciones de producción que le son propias. Una realidad, la del miedo a un advenimiento de un régimen socialista, que apuntó también en 1975 la Plataforma Programática del PCC:

*“En las condiciones del dominio económico e ideológico del imperialismo, medidas que incluso no rebasan los marcos democrático-burgueses suelen ser rechazadas por las burguesías de los países dependientes. En estos países la burguesía teme que el desarrollo del proceso revolucionario conduzca inevitablemente al socialismo”*⁸².

Así pues, la creación de un marco propicio por parte de la dirigencia revolucionaria para propiciar la colaboración con la pequeña y mediana burguesía y mantenerla así uncida al ámbito revolucionario no tuvo todo el éxito esperado como se verá en breve. Las razones de aquel alejamiento de parte del capital nacional pueden encontrarse en el régimen de clases imperante en Cuba en aquel momento y en el ambiente de exaltación revolucionaria, donde el capital se muestra siempre tan medroso. Las masas populares se mostraron mucho más decididas que la vacilante burguesía y ya en aquellos primeros momentos que siguieron a la promulgación de las leyes nacionalizadoras se situaron al costado de la dirigencia revolucionaria para sostener el proceso revolucionario y participar en el funcionamiento del ingente sector estatal.

Algo que fue necesario demostrar casi desde el primer momento, pues el día 19 de octubre, antes de que la nueva legislación pudiera entrar en funcionamiento, las autoridades norteamericanas anunciaron que a partir del 21 de noviembre cesaría casi por completo toda relación comercial cubano-norteamericana, sólo se permitiría “*el envío de medicinas, trigo y algunos artículos alimenticios no subvencionados por los poderes federales*” estadounidenses⁸³. Se cumplían así las amenazas lanzadas el día 13 de octubre por el portavoz del Departamento de Estado norteamericano sobre la revisión del comercio bilateral y las posibles sanciones y prohibiciones a la exportación de ciertas mercancías.

12.4 Acción, reacción, represalia y desquite

El cerco comercial intuido el día 13 de octubre se materializó el día 19 del mismo mes. El encargado de anunciar el embargo fue el titular del Departamento de Comercio, Frederick Mueller, quien tras

⁷⁹ Bekarevich, Anatolii Danilovich, et al: *Op. Cit.*, pág. 118.

⁸⁰ *Ibidem*.

⁸¹ *Ibidem*, págs. 120 y 121.

⁸² *Ibidem*, pág. 121.

⁸³ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6574. Madrid: jueves, 20 de octubre de 1960, pág. 1. Diario.

exponer el sinnúmero de productos sujetos a prohibición, “*un embargo casi total*”, como señaló *Pueblo* en sus páginas, confesó lo que resultaba evidente: que tales medidas seguramente obligarían a Cuba “*a depender todavía más estrechamente de la órbita económica comunista*”⁸⁴.

La decisión adoptada por las autoridades norteamericanas tenía además efectos inmediatos en varios aspectos del embargo, pues se declaraba “*ilegal la venta, transferencia o contratación de cualquier barco norteamericano al Gobierno de Cuba o a ciudadano cubano, a partir de las 12:00 p.m del 20 de octubre de 1960*”⁸⁵. Se colocaban así lo primeros sillares de un muro que separaría a Cuba de los Estados Unidos durante décadas.

El diario *Pueblo* señalaba que aquella nueva medida venía a unirse a una legislación anterior que ya había prohibido «*la exportación a Cuba de camiones, “jeeps” y recambios industriales*», ahora entraban en la terna de las prohibiciones “*los barcos y los fletes*”⁸⁶. Algo que indudablemente abría la puerta a otros países. *Pueblo*, por mediación del imprescindible Blanco Tobío, reflejaba una vez más las contradicciones de la política exterior norteamericana: garante de la libertad de comercio y a la vez instigadora de propuestas que pretendían dejar fuera de esta libertad comercial a algunos países.

Con aquella nueva medida, según aseveraba el corresponsal de *Pueblo* en Nueva York, la Administración Eisenhower no hacía más que constatar la desesperación norteamericana y certificar, sin asomo de duda, que Washington había perdido “*toda esperanza de negociar con el régimen de Fidel Castro*”⁸⁷. La única expectativa que les quedaba por delante a las autoridades norteamericanas era que el régimen fidelista naufragara algún día fruto del bloqueo norteamericano⁸⁸. La Administración norteamericana anunciaban así el inicio de un bloqueo que nacía, consciente o inconscientemente, con pretensiones de eternidad y lo promulgaba el director del Departamento de Comercio, Fredrick Mueller, magnate financiero del Estado de Michigan⁸⁹, uno de los Estados más industriales del país y, por tanto, también uno de los más implicados en aquella prohibición del embarque de mercancías con destino a Cuba.

Lo paradójico de aquel asunto era que el escaso comercio bilateral entre la URSS y los Estados Unidos terminara superando el régimen de intercambios cubano-norteamericano, algo que sucedería a partir del 21 de noviembre de 1960. Cuba se separaba radicalmente, y de forma definitiva, de Estados Unidos y de aquella realidad no se podía hacer sólo responsable a las autoridades cubanas, pues las medidas para hacer más rígido el bloqueo habían sido defendidas por el propio Nixon un día antes de la promulgación de aquellas sanciones: Cuba sería “*sometida a una severísima cuarentena, al previsto precio de empujar al Gobierno de La Habana en dirección a Moscú*”⁹⁰.

En Estados Unidos, finalmente, terminaban por imponerse los intereses de los magnates de la industria y el comercio, que exigían un desquite frente a la insolencia cubana, aunque fuera a costa de robustecer las relaciones entre Moscú y La Habana. El ejemplo cubano no podía repetirse y merecía un castigo proporcional o su osadía, poco importaba que la URSS tomara una sólida posición en el Caribe, pues por encima de los repudios espirituales e ideológicos estaban los intereses materiales.

Se abría así un nuevo escenario para la revolución debido a la intolerancia norteamericana y a la contumacia cubana, pero, más allá de las responsabilidades de unos y otros en aquella separación definitiva, lo más interesante de esta nueva etapa estaba, según el parecer de Blanco Tobío, en saber

⁸⁴ *Idem*.

⁸⁵ Zaldívar Diéguez, Andrés: *Op. Cit.*, pág. 56.

⁸⁶ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6574. Madrid: jueves, 20 de octubre de 1960, pág. 1. Diario.

⁸⁷ *Idem*.

⁸⁸ *Idem*.

⁸⁹ Domhoff, George William: *¿Quién gobierna Estados Unidos?*, Siglo XXI Editores, México D.F, 2003, pág. 144.

⁹⁰ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6574. Madrid: jueves, 20 de octubre de 1960, pág. 1. Diario.

si finalmente la economía cubana podría “integrarse en la órbita económica comunista” y en conocer también si la Unión Soviética sería “capaz de sustituir a los Estados Unidos como principal suministrador de Cuba”, sin que, naturalmente, el pueblo cubano tuviera que “apretarse intolerablemente el cinturón”⁹¹. En definitiva, el gran interrogante del momento estaba en discernir, según aseveró el periodista gallego, el camino que tomaría Cuba ante aquel desafío: “la prueba más dura” a la que las autoridades norteamericanas habían sometido al “fidelismo”⁹².

La dirigencia revolucionaria, según señalaba Blanco Tobío, había señalado que el mercado internacional estaba llamado a suplir el vacío generado por la espantada estadounidense y que este mercado internacional debía entenderse en el sentido más amplio de la palabra, pues hacía referencia a los países socialista, pero también a los capitalistas. Esta era la intención de Cuba, según le había confirmado Raúl Roa a Blanco Tobío en la entrevista que ambos habían mantenido recientemente.

Sin embargo, desde aquella entrevista, concedida por el ministro cubano de Exteriores al corresponsal español el mismo día en que Cuba lanzaba su paquete de medidas nacionalizadoras, habían cambiado muchas cosas a pesar del corto espacio de tiempo transcurrido, pues el Departamento de Estado norteamericano ya se había aproximado a varios de sus aliados en el bloque occidental para que no incrementaran su régimen de intercambios con Cuba. Tal era así que, según Blanco Tobío, Estados Unidos había obtenido “en varios países amigos la promesa de no aumentar sustancialmente sus exportaciones a Cuba”⁹³.

Blanco Tobío no andaba desencaminado en sus apreciaciones, pues el mismo día en que *Pueblo* publicaba la crónica de su corresponsal en Nueva York, “el Primer Ministro canadiense John Diefenbaker reveló en conferencia de prensa la petición de la Administración Eisenhower para imponer un embargo comercial canadiense contra Cuba”⁹⁴. De este modo, con el bloqueo nacían también las presiones a los países del bloque occidental para que secundaran el cerco comercial impuesto a Cuba. El contencioso cubano norteamericano se internacionalizaba todavía más y parecía cada día más obvio que la neutralidad en aquel enfrentamiento no gozaba de las bendiciones norteamericanas. El conflicto de Cuba era un asunto de la Guerra Fría, según la diplomacia norteamericana, y como tal tenía que ser tratado; una visión muy diferente a la que albergaba la dirigencia cubana y también a la que albergaban otros países del orbe, más proclives a ver en el conflicto cubano la lucha entre el país en ciernes de emanciparse y la metrópoli renuente a conceder la independencia.

Estados Unidos como potencia hegemónica en el bloque occidental podía obrar con total libertad en sus decisiones, pero resultaba más difícil hacer de estas decisiones particulares una normativa a seguir para el resto de países occidentales. Comenzaban así las resistencias a secundar a Estados Unidos en aquella contienda. Según señaló en un editorial la revista *Bohemia* en su último número de octubre, Estados Unidos pisoteaba con su agresión a Cuba todos los acuerdos internacionales y fruto de ello había recibido la réplica de otras potencias. Entre ellas, la esperada por parte soviética, vehiculada a través de un editorial en *Pravda*, órgano de expresión del Comité Central del PCUS, en la que se señalaba que Cuba era, y tenía derecho a ser, libre e independiente, y que Estados Unidos estaba jugando con fuego en el caso cubano⁹⁵. No fue la única, pues a la respuesta previsible del PCUS se unieron las inesperadas y más comedidas de los aliados tradicionales de los Estados Unidos: Canadá y el Reino Unido se negaron a secundar la política económica estadounidense promulgada contra la

⁹¹ *Idem.*

⁹² *Idem.*

⁹³ *Idem.*

⁹⁴ Zaldívar Diéguez, Andrés: *Op. Cit.*, pág. 56.

⁹⁵ *Bohemia* (Año LII). Núm. 44. La Habana: domingo, 30 de octubre de 1960, pág. 67. Semanal.

Revolución cubana⁹⁶. El bloqueo comenzaba a tener sus fisuras y llegaban de aquellos países que tenían capacidad para sostener el comercio con Cuba y sustituir a los Estados Unidos.

Como puede observarse, se reeditaba el clima creado en el verano de 1960: respuesta airada por parte soviética y disenso entre Estados Unidos y sus aliados. La ofensiva estadounidense contra Cuba había generado unas reacciones que estaban en sintonía con las desencadenadas a raíz de las primeras nacionalizaciones en el mes de agosto de 1960. Sin embargo, las coincidencias no se agotaban aquí, pues las relaciones entre la Revolución cubana y la Administración Eisenhower en aquel otoño discurrieron también por los mismos cauces por los que se desarrollaron dichas relaciones en aquel verano: se entraba de nuevo en el ciclo de acciones y reacciones, ofensivas y contraofensivas. Leyes revolucionarias que se tomaban como provocaciones y obtenían el más duro de los castigos de las autoridades estadounidenses, para acto seguido poner en marcha el mecanismo de la réplica que a su vez generaba un nuevo desquite. El mecanismo endiablado se había puesto en marcha y el día 24 de octubre la dirigencia cubana decretó la nacionalización de todas las empresas norteamericanas que existían en el país y que todavía no habían sido afectadas por la legislación revolucionaria. Según informó la prensa franquista, 173 empresas privadas, la mayoría de propiedad norteamericana, pero también alguna de participación británica, pasaron a engrosar el ya de por sí abultado sector estatal⁹⁷.

Las autoridades estadounidenses calificaron al día siguiente aquellas medidas nacionalizadoras como incautaciones. Según la versión norteamericana, se habían confiscado 167 industrias norteamericanas, es decir, casi la totalidad de las nacionalizaciones promulgadas por Cuba en la víspera. Aquella medida fue recibida quizás de forma más airada que las nacionalizaciones del día 13 de octubre, pues no en vano dejaban claro que el bloqueo norteamericano no parecía haber hecho demasiado efecto en el ánimo revolucionario. La nueva acometida nacionalizadora fue calificada desde Washington como una “*medida totalitaria*” cuyo objetivo no era otro que servir a “*los fines políticos extranjeros del comunismo internacional*”⁹⁸. Las acusaciones de comunismo no eran ya veladas como antaño, sino manifiestas, y muestra de ello era el tono utilizado por la portavocía del Departamento de Estado norteamericano. Según el servicio de exteriores estadounidenses la población cubana se estaba viendo obligada “*a sufrir económicamente y a pagar las consecuencias resultantes del establecimiento en Cuba del sistema económico estalinista pedido por el comunismo internacional*”⁹⁹. Desde las mismas instancias se reiteró que las relaciones económicas con Cuba estaban rotas y se negó que el Gobierno norteamericano estuviera “*comprometido en un supuesto complot para invadir Cuba*”¹⁰⁰.

Las autoridades estadounidenses se expresaban ya en los términos más duros, negaban cualquier tipo de implicación en presentes o futuras invasiones del territorio cubano y califican, nada menos, que de régimen estalinista, totalitario y extranjero al Gobierno de La Habana. Las formas parecían estar ausentes ya en las relaciones entre ambos países, quedaban arrinconadas aquellas cartas diplomáticas, engoladas y plagadas de sutileza y de fina ironía que había presidido los desencuentros entre las autoridades cubanas y norteamericanas en los meses precedentes. A partir de aquel otoño, cubanos y norteamericanos exponían sus razones en aquel contencioso haciendo uso del trazo grueso y omitiendo cualquier norma de cortesía en la contienda. Así pues, mientras las autoridades norteamericanas acusaban de estalinista y totalitario al régimen cubano y le culpaban de los estragos que pudiera sufrir la población de Cuba debido a la represalia norteamericana, Fidel Castro se despachaba acusando al Pentágono de estar detrás de la contrarrevolución y de los preparativos de

⁹⁶ *Idem*.

⁹⁷ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm.7600. Madrid: martes, 25 de octubre de 1960, pág. 1. *Diario y Pueblo* (Año XXI). Núm.6578. Madrid: martes, 25 de octubre de 1960, pág. 2. *Diario*.

⁹⁸ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6579. Madrid: miércoles, 26 de octubre de 1960, pág. 1. *Diario*.

⁹⁹ *Idem*.

¹⁰⁰ *Idem*.

invasión de la Isla, calificando al mismo tiempo de “*imbéciles*” a los políticos norteamericanos por el papel que estaban jugando en aquel contencioso¹⁰¹.

Se habían tomado unas medidas que, sin duda, resultaban definitivas para las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos, pues todo parecía indicar que tarde o temprano aquellos agrios desencuentros terminarían con una ruptura de las relaciones diplomáticas. Además, las declaraciones protagonizadas en aquellos días por los mandatarios de ambos países no podían ser achacadas a un desliz puntual, formaban ya parte del estilo de aquel conflicto y, como cabía esperar, no contribuyeron a reducir las diferencias o a serenar los vientos de fronda que corría a ambos lados del Estrecho de la Florida. Desde Cuba se acusaba a los Estados Unidos de preparar un desembarco inminente con tropas procedentes de Guatemala o de otros puntos del Caribe¹⁰². Una invasión a la que daba pábulo la indiscreta y tumultuosa colonia de exiliados en Miami¹⁰³. Según informó la prensa franquista en aquellos días, desde Miami se hablaba de “*un baño de sangre*” inminente y de que la lucha contra Fidel Castro entraba en su momento definitivo¹⁰⁴. La contrarrevolución hacía también un llamamiento internacional y señalaba que el régimen castrista se había convertido en un “*satélite soviético*”, razón por lo cual la lucha para derrocarlo implicaba a la totalidad del “*mundo libre*”¹⁰⁵. El antiguo primer ministro cubano, Miró Cardona, había corroborado días antes, también desde Miami, aquel aserto, señalando que no se podía eludir el problema del régimen cubano por más tiempo: “*Hoy, Cuba es, más o menos, un cuartel general del comunismo, cuyos fines son interferir en América Central*”¹⁰⁶.

A aquel ambiente de crispación permanente, generado desde Miami y denunciado desde La Habana, se sumaban las protestas de Raúl Roa ante la sede de la ONU: Guatemala preparaba la invasión del territorio cubano con tropas de mercenarios que recibían el sustento, el entrenamiento y el respaldo de la Administración norteamericana. Una denuncia que no por reiterada dejaba de tener presencia importante en la ofensiva diplomática cubana. En la sede de la ONU la denuncia cubana sobre los preparativos de invasión norteamericana, a la que no eran ajenos otros regímenes del Caribe, estaba recibiendo el sustento constante de Raúl Roa, como ministro de Exteriores, y de Fidel Castro, como primer ministro de Cuba. Ambos dirigentes, durante el mes de octubre, cursaron denuncias de este signo ante la ONU con el ánimo de que la cuestión fuera debatida en el foro internacional¹⁰⁷.

Entre tanto, Estados Unidos denunciaba a Cuba ante la OEA de estar acometiendo una compra masiva de armamento soviético con la intención de reforzar y equipar a los contingentes de guerrilleros que se adiestraban en Cuba para extender el movimiento revolucionario por el resto del continente¹⁰⁸. Además, el Departamento de Estado acusaba al Gobierno cubano de mantener una presión constante sobre la base de Guantánamo, insinuando que el enclave militar norteamericano podía ser utilizado por las autoridades cubanas para generar un contencioso con los Estados Unidos¹⁰⁹.

¹⁰¹ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6571. Madrid: lunes, 17 de octubre de 1960, pág. 2. Diario.

¹⁰² *Pueblo* (Año XXI). Núm.6575. Madrid: viernes, 21 de octubre de 1960, pág. 4. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm.6576. Madrid: sábado, 22 de octubre de 1960, pág. 1. Diario.

¹⁰³ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6575. Madrid: viernes, 21 de octubre de 1960, pág. 1. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm.6578. Madrid: martes, 25 de octubre de 1960, pág. 2. Diario.

¹⁰⁴ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6578. Madrid: martes, 25 de octubre de 1960, pág. 2. Diario.

¹⁰⁵ *Idem*.

¹⁰⁶ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm.7589. Madrid: miércoles, 12 de octubre de 1960, pág. 6. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm.6567. Madrid: miércoles, 12 de octubre de 1960, pág. 2. Diario.

¹⁰⁷ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6573. Madrid: miércoles, 19 de octubre de 1960, pág. 2. Diario, *Pueblo* (Año XXI). Núm.6574. Madrid: jueves, 20 de octubre de 1960, pág. 1. Diario, *Pueblo* (Año XXI). Núm.6575. Madrid: viernes, 21 de octubre de 1960, pág. 1. Diario, *Pueblo* (Año XXI). Núm.6576. Madrid: sábado, 22 de octubre de 1960, pág. 1. Diario, *Pueblo* (Año XXI). Núm.6578. Madrid: martes, 25 de octubre de 1960, pág. 2. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm.6579. Madrid: miércoles, 26 de octubre de 1960, pág. 1. Diario.

¹⁰⁸ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6582. Madrid: sábado, 29 de octubre de 1960, págs. 1 y 2. Diario.

¹⁰⁹ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6572. Madrid: martes, 18 de octubre de 1960, pág. 22. Diario.

Por su parte, la influyente organización de veteranos de guerra estadounidense, la Legión Americana, había solicitado a los dos candidatos a la presidencia que estudiaran el empleo de la fuerza militar para derribar a Castro si las sanciones económicas no lograban cumplir su objetivo¹¹⁰. Aquella solicitud había sido cursada en la Convención nacional de la Legión Americana y en ella se había adoptado una resolución en la que se pedía “*un boicot económico total*” contra Cuba, “*con el fin de lograr la caída del régimen de Fidel Castro*”¹¹¹.

El bloqueo tenía que ser férreo y estricto para terminar con el movimiento fidelista, pero si estas medidas no conseguían levantar al pueblo cubano contra el Gobierno revolucionario, la Administración norteamericana tenía que contar con un plan alternativo y éste, necesariamente, tendría que pasar por el uso de la fuerza. Una circunstancia que cada vez generaba más nerviosismo en las instancias gubernamentales de La Habana, pues aquellas arengas, destinadas a fomentar la acción bélica contra Cuba, se estaban combinando con un movimiento desacostumbrado de tropas norteamericanas en el Caribe. Una realidad tan evidente que obligó al responsable del Cuerpo de Marina de los Estados Unidos a reconocer que el contingente de infantes de marina en la base naval de Guantánamo había aumentado considerablemente en las últimas semanas¹¹². Unas declaraciones, estas últimas, ineludibles debido al manifiesto e innegable desembarco de tropas en Guantánamo. Las autoridades norteamericanas se negaron a facilitar cifras sobre el número de infantes destacados en la base naval norteamericana, pero según todas las versiones disponibles, el número de marines en Cuba superaba con creces el habitual¹¹³.

Estados Unidos adujo entonces motivaciones defensivas para justificar aquel desmesurado despliegue militar, pues temían algún tipo de agresión de los revolucionarios cubanos. Desde el Pentágono se apuntaba que había razones más que fundadas para temer una agresión de esta naturaleza, pues los propios dirigentes cubanos se estaban encargando de abonar el terreno. Las declaraciones públicas de Fidel Castro y su hermano Raúl, denunciando incansables de lo que consideraban la usurpación de un pedazo de territorio de soberanía cubana así lo demostraban. Los hermanos Castro venían pronunciando con relativa frecuencia “*advertencias e insinuaciones*” acerca de la posibilidad de “*reclamar la base naval a los Estados Unidos*”¹¹⁴.

En la segunda mitad de octubre y durante gran parte de noviembre, sobre todo después de las elecciones norteamericanas, la base naval de Guantánamo se convirtió en un hervidero de tropas: embarcos y desembarcos de hombres y pertrechos acapararon la atención de los medios durante varias jornadas. Estados Unidos había justificado aquellos movimientos escudándose en las razones defensivas, pero aquel aumento desacostumbrado de contingentes militares en Guantánamo sólo sirvió para poner a la dirigencia revolucionaria en alerta y propagar la hipótesis de la autoagresión sobre la base naval para desencadenar el conflicto militar con Cuba¹¹⁵.

Por lo demás, Nixon y Kennedy, en las refriegas propias de la campaña electoral, seguían empeñados en hacer de Cuba la gran protagonista. Kennedy acusaba a la Administración Eisenhower de haber permitido a Castro crear una gran plataforma soviética en el Caribe¹¹⁶. Lejos de quedarse aquí Kennedy pedía abiertamente apoyar a la oposición cubana. El senador demócrata creía que “*el problema de Cuba*” podía resolverse “*ayudando dentro y fuera de Cuba a los cubanos que estuvieran*

¹¹⁰ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm.7597. Madrid: viernes, 21 de octubre de 1960, pág. 5. *Diario y Pueblo* (Año XXI). Núm.6575. Madrid: viernes, 21 de octubre de 1960, pág. 1. *Diario*.

¹¹¹ *Idem*.

¹¹² *Idem*.

¹¹³ *Idem*.

¹¹⁴ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6572. Madrid: martes, 18 de octubre de 1960, pág. 22. *Diario*.

¹¹⁵ *Bohemia* (Año LII). Núm. 46. La Habana: domingo, 13 de noviembre de 1960, pág. 3. *Semanal*.

¹¹⁶ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6571. Madrid: lunes, 17 de octubre de 1960, pág. 2. *Diario*.

dispuestos liquidar por la fuerza el régimen de Fidel Castro”; por el contrario, Nixon apostaba por someter al régimen fidelista a las sanciones económicas y a una cuarentena férrea para que fuera el propio pueblo cubano el encargado de derrocarlo¹¹⁷.

Una divergencia de pareceres que no nos puede llevar a equívocos, pues la actitud de Nixon era tan beligerante como la de Kennedy. En el fondo de aquella falta de sintonía sobre las vías más adecuadas para derribar al Gobierno cubano estaba la posición que ocupaba el candidato republicano dentro de la Administración estadounidense. Richard Nixon, como vicepresidente norteamericano, estaba obligado a extremar la prudencia en lo tocante a los planes de intervención contra Cuba, tal era así que no estaba en posición de contradecir a Kennedy haciéndole ver que sus propuestas ya se estaban poniendo en práctica y que no tenían nada de novedoso. Por la fidelidad que le debía a la Administración Eisenhower, la cautela y la discreción se antojaban imprescindibles, pero esto no era óbice para que ante la prensa Nixon diera rienda suelta a su manifiesta antipatía por el régimen cubano. El candidato republicano, al contrario de lo que sucedía con los planes de intervención sobre Cuba, se mostraba más ufano a la hora de exponer su posición con respecto al Gobierno cubano. En estas lides Nixon desplegaba el desenfreno que tenía vedado en otros campos y sobre el régimen cubano había llegado a declarar en aquellos días que era “*un cáncer*” para el continente y que no se podía permitir su existencia¹¹⁸.

Nixon, consciente de la situación comprometida en la que se encontraba por su participación directa en los planes de agresión encubiertos contra Cuba y consciente también de que no podía pronunciarse como lo estaba haciendo su contrincante electoral, parecía condenado a mostrar su “antifidelismo” por medio de las declaraciones subidas de tono. El candidato republicano no podía ponerse a la altura de Kennedy en aquel debate incómodo y, fruto de aquella indefensión, trataba de presentarse ante la opinión pública norteamericana como un político realista y tachaba de irresponsable al candidato demócrata por proponer planes de intervención que el propio Nixon apoyaba en la sombra.

El debate entre Kennedy y Nixon sobre el problema cubano no dejaba de tener su punto gracia, pues Nixon acusaba a Kennedy de irresponsable e insensato por proponer lo que la Administración Eisenhower llevaba haciendo ya desde marzo de 1960. Nixon ante la imposibilidad de reconocer lo que ya era una evidencia para muchos, afeaba la actitud de Kennedy y desautorizaba su propuesta, que no era otra que la que él venía defendiendo con vehemencia desde hacía meses en los círculos gubernamentales. Una evidencia que ha sido ya destacada por historiadores del periodo, que sitúan a Nixon como uno de los máximos defensores dentro de la Administración Eisenhower de la intervención directa contra el régimen de Fidel Castro¹¹⁹.

Así pues, las propuestas de Kennedy y las de Nixon estaban en sintonía, algo sobre lo que no albergaba dudas la dirigencia cubana, que comenzaba a observar como los grupos de alzados en el Escambray contaban cada vez con más recursos para llevar a cabo sus labores de guerrilla y todo ello en un contexto de campaña electoral y supuestas divergencias sobre el mejor modo para combatir el fenómeno cubano. Por otro lado, todo parecía indicar que las propuestas de Nixon y las de Kennedy eran perfectamente compatibles, pues ambas se estaban llevando a término de forma simultánea, independientemente de que unas fueran publicitadas y otras encubiertas: el bloqueo severo había sido anunciado a bombo y platillo por las autoridades norteamericanas y el apoyo a la contrarrevolución interna y externa resultaban tan evidentes que cualquier intento de negarlo se antojaba insustancial.

¹¹⁷ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6576. Madrid: sábado, 22 de octubre de 1960, pág. 1. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm.6578. Madrid: martes, 25 de octubre de 1960, pág. 1. Diario.

¹¹⁸ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6573. Madrid: miércoles, 19 de octubre de 1960, pág. 1. Diario.

¹¹⁹ Thomas, Hugh: *Op. Cit.*, págs. 983 y 1003.

En lo concerniente al apoyo a los disidentes, los medios de los que disponían los contrarrevolucionarios en Estados Unidos y en el interior de Cuba contrastaban de forma significativa con aquellos de los que habían dispuesto los contingentes revolucionarios en la época del levantamiento fidelista. Cualquier comparación entre unos y otros invitaba al sonrojo y dejaba en una situación cuando menos comprometida a las autoridades norteamericanas.

En la primera quincena de octubre fueron desmantelados varios de estos grupos a los que Castro había definido como los *“gloriosos soldados del imperio”*¹²⁰. Frente a ellos no habría compasión según declaró el primer ministro: *“el que viene con armas extranjeras a matar a sus compatriotas no merece otro castigo que la muerte”*¹²¹. La que pasaría a la historia como la “Limpia del Escambray”, la batalla contra los bandidos, comenzaba a dar sus primeros frutos, pues según señaló la prensa franquista, las operaciones desarrolladas desde el mes de septiembre tenía por objeto terminar con aquellas avanzadillas de la insurgencia y las milicias populares, en combinación con el Ejército Rebelde, estaban teniendo relativo éxito en la desarticulación de aquellos grupos de la contrarrevolución¹²². Aquellos contingentes habían sido entrenados para desarrollar labores de apoyo a la inminente invasión exterior de la que ya se hablaba abiertamente en la prensa cubana.

12.5 El trabajador cubano como vanguardia del proceso revolucionario en su nueva etapa

La dirigencia revolucionaria estaba llevando a término su proyecto de transformación nacional a sangre y fuego, luchando contra la contrarrevolución interna y externa y soportando el acoso estadounidense. Un acoso, el norteamericano, que se desplegaba en todos los frentes: en el económico, el militar y el diplomático. Sin embargo, el Gobierno cubano estaba teniendo éxito en su ofensiva transformadora. En el transcurso del verano y el otoño de 1960 se certificó la destrucción de la maquinaria estatal burguesa del antiguo régimen pro-imperialista y sobre los cascotes de esta demolición se construyó un sector estatal de un tamaño sin parangón en la historia de Cuba, para cuyo funcionamiento la implicación popular resultaba imprescindible.

Un aspecto este último que recibió cumplida atención en la revista *Bohemia*, atenta a mostrar el apoyo que la nueva legislación gubernamental estaba recibiendo entre los trabajadores de las empresas nacionalizadas. La línea editorial de la revista *Bohemia*, haciendo uso en ocasiones de un estilo no exento de cierta candidez, explicitó el apoyo popular a través de un nutrido acopio fotográfico en el que los trabajadores aparecían retratados portando pancartas en apoyo a las nacionalizaciones y secundando los mítines improvisados en los centros de trabajo para defender la legislación nacionalizadora¹²³. En aquella segunda mitad de octubre, estas imágenes se erigieron en constante, como constantes fueron las muestras de apoyo al Gobierno revolucionario. Junto a cada fotografía de una empresa nacionalizada un grupo de trabajadores, más que numeroso, se retrataba frente a la compañía para manifestar su apoyo al régimen cubano y su predisposición a colaborar en el sostenimiento de la producción. Unas imágenes que recogía *Bohemia* con pies de foto más que elocuentes: *“Sonríen felices porque comprenden la magnitud del acontecimiento. Ya no hay empresa privada, ni empleados ni clientes. Todo forma parte ahora de la nación”*¹²⁴.

La participación ciudadana resultó fundamental y no sólo en las empresas nacionalizadas, pues mientras los empleados de la gran empresa y del comercio se hacían cargo de que todo lo nacionalizado siguiera a pleno rendimiento, las milicias populares velaban por la puesta en marcha

¹²⁰ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6566. Madrid: martes, 11 de octubre de 1960, pág. 1. Diario.

¹²¹ *Idem*.

¹²² *Idem*.

¹²³ *Bohemia* (Año LII). Núm. 43. La Habana: domingo, 23 de octubre de 1960, págs. 45, 46, 48 y 49. Semanal.

¹²⁴ *Ibidem*, pág. 48.

de la Reforma urbana catalogando las viviendas existentes, su estado, su régimen de alquiler, su ocupación y, el resto de información pertinente para que la legislación recién aprobada comenzara a tener efectos reales¹²⁵.

La primera fase de la Revolución cubana llegaba a su fin con las últimas grandes nacionalizaciones y lo hacía con una predisposición total en el pueblo a sostener el proceso en su nueva etapa. Los sindicatos y las milicias populares apretaban filas con la dirigencia revolucionaria para conservar la producción en la industria y para mantener en funcionamiento el comercio nacionalizado.

A principios de noviembre *Bohemia* informaba que los obreros operaban ya por cuenta del estado el sector del comercio nacionalizado. Todas las grandes tiendas por departamentos, “*Fin de Siglo*”, “*Flogar*” o “*El Encanto*”, emblemas del consumo en la Cuba prerrevolucionaria, eran ahora patrimonio público según aseveraba *Bohemia*¹²⁶. Sus empleados seguían cobrando los mismos sueldos y los exclusivos artículos de antaño se habían popularizado para tratar de llegar a bolsillos más asequibles, sin embargo, ni la equivalencia de los sueldos ni el cambio en el tipo de productos ofrecidos tenían por qué significar un incremento de las pérdidas. Las clases populares habían ganado en capacidad de consumo como fruto de las medidas revolucionarias acometidas en los últimos meses y como consecuencia de ello los administradores y trabajadores puestos al frente de aquellas superficies comerciales se mostraban optimistas con respecto al futuro del comercio nacionalizado. De ahí que garantizaran ganancias para el Estado cubano en los meses subsiguientes¹²⁷.

Lo fundamental en aquel proceso de cambio era sostener el nivel de producción o beneficios que las empresas recién nacionalizadas habían mantenido bajo el régimen capitalista de propiedad privada. Un aspecto en el que la revista *Bohemia* centró su atención durante aquellos meses finales del año 1960. En el sector del tabaco, intervenido por el Gobierno cubano en aquel septiembre, sucedía algo similar a lo acontecido en el comercio nacionalizado: se precisaba sostener la producción y el régimen de ganancias, pues la industria tabacalera era otro de los renglones llamados a reportar grandes sumas al Estado. Aquí como allí la consigna y el modelo organizativo tenían que ser los mismos. Todas las industrias o empresas intervenidas o nacionalizadas operaban bajo un régimen similar. En el comercio eran los empleados, los sindicatos del ramo y administradores estatales los que operaban a cuenta del Estado y los que sostenían los negocios. En la industria tabacalera la responsabilidad corría a cargo de los operarios del INRA, administradores estatales, miembros de la Federación Tabacalera y dirigentes del Sindicato de Torcedores. El esfuerzo desarrollado en la industria del tabaco, como sucedía con el del comercio, recibieron la atención de la revista *Bohemia*, pues era el del tabaco un sector que estaba sabiendo sostener la producción, y todo ello a pesar de las dificultades propias del cierre de los mercados norteamericanos.¹²⁸

El pueblo cubano se estaba poniendo al frente de las empresas intervenidas y nacionalizadas y en esto estaba teniendo un papel fundamental la clase obrera. El obrero cubano tenía que dar un paso al frente y colaborar en mayor medida de lo que lo había hecho hasta aquel momento, pues el campesino no podía seguir siendo el eje sobre el que gravitaba la revolución. Al obrero se le reclamaba un rol más activo, un papel protagonista en la nueva fase revolucionaria. Tenía que situarse en la vanguardia, asumir su responsabilidad, y así se lo había solicitado Fidel Castro en su alocución televisiva del día 15 de octubre y se lo reclamó de nuevo, pocos días después, Ernesto Guevara en el mismo canal de televisión.

¹²⁵ *Idem.*

¹²⁶ *Bohemia* (Año LII). Núm. 43. La Habana: domingo, 6 de noviembre de 1960, págs. 49-51, 73 y 74. Semanal.

¹²⁷ *Idem.*

¹²⁸ *Bohemia* (Año LII). Núm. 49. La Habana: domingo, 4 de diciembre de 1960, págs. 52, 53 y 81. Semanal.

La recientemente intervenida *CMQ* se estaba convirtiendo en una suerte de parlamento improvisado, donde los líderes revolucionarios en compañía de periodistas y técnicos de las diversas ramas del aparato estatal exponían la marcha de la revolución y discutían sobre sus posibles vías de desarrollo. Bajo este régimen de exposición televisiva, a medio camino entre la declaración oficial y el debate distendido, Ernesto Guevara, al frente del Banco Nacional de Cuba, expuso el día 20 de octubre los desafíos a los que se enfrentaba la Revolución cubana; explicó el alcance de la nacionalización bancaria y del resto de las leyes de nacionalización; habló de la necesidad de trabajar en la industrialización y la reforma agraria, para cuyo desarrollo se acercarían fondos provenientes de las empresas nacionalizadas; no pasó por alto los peligros de una contrarrevolución envalentonada y surtida hasta lo inimaginable en todas sus necesidades operativas, y, como cabía esperar, se dirigió también al pueblo, llamado a tener un papel preponderante en todas aquellas tareas¹²⁹.

Ernesto Guevara se refirió expresamente al papel desempeñado por los obreros en el pasado, el presente y el futuro de Cuba y lo hizo con una mezcla de reproches y halagos, haciendo referencia a la crítica para referirse al pasado reciente de la clase obrera y acogiéndose a la alabanza para describir su papel en aquel momento presente. Según la visión del presidente del Banco Nacional de Cuba, la enorme tarea a la que se enfrentaba la revolución no podría llevarse a cabo “*con la eficiencia suficiente*” sino se contara con la participación de la clase obrera¹³⁰. Guevara señalaba que en aquella nueva etapa se esperaba mucho de la clase obrera y apuntaba también que el obrero cubano parecía haber captado esta demanda. El sector estatal precisaba del apoyo del trabajador cubano y éste no podía escamotear su responsabilidad.

Guevara entraba entonces en un baile de recriminaciones sobre los antiguos modos de actuación proletaria, nunca inferidas antes, y de halagos, excesivos quizás para lo poco aportado por la clase trabajadora hasta aquel mes de octubre de 1960, en la que enviaba un mensaje claro al trabajador cubano: el momento de las reclamaciones partidarias había terminado y ahora tocaba trabajar y organizarse para sostener la revolución. Guevara no tenía empacho en señalar que la clase obrera había mantenido un comportamiento errático en algunos momentos. Sin embargo, según reconocía también el líder argentino, el cambio de actitud del trabajador cubano se había producido ya y había llegado a través de la superación de ciertas rémoras y vicios del pasado.

Sobre este particular Guevara señalaba que había observado una contradicción evidente entre el entusiasmo mostrado por la clase obrera tras el triunfo de la revolución y su posterior pasividad. Aquel entusiasmo mostrado tras la entrada de las huestes fidelistas en La Habana no se había visto reflejado en una posición más activa por parte de la clase obrera durante los primeros meses de gobierno revolucionario. En definitiva, la dirigencia revolucionaria había esperado de los obreros cubanos una implicación que se había demorado durante demasiados meses. Aquí Guevara se mostraba sumamente crítico, pues señalaba que, lejos de implicarse, el obrero cubano se había dedicado durante meses a cubrir el expediente que tenía asignado en la vieja Cuba: acudir a la reclamación y la protesta para alcanzar alguna meta concreta y una vez logrado el objetivo permanecer en la pasividad hasta la llegada de una nueva reclamación.

En lo tocante al comportamiento desplegado por los trabajadores cubanos durante los primeros meses de revolución Guevara se mostraba categórico: el obrero había apostado por la intervención de aquellos centros de trabajo en los que se había constatado un mal funcionamiento o una retribución salarial insuficiente, pero, una vez conseguidas aquellas demandas a través de la intervención estatal, se había apartado de sus responsabilidades y no había ayudado a la revolución en “*la construcción*

¹²⁹ *Bohemia* (Año LII). Núm. 44. La Habana: domingo, 30 de octubre de 1960, págs. 68-72. Semanal.

¹³⁰ *Ibidem*, pág. 70.

de la nueva Cuba”¹³¹. A través de aquel alegato el líder revolucionario marcaba la hoja de ruta para la clase trabajadora. La revolución había dado pasos importantes para colocar los medios de producción bajo control estatal, había luchado contra el poderoso capital norteamericano y se había enfrentado a parte de la burguesía cubana para preservar los intereses de la clase trabajadora y ahora era la revolución la que demandaba de esta clase trabajadora una justa compensación.

Una vez expuesta aquella crítica, llegaba el momento de la alabanza, pues, según señalaba el comandante Guevara, afortunadamente, aquella actitud poco a poco había ido cambiando. El presidente del Banco Nacional de Cuba se mostraba reiterativo en las dificultades del proceso, en lo importante que era para la revolución que todo el mundo asumiera el grado de responsabilidad que el trascendental momento requería y aquí la clase trabajadora no podía fallar, pues estaba llamada a ser basamento fundamental del proyecto revolucionario.

Guevara pasaba entonces a exponer los trabajos que se estaban llevando a cabo para que el obrero participara en la dirección de las fábricas, para que interviniera en todas las labores productivas y organizativas¹³². Sin embargo, la dirección y la organización no conferían derechos de propiedad sobre la fábrica o la empresa. El obrero cubano debía entender que era “*un productor*”, que tenía como función “*el trabajar bien y el producir lo más posible para la patria*”¹³³. De lo que se trataba en definitiva, según aseveraba Guevara, era de concienciar al obrero cubano de su nuevo papel, un papel que pasaba por la gestión, la dirección y la responsabilidad, en diferentes dosis según el puesto que desempeñara, pero un papel que en ningún caso le convertía en propietario de la empresa intervenida o nacionalizada. El trabajador cubano no era “*un dueño, ni siquiera un dueño en ciernes*”, pues no tendría “*la posibilidad de convertirse en un explotador*”, como no la tendría ningún otro ciudadano en la nueva Cuba¹³⁴. Aquello tenía que quedar meridianamente claro, pues como señalaba Guevara, una de las aspiraciones de Cuba, como había aprobado por aclamación la Declaración de La Habana, era terminar de forma definitiva con “*la explotación del hombre por el hombre*”¹³⁵.

Ahora bien, una vez expuestas aquellas premisas, Guevara señalaba también que, ante el nuevo papel de la clase obrera cubana y a tenor del esfuerzo que estaba acometiendo, y tendría que acometer en el futuro, se precisaba un régimen de retribuciones acorde al sacrificio realizado. Guevara expuso entonces las consecuencias de la Ley de Reforma Urbana y los planes que tenía el Departamento de Industrialización del INRA para la construcción de viviendas. Las condiciones de vida de la clase obrera cubana, tanto la urbana como la rural, y el nivel de vida de los campesinos tendrían que mejorar necesariamente y aquí el Estado cubano actuaría en consecuencia para retribuir el esfuerzo que estaba demandando.¹³⁶

Guevara, como había acontecido en la alocución de Fidel Castro cinco días antes, había hecho un llamamiento a la población para que cerrara filas con el proceso revolucionario. No obstante, había cierta diferencia entre los postulados del presidente del Banco Nacional de Cuba y los del primer ministro cubano. Ernesto Guevara se centró en la clase obrera y en el papel que tenía que desempeñar en la nueva etapa. Por el contrario, Fidel Castro no emplazó a una clase en concreto, el momento por el que pasaba Cuba no permitía aquel tipo elecciones, y prefirió hablar del pueblo cubano. En la comparecencia del primer ministro lo importante seguía siendo la unidad y las alianzas de clase alcanzadas: los trabajadores, urbanos y rurales, y el capital cubano que no estaba comprometido con el norteamericano seguían siendo los grupos emplazados a sumar fuerzas ante el nuevo desafío. Fidel

¹³¹ *Idem.*

¹³² *Idem.*

¹³³ *Idem.*

¹³⁴ *Idem.*

¹³⁵ *Idem.*

¹³⁶ *Idem.*

Castro continuaba teniendo en cuenta a la burguesía cubana, una burguesía muy mermada y ciertamente modesta, pero con unos intereses de clase que el primer ministro todavía consideraba posible integrar dentro del frente revolucionario.

Así pues, había pequeñas diferencias entre el discurso de Fidel Castro y el de Guevara, diferencias de matiz y perceptibles más en las omisiones que en las menciones o afirmaciones. De todos modos, estas diferencias tienen que ser tomadas con las precauciones pertinentes, pues entre la comparecencia de Fidel Castro y la de Ernesto Guevara había cinco días de diferencia, un detalle no menor si se tiene en cuenta que la promulgación oficial del embargo norteamericano llegó cuatro días después de la alocución del Fidel Castro y un día antes de la Ernesto Guevara. Además, estas posibles diferencias terminaron diluyéndose un día después de la alocución de Guevara, cuando llegó, como respuesta al embargo, el segundo paquete nacionalizador sobre el resto de las compañías norteamericanas.

Por otro lado, se ha de tener en cuenta también que estas leves diferencias entre los planteamientos de Guevara y Fidel Castro eran también achacables a la condición de ambos dirigentes dentro de la revolución. Es necesario recordar que la posición que ocupaban uno y otro dentro del organigrama de mando en Cuba no era la misma. Sin ánimo de minimizar la influencia con la que contaba el presidente del Banco Nacional como uno de los hombres fuertes del régimen revolucionario, lo cierto es que la autoridad y el mando se encontraban por completo en las manos de Fidel Castro y por lo tanto en él recaía la responsabilidad de mantener uncidos al carro de la revolución al mayor número de cubanos. Es necesario tener estos condicionantes en cuenta, pues, al tenerlos, las posibles diferencias en los discursos quedan visiblemente condicionadas y son más achacables al contexto que a las diferencias ideológicas o teóricas.

Ahora bien, parece evidente que en aquel momento cenital se acometió una suerte de reparto de papeles, muy necesario si tenemos en cuenta el vértigo que suponía la ruptura de relaciones comerciales con los Estados Unidos. Fidel Castro era el líder indiscutible e imprescindible, el verdadero factótum de la revolución y el eje sobre el que se podían articular los consensos necesarios entre las clases sociales que cerraban filas con el proyecto revolucionario. Su autoridad y su ascendencia sobre la población se antojaban imprescindibles para aunar voluntades y mantener el frente revolucionario lo más compacto posible. Por el contrario, Guevara representaba un perfil muy diferente. Sobre el presidente del Banco Nacional de Cuba, al igual que sobre Raúl Castro, había recaído las primeras acusaciones de comunismo, y también, como en el caso del menor de los Castro, esto le situaba en una posición ventajosa para tratar con el bloque socialista y eludir así la intermediación de los hombres del PSP. La figura de Guevara como interlocutor del Gobierno cubano preservaba la independencia de la dirigencia revolucionaria frente a los nuevos socios internacionales y les permitía también eludir las acusaciones que pudieran generarse sobre el grado de soberanía que preservaba Cuba en sus relaciones con la URSS. Si la dirigencia cubana doblaba la cerviz ante el partido histórico de los comunistas cubanos y lo utilizaba como interlocutor directo con el bloque socialista esto iría en menoscabo de la soberanía cubana y así se lo achacarían sus implacables detractores.

De este modo la independencia se preservaba, los hombres que habían protagonizado la lucha en la sierra eran los mismos que conducían el proceso revolucionario y en ellos recaían todas las tareas en materia interior y exterior. Ernesto Guevara era uno de estos hombres y era también uno de los dirigentes sobre los que estaba cayendo la responsabilidad de abrir nuevos mercados y nuevas relaciones internacionales, una labor fundamental para el futuro de Cuba. De hecho, Guevara partió el día 22 de octubre, dos días después de su comparecencia televisiva, rumbo a Europa para cerrar

acuerdos con el bloque socialista¹³⁷. Como había sucedido en el verano de 1959, Guevara partía de nuevo por un largo período para cerrar acuerdos comerciales, pero ahora ya no visitaría la India, Egipto o Japón¹³⁸, sino los países socialistas. Una nueva misión comercial que duraría dos meses, hasta el 22 de diciembre de 1960, en la que Cuba se jugaba su supervivencia y en la que, ahora sí, el pedigrí socialista resultaba imprescindible para generar un clima de confianza en aquellas negociaciones.

El papel a jugar por Fidel Castro era otro y quedó claramente reflejado en la comparecencia televisiva del 15 de octubre. Una comparecencia que, comparada con las intervenciones a las que Fidel Castro acostumbraba, tenía un grado de mesura y moderación que contrastaba visiblemente con el atrevimiento de las reformas que se estaban poniendo en marcha. En Fidel Castro recaía la responsabilidad de no amedrentar al ya de por sí asustadizo capital cubano para tratar así de mantenerlo unido al proyecto revolucionario. Después de las nacionalizaciones de octubre y del bloqueo norteamericano parecía imprescindible un momento de sosiego y para ello resultaba perentorio tratar de ofrecer un marco de estabilidad aquellos sectores que más amenazados se podían sentir por el empuje revolucionario.

El primero ministro, ante las cámaras de televisión, había puesto el acento en el cierre de una etapa. El Programa del Moncada había sido cubierto y superado con creces en muchos de sus principios. A partir de aquel momento se abría un nuevo período, libre ya de las hipotecas que traían aparejadas la presencia masiva de capital norteamericano, pero en el que la suma de fuerzas seguía siendo un factor fundamental. El bloque hegemónico que estaba llamado a regir los destinos de Cuba había cambiado sustancialmente desde enero de 1959. El núcleo de la revolución estaba formado ahora por parte de la pequeña y mediana burguesía, el campesinado y la clase trabajadora. Cuba contaba ahora con un importante sector estatal, como puso de manifiesto el primer ministro cubano, y con un sector industrial y comercial en manos privadas. Un sector privado discreto, pero cubano y, sobre todo, respaldado por el Gobierno revolucionario, que veía en la defensa de sus intereses algo tan legítimo como podían serlo los derechos de los campesinos y de la clase obrera.

El pueblo cubano recibía además un mensaje en el que se explicitaba que las medidas drásticas y las intervenciones masivas tenían que dar paso a un nuevo período en el que reinara la voluntad de acuerdo entre las diferentes clases sociales que integraban el frente revolucionario. El Gobierno cubano, por boca de su primer ministro, ofrecía así garantías a los intereses privados de titularidad cubana que todavía quedaban en pie tras la acometida transformadora. La máxima instancia de poder, una vez más, marcaba el tempo de la revolución y lo hacía, tal y como había aventurado Martí, con todos y para el bien de todos.

Por su parte, Guevara centró su comparecencia en el funcionamiento del sector estatal y en el papel a desempeñar por la clase obrera en todo aquel proceso. Obviamente se refirió a otros muchos asuntos, como hemos comentado, y especialmente a aquellos que hacían referencia a la nacionalización bancaria, pero hizo caso omiso a los sectores del capital cubano que todavía quedaban en pie. Para Guevara lo fundamental de aquel proceso que se abría para Cuba era el desempeño de la revolución en la dirección y organización del ingente sector estatal y el papel a desempeñar por los trabajadores en aquellas tareas. Además, como se ha apuntado ya, para Guevara, partir de Cuba con un mensaje en el que se apostara por el liderazgo de la clase obrera en el futuro de la revolución suponía una carta de presentación inmejorable ante las expectantes y siempre bien avisadas autoridades soviéticas.

¹³⁷ Véase: Taibo, Paco Ignacio: *Op. Cit.*, págs. 422-427.

¹³⁸ Para conocer los detalles de esta primera misión comercial y diplomática véase: *Ibidem*, págs. 382-387.

De este modo, en el caso cubano, se estaba construyendo la vía hacia el socialismo, sin ni siquiera mentarla. Ni Fidel Castro ni tampoco Ernesto Guevara hicieron referencia a él en sus alocuciones de mediados de octubre; sin embargo, resultaba evidente que esta omisión no excluía los planteamientos socialistas en ambos líderes. En primer lugar ambos señalaron lo importante que suponía para el futuro de Cuba el buen funcionamiento del sector estatal, conservarlo, mantener la producción y sostener el régimen de beneficios, dándole al trabajador las herramientas que precisara para poder sostener aquellos objetivos, pero informándole al mismo tiempo sobre el régimen de propiedad que imperaba en aquellas empresas nacionalizadas. Se creaba de este modo un poderoso sector estatal como posible plataforma para asentar el socialismo en un futuro o como vía para hacer del proyecto cubano un capitalismo de Estado con ambiciones sociales. En esta disyuntiva se encontraban las dudas sobre el proyecto revolucionario y los debates teóricos sobre la conveniencia y las posibilidades de construir el socialismo desde el capitalismo de Estado.

Un debate que nació con la revolución soviética y al que no era ajena la revolución en Cuba. Las posibilidades de llegar al socialismo a través de un poderoso sector estatal fueron ya planteadas en la reunión del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia en abril de 1918. En aquella reunión la polémica se estableció entre los comunistas de izquierda y la posición del Lenin. Los primeros pronosticaban el “camino hacia el capitalismo de Estado” como una vía que terminaría por arruinar el proyecto socialista, Lenin, por el contrario, sostenía que aquel tipo de capitalismo tenía ventajas claras para un tránsito acelerado hacia el socialismo:

*“En realidad, el capitalismo de Estado sería para nosotros un paso adelante. Si fuéramos capaces de establecer en Rusia el capitalismo de Estado en breve lapso, esto sería una victoria... Afirmando que el capitalismo de Estado sería nuestro salvador. Si lo tuviéramos en Rusia, la transición al más completo socialismo sería indudablemente sencilla. Pues el capitalismo de Estado es un sistema de centralización, integración, control y socialización. Y esto es precisamente de lo que carecemos”.*¹³⁹

En Cuba se contaba ya con un poderoso sector estatal para construir este capitalismo de Estado que pudiera servir para articular el tránsito al socialismo. Además, en Cuba se observaban otros paralelismos con la patria de Lenin, pues lo que se desprendía de la alocución televisiva de Fidel Castro en aquel 15 de octubre apuntaba a la necesidad de articular una suerte de Nueva Política Económica como la que instauró Lenin en Rusia en 1921. Fidel Castro no se refirió a Lenin ni a Rusia en su alocución, pero lo que planteaba era un proyecto económico muy similar al implantado en los primeros años de la URSS una vez superada la Guerra Civil rusa. Las leyes revolucionarias que instauró el Gobierno cubano en octubre de 1960 asentaban la convivencia de los sectores público y privado en un régimen de economía mixta tal y como se había hecho durante la década de los años veinte en la recién creada Unión Soviética.

Evidentemente había diferencias entre la Cuba revolucionaria y la URSS, tanto en las condiciones objetivas de las que partían ambos proyectos, como en el factor subjetivo de los llamados a conducir y desarrollar ambas revoluciones. Sin embargo, la mayor diferencia parecía estar en el factor subjetivo, pues en Cuba la proclamación del socialismo, al menos por el momento, no era algo que figurara en los planes del Gobierno cubano, lo que restaba fuerza a aquellos que propugnaban la intervención norteamericana para frenar la instauración de un régimen comunista en La Habana. La posibilidad de una Guerra Civil como la sufrida en territorio ruso se eludía y perdía legitimidad al presentarse el proyecto cubano como un movimiento de liberación nacional en el que la única ideología asumida era aquel elusivo humanismo cubano. En esta receta residía la fuerza del mensaje

¹³⁹ Marcuse, Herbert: *El Marxismo soviético*, Alianza editorial, Madrid, 1969, pág. 49.

del primer ministro cubano, Cuba podía marchar hacia el socialismo, de hecho lo estaba haciendo, pero en la alocución de Fidel Castro se hablaba únicamente de las ideas de Martí como motor del cambio. El proyecto cubano, como hemos mencionado ya en numerosas ocasiones, era nacional y como tal quería ser tratado. El origen de un nuevo consenso clasista, el bloque hegemónico que se estaba forjando, tenía su origen en la superación del Programa del Moncada y a él se hacía referencia. Las ideas socialistas estaban ya muy ancladas en la mayoría de los dirigentes revolucionarios, pero el contexto aconsejaba eludirlos y centrarse en la tradición cubana, fuente de legitimidad y factor de consenso para la totalidad de las fuerzas revolucionarias.

Fidel Castro y Ernesto Guevara acometían así una lectura del momento cubano desde una perspectiva nacionalista y latinoamericanista, pero lo hacían con tal amplitud de miras que el argumentario de los dirigentes cubanos también podía ajustarse a la interpretación marxista de corte soviético, sin que esto necesariamente tuviera que excluir otras vertientes socialistas, pues la capacidad cubana para exportar la revolución, su llamada a la necesidad de una revolución continental, colocaba al Gobierno fidelista en una posición compatible con el trazo que marcaba el comunismo de impronta china y también, en cierta medida, lo situaba a la vera de las corrientes trotskistas que propugnaban la revolución permanente. Sin embargo, lo más importante para Cuba en aquel momento era la posibilidad de que desde la URSS se pudiera hacer una lectura del proceso cubano desde una perspectiva puramente soviética y esto era perfectamente posible, pues el primer ministro y el presidente del Banco Nacional daban carta de defunción al sistema norteamericano de organización económica. Es decir, daban por liquidado el sistema capitalista y lo hacían sin necesidad siquiera de tener que referirse directamente a él.

Una vez más las líneas de acción impulsadas por la revolución se hacían convergentes con la interpretación marxista soviética del capitalismo, centrada en la noción de “crisis general” del sistema capitalista. La crisis, desde el ámbito soviético, se concebía *“como expresión de la etapa monopolista del desarrollo capitalista; etapa en la que el conflicto fundamental entre el carácter social de las fuerzas productivas y su utilización privada capitalista había alcanzado su punto máximo”*, constituyendo esta etapa el *“último estadio antes del punto de inflexión hacia el socialismo”*¹⁴⁰.

Así pues, la mirada de leyes nacionalizadoras promulgada por el Gobierno revolucionario en el verano y en el otoño de 1960 entraba dentro de la lógica del programa martiano imperante, pero, además, dichas leyes constituían el sellado de un proyecto que había nacido con el alzamiento fidelista. Las transformaciones llevadas a cabo constituían pues el cumplimiento de la palabra donada al pueblo, la consecución del programa del Moncada. Sin embargo, aquel camino recorrido por las huestes fidelistas tenía también una lectura socialista muy evidente, ya que las leyes promulgadas por el Gobierno cubano no hacían más que confirmar el propósito socialista de resolver la contradicción imperante entre el carácter social de la producción, ejercido por el pueblo cubano durante décadas, y la apropiación privada del mismo, en manos estadounidenses. De esta forma, el razonamiento de lo acontecido en Cuba se podía decantar por las lindes marxistas: Cuba sólo podría ser libre si lo eran sus ciudadanos y estos lo serían si ellos mismo controlaban la producción.

La lógica de la Revolución cubana, en sus fases y en su desarrollo, encajaba con la lectura marxista. La clase trabajadora, como había apuntado Marx en su desarrollo teórico, y como señaló en aquellas jornadas Ernesto Guevara, tenía que convertirse en el motor de la liberación. Un juicio que no era privativo del teórico alemán y de la interpretación que Guevara hacía de este, pues fue sustentado también por todos los pensadores que se sentían supeditados al pensamiento marxista en los años en

¹⁴⁰ *Ibidem*, pág. 63.

que Guevara apostaba por defender la liberación nacional a través de la liberación de la clase obrera. Así lo aseveraba también el filósofo alemán Herbert Marcuse en 1958:

*“Si no se invierte desde un principio la relación entre el trabajador y los medios de producción, es decir, si no se transfiere al trabajador el control sobre dichos medios, la revolución socialista no tendría una raison d’être esencialmente diferente de la de la sociedad capitalista. La abolición de la propiedad privada de los medios de producción está así sustancialmente ligada a la transferencia de control a los propios trabajadores. Mientras esa transferencia no sea llevada a cabo, la revolución estará condenada a reproducir los mismos antagonismos que trataba de superar”.*¹⁴¹

En esta situación se encontraba la dirigencia revolucionaria, la abolición de la propiedad privada sobre los medios de producción era condición necesaria pero no suficiente para liberar al pueblo cubano. Se precisaba además que los trabajadores tomaran el control de estos medios, no como nuevos propietarios, sino como gestores y administradores de la hacienda común. Estas ideas eran las que había sostenido Guevara en aquellos días, haciendo suya la máxima de que la realización de los objetivos del marxismo dependía en una última instancia de la resolución acertada de la contradicción que existía entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Un conflicto que el caso particular de Cuba, debido a su carácter dependiente del capital norteamericano, sólo parecía tener cauce de resolución a través de la supresión del capitalismo como régimen imperante.

Según señaló Marcuse en aquellos años, Marx consideraba que la abolición del capitalismo no constituía *“un fin en sí mismo, sino el medio para resolver ese conflicto”*¹⁴². La inhabilitación del sistema capitalista era condición imprescindible para resolver la contradicción imperante entre relaciones productivas y medios de producción, pero también constituía el camino más seguro para afirmar la independencia cubana. Una aseveración que en el caso cubano nos obliga a contemplar como los objetivos de liberación nacional creaban las condiciones para la transición al socialismo. Una realidad que en Cuba parecía ser más evidente con el paso de los días.

Herbert Marcuse, en aquellos años en que Cuba porfiaba por asentar su independencia, había señalado que la supresión del capitalismo traería a la vez el final de *“la esclavización del hombre por su trabajo”* y la desaparición de *“la dominación y explotación del hombre por el hombre”*¹⁴³. Unas palabras, las del filósofo alemán, que estaban en plena sintonía con lo expresado por Ernesto Guevara y lo promulgado por Fidel Castro en la Declaración de La Habana. Ernesto Guevara, parafraseando el discurso de Fidel Castro en aquella cita histórica del 2 de septiembre, señaló en su alocución televisada que una de las aspiraciones de Cuba, como había quedado fijado en la Declaración de la Habana, era terminar de forma definitiva con *“la explotación del hombre por el hombre”*¹⁴⁴.

12.6 Los objetivos ocultos y los manifiestos

Después de aquel octubre de 1960 todo cambió para Cuba. La revolución se presentaba todavía como un proyecto integrador en el que ninguna alianza quedaba descartada si apostaba por sostener el proyecto cubano frente al acoso del imperialismo norteamericano. Sin embargo, algo había cambiado de forma irreversible, pues la contradicción que había ejercido como contradicción principal durante meses, el enfrentamiento entre el pueblo cubano y el imperialismo norteamericano¹⁴⁵, tendía ya de forma evidente a converger con la contradicción fundamental del sistema capitalista, la contradicción

¹⁴¹ *Ibidem*, pág. 103.

¹⁴² *Idem*.

¹⁴³ *Idem*.

¹⁴⁴ *Bohemia* (Año LII). Núm. 44. La Habana: domingo, 30 de octubre de 1960, pág. 70. Semanal.

¹⁴⁵ Fung Riveron, Thalía: *Op. Cit.*, págs. 10 y 11.

capital trabajo. Y todo ello debido a la titularidad foránea del gran capital que había operado en Cuba, lo que había propiciado que la contienda contra el imperialismo se revistiera de lucha contra el capitalismo y que tendiera a ser compatible y complementaria con la transición hacia el socialismo. La nacionalización de los consorcios más importantes de la isla eliminó del panorama cubano al capital de titularidad norteamericana, propiciando que el sistema capitalista, totalmente dependiente de los patrones organizativos y financieros norteamericanos, quedara en una situación de indefensión frente a los sistemas de organización socialista. Desde noviembre de 1960 la contradicción capital trabajo se situó en la vanguardia de la lucha revolucionaria pues su disolución era garantía para la independencia nacional.

Cuba caminaba ya hacia el socialismo, de forma consciente para un gran número de observadores, de forma inconsciente para muchos otros, y lo hacía sin la necesidad de manifestar sus intenciones. *Stricto sensu*, la Revolución cubana era un movimiento de liberación nacional en el que prevalecía la vocación de mejora social, pero en sus maneras se desarrollaba ya como un país que trabajaba para asentar los patrones organizativos del socialismo. Es decir, *lato sensu*, Cuba se desempeñaba ya como un país en el que se estaba construyendo el proyecto socialista, con las contradicciones, los problemas y las dudas que siempre han presidido las trasformaciones de esta naturaleza.

La sagacidad en la construcción de la vía hacia el socialismo y la lucha enconada contra el imperialismo norteamericano se estaban realizando de forma simultánea, pues aquella era garantía para llevar a buen puerto esta, y esta condición imprescindible para seguir apostando por aquella. Esta era la característica principal del proceso revolucionario en aquella etapa, el uso del silencio en la construcción del socialismo y la utilización del ruido y el escándalo en la lucha contra el imperialismo. Aquí, como en muchos otros aspectos, la dirigencia revolucionaria no se separaba de las tesis de José Martí, pues hacía suya la máxima martiana de que algunas cosas “para lograrlas han de andar ocultas”.

El 18 de abril de 1895 Martí escribe su última carta, este documento, que ha pasado a la historia como su testamento político, dejaba al descubierto la necesidad de ocultar parte del proyecto de la dirigencia cubana para conseguir su total independencia de España, pero también de los Estados Unidos. Como sucedía en el caso de la revolución fidelista, el ruido y el silencio tenían que combinarse para poder cubrir todos los objetivos ambicionados. En la Cuba de 1960 el ruido tenía que centrarse en la lucha contra el imperialismo y el silencio en la construcción del socialismo. Por su parte, en la Cuba de finales del XIX el estruendo tenía que focalizarse en la contienda contra el colonialismo español y el silencio en preservar a Cuba del alcance de los apetitos del incipiente imperio norteamericano. En ambos proyectos soberanistas, no todo podía salir a luz, una parte del programa tenía que omitirse para que la empresa independentista pudiera llegar a buen término. Algo que quedaba perfectamente expuesto en un fragmento de esta carta testamento concebida por el prócer cubano; en ella, Martí afirma lo siguiente:

*“...ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país, y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser, y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas...”*¹⁴⁶

En el caso de la Revolución fidelista, tal y como había ocurrido con el proceso revolucionario que dio al traste con el colonialismo español sobre Cuba, parte del proyecto requería del silencio, pues el contexto doméstico e internacional, tanto en el caso del movimiento encabezado por Martí, como en

¹⁴⁶ Fernández Muñiz, Aurea Matilde: *Op. Cit.*, pág. 165.

el del capitaneado por Fidel Castro, terminó por ser determinante. El proyecto revolucionario martiano, como el fidelista, no se podía expresar en todos sus detalles, pues al hacerlo se arruinaba la posibilidad de materializar no sólo los detalles emboscados sino también los manifiestos.

Así pues, una parte del programa por el que luchaba la dirigencia revolucionaria en 1895 y también una parte de los objetivos que atesoraba la dirigencia fidelista debían permanecer en la clandestinidad, pues hay cosas que “para lograrlas han de andar ocultas”. La lucha contra el colonialismo español, para salir victoriosa, precisaba del silenciamiento de la posterior contienda contra el imperialismo norteamericano. Y una vez emprendida esta última en su fase definitiva no parecía conveniente revelar las intenciones de construir un modelo diferente al norteamericano, pues el hacerlo pondría en peligro la consecución del primer objetivo, la independencia, y haría imposible el ensayo del segundo, el socialismo. Se cerraba así un círculo virtuoso en el que la historia de Cuba parecía sometida a una suerte de destino teleológico. La imagen del mundo que se estaba proyectando del proceso cubano, tanto en su componente mítico, como en el cotidiano y el teórico, podría mantenerse en pie tal y como se había conocido hasta la fecha aunque Cuba se adentrara en las sendas de la transición al socialismo, pues este podía entenderse como el mecanismo más eficaz para asentar de una vez por todas la independencia nacional por la que habían luchado varias generaciones de cubanos desde finales del siglo XIX.

12.7 Sociedad civil, movilización y proyecto revolucionario

Cuba se abría pues a un nuevo período preñado de incertidumbres, en el que el bloqueo económico y la amenaza de invasión fueron materia de preocupación constante y en el que poco o poco la presencia del socialismo se hacía cada vez más evidente. En aquellos meses que cerraban el segundo año de revolución se crearon nuevas organizaciones revolucionarias en las que se integraron los comunistas y como novedad se podía afirmar que esta integración de los comunistas se estaba haciendo al margen del PSP y de las estructuras históricas del partido. Durante los meses del verano y el otoño de 1960 se crearon varias organizaciones juveniles, femeninas y políticas. En estos nuevos espacios abiertos por la cotidianidad revolucionaria los comunistas comenzaron a moverse al margen de la disciplina de partido, mezclándose con otros grupos revolucionarios sin que se registrara por ello contradicción aparente. Se había llegado a una fase de la revolución en la que ya no se podía afirmar con rotundidad que los comunistas estuvieran practicando el “entrismo” o que albergaran pretensiones de control sobre la revolución, pues, desde otra vertiente, se podía certificar que estaba sucediendo algo bien diferente, pues todo parecía indicar que lo que realmente estaba aconteciendo era la disolución del comunismo en el seno de la revolución. Así pues, estas nuevas organizaciones se convirtieron en el terreno más fértil para llevar a término la fusión de tendencias y, en comunión con las organizaciones preexistentes, cobraron todo su sentido y justificaron sobradamente su razón de ser al convertirse en socorro y soporte de la dirigencia revolucionaria en las labores de movilización ciudadana.

El cubano pasó en pocos meses de ser espectador pasivo a ser protagonista de la revolución y en gran medida la responsabilidad de orquestar aquel rápido tránsito de figurante a protagonista corrió a cargo del entramado asociativo y organizativo creado en los ámbitos no gubernamentales. En aquel nuevo contexto ya no servía la benevolencia o la simpatía hacia el proceso revolucionario, ahora se imponía la participación como muestra de adhesión al proyecto cubano. El Gobierno revolucionario, a aquellas alturas de 1960, demandaba la presencia y la implicación activa de todas aquellas clases sociales que permanecían fieles a la revolución. El cubano tenía que responder en su puesto de trabajo y también en la defensa nacional. Los trabajadores, parte de las clases medias y el campesinado eran ahora los protagonistas del proceso, el cubano devino así en vanguardia de la nación y se aprestó a defender la revolución con las armas en la mano si las circunstancias lo demandaban y en el puesto de trabajo para sostener la producción y el régimen de beneficios que la revolución necesitaba.

El desafío al que se enfrentaba Cuba como nación era descomunal y la contienda no sólo se jugaba en el campo de la producción y la defensa, sino también en el de la propaganda. El enfrentamiento ideológico había llegado a su momento culminante y se precisaban organizaciones que, además de fomentar el trabajo y la instrucción militar, fueran capaces también de materializar el consenso, la siempre demanda unidad. En esta línea se movió la Asociación de Jóvenes Rebeldes (AJR), fundada en enero de 1960 y remodelada el 21 de octubre de 1960¹⁴⁷. En este momento de agitación nacional y acoso norteamericano a la AJR primigenia se unieron los grupos juveniles del PSP y del Directorio Revolucionario¹⁴⁸, configurando una junta juvenil en la que convergieron todas las tendencias que compartían el proyecto fidelista. Toda disposición que favoreciera la unidad y la fusión entre formaciones recibía el aliento de la dirigencia revolucionaria, pues era evidente que para aquel entonces la unificación de las fuerzas revolucionarias era un hecho no sólo deseable, sino imprescindible. La AJR seguía así el camino emprendido por el Buró de Coordinación de Actividades Revolucionarias, creado en septiembre de 1960 con el encargo, como su propio nombre indica, de coordinar las labores del Movimiento 26 de Julio, el Directorio Revolucionario y el PSP¹⁴⁹.

Estas dos nuevas organizaciones no hacían más que seguir la senda trazada por la Federación de Mujeres Cubanas (FMC), creada a finales de agosto de 1960 y donde se daban cita mujeres de todas las corrientes ideológicas que convergían en el seno de la revolución¹⁵⁰. Sin embargo, uno de los organismos más relevantes creados en aquellas fechas fueron los llamados Comités de Defensa de la Revolución, los popularmente conocidos como CDR¹⁵¹. Estos comités, llamados a perdurar en el tiempo, estaban destinados a la organización y el control de los barrios y tuvieron una importancia capital en la lucha contra la subversión antigubernamental y en la desarticulación de las células contrarrevolucionarias. Como colofón a todo este entramado organizativo el día 2 de diciembre se inauguraron las Escuelas de Instrucción Revolucionaria (EIR).

La creación de las EIR, en la que participaron miembros del Movimiento 26 de Julio, del Directorio Revolucionario y sobre todo del PSP, fueron la culminación de aquel proceso de creciente politización de la sociedad civil y parecían destinadas a interpretar desde un punto de vista socialista la mirada de transformaciones acometidas en el verano y el otoño de 1960¹⁵². Su nacimiento respondía también, como han señalado estudiosos del período, a la necesidad de aproximarse al componente ideológico que imperaba en la Unión Soviética y el campo socialista, principales socios comerciales para Cuba en aquel momento¹⁵³. Por otro lado, tuvieron también por objeto contribuir y servir de instrumento, en el plano ideológico, a la fusión entre los diferentes grupos revolucionarios y a la institucionalización de las estructuras políticas de la revolución¹⁵⁴. Se oficializaba así el componente marxista en el seno de la Revolución cubana, que junto al nacionalista y las corrientes de pensamiento martianas terminarían por configurar el carácter del proyecto fidelista.

Antes de que terminara el año 1960 la revolución ya había sentado las bases sobre el bloque hegemónico que estaba llamado a conducir los destinos de Cuba durante décadas y aquí el entramado organizativo que medró a la sombra de la revolución tuvo una importancia fundamental. Estas organizaciones fueron las encargadas de movilizar a la población y las responsables de difundir la lectura ideológica que tenía que revestir a la Revolución cubana. Todas estas formaciones se unieron a las milicias populares y al Ejército Rebelde configurando así un conglomerado institucional en el

¹⁴⁷ Soto Mayedo, Isabel: *Op. Cit.*, pág. 153.

¹⁴⁸ *Idem.*

¹⁴⁹ *Idem.*

¹⁵⁰ Pino-Santos Navarro, Carina: *Op. Cit.*, pág. 16.

¹⁵¹ *Ibidem*, pág. 17.

¹⁵² Díaz Sosa, Fidel: *Op. Cit.*, pág. 81.

¹⁵³ *Ibidem*, pág. 82.

¹⁵⁴ *Idem.*

que resultaba difícil distinguir si realmente nos encontrábamos ante formaciones civiles, militares o políticas.

Sin embargo, algo resultaba innegable ante la presencia de aquellas organizaciones: la imagen que proyectaba la revolución ganó en formalismo y uniformidad. Una imagen del mundo en la que los planos mítico, cotidiano y teórico se armonizaban para mostrar la visión que el nacionalismo cubano tenía de su país, de la potencia norteamericana y del mundo iberoamericano, pero además se añadía a esta visión una interpretación en la que se reconocía los patrones de análisis marxista.

En los últimos meses de 1960 la lectura que se hacía de la historia cubana y de su presente revolucionario ya no respondía solamente al nacionalismo cubano. Los próceres independistas de finales del siglo XIX seguían directamente entroncados con los revolucionarios del movimiento fidelista, y de forma recurrente José Martí era puesto en sintonía con Fidel Castro. Sin embargo, algo había cambiado, pues del proyecto frustrado del siglo XIX se pasaba al proceso exitoso que encabezaba la dirigencia fidelista. El pensamiento mítico, recreado a través de los líderes de la independencia colonial, seguía vigentes como antaño, pero ahora rivalizaba en protagonismo con los iconos de la revolución internacional.

Los mitos de la revolución internacional y latinoamericana fueron ahora asumidos por estas organizaciones con más fuerza que en los meses precedentes, la iconografía revolucionaria quedó así divinizada en un panteón heroico en el que a los tradicionales nombres de Maceo, Martí y Gómez, se unieron ahora con presencia reforzada los del socialismo cubano. Julio Antonio Mella o Rubén Martínez Villena, miembros del antiguo Partido Comunista de Cuba y luchadores incansables durante la dictadura de Machado ocupaban ahora un puesto de privilegio en el panteón de los héroes, compartiendo también protagonismo con los líderes de la redención continental: Bolívar, Juárez, Sandino, Lázaro Cárdenas... Estos aspectos, a pesar de que no eran nuevos, sí que sufrieron una clara transformación y casi podríamos decir que se institucionalizaron. El discurso de Fidel Castro y el del resto de dirigentes revolucionarios rompieron los marcos oficiales y se instalaron en el pueblo cubano gracias a las organizaciones revolucionarias que habían nacido de la sociedad civil con el ánimo de contribuir al sustento del proceso revolucionario.

Esto nos coloca en el espinoso asunto de conocer lo que en aquel momento se podía entender como sociedad civil. Evidentemente la sociedad civil no se podía ver reducida a lo que emanaba de la oratoria de Fidel Castro y de otros líderes revolucionarios. Del mismo modo, sería un error considerar que la sociedad civil estaría representada por aquellos grupos que combatían la línea de pensamiento fidelista. La sociedad civil no podía identificarse con la contrarrevolución como deseaban las autoridades norteamericanas. Y en último lugar, sería también equivocado considerar que la sociedad civil en Cuba sólo podía estar representada por aquellas asociaciones, cada día más escasas, que no mantenían vínculos orgánicos con el Estado o con el Gobierno cubano.

Tomando estos condicionantes en cuenta lo que resultaba evidente es que, en Cuba, el entramado asociativo de la sociedad civil ya no podía separarse del discurrir político. El proceso revolucionario había convertido al cubano en sujeto activo de la revolución y por lo tanto el conjunto de la población se vio arrastrado a la vorágine revolucionaria. Muchas asociaciones desaparecieron y las que nacieron en aquellos meses fueron concebidas con una clara vocación política.

Esta problemática no hacía más que reforzar la idea de que la revolución, como subversión de la totalidad, arrasa con todas las concepciones previas. La sociedad civil había sufrido el envite de la revolución, una revolución que había subvertido el orden precedente y todos los fundamentos sobre los que se asentaba. El capitalismo de corte liberal estaba llegando a su fin en Cuba y con él la concepción liberal de la sociedad civil. De ahí que ya no fuera posible concebir a la sociedad civil

como algo ajeno al Estado. La revolución había prendido en la conciencia de todos los implicados y en aquel momento los implicados ya no eran un grupo sino la totalidad; ya nadie podía sentirse ajeno a lo que estaba sucediendo, pues la dirigencia revolucionaria estaba implicada en un llamamiento masivo a la participación. El hacer oídos sordos ya no era opción disponible, pues desatender la llamada implicaba situarse en la senda de la desafección y de ahí a la contrarrevolución ya sólo había paso.

De este modo, el discurso revolucionario ya no partía solamente de las instancias gubernamentales, se había extendido por todo el tejido asociativo y organizativo. En los pronunciamientos populares ya no se podía hablar del ocurrente pueblo cubano, su discurso había cambiado y estaba construido bajo las premisas del mensaje revolucionario. Un mensaje acorde con las necesidades cubanas y latinoamericanas.

Así pues, en la imagen proyectada de la revolución, el componente mítico se construía para cimentar el teórico, y este último terminó teniendo más presencia que nunca en la sociedad civil, campo en el que se desplegaba la nueva cotidianidad revolucionaria. El pensamiento cotidiano, representado por medio de los espacios abiertos por la revolución, y el teórico, cimentado en las corrientes de pensamiento que propugnaban la soberanía de los Estados y la revolución social, se mezclaban para recrear una imagen del mundo en el que la cotidianidad revolucionaria era capaz de poner en práctica unas estrategias de defensa contra el imperialismo norteamericano que ya habían sido ensayadas por los líderes cubanos de finales del XIX en sus luchas contra el sistema colonial español y que habían sido ejecutadas también por los dirigentes del socialismo cubano durante los años veinte y treinta del siglo XX en su pugna contra la dictadura de Gerardo Machado. En estas últimas luchas, en las emprendidas durante la república mediatizada, las referencias al socialismo cubano eran ineludibles, como ineludible era la influencia que en estas luchas había tenido el ejemplo de la Revolución soviética. Los movimientos revolucionarios de carácter izquierdista durante la primera mitad del siglo XX cubano habían tenido como referencia las luchas coloniales, pero también, como era evidente, las corrientes de pensamiento marxista. Y este era el bagaje revolucionario que heredaba el movimiento fidelista. En el campo de la ideología se había orquestado un cambio significativo, pues se había pasado del binomio Martí-Fidel Castro, a al triunvirato formada por Martí, Mella y Fidel Castro.

La Revolución cubana poco a poco se iba dotando de una ideología que la propia dinámica revolucionaria fue decantando. Una ideología con un fuerte componente sincrético, una suerte de síntesis ideológica que nacía de la convergencia de las corrientes de pensamiento marxistas y martianas. El componente marxista y el martiano se fusionaban en el seno de la Revolución cubana y permitieron huir del mimetismo soviético o del nacionalismo simplificado, pues todas las corrientes de la izquierda internacional tuvieron algún espacio de desarrollo en Cuba, como también lo tuvieron todos los movimientos de liberación nacional, especialmente los latinoamericanos.

Lo que estaba sucediendo era que las formas de interpretar la realidad, las tradiciones y los valores que se representaban en aquel momento concreto en Cuba, vehiculados a través de aquel nuevo entramado organizativo, eran el reflejo de la proyección que el grupo dominante tenía sobre la sociedad. La dirigencia revolucionaria proyectaba los estereotipos a imitar en aquellas organizaciones, la imagen del tipo de ciudadano que era preciso adoptar para servir a la causa nacional. Como consecuencia de todo ello el arquetipo del cubano modélico terminó estando representado por el ciudadano capaz de sostener a la revolución desde el puesto de trabajo, pero también con el fusil en la mano si las circunstancias lo demandaban.

Dentro del bloque hegemónico que se estaba formando en Cuba la lucha por la supremacía cultural estaba llegando a su fin. El proceso de formación del grupo que marcaría la pauta se definió con rapidez y todo ello debido a los condicionantes que imponía una revolución siempre a las puertas de

batirse en la batalla definitiva con el coloso americano. A finales de octubre el bloque hegemónico que estaba llamado a conducir a la nación cubana en aquella nueva etapa estaba ya prácticamente formado y a ello había contribuido de forma significativa el entramado asociativo y organizativo que medraba en los aledaños del poder gubernamental.

12.7.1 La movilización: corolario y principio de resistencia

Las organizaciones de reciente creación y las más veteranas sirvieron para concienciar a la población sobre el momento que se estaba viviendo y sobre las necesidades que tenía el Gobierno revolucionario de sostener el proceso a través de la producción y a través de la defensa. La revolución necesitaba a la población cubana, cada hombre y cada mujer disponible no sólo tenía que cubrir con eficacia su desempeño en el puesto de trabajo sino también estar a disposición de la revolución para enrolarse en las milicias populares y sostener el proceso con el fusil en la mano si las autoridades se lo demandaban.

El momento por el que pasaba Cuba no podía ser más delicado y había muestras evidentes para sospechar que la invasión norteamericana, probablemente haciendo uso de mercenarios, estaba a la vuelta de la esquina. Así se lo hizo saber Fidel Castro a los nuevos cadetes del Ejército Rebelde en las palabras que les dedicó en su acto de graduación el 29 de octubre de 1960. A poco más de una semana de las elecciones norteamericanas, donde finalmente el candidato demócrata, Kennedy, terminó venciendo por la mínima a su contrincante republicano, el vicepresidente Richard Nixon, Fidel Castro arengó a los jóvenes cadetes para que tuvieran en cuenta que la patria debía ser defendida no solo con armas sino también con el trabajo. Había que prepararse para la defensa del territorio cubano, pero esta defensa tenía que organizarse de tal modo que el país no quedara paralizado.

Por lo demás, Fidel Castro, frente a los jóvenes que estaban llamados a organizar la defensa nacional, no se contuvo en sus alusiones a describir lo que estaba pasando en Estados Unidos durante la contienda electoral. El primer ministro cubano veía con profundo desagrado el modo en que Cuba estaba siendo utilizada en la campaña electoral estadounidense, algo que pregonó con duras palabras ante los cadetes del Ejército Rebelde. Cuba se había convertido, en palabras del líder cubano, “*en el punto esencial de la polémica entre los grupos monopolistas que aspiran a controlar el gobierno de Estados Unidos*”; y de aquella “*manera desvergonzada*”, los “*estúpidos jefes de las camarillas monopolistas*” había estado promoviendo y pregonando la intervención en Cuba¹⁵⁵.

Fidel Castro, tirando de una retórica en la que lo marxista y lo martiano se entretreían de forma armoniosa, consideraba que la campaña por las elecciones presidenciales en los Estados Unidos había “*hecho trizas los principios de respeto a la soberanía de los pueblos*”¹⁵⁶. Ambos candidatos, ante las cámaras de televisión, no habían tenido la decencia de al menos “*disimular*” sus planteamientos, de guardar las formas¹⁵⁷. Fidel Castro se pronunciaba con crueldad sobre el espectáculo ofrecido por Nixon y Kennedy. Ambos candidatos estaban protagonizando una representación indecorosa en la que todo parecía girar en torno a quien podía ser más duro en la cuestión cubana. El primer ministro de Cuba calificaba aquellos debates como escandalosos, “*el descaro y la desfachatez*” en los asuntos cubanos había sido la tónica general de aquellos debates electorales¹⁵⁸.

¹⁵⁵ Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba. 1960. Año de la Reforma Agraria: “Palabras pronunciadas por el Comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro del Gobierno revolucionario, en el acto de graduación de los cadetes del Ejército Rebelde, en el campamento militar Managua, el 29 de octubre de 1960”. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1960/esp/f291060e.html> (Consultado: 17-08-2014)

¹⁵⁶ *Idem.*

¹⁵⁷ *Idem.*

¹⁵⁸ *Idem.*

El primer ministro cubano se expresaba con aquella mezcla de marxismo y nacionalismo que era ya propia del sentir revolucionario. El entramado presidencial y las luchas para alcanzar la Casa Blanca no eran más que el trampantojo en el que se escudaban los intereses monopolísticos norteamericanos, verdaderos promotores del debate político. En este análisis se veía la presencia de la teoría marxista más elemental, la superestructura política sobre la que se sustentaba la cadena de mando norteamericana no era más que un reflejo de la infraestructura económica, base del poder real fundamentado en el imperialismo. Así pues, Cuba, en la lucha por su independencia tenía que comprender que el cambio de presidencia en los Estados Unidos no supondría un cambio en la actitud con respecto a Cuba. El verdadero gobierno estaba en los monopolios del capitalismo norteamericano y Kennedy y Nixon no eran más que los ejecutores circunstanciales del mandato de aquellos.

La lucha de la revolución estaba pues en la redención social del cubano y esta sólo podría alcanzarse a través de la resolución definitiva de la contradicción existente entre el imperialismo norteamericano y la sumisión cubana. Como hemos señalado en varias ocasiones la contradicción principal, imperialismo versus pueblo cubano, y la fundamental, capital versus trabajo, ya no aparecían en planos diferentes dentro del discurso revolucionario. La contradicción fundamental ya no era un componente subsidiario y a la sombra de la contradicción principal, sino parte fundamental en ésta. De este modo, se acometía un análisis que arrojaba un desenlace evidente: la disolución de ambas contradicciones o corría pareja o ambas quedarían sin resolución concluyente.

Partiendo de esta síntesis marxista y martiana, Fidel Castro denunciaba el comportamiento de los candidatos a ocupar el sillón presidencial. Sus debates carecían de significado debido a su falta de independencia y no hacía más que explicitar el teatro de marionetas en el que se había convertido la política norteamericana en los últimos años. Un teatro en el que los títeres se movían al ritmo que imponían los intereses económicos.

Los monopolios norteamericanos eran los verdaderos promotores del tinglado político norteamericano y por lo tanto el debate sólo representaba y explicitaba, de forma grosera e indecorosa, los intereses económicos que bullían detrás de los contendientes en aquella batalla electoral. Fidel Castro criticaba con amargura el modo en que Cuba se habían convertido “*en objeto de los caprichos y las ambiciones*” de los candidatos a la presidencia y de los intereses que los sustentaban¹⁵⁹. La dureza del discurso de Fidel Castro era una muestra inequívoca de que la dirigencia revolucionaria temía la intervención directa o indirecta de los Estados Unidos en cualquier momento. Las palabras del líder cubano no utilizaban la evasiva para referirse a Nixon y Kennedy, eran palabras directas e hirientes que no esquivaban ni siquiera el uso del desprecio y la befa. Para Fidel Castro no había duda: ambos candidatos respondían a los mismos principios y habían sido colocados en aquel escenario televisivo para que en ardua lucha dieran satisfacción a los “*mezquinos intereses de grupos explotadores y saqueadores de pueblos*”¹⁶⁰.

Fidel Castro se mostraba preocupado ante el escenario de batirse en duelo con el imperialismo y el pueblo debía prepararse para afrontar aquel escenario, pues todo parecía indicar que el momento de la contienda se aproximaba. Las declaraciones del candidato republicano y del demócrata hacían pensar en la inminencia del ataque. Una agresión que, según Fidel Castro, podía materializarse en aquellos días críticos que precederían y seguirían a las elecciones, sin que, por supuesto, pudiera descartarse la posibilidad de que el ataque se produjera después de la toma de posesión “*de cualquiera de los dos estúpidos*” que asumiera “*la presidencia del imperialismo*”¹⁶¹.

¹⁵⁹ *Idem.*

¹⁶⁰ *Idem.*

¹⁶¹ *Idem.*

Fidel Castro, después de descargar con vehemencia sobre Kennedy y sobre Nixon, adornando a ambos candidatos con los calificativos más denigrantes, pasó a exponer cual tenía que ser la actitud de Cuba ante la inminente agresión. Lo importante no era el número de marines o mercenarios que desembarcara en tierras cubanas, sino la actitud de resistencia que ofreciera el frente revolucionario. Sobre este particular, el primer ministro señalaba que el pueblo cubano debía permanecer “inalterable” cuando llegara el invasor¹⁶². Lo más importante era mantener “la producción y el funcionamiento normal del país”¹⁶³.

A los soldados del Ejército Rebelde les indicó que una gran responsabilidad recaía sobre ellos y que su labor tenía que ir más allá del uso de las armas. Era necesario advertir al pueblo que muchos tendrían que sumarse al combate y que todo el mundo tenía que estar dispuesto a empuñar el fusil. Era necesario también concienciar a la población sobre el reparto de tareas, unos defenderían el territorio cubano con las armas y otros sostendrían al país manteniendo la producción¹⁶⁴. Lo primero, lo prioritario, según se encargó de destacar el primer ministro era “mantener a toda costa” el funcionamiento del tejido productivo y de las instituciones, no era imprescindible que todos salieran “con un fusil a combatir al enemigo”¹⁶⁵. Para contener al invasor bastaría con una parte de la población y al Ejército Rebelde le tocaba la tarea “de ir llamando a los hombres y a las mujeres” que hicieran falta para contener el empuje invasor por medio de las armas¹⁶⁶.

Fidel Castro señalaba que en el orden y la disciplina estaría la clave para soportar de forma prolongada una invasión. Por eso, el primer deber ante una agresión era “mantener la ecuanimidad, no impacientarse, no desesperarse, sino esperar disciplinadamente”¹⁶⁷. Sobre el Ejército Rebelde recaía la responsabilidad de reclutar a aquellos que fueran siendo necesarios para sostener la batalla. El pueblo cubano no podía lanzarse a las armas de forma desordenada y abandonar la producción; se precisaba combatir el propio entusiasmo, para no “ser víctimas” de la “exaltación patriótica”¹⁶⁸. El invasor tenía que ser combatido, pero en aquel momento de bloqueo y embargo no se podían desatender las industrias del país. El desabastecimiento era tan peligroso como el desembarco de los agresores. El pueblo cubano tenía que mantener la calma: “seguir realizando las tareas normales, en cualquier circunstancia; y esperar tranquilos, con una seguridad completa, que los enemigos que vengan ¡los destruiremos!”¹⁶⁹.

Entre estos razonamientos fue Fidel Castro construyendo su discurso. Una alocución destinada a atemperar los ímpetus y a guardar la compostura ante el más que posible desembarco. La producción, la disponibilidad para empuñar el fusil y la disciplina se erigían así en las coordenadas fundamentales para contener con garantías una invasión. Fidel Castro, había pedido medida en el comportamiento del pueblo, y aquella petición había derrochado precisamente toda la desmesura que cabía en el líder cubano. Fiel a su estilo irreductible y a su vocación de resistencia, Fidel Castro terminó su alocución haciendo del componente mítico de su discurso el arma más efectiva. Cuba como pueblo ya había sostenido batallas en su territorio y había podido ganarlas. Ahora solamente tocaba hacer honor a la historia que todos habían heredado. El primer ministro cubano consideraba que las enseñanzas las encontraría el pueblo cubano en la historia nacional y haciendo referencia a Antonio Maceo acudió a las palabras pronunciadas por el Titán de Bronce durante la lucha contra el colonialismo español:

¹⁶² *Idem.*

¹⁶³ *Idem.*

¹⁶⁴ *Idem.*

¹⁶⁵ *Idem.*

¹⁶⁶ *Idem.*

¹⁶⁷ *Idem.*

¹⁶⁸ *Idem.*

¹⁶⁹ *Idem.*

“¡Quien intente apoderarse de Cuba, recogerá el polvo de su suelo anegado en sangre...”¹⁷⁰. Entonces llegaron los aplausos prolongados y las arengas y Fidel Castro, haciendo uso de la que ya era consigna innegociable de la revolución: “¡Patria o muerte!”, dio por finalizada su intervención señalando que tenía la convicción de que el pueblo cubano vencería cualquier ataque¹⁷¹.

La revista *Bohemia* le dedicó el editorial principal de su primer número de noviembre a aquellas palabras, “*sencillas y enérgicas*”, pronunciadas por Fidel Castro el sábado 29 de octubre a los nuevos cadetes del Ejército Rebelde¹⁷². El editorial de *Bohemia* destacó que Fidel Castro se había encargado de recordar a los nuevos combatientes que “*los forjadores de la Revolución*” habían aprendido “*sobre la marcha en la guerra y en la paz*” y que a las nuevas generaciones les tocaría hacer lo mismo¹⁷³. Según *Bohemia*, ese era “*el hombre nuevo de Cuba, sin compromisos con el pasado, sin vacilaciones en el presente, con entera fe en el porvenir*”¹⁷⁴. Este era el soldado que necesita la revolución, un hombre o una mujer que se enfrentara sin vacilaciones ante el invasor, sobre el que no debían pesar los fracasos cosechados frente al imperialismo en las generaciones pasadas y en el que tenía que primar la confianza en los tiempos venideros. Sobre estos mimbres Cuba podía construir su victoria. Sobre esta victoria, *Bohemia* compartía criterio con Fidel Castro, Cuba vencería.

Estados Unidos sería incapaz de doblegar a un pueblo como aquel. Y no sólo debido a la firmeza de los cubanos y a su vocación de existir, sino también al aliento que llegaba de allende de sus fronteras. Bastaba con mirar a las movilizaciones de América, “*patentes en sus juventudes, sus obreros, sus campesinos y sus clases más activas*”, para darse cuenta que Cuba no estaba sola en aquella contienda¹⁷⁵. Los pueblos de América estaban respaldando la revolución, estaban denunciando a los enemigos de Cuba y estaban dispuestos a enviar brigadas de combate a Cuba para ayudar a su pueblo en la lucha contra el imperialismo. Aquí *Bohemia*, haciendo un alto en el camino, llamaba al recuerdo de las brigadas internacionales enviada a España para defender a la Segunda República. Entre los pueblos hermanos primaban los lazos de sangre, y refiriéndose de nuevo a España, señalaba que en Cuba sucedería lo mismo, el continente no soportaría de forma pasiva el asalto “*de los piratas del siglo XX*” a Isla que era en aquel momento “*antorcha de pueblos*”¹⁷⁶.

Bohemia le enviaba además un mensaje a los imperialistas, una nota para que recordaran que si la colaboración internacional había resultado impotente en la defensa de España en 1936 y en la de Guatemala en 1954, era porque “*ambas tenían clavado en la entraña el puñal del militarismo*”¹⁷⁷. En Cuba, sin embargo, no sucedería lo mismo. En Cuba no habría traición posible, porque “*la mano que empuñaba el arma*” era “*la del mismo pueblo*”¹⁷⁸.

Aquella intervención de Fidel Castro no hacía más que dar carta de naturaleza a lo que se había fraguado en aquel mes de octubre, Cuba emprendía un camino nuevo en el que la revolución tenía ya un carácter social que estaba desbordando al puramente nacional. En una revolución nacional con un componente de transformación social tan marcado y donde las clases beneficiarias eran las antiguamente desfavorecidas el desenlace parecía claro. Cuba, si llevaba el proyecto nacional a sus últimas consecuencias, terminaría por estar abocada al entendimiento con el bloque oriental y a una separación progresiva del occidental. Un cambio en la política nacional e internacional que tenía un

¹⁷⁰ *Idem.*

¹⁷¹ *Idem.*

¹⁷² *Bohemia* (Año LII). Núm. 45. La Habana: domingo, 6 de noviembre de 1960, págs. 66 y 67. Semanal.

¹⁷³ *Ibidem*, pág. 66.

¹⁷⁴ *Idem.*

¹⁷⁵ *Ibidem*, pág. 67.

¹⁷⁶ *Idem.*

¹⁷⁷ *Idem.*

¹⁷⁸ *Idem.*

precio: el precio de luchar por el cambio y los sinsabores de enfrentarse a una potencia como la estadounidense.

Bohemia señalaba que la suerte estaba echada y que el comandante en jefe ya había dado las instrucciones finales para sostener a la revolución: “*permanecer firmes en el puesto de combate y en el de trabajo*”¹⁷⁹. Esta consigna era también la que daba título a aquel editorial y a través de ella *Bohemia* explicitaba su plena sintonía con aquel mensaje. A partir de aquel momento todo el mundo tenía que mostrarse eficaz en el uso de las armas y también en el de las herramientas propias de su trabajo “*para seguir empujando el carro de la revolución, sin detenerlo un instante*”¹⁸⁰. Todo pendería en última instancia “*de la entereza*”, “*la persistencia*”, y “*la vigilancia de la ciudadanía*”, de ello dependería el destino de la revolución, un destino que coincidía plenamente con el de la patria.

En aquel editorial se marcaba de forma clara lo que sería en adelante un binomio indisoluble, patria y revolución eran conceptos inseparables y la desafección hacia una traía aparejada el rechazo de la otra. El pueblo estaba impelido a sostener aquel binomio. El cubano debía mantenerse en “*la trinchera de la soberanía*”, porque haciéndolo defendía la revolución social¹⁸¹. *Bohemia* afirmaba que el cubano era ahora observado con “*admiración*” y “*fervor*” por sus hermanos, “*los oprimidos de la tierra*”, y que aquella mirada llegaba “*desde todos los rincones de América*”¹⁸². La gran familia criolla contemplaba con esperanza la lucha de Cuba y “*con esos ideales y esos aliados la victoria sería segura*”¹⁸³.

Aquel editorial, más allá de la importancia que pudiera tener en aquel momento, contenía otra seria de virtudes innegables, pues resultaba fiel compendio de las tesis que en aquel momento manejaba la dirigencia revolucionaria. La revolución era martiana y marxista y en sus loas esto quedaba claramente reflejado, sus alusiones a Antonio Maceo sintonizaban con la llamada a defender los intereses de los oprimidos. Una revolución que no se desplomaría con facilidad, pues sería defendida por los obreros y campesinos, y también por otras clases sociales, a las que se definía elusivamente como activas. Esta defensa se acometía, además, no sólo desde dentro de Cuba sino también desde fuera. La revolución era soberanista, pero también internacionalista y como tal estaba diseñada para desbordar sus propias fronteras. Su mensaje iba más allá de la defensa nacional, allí se luchaba por la salvaguarda de unos conceptos que no sólo eran patrimonio de Cuba y por tanto el defenderlos no estaba sujeto a la condición de cubano, los desfavorecidos tenían allí su causa y especialmente aquellos que procedían de los países iberoamericanos.

En la retina de la revista estaban España y Guatemala como los países depredados por la reacción internacional, pueblos hermanos que habían contado con una experiencia similar a la cubana, pero que habían tenido que luchar contra un militarismo que era mal endémico en Iberoamérica. Cuba recogía el testigo de españoles y guatemaltecos, sin embargo, las condiciones eran otras y esto hacía que la victoria en Cuba resultara más viable que en España y Guatemala. En Cuba no existía una casta militar enquistada en el poder, pues la propia revolución se había encargado de dismantelar las antiguas estructuras organizativas del ejército. La Revolución cubana se había empeñado en uniformar al pueblo y hacer de él un nuevo ejército que sólo respondería a los intereses populares.

Por lo demás, tampoco faltaban las alusiones al imperialismo norteamericano y a sus clases dirigentes. En la memoria del editorial la posición de los Estados Unidos frente a Cuba no difería de la mantenida por los ingleses frente a sus vecinos hispanos en los tiempos de la colonia. Estados Unidos había

¹⁷⁹ *Idem.*

¹⁸⁰ *Idem.*

¹⁸¹ *Idem.*

¹⁸² *Idem.*

¹⁸³ *Idem.*

apostado por hacer de la agresión su modo de relacionarse, una agresión tan desvergonzada que sólo tenía un paralelo en la historia, el de “*los piratas y bucaneros del siglo XVI*”¹⁸⁴. La lucha de Cuba era pues la de siempre, mudaba sus vestiduras con el paso de los siglos, pero mantenía como premisa fundamental el defenderse de las invasiones depredadoras que procedían del norte o de otros puntos del Caribe. Además, en aquella defensa, como antaño, contaba con la solidaridad, el afecto y la ayuda de los pueblos hermanos. La revolución era así principio de inspiración para el continente, recogía la tradición de la lucha por la independencia y se convertía, bajo el auspicio de las huestes fidelistas, en fuente de honra para los trabajadores. Por otro lado, patria y revolución aparecían explícitamente unidas, ya no se podía entender la una sin la otra ni la otra sin la una.

En aquel discurso del 29 de octubre de 1960, conducido por Fidel Castro con un tono contundente y por momentos violento, *Bohemia* había visto todas aquellas facetas. Una interpretación que no carecía de atino, pues aquellas premisas eran con las que se sostenía Fidel Castro al frente de la revolución. Sin embargo, más allá de las virtualidades que atesoraba aquella alocución debido a sus características programáticas, el discurso de Fidel Castro tenía su importancia coyuntural, pues era una arenga encendida en la que se propugnaba la necesidad de defender a capa y espada la revolución ante el más que posible ataque estadounidense. Fidel Castro trató de concienciar al grupo de jóvenes soldados de la trascendencia del momento, en ellos recaía la responsabilidad de la recluta de hombres y mujeres entre las milicias populares y el reclutamiento tenía que hacerse de tal modo que la producción no se viera afectada y que el grupo de ciudadanos obligados a empuñar las armas fuera el suficiente para poder contener la invasión.

El tránsito entre el mes de octubre y noviembre estuvo presidido por la amenaza de la invasión. Así pues, la alocución de Fidel Castro ante el Ejército Rebelde gozaba del don de la oportunidad. La intervención armada por parte estadounidense parecía inminente, pues los asuntos cubanos estaban teniendo, como ya hemos comentado, una presencia importante en la campaña electoral, un protagonismo que lejos de disminuir parecía acrecentarse a medida que la campaña por la presidencia tornaba a su fin. Sin embargo, más allá de la contienda electoral había otros síntomas que hacían presagiar el desembarco mercenario.

Los movimientos en la base naval de Guantánamo y el desembarco de marines y pertrechos militares, como hemos comentado también, hacían presagiar que algo se estaba preparando. El momento parecía el más propicio, el presidente Eisenhower estaba viviendo sus últimos meses al frente de la Administración norteamericana y una posible intervención no hipotecaría su futuro político, pues éste tornaba a su fin. Le haría además el último servicio a su país si conseguía ceder la presidencia al nuevo residente de la Casa Blanca con el problema cubano resuelto. Todo ello contribuía a sembrar estas sospechas en la dirigencia cubana. Unas sospechas que se acentuaron con la partida del embajador norteamericano, llamado a consultas por la Administración Eisenhower. Philip Bonsal, embajador estadounidense en La Habana partió hacia los Estados Unidos el día 28 de octubre¹⁸⁵, para no regresar ya jamás. Un día más tarde el Fidel Castro se personó en el acto de graduación los cadetes del Ejército Rebelde para arengarles en la defensa de la nación.

El día 8 de noviembre llegaron las elecciones norteamericanas y tal como llegaron pasaron. Kennedy derrotó a su homólogo republicano en una votación de las más reñidas que se recordaban y en Cuba la temida invasión a gran escala seguía sin concretarse. Sin embargo, el mensaje proveniente de los círculos gubernamentales cubanos no varió. El mismo día en que Kennedy salía victorioso frente a su homólogo Nixon, Fidel Castro llamaba a la defensa de la patria una vez más. Ante los dirigentes de las distintas federaciones sindicales el primer ministro cubano llamó a defender la patria con el

¹⁸⁴ *Idem.*

¹⁸⁵ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6581. Madrid: viernes, 28 de octubre de 1960, pág. 2. Diario.

fusil si era preciso, pero también con la eficacia en el puesto de trabajo¹⁸⁶. En caso de duda debía prevalecer el segundo de los objetivos. El bloqueo comercial entraría en vigor en pocos días y el país no podía permitirse el lujo del desabastecimiento.

En los discursos que Fidel Castro acometió en aquellas fechas la tónica general fue siempre la misma. Se trataban temas propios del auditorio al que iba destinado el mensaje, pero dos temas se erigían en protagonistas y vehiculaban todo el discurso: defensa y producción. Sin embargo, algo había cambiado, en sus alocuciones, Fidel Castro ya no se dirigía al pueblo en abstracto. Ahora todas sus intervenciones comenzaban haciendo referencia al tejido organizativo que había medrado a la sombra de la revolución. Fidel Castro antes de dirigir la palabra al auditorio se encomendaba a los “*compañeros comisionados*”; a los “*compañeros secretarios generales de todos los sindicatos de Cuba*”; a las “*compañeras de la Federación de Mujeres Cubanas*”; a las “*compañeras y compañeros de la Asociación de Jóvenes Rebeldes*”, a las “*Brigadas Juveniles*”, a los “*estudiantes*”, a los “*milicianos*” y a las “*milicianas*”...¹⁸⁷

Cuba se encontraba muchos más organizada que en los meses precedentes y aquello se dejaba ver en los discursos institucionales y también, como no podía ser de otro modo, en el interior de la sociedad cubana. Todo el mundo tenía su puesto dentro de la revolución y una organización en la que desempeñar una tarea específica más allá de la puramente laboral. La situación demandaba aquel encuadramiento social. El desafío era enorme y se reflejaba en la prensa del momento, pues la tensión, lejos de aminorar tras las elecciones estadounidenses pareció acrecentarse.

12.7.2 Fábula del tiburón y las sardinas. América Latina estrangulada

Después de finalizada la conferencia de San José de Costa Rica, la dirigencia cubana comenzó a ser consciente de que se encontraba sola frente al resto de los Gobiernos del continente. Cuba contaba con el apoyo de los pueblos, pero el de los Gobiernos o no se manifestaba abiertamente o era claramente refractario a las posiciones que Cuba sostenía para el desarrollo latinoamericano. Aquella soledad venía impuesta por las servidumbres a las que el imperialismo norteamericano había sometido al resto de las repúblicas latinoamericanas. Dictaduras y democracias estaban atadas de pies y manos al ser signatarias de acuerdos políticos, militares y económicos con los Estados Unidos. Aquella realidad fue puesta de manifiesto durante la segunda mitad de agosto, durante gran parte del mes de septiembre y durante los meses de octubre y noviembre de 1960 por los medios cubanos y por la dirigencia revolucionaria. Podríamos decir que el imperialismo y sus variadas manifestaciones, fue el tema sobre el que giraron la mayoría de los reportajes de *Bohemia* durante este cuatrimestre del segundo año de revolución en el poder. Una circunstancia que podía entenderse perfectamente si se prestaba atención a cada una de las intervenciones del primer ministro cubano durante este período.

El imperialismo fue el tema sobre el que vehicularon todos los asuntos. Con este tema como eje central se habló de lo humano y lo divino, se criticó con dureza la actitud de la jerarquía católica y de los sectores de la contrarrevolución, se alabaron las revueltas sociales que recorrían el continente y

¹⁸⁶ Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba. 1960. Año de la Reforma Agraria: “Discurso pronunciado en el acto clausura de Cinco Congresos Obreros Extraordinarios, La Habana, el 8 de noviembre de 1960”. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1960/esp/f081160e.html>. (Consultado: 10-10-2014)

¹⁸⁷ Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba. 1960. Año de la Reforma Agraria: “Discurso pronunciado en la Escalinata Universitaria, el 27 de noviembre de 1960 y Discurso pronunciado en la clausura de la Plenaria Nacional de los Círculos Sociales, efectuada el 16 de diciembre de 1960”.

<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1960/esp/f271160e.html>

<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1960/esp/f161260e.html> (Consultados: 18-10-2014)

se legitimó la posición de Cuba como adalid en América de la liberación nacional y de la catarsis social.

Fidel Castro se empeñó en que el pueblo cubano conociera el origen, desarrollo y carácter operativo del imperialismo norteamericano y, haciendo gala de aquel tono didáctico que acostumbraba a desplegar en sus alocuciones públicas, recomendó vivamente la lectura de la *“Fábula del tiburón y las sardinas”*, obra de Juan José Arévalo, presidente de Guatemala de 1945 a 1951¹⁸⁸. En aquella obra las “sardinas” eran los pequeños países de América Central y, por extensión, el resto de los Estados latinoamericanos; el “tiburón”, como cabía esperar, estaba representado por los Estados Unidos, principal respaldo de los grandes consorcios norteamericanos y dueño y señor de la mayoría de los ejércitos latinoamericanos.

Fidel Castro utilizó con profusión esta obra en los discursos que lanzó tras la declaración de San José de Costa Rica¹⁸⁹, incluso durante la alocución que precedió a la Declaración de La Habana el ya célebre libro de Arévalo tuvo su espacio¹⁹⁰, como sucedió también durante el largo discurso pronunciado en la sede de Naciones Unidas el 26 de septiembre de 1960¹⁹¹. En una de sus alocuciones de octubre, en un congreso sobre educación, el primer ministro cubano señaló que durante el mes de septiembre se habían vendido 174.000 ejemplares del libro de Arévalo en una sola semana¹⁹². Nunca antes Fidel Castro había puesto tanto empeño, mantenido durante tantas semanas, para que los cubanos acudieran a la lectura de una obra concreta. Las razones de la obstinación entusiasta por aquel libro resultaban evidentes: la obra de Arévalo constituía un compendio de la intervención norteamericana en Hispanoamérica, un trabajo de lectura amena y sencilla, y que, además, estaba escrita desde Guatemala, última víctima de la intervención norteamericana, que había justificado su agresión al pueblo guatemalteco aduciendo las mismas razones que ahora blandía para la invasión de Cuba.

De los discursos de Fidel Castro la *“Fábula del tiburón y las sardinas”* pronto pasó a las publicaciones cubanas, pues comenzaron a darse cuenta de las posibilidades heurísticas que contenía la fábula. *Bohemia* abusó de aquella receta en muchos de sus comentarios¹⁹³, pues a través de aquella parábola el lector podía acercarse con facilidad a la historia del imperialismo norteamericano. Y es que, el pueblo cubano, en aquel contexto de crisis y de enfrentamiento con los Estados Unidos, debía conocer el carácter del imperialismo que se practicaba desde el vecino norteamericano. El embargo, la intervención armada y las coacciones habían sido los métodos utilizados por los Estados Unidos y aquello tenía que estar muy presente en los llamados a presentar batalla al imperialismo. Según reflejó *Bohemia* en sus páginas, los Estados Unidos habían desempeñado el mismo papel casi desde el

¹⁸⁸ Arévalo Bermejo, Juan José: *Fábula del tiburón y las sardinas: América latina estrangulada*, Editorial, América Nueva, México D.F., 1956, 274 págs.

¹⁸⁹ Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba. 1960. Año de la Reforma Agraria: “Discurso pronunciado en el acto de Graduación de los Maestros Voluntarios a su regreso de la Sierra Maestra, celebrado en el Teatro Auditórium, La Habana, el 29 de agosto de 1960 y Discurso pronunciado en el acto de clausura del Congreso de la Federación Nacional de Obreros del Calzado, tenerlas y sus anexos, en la CTC Revolucionaria, el 8 de septiembre de 1960”.

<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1960/esp/f290860e.html>

<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1960/esp/f080960e.html> (Consultados: 18-10-2014)

¹⁹⁰ “Discurso pronunciado en la Magna Asamblea Popular celebrada por el pueblo de Cuba en la Plaza de la República, el 2 de septiembre de 1960”: *Op. Cit.*

¹⁹¹ “Discurso pronunciado en la sede de las Naciones Unidas, Estados Unidos, el 26 de septiembre de 1960”: *Op. Cit.*

¹⁹² Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba. 1960. Año de la Reforma Agraria: “Discurso pronunciado en el acto clausura del Primer Congreso Nacional de los Consejos Municipales de Educación, efectuado en el Salón Teatro del Palacio de los Trabajadores, el 10 de octubre de 1960”. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1960/esp/f101060e.html> (Consultados: 18-10-2014)

¹⁹³ *Bohemia* (Año LII). Núm. 36. La Habana: domingo, 4 de septiembre de 1960, pág. 64. Semanal, *Bohemia* (Año LII). Núm. 38. La Habana: domingo, 18 de septiembre de 1960, pág. 49. Semanal y *Bohemia* (Año LII). Núm. 45. La Habana: domingo, 6 de noviembre de 1960, pág. 57. Semanal.

momento en que se constituyeron como país independiente. Bajo las diferentes Administraciones norteamericanas el tiburón siempre había estado presente, a veces de forma taimada, muchas otras perfectamente visible. Frente a él se encontraban las sardinas, representadas en la Conferencia de San José de Costa, y sobre ellas la sombra de Bolívar, Juárez, Sandino, Martí, Guiteras, Zapata...¹⁹⁴ Cuba trabajaba para hacer honor a los redentores del continente y esto traía aparejado el precio de enfrentarse al imperialismo y sufrir, como resultado, el embargo, la intervención y el acoso político y diplomático¹⁹⁵. El tiburón devoraba a las sardinas cuando estas no respondían a las órdenes requeridas.

Aquel trabajo pedagógico desplegado sobre la población cubana parecía destinado a proyectar la imagen de un imperialismo que cruzaba a través de generaciones y Gobiernos, sobreviviendo a unas y a otros. El imperialismo portaba dinámicas propias y poseía una lógica operativa que no estaba sujeta a las diferentes Administraciones norteamericanas. El imperialismo las sobrevivía y configuraba su carácter, pero se desplegaba por encima de ellas y a través de ellas. Así pues, el mentado imperialismo no respondía al parecer o a las formas de la Administración Eisenhower, lo precedía y continuaría tras él. Una circunstancia que tenía que tener presente el pueblo cubano, pues ni la Presidencia de Kennedy ni la de Nixon terminaría con las maneras del *State Department*, órgano por antonomasia de la intervención norteamericana. Cuba estaba condenada a defenderse frente a la Administración norteamericana, independientemente del inquilino que finalmente ocupara la Casa Blanca. Algo que no tardó en confirmarse.

Una vez dilucidadas las elecciones norteamericanas, lejos de serenarse los ánimos, todo pareció enrarecerse todavía más, pues, al recomponerse el tablero latinoamericano, el tiburón y las sardinas readaptaron su posición para navegar en los últimos meses de la Administración Eisenhower. Como había pronosticado Fidel Castro, la victoria de uno de los candidatos en las justas por la presidencia no alejó la sombra de la intervención. Y los acontecimientos registrados tras la primera semana de noviembre así vinieron a demostrarlo. La tensión sobre la situación cubana crecía por momentos y a esta escalada de crispación, promocionada por la contrarrevolución de Miami, denunciada desde las organizaciones revolucionarias, y alimentada desde La Habana y Washington, no parecían ser ajenos otros Gobiernos de la cuenca del Caribe, tal y como demostraban las declaraciones y acusaciones de las autoridades de algunos países centroamericanos y caribeños.

A mediados de noviembre Guatemala se afanaba en acusar a Cuba de promover la insurrección interna en el país y de preparar el desembarco de grupos armados dispuestos a plantear batalla en tierras guatemaltecas¹⁹⁶. Unas acusaciones que eran secundadas también desde Nicaragua, que acusaba a Cuba de patrocinar los desórdenes en su territorio y de preparar la intervención directa¹⁹⁷. Varios grupos de alzados estaban consiguiendo el control en algunas zonas montañosas de ambos países centroamericanos y Cuba, como cabía esperar, era acusada de patrocinar a aquellos grupos insurgentes. Mientras, desde Venezuela, según informó la prensa franquista, se hacía responsable a Cuba de las revueltas que habían asolado al país en los últimos días de octubre¹⁹⁸. La implicación cubana en cada uno de los desórdenes que se daban en los países latinoamericanos se repetía de forma constante y machacona en los cables de prensa internacional. La acusación de intervención castrista o fidelista era el nuevo mantra que recorría el continente. Una letanía, invocada en ocasiones de forma indecorosa, para expiar culpas propias, lustrar la ajada política nacional y justificar la represión

¹⁹⁴ *Bohemia* (Año LII). Núm. 36. La Habana: domingo, 4 de septiembre de 1960, pág. 64. Semanal.

¹⁹⁵ *Idem*.

¹⁹⁶ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6595. Madrid: lunes, 14 de noviembre de 1960, pág. 1. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm.6596. Madrid: martes, 15 de noviembre de 1960, pág. 5. Diario.

¹⁹⁷ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6595. Madrid: lunes, 14 de noviembre de 1960, pág. 1. Diario.

¹⁹⁸ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm.7601. Madrid: miércoles, 26 de octubre de 1960, pág. 1. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm.6579. Madrid: miércoles, 26 de octubre de 1960, pág. 1. Diario.

mientras se hacían méritos frente al poder norteamericano. Se abría así un frente exterior de compleja solución para Cuba: la dictadura de la saga Somoza, el Gobierno de Ydígoras Fuentes, el régimen del presidente Betancourt y la Administración Eisenhower, por diferentes motivos, acusaban a Cuba de intervenir en los asuntos propios de sus vecinos.

En aquel contexto de agitación permanente, de acusaciones cruzadas y de pólvora y algarada Estados Unidos no permaneció inerte. Su estrategia pasó por incrementar todavía más el movimiento de tropas y pertrechos de combate en la base naval de Guantánamo, tomando además como medida adicional el despliegue en el Caribe de varias unidades de las fuerzas navales para que patrullaran las costas cubanas y centroamericanas. Durante los días previos y posteriores a la victoria de Kennedy en las elecciones presidenciales el presidente Eisenhower ordenó el despliegue de varias unidades de marina en el Caribe para defender su base naval de Guantánamo de un hipotético ataque cubano y prevenir, de forma simultánea, los supuestos desembarcos cubanos, de hombres o material de guerra, en tierras de Nicaragua y Guatemala¹⁹⁹.

De poco sirvieron las airadas denuncias de Fidel Castro, que desde La Habana protestaba ante la intervención marítima y aérea en Guatemala y Nicaragua. Estados Unidos estaba violando la soberanía latinoamericana y aquello podía hacerse extensible a Cuba en cualquier momento²⁰⁰. El primer ministro cubano secundaba así a su ministro de Asuntos Exteriores que, desde la ONU, trataba de promover denuncias de igual naturaleza. Raúl Roa había denunciado a la Administración norteamericana de estar dando los primeros pasos, en comunión con sus aliados centroamericanos, para invadir Cuba²⁰¹. Desde Cuba se consideró aquel despliegue naval como un acto de injerencia y se temió, dados los movimientos en la base naval de Guantánamo, que el desembarco fuera a producirse de forma inminente.

Sin embargo, todo aquel despliegue norteamericano tenía un sentido, según reflejo *Bohemia* en uno de sus editoriales de finales de noviembre: denunciar a Cuba ante la OEA de promocionar y sustentar los levantamientos revolucionarios en la cuenca del Caribe. El Departamento de Estado norteamericano denunció ante el máximo organismo hemisférico la agresión cubana a Guatemala y Nicaragua. El editorial de *Bohemia*, no sin cierta sorna, apuntaba que la diplomacia norteamericana había denunciado ante la OEA un hecho largamente ignorado: que Cuba era “una impresionante potencia militar” y que ella sola era “capaz de alarmar a los jerarcas del Pentágono y hacerles destacar un portaaviones y cinco destructores, con cobertura aérea apropiada, para proteger de la zarpa verdeolivo a los cachorros centroamericanos de la Casa Blanca”²⁰².

Sin embargo, según explicitaba aquel editorial, lo único real de aquel embrollo era el despliegue armado norteamericano, sostenido ostentosamente en el Caribe durante varias semanas. Una acción unilateral de los Estados Unidos, que saltándose los preceptos de la OEA y la ONU, no hacía más que evidenciar su prepotencia en América, donde actuaba a capricho sin más freno que el que le otorgaba su propia voluntad. Además, tal y como relató *Bohemia*, el despliegue naval norteamericano no tenía carácter defensivo, como querían hacer creer a la opinión pública internacional, sino ofensivo. No protegía “el derecho amenazado de ningún país”, sino que amenazaba y agravaba el derecho de uno de ellos: Cuba.²⁰³

¹⁹⁹ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6587. Madrid: viernes, 4 de noviembre de 1960, pág. 1. *Diario y Pueblo* (Año XXI). Núm.6599. Madrid: viernes, 18 de noviembre de 1960, pág. 1. *Diario*.

²⁰⁰ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6599. Madrid: viernes, 18 de noviembre de 1960, pág. 1. *Diario*.

²⁰¹ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6.600. Madrid: sábado, 19 de noviembre de 1960, pág. 2. *Diario*.

²⁰² *Bohemia* (Año LII). Núm. 48. La Habana: domingo, 27 de noviembre de 1960, pág. 53. *Semanal*.

²⁰³ *Idem*.

Para la revista *Bohemia* los movimientos militares norteamericanos en el área del Caribe durante gran parte del mes de octubre y prácticamente la totalidad de noviembre no podían considerarse desde otra perspectiva que desde la de amenazar a Cuba y preparar un futuro desembarco de tropas mercenarias sobre la isla. Si finalmente se producía la mentada invasión de tropas anfibias para tumbar a la Revolución cubana, las autoridades nicaragüenses, guatemaltecas y estadounidenses colaborarían de una u otra forma para tratar de sostener a las tropas invasoras. Y en esta defensa, la base naval de Guantánamo, tan agitada en aquellas fechas, sería, por necesidad, uno de los puntos neurálgico para sostener la invasión.

12.7.3 La revolución como modelo a exportar o como ejemplo a seguir: las claves de un debate irresoluble

Después de las acusaciones norteamericanas, guatemaltecas, nicaragüenses y venezolanas, el Gobierno cubano se encontraba ante cuatro fuentes de litigio diferentes, cuatro contenciosos que demandaban, por necesidad, respuestas diferenciadas. Así lo entendieron los medios y así lo reflejaron en sus comentarios. El problema de Venezuela se trató por separado y los de Nicaragua y Guatemala de forma conjunta, pero cargando las tintas sobre el presidente Ydígoras debido a su protagonismo en las acusaciones contra Cuba y a su connivencia manifiesta y probada en los planes de agresión contra Cuba. Frente a estos tres asuntos se encontraba el caso estadounidense, imposibles de analizar por separado, pues la implicación del Departamento de Estado norteamericano en cualquier acusación que se lanzara contra Cuba formaba parte sustancial de cualquier análisis.

Frente a Nicaragua, uno de los regímenes dictatoriales más longevos del continente, la prensa cubana se mostró inclemente, pues los conatos de resistencia a aquella dictadura se habían dado antes de la llegada de Fidel Castro y, por pura lógica, continuaron tras el triunfo de la Revolución cubana y continuarían mientras aquel régimen se sostuviera en pie. Con respecto a Guatemala, la mera insinuación de queja frente a Cuba, resultaba cuando menos escandalosa, pues a aquellas alturas de 1960 era de todos conocido que tropas de mercenarios adiestradas por especialistas norteamericanos se preparaban en Guatemala para un futuro desembarco en tierras cubanas²⁰⁴.

Sobre los Estados Unidos, sobraban los comentarios, y a ellos hemos hecho referencia con anterioridad; sin embargo, aquella tensión no hacía más que jugar a favor de los intereses norteamericanos y facilitaba la creación de un contexto adecuado para justificar cualquier tipo de agresión contra el régimen fidelista, pues se podía culpar a Cuba de generar tal desconcierto en el Caribe que el mal menor pasaba necesariamente por la intervención. En lo tocante a las tensiones con Venezuela éstas resultaban más complejas de solventar, pues se trataba de un antiguo aliado al que, en principio, Cuba estaba unida por lazos que iban más allá de la vecindad y la cultura compartida. Tras el triunfo de la Revolución cubana Venezuela y Cuba parecían destinados a estrechar sus lazos, sin embargo, poco a poco las relaciones bilaterales se fueron agriando hasta alcanzar en octubre de 1960 un punto de no retorno.

El diario *Pueblo* afirmó a mediados de noviembre que las relaciones entre Cuba y Venezuela estaban seriamente dañadas y que la ruptura no debía descartarse²⁰⁵. Además, el mismo diario afirmaba que como medida preliminar las autoridades venezolanas habían prohibido “la venta en Caracas de diarios y revistas cubanas”, en las que, “con esa arrogancia tan puesta de moda por los fidelistas”, se atacaba “despiadadamente” al Gobierno de Venezuela y se invitaba al pueblo venezolano “a la rebelión”²⁰⁶.

²⁰⁴ *Bohemia* (Año LII). Núm. 45. La Habana: domingo, 6 de noviembre de 1960, págs. 56 y 57. Semanal.

²⁰⁵ *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6594. Madrid: sábado, 12 de noviembre de 1960, pág. 4. Diario.

²⁰⁶ *Idem*.

La revista *Bohemia* no llegó a tanto, pues en ningún momento hizo un llamamiento al pueblo venezolano para que se levantara contra el Gobierno caraqueño. Sin embargo, lo que sí era cierto era el trato desdeñoso dispensado a las autoridades venezolanas. *Bohemia* hacía un balance de lo acontecido en Venezuela muy crítico y, además, se informaba de lo que la prensa franquista había decidido omitir con respecto a las revueltas venezolanas. *Bohemia*, en su primer número de noviembre, señalaba que Venezuela estaba viviendo un momento de gran incertidumbre y que la máxima autoridad de la nación no estaba sabiendo dar una respuesta adecuada a las muy razonables demandas populares. El semanario cubano apoyaba el comentario con una fotografía que recogía uno de los innumerables choques entre las fuerzas de orden público y las agrupaciones populares y estudiantiles contrarias a la política del presidente Betancourt. Unos altercados que habían arrojado como balance hasta aquel momento la trágica cifra “*de nueve muertos y más de sesenta heridos*”²⁰⁷. *Bohemia* critica las maneras desplegadas por las autoridades venezolanas y las medidas extremistas con que se había aplicado la represión “*para destruir la resistencia popular*”²⁰⁸. En aquel mismo número se publicaba un reportaje cuyo título ya era indicativo de la línea argumental que lo presidía: “*Dilema en Venezuela. Dictadura o verdadera revolución*”²⁰⁹.

Un mes después, en su primer número de diciembre, *Bohemia* se expresaba con más contundencia todavía contra las autoridades venezolanas y personalizaba en el presidente Betancourt el inconcebible viraje de la política del Gobierno caraqueño. Según la revista *Bohemia*, Betancourt había dado la espalda a su pasado revolucionario y cada día resultaba más evidente que el presidente venezolano había olvidado con suma rapidez “*su cómodo exilio en Cuba*” y las ideas que antaño había defendido²¹⁰. El presidente venezolano se mostraba desconocido y “*para escándalo de América*” había decidido ponerse al costado del imperialismo norteamericano para ingresar “*con armas y bagajes en la guerra fría que Washington había dictado contra el régimen liberador de Fidel Castro*”²¹¹.

La revista habanera sostenía aquella convicción a la vista de los últimos acontecimientos registrados en Venezuela que, además de la represión popular y de las víctimas resultantes, habían dejado como secuela un reguero de detenciones arbitrarias, entre ellas las de dos dirigentes de la FEU de Cuba. Las detenciones de los cubanos, según relató *Bohemia*, había sido acometidas sin las debidas garantías legales. Además, los integrantes de la FEU, durante su cautiverio, habían sido mantenidos bajo un estricto régimen de incomunicación y habían sido objeto de una serie de vejaciones intolerables²¹². Finalmente, las autoridades venezolanas habían decretado la expulsión de los miembros de la FEU del país, acusándolos de “*extremistas*”, de trabajar a los órdenes del comunismo y de colaborar con los venezolanos que conspiraban para derrocar al Gobierno de Venezuela²¹³.

En realidad, poco podían haber colaborado en las revueltas populares aquellos dos miembros de la FEU, pues fueron detenidos nada más aterrizar en el Aeropuerto Internacional de Maiquetía Simón Bolívar, situado a las afueras de Caracas. Permanecieron veinticuatro horas en el país y fueron retornados a Cuba después de permanecer un día entero en paradero desconocido bajo régimen de arresto²¹⁴. Por otro lado, entre los dos dirigentes estudiantiles detenidos se encontraba Manuel Payán, uno de los hombres que había tomado el control de la Embajada cubana en Madrid tras el triunfo de

²⁰⁷ *Bohemia* (Año LII). Núm. 45. La Habana: domingo, 6 de noviembre de 1960, pág. 83. Semanal.

²⁰⁸ *Idem*.

²⁰⁹ *Ibidem*, págs. 20 y 73.

²¹⁰ *Bohemia* (Año LII). Núm. 49. La Habana: domingo, 4 de diciembre de 1960, pág. 65. Semanal.

²¹¹ *Idem*.

²¹² *Idem*.

²¹³ *Idem*.

²¹⁴ *Ibidem*, pág. 63.

la revolución en enero de 1959²¹⁵. Payán, miembro del Directorio Revolucionario, había estado exiliado en España durante ocho meses y junto con Enrique Canto, del 26 de Julio, era uno de los líderes cubanos a los que el Ministerio de Exteriores español había otorgado mayor confianza²¹⁶, lo que a priori lo separaba de aquella condición de extremista y pseudo-marxista en la que trataban de colocarlo las autoridades policiales venezolanas.

Bohemia no albergaba dudas sobre la deriva en la que había entrado la vida política venezolana. Todo por lo que se había luchado parecía desvanecerse y, lejos de lo que pudiera pensarse, Venezuela había retrocedido décadas en su historia. Después de los últimos acontecimientos, la población venezolana se encontraba bajo un “*ambiente de suspicacia inquisitorial y represión política*” que había retrotraído al país a periodos de infausto recuerdo²¹⁷. Con respecto a Cuba, el mensaje de las autoridades venezolanas había sido claro y contundente. Las puertas se habían cerrado para los cubanos en el país vecino, pues, a partir de aquel momento, las organizaciones políticas y los movimientos sociales de Venezuela ya no eran libres para invitar a miembros de organizaciones homónimas procedentes de Cuba. Los miembros de la FEU habían sido invitados a Venezuela por las organizaciones universitarias venezolanas y, como sus homólogos venezolanos, los cubanos, habían corrido la misma suerte. Una vez desencadenada la represión habían sido maltratados y encarcelados por las autoridades venezolanas, pero los cubanos habían tenido más suerte que sus compañeros de lucha al ser expulsados del país.

El semanario cubano lamentaba la situación en la que se encontraba Venezuela, pues el balance de la represión había propiciado que la presidencia de Betancourt contara ahora con mártires de la libertad como había sucedido bajo los regímenes Juan Vicente Gómez y Pérez Jiménez²¹⁸. *Bohemia* se mostraba categórica sobre el horizonte que se habría para Venezuela: un cambio de Gobierno y profundizar en la línea de transformaciones, un Gobierno de regentes que campeara el temporal hasta las próximas elecciones previstas para 1964 o un Gobierno reaccionario²¹⁹. El Gobierno de Betancourt, sino no comenzaba a gobernar para el pueblo y se alejaba de los intereses norteamericanos, tendría que acudir a la represión, pues todo parecía indicar que el pueblo venezolano no estaba dispuesto a seguir tolerando con un régimen que prometía cambios pero que seguía anclado en los vicios del pasado.

Lo que había sucedido en Venezuela no era más que lo que estaba sucediendo en el resto del continente y, según aseveraba *Bohemia*, Cuba no tenía la culpa de que el pueblo venezolano, “*al afrontar sus más dramáticos dilemas públicos*”, mezclara “*las invocaciones a la revolución cubana con sus lemas y anhelos propios*”²²⁰. Betancourt emprendía un trabajo vano si quería aislar al pueblo venezolano de la realidad que se vivía en el resto del continente. Los estudiantes venezolanos y las clases populares habían portado pancartas en favor de Cuba porque sus enemigos eran los que había tenido que encarar “*la gesta verdeolivo*”, y estos no eran otros que “*el militarismo y el imperialismo*”²²¹.

Así pues, lejos de llamar al alzamiento nacional, como aseveraba *Pueblo*, lo que destacaba *Bohemia* en sus páginas era la similitud entre Cuba y Venezuela. Ambos países partían de condiciones objetivas similares en su relación con Estados Unidos y en los problemas sociales que tenían por delante y

²¹⁵ *Diario de la Marina* (Año CXXVII). Núm.5. La Habana: lunes 5 de enero de 1959, pág. 1A. Diario y De Paz Sánchez, Manuel: *Zona Rebelde: Op. Cit.*, pág.144.

²¹⁶ *Idem*.

²¹⁷ *Bohemia* (Año LII). Núm. 49. La Habana: domingo, 4 de diciembre de 1960, pág. 65. Semanal.

²¹⁸ *Idem*.

²¹⁹ *Bohemia* (Año LII). Núm. 45. La Habana: domingo, 6 de noviembre de 1960, pág. 73. Semanal.

²²⁰ *Bohemia* (Año LII). Núm. 49. La Habana: domingo, 4 de diciembre de 1960, pág. 65. Semanal.

²²¹ *Idem*.

esquivar aquellos problemas tenía consecuencia la explosión popular. La única diferencia entre Cuba y Venezuela era que la primera se encontraba ya en una fase más avanzada de liberación nacional y social, pues el Gobierno de Venezuela estaba haciendo todo lo posible por frenar o torpedear aquel proceso de emancipación nacional y de catarsis social. Cuba y Venezuela compartían condiciones objetivas, pero el facto subjetivo capaz de desencadenar el cambio parecía estar todavía en formación en el caso venezolano.

Sin embargo, en algo estaban de acuerdo las publicaciones cubanas y las franquistas, los problemas en Venezuela, si algo tenían que ver con Cuba, venían derivados de la salida del gabinete ministerial del que hasta la fecha se había desempeñado como ministro de Exteriores, Ignacio Luis Arcaya. Arcaya había sido relevado de su cargo al frente de la política exterior y las razones de su salida estaban directamente relacionadas con Cuba. Un relevo que se había materializado a finales de octubre y que venía determinado por su negativa a firmar la Declaración de Costa Rica. Para ocupar el Ministerio de Exteriores se designó a Marcos Falcón Briceño, el que hasta la fecha había sido embajador en Estados Unidos. Un cambio más que significativo y que mostraba sin complejos, de forma muy clara, el camino por el que quería encauzar Betancourt sus relaciones exteriores.²²²

El señor Falcón había sustituido a Ignacio Luis Arcaya al frente de la representación venezolana en plena Conferencia de San José de Costa Rica, y, como se recordará de capítulos precedentes, aquella decisión había sido impuesta desde Caracas por el propio presidente Betancourt. La historia se repetía de nuevo, pero ahora tenía un calado más relevante, pues no era la representación venezolana ante la OEA, sino el Ministerio de Exteriores el que se le arrebatara a uno de los líderes más señalados de la Unión Republicana Democrática (URD). Un incidente que no hizo más que avivar las malas relaciones que existían dentro de la coalición que gobernaba en Venezuela.²²³

Dentro del Gobierno venezolano se estaban generando unas heridas que parecían ya imposibles de suturar. Por una parte, los “urredistas”, nombre por el que se conocía a los integrantes de la Unión Republicana Democrática y dentro de los cuales Arcaya era una de sus figuras prominentes, se mostraban abiertamente partidarios de la Revolución cubana; y, por la otra, el partido de Betancourt, Acción Democrática, había sufrido una escisión que pasó a llamarse Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y que disentía profundamente de la línea gubernamental. Este grupo desgajado de Acción Democrática no sólo estaba a favor de Fidel Castro, sino que apostaba por seguir una línea de acción convergente con la promovida en Cuba. Entre tanto los comunistas venezolanos, ajenos al Gobierno, presionaban desde fuera para que Betancourt se mostrara más radical en las reformas y, como era de esperar, apostaban también abiertamente por la línea emprendida por el Gobierno de La Habana. Como resultado de aquel contexto los comunistas, los “urredistas” y también los miembros del MIR, aunque defendían diferentes perspectivas y programas, exigían cambios en la línea gubernamental, de lo contrario, el equipo que lideraba Betancourt debía abandonar el Gobierno y facilitar la entrada de un nuevo gabinete dispuesto a apostar por el cambio que necesita el país.²²⁴

Para la revista *Bohemia*, el presidente Betancourt estaba obligado a desarrollar el programa con el que se había comprometido cuando llegó al poder. Y, por supuesto, no cabía aquel juego confusionista en el que las autoridades venezolanas trataban de ocultarse. Acusar a Cuba se estaba convirtiendo para los voceros del régimen venezolano en el medio más eficaz para eludir y disimular sus ya

²²² *El Alcázar* (Año XXIV). Núm.7601. Madrid: miércoles, 26 de octubre de 1960, pág. 1. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm.6579. Madrid: miércoles, 26 de octubre de 1960, pág. 1. Diario.

²²³ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm.7601. Madrid: miércoles, 26 de octubre de 1960, pág. 1. Diario, *Pueblo* (Año XXI). Núm.6579. Madrid: miércoles, 26 de octubre de 1960, pág. 1. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm.6594. Madrid: sábado, 12 de noviembre de 1960, pág. 4. Diario.

²²⁴ *Bohemia* (Año LII). Núm. 47. La Habana: domingo, 20 de noviembre de 1960, pág. 85. Semanal y *Pueblo* (Año XXI). Núm.6594. Madrid: sábado, 12 de noviembre de 1960, pág. 4. Diario.

notorios fracasos. Desde la revista *Bohemia* se señalaba que Venezuela precisaba un cambio para salvar la ilusión creada años atrás, pues, a finales de 1960, el país se encontraba ante una democracia deficiente, un régimen de prensa intervenido, una oposición que medraba dentro del propio Gobierno, una represión popular creciente y una reforma agraria que era una caricatura de lo que se había prometido²²⁵. Estos eran varios de los asuntos por resolver y, según *Bohemia*, para acometerlos se precisaba de un Gobierno fuerte y unas fuerzas armadas que sólo respondieran a los compromisos populares. Una realidad con la que no contaba Venezuela, donde eran públicas y notorias las diferencias entre “los tres partidos que sostenían el gobierno” y donde el ejército continuaba “plagado de elementos perezjimenistas”²²⁶.

A tenor de lo expuesto era fácil entender el complejo entramado en que se encontraban las relaciones internacionales cubanas en el continente. Por diferentes razones, los enemigos esperados y también los inesperados, los antiguos y los recién llegados, acusaban a Cuba de exportar su modelo revolucionario más allá de sus fronteras. En el caso de Venezuela el semanario cubano se mostraba contundente sobre el clima de represión que reinaba en la patria de Bolívar y sobre el fracaso que para Venezuela suponía la renuncia a cumplir el programa de transformaciones que el país necesitaba. Sin embargo, *Bohemia* se mostraba todavía más dura en el análisis de lo acontecido en Nicaragua y Guatemala, pues en el caso de estos dos países encontraba repugnantes las acusaciones lanzadas contra Cuba.

En el caso de Guatemala, el ataque contra Cuba, acusándola descaradamente de injerencia en los asuntos de otro país, resultaba cuando menos irritante. La denuncia guatemalteca atesoraba un cinismo difícilmente asumible, pues todas las informaciones provenientes de Guatemala, como hemos señalado, confirmaban la presencia de tropas acantonadas a la espera de la orden pertinente para emprender la misión de invadir Cuba. Sobre estos destacamentos de mercenarios las noticias eran tan detalladas que ofrecía ya el número de integrantes, de mil hablaban unas informaciones y de tres mil otras²²⁷; se ofrecían también informes minuciosos sobre los pertrechos militares con los que contaban los contingentes mercenarios²²⁸; sobre el número de los instructores norteamericanos y sobre las pistas de aviación construidas en las montañas guatemaltecas para trasladar tropas, armamentos y suministros también se daba cuenta en la prensa internacional²²⁹; se hablaba igualmente de la nacionalidad de los mercenarios, guatemaltecos, norteamericanos, dominicanos, españoles, cubanos y combatientes procedentes de otros países de Latinoamérica²³⁰, y se daban ya los nombres y la localización de las fincas en las que estaban asentados los campamentos militares de adiestramiento²³¹.

En fin, demasiados detalles sobre los preparativos de invasión y demasiadas evidencias sobre la participación de Guatemala en aquellos planes de intervención patrocinados por los Estados Unidos. Las informaciones sobre la implicación de las autoridades guatemaltecas en la intervención sobre Cuba procedían además de diferentes fuentes, bolivianas, chilenas, costarricenses, dominicanas, guatemaltecas, hondureñas, mejicanas, salvadoreñas, norteamericanas...²³², lo que daba total

²²⁵ *Bohemia* (Año LII). Núm. 47. La Habana: domingo, 20 de noviembre de 1960, pág. 85. Semanal.

²²⁶ *Idem*.

²²⁷ *Bohemia* (Año LII). Núm. 45. La Habana: domingo, 6 de noviembre de 1960, pág. 56. Semanal.

²²⁸ *Idem*.

²²⁹ *Bohemia* (Año LII). Núm. 50. La Habana: domingo, 11 de diciembre de 1960, pág. 85. Semanal.

²³⁰ *Bohemia* (Año LII). Núm. 51. La Habana: domingo, 18 de diciembre de 1960, pág. 82. Semanal.

²³¹ *Bohemia* (Año LII). Núm. 45. La Habana: domingo, 6 de noviembre de 1960, pág. 56. Semanal.

²³² *Bohemia* (Año LII). Núm. 45. La Habana: domingo, 6 de noviembre de 1960, pág. 56. Semanal, *Bohemia* (Año LII). Núm. 49. La Habana: domingo, 4 de diciembre de 1960, pág. 64. Semanal, *Bohemia* (Año LII). Núm. 50. La Habana: domingo, 11 de diciembre de 1960, pág. 85. Semanal y *Bohemia* (Año LII). Núm. 51. La Habana: domingo, 18 de diciembre de 1960, pág. 82. Semanal.

credibilidad a aquellos informes, y justificaba sobradamente la irritación mostrada por la revista *Bohemia* ante las acusaciones guatemaltecas contra Cuba.

Sin embargo, desde la revista *Bohemia*, en el tratamiento dado a los levantamientos de Nicaragua y de Guatemala no se hacía mayor distinción sobre sus causas y condicionantes. El análisis de lo sucedido en los dos países centroamericanos era análogo tanto en lo que hacía referencia a las condiciones objetivas para el estallido revolucionaria como en el factor subjetivo desencadenante de dicho estallido. Ambos casos eran analizados de forma conjunta pues las insurrecciones populares acaecidas a mediados de noviembre de 1960 en ambos países respondían a razones idénticas, según aseveraba *Bohemia*.

La revista *Bohemia* dedicó un editorial en uno de sus números de finales de noviembre a analizar lo acontecido en Nicaragua y Guatemala. En estos dos países centroamericanos, definidos como dos de los “feudos del imperialismo yanqui”²³³, los movimientos insurgentes populares no podían considerarse flor de un día, pues la capacidad de aguante en ambos países había rebasado los límites de lo tolerable y ambos pueblos estaban ya demasiado cansados. Las condiciones sociales y políticas de ambas naciones eran tan opresivas, según *Bohemia*, que el estallido revolucionario era tan natural como predecible²³⁴. Sin embargo, lo que no resultaba tan natural era culpar del descontento popular centroamericano a la Revolución cubana.

Los grupos de alzados presentes en Nicaragua y Guatemala, según señalaba este mismo editorial, habían servido “de nuevo a los artífices de la gran intriga contra la Revolución cubana para inventar festinadas injerencias del archipiélago verdeolivo en los distantes subestados (sic) bananeros de Centroamérica”²³⁵. *Bohemia*, en un tono humillante para ambas repúblicas centroamericanas, señalaba que detrás de las acusaciones contra Cuba estaban los Estados Unidos, incapaces de admitir que guatemaltecos y nicaragüenses tuvieran “motivos propios para rebelarse contra los feroces capataces” que les habían sido impuestos por el State Department²³⁶. Reconocer las causas internas de aquellos levantamientos significaba asumir una dolorosa realidad: la responsabilidad de “la United Fruit”, “la Embajada norteamericana” y el “verdugo de turno” en “la monstruosa injusticia social y política” en la que se encontraban los pueblos de Nicaragua y Guatemala²³⁷.

De aquí venía la necesidad de implicar a Cuba en aquellos levantamientos. Lo importante era esquivar cualquier análisis que pusiera al descubierto el régimen de contradicciones existente en los países latinoamericanos, pues como había sucedido en Cuba la contradicción entre los pueblos hispanos y el imperialismo norteamericano terminaría dejando al descubierto aquella otra contradicción propia del sistema capitalista de extracción rapaz que existía en muchos pueblos del continente.

Bohemia, sin embargo, no necesitaba acudir a explicaciones de este orden, pues trataba a las autoridades de Nicaragua y Guatemala como a simples capataces de la frutera, como a conserjes de la Administración norteamericana o como a mayores de la hacienda estadounidense en la que trabajaba la resignada población nicaragüense y guatemalteca. Frente a este estado de oprobio era contra a lo que se habían levantado los pueblos sometidos. Grupos guerrilleros se habían alzado contra el poder establecido y entre sus integrantes sólo había guatemaltecos y nicaragüenses insuficientemente armados, como se encargó de enfatizar el semanario cubano, pero con los

²³³ *Bohemia* (Año LII). Núm. 47. La Habana: domingo, 20 de noviembre de 1960, pág. 59. Semanal.

²³⁴ *Idem*.

²³⁵ *Idem*.

²³⁶ *Idem*.

²³⁷ *Idem*.

suficientes arrestos para sostener la lucha armada durante varios días, entregando muchos de ellos la vida en el intento²³⁸.

Para la revista *Bohemia*, hablar de la implicación cubana en aquellos alzamientos constituía “*un nuevo insulto al sentimiento nacional latinoamericano*”, pues el mero hecho de tildar a los revolucionarios de Guatemala y Nicaragua “*de títeres de la Revolución cubana*” era desconocer por completo las condiciones que imperaban en aquellos países²³⁹. Por lo demás, la revista *Bohemia* no ocultaba su simpatía por lo alzados, pues en aquel editorial así se reconocía sin circunloquios. Sin embargo, aquellas muestras de afecto no significaban que la Revolución cubana comandara a aquellos grupos de alzados. *Bohemia*, sin evasivas y de forma aseverativa, con la misma contundencia que mostraba su simpatía por los sublevados, desvinculaba a Cuba de aquellas operaciones de insurgencia. El pueblo cubano, según señalaba lacónicamente el editorial aludido, reconocía a guatemaltecos y nicaragüenses como hermanos en la contienda, pero no necesitaba subordinados porque la revolución ni se exportaba ni entendía de fronteras²⁴⁰.

Para *Bohemia*, el significado de aquellas acusaciones contra Cuba tenía una lectura sencilla que no se podía atribuir solamente a la propaganda, pues en aquellas acusaciones, ejecutadas de forma servil por Guatemala, se perseguía una condena oficial de Cuba en el seno de la OEA. Estados Unidos ponía en marcha su engranaje diplomático para poner una vez más al servicio de sus intereses a la depauperada organización continental. La Comisión Interamericana de Paz había acogido la denuncia, “*emitida sin la menor prueba por el régimen lacayo de Ydígoras*”, de la implicación cubana en “*el levantamiento armado de sus connacionales*”²⁴¹. Una comisión que había dado pronta respuesta, concediendo el favor y la razón “*al dictador guatemalteco antes de comprobar los cargos*”²⁴².

El presidente de Guatemala, lejos de quedarse satisfecho con el entrenamiento de mercenarios en su propio territorio, actuaba como “*cuña del imperialismo*” para sentar de nuevo a Cuba en el banquillo de los acusados. Además, para escarnio de las autoridades cubanas, lo hacía a través del mismo organismo que se resistía a investigar y denunciar “*los superabundantes preparativos de invasión a Cuba*” que se estaban acometiendo en suelo guatemalteco “*con barcos de origen norteamericano y organizados por oficiales de las fuerzas armadas norteamericanas*”²⁴³. El editorial de *Bohemia*, con una mezcla de irritación y desprecio, ponía el acento en la velocidad de reacción por parte de los organismos interamericanos cuando Cuba era la acusada y en su lentitud cuando la misma Cuba era la víctima y la denunciante.

Para la revista *Bohemia* se cerraba así el círculo virtuoso en el que se movía la diplomacia norteamericana: la intriga ya estaba montada como en 1954 y como en aquella ocasión la conjura había contado con la “*participación de mercenarios y cancilleres*”²⁴⁴. Sin embargo, la misma *Bohemia* se encargaba de señalar que el contexto ya no era el mismo. Habían pasado seis años y muchos pueblos habían sacado ya sus conclusiones después del golpe en Guatemala. La Revolución cubana, al contrario del movimiento revolucionario guatemalteco, no era un foco aislado, que pudiera sofocarse con un revés de fuerza. *Bohemia* señalaba que, además de la solidez interna de Cuba en 1960, mucho mayor que la de Guatemala en 1954, el movimiento fidelista contaba también con la

²³⁸ *Idem.*

²³⁹ *Idem.*

²⁴⁰ *Idem.*

²⁴¹ *Idem.*

²⁴² *Idem.*

²⁴³ *Idem.*

²⁴⁴ *Idem.*

actitud favorable de los pueblos latinoamericanos, mejor informados y atentos a todo lo que acontecía con el proceso revolucionario cubano.

En los pueblos latinoamericanos, “*cansados de soportar sobre sus espaldas la coyunda imperialista y de someterse a gobiernos verdugos*”, el ejemplo cubano estaba prendiendo y aquí precisamente se encontraban los desvelos de la diplomacia norteamericana²⁴⁵. Desde Washington, aunque se simulara lo contrario, se sabía que las revoluciones no necesitaban exportarse, que bastaba “*el ejemplo de un pueblo*” que había sabido “*romper a tajos continuados el yugo extranjero*” para que la imitación cundiera en el resto del continente²⁴⁶. Sobre este particular la revista *Bohemia* se mostraba tajante, la intervención de Cuba, dados sus escasos recursos en comparación con los Estados Unidos, no era lo que preocupaba al imperialismo, sino su ejemplo, el ejemplo del levantamiento y el no como respuesta a la cesión de la soberanía: “*Lo que de veras se teme de Cuba no es la injerencia, sino el ejemplo. Y el ejemplo es lo que camina sin dejar huellas y obra a distancia sin el menor ademán*”²⁴⁷. El ejemplo era la fuente de todas las fobias norteamericanas, así lo creía la revista *Bohemia* y así lo mostraba de forma exultante en su diagnóstico:

“La Revolución cubana triunfará en la América, quiéranlo o no, combátanlo o no los agentes del dólar, ya estén intrigando en los butacones del State Department, o en las playas de Guatemala, o en los palacios presidenciales de Managua y Ciudad Guatemala. Cuba no necesita mover un dedo para provocar ese resultado histórico. Sabe que su gesta de hoy es el antecedente de lo que será Latinoamérica mañana. Le consta que representa un comienzo y que inexorablemente su mensaje hallará respuesta”.²⁴⁸

Los pueblos oprimidos del hemisferio, en aquel análisis entusiasta de *Bohemia*, no necesitaban “*recibir órdenes*”, ni siquiera las solicitaban, y tampoco precisaban “*ayuda de nadie*”²⁴⁹. Ellos sólo eran capaces de sublevarse contra el imperialismo y sus servidores criollos. Lo único que le restaba hacer a Cuba era “*saludar con esperanza*”, como lo hacía *Bohemia*, “*a los bravos insurgentes de Guatemala y Nicaragua*”, desearles “*una completa victoria*” y hacerles llegar el mensaje de que Cuba estaba con ellos²⁵⁰.

Así pues, el diagnóstico no podía ser severo en el análisis acometido por *Bohemia*. Las maniobras de Nicaragua y Guatemala, sus embustes y añagazas para tratar de implicar a Cuba en los levantamientos populares, no eran más que el trampantojo tras el que se pretendía ocultar una realidad infamante; el grado de postración al que estaban sometidas ambas naciones. De lo que se trataba en definitiva era de enmascarar el verdadero problema: el régimen de deterioro social y político en el que se vivía en ambos países. Sin embargo, para la revista *Bohemia* la realidad era tan apabullante que de poco servían tretas y ardiles para desfigurarla. En el régimen de los Somoza y en el de Ydígoras todo parecía estar muy claro: la Embajada norteamericana, las compañías estadounidenses y las autoridades criollas de ambos países se repartían el trabajo de gobierno, que en ningún caso tenía como premisa a los ciudadanos nicaragüenses y guatemaltecos, sino a los intereses políticos, económicos y estratégicos de un puñado de familias criollas y de un sector muy concreto de los Estados Unidos.

Cuba era el ejemplo que existía en América para cercenar aquel mal y aquel ejemplo medraba en el continente a pesar de las innumerables trabas. Esta era la idea fundamental sobre la que gravitaba el

²⁴⁵ *Idem.*

²⁴⁶ *Idem.*

²⁴⁷ *Idem.*

²⁴⁸ *Idem.*

²⁴⁹ *Idem.*

²⁵⁰ *Idem.*

análisis de *Bohemia* sobre los alzamientos, algaradas, revueltas y movimientos guerrilleros que prendían en diferentes puntos del continente. Venezuela, Nicaragua y Guatemala no eran casos aislados, formaban parte de un todo en el que estaba involucrada toda la América hispano-lusa. Para exponer aquel contexto de agitación permanente, *Bohemia* había radicalizado su discurso y haciendo uso de un ejercicio en el que las tesis martianas corrían parejas con las marxistas, señalaba a mediados de noviembre en uno de sus reportajes sobre la realidad continental cuál era, a su parecer, el drama de América y cuál tenía que ser la respuesta cubana a aquel drama.

El mal que padecía América no era otro que el imperialismo, fuente y origen del drama social que recorría el continente. El mal y el drama estaban tan indisociablemente emparentados que la eliminación del uno no podía lograrse sin la erradicación del otro. La injusticia social, que venía ligada a la política mantenida por los Gobiernos latinoamericanos y a su incapacidad para la legislar a favor de los pueblos que gobernaban, estaba provocando “*movimientos de legítima rebeldía en varios países importantes de Latinoamérica*”²⁵¹. Tal era así que se podía trazar una línea que partiendo de Río de Janeiro desembocaba en Ciudad de Panamá, para pasar de aquí a Lima, Santiago de Chile y Buenos Aires²⁵². Todos los conflictos registrados en los últimos meses tenían un denominador común: un clamor, que bajo diferentes recetas, demandaba políticas que caminaran hacia la justicia social. A aquellas alturas de 1960 ya no se podía hablar de conflictos puntuales, ya no se trataba de “*casos aislados*”, sino de demandas constantes y generalizadas para tratar de solucionar un problema que era común a veinte naciones del continente²⁵³.

En la América real, en aquella que se encontraba fuera de la imaginada en las constituciones de muchas repúblicas, “*las fuerzas históricas*” que movían “*la tragedia social*” luchaban para imponer sus criterios: por un lado, “*los trabajadores, núcleo básico de los pueblos*”, y, por el otro, “*las oligarquías rapaces*” que vivían “*del subdesarrollo y el sometimiento al imperialismo norteamericano*”²⁵⁴. En el resultado de aquella lucha estaba el destino de América.

Bohemia veía en aquella batalla a la madre de todas las batallas. Y lo más singular del asunto era que aquella lucha parecía prender con fuerza en todas partes, no entendía de dictaduras ni de democracias. Llegados a aquel punto, *Bohemia* aprovechaba la ocasión brindada, rara vez desaprovechada en aquellos meses, para cargar contra las democracias representativas que imperaban en América. Las democracias latinoamericanas, de “*cuyos falsos valores*” hacían alarde “*politicastros y abogados del privilegio*”, habían entrado en una senda de descrédito que ya nadie podía ocultar²⁵⁵. La revista *Bohemia* aseveraba con rotundidad en aquel reportaje que la democracia representativa era incapaz de asumir las demandas populares. La única diferencia que habían existido en los últimos años entre “*las dictaduras y esas seudodemocracias (sic)*” en el tratamiento dado a las demandas populares había estribado en la forma de acallarlas: las primeras habían optado por aplastar la protesta y las segundas por aplazar indefinidamente la solución²⁵⁶. Sin embargo, todo parecía estar cambiando, pues esa distancia entre ambos sistemas se había acortado de tal forma que en aquellos momentos todo parecía indicar que dictaduras y democracias representativas compartían estrategia. La represión se había entronizado ya como la única vía para acallar las protestas²⁵⁷.

La crueldad de la revista *Bohemia* para con las democracias representativas, sobre todo el trato dispensado a aquellas con las que antaño la Revolución cubana había tenido buenas relaciones, era

²⁵¹ *Bohemia* (Año LII). Núm. 46. La Habana: domingo, 13 de noviembre de 1960, pág. 57. Semanal.

²⁵² *Idem*.

²⁵³ *Idem*.

²⁵⁴ *Idem*.

²⁵⁵ *Idem*.

²⁵⁶ *Idem*.

²⁵⁷ *Idem*.

incuestionable. *Bohemia* señalaba que ya no cabía disculpar a nadie, pues el régimen de represión imperante en América demanda de urgencias en la denuncia: los mandatarios latinoamericanos que presumían de amparar la democracia, una vez “enfrentados con las justas aspiraciones ciudadanas”, hacían “uso de idénticos elementos represivos que los déspotas”, lo que inclinaba a la revista a señalar que, en aquellos últimos meses, ya iba siendo “difícil distinguir a Frondizi de Somoza y a Alessandri de Trujillo”²⁵⁸. Unos y otros, según el balance de *Bohemia*, terminarían “por confundirse”²⁵⁹.

Una vez analizado el estado continental, diagnosticado aquel mal que azotaba al continente y criticado el uso desmedido que se estaba haciendo de la represión. *Bohemia* entraba a exponer la que a su juicio era la única solución posible. La única forma de remediar “tanta miseria, tanto dolor y tanta injusticia social y política” no podía ser otra que “la transformación radical de la sociedad latinoamericana”, eliminando para ello “a las clases parasitarias” que hasta aquel momento habían actuado como freno para el “desarrollo colectivo” del continente²⁶⁰.

Lo que propugnaba *Bohemia* para el continente era la revolución, con sus diferentes ritmos y formas según el país en que se asentara, pero la revolución en estado puro. Ahí estaba el ejemplo de Cuba, un ejemplo que invalidaba las teorías deterministas que hablaban de la imposibilidad de una revolución social en la América regida por los Estados Unidos. Al ejemplo cubano podían unirse muchas otras repúblicas del continente. Cuba había abierto el camino y por él podían circular para liberarse el resto de repúblicas latinoamericanas. *Bohemia* creía en esta posibilidad y, haciendo uso de un razonamiento claramente teleológico, así lo afirmaba: “Lo que se ha cumplido en Cuba es un precedente y un estímulo irresistible para los conglomerados fraternos de las Américas”²⁶¹.

En aquel reportaje, un llamamiento en toda regla a ensayar la vía revolucionaria, la línea editorial de *Bohemia* no ofrecía dudas sobre cual tenía que ser el futuro del continente y tampoco sobre las clases sociales llamadas a conducirlo. Sobre este último aspecto la revista cubana se mostraba axiomática. Los hombres y mujeres que saludaban a la Revolución cubana desde el resto del continente, casualmente, eran los mismos que estaban sosteniendo el proceso revolucionario en Cuba: “Pensadores, profesores, líderes obreros y campesinos, representantes de la cultura y el trabajo”²⁶². *Bohemia* hablaba ya de un movimiento latinoamericano, articulado “desde México al Plata”, y sustentado por todos aquellos grupos de trabajadores provenientes de los campos más diversos²⁶³. Eran aquellos grupos los que defendían a la revolución fuera y dentro de Cuba y los que habían defendido sus formas y reformas.

La revolución tenía que estar pues en manos de los trabajadores, en el sentido amplio de la palabra, y en ellos recaía la responsabilidad de aunar revolución social y nacional. La receta a seguir, con sus matices y particularidades, era la cubana. En Cuba se estaba anticipando el modelo para el futuro continental. *Bohemia* así lo pensaba y así se expresa sobre este particular:

“La Cuba de hoy prefigura inexorablemente a la América de mañana. La respuesta al ansia trágica de veinte pueblos ha sido dada en la patria del que luchó y predicó para ellos y no sólo para su suelo natal: José Martí. Desde la Isla renacida se tiende la mano a todos los hermanos irredentos de América”.²⁶⁴

²⁵⁸ *Idem*

²⁵⁹ *Idem*

²⁶⁰ *Idem*

²⁶¹ *Idem*

²⁶² *Idem*

²⁶³ *Idem*

²⁶⁴ *Idem*

El carácter de la Revolución cubana se iba configurando sin timidez ni dobleces y, sobre todo, sin necesidad de acudir etiquetas ajenas a la historia de Cuba o de las repúblicas hermanas de Latinoamérica. Por otro lado, la dirigencia cubana contaba con un descaro programático en su agenda de transformaciones que, por necesidad, chocaba con los intereses de Estados Unidos y sus socios latinoamericanos. De este modo, y cada vez de forma más notoria, la revolución tenía que destinar parte de sus energías a hacer frente a los mandobles que llegaban de Estados Unidos y a las descalificaciones y denuncias que provenían de algunos mandatarios latinoamericanos.

La Revolución cubana, en aquellos meses finales de 1960, ya no era solamente atacada por lo que tenía de erosiva para el sistema capitalista implantado por Estados Unidos en Cuba, sino también por la impronta internacionalista que impregnaba el mensaje revolucionario cubano. Cuba, a la vez que implantaba su programa de transformaciones, promocionaba su modelo y señalaba que su proyecto podía servir para otros países del continente. Es decir, la dirigencia revolucionaria contaba con un modelo alternativo para América Latina, que iba más allá de su implantación exclusiva en tierras cubanas. El movimiento fidelista se presentaba así como alternativa a las dictaduras y a las agotadas democracias representativas que se estaban ensayando en el continente. En el plano internacional, y acotando el análisis a una perspectiva soviética, el proyecto cubano era más trotskista que estalinista, apostaba por una línea que en muchos aspectos recordaba a los primeros años de la URSS bajo la égida de Lenin, y, desde luego, tenía difícil encaje en el programa de coexistencia pacífica que trataba de implantar Nikita Krushev.

Así pues, a aquellas alturas del proceso revolucionario, el proyecto cubano pasaba por una suerte de socialismo latinoamericanista barnizado con gruesas capas de nacionalismo cubano. De todos modos, y más allá de las definiciones, algo comenzaba a estar ya medianamente claro desde la óptica de la dirigencia cubana: en la senda del socialismo y de la liberación nacional estaba la garantía para poder satisfacer las acuciantes demandas populares, y esta receta servía tanto para Cuba como para el resto de las repúblicas de América Latina. Por tanto, la revolución o el movimiento político que tratara de suplantarla tenían que tener un fuerte basamento social y tenían también que ser verdaderamente nacionales.

El modelo de gobierno para América Latina tenía que estar fundamentado en la justicia social y en la soberanía nacional, pues era evidente que la receta de las dictaduras y de las democracias representativas no estaba siendo capaz de encauzar el progreso ni de satisfacer las demandas populares y los anhelos soberanistas. Y es que, según enfatizaba la revista *Bohemia* en sus trabajos, ni la brutalidad de las dictaduras ni la bisonería de las democracias estaban siendo capaces de asegurar unos mínimos de libertad nacional y de bienestar social. Es más, aquellos regímenes democráticos que alardeaban de serlo en la América Latina comenzaban a comportarse como las dictaduras a las que tanto denostaban. Estas y aquellas ya no encontraban otra solución para acallar la protesta que la más brutal y desnuda de las represiones.

De este modo, desde una perspectiva cubana, la disyuntiva estaba entre dictadura o revolución, dada la posición errática y cada día más autoritaria de los abúlicos regímenes que habían optado por la democracia representativa. Junto a aquellos regímenes inanes de dictaduras y democracias indolentes se encontraban las autoridades estadounidenses, obsesionadas por culpar a Cuba de los males de América, renuentes a aceptar que su modelo ni podía ni servía para contentar a los pueblos de América y empeñadas en hacer tragar a los pueblos del continente su brebaje liberal. Un falso bálsamo de fierabrás incapaz de curar los males del continente; más bien todo lo contrario, pues en el cuerpo latinoamericano, como le sucediera a Don Quijote, aquel bebedizo producía espasmos y sudores en sus hambrientas poblaciones.

Cuba se presentaba como modelo para la América hispana y lo hacía desde unos planteamientos nacionalistas que comulgaban ya con las tesis del marxismo. La responsabilidad de aquel diseño recaía en la dirigencia revolucionaria, pero no era menos cierto que Estados Unidos no le había dejado alternativa al Gobierno cubano. Cubanos y norteamericanos, unos a través de su programa transformador y otros a través de su falta de cintura para sortear los problemas, habían creado un escenario en el que Cuba podía verse abocada al socialismo como única vía para sostener la independencia. La radicalidad del Gobierno de La Habana y la inflexibilidad y la dureza sancionadora desplegada desde Washington hacían de la independencia cubana y del socialismo términos intercambiables, pues dentro del sistema liberal no parecía haber espacio para el ejercicio pleno de la soberanía y para las imprescindibles reformas económicas y sociales que demandaba el continente.



Imagen 14- Las navidades de 1960 fueron amargas para la Iglesia católica, pues recibió la reprobación de prácticamente la totalidad de la prensa cubana. Sus connivencias con la contrarrevolución eran ya sumamente evidentes y así se reflejó en los medios cubanos. Véase *Bohemia* (Año LII). Núm. 52. La Habana: domingo, 25 de diciembre de 1960, pág. 66. Semanal.

Capítulo 13- Fusiles en el frente y sotanas en la retaguardia: la contrarrevolución aviva el combate (octubre de 1960-enero de 1961)

13.1 La contrarrevolución: un fenómeno heterogéneo, internacional y doméstico

En el último trimestre de 1960 se definió el marco internacional en el que tendría que moverse la Revolución cubana en el continente a partir de entonces. Un contexto en el que la hostilidad oficial de las autoridades gubernamentales latinoamericanas crecería al mismo ritmo que el apoyo popular procedente del continente. Aquel apoyo popular latinoamericano, y también norteamericano, comenzó además a tener una presencia importante y empezó a presentarse de forma más organizada. Desde Estados Unidos, el ya mencionado Comité Pro Trato Justo a Cuba, organizó con frecuencia actos para solidarizarse con la causa cubana¹. Desde Chile, como comentamos en el capítulo precedente, el tejido asociativo del pueblo chileno realizó actos de solidaridad para acompañar y defender el proyecto revolucionario cubano². Lo mismo se podría decir de Honduras, donde se organizaron durante el mes diciembre diversos actos para respaldar al pueblo cubano. Durante una semana diversas organizaciones sociales y políticas de la nación centroamericana se movilizaron para ofrecer su apoyo a la Revolución cubana³. Por lo demás, organizaciones de un carácter político más marcado, como el MIR venezolano, fueron decantando su posición de forma más clara hacia la posición que defendía la dirigencia cubana⁴. Y en otras ocasiones la revista *Bohemia* se dedicó a entrevistar a diversos líderes sindicales y populares del continente para recoger su impresión sobre las transformaciones llevadas a cabo en Cuba, como sucedió en el caso de Brasil⁵.

El apoyo prestado a la Revolución cubana por organizaciones políticas, populares y sindicales en el continente era tan notorio que se erigió en campo fecundo para que crecieran las acusaciones de injerencia contra Cuba. Una circunstancia que inevitablemente hizo crecer la discordia entre las autoridades latinoamericanas y norteamericanas, por un lado, y la dirigencia cubana, por el otro.

Desde finales de 1960 las relaciones de Cuba con el resto de las repúblicas latinoamericanas se verían condicionada por este factor de desconfianza mutua. Como hemos apuntado, varios países de la cuenca del Caribe, como Venezuela, Nicaragua o Guatemala, comenzaron a hacer responsable a la Revolución cubana de sus desordenes internos. Desde La Habana se negaban tales asertos y se

¹ *Bohemia* (Año LII). Núm. 50. La Habana: domingo, 11 de diciembre de 1960, pág. 83. Semanal y *Bohemia* (Año LII). Núm. 51. La Habana: domingo, 18 de diciembre de 1960, pág. 100. Semanal.

² *Bohemia* (Año LII). Núm. 38. La Habana: domingo, 18 de septiembre de 1960, pág. 20. Semanal.

³ *Bohemia* (Año LII). Núm. 52. La Habana: domingo, 25 de diciembre de 1960, págs. 34, 142 y 143. Semanal.

⁴ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6594. Madrid: sábado, 12 de noviembre de 1960, pág. 4. Diario.

⁵ *Bohemia* (Año LII). Núm. 51. La Habana: domingo, 18 de diciembre de 1960, pág. 10, 143 y 144. Semanal.

denostaba el colaboracionismo latinoamericano con los intereses del capitalismo foráneo y el servilismo con el que se asumían los programas imperialistas de la Administración estadounidense. Por el contrario, desde el resto de las repúblicas latinoamericanas la Cuba de Fidel Castro comenzó a aparecer como un factor de distorsión y revuelta para el continente. Desde el Río Grande a Tierra de Fuego cada brote insurreccional comenzó a tener a la experiencia cubana como referente. La disputa estaba en definir si aquel referente era sólo moral o iba más allá de esto y se colocaba también en el plano del apoyo material y logístico.

Se abría así un debate en el que la exportación de la revolución se contraponía al modelo de desarrollo autónomo. El primero era el defendido por la mayoría de las autoridades latinoamericanas y el segundo el respaldado desde Cuba. En los discursos de la dirigencia revolucionaria y en los medios de comunicación cubanos se negaba la posibilidad de que la revolución pudiera ser exportada, ésta brotaba más bien de las condiciones de oprobio presentes en cada nación latinoamericana. Eran las condiciones objetivas de un país determinado las que facilitaban el estallido revolucionario, posible solamente si dentro de la sociedad existían las premisas para que pudiera surgir un grupo capaz de encabezarlo. Así pues, tanto las condiciones objetivas como el factor subjetivo tenían un fuerte componente nacional en los estallidos revolucionarios que comenzaban a proliferar en el continente. La presencia cubana era más bien moral, una suerte de certificado de garantía: la liberación nacional podía conseguirse a pesar de los condicionantes; se rompía con el determinismo geográfico y con aquellas teorías que apuntaban a la imposibilidad de realizar una revolución contra el ejército y las tradicionales castas criollas que venían gobernando las repúblicas latinoamericanas. Además, la Revolución cubana demostraba que la liberación nacional y la emancipación popular podían ser compatibles.

Cada república latinoamericana tenía que ser capaz de resolver aquel nudo de contradicciones imperante en el seno de su sociedad. La contradicción principal entre el imperialismo norteamericano y los pueblos del continente terminaría por converger con la contradicción fundamental del sistema capitalista y en este proceso cada pueblo tendría que decidir la forma de resolver aquel entramado de contradicciones, los ritmos a los que debería acometerse la transformación y las estrategias más adecuadas para llevarlo a la práctica con el menor quebranto posible para las clases populares.

Desde la oficialidad cubana y desde los medios de comunicación que la secundaban ésta era la doctrina imperante. En la segunda independencia de Latinoamérica la liberación nacional tenía que ir acompañada de una revolución social profunda. Sin embargo, la tarea no era fácil, pues más allá de las condiciones objetivas y del factor subjetivo como desencadenante de la revolución se precisaba la unidad de las clases populares para hacer frente a la contrarrevolución, tanto a la manifiesta como a la que permanecía emboscada. Una y otra terminarían por converger a medida que el proceso revolucionario fuera avanzando, pero entre tanto había que combatir ambas.

En este proceso de combatir a la contrarrevolución se encontraba la Revolución cubana, pues más allá de los sinsabores que aportaba la hostilidad y la incomprensión de las autoridades latinoamericanas, la dirigencia revolucionaria tenía que lidiar con la disidencia interna. Durante los meses de octubre y noviembre los atentados con explosivos se sucedieron en La Habana con cierta regularidad⁶ y se produjeron también secuestros de aviones comerciales cubanos por parte de la contrarrevolución⁷. Los desembarcos de partidas de disidentes dispuestos a lanzarse a las montañas

⁶ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm.7581. Madrid: lunes, 3 de octubre de 1960, pág. 6. Diario y *El Alcázar* (Año XXIV). Núm.7628. Madrid: sábado, 26 de noviembre de 1960, pág. 1. Diario.

⁷ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm.7605. Madrid: lunes, 31 de octubre de 1960, pág. 6. Diario.

de Cuba para emprender la lucha contra el régimen fidelista comenzaron a ser también materia frecuente en la prensa franquista⁸.

El diario *El Alcázar* se aplicó con dilección en la exposición de todas estas actividades contrarrevolucionarias. Sin embargo, el problema más grave para la revolución se encontraba en las partidas de guerrilleros en las montañas del Escambray⁹. *El Alcázar* informó puntualmente sobre las actividades de los alzados en este enclave montañoso. La región de Las Villas se convirtió entonces en un potente foco de resistencia contra el régimen fidelista, pues, como señaló el diario madrileño, en esta región la disidencia contaba con la infraestructura necesaria para el suministro de material de todo tipo a las partidas guerrilleras. Según denunciaron las autoridades cubanas, víveres y pertrechos militares llegaban en socorro de los alzados en aviones procedentes de los Estados Unidos¹⁰.

Una circunstancia que avivó, todavía más si cabe, el enfrentamiento entre Cuba y los Estados Unidos y que vino a sumarse al revuelto panorama caribeño del momento y a la tensión que estaban generando los procesos de nacionalizaciones por parte del Gobierno cubano. El cruce de descalificaciones entre las autoridades cubanas y las estadounidenses y las constantes detenciones de guerrilleros y saboteadores de la contrarrevolución hicieron del mes de octubre un verdadero calvario para las autoridades cubanas, que asumieron de nuevo la puesta en ejercicio de duras sanciones contra los insurrectos¹¹. Justo en los días en que las nacionalizaciones se estaban promulgando, proliferaron también las noticias sobre los condenados a penas de la prisión y a la pena capital¹², incluida la de algunos norteamericanos que formaban parte de las partidas de alzados e invasores o de aquellos grupos que colaboraban en el suministro de armas y material de todo tipo para sostener la lucha en las montañas¹³.

Desde el mes de septiembre 1960 el pueblo cubano, coordinando la actividad de las milicias populares y del Ejército Rebelde, y con la participación directa de varios líderes de la revolución, incluido Fidel Castro, acometió la “Limpia del Escambray”¹⁴. Nombre por el que fue designada la larga campaña para erradicar de la Sierra del Escambray, en la provincia de Las Villas, a las partidas de alzados contrarrevolucionarios.

Los grupos de alzados comenzaron a menudear por las áreas montañosas de la isla, pero tuvieron en la Sierra del Escambray su principal foco de expansión. Estas huestes de contrarrevolucionarios pertenecían a diversas formaciones de la disidencia. Prácticamente todas las organizaciones que integraban la extensa nómina de la contrarrevolución tuvieron su partida guerrillera o se encargaron de facilitar su actividad por medio de la provisión material desde el interior y el exterior del Cuba. Así pues, entre las filiaciones de estos destacamentos guerrilleros de la contrarrevolución encontramos diferentes orígenes, desde alzados procedentes de la época de la insurrección contra Batista, entre ellos William Morgan, comandante del Ejército Rebelde y destacado miembro del II Frente del Escambray de Gutiérrez Menoyo, detenido en aquellos días por colaborar con los alzados¹⁵, hasta integrantes del “*Movimiento de Recuperación Revolucionaria*”¹⁶, dirigido desde el exilio por Manuel Artime, antiguo integrante del Ejército Rebelde que, como ya hemos expuesto en los capítulos

⁸ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm.7584. Madrid: jueves, 6 de octubre de 1960, pág. 1. Diario.

⁹ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm.7587. Madrid: lunes, 10 de octubre de 1960, pág. 6. Diario.

¹⁰ *Idem*.

¹¹ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm.7589. Madrid: miércoles, 12 de octubre de 1960, pág. 6. Diario.

¹² *El Alcázar* (Año XXIV). Núm.7590. Madrid: jueves, 13 de octubre de 1960, pág. 6. Diario.

¹³ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm.7590. Madrid: jueves, 13 de octubre de 1960, pág. 6. Diario y *El Alcázar* (Año XXIV). Núm.7592. Madrid: sábado, 15 de octubre de 1960, pág. 6. Diario.

¹⁴ Thomas, Hugh: *Op. Cit.*, pág. 1032.

¹⁵ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm.7598. Madrid: sábado, 22 de octubre de 1960, pág.6. Diario.

¹⁶ Torreira Crespo, Ramón y Buajasán Marrawi, José: *Operación Peter Pan. Un caso de guerra psicológica contra Cuba*, Editorial Política, La Habana, 2000, pág. 27.

precedentes, había tenido una vinculación estrecha con la Iglesia católica y la Embajada franquista. De todos modos, el baile de siglas parecía interminable, pues muchas de las partidas se erigían en grupos independientes, aunque tuvieran contactos frecuentes con las organizaciones más importantes de la contrarrevolución en el exilio y con agentes de la CIA presentes en territorio cubano¹⁷.

Para poner cierto orden en aquella miríada de grupos descoordinados se firmó a mediados de septiembre un pacto entre los principales líderes de la guerrilla que operaban sobre el terreno y que daría como fruto dos meses después la organización de la actividad guerrillera bajo la égida de la CIA y del Frente Revolucionario Democrático¹⁸, fundado a finales de junio de 1960 por los principales líderes de la contrarrevolución en el exilio estadounidense¹⁹.

Cuba se veía así asediada desde su interior por numerosas partidas de guerrilleros que contaban con un fuerte subsidio exterior de la contrarrevolución cubana y de los servicios de inteligencia norteamericanos. Un asedio interior que venía a sumarse al promovido desde fuera por los constantes rumores que hacían referencia a un posible desembarco promovido por la Administración norteamericana. En aquel contexto, el problema de las guerrillas contrarrevolucionarias venía a unirse a la amenaza de invasión patrocinada por los Estados Unidos, que en caso de producirse, haría de aquellas partidas de insurrectos en las montañas un pilar fundamental para sostener la lucha durante un período considerable. Además, estaba el contencioso sobre la base naval Guantánamo y el movimiento constante de tropas estadounidenses en las instalaciones de la base en aquellas fechas. Unos movimientos que la marina de guerra estadounidense estaba haciendo extensibles a todo el Caribe para contener cualquier tentación que pudieran tener los cubanos de ayudar a los levantamientos que estaban teniendo lugar en Guatemala y Nicaragua. Si a esto le unimos la tensión que estaba generando el proceso de nacionalizaciones acometido por el Gobierno cubano, el cruce de acusaciones entre Cuba y Estados Unidos, la agitación que se vivía en Venezuela y los altercados de diversa consideración en otros países latinoamericanos, de los que se quería hacer también responsable a la Revolución cubana, a nadie le podía extrañar que la dirigencia revolucionaria estuviera poniendo el mayor de los empeños en mantener al pueblo cubano en estado de alerta constante, volcado en la producción pero listo para tomar las armas para defender el proceso revolucionario en cualquier de los frentes que tenía abiertos.

Sin embargo, por si esto fuera poco, Cuba tenía que hacer frente también a otro tipo de disidencia, la que patrocinaba, de forma sutil y sibilina, la Iglesia católica. La Jerarquía eclesiástica, después la “Circular Colectiva” del Episcopado del 7 de agosto de 1960, volvió a la carga tras el regreso de Fidel Castro de su estancia en Nueva York y lo hizo con una virulencia todavía más acentuada que la desplegada durante el verano de 1960, dejando a la vez muestra de que sus conexiones con la contrarrevolución interna y con la exterior eran más profundas de lo que en principio pudiera suponerse.

¹⁷ *Idem.*

¹⁸ *Idem.*

¹⁹ El Frente Revolucionario Democrático unió a varias formaciones contrarrevolucionarias y a algunos líderes de la disidencia en una organización unitaria que trató de coordinar la lucha contra el Gobierno cubano. Entre los signatarios de aquel frente se encontraban Tony Varona, primer ministro durante la presidencia de Prío Socarrás; Manuel Artime, antiguo integrante del Ejército Rebelde y director del “Movimiento de Recuperación Revolucionaria”; José Ignacio Rasco, del “Movimiento Demócrata Cristiano”; Aurelio Sánchez Arango, ministro de Educación en tiempos del presidente Prío y Justo Carrillo, antiguo director del Banco De Fomento Agrícola e Industrial De Cuba. Véase: Fornés-Bonavía Dolz, Leopoldo: *Op. Cit.*, pág. 213.

13.2 La deriva del catolicismo cubano: de la revolución pasiva a la contrarrevolución activa

En aquellos meses que dieron por finalizado el segundo año de revolución comenzó a resultar evidente que la distancia entre las instancias oficiales de la Iglesia católica y la dirigencia cubana era ya abismal. La prudencia en las declaraciones y la contención en los pronunciamientos parecían haber dejado paso a un estilo más directo en la crítica por ambas partes. Una circunstancia que comenzó a dejar patente que la Iglesia católica o se reformaba para adaptarse al proceso revolucionario o sería barrida por éste. Después del regreso de Fidel Castro de la Asamblea General de la ONU la hostilidad entre Iglesia y Estado no hizo más que incrementarse y mostrarse cada día más virulenta.

Por otro lado, la estrategia en la que se había embarcado la Jerarquía católica resultaba cada día más estéril. La revolución no estaba por la labor de acometer una fase “termidoriana”. Una realidad que invalidaba seguir apostando por la estrategia de la revolución pasiva. El proyecto revolucionario que la Iglesia católica había defendido con tanto empeño comenzaba a resultar de una inanidad insultante. La revolución pasiva sólo tenía razón de ser si existían todavía sectores del antiguo régimen dispuestos a ser salvados de la hoguera revolucionaria. Y era evidente que aquellas alturas del proceso revolucionario las altas esferas del antiguo régimen no habían sabido adaptarse a los procesos de cambio que demandara la sociedad.

Las clases privilegiadas que habían señoreado en la historia de la república habían partido hacia el exilio, se integraban ya en las filas de la contrarrevolución o participan con bienes y haberes en el sustento de dicha contrarrevolución. Y frente a ellas se encontraba el pueblo, bajo la nueva alianza de clases establecida: obreros, campesinos y clases medias. De este modo, seguir construyendo diques para contener la riada revolucionaria con la esperanza de acometer después un periodo de rectificación se estaba convirtiendo en una labor tan trabajosa como inútil. Además, consciente o inconscientemente, situaba a los promotores de esta línea en la senda de la contrarrevolución, pues una vez establecido el nuevo consenso enfrentarse a él sólo podía tener un significado.

El cambio en las condiciones materiales del cubano y en su relación con el poder, había traído pareja una nueva forma de entender la nación y la identidad del propio ciudadano. El cubano que se habían comprometido con el proyecto fidelista era ya un revolucionario por derecho propio, la condición de espectador ya no existía, y ser revolucionario era además la única forma posible de portarse con sentido patriótico en aquel momento. Se había orquestado un cambio en la forma de valorar la economía, la política y la sociedad. Se había apostado, en definitiva, por una revolución moral y material y en ella los patrones valorativos de antaño sufrían para adaptarse a las nuevas demandas. La única posibilidad de supervivencia para todos aquellos que había estado en la cima de la estructura social prerrevolucionaria, Iglesia incluida, pasaba por una redefinición sistémica, pues sin la adaptación profunda y sin la transformación sincera cualquier intento de sobrevivir resultaba inútil. La Iglesia católica, en sus más altas instancias de poder, se encontraba así cercada, presa de sus propias contradicciones y trabajando para la defensa de unos valores que cada vez estaban más distantes de lo que el cubano precisaba en aquel momento.

Así pues, la transformación del proceso revolucionario desde arriba ya no parecía posible. La revolución restauración protagonizada por las tradicionales clases dirigentes, entre ellas la Jerarquía católica, había fracasado, pues la dirigencia cubana había asestado el golpe definitivo a sus intereses en el mes de octubre y se había situado de forma inequívoca al lado de los sectores para los que legislaban. Es decir, la posibilidad de cambiar de forma paulatina las relaciones de fuerza imperantes en el Estado cubano y en la sociedad civil con la idea de domesticar el estallido revolucionario y revertir el proceso una vez pasadas las pasiones del primer momento se había extinguido.

Ya no era posible contrarrestar las demandas de cambio radicales reclamadas por las clases populares. Obrar a través de la seducción o la tutela de las clases dirigentes revolucionarias había dejado de ser una opción con garantía de éxito, pues estas clases dirigentes se habían definido ya de forma inequívoca. No se definían como comunistas, pero identificaban ya liberación nacional con redención social y bajo este posicionamiento se abría la búsqueda del tipo de socialismo que mejor podía adaptarse a la revolución fidelista. El Gobierno cubano, en su situación de asedio, había decidido hacer de su proyecto el de las clases populares. Los trabajadores, los campesinos y la clase media habían tomado el control del proceso y los privilegios de las clases dirigentes habían desaparecido o estaban en ciernes de desaparecer. De este modo, la estrategia de la Jerarquía católica comenzó a estar desnuda de toda justificación, pues en los albores de 1961 los únicos intereses que parecían defender eran ya los propios y exclusivos de la Iglesia católica.

Dentro del bloque hegemónico que se estaba formando en Cuba la oficialidad católica y el tejido asociativo que medraba a su vera se estaban quedando al margen del proceso revolucionario. A diferencia de los dirigentes comunistas, que habían sabido aparcarse sus organizaciones históricas para integrar a sus cuadros, afiliados y simpatizantes en las formaciones de nuevo cuño que patrocinaba la revolución, los católicos estaban empeñados en conservar las suyas bajo los criterios que habían imperado hasta entonces en su seno. De este modo, la grey católica sólo tenía dos salidas ante aquella disyuntiva de escoger entre los objetivos de la Iglesia católica y los de la Revolución cubana: permanecer en las organizaciones católicas de base, cada día más aisladas de la realidad nacional y cada vez más próximas a los sectores de la contrarrevolución más radical o ingresar en el tejido organizativo de la revolución sin lazos específicos con la oficialidad católica.

La lucha ideológica más enconada se encontraba pues entre los comunistas y los católicos, dos polos irreconciliables y que pugnaban por integrarse, cada uno a su modo, en el bloque de izquierda que regía ya los destinos de la revolución. Los comunistas tenían ya su sitio, pues sus planteamientos resultaban compatibles con los del Gobierno cubano y podían prestarle además un servicio inestimable para adaptar el nuevo Estado a las demandas que podían llegar del bloque socialista, llamado a ser el principal ámbito de intercambio para la Revolución cubana.

Muy otra era la situación del catolicismo cubano, pues cada día resultaba más difícil aseverar que la Iglesia católica estaba comprometida con el proyecto cubano. Y todo ello debido a su anticomunismo dogmático. Una circunstancia que hacía imposible cualquier vinculación a la dirigencia revolucionaria, que no estaba dispuesta a admitir ni tutelas ni condiciones de ningún tipo. En aquel contexto de crisis todos eran necesarios, la integración del mayor número posible de sensibilidades se había convertido en premisa innegociable y la falta de flexibilidad en los principios doctrinales era una faceta que jugaba en favor de la división; algo que sin duda no estaba dispuesta a asumir la dirigencia revolucionaria. Dadas las circunstancias, la cerrazón ideológica de la oficialidad católica estaba jugando un triste papel en la orientación de la grey católica, pues sus postulados empujaban a aquellos dispuestos a seguirlos por las sendas de la disidencia.

La revolución había fijado como principio acoger en su seno a todos los sectores que pudieran sumar al proyecto común, comunistas y católicos incluidos. El PSP se había sumado sin poner condiciones. Algo que contrastaba con la actitud mostrada por la jerarquía católica, caracterizada por ofrecer en sus pronunciamientos una mezcla de condiciones y críticas que deslegitimizaban las bases del proyecto revolucionario. Frente a los reparos de la oficialidad católica se situaban los antiguos jerarcas del comunismo cubano, solícitos a cerrar filas con el Gobierno cubano cuando éste lo solicitaba. Los dirigentes del comunismo cubano, a diferencia de los jerarcas católicos, habían asumido que su participación estaba sujeta a asumir las tesis del grupo que encabezaba Fidel Castro y para ello no

habían dudado retorcer su dogmática para hacerla encajar en el proyecto revolucionario que se estaba desarrollando en Cuba.

La capacidad de adaptación del viejo comunismo cubano contrastaba con la rigidez de la Iglesia cubana, pues los conductores del catolicismo cubano seguían anclados en la doctrina social de la Iglesia como única vía de posible desarrollo para la revolución y rechazaban, ya no sólo la colaboración, sino cualquier tipo de contacto o connivencia con los comunistas.

La Revolución cubana se encontraba pues en una situación de no retorno, el camino de la revolución estaba trazado sobre patrones muy claros y la posibilidad de llevar a cabo alguna suerte de revolución restauración o revolución pasiva se había extinguido de forma definitiva. En el mes de octubre de 1960 la dirigencia revolucionaria hacía una vez más un llamamiento a unir fuerzas frente al acoso exterior e interior y una vez más, como venía siendo costumbre, la Iglesia católica cubana colocó sus intereses por encima de los del proyecto revolucionario. El Gobierno cubano se encontraba quizás en el momento más difícil de aquellos dos primeros años de revolución, resultaba perentorio el apoyo incondicional de las diferentes sensibilidades que sustentaban el proceso revolucionario en Cuba, y la Jerarquía católica dejó de nuevo patente, y de forma más evidente que en los meses precedentes, que sus intereses estaban al lado de las clases que habían imperado en la vieja Cuba. Su estrategia seguía estando vinculada a la revolución pasiva y alejar a los comunistas de las filas revolucionarias era la única forma de poder llevarla a cabo.

Una Cuba desasida del bloque socialista era más vulnerable y aquí la Iglesia podría trabajar para reconducir el proyecto y transformarlo en una suerte de regeneración nacional que pudiera ser compatible con el modelo occidental y sobre todo con el régimen que los Estados Unidos habían impuesto en Latinoamérica. La Iglesia católica apostaba por la revolución restauración, pero, irremediamente, aquella vía la ponía en sintonía con los planes de la contrarrevolución y con la idea que tenían las autoridades de Estados Unidos de cuál era la posición de Cuba en el continente y en el mundo. De este modo, comenzó a ser muy difícil distinguir revolución pasiva de contrarrevolución activa, pues ambas estaban concebidas para terminar con el régimen imperante en Cuba.

13.2.1 La Quincena órgano de expresión del Episcopado cubano y azote de la Revolución cubana

La oficialidad católica, encabezada por el Episcopado cubano, tomaba así la senda de la disidencia y mostraba a las claras su falta de cintura a la hora de gestionar la presencia de los comunistas en los aledaños del poder. Una realidad que comenzó a quedar meridianamente clara desde principios del mes de octubre e incluso antes. *La Quincena*, después de la publicación de la Circular Colectiva de la Jerarquía católica en el mes de agosto, transformó su línea editorial y devino en una revista que en nada recordaba ya a aquella publicación que había apostado de forma decidida por el proceso revolucionario durante el primer año y medio de revolución. La revista de los franciscanos españoles apostaba ya por la crítica más descarnada del quehacer revolucionario y aquella postura se podía observar de forma clara en muchos de sus planteamientos. En su último número del mes de septiembre, descargó contra el seguimiento que los canales de televisión y radio cubanos habían hecho de las sesiones de la XV Asamblea General de la ONU. En concreto, la línea editorial de la revista encontraba inaceptable el seguimiento sesgado que se había hecho de los discursos lanzados por los líderes internacionales en la sede la ONU.

En primer lugar la revista franciscana habló de la ausencia en los medios cubanos de algunos discursos, principalmente del lanzado por el presidente de los Estados Unidos, y de la exposición pormenorizada de algunos otros, como sucedió con el del premier soviético. *La Quincena* encontraba

inconcebible que el discurso del primer ministro Soviético, Nikita Krushev, hubiera sido “*radiado y televisado íntegramente en Cuba por todos los Canales de televisión y por todas las emisoras de radio*”, controlados ya, al parecer de la revista, “*totalmente por el Gobierno*”²⁰. El seguimiento prestado a Krushev contrastaba con la información dada sobre el discurso del presidente de Estados Unidos. Para *La Quincena* resultaba inquietante que sobre el discurso de Eisenhower los medios cubanos sólo hubieran dado a conocer “*algunos comentarios e interpretaciones, no siempre objetivos*” y que se hubiera optado por suprimir sus palabras²¹.

En cualquier caso, más allá de las apreciaciones, la revista ponía el acento en el contraste entre el seguimiento dado a ambos mandatarios, en el caso de la delegación soviética el seguimiento había sido total y prácticamente inexistente el de los delegados estadounidenses. Además, no se había retransmitido “*las réplicas*” que varios oradores habían hecho del discurso de Krushev²², donde se reflejaba todo lo que, al parecer de la revista, había de pernicioso en los planteamientos soviéticos.

La revista franciscana se pronunciaba sin circunloquios ni dobleces: la cobertura dada en los medios cubanos a la XV Asamblea General de la ONU había sido totalmente partidista y concebida lejos de los intereses que tradicionalmente habían guiado a Cuba como nación. Algo que no sólo se podía constatar en el desigual seguimiento prestado a soviéticos y estadounidenses, sino también en la desmedida atención prestada a los “*no alineados*” y en el desinterés mostrado por las alocuciones de otros líderes del bloque occidental²³.

La Quincena señaló que se había retransmitido de forma íntegra el discurso del presidente de la República Árabe Unida, Gamat Abdel Nasser. Un seguimiento inesperado y que contrastaba con la falta de interés mostrado en los medios cubanos por los “*representantes de países democráticos y occidentales*”²⁴. Los medios radiados y televisados de Cuba habían explicitado de forma clara cuál era la nueva posición de Cuba en el mundo, pues sin necesidad de pronunciarse abiertamente las omisiones de algunos líderes internacionales y el protagonismo de algunos otros dejaban entrever de qué lado estaba el Gobierno cubano.

Por lo demás, la revista no perdió tampoco la oportunidad de valorar en general los discursos divulgados en Cuba, es decir, los de Krushev, Nasser y Fidel Castro. Según *la Quincena* los discursos a los que se les había dado cobertura en los medios cubanos contaban con dos características: en primer lugar, la insinceridad mostrada al poner el acento en “*causas y principios justos y humanos*” que no eran representados ni defendidos en la práctica por los dirigentes que los habían invocado²⁵. Una característica que definía de forma ajustada el discurso del representante del “*imperialismo soviético*”²⁶. Y en segundo lugar, todos los discursos difundidos en Cuba habían seguido la estrategia de “*recordar grandes verdades, pero ocultando otras no menores*”, es decir, presentando las verdades a medias²⁷.

Con respecto al discurso de Fidel Castro, la revista franciscana reconocía “*toda la parte de justicia y de verdad*” que había en el discurso del primer ministro cubano²⁸. Sin embargo, su alocución se había construido desde un partidismo manifiesto, pues los ataques sólo se habían centrado en las potencias capitalistas y colonialistas y el bloque socialista no había cosechado ni una sola objeción en la oratoria

²⁰ *La Quincena* (Año VI). Núm.18. La Habana: viernes, 30 de septiembre de 1960, pág. 3. Quincenal.

²¹ *Idem.*

²² *Idem.*

²³ *Idem.*

²⁴ *Idem.*

²⁵ *Idem.*

²⁶ *Idem.*

²⁷ *Idem.*

²⁸ *Idem.*

de Fidel Castro. Aquella actitud, según *La Quincena*, ponía de manifiesto el “*espíritu de sumisión*” que imperaba en Cuba a los dictados que llegaban de la URSS y, por tanto, explicitaba “*la falta de libertad y de independencia, tantas veces proclamadas por el líder de la revolución cubana*”²⁹.

Por primera vez la revista franciscana se pronunciaba de forma clara, lo hacía a través de un editorial y definía el campo en el que, a su parecer, se había arrastrado a Cuba a través de las medias verdades, de la información sesgada y de la insinceridad. La Revolución cubana estaba sometida al “imperialismo soviético” y convergía con otros regímenes no occidentales del mundo árabe. Cuba se apartaba de su raíz cristiana, occidental y democrática para integrarse en un mundo desconocido. Y aquello quedaba patente a través de los comentarios que la revista hacía de los discursos difundidos y de aquellos otros omitidos en los medios cubanos.

Aquella crítica mordaz, se acometía, eso sí, hablando de los discursos y no de sus líderes y poniendo por encima de cualquier consideración el dogma de la Iglesia. La revista, tomando estas premisas como la única fuente válida de sus discursos, lanzaba sus últimas advertencias y condenas haciendo uso, una vez más, de “la máxima autoridad”: las encíclicas papales. Según lo expuesto en aquel editorial los discursos radiados y televisados en Cuba no hacían más que certificar que el mundo seguía dominado “*por un nefasto espíritu de insinceridad*”, sobre el cual Su Santidad Pío XII ya se había pronunciado a final de los años cincuenta y lo había hecho para condenar el engaño, la deformación de las palabras y la tergiversación de los hechos³⁰. El engaño se erigía así en herramienta primordial “*en el arte de formar la opinión pública*” para “*dirigirla*”, para “*acomodarla al servicio de una política*”, y poder así triunfar en la consecución de unos objetivos. Aquello, según enfatizó la línea editorial de *La Quincena*, era una inmoralidad condenada por Pío XII y de la que no se habían librado todavía los dirigentes políticos a finales de 1960³¹.

Al parecer de la revista franciscana, el mundo se encontraba desnortado, pues lo importante, según lo expuesto por el papa Pío XII, era el triunfo a toda costa “*en las luchas de intereses y de opiniones, de doctrinas y de hegemonías*”³². El triunfo en aquel mundo dividido era la máxima a seguir y todo estaba permitido en que aquella lucha por la hegemonía mundial. Las palabras de Pío XII seguían teniendo vigencia, pues, según *La Quincena*, la Asamblea General de las Naciones Unidas había puesto en claro una vez más “*el profundo foso*” que dividía al mundo y los esfuerzos que soviéticos y norteamericanos estaban haciendo para “*atraer a sus respectivas filas a los países subdesarrollados*”³³. La posición de la Iglesia ante aquel antagonismo de bloques venía también impuesta por las enseñanzas de Pío XII: “*Estar con Cristo o contra Cristo: esa era toda la cuestión*”³⁴. La Iglesia estaría siempre en las filas de los que estaban con Cristo y se opondría a aquellos que lo rechazaban.

Una vez expuesta cual era la posición de los cristianos en aquella reyerta irresoluble entre bloques, *La Quincena*, no satisfecha todavía y por si el católico cubano albergaba todavía algún tipo de duda sobre en qué bando tenía que presentar batalla, volvió de nuevo a los pronunciamientos del papa ya fenecido para despejar cualquier tipo de equívoco. Según *la Quincena*, era necesario advertir a los cubanos que comenzaban ser engañados por los cantos de sirena del comunismo, lo que la Iglesia católica por boca de su máximo representante Pío XII había solicitado de la grey católica:

²⁹ *Idem.*

³⁰ *Idem.*

³¹ *Idem.*

³² *Idem.*

³³ *Idem.*

³⁴ *Idem.*

“Desertor y traidor sería quien quisiera prestar su colaboración material, sus servicios, tus talentos, su ayuda y su voto a partidos y a poderes que niegan a Dios, que sustituyen el derecho por la fuerza, la libertad por la amenaza y por el terror, que hacen de la mentira, de las luchas, de la rebelión de las masas otras tantas armas de tu política, que hacen imposible la paz interior y exterior”³⁵.

Aquel editorial, a nuestro modo de ver, significaba el cierre definitivo de cualquier posibilidad de arreglo entre la Revolución cubana y la Iglesia católica. La revista había cruzado el Rubicón y ya no había marcha atrás. Sin embargo, al contrario de lo acontecido con Julio César, que actuó sin el consentimiento del Senado, la revista franciscana sí parecía contar la autorización de la Jerarquía católica, pues los pronunciamientos de los prelados de la Iglesia cubana no tardaron en llegar y siguieron la línea trazada en aquel editorial.

En aquel mismo número la revista fue todavía más allá e impregnada del discurso que el propio Fidel Castro había puesto en boga utilizó la “Fábula del tiburón y las sardinas”, obra de Juan José Arévalo, para escenificar lo que, a su modo ver, había acontecido en la XV Asamblea General de la ONU. Los estados sardina habían entrado en la puja por arrimarse a los estados tiburón, dos, según *La Quincena*, la URSS y los Estados Unidos. *La Quincena* había introducido una pequeña variante en el artificio heurístico de Arévalo: el tiburón ya no era papel privativo de un solo país, en aquel juego de dominadores y sometidos, la URSS y los Estados Unidos eran los países hegemónicos, los tiburones, y los sometidos, las sardinas, la casi totalidad de los países presentes en la ONU. En el foro internacional “*unas sardinas habían apoyado las fórmulas de un tiburón; y otras las del otro*”³⁶. Cada cual se arrimó al tiburón que podía suministrarle armas, pero todas las sardinas sabían que los tiburones no eran sinceros, pues mientras hablaban de paz preparaban la guerra.

La revista franciscana exponía hechos para deducir de ellos conclusiones que tenían que resultar evidentes para todos aquellos que se sentían católicos. La Revolución cubana estaba desvirtuando los principios que la habían visto nacer y caminaba ya por las sendas del comunismo, algo que no podía asumirse con la naturalidad que muchos reclamaban, pues catolicismo y comunismo, según *La Quincena*, resultaban a todas luces incompatibles. Esta posición pronto fue asumida por algunos miembros de la jerarquía católica.

13.2.2 “Ni traidores ni parias”: una pastoral teológica y política

En aquellos mismos días, en los que *La Quincena* se arrancaba el antifaz de las prudencias y se adentraba en el bando de la oposición, el arzobispo de Santiago se empeñaba también en situar a todo el catolicismo en una posición comprometida frente a la revolución. El inevitable monseñor Pérez Serantes, siempre atento al momento más propicio para poner en aprietos al Gobierno cubano, promulgó una nueva pastoral que tituló del siguiente modo: “Ni traidores ni parias”. Una pastoral preparada para ser leída en todas las iglesias de oriente el domingo 2 de octubre y que se distribuyó después por toda la isla para hacer lo propio en el resto de los templos de toda Cuba.

Una pastoral que se presentaba, en palabras de su autor y promotor, como “*un documento teológico y político*” y en el que se hacía una defensa enconada del catolicismo y se ofrecía una descalificación sin paliativos del comunismo³⁷. En aquella pastoral, en la que se mezclaba sin pudor lo divino y lo humano, lo espiritual y lo temporal, el prelado gallego recordaba a los comunistas de Cuba que los “*honores de la ciudadanía*” eran para todos los cubanos y que de ellos no podían ser excluidos los que, “*aferrados a los principios básicos de la lealtad a Dios*”, manifestaban “*su hostilidad y repugnancia*

³⁵ *Idem.*

³⁶ *Ibidem*, pág. 7.

³⁷ Uría Rodríguez, Ignacio: *Op. Cit.*, pág. 409.

a la amalgama de ideologías extrañas, espurias, ajenas y contrarias al recio y tradicional sentir religioso”³⁸.

La posición del arzobispo gallego no podía ser más clara, los católicos no debían ser tratados como parias, ellos no eran inferiores a ningún otro colectivo, pues además de mayoritarios formaban parte de la tradición de Cuba y por lo tanto estaban llamados a los mayores honores. Por lo demás, tampoco podían ser tratados de traidores. Y aquí Serantes, seguro de la posición que le otorgaba haber arrancado a Fidel Castro de las fauces de las tropas batistianas después del asalto al Cuartel de Moncada, señalaba que *“por la Revolución y por Fidel, su líder muy querido”* se había dado todo en Cuba³⁹. El prelado gallego señalaba que la participación del catolicismo en la gesta fidelista estaba fuera de toda duda y que tras el triunfo de la revolución se había demostrado que muchos católicos habían sido combatientes de gran valía a las órdenes de Fidel Castro. Y no sólo la grey católica había participado en la gesta fidelista, también lo habían hecho capellanes y sacerdotes *“que con el mismo espíritu”* que había guiado *“a los soldados de las Sierras, acompañaron a estos y los alentaron por el camino de la lucha y la victoria”*⁴⁰.

Llegados a aquel punto de la pastoral, Pérez Serantes, mostrando una sorpresa fingida, señalaba que los suyos, refiriéndose a los católicos y al pueblo de Cuba en general, nunca habrían podido imaginar que el comunismo terminaría llegando; *“ni que habrían de ser los escasos devotos de Marx y Lenin”* los que pretendieran hacerse cargo de todo lo conseguido y no conformes con ello exigieran que los católicos se confinaran en sus templos⁴¹. Pérez Serantes se adentró entonces en las sendas de la descalificación de las doctrinas marxistas y proclamó a continuación la independencia de la Iglesia, ellos no dependían de Washington y tampoco de Madrid, como otros lo hacían de Moscú.

La Iglesia cubana era independiente y no respondía a los dictados de nación alguna. Sobre este particular Pérez Serantes era tan explícito como claro: *“Los funcionarios de Norte América no han ejercido influencia alguna sobre Nos, como no la han ejercido jamás los falangistas, ni los franquistas, con los cuales nunca hemos mantenido relaciones de ninguna clase”*⁴². Sin embargo, aquello no era óbice para que Pérez Serantes, erigiéndose en portavoz del catolicismo cubano, señalara cuales eran las preferencias de la Iglesia católica en el contencioso entre Estados Unidos y sus aliados, por una parte, y la URSS y los suyos, por la otra: *“No tenemos rubor en decir, y nos parecería cobardía no decirlo, que entre norteamericanos y soviéticos, para Nos no cabe vacilar en la elección”*⁴³. Una elección que Pérez Serantes clarificaba con una consigna que, a su parecer, reflejaba el sentir católico en su totalidad: *“Cuba sí, comunismo no”*⁴⁴.

Pérez Serantes finalizaba su extensa pastoral señalando que aquella circular quería servir para informar a los gobernantes de Cuba de los peligros que corría el proyecto fidelista y que el comunismo era el mayor obstáculo para consolidar aquella revolución que tanto había costado.

La dirigencia revolucionaria y la sociedad civil que la sustentaba no salieron en tromba a contener aquellos ataques y acusaciones de la Iglesia, la agitación del momento desaconsejaba abrir nuevas grietas por las que pudiera colarse la desafección. Es necesario recordar que la Revolución cubana tenía en aquellos momentos múltiples frentes de combate abiertos y que los costes de asumir un nuevo enfrentamiento con la Iglesia en poco ayudaban al proceso revolucionario en aquel instante de

³⁸ Soto Mayedo, Isabel, “La Iglesia católica en el epicentro de las transformaciones”, en *Marxismo y Revolución*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2006, pág. 151.

³⁹ *Idem.*

⁴⁰ *Idem.*

⁴¹ *Idem.*

⁴² *Idem.*

⁴³ *Idem.*

⁴⁴ *Idem.*

tribulaciones. La sociedad cubana estaba inmersa en digerir lo acontecido en la XV Asamblea General de la ONU, en contener las partidas de guerrilleros de la reacción que medraban en las montañas de Cuba y en hacer frente a los ataques que procedían de los países vecinos, que, en combinación con el acoso recurrente y sostenido de los Estados Unidos, hacían de Cuba una suerte de plaza asediada donde era conveniente no airear conflictos que fueran fuente de quebranto de la imprescindible unidad que demanda el contexto nacional e internacional.

Además, la necesidad de sumar a los más y desincentivar la desafección de algunos, se erigía en ese momento en objetivo primordial. La dirigencia revolucionaria, con Fidel Castro y Ernesto Guevara a la cabeza, estaban promocionando la idea de que la producción y la defensa tenían que ir de la mano. Un objetivo de obligado cumplimiento para el bien de la empresa nacional y en aquel contexto los conflictos internos, especialmente los que pudieran desencadenarse con la Iglesia católica, podía jugar la baza de la desunión. Ante las nuevas medidas nacionalizadoras del mes de octubre y el paquete de reformas acometido era previsible que la contrarrevolución sufriera un repunte y entablar un nuevo conflicto con la Iglesia no parecía la mejor forma de desincentivar aquel contexto propicio para que los grupos de la contrarrevolución buscaran ocupar nuevos espacios.

Así pues, la reacción oficial y social fue escasa. Cuba parecía tener asuntos más importantes en cartera que la manifiesta hostilidad de la revista de los franciscanos españoles y las hirientes circulares eclesíásticas del siempre polémico arzobispo de Santiago de Cuba. De todos modos, el conflicto existía y tarde o temprano terminaría por estallar. Algo que no tardó en suceder.

13.2.3 Contrarrevolución y catolicismo: un binomio de difícil digestión

La dirigencia revolucionaria estaba pasando por un momento de fuerte agitación externa e interna y parecía poco interesada en entrar en pugnas con el Episcopado católico y las organizaciones seculares que medraban a su vera. Sin embargo, tanto estas como aquel, no se lo estaban poniendo fácil al Gobierno revolucionario, pues cada día aparecían indicios más sólidos de que las conexiones entre Iglesia y contrarrevolución iban más allá de la desviación de algunos exaltados, más bien parecía que un sector importante del catolicismo estaba fuertemente enraizado en los grupos y organizaciones que promovían la contrarrevolución. Así pues, la tensión fue aumentando y las pesquisas y detenciones de las fuerzas de orden público entre los grupos de alzados comenzaron a dejar un reguero de encausados relacionados con el catolicismo.

Todo parecía jugar a favor de un enfrentamiento entre Iglesia y Estado y a ello contribuyeron dos aspectos que ayudaron a azuzar las ya de por sí tirantes relaciones: en primer lugar los evidentes contactos entre el entramado de organizaciones con que contaba el catolicismo cubano y las partidas de alzados que proliferaban en las montañas de Cuba y en segundo lugar la insistencia de la Iglesia en ahondar en las diferencias y perseverar en aquella crítica desatada a la Revolución cubana por albergar en su seno a las corrientes marxistas.

Los contactos entre los alzados y el asociacionismo católico estaban ya probados y a ellos no eran ajenos los miembros del clero regular y secular de origen español. Como se recordará de capítulos precedentes, a finales de agosto se había producido un enfrentamiento entre grupos de la contrarrevolución y fuerzas de orden público que había dejado al descubierto la implicación directa de la Iglesia católica en el sustento de los contingentes contrarrevolucionarios que alimentaban la lucha armada en las montañas. El sacerdote Marcial Bedoya, jesuita santanderino, y seis miembros de la Juventud de Acción Católica habían sido interceptados por las fuerzas fidelistas y en la refriega dos militares revolucionarios perdieron la vida. El contingente formado por el religioso español y los jóvenes católicos abrieron fuego contra los militares cubanos cuando estos los interceptaron en demanda de identificación con el balance de dos muertos por parte gubernamental y heridas de bala

por parte del sacerdote español. Al parecer, y de acuerdo a la versión ofrecida por el historiador Uría Rodríguez, el contingente católico fue acusado a continuación de transportar armas para el Movimiento de Recuperación Revolucionaria y sacerdote y seglares pasaron inmediatamente a disposición judicial⁴⁵.

Las relaciones de Manuel Artime, cabeza del Movimiento de Recuperación Revolucionaria, con la Embajada española y con la Iglesia católica ya han sido señaladas en diversas ocasiones y aquel incidente de finales de agosto no hacía más que confirmarlas. De todos modos, las evidencias de la colaboración entre Iglesia y contrarrevolución no quedaron aquí, pues, a mediados de octubre, cuando la dirigencia revolucionaria estaba en plena vorágine nacionalizadora, cayeron en poder de las milicias populares y del Ejército Rebelde varios cabecillas de las guerrillas que operaban en el Escambray. Entre los dirigentes guerrilleros apresados se encontraba Porfirio Remberto Ramírez Ruiz, destacado dirigente católico que había sido presidente de la FEU en las Universidad de las Villas⁴⁶. Rápidamente se descubrió su papel como coordinador y director de las huestes guerrilleras del Movimiento de Recuperación Revolucionaria que operaban en el Escambray, su no menos relevante función en la coordinación con las partidas que la Organización Auténtica tenía ya operativas entre los grupos de alzados y la ligazón que aquellos grupos insurgentes tenían con la CIA a través de un sistema de enlaces que transferían información y apoyo logístico⁴⁷.

Con aquellas detenciones, algunas de las aseveraciones que Pérez Serantes había lanzado en su última pastoral se derrumbaron como un castillo de naipes; parte del catolicismo cubano quizás no podía ser encasillado como el paria de la patria, pero desde luego había base para que algunos integrantes del frente revolucionario los acusaran de traidores. La detención de Ramírez Ruiz hacía justicia a la expresión de que llovía sobre mojado, pues la colaboración entre los sectores más conservadores de la Iglesia católica, es decir, aquellos vinculados a la España de Franco, los organismos de la inteligencia norteamericana y la contrarrevolución más violenta era tan evidente que negarla resultaba ya imposible.

De este modo, el frente revolucionario se encontró de bruces con una realidad largamente sospechada, pero nunca asumida plenamente: nostálgicos de la vía franquista, pronorteamericanos, católicos inflexibles y anticomunistas doctrinarios aparecían vinculados en las tramas de la contrarrevolución, quizás habían llegado por razones diferentes a participar en la conjura, pero lo que comenzaba a estar claro es que, aunque partieran de motivaciones desiguales para embarcarse en la disidencia, acaban convergiendo en las filas de la contrarrevolución para luchar contra el Gobierno cubano. Unos habían llegado a la contrarrevolución con el ánimo de reconducir el proceso, de forzar aquella revolución restauración que debía pulir de sus aristas más radicales al Gobierno cubano, otros se habían alzado con la clara intención de derrotar a la revolución para retornar a un pasado añorado y algunos otros habían tomado las armas con el objetivo de hacer de Cuba un país al margen de las injerencias soviéticas y socializantes. Sin embargo, a la dirigencia cubana y a los sectores que cerraban filas con Fidel Castro poco le importaban aquellas diferencias de matiz, la contrarrevolución era una y las distinciones quizás tenían sentido entre las organizaciones que poblaban la disidencia, pero carecían de relevancia entre las diferentes sensibilidades que apoyaban a la revolución. Para los sectores populares y para el Gobierno cubano aquellos guerrilleros apresados eran simples terroristas, agentes de la reacción, soldados del imperialismo, franquistas al servicio de la CIA o bandidos, como se les definía en la jerga cubana del momento.

⁴⁵ Uría Rodríguez, Ignacio: *Op. Cit.*, pág. 405.

⁴⁶ Torreira Crespo, Ramón y Buajasán Marrawi, José: *Op. Cit.*, pág. 26.

⁴⁷ *Ibidem*, pág. 27.

Los cabecillas apresados le habían abierto un frente de combate a la revolución en su propio territorio, uno más a combatir por la ya apurada y soliviantada dirigencia revolucionaria, y aquello determinó la suerte de los guerrilleros capturados. Los tribunales revolucionarios no se permitieron el lujo de contemporizar o mostrarse magnánimos en los enjuiciamientos. Y es que, aquel ambiente de riesgo permanente para la supervivencia del proyecto revolucionario propiciaba que la justicia revolucionaria se mostrara reacia a hacer distinciones entre los alzados. Unos y otros, partidarios de la vía franquista y pronorteamericanos, católicos y anticomunistas, aventureros y nostálgicos de la Cuba de antaño compartían proyecto y habían optado por enfrentarse a la revolución a través de las armas. En aquel momento no había contemplaciones con los sediciosos y la justicia revolucionaria consideró que el castigo tenía que estar a la altura del momento de amenaza que vivía el país.

Ramírez Ruiz, junto a otros cuatro destacados dirigentes guerrilleros, fue acusado de organizar las partidas terroristas en la provincia de las Villas. De igual modo, recayeron también sobre los cinco dirigentes contrarrevolucionarios las acusaciones de ser los responsables de la distribución y la puesta en servicio de gran cantidad de armas y pertrechos de guerra enviados a Cuba por la contrarrevolución radicada en los Estados Unidos. Además, se determinó también en los juicios sumarísimos que la contrarrevolución había contado con la ayuda inestimable de los servicios de inteligencia norteamericanos, pues se había hecho uso para el traslado de los implementos militares de un avión cuatrimotor del Ejército Norteamericano⁴⁸.

En aquel contexto de asedio interior y exterior la justicia revolucionaria comenzó a mostrarse inflexible y no hubo penas benignas para los apresados, todos los guerrilleros capturados fueron condenados a penas de prisión y los cinco cabecillas recibieron el mayor de los castigos, la pena capital, que se ejecutó casi de forma inmediata. El 13 de octubre de 1960, el mismo día en el que el Gobierno cubano había promulgado el nuevo paquete de nacionalizaciones, varios cabecillas de las partidas de alzados en el Escambray fueron fusilados por orden del Tribunal Revolucionario del Distrito de Las Villas⁴⁹. A ellos se unieron otros ocho encausados en juicios anteriores, acusados también de sustentar y organizar la contrarrevolución en Cuba, y, como sus compañeros del Escambray, corrieron también la misma suerte y fueron fusilados⁵⁰.

De este modo, el catolicismo cubano que se mostraba abiertamente reacio a la deriva revolucionaria encontró un mártir para su causa. Un mártir que además, por ironía del destino, había sido ajusticiado el mismo día en que se promulgaba la ley más gravosa para aquellas clases que sustentaban la iniciativa opositora de la Iglesia católica. Las reacciones de la oficialidad católica no se hicieron esperar y aquel mismo día la Universidad Católica de Villanueva suspendió todos los actos conmemorativos de apertura de curso que estaban proyectados para el 13 de octubre. Días después, la Asociación de Estudiantes de la Universidad de Villanueva justificó aquella medida a través de un comunicado destinado “a la opinión pública en general” y “al estudiantado en particular”⁵¹. El comunicado fue publicado en las primeras páginas de *La Quincena* y en él los representantes de los alumnos de Villanueva señalaban que los actos conmemorativos del inicio de curso habían sido suspendidos en aquella jornada del 13 de octubre por parecerles fuera de lugar e impropia cualquier tipo de celebración el día en que “estaba corriendo sangre cubana” y varios “hogares cubanos estaban de luto”⁵². Los estudiantes tenían que mostrar su respeto a aquellos hombres caídos y a sus familias dolientes y por ello resultaba impropio que “estuvieran divirtiéndose alegremente”⁵³. Parte

⁴⁸ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm.7587. Madrid: lunes, 10 de octubre de 1960, pág. 6. Diario

⁴⁹ Torreira Crespo, Ramón y Buajasán Marrawi, José: *Op. Cit.*, pág. 26.

⁵⁰ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm.7591. Madrid: viernes, 14 de octubre de 1960, pág. 6. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm.6568. Madrid: jueves, 13 de octubre de 1960, pág. 1. Diario.

⁵¹ *La Quincena* (Año VI). Núm.20. La Habana: domingo, 30 de octubre de 1960, pág. 5. Quincenal.

⁵² *Idem.*

⁵³ *Idem.*

del catolicismo se situaba así en franca sintonía con la contrarrevolución y no dudaba en hacerlo público. Todo un desafío para la dirigencia revolucionaria.

Sin embargo, las protestas más airadas por los fusilamientos corrieron a cargo de los sectores de la contrarrevolución radicados en Miami. Grupos de cubanos, a los que no se identificaba con formación alguna de la contrarrevolución, habían tomado por asalto el Consulado de Cuba en Miami causando importantes destrozos en la sede consular⁵⁴. Además, el diario *El Alcázar* informó que el Cónsul cubano, León Blanco, había sido agredido por los asaltantes⁵⁵. La contrarrevolución, consciente de que se había asestado un golpe importante a los sectores que luchaban contra el Gobierno cubano, organizaron una jornada de protesta, en el que la nota predominante fue la acción terrorista contra los cubanos fidelistas residentes en Miami, pues, además del asalto al Consulado cubano, se colocó una bomba, que finalmente no llegó a estallar, en un café de la zona donde se reunían algunos partidarios de la Revolución cubana⁵⁶. La contrarrevolución de Miami se movilizó para explicitar de forma ruidosa su protesta, no quedando exactamente muy claro si las algarabías eran más deudoras de los fusilamientos o del nuevo paquete de nacionalizaciones promulgado por la dirigencia revolucionaria.

El Gobierno cubano, ante la gravedad de los hechos, formuló una protesta formal ante las autoridades norteamericanas, que fue rápidamente rebatida por los principales líderes cubanos del exilio, haciendo uso de todos los foros a su alcance. La dirigencia contrarrevolucionaria en el exilio protestó “*contra los brutales asesinatos de 13 hombres en Cuba*”, una acción que calificaron como una “*grave violación de los tratados internacionales*” que salvaguardaban “*los derechos de los prisioneros de guerra*”⁵⁷. La contrarrevolución daba pues naturaleza de guerra civil a lo que estaba aconteciendo en el interior de Cuba y solicitaban “*sanciones de ámbito mundial contra el régimen de Fidel Castro*”, por no respetar los protocolos internacionales sobre prisioneros de guerra.⁵⁸

Por su parte, Manuel Antonio Varona, portavoz del Frente Democrático Revolucionario, organización madre de la contrarrevolución, emprendió también acciones contra el Gobierno cubano y telegrafió a la Asamblea General de las Naciones Unidas, a la OEA y a la Cruz Roja Internacional para que se unieran a la protesta de la disidencia contra el “*horrible crimen*”, el cual dijo, había “*violado los derechos humanos*” más elementales, pues según su parecer, se habían pisoteado “*los tratados internacionales que salvaguardaban los derechos de los prisioneros de guerra*”⁵⁹. Varona secundaba así al resto de los grupos de la contrarrevolución radicada en territorio norteamericano y daba el estatus de guerra civil a lo que estaba aconteciendo con los alzados en las montañas del Escambray.

Por su parte, la diplomacia norteamericana y algunos otros países de la cuenca del Caribe iban más allá al señalar que la guerra no sólo estaba establecida en territorio cubano, sino que se extendía al área que comprendía a todos países bañados por el Caribe y, como cabía esperar, Estados Unidos y sus aliados continentales responsabilizaban de aquella contienda a las autoridades cubanas. Días después de que Tony Varona le diera el estatus de guerra a los enfrentamientos entre el Gobierno cubano y la contrarrevolución llegaron las acusaciones de Estados Unidos contra Cuba, las de Nicaragua y Guatemala contra el Gobierno cubano por interferir en sus asuntos internos y el embargo económico decretado por las autoridades norteamericanas. Un contexto de tensión que hizo más intolerable cualquier tipo de comentario por parte de aquellos que no veían con buenos ojos el cariz que estaba tomando la Revolución cubana.

⁵⁴ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm.7591. Madrid: viernes, 14 de octubre de 1960, pág. 6. Diario.

⁵⁵ *Idem*.

⁵⁶ *Idem*.

⁵⁷ *Idem*.

⁵⁸ *Idem*.

⁵⁹ *Idem*.

Las autoridades revolucionarias, ante la crisis con sus vecinos caribeños y ante la amenaza de invasión que pendía sobre el territorio cubano, no estaban dispuestas a hacer concesiones ni a reducir las penas contra el terrorismo. El Gobierno cubano intensificó la lucha contra los alzados y batalló para contener todos los conatos de insurgencia. La Revolución cubana estaba acosada desde diferentes frentes y las muestras de debilidad podían dar alas a los múltiples adversarios. Además, solicitaba de todos aquellos que coadyuvaban con el programa revolucionario el cierre filas y la defensa, mediante el trabajo y el fusil, del proyecto común. Sin embargo, la Iglesia católica, una vez más, prefirió situarse frente a la revolución en lugar de a su vera.

La Jerarquía católica, cuando la revolución se encontraba en sus momentos de mayor apuro, parecía optar siempre por redoblar sus críticas. Un comportamiento que por reiterativo ya no sorprendía a nadie. En aquel momento definitorio para el proyecto revolucionario, la Iglesia católica, a tenor de su comportamiento en aquellas fechas, debió entender que estaba ante su última oportunidad para revertir la situación creada en Cuba y decidió apostar fuerte mediante un mensaje muy claro a la revolución, no apoyaría la lucha de clases y mucho menos la colaboración con los comunistas.

En el último número de octubre, *La Quincena*, además del comunicado de la Asociación de Estudiantes de Villanueva, tuvo a bien insertar un artículo de Eduardo Boza Masvidal, obispo auxiliar de La Habana y rector de la Universidad Católica de Villanueva. Un artículo en el que el prelado cubano se preguntaba si era cristiana la revolución social que se estaba acometiendo en Cuba. Su respuesta, siguiendo la senda marcada en la Circular Colectiva del mes de agosto y por el resto de los pronunciamientos eclesiásticos, mezclaba las alabanzas a la revolución con la más dura de las críticas.⁶⁰

Bajo estas premisas, Boza Masvidal repudiaba el enfrentamiento entre ricos y pobres y señalaba que la lucha de clases no podía solucionar los abusos cometidos en el pasado. Enfrentar a los cubanos por sus condiciones materiales de existencia en ningún caso podía ser la solución para los males de Cuba, más bien generaba otros y además hacía medrar el disgusto entre la población. Por lo demás, el prelado habanero rechazaba también el maniqueísmo que reinaba en las filas revolucionarias: disenter de los planteamientos revolucionarios no podía convertir al cubano descontento en un enemigo de la patria o en un criminal de guerra. Aquella actitud exclusivista, en la que sólo unos tenían la razón, no se compaginaba muy bien con las enseñanzas de Cristo, según el prelado cubano.⁶¹

Boza Masvidal, aun reconociendo lo que había de acertado en los planteamientos regeneracionistas que había traído la revolución, llamaba a la grey católica a ser ecuanímes en su análisis de lo que estaba aconteciendo en Cuba. Masvidal encontraba inconcebible que algunos católicos, a aquellas alturas del proceso revolucionario, llegaran a la exageración en la alabanza y que no fueran capaces de ver que algunos intereses de la Iglesia no estaban siendo preservados por el Gobierno revolucionario. El prelado cubano, señalaba que muchos católicos, desprendiéndose de todo rubor, seguían sosteniendo que la Revolución cubana era la más cristiana de las revoluciones, algo que, a su parecer, no se correspondía con lo que se estaba observando en Cuba.⁶²

Boza Masvidal afirmaba que era lícito, loable y de buen cristiano sostener a la revolución, pero no a cualquier precio. La Iglesia había ayudado enormemente a la revolución en los últimos años, incluso antes de llegar al poder, y nunca se había enfrentado ella. El pueblo de Cuba sabía, según el jerarca católico, que el movimiento fidelista había contado con las bendiciones de la Iglesia cubana y con el sustento material y moral del catolicismo. Sin embargo, aquello no era óbice para que los católicos no pudieran decir la suya en aquel momento y, desde luego, no se les podía pedir que siguieran

⁶⁰ *La Quincena* (Año VI). Núm.20. La Habana: domingo, 30 de octubre de 1960, págs. 3 y 33. Quincenal.

⁶¹ *Idem.*

⁶² *Idem.*

apoyando a la revolución a toda costa; la ayuda y el sustento no se podía ofrecer sin condiciones. La Iglesia cubana apostaría por todas las reformas sociales que el país necesitaba, pero nunca podría apoyar el comunismo materialista y totalitario, pues, según Masvidal, eso significaría la negación de los ideales por los que habían luchado y por los que habían perdido la vida muchos cubanos.⁶³

En otro orden de cosas, Masvidal encontraba desmesurada la campaña sistemática con la que las autoridades cubanas estaban atacando a los Estados Unidos y las naciones occidentales. Un ataque ya de por sí grave, pero que, además, se tornaba todavía más preocupante debido a aquel contexto en el que se vivía: “*de amistad demasiado íntima para ser casual, con Rusia y los países socialistas*”.⁶⁴

13.3 Roma o Moscú, el Vaticano o el Kremlin: Pérez Serantes lanza su pastoral más provocadora

La Iglesia, como había señalado uno de sus más señeros representantes en Cuba, monseñor Boza Masvidal, recelaba de las amistades “íntimas” que el Gobierno cubano había trenzado con el orbe socialista y aventuraba que aquello iba más allá de la causalidad y la coyuntura. Un planteamiento que no tenía sólo como vocero a Masvidal, pues sus posturas eran refrendadas por otros miembros de la jerarquía eclesiástica.

En aquella misma jornada en la que *La Quincena* daba voz a aquel sector de la Iglesia que se mostraba más beligerante, Pérez Serantes secundaba a su homónimo habanero con una nueva pastoral. Un mes después de su polémica “Ni traidores, ni parias”, Pérez Serantes lanzaba un nuevo comunicado con instrucciones y advertencias dirigidas a los propios pero también a los extraños. Una nueva pastoral que era una continuación de la precedente y que trataba de ir un paso más allá, pues ahora el prelado santiaguero colocaba a todos los católicos de la diócesis y por extensión a todo el catolicismo cubano en la tesitura de elegir entre dos bandos enfrentados: el que militaba en las filas de Cristo y aquel otro que servía a los intereses materialistas y ateos del comunismo. Esta nueva pastoral respondía al elocuente título de “Roma o Moscú”⁶⁵, una disyuntiva a la que tenían que atender los católicos de Cuba siguiendo las instrucciones y observaciones que los prelados de cada diócesis enviaran a la población católica.

Esta extensa pastoral, probablemente la más dura lanzada hasta el momento contra el Gobierno cubano, es conveniente dividirla en cinco bloques temáticos para poder dar cuenta de ella con mayor profundidad. En un primer bloque el comunicado eclesial de Pérez Serantes definía al comunismo como sistema político, haciendo para ello uso de unos planteamientos que tenían en la descalificación su característica principal. El comunismo era definido como una ideología falaz, como un recurso poderoso para “*muchos amargados y descentrados*” y como alimento para “*incautos*”⁶⁶. En fin, estos y otros dictados del mismo jaez eran los utilizados para definir, siempre bajo la presidencia de un tono injurioso, lo que el comunismo significaba.

Serantes consideraba al comunismo como el mayor de los males, pues representaba un “*un virus mortal*” fácilmente asumible por los “*pobres de pan material*” y de “*pan espiritual*” que proliferaban en el mundo⁶⁷. Una ideología sumamente tentadora para los trabajadores que vivían en el ámbito capitalista y que trataba de prender en las almas de los desencantados y menesterosos. El comunismo, según Serantes, “*era una puerta a la esperanza*” para aquellos que habían tenido que sufrir los no

⁶³ *Idem*.

⁶⁴ *Ibidem*, pág. 33.

⁶⁵ Para la consulta del documento íntegro véase Díaz Castañón, María del Pilar: *Op. Cit.*, págs. 289-295.

⁶⁶ *Ibidem*, pág. 289.

⁶⁷ *Idem*.

menos perniciosos males que traía “*un género de capitalismo infecundo, anónimo y egoísta*”, pero que en su desarrollo causaba “*millones de víctimas*” y dejaba tras de sí “*ríos de sangre*”⁶⁸.

Una vez despachado el argumentario de todo lo que tenía de pernicioso, según Serantes, aquella ideología que prescindía de Dios y de los hombres. El prelado gallego seguía confeccionado aquel relato alarmista, haciendo uso de un estilo tenebroso y excesivo, que no perdía intensidad en su segundo bloque temático. En esta segunda parte, que conectaba con la primera sin solución de continuidad, se acometía el análisis de las vías de penetración del comunismo. En el arribo de las ideologías marxistas a los “desventurados pueblos que las padecían”, el arzobispo de Santiago veía la mano de sus “*insignes maestros*”, divulgadores de una doctrina que no había dejado país sin explorar. El comunismo contaba con “*voceros y apóstoles decididos, animosos y hábiles*”, pero, por si esto fuera poco, tenían también a su servicio toda una pléyade de incautos⁶⁹. Serantes, en la llegada del comunismo a los pueblos, veía también la influencia de “*grandes cooperadores*”⁷⁰. En principio, ajenos al mundo socialista, pero colaboradores al fin y al cabo, dispuestos a desbrozar el camino y solícitos para poner en manos de los estrategas de la causa marxista las armas poderosas con las que contaban los Estados modernos.

Estos colaboradores habían sido “los gobernantes ineptos” y “despreocupados”, “hijos legítimos o naturales”, “aliados al menos”, de “ciertos organismos internacionales” que se erigían en “enemigos declarados de Cristo y de su Iglesia”. Según Serantes, éstos no eran los únicos responsables, pues a la penetración comunista habían ayudado también muchos capitalistas indignos, presos del egoísmo y desentendidos de las obligaciones que tenían para con el pueblo. Sus trabajadores eran también cristianos y esto lo habían desconocido durante años.⁷¹

En la tercera parte de aquella contundente pastoral Serantes exponía que aquellos “gobernantes ineptos” eran los que en combinación con comunistas y capitalistas desentendidos habían pretendido encerrar a Dios “*en el reducido recinto de los templos y del hogar doméstico*”, para así, libres de las miradas indiscretas, gozar de las “*mayores prerrogativa*” y recibir “*el homenaje de sus adoradores*”⁷². Los nuevos “*dioseccillos*” aborrecían la presencia de la Iglesia, pues esta les recordaba su pequeñez⁷³. Serantes marcaba así la estrategia de los gobernantes que desconocían y rechazaban la posibilidad de participación católica en la vida pública: la Iglesia tenía que ser expulsada del ámbito público, tenía que convertirse en una cuestión privada y, por supuesto, apartarse de la educación de las nuevas generaciones. La escuela que preconizaba aquella caterva de gobernantes tenía que ser laica.

Las opiniones de Serantes sobre la escuela laica merecen atención a parte, pues según el prelado gallego, la escuela laica era el prolegómeno del divorcio y este el final de la familia, que ineludiblemente precedía a la decadencia de la sociedad y a la debilidad de la nación⁷⁴. El arzobispo de Santiago de Cuba, en apretada síntesis tejía una retahíla de acciones y consecuencias derivadas de ellas que partiendo de la escuela laica terminaban por dañar a la propia nación. En fin, para el prelado gallego, la presencia de Dios en la vida pública era condición *sine qua non* para el sostén de la sociedad tal y como se entendía en aquel momento.

El comunismo se presentaba como el principal promotor de la expulsión de Dios de la vida pública y para concretar sus fines, además de servirse de sus abnegados propagandistas, contaba también con

⁶⁸ *Ibidem*, págs. 289 y 290.

⁶⁹ *Ibidem*, pág. 290.

⁷⁰ *Idem*.

⁷¹ *Idem*.

⁷² *Idem*.

⁷³ *Idem*.

⁷⁴ *Ibidem*, pág. 291.

los servicios que le prestaban algunos gobernantes y algunos capitalistas impregnados del materialismo más vulgar. Así pues, aquella triple combinación de propagandistas marxistas, capitalistas desconsiderados y gobernantes deficientes era lo que terminaba dando por fruto una sociedad desconocedora de Dios y lista para afrontar las vías del socialismo. ¿Qué se podía hacer ante semejante panorama? Según Pérez Serantes sólo había una opción: la pujanza del cristianismo como único baluarte seguro contra la penetración y el arribo comunista.

Aquella vía abierta sobre las posibles soluciones para contener al marxismo ponía al prelado gallego en la senda de definirse sobre los Estados Unidos y su estrategia mundial contra el comunismo, cuarto de los bloques temáticos que afrontó en su polémica pastoral el arzobispo de Santiago. Según Serantes, la nación vecina estaba haciendo mucho para contener a las fuerzas soviéticas y aquello debía ser reconocido por todos y especialmente por la Iglesia: se precisaba rendir honores a quien honores merecía. Sin embargo, los medios puestos en liza por los Estados Unidos para luchar contra un enemigo tan poderoso eran a todas luces todavía deficientes. Las ayudas económicas y las armas no eran suficientes para contener el empuje soviético.

“Las ideas no se destruyen a cañonazos, ni hay oro que las compre”, aseveraba Serantes⁷⁵. Una muestra de lo acertado de aquel aserto era, según el prelado gallego, la supervivencia del cristianismo, incólume durante siglos pese a sus enemigos externos y sus desgarraduras internas. Así pues, Estados Unidos no podía hacer frente al comunismo sólo con las armas y los dólares, se precisaba algo más. Frente al comunismo se necesitaba desplegar una fuerte campaña espiritual y reforzar la educación cristiana: *“Las medidas netamente materialistas no controlaban las mentes, ni los corazones de los pueblos”*⁷⁶. Era necesario el “pan material”, a nadie le debía faltar en aquella lucha, pero tan importante como aquel era el “pan espiritual”⁷⁷. Este último debía ser *“abundante y bien administrado”*, sin el aporte espiritual el plan estadounidense estaba incompleto⁷⁸.

Serantes consideraba que la pervivencia de los Estados Unidos como potencia y su capacidad de resistencia frente al marxismo estaba precisamente en su *“ideología humano-cristina”*⁷⁹. De no ser por este poderoso fermento, del cual participaba *“más o menos”* toda la población y la mayoría de sus clases dirigentes, Estados Unidos hubiera sucumbido al empuje soviético⁸⁰.

Sobre esta premisa, sobre el fermento humanista y cristiano de Estados Unidos, pero también de Cuba y otras naciones occidentales, debía emprenderse la lucha contra el marxismo. El prelado gallego acometía su último bloque temático señalando que la lucha estaba establecida entre cristianos y ateos y no entre soviéticos y norteamericanos. En esta parte de la pastoral, después de todo lo expuesto, el arzobispo de Santiago fijaba las bases de la contienda y apremiaba a los cristianos a presentar batalla en aquella cruzada contra los infieles.

La batalla a la que se enfrentaba Cuba y el mundo no era la que contraponía el poder de Washington al poder de Moscú, sino la que enfrentaba a Roma con Moscú⁸¹. Sin el fermento cristiano Estados Unidos no tenía opción alguna de imponerse al socialismo y el ateísmo soviéticos. Así pues, en la lucha contra el marxismo Estados Unidos no era más que un aliado circunstancial, pues el enfrentamiento tenía su verdadero origen en la legitimidad de Roma y la que pretendía Moscú.

⁷⁵ *Idem.*

⁷⁶ *Ibidem*, pág. 292.

⁷⁷ *Idem.*

⁷⁸ *Idem.*

⁷⁹ *Idem.*

⁸⁰ *Idem.*

⁸¹ *Ibidem*, pág. 293.

Serantes lanzaba entonces una advertencia a los cristianos, pues el bando en el que se luchaba debía estar plenamente definido, no fuera a ser que por desconocerlo, muchos católicos estuvieran contribuyendo “*al triunfo de su enemigo*”⁸². Sobre este particular el prelado gallego señalaba que no servían las ambigüedades en contienda definitiva, en aquella lucha “*los católicos a medias*” no servían, tampoco servían “*los católicos a su manera, o por la libre*”⁸³. El compromiso tenía que ser total, pues los católicos vacilantes se erigían en “*los mejores auxiliares del comunismo*”⁸⁴.

Entre arengas a los huestes cristianas, “*a los soldados de Cristo*” o a “*los miembros de la Armada invencible, la Iglesia*” iba despachando Serantes los últimos párrafos de aquella declaración de guerra⁸⁵. Las cartas estaban ya sobre la mesa y ahora comenzaba la partida definitiva. Según Serantes, todo el mundo debía darse por enterado sobre los términos en que estaba fijada la contienda. La batalla habría de librarse en última instancia entre Moscú y Roma, y, necesariamente, los cubanos tenían que inclinarse “*por la gloriosa Sede de San Pedro*” y por la causa de todos aquellos que secundaran sus principios⁸⁶.

Aquella pastoral, como hemos apuntado, era una declaración de guerra en toda regla. Las referencias al Gobierno cubano, aunque no se le mencionara expresamente, eran constantes y sumamente evidentes. Además, el prelado gallego hacía un llamamiento a los católicos de Cuba para cerrar filas con el cristianismo, y en última instancia con los Estados Unidos. En frente tendrían a los comunistas y a sus aliados. Las huestes romanas y las soviéticas terminarían por librar la batalla definitiva y los católicos de Cuba tenían que tener claro que su puesto no podía estar en ningún caso con los colaboradores de Moscú.

En aquella guerra sin cuartel que había que entablar contra el comunismo, la capacidad de propaganda y de difusión de las ideas cristianas ya no se presentaba de forma tímida con la intención de poder mantenerse dentro del bloque hegemónico que debía guiar a la nueva Cuba. Ahora se apostaba por la supremacía. En los meses finales de 1960 los bandos en Cuba estaban ya definidos y la Iglesia católica tenía el deber y la obligación de ser la cabeza de uno de ellos, el que defendía los valores y los principios del mundo occidental. Sin embargo, para que esta capitanía fuera posible resultaba imprescindible para la Iglesia católica conservar su presencia en la sociedad y sobre todo en el campo educativo. La escuela se erigía así en la vía fundamental para difundir su doctrina y conseguir así la supremacía cultural.

En aquella pastoral se abandonaba la estrategia de la revolución pasiva y se hacía una apuesta decidida por la militancia en la contrarrevolución activa. En la Circular Colectiva del mes de agosto de 1960 los prelados cubanos habían apostado por mantenerse dentro del grupo hegemónico que se estaba construyendo en torno a la figura de Fidel Castro y el grupo que lo secundaba. Ahora, sin embargo, la apuesta era más ambiciosa. Ya no se trataba sólo de acompañar a la revolución en sus reformas para tratar de suavizar aquellos aspectos más gravosos para las antiguas clases dirigentes. Éstas ya habían sido destronadas y las labores de contención y encauzamiento ya no tenían demasiado sentido. La Iglesia simplemente tenía que recuperar el lugar en la vida pública que le correspondía, se precisaba también volver a tener presencia en los medios de comunicación y, por supuesto, debía conservar, sin vacilaciones, el espacio que siempre había ostentado en el sistema educativo. Tres objetivos que, necesariamente, llevaban a la colisión frontal con un sector importante de la revolución.

⁸² *Idem.*

⁸³ *Idem.*

⁸⁴ *Idem.*

⁸⁵ *Idem.*

⁸⁶ *Ibidem*, pág. 294.

La Jerarquía católica, consciente de que la confrontación era ya inevitable, decidió lanzar sus huestes contra el comunismo, para asestar al menos el primer golpe.

La Iglesia cubana había perdido presencia en los medios, poco a poco los espaciados radiados y televisados que siempre habían tenido en Cuba estaban comenzando a desaparecer o eran ocupados por aquella organización católica que respondía al nombre de “Con la Cruz y con la Patria”, encabezado por el padre Germán Lence, otro sacerdote gallego y de pasado falangista que ahora lucía blasón revolucionario. Aquel movimiento cívico católico, próximo al Gobierno revolucionario, era el que había ocupado el espacio de la Iglesia en los medios y era calificado ya por la jerarquía católica como cismático, a la vez que se le acusaba de dividir al catolicismo cubano. Sin embargo, la mayor preocupación de la jerarquía católica estaba en la enseñanza. Aquí la Iglesia podía exhibir músculo y desde estas instituciones podía movilizar los recursos que fueran necesarios para enfrentarse a la revolución. La presencia de la Iglesia en los colegios de educación primaria, en los institutos de educación secundaria y en la universidad era más que considerable y todo lo que pudiera poner en riesgo este protagonismo era atacado sin contemplaciones.

13.4 La Iglesia católica: entre la guerra psicológica y la propagación de infundios

La pastoral de Serantes no era más que el prolegómeno de un enfrentamiento con el Gobierno cubano que, a partir de aquel momento, ya no tuvo un momento de sosiego. Pérez Serantes y Boza Masvidal, precisamente los prelados que habían apostado por enfrentarse con el Gobierno revolucionario ya antes de promulgarse la Circular Colectiva de agosto, eran ahora los que rompían las hostilidades. La Iglesia abrió fuego contra el Gobierno revolucionario y no dudó en utilizar todos los recursos que tenía a su disposición. Entre ellos los grupos de la contrarrevolución que le eran afines, pero también los centros educativos que controlaba y por su puesto los templos. Su falta de presencia en los medios cubanos la suplió con su capacidad para acceder a los medios de comunicación extranjeros y no siempre hizo un uso honesto de ellos, pues se filtraron infundios, rumores y noticias sin confirmar de las que rápidamente fueron víctima, involuntaria o voluntaria, las publicaciones franquistas.

En aquellos días comenzaron a proliferar en la prensa franquista comentarios no confirmados, pero provenientes de lo que en aquella prensa del momento se denominaban círculos eclesiásticos normalmente bien informados, sobre la nueva reforma educativa que preparaba el Gobierno cubano. Según publicó el diario *Pueblo* en sus páginas, el Gobierno de Castro pensaba realizar “una depuración entre el clero extranjero que se dedica a la enseñanza en las escuelas religiosas”, como primer paso para “controlar las escuelas”⁸⁷. Aquellas informaciones, por lo demás todavía pendientes de confirmar, habían levantado “a los sacerdotes católicos y también a los seglares, así como a los administradores de escuelas metodistas y episcopales”⁸⁸. Los representantes oficiales y también los oficiosos de aquellos centros habían lanzado ya la voz de alarma y habían anunciado su oposición a cualquier tipo de intervención gubernamental.

Aquella noticia señalaba también que los sacerdotes y monjas extranjeros que ensañaban en los colegios y centros católicos serían obligados a abandonar temporalmente el país y a volver después como emigrantes corrientes. Por lo demás, se apuntaba también, que en los centros educativos de la Iglesia, se sospechaba que una vez fuera de Cuba ya no podrían regresar.⁸⁹

Aquellas noticias habían sido difundidas días antes por Antonio Varona, portavoz del Frente Democrático Revolucionario, desde la emisora *Radio Swan*, situada en las islas hondureñas del

⁸⁷ *Pueblo* (Año XXI). Núm.6588. Madrid: sábado, 5 de noviembre de 1960, pág. 2. Diario.

⁸⁸ *Idem*.

⁸⁹ *Idem*.

mismo nombre ocupadas por las tropas estadounidenses y grupos de la contrarrevolución cubana⁹⁰. Una ocupación ilegal de un pedazo de territorio hondureño que estaba dando lugar a un contencioso diplomático entre Estados Unidos y Honduras. Las Islas Swan o Islas del Cisne como se las conocía en América Latina estaban siendo utilizadas por la CIA para emitir desde la emisora allí afincada informaciones tendenciosas, contra-propaganda y muchas noticias falsas.

Radio Swan emitía desde mayo de 1960 y su cometido principal pasaba por avivar el descontento dentro de Cuba. Sin embargo, en los días finales de octubre y principios de noviembre se prodigó en la emisión de una serie de informaciones que tendría fatales consecuencias para muchas familias cubanas y también para la Iglesia católica. Normalmente aquella emisora de la CIA se decía a promover el levantamiento contra el Gobierno cubano, era utilizada también para enviar mensajes en clave a los grupos insurgentes que operaban en el interior de Cuba y sobre todo se prodigaba en la arengar y el sustento moral de la contrarrevolución que estaba luchando en el interior de Cuba. Sin embargo, a finales de octubre y principios de noviembre, fue un poco más allá y comenzó a sembrar el terror en la población cubana. *Radio Swan*, haciendo de la guerra psicológica su principal argumento, lanzó una serie de mensajes, a todas luces sustentados por la Iglesia católica, en la que se indicaba que la patria potestad de los padres sobre los hijos sería revocada por el Gobierno cubano.

El 26 de octubre comenzaron las noticias sobre la “patria potestad”. *Radio Swan* emitió un comunicado en el que se aseguraba que la próxima ley revolucionaria sería la anulación de la patria potestad. A partir de aquel momento la potestad de los jóvenes pasaría de los progenitores al Estado cubano. La noticia, por burda que parezca, tuvo relativo éxito, y se extendió como si fuera cierta por toda Cuba, pero sobre todo por los centros católicos. El comunicado lanzado por *Radio Swan* no podía ser más explícito. Así decía:

*“Atención cubano recuerda como día tras día en esta hora de liberación te hemos dicho muchas de las leyes que más tarde fueron puestas en vigor por el Gobierno como por ejemplo la reforma urbana. Te lo dijimos, que ellos la iban a hacer y la hicieron. Ahora te anunciamos: la próxima ley te quitará a tu propio hijo desde los 5 hasta los 18 años. Te lo quitarán para adoctrinarlo y cuando te los devuelvan estará convertido en una fiera materialista y así Fidel se convertirá en la madre suprema de Cuba”.*⁹¹

Aquel comunicado nos ponía en la senda de la que pasó a llamarse “Operación Peter Pan”: durante dos años, de finales de 1960 a finales de 1962, más de 14000 niños, según las estimaciones de los propios protagonistas y de especialistas dedicados al esclarecimiento de aquella operación, fueron sacados de Cuba, separados de sus padres y enviados a los Estados Unidos. Un plan concebido y ejecutado por Iglesia católica, la Administración de los Estados Unidos y la contrarrevolución cubana. Niños cubanos de entre 6 y 16 años viajaron sin visa a los Estados Unidos sin padres para no regresar ya jamás.⁹²

La Iglesia tensaba sus relaciones con el Estado y el Gobierno de Cuba. La revolución tenía así que vérsalas con un poderoso contrincante que además contaba con recursos suficientes para movilizar fuerzas fuera y dentro de Cuba. Sin embargo, más allá del apoyo comunista al Gobierno cubano, cuál era el problema con la Iglesia. En realidad aquella desproporcionada alarma difundida por la Iglesia cubana parecía tener su origen en una resolución del Ministerio de Educación. El titular de la cartera de educación, Armando Hart, había señalado que el Gobierno iba a poner en funcionamiento “78 escuelas secundarias básicas en núcleos urbanos de toda la república”, obviamente bajo la

⁹⁰ Torreira Crespo, Ramón y Buajasán Marrawi, José: *Op. Cit.*, pág. 26.

⁹¹ Valdés-Dapena Vivanco, Jacinto: *Op. Cit.*, pág. 42.

⁹² Torreira Crespo, Ramón y Buajasán Marrawi, José: *Op. Cit.*, págs. 321 y 322.

normativa que emanaba del Gobierno cubano⁹³. La Iglesia, ante el empuje de la revolución en materia educativa y en ciernes de entrar en el año 1961, denominado en la fraseología revolucionaria como “año de la educación”, veía que su preponderancia educativa podía comenzar a tambalearse y fruto de aquel nerviosismo, la noticias sobre futuros planes y futuras reformas no hacían más que certificar la incertidumbre que reinaba en el seno de la Iglesia, condenada ya a hacer del ataque y la injuria su única forma de relacionarse con el Gobierno cubano.

13.5 Los conjurados de Villanueva

A la Iglesia católica se le había indigestado el abrazo de Fidel Castro y Nikita Krushev y en corto espacio de tiempo cambio la revolución pasiva por la contrarrevolución activa. Un cambio que comenzó a mostrarse ya sin complejos durante el mes de octubre y que resultó evidente a principios del mes de noviembre. Tras aquel mes de octubre, de desencuentros constantes, la situación se enquistó aún más durante los primeros días de noviembre. Un grupo de estudiantes de la Universidad Católica de Villanueva insertó el 25 de octubre un escrito en el diario *Combate* en el que se condenaba la posición de las autoridades universitarias de Villanueva frente al Gobierno revolucionario⁹⁴. Los estudiantes señalaban directamente al rector de la universidad y obispo auxiliar de La Habana, Eduardo Boza Masvidal, al que responsabilizaban de haber promovido la suspensión de todos los actos conmemorativos de apertura del curso que estaban proyectados para el 13 de octubre en honor de Porfirio Remberto Ramírez Ruíz, fusilado en aquella jornada junto a otros contrarrevolucionarios⁹⁵. Además, se responsabilizaba también a las autoridades universitarias de Villanueva de estar promoviendo una jornada de recogimiento y respeto para el día 13 de noviembre, en honor de Ramírez Ruíz, al cumplirse en aquella jornada un mes de su fusilamiento, que tendría que ser acompañada por una huelga general al día siguiente: todos los estudiantes de los centros de educación católica había sido conminados a no asistir a las clases ni a desempeñar actividad estudiantil alguna el lunes 14 de noviembre⁹⁶.

Aquella postura, manifiestamente hostil para con la justicia revolucionaria y para con el Gobierno cubano, contrastaba con la actitud mostrada por el mismo centro de Villanueva en 1957 cuando su antiguo rector, el agustino norteamericano John J. Kelly, se había negado a permitir cualquier tipo de huelga en el centro, ni siquiera cuando cuatro alumnos del plantel de la universidad y otros militantes y dirigentes laicos fueron asesinados por la tiranía de Batista en 1958. Lejos de quedarse aquí el padre Kelly había facilitado a los cuerpos represivos de Batista una lista con los estudiantes sospechosos de apoyar a las fuerzas que luchaban contra el régimen “marcista”. Aquellos hechos habían sido denunciados tras el triunfo de la revolución lo que originó el retorno del padre Kelly a los Estados Unidos.⁹⁷

Tras la publicación del comunicado estudiantil en las páginas del diario *Combate*, monseñor Eduardo Boza Masvidal solicitó una rectificación inmediata de lo allí expuesto⁹⁸. Los estudiantes tenían hasta el día 31 octubre para rectificar su postura y desdecirse⁹⁹. Como cabía esperar, los estudiantes, lejos de retractarse, se ratificaron en su escrito. El resultado final fue la expulsión de los estudiantes del centro universitario. El 10 de noviembre, en comunicación firmada por el propio Boza Masvidal, los estudiantes fueron expulsado de la Universidad de Villanueva¹⁰⁰, y fue entonces cuando saltó el

⁹³ Pino-Santos Navarro, Carina: *Op. Cit.*, pág. 18.

⁹⁴ *Bohemia* (Año LII). Núm. 48. La Habana: domingo, 27 de noviembre de 1960, pág. 48. Semanal.

⁹⁵ Torreira Crespo, Ramón y Buajasán Marrawi, José: *Op. Cit.*, pág. 27.

⁹⁶ *Idem*.

⁹⁷ *Ibidem*, págs. 27 y 28.

⁹⁸ *Bohemia* (Año LII). Núm. 48. La Habana: domingo, 27 de noviembre de 1960, pág. 48. Semanal.

⁹⁹ Torreira Crespo, Ramón y Buajasán Marrawi, José: *Op. Cit.*, pág. 28.

¹⁰⁰ *Idem*.

escándalo a la prensa cubana y también a la franquista. Sobre todo cuando se pudo comprobar que la pastoral de Enrique Pérez Serantes, “Roma o Moscú”, después de haber sido promulgada el día 30 de octubre, coincidiendo con la festividad de Cristo Rey, aplazó su divulgación masiva hasta el 13 de noviembre, día en que tendría que ser leída en todas las iglesias de la diócesis de Santiago de Cuba. Según publicó el diario *Pueblo*, la pastoral de Serantes fue leída en 110 de templos de la diócesis santiaguera¹⁰¹.

La coincidencia de la pastoral de Serantes con el día de recogimiento y la huelga estudiantil como duelo por el fusilamiento del líder católico Ramírez Ruiz hizo sospechar que aquello distaba mucho de ser casual. Algunos especialistas en el periodo apuntan a que el retraso en la lectura pública de la pastoral de Serantes, promulgada el 30 de octubre, pero retenida para su divulgación entre la grey católica hasta el día 13 de noviembre se produjo debido a “*problemas para la impresión y distribución del texto*”¹⁰². Sin embargo, fuera ciertas o no las causas de aquel retraso, es evidente que la coincidencia de la pastoral del arzobispo gallego con la campaña promovida desde la Universidad de Villanueva daba motivos más que fundados para que los sectores revolucionarios urdieran la teoría de la conjura de los prelados católicos contra el Gobierno cubano.

Después de la denuncia de los estudiantes expulsados de Villanueva, los sectores partidarios de la revolución, católicos y no católicos, estaban sobre aviso y el día 13 noviembre se registraron, como cabía esperar, enfrentamientos entre partidarios de la Jerarquía eclesiástica y otros católicos afines al proceso revolucionario. Miembros del comité cívico católico “Con la Cruz y con la Patria”, a los que se unieron también otros revolucionarios indignados por el papel que estaba jugando la Iglesia católica en aquellas fechas, se personaron en varias iglesias de la diócesis santiaguera para entonar el himno de Cuba durante la lectura de la pastoral del prelado gallego y boicotear a la vez el homenaje, la jornada de recogimiento, que se pretendía brindar al dirigente católico fusilado Ramírez Ruiz¹⁰³.

13.5.1 La división del catolicismo cubano: el cisma entre la oficialidad católica y parte de la feligresía

Todos aquellos acontecimientos estaban desprestigiando a la oficialidad católica y sirvieron para evidenciar la ruptura dentro del catolicismo cubano. Por un lado, estaban los partidarios de Boza Masvidal y del gallego Enrique Pérez Serantes y por el otro los partidarios de la organización con la “Con la Cruz y con la Patria”. La jerarquía católica se enfrentaba a la parte de su feligresía que no estaba dispuesta a asumir las tesis que promulgaban figuras señeras dentro del Episcopado cubano. Los contestatarios a la línea oficial de la Iglesia seguían las consignas de otro sacerdote gallego, el omnipresente padre Lence, que en la víspera de la lectura de la pastoral de Serantes y de la jornada de recogimiento promovida desde la Universidad de Villanueva había dado como consigna el canto del himno nacional durante los pronunciamientos que contra la Revolución cubana se produjeran en los templos de Cuba. Aquella consigna había sido lanzada por el padre Lence el día 12 de noviembre desde la escalinata de la Universidad de La Habana y además de aquella recomendación criticó con acritud comportamiento mostrado por las autoridades de la Universidad de Villanueva.

Las palabras del padre Lence en aquella jornada fueron publicadas en las páginas centrales de la revista *Bohemia*, que acogía ya los pronunciamientos de aquella otra iglesia cubana como los únicos reseñables y patrióticos dentro de las filas del catolicismo. La revolución había elegido ya la Iglesia con la quería contar y aquella era la representada por el sacerdote gallego y su organización católica “Con la Cruz y con la Patria”. La revista *Bohemia* escenificó de forma clara la predilección por aquella

¹⁰¹ *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6595. Madrid: lunes, 14 de noviembre de 1960, pág. 2. Diario.

¹⁰² Uría Rodríguez, Ignacio: *Op. Cit.*, pág. 416.

¹⁰³ *Bohemia* (Año LII). Núm. 46. La Habana: domingo, 13 de noviembre de 1960, pág. 57. Semanal.

organización católica y señaló que, frente a la Jerarquía católica, el padre Lence era un sacerdote “*de veras y no un intrigante con sotana*”¹⁰⁴. Un sacerdote valiente que no tenía pudor en enfrentarse a sus superiores para defender la causa de Cuba. Según *Bohemia*, el sacerdote gallego no se había andado con rodeos en su alocución desde la Universidad de La Habana y, colocando directamente el dedo en la llaga, había traído a colación “*el silencio prebendado*” que habían mantenido frente “*al régimen criminal de Batista*” los mismos que agitaban ahora, desde “*la sombra*”, “*la resistencia*” contra el Gobierno cubano. Los mismos que habían estado con Batista agitaban ahora la bandera de la contrarrevolución, pues, según Lence, aborrecían “*una revolución hecha para los humildes*”, desconociendo que “*traicionar al pobre es traicionar a Cristo*”¹⁰⁵.

En aquella jornada, el padre Lence, enérgico en su pronunciamiento según aseveró *Bohemia*, se dirigió a los cubanos para pedirles lo siguiente: “*Yo les pido a los padres de los alumnos*” de los colegios católicos “*que no permitan que se juegue con sus hijos haciendo huelgas*”¹⁰⁶. Lence denunciaba los llamamientos hechos desde algunos centros católicos para secundar la huelga del día 14 de noviembre y solicitaba a los representantes de la Iglesia que frenaran aquella conjura. Como católicos y como cubanos, según Lence, todos estaban llamados a defender la patria y sostenerla con las armas si era preciso: “*Nosotros, los cubanos que profesamos la religión católica, estamos en la obligación de defender la patria con las armas en la mano*”¹⁰⁷. Y aquello estaba reñido con la jornada de duelo y la posterior huelga que se estaba organizando en la sombra. Lence se mostraba taxativo, su alocución era una verdadera denuncia y un llamamiento a los católicos en el que se pedía de forma clara desobedecer a las autoridades eclesiásticas y apoyar a la dirigencia revolucionaria. Sus palabras no podían ser más elocuentes:

“Sé que se trata de organizar, abusando de nuestro pueblo, un día de duelo mañana por el traidor de Santa Clara; y es muy triste que los que no vieron cuando se asesinaba en nuestro país y no protestaron entonces por prebendas y favores, organicen ahora días de duelo por individuos cuyo catolicismo no nos consta y que han sido traidores a Cuba. Y sinceramente pido a nuestros católicos que asistan mañana a los templos, y cuando esto suceda, que canten el Himno de la Patria”.¹⁰⁸

El catolicismo cubano se mostraba ya claramente dividido. Parte de los prelados de Cuba había hecho un llamamiento muy claro para combatir a la revolución en aquellos aspectos que ellos consideraban contrarios a la religión. Sin embargo, en aquel momento de unidad imprescindible, rechazar una parte de la revolución significaba rechazar el todo revolucionario y la oficialidad católica ponía tantas objeciones al proceso revolucionario que había terminado por honrar a los que se levantaban en armas contra el Gobierno cubano. Por el contrario, la ya influyente organización del padre Lence se distinguía, como hacían los comunistas y otros grupos, por hacer llamamientos constantes para que los católicos militaran sin fisuras y sin dobleces en las filas de la revolución. En Cuba había ya dos sensibilidades claras dentro del catolicismo, una que caminaba por las sendas del desacato a las órdenes que emanaban de las autoridades eclesiásticas, que se plegaba a las necesidades que provenían del proceso revolucionario y que comenzaba ya a ser acusada de cismática por la oficialidad católica, y la otra, la oficial, se mostraba incapacitada para integrarse en la nueva Cuba. Arrastraba unos aires preconciarios que seguían teniendo en las encíclicas de Pío XII su breviario para juzgar lo que estaban bien y lo que estaba mal. Vivía en un espacio temporal anterior al papado de Juan XXIII y desconocía las necesidades urgentes que tenía de renovarse.

¹⁰⁴ *Idem.*

¹⁰⁵ *Idem.*

¹⁰⁶ *Idem.*

¹⁰⁷ *Idem.*

¹⁰⁸ *Idem.*

Entre tanto, la dirigencia cubana había permanecido en un discreto segundo plano, ausente por lo agitado del contexto internacional en aquel momento y embarcado en problemas de mayor enjundia que los que podían generarle los devaneos de los cada día menos escuchados prelados católicos. Sin embargo, cuando las connivencias entre Iglesia y contrarrevolución resultaron tan evidentes Fidel Castro tomó la palabra. Como en tantas otras ocasiones las palabras del primer ministro fijarían la senda a seguir por las publicaciones periódicas cubanas, atentas a los mensajes del máximo líder para reforzar el frente revolucionario allí donde más falta hacía.

13.5.2 Fidel Castro rompe su silencio

Una vez serenados los ánimos, Fidel Castro se refirió a lo acontecido en Cuba con la Iglesia católica en aquellas fechas, lo hizo acometiendo directamente el núcleo del problema: los colegios católicos. Fidel Castro acometía su descalificación de la oficialidad católica allí donde la Jerarquía eclesiástica se sentía más poderosa y allí donde más tenía que perder.

El 27 de noviembre, día en el que el régimen homenajeaba a unos estudiantes de medicina fusilados por los españoles en 1871, Fidel Castro, en su alocución de aquella jornada, aprovechó la efeméride para abordar los desencuentros entre Iglesia y Estado y se dedicó en extenso a exponer su visión sobre lo acontecido en los centros de enseñanza católicos¹⁰⁹. El primer ministro cubano señaló en primer lugar que los estudiantes universitarios que estaban inscritos en los colegios privados pertenecían a familias cuyos intereses habían sido afectados por las leyes revolucionarias. Esta característica les convertía en objetivos prioritarios para la contrarrevolución. Aquella era una ley que no sólo tenía reflejo en Cuba, pues se había recreado en todos aquellos países que habían pasado por un proceso revolucionario similar al cubano.

La contrarrevolución, consciente de ello, trataba de ganar terreno en aquel ámbito. El proselitismo al que se había entregado la contrarrevolución no tenía entre los obreros y campesinos su campo de desarrollo, sino entre aquellas clases que habían sido perjudicadas por la revolución. La contrarrevolución se centraba así en los colegios donde se concentraban los hijos de las clases acomodadas y era en estos colegios donde trataban de reclutar a sus agentes. Los mejores agentes de la reacción estaban “entre los hijos de familias ricas”, “entre los hijos de las familias afectadas por las leyes revolucionarias” y estos jóvenes no estaban en los cuarteles y fortalezas que la revolución había convertido en escuelas para que estudiaran los hijos de los obreros y de las familias pobres¹¹⁰.

Además, Fidel Castro, señalaba que el objetivo de la contrarrevolución no eran sólo los estudiantes, sino también los profesores de esos centros católicos. Las actividades de captación de la contrarrevolución eran relativamente fáciles entre aquellos docentes, pues, según Fidel Castro, todavía había “*algunos batistianos*” y “*algunos proimperialistas reaccionarios*” entre el profesorado de la enseñanza secundaria de aquellos centros¹¹¹.

Llegados a aquel punto, Fidel Castro señalaba que no podía sorprender a nadie lo que estaba sucediendo en los colegios de los privilegiados. Allí se refugiaban los naufragios del batistato, los hijos de los terratenientes, de los grandes comerciantes importadores, de los propietarios de centrales azucareras, de los representantes de las finanzas y de los propietarios urbanos. Entre aquellos grupos la contrarrevolución lo tenía fácil porque lanzaba su propaganda sobre sectores que ya estaban convencidos de que la Revolución cubana era un peligro.

¹⁰⁹ “Discurso pronunciado en la Escalinata Universitaria, el 27 de noviembre de 1960”: *Op. Cit.*

¹¹⁰ *Idem.*

¹¹¹ *Idem.*

La contrarrevolución medraba en los centros de los privilegiados y estos centros eran una herencia que la revolución había recibido del antiguo régimen. Sin embargo, el Gobierno cubano no podía tolerar aquella actitud, pues desde aquellos colegios se predica la contrarrevolución abiertamente y se combatía desde la primera línea la acción del Gobierno revolucionario. Fidel Castro se despacha a continuación contra aquellos sectores que se erigían con descaro como enemigos de los humildes, un grupo de cínicos, fariseos, egoístas e inmorales a los que se dedicaban lindezas de este tipo. El primer ministro, después de acometer varios pasajes de la historia del cristianismo y posicionarse a favor de los cristianos que habían luchado por el cambio social, acometía directamente el problema planteado en la Universidad de Villanueva.

Fidel Castro exponía los hechos sin ambages: aquella universidad, una “*universidad de superprivilegiados*”, manifiestamente pronorteamericana y sustentada por capital estadounidense, había expulsado a un grupo numeroso de jóvenes por defender la Revolución cubana¹¹². Sin embargo, aquella actitud no era nueva: Fidel Castro señalaba que nadie podía llevarse a engaño, los responsables de la Universidad de Villanueva seguían defendiendo lo que siempre habían defendido. Y entonces el primer ministro recreaba algunos pasajes de la lucha contra el “marzato”. Durante la contienda contra Batista, Fidel Castro señalaba que miembros de las fuerzas revolucionarias se habían reunido con los estudiantes universitarios de Villanueva para pedirles que fuesen generosos con aquellos otros jóvenes que se estaban inmolando para terminar con el régimen de Batista. Las fuerzas revolucionarias habían solicitado a los estudiantes de la universidad católica que secundaran las huelgas para contribuir a la caída del dictador. Sin embargo, aquellos estudiantes de Villanueva se habían negado; no habían aceptado hacer un parón para apoyar a aquellos otros estudiantes que caían asesinados por las calles, “*ni siquiera habían tenido el elemental civismo de solidarizarse con sus compañeros de la Universidad de La Habana*”¹¹³. Lejos de solidarizarse con ellos se había aprovechado de su desgracia, pues mientras unos caían “*bajo el crimen, y bajo el terror*”, otros continuaban sus estudios como si nada estuviera pasado¹¹⁴.

Fidel Castro no sólo se mostraba inclemente con los estudiantes de Villanueva, sino que arremetía todavía con más fuerza contra la universidad que les daba cobijo. Aquella Universidad de Villanueva siempre había estado en contra del proceso revolucionario y lo había estado desde el período en que la juventud cubana se batía contra Batista, no en vano había sido una de las principales beneficiarias de la guerra civil, pues no había dudado en utilizar la contienda para la lucrarse “*con la sangre de la patria*”, matriculando a más y más estudiantes para beneficiarse así del civismo mostrado por otra universidad, la de La Habana, que había cerrado sus puertas para lanzar a su estudiantado a la lucha contra la tiranía¹¹⁵.

Así pues, las autoridades de Villanueva y gran parte de su estudiantado le habían dado la espalda a la revolución desde el primer momento. Sin embargo, el Gobierno revolucionario no lo tuvo en cuenta y “*suavizó las medidas de sanción que con todo derecho pedían los estudiantes*” de otras universidades que habían perdido dos, tres y hasta cuatro años de estudios en la lucha contra Batista, “*mientras los señoritos recibían graciosamente sus títulos de profesionales*”¹¹⁶. La revolución había dispensado a aquella universidad toda la generosidad que dicha universidad había sido incapaz de conceder a la revolución durante su larga lucha.

¹¹² *Idem.*

¹¹³ *Idem.*

¹¹⁴ *Idem.*

¹¹⁵ *Idem.*

¹¹⁶ *Idem.*

Fidel Castro señalaba entonces que no se podía acusar a la revolución de haber “*sido agresiva*” o “*hostil*” con aquellos “*centros de privilegiados*”¹¹⁷. Más bien todo lo contrario, el frente revolucionario había sido condescendiente con aquel centro de la reacción, había pasado por alto su deslealtad y su incuestionable egoísmo, nunca se les había acosado ni se había actuado directamente contra ellos. La revolución, sin embargo, sí había ido contra el privilegio y aquí se encontró con la Universidad de Villanueva. El problema que las autoridades de Villanueva tenían con la revolución, según enfatizó Fidel Castro, “*no era un problema de religión, no era un problema de creencias religiosas, y sí un problema de intereses materiales, sí un problema económico*”¹¹⁸. Todo lo demás, “*la fe, la religión y otras cosas*”, habían servido solamente de pretexto para defender los verdaderos intereses de los colegios privados¹¹⁹. Es decir, los intereses económicos de los padres que matriculaban a los muchachos en aquellas escuelas, colegios y universidades.

El primer ministro cubano continuaba su alocución profundizando en los mismos argumentos. La revolución había topado con la Iglesia porque la Iglesia formaba parte del bloque hegemónico que habían señoreado en Cuba durante sesenta años. La revolución, afirmaba el líder cubano, a través de su paquete de reformas y transformaciones había dejado al descubierto “*el estrecho ligamen*” que existía entre “*hacendados, militares y clero*”¹²⁰.

Fidel Castro no hacía un brindis al sol con aquella aseveración, pues daba ejemplos de su afirmación: “*Cuando tuvo lugar la nacionalización de los centrales azucareros se descubrió que había prebendas, hasta de varios cientos de pesos, para algunos clérigos*”¹²¹. El primer ministro señalaba que los propietarios de centrales azucareros no sólo enviaban el cheque “*al esbirro*”, “*al sargento, al teniente, al capitán y al comandante*”; no le enviaban el cheque solamente “*al abogado famoso, cuyo bufete se encargaba de defender los intereses sacrosantos de esos señores*”; le enviaban también el “*chequecito*” al clérigo que velaba por sus intereses¹²². Se producía así “*un repugnante maridaje entre el hacendado explotador de los obreros y los guajiros, el esbirro que daba palos y asesinaba, el abogado que cobraba jugosas sumas por defender esos privilegios y el cura que predicaba allí la sumisión entre el obrero y el campesino*”¹²³.

Las desafecciones de la parte más privilegiada de la Iglesia se habían desencadenado con el proceso de nacionalizaciones, pues desde aquel momento había quedado claro que el que maná que se dispensaba a los colaboradores clericales se había extinguido para siempre. Fue entonces, como apuntaba indignado Fidel Castro, cuando algunos de aquellos “*esbirros con sotana*”, “*muy alejados de las prédicas verdaderas de Cristo*”, se habían lanzado por caminos de la contrarrevolución: les había dado por “*hacer sermones contrarrevolucionarios en las iglesias y escribir hojitas parroquiales que los propios católicos, los propios creyentes, habían recibido con el Himno Nacional de la patria en los labios*”¹²⁴.

Fidel Castro continuaba su prédica señalando lo paciente que había sido la revolución con aquellos elementos levantiscos que habitaban en el seno del catolicismo y que estaban directamente emparentados con la reacción. La dirigencia revolucionaria había guardado silencio ante la connivencia de parte de la Iglesia con los hacendados, no había pretendido enfrentar a las autoridades católicas con los creyentes. La revolución no había sostenido una actitud hostil hacia la religión,

¹¹⁷ *Idem.*

¹¹⁸ *Idem.*

¹¹⁹ *Idem.*

¹²⁰ *Idem.*

¹²¹ *Idem.*

¹²² *Idem.*

¹²³ *Idem.*

¹²⁴ *Idem.*

simplemente habían nacionalizado los “*centrales azucareros*” y una vez nacionalizados hizo lo mismo que había hecho con el resto de los departamentos del Estado: prohibir el régimen de latrocinio que había imperado en Cuba y levantar la voz para señalar los comportamientos que quedaban proscritos: “*¡botellas, no!; ¡prebendas no!*”¹²⁵

Lo que había sucedido, en definitiva, era que la revolución había dejado de pagar los sueldos bajo cuerda que antes pagaba la empresa privada para mantener todo un sistema clientelar y la Iglesia se había visto afectada. El Gobierno cubano había puesto en marcha reformas imprescindibles para el funcionamiento del país y había conseguido sacar adelante las leyes nacionalizadoras y aquello había afectado a los ingresos de la Iglesia. La vorágine revolucionaria había perjudicado de forma irreversible los intereses de unas clases determinadas y estas clases eran los principales valedores de las instituciones educativas que la Iglesia tenía en Cuba. El cuadro resultante quedaba así plenamente definido: los alumnos de los colegios privados se estaban reduciendo porque sus padres habían partido hacia el extranjero o habían tenido que ceder parte de su patrimonio al pueblo y esto repercutía en la Iglesia de diferentes formas: el cepillo ya no recogía lo de antaño y la Jerarquía católica, culpaba, no sin razón, a la dirigencia revolucionaria de aquel bajón de ingresos.

Este era el verdadero drama de la Iglesia, una realidad que Fidel Castro recogía, según el mismo confirmaba, de la explicación ofrecida por “*un digno sacerdote católico*” que había proclamado aquellas “*mismas verdades*” desde una tribuna revolucionaria, desde la misma tribuna en la que Fidel Castro estaba hablando en aquel momento¹²⁶. Aquel sacerdote, según enfatizaba el primer ministro cubano, vestía los hábitos “*para servir a su patria sin negar a Dios, para servir a su pueblo sin negar a Cristo*”¹²⁷. Fidel Castro se refería al padre Lence y sin necesidad de tener que mentarlo señalaba que en la revolución cabían todos, muchos católicos estaban con la revolución y el proyecto común seguía abierto para todos los que quisieran sumarse, especialmente para todos aquellos católicos que seguían a aquel digno sacerdote al que Fidel Castro no mencionaba, pero al que todos reconocían en las palabras del primer ministro cubano.

Los centros privados estaban entrando en decadencia, pues según señalaba Fidel Castro, la revolución había fundado ya centros escolares con los que no podía competir la Iglesia católica. Además, a medida que los centros estatales fueran construyéndose las escuelas privadas irían languideciendo. La educación privada se estaba quedando sin alumnos porque las escuelas creadas por la revolución tenían calidad suficiente para competir con los centros religiosos y porque sus antiguos clientes se habían ido, se estaban yendo o terminarían partiendo hacia el exilio. El razonamiento de Fidel Castro era tan lógico como concluyente:

*“Las cosas son claras. Ese dinero que antes pasaba a manos del hacendado, ese dinero del gran comercio importador, de la gran finanza y de los grandes terratenientes, que antes servía para sostener escuelas de privilegiados, ahora ese dinero sirve para hacerle escuelas al pueblo”.*¹²⁸

Así pues, el resultado final era tan evidente que brotaba por pura lógica. Muchos de aquellos colegios privados estaban condenados a la quiebra y no por el interés que pudieran tener las autoridades cubanas en perseguirlos, sino por las nuevas condiciones materiales que imperaban en la Cuba revolucionaria. El Episcopado cubano lo sabía y no parecía dispuesto a asumir la nueva situación,

¹²⁵ *Idem.*

¹²⁶ *Idem.*

¹²⁷ *Idem.*

¹²⁸ *Idem.*

algo que había quedado meridianamente claro en la última pastoral de Enrique Pérez Serantes con sus alusiones constantes a la educación religiosa y sus ataques a los colegios laicos.

Fidel Castro así lo entendió también y señaló que los prelados católicos no se resignaban a ver languidecer económicamente el imperio educativo que habían creado en las últimas décadas. Los colegios católicos estaban entrando en declive por las medidas revolucionarias dictadas por el Gobierno que, aunque no les afectaban a ellos directamente, dañaban los intereses de sus proveedores habituales. La Iglesia católica sabía ya que sus colegios tenían los días contados porque el plantel de alumnos iría decayendo irreversiblemente y ante aquella realidad, según la opinión de Fidel Castro, la jerarquía eclesiástica había optado “*por duplicar y triplicar la provocación*”, para forzar el cierre de las escuelas por las fuerzas revolucionarias y así propagar una campaña internacional para acusar a la revolución de persecución religiosa¹²⁹. De lo que se trataba en definitiva era de vender en el exterior la imagen de que el Gobierno revolucionario cerraba los colegios católicos. Como este cierre no se producía, entonces había que redoblar las dosis de provocación, para forzar al Gobierno cubano a intervenir.

Fidel Castro, de todos modos, reiteró durante toda su alocución, incluso cuando trató otros asuntos, que la revolución seguía abierta a todos los cubanos y que los católicos tenían cabida en ella por derecho propio. Sin embargo, dejó también muy claro que lo sucedido con los sectores más acomodados de la Iglesia católica y de los creyentes que les secundaban no era más que una consecuencia del deslinde de fuerzas que se estaba dando dentro del proceso revolucionario. Los privilegios y los privilegiados ya no tenían cabida en la nueva Cuba y la revolución no podía hacer distinciones. Aquella era la revolución de los humildes y estaría con ellos hasta las últimas consecuencias.

13.5.3 La revista *Bohemia* recoge el guante lanzado por el primer ministro cubano

Aquel discurso de Fidel Castro supuso el pistoletazo de salida para la prensa cubana. La revista *Bohemia*, que había reusado entrar a fondo en aquel asunto en sus números precedentes a la alocución del primer ministro del día 27 de noviembre, cargó entonces contra el rector de la Universidad de Villanueva. *Bohemia*, el mismo día en que Fidel Castro publicitaba su denuncia desde la Universidad de La Habana, lanzó sus huestes contra los conjurados de Villanueva. El obispo auxiliar de La Habana Eduardo Boza Masvidal fue acusado de ser el cerebro de una conjura contrarrevolucionaria. La revista secundaba la opinión vertida por los estudiantes expulsados del plantel de la universidad y señalaba al mismo tiempo que aquellas expulsiones de jóvenes revolucionarios no hacía más que confirmar las relaciones que aquel centro universitario tenía con la contrarrevolución. Aquella purga estudiantil no era una medida aislada, sino que formaba parte de un todo: “*las maniobras de la quinta columna falangista que operaba en Cuba*”¹³⁰.

Bohemia se mostraba tajante en sus conclusiones, pues, según todos los indicios, dentro de la Iglesia católica operaba un sector importante de la contrarrevolución. Aquel sector de la contrarrevolución maniobraba bajo las órdenes de un grupo de sacerdotes y altas dignidades eclesiásticas entre las que había algún cubano, un gran número de norteamericanos y algunos sacerdotes falangistas de origen español.

La revista *Bohemia*, a la hora de fijar responsabilidades, no operaba en el vacío informativo, pues ofrecía nombres y apellidos y trazaba la silueta de los conjurados de Villanueva. El más señalado era Eduardo Boza Masvidal, “*cabeza pensante y guía político de la contrarrevolución en el seno la*

¹²⁹ *Idem.*

¹³⁰ *Bohemia* (Año LII). Núm. 48. La Habana: domingo, 27 de noviembre de 1960, pág. 48. Semanal.

Iglesia y en las asociaciones y colegios católicos”¹³¹. Su propósito era enfrentar al catolicismo con la revolución y para ello no había dudado en acudir a la misma Roma para sondear tales posibilidades¹³². Siempre que la revolución había necesitado el apoyo de la población para sustentar sus leyes, Boza Masvidal había hecho acto de presencia para que se boicoteara este apoyo desde la población católica. Él había sido el encargado de organizar la resistencia eclesiástica a las reformas revolucionarias desde la Universidad de Villanueva. Tras él, la revista *Bohemia*, situaba al padre Eutimio Alonso, “*falangista español*” y promotor de la “*propaganda contrarrevolucionaria*” que se hacía a diario en el plantel de la universidad¹³³. El padre Alonso era además el responsable de cortar “*todo brote enojoso de civismo estudiantil*” que apostara por el proceso revolucionario¹³⁴.

Alonso no era el único sacerdote falangista con mando en plaza. En aquella universidad trabajaba también el padre Alberto Medina, regente de estudios y uno de los religiosos más implicados en promover las protestas contra la labor revolucionaria. Él había sido el encargado, según *Bohemia*, de “*levantar una protesta entre los estudiantes de Villanueva a favor del Embajador franquista, cuando éste provocó el incivilmente a Fidel Castro*”¹³⁵. Además, se le atribuía la propaganda franquista dentro del centro.

El elenco de profesores reaccionarios era extenso. Entre ellos se encontraban casos como el de José Manuel Pérez Cabrera, exministro de Batista y ligado a la conjura trujillista de 1959¹³⁶. En la Universidad de Villanueva todo traspiraba resistencia a la revolución en un ambiente en el que pululaban “*curas españoles y norteamericanos*”: el padre Seymour y el padre Juan Domínguez, según los cuales “*ser revolucionario era pecado*”; los padres Mendoza y Villacorta, “*devotos falangistas*”; o seglares franquistas como el notorio Valentín Arenas, ligado al *Diario de la Marina* e implicado en cualquier intento reaccionario desde hacía años¹³⁷. Aquel era el cartel de profesores con el que se movía la Universidad de Villanueva que tenía en la asociación de alumnos de la universidad y en la Agrupación Católica Universitaria el brazo ejecutor de sus acciones. Estas organizaciones en combinación con el rector Boza Masvidal habían sido las encargadas de patrocinar y organizar la huelga frustrada del 14 de noviembre, los parones del 13 de octubre y los que habían gestionado con los colegios de Belén y la Salle, dos centros educativos de los más importantes en Cuba, su participación en la huelga del 14 de noviembre¹³⁸.

La expulsión de los estudiantes revolucionarios de Villanueva había revelado además otros detalles importantes que señalaban a la Agrupación Católica Universitaria como una de los núcleos contrarrevolucionarios más activos en Cuba. Esta organización había articulado movimientos en contra de la revolución con diferentes nombres y entre ellos estaba el archiconocido Movimiento de Recuperación Revolucionaria de Manuel Artime. El movimiento de Artime se nutría de cuadros en la Agrupación Católica Universitaria, cuya figura inspiradora había sido desde sus inicios el padre Llorente. Antes y después del triunfo de la revolución, el padre Llorente había sido el encargado de configurar “*grupos falangistas*” entre las clases acomodadas de Cuba con el objeto de contener cualquier reforma que pudiera dañar los intereses de las antiguas clases dirigentes¹³⁹.

La Agrupación Católica Universitaria tenía además ramificaciones en todas las instituciones educativas de la Iglesia católica en territorio cubano. Los estudiantes expulsados de Villanueva habían

¹³¹ *Ibidem*, pág. 49.

¹³² *Idem*.

¹³³ *Idem*.

¹³⁴ *Idem*.

¹³⁵ *Ibidem*, pág. 71.

¹³⁶ *Idem*.

¹³⁷ *Idem*.

¹³⁸ *Idem*.

¹³⁹ *Ibidem*, pág. 72.

entregado a la redacción de *Bohemia* un ejemplar de *Trinchera*, órgano del Directorio Estudiantil del Movimiento de Recuperación Revolucionaria que se distribuía en la Universidad de Villanueva por la mentada Agrupación Católica.¹⁴⁰

La revista *Bohemia* ofreció todos los detalles de lo publicado en aquel volante contrarrevolucionaria y señaló para finalizar que el material facilitado por los estudiantes expulsados y la información presentada en aquel reportaje constituían una prueba irrefutable de que “la reacción falangista” operaba dentro del plantel de Villanueva y del resto de colegios privados¹⁴¹. La situación era grave, según *Bohemia*, pues la revolución cubana tenía que lidiar con grupos emboscados que llamaban a la traición en aquel momento en que Cuba estaba a las puertas “de una inminente agresión exterior”¹⁴². Así pues, según señalaba la revista en sus páginas, no se exageraba cuando se señalaba a las instituciones educativas privadas como a “una quinta columna” organizada en el interior de Cuba y preparada “para atacar por la espalda a la revolución” cuando ésta tuviera que “defender su existencia”¹⁴³.

El primer ministro cubano y la revista *Bohemia* respondían a la Iglesia católica con la misma arma que ésta había utilizado contra la revolución. El arzobispo de Santiago y obispo auxiliar de La Habana habían coordinado su pastoral y su jornada de recogimiento y huelga para convertir las jornadas del 13 y 14 de noviembre en una protesta masiva contra el Gobierno revolucionario, mientras el primer ministro cubano lanzaba su mensaje desde la Universidad de La Habana, la única verdaderamente revolucionaria, el mismo día en que la revista *Bohemia* sacaba su número con el demoledor reportaje sobre el padre Boza Masvidal y la actividad contrarrevolucionaria en la Universidad de Villanueva. El día 27 de noviembre el frente revolucionario lanzó la ofensiva contra la Jerarquía católica y ésta lejos de encogerse respondió en bloque.

Los primeros en responder fueron los franciscanos españoles desde *La Quincena* y jugando un papel tan penoso como inane trataron de rechazar las acusaciones vertidas por Fidel Castro y la revista *Bohemia* haciendo recaer la responsabilidad sobre los estudiantes de Villanueva. *La Quincena* trató de desvincular al rector de la Universidad de Villanueva, Boza Masvidal, y al resto de autoridades de los centros católicos de toda responsabilidad en la organización de la jornada de huelga y del acto de recogimiento en memoria del líder estudiantil fusilado un mes antes, señalando a la vez que la organización de aquellos actos había sido preparada y maquinada por los estudiantes al margen de cualquier participación de la Iglesia católica o de sus instituciones dependientes¹⁴⁴. *La Quincena*, haciendo gala de una actitud poco decorosa, desvinculaba a la Iglesia de los estudiantes católicos y dejaba a estos a merced de la represaría revolucionaria.

Sin embargo, aquello no fue todo, *La Quincena* ofreció su versión particular de lo acontecido, pero todavía quedaba la respuesta del Episcopado cubano. La Jerarquía católica no se encogió ante el envite revolucionario y el día 4 de diciembre publicó una carta abierta al primer ministro Fidel Castro¹⁴⁵. Una carta, que como la Circular Colectiva del mes de agosto, requirió el consenso de todos los prelados de Cuba.

¹⁴⁰ *Idem.*

¹⁴¹ *Idem.*

¹⁴² *Idem.*

¹⁴³ *Idem.*

¹⁴⁴ *La Quincena* (Año VI). Núm.22. La Habana: miércoles, 30 de noviembre de 1960, págs. 9, 43,44 y 48. Quincenal.

¹⁴⁵ Para la consulta del documento íntegro véase Díaz Castañón, María del Pilar: *Op. Cit.*, págs. 296-299.

13.6 Carta abierta del Episcopado al primer ministro Fidel Castro

El Episcopado cubano, como conjunto, se había abstenido de pronunciarse oficialmente hasta la fecha, aunque no era menos cierto que Boza Masvidal y Pérez Serantes, destacados como el sector más beligerante de la jerarquía católica, se había desempeñado como azote de la revolución en los últimos meses. Sin embargo, en esta ocasión el Episcopado en bloque se dirigió al primer ministro para presentar sus protestas ante lo que entendían como un maltrato constante al catolicismo cubano. Ahora ya no se trataba de la opinión particular de un obispo o un cardenal enfrentados a la revolución, ahora era el Episcopado en su totalidad el que lanzaba un mensaje desafiante al Gobierno revolucionario. Para ello se hizo uso del procedimiento de la carta abierta al primer ministro de Cuba y en ella estamparon su firma la totalidad de los dignatarios de la Iglesia cubana.

Sin embargo, la confección de aquella carta no fue materia fácil debido a la contraposición de las posturas defendidas por los distintos prelados. Dentro del Episcopado existían una línea dura, la presidida por Boza Masvidal y Pérez Serantes, pues ellos eran los que estaban soportando el peso del enfrentamiento con la revolución y los que estaban más involucrados en las actividades de la contrarrevolución y, por tanto, exigían que el mensaje lanzado al primer ministro fuera contundente y se descalificara sin paliativos la línea de actuación emprendida por el ejecutivo cubano. Frente a ellos, se encontraba Evelio Díaz, arzobispo coadjutor y administrador apostólico de La Habana, que tras la muerte del arzobispo de Matanzas, Martín Villaverde, se había quedado como el único portavoz de la postura más moderada dentro del Episcopado, tendente a mantener una posición más astuta a no empeorar las ya de por sí dañadas relaciones Iglesia Estado. En medio de estas dos posiciones se encontraban el resto de prelados, que por diversas razones no terminaban de apostar abiertamente por ninguna de las dos vías y mostraban una actitud errática. Según el historiador Ignacio Uría Rodríguez, terminó triunfando finalmente la posición de Evelio Díaz¹⁴⁶, porque la línea más beligerante, sobre todo aquella versión radical defendida por el sector ultramontano en los últimos meses, no era del gusto del resto de prelados, incapaces de asumir un enfrentamiento frontal con el Gobierno cubano debido a su inexperiencia o a razones que tenían más que ver con el espíritu conciliador o con la falta de carácter.

Entre los prelados que finalmente hicieron decantar la balanza por una carta menos beligerante se encontraba Alfredo Müller, administrador apostólico de Cienfuegos, que debido a su espíritu conciliador y silencioso prefirió apostar por un escrito menos duro del que hubiera deseado Masvidal y Serantes. Igual postura adoptó el obispo de Camagüey, Ríu Anglés, que obsesionado con los espías del régimen cubano, era incapaz de llevar su rechazo a la revolución por los cauces del agrio enfrentamiento, una actitud que terminó por confirmarse tras su partida hacia el exilio poco tiempo después.¹⁴⁷

Frente a estos dos prelados con experiencia en los asuntos obispaes se encontraban José Domínguez, obispo auxiliar de La Habana, y Manuel Rodríguez Rozas, obispo de Pinar del Río, que no pudieron decantar la balanza de uno u otro lado porque llevaban solamente un año en el cargo y tenían poca influencia en las deliberaciones¹⁴⁸. Finalmente estaba la posición de Manuel Arteaga, que a pesar de ser la mayor autoridad de la Isla, ya no participaba al más alto nivel en las discusiones sobre la estrategia a seguir, pues su avanzada edad y su delicado estado de salud lo habían dejado al margen de aquellas refriegas palaciegas.

¹⁴⁶ Uría Rodríguez, Ignacio: *Op. Cit.*, pág. 422.

¹⁴⁷ *Idem.*

¹⁴⁸ *Idem.*

En definitiva, como había sucedido meses antes con motivo de la Circular Colectiva los dos bandos dentro del Episcopado volvían a enfrentarse, sólo que en esta ocasión la propuesta de redacción elegida había sido la de Evelio Díaz, en detrimento de las propuestas de Pérez Serantes y Boza Masvidal, partidarios de un texto más duro al considerar la propuesta de Evelio Díaz “*demasiado tibia*”¹⁴⁹. De todos modos, aquellas disputas palatinas no se hicieron visibles, el Episcopado cubano salía en bloque a rebatir a Fidel Castro y lo hacía con una carta abierta que distaba mucho de ser tibia, como habían sugerido los guerreristas Serantes y Masvidal, lo que nos hace desconfiar, o al menos poner en tela de juicio, el alcance real de aquella supuesta división de pareceres dentro del Episcopado en aquellos meses finales de 1960.

Más allá de las posibles desavenencias estratégicas dentro del Episcopado cubano, la carta en cuestión distaba mucho de ser tímida o complaciente con el Gobierno cubano y tenía un comienzo tan desacertado y provocador como sorprendente, pues comenzaba señalando que la Iglesia se había visto obligada a romper su silencio debido a “*los graves sucesos ocurridos en los últimos tiempos*”¹⁵⁰. En aquellos sucesos la implicación del Episcopado era evidente y el protagonismo de Serantes y Masvidal en las refriegas de los últimos dos meses no hacían que certificarlo e invalidaban por tanto aquella supuesta inactividad de la jerarquía católica.

Así pues, la carta parecía pasar por alto todo lo sucedido en Cuba desde el mes de agosto, que no era precisamente poco, y más grave aún, ignoraba el protagonismo que parte del Episcopado había tenido tanto en acto como en palabra en aquellos acontecimientos que habían propiciado aquel clima de tensión entre la dirigencia revolucionaria y las autoridades eclesiásticas. Sin embargo, y dejando a un lado lo que había de desacertado en aquel comienzo, la carta abierta, más breve y mucho más concisa que la Circular Colectiva, era coherente con lo que la Iglesia habían defendido en los últimos meses, pues ahondaba en la mayoría de los asuntos que había expuesto el Episcopado en el mes de agosto y en los meses subsiguientes.

En primer lugar, la polémica carta comenzaba por señalar que dentro de la Iglesia cubana reinaba la preocupación por el carácter, cada vez más marcadamente comunista, que atesoraban muchos de los hombres y mujeres que tenían puesto de responsabilidad y poder en el organigrama de mando de la revolución. Según exponía la carta, “*los textos de adoctrinamiento revolucionario*” que se estaban editando en Cuba en aquellos días tenían un marcado carácter socialista, pues abordaban “*diversos problemas históricos y filosóficos con un criterio netamente marxista*”¹⁵¹. En este punto es de suponer que el Episcopado se estaba refiriendo a los documentos de trabajo de las recién creadas Escuelas de Instrucción Revolucionaria (EIR), inauguradas dos días antes de la carta abierta, pues acto seguido el mismo Episcopado señalaba en su misiva que los “*profesores encargados de dicho adoctrinamiento aprovechaban sus conferencias para defender abiertamente las ideas comunistas y denigrar las doctrinas de la Iglesia*”¹⁵².

Como puede observarse, si de algo no adolecía la misiva destinada al primer ministro era de la tibieza que le habían achacado los omnipresentes Pérez Serantes y Boza Masvidal. La carta del Episcopado ponía negro sobre blanco todos los reproches que se le habían hecho al Gobierno revolucionario en los meses precedentes. Por lo demás, los prelados cubanos señalaban también que las arremetidas puntuales protagonizadas por ciertos sectores de la revolución contra los obispos, sacerdotes y organizaciones católicas habían pasado de los ataques aislados a la campaña sistemática. Una campaña que el Episcopado calificaba “*de antirreligiosa, de dimensiones nacionales*” y que había

¹⁴⁹ *Idem.*

¹⁵⁰ Díaz Castañón, María del Pilar: *Op. Cit.*, pág. 296.

¹⁵¹ *Idem.*

¹⁵² *Idem.*

ido ganando en “*virulencia*” con el paso de los días, llevándose por delante incluso la detención de algún sacerdote¹⁵³.

Una vez expuesta la deriva comunista del Gobierno y la campaña antirreligiosa en que se habían embarcado las huestes revolucionarias, la carta entraba en una serie de recriminaciones y reproches que iban desde la clausura “*de horas católicas en radio y televisión*” hasta la orquestación de injurias y ataques contra “*los obispos*” y otras “*prestigiosas instituciones católicas*”, haciendo uso para ello de los medios de comunicación cubanos, que se encontraban casi en su totalidad “*bajo el control del Gobierno*”¹⁵⁴. El Episcopado tampoco pasaba por alto las dificultades que estaban teniendo las organizaciones seculares católicas para poder publicar y difundir sus documentos, algo que estaba en sintonía con el silenciamiento que habían recibido las últimas pastorales del arzobispo de Santiago de Cuba.

La caterva de reproches no quedaba aquí y el Episcopado se lanzaba a un relato encadenado en el que se criticaba las interrupciones de muchos actos religiosos en los templos de Cuba sin que las autoridades hubieran cursado sanción alguna por ello. Se proseguía reprendiendo a la dirigencia revolucionaria por ofrecer el calor y el apoyo a organizaciones “*llamadas católicas*” que sólo tenían por objeto el ataque a la jerarquía eclesiástica y se condenaba que destacados voceros del Gobierno hubieran declarado públicamente en varias ocasiones que manifestarse “*contrario al comunismo*” equivalía a ser “*contrarrevolucionario*”, sin que hubiera mediado jamás ante aquella apreciación “*una refutación oficial*” de aquella tesis¹⁵⁵.

En definitiva, todos aquellos hechos y otros que el Episcopado renunciaba a señalar por falta de espacio habían creado profundo desagrado en el seno del catolicismo. Sin embargo, los prelados, haciendo un alto en el camino para fingir cierta magnanimidad, señalaban que no se podía culpar a Fidel Castro y al Gobierno de la totalidad de aquellos hechos. Ahora bien, algunos asuntos sí eran de la responsabilidad del primer ministro y aquí la misiva entraba a refutar las palabras pronunciadas por Fidel Castro en la escalinata de la Universidad de La Habana en los días previos.

El Episcopado señalaba que las autoridades eclesiásticas de toda Cuba habían sido “*dolorosamente sorprendidas*” por el ataque lanzado por Fidel Castro contra las instituciones educativas católicas, especialmente en lo tocante a las críticas que había dedicado a la Universidad de Villanueva, y contra los curas de campo que habían cumplido su misión evangelizadora en los centrales azucareros durante los últimos años¹⁵⁶.

Los prelados cubanos, tras afrontar una defensa encendida de sus instituciones educativas y del carácter y calidad de su enseñanza, abierta además a todos los sectores de la sociedad, pasaban a continuación a defender con mayor ahínco todavía a la joya de la corona: la Universidad de Villanueva. Sobre la universidad en cuestión la carta señalaba que su carácter cubano estaba fuera de toda duda, pues era una obra de la Iglesia cuyo profesorado estaban formado “*casi íntegramente por cubanos*”, pues el aporte extranjero se reducía a un grupo de padres agustinos que no habían recalado en Cuba para lucrarse con su trabajo, sino para servir al país e invertir en Cuba “*el dinero que les habían donado en otros países*”¹⁵⁷.

Una vez aclarados aquellos puntos, la carta pasaba a analizar lo que consideraba el asunto más grave, la injusticia que se había cometido con los curas rurales, definidos por el primer ministro con frases

¹⁵³ *Ibidem*, pág. 297.

¹⁵⁴ *Idem*.

¹⁵⁵ *Idem*.

¹⁵⁶ *Ibidem*, págs. 297 y 298.

¹⁵⁷ *Ibidem*, pág. 298.

injustamente hirientes, llegando a calificarlos de “*botelleros*”¹⁵⁸. El Episcopado rompía una lanza en favor de aquel sector eclesiástico señalando que la labor de aquellos “*abnegados sacerdotes*” en los centrales azucareros había sido siempre ejemplar tanto en lo espiritual como en lo material y que las retribuciones que habían recibido de ciertas empresas respondían solamente a su propio sostenimiento y a las necesidades del trabajo propio del apostolado que habían desempeñado. Así pues, definir como botelleros a aquellos sacerdotes era suponer que la prédica religiosa constituía una labor inútil, “*al considerar la actividad de los sacerdotes equivalente a la de quienes inmoralmente recibían dinero sin trabajar*”¹⁵⁹.

Después de aquella mirada de reproches, correcciones, críticas y desquites, la carta episcopal entraba en su tramo final y lo hacía señalando que la Iglesia católica siempre había defendido “*el derecho del pueblo de Cuba a su plena soberanía y el pleno desenvolvimiento de sus capacidades económicas*”, y que el Episcopado cubano no había tenido nunca otra meta en sus actuaciones que prestar lo mejores servicios a la Iglesia y a Cuba¹⁶⁰. Tras aquella declaración, la carta se adentraba en señalar cuales eran las premisas de la Iglesia, unas premisas que, por encima de todo, primaban lo espiritual frente a lo material y que ateniéndose a aquella máxima la Iglesia “*estaba dispuesta a sacrificarse sin temor alguno y a perderlo todo antes que a claudicar en sus principios*”¹⁶¹.

El desafío lanzado por la oficialidad católica era total, la Iglesia no renunciaría a los principios que le eran propios y no callaría ante el arribo del marxismo a Cuba. Por lo demás, reclamaba el respeto que la Iglesia siempre había dispensado a sus adversarios y apuntaba en su carta al primer ministro que el Episcopado contaba con la esperanza de que se tomaran las medidas necesarias para que cesaran los ataques de que estaban siendo objeto los católicos.

Las palabras finales de aquella carta echaban mano de la letanía de los rezos y señalaban, para sonrojo de propios y extraños, que el Episcopado cubano tenía presente al primer ministro en todas sus oraciones para que el Señor le iluminara en sus labores y le encaminara a buscar el “*bien de la Patria cubana*”, a cuyo pleno engrandecimiento el Episcopado había consagrado todos sus “*esfuerzos, sacrificios y desvelos*”¹⁶².

Después de aquella carta abierta a Fidel Castro todo parecía estar más claro. El Episcopado cubano había lanzado un órdago al primer ministro y a través de él se habían explicitado todos los rencores que habían permanecido larvados durante meses en el seno de la oficialidad católica. La Iglesia no estaba dispuesta a hacerse a un lado, tenían pretensiones de hegemonía y creía en su papel en el futuro de Cuba, hasta tal punto que se inmiscuía en los asuntos terrenales para marcarle al Gobierno cubano lo que estaba bien y aquello otro que era necesario refutar. La Iglesia pretendía marcarle la hoja de ruta al Gobierno cubano y determinar cuáles eran los compañeros de viaje que le convenían y aquellos otros que debía rechazar.

Los prelados cubanos se anticipaban así unos meses a la encíclica papal *Mater et Magistra* de Juan XXIII, pero en un sentido muy diferente al enunciado por el papa en aquel entonces, ya que el Episcopado cubano quería ser madre y maestra de la revolución, pero bajo unos criterios que diferían de la mentada encíclica, ya que no llamaba a la concordia sino a la imposición de unos criterios que inevitablemente chocaban con los que eran ya propios de la dirigencia revolucionaria. El Episcopado había atacado con mayor dureza que antaño a las doctrinas marxistas, había descalificado a aquellos grupos católicos que se mostraban fieles a la revolución, había reprendido públicamente al primer

¹⁵⁸ *Idem.*

¹⁵⁹ *Idem.*

¹⁶⁰ *Ibidem*, pág. 299.

¹⁶¹ *Idem.*

¹⁶² *Idem.*

ministro cubano y no había sancionado a los sectores que aparecían ya abiertamente vinculados a contrarrevolución. Dadas las circunstancias, las posibilidades de llegar a algún tipo de encuentro con el Gobierno revolucionario parecían escasas, pues por activa y por pasiva el Episcopado ratificaba su postura y culpaba al Gobierno y a los sectores que le secundaban de la tensión creada entre Iglesia y Estado en aquellos meses.

13.6.1 *Bohemia* lanza sus huestes contra la reacción católica

La carta abierta del Episcopado lejos de atemperar los ánimos no hizo más que exacerbarlos. La campaña que denunciaba la jerarquía católica, inexistente hasta que se destapó la conjura de la Universidad de Villanueva, comenzó entonces a medrar en la prensa cubana, pero lo hizo como resultado de la carta abierta del Episcopado al primer ministro cubano. El mes de diciembre se convirtió así en un alegato contra la actitud desleal que, para con el Gobierno revolucionario, estaba teniendo la Iglesia católica. La revista *Bohemia* empezó entonces a tejer un relato, desarrollado de forma transversal en muchos de los temas que trataba en sus páginas, sobre los contactos que existían entre el imperialismo estadounidense y el romano. Y la mejor forma de demostrar aquel aserto era centrarse en lo que acontecía en la desventura España. *Bohemia*, en la columna que habitualmente le dedicaba a los asuntos de la España franquista, comenzó a centrarse en el papel que la Iglesia católica venía desarrollando dentro del régimen franquista.

La revista *Bohemia* señaló que en España algunas universidades estaban también bajo la férula de la reacción católica como sucedía en Cuba. En un destacado se exponía la labor del Opus Dei en la recién inaugurada Universidad de Pamplona. El Opus Dei, según *Bohemia*, tenía como principal cometido formar y colocar a cuadros vaticanos en los puestos de responsabilidad del Estado y en aquella labor estaba teniendo bastante éxito, pues muchos puestos relevantes dentro de los departamentos estatales y en los ministerios estaban pasando a manos de los “*miembros fanáticos*” de aquel “*organismo vaticanista, jesuítico e inquisitorial*” llamado Opus Dei¹⁶³.

Aquel tipo de notas, siempre bajo un formato muy similar, comenzaron a ser habituales en la revista *Bohemia*, la información consignada al franquismo comenzó desde entonces a tener una sección netamente católica en la que se reflejaba que el imperialismo romano, al igual que hacía el norteamericano, tenía a sus corifeos en los puestos relevantes de los países lacayos a la política exterior de los Estados Unidos. Cuba luchaba contra el imperialismo norteamericano, luchaba para no estar sometido al poner imperial estadounidense y aquello traía como efecto alledaño la lucha contra el imperialismo romano. El imperialismo vaticanista medraba a la sombra del norteamericano y corría tan parejo a él que a veces era complicado distinguirlos. Como había reconocido el propio Pérez Serantes entre Washington y Moscú la Iglesia no tenía dudas sobre su elección, se quedaría con los Estados Unidos y colaboraría con los norteamericanos frente a las hordas marxistas.

Así pues, España era el reflejo de lo que le había sucedido a Cuba durante décadas y de lo que le seguiría sucediendo si el imperialismo norteamericano y sus servidores alledaños, entre ellos la reacción católica, no dejaban paso a una nueva realidad. España, como le había sucedido a Cuba en tiempos de Machado y Batista, estaba sometida a un dictador que operaba bajo los auspicios que llegaban de Washington y Roma. El destino había condenado a España al mayor de los oprobios y en aquel sometimiento el “generalísimo”, la Iglesia y los Estados Unidos se repartían la responsabilidad a partes iguales. A partir del mes de diciembre este tipo de razonamiento, con sus matices propios del tema a desarrollar, comenzó a ser habituales en los artículos, destacados o sueltos que hacían referencia a España en la revista *Bohemia*.

¹⁶³ *Bohemia* (Año LII). Núm. 48. La Habana: domingo, 27 de noviembre de 1960, pág. 83. Semanal.

En su primer número de diciembre *Bohemia* publicaba un pequeño trabajo en el que el imperialismo romano, el norteamericano y la venalidad de Francisco Franco compartían protagonismo en la represión del pueblo español. El trabajo aparecía bajo un título más que elocuente: “*España, Franco, USA, tedeums*”¹⁶⁴. Aquel explícito título venía acompañado de una caricatura en la que un sacerdote sostenía en una mano un fusil y en la otra una esvástica. Caricatura y encabezado marcaban así el desarrollo de la explicación sobre el acontecer hispano.

La revista *Bohemia* arrancaba su trabajo señalando que los “buenos católicos, en lugar de preocuparse por lo que hace o deja de hacer la revolución, deberían preocuparse más, mucho más, por lo que hace la Iglesia”¹⁶⁵. Este inciso daba pie a la exposición de lo que había sucedido en España a finales de noviembre. Veinte jóvenes trabajadores, a los que probablemente se unirían otros dieciocho más que estaban esperando sentencia, habían sido condenados a “veinte años de cárcel por participar en un congreso socialista en Praga”¹⁶⁶. En aquel congreso se habían hecho manifestaciones contra Franco y aquel tipo de pronunciamientos, para los españoles, no estaban permitidos ni siquiera fuera de España.

El mismo día en que aquellos jóvenes “*eran condenados a gastar su vida en las inmundas mazmorras franquistas*”, el “*generalísimo*” Franco asistía a una solemne misa de *Te Deum* para honrar el alma de José Antonio Primo de Rivera, “*responsable junto a Franco de la muerte de dos millones de españoles*”¹⁶⁷. Dos días antes, Eisenhower había concedido a Franco mayor ayuda económica¹⁶⁸. Aquella triple coincidencia llevaba a *Bohemia* a señalar que los hombres honrados de Cuba, como los de España, no decidían a priori, si eran “*comunistas, católicos o yancófilos*”, sino que decidían primero lo que estaba bien y lo que estaba mal¹⁶⁹. Si en Cuba medraba la presencia comunista, descendía la católica y desaparecía la norteamericana era por los aciertos de unos y los desaciertos de otros. Los cubanos, como la revolución no eran comunistas, simplemente juzgaban lo que veían y eran los hechos los que iban decantando la realidad.

Indudablemente, la Iglesia católica, mediante sus cópulas con el franquismo y los intereses norteamericanos, le estaban facilitando mucho más las cosas al comunismo en sus pretensiones de colaborar estrechamente con los gobernantes cubanos. La Iglesia se encontraba ya dentro del frente que se oponía a la revolución y la revista *Bohemia* así lo expresaba. En el segundo número de diciembre la revista cubana hablaba en otro de sus trabajos de la “*contrarrevolución de la sacristía*” y señalaba que la “*segregación de la educación por sexos*”, una de las máximas educativas por las que apostaba la Iglesia, no estaba en sintonía con los valores no sexistas que trataba de promocionar la revolución¹⁷⁰.

En aquel mismo número de *Bohemia* dedicaba un extenso reportaje a los cuerpos de milicianas y a su labor en el mantenimiento de la defensa nacional¹⁷¹. Mujeres cubanas, en comunión con algunas latinoamericanas, de todas las edades y de toda condición social formaban con el fusil en la mano en las imágenes que acompañaban al reportaje, vestían trajes militares y se regían bajo los patrones de las ordenanzas militares¹⁷², algo que, manifiestamente, estaba reñido con la educación que trataba de promover la Iglesia.

¹⁶⁴ *Bohemia* (Año LII). Núm. 49. La Habana: domingo, 4 de diciembre de 1960, pág. 76. Semanal.

¹⁶⁵ *Idem*.

¹⁶⁶ *Idem*.

¹⁶⁷ *Idem*.

¹⁶⁸ *Idem*.

¹⁶⁹ *Idem*.

¹⁷⁰ *Bohemia* (Año LII). Núm. 50. La Habana: domingo, 11 de diciembre de 1960, pág. 66. Semanal

¹⁷¹ *Ibidem*, págs. 34, 35 y 90.

¹⁷² *Idem*.

La educación religiosa, más allá de sus implicaciones y apoyos a la contrarrevolución, no era el único campo de la Iglesia católica que no cuadraba con el proyecto revolucionario. La doctrina social de la Iglesia, paradigma sobre el que el catolicismo oficial quería construir el proyecto social de la Revolución cubana, comenzó a zozobrar en diciembre de 1960. En realidad nunca había contado con demasiado espacio en las publicaciones periódicas, con la excepción lógica de la revista franciscana *La Quincena*, sin embargo, nunca había sido atacado como comenzó a serlo a finales de 1960. La revista *Bohemia* le había concedido cierto espacio a las plumas católicas y a la opinión de algunos sacerdotes progresistas en las páginas de la revista para que expusieran el programa de la Iglesia católica en materia social, algo que dejó de producirse tras la salida de Quevedo de la dirección de la revista. A partir de entonces, cesaron los reportajes sobre el catolicismo social y en diciembre de 1960 llegaron las críticas en toda su extensión.

La doctrina social de la Iglesia, según reflejó *Bohemia* en su segundo número de diciembre, no pasaba de una serie de documentos y reflexiones, muy cacareadas y nunca ensayadas en el continente americano. En un trabajo titulado “*La Iglesia y el mundo*” el semanario habanero señalaba que eran tiempos “*de hechos*” y “*no de palabras*”¹⁷³. La Iglesia llevaba meses señalando a través de sus líderes anticomunistas que el catolicismo “*era tan obrerista como los socialistas, tan enemigo de la discriminación como la revolución, tan enemigo del lujo y la riqueza como el que más*”¹⁷⁴. Para ello no dudaban en acudir a “*infinidad de textos y encíclicas*”, sin embargo, aquella argumentación se traducía en la más absoluta de las inanidades, pues no tenía ningún efecto real¹⁷⁵.

Según se reflejaba en las páginas de *Bohemia*, la diferencia entre “*un católico anticomunista*” con sensibilidad social y “*los hombres de izquierda*” que militaban en la revolución estaba simplemente en que los segundos cumplían lo que los primeros pregonaban únicamente¹⁷⁶. Sobre este particular las reflexiones de *Bohemia* eran concluyentes:

“No es cuestión de pensar contra la discriminación: Es cuestión de vivir contra la discriminación. No es cuestión de pensar en la necesidad de mejorar a los obreros: Es cuestión de estar a su lado en la revolución, en el combate y no ser un lacayito de la patronal. No es cuestión de ser enemigo del lujo y la riqueza: Es cuestión de practicar ese principio y apoyar las leyes contra ello”.¹⁷⁷

La alta jerarquía eclesiástica, según lo expuesto en las páginas de *Bohemia*, cometía un grave error de análisis cuando daba por sentado que sería juzgada por sus prédicas y no por sus acciones¹⁷⁸. La revista reiteraba que había llegado el momento de los hechos y que las palabras, sin la presencia de la acción, ya no eran capaces de aglutinar a nadie. Por otro lado, aquellas palabras lanzadas para ofrecer consuelo eran solamente eso, un consuelo y un óleo vivificante para cubrir los ojos del explotado. La Iglesia en Cuba y en el resto del orbe trabajaba para contener la revolución y sus palabras corrían tan distantes de sus actos que ya no podían engañar a los oprimidos del mundo.

Para sostener aquella idea, *Bohemia* acudió a las informaciones que procedían de la curia vaticana y del mismo papado en aquellas fechas. A principios de diciembre el papa Juan XXIII había condecorado en Roma “*a uno de los más patéticos lacayos del imperialismo yanqui, a Jefferson Caffery, asesino de obreros colombianos, patrocinador de la tiranía batistiana, embajador yanqui de larga y sucia historia anti-obrera y anti-latinoamericana*”¹⁷⁹. Caffery atesora un historial en

¹⁷³ *Ibidem*, pág. 67.

¹⁷⁴ *Idem*.

¹⁷⁵ *Idem*.

¹⁷⁶ *Idem*.

¹⁷⁷ *Idem*.

¹⁷⁸ *Idem*.

¹⁷⁹ *Idem*.

América Latina que lo colocaba en una posición poco honrosa: había sido embajador en Cuba en el primer Gobierno de Batista; en Colombia durante la Masacre de las Bananeras en 1928, que produjo la matanza de los obreros sindicados que trabajaban en la *United Fruit Company*, y había ocupado también el puesto de embajador en Brasil durante los años de plomo del Gobierno de Getúlio Vargas. En fin, a los ojos de cualquier revolucionario cubano era uno de los hombres insignes de lo que se entendía por imperialismo norteamericano en su versión más tenebrosa.

Un expediente, el cosechado por Caffery en sus andanzas por América Latina, que hacía ciertamente irritante la condecoración otorgada por Juan XXIII. Ante aquellos hechos, *Bohemia* se preguntaba con qué cara se podían dirigir los apesadumbrados sacerdotes colombianos a los hijos de los campesinos asesinados en 1928, por inspiración “*de aquel reptil de la diplomacia*”, para decirles que la Iglesia católica estaba con ellos y que velaba por sus intereses¹⁸⁰. *Bohemia* señalaba que la Iglesia no podía seguir inmensa en aquel juego, los tiempos habían cambiado y en aquel momento o se estaba con los pobres o se estaban contra ellos. La Iglesia tenía que tener claro aquel aserto porque cada día tenía menos tiempo para rectificar su rumbo. Si finalmente la Iglesia se decantaba por los pobres, había que demostrarlo por medio de las obras y no de las palabras, y si se estaba con los pobres, se estaba también “*contra los Jefferson Caffery, los Eisenhower, los Rockefeller, los Dulles etc. etc.*”¹⁸¹.

El mensaje de la revista *Bohemia* no podía ser más claro, habían pasado los tiempos de los discursos hueros y del apoyo a las clases dirigentes de antaño. Si se apoya al privilegio era necesario pagar un precio por ello ante las clases populares. Ahora ya no cabía aquel modo de actuar cínicamente, apoyando verbalmente a los de abajo y defendiendo de forma efectiva a los arriba. La Iglesia tenía que definirse y hacer de aquella retórica vacía una praxis que realmente fuera revolucionaria. A medio plazo era la única forma de poder entrar en el bloque hegemónico que se estaba formando en Cuba, y, a largo plazo, el único mecanismo eficaz para seguir teniendo un papel preponderante en la sociedad latinoamericana.

13.6.2 Fidel Castro responde públicamente a la carta abierta del Episcopado cubano

Bohemia, durante la primera quincena de diciembre dedicó trabajos de esta índole a los asuntos de la Iglesia católica. Sin embargo, al que le correspondía responder era a Fidel Castro. El primer ministro fue el aludido en la carta abierta del Episcopado y no les regateó la respuesta a los prelados cubanos. El día 16 de diciembre durante su discurso en la clausura de la Plenaria Nacional de los Círculos Sociales, Fidel Castro se dirigió a los secretarios generales de los sindicatos, a las compañeras de la Federación de Mujeres Cubanas y a los miembros de la Asociación de Jóvenes Rebeldes para exponerles diversos asuntos; entre ellos, el funcionamiento de las empresas nacionalizadas, la necesidad de movilización ciudadana para sostener la producción y la defensa y, como cabía esperar, el contencioso con la jerarquía católica¹⁸².

Fidel Castro comenzó señalando que en enero de 1959 todo el mundo era revolucionario, hasta el director del *Diario de la Marina* lo era. Sin embargo, aquella situación, tras dos años de Gobierno revolucionario y una miríada de leyes transformadoras, había cambiado sustancialmente, los campos entre los pros y los contras se habían deslindado ya y quizás tendría que delimitarse todavía más. Cada acción de la revolución había cosechado un grupito más de desafectos y así continuaría el proceso. Y es que, como señalara Fidel Castro, con la eliminación de los privilegios desaparecían también los privilegiados.

¹⁸⁰ *Idem.*

¹⁸¹ *Idem.*

¹⁸² “Discurso pronunciado en la clausura de la Plenaria Nacional de los Círculos Sociales, efectuada el 16 de diciembre de 1960”: *Op. Cit.*

Después de tratar estos y otros asuntos llegó el turno de la Iglesia católica. Fidel Castro comenzó por señalar que la revolución nunca había perseguido las inclinaciones religiosas de la población y que no lo haría nunca, señaló también que era público y notorio que en Cuba había libertad de culto y que los sacerdotes católicos podían predicar su doctrina sin impedimentos de ningún tipo. Sin embargo, la Iglesia católica no se conformaba con desarrollar su labor, pretendía ir más allá e inmiscuirse en terrenos que por razones obvias le estaban vedados. La Iglesia no podía gobernar Cuba, entre sus funciones no se encontraba la de ostentar el poder ejecutivo y mucho menos el legislativo. Sin embargo, la Iglesia cubana pretendía monopolizar todos los poderes del Estado y pretendía prohibir al Gobierno revolucionario sacar adelante su programa legislativo.

Fidel Castro, utilizando un tono más pausado que el mostrado en su alocución del día 27 de noviembre en la escalinata de la Universidad de La Habana, afirmó ante el auditorio que la revolución había dispensado siempre un trato exquisito a la Iglesia, un trato que contrastaba con la deslealtad que estaba mostrando la Iglesia en los asuntos cubanos. El primer ministro, tomando aquella idea como premisa, apuntó que la revolución estaba teniendo demasiada paciencia con “*los señores dignatarios de la Iglesia católica*”, pues su actividad contrarrevolucionaria era cada día “*más palpable, más evidente, más provocativa, y más constante*”¹⁸³. Fidel Castro no encontraba ni remotamente razonable la interferencia de la Iglesia en los asuntos políticos y mucho menos hacerlo apostando por los que con las armas en la mano trataban de derrocar la revolución. El Gobierno cubano nunca había entrado en “*las cuestiones espirituales*” y de la Iglesia se esperaba un comportamiento análogo en lo tocante a los asuntos políticos¹⁸⁴.

Una vez expuesto lo que la revolución esperaba de la Iglesia, Fidel Castro entró a valorar la carta abierta del Episcopado. Una carta que, al contrario de lo que se podía pensar, no estaba dirigida a la persona del primer ministro. Según Fidel Castro, nadie podía pensar semejante cosa, la carta tenían otros destinatarios: el Pentágono, la Casa Blanca, la *Associated Press* (AP) y la *United Press Internacional* (UPI). Fidel Castro señalaba entonces que se había abstenido de responder la carta con mayor premura, pues antes de ser leída en las iglesias cubanas y leída por el Gobierno de Cuba ya estaba en poder de las agencias de prensa internacionales. La UPI y la AP la habían distribuido por medio mundo, cuando la misiva en cuestión todavía no obraba en poder de los teóricos destinatarios. La carta pues iba dirigida a la contrarrevolución, según Fidel Castro, y tenía como objetivo dañar la imagen de Cuba. Fidel Castro, una vez expuesto aquel inciso irrenunciable, señalaba entonces que la carta, además, contenía “*algunas grandes mentiras*”¹⁸⁵. Se hablaba de la detención de sacerdotes, se pretendía exportar la imagen de que en Cuba se perseguía a la religión y aquello era de todo punto absurdo.

En otro orden de cosas, Fidel Castro, a pesar de la indignación que pudiera causar a los prelados, señalaba también que el cargo de primer ministro no le permitía mentir y que, ante aquella máxima, no se podía ocultar que muchos sacerdotes habían cobrado prebendas de los centrales azucareros durante años. Fidel Castro iba rebatiendo punto por punto los alegatos reflejados en la epístola episcopal y señalaba que la revolución nunca había dicho que ser anticomunista era contrarrevolucionario. Sin embargo, llegados a aquel punto, el líder cubano señalaba que efectivamente ser anticomunista era ser contrarrevolucionario, igual que era contrarrevolucionario ser anticatólico o antiprotestante. Todas aquellas categorías eran desechadas por la revolución porque contribuían a fomentar la desunión y el Gobierno revolucionario ante aquella tesitura de acoso interno y externo no podía permitirse el lujo de ser anti nada.

¹⁸³ *Idem.*

¹⁸⁴ *Idem.*

¹⁸⁵ *Idem.*

La revolución no estaba interesada en la división, fomentaba la unidad. Sin embargo, muy otra era la intención de la contrarrevolución, pues promover la división del pueblo era premisa fundamental para combatirlo y después vencerlo. La posibilidad de suscitar el disenso entre las filas revolucionarias era el objetivo de aquella carta y los prelados era precisamente lo que estaban buscando: “*dividir al pueblo*”¹⁸⁶.

Fidel Castro afeaba entonces la actitud de los jerarcas del catolicismo y señalaba que la dirigencia revolucionaria y el resto del frente popular no habían visto en las páginas del periódico *Hoy* una campaña anticatólica. Más bien todo lo contrario, pues los católicos estaban siendo incitados desde todos los sectores, incluido el comunista, para ingresaran sin prejuicios en el frente revolucionario. Sin embargo, el Episcopado se negaba en rotundo a aceptar aquella máxima y trabajaba para fomentar la división, una actitud divisionista que venía utilizando desde el mismo triunfo de la revolución. Puestos a elegir, el primer ministro no parecía tener dudas, frente a los católicos la actitud de los comunistas había sido infinitamente más tolerante con sus contendientes y siempre habían mostrado una inclinación a colaborar con la revolución precisara.

Fidel Castro aseveraba entonces que todo aquel estruendo montado alrededor de los comunistas iba más allá de la disparidad de criterios, pues formaba parte irrenunciable de la estrategia general para tumbar y desprestigiar al Gobierno revolucionario. Tras este razonamiento, Fidel Castro, como era costumbre en él, lanzó una pregunta al auditorio que él mismo se encargó de responder: “¿*Ustedes no han visto que hay una consigna invariable en todo el que se vende al imperialismo, en todo el que traiciona a la Revolución? Sale corriendo hacia Miami, y acusa al Gobierno Revolucionario de comunista*”¹⁸⁷.

El primer ministro cubano iba tejiendo un discurso en el que los reproches tenían el mismo protagonismo que ostentaban en la carta episcopal, sin embargo, el principal argumento de Fidel Castro en su alegato era el carácter contrarrevolucionario que ostentaba la jerarquía eclesiástica. En cada párrafo, en cada razonamiento, el primer ministro cargaba en la cuenta del Episcopado su ya indisimulable connivencia con los sectores que estaban combatiendo al Gobierno cubano.

En su alocución Fidel Castro machacaba con insistencia sobre la idea de que no se podía culpar a la revolución de los desencuentros con la Iglesia, el Gobierno cubano no había atacado a “*ningún sentimiento religioso*”¹⁸⁸. Lo que había sucedido era más bien todo lo contrario, la oficialidad católica había invocado “*hipócritamente sus sentimientos*” para salir en defensa de sus naturales aliados: los intereses económicos afectados por la revolución¹⁸⁹. La Iglesia había utilizado así el sentimiento religioso como arma arrojadiza y pretendía “*hacer chocar el sentimiento religioso*” con “*el sentimiento político y revolucionario del pueblo*” para cumplir así el indigno expediente que le demandaban las clases sociales que habían sido desplazadas del poder¹⁹⁰.

La revolución no podía tragar con aquel aserto y Fidel Castro, para justificar su postura, volvía a su característico estilo pedagógico de encadenar preguntas y cumplidas réplicas, y lo hacía para recordaba al auditorio la infinidad de oportunidades con las que había contado la Iglesia para abandonar a sus antiguos protectores. Sin embargo, la Iglesia no lo había hecho, había preferido optar por el conflicto con las autoridades gubernamentales; no creía en la revolución y se había enfrentado a ella por todos los medios. Nunca antes Fidel Castro había sido tan claro en su argumentación y así lo expuso sin reparos:

¹⁸⁶ *Idem.*

¹⁸⁷ *Idem.*

¹⁸⁸ *Idem.*

¹⁸⁹ *Idem.*

¹⁹⁰ *Idem.*

“¿Se puede decir que nosotros no hayamos hecho los mayores esfuerzos por evitar estos conflictos?, ¿se puede decir que no hayamos sido tolerantes?; ¿si nos hemos cansado de perdonar curas, que han estado conspirando, cargando armas, poniendo bombas y haciendo actividades de todas clases!”¹⁹¹

La acusación contra las autoridades eclesiásticas no podía ser más rotunda y los argumentos esgrimidos eran de los más concluyentes. De todos modos, la Iglesia no parecía darse por enterada. La dirigencia revolucionaria había encontrado ya, en numerosas ocasiones, pruebas irrefutables que colocaban a la Iglesia en la senda de la contrarrevolución. Y ahora ya no se trataba de hechos aislados o del desliz de algún descarriado o irresponsable. La revolución, según afirmaba el primer ministro, estaba tolerando a las autoridades eclesiales lo que no le había tolerado al resto de las instituciones cubanas y aquello quizás les había llevado a creer que eran inmunes o que la revolución les temía.

La revolución no le temía a nadie, pero no deseaba *“ningún conflicto con la Iglesia”*¹⁹². Una idea esta última que no abandonó el primer ministro durante toda su alocución. Fidel Castro, además, consideraba que a pesar de las deslealtades cometidas aún podía haber una solución y llamaba a los prelados a rectificar, aún estaban a tiempo de darse de cuenta de que estaban *“cometiendo un grave error”* y que con su actitud le estaban haciendo daño irreparable a las propias ideas religiosas que aseguraban predicar¹⁹³. Fidel Castro señalaba igualmente que la actitud del Episcopado estaba llevando la *“angustia a muchos buenos católicos”*, pues los únicos pecados que se estaba a negando a absolver eran los provenientes de la defensa de la patria¹⁹⁴.

Sobre este particular el líder cubano señalaba lo que había de lamentable y de repudiable en aquella situación: todos los pecados estaban perdonados, todos *“menos el pecado de ser revolucionario, menos el pecado de ser patriota, menos el pecado de estar dispuesto a dar su vida por su país, y por su pueblo, y por su clase humilde”*¹⁹⁵. Frente a estos graves pecados, agraciados con la negativa a cualquier absolución, se perdonaban y absolvían *“todas las inmoralidades, todos los robos y todos los crímenes”*¹⁹⁶.

Aquella era la actitud que estaba mostrando la Iglesia y Fidel Castro señalaba que aquella realidad no podía ocultarse por más tiempo. El Gobierno estaba haciendo todo lo posible por evitar conflictos con la Iglesia, pero la Iglesia estaba obstinada en generarlos. El Gobierno había hecho todo lo humanamente posible para limar las asperezas, nunca había actuado contra ningún sentimiento religioso, ni se había posicionado en contra de iglesia alguna, ni había pretendido entrar en discusiones sobre cuestiones de doctrina religiosa. Sin embargo, a lo que sí estaba obligado Gobierno revolucionario era a tomar medidas contra los que querían destruir la revolución.

Así pues, el Gobierno revolucionario, por boca de su primer ministro, proclama aquellos principios: no se buscaba un conflicto con la Iglesia, pero *“ante los ataques gratuitos de sus enemigos y sus detractores”*, la revolución, debía defenderse y el pueblo sabía que la revolución se defendería y que no daría un paso atrás¹⁹⁷.

Llegados a aquel punto, Fidel Castro anunciaba que la revolución estaba lista para afrontar todas las luchas en todos los frentes. El pueblo cubano no se amedrentaría frente a las campañas internacionales a pesar del empeño que pusieran la UPI y la AP en la siembra de una imagen negativa de la revolución.

¹⁹¹ *Idem.*

¹⁹² *Idem.*

¹⁹³ *Idem.*

¹⁹⁴ *Idem.*

¹⁹⁵ *Idem.*

¹⁹⁶ *Idem.*

¹⁹⁷ *Idem.*

El imperialismo estaba utilizando todas sus influencias y poniendo en liza sus innumerables mecanismos de coacción “*para arrastrar a la alta jerarquía de la Iglesia católica contra la revolución*”¹⁹⁸; el imperialismo pretendía hacer de la Iglesia un servil colaborador para la consecución de sus fines en América y en el resto del mundo, con el cometido no disimulado de movilizar a la opinión católica de todo el continente contra la Revolución cubana.

La contienda estaba pues plenamente definida y tenía en la propaganda a uno de sus pilares básicos. Cuba trataría de difundir su verdad en toda América, incluidos los países donde sólo llegaban las informaciones que difundían la UPI y la de la AP; la revolución trataría de llegar a todo el continente, incluso a aquellos países en los que había sido proscrita la agencia de noticias cubana *Prensa Latina*. El primer ministro cubano arengaba a los presentes para que se hiciera el mayor de los esfuerzos, pues la revolución tenía que tratar de llevar su mensaje a todos los rincones para combatir así el infundio y la mentira.

La Iglesia cubana, en su labor de zapa del imperialismo norteamericano, había llegado demasiado lejos, había ignorado el interés del Gobierno Revolucionario por evitar todo tipo de conflictos y se había lanzado por la senda de la contrarrevolución sin ningún reparo. Aquí Fidel Castro se mostraba inclemente y señalaba que algunos sectores de la Iglesia habían llegado “*a extremos realmente osados en sus actividades contrarrevolucionarias*”; dejando al lado cualquier limitación moral, habían participado en actividades que la doctrina que proclamaban condenaba abiertamente. Así pues, la Iglesia cubana, contradiciendo sus principios doctrinales, se había lanzado a la lucha en sus variantes más violentas, “*alentando al terrorismo, alentando el crimen; alentando incluso el asesinato de los funcionarios del Gobierno Revolucionario, y alentando manos criminales de esbirros ensangrentados*”¹⁹⁹. Nada parecía suficiente para calmar los ánimos guerreristas de una Iglesia desconcertante y desconocida, empeñada en privar incluso de la vida “*a los revolucionarios*” y “*a los verdaderos patriotas*”²⁰⁰.

Si la Iglesia finalmente optaba por colocarse de forma definitiva junto al imperialismo norteamericano en la contienda se enfrentaría por pura necesidad a las huestes revolucionarias. Aquella era la situación, una situación de la que no se podía responsabilizar a la dirigencia revolucionaria ni al pueblo cubano. Fidel Castro finalizaba aquel tramo de su alocución referido a los asuntos de la Iglesia señalando que los hombres que estaban conduciendo el proceso revolucionario habían asumido un deber, el deber de liberar al pueblo de Cuba, y que estaban dispuestos a luchar “*frente a todas las contingencias*” que encontraran por el camino²⁰¹. Una revolución, según enfatizaba el primer ministro cubano, era “*una lucha a muerte entre los revolucionarios y los poderosos intereses que se le oponían*”, y que en aquella lucha a muerte, el primer ministro se comprometía a no bajar la guardia ni a pervertir el programa revolucionario por muchas que fueran las presiones²⁰².

La suerte estaba pues echada y Fidel Castro, lejos de caer en el desánimo, afirmaba que los campos estaban deslindados y que ahora la revolución entraba en su fase más decisiva y trabajosa. El momento era pues definitivo y se precisaba echar el resto frente al desafío que se avecinaba. Nada más elocuente que las palabras del propio primer ministro para reflejar el compromiso que por parte de todo el frente revolucionario se precisaba en aquel trance definitorio:

¹⁹⁸ *Idem.*

¹⁹⁹ *Idem.*

²⁰⁰ *Idem.*

²⁰¹ *Idem.*

²⁰² *Idem.*

“Una revolución es una lucha larga y dura, y un revolucionario sabe que no puede retroceder un paso, un revolucionario sabe que retroceder en una revolución es perecer y, por tanto, ¡un revolucionario prefiere siempre morir avanzando a morir retrocediendo!”²⁰³

Después de aquellas palabras del primer ministro, la situación había quedado meridianamente clara: la revolución no se arrugaría ante las presiones y tenía capacidad y arrestos para librar la batalla en los frentes que fueran surgiendo. La Iglesia por su parte, en la carta abierta al Fidel Castro, se había mostrado igual de contumaz en sus planteamientos y no estaba dispuesta tampoco a transigir con aquello que, según su razonamiento, contradecía la doctrina católica. Así pues, cualquier atisbo de entendimiento entre jerarquía católica y dirigencia revolucionaria parecía haberse disipado. Las relaciones Iglesia Estado no podían ser más tensas y ambos contendientes habían mostrado ya sus cartas. La jerarquía católica exigía la unidad de la grey católica como la exigía Fidel Castro en el frente revolucionario. Sin embargo, la Iglesia cubana fue un paso más allá, y allí donde pudo desautorizó y sancionó a aquellos miembros de la Iglesia que se salían de la hoja de ruta trazada por el Episcopado. Esto fue lo que sucedió precisamente días antes de la alocución de Fidel Castro ante los círculos sociales.

13.7 El padre German Lence: cismático y revolucionario

El Gobierno cubano había conseguido que los trabajadores, los campesinos y las clases medias cerraran filas con la revolución; y la Iglesia, por razones que atañían a su transversalidad, pretendían que los católicos que hubiera entre los trabajadores, los campesinos y las clases medias atendieran antes a los dictados de sus consejeros espirituales que a las solicitudes del Gobierno de su país. Sin embargo, para que esto pudiera ser medianamente viable había que disolver cualquier tipo de fricción dentro de la Iglesia y desautorizar cualquier grupo “cismático” o “herético” que pusiera la palabra de Fidel Castro por encima de la del “Sumo Pontífice”.

El único poder legítimo era el que emanaba de Roma y de sus representantes en Cuba, es decir, la jerarquía católica, y nadie que sirviera dentro de la Iglesia podía estar por encima de esa autoridad y mucho menos poner por encima de la jerarquía católica al Gobierno revolucionario. Este era el planteamiento del Episcopado cubano y no parecía que fuera a cambiarlo fácilmente. La Iglesia cubana, lanzaba un mensaje inequívoco sobre lo que estaba bien y lo que estaba mal dentro del programa y las filas revolucionarias, y se arrogaba así el derecho a penetrar en lo terrenal como si actuara en predio propio. Quien quisiera alejarse de la Iglesia cubana podía hacerlo, pero nunca se permitiría un contrapoder interno que lanzara un mensaje contrapuesto al que brotaba de la jerarquía católica. Los hombres y mujeres que vestían hábitos o que militaban en las organizaciones seculares de la Iglesia se debían a la autoridad que emanaba de su Episcopado y este mando ni se delegaba ni se compartía con el Gobierno cubano.

Ante semejantes premisas, pronto llegaron las sanciones contra la organización católica “Con la cruz y con la patria”. En los primeros días de diciembre, el arzobispo de Santiago, Pérez Serantes, había prohibido al padre Germán Lence hablar en nombre del catolicismo cubano y le había informado también que posiblemente sería suspendido *a divinis* por su reiterativo comportamiento cismático. El padre Germán Lence, una de las figuras prominentes, sino la más destacada, dentro de aquel grupo del catolicismo más revolucionario quedaba así desautorizado para hablar como sacerdote. Aquellos hechos generaron una tensión inusitada dentro de la agitada organización eclesiástica y fueron dados a conocer ante al gran público en la noche del 10 de diciembre. El padre Lence denunció la maniobra de la jerarquía católica ante las cámaras del canal televisivo *CMQ* en el programa *Cuba Avanza*, y lo

²⁰³ *Idem.*

hizo por persona interpuesta, pues su suspensión le impedía hablar en primera persona como representante de la Iglesia. De este modo, “*la jerarquía oficiaba de mordaza*”, según señaló airadamente *Bohemia* en una de sus secciones en el último número del año 1960²⁰⁴.

Germán Lence, debido al voto de obediencia que ligaba a todo clérigo, no estaba facultado a hablar en nombre de los católicos sin la autorización de sus superiores. Así pues, en aquella tensa jornada, se sentó entre el público vestido con su sotana y cedió la palabra a otros dirigentes de la organización para que hablaran en su nombre. Su mensaje lo llevó ante las cámaras de televisión Antonio Pruna Lamadrid, otro de los dirigentes señeros de la organización católica. En su alocución Pruna Lamadrid señaló los avatares por los que había pasado aquella organización y no pasó por alto los problemas que siempre habían tenido con la jerarquía católica, empeñada en disolver aquel movimiento cristiano porque no se plegaba a los dictados que provenía de las altas instancias eclesiásticas. Pruna señaló además que el caso de Lence no era un caso aislado, aunque sí el más señero por tratarse de un sacerdote, y fue mencionando uno a uno los jóvenes que habían sido expulsado de Acción Católica por mantenerse firmes en su apoyo a la revolución.²⁰⁵

Durante su alocución, Pruna fue interrumpido por Lula Horstman, una mujer con mando en plaza en la organización “Con la cruz y con la patria”, para, voz en grito, proferir la siguiente pregunta: “*En nombre de todos los milicianos católicos que no pueden comulgar con el uniforme puesto, ¿qué ha pasado con el Padre Lence?*”²⁰⁶ Pruna, entonces, fingiendo sorpresa por la intervención de su compañera, expuso todo lo acontecido con el sacerdote gallego: los desencuentros con monseñor Pérez Serantes, las sanciones posteriores, las constantes peticiones del padre Lence solicitando de Serante que los curas falangistas procedentes de España fueran relegados a un segundo plano y que se concediera, por tanto, más protagonismo a los cubanos. Pruna expuso todos estos encontronazos del padre Lence con el Arzobispado de Santiago y su posterior expulsión de la parroquia de Holgín de donde era párroco. Los feligreses habían protestado pero el arzobispo de Santiago se mantuvo incólume en su decisión. Lence había sido arrinconado por el arzobispo de la diócesis a la que pertenecía por defender a la revolución, algo que debía conocer el pueblo cubano, según los dirigentes de “Con la cruz y con la patria”.

Después de aquella pormenorizada explicación de Pruna Lamadrid llegó una nueva interrupción, tan teatral como la primera, y Lula Horstman señaló que el padre Lence no estaba solo y que tenía los parques para oficiar misa²⁰⁷. Horstman lanzaba así un desafío a las autoridades eclesiásticas, si ellos no estaban dispuesto a defender el proceso revolucionario, otros católicos lo harían, sin necesidad de renunciar a su condición de creyentes. Acto seguido continuó Pruna su disquisición y comenzó a explicar en un tono didáctico los contactos entre el régimen de Batista y ciertos sacerdotes católicos y continuó después exponiendo pormenorizadamente otros episodios que escenificaban las dificultades con las que siempre había topado la organización “Con la Cruz y Con la Patria” en su labor apostólica.

Entre tanto, la jornada televisiva iba transcurriendo con un balance ciertamente dañino para los intereses del Episcopado; el padre Lence permanecía expectante y Lula Horstman seguía inquieta en su asiento, mientras Pruna acometía un ataque de lo más despiadado contra la jerarquía católica, explicitando en cada razonamiento lo mucho que distaban los planteamientos del Episcopado de lo que precisaba Cuba en aquel momento y lo separada que estaban las autoridades eclesiásticas cubanas de las enseñanzas de Cristo.

²⁰⁴ *Bohemia* (Año LII). Núm. 52. La Habana: domingo, 25 de diciembre de 1960, pág. 77. Semanal.

²⁰⁵ *Idem*.

²⁰⁶ *Ibidem*, pág. 78.

²⁰⁷ *Idem*.

Una semana después, en la noche del 17 de diciembre, los mismos protagonistas, Antonio Pruna y Lula Horstman, comparecían de nuevo ante las cámaras del *CMQ* para denunciar en el mismo programa la nueva maniobra de los prelados cubanos contra el padre Lence: las amenazas de Pérez Serantes se concretaron finalmente con la sanción *a divinis* del “herético” sacerdote gallego. Monseñor Evelio Díaz, arzobispo coadjutor y administrador apostólico de La Habana, fue el encargado de notificarle al padre Lence que había quedado fuera de la jurisdicción de la Iglesia, la mordaza de la semana anterior se convertía ahora en la condena al silencio perpetuo.

Las autoridades eclesiásticas de Santiago de Cuba y de La Habana castigaban así al sacerdote díscolo con la mayor de las penas. Previamente, habían tratado de hacer entrar en razones al padre Lence y le conminaron a abandonar su movimiento cismático. Lejos de hacerlo el polémico sacerdote gallego se ratificó en su postura y decidió abandonar la obediencia a la Iglesia católica, circunstancia que propició la dura sanción con que fue amonestado.

Así lo expuso Pruna Lamadrid ante las cámaras de televisión cubanas y para ello hizo uso de la carta remitida por el Episcopado en el que se fijaba la sanción al padre Lence y la respuesta de éste, haciendo uso de una carta abierta, a la jerarquía católica. En aquella jornada del 17 de diciembre, según relató la revista *Bohemia* en sus páginas, Pruna Lamadrid se presentó ante las audiencias cubanas para exponer el segundo acto del conflicto entre el padre Germán Lence y el Episcopado. Lo acompañaba otra figura prominente del catolicismo cismático, Lula Horstman, miembro de la organización “Con la cruz y con la patria” y de la Federación de Mujeres Cubanas.²⁰⁸

El primero en tomar la palabra, según apuntó *Bohemia*, fue Pruna Lamadrid y acometió el problema sin circunloquios. El padre Lence había sido suspendido *a divinis* por el Episcopado cubano y quedaba privado de oficiar misa, de ofrecer la Sagrada cátedra y de suministrar los Sacramentos. Según Pruna, “*la soberbia y la falta de caridad*” habían conducido a los miembros de la jerarquía católica a suspender a aquellos que estaban comprometidos con la revolución y acto seguido procedió a leer la carta enviada por monseñor Evelio Díaz al padre Lence. La escueta misiva estaba fechada el 12 de diciembre y decía así:

*“Previamente citado, compareció ante nos, en el día de hoy, el señor presbítero Germán Lence, incardinado en la diócesis de Santiago de Cuba, quien desde hace cinco años, con licencia de subordinado, reside en esta archidiócesis de La Habana. Habiéndole amonestado, de conformidad con lo que disponen los Cánones 22-23 y 22-42, y persistiendo en su contumacia de no obedecer a la autoridad eclesiástica, por el presente declaramos: suspenso al señor Presbítero Germán Lence”.*²⁰⁹

Seguidamente leyó Pruna la respuesta del Presbítero Lence, mucho más extensa y claramente desafiante. Lence, por boca de su portavoz, señaló que después de haber leído los cánones apuntados en su suspensión sólo podía afirmar, “*con sincera y cristiana humildad*”, que ignoraba qué delito había cometido para ser castigado con la más severa de las penas²¹⁰. Lence proseguía su carta señalando que nadie le había concretado cual había sido su falta y ante aquella ausencia de concreción era de suponer que su delito estaba en la obstinación con la que siempre había defendido que “*la Revolución cubana era buena y cristiana*”²¹¹. Aquella afirmación, señalaba Lence, no era gratuita, pues las bondades de la revolución tenían su sustento en doctrina católica; Lence había sostenido aquella convicción haciendo siempre uso de pasajes del Antiguo y el Nuevo Testamento, esgrimiendo las afirmaciones de los Santos Padres y tomando como referencia los documentos pontificios que

²⁰⁸ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 1. La Habana: domingo, 1 de enero de 1961, pág. 58-60. Semanal

²⁰⁹ *Ibidem*, pág. 59.

²¹⁰ *Idem*.

²¹¹ *Idem*.

estaban en vigor para los cristianos católicos de todo el mundo²¹². Aquellos documentos, los principales de la Iglesia, avalaban las leyes revolucionarias de Cuba, porque nada había en ellas que contradijeran los principios del catolicismo. Así pues, el padre Lence desafía a la Iglesia, apoyaba el curso de la revolución y lo hacía blandiendo la dogmática cristina.

Una vez expuesto el fundamento sobre el que se basaban sus afirmaciones, se preguntaba, y preguntaba a las audiencias cubanas de paso, por qué no se suspendía igualmente a quienes usaban “*los templos*”, “*los confesonarios*”, “*los colegios católicos y las asociaciones de Acción Católica*” con el fin de “*negar la absolución y la comunión*” a quienes defendían la revolución²¹³. La jerarquía católica, según Lence, había dividido al catolicismo cubano y se erigía en juez al señalar lo que era ser buen cristiano o mal cristiano, llegando al punto de negar a los revolucionarios que se denominaban católicos los más elementales derechos, la absolución y la comunión. El Episcopado cubano había calificado a la revolución, verbalmente y por escrito, como mala y anticristiana y los católicos tenían que asumir aquella premisa, falsa en toda regla, como dogma de fe. Germán Lence se oponía a esto y no era el único, pues, según su parecer, la mayoría de los católicos de Cuba estaban profundamente decepcionados con la actitud mezquina que estaban asumiendo los prelados cubanos.

En otro orden de cosas, y refiriéndose a su caso particular, Lence se mostraba desafiante y señalaba que las autoridades eclesiásticas actuaban con soberbia y que habían convertido a la Iglesia cubana en “*una incalificable dictadura*” en la que no había “*libertad para pensar ni para expresarse*” y que aquello contradecía “*todas las normas dadas por Roma respecto al derecho*”²¹⁴.

Así pues, Lence, se negaba a asumir que su comportamiento fuera incorrecto y exigía que, según los cánones citados, se le demostrara apodícticamente en qué había delinquido; tenía derecho a conocer con precisión dónde radicaba su falta. Además, el padre Lence solicitaba que aquella explicación se le hiciera por escrito, pues ante tan grave sanción se precisaba especificación y concreción de los delitos cometidos.²¹⁵

La carta de Lence era de una contundencia inusitada y, más allá de los detalles propios del derecho canónico y de las necesidades de concretar los delitos para justificar cualquier tipo de sanción, ofrecía otros detalles envenados sobre la organización de la Iglesia cubana. En primer lugar, señalaba que había muchas diferencias en lo tocante a los honorarios recibidos por aquellos sacerdotes que militaban en la revolución y por aquellos otros que estaban próximos a la contrarrevolución. En la parroquia de Paula, a donde pertenecía por derecho, era necesario estar con la contrarrevolución para “*cantar misas o administrarlas*”, los que no lo estaban lo tenían más complicado y esto había sido una constante durante los dos últimos años. Además, señalaba que durante su estancia en la Archidiócesis de La Habana había sido el párroco que menos donaciones había recibido de la Iglesia por oficiar bodas y bautizos.²¹⁶

Las acusaciones del padre Lence eran graves y dejaban al descubierto una Iglesia que se dividía entre los párrocos que seguían la consigna oficial, dotados de todos los recursos, y aquellos otros que se ajustaban a la línea revolucionaria, despojados de todas las prebendas. Sobre estos últimos Lence señalaba que las cantidades monetarias que les ofrecía el Episcopado no alcanzaban para cubrir los niveles mínimos de subsistencia y que, en el caso de los sacerdotes, estar con la revolución suponía militar en la pobreza. En su caso concreto, el padre Lence aseguraba que, para su sustento, contaba solamente con una reducida habitación, “*casi de hospital de indigente*”, en la liga sacerdotal del

²¹² *Idem.*

²¹³ *Idem.*

²¹⁴ *Idem.*

²¹⁵ *Idem.*

²¹⁶ *Idem.*

hospital de Paula y que había disfrutado hasta el 12 de diciembre de un puesto en la mesa del hospital donde comían junto con el párroco titular y otros sacerdotes.²¹⁷

Lence exponía su situación, que era la de muchos otros sacerdotes comprometidos con la revolución, y señalaba que si a un sacerdote en tales condiciones se le suspendía el estipendio de la misa, única fuente de ingresos, quedaba en el más absoluto de los desamparos. El apesadumbrado sacerdote gallego se preguntaba a continuación de qué iba a vivir, y sin mediar respuesta señalaba que todos los sacerdotes que no comulgaban con las tesis de la contrarrevolución promovidas desde la jerarquía católica eran lanzados a la indigencia, pues no se les facilitaban unos medios mínimos de subsistencia. El padre Lence señalaba entonces que se le quería doblegar por el hambre, que con la retirada de la misa, le retiraban el pan y que él no recibía los jugosos estipendios que llegaban a otros sacerdotes involucrados en labores poco lícitas o que mantenían en secreto propiedades y negocios particulares. La carta de Lence finalizaba con un ruego al Episcopado para que se revocara la exoneración y se anulara *“la injusta fulminación de suspensión total”* con la que había sido castigado.²¹⁸

Después de la lectura por parte de Pruna Lamadrid de la carta del padre Lence, tomó la palabra Lula Hortsman para dirigirse directamente a monseñor Evelio Díaz y solicitarle que no abandonara las filas de la revolución. La militante católica relató que en sus diferentes encuentros con Evelio Díaz había quedado patente que el prelado habanero sentía simpatía por Fidel Castro y la revolución. Amparada en aquella intuición, Hortsman se dirigía directamente a monseñor Díaz para que reflexionara y no se dejara secuestrar por la contrarrevolución.²¹⁹

Hortsman, en aquella alocución abierta a Evelio Díaz, le preguntaba también sobre las razones que le habían impulsado a cargar contra el padre Lence. Aquella sanción era un error sin precedentes, pues el padre Lence, según Horstman, era beneficioso para la Iglesia y tenía gran predicamento entre los revolucionarios. Horstman señalaba igualmente que la expulsión de Lence, aparte de los daños inferidos a la Iglesia como institución, suponía un duro golpe tanto para los católicos como para los revolucionarios y que aquello actuaba como merma para el prestigio de la Iglesia, ya muy dañado en aquellos meses. En la línea de lo apuntado por Pruna Lamadrid, Hortsman le hacía saber a Evelio Díaz que apartar al padre Lence, *“un sacerdote tan querido para la revolución”* y el respaldar al mismo tiempo a otros sacerdotes que, atrincherados en las iglesias, se dedicaban a confundir y encismar al pueblo era un error sin precedentes y que la Iglesia pagaría aquella falta de honestidad²²⁰. En un tono emotivo pero firme, Hortsman machacaba aquel argumento de forma reiterativa e imploraba de nuevo al prelado cubano mirando a las cámaras de televisión: *“Monseñor, usted es un hombre bueno: ¿Por qué se ha dejado secuestrar por esos sacerdotes falangistas y esos traidores a Cuba? Monseñor usted es cubano, ¡no sea traidor a su patria!”*²²¹

El tramo final de la comparecencia de la dirigente católica estuvo presidido por el ruego y la súplica al arzobispo coadjutor y administrador apostólico de La Habana, conminándole a la reflexión y a la rectificación, pues el camino emprendido por la oficialidad católica traía aparejados grandes perjuicios para la Iglesia, que de no virar el equivocado rumbo trazado estaba condenada a recibir el rechazo de gran parte de la feligresía católica y de la mayoría del pueblo cubano.

El espinoso asunto del padre Lence y las intervenciones de Lula Hortsman y Pruna Lamadrid ante las audiencias del país suponían un golpe certero contra el Episcopado cubano, pues dejaban al descubierto las contradicciones que imperaban en el seno del catolicismo, el grado de implicación de

²¹⁷ *Idem.*

²¹⁸ *Idem.*

²¹⁹ *Ibidem*, pág. 60.

²²⁰ *Idem.*

²²¹ *Idem.*

la jerarquía católica en la lucha contra el Gobierno revolucionario y el régimen de corruptelas y favoritismos inconfesables por los que se regían los prelados eclesiásticos en sus relaciones con sus subalternos. La oficialidad de la Iglesia quedaba así desprestigiada ante la opinión pública y sus máximos mandatarios quedaban a los pies de los caballos ante la irritada dirigencia revolucionaria que, poco a poco, comenzaba a ser consciente de que el Episcopado constituía un peligro constante para la estabilidad del país, pues se desempeñaba ya como una quinta columna en el seno de la sociedad cubana.

Dadas las circunstancias, el primer ministro cubano, ante los ataques que recibían los católicos que estaban dispuestos a embarcarse en el frente revolucionario, no se contuvo y volvió por los caminos de la denuncia para lanzar su verbo encendido contra la intrigante y desleal jerarquía católica. Dos días después de la lectura pública de la carta abierta del padre Lence al Episcopado, el primer ministro cubano tomó la palabra de nuevo y fue todavía más contundente que en su discurso del 16 de diciembre. En esta ocasión, lunes de 19 de diciembre, Fidel Castro, en su alocución a la Federación Nacional de Trabajadores Azucareros, entre otros muchos asuntos propios del sector al que se dirigía, tuvo a bien hacer mención al contencioso con la Iglesia cubana y mostró su malestar por lo que se estaba haciendo con aquellos sacerdotes que salían en defensa de la revolución.

Fidel Castro encontraba inconcebible el trato dispensado al padre Lence y señalaba que en Cuba estaba sucediendo lo nunca visto. Se condenaba a los sacerdotes que defendían al Gobierno de Cuba y se premiaba a aquellos que hacían propaganda de la reacción. En Cuba, según señalaba Fidel Castro con ostensible enojo, “*algunos curas falangistas*” se habían tomado “*la atribución de predicar a favor del franquismo, del fascismo, de la reacción y de la explotación*”²²². Ninguna jerarquía eclesiástica, según enfatizaba el primer ministro, les había prohibido a aquella caterva de curas “*reaccionarios*” y “*terroristas*” celebrar misas. Sin embargo, se le había “*prohibido al dignísimo sacerdote cubano padre Lence officiar las misas*” y hasta se decía, según las informaciones que obraban en poder del Gobierno revolucionario, que se estaba fraguando “*la excomunión del padre Lence*”²²³.

Fidel Castro, en un curioso giro, en el que calificaba de cubano al sacerdote gallego, padre Lence, y de falangistas a todos aquellos que militaban en la reacción, señalaba a continuación que si el padre Lence era finalmente excomulgado, junto a él, la Iglesia cubana tendría también que “*excomulgar al Gobierno Revolucionario*”, y tendría, en consecuencia, “*que excomulgar*”, de igual forma, “*al pueblo de Cuba*”²²⁴.

Las palabras de Fidel Castro, en tono airado, rivalizaban con las soflamas lanzadas por los trabajadores azucareros, que cargados de ocurrencia y locuacidad, cantaban la siguiente estrofa a cada pausa del primer ministro: “*¡Fidel, seguro, a los curas dales duro!*”²²⁵. En medio de aquel ambiente, Fidel Castro seguía exponiendo su razonamiento y, en aquella comparativa entre quienes eran los que eran tildados de buenos y de los malos cristianos por las autoridades eclesiásticas, señalaba que el Episcopado cubano no había decidido excomulgar “*a ningún cura defensor de Franco, con sus dos millones de españoles asesinados, con sus condes y sus marqueses, con su aristocracia rancia y reaccionaria, con su guardia civil y con su camarilla de explotadores y ladrones*”²²⁶. La jerarquía eclesiástica, la cubana y la foránea, acostumbraba a aquellos razonamientos inasumibles, pues en ningún momento se habían planteado, según señaló oportunamente el primer ministro cubano,

²²² *Bohemia* (Año LII). Núm. 52. La Habana: domingo, 25 de diciembre de 1960, pág. 88. Semanal.

²²³ *Idem.*

²²⁴ *Idem.*

²²⁵ *Idem.*

²²⁶ *Idem.*

excomulgar a ningún cura defensor de los asesinatos cometidos en Argelia, en el Congo²²⁷. Dentro de la Iglesia en ningún momento se había bosquejado la posibilidad de emprender excomuniones de aquella naturaleza, preferían optar por la excomunión de aquellos sacerdotes que estaban con los humildes y con la revolución de los pueblos.

Fidel Castro señalaba entonces que el Episcopado se alzaba contra la revolución y que trabajaba en sintonía y a las órdenes del imperialismo. El imperialismo y sus aliados sabían que estaban librando una batalla contra una gran revolución, “una gran batalla contra una revolución profunda y verdadera”, y que para derrocarla era necesario quemar las naves. En esa labor se estaba desempeñando la sumisa jerarquía católica en comunión con los ofendidos monopolios estadounidenses, aquí estaba la clave de la lucha y Cuba estaba dispuesta a dar la cara hasta final.²²⁸

13.8 Imperialismo yanqui e imperialismo romano: las dos caras de un mismo fenómeno

Aquel fragmento del discurso de Fidel Castro fue encuadrado en las páginas centrales de la revista *Bohemia*, para escenificar, sin digresiones ni giros conciliatorios, que la Iglesia cubana, personificada en su jerarquía, formaba ya parte del entramado de la contrarrevolución y que trabajaba a las órdenes del imperialismo norteamericano. Una aseveración que representó la revista *Bohemia* de diferentes formas en su último número de diciembre.

El día de Navidad salía la calle la revista *Bohemia* y como venía siendo tradicional en aquellas fechas, un año tras otro, la Iglesia católica era la protagonista, pero en un sentido muy diferente al de los años anteriores. Ahora no aparecía como protagonista positivo en fechas tan señaladas, sino como enemigo y fermento de la contrarrevolución, pues junto a las declaraciones de Pruna Lamadrid y Lula Horstman, se insertaba también aquel fragmento del discurso de Fidel Castro en el que se hablaba de los curros falangistas. Algo que venía a sumarse a una fotografía, convenientemente colocada en las páginas que hacían referencia a las apreciaciones de Fidel Castro sobre una parte de la Iglesia católica, en la que el cardenal Arteaga, arzobispo de La Habana, aparecía retratado estrechando las manos de Fulgencio Batista. El militar golpista y el arzobispo de La Habana aparecía sonrientes sobre un pie de foto que informaba sobre el carácter de aquel encuentro: “*El beso de Judas*”²²⁹.

En aquel número de Navidad se insertaron además otros dos artículos sobre la Iglesia, uno que aparecía como editorial y otro que contaba con la firma de Euclides Vázquez Candela, subdirector del diario *Revolución*. El editorial del semanario cubano era una desautorización a la totalidad del proyecto amparado por la Iglesia católica en la Cuba poscolonial. Un alegato contra la oficialidad de Iglesia católica que arrancaba con un párrafo más que elocuente:

“La revolución cubana, que ha dado esperanza al que la había perdido, pan al hambriento, enseñanza al analfabeto, libertad al oprimido, tierra al campesino, dignidad al ciudadano, honestidad al Estado y soberanía a la nación, no le place al Episcopado”.²³⁰

Los purpurados de la Isla silenciaban las virtudes de la revolución, según *Bohemia*, y ponía en solfa “vicios imaginados” y contruidos a capricho para frenar el avance del pueblo²³¹. El razonamiento básico de aquel editorial era muy simple: la jerarquía católica estaba en contra de lo que el pueblo aplaudía y al reprimir el aplauso popular, rechazaba a la revolución y a la propia Cuba.

²²⁷ *Idem.*

²²⁸ *Idem.*

²²⁹ *Ibidem*, pág. 83.

²³⁰ *Ibidem*, pág. 89.

²³¹ *Idem.*

La Iglesia, según preconizaba la línea editorial del semanario cubano, pertenecía a aquellas instituciones “*respetabilísimas*” que estaban a favor de la revolución en 1959, que estaban a favor de la Reforma Agraria “*mientras no se realizara*” y que querían la mejora del pueblo, pero sólo a base de “*limosna*” y no de reforma²³². Lo único que había pretendido la Iglesia con su apoyo a la Revolución en 1959 era un cambio de Gobierno, cambiar a los dirigentes para que nada cambiara y “*mantener intacto el régimen social edificado sobre la explotación económica y la inferioridad de las mayorías*”²³³.

Los antiguos reparos de la revista para con la Iglesia habían desaparecido por completo y ahora la publicación se expresaba con la misma contundencia que lo estaba haciendo el primer ministro. Así pues, según *Bohemia*, el pueblo cubano había sido muy tolerante con la Iglesia y, tras el triunfo de la revolución, se silenciaron agravios de antaño, pero era preciso recordar el papel que la Iglesia católica había jugado en las luchas de Cuba por la independencia. Era necesario recordar que “*las campanas de todos los templos*” de Cuba habían repicado “*jubilosas*” cuando se conoció la muerte de José Martí y Antonio Maceo²³⁴.

De todos modos, la deslealtad y la felonía de la Iglesia no se circunscribían al período colonial. Una vez que había echado a andar la desventurada república las cosas no habían cambiado, pues como señalaba aquel editorial, no se podía ignorar el papel jugado por el clero, sobre todo en su alta jerarquía, durante la Guerra Civil española²³⁵. La Iglesia cubana había bendecido los crímenes franquistas y había participado en su tiranía, muchos de los autores materiales de aquel colaboracionismo con el general Franco, además, habían recalado en Cuba y estaban en su nuevo destino sirviendo a los mismos intereses. Aquella era la realidad de la Iglesia y *Bohemia* la presentaba de forma descarnada. Hablaba de las persecuciones que la Iglesia española y la colombiana acometían contra el protestantismo y la masonería²³⁶. Todos aquellos aspectos que pendían sobre la Iglesia cubana e iberoamericana habían sido convenientemente olvidados por la Cuba revolucionaria, que no quería excluir a nadie de su proyecto renovador. Sin embargo, según relataba el editorial, todas aquellas actitudes de la Iglesia habían aflorando de nuevo en la memoria de los cubanos al observar la conducta que estaba teniendo la jerarquía católica en aquel momento.

La Iglesia no había cambiado. La revolución había pecado de ingenuidad y con cierta candidez le había brindado su apoyo, y todo a pesar de la actitud del Episcopado, “*que hasta dos días antes de caer la tiranía*” de Batista “*se aferró a ella y compartió con ella las últimas navidades sangrientas*”²³⁷. El editorial de *Bohemia* se mostraba inclemente con la jerarquía católica; protestaba ante el cinismo de las “*epístolas quejasas contra el Gobierno revolucionario*” y lamentaba que aquella prodigalidad en la publicación de pastorales no se hubiera dado durante los Gobiernos de Batista²³⁸.

La fatalidad de la Iglesia, según *Bohemia*, era que sus seguidores más humildes, las clases que cerraban filas con la revolución, había cambiado la caridad cristiana, aquella que convertía “*la indigencia en profesión*”, por la elevación del nivel de vida de los más humildes²³⁹. A la Iglesia se le había caído la careta y ahora aparecía ante el pueblo como lo que realmente era: una institución rica, que practicaba “*la usura*” y que “*atesoraba capitales en todo el mundo*”²⁴⁰. Ante aquella realidad a

²³² *Idem.*

²³³ *Idem.*

²³⁴ *Idem.*

²³⁵ *Idem.*

²³⁶ *Idem.*

²³⁷ *Idem.*

²³⁸ *Idem.*

²³⁹ *Idem.*

²⁴⁰ *Idem.*

nadie le podía extrañar que hiciera causa común con los explotadores y diera la espalda a los explotados.

Entre las riquezas de la Iglesia y la pobreza de la feligresía iba tejiendo el editorial de *Bohemia* un discurso demoledor en el que el catolicismo oficial de Cuba se comportaba como cabía esperar de él: apoyando al antiguo régimen, censurando al naciente y purgando en su interior todo aquello que no respondiera a los principios que habían imperado en Cuba desde décadas.

Una vez expuestos estos aspectos, imprescindibles para entender el comportamiento violento desplegado por la Iglesia en los últimos meses, el editorial se adentraba en lo acontecido con el padre Lence, muestra inequívoca de la escasa capacidad de adaptación de aquella organización milenaria a las necesidades del momento. La Iglesia católica se estaba destapando como la más intolerante de las instituciones cubanas y aquella falta de tolerancia promovida por el Episcopado cubano era puesta en contraposición con los modos de la dirigencia revolucionaria. El editorial, para dejar aquel punto sólidamente cimentado, pasaba a exponer las palabras de Fidel Castro en su respuesta a los prelados, concretamente aquel pasaje en el que el primer ministro había fijado como contrarrevolucionario el sentimiento anticatólico. El líder cubano promovía la unidad y los católicos estaban emplazados a participar en el proyecto revolucionario. “*Todos los matices de opinión*”, salvo los que proyectaran atentar contra la revolución, podían “*convivir armónicamente*” en Cuba²⁴¹.

Bohemia finalizaba su editorial señalando que la Iglesia estaba llamada a reflexionar sobre el papel que estaba jugando y que a ella le correspondía dar el paso que había dado el primer ministro cubano al respetar todas las sensibilidades que existían en la revolución. Sin embargo, *Bohemia*, se mostraba pesimista y señalaba que era difícil ver a los prelados en “*saludable postura*” de aceptar los planteamientos de los demás²⁴².

Aquel editorial, era un golpe más a la línea de flotación de la Iglesia católica, cada día más aislada ante las evidencias que la emparentaban con la contrarrevolución. Algo que ponía todavía más de manifiesto el artículo de opinión que aparecía bajo la firma de Vázquez Candela²⁴³. El subdirector de *Revolución* partía de un principio básico y sobre él articulaba todo su discurso: el imperialismo norteamericano y el romano compartían premisas y, por lo tanto, tenían objetivos similares. Las similitudes entre los planes de Washington y Roma se hacían más evidentes cuando uno de los dos era puesto en tela de juicio por un poder alternativo y esto era precisamente lo que estaba sucediendo en Cuba.

Vázquez Candela comenzaba su artículo haciendo referencia a un cable llegado por teletipo a las redacciones de las revistas y periódicos cubanos y que ayudaba a entender perfectamente “*la naturaleza y estructura del alineamiento de las fuerzas*” que se estaba viviendo en aquel momento crucial para los destinos de Cuba y del continente. El cable en cuestión decía exactamente así: “*El Cardenal Francis Spellman, de Nueva York, envió en el día de ayer al presidente Eisenhower un cheque por la cantidad de diez mil dólares, con objeto de ayudar a los contrarrevolucionarios cubanos asentados en Miami*”²⁴⁴.

Después de la exposición de aquel cable de prensa, Vázquez Candela señalaba que el mentado cardenal no se había parado a analizar “*la calidad humana de los beneficiarios de tan generosa prodigalidad*”²⁴⁵. Sin embargo, aquello carecía de importancia, pues el cardenal Spellman se había movido bajo un razonamiento básico que no permitía sutileza alguna: todo cuanto intentara modificar

²⁴¹ *Idem.*

²⁴² *Idem.*

²⁴³ *Ibidem*, pág. 66, 67 y 90-92.

²⁴⁴ *Ibidem*, pág. 66.

²⁴⁵ *Idem.*

el régimen social, económico y político sobre el que se asentaba el orden oligárquico e imperial debía de ser rechazo y catalogado de forma genérica como “*procomunismo o simplemente comunismo*”; de lo contrario, los cimientos sobre los que se erigía la permanencia “*del poder internacional de la Iglesia Católica Romana*” podían verse comprometidos²⁴⁶.

Vázquez Candela, haciendo uso de un argumentario puramente marxista, lanzaba dardos envenenados contra la Iglesia católica y lo hacía para poner la estrategia del Episcopado cubano en sintonía con la que imperaba en la Administración norteamericana. Según la opinión del periodista cubano, no se podía achacar a la mera coincidencia que Estados Unidos y el Vaticano compartieran principios en la salvaguarda de sus intereses²⁴⁷. La diplomacia estadounidense y la vaticana compartían principios e iban de la mano en la ofensiva imperialista porque Roma y Washington se sustentaban sobre las mismas bases materiales. Eran las dos caras de una misma moneda. De ahí, que ni Roma ni Washington pudieran transigir con un fenómeno como la Revolución cubana. Impugnar los intereses económicos de Washington era impugnar la base material sobre la que sostenía la Iglesia, por lo tanto en la lucha contra Cuba ambos imperialismos terminaban por converger.

Una vez expuesta aquella sintonía en los principios y las metas que compartían las élites de poder vaticanas y estadounidenses, Vázquez Candela señalaba que entraba dentro de lo natural ver en ciertas iglesias la propaganda antifidelista, como se veía en las instancias de poder estadounidenses, y observar en los prelados el nerviosismo y la violencia con que se revolvían ante la legislación revolucionaria, algo que hacía recordar igualmente la irritación y la descalificación con que había sido recibida la reciente legislación cubana por la Administración norteamericana.

Aquella actitud del Episcopado, resignado a mostrar su verdadero rostro debido al tesón revolucionario, había destapado, según Vázquez Candela, todos los rencores reprimidos por la Iglesia durante meses y había contribuido a retirar el manto piadoso de silencio que se había extendido sobre el pasado de la Iglesia tras el triunfo de la revolución. El rostro mostrado por la jerarquía católica en los últimos meses ofrecía una visión más ajustada del papel jugado por la Iglesia en la historia reciente y pasada de Cuba.

Una vez expuestos estos temas, el periodista cubano entraba de lleno a analizar la doctrina social de la Iglesia, y aquí la oficialidad católica tampoco recibía la absolución. Vázquez Candela, lejos de estar en sintonía con lo apuntado por la Iglesia, se mostraba totalmente contrario al análisis ofrecido por la filosofía política del catolicismo. Los males de Cuba no estaban en la ausencia de la doctrina social cristiana, sino en la presencia de la misma. La doctrina social de la Iglesia, “*con su lenguaje falso, tan viejo como los permanentes fracasos de su filosofía social*”, estaba tan enraizada “*en el sistema de explotación capitalista y oligárquico*” que fuera de él carecía de sentido²⁴⁸.

Con atino, Vázquez Candela iba cosiendo un relato coherente en el que se dejaba al descubierto el verdadero carácter de la filosofía social del catolicismo: renunciar a la doctrina social de la Iglesia equivalía al suicidio de la Iglesia como “*élite de poder*”²⁴⁹. La jerarquía católica, tanto la cubana como la foránea, se había enganchado al mantra de la doctrina social de la Iglesia para justificar y disimular sus incestuosas relaciones con el capital monopolístico que regía dentro de los países occidentales.

En aquel artículo la realidad aparecía desnuda de cualquier connivencia con el catolicismo, la Iglesia romana era presentada ante los lectores cubanos y latinoamericanos como un “*poder imperial tanto*

²⁴⁶ *Idem.*

²⁴⁷ *Idem.*

²⁴⁸ *Ibidem*, pág. 67.

²⁴⁹ *Idem.*

en lo cultural como en lo económico y político”²⁵⁰. Un poder imperial que rompía las barreras del continente y contra el que nadie había osado enarbolar la doctrina Monroe²⁵¹. Aquella doctrina, manoseada a capricho, sólo parecía tener sentido cuando se erigía contra un país europeo. El Vaticano quedaba fuera de aquel análisis, pues nunca había recibido el embate de los que enarbolaban la doctrina Monroe para expulsar a los competidores del imperio estadounidense del continente americano.

Los supuestos intereses espirituales de la Iglesia eran también puestos al descubierto por Vázquez Candela. La Iglesia tenía en su entramado filosófico, en sus preocupaciones espirituales, el andamiaje ideal sobre el que medraban sus intereses materiales. Así pues, su reino, según el periodista cubano, lejos de ser el reino del espíritu, era el reino de *“las finanzas”*, de *“la propiedad latifundista de la tierra”*, de *“las especulaciones de la bolsa”*, de *“las inversiones productivas”*, de *“la explotación de la mano obrera y de los recursos naturales coloniales”*²⁵².

En el razonamiento de aquel artículo, párrafo tras párrafo, se exponía sin digresiones lo que para muchos era una verdad inapelable: los intereses espirituales de los que se vanagloriaba la Iglesia no era más que el trampantojo para tapar los verdaderos intereses que movían a la Iglesia. Ejercer el monopolio de las ideas, o como hemos venido apuntando en este capítulo y en los anteriores, ganar la batalla de la cultura, era condición indispensable para garantizar el disfrute de los bienes materiales y las prebendas aledañas. Sobre este razonamiento básico, pero utilizando palabras muchos más duras, seguía construyendo Vázquez Candela su radical y valiente alegato contra los prelados católicos de casa y también contra los de fuera. En palabras del periodista cubano, las altas esferas jerárquicas de la Iglesia católica, tanto en Cuba como fuera de ella, no trabajaban para defender *“su supremacía en el dominio metafísico-teológico”*, como pretendían hacer creer a propios y extraños, sino para sostener *“la estructura económico-social”* a la que pertenecían y de la que vivían *“con seguridad estomacal y holgura”*²⁵³.

Llegados a aquel punto, Vázquez Candela, en aquel riguroso análisis se mostraba taxativo: “no puede haber en el mundo, y especialmente en América, genuino proceso revolucionario que no choque con estas esferas del poder eclesiástico”, para añadir a continuación que *cuando “una institución no vive sino del trabajo de los demás, tiene que estar muy interesada en la conservación del status quo y de las tradiciones más conservadoras y provectas”*²⁵⁴.

Toda aquella explicación pormenorizada servía de marco teórico para analizar punto a punto los documentos episcopales lanzados contra la revolución desde agosto de 1960 hasta diciembre del mismo año. Un cuatrimestre de escarnio contra el Gobierno revolucionario que precisamente se había desatado a raíz de los procesos de nacionalizaciones afrontados por las autoridades cubanas. La Revolución cubana había puesto en entredicho las estructuras sociales y económicas de las que el imperialismo norteamericano estaba sacando fabulosos dividendos y la Iglesia, consciente de que medraba a la sombra de aquellos intereses, no tenía otro remedio que salir en defensa de los Estados Unidos. Bajo aquel planteamiento, con las variantes oportunas para cada caso, Vázquez Candela iba desglosando la Circular Colectiva, las pastorales de Pérez Serantes y la Carta abierta del Episcopado, sacando de todas ellas una conclusión común: el final del imperialismo norteamericano en Cuba suponía el ocaso del imperio vaticano.

²⁵⁰ *Idem.*

²⁵¹ *Idem.*

²⁵² *Idem.*

²⁵³ *Ibidem*, pág. 90.

²⁵⁴ *Idem.*

La Iglesia se había sostenido en Cuba con el apoyo del sistema colonial español durante siglos y posteriormente había necesitado del imperialismo norteamericano para seguir imponiendo sus criterios y defendiendo sus intereses en tierras cubanas. Así pues la decadencia de la influencia de Washington en La Habana corría pareja a la del Vaticano, incapaz de sobrevivir al margen del saqueo impuesto a los pueblos por los sistemas coloniales o imperiales. De este modo, lo que la jerarquía católica vendía en Cuba como una lucha por imponerse en el campo de las ideas, no era más que una batalla desesperada por conservar su predominio social y económico; a la Iglesia, al ver con espanto como se estaban esfumando ante sus propios ojos sus fuentes de riqueza material, no le quedaba más remedio que cargar con desesperación y violencia contra la Revolución cubana.

Más allá del caso cubano y desde una perspectiva estrictamente histórica, la Iglesia católica, según los planteamientos de Vázquez Candela, sólo aguantaba el escrutinio de la historia en sus primeros momentos, cuando había luchado contra el Imperio romano. Aquella Iglesia pretérita sí podía ser definida como revolucionaria, con posterioridad cualquier semejanza con aquella Iglesia se antojaba difícil de imaginar. En el caso cubano, la Iglesia no había vivido momentos heroicos, pues había llegado a Cuba de la mano de los colonizadores como herramienta de dominación. El director de *Revolución* no albergaba dudas sobre este particular y así lo expresaba: la cruz de ciertos obispos y cardenales, tanto el período colonial como en el republicano, había andado siempre vinculada “a la espada ensangrentada de sangre popular de los ejércitos de ciertos tiranos”²⁵⁵.

El artículo dedicado por Vázquez Candela a los prelados cubanos, sin duda uno de los más duros y firmes contra la Iglesia católica publicado en la revista *Bohemia* hasta aquella fecha, finalizaba apostando por la fina ironía y señalaba que mientras los prelados cubanos en su última carta oraban para que el altísimo iluminara a Fidel Castro en sus pasos al frente de Cuba, su homólogo estadounidense, el cardenal Spellman, donaba nada menos que diez mil dólares, “arrancados probablemente de los bolsillos ingenuos de los feligreses de San Patricio”, para sustentar con ellos “a los más empedernidos criminales del continente”²⁵⁶.

Después de aquel número de la revista *Bohemia*, lanzado precisamente en el día de Navidad, cuando la efervescencia religiosa debía de ser más acusada, la Iglesia quedó desautorizada ante el pueblo cubano. La revista *Bohemia*, concentró en un solo número lo que venía cocinándose desde hacía meses: la disyuntiva no estaba entre Roma y Moscú, como pretendía hacer creer al pueblo cubano el locuaz arzobispo gallego de Santiago de Cuba, sino entre Washington y Roma por un lado y La Habana y sus posibles aliados por el otro.

Aquel número de *Bohemia*, difundido a lo largo y ancho del continente, era un alegato sin precedentes contra la cúpula eclesiástica y, sin duda, la dejaba tocada ante la opinión pública. Cuando el año 1960 llegaba a su fin todo había quedado meridianamente claro en lo tocante a la Iglesia y a sus reparos para con la revolución. En Cuba había ya dos sensibilidades irreconciliables dentro del catolicismo. Una la representada por la jerarquía católica y un nutrido número de sacerdotes que la secundaba y otra la que apostaba por entrar en la institucionalidad revolucionaria. La primera aparecía presa de una obsesión: recuperar y mantener los privilegios de antaño; y la segunda, sin renunciar a su catolicismo, abogaba por integrarse en la revolución sin banderías y sin connivencias con los sectores desplazados por la legislación revolucionaria. De este modo, para una gran mayoría de católicos, ser revolucionario era el verdadero fermento de unidad y ser católico comenzaba a no serlo en absoluto.

Dentro de la Iglesia, aunque diferido ligeramente en el tiempo, estaba sucediendo lo mismo que había sucedido en la sociedad cubana. La lucha contra el imperialismo norteamericano había terminado por

²⁵⁵ *Ibidem*, pág. 92.

²⁵⁶ *Idem*.

converger con la lucha de clases. Aquella realidad, en la que el privilegio se enfrentaba a la igualdad y en la que el imperialismo se contraponía al pueblo de Cuba, estaba teniendo lugar en el seno de la Iglesia como había sucedido con anterioridad dentro de la población cubana. Las clases dirigentes dentro de la Iglesia era incapaces de renunciar a un pasado de privilegio y esto hacía que compartieran principios con los que se lanzaban por la vía de la contrarrevolución para derrocar al Gobierno cubano; mientras, la gran mayoría de la grey católica, junto al resto de la población cubana, se integraba en la revolución al margen de sus autoridades eclesiásticas, haciendo ostensible su desencanto con la oficialidad católica.

La Iglesia se batía así ante sus contradicciones haciendo gala de una manifiesta incapacidad para resolverlas y, al mismo tiempo, dejaba al descubierto un problema raigal: su misión espiritual y la defensa del dogma no eran más que las herramientas melladas con las que se pretendía conseguir la supremacía cultural dentro del bloque hegemónico cubano para preservar así su poder económico y la fuente de sus prebendas. La dirigencia revolucionaria y los sectores que configuraban la opinión en Cuba, prensa, radio y televisión, no habían interferido en la misión doctrinal de la Iglesia, pero se enfrentaron a ella cuando percibieron que la lucha de la Iglesia tenía mucho de terrenal y más bien poco de espiritual.

La Iglesia cubana, en el transcurso del último trimestre de 1960 había desbaratado su capacidad para influir sobre las clases dirigentes revolucionarias. La jerarquía católica no supo leer el momento de cambio irreversible que se avecinaba y, en lugar de amoldar su discurso a los patrones valorativos en boga, terminó por cerrar toda posibilidad de cambio dentro de la Iglesia al desautorizar y apartar a aquellos sectores del catolicismo que tendían a converger con la revolución. Una afirmación que sustentamos de nuevo en el teórico y político italiano Antonio Gramsci: la formación de un nuevo grupo hegemónico trae aparejado “*un nuevo terreno ideológico*”, lo que determina en última instancia “*una reforma de las conciencias y de los modos de conocimiento*”²⁵⁷. La revolución había estructurado una nueva forma de representar la realidad. Una realidad nueva que había nacido del propio proceso revolucionario y aquí la Iglesia no tenía cabida debido a su incapacidad para superar un pensamiento teológico que se tornó en teleológico. La defensa de la doctrina conducía a un fin ya determinado desde el principio: la salvaguarda de unos intereses materiales que pertenecían al antiguo régimen y que no eran compatibles con los fines que perseguía la revolución.

La forma de entender la realidad y los valores propios de la vieja Cuba necesitaban algo más que un baño de palabrería y buenas intenciones para converger con la Cuba revolucionaria y tarde o temprano aquellas ideas contrapuestas tendría que colisionar, como finalmente sucedió a finales de 1960. Las ideas de la vieja Cuba ya no resultaban eficaces en la Cuba fidelista, la revolución ya había establecido los criterios valorativos para interpretar la realidad y la vieja retórica de la doctrina social de la Iglesia era incapaz de transmitir algo que fuera más allá de una limosna generosa. Cuba seguía abierta a nuevas aportaciones y a nuevos puntos de vista, pero ahora ya bajo unos criterios muy definidos: la lucha contra el imperialismo norteamericano era indisociable de la lucha social. Las clases sociales que estaban apoyando a la revolución eran las verdaderas protagonistas del proceso y las depositarias de la esencia revolucionaria, sus intereses eran los de la revolución y la única forma de alcanzarlos pasaba por la soberanía económica y la liberación nacional.

La Iglesia, por su parte, seguía enfrascada en la lucha por la cultura, por la hegemonía cultural, cuando era ya evidente que aquella defensa de sus ideas no era nada más que un almacén vacío en el que se parapetaban sus verdaderos anhelos: la preservación de sus intereses materiales y los de las antiguas

²⁵⁷ Gramsci, Antonio: *Introducción a la filosofía de la praxis: Op. Cit.*, pág. 67.

clases dirigentes bajo las que siempre habían medrado. Sus colegios privados eran una muestra evidente de aquel maridaje entre retórica cristiana y vieja casta cubana.

La Iglesia estaba perdiendo la batalla porque ya no tenía la capacidad de seducción de antaño. La imagen del mundo que proyectaba, envuelta en aquellos ropajes de tradición, ya no remitían a la historia de Cuba, sino más bien a la historia del sometimiento cubano. Así pues, el contenido ético y moral que trataba de difundir la Iglesia, a la vista de sus connivencias con la contrarrevolución, comenzó a resultar inasumible para el pueblo cubano debido al grado de cinismo que portaba. La Iglesia trataba de presentar a la Cuba fidelista como un Estado en descomposición, alejado de su pasado y sujeto a un peligro permanente. La primera parte del aserto, la distancia con el pasado, podía ser compartida por la revolución, pues, indudablemente, el presente de Cuba ya nada tenía nada que ver con el pasado republicano y aquel aspecto, lejos de ser baldón, era blasón y orgullo para el pueblo y la dirigencia revolucionaria. Sin embargo, si algún peligro había para la disgregación de Cuba este no era el que pudiera representar el Gobierno revolucionario, muy al contrario, era la Iglesia católica, en connivencia con los sectores más reaccionarios, la que estaba poniendo en jaque y en peligro constante la estabilidad cubana.

La revolución pasiva o revolución restauración quedaba así desvirtuada y sin posibilidades de desarrollo, pues la Iglesia, por boca de sus máximos representantes, se había desprendido de la sutileza que requería aquella empresa y se mostraba ya sin careta alguna frente al poder revolucionario, blandiendo beligerantes pastorales y amparando a los que, fusil en mano, trataban de derrocar el régimen fidelista. La jerarquía católica, como había expresado con proverbial sinceridad monseñor Pérez Serantes, no albergabas dudas sobre el bando al que tenía que sumarse: entre Washington y Moscú se inclinarían sin vacilación por la primera, pues en el sistema que defendía la Administración norteamericana se encontraba la razón de ser de su existencia.

La Iglesia cubana entraba así en las Navidades de 1960 haciendo gala de una imagen ciertamente deteriorada y ocupando, para sorpresa de propios y extraños, una posición totalmente marginal en la sociedad cubana en aquellos días de recogimiento familiar y religioso. Unas Navidades que mantuvieron en alerta a la población, pues todo parecía indicar que la invasión estadounidense podía perpetrarse aprovechando el parón navideño.

13.9 Felices Pascuas en casa propia

El propósito navideño que se lanzó desde las instancias oficiales para celebrar las segundas pascuas revolucionarias fue precisamente éste: *“Felices Pascuas en casa propia”*²⁵⁸. La revolución había transformado hasta tal punto la vida del cubano que de facto el número de propietarios se multiplicó de forma exponencial, ya todo el mundo era propietario aunque la hacienda fuera pequeña, y esto no era precisamente lo que se esperaba de un régimen socialista. Sin embargo, desde el exterior las acusaciones sobre el carácter comunista de la revolución continuaban y las amenazas de invasión debido a las relaciones entre la URSS y Cuba también. Por su parte, la contrarrevolución seguía operando desde sus dos frentes: el interior y el exterior.

Un contexto de amenaza permanente que no permitió a los cubanos disfrutar pausadamente de las Navidades en casa propia, pues ante la inminente invasión, confirmada por el propio Fidel Castro en su discurso de fin de año, todas las cautelas eran pocas. Estados Unidos preparaba la invasión de Cuba bajo el pretexto de que se estaban construyendo rampas para el lanzamiento de cohetes rusos desde territorio cubano²⁵⁹. En su discurso de fin de año el primer ministro negó de forma categórica aquella

²⁵⁸ Díaz Castañón, María del Pilar: *Op. Cit.*, pág. 128.

²⁵⁹ Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba. 1960. Año de la Reforma Agraria: “Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro

absurda información y confirmó que el Gobierno cubano ya tenía conocimiento de aquellos planes desde hacía días y que por esa razón se habían movilizado a las milicias populares y al Ejército Rebelde en todo el territorio cubano y que, por la misma razón, se había enviado de vuelta a la ONU al canciller Raúl Roa, recién llegado a La Habana tras más de dos meses en los Estados Unidos, para que alertara a la opinión pública mundial sobre los planes que se urdían contra Cuba²⁶⁰.

Fidel Castro confirmaba esta noticia el 31 de diciembre y rompía así la incertidumbre que había reinado en la última semana del mes de diciembre de 1960. Los días finales de 1960 fueron especialmente duros para el Gobierno revolucionario, pues todos los frentes que tenía abiertos la revolución parecieron convergen de forma simultánea. Entre la festividad de Navidad y la de Año Nuevo se sucedieron una serie de hechos concatenados que llevaron a la dirigencia revolucionaria a colocar al país en pie de guerra para contener lo que a todas luces parecían los prolegómenos de una invasión en toda regla.

Todo comenzó con la proliferación de atentados terroristas. La contrarrevolución interior no le dio tregua a las fuerzas de seguridad del Estado cubano ni siquiera en aquellas fechas y el día de Navidad estallaba una bomba de gran potencia en el bar del Hotel Rosita de Hornado, en La Habana, donde solían reunirse las fuerzas del orden público fidelistas²⁶¹. No hubo que lamentar víctimas mortales, pero los daños fueron cuantiosos y sorprendió la osadía de la contrarrevolución al pasar a la ofensiva atacando directamente a las fuerzas de seguridad del Estado.

La violencia no se limitó a la capital, ya que en la provincia de Pinar del Río se registraron en aquellos días festivos cuatro muertos y quince heridos durante los enfrentamientos entre las fuerzas fidelistas y las de la contrarrevolución²⁶². La Iglesia, por su parte, no se contenía en aquellos días de recogimiento y vida familiar, y el obispo auxiliar de La Habana, monseñor Eduardo Boza Masvidal, aprovechó el clima de tensión imperante para anunciar el 26 de diciembre que los católicos no se resignarían al silencio y que “*los comunistas*” no podría impedirles defender su fe, “*a pesar de las amenazas y del torrente de insultos y calumnias*” que cada día les dedicaban “*los hermanos Castro*”²⁶³.

La situación interior se tornaba violenta y la exterior no la desmerecía, pues, según informó la prensa franquista y también la cubana, aquel mismo día en que Masvidal se mostraba tan ufano en su arenga a la contrarrevolución, el Consulado cubano de Tampa, Florida, fue asaltado por un grupo de contrarrevolucionarios, emulando lo acontecido en Miami dos meses antes. Como en aquella ocasión, los asaltantes destrozaron el mobiliario, la documentación y el propio edificio²⁶⁴. Los desperfectos fueron múltiples y como registró *Bohemia* en sus páginas el *modus operandi* había sido el mismo que el desplegado en la sede de Miami²⁶⁵. El Cónsul cubano en Tampa señaló además que el asalto se había llevado a cabo ante la pasividad de las autoridades policiales estadounidenses y, cargando sus declaraciones de sarcasmo, afirmó también que aquel tipo de ataques, el segundo a una sede consular cubana en poco más de dos meses, sólo eran posibles en “*el mundo libre y democrático de Estados Unidos*”²⁶⁶.

del Gobierno revolucionario, en Ciudad Libertad, el 31 de diciembre de 1960”. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1960/esp/f311260e.html> (Consultado: 11-10-2014).

²⁶⁰ *Idem*.

²⁶¹ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm.7653. Madrid: lunes, 26 de diciembre de 1960, pág. 6. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm.6631. Madrid: lunes, 26 de diciembre de 1960, pág. 1. Diario.

²⁶² *Pueblo* (Año XXI). Núm.6632. Madrid: martes, 27 de diciembre de 1960, pág. 5. Diario.

²⁶³ *Idem*.

²⁶⁴ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 1. La Habana: domingo, 1 de enero de 1961, pág. 61. Semanal y *Pueblo* (Año XXI). Núm.6632. Madrid: martes, 27 de diciembre de 1960, pág. 5. Diario.

²⁶⁵ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 1. La Habana: domingo, 1 de enero de 1961, pág. 61. Semanal.

²⁶⁶ *Idem*.

Aquellos hechos no parecían aislados y la conjunción de los ataques internos y externos daba pie a pensar en la existencia de una campaña de agitación y terrorismo perfectamente orquestada. Algo que terminó por confirmarse pocos días después. El día 28 de diciembre al medio día, en la tienda por departamentos “Flogar” de La Habana, uno de los consorcios comerciales recién nacionalizados, estallaba una bomba dejando como secuela un reguero de veinte heridos de diversa consideración²⁶⁷.

Por su parte, la contrarrevolución en las montañas cubanas seguía actuando y, haciendo honores a la hiperactividad que estaba mostrando el terrorismo urbano dentro y fuera de Cuba, parecía haber entrado también en una fase de mayor agitación. Fue entonces, el día 30 de diciembre, cuando Fidel Castro decidió movilizar al país para rechazar una más que probable invasión. Todos los indicios parecían vaticinar que la agresión estaba próxima, pues aquel día 30 llegó también una noticia inesperada: sin que mediara ningún conflicto entre ambos países, el Perú decidió romper sus relaciones con Cuba. La revista *Bohemia* señaló que aquella noticia se había producido en frío sin aviso previo²⁶⁸. *Bohemia*, sólo encontraba una posible justificación aquel gesto extemporáneo de las autoridades peruanas, la necesidad de desagravio frente a los Estados Unidos. Perú había recibido una sonora regañina con motivo de la postura del canciller Porras Barrenechea, quien rehusó plasmar su firma en la Declaración de San José de Costa Rica²⁶⁹. Así pues, las autoridades peruanas se curaban en salud y se situaban los primeros de la fila cuando sonaban los tambores de guerra.

En la última semana de diciembre la contrarrevolución recrudeció la lucha, lo que impulsó a la dirigencia revolucionaria a tomar medidas defensivas. El viernes 30, por la noche, el Gobierno revolucionario decidió poner al país en pie de guerra para resistir la agresión extranjera, aún no se había informado al pueblo de la gravedad y del alcance de los hechos, sin embargo, todos sospechaban que aquella magna movilización respondía a razones que iban más allá de la cadena de atentados y desórdenes. El primer ministro simplemente anunció que el país debía permanecer alerta y movilizó a todas las fuerzas disponibles para repeler una posible invasión. Por su parte, Raúl Roa, recién llegado de Nueva York, canceló sus vacaciones navideñas y preparó su regreso a la ONU en compañía de Carlos Lechuga para denunciar los hechos²⁷⁰. Ambos diplomáticos se reunieron entonces con Fidel Castro para estudiar el modo más efectivo de cursa la denuncia. La posibilidad de invasión era más cierta que nunca, la prensa uruguaya lo había confirmado también aquel mismo día 30 y el pretexto era, como se ha apuntado ya, la instalación en Cuba de misiles soviéticos. Estados Unidos trataba de justificar su agresión aduciendo que en Cuba se estaban construyendo rampas de lanzamiento de misiles de procedencia soviética con capacidad para alcanzar las principales ciudades de los Estados Unidos. Según el periódico vespertino uruguayo *El Diario*: “*El Gobierno de Estados Unidos había comunicado a los Gobiernos latinoamericanos que intervendría militarmente en Cuba para impedir que se instalaran en la isla 17 rampas para lanzamiento de cohetes rusos*”²⁷¹.

Los acontecimientos seguían corriendo vertiginosamente y con el transcurso de las horas parecían crecer las pruebas de que la conjura había coordinado todas sus vías de ataque a la revolución. La prensa fue protagonista en el penúltimo día del año, pues, según informó el diario franquista *El Alcázar*, desde el exilio norteamericano llegaban informaciones de que varios aviones habían arrojado sobre las ciudades de Cuba occidental “*millares de publicaciones anticastristas*”. Las publicaciones editadas por los exiliados, en las que se llamaba al alzamiento popular, fueron arrojadas

²⁶⁷ *Ibidem*, pág. 56.

²⁶⁸ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 2. La Habana: domingo, 8 de enero de 1961, pág. 5 del suplemento. Semanal.

²⁶⁹ *Idem*.

²⁷⁰ *Idem*.

²⁷¹ “Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro del Gobierno revolucionario, en Ciudad Libertad, el 31 de diciembre de 1960”: *Op. Cit.*

principalmente en la zona de Pinar del Río, principal foco de altercados entre las fuerzas gubernamentales y contrarrevolucionarias en aquellos días.²⁷²

El Gobierno cubano, conscientes de que la conjura tenía diversas ramificaciones y una evidente coordinación entre sus diversas organizaciones, movilizó sus fuerzas, los preparativos diplomáticos corrieron junto a los militares y en la madrugada del sábado 31 de diciembre al domingo 1 de enero empezaron a ser llamados a filas los miembros de las Milicias Nacionales. Hombres y mujeres fueron instruidos para incorporarse a sus respectivos puestos. El Ejército Rebelde fue movilizad también para ocupar su puesto ante la posible invasión y Raúl Roa, en compañía de Carlos Lechuga, partió rumbo a Nueva York. La ciudadanía todavía ignoraba a qué se debía tan extraordinaria movilización, pero pronto salió de su ignorancia. El día 31 a primera hora de la mañana la radio comenzó a informar sobre las intenciones norteamericanas, poco después la prensa matutina puso sobre aviso a la nación: “Inminente invasión yanqui”, decía el periódico *Revolución*; “Contra la agresión ¡Alerta el pueblo!”, remachaba el diario comunista *Hoy*²⁷³.

Antes de que terminara la jornada, el pueblo de Cuba todavía tuvo que hacer frente a nuevo desafío. Otra de las tiendas por departamentos nacionalizadas a mediados de octubre recibió la visita de la contrarrevolución. El emblemático establecimiento “La Época” fue incendiado. No se registraron víctimas mortales, pero el edificio quedó seriamente dañado. La revista *Bohemia* señaló que las pérdidas en el siniestro habían alcanzado los cinco millones de pesos²⁷⁴. Casi a la misma hora Fidel Castro acometía su discurso de fin de año, en el que explicaba al pormenor los entresijos de la última conjura orquestada por la CIA y los diferentes sectores de la contrarrevolución y exponía también en detalle las disparatadas acusaciones norteamericanas sobre la instalación en Cuba de rampas de lanzamiento para la cohetaría soviética.

Así pues, el segundo año de revolución echaba el cierre entre el humo de la metralla, el ruido de las armas y la movilización general del pueblo cubano. Las Navidades del año 1960 estaban llamadas a celebrar los triunfos de la revolución y el importante salto dado en los últimos meses para cimentar de forma definitiva la soberanía nacional y económica de Cuba. Todos los cubanos, por primera vez la historia de Cuba, podían afirmar que eran dueños del techo que los cobijaba. Sin embargo, nadie se quedó en casa en aquellas fechas. Las milicias femeninas, como constató *Bohemia* en las fotografías que acompañaron a su primer número de 1961, sustituyeron a la Policía Nacional Revolucionaria en el amplio perímetro de la capital habanera²⁷⁵.

La Policía Nacional estaba en esos momentos tratando de dilucidar quiénes eran los implicados en aquella ola de atentados y pronto comenzaron a aparecer las siglas esperadas. El Movimiento de Recuperación Revolucionaria y el Frete Revolucionario Democrático empezaron a sonar tras las primeras detenciones. Los trabajadores de las tiendas por departamentos que habían sufrido el zarpazo de la contrarrevolución poblaban las calles en señal de protesta. Los empleados de otro centro comercial, “Fin de Siglo”, solicitaban paredón para los responsables y otros colectivos de trabajadores se movilaron para protestar por los brutales atentados.²⁷⁶

Entre tanto, el malecón aparecía sembrado de trincheras y de baterías antiaéreas y La Habana lucía de uniformes milicianos y militares como mostraban los extensos reportajes fotográficos que publicó *Bohemia* en aquellas fechas²⁷⁷. Cuba estaba en estado de guerra y bajo aquel escenario comenzaron a

²⁷² *El Alcázar* (Año XXIV). Núm.7658. Madrid: sábado, 31 de diciembre de 1960, pág. 1. Diario.

²⁷³ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 2. La Habana: domingo, 8 de enero de 1961, pág. 5 del suplemento. Semanal.

²⁷⁴ *Ibidem*, pág. 52.

²⁷⁵ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 1. La Habana: domingo, 1 de enero de 1961, pág. 59. Semanal.

²⁷⁶ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 2. La Habana: domingo, 8 de enero de 1961, págs. 51-53. Semanal.

²⁷⁷ *Ibidem*, págs. 59-66.

llegar invitados de medio mundo para celebrar la efeméride revolucionaria. Cuba vivía una verdadera revolución y en su segundo aniversario aquello estaba presente en la calle con más fuerza que nunca. A finales de enero se produciría el relevo en la Casa Blanca y eran muchas las voces que apuntaban a una intervención en Cuba protagonizada por la Administración Eisenhower como último servicio al país. Sin embargo, comenzaba a estar claro que aquella empresa no sería fácil. En Cuba ya no había espectadores, los que cerraban filas con la revolución estaban dispuestos a empuñar el fusil si la situación lo demandaba; la contrarrevolución no lo tendría fácil. Si finalmente había intervención directa por parte de los Estados Unidos, las bajas estaban garantizadas, pues los cubanos, como aseguró Fidel Castro en su discurso de fin de año, defenderían cada palmo del territorio.



Imagen 15- Martí había demandado en sus reflexiones políticas implicación del dirigente cubano en las labores del pueblo, el dirigente tenía que confundirse con el ciudadano. Bajo esta premisa se presentaba la imagen de Fidel Castro cortando caña en la revista *Bohemia*. Esta era la lectura explícita, pero había también otra, las labores de Fidel Castro, del Che Guevara y de otros dirigentes revolucionarios nos ponía en sintonía también con lo que Lenin definió en su obra como la emulación socialista. Véase *Bohemia* (Año LIII). Núm. 8. La Habana: domingo, 19 de febrero de 1961, portada. Semanal.

Capítulo 14- Del humanismo al socialismo, del verde olivo al rojo: los prolegómenos del periodo de transición del capitalismo al socialismo (enero de 1961- marzo de 1961)

14.1 Producción y defensa: pilares para el sostén de la Cuba revolucionaria

El año 1961 comenzó tal y como había acabado el precedente. En el segundo aniversario del triunfo fidelista los cubanos alternaron los festejos con la movilización general: la revolución, una vez más, demandaba el apoyo popular ante la pregonada y temida invasión. Sin embargo, en esta ocasión, la petición exigía del pueblo cubano la puesta en ejercicio de todas sus virtualidades; había que sostener la producción y poner en práctica un plan de defensa efectivo ante una posible invasión. La revolución hacía solicitando del pueblo el mayor de los sacrificios: había llegado el momento de empuñar las armas para defender la soberanía alcanzada. Así pues, miles de ciudadanos, sin distinción de edad y género, comenzaron a patrullar las calles de las ciudades, a inspeccionar los campos del país y a organizar la defensa de las costas, dispuestos para repeler cualquier ataque exterior. Los trajes azules y verde olivo, de las milicias y del Ejército rebelde, se erigieron en la imagen de Cuba durante varias semanas. De este modo, los desfiles militares no se circunscribieron a los actos propios de las celebraciones de la efeméride fidelista, fueron mucho más allá y proyectaron una imagen del pueblo cubano en la que lo militar y lo civil comenzó a ser difícil de distinguir. La presencia de uniformados continuó tras los primeros días de enero, pues cada metro de suelo cubano quedó militarizado ante la amenaza que pendía sobre el territorio nacional. Las carreteras y los caminos del país vivían un trasiego incesante de tropas y en las poblaciones de mayor tamaño, con mención especial a La Habana, los milicianos asumieron el control y la defensa de los centros de trabajo.

Durante varios días el protocolo de actuación permaneció invariable: parte de la población se dedicaba a tiempo total a las tareas de defensa y la otra mitad se desempeñaba en las labores de producción. Una vez finalizada la jornada laboral la mayoría se incorporaba al contingente miliciano para completar a las fuerzas militares actuantes en el ámbito de la defensa nacional.

La revista *Bohemia* exponía aquel ambiente de movilización permanente haciendo uso de una retórica obrerista que daba a la Cuba de aquel momento la imagen de una revolución netamente socialista. *Bohemia* describía un país en plena ebullición revolucionaria: las fábricas, los talleres, las oficinas y los servicios públicos, a pesar del esfuerzo popular acometido en el ámbito de la defensa, seguían funcionando con normalidad: los trabajadores de Cuba estaban sabiendo sostener el peso de las armas sin descuidar la producción. El entramado económico que estaba en manos del sector estatal seguía trabajando a pleno rendimiento y todo ello gracias al sacrificio de los trabajadores cubanos, pues allí donde dejaba vacante su puesto de trabajo un miliciano, un compañero llegaba para sustituirle.

Siempre había alguien dispuesto a cubrir la plaza del compañero ausente: “*por doquier surgían los trabajadores voluntarios*”¹.

Bohemia, haciendo gala de un estilo ardoroso y por momentos febril, ofrecía fotografías en las que las mujeres de más de sesenta y cinco años suplían a sus hijos en los talleres. Otro tanto hacían las jóvenes que reemplazaban a sus padres en las fábricas. Sin embargo, la labor de la mujer no se circunscribía al ámbito de la producción, las milicias femeninas se destacaban también en los trabajos de defensa. De este modo, milicianos y milicianas formaban a lo largo y ancho de la isla mientras sus puestos de trabajo eran cubiertos por jóvenes que no habían entrado todavía en el mercado laboral o por otros ciudadanos que, por razones de edad, habían salido ya de él. Aquel era “*el perfil moral de la nueva Cuba*”, según enfatizaba el semanario cubano². *Bohemia* comenzó a mostrar en sus páginas, con profusión de detalles, la labor de la milicia; el pueblo uniformado estaba copando el mayor de los protagonismos. Las mujeres, en paridad con los hombres, empuñaban los fusiles que la revolución había puesto a su disposición: “*armas compradas, pagadas y manejadas por el pueblo*”³.

Los tambores de guerra sonaban en Cuba y *Bohemia*, en un tono entusiasta que en ningún momento trató de disimular, señalaba que el pavimento de las calles de La Habana aparecía “*arrasado por el peso de los tanques*” de combate y que los visitantes llegados de los países más remotos para acompañar a Cuba en su efeméride habían sido testigos de “*la gallardía, la marcialidad y el entusiasmo*” de los hombres y mujeres de la milicia popular⁴. Cada uno de aquellos hombres y mujeres sabía ya “*cuál era su destino*”⁵. Cuba estaba dispuesta a defenderse y para ello era necesario armar a las clases trabajadoras.

Como era habitual, la revista *Bohemia*, atenta a las claves que provenían de la oratoria de Fidel Castro, no hacía más que seguir la línea argumental que había trazado el primer ministro cubano en su último discurso del 2 de enero de 1961. Fidel Castro, tras la parada militar que había presidido los actos conmemorativos del triunfo revolucionario, tuvo palabras de aliento para el pueblo cubano, verdadero protagonista de la revolución. En su discurso, el líder cubano fue breve en la exposición de las glorias pasadas y se dirigió al pueblo y a los visitantes de otros países presentes en aquel acto para encomiar la labor de los obreros cubanos y de sus familias, atentos a cubrir las necesidades por las que estaba pasando Cuba en aquellos momentos. El pueblo, obligado por las circunstancias, como señaló el primer ministro, había sido emplazado a tomar las armas. Todo lo logrado hasta la fecha podía correr peligro y ante aquel trance no cabían las vacilaciones. Cuba defendería su soberanía y su proyecto nacional. Y lo defendería con las armas en la mano.

La oratoria del primer ministro no dejaba duda al respecto: la revolución se encontraba en su momento definitivo y era entonces cuando tenía que defenderse desde todos los frentes. Tras exponer aquel aserto, acometido de forma contumaz desde todas las perspectivas posibles, Fidel Castro pasó a exponer entonces la naturaleza de los bandos llamados a batirse en la contienda. En un lado estaban los privilegiados y las minorías explotadoras y en el otro lado se encontraban las grandes mayorías oprimidas y explotadas. Ante aquella dicotomía, Fidel Castro afirmaba que el choque de intereses era inevitable, pues los objetivos por los que luchaba la mayoría y las metas a las que aspiraba la minoría privilegiada no eran coincidentes. Llegados a aquel punto, el primer ministro señalaba que Cuba

¹ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 3. La Habana: domingo, 15 de enero de 1960, pág. 62. Semanal.

² *Ibidem*, pág. 61.

³ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 2. La Habana: domingo, 8 de enero de 1960, pág. 62. Semanal.

⁴ *Ibidem*, págs. 61 y 62.

⁵ *Ibidem*, pág. 61.

lucharía para defender su revolución y que los hombres y mujeres que habían desfilado por La Habana en aquella jornada como milicianos y como integrantes del Ejército rebelde así lo atestiguaban.⁶

La producción y la defensa, y la misma suerte de la revolución, parecían recaer ahora sobre las espaldas de la clase trabajadora, a la cual se le estaba dando todo el protagonismo desde las instancias gubernamentales y también desde los medios de comunicación. De este modo, nos encontrábamos de nuevo ante un relato que comenzaba a ser ya habitual entre los que llevaban el peso de la narración del acontecer cubano: los conductores del proceso revolucionario y sus partidarios en los medios de comunicación no precisaban mentar al socialismo, ni querían hacerlo, pero lo describía en sus formas y en su desarrollo cuando relataban la cotidianidad cubana. La dirigencia revolucionaria y los medios de comunicación colocaban al observador perspicaz ante lo que parecía una realidad: Cuba caminaba con paso firme hacia el socialismo, pues marchaba ya por la senda del período de transición imprescindible para pasar del capitalismo al comunismo.

Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista, según describió el propio Marx en su *Crítica al Programa de Gotha*, necesariamente tendría que mediar una etapa de transformación revolucionaria que se desarrollaría conjuntamente con “*un período político de transición*”, cuyo carácter no podía ser otro que el marcado por “*la dictadura revolucionaria del proletariado*”⁷. En Cuba, muchos negaban aquel aserto y otros no querían ver en aquella defensa de todo lo conseguido hasta el momento el introito de la versión cubana de la dictadura del proletariado de la hablaban los teóricos marxistas. De todos modos, el tránsito de la revolución antimperalista a la revolución socialista, aunque no se asumiera de forma explícita por parte de la dirigencia revolucionaria, comenzaba a ser evidente. Las metas que perseguía la soberanía nacional y la independencia, tal y como habían sido concebidas por la dirigencia revolucionaria, no resultaban compatibles con el capitalismo, lo que propiciaba que, dichas metas, corrieran ya parejas a las tareas de construcción del socialismo; de tal suerte que deslindar unas, las metas soberanistas, de las otras, las tareas para la edificación del socialismo, resultara sumamente complicado.

De este modo, sin violentar la realidad existente, la Revolución cubana podía transformarse en socialista, de hecho, para muchos analistas del momento ya lo estaba haciendo. En última instancia, todo parecía pender de las condiciones socio económicas imperantes en Cuba y del contexto internacional que envolvía al proceso revolucionario. La dirigencia revolucionaria estaba llamada a testar su fortaleza interior y a evaluar el alcance y la solidez de sus apoyos internacionales si finalmente se decidía a decantarse abiertamente por la vía socialista.

La situación en el interior de Cuba parecía de lo más propicia para aventurarse en las tareas de la construcción del socialismo. La sólida alianza entre proletarios y campesinos, unida a la radicalidad de los sectores de la pequeña burguesía que se mantenían anclados al proceso revolucionario, habían generado un bloque hegemónico consistente, coherente y capaz de satisfacer las esperanzas y las demandas de la mayoría de la población. Además, dicho bloque, portaba en su seno nuevas formas de identidad clasista que, tras varios meses de maduración, habían terminado por ser compatibles con el nacionalismo primigenio que había dado inicio a la Revolución cubana. Por lo demás, el grupo que encabezaba el proceso revolucionario estaba en disposición de articular un nuevo relato que fuera capaz de aunar las contradicciones propias del sistema capitalista y aquellas otras derivadas de la secular dependencia cubana de los Estados Unidos: soberanía, revolución y socialismo comenzaban a ser términos ingénitos. Es decir, la disputa clasista que había permanecido silenciada tras el

⁶ Véanse Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba. 1961. Año de la Educación: “Discurso pronunciado en el desfile efectuado en la Plaza Cívica, el 2 de enero de 1961”. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f020161e.html>. (Consultado 12-12-2014)

⁷ Marx, Karl, “Crítica del programa de Gotha”, en *C. Marx, F. Engels. Obras Escogidas. Tomo III*, Ediciones Quinto Sol, Méjico, 1985, pág. 23.

protagonismo alcanzado por el discurso antiimperialista durante los dos primeros años de revolución aparecía ahora con toda su fuerza.

La soterrada lucha de clases se había definido en silencio, desde un discreto segundo plano, agazapada tras el ruido antiimperialista, y había basculado finalmente del lado de las mayorías del país al quedarse las minorías privadas del aparato estatal y militar. El antiguo entramado estatal había sido derruido en parte y lo que quedaba de él estaba en manos de la dirigencia revolucionaria, que, además, mediante los procesos nacionalizadores y la Reforma agraria le había dado un nuevo carácter. En lo tocante a las fuerzas armadas, el Ejército rebelde y las milicias eran ahora la expresión militar de Cuba. Un aparato militar que respondía a unos intereses que ya no eran los de las antiguas minorías dirigentes. Estado y ejército parecían servir ahora, como nunca antes, a las mayorías que formaban la nación cubana.

En dos años Cuba había generado un armazón estatal y militar que respondía a los intereses de las mayorías olvidadas durante décadas. Pero, además, al frente de estas mayorías populares se hallaba un Gobierno decidido a transformar el país mediante las nuevas estructuras creadas. Un Gobierno capaz de articular el consentimiento de los gobernados y en disposición, dado el contexto interno y externo por el que pasaba la revolución, de encarar una alternativa al régimen capitalista imperante durante las últimas décadas en Cuba: una receta política que mezclaba soberanía y socialismo a partes iguales y que parecía ser la salida natural al punto de no retorno al que la dirigencia cubana y la contrarrevolución habían conducido al proceso revolucionario.

La población cubana, bajo la égida del Gobierno revolucionario, se batía así en defensa de la revolución, defendía al país de la reacción exterior e interior, y en el desempeño de aquella labor estaba sentando las bases para la nueva etapa socialista. Sin embargo, la situación exterior no era la misma que la imperaba en el interior de Cuba. El relato que se encargaba de exponer la realidad social y las relaciones económicas y políticas que dominaban en América había cambiado en Cuba, pero no lo había hecho en su entorno inmediato. La dirigencia revolucionaria portaba un discurso de liberación que trataba de desmontar el dominio norteamericano en el continente, pero los Gobiernos latinoamericanos se resistían a asumir las tesis cubanas ante las presiones provenientes de los Estados Unidos. Así pues, el mayor obstáculo para la consolidación del proyecto nacional pasaba por la correlación de fuerzas en la arena internacional. Cuba, para contener la contrarrevolución interna y el empuje de la reacción norteamericana, se veía abocada a acudir al mundo socialista y aquello tenía sus repercusiones políticas e iba configurando poco a poco un nuevo relato de la realidad cubana.

14.2 Un desenlace inevitable: Washington rompe relaciones diplomáticas con La Habana

La Revolución cubana y su marea transformadora habían dinamitado la receta liberal y capitalista vigente en las Américas y con ella el pacto de coexistencia de obligado cumplimiento impuesto por los Estados Unidos a sus vecinos continentales. Cuba, como antes Guatemala, había presentado una alternativa al modelo norteamericano, sin embargo, los cubanos, al contrario que los guatemaltecos, habían conseguido que su propuesta se consolidara y, fundamentalmente, estaban logrando que su ejemplo prendiera entre los pueblos del continente. La supremacía norteamericana en las Américas parecía tener algunas fisuras y Cuba las puso de manifiesto tras los primeros meses de Gobierno revolucionario. Fruto de aquel contexto, el descontento norteamericano se hizo rápidamente ostensible y tuvo sus repercusiones inmediatas en sus relaciones con Cuba. Como hemos venido exponiendo a lo largo de los capítulos precedentes, las relaciones entre Cuba y Estados Unidos habían llegado a un punto de no retorno tras los procesos de nacionalizaciones acometido en la segunda mitad del año 1960. La ruptura, a partir de aquel momento, comenzó a ser materia de especulación en los

medios, pues a nadie se le escaba que la Revolución cubana tenía los arrestos para continuar adelante y que en Washington no iban a tolerar un régimen de aquella naturaleza en su traspatio.

Sin embargo, la esperada ruptura no terminaba de concretarse y se iba posponiendo en el tiempo debido a los intereses que ambos países todavía compartían y a la esperanza, cada día más infundada, de que pudiera llegar algún tipo de acuerdo entre cubanos y estadounidenses. Sin embargo, a principios de enero de 1961 los intereses compartidos se habían reducido considerablemente y las esperanzas de concordia ya no contaban con valedores sinceros a ambos lados del estrecho de La Florida. Fruto de aquel contexto, el día 3 de enero llegó la noticia a la Cancillería cubana: Estados Unidos había decidido romper sus relaciones diplomáticas con Cuba.

La noticia, aunque esperada, copó las cabeceras de los diarios franquistas y cubanos. La Administración Eisenhower finalmente había dado el paso: Estados Unidos rompía con Cuba. Aquel era el hecho reseñable, las relaciones entre Washington y La Habana quedaban suspendidas y la iniciativa había partido de la Administración Eisenhower. Sin embargo, aquella realidad objetiva estaba sujeta a la interpretación, como demostró la visión que desde Cuba y España se mostró de aquel hecho. Desde la prensa franquista se trató de justificar la actitud norteamericana, pues, en realidad, según expusieron *ABC*, *El Alcázar* y también *Pueblo*, había mediado provocación cubana en la toma de aquella drástica decisión, lo que no había dejado alternativa a la Administración Eisenhower. La iniciativa estadounidense había llegado tras una solicitud, cursada a instancias cubanas, para que se redujera el número de integrantes de la Embajada norteamericana en Cuba.

La prensa franquista destacó en sus páginas que el cuerpo de la Embajada norteamericana en Cuba ascendía a trescientos miembros y que el Ministerio de Exteriores cubano había solicita a su homólogo norteamericano que aquella cifra se redujera a once, que eran los que formaban parte de la delegación permanente de Cuba en Washington. Al parecer, la Casa Blanca consideró una ofensa la petición cubana y acto seguido cursó una nota en la que se certificaba que las relaciones diplomáticas quedaban suspendidas.⁸

El presidente Eisenhower había resuelto romper con el Gobierno de La Habana y había anunciado tal decisión a los ocho y media de la tarde del día 3 de enero⁹. El secretario de Prensa de la Casa Blanca, James Hagerty, había organizado una rueda de prensa para anunciar la noticia. Sin embargo, dos horas más tarde, según manifestó en el diario *Pueblo* el omnipresente Blanco Tobío, la Embajada de los Estados Unidos en la capital cubana aún no tenía notificación oficial de lo ocurrido¹⁰. El personal de la delegación diplomática estadounidense se había enterado de la ruptura “*gracias al boletín de noticias de Radio Miami*”¹¹. Blanco Tobío insinuaba así cierta descoordinación entre el Departamento de Estado y la Casa Blanca, y lo que era aún peor, quizás cierta disparidad de criterios. En la madrugada del día 3 de diciembre el Ministerio de Exteriores cubano había conminado al Departamento de Estado a que redujera de forma drástica sus efectivos en la Embajada habanera y le había concedido cuarenta y ocho horas para ejecutar la petición. Sin embargo, cuando había transcurrido ya casi la mitad del tiempo para acometer la reforma de la sede diplomática, el personal de la misma todavía no había sido informado.

Según Tobío, lo que finalmente había colmado “*la paciencia del Presidente Eisenhower*” había sido la medida adoptada por Cuba en la que se anunciaba que los trescientos miembros que componían la

⁸ *ABC* (Año LIV). Núm.17101. Madrid: miércoles, 4 de enero de 1961, págs. 47 y 54. Diario, *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7661. Madrid: miércoles, 4 de enero de 1961, págs. 1 y 34. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6639. Madrid: miércoles, 4 de enero de 1961, pág. 1. Diario.

⁹ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7661. Madrid: miércoles, 4 de enero de 1961, pág. 34. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6639. Madrid: miércoles, 4 de enero de 1961, pág. 1. Diario.

¹⁰ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6639. Madrid: miércoles, 4 de enero de 1961, pág. 1. Diario.

¹¹ *Idem*.

Embajada de los Estados Unidos tendrían que reducirse a once, que era “*el número exacto de funcionarios cubanos con que contaba la Embajada de Cuba en Washington*”¹².

La radical medida había sido tomada en los últimos días del Gobierno Eisenhower y, como acertadamente señalaba Tobío, no hacía más que confirmar lo que era ya “*una tácita ruptura*”, evidenciada por la llamada a Washington del “*último Embajador norteamericano en La Habana, señor Bonsal*”, después de las nacionalizaciones de octubre¹³. Así pues, la Administración norteamericana materializaba *de iure* lo que tenía ya un carácter fáctico. Sin embargo, aquella medida tomada por Eisenhower comprometía a la Administración Kennedy y la hacía prisionera de una decisión que le sería difícil revertir. De este modo, la controvertida sentencia, tenía diferentes interpretaciones sobre la posición en que dejaba la administración saliente a la entrante. Ahora bien, ciertos conflictos que permanecían latentes, salieron ahora a la palestra con mayor fuerza que nunca: el principal fue la implicación de aquella ruptura para la base de Guantánamo. Si tomamos este único factor, vital para el control estadounidense del Caribe, podemos apuntar que la decisión de romper con Cuba dejó el contencioso sobre Guantánamo en la cartera de la Administración Kennedy. Eisenhower, más que facilitar la labor de su sucesor en la Casa Blanca, parecía entorpecerla, pues, tan pronto como se confirmó la noticia, los diarios franquistas señalaron que los derechos norteamericanos sobre la base naval de Guantánamo podían verse afectados. Y este asunto comenzó a ser pasto de los suplementos de la prensa franquista¹⁴.

Sin embargo, la actualidad cubana era tan trepidante y ocupaba tanto espacio en la sección de internacionales que los suplementos de análisis rápidamente se quedaban obsoletos debido a lo cambiante de la situación. El día 4 de enero ya había noticias confirmadas en las que se señalaba que Checoslovaquia, tras la petición de la dirigencia revolucionaria, se haría cargo de los asuntos cubanos en Washington¹⁵. Por su parte, Suiza haría lo propio con los intereses norteamericanos en La Habana¹⁶. Y aquel mismo día comenzaron también los preparativos para evacuar al numeroso personal de la Embajada norteamericana en La Habana¹⁷.

Las autoridades estadounidenses se aprestaron a vaciar su delegación diplomática con la mayor celeridad, mostrando la misma premura que exhibieron a la hora de señalar que aquella decisión no afectaba a la presencia norteamericana en Guantánamo. Desde diferentes instancias, Pentágono, Casa Blanca y Departamento de Estado, se apresuraron a señalar, con ánimo de frenar los constantes rumores, de que su base naval de Guantánamo quedaba excluida de cualquier tipo de negociación con el Gobierno cubano, la ruptura de relaciones no afectaba al estatus de la base naval en territorio cubano. El personal diplomático si retiraba de Cuba, pero esto no incluía al millar y medio de marines que formaban parte de la guarnición permanente del enclave naval¹⁸. Además de aquel inciso, de importancia capital para ejercer el control sobre el Caribe, la “portavocía” del Departamento de Estado norteamericano solicitó a los ciudadanos estadounidenses que residían en Cuba o que se encontraban allí en aquel momento que abandonaran la Isla, reiterando a su vez lo que era ya una

¹² *Idem.*

¹³ *Idem.*

¹⁴ *ABC* (Año LIV). Núm.17104. Madrid: sábado, 7 de enero de 1961, págs. 8 y 9 del suplemento. Diario, *Pueblo* (Año XXII). Núm.6641. Madrid: viernes, 6 de enero de 1961, pág. 12. Diario, *Pueblo* (Año XXII). Núm.6642. Madrid: sábado, 7 de enero de 1961, pág. 12. Diario, *Pueblo* (Año XXII). Núm.6643. Madrid: lunes, 9 de enero de 1961, pág. 10. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6644. Madrid: martes, 10 de enero de 1961, pág. 10. Diario.

¹⁵ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7661. Madrid: miércoles, 4 de enero de 1961, pág. 34. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6639. Madrid: miércoles, 4 de enero de 1961, pág. 34. Diario.

¹⁶ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6639. Madrid: miércoles, 4 de enero de 1961, pág. 1. Diario.

¹⁷ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7661. Madrid: miércoles, 4 de enero de 1961, pág. 34. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6639. Madrid: miércoles, 4 de enero de 1961, pág. 1. Diario.

¹⁸ *ABC* (Año LIV). Núm.17101. Madrid: miércoles, 4 de enero de 1961, págs. 49. Diario y *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7661. Madrid: miércoles, 4 de enero de 1961, pág. 34. Diario.

consigna entre la oficialidad norteamericana: el llamamiento a los ciudadanos estadounidenses para que no visitaran Cuba¹⁹.

Según señaló la prensa franquista, la decisión de Eisenhower, a pesar de la precipitación, la desorganización reinante y la incertidumbre que generaba, había sido bien recibida en los ámbitos políticos estadounidenses, y para certificar aquella afirmación *El Alcázar* y *Pueblo* adjuntaron las impresiones esgrimidas por varios senadores demócratas²⁰. De todos modos, la versión lanzada por *Bohemia* dejaba entrever que aquel consenso entre demócratas y republicanos, lejos de ser cierto, era más que discutible.

Bohemia ofrecía una versión sobre lo acontecido el día 3 de diciembre que sembraba ciertas dudas sobre lo expuesto en la prensa franquista. Al fin y al cabo sólo era necesario aportar otro buen número de declaraciones de senadores y congresistas demócratas en las que se destacara que la ruptura de relaciones había sido “*un grave error*” y aportar, para refrendarlo, algún artículo de *The New York Times* en el que se hablara de la “*nefasta herencia*” que suponía la Administración Eisenhower para su sucesor²¹. Para destruir aquel supuesto consenso entre republicanos y demócratas sólo había que recoger las objeciones de los demócratas y los análisis acometidos en los medios de comunicación afines a la futura administración. Esto fue precisamente lo que hizo *Bohemia*: con nombres y apellidos desfilaron por las páginas del semanario cubano las declaraciones de congresistas y senadores demócratas en las que se dejaba constancia de sus numerosas impugnaciones y reproches a la decisión adoptada por Eisenhower²². Aquellas declaraciones fueron convenientemente sazonadas con las reflexiones de periodistas de renombre o editoriales de los diarios norteamericanos en las que se daba también publicidad al visible descontento²³.

Además, *Bohemia* no pasaba por alto el grado de irresponsabilidad asumido por la Administración Eisenhower. El presidente Kennedy no había sido consultado, se le había informado simplemente, lo que determinó que el futuro inquilino de la Casa Blanca, a pesar de su posición cautelosa, terminara señalando un día después de la ruptura que aquella decisión “*era de la entera responsabilidad de la Administración de Eisenhower*”²⁴.

14.2.1 Cuba acusa

En el transcurso de escasas horas las relaciones de Cuba con Estados Unidos habían quedado suspendidas. Detrás de aquella ruptura había un trimestre marcado por los procesos de nacionalización y las acciones de la contrarrevolución. El pueblo cubano había sufrido el azote de la contrarrevolución en los últimos meses con una intensidad que resultaba desconocida hasta la fecha. En el Escambray las partidas de guerrilleros antifidelistas se habían extendido con suma rapidez, contando además para sus operaciones en la región de las Villas con unos medios materiales que habían sorprendido a la dirigencia revolucionaria. En algunos núcleos montañosos de Cuba las partidas guerrilleras estaban acosando al régimen fidelista y torpedeando la puesta en ejercicio de las reformas gubernamentales en el agro cubano. La disidencia en el ámbito rural parecía agitarse al ritmo del apoyo que llega del exterior. Un apoyo que tenía en tierras guatemaltecas su campo de entrenamiento y que operaba bajo los auspicios de los servicios de inteligencia norteamericanos.

¹⁹ *ABC* (Año LIV). Núm.17101. Madrid: miércoles, 4 de enero de 1961, págs. 49. Diario y *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7661. Madrid: miércoles, 4 de enero de 1961, pág. 34. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6639. Madrid: miércoles, 4 de enero de 1961, pág. 1. Diario.

²⁰ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7661. Madrid: miércoles, 4 de enero de 1961, pág. 34. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6639. Madrid: miércoles, 4 de enero de 1961, págs. 1 y 2. Diario.

²¹ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 3. La Habana: domingo, 15 de enero de 1960, pág. 56. Semanal.

²² *Idem*.

²³ *Idem*.

²⁴ *Idem*.

Sin embargo, aquel clima insurgente no era privativo de la Cuba rural. La contrarrevolución urbana se había desatado también. En las navidades de 1960 los actos terroristas en La Habana, con especial predilección por los centros comerciales en un período marcado por las compras navideñas, habían sembrado el terror entre la población cubana. Como se recordará del capítulo precedente, aquella campaña navideña de la contrarrevolución había coincidido con los rumores procedentes de Montevideo. Unos rumores que habían aparecido publicados en la prensa de la capital uruguaya y en los que se certificaba la intención estadounidense de implementar una acción directa contra Cuba, habiendo esgrimido como justificación de aquel acto injerencista la supuesta construcción en territorios cubanos de rampas para el lanzamiento de la cohetaría soviética. En fin, un ambiente enrarecido al que contribuyó la ruptura de relaciones entre Lima y La Habana, promovida por las autoridades peruanas sin que mediara aviso ni conflicto grave.

Dentro del Gobierno cubano, dadas las evidencias, comenzó a tomar cuerpo la certeza de que Estados Unidos había tomado la decisión de intervenir y fue entonces, mientras los cubanos celebraban el fin de año, cuando Fidel Castro anunció la movilización general y envió de nuevo al atribulado Raúl Roa de regreso a la ONU para que cursara la denuncia ante el Consejo de Seguridad con la mayor celeridad posible.

Bajo el signo de estos presagios se había celebrado en La Habana la efeméride fidelista, dentro de la cual el desfile militar y el discurso de Fidel Castro habían centrado todas las atenciones. El día 2 de enero, las milicias y el Ejército Rebelde se fundieron para desfilar por La Habana. El Gobierno cubano parecía consciente de que, después de aquellos meses de hiperactividad contrarrevolucionaria, era necesaria una exhibición de fuerza para que los Estados Unidos y sus socios latinoamericanos recibieran el mensaje de que Cuba no sería vencida con facilidad. El diario *ABC*, incurriendo quizás en una manifiesta exageración, publicó en sus páginas un relato detallado del material bélico exhibido en la parada militar del 2 de enero: *“Impresionante desfile militar en La Habana con material de procedencia soviética”*, afirmaba *ABC* en uno de sus titulares de la sección de internacionales, para rematar a continuación en el subtítulo que, *“al mismo tiempo, Krushev y Castro denunciaban supuestos planes de invasión de la isla por Norteamérica”*²⁵.

Efectivamente, Fidel Castro ya había anunciado los planes de invasión en su discurso de fin de año y reiteró sus acusaciones en su alocución del 2 de enero. Por su parte, aquel mismo día 2 de enero Krushev había distribuido sus impresiones sobre el acontecer cubano a través de la agencia *Tass*, señalando que las noticias procedentes de Cuba informaban sobre *“un ataque directo contra la isla”* proveniente de *“los monopolistas americanos más agresivos”*²⁶. Krushev se mostraba además indignado ante las razones esgrimidas para sustentar aquel ataque y señalaba que en Cuba no existían bases de proyectiles soviéticos, se trataba de *“pérfidas calumnias”* lanzadas para justificar un ataque injustificado²⁷. El mandatario soviético le hacía saber también al Gobierno cubano que *“el pueblo de Cuba podía contar siempre con la solidaridad y el apoyo del pueblo soviético en su lucha por la independencia, la libertad y el desarrollo de la economía nacional”*²⁸.

Desde La Habana la dirigencia revolucionaria hablaba abiertamente de los planes de invasión y desde Moscú se negaban los argumentos supuestamente esbozados por la Administración norteamericana para perpetrar aquella agresión y se reiteraba el apoyo soviético a la Revolución cubana. Mientras Krushev y Fidel Castro aportaban su visión del delicado momento por el que pasaban las relaciones cubano norteamericanas, aquel ajetreado día del 2 de enero de 1961, Raúl Roa, de vuelta ya en Nueva

²⁵ *ABC* (Año LIV). Núm.17101. Madrid: miércoles, 4 de enero de 1961, págs. 53. Diario.

²⁶ *Idem*.

²⁷ *Idem*.

²⁸ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6639. Madrid: miércoles, 4 de enero de 1961, pág. 1. Diario.

York, convocaba al Consejo de Seguridad de la ONU para denunciar los planes de agresión, quedando emplazadas las partes litigantes para una reunión a celebrarse el día 4 de enero. Sin embargo, antes de que el Consejo de Seguridad mediara en aquel conflicto irresoluble llegó la noticia de ruptura entre Estados Unidos y Cuba, lo que ofreció todavía más argumentos a la delegación cubana para defender su denuncia ante el mentado consejo.

El diario *ABC* señaló que la decisión norteamericana de romper con Cuba no había llegado en el mejor momento, de todos modos, según su línea editorial, estaba más que justificada. Una opinión que, como cabía esperar, no contaba con el refrendo de la revista *Bohemia*. Desde Cuba se consideraba que la ruptura se había producido en el momento justo para sustentar la ofensiva norteamericana y que respondía al plan general orquestado desde los Estados Unidos en el último trimestre. La ruptura de relaciones era el último peldaño para lanzarse por las sendas de la intervención violenta.

La revista *Bohemia* contestaba a la ruptura de relaciones con un editorial que llevaba por título uno de los alegatos lanzados por Fidel Castro el día 2 de enero: “*La contrarrevolución será aniquilada este año*”²⁹. Bajo aquel elocuente encabezamiento *Bohemia* señalaba que la Revolución cubana no necesitaba de reconocimientos diplomáticos porque “*su contacto real y esencial*” estaba establecido “*con pueblos y no con gobiernos*”³⁰. Ante aquella máxima el cerco diplomático establecido por “*los caciques de la América colonial*” era tan “*ficticio*” como “*ridículo*”³¹. El aislamiento que se pretendía imponer a la Revolución cubana era inane y demostraba la falta de comprensión mostrada por la mayoría de los Gobiernos del continente sobre la realidad latinoamericana. El cerco, según enfatizaba *Bohemia*, estaba “*destinado a derrumbarse bajo millones de puños obreros y campesinos*”³².

Bohemia hacía uso de la retórica socialista para exponer su vigoroso alegato, pero, ni una sola vez, la palabra socialista u otra terminología análoga se personaron en el texto del editorial. La fraseología era netamente marxista, pero los referentes ideológicos explícitos en aquella argumentación corrían por otros derroteros. Las referencias no hacían mención de forma abierta a la patria de Lenin sino a la Revolución francesa y a las ideas de José Martí.

Bohemia parecía tener muy clara cuál era la estrategia norteamericana y señalaba en sus páginas que se estaba pretendiendo ensayar en Cuba la operación guatemalteca, sin embargo, al parecer de la línea editorial del semanario cubano, aquella receta no daría resultado. De todos modos, la Administración Eisenhower no parecía verlo así y se mostraba pertinaz en su idea de derrocar a Castro siguiendo los pasos ensayados contra Árbenz. De esta suerte, el aislamiento internacional y la ruptura de relaciones no representaban otra cosa que el paso previo a la invasión del territorio cubano. Se pretendía reeditar el plan Guatemala, pues todo el contorno de la operación estaba siguiendo el protocolo de aquel “*vergonzoso episodio*”: acusación contra Cuba de servir a los intereses comunistas y de encubrir “*la conjura soviética*”, promoción del “*conflicto diplomático*”, organización de la “*agresión imperialista disfrazada de restauración democrática, hipócrita participación eclesiástica y abierto suministro de armas y recursos a los salvadores*”³³.

La conjura de San José de Costa Rica contra Cuba tenía su precedente en el bochornoso episodio de Caracas contra Guatemala y ahora se pretendía que la “*guerrita de bolsillo de Castillo Armas*” se reprodujera en Cuba³⁴. Sin embargo, según *Bohemia*, aquí empezaba a haber diferencias entre la

²⁹ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 2. La Habana: domingo, 8 de enero de 1960, pág. 69. Semanal.

³⁰ *Idem.*

³¹ *Idem.*

³² *Idem.*

³³ *Idem.*

³⁴ *Idem.*

desventurada Guatemala y la venturosa Cuba. Lo que diferenciaba al régimen de La Habana del derrocado en Guatemala a mediados de los cincuenta estaba en el poder que atesoraban las clases oligárquicas y el tradicional estamento militar. Las oligarquías y la casta militar habían desaparecido en Cuba y con ellas la posibilidad de privar al pueblo de las armas que necesita para defenderse. En Cuba, las indicaciones de la Embajada norteamericana a los monopolios y al ejército no tenían razón de ser porque los monopolios habían sido nacionalizados y el ejército estaba en manos del pueblo. Así pues, el sector capitalista que pudiera movilizarse contra la revolución no existía porque la propia revolución lo había absorbido y el ejército no podría alzarse contra el proyecto revolucionario porque era una de sus criaturas. De este modo, si Estados Unidos y sus aliados internos y externos querían derrocar a la revolución tendrían que enfrentarse a ella en lucha cuerpo a cuerpo.

Bohemia señalaba que los invasores, cuales quiera que fueren, tendrían que habérselas con un pueblo en armas. Las milicias y el Ejército rebelde estaban preparados y sabrían “*dar cuenta del invasor*”³⁵. El razonamiento de *Bohemia* se decantaba por sí mismo: en Cuba no existía una dualidad de poderes, ejército y Gobierno eran uno. A diferencia de Guatemala, donde la estructura militar había traicionado al Gobierno, Cuba se mostraba unida. El Ejército rebelde y la milicia emanaban de la propia revolución y respondía enteramente a la iniciativa gubernamental, la posibilidad de que se produjera la puñalada artera del estamento militar quedaba descartada en el caso cubano.

En Cuba no existía un generalato, como sucedía en toda Latinoamérica, que mantenía a los Gobiernos y a los partidos políticos atenazados. En Cuba, como reiteraba *Bohemia* siguiendo la senda trazada por José Martí, el pueblo se había desembarazado de los militares ocupando su puesto. El editorial hacía suya una de las máximas martianas: “*la única manera de librarse del soldado era serlo*”³⁶. Aquel apotegma martiano se había llevado a sus últimas consecuencias en la revolución fidelista y “*el imponente espectáculo*” del lunes 2 de enero no hacía más que demostrarlo³⁷. Para la revista *Bohemia* no había duda, sobre las calles de La Habana había desfilado perfectamente armado el mejor ejército de Latinoamérica: una tropa de ciudadanos conscientes de la tarea a realizar.

Bohemia se mostraba segura de la victoria, la contrarrevolución caería en el año entrante. El pueblo armado estaba en condiciones de repeler cualquier invasión y para los infractores, para “*la caterva de traidorzuelos (sic), sabotadores y terroristas, prestos a salir de las alcantarillas de la reacción*”, Fidel Castro había dejado un mensaje claro: en la noche del 2 de enero el primer ministro había pronunciado la palabra definitiva, “*la que esperaba y ansiaba el pueblo desde hacía tiempo*”, la revolución sería implacable con sus enemigos³⁸. La pena capital, como señaló el primer ministro, era el destino que les aguarda a los que osaran empuñar las armas contra el pueblo. *Bohemia*, en un tono duro, señalaba que no quería ser la última en aplaudir la severidad instaurada por la dirigencia revolucionaria. Aquella severidad con la que se trataría a los sabotadores y terroristas era “*indispensable*” para garantizar el éxito de la revolución³⁹.

14.2.2 El canciller de la dignidad: Raúl Roa denuncia ante el Consejo de Seguridad de la ONU los planes urdidos por Estados Unidos

La dirigencia cubana, ante el acoso de las partidas de guerrilleros, del terrorismo urbano y ante la amenaza de la intervención militar, había decidido movilizar y armar al pueblo para defenderse. La revolución tomaba medidas activas para contener la contrarrevolución, pero también coactivas para desmovilizarla, pues, al mismo tiempo que se decretaba la movilización general, el Gobierno cubano

³⁵ *Idem.*

³⁶ *Idem.*

³⁷ *Idem.*

³⁸ *Idem.*

³⁹ *Idem.*

estaba preparando una severa legislación para erradicar las actividades terroristas e insurgentes. En el ámbito de la política interior estas dos medidas podían jugar una baza importante para desincentivar las tentaciones sediciosas que pudiera albergar la disidencia en su seno. Sin embargo, las iniciativas en el ámbito doméstico tenían que verse reforzadas a través de una enérgica protesta fuera de las fronteras de Cuba. La Revolución cubana había recibido el apoyo explícito de la URSS en su conflicto con los Estados Unidos. De todos modos, aquello no parecía suficiente: al parecer de la dirigencia revolucionaria, Cuba tenía que denunciar la actitud estadounidense en los foros internacionales y con este cometido había sido enviado Raúl Roa de vuelta a Nueva York. El ministro de Exteriores cubano tenía la misión de exponer y denunciar ante el Consejo de Seguridad el plan urdido por la Administración Eisenhower para derrocar al Gobierno cubano.

Raúl Roa, con esta misión en cartera, expuso el día 2 de enero las razones que habían impulsado la denuncia cubana y lo hizo antes de que se produjera la ruptura de relaciones diplomáticas con los Estados Unidos. Raúl Roa envió una nota al presidente del Consejo de Seguridad de la ONU, Omar Loufti, representante de la RAU, en la que se explicaba la situación creada por los Estados Unidos en Cuba. En la nota, según señaló *Bohemia*, el ministro de Exteriores cubano demandaba una reunión inmediata del Consejo para exponer las razones que habían llevado al Gobierno revolucionario a solicitar la reducción del personal diplomático acreditado en la Embajada norteamericana de La Habana, unos hechos que estaban directamente emparentados con las actividades insurgentes y terroristas en diferentes puntos de Cuba y con la posible invasión de territorio cubano por tropas financiadas y sustentadas por las autoridades estadounidenses.

En la nota se especificaba también que la dirigencia revolucionaria contaba con la certeza, amparada en las pruebas que obraban en poder del Gobierno cubano, de que la Embajada norteamericana respaldaba y organizaba las actividades de la contrarrevolución. Cuba denunciaba que la mayor parte de aquel personal diplomático, que ascendía ya a la desproporcionada cifra de trescientos miembros, estaba involucrado en “*actividades delictivas de espionaje, subversión y terrorismo*”⁴⁰. Según señaló Raúl Roa, el Ministerio de Exteriores cubano había denunciado aquellas actividades en numerosas ocasiones, sin embargo, el Departamento de Estado y la propia Embajada estadounidense habían hecho caso omiso de las protestas cubanas. Dadas las circunstancias, y ante las nuevas evidencias con las que contaba la dirigencia cubana sobre la más que probable invasión, el Gobierno cubano se había visto obligado a denunciar aquellos hechos. Raúl Roa señalaba que el Gobierno y el pueblo de Cuba estaban preparados para repeler a los invasores, pero que aquello no era óbice para que se prescindiera de cursar la denuncia de los hechos ante el Consejo de Seguridad.

El Gobierno cubano, por boca de su ministro de Exteriores, señalaba que, atendiendo a los derechos y responsabilidades que imponía la Carta de Naciones Unidas, se había dirigido al Consejo de Seguridad para que se tomaran las medidas necesarias para impedir a tiempo aquel “*acto de piratería internacional contra la independencia, soberanía e integridad territorial de un estado miembro de la Organización*”⁴¹.

La demanda cubana no cayó en saco roto, pues, como acertadamente señaló *Bohemia*, la denuncia había caído en manos del representante de la RAU y aquella circunstancia facilitaba que la denuncia del Gobierno revolucionario fuera tomada al menos en consideración: quizás debido a la experiencia de Suez, “*el delegado de la RAU sabía cómo actuaban los grandes poderes imperiales*” y tramitó la petición cubana para que el Consejo de Seguridad se reuniera para el miércoles 4 de enero a primera hora de la mañana⁴². Sin embargo, cuando la delegación cubana se personó en la ONU aquel día 4 de

⁴⁰ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 3. La Habana: domingo, 15 de enero de 1960, pág. 57. Semanal.

⁴¹ *Idem*.

⁴² *Idem*.

enero la situación había dado un nuevo giro, pues la ruptura entre Estados Unidos y Cuba era ya una realidad.

La ruptura de relaciones diplomáticas suponía la intromisión de un nuevo componente de importancia capital en la disputa. De todos modos, a pesar del vuelco que supuso la noticia, el discurso de Raúl Roa no cambió, pues aquella ruptura cimentaba más si cabe el argumentario cubano. Ahora bien, lo que sí aportó fue un mayor dramatismo a la refriega entre el representante cubano y el estadounidense en el Consejo de Seguridad.

El día 4 de enero, en la fecha y en la hora acordada, Roa, en compañía del embajador Lechuga y de otros miembros de la delegación cubana, se dirigió a pie hacia la sede de la ONU y, a las puertas del edificio, la delegación revolucionaria tuvo como comité de bienvenida a un piquete contrarrevolucionario que recibió a los emisarios cubanos con una batería de improperios. Según señaló *Bohemia*, de las filas de los disidentes “*partieron insultos y, seguidamente, blancas bolas de nieve*” en busca de los cuerpos de los integrantes de la delegación cubana⁴³. El incidente era el prolegómeno de lo que le esperaba dentro a Raúl Roa. La reacción, continuó exponiendo *Bohemia*, se había extendido también dentro del edificio de la ONU donde los alborotadores prolongaron su acoso al representante cubano. Tan pronto como Roa tomó la palabra varios asistentes situados en las tribunas comenzaron a insultar al representante cubano. Según aseguró el diario *ABC*, los disidentes comenzaron a llamar asesino a Raúl Roa⁴⁴.

Bohemia omitió este detalle y simplemente señaló que agentes uniformados habían tenido que intervenir para reducir a los exaltados. Lo que no obvió *Bohemia* fue la identidad del cabecilla de los alborotadores: “*Se trataba nada menos que del ex coronel Merob Sosa, el inventor de la tortura de La Pesa*”⁴⁵. La contrarrevolución apegada a la época más represiva de Batista se personaba ahora en la ONU para defender a la disidencia, sustentar la postura norteamericana y atacar a la Revolución cubana. *Bohemia* señalaba que el tal Sosa había sido “*invitado de honor del Senado norteamericano*” y que entre sus amistades más señeras se encontraba la del cardenal Spellman, azote de la Revolución cubana⁴⁶.

Así pues, los personajes más siniestros de la dictadura batistiana ejercían ahora el apostolado de la democracia representativa y de los valores cristianos para defender sus supuestos derechos sobre los destinos de Cuba. Todo un contrasentido que reflejaba con claridad el punto en el que se encontraba la disputa ideológica en torno a la Revolución cubana.

Después de aquel irritante incidente, y una vez restablecida la calma, Roa pudo exponer su alegato. La denuncia cubana se constituía como una pieza detallada de la corta historia de las relaciones entre el Gobierno revolucionario y la Administración Eisenhower; en la que, a modo de compendio, se relataba la política seguida por las autoridades norteamericanas en los últimos dos años. Una política marcada por la persecución, las represalias, las provocaciones, las agresiones, la promoción de la insurrección, el aislamiento, el bloqueo y, finalmente, el inminente ataque de Estados Unidos contra el pueblo cubano. Todos aquellos términos fueron barajados de una u otra forma a lo largo de la intervención del ministro de Exteriores cubano, protagonizando uno de los discursos más duros lanzados contra los Estados Unidos en la sede de la ONU.

Roa señaló también en su pieza oratoria que el pueblo de Cuba no pretendía, ni deseaba, un enfrentamiento con el pueblo norteamericano. Cuba no tenía “*agravios ni querellas*” con el pueblo

⁴³ *Idem*.

⁴⁴ *ABC* (Año LIV). Núm. 17102. Madrid: jueves, 5 de enero de 1961, págs. 48. Diario.

⁴⁵ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 3. La Habana: domingo, 15 de enero de 1960, pág. 60. Semanal.

⁴⁶ *Idem*.

estadounidense, pues no se le podía culpar del comportamiento de sus clases dirigentes y tampoco de la actitud “*hostil, predatoria y soberbia del Gobierno del Presidente Eisenhower*”⁴⁷. Los dirigentes revolucionarios seguían apostando por aquella distinción clara entre pueblos y gobernantes. Cuba estaba abierta a las relaciones más cordiales con el pueblo norteamericano, pero no podía decirse lo mismo de su Gobierno.

La dirigencia revolucionaria, por boca de su embajador plenipotenciario, acusaba a los mandatarios estadounidenses haciendo uso de los términos más hirientes; algo que a nadie sorprendía ya, pero lo que sí constituía una verdadera novedad era el rechazo a cualquier tipo de arreglo. Raúl Roa se mostró categórico sobre este particular y señaló que las componendas para desactivar las crisis ya no podían satisfacer los requerimientos del pueblo cubano. Los tiempos de aquellas operaciones cosméticas habían pasado ya. Se abría así un nuevo panorama para Cuba: el Gobierno cubano rechazaría “*por anticipado*” todo proyecto de resolución del Consejo de Seguridad que prescribiera “*cualquier tipo de entendimiento con el gobierno imperialista y reaccionario del presidente Eisenhower*”⁴⁸.

De esta suerte, Cuba se negaba a cualquier tipo de avenencia, la Administración Eisenhower había “*decretado la intervención militar*” y aquellos hechos no se podían pasar por alto⁴⁹. La dirigencia revolucionaria no estaba dispuesta a transigir en aquel contencioso, remedo, por otro lado, de todos los desencuentros precedentes entre Washington y La Habana. Por lo demás, Cuba, como enfatizaba su ministro de Exteriores, se defendería del ataque, pero era necesario que se produjera también una condena del agresor. Esta era la razón que, según Roa, había impulsado al Gobierno cubano a solicitar la reunión del Consejo de Seguridad. El pueblo cubano sólo recibiría satisfacción a través de una condena clara a cualquier intento de invasión de su territorio.

Cuando Raúl Roa finalizó su intervención la mesa en la que se había acomodado la delegación cubana estaba plagada de documentación con la que el ministro de Exteriores había pretendido sustentar y justificar la acusación contra la Administración Eisenhower. *Bohemia* señaló en su crónica que los elementos probatorios exhibidos por Roa eran de lo más variados: “*testimonios gráficos, pruebas documentales, revistas, películas y reportajes sensacionalistas*”, muchos de ellos provenientes de los medios de comunicación norteamericanos, habían sido las herramientas esgrimidas por Roa para sostener su acusación⁵⁰.

Tras la intervención de Raúl Roa la sesión del Consejo de Seguridad se reanudó aquella misma tarde y entonces le tocó el turno James Wadsworth, representante de Estados Unidos en la ONU. El delegado norteamericano comenzó su desquite señalando que las acusaciones de Roa carecían de fundamento. Y, después de aquella refutación a totalidad de lo expuesto por el representante cubano, acusó a Cuba de intervenir en los asuntos propios de sus vecinos continentales. La Administración Eisenhower no se contuvo en su argumentación y señaló sin titubeos que Cuba exportaba su modelo insurgente con el ánimo manifiesto de promover la discordia entre Estados Unidos y sus aliados y con la intención de extender el comunismo en las Américas. Wadsworth, tomando aquella aseveración como premisa, pasó entonces, sin solución de continuidad, a acusar a Cuba de responder a los dictados de Moscú. Las autoridades norteamericanas no albergaban dudas al respecto: Cuba seguía la línea soviética desde la visita de Mikoyán a La Habana en febrero de 1960⁵¹.

El carácter de la denuncia cubana, según el representante norteamericano, respondía pues a las indicaciones soviéticas y no tenía otro objeto que sembrar las desavenencias dentro del bloque occidental. Por lo

⁴⁷ *Idem.*

⁴⁸ *Idem.*

⁴⁹ *Idem.*

⁵⁰ *Idem.*

⁵¹ *Idem.*

demás, Wadsworth señaló también que las diferencias entre los países americanos debían ser resueltas en la OEA y que el Consejo de Seguridad de la ONU no era el foro indicado para ventilar las quejas cubanas. Después de exponer aquellos argumentos el delegado estadounidense clausuró su intervención pidiendo al Consejo de Seguridad que se abstuviera de emitir “*resolución alguna en relación con la denuncia cubana*” debido a la poca base de las acusaciones sostenidas por el Gobierno de La Habana⁵².

Después de la intervención de Wadsworth se produjeron otra cadena de incidentes. Ahora, como señaló *Bohemia*, eran los defensores del proceso revolucionario cubano los que habían censurado al delegado norteamericano: “*Del público surgieron gritos clamorosos de ¡Viva Cuba! ¡Cuba sí, yanquis no!*”⁵³ Los responsables de aquellas soflamas eran norteamericanos y cubanos. Entre los norteamericanos se encontraba Vicent Copeland, editor de la publicación *Workers Word*⁵⁴.

Copeland increpó al representante de su país en los siguientes términos: “*Wordsworth, tú hablas en nombre de los bancos, no en mi nombre*”⁵⁵. Copeland, una de las figuras prominentes de las corrientes marxistas-leninistas en Estados Unidos, había llegado escoltado de otros compañeros de las agrupaciones socialistas norteamericanas y tras proferir su arenga fue reducido por el personal de seguridad de la ONU. Curiosamente, los hombres del régimen de Batista habían llegado al edificio de la ONU para hostigar a Raúl Roa y los comunistas y socialistas norteamericanos se habían personado en el mismo escenario para increpar al representante de su país. Estas protestas, anécdotas al fin a cabo, cobraban sin embargo especial interés, pues mostraban de forma clara y concluyente el contexto en el que se movía la disputa y los intereses que estaban en juego en aquella cita.

La réplica de Raúl Roa llegó veinticuatro horas después. El consejo de Seguridad reanudó las sesiones el día 5 de enero y en esta ocasión el representante cubano se mostró más contundente que en su primera intervención. La enérgica respuesta de Roa se deslizó entonces por los cauces de la polémica. *Bohemia* señaló en sus páginas que Roa había censurado desdeñosamente todas las afirmaciones de James Wadsworth y que había certificado además que la intervención del delegado norteamericano constituía un ejemplo claro del respeto que los Estados Unidos tenían por la soberanía cubana. A continuación Roa afirmó que las acusaciones de Cuba debían tratarse “*con mayor seriedad y madurez*”, pues ante la actitud mostrada por los Estados Unidos ya no servían los sofismas⁵⁶. Roa expuso entonces, por enésima vez en los últimos meses, el historial de las relaciones cubano-norteamericanas desde el triunfo de la revolución y los esfuerzos realizados por Cuba, tanto en la OEA, como en la ONU, para buscar algún tipo de acuerdo y desactivar la hostilidad norteña. Roa señaló también que aquellos intentos habían sido baldíos y que ahora Cuba, como destacó *Bohemia*, afrontaba su futuro apoyada “*en la indomable voluntad de seis millones de cubanos*”⁵⁷. La réplica de Roa finalizaba ahondando en esta idea: “*Cuba esperaba el desembarco de los invasores*”; los Estados Unidos tenían en mente llevar a término otra operación como la de Guatemala; sin embargo, aquella pretendida Guatemala podía convertirse en un Waterloo para los Estados Unidos⁵⁸.

Las diferencias entre Estados Unidos y Cuba resultaban ya insalvables como habían dejado patente las intervenciones de las delegaciones de ambos países. Ninguno de los dos países se avenía ya a algún tipo de arreglo. Cuba pretendía que los Estados Unidos fueran acusados de agresión ante el Consejo de Seguridad, algo impensable, y los Estados Unidos habían solicitado de forma explícita

⁵² *Idem.*

⁵³ *Idem.*

⁵⁴ *Idem.*

⁵⁵ *Idem.*

⁵⁶ *Idem.*

⁵⁷ *Idem.*

⁵⁸ *Idem.*

que no se tomara en consideración la denuncia cubana, desvirtuando el alcance de la acusación y tachándola de infundada. El delegado estadounidense, mostrando una falta de tacto evidente, consideraba la acusación cubana una maniobra del comunismo internacional, dejando de nuevo por los suelos uno de los argumentos más sólidos de la Revolución cubana en sus dos años de historia: su lucha por la soberanía y su vocación de existir al margen de potencia alguna.

Cuba había conseguido reunir al Consejo de Seguridad para denunciar ante el foro internacional la maniobra norteamericana. De todos modos, la delegación cubana era consciente desde el primer momento que los resultados finales de aquella operación parecían destinados al fracaso. El Consejo de Seguridad no actuaría en contra de los Estados Unidos, como demostraron las deliberaciones de dicho organismo tras los alegatos de la delegación cubana y estadounidense. Algo que quedó patente cuando los mecanismos decisorios del Consejo de Seguridad y su automatismo en la composición de alianzas entraron en funcionamiento. Los cinco miembros permanentes y los seis que no lo eran expusieron entonces su posición ante el contencioso. Sin embargo, aunque Cuba no pudo recibir satisfacción plena a sus demandas, Estados Unidos tampoco consiguió salir victorioso en aquella justa.

Bohemia expuso los hechos de forma clara. El delegado soviético ensalzó la intervención de Roa y señaló que el rompimiento de relaciones por parte estadounidense certificaba lo acertado de la denuncia cubana. Valerian Alexandrovich Zorin, el representante soviético, se batió en favor de la causa de Cuba, como le tocaría hacer en los próximos años en el enquistado contencioso entre la Revolución cubana y los Estados Unidos.

En esta ocasión, el delegado soviético afirmó lo que para muchos era una ya una evidencia: que la Administración norteamericana nunca había tenido interés en desarrollar una relación pacífica con Cuba tras el triunfo del movimiento revolucionario. Un aserto que recibía la garantía de validez tras la ruptura de relaciones materializada en los días precedentes. Además, según señaló *Bohemia* en tono laudatorio, Valerian Zorin señaló con el índice a la bancada estadounidense a modo de advertencia y aseveró ante los presentes que el pueblo cubano no estaría sólo para hacer frente a la agresión norteamericana. Zorin fijó así la posición de la URSS, se comprometió a respaldar la posición cubana y señaló que su delegación “*suscribiría cualquier propuesta, viniera de donde viniera, que resultara aceptable para Cuba*”⁵⁹.

Tras la posición soviética, Francia e Inglaterra, como señaló *Bohemia*, “*se alinearon dócilmente*” con la delegación norteamericana⁶⁰. Después del acto de sumisión de los países europeos, le llegó el turno a Formosa y Liberia, definidas por el semanario cubano como “*dos sardinas extracontinentales*”; las cuales, haciendo honor a su condición, desempeñaron el papel que tenían asignado: “*estaban allí para decir sí a cuanto propusiera el coloso norteamericano*”⁶¹. Ceilán y Turquía, mostrando una actitud más independiente, “*hicieron un cordial llamamiento a las partes en pugna*”⁶².

Bohemia, una vez expuestas todas aquellas posturas, pasó a analizar la posición adoptada por Chile y Ecuador. Los dos países latinoamericanos, “*íntimamente convencidos de la razón de Cuba*”, fueron sin embargo incapaces de mostrarle su sólido apoyo⁶³. Sin embargo, suscribieron un proyecto conciliador, “*cuyo segundo apartado implicaba un reconocimiento tácito de los peligros expuestos por el canciller Roa*”⁶⁴. El proyecto latinoamericano, presentado de forma conjunta por Chile y

⁵⁹ *Ibidem*, pág. 61.

⁶⁰ *Idem*.

⁶¹ *Idem*.

⁶² *Idem*.

⁶³ *Idem*.

⁶⁴ *Idem*.

Ecuador, constaba de dos puntos. En el primero se recomendaba a los Gobiernos de Cuba y los Estados Unidos que hicieran todo lo humanamente posible por “*resolver sus diferencias por los medios pacíficos previstos en la Carta de las Naciones Unidas*”⁶⁵. Y en el segundo se instaba a los miembros del Consejo de Seguridad a “*no adoptar medida alguna*” que pudiera agravar “*la tirantez entre las dos partes*”⁶⁶.

Chile y Ecuador no se habían alineado abiertamente con la tesis norteamericana y aquello era más de lo que se podía esperar. La propuesta de los dos países hispanos fue admitida por el presidente Loufti de la RAU. Sin embargo, Estados Unidos se negó a sondear aquella vía y finalmente no se llegó a acuerdo alguno. De todos modos, *Bohemia* no pasó por alto el significado que había tenido aquella sesión. Raúl Roa había conseguido desenmascarar el plan de agresión norteamericano y había puesto en la arena diplomática el conflicto. Aquella cita, a pesar del fracaso cubano en la consecución de sus intenciones, suponía una victoria moral. De aquella escaramuza “*salía rudamente vapuleado el prestigio del imperio*”⁶⁷. Estados Unidos había cosechado la adhesión de Liberia, tierra de los colonos afro-estadounidenses, de Formosa, la China de Chiang Kai Shek defendida por la Séptima Flota norteamericana, y de los poderes coloniales de Francia e Inglaterra. Aquí habían quedado las muestras de adhesión a la postura norteamericana. Estados Unidos había recibido el apoyo de tres de los miembros permanentes, lo que hacía inviable cualquier tipo de condena. Ahora bien, en el plano simbólico, Cuba parecía haber obtenido una victoria, aunque fuera de carácter puramente moral. Ceilán, Turquía, la RAU, Chile y Ecuador, aunque no se habían decantado abiertamente por la posición cubana, se habían desmarcado de las tesis norteamericanas. Una actitud que sumada al firme apoyo soviético a la causa cubana dejaba el contencioso en tablas.

Cuba no había arrancado una condena del Consejo de Seguridad, algo que evidentemente no entraba en los pronósticos ni siquiera de los más optimistas, pero había sentado a los Estados Unidos en el banquillo de los acusados y había dejado la disputa pendiente de resolución al no encontrar una salida consensuada al problema. La prensa franquista así lo vio también al señalar que el debate sobre Cuba en el Consejo de Seguridad no había arrojado un balance concluyente.

El Alcázar, en sus análisis, apuntaba que el debate quedaba aplazado para abordarse en mejor momento⁶⁸. Una idea que era también compartida por el diario *Pueblo* al señalar que la acusación cubana, tras dos días de debate, se encontraba “*en punto muerto*” debido a la falta de una resolución⁶⁹. En todo caso, las espadas seguían en alto. Cuba había desplegado todos los mecanismos a su alcance para contener la ola contrarrevolucionaria: la movilización interior, el cerco a la Embajada norteamericana, la mano dura contra los actos terroristas y la denuncia en la sede la ONU parecían las medidas imprescindibles para tomar aliento ante aquel trance. Por su parte, Estados Unidos había decidido sumar al bloqueo y a sus medidas de hostigamiento el aislamiento diplomático. Además, había encontrado el abrazo temprano de las autoridades peruanas a su dura iniciativa. Así pues, en enero de 1961 la Revolución cubana ya tenía sus relaciones suspendidas con siete países del continente: República Dominicana, Nicaragua, Paraguay, Haití, Guatemala, Perú y los Estados Unidos⁷⁰.

Sin embargo, la dirigencia cubana no permanecía inerte frente al derrumbe de sus tradicionales vínculos diplomáticos y económicos. El Gobierno de La Habana había tomado la iniciativa y tras las nacionalizaciones de octubre, consciente de que el bloqueo tomaría naturaleza de ley en escasos días y de que el aislamiento diplomático podía constituir el segundo acto en el cerco a Cuba, había enviado

⁶⁵ *Idem*.

⁶⁶ *Idem*.

⁶⁷ *Idem*.

⁶⁸ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7663. Madrid: viernes, 6 de enero de 1961, pág. 1. Diario

⁶⁹ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6640. Madrid: jueves, 5 de enero de 1961, págs. 1 y 2. Diario.

⁷⁰ *ABC* (Año LIV). Núm.17102. Madrid: jueves, 5 de enero de 1961, págs. 47. Diario.

a una delegación cubana de gira por el orbe socialista en busca de nuevos acuerdos económicos, de un blindaje para los ya existentes, y de nuevos ligámenes en el ámbito diplomático. Al frente de dicha delegación se encontraba Ernesto Che Guevara, presidente del Banco Nacional de Cuba.

El viaje de la delegación cubana por el orbe socialista, que se extendió por el espacio de dos meses, levantó todo tipo de especulaciones y desde la prensa franquista, no sin razón, se apuntó que detrás de aquella misión comercial, en la que se intuían también las motivaciones políticas y diplomáticas, se encontraba una de las razones para explicar el encartamiento cubano y la hostilidad norteamericana, la muestra de fuerza de la dirigencia cubana y el desmelene de la contrarrevolución en los últimos meses. Cuba, ante los rigores impuestos por el bloqueo, había decidido vincularse de forma más estrecha al bloque socialista.

14.3 La estrategia de Cuba para romper el cerco norteamericano y el bloqueo económico

Cuando el bloqueo económico tomó naturaleza de ley y las nacionalizaciones de mediados de octubre de 1960 habían sido ya expuestas en todo su alcance por el primer ministro cubano, Ernesto Guevara se personó ante las cámaras de televisión para explicar la nacionalización bancaria y las repercusiones que tendrían el resto de iniciativas nacionalizadoras. En aquella comparecencia del día 20 de octubre, ya expuesta en los capítulos precedentes, Guevara habló de la necesidad de trabajar en la industrialización y la reforma agraria, se adentró en los peligros que para el proyecto cubano suponían las actividades contrarrevolucionarias y se centró también en el papel preponderante que tendría que ocupar en todas aquellas tareas el pueblo cubano, especialmente su clase trabajadora.

Dos días después de aquella comparecencia televisiva, el día 22 de octubre, Ernesto Guevara partió al frente de una delegación cubana para visitar varios países socialistas. La misión cubana tenía un eminente componente económico y comercial como demostraba el perfil de los miembros que la integraban. Junto a Guevara, presidente del Banco Nacional de Cuba, se encontraban Alberto Mora, administrador del Banco Cubano de Comercio Exterior; Héctor Rodríguez Llompart, subsecretario técnico de Relaciones Exteriores; los economistas Raúl Maldonado, ecuatoriano, y Albán Lataste, chileno, y los periodistas de *Prensa Latina*, Benigno Regueira, que sería con los años presidente del Banco Central de Cuba, y José Luis Pérez, experto en asuntos económicos⁷¹.

14.3.1 Una misión comercial con ribetes políticos e ideológicos

La misión encabezada por Guevara, durante dos meses, del 22 de octubre al 26 de diciembre, visitó varios países del orbe socialista: Checoslovaquia, la Unión Soviética, la China popular, Mongolia, Vietnam del Norte, Corea del Norte y la Alemania oriental. Aquel viaje, dado el contexto en el que se producía, resulta vital para la economía cubana, pues sus tradicionales vías de comercio estaban siendo cercenadas por el bloqueo norteamericano con suma rapidez. Una situación que tendería a empeorar a medida que fueran pasando los meses. Así pues, el tiempo apremiaba y con esta sensación de urgencia la misión cubana voló de La Habana a Madrid y desde allí partió con rumbo a Checoslovaquia para iniciar en este país la ronda de negociaciones económicas. La prensa franquista, curiosamente eludió mencionar esta escala en la capital madrileña. Sin embargo, en los viajes de la dirigencia cubana al mundo socialista las escalas en Madrid estaban siendo la tónica habitual.

El viaje de la delegación cubana se centró fundamentalmente en la URSS, pero se visitaron también otros países en los que se firmaron acuerdos económicos. El contingente cubano, tras la primera escala en Praga, llegó a Moscú el día 29 de octubre y permaneció allí hasta el 16 de noviembre. Día en el

⁷¹ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6640. Madrid: jueves, 5 de enero de 1961, pág. 10. Diario.

que se partió con destino a Pekín. En China el destacamento revolucionario permaneció durante quince días visitando el país y tejiendo acuerdos comerciales. Después de aquellas dos semanas la comitiva cubana partió desde Pekín rumbo a Corea del Norte, Vietnam del Norte y Mongolia. El día 8 de diciembre Ernesto Guevara y el resto de delegados cubanos se encontraban ya en Moscú de nuevo, donde permanecerían hasta el 14 de diciembre, día en el que se dirigieron a Berlín para pasar allí cuatro días. Del 18 al 20 de diciembre regresan nuevamente a Moscú y de aquí parten a Praga para emprender el viaje de vuelta a La Habana. En fin, dos meses de apretada agenda en los que Revolución cubana sentó las bases comerciales y económicas para afrontar un bloqueo norteamericano que estaba llamado a perdurar en el tiempo.

Del viaje de Guevara apenas se informó durante su desarrollo, fotografías puntuales aparecieron en la revista *Bohemia* durante los meses de noviembre y diciembre de 1960, pero la información sobre los acuerdos alcanzados no se explicitó. Por su parte, la prensa franquista prácticamente obvió la existencia de aquella misión comercial. Hubo que esperar hasta meses después para conocer el alcance y la trascendencia de lo acordado en este viaje. El 6 de enero de 1961, en una comparecencia televisada, Guevara expuso los resultados y el significado de la misión internacional acometida por varios delegados cubanos. Guevara había llegado a La Habana el 23 de diciembre, pero la campaña terrorista que asolaba la capital cubana, las actividades de la contrarrevolución, la disputa con los Estados Unidos y la posterior ruptura de relaciones, unida a la actividad diplomática de Raúl Roa en la sede de la ONU en Nueva York, habían hecho que los detalles de su viaje no fueran puestos en conocimiento de la población. Algo que se subsanó cuando la agitada agenda informativa dejó hueco para ello. La trascendencia de la misión de Guevara no era un asunto baladí, pues transformaba de forma radical el comercio exterior cubano y la propia organización del tejido productivo nacional. Por lo demás, aquella misión comercial fue presentada por Guevara como la salida natural, y también única, al atolladero económico en el que se encontraba la Revolución cubana.

El día 6 de enero, día de la Epifanía del Señor, Guevara llevó como regalo de Reyes al pueblo cubano los acuerdos alcanzados con el bloque socialista. La Revolución cubana seguía así la agenda trazada en las Navidades de 1960, los asuntos de seguridad y desarrollo nacional no dejaban espacio para el recogimiento de las fiestas tradicionales. Bajo esta máxima, en la que la urgencia nacional se antepone a las celebraciones de otra índole, Guevara se presentó ante las cámaras de televisión en la noche del día de Reyes, pero no traía oro, incienso y mirra para el pueblo cubano, sino nuevos acuerdos comerciales e industriales que dibujaban de forma clara el proyecto económico de Cuba para los próximos años.

La comparecencia-informe de Guevara fue reproducida en casi su totalidad en las páginas de la revista *Bohemia*⁷². Por su parte, la prensa franquista, en aquellos días, aunque no hizo mención explícita a aquel evento televisivo en el que se ventilaban asuntos de importancia capital para el futuro de Cuba, sí que referencio en diversas ocasiones tanto el viaje de Guevara como algunas de las declaraciones que hizo en aquella jornada del 6 de enero⁷³. Sin embargo, fue *Pueblo*, quien un día antes de la comparecencia del Che ante las cámaras de televisión, ofreció un extenso reportaje sobre el viaje de Guevara por tierras socialistas⁷⁴. De todos modos, el enfoque de Guevara, reproducido y refrendado por *Bohemia*, y la versión apuntada por *Pueblo* se afrontaron desde perspectivas radicalmente diferentes. Para la revista *Bohemia* los acuerdos económicos y comerciales fijados con el bloque socialista suponían un gran avance para Cuba y constituían el mecanismo más eficaz para cimentar su pretendida independencia. Por el contrario, la lectura mostrada en las páginas de *Pueblo* era bien

⁷² *Bohemia* (Año LIII). Núm. 3. La Habana: domingo, 15 de enero de 1960, págs. 64-67 y 72. Semanal.

⁷³ *ABC* (Año LIV). Núm. 17101. Madrid: miércoles, 4 de enero de 1961, pág. 53. Diario y *El Alcázar* (Año XXV). Núm. 7664. Madrid: sábado, 7 de enero de 1961, pág. 34. Diario.

⁷⁴ *Pueblo* (Año XXII). Núm. 6640. Madrid: jueves, 5 de enero de 1961, págs. 10 y 11. Diario.

distinta. El diario sindical consideraba que los convenios y acuerdos suscritos por la dirigencia revolucionaria con los países socialistas constituían una suerte de maya que apresaría al régimen de Fidel Castro y esclavizaría a la isla. Algo que, el diario sindical, trataba de cimentar a través del cruce de declaraciones y parabienes que los delegados cubanos se intercambiaron con los dirigentes socialistas de los países que visitaron. El mensaje de *Pueblo* era concluyente: Cuba había caído bajo el control de Moscú y caminaba ya por las sendas del comunismo.

Pueblo hacia así uso de un tono tenebroso y agorero para resumir el alcance de la misión económica cubana por el orbe socialista; algo que no constituía novedad alguna, pues el estilo utilizado era deudor de aquel carácter sombrío que siempre presidía el análisis de cualquier tipo de entendimiento o acuerdo, fuera el que fuese, con los países socialistas. Así pues, la posición expuesta por el diario sindical sobre los acuerdos fijados por Cuba en aquellos meses finales de 1960 no resultaba novedosa y respondía a la tónica general retratada en los medios franquistas. Sin embargo, la visión publicada en *Pueblo* debía tenerse en cuenta, y no por el carácter atinado o fallido que pudiera albergar, sino por lo que tenía de versión oficial del régimen. *Pueblo* encabezó aquella crónica sobre la misión económica de Ernesto Guevara con una nota aclaratoria que nos coloca ante las claves de la autoría de aquel trabajo. El reportaje, según señaló *Pueblo* en su introito, aparecía publicado también en el periódico *Arriba*, órgano oficial de la Falange, aquel mismo día. Por lo demás, el trabajo en cuestión no contenía firma alguna, era compartido por ambos diarios y se publicaba la misma jornada. Así pues, se trataba de una suerte de editorial que no representaba propiamente a la visión de *Pueblo* y de sus cronistas, aunque este diario se apresurara a señalar que compartía plenamente la interesante visión publicada en el diario *Arriba* aquel mismo día. Este diario, como han apuntado diversos autores⁷⁵, se presentaba como el vocero oficioso del régimen y cualquier información allí publicada, especialmente los editoriales y los trabajos que aparecían sin firma, debían tomarse en consideración, pues reflejaban la visión de las más altas esferas del poder.

Una vez expuesto este inciso, necesario para apuntalar el significado de lo publicado en *Pueblo* y la relevancia otorgada a aquella gira económica del Che, podemos adentrarnos en la visión presentada por el diario franquista, en la reproducción de las palabras del Che publicadas en la revista *Bohemia* y en las etapas del viaje y los acuerdos concertados por el presidente del Banco Nacional de Cuba durante aquellos dos agitados meses que echaron el cierre al segundo año de revolución.

La primera etapa del viaje se desarrolló en Checoslovaquia. En Praga, tras una entrevista entre los representantes cubanos y el primer ministro Novotny, Cuba negoció una línea crediticia de 20 millones de dólares para establecer en Cuba una industria de automoción⁷⁶. *Bohemia* señaló además, que los 20 millones iniciales se convirtieron en 40 tras la escala previa de los delegados cubanos en la capital checa antes de regresar a La Habana⁷⁷. La campaña para industrializar el país entraba así en una fase de concreción con la puesta en ejercicio de nuevas industrias llamadas a sustentar una política de sustitución de importaciones.

El 29 de octubre la delegación cubana se trasladó a Moscú y dos días después comenzaron las negociaciones con los soviéticos. Kruschev y Mikoyán llevaron el peso de las conversaciones con Cuba. De todos modos, según señaló años después uno de los miembros de la delegación cubana, el economista ecuatoriano Raúl Maldonado, las conversaciones rompieron el marco de la bilateralidad, pues los representantes cubanos abrieron la terna de las negociaciones a terceros países del mundo

⁷⁵ En la obra de Justino Sinova sobre la censura de prensa durante el franquismo se ofrecen varios ejemplos del uso que hacía el régimen del diario *Arriba* para hacer correr ciertas consignas o difundir la posición oficial sobre asuntos de política interna o exterior. Véase Sinova, Justino: *Op. Cit.*, pág. 142, 202-205, 271 y 272.

⁷⁶ Taibo II, Paco Ignacio: *Op. Cit.*, pág. 422.

⁷⁷ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 3. La Habana: domingo, 15 de enero de 1960, pág. 66. Semanal.

socialista bajo la asesoría de los mandatarios soviéticos⁷⁸. Maldonado señaló que las sesiones de trabajo fueron maratonianas y que en el Hotel Sovietskaya, lugar en el que se albergaba la comitiva cubana, fue habilitada toda una planta para recibir a las diferentes delegaciones de los países socialistas y firmar los términos de los acuerdos de intercambio⁷⁹. Los cubanos buscaban salida urgente a su azúcar, carente ya del mercado norteamericano, y a cambio solicitaban petróleo, refracciones e implementos para mantener la industria existente en pie y plantas industriales que sirvieran para sustituir importaciones⁸⁰.

La delegación cubana, a parte de las arduas negociaciones económicas, dedicó también parte de esta primera estancia en la URSS a realizar varias visitas por el país. Unas visitas que los dirigentes soviéticos centraron en el pasado glorioso de la URSS más que en sus actuales logros tecnológicos y productivos, pues la vía para seducir a los cubanos parecía residir más en las muestras de heroísmo que en los alardes industriales. En Leningrado el Che y sus acompañantes visitan el legendario acorazado Aurora, mito del estallido revolucionario soviético, y en Stalingrado los emisarios cubanos rememoraron los episodios de la aclamada batalla de la II Guerra Mundial⁸¹. Las visitas de los cubanos por territorio ruso tuvieron una nota predominante: el pasado revolucionario soviético y los pasajes más heroicos de la historia reciente de la URSS. Algo que quedó patente durante el aniversario de la Revolución de octubre. Muchos de los dirigentes cubanos parecían entender que el impulso revolucionario corría más por las calles de Pekín que por las de Moscú, algo que los mandatarios soviéticos trataron de desmentir ante la visita de uno de los revolucionarios cubanos más impetuosos: Ernesto Che Guevara.

Guevara y su grupo de colaboradores se encontraban en Moscú durante el aniversario de la Revolución soviética. El mito de la Revolución de octubre, madre de todas las revoluciones que reclamaban el laurel de socialista, sedujo a los delegados cubanos desde el primer momento, pues se vieron agasajados por la dirigencia soviética y se les concedió un lugar de honor durante los festejos. Guevara ocupó una posición prominente en el “presídium” de la parada militar. Un lugar de distinción a la vera de los jefes de estado del mundo socialista y de los principales mandatarios soviéticos. El Che fue vitoreado por las multitudes cuando éstas detectaron la presencia en el palco presidencial del líder de la revolución caribeña⁸². Los dirigentes soviéticos le dieron al revolucionario argentino la dignidad de mandatario, pues le colocaron a la par que el resto de dirigentes comunistas, y situaron además a la Revolución cubana como un hito en la historia de América.

De todos modos, y a pesar de la importancia dada a la experiencia revolucionaria cubana, las autoridades soviéticas parecían empecinadas en transmitir a los dirigentes cubanos que la revolución a nivel internacional contaba con la patente soviética y que Cuba era un ejemplo más dentro de los procesos de liberación que había abierto para los pueblos del mundo el triunfo de la Revolución de octubre. Una idea que los cubanos asumieron en parte y que se trasladó rápidamente a Cuba, pues el propio Fidel Castro, con motivo de la efeméride soviética, envió un mensaje a Krushev en el que se decía:

“Los enormes sacrificios del pueblo soviético han rendido muchos preciosos frutos. En estos momentos en que el pueblo de Cuba se prepara a afrontar el ataque de criminales y mercenarios auspiciados y preparados por el imperialismo yanqui, los gestos de solidaridad

⁷⁸ Taibo II, Paco Ignacio: *Op. Cit.*, pág. 422.

⁷⁹ *Idem*.

⁸⁰ *Ibidem*, pág. 423.

⁸¹ *Idem*.

⁸² *Ibidem*, pág. 422.

y apoyo del Gobierno y el pueblo soviéticos, además de estimularnos, hacen que nos sintamos profundamente convencidos”⁸³.

Pueblo publicó aquella nota del primer ministro cubano a su homólogo soviético con una mezcla de indignación y perplejidad y afirmó sin rubor alguno que aquella era la muestra irrefutable de la “*sumisión de Cuba a la Unión Soviética*”⁸⁴. No obstante, durante la estancia en la URSS de los delegados cubanos, los soviéticos se encargaron de cultivar a diario aquella supuesta “sumisión”. Algo que implícitamente reconocía la crónica de *Pueblo* al señalar que con motivo de las celebraciones de la Revolución de octubre se había organizado una recepción en el Kremlin y que en aquel evento la delegación cubana había sido “*objeto de las mayores consideraciones*”⁸⁵. La gran mayoría de los brindis habían sido dedicados a Cuba y a su revolución. Krushev y el vicepresidente Kozlov habían ensalzado a la Revolución cubana en cada acto público que se celebró en aquellos días y en todos ellos la figura de Che Guevara apareció en un puesto de honor junto a los jerarcas soviéticos⁸⁶. Por su parte, los cubanos no quisieron ser menos y el 14 de noviembre el embajador de Cuba en Moscú, Faure Chomón, ofreció una recepción a la que asistieron Krushev y Mikoyán⁸⁷.

Krushev, como sucediera durante la estancia de Fidel Castro en Nueva York con motivo de su asistencia a la Asamblea General de la ONU, se pegó al Che Guevara en busca de la irradiación heroica que desprendían los líderes cubanos. Fidel Castro había sido el objeto de sus deseos en el mes de septiembre de 1960 y el Che Guevara se convirtió también en una figura apetecible para aparecer en público ante la población soviética, entre la cual la gesta fidelista había sido ampliamente publicitada y despertaba las mayores simpatías. Los dirigentes soviéticos no podían encontrar mejor símbolo para demostrar los logros de la revolución que la aureola homérica que desprendían los jóvenes revolucionarios cubanos.

La crónica de *Pueblo* se centró así en los actos festivos de octubre y en los agasajos y parabienes que se dedicaron mutuamente soviéticos y cubanos, haciendo caso omiso de los trabajos encaminados a alcanzar acuerdos económicos. *Pueblo* parecía tener como único objetivo en su relato dejar patente que el Gobierno de La Habana había caído bajo el control de Moscú. Sin embargo, la tónica general de los salvas a la Revolución cubana por parte soviética en ningún momento señalaron el carácter socialista de Cuba. Se hacía mención a la libertad, a la soberanía, al aplomo del pueblo cubano, pero la palabra socialista, comunista o marxista parecía vetada cuando se hacía referencia a Cuba. Aquella prudencia, a nuestro modo de ver, contaba con una doble vertiente: por un lado, los cubanos no parecían dispuestos a comprometerse enteramente con el bloque soviético, pues tenían en gran estima aquella independencia con la que había nacido su movimiento revolucionario y, por otro lado, las autoridades de la URSS parecían también sentirse cómodas en aquel escenario en el que la Revolución cubana era asediada por su falta de sumisión a los designios imperiales norteamericanos y no por su carácter socialista.

14.3.2 Con Pekín en lo espiritual y con Moscú en lo material

Después de aquellos días de celebraciones en la URSS, la misión cubana continuó con su minuciosa tarea negociadora y el día 17 de noviembre Guevara y sus colaboradores se trasladaron a China. Un viaje que dio también jugosos titulares para sustentar la línea argumental que *Pueblo* defendía en su crónica. Guevara, tras descender del avión en Pekín, tomó la palabra en nombre de sus compañeros y manifestó que como representantes de Cuba se sentían orgullosos de haber sido el primer país

⁸³ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6640. Madrid: jueves, 5 de enero de 1961, pág. 10. Diario.

⁸⁴ *Idem*.

⁸⁵ *Idem*.

⁸⁶ *Idem*.

⁸⁷ *Idem*.

latinoamericano en establecer relaciones diplomáticas con China⁸⁸. En el aeropuerto, las multitudes convocadas por el partido comunista, según la versión apuntada en *Pueblo*, vitorearon a los cubanos y recitaron con la mayor naturalidad la consigna de “*Cuba, sí; yanquis, no*”⁸⁹. Un prolegómeno que marcó el tono de la visita, pues los dirigentes chinos ensalzaron, por encima de cualquier otra consideración, el carácter combativo y lo acertado de la estrategia cubana en la toma del poder.

Las conversaciones entre los delegados cubanos y los mandatarios chinos estuvieron presididas, según el diario sindical, por la mayor de las cordialidades y se desarrollaron en un ambiente de mutuo reconocimiento y amistad. Guevara señaló también en los días subsiguientes que el establecimiento de relaciones diplomáticas entre ambos países tenía un profundo significado y aquel nuevo encuentro entre China y Cuba fomentaría la unidad y cooperación entre dos países que compartían mucho⁹⁰. Pekín y La Habana, a pesar de sus grandes diferencias, eran partidarios de la lucha armada en la toma del poder, algo que indudablemente no contaba con el pleno consentimiento de Moscú, pues aquel destilado guerrillista contradecía los planteamientos de la coexistencia pacífica propugnada por los mandatarios soviéticos.

Sin embargo, aquello no parecía preocupar demasiado a cubanos y chinos, pues la renuncia a sus planteamientos combativos suponía la apostasía de su propia identidad. La lucha guerrillera no era un capricho para las clases dirigentes de Pekín y La Habana, constituía más bien un mandato ineluctable ya que nacían de su propia experiencia nacional en la lucha contra el imperialismo. Cuba y China tenían una agenda propia separada de la hoja de ruta dictada por el Kremlin; una agenda que venía condicionada por su reciente historia de lucha contra la dominación exterior.

Entre el régimen de Pekín y La Habana había sintonía y, como manifestó *Pueblo* en su crónica, aquella sintonía quedó reflejada en las páginas de la prensa china. El día 18 de noviembre el órgano del partido comunista chino, *Ta Kung Pao*, señaló que la misión cubana en China era “*un nuevo jalón en el desarrollo de la camaradería de combate entre los pueblos chino y cubano*” contra el imperialismo norteamericano⁹¹. El recibimiento otorgado a la delegación cubana estuvo a la altura del que le dispensaron en la URSS. Los emisarios cubanos recibieron los mayores honores y las autoridades chinas le dieron a la visita el más alto rango. Guevara departió y negoció con las instancias más altas del poder y el día 19 de noviembre se entrevistó con Mao Tse Tung en aquel ambiente de camaradería del que se jactaba la prensa china.

Los dirigentes chinos parecían encantados con el ideario de la Revolución cubana, no en vano, la doctrina revolucionaria que había instaurado Fidel Castro en las Américas, sustentaba la postura de Pekín en sus refriegas con Moscú. De ahí que las autoridades chinas no desaprovecharan la ocasión que les brindaba la visita de la delegación cubana para sustentar sus propias tesis en la arena internacional. Defender a Cuba de los Estados Unidos y apostar por la propagación del modelo cubano en el resto de los países latinoamericanos se erigía en el método más eficaz para defender las tesis maoístas. Un aserto que quedó patente con la celebración el día 21 noviembre de un mitin de apoyo al régimen de Fidel Castro y a su lucha contra los Estados Unidos. En este encuentro de confraternización entre cubanos y chinos tomaron la palabra Ernesto Guevara y el alcalde de Pekín para señalar la coincidencia de criterios en política exterior. Según relató *Pueblo* en su crónica aquel acto de adhesión tuvo como tema fundamental la lucha contra el imperialismo norteamericano⁹².

⁸⁸ *Idem*

⁸⁹ *Idem*.

⁹⁰ *Idem*.

⁹¹ *Idem*.

⁹² *Idem*.

Por lo demás, como había sucedido también en la URSS, en China se establecieron acuerdos muy ventajosos para los cubanos, un crédito de 60 millones de dólares sin intereses a 15 años y la venta de parte de la producción azucarera cubana⁹³. Sin embargo, lo que más impresionó a la delegación cubana como exteriorizó Guevara en su alocución televisada del 6 de enero de 1961 fue el apoyo incondicional de los dirigentes chinos a la doctrina revolucionaria cubana. En el párrafo final de los acuerdos económicos y comerciales firmados entre cubanos y chinos, los emisarios de La Habana habían colocado una frase en la se señalaba que China ofrecía su “ayuda desinteresada” al Gobierno de Fidel Castro⁹⁴. Una fórmula que había sido estampada en los acuerdos alcanzados en Moscú, pero que los dirigentes chinos se empeñaron en eliminar. Chou-En-Lai, primer ministro chino, se negó en rotundo a firmar los acuerdos bajo aquel pronunciamiento, pues consideraba que el adjetivo de “desinteresado” no respondía a las motivaciones de la ayuda prestada por el pueblo chino al pueblo cubano. El primer ministro chino sostuvo ante Guevara que la ayuda, si tenía que aparecer bajo la tutela de algún adjetivo, tenía que ser interesada y no desinteresada, pues “Cuba estaba en la vanguardia de la lucha contra el imperialismo, y el ayudar a Cuba era interés de todos los países socialistas”⁹⁵. A continuación, Chou-En-Lai agregó que la ayuda debía hacerse bajo el régimen del préstamo por indicarlo así el derecho internacional y el respeto a la soberanía de ambos países, pero que Cuba no debía sentir presión alguna por la devolución de aquel préstamo⁹⁶. El pueblo chino sabía de las dificultades que suponía la reconstrucción nacional bajo el régimen de un enfrentamiento directo contra el imperialismo, razón más que suficiente para disculpar a las autoridades cubanas si no podían afrontar la devolución de aquella ayuda⁹⁷.

El argumentario de las autoridades chinas sobre la Revolución cubana destacó los aspectos más guerreristas del proyecto fidelista, ensalzó a Cuba como ejemplo para los pueblos del mundo y puso esta condición por encima de cualquier otro aspecto, dejando los asuntos puramente económicos en un segundo plano. Los dirigentes chinos justificaron la ayuda económica y comercial al régimen de Fidel Castro porque esta ayuda resultaba imprescindible para mantener la lucha contra el imperialismo.

Cuba era vanguardia de la lucha contra el imperialismo y por tanto el interés de los países socialistas pasaba por surtir a Cuba de todo aquello que precisara. Así pues, el entusiasmo de China por la Revolución cubana no era equiparable al mostrado por la Unión Soviética, pues los dirigentes chinos validaron, sin fisuras, el proyecto cubano en toda su extensión. Es cierto que el apoyo soviético a Cuba era incuestionable, pero había diferencias de matiz entre chinos y soviéticos que resultaban fundamentales a ojos de la dirigencia cubana. Desde la URSS se encomió el espíritu soberanista cubano y su vocación independentista, mientras en China el lenguaje fue más beligerante, pues se primó, por encima de cualquier otra consideración, la lucha y el combate contra el imperialismo. En cierta medida, y a pesar de los esfuerzos de los comunistas cubanos por mostrar lo contrario, lo cierto es que el proceso revolucionario cubano era más similar al chino que al soviético. En la lucha por la toma del poder, cubanos y chinos se mostraban convergentes. La coexistencia pacífica, propugnada desde Moscú, no era del agrado de las autoridades chinas y desde Cuba la posibilidad de incendiar el continente americano con focos guerrilleros, impeditamente del nivel de participación que finalmente adquiriera Cuba en aquellos brotes insurgentes, difícilmente podía desecharse por parte del Gobierno fidelista. China y Cuba creían firmemente en la toma del poder por el pueblo armado, algo que, ineludiblemente, chocaba con la coexistencia pacífica entre bloques defendida desde Moscú.

⁹³ Taibo II, Paco Ignacio: *Op. Cit.*, pág. 424.

⁹⁴ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 3. La Habana: domingo, 15 de enero de 1960, pág. 66. Semanal.

⁹⁵ *Idem.*

⁹⁶ *Idem.*

⁹⁷ *Idem.*

La estancia en China se convirtió así en la experiencia más grata para los cubanos como certificó en su comparecencia televisiva el 6 de enero de 1961 Ernesto Guevara, pues la cuantiosa ayuda económica se vio acompañada de un reconocimiento sin fisuras. El presidente del Banco de Cuba no les ahorró elogios a los soviéticos, pero en sus palabras y en el espacio dedicado a China en su alocución se dejaba ver la debilidad del revolucionario argentino por el proyecto chino. Al fin y al cabo, la delegación cubana recibió en Pekín ayuda, elogios y una validación total de su proyecto, sin embargo, en Moscú, además de elogios se recibieron también múltiples recomendaciones. Una diferencia que, dado el celo con que Cuba defendía su independencia, explicaría los roces que entre La Habana y Moscú se producirían en el futuro.

La gira, de todos modos, no terminó en China, pues antes de regresar a Moscú, la delegación cubana visitó Corea del Norte, Vietnam del Norte y Mongolia. Según la crónica de *Pueblo* el Che visitó los tres países, sin embargo, esta versión es desmentida por algunos biógrafos del Che, al señalar que después la visita a China la delegación cubana se dividió. Guevara, junto a otros miembros de la delegación, se dirigió a Corea del Norte y el resto de la comitiva cubana tomó rumbo a Hanoi para visitar días después Mongolia⁹⁸.

En Corea del Norte la sintonía entre el Che y los mandatarios coreanos resultó también evidente desde el primer momento como dejó patente el reconocimiento mutuo en la lucha contra el imperialismo norteamericano. Un aspecto que reflejó *Pueblo* de forma clara. Una vez más la crónica de *Pueblo* colocaba los factores de sintonía ideológica por encima de los convenios económicos, verdadera razón de la visita de Guevara al orbe socialista. Los acuerdos comerciales firmados entre Corea del Norte y Cuba el día 6 de diciembre fueron pasados por alto por el diario sindical que tuvo a bien destacar, como lo más relevante de la visita de Guevara, las declaraciones que Kim Il Sung y Guevara intercambiaron tras el arribo de este último a la capital coreana. El revolucionario argentino señaló que Cuba tenía que familiarizarse y estudiar “los éxitos” y también las “*experiencias adquiridos por el respetuoso pueblo coreano en su lucha contra el imperialismo norteamericano*” y que aquellas enseñanzas serían puestas al servicio del Gobierno y el pueblo cubano⁹⁹. Por su parte, la dirigencia norcoreana no pudo ser más explícita en su adhesión a la causa cubana y por boca de su máximo líder señaló que Cuba podía contar con el apoyo y la solidaridad de la República Democrática de Corea que seguiría sustentando “*vehementemente*” la causa del pueblo cubano en su lucha contra el imperialismo norteamericano¹⁰⁰.

Ignacio Taibo, en su biografía sobre el Che, señaló, haciéndose eco de las palabras del propio Guevara, que Corea del Norte era el país que más había impresionado a los delegados cubanos. El Che había contemplado por primera vez la devastación total de un país: “*La guerra había dejado a la nación destruida, asolada, de las ciudades no quedó nada, la industria despedazada, los animales muertos, ni una casa en pie*”¹⁰¹. Corea era pues, al parecer de Guevara, “*un país que se hizo de muertes*” y que sin embargo estaba sabiendo renacer de sus cenizas¹⁰². Así pues, es fácil deducir que aquella visita dejó en el Che dos conclusiones fundamentales: la primera que el enfrentamiento directo y armado con los Estados Unidos podía dejar como secuela la mayor de las postraciones para el país que emprendiera aquella confrontación y la segunda que la puesta en ejercicio de un sistema socialista podía erigirse en una vía de progreso por muy deprimido que estuviera el país en que se implementara.

Mientras Guevara se debatía entre estas cavilaciones, recibía el espaldarazo de la dirigencia coreana y certificaba los efectos devastadores de la guerra, un aspecto este último no menor dadas las

⁹⁸ Taibo II, Paco Ignacio: *Op. Cit.*, pág. 424.

⁹⁹ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6640. Madrid: jueves, 5 de enero de 1961, pág. 10. Diario.

¹⁰⁰ *Idem.*

¹⁰¹ Taibo II, Paco Ignacio: *Op. Cit.*, pág. 424.

¹⁰² *Idem.*

circunstancias por las que estaba pasando Cuba a finales de 1960, el resto de la comitiva firmaba en Hanoi una serie de acuerdos comerciales con las autoridades norvietnamitas, las cuales certificaban que la visita de la Comisión cubana consolidaría aún más la amistad existente entre las dos naciones¹⁰³. El 6 de diciembre Guevara regresó a Moscú y el grupo de cubanos destacado en Vietnam del Norte se desplazó a Mongolia para firmar los acuerdos que darían pie al establecimiento de relaciones diplomáticas y comerciales con el Gobierno mongol¹⁰⁴. Y una vez más, según refrendó *Pueblo*, la lucha contra el imperialismo se situó como eje medular de las declaraciones, tanto de los emisarios cubanos como de los dirigentes mongoles¹⁰⁵.

14.3.3 El manifiesto de los ochenta y un partidos comunistas

El día 8 de diciembre la totalidad de la delegación cubana se encontraba ya de nuevo en la URSS¹⁰⁶. Durante la ausencia de los delegados cubanos se había registrado en Moscú un importante acontecimiento: la firma del manifiesto de los ochenta y un partidos comunistas. Guevara y el resto de representantes fidelistas habían emprendido su viaje a Asia justo cuando iba a dar comienzo esta importante cita, que tuvo como resultado el mentado manifiesto del que era signatario el PSP. De este modo, los comunistas cubanos firmaban el comunicado conjunto de los partidos comunistas y los delegados cubanos se ausentaban de Moscú cuando iba a tener lugar dicho acontecimiento. Una ausencia que no parecía del todo casual, dadas las precauciones que estaban asumiendo la dirigencia revolucionaria para no verse totalmente comprometida con la ortodoxia comunista. De todos modos, Guevara, una vez en Moscú, no pudo evitar hacer referencia al manifiesto y en un acto celebrado en el Palacio de los Sindicatos de Moscú señaló lo siguiente: “*Apoyamos esa declaración de todo corazón. Ahora, Cuba marcha hacia delante en el camino de su independencia nacional, y en esa lucha ha podido contar con el apoyo solidario de la Unión Soviética*”¹⁰⁷. Guevara señaló además que aquel documento acordado por los partidos comunistas de todo el mundo representaba un gran avance para los pueblos oprimidos y podía ser definido “*como uno de los eventos más importantes de la actualidad*”¹⁰⁸. La declaración de Guevara fue recogida con rigurosa mentalidad notarial por el diario *Pueblo*, señalando a continuación que las palabras de Guevara habían levantado de su asiento a Mikoyán, que entre aplausos al líder argentino había lanzado varios “*salvas y vivas*” a Fidel Castro¹⁰⁹.

Sin embargo, a pesar de las conclusiones que el diario *Pueblo* pretendía deducir de las palabras del dirigente argentino, el apoyo prestado por Guevara a la declaración de los partidos comunistas era más que comprensible y también inevitable, pues además de la apuesta por el desarme, la lucha contra el imperialismo y las afirmaciones sobre el carácter caduco del sistema capitalista imperante, se dedicaban también varios párrafos a la Revolución cubana y a Latinoamérica.

El mensaje a los pueblos del mundo adoptado por la conferencia de partidos comunistas y obreros, pues así se hacía llamar el manifiesto en cuestión, hacía un llamamiento “*a todos los trabajadores*” y “*a los pueblos de todos los continentes*” para que sostuvieran a la Revolución cubana¹¹⁰. En este llamamiento, situado en el tramo postrero del documento y cuando éste alcanzaba su mayor intensidad emocional, los comunistas de aquellas ochenta y una formaciones políticas arengaban a pueblos y

¹⁰³ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6640. Madrid: jueves, 5 de enero de 1961, pág. 10. Diario.

¹⁰⁴ *Idem*.

¹⁰⁵ *Idem*.

¹⁰⁶ Taibo II, Paco Ignacio: *Op. Cit.*, pág. 425.

¹⁰⁷ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6640. Madrid: jueves, 5 de enero de 1961, pág. 10. Diario.

¹⁰⁸ *Idem*.

¹⁰⁹ *Idem*.

¹¹⁰ *Mundo Obrero* (Año XXXI). Núm. 1. Madrid: domingo, 15 de diciembre de 1960, págs. 5 y 6. Quincenal. En el órgano oficial del PCE, *Mundo Obrero*, se organiza la numeración de las entregas concediéndole el primer número del año XXXI de su publicación a la última entrega del año XXX. Es decir, la última entrega del año 1960 aparece numerada con el uno, como si fuera el primer número de 1961.

trabajadores señalando lo siguiente: “¡No permitáis que se ahogue la libertad del pueblo heroico de Cuba, ni por medio del bloqueo económico, ni por una intervención armada de los monopolios norteamericanos!”¹¹¹

El mensaje lanzado desde Moscú por los partidos comunistas era pues claro y acusar a Cuba de comunista por hacer público el apoyo a un documento en el que se solicitaba la ayuda internacional para sostener a la Revolución cubana era un argumento cuando menos discutible. De todos modos, aquello no resultó un freno para la prensa franquista. La crónica publicada en *Pueblo* sobre la misión cubana por tierras socialistas trató en todo momento de hacer rodar entre los lectores españoles el mensaje de que la Cuba de Fidel Castro era ya un régimen comunista. Y como no podía sustentar su insinuación en las declaraciones de la dirigencia revolucionaria acudía a los acuerdos y parabienes intercambiados entre la delegación cubana, las organizaciones comunistas, los países socialistas y la URSS para deslizar aquella idea: Cuba estaba ya en la órbita moscovita y por lo tanto comenzaría a organizarse bajo los patrones que dispusieran los mandatarios soviéticos.

Una idea que la crónica de *Pueblo* trató de sostener también a través de los acuerdos firmados en Berlín Oriental entre la delegación cubana y el Gobierno de la República Democrática Alemana a mediados de diciembre. Ahora bien, el argumento principal sobre que el *Pueblo* trató de cimentar el carácter comunista que, a su entender, pendía ya del Gobierno de La Habana estuvo en el comunicado ruso cubano lanzado desde Moscú tras los convenios comerciales y económicos firmados entre el Gobierno de La Habana y el Kremlin el día 18 de diciembre. Un comunicado conjunto que fue dado a conocer el día 19 de diciembre por las autoridades de ambos países, en los días previos al regreso de los delegados cubanos a La Habana después de su larga estancia en los países socialistas.

14.3.4 El comunicado conjunto cubano-soviético: Cuba asume como propia una parte de la política exterior de la Unión Soviética

La crónica de *Pueblo*, como había hecho en su pormenorizada pero a la vez parcial explicación de la misión comercial cubana, reprodujo de forma íntegra el comunicado ruso-cubano del día 19 de diciembre y ocultó los acuerdos comerciales y económicos de la víspera, con la clara intención de hacer notar las convergencias ideológicas que existían entre Moscú y La Habana y oscurecer de paso los importantes tratados económicos firmados el día 18. En el comunicado conjunto se daba cuenta de que se habían llegado a acuerdos comerciales, pero la parte sustancial del documento estaba centrada fundamentalmente en los puntos que Cuba y la URSS compartían en su estrategia internacional y en el reconocimiento mutuo que se dispensaban ambos países.

El comunicado en cuestión señalaba en primer lugar que el Gobierno revolucionario cubano, encabezado por el comandante Ernesto Che Guevara, había celebrado varias reuniones en Moscú durante los meses de octubre, noviembre y diciembre en las que se habían llegado a acuerdos de carácter técnico y cultural. Una vez expuesto este primer punto el comunicado mencionaba a los participantes en las negociaciones. Aquí se daba cuenta de los integrantes de la delegación cubana, mencionados ya en párrafos anteriores, y se especificaba también quienes habían sido los interlocutores soviéticos. Una pléyade de funcionarios y ministros que habían estado bajo la tutela del presidente y del vicepresidente del Consejo de Ministros de la Unión Soviética, Nikita Krushev y Anastás Mikoyán.

Una vez cubiertas estas formalidades sobre el motivo de la visita cubana y sobre la identidad de los emisarios cubanos y de sus interlocutores en Moscú, el comunicado conjunto entraba a valorar las impresiones que la delegación cubana había tenido de la URSS y de su nivel de desarrollo. Aquí el

¹¹¹ *Ibidem*, pág. 7.

documento alcanzaba un marcado carácter propagandista y todo parecía indicar que contaba con la autoría soviética, pues en este tramo el comunicado entraba en una serie de enumeraciones, quizás excesivas, sobre los logros soviéticos en todos los campos, para terminar rematando que los delegados cubanos y los mandatarios soviéticos creían que en un futuro no muy lejano la URSS daría alcance y aventajaría con facilidad a los Estados Unidos de América, definidos como la nación capitalista más desarrollada¹¹².

Después de escenificar el convencimiento de cubanos y soviéticos sobre la futura entronización de la URSS como el Estado más desarrollado del mundo, el comunicado señalaba, de forma general, las fórmulas a través de las cuales se concretaría la ayuda soviética a la Revolución cubana. Primera, “*a través de compromisos en la construcción de fábricas industriales completas*”¹¹³. Segunda, por medio de la ayuda que representaba el “*suministro de mercancías de importancia vital*”¹¹⁴. Y tercero, la URSS apoyaría en todos los frentes a Cuba para ayudarla “*a mantener su independencia contra agresiones sin provocación*”¹¹⁵. Este compromiso había sido manifestado públicamente en diversas ocasiones por el primer ministro Krushev y se formalizaba ahora a través de dicho comunicado. Como comentario anexo a aquellos tres puntos la delegación cubana reconocía y agradecía “*los esfuerzos de la Unión Soviética encaminados a proteger los intereses de la República de Cuba en las organizaciones internacionales*”, en un momento en el que la nación cubana se había convertido “*en uno de los puntos más delicados en el problema de salvaguardar la paz mundial*”¹¹⁶.

Tomando esta idea como referencia, el comunicado pasaba a continuación a señalar que la Unión Soviética y Cuba se habían comprometido a través de sus convenios a “*luchar juntos por la paz mundial*”¹¹⁷. Por lo demás, las autoridades de la URSS querían dejar también constancia de la admiración soviética por el proyecto fidelista. Cubanos y soviéticos manifestaban que el triunfo de la revolución en Cuba creaba “*una nueva situación en América y que la lucha del pueblo cubano por su independencia*” y por el mantenimiento de sus logros, “*sin dar un paso atrás*”, constituía “*un ejemplo para los demás pueblos del continente americano y también para Asia y África*”¹¹⁸.

El camino de Cuba recibía así el espaldarazo de la URSS, que se materializaba en aquel comunicado a través del sustento a todas las medidas adoptadas por el Gobierno de Cuba en materia social y económica. Además, y este punto resulta vital para los intereses cubanos en el ámbito americano, la Unión Soviética apoyaba “*calurosamente*” la Declaración de La Habana como programa para la consecución de nuevos logros en el desarrollo económico y social de Cuba y como “*respuesta justa a la Declaración de San José aprobada en Costa Rica*”¹¹⁹. La URSS y Cuba manifestaban también a través de aquel comunicado su total sintonía en materia cultural y económica, como demostraba la firma de un convenio comercial para el año 1961 y de acuerdos de intercambio en el ámbito educativo, científico y artístico. En el comunicado conjunto se aseguraba que el volumen de intercambios entre ambos países aumentaría de forma considerable, y no sólo en el campo del comercio de mercancías, sino también a través de la ayuda técnica prestada por parte de la URSS a Cuba como parte del convenio cubano soviético firmado en el 13 de febrero de 1960 con motivo de la visita de Mikoyán a La Habana y como fruto del intercambio artístico y cultural.

¹¹² *Pueblo* (Año XXII). Núm.6640. Madrid: jueves, 5 de enero de 1961, pág. 10. Diario.

¹¹³ *Ibidem*, pág. 11.

¹¹⁴ *Idem*.

¹¹⁵ *Idem*.

¹¹⁶ *Idem*.

¹¹⁷ *Idem*.

¹¹⁸ *Idem*.

¹¹⁹ *Idem*.

El tramo final del comunicado hacía referencia ya al ámbito internacional y las conversaciones mantenidas entre los mandatarios soviéticos y los delegados cubanos sobre los problemas relacionados con la situación mundial. Fruto de aquellas discusiones el comunicado señalaba que cubanos y soviéticos tenían “*puntos de vista coincidentes sobre los principales problemas*” que afectaban a la humanidad¹²⁰. Sin embargo, el comunicado veía conveniente explicitar aquellos puntos en que la sintonía era máxima. Ambos países consideraban inaceptable “*la política militarista del imperialismo*” norteamericano¹²¹. Las partes, Cuba y la URSS, apoyaban también la admisión de la República Popular China y de la República Popular de Mongolia en la ONU. Ambas partes entendían que los derechos legítimos de China en las Naciones Unidas estaban siendo usurpados por “*el paniaguado Chan-Kai-Chek*”¹²². De igual modo, consideraban difícil de entender la exclusión de Mongolia: un país con cuarenta años de existencia como Estado soberano y cuya solicitud de ingreso en la ONU se encontraba bajo estudio después de quince años de espera para la admisión¹²³. Sin embargo, estos no eran los únicos problemas acuciantes en Asia. Cuba y la URSS compartían igualmente el convencimiento de que era necesario trabajar para “*llegar a la unificación pacífica*” de Corea y de Vietnam y que aquel proceso de reunificación nacional debía acometerse “*de acuerdo con el deseo de sus pueblos, sin intervención extranjera*”¹²⁴.

Si los problemas a acometer en Asia eran urgentes todavía lo eran más los que presidían la política africana. Cuba y la URSS encontraban inaplazable el reconocimiento por parte de la ONU del legítimo Gobierno del Congo dirigido por el primer ministro Patricio Lumumba, para lo cual era necesaria la inmediata puesta en libertad de Lumumba, único y legítimo representante del pueblo congolés¹²⁵. Otro de los problemas acuciantes en África era el problema argelino. Cuba y la URSS apoyaban resueltamente la lucha que libraban los pueblos contra el colonialismo y entendían que los regímenes de aquella naturaleza impuestos por las potencias europeas en África tenían que finalizar tan pronto como fuera posible. De acuerdo con este planteamiento, ambas partes consideraban legítima la lucha argelina contra el Gobierno francés y “*expresaban su confianza en un feliz resultado*”, que tendría como destino una Argelia independiente¹²⁶.

Para conseguir todos aquellos objetivos era necesario que las potencias occidentales renunciaran al dominio colonial e imperial y para ello uno de los pasos fundamentales pasaba por la renuncia a las bases militares en otros países. Estados Unidos contaba con numerosas bases militares fuera de su territorio nacional, cuyo objetivo manifiesto pasaba por la amenaza de agresión “*contra la Unión Soviética, contra todos los demás países socialista y también contra otros Estados pacíficos*”¹²⁷. Según el razonamiento de cubanos y soviéticos las bases norteamericanas estaban siendo utilizadas “*para presionar constantemente a los Gobiernos inestables*” y también para amenazar directamente a aquellos Gobiernos que, “*de acuerdo con la voluntad de los pueblos*”, pretendían seguir una política independiente¹²⁸. Llegados a este punto se hacía referencia directa a la base de Guantánamo y al uso que de ella se estaba haciendo para presionar al pueblo y al Gobierno de Cuba. Sin embargo, según señalaba el comunicado, en otras ocasiones ni siquiera se precisaban bases militares, pues muchas potencias imperialistas optaban por hacer uso, en cualquier caso arbitrario, de los organismos internacionales para llevar a cabo sus tareas de dominación mundial. En este caso el Congo se erigía aquí en ejemplo paradigmático. Un país que estaba siendo desmembrado con la connivencia de los

¹²⁰ *Idem.*

¹²¹ *Idem.*

¹²² *Idem.*

¹²³ *Idem.*

¹²⁴ *Idem.*

¹²⁵ *Idem.*

¹²⁶ *Idem.*

¹²⁷ *Idem.*

¹²⁸ *Idem.*

organismos internacionales bajo la instauración de “*un Gobierno antinacional*”¹²⁹. Cuba demandaba aquí su derecho a defenderse y criticaba la Declaración de San José de Costa Rica, cuyo único propósito había estado en promover que Cuba rechazara la ayuda ofrecida por la Unión Soviética frente al acoso norteamericano.

El comunicado conjunto cubano-soviético y la crónica del viaje de Guevara por los países socialista reproducidos en el diario *Pueblo* terminaban con un destacado de cosecha propia, una nota editorial de *Pueblo* que suponía un añadido a lo publicado en *Arriba*. *Pueblo*, después de la publicación de aquella crónica, y constatado el alcance de las negaciones y de los acuerdos establecidos entre Cuba y la URSS, aseguraba entonces que Cuba había decidido cambiar de bando. Sus vinculaciones al bloque soviético eran tan profundas que considerar a La Habana parte del mundo occidental era ya una quimera.

El comunicado conjunto del día 19 de diciembre y los acuerdos económicos de la víspera eran, según aseveró *Pueblo*, la “*metáfora*” de la entrega de La Habana al control del Kremlin¹³⁰. Guevara había ratificado aquel orden de cosas al señalar que la presencia de la URSS aseguraba una posibilidad para el “*desarrollo pacífico de Cuba*” y la reconstrucción de su economía bajo nuevos parámetros¹³¹. El dirigente revolucionario, además, ponía el acento en el cambio que se había orquestado en los últimos años en la arena internacional; un nuevo contexto que permitía a los países en vías de desarrollo desvincularse del régimen de explotación colonialista e imperial. El mundo contaba ahora con la URSS y “*el potente campo socialista*” para contrarrestar la hegemonía de las potencias occidentales y de los Estados Unidos¹³². Una nueva situación que permitía a los países recién independizados, o en ciernes de estarlo, librarse del cepo colonial y de la celada imperial. El comunicado, según la nota editorial de *Pueblo*, constituía así “*la escritura de venta*”, el contrato de compraventa de la mayor de la Antillas al poder moscovita, algo que contaba a partir de entonces con un soporte documental, más poderoso que cualquier tipo de declaración¹³³.

De la publicación de aquella crónica en los diarios *Arriba* y *Pueblo* se desprendía que el sindicalismo vertical y la Falange comenzaban a apostar por una interpretación diferente de la Revolución cubana. Desde primeros de enero de 1961, la Falange y el entramado sindical que había medrado a su costa comenzaron a inclinarse por una línea editorial en la que la Revolución cubana dejaba de ser un movimiento revolucionario netamente nacionalista y con inquietudes sociales para convertirse en un régimen homologable a los imperantes dentro del bloque oriental. Un argumentario que situaba a los órganos de expresión del falangismo y el sindicalismo vertical al lado de los diarios de tendencia católica próximos al Opus Dei y de aquellos otros inclinados hacia el tradicionalismo monárquico, que eran los que venían asegurando ya desde hacía meses que la Revolución cubana era un régimen con pretensiones claramente comunistas y donde el Kremlin ostentaba ya mando en plaza. A partir de enero de 1961, las diferencias notables que se podía registrar entre el diario *Pueblo*, por un lado, y *ABC* o *El Alcázar*, por el otro, comenzaron a diluirse. Para todos los diarios franquistas el Gobierno de La Habana, a aquellas alturas de 1961, era ya un régimen comunista y ahora las diferencias comenzaron a marcarse sobre el trato más conveniente a desarrollar con un régimen de aquella naturaleza.

¹²⁹ *Idem.*

¹³⁰ *Idem.*

¹³¹ *Idem.*

¹³² *Idem.*

¹³³ *Idem.*

14.3.5 Un nuevo programa de desarrollo para el futuro de Cuba

Los medios franquistas le habían cargado ya el cartel de comunista a la Revolución cubana. Sin embargo, aquellos devaneos “filosóficos” sobre el carácter de la Revolución cubana parecían preocupar poco a los dirigentes cubanos, que seguían teniendo como eje argumental en sus posicionamientos ideológicos evitar, en la medida de lo posible, comprometerse abiertamente con el marxismo soviético. La revolución en Cuba era popular y trabajaba para unas clases concretas, las reiterativamente olvidadas en la historia de Cuba, que eran ahora protagonistas de su proceso revolucionario y soporte del Gobierno cubano y de sus clases dirigentes. De todos modos, algo era ya innegable: aquella alianza entre la radicalidad de la pequeña burguesía, el campesinado y la clase trabajadora, fuente de legitimidad para Cuba, era también la que sustentaban las corrientes de pensamiento marxistas en su lucha por derrocar el régimen capitalista imperante en los países occidentales e iniciar el tránsito hacia el socialismo. El bloque hegemónico llamado a señorear en los destinos de Cuba, tras meses de fragua, había terminado por cristalizar, y este bloque era además el idóneo, según el argumentario marxista, para iniciar con ciertas garantías el tránsito a una sociedad regida bajo patrones socialistas.

A pesar de aquellas evidencias, perceptibles ya para propios y extraños, Ernesto Guevara, más allá de sus ya evidentes inclinaciones marxistas, parecía más preocupado por explicar el alcance de los acuerdos alcanzados y los desafíos que tenía por delante la revolución para acometer la profunda transformación que requería el país. Con este objetivo en cartera se presentó ante las cámaras de televisión en aquella jornada del 6 de enero de 1960. Una comparecencia esperada durante días, pero que había resultado inviable debido a la agitada agenda informativa cubana, inmersa en los acontecimientos que habían precedido y seguido a la ruptura de relaciones diplomáticas con los Estados Unidos. De todos modos, aquella espera obligada terminó siendo beneficiosa, pues las palabras de Guevara parecían llegar cuando el proceso revolucionario más lo necesitaba.

Así pues, a nuestro modo de ver, el mensaje de Guevara al pueblo de Cuba resultaba ahora más oportuno que a finales de diciembre de 1960, pues era en aquel momento de tribulaciones y zozobra cuando el pueblo cubano precisaba declaraciones y comparecencias que informaran sobre las alternativas económicas que se abrían para Cuba en el nuevo período. La ruptura económica y diplomática con los Estados Unidos y la particular ojeriza que sentían por el proyecto cubano varios Gobiernos latinoamericanos, y no sólo aquellos que habían decidido romper sus relaciones con La Habana, hacían de las palabras de Guevara un bálsamo imprescindible en aquel momento de ansiedad y desasosiego por el que estaba pasando Cuba.

Bajo aquel clima de expectación, Guevara afrontó una de sus comparecencias televisivas más esperadas y también más importantes por el carácter programático que albergaba su informe. Guevara acometió aquella trascendental cita haciendo uso de una franqueza que se extendió durante toda su extensa comparecencia. Algo que se hizo patente desde el primer momento.

Guevara comenzó señalando que los dignatarios soviéticos habían allanado el camino a los requerimientos cubanos en aquel momento de acoso a la revolución y que aquella actitud debía tenerse en cuenta. Las negociaciones con la URSS, según enfatizó Guevara, se había desarrollado “*con extraordinaria facilidad desde el primer momento*” y todo ello debido al análisis que las autoridades del bloque socialista habían hecho de la posición cubana como país sometido durante décadas a los Estados Unidos y sujeto durante la mayor parte de su historia a los rigores de la dependencia azucarera¹³⁴.

¹³⁴ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 3. La Habana: domingo, 15 de enero de 1961, pág. 64. Semanal.

El presidente del Banco Nacional señaló que el bloque socialista había estudiado la situación de Cuba y que, dada su condición dependiente del monocultivo azucarero y del mercado estadounidense, la mejor forma de ayudar a la revolución pasaba por absorber la producción de azúcar. Por su parte, la delegación cubana era consciente de que no se podía pedir al bloque socialista la compra de aquel importante insumo para la supervivencia cubana a un precio favorable, ni que tampoco se podía basar dicha petición, dado lo apresurado de las negociaciones, en motivos económicos de mutuo provecho. Y fue entonces cuando Cuba optó por exponer con claridad la gravedad de la situación por la que estaba pasando y explicó a los mandatarios soviéticos el contexto de asfixia económica en la que se encontraba debido al bloqueo y a la más que posible suspensión a perpetuidad de la cuota azucarera norteamericana. Guevara señaló también que Cuba había solicitado ayuda para colocar el azúcar producido en el mercado socialista y créditos y sustento técnico para reestructurar el tejido productivo con el objeto de poder librarse tanto de la dependencia azucarera como de su mercado habitual, los Estados Unidos.¹³⁵

Lo que se requería, en definitiva, era una negociación sincera en la que se expusieran las dificultades cubanas y esta fue la estrategia que, según Guevara, se siguió en las negociaciones con el bloque socialista. Cuba había optado por presentar el problema en términos políticos y estratégicos, más que en económicos y comerciales. La URSS y el resto del bloque socialista no tenían razones comerciales, ni interés económico, para realizar la compra de semejante cantidad de azúcar sin una reestructuración previa de sus planes de producción. Dadas las circunstancias, las negociaciones tenían que tomar un carácter político y derivar a la postre hacia planteamientos que iban más allá del interés comercial mutuo. Cuba necesitaba vender su producción azucarera y no podía hacerlo por debajo del precio del mercado, precisaba mantener un precio que fuera capaz de arrojar un margen mínimo de beneficios para evitar así que se descapitalizara el país al tener que vender por debajo de los costes de producción.

Bajo estas premisas, más políticas que económicas, como reiteró Guevara en numerosas ocasiones, fue planteada la posición cubana. El Gobierno cubano había presentado su propuesta en sus justos términos y sin ocultar las dificultades en las que se encontraría la economía cubana si no se daba salida a la producción azucarera. Guevara señaló entonces que esta era la consigna que Fidel Castro le había dado cuando partió rumbo a Europa oriental el 22 de octubre de 1960 y que la misión había conseguido llevar a término con éxito aquel mandato.¹³⁶

La situación no era pues sencilla y necesitaba de altas dosis de comprensión por parte soviética, un requisito que, como indicó Guevara, se cumplió sobradamente. Así pues, por iniciativa directa de Krushev se convocó una reunión de autoridades en el ramo del comercio exterior para establecer negociaciones con la delegación cubana con un tema prioritario: determinar *“la cantidad que cada país socialista podía absorber de azúcar para ayudar a Cuba”*¹³⁷. Tras esta aclaración, Guevara expuso las cifras, muchas de ellas publicadas ya en las semanas precedentes en la prensa cubana. La URSS se había comprometido a comprar 2.700.000 toneladas si Estados Unidos decidía finalmente, como todo parecía indicar, cancelar a perpetuidad la cuota azucarera¹³⁸. China absorbería un millón de toneladas¹³⁹. Los países europeos, productores también de azúcar, habían hecho un esfuerzo y se habían comprometido a comprar 300 mil toneladas¹⁴⁰. Guevara no se olvidó tampoco de destacar las compras asumidas por los países asiáticos, menores que las de los dos gigantes del bloque soviético y los países europeos, pero cargadas de significado por el carácter solidario que portaban: Corea

¹³⁵ *Idem.*

¹³⁶ *Idem.*

¹³⁷ *Idem.*

¹³⁸ *Idem.*

¹³⁹ *Idem.*

¹⁴⁰ *Ibidem*, págs. 64 y 65.

adquiriría 20 mil toneladas, Vietnam 5 mil toneladas y la República Popular de Mongolia, “*para no desentonar en el apoyo del bloque socialista*”, se había comprometido con la compra simbólica de mil toneladas¹⁴¹.

Por lo demás, Guevara señalaba que la misión comercial, aunque no contara ya con su presencia continuaba sus negociaciones entre los países del bloque socialista. El subsecretario de Relaciones Exteriores, Rodríguez Llompart se encontraba en aquel momento en Bulgaria y tenía todavía que visitar Rumania y Albania donde se firmarían los protocolos comerciales para los años venideros¹⁴². Todavía había asuntos que resolver, pero el Gobierno cubano seguía trabajando para reestructurar todo su comercio exterior ante la negativa de los Estados Unidos a seguir manteniendo relaciones comerciales con Cuba.

Cuba había resuelto su problema azucarero a corto plazo, pero aquello no significaba gran cosa para el futuro, pues, según remarcó el Che en su informe, ahora había llegado el momento de desprenderse de la organización de estructura colonial que imperaba en el país y aquello requería de la participación de todos los cubanos, pues la tarea a afrontar no sería fácil. Guevara señalaba entonces que Cuba había estatizado gran parte de su economía y que aquello traía aparejadas “*violentas conmociones y dificultades muy grandes*”¹⁴³. Además, aquellas dificultades propias del cambio económico venían a unirse a los desajustes que implicaba el cambio de socios comerciales. En primer lugar estaban los esfuerzos adaptivos que tendría que emprender Cuba, el bloque socialista se regía por el patrón métrico decimal y Cuba funcionaba a base de varas, yardas y libras¹⁴⁴. Todo ello demandaba esfuerzos y atención, pues aquellas transformaciones imprescindibles, dado el nuevo contexto económico, además de implicar mudanzas en la mentalidad también requería cambios de carácter técnico para afrontar con garantías el proceso adaptativo.

Así pues, aquella adaptación implicaba cambios en la mentalidad productiva, cambios en el régimen de pesos y medidas y también una sustitución de gran parte del instrumental industrial utilizado hasta el momento en Cuba, pues el adquirido en el bloque socialista era muy diferente al proveniente de los Estados Unidos. Guevara entraba entonces a relatar un sinfín de adaptaciones técnicas a realizar en el futuro, desde los cambios en el ciclo, el período y la frecuencia en el transporte de la electricidad hasta el diámetro de cañerías y bocas de riego¹⁴⁵.

Nada parecía escapara al análisis del revolucionario argentino. La Revolución cubana entraba en una nueva fase económica y organizativa y para ello era necesario adaptarse. Aquí el mensaje tenía un claro destinatario: las clases productivas cubanas, que eran las llamadas a implementar aquellos cambios demandados. Guevara presentaba el proyecto revolucionario como un proyecto colectivo, cuasi socializado, en el que el motor de la transformación tenía que ser, por pura necesidad, el propio pueblo cubano.

En cada pasaje de la comparecencia de Guevara trascendieron dos ideas fundamentales, dos ideas que mudaban en actitudes y a las que recurrió de forma constante aquel informe: adaptación y cambio. Era necesario adaptarse y cambiar. Los países socialistas se habían adaptado a Cuba, y Cuba, por necesidad, agradecimiento y reciprocidad, debía adaptarse también. Aquella necesidad de adaptación le daba pie a Guevara a describir el plano en el que se movían ahora las relaciones comerciales de Cuba. La comparecencia-informe de Guevara entró entonces en un plano puramente descriptivo en el que se hacía mención a las nuevas plantas industriales que se implantarían en Cuba: siderúrgicas,

¹⁴¹ *Ibidem*, pág. 65.

¹⁴² *Idem*.

¹⁴³ *Idem*.

¹⁴⁴ *Idem*.

¹⁴⁵ *Idem*.

refinerías petroleras, plantas de extracción mineral, fábricas de todo tipo de componentes y materiales de consumo, factorías de automoción... En fin, un proceso de industrialización acelerada que sería puesto en marcha en los próximos meses y que se extendería durante el quinquenio que iba de 1961 a 1965¹⁴⁶.

Una vez expuestos todos aquellos puntos de carácter eminentemente técnico, comercial e industrial, Guevara se adentró por los cauces puramente políticos e ideológicos que se derivaban de aquellos acuerdos comerciales y económicos y aquí su discurso hizo mención a la URSS y a la China popular fundamentalmente. Los dos gigantes del bloque comunista fueron analizados en profundidad por el revolucionario argentino y aunque ambos recibieron el parabién de Guevara; China contó con mayores salvas en su discurso, indudablemente, su modelo económico y su posición internacional frente a la lucha armada lo hacían más compatible con el proyecto cubano, y esto se hizo evidente en la posición adoptada por Guevara ante las audiencias cubanas.

En lo tocante a China, el presidente del Banco Nacional expuso de forma detallada todas las industrias adquiridas en este país y puso en solfa que aquellas adquisiciones se habían concretado a unos precios muy inferiores a los que se tendrían que pagar en Estados Unidos o en el bloque occidental por la compra de aquellas mismas industrias. Además, como hemos expuesto ya en los párrafos precedentes, se destacó la actitud mostrada por los dirigentes chinos en la firma de los acuerdos y tratados, y también las facilidades y la flexibilidad mostradas en los asuntos que hacían referencia a los pagos y a los plazos de devolución de las deudas contraídas por La Habana con Pekín. El entusiasmo de Guevara por China era tan evidente que nada mejor que recrear parte de su argumentario para dejar constancia de aquel sentimiento:

*“Verdaderamente, China es uno de los países donde uno se da cuenta de que la Revolución cubana no es un hecho único...China está viviendo esa parte de su historia revolucionaria de modo similar a Cuba; un entusiasmo general, todos interesados en la producción, trabajando horas extras para aumentar la productividad de su país. El trabajador con su libro bajo el brazo, estudiando alguna materia técnica. La lucha contra el analfabetismo, desarrollada vigorosamente...”*¹⁴⁷

Guevara describía en cierta medida lo que estaba sucediendo en Cuba y lo que deseaba para los cubanos. La postura “prochina” del Che comenzó así a quedar patente desde 1961, pues aunque el líder argentino no ahorró elogios a la URSS, el patrón a seguir, a su parecer, estaba en la China de Mao. Además, el revolucionario argentino echó mano de un ejemplo más que elocuente para escenificar que el proyecto chino era superior al resto de los modelos asiáticos vigentes en aquel momento para vencer el subdesarrollo; un ejemplo que quizás no era del todo casual, pues de él podían derivarse ideas concluyentes sobre su posición a nivel internacional. Guevara señaló que durante años habían existido dos países que habían sido el *“símbolo del hambre, la miseria y el oprobio colonial: China y la India”*¹⁴⁸. Entonces apuntó que aunque la India contaba con un Gobierno popular que estaba tomando medidas para mejorar el nivel de vida, su población seguía padeciendo un hambre espantosa y una explotación inadmisibles. Guevara, a continuación, señalaba que en cambio China no reflejaba *“el menor síntoma de miseria”*, una miseria que sí podía observarse en países asiáticos más desarrollados como Japón¹⁴⁹.

El ejemplo de Guevara era tan elocuente como intencionado: en 1959 se había producido la rebelión tibetana y el inicio del contencioso fronterizo entre China e India que terminaría degenerando en la

¹⁴⁶ *Ibidem*, págs. 65 y 66.

¹⁴⁷ *Ibidem*, pág. 66.

¹⁴⁸ *Idem*.

¹⁴⁹ *Idem*.

llamada Guerra sino-india de 1962. Por lo demás, el ejemplo de Guevara no jugaba a favor de las relaciones de Cuba dentro de los no alineados, pues aunque validaba los intentos del Gobierno de Nehru para combatir la pobreza y la explotación, señalaba su condición inane y su falta de resultados, sobre todo si se los comparaba con los obtenidos en la China popular. De todos modos, las apreciaciones sobre Japón eran todavía más hirientes y apuntaban directamente al fracaso del modelo de desarrollo instaurado por Estados Unidos en Asia. El ejemplo de Guevara escenificaba así la posición de Cuba en Asia; un ejemplo que por lo observado en aquellas fechas podía ser suscrito por la totalidad de la cúpula revolucionaria.

Guevara puso el acento en aquella comparación entre China, por un lado, y la India y Japón por el otro para aseverar que de aquellos ejemplos Cuba podía sacar una enseñanza valiosa. Guevara se mostraba concluyente en sus aseveraciones sobre aquella comparativa, no en vano estaban basadas en su propia experiencia. De mediados de junio a principios de septiembre de 1959 Guevara había realizado un viaje similar al emprendido entre octubre y diciembre de 1960. En el primero había tratado de establecer acuerdos comerciales tras la promulgación de la Reforma agraria y en el segundo había hecho lo propio tras las nacionalizaciones de octubre de 1960 y la instauración del bloqueo por parte estadounidense. Sin embargo, entre la primera misión comercial y la segunda había más de un año de diferencia y todo había cambiado en la Cuba revolucionaria. En la primera misión se habían visitado varios países: la RAU, la India, Birmania, Japón, Indonesia, Ceilán, Yugoslavia y Marruecos, con escalas en Singapur, Hong Kong y Madrid, estas tres últimas visitas sin contacto con las autoridades¹⁵⁰. En la segunda, el bloque socialista había sido el único protagonista, sólo la parada técnica en Madrid, rompía la uniformidad del viaje. Además, entre ambos viajes había una diferencia sustancial: en el primero la intención cubana había pasado por estrechar acuerdos con los no alineados y algún otro país adscrito al bloque occidental; en el segundo el bloque socialista había sido el único pretendido por la dirigencia cubana.

Ambas misiones contaban pues con diferencias significativas y que iban más allá de las inclinaciones ideológicas de los países visitados y de las simpatías que la dirigencia revolucionaria pudiera albergar con respecto a ellos. En la primera misión Cuba había firmado acuerdos con varios países, de forma separa y de menor cuantía; en la segunda misión los acuerdos habían sido mayores y dentro de una lógica unitaria. En esta segunda misión los signatarios eran la Revolución cubana y un bloque solidario de países socialistas al frente del cual se encontraba la URSS.

Evidentemente, el Che y el resto de la dirigencia revolucionaria se sentían más cómodos y mejor asistidos bajo el paraguas soviético que bajo la ayuda que pudiera aportar la heterodoxia imperante dentro del heterogéneo bloque de los no alineados. Además, estos segundos acuerdos tenían también un indudable carácter defensivo: Cuba se insertaba dentro del bloque comercial socialista aunque fuera bajo un formato singular, lo que indudablemente tenía derivaciones ideológicas y estratégicas. Un aspecto que no pasó por alto el presidente del Banco Nacional de Cuba, pues aparejada a aquellos acuerdos comerciales había llegado la declaración de los ochenta y un partidos comunistas, en la que se había reconocido el papel señero que la Cuba revolucionaria estaba desempeñando en la lucha contra el imperialismo. Según la opinión de Guevara, la declaración de las formaciones comunistas firmada en Moscú durante la misión cubana había reconocido de forma explícita el modelo bajo el que se había desarrollado *“la lucha popular en Cuba”*, validando así los principios que habían presidido aquella contienda por el poder en el contexto americano¹⁵¹. Del mismo modo, una vez instalado en el poder el movimiento revolucionario cubano, se había demolido el régimen vigente, se habían *“destruido las instituciones que se habían dado las clases anteriormente dominantes”*, algo

¹⁵⁰ Taibo II, Paco Ignacio: *Op. Cit.*, págs. 382-387.

¹⁵¹ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 3. La Habana: domingo, 15 de enero de 1961, pág. 67. Semanal.

que también había contado con el refrendo de las formaciones comunistas¹⁵². Y, finalmente, dichas formaciones, habían validado igualmente la forma en que la Revolución cubana había sabido mantener, en *“lucha frontal contra el imperialismo”*, el ritmo de transformaciones y cambios, llevando el proceso revolucionario hasta sus últimas consecuencias¹⁵³.

Guevara, en aquel ejercicio dialéctico de requiebros, en ningún momento hablaba de las metas socialistas por las que ya luchaba el Gobierno cubano, quizás eran tan evidentes que cualquier mención, además de inoportuna, resultaba redundante. El Gobierno cubano había emprendido una misión comercial imprescindible debido a la situación en que se encontraban las relaciones comerciales con sus antiguos socios y durante aquella misión, fruto de los acuerdos comerciales firmados y como consecuencia de la propia dinámica dentro del bloque socialista, el proyecto cubano había sido validado, sin que Cuba tuviera que comprometerse enteramente ni explicitar el grado de sintonía que pudiera existir entre la dirigencia cubana y sus nuevos socios comerciales.

Lo que había sucedido simplemente era que Cuba se había acercado al bloque socialista por pura necesidad y lo había hecho más allá de los planteamientos ideológicos presentes en sus clases dirigentes, pues en aquel momento ya no había otra alternativa al bloqueo económico estadounidense. No se debe perder de vista que la delegación del Gobierno cubano a los países socialistas respondía a los requerimientos propios de la simple supervivencia nacional, y no a motivaciones puramente ideológicas, y que aquella misión había sido inducida directamente por la cerrazón norteamericana y su implacable bloqueo económico. Las coincidencias ideológicas que pudieran existir entre los dirigentes cubanos y sus nuevos socios comerciales del bloque socialista eran una feliz coincidencia que facilitaba el trato en la mesa de negociaciones. Sin embargo, Cuba estaba dispuesta a comercial con todos los países por encima de bloques ideológicos y económicos, algo que los dirigentes revolucionarios habían señalado de forma constante durante los últimos meses.

Así pues, a pesar de la provechosa sintonía con el bloque socialista, Cuba no cerraba sus puertas a occidente ni se mostraba categórica en su ruptura de relaciones con los Estados Unidos. Las relaciones de amistad entre las autoridades norteamericanas y cubanas resultaban casi imposibles de restañar y aquello tenía una incidencia clara en las relaciones diplomáticas, pero existían intereses comerciales que podían ser rescatados en cualquier momento para contribuir al mutuo beneficio económico de ambas naciones. Éste era un planteamiento en el que parecía creer firmemente Ernesto Guevara y que quedaba claramente reflejado en sus propias palabras. El Che se aventuró a señalar que Cuba estaría dispuesta a comerciar con los Estados Unidos cuando las autoridades de este país así lo decidieran. Guevara, aunque no contaba con las prerrogativas de que estaban investidos los miembros del Consejo de Ministros, como él mismo reconoció, consideraba que aquel planteamiento era compartido por la cúpula ministerial.

Cuba permanecería a la espera de la llegada de la nueva Administración Kennedy. Guevara afirmó que cuando el nuevo mandatario norteamericano considerara oportuno se podrían establecer acuerdos en plano de igualdad entre ambos países, poniendo como única condición que no hubiera condiciones¹⁵⁴. Guevara cedía el testigo al nuevo inquilino de la Casa Blanca al señalar que todo estaba en manos de la nueva Administración norteamericana, pues tan pronto como Kennedy tomara el poder, la dirigencia cubana estaría dispuesta a negociar acuerdos comerciales. Nada tenía porque ser permanente. Guevara señaló que Kennedy había aseverado que él no había sido consultado sobre la

¹⁵² *Idem.*

¹⁵³ *Idem.*

¹⁵⁴ *Idem.*

decisión de romper relaciones diplomáticas con Cuba; un aspecto que debía ser tenido cuenta, pues todo parecía indicar que había pequeñas diferencias entre la administración entrante y la saliente¹⁵⁵.

Guevara exponía igualmente que durante la campaña electoral estadounidense, los revolucionarios cubanos y los demócratas estadounidenses se habían dedicado gruesos calificativos, pero que una vez pasado aquel momento, la situación de tensión podía reconducirse. Por lo demás, Guevara reconocía también que la ruptura de relaciones diplomáticas, tomada de forma unilateral por el presidente Eisenhower, había dejado al nuevo presidente Kennedy ante una situación de hechos consumados difícil de revertir. Sin embargo, lo que sí podía hacer el nuevo mandatario demócrata era cancelar e impedir el ataque que se estaba preparando contra Cuba. Kennedy, como presidente de los Estados Unidos, tenía facultades para ello, y, según Guevara, una iniciativa de aquel calado sin duda contribuiría a rebajar la tensión y facilitaría el establecimiento de acuerdos para el futuro¹⁵⁶.

El Che finalizaba su trascendental alocución solicitando calma y prudencia al pueblo cubano. En primer lugar hacía un llamamiento a las clases medias y a la pequeña burguesía para que no se dejaran arrastrar por las maniobras disolventes de la contrarrevolución: desde el exterior y también desde algunos sectores del interior del país se hablaba de *“la liquidación del pequeño comercio”* y de la *“confiscación de cuentas corrientes”*, algo que Guevara negaba de forma categórica¹⁵⁷. Aquellas noticias no eran más que infundios alarmistas destinados a ablandar la conciencia revolucionaria del sector de la pequeña burguesía que se mantenía fiel a la revolución. Guevara solicitaba de ellos cordura y sensatez, nada debían temer de la revolución porque esta contaba con ellos para construir la nueva Cuba.

Guevara lanzaba un mensaje de acogida a las clases medias y la pequeña burguesía y les solicitaba prudencia, algo que el líder argentino hacía extensible a toda la población. Guevara señaló que Estados Unidos no estaba en situación de lanzar un ataque contra Cuba, el contexto internacional no era ya favorable para emprender aquel tipo de aventuras. Dadas las circunstancias, Cuba tenía que aprovechar aquella ocasión y contemplar el cambio en la Presidencia norteamericana como una oportunidad para serenar los ánimos. Cuba no disponía de la fuerza suficiente para sostener una lucha permanente con los Estados Unidos y por eso *“no era bueno eso de estar constantemente en actitud agresiva”*¹⁵⁸. Kennedy había mostrado dudas ante la ruptura de relaciones diplomáticas y aquellas vacilaciones tenían que ser tenidas en cuenta por el pueblo cubano. En este pasaje, después de las salvas a la China popular y su posición internacional, el líder argentino hacía una concesión a los planteamientos soviéticos, que por otro lado interesaban también a Cuba. Aquel mensaje de prudencia sin duda sería del gusto de las autoridades soviéticas. Con aquellas palabras Guevara echaba el cierre a aquella trascendental comparecencia: solicitaba cordura y prudencia al pueblo cubano, hacía una concesión a la política de la coexistencia pacífica de Nikita Krushev y enviaba un recado a las autoridades norteamericanas en el que se les indicaba que Cuba no tenían ningún interés en mantener la tensión de forma indefinida.

Sin embargo, mientras no llegara aquel período de distensión necesario para todas las partes involucradas, el pueblo cubano debería seguir atento, con un ojo en la costa y el otro en los cielos de Cuba, pero sin que ello implicara una dejación de las obligaciones en el puesto de trabajo. Guevara lo exponía con una suerte de aforismo que era ya letanía entre las clases dirigentes cubanas: *“Hay*

¹⁵⁵ *Idem.*

¹⁵⁶ *Idem.*

¹⁵⁷ *Idem.*

¹⁵⁸ *Idem.*

que hacer las dos cosas, defender la patria y trabajar. Todavía, en estos momentos de tensión, está vigente aquello de estudio, trabajo y fusil”¹⁵⁹.

14.4 Un período de interregno presidido por la incertidumbre

En la primera semana de 1961 los acontecimientos se sucedieron a una velocidad endiablada y cada día la situación se iba haciendo más compleja. En Estados Unidos todo estaba preparado para la sucesión en la Casa Blanca y en Cuba la población velaba atenta a cualquier maniobra de última hora de la administración saliente. Así pues, Cuba, Estados Unidos y por añadidura el resto del continente permanecían expectantes ante un período de interregno presidido por muchas incertidumbres y pocas certezas.

Después de la denuncia de Raúl Roa ante el Consejo de Seguridad y de la alocución-informe de Ernesto Guevara ante las audiencias cubanas, la actividad de la contrarrevolución se recrudeció de nuevo. Y aquello hizo saltar todas las alarmas. Restaban solamente dos semanas para la salida de Eisenhower y los poderes fácticos podían aprovechar aquel período de mudanzas para lanzar un ataque definitivo contra Cuba. Además, las informaciones que se iban publicando en la prensa sobre los movimientos de la contrarrevolución no contribuían a que la tensión disminuyera.

El día 6 de enero la crónica de Blanco Tobío remitida desde Nueva York, además de desgarnar la intervención de Roa ante el Consejo de Seguridad, exponía los muchos y variados rumores que circulaban por los Estados Unidos. Uno de ellos señalaba que la fecha escogida para la invasión de Cuba era el 18 de enero, cuarenta y ocho horas antes de que Kennedy jurara la “*Constitución como nuevo Presidente de la Unión*”¹⁶⁰. Otro indicaba que una flota americana había salido ya rumbo a Cuba para preparar la invasión¹⁶¹. En fin, una caterva de noticias sin confirmar, probablemente falsas, como señalaba el propio Blanco Tobío, pero que obligaban a la dirigencia cubana a mantener la movilización popular. La Habana estaba “*en pie de guerra*”¹⁶², según reflejaba *Pueblo* en sus titulares, y el malecón habanero se vestía con ropajes desacostumbrados: los vehículos de procedencia norteamericana habían sido sustituidos en el paseo marítimo de la capital cubana por artillería antiaérea y tanques de combate de fabricación soviética.

Cuba había militarizado el solar patrio para que la población, como bloque, repeliera cualquier tipo de agresión, aérea o terrestre. El día 5 de enero el Gobierno cubano había declarado “*zona militar el paseo marítimo de 16 kilómetros de longitud que domina la bahía de La Habana*”, instalando en la zona urbana de dicho paseo piezas de artillería y cañones antitanques. En el tramo que iba del centro de La Habana a la Embajada norteamericana se estaban cavando trincheras y colocando sacos terreros para organizar la defensa. Ochos kilómetros del litoral contaban ya con una línea de trincheras para defender la bahía y las milicias femeninas custodiaban la Embajada estadounidense, todavía con algunos funcionarios en su interior, para que no se produjeran incidentes que pudieran desencadenar una reacción norteamericana.¹⁶³

Mientras esto sucedía en la capital cubana, en los Estados Unidos se tomaban medidas también drásticas. Los estibadores del puerto de Nueva York mantenían desde el 5 de enero un boicot a los barcos de carga procedentes de Cuba o con destino a ella. Según apuntaba *Pueblo*, aquella había sido una medida “espontánea” en la que no había mediado presión oficial¹⁶⁴. El bloqueo se recrudecía y el

¹⁵⁹ *Idem*.

¹⁶⁰ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6641. Madrid: viernes, 6 de enero de 1961, pág. 1. Diario.

¹⁶¹ *Idem*.

¹⁶² *Idem*.

¹⁶³ *Idem*.

¹⁶⁴ *Ibidem*, pág. 2.

puerto neoyorquino quedaba así invalidado como punto de escala para los cargueros procedentes del bloque comunista con destino a Cuba y también para los buques que procedentes de Cuba se dirigieran a comerciar con otros países, sin distinción de que estos fueran socialistas o pertenecientes al bloque occidental. Aquella era sin duda una medida que estaba llamada a generar conflictos entre Estados Unidos y terceros países, pues el bloqueo, como sucedería durante décadas, comenzaba a tener un carácter extraterritorial y ya no sólo afectaba al comercio cubano-estadounidense, sino que se extendía más allá de las fronteras norteamericanas, englobando a terceros. Aquella medida, sin duda, controvertida, venía a unirse a otra no menos discutible. Funcionarios norteamericanos adscritos al Departamento de Estado habían informado un día después, el 6 de enero, que las autoridades norteamericanas permitirían a los refugiados cubanos entrar sin visado en los Estados Unidos¹⁶⁵. El Departamento de Estado había señalado que no se podía hacer una promesa general sobre este aspecto, pues habría algunos casos que tendrían que revisarse debido a asuntos que atañían a la seguridad nacional. De todos modos, los que sí podía asegurar dicho departamento era que la política a seguir por el servicio de inmigración y naturalización sería muy liberal en todo lo que hiciera referencia a la admisión de cubanos en territorio norteamericano¹⁶⁶.

Aquella medida parecía responder a la circular que el Gobierno cubano había dictado tras la ruptura de relaciones diplomáticas y en la que se especificaba que las solicitudes de visados que no hubieran sido confirmados en aquella fecha serían desestimadas¹⁶⁷. La dirigencia cubana parecía querer contener el éxodo masivo que pudiera producirse fruto del pánico a una invasión, pues, en Cuba, tanto el Gobierno como el pueblo parecían convencidos de que la invasión terminaría por llegar. *El Alcázar* y *Pueblo* hablaba de doscientos treinta mil milicianos y milicianas movilizados y señalaban que la dirigencia revolucionaria estaba dando pábulo a las noticias que apuntaban como fecha probable para la invasión el día 18 de enero¹⁶⁸. Por lo demás, la militarización no sólo afectaba a La Habana, el resto del país estaba también bajo el influjo de la movilización. En los edificios de las poblaciones cubanas se habían situado carteles exhortando a los cubanos “a defender el país casa por casa”¹⁶⁹. Algo que quedaba patente en el despliegue de baterías y armamento antiaéreo situado en las azoteas y terrazas de los edificios principales del país que permanecían bajo la tutela de las milicias¹⁷⁰. En el interior de Cuba la situación era análoga según señalaba la prensa franquista. En la autopista central que cruzaba la Isla la presencia de tanques y artillería pesada era ya abrumadora y en las laderas de las montañas y en los posibles lugares de desembarco la milicia y el Ejército Rebelde trabajaban para no dejar ningún lugar desguarnecido¹⁷¹.

Blanco Tobío, en las numerosas crónicas que aquellos días remitió desde Nueva York, señalaba que nada había confirmado sobre una posible invasión, pero que los rumores eran cada vez más numerosos. Cubanos y norteamericanos se encargaban de difundir todas aquellas versiones. En Florida, la llegada incesante de norteamericanos y cubanos, a los que siempre esperaban cámaras y micrófonos, contribuía a que los rumores y confidencias se difundieran por los Estados Unidos con gran rapidez y de aquí rápidamente pasaban a Cuba¹⁷². Tobío señalaba además que el ataque en cuestión no tenía que partir necesariamente de los Estados Unidos y que eran muchos los analistas que apuntaban a que la procedencia de aquel ataque, de producirse finalmente, podía provenir de

¹⁶⁵ *Idem.*

¹⁶⁶ *Idem.*

¹⁶⁷ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6642. Madrid: viernes, 7 de enero de 1961, pág. 1. Diario.

¹⁶⁸ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7664. Madrid: sábado, 7 de enero de 1961, pág. 34. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6642. Madrid: viernes, 7 de enero de 1961, pág. 1. Diario.

¹⁶⁹ *Idem.*

¹⁷⁰ *Idem.*

¹⁷¹ *Idem.*

¹⁷² *Pueblo* (Año XXII). Núm.6642. Madrid: viernes, 7 de enero de 1961, pág. 1. Diario.

algún punto del Caribe¹⁷³. Una afirmación que apuntaba directamente, como lugar más probable, a Guatemala.

Guatemala comenzó a aparecer entonces en la prensa franquista con la misma intensidad con la que lo había hecho en la prensa cubana durante las semanas previas. Sin embargo, en esta ocasión las noticias procedían de Estados Unidos y llevaban el membrete del prestigioso *The New York Times*. Por primera vez, sin hacer mención a rumores o a noticias sin confirmar, un diario norteamericano, nada menos que *The New York Times*, certificaba que los Estados estaban colaborando “*en la instrucción y armamento*” de fuerzas paramilitares y militares concentradas en Guatemala, dispuestas para intervenir en lo que parecía ya el “*inevitable choque con Cuba*”¹⁷⁴. Aquella noticia, publicada tanto en *El Alcázar* como en *Pueblo*, hacía referencia a un despacho de la corresponsalía del diario neoyorquino en Guatemala. *The New York Times* señalaba que en el departamento guatemalteco de Retalhuleu se había organizado un importante centro de preparación militar bajo la tutela de los Estados Unidos¹⁷⁵. El diario neoyorquino ofrecía detalles varios sobre las actividades desarrolladas en aquel centro. Entre ellas “*una intensa instrucción de pilotos con aparatos procedentes de un campo de aviación parcialmente oculto*”¹⁷⁶. Además, en las laderas de las cordilleras limítrofes al campo de entrenamiento, a poca distancia del Pacífico, se estaba llevando a cabo la instrucción de unidades de combate dispuestas para operar bajo “*las tácticas de la guerra de guerrillas*”¹⁷⁷. En lo tocante a estas unidades de intervención se ofrecían también datos genéricos sobre sus integrantes: no se trataba de un grupo de civiles y militares guatemaltecos, sino de “*personal extranjero, la mayor parte procedente de los Estados Unidos*”¹⁷⁸.

Las autoridades norteamericanas, continuaba el despacho del diario estadounidense, colaboraban “no sólo en la enseñanza militar del personal, sino también con el envío de material y la construcción de instalaciones tanto terrestres como aéreas”¹⁷⁹. El despacho en cuestión terminaba apuntado que las autoridades guatemaltecas, en conversaciones con el corresponsal del diario, habían insistido en dejar claro que aquellos preparativos militares estaban destinados a rechazar un ataque inminente de procedencia cubana¹⁸⁰.

El eco de aquella noticia abrió la veda para las informaciones en la prensa franquista sobre aquellos campos de entrenamiento en Guatemala. Un día después de la publicación de aquel despacho, distribuido en España por la *Agencia Efe*, el diario *Pueblo* ampliaba aquella noticia y se aventuraba a especular sobre lo que podía haber de cierto en aquellas afirmaciones y sobre los objetivos que perseguía aquel centro de entrenamiento militar. El omnipresente Blanco Tobío era el encargado de desmenuzar las claves de aquella información, que por otro lado ya no era patrimonio exclusivo de *The New York Times*, pues estaba ya presente en otros periódicos y revistas estadounidenses. Blanco Tobío acometía el análisis de aquellos centros de adiestramiento militar señalando lo que parecían noticias seguras, es decir, las que gozaban del consenso de todas las partes implicadas y de todas las versiones publicadas, y advirtiendo de las que no lo parecían tanto: a saber, otras noticias sobre las que pendía una sombra de misterio. Entre las primeras estaba el apoyo, la financiación y la dirección de aquellos centros por parte estadounidense. Estas parecían ser las únicas noticias confirmadas, a partir de aquí todo eran dudas, unas dudas que se alimentaban con todo tipo de rumores.

¹⁷³ *Idem*.

¹⁷⁴ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7666. Madrid: martes, 10 de enero de 1961, pág. 34. *Diario y Pueblo* (Año XXII). Núm.6644. Madrid: martes, 10 de enero de 1961, pág. 2. *Diario*.

¹⁷⁵ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6644. Madrid: martes, 10 de enero de 1961, pág. 2. *Diario*.

¹⁷⁶ *Idem*.

¹⁷⁷ *Idem*.

¹⁷⁸ *Idem*.

¹⁷⁹ *Idem*.

¹⁸⁰ *Idem*.

Blanco Tobío se adentraba entonces en la exposición de cuales eran, a su entender, las principales dudas. Unas incertidumbres que hacían referencia fundamentalmente a la composición y el carácter de las tropas adiestradas en aquel centro. En primer lugar no había quedado clara la nacionalidad de los integrantes de la soldadesca, todo parecía indicar que no había cubanos, sin embargo se señalaba que la mayoría de sus integrantes eran extranjeros y que procedían de los Estados Unidos, lo cual resultaba un contrasentido, pues era de suponer que no eran todos ellos estadounidenses, de lo contrario se hubiera eliminado aquella cláusula de extranjeros y se hubiera señalado que eran norteamericanos¹⁸¹. Si sobre este aspecto había más sombras que luces, todavía resultaban más oscuros los verdaderos objetivos para los que estaban siendo entrenadas a aquellas tropas de intervención. Las autoridades guatemaltecas insistían en que aquellos grupos estaban destinados a labores defensivas y la oposición a la Administración Ydígoras afirmaba que los preparativos estaban destinados a emprender *“una ofensiva contra el régimen del premier Fidel Castro y que estaban siendo planeados y dirigidos, y en gran parte pagados, por los Estados Unidos”*¹⁸². Mientras los adversarios de Ydígoras hablaban de planes ofensivos y las autoridades guatemaltecas de actividades defensivas, la Embajada norteamericana en Guatemala guardaba *“un completo silencio sobre este tema”*¹⁸³.

Así pues, pocas certezas sobre las intenciones de aquellos centros de entrenamiento, que por otro ya no eran sólo pasto de la prensa cubana y latinoamericana, pues los medios estadounidenses habían empezado ya hablar de ellos abiertamente. Blanco Tobío centraba su análisis en la falta de claridad sobre las informaciones que hablaban de aquellas tareas de adiestramiento en Guatemala, pero de lo sí parecía convencido era de que dichos campamentos eran contruidos, financiados y dirigidos por los Estados Unidos. Sin embargo, más allá de esto, todo eran dudas, incluida la de la nacionalidad de las tropas. Es más, Blanco Tobío, señalaba que todo parecía indicar que aquel centro no contaba con contingentes de cubanos. Algo que aquel mismo día negaba de forma implícita *El Alcázar*. El matutino madrileño no hablaba abiertamente de la presencia de cubanos entre las tropas, pero la daba por supuesta, como podía deducirse de la noticia presentada en su página sobre los campos de adiestramiento en Guatemala. *El Alcázar* se hacía eco para ello de una noticia publicada en el *Miami Herald* y señalaba que un ejército anticastrista, entrenado en Guatemala, estaba siendo reclutado en Miami y llevado desde allí al departamento de Retahuleu en Guatemala donde se habían levantado *“dos campamentos militares de instrucción”*¹⁸⁴. *El Alcázar* apuntaba además que los puntos de recluta y partida de las tropas con destino a Guatemala se habían instalado en dos campos de aviación en desuso situados en la población de Opa Locka en el sur de la Florida¹⁸⁵.

Aquellas noticias que traían en vilo a los medios estadounidenses, y que terminaron por inundar también las primeras páginas de la prensa franquista, habían sido ya confirmadas en diversas ocasiones por la revista *Bohemia*, que en aquellos mismos días parecía más preocupada en informar sobre el desmantelamiento de los centros contrarrevolucionarios radicados en el interior de Cuba que en las disertaciones sobre la colaboración que Estados Unidos pudiera encontrar para sus planes de agresión entre las autoridades centroamericanas. Los campos de adiestramiento en Guatemala, mencionados también en la revista *Bohemia* en aquellos días¹⁸⁶, se presentaban como el complemento a la contrarrevolución interna y esta última se erigía en aquel momento en el principal problema de la revolución, pues ante la invasión todos los esfuerzos revolucionarios tenían que estar centrados en resistir la acometida invasora, a resultas de lo cual, la dirigencia revolucionaria no se podían permitir

¹⁸¹ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6645. Madrid: miércoles, 11 de enero de 1961, pág. 5. Diario.

¹⁸² *Idem*.

¹⁸³ *Idem*.

¹⁸⁴ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7667. Madrid: miércoles, 11 de enero de 1961, pág. 1. Diario.

¹⁸⁵ *Idem*.

¹⁸⁶ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 3. La Habana: domingo, 15 de enero de 1961, pág. 62. Semanal.

el lujo de contar con una quinta columna interior que dividiera a las fuerzas defensivas y que pudiera ser utilizada para revestir la invasión de levantamiento popular.

La contrarrevolución interna, aunque no era numerosa, contaba con recursos y con una incuestionable capacidad de maniobra, lo que la convertía en un elemento peligroso de cara a la justificación de cualquier tipo de agresión exterior. Las autoridades norteamericanas eran conscientes que la intervención debía revestirse de levantamiento popular para salvar la cara a nivel internacional y para esto era necesaria la existencia de una rebelión interior por exigua que fuera. La mera existencia de un contrapoder interior, aunque no fuera representativo, podía ser revestida de cara al exterior de todas las legitimidades y presentar así el ataque exterior como un elemento de apoyo a la contrarrevolución interior.

Así pues, los centros mercenarios de Guatemala, desde la perspectiva cubana, no eran más que un elemento, aunque importante y poderoso, dentro de la gran conjura contra la Revolución cubana. El ataque exterior constituía el primer acto de la intervención, pues después de esta primera acción el contingente invasor tendría que enfrentarse a las fuerzas revolucionarias y dado el apoyo popular con el que contaba el Gobierno revolucionario resultaba imprescindible la acción de la contrarrevolución interior. La existencia de esta quinta columna podía jugar una baza fundamental a la hora de justificar el envío de apoyos materiales y humanos desde el exterior a los invasores y camuflar estos apoyos bajo los ropajes de un sustento al levantamiento interno. Es decir, aquellas fuerzas llamadas a intervenir en territorio cubano, necesitarían de apoyos internos capaces de sembrar el caos y mantener la lucha en las montañas para hacer meya en la capacidad de resistencia del frente revolucionario y para dar argumentos a los que pretendían tejer el relato del levantamiento popular contra el Gobierno cubano.

La dirigencia revolucionaria, consciente de la labor que tendría encomendada la contrarrevolución interna ante una futura intervención, tomó medidas drásticas para combatirla cuando todo parecía indicar que la invasión podía estar ya cubriendo sus preparativos finales antes del asalto definitivo a territorio cubano. El día 7 de enero, tal y como se había acordado en la Plaza Cívica el 2 de enero en el mitin de Fidel Castro, el Gabinete ministerial dio a conocer la puesta en ejercicio de *“una severa legislación contra el terrorismo”*¹⁸⁷. La nueva ley establecía sanciones que iban desde los veinte años de prisión hasta la pena capital, según la categoría del delito. Como pena adicional se aplicaría, *“en todos los casos”*, la *“confiscación de bienes”*¹⁸⁸. A la vez que se hacía pública aquella legislación, los cuerpos de seguridad trabajaban para dismantelar los bastiones del terrorismo urbano. Durante la primera semana de 1961 fueron capturados varios grupos en La Habana, a los que se les intervinieron armas de diferente calibre, bombas, detonantes, fulminantes, nitrógeno y demás materiales para la construcción de explosivos¹⁸⁹. Los informes procedentes de los servicios secretos y de las fuerzas policiales pronto comenzaron a mostrar pruebas que enlazaban al terrorismo urbano con la CIA, pues era la central de inteligencia norteamericana la *“que suministraba a los grupos contrarrevolucionarios, tanto el material bélico como los recursos financieros para la campaña terrorista”*¹⁹⁰.

Después de la campaña terrorista de las Navidades de 1960 las fuerzas de seguridad del Estado cubano habían conseguido dismantelar en un tiempo razonablemente corto los principales focos de la clandestinidad que habían sembrado el caos en la capital cubana. La dirigencia cubana erradicaba así un importante núcleo de apoyo a los posibles invasores y acallaba también las demandas de los

¹⁸⁷ *Ibidem*, pág. 72.

¹⁸⁸ *Idem*.

¹⁸⁹ *Idem*.

¹⁹⁰ *Idem*.

ciudadanos y de los trabajadores de los centros comerciales nacionalizados, víctimas principales de los terroristas, que exigían “*un severo castigo para los culpables*”¹⁹¹.

La Revolución conseguía así contener el terrorismo urbano al dismantelar sus principales comandos y, al mismo tiempo, lograba también considerables éxitos contra los grupos de insurgentes en las montañas. El despliegue miliciano en coordinación con los servicios policiales y el ejército, que se extendían ya a lo largo y ancho de la isla, consiguieron cortar los suministros de armas que estaban recibiendo los alzados desde el exterior. Los días 7 y 9 de enero, justo cuando se estaban alcanzando los mayores éxitos contra la contrarrevolución en La Habana, los soldados y la milicia intervinieron dos importantes cargamentos de implementos de guerra. Aviones procedentes de Estados Unidos había lanzado sobre Pinar del Río y sobre la zona del Escambray varios sarcófagos con material de guerra. Los milicianos recuperaban así un botín considerable de armas de fabricación norteamericana para uso de las fuerzas revolucionarias cubanas. *Bohemia* hablaba de ametralladoras, paracaídas, fusiles, morteros, bazucas, pistolas, rifles, infinidad de munición, detonadores, explosivos, medicinas y equipos de radio para la comunicación militar¹⁹². En fin... todo un arsenal destinado a nutrir a los grupos que medraban en las colinas y las montañas de Cuba.

A la luz de aquellas evidencias, la movilización general decretada por el Gobierno cubano cuando el año 1960 llegaba a su fin parecía pues más que justificada, pues el despliegue de tropas militares y milicianas pronto comenzó a dar sus frutos. La contrarrevolución interior se había mostrado especialmente activa durante los últimos días de 1960 y los primeros de 1961, lo que hacía indicar que algo se podía estar preparando desde el exterior. La difusión en la prensa norteamericana de los campos de entrenamiento militar en Guatemala en aquellos mismos días así lo parecía mostrar. Sin embargo, la tensión no había llegado todavía a su momento culminante. Éste llegó cuando Estados Unidos tomó la decisión, tan inoportuna como desafiante, de emprender unas maniobras navales en el Caribe, acometiendo para ello un despliegue de navíos poco común y de una magnitud desproporcionada.

El día 9 de enero, justo cuando los cubanos se afanaban en dismantelar los núcleos de la contrarrevolución, los milicianos hacían acopio de las armas enviadas desde los Estados Unidos a los contingentes de la insurgencia y el encargado de Negocios de la Embajada norteamericana abandonaba la sede diplomática estadounidense en La Habana, una impresionante flota naval partió de los Estados Unidos rumbo a la base naval de Guantánamo. El diario *Pueblo* abría con esta noticia su número del día 10 de enero. Su corresponsal en Nueva York remitía una crónica en la que se informaba que “*una flota de unos ciento cincuenta barcos de guerra*”, entre los que figuraban “*el gigantesco portaviones Franklin Delano Roosevelt, dos submarinos atómicos y tres cruceros lanzaproyectiles teledirigidos*”, había decidido poner proa a su base naval de Guantánamo¹⁹³. El resto de las embarcaciones se suponía que iban cargadas de tropas para reforzar la guarnición de Guantánamo. De todos modos, lo que parecía irrefutable era que aquella fuerza naval parecía, a todas luces, desproporcionada, si realmente su único fin eran unas simples maniobras. Se trataba, según señalaba Blanco Tobío, de “*una flota aeronaval suficiente para quitarle el sueño a Fidel Castro*”¹⁹⁴.

Aquella exhibición de poderío, según apuntó el corresponsal de *Pueblo*, había vuelto a poner al pueblo cubano en el “*estado de psicosis de invasión inminente*”, lo que había acelerado las actividades de detención “*de sospechosos por una policía insomne y asustada*”¹⁹⁵. El Gobierno cubano había hecho además un llamamiento generalizado para donar plasma sanguíneo en los hospitales y se estaban

¹⁹¹ *Idem.*

¹⁹² *Idem.*

¹⁹³ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6644. Madrid: martes, 10 de enero de 1961, pág. 1. Diario.

¹⁹⁴ *Idem.*

¹⁹⁵ *Idem.*

organizando comités de avituallamiento para enviar alimentos al Ejército rebelde y las milicias acantonadas de forma permanente en los posibles lugares de desembarco¹⁹⁶.

Blanco Tobío señalaba que la misión de aquella flota no estaba destinada a invadir Cuba, según habían reseñado las autoridades militares norteamericanas. Sin embargo, Tobío apuntaba igualmente que aquellas maniobras, donde por primera vez cruceros portadores de proyectiles se habían visto implicados, no se podían desligar totalmente de la ruptura de relaciones con Cuba¹⁹⁷. El diario *Pueblo*, por boca de su corresponsal, señalaba que aquellas maniobras tenían como cometido dos funciones fundamentalmente. En primer lugar, proveer a Guantánamo de una cobertura suficiente para desincentivar cualquier tentación cubana de hacerse con el control de la base; y, en segundo lugar, hacer una demostración de fuerza frente a Cuba y el resto del continente¹⁹⁸.

La visión que aportaba *Bohemia* de aquellas maniobras era bien diferente. En realidad, las mentadas maniobras no suponían otra cosa que el arribo de nuevas tropas a la base y el despliegue de una flota de combate preparada para lo que pudiera suceder en los próximos días. La guarnición de Guantánamo llevaba trabajando desde hacía ya cierto tiempo para aclimatar la base a los nuevos aportes de tropas. Según señaló *Bohemia*, la base estaba llevando a cabo una verdadera restructuración de sus instalaciones para aumentar el número de efectivos. Estados Unidos había acometido aquellas tareas en su base naval, “*primero de forma subrepticia y escalonas, y por último a banderín desplegado*”, con el propósito evidente de reforzar sus pertrechos de guerra y sus efectivos humanos para hacer de aquel enclave el eje de su política militar contra Cuba¹⁹⁹.

Para la revista *Bohemia* no había dudas sobre lo acontecido en la base norteamericana: después de varias semanas de agitación en Guantánamo, el número de efectivos de la base naval se había multiplicado exponencialmente como demostraba la importante “*concentración de mercenarios, casquitos y esbirros en el nido filibustero de la costa sur de Oriente*”²⁰⁰. Con un tono sumamente despectivo la revista *Bohemia* informaba sobre el acopio de materiales bélicos y personal militar y paramilitar en la base de la Bahía de Caimanera y sobre la constante y reiterada violación del espacio aéreo y las aguas territoriales cubanas “*con el claro propósito de provocar un incidente*” que pudiera propiciar y justificar una acción directa contra Cuba por parte de las tropas estadounidenses acantonadas en el oriente cubano²⁰¹.

El arribo de la flota encabezada por el portaviones Franklin D. Roosevelt venía a ser la culminación de varias semanas de trabajo y venía a completar las maniobras de las semanas anteriores, pues según *Bohemia*, en la bahía reposaban ya numerosos submarinos llegados de Puerto Rico en las jornadas previas²⁰². Así pues, aunque aquellos ejercicios aeronavales fueran caracterizados como rutinarios por las autoridades norteamericanas distaban mucho de serlo, pues aquellas “*maniobras de rutina*” incluían “*la siembra de minas*”, el establecimiento de “*artillería apuntando a territorio cubano*”, la instalación “*de casamatas, blocaos y nidos de ametralladoras*”, la violación de las aguas y el espacio aéreo cubano y el despliegue de una flota ofensiva rara vez vista en el Caribe²⁰³.

La situación de tensión entre Estados Unidos y Cuba y la posibilidad de que se produjera una invasión, a tenor de lo expuesto, parecía más real de lo que muchos suponían, y, desde luego, la posibilidad de

¹⁹⁶ Pino-Santos Navarro, Carina: *Op. Cit.*, pág. 22 y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6644. Madrid: martes, 10 de enero de 1961, pág. 1. Diario.

¹⁹⁷ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6644. Madrid: martes, 10 de enero de 1961, pág. 1. Diario.

¹⁹⁸ *Idem*.

¹⁹⁹ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 3. La Habana: domingo, 15 de enero de 1961, pág. 62. Semanal.

²⁰⁰ *Idem*.

²⁰¹ *Idem*.

²⁰² *Idem*.

²⁰³ *Idem*.

una agresión no podía despacharse con la explicación de que aquello formaba parte de la invectiva cubana. Si finalmente se producía una agresión contra Cuba, la URSS se vería implicada en aquella refriega y aquello no parecía del gusto soviético. En este contexto, debe entenderse, a nuestro modo de ver, la acusación cursada por la delegación permanente soviética en la ONU contra los Estados Unidos y Guatemala.

La acusación soviética llegó en el momento en que la tensión había llegado a su punto álgido. Después de la denuncia cursada por Raúl Roa ante el Consejo de Seguridad, de la publicación en diversos periódicos norteamericanos de detalles relevadores sobre los preparativos militares en Guatemala y de las maniobras aeronavales norteamericanas en el Caribe, llegó la acusación soviética. La delegación de la URSS en la ONU preparó un documento en el que se acusó a Guatemala y a los Estados Unidos de estar proyectando una agresión militar contra Cuba, según informó *Pueblo*. En los días previos la Embajada guatemalteca en Washington se había apresurado a señalar que los preparativos militares en Guatemala no formaban parte de un plan para atacar a Cuba, sino que se integraban dentro de los planes establecidos por Guatemala para defenderse de la subversión interna y de aquella otra proveniente del exterior, haciendo alusión directa a aquella que representaba y sufragaba el Gobierno cubano. Mientras la Embajada de Guatemala en la capital norteamericana se desmarcaba de las acusaciones de preparar una agresión contra Cuba, la misión permanente de Guatemala en las ONU enviaba una carta al consejo de seguridad en la que se refutaban las afirmaciones lanzadas por Roa contra el Gobierno de Ydígoras, al que se le acusaba de prestar su territorio para el adiestramiento de la contrarrevolución al servicio de los Estados Unidos. La delegación guatemalteca afirmaba en su carta de descargo que, lejos de ser su país el protagonista de acción contra Cuba, habían sido las autoridades de ésta las que a mediados de noviembre de 1960 tenían proyectado ayudar al grupo de rebeldes que había pretendido encabezar un golpe de estado contra el Gobierno de Ydígoras.²⁰⁴

Guatemala luchaba así para desmarcarse de lo que parecía una evidencia, su colaboración con los Estados Unidos en la lucha contra la Revolución cubana. Una realidad que la delegación soviética sostuvo con pruebas ante los órganos deliberativos de la ONU. En el documento enviado a la ONU por la delegación soviética se señalaba que, como habían reconocido abiertamente varios diarios norteamericanos, Estados Unidos preparaba una agresión contra Cuba tomando como base el territorio guatemalteco²⁰⁵. El documento soviético sustentaba su acusación apoyándose en las obras que se habían llevado a cabo en los campos de adiestramiento y en concreto hacía referencia al aeropuerto militar. Este aeropuerto, con pistas acondicionadas para el aterrizaje de todo tipo de aparatos, se había construido a una velocidad pasmosa y en las condiciones meteorológicas más desfavorables, en pleno mes de agosto cuando la mayoría de la construcción permanecía casi parada en Guatemala²⁰⁶. Además, aquellas obras habían sido llevadas a cabo por la compañía norteamericana Cornwall-Thompson, una empresa acreedora de la Administración guatemalteca que había mantenido equipos trabajando en turnos de día y noche para terminar la obra en un tiempo récord y que había instalado los últimos adelantos en el aeropuerto, a pesar de las facturas pendientes por cobrar en Guatemala²⁰⁷.

La acusación soviética sostenía que el Gobierno de Guatemala se encontraba al borde de la quiebra financiera y que tenía una fuerte deuda contraria con aquella constructora debido al impago de obras anteriores y que, sin embargo, los acreedores habían consentido acometer aquella construcción de infraestructuras a sabiendas de que las autoridades guatemaltecas no estaban en posición de pagar.

²⁰⁴ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6647. Madrid: viernes, 13 de enero de 1961, pág. 1. Diario.

²⁰⁵ *Idem*.

²⁰⁶ *Idem*.

²⁰⁷ *Idem*.

Aquel contrasentido que presidía las relaciones entre la constructora y el Gobierno de Guatemala era desentrañado por la delegación soviética con suma facilidad, las obras se habían llevado a término porque la compañía Cornwall-Thompson había trabajado para la Administración de Eisenhower y no para la de Ydígoras²⁰⁸. El documento soviético señalaba que el secreto de aquella sorprendente solvencia del Gobierno guatemalteco estaba en que aquellas obras habían sido pagadas por los Estados Unidos.

Ante aquella acusación soviética, las autoridades de Washington habían dado la callada por respuesta. *Pueblo* señalaba en sus páginas que no había habido reacción oficial en Washington, pero que funcionarios del Departamento de Estado habían señalado de forma oficiosa que ayudas de aquella naturaleza había sido prestadas por los Estados Unidos a muchos países aliados desde hacía años, pero que tenían un carácter defensivo, y en ningún caso ofensivo²⁰⁹. El razonamiento y la actitud de las autoridades norteamericanas respondían a las necesidades de los dirigentes guatemaltecos en su demanda de apoyos frente a la agresión cubana.

La situación lejos de aclararse, tendía a volverse más confusa, y ello era debido, fundamentalmente, a la falta de coordinación entre Guatemala y Washington en sus pronunciamientos. Entre cubanos y soviéticos, al menos, había cierta coherencia de criterios en la exposición de sus denuncias que se echaba en falta en las declaraciones de las autoridades guatemaltecas, que se veían además desguarnecidas en su defensa ante la renuencia de la Administración Eisenhower a emitir un pronunciamiento oficial sobre el carácter y cometido de aquellas bases de adiestramiento militar.

Por lo demás, la diplomacia guatemalteca no sólo parecía carecer de coordinación con su homóloga norteamericana, sino que dentro de sus propios departamentos gubernamentales y diplomáticos la descoordinación parecía la nota dominante. Una situación que llevaba casi al sonrojo. Desde Guatemala, la Embajada en Washington y la misión permanente en la ONU hablaban de bases militares defensivas, mientras el presidente Ydígoras, en aquellos mismos días, había señalado que aeropuertos como el construido en Retalhuleu, donde se afirmaba que estaban aquellos campos de adiestramiento, estaban destinados a “*promover la exportación de plátanos, carne y camarones guatemaltecos*”²¹⁰. Aquella afirmación del presidente Ydígoras parecía un resbalón impropio de la máxima autoridad de Guatemala y quizás una burda burla y, a la vez, una implícita confirmación de que las acusaciones que habían sido lanzadas contra su Gobierno por parte de Cuba y la URSS eran ciertas. Una metedura de pata o una provocación que el siempre atento Blanco Tobío trató de maquillar, en una de sus crónicas sobre la situación en el Caribe, al señalar que lo que el presidente Ydígoras había querido decir era que el citado aeropuerto podía ser utilizado con fines comerciales para exportar productos guatemaltecos una vez que los peligros de agresión hubieran desaparecido²¹¹.

De todo lo expuesto con anterioridad, como confirmarían los hechos con el transcurrir de los meses, se desprendía que las acusaciones cubano-soviéticas no iban nada desencaminadas, algo que corroboraban igualmente las incoherencias guatemaltecas y el mutismo norteamericano. Por lo demás, Cuba y la URSS, más allá de sus acusaciones y las denuncias en la ONU, poco podían hacer contra las bases de adiestramiento militar situadas en territorio guatemalteco. Sin embargo, lo que sí podían hacer las autoridades cubanas, si se hacía un uso inteligente del gran número de ciudadanos movilizados en aquel momento, era erradicar la contrarrevolución interior, y asegurar, al mismo tiempo, la defensa de la base de Guantánamo para que no se produjera ningún altercado en sus

²⁰⁸ *Idem.*

²⁰⁹ *Idem.*

²¹⁰ *Idem.*

²¹¹ *Idem.*

inmediaciones que pudiera ser utilizado como pretexto para desencadenar una acción norteamericana o justificar una invasión de territorio cubano.

Los diarios franquistas, un día después de hacer pública la acusación soviética contra Estados Unidos y Guatemala, recogieron en sus páginas las declaraciones de Fidel Castro y Osvaldo Dorticós, primer ministro y presidente de Cuba, sobre la postura a adoptar en los escasos días que restaban para la entronización del nuevo presidente Kennedy. En una concentración organizada frente al Palacio Presidencial por el movimiento obrero cubano veinticinco mil trabajadores ofrecieron su apoyo a la revolución²¹². Fidel Castro tomó entonces la palabra para agradecerles el apoyo prestado, para solicitarles el último esfuerzo en la complicada tarea de aunar defensa y producción y para comunicarles que la desmovilización comenzaría después del 20 de enero, fecha en que presidente electo Kennedy se haría cargo del poder en los Estados Unidos²¹³.

En aquella cita, el presidente Dorticós se dirigió también a los trabajadores para indicarles que había que reforzar la vigilancia sobre el territorio cubano y especialmente sobre la base naval norteamericana. Dorticós señaló entonces que había que evitar cualquier incidente en la Bahía de Caimanera, donde estaba situado el enclave militar norteamericano, y expuso cual era la posición de Cuba frente a aquel territorio usurpado: *“Cuba no atacará la base naval Guantánamo, porque tal ataque serviría de pretexto para tomar acción contra el Gobierno de Cuba”*²¹⁴. Y a continuación indicó que era más inteligente buscar otros métodos para que los norteamericanos abandonaran el territorio de la base. Las autoridades cubanas habían decidido dar la batalla en través de la legalidad internacional²¹⁵. El enclave militar respondía a un acuerdo bilateral y la dirigencia revolucionaria consideraba que dicho acuerdo podía disolverse si Cuba apostaba con firmeza por ello.

La defensa orquestada por Cuba en aquellos últimos días se fundamentó pues en mantener la producción, en acometer un último esfuerzo para ultimar a la contrarrevolución interior y en permanecer vigilante a la base naval de Guantánamo. El día 18 de enero, cuando la salida de Eisenhower era ya inminente el Consejo de Ministros adoptó una serie de resoluciones para contralar el tránsito entre el territorio oficialmente cubano y la Bahía de Caimanera, modificó el régimen de los trabajadores cubanos en la base naval y aquel mismo día envió un importante contingente militar para defender y velar por la seguridad de la base²¹⁶. Todas aquellas medidas, la última temporal y las dos primeras permanentes, venían marcadas por la sospecha de que se pudiera organizar un ataque contra la base del que después se culparía a las fuerzas revolucionarias. Blanco Tobío expuso esta tesis en las páginas de *Pueblo* y cimentó su postura en lo publicado en la prensa cubana e internacional en aquellos días y también en las conversaciones mantenidas con fuentes próximas al poder, sobre las cuales, como era de prever, no ofrecía detalles que pudieran identificarlas²¹⁷. Según Blanco Tobío la dirigencia temía el ataque sobre la base de *“falsos grupos castristas”* que serían utilizados a posteriori para justificar la intervención²¹⁸.

El día 20 llegó finalmente y después de aquel periodo de insufrible tensión comenzaron las desmovilizaciones. La dirigencia revolucionaria tomó de todos modos ciertas precauciones: Fidel Castro se quedó en La Habana, Raúl Castro partió para Santiago de Cuba y Ernesto Guevara se desplazó a Pinar del Río. Los tres hombres más importantes dentro del organigrama revolucionario

²¹² *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7670. Madrid: sábado, 14 de enero de 1961, pág.6. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6648. Madrid: sábado, 14 de enero de 1961, pág. 24. Diario.

²¹³ *Idem*.

²¹⁴ *Idem*.

²¹⁵ *Idem*.

²¹⁶ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6651. Madrid: miércoles, 18 de enero de 1961, pág. 1. Diario.

²¹⁷ *Idem*.

²¹⁸ *Idem*.

se repartieron el territorio cubano para hacerse cargo de las fuerzas militares en la zona central, oriental y occidental en aquel momento de mudanzas en los Estados Unidos.

En La Habana, aquel 20 de enero, se celebró una nueva concentración frente al Palacio Presidencial para recibir a los milicianos que regresaban a la vida civil. Fidel Castro se dirigió entonces a la multitud y habló de lo que significa ser cubano en aquella jornada. Las clases trabajadoras habían defendido al país desde su puesto de trabajo y desde la trinchera y lo habían hecho sin dar un paso atrás. El primer ministro articuló su discurso como una oda al pueblo armado y señaló que la experiencia de los últimos días serviría para el futuro, porque el peligro todavía no podía darse por superado. La Casa Blanca contaba con un nuevo inquilino y aquella era la razón que habían impulsado a la dirigencia hacia la desmovilización. Fidel Castro lo exponía con claridad: los últimos días de la Presidencia de Eisenhower había constituido, según reconoció el propio primer ministro, “*una verdadera pesadilla*” para Cuba, que no sin razón esperaba “*el zarpazo como lógico colofón de toda una cadena de agresiones*” perpetradas durante meses por “*los círculos guerrillistas y agresivos de Washington*”²¹⁹. Sin embargo, tras la salida de Eisenhower se abría se abría “*una ligera esperanza*” para Cuba y para el resto del mundo²²⁰.

El nuevo presidente norteamericano había hablado en su toma de posesión en aquella misma jornada y Fidel Castro señaló que su discurso contenía algunos aspectos positivos. El recién investido mandatario, en su alocución, había señalado que comenzaba una nueva etapa en las relaciones exteriores de los Estados Unidos y que era necesario comenzar de nuevo. Fidel Castro señalaba entonces que el pueblo cubano estaba dispuesto a afrontar el desafío y que se podía empezar de nuevo. Cuba estaba abierta a negociar, esperaría y desecharía todo resentimiento, pero para ello aquellas palabras tenían que verse reflejadas en los hechos. Entre tanto, mientras se esperaba por aquel cambio de actitud de las autoridades norteamericanas, Fidel Castro y el resto de la dirigencia revolucionaria, desecharían todo ataque gratuito: de Cuba no partirían, si no mediaba agresión previa, actos hostiles.

El discurso de Fidel Castro no podía ser más conciliador. Desde los primeros meses de revolución no se recordaba una alocución tan comedida. Fidel Castro aseguraba que Cuba tenía que reducir la tensión y hacer todo lo posible para serenar los ánimos, pues si el carácter guerrista del Departamento de Estado se reducía aquello favorecería a la paz mundial y Cuba se había comprometido con la defensa de aquellos principios pacifistas.

Fidel Castro se mostraba así de los más propenso a preservar la paz en el Caribe, sin embargo, el primer ministro no pudo pasar por alto lo acontecido en las últimas semanas, y fue entonces cuando acometió el análisis y estableció una cronología de las actividades contrarrevoluciones dentro y fuera de Cuba. Esta disquisición le dio pie a exponer las tácticas que estaba poniendo en práctica la contrarrevolución, muy similares a las que la Revolución cubana había utilizado para alcanzar el poder. Sin embargo, había una diferencia sustancial, la motivación de las tropas a combatir. La Revolución cubana se había enfrentado a un ejército convencional y la contrarrevolución tenía en frente a un pueblo armado, consciente de que luchaba para defender sus intereses.

Los mercenarios llamados a derrocar al Gobierno cubano se estaban entrenando desde hacía meses en tácticas de guerrillas, como aseguraba Fidel Castro, y su fracaso arrojaba varias conclusiones. Fidel Castro señalaba entonces que Cuba era el único país de América con capacidad para “*destruir las*

²¹⁹ Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba. 1960. Año de la Reforma Agraria: “Discurso pronunciado en el acto celebrado frente al Palacio Presidencial para recibir a los milicianos que se encontraban en las trincheras, el 20 de enero de 1961”. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f200161e.html> (Consultado: 11-03-2015).

²²⁰ *Idem*.

tácticas de guerras de guerrillas”²²¹. El foco guerrillero era difícil de abatir; al tratarse de núcleos pequeños dispersos, se requería un gran esfuerzo, pues las partidas guerrilleras evadían en todo momento el choque frontal. Dadas aquellas características, Fidel Castro señalaba que la erradicación de las guerrillas requería de paciencia y del uso de muchos hombres armados dispuestos a batir el territorio y a plantarles cara a los sublevados.

Las guerras de guerrillas eran, según Fidel Castro, un problema irresoluble para un ejército convencional, pero un problema asumible para un pueblo organizado en milicias y sustentado por un Ejército popular. Así pues, Fidel Castro se mostraba taxativo: la contrarrevolución terminaría asumiendo el choque directo porque la táctica de guerrillas se mostraba inoperante ante un pueblo armado y un Gobierno popular.

El mensaje pacifista de Fidel Castro, convergente con la línea soviética, desaparecía así cuando se hacía mención al foco guerrillero. Los dirigentes cubanos entraban entonces en elucubraciones teóricas y prácticas sobre la lucha armada que dejaban la coexistencia pacífica propugnada desde Moscú en un segundo plano, pues aunque no se hablaba de apoyar focos guerrilleros en el continente se incentivaba la puesta ejercicio de los mismos. Sobre este particular las palabras de Fidel Castro eran más elocuentes:

“Ningún ejército profesional de América podría vencer a fuerzas de guerrillas revolucionarias que se levantasen en armas en cualquier país de América. Afirmamos aquí que ningún ejército profesional de América tendría fuerzas para contrarrestar las actividades de guerrilleros revolucionarios; que el único gobierno de América, sencillamente por ser un gobierno revolucionario, por tener el apoyo del pueblo y por poder, en consecuencia, movilizar cuantos hombres sea necesario para una persecución tenaz e incansable, y sustituir constantemente a los hombres que estén luchando contra las guerrillas, somos nosotros, el único régimen de América que puede contrarrestar las actividades de grupos dispersos e irregulares”²²².

La disertación de Fidel Castro era sumamente clarificadora: Cuba, por razones de orden político, social y militar, estaba preparada, como ningún otro país en Latinoamérica, para abatir a grupos dispersos que eludían el choque frontal y cultivaban el desgaste característico del foco guerrillero. Del mismo modo, el carácter antipopular de la mayoría de los Gobiernos continentales y de los ejércitos que los sustentaban convertía al foco guerrillero en el arma idónea para revertir la situación de oprobio en la que se vivía en muchos países del continente. El primer ministro cubano defendía aquellos criterios con una convicción que hacía de sus afirmaciones casi un mandato imperativo e ineludible para el resto del continente. Minorías conscientes políticamente y adiestradas adecuadamente en la organización guerrillera eran capaces de ultimar aparatos estatales al servicio del imperio. En palabras del propio Fidel Castro el razonamiento quedaba así articulado: *“Y lo decimos con absoluta convicción de que estamos diciendo una gran verdad; ningún revolucionario de América que use las tácticas de guerrillas podría ser aplastado por ningún ejército profesional en América Latina*”²²³.

Aquella aseveración era un desafío a los Gobiernos instituidos en Latinoamérica, una apuesta por el choque contra los intereses norteamericanos y un futuro foco de tensión en las relaciones de la dirigencia cubana con los mandatarios soviéticos. Sin embargo, aquel era el camino de Cuba. Aquella multitud que seguía el verbo encendido de Fidel Castro precisaba ser informada sobre el sentido de la movilización y sobre la necesidad de contar con un pueblo armado, dispuesto a movilizarse en

²²¹ *Idem.*

²²² *Idem.*

²²³ *Idem.*

cualquier momento para contener a la imaginativa contrarrevolución, que hasta la fecha había hecho uso de todos los métodos imaginables para terminar con la Revolución cubana. Las milicias, dispuestas a movilizarse en cualquier momento, eran el complemento ideal del Ejército rebelde y Fidel Castro señalaba que aquí residía la capacidad de Cuba para hacer frente a todas las tácticas del enemigo: terrorismo urbano, lucha irregular guerrillera o choque frontal contra un contingente militar.

Fidel Castro señalaba, no obstante, que Cuba debía seguir desarrollando su estrategia defensiva y que el adiestramiento militar del pueblo debía continuar, pues había muchos aspectos todavía sujetos a mejora. Aquí Fidel Castro hablaba del desafío que supondría un ataque atómico o una ofensiva aérea. Así pues, la necesidad de continuar con la formación militar y con el acopio de nuevo armamento se mostraba como condición indispensable para la supervivencia.

La capacidad defensiva de Cuba había permitido su independencia, premisa irrenunciable para el pueblo cubano. El único pueblo que podía considerarse enteramente libre, según aseveraba Fidel Castro. Para el primer ministro los cubanos habían sido, entre los doscientos millones de latinoamericanos, los primeros en comprender aquellos problemas que unían dependencia y subdesarrollo. Para Fidel Castro aquella era una verdad difícil de rebatir: los cubanos habían sido “*los primeros en emprender un camino propio, en emprender un camino libre*”; los primeros, en definitiva, “*en romper las cadenas*” para ser “*verdaderamente libres*”, y los primeros en actuar de acuerdo a sus intereses, “*sin tener que pedirle permiso a Washington*”²²⁴.

El carácter belicista del discurso de Fidel Castro en su segunda parte su tornaba en su tramo final pacifista, al señalar que Cuba esperaba la paz en el continente y en el mundo y que su vocación militar venía impuesta por la agresividad norteamericana. Aquí la revolución alcanzaba su tono más internacionalista y señalaba que Cuba compartía intereses con los pueblos del mundo, especialmente con aquellos que habían sido o estaban siendo sometidos al control colonial e imperial. Llegados a este punto Fidel Castro señalaba, aunque fuera de forma implícita, que la llegada del nuevo presidente Kennedy suponía una oportunidad y le deseaba toda la suerte a aquellos sectores norteamericanos que creían que era necesaria una rectificación.

Fidel Castro echaba así el cierre a su discurso deseándoles suerte a los sectores reformistas presentes en la nueva administración, que parecían convencidos de que el cambio era necesario. Cuba esperaba pacientemente el cambio, consciente de que la tarea no era fácil después de los años de Eisenhower. Sin embargo, aquellas esperanzas no podían paralizar a la sociedad cubana, Cuba había trazado su propio camino y agradecería cualquier gesto de distensión por parte norteamericana, pero seguiría desarrollando su programa revolucionario, defendiéndolo independiente de lo que deparara el futuro. Fidel Castro se despedía lanzando una arenga ante una multitud ya enardecida y voz en grito aseveraba que Cuba vencería, independiente de las dificultades o facilidades que el destino le deparara.

Fidel Castro había lanzado un mensaje muy claro a las milicias que regresaban del frente para incorporarse de nuevo a la vida civil. Y lo había hecho trazando las expectativas que se abrían para Cuba en el futuro ante la nueva Administración Kennedy, pero señaló también que Cuba tenía ya su camino trazado y que los Estados Unidos ya no estaban en posición de regir el destino de los cubanos. El pueblo cubano había defendido sus logros con las armas en la mano y estaba preparado para resistir a la contrarrevolución en sus diversas formas y en sus posibles mutaciones. Por lo demás, el discurso de Fidel Castro alternó tramos en los que la coexistencia pacífica se erigió en el eje central de su argumentario con otros en los que la subversión frente a los Gobiernos impopulares y oligárquicos se explicitó de forma clara, incluso con cierta vehemencia. Un mensaje ambivalente e

²²⁴ *Idem.*

inteligente que eludía el compromiso con soviéticos y chinos y que esquivaba cualquier insinuación de encuadramiento en el dividido orbe socialista.

Mientras Fidel Castro lanzaba aquel discurso en La Habana, una suerte de puesta al día de los principios de la revolución y de sus expectativas, su hermano Raúl hacía lo propio en Santiago de Cuba en un acto de similares características en el que se daba la bienvenida a la vida civil a los miles de milicianos que regresaban de las trincheras. El ministro de las Fuerzas Armadas revolucionarias se dirigió al pueblo en similares términos a los expresados por su hermano mayor y señaló que “*la victoria de Cuba*” era “*la victoria de América Latina*” y que el pueblo cubano había destruido el mito, asumido como dogma de fe en todo el continente, de que, “*sin los yanquis*”, los cubanos y el resto de latinoamericanos estaban condenados “*a morir de hambre*”²²⁵.

Sin embargo, aquel aserto tenía que verse refrendado a diario y para ello era necesario emprender ahora la defensa de la producción, que se erigía en contraparte y complemento de la defensa del territorio. Con este argumento como premisa irrenunciable se presentó Ernesto Che Guevara el día 22 de enero en Pinar del Río ante los milicianos que se estaban reincorporando a la vida civil. Guevara señaló ante los asistentes que “*la batalla de todos los días*” era “*la producción*”, y que aunque el peligro no había pasado todavía, había llegado el momento de la desmovilización²²⁶. Guevara, después de su gira por los países soviéticos era quizás el dirigente cubano más consciente de las dificultades que se abrían para Cuba en el nuevo periodo, y al contrario que los hermanos Castro centró su discurso en la producción. El pueblo cubano, según enfatizó Guevara de forma reiterativa, necesitaba trasladar aquel espíritu combativo e irreductible que había prevalecido en las trincheras al trabajo diario, pues la verdadera batalla tendría que librarse en los meses venideros en el campo de la producción.

14.5 Sociedad civil y sociedad política: la amalgama del nuevo Estado

La producción y la defensa, como venimos señalando, se erigieron en premisas irrenunciables para la revolución en aquel contexto de cerco, pues, para la consecución del programa político, social y económico del Gobierno cubano, ambos elementos resultaban fundamentales en aquel momento. Sin embargo, la responsabilidad de aquella labor defensiva y productiva había recaído en gran medida bajo el paraguas de las clases trabajadoras y del tejido organizativo que había crecido al amparo del Movimiento 26 de Julio, del PSP y del Directorio Revolucionario. Estas organizaciones y formaciones políticas se estaban corresponsabilizando con el Gobierno cubano en la puesta en ejercicio del programa revolucionario; una circunstancia que tendía a desdibujar los límites entre sociedad política y sociedad civil. Ésta era la lógica instaurada por la Revolución cubana, que, tras la espantada de la mayor parte de la burguesía nacional, había apostado sin vacilaciones por los sectores populares que se mantenían al lado de la revolución y por el tejido asociativo que había medrado en su seno.

En poco más de dos años el proceso revolucionario había demolido las estructuras estales que se habían dado las antiguas clases dirigentes cubanas y como máximo órgano operativo del Estado había quedado en pie el Consejo de Ministros, al frente del cual se encontraba Fidel Castro como una suerte de *primus inter pares*. El presidente de la república, en otros tiempos fuente primigenia del poder en Cuba, se había convertido en un dirigente más dentro de la cúpula revolucionaria. El presidente Dorticós, inopinadamente, había vaciado de contenido el papel a ejercer por la presidencia en la nueva Cuba. Evidentemente, Dorticós era el primer magistrado del país y así se le reconocía. Sin embargo, el presidente de la revolución era distinto a sus predecesores republicanos en el desempeño del cargo;

²²⁵ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 5. La Habana: domingo, 29 de enero de 1960, págs. 69 y 70. Semanal.

²²⁶ Pino-Santos Navarro, Carina: *Op. Cit.*, pág. 24.

gustaba de llamarse “el ciudadano presidente” y nunca pretendió otra cosa que desempeñarse como un ministro más dentro del gabinete ministerial²²⁷. El propio Dorticós declaró en una entrevista concedida a *Bohemia* en el momento de su investidura como presidente en julio de 1959 que su aspiración era convertirse en un ministro más dentro del organigrama revolucionario y que su cometido principal no era presidir, sino contribuir a la consecución del proyecto soberanista²²⁸.

Por lo demás, la responsabilidad de la carga legislativa del proyecto revolucionario, como hemos podido observar en los capítulos precedentes, recaía plenamente sobre el Consejo de Ministro, cuya toma de decisiones, normalmente, había sido previamente, o posteriormente, trasladada al pueblo por el primer ministro en aquellas asambleas populares que ejercían con inusitada facilidad la puesta en funcionamiento de la democracia directa. El pueblo cubano, en las multitudinarias asambleas de la Plaza Cívica de La Habana, era el encargado de confirmar mediante aclamación la hoja de ruta del Gobierno cubano, aprobando muchas veces las nuevas medidas a través de una atronadora confirmación a las sugerencias lanzadas por Fidel Castro y en otras tantas ocasiones alzando el brazo como muestra simbólica de conformidad ante las propuestas ministeriales.

El poder ejecutivo y legislativo estaban así centralizados en el Consejo de Ministros, un órgano todopoderoso que ejercía también una vigorosa influencia sobre el poder judicial, arrastrado, como el resto de las estructuras estatales del viejo régimen, por la vorágine revolucionaria en aquellas circunstancias de subversión de la totalidad. Dentro del poder judicial, se acometió además una profunda reestructuración, movida por la partida hacia el exilio de muchos de sus miembros, pero también por iniciativa del propio Gobierno cubano. Fue precisamente durante aquellos días de transición en la Presidencia norteamericana cuando el poder judicial se transformó de forma definitiva. El 5 de febrero de 1961 fueron separados de sus cargos 32 magistrados y 83 jueces en todo el país, alegando para aquella reorganización la connivencia de algunos magistrados y jueces con la contrarrevolución debido a varias sentencias absolutorias sobre actos sediciosos, poniendo sobre la mesa también la incapacidad de muchos de ellos para adaptarse a la nueva legislación y justificando, igualmente, la salida de otros muchos por razones de edad²²⁹.

En el Estado que había crecido a la sombra del proceso revolucionario lo nuevo trataba de abrirse paso entre los escombros de lo viejo; una tarea no exenta de dificultades que propiciaba que el entramado estatal resultara todavía endeble. La dirigencia cubana, después de dos años de gobierno, construía sobre las ruinas del pasado republicano y, a la vez, lidiaba con las tareas de generar un nuevo armazón organizativo y legislativo que, poco a poco, se iba decantando a medida que la revolución profundizaba en sus objetivos. Ante dicho panorama, el Gobierno cubano hizo de la necesidad virtud y, debido a sus todavía exiguas estructuras estatales, delegó en la sociedad civil parte de las tareas a realizar por el Estado en la dirección de los nuevos consorcios nacionalizados y en la puesta en ejercicio de nuevas instituciones. La dirigencia cubana necesita de la sociedad civil para continuar adelante y no dudó en apoyarse en ella, sobre todo durante los momentos de tribulaciones y enfrentamientos con los intereses norteamericanos.

La dirigencia cubana trató de implicar a la población en el proceso revolucionario de la forma más intensa posible y para ello resultaba fundamental aunar de forma efectiva sociedad civil y sociedad política para que ambas apoyaran y formaran parte del Estado en ciernes. El nuevo bloque hegemónico, sustentado en las alianzas de clase establecidas durante los meses previos, y la autoridad estatal, desempeñada por las fuerzas militares, milicianas y policiales, tendieron a fusionarse; y lo hicieron de tal modo que durante el primer trimestre de 1961 ya no estaba nada claro donde terminaba

²²⁷ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 7. La Habana: domingo, 12 de febrero de 1961, pág. 68. Semanal.

²²⁸ *Bohemia* (Año LI). Núm. 30. La Habana: domingo, 26 de julio de 1959, pág. 74. Semanal.

²²⁹ Pino-Santos Navarro, Carina: *Op. Cit.*, pág. 26.

la acción gubernamental y donde comenzaba la del tejido asociativo y la sociedad civil. En la defensa ante una posible invasión del territorio, la Federación de Mujeres Cubanas, la Asociación de Jóvenes Rebeldes, la organización sindical y las milicias tenía un protagonismo similar al que pudiera desempeñar el Ejército rebelde.

En la defensa nacional la línea que separa el espacio gubernamental del civil era casi imperceptible; algo que era también extrapolable al ámbito del tejido productivo en manos del Estado. Los planes estatales de producción terminaron vehiculándose, en la mayoría de los casos, a través del INRA, donde la presencia de organizaciones civiles, implicadas también en la toma de decisiones, era notable. Importantes sectores de la clase trabajadora se desempeñaban en labores de dirección y poco a poco los círculos obreros y el movimiento sindical fueron tomando el control del tejido productivo recientemente nacionalizado por el Estado cubano.

De esta suerte, sociedad civil y sociedad política tendieron a fusionarse en muchos ámbitos, haciendo uso de una concepción del Estado que hacía referencia a la totalidad, al Estado como expresión del grupo hegemónico y como representante también de las clases antaño sojuzgadas y hogaño dominantes. En este sentido, se nos antoja especialmente oportuno acudir una vez más a Gramsci y, concretamente, a aquel pasaje de los *Cuadernos de la cárcel* en el que se exhibe una concepción plena del Estado que va más allá de su condición puramente superestructural.

El teórico y político italiano caracteriza al Estado deseable como aquella organización que debería trascender el andamiaje político jurídico para adentrarse en el campo de sociedad civil. La estructura estatal ambicionada estaría así compuesta por una amalgama de lo político y lo civil que llevaría a la desaparición del propio Estado tal como señalara Lenin, pero, según la postura gramsciana, esta desaparición se llevaría a término a través de la disolución del Estado en la sociedad civil²³⁰. Por otro lado, la desaparición de la concepción estatal clásica tendría implicaciones claras en el ámbito de la dominación y del bloque hegemónico. El componente coercitivo del Estado terminaría desapareciendo igualmente, pues al representar la estructura estatal al bloque hegemónico, garante a su vez de la expresión de la dominación de clase dentro del Estado, la existencia de medios de coerción resultaría prescindible, o más bien terminaría mutando. Es decir, el bloque hegemónico presente en la sociedad terminaría por subsumir al Estado en su seno por ser éste reflejo de aquel. La hegemonía se presentaría así con ropajes de coerción o parafraseando al propio Gramsci, aquella disolución del Estado en la sociedad civil se convertiría en “*hegemonía acorazada de coerción*”²³¹. De este modo, la suma de sociedad política y sociedad civil superaría la identificación clásica de Estado-Gobierno para transformarse en una visión holística en la que el Estado terminaría disolviéndose dentro de la sociedad civil.

Gramsci por medio de esta herramienta heurística concebida como un desiderátum rompe la división tradicional de sociedad política y sociedad civil propia de la dogmática liberal, para considerar al Estado como la suma de ambas; ya no se define al Estado como territorio exclusivo de la sociedad política, sino que se lo hace partícipe también de la sociedad civil, dentro de la cual terminaría por disolverse. Hegemonía y coerción pasan a ser así parte de un todo: el Estado, cuya comprensión resulta indisociable de la sociedad en la que se cobija.

La sociedad cubana no había llegado tanto, ya que no se había producido una fusión total entre sociedad política y sociedad civil. Ahora bien, en algunos campos, como era el de la producción y la defensa, la identificación entre sociedad política y sociedad civil comenzaba a resultar palmaria. El bloque hegemónico tenía su reflejo en el Estado y éste tendía a disolver las labores de defensa y

²³⁰ Gramsci, Antonio: *Cuadernos de la cárcel*. Volumen 3, Ediciones Era, México D.F, 1984, pág.76.

²³¹ *Idem*.

dirección de la producción en el campo de la sociedad civil. En lo tocante a la defensa, la presencia y el protagonismo de las milicias como fuerza de choque ante la invasión corroboraba esta tesis y en el campo de la producción las medidas tomadas por el gabinete ministerial para que las clases trabajadoras se corresponsabilizaran en la dirección del tejido productivo de titularidad estatal jugaban también en favor de esta postura. Algo que quedó meridianamente claro a finales de enero 1961 cuando el Ministerio de Trabajo aprobó una resolución en la que se disponía la puesta en ejercicio de forma inmediata *“de asambleas obreras en toda la nación para elegir los consejos técnicos asesores, integrados por obreros de empresas nacionalizadas, intervenidas y mixtas”*²³².

Con aquella medida se abrían las puertas de los consorcios que estaban bajo tutela estatal, o que directamente pertenecían al Estado, a la dirección del proletariado. La resolución que daba naturaleza de ley a los consejos obreros se hizo realidad en un período de tiempo mínimo. La resolución del Ministerio de Trabajo llevaba fecha del 26 de enero, a escasos días de la desmovilización popular, y el día 9 de febrero se celebraba ya la primera convención nacional de consejos obreros. En aquel acto tomaron la palabra Augusto Martínez Sánchez, ministro de Trabajo, y dos históricos del movimiento sindical del comunismo cubano, Lionel Soto y Lázaro Peña. El ministro y los líderes sindicales trataron de dejar claro desde un primer momento que la clase trabajadora estaba emplazada a asumir su responsabilidad dentro del nuevo Estado y que aquello atañía directamente a las labores de dirección. El ministro de Trabajo resumió el acto con unas palabras más que elocuentes sobre el significado y la labor a desempeñar por los consejos obreros: los mentados consejos estaban llamados a emprender *“una administración coordinada”* con el Estado cubano, ya que a partir entonces los obreros tendrían acceso *“a la dirección de las empresas”*²³³.

La fusión efectiva de sociedad civil y política en el campo de la producción y la defensa terminó también influyendo en aquellos ámbitos de la producción que estaban en manos privadas. Aquel mismo día en que el Ministerio de Trabajo decretaba la puesta en marcha de las asambleas obreras para la elección de los consejos técnicos asesores el INRA dictaba por medio de otra resolución el cese de la Asociación de Colonos de Cuba, todo un símbolo de la Cuba prerrevolucionaria, y, sin solución de continuidad, decretaba la constitución de la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños²³⁴. La que pasaría a conocerse como la ANAP sería a partir de entonces el vehículo fundamental para la colaboración y la alianza efectiva de los agricultores con la clase trabajadora urbana y rural. El proletariado rural, englobado en un porcentaje importante dentro las granjas estatales, precisaba de la coordinación con los pequeños productores, organizados ya muchos de ellos en cooperativas, pero también inmersos en asociaciones prerrevolucionarias o simplemente sin adscripción conocida. La fragmentación y multiplicidad de asociaciones campesinas y la falta de encuadramiento en organización alguna por parte de los agricultores hacían de las labores de coordinación con los sectores estatales una tarea complicada, que podía simplificarse si una gran organización en la que se englobaran los pequeños agricultores fuera capaz de regular su actividad, orquestar la defensa de sus intereses y coadyuvar en la defensa de la revolución con las clases trabajadoras.

En pocos días, la ANAP fagocitó otras importantes organizaciones que representaban a los pequeños agricultores. La Asociación Nacional de Cosecheros del Tabaco, una poderosa organización debido a la importancia del tabaco como uno de los rublos más significativos para la exportación, se integró a principios de febrero en la ANAP²³⁵. Y en fecha tan temprana como el 12 de febrero, cuando se estaba celebrando la plenaria provincial de agricultores de la provincia de La Habana, se decidió

²³² Pino-Santos Navarro, Carina: *Op. Cit.*, pág. 25.

²³³ *Ibidem*, pág. 27.

²³⁴ *Ibidem*, pág. 25.

²³⁵ *Ibidem*, pág. 26.

integrar en la ANAP a todos los agricultores de dicha provincia que contaran con una explotación inferior en extensión a las cinco caballerías²³⁶.

En todo aquel movimiento de corresponsabilidad de la sociedad civil en las tareas antaño circunscritas al Estado o a la iniciativa capitalista la clase trabajadora parecía erigirse en motor del cambio, pues, tras la desmovilización, la producción pasó a ser prioritaria, y aquí, como cabía esperar, la clase trabajadora tenía que dar un paso adelante y así lo hizo. El movimiento obrero estaba tomando la iniciativa en la profundización del proceso revolucionario. Su organización sindical, la CTC, fue la primera en colocarse al lado del Gobierno durante los duros días de mediados de enero, cuando la ofensiva norteamericana y la amenaza de invasión parecían más reales que nunca. La CTC, además de la concentración ante el Palacio Presidencia el 13 de enero, tomó la decisión también de convocar una plenaria el día 5 de enero a la que acudieron todas sus federaciones y sindicatos de La Habana²³⁷. En aquella reunión se crearon comités de vigilancia y defensa de la revolución en todos los centros de trabajo y se organizó igualmente un programa, en el que estaba incluida toda la clase trabajadora, para las donaciones de sangre²³⁸. Su papel en la elaboración de los consejos técnicos, llamados a desempeñar labores directivas en todas las empresas que dependían del Estado ya ha sido referido en los párrafos precedentes y su desempeño dentro de las milicias era más que evidente, pues el grueso de éstas estaba integrado en su mayor parte la clase trabajadora.

Por otro lado, desde los sindicatos se consideraba fundamental fomentar el trato entre los trabajadores. Era necesario crear centros sociales para el esparcimiento y la discusión política una vez finalizada la jornada de trabajo y se precisaba también un sistema asistencial que se dedicara al cuidado de los hijos durante la jornada laboral. Los círculos obreros comenzaron así a ser parte fundamental del tejido asociativo cubano. Los primeros círculos obreros se encargaron de financiar a los siguientes y así este sistema asociativo fue medrando rápidamente en el panorama cubano. Sus objetivos comprendían aspectos que iban desde las colectas para la fundación de otros centros obreros y círculos infantiles hasta la organización de brigadas de trabajo para acudir allí donde la revolución demandaba mano de obra²³⁹. Sin embargo, su propósito fundamental parecía estar orientado a aglutinar a la clase trabajadora en instituciones que fueran más allá de la filiación sindical. Los círculos obreros constituían un poderoso elemento para la revolución, pues en ellos se daban cita los sectores cubanos que tenían mayor disposición para movilizarse en sustento del Gobierno cubano y mayor capacidad para asumir labores de la más diversa condición. Los círculos obreros eran capaces cubrir tareas tanto defensivas como culturales y productivas y eran compatibles con la militancia y el resto de las organizaciones revolucionarias, nacían pues con vocación trasversal y como completo al ya nutrido asociacionismo que había crecido al calor de la revolución.

Cuba había entrado en un proceso de redefinición de las tareas a acometer en aquel nuevo período caracterizado por el bloqueo y el aislamiento de sus socios tradicionales y lo hizo apoyándose en el entrado civil, pero también acometió cambios en la cúpula estatal para acomodar el Consejo de Ministros a las nuevas necesidades. Cuando el mes de febrero tornaba a su fin y el tejido empresarial en manos del Estado había sido ya reorganizado para que las clases trabajadoras participaran en la dirección de los consorcios industriales y empresariales, el Consejo de Ministros acometió la creación de nuevos ministerios y promulgó un nuevo paquete legislativo para reforzar el aparato estatal. El día 23 de febrero se crearon tres nuevos ministerios: el de industria, el de comercio exterior y el de

²³⁶ *Ibidem*, pág. 27.

²³⁷ *Ibidem*, pág. 20 y 22.

²³⁸ *Ibidem*, pág. 20.

²³⁹ *Ibidem*, pág. 24 y 25.

comercio interior²⁴⁰. Al frente del primero se colocó a Ernesto Guevara. El revolucionario argentino entraba así en el gabinete ministerial y pasaba a formar parte del Gobierno. Su relevancia en la toma de decisiones había sido fundamental en los meses precedentes, pero ahora, a finales de febrero de 1961, tomaba carácter legal lo que antes se ejercía de facto. Guevara abandonaba así el control del Banco Nacional de Cuba para ponerse al frente del Ministerio de Industria, un nuevo organismo llamado a tutelar el entramado industrial que venía del período prerrevolucionario y aquel otro que se estaba creando y se crearía en los meses venideros tras los acuerdos firmados con el bloque socialista a finales de 1960. Guevara se colocaba así al frente de uno de los ministerios más complejos debido a la ingente tarea que tenía por delante, pues, tal y como reflejó *El Alcázar* en sus páginas, sus tareas estarían centrada “en cuatro funciones: creación, reconstrucción, reagrupamiento y consolidación de la industria estatal”²⁴¹.

Los otros dos nuevos ministerios servían para canalizar el flujo comercial de forma centralizada, el de comercio exterior nacía con la pretensión de organizar el comercio internacional de Cuba con sus nuevos socios y con la URSS y el de comercio interior centralizaba la toma de decisiones para coordinar la extensa producción estatal e integrar la producción privada en los objetivos productivos marcados por la revolución.

La gestión gubernamental cubana se centralizaba para acometer las ingentes tareas que tenía por delante y el carácter que animaba la fundación de aquellos tres nuevos ministerios no hacía más confirmarlo. Sin embargo, e independientemente del espíritu centralizador con que nacían aquellos ministerios, se precisaba trazar un plan estratégico de desarrollo y fue con este objetivo con el que se aprobó una ley orgánica aquel mismo día 23 de febrero sobre los objetivos a acometer por la Junta Central de Planificación²⁴². Un organismo planificado desde hacía meses, pero carente todavía de contenido real. A partir de aquel momento su importancia ganó enteros y tuvo como cometido establecer un programa de coordinación y control de todas las unidades de producción mediante el establecimiento de planes anuales. Al frente del conocido como JUCEPLAN se colocó a Raúl Castro, que compatibilizó su papel al frente de las fuerzas armadas con el de presidir de aquel importante organismo²⁴³. Así pues, a finales de febrero de 1961 se acometió una importante reestructuración ministerial, que, unida a la nueva función del JUCEPLAN generó, tal y como afirmó *El Alcázar* en sus páginas, un fuerte control sobre la economía estatal²⁴⁴.

Todos aquellos movimientos, en los que la sociedad civil y especialmente la clase trabajadora estaban tomando las riendas en el desempeño y en la dirección de muchas tareas antaño desempeñadas por el Estado y en los que la cúpula ministerial se reorganizaba para adaptarse a la nueva realidad tras la vinculación comercial e industrial de Cuba con el bloque socialista, resultaban, además, fundamentales para acometer el período de transición al socialismo. Cuba reaccionaba a la nueva realidad imperante y de forma simultánea colocaba las bases para la transición de un sistema capitalista a otro socialista.

Centralización, implicación, producción y dirección civil del entramado estatal cubano. Estos cuatro elementos se convirtieron en principios irrenunciables durante el mes de febrero de 1961 y sobre ellos giraron también todos los cambios institucionales durante aquel segundo mes de 1961. Por otro lado, es necesario señalar que aquella fiebre de creación y redefinición institucional y organizativa se acometió durante el primer mes de la Administración Kennedy, utilizando así, inteligentemente, la

²⁴⁰ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7702. Madrid: martes, 21 de febrero de 1961, pág. 6. Diario y Pino-Santos Navarro, Carina: *Op. Cit.*, pág. 28.

²⁴¹ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7704. Madrid: jueves, 23 de febrero de 1961, pág. 1. Diario.

²⁴² Pino-Santos Navarro, Carina: *Op. Cit.*, pág. 28.

²⁴³ *Idem*.

²⁴⁴ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7704. Madrid: jueves, 23 de febrero de 1961, pág. 1. Diario.

expectación creada ante el arribo del fotogénico nuevo presidente norteamericano. Kennedy estaba acaparando luz y taquígrafos durante sus primeras semanas al frente de la Casa Blanca y los asuntos cubanos, después de aquellos momentos de máxima tensión durante los días finales de la Administración Eisenhower, parecieron pasar a un segundo plano. Las alusiones a Cuba por parte de las autoridades norteamericanas no desaparecieron, pero era evidente que en aquel momento el interés estaba centrado en las incógnitas que presenta la nueva presidencia, tanto en política doméstica como internacional, y que por tanto el enfrentamiento con Cuba, después de los gestos acometidos por parte de los nuevos mandatarios estadounidenses y de los dirigentes revolucionarios, había entrado en un compás de espera.

Así pues, el momento no podía ser más propicio para apuntalar el régimen cubano y hacer labores de fontanería en el Estado. Kennedy acaparó la atención y alejó los focos de las agencias de prensa internacionales de la realidad cubana, que tuvo además la suerte de contar en aquellos días finales de enero y durante prácticamente todo el mes de febrero de 1961 con la expectación que generó el secuestro del navío portugués “Santa María”. La llegada de Kennedy y el secuestro del “Santa María” propiciaron que Cuba dispusiera de unos días para relanzar su proyecto revolucionario y arrastrar a las clases populares a la consecución del mismo.

Sobre el episodio del “Santa María” ya hemos hablado brevemente en los capítulos precedentes al hacer referencia a las acciones del DRIL. De todos modos, es necesario contextualizarlo en la realidad por la que estaba pasando Cuba, el Caribe y el continente americano en aquel momento, pues la Revolución cubana fue acusada de estar detrás del secuestro de aquel buque portugués. Como venía siendo habitual, cualquier desorden o acción insurgente en el área del Caribe ponía a Cuba en el disparadero, independientemente del grado de implicación que la Revolución cubana tuviera en el asunto.

14.6 El episodio del “Santa María”; ¿un fallido *Granma* para la liberación de España y Portugal o un acto de propagando contra la dictadura portuguesa?

Desde la toma de posesión de Kennedy hasta el final del mes de febrero la dirigencia revolucionaria fidelista emprendió una fuerte reestructuración del Estado cubano, relanzó ideológicamente el proyecto revolucionario y se esforzó por ofrecer una imagen coherente del nuevo bloque hegemónico que a partir de entonces rigió los destinos de Cuba. Desde el día 20 de enero se llevó a cabo en el interior de Cuba un poderoso programa de estructuración en todos los campos, en el político, en el organizativo y en el ideológico. Sin embargo, las agencias de prensa internacionales, a diferencia de los medios cubanos, desatendieron esta transcendental transformación que se estaba viviendo en la sociedad política y civil cubana. En el caso concreto de la prensa franquista, las noticias sobre Cuba, después de la desmovilización decretada por Fidel Castro tras la toma de posesión de Kennedy, prácticamente desaparecieron.

El diario *Pueblo* ejemplificó aquella actitud a la perfección, pues, aunque se había desempeñado como uno de los diarios franquistas más interesados en el acontecer de la Revolución cubana, abandonó sus noticias sobre este particular y centró sus informaciones en el secuestro del “Santa María” y en todas las secuelas informativas que se podían derivar de aquel sávido incidente, ofreciendo también gran parte del espacio destinado a los asuntos internacionales a valorar y especular sobre la línea de política exterior que adoptaría la nueva Administración Kennedy. Por lo demás, el *affaire* del “Santa María” se erigía en un episodio cardinal para evaluar a la nueva Administración norteamericana, pues este incidente serviría para valorar el grado de ruptura en materia internacional que había entre la Presidencia de Eisenhower y la de Kennedy.

El Alcázar mostró una posición muy similar a *Pueblo*, pues el incidente del “Santa María” se erigió también en acontecimiento medular en la estructuración de sus noticias sobre América Latina, reservando igualmente gran parte de su sección de internacionales a analizar las primeras declaraciones y movimientos de la nueva Administración norteamericana. En lo que respecta al diario *ABC* su comportamiento fue análogo al del resto de los medios analizados.

De todos modos, a pesar del interés que generaba el arribo del apolíneo nuevo presidente estadounidense a la Casa Blanca, el gran asunto en los medios franquistas desde finales de enero hasta prácticamente el final de febrero fue el secuestro del “Santa María”. La fuerte presencia de españoles en el pasaje de aquel buque de línea portugués justificaba sobradamente la atención desplegada sobre aquel asunto. Como también la justificaba que una parte importante de los captores formaran parte del exilio español en Latinoamérica.

14.6.1 El secuestro del “Santa María”: el salazarismo y el franquismo ante el rechazo de su modelo en América

El día 24 de enero la prensa franquista lanzó a sus portadas una sensacional noticia. El trasatlántico portugués “Santa María” había sido secuestrado en aguas del Caribe. Varios amotinados, según relató el diario matutino *El Alcázar* en su primera página, habían dominado “a tiros” a la tripulación²⁴⁵. El “Santa María”, según informaba *El Alcázar* en grandes titulares, iba con seiscientos pasajeros a bordo, entre ellos muchos españoles, y había tomado rumbo a Cuba según apuntaban los primeros indicios²⁴⁶.

El secuestro del buque de línea portuguesa se había producido en la madrugada del 23 de enero a unas trescientas millas al norte de Puerto España, Trinidad. A resultas de la lucha entre los asaltantes y las autoridades del buque uno de los oficiales que estaba al mando había resultado muerto por los captores y otro permanecía gravemente herido. Se informaba igualmente que el oficial herido, junto a otros miembros de la tripulación que habían resultado también heridos, había sido desembarcado horas después en la isla de Santa Lucía y que posteriormente, según las noticias disponibles, el buque había tomado rumbo a la Florida²⁴⁷. El buque de línea portugués seguía así su ruta habitual, pues había partido de Venezuela, había hecho escala en Curaçao, donde habían embarcado los captores, pasaría a continuación por la Florida y por último se dirigiría rumbo a Lisboa. De este modo, Cuba, que aparecía en los titulares, era una mención maliciosa que en nada ayudaba a entender lo que estaba sucediendo. Lo único que se podía señalar con certeza era que el buque se encontraba en aguas del Caribe, pues había suspendido las señales de radio y no se tenía constancia de su localización exacta.

El Alcázar encontraba una vez más vinculaciones entre la Revolución cubana y los diferentes desórdenes que acontecían en el Caribe. Aquella mención a Cuba, irrelevante dentro del extenso relato de *El Alcázar*, se había justificado por la aparición de ciertas informaciones difundidas por la agencia de noticias británica *Press Association* en la que se señalaba que el buque había cambiado su ruta. Un rumor sin confirmar en todo caso y que se sustentaba en las sospechas que albergaba el Gobierno portugués, unas sospechas de las que se había hecho eco la agencia británica. *El Alcázar* insinuó también que aquel acto podía contar con la dirección de agentes fidelistas. Sin embargo, la realidad era otra, pues al frente de los amotinados no había ningún cubano, sino un portugués, y el destino no era Cuba, sino la Florida.

El vespertino *Pueblo*, al sacar su tirada por la tarde, ampliaba la noticia y ofrecía algún detalle más de lo ya expuesto por *El Alcázar*. El diario sindical hablaba de que el grupo amotinado contaba con setenta hombres fuertemente armados, al frente de los cuales se encontraba un antiguo capitán del

²⁴⁵ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7678. Madrid: martes, 24 de enero de 1961, pág. 1. Diario.

²⁴⁶ *Idem*.

²⁴⁷ *Idem*.

Ejército portugués: Henrique Galvao. El cabecilla de los amotinados era definido en *Pueblo* como un aventurero con ínfulas de guerrillero de los abundaban en el área caribeña y apuntaba a continuación que era conocido ya por lanzar desde Latinoamérica “*panfletos, llamamientos y bravatas*” como portavoz de una organización que se hacía llamar “*Movimiento Libertador de la Península Ibérica*”, un movimiento que él mismo dirigía al alimón con el ex general portugués Humberto Delgado²⁴⁸. Así pues, desde el primer momento, se determinó que aquella acción estaba bajo el control de los hombres del Directorio Revolucionario Ibérico de Liberación, conocido ya como el DRIL.

En aquellas primeras informaciones *Pueblo* ya señalaba que era más que probable la presencia de españoles dentro del grupo insurrecto, pues aquel movimiento no se circunscribía a la lucha contra el régimen de Salazar, sino que tenía también entre sus objetos combatir a la España de Franco. Por lo demás, no se sabía todavía cuáles eran las intenciones reales de los captores, ni tampoco si tenían por destino Cuba, Brasil u otro punto del Caribe. Lo único que habían comunicado era que estaban dispuestos a bolar el buque si cualquier navío de guerra trataba de detenerlos. De todos modos, y a pesar de las amenazas, se informaba que había ya navíos de guerra y aviones norteamericanos y británicos a la caza del buque secuestrado.²⁴⁹

El diario *ABC* cubrió también la noticia de aquel espectacular suceso y, haciendo gala de la línea editorial por la que había optado desde hacía ya meses, es decir, vincular cualquier desorden a la acción de los agentes fidelista, centró la mayor parte de su información en buscar los posibles vínculos entre el suceso del “Santa María” y la Revolución cubana. Y para ello, como había hecho *El Alcázar*, acudió al caudal de rumorología que las agencias de noticias anglosajonas estaban dispersando por medio mundo para confeccionar su relato.

ABC optó por relacionar a Cuba con el suceso del “Santa María” y lo hizo de forma explícita, sin la timidez mostrada por *El Alcázar* y *Pueblo* en aquellas primeras horas de secuestro. *ABC* se hizo eco para ello de rumores procedentes de Washington según los cuales “*el punto de referencia del asombroso suceso*” había que “*buscarlo, más que en ninguna otra parte, en La Habana de Fidel Castro*”²⁵⁰. Según señalaba *ABC*, el castrismo trataba de exportar “*su revolución al mundo iberoamericano en su más amplio sentido*” y aquello incluía a la “*Península Ibérica*”²⁵¹. Aquellas conjeturas, construidas sobre especulaciones procedentes de sospechas y rumores eran la base sobre la que el diario tradicionalista construía su discurso, añadiendo a continuación que la estética del golpe efectuado contra el trasatlántico luso respondía al “*formidable sentido de la publicidad*” que siempre había animado cada una de las iniciativas y acciones de Fidel Castro²⁵².

ABC consideraba que aquel tipo de acciones espectaculares constituían una de “*las armas claves para la exportar la Revolución cubana*” y que, por tanto, todo parecía indicar que las huestes de Fidel Castro estaban detrás de aquel episodio de piratería, pues el *modus operandi* respondía a la estética fidelista²⁵³. Según informes, desde luego nunca confirmados, *ABC* señalaba igualmente que “*Galvao, como todos los extremistas activos de Iberoamérica*”, había convivido con “*el castrismo y sus agentes*”²⁵⁴.

Aquella tesis de la implicación cubana fue perseguida con insistencia desde las páginas del diario tradicionalista y el día 26 de enero, cuando todavía las dudas eran mayores que las certezas, *ABC* publicó un pequeño editorial en el que se señalaba que en el asalto del “Santa María” todo el mundo

²⁴⁸ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6656. Madrid: martes, 24 de enero de 1961, pág. 1. Diario.

²⁴⁹ *Idem*.

²⁵⁰ *ABC* (Año LIV). Núm.17119. Madrid: miércoles, 25 de enero de 1961, págs. 27. Diario.

²⁵¹ *Idem*.

²⁵² *Idem*.

²⁵³ *Idem*.

²⁵⁴ *Idem*.

tenía en mente a Fidel Castro. Según *ABC*, aquel era el primer nombre que surgía al analizar aquel conflicto. Quién sino, se preguntaba aquel editorial, podía ofrecer sustento a los piratas en aquellos días. “*Sólo el Primer Ministro cubano*”, respondía *ABC*, podían estar detrás de tan descabellada hazaña. De lo contrario, habría que pensar, remachaba el editorial, en “*algún Seku Ture, enemigo declarado del Oeste y de todo cuanto significara civilización occidental*”²⁵⁵.

Las sospechas que recaían sobre Cuba parecían de lo más lógicas, según aseveraba la línea argumental del diario tradicionalista, pues parecía verosímil que, “*conociendo la psicología del personaje*”, Fidel Castro hubiera dado sustento a aquella aventura²⁵⁶. Para el diario de *ABC*, Fidel Castro estaba haciendo “*lo posible por minar el prestigio y la posición material de las potencias del Oeste*” y, por lo tanto, resultaba difícil distinguir al líder cubano de otros “*flamantes políticos africanos*” que se estaban desempeñando como “*auxiliares del imperialismo soviético*”²⁵⁷.

Pueblo y *El Alcázar*, aunque se mostraban partidarios de dar pábulo a aquellas teorías, parecían más prudentes y aquel mismo día 26 centraron sus pesquisas en ofrecer más datos sobre lo que estaba aconteciendo. Ambos diarios, cuando habían pasado ya tres días desde el inicio de la crisis y después de moverse en las jornadas previas en un mar de especulaciones, ofrecieron en aquella tercera jornada más detalles sobre las intenciones de los captores. La flota norteamericana y un avión de la marina de los Estados Unidos habían intentado desviar el buque a San Juan de Puerto Rico. Sin embargo, el trasatlántico portugués se había negado a asumir aquella orden y había emitido un mensaje en el que se indicaba lo siguiente: «*Todo bien a bordo. Destino Angola. Capitán Galvao se niega regresar San Juan. Aceptaría conferencia a bordo de “Santa María” con autoridades norteamericanas*»²⁵⁸. El resto de información aportada por ambos diarios estaba plagada todavía de supuestos sin confirmar.

De todos modos, había ya algunos aspectos a destacar. Comenzaban a emitirse ya las primeras críticas por el uso que se estaba haciendo de los efectivos dedicados a la captura del “*Santa María*”, críticas que llevaban el cuño de las autoridades portuguesas²⁵⁹. Y quizás, más importante para el tema que nos ocupa, se divulgaron también las declaraciones de varios heridos desembarcados en la isla de Santa Lucía, quienes habían declarado que el navío pretendía llegar a Cuba para dejar allí a los pasajeros y embarcar “*más fuerzas armadas con vistas a una expedición contra cualquier territorio portugués, probablemente el archipiélago de Cabo Verde*”²⁶⁰. Por lo demás, había un sentimiento unánime entre las autoridades españoles y portuguesas de que aquel era un acto de piratería inaceptable y que como tal debería ser tratado²⁶¹.

Aquel mismo día 26 de enero el diario *Pueblo* hablaba ya de un submarino atómico norteamericano destinado a las labores de persecución del buque secuestrado y que este sería interceptado antes de llegar a las costas de Cabo Verde o Angola por varios navíos de guerra norteamericanos procedentes de la base naval estadounidense instalada en Costa de Marfil²⁶². Sin embargo, a pesar de la puesta en escena, la prensa franquista señalaba que aquellos medios no estaban siendo utilizados de la forma adecuada. Y es que, los diarios franquistas, haciéndose eco de la información que procedía de Portugal, consideraban que los Estados Unidos no estaban interviniendo, simplemente, se estaban dedicando a controlar la crisis.

²⁵⁵ *ABC* (Año LIV). Núm.17120. Madrid: jueves, 26 de enero de 1961, págs. 26. Diario.

²⁵⁶ *Idem*.

²⁵⁷ *Idem*.

²⁵⁸ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7680. Madrid: jueves, 26 de enero de 1961, pág. 34. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6658. Madrid: jueves, 26 de enero de 1961, págs. 1 y 2. Diario.

²⁵⁹ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7680. Madrid: jueves, 26 de enero de 1961, pág. 34. Diario.

²⁶⁰ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6657. Madrid: miércoles, 25 de enero de 1961, pág. 1. Diario.

²⁶¹ *Idem*.

²⁶² *Pueblo* (Año XXII). Núm.6658. Madrid: jueves, 26 de enero de 1961, pág. 1. Diario.

Aquella jornada del 26 de enero marcó los derroteros a través de los cuales se desempeñarían los diarios franquistas. A partir de aquel momento, comenzaron ya a establecerse dos parámetros básicos en relación al análisis del secuestro: primero, la pretendida y buscada implicación cubana en el asunto y, segundo, la falta de claridad de los países del área en la defensa de los intereses del régimen de Salazar, especialmente se hizo referencia al papel desempeñado por los Estados Unidos, ambiguo y vacilante en todo momento.

El Alcázar fue el diario que más apostó por esta doble interpretación en su análisis del secuestro del trasatlántico luso. En lo tocante al insuficiente apoyo prestado a las autoridades portuguesas en aquella crisis, *El Alcázar* planteó desde el primero momento que los Estados Unidos no habían evaluado correctamente el carácter de aquel conflicto y que la calificación de aquel suceso como acto de piratería se estaba demorando más de lo debido. Tomando esta idea como premisa, *El Alcázar* se lanzó a la publicación de varios artículos de expertos en derecho marítimo procedentes de España y Portugal para sostener que aquella agresión contra la flota portuguesa sólo podía ser calificada como un acto de piratería y que, por lo tanto, el buque tenía que ser interceptado o abordado. La solución a aquel conflicto, según el matutino madrileño, sólo podía pasar por la retención del buque y la inmediata detención de los captores²⁶³. Una línea de actuación que, según los expertos en derecho consultados, no parecía estar siguiendo Estados Unidos²⁶⁴. Las autoridades norteamericanas habían desplegado efectivos suficientes en la zona para interceptar el barco portugués; sin embargo, su único interés parecía estar centrado en la seguridad del pasaje y en controlar que aquel engorroso asunto no se les fuera de las manos.

En cuanto a la implicación cubana en aquel suceso, *El Alcázar* ofrecía argumentos más peregrinos que los adoptados por el diario *ABC* y, haciendo de la mística de la Guerra Civil española fuente de inspiración, construía un relato puramente emocional y manifiestamente tendencioso en el que la Cuba de 1959 se comparaba con la España de 1936, mientras la Cuba posterior al triunfo fidelista se ponía en sintonía con la España del período que iba de 1936 a 1939. La portada del *El Alcázar* de aquel 26 de enero constituía una muestra gráfica de aquel aserto tantas veces repetido. En aquella portada la imagen principal corría a cargo de la fotografía de un niño cubano armado y vestido con el uniforme miliciano, aquel retrato central aparecía acompañado por otras cuatro imágenes que, a modo de secuencia, ofrecían la evolución de España de 1936 a 1939 y la de Cuba de 1959 a 1961. Estas cuatro imágenes estaban dispuestas de tal modo que la fotografía del niño terminaba erigiéndose en destino final, según la versión de *El Alcázar*, de una historia infausta: un destino alcanzado en la Cuba de aquel momento a resultas del desarrollo del proyecto revolucionario y una situación que, por el contrario, se habían podido esquivar en España debido a la acción franquista.

Aquellas cuatro fotografías que acompañaban a la imagen del infante mostraban lo siguiente: en la primera se ofrecía la imagen de un pelotón de milicianos españoles en 1936 y justo a continuación se colocaba otra fotografía de 1959 en la que el Che Guevara aparecía acompañado de sus tropas tras su llegada a La Habana. Después de estas dos fotografías, se ofrecían otras dos; en la primera, tomada en España en algún momento entre 1936 y 1939, aparecían formando un grupo de milicianas y, en la segunda, aparecía una fotografía de 1960 en la que figuraban tres milicianas cubanas portando fusil en mano. Aquella portada, tan gráfica de la idea que se pretendía difundir, se hacía acompañar además de un pie de foto que, a modo de aclaración, trataba de disipar el posible error interpretativo de los lectores. Dicha aclaración rezaba así:

«Fidel Castro y el Estilo Miliciano. Sobre la pared del fondo de la fotografía se hace referencia a la libertad “en un pueblo libre”. Extraño concepto el de la libertad para Fidel

²⁶³ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7680. Madrid: jueves, 26 de enero de 1961, págs. 1 y 6. Diario.

²⁶⁴ *Idem.*

Castro, traducido al “estilo miliciano” que, en España, es una de las palabras de peor sonido. Primero fueron los “barbudos”; luego las mujeres; ahora, los niños, a los que se enseña a marchar con aire marcial, pero se les ha privado de su madre, de la ilusión de creer en los Reyes Magos y de balbucear el Padre nuestro. Con estas milicias Fidel ha escogido dos bandos de odio: España y Portugal, precisamente el solar en donde los milicianos no han tenido mucha suerte»²⁶⁵.

Desde Cuba y desde la España franquista se tejía un relato en el que se hablaba de historias paralelas, obviamente la interpretación no era la misma, pero la España de Franco tenía su referente en la Cuba prerrevolucionaria y la Cuba fidelista una fuente de inspiración en la experiencia española que había traído la Segunda República. La dirigencia franquista veía en la Cuba del momento los prolegómenos de una guerra civil de incierto desenlace y desde el Gobierno cubano se había advertido en reiteradas ocasiones que la revolución no correría la misma suerte que la Segunda República española, precisamente, porque las armas estaban en manos del pueblo y no de un ejército tradicional.

El Alcázar, sin embargo, veía en el pueblo armado que era Cuba en aquel momento el foco de todos los males presentes y venideros y a través de aquellos relatos apocalípticos culpaba al pueblo cubano de cada uno de los levantamientos que se producían en el área del Caribe. Cuba era un ejemplo pernicioso para la prensa franquista, pues aquellas imágenes que exportaba la revolución recordaban a las que España había dado al mundo durante la Guerra Civil. En Cuba las milicias habían sido armadas por las autoridades y como consecuencia de ello el pueblo parecía tener carta blanca para intervenir allí donde considerara oportuno, incluso más allá de sus fronteras.

El Alcázar entretenía a sus lectores con esta clase de contoneos, insertando portadas de aquel tipo, ante la imposibilidad de vincular, haciendo uso de pruebas convincentes, a la Revolución cubana con aquel espinoso asunto del “Santa María”. Por lo demás, el cautiverio del buque lusitano continuaba presidido por la incertidumbre, aunque el día 27 de enero comenzó a quedar claro que los captores deseaban desprenderse del numeroso pasaje antes de tocar las costas africanas. En el navío, entre tripulación, pasaje y asaltantes, había casi mil personas y, en consecuencia, había comenzado ya el racionamiento de la comida y la bebida²⁶⁶. El primer objetivo de Galvao, tras los primeros cuatro días de secuestro, pasaba pues por encontrar un puerto neutral en el desembarcar a los pasajeros sin que el barco fuera capturado o retenido²⁶⁷.

Según informó *Pueblo* aquel mismo día, todos los esfuerzos de los amotinados habían estado destinados a deshacerse del pasaje, pues éste parecía ser el foco de mayor preocupación para los mandatarios estadounidenses y un problema para los hombres de Galvao si pretendían seguir adelante con su aventura. Finalmente, según noticias lanzadas por varias agencias de información norteamericanas, aquel acuerdo de desembarcar a los pasajeros parecía haber llegado: Galvao se había comprometido con las autoridades navales norteamericanas a preparar un trasbordo para que los pasajeros tomaran tierra en Belém do Pará, Brasil. *Pueblo* señaló además que los captores habían recibido garantías de no ser apresados; lo cual constituía un agravio más para las autoridades portuguesas. El trasbordo del pasaje se haría en aguas internacionales y un buque norteamericano sería el encargado de llevar a los pasajeros al puerto del Estado de Pará²⁶⁸.

En aquel número de *Pueblo* se ofrecían además otros detalles relevantes sobre la autoría intelectual y material del asalto al “Santa María”. Blanco Tobío, corresponsal del diario sindical en los Estados Unidos, informó que el ex general del ejército portugués Humberto Delgado había tomado la palabra

²⁶⁵ *Ibidem*, portada.

²⁶⁶ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7681. Madrid: viernes, 27 de enero de 1961, págs. 1 y 34. Diario.

²⁶⁷ *Idem*.

²⁶⁸ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6659. Madrid: viernes, 27 de enero de 1961, pág. 1. Diario.

en Brasil para declarar que él se encontraba detrás del secuestro del “Santa María” y dirigiéndose al presidente Kennedy le había comunicado que no merecía la pena contaminar su poner por elevar el prestigio del denostado Gobierno portugués²⁶⁹. El general Delgado, calificado por Tobío como un personaje grotesco “*de ópera bufa*”, había solicitado del presidente de Estados Unidos que no se inmiscuyera en aquel asunto²⁷⁰. La dirección del asalto era pues portuguesa, sobre esto ya nadie albergaba dudas, sin embargo, noticias procedentes del corresponsal de *The New York Times* en Lisboa señalaban que más de la mitad de los hombres a las órdenes de Galvao eran “*españoles exiliados*” y que había también “*unos cuantos cubanos y venezolanos*” y solamente “*tres o cuatro portugueses*”²⁷¹.

De todos modos, lo más preocupante para Portugal, e indirectamente para España, era la actitud que estaba mostrando Estados Unidos en aquel episodio. Según señaló Blanco Tobío, en Washington, “*las interpretaciones legales que presentaba tan singular caso*” estaban comenzando a generar discrepancias entre los diferentes órganos de decisión norteamericanos, “*produciéndose la impresión de que el Departamento de Estado y el Departamento de Marina no estaban muy de acuerdo sobre lo que se debía hacer*” ante aquel conflicto²⁷².

El Departamento de Estado había dejado entrever que había dudas sobre la posibilidad de reducir aquel asunto a un episodio de estricta piratería y que, por tanto, cualquier apreciación precipitada sobre la naturaleza del caso debía descartarse. El juicio definitivo, según el enfoque que emanaba del Departamento de Estado, debía quedar a expensas de las investigaciones posteriores que se fuesen realizando, pues el componente político de aquel episodio no se podía pasar por alto. Por su parte, el Departamento de Marina parecía más partidario de la vía expeditiva y se inclinaba por tratar aquel asunto como un acto de piratería, inclinándose de este modo por la posibilidad de abordar el buque si finalmente Galvao y sus hombres no se aténían a rendir la nave. En cualquier caso, en lo que todos parecían estar de acuerdo era en que el pasaje debía abandonar el buque con la mayor brevedad posible.

Después de aquellas reflexiones de Blanco Tobío, era evidente que aquel asunto estaba generando un intenso debate entre las autoridades norteamericanas. Sin embargo, lo que parecía innegable también era que la aventura de Galvao lo tenía francamente difícil para prosperar y que, tarde o temprano, debido al revuelo generado, los asaltantes tendrían que deponer las armas, pues la marina de guerra lusitana iba a hacer todo lo posible para que el “Santa María” no llegara a las costas africanas. Ahora bien, a pesar del futuro incierto de la expedición de Galvao, no era menos cierto que a medida que pasaban las horas Portugal estaba siendo derrotada en el campo diplomático, pues el apoyo de la recién estrenada Administración Kennedy al régimen de Salazar parecía tener ciertas fisuras.

En otro orden de cosas, *Pueblo*, como habían hecho también *El Alcázar* y *ABC*, seguía empeñado en encontrar vínculos entre aquel episodio y el comunismo; sin embargo, ni Galvao ni Delgado eran comunistas, como se reconocía en aquellas páginas, aunque se insistía que tanto Delgado como Galvao habían tenido contacto con los comunistas españoles y portugueses²⁷³.

Finalmente, el día 28 de enero, cuando el buque llevaba ya cinco días complicado en aquella aventura, parecía que el desembarco de los pasajeros estaba cada vez más cerca. *El Alcázar* y *Pueblo* informaron que el portavoz de la Marina de Guerra norteamericana había revelado que Galvao había aceptado desembarcar a los pasajeros en el plazo de veinticuatro horas en el puerto de Recife en Brasil.

²⁶⁹ *Ibidem*, pág. 2.

²⁷⁰ *Idem*.

²⁷¹ *Idem*.

²⁷² *Idem*.

²⁷³ *Ibidem*, pág. 1.

Entretanto, Portugal, a tenor de lo visto en los días precedentes, era consciente ya de que la defensa de sus costas tendría que correr a su cargo, pues los Estados Unidos no parecían dispuestos a abordar el buque lusitano, más bien todo lo contrario, pues parecía evidente que el diálogo y la diplomacia entre norteamericanos e insurrectos se habían impuesto a la confrontación. Ante aquella realidad, las autoridades portuguesas habían enviado “*aviones, buques de guerra y tropas a sus territorios africanos para impedir cualquier intento de desembarco en ellos de Galvao y sus secuaces*”²⁷⁴. El salazarismo tomaba todas las precauciones pertinentes ante un posible desembarco en África. De todos modos, Galvao era consciente de que se encontraba cercado y todo parecía indicar que terminaría deponiendo su actitud, pues, una vez avisada y movilizada la marina de guerra portuguesa, cualquier esperanza de éxito parecía remota. Así lo entendió *El Alcázar* que, a través de sus titulares, señaló que el “*pirata portugués*” parecía “*darse por vencido*”²⁷⁵.

Un día después, el diario *ABC*, aprovechó aquel receso en la aventura para exponer lo que, desde su óptica, constituían los antecedentes de aquel caso. Unos antecedentes que pasaban necesariamente por exponer una semblanza de los dirigentes que se habían responsabilizado del secuestro del buque lusitano. Así pues, un acercamiento a la figura del capitán Galvao parecía ineludible. Galvao era presentado como un conspirador nato. Según el diario *ABC*, aquel militar amotinado era un antiguo colaborador de Salazar que se había comprometido en varias conspiraciones contra las autoridades portuguesas y que había sido encarcelado por ello en varias ocasiones. Galvao era, por tanto, un enemigo conocido y declarado del salazarismo, que después de encadenar complots y períodos de prisión había conseguido fugarse en enero de 1959 a través de la Embajada argentina en Lisboa²⁷⁶. A partir de entonces, el veterano capitán portugués había comenzado un periplo que le había llevado de Argentina a Brasil, donde había expuestos sus proyectos de sublevación en Portugal sin demasiado éxito. Sin embargo, en Brasil había coincidido con el general Humberto Delgado, descrito en el diario *ABC* como “*un opulento exiliado portugués*” que “*había necesitado treinta años de altos cargos y sinecuras en el régimen de Salazar para descubrir que éste no era de su agrado*”²⁷⁷. *ABC* señalaba igualmente que Delgado había pretendido la presidencia de la República portuguesa y que aquella ambición insatisfecha había propiciado que se lanzara por las sendas de la conspiración²⁷⁸.

De esta suerte, tal y como exponía el diario *ABC*, tanto Galvao como Delgado, formaban parte del grupo de hombres que habían sostenido a Salazar desde los inicios de los años treinta. Y ambos se habían lanzado por las sendas de la insurrección después de haber estado al abrigo del salazarismo durante al menos dos décadas. Galvao, como hombre de acción, no había encontrado el caldo de cultivo adecuado en tierras brasileñas para llevar a cabo sus planes. Sin embargo, según señaló *ABC*, en Caracas su suerte había cambiado, pues aquí entró en contacto con “*ciertos grupitos de exiliados españoles*” y con otros grupos de “*vagabundos apátridas*” que estaban dispuestos a seguir sus órdenes²⁷⁹. De todos modos, según aventuraba el diario *ABC*, para que aquellos grupos fueran representativos y legítimos para los pueblos ibéricos se necesita también un dirigente español, pues para lanzar cualquier tipo de aventura conjunta en tierras ibéricas, españoles y portugués debían estar representados en la dirección. Fue entonces cuando Galvao encontró a Alberto Bayo, con el que, según aseveraba el diario madrileño, compartía estrategia para derrocar a los regímenes ibéricos²⁸⁰. *ABC* señaló a continuación que aquí se encontraba el origen del DRIL, que era la organización que

²⁷⁴ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7682. Madrid: sábado, 28 de enero de 1961, pág. 34. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6660. Madrid: sábado, 28 de enero de 1961, pág. 1. Diario.

²⁷⁵ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7682. Madrid: sábado, 28 de enero de 1961, pág. 1. Diario.

²⁷⁶ *ABC* (Año LIV). Núm.17123. Madrid: domingo, 29 de enero de 1961, págs. 52. Diario.

²⁷⁷ *Idem*.

²⁷⁸ *Idem*.

²⁷⁹ *Idem*.

²⁸⁰ *Idem*.

había colocado varios explosivos en tierras españolas durante la primera mitad de 1960²⁸¹. Al frente del DRIL, aseguraba con aplomo *ABC*, se había colocado Alberto Bayo y como vicepresidente se había situado Galvao²⁸². Así pues, el episodio del “Santa María”, según el diario madrileño, no era más que otra de las numerosas intentonas que Bayo y Galvao habían maquinado en el último año para poner en apuros a los Gobiernos de Madrid y Lisboa.

Aquel relato le servía al diario tradicionalista para establecer el vínculo deseado entre la Revolución cubana y el episodio del “Santa María”, pues Alberto Bayo, el exiliado español que había instruido a los hombres de Fidel Castro en la lucha guerrillera en tierras mejicanas, se presentaba así como el jefe y responsable último de aquella trama. Sin embargo, el diario *ABC* obviaba que Alberto Bayo había tenido una relación efímera con los grupos de Caracas y que, como se recordará de capítulos precedentes, se había desvinculado de ellos a finales de 1959 cuando percibió que estaban infiltrados por agentes del franquismo²⁸³.

Como hemos expuesto ya en otras ocasiones, sobre las denostadas siglas del DRIL, sobre las organizaciones que la habían precedido y sobre aquellas otras que la habían sucedido había gravitado siempre la sospecha, que terminó siendo certeza para muchos, de que el régimen franquista estaba aprovechando las acciones de estos grupos, impulsadas por los infiltrados que había introducido en su seno, para azuzar la represión en España. Aquellos grupos armados estaban contribuyendo a afianzar el régimen, como siempre habían afirmado las formaciones políticas del exilio español, y para lo único que habían servido era para castigar a los jóvenes españoles más levantiscos con largas penas de prisión y con algunas condenas a muerte, actuando al mismo tiempo como aviso a navegantes para todos aquellos que estuvieran dispuestos a empuñar las armas contra la dictadura española. Así pues, según la versión sostenida por el propio Alberto Bayo, detrás de las siglas de todos aquellos grupos que estaban preconizando la lucha armada se escondían organizaciones de “*pandilleros falangistas*” al servicio del régimen de Franco²⁸⁴.

Por lo demás, la desvinculación explícita de Alberto Bayo de aquellos grupos se había producido, como ya hemos analizado en los capítulos precedentes, antes de que protagonizaran cualquier tipo de acción en España. En febrero de 1959 el general Bayo había hecho un llamamiento desde Venezuela para organizar la lucha contra Franco y, al amparo de aquel llamamiento, varios grupos habían organizado comandos para la acción, fusionándose con posterioridad muchos de ellos para formar lo que pasó a conocerse como el DRIL. Sin embargo, antes de que lanzaran sus primeros ataques en España comenzaron a correr informaciones de que aquellos grupos habían nacido con el síndrome de la infiltración franquista en su seno y fue entonces cuando el general Bayo decidió romper con aquellas formaciones.

Alberto Bayo se había desmarcado de aquellos grupos muy pronto, a finales de 1959, y en octubre de 1960, tras establecer contactos con Santiago Carrillo en La Habana, había enviado un escrito para su publicación en la prensa cubana en el que se hablaba del historial oscuro de aquellos grupos, de la infiltración franquista en su seno y de la inoportunidad de establecer la lucha armada en la España franquista de aquel momento, independientemente de las siglas bajo las que se actuara²⁸⁵.

²⁸¹ *Idem.*

²⁸² *Idem.*

²⁸³ Para un análisis detallado de las infiltraciones de los agentes franquistas en todos estos grupos y de la inquina que generaban estas organizaciones entre la oposición española, especialmente entre el PSOE y el PCE, puede consultarse el capítulo quinto de este trabajo, páginas 90 y 91, el sexto, páginas 86-110, y el séptimo, 149-180, o acudir directamente a un artículo dedicado a estos grupos publicado en la revista *Bohemia* en febrero de 1961: *Bohemia* (Año LIII). Núm. 9. La Habana: domingo, 26 de febrero de 1961, págs. 52, 53, 81 y 82. Semanal.

²⁸⁴ De Paz-Sánchez, Manuel: *Zona de Guerra: Op. Cit.*, pág. 177.

²⁸⁵ *Mundo Obrero* (Año XXX). Núm. 19. Madrid: martes, 1 de noviembre de 1960, pág. 2. Quincenal.

Así pues, vincular a Alberto Bayo, y por derivación a la Revolución cubana, con cualquier tipo de acción armada en España o Portugal resultaba un ejercicio tan fallido como improcedente, sobre todo si se quería encontrar el vínculo entre Cuba y los alzados en la figura de Alberto Bayo. Es posible que *ABC* desconociera que la inmensa mayoría del exilio español apostaba ya por la reconciliación nacional, aunque es posible también que, de forma interesada, *ABC*, a pesar de conocer el estado y las opiniones del exilio español, pretendiera seguir sacándole réditos políticos a la proliferación de las acciones de aquellos grupos que estaban, al parecer de muchos, controlados por las infiltraciones que el régimen franquista había orquestado. Sin embargo, lo cierto es que la prensa franquista, con especial mención al diario tradicionalista *ABC*, seguía empeñada en que Fidel Castro formara parte de aquella conjura que estaban protagonizando Galvao y sus hombres.

El episodio del “Santa María” había ofrecido la oportunidad a los medios franquistas de componer un retrato del exilio español en el que la nota dominante era la acción armada. De lo que se trataba, en definitiva, era de difundir la idea de que la colonia de exiliados era un vivero de terroristas en manos de los renegados del ejército portugués y español; y que, unos otros, estaban dispuestos a militar en aquellos grupos que estaban decididos a pasar a la acción armada. Ahora bien, aquella tesis, para todos aquellos que estaban informados sobre el desarrollo de las estrategias contra el franquismo, no podía sostenerse con un mínimo de credibilidad. De todos modos, más allá de su sustento real, aquella tesis podía funcionar para desprestigiar al exilio español y resultaba de gran utilidad para la propaganda franquista, pues había servido para caracterizar aquel episodio del “Santa María” como la quinta esencia de la lucha contra el salazarismo y el franquismo. Sin embargo, el secuestro del buque portugués tenía una lectura que, para muchos, difícilmente se podía desvincular de las reyertas y los resentimientos que habían medrado entre los hombres que habían sostenido a Salazar en el poder, independientemente de las buenas intenciones que pudieran albergar muchos de los hombres que estaban al servicio del capitán Galvao.

Mientras *ABC* entretenía a sus lectores con aquellos relatos de la conjura internacional contra el solar ibérico, el caso del “Santa María” seguía sin resolverse y el lunes 30 enero, tras una semana de peripecias, el famoso buque lusitano permanecía todavía en alta mar a la espera de concretar el acuerdo con la autoridades norteamericanas y brasileñas para liberar al pasaje. *Pueblo* informó entonces que el buque portugués se encontraba a unos cien kilómetros de Recife, navegando en círculos concéntricos a la espera del destructor Gearing, donde iba el contraalmirante Allen Smith, comandante de la frontera marítima del Caribe. Allen Smith había sido el hombre designado por las autoridades norteamericanas para negociar con Galvao el trasbordo de los pasajeros²⁸⁶. Por lo demás, las posibilidades de que Galvao y sus hombres pudieran continuar con aquella aventura eran ya inciertas, pues aquel mismo día *Pueblo* informaba que dos destructores y una fragata de la marina portuguesa se dirigían a toda máquina al encuentro del “Santa María”²⁸⁷.

Un día después todavía no se había producido el trasbordo del pasaje y en aquella demora parecía estar teniendo cierta influencia el traspaso de la Presidencia del Brasil, pues de todos era conocido que el presidente Justelino Kubitschek tenía una postura menos flexible que su sucesor, Janio Quadros, con respecto a los captores. Por lo demás, lo que sí parecía confirmado era el encuentro entre Galvao y Allen Smith, pues la prensa franquista señalaba que habían comenzado las negociaciones y que Allen Smith se encontraba ya a bordo del “Santa María”²⁸⁸. Entre tanto, Galvao, haciendo gala de sus dotes propagandísticas, había rebautizado al barco con el nombre de “*Santa*

²⁸⁶ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6661. Madrid: lunes, 30 de enero de 1961, pág. 1. Diario.

²⁸⁷ *Ibidem*, pág. 2.

²⁸⁸ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7684. Madrid: martes, 31 de enero de 1961, pág. 1. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6662. Madrid: martes, 31 de enero de 1961, pág. 1. Diario.

Libertad”²⁸⁹, lo que hacía aún mayor el escarnio al que estaban siendo sometidas las apesadumbradas autoridades lusitanas.

Aquel asunto estaba generando daños a la diplomacia portuguesa y ésta, a través del corresponsal en Lisboa del diario *The New York Times*, aireó su descontento ante lo que estaba sucediendo. Blanco Tobío, desde Nueva York, informó que “*el Gobierno portugués había expresado privadamente su extrema contrariedad*” ante los últimos acontecimientos, pues, a su parecer, los Estados Unidos estaban adoptando a medida que iban pasando los días una posición “*neutralista*” y “*antiportuguesa*”²⁹⁰. El Gobierno portugués había señalado igualmente que Estados Unidos no estaba ayudando a Portugal en la recuperación del “*Santa María*” y que aquello no respondía a lo que se esperaba de “*un aliado perteneciente a la organización atlántica*”²⁹¹. Las autoridades portuguesas se habían permitido incluso ir más allá en sus críticas y no habían tenido empacho en señalar que “*a Kennedy sólo parecían preocuparle las cuarenta y tres vidas norteamericanas a bordo del buque pirata*”²⁹².

Blanco Tobío se hacía eco así de estas críticas que estaba empezando a la lanzar la diplomacia portuguesa y señalaba a modo de disculpa que tanto Estados Unidos como Brasil se habían visto sometidos al trámite de aquel espinoso asunto en plena transición de Gobierno. La Administración Kennedy llevada tres días en el poder cuando se produjo el secuestro del buque portugués, mientras que el Gobierno saliente de Brasil y el del futuro presidente Janio Quadros discrepaban abiertamente sobre la solución que debía de dársele a aquel asunto. Janio Quadros, que tomó posesión del cargo el día 1 de febrero, es decir, durante el desarrollo de la crisis, era más partidario de adoptar una posición parecida a la estadounidense, pues lo prioritario eran los pasajeros. Por lo demás, según relataba Tobío, la prensa americana estaba ayudando poco a las autoridades portuguesas en aquel conflicto, pues se estaba presentando a Henrique Galvao ante la opinión pública “*no como un pirata, sino como un revolucionario acreedor de un santuario donde asilarse*”²⁹³.

El primer día febrero se informó que el “*Santa María*” había llegado a Recife escoltado por buques norteamericanos y que una vez realizado el desembarco del pasaje, el buque portugués podría salir de nuevo a alta mar con rumbo desconocido. De este modo, lo prioritario era el desembarco de los pasajeros, pues el buque continuaría en poder de los amotinados²⁹⁴. Aquellas noticias eran humillantes para las autoridades portuguesas, pues a partir de aquel momento parecía claro que brasileños y norteamericanos no se iban a batir en aquel conflicto por el régimen de Salazar. Desde Nueva York, Blanco Tobío, corresponsal de *Pueblo*, divulgaba informaciones todavía más inquietantes para los intereses de Portugal, pues los Estados Unidos estaban decididos “*a lavarse las manos*” en aquel complejo asunto. Las autoridades norteamericanas habían negociado por su cuenta con los amotinados y le habían dado garantías a Galvao de que “*no sería procesado por piratería ni por asesinato de un miembro de la tripulación del Santa María, habiendo renunciado igualmente Washington a la incautación del transatlántico*”²⁹⁵. Por lo demás, Janio Quadros, en su primer día al frente de la presidencia, había señalado que estaba dispuesto a conceder a los amotinados asilo político²⁹⁶, otra afrenta más para la ya vapuleada diplomacia lusitana.

²⁸⁹ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7684. Madrid: martes, 31 de enero de 1961, pág. 1. Diario.

²⁹⁰ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6662. Madrid: martes, 31 de enero de 1961, pág. 4. Diario.

²⁹¹ *Idem*.

²⁹² *Idem*.

²⁹³ *Idem*.

²⁹⁴ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6663. Madrid: miércoles, 1 de febrero de 1961, pág. 1. Diario.

²⁹⁵ *Idem*.

²⁹⁶ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7685. Madrid: miércoles, 1 de febrero de 1961, pág. 1. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6663. Madrid: miércoles, 1 de febrero de 1961, pág. 1. Diario.

El día 2 continuaban las negociaciones y ningún de los seiscientos veinte pasajeros había puesto todavía pie en tierra²⁹⁷, lo que resultaba especialmente violento para el Gobierno portugués. Aquel asunto estaba dañando la imagen de Portugal en América, pues los captores estaban siendo tratados con los honores que en ningún momento se le estaban concediendo a Salazar. Una sensación que tendió a agravarse cuando entró en escena Humberto Delgado. El ex general portugués que se había auto-inculpado por el secuestro del “Santa María” se encontraba ya en Recife desde la víspera, dispuesto a hablar con Galvao y con las autoridades brasileñas para tomar la salida más venturosa a aquel conflicto²⁹⁸. Entre tanto, Janio Quadros en persona le había enviado un mensaje a Galvao y a sus hombres en el que se comprometía a darle todas las garantías de que no serían entregados a las autoridades portuguesas y que podían contar con la palabra del presidente del Brasil de que les sería concedido el asilo político²⁹⁹.

En la prensa franquista crecía el interés al mismo tiempo que el nerviosismo y lo hacía por varias razones. En primer lugar porque entre el pasaje había doscientos treinta y tres españoles, el colectivo más numeroso, además de otros tres españoles entre la tripulación del buque. Y en segundo lugar, porque aquel conflicto estaba dejando al descubierto que cualquier acción en contra del régimen portugués aunque no recibiera un apoyo explícito tampoco recibía la reprimenda de las autoridades americanas, algo que podía hacerse extensible a España si pasaba por un trance similar en algún momento. Para las autoridades españoles resultaba preocupante aquella actitud de dejadez mostrada por norteamericanos y brasileños, unas maneras que podrían repetirse o incluso hacerse más acusadas si la agraviada era la España de Franco. Aquella preocupación se intuía en la prensa de aquellos días, pues los medios franquistas se solidarizaron con las autoridades portuguesas en cada una de sus quejas y no dudaron tampoco en esbozar solapadas críticas a las Administraciones de Kennedy y Quadros por el papel que estaban jugando en aquel conflicto.

Finalmente, para alivio de todos los implicados, brasileños, portugueses, norteamericanos, españoles e incluso cubanos, aquel conflicto terminó entrando en una vía de solución, pues el día 2 de febrero, a última hora, tras once días de cautiverio, los pasajeros pudieron desembarcar en Recife³⁰⁰. Sin embargo, para las autoridades portuguesas aquel incidente había dejado claro que los Estados Unidos y Brasil no defenderían su causa en América y probablemente tampoco en África. Tras once días de cautiverio todo parecía indicar que el “Santa María” sería entregado a las autoridades brasileñas por el capitán Galvao, quien, finalmente, parecía inclinado a no seguir adelante con el proyecto de desembarco en las costas africanas. Según aseguró el propio Galvao a la prensa, se había perdido el factor sorpresa y aquello complicaba el éxito de la operación, pues las fuerzas armadas y la marina de Portugal estaban ya apercebidas y dispuestas para repeler cualquier ataque que se produjera en las costas africanas³⁰¹.

El ex capitán Henrique Galvao había admitido virtualmente su derrota. Sin embargo, el gran derrotado había sido el régimen portugués de Salazar, pues, como acertadamente señaló *El Alcázar* en uno de sus “foto-reportajes”, tras once días de cautiverio de uno de sus barcos las autoridades portuguesas habían tenido que contemplar como Galvao salía impune de aquel acto de piratería. Primero, el Gobierno portugués había tenido que consentir que Galvao conferenciara en alta mar con “*el Contraalmirante norteamericano Allen Smith, llegando hasta los costados del “Santa María” en el*

²⁹⁷ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7686. Madrid: jueves, 2 de febrero de 1961, pág. 1. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6664. Madrid: jueves, 2 de febrero de 1961, pág. 1. Diario.

²⁹⁸ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6663. Madrid: miércoles, 1 de febrero de 1961, pág. 1. Diario.

²⁹⁹ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6664. Madrid: jueves, 2 de febrero de 1961, pág. 1. Diario.

³⁰⁰ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7687. Madrid: viernes, 3 de febrero de 1961, pág. 1. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6665. Madrid: viernes, 3 de febrero de 1961, pág. 1. Diario.

³⁰¹ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6665. Madrid: viernes, 3 de febrero de 1961, pág. 1. Diario.

destructor Gearing” sin ni siquiera intimidarlo³⁰². Más tarde, Galvao había recibido a la prensa internacional en el “Santa María”, dándole a su hazaña la mayor cobertura informativa, con la aquiescencia de las autoridades brasileñas³⁰³. Y por si todo aquello fuera poco, para rematar el castigo a Portugal, la primera medida adoptada por Janio Quadros tras su toma de posesión como presidente, “para sorpresa del mundo entero”, según enfatizó *El Alcázar*, había pasado por ofrecer “asilo político a los setenta piratas que se habían adueñado del transatlántico portugués”³⁰⁴.

El día 3 de febrero, mientras el “Santa Libertad”, otrora “Santa María”, permanecía anclado en Recife, el diario *El Alcázar* señalaba igualmente que el futuro de Galvao y sus hombres quedaría en un segundo plano y que serían los tribunales de Brasil los que trataría de impartir justicia en aquel espinoso asunto, aunque todo parecía indicar que el castigo sería de lo más liviano³⁰⁵. Entre tanto, *Pueblo* apuntaba que las autoridades navales de los Estados Unidos habían decidido desvincularse del contencioso, al señalar que su misión, después del desembarco de los pasajeros, se daba ya por concluida³⁰⁶. Por otro lado, desde el Departamento de Estado se habían negado a hacer cualquier tipo de declaración en torno al futuro del “Santa María”, limitándose a indicar que el barco se hallaba “bajo jurisdicción brasileña” y que, por tanto, la decisión estaba en manos de las autoridades del Brasil³⁰⁷.

El régimen de Salazar había sido ofendido, según lo expuesto en la presa franquista, y la reacción oficial por parte de las autoridades de Portugal no se hizo esperar. En primer lugar el diario *Pueblo* informó el día 3 de febrero que dos destructores portugueses se encontraban acostados en las inmediaciones de Recife dispuestos a actuar si Galvao no entregaba de forma definitiva el buque a las autoridades portuguesas³⁰⁸. Sin embargo, la respuesta de Portugal no se había limitado a aquella posición defensiva, pues aquel mismo día 3 de enero, el diario *Pueblo* señalaba también que Portugal estaba decidido a replantearse el estatus de las bases norteamericanas en territorio portugués. *Pueblo* se hacía eco de una noticia publicada en el periódico británico *Daily Express* en la que se aseguraba que los Estados Unidos estaban preocupados por la amenaza formulada por Salazar sobre la no renovación de los contratos de la base norteamericana en las Azores³⁰⁹.

Finalmente, el rebautizado Santa Libertad fue entregado a las autoridades brasileñas, que acto seguido se pusieron en contacto con el Gobierno portugués para agilizar los trámites de la devolución³¹⁰. Galvao había desistido de forma definitiva de continuar con aquella aventura y a última hora del día 3 de enero todo parecía resuelto³¹¹. Durante los días subsiguientes la prensa franquista se nutrió de forma copiosa con todo tipo de noticias, rumores y opiniones sobre las verdaderas intenciones de Galvao y sus hombres. Entrevistó a muchos de los españoles que, como parte del pasaje, había vivido aquel cautiverio de casi dos semanas y siguió la llegada de aquellos pasajeros a los puertos de Vigo y Tenerife a bordo del Veracruz³¹², buque gemelo del infortunado Santa María, que finalmente, tras varios días anclado en Recife, fue devuelto a las autoridades portuguesas.

³⁰² *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7686. Madrid: jueves, 2 de febrero de 1961, páginas centrales sin numerar. Diario.

³⁰³ *Idem*.

³⁰⁴ *Idem*.

³⁰⁵ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7687. Madrid: viernes, 3 de febrero de 1961, pág. 1. Diario.

³⁰⁶ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6665. Madrid: viernes, 3 de febrero de 1961, pág. 2. Diario.

³⁰⁷ *Idem*.

³⁰⁸ *Ibidem*, pág. 1.

³⁰⁹ *Ibidem*, pág. 2.

³¹⁰ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7688. Madrid: sábado, 4 de febrero de 1961, pág. 1. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6666. Madrid: sábado, 4 de febrero de 1961, págs. 1 y 2. Diario.

³¹¹ *Idem*.

³¹² *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7694. Madrid: sábado, 11 de febrero de 1961, págs. 1 y 32. Diario, *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7695. Madrid: lunes, 13 de febrero de 1961, portada, págs. 1 y 34. Diario, *Pueblo* (Año XXII). Núm.6672. Madrid:

Una vez resuelto el conflicto la prensa franquista se centró en la promoción de dos supuestos. En primer lugar, se pretendió difundir la idea de que los captores habían sometido al pasaje y a la tripulación por la fuerza. En la prensa franquista quedo patente la intención, a veces sirviéndose de los mecanismos más pueriles, de demostrar que tanto el pasaje como la tripulación se habían amotinado contra los hombres de Galvao y que éste habían impuesto un régimen de terror a bordo del trasatlántico luso³¹³. Y, en segundo lugar, se puso el acento en poner de manifiesto que los amotinados habían perdido la batalla. Los agravios contra el régimen de Salazar desaparecieron entonces de la prensa franquista, que pasó a enfocar el conflicto desde la perspectiva de la derrota y el desarme de los alzados contra el régimen luso.

La prensa española publicó también en aquellos días el nombre, la profesión, la edad, la nacionalidad y el lugar de residencia de todos los hombres que había participado en el asalto al “Santa María”. La mayor parte de ellos eran españoles y todos, casi sin excepción, residían en Venezuela, principalmente en Caracas³¹⁴. Los asaltantes habían pasado de setenta, como se informó en la prensa durante los días que duró el secuestro, a treinta, y en la lista no aparecía ningún cubano³¹⁵. Algo que venía a desmentir las informaciones vertidas en las noticias que se difundieron durante el cautiverio del buque.

Sin embargo, lo más relevante de cara a nuestro objeto de estudio fueron los comentarios que comenzaron a aparecer en la prensa franquista sobre las implicaciones comunistas y fidelistas en aquel acoso “orquestado desde Moscú” contra los intereses portugueses. En Angola se comenzaron a producir desórdenes de los que se responsabilizó a los comunistas, concretamente a “*agentes comunistas extranjeros*”³¹⁶. El sábado día 4 de febrero, justo después de la rendición de Galvao, unos ciento ochenta hombres habían intentado tomar por asalto “*los centros gubernamentales*” y la cárcel de la capital angoleña³¹⁷. Entre tanto, el Ejército portugués reforzó con tropas y paracaidistas especializados en la lucha en la selva sus destacamentos militares en sus colonias africanas, sobre todo en Angola, con el objeto de contener el inicio de la lucha guerrillera³¹⁸.

El día 9 de febrero la situación en el punto de mayor tensión, que era la capital angoleña, parecía estar controlada. De todos modos, el balance era desolador; se habían producido treinta y un muertos en la capital, Luanda, y se habían llevado a cabo al menos cien detenciones. Comenzaba así, a la sombra de la aventura del “Santa María”, la guerra por la independencia de Angola que habría de durar catorce años. Aquella noticia de los incidentes en Angola, primeros episodios de una guerra todavía no intuida, era sazónada en *El Alcázar* con detalles sobre lo que se había localizado en el interior del “Santa María” después del desalojo: “*Una enseña comunista junto a la bandera portuguesa*”. Aquel “fabuloso hallazgo” aparecía como apósito a un destacado proveniente de la agencia de noticias portuguesa *Lusitania* en el que se ofrecía la siguiente nota informativa: “*Cuatro barcos rusos han sido vistos frente a las costas de Angola*”³¹⁹. Por lo demás, *El Alcázar* señalaba que, según los informes provenientes de las autoridades lusas, solamente había seis portugueses entre los hombres de Galvao y que el resto de sus huestes estaban integradas por “*anarquistas y comunistas españoles y venezolanos*”³²⁰.

sábado, 11 de febrero de 1961, págs. 1 y 5. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6673. Madrid: lunes, 13 de febrero de 1961, págs. 1 y 20. Diario.

³¹³ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6666. Madrid: sábado, 4 de febrero de 1961, pág. 5. Diario.

³¹⁴ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7689. Madrid: lunes, 6 de febrero de 1961, pág. 12. Diario.

³¹⁵ *Idem*.

³¹⁶ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7691. Madrid: miércoles, 8 de febrero de 1961, pág. 5. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6668. Madrid: martes, 7 de febrero de 1961, pág. 5. Diario.

³¹⁷ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7692. Madrid: jueves, 9 de febrero de 1961, pág. 6. Diario.

³¹⁸ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7691. Madrid: miércoles, 8 de febrero de 1961, pág. 5. Diario.

³¹⁹ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7692. Madrid: jueves, 9 de febrero de 1961, pág. 6. Diario.

³²⁰ *Idem*.

El “Santa María”, junto a los altercados que se vivieron en Angola como secuela, había mantenido en jaque al Gobierno de Lisboa durante más de quince días. Además, si algo había quedado patente en aquella crisis, era que las autoridades portuguesas tendrían que enfrentarse solas a la oposición y a los desórdenes en sus territorios coloniales. El régimen de Salazar se sentía acosado y aquello había llevado a que las autoridades lusas se estuvieran replanteando su papel dentro de la OTAN³²¹. Aquella advertencia venía a unirse a las alusiones que las autoridades portuguesas habían lanzado sobre la posibilidad de liquidar la base norteamericana en las Azores y muy pronto la prensa norteamericana comenzó a publicar noticias favorables al régimen de Salazar.

Blanco Tobío señaló en un extenso reportaje que se había producido un cambio en la prensa norteamericana sobre el caso “Santa María”. Las noticias procedentes de Estados Unidos cambiaron radicalmente después del final del conflicto y adoptaron un tono que comenzaba a ser más del agrado de la línea editorial de la prensa franquista y, es de suponer, que sucedió lo mismo entre los medios de comunicación portugueses, deseosos de que alguien, más allá de la España de Franco, comenzara a verter en los medios de comunicación alguna noticia positiva sobre el salazarismo.

Así pues, tal y como señaló Blanco Tobío, tan pronto como se resolvió la crisis, los diarios norteamericanos comenzaron a señalar que en el caso del “Santa María” el régimen de Salazar había salido reforzado y que la oposición portuguesa le había dado la espalda a Huberto Delgado y a Henrique Galvao³²². Se señaló igualmente que la operación de Galvao había sido poco seria y que había estado presidida por el mayor de los desórdenes³²³. Por los demás, desde la prensa estadounidense se comenzaron también a difundir todas aquellas teorías que trataban de vincular aquel secuestro con la Cuba de Fidel Castro y se comenzó, por tanto, a propagar la idea de que aquel altercando tenía una fuerte influencia fidelista. La sensación de que detrás de aquel “affaire” del “Santa María” se encontraba “Fidel Castro y algunos de sus comunistas asociados” comenzó a ganar fuerza en la prensa norteamericana, según señaló Blanco Tobío, pues de todos era conocido que los cubanos y sus colaboradores estaban entregados “a exportar revoluciones en vez de azúcar”³²⁴.

Aquel tipo de informaciones comenzaron entonces a prodigarse en el diario *Pueblo*, siguiendo así la senda trazada por *El Alcázar* y sobre todo por el diario *ABC* en los días previos. *Pueblo* comenzó a difundir la idea de que el exilio español se movía bajo los auspicios que emanaban del régimen de La Habana. Unos planteamientos que comenzaron a divulgarse a través de grandes titulares. Sin embargo, cuando se desarrollaba la noticia los argumentos para sostener aquella tesis eran más bien pobres, pues se basaban en la pura especulación.

El DRIL parecía tener vida propia más allá de La Habana y aquella apreciación parecía desprenderse de lo publicado en la prensa franquista después del final del episodio del “Santa María”. El diario *Pueblo*, atendiendo a las propias declaraciones de Galvao a la prensa francesa, señaló en aquellos días que el captor del “Santa María” se había declarado defensor del terrorismo como arma política y que había tenido una implicación en los atentados de Madrid, San Sebastián y Barcelona protagonizados por el DRIL en 1960³²⁵. Galvao aparecía así como el responsable del DRIL por encima de cualquier otro personaje y, desde luego, el tan mentado Alberto Bayo no fue mencionado ni una sola vez por Galvao y sus hombres.

Sin embargo, dentro del DRIL todo eran sombras, nadie parecía poder certificar con certeza quién era la verdadera cabeza de la organización. El día 11 de febrero, en un reportaje fotográfico del

³²¹ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7691. Madrid: miércoles, 8 de febrero de 1961, pág. 5. Diario.

³²² *Pueblo* (Año XXII). Núm.6667. Madrid: lunes, 6 de febrero de 1961, pág. 5. Diario.

³²³ *Idem*.

³²⁴ *Idem*.

³²⁵ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6671. Madrid: viernes, 10 de febrero de 1961, pág. 2. Diario.

suplemento *Blanco y Negro*, el diario *ABC* parecía desdecirse de todo lo expuesto hasta el momento, pues el nombre de Bayo desaparecía para dar a paso a una organización que respondía a las siglas del DRIL y donde aparecían tres figuras en la dirección: Carlos Junqueira de Ambía, del que no se facilitaba la nacionalidad, Henrique Galvao y Jorge de Sotomayor, exiliado español encargado del mando técnico de la nave³²⁶.

El reportaje de *ABC* llevaba la firma de uno de sus corresponsales, al que el triunvirato directivo del DRIL había concedido una breve entrevista. En aquella entrevista, compuesta solamente de cinco preguntas y un intercambio de ideas ciertamente tenso, se podían rescatar tres puntos generales: que el DRIL tenía comandos preparados para actuar en España, que no eran comunistas, pero tampoco anticomunistas doctrinarios y que la dirección del DRIL era tripartita, justificando el protagonismo de Galvao en aquella acción por la nacionalidad portuguesa del buque incautado.³²⁷

Así pues, la situación era más compleja de lo que en principio se preveía. Una muestra de que aquel asunto del “Santa María” había sido manejado por manos ibéricas y no cubanas lo dio días después el diario *Pueblo* a través de una entrevista al comandante del “Santa María”. El hombre que estaba al frente del “Santa María” cuando se produjo el asalto concedió una entrevista al diario *Pueblo* tras su llegada a Vigo y allí hizo especial hincapié en que Galvao era una simple pantalla y que el verdadero jefe de la operación “era un tal Sotomayor”, un exiliado español radicado en Venezuela. Jorge Sotomayor, al que había hecho referencia brevemente *Pueblo* en su número del 1 de febrero, fue caracterizado en las páginas del diario sindical como “un terrorista” del que se conocían sus “conexiones con los comunistas” y cuya única actividad conocida en los últimos años había pasado por poner en práctica en Sudamérica su “actividades revolucionarias” ensayadas en España durante la Guerra Civil³²⁸.

En la prensa franquista, la confección del relato de los hombres que habían estado detrás del “Santa María” aparecía, de forma deliberada, plagado de dudas. No en vano, la estrategia del *El Alcázar*, de *Pueblo* y de *ABC* parecía encaminada a la que la confusión pasara a desempeñarse como clarividencia al presentar las acciones del DRIL como el proyecto conjunto de la España del exilio contra al franquismo, donde tenían cabida los comunistas y socialistas españoles, la oposición al franquismo en general y la Revolución cubana. Así pues, en el DRIL estaban todos los miembros del exilio español que, por encima de facciones políticas, había decidido hacer uso de la fuerza y la violencia para derribar a Franco; englobados en aquella organización, según aventuraba la prensa franquista, estaba el exilio en general, unificado por encima de siglas y banderías.

Una muestra de aquel aserto la ofreció la *Agencia Efe* a través de una noticia publicada en *Pueblo* y *ABC* a finales febrero. En aquella escueta noticia se informaba que en el Teatro Barbizon Plaza de Nueva York había tenido lugar un “acto de propaganda antiespañola”³²⁹. La noticia en cuestión se hacía eco de una jornada en la que se habían expuesto los problemas de España. Un acto organizado por el exilio español y en el que se habían dado cita los comunistas norteamericanos, los comunistas y los socialistas españoles, los hombres que defendía la unidad ibérica y la lucha armada para terminar con el franquismo y los defensores de la Revolución cubana como referente para la organización política, social y económica de Iberoamérica.³³⁰

³²⁶ *ABC* (Año LIV). Núm.17134. Madrid: domingo, 11 de febrero de 1961, págs. 8-16 del suplemento. Diario.

³²⁷ *Idem*.

³²⁸ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6663. Madrid: miércoles, 1 de febrero de 1961, pág. 2. Diario.

³²⁹ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6680. Madrid: martes, 21 de febrero de 1961, pág. 5. Diario.

³³⁰ *ABC* (Año LIV). Núm.17143. Madrid: miércoles, 22 de febrero de 1961, págs. 37. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6680. Madrid: martes, 21 de febrero de 1961, pág. 5. Diario.

14.6.2 La voz de los protagonistas

La prensa franquista había tratado de situar al DRIL como una organización relevante dentro del exilio español, como una amalgama de formaciones y sensibilidades que se habían concertado para acabar con el régimen franquista, pues todos ellos compartían principios. La prensa franquista pasaba por algo, de forma deliberada, que dentro del exilio se podían encontrar tantos disensos como consensos y que incluso dentro del DRIL la situación era sumamente compleja.

Afortunadamente, contamos con medios para suplir las deficiencias informativas de la prensa franquista. A nuestro modo de ver, de las muchas versiones vertidas sobre aquel episodio, una de las más interesantes es la aportada por un documental titulado “Santa Libertade”, realizado por la periodista gallega Margarita Ledo Andión en el año 2004. En este documental los hechos son relatados por tres de sus protagonistas: Fernando Fernández Ackermann, español, hijo de Sotomayor e integrante del comando de Galvao; Camilo Tavares Mortágua, portugués e integrante también del comando, y Víctor Velo, hijo de Carlos Junqueira de Ambía e integrado también en el comando que asaltó el Santa María³³¹. En el documental, aunque el peso del relato corre a cargo de los tres protagonistas que asaltaron el buque, intervienen también otras personas cercanas a los hechos; son destacables para el tema que nos ocupa las declaraciones aportadas por Justina Malta Galvao Aguiar, hermana de Galvao; Dominique Lapierre, periodista francés integrado en aquellas jornadas del “Santa María” en las filas de la revista *Paris Match*, e Iva Delgado, hija del ex general portugués Humberto Delgado.

Tomando este documental como referencia, hemos considerado que en primer lugar es necesario acercarnos a la figura de Galvao y nada mejor que la semblanza que de él esboza su propia hermana. Galvao, según señaló Justina Malta Galvao en este documental sobre el secuestro del “Santa María”, tenía unas convicciones políticas que eran propias de los militares de su generación. Según señaló su hermana, una de sus máximas era que nadie podría acusarle de comunista ni de cobarde³³². En este documental su figura se aborda desde una perspectiva novelesca, algo que comparte plenamente Dominique Lapierre, al definir a Galvao como un hombre elegante que hacía gala de las formas de la alta sociedad europea, como un verdadero condotiero y como un personaje novelesco y fascinante³³³.

Frente a la figura de Galvao todos parecen estar de acuerdo en que el personaje presenta un fuerte sentido de la teatralidad y una pretensión novelesca en cada uno de sus actos públicos. Justina Malta Galvao define a su hermano como un hombre cuya principal vocación en la vida había sido la literatura y como un personaje fuertemente influido y plenamente identificado con Don Quijote de la Mancha. La única figura que presidía su mesa de trabajo, según señaló su propia hermana, era precisamente una efígie del caballero de la triste figura³³⁴. Galvao, que contaba con más de sesenta años cuando acometió el secuestro del “Santa María”, se nos presenta así, por boca de su hermana, como un personaje, casi literario, obsesionado con la imagen y la simbología que podía desprenderse de cada una de sus acciones.

La aventura del secuestro del Santa María, según muestra este documental por medio de las declaraciones de Justina Malta Galvao, fue bautizada con el nombre de “Operación Dulcinea”, pues el propio Galvao, auto-investido de la condición de quijote portugués pretendía ir al rescate su amada: Portugal, y pretendía, al mismo tiempo, tomar como vehículo para este rescate al trasatlántico

³³¹ Ledo Andión, Margarita: *Santa Libertade*, Productora Cinematográfica Galega, S.L. en Coproducción con CNAC-Venezuela, Filmanova, Tango Bravo, Textimedia, Grupo Novo de Cinema y TVG, S.A., Santiago de Compostela, 2004, 85 minutos. https://www.youtube.com/watch?v=NKkEzx_cK4c (Consultado 10-3-2015)

³³² *Ibidem*, minutos 7-9.

³³³ *Ibidem*, minuto 5.

³³⁴ *Ibidem*, minutos 7-9.

portugués Santa María, rebautizado durante el secuestro como “Santa Libertade”³³⁵. La obsesión de Galvao por la cultura ibérica, y más concretamente española, se encuentra también en el seudónimo con el que firmaba sus comunicados durante el secuestro del buque portugués: Galvao se hacía llamar “El Greco”³³⁶.

Por lo demás, Galvao, tras su paso por Angola al servicio del salazarismo, comenzó a tejer la hipótesis de alzarse con el poder tomando como base Angola. Y fue entonces cuando comenzó a encadenar pequeños complots con periodos de cárcel hasta que se produjo su huida a Latinoamérica. Justina Malta Galvao describe la vida de su hermano como una novela de aventuras plagada de capítulos interesantes y señala que su hermano, antes que un revolucionario, era un dramaturgo, un escritor, un cazador o un explorador del África negra³³⁷. La experiencia del “Santa María”, según la opinión de la hermana del capitán Galvao, había constituido una temeridad quijotesca que tenía por objeto principal llamar la atención internacional sobre la situación de Portugal y España³³⁸.

Así pues, desde los planteamientos propios del pensamiento mítico, Galvao había encontrado en los referentes de la cultura ibérica su fuente de inspiración, tomando la figura de Don Quijote como el arquetipo de lo que él pretendía representar. Desde el punto de vista del pensamiento teórico, su bagaje ideológico apuntaba al liberalismo, pues no dudó en señalar durante años su aversión a las ideas comunistas³³⁹. Galvao se presentaba así mismo como un libertador romántico, cuya cotidianidad revolucionaria no respondía a los patrones que emanaban de una ideología al uso y mucho menos a las consignas que llegaban desde Moscú.

En cierta medida, tal como refleja el documental, Galvao fue presa de la efervescencia revolucionaria que reinaba en el Caribe. Una influencia que estaba presente en muchos de los exiliados de España y Portugal. Esta idea preside la interpretación que sobre el origen y acciones del DRIL expone Camilo Tavares Mortágua en este largometraje sobre el “Santa María”. Tavares, uno de los integrantes del grupo que protagonizó el asalto al buque luso, afirma que a comienzos de los años sesenta, dentro del exilio ibérico, había mucho ánimo para terminar con las dictaduras³⁴⁰. En aquel momento todo parecía posible, incluso derribar a los regímenes ibéricos por medio de un puñado de hombres decididos. Caracas, donde residía Tavares en aquel momento, era, según este activista portugués, una ciudad inundada por la revolución, pues los jóvenes estaban influenciados por la caída de Pérez Jiménez en Venezuela y de Batista en Cuba³⁴¹. En menos de dos años habían caído dos de los dictadores más conspicuos del continente, y aquello, según Tavares, había tenido una fuerte influencia entre la juventud española y portuguesa que residían en Venezuela.

Tavares señalaba también que, a su modo de ver, en la partida del “Santa María” los portugueses estaban más influenciados por la experiencia venezolana y cubana que los españoles. La explicación a esto la encontraba el activista portugués en que la mayoría de los españoles que formaron parte del comando que asaltó el “Santa María” tenían un referente más inmediato en la Guerra Civil española. No en vano, uno de sus dirigentes había participado en ella y habían organizado partidas de resistencia armada a través del PCE contra el franquismo en tierras gallegas durante la Guerra Civil.

Tavares se refería a Jorge de Sotomayor, alias bajo el que actuaba tras su salida de España rumbo al exilio José Fernández Vázquez. Sotomayor era un exiliado republicano que integrado dentro del PCE había organizado una partida de la guerra de guerrillas en Galicia durante la Guerra Civil española.

³³⁵ *Idem.*

³³⁶ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 7. La Habana: domingo, 12 de febrero de 1961, pág. 40. Semanal.

³³⁷ Ledo Andión, Margarita: *Op. Cit.*, minutos. 7-9.

³³⁸ *Idem.*

³³⁹ *Ibidem*, minuto 7.

³⁴⁰ *Ibidem*, minuto 7.

³⁴¹ *Idem.*

Sin embargo, durante su periodo del exilio en Venezuela se había distanciado del partido comunista y había terminado por abandonarlo, pues era extremadamente crítico con los partidos de la izquierda española que operaban desde el exilio y que habían renunciado a la lucha armada. De todos modos, Sotomayor, en un libro publicado años después del secuestro del Santa María y en el que se relataban los preparativos de esta operación, reconoció que se habían captado fondos para la aventura del asalto del buque lusitano del partido de los comunistas portugueses a través de Humberto Delgado y que el movimiento del DRIL había gozado de ciertas simpatías entre algunos sectores encuadrados dentro de la izquierda del exilio español³⁴².

Por lo demás, en este libro, no se ofrecen datos concluyentes sobre la participación cubana en aquella operación. La posible conexión cubana con el episodio del “Santa María” debería rastrearse a través de los contactos del DRIL y Sotomayor con Gutiérrez Menoyo, de los que habla de forma esporádica el propio Sotomayor en su libro³⁴³. Sotomayor afirma también que Fidel Castro había apercibido a Menoyo para que suspendiera los preparativos de las acciones armadas contra el régimen franquista y había aducido para ello “razones políticas”, pero en realidad desconfiaba de las inclinaciones del dirigente del II Frente y le desagradaba su falta de discreción³⁴⁴.

En su libro, Sotomayor sólo menciona una vez a Fidel Castro y lo hace para referirse al apercibimiento a Menoyo, sin que se registrara en esta obra otra reseña a la existencia de posibles contactos con la dirigencia revolucionaria cubana de más alto nivel. Lo que sí explicitó Sotomayor fue su desconfianza hacia ciertos integrantes del DRIL, aquí mencionaba a Rafael Rojas, alias con el que se desempeñaba Abderramán Muley, un infiltrado de la inteligencia franquista del que se tenía ya constancia tanto en Cuba como en Venezuela³⁴⁵. Las desconfianzas eran tales que el propio Sotomayor reconoció que de la operación del “Santa María” no se había informado a Rafael Rojas y tampoco a los responsables del DRIL en Europa³⁴⁶.

En otro orden de cosas, su opinión del general Alberto Bayo no podía ser más negativa. Sotomayor había sido muy crítico con muchos de los dirigentes que habían pretendido encabezar la lucha armada. La mayoría de ellos, según Sotomayor, hacían gala “de tal pobreza ideológica y de tal irresponsabilidad política”, que daban “lástima”³⁴⁷. Sin embargo, Sotomayor destacaba entre todos ellos al general Bayo, al que revestía de una demagogia sin par que había hecho mucho daño a los grupos que habían pretendido la lucha armada³⁴⁸. Así pues, las dudas persisten sobre el grado de implicación de la Revolución cubana en aquella acción, pues a nadie se le escaba que Jorge Sotomayor era un personaje extremadamente incómodo para el PCE y que además el DRIL contaba con una dudosa reputación dentro de Cuba.

Sotomayor sí entró en contacto posteriormente con la Revolución cubana. Lo hizo tras acogerse al exilio facilitado por las autoridades cubanas después de verse perseguido por participar en la guerrilla venezolana. Llegó a Cuba en el año 1963 y permaneció al abrigo de las autoridades cubanas hasta el año 1968. Un dato relevante a tener en cuenta es que el relato de Sotomayor sobre el “Santa María” se escribe en este período del exilio cubano, con lo cual, este libro, en lo tocante a la implicación de la Revolución cubana en el secuestro del buque portugués, debe abordarse con todas las precauciones. Es necesario recordar que a partir de 1962 el intercambio comercial entre Cuba y España fue en

³⁴² De Sotomayor, Jorge: *Yo robé el Santa María*, Editorial Akal, Madrid, 1978, pág. 328.

³⁴³ *Ibidem*, págs. 80 y 96-98.

³⁴⁴ *Ibidem*, págs. 96-98.

³⁴⁵ *Ibidem*, pág. 80.

³⁴⁶ *Ibidem*, pág. 112.

³⁴⁷ *Ibidem*, pág. 79.

³⁴⁸ *Idem*.

aumento y que en 1964 España absorbía casi el diez por ciento de las exportaciones cubanas³⁴⁹. Un detalle a tener en cuenta, pues es de suponer que los dirigentes cubanos no tenían ningún interés en airear un episodio en el que se desvelara su posible participación en un ataque contra el régimen franquistas, un buen socio comercial de la Cuba revolucionaria durante la década del sesenta.

De lo que no cabe duda es de la sintonía que Sotomayor tenía con la Revolución cubana y con todo lo que representaba. Durante estos años de exilio en Cuba, según relató su propio hijo en el documental al que hemos acudido, Sotomayor formó parte del OLAS y a través de la Tricontinental viajó por Vietnam, Laos y la China popular en pleno período de la Guerra del Vietnam³⁵⁰.

En Sotomayor encontramos pues con un personaje que estaba en franca sintonía con lo que la dirigencia revolucionaria cubana defendía en los años sesenta, pues su vocación revolucionaria le había hecho entrar en contradicción con lo que propugnaba la dirigencia soviética. Según declaró su propio hijo, Sotomayor mantuvo relaciones conflictivas con la izquierda tradicional y fue siempre una figura respetada y con gran prestigio entre la extrema izquierda venezolana³⁵¹.

El tercer elemento del triunvirato sería Carlos Junqueira de Ambía, alias con el que se desenvolvió José Velo Mosquera. Velo había pertenecido a los incipientes núcleos del nacionalismo gallego en los años treinta y tras la Guerra Civil partió hacia Venezuela después de estar un tiempo prisionero en Portugal. Según la versión aportada por su hijo, Víctor Velo, participante también en el asalto al “Santa María”, la oposición a Salazar y Franco debía organizarse a través de un pacto ibérico a imagen y semejanza del que habían establecido las dictaduras ibéricas. Este pacto contra Franco y Salazar debía articularse además a través de la lucha armada “panibérica”, donde, por encima de banderías, el objetivo prioritario debía centrarse en ultimar el franquismo y el salazarismo. Velo fue el promotor principal de esta vía y, según afirmó su hijo, el dirigente más comprometido en las labores de la unidad entre portugueses y españoles: su condición gallega probablemente le convertía en el más dotado ideológicamente para aquellas labores³⁵². Él fue también el responsable principal del asalto al Santa María, según constató su propio hijo, pues la operación del secuestro del buque portugués se estructuró a través de un comando con un director general que era José Velo y dos responsables militares, Galvao y José Fernández, alias Sotomayor³⁵³. Sobre este particular, según expuso Camilo Tavares, el protagonismo de Galvao respondía a que la nacionalidad del buque secuestrado era portuguesa y se decidió entonces que Galvao era el hombre más indicado para llevar las relaciones con el exterior³⁵⁴.

El documental de Margarita Ledo, sin lugar a dudas, nos ofreció detalles valiosos sobre el “Santa Libertad”; sin embargo, evitaba entrar en varios aspectos controvertidos del DRIL, en primer lugar no se hacía mención alguna a los infiltrados en la organización, tampoco se hizo referencia a los conflictos que existían dentro del triunvirato, y cuando se hizo referencia a ellos se dejaron en el plano puramente operativo. Sin embargo, entre Sotomayor y Galvao había diferencias insalvables, Sotomayor era partidario del desmantelamiento de las colonias portuguesas y Galvao consideraba que eran territorios de Portugal que debían pasar por una profunda reforma del opresivo régimen colonial al que estaban sujetos antes de afrontar cualquier consideración sobre su independencia. La complicada relación entre ambos líderes no era otra cosa que el conflicto entre un militar liberal enfrentado al salazarismo y sus descarnados métodos y un comunista español que creía en la

³⁴⁹ “Bases comunes para el incremento de las relaciones comerciales, financieras y de cooperación técnica: informe final”, en *Seminario de América Latina y España. 27-30 de enero de 1969: Op. Cit.*, págs. 541 y 542.

³⁵⁰ Ledo Andión, Margarita: *Op. Cit.*, minutos. 14-16.

³⁵¹ *Idem.*

³⁵² *Ibidem*, minuto 27.

³⁵³ *Idem.*

³⁵⁴ *Ibidem*, minuto 37.

autodeterminación total y en la redención de los pueblos a través de las armas. Una idea que parece encontrar cierto trasfondo en las palabras de la hija de Delgado, quien señaló en dicho documental que los verdaderos objetivos del secuestro del “Santa María” pasaban por el desembarco de un pequeño ejército en la isla de Fernando Po, Guinea española, para con posterioridad crear un Gobierno provisional ibérico en Luanda, Angola³⁵⁵. Los portugueses, con Delgado al frente, no parecían interesados en desembarcar en territorio portugués un contingente guerrillero por las derivaciones que pudiera tomar la lucha armada en el territorio colonial portugués. Así pues, tal y como señaló la hija de Delgado, el desembarco no se produciría en Angola y tampoco en Cavo Verde como apuntaban otras versiones, sino en la Guinea española³⁵⁶.

Evidentemente la dependencia de España de sus territorios africanos era menos acusada que la que tenía Portugal de los suyos y aquello podía darle ciertas posibilidades de éxito a la lucha si el destino era Guinea Ecuatorial. Sin embargo, ya era tarde, pues oficialmente la guerra guerrillas por la independencia de Angola, que duraría catorce años, estalló dos días después de que Galvao y sus hombres entregaran el “Santa María” en Recife a las autoridades brasileñas.

Por lo demás, Margarita Ledo, a través de aquel documental, dejaba al descubierto otros aspectos relevantes del secuestro del “Santa María” que fueron pasados por alto en la prensa franquista, quizás de forma intencionada. En primer lugar las declaraciones del contraalmirante Allen Smith que, tras reunirse por el espacio de tres horas con los insurrectos, declaró al llegar a Recife que no se había reunido con piratas, sino con un movimiento que disentía de los Gobiernos de España y Portugal³⁵⁷. En aquel encuentro entre Galvao, Velo, Sotomayor y Smith sonaron los himnos de Estados Unidos, de Portugal, de Galicia y el himno republicano de Riego³⁵⁸. Así pues, existía un componente “galleguista” en la operación que fue totalmente obviado en todas las informaciones que se vertieron en la prensa franquista. Del mismo modo, la entrevista entre los captores y Allen Smith, según relató Víctor Velo, se desarrolló con todas las formalidades y el contraalmirante norteamericano se cuadró ante los amotinados y les dio la dignidad de autoridades militares beligerantes.³⁵⁹ A partir de aquel momento parecía evidente que el estatus jurídico del asalto al Santa María no sería calificado como un acto de piratería. Según expuso Camilo Tavares, el ex embajador de Brasil en Portugal, Álvaro Lins, fue el encargado de mover los hilos diplomáticos para que el asalto al Santa María tuviera justificación jurídica a nivel internacional³⁶⁰.

En otro orden de cosas, la versión vertida por la prensa franquista en la que se hablaba de un verdadero motín a bordo, difiere radicalmente de la versión aportada por los tres protagonistas del secuestro que tomaron la palabra en este documental del que estamos hablando. De acuerdo a la versión de Víctor Velo, la reacción de la mayoría de los tripulantes y del pasaje fue muy positiva, incluso algunos se sumaron al movimiento³⁶¹, algo que podía explicar el desfase de cifras que manejó la prensa franquista, al hablar en un primer momento de setenta hombres a los órdenes de Galvao y mencionar solamente a treinta en la lista de los alzados facilitada por las autoridades brasileñas. Víctor Velo llegó a señalar que se había organizado una verdadera comuna en el buque durante aquellas casi dos semanas y que la colaboración y la comprensión del pasaje y la tripulación había sido algo

³⁵⁵ *Ibidem*, minuto 60.

³⁵⁶ *Idem*.

³⁵⁷ *Ibidem*, minutos 52-55.

³⁵⁸ *Idem*.

³⁵⁹ *Idem*.

³⁶⁰ *Ibidem*, minutos 38-39.

³⁶¹ *Ibidem*, minuto 40.

destacable³⁶². Una impresión similar fue la aportada por Camilo Tavares y Fernando Fernández Ackermann³⁶³.

Sin embargo, lo más relevante fue el trato ofrecido a los asaltantes por las autoridades brasileñas que, después de entregar el buque Santa María a las autoridades portuguesas, corrieron un tupido velo sobre el asunto y trataron de contener las protestas de Lisboa. Los portugueses estaban indignados ante el trato dado por Janio Quadros a los integrantes del DRIL, pues los honores militares otorgados a los hombres de Galvao durante el acto de rendición del barco eran una muestra inequívoca de que se estaba reconociendo a la parte beligerante. De todos modos, los parabienes para con los disidentes ibéricos no terminaron aquí, pues, según se expone en el documental, el 18 de febrero el grupo del Santa María se trasladó desde Río de Janeiro al interior del Estado de Sao Paulo, concretamente a la ciudad de Campinas, donde se estableció un campamento para el entrenamiento guerrillero durante casi tres meses³⁶⁴. Durante este período, sin embargo, las tensiones latentes entre los directores del DRIL terminaron por colocar a la organización al borde del colapso³⁶⁵, pues las discrepancias ideológicas y organizativas que albergaban Galvao y Sotomayor terminaron explicitándose de forma dramática hasta la ruptura entre ambos.

14.6.3 La versión de los hechos aportada por el exilio español radicado en Cuba

Como hemos podido observar, entre la versión de la prensa franquista, remedo de las informaciones publicadas en los medios anglosajones a las que se sumaban reflexiones de cosecha propia, y la versión presentada en el documental de Margarita Ledo había diferencias sustanciales que iban más allá de la pura interpretación. De todos modos, nos ofrecen ya información suficiente para poder comprender lo sucedido. Llegados a este punto, en el que el trasfondo de los hechos parece ya suficiente aclarado, es necesario señalar cual fue la posición de Cuba en aquel asunto.

Desde la oficialidad cubana no se ofreció ningún tipo de valoración sobre aquel episodio y fueron los miembros del exilio español que residía en Cuba los que asumieron la responsabilidad de posicionarse sobre aquel particular a través de la revista *Bohemia*. El relato de los entresijos que se ocultaban detrás del episodio del Santa María fue cubierto por dos exiliados: por José Ramón González-Reguerual Valdés³⁶⁶, un exiliado que se había trasladado a La Habana 1947 y que no pertenecía a ninguno de los partidos históricos de la izquierda española, y por Pedro Atienza Simarro³⁶⁷, un miembro de la estructura cubana del PCE, asesor también del Ejército cubano e instructor en el Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias en aquel momento. A través de aquellos dos miembros del exilio español, distintos en cuanto a generación y sensibilidad política, se articuló la explicación del episodio del “Santa María” en la revista *Bohemia*. El semanario cubano publicó dos artículos en el mes de febrero de 1961, uno de González-Reguerual y otro de Atienza³⁶⁸.

El primero de los analistas, González-Reguerual, rondaba los treinta años, formaba parte de las nuevas generaciones que habían recibido el influjo de la Revolución cubana y era de los que pensaba que el modelo cubano podía trasladarse a otros lugares. Por el contrario, el segundo, Atienza, era un hombre

³⁶² *Idem*.

³⁶³ *Ibidem*, minutos 40-44.

³⁶⁴ *Ibidem*, minutos 63-74.

³⁶⁵ *Idem*.

³⁶⁶ Para obtener los detalles biográficos de González-Reguerual véase: Domingo Cuadriello, Jorge: *Op. Cit.*, pág. 427 y capítulo nueve de este trabajo, pág. 189 y 190.

³⁶⁷ Para una información más detallada sobre la figura de Pedro Atienza véase Domingo Cuadriello, Jorge: *Op. Cit.*, págs. 367 y 368.

³⁶⁸ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 7. La Habana: domingo, 12 de febrero de 1961, págs. 40-42, 92 y 93. Semanal y *Bohemia* (Año LIII). Núm. 9. La Habana: domingo, 26 de febrero de 1961, pág. 52, 53, 81 y 82. Semanal.

de la vieja guardia del comunismo español y, por tanto, partidario de las tesis que imperaban en el PCE sobre la estrategia a seguir en España.

Por lo demás, antes de afrontar cualquier tipo de valoración sobre las ideas de González-Reguerual y Atienza sobre este asunto, es necesario afrontar cual podía ser la base real de los posibles vínculos de la Revolución cubana con el episodio del Santa María. La versión vertida en los medios franquistas sobre la implicación de Alberto Bayo no se podía sostener con un mínimo de seriedad, pues el propio Alberto Bayo, como se ha indicado ya, se había desvinculado abiertamente de la lucha armada para el caso español y lo había hecho a través de un comunicado publicado en la prensa cubana, del que se había hecho eco también *Mundo Obrero*, órgano de expresión del PCE. Del mismo modo, como ya hemos apuntado al hacer referencia a la versión de Sotomayor, las relaciones de Bayo con el grupo del DRIL eran más que conflictivas³⁶⁹. Así pues, descartada la implicación del general Bayo, las vinculaciones de la Revolución cubana con las huestes de Galvao se circunscribían al papel que hubiera podido desempeñar Eloy Gutiérrez Menoyo en aquel asunto. González-Reguerual colocó a Menoyo como el eje cubano-español sobre el que podía haber gravitado parte de la intentona de Galvao.

La aventura del trasatlántico Santa María, según expuso González-Reguerual, podía haber contado para su desarrollo con la participación de un grupo de españoles y cubanos experimentados en la guerra de guerrillas, partidarios de extender la lucha armada a los países de la Península Ibérica. Sin embargo, aquella posibilidad se había venido abajo por la desafección a última hora del hombre que tenía que encabezar aquel grupo de élite: Eloy Gutiérrez Menoyo. Según aseveraba González-Reguerual, el abandono de Menoyo en las horas previas al secuestro del “Santa María” había dado al traste con el embarco de un continente hispano-cubano en alta mar.

Originalmente, según aseguraba González-Reguerual, la “Operación Santa María” había sido planeada “como el primer paso hacia una campaña total de insurrección” en las tierras ibéricas y sus territorios coloniales africanos³⁷⁰. El desenlace, sin embargo, no corrió bajo el guion previsto, pues, pocas horas antes del secuestro del “Santa María”, “la defección de un grupo de cubanos, encabezados por Eloy Gutiérrez Menoyo”, provocó “la liquidación del plan original hacia un saldo meramente propagandístico”³⁷¹. Menoyo se había fugado a los Estados Unidos justo cuando la operación entraba en su fase culminante y aquello había llevado a hacer del secuestro del buque portugués una operación fallida.

Aquella desafección de última hora, que daba al traste con el embarco en altamar de las tropas procedentes de Cuba, fue duramente criticada por el cronista republicano español, pues se había perdido una oportunidad única de aglutinar a las jóvenes generaciones que estaban dispuestas a ultimar al franquismo y al salazarismo por la fuerza. Una vez expuesta esta posición, González-Reguerual emprendió un ataque inclemente contra los partidos tradicionales de la izquierda española. Según la visión de este exiliado, era necesario construir un frente insurreccional que pudiera cambiar los destinos de España y Portugal. Sin embargo, este frente en ningún caso podría estar encabezado por los viejos partidos del exilio, desacreditados tras largos años de fracasos.

El artículo de González-Reguerual se centraba en el caso español y señalaba que los partidos que habían vivido la Guerra Civil española ya no constituían una alternativa a Franco. Las críticas de González-Reguerual tenían como objetivo prioritario al PSOE y al PCE, y, sin necesidad de mentarlos siquiera, hacía de ambas formaciones una rémora en la lucha contra el franquismo. La solución del problema español tenía que estar entre las generaciones que habían nacido dentro del régimen, pues

³⁶⁹ De Sotomayor, Jorge: *Op. Cit.*, pág. 79.

³⁷⁰ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 7. La Habana: domingo, 12 de febrero de 1961, pág. 40. Semanal.

³⁷¹ *Idem.*

eran éstas las que habían sufrido los rigores de la tiranía franquista. Estas nuevas generaciones eran las llamadas a tumbar la dictadura de Franco. González-Regueral sostenía esta idea haciendo uso de los siguientes términos:

*“Después de una siesta de veintiún años, España se despereza. Los dirigentes de aquellos partidos tradicionales, dormidos en un sopor de elucubraciones políticas, parecen incapaces de comprender, y mucho menos de controlar, la gestación de una nueva corriente española de rebeldía”*³⁷².

Al frente de esta corriente española de rebeldía tenían que haberse situado personajes como Gutiérrez Menoyo, sin embargo, la traición de éste a España, a Portugal y a Cuba había desbaratado el objetivo primigenio de la aventura de Galvao³⁷³. En aquel artículo se señalaba que la juventud española había dado origen a *“una nueva ola de sentimiento libertario”* que ya no se podía contener bajo el paraguas de las formaciones políticas tradicionales, pues la juventud se inclinaba ya indudablemente hacía las vías *“insurreccionales”*, tanto en el pensamiento como en la acción³⁷⁴.

Una vez resuelto este ajuste de cuentas con las fuerzas tradicionales de la izquierda, González-Regueral colocó en el punto de mira a Gutiérrez Menoyo y comenzó a exponer entonces los contactos que el líder del II Frente del Escambray había establecido con el DRIL y analizó el papel desmovilizador que, a su parecer, había jugado la influencia de Menoyo dentro de estos grupos insurreccionales³⁷⁵.

Según expuso González-Regueral en aquel artículo, la desafección de Menoyo ya venía de largo, pues sus problemas con la Revolución cubana se habían agravado en la segunda mitad del año 1960 y, finalmente, aquellas diferencias habían dado al traste con la posibilidad de organizar la lucha de guerrillas en España. Sin embargo, se había optado por Menoyo porque él encarnaba las cualidades que requería aquella misión. Un dirigente que contaba con el prestigio de la Revolución cubana, aunque no contara con sus bendiciones explícitas, que procedía de una familia de exiliados españoles vinculados a las corrientes socialistas y que atesoraba además la experiencia insurreccional era un candidato ideal para conducir la lucha en España y así lo habían pensado muchos españoles; sin embargo, aquella posibilidad se había desbaratado³⁷⁶.

A Menoyo, según González-Regueral, se le había ofrecido *“el mando de las operaciones de guerrilleros”* y el líder del II Frente había traicionado esta confianza³⁷⁷. La traición de Menoyo, según exponía aquel artículo, se había producido justo antes del embarco de las tropas de Galvao en el buque lusitano, dejando a los captores al frente del *“Santa María”* sin objetivo concreto y entregados a un destino incierto que indudablemente estaba condenado al fracaso. El secuestro del *“Santa María”*, según rezaba aquel artículo, tenía como fin el transporte de un contingente de combatientes adiestrados en la lucha guerrillera a tierras de Angola para iniciar allí una lucha que, de tener éxito, tendría que trasladarse con el tiempo a los países ibéricos³⁷⁸.

Aquella posibilidad se había desbaratado cuando el comandante en jefe del destacamento guerrillero, Gutiérrez Menoyo, decidió tomar el camino del exilio y se fugó a los Estados Unidos, dejando con su marcha una secuela de traición. En este artículo cargado de dureza, González-Regueral aseveraba que la traición de Menoyo constituía una traición a la causa de la insurrección internacional, una deserción

³⁷² *Idem.*

³⁷³ *Ibidem*, pág. 41.

³⁷⁴ *Ibidem*, pág. 40.

³⁷⁵ *Ibidem*, pág. 41.

³⁷⁶ *Idem.*

³⁷⁷ *Ibidem*, pág. 92.

³⁷⁸ *Ibidem*, págs. 92 y 93.

de la Revolución cubana, una bofetada a la causa del pueblo español y el abandono de un proyecto, que, según González-Regueral, venía gestándose desde los meses de marzo y abril de 1960³⁷⁹. La desertión de Menoyo había propiciado que el contingente de cubanos y españoles no se embarcara en el “Santa María” debido al desconcierto generado por la desafección de su líder y a las sospechas de que las autoridades norteamericanas estuvieran al corriente de los planes.

Para sostener su versión González-Regueral adjuntaba a su artículo dos telegramas. El primero procedía del “Santa María” y había sido emitido el 28 de enero. Aparecía bajo la firma del “Greco”, nombre clave con el que firmaba sus comunicados Galvao, e iba destinado a los miembros del DRIL de Cuba. En él se informaba sobre el éxito de la misión, se señalaba la fenomenal acogida del comando entre el pasaje del “Santa María”, se hacía explícita la esperanza de que los compañeros que procedieran de La Habana se pudieran sumar a la misión en alta mar sin problemas y se informaba igualmente sobre la inclusión de Humberto Delgado en la operación³⁸⁰. Se solicitaba además, es de suponer que de las autoridades cubanas, “*el reconocimiento del derecho de los insurgentes*”, previo al reconocimiento de la condición de “*beligerantes*”, y se hacían aquellas peticiones “*a nombre de Humberto Delgado, Presidente electo de Portugal*”³⁸¹. Se daba cuenta igualmente de que se procedería al desembarco de los pasajeros y que se estaba ya trabajando en un documento en el que se daría a conocer la integración en el DRIL de la “*Junta Nacional Independiente de Liberación portuguesa*” que presidía Delgado³⁸².

El segundo telegrama adjuntado al artículo tenía como remitente la sección del DRIL de La Habana y como destinatario el “Santa María”; en él se señalaba lo siguiente: “*Cuidado, Eloisa traidora y deshonorada. Los demás todos con ustedes*”³⁸³. Como cabía esperar, Eloisa era, supuestamente, el nombre clave de Menoyo en aquella operación. Aquellos dos telegramas eran la muestra, según González-Regueral, de que el buque Santa María habría podido ser “*un nuevo Granma*” para España y Portugal³⁸⁴, pero que, por desgracia, había quedado en un acto propagandístico contra la dictadura de Salazar, debido a la traición de Menoyo.

Aquellos dos telegramas dejaban al descubierto varias claves sobre el grado de participación cubana en aquel asunto que, a nuestro modo de ver, serían las siguientes. En primer lugar que la sección del DRIL en Cuba, al contrario que la europea, como señaló Sotomayor, estaba al corriente de las operaciones. En segundo lugar, que los contactos del DRIL con Cuba se establecían con su sucursal en La Habana y con Eloy Gutiérrez Menoyo, lo que probablemente debe interpretarse como la participación del Ejército de Liberación Español, creado por Menoyo en el verano de 1960, en la operación del “Santa María”. En tercer lugar, que la participación de Humberto Delgado no entraba dentro de los planes originales y que su inclusión en aquella operación no se consultó con los miembros del DRIL de Cuba antes de la iniciarse el secuestro. Y en cuarto y último lugar, que las autoridades cubanas, de las que parecía solicitarse la condición beligerante en el futuro contencioso con Madrid y Lisboa, no estaban directamente involucradas en aquella operación.

Una vez aportadas aquellas pruebas, los dos telegramas que acreditaban la participación hispano-cubana y la desertión de Menoyo, González-Regueral pasaba entonces a exponer los principios del DRIL, una formación hispano-lusa que se presentaba como una organización que rompía con la

³⁷⁹ *Ibidem*, pág. 92.

³⁸⁰ *Ibidem*, págs. 40 y 93.

³⁸¹ *Idem*.

³⁸² *Idem*.

³⁸³ *Ibidem*, pág. 93.

³⁸⁴ *Ibidem*, págs. 92 y 93.

oposición tradicional a los regímenes ibéricos y que consideraba la lucha en Portugal como parte de la liberación de España.

El DRIL, según señalaba González-Reguerual, se asentaba sobre cuatro principios programáticos. En primer lugar, el DRIL se presentaba como “*una organización concebida por jóvenes en presencia de los problemas reales ibéricos en 1960*” y que tomaba como ejemplos a “*las experiencias revolucionarias de China y Cuba*”³⁸⁵. En segundo lugar, el DRIL optaba por “*una posición insurreccional*” y “*popular*” tendente a alcanzar “*reformas absolutas en lo económico, social y político*”³⁸⁶. En tercer lugar, la organización apostaba por el “*anticolonialismo*” y “*la libertad para todos los pueblos*”³⁸⁷. Una máxima que implicaba, de este modo, la promoción de «*la independencia de todas las colonias o “provincias” de España y Portugal en África y Ultramar*»³⁸⁸. Y en cuarto y último lugar se presentaba como una organización que tenía por objetivo promover “*la unidad de los pueblos o nacionalidades de la península en una unión de Repúblicas ibéricas*”³⁸⁹.

Sin embargo, a nuestro modo de ver, en aquellos cuatro puntos programáticos, que parecían tan claros, se encontraba el germen de la posterior ruptura del DRIL y de los conflictos que ya tenía esta organización con las fuerzas tradicionales del exilio. En lo tocante a este último aspecto, aquel artículo de González-Reguerual suponía una desautorización en toda regla del exilio español y constituía también una provocación para el PCE, pues desautorizaba la línea de actuación de los comunistas españoles en la lucha contra Franco, que, como ya hemos expuesto, era la que había asumido la Revolución cubana como propia. La estrategia del PCE había sido aceptada por la dirigencia revolucionaria, hasta tal punto que Alberto Bayo, un hombre con gran ascendencia sobre los líderes cubanos, había tenido que desdecirse de sus planteamientos de 1959 y retractarse públicamente desechando la posibilidad de la lucha armada para el caso español.

González-Reguerual, a raíz de aquel artículo, dejó de colaborar con *Bohemia*, pues lo que expuso en aquella entrega, no sólo comprometía a los comunistas y a los socialistas españoles, al deslegitimarlos frente al exilio español de Cuba y Latinoamérica, sino también a la Revolución cubana, pues colocaba a la dirigencia revolucionaria en una situación incómoda frente a sus socios soviéticos, partidarios de la coexistencia pacífica. Del mismo modo, aquel trabajo suponía la confirmación de que Cuba, aunque fuera de forma indirecta y a través de sectores no gubernamentales, trataba de exportar su modelo revolucionario. Una realidad que colocaba a la dirigencia revolucionaria cubana en una situación de indefensión frente a sus contendientes norteamericanos, inmersos en aquel momento en una transición de régimen que podía suavizar el enfrentamiento entre La Habana y Washington. Para la Revolución cubana, verse mezclada en aquel asunto, no parecía la mejor carta de presentación ante la recién estrenada Administración Kennedy.

González-Reguerual, con aquel artículo, apostaba por las desprestigiadas y sospechosas siglas del DRIL, atacaba sin piedad a los partidos tradicionales de la izquierda española y, no contento con ello, hacía una apuesta decida por Pekín frente a Moscú como la vía más conveniente para arriba al socialismo. Una postura que indudablemente le colocaba en franco conflicto con los comunistas cubanos y sobre todo españoles. Los planteamientos de González-Reguerual preparaban el camino para que algún miembro del PSP o del PCE tomara la palabra a modo descargo. Así pues, tal como se preveía, la réplica no se hizo esperar y corrió a cargo de Pedro Atienza, uno de los hombres fuertes del PCE en Cuba y colaborador de la Revolución cubana en todos los frentes.

³⁸⁵ *Ibidem*, pág. 42.

³⁸⁶ *Idem*.

³⁸⁷ *Idem*.

³⁸⁸ *Idem*.

³⁸⁹ *Idem*.

Dos semanas más tarde de la diatriba de González-Regueral a favor del DRIL y contra Menoyo y la izquierda del exilio. Pedro Atienza publicó otro artículo en el que se daba cumplida respuesta a aquel ataque. Como había sucedido durante 1959 y la mayor parte de 1960, las páginas de *Bohemia* se abrían una vez más para que las ideas contrapuestas disputaran su supremacía: primero habían sido católicos y comunistas cubanos los que habían pleiteado en las páginas de *Bohemia* y ahora eran los partidarios de la vía armada y sus detractores para el caso de España los que discrepaban y se enfrentaban a través del semanario cubano.

El artículo en *Bohemia* de Pedro Atienza no sorprendió a nadie, pues en él se apostaba abiertamente por la posición defendida por el PCE y se presentaba por tanto una visión radicalmente diferente a la expuesta por González-Regueral. El encabezamiento del artículo de Atienza contenía ya la línea argumental sobre la que se desarrollaría aquel trabajo. “*La verdadera historia del DRIL*”, aseveraba su título, presentando a continuación un subtítulo más que revelador: “*Se intenta continuar una provocación contra Cuba y contra España*”³⁹⁰.

Atienza comenzaba su demoledor artículo señalando que el DRIL y el Ejército de Liberación Español, el denominado ELE, creado por Menoyo en la segunda mitad de 1960, no eran más que réplicas de una serie de grupos que habían tenido como “*principal animador al agente franquista Abderramán Muley*”³⁹¹. Unas organizaciones aquellas que habían nacido con la única intención de “*preparar una provocación contra la lucha del pueblo español y contra la Revolución cubana*”³⁹². Una vez expuesto este argumento concluyente, Atienza aseguraba que Alberto Bayo, del que le separaba un abismo ideológico, no estaba relacionado con aquellos movimientos y que a pesar de la diferencias que existían entre el PCE y Bayo sobre la mejor estrategia a seguir en España, éste último se habían desvinculado de las organizaciones que habían dado origen al DRIL y que, por tanto, el general Bayo nada tenía que ver con aquellas formaciones infiltradas y minadas por los agentes de la inteligencia franquista.

El artículo de Atienza se adentraba entonces en las actividades de Muley en Cuba y colocaba nombres y apellidos a todos aquellos “supuestos exiliados españoles” que, bajos las órdenes de los servicios de inteligencia franquista, habían complicado a algunos incautos en aquellas conjuras contra la España de Franco, que, a la postre, había resultado muy útiles al régimen español para localizar a los más revoltosos y azuzar la represión.

Atienza no ahorra tampoco críticas a la bisonia postura de González-Regueral y criticaba con acritud el desprecio que había manifestado por todos aquellos jóvenes que militaban en el PCE y que arriesgan su vida a diario. El dirigente comunista español rompía así con una de las máximas lanzadas por González-Regueral, pues, según Atienza, no existía la ruptura generacional que trataban de promover ciertos sectores del exilio. El promedio de edad dentro de los delegados del PCE en el interior de España, según aseveraba Atienza, “*no excedía de los treinta años*”³⁹³. Y estos jóvenes del partido, junto a los veteranos, eran la vanguardia de la lucha contra el franquismo, pues eran ellos los que habían caído “*ante los piquetes de fusilamiento*” y los que cumplían las condenas más pesadas “*en las mazmorras franquistas*”³⁹⁴.

Una vez establecida aquella defensa de los comunistas españoles que operaban en el interior de España, Atienza regresaba de nuevo a los oscuros orígenes del DRIL y exponía el papel de

³⁹⁰ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 9. La Habana: domingo, 26 de febrero de 1961, pág. 52. Semanal.

³⁹¹ *Ibidem*, pág. 53.

³⁹² *Idem*.

³⁹³ *Idem*.

³⁹⁴ *Ibidem*, pág. 81.

dinamizadores que en su interior habían desempeñado los agentes franquistas³⁹⁵. En el artículo se cargaba igualmente contra Menoyo, al señalar que la constitución del ELE, creado por Menoyo a mediados de 1960, había sido una provocación contra el exilio español radicado en Cuba y también contra la revolución. Aquella organización de Menoyo había tratado de crear “*un ejército de jóvenes españoles, cubanos y latinoamericanos*” para establecer la lucha armada en territorio español³⁹⁶. Una vez establecidas las bases del grupo se inició una campaña de captación de fondos en el verano de 1960 y se pretendió involucrar en ella a los dirigentes del exilio español y a los propios dirigentes revolucionarios de Cuba³⁹⁷. Atienza señalaba la inoportunidad de aquel tipo de formaciones, pues la posición del exilio español debía estar en aquellos momentos de tribulaciones ofreciendo todo su apoyo a la Revolución cubana.

No le faltaba razón a Atienza, la campaña del ELE para la captación de fondos y la promoción de sus objetivos no podía ser más inoportuna, pues trató de desarrollarse precisamente cuando el régimen cubano estaba inmerso en el mayor enfrentamiento con los Estados Unidos como consecuencia de los procesos de nacionalizaciones. Así pues, en aquel contexto, entablar un nuevo conflicto con la España de Franco no parecía la posición más acertada.

En base a razonamientos de esta naturaleza, dependientes siempre de la difícil posición internacional por la que pasaba Cuba, Atienza consideraba que el proyecto de Menoyo resultaba tan improductivo como comprometedor, y en poco tiempo, según su parecer, terminó por convertirse en un problema, tanto para la colonia de españoles residentes en Cuba como para la propia Revolución cubana. De todos modos, según aventuró el líder del PCE, los dirigentes del exilio español no se dejaron comprometer en aquel proyecto, pues, además de ir en contra de la estrategia fijada por la oposición al franquismo, la totalidad del exilio estaba avisada de que todos aquellos núcleos que procedían del DRIL estaban bajo sospecha, y, por tanto, no se le dio el sustento al ELE que demandaba Gutiérrez Menoyo³⁹⁸. El exilio español eludió en todo momento comprometerse con el insistente Menoyo, pues era necesario preservar al Gobierno revolucionario cubano de toda implicación en la lucha armada contra el franquismo, especialmente en aquel momento de máxima tensión con los Estados Unidos.

De igual forma, en sintonía y coordinación con el exilio español, el Gobierno revolucionario, según señaló Atienza, eludió comprometerse con Menoyo y mantuvo una posición vigilante para que el ELE no pudiera alegar que contaba con el soporte oficial cubano. Así pues, la dirigencia revolucionaria no se comprometió con el ELE, pero, al mismo tiempo, como apostillaba Atienza, tampoco se rechazó en público cualquier iniciativa que pudiera surgir del exilio, incluida la patrocinada por Menoyo, pues no se quería dar la impresión de que la Revolución cubana no se solidarizaba con el pueblo español³⁹⁹. De esta suerte, el ELE se convirtió en poco tiempo en un ingrediente distorsionador dentro de la realidad cubana, pues de contar con el apoyo de la dirigencia revolucionaria, las acusaciones injerencistas no tardarían en llegar y aquello supondría otro incómodo frente de combate en la arena internacional para la Revolución cubana. Por el contrario, posicionarse abiertamente contra aquella organización podía suponer que muchos españoles seducidos por la idea de la lucha armada se sintieran desamparados y aquello era un coste que la Revolución cubana no estaba dispuesta a asumir, pues su apoyo a la lucha contra Franco estaba fuera de toda duda.

En el verano de 1960 lo que menos necesita la Revolución cubana era un contencioso con la España de Franco, que no dudaría en ponerse al costado de los Estados Unidos y en agitar a la Iglesia para

³⁹⁵ Para una información más detallada sobre los procesos de infiltración de los agentes de la inteligencia franquista dentro del DRIL y de las organizaciones que medraron en su entorno acúdase al capítulo siete de este trabajo, págs. 149-180.

³⁹⁶ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 9. La Habana: domingo, 26 de febrero de 1961, pág. 82. Semanal.

³⁹⁷ *Idem.*

³⁹⁸ *Idem.*

³⁹⁹ *Idem.*

hacer más penoso el régimen de transformaciones que demandaba el pueblo cubano. De igual forma, posicionarse públicamente en contra del ELE podía interpretarse como un abandono de la causa del pueblo español o, peor aún, como un apoyo al statu quo imperante en España. Atienza señaló entonces que, finalmente, los acontecimientos de los últimos meses habían dejado claro que tanto el exilio como la revolución habían acertado en la posición adoptada frente al ELE y frente a Menoyo, pues era ya notorio en aquel momento que el dirigente del II Frente del Escambray tenía vinculaciones con la contrarrevolución, como había quedado patente tras su huida inesperada a los Estados Unidos⁴⁰⁰.

Atienza continuó su extenso artículo haciendo una defensa enconada de la posición del PCE en la lucha contra el franquismo, crítico la teoría de la ruptura generacional en la batalla contra el régimen de Franco al señalar que no era la edad, sino la condición de clase la que determinaba la conciencia revolucionaria y señaló igualmente que no todas las iniciativas presentes en el exilio español tenían que asumirse sin un mínimo de crítica. En el caso del DRIL y del ELE, dadas las infiltraciones de agentes franquistas en el primero y la existencia de elementos que se oponían a la Revolución cubana en el segundo, el apartarse de ellos había sido una necesidad y un gran acierto.

Atienza señaló entonces que la mejor estrategia para luchar contra el franquismo la fijaría el pueblo español y que el PCE como parte de él la asumiría, fuera esta cual fuese. Sin embargo, el ejemplo para el PCE no podía encontrarse en unas siglas tan emponzoñadas como lo eran las del DRIL, sino en otros movimientos integrados por jóvenes que habían nacido en el interior de España y no en el exilio. Atienza encomió entonces la labor de la Agrupación Socialista Universitaria y del Frente de Liberación Popular⁴⁰¹. Dos formaciones que apoyaban la unidad frente al franquismo y que estaban fuera de toda sospecha.

Atienza, a través de aquel artículo, había mostrado una visión sobre la estrategia a seguir contra Franco que difería totalmente de la sostenida por González-Regueral. Además, aquel enfrentamiento había dejado al descubierto la división dentro del exilio y, también, lo que era más preocupante para los partidos tradicionales de la izquierda española, PCE y PSOE: que dentro del exilio español radicado en Cuba aún había ciertos sectores que, al margen de los partidos tradicionales, parecían apoyar la vía armada en la lucha contra Franco. Una circunstancia que de extenderse pondría en un serio problema al PCE y también al PSOE, además de comprometer a la Revolución cubana en un conflicto con el franquismo poco gratificante en aquel momento de crisis.

La irrupción de la Revolución cubana en el ámbito latinoamericano había dejado sus secuelas en España y ciertos sectores del exilio parecía poco dispuestos a asumir la dirección de los viejos partidos, lo que indudablemente podía generar un problema de fractura. Por lo demás, la Revolución cubana, como ya se ha expuesto, había apostado por la línea de acción defendida por el PCE. Sin embargo, este partido no parecía del todo capaz de unificar bajo su impronta al total de la oposición contra el franquismo, ni siquiera a la presente en Cuba, a pesar de las facilidades que Fidel Castro les estaba dando a los comunistas españoles.

El episodio del Santa María constituía un sonrojo para los hombres del PCE a la vez que una fuente de legitimidad para la represión franquista, pues a aquellas alturas de 1961 todavía parecían existir sectores del exilio imbuidos de la mística revolucionaria que representaban las oscuras siglas del DRIL y las poco recomendables del ELE. Ahora bien, lo más relevante de aquel episodio del “Santa María” en lo que a nosotros nos compete, pasaría por determinar el grado de implicación de la Revolución cubana en aquella infructífera aventura.

⁴⁰⁰ *Idem.*

⁴⁰¹ *Idem.*

Quizás la clave de todo ello esté en el análisis del papel desempeñado por Menoyo dentro de la revolución tras la formación del ELE en el verano de 1960. Un análisis que aparece plagado de dudas, sin embargo, hay algunos elementos que deben tomarse en consideración. En primer lugar, el contexto de crisis permanente con los Estados Unidos en el que permaneció sumida Cuba desde mediados de 1960. La prioridad para el Gobierno revolucionario en aquel momento era llevar a buen puerto el proceso nacionalizador y coronar con éxito la estabilización del enorme sector económico y empresarial que pasó a manos del Estado. Por lo demás, en aquel momento, la batalla internacional para el Gobierno cubano no pasaba por implantar la revolución en otros países, sino por asentar la propia con el apoyo de los pueblos latinoamericanos y del resto del mundo. Cuba se batió en San José de Costa Rica por defender su proyecto nacional y lo ratificó en La Habana a través de la declaración que llevaba por nombre a la capital cubana, una declaración que, con ciertas variaciones, se expuso en la ONU por boca del primer ministro. Llegados al mes de octubre los nuevos procesos de nacionalización y el asentamiento de las relaciones comerciales y diplomáticas con el bloque soviético pasó a ser la prioridad. En los meses finales de 1960 Cuba trataba de asentar su proceso revolucionario sobre unos parámetros que apuntaban hacia el socialismo y cualquier aventura guerrillera en el exterior no parecía una estrategia adecuado para lograrlo, pues era necesario no incomodar a los socios socialistas y no provocar a los contendientes capitalistas. Así pues, las fórmulas insurreccionales de Menoyo para derrocar a Franco nacieron en el momento en que menos convenían al régimen cubano.

De igual modo, y como se recordará de los capítulos precedentes, Fidel Castro se había comprometido con los dirigentes del PCE en junio de 1960 a respetar la estrategia de los comunistas españoles contra Franco. Es más, el primer ministro cubano se había comprometido a canalizar toda la ayuda para la lucha en España contra el franquismo a través del PCE⁴⁰². Fidel Castro había optado por dejar los asuntos de la oposición española en manos PCE y lo único que parecía interesarle del exilio español, especialmente de los comunistas, era la experiencia internacional que atesoraban y el número de cuadros que pudieran aportar a una revolución que en lo único que podía pensar era consolidarse.

Ahora bien, lo que resultaría perentorio determinar es en qué momento se desvinculó Menoyo de la revolución, una información que, con exactitud, probablemente sólo conocía el recientemente fallecido Eloy Gutiérrez Menoyo y algunos dirigentes revolucionarios que todavía no han desaparecido. Por otro lado, descartamos cualquier vinculación de Menoyo con el régimen franquista como trataron de demostrar o insinuar Atienza y González-Regueral. Los antecedentes familiares de Menoyo y su inquina contra todo lo que representaban las dictaduras conservadoras latinoamericanas e ibéricas se nos antojan fuera de duda. No en vano, fue Menoyo y no otro el que jugó un papel crucial en el desmantelamiento del intento golpista de Trujillo contra la Revolución cubana en agosto de 1959.

Sin embargo, lo que sí podemos afirmar es que la mayor parte del II Frente del Escambray tenía fuertes prejuicios contra el comunismo y que veían con malos ojos la participación de los comunistas cubanos en el frente revolucionario. Así pues, no es aventurado afirmar que Menoyo terminó inmerso en un mar de contradicciones, su aversión a las dictaduras latinoamericanas y al franquismo, su falta de simpatía por los comunistas y sus vínculos con Prío Socarrás y el sector “auténtico” le condenaron a no encontrar su sitio dentro del proyecto revolucionario.

Casi con toda seguridad, la creación del ELE y su supuesta implicación en los preparativos de la operación del Santa María fueron un proyecto personal de Menoyo, que, poco a poco, comenzó a ver cómo los llamados a encabezar el proyecto revolucionario cubano eran los sectores izquierdistas del

⁴⁰² Archivo Histórico del PCE, *América Latina. Generalidades. Emigración Política*, caja 102/1. Información sobre mi viaje por América Latina, Santiago Álvarez, 5 de octubre de 1960, pág. 2.

26 de Julio y del Directorio Revolucionario, que, en comunión con los hombres del PSP, habían copado todo el espectro político, dejando a los hombres del II Frente sin espacio dentro del bloque revolucionario.

El II Frente de Menoyo y William Morgan fue perdiendo espacio a medida que iban pasando los meses. Una situación que se agravó cuando se descubrieron las vinculaciones de Morgan con los alzados que organizaban la lucha guerrillera en el Escambray contra la Revolución cubana⁴⁰³. Aquella colaboración de William Morgan con los insurrectos del Escambray se produjo a raíz de la decisión de Menoyo de licenciar las tropas del II Frente a mediados de 1960, una decisión que vino acompañada del desmantelamiento de su brazo político, la Organización Auténtica⁴⁰⁴. A partir de aquel momento el papel del II Frente dentro de la revolución se redujo a la nada. Morgan se lanzó por la senda de la contrarrevolución y Menoyo, después de organizar el ELE, desertó de la Revolución cubana días antes del episodio del “Santa María”. Una renuncia que se produjo en el mismo momento en que Prío Socarrás, cabeza del sector auténtico, partió también hacia el exilio dejando tras de sí un reguero de críticas contra el Gobierno revolucionario y acusando a su dirigencia de estar en manos de los comunistas⁴⁰⁵.

Los miembros del II Frente del Escambray, desde mediados de 1960, había reusado participar en la revolución, como lo habían hechos los hombres que procedían de la Organización Auténtica; muchos de ellos, como ya se ha expuesto, había sido encarcelados por colaborar con la contrarrevolución, como era el caso de William Morgan, y otros se desvincularon del proyecto revolucionario cuando Prío Socarrás decidió partir hacia el exilio. La partida de Prío Socarrás y la de Menoyo se produjo, además, justo cuando Kennedy tomó el relevo en la Casa Blanca.

Menoyo y Prío Socarrás partieron hacia el exilio justo de después de la toma de posesión de Kennedy y quizás el mismo día en que los hombres de Galvao se estaban haciendo con el control del Santa María. El día 26 de enero, cuando las informaciones sobre el secuestro del Santa María todavía eran confusas, Menoyo se encontraba ya en los Estados Unidos, igual que Prío Socarrás, que lanzó aquel mismo día sus primeras declaraciones contra la Revolución cubana, aseverando que el Gobierno de Cuba pertenecía “*por entero al bloque comunista*” y que estaba “*totalmente adscrito al despotismo eslavo*”⁴⁰⁶. Se abría un nuevo espacio para la disidencia cubana, un espacio que iba más allá del núcleo que representaban los partidarios de Batista y los desafectos de los primeros meses de revolución. Ante este nuevo escenario, los núcleos que participaban de la formación auténtica parecían decididos a aprovecharlo, pues era evidente que, debido a su posición anticomunista, estaban imposibilitados para integrarse en una revolución que era ya socialista.

Todo lo expuesto hasta el momento nos conduce a pensar que el episodio del “Santa María” carecía del respaldo de la revolución, pues todos los grupos implicados en aquella trama no contaban con la aquiescencia y el apoyo de la dirigencia cubana. Por lo demás, Menoyo se convirtió en un personaje al margen de la revolución desde mediados de 1960. Sus declaraciones tras el licenciamiento de sus efectivos del II Frente y el desmantelamiento de su brazo político, la Organización Auténtica, constituyen todo un enigma, pues se limitó a hacer una declaración en la que solicitaba la unidad de la revolución en un solo movimiento basado en los ideales de Martí y en la esencia radical de la acción libertadora⁴⁰⁷. Una última declaración oficial que podía acogerse a las más diversas lecturas. De igual

⁴⁰³ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm.7598. Madrid: sábado, 22 de octubre de 1960, pág.6. Diario, *Pueblo* (Año XXII). Núm.6566. Madrid: sábado, 22 de octubre de 1961, pág. 1. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6567. Madrid: lunes, 24 de octubre de 1960, pág. 1. Diario.

⁴⁰⁴ Brown, Jonathan C.: *Op. Cit.*, pág. 60.

⁴⁰⁵ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6658. Madrid: lunes, 26 de enero de 1961, pág. 5. Diario.

⁴⁰⁶ *Idem*.

⁴⁰⁷ Brown, Jonathan C.: *Op. Cit.*, pág. 60.

modo, las entrevistas concedidas por Menoyo y sus contadas declaraciones públicas durante 1960, cuando la tensión con Estados Unidos era el tema recurrente, se limitaron a atacar a los exiliados batistianos y a la dictadura de Trujillo, eludiendo en todo momento pronunciarse con respecto a los Estados Unidos y señalando al dictador dominicano como el patrocinador único de los criminales de guerra que favorecían a las huestes de Batista en el exilio⁴⁰⁸. Las críticas contra los Estados Unidos por patrocinar la contrarrevolución, un mensaje en el que hacían hincapié todos los líderes revolucionarios, nunca formaron parte del recetario de Gutiérrez Menoyo⁴⁰⁹.

En otro orden de cosas, y a modo de elemento clarificador de lo tensas e insostenibles que eran las relaciones entre los dirigentes revolucionarios, por un lado, y los miembros del II Frente y los sectores que habían estado emparentados con el partido auténtico, por el otro, dio cuenta Ernesto Guevara a través de un artículo publicado el 12 de febrero de 1961 en la revista *Bohemia*. Aquel artículo, que tenía por título el siguiente aserto: “*Un pecado de la revolución*”⁴¹⁰, respondía a la necesidad del líder revolucionario argentino de pedir disculpas al pueblo por los errores que se había cometido durante los dos primeros años de revolución. Y entre estos errores, según Guevara, habían estado las connivencias que la revolución había tenido con el II Frente del Escambray y con los políticos que estaban emparentados con el antiguo régimen republicano.

Guevara dejó en aquel artículo una crítica sin paliativos para casi todos los integrantes de aquel batallón guerrillero que se hacía llamar el II Frente del Escambray. Gutiérrez Menoyo y Armando Fleitas, dos de los dirigentes del grupo, fueron denostados por Guevara haciendo uso de los términos más duros. Guevara aseveró al referirse a ambos líderes que nunca había tenido otra aspiración que ocupar “*una serie de cargos en el aparato estatal*”, especialmente aquellos en los que durante el período prerrevolucionario se habían cometido los mayores desfalcos⁴¹¹. Menoyo y Fleitas, según la versión vertida por Guevara, no aspiraban a grandes cargos, no querían puestos militares, ni ministeriales, ni estaban dispuestos a asumir grandes responsabilidades, sólo parecían estar interesados en posicionarse en aquellos lugares en los que la afluencia de dinero era abundante: “*Inspectores de Hacienda*” o “*recaudadores de impuestos*”; en definitiva, “*todos los lugares donde el dinero caminaba y pasaba por sus ávidos dedos*”; estas ocupaciones eran, según Guevara, “*el fruto de sus aspiraciones*”⁴¹².

Guevara se disculpaba ante el pueblo por haber tenido que convivir con aquellos elementos dentro del Ejército rebelde. El líder argentino señaló también que desde los primeros días del triunfo revolucionario se habían producido enfrentamientos con los hombres del II Frente:

*“Se plantearon divergencias serias que culminaron a veces en cambios de palabras violentos; pero siempre nuestra aparente cordura revolucionaria primaba y cedíamos en bien de la unidad. Manteníamos el principio. No permitiríamos robar ni dábamos puestos claves a quienes sabíamos aspirantes a traidores; pero no los eliminábamos, contemporizábamos, todo en beneficio de una unidad que no estaba totalmente comprendida. Ese fue un pecado de la revolución”*⁴¹³.

El mismo pecado que, según Guevara, había propiciado que otros supuestos revolucionarios cobraran “*suculentos sueldos*”⁴¹⁴. Aquí Guevara mencionaba a Barquín y Felipe Pazos, caracterizándolos como los “*botelleros internos y externos que la revolución mantenía*” para eludir el conflicto,

⁴⁰⁸ *Idem.*

⁴⁰⁹ *Idem.*

⁴¹⁰ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 7. La Habana: domingo, 12 de febrero de 1961, pág. 59 y 82. Semanal.

⁴¹¹ *Ibidem*, pág. 59.

⁴¹² *Idem.*

⁴¹³ *Idem.*

⁴¹⁴ *Idem.*

*“tratando de comprar su silencio con un tácito entendimiento entre un sueldo que era ya una botella y un Gobierno que ellos esperaban el momento para traicionar”*⁴¹⁵. Sin embargo, Guevara señalaba que el enemigo tenía *“más dinero y más medios”* para *“sobornar a la gente”* que quería ser sobornada y que finalmente aquellos elementos ajenos a los principios de la revolución habían optado por ir a aquellos lugares donde mejor se les podía pagar⁴¹⁶.

Guevara pasaba entonces a darles las gracias a los miembros del II Frente del Escambray, a Prío Socarrás, al que directamente calificaba como uno de los mayores ladrones en la historia de Cuba, a Miró Cardona y a tantos otros que finalmente había optado por irse a Estados Unidos a unirse con sus aliados⁴¹⁷. Ya estaban todos en Estados Unidos al abrigo de los mismos brazos⁴¹⁸. Guevara señalaba que aquel había sido el gran pecado de la revolución, contar durante tanto tiempo con elementos que sólo pensaban en medrar económicamente.

Aquel artículo de Guevara, especialmente duro, y en el que no había ni una sola concesión para los que había decidido hacerse a un lado y presentar un frente contra el Gobierno cubano nos ofrece la muestra evidente de que los proyectos del ELE encabezados por Menoyo nunca habían sido del agrado de los líderes revolucionarios, que durante muchos meses habían pasado por alto sus deslices hasta que finalmente la situación se había hecho insostenible.

A modo de conclusión, y después de esta larga pormenorización sobre todo lo que envolvió la aventura infructuosa del “Santa María”, estamos en posición de señalar que la Gobierno revolucionario y los hombres que los sostenían desde dentro y desde fuera no estuvieron implicados en el secuestro del buque portugués. Es más que probable que los dirigentes cubanos conocieran aquellos planes y que probablemente estuvieran al corriente de los pormenores del proyecto, pero lo que parece indudable es que no se comprometieron, ni en público, ni en privado, con aquella aventura.

Las siglas del DRIL contaban con la mácula de la infiltración franquista en su seno, o al menos esta era la versión que manejaba en Cuba el ya influente PCE, y el ELE estaba encabezado por un Gutiérrez Menoyo que había perdido el favor de la revolución mucho antes de aquella organización que encabezaba viera la luz. Fidel Castro y el resto de integrantes de la dirigencia revolucionaria, tras las primeras acciones del DRIL, comprendieron que la lucha armada contra el franquismo tenía más riesgos que beneficios y decidieron unir fuerzas en la lucha contra el franquismo con los comunistas españoles. Fue así como a partir de junio de 1960 la Revolución cubana trazó su estrategia para España bajo las premisas que fueran determinando los hombres del PCE. Aquella decisión de descargar sobre el PCE la responsabilidad de la lucha contra el franquismo respondía a posiciones ideológicas, pero también a la fuerza que los comunistas españoles representaban en aquel momento dentro del frente antifranquista. Así pues, el episodio del “Santa María”, lejos de ser el *Granma* para la liberación de España y Portugal, fue más bien un acto de propaganda contra el salazarismo, e indirectamente contra el franquismo, encabezado por portugueses y elementos díscolos del exilio español y destinado a dejarle patente al régimen Lisboa y también al de Madrid que la situación había cambiado: con Kennedy en la Casa Blanca y con Quadros en Brasilia las cosas sería muy diferentes a los tiempos que se habían vivido con Eisenhower al frente de la Administración norteamericana y con Kubitschek como presidente del Brasil.

Por lo demás, en aquellos días de finales de enero y durante todo el mes de febrero de 1961, período en el que el episodio del “Santa María” acaparó titulares en la prensa de medio mundo, la dirigencia revolucionaria parecía más centrada en afianzar el proceso revolucionario que en emprender cualquier

⁴¹⁵ *Idem.*

⁴¹⁶ *Idem.*

⁴¹⁷ *Ibidem*, pág. 82.

⁴¹⁸ *Idem.*

aventura internacional de incierto destino. Cuba había pasado por un intenso período de movilización durante la mayor parte del mes de enero, hasta el arribo de Kennedy a la Casa Blanca, y ahora tocaba sostener el inmenso tejido productivo que estaba en manos de la revolución y para ello era necesario contar con todos y cada uno de los cubanos y desechar a todos aquellos que realmente no estuvieran comprometidos con lo que pasó a ser objetivo prioritario de la revolución: sostener la producción para mantener la independencia.

En 1961 el bloque hegemónico que estaría llamado a señorear en los destinos de Cuba durante décadas estaba ya asentado y la línea de actuación que encarnaban actores políticos como Galvao y Menoyo ya no representaban el sentir del proyecto revolucionario cubano. De ahí la dificultad de vincular un episodio como el del Santa María al proyecto internacional cubano.

14.7 La producción ideológica como fuente de legitimación y consenso

El mes de enero de 1961 estuvo centrado en la defensa y la dirigencia revolucionaria hizo varias llamadas de atención para que el campo de la producción no se viera desatendido. Sin embargo, la acción en el mes de febrero corrió por cauces diferentes: ahora lo prioritario pasó a ser la producción y la cúpula revolucionaria tuvo que esmerarse en recordar que la defensa no podía desatenderse a pesar de haberse superado ya el momento de mayor tensión. Para llevar a cabo aquel discurso, en el que había que compatibilizar defensa y producción, sin desatender además el resto de los objetivos revolucionarios, los generadores de opinión que trabajaban para hacer sólidos los cimientos del bloque hegemónico sobre el que se sustentaban gobierno y sociedad tuvieron que centrarse en otro tipo de producción que trascendía a la propiamente material: la producción ideológica.

La revista *Bohemia*, como aparador en el que convergían todas las tendencias, se erigió en baluarte de la producción ideológica. Era necesario recomponer el discurso revolucionario para, partiendo de todo lo ya promulgado, fundamentar el nuevo período. La producción ideológica se convirtió así en fuente fundamental para construir el consenso, cimentar la legitimidad del Gobierno en el nuevo giro político que se abría para Cuba y sustentar a la dirigencia revolucionaria ante los zarandeos que pudieran llegar de la izquierda y la derecha del movimiento. Dentro del bloque hegemónico que se había hecho cargo del aparato estatal cubano había diversidad de pareceres y frente a ellos la dirigencia cubana tenía que trabajar para mantener la unidad. La cúpula revolucionaria, a través del discurso ideológico, debía brindarse frente a las demandas que pudieran llegar de la derecha del movimiento, encabezada por aquellos sectores que pudieran sentirse incómodos con la presencia cada vez más acusada del mundo soviético en la realidad cubana, pero también debía protegerse de las pretensiones provenientes de la izquierda del movimiento, representada por los arribistas que desde las filas del comunismo tradicional y prerrevolucionario quisieran hacer valer el nuevo contexto para hacerse con el control del poder en Cuba.

El momento era especialmente delicado y la pérdida de apoyos era algo por lo que no podía pasar el Gobierno cubano en aquel momento de tribulaciones. Se precisaba fijar un discurso nítido sobre el camino a seguir por la revolución en aquel contexto de bloqueo comercial y ruptura económica y diplomática con los Estados Unidos. Un discurso que inevitablemente tenía que colocar al plano político por encima de cualquier otra consideración. La dirigencia cubana tenía muy claro lo que tenía que ser aquel proceso revolucionario: el incipiente socialismo cubano tenía un importante sustento nacional y esta era la consigna a seguir. La soberanía cubana se erigía así en el principio sustentador del proyecto, de tal suerte que el socialismo tendría que someterse a aquella máxima para afrontar el futuro con garantías. Cuba sería socialista, pero no al precio de perder su independencia tan trabajosamente ganada.

De este modo, como venimos apuntando, era la contradicción entre el pueblo cubano y el imperialismo norteamericano la que habilitaba la salida socialista, pues el único modo de ultimar la presencia norteamericana en Cuba y no perecer en el intento pasaba por la transformación económica de la isla, por abandonar el sistema capitalista y adentrarse en las sendas del socialismo. Así pues, el socialismo era una vía para ganar la independencia y esto tenía que hacerse notar en todo momento, construyendo además el discurso revolucionario eludiendo en todo momento definirse como un régimen socialista. La composición del relato revolucionario se hacía pues complicada y precisaba armarse de precauciones para no generar la incertidumbre en el interior y la agresividad en el exterior.

La tarea a la que se enfrentaba Cuba era ingente y aquí, la dirigencia revolucionaria colocó la política y la ideología en la vanguardia del proceso. El Gobierno cubano no se podía amparar en la dogmática soviética y en aquella máxima de que los cambios en la infraestructura terminarían reflejándose en la superestructura. La dirigencia cubana no tenía tiempo para aquellas especulaciones teóricas, pues en frente se encontraba la poco paciente e irritada Administración estadounidense. El Gobierno cubano y los medios de comunicación que le eran afines, a aquellas alturas del proceso la inmensa mayoría de ellos, tomaron ante el nuevo contexto generado por la ruptura y el tiempo de mudanzas al frente de la Casa Blanca una actitud decidida en la explicación y el relato del proceso revolucionario. Las relaciones con Estados Unidos, tanto en lo económico como en lo diplomático estaban rotas, y Cuba no podía esperar el cambio de actitud estadounidense para reconstruir sus vínculos continentales. Se había apostado por el bloque soviético para rehacer la economía y ganar la independencia, y, por tanto, era necesario tomar la iniciativa política para no verse sometido a un nuevo poder exterior. Cuba necesita posicionarse frente al enemigo estadounidense y el aliado soviético y tenía que hacerlo a través del discurso político.

El mensaje lanzado por los dirigentes revolucionarios a través de la revista *Bohemia* no podía ser más elocuente, la clase obrera y el resto de la población que se mantenía uncida al carro de la revolución tenía que dar un paso adelante y afianzar los logros alcanzados por el país en los últimos dos años, el Gobierno cubano necesitaba del apoyo civil y especialmente de la clase trabajadora. De esta última se esperaba mucho y, como había señalado el Che antes de su partida hacia a los países socialista a finales de octubre de 1960, tenía que abandonar las reivindicaciones puntuales y la apatía generada por la acción sindical para situarse en una posición de vanguardia. El contenido socialista del proceso era ya evidente, pero nadie osaba todavía llamarlo por su nombre, pues el objetivo que vertebraba la Revolución cubana seguía pasando por la independencia nacional.

La revolución había construido su independencia sobre las clases populares y sobre su esfuerzo, pero para que el proyecto cubano se asentara de forma definitiva las clases populares, con los trabajadores al frente, tenían que tomar conciencia de que ahora ya no eran el grupo sometido, sino el dominante, y de que aquello tenía sus implicaciones de cara al futuro. El trabajador cubano se erigía ahora en el prototipo deseable para el pueblo cubano; el guerrillero dejaba de ser el patrón a imitar, ahora era el trabajador capaz de desempeñarse con solvencia en su puesto de trabajo y capaz, al mismo tiempo, de empuñar el arma o manejar una batería antiaérea en caso de necesidad el ejemplo a seguir.

14.7.1 Peculiaridades y singularidades del proyecto socialista de la Revolución cubana

El bloque hegemónico afianzado a principios del año 1961 contaba con un relato redificado en el que los mitos evocados para llamar a la defensa de la soberanía ya no eran patrimonio exclusivo de los Martí, Maceo, Mella, Fidel Castro o Guevara, ahora el mito se construía desde la cotidianidad, pues era el trabajador encuadrado en la milicia el que encarnaba la lectura ecuménica del protagonista de la Revolución cubana. La hegemonía estaba pues cimentada en aquel nuevo actor que empuñaba el fusil y la herramienta con igual destreza. Además, ahora el relato ya no hablaba de un héroe

individualizado, sino de un héroe colectivo: las masas de trabajadores armados como símbolo de la voluntad colectiva. Nada mejor para expresar esta idea que acudir de nuevo a Gramsci; el teórico italiano, a través de otro de los pasajes de su extensa obra, nos coloca frente a los procesos de cambio que tienen lugar durante el nacimiento de *“una voluntad colectiva nacional popular”*⁴¹⁹. Esta voluntad colectiva se presentaría como *“la expresión activa y operante”* de la nueva sociedad en la que se inserta, añadiendo a continuación que esta voluntad colectiva implica una transformación *“del sistema de relaciones intelectuales y morales”* que se produce *“siempre vinculada a un programa de reforma económica”*⁴²⁰.

En Cuba, la reforma ético-política y cultural venía precedida de una reforma económica profunda, que había sido base y sustento para la formación de aquel bloque hegemónico cada día más consolidado. Los cambios económicos habían sido condición indispensable para que la dirigencia cubana se lanzara ahora a aquella reforma de las conciencias. Ambas transformaciones, la cultural y la económica, estaban pues estrechamente ligadas y el cambio económico, necesariamente, tenía que preceder al cultural, algo que había quedado patente durante aquellos dos años de revolución en Cuba. Desde un punto de vista teórico acudimos, una vez más, a los planteamientos de Gramsci para sustentar el razonamiento. El teórico italiano se preguntaba en un pasaje de sus notas sobre Maquiavelo lo siguiente: *“¿Puede haber una reforma cultural, es decir una elevación civil de los estratos más bajos de la sociedad, sin una precedente reforma económica y cambio en la posición social y en el mundo económico?”*⁴²¹. El propio Gramsci se encargaba de sacarnos de semejante dilema y lo hacía de forma inequívoca: *“Una reforma intelectual y moral no dejar de estar ligada a un programa de reforma económica, o mejor, el programa de reforma económica es precisamente la manera concreta de presentarse de toda reforma intelectual y moral”*⁴²².

Así pues, el trabajador-soldado cubano, como arquetipo del sentimiento popular, sería la encarnación de *“la voluntad colectiva nacional popular”*, la expresión de la nueva sociedad que había traído el proceso de reformas económicas acometido en la isla por el Gobierno revolucionario desde el verano de 1960. Sin embargo, aquel Gobierno cubano que estaba al servicio del bloque hegemónico exigía del prototipo nacional la mayor de las implicaciones. El trabajador cubano tenía que abandonar las luchas puramente económicas, es decir, aquellas centradas en el salario y su mejora, para colocarse en un plano superior.

Para Gramsci el economicismo descarnado exhibido por los trabajadores en las luchas sindicales constituía la manifestación característica de un grupo subordinado a la supremacía de la burguesía, incapaz todavía de darse cuenta de sus posibilidades como clase⁴²³. Desde Cuba, el Che había señalado algo similar, el obrero debía pasar de las reclamaciones constantes al Gobierno a la participación activa en la dirección de la producción, tenía que dar un paso al frente y asumir su responsabilidad⁴²⁴. Gramsci, en sus notas sobre Maquiavelo, señalaba la necesidad de superar el momento económico-corporativo, circunscrito a la satisfacción de los intereses materiales, para pasar a otro estadio en el que las reclamaciones materiales tenían que dar paso a las reclamaciones de dirección y control para pasar así de lo material y concreto a lo político-ideológico y universal⁴²⁵.

⁴¹⁹ Gramsci, Antonio: *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Ediciones Nueva Visión, Madrid, 1980, pág.15.

⁴²⁰ *Idem*.

⁴²¹ *Idem*.

⁴²² *Idem*.

⁴²³ *Ibidem*, pág. 54-57.

⁴²⁴ *Bohemia* (Año LII). Núm. 44. La Habana: domingo, 30 octubre de 1960, pág. 70. Semanal.

⁴²⁵ Gramsci, Antonio: *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno: Op. Cit.*, págs. 57 y 58.

Como señalara el propio Gramsci era necesario trascender la aproximación estrictamente material para pasar a un momento en el que *“la conciencia de los propios intereses corporativos, en su desarrollo actual y futuro”*, se articularan de tal modo que fueran capaces de franquear *“los límites de la corporación de grupo puramente económico”* para convertirse así *“en los intereses de otros grupos subordinados”* o aliados⁴²⁶. De este modo, y sirviéndonos de nuevo del razonamiento articulado por Gramsci, nos adentramos en una *“fase más estrictamente política”* que prefigura el paso *“de la estructura a la esfera de las superestructuras complejas”*⁴²⁷. Según el teórico italiano nos encontraríamos ante una etapa en la cual *“las ideologías ya existentes se transforman en partido, se confrontan y entran en lucha hasta que una sola de ellas, o al menos una sola combinación de ellas, tiende a prevalecer, a imponerse, a difundirse por toda el área social”*⁴²⁸. Así pues, nos encontraríamos en una fase en la que fines económicos y políticos formarían una unidad, *“la unidad intelectual y moral”* que superaría *“el plano corporativo”* para situarse en *“un plano universal”* para crear *“la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados”*⁴²⁹.

Circunscribiéndonos al caso cubano y aprovechando el razonamiento de Guevara, de raíz claramente “gramsciana”, la clase trabajadora no sería capaz de abandonar su condición subalterna mientras no estuviera en disposición de superar aquellas rémoras del pasado circunscritas al plano corporativo y las demandas económicas⁴³⁰. Desde la dirigencia revolucionaria se le estaba demandando a la clase trabajadora que diera este paso, la superación de la fase de las demandas económico-corporativas para transitar hacia una fase superior caracterizada por la hegemonía política, moral y cultural en la sociedad civil y, por tanto, dominante en el Estado. La clase trabajadora, según el parecer de los dirigentes revolucionarios cubanos no podía instrumentalizar al Estado para la consecución de sus metas, tenía que fundirse en él para hacer de sus metas las de la nación. Un planteamiento que encajaba dentro de la concepción teórica de Gramsci sobre el Estado y las clases que formaban el grupo hegemónico; las clases no podían utilizar al Estado desde fuera para conseguir sus objetivos, sino que tenían que tender a unificarse dentro de él en pos de un objetivo común que resultara universal e integrador:

“El estado es concebido como organismo propio de un grupo, destinado a crear las condiciones favorables para la máxima expansión del mismo grupo, pero este desarrollo y esta expansión son concebidos y presentados como la fuerza motriz de una expansión universal, de un desarrollo de todas las energías nacionales”.⁴³¹

Llegados a este punto resulta perentorio definir este grupo y analizar las posibles contradicciones que pudiera albergar. En el caso de Cuba, como venimos señalado a lo largo de los capítulos precedentes, no había una identidad entre masa y clase, pues las masas cubanas albergaban en su seno a más de una clase. La masa popular, el pueblo al que hacía alusión la dirigencia revolucionaria en sus arengas, respondía a una amalgama de clases que se definían como populares pero en las que no había necesariamente una convergencia natural de objetivos; todas colaboran en pos de la soberanía y la independencia pero sus objetivos específicos de clase debían ser conjugados por medio de la interpretación teórica y la acción política.

Nos encontraríamos así ante las peculiaridades del proyecto revolucionario del socialismo cubano. Unas singularidades que no pasaron desapercibidas para teóricos latinoamericanos como el argentino Ernesto Laclau. El politólogo argentino analizó estas peculiaridades del proyecto cubano y las puso

⁴²⁶ *Ibidem*, pág. 57.

⁴²⁷ *Idem*.

⁴²⁸ *Ibidem*, págs. 57 y 58.

⁴²⁹ *Ibidem*, pág. 58.

⁴³⁰ *Bohemia* (Año LII). Núm. 44. La Habana: domingo, 30 octubre de 1960, pág. 70. Semanal.

⁴³¹ Gramsci, Antonio: *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno: Op. Cit.*, pág. 58.

en sintonía con las de otros ensayos revolucionarios de mediados del siglo XX con los que compartía esta falta de sintonía entre masas y clase. Laclau afirmó que en varios regímenes que se organizaron bajo patrones comunistas, entre ellos el chino, el cubano y el vietnamita, “*la identidad popular de masas*” fue “*distinta y más amplia que la identidad de clase*”, una situación que determinó que fuera necesario repensar el discurso para hacerlo así convergente con la teoría marxista⁴³². Es decir, existía una “*escisión estructural entre masas y clase*”, que según Laclau, había estado ya presente desde el mismo comienzo de la tradición leninista y que exigió de los teóricos una recomposición del relato comunista⁴³³. Laclau señaló que, tanto en Cuba, como en Vietnam y en China, aquella falta de identidad entre clase y masas tuvo que articularse a través de una variación del discurso comunista para poder hacer frente a esta contradicción teórica. La argumentación comunista acudió entonces a “*la enumeración*” para superar aquella pluralidad de antagonismos que surgían como fruto de una masa popular que no respondía a los intereses de una sola clase⁴³⁴.

En el caso particular de Cuba, como hemos visto, esta enumeración de la que hablaba Laclau, se resolvió a través de un espacio dual que establecía el antagonismo entre sectores dominantes y sectores populares, construyendo la identidad de estos últimos a través de la enumeración de las clases que lo componían. Así pues, según Laclau, nos encontraríamos en ciertos regímenes con un relato en el que las clases populares incluirían, “*a la clase obrera, al campesinado, a la pequeña burguesía, a las fracciones progresistas de la burguesía nacional, etc*”⁴³⁵; una configuración, la del teórico argentino, que coincidía plenamente con la articulada en Cuba a través de los discursos de la dirigencia revolucionaria y de los razonamientos volcados en los medios de comunicación. Este grupo heterogéneo en el que se daban cita varias clases se haría homogéneo a través del enfrentamiento con el polo antaño dominante y, en última instancia, en la lucha contra el imperialismo, garante este último de la antigua clase “antinacional” y obstáculo para la “soberanista” emergente de la revolución.

A través de aquel ejercicio de enumeración se pretendía dar un sentido a la masa heterogénea y tuvo como consecuencia, según Laclau, el ascenso del pueblo a la condición de agente político en el discurso comunista al identificar a ciertas clases como un todo en su confrontación con otras clases tradicionalmente dominantes, estableciendo así por medio de este desdoblamiento una polarización de nuevo tipo⁴³⁶. De este modo, según expuso el propio Laclau, la enumeración, lo que el teórico argentino entendía como enumeración comunista, tenía “*un carácter performativo*”, pues la unidad de aquel grupo de clases populares no podía tomarse como “*una situación de hecho*” o como un “*dato*” objetivo; requería de un trabajo especulativo e interpretativo en el que mediara la acción política e ideológica, por tanto, nos encontraríamos ante “*un proyecto de construcción política*”⁴³⁷. El teórico argentino nos colocaba así ante un concepto que iba más allá de la alianza de clases, pues para construir el grupo hegemónico, para “*hegemonizar a un conjunto de sectores*”, no bastaba con “*el acuerdo coyuntural o momentáneo*”, se precisaba construir “*una relación estructural nueva diferente de la relación de clases*”⁴³⁸.

El propio Mao fue consciente de esta situación según apunta Laclau, pues en sus análisis sobre las luchas sociales señaló que no todas las contradicciones eran “*reconducibles al principio de clase*”⁴³⁹. La clase por sí misma no era capaz de desentrañar la naturaleza de la hegemonía. Sin embargo, no se

⁴³² Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal: *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Siglo XXI, Madrid, 1987, pág.72.

⁴³³ *Idem.*

⁴³⁴ *Idem.*

⁴³⁵ *Idem.*

⁴³⁶ *Ibidem*, págs. 73 y 74.

⁴³⁷ *Ibidem*, pág. 74.

⁴³⁸ *Idem.*

⁴³⁹ *Idem.*

podía renunciar al factor de clase dentro del grupo hegemónico so pena de violentar el armazón teórico marxista. Tomando esta idea como base, Laclau señaló que una de las salidas que encontró el discurso comunista para enfrentarse a la problemática de cómo mantener la identidad clasista del sector hegemónico pasó por sustituir el principio de representación de la clase proletaria en el Estado por el principio de articulación de dicha clase dentro del Estado⁴⁴⁰. Esta vía permitía aceptar tanto “*la diversidad estructural de las diversas relaciones*” en las que los agentes sociales estaban inmersos, como el hecho de que el grado de unificación que pudiera existir entre las mismas “*no era la expresión de una esencia común subyacente, sino la resultante de una lucha y construcción políticas*”⁴⁴¹.

Tomando esta vía interpretativa, de la que no sólo era deudor Laclau, sino también Gramsci, la clase obrera podía actuar como agente hegemónico desde su capacidad de “*articular en torno a sí una variedad de luchas y reivindicaciones democráticas*”⁴⁴². Así pues, la condición hegemónica de la clase obrera no dependería de un “*privilegio estructural apriorístico, sino de una iniciativa política*” consciente sobre la que se había trabajado. Laclau señalaba que al tomar esta vía interpretativa “*el sujeto hegemónico*” se convertía en “*un sujeto de clase*”, pues terminaba por adoptar esta condición dominante a partir de posiciones de clase, pero lo hacía desde los obreros concretos y sus circunstancias, no desde “*esa entelequia constituida por sus intereses históricos*”⁴⁴³.

Laclau ponía así al sujeto real por encima del sujeto político, como hiciera Marx en sus primeros escritos, y colocaba igualmente el ámbito de la superestructura como interviniente y condicionante del campo de la infraestructura y como vehículo para la concienciación del sujeto hegemónico. Lo político, la acción política consciente en la lucha por la hegemonía, alcanzaría así la mayor relevancia, pues el sujeto real, el hacedor del cambio, se modelaría durante el proceso, y no tendría que coincidir necesariamente con el sujeto político. La filósofa cubana Díaz Castañón, ya mentada en los capítulos precedentes, señalaba, en igual sentido, la necesidad de distinguir entre el sujeto teórico y el sujeto político esbozado por Marx, pues “*la fuente del equívoco*” se encontraría precisamente aquí, en “*la identificación del sujeto de la teoría con el protagonista del cambio subversivo*”⁴⁴⁴. Tal y como expuso Díaz Castañón “*el análisis del sujeto real*” debería centrarse en “*los valores que encarna*” el hacedor del cambio y en “*la transformación*” por la que pasa durante el proceso de subversión; por el contrario, el sujeto político haría referencia a aquel cuyas razones para actuar vienen validadas por “*la traducción que la ideología política hace de una teoría dada*”, con lo cual el sujeto tendría que renunciar a todo el sistema de pensamiento anterior, pues éste posicionamiento heredado ya no encajaría en el sistema de ideas que se pretender implantar⁴⁴⁵.

Así pues, tal y como apuntara Marx, se impone “*pensar la revolución desde el sujeto de la revolución*”⁴⁴⁶, pensar en el sujeto real, en el protagonista del cambio y en el contexto en el que se desarrolla dicho cambio. Una máxima que se antoja imprescindible para poder pensar la revolución en todo su alcance y no quedar preso del sujeto político proveniente de la teoría.

14.7.2 La construcción del relato cubano desde el sujeto de la revolución y desde la óptica de sus intelectuales orgánicos

La dirigencia cubana, consciente de la especificidad de su proceso revolucionario, se acogió a la máxima de pensar la revolución desde el sujeto real, desde el sujeto de la revolución, huyó así de la

⁴⁴⁰ *Ibidem*, pág. 74.

⁴⁴¹ *Idem*.

⁴⁴² *Idem*.

⁴⁴³ *Idem*.

⁴⁴⁴ Díaz Castañón, María del Pilar: *Op. Cit.*, pág. 33.

⁴⁴⁵ *Ibidem*, pág. 18.

⁴⁴⁶ *Idem*.

dogmática soviética y no aceptó forzar el relato de la Revolución cubana para que concordara con la interpretación canónica impulsada desde Moscú. El socialismo cubano tenía sus peculiaridades y éstas se mostraron en la formación del sujeto hegemónico; un sujeto que no hacía referencia a un proletariado industrial de corte occidental, sino al trabajador de la pequeña industria cubana, al campesino soldado y al soldado obrero que se encuadraban en la milicia, a la pequeña burguesía empobrecida y al trabajador cubano que cortaba caña durante la zafra y después se empleaba en las ciudades en las labores más variadas. Un trabajador, en definitiva, que, en la mayoría de los casos, no respondía al proletario ideologizado de la teoría marxista. En Cuba no se confundió al sujeto real con el sujeto político, pues la dirigencia revolucionaria fue la que ejerció las labores de intelectual orgánico dentro de la revolución para darle al sujeto de hegemonía formado por estas clases populares la homogeneidad y la conciencia en el terreno económico, político y cultural que precisaba el momento.

La revista *Bohemia* colaboró con la dirigencia revolucionaria en la producción ideológica que precisaba el sujeto hegemónico para dotarse de coherencia. Era necesario recomponer el discurso y controlarlo; desde finales de 1960 la dirigencia cubana comenzó a prestar mayor atención al relato revolucionario para dotar de teoría la práctica revolucionaria. La producción ideológica se convirtió en basamento de la hegemonía, era necesario prodigarse en el ámbito de la cultura y la campaña de alfabetización comenzó a relanzarse desde febrero de 1960, pero se necesitaba también construir mecanismos productores de hegemonía que fueran más allá del ámbito estatal y del entramado asociativo que crecía en su entorno. Se precisaba, en definitiva, darle un sentido unitario al contenido revolucionario para dotar de una nueva conciencia unitaria la dispersión ideológica de los dos primeros años de Gobierno revolucionario. La Revolución cubana era soberanista, latinoamericanista y antimperialista, pero debido a todo ello era también ya marxista y para cimentar este nuevo elemento era necesario tejer un discurso que diera sentido al socialismo cubano.

Por primera vez desde el triunfo de la revolución cubana la simbiosis entre teoría y práctica y la relación que ambas mantenían parecía haber mutado, pues ahora era la teoría la que parecía marcarle el ritmo a la práctica. Hasta finales de 1960 la acción revolucionaria había marcado el tempo para el discurso ideológico, quedando la teoría circunscrita al ejercicio de identificar y dar sentido a aquella práctica revolucionaria movida por la vorágine transformadora que había derruido el antiguo andamiaje estatal. Sin embargo, a mediados de enero del 61 comenzó a quedar patente que la teoría contaba ahora con la supremacía, pues era esta teoría la que estaba contribuyendo a hacer la práctica revolucionaria más coherente y eficiente, potenciando al máximo su sentido transformador. La teoría agitaba y amoldaba la realidad para la consecución de un proyecto que pasaba por la supresión del sistema capitalista vigente para construir un nuevo sistema político económico que ineludiblemente respondía ya a patrones socialistas.

Desde una perspectiva marxista, podríamos decir que la superestructura cabalgaba sobre la infraestructura, esta última había sido ya zarandeada por la acción legislativa del Gobierno revolucionario y ahora tocaba darle sentido a todo lo construido desde la perspectiva del grupo dominante. Los hombres y las clases toman conciencia de su situación en el terreno de la ideología, una máxima marxista que Gramsci tuvo presente en todo momento y que no pasó tampoco desapercibida para la dirigencia revolucionaria. Se precisaba ganar la supremacía ético-moral y para ello era necesario articular una visión propia del mundo en la que pudiera aunarse el bagaje ideológico del nacionalismo cubano y las ideas socialistas.

La imagen proyectada por la Revolución cubana tenía que aunar “cubanidad” y socialismo, una tarea que quedó encomendada a la dirigencia revolucionaria y a la prensa que le era afín. Según nos relató Gramsci en *Los cuadernos de la cárcel*, un estudio de la organización de “la estructura ideológica

de una clase dominante” nos conducirá directamente a un análisis de “la parte más importante y más dinámica” de su organización material para la difusión⁴⁴⁷. Es decir, nos abocará al estudio de “la prensa en general: casas editoras, periódicos y revistas de todo género”⁴⁴⁸. Cuba no fue una excepción en este aspecto, pues la ideología de la clase dominante se plasmó en las publicaciones periódicas a través de la pléyade de periodistas cubanos y latinoamericanos que escribían en revistas como *Bohemia*. El semanario cubano de mayor alcance internacional, *Bohemia*, recogió las consignas de la dirigencia revolucionaria para plasmarlas en sus páginas y construir, a través de ellas, la reforma intelectual y moral que tenía que dar forma a la voluntad colectiva del nuevo sujeto hegemónico.

En las labores de construcción de esta imagen propia del mundo, los dirigentes, los cuadros revolucionarios y los propios periodistas se desempeñaron como intelectuales orgánicos de la nueva sociedad generada a partir del triunfo de la revolución. Fueron estos intelectuales, diferentes de los que provenían de la vieja Cuba, los encargados de crear la visión política y moral propia del conjunto de las clases populares. En las postrimerías de 1960 estas clases populares, que habían sostenido a la revolución desde sus inicios, tenían ya capacidad para imponer sus criterios, hacer de sus intereses estratégicos los de la nación cubana y constituirse por tanto, mediante la articulación de sus objetivos, en el bloque de clase hegemónico.

De este modo, el rumbo de la revolución se fraguó dentro del bloque hegemónico imperante en Cuba a principios de 1961. Un rumbo que tenía sus condicionantes exteriores, pero que era indudablemente dependiente de la propia dinámica interna del grupo hegemónico. La toma de conciencia de las clases populares y su predisposición a adoptar una salida socialista a la revolución se materializó a través de un proceso que nacía de la realidad cubana y del proyecto de independencia y emancipación por el que había pasado el pueblo cubano en los últimos dos años. Así pues, la construcción de la hegemonía en Cuba no nacía de una conciencia previa de origen foráneo, no dependía de un mandato exterior que demandaba una dogmática clasista, llegaba, por el contrario, de la mano de la posición de clase que emanaba de la experiencia social que había traído el torrente revolucionario. Después de diversos tanteos, la revolución se adentraría por las vías del socialismo, pero no por imperativo de las alianzas internacionales, sino debido a las dinámicas generadas en el interior del grupo social que se había hecho con el dominio de Cuba. Las clases antaño subalternas llegaban así, durante los primeros meses de 1961, a una fase superior de su desarrollo que ya no respondía a estímulos puramente economicistas, había materializado su autonomía frente a las antiguas clases dominantes y estaba por lo tanto en condiciones de imponer un nuevo orden bajo los criterios de clase que se habían desarrollado durante aquellos dos años de transformaciones y que habían dado origen a un bloque formado por varias clases que habían sabido converger para instituirse en grupo hegemónico.

Los encargados de darle contenido ideológico a este nuevo grupo hegemónico eran los intelectuales que habían medrado en el seno de la revolución y que eran por tanto producto de ella. De todos modos, nos encontraríamos ante un nuevo tipo de intelectual diferente del tradicional. Un intelectual en contacto directo con los problemas que acechaban a la Cuba revolucionaria, y, por tanto, apegado a las labores de defensa, al trabajo para que la población cubana tuviera acceso a la cultura y a la política promovida por el Gobierno cubano y, sobre todo, nos encontraríamos ante un tipo de intelectual que debía permanecer inmerso en las labores de producción.

La construcción del discurso ideológico en Cuba la acometieron los dirigentes revolucionarios, tomando el término dirigentes en su acepción más amplia, en aquella que los definía como intelectuales orgánicos. No hallaríamos, por tanto, ante lo que Gramsci definió como intelectual orgánico. El modo de ser del nuevo intelectual promovido por el teórico italiano no podía seguir

⁴⁴⁷ Gramsci, Antonio: *Cuadernos de la cárcel*. Volumen 2, Ediciones Era, México D.F, 1981, pág. 55.

⁴⁴⁸ *Idem*.

consistiendo en aquel intelectual amparado “*en la elocuencia, motriz exterior y momentánea de los afectos y las pasiones*”⁴⁴⁹. Las nuevas pasiones que encarnaría este nuevo intelectual tenían que vincularse a las labores que eran propias del dirigente y tenían, por consiguiente, que discurrir por los cauces de la producción, pues las clases a las que representaba, trabajadores, campesinos y pequeña burguesía, se vinculaban estrechamente a este campo.

El intelectual orgánico, según Gramsci, estaría obligado a “*mezclarse activamente en la vida práctica, como constructor, como organizador*” y como “*persuasor permanente*”⁴⁵⁰. Tenía que superar la noción de especialista para convertirse en dirigente. El intelectual orgánico debía pasar de la especulación contemplativa y descriptiva a la dirección, tenía que convertirse en dirigente, un dirigente que quedaría encarnado y se definiría a través de la suma de las labores propias del “*especialista*” y del “*político*”⁴⁵¹. Gramsci hablaba así de un intelectual vinculado a “*la educación técnica*” y estrechamente implicado en “*el trabajo industrial*”⁴⁵². Gramsci iba incluso más allá y exigía de este intelectual su vinculación al trabajo “*más primitivo y descalificado*”⁴⁵³. De lo que se trataba era de generar una nueva concepción del mundo que diera sentido al nuevo bloque hegemónico formado por las clases populares y por lo tanto el intelectual debía estar vinculado “*al desarrollo de formas reales de vida*”⁴⁵⁴.

Estos apuntes de la teoría política de Gramsci resultan de los más pertinentes, pues los dirigentes revolucionarios cubanos, en colaboración con la prensa y las publicaciones periódicas de Cuba, se encargaron de difundir esta imagen y esta nueva concepción del mundo. Los intelectuales orgánicos de la Revolución cubana y de la sociedad que había nacido a su sombra eran Fidel Castro, el resto de los integrantes del Consejo de Ministros y todos los cuadros dirigentes de la revolución. Y lo eran porque estaban inmersos en las labores de defensa y producción que resultaban imprescindibles para sostener al grupo hegemónico que encabezaba la revolución.

Durante los dos primeros meses de 1961 los trajes verde olivo de los dirigentes cubanos que provenían de las luchas en las montañas de Cuba comenzaron a mezclarse con los trajes azules de las milicias, que pasaron a ser parte del atuendo de los dirigentes cubanos que no se habían batido directamente a través de las armas contra el Gobierno de Batista. El presidente Dorticós, comenzó a aparecer en actos públicos con el atuendo azul de la milicia⁴⁵⁵, dando todo el sentido a aquella máxima de ciudadano presidente entronizada por él mismo. Cuando las clases populares estaban volcadas en la defensa, el que se presentaba como presidente de la Revolución cubana no podía aparecer ante el grupo hegemónico que le daba sentido vestido de traje y corbata como acostumbraba; se hacía necesario que se caracterizara como intelectual orgánico de la sociedad de la que era fruto y para ello nada mejor que enfundarse en la indumentaria azul propia de las milicias populares.

Del mismo modo, cuando los intereses inmediatos del sujeto hegemónico se centraron en la defensa a la producción, los dirigentes revolucionarios, como especialistas y políticos, se vieron obligados también a presentarse como intelectuales orgánicos de la sociedad cubana que había nacido del proceso revolucionario, y fue entonces cuando la plana mayor ministerial y el resto de los mandatarios cubanos aparecieron involucrados en las labores de producción. Son célebres las fotografías de Ernesto Guevara publicadas en *Bohemia* en las que el líder argentino aparece retratado con el torso

⁴⁴⁹ Gramsci, Antonio: *Cuadernos de la cárcel*. Volumen 4: *Op. Cit.*, pág. 382.

⁴⁵⁰ *Idem.*

⁴⁵¹ *Idem.*

⁴⁵² *Idem.*

⁴⁵³ *Idem.*

⁴⁵⁴ *Idem.*

⁴⁵⁵ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 2. La Habana: domingo, 8 de enero de 1961, pág. 65. Semanal y *Bohemia* (Año LIII). Núm. 3. La Habana: domingo, 15 de enero de 1961, pág. 64. Semanal.

desnudo cargando sacos de cemento y arrastrando carretillas durante las obras de construcción de viviendas para las clases trabajadoras. Durante la segunda mitad de enero Guevara aprovechó los fines de semana para sumarse a las labores de producción, haciendo válida aquella máxima de Gramsci que preconizaba que el dirigente, el intelectual orgánico, debía implicarse en el trabajo de producción, incluso en que aquel “más primitivo y descalificado”.

Bohemia acompañaba las fotografías de Guevara cargando muros de hormigón, construyendo andamios y cargando materiales de obra con un elocuente pie de foto en el que se señalaba que el dirigente revolucionario “*tenía que ver la producción desde el horizonte en que lo veía el obrero*”⁴⁵⁶. Aquel reportaje fotográfico se hacía acompañar de un texto en el que se indicaba que las mismas manos que habían servido para empuñar el “fusil” y para “destruir” los sustentos de la vieja Cuba servirían ahora “*para conservar y proteger la nueva sociedad*” que se estaba construyendo “*con las herramientas del obrero*”⁴⁵⁷.

Desde la revista cubana no se osaba hablar de socialismo, pero la clase sobre la que gravitaba el bloque hegemónico cubano era la de los trabajadores. Sobre ella se estaban articulando una gran variedad de anhelos y reivindicaciones nacionales. El trabajador cubano estaba llevando su lucha a través de la producción y la defensa, y eran sus objetivos de clase los que estaban consiguiendo aglutinar al resto de las clases que permanecían inmersas en la revolución. La nueva sociedad se estaba construyendo “con las herramientas del obrero”, como aseveró en su comentario editorial la revista *Bohemia*, y por lo tanto sus intereses de clase eran los que prevalecían en aquel momento.

Según relataba *Bohemia*, “la batalla de la producción” era “tan importante” para las clases populares como “la defensa de las playas y costas de Cuba” y, por tanto, tenía “idéntica dimensión patriótica” el sacrificio en las obras como el sacrificio en las trincheras⁴⁵⁸. *Bohemia* lanzaba un mensaje inequívoco; dirigentes y trabajadores eran un solo cuerpo en la sociedad cubana, “los hombres del Gobierno revolucionario sudaban junto al trabajador, se hundían en el mismo barro, y situados en un horizonte común, ponían mano a la obra de todos”⁴⁵⁹.

La consigna pasaba pues por ganar la batalla de la producción, el pueblo cubano se encontraba ante un nuevo desafío y los dirigentes revolucionarios, los intelectuales orgánicos del proyecto fidelista, tenían que contribuir al proyecto común que encabezaba la clase trabajadora. Éste era el discurso a difundir, el relato de la Revolución cubana y la imagen que se deseaba proyectar era ésta: la de un pueblo en el que las clases dirigentes se fundían en las labores del grupo hegemónico al que representaban. Así pues, a nadie podía sorprender que el futuro ministro de Industria, Ernesto Guevara, apareciera confundido entre un grupo de trabajadores de la construcción, como tampoco sorprendió el reportaje publicado por *Bohemia* a mediados de febrero en el que aparecía cortando caña de azúcar la plana mayor del Consejo de Ministros⁴⁶⁰.

La imagen de la revolución había ido amoldándose paulatinamente y la figura de Fidel Castro seguía apareciendo junto a la de Martí en los editoriales de *Bohemia* como lo había hecho desde el comienzo de la revolución, pero, además, ahora el primer ministro aparecía también junto al nuevo icono, el trabajador cubano. En los momentos en que la revolución necesitaba un giro argumental, Fidel Castro ocupaba las secciones principales de la revista *Bohemia*.

⁴⁵⁶ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 4. La Habana: domingo, 22 de enero de 1960, pág. 70. Semanal.

⁴⁵⁷ *Idem*.

⁴⁵⁸ *Idem*.

⁴⁵⁹ *Idem*.

⁴⁶⁰ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 8. La Habana: domingo, 19 de febrero de 1960, págs. 3-6 del suplemento. Semanal.

A principios de enero, cuando la revolución precisaba de la unidad y de la movilización general, el primer ministro apareció siempre ataviado con el traje de campaña y la boina calada⁴⁶¹. Se precisaba darle la mayor solemnidad al momento de vital trascendencia que vivía Cuba tras la ruptura de relaciones diplomáticas con los Estados Unidos y aquel Fidel Castro de verde olivo descamisado, tan frecuente en las páginas de *Bohemia*, había dado paso a otro en el que la formalidad del uniforme se imponía al desaliño de las semanas precedentes.

Una vez cubierto el relevo en la Casa Blanca, las necesidades parecían ser otras: había llegado el momento de reivindicar el papel jugado por el pueblo en aquel trance y poner el acento en los avatares que Cuba había pasado, y tendría que pasar, para conseguir hacer de su condición nacional algo ya inquebrantable. Fue entonces cuando Fidel Castro apareció en las páginas del semanario cubano junto a Martí. Ambos líderes compartieron protagonismo en los editoriales publicados por *Bohemia* cuando se produjo la transición presidencial en la Casa Blanca y se había superado ya el mayor riesgo de invasión. Unos editoriales que hacían referencia al largo proceso por el Cuba había pasado desde las intentonas de Martí hasta la realidad de la revolución fidelista y que aparecían con títulos tan significativos como aquel en el que se hablaba del “*orgullo de ser cubano*”⁴⁶². Según enfatizaba aquel editorial, entre el teórico de la idea nacional cubana y el hacedor de aquella realidad el camino había estado plagado de sin sabores.

Martí no habían podido llevar su idea a la práctica y posteriormente Cuba había tenido que asistir a demasiados entierros de líderes revolucionarios. *Bohemia* señalaba entonces las pérdidas sufridas en el camino. Durante años Cuba había visto como los guías de la emancipación habían caído víctimas del fuego enemigo. Aquí *Bohemia* mencionaba a Maceo, a Mella, a Guiteras, a Jesús Menéndez y a Chibás: “*una y otra vez*”, el pueblo había tenido que asistir a la derrota de sus conductores, en aquellos años el pueblo cubano había contemplado cómo la nación cubana estaba bajo el dominio de los que nunca habían creído en ella. Los que habían regido los destinos de Cuba en aquellas décadas infaustas no habían trabajado en pos del interés nacional, pues se habían movido bajo el signo del dólar y el rifle, del bufete y el palacio⁴⁶³.

Sin embargo, aquellos tiempos habían quedado atrás, pues ahora, hombres como los que tantas veces habían desaparecido prematuramente en la historia de Cuba, habían llegado al poder. Los “*explotadores rubios de siempre*” contemplaban ahora como la colonia se había convertido en nación, llevando a la práctica los anhelos de varias generaciones⁴⁶⁴. *Bohemia* no podía ser más gráfica en la composición de su relato: “*la promesa de Martí*”, aquella en la que se hablaba de hacer de Cuba una nación, había sido “*cumplida por Fidel cuando ya parecía convertida en pieza de museo*”⁴⁶⁵. Fidel Castro había devuelto a los cubanos a “*su estatura perdida*”: a aquella que había tenido Cuba “*en el 68 y en el 95*”⁴⁶⁶.

El orgullo de ser cubano volvía otra vez a ser sentido por la población de Cuba. Una impresión que, según *Bohemia*, se confirmaba en la imagen de los campesinos volcados en “*la zafra con el fusil cerca de la mano*”; en la realidad de ver “*a tres generaciones*” confundidas en “*la misma milicia de combate*”; en los obreros que doblaban su trabajo para remplazar a aquellos que se habían integrado en la milicia, sin reclamar por ello un aumento de salario; en “*la mujer, integrada en columnas defensoras de la revolución*”; en “*los niños ansiosos de imitar a sus padres empuñando el fusil*”⁴⁶⁷.

⁴⁶¹ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 2. La Habana: domingo, 8 de enero de 1961, pág. 59, 65 y 66. Semanal.

⁴⁶² *Bohemia* (Año LIII). Núm. 4. La Habana: domingo, 22 de enero de 1961, pág. 53. Semanal.

⁴⁶³ *Idem*.

⁴⁶⁴ *Idem*.

⁴⁶⁵ *Idem*.

⁴⁶⁶ *Idem*.

⁴⁶⁷ *Idem*.

Cuba había dejado atrás los miedos y el individualismo de las reclamaciones puntuales; todo un pueblo había hecho “*dejación del temor, de la comodidad, del sosiego*”, para hacer frente a la agresión⁴⁶⁸. Cuba se construía ahora sobre aquellos sectores y según había profetizado Fidel Castro en aquellos días, “*dejaba de ser de ser un pueblo sin esperanzas para convertirse en la esperanza de muchos pueblos*”⁴⁶⁹.

Cuba era ahora “*el ejemplo de las naciones*”, según señalaba *Bohemia*⁴⁷⁰. Sin embargo, todo aquel esfuerzo tenía que refrendarse en el heroísmo cotidiano. La batalla de la producción era tan importante como la de la defensa del territorio. Algo que la revista *Bohemia* había dejado claro al referirse a las imágenes del Che trabajando en la construcción de las viviendas obreras. La defensa y la producción, la trinchera, la obra el taller tenían “*idéntica dimensión patriótica*”⁴⁷¹. *Bohemia* proyectaba así lo que era ya contenido axiomático para la revolución: todos, como un solo pueblo, dirigentes y trabajadores, tenían que colaborar en la obra de todos. Y aquel mensaje tenía que llegar a todos los dirigentes cubanos, no era privativo solamente del voluntarioso y aguerrido revolucionario argentino.

La portada de *Bohemia* en su segundo número de febrero vino a reforzar esta imagen. Fidel Castro, en camiseta, machete en mano y ataviado con un sombrero de paja guajiro, aparecía en la portada de *Bohemia* del 19 de febrero cortando caña en las labores de la zafra⁴⁷². El conductor de la defensa nacional, el verdadero factótum de la revolución y, en definitiva, el hombre que había llevado las ideas de Martí hasta sus últimas consecuencias, aparecía ahora en las labores de producción. Y lo hacía además en aquellas que simbolizaban el trabajo más pesado y a la vez el más cubano, la corta de caña de azúcar.

La imagen del mundo que divulgaba la revolución a través de sus órganos de difusión más señeros se construía así desde un pensamiento teórico que hablaba de la doctrina martiana y de los valores que esta concepción nacional compartía con la Cuba fidelista. Según había señalado Martí, y rememoraba *Bohemia*, el dirigente cubano estaba llamado a mostrarse mezclado con el pueblo al que representaba, tenía que saber cumplir con su misión “*sencilla y naturalmente, confundiéndose con el ciudadano, no en el momento espectacular de la política, sino en la faena de la producción y del esfuerzo cotidiano*”⁴⁷³.

La nueva cotidianidad abierta por el proceso revolucionario arrastraba tras de sí el pensamiento heredado y lo hacía converger con las necesidades del presente, aquella revolución era martiana, pero en su desarrollo se había transformado también en marxista, pues el sujeto de hegemonía era el pueblo cubano entendido ya como la masa de trabajadores de diversa condición que cerraban filas con el proceso revolucionario. El pensamiento mítico que portaba aquella imagen del mundo difundida por la revolución se construía así desde los iconos de la independencia nacional, los Martí, Maceo o Mella, pero también sobre la clase hegemónica resultante del proceso revolucionario cubano, que había sabido llevar el proyecto de los próceres de la independencia y de las luchas soberanistas hasta sus últimas consecuencias.

Martí había demandado en sus reflexiones políticas implicación del dirigente cubano en las labores del pueblo, el dirigente tenía que confundirse con el ciudadano. Bajo esta premisa se presentaba la imagen de Fidel Castro cortando caña en la revista *Bohemia*. Esta era la lectura explícita, pero había también otra, las labores de Fidel Castro, del Che Guevara y de otros dirigentes revolucionarios nos

⁴⁶⁸ *Idem.*

⁴⁶⁹ *Idem.*

⁴⁷⁰ *Idem.*

⁴⁷¹ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 4. La Habana: domingo, 22 de enero de 1961, pág. 70. Semanal.

⁴⁷² *Bohemia* (Año LIII). Núm. 8. La Habana: domingo, 19 de febrero de 1961, portada. Semanal.

⁴⁷³ *Ibidem*, pág. 3 del suplemento.

ponía en sintonía con lo que Lenin definió en su obra como la emulación socialista, el llamamiento a aquellos sectores más conscientes dentro del campesinado y las masas obreras para que ejercieran el liderazgo y se desempeñaran en las labores de arenga y control⁴⁷⁴. Los dirigentes revolucionarios tenían que mezclarse con las clases trabajadoras, campesinas y urbanas, para hacerles ver que el momento había llegado y que no había ya posibilidad de delegar la responsabilidad en terceros. Los más activos y conscientes dentro de las clases trabajadoras tenían que ocupar el lugar que la revolución les había reservado.

Las sintonías entre las maneras revolucionarias de la nueva Cuba y la retórica leninista no se terminaban aquí, pues el trabajo voluntario, lo que Lenin enmarcó bajo el título de los sábados comunistas⁴⁷⁵, respondía a la misma lógica que trataba de implantar la cúpula revolucionaria. La dirigencia cubana, como intelectuales orgánicos de la revolución de la que eran hijos y progenitores, difundían la idea del trabajo voluntario, alentando a la producción “sencilla y naturalmente” como había consignado Martí; no lo hacían los sábados, como había señalado Lenin, sino los domingos; sin embargo, aquello no desvirtuaba la identidad de objetivos buscados por el líder ruso y los líderes cubanos.

Ante aquella tesitura, todos estaban llamados a dar ejemplo en la emulación martiana, socialista o fidelista, poco importaba el nombre. Los miembros del Consejo de Ministros así lo entendieron y, armados de machetes, se desplazaron a los campos de caña azucarera para contribuir en las labores de recolección de la zafra. *Bohemia* retrató así en sus páginas centrales de aquel número de mediados de febrero a los trece ministros del Gobierno revolucionario, al secretario del Consejo de Ministros, al director del INRA y al presidente de la república en las labores de la zafra, reservando su portada para una fotografía del primer ministro enfrascado en las mismas tareas⁴⁷⁶. Todos ellos aparecían cortando caña en el ingenio azucarero que llevaba por nombre Camilo Cienfuegos. Durante toda una jornada se pudo ver a la cúpula ministerial debatiéndose entre las cañas empuñando un machete, instrumento que aunaba su condición de herramienta para la producción y de arma para la defensa. El machete había sido el símbolo de los combatientes cubanos en las luchas por la independencia del colonialismo español y era ahora la herramienta con la que los dirigentes fidelistas querían representar la batalla por la producción.

Aquel era el relato de la revolución, encarnado a través de su primer ministro, del presidente de la república y del resto de integrantes del Consejo de Ministros. Fidel Castro aparecía retratado durante las labores de corte con el uniforme verde olivo, un sombrero guajiro y un machete. Osvaldo Dorticós lucía el uniforme azul del miliciano, el machete en su mano y la boina calada de las milicias populares. El resto de ministros iban ataviados de forma similar. Raúl Roa era el único que no vestía la indumentaria militar, su condición de ministro de Exteriores, quizás demandaba huir de la imagen belicista. Sin embargo, aparecía junto al resto de ministros en las labores de la zafra, en mangas de camisa y empuñando el machete, que era símbolo de las tareas más trabajosas de la primera industria nacional y a la vez divisa de las primeras luchas por la independencia frente al colonialismo español, antecedente inequívoco de la Revolución cubana.

En aquellos meses iniciales de 1961 Cuba estaba poniendo especial atención en el diseño de la imagen que se tenía que difundir del proyecto revolucionario, una imagen que ineludiblemente tenía que pasar por explicitar el cambio orquestado en la forma de valorar y representar al protagonista de la revolución. El pueblo cubano, como sus clases dirigentes, habían cambiado a lo largo del proceso

⁴⁷⁴ Lenin, Vladimir Ilich, “¿Cómo debe organizarse la emulación?”, en *Obras Completas Tomo VII (1917-1918)*, Editorial Progreso, Moscú, 1973, págs. 196-200.

⁴⁷⁵ Lenin, Vladimir Ilich, “Discurso pronunciado en el I Congreso de las Comunas y Arteles agrícolas.”, en *Obras Completas Tomo X (1919-1920)*, Editorial Progreso, Moscú, 1973, págs. 118 y 119.

⁴⁷⁶ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 8. La Habana: domingo, 19 de febrero de 1961, portada y págs. 3-6 del suplemento. Semanal.

revolucionario y aquello indudablemente quedaba reflejado en los medios de difusión. Al revolucionario cubano se le pedía una visión global de la defensa nacional, que comprendía los aspectos militares, pero también, y sobre todo, los productivos, los valorativos y los organizativos. Aquellas imágenes de la revista *Bohemia* en las que se mostraba a los hombres más poderosos del país entregados a las labores de la corta caña eran la muestra evidente del cambio orquestado. De lo que se trataba en definitiva era de hacer explícito aquel cambio. Un aspecto que, como bien apunta la profesora Díaz Castañón, nos sitúa ante la obra de Antonio Gramsci, partidario de afrontar el estudio de las revoluciones desde la óptica del cambio, por lo que tienen de “*proceso de subversión social, cuya esencia desaparece si no se logra antes, durante y después la transformación de su protagonista*”⁴⁷⁷.

Las clases populares cubanas habían visto como su papel en la sociedad cubana había cambiado tras el triunfo fidelista, un cambio que se había acentuado durante el segundo año revolución y que había llegado durante el tercero a trastocar por completo su valoración del rol a desempeñar dentro del nuevo Estado. El lenguaje y las formas habían cambiado y aquello resultaba consustancial e imprescindible para la sostenibilidad del proyecto a largo plazo, pues la revolución demandaba del protagonista una cada vez mayor implicación y participación dentro del proceso revolucionario. La imagen de aquel cambio radical encontraba su tipo ideal en el presidente de la república. El encorsetado Dorticós de los meses finales de 1959, prudente hasta el exceso en sus formas y declaraciones, había dado paso con el transcurso de los meses a un cambio radical en su imagen, su retórica y sus formas. Desde mediados de 1960 sus discursos no eludían el tono severo, incluso violento cuando la situación lo demandaba, y el traje y la corbata parecían estar dejando paso a principios de 1961 al uniforme de las milicias populares. La posibilidad de ver a todo un presidente cortando caña en la manigua era una imagen que ningún trabajador agrícola hubiera imaginado tras el triunfo de la revolución.

14.8 La colonia española: una reconstrucción a imagen de la sociedad cubana

Cuba había cambiado de forma radical en los últimos meses y aquel cambio se extendió a las clases subalternas y al resto de colectividades que compartían el solar cubano. La comunidad española residente en Cuba, la procedente del exilio, la que se había afincado en Cuba antes de la Guerra y también la que había llegado en los últimos años, se amoldó a la nueva realidad y mostró su adhesión al proyecto revolucionario. Algo que tuvo una repercusión inmediata en sus órganos de expresión. El vocero de la comunidad española pasó a ser *España Republicana*, portavoz del movimiento antifranquista y órgano de difusión de la Casa de la Cultura, una de las organizaciones republicanas más importantes de Cuba.

España Republicana, que durante los años de 1959 y 1960 se dedicó casi en exclusiva a los temas de España y a la lucha contra el franquismo, cambió de forma evidente en enero de 1961, pues a partir de este momento los contenidos de la política cubana comenzaron a tener tanto protagonismo como los referentes a España. Sin embargo, éste no fue el único cambio: durante los dos primeros años de revolución, *España Republicana* había dado cobijo a todas las sensibilidades del exilio, algo que comenzó a cambiar en 1961, pues a partir de este momento la influencia de las diferentes ramas del socialismo comenzó a ser hegemónica. Los sectores liberales que se habían prodigado ocasionalmente en aquel medio dieron paso a una presencia casi exclusiva de las diferentes sensibilidades de la familia marxista, que a partir de entonces se hicieron con el control de la publicación.

⁴⁷⁷ Díaz Castañón, María del Pilar: *Op. Cit.*, pág. 29.

España Republicana cambió sus contenidos y su línea editorial. Un cambio sustancial que se vio acompañado por un aumento considerable de la tirada y por un incremento evidente del número de páginas en cada una de sus entregas: de hecho el número de páginas se dobló. Por lo demás, aquella publicación pasó de ser un boletín mensual a convertirse en un periódico quincenal a partir de abril de 1961. De igual modo, aquella mudanza en contenidos y naturaleza del periódico se vio acompañada también de un cambio con respecto a la Cuba revolucionaria. El órgano de expresión de los republicanos españoles en Cuba se posicionó claramente a favor de la revolución y no lo hizo a través de una retórica estéril, como había hecho hasta el momento, sino que pasó a la acción haciendo un llamamiento a la comunidad española en su conjunto para que ingresara sin la mayor dilación en las diferentes organizaciones revolucionarias. La publicidad que solía acompañar a la publicación adoptó un sentido político, pues a partir del primer número de enero los llamamientos a la juventud española para que se integrara en la revolución comenzaron a ser constantes. “*Joven: Insíbete en la Asociación de Jóvenes Rebeldes. Trabajo, estudio y fusil*”⁴⁷⁸, rezaba uno de los llamamientos habituales, mientras se animaba al lector de la publicación a consumir productos de las empresas nacionalizadas. Las tabacaleras nacionalizadas y las tiendas por departamentos que pertenecían al Estado coparon a partir de entonces los espacios reservados a la publicidad⁴⁷⁹.

Cuba estaba viviendo un momento definitorio y los republicanos españoles consideraron que había llegado el momento de militar de forma efectiva en el frente revolucionario. Muchos ya lo habían hecho, pero ahora el mandato era de obligado cumplimiento para los españoles en general, independientemente de la implicación que hubieran tenido en la Guerra Civil española. El exilio español, ante el momento de acoso por el que pasaba el proceso revolucionario cubano, consideró que la mejor forma de luchar contra el franquismo pasaba por la defensa del Gobierno fidelista.

En su primer número de enero *España Republicana* publicó la adhesión de la comunidad de españoles residentes en Cuba a la Declaración de La Habana⁴⁸⁰. Dentro de la colectividad española se iban reproduciendo todos los cambios acaecidos en la sociedad cubana, pero lo hacían ligeramente diferidos en el tiempo. Así pues, el día 3 de diciembre de 1960, tres meses después de que fuera aprobada por el pueblo cubano, la comunidad española juró la Declaración de La Habana. El acto se celebró en el Centro Gallego de La Habana bajo lo convocatoria de la Casa de la Cultura, del Círculo Republicano español, de la Unión de Mujeres Españolas y del Partido Unión Social del Centro Gallego, formación heredera de la Hermandad Gallega, de donde habían desaparecido todos los sectores conservadores. Miles de españoles se dieron cita en aquella jornada para jurar la Declaración de La Habana, se declaró además que allí se encontraban los verdaderos representantes del pueblo español en Cuba y se invitó al resto de españoles a sumarse a aquel frente común para converger en un sólo bloque e integrarse en el proceso revolucionario⁴⁸¹.

En aquel acto de adhesión tomaron la palabra dos ponentes en representación de las autoridades cubanas y dos miembros destacados del exilio republicano en nombre de la comunidad española. Por parte cubana, los encargados de exponer la postura de la dirigencia revolucionaria frente a la colectividad española fueron Antonio Núñez Jiménez, director ejecutivo del INRA, y Héctor Ravelo, comisionado provincial de La Habana⁴⁸². Por parte de la colonia española intervinieron Camilo Vila,

⁴⁷⁸ *España Republicana* (Año XXIII). Núm. 489. La Habana: domingo, 1 de enero de 1961, pág. 9. Mensual y *España Republicana* (Año XXIII). Núm. 490. La Habana: miércoles, 1 de febrero de 1961, pág. 7. Mensual.

⁴⁷⁹ *Ibidem*, págs. 12 y 19 e *Ibidem*, pág. 13.

⁴⁸⁰ *España Republicana* (Año XXIII). Núm. 489. La Habana: domingo, 1 de enero de 1961, pág. 5. Mensual.

⁴⁸¹ *Idem*.

⁴⁸² *Idem*.

presidente del Centro Gallego, y José González Jerez, miembro del PCE y portavoz de las entidades republicanas en Cuba⁴⁸³.

La comunidad española se mostraba unida por primera vez después de años. Aquella división entre franquistas y republicanos, aunque todavía existía en la práctica, parecía haber desaparecido, pues no se explicitaba. Los españoles que mostraban sus simpatías por el régimen franquista, y que todavía permanecían dentro de Cuba, habían optado por el silencio o atacaban al régimen cubano parapetados detrás de los atriles eclesiásticos. Otros habían partido ya hacia el exilio y lanzaban sus diatribas contra la revolución desde los altavoces que se les ofrecían en Miami o Madrid. El resto de los españoles que permanecían en Cuba mostraban ya su disposición a encuadrarse de forma efectiva en el frente revolucionario.

En aquella convocatoria del 3 de diciembre de 1960, donde se hizo oficial la adhesión a la Revolución cubana y a sus principios por parte de la comunidad española, la presidencia del encuentro, es decir, la bancada de representantes, hablaba por sí misma del cambio que se había orquestado tras las nacionalizaciones de octubre. Junto al director del INRA y el gobernador de La Habana, se encontraban todas las organizaciones republicanas, miembros del PCE y otros sectores pertenecientes a otras sensibilidades socialistas. Aquellos hombres y las organizaciones a las que representaban se erigieron desde finales de 1960 en representantes de la colonia española en Cuba. Entre ellos se encontraban los ya mentados Camilo Vila y José González Jerez; a los que se sumaban Antonio Fernández Brañas, presidente de la Casa de la Cultura, Ángel Arredondo, presidente del Círculo Republicano Español y Carmen Fernández, presidenta de la Unión de Mujeres Españolas⁴⁸⁴.

El Centro Gallego, las tres organizaciones republicanas más importantes y un destacado miembro del PCE, como portavoz de las instituciones republicanas, formaban la parte noble de la presidencia, pues eran ellos los convocantes de aquel acto que tenía por objeto jurar la Declaración de La Habana. Sin embargo, había otras personalidades a destacar en aquella cita. En primer lugar, Julio Vila, presidente del Partido Unión Social⁴⁸⁵, y junto a él, Pedro Atienza, secretario del comité del PCE en Cuba, que compartía tribuna con el comandante Alberto Bayo⁴⁸⁶, muestra evidente de que las disputas entre los sectores que apostaban por la reconciliación nacional y aquellos otros que habían optado por la lucha armada para solucionar el problema español estaban ya superadas.

En aquel encuentro, las diferentes sensibilidades de la izquierda estaban representadas, pero además se daba abrigo también a otro tipo de adhesiones, como la del sacerdote español Moisés Arrechea⁴⁸⁷, junto con el padre Lence, baluarte católico de la revolución; o las de los progenitores de Camilo Cienfuegos, Ramón Cienfuegos y Emilia Gorriarán, ambos españoles, militantes anarquistas en España antes del estallido de la Guerra Civil y ahora firmes defensores del proceso revolucionario⁴⁸⁸. Aquellos nombres no eran los únicos en la tribuna de aquella histórica cita, sin embargo, sí eran los más señeros debido al papel que desempeñarían en los asuntos del exilio español en Cuba a partir de aquel momento.

La colonia española gravitó así claramente hacia posiciones de izquierda, en las que los antiguos socialistas y anarquistas, junto a comunistas militantes, decidieron cerrar filas con la revolución y arengar a la población española residente en Cuba para que defendiera el proceso revolucionario hasta sus últimas consecuencias. Las disputas dentro de la izquierda española parecían haber perdido fuste

⁴⁸³ *Idem.*

⁴⁸⁴ *Idem.*

⁴⁸⁵ *Idem.*

⁴⁸⁶ *Idem.*

⁴⁸⁷ *Idem.*

⁴⁸⁸ *Idem.*

dentro de Cuba, pues los objetivos pasaron a ser otros. No en vano, la caída del Gobierno cubano podría suponer un nuevo exilio o, en el mejor de los casos, una nueva postración, como en tiempos de Batista, para desempeñar una vez más un papel secundario dentro de la comunidad de españoles residentes en Cuba.

José González Jerez fue el encargado de llevar el peso de aquella trascendental cita que marcaría el comienzo de un nuevo período para el exilio español. Fue González Jerez el que, en representación de todas las instituciones republicanas, tomó la palabra para señalar la necesidad de unir a la colonia española en favor de la revolución. *España Republicana* reprodujo de forma íntegra su discurso y lo resumió en un titular más que elocuente: “*La victoria de Cuba es nuestra propia victoria*”⁴⁸⁹.

González Jerez hilvanó un discurso en el que la historia reciente de España corría pareja a la cubana. La España de aquel momento, según González Jerez, era “*un inmenso Gibraltar*”, dividido por el oleoducto que iba de Rota a Zaragoza⁴⁹⁰. Franco había dividido España por medio de una gran trocha, como había hecho Valeriano Weyler en Cuba a finales del siglo XIX. González Jerez, a través de aquel argumentario, establecía paralelismos entre aquellos militares españoles, de antaño y hogaño, que habían tenido como propósito someter al pueblo español y al cubano. Weyler se transformaba de este modo en un precursor de Franco, como lo había sido también de Batista.

Franco y Batista habían heredado del denostado Weyler el desprecio por la soberanía de los pueblos y la muestra evidente de aquel aserto era la actitud entreguista con la que actuaba el caudillo ferrolano, haciendo gala de unas maneras que en nada se diferenciaban de las usadas por su homólogo cubano años antes. De este modo, la España franquista era definida por González Jerez como un territorio a merced de los intereses norteamericanos, como lo había sido Cuba durante la dictadura batistiana. Franco había transformado a España en un país postrado, “*pisoteado por las botas de los nuevos invasores*”, donde abundaban “*las bases navales y aéreas*”, las “*rampas para cohetes*” y los acuartelamientos para el ejército norteamericano⁴⁹¹. Los españoles que residían en Cuba se veían de esta suerte obligados a jurar la Declaración de La Habana, porque defender a la Revolución cubana suponía apostar por la liberación nacional, porque aquella revolución era también “*bandera de lucha para todos los pueblos latinoamericanos*” y porque era, en definitiva, “*aliento y estímulo*” para el pueblo español en su batalla por ganar “*la libertad y la independencia*”⁴⁹².

González Jerez tejía su discurso a través de un relato en el que la realidad española aparecía como parte de la cubana, pues ambos pueblos luchaban por los mismos objetivos. Así pues, sus valoraciones sobre lo que había supuesto el régimen de Batista para Cuba se enlazaban con lo que la dictadura de Franco estaba suponiendo para el pueblo español. Ambos dictadores eran retratados como peones indispensables para sostener en el tiempo el dominio imperial norteamericano. El comunista español lanzaba así una invectiva contra la Cuba prerrevolucionaria y contra la España de aquel momento, mientras sostenía una defensa enconada de la Revolución cubana y de la España antifranquista, para explicitar que la lucha en favor del pueblo español estaba “*íntimamente unida a la lucha por la defensa de la Revolución cubana*”⁴⁹³.

Todos aquellos condicionantes hacían que la defensa de Cuba pasara a ser prioritaria para los españoles residentes en la mayor de la Antillas y también para aquellos otros que moraban en el resto del continente. Los españoles de Cuba tenían que apoyar la Revolución cubana porque ésta defendía sus intereses en todos los campos. Llegados a este punto, González Jerez señalaba que Fidel Castro

⁴⁸⁹ *Ibidem*, pág. 7.

⁴⁹⁰ *Idem*.

⁴⁹¹ *Idem*.

⁴⁹² *Idem*.

⁴⁹³ *Idem*.

no sólo defendía a los exiliados políticos españoles, sino también a aquellos otros españoles que habían llegado antes de la Guerra Civil y también a aquellos que se habían afincado en Cuba con posterioridad.

La Revolución cubana defendía a todos los españoles sin distinción de clase o credo: a las clases medias y a las clases trabajadoras del campo y de la ciudad, a la pequeña burguesía, a los campesinos y a los que se sentían solidarios de las ideas católicas. Ningún español había sido atacado debido a su condición social, política o religiosa. Aquel mensaje parecía tener como destinatario principal a los pequeños industriales y comerciantes españoles, pues, entre ellos podían estar los propensos a desentenderse del proceso revolucionario o incluso a sumarse a los grupos que conspiraban contra él. Una afirmación que el líder comunista español defendía sustentándose en la histórica comparecencia televisiva que, a mediados de octubre, después de promulgarse la Reforma Urbana y las últimas leyes sobre nacionalizaciones, había pronunciado Fidel Castro. En aquella ocasión el primer ministro cubano había dado “*plenas garantías a los comerciantes e industriales*” de Cuba, entre los que había tanta presencia española⁴⁹⁴.

Los intereses de la pequeña burguesía radicada en Cuba no chocaban con los objetivos de la revolución según había aseverado Fidel Castro, con lo cual, González Jerez hacía un llamamiento a desoír los cantos provenientes de la contrarrevolución en los que se afirmaba que la totalidad del comercio y la industria sería intervenida o nacionalizada. Así pues, aquella cita, además de servir para que los españoles juraran lealtad a la Declaración de La Habana, debía servir también “*para ganar en favor de la revolución cubana a todos los españoles honrados y patriotas*”⁴⁹⁵.

El mensaje de González Jerez no podía ser más claro: la comunidad española tenía que edificarse a imagen y semejanza de la sociedad que le daba acogida, de ahí que al jurar la Declaración de La Habana todos los españoles, con “*honor*” y “*orgullo*”, asumía un compromiso con la revolución; dejaban de ser “*espectadores simples*”, para convertirse en “*protagonistas y partícipes*” de la Revolución cubana⁴⁹⁶. González Jerez finalizaba su alocución señalando que la asamblea allí reunida proponía el envío de dos simples telegramas, uno al “*Ciudadano Presidente*” de la república, Osvaldo Dorticós Torrado, y el otro al primer ministro del Gobierno, Fidel Castro Ruz, para certificar el apoyo de todas las organizaciones republicanas y de la colonia española en general a la Revolución cubana⁴⁹⁷. El envío fue aprobado por unanimidad, según apunto la revista *España Republicana*. La comunidad española entronizaba así las formas de las que hacía gala la revolución en las asambleas populares, haciendo de la democracia directa el medio habitual para votar sus iniciativas.

González Jerez, junto al resto del exilio republicano, estaba intentado que la comunidad de españoles asumiera las nuevas formas que imperaban en Cuba tras la llegada de la revolución y había construido para ello un relato en el que se hacía un uso legitimador de la historia reciente de España y Cuba para defender al exilio español y también a la Revolución cubana. El éxito del proyecto revolucionario cubano y las expectativas que albergaba parte de la población española con referencia al final del régimen franquista se presentaban como el resultado de dos contiendas que eran una sola: la lucha de los pueblos por la soberanía y la independencia de los poderes imperiales.

Aquel discurso de González Jerez recibió el sustento de Núñez Jiménez, que hilvanó su relato en aquella jornada de definiciones y posicionamientos haciendo uso del mismo argumentario que había presidido la alocución de su camarada español. El director del INRA comenzó señalando que en la historia del proceso revolucionario cubano no podía faltar “*la solidaridad española a su documento*

⁴⁹⁴ *Idem.*

⁴⁹⁵ *Ibidem*, pág. 18.

⁴⁹⁶ *Idem.*

⁴⁹⁷ *Idem.*

más importante: La Declaración de La Habana”⁴⁹⁸. Una vez expuesto este alegato, que hacía las veces de introducción, Núñez Jiménez acudió a las palabras pronunciadas por Fidel Castro en la ONU el 26 de septiembre de 1960 para señalar que la revolución, por boca de su máximo representante, ya se había posicionado abiertamente en los asuntos españoles. Núñez Jiménez señaló entonces, haciendo uso de todas las facultades retóricas desplegadas por Fidel Castro en la ONU, que había llegado el momento de “*ser franco sin franquismos*” y que le había tocado a él, en nombre del Gobierno revolucionario, acudir a aquella cita para hablar “*de Franco con franqueza*”⁴⁹⁹. El director del INRA señaló a continuación que los buenos españoles, los españoles republicanos y revolucionarios, se habían unido para brindar “*su apoyo generoso a la Revolución cubana*” y que la Revolución cubana, en justa compensación, quería ofrecer “*su apoyo a los republicanos y revolucionarios españoles*”⁵⁰⁰.

Tras exponer aquel introito en que se explicitaba el estado de la cuestión, Núñez Jiménez pasó a exponer las tácticas que la contrarrevolución estaba utilizando para dividir a la colonia española, estando entre las más aireadas aquellas que insinuaban que el Gobierno revolucionario pretendía nacionalizar las empresas de los españoles. Núñez Jiménez aseveró entonces que aquellos rumores no contaban con un sustento real, se trataba de bulos interesados para generar la fractura entre la numerosa e influyente colonia española. Después de exponer esta idea, el director del INRA acudió de nuevo a las palabras de Fidel Castro para desmentir aquellos infundios sobre nuevas nacionalizaciones. Como había hecho González Jerez, Núñez Jiménez hizo referencia de forma detallada a la declaración televisada de Fidel Castro de mediados de octubre en la que se había señalado, de forma inequívoca, que las intervenciones y las nacionalizaciones sólo se aplicarían a partir de entonces a aquellos propietarios que atentaran contra la revolución o contra la patria⁵⁰¹.

Núñez Jiménez dedicó a continuación una parte importante de su discurso a exponer todos los ataques que la revolución había sufrido por parte de la Administración Eisenhower, unos ataques de los que habían sido víctima también los españoles, como parte que eran de la población cubana. El imperialismo norteamericano y la contrarrevolución eran parte de un mismo cuerpo y pretendían someter de nuevo a Cuba a los males que antaño había padecido y que sufría en aquel momento España.

Núñez Jiménez pasó entonces a hablar de España, de Franco y de la presencia norteamericana en suelo español. El director del INRA no hablaba desde el desconocimiento, pues tomó como referencia su última estancia en Madrid a mediados de 1960 como consecuencia de una escala de varios días en su misión por los países socialistas. Aquella estancia en Madrid le había servido al revolucionario cubano para constatar cuán rápido había crecido la presencia norteamericana en España y señaló entonces que el responsable de que los norteamericanos camparan en España como en predio propio era el general Franco. El dictador español recibió entonces una de las descalificaciones más fuertes lanzadas hasta la fecha desde Cuba. Núñez Jiménez, como había hecho Fidel Castro en varias ocasiones, acusó a Franco de asesinar a los verdaderos patriotas españoles y de tiranizar a un pueblo entero durante años. Denunció además el tratamiento dispensado a los presos políticos: las cárceles de Franco estaban atestadas de “patriotas”, mientras los falsos patriotas organizaban la sumisión de la nación española al poder imperial. Y apuntilló, como hiciera también González Jerez, que la única heroicidad de Franco había consistido en “*gibraltarizar todo el suelo español*”⁵⁰².

⁴⁹⁸ *Ibidem*, pág. 10.

⁴⁹⁹ *Idem*.

⁵⁰⁰ *Idem*.

⁵⁰¹ *Idem*.

⁵⁰² *Ibidem*, pág. 11.

Franco había convertido a España en un peón de los Estados Unidos y haciendo del pensamiento mítico el eje de esta argumentación Núñez Jiménez señaló que era inamisible que “*la tierra heroica del Quijote, del Cid Campeador y de la Pasionaria*” se viera ahora “*convertida en una colonia yanqui*”⁵⁰³. Aquella era la triste realidad a la que se veía abocada España después del arribo del régimen de Franco. Bajo esta línea argumental Núñez Jiménez continuó su alegato contra el franquismo y no evitó entrar en las consecuencias perniciosas que tenía para Cuba la presencia de las hordas franquistas en territorio cubano. Habló entonces del episodio protagonizado por el embajador franquista, Juan Pablo de Lojendio; expuso la paciencia que la revolución estaba teniendo con los “*esbirros con sotana*” que apoyaban al régimen fascista español y conspiraban contra la revolución, y cuestionó las supuestas ínfulas cristianas con las que trataba de revestirse el régimen franquista⁵⁰⁴.

Franco y su régimen estaban lejos de la concepción cristiana. El franquismo desvirtuaba tanto la idea de España como la del cristianismo y de aquello eran conscientes muchos españoles, muchos católicos y muchos sacerdotes. Núñez Jiménez, tomando como excusa aquellas alusiones al catolicismo ibérico, advirtió que no todos los sacerdotes de origen español residentes en Cuba eran franquistas. Aquel era un reduccionismo injusto y aprovechó entonces aquella afirmación para elogiar al padre Arrechea y al padre Lence, españoles ambos, defensores de su pueblo y de la Revolución cubana⁵⁰⁵.

Núñez Jiménez acometió a continuación un análisis conjunto de la España y de la Cuba de los últimos años para exponer lo que ambos países podían aprender de la experiencia vivida. En primer lugar señaló que los dirigentes republicanos en España no habían castigado a los militares que habían conspirado abiertamente contra el Gobierno y que aquella condescendencia se había pagado cara. Núñez Jiménez expuso aquella realidad sin circunloquios: “*La República no fusiló a los generales traidores, y pronto los generales traidores asesinaron a la República*”⁵⁰⁶. Aquellas enseñanzas habían resultado fundamentales para Cuba, pues para el mantenimiento de “*un régimen de dignidad humana*”; para asegurarse de que ningún cubano torturaría a otros cubanos como sucedió en tiempos de Batista; para garantizar, en definitiva, el derecho a la tierra de los campesinos y el derecho de los cubanos a poseer un techo había que asegurarse en primer lugar que “*las fieras*” no pudieran salir de “*sus jaulas*” para “*devorar al pueblo*”⁵⁰⁷. Cuba se había visto obligada a dar un castigo ejemplar a aquellos militares que habían dado muerte “*a los mejores hijos del pueblo*”⁵⁰⁸.

Núñez Jiménez no mostró un atisbo de duda sobre la necesidad de aplicar la justicia revolucionaria con el mayor de los rigores, pues aquella había sido una de las grandes enseñanzas que la Revolución cubana había sabido sacar de España, pero había más. Durante años Cuba había permanecido engañada por la prensa imperialista. Desde Cuba se había creído durante el período republicano que Estados Unidos había liberado a Cuba en 1898, cuando en realidad lo que había hecho era quedarse con ella, vejar a los libertadores y convertir a Cuba en una colonia de nuevo cuño⁵⁰⁹.

Los Estados Unidos habían sido durante años presentados en Cuba como los libertadores de los pueblos. Eran ellos los que a través de su ejército habían preservado la independencia de Puerto Rico; habían pretendido convencer a la población de Cuba y a la del resto de Latinoamérica que las invasiones norteamericanas de su territorio eran “*saludables*” para los pueblos que las sufrían, o que había sido justo invadir Méjico para “*robarle la mitad de su territorio*”⁵¹⁰. La propaganda

⁵⁰³ *Idem.*

⁵⁰⁴ *Idem.*

⁵⁰⁵ *Idem.*

⁵⁰⁶ *Idem.*

⁵⁰⁷ *Idem.*

⁵⁰⁸ *Ibidem*, págs. 11 y 12.

⁵⁰⁹ *Ibidem*, pág. 12.

⁵¹⁰ *Idem.*

estadounidense en Cuba había sido contumaz y durante años había tenido cierto éxito en la colonización de las mentes cubanas. Estados Unidos había difundido una imagen tenebrosa del mundo socialista, los norteamericanos siempre se habían presentado como los libertadores y los soviéticos eran la quinta esencia de la opresión de los pueblos. Aquella había sido moneda de curso habitual en la Cuba prerrevolucionaria y como consecuencia de ello, el anticomunismo había medrado debido al cultivo que de él se hacía en la mayoría de los medios de comunicación cubanos.

Sin embargo, aquel mensaje no había penetrado en gran parte del pueblo español y tampoco en la mayoría de la comunidad española en Cuba. Así pues, ésta era otra de las enseñanzas que, según el director del INRA, Cuba tenía que sacar de España. Los españoles que habían peleado en la Guerra Civil contra Franco sabían que el imperialismo norteamericano se había cruzado de brazos para contemplar el crimen del imperialismo alemán y del imperialismo italiano: Estados Unidos no había hecho nada *“para salvar la legalidad española, para salvar la República Española”*⁵¹¹.

De este modo, eran muchos los españoles que sabían que la Unión Soviética era la única que había ayudado al pueblo español durante la Guerra Civil *“con armas y con comida”* y también eran muchos los que sabían que Cuba había cambiado el régimen colonial por el régimen imperial tras 1898⁵¹². El pueblo español sabía lo que significaba el imperialismo europeo y también el norteamericano porque lo había sufrido y sabía también que la URSS era la única que les había ayudado en aquella contienda. El pueblo cubano sacaba así sus conclusiones de lo acontecido en España y estaba ahora en posición de entender que no se podía mostrar debilidad ante los conspiradores interiores, que había que mostrarse inflexible ante los golpistas y contrarrevolucionarios, que los opresores de los pueblos no eran los soviéticos y que, en definitiva, los que estaban apoyando regímenes de opresión y tiranías eran los Estados Unidos y no la Unión Soviética.

Núñez Jiménez recordó entonces la condena que Fidel Castro había hecho en la ONU del abrazo entre Franco y Eisenhower y la condena que había hecho del régimen de Formosa. Recordó también los comentarios del primer ministro cubano sobre lo paradójico que resultaba ver a los embajadores de Franco y de Chiang Kai Shek hacerse cargo de la representación de los pueblos de España y China, mientras sus verdaderos representantes permanecían fuera de la ONU.

La España de Franco, según Núñez Jiménez, representaba lo que Cuba había encarnado durante el período de Batista, pues ésta y aquella habían caído bajo el régimen de los monopolios yanquis debido al entreguismo de dirigentes venales. En España, una reforma agraria que pudiera dar satisfacción a los campesinos no sería posible mientras Franco siguiera en el poder, como tampoco había sido posible en la Cuba de Batista. La Reforma Agraria española y el Instituto Nacional de Colonización que trataban de promocionar las élites españolas eran por tanto el trampantojo tras el que se escondía el reparto de tierras infértiles para los campesinos y una mayor *“concentración de la propiedad territorial”* para *“los duques y los condes”*, para *“los terratenientes y los geófagos”*⁵¹³.

El director del INRA, a través de aquella detallada y extensa disquisición, trenzó un relato en el que España y Cuba eran analizadas desde un prisma idéntico, pues ambas naciones presentaban problemas similares y demandaban de soluciones también similares. La Revolución cubana estaba llevando a cabo unos planes que afectaban a todas las áreas de la nación, como había hecho la Segunda República en España, y el campo de la cultura y de la educación no podía quedar al margen, como tampoco

⁵¹¹ *Idem.*

⁵¹² *Idem.*

⁵¹³ *Idem.*

habían quedado en la España republicana. Núñez Jiménez habló entonces de que 1961 sería el año de la educación, la Revolución cubana se había propuesto erradicar el analfabetismo en Cuba⁵¹⁴.

El director del INRA hacía una comparativa entre los objetivos de Cuba y los del franquismo, para señalar a continuación que el proyecto fidelista sólo se podía medir con la Segunda República Española. De igual modo, una correcta evaluación del régimen franquista se obtenía retrocediendo a la Cuba de los años cincuenta. Como le había sucedido a Batista, Franco se sostenía en el poder a través de la represión y del apoyo de la diplomacia norteamericana. Aquellas eran las únicas armas del franquismo, pues, según señaló Núñez Jiménez, hasta la Iglesia comenzaba a mostrar su descontento⁵¹⁵. Sin embargo, a pesar de no contar con la aprobación del pueblo español, Franco estaba en el poder, contaba con un ejército capacitado para soportar una guerra y tenía el apoyo del imperialismo norteamericano. Aquellos condicionantes hacían que Núñez Jiménez entendiera la posición de algunas formaciones políticas españolas, que desde el exilio y desde el interior de España, apostaban por *“una solución pacífica al dilema español”*⁵¹⁶. El director del INRA señalaba que todavía estaban presentes las huellas de la guerra en España y que una nueva contienda podía dejar al país postrado durante décadas. Núñez Jiménez acometió entonces un análisis en el que expuso las consecuencias de la guerra: *“un millón de caídos, millones de heridos, más de cien mil fusilados después de la guerra, decenas de miles de españoles todavía encarcelados y miles y miles de españoles añorando la vuelta todavía a su patria desde el extranjero”*⁵¹⁷.

Ante aquellas cifras resultaba complicado no optar por *“una salida pacífica al dilema de España”*; sin embargo, *“entre los grupos más radicales”* se había afirmado que si la solución pacífica no cuajaba se colocarían *“en la vanguardia de la lucha armada”*⁵¹⁸. La mayoría de los españoles, los que permanecían en el solar ibérico y los que habían partido hacia el exilio, eran partidarios de la salida pacífica al problema español, sin embargo, la lucha armada no era rechazada como concepto, pues podía ser rescatada si finalmente las vías de la reconciliación nacional y de la huelga nacional pacífica no terminaban por dar los frutos deseados.

La Revolución cubana y la colonia de españoles en Cuba tenían que sacar las consecuencias oportunas de la Segunda República, de la Guerra Civil y de la España tiranizada de las últimas dos décadas. Esta era la principal conclusión y la enseñanza fundamental que, según Núñez Jiménez, se desprendía para Cuba de las tribulaciones por las que había tenido que pasado el pueblo español.

España había seguido un camino descendente que la había conducido a la situación en la que se encontraban en aquel momento: un régimen represivo, una economía deprimida y cientos de españoles emigrando por razones políticas y laborales; un país, en definitiva, que se había visto sometido al imperialismo y al fascismo y que había dejado de ser dueño de su destino debido a sus clases dirigentes. La Cuba prerrevolucionaria había sufrido los mismos males que ahora asolaban a España. Así pues, Cuba, el pueblo cubano, tenía que defenderse para que aquella realidad no volviera a campear en la mayor de las Antillas. Núñez Jiménez cerraba su extensa alocución señalando que el pueblo cubano resistiría el embate imperialista, pues ahora, después de décadas de lucha infructuosa, disponía de las herramientas adecuadas para sostener la contienda. Cuba contaba con la predisposición de un pueblo presto a presentar batalla en todos los frentes; contaba también con el escudo que le brindaba *“la República Popular China con sus seiscientos millones de hombres”*; tenían además *“el apoyo de la coherencia y del pueblo de la Unión Soviética”*; contaba igualmente con

⁵¹⁴ *Ibidem*, pág. 13.

⁵¹⁵ *Ibidem*, pág. 14.

⁵¹⁶ *Idem*.

⁵¹⁷ *Idem*.

⁵¹⁸ *Idem*.

“la amistad fraternal de los países socialistas”, y, sobre todo, tenía a su favor la alianza con los pueblos de la América Latina y de otros pueblos del mundo⁵¹⁹.

Aquella jornada supuso un antes y un después para la comunidad española en Cuba y estableció unos patrones de comportamiento y discurso que se hicieron habituales para todos aquellos que en adelante tomaron la palabra en nombre de España. Núñez Jiménez y José González Jerez habían trazado la línea a seguir a partir de entonces. Ambos habían lanzado dos discursos muy similares en aquella cita de comienzos de diciembre; desde la perspectiva de los revolucionarios cubanos y desde la óptica de los derrotados en la Guerra Civil española la lectura de la historia española y cubana de los últimos treinta años resultaba análoga. Cuba había pasado por la revolución fallida de los años treinta, por la dictadura de Batista y, finalmente, tras los sinsabores de los Gobiernos auténticos que habían precedido a la tiranía batistiana, había optado por la salida revolucionaria como única vía para ganar la soberanía. España, bajo la Segunda República, había contado con un proyecto democrático y transformador que recordaba mucho a lo que Cuba estaba ensayando bajo el Gobierno de Fidel Castro; posteriormente, aquel proyecto había sido abatido por la reacción y ahora, tras dos décadas de tiranía, se batía entre el marasmo económico y el dominio de los monopolios y el poder militar norteamericano. La comunidad de españoles en Cuba, como antes había sucedido con los cubanos durante la Guerra Civil española, habían asumido que la defensa de la patria podía ejercerse bajo la bandera de otro pueblo. Así pues, los españoles de Cuba llegaron a la conclusión que la defensa de la Revolución cubana contribuía a la liberación España y que, por tanto, había que ingresar en las filas de la revolución para ser protagonistas dentro del bloque hegemónico que sustentaba al Gobierno cubano.

A partir de aquella cita, en la que los españoles, representados por las organizaciones republicanas y por la izquierda política del exilio, habían jurado la Declaración de La Habana, la comunidad española pasó a ser protagonista del cambio. Los comportamientos registrados en la población cubana se transmitieron, casi de forma mimética, al colectivo español y la España del exilio pasó a ser a tener el reconocimiento oficial de la Cuba revolucionaria.

Sin embargo, la Revolución cubana no había roto relaciones con la España de Franco, lo que hacía que aquella relación estrecha con la otra España estuviera preñada de contradicciones. De todos modos, la relación entre La Habana y Madrid ya no era la imperante en los años cincuenta: las embajadas no contaban con la máxima representación y al frente de las mismas, en lugar de un embajador, se encontraba un encargado de Negocios. La crisis generada tras el caso Lojendio se había solucionado a través de una bajada en el escalafón del rango de los representantes. La Habana y Madrid había decidido enfriar sus relaciones; pero, a pesar de aquel distanciamiento, ni España ni Cuba parecían interesadas en tensar más la cuerda. Cuba, como había señalado Raúl Roa meses antes, no contemplaba la ruptura, pues, a pesar de la sima ideológica que separa a franquistas y fidelistas, España podía ser un socio comercial para la Cuba revolucionaria. Por su parte, España no quería desaparecer del panorama cubano, pues aquello generaría una situación todavía más grave que la imperante en México, debido al empuje de la Revolución cubana en todo el continente.

La situación entre España y Cuba se tornó así de lo más singular. Cuba, a pesar de mantenerse las relaciones con la España de Franco, apostaba ya abiertamente por la España del exilio y en especial por aquellas fuerzas revolucionarias, socialistas y comunistas que estaban dispuestas a colaborar en el proyecto revolucionario cubano. Entretanto, España se inclinaba del lado de los disidentes, pero procurando, en la medida de lo posible, mostrar un perfil autónomo y no aparecer frente Latinoamérica como un mero colaborador de los intereses norteamericanos.

⁵¹⁹ *Ibidem*, pág. 18.

Durante el mes de diciembre de 1960 y los meses de enero y febrero de 1961 se puso de manifiesto que los cambios acaecidos en Cuba habían subvertido todas las relaciones imperantes en la vieja Cuba y como era de esperar esto tuvo también sus repercusiones en la comunidad española residente en Cuba. La dirigencia cubana tenía un proyecto muy definido y ello trajo como consecuencia una revisión de la postura a adoptar con los españoles de Cuba. La España del exilio pasó a ser la única tolerable en Cuba, una postura latente desde el mismo triunfo de la revolución, pero que pasó a ser oficial en aquellos meses de tránsito entre 1960 y 1961. A partir de aquellas fechas la España del exilio recibió el apoyo decidido de la Revolución cubana y la franquista, emboscada o manifiesta, se quedó sin espacio.

La dirigencia cubana había inaugurado un nuevo período tras las nacionalizaciones de octubre de 1960 y para afrontar la nueva etapa se precisaba de la colaboración de nacionales y extranjeros. Cuba necesitaba contar con todas las fuerzas del país para sacar adelante el proyecto revolucionario y la colaboración de los españoles, por ser el colectivo foráneo más numeroso e influyente estaban emplazados a sumarse. Sin embargo, los únicos que podían hacerlo sin incurrir en contradicciones ideológicas eran los sectores que disientían del régimen imperante en España. La dirigencia revolucionaria era perfectamente consciente de esta situación y ofreció a la España del exilio, especialmente a aquellos sectores que militaban en las filas del marxismo, todas las facilidades para que se pusieran al frente de la comunidad española. Ello explica la proliferación de espacios de radio y televisión abiertos a la España antifranquista que comenzaron a proliferar en aquellos meses.

14.8.1 Las plataformas de difusión de la Cuba revolucionaria se ponen al servicio del exilio español

En el tránsito de 1960 a 1961 los programas de radio y televisión de los canales cubanos comenzaron a ofrecer espacios en su programación a aquellos sectores del exilio que estaban más próximos a las ideas socialistas. Todos los martes por la noche, desde el canal de *Televisión Revolución* se consagró un programa a tratar la realidad española. Un programa que llevaba por nombre “España al día”. Todos los sábados, el omnipresente González Jerez contó con media hora en el *Noticiero de Televisión Revolución* para la lanzar la visión de España que se proyectaba desde Cuba. El programa respondía al título de “Comentarios españoles”. Y el domingo al medio día, a través del canal *CMQ Radio*, la Casa de la Cultura, contó también con un espacio de radio para hablar de los temas de España desde un punto de vista político, económico, social y cultural.⁵²⁰

Las cadenas de radio y televisión cubanas comenzaron a estar abiertas para que los hombres del exilio español expusieran sus inquietudes sobre el futuro de España e hicieran, al mismo tiempo, campaña por la amnistía de los presos políticos. El llamado problema español alcanzó a partir de entonces gran relevancia en los medios cubanos, que no sólo ofrecieron programas específicos para los temas españoles, sino que abrieron también sus programas de televisión de mayor audiencia para tratar los asuntos de la actualidad española. El programa “Mesa Redonda”, de la cadena *CMQ Televisión*, consignó un programa completo a analizar el carácter de la disidencia en el interior de España, a exponer el grado de la penetración estadounidense en el régimen franquista y a desglosar el alcance del pacto económico-militar que ligaba a Franco con los Estados Unidos⁵²¹.

Una de las primeras medidas adoptadas por las autoridades cubanas, muestra inequívoca de que el cambio arrastraba a todos los sectores sociales que residían en Cuba, pasó por el apoyo explícito a los presos políticos del franquismo. Días después de que la comunidad española jurara la Declaración de La Habana se anunció que se había constituido “*el Patronato Cubano pro Amnistía para los presos*

⁵²⁰ *Ibidem*, pág. 6.

⁵²¹ *Ibidem*, págs. 9 y 18.

políticos y exiliados políticos de España y Portugal”⁵²². Dentro de dicho patronato estaban representadas diversas organizaciones revolucionarias y figuras del mundo del arte y la ciencia cubana que se comprometieron a canalizar “*el esfuerzo solidario del pueblo de Cuba en favor de los presos y víctimas del fascismo en la Península Ibérica*”⁵²³. Al frente del patronato se colocó a Alfredo Guevara, presidente del Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográfica.

Alfredo Guevara se había destacado en su juventud en la defensa de la República española y años después asumía la presidencia de aquel patronato; su cargo al frente del todopoderoso e influyente ICAIC no era un detalle menor, pues a partir de aquel momento las labores para promover y hacer propaganda a favor de los presos políticos y de los exiliados españoles encontraron un campo fértil para su desarrollo. Los exiliados españoles de Cuba tuvieron así a su disposición nada menos que al ICAIC, uno de los organismos de propaganda y difusión más importantes en Cuba y de fuerte influencia en el resto del continente. La primera consecuencia de aquel apoyo fue la adhesión de dicho patronato a la II Conferencia Latinoamericana pro Amnistía para los presos y exiliados de España y Portugal a celebrar en Montevideo durante los días 27, 28 y 29 de enero⁵²⁴. El patronato cubano decidió que estaría presente en dicha conferencia a través de una delegación del pueblo de Cuba.

La conferencia de Montevideo, que curiosamente coincidió con el secuestro del “Santa María”, lo que indudablemente le restó protagonismo y difusión a nivel internacional, recibió no obstante la mayor visibilidad en los medios cubanos. Una vez más, el programa “Mesa Redonda” de la *CMQ Televisión* se abrió a los asuntos españoles y el 27 de diciembre dedicó su espacio al completo a la Conferencia de Montevideo⁵²⁵. La *CMQ*, tanto en su canal de radio como en el de televisión, se erigió en cauce de expresión habitual para la España antifranquista; no en vano, el director de este influyente medio, Gregorio Ortega, formaba parte del “Patronato Pro Amnistía”⁵²⁶.

La dirigencia revolucionaria había apostado fuerte por aquella conferencia. De todos modos, los medios de comunicación cubanos certificaron que el trabajo por la amnistía de los presos y los exiliados políticos españoles sería sostenido en el tiempo y que no se daba por finalizado con aquella conferencia en la capital uruguaya. El patronato que encabezaba Alfredo Guevara contaba además con otros insignes miembros entre personalidades y organizaciones para llevar a término aquella lucha para liberar a los españoles que permanecían presos en las cárceles franquistas y para permitir el regreso de aquellos otros que permanecían exiliados. Formaban parte del patronato, como era de esperar, todas las instituciones de la España republicana. Sin embargo, entre sus integrantes había tantos cubanos como españoles. Dentro del patronato se habían integrado la mayoría de los directores de los diarios cubanos: Carlos Franqui, director de *Revolución*, Mario Kuchilán, director del periódico *Prensa Libre*, Raúl Valdés, subdirector del diario *Hoy* o Luis Gómez Wangüemerte, Directo del periódico *El Mundo*⁵²⁷. Todos los diarios de Cuba, de los grandes a los pequeños, pasaron a integrar las filas de la España antifranquista y también muchas revistas de indudable influencia, como la revista *INRA* o *Verde Olivo*⁵²⁸, órgano de expresión de las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

La causa de la España republicana contó con el sustento de los responsables de los principales diarios y revista de Cuba y no sólo con la predisposición de sus directores a ofrecer sus páginas a la denuncia del franquismo, sino que de forma explícita hicieron suya la causa republicana a través de la militancia en el Patronato Cubano Pro-Amnistía. Los medios de comunicación que se habían puesto al servicio

⁵²² *Ibidem*, pág. 3.

⁵²³ *Idem*.

⁵²⁴ *Idem*.

⁵²⁵ *España Republicana* (Año XXIII). Núm. 490. La Habana: miércoles, 1 de febrero de 1961, pág. 16. Mensual.

⁵²⁶ *Idem*.

⁵²⁷ *Idem*.

⁵²⁸ *Idem*.

del Gobierno revolucionario lo estaban ahora al servicio de la causa republicana, que a partir de entonces difundió su mensaje en la prensa escrita y en los medios radiados y televisados como si fuera parte del programa de la Revolución cubana.

Sin embargo, el apoyo a la España republicana no se encontraba sólo en los medios de comunicación, pues en dicho patronato figuraban también como integrantes la totalidad de las organizaciones revolucionarias. Las tres formaciones políticas que cubrían todo el arco revolucionario, desde el PSP al Movimiento 26 de Julio, pasando por el Directorio Revolucionario 13 de Marzo se integraron también el Patronato Pro Amnistía a través de un representante, como también lo hicieron la Federación de Mujeres Cubanas, la CTC Revolucionaria, la Asociación de Jóvenes Rebeldes y la Federación Estudiantil Universitaria⁵²⁹. Además, desde el mundo de las letras llegó también el sustento de escritores y poetas cubanos que eran universales, como Nicolás Guillén o Alejo Carpentier, a los que se unieron figuras del celuloide como Tomás Gutiérrez Alea y Santiago Álvarez⁵³⁰. Lo más granado del mundo de la cultura cubana en comunión con la totalidad del tejido asociativo, político, propagandístico e informativo que militaba en las filas de la Revolución cubana comenzó a hacerlo también en las filas de la España republicana, haciendo buena aquella máxima de que Cuba no era ajena a los problemas de España. El Patronato Pro Amnistía gozó así de la mayor consideración entre los cubanos y aquello propició que a partir de entonces la voz de España fuera la voz del exilio y en ningún caso la que pudiera provenir de la oficialidad franquista.

La Revolución cubana, después de un período de prudencias, optó abiertamente por la España republicana y lo que era un sentimiento de simpatía evidente aunque no siempre explicitado comenzó a hacerse público y adoptó un carácter oficial. Los sectores de la Iglesia más conservadora, sobre los que el franquismo podía ejercer una poderosa influencia, se habían enfrentado ya al Gobierno fidelista y actuaban en connivencia con ciertos sectores de la contrarrevolución. De este modo, a finales de 1960, los campos se habían ya deslindado y la dirigencia revolucionaria conocía con precisión cuales eran los sectores dentro de la colonia española con los que podía contar para el futuro en el interior de Cuba. Y, lógicamente, aquellos apoyos no estaban entre el clero regular y secular de origen español, aunque hubiera algunas excepciones, sino en los sectores republicanos, que en su inmensa mayoría militaban ya en el tejido asociativo que medraba a la sombra del Gobierno cubano.

14.8.2 El pensamiento mítico como sustento de la solidaridad entre cubanos y españoles

En el último bimestre de 1960 y en el primero de 1961 la dirigencia cubana había impulsado un cambio que había tenido como escenario lo que en la teoría del marxismo clásico se definió como “superestructura”. La política se erigió entonces en el eje central, y desde ella se tejió la estrategia productiva y defensiva, se acomodaron a la nueva realidad las estructuras estatales y se proyectó una imagen del mundo tendente a dotar de coherencia todas las iniciativas gubernamentales, tanto en política exterior como en política interior.

Los viejos comunistas cubanos, relegados a un segundo plano durante el primer año de revolución, ganaron relevancia durante el segundo, y a principios del tercero estaban ya firmemente acostados a la vera de los dirigentes revolucionarios. Aquella nueva posición del comunismo prerrevolucionario dejó como consecuencia que sus iconos en la historia de Cuba pasaran a formar parte del panteón oficial. Así pues, como ya hemos apuntado, junto a los revolucionarios de un marcado carácter soberanista y nacionalista, Martí, Maceo, Máximo Gómez, Guiterras o Eduardo Chibás, se colocaron los nombres de otros revolucionarios que habían estado vinculados a las ideas socialistas y comunistas. Éstos eran Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena y Pablo de la Torriente Brau.

⁵²⁹ *Idem.*

⁵³⁰ *Idem.*

El feliz hallazgo de aquella unión no podía ser más oportuno, pues al colocar a estos tres revolucionarios socialistas cubanos al lado de la terna de hombres, que partiendo de Martí y finalizando en Chibás, habían dado sentido al nacionalismo cubano se contribuía a cargar de legitimidad a la dirigencia revolucionaria cubana entronizada en 1959.

Así pues, los beneficios de aquel encuentro entre soberanistas y socialistas, entre los revolucionarios de finales del XIX y aquellos que provenían de la revolución de los treinta, eran palpables, pues servían a los intereses del grupo hegemónico que encabezaba Fidel Castro, donde se daban cita las corrientes revolucionarias de casi un siglo de lucha. Fidel Castro era la quinta esencia de este encuentro, pues en él se recogía la herencia de las figuras más destacadas del nacionalismo cubano, de aquello que podríamos definir como corriente martiana, y aquellas otras que hablaban de las diferentes sensibilidades que dentro del marxismo habían tenido su protagonismo en Cuba.

Tomando este apunte como premisa se comprende la relevancia que alcanzaron los aniversarios de la muerte de Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena, el primero asesinado por la reacción del “machadato” en tierra mejicanas y el segundo fallecido poco después de la caída de la dictadura de Machado. Los dos habían militado en las filas del comunismo cubano, se habían destacado en la lucha contra la dictadura de Machado y habían tenido su protagonismo en la preparación de la caída de este último en 1933. Los dos habían perdido la vida en el mes de enero, lo que facilitó la oleada de homenajes durante el primer mes de 1961 como nunca antes en la historia de Cuba.

La colonia española no era ajena a todos estos actos de recuperación de la memoria histórica y encontró en Pablo de la Torriente Brau, compañero de filas y coetáneo de los dos anteriores, el referente sobre el construir los vínculos entre la España antifranquista y la Revolución cubana. Unos vínculos que resultaban evidentes, pero que a través de la figura de Pablo de la Torriente podían propagarse entre la sociedad cubana y la colonia española sin demasiado esfuerzo. Pablo de la Torriente había participado en la Guerra Civil española y había caído en Majadahonda frente a las huestes franquistas. De la Torriente no había militado en el comunismo cubano, como Mella y Martínez Villena, pero sí lo había hecho en el español, formó parte del PCE, y había tenido además un papel destacado en la contienda española como comisario político y miembro del Estado Mayor del 109 batallón de la séptima división del Ejército republicano⁵³¹.

El revolucionario cubano había perdido la vida en Majadahonda el 19 de diciembre de 1936. Así pues, los homenajes efectuados por españoles y cubanos durante el mes de diciembre de 1960 y el de enero de 1961 no se hicieron esperar. Aquellas organizaciones y personalidades españolas que se habían citado para jurar la Declaración de La Habana y aquellas instituciones y personalidades cubanas que habían creado el Patronato Cubano Pro Amnistía se dieron cita de nuevo para hacer de la figura de Pablo de la Torriente el vínculo entre ambos pueblos, pues aquel mártir cubano de la Segunda República era la muestra heroica de que se podía defender la revolución y la idea nacional de Cuba luchando en tierras españolas, del mismo modo que luchar contra el franquismo significaba sustentar a la Revolución cubana.

El día 18 de diciembre de 1960, a través del espacio televisivo Universidad Popular, se rindió homenaje a la memoria de Pablo de la Torriente Brau y se aprovechó la ocasión para explicar las características de la lucha del pueblo español contra el franquismo. Al acto se le dio la mayor cobertura informativa y a tal efecto se transmitió a toda la isla a través de las cámaras y micrófonos del FIEL (Frente Independiente de Emisoras Libres). Los ponentes en aquella nueva entrega de la Universidad Popular fueron Santiago Frayle, René Anillo y Ricardo Alarcón, hombres del

⁵³¹ Báez Hernández, Luis: *Conversaciones con Juan Marinello*, Casa Editorial Abril, La Habana, 2006, pág.45 y Ramos Valdés, Humberto y Gómez García, Carmen: *Op. Cit.*, pág. 51.

Movimiento 26 de Julio y del Directorio Revolucionario 13 de Marzo, a los que acompañaron el poeta Nicolás Guillén y los exiliados republicanos José Forné Farreres, integrante del PSUC⁵³², y el omnipresente José González Jerez en representación del PCE, que lanzaron tres discursos sobre el pasado y el presente de España.

España Republicana publicó los tres discursos; sin embargo, el de mayor calado, a nuestro modo de ver, corrió a cargo de Guillén. El poeta afrocubano comenzó su discurso ahondado en los textos de Martí para rescatar aquellos pasajes en los que se hablaba de la necesidad de distinguir entre el pueblo español y algunas de sus clases dirigentes. Martí había señalado a raíz de la guerra contra el colonialismo español que en Cuba se luchaba por “*libertad del hombre*” y que había en Cuba muchos españoles que amaban aquella libertad. “*A esos españoles*”, había señalado Martí, “*los atacarán otros; yo los defenderé toda mi vida*”⁵³³. Aquellas palabras de Martí sirvieron, según Guillén, para que el pueblo cubano, “*cuando Franco se sublevó contra la República*”, supieran a qué atenerse⁵³⁴. Guillén, haciendo uso de su honda vena poética, señaló entonces que, tras el estallido de la Guerra Civil española, “*Cuba sintió el latigazo franquista en el rostro de España como si lo hubiera recibido en carne propia*”⁵³⁵. Aquel golpe cuartelario había colocado a los cubanos ante el recuerdo de los espadones del período colonial. Cuba se había estremecido en la segunda mitad de los años treinta con aquella guerra que había asolado España y a partir de aquel momento “*un puente de lágrimas, de abrazos y de fusiles*” salvó el océano que separa a ambos países⁵³⁶. Cuba había sentido aquella guerra como propia, según señaló Guillén, y por tanto, se involucró en ella desde el primer momento:

“*Quienes no habían tenido ocasión todavía de arriesgar su vida por la tierra propia, y otros que ya lo habían hecho en la lucha contra la tiranía de Machado, fueron a pelear y morir en una tierra lejana, sabedores de que allá se estaba combatiendo por la dignidad del hombre, fuese cubano o español; por el hombre numeroso, como cifra universal*”⁵³⁷.

Uno de los primeros en embarcarse rumbo a España había sido Pablo de Torriente Brau. Guillén destacó en Pablo de la Torriente sus cualidades culturales y no pasó por alto tampoco su proximidad al pueblo. El joven revolucionario cubano había vivido el drama de la dictadura de Machado, había sufrido los rigores de la abortada revolución de los años treinta, sufría ante la realidad de una Cuba que era incapaz de librarse del abrazo imperialista y había llegado a la conclusión que, para vencer al imperio, debía combatirse en todos frentes, pues el pueblo era igual en todas partes y luchaba contra los mismos enemigos.

De este modo, cuando estalló la Guerra Civil española, Cuba, como nación soberana, no pudo permanecer impasible ante la tragedia de la antigua metrópoli, pues sabía que los mismos individuos que estaban asolando al pueblo español y a su Gobierno republicano eran los que habían privado a Cuba de su libertad. El dictador Machado desde Cuba representaban los mismos valores que atesoraban los golpistas españoles y por tanto, frente aquella concepción antipopular de la nación, Cuba no podía permanecer impasible.

Los enemigos del pueblo español pasaron a ser entonces los del cubano, pues, según Guillén, entre los “machadistas” y los franquistas no había grandes diferencias. Los enemigos de los pueblos de España y Cuba eran los que habían encadenado a la nación cubana a la Enmienda Platt y eran también los que habían asesinado a García Lorca, los que lanzarían poco después a la muerte a Antonio

⁵³² Exiliado de la Guerra Civil española, periodista y crítico literario y miembro del PSUC. Para consultar los detalles de su biografía véase: Domingo Cuadriello, Jorge: *Op. Cit.*, págs. 416 y 417.

⁵³³ *España Republicana* (Año XXIII). Núm. 489. La Habana: domingo, 1 de enero de 1961, pág. 15. Mensual.

⁵³⁴ *Idem.*

⁵³⁵ *Idem.*

⁵³⁶ *Idem.*

⁵³⁷ *Idem.*

Machado lejos de su patria e, igualmente, eran los mismos que habían encarcelado a Miguel Hernández en una mazmorra en Alicante, donde finalmente terminaría muriéndose.

Guillén pasó entonces a señalar la relevancia de Pablo de la Torriente Brau en la historia de Cuba. De la Torriente, según el poeta cubano, estaba entre los tres grandes revolucionarios que había dado Cuba en la primera mitad del siglo XX, los otros dos eran Martínez Villena y Julio Antonio Mella⁵³⁸. De los tres, verdaderos precursores de la Revolución cubana, según aseveró Guillén, De la Torriente había sido el único que había salido vivo del “machadato” y de los rigores de la revolución fallida de principios de los treinta, y el único, también, que había tenido *“la oportunidad de pelear con las armas en la mano en un frente de batalla, contra un enemigo que, siéndolo de España, lo era también de Cuba”*⁵³⁹.

Guillén definía a Pablo de la Torriente como *“el símbolo vivo, desde su muerte”*, de la cercanía entre el pueblo español y el cubano y justificaba aquel aserto con varios paralelismos históricos para probar a continuación que la lucha de Antonio Maceo contra Valeriano Weyler era la misma lucha que había sostenido De la Torriente contra Franco⁵⁴⁰. España y Cuba habían vivido las mismas tragedias y sus pueblos compartían prosapia. Sin embargo, según señaló el poeta cubano, Cuba era ya libre y España era todavía esclava, pero los cubanos amaban la libertad de los españoles y a los españoles que estaban luchando por liberarse los atacarían otros, pero los cubanos los defenderían toda su vida⁵⁴¹.

Nicolás Guillén parafraseaba a Martí llevando la liberación de Cuba al mismo terreno que la futura liberación de España y remataba su discurso señalando que *“se podía morir en otras tierras por la propia, porque los ideales de patria, justicia, independencia y libertad pertenecían a la concepción universal del hombre”*⁵⁴². El poeta cubano aseveró entonces que Martí había intuido aquella verdad pensando en España y que Pablo de la Torriente había caído en España pensando en Cuba. Aquella era la mayor lección que podían sacar españoles y cubanos de su historia, pues, según remató Guillén para finalizar su discurso: *“El Apóstol”*, Martí, *“tenía razón, pero fue su discípulo”*, De la Torriente, *“quien habría de dársela, con todo nuestra América por testigo”*⁵⁴³.

Nicolás Guillén, perteneciente al Patronato Pro Amnistía, se involucró en todos los actos conmemorativos sobre la caída de Pablo de la Torriente en tierras españolas, pues éste revolucionario representaba como nadie la unidad de la lucha internacional por la liberación de los pueblos. Era además un referente para las nuevas generaciones que permanecían inmersas en la Revolución cubana y representaba como nadie la lucha de Cuba por la liberación de España. Aquella idea no era privativa del poeta cubano, pues los que lo habían tratado, entre ellos sus coetáneos que permanecían ahora inmersos en la revolución fidelista, también lo creían, como era el caso de Juan Marinello o Raúl Roa⁵⁴⁴. En Pablo de la Torriente se encontraba aquella suma de nacionalismo, internacionalismo y socialismo en la que militaba la Revolución cubana. De esta suerte, su figura resultaba ahora de lo más atrayente para construir el discurso revolucionario, pues, De la Torriente Brau era la muestra evidente, junto Martínez Villena y Julio Antonio Mella, de que el socialismo cubano tenía raíces propias y que estas no podía explorarse sin la asunción y el análisis detallado de la formación y origen del nacionalismo cubano.

La colonia española residente en Cuba, especialmente aquellos grupos que se habían erigido en representantes de ella, comprendieron las virtualidades que encerraba la figura del héroe de

⁵³⁸ *Idem.*

⁵³⁹ *Idem.*

⁵⁴⁰ *Idem.*

⁵⁴¹ *Idem.*

⁵⁴² *Idem.*

⁵⁴³ *Idem.*

⁵⁴⁴ Báez Hernández, Luis: *Op. Cit.*, pág.44-46 y Ramos Valdés, Humberto y Gómez García, Carmen: *Op. Cit.*, pág. 48-52.

Majadahonda, pues, en él, lo cubano y lo español, lo nacional y lo internacional, el nacionalismo y el socialismo parecían tan entrelazados que llegaban a confundirse. Pablo de la Torriente Brau era la figura que mejor podía servir al exilio español para engancharse al carro de la Revolución cubana. Los españoles eran conscientes de esta realidad y tomaron la historia y la obra política y literaria del malogrado revolucionario como un referente para construir su identidad dentro de la Revolución cubana.

Un día después de que Nicolás Guillén lanzara su discurso. Es decir, el 19 de diciembre, justo el día en que el joven revolucionario había caído en Majadahonda luchando a favor de la Segunda República, se celebró un segundo acto en la central azucarera Orozco con motivo de su cambio de nombre. A partir de entonces pasaría a llamarse Pablo de la Torriente Brau. En aquel acto, al que acudieron los representantes de la colonia española y del Patronato Pro Amnistía, la tribuna estuvo presidida por un retrato del revolucionario cubano engalanado con las banderas de Cuba y de la República española. El acto en cuestión comenzó con las notas del himno nacional cubano y con el himno de la Segunda República, el himno de Riego⁵⁴⁵.

Varios españoles y varios cubanos tomaron la palabra en aquel nuevo encuentro en memoria del revolucionario cubano caído en Madrid y allí se acometió, según señaló la revista *España Republicana*, un análisis de la vida y obra de Pablo de la Torriente Brau; “*del desarrollo de la lucha de los pueblos de Cuba y España; del triunfo de la Revolución cubana y su significación nacional e internacional; de la situación de la lucha del pueblo español y de sus perspectivas*”, y de la correlación de fuerzas que existían en el mundo en aquel momento⁵⁴⁶. Aquel encuentro cargado de simbología ofreció, como certificó *España Republicana* en sus páginas, “*una expresión cabal de la estrecha unidad de cubanos y españoles, en defensa de la Revolución cubana y de la causa de la libertad del pueblo español*”⁵⁴⁷.

La España del exilio a través de la figura de Pablo de la Torriente se amoldaba así a los cambios de la revolución y encontraba el vehículo ideal para responder a los llamamientos que llegaban desde la dirigencia revolucionaria. A mediados de febrero, como hemos comentado, la cúpula ministerial, con Fidel Castro al frente, se había lanzado a las labores de la zafra. El Consejo de Ministros en pleno se había alistado en la corta de caña en lo que pasó a llamarse la “primera zafra del pueblo” y la comunidad española, con sus representantes al frente, no quiso ser menos, organizándose en brigadas de trabajo entre las que destacó el “Batallón de Trabajo Voluntario Pablo de la Torriente Brau” radicado en La Habana.

Como había señalado Gramsci en su teoría política, el intelectual orgánico estaba obligado a mezclarse en “*la vida práctica, como constructor, como organizador*” y como “*persuasor permanente*”⁵⁴⁸. Tenía que liberarse, en definitiva, de su condición de especialista para transformarse en dirigente. Esto fue precisamente lo que movió a la dirigencia cubana y también a aquellos miembros de la comunidad española que se habían erigido en sus nuevos dirigentes. La Casa de la Cultura, organización vinculada a los exiliados de la Guerra Civil española desde el inicio de la contienda, dio un paso al frente y desde finales de febrero se unió a las labores de corta, como estaba haciendo ya gran parte de la población cubana. El intelectual orgánico debía pasar de la especulación contemplativa, propia de los intelectuales tradicionales, a la dirección. Es decir, tenía que convertirse en dirigente, un dirigente que quedaría encarnado y se definiría a través de la suma de las labores propias del “*especialista*” y del “*político*”⁵⁴⁹. Gramsci hablaba así de un intelectual vinculado a

⁵⁴⁵ *España Republicana* (Año XXIII). Núm. 489. La Habana: domingo, 1 de enero de 1961, pág. 1. Mensual.

⁵⁴⁶ *Ibidem*, pág. 4.

⁵⁴⁷ *Idem*.

⁵⁴⁸ Gramsci, Antonio: *Cuadernos de la cárcel*. Volumen 4: *Op. Cit.*, pág. 382.

⁵⁴⁹ *Idem*.

producción, a la conducción política y al trabajo material. El teórico marxista italiano había ido incluso más allá y exigía de este intelectual su vinculación al trabajo “*más primitivo y descalificado*”⁵⁵⁰. De lo que se trataba era de generar una nueva concepción del mundo que fuera capaz de dotar de sentido al bloque hegemónico que surgiera de las clases populares y, por lo tanto, el intelectual proveniente de estas clases debía estar vinculado “*al desarrollo de formas reales de vida*”⁵⁵¹.

Aquella máxima “gramsciana” parecía encajar a la perfección con la actitud mostrada por los dirigentes del pueblo cubano y también por la imitación que de esta postura se estaba recreando dentro de los nuevos conductores de la comunidad española. La posición que los grupos dirigentes trataban difundir entre las clases populares tenía que articularse por medio de mecanismos que fueran más allá del ejercicio retórico y dialéctico de la oratoria; tenía que articularse a través del ejemplo y del sacrificio en las labores de aquel pueblo al que pretendían representar. Así pues, las teorías de Gramsci nos ofrecen una explicación cabal de lo sucedido, la implicación en la producción no era algo privativo de las clases trabajadoras, pues era tarea de todos, especialmente de las clases dirigentes y de los sectores más concienciados políticamente dentro del bloque hegemónico. Lenin articulaba esta necesidad de implicación de los más concienciados bajo otro tipo de elucubraciones teóricas. El político ruso acuñó la idea de la emulación socialista, entendida como el llamamiento a aquellos sectores más conscientes dentro del campesinado y las masas obreras para que ejercieran el liderazgo y se desempeñaran en las labores de arenga y control⁵⁵².

Atendiendo a estos planteamientos y tomando como referencia un planteamiento sincrético entre las teorías “gramscianas” y las leninistas nos podemos acercar a una comprensión de lo que significaban aquellas imágenes de ministros desempeñándose como cortadores de caña entre el resto de los guajiros o de todo un presidente del Banco Nacional de Cuba ejerciendo como peón de albañil entre el resto de trabajadores del ramo de la construcción. Los líderes cubanos habían dado un paso al frente para implicarse en aquellas tareas que más necesarias eran para la supervivencia de la Revolución cubana y los representantes de la colonia española captaron el mensaje y movilizaron a los españoles políticamente más conscientes para que arengan a su comunidad con el propósito de sumarse a las labores productivas. En todas las localidades cubanas donde existía una delegación de la Casa de la Cultura, los españoles antifranquistas constituyeron batallones de trabajo voluntario para partir hacia los cañaverales junto al resto de partidas de cubanos para colaborar en las labores de “la primera zafra del pueblo”. Y a partir del primer número del mes de abril la revista *España Republicana* comenzó a publicar fotografías de batallones de trabajo formadas por españoles.

En el municipio de Ciego de Ávila se constituyó un batallón de estas características, como también se formó otro en Santiago de Cuba⁵⁵³. Este último se organizó como una brigada de trabajo voluntario para las labores de corta en los cañaverales, pero mostrando además su disposición “*a acudir al frente de trabajo*” que demandaran los dirigentes revolucionarios⁵⁵⁴. La Casa de la Cultura de Victoria de Tunas organizó también un batallón de voluntarios que intervino en las labores de la corta de caña y también en las de la recogida de algodón⁵⁵⁵. Sin embargo, el más amplio se formó en La Habana, donde estaba situada la sede central de la Casa de la Cultura. Todos los domingos el “Batallón de Trabajo Voluntario Pablo de la Torriente Brau” partía desde La Habana con destino a diversos centrales azucareros de la isla para afrontar las labores de corta.

⁵⁵⁰ *Idem.*

⁵⁵¹ *Idem.*

⁵⁵² Lenin, Vladimir Ilich, “¿Cómo debe organizarse la emulación?”: *Op. Cit.*, págs. 196-200.

⁵⁵³ *España Republicana* (Año XXIII). Núm. 492. La Habana: primera quincena de abril de 1961, pág. 13. Quincenal.

⁵⁵⁴ *Idem.*

⁵⁵⁵ *Idem.*

Al amanecer de cada domingo un carrusel de autobuses y camiones transportaban a hombres y mujeres de la España antifranquista a los cañaverales. En la última semana de marzo el batallón de La Habana acudió de nuevo a una de aquellas citas dominicales para incorporarse a la corta, pero en esta ocasión el destino estaba revestido de una especial significación: El batallón habanero español había sido invitado por “*la Federación de Trabajadores de Matanzas a visitar el central España Republicana*”⁵⁵⁶. Aquel era el quinto domingo que el batallón de españoles ofrecía su trabajo para colaborar en la zafra y en justa compensación las autoridades cubanas habían decidido rebautizar la central en la que estaban prestando su trabajo. La anteriormente conocida como Central España se dotada ahora del apellido republicana “*como símbolo del sentimiento del pueblo de Cuba hacia el pueblo español*”⁵⁵⁷.

Aquellos domingos de trabajo voluntario había sido inaugurados por el gabinete ministerial y a partir de entonces la población se unió al empeño, los españoles hicieron lo propio y a través de las casas de la cultura distribuidas por toda la isla contribuyeron al esfuerzo del pueblo cubano. Al amanecer de cada domingo el espectáculo seguía un protocolo habitual, autobuses engalanados con banderas republicanas partían hacia los cañaverales, para escenificar lo que era una ya una realidad en Cuba, el lazo entre la ciudad y el campo y entre los pueblos de Cuba y España.

La España republicana se unía así a los objetivos de la revolución y se mezclaba con el pueblo cubano como parte integrante de él. En aquellas jornadas de trabajo voluntario “*las banderas de Cuba y de la República Española*” se mezclaban y “*ondeaban jutas*”, como acertadamente señalaba *España Republicana*, igual que se mezclaban los pueblos, pues ambos, españoles y cubanos, “*compartían anhelos e ideales*”⁵⁵⁸.

De este modo, después de aparecer la imágenes de Fidel Castro y del resto de ministros en la revista *Bohemia* entregados a las labores de corta, comenzaron también a proliferar en las páginas de *España Republicana* las fotografías de batallones de voluntarios españoles, especialmente el de La Habana que llevaba el nombre de Pablo de la Torriente, pues, como atinadamente señaló la publicación española en su primer número de abril, los antifranquistas estaban obligados a arrimar el hombro en el esfuerzo común. *España Republicana* justifica aquel esfuerzo con un razonamiento tan sencillo como concluyente:

“*Si ayer, Pablo de la Torriente Brau marchó a la tierra española a fundir su sangre con la de nuestro pueblo, hoy los españoles republicanos fundimos nuestro esfuerzo con el pueblo de Pablo. Y si mañana, los enemigos de Cuba, en su loco afán de paralizar la historia, imponen la lucha armada, los españoles republicanos estaremos junto al pueblo de Cuba en la defensa de su revolución, porque es una misma la causa de todos los pueblos y un mismo enemigo imperialista el que los amenaza*”.⁵⁵⁹

A finales de marzo la España del exilio había dado ya muestras más que evidentes de que había entendido el mensaje del pueblo cubano y que estaba por lo tanto dispuesta a integrarse en el proceso revolucionario con todas las consecuencias. Aquella voluntad de integración y de apuesta decidida por la revolución era captada también por los cubanos y a partir de abril la tirada de *España Republicana* pasó a ser quincenal en lugar de mensual. A partir de entonces la publicación republicana, fuertemente vinculada a las tendencias marxistas, pudo señalar sin atisbo de equivocarse que era ya

⁵⁵⁶ *Idem.*

⁵⁵⁷ *Idem.*

⁵⁵⁸ *Idem.*

⁵⁵⁹ *Idem.*

“el único periódico español de Cuba”⁵⁶⁰. Bajo esta aseveración Manuel Carnero⁵⁶¹, director de la revista, explicó el modo en que el apoyo de Cuba a la España antifranquista se había renovado tras el triunfo de la revolución. El problema de España, según lo expuesto en aquella columna, había dejado de ser para Cuba un tema secundario y las luchas del pueblo español contra el franquismo volvían a tener el apoyo de los cubanos como en tiempos de la Guerra Civil.

Según la opinión de Manuel Carnero, que no hacía otra cosa que vehicular la posición que mantenía la línea editorial de la revista, el proyecto revolucionario cubano había encontrado en la experiencia republicana de España un referente del que podía extraer valiosas experiencias, pues en Cuba se sentía como nunca antes que la amenaza imperialista azotaba a todos los pueblos y que por tanto la existencia del franquismo era un baluarte más desde el que amenazar a la Cuba revolucionaria.

El problema de España había dejado de ser un asunto ajeno para los cubanos, pues la lucha del pueblo español no difería de la que estaba sosteniendo el pueblo cubano para ganar su absoluta independencia. Aquella idea había calado en el pueblo cubano y desde la revista española se consideraba que ello era debido a la insistencia de Fidel Castro en llevar el problema español a los foros internacionales. La denuncia ante la ONU “del terror inmisericorde de Franco”, la insistencia mostrada desde Cuba de que no se volvería a repetir la historia de España y la denuncia constante sobre las arbitrariedades del régimen franquista y sus connivencias con el imperialismo norteamericano habían convertido al problema español en una preocupación para los cubanos⁵⁶².

Según señalaba Manuel Carnero, la demanda de información sobre la Segunda República, la Guerra Civil y el régimen franquista había aumentado de forma exponencial en Cuba debido a las referencias constantes de Fidel Castro y del resto de dirigentes revolucionarios a los asuntos de España. Así pues, era a la comunidad española residente en Cuba a la que le tocaba atender a aquella necesidad de información sobre el presente y el pasado reciente de España. De este modo, atendiendo a aquella necesidad, la revista *España Republicana* había decidido aumentar su tirada, sus contenidos y reducir la periodicidad de sus entregas para suplir las lagunas informativas que sobre España habían existido durante los últimos años en Cuba. *España Republicana* pasaría a ser quincenal a partir de entonces y aumentaría sus contenidos y su número de páginas.

Manuel Carnero afirmaba igualmente que durante años la colonia española había tenido en el *Diario de la Marina* su fuente de información prioritaria, pero desaparecido aquel diario de infausto recuerdo, de inclinación “anticubana y antiespañola”, había llegado el momento de lanzar un medio que pudiera expresar de forma cabal la realidad de la España franquista y al mismo tiempo las inquietudes, los anhelos y los proyectos del pueblo español en su lucha por la liberación⁵⁶³. La causa del pueblo español volvía a tener vigencia entre el pueblo cubano y aquello demandaba de un esfuerzo de la comunidad española para cubrir las demandas de información que sobre España tenían españoles y cubanos. En la primavera de 1961 *España Republicana* era ya el único periódico español de Cuba y debía hacer honor a ello ofreciendo una información más extensa, detallada y puntual de lo que sucedía en la España interior y en la exterior.

Manuel Carnero señalaba, cargándose de razones, que el *Diario de la Marina* había sido durante años la fuente principal de información para la comunidad española de Cuba. Sin embargo, había un medio

⁵⁶⁰ *España Republicana* (Año XXIII). Núm. 493. La Habana: segunda quincena de abril de 1961, pág. 2. Quincenal.

⁵⁶¹ Exiliado español de tendencias marxistas, tomó parte en la sublevación de Jaca contra la monarquía y fue una de los fundadores del afamado Quinto Regimiento durante Guerra Civil española. Tras un exilio previo en la República Dominicana recaló en Cuba en 1940 y a partir de este año se vinculó a todas las actividades del exilio antifranquista cubano. En 1959 asumió la dirección de *España Republicana*. Para conocer los detalles completos de su biografía véase: Domingo Cuadriello, Jorge: *Op. Cit.*, págs. 388 y 389.

⁵⁶² *España Republicana* (Año XXIII). Núm. 493. La Habana: segunda quincena de abril de 1961, pág. 2. Quincenal.

⁵⁶³ *Idem.*

al que Manuel Carnero no citaba y que había sido desde la desaparición del *Diario de la Marina* fuente de información para muchos españoles residentes en Cuba, sobre todo para aquellos sectores que habían hecho del catolicismo y de la revolución dos actitudes convergentes, esta publicación era *La Quincena*. Ahora bien, como se ha expuesto ya en los capítulos precedentes, a partir de la circular colectiva del Episcopado cubano de agosto de 1960 *La Quincena* había ido basculando hacia vías abiertamente críticas con el Gobierno revolucionario. Una actitud que se hizo ya especialmente visible en los últimos números de 1960 y que se tornó en postura abiertamente beligerante durante los primeros meses de 1961.

14.9 La revolución restauración y *La Quincena*: la historia de un fracaso

La Quincena sacó su último número el 15 de febrero de 1961 y en él no hubo ni una sola concesión al Gobierno revolucionario ni a los dirigentes cubanos. Aquella última entrega de la revista franciscana representó para sus lectores la constatación de que el modelo de revolución que había amparado un sector importante de la Iglesia había fracasado y mostró también que este mismo sector de la Iglesia no estaba dispuesto a apoyar la vía revolucionaria por la que había optado el bloque hegemónico imperante en Cuba. La revolución restauración o la revolución pasiva que había permanecido emboscada dentro de muchos sectores de la Iglesia, sobre todo de aquellos más estrechamente vinculados al nacionalismo cubano o a la doctrina social de la Iglesia, terminó por diluirse a comienzos de 1961.

La Quincena publicó su último número a mediados de febrero, aunque en ningún momento se comunicó a sus lectores de que estaban ante las páginas de la última entrega de la revista franciscana. Sin embargo, aquel número del 15 de febrero fue el último, y al mismo tiempo el primero de 1961. La revista no lanzó sus dos entregas de enero y tampoco la primera de febrero. En 1961 *La Quincena* lanzó un sólo número, el único de todo el año, pues la revista no volvió a la calle. En esta última entrega la redacción de *La Quincena* ocupó sus páginas con cinco bloques temáticos que se articularon a través de varios artículos para sostener un alegato en el que se refutaba la labor de la revolución.

En el primero de los temas, encuadrado en la sección “quince días”, se criticó agriamente la movilización ciudadana del país y sobre todo el uso que se había hecho de los edificios privados, entre ellos los pertenecientes o dependientes de la Iglesia, para acantonar y dar cobijo a tropas militares y milicianas. El segundo tema se centró en poner en evidencia la incompatibilidad de las ideas de José Martí con las ideas comunistas. Este segundo tema se vehicula a través de varios artículos en los que se exponía la patria soñada por Martí, según la interpretación de la línea editorial de la revista franciscana, y la patria que traían los comunistas bajo el brazo. Dos concepciones de Cuba que para la revista de la orden franciscana no eran compatibles. En el tercero de los asuntos se hablaba abiertamente de las connivencias del PSP con la dictadura de Batista. Unas connivencias que se contraponía al trabajo sostenido por el tejido asociativo católico para terminar con la dictadura batistiana; también este tema se presentó a través de varios artículos. En el cuarto bloque temático la revista abordó en diferentes trabajos un análisis de la justicia en Cuba, de la prensa cubana y de la educación, presentando los tres campos como ejemplos de la intervención gubernamental en áreas que antes conservaban su independencia. La justicia, la información y la educación eran ahora patrimonio del Gobierno revolucionario y la revista franciscana lamentaba aquella realidad. Una realidad que indudablemente perjudicaba a la oficialidad católica, sobre todos en los ámbitos educativos y en los propios de la comunicación. Y el último bloque temático, también sustentado a través de varios trabajos, giró en torno a las vinculaciones entre La Iglesia y la política, para justificar la miríada de pastorales que se habían lanzado desde la jerarquía católica en los últimos meses.

Aquel número de *La Quincena* ejemplificaba la situación a la que había llegado la Iglesia, que a través de aquella revista ponía al descubierto, en apretada síntesis, que no comulgaba con la reforma de la justicia organizada desde el Gobierno revolucionario⁵⁶⁴, que no estaba de acuerdo con la forma en que se estaba llevando a cabo el plan de alfabetización, el proyecto estrella de la dirigencia revolucionaria para 1961, y que en educación consideraban que el Estado invadía competencias que debían estar en manos de la decisión de los padres de los alumnos⁵⁶⁵.

La Quincena disenta también del papel jugado por la prensa⁵⁶⁶. La revolución había criticado el funcionamiento de los medios de comunicación durante el período republicano, una prensa que estaba sostenida en muchos casos por las autoridades y que respondía a intereses políticos y publicitarios. *La Quincena* no negaba aquel aserto y reconocía que durante largos períodos la censura había sido ejercida en Cuba bajo diversos procedimientos. Sin embargo, *La Quincena* criticaba la actitud del nuevo Gobierno ante los medios, pues Fidel Castro no necesitaba acudir a la censura. Había desarrollado otro mecanismo para controlar la información, la nacionalización de los medios⁵⁶⁷. *La Quincena*, incurriendo en una abierta exageración, señalaba que los medios de comunicación estaban en manos del “Partido”, léase el PSP, y que todo aquello que no comulgaba con sus ideas era atacado sin contemplaciones⁵⁶⁸.

La línea editorial de la revista franciscana hablaba de la imposibilidad de manifestarse como anticomunista, pues aquella postura colocaba a los defensores de aquella idea en la posición de contrarrevolucionarios. El anticomunismo era ideología perseguida en la nueva Cuba y los que la practicaban, como era el caso de la Iglesia y de parte de la feligresía, se les obsequiaba con “la difamación”, con “la injuria”, con “la calumnia”, con el “insulto soez y la ofensa procaz”⁵⁶⁹. Todo el que osara expresar criterios contrarios al “partido” sería perseguido. *La Quincena* acometía un análisis en el que partido y Gobierno parecían términos intercambiables y construía una imagen del mundo para sus lectores en la que ya no se hablaba de la influencia comunista en el Gobierno sino del dominio comunista del Gobierno.

El ataque a los miembros del PSP lanzado desde las páginas de *La Quincena* era inclemente, pues se les acusó de promocionar un nuevo imperialismo en Cuba, el representado por la URSS, y se les acusó también de apoyar a todo régimen que permitiera el aumento de la influencia de Moscú en La Habana. Los comunistas cubanos habían participado en el primer Gobierno de Batista y aquel argumento se utilizó con profusión en varios de los trabajos presentados en aquel número.⁵⁷⁰

Sin embargo, lo más grave para los intereses de la revolución, por lo que tenía de divisionista para los integrantes del bloque hegemónico que gobernaba los destinos de Cuba era aquella afirmación de que la teoría martiana y la socialista eran refractarias y que entre ellas no había maridaje posible. En un extenso artículo que llevaba por título una pregunta más que provocativa, la revista franciscana se preguntaba lo siguiente: “¿Martí, comunista?”⁵⁷¹ A aquella pregunta la revista daba cumplida respuesta a través de fragmentos de la obra de Martí en las que se ponía en cuestión las virtudes de las ideas socialistas⁵⁷². Además, se criticaba ásperamente la labor llevada a cabo por los comunistas para rescatar los pasajes de la obra martiana que se ajustaban a su argumentario o que podían inducir

⁵⁶⁴ *La Quincena* (Año VII). Núm. 1. La Habana: miércoles, 15 de febrero de 1961, pág. 7, 17 y 59. Quincenal.

⁵⁶⁵ *Ibidem*, págs. 13, 43 y 46.

⁵⁶⁶ *Ibidem*, págs. 4 y 5.

⁵⁶⁷ *Ibidem*, pág. 5.

⁵⁶⁸ *Idem*.

⁵⁶⁹ *Idem*.

⁵⁷⁰ *Ibidem*, págs. 10 y 11.

⁵⁷¹ *Ibidem*, págs. 1-13 del suplemento.

⁵⁷² *Idem*.

a equivoco⁵⁷³. *La Quincena* ponía así en marcha un mecanismo destructivo que haciendo caso omiso al contexto en el que se habían producido las ideas de Martí colocaba al socialismo como un enemigo irreconciliable del nacionalismo cubano. *La Quincena* demolía así los cimientos ideológicos sobre los que se estaba construyendo la revolución y ofrecía una imagen del nacionalismo cubano que para serlo tenía que combatir las ideas socialistas. Una postura, que a aquellas alturas del proceso revolucionario, ya sólo habitaba en las mentes de los que conspiraban desde el interior de Cuba o desde el exilio.

Martí y Marx eran incompatibles, según declaraban las autoridades católicas, y aquella idea recibió el sustento de varios trabajos, entre ellos uno que aparecía bajo el título de “*La patria que soñó Martí*” y bajo la firma de monseñor Eduardo Boza Masvidal⁵⁷⁴, enemigo declarado ya de la revolución y cuyas opiniones sobre Martí resultaban tan parciales como las esbozadas sobre el marxismo. Boza Masvidal, valiéndose de dos citas de Martí en las que se hablaba de la libertad y el Estado, señalaba que el prócer de la independencia cubana había luchado “*por una Cuba libre, democrática y cristiana*” y que el comunismo quería “*arrebatarle al pueblo todas aquellas cosas*”⁵⁷⁵.

En la Cuba de 1961, según el prelado cubano, se estaban viviendo “*momentos de intensa lucha ideológica*”, y, según su opinión, aquella lucha era debida a que el pueblo cubano tenía “*hondamente arraigados su cristianismo y su amor a la libertad*”⁵⁷⁶. La libertad y el cristianismo del que siempre habían hecho gala los cubanos habían despertado todos los mecanismos de defensa para que Cuba no se viera “*sometida por el comunismo*”⁵⁷⁷. Sin embargo, para monseñor Boza Masvidal, la lucha no estaba equilibrada, pues ser anticomunista te convertía en antirrevolucionario y ser anticatólico no te investía de aquella condición. Los anticatólicos recibían el sustento de “*los periódicos y los espacios radiales*” y habían encontrado “*franca simpatía y apoyo en los ambientes oficiales*”, quedando reservando el ataque y la descalificación para todos aquellos que habían cometido “*el pecado mortal de defender sus ideas cristianas y democráticas*” y que habían incurrido en “*la osadía de oponerse a la invasión de un sistema extranjerizante, totalitario y ateo*”⁵⁷⁸.

La Quincena a través de los reportajes, artículos y editoriales de aquel solitario número de 1961 se mostraba ya abiertamente contraria a la revolución y a todo lo que representaba. La Iglesia, a través de la única revista de prestigio con la que contaba, se colocaba así en el disparadero y no por mor de la supuesta campaña anticatólica, sino debido a sus planteamientos ideológicos, pues éstos eran totalmente contrapuestos al proyecto revolucionario. *La Quincena*, la antaño defensora del proceso revolucionario, se convertía hogaño en azote revolucionario, pues no contenta con desvirtuar el conglomerado ideológico con el que la dirigencia revolucionaria trataba de aunar voluntades y clases, criticaba también todas las medidas adoptadas por el Gobierno revolucionario. Y entre ellas quizás la más preciada: el llamamiento al pueblo para que defendiera la soberanía nacional por las armas si era necesario.

La movilización nacional decretada por el Gobierno revolucionario durante los últimos días de diciembre de 1960 y los primeros de días de 1961 fue criticada con acritud en las primeras páginas de *La Quincena*. La revista franciscana calificó aquella movilización de innecesaria y señaló que las milicias, “*en contingentes exagerados y equipadas con poderoso armamento*”, habían tomado el control del país de forma injustificada⁵⁷⁹. *La Quincena* desposeía a la movilización de toda mística y

⁵⁷³ *Ibidem*, págs. 2-4 del suplemento.

⁵⁷⁴ *Ibidem*, pág. 9.

⁵⁷⁵ *Idem*.

⁵⁷⁶ *Idem*.

⁵⁷⁷ *Idem*.

⁵⁷⁸ *Idem*.

⁵⁷⁹ *Ibidem*, pág. 4.

criticaba las formas de las que habían hecho gala los contingentes milicianos, presentándose “*en numerosos edificios privados, conventuales y educativos, convirtiéndolos en cuarteles de operaciones y alterando el ritmo normal de las actividades en ellos*”⁵⁸⁰.

La Quincena habló entonces de la toma del Convento de San Francisco por las milicias. Unas cuarenta milicianas habían permanecido acantonadas en el convento por el espacio de una semana, paralizando su funcionamiento. Lo mismo había sucedido en el Colegio de los jesuitas de Belén, al cual habían llegado de forma escalonada grupos de milicianos hasta alcanzar casi la cifra de trescientos. El edificio del colegio y todas sus dependencias habían sido tomados por orden militar y la reanudación de las clases tras el parón navideño se había visto afectada. Como consecuencia de todo ello, los padres se habían negado a enviar a sus hijos a las clases ante aquel ambiente bélico que reinaba en el colegio.⁵⁸¹

La acción de los padres de los alumnos del Colegio de Belén y de la federación de estudiantes de dicho centro no se limitó a la suspensión de las clases, fue más allá, y fue entonces cuando comenzaron los problemas. La Federación de Estudiantes de Belén emitió un comunicado que llevaba por título: “*Al estudiantado cubano*” y que se difundió en todo el país⁵⁸². Un comunicado en el que se acusaba a las autoridades cubanas de tomar como pretexto la defensa nacional para ocupar aquel centro de enseñanza, violentando así “*derechos ciudadanos contemplados en las leyes vigentes*”, sin que existiera para ello “*un estado jurídico de emergencia*”⁵⁸³.

La Federación de Estudiantes de Belén había lanzado aquel comunicado para denunciar la militarización del centro educativo y para informar sobre las medidas que se habían tomado al respecto como señal de protesta. Entre éstas estaban las siguientes: suspensión de las clases y consulta con el ministro de Educación, que delegó su responsabilidad en el capitán Aragonés, responsable nacional de las Milicias⁵⁸⁴. Después de aquellas gestiones nada se pudo arreglar, según informó la federación estudiantil, pues el capitán Aragonés les informó que las milicias permanecerían acantonadas en el centro “*mientras existiera el peligro de una inminente invasión*”⁵⁸⁵.

De todos modos, la Federación de Estudiantes de Belén no se encontraba sola en aquella protesta, la Asociación de Estudiantes de Villanueva, a la que, como se recordará de capítulos precedentes, se le habían encontrado ya vínculos evidentes con la contrarrevolución, se personó también en la causa abierta por el Colegio de Belén y lanzó un comunicado al estudiantado y al pueblo cubano en el que se denunciaban la ocupación del colegio y la excusa esgrimida para llevarlo a cabo, pues, según aquel comunicado, el riesgo de invasión no justificaba aquella violación de los derechos y las leyes vigentes en Cuba⁵⁸⁶. Además, la Asociación de Estudiante de Villanueva, como también denunció el Colegio de Belén, señaló que un miliciano había resultado herido como consecuencia de un disparo accidental, muestra evidente del peligro que suponía para el alumnado y los docentes el acantonamiento de tropas en las instalaciones del colegio aludido⁵⁸⁷.

La Quincena, después de reproducir los comunicados de la Federación de Estudiantes de Belén y de la Asociación de Estudiantes de Villanueva se decidió a exponer su versión de los hechos para arrojar luz sobre aquel asunto. Según señaló la publicación franciscana, en la madrugada del Día de Reyes, un destacamento de ochenta milicianos se había personado en el Colegio de Belén para hacerse cargo

⁵⁸⁰ *Idem.*

⁵⁸¹ *Idem.*

⁵⁸² *Idem.*

⁵⁸³ *Idem.*

⁵⁸⁴ *Ibidem*, pág. 5.

⁵⁸⁵ *Idem.*

⁵⁸⁶ *Ibidem*, pág. 5.

⁵⁸⁷ *Ibidem*, págs. 5 y 6.

“de la protección y custodia” del centro escolar. Las autoridades del centro habían aceptado el ofrecimiento. Sin embargo, la estancia de aquellas milicias en el colegio no se suspendió tras el inicio de las clases, una vez finalizado el parón navideño, y durante los días subsiguientes más personal miliciano fue llegando al centro.⁵⁸⁸

Los campos y las instalaciones deportivas del Colegio de Belén se convirtieron durante las primeras semanas de enero de 1961 en campos de entrenamiento ocasional para las milicias y fue entonces cuando cundió la alarma entre las familias. Los padres de los alumnos cursaron entonces peticiones al Ministerio de Educación para que se retiraran aquellas tropas del centro. Finalmente se decidió suspender las clases hasta el día 21 de enero, fecha en la que Kennedy habría tomado ya posesión del cargo y comenzaría la desmovilización popular.⁵⁸⁹

A pesar de la palabra dada por las autoridades cubanas sobre el desalojo del centro escolar el 21 de enero, ni el Colegio de Belén ni el resto de los centros católicos parecieron darse por satisfechos con aquel compromiso y se reunieron bajo el auspicio de la Jerarquía católica y de la confederación de colegios católicos para solidarizarse con el centro de Belén y poner en marcha una campaña de protesta. Entre tanto, el nuncio vaticano tampoco perdía el tiempo y se reunió con el ministro de Exteriores cubano para aclarar la situación. El arzobispo coadjutor y administrador apostólico de La Habana, Evelio Díaz, hizo lo propio con el presidente de la república en busca de garantías para el desalojo y, finalmente, el capitán Aragonés, responsable de todo el destacamento miliciano desplegado en el país, envió una carta dirigida al rector del Colegio de Belén anunciándole que las milicias abandonarían el centro cuando cesara la situación de emergencia. El centro fue desalojado finalmente el día 20 de enero.⁵⁹⁰

Aquella había sido la secuencia de los hechos. Sin embargo, aquel incidente había molestado profundamente a las autoridades eclesásticas. Desde *La Quincena* se criticó que el centro hubiera sido ocupado, resultando todavía más criticable, según la revista franciscana, la pérdida de más de una semana de clases como consecuencia de la ocupación.

Así pues, la pérdida de varios días de clase en un colegio jesuita de la capital cubana fue convertida por las autoridades de la Iglesia católica y de aquellos sectores que la apoyaban en un verdadero conflicto entre la Iglesia y el Estado cubano. La postura del Episcopado no había sido tampoco nada conciliatoria, pues en lugar de contribuir a serenar los ánimos entre los padres de alumnos se había lanzado a una apretada agenda de contactos con las autoridades del país para exponer su desagrado ante lo sucedido. Aquel episodio evidenciaba, para desgracia de la propia Iglesia y de la grey católica, que el Episcopado cubano estaba dispuesto a violentar a las autoridades cubanas siempre que hubiera un pretexto para ello.

La Iglesia había generado un agrio conflicto con el Estado cubano por el uso que los milicianos habían hecho de algunos centros e instituciones católicas durante aquel período de movilización popular, donde todos los edificios, públicos y privados, habían sido puestos a disposición del pueblo para atender las labores de defensa. La Iglesia consideró por el contrario que aquella no era su guerra y criticó el uso que el pueblo, del que se sentía guía y sustento, había hecho de los centros católicos para albergar a los cientos de cubanos movilizados. La Jerarquía católica elevó entonces su protesta y llegó un nuevo conflicto entre Iglesia y Estado que para encauzarlo había necesitado nada menos que de la intervención del presidente de la república y del ministro de Exteriores entre otros. Aquel nuevo desencuentro entre los dirigentes del pueblo y los del catolicismo era una muestra evidente del

⁵⁸⁸ *Ibidem*, pág. 6.

⁵⁸⁹ *Idem*.

⁵⁹⁰ *Idem*.

carácter extraterritorial de aquella Iglesia que parecía vivir al margen de lo que acontecía en Cuba y que comenzaban a sentir los problemas de la revolución y de la propia Cuba como ajenos.

Sin embargo, aquella puesta en escena ya no llamaba al asombro ni de propios ni de extraños, pues la posición de los jerarcas del catolicismo cubano era ya conocida por la población. La Iglesia, sus representantes y sus sustentos seculares se mostraban ya contrarios a la línea de gobierno impulsada por la dirigencia revolucionaria y no mostraban ya reparos en explicitar abiertamente aquel rechazo. La Iglesia desaprobaba la acción gubernamental y en aquel último número de *La Quincena* su línea editorial señaló que la posición adoptada por el Gobierno revolucionario había defraudado a muchos cubanos que enero de 1959 habían defendido el primigenio proyecto fidelista. La revista franciscana afirmó entonces que la dirigencia revolucionaria había cometido el error de dejarse arrastrar por los elementos marxistas, ignorando de este modo el peligro que suponía caer en la órbita socialista, ajena a los principios de la nacionalidad cubana y de su idiosincrasia⁵⁹¹.

La Quincena señaló además que nadie había dudado que el proyecto de industrialización nacional y la diversificación del comercio traería problemas con los Estados Unidos, sin embargo, lo que nadie esperaba era que para liberarse de la influencia económica del norte Cuba tuviera que entregarse “a la influencia económica de Moscú”⁵⁹². La solución no podía estar en el cierre del comercio con el continente americano para vincularse a los países socialistas, porque aquella vinculación tenía un peaje político⁵⁹³.

La Quincena culpaba de aquella situación al Gobierno revolucionario y señalaba que la provocación de la ruptura con los Estados Unidos en materia diplomática y comercial había llevado al país a un estado de sitio político y económico que no se podría aguantar por mucho tiempo. El pueblo, según *La Quincena*, aguantaría, al menos durante un tiempo, pero aquel aguante tenía un límite, pues los “excesos”, “la escasez” y “la excesiva movilización militar para defenderse de un enemigo armado” al que no se le veía por ningún lado mantenía al pueblo “en una situación de zozobra, de incertidumbre, de temor y de malestar” que se hacía palpable ya en toda la nación⁵⁹⁴.

El exilio de Carlos Prío Socarrás, presidente depuesto tras el golpe de Batista del 10 de marzo de 1952, y sus declaraciones contra el Gobierno revolucionario tras su salida del país eran la muestra evidente, según la revista franciscana, del “índice de malestar” que los acontecimientos de los últimos meses habían generado “en figuras que apoyaban y defendían el proceso rectamente iniciado el 1º de Enero de 1959”⁵⁹⁵.

Para *La Quincena* la situación a la que se había llegado sólo tenían una lectura: la revolución había sido traicionada. Sin embargo, a la revista de los franciscanos españoles le había faltado acotar el alcance de aquella traición, pues esta sólo afectaba a los sectores que dentro del reformismo mostraban mayor timidez ante el cambio. Los únicos que se sentían traicionados eran aquellos sectores del reformismo más moderado que no habían estado dispuestos a tolerar la dictadura batistiana y que por ello se habían integrado en las filas revolucionarias en enero de 1959, pero que, sin embargo, distaban mucho de desear una revolución política, económica y social profunda. Así pues, la que en realidad había sido traicionada no era la Revolución de Fidel Castro, sino la revolución pasiva, la revolución restauración sobre la que había teorizado Antonio Gramsci y que no significaba otra cosa que el acomodo de parte de las antiguas clases dirigentes al nuevo panorama abierto en

⁵⁹¹ *Idem.*

⁵⁹² *Ibidem*, pág. 7.

⁵⁹³ *Idem.*

⁵⁹⁴ *Idem.*

⁵⁹⁵ *Idem.*

1959. Nada mejor para confirmar aquel aserto que la partida de Prío Socarrás y los elementos del antiguo partido auténtico rumbo al exilio de Miami.

Ante esta perspectiva, *La Quincena* se mostraba coherente con sus principios, pues aquella revolución que estaba protagonizando el pueblo no era la revolución con la que la habían soñado algunos sectores de la Iglesia. La revista franciscana fue inclemente en éste su último número con los principios que había instaurado la revolución, quizás consciente de que ya no habría otra oportunidad más para arrojar toda su ira contra el Gobierno revolucionario.

Por lo demás, *La Quincena* descargó a la Iglesia de la responsabilidad de todos los conflictos que se habían vivido en los últimos meses con el Gobierno revolucionario y las autoridades cubanas, señalando, sin atisbo de rubor, que se había emprendido una campaña contra la Iglesia en los medios de comunicación y que de ella estaban siendo víctimas “*sacerdotes, iglesias y colegios católicos*”, especialmente en las últimas semanas⁵⁹⁶. De todos modos, según la revista franciscana, donde más graves habían sido los actos de provocación contra la Iglesia y sus autoridades era en la provincia de Oriente y desde allí el incansable monseñor Pérez Serantes lanzaba un duro alegato contra las autoridades cubanas para que se dieran fin a aquella, a su parecer, campaña anticatólica. El arzobispo gallego demandaba respeto y justicia para los católicos y en uno de los párrafos iniciales de aquel llamamiento a las autoridades políticas, publicado en *La Quincena*, señalaba lo siguiente:

*“Otra vez, muy a nuestro pesar, volvemos a levantar nuestra voz para denunciar una flagrante injusticia, repetida e impunemente perpetrada; para lamentar una campaña, abierta y sañudamente anticatólica; y para pedir amparo y defensa, invocando para ellos los derechos humanos, lamentablemente conculcados”*⁵⁹⁷.

Las apreciaciones de Pérez Serantes resultaban excesivas, pues las menciones a la conculcación de los derechos humanos no parecían del todo procedentes en aquel contexto. Sin embargo, su llamamiento incurrió en la misma dureza de la que habían hecho gala en sus cartas pastorales de los últimos meses. *La Quincena* dedicaba sus últimas páginas de su último número a demandar, en aquellos tiempos turbulentos, firmeza en la fe para resistir los embates del enemigo.

Con aquellas acciones y valoraciones sobre lo acontecido en Cuba durante las primeras semanas de 1961, la Iglesia, a través de la revista franciscana, había desaprovechado una vez más una gran oportunidad para congraciarse con el frente revolucionario. Sin embargo, aquella actitud ya no sorprendía a nadie, pues comenzaba a ser costumbre que la Iglesia arreciara sus ataques cuando la revolución hacía un llamamiento a la unidad o solicitaba el apoyo popular. La Iglesia se estaba convirtiendo en un foco de crítica permanente, el principal dentro de Cuba, y no dudaba en movilizar todos sus resortes organizativos y sus influencias para colocar al Gobierno revolucionaria en aprietos cuando se encontraba más acosado. La Iglesia, independientemente del grado de coordinación que tuviera con la disidencia del exterior de Cuba, parecía aprovechar siempre a aquellos episodios desencadenados por las autoridades norteamericanas o por la contrarrevolución radicada en Florida para generar un problema añadido a la dirigencia revolucionaria a través del sustento y la proliferación y promoción de conflictos internos en Cuba.

La Iglesia había perdido la batalla de ejercer algún tipo de liderazgo dentro de las huestes revolucionarias. Su revolución pasiva había fracasado, pues el nacionalismo cubano ya no era susceptible de ser contentado a través de un maquillaje reformista. Para ganar la soberanía había que producir en territorio cubano producto cubano, defenderse ante la injerencia extranjera, independiente de la naturaleza que adoptara dicha injerencia, y contener el empuje norteamericano y su estrategia

⁵⁹⁶ *Ibidem*, págs. 57 y 58.

⁵⁹⁷ *Ibidem*, pág. 58.

de bloqueo económico y diplomático. Aquellos tres objetivos, defensa, producción y soberanía, corrían ya parejos al cambio de sistema político, económico y social. El capitalismo, tal y como se había entendido en la vieja Cuba, había desaparecido y con él todas las instituciones que habían medrado a su vera, pues aquel capitalismo de viejo cuño era incompatible que la soberanía efectiva y dejaba los frutos del trabajo cubano en manos extranjeras. De esta suerte, cuando llegó la primavera de 1961, el proyecto fidelista se había quedado ya únicamente con los verdaderos revolucionarios, con aquellos que pensaban que el cambio, dado el contexto, afectaría a la totalidad del sistema de vida imperante hasta la fecha y que por tanto aquel cambio necesariamente circularía por los rieles de la vía socialista.

14.10 Cierre y apertura, epílogo y obertura: Cuba hacia el socialismo

Durante el primer bimestre de 1961, el pueblo de Cuba dio el paso definitivo para hacerse con las riendas del poder. A partir de entonces sociedad civil y sociedad política trabajaron en el proyecto revolucionario de forma más coordinada. Y todo ello debido a que el grupo hegemónico que imperaba en la nueva Cuba se había liberado de los sectores más reacios a profundizar en la vorágine del cambio. Cuba había optado por un modelo alternativo al capitalismo norteamericano que había imperado en las últimas seis décadas y estaba llevado a cabo el proceso de transición de la revolución antimperialista a la revolución socialista, que por serlo era también baluarte ante el imperio, haciendo uso de las mismas clases dirigentes que habían llegado al poder en enero de 1959.

La operación se había llevado a cabo a través de un drenaje que liberó al pueblo de Cuba de aquellos sectores más renuentes a romper de forma definitiva con la herencia del pasado. Al frente del Gobierno estaban los mismos hombres que habían expulsado a Batista por la fuerza de las armas, pero ahora, después de veintiséis meses de reformas y transformaciones en lo político, en lo económico y en lo social, trabajaban ya para la construcción del socialismo. Un socialismo que por encima de todo era cubano, pues en él no se rompía con los próceres de la independencia, ni con el acusado nacionalismo que había imperado en los sectores progresistas del período republicano, pues este nacionalismo pervivía con más fuerza que nunca.

Los dirigentes revolucionarios, hijos y mentores del proceso emancipador cubano, había conseguido aunar nacionalismo y socialismo en un proyecto nacional único. La Revolución cubana era ya nacionalista, antiimperialista y socialista y aquello la había convertido en una alternativa para las Américas al margen de los Estados Unidos. Quedaba solamente por determinar si la revolución sería capaz de resistir aislada del poderoso coloso del norte y de las influencias que ejercía en el resto del continente y quedaba también por comprobar si Cuba podría integrarse económicamente en el bloque socialista, estableciendo un intercambio comercial regular con unos países tan distantes. Sin embargo, el cambio se había ya orquestado y los cimientos del capitalismo cubano, después de tambalearse, habían terminado por derrumbarse.

La dirigencia revolucionaria tenía el apoyo decidido del pueblo cubano: al cubano se le había pedido un esfuerzo en la defensa de la nación, se le había pedido que tomara las armas para defender el suelo cubano, y el pueblo había respondido. Con posterioridad se le había solicitado un esfuerzo en las labores productivas y los batallones de voluntarios proliferaron entonces para hacerse cargo de las tareas más gravosas, que eran imprescindibles para no caer en el colapso económico.

Aquel cambio radical propició que los cimientos de la comunidad española residente en Cuba detonaran. Las corrientes marxistas y sobre todo aquellos elementos dentro de ellas que eran capaces de articular el discurso socialista con el nacionalista, pasaron al primer plano, arrinconando y desalojando a los católicos del papel primigenio que habían ostentado antaño dentro de la comunidad española. La revolución entraba en su fase definitiva y ahora ya no servían las recetas acomodaticias

y de tímido reformismo que habían imperado dentro de los sectores católicos. La revolución restauración había fracasado y la revolución socialista tomaba ahora el relevo. Los jacobinos se habían impuesto sobre las tendencias “termidorianas”.

Después de octubre de 1960 Cuba decidió entrar en una nueva senda y en la primavera de 1961 la dirección revolucionaria había acomodado ya el aparato estatal y las organizaciones del entramado civil para hacer efectivo este cambio. La comunidad española de Cuba, con cierto desfase temporal, siguió la senda trazada por el Gobierno revolucionario y a principios de marzo de 1961 estaba ya preparada para contribuir a las necesidades de Cuba con todo su potencial.

Así pues, en la primavera de 1961, en Cuba, se trabajaba para construir el socialismo; sin embargo, nadie osaba todavía mentar aquella realidad que se presentaba ante los ojos de todos. Cuba era ya el primer régimen socialista de América, pero sus clases dirigentes consideraron que aún no había llegado el momento de reconocer abiertamente el evidente carácter socialista de la revolución.

¿A qué se debía este reparo a asumir la condición que ya ostentaba el proceso revolucionario? A nuestro modo de ver, el pueblo de Cuba apoyaba de forma mayoritaria a la revolución, pero dentro de este pueblo existían todavía evidentes reparos a asumir ciertos carteles, la propaganda sobre la realidad de los países socialistas había hecho mella, generando numerosos prejuicios, y declarar que aquella revolución era socialista podía amedrentar a algunos grupos que estaban inmersos en el proceso revolucionario. Por otro lado, proclamar la condición socialista de la revolución significaba munición para el sector disidente, que promovía la contienda nacional en todos los frentes y que contaba además con apoyo norteamericano para reforzarse y presentar batalla.

El país vivía una transformación impetuosa y estaba decidido a emprender y consolidar un cambio radical en todos los órdenes. La revolución había creado nuevos espacios desde los cuales las clases antaño preteridas tenían ahora la oportunidad de ejercer de forma efectiva unos derechos que antes pertenecían solamente a unos pocos. Así pues, a través de estos cauces de participación que el Gobierno fidelista había abierto, la sociedad se organizaba desde los planteamientos de clase que le eran propios y lo hacía, de forma consciente muchas veces y otras tantas de forma inconsciente, bajo patrones que llevaban la impronta socialista. En aquel contexto de confrontación, entre los antiguos dominadores que promovían una fuerte oposición ideológica y armada a todos los procesos de transformación que se habían puesto en marcha y el pueblo que participaba de ellos, terminaría definiéndose el proceso. El pueblo tendría que presentar batalla con las mismas armas que sus contendientes y si finalmente terminaba sosteniéndose sería él mismo el que defendería la revolución y todo lo que ella traía aparejada: la soberanía, la independencia de los Estados Unidos y también el socialismo que se estaba construyendo. La proclamación del carácter socialista de la revolución se proclamaría cuando el pueblo tuviera que defender en una batalla definitiva el proyecto revolucionario cubano, pues al hacerlo defendería los patrones organizativos sobre los que se estaba construyendo la nueva sociedad.

VIVA LA CIENCIA SOVIETICA

PRIMER VIAJERO SIDERAL UN HOMBRE DE LA U.R.S.S.

El 12 de abril pasará a la historia como el día de la más grandiosa y portentosa hazaña de la ciencia. Y ese honor le ha correspondido a la ciencia soviética, triunfadora del Cosmos.

En ese día ha sido lanzada al espacio la nave "Vostok" que tiene un peso de 4.732 kilogramos, sin incluir el peso de la etapa final del cohete que la transportó.

El primer navegante del espacio es el piloto soviético Yuri Alekseyevich Gagarin.

La nave soviética alcanzó una altura máxima de 302 kilómetros y mínima de 165 kilómetros, en la órbita alrededor de la tierra. El tiempo de revolución de la nave alrededor de la tierra, es de 89,1 minutos.

Según las primeras informaciones el vuelo se desarrolló normalmente. El piloto estuvo en todo momento comunicándose con los científicos soviéticos, que al mismo tiempo lo observaban por televisión. Llegado el momento previsto Gagarin comenzó a aplicar un artefacto para frenar la nave espacial. El locutor de Radio Moscú al anunciar el comienzo del viaje de vuelta de Gagarin, dijo emocionado: "La Tierra te espera con los brazos abiertos, viajero cósmico".

Finalmente la agencia de noticias "Tass" informó a las 4 de la madrugada del miércoles 12, que Yuri Alekseyevich Gagarin había regresado sano y salvo a Tierra. ¡Honor y Gloria a la Ciencia Soviética, forjadora de la más grande victoria de la humanidad! ¡Honor y gloria al primer astronauta el mayor Yuri Alekseyevich Gagarin!

ARCHIVO

ESPAÑA REPUBLICANA

PORTAVOZ DEL MOVIMIENTO ANTIFRANQUISTA

AÑO XXIII (3a. Época)

LA HABANA, SEGUNDA QUINCENA DE ABRIL DE 1961

LA
CONFERENCIA
DE EUROPA
OCCIDENTAL
PRO AMNISTIA
Vea pág. Tres

5 CENTAVOS

FIDEL CASTRO RINDIO HOMENAJE, AL HEROISMO DEL PUEBLO ESPAÑOL

El doctor Fidel Castro cerró el pasado domingo 9 el curso "Educación y Cultura" de la Universidad Popular con una

HOMENAJE A LA REPUBLICA ESPAÑOLA

La prensa diaria ha publicado la siguiente declaración:

"El próximo 14 de abril se cumple el 30º aniversario de la instauración de la República Española.

"Con ese motivo, las organizaciones revolucionarias cubanas rendirán homenaje al gran pueblo español, al gran pueblo que como afirmara nuestro Primer Ministro, doctor Fidel Castro, "fue el primero que se enfrentó en la lucha armada contra el fascismo".

Este homenaje consistirá en un gran acto que se celebrará el día 12 de abril a las 9 de la noche, en el Hemiciclo Camilo Cienfuegos, del Capitolio Nacional (antigua Cámara de Representantes) y en el que habrán de participar representantes de las instituciones republicanas españolas y de las organizaciones revolucionarias que suscriben.

Llamamos a todo nuestro pueblo a concurrir a dicho acto para expresar nuestra solidaridad con el heroico pueblo de España que lucha contra la dictadura fascista de Franco y contra su principal sostenedor, el imperialismo yanqui.

La Habana, abril de 1961. Movimiento 26 de Julio; Partido Socialista Popular; Directorio Revolucionario 13 de Marzo; Confederación de Trabajadores de Cuba; Asociación de Jóvenes Rebeldes; Federación Estudiantil Universitaria; Federación de Mujeres Cubanas.

gran lección dirigida al pueblo de Cuba, en la que abordó importantes problemas. Y una vez más, en ese discurso el doctor Fidel Castro rindió homenaje a la lucha heroica del pueblo español. He aquí sus palabras textuales sobre ese tema:

"Ya no eran los problemas de gobierno hereditario de condes, marqueses, no, aunque quede alguno que otro ligado con ellos, porque en España tienen una liga completa, por ejemplo: dinero, nobleza, latifundio, capital financiero imperialista y los capitalistas nacionales de España, toda esa gente forma una tremenda fuerza contra los

obreros y contra los campesinos que están en las cárceles, y que están perseguidos en España. Fue la consecuencia de la derrota del pueblo español, a manos, ni siquiera de esa fuerza, porque esa fuerza reaccionaria de España (los curas, los nobles, los marqueses, los industriales, el capital financiero imperialista en España) no habría podido derrotar al pueblo español, pero al pueblo español, esa gente apoyada de manera directa por los tanques hitlerianos, por aviones hitlerianos, por divisiones enteras de fascistas, de los fascistas de Mussolini.

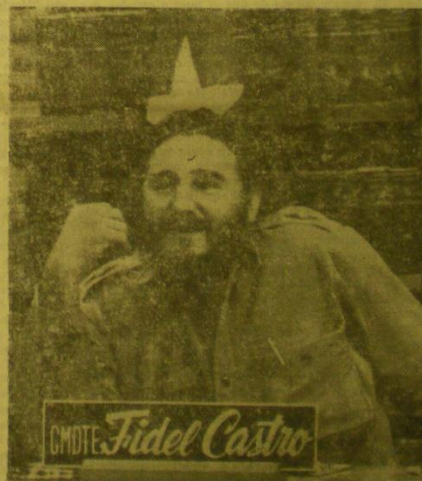
(Pasa a la pág. 10)

LOS ESPAÑOLES Y EL "PRIMERO DE MAYO"

El próximo Primero de Mayo, Jornada Internacional de los Trabajadores, los españoles de Cuba, enarbolando las banderas de las entidades republicanas españolas, concurrirán a la Plaza Cívica a engrosar la concentra-

ción convocada por la CTC y las restantes organizaciones revolucionarias. También participarán nuestros compatriotas en la concentración que se efectuará en Santiago de Cuba.

(Pasa a la pág. 10)



BRILLANTE CONMEMORACION DEL CATORCE DE ABRIL EN CUBA

El Treinta Aniversario de la Proclamación de la República Española está siendo conmemorado con extraordinaria brillantez en las más importantes ciudades de Cuba.

El pasado domingo día 9, el programa televisado "España al Día" celebró una mesa redonda en la que participaron los presidentes de las instituciones republicanas españolas: Julio Vile, del Partido Unión Social del Centro Gallego; Carmen Fernández, de la Unión de Mujeres Españolas; Antonio Fernández Brañas, de la Casa

de la Cultura y Hermógenes González, vicepresidente del Círculo Republicano Español.

En los momentos en que se está imprimiendo este número de "España Republicana" se están celebrando importantes actos. El central y fundamental es el que ha tenido como marco el hemiciclo "Camilo Cienfuegos" del Capitolio Nacional que ha sido convocado para el jueves día 13, por las organizaciones revolucionarias cubanas, como un homenaje al 14 de abril y en el que han participa-

do José González Jerez, por las entidades republicanas españolas; el doctor Juan Marinello, presidente del Partido Socialista Popular, que hablará a nombre de las organizaciones revolucionarias cubanas.

El viernes 14 se habrá celebrado otro gran acto en Victoria de las Tunas, en el que la parte oratoria ha estado a cargo del poeta Manuel Navarro Luna y José Juanes, en representación de la Ejecutiva Na-

(Pasa a la pág. 10)

APLICAN LA CENSURA A LAS PUBLICACIONES RELIGIOSAS

PARIS. — El periódico "Le Monde" publica la siguiente información:

"Se ha conocido que en Viena se ha establecido la censura del gobierno sobre el Boletín de la Diócesis y las Hojas Parroquiales. Hasta ahora estas publicaciones estaban exentas de someterse a la censura previa."

Imagen 16- El ejemplo de lo sucedido en la España de los años treinta comenzó a estar muy presente en Cuba durante el año 1960 y fue en aumento a medida que el proyecto fidelista se adentró por las sendas del socialismo. La causa de la Revolución cubana era la causa de la España republicana y así lo manifestaron abiertamente los dirigentes revolucionarios. Véase *España Republicana* (Año XXIII). Núm. 493. La Habana: segunda quincena de abril de 1961, pág. 1. Quincenal.

Capítulo 15- Cabildeo, propaganda y ruido de sables: Cuba y Estados Unidos se preparan para afrontar la contienda definitiva (febrero – abril de 1961)

15.1 La Revolución cubana extiende la lucha a todos los frentes: movilización permanente, apertura al diálogo y vocación de resistencia

En el mes de febrero de 1961 la dirigencia revolucionaria había centrado su atención en sostener el tejido productivo en manos del Estado. La viabilidad económica del proyecto revolucionario había pasado a ser prioritaria, no en vano, todo el proyecto podía venirse abajo si no se conseguían acometer con éxito los desafíos que planteaban el bloqueo y los problemas que podía generar el cambio obligado de socios comerciales.

Los líderes de la revolución, conscientes de que una crisis de suministros podía dar al traste con las aspiraciones cubanas, se habían unido a las labores de producción para arengar a la población y mantener el ritmo productivo tras el período de zozobra vivido durante los últimos días de la Administración de Eisenhower. Los integrantes de la cúpula ministerial, con Fidel Castro al frente, pasaron entonces a desempeñarse como intelectuales orgánicos del bloque histórico que encabezaban. Una condición, la de intelectuales orgánicos, que demandaba la superación del marco teórico que imperaba en el discurso revolucionario primigenio. La retórica del discurso tenía que ampliarse para asignar al trabajo diario la categoría de defensa nacional; la soberanía se defendía desde el púlpito, pero también desde la trinchera con el fusil en la mano e, indudablemente, desde el puesto de trabajo, pues era aquí donde se podía cimentar la soberanía a largo plazo. La eficacia en el puesto de trabajo tenía la misma significación para la supervivencia cubana que la labor política o la defensa del país a través de las armas.

Así pues, la teoría devino praxis, y aquella mezcla de emulación socialista, martiana o fidelista pasó a ser la imagen de la revolución en aquel momento de construcción de la nueva Cuba. Los líderes de la revolución, los de primera fila y los situados en la segunda línea de mando, se lanzaron a una campaña de promoción de la defensa nacional que se cimentó en una triple vertiente: en la política, en la económica y en la militar o miliciana. La defensa debía extenderse a todos los frentes y fue entonces cuando los dirigentes de la revolución multiplicaron su presencia entre la población cubana: tan pronto se les encontraba lanzando un discurso, como cortando caña, recogiendo algodón o luchando contra las partidas de alzados en el Escambray y en otros puntos de Cuba.

El futuro de Cuba se presentaba al margen de los Estados Unidos, pero aquella añorada independencia iba a costar todavía mucho sufrimiento y, para paliar los daños de aquel prolongado combate, todos tenían que dar el máximo en el puesto que les había tocado desempeñar. Se había llegado demasiado lejos en los anhelos independentistas, se había roto con el capitalismo de impronta norteamericana

implantado en la isla durante las últimas décadas y se caminaba hacia una receta socialista de marcada prosapia cubana: la suerte parecía echada, pero, para consolidar aquellos logros, la población tenía que dar lo mejor de sí misma.

Cuba se encontraba en el período de transición al socialismo y ante aquel trance no cabían las vacilaciones. Los líderes de la revolución, los más señeros y aquellos otros que se desempañaban en la segunda fila, no habían dudado en arrimar el hombro en aquellas tareas que resultaban perentorias para sostener la economía cubana: la que pasó a llamarse la primera zafra del pueblo contempló entonces a los batallones de voluntarios, encabezados por el gabinete de ministros, partiendo hacia los cañaverales para acometer los agotadores trabajos de “la corta”.

Ahora bien, la defensa armada, tema primordial durante el mes de enero, no podía tampoco desatenderse durante el mes de febrero, pues la contrarrevolución no permanecía inactiva e iba más allá de la animadversión y el acoso norteamericano. Durante la segunda mitad de febrero comenzó a quedar patente que el advenimiento de la nueva Administración norteamericana no iba a terminar con el hostigamiento a la Revolución cubana y todo ello a pesar de las esperanzas que había generado el arribo de Kennedy a la Casa Blanca. Después de la salida de Eisenhower, se había abierto un período de reflexión para la dirigencia cubana, pues había ciertas posibilidades de que la tensión con los Estados Unidos pudiera reconducirse; sin embargo, estas esperanzas se desvanecieron con inusitada rapidez.

En el mes de febrero de 1961 la contrarrevolución parecía más activa que nunca y de ello dio muestras palpables la prensa franquista a través de los ecos que llegaban de las agencias de prensa internacionales. Como hemos apuntado en el capítulo precedente, la prensa franquista registró una bajada considerable en las informaciones sobre la Cuba revolucionaria. Además, la óptica sobre la que se afrontaba esta información cambió sustancialmente. Las reformas institucionales que se estaban llevando a cabo en el interior de Cuba desaparecieron de las páginas de los diarios franquistas y su lugar fue ocupado por las actividades de la contrarrevolución.

Así pues, la información sobre Cuba disminuyó y además tomó un carácter diferente al de los meses precedentes. Tanto *El Alcázar* como *Pueblo* centraron casi la totalidad de su información en las actividades de la contrarrevolución. El matutino madrileño *El Alcázar* se aprestó a pormenorizar los progresos de la contrarrevolución en el interior de Cuba, mientras su homólogo vespertino, *Pueblo*, prefirió centrarse en un análisis detallado de los grupos de la contrarrevolución que se estaban organizando en Miami.

A mediados de febrero, *El Alcázar*, tomando como referencia lo publicado en *The New York Times* en aquellos días, señalaba que las tropas castristas, milicianas y regulares, luchaban en la sierra del Escambray contra cuatro mil alzados¹. Aquellos datos nos hablaban de un verdadero ejército contrarrevolucionario enfrentado a las huestes fidelistas.

Ahora bien, ¿cuánto había de cierto en aquella noticia? ¿Era realmente tan pujante la presencia armada de la contrarrevolución en el interior de Cuba?... Las cifras aportadas por el diario neoyorquino y reproducidas por el matutino madrileño no se alejaban de la realidad imperante en aquel momento en Cuba, aunque sí que deben ser sometidas a cierto análisis y asumidas con todas las cautelas. Según señalaron años después dirigentes revolucionarios que participaron en las operaciones contra los alzados en Las Villas y otras provincias, en aquellos meses finales de 1960 y primeros de 1961 estuvieron operativas en el interior de Cuba unas “trescientas bandas”, integradas por unos “cuatro

¹ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7695. Madrid: lunes, 13 de febrero de 1961, pág. 3. Diario.

mil trescientos bandidos”². Sin embargo, estos cuatro mil hombres a los que hacía referencia *The New York Times* eran los que estaban desplegados en la totalidad del país; en el área del Escambray operaban la mitad de estas bandas, lo que arrojaba unas cifras para el Escambray que podían rondar los dos mil combatientes³.

La CIA había escogido la provincia de La Villas como territorio prioritario para promover los alzamientos debido a las condiciones objetivas que atesoraba esta región para la lucha armada. Esta provincia había estado durante la lucha contra Batista bajo la influencia de varios grupos armados independientes de la tutela fidelista, entre ellos el II Frente del Escambray, y, por tanto, el “26 de Julio” nunca había tenido el control total de la lucha guerrillera en el territorio. Era pues una de las regiones de Cuba donde la influencia del “26 de Julio” y de Fidel Castro no había sido tan potente.

Además, una vez derrotado Batista, fue una de las provincias donde la lucha entre los sectores de la derecha y de la izquierda del movimiento revolucionario se hizo más intensa. Una situación que tendió a agravarse tras la promulgación de la Reforma Agraria. Como han señalado dirigentes revolucionarios oriundos de Las Villas, la Reforma Agraria en esta provincia villareña, debido a su particular régimen de distribución de la tierra, afectó a medianos propietarios que no podían ser considerados estrictamente como grandes latifundistas; algo que distinguía esta provincia del resto del país, donde los afectados por la reforma del agro cubano fueron siempre compañía norteamericanas o latifundistas que tenían posesiones de tierra que iban de las dos mil a las ocho mil caballerías.⁴

Las Villas se presentaba así como la provincia ideal para fomentar el descontento, si además se le unía a ello alguna deficiencia organizativa, la región no podía ser más propicia para que la oposición encontrara asiento. Y es que, en Las Villas, al particular régimen de propiedad de la tierra, se le unieron desde muy pronto ciertos errores de gestión que dificultaron la adaptación de la región al proceso revolucionario. Durante los primeros meses de revolución, la provincia de Las Villas estuvo sometida a convulsiones que venían originadas por errores organizativos. Entre ellos, los fundamentales eran los siguientes: la inexistencia de organismos revolucionarios capaces de agrupar a los campesinos y a los obreros agrícolas, la política de favoritismos en la dirección de las organizaciones campesinas y en la administración de las tiendas del pueblo y la escasez de artículos esenciales en la población de la zona.

Estas mancas de gestión y estas pequeñas corruptelas hacían de la región uno de los territorios más propicios para levantar un bastión de resistencia al Gobierno cubano. Así pues, a la falta de implantación del “Movimiento 26 de Julio”, se unieron los errores organizativos, que sumados a las peculiares condiciones económicas y sociales del territorio, a las dificultades a las que tuvo que hacer frente a la implantación de la Reforma Agraria y, fundamentalmente, a sus particularidades geográficas, terminaron por hacer de las Villas el territorio más idóneo para alentar el movimiento opositor.

En la Villas se daban todos los prerequisites para que prendiera el descontento, pero, además, la provincia se prestaba, debido a sus particulares características orográficas, al establecimiento de partidas armadas de resistencia al Gobierno cubano. Geográficamente, Las Villas atesoraba las condiciones idóneas para el establecimiento de múltiples focos guerrilleros. Esta provincia se encuentra en el centro del país, cuenta con un macizo montañoso de difíciles accesos, El Escambray, pero rodeado de un grupo de núcleos urbanos y rurales bien comunicados y próximos a la costa norte,

² Velaz Suárez, Aníbal, “La lucha contra los bandidos”, en *Memorias de la Revolución II*, Imagen Contemporánea, La Habana, 2008, pág. 200.

³ *Idem*.

⁴ *Ibidem*, pág. 202.

donde existen numerosos cayos que permitían la entrada de infiltrados desde el exterior y facilitaban el avituallamiento de armas y pertrechos para nutrir a los grupos de la contrarrevolución.⁵

Así pues, la presencia de alzados en el Escambray no parecía casual, había sido elegida de forma cuidadosa debido a las características geográficas, sociales y organizativas de la provincia de Las Villas y, por tanto, la dirigencia revolucionaria tuvo que aplicarse con decisión para secar los brotes de grupos insurrectos. Con el ánimo de combatir estos efectos se puso en marcha el Plan Escambray: un proyecto de desarrollo agrario para transformar la atrasada región de Las Villas⁶. Un plan de reforma agrícola ajustado a la especiales característica del territorio y que se desarrolló a la par de la denominada “limpia del Escambray”.

A finales de diciembre 1960 se había comenzado con lo que posteriormente se denominó “la Operación Jaula”: un plan para terminar con la subversión en el Escambray y con la contrarrevolución de Las Villas que se organizó sobre una extensión aproximada de dos mil cuatrocientos kilómetros cuadrados y que tenía por misión dividir el territorio en tres jaulas, que a su vez se dividirían en áreas o sectores con el propósito de registra palmo a palmo cada porción del territorio villareño⁷. Aquella operación se desarrolló a la par que el Plan Escambray y a principios de 1961 ambos proyectos comenzaron a dar sus frutos. Reforma agraria y lucha contra la subversión corrían parejas y poco a poco la influencia de la revolución comenzó a extenderse a la par que la contrarrevolución iba replegándose poco a poco.

A finales de febrero de 1961, debido a la obstinación de las fuerzas revolucionarias, los grupos de alzados se encontraban ya seriamente dañados. El cerco había comenzado a dar sus frutos y las labores se centraban ya en la detención y en los enfrentamientos esporádicos con grupos cercados que se sentían abatidos ante el empuje popular. Sin embargo, aquel desmantelamiento fue dejando al descubierto lo que era evidente para muchos: la profunda implicación de los Estados Unidos en las operaciones que había puesto en marcha la contrarrevolución. A medida que fueron cayendo los grupos de alzados fue quedando al descubierto que la inmensa mayoría de ellos contaban con el sustento norteamericano.

La “Operación Jaula” estaba basada en el control del territorio y el cerco progresivo de los insurgentes traía aparejado el desmantelamiento de sus líneas de suministro y provisión humana y material, lo que indudablemente puso en conocimiento de la dirigencia revolucionaria la naturaleza de estas fuentes de aprovisionamiento y vitualla.

Según reconocieron agentes de la CIA años más tarde, “entre los meses de septiembre de 1960 y marzo de 1961 se efectuaron sesenta y ocho misiones de suministros de armas y explosivos” sobre los puntos de la geografía cubana en los que había grupos de alzados, “sesenta y uno” de estos suministros resultaron “profundos fracasos” al caer en manos de las fuerzas fidelistas⁸. Esta información aportada por los servicios de inteligencia norteamericanos nos da una idea del éxito del Gobierno cubano en su lucha contra los insurgentes de la contrarrevolución, pero nos muestra también el grado de conocimiento que la dirigencia revolucionaria tenía de la colaboración norteamericana con los alzados.

De este modo, cuando caían las acusaciones de colaboracionismo con la contrarrevolución sobre las autoridades norteamericanas, los dirigentes cubanos no se pronunciaban en base a suposiciones o rumores, tenían pruebas fehacientes, confirmadas por los suministros intervenidos y por las propias

⁵ *Ibidem*, pág. 203.

⁶ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 109

⁷ *Ibidem*, págs. 117 y 118.

⁸ *Ibidem*, pág. 127.

declaraciones de los contrarrevolucionarios apresados por las fuerzas fidelistas. La dirigencia revolucionaria levantaba la voz ante el intervencionismo norteamericano y lo hacía porque las evidencias de la injerencia nortea se hallaban y se confirmaban a diario.

De esta suerte, los intentos de inculpar a la Revolución cubana de cuanto desorden estallaba en las Américas, usando para ello el manido argumento de que Fidel Castro trataba de exportar la revolución al resto del continente, constituía toda una provocación para el Gobierno cubano, pues era la Administración norteamericana la que, lejos de exportar su modelo, trataba de imponerlo por la fuerza de las armas.

Así lo manifestó Fidel Castro a mediados del mes de febrero. El primer ministro cubano no dudó en afirmar que si los Estados Unidos se creían en posesión del derecho de “*alentar la contrarrevolución en Cuba y Latinoamérica*”, Cuba también podía pensar que tenía el derecho de “*alentar la revolución en Latinoamérica*”⁹. Castro emitió aquella declaración el día 11 de febrero en un discurso pronunciado ante los consejos técnicos asesores, en los que se integraban los obreros de empresas nacionalizadas, intervenidas y mixtas, para señalar que Estados Unidos no podía pretender que Cuba permaneciera impasible ante el suministro constante de armas norteamericanas a los contrarrevolucionarios. Si Estados Unidos se movía bajo aquella lógica, Cuba tenía todo el derecho “*a realizar acciones similares contra el imperialismo*”¹⁰. Este era el mensaje que Fidel Castro le enviaba a Kennedy: si los Estados Unidos persistían en su idea de exportar la contrarrevolución y el terrorismo urbano a aquellos países que no asumieran el modelo imperial, Cuba podía tomar también la opción de exportar su receta ant imperialista al resto del continente.

Cuba se mostraba amenazante, pues la situación de violencia a la que se quería someter al país inclinaba ello. Durante la segunda quincena de febrero la Revolución cubana tuvo que acometer un importante reacomodo ministerial y tubo también que batirse contra los desafectos al régimen, decididos a no darle tregua al Gobierno fidelista. La Administración norteamericana, los alzados en las montañas y los grupos de terrorismo urbano atenazaban a la seguridad del Estado, pero también la Iglesia católica, semillero de la contrarrevolución más levantisca.

Los enfrentamientos entre la Iglesia y el Estado se recreaban ya a diario y adoptaban todas las variantes, desde altercados entre organizaciones católicas “antifidelistas” y partidarios de la revolución, hasta protestas del nuncio vaticano ante el Ministerio de Exteriores cubano¹¹. La Iglesia, con la jerarquía católica al frente, parecía poco dispuesta a facilitar la labor gubernamental, que además de estos asuntos tenía que lidiar con los alzados en el Escambray, donde la presencia católica era importante, y con el terrorismo urbano que hacía acto de presencia casi a diario con la colocación de explosivos en diversos puntos de la geografía cubana, especialmente en la ciudad de La Habana, y donde también se hacía notar el tejido asociativo de la Iglesia católica¹².

⁹ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7695. Madrid: lunes, 13 de febrero de 1961, pág. 3. Diario.

¹⁰ Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba. 1961. Año de la Reforma Agraria: “Discurso pronunciado en el acto de clausura de la Convención Nacional de Consejos Técnicos Asesores, celebrado en el Círculo Social Obrero “Charles Chaplin”, el 11 de febrero de 1961”. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f110261e.html> (Consultado: 17-04-2015).

¹¹ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7697. Madrid: miércoles, 15 de febrero de 1961, pág. 6. Diario y *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7699. Madrid: viernes, 17 de febrero de 1961, pág. 5. Diario.

¹² *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7693. Madrid: viernes, 10 de febrero de 1961, pág. 6. Diario, *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7694. Madrid: sábado, 11 de febrero de 1961, pág. 4. Diario, *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7698. Madrid: jueves, 16 de febrero de 1961, pág. 6. Diario y *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7704. Madrid: jueves, 23 de febrero de 1961, pág. 6. Diario.

Sin embargo, la dirigencia revolucionaria se mostraba dispuesta a rebajar la tensión. La contrarrevolución parecía tener un fuerte sustento en la Iglesia y en los Estados Unidos y, por tanto, un acercamiento de posturas entre La Habana, por un lado, y El Vaticano y Washington, por el otro, podía privar a los desafectos que conspiraban y atentaban en el interior de Cuba de su sustento moral, material y logístico. Así lo debió de entender la dirigencia revolucionaria que, a través de sus figuras señeras, trató de hacerle ver a la nueva Administración norteamericana que la situación de enfrentamiento permanente podía revertirse. Cuba estaba dispuesta a llegar a acuerdos con los Estados Unidos si estos se avenían a respetar la soberanía cubana y dejaban de apoyar a la contrarrevolución.

Fidel Castro, el presidente Dorticós y Che Guevara, los hombres con mayor visibilidad del régimen en aquellas fechas, se mostraron inclementes ante el apoyo norteamericano a la contrarrevolución, pero todos ellos lanzaron un claro mensaje al flamante nuevo presidente estadounidense: Cuba estaba dispuesta a negociar sobre el intercambio comercial y se mostraba abierta a trabajar para alcanzar un nuevo marco de convivencia, si Estados Unidos se comprometía a dejar de alimentar y sustentar la contrarrevolución interna.

Durante las primeras semanas de la Administración Kennedy y durante los últimos días de Eisenhower al frente de la Casa Blanca esta fue la consigna: la sofocante tensión con los Estados Unidos era un marco sujeto a corrección, nada tenía por qué ser permanente. El primero en pronunciarse fue el Che Guevara tras su arribo de la misión comercial a los países socialistas. El líder argentino, en su histórica comparecencia televisiva para dar cuenta de los trascendentales acuerdos firmados con el bloque socialista, había señalado que Cuba no disponía de la fuerza suficiente para sostener una lucha permanente con los Estados Unidos y que, por lo tanto, debía contenerse la beligerancia por muchas que fuera las provocaciones. En palabras del Che, *“no era bueno eso de estar constantemente en actitud agresiva”*¹³.

Kennedy había mostrado dudas ante la ruptura de relaciones diplomáticas y aquellas dudas podían dar pie a las más diversas interpretaciones. El Che lo interpretó de la siguiente manera: el nuevo presidente norteamericano había heredado los planes de Eisenhower y aquella herencia no era del total agrado del gabinete ministerial que acompañaba al joven presidente. Kennedy había mostrado ciertos desacuerdos ante el papel jugado por el tándem Eisenhower-Nixon en la política cubana y aquellas vacilaciones debían ser tenidas en cuenta por el pueblo cubano.¹⁴

El Che no era el único que hablaba de sondear aquellas posibilidades de cambio que se abrían con el relevo en la Casa Blanca. A mediados de febrero Fidel Castro se pronunció en términos similares a los esgrimidos por el Che al declarar que esperaba del nuevo presidente de los Estados Unidos un cambio con respecto a Eisenhower. Fidel Castro añadió que tenía la sensación de que Kennedy se sentía inclinado a promover *“una suavización de la política norteamericana en relación a Cuba”*, pero que era incapaz de materializar aquella postura conciliatoria debido a las *“presiones internas”*¹⁵. El primer ministro cubano señaló también que Cuba seguía a la espera de un gesto y que el envío constante de armas a la contrarrevolución no era el paso que la Cuba revolucionaria estaba esperando de la nueva administración. El Pentágono y la CIA estaban detrás de aquellos envíos y nadie en la Casa Blanca estaba tomando las medidas oportunas para frenarlos, afirmaba el primer ministro cubano¹⁶.

Así pues, Cuba estaba abierta a la negociación, pero entretanto seguía combatiendo a los grupos de insurrectos. Días después de aquellas declaraciones de Castro tomó la palabra el presidente Dorticós

¹³ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 3. La Habana: domingo, 15 de enero de 1961, pág. 67. Semanal.

¹⁴ *Idem*.

¹⁵ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7697. Madrid: miércoles, 15 de febrero de 1961, pág. 6. Diario.

¹⁶ *Idem*.

y en respuesta a aquella cuestión del posible acercamiento entre Washington y La Habana señaló que Cuba seguía “*abierta a cualquier movimiento*” que Kennedy emprendiera para “*lograr una conciliación de las diferencias*”¹⁷. La Revolución cubana, según señaló Dorticós, se había pronunciado ya en este sentido por boca del primer ministro al señalar que Cuba no deseaba un marco de enfrentamiento con los Estados Unidos; sin embargo, la Administración norteamericana tenía que dejar de ayudar a los grupos anticastristas, de lo contrario, cualquier esfuerzo sería vano.

El presidente Kennedy había dado ciertas muestras de que quizás la postura norteamericana no estaba siendo la correcta, pues a mediados de febrero había declarado a los medios que era probable que los Estados Unidos se hubieran equivocado en Cuba¹⁸. Había pues ciertas posibilidades de contener el avance de la contrarrevolución y de establecer algún tipo de acuerdo con la Casa Blanca si Estados Unidos dejaba de suministrar apoyo a los alzados. De todos modos, aunque la Administración norteamericana era el sustento fundamental de la contrarrevolución, ésta tenía otros colaboradores, como era el caso de la jerarquía católica. Una circunstancia que quizás estuvo detrás de la aproximación al Vaticano que desplegaron las autoridades cubanas en aquel momento.

En aquellas mismas fechas, mientras se sondeaba la postura norteamericana, Cuba trataba de resolver sus diferencias con la Iglesia a través del nombramiento de un nuevo embajador ante el Vaticano. Cuba no tenía representación en la Santa Sede desde principios de 1960 cuando el entonces embajador, José Ruiz Velasco, había sido llamado a consultas. Como había sucedido con el embajador de Cuba en España, Miró Cardona, el representante del Vaticano había regresado a La Habana y no había vuelto a su destino.

A principios de 1961 Cuba parecía decidida a dar un paso en la dirección de normalizar las relaciones con la Iglesia y había designado a Luis Amado Blanco¹⁹, español y antiguo embajador cubano en Portugal, como nuevo representante de la revolución ante el Vaticano. La condición de español de Amado Blanco, su marcado catolicismo y su oposición al régimen franquista era toda una declaración de intenciones por parte cubana y un recado de fácil lectura para las autoridades vaticanas. Con la designación de Amado Blanco Cuba enviaba un mensaje inequívoco para que el Vaticano entendiera dónde se localizaban los problemas entre la Iglesia y el Estado cubano. En Cuba la mayoría de los sacerdotes y religiosos eran españoles, pero el problema no estaba en su condición extranjera, pues Cuba presentaba como representante ante la Santa Sede a un español, sino en el posicionamiento ideológico de la mayoría de aquellos sacerdotes y religiosos españoles que cumplían su magisterio eclesial en Cuba.

Para un buen entendimiento entre la Iglesia cubana y el Estado revolucionario se precisaba una depuración de aquellos elementos del clero secular y regular que tenían más lealtades con el régimen franquista y con la contrarrevolución que con el Gobierno cubano. Éste era el principal escollo entre la Iglesia y el Estado en Cuba y aquella realidad era ya difícil de ocultar.

La dirigencia revolucionaria dio pues muestras inequívocas de que estaba abierta a cualquier tipo de arreglo con aquellos sectores del catolicismo y de la oficialidad norteamericana que se habían mostrado como enemigos encarnizados de la Revolución cubana. La solución podía ser relativamente sencilla si la Iglesia y la Administración norteamericana dejaban de ofrecer su apoyo a la contrarrevolución. Sin embargo, aquella tarea no resultaba fácil, pues era difícil de imaginar que la Casa Blanca y la Iglesia cubana transigieran con un proyecto como el que encabezaba Fidel Castro. Y es que, en los últimos días de febrero de 1961, aquella intransigencia de ciertos sectores del

¹⁷ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7705. Madrid: viernes, 24 de febrero de 1961, pág. 6. Diario.

¹⁸ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7698. Madrid: jueves, 16 de febrero de 1961, pág. 3. Diario.

¹⁹ Para conocer los detalles del bagaje biográfico de Amado Blanco véase: Domingo Cuadriello, Jorge: *Op. Cit.*, págs. 358-360.

catolicismo y de las autoridades norteamericanas no hacía nada más que acrecentarse. La contrarrevolución se mostraba más altiva que nunca y los atentados dinamiteros en La Habana no hacían más que confirmar la poca disposición de La Iglesia y la Casa Blanca para atemperar los ánimos²⁰. Cada victoria de la revolución frente a los alzados en las montañas de Cuba y frente a los terroristas que operaban en las ciudades cubanas dejaba al descubierto las vinculaciones de la Iglesia y los Estados Unidos con la contrarrevolución²¹. Una circunstancia que condicionaba cualquier futuro escenario para la negociación.

El día 18 de febrero, pocos días después de que Kennedy y Fidel Castro se mostraran de lo más conciliatorio, la comparecencia ante los tribunales revolucionarios de veintisiete rebeldes anticastristas dejó como secuela la confesión de que un ex funcionario de la recientemente clausurada Embajada norteamericana, concretamente el agregado militar de la representación estadounidense en La Habana, y varios sacerdotes católicos habían sido los verdaderos directores del grupo en el que operaban. Los veintisiete encausados habían declarado que recibían instrucciones del agregado militar norteamericano y de varios sacerdotes, que se habían comprometido además a suministrarles el armamento y los explosivos que precisasen para sus operaciones²².

Aquellas detenciones y las constantes vinculaciones de una parte significativa del catolicismo con la contrarrevolución fueron utilizadas para crear la imagen de una revolución que se estaba convirtiendo en el azote de la Iglesia. El argumento bajo el que giraba aquella tesis genérica era de lo más revelador: la Revolución cubana, como revolución marxista, atacaba a la Iglesia, porque esta era la naturaleza de los movimientos socialistas.

Este tipo de ideas comenzaron a tener un fuerte predicamento dentro de algunos medios internacionales, entre ellos los diarios franquistas, que asumían aquel ideario con delectación, pues encajaba a las mil maravillas con la línea editorial que sostenían en el análisis de las relaciones internacionales. *El Alcázar*, con fuertes vinculaciones católicas, rápidamente asumió este discurso. El matutino madrileño comenzó entonces a lanzar a través de sus páginas grandes titulares en los que se hablaba del acoso a La Iglesia católica cubana y llegó a señalar que Fidel Castro estaba entregado a una campaña antirreligiosa en Cuba²³. Sin embargo, la realidad parecía ser otra. La Iglesia estaba tan involucrada con la contrarrevolución que los choques con el Gobierno revolucionario comenzaron a ser frecuentes. Además, las iglesias y las propias homilías se articulaban como parte sustancial de los foros desde los que se apostaba ya abiertamente por combatir a la revolución.

Las iglesias de Cuba se estaban convirtiendo en un púlpito para exacerbar los ánimos y arengar a los católicos para que contuvieran el avance del comunismo, lo que inevitablemente propiciaba algaradas y tumultos entre partidarios y detractores de la revolución a la salida a la salida de los templos o en todos aquellos actos en los que los católicos decidían tomar las calles²⁴. Muchas veces la propia jerarquía católica se veía envuelta en los altercados y aquello ayudaba poco a presentar una imagen amable de la Iglesia ante la revolución.

²⁰ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7693. Madrid: viernes, 10 de febrero de 1961, pág. 6. Diario, *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7694. Madrid: sábado, 11 de febrero de 1961, pág. 4. Diario, *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7698. Madrid: jueves, 16 de febrero de 1961, pág. 6. Diario y *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7704. Madrid: jueves, 23 de febrero de 1961, pág. 6. Diario.

²¹ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7703. Madrid: miércoles, 22 de febrero de 1961, pág. 6. Diario y *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7705. Madrid: viernes, 24 de febrero de 1961, pág. 6. Diario.

²² *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7703. Madrid: miércoles, 22 de febrero de 1961, pág. 6. Diario.

²³ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7697. Madrid: miércoles, 15 de febrero de 1961, pág. 6. Diario.

²⁴ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7691. Madrid: miércoles, 8 de febrero de 1961, pág. 6. Diario, *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7697. Madrid: miércoles, 15 de febrero de 1961, pág. 6. Diario y *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7705. Madrid: viernes, 24 de febrero de 1961, págs. 3 y 6. Diario.

Por lo demás, las acusaciones contra sacerdotes de estar implicados en las actividades contrarrevolucionarias no cesaban. Desde la jerarquía católica se mostraba una total impasibilidad ante aquellos hechos; no había reproches hacía los miembros de la Iglesia o hacia los feligreses más practicantes que se insertaban en las filas de la contrarrevolución; las condenas iban siempre dirigidas contra aquellos sectores del catolicismo que se mostraban aferrados a la revolución. La organización “Con la Cruz y con la Patria”, de la que ya hemos hablado en varias ocasiones, era el blanco predilecto de las críticas que llegaban desde el Episcopado, sin que por el contrario los sacerdotes acusados de apoyar a los contrarrevolucionarios recibieran sanción alguna. Entre tanto, la nunciatura apostólica guardaba silencio o se aproximaba al Ministerio de Exteriores cubano para presentar sus quejas ante lo que consideraba excesos de los sectores progubernamentales frente a la oficialidad católica. La Revolución cubana estaba manteniendo ante a La Iglesia unas cotas de paciencia, y de tolerancia frente a la agresión, que no se habían registrado frente a otros sectores de la oposición. Sin embargo, aquello parecía no bastarle a la alta jerarquía católica.

De todos modos, a pesar de la prudencia del Gobierno cubano y de su predisposición a reconducir la situación, ante la evidencia de los hechos no se podía luchar: la Iglesia se había convertido, por iniciativa propia, en un contendiente implacable para la revolución. La dirigencia revolucionaria lo sabía ya, sabía que tarde o temprano el choque directo, de consecuencias fatales para uno de los dos, para la revolución o para la propia Iglesia, sería inevitable, pero era consciente también de que mantener un frente abierto con la Iglesia, con la Administración Kennedy y con los sectores de la contrarrevolución no era una opción viable a largo plazo; sobre todo si se tenía en cuenta que Cuba se enfrentaba al desafío de sostener su economía frente al bloqueo norteamericano y que tenía la necesidad inaplazable de transformar y adaptar todo el tejido productivo a sus nuevos socios comerciales y proveedores industriales.

Así pues, cuando el mes de febrero tornaba a su fin, el Gobierno cubano, además de sus intentos de congraciarse con El Vaticano, informó que estaba dispuesto a aceptar los servicios de mediación de las naciones latinoamericanas con las que mantenían relaciones diplomáticas para tratar de aplacar el conflicto con las autoridades norteamericanas. Cuba no cerraba la puerta a aceptar los buenos oficios de las repúblicas latinoamericanas para que trataran de mediar con los Estados Unidos con el fin de mejorar las maltrechas y conflictivas relaciones entre La Habana y Washington; sin embargo, el Gobierno cubano señaló una vez más que Revolución cubana no podía responsabilizarse de aquel deterioro paulatino y constante de las relaciones con los Estados Unidos, pues era la Administración norteamericana la que había azuzado la hostilidad hacia Cuba en todos los frentes²⁵.

A tal efecto, el ministro de Asuntos Exteriores cubano se había tomado la libertad de enviar una nota oficial a las Embajadas de los mentados países latinoamericanos en la que se exponía la posición cubana frente a los Estados Unidos. En aquella nota, publicada en sus líneas maestras en *El Alcázar* a finales de febrero, se señalaba que Cuba estaba abierta al diálogo; sin embargo, según la opinión de las autoridades cubanas, no se podían obviar las intenciones que albergaban ciertos sectores dentro de los Estados Unidos, pues, para entablar cualquier negociación, la Administración norteamericana debía renunciar a la intervención y respetar la soberanía cubana. Tomando esta idea como premisa, Roa lanzó unas duras acusaciones contra los Estados Unidos. La nota cursada por Raúl Roa a los vecinos continentales exponía los planes que se estaban gestando en los Estados Unidos para terminar con la Revolución cubana. Unos planes que tenía como propósito ultimar al régimen cubano a través de la fuerza de las armas en el transcurso de los tres próximos meses.

²⁵ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7707. Madrid: lunes, 27 de febrero de 1961, pág. 6. Diario.

La nota de Roa apuntaba que los planes de Estados Unidos serían puestos en práctica antes de la Conferencia Interamericana a celebrar en Quito, Ecuador, el 24 de mayo de 1961²⁶. Los propósitos de Estados Unidos durante los meses de marzo y abril pasarían pues por los preparativos de una intervención que, como era de suponer, dejaba poco espacio a cualquier tipo de acercamiento entre La Habana y Washington. Una intervención que, según Roa, tomaría el carácter de “*una agresión militar indirecta*”, organizada, dirigida y armada “*por el Pentágono y la Agencia Central de Inteligencia*”, pero enmascarada a través de “*una declaración de guerra contra Cuba*” cursada probablemente por “*Guatemala, Perú o Nicaragua*”²⁷.

Una acción de aquella naturaleza, según reflejó Roa en su nota, “permitiría el establecimiento de una cabeza de puente en territorio cubano y la formación artificial de un Gobierno provisional, que sería inmediatamente reconocido y que probablemente recibiría ayuda militar directa”²⁸. Roa, en aquella nota, hablaba con minuciosidad de los planes orquestados en las instancias de poder norteamericanas y señalaba igualmente que Estados Unidos tenía pensado solicitar de los países latinoamericanos la ruptura de relaciones con La Habana, una solicitud que se llevarían a término a más tardar en la Conferencia de Quito²⁹.

La estrategia norteamericana pasaba pues por la invasión, el reconocimiento de los agresores una vez establecidos en suelo cubano y la ruptura con el Gobierno de La Habana de todos aquellos países latinoamericanos que aún mantenían relaciones con Cuba. Sin embargo, había más, pues, según Roa, era necesario también generar el desaliento entre los pueblos y para ello nada mejor que la creación de “*una fuerza policiaca interamericana*”³⁰. Una iniciativa que ofreciera soporte legal a la intervención terminaría con la experiencia cubana y lanzaría un mensaje muy claro a los pueblos de América de dónde se encontraban los límites del derecho a ejercer la soberanía. Raúl Roa señalaba que Estados Unidos quería acometer aquella ofensiva contra Cuba con el sustento del continente y que para ello se requería que las tropas invasoras contaran con el respaldo de las organizaciones continentales. Es decir, se pretendía establecer una operación de injerencia armada en territorio cubano con la aquiescencia de la OEA, con el objetivo no sólo de dismantelar el proceso revolucionario, sino también con la misión de desactivar cualquier conato de rebelión futura entre los pueblos del continente.

Roa apuntaba igualmente que los planes norteamericanos estaban ya en marcha desde hacía meses y que contaban con el refrendo y el apoyo explícito de Guatemala. En la nación centroamericana “*instructores norteamericanos adiestraban a cinco mil mercenarios*”, la mayoría de ellos “*reclutados en Miami y trasladados a Guatemala en aviones norteamericanos*”³¹.

Las informaciones publicadas en la prensa sobre la implicación guatemalteca y nicaragüense en los planes de invasión de Cuba eran tan frecuentes que aquellas rotundas aseveraciones de Roa ya no sorprendían a nadie. La Revolución cubana, en aquel tramo final de febrero de 1961, había intentado recrear el escenario idóneo para un posible deshielo con los Estados Unidos y la Iglesia cubana. Sin embargo, las posibilidades de que aquella iniciativa tuviera éxito resultaron infructuosas, pues las acciones de la contrarrevolución, lejos de remitir, parecían cada día más virulentas y no hacían otra cosa que dejar al descubierto, cuando eran dismanteladas por las fuerzas de orden público cubanas,

²⁶ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7707. Madrid: martes, 28 de febrero de 1961, pág. 6. Diario.

²⁷ *Idem.*

²⁸ *Idem.*

²⁹ *Idem.*

³⁰ *Idem.*

³¹ *Idem.*

que el aliento que prestaban la Iglesia y la Administración norteamericana a aquellos grupos era muy importante.

15.2 Miami: el vivero de la Cuba contrarrevolucionaria

Desde finales de 1960 la contrarrevolución se había reforzado y contaba ahora con las mayores facilidades para operar desde los Estados Unidos, una situación que la Administración norteamericana ni siquiera trataba ya de ocultar. Aquella realidad quedó claramente reflejada a través de lo publicado en *Pueblo* en el mes de febrero. El diario sindical no se hizo eco en aquel mes de lo que estaba aconteciendo en el interior de Cuba. Después de ser uno de los diarios franquistas más atentos a la realidad cubana pareció perder intereses en este mes de febrero por el quehacer de las autoridades habaneras. Sin embargo, Cuba seguía presente en las páginas de *Pueblo*, pero no lo hacía a través de lo que sucedía en el interior de la ínsula, sino por medio de lo que se agitaba en sus alrededores; en Miami se estaba reproduciendo otra Cuba limítrofe a la nueva: otra Cuba que nacía con la pueril intención de ser un remedo de la antigua. *Pueblo* publicó en el mes de febrero un total de doce reportajes sobre los exiliados cubanos en Miami, todos ellos bajo el significativo título de “*Miami: sitio a Cuba*”.

Los reportajes corrieron a cargo del escritor y periodista José Luis Castillo Puche y en ellos se relataba la cotidianidad del exilio cubano. Castillo Puche habló de lo dividido y de lo humano en sus reportajes, nada se quedó fuera del alcance del perspicaz periodista, expuso lo caldeados que estaban los ánimos en Miami y señaló el descontento de un exilio que, a pesar de recibir el auxilio de las autoridades de la ciudad, del estado de Florida y del propio Gobierno norteamericano, tenía que ocupar y aceptar trabajos muy por debajo de su cualificación y asumir un estilo de vida que difería del antaño disfrutado³². Jueces y abogados cubanos, profesionales liberales y clases medias en general se desempeñaban como guardacoches o friegaplatos y, una vez finalizada la jornada laboral, junto al resto del exilio, invadían la ciudad con su oratoria, sus soflamas y sus arengas contra el Gobierno de Fidel Castro³³. Miami se había convertido en semillero de la contrarrevolución, ahora con el apoyo y la aquiescencia de las autoridades norteamericanas, desprendidas ya de los remilgos de los primeros meses de Gobierno fidelista.

Algunos restaurantes y cafeterías de Miami estaban atestados de exiliados. En aquellos locales se mezclaban, según relataba Castillo Puche, algunos personajes célebres de los tiempos de Batista con los evadidos de última hora. Allí se trataba, según Castillo Puche, sobre los más diversos temas: algunos hablaban de la posibilidad de enrolarse en las fuerzas que se preparaban contra Fidel Castro, otros se dedicaban a la venta de todo tipo de productos, desde “*ruedas de tabaco cubano*” hasta incluso “*metralletas*”, dejando al descubierto la complejidad de aquel exilio diverso y muchas veces difícil de conciliar³⁴. En aquel amasijo de grupos en que se había convertido la disidencia cubana había antiguos guerrilleros, batistianos, “*bandidos escapados del ejército revolucionario*” y “*señoritos y señorones*”³⁵.

En fin, toda una variedad de ideas y sensibilidades recreadas en las mentes de las clases medias y altas, las menos de las veces en las bajas, que venían determinadas por el momento en el que se había abandonado la isla; como era de suponer, no pensaban lo mismo los que habían salido el 1 de enero de 1959 que los que lo habían hecho a principios de 1961.

³² *Pueblo* (Año XXII). Núm.6668. Madrid: martes, 7 de febrero de 1961, pág. 5. Diario.

³³ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6668. Madrid: martes, 7 de febrero de 1961, pág. 5. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6675. Madrid: miércoles, 15 de febrero de 1961, pág. 12. Diario.

³⁴ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6669. Madrid: miércoles, 8 de febrero de 1961, pág. 13. Diario.

³⁵ *Idem*.

Así pues, algo parecía evidente, la unidad que imperaba en Cuba era difícil de recrear en Miami, lo que ciertamente complicaba la posición estadounidense ante el exilio, pues la construcción de un frente único para terminar con Fidel Castro no parecía materia fácil a pesar de los esfuerzos desplegados. En Miami, según señaló Castillo Puche, había ya ciento cincuenta mil cubanos de la extracción más diversa que, además, tenían que convivir con los partidarios de Fidel Castro que menudeaban por las calles miamenses, atentos a todo lo que iba aconteciendo dentro de la ya nutrida disidencia³⁶. El exilio político, y también el económico, menos ideologizado y más variado, era pues un crisol de conflictos. Sin embargo, contaban con el apoyo de las autoridades norteamericanas. Ahora bien, este apoyo y este sustento estadounidense, como cabía esperar, estaban orientados, fundamentalmente, hacia el exilio político, que era el que tenía como objetivo el derrocamiento del régimen fidelista.

El presidente Kennedy, según señaló Castillo Puche, había destinado cuatro millones de dólares para atender a los recién llegados de Cuba³⁷. El asociacionismo católico, el clero regular y el secular, junto a otro tipo de organizaciones cubanas y norteamericanas, civiles y gubernamentales, se estaban haciendo cargo de la acogida de las, aproximadamente, doscientas cincuenta familias que llevaban a diario a los Estados Unidos³⁸.

Miami se había convertido en el centro de la disidencia y se teñía así de “cubanía” a través de los batistianos, de los religiosos y religiosas que habían partido hacia el exilio para atender a los recién llegados, de los antiguos partidarios de Fidel Castro que aún lucía barbas y ahora maldecían contra el Gobierno revolucionario y de los cubanos adinerados que habían conseguido huir antes de que la Revolución cubana adoptara sus medidas más drásticas³⁹. Castillo Puche iba desgranando de este modo el perfil del exilio radicado en Miami a través de sus reportajes: aviadores, antiguos revolucionarios, jueces, abogados, religiosos, antiguos militares, políticos de oficio y políticos sin oficio, batistianos, fidelistas renegados... En definitiva, un exilio en el que los antiguos detractores y los antiguos partidarios de la revolución compartían ahora las calles de Miami: batistianos y revolucionarios desencantados parecían condenados a entenderse o, por lo menos, a soportarse. Miami era ahora el hogar de todos los desafectos al régimen cubano y las autoridades de la ciudad brindaban todas las facilidades a este nuevo contingente de habitantes.

El propio alcalde de la ciudad, Robert King High, concedió una entrevista a Castillo Puche y en sus palabras se dejaba ver de forma explícita que Estados Unidos no abandonaría al pueblo cubano. Frente al comunismo no se podía dar un paso atrás, Estados Unidos no lo había hecho con los húngaros, como señalaba ufano el alcalde miamense, y tampoco lo haría con los cubanos. Robert King High se mostraba seguro en sus palabras y se aventuraba a señalar que la ayuda a los cubanos no se limitaría a ofrecerles refugio y un nuevo hogar, Estados Unidos iría más allá y les ayudaría a regresar a su patria.⁴⁰

En los reportajes de *Pueblo* sobre el exilio miamense se entraba también a fondo en el análisis de los conflictos que se habían desarrollado en últimos meses entre la Iglesia cubana y el Gobierno revolucionario. Aquí se hacía mención a las cartas pastorales y a la actitud combativa de monseñor Pérez Serantes y de monseñor Boza Masvidal frente a la revolución y se criticaba con acritud a sacerdotes como el padre Lence y su organización “Con la Cruz y con Patria”, un instrumento éste

³⁶ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6669. Madrid: miércoles, 8 de febrero de 1961, págs. 12 y 13. Diario.

³⁷ *Ibidem*, pág. 12.

³⁸ *Idem*.

³⁹ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6669. Madrid: miércoles, 8 de febrero de 1961, págs. 12 y 13. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6670. Madrid: jueves, 9 de febrero de 1961, pág. 12. Diario.

⁴⁰ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6670. Madrid: viernes, 10 de febrero de 1961, pág. 12. Diario.

preciado para el fidelismo y cuyo único propósito era dividir a la grey católica y recrear una Iglesia cismática y al margen del mandato vaticano⁴¹.

Castillo Puche hacía un recorrido por las relaciones entre la Iglesia cubana y la revolución que, partiendo de los prometedores inicios de 1959, llegaba a las postrimerías de 1960, donde ya las relaciones estaban seriamente dañadas y parecían de difícil reparación⁴². La Iglesia, y aquí Castillo Puche no utilizaba subterfugio alguno, estaba contra la revolución y la combatía desde el interior y desde el exterior de Cuba. Uno de los reportajes de *Pueblo* estuvo dedicado a la contienda Iglesia-Estado en el interior de Cuba y casi la totalidad de otro a la labor que la Iglesia católica, la cubana y la norteamericana, estaba desarrollando en Miami entre la colonia de exiliados.

La batalla contra la Cuba que encabezaba Fidel Castro se había convertido en una “guerra santa” para el clero cubano y el estadounidense, según relataba la crónica de *Pueblo*⁴³. Jesuitas y dominicos, en la vanguardia, junto a otras órdenes regulares y un contingente numeroso del clero secular organizaban la acogida de los recién llegados, muchos de ellos niños, como reflejaba el texto de Castillo Puche y las fotografías que lo acompañaban. *Pueblo* relataba así los inicios de la “Operación Peter Pan”. Castillo Puche no la mencionaba por su nombre, pero allí estaban los primeros integrantes de aquella operación que durante dos años, de finales de 1960 a finales de 1962, sacó de Cuba a más de catorce mil niños de entre 6 y 16 años, separándolos para siempre de sus padres y enviándolos a un destino incierto en los Estados Unidos.

Como hemos comentado ya, la que pasó a llamarse “Operación Peter Pan” fue organizada y ejecutada por la Iglesia católica en colaboración con las autoridades norteamericanas, que permitieron, de forma excepcional, que todos aquellos niños entraran en los Estados Unidos sin las formalidades ni los trámites que se exigían en aquel tipo de desplazamientos y sin la custodia de sus padres⁴⁴. Y es que, Estados Unidos, estaba haciendo la vista gorda con los cubanos en el trámite de las visas; grandes y pequeños entraban en territorio norteamericano bajo un régimen de exigencia mínima. La mera condición de cubano habilitaba el ingreso en el territorio estadounidense. Una circunstancia que el propio Castillo Puche reconoció en sus reportajes sin pudor alguno:

*“La burocracia americana ha tenido que hacerse la loca e interpretar de manera excepcional las leyes de la inmigración e incluso las de la circulación, toda vez que cada cubano ha llegado allí como ha podido, casi siempre sin documentación, y ha entrado en la vida de la ciudad siguiendo sus usos y costumbres”*⁴⁵.

En cierta medida, la Administración norteamericana parecía estar siendo víctima del entusiasmo que se vivía en Miami, donde se afirmaba que las horas del régimen cubano estaban contadas. En las calles miamenses se respiraban aires de cruzada contra el comunismo; todos los recién llegados pensaban que aquella estancia en tierras estadounidenses sería breve, pues las fuerzas cubanas del exilio, en coordinación con las norteamericanas, terminarían por intervenir en Cuba y derrocar el régimen marxista que encabezaba Fidel Castro si no lo hacía antes el propio pueblo cubano que permanecía en la isla.

El exilio en la Florida vivía de un anticomunismo doctrinal, casi mesiánico, sobre el que se estaba construyendo una hipotética y futura victoria sobre el Gobierno cubano, pues este exilio estaba profundamente convencido de que Fidel Castro y las supuestas hordas moscovitas que lo sustentaban terminarían por derrumbarse en pocos meses. Bajo aquella fiebre de victoria frente al comunismo

⁴¹ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6676. Madrid: jueves, 16 de febrero de 1961, pág. 12 y 13. Diario.

⁴² *Idem*.

⁴³ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6669. Madrid: miércoles, 8 de febrero de 1961, pág. 12. Diario.

⁴⁴ Torreira Crespo, Ramón y Buajasán Marrawi, José: *Op. Cit.*, págs. 321 y 322.

⁴⁵ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6669. Madrid: miércoles, 8 de febrero de 1961, pág. 13. Diario.

muchos cubanos iban llegando a Miami y también muchos niños, empujados al exilio por las falsas noticias que apuntaban a que el Estado cubano se haría cargo de la “patria potestad” de todos los menores de edad. La noticia, por más absurda que pareciera, había prendido entre muchos cubanos, que partían con sus hijos hacia el extranjero o los entregaban a las organizaciones católicas para que los sacaran de Cuba⁴⁶.

La nunca promulgada ley de la “patria potestad” caló así en las mentes de muchos cubanos que, temerosos de ver a sus hijos rumbo a Moscú, decidieron enviarlos a los Estados Unidos para liberarlos de aquel destierro moscovita del que hablaban con profusión los círculos de la contrarrevolución dentro y fuera de Cuba⁴⁷. Los primeros integrantes de la “Operación Peter Pan” llegaron a Miami el 26 de diciembre de 1960 y el primero de marzo de 1961 la operación ya estaba a pleno funcionamiento⁴⁸.

La España de franco, aunque fuera de forma indirecta, estaba colaborando en aquel traumático exilio infantil a través de la Obra de la Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana, una organización radicada en Madrid y dirigida por el obispo Casimiro Morcillo, que estaba coordinando, junto a otras organizaciones religiosas y otros organismos estadounidenses, el arribo de cubanos de todas las edades a tierras estadounidenses⁴⁹. Castillo Puche señalaba en uno de sus reportajes que la Obra de la Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana estaba trabajando intensamente con el objetivo de lograr la colaboración total entre el clero regular y secular para coordinar así de forma eficiente la acogida de los recién llegados, niños, jóvenes y mayores⁵⁰. Uno de los miembros de aquella organización misionera española le apuntó a Castillo Puche que España tenía que abrir un consulado en Miami, pues el de Nueva Orleans estaba demasiado distante y los trámites de aquellos españoles que salían de Cuba resultaban imposibles⁵¹. La afluencia de cubanos en aquel momento estaba siendo intensa y la Iglesia católica se estaba viendo desbordada a pesar de contar con el apoyo y la cooperación decidida de las autoridades norteamericanas.

Así pues, ante lo apremiante de la situación, la Iglesia católica exigía una mayor colaboración de España, pues el peso de la acogida y recepción de todos aquellos exiliados, niños y mayores, lo estaban llevando las autoridades norteamericanas y la Iglesia católica a través de varios organismos e instituciones. Entre los más relevantes estaban los siguientes: el Centro de Emergencia para Refugiados Cubanos, el Departamento de Asistencia Pública del Estado de la Florida, el *Catholic Welfare Bureau*, el *Catholic Relief Service* y el Centro Hispano Católico⁵². Iglesia y Administración norteamericana trabajaban de la mano en aquel proyecto.

De todos modos, en lo tocante a la recepción y acogida de los menores, a aquellas alturas de la operación, cuando sólo llevaba en funcionamiento varias semanas, el principal receptor de los niños que llegaban de Cuba estaba siendo la Iglesia católica y en concreto el Centro Hispano Católico. Esta organización era la que se estaba responsabilizando de la “Operación Peter Pan” en sus inicios y al frente de ella se encontraba una religiosa de la orden mendicante dominica: la conocida como Sor Mirian, superiora de la congregación de dominicas de Miami, que fue la que estableció las guarderías, los centros de acogida infantil e incluso la que organizó un centro de secundaria cubana para poder

⁴⁶ Torreira Crespo, Ramón y Buajasán Marrawi, José: *Op. Cit.*, págs. 109-111 y Valdés-Dapena Vivanco, Jacinto: *Op. Cit.*, pág. 42.

⁴⁷ *Idem.*

⁴⁸ Torreira Crespo, Ramón y Buajasán Marrawi, José: *Op. Cit.*, págs. 130-133.

⁴⁹ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6669. Madrid: miércoles, 8 de febrero de 1961, pág. 12. Diario.

⁵⁰ *Idem.*

⁵¹ *Idem.*

⁵² Torreira Crespo, Ramón y Buajasán Marrawi, José: *Op. Cit.*, págs. 112-117 y 132.

seguir las clase de acuerdo al plan de estudios en el que habían estado formándose los jóvenes en Cuba⁵³.

Castillo Puche, en su reflexión sobre lo que estaba aconteciendo en Miami, no podía ser más franco al señalar que los norteamericanos, durante algún tiempo, se habían mostrado reacios a aportar grandes sumas de dinero debido a que no querían que la cooperación pudiera confundirse con la “intervención política”; ahora bien, tan pronto como sonaron las palabras “cruzada” y “comunismo” fueron muchas las firmas comerciales y las entidades oficiales norteamericanas sumadas a la causa de la contrarrevolución⁵⁴. La palabra comunismo, en aquel contexto de guerra fría, obraba como ungüento milagroso, como óleo vivificante, para la captación de ayuda logística y material.

Así pues, exiliados cubanos y autoridades norteamericanas, del ámbito gubernamental y empresarial, parecían seguros de que tarde o temprano el Gobierno fidelista caería. Sor Mirian, en las declaraciones concedidas a Castillo Puche, señalaba que no haría falta ni siquiera llegar a las armas para doblegar al Gobierno cubano. Según la superiora de las dominicas miamenses, Fidel Castro estaba llevando a Cuba “al desastre”, pero “sobre todo al hambre” y aquello sería el principio del fin para el régimen cubano⁵⁵.

Sor Mirian, como la mayoría del catolicismo conservador de América, estaba impregnada de una ortodoxia anticomunista que le impedía concebir una organización socialista que no estuviera sometida a las mayores penalidades y tenía en mente, también como el resto de las vertientes del catolicismo ultramontano, la Guerra Civil española. La contienda vivida en España entre 1936 y 1939 era fuente de enseñanzas para los bandos allí enfrentados y Sor Mirian, como hacía gran parte del catolicismo, sacaba sus propias conclusiones. Fue entonces cuando la superiora dominica le apuntó a Castillo Puche que ella estaba convencida de que entre los rusos que llegaban a Cuba hablando un perfecto español se encontraban muchos de los niños de la guerra española⁵⁶. La contienda española había propiciado que cientos de niños fueran llevados a la URSS para ser educados en las doctrinas marxistas⁵⁷. Aquella era la consigna, la Cuba de Fidel Castro enviaría a la juventud cubana a la URSS para adoctrinarla en el comunismo y aquello debía de ser impedido por todos los medios. En España no se había podido evitar, pero en Cuba había que hacer todo lo posible para que no sucediera.

Miami, como reflejó *Pueblo* en el primero de sus reportajes, se había convertido en “la trastienda de Cuba”⁵⁸. Una ciudad en la que la disidencia, en sus más variadas manifestaciones, se hacía notar. De este modo, Castillo Puche no dejó a nadie fuera de su análisis. Por las páginas de *Pueblo* pasaron antiguos guerrilleros que habían servido a las órdenes de Fidel Castro en la lucha contra Batista⁵⁹, sindicalistas revolucionarios que habían desertado del proyecto fidelista⁶⁰, se habló de los alzados en el Escambray⁶¹, se apuntó también el difícil encaje que tendrían Menoyo y los hombres del II Frente dentro del exilio cubano⁶², se hizo mención a los grupos de acción directa que entraban y salían de Cuba haciendo uso de los más variados métodos⁶³, se analizó la reforma agraria y el estado en el que

⁵³ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6669. Madrid: miércoles, 8 de febrero de 1961, págs. 12 y 13. Diario y Torreira Crespo, Ramón y Buajasán Marrawi, José: *Op. Cit.*, págs. 160 y 161.

⁵⁴ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6669. Madrid: miércoles, 8 de febrero de 1961, pág. 13. Diario.

⁵⁵ *Idem*.

⁵⁶ *Idem*.

⁵⁷ *Idem*.

⁵⁸ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6668. Madrid: martes, 7 de febrero de 1961, pág. 5. Diario.

⁵⁹ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6670. Madrid: jueves, 9 de febrero de 1961, pág. 12. Diario.

⁶⁰ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6678. Madrid: sábado, 18 de febrero de 1961, págs. 12 y 13. Diario.

⁶¹ *Idem*.

⁶² *Pueblo* (Año XXII). Núm.6670. Madrid: jueves, 9 de febrero de 1961, pág. 12. Diario.

⁶³ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6675. Madrid: miércoles, 15 de febrero de 1961, págs. 12 y 13. Diario.

se encontraba el mercado azucarero cubano tras la suspensión de la cuota⁶⁴ y se habló también de “los vuelos de reconocimiento” que realizaban algunos exiliados. El propio Castillo Puche se embarcó a bordo de uno de estos vuelos y sobrevoló la isla de Cuba por el espacio de una hora⁶⁵. Un relato que quedó plasmado en las páginas de *Pueblo* y que daba muestras más que evidentes de la facilidad con la que los exiliados violaban el espacio aéreo cubano, explicitando las pocas trabas, o más bien la libertad, con la que contaban aquel tipo de expediciones.

Castillo Puche no ofreció en su reportaje el nombre del piloto que le condujo a aquella aventura y tampoco el nombre de los integrantes de la expedición que le acompañó. Ahora bien, lo que sí señaló, muestra de los objetivos de aquellos vuelos, fue lo complicado que resultaba cualquier operación de bombardeo en aquellas condiciones y con aquellas aeronaves. El piloto le confirmó al corresponsal de *Pueblo* que los aviones que utilizaban tenían el mismo aspecto que los cubanos y que en una sola pasada era difícil que los milicianos o el ejército regular se aventuraran a hacer blanco: los contingentes militares de defensa fidelista necesitaban la confirmación previa de que aquel avión no pertenecía a las fuerzas cubanas y aquello era difícil de conseguir si se realizaba una sola pasada rápida. Los aviones que partían de la Florida para acometer alguna operación sobre la isla se colocaban en territorio cubano a los pocos minutos de despegar y aquello dificultaba el control del espacio aéreo, toda una ventaja para aquellas operaciones clandestinas, esporádicas e impredecibles.

66

Aquel era, a grandes rasgos, el panorama del exilio. Un exilio que se desenvolvía ya en un contexto de guerra casi permanente y que parecía cobijarse, a falta de otra receta más atractiva, bajo el paraguas que le otorgaba el “Frente Revolucionario Democrático”. Como se recordará de los capítulos precedentes, el conocido como FRD había sido fundado en México en junio de 1960 y ahora operaba desde Miami bajo los mismos principios con los que había sido creado: terminar con la Revolución cubana que encabezaba Fidel Castro. Aquel pacto entre antiguos partidarios de la revolución y otros sectores afines a ella en 1959 había generado un frente “antifidelista” que contaba en su seno con personalidades que habían estado en contra de la dictadura de Batista o, al menos, con figuras políticas que no habían colaborado con ella.

Como se ha expuesto ya, los integrantes de aquel frente eran los siguientes: Tony Varona, primer ministro durante el Gobierno de Prío Socarrás; Manuel Artime, antiguo integrante del Ejército Rebelde y director del “Movimiento de Recuperación Revolucionaria”; José Ignacio Rasco, del “Movimiento Demócrata Cristiano”; Aureliano Sánchez Arango, ministro de Educación en tiempos del presidente Prío y cabeza de la organización “Triple A”, destacada en la lucha contra Batista y ahora lanzada a dar batalla al Gobierno de Fidel Castro, y, por último, Justo Carrillo, antiguo director del Banco de Fomento Agrícola e Industrial de Cuba y cabeza de la Agrupación Montecristi, otro de los pequeños grupos que se habían enfrentado a la dictadura de Batista⁶⁷. Poco después de su fundación se había incorporado un sexto integrante, quizás para dar cabida y recolectar apoyo de los sectores comprometidos con el exilio batistiano. Se trataba de Rafael Sardiñas, un hombre de extrema derecha que no tenía demasiado peso en el grupo, pero que podía tener capacidad de influencia entre los antiguos enemigos: los partidarios de Batista. Su inclusión en el frente respondía al interés de que la “*extrema derecha de la burguesía cubana*” estuviera representada⁶⁸.

⁶⁴ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6677. Madrid: viernes, 17 de febrero de 1961, pág. 12 y 13. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6679. Madrid: lunes, 20 de febrero de 1961, pág. 12 y 13. Diario.

⁶⁵ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6677. Madrid: viernes, 17 de febrero de 1961, pág. 12 y 13. Diario.

⁶⁶ *Idem*.

⁶⁷ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, págs. 34 y 42 y Fornés-Bonavía Dolz, Leopoldo: *Op. Cit.*, pág. 213.

⁶⁸ Arboleya Cervera, Jesús: *La contrarrevolución cubana*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1997, pág. 83.

Así pues, el frente había sido concebido para que nadie se sintiera excluido de la lucha contra Fidel Castro. Sin embargo, aquel frente, contaba con varias deficiencias que iban más allá de las rivalidades y personalismos imperantes en su seno, pues adolecía de problemas estructurales y operativos y, además, poseía también mancas en cuanto a su legitimidad dentro del exilio. En primer lugar, las cinco personalidades señeras de aquella organización tenían su propia visión estratégica para combatir a la Revolución cubana y muchos de ellos encabezaban formaciones destinadas a la lucha armada que operaban al margen de la organización madre. Aquella circunstancia ponía a todos los integrantes del frente en posición de competir por los fondos que provenían de la CIA y de la Administración norteamericana, colocando de este modo a las autoridades estadounidenses en la posición de elegir entre aquella diversidad de siglas, que, indirectamente, contribuía a la división y al enfrentamiento, aunque fuera soterrado, entre los líderes que integraban el frente.

Por lo demás, desde mediados de 1960 habían cambiado algunos aspectos dentro de la disidencia cubana, habían llegado nuevos contingentes de exiliados que tenían otros planteamientos y, sobre todo, se habían incorporado al exilio personalidades políticas que no se podían dejar al margen de una organización que pretendía erigirse en casa madre de la lucha contra Fidel Castro. Entre estas personalidades estaban Prío Socarrás, bajo cuya sombra e influencia se movían los grupos próximos al antiguo Partido Auténtico que, a aquellas alturas del proceso revolucionario, habían partido hacia el exilio prácticamente en su totalidad; estaba también Miró Cardona, recién llegado a Miami después de exiliarse en la Embajada Argentina, y estaba, igualmente, Manolo Ray Rivero, ministro de Obras Públicas en el primer Gobierno revolucionario y fundador en la segunda mitad de 1960 de la organización armada “Movimiento Revolucionario del Pueblo”, cuyos objetivos pasaban por derrocar al Gobierno fidelista y, supuestamente, recurrar el rumbo original del proceso revolucionario⁶⁹.

Castillo Puche dedicó varios de sus reportajes a las figuras señeras del Frente Revolucionario Democrático y tangencialmente habló también de aquellos otros grupos y personalidades políticas que se movían en sus aledaños y que merecían también tenerse en cuenta. De este modo, Ray Rivero, Prío Socarrás, Justo Carillo, Aureliano Sánchez Arango y Manuel Artime aparecieron mencionados en varias ocasiones en los reportajes de Castillo Puche, no así Rafael Sardiñas, que sólo fue mencionado en una ocasión al hacer referencia a la composición del frente. Sin embargo, los únicos que concedieron entrevista al enviado de *Pueblo* fueron Tony Varona, Miró Cardona y José Ignacio Rasco.

En lo tocante a Ray Rivero, Castillo Puche, hizo referencia a él a través de personas interpuestas. El periodista español mantuvo encuentros con algunos grupos de ex revolucionarios fidelistas que habían recibido el apoyo del “Movimiento Revolucionario del Pueblo”, al frente del cual, como señalaron los entrevistados, se encontraba nada menos que Manolo Ray, antiguo ministro de Obras Públicas y figura destacada en las luchas contra la dictadura de Batista⁷⁰. Sin embargo, Castillo Puche prefirió colocar a aquellos hombres fuera de la órbita del MRP de Ray Rivero, dándoles simplemente la condición de seguidores de Hubert Matos. Las evidentes tendencias socialdemócratas de Ray Rivero podían estar detrás de este menoscabo en las páginas de *Pueblo* de la figura del líder del MRP.

Manuel Ray Rivero había sido uno de los hombres que había renunciado a su cargo a resultas del caso Hubert Matos. A raíz de aquel conflicto, Ray Rivero se había retirado de la escena pública para aparecer meses después, concretamente en junio de 1960, al frente de una organización antigubernamental que respondía al nombre de “Movimiento Revolucionario del Pueblo”⁷¹. Manolo Ray no tardó en sumar fuerzas con otros grupos y entre estos contingentes, desvinculados de la

⁶⁹ García, Edmundo: *Op. Cit.*, pág. 47.

⁷⁰ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6670. Madrid: jueves, 9 de febrero de 1961, pág. 12. Diario.

⁷¹ Brown, Jonathan C.: *Op. Cit.*, pág. 62.

revolución a raíz del caso Matos, parecían estar los hombres que habían hablado con Castillo Puche. En el reportaje de *Pueblo* no se hablaba de la pertenencia de todos aquellos hombres al grupo de Ray Rivero, pero todos ellos aseguraban que habían recibido apoyo explícito del antiguo ministro de Obras Públicas para atentar contra el régimen fidelista y todos ellos también afirmaron que, como Ray Rivero, se habían desvinculado de la revolución como consecuencia de la detención y encarcelamiento de Huber Matos⁷². Varios de aquellos hombres a los que entrevistó Castillo Puche habían sido detenidos junto a Huber Matos; posteriormente, se habían fugado y durante un tiempo, antes de recalar en Miami, habían dado algún golpe contra el Gobierno cubano con la aquiescencia y el apoyo de Ray Rivero⁷³.

La figura de Ray Rivero aparecía así teñida de nebulosa: se dejaba ver más bien poco, huía de los primeros planos y era un hombre contenido en sus declaraciones⁷⁴, algo que lo distinguía abiertamente del resto de líderes de la contrarrevolución. Jonathan Brown, académico de la Universidad de Austin (Texas) y especialista en los grupos paramilitares cubanos que se movieron en el área del Caribe en los años sesenta, afirma que Ray Rivero llegó a Miami el 7 de noviembre de 1960 y que fue el desertor de más nivel dentro del primigenio Gobierno revolucionario encabezado por Miró Cardona en recibir apoyo financiero directo de la CIA para poner en marcha sus operaciones militares contra Fidel Castro⁷⁵. Una aseveración que el propio Ray Rivero desmintió rotundamente en una entrevista concedida en el año 2008 al periodista cubano radicado en Miami Edmundo García⁷⁶.

Llegados a este punto, es necesario un breve inciso sobre la figura de aquel hombre que se había desempeñado como ministro fidelista y que había colaborado intensamente con el Movimiento 26 de Julio. Ray Rivero nunca renunció a la revolución, apostaba por ella para el futuro de Cuba, pero desprendida del radicalismo que promovían los hermanos Castro y el Che. Una revolución que tenía su ideal en aquella que había capitaneado Fidel Castro durante los primeros meses de 1959 y que, por tanto, debía respetar las siguientes premisas: “*La Constitución de 1940, el respeto a las libertades civiles, el Estado de derecho y el inicio de reformas económicas y sociales sin comunismo*”⁷⁷. Aquel programa, el de la Revolución cubana del primer trimestre de 1959, hacía de Manolo Ray una suerte de socialdemócrata atemperado por el capitalismo de cuño norteamericano que había imperado en la Cuba prerrevolucionaria. Nos encontrábamos así ante un hombre próximo a las ideas de Rómulo Betancourt y reacio por tanto a cualquier tipo de colaboración con los comunistas o de acercamiento a la URSS. Ray era la figura señera de lo que comenzaba a conocerse como el “*fidelismo sin Fidel*”⁷⁸. Una receta muy del gusto de algunos hombres del gabinete ministerial que encabezaba el presidente Kennedy, pero demasiado apegado a la izquierda política para muchas otras autoridades norteamericanas, entre ellas los responsables de la CIA⁷⁹.

Esta versión es la que sostiene Max Lesnik, miembro del II Frente del Escambray y jefe de propaganda del MRP de Ray Rivero. Según la versión facilitada por Lesnik al reputado politólogo cubano Rafael Hernández, Ray Rivero era “*el apadrinado de los liberales de Kennedy*”, mientras que la CIA tenía en Manuel Artime Buesa a “*su golden boy*”⁸⁰. El vínculo entre estas dos posiciones enfrentadas venía representado por Miró Cardona que mantenía “*una buena relación con Artime*”, el

⁷² *Pueblo* (Año XXII). Núm.6670. Madrid: jueves, 9 de febrero de 1961, pág. 12. Diario.

⁷³ *Ibidem*, págs. 12 y 13.

⁷⁴ García, Edmundo: *Op. Cit.*, pág. 47.

⁷⁵ Brown, Jonathan C.: *Op. Cit.*, pág. 62.

⁷⁶ García, Edmundo: *Op. Cit.*, págs. 47-56.

⁷⁷ Brown, Jonathan C.: *Op. Cit.*, pág. 62.

⁷⁸ *Idem*.

⁷⁹ Hernández, Rafael: “Siempre me he considerado un socialista. Max Lesnik habla sobre la Revolución cubana”, Revista *Temas*, núm. 55, La Habana, julio-septiembre de 2008, pág. 42. Bimestral.

Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, págs. 38 y 39.

⁸⁰ Hernández, Rafael: *Op. Cit.*, pág. 42.

hombre de la CIA” y había trabajado con Ray Rivero en el primer Gobierno revolucionario⁸¹. En palabras de Lesnik, este era el esquema organizativo ideal para las autoridades norteamericanas de cara al futuro de una fuerza unitaria contra Fidel Castro, pues esta receta era la única que podía salvar las diferencias entre la CIA, partidaria de revertir el proceso revolucionario y destruirlo en su totalidad, y el aparato político oficial del Gobierno norteamericano, proclive a promover la solución de *“la revolución blanca”* en la que se recogieran algunas de las demandas de la revolución fidelista⁸².

Ray Rivero, como el resto de los hombres que apostaban por su línea política, encabezaban un grupo de acción directa que se situaba en un terreno aún sin explorar en todas sus posibilidades, una tercera vía que hacía difícil su acomodo dentro de los convencionalismos bajo los que se movía la mayoría de la contrarrevolución y que en ningún caso estaba dispuesta a promover una solución de corte derechista para el futuro de Cuba. En cierta medida, eran partidarios de aquello que hemos definido, sirviéndonos de la obra de Gramsci, como revolución restauración o revolución pasiva, pero bajo una receta que se desvinculaba de la revolución pasiva acometida por ciertos sectores de la Iglesia y, hasta cierto punto, mucho más progresista. Era cierto que compartían con esta última su aversión por la receta comunista, pero los hombres de Matos, como eran definidos en las páginas de *Pueblo*, no veían en la doctrina social de la Iglesia la posible salida para Cuba, más bien apostaban por alguna línea de orientación socialdemócrata, reformista y moderada que fuera capaz de contener los aspectos más radicales de la revolución que encabezaba Fidel Castro, para no verse enfrascados en una disputa con los Estados Unidos y evitar así la inclusión soviética en el proceso revolucionario cubano. Castillo Puche era consciente de ello y definía el encuentro con los hombres que había desistido de apoyar a Fidel Castro tras el caso Matos del siguiente modo:

*“Me llevaron a conocer a un grupo de hombres duros: los hombres del comandante Hubert Matos. No íbamos a ver, por lo tanto, a elementos reaccionarios, sino a un grupo distinguido por sus hazañas en Sierra Maestra en los tiempos heroicos de Fidel. Este grupo de oficiales rebeldes ya se habían hecho famosos en la lucha contra Batista. En cierto modo se diría que son partidarios del fidelismo, pero sin Fidel y, por lo mismo, hombres temibles y evitables por las fuerzas conservadoras de la contrarrevolución”*⁸³.

Castillo Puche no dejó aspecto sin tratar dentro de la contrarrevolución miamense y explicitó las contradicciones que dentro de ella existían y los posibles focos de conflicto y enfrentamiento para el futuro. Todo lo que se cocinaba entre los cubanos de Miami tuvo cabida en los reportajes de *Pueblo*. El corresponsal del diario sindical se había aventurado a sobrevolar Cuba en aquellas aeronaves que tenían como misión localizar objetivos para un posible ataque o para su ejecución instantánea si las condiciones lo permitían. Sin embargo, aquella no fue su única experiencia comprometida y arriesgada. Días después, se había embarcado también en una expedición que tenía por objeto dejar a varios hombres procedentes de los campos de entrenamiento de la contrarrevolución en las playas cubanas para, posteriormente, emprender la marcha hacia el macizo del Escambray y reforzar la lucha de la insurgencia en Las Villas.

El corresponsal de *Pueblo* habló de los campos de entrenamiento de aquellas fuerzas anticastristas y aunque no desveló su localización señaló que se encontraban lejos de Miami, algunos de ellos a varias horas de vuelo⁸⁴. Castillo Puche, ofreciendo otro fenomenal reportaje para *Pueblo*, se enroló en una de aquellas expediciones que, desde los campamentos clandestinos de entrenamiento, llevaba por mar a los contingentes contrarrevolucionarios a las costas cubanas, donde desembarcarían rumbo al

⁸¹ *Idem.*

⁸² *Idem.*

⁸³ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6670. Madrid: jueves, 9 de febrero de 1961, pág. 12. Diario.

⁸⁴ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6678. Madrid: sábado, 18 de febrero de 1961, pág. 12. Diario.

Escambray⁸⁵. Aquí, el periodista español, entró en contacto con los hombres que estaban bajo el paraguas de la “Triple A” de Sánchez Arango⁸⁶. Unos hombres que se estaban adiestrando en la lucha guerrillera para infiltrarse en Cuba, como finalmente lo hicieron en aquella expedición que tuvo como invitado al reportero de *Pueblo* en su periplo hasta las costas de Cuba.

Sin embargo, no todo eran hombres en aquella lucha, había también mujeres y, como señaló Castillo Puche en varios de sus reportajes, su papel estaba siendo fundamental⁸⁷. El denominado Movimiento de Recuperación Revolucionaria, al frente de cual se encontraba Manuel Artime, estaba trabajando ya en el interior de Cuba desde hacía muchos meses y sus activistas, muchos de ellos mujeres, pasaban de Miami a La Habana con cierta frecuencia para preparar las acciones armadas y las operaciones de sabotaje contra el Gobierno fidelista⁸⁸. El propio Artime, según aseguró *Pueblo* en uno de sus reportajes, se encontraba en La Habana en aquel momento de forma clandestina⁸⁹.

Miami era la capital de la contrarrevolución y había varias organizaciones dedicadas a la lucha armada operando desde allí. Estaba el FRD, sobre que el comenzaban a recaer ciertas críticas debido a su progresiva derechización; estaban también todas las organizaciones que moraban en su seno y que parecían operar al margen de objetivos conjuntos que fueran más allá de la lucha genérica contra Fidel Castro; estaban también las personalidades protagónicas del primer Gobierno revolucionario como Ray Rivero y Miró Cardona, y estaba el último presidente elegido de la Cuba prerrevolucionaria: Prío Socarrás. Así pues, el panorama de cara a formar un frente único con capacidad real de someter a todas aquellas iniciativas operantes o ciernes de estarlo se antojaba cuando menos complicado. De todos modos, ya comenzaban a aparecer algunos descartes entre aquella terna de personalidades y organizaciones: uno de ellos era Prío Socarrás.

Prío Socarrás llegó a la Florida cuando el exilio trabajaba a pleno rendimiento en sus actividades conspirativas y, por tanto, su aportación parecía prescindible para unos e indeseable para otros. Entre los batistianos era uno de los enemigos a batir y entre los antiguos revolucionarios que habían apoyado a Fidel Castro en sus inicios Prío Socarrás representaba las posiciones acomodaticias y la corrupción del período republicano o de la llamada en Cuba “república mediatizada”. El ex presidente cubano llegaba tarde al reparto de poder del exilio y esto le granjeó cierto desprestigio entre la contrarrevolución. Así pues, los antiguos reproches de los revolucionarios de enero de 1959 y los de los partidarios de Batista salieron a luz con más fuerza que nunca y el último presidente electo de la Cuba prerrevolucionaria fue marginado a las primeras de cambio.

Castillo Puche señalaba, no sin razón, que Prío se había quedado sin sitio en el futuro de Cuba por haber estado demasiado tiempo apegado a la receta fidelista. Las declaraciones de Prío Socarrás tras su llegada a Miami no aportaban novedad alguna; había llegado tarde y el exilio se lo recriminaba⁹⁰. El líder del Partido Auténtico no gozaba de reputación entre la contrarrevolución y tampoco parecía recibir el afecto de Castillo Puche que definía al ex presidente como “*hombre suficiente, gallito y malhumorado*”⁹¹.

Prío Socarrás no era el único que no contaba con la total simpatía de Castillo Puche. Sánchez Arango, según le señalaron a Castillo Puche los hombres de la Triple A que iban a infiltrarse en Cuba, se

⁸⁵ *Idem*.

⁸⁶ *Idem*.

⁸⁷ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6675. Madrid: miércoles, 15 de febrero de 1961, pág. 12 y 13. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6678. Madrid: sábado, 18 de febrero de 1961, pág. 12. Diario.

⁸⁸ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6675. Madrid: miércoles, 15 de febrero de 1961, pág. 12 y 13. Diario.

⁸⁹ *Idem*.

⁹⁰ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6680. Madrid: martes, 21 de febrero de 1961, pág. 13. Diario.

⁹¹ *Idem*.

encontraba cada día más alejado del FRD⁹². Las razones de aquel distanciamiento estaban en la línea política, cada día más conservadora, que imperaba dentro del FRD. Una información que corroboró Justo Carrillo, otro de los dirigentes del FRD, al señalar que desde el mismo inicio de la andadura del frente en junio de 1960 se pudo observar que en su seno prevalecerían las corrientes más conservadoras debido a la postura adoptada por Varona, Artime y Rasco; una línea que no estaba en sintonía con la que el propio Justo Carrillo defendía y que se encontraba todavía más distante de la que sostenía Sánchez Arango⁹³.

Varona, Artime y Rasco no tenían en sus miras derrocar a Fidel Castro para reconducir el proceso, sino que pretendían derrotar a la Revolución cubana para derogar todo lo promulgado en su nombre⁹⁴. Justo Carrillo, al igual que Sánchez Arango, tenía una visión más progresista y eran conscientes de que no se podía pasar por alto lo que había sucedido en Cuba; la vieja política de la Cuba prerrevolucionaria no podía regresar porque la sociedad cubana había evolucionado durante el Gobierno fidelista y, por consiguiente, la totalidad de su obra no podría revocarse sin producir un nuevo marasmo nacional⁹⁵.

Castillo Puche minusvaloró en sus reportajes, a nuestro modo de ver de forma deliberada, la relevancia de figuras como Justo Carrillo, Sánchez Arango o Ray Rivero dentro del exilio. Los dos primeros se habían significado en la lucha contra Machado dentro del Directorio Estudiantil Universitario, años después lo habían hecho contra Batista y ambos habían tenido palabras poco gratificantes, como el resto de los hombres que habían acompañado a Prío en su periodo presidencial, para con los regímenes derechistas antidemocráticos que imperaban en Iberoamérica, incluida la dictadura franquista. En cuanto al tercero, sus inclinaciones socialdemócratas lo hacían un personaje incómodo para la contrarrevolución, hasta tal punto era así que su formación, el MRP, no estaba integrada dentro del frente unitario.

De todos modos, con el paso de los años, las vocaciones izquierdistas de Justo Carrillo y Sánchez Arango y su aversión a todas las dictaduras de derechas del ámbito iberoamericano se habían atemperado considerablemente. En la lucha contra Fidel Castro los antiguos enemigos debían ser considerados aliados en el nuevo contexto y esta fue una realidad que ambos líderes parecieron comprender de forma inmediata. Por lo demás, la posición de Justo Carrillo era más controvertida que la de ningún otro líder, pues su alineamiento con los sectores que había tratado de establecer una tercera vía o un gobierno puente entre Batista y Fidel Castro eran sobradamente conocido, al igual que su acercamiento a los Estados Unidos para lograr aquel objetivo de la revolución blanca⁹⁶. Aquellos intentos de Carrillo por establecer un gobierno puente que fuera capaz de prescindir de Batista y a la vez de Castro no fue una ocurrencia puntual, fue un proyecto que contó siempre con el aval de Carrillo y que se recreó de diferentes formas durante la segunda mitad de 1958⁹⁷.

Carrillo era un hombre de convicciones liberales y con aversión a las interrupciones bruscas del régimen parlamentario, muy en la línea de otros líderes del primer Gobierno fidelista, como Pazos o Ray Rivero. Así pues, Carrillo se desvinculó de la Revolución cubana a finales de 1959 cuando comprendió que la vuelta al régimen parlamentario de antaño ya no sería posible⁹⁸. En realidad, tanto su papel, como el de la Agrupación Montecristi y otros grupos secundarios que había encabezado, se había limitado durante los años cincuenta a la recaudación de dinero para las tropas fidelistas y otros

⁹² *Pueblo* (Año XXII). Núm.6678. Madrid: sábado, 18 de febrero de 1961, pág. 12. Diario.

⁹³ Arboleya Cervera, Jesús: *Op. Cit.*, pág. 83.

⁹⁴ *Idem.*

⁹⁵ *Idem.*

⁹⁶ Thomas, Hugh: *Op. Cit.*, págs. 782 y 783.

⁹⁷ Arboleya Cervera, Jesús: *Op. Cit.*, pág. 41 y Thomas, Hugh: *Op. Cit.*, págs. 782 y 783.

⁹⁸ Thomas, Hugh: *Op. Cit.*, págs. 601 y 992.

grupos de acción que luchaban para terminar con la dictadura de Batista y regresar al régimen parlamentario⁹⁹.

Justo Carrillo no había mostrado predilección por grupo alguno, había colaborado con Fidel Castro y el “26 de Julio” y lo había hecho también con grupos de oficiales izquierdistas que habían conspirado para derrocar a Batista¹⁰⁰. En definitiva, se había dedicado, por decirlo de un modo rudo, a arrimar dineros a aquellas empresas insurgentes que parecían más proclives a terminar con la dictadura batistiana para regresar, en un breve plazo de tiempo, a un posible régimen de alternancia en el poder entre ortodoxos y auténticos o a alguna otra receta que garantizara la estabilidad y la democracia cubana, aunque fuera a costa de tragar con sus deficiencias y corruptelas de la década de los cuarenta.

Después del triunfo de la revolución, Carrillo se había puesto al frente del Banco de Fomento Agrícola e Industrial de Cuba, ocupando así una posición con la que había estado comprometido durante la presidencia de Prío Socarrás¹⁰¹. Para Justo Carrillo, al fin y al cabo, el triunfo de Fidel Castro no significó otra cosa que la recuperación de una carrera política que se había visto truncada tras el golpe de Batista y, de este modo, su distanciamiento de la revolución comenzó a producirse cuando percibió que los objetivos del proyecto fidelista no terminaban con el rescate de la Constitución de 1940.

Durante los primeros meses de gobierno revolucionario la organización revolucionaria de Carrillo, Montecristi, no se había disuelto, en realidad no había sufrido presiones para que así fuera: sus hechos de armas eran más bien irrelevantes y apenas contaba con miembros. Según han señalado historiadores del período, la Agrupación Montecristi constituía “*un agrupamiento prácticamente familiar y diseñado para servir de cobertura a los juegos políticos de Justo Carrillo*”, pero en realidad con poca capacidad operativa para emprender cualquier tipo de acción en solitario¹⁰². Ahora bien, la principal virtud de Carrillo era su capacidad de maniobra, pues tenía contactos con la mayoría de los militares cubanos que habían estado en contra de Batista y con otros sectores políticos de la vieja Cuba. Justo Carrillo, desde la caída de Machado hasta su dimisión en marzo de 1952 tras el golpe de Batista, había participado activamente en la dirección económica de Cuba y conocía a todos los sectores del arco ideológico que se habían movido en Cuba en aquellos años¹⁰³, una circunstancia que lo convertía en un hombre valioso de cara a una Cuba post-fidelista.

En cuanto a Sánchez Arango sus convicciones progresistas parecían más sólidas que las de Justo Carrillo y también su aversión a los regímenes de fuerza que imperaban y habían señoreado en Iberoamérica, incluido el régimen franquista. Sánchez Arango se había distinguido como uno de los jóvenes de ideas más avanzadas durante la revolución de los años treinta, había sido además ministro de Educación durante el Gobierno de Prío Socarrás, atalaya desde la que Raúl Roa, director de Cultura de dicho ministerio e íntimo amigo de Arango por aquel entonces, había fustigado en varias ocasiones al régimen de Franco y a las dictaduras latinoamericanas¹⁰⁴. La intelectualidad que se había movido en el seno del Gobierno de Prío Socarrás, a la cabeza de la cual se encontraba Sánchez Arango, nunca había tenido una palabra amable para el régimen franquista, más bien todo lo contrario. En aquella época Raúl Roa había trabajado estrechamente con Sánchez Arango dentro del Ministerio de Educación y tenía una opinión muy favorable sobre su persona, destacando en él su condición de “*revolucionario integral*” y de “*marxista convencido*”¹⁰⁵.

⁹⁹ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 38.

¹⁰⁰ Thomas, Hugh: *Op. Cit.*, págs. 678, 708 y 758.

¹⁰¹ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 38.

¹⁰² Arboleya Cervera, Jesús: *Op. Cit.*, pág. 77.

¹⁰³ Thomas, Hugh: *Op. Cit.*, págs. 475, 583 y 596.

¹⁰⁴ Fresneda Camacho, Edel José: *Op. Cit.*, págs. XXXII y 387 y Ramos Valdés, Humberto y Gómez García, Carmen: *Op. Cit.*, pág. 56-58.

¹⁰⁵ Ramos Valdés, Humberto y Gómez García, Carmen: *Op. Cit.*, pág. 27.

Obviamente, la opinión de Roa ya no era la misma, pues su relación con Arango se había enfriado durante la lucha contra Batista y había desaparecido tras el triunfo de la revolución fidelista. El enfrentamiento entre ambos había llegado a una situación de no retorno, pues ahora ya no sólo les separaba su posición frente a la Revolución cubana que encabezaba Fidel Castro, sino también su posicionamiento ideológico en muchos otros aspectos. El desencuentro entre los antaño bien avenidos compañeros era total y había llegado a tal punto que Raúl Roa no dudó en calificar a Sánchez Arango como “*el mayor farsante de la generación del 30*”¹⁰⁶.

Así pues, dentro de aquel exilio anti-fidelista de Miami la situación era más compleja de lo que pudiera parecer a primera vista: todos sus integrantes eran anticomunistas, pero también muchos de ellos eran antifranquistas, algo que debía conocer perfectamente el diario *Pueblo* y también su corresponsal en la Florida en aquel momento. Bajo aquellos requerimientos de índole ideológica, Castillo Puche minimizó la figura de Sánchez Arango, Justo Carrillo y Ray Rivero, con la clara intención de acrecentar la de otros miembros del frente como era el caso de Tony Varona, José Ignacio Rasco y Manuel Artime o de personalidades que estando fuera del FRD estaban llamadas a tener un cierto protagonismo en la lucha contra Fidel Castro, como era el caso de Miró Cardona.

Atendiendo a estas premisas de partida es fácil entender por qué Varona, Rasco y Cardona concedieron entrevista al corresponsal de *Pueblo* y, de igual modo, por qué no lo hicieron Ray Rivero, Justo Carrillo y Sánchez Arango. La ausencia de Artime, uno de los hombres predilectos de la diplomacia franquista en la lucha contra la Cuba fidelista¹⁰⁷, quedaba justificada por la ausencia del líder del MRR, infiltrado en aquel momento en labores de sabotaje en La Habana. Sin embargo, las otras ausencias no estaban justificadas y se asumieron minimizando su importancia dentro del exilio por parte del diario *Pueblo*, que no dudó en elevar a la estatura de verdaderos conductores de la contrarrevolución a Tony Varona, a Miró Cardona y a José Ignacio Rasco, este último, quizás el dirigente menos atrayente del exilio, a pesar de contar con el apoyo explícito de la Iglesia católica.

El primero en pasar por las páginas de *Pueblo* fue Tony Varona. Un dirigente que compartía biografía y vivencias con Justo Carrillo, con Sánchez Arango y con Prío Socarrás. Todos ellos habían estado vinculados a la figura del presidente Grau San Martín y al Partido Auténtico y, posteriormente, se habían desempeñado ya bajo la presidencia de uno de ellos, Prío Socarrás, en los puestos más relevantes del Estado, a la cabeza de ministerios y de instituciones financieras de primer orden. Por debajo de Prío, se encontraba Varona y, según la opinión de muchos, su gran meta estaba en hacerse un día con la presidencia de Cuba después de haber ocupado el puesto de primer ministro en tiempos de Prío¹⁰⁸. Sobre Varona recaían también las acusaciones de una progresiva y acusada derechización y el uso de unos modos aristocráticos que llevaba a su vida personal y que desagradaban a muchos de los que tenían que compartir protagonismo con él en las filas de la contrarrevolución¹⁰⁹.

Castillo Puche no llevó su retrato de Varona a este punto, pero sí señaló, como introducción a su entrevista, que era el hombre más atrevido en sus maquinaciones para hacerse con el control de FRD y que para ello estaba dispuesto a deshacerse del resto de personalidades del frente para aglutinar bajo una organización común las fuerzas que representaban. En el frente había problemas de liderazgo y Varona, según señaló Castillo Puche, estaba decidido a imponerse sobre el resto. En cuanto al contenido de la entrevista no aportaba demasiadas novedades, pero lo que sí dejaba al descubierto era el pensamiento de Varona en aquel momento, cuyos argumentos no diferían demasiado de los esbozados por los hombres de Batista en los primeros meses del Gobierno revolucionario.

¹⁰⁶ *Ibidem*, pág. 87.

¹⁰⁷ De Paz-Sánchez, Manuel: *Zona de Guerra: Op. Cit.*, pág. 214 y 215.

¹⁰⁸ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, págs. 31 y 32.

¹⁰⁹ *Idem*.

Varona entró a la entrevista sin pregunta previa, exponiendo la situación de Cuba en aquel momento y la de su Gobierno revolucionario. En primer lugar señaló que Fidel Castro no era ni un exaltado ni un idealista sin experiencia, era más un tipo de político que en España se conocía bien debido a su historia reciente¹¹⁰. Así pues, aquella fábula que presentaba a Fidel Castro como un nacionalista preso del comunismo en su lucha por la independencia económica de Cuba no se sostenía, como tampoco se sostenía aquel otro relato que hacía del primer ministro cubano una víctima de la Guerra Fría.

Según Varona, Fidel Castro no era una víctima de la Guerra Fría, sino un elemento dentro de ella dispuesto a entregar a Cuba a “la sumisión política, militar y económica” del “imperialismo chinosoviético”¹¹¹. La argumentación de Varona era exclusiva y definitoria, estaba plagada de aseveraciones y no admitía argumentación contraria. Lo que había sucedido en Cuba era un plan cuidadosamente orquestado y destinado a entregar el control de Cuba a la minoría comunista del país, esta era la realidad según Varona¹¹².

Castillo Puche decidió entonces participar en la entrevista y, ante la perorata de Varona, abordó la pregunta que parecía más lógica: “Fidel, ¿es comunista o no?”¹¹³ Aquella era la incógnita que había gravitado en la mente de la mayoría de los analistas internacionales en aquellos dos años largos de Gobierno revolucionario y Varona, sin moverse un ápice de su receta expositiva, volvió a la carga siguiendo la senda trazada en su primera diatriba. Según Varona esa no era la cuestión pertinente, la pregunta adecuada debía circunscribirse a si realmente lo era su obra y, sobre este particular, Varona no albergaba dudas; nada mejor que su propia respuesta para escenificarlo:

*“En Cuba se están implantando a la velocidad del rayo los métodos marxistas-leninistas, y el único partido autorizado en la actualidad es el comunista. Los postulados de la revolución cubana han sido violados, falsificados y traicionados. De una manera violenta y arbitraria, ha sustituido lo que era el tradicional sistema democrático por un régimen de terror, de mentira, de saqueo, de lucha de clases, y todo para brindárselo como instrumento de penetración en el continente al bloque comunista. Si es comunista o no, él lo sabrá; pero sus frutos sí lo son”*¹¹⁴.

La entrevista siguió desarrollándose por los mismos derroteros: preguntas escuetas de Castillo Puche y largas respuestas plagadas de descalificaciones e improperios contra el Gobierno revolucionario por parte de Varona. Ante la falta de participación del entrevistador frente al entrevistado, Castillo Puche introducía en aquella entrevista algún apunte sobre la personalidad de Varona, señalando que era un hombre “implacable, enérgico, de lucha, temible incluso”¹¹⁵. Y así debía serlo, pues, según señaló el propio enviado de *Pueblo*, en la última reunión del FRD habían volado las sillas¹¹⁶. De todos modos, Castillo Puche afirmaba que el tal Varona tenía prestigio entre el exilio y que estaba decidido a derrocar a Fidel Castro. Su plan para el futuro pasaba por rescatar la Constitución de 1940 y estaba dispuesto a tomar las armas para conseguirlo¹¹⁷.

Fue entonces cuando Castillo Puche le pregunto sobre la marcha de las operaciones militares. La respuesta fue evasiva, pero no ocultó que había proyectos en marcha para el futuro inmediato y que su hijo se encontraba ya en los campamentos de adiestramiento listo para entrar en acción¹¹⁸. El

¹¹⁰ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6671. Madrid: sábado, 11 de febrero de 1961, pág. 13. Diario.

¹¹¹ *Idem.*

¹¹² *Idem.*

¹¹³ *Idem.*

¹¹⁴ *Idem.*

¹¹⁵ *Idem.*

¹¹⁶ *Idem.*

¹¹⁷ *Idem.*

¹¹⁸ *Idem.*

periodista español insistió entonces, preguntó si había algún plan en concreto y fue aquí donde Varona aportó más detalles. El viejo político cubano señaló que él ya no estaba para encabezar el frente armado y que para eso estaban las generaciones más jóvenes. Añadió también que había planes para dividir la isla en dos, como se había hecho ya en otras ocasiones en las luchas cubanas, y que había también proyectos para multiplicar las revueltas a lo largo y ancho de la isla¹¹⁹. El Gobierno provisional estaba preparado para cuando llegara el momento y aseguraba que los planes no fallarían. Aquello iba en serio, aseveraba Varona, pues había millones de cubanos dispuestos a sacrificar su vida por la liberación de Cuba¹²⁰.

Después de Tony Varona pasó por las páginas de *Pueblo* Miró Cardona. El antiguo primer ministro del Gobierno revolucionario desplegó unas maneras más sosegadas que las exhibidas por Varona y así lo hizo notar Castillo Puche en su crónica. De Miró Cardona se destacó su peso político y su capacidad de influencia a pesar de no formar parte del FRD. Se subrayó igualmente su paso por el Gobierno de Cuba durante los primeros meses de revolución, su condición de embajador de la Revolución cubana en Madrid durante seis meses y su cargo de embajador cubano en Estados Unidos, un puesto otorgado por Fidel Castro, pero desempeñado. Sin embargo, a pesar de su relevancia dentro del organigrama de mando fidelista y de su tardío desenganche del proceso revolucionario, desde su llegada a Miami, se había convertido en una figura respetable para las autoridades norteamericanas.

Castillo Puche señaló igualmente que aquella entrevista había tenido lugar en un día complicado para la familia de Miró Cardona: su hijo había partido la víspera para los campamentos de adiestramiento con el propósito de unirse a las tropas anti-fidelistas¹²¹. Miró Cardona mostró ante el entrevistador español su compromiso católico y le hizo saber que aquel espíritu cristiano moraba en la mayoría de los miembros de las fuerzas de la contrarrevolución. Su hijo era una muestra evidente de aquel aserto. Miró Cardona le aseguró a Castillo Puche que su hijo había comulgado antes de enrolarse en aquella aventura y que él, como padre, se sentía “*contento y orgulloso*”¹²². Aquella era una “*guerra santa*”, según Cardona, una aseveración que apostilló al hacer referencia a la importancia que estaba teniendo la religión en aquella contienda¹²³.

Castillo Puche señaló en la introducción de la entrevista a Miró Cardona que el hijo de éste había partido de Miami con rumbo desconocido para integrarse en las tropas de asalto y que su padre, como era habitual, se había hecho cargo de su mujer y sus hijos. Dentro de la contrarrevolución parecía imponerse la práctica de que todos tenía que arrimar el hombro en aquella justa, los que no podía por razón de edad y condición física, como era el caso de Tony Varona y Miró Cardona, enviaban a sus vástagos a empuñar las armas. La suerte parecía echada: si los primeros espadas enviaban a sus hijos a servir en las tropas acantonadas en los campos de adiestramiento todo parecía indicar que algún tipo de operación a gran escala se estaba preparando.

La populosa Cuba del interior y la reducida pero influyente del exterior estaban condenadas a dirimir sus diferencias a través del uso de las armas y aquella realidad parecía estar ya en las mentes de propios y extraños. De todos modos, las preguntas que se esbozaban sobre cuál sería el momento elegido, tal y como lo planteó Castillo Puche, recibían la evasiva, un razonamiento divagante, el silencio hastiado o la disputa encendida por una demora que, para muchos, resultaba ya delirante. Miró Cardona, al ser preguntado sobre este particular, señaló que para la “*Pascua Florida*” las cosas comenzarían a estar claras¹²⁴. El ex primer ministro cubano situaba el giro de la situación a finales de

¹¹⁹ *Idem.*

¹²⁰ *Idem.*

¹²¹ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6672. Madrid: lunes, 13 de febrero de 1961, pág. 10. Diario.

¹²² *Idem.*

¹²³ *Idem.*

¹²⁴ *Idem.*

marzo o principios de abril. Por lo demás, el antiguo primer ministro aseguraba que el actual, refiriéndose a Fidel Castro, sabía que el enfrentamiento era inminente y sabía también, pues estaba bien informado, que la cuenta atrás había empezado ya¹²⁵.

Miró Cardona se mostraba inclemente con las figuras señeras de la revolución y acusaba a Castro y al Che de llevar a Cuba al holocausto con tal de sostener su causa; sin embargo, al parecer del antiguo embajador, la situación del Gobierno revolucionario era cada día más desesperada. Ésta era una de las ideas que imperaban dentro del exilio: la revolución fidelista terminaría por caer y este razonamiento se construía bajo unas premisas que la realidad no parecía sustentar plenamente. Según Cardona, el régimen cubano terminaría cayendo porque “*el mundo americano e incluso Europa ayudarían firmemente a Cuba*”¹²⁶. Además, según aseveraba Cardona sin atisbo de duda, “*los continuos sabotajes*”, los alzados del Escambray que acosaban al régimen y la presión sobre el pueblo cubano terminaría produciendo un levantamiento antigubernamental que Fidel Castro no podría frenar¹²⁷. La dirigencia revolucionaria era consciente de ello, según Cardona, y aquello explicaba los discursos apocalípticos que incendiaban los discursos del Che y otros líderes revolucionarios¹²⁸.

Miró Cardona expuso también su visión sobre el caso Lojendio y señaló que la decisión de no renovar al embajador en Madrid había sido un error, más aún si se tenía en cuenta la predisposición que había mostrado España para recomponer las relaciones y evitar cualquier tipo de ruptura¹²⁹. Miró Cardona señaló igualmente que la decisión de abandonar Madrid había sido impuesta por las autoridades revolucionarias y que él, como embajador cubano, no había podido oponerse a aquella decisión so pena de romper con el régimen fidelista¹³⁰. Miró Cardona lamentaba aquella medida adoptada por las autoridades cubanas, pues las relaciones con España, debido a la fuerte presencia de españoles en la isla y de sus descendientes, él era uno de ellos, debían mantenerse al máximo nivel. Cardona aseguraba igualmente que tras su regreso a La Habana Fidel Castro no le había dado ningún tipo de explicación al respecto; le había prometido un encuentro, pero éste, después de dilatarse en el tiempo, nunca llegó a celebrarse¹³¹.

Miró Cardona colocaba en aquel enfrentamiento con España, que había derivado también en otro desencuentro, uno más, con los Estados Unidos, el inicio de la deriva radical del régimen cubano. A su modo de ver, este había sido el pistoletazo de salida para la cadena de desaciertos del régimen y así se lo expuso a Castillo Puche. El antiguo primer ministro cubano le aseguró al periodista español que tras su llegada a La Habana a finales de enero de 1960 comenzó a percibir que la situación en Cuba ya no era la misma; había cambiado radicalmente durante sus seis meses de ausencia y fue entonces cuando explicó el tortuoso camino que le había llevado hasta el exilio definitivo a finales de 1960.

El antiguo jefe de Gobierno cubano hizo una elipsis sobre lo acontecido en 1959, dando a entender que durante este año la situación no se había desbordado y que a grandes rasgos entraba dentro de lo que la revolución se había propuesto cuando llegó al poder. Sin embargo, todo cambio en 1960. Miró Cardona aseveró que durante aquel segundo año de revolución comenzó a resultar evidente que el caos se estaba apoderando de la isla. Fue entonces cuando algunos decidieron irse, otros trataron de quedarse para influir. Éste fue el caso de Cardona; de todos modos, como él mismo lamentó en sus declaraciones a *Pueblo*, sus intentos para contener la fiebre interventora que se había apoderado de

¹²⁵ *Idem.*

¹²⁶ *Idem.*

¹²⁷ *Idem.*

¹²⁸ *Idem.*

¹²⁹ *Idem.*

¹³⁰ *Idem.*

¹³¹ *Idem.*

las autoridades revolucionarias habían resultado infructuosos. Sobre este particular el ex mandatario cubano era tremendamente crítico, las intervenciones estatales no eran una solución para Cuba: el país iba derecho a la ruina y aquella debacle se vería acentuada por otros aspectos como la destrucción del antiguo sistema jurídico, como la irrelevancia que tenía en la realidad cubana la Constitución de 1940 y como los cambios que se estaban intentado acometer en todos los ámbitos de la vida institucional y normativa¹³².

Miró Cardona relató de forma minuciosa sus intentos para frenar aquella vorágine en la que había entrado la dirigencia revolucionaria: trató de hacer llegar al Gobierno cubano su inquietud ante los peligros que podía traer aquella actitud interventora en todas las áreas económicas del país, expuso igualmente el modo en que Fidel Castro había rehuido durante meses un encuentro privado para discutir sobre la situación institucional y en entró en pormenores sobre el modo en que Dorticós, con quien sí se había encontrado en varias ocasiones, había hecho oídos sordos a sus sugerencias¹³³. Después llegó la designación para hacerse cargo de la Embajada norteamericana en mayo de 1960, cargo éste nominal y nunca desempeñado, pues la incorporación a su puesto se demoró *ad infinitum*; entremedias tuvo que soportar varias encerronas en las que se había pretendido que se hiciera cómplice de las purgas en la Universidad de La Habana, y, finalmente, hartó ya del cerco al que se le había sometido y de las presiones de todo orden a las que había tenido que hacer frente, decidió tomar el camino del exilio¹³⁴. Se refugió en la Embajada argentina de Cuba el 5 de julio y allí permaneció durante cien días a la espera del salvoconducto que le permitiera salir de forma definitiva hacia el exilio¹³⁵.

El antiguo primer ministro cubano expuso aquel proceso de desencanto vivido durante 1960 con todo lujo de detalles y, al contrario que Varona, dejó que fuera Castillo Puche el conductor de aquella extensa pormenorización de la todavía corta historia del Gobierno fidelista. Por lo demás, el apesadumbrado Cardona demostró una especial inquina contra “*el apátrida Che Guevara*”, del que se tomó la libertad de reproducir varios pasajes en los que hablaba abiertamente del camino socialista del proceso revolucionario y al que responsabilizaba de ser uno de los instigadores más contumaces del enfrentamiento con los Estados Unidos¹³⁶. Un balance similar hacía “*del fanático Raúl*”¹³⁷. Sobre Dorticós su opinión no era más favorable y sobre Fidel Castro, al que responsabilizaba de todos los males, lo acusaba de haber vendido la revolución a los comunistas¹³⁸.

En la exposición de Cardona había ciertamente mucho rencor acumulado y su relato resumaba una visión del presente y el porvenir de Cuba que no dejaba espacio al disenso. De igual modo, sorprendía también su falta de sintonía con el régimen cubano, sobre todo si se tenía en cuenta que era un hombre que no había roto con la revolución hasta julio de 1960. La opinión de Cardona, expuesta en todo su alcance en aquella entrevista, dejaba al descubierto el perfil ideológico de aquel primer gabinete ministerial que se había formado como órgano de Gobierno tras el triunfo de la revolución y nos situaba, igualmente, ante la sima ideológica que separa a los hombres que permanecían fieles a la revolución de aquellos otros que, habiéndolo sido, habían renunciado.

Después de aquella diatriba en la que no había concesión alguna para con los hombres que se encontraban al frente del proceso revolucionario, Castillo Puche intervino para preguntarle al entrevistado si realmente Fidel Castro había tenido motivos y razones suficientes para alzarse en

¹³² *Idem.*

¹³³ *Idem.*

¹³⁴ *Idem.*

¹³⁵ *Idem.*

¹³⁶ *Ibidem*, págs. 10 y 11.

¹³⁷ *Ibidem*, pág. 10.

¹³⁸ *Idem.*

armas y poner en marcha una revolución como aquella. Sobre este particular Miró Cardona no albergaba dudas, la revolución había sido necesaria para contener las desigualdades sociales y tratar de nivelarlas; además, el país demandaba de un régimen de austeridad administrativa que contuviera las corruptelas y que salvara las libertades esenciales¹³⁹.

La revolución había sido necesaria según el antiguo primer ministro. Ésta era una realidad irrefutable, pero lo que no se podía tolerar, según Cardona, era el Gobierno revolucionario que trataba de capitanearla, pues la había traicionado para ponerla al servicio de motivaciones e intereses espurios que no eran otros que los del comunismo internacional. Castillo Puche le preguntó después al entrevistado si realmente había algún acierto en la labor de Fidel y de existir éste dónde consideraba el entrevistado que debía situarse. “¿Cuál sería, a su juicio, el acierto de Fidel?”, inquirió el periodista, a lo que respondió el entrevistado del siguiente modo: “Creo que el haber ayudado a crear la idea de nación en Cuba. Eso mismo, insuflado de espíritu cristiano, podría ser bueno en el porvenir. Pero Fidel ha desviado la ruta y ha puesto en el carro mercancía prohibida”¹⁴⁰.

Con aquel aserto, compendio del pensamiento de Cardona, Castillo Puche dio por finalizada la entrevista y se introdujo después en un largo alegato en el que urdió una defensa cerrada de la figura del antiguo primer ministro. Castillo Puche señaló que Miró Cardona era un hombre “*ecuánime y animoso*”, bienintencionado, y que algunas publicaciones, prescindiendo de cualquier decoro, habían lanzado contra él “*frases muy crueles y duras por haber estado junto a Fidel en los primeros tiempos*”¹⁴¹. Castillo Puche señaló igualmente que no se le podía recriminar a Miró Cardona aquella actitud, compartida con muchos otros cubanos que ahora integraban las filas contrarrevolucionarias, y que si aquel sustento de Fidel Castro durante los primeros meses se había ejecutado con “*lealtad*”, porque el entrevistado había creído que era “*lo honroso*” para Cuba, bien podía disculpársele aquel desliz¹⁴².

Pueblo señalaba en aquella entrevista que habían sido miles los que habían estado con el movimiento fidelista, Miró Cardona uno de ellos. Muchos habían optado por la baza de Fidel Castro y su Movimiento 26 de Julio “*porque de ninguna manera podía estar con Batista*”, sus inclinaciones liberales se lo impedían¹⁴³. De todos modos, al diario sindical, por boca de su corresponsal, le parecía también humano que algunos quisieran seguir siendo fieles a Batista pese a todo¹⁴⁴. El exilio cubano en aquel momento era eso precisamente: una mezcla de revolucionarios desencantados y antiguos partidarios de Batista unidos en la lucha contra el comunismo. Así pues, a Cardona no se le podía recriminar nada, más bien todo lo contrario: estaba luchando por Cuba limpiamente, sin empujones ni egoísmos, su hijo se encontraba ya en los campamentos militares y él trabaja a diario para ofrecerle los mejores servicios a su nación¹⁴⁵.

Llegados a este punto, Castillo Puche lanzaba un ataque contra aquellos cubanos que se prodigaban con la pluma y con la lengua para lanzar críticas envenenadas contra algunos líderes del exilio. En la mayoría de aquellos anticomunistas furibundos había poca verdad y mucha cobardía, pues eran de los que veían los toros desde la barrera, ya que eran muy pocos los que habían tenido el arrojo de enrolarse en las tropas de asalto que se entrenaban ya en diversos puntos del Caribe¹⁴⁶.

¹³⁹ *Idem.*

¹⁴⁰ *Ibidem*, pág. 11.

¹⁴¹ *Idem.*

¹⁴² *Idem.*

¹⁴³ *Idem.*

¹⁴⁴ *Idem.*

¹⁴⁵ *Idem.*

¹⁴⁶ *Idem.*

Aquellos líderes del exilio que habían estado profundamente implicados con Fidel Castro durante muchos meses eran tan válidos para la lucha común como lo eran los desafectos más madrugadores y sagaces. Se precisaba unidad, aseveraba *Pueblo* a través de Castillo Puche, y para conseguirla nada mejor que el abandono de posiciones caducas y rencores pretéritos¹⁴⁷. Sin embargo, aquella ansiada unidad estaba lejos de conseguirse. Como señalaba el periodista español con acertadas dosis de perspicacia, la palabra de mayor popularidad en el exilio era el término “*traidor*”, una coletilla que en nada ayudaba al proyecto común y que para lo único que servía era para activar la espoleta de la división¹⁴⁸. Para levantar “*una patria nueva*” era necesario prescindir de los “*rencores*”, las “*envidias*”, los “*complejos de culpa*” y las “*ansias de venganza*”¹⁴⁹.

Castillo Puche entendía que hubiera varias tendencias y varios dirigentes dentro del exilio, pero no entendía la politiquería de aquel momento. Aquellos líderes que se disputaban la supremacía no estaban todavía en el Congreso y, por consiguiente, aquellas luchas no tenían sentido alguno; no eran más que “*pandemonium de retaguardia*” sazónada “*con preferencias y exclusiones absurdas*”¹⁵⁰. En aquella situación los únicos que tenían la razón, según Castillo Puche, eran los que se habían alistado en las tropas de asalto. Aquellos eran los verdaderos anticomunistas.

El exilio tenía así profundas contradicciones de difícil resolución, pues frente a los jóvenes “*heroicos e iluminados*” que cimentaban su sueño sobre “*realidades posibles*” y no sobre paraísos imaginados, se interponían muchos de los políticos que se arrogaban el derecho de representación y que pretendían construir la administración de una victoria que todavía no había llegado¹⁵¹.

De entre aquellos políticos que trabajaban desde la retaguardia y conspiraban para conseguir canonjías, prebendas y puestos relevantes en la administración de la futura Cuba, Castillo Puche excluía a Miró Cardona y también a José Ignacio Rasco. El primer conductor del Gobierno revolucionario fidelista no había recalado en Miami en busca de una posición que ya había tenido en Cuba y que había rechazado por principios, como tampoco lo hacía el dirigente de la Democracia cristiana cubana.

José Ignacio Rasco fue el tercero de los líderes del exilio que habló para el diario sindical. Rasco pertenecía a la generación de Fidel Castro y había sido acompañante suyo cuando el líder cubano no era todavía la imagen de la revolución en América. Habían compartido vivencias con Fidel Castro durante el período universitario, le había acompañado a Venezuela durante el primer viaje oficial de la revolución victoriosa, había estado también con el líder cubano en su primer periplo por los Estados Unidos allá en abril de 1959 y era, por tanto, un buen conocedor de la figura del otrora primer ministro cubano¹⁵².

José Ignacio Rasco, que contaba en aquella época con treinta y cinco años, era uno de los jóvenes cubanos que había caído bajo el influjo del verbo encendido de Fidel Castro durante los primeros meses de revolución. Le había acompañado un tiempo como tantos otros y se había convertido en un compañero de viaje ocasional de aquella revolución fidelista. Sin embargo, una vez desvinculado del proyecto revolucionario en aquellos primeros meses de 1960, había pasado a ser uno de los líderes del exilio.

En Rasco encontraba Castillo Puche la capacidad de movilización que tenía el catolicismo entre el exilio y nada mejor para escenificarlo que la escena que se había topado el enviado de *Pueblo* en la

¹⁴⁷ *Idem.*

¹⁴⁸ *Idem.*

¹⁴⁹ *Idem.*

¹⁵⁰ *Idem.*

¹⁵¹ *Idem.*

¹⁵² *Pueblo* (Año XXII). Núm.6673. Madrid: martes, 14 de febrero de 1961, pág. 13. Diario.

casa del líder del movimiento demócrata cristiano de Cuba. En la puerta del domicilio de Rasco Castillo Puche se había encontrado con dos dirigentes jóvenes del exilio, uno del MRR (Movimiento de Recuperación Revolucionaria), y el otro, de la Triple A¹⁵³.

En esta capacidad de influir en todas las formaciones y en tejer pactos y acuerdos con ellas se encontraba la fuerza de la democracia cristiana y también la de su líder. La democracia cristiana de Cuba tenía relaciones fluidas con todas las formaciones que se insertaban en este perfil ideológico socialcristiano en Latinoamérica, unas relaciones que se escenificaban de forma regular con la presencia de Rasco en todos los congresos, encuentros y eventos que organizaba esta corriente política a lo largo y ancho del continente¹⁵⁴. Por lo demás, en aquella entrevista, Rasco no perdió tampoco la oportunidad de explicitar el apoyo que Kennedy prestaba a aquellas corrientes políticas que se englobaban dentro de la democracia cristiana. El presidente norteamericano estaba con las organizaciones democratacristianas del continente y especialmente con la cubana, según le aseguró el líder católico al periodista español¹⁵⁵.

El catolicismo se erigía así en vehículo aglutinante de la contrarrevolución. Un aspecto que el líder de la democracia cristiana cubana se encargaba de cultivar a diario. Hasta tal punto llegaba este convencimiento que, el propio Rasco, al ser preguntado sobre los alzados que tenía su grupo en el Escambray, hablaba de quinientos hombres sublevados en el macizo central de Cuba, dando así por sentado que la totalidad de los insurgentes de la contrarrevolución pertenecían a la democracia cristiana. Rasco, en un alarde de osadía, se presentaba como el líder de la principal formación contrarrevolucionaria y señalaba que contaba en el interior de Cuba con nada menos que diez mil afiliados activos, dispuestos a intervenir cuando las circunstancias lo demandaran.¹⁵⁶

Por lo demás, el discurso de Rasco corría parejo al de sus correligionarios de mayor edad, había diferencias entre todos ellos, pero el anticomunismo era la receta que igualaba al feje de dirigentes del exilio. De todos modos, el testimonio de Rasco se distinguía del de sus correligionarios por el ataque enconado que hacía de Fidel Castro. Hasta tal punto era así, que el líder católico no tenía reparo alguno en caer en la más desnuda de las descalificaciones personales. En estos devaneos hirientes contra Fidel Castro ocupó Rasco la mayor parte de su entrevista. Sin embargo, hubo espacio también para abordar otros temas y como era habitual en las entrevistas de Castillo Puche se hizo mención a España. Aquí Rasco señaló la visión que el mayor de los Castro tenía de la antigua metrópoli y lo hizo al hacer mención a las relaciones entre España y Cuba. Sobre este particular el enviado de *Pueblo* abordó las relaciones bilaterales entre Madrid y La Habana y le preguntó al líder católico si Fidel Castro estaba dispuesto a romper con España y si este escenario podía llegar a producirse en algún momento. La respuesta de Rasco fue tan sorprende como concluyente y se articuló en los siguientes términos:

*“Pienso que no. Fidel lleva dentro todo lo de España como un dolor oculto y, aunque lo maldiga, es su obsesión. El quisiera que esta revolución, más que entre cubanos, fuera entre españoles. Pero tiene respeto y miedo a ser descalificado totalmente en España. Esto me consta que le infunde pavor”.*¹⁵⁷

Con aquella entrevista Castillo Puche cerraba su periplo de contactos con los líderes de la contrarrevolución, mostrando de forma muy clara las diferencias de matiz que había entre ellos. En cierta medida, la divergencia de posturas entre los dirigentes de la contrarrevolución no era más que

¹⁵³ *Idem.*

¹⁵⁴ *Idem.*

¹⁵⁵ *Idem.*

¹⁵⁶ *Idem.*

¹⁵⁷ *Idem.*

la expresión sublimada de lo que era el exilio cubano, donde se daban cita formaciones que tenían importantes vínculos internacionales, otras que vivían nada más que por y para la realidad cubana y otras que no iban mucho más allá de la personalidad del líder y sus acólitos. El exilio se había convertido en una apretada conjunción de tendencias divergentes que, a pesar de estar por la unidad, resultaban difíciles de conjugar debido a las inquinas que medraban entre sus líderes y al hambre de protagonismo que moraba en las mentes de muchos de ellos. Castillo Puche, a pesar del evidente y en ningún momento ocultado partidismo que adoptaba en el contencioso cubano, mostraba en aquella serie de reportajes para *Pueblo* una radiografía bastante certera del exilio, de sus tendencias y de los problemas latentes que albergaba. Con aquel exilio, tan difícil de manejar incluso para líderes cubanos avezados a hacer converger intereses contrapuestos, era con el que tenía que lidiar la diplomacia estadounidense para emboscar sus ataques contra Cuba y con el que ineludiblemente tendría que contar en caso de decidirse por una intervención en territorio cubano.

Sin embargo, aquel exilio bullanguero y excitado se encontraba ahora, tras la salida de Eisenhower, en un compás de espera. En un *impase* que se centraba, como acertadamente apuntaba Castillo Puche, en conocer a ciencia cierta “*cuál sería la actitud de la nueva Administración americana ante el caso Cuba*”¹⁵⁸. Esta era la preocupación en Miami, pero también, según apuntaba *Pueblo*, fuente de comezón en La Habana. A ambos lados del estrecho de la Florida reinaba una calma tensa mientras Kennedy deshojaba la margarita. De todos modos, esta situación de tregua, como apuntaba ya Castillo Puche, comenzaba a dar paso a un escenario nuevo en el que se avizoraba que Estados Unidos no estaba por la labor de tender puentes con Cuba. Los líderes de la revolución, tras aquella muestra bien orquestada de buenas palabras hacia a la nueva administración, estaban pasando paulatinamente al ataque. Kennedy no se había pronunciado abiertamente sobre los requerimientos amistosos que pronunciaban los líderes de la revolución, ni tampoco lo había hecho ante la petición de árbitra que llegaba de La Habana y aquello había dado paso a la irritación del régimen habanero, cansado de esperar un gesto que no terminaba de llegar.

Castillo Puche pasaba entonces a señalar lo que a su modo de ver podía constituir un ejemplo y una solución razonable a la crisis cubana, una solución que, a nuestro modo de ver, en ningún caso sería aceptada por la cúpula revolucionaria. Castillo Puche hablaba de Puerto Rico y de las reformas, incluida la agraria, que estaba poniendo en marcha el gobernador general de Puerto Rico Muñoz Marín¹⁵⁹, dando a entender que reforma y concordia con los Estados Unidos podían ser perfectamente compatibles.

Aquella apreciación, aunque fuera bajo la receta de la sugerencia, podía ser tomada como una provocación por los líderes revolucionarios, pues el Gobierno cubano consideraba que el entendimiento entre Puerto Rico y los Estados Unidos se sustentaba en aquel sistema colonial emboscado en que se cimentaban las relaciones entre San Juan y Washington. En el momento en que las autoridades puertorriqueñas demandaran otro tipo de relación llegarían los problemas, como habían llegado cuando las autoridades habaneras habían intentado el ejercicio de su soberanía. Puerto Rico no era independiente ni soberano y aquella máxima era premisa para el fidelismo, con lo cual, mal podía ponerse en práctica un plan que fuera en contra de los intereses norteamericanos y en beneficio de los puertorriqueños.

Más allá de aquel desafortunado ejemplo esbozado por Castillo Puche, en lo que sí atinaba el periodista español era en la actitud que Estados Unidos parecía comenzar a adoptar frente a Cuba. La revolución que habían puesto en marcha las autoridades cubanas era un golpe sin precedentes a la política que Estados Unidos trataba de imponer a sus vecinos, por eso la Administración

¹⁵⁸ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6680. Madrid: martes, 21 de febrero de 1961, pág. 12. Diario.

¹⁵⁹ *Idem*.

norteamericana, sin saber todavía cómo actuar ante aquel controvertido episodio contestatario, había decidido “*imponer a Cuba una especie de cordón sanitario*”, pues “*tan peligrosos como Fidel serían para Norteamérica los imitadores de Fidel*”¹⁶⁰.

Había mucho de certero en aquel cálculo de Castillo Puche, pues la Revolución cubana no necesitaba acometer un plan para exportar su modelo, su mera existencia se convertía ya en vehículo de difusión. De ahí la necesidad de aislarla del continente. Lo más conveniente para las autoridades norteamericanas era que la revolución se quedara sin canales para la difusión de sus ideas entre sus vecinos latinoamericanos y, por tanto, lo más ventajoso era promover un bloqueo que propiciara el ahogo del régimen cubano.

Estados Unidos se encontraba así en una coyuntura compleja, pues Fidel Castro, después de pretender hacer de Cuba la palanca para la penetración marxista en los países hispanoamericanos, parecía dispuesto a convertirla en la Hungría del capitalismo. Como atinadamente señalaba Castillo Puche, si los Estados Unidos intervenían en Cuba el mundo capitalista convertiría a la Revolución cubana en su Hungría particular¹⁶¹. Una imagen que evidentemente Estados Unidos trataría de evitar por todos los medios.

Ante aquel escenario, la nueva Administración Kennedy, basándose en la Doctrina Monroe y en el propio instinto de conservación, estaba obligada a abrirse al continente y ofrecer un escenario atractivo a sus vecinos hispanoamericanos, de lo contrario la receta fidelista podía comenzar a contemplarse como una salida posible y viable para promover el progreso de los países latinoamericanos. Fidel Castro y el movimiento que encabeza estaban sirviendo, aunque fuera de manera indirecta, para que los Estados Unidos pusieran en funcionamiento un plan de desarrollo que ofreciera ciertas garantías a sus vecinos continentales. La Revolución cubana pasaba a convertirse así, verbigracia de su acción soberanista, en un movimiento que iba más allá del desacato al patrón fijado por Estados Unidos para las Américas. Cuba era ahora mucho más. Era un modelo alternativo al propugnado por el Pentágono y la Casa Blanca, era, en definitiva, una vía diferente que podía asegurar la independencia frente a los Estados Unidos y el progreso material al romper con el molde capitalista de prosapia estadounidense y optar por el socialismo como senda hacia el desarrollo.

Así lo creía también Castillo Puche al señalar que la Administración Kennedy estaba obligada a lanzar “*una nueva política de las Américas*”, pues esta era la única receta asumible para “*deshacer la campaña de propaganda antinorteamericana puesta en circulación por Fidel*”¹⁶². Para desactivar a la Revolución cubana la Administración norteamericana tendría que ir variando sus relaciones con el continente y éste era, según Castillo Puche, “*un servicio indiscutible que, sin quererlo, había prestado Fidel Castro a los demás países americanos*”¹⁶³.

El diario *Pueblo*, a través de aquella serie de reportajes, aprovechaba para deslizar sutiles impugnaciones a la política norteamericana en el continente y en algunas ocasiones críticas explícitas a algunos aspectos de esta política. Entre los aspectos más criticados, algo que formaba parte de la línea editorial del diario sindical, estaban los raquíticos planes de ayudas prestados por Estados Unidos a sus vecinos latinoamericanos. Este fue uno de los aspectos en los que Castillo Puche puso el acento. Para el periodista español, resultaba inconcebible que Yugoslavia estuviera recibiendo en los últimos años “*más cooperación económica y más ayuda de los Estados Unidos en todos los órdenes, que todos los países de Centroamérica y Sudamérica juntos*”¹⁶⁴. Un dato más que revelador

¹⁶⁰ *Idem.*

¹⁶¹ *Idem.*

¹⁶² *Idem.*

¹⁶³ *Idem.*

¹⁶⁴ *Idem.*

y que ponía en solfa la necesidad que Norteamérica tenía de “revisar a fondo muchos de los procedimientos” de los que había hecho gala hasta entonces¹⁶⁵.

Castillo Puche señalaba así, aunque fuera de forma velada, lo que el diario sindical había insinuado ya en varias ocasiones: si la Yugoslavia de Tito llegaba a acuerdos con ambos bloques, por qué no podía hacerlo también la Cuba que encabezaba Fidel Castro. La cuestión no era por tanto saber si la Cuba de Fidel Castro era comunista o no, un dilema que daba para todo tipo de especulaciones, la cuestión era saber cómo había llegado Cuba a aquella situación, algo que parecía menos sujeto a debate, y conocer, por consiguiente, si la Administración norteamericana estaba dispuesta a colaborar con el resto del continente para que el ejemplo fidelista no prendiera en otros países.

El caso cubano parecía irreversible y quizás la mejor solución a todo aquel embrollo pasaba por aceptar la situación de Cuba y trabajar para que el modelo no tuviera la posibilidad de recrearse en otros países. Se promovía así, de forma soterrada, una suerte de modelo yugoslavo para la Cuba fidelista, con el ánimo de contener su propaganda subversiva entre los países vecinos. La cuestión estaba en saber si Estados Unidos sería capaz de asumir aquella situación en el continente. Aquí parecía radicar la más trascendental de las decisiones: la Administración Kennedy tenía que decidir entre hacer de Cuba la Hungría del mundo capitalista o, por el contrario, hacer de Cuba la Yugoslavia del mundo occidental. Ahora bien, más allá del caso cubano, lo verdaderamente importante para la línea editorial de *Pueblo*, era que el modelo cubano no se repitiera en otros países.

Castillo Puche, como era también costumbre en el diario sindical, no planteaba aquella disyuntiva de forma abierta, los rigores de la censura no daban para aquel tipo de alardes interpretativos, de todos modos lo que sí dejaba Castillo Puche reflejado en las páginas de *Pueblo*, eso sí, convenientemente enmascarados, eran tres aspectos fundamentales que podían derivarse del caso cubano. Primero, que la Revolución cubana no era sólo un desafío para la presencia norteamericana en la isla, sino también una impugnación de su receta económica y política, y, por tanto, un modelo alternativo para el desarrollo del continente. Segundo, que la única manera de contener a la Revolución cubana y luchar para que no cundiera su ejemplo tenía que pasar necesariamente por generar el contexto adecuado para que el modelo cubano no resultara atrayente. Las revoluciones no podían exportarse si no existían factores objetivos que pudieran desencadenarlas. A lo sumo, lo máximo que podía aportar la Revolución cubana era el factor subjetivo. Es decir, adiestramiento o financiación para los hombres y mujeres que podían servir como desencadenante. Para que una revolución germinara se precisaba un campo de cultivo y aquí estaba la responsabilidad norteamericana. Estados Unidos debía centrarse en no abonar el campo para futuras revoluciones: de poco servirían los guerrilleros fidelistas si no encontraban en las tierras de América campo propicio para el desarrollo de la lucha guerrillera. Y tercero, los Estados Unidos tenían que elegir entre una disyuntiva que tenía su reflejo en la URSS y su área de influencia. Es decir, permitir a Cuba convertirse en una suerte de Yugoslavia, autorizada a recibir apoyo de los dos bloques para asegurar su soberanía y hacer efectiva su desvinculación del sistema neocolonial estadounidense, o aplastar el intento fidelista y hacer de Cuba la Hungría del bloque capitalista. Independiente de cuál de estas dos opciones fuera la elegida, la Revolución cubana había cambiado las premisas del juego y Estados Unidos tendrían por tanto que cambiar también su política con respecto a sus vecinos continentales, lo que ineludiblemente pasaba por la puesta en ejercicio de planes que tuvieran al desarrollo y a la soberanía como ejes. De lo contrario, la URSS estaba dispuesta a suplantar a Estados Unidos en el continente haciendo para ello uso del apoyo propagandístico que podía otorgarle la diplomacia cubana.

¹⁶⁵ *Idem.*

Esta última era otra de las ideas esenciales esbozadas por Castillo Puche, pues quien pensara “*que los revolucionarios de Fidel con vivir su revolución ya tenían bastante*” se equivocaba de lleno¹⁶⁶. Según advertía el periodista español, el régimen de Fidel era “*fundamentalmente activo, y acaso este afán de hacer cosas, y hacerlas en una dirección*”, era lo que le había propiciado, “*casi sin remedio*”, la vinculación de la Revolución cubana con la Unión Soviética y su área de influencia¹⁶⁷.

Un repaso somero a las noticias que llegaban de La Habana, según aseveraba Castillo Puche, servía para demostrar que el aislamiento de Cuba era también el de Estados Unidos, pues el vacío estadounidense en el panorama cubano había sido remplazado “*con una creciente presencia rusa y china*”¹⁶⁸. En un plazo brevísimo de tiempo Pekín y Moscú había levantado su cuartel en La Habana y desde allí la relación con el continente se antojaba tan certera como peligrosa para los intereses de los Estados Unidos. El comunismo internacional, con inusitada rapidez, como exponía Castillo Puche tiñendo su discurso de tonalidades apocalípticas, había tejido una tela de araña sobre Cuba a través del establecimiento de “*relaciones*”, “*tratados*” y “*convenios diplomáticos*”¹⁶⁹.

Todos aquellos razonamientos le servían a Castillo Puche para señalar con aplomo que la Revolución cubana no era simplemente una revolución “*discursiva y original*”¹⁷⁰. Era mucho más, pues encarnaba una revolución que “*seguía una marcha trepidante y bien conocida*” y que, ineludiblemente, terminaría por conducir a Cuba a su integración en la órbita soviética¹⁷¹. Naturalmente, como exponía *Pueblo* en sus reportajes, todo aquello había “*alarmado e inquietado profundamente a los Estados Unidos*”¹⁷². En pocos meses, Fidel Castro había transformado por completo la economía cubana. El diario *Pueblo*, cargándose de razones, aseguraba que Estados Unidos no salía de asombro, pues el antaño inexpugnable mar Caribe, como acertadamente exponía Castillo Puche, se había convertido “*en un mar frecuentadísimo por barcos y gentes bien extraños*”¹⁷³. El dato que aportaba el periodista español para sustentar aquel aserto no podía ser más demoledor para los intereses norteamericanos: “*En un mes nada más han llegado a La Habana más petroleros y otros barcos rusos que antes en veinte meses*”¹⁷⁴.

Así pues, las autoridades de los Estados Unidos tenían razones más que evidentes para estar preocupadas, como las tenían también muchos Gobiernos de América Latina, para quienes el fidelismo se había convertido ya en una cuestión interna. Cuba era ya una alternativa al patrón estadounidense en las Américas y la nueva Administración Kennedy estaba condenada a darle una respuesta a aquel asunto. La inhibición o la demora ya no parecían una solución aceptable, pues el tiempo corría a favor de Cuba, decidida ya a llevar su independencia hasta sus últimas consecuencias.

15.3 La oficialidad de la Iglesia cubana: Caballo de Troya de la contrarrevolución en suelo cubano

El diario *Pueblo*, a través de aquella serie de reportajes dedicados al exilio cubano, había puesto al descubierto los planes que se urdían en Miami para finiquitar a la Revolución cubana y había explicitado también la compleja situación que tendría que abordar la recién estrenada Administración norteamericana en el contencioso cubano. No obstante, desde *Pueblo* parecía que todas las medidas que pudieran adoptarse en Estados Unidos, tanto por las autoridades locales como por los dirigentes

¹⁶⁶ *Idem.*

¹⁶⁷ *Idem.*

¹⁶⁸ *Idem.*

¹⁶⁹ *Idem.*

¹⁷⁰ *Ibidem*, pág. 13.

¹⁷¹ *Idem.*

¹⁷² *Idem.*

¹⁷³ *Idem.*

¹⁷⁴ *Idem.*

del exilio, estaban sobradamente justificadas, pues la contienda a librar, indudablemente, iba más allá de los intereses cubanos. Cuba había optado por romper las reglas de juego del mundo occidental, había transformado por completo la estructura social, política y económica de la isla y lo estaba haciendo con el beneplácito y sustento de la URSS y sus aliados. Así pues, la solución del contencioso cubano no se podía demorar más en el tiempo; de lo contrario, Cuba sería un país comunista en un espacio de tiempo relativamente corto.

Sin embargo, Cuba seguía siendo Cuba y aquella imagen de república báltica o asiática “transterrada” en el Caribe no era más que un artefacto heurístico para despertar las pasiones anticomunistas presentes en España y también en el exilio cubano. La dirigencia revolucionaria seguía construyendo el proyecto nacional liberador que se había planteado en enero de 1959, bien es cierto que había mutado a socialista con el transcurso de los meses, pero como hemos expuesto ya de forma reiterativa aquello no era más que la consecuencia lógica de llevar hasta sus últimas consecuencias el proyecto popular de liberación nacional. La contradicción existente entre el imperialismo norteamericano y la soberanía cubana, a medida que se profundizaba en el proceso, llevaba ineludiblemente a colocar la disputa en el plano en el que se debía de dar la batalla definitiva, en el plano de la contradicción entre el capital y el trabajo, madre de todas las contradicciones.

Cuba caminaba hacia el socialismo, una realidad difícil de rebatir a finales de febrero de 1961, sin embargo, aquello no tenía por qué generar temor entre aquellos que estaban al lado del proyecto revolucionario. En los medios de difusión afines a la revolución se quería dejar patente que la construcción de un posible proyecto socialista en Cuba, un proyecto en todo caso popular y que no hacía todavía suyo el calificativo de marxista, sólo afectaba a las grandes corporaciones, nacionales y foráneas, y a los geófagos que tradicionalmente habían monopolizado el uso de la tierra en la historia de Cuba. Para el resto, incluidos los católicos, la revolución, aunque se adentrara por las sendas del socialismo, no tenía por qué ser temida, pues no se construía contra los humildes sino contra los poderosos.

Obviamente, como señalaban los medios de comunicación cubanos, en aquel momento la práctica totalidad de ellos, había algunos sectores de la sociedad cubana que no compartían los criterios de la revolución y era lógico que no lo hicieran porque la revolución se estaba construyendo para abatir prebendas, privilegios y “botellas”. Entre los sectores desafectos estaba una parte significativa de la Iglesia católica: aquella que antaño había vivido bajo el refugio del poder establecido. La prensa cubana, con *Bohemia* al frente, ajustaba cuentas con aquel sector de la Iglesia empeñado en seguir poniendo trabas a la marcha de la revolución. Aquella era la Iglesia del privilegio y del cobro de canonjías, del poco trabajo y del mucho provecho, y obviamente su posición se había visto debilitada al derrumbarse el basamento sobre el que se sostenía: el poder de las antiguas clases dirigentes. Aquella Iglesia que apostaba desde dentro y desde fuera de Cuba por la contrarrevolución no cabía dentro del proyecto fidelista, pero el resto de la Iglesia cubana, incluida la mayor parte de la grey católica, no tenía razón alguna para albergar temor ante el avance de la revolución.

Bohemia dedicó un espacio considerable en sus dos últimos números de febrero a los sectores de la Iglesia cubana que apoyaban ya abiertamente a la contrarrevolución y para ello hizo uso del testimonio de aquella otra Iglesia que aparecía apegada a los sectores populares. Fue entonces cuando apareció una vez más en escena la organización “Con la Cruz y con la Patria” y lo hizo, como era costumbre, en el programa de televisión “Ante la Prensa” de *CMQ*, tribuna desde la que los líderes de la organización católica solían lanzar sus ataques contra la jerarquía católica y contra aquellos sectores que conspiraban contra la revolución.

El conductor habitual del programa, Luis Gómez Wangüemert, canario de nacimiento y bien relacionado con todos los españoles de la isla, incluidos aquellos que pertenecían a la Iglesia, expuso

las razones que impulsaban a los medios cubanos a dar espacio a los católicos que estaban con la revolución: no todo el catolicismo podía ser tachado de contrarrevolucionario, pues mientras la jerarquía católica y algunas organizaciones confesionales trataban “*de usar la religión impiamente, para fines contrarrevolucionarios*”, otros católicos se mantenían fieles a su patria y a Cristo¹⁷⁵.

Wangüemert, tomando aquel argumento como premisa, explicitó el modo en que la jerarquía y la grey católica disientían en sus planteamientos y para ello dio cumplida lectura a varias cartas llegadas a la redacción del programa en las que algunos católicos criticaban con dureza la inhibición que la Iglesia estaba mostrando frente a la campaña de alfabetización.

El año 1961 había sido declarado el año de la educación y en el mes de febrero el Gobierno revolucionario puso en marcha la tarea de reclutar a cien mil alfabetizadores voluntarios, estudiantes de secundaria básica y preuniversitarios, para que se incorporan a la campaña que tenía como objetivo erradicar el analfabetismo de Cuba. A finales de febrero “*los locales de los sindicatos obreros*”, las “*oficinas públicas*”, los “*cuarteles*”, muchas “*casas particulares*” y “*talleres*” de diversa condición ofrecieron su espacio para establecer centros de alfabetización¹⁷⁶. Entretanto, muchos jóvenes comenzaban a partir hacia las zonas rurales y las montañas de Cuba para llevar las letras allí donde nunca habían llegado. Una actitud que, según señaló Wangüemert a través de la lectura del correo de sus televidentes, contrastaba abiertamente con las maneras mostradas por una parte significativa de la Iglesia cubana, pues, mientras muchos católicos de base se estaban responsabilizando de las tareas de alfabetización, las “*lujosas residencias*” que ocupaban las organizaciones católicas y las parroquias del clero secular se habían mantenido al margen de aquel proyecto alfabetizador que recorría el país¹⁷⁷.

La Iglesia, haciendo de la costumbre tradición, volvía a enfrentarse a la revolución cuando ésta demandaba su apoyo. Los centros religiosos, regulares y seculares, dotados de todos los medios para aliviar a la revolución en aquella ingente tarea, se habían inhibido por completo, algo que probablemente sorprendió a la propia dirigencia revolucionaria, pues si alguna institución tenía recursos para apoyar a la revolución en aquel ambicioso proyecto y si algún sector de la sociedad cubana tenía interés en no verse apartada del campo educativo, éste era el encabezado por la Iglesia católica. Sin embargo, la Iglesia dejó correr una vez más la oportunidad de congraciarse con el Gobierno cubano. En los centros y colegios religiosos de Cuba, tanto en los regulares como en los seculares, se seguía enseñando “*el catecismo*” y se rezaba “*para salvar a Cuba del comunismo*”¹⁷⁸.

Así pues, el espíritu de cruzada que imperaba en Miami se había trasladado a los cenáculos de los centros religiosos cubanos, lo que colocaba a la dirigencia revolucionaria en una situación más que comprometida frente a la Iglesia. Todos aquellos movimientos se producían además mientras el Gobierno cubano trataba de congraciarse con El Vaticano a través de la designación de un nuevo embajador, Amado Blanco: un español que no compartía aquel espíritu de cruzada que moraba en los centros religiosos, la mayoría de ellos regentados por clero secular y regular de nacionalidad española.

De todos modos, no dejaba de resultar sorprendente aquella falta de interés del Episcopado cubano por una de sus áreas estratégicas prioritarias: la educación. La inhibición mostrada por la jerarquía católica ante la publicitada campaña de alfabetización dejaba al descubierto que la oficialidad católica estaba ya firmemente anclada en el campo de la contrarrevolución. La oficialidad religiosa vivía de espaldas al país y se había separado ya de forma definitiva del proceso revolucionario, pues resultaba asombroso que las agrupaciones católicas no hubieran puesto en marcha “*ninguna campaña de*

¹⁷⁵ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 9. La Habana: domingo, 26 de febrero de 1961, pág. 65. Semanal.

¹⁷⁶ *Idem.*

¹⁷⁷ *Idem.*

¹⁷⁸ *Idem.*

alfabetización”¹⁷⁹. El mundo asociativo y la oficialidad eclesial ni habían tomado la iniciativa ni habían hecho el ademán de participar, o al menos colaborar, en la campaña para la erradicación del analfabetismo que promovía el Gobierno cubano. Es más, ni siquiera habían criticado aquella iniciativa, ni tampoco habían intentado desplegar una campaña alternativa para contrarrestar la forma y el fondo que presidía el proyector alfabetizador promovido por la dirigencia cubana. Aquel desinterés era la muestra más evidente de los intereses que salvaguardaba la Iglesia cubana en aquellos años.

La Iglesia, por enésima vez, le daba la espalda al proceso revolucionario y lo hacía en un tema especialmente sensible, en el campo de la educación, donde todo el pueblo sabía que la Iglesia estaba dotada de todos los recursos imaginables para terminar con el analfabetismo de la nación. De todos modos, aquella falta de implicación de la Iglesia cubana tenía una explicación hasta cierto punto lógica. La Iglesia sabía y temía el despliegue que estaba haciendo la revolución en materia de educación y cultura, un campo en el que las órdenes religiosas habían tenido una porción significativa del pastel en la vieja Cuba. Sin embargo, los tiempos habían cambiado y el porvenir no corría a favor de los intereses de aquella Iglesia que había señoreado en la vieja Cuba: las clases altas y parte significativa de las medias, usufructuarias de la educación católica que se dispensaba en aquellos colegios, ya no se encontraban en Cuba. Las que quedaban se habían sumado al proceso revolucionario o trataban de conspirar desde dentro con desigual fortuna, lo que dejaba a la Iglesia en una posición cuando menos comprometida.

Por lo demás, la información que fluía a través de las agencias de prensa internacionales hablaba ya de un enfrentamiento definitivo entre el Gobierno cubano y la contrarrevolución, un enfrentamiento que los sectores del exilio trataban de cubrir bajo el manto de la cruzada religiosa, lo que impulsaba a la jerarquía católica a desmarcarse de la revolución ante lo que parecía avecinarse.

Así pues, el hecho de no sumarse a la campaña de alfabetización no hacía más que confirmar que la oficialidad católica no apoyaría ya a la revolución en ninguna de sus iniciativas; talmente parecía que estaba a la espera de que el Gobierno revolucionario cayera. Su labor se redujo a partir de entonces a la conspiración sigilosa y a la espera impaciente, a la prédica contaminante desde el púlpito y al soporte, directo o indirecto, de aquellos grupos que operaban en el interior de Cuba para promover el descontento, fomentar el alzamiento de partidas guerrilleras en el interior del país y sembrar el temor en las áreas urbanas a través de acciones terroristas.

Aquella era la situación a la que se había visto abocada la Iglesia, Cuba vivía una suerte de guerra civil encubierta y la oficialidad católica, con la jerarquía eclesiástica al frente, había tomado partido por los que luchaban contra la Revolución cubana y contra el pueblo que la sustentaba. Así lo denunciaba Wangüemert y así lo hizo también el padre Lence, el sacerdote gallego que encabeza aquella organización católica que respondía al ilustrativo nombre de “Con la Cruz y con la Patria”.

El padre Lence, en su comparecencia televisiva de aquella noche del 16 de febrero ante las cámaras del programa “Ante la prensa”, cargó como nunca antes contra la oficialidad católica. La Iglesia cubana le estaba perdiendo el paso a la revolución, la estaba combatiendo ya abiertamente a través del sustento de aquellos que conspiraban contra ella y, por tanto, su compromiso con Cuba distaba mucho de ser el deseable. Frente a todos los problemas que afrontaba la revolución, la Iglesia cubana, con la jerarquía eclesiástica al frente, se limitaba a tomar dos actitudes; o combatir las propuestas revolucionarias con vehemencia o brindarles el más ensordecedor de los silencios. Ésta no era la actitud que debía mostrar la Iglesia, según denunciaba el padre Lence, pues estaba muy distante de lo que dictaban los evangelios.

¹⁷⁹ *Idem.*

Llegados a aquel punto, Germán Lence, como el resto de los católicos que seguían comprometidos con el proceso revolucionario, no tenía otra opción que cargar contra la jerarquía católica, verdadera instigadora de las corrientes contrarrevolucionarias que prendían en Cuba. La contrarrevolución, la pasiva y la activa, contaban con el membrete eclesial; algo que era ya difícil de ocultar dentro de Cuba. Bajo los argumentos que dictaba esta premisa, acometió el padre Lence el análisis de los silencios humillantes y de las protestas vergonzosas que la Iglesia cubana estaba dejando en su relación con el Gobierno revolucionario. En torno a los silencios, el padre Lence señaló que lamentaba profundamente que la Iglesia cubana aún no se hubiera pronunciado sobre el asesinato de Patrice Lumumba a manos de las fuerzas imperialistas belgas, que, en connivencia con las potencias occidentales, estaba cercenado el proceso de independencia congoleño. Un suceso que había saltado a la prensa de medio mundo en aquellos días y que había conmocionado a la opinión pública internacional¹⁸⁰. La excolonia belga era mayoritariamente católica y el propio Lumumba, líder indiscutible de la nación, también lo era, según las referencias que obraban en manos del padre Lence¹⁸¹. Con lo cual, el silencio de las autoridades de la Iglesia católica ante aquel magnicidio ejecutado por orden imperial era indecoroso, sobre todo si se tenía en cuenta la conmoción que había generado en Cuba aquel asesinato.

Ciertamente, a mediados de febrero de 1961, cuando comenzaron a llegar las noticias del asesinato de Lumumba, La Habana se estremeció. El padre Lence, en aquella noche del 16 de febrero, lamentaba frente a las cámaras de televisión el silencio de La Iglesia ante aquel magnicidio. Toda Cuba se agitaba ante la muerte del líder congoleño: erigido en epítome del poder del imperialismo ante los líderes soberanistas.

La noche anterior, una vez confirmadas las noticias de la muerte del líder africano, La Habana le rindió homenaje: las bocinas de los barcos del puerto y todos los camiones de bomberos de la capital cubana sonaron al unísono durante un minuto en memoria del líder ant imperialista asesinado¹⁸². Entretanto, durante toda la jornada, la Asociación de Obreros del Azúcar había solicitado del Gobierno que se rebautizaran las fábricas azucareras del país con el nombre de Lumumba¹⁸³. En aquella misma jornada, los estudiantes de la Universidad de La Habana se reunieron con Raúl Roa, ministro de Exteriores, con Carlos Rafael Rodríguez, director del diario *Hoy*, con Rolando Cubela, presidente de la FEU, y con Jesús Soto, dirigente sindical de CTC, para debatir la implicación de los Estados Unidos en la muerte del líder africano¹⁸⁴. Y un día después, la Embajada de Bélgica en La Habana fue apedreada por una multitud como acto de repudio frente al papel desempeñado por Bélgica en el conflicto del Congo; la policía cubana tuvo que aplicarse a fondo para que el altercado no fuera a mayores¹⁸⁵.

Por lo demás, el presidente de Cuba y su primer ministro enviaron un mensaje de condolencias al pueblo congolés y a la viuda del mal logrado Lumumba. Osvaldo Dorticós, como primer magistrado del país, se dirigió a la Sra. Opanga Pauline de Lumumba para expresarle el dolor del pueblo cubano y del Gobierno revolucionario ante aquel desleal magnicidio. *“El crimen cometido contra el héroe y mártir de la gloriosa lucha del pueblo congolés”* no solamente había causado *“un profundo pesar en todos los pueblos del mundo”*, señalaba Dorticós en la lectura pública de su comunicado, sino que

¹⁸⁰ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7699. Madrid: viernes, 17 de febrero de 1961, suplemento. Diario.

¹⁸¹ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 9. La Habana: domingo, 26 de febrero de 1961, pág. 65. Semanal.

¹⁸² *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7698. Madrid: jueves, 16 de febrero de 1961, pág. 6. Diario.

¹⁸³ *Idem*.

¹⁸⁴ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 9. La Habana: domingo, 26 de febrero de 1961, págs. 72-74. Semanal.

¹⁸⁵ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7699. Madrid: viernes, 17 de febrero de 1961, pág. 6. Diario.

había provocado “*indignación y repulsa contra las fuerzas imperialistas responsables del horrendo crimen*”¹⁸⁶.

Por su parte, Fidel Castro se dirigió sus condolencias al primer ministro del Gobierno paralelo “lumumbista” en la ciudad de Stanleyville. Cuba, por boca de su máxima autoridad, reconocía así a Antonio Gizenga, primer ministro “lumumbista” como única y legítima autoridad del Congo y tachaba de viles títeres a los poderes establecidos en las provincias independizadas bajo el amparo de las potencias occidentales. El líder cubano señaló “*el profundo dolor e indignación*” que había causado en el pueblo cubano “*el vil asesinato del admirado líder de los pueblos hermanos del África y jefe del Gobierno legítimo de la República del Congo, Patricio Lumumba*”¹⁸⁷. Condenó también el asesinato de los colaboradores que acompañaban al líder congoleño y responsabilizó de aquel asesinato “*a los títeres abyectos*” que trabajaban para los intereses foráneos y a “*los Gobiernos imperialistas*” que “*alevosamente*” habían maquinado aquel magnicidio¹⁸⁸. Para Fidel Castro no había duda de las implicaciones imperialistas en aquel asesinato y señaló que Lumumba sería para siempre “*símbolo y ejemplo*” para los pueblos africanos “*en su lucha contra el colonialismo y la opresión*”¹⁸⁹.

Presidente y primer ministro se pronunciaron con una dureza inusitada sobre aquel asesinato. Sin embargo, aquella dura condena estaba más que justificada, pues, en África, la Revolución cubana se había comprometido expresamente con la causa de los pueblos argelino y congoleño. Durante la visita del Che Guevara a los países socialistas a finales de 1960, como se recordará de capítulos precedentes, las autoridades soviéticas y los emisarios cubanos habían firmado un comunicado conjunto en materia internacional y, en lo que atañía a África, Cuba había recogido la legitimidad de la lucha argelina y al primer ministro Patricio Lumumba como único y legítimo representante del Gobierno del Congo¹⁹⁰. En aquel comunicado se había solicitado la inmediata puesta en libertad de Lumumba y se había hecho igualmente un llamamiento a la ONU para que se reconociera a su Gobierno como el único legítimo en la totalidad del país¹⁹¹.

Todo esto sucedía en Cuba mientras la Iglesia católica daba la callada por respuesta, no se pronunciaba ante los acontecimientos del Congo, donde los paralelismos con la situación cubana le resultaban evidentes a muchos cubanos, y guardaba silencio también ante la campaña de alfabetización, donde tan buenos servicios podía prestar a la revolución mediante la cesión de locales y alumnos para las tareas de alfabetización.

Sin embargo, además de aquellos silencios indecorosos, la Iglesia profería también ruidosas protestas contra la revolución. En aquellos días los estudiantes de la Electromecánica de Belén en La Habana, perteneciente a la orden jesuita, intervinieron el centro educativo debido a la actitud sostenida por la dirección del colegio. Las hostilidades entre el alumnado y la dirección del centro, aunque venían de lejos, se habían desatado de forma definitiva a raíz de la movilización general del mes de enero cuando el Gobierno llamó a formar a las milicias. Varios jóvenes del centro estaban encuadrados en las milicias y aquella actitud recibió la reprobación de los responsables de centro educativo. La dirección jesuita de la escuela se mostró inflexible: “*Aquí el que se haga miliciano tiene que abandonar la escuela*”¹⁹².

¹⁸⁶ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 9. La Habana: domingo, 26 de febrero de 1961, pág. 65. Semanal.

¹⁸⁷ *Ibidem*, pág. 71.

¹⁸⁸ *Idem*.

¹⁸⁹ *Idem*.

¹⁹⁰ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6640. Madrid: jueves, 5 de enero de 1961, pág. 11. Diario.

¹⁹¹ *Idem*.

¹⁹² *Bohemia* (Año LIII). Núm. 9. La Habana: domingo, 26 de febrero de 1961, pág. 75. Semanal.

Según señaló *Bohemia*, aquella máxima decretada por la dirección del centro no era una simple amenaza. El uniforme azul de la milicia quedó proscrito y aquel que lo vestía comenzó a ser expulsado. Empezaron entonces las protestas del alumnado y la situación se hizo insoportable. La dirección de la escuela, ante la agitación de una parte significativa del alumnado, dejó de impartir varias materias y algunos equipos del centro comenzaron a ser retirados¹⁹³. Todo parecía indicar que la orden jesuita estaba dismantelando poco a poco la escuela de formación profesional o provocando un cierre debido al cese paulatino de actividades docentes. Sin embargo, las intenciones reales que albergaba la dirección jesuita con respecto al futuro de la escuela no llegaron a conocerse debido al conflicto irresoluble con el estudiantado.

El punto de inflexión llegó el 6 de febrero cuando el centro amaneció plagado “*de panfletos contrarrevolucionarios incitando a la huelga*” y a la suspensión de las clases para explicitar la protesta ante la deriva comunista del Gobierno revolucionario¹⁹⁴. Los panfletos habían sido además editados en “*el mimeógrafo de la escuela*”, lo que contribuyó a extender la idea de que las autoridades del centro tenían conocimiento de lo que se estaba fraguando. Esta circunstancia, unida a la falta de concreción sobre la autoría de la convocatoria, colocó a los jesuitas de aquella escuela bajo sospecha¹⁹⁵.

Las consignas plasmadas por los sectores de la contrarrevolución en aquellos volantes que aparecieron en la escuela jesuita no podía ser más explícitas: “*Caigan los libros*”, decían algunos de aquellos panfletos, “*contra la dictadura fidelocomunista*”, decían otros¹⁹⁶. Aquella incitación a paralizar el centro para protestar contra el Gobierno revolucionaria fue el detonante definitivo para colocar a la mayoría de los alumnos contra la dirección de la escuela. Las consignas antigubernamentales que corrían por el centro comenzaron entonces a rivalizar con las revolucionarias y a los llamamientos a la lucha contra el fidelismo y el comunismo se contrapusieron otras arengas que tiraban del humor para escarnecer la actitud eclesial ante el esfuerzo que estaba acometiendo el país. El estudiantado puso entonces en circulación consignas que decían así: “*¡Sin odio, sin saña! ¡Que los curas corten caña!*”¹⁹⁷

Aquella soflama no hacía más que explicitar lo que era una realidad difícilmente rebatible: la oficialidad católica, autoerigida durante siglos como la conciencia de la nación, no estaba sabiendo estar a la altura de los momentos por los que estaba pasando el país, pues no sólo no participaba de las iniciativas gubernamentales, sino que las combatía ya abiertamente. Los batallones de voluntarios reclutados para la defensa nacional encuadrados en las milicias, en las cuadrillas de cortadores de caña o en los pelotones de alfabetizadores contrastaban con el ambiente que se vivían en los colegios y en las instituciones católicas: baluartes de la contrarrevolución y promotores de ella.

Así pues, la intervención de los estudiantes llegó como consecuencia de los intentos llevados a cabo por la dirección jesuita de paralizar el centro escolar. La convocatoria de huelga del día 6 de febrero cosechó el mayor de los fracasos y horas después los estudiantes comenzaron a hacer guardias para frenar la salida de equipos industriales y material mecánico del centro escolar¹⁹⁸. La mayoría del profesorado suspendió la docencia de forma unilateral y los alumnos de los últimos cursos tomaron el relevo para que las clases no tuvieran que suspenderse¹⁹⁹.

¹⁹³ *Idem.*

¹⁹⁴ *Idem.*

¹⁹⁵ *Idem.*

¹⁹⁶ *Idem.*

¹⁹⁷ *Ibidem*, pág. 74.

¹⁹⁸ *Ibidem*, pág. 75.

¹⁹⁹ *Idem.*

Aquel conflicto acaecido en la escuela Electromecánica de Belén no era un asunto menor, pues si de algo adolecía la revolución en aquel momento era de técnicos para sostener el ingente sector industrial en manos del Estado. El centro pudo así sostenerse gracias a la apuesta decidida del alumnado. Sin embargo, aquel conflicto de la escuela jesuita no era el único que se vivía dentro de los centros de educación privada. A medida que la revolución avanzaba, la dirección de aquellos colegios explicitaba su falta de compromiso y su apoyo a los sectores disidentes, lo que indudablemente comenzó a generar conflictos dentro de aquellas instituciones entre los “pro” y los “contra” revolucionarios. Unos conflictos que generalmente se recreaban entre la dirección de las instituciones y parte del alumnado, volcado ya en las labores revolucionarias. Muchos de los alumnos de la enseñanza privada, aglutinados ya en una organización que llevaba por nombre Asociación de Jóvenes Revolucionarios de Escuelas Privadas, comenzaron entonces a sostener a la revolución desde aquellos centros de enseñanza, la mayoría de ellos católicos, y así se lo quisieron hacer saber a los dirigentes revolucionarios.

El mismo día en que el padre Lence afeaba la actitud que la oficialidad católica estaba teniendo para con el Gobierno revolucionario, la Asociación de Jóvenes Revolucionarios de Escuelas Privadas hizo llegar un comunicado a la redacción del programa “Ante la Prensa” para que fuera leído por el presentador Luis Gómez Wangüemert durante la comparecencia del padre Lence. El comunicado se expresaba en unos términos inequívocos sobre la posición adoptada por gran parte del estudiantado de aquellos centros educativos frente a la revolución. Estos eran sus puntos cardinales: apoyo “*al dignísimo sacerdote y representante de Cristo, R. P. Germán Lence*”, condena del “*brutal asesinato del líder congolés Patricio Lumumba*”, protesta “*contra la expulsión de alumnos*” de los centros privados por sus actitudes de apoyo a la revolución y respaldo “*a los estudiantes de la Electromecánica de Belén*” en su decisión de intervenir la escuela²⁰⁰. El comunicado concluía con unas salvas muy del gusto fidelista, tan desconcertantes como esclarecedoras sobre el control que la oficialidad eclesiástica y sus centros educativos ejercían sobre el alumnado de la grey católica integrado en sus aulas. Decían así: “*¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la revolución cubana y su máximo líder, Fidel Castro! ¡Con los libros en alto! ¡Venceremos!*”²⁰¹

Una parte del catolicismo cubano se desmarcaba ya abiertamente de la jerarquía católica, ni las llamadas a la obediencia ni la autoridad de los representantes de la Iglesia eran capaces de contener el empuje de la revolución entre el catolicismo de base y muchos menos entre las jóvenes generaciones, imbuidas de una mística revolucionaria que la espiritualidad religiosa era incapaz de suplir. La organización “Con la Cruz y con la Patria” era la expresión más certera de aquella realidad. En aquella noche del 16 de febrero, cuando la nación estaba todavía sobrecogida por el asesinato de Lumumba, el padre Lence cargó contra las autoridades eclesiásticas de Cuba y lo hizo haciendo gala de los principios que poco después haría suyos la Teología de la Liberación²⁰². En Cuba, parte del catolicismo, comenzaba a surcar las sendas sobre las que se haría fuerte en Iberoamérica la Teología de la Liberación durante los años sesenta, haciendo de la opción por los pobres y de la lucha por la justicia social fuente de inspiración. Las premisas que cimentó y desplegó esta corriente teológica desde el inicio del Concilio Vaticano II en 1962 hasta la Conferencia de Medellín en 1968, tuvieron así sus prolegómenos dentro del catolicismo cubano a raíz de la división generada en su seno por la revolución fidelista.

²⁰⁰ *Ibidem*, pág. 65.

²⁰¹ *Idem*.

²⁰² Para un análisis más profundo sobre los principios, las etapas y las corrientes de la Teología de la Liberación véase: Scannone, Juan Carlos: “La Teología de la Liberación. Caracterización, corrientes y etapas”, Revista *Selecciones de Teología*, núm. 92, Barcelona, octubre-diciembre de 1984, págs. 268-280. Trimestral.

El padre Lence, tomando como principios los que serían premisas de la Teología de la Liberación, denunció la injusticia y puso en valor la versión más revolucionaria de la Doctrina Social de la Iglesia; habló entonces de la simbiosis que había entre la redención de los pobres que preconizaban los evangelios y las luchas por la emancipación nacional que encabezaban líderes populares de los países sometidos a regímenes coloniales o neocoloniales. Habló de la importancia de líderes como Patricio Lumumba y Fidel Castro, hijos ambos de la comunidad católica.

La defensa de aquella comprometida argumentación desplegada por el combativo sacerdote gallego tomó como referencia el Sermón de la Montaña y refiriéndose a él señaló que ningún católico y menos aún sus máximos representantes podían estar en contra de una situación revolucionaria como la que se vivía en Cuba²⁰³. El padre Lence acometió también un análisis histórico sobre la Iglesia cubana y su excesiva vinculación a los poderes terrenales y materiales, al cobro de prebendas y canonjías, al apego a las clases dirigentes y, por tanto, no eludió el desarraigo que la Iglesia cubana tenía entre las clases más desfavorecidas. Pasó también revista a “*la desvirtualización*” que se había hecho de los centros de enseñanza, creados para asistir al pueblo, “*a la masa humilde*”, “*a la masa obrera*”, “*al proletariado*”, pero concebidos en última instancia como una fuente de ingresos provenientes de la educación de los hijos de los privilegiados²⁰⁴.

El padre Lence se mostraba inclemente con la institución de la que había formado parte tanto tiempo y haciendo uso de los textos de tres de los cuatro padres latinos de la Iglesia, San Agustín de Hipona, San Ambrosio de Milán y San Jerónimo de Estridón, condenó sin paliativos la propiedad privada y el acopio obscuro de riquezas. Del primero destacó las enseñanzas que los cristianos debían sacar de la existencia de la propiedad privada. San Agustín de Hipona había dejado meridianamente clara su posición frente a la propiedad privada, definiéndola como fuente “*de soberbia*”, de “*disensiones*” y de “*explotación del humilde*”²⁰⁵. La sagrada propiedad privada de la que habían hecho bandera muchos sacerdotes y prelados de la Iglesia cubana no lo era tanto y así lo había señalado también otro de los padres de la Iglesia: San Ambrosio. Las enseñanzas de San Ambrosio le parecían especialmente oportunas al padre Lence para aplicar al caso de Cuba. Para San Ambrosio, según citaba el sacerdote gallego, “*la propiedad agraria debía ser colectiva*”, pues todos debían participar de los frutos de la tierra²⁰⁶. Los textos de San Jerónimo le servían al padre Lence para señalar que todo lo que fuera más allá de “*la necesidad de sustentarse y abrigarse*” debía de ser considerado como “*bien superfluo*” y por tanto prescindible²⁰⁷. El padre Lence hacía de los textos de los padres de la Iglesia el dogma para llevar una recta conducta como católico y aquello estaba reñido con la sed de capitales que albergaba la Iglesia cubana.

Después del padre Lence tomó la palabra, en aquella noche de escarnio público para la Iglesia cubana, Antonio Pruna Lamadrid, presidente de la organización “Con la Cruz y con la Patria”. Sus palabras se adentraron en un formato más mundano que el acometido por el sacerdote gallego. Sin embargo, su mensaje no desmerecía en dureza al esbozado por su compañero. El mensaje de Pruna Lamadrid, después de exponer ejemplos mil, se centró en un argumento fundamental: no se podía consentir la actitud de algunos que, llamándose católicos, trataban “*de influir en sus hijos, hermanos, amigos y familias para desviarlos del camino de la verdad y llevarlos a la contrarrevolución, a la traición a la patria y a Cristo*”²⁰⁸. Pruna Lamadrid condenaba aquellas actitudes anticristianas y lamentaba, para pesar de la grey católica, que muchas de ellas fueran promovidas por algunos “*esbirros y fariseos*

²⁰³ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 9. La Habana: domingo, 26 de febrero de 1961, págs. 65 y 66. Semanal.

²⁰⁴ *Ibidem*, pág. 65.

²⁰⁵ *Idem*.

²⁰⁶ *Idem*.

²⁰⁷ *Idem*.

²⁰⁸ *Ibidem*, pág. 66.

con sotana” que medraban dentro de la Iglesia. Aquella era una realidad que no se podía ocultar y pedía al resto de los integrantes de la Iglesia que vestían sotana que se esforzaran por ofrecer los mejores ejemplos de lo que era el verdadero cristianismo para formar así a una población de *“buenos católicos y buenos cubanos”*²⁰⁹.

Además, el presidente de aquella asociación católica señalaba que sus integrantes no darían un paso atrás y tratarían de extender sus ideas entre los buenos cristianos que existían en el país. Su lugar estaba al lado de la revolución y no la abandonarían por muchas que fueran las presiones. Nada mejor que las palabras del dirigente católico para explicitar esta idea: *“Nosotros, los católicos que estamos con la revolución y estaremos siempre con ella, por razón de ser cristianos, les decimos a los terroristas, decididamente, que nuestro lema es “¡Patria o muerte! ¡Venceremos!”*²¹⁰

La Iglesia, en el transcurso de poco más seis meses, se había convertido en enemiga declarada de la revolución. Los medios franquistas, haciéndose eco de lo publicado en los norteamericanos, hablaban de una *“violenta campaña antirreligiosa”* promovida por el Gobierno fidelista²¹¹, mientras en Cuba lo que se registraba era una profunda división en el seno del catolicismo entre partidarios y detractores de la obra fidelista: para unos, aquella revolución era herejía materialista y comunismo ateo; para otros, un movimiento profundamente católico, pues se sostenía en la dogmática cristiana de la justicia social y el reparto equitativo.

Por lo demás, aquel estado de tensión permanente estaba teniendo sus repercusiones en las relaciones de Cuba con la Santa Sede. El nuncio vaticano protestaba ante el Ministerio de Exteriores por lo acontecido en el centro de formación profesional de los jesuitas y por la hostilidad manifestada desde los sectores progubernamentales hacia la Iglesia²¹²; mientras, desde La Habana, se hacían las gestiones pertinentes, mediante la designación de un nuevo embajador, para exponer la situación creada por la Iglesia católica en Cuba y se hablaba abiertamente de la *“conjura falangista”*²¹³. Las posiciones entre Iglesia y Estado cubano no podían estar ya más enfrentadas y resultaban difíciles de encauzar porque respondían a dos concepciones del mundo radicalmente contrapuestas. La Iglesia había decidido en qué trinchera iba a luchar y ésta no era la de la Revolución cubana.

De este modo, a principios de marzo de 1961 los bandos parecían ya plenamente definidos, la vorágine revolucionaria había determinado ya de forma meridianamente clara con quienes se podía contar de cara al futuro y quienes serían ya de forma definitiva los enemigos a batir. El catolicismo cubano estaba dividido, pues, finalmente, como había sucedido dentro de la sociedad cubana, la enconada lucha de clases delimitó también la figura de los “contra” y los “pro” revolucionarios. La lectura del contencioso respondía así a un maniqueísmo de manual: las clases dirigentes, despojadas de los privilegios antaño disfrutados, se enfrentaban ahora al nuevo bloque histórico fraguado a la sombra de la revolución: las clases populares en el sentido más amplio del término. Aquella dicotomía había llegado para quedarse y no había respetado ni a la propia Iglesia cubana, cuya estructura de férrea jerarquía y estricta obediencia no había sido barrera suficiente para contener el ímpetu revolucionario que moraba en todos los sectores de la sociedad cubana, incluida la numerosa grey católica.

²⁰⁹ *Ibidem*, pág. 67.

²¹⁰ *Idem*.

²¹¹ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7697. Madrid: miércoles, 15 de febrero de 1961, pág. 6. Diario.

²¹² *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7699. Madrid: viernes, 17 de febrero de 1961, pág. 6. Diario.

²¹³ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 9. La Habana: domingo, 26 de febrero de 1961, págs. 74. Semanal.

15.4 La revolución pasiva y la Revolución cubana: Kennedy y Fidel Castro cotejan sus proyectos en el continente

El mes de marzo de 1961, en lo que se refiere a las relaciones entre Cuba y Estados Unidos, se inició como habían comenzado y finalizado la mayoría de los meses precedentes desde mediados de 1960: cruces de declaraciones entre las autoridades de La Habana y las de Washington, afrentas y zarandeos de ida y vuelta y notas de protesta... A primeros de marzo, Cuba acusó por enésima vez a los Estados Unidos de “*actos hostiles e intempestivos*” contra el régimen fidelista²¹⁴. Las nuevas acusaciones corrían esta vez a cargo de embajador cubano ante el Consejo de la OEA, Carlos Lechuga²¹⁵. El procedimiento para cursar la protesta se formalizó a través de una nota que fue entregada a los representantes de los países americanos. Un memorándum de dieciocho páginas en el que se ponía negro sobre blanco las ofensas verbales y físicas lanzadas por las autoridades norteamericanas contra Cuba en los últimos meses. Entre tanto, en el interior de Cuba la lucha frente a la contrarrevolución continuaba. La prensa franquista, con minuciosidad notarial, iba registrando las explosiones de bombas en las poblaciones cubanas, el desembarco de partidas de alzados para unirse a la contrarrevolución y los rumores sobre los milicianos y los miembros contrarrevolucionarios caídos en las refriegas²¹⁶.

La Isla aparecía convertida en un polvorín donde las escasas fuerzas antigubernamentales parecían contar con el sustento material necesario para mantener en jaque a las fuerzas fidelistas. La dirigencia cubana estaba inmersa en una lucha sin cuartel contra los grupos de alzados que menudeaban en las montañas y contra los comandos que sembraban el terror en las ciudades, principalmente en La Habana. Cuba estaba pagando un alto precio en sangre por defender su proyecto revolucionario. Una circunstancia que el propio Fidel Castro no tenía empacho en reconocer en sus multitudinarias interlocuciones con el pueblo.

El día 4 de marzo, en el primer aniversario de la voladura del carguero francés *Le Coubre* en el puerto de La Habana, Fidel Castro tomó la palabra. Lo hizo ante el numeroso público concentrado en el muelle de la *Pan American Docks*, el lugar exacto en el que se había producido el sabotaje, y allí culpó, sin circunloquio alguno, a los servicios de inteligencia norteamericanos de estar detrás de aquel brutal atentado.

Fidel Castro definió aquel vil ataque como un holocausto que se había llevado por delante la vida de “*obreros y soldados cubanos*”²¹⁷. Cien vidas que habían sido sacrificadas por el pueblo de Cuba, pues, como señaló el primer ministro, el patriotismo no sólo se medía en los combates, sino también en el trabajo. Aquel atentado había llegado mientras aquellos soldados y obreros descargaban “*las primeras armas*” que llegaban a Cuba “*para defender a la Revolución y para defender la integridad y la soberanía de la nación*”²¹⁸.

El atentado contra el carguero francés había sido obra de los servicios de inteligencia norteamericanos, algo sobre lo que las autoridades cubanas ya no tenían asomo de duda. Aquel acto terrorista se había erigido en el primer sabotaje a gran escala y había constituido el prolegómeno

²¹⁴ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7709. Madrid: miércoles, 1 de marzo de 1961, pág. 6. Diario.

²¹⁵ *Idem*.

²¹⁶ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7709. Madrid: miércoles, 1 de marzo de 1961, pág. 6. Diario, *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7712. Madrid: sábado, 4 de marzo de 1961, pág. 6. Diario y *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7713. Madrid: lunes, 6 de marzo de 1961, pág. 6. Diario.

²¹⁷ Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba. 1961. Año de la Educación: “Discurso pronunciado en el acto conmemorativo del Primer Aniversario del Sabotaje al Vapor “*La Coubre*”, en el Muelle de la *Pan American Docks*, el 4 de marzo de 1961”.

<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f040361e.html> (Consultado: 18-05-2015).

²¹⁸ *Idem*.

macabro de las presiones ante el Gobierno belga para que suspendiera los envíos de armas a Cuba. Fidel Castro aprovechó aquella oportuna coincidencia, en la que los núcleos del poder estadounidense y belga habían vuelto a trabajar de forma concertada debido al conflicto congoleño, para cargar contra el imperialismo norteamericano y contra el colonialismo belga. Cuba se había quedado sin los suministros de armamento acordados con las empresas belgas porque en el fondo las autoridades belgas y norteamericanas compartían objetivos. Las normas entre iguales estaban claras: Estados Unidos nunca le vendería armas al pueblo congolés ni al Gobierno del asesinado Lumumba; de igual modo, tampoco podía el colonialismo belga ejercer el papel de proveedor armamentístico de la Revolución cubana.

Fidel Castro entró entonces a analizar la situación del Congo, pues en el Congo podía encontrar Cuba un valioso ejemplo de hasta dónde estaban dispuestos a llegar los poderes coloniales, neocoloniales e imperiales para sostener sus privilegios. El caso del Congo belga era más que elocuente y aquí Fidel Castro daba rienda suelta a su desencanto y su perplejidad. El Congo, después de recibir su carta de independencia, había sido sometido a un colonialismo tan atroz como el precedente. Ante aquella tesitura tan poco edificante, las autoridades de la joven nación africana habían acudido a la ONU en demanda de amparo. Y qué habían recibido, se pregunta Fidel Castro; la respuesta estaba a la vista de todos: habían solicitado ayuda contra los invasores extranjeros y habían recibido apoyo para las fuerzas de la metrópoli emboscadas detrás de hombres de paja que respondían a los intereses del antiguo sistema colonial. Ésta era la principal conclusión.

Sin embargo, el agravio no había quedado ahí. Los poderes imperiales y coloniales, lejos de conformarse con debilitar a las fuerzas populares, había promovido además la secesión de los territorios más ricos para que el latrocinio continuara, se había promovido un golpe de Estado contra las autoridades legítimas del país, se había sufragado económicamente a los golpistas y a los secesionistas, se había derrocado al Gobierno legítimo del país, se había encarcelado al primer ministro, el líder popular Patrice Lumumba, y finalmente, no contestos con todo ello, se había maquinado el asesinato del mismísimo primer ministro, el líder popular que había llevado al país a la independencia.

Aquí estaban las enseñanzas que Cuba debía sacar de aquel sombrío episodio: la Revolución cubana tenía que defenderse y tenía que hacerlo a través de la fuerza y de sus propias fuerzas, porque la fuerza era el único idioma que comprendían los poderes coloniales e imperiales. Cuba tenía que centrarse en la defensa y en la producción si quería sobrevivir frente a los poderosos enemigos que acechaban. La Revolución cubana, según aseveraba un Fidel Castro presa de la indignación, estaba asediada por un “*incesante hostigamiento*”, vivía “*bajo condiciones de guerra no declaradas*” y tenía que defenderse frente al “*Servicio Central de Inteligencia yanqui*”, que no había cesado un solo instante “*de promover y crear, mediante actos de flagrante intervención en los asuntos internos*” de Cuba, “*todo tipo de problemas, de crímenes, de sabotajes y de actos subversivos contra la nación cubana*”²¹⁹. Aquellos eran los desafíos a los que se enfrentaba Cuba y la única manera de combatirlos era el trabajo y el fusil. Aquí residía la fuerza de la revolución: si Cuba seguía produciendo y no desatendía la defensa, el poder imperial tendría que intervenir directamente y Cuba estaba preparada para defenderse, estaba lista para repeler la invasión.

El discurso no se separaba un ápice de las consignas del momento, en la trinchera y en el puesto de trabajo, tanto en uno como en el otro, se debía sustentar la defensa de la patria. Sin embargo, para defenderse se necesitaban armas y esta realidad estuvo presente desde el mismo triunfo de la revolución. El acopio de equipamiento militar e implementos bélicos había sido desde el primer

²¹⁹ *Idem.*

momento una preocupación para la dirigencia revolucionaria y fue entonces cuando Fidel Castro señaló lo acertado del diagnóstico lanzado por los líderes más perspicaces durante los prolegómenos del proyecto revolucionario. Desde los primeros meses de revolución había quedado patente que la agresión sería una constante y de ahí la necesidad de armar al pueblo para que defendiera con las armas en la mano el proceso revolucionario.

Ninguna revolución que pretendiera devolver la soberanía económica y política podía imponerse a sus enemigos sin presentar batalla, pues como era de suponer los grupos antaño dominantes no se dejarían abatir sin mostrar resistencia. En esa tesitura se encontraba Cuba, en la lucha contra los antiguos intereses, incapaces de asumir la alborada de los nuevos tiempos. Había que defender todo lo conseguido en los dos últimos años y allí estaban, según señaló Fidel Castro, los brazos de los trabajadores para sostener a la revolución. Ahora el país estaba en manos de estas clases populares. A los trabajadores y trabajadoras de Cuba les correspondía ejercer el liderazgo dentro del bloque hegemónico construido alrededor del proceso revolucionario y este liderazgo tenía que ejercerse en la faena diaria y, si la ocasión así lo demandaba, también en la trinchera con el fusil en la mano. El discurso de Fidel Castro se iba construyendo así sobre la idea del proceso de transición al socialismo, donde los trabajadores estaban llamados a colocarse de forma decidida en la primera línea de combate para defender una revolución socialista que todavía nadie osaba llamar por su nombre.

Por lo demás, el caso del Congo daba muestras también de la páfida estrategia seguida por el imperialismo y de las formas de las que se servía para promocionar a líderes artificiales destinados a desempeñar el papel de testaferros de los intereses de las grandes corporaciones agrícolas, industriales y armamentísticas. Líderes que no decidían nada, o casi nada, según aseveraba el primer ministro cubano, porque trabajaban a las órdenes de la CIA y del resto de servicios de inteligencia de las potencias occidentales.

Este era el razonamiento básico que iba desgranando Fidel Castro en su disertación sobre la estrategia seguida por los Estados Unidos y el resto de las potencias occidentales en su lucha por la hegemonía. A las órdenes de la CIA y de los servicios de inteligencia belga había trabajado los secesionistas y los golpistas en el Congo, igual que lo hacían “*esos señores tráfugas que aparecían como jefes de la contrarrevolución*” en Miami y que no eran otra cosa que meros agentes de la central de inteligencia nortea²²⁰.

El primer ministro de Cuba no parecía albergar dudas al respecto: aquella caterva de líderes congoleños y aquel puñado de oportunistas cubanos que conspiraban desde la Florida respondían a las órdenes de sus amos. Para el caso cubano, según señalaba Fidel Castro, aquellos prohombres de la contrarrevolución no tenían facultades para dar órdenes, pues “*los movimientos de aviones, de barcos, los embarques de armas y explosivos o los campamentos militares, absolutamente toda la actividad de la contrarrevolución*”, estaban en manos de “*agentes yanquis*”²²¹. Fidel Castro señalaba igualmente que los informes que obraban en poder del Gobierno cubano así lo certificaban. Todo estaba en manos de la CIA y aquellos incautos que se erigían en líderes de un pueblo que los detestaba eran incapaces de “*darse cuenta de la estrategia*” que seguía las autoridades norteamericanas²²². Los líderes de la contrarrevolución eran meros instrumentos, testaferros de los intereses norteamericanos, y en ningún caso líderes populares; en definitiva, marionetas en manos del poder imperial.

Fidel Castro utilizó con profusión en aquel discurso el término “gusano” y “gusanera” para referirse al contrarrevolucionario y a la comunidad que le daba cobijo. Aquellos vocablos despectivos, hallazgos semánticos llamados a perdurar durante décadas, ya se habían utilizado en algún otro

²²⁰ *Idem.*

²²¹ *Idem.*

²²² *Idem.*

discurso durante los primeros meses de 1961, pero a partir de aquella cita del 4 de marzo se popularizaron, pasaron a los medios de comunicación cubanos y comenzaron a aparecer en las viñetas de diarios y revistas cuando se trataba de caracterizar a la contrarrevolución. El miembro de la disidencia ya no se definía bajo la apariencia humana, ahora se habían deshumanizado, se había convertido en vulgar alimaña, y comenzó a aparecer con cierta frecuencia caricaturizado bajo la forma de un gusano.

Así pues, Fidel Castro habló de los quinientos gusanos del Escambray, de sus muchas armas y de su escaso valor, de lo complicado que había sido atraparlos al estar dispersos y no presentar combate, hubo entonces que acometer una limpia, “*una operación sistemática de limpieza*”, para terminar con aquellas bandas²²³. Fidel Castro señaló entonces cómo se les había dado apoyo desde el exterior, expuso el modo en el que se les había convencido para que resistieran hasta que llegara una operación de mayor envergadura, se les había provisto de armas desde mar y aire y se había hecho todo lo posible para que se expandieran como una mancha de aceite por el territorio cubano.

Sin embargo, esto no había sucedido, aquellas partidas de alzados, cercadas y sin apoyo popular, habían ido cayendo poco a poco. Fidel Castro señalaba cómo los envíos de armas habían caído en manos de la revolución e informó entonces sobre el trabajo sistemático que se habían llevado a cabo para dismantelar aquellos grupos. La contrarrevolución había intentado introducir contingentes armados en Las Vilas, en Pinar del Río y en otros puntos del oriente de la isla, sin embargo, su empeño había resultado baldío. Por otro lado, el primer ministro señaló que nunca habían supuesto un problema serio para la revolución, pero no ocultó que su dismantelamiento había requerido de muchos hombres y muchas horas.

En otro orden de cosas, pero sin cambiar de tema, el líder cubano hizo también referencia al abandono que habían sufrido aquellos grupos en sus momentos finales, nadie les había ayudado desde el exterior cuando era evidente que se encontraban ya cercados y que los envíos de armamento y refuerzos no estaban llegando a su destino. La CIA y los ilustres jefes de las expediciones que estaban en territorio norteamericano, sin correr riesgo alguno, habían enviado a aquellos infelices a desarrollar una lucha guerrillera donde no había condiciones para ello y, finalmente, como cabía esperar, aquellas partidas, cercadas por la milicia y la población, terminaron sucumbiendo.

Fidel Castro señaló igualmente la diferencia que había entre la contrarrevolución y la revolución. Una diferencia evidente que estaba a la vista de propios y extraños: los líderes de la revolución, en la lucha contra Batista, se había desplazado con la guerrilla a las montañas de Cuba para correr la misma suerte que las tropas a las que mandaban, por el contrario, en el caso de la contrarrevolución sus supuestos líderes manejaban la situación desde el exterior sin exponer nada en aquella lucha. El primer ministro cubano se mostró inclemente frente aquella cobardía manifiesta, los líderes de la contrarrevolución daban instrucciones para que se alzarán bandas en el interior de Cuba, se retrataban en los campamentos de entrenamiento de Miami y Guatemala para aparecer en los diarios, se llenaban los bolsillos con el acopio de dólares que fluía desde la CIA, pero ninguno de ellos tenía el arrojo de empuñar las armas junto a los hombres a los que lanzaban a la lucha. Fidel Castro, tirando de aquel argumento, señalaba, con manifiesta repugnancia, que los líderes de la contrarrevolución estaban llevando al exterminio a su propia gente con aquella táctica absurda de desplazar contingentes fuertemente armados, renuentes a presentar batalla y varados en una espera de refuerzos exteriores que parecía no tener fin.

Las partidas de alzados, según habían declarado muchos de sus integrantes tras ser detenidos por las fuerzas cubanas, tenían la misión de esperar “*el desembarco mercenario*”, pero ninguno parecía tener

²²³ *Idem.*

claro el momento y tampoco parecían conocer si la espera sería larga o corta²²⁴. La mentalidad de aquellas bandas había sido la de esperar y huir, esperar un desembarco que no terminaba de producirse y huir de un enemigo que era el propio pueblo al que pretendían liberar. En fin, aquello, como reflejó el primer ministro, era un despropósito de principio a fin.

Fidel Castro señaló igualmente que las bajas revolucionarias habían sido escasísimas porque la batalla se había limitado a la captura, los contrarrevolucionarios habían sufrido alguna baja, pero tampoco muchas, pues rara vez habían presentado batalla. Así pues, después de la limpia en el Escambray y en otros puntos de la geografía cubana, lo que había, fundamentalmente, lo que había quedado de aquella campaña, era la presencia de centenares de detenidos.

Aquel balance desolador para las fuerzas reaccionarias le daba pie al primer ministro a dirigirse a los líderes de la contrarrevolución de forma despectiva, tachándolos de cobardes, pues habían sido incapaces de intervenir para ayudar a aquellos cientos de desahuciados enviados a una aventura mal planificada. Fidel Castro, al hilo de aquel razonamiento, señalaba que no todo se podía pagar con dólares, la guerra de guerrillas requería de unas condiciones objetivas que no se daban en la Cuba de la revolución y, sobre todo, demandaba un despliegue de coraje y decisión del que adolecían los líderes de la insurrección. Así pues, si los altos mandatarios de la contrarrevolución querían derrocar al Gobierno cubano tendrían que acometer un desembarco convencional, única vía para terminar con una revolución que contaba con la aprobación popular.

Fidel Castro derivó entonces su discurso hacia los derroteros de la mofa, y haciendo de la burla recurso socorrido, ridiculizó a los Justo Carrillo, a los Tony Varona y a otros ilustres líderes del exilio. Para lo único que servían aquellos capitanes generales de la conjura, según el primer ministro cubano, era para retratarse en los campamentos de adiestramiento con el traje caqui, pero a la hora de la verdad, les faltaban arrestos para empuñar las armas, pues lo suyo era permanecer guarecidos al abrigo de sus amos y señores en tierras miamenses.

Aquellos héroes de salón, recaudadores de los jugosos estipendios que fluían desde las instancias de poder estadounidenses, y guerrilleros “de la retaguardia de la retaguardia” eran puestos en la picota por Fidel Castro. La burla devino entonces en usanza para aquel discurso y, jaleado por las risas de los asistentes, el primer ministro fue desgranando los deseos del pueblo cubano de batirse frente a tan insignes guerreros. Los cubanos estaban impacientes por medirse en batalla ante tan valerosos y gallardos luchadores. Fidel Castro explicitaba aquel anhelo haciendo uso de la fina ironía y de la burla cruel:

*“Si se han retratado con esos uniformes de kaki, es nuestro más ferviente deseo, y les extendemos la más gentil y amable invitación a ese grupo de ilustres y geniales estrategas, guerreros y prohombres para que, en una especie de paseo militar e inspirados en las musas de Allan Dulles, vengán a perpetrar un maravilloso paseo militar por nuestro país; que nuestro país está deseoso de la visita de tan ilustres guerreros; nuestro país está emocionadísimo por ver en un caballo blanco a los émulo de Aníbal, Alejandro y Napoleón, porque espectáculo tan fantástico no hemos presenciado nunca, oportunidad tan maravillosa no hemos tenido nunca. ¿Y cómo es posible concebir que hombres tan llenos de amor a su pueblo, tan deseosos de libertar a su pueblo, tan deseosos de hacer feliz a su pueblo, tan deseosos de dar la vida por el bienestar y el progreso de su pueblo, no van a complacer siquiera el deseo de nuestro pueblo de verlos desfilar gallardamente, con sus uniformes de kaki, al frente de sus heroicas legiones?”*²²⁵

²²⁴ *Idem.*

²²⁵ *Idem.*

Fidel Castro se mostraba contumaz en la descalificación de los dirigentes de la contrarrevolución, pues, además de poner en cuestión su valentía, aseguraba que eran la viva imagen del estafador profesional y del político corrupto que tanta fortuna había tenido en Cuba. Los líderes de la contrarrevolución estaban ensayando con las autoridades norteamericanas lo que habían practicado durante generaciones sus predecesores en Cuba. La estafa, el cambalache y el engaño masivo con el único afán de recaudar fondos para su disfrute personal. Todos aquellos personajes ya no podían recrear su estilo de vida en La Habana y lo estaban haciendo ahora en Miami. Antes se habían dedicado a esquilmar los recursos del pueblo de Cuba y ahora se dedicaban a esquilmar los bolsillos de los contribuyentes norteamericanos, sirviéndose para ello de la inquina de las autoridades norteamericanas por la Revolución cubana.

La situación estaba pues muy clara, según expuso Fidel Castro tirando una vez de la mofa y la ironía: la contrarrevolución estaba timando a la Administración norteamericana. Y ésta, consciente quizás de que estaba obligada a pagar el precio de la estafa para enmascarar y disimular sus apetitos intervencionistas en Cuba, estaba sufragando unos gastos que a la postre sólo contribuían a reforzar a la revolución.

Por lo demás, la falta de planificación dentro del bando contrarrevolucionario y la haraganería y cobardía de sus líderes estaba llevando a la Administración norteamericana, debido a su empeño de asistir a la contrarrevolución con todo aquello que demandaba, a seguir una extraña política con respecto a Cuba. Estados Unidos se había negado en rotundo a que las empresas norteamericanas vendieran armas a la Revolución cubana; sin embargo, estas mismas autoridades les compraban las armas a estas empresas para después regalárselas al pueblo cubano en forma de paquetes caídos del cielo desde los aviones piratas que sobrevolaban la isla. Todas aquellas armas, un arsenal considerable capaz de surtir con creces a un ejército modesto, como lo eran los de los países de la cuenca del Caribe, habían sido interceptadas por fuerzas del ejército y la milicia cubanas y serían expuestas en el Capitolio para que el pueblo las pudiera contemplar.

Fidel Castro señaló en aquella cita que todas aquellas armas estarían expuestas para los cubanos, pero también para *“los periodistas extranjeros”* y *“los embajadores latinoamericanos”* para que pudieran ver si realmente Cuba era un peligro para los Estados Unidos o eran más bien los Estados Unidos los que suponían un peligro para Cuba y para el resto del continente.

Llegados a aquel punto, como era ya costumbre en sus alocuciones, Fidel Castro enlazó una serie de preguntas que él mismo respondió a modo de diálogo con la audiencia. Fidel Castro, tirando una vez más de aquellas formas suasorias y pedagógicas que gustaba de exhibir en sus mítines maratonianos, se preguntaba quién estaba en peligro después de lo observado en los dos últimos años: Cuba y Latinoamérica o los Estados Unidos. Para responder a aquella pregunta era necesario visitar el Capitolio y entonces la respuesta brotaría de forma espontánea al contemplar aquel fabuloso arsenal. Un mero vistazo a aquel equipo de guerra descargado sin descanso por mar y aire en los últimos meses permitiría responder a las siguientes preguntas: *“¿Qué seguridad es la que está en peligro? ¿Quiénes son los que se entrometen en los problemas de otros países? ¿Quiénes son los que intervienen en los asuntos internos de otros países?, porque, que yo sepa”*, aseveraba Fidel Castro, *“no hay armas nuestras en ningún país de América Latina y, sin embargo, ahorita no caben en el Capitolio las armas que el Gobierno de Estados Unidos les ha entregado a los esbirros y a los criminales de guerra”*²²⁶.

El primer ministro cubano abordó entonces lo mucho que había aprendido el pueblo en los últimos años sobre sus enemigos y sobre sus supuestos amigos, sobre el capitalismo norteamericano y sobre

²²⁶ *Idem.*

el estilo de vida que había imperado en la vieja Cuba. Pasó revista también a los trabajos de corta de caña de los domingos, el trabajo voluntario del pueblo, un ejemplo encomiable que Cuba mostraba al mundo. Aquella era la revolución que exportaba Cuba y no la de las armas, patrimonio exclusivo del imperialismo norteamericano. Un imperialismo que había encontrado en la Iglesia el fiel lacayo de siempre.

Fidel Castro cargó contra la Iglesia cubana con la dureza acostumbrada y la situó ya de forma categórica del lado de la contrarrevolución, reconoció, no obstante, las virtudes de algunos de sus miembros y su impoluta hoja de servicios, pero criticó a aquellos otros, mayoría a su entender, que habían estado siempre a la sombra del poder, juzgando sobre lo divino y sobre lo humano y castigando a todo aquel que había pretendido un reparto justo en la historia de Cuba. El reparto equitativo dentro de la comunidad era, al fin y al cabo, la esencia del cristianismo, una esencia que aquella Iglesia de Cuba despreciaba profundamente.

Sin embargo, muchos de los miembros de la Iglesia no se habían quedado ahí, no se habían conformado con la crítica y con la dejación de sus deberes como cristianos; muchos prelados de la Iglesia habían ido más allá y habían “*fomentado el divisionismo*”, estaban “*deformando la mentalidad de los jóvenes*” y los estaban lanzando a la lucha armada en las montañas y las ciudades de Cuba para defender unos intereses que no eran los de la juventud cubana²²⁷. Y aquella actitud era, según Fidel Castro, la que Cuba no podía consentir. Ciertos sectores de la Iglesia, jaleados desde los Estados Unidos y envalentonados por la presencia de un católico en la Casa Blanca, habían provocado “*el conflicto*” con la revolución. Y lo habían hecho porque eran representativos y representantes de las antiguas clases dominantes, y, en consecuencia, en la lucha del pueblo contra el imperialismo y contra las clases rectoras de antaño, no podían optar por otro bando que no fuera aquel por el que habían optado²²⁸. Eran, según el primer ministro, “*la quinta columna*” de la contrarrevolución “*dentro del país*”²²⁹.

Fidel Castro expuso a continuación el modo erróneo en que la jerarquía católica y la Administración norteamericana habían evaluado la situación de Cuba. Efectivamente había en la isla muchos creyentes, pero muy pocos creían en los curas. En Cuba, los curas falangistas, ya no estaba en condiciones de seguir engañando a la gente. El país había cambiado y ellos, como cabía esperar, no habían sabido adaptarse a los nuevos tiempos. El primer ministro aseveró entonces que si cogieran un barco y se fueran todos para España nadie los echaría de menos. La revolución no tenía nada contra el catolicismo y el resto de creencias, los templos seguirían abiertos, no había campaña alguna contra la Iglesia de Cuba, simplemente, Cuba no podía permitir que partidas de alzados y terroristas siguieran sembrando la zozobra en el país en connivencia con ciertos sacerdotes y prelados de Cuba.

Las conclusiones de Fidel Castro en aquella cita podían resumirse del siguiente modo. La Revolución no se arrodillaría ante nadie, ni ante los altares ni ante los marines. Cuba llevaba más de dos años de lucha y el pueblo era ya veterano para afrontar cualquier desafío. De este modo, Cuba no sería presa fácil para el imperialismo, pues contaba con un pueblo valeroso dispuesto a batirse. Con esta idea, la capacidad del pueblo de Cuba para defender su independencia, finalizó Fidel Castro aquella alocución maratónica, informando al pueblo sobre el avance de la milicia ante los terroristas de la montaña y el llano y señalando que, con aquel pueblo, Cuba no perdería la batalla frente al imperio.

En aquella alocución Fidel Castro fijó la hoja de ruta para el mes de marzo. Como era habitual, en él residía la última palabra. No hubo ni una sola mención a la Unión Soviética ni a los países comunistas, simplemente se recogió la esencia de la revolución, la única comprobada y comprobable: la lucha

²²⁷ *Idem.*

²²⁸ *Idem.*

²²⁹ *Idem.*

contra el imperialismo para ganar la soberanía política y económica y entregar el control del país a las clases populares.

A principios de marzo había llegado el momento de poner las cartas boca arriba. Había pasado poco más de un mes desde la investidura del presidente Kennedy y todo parecía indicar que la aproximación a Cuba de cara a un posible arreglo de convivencia no iba a ser posible, pues, la Administración norteamericana, no parecía dispuesta a asumir que la Revolución cubana había llegado para quedarse.

El proceso revolucionario debía ser aceptado por la Administración Kennedy, una condición que se erigía en premisa para la diplomacia habanera. Raúl Roa, en aquella misma jornada en que Fidel Castro habló en el puerto de La Habana en memoria de las víctimas del carguero *Le Coubre*, tomó también la palabra para señalar que Cuba estaba “*deseosa y dispuesta a iniciar negociaciones bilaterales con los Estados Unidos*”, pero que estas negociaciones estaban sujetas al reconocimiento por parte de la Casa Blanca de que la Revolución cubana era “*un hecho irreversible*”²³⁰. Raúl Roa se mostró tajante en lo relativo a este aspecto: si Estados Unidos quería llegar a acuerdos con el Gobierno cubano debería aceptar y reconocer que Cuba era un país soberano y que, como tal, tenía el derecho “*a estrechar sus relaciones con el bloque comunista*” y con quien considerara oportuno²³¹. Cuba había ganado su independencia y esta independencia la facultaba para definir su política exterior e interior sin tener que acudir a la aquiescencia norteamericana como había sucedido desde su emancipación del poder colonial español.

El ministro de Exteriores cubano se había mostrado taxativo sobre la nueva realidad cubana: Cuba ya no era una colonia española, ni una “neocolonia” estadounidense ni en peón del imperialismo norteamericano. Los tiempos habían cambiado y aquella realidad tenía que ser asumida por la Casa Blanca para alcanzar cualquier tipo de entendimiento.

Roa hizo aquellas declaraciones antes de partir con destino a Nueva York, donde dirigiría la delegación cubana en la Asamblea General de la ONU. En la ciudad neoyorquina, como él mismo reconoció, se encontraría con los representantes de algunos países latinoamericanos que se habían ofrecido a mediar entre Cuba y los Estados Unidos, una circunstancia que no se rechazaría desde La Habana siempre y cuando fuera reconocida la soberanía económica y política de la revolución²³².

Cuba no quería ser un impedimento para el entendimiento en el continente, pero la soberanía cubana era innegociable y partiendo de aquella soberanía Cuba tenía todo el derecho a afrontar los cambios que considerara oportunos. La Revolución cubana tenía vocación de existir y estaba dispuesta a demostrar que podía hacerlo al margen del modelo imperialista impuesto en la isla en las últimas décadas.

Cuba fijaba de forma clara su hoja de ruta: soberanía e independencia. El régimen de La Habana no aceptaría ninguna injerencia estadounidense y consideraba que esta premisa debía fijarse a nivel continental. Los países al sur del Río Bravo tenían todo el derecho a organizarse según sus propios criterios, en función de las necesidades de sus pueblos y al margen de los intereses foráneos y de los cipayos latinoamericanos que sustentaban aquellos intereses antinacionales. Por su parte, la nueva Administración norteamericana tenía unas ideas bien diferentes sobre el futuro del continente, pues no parecía estar dispuesta a asumir, sin presentar batalla, la existencia de la Revolución cubana.

Cuba rompía así el consenso americano impuesto con severidad desde la Casa Blanca, ningún país del continente había osado hacerlo, y la mera existencia del régimen fidelista constituía un ejemplo pernicioso y una muestra de la debilidad norteamericana en las Américas. Dadas las circunstancias,

²³⁰ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7713. Madrid: lunes, 6 de marzo de 1961, pág. 6. Diario.

²³¹ *Idem*.

²³² *Idem*.

si Cuba apostaba por su revolución y por la irreversibilidad de su proyecto nacional, Estados Unidos no tenía otra alternativa que cercarla y acosarla con el ánimo no disimulado de verla caer. La Administración norteamericana estaba contribuyendo con todos los recursos a su alcance para que aquello sucediera y, al mismo tiempo, estaba tomando todas las precauciones para que aquello pareciera fruto de los errores del Gobierno cubano, de la aproximación a la URSS y del crecimiento de la contrarrevolución interna y externa.

Sin embargo, para contener el empuje fidelista, se precisaba algo más que el encapsulamiento del problema cubano, el apoyo a la contrarrevolución o el bloqueo inflexible del comercio cubano. Se precisaba también un plan de desarrollo capaz de rivalizar con el cubano en Latinoamérica, lo suficientemente atractivo para que el ejemplo fidelista no prendiera en el continente. Cuba y Estados Unidos fijaron así sus proyectos para las Américas, conscientes de que la batalla tendría que librarse en el continente y que era necesario atraer e involucrar a sus vecinos en la lucha que ambos mantenían.

Así pues, Kennedy, a diferencia de Eisenhower, consideró que las medidas coercitivas y el sustento de la contrarrevolución no serían suficientes para vencer el empuje cubano. Se precisaba además un modelo de desarrollo creíble y con capacidad de imponerse como proyecto de futuro para el desarrollo de los países latinoamericanos. Un modelo capaz de frenar la expansión de la Revolución cubana en el continente, capaz de contener las recetas soviéticas y capaz a la vez de reconstruir el liderazgo estadounidense.

La suerte parecía echada, Cuba y Estados Unidos expandían su reyerta a nivel continental una vez más, pero en esta ocasión Kennedy ofrecía un proyecto más sólido que las dádivas monetarias de Eisenhower. La nueva Administración Kennedy tenía que huir de la imagen dada en el continente en los últimos años. Eisenhower había canalizado la ayuda al continente a través aportaciones económicas torpemente otorgadas, casi siempre en contextos de crisis y normalmente impulsado por la necesidad de aislar a Cuba; la mayoría de las veces, aquella ayuda, había sido derivada hacia el sector de la defensa y otras tantas veces había sido tan rudamente organizada y publicitada que parecía más un soborno que una ayuda.

Por parte cubana, no había novedades. Su proyecto seguía siendo el mismo que durante el Gobierno de Eisenhower: soberanía nacional para los países de América, emancipación económica y política, diversidad de modelos sujetos a las necesidades y particularidades de cada pueblo y relaciones pacíficas en el hemisferio. Kennedy, sin embargo, como venimos esbozando, ofreció un plan alternativo al cubano: “la Alianza para el Progreso”. Una alianza concebida como un plan de desarrollo en el que se recogían parte de las demandas con las que Fidel Castro había llegado al poder, pero diluidas en un programa reformista y pulidas de aquellos aspectos más gravoso para las clases dirigentes de los países americanos y para los intereses de los consorcios estadounidenses. Un plan reformista en el que se promovería el desarrollo en todas sus variantes, pero en el que se colocaba como premisa fundamental la preservación y la integridad del capital invertido, doméstico y foráneo. Kennedy recogía así y hacía suya la revolución pasiva esbozada por la Iglesia cubana en el último año, pero dotada de contenidos reales e inversiones de capital norteamericano para poder ponerla en práctica.

Así pues, La Habana y Washington, después de dos años de revolución, exponían sus modelos para el continente. Desde Cuba se apostaba por una revolución en toda regla, una subversión de la totalidad en el campo político, económico y social y que demandaba la coexistencia pacífica para poder llevarla a cabo. Por el contrario, desde Washington se apostaba por una revolución restauración, una revolución pasiva de tipo “gramsciano” en la que se recogían las demandas radicales que preconizaba la Revolución cubana, pero conveniente remozadas para que no interfirieran en el *statu quo*

imperante. De lo que se trataba, en definitiva, era de salvar el orden vigente con un paquete de reformas progresistas para que sirvieran de antídoto al empuje de la revolución fidelista.

Sin embargo, para poder llevar a efecto ambos proyectos se precisaba algo más que la mera intención. Se antojaba imprescindible una puesta en escena para gloria del proyecto propio y desmerecimiento del ajeno. De este modo, la diplomacia norteamericana, en comunión con la mayor parte de los Gobiernos americanos, y la dirigencia cubana, en sintonía con los pueblos de América, trataron de lanzar sus proyectos para el progreso de las Américas.

15.5 La Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz

Los primeros en presentar su programa fueron los cubanos. El tiempo apremiaba, la posible invasión volvía a tomar cuerpo a través de las constantes alusiones en la prensa internacional a la existencia de campos de entrenamiento de grupos armados destinados a infiltrarse o desembarcar en Cuba y, además, los atentados urbanos seguían haciendo acto de presencia casi a diario. Con estos condicionantes en cartera, la diplomacia cubana tomó la iniciativa.

América latina era el tablero donde Cuba debía testar su proyecto frente a las manidas recetas estadounidenses y lo hizo a través de un gran congreso donde se dieron cita los pueblos de América y sus representantes populares. La cita tuvo lugar en Méjico bajo los auspicios de la dirigencia cubana y con el estadista mejicano Lázaro Cárdenas como principal valedor. Aquella magna concentración recibió el nombre de “Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz”. La Conferencia desarrolló sus trabajos entre el 5 y el 8 de marzo de 1961 en la capital de la República mejicana, con la presidencia colectiva del mejicano Lázaro Cárdenas, del ingeniero argentino Alberto T. Casella y del diputado brasileño Domingos Vellasco, miembros los tres del Consejo Mundial de la Paz en Latinoamérica²³³.

Aquella conferencia, arrinconada en la prensa internacional y escasamente publicitada en los medios de comunicación del continente, congregó sin embargo a dos mil quinientos asistentes con el objeto de trabajar en la búsqueda de soluciones a “*las carencias y necesidades acuciantes*” por las que pasaba la región²³⁴. En aquel congreso se dieron cita varias vertientes ideológicas, desde los movimientos de liberación nacional hasta el comunismo, pasando por todas las corrientes de la izquierda americana. De igual modo, la diversidad no se circunscribió a lo ideológico, pues hubo también presencia internacional más allá del numeroso contingente cubano y mejicano: la Conferencia estuvo integrada por delegados de veinte países latinoamericanos, así como por representantes de Estados Unidos, Canadá, China, Francia, Guinea y la URSS²³⁵.

En aquel encuentro se abordó la soberanía nacional y económica, así como la necesidad de preservar la paz, siguiendo unos parámetros que se ajustaban rigurosamente a los esbozados por Fidel Castro en su discurso del 4 de marzo en el homenaje a los caídos en el sabotaje de *La Coubre*. En aquella conferencia, remedo del programa revolucionario cubano, se abarcaron todos los campos a debate y para ello se crearon cuatro comisiones de trabajo: soberanía nacional, emancipación económica, paz mundial y americana y acción común de los pueblos de América para cumplir aquellos objetivos²³⁶. Cuatro temas que encajaban a la perfección con el programa cubano para las Américas. Aquella conferencia se erigió en un contrapeso efectivo al plan reformista de la Administración Kennedy,

²³³ Reynaga Mejía, Juan Rafael: *Op. Cit.*, pág. 168.

²³⁴ *Ibidem*, pág. 169.

²³⁵ *Idem*.

²³⁶ *Ibidem*, pág. 170.

además, según señaló *Bohemia* en sus páginas, era la respuesta cabal de “los pueblos hispánicos” a “su principal enemigo”: el imperialismo norteamericano²³⁷.

La reunión de la capital mejicana aprobó también una declaración conjunta en la que se afirmó sin circunloquios que el imperialismo norteamericano se erigía en el principal obstáculo para el desarrollo de América Latina. El imperialismo había tejido una tela de araña sobre el continente que bloqueaba cualquier posibilidad de desarrollo y lo había hecho además en connivencia con las oligarquías nacionales. Aquella penetración del imperialismo, ayudado por el colaboracionismo de la mayoría de las élites locales, se daba además en todos los campos, desde el económico hasta el cultural, lastrando así el progreso de la sociedad latinoamericana, generando un profundo estancamiento y creando un vínculo de dependencia insalvable con la potencia norteamericana.

La derrota del imperialismo se presentaba de esta suerte como condición *sine qua non* para acometer cualquier plan de desarrollo en los países latinoamericanos. Aquella declaración no dejaba lugar a dudas, el imperialismo era el gran problema de América Latina y por tanto era preciso barrer con la doctrina Monroe y con la política de seguridad impuesta por Estados Unidos al continente. Tanto la una como la otra se habían erigido en herramientas eficaces para el quebranto de la soberanía de los países hispanos. Así pues, frente al panamericanismo depredador se precisaba una receta puramente latinoamericana que fuera capaz de preservar la soberanía en todos los campos. Sin embargo, para que aquello fuera posible, la unidad, la solidaridad y la cooperación entre los pueblos latinoamericanos se erigían en condición indispensable.

Todas estas ideas, las conclusiones y las líneas de trabajo sobre las que se articuló la conferencia recibieron la atención de *Bohemia*; una atención que se acentuó sobre todo después de la puesta en circulación de la Alianza para el Progreso que apadrinaba el presidente Kennedy. La conferencia por la soberanía de Latinoamérica se concibió así como un programa alternativo al patrocinado por Kennedy y como un artefacto de combate para ultimar al imperialismo en el continente. La revista *Bohemia* dedicó varios reportajes a aquella trascendental cita mejicana y sobre todo se centró en el despiece del documento fundamental alumbrado en aquella conferencia, sus conclusiones finales. Unas conclusiones que dejaron meridianamente claro cuál tenía que ser el camino para liberación iberoamericana; la derrota imperial y la unidad de los países al sur del Río Bravo. Esta idea fue el eje sobre el que *Bohemia* articuló sus discursos y aunque en ningún momento se hablaba de marxismo, la defensa de aquella cita en la revista habanera corrió a cargo de los comunistas cubanos.

Bohemia, a través de la pluma del poeta cubano Juan Marinello, señaló en sus páginas que las resoluciones finales de la conferencia de Méjico delineaban “*impecablemente el camino de liberación de los pueblos latinoamericanos*”²³⁸. Marinello, miembro del PSP y figura destacada de las letras cubanas, señaló que era indispensable derrocar al imperialismo para entrar en la senda del progreso, pero, como el imperialismo ejercía “*su acción esclavizante*” a través de “*las oligarquías nacionales*” y a través de “*las realidades económicas contrarias a los pueblos*”, no podría producirse la liberación latinoamericana si antes no se ataca y derrotaban “*las formas y los privilegios que medraban a la sombra del imperialismo*”²³⁹.

La idea esbozada por el insigne poeta cubano no podía ser más nítida, si Latinoamérica pretendía liberarse tendría que enfrentarse a sus clases dirigentes y a los sistemas económicos sobre los que se sustentaban. Y para ello era necesario pasar del campo de las declaraciones oportunas al de las realidades concretas, la declaración final de la conferencia latinoamericana había enumerado, según relató Marinello, lo que debía hacerse “*para alcanzar la emancipación económica*”, sin la cual la

²³⁷ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 14. La Habana: domingo, 2 de abril de 1961, pág. 52. Semanal.

²³⁸ *Idem*.

²³⁹ *Idem*.

independencia política era “*cosa ilusoria*”²⁴⁰. Se trataba en definitiva de tomar una serie de medidas que tenía que pasar necesariamente por un paquete de transformaciones radicales imprescindibles. Las conclusiones de la conferencia determinaron que estas transformaciones irrenunciables eran las siguientes:

*“Reforma agraria integral y atención preferente a la población indígena, rescate de las riquezas nacionales en poder de los monopolios extranjeros, impulso de las fuerzas básicas de energía y de las industrias fundamentales, libre acceso a todos los mercados y asistencia técnica y económica sin condiciones lesivas”*²⁴¹.

Leyendo aquel programa, Marinello, no sin razón, señalaba que era forzosa la referencia a la Revolución cubana, pues las transformaciones que enumeraba como imprescindibles la conferencia para lograr la liberación popular y nacional, eran precisamente las que había acometido la Revolución cubana o las que estaba acometiendo en aquel momento. La conferencia así lo había entendido también, pues en sus conclusiones se señalaba el papel de guía que podía desempeñar Cuba en aquel proyecto continental. En las resoluciones finales del congreso, cuando se hizo referencia a Cuba, se había señalado lo siguiente: “*Las obras de la Revolución cubana muestran el camino para terminar con la dominación extranjera. Su aleccionador proceso revolucionario entraña una efectiva contribución a nuestra causa liberadora*”²⁴².

Marinello señalaba entonces la responsabilidad que Cuba había contraído con Latinoamérica. Cuba atesoraba la condición de guía para el continente, una realidad que tenía que tener presente el pueblo cubano en su bregar diario. La condición de “*abanderado de la emancipación latinoamericana*” contraída por el pueblo cubano era algo tan evidente que no se podía ocultar, pero entrañaba al mismo tiempo una gran responsabilidad, pues doscientos millones de latinoamericanos tenían ahora los ojos posados sobre la realidad cubana²⁴³.

Cuba estaba llamada a tener una importancia capital en aquella etapa que se inauguraba para el continente. Aquella realidad, la condición protagonista de la Revolución cubana en el panorama continental, recibía el refrendo a diario desde los pueblos de América y podía comprobarse en “*el poderoso movimiento de solidaridad con Cuba, ostensible del Bravo a la Patagonia*”²⁴⁴. Además, aquel apoyo, según aseveraba Marinello, no podía entenderse solamente como “*el respaldo a un proceso liberador*”, iba más allá, pues era la expresión de “*la hermandad esperanzada de las masas*”, que veía en la Revolución cubana “*la imagen del futuro inmediato*”²⁴⁵. Aquella no era una ocurrencia de Marinello, era el compendio de lo firmado y afirmado en aquella conferencia y nada mejor que las palabras dedicadas a la Revolución cubana por uno de los impulsores y promotores de aquella cita, el general Lázaro Cárdenas, para confirmarlo. El estadista mejicano, al hacer referencia a Cuba, se había mostrado claro en sus planteamientos:

“El pueblo cubano, encabezado por líderes incorruptibles, hizo caer no sólo a un gobierno antinacional, sino a los latifundistas extranjeros, a las compañías telefónicas, eléctricas y petroleras, a grandes diarios subsidiados, a los ejércitos mercenarios y los opositores criollos. Esto explica que el impacto de la Revolución cubana haya repercutido en todos y

²⁴⁰ *Idem.*

²⁴¹ *Idem.*

²⁴² *Idem.*

²⁴³ *Idem.*

²⁴⁴ *Idem.*

²⁴⁵ *Idem.*

*cada uno de los países en que funcionan los mismos instrumentos que se rompieron en la mayor de las Antillas”.*²⁴⁶

Las palabras de Lázaro Cárdenas no podían ser más elocuentes, aquella conferencia era un programa para la lucha contra el poder de los Estados Unidos en el continente y Cuba era, por derecho propio, el pueblo abanderado en aquella lucha. Las resoluciones finales de aquella conferencia no dejaban resquicio a la duda y tampoco lo dejaba el análisis ponderado de Juan Marinello. Sin embargo, fue Jesús Soto, secretario de organización de la CTC y delegado obrero cubano en la Conferencia de México, el que expuso de forma contundente en qué se traducían las conclusiones adoptadas en aquella conferencia. Según el sindicalista cubano, había quedado claro que el imperialismo norteamericano era la fuerza principal que se oponía al desarrollo progresivo de los pueblos de América Latina y, por tanto, la lucha debía emprenderse contra la presencia estadounidense al sur del Río Bravo: ésta era la máxima a seguir.

Así pues, como expuso Jesús Soto en las páginas de *Bohemia*, las tareas fundamentales a las que tendrían que hacer frente los pueblos latinoamericanos en aquella lucha contra el imperialismo tenían que expandirse a todos los frentes. Se debía emprender un trabajo sistemático para anular “*los tratados, convenios o pactos que menoscabaran la soberanía*” de los países latinoamericanos²⁴⁷. Debía emprenderse también una lucha contra “*el monroísmo*” y contra “*el hipócrita panamericanismo*”, contra las maniobras imperialistas tendentes a dividir al continente y contra “*las misiones militares*” y “*la Junta Interamericana de Defensa*”²⁴⁸. Otro de los objetivos a abatir era, según señaló Jesús Soto, la presencia de la Organización Regional Interamericana de Trabajadores (ORIT) en el movimiento sindical latinoamericano; había que promover la unidad sindical de Latinoamérica al margen de la ORIT²⁴⁹. Y, por su puesto, uno de los puntos fundamentales de aquella lucha tenía que pasar necesariamente por “*denunciar a la OEA como organismo de penetración imperialista en el continente*”²⁵⁰.

El líder sindical cubano señalaba que la batalla tenía que hacer frente a la totalidad de la presencia estadounidense en el continente y que, por tanto, se antojaba imprescindible “*luchar contra el sistema colonial*” que mantenía a los pueblos de América “*en las condiciones más oprobiosas de esclavitud y vasallaje*”²⁵¹.

Llegado a aquel punto, Jesús Soto señalaba algunos puntos cardinales dentro de la contienda por la liberación de los pueblos. Aquella libertad tenía que pasar por la unidad. Es decir, se imponía la solidaridad con las reclamaciones de terceros. El contencioso que cualquier país de América Latina mantuviera con los Estados Unidos tenía que atenderse como si fuera propio. En aquella lucha, las barreras nacionales tenían que tender a desdibujarse. Así pues, se antojaba imprescindible ir a todos a una y tener presencia constante en los actos de reivindicación por la soberanía y la integridad territorial, independientemente de qué pueblo o qué Estado la promoviera. Las clases populares del continente tenían que salir al encuentro de las reclamaciones soberanista de Puerto Rico; debían apoyar las demandas de Panamá por la soberanía de los territorios ocupados por el canal; tenían que sustentar las reclamaciones de Honduras en su contencioso con los Estados Unidos por la devolución de las Islas Cisne; tenía que apoyar igualmente a Cuba en su lucha por la recuperación de la soberanía de Guantánamo, y tenían que involucrarse, en definitiva, en todos aquellos conflictos territoriales que

²⁴⁶ *Idem.*

²⁴⁷ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 16. La Habana: domingo, 16 de abril de 1961, pág. 41. Semanal.

²⁴⁸ *Idem.*

²⁴⁹ *Idem.*

²⁵⁰ *Idem.*

²⁵¹ *Idem.*

tenían a Estados Unidos como infractor y a un país latinoamericano como víctima al serle arrebatado parte de su territorio²⁵².

Aquella conferencia, a pesar de haber caído en el olvido para muchos historiadores del período, tuvo una importancia capital. Una circunstancia de la que parecían ser muy conscientes los medios cubanos. La mera presencia de dos millares y medio de delegados procedentes de Latinoamérica y de otros países extra-continetales y el sustento explícito del proyecto revolucionario cubano justificaban sobradamente la importancia concedida al congreso. De hecho, aquel congreso, era la mayor manifestación unitaria en favor de Cuba desde el triunfo de la revolución. Sin embargo, la prensa franquista se refirió a ella brevemente. *El Alcázar* despachó la información sobre aquella conferencia con un destacado en su sección de internacionales y calificó el magno encuentro como “una reunión de izquierdistas hispanoamericanos en Méjico contra el imperialismo yanqui”²⁵³. Una reunión en la que se hablaba solamente de unos cientos de asistentes, organizada bajo los auspicios del ex presidente Lázaro Cárdenas y financiada por la Embajada cubana y por la diplomacia soviética²⁵⁴.

Aquella “reunión de izquierdistas hispanoamericanos”, según aseguraba *El Alcázar*, no le había hecho ninguna gracia al Gobierno mejicano, que, consciente de los ecos propagandísticos que podía irradiar aquella cita, decidió impulsar otra conferencia sobre la solidaridad interamericana presidida por otro ex presidente mejicano, Adolfo Ruíz Cortines²⁵⁵. Una conferencia alternativa que se celebró el mismo día que el congreso por la soberanía, la emancipación y la paz; que trató de restarle protagonismo, y que pretendió actuar como contrapeso al modelo revolucionario cubano.

Por su parte, *Pueblo* decidió abstenerse de publicar comentario alguno y no ofreció información sobre el congreso soberanista y tampoco lo hizo sobre la conferencia alternativa que, al parecer, se había orquestado a instancias del Gobierno mejicano.

De todos modos, la importancia de “Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz” no pasó desapercibida para la diplomacia estadounidense. Sus conclusiones dejaban al descubierto una refutación en toda regla no sólo a la política norteamericana en el continente, sino también a la mera existencia de esta política. El problema fundamental para el desarrollo y el progreso de los pueblos de la América era la presencia del imperialismo norteamericano, independientemente de los matices que éste adoptara.

15.6 Janio Quadros y la soberanía brasileña: paradigma del malestar latinoamericano frente a Estados Unidos

El congreso por la soberanía, la emancipación y la paz celebrado en Méjico se clausuró el día 8 de marzo y rápidamente se percibió que aquella cita traería consecuencias, pues era un alegato en toda regla contra la presencia norteamericana en el continente. De poco sirvió la escasa difusión que tuvo el congreso en los medios de comunicación latinoamericanos, según lamentó con amargura el sindicalista cubano Jesús Soto²⁵⁶, pues el mensaje llegó con nitidez a aquellos que querían escucharlo.

Una muestra palpable de que aquella cita había tenido una importancia capital fue la rápida respuesta articulada desde la Administración estadounidense. Un día después de la clausura del congreso mejicano la oficina de información de la Casa Blanca hizo correr por las agencias de prensa de medio mundo que el día 13 de marzo el presidente Kennedy se reuniría en la Casa Blanca “con los

²⁵² *Idem*.

²⁵³ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7715. Madrid: miércoles, 8 de marzo de 1961, pág. 6. Diario.

²⁵⁴ *Idem*.

²⁵⁵ *Idem*.

²⁵⁶ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 16. La Habana: domingo, 16 de abril de 1961, pág. 40. Semanal.

embajadores de las repúblicas hispanoamericanas acreditadas en Washington”²⁵⁷. Según se apuntaba en los círculos oficiales, el tema básico de aquella reunión sería Cuba y las relaciones continentales con La Habana²⁵⁸.

Por lo demás, dentro de la Administración norteamericana, según señaló en las páginas de *Pueblo* el habitual Blanco Tobío, había cierta preocupación con respecto a lo que estaba sucediendo en el continente, pues la positiva acogida con que se había recibido el arribo de Kennedy a la Casa Blanca se estaba desvaneciendo con cierta rapidez. La muestra más evidente de aquel aserto podía encontrarse en “*la actitud de la nueva Administración brasileña del Presidente Janio Quadros*”²⁵⁹.

Blanco Tobío afirmaba en las páginas de *Pueblo* que la oficialidad estadounidense no se encontraba cómoda con la actitud desplegada por el nuevo mandatario brasileño, caracterizada por su oposición a la política americana de los Estados Unidos y su predisposición a llegar a un entendimiento con las fuerzas “*profidelistas*”²⁶⁰. Una circunstancia que indudablemente ponía en tela de juicio cualquier iniciativa que los Estados Unidos pudieran lanzar en el continente.

Así pues, el entusiasmo generado por el arribo de Kennedy a la Casa Blanca se estaba enfriando paulatinamente y a ello había contribuido significativamente la toma de algunas decisiones erróneas por parte de la diplomacia estadounidense. En el caso del desencanto brasileño, no sin cierta razón, Blanco Tobío señalaba que detrás de él, además de la falta de una respuesta adecuada a la Revolución cubana, se encontraban otro tipo de razones. La designación de Adolf Augustus Berle como responsable de la Subsecretaría de Estado para Asuntos Hispanoamericanos podía ser una de ellas.

De la designación de Berle, que había sido uno de los diseñadores de la “Política de buena vecindad” preconocida por el presidente Franklin D. Roosevelt, podía esperarse una posición más tolerante que la auspiciada durante la Administración Eisenhower. Sin embargo, no era menos cierto que el propio Berle había sido durante la presidencia de Roosevelt “*el protagonista principal de una conspiración contra Gertulio Vargas*” acometida por un grupo de generales brasileños²⁶¹. Berle había dado muestras evidentes de su capacidad interventora en los asuntos internos de otros países y lo había hecho durante su desempeño al frente de la Embajada de los Estados Unidos en Brasil a mediados de los años cuarenta. De este modo, las esperanzas despertadas por la salida de los republicanos de la Casa Blanca se habían agrietado al constatarse que los responsables de los asuntos latinoamericanos designados por Kennedy contaban con un historial en el que la asonada militar se contemplaba como recurso en sus relaciones con el continente.

Esta circunstancia no debía resultar del todo tranquilizadora para los países al sur del Río Bravo. Sin embargo, éste no era el único borrón en la todavía incipiente política americana de Kennedy. Blanco Tobío señalaba igualmente que las opiniones vertidas por Arthur Schlesinger tras su viaje por Latinoamérica no habían caído bien entre los dirigentes del continente. Schlesinger, consejero presidencial, autor de la mayoría de los discursos de Kennedy y profesor de historia en la Universidad de Harvard, había sido enviado a una misión por los países latinoamericanos para elaborar un informe sobre las necesidades del continente de cara a elaborar un plan de desarrollo para la región. Blanco Tobío señaló que el viaje de Schlesinger había durado doce días y que en él se habían visitado catorce países; una estancia a todas luces insuficiente para lanzar “*una serie de conclusiones, necesariamente*

²⁵⁷ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6694. Madrid: jueves, 9 de marzo de 1961, pág. 1. Diario.

²⁵⁸ *Idem.*

²⁵⁹ *Idem.*

²⁶⁰ *Idem.*

²⁶¹ *Idem.*

precipitadas e inevitablemente superficiales” y que habían dejado como secuela “*una protesta o desmentido del embajador peruano*” en los Estados Unidos²⁶².

Ante aquellos precedentes, no era aventurado afirmar que los primeros pasos de la Administración Kennedy estaban resultando, según los analistas de la más diversa condición ideológica, un tanto precipitados y, en cierta medida, ofensivos para los países con los que se tenía que llegar a acuerdos sobre Cuba y sobre otros asuntos continentales. La protesta del embajador peruano, un país que había roto sus relaciones recientemente con Cuba, era una muestra indicativa de que los problemas de Kennedy en Latinoamérica podían ir más allá de la simpatía de algunos líderes por la Revolución cubana.

Además, los desencuentros con Brasil y Perú no eran los únicos, había otros de mayor gravedad para la imagen de la nueva Administración norteamericana en Latinoamérica. El diario *Pueblo* no hacía referencia a ellos, pero sí lo hizo la revista *Bohemia*. El día 2 de marzo el presidente de Ecuador, José Velasco Ibarra, había denunciado que Estados Unidos había puesto como condición al préstamo a su país la ruptura de relaciones con Cuba²⁶³. Una presión de lo más grosera que dejaba en mal lugar a la diplomacia estadounidense. Del mismo modo, mandatarios tan conservadores como los que tenían el poder en Colombia, el núcleo que arropaba al presidente Alberto Lleras Camargo, se habían negado igualmente “*a ser utilizados contra Cuba*” a cambio de ayudas económicas²⁶⁴.

Todos aquellos desencuentros con varias de las autoridades latinoamericanas vinieron a unirse al congreso mejicano, arrojando la impresión, no del todo equivocada, de que la Administración Kennedy estaba perdiendo relativamente rápido el paso en Latinoamérica. De ahí la necesidad de un golpe de efecto para frenar el descrédito. Blanco Tobío aseguraba así que la reunión convocada por Kennedy resultaba tan deseable como ineludible, pues si su intención era establecer “*su política cubana en estrecha cooperación con sus vecinos del hemisferio*” resultaba imprescindible para ello no ocultar previamente decisiones que pudieran traer consecuencias de importancia para los países del continente²⁶⁵.

Sin embargo, más que el afán de claridad por parte de la Administración norteamericana, a nuestro modo de ver, resultaba más urgente borrar aquella imagen, rápidamente extendida, de que los Estados Unidos seguían anclados en la senda del soborno para ganar el favor de los países latinoamericanos en su lucha contra la Revolución cubana. Aquella era una imagen perniciosa para los intereses norteamericanos y que no hacía más que legitimar y dar cauce de veracidad a las denuncias de las autoridades cubanas sobre las presiones económicas de la diplomacia estadounidense sobre las oligarquías continentales para que apoyaran el acoso, el bloqueo y la intervención en Cuba.

La partida que estaba llamado a jugar el presidente Kennedy en Latinoamérica se antojaba así de lo más compleja. Cambiar los modos imperantes durante la Administración Eisenhower no iba a ser tarea fácil, pues en la sociedad capitalista vigente en los Estados Unidos el poder político iba irremediabilmente acompañado del poder económico y sobre este tándem se erigía el bloque hegemónico estadounidense. Por otro lado, las oligarquías latinoamericanas siempre habían sido consideradas por el bloque de poder norteamericano como parte del sistema y la única tarea de la diplomacia estadounidense con respecto a ellas se había limitado a buscarles el encaje dentro de la estrategia general preconizada por los núcleos de poder que se concentraban alrededor de la Casa Blanca. Los poderes locales imperantes en Latinoamérica, las clases hegemónicas dentro las oligarquías criollas, durante décadas, no habían sido otra cosa que parte del engranaje del sistema

²⁶² *Idem*.

²⁶³ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 14. La Habana: domingo, 2 de abril de 1961, pág. 52. Semanal.

²⁶⁴ *Idem*.

²⁶⁵ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6694. Madrid: jueves, 9 de marzo de 1961, pág. 1. Diario.

norteamericano, pues para los Estados Unidos no pasaban de ser una extensión extraterritorial de su sistema político y económico. Aquí residía, en cierta medida, aquella máxima que condenaba a América Latina a ser traspatio de los Estados Unidos.

Así pues, cualquier líder continental que se resistiera a encajar en aquel sistema de naturaleza casi orgánica, necesariamente, entraría en conflicto con los Estados Unidos. El sistema implementado por la Casa Blanca tenía un mecanismo de funcionamiento propio, casi orgánico, como venimos afirmando, y su transformación requería de profundos cambios en el corazón del sistema: es decir, demandaba cambios en la mentalidad del bloque hegemónico imperante en los Estados Unidos.

La Administración Kennedy había explicitado sus intenciones reformistas, pero aquello no era suficiente, se debía pasar a la acción. La región latinoamericana necesitaba constatar que el espíritu de cambio que moraba en la planificación de la política exterior preconizada por la Casa Blanca era algo real y no mera retórica para adormecer las demandas que procedían de los países al sur del Río Bravo. De no producirse una transformación de esta naturaleza en las formas y en los principios que sustentaba la Casa Blanca frente al continente, el conflicto estaba servido, pues todo aquel dirigente latinoamericano que tratara de romper con las normas de juego, por razonables que fueran sus demandas, se encontraría con problemas al primer intento. Y esto fue precisamente lo que se constató en aquellas fechas. Había sucedido con las autoridades ecuatorianas, y con las colombianas y peruanas, poco sospechosas de ser proclives a la Revolución cubana, y sucedía con mayor intensidad en el caso brasileño.

Brasil se estaba erigiendo en el principal escoyo para imponer en las Américas el guion dictado desde la Casa Blanca. El día 11 de marzo el diario *Pueblo* dedicó un reportaje a analizar las dificultades que estaban encontrando la Administración Kennedy y el presidente Janio Quadros para llegar a acuerdos. En aquellos días, el mandatario brasileño había recibido al emisario del presidente Kennedy, Adolf Augustus Berle, responsable de la Subsecretaría de Estado para Asuntos Hispanoamericanos, y tras aquella cita había quedado claro que los acuerdos entre ambos países de cara a la estrategia a seguir en el continente no iban a ser tarea fácil. Berle, de infausto recuerdo para los brasileños, como se ha comentado ya, había llegado a Brasilia con la clara intención de recabar el apoyo del nuevo mandatario brasileño en el seno de la OEA²⁶⁶. Sin embargo, estas esperanzas se desvanecieron, pues la diplomacia brasileña contaba con agenda propia para los asuntos continentales.

La respuesta dada por el presidente Quadros al representante norteamericano sorprendió a propios y extraños y evidenció la falta de sintonía entre Washington y Brasilia. Janio Quadros rechazó cualquier tipo de acción intervencionista contra Cuba y rechazó también, cosa extraña entre los países que pasaban por dificultades económicas en el aquel momento, un préstamo de cien millones de dólares ofrecido por la Casa Blanca²⁶⁷. El nuevo presidente brasileño justificó aquel rechazo haciendo hincapié en la necesidad de evitar todo tipo de compromiso que hipotecara el futuro de Brasil; señaló que las dificultades del país eran muchas en el ámbito económico y que contraer nuevas deudas sólo serviría para acentuar los problemas por los que estaba pasando el tesoro brasileño²⁶⁸. En lo tocante al caso cubano, la posición del Brasil estaba clara. La nueva Administración de Brasilia estaba resuelta “a mantener con firmeza su política de no intervención en el caso de Cuba”²⁶⁹. Actuaba así, según certificaron en aquellos días los medios de comunicación próximos al poder brasileño, “por un

²⁶⁶ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6696. Madrid: sábado, 11 de marzo de 1961, pág. 4. Diario.

²⁶⁷ *Idem*.

²⁶⁸ *Idem*.

²⁶⁹ *Idem*.

imperativo de auto-conservación”, pues “*tampoco admitiría intervención de cualquier especie, directa o velada*”, en los asuntos internos del Brasil²⁷⁰.

Aquella cita no resultó placentera para la diplomacia norteamericana, que no dudó en dejar aflorar su descontento al quejarse de la frialdad con la que había sido recibido Adolf Berle por el presidente Quadros. Sin embargo, Quadros tenía su propia concepción de los problemas de Brasil, también de los de Latinoamérica, y su análisis, como quedó patente, no corría parejo al norteamericano. El mensaje enviado a Kennedy por Janio Quadros a través de su emisario era así más que concluyente: Brasil no se comprometía a sustentar aquella suerte de guerra fría que se estaba librando en el continente americano frente Cuba y, como muestra de ello, se anunció en aquella misma jornada en la que se había producido la entrevista entre Janio Quadros y el subsecretario de Estado norteamericano que el mariscal Tito acudiría a Brasil en viaje oficial en las próximas fechas²⁷¹, señalando de este modo que las autoridades de Brasilia buscaban el encuentro con aquellos países que rompían el asfixiante marco impuesto por el esquema reduccionista de la Guerra Fría.

Los síntomas no podían ser más evidentes y demostraban que el Brasil no estaba dispuesto a comprometerse en aquella lucha de bloques y muchos menos a sustentar un ataque contra Cuba en nombre de aquella división del mundo que no compartía. El Gobierno de Brasil, a través de aquel encuentro con la alta diplomacia norteamericana, escenificó su inclinación neutralista en el marco de la disputa entre bloques; aseguró, al mismo tiempo, que su pertenencia al mundo occidental no podía ser puesta en cuestión, pero que aquella pertenencia no tenía por qué significar la renuncia al comercio con todos los países del mundo, incluido el bloque soviético, y señaló, para finalizar, que estaba decidido a combatir toda clase de colonialismos e imperialismos²⁷². Aquellas ideas, sin duda preocupantes para los Estados Unidos, fueron expuestas con meridiana claridad por el ex embajador brasileño en La Habana en una entrevista concedida a *Bohemia* a finales de febrero de 1961, pocos días antes de aquel encuentro tenso entre Quadros y Berle.

El ex embajador de Brasil en La Habana, Vasco Leitao da Cunha, concedió una entrevista a *Bohemia* en su último número de febrero. Leitao da Cunha, antiguo embajador brasileño en Cuba se encontraba en aquellos días en La Habana de visita oficial y había mantenido encuentros con varios dirigentes cubanos, incluido Fidel Castro. El antiguo embajador formaba ahora parte del grupo asesor del presidente Quadros y bajo aquella condición había viajado a Cuba para intercambiar impresiones con el Gobierno cubano. Leitao da Cunha dejó en su entrevista al semanario cubano elogios al pueblo cubano, a su revolución y a sus líderes. Sin embargo, aquello no fue lo único que expuso el diplomático brasileño, pues dejó muy claro por dónde iría la política exterior e interior de Brasil bajo la batuta de Janio Quadros. En primer lugar, señaló que el Gobierno del presidente Quadros tenía “*el firme propósito de intercambiar relaciones comerciales y diplomáticas con todos los países del mundo*” y que aquellos propósitos ya estaban “*en fase de examen para su realización*”²⁷³. Por lo demás, en lo tocante a política interior, el diplomático carioca expuso que en Brasil existían ya “*varios proyectos de Reforma Agraria, casi todos de naturaleza estatal*”, y que el Gobierno federal estaba decidido a ponerlos en marcha²⁷⁴. Aquellas pinceladas escasas sobre política doméstica y exterior, a pesar de las reticencias del entrevistado a entrar en profundidades, daban muestras palpables de que ciertos tabús estaban siendo vencidos en el continente. La posibilidad de comercial con el bloque soviético y la puesta en ejercicio de una reforma del agro no tenían por qué significar concomitancia con el bloque socialista o asalto comunista al poder estatal.

²⁷⁰ *Idem.*

²⁷¹ *Idem.*

²⁷² *El Alcázar* (Año XXV). Núm. 7722. Madrid: jueves, 16 de marzo de 1961, pág. 6. Diario.

²⁷³ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 9. La Habana: domingo, 26 de febrero de 1961, pág. 60. Semanal.

²⁷⁴ *Idem.*

La entrevista concedida por Leitao da Cunha a la revista *Bohemia* no hacía más que certificar lo que todo el continente sabía ya: que Brasil tenía sus propios planes y que estaba decidido a ejercer su soberanía. Bajo la Presidencia de Janio Quadros Brasil quería romper el estrecho marco impuesto por la diplomacia norteamericana y la muestra de estos ímpetus soberanistas se materializaron rápidamente. El día 11 de marzo, cuando la prensa franquista ya comenzaban a atisbar un nuevo estilo en la política brasileña y cuando la cubana hacía ya promoción diaria de aquellos nuevos modos brasileños, Quadros firmó un tratado de libre comercio en el que estaban involucrados varios países latinoamericanos: incluía a Argentina, Chile, Méjico, Perú, Uruguay y, lógicamente, también a Brasil²⁷⁵. Aquella zona de libre comercio se implantaría de forma gradual y comenzaría con una bajada significativa de las tarifas aduaneras entre los países miembros²⁷⁶. Aquel tratado dejaba al descubierto que no sólo Cuba había aprovechado el periodo de interregno en la Casa Blanca para posicionarse internacionalmente. Brasil y otros países del continente también lo habían hecho y aquello generó cierto malestar en los círculos gubernamentales de Washington. La política de Janio Quadros rompía así con la posición de la antigua Administración de Brasilia como estaba demostrando cada movimiento del nuevo equipo gubernamental brasileño.

Desde finales de enero de 1961, momento en que el presidente Kennedy y el presidente Quadros se habían hecho cargo respectivamente de las Administraciones de Estados Unidos y el Brasil, la imagen del mandatario norteamericano se había ido devaluando en el continente poco a poco frente a la de Janio Quadros, una figura emergente que ponía en cuestión las premisas sobre las que se había cimentado el sistema continental en las últimas décadas. En principio, la presencia de un demócrata católico en Washington y la de un democristiano en Brasilia presagiaban el mejor de los entendimientos; sin embargo, esto no fue así. Cuando todavía no se había producido un mes desde la investidura de ambos, la revista *Bohemia*, a través de una nota editorial, puso el acento en el contraste que se había establecido entre ambos mandatarios.

Quadros y Kennedy eran el anverso y el reverso de la política americana. En el presidente brasileño encontraba la publicación cubana la figura del mandatario capaz de “*abrir horizontes*” y del dirigente proclive a “*la armónica convivencia internacional*”, alejado de la política de bloques y decidido a mantener una relación de entendimiento “*con la oveja negra del panamericanismo: Cuba*”²⁷⁷. En Quadros descubría *Bohemia* a un mandatario con los suficientes arrestos para romper con “*todas las fobias y alergias inventadas en Washington para reducir el mundo al patrón yanqui*”²⁷⁸.

El continente tendría una esperanza con el arribo de líderes como Janio Quadros, pues Cuba ya no estaría tan sola en la defensa de los pueblos de América y así lo hizo constar la revista *Bohemia*. Sin embargo, aquel relato tenía un antagonista y, como cabía esperar, la publicación cubana le otorgó este papel al presidente Kennedy: si Quadros suponía la apertura de miras y horizontes, Kennedy se erigía en el arquetipo del mandatario empeñado en repetir los errores del pasado y en circular de nuevo por las sendas trilladas de la intervención más grosera. El presidente Kennedy, según aseveró la revista *Bohemia*, representaba el “*cierre de caminos*”, la promoción de “*la enemistad internacional*”, la puesta en ejercicio de un “*guerrismo*” superior al de Eisenhower, la aplicación de “*un obsoleto macartismo en las relaciones entre los países de América*” y la revitalización del “*proyecto de policía hemisférica esbozada por su predecesor*”²⁷⁹.

La revista *Bohemia*, a través de aquel editorial, se mostraba inclemente con el mandatario norteamericano y se deshacía en elogios frente a la actitud mostrada por el brasileño. La malquerencia

²⁷⁵ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7714. Madrid: sábado, 11 de marzo de 1961, pág. 6. Diario.

²⁷⁶ *Idem*.

²⁷⁷ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 8. La Habana: domingo, 19 de febrero de 1961, pág. 85. Semanal.

²⁷⁸ *Idem*.

²⁷⁹ *Idem*.

del uno se contraponía a la bonhomía del otro. Bajo este esquema pretendidamente dualista *Bohemia* hablaba de “*la política de franca amistad internacional*” defendida por el brasileño y de la del “*big stick*” patrocinada por Kennedy como remedo y remozo de la vieja tradición imperialista que había hecho fortuna en tiempos del presidente Theodore Roosevelt²⁸⁰.

Aquel era el panorama bajo el que se definía el continente, así había sido desde el triunfo de la Revolución cubana, pero ahora parecía que el régimen de La Habana ya no tendría que defender en solitario el derecho de los pueblos de América a ejercer su soberanía. *Bohemia* aseguraba que aquel nuevo panorama, en el que la soledad impuesta a Cuba parecía comenzar a agrietarse, traería consecuencias beneficiosas para el continente y que la Administración Kennedy no podía seguir maniobrando de espaldas a los pueblos. Declaraciones como las emitidas por el presidente Quadros y por el presidente Velasco Ibarra del Ecuador, todas ellas inclinadas a promover «*un genuino “new deal” en las Américas*», dejaban un mensaje claro sobre lo que muchos Gobiernos latinoamericanos ya no estaba dispuestos a tolerar: la supresión de la soberanía²⁸¹.

Las aguas bajaban revueltas en la política americana y bajo aquel clima de tensión fue sobre el que definió Kennedy la necesidad de mantener una entrevista con todos los embajadores latinoamericanos acreditados en la capital estadounidense. Sobre aquel encuentro, como ya hemos indicado, la prensa especuló durante varios días. Sin embargo, su verdadero alcance no se desveló para la opinión pública hasta el día 14 de marzo, un día después de la celebración de la publicitada cita entre el presidente estadounidense y los representantes latinoamericanos en Washington.

El presidente Kennedy consideró, con buen criterio, que la ofensiva norteamericana en el continente no se podía posponer hasta la Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de la OEA a celebrarse en Punta del Este en agosto de aquel año 1961. El convulso escenario americano demandaba una respuesta inmediata y la organización de aquel encuentro del 13 de marzo con los embajadores latinoamericanos acreditados en Washington era el mejor medio para publicitar los planes para el continente de la Administración Kennedy.

15.7 La respuesta institucional de la Administración Kennedy al desafío cubano: La Alianza para el Progreso

El día 14 de marzo los diarios de medio mundo, incluidos los franquistas, abrieron sus primeras páginas informado sobre el Plan Kennedy para Hispanoamérica. Un plan expuesto solemnemente en una recepción celebrada en la Casa Blanca en honor de los representantes diplomáticos de los países iberoamericanos. El presidente Kennedy tomó la palabra en aquella recepción teñida de todas las formalidades propias de un acto oficial y se dirigió a la asistencia, compuesta por el vicepresidente y varios congresistas, además de los mentados embajadores latinoamericanos, para anunciarles la puesta en ejercicio de “*un nuevo y vasto plan para transformar la década de los sesenta en una década histórica de progreso democrático*”²⁸².

A grandes rasgos, la nueva política de la Administración estadounidense para las Américas preconizaba que “*la libertad política*” debía ir acompañada del “*progreso material*”, de lo contrario, la primera no podría sostenerse²⁸³. El cambio orquestado por Kennedy con respecto a su predecesor, Eisenhower, era, de este modo, sustancial, pues la libertad política ya no podía sostenerse solamente en el campo de la disputa parlamentaria y del uso del sufragio, sino que tendría que venir acompañada

²⁸⁰ *Idem.*

²⁸¹ *Idem.*

²⁸² *Pueblo* (Año XXII). Núm.6698. Madrid: martes, 14 de marzo de 1961, pág. 1. Diario.

²⁸³ *Idem.*

por una serie de reformas, incluida la tributaria, para posibilitar el desarrollo material de toda la región.

Kennedy afrontó aquella trascendental declaración azuzado por las prisas que se adivinaban en el continente, pues si la Administración norteamericana no tomaba la iniciativa terminarían haciéndolo los grandes países latinoamericanos y posiblemente elegirían una receta similar a la cubana para superar aquel estado de zozobra política, estancamiento económico y dependencia. La comparecencia de Kennedy era pues tan esperada como necesaria. Estados Unidos precisaba un golpe de efecto para frenar el empuje cubano y para contener los aires reformistas que corrían ya por varios países del continente.

Así pues, aquel programa norteamericano para promover el desarrollo de las Américas no era más que la versión atemperada de la Revolución cubana o la adaptación a las necesidades de Estados Unidos de las reformas que exigían mandatarios como el brasileño, Janio Quadros, o el venezolano, Betancourt. En definitiva, la propuesta estadounidense, bautizada en aquella jornada como la “Alianza para el Progreso”, era una suerte de revolución pasiva de corte “gramsciano”, expresamente lanzada para desactivar el efecto imitativo que estaba ejerciendo la Revolución cubana en el continente.

Con estos condicionantes como premisa ineludible, Kennedy expuso el cometido de su nuevo programa para las Américas con la vocación de seducir a sus vecinos y, al mismo tiempo, con la clara intención de acentuar el papel hegemónico de Estados Unidos en el continente a través de una nueva estrategia. Estados Unidos debía seguir siendo la guía del continente y su condición hegemónica fue expuesta sin circunloquios por el mandatario norteamericano desde el primer momento.

Kennedy arrancó su discurso señalando que había decidido dirigirse a los representantes latinoamericanos en Washington en aquella semana porque se cumplía el ciento treinta y nueve aniversario de la petición estadounidense del reconocimiento de las primeras repúblicas latinoamericanas. Kennedy exponía así el modo en que los Estados Unidos habían sido valedores desde el primer momento de la soberanía y la independencia de los países latinoamericanos frente al poder colonial español.

Estados Unidos había sido el primero en liberarse y detrás habían ido el resto de las repúblicas del continente. La soberanía de las repúblicas latinoamericanas había quedado así cimentada, según aseveraba Kennedy sin asomo de duda, gracias al aliento que se les había insuflado desde su vecino del norte. Sin embargo, aquella independencia tan trabajosamente ganada había que conservarla y, en aquel momento, según aseguraba el mandatario norteamericano, dicha independencia volvía a estar en entredicho debido al empuje renovado de “*los despotismos del Viejo Mundo*” que, una vez más, trataban de ejercer su dominio sobre “*los pueblos del Nuevo*”²⁸⁴.

Kennedy mezclaba así colonialismo y socialismo sin rubor alguno. Ambos eran equiparables dentro del recetario del presidente norteamericano y sólo se les podía hacer frente contraponiéndolos al modelo organizativo estadounidense, del que tendrían que derivarse, según el razonamiento del presidente norteamericano, el resto de los regímenes políticos de las repúblicas del continente americano.

El diario *Pueblo* reprodujo aquellos argumentos de Kennedy sin añadir comentario alguno, eso sí, mutiló las declaraciones del presidente allí donde consideró oportuno. El mandatario norteamericano, después de mostrar la amenaza que suponían los definidos como despotismos del viejo mundo para el supuesto nuevo mundo democrático, se aplicó a exponer que el principal cometido de la Alianza

²⁸⁴ *Idem.*

para el Progreso era demostrar que “*el progreso económico*” y “*la justicia social*” podían lograrse de forma más eficiente a través de la existencia de una sociedad de “*hombres libres*” que trabajaran “*en un marco de instituciones democráticas*”²⁸⁵. Estos fueron precisamente los párrafos que mutiló el diario sindical de la conferencia del mandatario estadounidense. Las razones de aquel interesado escamoteo eran tan obvias que no ameritan mayor explicación.

Sin embargo, el diario sindical no obró de igual modo cuando Kennedy entró en las sendas de la autocritica. El presidente Kennedy, después de hablar de los valores estadounidenses, abordándolos como si fueran los de todo el continente, señaló que los países americanos eran el resultado de una lucha común por la sublevación contra el dominio colonial y que compartían además un ideario de dignidad y libertad para el hombre que los hacían incompatibles con ciertos regímenes políticos.

En su alocución, Kennedy acudía inteligentemente a una serie de lugares comunes y a la puesta en valor de grandes objetivos humanistas con los que difícilmente se podía estar en disconformidad. De todos modos, entre aquellas salvas a la libertad y a la búsqueda del bien común, Kennedy no se ahorraba lanzar alguna crítica a la labor de los Estados Unidos y a la de sus vecinos continentales en la salvaguarda de aquellos valores. Las repúblicas americanas, según el mandatario norteamericano, no habían sabido establecer un plan común para terminar con la pobreza de algunos de los pueblos de América. Aquella manca constituía un riesgo no menor, pues era precisamente por aquí por donde estaban tratando de colarse en el continente los definidos como despotismos foráneos.

Con el ánimo no disimulado de blindar a las Américas de “la perniciosa influencia exterior” y cimentar, al mismo tiempo, el bienestar de aquel “continente plagado de virtudes y riquezas”, Kennedy proponía afrontar la solución de los problemas, fundamentalmente el del subdesarrollo, a través de una operación genuinamente panamericana. Todos los pueblos del hemisferio debían unirse en “*una alianza para el progreso*”²⁸⁶. Una alianza que pondría en marcha “*un vasto esfuerzo cooperativo, sin precedentes en magnitud y nobleza de propósitos*”, para dar satisfacción a “*las necesidades básicas de los americanos*” en lo concerniente a “*techo, trabajo y tierra, salud y escuela*”²⁸⁷.

Aquellos cinco campos de desarrollo que hacían referencia directa a la política de vivienda, a las transformaciones laborales, tal vez a una posible reforma agraria, a la seguridad sanitaria y a la reforma educativa fueron anunciados por el presidente Kennedy en español, quizás con la intención velada de hacer ver que el proyecto revolucionario cubano podía abordarse desde una perspectiva norteamericana y siguiendo por tanto las recetas que provenían de Washington. Después de pronunciar aquellas palabras en español, términos clave sobre los que trataba de hacerse efectivo su discurso, el presidente Kennedy expuso los diez puntos sobre los que tenía que cimentarse la Alianza para el Progreso.

En el primero de estos puntos el mandatario norteamericano proponía que las repúblicas americanas iniciaran “*un vasto plan de diez años*” para el continente, “*un plan destinado a transformar la década de 1960 en la década del progreso democrático*”²⁸⁸. Aquel proyecto duraría una década y tenía que construirse de forma similar al plan concebido años antes para “*reconstruir las economías*” de la

²⁸⁵ Memoria política de Méjico. Instituto Nacional de Estudios Políticos: “Discurso pronunciado por John F. Kennedy ante el cuerpo diplomático latinoamericano, altos funcionarios y miembros del Congreso de los Estados Unidos. (Alianza para el progreso)”. <http://www.memoriapoliticademexico.org/Textos/6Revolucion/1964-ALPRO-JFK.html> (Consultado: 22-05-2015).

²⁸⁶ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6698. Madrid: martes, 14 de marzo de 1961, pág. 2. Diario.

²⁸⁷ “Discurso pronunciado por John F. Kennedy ante el cuerpo diplomático latinoamericano...”: *Op. Cit.*, y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6698. Madrid: martes, 14 de marzo de 1961, pág. 1. Diario.

²⁸⁸ *Idem*.

Europa occidental²⁸⁹. Es decir, lo que se proponía, en definitiva, era la constitución de una suerte de Plan Marshall para las Américas.

En el punto dos se concretaban los procedimientos a seguir para lanzar aquel plan adelante. Para ello sería necesario celebrar “*frecuentes reuniones del Consejo Interamericano y Social*” en las que “*cada nación latinoamericana*” tuviera la oportunidad de formular “*planes de largo alcance*” para establecer procedimientos que habilitaran el tan necesario cambio social y económico²⁹⁰. Aquellas reuniones tenían que erigirse en “*la médula de la Alianza para el Progreso*”²⁹¹.

El punto tercero daba cuenta de la solicitud cursada por el presidente Kennedy al Congreso estadounidense de “*una asignación de 500 millones de dólares*”²⁹². Aquella asignación económica, una vez aprobada, tendría que estar destinada a “*eliminar las barreras sociales*” que obstruían “*el progreso económico*”²⁹³. Estas barreras que se oponían al progreso continental eran definidas claramente por el mandatario norteamericano. Entre ellas Kennedy señalaba las siguientes: el analfabetismo, la baja producción, el uso deficiente de la tierra, unos sistemas sanitarios a todas luces insuficientes, unos arcaicos sistemas tributarios o unas evidentes deficiencias educativas²⁹⁴.

Los puntos cuatro y cinco estaban dedicados a la reforma de los mercados. La Alianza para el Progreso tenía que promover “*la integración económica*” para facilitar el crecimiento de los mercados. La integración económica se presentaba así como el elemento fundamental para facilitar “*la concurrencia de capitales a América Latina*”²⁹⁵. Estados Unidos se pondría al frente de aquellas reformas y trabajaría además para subsanar aquellos “*problemas de los mercados*” que vinieran “*producidos por los cambios, frecuentes y violentos, de los precios de las mercancías*”²⁹⁶. La piedra angular del programa económico estaría pues centrada en el libre comercio entre los países americanos, en crear los marcos necesarios para la concurrencia de capitales y en la lucha por contrarrestar los efectos perniciosos del propio mercado a través de una estabilización del precio de las mercancías, una circunstancia esta última que, con cierta frecuencia, causaba “*un serio perjuicio a la economía de muchas naciones latinoamericanas*”²⁹⁷.

En el punto sexto se anunciaba la puesta en funcionamiento de un programa de emergencia para contener las crisis de subsistencia. Aquel programa llevaría el nombre de “*Alimentos para la Paz*” y estaría destinado a establecer “*reservas de víveres en las regiones afectadas por sequías*” y otro tipo de contingencias naturales²⁹⁸. En aquel punto sexto se señalaba que los hombres y mujeres del continente que sufrían carencias alimentarias no podían esperar “*el resultado de deliberaciones económicas y de reuniones diplomáticas*”, pues sus necesidades eran apremiantes y su hambre recaía “*pesadamente sobre la conciencia de sus semejantes*”²⁹⁹.

Los puntos siete y ocho estaban centrados en la colaboración científica y en la necesidad de impulsar la enseñanza técnica en los países de América Latina. Kennedy proponía la “*colaboración científica de todos los pueblos del hemisferio*” y para ello invitaba “*a todos los hombres de ciencia latinoamericanos*” a que colaboraran con sus homólogos norteamericanos en nuevos proyectos “*en*

²⁸⁹ *Idem.*

²⁹⁰ *Idem.*

²⁹¹ *Idem.*

²⁹² *Idem.*

²⁹³ *Idem.*

²⁹⁴ *Idem.*

²⁹⁵ *Idem.*

²⁹⁶ *Idem.*

²⁹⁷ *Idem.*

²⁹⁸ *Idem.*

²⁹⁹ *Idem.*

el terreno de la medicina y de la agricultura, la física, la astronomía y la desalinización”³⁰⁰. Estados Unidos ampliaría además sus “programas de adiestramiento de profesores de ciencias” para que “la juventud de todas las naciones” pudiera contribuir “con su talento al progreso científico”³⁰¹. En estrecha relación con lo anterior, Kennedy exponía igualmente la necesidad de promocionar la enseñanza técnica. A su parecer, resultaba imprescindible acelerar el adiestramiento de expertos y técnicos “para dirigir las economías en rápido desarrollo de los países del hemisferio”³⁰².

El punto nueve era quizás uno de los más controvertidos, pues en él nada había de novedad y constituía uno de los puntos sobre los que la diplomacia latinoamericana había mostrado más reticencias de cara a su completa asunción. En este punto Kennedy manifestaba “su fe en los sistemas de seguridad colectiva de la OEA” y reafirmaba “la promesa de acudir en defensa de cualquier nación americana cuya independencia estuviera en peligro”³⁰³.

Para finalizar, en el último de los puntos, el presidente estadounidense hacía un llamamiento a los países de América Latina para que contribuyeran a enriquecer la vida y la cultura de EE.UU. Kennedy señalaba que Estados Unidos necesitaba “profesores versados en literatura, historia, y tradiciones latinoamericanas” para que la juventud estadounidense pudiera afrontar con éxito la asistencia a cursos en las universidades latinoamericanas³⁰⁴. Kennedy cerraba así la presentación del programa de la Alianza para el Progreso, haciendo una concesión a los países latinoamericanos y dando a entender que la cultura hispana debía tener su espacio en el ámbito cultural estadounidense.

Sobre el papel, el proyecto de la nueva Administración norteamericana, suponía un cambio sustancial, ahora bien, ¿sería suficiente? Esta era la gran cuestión. Y es que, llegados a aquel punto, la incertidumbre estaba en la capacidad de desactivación que la Alianza para el Progreso pudiera ejercer sobre el influjo que proyectaba la Revolución cubana en el continente: sobre este particular todo eran incertidumbres. Además, aquella cuestión medular traía aparejada una serie de preguntas aledañas a las que era difícil resistirse: ¿Tendría un desarrollo real aquel proyecto que traía en cartera la Administración Kennedy?, ¿podrían dar satisfacción a los intereses estadounidenses y a los latinoamericanos sin dañar el marco preestablecido en el continente?, ¿era realmente revolucionario aquel programa, como enfatizó Kennedy a los largo de su exposición?, y, sobre todo, ¿aportaba alguna novedad a lo esbozado y ejecutado por Cuba y otros países a lo largo de los últimos dos años?

Esta última pregunta no precisaba del paso del tiempo para darle cumplida respuesta, pues la mayoría de los diez puntos sobre los que se articulaba la Alianza para el Progreso habían sido ya abordados por la dirigencia cubana en diferentes reuniones de la OEA y habían sido rechazados explícitamente por la Administración Eisenhower, precisamente, porque violentaban el marco político, jurídico y económico del continente y porque ponían en tela de juicio el papel rector de Estados Unidos sobre las Américas.

Como se recordará de capítulos precedentes, en mayo de 1959, en la reunión de los veintiuno en Buenos Aires, Fidel Castro había solicitado treinta mil millones de dólares para crear una suerte de Plan Marshall para las Américas³⁰⁵. Una petición que había caído en el olvido tan pronto como el primer ministro cubano abandonó la capital argentina; casi dos años después, era Kennedy el que ofrecía veinte mil millones de dólares, distribuidos durante una década, para acometer la Alianza para el Progreso³⁰⁶. Aquella alianza, tal y como aseguro el propio presidente norteamericano, nacía con la

³⁰⁰ *Idem.*

³⁰¹ *Idem.*

³⁰² *Idem.*

³⁰³ *Idem.*

³⁰⁴ *Idem.*

³⁰⁵ *Pueblo* (Año XX). Núm. 6122. Madrid: sábado 9 de mayo de 1959, pág. 4. Diario.

³⁰⁶ Thomas, Hugh: *Op. Cit.*, pág. 958.

pretensión de construirse a imagen y semejanza del plan desplegado por Estados Unidos en Europa occidental tras el final de la Segunda Guerra Mundial³⁰⁷.

De igual modo, en septiembre de 1960, en la reunión del comité de los veintiuno en Bogotá, Regino Boti, ministro de Economía de Cuba, había propuesto un acuerdo de mínimos entre los países latinoamericanos para promover la apertura de los mercados, la eliminación de las trabas para la entrada de productos básicos y la creación de un marco legal que fuera capaz de “*regular las excesivas fluctuaciones del precio y del volumen de las exportaciones*”³⁰⁸. Algo que estaba en plena sintonía con lo que propugnaba el presidente Kennedy en los puntos cuarto, quinto y sexto de su Alianza para el Progreso. En cuanto a la promoción científica y la educación técnica, huelga señalar que formaba parte medular del programa revolucionario cubano, promocionado por el ministro de Educación, Armando Hart, y abordado en numerosas ocasiones por Ernesto Guevara y Fidel Castro en sus alocuciones públicas.

Por lo demás, las ideas refrendadas por Kennedy en aquella cita del 13 de marzo de 1961 no diferían en exceso de lo defendido por Raúl Roa en la Conferencia de San José de Costa Rica o de lo promulgado en asamblea popular por el pueblo de Cuba en la Primera Declaración de La Habana. De igual modo, aquella receta en la que se apostaba por asegurar “techo, trabajo y tierra, salud y escuela” para los latinoamericanos, aunque tratara de anunciarse como novedosa, no era otra cosa que parte del contenido programático de la Revolución cubana. Sin embargo, paradojas de la historia, Cuba era castigada por llevar a efectos prácticos lo que Kennedy promocionaba como vía para el futuro desarrollo del continente.

¿Dónde estaba pues la diferencia? A nuestro modo de ver, en dos áreas fundamentales. En primer lugar en el sistema de seguridad colectiva promocionado y patrocinado por los Estados Unidos a través de la OEA, y en aquella máxima que preconizaba que la independencia de los países latinoamericanos se vería comprometida si se entablaban relaciones fluidas con un poder exterior al continente. Este era uno de los puntos de fricción entre Estados Unidos y el resto de repúblicas americanas y uno de los principales focos sobre los se había edificado el ya irresoluble conflicto entre Washington y La Habana. En el caso concreto de Cuba, el respaldo de la URSS era visto por la dirigencia revolucionaria, precisamente, como la garantía de su independencia. Sin embargo, para los Estados Unidos la presencia de la Unión Soviética era justamente lo que ponía en riesgo la independencia de las Américas. De igual modo, aquello que se definía como sistema de seguridad colectiva, desde La Habana, se veía como la quinta esencia del imperialismo y como un mecanismo para poner en práctica el intervencionismo militar más descarnado. Por el contrario, la Casa Blanca trataba de hacer pasar aquel sistema de seguridad continental como un vehículo para preservar la soberanía latinoamericana. Así pues, las ideas sobre lo que se entendía por independencia y seguridad nacional a ambos lados del estrecho de la Florida no podían ser más diferentes.

En segundo lugar, lo que separaba a Estados Unidos de Cuba era aquel punto en el que se hacía mención a “la concurrencia de capitales”. En un continente aislado del exterior, según la versión cubana, la propuesta norteamericana de crear un marco legal que amparara “la concurrencia de capitales” no era otra cosa que la argucia legal para reforzar el basamento sobre el que se asentaba el poder imperialista. Desde Cuba se defendía la concurrencia de capitales en los mercados latinoamericanos, pero una concurrencia real y no circunscrita a la exclusividad continental, que terminaba reduciéndose, por imperativos de desarrollo y poder económico, al control y dominio de las economías latinoamericanas por parte del capital norteamericano.

³⁰⁷ *Idem.*

³⁰⁸ *Bohemia* (Año LII). Núm. 38. La Habana: domingo, 18 de septiembre de 1960, pág. 49. Semanal.

Así pues, la aparente similitud entre lo promulgado por el presidente Kennedy y lo ejecutado por la Revolución cubana se diluía debido a la exclusividad continental demandada por las autoridades estadounidenses. Una exclusividad que dejaba al continente a merced del poder que emanaba de la Casa Blanca. El programa del presidente norteamericano era así una versión atemperada de la Revolución cubana, una revolución restauración en la se promulgaba proscrita la presencia de cualquier potencia extra-continental en las Américas y en la que se pretendía crear un marco legal y político que dejara incólume el poder económico de Estados Unidos en Latinoamérica. Dadas las circunstancias, no resultaba aventurado afirmar que el proyecto patrocinado desde Washington era la sublimación de la Doctrina Monroe, mientras que el ejecutado desde La Habana era la quinta esencia de la independencia política y económica que demandaba un Estado plenamente soberano.

Había pues diferencias más que sustanciales entre lo promulgado desde Washington y lo ejecutado desde La Habana. Sin embargo, el presidente norteamericano parecía empeñado en mostrar que la única diferencia importante residía en la falta de asunción por parte cubana de la democracia tal y como se entendía en los Estados Unidos. El presidente Kennedy, después de exponer de forma pormenorizada los diez puntos sobre los que tendría que asentarse la Alianza para el Progreso, señaló que para alcanzar las metas fijadas por aquella alianza era imprescindible que el progreso material viniera acompañado de libertades políticas. Aquella alianza, que nacía con vocación de extenderse durante toda una década, era una alianza de Gobiernos libres, quedando por tanto desterradas de ella las tiranías, para las que, según Kennedy, no había espacio en el continente. De todos modos, lo que entendía por tiranía el mandatario norteamericano sólo tenía campo de aplicación en Cuba y la República Dominicana. Se establecía así, una vez más, el guion fijado en la conferencia de San José de Costa Rica.

Partiendo de esta premisa, el presidente norteamericano se dirigió al pueblo cubano y al de la República Dominicana para declararles la amistad del pueblo estadounidense. Kennedy afirmó también que Estados Unidos albergaba la esperanza de que pronto, ambos pueblos caribeños, se unieran a aquella “*sociedad de hombres libres*” para poder participar así, todos juntos, en “*el esfuerzo común*”³⁰⁹.

La libertad política, tal y como la entendía el mandatario norteamericano, estaba pues en la base de la participación en aquella nueva alianza. Sin embargo, la democracia no podría sostenerse, según enfatizaba una vez más el presidente Kennedy, si no iba acompañada de reformas sociales, de una profunda reforma tributaria y de un marco legal que permitiera la prosperidad de todos los pueblos del hemisferio. Todos aquellos cambios estaban en el espíritu de la Alianza para el Progreso, pero era imprescindible que aquellos cambios y transformaciones fueran puestos en funcionamiento por hombres libres. Kennedy mentaba entonces a Washington y a Jefferson, a Bolívar, a San Martín y a Martí, para aseverar que aquellos hombres libres eran los que habían hecho posible América y que, por tanto, no se podía buscar el progreso a través de las mismas tiranías contra las que aquellos próceres americanos habían luchado en los siglos precedentes. El lema de América, como proclamó Kennedy en su arenga final, tenía que aunar prosperidad y democracia. El presidente estadounidense calló así presa del clima de soflamas que invadía el continente y no se resistió a acuñar la suya: *¡Progreso sí; tiranía no!*³¹⁰, ésta fue la consignada lanzada por Kennedy en aquella jornada, haciéndose poco después muy popular entre los sectores de la contrarrevolución cubana. Con esta soflama daba por finalizado el mandatario norteamericano su trascendental declaración, dejando claro que la patente democrática la concedían los Estados Unidos bajo sus parámetros valorativos.

³⁰⁹ “Discurso pronunciado por John F. Kennedy ante el cuerpo diplomático latinoamericano...”: *Op. Cit.*, y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6698. Madrid: martes, 14 de marzo de 1961, pág. 2. Diario.

³¹⁰ *Idem.*

Las últimas palabras de Kennedy, dedicadas a Cuba y a la República Dominicana, convertían a la Revolución cubana y el régimen de Ciudad Trujillo en los parias del continente debido al régimen político que habían implantado en sus respectivos pueblos. De todos modos, no dejaba de resultar chocante que el presidente norteamericano dejara fuera de esta etiqueta antidemocrática y tiránica a regímenes dictatoriales tan evidentes y asentados como el encabezado por Alfredo Stroessner en Paraguay o por la familia Somoza en Nicaragua.

Dadas las circunstancias y ante estos olvidos tan incomprensibles, nos inclinamos a pensar que la palabra tiranía no parecía el término más adecuado para justificar la exclusión de Cuba y la República Dominicana de aquella alianza. Díscolo o desobediente parecían términos más ajustados a la idea que trataba de transmitir Kennedy en aquella jornada, pues, en realidad, lo que distanciaba a regímenes tan diferentes entre sí como el de La Habana y el de Ciudad Trujillo de los Estados Unidos no era su heterodoxia política, sino su independencia en la toma de decisiones.

Trujillo había tomado una serie de decisiones por cuenta propia, sin contar con el respaldo estadounidense, y aquello constituía un desacato a la autoridad de la Casa Blanca que los mandatarios estadounidenses no estaban dispuestos a dejar sin castigo. En primer lugar, se había lanzado a una campaña intervencionista en los asuntos de política interior de sus vecinos, había tomado aquella iniciativa de forma independiente y sin consultar previamente con la diplomacia estadounidense; en segundo lugar, se había tomado la libertad de ejercer el papel de gendarme del Caribe, suplantado a Estados Unidos y llevando a cabo una campaña de atentados, sin el menor reparo y disimulo, contra el Gobierno de La Habana y de Caracas que habían desestabilizado la zona. Es decir, el régimen de Ciudad Trujillo había incurrido en una serie de comportamientos, adoptados de forma unilateral, que le había condenado al ostracismo en el continente, pues las acciones independientes habían quedado proscritas durante los años de Eisenhower al frente de la Casa Blanca.

Así pues, el Gobierno de la República Dominicana era un Gobierno sedicioso porque no asumía el patrón de conducta prescrito por la Casa Blanca, que además fuera una tiranía de las más atroces del continente parecía más bien un atributo indeseable que una condición para que se le expulsara de los acuerdos continentales. De hecho, el presidente Kennedy no hizo comentario alguno sobre las tiranías de Nicaragua y Paraguay, pues su obediencia y su probada prudencia en el seguimiento de las normas dictadas por los organismos continentales hacían que sus regímenes antidemocráticos y las tiranías represivas que descargaban sobre sus respectivos pueblos pudieran pasarse por alto sin mayores sobresaltos.

Por su parte, la Revolución cubana había puesto en marcha un programa de transformaciones sociales, económicas y políticas que no había sido consultado previamente con la Casa Blanca y que además había dañado seriamente los intereses norteamericanos. Así pues, era evidente que desde La Habana se había orquestado otro desacato a la autoridad de Washington, que, utilizando la misma lógica impuesta al régimen de Ciudad Trujillo, había decidido colocar el cartel de proscrita a la Revolución cubana. Las normas, los patrones y las definiciones de lo que era un comportamiento asumible y de lo que por el contrario entraba dentro de lo punible las dictaban los Estados Unidos. Cualquier régimen que brotara de las repúblicas americanas, más allá de su carácter democrático o de su heterodoxia política, estaba obligado a seguir este patrón si tenía en estima su supervivencia y si tenía pretensiones de integrarse, como miembro de pleno derecho, en los organismos continentales.

La Alianza para Progreso contaba así con deficiencias y lagunas de difícil justificación, no muy diferentes de aquellas de las que venía haciendo gala la OEA, y que contribuían a hacer de cada iniciativa norteamericana una suerte de artefacto interventor sobre el resto del continente. La Alianza para el Progreso no podía escapar tampoco de aquella etiqueta, pues era evidente que nacía con el propósito de actuar como antídoto de la Revolución cubana. Sin embargo, suponía un cambio

sustancial con respecto a la política seguida por las autoridades norteamericanas en el continente en la última década.

La diplomacia norteamericana había dado un giro a su política americana y lo había hecho movido por el clima prerrevolucionario que se vivía en el continente. Kennedy lanzó su proyecto para las Américas movido por la necesidad imperiosa de contener el empuje cubano, algo que quedó más que evidenciado por las alusiones explícitas e implícitas a Cuba en su manifiesto programático de la Alianza para el Progreso. Y es que, la alianza continental patrocinada por la Casa Blanca, parecía la salida natural a aquel contexto de crisis hegemónica que estaba viviendo la diplomacia norteamericana.

Estados Unidos no podía seguir ofreciendo como única alternativa a la Revolución cubana la más desnuda de las agresiones; se precisa una alternativa y esta terminó materializándose a través de la Alianza para el Progreso. La alianza patrocinada por Kennedy hacía pues gala de su condición de contraprograma de la Revolución cubana, una circunstancia evidente y que fue captada por el Gobierno de La Habana desde el primer momento.

Fidel Castro no dejó trascurrir ni siquiera una jornada para dar cumplida réplica al mensaje lanzado por el presidente Kennedy a los embajadores latinoamericanos acreditados en Washington. El primer ministro cubano disertó sobre la Alianza para Progreso durante el discurso pronunciado en memoria de los mártires del asalto al Palacio Presidencial del 13 de marzo de 1957. Horas después de la comparecencia del presidente Kennedy en Washington, Fidel Castro le dio la réplica desde la escalinata de la Universidad de La Habana al mandatario norteamericano y lo hizo haciendo gala de los argumentos habituales.

En aquella jornada del 13 de marzo, Fidel Castro, después de honrar la memoria de los héroes caídos frente a las hordas batistianas en marzo de 1957, hizo mención a la agresión permanente a la que estaba siendo sometida la Revolución cubana, apuntó las dificultades que traía aparejadas el inflexible bloqueo económico y no eludió mencionar que aquel bloqueo no sólo privaba a Cuba de productos básicos, sino también de insumos indispensables para el correcto funcionamiento de la industria. No conforme con ello, la diplomacia norteamericana pretendía ahora comprar el favor de las repúblicas americanas con un sucedáneo de revolución.

Estados Unidos estaba llenando el camino de obstáculos para que la Revolución cubana se viera obligada a hincar la rodilla y solicitar el perdón imperial. Patrocinaba la contrarrevolución, promovía el bloqueo económico y diplomático y ahora pretendía comprar a la repúblicas americanas con un proyecto cargado de promesas con la intención manifiesta de frenar los conatos revolucionarios que se intuían en el continente.

Kennedy, según aseveraba Fidel Castro, estaba actuando ya a la desesperada, porque no podía permitir que los pueblos de América siguieran el ejemplo cubano. Además, las urgencias comenzaban a ser apremiantes, pues a medida que iban pasando los meses la diplomacia norteamericana estaba tropezando con más dificultades para encontrar “*gobernantes arrastrados y sumisos*”³¹¹. A lo largo y ancho del continente los demás pueblos de América estaban percibiendo que “*el camino verdadero de la liberación*”, necesariamente, tendría que llegar de la acción de los pueblos³¹². Fidel Castro señalaba que eran los pueblos los que tenía que tomar las riendas de su destino y que esta realidad estaba comenzando a calar entre las comunidades que padecían al sur del Río Bravo. Los pueblos de

³¹¹ Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba. 1961. Año de la Educación: “Discurso pronunciado en el acto de recordación a los Mártires del Asalto al Palacio Presidencial el 13 de marzo de 1957, celebrado en la Escalinata de la Universidad de La Habana, el 13 de marzo de 1961”. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f130361e.html> (Consultado: 15-06-2015).

³¹² *Idem*.

América no podrían esperar jamás la liberación procedente “*de las manos impúdicas*” de la Administración norteamericana, “*que con unos cuantos millones de dólares*” pretendía “*comprar la conciencia de América*”³¹³. Aquí estaba la verdadera disyuntiva. La cuestión seguía siendo la de antaño: esperar por la concesión del opresor, por la dádiva concedida graciosa por el emperador, o tomar el control para afrontar una verdadera revolución que diera al traste con el poder imperial e hiciera nacer un nuevo poder popular.

El primer ministro cubano, en aquella jornada de grandes pronunciamientos, mostraba enfado y satisfacción a partes iguales, pues, por primera vez, Estados Unidos se había avenido a pelear en el terreno que dominaba la Revolución cubana. Cuba, como señalaba Fidel Castro, estaba enseñando al continente “*el camino verdadero de la justicia y de la liberación*”³¹⁴. La Revolución cubana le había enseñado a Latinoamérica que la independencia no era una quimera y el poder imperial, abrumado por la contumacia cubana, se agitaba nervioso ante el oscuro horizonte.

Fidel Castro no se refería a la Alianza para el Progreso como el inicio de una nueva era, tal y como había apuntado el presidente norteamericano horas antes, sino más bien como el fin de un período. La Alianza para el Progreso era el estertor de aquel escenario de sumisión que había imperado en América Latina durante décadas; era la receta de última hora, la respuesta desesperada de los Estados Unidos para tratar de “*mantener la posesión de los recursos del continente*” y de “*los mercados donde invertir sus dólares usureros*”³¹⁵. Era, en definitiva, el único mecanismo ya viable para “*lograr ganancias fabulosas a costa de las miserias de los pueblos*”³¹⁶.

Fidel Castro no albergaba dudas sobre el plan de Kennedy para las Américas: era simplemente una estratagema para mantener el control de los Estados Unidos sobre el continente. Latinoamericana no podía esperar que las promesas del imperio se materializaran, pues las decisiones en Estados Unidos no estaban en manos de la política sino del capital. Esperar por una suerte de rescate procedente de la Casa Blanca, era, según señalaba el primer ministro cubano, como la espera del campesino por el reparto de tierra procedente del latifundista; como la espera del esclavo por una libertad que concediera el amo; como la espera del pobre por el pan del rico; era, en resumidas cuentas, una espera incierta y un acto de fe en toda regla. Latinoamérica no podía vivir de la caridad del amo, tenía que organizarse para apropiarse de su futuro.

El presidente norteamericano pretendía con su Alianza para el Progreso que los pueblos de América esperaran por la dádiva imperial, que esperaran pacientemente a que el Congreso estadounidense fuera aprobando las concesiones presupuestarias de aquella alianza, mientras todo el entramado financiero y comercial estadounidense seguía extrayendo plusvalías de América Latina. Kennedy, con aquella alianza, lo único que pretendía era ganar tiempo y mantener en silencio a los pueblos del continente, paliando, en la medida de la posible, el calvario al que estaban sometidos.

Por lo demás, el presidente norteamericano se había visto obligado a orquestar aquella ofrenda a las Américas porque los monopolios estadounidenses comenzaban a mostrarse inquietos. No se podía permitir que el ejemplo cubano calara en el continente y había llegado el momento de poner en circulación todos los recursos al alcance de la Administración estadounidense para que Cuba fracasara y el continente se separara de ella por medio de un sucedáneo que hiciera ganar tiempo a la diplomacia norteamericana.

³¹³ *Idem.*

³¹⁴ *Idem.*

³¹⁵ *Idem.*

³¹⁶ *Idem.*

Fidel Castro señalaba entonces que la postura de la Casa Blanca era hasta cierto punto lógica porque había mucho en juego. Había que evitar por todos los medios que los monopolios norteamericanos fueran expropiados, porque el bloque hegemónico que señoreaba en los Estados Unidos no asumiría aquel escenario pacíficamente. El presidente norteamericano sabía que para preservar la paz era imprescindible que los pueblos latinoamericanos no se hicieran con el control de “*las minas*” y “*las tierras*”, de “*los bancos*” y de “*las industrias y los negocios*”³¹⁷. Y para ello era necesario tumbar a la Revolución cubana y desactivar su ejemplo en el continente.

La Alianza para el Progreso era pues el mecanismo que requería aquella coyuntura convulsa para preservar el poder imperial. Aquella alianza no podía ser entendida de otra forma. Fidel Castro justificaba aquella postura haciendo uso, una vez más, de aquellas preguntas retóricas lanzadas a la audiencia que él mismo se encargaba de responder detalladamente. El programa para el progreso de América Latina patrocinado y sufragado por la Casa Blanca era una engañifa grosera que no se sostenía, pues ¿a quién se podía engañar con aquel retruque?, se pregunta Fidel Castro. ¿Era posible emprender todas aquellas reformas sin poner en tela de juicio el secular poder estadounidense? A estas preguntas daba cumplida respuesta el primer ministro cubano y lo hacía descalificando el proyecto de Kennedy de principio o fin. Nada mejor que el propio razonamiento de Fidel Castro para exponer aquel juego de “*trileros*” al que la diplomacia norteamericana pretendía someter a los pueblos de Latinoamérica:

“¿A quién pueden hacer creer que los consorcios financieros, que los avaros sedientos de oro, que los millonarios yankis estén preocupados del progreso de América? Los millonarios yankis y quienes los representan en el gobierno de ese país no tienen otra preocupación que el temor de perder sus negocios en América, que el temor de perder sus pozos de petróleo en América, que el temor de perder sus latifundios en América, que el temor de perder los obreros que trabajan barato para ellos en América, que el temor de perder su mercado de capitales”.³¹⁸

Fidel Castro consideraba que aquella alianza, anunciada a bombo y platillo por “*el millonario Kennedy*”, era “*una verdadera tomadura de pelo*”, pues en ella ni se hablaba abiertamente de la reforma agraria, ni se afrontaba la necesidad de industrializar el continente, ni por supuesto se hablaba del aprovechamiento de los recursos naturales del continente en beneficio de los pueblos³¹⁹. Los términos fábrica, reforma agraria, soberanía nacional e independencia económica quedaban proscritos de la oratoria del presidente norteamericano porque Kennedy sabía “*que sus aliados y sus amigos en la América Latina no eran los campesinos pobres*”, como tampoco lo eran “*los indios sin tierra*”; los aliados de Kennedy en la América Latina eran “*los grandes latifundistas*” y era a ellos a quien se debía el mandatario norteamericano³²⁰.

Sin embargo, los amigos de la Casa Blanca en Latinoamérica estaban cada vez más asustados, pues, entre los indios y los campesinos pobres, el descontento se estaba tornando en protesta. Kennedy era consciente de ello y estaba obligado a acudir en defensa de sus amigos, aunque para ello tuviera que hacer pasar a sus enemigos naturales por potenciales aliados. El presidente norteamericano, al promover un programa de transformaciones que aliviara ligeramente la carga de los abajo y contuviera los nervios de los arriba, estabilizaba el sistema y desactivaba el potencial revolucionario del continente.

³¹⁷ *Idem.*

³¹⁸ *Idem.*

³¹⁹ *Idem.*

³²⁰ *Idem.*

De todos modos, el cambio tenía unos límites. Unos límites que venían marcados por la supervivencia del sistema capitalista en las Américas. Kennedy ofrecía así una reforma tibia, llamada a atemperar las ansias libertarias de los pueblos y a seducir a las clases dirigentes de América, pero sin fábricas y sin industria nacional, sin soberanía y sin independencia. Una Alianza para el Progreso, según Fidel Castro, articulada a través de una “*limosna de 500 millones*” con la que se pretendía “*comprar la conciencia de América*”³²¹.

Kennedy hablaba de progreso desde la dependencia, no podía hablar “*de desarrollo económico*”, porque se lo prohibía “*su complicidad con los grandes monopolios*”, con “*los consorcios financieros*” y con “*los grandes millonarios*”³²². Estos últimos serían además los llamados a organizar la Alianza para el Progreso, a canalizar la ayuda, a distribuirla y a invertirla en función de sus intereses. Unos intereses que, según recalca una y otra vez el primer ministro cubano, estaban reñidos con el desarrollo, la soberanía y la independencia de América Latina.

Fidel Castro no podía ser más cruel con la propuesta del presidente norteamericano, pues, la una y el otro, fueron descalificados sin ningún tipo de reparo. El millonario Kennedy había llegado con la limosna debajo del brazo porque estaba amedrentado ante el empuje de Cuba y ante la posición levantisca de algunos líderes del continente. Aquí Fidel Castro alababa la actitud de Janio Quadros y la valentía mostrada por Velasco Ibarra al afrontar la denuncia del soborno.

Los filibusteros que habían hecho uso del terrorismo para aplastar a Cuba, que habían utilizado el soborno y las presiones para intimidar a los líderes del continente y que hacían un uso partidista de los organismos continentales para satisfacer sus intereses materiales, se estaban dando cuenta que aquello no era suficiente y que había llegado el momento de tirar de la chequera de forma generosa para ganarse la voluntad de unos pueblos y unos líderes continentales que ya no podía soportar por más tiempo aquel estado de oprobio. En estos términos y en otros incluso más hirientes se expresaba el primer ministro cubano, consciente de que la Revolución cubana había agitado de tal forma el continente que los recursos tradicionales de los que había hecho uso la Administración norteamericana para dominar a sus vecinos latinoamericanos ya no eran suficientes.

Cuba era ya independiente a pesar de las numerosas y variadas tácticas desplegadas para contener sus ansias soberanistas y aquel ejemplo estaba comenzando a prender en otros pueblos de América. Aquella era la nueva actitud que imperaba en gran parte de América Latina, según enfatizaba Fidel Castro, y aquello no se podía “*contrarrestar con limosnas*”³²³. Los “*dólares usureros*” no podrían comprar la conciencia de América, señalaba Fidel Castro, porque “*la independencia económica*” no estaba a venta, como tampoco lo estaba “*la dignidad nacional*”³²⁴. El razonamiento del primer ministro cubano no podía ser más concluyente: “*¡El porvenir de los pueblos no puede venderlo nadie, y quien lo venda estará engañando al comprador!*”³²⁵

Así pues, Kennedy se enfrentaba a un imposible, pues quería comprar lo que nadie podía venderle. Fidel Castro resumía así el irresoluble problema norteamericano, un problema que se mostraba renuente a entrar en vías de solución porque, definitivamente, estaba mal planteado. Kennedy seguía pensando que la voluntad del continente residía en un puñado de sus dirigentes, que ganándose el favor de algunos las ansias de cambio que recorrían América Latina podrían reconducirse. Sin embargo, ya nada sería como antes, porque las repúblicas americanas habían visto, a través de la experiencia cubana, que se podía romper el cerco impuesto por el imperialismo.

³²¹ *Idem.*

³²² *Idem.*

³²³ *Idem.*

³²⁴ *Idem.*

³²⁵ *Idem.*

El primer ministro cubano expuso entonces el valor de lo que estaba llevando a cabo el pueblo cubano. Uno de los pueblos más pequeños de América estaba consiguiendo que el “*gigante todopoderoso del continente se agitara, y se llenara de preocupaciones y de miedo*”³²⁶. Estados Unidos temía a la Revolución cubana y había llegado a la conclusión de que la mejor forma de combatirla era hacer de su problema un problema continental. Así pues, según enfatizaba Fidel Castro, “*el gigante acobardado*” se sentía “*débil frente a la moral, la razón, y el prestigio del pueblo pequeño*” y se aprestaba a señalar que Cuba no era un problema de Estados Unidos, sino un problema de toda América. Llegados a aquel punto, Fidel Castro se mostraba taxativo: si la nueva Administración norteamericana quería plantear el problema bajo aquellas premisas la Revolución cubana aceptaría el reto, pues estaba en condiciones de afirmar que Cuba no tenía un problema con Estados Unidos, sino que era más bien toda América Latina la que tenía un problema con los Estados Unidos.

Kennedy había dado un paso más para involucrar a todo el continente en la lucha contra Cuba y lo había hecho porque la lucha por la independencia y la soberanía había roto ya el marco de las fronteras cubanas. América Latina estaba despertándose de su largo letargo, afirmaba Fidel Castro, y de ahí las prisas de Kennedy, de ahí las reuniones apresuradas con los embajadores latinoamericanos y de ahí la intensificación de los actos terrorista contra Cuba.

La Administración norteamericana sabía que el gigante que dormía a sus espaldas se estaba despertando y que sus planes para contenerlo estaban comenzando a fracasar. Para Fidel Castro el caso cubano no era más que el inicio de la lucha por la soberanía latinoamericana. Cuba había sido la última nación en desprenderse del colonialismo español y la primera en hacerlo del imperialismo norteamericano. Desde La Habana se había dado el pistoletazo de salida para la segunda independencia y el resto de repúblicas latinoamericanas comenzaban a entender que el momento para sacudirse la dependencia de los Estados Unidos podía haber llegado.

Fidel Castro encontraba a lo largo y ancho del continente muestras evidentes de que aquella lucha por la segunda independencia se había desatado, pues el imperialismo comenzaba a tener varios frentes abiertos. Cuba ya no estaba sola y la muestra evidente de que aquella afirmación no iba desencaminada podía encontrarse en los acontecimientos de los últimos días. Fidel Castro los resumía así:

“Las victorias populares de los sectores de izquierda, en varios países de América Latina, son más que suficientes para preocupar muy seriamente al imperialismo yanki; la digna actitud asumida por el Presidente del Brasil, y el Presidente de Ecuador en defensa de la Revolución Cubana, es decir, en defensa de la libre determinación de los pueblos y en contra de la intervención unilateral o colectiva en otro pueblo; las declaraciones del actual Presidente del Consejo de Gobierno de Uruguay; la victoria de Palacios en Argentina; las victorias de los candidatos del Partido Socialista y del Partido Comunista en Chile, donde los tres candidatos del Frente Popular conquistaron formidable victoria; la extraordinaria significación de la Conferencia Latinoamericana por la Emancipación Económica, la Soberanía y la Paz, que acaba de celebrarse en México; la actitud del Gobierno de México con respecto a Cuba, y el apoyo decidido de una figura política tan querida y de tanto prestigio en México, y en el continente, como Lázaro Cárdenas, son motivos más que suficientes para preocupar al imperialismo”.³²⁷

En apretada síntesis, aquella radiografía expuesta por el primer ministro cubano de lo que estaba comenzando a suceder en el continente era la muestra evidente de que la Administración

³²⁶ *Idem.*

³²⁷ *Idem.*

norteamericana debía poner en marcha un nuevo plan para contentar a los pueblos latinoamericanos y contener a la Revolución cubana. Sin embargo, ¿era suficiente la Alianza para el Progreso?, probablemente no, y así lo entendió el presidente Kennedy.

La Alianza para el Progreso era solamente una parte de la política americana del nuevo presidente Kennedy; era la parte que tenía como destinatarios a las repúblicas latinoamericanas, pero restaba todavía otra parte significativa del plan: aquella que tenía como destinatario al régimen cubano. Frente a Cuba la estrategia no podía circunscribirse a presentar un plan alternativo a su revolución soberanista, se precisaba además debilitar y desprestigiar a la Revolución cubana y nada mejor para conseguirlo que la puesta en ejercicio de una campaña propagandista tendente a manchar su imagen. Además, se precisaba reforzar la financiación y organización de una nueva ofensiva contrarrevolucionaria plagada de acciones violentas, destinadas, como no podía ser de otra forma, a sembrar el caos en el interior de la isla. Así pues, tras la puesta de largo de la Alianza para el Progreso, sin dejar un solo día de respiro a la dirigencia revolucionaria, la contrarrevolución desplegó una campaña, sin precedentes, de sabotajes y de insidias contra el proyecto revolucionario cubano.

15.8 La contrarrevolución se reorganiza: nuevos parámetros y objetivos renovados

Desde la Casa Blanca parecía haber calado la idea de que la lucha contra la revolución cubana no podía centrarse en un solo campo. Para terminar con el pujante proyecto fidelista y su capacidad de expansión en el continente se precisaba sostener la lucha en todos los frentes. Se precisaba un contraproyecto capaz de competir en el continente con la Revolución cubana, aquí la receta adoptada fue la Alianza para el Progreso. Se necesitaba igualmente la puesta en circulación de una fuerte campaña de contra-propaganda que fuera capaz de mermar el prestigio del proyecto revolucionario desarrollado en Cuba. Se requería también una intensificación de la lucha armada que fuera capaz de mantener en jaque a las fuerzas fidelistas. Y, por último, se antojaba indispensable reorganizar la contrarrevolución, unificarla y hacer de ella un contrapoder que ofreciera un mínimo de garantías para sostener la contienda con el régimen fidelista. Estos cuatro objetivos, promoción de la Alianza para el Progreso, propaganda adversa sobre el proyecto revolucionario cubano, intensificación de la lucha armada y reorganización de la dirección contrarrevolucionaria, se combinaron durante la segunda quincena de marzo y la primera mitad de abril con renovada eficacia e intensidad.

15.8.1 La lucha armada se intensifica bajo el patrocinio de las autoridades estadounidenses

La lucha armada, que había operado agazapada en los meses precedentes, operaba ahora con total desenfreno. La batalla contra el comunismo parecía ser fuente para todo tipo de justificaciones y los grupos de acción directa actuaban ya desembozados. Los ataques comenzaron a centrarse sobre el tejido productivo cubano y el despliegue de medios utilizados en aquella acometida exponía a las claras que la Administración norteamericana había multiplicado las asignaciones a estos grupos insurgentes.

El mismo día en que Kennedy anunciaba su Alianza para el Progreso desde Washington y Fidel Castro la rebatía desde La Habana, un buque pirata bombardeaba el instituto del petróleo de Santiago de Cuba, provocando la muerte de un hombre e hiriendo a otro de gravedad³²⁸. Según confirmaron fuentes oficiales de la capital oriental, el buque había penetrado rápidamente en las instalaciones petroleras y tras bombardear los tanques de crudo se había dado a la fuga. Por lo demás, desde La Habana parecían tener claro que el barco, tras perpetrar el atentado, se había refugiado en la base

³²⁸ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7720. Madrid: martes, 14 de marzo de 1961, pág. 6. Diario.

naval de Guantánamo, pues la rápida intervención de los guardacostas no había conseguido localizar a la embarcación filibustera³²⁹. Una embarcación de aquellas características no podía desaparecer sin contar con un refugio seguro a pocas millas de la localización del atentado.

La lancha artillada había atentado contra el conglomerado petrolero cubano en la madrugada del 13 al 14 de marzo, horas después de que Kennedy anunciara su Alianza para el Progreso. Sin embargo, este atentado no era un hecho aislado, pues el día 14 una bomba dejaba sin luz a varios distritos del centro de La Habana, mientras ardían dos de las tiendas más concurridas de la capital³³⁰. Los famosos “Ten Cents” de La Habana, nacionalizados por la revolución hacía escasos meses, ardían fruto de las bombas incendiarias³³¹. Entre tanto, otras dos bombas de similares características habían sido lanzadas contra dos almacenes textiles de la capital, corriendo estos comercios la misma suerte que los mentados “Ten Cents”³³². Los ataques contra almacenes comerciales y tendidos eléctricos se llevaban produciendo desde el inicio del mes de marzo³³³; sin embargo, fue el día 14 cuando llegaron a su apoteosis.

Entre los días 13 y 14 de marzo se inició una campaña de fuego y metralla que puso a las autoridades cubanas en alerta. Kennedy había lanzado su Alianza para el Progreso horas antes y, horas antes también, se había producido el desembarco más importante hasta la fecha de armas y explosivos. El 13 de marzo se infiltraron por la costa norte de Cuba, en un punto situado entre La Habana y Matanza, dos de los máximos responsables de las operaciones clandestinas en el interior de Cuba: Humberto Sorí Marín, antiguo comandante del Ejército Rebelde y ex ministro de Agricultura durante los primeros meses de revolución, y Rafael Díaz Hanscom, antiguo responsable de inteligencia del MRR de Manuel Artime³³⁴.

Sorí Marín y Díaz Hanscom habían sido designados por la CIA como los principales responsables del llamado Frente de Unidad Revolucionaria, destinado a organizar la actividad clandestina dentro de la isla y a coordinar las acciones entre las diferentes agrupaciones contrarrevolucionarias³³⁵. Sorí Marín era el responsable militar del grupo y Díaz Hanscom el coordinador civil de la organización.³³⁶ Junto a ellos desembarcaron un grupo de hombres destinados a organizar y entrenar a los grupos clandestinos en el manejo de armas y explosivos, entre los más destacados estaban el agente de la CIA Manuel Puig Miyar y Rogelio González Corzo, responsable del MRR en el interior de Cuba³³⁷.

El grupo desembarcado estaba formado por hombres de primera línea en la lucha contrarrevolucionaria. Sin embargo, lo más relevante de aquel desembarco, más allá de la importancia de los líderes que lo encabezaban, era la mercancía que portaban para introducir en Cuba. El contingente de elementos contrarrevolucionarios había desembarcado en Cuba, nada más y nada menos, que 14 toneladas de material armamentístico y explosivo que fueron descargados y ocultos por los equipos de la contrarrevolución que permanecían operativos dentro de Cuba³³⁸.

El ataque contra la refinería de Santiago de Cuba y los incendios de los comercios en la capital, así como los cortes de luz en el centro de La Habana, realizados antes, durante y después del desembarco, parecían destinados a mantener a la seguridad del Estado y a las tropas gubernamentales ocupadas; constituían, en definitiva, actos cargados de espectacularidad; maniobras de distracción destinadas a

³²⁹ *Idem.*

³³⁰ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 200.

³³¹ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7721. Madrid: miércoles, 15 de marzo de 1961, pág. 6. Diario.

³³² *Idem.*

³³³ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, págs. 199 y 200.

³³⁴ *Ibidem*, págs. 56 y 57.

³³⁵ *Ibidem*, pág. 204.

³³⁶ Arboleya Cervera, Jesús: *Op. Cit.*, págs. 76 y 96.

³³⁷ *Ibidem*, pág. 96.

³³⁸ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 57.

focalizar la atención del pueblo cubano sobre las dos grandes capitales del país mientras el cargamento más importante de material bélico enviado a Cuba hasta la fecha por la contrarrevolución se desembarcaba a pocos kilómetros de La Habana.

Por lo demás, aquel desembarco se había producido justo cuando las fuerzas gubernamentales habían dado a conocer el estado de las operaciones desarrolladas en la llamada “limpia del Escambray”. Según la información remitida por el Gobierno cubano, en el Escambray habían caído en combate 39 mercenarios y las fuerzas gubernamentales había hecho 381 prisioneros. Este era el primer parte oficial de guerra reconocido por el Gobierno cubano; en él se hacía mención también a las bajas gubernamentales y al número de heridos: seis milicianos muertos en combate, 11 heridos y 22 muertos en accidentes. El comunicado daba a entender que la insurrección tocaba a su fin, pues el número de alzados en el Escambray no superaba ya la exigua cifra de 80. El parte oficial señalaba igualmente que las tropas fidelistas se habían hecho con grandes cantidades de armas y municiones y que en lo tocante al resto de grupos de alzados en la isla su capacidad de maniobra era despreciable.³³⁹

Así pues, el desembarco del 13 de marzo bien podía significar el refuerzo para las ya mermadas fuerzas del Escambray o el inicio de una nueva campaña de mayor envergadura con objetivos más precisos. El volumen de los contingentes descargados y la relevancia de los hombres puestos al frente de la expedición hacían presagiar que se trataba más bien de la segunda de las opciones. Una hipótesis que parecía tener el refrendo en los hechos acaecidos en aquellas jornadas.

Algo grande se estaba fraguando, pues los riesgos asumidos por la contrarrevolución en tan sonados golpes hacían prever un ataque a mayor escala, posiblemente un desembarco. De los atentados en los comercios habaneros se responsabilizó finalmente al MRP encabezado por Manuel Ray Rivero, que en el último mes había conseguido abastecerse de numerosas armas y explosivos con fondos provenientes de la CIA³⁴⁰. Su capacidad operativa había crecido de forma exponencial y sus acciones de sabotaje se extendían a almacenes de tabaco, fábricas de papel, varias instalaciones portuarias y centros comerciales³⁴¹. El MRP se estaba convirtiendo en una de las organizaciones contrarrevolucionarias mejor organizadas, pues llegó a tener células conspirativas dentro de casi todos los sectores de la economía cubana³⁴².

Según han señalado estudiosos del período, los equipos insurgentes introducidos en la isla en aquel momento habían sido entrenados durante ocho meses para reorganizar la actividad contrarrevolucionaria en el interior de Cuba. Su misión estaba destinada a “*contactar con las organizaciones contrarrevolucionarias dentro de la isla*”; a “*establecer y garantizar las comunicaciones*” entre los sublevados en el interior de Cuba, por un lado, y el cuartel general de la CIA y las organizaciones de la contrarrevolución radicadas en la Florida, por el otro; a “*localizar zonas adecuadas para el lanzamiento de armas y explosivos*”; a “*organizar alzamientos en zonas montañosas*”; a “*entrenar a los diferentes grupos del clandestinaje en el manejo de armas y en la utilización de explosivos*”, y a “*participar en la realización de acciones importantes*”, a poder ser con una fuerte carga simbólica o revestidas de la suficiente espectacularidad para que los medios nacionales e internacionales se hicieran eco de ellas³⁴³.

Aquella campaña terrorista a gran escala pretendía darle la máxima visibilidad posible a la disidencia, con la manifiesta intención de demostrar que había un contrapoder establecido en el interior de la isla capaz de poner en jaque al Gobierno cubano. Tenía que quedar patente que el descontento imperaba

³³⁹ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7721. Madrid: miércoles, 15 de marzo de 1961, pág. 6. Diario.

³⁴⁰ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 39.

³⁴¹ *Idem.*

³⁴² *Idem.*

³⁴³ *Ibidem*, pág. 57.

dentro de la isla y que llegaba a tal punto que los desafectos estaban dispuestos a todo para darle un vuelco al balance de fuerzas en el interior de Cuba. La contrarrevolución desplegaba así un plan sumamente ambicioso, que, sin renunciar a todo lo establecido en el pasado, trataba de darle un nuevo impulso a la lucha contrarrevolucionaria ante la constatación de la eficacia del pueblo cubano en la erradicación de los brotes disidentes. Durante los dos primeros meses de 1961, el balance del Gobierno cubano en su lucha contra la contrarrevolución había sido más que positivo y los grupos de la disidencia no estaban dispuestos a dejar que la lucha armada desapareciera en el interior de Cuba como fruto del empuje de la acción miliciana y los órganos de seguridad cubanos.

Por lo demás, la actividad de la contrarrevolución interna y externa estaba estrechamente relacionada y en aquellos días saltaron a la prensa nuevas noticias que hacían presagiar que la contrarrevolución contaba con el apoyo resuelto de la recién estrenada Administración norteamericana y que ésta estaba decidida a dar la batalla de forma mucho más coordinada y a mayor escala. Pocos días después de aquel arrebato dinamitero de la contrarrevolución en suelo cubano, la revista *Bohemia* se hizo eco de noticias procedentes de Costa Rica sobre la actividad contrarrevolucionaria en Centroamérica. El semanario costarricense *Adelante* informó sobre los movimientos de contingentes armados en Nicaragua. *Adelante* había publicado en sus páginas la preocupación que reinaba en Costa Rica debido a la extensión del conflicto entre Estados Unidos y Cuba a los países caribeños. Algo que podía constarse en las repúblicas centroamericanas, donde “*los jaleos guerreristas de Guatemala se habían extendido a Nicaragua*” y amenazaban con impregnar a otros países de la cuenca caribeña³⁴⁴.

Según informaba el semanario costarricense, se estaba construyendo “una base aérea clandestina en Puerto Cabezas”, en el oriente de la costa atlántica nicaragüense³⁴⁵. Varios “aviones cuatrimotor pertenecientes al gobierno norteamericano, aunque carentes de identificación”, se encontraban ya en las incipientes instalaciones aeroportuarias³⁴⁶. *Bohemia*, haciéndose eco de lo publicado en Costa Rica, aseguraba que las obras se estaban acometiendo con gran celeridad y que entre los días 17 y 18 de marzo se había registrado una fuerte actividad en la zona debido a la llegada a Puerto Cabezas de “tres barcos norteamericanos que descargaron maquinaria y materiales para la construcción de la base”³⁴⁷. Además, se habían detectado también en la localización de la futura base varios vehículos militares norteamericanos y unas “800 toneladas de explosivos”, que permanecían a la intemperie a falta de instalaciones adecuadas para su depósito³⁴⁸. El semanario *Adelante*, según señalaba su homónimo habanero, informaba también sobre la nacionalidad de “los ingenieros a cargo de instalaciones”; se trataba de “oficiales yaquis, presumiblemente los mismos que habían dirigido las obras de los campos de entrenamiento en Guatemala”, donde, desde hacía meses, se encontraban acantonadas las tropas mercenarias llamadas a intervenir en Cuba³⁴⁹.

Las bases de la contrarrevolución radicadas en Guatemala y Nicaragua aparecían en los medios de comunicación con relativa frecuencia y casi siempre lo hacían asociadas a los intereses empresariales y militares de los Estados Unidos, lo que hacía que las responsabilidades de Kennedy, Ydígoras y Somoza en el sustento de aquellos campamentos fueran difíciles de esquivar. Las informaciones relativas a aquellas bases evidenciaban, debido a lo detallado de los informes, el patrocinio estadounidense de una serie de acciones contra Cuba desde estos dos países centroamericanos, cuyo fin no era otro que apoyar a los contingentes de la contrarrevolución dispuestos a introducir

³⁴⁴ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 15. La Habana: domingo, 9 de abril de 1961, págs. 62 y 63. Semanal.

³⁴⁵ *Ibidem*, pág. 63.

³⁴⁶ *Idem*.

³⁴⁷ *Idem*.

³⁴⁸ *Idem*.

³⁴⁹ *Idem*.

comandos de acción directa en Cuba y a disponer lo necesario para la preparación de un futuro desembarco a gran escala.

En Guatemala, durante las Administraciones de Eisenhower y de Kennedy, se habían establecido contactos con el presidente Ydígoras y su representante personal Roberto Alejos, embajador en Washington en aquel momento, para determinar las condiciones bajo las cuales Guatemala cedería su territorio para el establecimiento de las bases de entrenamiento de la contrarrevolución cubana³⁵⁰. En las negociaciones con Guatemala, iniciadas a principios de 1960 y desarrolladas después durante varios años, se vieron involucrados varios organismos estadounidenses: según han detallado documentos desclasificados por la CIA en el año 2011, los acuerdos con las autoridades guatemaltecas para la cesión de su territorio contaron con la participación de la propia CIA, del Departamento de Estado y del de Defensa³⁵¹. Estas negociaciones con Guatemala, a pesar del ofrecimiento de Ydígoras a colaborar con la disidencia cubana, no fueron fáciles debido al protagonismo que demandaban las autoridades guatemaltecas y se desarrollaron tanto durante la Administración Eisenhower como después durante la Presidencia de Kennedy.

En el caso de Nicaragua, estos mismos documentos, aseguran que las negociaciones para conseguir la colaboración del régimen de Managua en la lucha contra Cuba fueron llevadas a cabo directamente por la CIA, contando además con la asistencia y la colaboración de la Embajada norteamericana en la capital nicaragüense³⁵². Aquí las negociaciones corrieron a cargo de agentes del servicio de inteligencia norteamericano, que fueron los que consiguieron, a partir de septiembre de 1960, un acuerdo para el establecimiento de la base de Puerto Cabezas. La CIA entabló conversaciones directas para la cesión de aquella porción de territorio nicaragüense con los hermanos Somoza: Luis Somoza Debayle, presidente de Nicaragua, y Anastasio Somoza Debayle, comandante en jefe de la Fuerzas Armadas nicaragüenses³⁵³.

Guatemala y Nicaragua fueron los países que más aportaron a la lucha contra la Revolución cubana. Sin embargo, fue necesario también implicar a terceros países. Éste fue el caso Panamá: en los territorios del canal se establecieron acuartelamientos por los que pasaron contrarrevolucionarios cubanos, lo que determinó que las autoridades estadounidenses pusieran al corriente a sus homólogos panameños de las actividades que se desarrollaban en los terrenos de la franja del canal³⁵⁴. A la vista de todos estos detalles, la preocupación del semanario costarricense *Adelante* parecía más que justificada.

La lucha establecida por las Administraciones de Eisenhower y Kennedy contra el proyecto revolucionario fidelista superaba las fronteras estadounidenses y cubanas y, como cabía esperar, terminó extendiéndose por gran parte del Caribe, pues, además de los contactos con las autoridades guatemaltecas, nicaragüenses y panameñas, la diplomacia norteamericana se vio también obligada a concertar acuerdos con británicos y franceses³⁵⁵. Este tipo de acuerdos resultaron fundamentales, pues las actividades de las tropas contrarrevolucionarias en el área del Caribe habían hecho uso ocasional de los territorios coloniales de Francia y del Reino Unido o de bases áreas que estaban bajo la jurisdicción de estos países, lo que indudablemente precisaba de la aquiescencia de estas dos potencias europeas, que fueron convenientemente presionadas para que se mostraran laxas en el control de los

³⁵⁰ The National Security Archive: *Official History of the Bay of Pigs. Volume II, parte 1ª. Participation in the Conduct of the Foreign Policy*, págs. II y III. <http://nsarchive.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB353/bop-vol2-part1.pdf> (Consultado: 29-05-2015).

³⁵¹ *Ibidem*, págs. II, III y 3.

³⁵² *Ibidem*, pág. III.

³⁵³ *Ibidem*, págs. II y 102.

³⁵⁴ *Ibidem*, págs. III y IV.

³⁵⁵ *Idem*.

grupos de la contrarrevolución cubana que ocasionalmente alcanzaban sus costas, invadían su espacio aéreo o utilizaban sus aeropuertos.

A tenor de lo expuesto, resulta ocioso seguir ahondando en lo que era ya una evidencia para los observadores del momento: las autoridades norteamericanas no escatimaron en gastos, y tampoco en esfuerzos diplomáticos y de inteligencia, para que la disidencia cubana encontrara las mayores facilidades para actuar en el Caribe como si se tratara de predio propio. Así pues, resultaba evidente que la contrarrevolución estaba recibiendo un apoyo más que decidido de los Estados Unidos. Hasta tal punto era así que muchas veces las acciones de unos y otros, de la contrarrevolución y de los servicios de inteligencia norteamericanos, terminaban confundiendo en aquel complejo entramado que era la lucha contra el Gobierno cubano. La CIA y la contrarrevolución aparecían estrechamente vinculadas en las bases de Centroamérica; en la acometida y los preparativos de las nuevas acciones terroristas, cada vez más espectaculares y mediáticas; en el suministro de materiales bélicos, distribuidos en cantidades ingentes a casi todos los grupos que estaban dispuestos a enfrentarse al Gobierno cubano con las armas en la mano, y en el aporte constante de hombres y equipos para reponer y remplazar a los grupos que iban cayendo en manos de las autoridades cubanas.

Estados Unidos estaban dotando al frente contrarrevolucionario de todas las facilidades imaginables para que pudiera enfrentarse al régimen fidelista con las mayores garantías de éxito y lo hacía porque la Revolución cubana, paso a paso, iba ahondando en sus metas sin quebranto alguno en la voluntad de llevar su programa hasta sus últimas consecuencias. El Gobierno cubano seguía inmerso en su actividad creadora y durante el mes de marzo las consignas no cambiaron, siguieron vertebrándose a través del trabajo, el lápiz y el fusil. Es decir, a través de la producción, la alfabetización y la defensa. Estos tres objetivos iban cubriéndose a pesar de las trabas a las que se tenía que hacer frente. Sin embargo, en aquellos días centrales de marzo de 1961, la defensa parecía cobrar nuevo protagonismo, pues el país, como acertadamente señaló el diario franquista *El Alcázar*, parecía inmerso en una situación muy similar a la vivida en los últimos días de 1960 y los primeros de 1961³⁵⁶, cuando la intensa campaña de terrorismo urbano y la amenaza de invasión había atenazado al pueblo cubano.

Así pues, como ocurrió en aquella ocasión, los órganos de seguridad del Estado se pusieron a trabajar con toda celeridad y a los pocos días cayó el grupo encabezado por Humberto Sorí Marín y Rafael Díaz Hanscom. Aquellas detenciones supusieron un duro golpe para la CIA y para el MRR de Manuel Artime, pues la una y el otro se quedaron sin sus mejores agentes en el interior de Cuba³⁵⁷. Y es que, a los cinco días de su desembarco, fueron detenidos por la milicia cubana los principales integrantes del grupo que había introducido el mayor cargamento de material militar en la isla.

El Alcázar reflejó en sus páginas la desarticulación de aquel comando. La información publicada por el matutino madrileño señaló que un grupo contrarrevolucionario, encabezado por el antiguo ministro de Agricultura de Fidel Castro, Humberto Sorí Marín, había sido detenido por las fuerzas gubernamentales después de un intercambio de disparos en un suburbio de La Habana, a results del cual resultó herido en una pierna su cabecilla, el mentado Sorí Marín³⁵⁸.

Según han constatado investigaciones recientes, las detenciones fueron posibles gracias a la infiltración de agentes del servicio de inteligencia cubano dentro del Frente Unido Revolucionario (FUR)³⁵⁹. El G2, siglas a las que respondía el servicio secreto cubano, se estaba mostrando sumamente eficiente, pues la desarticulación del conocido como FUR, y sobre todo la captura de sus principales dirigentes, suponía un triunfo no menor para las fuerzas fidelistas. El FUR había sido la organización

³⁵⁶ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7721. Madrid: miércoles, 15 de marzo de 1961, pág. 6. Diario.

³⁵⁷ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, págs. 203 y 204.

³⁵⁸ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7721. Madrid: miércoles, 15 de marzo de 1961, pág. 6. Diario.

³⁵⁹ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, págs. 203 y 204.

designada por la CIA para unificar y coordinar las acciones de los diferentes grupos contrarrevolucionarios que operaban dentro de Cuba y la detención de su cúpula dirigente inhabilitaba la posibilidad de una inmediata coordinación en las acciones terroristas que proliferaban en territorio cubano.

Sin embargo, a pesar de aquel certero golpe asestado por la dirigencia cubana a la contrarrevolución y a los intentos de la CIA por encauzarla hacia una acción más certera, la guerra desatada estaba lejos de finalizar, pues el día 22 de marzo un nuevo cargamento de 16 toneladas de armas, que superaba en tamaño al efectuado el día 13 de marzo, desembarcó en la costa norte de Cuba junto a un nuevo contingente de contrarrevolucionarios³⁶⁰. Los recursos de los que estaba disponiendo la disidencia cubana respondía a una reorganización general de la lucha contra el régimen fidelista, algo que terminó por confirmarse en aquella misma jornada del 22 de marzo cuando las agencias de prensa norteamericanas difundieron la noticia de que se había formado un nuevo Gobierno en el exilio³⁶¹.

15.8.2 El Consejo Revolucionario Cubano: la receta de la Administración Kennedy para ganar influencia dentro de los núcleos de la contrarrevolución

El día 18 de marzo, bajo los auspicios de las autoridades norteamericanas, se había llegado a un acuerdo entre las fuerzas de la contrarrevolución para crear un nuevo organismo de dirección que hiciera converger al Frente Revolucionario Democrático con el Movimiento Revolucionario del Pueblo³⁶². Nació así el Consejo Revolucionario Cubano, fruto de la unión del FRD y del MRP de Manuel Ray Rivero³⁶³. El MRP estaba alcanzando un fuerte protagonismo dentro de la lucha armada en el interior de Cuba, pues, como ya hemos apuntado, había conseguido establecer comandos operativos en el interior de la isla que eran capaces de atentar contra casi todos los sectores de la economía cubana, y, por tanto, resultaba inconcebible que permaneciera al margen del resto de organizaciones de la disidencia.

Al frente de aquel nuevo organismo, el conocido como Consejo Revolucionario Cubano, se colocó el día 22 de marzo a Miró Cardona³⁶⁴, otra de las figuras relevantes del exilio que tampoco formaba parte del FRD y que permanecía aislada de la acción mancomunada contra el régimen fidelista. La exclusión de Miró Cardona y de Ray Rivero del FRD constituía una anomalía, pues eran dos de las figuras relevantes del exilio, que además contaban con la experiencia de haber formado parte del primer Gobierno fidelista, Cardona como primer ministro y Rivero como ministro de Obras Públicas. Así pues, se consideró necesario crear una nueva organización en la que se integraran aquellas dos personalidades del exilio que contribuían, además, a aligerar a la contrarrevolución de su estigma reaccionario.

El Consejo Revolucionario Cubano nacía así con vocación integradora, pero, además, le daba un nuevo aire a la organización madre de la disidencia cubana, pues aquellas dos incorporaciones no contaban con un pasado político anterior a la revolución: ni procedían del corrompido y desprestigiado período republicano ni se habían mezclado con el régimen de Batista. La nueva Administración Kennedy pretendía darle un carácter diferente a la disidencia y nada mejor que incorporar a dos revolucionarios de la lucha contra Batista para explicitar aquella vocación de revolución blanda que era tan del agrado de la Casa Blanca.

³⁶⁰ *Ibidem*, pág. 57.

³⁶¹ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7727. Madrid: miércoles, 22 de marzo de 1961, pág. 6. Diario.

³⁶² Fornés-Bonavía Dolz, Leopoldo: *Op. Cit.*, pág. 218.

³⁶³ *Idem*.

³⁶⁴ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7727. Madrid: miércoles, 22 de marzo de 1961, pág. 6. Diario.

Ray Rivero, según han señalado personalidades directamente involucradas en la contrarrevolución durante aquellos años, era el hombre predilecto de la nueva Administración Kennedy. Max Lesnik, miembro del II Frente del Escambray hasta su disolución y posteriormente responsable de propaganda del MRP durante los primeros meses de vida de la organización, afirmó en una entrevista concedida a la publicación cubana *Temas* en el año 2008 que Ray Rivero era la figura que contaba con mayor predicamento dentro de la Administración Kennedy, pues el antiguo ministro de Obras Públicas encarnaba la posibilidad de establecer en Cuba una revolución moderada al margen de los sectores que habían apoyado a Batista. Ray Rivero era el principal exponente de aquella corriente que devino en llamarse “el fidelismo sin Fidel”, que era la vía que más seducía a la Casa Blanca debido a la posibilidad de establecer en Cuba un movimiento revolucionario circunscrito al ámbito político, moderado en lo social y respetuoso en lo económico con los intereses norteamericanos.³⁶⁵

El grupo de jóvenes liberales que formaban parte del gabinete ministerial del presidente Kennedy tenían en mente establecer una nueva política para el continente, que se asemejaba, según afirmó el mentado Max Lesnik, a la desplegada por Roosevelt años antes. Kennedy no estaba por la labor de seguir patrocinando dictaduras derechistas en el continente y la posibilidad de sustituir al Gobierno de Fidel Castro por un remozado frente contrarrevolucionario en el que figuraban declarados partidarios de Batista no era de su agrado. Lo que se pretendía, según declaró el mentado Lesnik, era abrir las repúblicas americanas a una democracia más efectiva, pero alejada de las tentaciones socialistas o fascistas. Cuba no escapaba a este designio latinoamericano y nada mejor que los hombres del primer Gobierno revolucionario cubano para poner en ejercicio aquella estrategia de democracia liberal anticomunista.

Lesnik señaló además que con la creación del Consejo Revolucionario Cubano se había conseguido dar satisfacción a los hombres que formaban parte del equipo de Kennedy sin que ello hubiera supuesto un daño para los intereses de los servicios de inteligencia norteamericanos o un menoscabo de la labor que venían realizando desde hacía meses³⁶⁶. El Consejo Revolucionario Cuba era pues la salida más conveniente para la concertación de intereses contrapuestos. La CIA llevaba trabajando bajo las órdenes de Richard Bissell, director de Operaciones Encubiertas y cerebro de las diferentes estrategias para liquidar a la Revolución cubana, desde marzo de 1960 y no estaba dispuesta a darle un giro radical a las operaciones que estaban en marcha, en entre ellas un futuro desembarco para derrocar al régimen fidelista, en el que figuraban antiguos partidarios de Batista, por un desacuerdo estratégico con la Casa Blanca. La CIA consideraba imprescindible mantener los planes trazados en la lucha contra Fidel Castro y la llegada de los demócratas al poder no debía significar un cambio de estrategia.

El Consejo Revolucionario Cubano era pues una solución de consenso para conservar los planes de la CIA y darle espacio a la Administración Kennedy en la plataforma contrarrevolucionaria. A través de esta nueva organización se conseguía mantener anclados a todos los líderes de la disidencia a una organización controlada por los núcleos de poder estadounidenses y se lograba al mismo tiempo no generar un enfrentamiento entre la Casa Blanca y la CIA.

El personaje ideal para encabezar aquel proyecto era Miró Cardona. El antiguo primer ministro cubano atesoraba todo lo que se precisaba para ponerse al frente de una organización en la que convergían y pugnaban todos los intereses y núcleos de poder de Estados Unidos y de la disidencia cubana. Todos tenían pretensiones de hacerse con el control de un posible futuro Gobierno

³⁶⁵ Hernández, Rafael: *Op. Cit.*, pág. 42.

³⁶⁶ *Idem.*

“posfidelista” y Miró Cardona encarnaba al político que podía hacer converger a todos aquellos intereses.

Las relaciones de Miró Cardona con la CIA eran buenas según señaló Lesnik en la entrevista aludida, pues fue precisamente el servicio de inteligencia norteamericano el que lo rescató de su exilio argentino para llevarlo a Miami y colocarlo a continuación al frente del Consejo Revolucionario Cubano³⁶⁷. Además, el antiguo primer ministro cubano tenía relaciones cordiales con la Iglesia católica y con la mayoría de los grupos de la contrarrevolución que estaban fuera de la órbita batistiana. Sin embargo, su principal baza estaba en la ascendencia que tenía sobre los dirigentes que contaban con las bendiciones de la CIA y también con aquellos que contaban con las simpatías de la Casa Blanca.

Miró Cardona contaba con la aquiescencia de Artime y su MRR, líder y órgano predilecto de la CIA en su estrategia contra Cuba, y de Ray Rivero y su MRP, dirigente y organización que contaban con el beneplácito de la Casa Blanca, lo que lo convertía en una pieza más que valiosa en aquel juego destinado a concertar voluntades. El antiguo primer ministro cubano no era el predilecto de ninguno de los núcleos de poder estadounidenses, pero tampoco contaba con la desaprobación de ninguno de los intereses norteamericanos implicados en la conjura contra Cuba; una circunstancia capital que hacía de Miró Cardona una personalidad imprescindible en aquel baile de equilibrios. Nada mejor que las palabras del propio Max Lesnik para explicitar la idoneidad de Miró Cardona para ponerse al frente del Consejo Revolucionario Cubano:

*“Miró Cardona era el Presidente, el don Tomás Estrada Palma de aquel proyecto, con un expediente perfecto, que incluía además buenas relaciones con Artime, el hombre de la CIA, y con Ray, el apadrinado de los liberales de Kennedy. Él desempeñaba conscientemente su papel en aquel juego”*³⁶⁸.

La nueva estructura bajo la que se vertebraría la contrarrevolución en los próximos meses había quedado establecida de una forma clara. Artime ocuparía la posición más conservadora dentro del espectro político de la disidencia, Miró Cardona se situaría en el centro como base para la concertación de las posturas más distanciadas y Ray Rivero se colocaría a la izquierda, al frente de los sectores más progresistas.

Artime tenía entre sus valedores a la CIA, a la Embajada franquista y a los jesuitas, una afirmación que contaba con el sustento de las declaraciones vertidas en aquellos años por el ex presidente cubano Prío Socarrás³⁶⁹. Los jesuitas habían sido los que habían intercedido ante Fidel Castro para que Artime se integrara en las filas de la revolución como representante de los jóvenes valores del catolicismo cubano³⁷⁰. Como hemos mencionado ya, el padre Llorente, un jesuita español que había sido profesor de Fidel Castro en el Colegio de Belén y que había sido precisamente el que había avalado a Artime frente a Castro, había desempeñado un papel fundamental en la creación de la Agrupación Católica Universitaria, núcleo principal del que se surtía de activistas y militantes al MRR. La revista *Bohemia* ya había denunciado estos movimientos a finales de 1960 al afirmar que el padre Llorente se había encargado de formar “*grupos falangistas*” entre las clases acomodadas de Cuba con el objeto de contener cualquier reforma que pudiera dañar los intereses de las antiguas clases dirigentes y que estos grupos habían ido pasando poco a poco a militar en las filas de la contrarrevolución³⁷¹. Artime gozaba así de una excelente reputación entre los miembros de la Iglesia católica, especialmente entre

³⁶⁷ *Idem.*

³⁶⁸ *Idem.*

³⁶⁹ Brown, Jonathan C.: *Op. Cit.*, pág. 65.

³⁷⁰ *Diario de la Marina* (Año CXXVIII). Núm. 17. La Habana: jueves, 21 de enero de 1960, págs. 12A. Diario.

³⁷¹ *Bohemia* (Año LII). Núm. 48. La Habana: domingo, 27 de noviembre de 1960, pág. 72. Semanal.

la congregación jesuita, y era, sin duda, el candidato predilecto de la Embajada franquista para encabezar un alzamiento contra Fidel Castro³⁷².

Por lo demás, las potentes derivaciones de la red jesuita habían llegado hasta Departamento de Estado norteamericano y hasta la mismísima CIA, pues Allen Dulles, director de la CIA, y su hermano John Foster Dulles, secretario de Estado durante la Administración Eisenhower, eran tío y padre respectivamente de Avery Dulles, un teólogo jesuita, que, según apuntó Max Lesnik en sus declaraciones a la revista *Temas*, contribuyó a colocar a Artime en una posición de privilegio frente a la Administración Eisenhower³⁷³. La llegada de Kennedy a la Casa Blanca, primer presidente católico de los Estados Unidos, no tenía por qué cambiar esta situación de privilegio. La Iglesia católica era basamento de la contrarrevolución en aquel momento y nadie en la Casa Blanca trató de menoscabar su ascendencia y su papel preponderante. Artime era el líder de la contrarrevolución que contaba con más prestigio dentro del orbe católico, incluso por encima del propio Ignacio Rasco, cabeza del “Movimiento Demócrata Cristiano” de Cuba y miembro también del FRD.

Todos estos elementos colocaban al dirigente del MRR en una situación ventajosa para tratar con los sectores más conservadores de la contrarrevolución y especialmente con aquellos que habían apoyado a Batista, que eran precisamente con los primeros que había contado la CIA en sus planes para derrocar a la Revolución cubana. Además, Artime era uno de los más fervientes partidarios de la invasión, estrategia por la que se inclinaba la CIA. Tal era así, que, Artime, a aquellas alturas de marzo de 1961, estaba totalmente involucrado en la organización y entrenamiento de una brigada de exiliados destinada a protagonizar un desembarco en suelo cubano para tratar de ultimar al Gobierno fidelista³⁷⁴. Aquellos planes de desembarco contaban con el total sustento de la CIA, pues eran vistos como los más efectivos para tratar de terminar con el problema cubano. Allen Dulles consideraba que todas las revoluciones latinoamericanas, por moderadas que fueran, dañaban los intereses políticos y económicos estadounidenses y que, por tanto, como había sucedido en Guatemala, se precisaba extirpar el brote cubano cuanto antes³⁷⁵.

Según la opinión vertida por el director de la CIA, en Cuba había que obrar como se había obrado en Guatemala y la Administración norteamericana, la que se encontraba en ejercicio y la que había cesado, estaban demorando en exceso la intervención en suelo cubano. Se precisaba un desembarco para hacer caer al Gobierno. Un desembarco rápido permitiría colonizar una cabeza de playa para establecer un contrapoder en Cuba, solicitar a continuación el reconocimiento de Estados Unidos de este Gobierno provisional y probablemente despertar el espíritu de revuelta en el interior de la isla; tres elementos a los que no podría hacer frente la Revolución cubana. Esta era la postura de la CIA y el hombre llamado a capitalizar aquella acción era Manuel Artime.

El carácter reservado de Artime, en comparación con otros dirigentes, había despertado el interés de la CIA desde el primer momento. Las operaciones encubiertas que estaba llevando a cabo la inteligencia norteamericana contra el Gobierno cubano cuadraban mal con la exuberancia desplegada por muchos de los líderes integrados en el FRD. Artime, por el contrario, era discreto y con ayuda de la CIA podría concertar el consenso entre la mayoría de los grupos: su pasado revolucionario, sus conexiones con el entramado asociativo católico y su vinculación a los jesuitas le colocaban en una posición ventajosa.

Artime se convirtió así en el candidato de la CIA dentro de la contrarrevolución y con la ayuda de ésta pasó a ser una de las figuras relevantes en los preparativos de una futura invasión del territorio

³⁷² De Paz-Sánchez, Manuel: *Zona de Guerra: Op. Cit.*, pág. 214.

³⁷³ Hernández, Rafael: *Op. Cit.*, pág. 44.

³⁷⁴ Brown, Jonathan C.: *Op. Cit.*, pág. 64.

³⁷⁵ Hernández, Rafael: *Op. Cit.*, pág. 42.

cubano: reclutó a dos ex oficiales del ejército de Batista para que se encargaran de la dirección militar de las operaciones, José San Román y Erneido Oliva, y se colocó él mismo, con el apoyo explícito de la CIA, en la posición de jefe político de las futuras fuerzas invasoras³⁷⁶. Por medio de aquella operación se estaba fraguando lo que terminaría por denominarse la Brigada 2506 que sería el contingente de batallones que intentaría tomar el control de Cuba por medio de un desembarco armado como paso previo al establecimiento de un Gobierno provisional en territorio ocupado y el posterior reconocimiento de los Estados Unidos, y a ser posible también de la OEA, de dicho Gobierno disidente³⁷⁷.

Frente a la postura sostenida por Artime y la CIA se encontraba la posición de Ray Rivero, cuya organización, el MRP, se había mostrado tan eficiente como el MRR en la estrategia de acosar al Gobierno cubano mediante la lucha armada; una circunstancia que le concedía cierta legitimidad a la hora de exponer un plan alternativo. Su visión de la lucha armada contra el régimen de Fidel Castro era sustancialmente diferente a la de Artime, pues consideraba que la organización de un desembarco prematuro podía suponer la derrota frente a las huestes fidelistas y un golpe para la disidencia del que sería difícil recuperarse.

Ray Rivero, en una entrevista concedida en el año 2008 al periodista cubano radicado en Miami Edmundo García, señaló que en sus conversaciones con los hombres de la Casa Blanca siempre había desaconsejado organizar un desembarco convencional y que, además, aquella lucha no se podía hacer en comunión con los sectores batistianos, pues la elección de elementos próximos al denostado régimen de Batista beneficiaba a Fidel Castro y colocaba a la disidencia en una posición incómoda frente a la opinión pública del continente y de Cuba³⁷⁸.

De todos modos, Ray Rivero no se oponía a un desembarco, simplemente consideraba que la situación dentro de Cuba en la primera mitad de 1961 no estaba lo suficientemente madura para que las tropas desembarcadas pudieran hacer frente al pueblo cubano. Por lo demás, tampoco estaba de acuerdo con algunos aspectos del futuro desembarco: consideraba que la inclusión de elementos batistianos era un error y que la presencia de los Estados Unidos durante dicha operación ayudaría a afianzarse a Fidel Castro³⁷⁹. El Gobierno cubano se encontraba firmemente asentado en aquel momento y, por lo tanto, la labor de desgaste debía ensayarse durante algún tiempo más hasta que los dirigentes fidelistas comenzaran a sentir el acoso de núcleos contestatarios más sólidos en el interior de la isla.

De lo que se trataba, en definitiva, según expuso el propio Rivero, era de desplegar todos los medios de lucha que estaban ya funcionando en el interior de Cuba³⁸⁰. Al parecer de Rivero, se necesitaba “*tener el país hirviendo dos o tres meses*”; para luego, sin precipitaciones, acometer varios desembarcos espaciados en el tiempo, “*cada tres o cuatro días*”, lo suficientemente significativos para mostrarle al pueblo que el Gobierno fidelista estaba sitiado y que su caída era ya irreversible³⁸¹. Este era el plan más conveniente, madurar la situación hasta que el bloqueo norteamericano y la lucha de la contrarrevolución fueran haciendo mella en la voluntad de Fidel Castro y del sector de la población que le secundaba, para poder así impulsar al resto del pueblo a sumarse a la ola de cambio que llegaba de fuera. Para el líder del MRP era fundamental que el pueblo cubano estuviera convencido de que el proyecto de Fidel Castro había fracasado y aquel convencimiento estaba lejos de ser una realidad en el primer trimestre de 1961.

³⁷⁶ Brown, Jonathan C.: *Op. Cit.*, pág. 65.

³⁷⁷ *Idem.*

³⁷⁸ García, Edmundo: *Op. Cit.*, págs. 53 y 54.

³⁷⁹ *Idem.*

³⁸⁰ *Ibidem*, pág. 51.

³⁸¹ *Idem.*

Ray Rivero habló también en aquel encuentro con Edmundo García de las presiones que había recibido por parte de agentes de la CIA para que se incorporara a la unidad de las fuerzas contrarrevolucionarias³⁸². Aquí Ray Rivero señaló que nunca había descartado la unidad, sin embargo, siempre les había dejado claro a los representantes de la CIA con los que se había entrevistado que su estrategia en aquel momento no pasaba por un desembarco en suelo cubano. Ray Rivero consideraba que primero era necesario intensificar los sabotajes y mostrarle al pueblo cubano que la disidencia tenía posibilidades reales de victoria y que encarnaba una idea diferente a la patrocinada por los elementos batistianos³⁸³. Es decir, se precisaba someter al Gobierno cubano a un desgaste sostenido y prolongado para que la contrarrevolución fuera percibida como un adversario real que no pretendía reeditar una receta parecida a la impuesta por Batista. Para Ray Rivero la disidencia tenía que separarse totalmente del antiguo régimen batistiano, pues esta separación era condición indispensable para poder contar con posibilidades reales de victoria.

Durante los primeros meses de 1961 la contrarrevolución todavía estaba asociada a los sectores más reaccionarios de la sociedad cubana y aquella imagen debía revertirse antes de afrontar una ofensiva definitiva contra el Gobierno de Fidel Castro. Ray Rivero sostenía que la acometida de un desembarco en aquellas condiciones, cuando la disidencia no contaba todavía con prestigio dentro del pueblo cubano y era identificada por grandes sectores de la sociedad cubana con los partidarios de Batista, era sinónimo de fracaso y que, por tanto, el MRP no estaba dispuesto a involucrarse en un proyecto en el que no creía. Así pues, Ray Rivero se incorporó al Consejo Revolucionario Cubano, pero no se integró en los planes del futuro desembarco, debido a la solidez del régimen cubano en aquel momento y a las escasas posibilidades de éxito de un proyecto de aquella naturaleza, sobre el que además se facilitaba muy poca información a las fuerzas de la contrarrevolución. Dentro de la disidencia nadie sabía los detalles exactos de la operación, ni siquiera el lugar elegido para afrontar el tan cacareado desembarco.

Durante las dos primeras semanas del mes de marzo de 1961 ni siquiera la CIA y el Departamento de Estado y de Defensa norteamericanos tenían claro el lugar del mentado desembarco ni tampoco los detalles exactos de cómo se llevaría a cabo. Dadas las circunstancias, si esta era la situación entre los verdaderos promotores del proyecto, la Administración Kennedy y la CIA, resulta ocioso especular sobre el grado de conocimiento que la disidencia pudiera tener de aquella operación encubierta a gran escala.

Desde el mes de enero de 1961, justo tras el arribo de Kennedy a la Casa Blanca, se discutió sobre el posible desembarco, pero sin conseguir acuerdo alguno hasta mediados de marzo. La Administración norteamericana y la CIA estaban inmersos en una serie de debates que hacían referencia al lugar exacto del desembarco, a las formas de llevarlo a cabo y al grado de implicación estadounidense en la operación. La disputa estaba entre acometer el desembarco en la ciudad de Trinidad, sita en la provincia de las Villas y a pocos kilómetros de la Sierra del Escambray, donde existían grupos guerrilleros que podían prestar apoyo e instalaciones aeroportuarias para establecer la defensa del desembarco, u optar por un lugar más apartado y despoblado, donde la operación y la participación norteamericana podían resultar menos evidentes³⁸⁴. Este segundo enclave sería la Bahía de Cochinos, a 90 millas al oeste de Trinidad. Una franja costera apartada de tierra firme por la ciénega de Zapata. En definitiva, un lugar de difícil acceso por tierra debido a la condición pantanosa de los terrenos que

³⁸² *Ibidem*, pág. 54.

³⁸³ *Idem*.

³⁸⁴ Sobre las disputas en torno a los detalles del desembarco de un contingente contrarrevolucionario en territorio cubano, en lo tocante a estrategia y localización, pueden consultarse los documentos desclasificados en el año 2011 del llamado Comité de Investigación Taylor sobre Bahía de Cochinos. Véase: The National Security Archive: *Official History of the Bay of Pigs. Volume IV. The Taylor Committee Investigation of the Bay of Pigs*, págs. 32-98. <http://nsarchive.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB355/bop-vol4.pdf> (Consultado: 28-05-2015).

circundaban las playas y a priori más fácil de defender que un enclave bien comunicado al lado de la ciudad de Trinidad.

Así pues, sobre el desembarco todo eran dudas y aunque estas se resolvieron finalmente, al menos, en lo tocante a la localización, hubo que esperar hasta mediados de marzo para establecer algún tipo de acuerdo; y aún entonces, a menos de un mes del futuro desembarco, siguieron existiendo desencuentros y diversidad de pareceres sobre la puesta en escena y los detalles de la operación³⁸⁵. Entre los días 11 y 15 de marzo la Casa Blanca puso en cuestión la idoneidad de Trinidad como posible destino de la brigada contrarrevolucionaria³⁸⁶. Había dudas sobre las implicaciones de una operación de aquella magnitud desarrollada en un enclave tan poblado como era Trinidad, pues, de acometerse aquí el desembarco, resultaría demasiado evidente la implicación norteamericana para poder camuflarse y podría generar un verdadero baño de sangre si la situación se torcía. Dadas las circunstancias, Kennedy solicitó a la CIA alternativas. Desde Presidencia y desde el Departamento de Estado se consideraba que aquella operación era demasiado ostentosa y que dejaba al descubierto la participación norteamericana en el desembarco, algo que la Casa Blanca no estaba dispuesta a afrontar frente a la opinión pública latinoamericana³⁸⁷.

Se precisaba un nuevo plan que fuera capaz de encubrir la implicación norteamericana y fue entonces, entre los días 16 y 17 de marzo, cuando se concibió el denominado Plan Zapata, que optaba por la localización de Bahía Cochinos en detrimento de la de Trinidad³⁸⁸. Se determinó además que el desembarco se llevaría a cabo a mediados de abril, pues, de superarse esta fecha, los servicios de inteligencia norteamericanos pensaban que la aviación cubana podía contar con los temidos “Mig” soviéticos, algo en lo que venía insistiendo la CIA desde finales de enero de 1961. La posible llegada de los poderos cazas soviéticos a Cuba, trajo de cabeza a las autoridades norteamericanas desde la llegada de Kennedy a la Casa Blanca y fue un tema de debate constante durante los preparativos de la intervención en suelo cubano, pues consideraron, no sin razón, que la presencia de aquellos aviones de combate soviéticos podía poner en riesgo cualquier tipo de operación³⁸⁹. El Plan Zapata estableció igualmente que el desembarco sería nocturno y se fijaron también algunos detalles sobre el equipamiento y la estrategia³⁹⁰.

Sin embargo, aún existían dudas sobre el grado de implicación de Estados Unidos y sobre la posible acogida del desembarco, tanto en Cuba como en Latinoamérica. Y es que, a pesar del optimismo del que eran presa algunas personalidades dentro de la Administración norteamericana y de la CIA, Cuba no era Guatemala y una acción armada de aquella factura, sin el apoyo decidido de una parte de la población y sin un contingente bien armado y sustentado de forma resuelta por los Estados Unidos, no tenía muchas posibilidades de éxito. El plan tenía que coronarse con un éxito rotundo, pues, de no ser así, el régimen cubano, lejos de derrumbarse, saldría reforzado, especialmente si se constataba la presencia de batistianos y se confirmaba el apoyo estadounidense. De este modo, el diagnóstico de la situación dictado por Ray Rivero, que en el fondo era el que sostenían algunos miembros de la Administración norteamericana, resultó a la postre de lo más certero.

Por lo demás, las posiciones encontradas de Artime y de Ray Rivero no hacían más que explicitar lo que distanciaba a la CIA de la Casa Blanca en su estrategia frente a la Revolución cubana. Unos y otros deseaban fervientemente el final del régimen fidelista, sin embargo, no compartían estrategia. La CIA consideraba que un desembarco sería capaz de precipitar al régimen fidelista, pues la

³⁸⁵ *Ibidem*, pág. 39 y 40.

³⁸⁶ *Idem*.

³⁸⁷ *Ibidem*, pág. 33 y 40.

³⁸⁸ *Ibidem*, pág. 40.

³⁸⁹ *Ibidem*, pág. 29-32, 47, 48, 59, 143, 158 y 240

³⁹⁰ *Ibidem*, pág. 33.

disidencia interior podía alzarse en ayuda de los desembarcados y parte de la población cubana podía tomar la decisión de secundar el golpe. Estados Unidos podría entonces involucrarse en la guerra civil cubana, reconocer al Gobierno litigante y solicitar de la OEA el reconocimiento de los complotados. Además, existían el riesgo de que las fuerzas aéreas cubanas terminara adquiriendo los poderosos “Mig” soviéticos y, entonces, cualquier intento de desembarco sería vano y Estados Unidos tendría que intervenir directamente para derrocar al Gobierno fidelista o asumir con resignación la presencia de régimen comunista a escasas millas de sus costas.

Sin embargo, no todos tenían la misma perspectiva del atolladero cubano. La Casa Blanca, movida por la posición que defendían dirigentes como Ray Rivero, consideraba que el bloqueo económico, la presión diplomática y los sabotajes todavía no habían dado sus frutos. De este modo, de lo que se trataba, según la Casa Blanca, era de sostener la estrategia trazada; se debía intensificar la presión sobre el régimen de La Habana en todos los frentes para propiciar el desgaste y mellar el aguante del pueblo cubano. Estados Unidos podría entonces lanzar la acometida final, pero solamente cuando constara que la situación dentro de Cuba fuera ya insostenible.

En otro orden de cosas, la Casa Blanca tampoco veía con buenos ojos la inclusión de elementos batistianos en la lucha debido al menoscabo de prestigio que la presencia de aquellos elementos podía verter sobre la disidencia, ni tampoco se inclinaba por una implicación excesiva de Estados Unidos en aquella lucha debido a las más que probables protestas continentales. La Administración norteamericana tenía que apoyar a los rebeldes que se enfrentaban al Gobierno cubano, pero tenía que cuidarse de verse implicada en un acto de flagrante injerencia como era el sustento y organización de un desembarco de tropas anticastristas en suelo cubano.

Después de todo lo expuesto, no resulta aventurado afirmar que la estrategia marcada por la Casa Blanca con respecto a Latinoamérica y al exilio cubano contaba con un patrón común: la lucha contra el comunismo y la promoción de Gobiernos moderados y, a poder ser, democráticos. Una estrategia que se apuntalaba en dos líneas de acción fundamentalmente: revolución pasiva para el continente, con el ánimo de distanciar a Cuba de las repúblicas latinoamericanas, y acoso sostenido en el tiempo contra la Revolución cubana, vehiculado a través de una disidencia que debía purgarse, en la medida de lo posible, de sus elementos batistianos. En el fondo, ambos objetivos, el continental y el cubano, se enmarcaban dentro de lo que hemos venido definiendo como revolución pasiva. Los Estados Unidos parecían decididos a poner en marcha aquel tipo de revolución de alcance medio, disminuida en su contenido soberanista y desprovista de aquellos elementos económicos, sociales o políticos que pudieran resultar nocivos para los intereses norteamericanos, y parecían también decididos a invertir lo que fuera necesario para que aquel proyecto pudiera coronarse con éxito. Algo que terminó por confirmarse a través de la promoción de la Alianza para el Progreso y de los medios puestos a disposición de los renegados de última hora del proceso revolucionario cubano.

El paquete de ayudas al continente, vehiculadas a través de la Alianza para el Progreso, y el sustento de la pretendida como nueva disidencia cubana fueron dotados de todos los medios para que pudieran llevar adelante sus objetivos: una revolución liberal y democrática para el continente, separada de la veleidades soviéticas y estrictamente enclavada dentro del espíritu panamericanista, y una derrota de la Revolución cubana, precisamente, por romper con el marco de la revolución liberal y democrática que se demandaba para el continente como la única admisible. Sin embargo, para que aquel proyecto pudiera dar sus frutos había que desprestigiar el proyecto fidelista, presentarlo como el vehículo de la penetración soviética en América, desvirtuar sus objetivos y caracterizarlo como un movimiento desviacionista. Se precisaba, en definitiva, presentar al Gobierno fidelista como un traidor a los principios que habían dado vida a la Revolución cubana.

15.8.3 La revolución traicionada y el Libro Blanco sobre Cuba

Durante el mes de marzo se trabajó para que los grupos de batistianos quedaran relegados a un segundo plano, se precisaba que tuvieran la menor visibilidad posible, y fue entonces cuando “los Miró Cardona, los Ray Rivero o los Sorí Marín” aparecieron en escena para acaparar la atención de los medios de comunicación y el sustento explícito de la Administración Kennedy. Aquel nuevo enfoque propiciado por la Casa Blanca facilitaba la puesta en circulación de lo que era ya una constante en la contra-propaganda difundida desde los Estados Unidos: la Administración norteamericana reconocía la legitimidad de la Revolución cubana, pero condenaba y combatía su radicalidad, la desviación de sus objetivos primigenios y su deriva comunista.

La revolución había sido traicionada por Fidel Castro y por su círculo de confianza, en el que indudablemente tenían un papel preponderante su hermano Raúl y el Che Guevara. El eslogan auspiciado por la Casa Blanca y cacareado por la disidencia a lo largo y ancho del continente pasó a ser entonces el de “la revolución traicionada”. Una revolución que había sido mancillada por los dirigentes cubanos que se habían mantenido al lado de Fidel Castro, pues eran ellos, en comunión con su máximo líder, los que habían permitido la infiltración de los comunistas dentro de las filas revolucionarias. Los viejos militantes del PSP se habían infiltrado en el proceso revolucionario tras el arribo al poder de las huestes fidelista y finalmente habían conseguido tutelarlos. Aquellos arribistas de última hora, los demonizados comunistas, eran los verdaderos directores de la Revolución cubana y estaban propiciando que Cuba terminara por converger con la URSS. Aquella lectura, cargada de un maniqueísmo casi obsceno, era el mensaje que se difundía en las agencias de prensa norteamericanas.

El presidente Kennedy le daba a sí todo el contenido a la revolución pasiva de corte “gramsciano”. De lo que se trataba era de patrocinar un fidelismo sin Fidel, una revolución moderada y liberal, tímidamente socialdemócrata en el peor de los casos, pero dentro de los parámetros panamericanos que se difundían desde la Casa Blanca y alejada, por tanto, de los patrones organizativos de corte soviético. A grandes rasgos, ésta era la postura defendida por Kennedy y su gabinete, una postura que encajaba casi a la perfección con las tesis que sostenían figuras políticas como la de Ray Rivero.

De tal suerte, el futuro de Cuba no podía ser otro que el que patrocinaba para el continente la diplomacia norteamericana: democracia y progreso. Dos objetivos que podían materializarse a través de la Alianza para el Progreso en el continente y de un nuevo Gobierno cubano desprendido de los modos autoritarios de Batista y de las inclinaciones comunistas de Fidel Castro.

Así pues, el futuro de Cuba y el del continente tenían que ser parejos y para ello se precisaba sacar adelante la Alianza para el Progreso y ultimar aquella revolución a la soviética que patrocinaba Fidel Castro. Los hombres llamados a protagonizar aquel proceso de regeneración continental no podían ser los comunistas y sus paladines, sino los políticos que encarnaran los valores democráticos y liberales, y bajo esta receta lanzada por la Casa Blanca se colocó, tanto al frente de la promoción de la Alianza para el Progreso como de la promoción de la disidencia cubana, a políticos que encarnaban aquellas posiciones ideológicas de transformación con democracia y reformas con respeto al sistema liberal implantado en los Estados Unidos.

De este modo, a nadie sorprendió que bajo los auspicios del presidente Kennedy se promocionara la Alianza para el Progreso a través de aquellos políticos del continente americano que habían apoyado a la Revolución cubana en sus primeros meses de existencia. La revista *Bohemia* denunció aquella maniobra y señaló el descaro con el que la Administración norteamericana había llamado a “*sus fieles marionetas de Latinoamérica*” para que hicieran de comerciales de aquel producto que se hacía

llamar la Alianza para el Progreso³⁹¹. La diplomacia estadounidense presionó con ahínco, según señaló *Bohemia*, para que el texto programático de aquella alianza contara con la firma de “*un selecto grupo de lacayos*”³⁹².

De norte a sur se había hecho circular el documento para allegar adhesiones al proyecto de la Casa Blanca. De la tarea, según señaló *Bohemia*, se habían encargado José Figueres, antiguo y futuro presidente de Costa Rica, socialdemócrata convencido, antifascista declarado y defensor de la Revolución cubana durante sus primeros meses de existencia, y Muñoz Marín, gobernador de Puerto Rico y defensor también de la Revolución cubana durante sus primeros compases³⁹³. Por parte cubana, el encargado de llevar la buena nueva al continente había sido Sánchez Arango, que había pasado por encima del presidente del Consejo Revolucionario Cubano como representante de la Alianza para el Progreso en las Américas³⁹⁴. La elección de Sánchez Arango no podía ser más certera, pues dentro del FRD era el dirigente que tenía una visión más progresista y al contrario que Ray Rivero no estaba tan involucrado en las acciones terroristas de la contrarrevolución en territorio cubano. Sánchez Arango era de los pocos que se negaba en rotundo a entrar en componendas con los batistianos y era también muy consciente de que no se podía pasar por alto lo que había sucedido en Cuba. El antiguo ministro de Educación en tiempos del presidente Prío Socarrás consideraba que la vieja política de la Cuba prerrevolucionaria no podía regresar porque la sociedad cubana había evolucionado durante el Gobierno fidelista y, por consiguiente, la totalidad de su obra no podría revocarse sin producir un nuevo marasmo nacional³⁹⁵. Se precisaba pues una revolución en Cuba, pero, desde luego, no del tipo de la que estaba llevando a cabo Fidel Castro, sino algo diferente que pudiera tener encaje dentro del modelo panamericano estadounidense.

Bohemia afirmaba que este triunvirato formado por Sánchez Arango, Muñoz Marín y José Figueres habían sido los encargados de llevar el mensaje de Kennedy a todos aquellos líderes continentales que, tras apoyar a Castro, había pasado al silencio o se habían pronunciado ya abiertamente contra el marasmo marxista-leninista que se había apoderado de la Revolución cubana. Estas tres figuras políticas, todas ellas dentro de unas coordenadas ideológicas que podían situarse dentro del centro-izquierda o el liberalismo progresista, habían sido las encargadas de captar la firma de otros líderes del continente como Haya de la Torre, líder histórico del Partido Aprista peruano, el liberal Lleras Restrepo, ex ministro de Hacienda colombiano y futuro presidente, Raúl Leoni, presidente del Congreso de Venezuela y futuro presidente del país o Rafael Caldera, vicepresidente del Congreso de Venezuela y futuro presidente venezolano también³⁹⁶.

La captación de aquellas lealtades, todas ellas provenientes de políticos con cierta ascendencia en el continente, no podía ser más beneficiosa para la visión que trataba de difundir Kennedy en las Américas y, por el contrario, no podía ser más dañina para los intereses de la Revolución cubana, pues parte de la izquierda no comunista, parte de la socialdemocracia, los grupos socialcristianos y el liberalismo se daban cita en aquella muestra de adhesiones para explicitar de forma muy clara su compromiso con Kennedy y su Alianza para el Progreso.

A tenor de lo expuesto, resultó evidente para el Gobierno fidelista que el cerco sobre Cuba estaba ganando solidez, pues el proyecto de Kennedy comenzaba a cosechar adhesiones significativas. Los planes de desarrollo de la Casa Blanca para América Latina eran indisociables de su lucha contra la

³⁹¹ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 15. La Habana: domingo, 9 de abril de 1961, pág. 62. Semanal.

³⁹² *Idem*.

³⁹³ *Idem*.

³⁹⁴ *Idem*.

³⁹⁵ Arboleya Cervera, Jesús: *Op. Cit.*, pág. 83.

³⁹⁶ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 15. La Habana: domingo, 9 de abril de 1961, pág. 62. Semanal.

Revolución cubana y el avance del uno no se podía entender sin la proyección del otro. Ambos proyectos, tal y como estaban concebidos, caminaban a la par.

Así pues, a finales de marzo de 1961, comenzó a quedar claro que la Alianza para el Progreso era, sin duda, un proyecto sólido que contaba con la capacidad suficiente para erigirse en alternativa y rivalizar con la Revolución cubana, pues todos aquellos sectores que aunaban moderación y progresismo y que habían estado con Fidel Castro tras la caída de Batista parecía que estaban pasando con armas y pertrechos al bando del presidente Kennedy.

Bohemia, ante la novedad y la peligrosidad de aquel nuevo desafío, se mostró sumamente dura con todos aquellos sectores que habían prestado su apoyo explícito al proyecto de la recién estrenada Administración norteamericana. La publicación habanera, consciente quizás que aquella amenaza para la Revolución cubana no podía ser tachada alegremente como reaccionaria, acusó a todas aquellas personalidades políticas que habían estampado su firma junto a la de Kennedy en la Alianza para el Progreso de estar al servicio del imperio, de convertirse en lacayos y marionetas del “*capataz de la Casa Blanca*” y de venderse vilmente para desempeñar el papel de “*papagayos amaestrados*”³⁹⁷.

Bohemia señalaba igualmente que Cuba no necesitaba personajes de aquella ralea y que el mensaje que trataban de difundir, “*inflado por la prensa de las oligarquías*”, no había dejado huella en los ánimos del continente; algo muy diferente a lo que había sucedido con las declaraciones de Lázaro Cárdenas a los medios de comunicación mejicanos en aquellos días de finales de marzo³⁹⁸. Una sola voz, según enfatizaba *Bohemia*, había servido para acallar a todos aquellos alquilones: la de Lázaro Cárdenas, que no había dudado en defender a Cuba frente a la constante agresión norteamericana. El líder revolucionario mejicano había afirmado, sin titubeos, “*que defender a Cuba de la agresión era defender el propio destino de los pueblos latinoamericanos*” y que era lógico que los campesinos y obreros mejicanos se movilizaran para defender a Cuba, pues en la defensa de la revolución fidelista estaba la defensa de los pueblos latinoamericanos³⁹⁹.

Lázaro Cárdenas había lanzado aquellas declaraciones en el contexto de la “Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz” y las había propagado de nuevo por los medios de comunicación en los días subsiguientes para gran escándalo de varios de diarios mejicanos, que, comandados por el capitalino *Excelsior*, cargaron contra Lázaro Cárdenas y, especialmente, contra Fidel Castro. Contra el primero por incitar al campesinado y los obreros mejicanos al levantamiento y contra el segundo por aseverar que el campesinado y las clases trabajadoras mejicanas, en comunión con las del resto de Latinoamericana y otros sectores de la intelectualidad y el estudiantado, se levantarían en armas si Cuba era atacada por los Estados Unidos.

Aquel ataque reiterado contra el ex presidente mejicano en los medios de su propio país propició una respuesta del agraviado a través de una carta al diario *Excelsior* para que fuera publicada en sus páginas a modo de descargo por la campaña insidiosa a la que estaba siendo sometida su persona y la de Fidel Castro.

El primer ministro cubano había sido increpado en las páginas de *Excelsior* por interferir en los asuntos de Méjico y Lázaro Cárdenas había sido criticado por servirle en bandeja al mandatario cubano la oportunidad de entrometerse en los asuntos continentales y exportar su modelo revolucionario. El ex presidente mejicano, en su carta a *Excelsior*, reiteró lo dicho en los días precedentes y justificó su aserto asegurando que ni él ni el líder de la Revolución cubana habían dicho

³⁹⁷ *Idem.*

³⁹⁸ *Idem.*

³⁹⁹ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 14. La Habana: domingo, 2 de abril de 1961, pág. 65. Semanal.

nada que no estuviera contenido en la Declaración de México, suscrita por miles de delegados latinoamericanos, entre ellos mil novecientos mejicanos⁴⁰⁰.

Cárdenas, haciendo referencia a los puntos contenidos en declaración final de la Conferencia Latinoamericana desarrollada en Méjico, afirmaba que su posición y la de Fidel Castro no eran fruto de inclinaciones personales u ocurrencias, sino que nacían del sentir de los delegados populares reunidos en Méjico en aquellas fechas como consecuencia de la mentada conferencia. Aseguró además que, durante la gira que las delegaciones de la conferencia mejicana habían realizado por los Estados de Guanajuato, Jalisco y Michoacán, núcleos de campesinos habían manifestado su apoyo explícito a la Revolución cubana, pues ésta se estaba erigiendo en referente para las clases desfavorecidas⁴⁰¹. Cárdenas señalaba igualmente que las impugnaciones que se habían vertido en algunos medios sobre sus palabras y sobre las de Fidel Castro ignoraban aquellas declaraciones del pueblo mejicano y que era perentorio preguntarse en qué afectaba a Méjico que su pueblo se sintiera solidario y tratara de ayudar a la Revolución cubana. Sobre este particular Cárdenas lanzaba una serie de preguntas que tenían que mover a la reflexión de los detractores de la Revolución cubana. El ex presidente mejicano se preguntaba lo siguiente:

*“¿Acaso la Revolución mexicana no tuvo en sus filas a ciudadanos de España? ¿No estuvieron también mexicanos en las filas del ejército republicano español? ¿No han participado hombres honestos de Suramérica en las filas de las revoluciones de países hermanos, desde Bolívar?”*⁴⁰²

Después de aquellas preguntas, que tocaban en lo más hondo del Méjico contemporáneo, Cárdenas hizo mención también a otro tipo de intervenciones que no habían despertado la indignación de algunos medios mejicanos y fue entonces cuando se refirió al “escuadrón 201”, que había ido al extranjero a tomar parte en la Segunda Guerra Mundial y acto seguido intercaló en su carta varias preguntas como las que había insertado anteriormente: “¿Acaso a nuestro braceros mexicanos, tratados en Norteamérica como raza inferior, los consideramos traidores por ir a servir al capitalismo? ¿Y los contingentes que fueron a Corea, enrolándose en las filas del ejército norteamericano?”⁴⁰³

Cárdenas con aquella serie de preguntas retóricas concatenadas ponía en evidencia las contradicciones de algunos medios mejicanos que aplicaban diferentes varemos a la hora de juzgar la participación de mejicanos en los conflictos de otros países. El baremo y la verdadera medida de la idoneidad de la implicación mejicana en los asuntos foráneos, para algunos medios, parecía estar en si se luchaba contra el dólar o favor de él. Aquí residía la verdadera razón del apoyo o crítica a la participación de los mejicanos en los conflictos internacionales. Cárdenas, tomando esta evidencia como base, aunque sin necesidad siquiera de hacer mención a ella, señalaba que había que “*ser parejos*” a la hora de “*juzgar*”⁴⁰⁴. De lo contrario, se sembrarían dudas entre la opinión pública mejicana “*sobre la honestidad política de quienes arrojaban piedras*” contra Cuba “*escudándose en un falso ropaje de patriotismo*”⁴⁰⁵.

La revista *Bohemia* agradeció el gesto del exmandatario mejicano y le rindió especial y sentido homenaje en su primer número del mes de abril de 1961, señalando al mismo tiempo que la posición adoptada por Lázaro Cárdenas, definido en *Bohemia* como “*un Lincoln viviente para millones de*

⁴⁰⁰ *Idem.*

⁴⁰¹ *Idem.*

⁴⁰² *Idem.*

⁴⁰³ *Idem.*

⁴⁰⁴ *Idem.*

⁴⁰⁵ *Idem.*

mexicanos”, era todavía más encomiable debido al retiro político que se había autoimpuesto el propio Cárdenas en los últimos años⁴⁰⁶. Una de las figuras prominentes del continente había roto su silencio de años y lo había hecho justo cuando la Revolución cubana había hecho acto de presencia en la escena americana.

Lázaro Cárdenas, en aquellas semanas que habían seguido a la conferencia mejicana, había tenido una presencia destacada en los medios y se había lanzado a la defensa de Cuba como un miembro más de la dirigencia revolucionaria que secundaba a Fidel Castro. Suyas fueron además las primeras réplicas a Kennedy lanzadas desde fuera de las fronteras cubanas, cuyas fueron también las descalificaciones para aquellos que, desde Latinoamérica, apostaban por la promoción de la Alianza para el Progreso y cuyas fueron las más duras objeciones a los diez puntos a los que hacía referencia aquella alianza.

Cárdenas había sido especialmente crítico en aquellos días con algunos de los diez puntos programáticos de la Alianza para el Progreso y especialmente con aquel en el que se explicitaba el ofrecimiento norteamericano de acudir en ayuda de cualquier país del continente que viera amenazada su independencia. Cárdenas señaló que el único peligro a la independencia latinoamericana era el imperialismo norteamericano y que era Kennedy el principal emplazado a combatirlo⁴⁰⁷. Por lo demás, tampoco Kennedy salió bien parado en lo tocante a su ofrecimiento de ayuda económica. Cárdenas se mostró sumamente crítico con la ayuda de los quinientos millones de dólares ofrecida por la Casa Blanca. Aquella ayuda estaba sujeta a la aprobación del Congreso y sólo se haría efectiva si Latinoamérica daba muestras inequívocas de que estaba dispuesta a disciplinarse y a no imitar a Cuba en sus pretensiones de independencia⁴⁰⁸. La ayuda ofrecida por el mandatario norteamericano, según enfatizó Cárdenas, traía condiciones y era una “*dádiva*”, una limosna que en todo caso resultaba “*insuficiente para resolver*” los problemas del continente⁴⁰⁹.

Sin embargo, el punto de la Alianza para el Progreso que cosechó el contumaz rechazo de Cárdenas fue aquel en el que se cursaba una invitación al pueblo de Cuba para que ingresara “*en la comunidad de hombres libres del hemisferio*”⁴¹⁰. Según aseveró el ex mandatario mejicano en aquellos días, era una broma de mal gusto aquel ofrecimiento, pues, si a lo que se refería Kennedy era a la comunidad de hombres libres de Nicaragua, Guatemala o Paraguay, ni Cuba ni ningún país de América podía secundar aquella comunidad de libertades que patrocinaba la Casa Blanca.

Cárdenas, venía apostando por el proyecto cubano desde su puesta de largo allá en enero de 1959. Sin embargo, fue en aquellos meses de marzo y abril, período en el que la Revolución cubana parecía más acosada, cuando redobló su defensa de Fidel Castro y del régimen que representaba. Cárdenas afirmó en aquellas fechas, en todas las ocasiones en que tuvo oportunidad para ofrecer su punto de vista, que Cuba no suponía un problema para Latinoamérica y que el principal enemigo de los pueblos de América en el camino a su desarrollo era el imperialismo norteamericano. Aquel era el mensaje de Cárdenas y lo expresó además haciendo uso, según aseveró *Bohemia*, de un “*acento áspero*” y “*desusado*” en el líder mejicano⁴¹¹. La situación no podía ser más tensa e indicaba, según reiteraba *Bohemia*, el tono al que había llegado la “*polémica entre el norte y el sur*”⁴¹². Un tono “*de agravio viejo y reivindicación nueva*”⁴¹³.

⁴⁰⁶ *Idem.*

⁴⁰⁷ *Ibidem*, pág. 93.

⁴⁰⁸ *Idem.*

⁴⁰⁹ *Idem.*

⁴¹⁰ *Idem.*

⁴¹¹ *Idem.*

⁴¹² *Idem.*

⁴¹³ *Idem.*

Efectivamente, aquella contienda estaba siendo vehiculada a través del conflicto cubano con los Estados Unidos; sin embargo, contaba con todos los atributos del enfrentamiento secular entre el mundo hispano y el mundo anglosajón. Un conflicto heredado de los tiempos de la colonia y que en el fondo hacía referencia a dos formas contrapuestas de estar en el mundo que se veían condenadas a compartir territorio. De este modo, la propuesta de Kennedy, o más bien su puesta en escena, había ido quizás demasiado lejos en aquel intento de hacer de la Revolución cubana, tal y como la entendían Fidel Castro y sus correligionarios, un movimiento ajeno al continente y a la realidad americana. La revolución que se estaba llevando a cabo en Cuba podía ser socialista, de hecho ya lo era aunque hubiera reparos a la hora de reconocerla como tal, pero era también profundamente hispana y aquello parecían tenerlo claro muchos líderes populares que decidieron batirse ante lo que consideraban un acto de injerencia norteamericano, uno más en la larga lista de agravios que se extendían más allá del caso cubano.

Esta reflexión nos conduce así al verdadero origen del conflicto entre Cuba y Estados Unidos. Lo que verdaderamente estaba en juego no era si Cuba caminaba hacia el socialismo o estaba ya inserta en él, sino la facultad de Cuba para decidir su futuro. La cuestión, en definitiva, era saber si Cuba tenía la potestad de elegir si quería o no ser un país socialista. De este modo, más allá del calado ideológico que se derivaba del contexto de la Guerra Fría y de la organización capitalista o socialista, el verdadero conflicto residía en el concepto de soberanía y este concepto atañía a todo el continente. Si Cuba no estaba facultada para elegir su régimen político, tampoco lo estarían el resto de repúblicas latinoamericanas y aquel era un dictado de difícil digestión para muchos líderes latinoamericanos, independientemente del grado de tolerancia o simpatía que tuvieran con el mundo socialista.

Así pues, la batalla entre Cuba y los Estados Unidos, tal y como había pretendido Kennedy, había dejado de ser un asunto bilateral para convertirse en un asunto en que se impelía a los líderes del continente a tomar partido. Cuba había recogido el guante y había lanzado también a sus partidarios a la arena de la confrontación, contando para ello con líderes tan significativos como Lázaro Cárdenas, un icono de la lucha mejicana por su independencia y un referente para los pueblos de Hispanoamérica.

Ahora bien, esta circunstancia, constatable en los medios de comunicación latinoamericanos y españoles no nos puede hacer perder de vista que la Administración Kennedy había tomado la iniciativa y que ya no parecía ir a remolque de los acontecimientos como había sucedido durante la Administración de Eisenhower. Y es que, la estrategia lanzada por la Administración Kennedy para desactivar el ejemplo cubano en el continente, a pesar de los sonados apoyos con los que contaba el régimen fidelista, no podía estar mejor calculada, pues ponía al frente de su promoción a los políticos continentales que, dos años antes, habían ensalzado a Fidel Castro y a su proyecto revolucionario. La revolución pasiva estaba en marcha y Kennedy colocaba como cicerones de aquella idea a líderes continentales que no podían ser uncidos alegremente al carro de la reacción. El continente contaba con políticos liberales, socialdemócratas, nacionalistas y socialcristianos que no apostaban por Cuba porque no estaban dispuestos a transigir con una revolución comunista en América.

Kennedy había cambiado las reglas del juego al reconocer la legitimidad de la Revolución cubana, pero ponía como condiciones el rechazo al socialismo y la ruptura con la URSS, premisas de las que tendría que partirse para cualquier tipo de entendimiento o negociación entre Washington y La Habana. Por lo demás, aquellas condiciones no podían ser aceptadas por el Gobierno cubano, pues el nuevo bloque hegemónico que se había entronizado en Cuba tenía en la soberanía su fuente de legitimación: Cuba, como país soberano, tenía derecho a decidir su futuro y este no podía venir impuesto por la presión exterior o por las condiciones que fijaran terceros países. Ante semejantes argumentos de uno y otro lado, el entendimiento se antojaba imposible y la confrontación inevitable.

La llegada de Kennedy a la Casa Blanca no supuso pues ningún cambio para Cuba, pues de Eisenhower a Kennedy lo único que mutó fueron los compañeros de viaje deseables en la confrontación con el régimen cubano. La conjura contra la Revolución cubana se estableció bajo nuevos parámetros tras la mudanza de inquilino en Casa Blanca y Kennedy, al menos frente a la opinión pública, se alejó de la senda trazada por Eisenhower al prescindir de las dictaduras de corte fascista para establecer el cerco sobre la Revolución cubana. Lo que diferenciaba a Eisenhower de Kennedy era que el segundo, al contrario que el primero, acudió prioritariamente a líderes progresistas y liberales del continente para cercenar la influencia cubana en Latinoamérica.

Así pues, lo que se demandaba de Cuba desde la Administración norteamericana era una revolución genuinamente americana, o por lo menos lo que entendía como tal la Administración norteamericana, y la mejor forma de patrocinar el compromiso de los Estados Unidos con aquella idea de revolución democrática era, por un lado, la Alianza para el Progreso y, por el otro, la puesta al frente de la contrarrevolución cubana del ala más progresista de la disidencia fidelista. Es decir, colocar en la dirección de la contrarrevolución a aquellos sectores que habían participado en la lucha contra Batista, que se habían situado a la vera de Fidel Castro y que lo habían abandonado durante el último año debido a la deriva radical y socialista del proceso revolucionario.

Aquella imagen de una contrarrevolución antifascista y anticomunista, centrada y progresista, parecía la vía más segura para encontrar adhesiones a la constante agresión a la que se venía sometiendo a la Revolución cubana. Sin embargo, para que aquella idea terminara calando era necesario patrocinarla de forma sistemática. Así pues, el primer paso para propagar aquella Cuba que traía la Administración Kennedy en cartera debía pasar necesariamente por difundir la idea de que la revolución había sido traicionada por el Gobierno cubano. Es decir, era necesario difundir los nobles principios que había encarnado el proyecto fidelista en su lucha contra Batista y denostar la deriva radical inducida por el propio Fidel Castro tras la toma del poder en enero de 1959.

Con este fin, las agencias de prensa norteamericanas inundaron las publicaciones periódicas con reportajes en los que se hablaba de la revolución traicionada. El diario *Pueblo*, bajo las premisas de esta tesis, publicó varios reportajes de factura norteamericana sobre el giro radical y desviacionista al que Fidel Castro había conducido a la Revolución cubana. Desde finales de marzo hasta principios de abril de 1961, el diario *Pueblo* hizo caso omiso a lo que estaba aconteciendo en Cuba y se centró en promocionar aquella idea que había lanzado el presidente Kennedy: la revolución había sido traicionada y por tanto sólo cabía una salida a aquella situación, había que revertir el proceso revolucionario para conducirlo hasta sus orígenes. Los trabajos publicados en el diario sindical sobre la revolución traicionada llevaban por título un “slogan” más que elocuente: “*El castrismo mata a los héroes de la revolución cubana*”⁴¹⁴.

Aquella imagen de la Revolución cubana devorando a sus mejores hijos era la muestra evidente de que la revolución había sido mancillada y sobre este argumento genérico el diario *Pueblo* confeccionó su información cada vez que se hizo referencia al conflicto entre Estados Unidos y Cuba para justificar las razones que impulsaban a Kennedy a perseverar en su acoso al régimen de Fidel Castro.

Así pues, con el propósito de apuntalar esta idea básica, la traición del Gobierno cubano a los ideales de la revolución que le había dado vida, el diario *Pueblo* publicó una serie de reportajes y crónicas confeccionadas en los Estados Unidos cuya tónica general era su falta de rigor. Aquella serie en la que el castrismo mataba a los héroes de la revolución estaba plagada de inexactitudes, de calumnias y de argumentos que difícilmente podían sostenerse, pues no aguantaban un estudio superficial de lo

⁴¹⁴ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6709. Madrid: lunes, 27 de marzo de 1961, pág. 9. Diario, *Pueblo* (Año XXII). Núm.6710. Madrid: martes, 28 de marzo de 1961, pág. 12. Diario, *Pueblo* (Año XXII). Núm.6711. Madrid: miércoles, 29 de marzo de 1961, pág. 9. Diario,

acontecido en los últimos meses. Del 27 de marzo al primero de abril, *Pueblo* publicó aquellos reportajes en los que se hacía un somero balance de los ajusticiados, encarcelados y perseguidos por el régimen de Fidel Castro, todos ellos revolucionarios el primero de enero de 1959 y víctimas de la revolución a la que habían contribuido por declararse opositores a la deriva socialista del Gobierno cubano. Además, aquellos reportajes se publicitaron en las primeras páginas del diario sindical desde el día 20 de marzo, generando una expectación en los lectores a la que no hacía justicia el mediocre material publicado durante los días subsiguientes.

Los relatos publicados en *Pueblo* sobre la supuesta traición de Fidel Castro a los valores de la Revolución cubana no soportaban ni siquiera un análisis benévolo, pues caían en una serie de contradicciones e inexactitudes que los descalificaban casi de forma inmediata. En el primero de ellos, el publicado el 27 de marzo, se hacía un seguimiento de las últimas horas de William Morgan antes de ser ajusticiado. El dirigente del II Frente había caído frente al pelotón de fusilamiento gritando, según afirmaba aquel reportaje: “*Viva la verdadera revolución*”⁴¹⁵. *Pueblo* afirmaba que aquel comandante de la revolución, tachado como un aventurero y un forajido norteamericano en varias ocasiones por el propio diario sindical, encarnaba los valores de la Revolución cubana primigenia, algo que desde luego no cuadraba con lo que se había apuntado en otras ocasiones desde aquellas mismas páginas.

Por lo demás, aquel reportaje sobre Morgan, más allá de las valoraciones y opiniones que se vertían sobre el personaje, estaba plagado de inexactitudes, desde la datación de la fotografía que encabezaba la crónica hasta la versión que aseguraba que Morgan era el cuarto hombre de la revolución detrás de Fidel, Raúl y el Che⁴¹⁶; todo un despropósito que se nos antoja intencionado para hacer notar que los principales dirigentes revolucionarios se estaban esquilmando entre ellos. Como parte del Segundo Frente del Escambray, Morgan siempre fue un personaje tangencial a la revolución y como tal alejado de los principales núcleos del poder. Mal podía ser el cuarto hombre de la revolución cuando ni siquiera era el principal dirigente del II Frente.

Por lo demás, aquel reportaje arrancaba con una fotografía en la que Morgan aparecía marchando y cogido del brazo de varios dirigentes de la revolución, entre ellos, Fidel Castro, Osvaldo Dorticós, Núñez Jiménez y el ministro de Trabajo Augusto Martínez Sánchez⁴¹⁷. Aquella fotografía, según aseveraba el reportaje, había sido tomada en enero de 1961. Algo que se contradecía con lo publicado meses antes en la propia prensa franquista y con lo que todo el mundo conocía sobradamente, pues Morgan había sido detenido en octubre de 1960 cuando se descubrieron sus vinculaciones y la ayuda prestada a los alzados que organizaban la lucha guerrillera en el Escambray contra el Gobierno cubano⁴¹⁸. La fotografía a la que se pretendía hacer pasar por una instantánea de 1961 había sido tomada en realidad de marzo de 1960, durante el sepelio de las víctimas del atentado contra el carguero francés *Le Coubre*.

El reportaje del día 27 de marzo no era el único que caía en aquella serie de contradicciones y falsedades, pues el que le sucedió el día 28 resultaba todavía de más difícil digestión. Bajo aquella máxima de que el castrismo mataba a los héroes de la revolución cubana, el reportaje colocaba a Sosa Blanco, un reputado miembro de los órganos de la represión de Batista, como el primero de una larga lista en la que se situaba también, nada más y nada menos, que a Camilo Cienfuegos. La inclusión de Sosa Blanco junto a Camilo Cienfuegos no sólo era un sacrilegio para los partidarios de la revolución,

⁴¹⁵ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6709. Madrid: lunes, 27 de marzo de 1961, pág. 9. Diario.

⁴¹⁶ *Idem*.

⁴¹⁷ *Idem*.

⁴¹⁸ *El Alcázar* (Año XXIV). Núm.7598. Madrid: sábado, 22 de octubre de 1960, pág.6. Diario y *Pueblo* (Año XXI). Núm.6576. Madrid: sábado, 22 de octubre de 1960, pág. 1. Diario.

sino también para los seguidores de Batista. Aun así, sin ni siquiera un atisbo de pudor, aquel reportaje situaba al comandante Sosa Blanco como la primera pieza de “*una fúnebre lista*”⁴¹⁹.

Pueblo, a través de aquel reportaje, que probablemente ningún cronista del diario se hubiera atrevido a firmar, aseguraba que a partir de julio de 1960 habían comenzado los fusilamientos entre los partidarios de Fidel que no estaban de acuerdo con “*el rápido avance del partido comunista hacia todos los puestos claves, con la reforma agraria y con la llegada de los primeros técnicos rusos, checos y chinos*”⁴²⁰. Poco después, según señalaba ufano aquel reportaje, le había llegado el turno a Camilo Cienfuegos, “*el hombre número 3 de la revolución victoriosa de Fidel Castro*” había caído víctima de las intrigas⁴²¹.

Por lo demás, el retrato que se hacía de Camilo Cienfuegos no podía ser más desafortunado. El reportaje, al referirse al héroe revolucionario, rezaba así:

*"Camilo tenía treinta y dos años. Había sido aprendiz de sastre en Calle de la Sierra, en La Habana, en sus tiempos de mozalbete rebelde y arriesgado. Su padre le había enseñado que todas las noches había que leer la Biblia e inspirarse en ese hombre de ojos azules que había muerto precisamente por todos los hombres en una cruz de madera".*⁴²²

Aquella semblanza daba para interpretaciones de lo más variadas. Sin embargo, lo que resultaba más asombroso de aquel relato era que los progenitores de Camilo Cienfuegos, el aludido Ramón Cienfuegos y Emilia Gorriarán, dos españoles que habían militado en las filas anarquistas, que había emigrado a Cuba poco antes del estallido de la Guerra Civil y que en aquellos momentos eran dos de los más firmes defensores del proceso revolucionario dentro de la colonia española de Cuba, se mostraran tan preocupados por las enseñanzas bíblicas de sus vástagos.

El relato sobre la muerte de Camilo Cienfuegos, y sus inclinaciones católicas, sólo conocidas por el cronista de aquel reportaje, no se despacharon con una sola entrega. La historia confeccionada para darle cuerpo a aquel relato sorprendente necesitó de varios números de *Pueblo* para poder desarrollarse plenamente. El día 29 de marzo se relató “*el misterioso vuelo de Camilo Cienfuegos*”⁴²³. Al parecer, la avioneta en la viajaba Camilo Cienfuegos en aquella fatídica jornada del 28 de octubre de 1960, lejos de sufrir un accidente, había sido derribada por sus propios compañeros. Aquel reportaje se presentaba bajo unas inquietantes afirmaciones que se hacían acompañar de una no menos inquietante pregunta: “*Una avioneta que dispara en medio de la noche*”, afirma la crónica⁴²⁴. “*¿Quién empuñó la misteriosa ametralladora que asesinó a Cienfuegos?*”, se preguntaba a continuación; para acabar respondiendo del siguiente modo, “*los únicos testigos ya no pueden hablar*”⁴²⁵. Aquellas dos aseveraciones y aquella pregunta aparecían presididas por una fotografía en la que figura un pie de foto lapidario: “*Aquí aparece Camilo Cienfuegos, vestido de guajiro, a su entrada triunfal en La Habana. Entonces era el número tres de Fidel. Lo mataron volando sobre la provincia de Oriente*”⁴²⁶.

Aquellos relatos, confeccionados bajo el régimen de un estilo tenebroso e hilvanados haciendo uso de datos nunca confirmados o provenientes de fuentes reservadas imposible de contrastar, fueron extendiéndose a lo largo de la Semana Santa de 1961, con la intención manifiesta de desacreditar al

⁴¹⁹ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6710. Madrid: martes, 28 de marzo de 1961, pág. 12. Diario.

⁴²⁰ *Idem*.

⁴²¹ *Idem*.

⁴²² *Idem*.

⁴²³ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6711. Madrid: miércoles, 29 de marzo de 1961, pág. 9. Diario.

⁴²⁴ *Idem*.

⁴²⁵ *Idem*.

⁴²⁶ *Idem*.

Gobierno revolucionario, descrito en las páginas de *Pueblo* como el oscuro instrumento para la penetración de los agentes moscovitas en tierras americanas.

El día 30 de marzo aquella serie de relatos continuó su marcha y en la entrega de aquella jornada de Jueves Santo se hizo un recorrido por los grupos y personalidades de la contrarrevolución que habían estado junto a Fidel Castro y ahora se encontraban ya en el exilio como los principales dirigentes de la disidencia. Según lo publicado en *Pueblo*, los más relevantes en aquel momento eran los siguientes: Miguel Ángel Quevedo, antiguo director de *Bohemia*; Roberto Agramonte, ex ministro de Exteriores durante el primer Gobierno fidelista; Miró Cardona, ex primer ministro; Manolo Ray, ministro de Obras Públicas con Fidel Castro y dirigente del MRP, y Díaz Lanz y Manuel Artime, ambos dirigentes del MRR⁴²⁷.

En aquella terna de dirigentes llamaba la atención la ausencia de los hombres que habían estado a la cabeza del FRD. En aquella nueva versión que se trataba de difundir de la contrarrevolución habían desaparecido Tony Varona, Sánchez Arango, Justo Carrillo y José Ignacio Rasco; a excepción del último, todos ellos con un pasado en la Cuba prerrevolucionaria y con escasos méritos de armas en la lucha contra la dictadura batistiana. Por lo demás, nadie emparentado con la dictadura de Batista contaba con el blasón de dirigente de la contrarrevolución.

Aquella serie de reportajes finalizaba con la entrega del primero de abril, en la que aparecía una gran fotografía de Humberto Sorí Marín, ex ministro de Agricultura en 1959⁴²⁸; el último de los insignes compañeros de Castro que había sido detenido y encarcelado. Su condición de ex ministro de Agricultura era todo un símbolo que colocaba al lector ante el gran error de la revolución: la puesta en marcha de una reforma agraria. Allí había comenzado la revolución a desviarse de su recto camino. Pocos meses después de la Reforma Agraria, según relataba aquel reportaje, la isla se convirtió en un polvorín, comenzaron las deserciones y la opinión pública del continente colocó a Castro “*en el verdadero banquillo de los acusados*” debido a los procesos abiertos contra sus antiguos compañeros⁴²⁹.

Pueblo escenificó en aquella última entrega sobre la realidad cubana el relato de una situación de preguerra civil: las guerrillas abrían frentes en la isla para combatir al Gobierno cubano; los compañeros de armas de primera hora se unían a la contrarrevolución para combatir a su antiguo líder; en la ciudades de Cuba los estallidos de bombas eran constantes; las fugas al exterior de antiguos partidarios se habían convertido en algo corriente, y el clima belicista reinaba en La Habana como parte de una realidad que ya no sorprendía a nadie⁴³⁰. Todo eran desertores y desencantados con un proceso revolucionario que había nacido con los mejores augurios; además, estaban las octavillas en contra del Gobierno lanzadas desde aviones pilotados por los agentes de la disidencia⁴³¹. En La Habana los asaltos y disparos nocturnos formaban ya parte de la cotidianidad de la capital y los sabotajes en el tejido productivo cubano estaban haciendo que la economía cubana se resintiera⁴³². En definitiva, la disidencia crecía de forma exponencial y el Gobierno se encontraba cada día más cercado. Aquel era el oscuro panorama que se transmitía en aquellos reportajes sobre el presente y el porvenir de Cuba.

Según aquel relato, todos aquellos problemas habían tenido como prolegómeno la desaparición de Camilo Cienfuegos y como colofón los ocho tiros que habían puesto fin a la vida de William Morgan.

⁴²⁷ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6712. Madrid: jueves, 30 de marzo de 1961, pág. 9. Diario.

⁴²⁸ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6713. Madrid: viernes, 1 de abril de 1961, pág. 12. Diario.

⁴²⁹ *Idem*.

⁴³⁰ *Idem*.

⁴³¹ *Idem*.

⁴³² *Idem*.

Fidel Castro, su hermano Raúl y el Che Guevara estaban dispuestos a ir hasta el final, pero la contrarrevolución también, “*porque ahora ya no se trataba sólo de los partidarios de Batista. Ahora eran los propios jefes fidelistas, los de primera línea, los de la primera hora, los que habían sido colocados frente al paredón*”⁴³³.

El reportaje y la serie en la que se desempeñaba como epílogo este último relato tornaban a su fin y lo hacían con salvas a los miles de cubanos que estaban contra el Gobierno cubano y con halagos al “*dinámico Presidente Kennedy*”, un dirigente “*muy distinto al vacilante Eisenhower de la última etapa*”⁴³⁴. La suerte estaba echada, el Gobierno fidelista estaban próximo a su final; “*se conspiraba en Guatemala, en Honduras, en Méjico, en Santo Domingo, en Venezuela y en toda la extensa zona del Caribe*”⁴³⁵. La conclusión de aquella última entrega sobre la revolución traicionada no podía ser más sombría: frente a la oposición de América y de miles de cubanos ningún poder en La Habana podría resistir.

Aquella serie de reportajes entraba dentro de la estrategia, denunciada a través de la revista *Bohemia* en numerosas ocasiones durante aquellos meses de marzo y abril de 1961, de dañar la imagen de la Revolución cubana, aunque para ello hubiera que echar mano de las argucias más indecorosas. Un objetivo que no atendía a razonamientos éticos en cuanto a la información publicada y que hacía uso de los argumentos más peregrinos para sostener un relato que no soportaba la relectura de la información publicada en los diarios de medio mundo en los últimos meses. Los embustes y las medias verdades se convirtieron entonces en moneda de uso común y algunos diarios que hasta la fecha habían mantenido la compostura, como era el caso de *Pueblo*, cayeron en aquella ardid de publicar un relato sobre el devenir cubano que no se ajustaba a lo acontecido en aquellos dos años largos de revolución.

Sin embargo, aquel tipo de reportajes se ajustaba a la hoja de ruta trazada por la Casa Blanca y fue entonces cuando aparecieron en las páginas de los diarios de medio mundo los cricones en los que se hablaba de la revolución traicionada. Ahora ya no se sostenía el relato de un Fidel Castro enfrentado a los Estados Unidos o a los partidarios de Batista, ahora la lectura era otra bien diferente. Fidel Castro tenían en frente a sus antiguos edecanes, a sus antiguos compañeros de armas y de lucha.

La estrategia seguida por Kennedy estaba construida desde una dualidad que relegaba la antigua dicotomía entre Batista y Fidel Castro o entre la Casa Blanca y Fidel Castro a un segundo plano. Ahora el conflicto se presentaba bajo un nuevo formato en el que se contraponía a los verdaderos revolucionarios, aquellos que habían sido protagonistas del proceso revolucionario durante los primeros meses de revolución, a los comunistas y sus compañeros de viaje. Los primeros representaban la salida democrática al proceso, encarnaban una revolución netamente americana y se desmarcaban de cualquier salida totalitaria para el futuro de Cuba. Por el contrario, los segundos, los dirigentes cubanos que permanecían al frente de la revolución, eran retratados bajo los perfiles siniestros de los conspiradores tradicionales que buscaban la derrota de la democracia americana. En este bando, el bando que debía ser abatido, se encontraban los comunistas, los criptocomunistas, los socialistas radicales y todos aquellos sectores del bloque revolucionario cubano que habían facilitado la incursión soviética en los asuntos continentales.

Para llevar a efecto aquel esquema maniqueo se precisaba colocar a los elementos batistianos fuera del alcance de los medios y fueron conveniente relegados a un segundo plano, colocando al frente de la contrarrevolución a personajes como Miró Cardona, Ray Rivero o Manuel Artime, todos ellos militantes de primera línea en las primeras horas de la Revolución cubana. Ellos serían los líderes de

⁴³³ *Idem.*

⁴³⁴ *Idem.*

⁴³⁵ *Idem.*

la oposición a Fidel Castro, porque ellos eran los únicos capaces de que las ideas patrocinadas por el presidente Kennedy pudieran imponerse en Cuba.

La Casa Blanca utilizó para promover en el continente su Alianza para el Progreso a dirigentes políticos latinoamericanos que se encontraban próximos ideológicamente a los nuevos adalides de la contrarrevolución cubana. Así pues, Muñoz Marín y José Figueres, gobernador de Puerto Rico y antiguo presidente de Guatemala respectivamente, fueron los encargados de difundir la buena nueva de Kennedy por el continente. De lo que se trataba era de conseguir adhesiones para la Alianza para el Progreso que tuvieran cierta relevancia a nivel continental y que fueran capaces de encarnar una vía política progresista separada de las corrientes marxistas.

La política cubana del presidente Kennedy quedó así plenamente definida a principios de abril de 1961 y se fijó bajo tres premisas fundamentales: la revolución traicionada encarnada por el régimen cubano; la nueva contrarrevolución, anticomunista, progresista y con capacidad de actuar en el interior de Cuba, y la Alianza para el Progreso, como quinta esencia de la revolución americana, democrática y liberal.

Unas ideas que terminaron por concretarse a principios de abril a través del publicitado Libro Blanco sobre Cuba. Aquel documento, libelo de la contrarrevolución para consumo de renegados y apto solamente para “*lectores mentalmente analfabetos*”, según denunció *Bohemia* con saña⁴³⁶, era la puesta de largo de la revolución traicionada. Con el Libro Blanco sobre Cuba, se daba carácter oficial y marchamo institucional a la estrategia de la revolución traicionada que el régimen de Kennedy promocionó a través de sus agencias de información por todo el mundo durante el mes de marzo.

El día 4 de abril, después de difundir aquella serie de reportajes sobre la traición a la Revolución cubana orquestada por Fidel Castro y sus correligionarios, el Departamento de Estado norteamericano lanzó un documento en el que se fijaba la posición oficial del Gobierno norteamericano y del propio presidente Kennedy sobre la situación política cubana.

El documento en cuestión fue redactado por el consejero y asesor del presidente Kennedy Arthur Schlesinger, profesor de historia de la Universidad de Harvard. Schlesinger, como se ha indicado ya, había sido el responsable del primer diagnóstico lanzado por la Administración Kennedy sobre la situación política, social y económica en Latinoamérica. Había puesto en circulación aquellas conclusiones después de un viaje de doce días por el continente y, como se recordará también, su diagnóstico había cosechado ciertas críticas entre la diplomacia latinoamericana; sin embargo, aquel primer resbalón diplomático no parecía inhabilitarle para poner negro sobre blanco las conclusiones y la posición de la Casa Blanca sobre la Revolución cubana. El nuevo documento sobre Cuba, según enfatizó el diario *Pueblo*, contaba con el beneplácito del presidente Kennedy y había sido divulgado por el Departamento de Estado como un apéndice de la Alianza para el Progreso⁴³⁷.

Las principales conclusiones de aquel documento, conocido desde su publicación como el Libro Blanco sobre Cuba, se podían resumir en una sola idea: la revolución había sido traicionada por Fidel Castro. El diario *Pueblo* desglosó aquella idea genérica en cuatro puntos.

En el primero de ellos se señalaba, según relataba el Libro Blanco, que la revolución fidelista, que había nacido como un movimiento llamado a “*ampliar la democracia y la libertad de Cuba*”, había ido pervirtiéndose hasta constituirse “*en un mecanismo para la destrucción de las instituciones libres*”⁴³⁸.

⁴³⁶ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 16. La Habana: domingo, 16 de abril de 1961, pág. 62. Semanal.

⁴³⁷ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6420. Madrid: lunes, 10 de abril de 1961, pág. 1. Diario.

⁴³⁸ *Idem*.

En el segundo punto la carga valorativa sobre el movimiento fidelista seguía siendo de lo más negativa e iba incluso en aumento al señalar, tomando siempre como referencia el Libro Blanco, que la leyenda de la revolución capitaneada por Castro se había convertido en “*la historia de la desilusión*” debido a la “*persecución*”, el “*encarcelamiento*”, el “*destierro*” y la “*ejecución de hombres y mujeres*” que habían apoyado a Fidel Castro y luchado junto a él en la contienda contra la tiranía de Batista⁴³⁹.

En el tercer punto se hablaba ya de la verdadera motivación de aquel escrito, la denuncia de una traición, la traición a los principios de la Revolución cubana. Fidel Castro había incumplido las promesas con la que había llegado al poder, pues en lugar de depositar su confianza “*en la democrática espontaneidad de la revolución cubana*”, el entonces primer ministro cubano, había preferido echarse en brazos de “*la ruda disciplina del partido comunista de Cuba*”⁴⁴⁰.

En el cuarto y último de los puntos se acusaba al Gobierno cubano, y a Fidel Castro en particular, de estar detrás de la mayoría de los “*disturbios civiles*” acaecidos en América Latina en los últimos dos años⁴⁴¹. El Libro Blanco hablaba de la “*influencia cubana, cuando no de la intervención directa*”, en los levantamientos populares que habían asolado al continente desde la llegada de Fidel Castro al poder⁴⁴².

Lo expuesto en el Libro Blanco no ofrecía grandes novedades, pero ahora era ya un pronunciamiento oficial que hacía de Cuba un problema continental: la posición de la nueva Administración Kennedy frente a la Revolución cubana tomaba carácter institucional y presentaba a la Revolución cubana como una amenaza para América Latina. Según explicitó el Libro Blanco, la postura adoptada por el Gobierno cubano colocaba al hemisferio occidental y al sistema interamericano ante un reto; el reto que suponía la traición de los líderes del movimiento revolucionario cubano a la revolución democrática americana. Después de dos años largos, la Revolución cubana se había transformado en un elemento para cercenar la posibilidad de establecer un marco democrático en Cuba y, además, se había hecho uso de ella, de la revolución, como herramienta para intervenir en los asuntos internos de otras repúblicas americanas.

Así pues, según aseveraba el Libro Blanco, la Revolución cubana no era otra cosa que un modelo dictatorial para acabar con la democracia americana y un fenomenal aparato propagandístico y militar para intervenir en el continente e imponer las ideas y los patrones organizativos del comunismo. Las conclusiones de aquel documento no dejaban lugar a las dudas: el régimen de Castro en Cuba inhabilitaba la posibilidad de ensayar “*una auténtica y autónoma revolución de América*”, pues lejos de promover la independencia y la democracia, promovía la dependencia de Cuba de potencias “*extracontinentales*”⁴⁴³.

Dadas las circunstancias, la Administración Kennedy había tomado la determinación de hacer un llamamiento al régimen de Castro, uno más, para que rompiera “*sus vínculos con el régimen comunista internacional*”, única vía para poder regresar “*a los propósitos originales que llevaron a tantos hombres valerosos a la Sierra Maestra*” y poder restaurar así “*la integridad de la Revolución Cubana*”, es decir, la verdadera revolución⁴⁴⁴. La Casa Blanca señalaba además que si no era atendida esta llamada de las autoridades norteamericanas, los Estados Unidos podrían todas sus esperanzas en

⁴³⁹ *Idem.*

⁴⁴⁰ *Idem.*

⁴⁴¹ *Idem.*

⁴⁴² *Idem.*

⁴⁴³ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6420. Madrid: lunes, 10 de abril de 1961, pág. 1. *Diario y Pueblo* (Año XXII). Núm.6421. Madrid: martes, 11 de abril de 1961, pág. 5. *Diario*.

⁴⁴⁴ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6421. Madrid: martes, 11 de abril de 1961, pág. 5. *Diario*.

la oposición al régimen fidelista y en el pueblo cubano que, debido a “*su pasión por la libertad*”, continuaría la lucha por la consecución de “*una Cuba libre*”⁴⁴⁵.

15.9 La respuesta cubana a la ofensiva contrarrevolucionaria patrocinada por la Casa Blanca

La nueva estrategia del presidente Kennedy plateaba muchos más problemas a la Revolución cubana que la política seguida por su predecesor. La asunción por parte de la Administración norteamericana de parte del programa con el que Fidel Castro había llegado al poder; la puesta en ejercicio de una revolución restauración en las Américas a través de la Alianza para el Progreso; el nuevo perfil que se le trataba de dar a la contrarrevolución, a pesar de la manifiesta violencia desplegada en sus acciones en el interior de Cuba, y la puesta en circulación del Libro Blanco sobre Cuba, colofón propagandístico de la Alianza para Progreso, colocaban a la dirigencia cubana en una situación difícil de cara al continente, pues las futuras adhesiones al bando estadounidense en su lucha contra el Gobierno cubano podían ir en aumento.

La dirigencia cubana así lo interpreto y sacó de la puesta en escena de aquella nueva estrategia las conclusiones pertinentes, muy acertadas como terminó constatándose con el paso de los días. Como venía siendo habitual, fue Fidel Castro el que marcó la pauta a seguir dentro de Cuba. Los últimos movimientos de la Casa Blanca y de la pléyade de alquilones que la secundaban desde Latinoamérica era la muestra evidente de que las autoridades norteamericanas habían tomado la decisión de lanzar un ataque definitivo contra el pueblo cubano para tratar de liquidar el proceso revolucionario de forma violenta. La duda, según aseveró Fidel Castro, estaba en dilucidar si los Estados Unidos actuarían directamente o harían uso de tropas mercenarias forjadas con elementos de la contrarrevolución. Sobre este particular no había certezas; sin embargo, lo que sí parecía cierto es que el ataque terminaría llegando, pues todo lo sucedido desde la presentación de la Alianza para el Progreso el 13 de marzo hasta la publicación del Libro Blanco sobre Cuba el 3 de abril así parecían indicarlo.

Desde el 13 de marzo hasta el 3 de abril los atentados fueron en aumento y la contrarrevolución parecía más convencida que antaño de que su momento había llegado. La presentación en Washington de Alianza para el Progreso fue saludada con una ola de atentados en el interior de Cuba. La contrarrevolución lanzó un ataque sin precedentes durante los días 13 y 14 de marzo para dejar constancia de su fuerza y repitió “la hazaña” el día 5 de abril para dar la bienvenida al Libro Blanco sobre Cuba. La contrarrevolución no quiso ser descortés con la puesta en circulación del Libro Blanco e incendió “*la Central azucarera de Hershey*”, nacionalizada meses atrás⁴⁴⁶. Esta refinaría era una de las mayores de Cuba y aquel incendio ocasionó daños que se elevaron a los cinco millones de dólares, según informó la prensa franquista en aquel momento⁴⁴⁷. Además, aquel mismo día, se colocó una bomba en la imprenta de la revista *Verde Olivo*, órgano de la expresión de la Fuerzas Armadas Revolucionarias, dejando como consecuencia un reguero de bajas, tres milicianos muertos y heridas de diversa consideración a otros ocho⁴⁴⁸.

La apuesta decidida del presidente Kennedy por aquellos elementos del pueblo cubano que se lanzaran por la vía de la subversión terrorista, tal y como se dejaba entrever tanto en el documento de la Alianza para el Progreso como en el Libro Blanco sobre Cuba, dio alas a la contrarrevolución, que,

⁴⁴⁵ *Idem*.

⁴⁴⁶ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7739. Madrid: jueves, 6 de abril de 1961, pág. 6. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6417. Madrid: jueves, 6 de abril de 1961, pág. 5. Diario.

⁴⁴⁷ *Idem*.

⁴⁴⁸ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6417. Madrid: jueves, 6 de abril de 1961, pág. 5. Diario.

a través del apoyo renovado que les prestaban los núcleos de poder norteamericanos, vio cómo se multiplicaban sus recursos y su capacidad operativa.

Con la puesta de largo del Consejo Revolucionario Cubano, entre los días 18 y 22 de marzo, la Casa Blanca creó un nuevo organismo para articular los ataques a Cuba. Toda acción de la contrarrevolución, tanto dentro como fuera de Cuba, llevaba ahora el marchamo del ya célebre “Consejo Revolucionario”, pues en su seno se encontraban ya la mayoría de los grupos que atentaban y conspiraban contra la Revolución cubana.

Dadas las circunstancias, nadie parecía poner en duda que la ofensiva final, de producirse, contaría también con el protagonismo de aquella nueva organización. Ahora bien: ¿cuál sería su papel dentro de la ofensiva?, ¿sería comparsa o conductor?, ¿realmente confiaba el Pentágono, la Casa Blanca y la CIA en aquellos grupos para lanzar la ofensiva final contra la Revolución cubana? Estas eran las grandes cuestiones que debía hacerse el pueblo cubano, pues a nadie se le escaba que si Estados Unidos quería ultimar al Gobierno de Fidel Castro haría falta algo más que el empuje del Consejo Revolucionario Cubano. Para terminar con una revolución como la cubana, asentada sobre la confianza de las grandes mayorías populares, Estados Unidos tendría que involucrarse y dejar al descubierto ante el continente sus apetitos imperiales. De lo contrario, la contrarrevolución, independientemente del suministro logístico con el que fuera pertrechada por los núcleos de poder estadounidense, no podría terminar con un proceso tan sólidamente enraizado entre la población como era ya la Revolución cubana.

Así lo entendió también Fidel Castro, que el día 25 de marzo, días después de la entronización de Miró Cardona como cabeza de la casa madre de la contrarrevolución, pronunció un discurso en el acto homenaje al periódico *Revolución* celebrado con motivo del premio que le fuera otorgado a este diario por la Organización Internacional de Periodistas en aquel mes de marzo de 1961. En este discurso, el primer ministro señaló que el pueblo cubano tenía que estar preparado para la contienda final, pues ahora la inminencia de una intervención no estaba fundada en las sospechas de la dirigencia cubana, sino en las afirmaciones de los medios de comunicación norteamericanos y de los dirigentes de la contrarrevolución, que comenzaban ya a ofrecer información sumamente detallada sobre el avance y el estado de una futura invasión.

Fidel Castro exteriorizó aquellas inquietudes en plena Semana Santa, cuando la jerarquía católica había suspendido prácticamente la totalidad de las procesiones religiosas programadas para aquellas fechas, dejando como consecuencia un nuevo deterioro de las relaciones entre la Iglesia y el Estado⁴⁴⁹, y también cuando los homenajes del XXX aniversario del inicio de la Segunda República española estaban ya en marcha a lo largo y ancho de la isla⁴⁵⁰. Dadas las circunstancias, las referencias a España no se eludieron y se colocaron en sintonía con lo que estaba sucediendo en Cuba.

15.9.1 La España de los años treinta: madre y maestra de la Cuba revolucionaria

Las alusiones a España por parte del primer ministro cubano en su discurso del 25 de marzo de 1961 estaban plenamente justificadas, pues siempre que se hacía referencia al sector de la Iglesia que se enfrentaba al proyecto revolucionario el franquismo, la Segunda República y la Guerra Civil española eran materias obligadas a las que se acudía con profusión para ilustrar la naturaleza de la estrategia de una parte de la Iglesia en Cuba. Aquellas referencias a España eran pertinentes además debido a la proximidad del XXV aniversario del estallido de la conflagración española y al XXX de la proclamación de la Segunda República y estaban también justificadas como consecuencia de un hecho circunstancial que había colocado a la España franquista en el disparadero: Pardo Llada, el

⁴⁴⁹ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 15. La Habana: domingo, 9 de abril de 1961, págs. 70-72. Semanal.

⁴⁵⁰ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 16. La Habana: domingo, 16 de abril de 1961, págs. 42, 43, 82 y 87. Semanal.

flamante director del Frente Independiente de Emisoras Libres y uno de los mayores defensores de la Revolución cubana en los últimos años, había partido hacia el exilio en aquellos días, había decidido buscar refugio en la España de Franco y había dejado tras de sí un reguero de críticas contra sus antiguos correligionarios, acusándolos, como hacían la casi totalidad de los renegados del proyecto fidelista en aquel momento, de estar en manos del comunismo internacional⁴⁵¹. Además, había señalado que en Cuba pasaría lo mismo que en España y que finalmente se desataría una guerra civil que dividiría al pueblo y al país en dos mitades irreconciliables enfrentadas por la presencia masiva del comunismo en Cuba⁴⁵².

España pasó pues a ser materia de escrutinio entre los partidarios y los detractores de la Revolución cubana y, como en tantas otras ocasiones, le sirvió también a Fidel Castro como marco de referencia y como fundamento teórico para exponer la situación en la que se encontraba Cuba en aquel momento.

Muchos pensaban, entre ellos Pardo Llada, que en Cuba pasaría lo mismo que en España y que estallaría una guerra civil de impredecibles consecuencias. Como Pardo Llada pensaban también la mayoría de los prelados de la Iglesia cubana que había convertido aquella Semana Santa en una suerte de autocensura ante los riesgos de enfrentamientos en la calle como los vividos durante la España de la Segunda República y de la Guerra Civil⁴⁵³. Por primera vez en la historia de la Cuba republicana, la jerarquía eclesiástica suspendió las ceremonias y manifestaciones públicas de la Semana Santa; toda una novedad, pues era una circunstancia que nunca antes se había vivido en la convulsa historia de Cuba. Durante los años precedentes, según enfatizó *Bohemia* en sus páginas, los purpurados habían sido “*consistentes en su evocación del drama cristiano*”, incluso en los períodos más sangrientos de la dictadura de Batista la Iglesia católica le había dado la mayor relevancia a las ceremonias y procesiones que se celebraban en la Semana de la Pasión de Cristo⁴⁵⁴. Sin embargo, no fue así en la Semana Santa de 1961.

La dirigencia revolucionaria había creado el clima adecuado para que la Iglesia contara con todas las facilidades en aquellas fechas de pasión y exaltación católica. Era interés del Gobierno revolucionario que se pudiera constatar de cara al mundo que en Cuba la libertad religiosa gozaba de todas las garantías. Sin embargo, desde dentro de la Iglesia católica, para sorpresa de propios y extraños, se promovieron en aquella Semana Santa “*las restricciones al culto y a la observación seglar de la efemérides cristiana*”, alegando para ello que no existían las suficientes garantías para celebrar los actos programados para aquellas fechas⁴⁵⁵. El Episcopado cubano hacía así de la costumbre toda una tradición y, una vez más, volvía a golpear a la revolución cuando ésta demandaba su apoyo al suspender la casi totalidad de los actos programados para la Semana Santa y convirtiendo así aquella celebración cristiana de 1961 en un episodio anómalo en la historia de Cuba.

La contrarrevolución, la de dentro y la de fuera de Cuba, y sobre todo la más reciente, pensaba en España, en su Segunda República y su Guerra Civil, como referente de lo que probablemente le sucedería a Cuba en un breve espacio de tiempo. Cuba se vería envuelta en una sangrienta guerra debido a la asunción de ideas extrañas a la realidad cubana. En Cuba, tal y como había sucedido en España en los años treinta, las ideas cristianas y las ideas comunistas entrarían en conflicto y aquello acabaría desembocando en una guerra de dos bandos irreconciliables. Esta era la visión imperante

⁴⁵¹ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 14. La Habana: domingo, 2 de abril de 1961, pág. 69-74 y 78. Semanal.

⁴⁵² Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba. 1961. Año de la Educación: “Discurso pronunciado en el acto homenaje al Periódico Revolución, con motivo del Premio que le fuera otorgado por la Organización Internacional de Periodistas, efectuado en el Salón de Embajadores del Hotel Habana Libre, el 25 de marzo de 1961”. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f250361e.html> (Consultado: 17-07-2015).

⁴⁵³ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 15. La Habana: domingo, 9 de abril de 1961, págs. 70-72. Semanal.

⁴⁵⁴ *Ibidem*, pág. 70.

⁴⁵⁵ *Idem*.

dentro de las filas de la contrarrevolución. Sin embargo, Fidel Castro, como el resto de la dirigencia cubana, no estaba de acuerdo con aquella teoría. Aquella visión catastrofista y partidaria de avivar el enfrentamiento provenía de la contrarrevolución que estaba más emparentada con el catolicismo y también de aquella otra que había huido a refugiarse a la España de Franco.

La España franquista, junto a Méjico y detrás de Estados Unidos, se había convertido en uno de los principales centros de acogida de la contrarrevolución. Unos acudían al abrigo de la madre patria por convicciones ideológicas; otros porque su compromiso con la revolución había llegado demasiado lejos y temían el rechazo del resto del exilio, y algunos otros porque su retórica antinorteamericana les inhabilitaba para encontrar un espacio entre la contrarrevolución de los Estados Unidos. Este era el caso de Pardo Llada y de otros contrarrevolucionarios que, debido a su marcada propaganda antinorteamericana durante su período de idilio con la causa fidelista, se veían ahora privados de las mieles del exilio estadounidense y tenían que acudir a España o a otros países iberoamericanos para solicitar un auxilio que por pudor o por temor a la negativa no solicitaban de los Estados Unidos. Estos sectores, por influencia del catolicismo y quizás también por los rigores que imponía el congraciarse con las ideas predominantes en su exilio alternativo, acudían a la imagen de la Guerra Civil española para evocar la conflagración que muchos veían como futuro escenario de Cuba.

Desde Cuba, los sectores que estaban apegados al proyecto revolucionario, aceptaban el envite de comparar la situación cubana con la vivida en España años antes, pero, como cabía esperar, sus conclusiones eran bien diferentes a las esbozadas por la variopinta contrarrevolución: los dirigentes revolucionarios veían imposible una reedición de la conflagración española, porque dentro de Cuba no había una fuerza capaz de plantarle cara a la revolución. Si la disidencia cubana quería terminar con la Revolución cubana tendría que exigirle a la Casa Blanca la máxima implicación en el proyecto contrarrevolucionario y probablemente la intervención directa de los Estados Unidos en territorio cubano. Un ejército como el de Franco, con mayor instrucción que las tropas de la contrarrevolución cubana, había tenido que acudir a las fuerzas alemanas e italianas para someter al pueblo español. Así pues, nadie podía creerse que aquella mezcla de rutilantes batistianos y renegados revolucionarios se sirviera y se bastara para someter a la Revolución cubana y al pueblo que la secundaba.

Según expuso en aquella jornada del 25 de marzo Fidel Castro, los que pensaran que la Revolución cubana podría correr la misma suerte que la Segunda República española estaban muy equivocados. El primer ministro cubano señaló que en la España de 1936 *“había un ejército armado hasta los dientes al mando de generales y oficiales reaccionarios”*; que en la España de entonces *“los curas estaban en el apogeo de su fuerza”* y que el Gobierno republicano solo había podido contar para su defensa *“con las armas de la razón y de la constitucionalidad”* que, a la postre, habían sido *“hechas trizas por los generales sublevados”*, lo que había dado lugar *“a aquella heroica contienda del pueblo español, que sin armas, tuvo que resistir a los tanques alemanes e italianos”*⁴⁵⁶.

Así pues, como señaló Fidel Castro en aquella cita, Cuba no contaba con un ejército traidor como le había sucedido a España y aquello suponía una diferencia sustancial, pues el pueblo cubano contaba con una ventaja para su defensa de la que no había podido gozar el pueblo español. En Cuba el ejército era el pueblo, porque era el pueblo el que había desarmado al ejército de Batista en enero de 1959. Cuba había sacado las oportunas lecciones de lo sucedido en España y, al contrario de lo que había acontecido durante la Segunda República, lo primero que hizo el Gobierno revolucionario fue desarmar al ejército del viejo régimen y poner en marcha, con suma rapidez, las reformas que el pueblo venía demandando desde hacía décadas.

⁴⁵⁶ “Discurso pronunciado en el acto homenaje al Periódico Revolución, con motivo del Premio que le fuera otorgado por la Organización Internacional de Periodistas, efectuado en el Salón de Embajadores del Hotel Habana Libre, el 25 de marzo de 1961”: *Op. Cit.*

De este modo, desde el punto de vista de las fuerzas fidelistas, la situación en la Cuba de 1961 nada tenía que ver con la vivida en España en 1936. Fidel Castro señalaba además que en España no se había podido poner en marcha una revolución debido a las razones anteriormente expuestas y que esto la separaba de forma clara del proceso cubano. Así pues, después de la reforma agraria acometida en Cuba, después de la reforma urbana y después de la destrucción del viejo aparato militar y la construcción de uno nuevo, Cuba no se encontraba en la situación de vulnerabilidad en la que se había visto el pueblo español en 1936. Ante aquellas diferencias sustanciales entre las condiciones objetivas con que se habían topado las clases populares españolas en su defensa y las imperantes en Cuba veinticinco años después, la posición de Fidel Castro no podía ser más tajante: “*Aquí no caben las condiciones que se dieron en España*”⁴⁵⁷.

Todos aquellos condicionantes hacían de la Revolución cubana un proyecto más sólido que el español y por tanto con mayores posibilidades de afrontar con éxito el envite de la reacción y de las fuerzas contrarrevolucionarias. Además, según señalaba Fidel Castro con manifiesto desprecio por los líderes de la contrarrevolución cubana, había también marcadas diferencias entre la reacción española y la cubana: los que habían cometido la traición contra España eran bastante “*más atrevidos*” que los displicentes líderes de la reacción afincados en Miami⁴⁵⁸.

Los éxitos de armas de los líderes de la contrarrevolución cubana estaban todavía por definir, nadie los conocía enfatizaba Fidel Castro, pues en las filas de la reacción militaban los batistianos que habían perdido la lucha contra las fuerzas populares y los partidarios de implantar en Cuba una revolución desvirtuada que habían sido incapaces de hacerles frente a los soldados de Batista. Si los líderes de la contrarrevolución no habían sido capaces de enfrentarse al desmoralizado y deslegitimado ejército de Batista mal podrían batirse con un pueblo bien armado y decidido a resistir. Aquellos argumentos le servían a Fidel Castro para señalar las escasas opciones con las que contaba la reacción cubana: “*los redentores de la patria*” que conspiraban desde Miami no encontrarían un ejército desmoralizado, sino “*un pueblo armado*” que lucharían para conservar los logros conseguidos⁴⁵⁹. Esta circunstancia, unida a su falta de arrojo, colocaba a los dirigentes de la reacción en una situación de clara desventaja, que sólo podría paliarse con una decidida implicación de los Estados Unidos.

En aquel discurso del 25 de marzo Fidel Castro extremó su desdén a la hora de valorar a los líderes del exilio, unos líderes que no aguantaban la comparación con los hombres que permanecían en Cuba al frente de la Revolución cubana. El primero ministro señaló entonces que los que se encontraban al frente de la revolución, prestos a defenderla de la ofensiva exterior, habían luchado contra Batista. Una circunstancia que los nuevos y flamantes líderes de la contrarrevolución nunca habían conocido. Es más, no sabían lo que era una guerra y mucho menos conocían el significado de lo que suponía enfrentarse a un pueblo armado que contaba con la experiencia de unos dirigentes que sabían lo que era luchar sin armas y sin dinero. Fidel Castro señalaba igualmente que hacer una guerra contra Batista en aquellas condiciones en las que la había hecho el pueblo cubano era una empresa difícil y que aquello los había preparado para sortear todas las penurias que pudiera traer aparejada un enfrentamiento bélico con los Estados Unidos y sus aliados cubanos.

Al primer ministro cubano no le dolieron prendas a la hora de alabar la preparación con la que contaban los líderes de la revolución para enfrentar una guerra contra el poder imperial y sus servidores. Los líderes de la revolución “*venían de abajo*”, no había llegado “*al poder con un golpe de Estado*”, ni del brazo de un ejército; por tanto, eran líderes populares que contaban con las

⁴⁵⁷ *Idem.*

⁴⁵⁸ *Idem.*

⁴⁵⁹ *Idem.*

bendiciones de aquella clase de la que provenían⁴⁶⁰. La mayoría de ellos sabían lo que era estar privados de libertad, cumplir prisión y “mantener las convicciones en aquellos momentos difíciles”; sabían lo que era “estar luchando contra fuerzas muy superiores”, y sabían lo que era “no tener armas ni tener recursos”⁴⁶¹.

Los líderes de la revolución estaban acostumbrados a pelear en aquellas condiciones oprobiosas, algo que los diferenciaba radicalmente de aquellos dirigentes de cartón piedra colocados por la Casa Blanca al frente de la reacción; unos dirigentes que vivían de mendigar del “gobierno yanqui” y “de buscar al FBI y a la CIA” para que les facilitaran “armas” y les prepararan “planes de invasión” y “campañas terroristas”⁴⁶².

Llegados a aquel punto Fidel Castro se preguntaba, haciendo uso de aquella retórica que brindaba a sus audiencias, si los núcleos de poder estadounidenses creían y confiaban en aquellos hombres de la contrarrevolución y si realmente eran aquellos líderes de Miami los que iban a destruir a la Revolución cubana. El primer ministro cubano, en la respuesta a aquella cuestión, hacía de la mofa un argumento para el escarnio y se preguntaba por dónde iban a desembarcar y cómo iban a luchar aquellos insignes cruzados contra el comunismo.

Fidel Castro hacían mención a la condición física de muchos de ellos, incapaces de arrastrar su obesidad por un terreno irregular, y, tras ahondar en la burla, señalaba que Estados Unidos, si realmente quería terminar con el proyecto cubano, sabía perfectamente que tendría que intervenir directamente, aunque fuera detrás de la pantalla de la contrarrevolución, y que tenía que estar dispuesto a sufrir bajas y entablar una guerra en el Caribe como nunca antes se había visto.

Aquella larga argumentación, núcleo central del discurso del primer ministro cubano, le servía a Fidel Castro para señalar las diferencias que había entre la España de los años treinta y la Cuba de los sesenta. La situación española y la cubana no eran comparables y si en algo se parecían era en el tesón mostrado por ambos pueblos en la defensa de sus conquistas y en la gran similitud de los enemigos a los que habían tenido que hacer frente. España había fracasado en el sustento de la causa popular, sus condiciones eran muy difíciles porque tenía a la reacción incrustada en su seno, en el caso cubano, la situación era otra, pues los reacios a asumir las nuevas reglas habían partido hacia el exilio o se habían visto arrollados por las fuerzas de la revolución. Esta era la idea que bullía en los reportajes que el exilio español escribió para la revista *Bohemia* en aquellas fechas.

El omnipresente José María González Jerez escribió un reportaje para *Bohemia* en memoria del XXX Aniversario de la proclamación de la República Española que respondía a un título más que elocuente: “En Cuba no ocurrirá lo que en España”⁴⁶³. El reportaje, a grandes rasgos, seguía la impronta fijada por Fidel Castro en el discurso del día 25 de marzo, pero se mostraba más inclemente con los errores cometidos por los Gobiernos de la Segunda República.

En primer lugar señalaba las analogías entre el proceso español y el cubano, para pasar a continuación a señalar las diferencias, diferencias que habían causado la ruina de España y que habían sido tomadas en consideración por el frente revolucionario cubano para que la tragedia de España no se repitiera en Cuba. Sobre las similitudes entre ambos procesos, González Jerez, dirigiéndose al lector en primera persona, señalaba que era difícil no ver en Cuba lo vivido en España. El “heroísmo popular”, el “espectáculo de un pueblo miliciano, decidido a vencer en todos los frentes, dispuesto a todos los sacrificios, avanzando sin temor por el camino de una total transformación”, se contemplaba en la

⁴⁶⁰ *Idem.*

⁴⁶¹ *Idem.*

⁴⁶² *Idem.*

⁴⁶³ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 16. La Habana: domingo, 16 de abril de 1961, págs. 42, 43, 82 y 87. Semanal.

Cuba de aquel momento, como se había contemplado en la España de los años treinta⁴⁶⁴. Todos los españoles que habían vivido la Segunda República y la Guerra Civil encontraban en el pueblo cubano y en la defensa de su revolución la actitud desplegada por el pueblo español décadas antes.

González Jerez, como protagonista del proceso revolucionario español y como participante del cubano, hablaba de la “*actitud responsable, vigilante y enhiesta de todo un pueblo*”, el español, un comportamiento que se veía reverdecir entre el pueblo cubano⁴⁶⁵. Viendo la actitud de los cubanos ante la revolución, González Jerez señalaba que le afloraban los recuerdos de aquellos días vividos en España a comienzos de la década de los años treinta.

Por lo demás, González Jerez señalaba que el enemigo al que tendría que hacer frente el pueblo de Cuba era similar al que había sometido al pueblo español. Este había tenido que batirse frente al nazismo alemán y el fascismo italiano, aquel frente al imperialismo yanqui, y todos ellos, nazis, fascistas e imperialistas habían contado con la colaboración de Franco. El imperialismo norteamericano, sostén de Franco, uno de los “*enemigos jurados de la Revolución cubana*”, compartía objetivos con la Alemania nazi y la Italia fascista⁴⁶⁶. De lo que se trataba era de someter a los pueblos a la tiranía y en esto Hitler, Mussolini y la Administración norteamericana compartían objetivos. El curtido comunista español que firmaba aquel trabajo para el semanario habanero no parecía albergar dudas frente a tan contundente y arriesgado aserto y seguía enlazando similitudes entre los enemigos de los pueblos de Cuba y España.

Ambos pueblos, el español y el cubano, compartían enemigos, pero también amigos. La URSS, en 1936 como en 1961, parecía la única potencia capaz de batirse por la libertad de los pueblos. González Jerez aprovechaba aquella afirmación para atacar a las potencias occidentales, observadoras y cómplices de los ataques a los que sometían a los pueblos las naciones imperialistas⁴⁶⁷. La Unión Soviética había sido el “*único país fuerte que se mantuvo ejemplarmente al lado de la justa causa del pueblo español*” y aparecía de nuevo, un cuarto de siglo después, dispuesta a hacer lo mismo en la disputa que Cuba estaba librando por ganar su soberanía⁴⁶⁸.

Los pueblos que desde los años treinta habían luchado por ganar su soberanía habían contado siempre con el sustento soviético y aquella realidad, expuesta bajo todos los prismas imaginables en el aquel artículo, era la base sobre la que González Jerez exponía las claves internacionales en las que se libraría el conflicto cubano. Lo sucedido en España a mediados de los años treinta era el mejor refrendo a lo apuntado en aquella tesis. La URSS, una potencia más débil en los años treinta de lo que lo era en los años sesenta, había apostado por el pueblo español durante la Guerra Civil y había pagado un alto precio en vidas y barcos por aquel apoyo a la España republicana. El pueblo español se había batido con una entereza encomiable frente la agresión y pudo sostenerse gracias a “*los alimentos y armas*” y a las “*medicinas y ropas*” que llegaban de la URSS⁴⁶⁹. La patria de Lenin, además, había ayudado a la movilización de la mayor parte de “*los voluntarios heroicos*” que habían partido rumbo a la península ibérica a defender la causa española⁴⁷⁰.

Aquella era la historia de España y la de un pueblo que había sabido sostener la lucha sin vacilaciones. La solidaridad internacional había sustentado al pueblo español mientras éste había tenido fuerzas para mantener la lucha con los sabotadores de la soberanía popular; algo que volvería a suceder en el caso de que Cuba fuera atacada por el poder imperial. Sin embargo, a pesar de las similitudes entre

⁴⁶⁴ *Ibidem*, pág. 43.

⁴⁶⁵ *Idem*.

⁴⁶⁶ *Idem*.

⁴⁶⁷ *Ibidem*, pág. 42.

⁴⁶⁸ *Ibidem*, pág. 43.

⁴⁶⁹ *Idem*.

⁴⁷⁰ *Idem*.

el arrojo de cubanos y españoles por la defensa de su soberanía y de la solidaridad que había llegado de allende de sus fronteras para sostener su causa, algo había cambiado desde 1936, ahora ya no sólo sería la Unión Soviética la que saldría en defensa de Cuba como antes lo había hecho con España. Ahora el mundo socialista había crecido “*en extensión y en poderío*”⁴⁷¹.

Los pueblos que lucharan por ganar la soberanía de sus pueblos tenían a principios de la década de los sesenta mejores garantías para su defensa que en 1936: “*desde el corazón de Europa hasta los lejanos confines de Asia*” se extendía el mundo socialista “*con mil millones de hombres unidos en sólido bloque*” como “*vanguardia de la ciencia y el progreso*”⁴⁷². Este era el rotundo mensaje que *Bohemia* lanzaba a través de sus páginas. Cuba tendría tras de sí al bloque socialista para sostener su causa en caso de guerra y tendría también, según relataba González Jerez a través de aquella pieza apasionada, “*a un gran mosaico de países afro-asiáticos*”, que, en tiempos de la contienda española, estaban todavía reducidos a la condición de “*cantera de materias primas y de hombres para los monopolios*” y ahora eran “*parte activa en la gran lucha contra el imperialismo y en la solidaridad hacia la Revolución cubana*”⁴⁷³. Se había orquestado un cambio importante en la correlación de fuerzas internacionales y aquella circunstancia tenía que tenerse en cuenta a la hora de acometer un análisis de la situación en 1961 y de la registrada en 1936.

Con esta reflexión geopolítica como punto de partida, González Jerez abrió la veda para exponer lo que separaba a la Revolución cubana de la Segunda República. La diferencia entre los procesos revolucionarios de Cuba y España no había estado en los pueblos, sino en los apoyos internacionales y, fundamentalmente, en los Gobiernos que habían presidido ambas experiencias transformadoras.

La derrota del pueblo español no había tenido como causa única la debilidad de los apoyos internacionales, sino también la falta de decisión de los Gobiernos de aquella corta experiencia republicana. La agresión y la posterior derrota de la Segunda República se había producido por su falta de valentía, igual que la solidez de la Revolución cubana se encontraba en la decisión de sus líderes: ésta era la visión que sustentaba aquel comunista español que había vivido la Segunda República durante su adolescencia y la Revolución cubana durante su madurez.

González Jerez señalaba que en el caso de España se tendía a confundir en muchas ocasiones “*las realizaciones milagrosas y heroicas del pueblo en las difíciles condiciones de la guerra, con el período que la precedió*”⁴⁷⁴. Bajo esta idea se deslizaba la opinión que muchos comunistas españoles y otros tantos socialistas tenían sobre lo acontecido durante la Segunda República. González Jerez se hacía eco de esta idea y la expresaba del siguiente modo:

“*Las fuerzas reaccionarias, agazapadas primero, actuando desembozadamente después, pudieron dar el golpe contra las libertades populares en contubernio con el fascismo internacional, precisamente por la falta de realizaciones profundas a partir del 14 de abril de 1931*”⁴⁷⁵.

González Jerez presentaba aquella provocadora idea señalando que no se pretendía enjuiciar “*la actuación de los hombres de aquella época difícil, víctimas directas o indirectas del fascismo*”; no se trataba en definitiva de juzgar “*el papel jugado por el socialismo reformista o por el anarquismo disolvente*”; ambos tenían “*viejas raíces en sectores honrados y heroicos*” y se habían batido con firmeza frente al fascismo, y tampoco se trataba de caracterizar y analizar con severidad a “*los*

⁴⁷¹ *Idem.*

⁴⁷² *Idem.*

⁴⁷³ *Ibidem*, págs. 43 y 82.

⁴⁷⁴ *Ibidem*, pág. 82.

⁴⁷⁵ *Idem.*

partidos republicanos y a sus hombres”⁴⁷⁶. Sin embargo, tampoco se podía ocultar que entre estos últimos se habían encontrado muchos ejemplos de dirigentes vacilantes que, “*como representantes de la burguesía española*”, se habían mostrado “*temerosos de que la obra transformadora rebasara los límites de la lucha contra los residuos feudales*”⁴⁷⁷.

El problema de la experiencia republicana española había estado en este tipo de dirigentes que, “*sin fe en el pueblo*” y temerosos de él, habían sido más proclives “*a creer en la palabra de un general sin honor*” que en la confianza que el pueblo había depositado en ellos⁴⁷⁸. A través de aquellas ideas, González Jerez señalaba que no trataba de emprender un ataque contra nadie, simplemente estaba dando fe de lo acontecido. De lo que se trataba, en definitiva, era “*de señalar hechos históricos*”, de contar lo que había sucedido, para así enmendar futuros errores⁴⁷⁹.

Con aquellas palabras, González Jerez comenzaba a examinar con prolijidad y a juzgar con severidad el período republicano español; se adentraba en un análisis que, a tenor de lo apuntado por él mismo, había pretendido evitar, pero ante el que, finalmente, había sucumbido. Y fue aquí cuando puso negro sobre blanco el compendio de errores en los que, a su juicio, había caído la Segunda República.

En aquel artículo, González Jerez señaló que en España no se había hecho una reforma agraria y que allí había estado uno de los principales errores en los que había incurrido la República española. Como en el caso de Cuba, en España, la reforma agraria había sido una de las demandas populares y, a diferencia de Cuba, la España republicana había dejado aquella reforma a medio hacer. En aquella crítica no se esquivaron las referencias a los problemas que había acarreado el no darle satisfacción plena a aquella demanda popular y González Jerez incluyó en su análisis un relato sobre los infamantes episodios de Arnedo y Casas Viejas, donde se había derramado sangre campesina que había manchado el honor de la República⁴⁸⁰.

La reforma agraria no había sido el único error del fallido ensayo republicano en España; la Segunda República había consentido con dejar en pie el viejo aparato militar, el ejército del viejo régimen no se había visto afectado en lo sustancial tras la caída de la Monarquía española, pues los generales africanistas habían seguido en sus puestos de mando. Aquella falta de decisión había hecho que los cuarteles continuaran actuando “*como centros de traición y conspiración*”⁴⁸¹. Lo que había sucedido en la España de la Segunda República, al parecer del que firmaba aquel artículo, era la falta de sintonía entre la ley y la realidad a la que se había pretendido dar amparo, pues la ley reflejaba unos planteamientos que no se supieron llevar la práctica con éxito. La España republicana, según rezaba su ley fundamental, se había pretendido articular como una república “*de trabajadores de toda clase que se organizarían en régimen de libertad y justicia*”, algo que no llegó nunca a producirse debido a la falta de interés de los Gobiernos conservadores y a la manca de decisión por parte de los Gobiernos progresistas⁴⁸².

Para González Jerez, el principal defecto de la Segunda República había estado en la timidez con la que se habían desenvuelto muchos de los representantes de la burguesía, que parecían tener más miedo del pueblo al que querían redimir que de las clases reaccionarias a las que querían abatir. Las clases dirigentes que habían traído el cambio a España actuaron con tantas precauciones y haciendo gala de

⁴⁷⁶ *Idem.*

⁴⁷⁷ *Idem.*

⁴⁷⁸ *Idem.*

⁴⁷⁹ *Idem.*

⁴⁸⁰ *Idem.*

⁴⁸¹ *Idem.*

⁴⁸² *Idem.*

tantas cautelas que el enemigo al que pretendían derrocar tubo tiempo suficiente para reorganizar sus fuerzas.

Así pues, según señalaba González Jerez, aquella falta de decisión había imposibilitado que las fuerzas de orden público y el aparato propagandístico estatal se desempeñaran al servicio de los trabajadores o de sus representantes. Lejos de suceder esto, aconteció todo lo contrario: las fuerzas represivas y propagandísticas del Estado continuaron en las mismas manos, lo que posibilitó que las hordas reaccionarias terminaran con el ensayo republicano cuando encontraron ocasión propicia para ello.

Además, la reacción tenía aliados poderosos: había contado con la connivencia y el apoyo decidido de las altas jerarquías eclesiásticas que veían con desagrado la deriva transformadora que podía ponerse en marcha. Los pulpitos se convirtieron en tribunas “*de agitación reaccionaria y divisionista*” y la lucha de los opresores “*fue vestida con el ropaje de la cruzada religiosa*”⁴⁸³. “*Frente al Viva la República se alzó, provocador y confusionista, el Vita Cristo Rey como si ambos gritos tuvieran que ser antagónicos*”⁴⁸⁴. El entramado que había gobernado la España monárquica había quedado en pie y aquello facilitó que desde “*los puestos de mando del ejército y del Estado, los enemigos del pueblo*”, pudieran preparar “*la puñalada contra la República*”⁴⁸⁵.

Los momentos heroicos del pueblo y el período verdaderamente revolucionario, según rezaba aquel artículo, se había vivido durante la guerra y no durante la república. El pueblo español, “*sin armas, sin preparación militar, sin la unidad necesaria*”, había conseguido hacer frente a la agresión, “*conquistó las armas y resistió a lo largo de treinta y dos meses a los ejércitos regulares de Franco y a las unidades militares alemanas e italianas*”, todo un ejemplo para los pueblos del mundo⁴⁸⁶. Y fue entonces, según relataba en aquel apasionado relato González Jerez, cuando la obra transformadora comenzó a realizarse. En aquellas difíciles condiciones de la guerra, “*con España dividida por las trincheras de combate*”, el pueblo tomó las riendas y comenzó la revolución⁴⁸⁷. Un ministro comunista, según apuntaba su homólogo González Jerez, había puesto en marcha la reforma agraria; surgió también entonces un ejército popular, “*nutrido de la cantera inagotable del pueblo*”; la industria pasó a ser contralada por manos populares, “*los bienes de los traidores*” fueron recuperados “*por la nación en armas*”, y “*junto al fusil del miliciano o del soldado surgió el libro para darle la batalla al analfabetismo*”⁴⁸⁸. El Gobierno del pueblo adoptó igualmente medidas para aliviar los alquileres y las penosas condiciones de vida del pueblo. Había sido en la guerra y no durante el período republicano cuando España había dado lo mejor de sí misma.

Aquella semblanza de lo acontecido en España le servía a González Jerez, siguiendo la ruta trazada por Fidel Castro días antes, para señalar que en Cuba no ocurriría lo que en España, porque en Cuba estaban ocurriendo hechos que no se habían producido en la España de la Segunda República. Cuba había hecho en período de paz relativa lo que España había tenido que realizar en período de guerra convencional. Así pues, tal y como había señalado Fidel Castro, nada había de común entre lo acontecido en España y lo que estaba sucediendo en territorio cubano. Cuba era ya un pueblo en marcha, “*libre del viejo aparato represivo*”; a la salvo también “*de la fuerza económica de sus enemigos*” y de sus plataformas propagandísticas; unido alrededor de su Gobierno revolucionario, y “*preparado militarmente*” para afrontar los desafíos a los que tratarían de exponerlo sus enemigos⁴⁸⁹.

⁴⁸³ *Idem.*

⁴⁸⁴ *Idem.*

⁴⁸⁵ *Idem.*

⁴⁸⁶ *Ibidem*, pág. 83.

⁴⁸⁷ *Idem.*

⁴⁸⁸ *Idem.*

⁴⁸⁹ *Ibidem*, pág. 87.

Cuba vencería porque el escenario era más propicio que el vivido en España, por eso no se podían comparar ambos casos. Bajo esta máxima González Jerez daba por terminado su trabajo sobre la Segunda República y lo hacía con la certeza de que el éxito era el destino del proyecto cubano. El artículo finalizaba con una de las divisas de la revolución fidelista: “*Venceremos*”⁴⁹⁰. Con aquella breve pero contundente aseveración se echaba el cierre a aquel oportuno trabajo que recogía las últimas ideas lanzadas por Fidel Castro para darles mayor contenido y precisión.

La experiencia española se recreaba en las páginas de *Bohemia* para que sirviera de maestra y de arma de combate para la revolución cubana, ensalzando lo que en ella se consideraban virtudes y afeando sin reparos lo que se creían errores. Unos errores y unas virtudes que se construían y explicitaban para dar sentido y coherencia al proyecto cubano. El desafío lanzado por la contrarrevolución al colocar la Segunda República y la Guerra Civil en el centro del debate era recogido por las fuerzas revolucionarias para exponer las virtudes del proceso revolucionario cubano y para asegurarle al pueblo de Cuba que la victoria sería suya, pues el proyecto cubano contaba con los valores que habían imperado en el pueblo español durante los años treinta y había sabido además sortear los errores en que habían caído los dirigentes de la Segunda República.

La Guerra Civil española y su revolución fallida siguieron estando en el centro del debate en aquellos meses de marzo y abril de 1961, pues servían para explicitar las contradicciones del sistema capitalista, las alianzas de clase que le eran afines por naturaleza y la imposibilidad de articular un proceso revolucionario que atendiera las necesidades políticas, sociales y económicas de las clases populares sin romper con el sistema capitalista.

La dirigencia revolucionaria hizo suyo el desafío de colocar la experiencia española como base para evaluar la Revolución cubana, pues aquella comparativa servía para justificar los pasos hacia el socialismo dados por el Gobierno cubano: la Revolución cubana o era socialista o no sería. Los comunistas cubanos, junto al resto de la izquierda revolucionaria de Cuba, encontraron en el ejemplo español el camino para cimentar lo acertado del discurrir cubano en su proceso revolucionario y el vehículo idóneo para exponer que la vía del socialismo se abría como la única opción posible para llevar a la Revolución cubana a la consecución de las metas que se habían fijado desde el Gobierno fidelista.

Aquellas eran las intenciones manifiestas; ahora bien, nadie osaba todavía llamar por su nombre al proyecto que se estaba poniendo en marcha en Cuba y sobre el que ya se trabajaba desde hacía meses. La revolución era socialista, porque, dado el contexto, era la salida natural para que el pueblo cubano pudiera edificar su anhelada soberanía. Sin embargo, nadie se aventuraba todavía a llamar por su nombre a la revolución que se estaba llevando a cabo y mucho menos a declarar el carácter socialista del proyecto cubano, pues aquello significaba colocar a Cuba en el disparadero. Ni siquiera los comunistas de militancia declarada, como era el caso de González Jerez, se aventuraban por tales sendas, preferían entrar en un lenguaje encriptado que aunque no resultaba difícil de descifrar escondía la palabra socialista o comunista debido a los riesgos que ello traía aparejado. Nada mejor que la reproducción de uno de los pasajes del trabajo para *Bohemia* del mentado comunista español para certificar esta reticencia más que justificada a plantar la palabra socialista en sus textos:

“Las posibilidades de desarrollo de la sociedad humana son infinitamente más ricas en contenidos y formas de lo que pretenden los dogmáticos con sus moldes rígidos y su fijismo (sic) filosófico-social. Europa Occidental y Estados Unidos han dejado de ser la civilización por antonomasia y los modelos a imitar por el resto del mundo. Tal inversión de valores se ha producido en menos de medio siglo por razones que no podemos enunciar sin exceder los

⁴⁹⁰ *Idem.*

*límites de un artículo, pero que en resumen señalan una tendencia creciente en progresión geométrica a desplazar el eje del futuro de la humanidad a la zona de los pueblos que despiertan a una nueva vida superior”.*⁴⁹¹

Las palabras de González Jerez hablaban del socialismo como futuro para los pueblos del mundo, era la fase superior a la que habían llegado los pueblos que habían decidido apartarse de los modelos de desarrollo del mal llamado mundo occidental. Sin embargo, como venimos insistiendo, el término comunista o el calificativo socialista se evitaban siempre que fuera posible acudir al circunloquio o al rodeo dilatorio.

De todos modos, el cambio retórico se había orquestado ya, pues los lectores y las audiencias de Cuba tenían que comenzar a ser conscientes de la dirección hacia la que caminaba la revolución para así poder defenderla y comprenderla. Fidel Castro había dado el pistoletazo de salida para poner en circulación aquella consigna de que el desarrollo natural de la revolución popular y antimperialista que se había recreado en Cuba tenía como salida lógica la transición hacia el socialismo. Y aunque aquella terminología estaba todavía proscrita en el discurso revolucionario, lo que no estaba vedado era el ataque al régimen que le hacía frente. Es decir, la puerta estaba abierta para denostar al sistema capitalista y al régimen liberal. No hacía falta certificar que la revolución caminaba hacia la organización socialista, el simple hecho de señalar que el régimen liberal y el capitalismo de antaño quedaban proscritos para Cuba era muestra más que elocuente del rumbo de la revolución. Ahora, las elusiones sobre el socialismo eran sólo de tipo terminológico, pero no de contenido, pues el proyecto de la revolución socialista se exponía sin hacer uso del término. En los discursos del primer ministro cubano la opción por el socialismo comenzó a hacerse cada día más evidente, pues en aquel momento el pueblo ya estaba en condiciones de afrontar aquella salida a la Revolución cubana de forma consciente.

El día 27 de marzo, en el discurso pronunciado en la I Plenaria Estudiantil de Jóvenes Rebeldes, Fidel Castro señaló que la recreación del capitalismo en Cuba ya no era una acción viable para la Revolución cubana debido a la alianza de clases que demanda la puesta en funcionamiento de aquel sistema sociopolítico y económico. Cuba tendría que renunciar al capitalismo debido a los valores que promovían las clases sociales que lo sustentaban. Aquellas clases eran las que combatían a la revolución y las que estaban en contra de la redención de los sectores populares. El capitalismo y la clase social que medraba en su seno como clase hegemónica, la burguesía, ya no promovían el progreso de los pueblos, pues habían optado por aliarse con la reacción para sostener el sistema de dominio. Unas ideas que estaban en plena sintonía con el mensaje que había lanzado desde las páginas de *Bohemia* el comunista español González Jerez.

Fidel Castro señaló en aquella cita que, en los pueblos coloniales y dependientes, los residuos del feudalismo declinante y las oligarquías a las que había dado vida el pujante capitalismo habían llegado a un pacto entre caballeros para contener el empuje revolucionario de las clases populares. Además, esta alianza entre antiguos rivales contaba con los servicios que la Iglesia podía prestarles, deseosa como estaba de participar en aquel entendimiento entre el decadente feudalismo y el brioso capitalismo. La Iglesia había vivido a la sombra y bajo las prebendas de ambos regímenes y no encontraba contradicción alguna en servirles de nuevo bajo aquel renovado régimen de entendimiento. Sobre este particular las palabras de Fidel Castro eran sumamente esclarecedoras: *“Hoy, capitalismo y alta jerarquía católica, en nuestro país, es la misma cosa. Hoy el capitalismo,*

⁴⁹¹ *Idem.*

que un día luchó contra el feudalismo, frente a la Iglesia, busca la alianza de la Iglesia, para luchar contra las nuevas ideas revolucionarias”.⁴⁹²

Aquel oportuno ejemplo le servía a Fidel Castro para acudir de nuevo al ejemplo español. España volvía a ser de nuevo fuente de inspiración para el primer ministro cubano. La imposibilidad de unir capitalismo y revolución había quedado patente en el caso español, donde finalmente, tras la derrota del pueblo en la guerra civil, se había constituido un bloque de poder en torno a los residuos del antiguo régimen y a la oligarquía que se había generado al calor del incipiente capitalismo. Fidel Castro lo expresaba del siguiente modo:

“Y ahí tenemos el caso de España. ¿Qué es España, el gobierno español, en este momento? Una alianza de militarismo, feudalismo, clericalismo, capitalismo e imperialismo, ese es el gobierno de España. Lleno de bases militares yanquis, lleno de curas y de arzobispos reaccionarios, lleno de generales, lleno de condes y marqueses, y lleno de latifundistas y capitalistas nacionales y extranjeros”.⁴⁹³

Por lo demás, España no era un caso único, lo mismo ocurría, según Fidel Castro, en otros muchos países del mundo, donde los pueblos se mantenían *“en la ignorancia y en el hambre”* a través de *“la sólida alianza”* establecida entre *“la oligarquía que controlaba los recursos económicos”*, *“la casta militar”* que hacía de gendarme para la burguesía oligárquica y *“la jerarquía reaccionaria de la Iglesia católica”*.⁴⁹⁴

El primer ministro cubano tomaba aquella aseveración como pretexto para lanzarle un mensaje aclaratorio a la Iglesia católica. Ella era la única que quedaba en pie después del triunfo de la revolución: la gran burguesía y el militarismo que la sustentaba habían sido barridos por el empuje revolucionario, sin embargo, la Iglesia había sido respetada debido a las creencias católicas que moraban dentro del pueblo cubano y al carácter abierto de la revolución. Así pues, la Iglesia, según reflejó la revista *Bohemia* en grandes titulares, si quería sobrevivir en aquel período de transformaciones, tenía que ser consciente del nuevo credo que imperaba en Cuba. Fidel Castro lo había dejado meridianamente claro durante su discurso en aquella plenaria estudiantil: *“Para nosotros hay un sólo templo: la patria; para nosotros hay un sólo culto: la justicia”*.⁴⁹⁵

Fidel Castro, en aquella cita ante la juventud cubana, señaló que el capitalismo ya no era opción para Cuba y fue incluso más allá al afirmar que si la reforma agraria, la nacionalización de los monopolios, la transformación de los cuarteles en escuelas, el acceso a la educación, la lucha por el pleno empleo y la construcción de viviendas para aquellos que carecían de ellas era comunismo, entonces, el pueblo de Cuba tendría que comenzar a pensar que estaban de acuerdo con el comunismo.

Cada día que pasaba el discurso de Fidel Castro se iba haciendo más diáfano. El futuro de Cuba estaba destinado a encauzarse por las sendas del socialismo y las audiencias que escuchaban embelesadas al líder cubano comenzaban a ser conscientes de ello, pues completaban con sus ocurrentes cánticos lo que el primer ministro todavía no consideraba prudente afirmar.

En el discurso ante la I Primer Plenaria Estudiantil lanzado por Fidel Castro el 27 de marzo, cuando éste hizo alusión a que el pueblo cubano debía estar de acuerdo con el comunismo si se le daban credibilidad a las críticas vertidas por la contrarrevolución, las multitudes comenzaron a entonar

⁴⁹² Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba. 1961. Año de la Educación: “Discurso pronunciado en la clausura de la Primera Plenaria Estudiantil de Jóvenes Rebeldes, en el Teatro Payret, el 27 de marzo de 1961”. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f270361e.html> (Consultado: 23-07-2015).

⁴⁹³ *Idem.*

⁴⁹⁴ *Idem.*

⁴⁹⁵ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 14. La Habana: domingo, 2 de abril de 1961, pág. 75. Semanal.

arengas que daban muestras más que evidentes del sentir popular y de lo certera que había resultado la insinuación del primer ministro. La respuesta de los jóvenes cubanos al razonamiento de Fidel Castro sobre la sintonía entre el devenir de la revolución en Cuba y los planteamientos marxistas se orquestó a través de una serie de cánticos que decían así: “¡Fidel, Jruschov, estamos con los dos!” y “¡Pin, pan, pun, que viva Mao Tse Tung!”⁴⁹⁶.

Aquellas chanzas festivas eran definitivas y definitorias sobre el carácter que estaba adquiriendo la revolución y dejaban al descubierto dos aspectos no menores. En primer lugar, que la población comenzaba a ver como convergentes al proyecto socialista y a la Revolución cubana y, en segundo lugar, que el pueblo cubano no parecía dispuesto a tomar partido de forma abierta en la pugna que se vivía dentro de la familia comunista: el conflicto sino-soviética todavía no había afectado a la Revolución cubana, pues tanto la URSS como la China popular era aliados y garantes del proyecto soberanista que se estaba viviendo Cuba.

A tenor de lo expuesto, las evidencias de que Cuba optaría por el socialismo parecían cada día más sólidas, pues los reparos populares de antaño parecían más que superados. El anticomunismo que había imperado en Cuba durante los primeros meses de revolución se había esfumado por mor del quehacer revolucionario. Y aquello había sucedido a consecuencia de la puesta en funcionamiento de un razonamiento tan simple como efectivo: si las trasformaciones que había llevado a cabo la revolución eran tachadas por la disidencia y sus patrocinadores de comunistas, los cubanos no tendrían más remedio que estar de acuerdo con el comunismo y por tanto tendrían que asumir la condición de lo que eran. Cuba había llegado al socialismo por sus acciones, sin una preparación teórica previa. La praxis revolucionaria era la que finalmente había decantado la ideología que debía definirla. Sin embargo, para que aquel tránsito de la revolución antimperialista a la revolución socialista fuera posible era necesario profundizar en la transformación revolucionaria y así lo entendió Fidel Castro.

15.9.2 La movilización proletaria como respuesta al Libro Blanco sobre Cuba

En los días finales de marzo de 1961 lo sucedido en España en los años treinta le había servido al primer ministro cubano para asentar su idea de lo que Cuba debía hacer si quería ver coronado con éxito su proyecto revolucionario y esto pasaba por desvincularse del sistema político-económico patrocinado por las potencias occidentales. La Segunda República no había llegado a esta conclusión con la rapidez que había demandado la situación y cuando el pueblo quiso emprender un verdadero proyecto revolucionario desligado del sistema capitalista tuvo que hacerlo en un contexto de guerra civil y en unas condiciones más que penosas. Aquella experiencia le servía al pueblo cubano para entender que la transición de la sociedad capitalista a la sociedad socialista debía emprenderse sin demoras y, además, que debía acometerse antes de que las huestes de la reacción optaran abiertamente por la intervención armada a gran escala. La dirigencia revolucionaria debió de llegar también a similares conclusiones, pues para mantener lo conseguido y para conquistar nuevas metas la situación demandaba de una profundización en el proyecto revolucionario que, necesariamente, pasaba por una ruptura abrupta con el liberalismo y el capitalismo que le servía como sustento.

Fidel Castro hizo una lectura adecuada de los tiempos y percibió que para poder llevar aquel proceso de transición con la mayor rapidez posible era necesario arengar a las masas y sobre todo pedir un mayor esfuerzo a los trabajadores. Como ya hemos expuesto en numerosas ocasiones, para que la revolución diera el paso definitivo hacia el socialismo, el proletario, dentro de aquella conjunción de clases populares que daban cuerpo a la revolución, tenía que tomar las riendas.

⁴⁹⁶ “Discurso pronunciado en la clausura de la Primera Plenaria Estudiantil de Jóvenes Rebeldes, en el Teatro Payret, el 27 de marzo de 1961”: *Op. Cit.*

El Libro Blanco sobre Cuba había fijado como condición para cualquier tipo de entendimiento entre Estados Unidos y la Revolución cubana la ruptura con el bloque chino soviético e, igualmente, había señalado que el Gobierno fidelista tenía que recuperar el rumbo de la revolución primigenia y abandonar por tanto las veleidades marxistas de las que venía haciendo gala. Fidel Castro era el principal aludido por la Casa Blanca, pues en él, como conductor del proceso revolucionario y del Gobierno cubano, recaía la responsabilidad de dar satisfacción o, por el contrario, desechar las demandas norteamericanas. El primer ministro cubano había sido conminado a responder a aquel documento y su respuesta no pudo ser más contundente: la contestación del primer ministro a los requerimientos de la Casa Blanca, lejos de apostar por la línea de la revolución pasiva, pasó por profundizar en la revolución, por radicalizarla y llevarla hasta sus últimas consecuencias. La contradicción entre el pueblo cubano y el imperialismo norteamericano sólo tenía cauce de resolución si se planteaba en sus justos términos la contradicción capital trabajo y fue sobre estos términos discursivos sobre los que se planteó la contestación del primer ministro cubano a la Administración norteamericana. Así pues, como cabía esperar, la respuesta de Fidel Castro fue más revolución, más calado socialista para ésta y más implicación de las clases populares en el proyecto revolucionario.

La Casa Blanca, a través del Libro Blanco, había solicitado un paso atrás en el discurso revolucionario, había acuñado aquel término de la revolución traicionada y había demandado el abandono de la línea socialista por parte del primer ministro cubano. Fidel Castro, lejos de atender aquellos requerimientos, ofreció como respuesta un llamamiento a los obreros cubanos para relanzar la lucha, para seguir manteniendo el nivel de la producción y para defender cada palmo del país en caso de invasión. La revolución cubana no daría un paso atrás y, por boca de su primer ministro, señaló que para sostener las posiciones ganadas se precisaba más poder para los trabajadores y más armas para que defendieran su causa; ésta era la respuesta de Fidel Castro al Libro Blanco y así se lo hizo saber a la Casa Blanca en las dos primeras citas en las que se encontró con los trabajadores cubanos: en los días 6 y 7 de abril de 1961. El Libro Blanco sobre Cuba había sido dado a conocer el lunes 3 de abril y el jueves 6 y el viernes 7 de abril Fidel Castro les dio cumplida réplica a los inquilinos de la Casa Blanca haciendo un llamamiento a los obreros para que radicalizaran su postura frente al imperio y en defensa de la revolución.

Tres días después de que el Libro Blanco sobre Cuba viera luz, Fidel Castro se dirigió a los trabajadores de la construcción⁴⁹⁷. El primer ministro, como era habitual, comenzó por hacer un repaso del estado en el que se encontraba el sector al que pertenecía su audiencia. En primer lugar expuso los problemas a los que había tenido que hacer frente el sector de la construcción en los últimos años debido a su condición de refugio del gran número de parados que llegaban desde el campo cubano en busca de una oportunidad; señaló igualmente lo que había significado la puesta en funcionamiento de las cooperativas y de las granjas del pueblo para aliviar aquella situación de masificación de trabajadores en las ciudades de Cuba, y no pasó por alto el esfuerzo que aquel colectivo de trabajadores del ladrillo había acometido en los últimos meses en la construcción de viviendas.

El sector de la construcción, como el resto del tejido productivo cubano, había pasado por numerosas transformaciones en los últimos meses y entre ellas Fidel Castro quiso destacar la eliminación del gran número de contratista intermedios que habían ganado grandes sumas de dividendos de las constructoras al interponerse entre éstas y los trabajadores; habló también de la desaparición dentro del sector de aquellas constructoras que se habían dedicado en exclusiva a los negocios de bloques de

⁴⁹⁷ Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba. 1961. Año de la Educación: “Discurso pronunciado en el acto para la Constitución del Comité de Defensa de la Revolución de los Trabajadores de la Construcción, en el Distrito Metropolitano de Obras Públicas, el 6 de abril de 1961”. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f060461e.html> (Consultado: 23-07-2015).

apartamentos que, en el mayoría de los casos, eran inaccesibles para el pueblo, y aseveró que la construcción había dejado de ser un negocio especulativo sujeto al poder de las finanzas para pasar a ser un sector movido por el interés social y popular.

Fidel Castro expuso el estado del sector de la construcción con la minuciosidad que en él era habitual; señaló igualmente que aquel sector de la construcción se encontraba ya en manos de la revolución, y aseveró, para terminar, que los obreros de aquel ramo no volverían a recibir los salarios de miseria que habían sufrido en los años cincuenta. El sector de la construcción había aumentado de forma considerable el salario de sus trabajadores porque había eliminado de su seno a todos aquellos elementos que habían medrado al calor de corrupción, el favor político y la especulación.

Los trabajadores de la construcción comenzaban a estar mejor pagados porque se habían abatido los elementos depredadores que habían hecho fortuna en el sector. El trabajador ya no serviría más a los intereses espurios de un puñado de la burguesía cubana y foránea que había desviado su patrimonio al sector del ladrillo para especular y vivir de las rentas. Ahora el trabajador de la construcción estaba llamado a levantar las infraestructuras que necesitaba el país y estaba sobre todo destinado a edificar las viviendas que precisaban el resto de las clases trabajadoras. Sobre este particular, Fidel Castro se mostró taxativo: *“la vivienda no volvería a ser un objeto de la especulación”*, aquel tipo de negocio quedaba proscrito en la Cuba revolucionaria, pues *“la función de la construcción de viviendas tenía que ser fundamentalmente social”*⁴⁹⁸.

Fidel Castro señalaba que los intereses de los trabajadores, de los trabajadores de la construcción y de los trabajadores en general, habían llegado a coincidir con los intereses públicos tras aquellos veintiocho meses de revolución. La revolución había conseguido que los intereses del Estado fueran los de sus clases trabajadoras y aquella realidad encontraba un campo fértil para el ejemplo en el sector de la construcción. Fidel Castro expuso varios ejemplos para señalar aquella nueva realidad que hacía del Estado y de sus clases populares un solo núcleo que se contraponía a la alianza de antaño entre la burguesía y el Estado. Uno de los ejemplos lanzado por el primer ministro rezaba así:

*“Era absurdo desde todo punto que una obra le costase al Estado lo que había que pagar en materiales, lo que había que pagar en salarios, más lo que debía ganarse un señor contratista. Era absurdo que una obra del Estado, para el pueblo, una escuela, un hospital, un puente, un camino, una playa pública, el pueblo la tuviese que pagar más cara y el obrero tuviese que trabajar y rendir para que los frutos de ese esfuerzo por rendir más sirvieran solo para engrosar los bolsillos de un señor particular”*⁴⁹⁹.

Las obras públicas, las infraestructuras y los centros educativos y hospitalarios del Estado eran contruidos para el pueblo y se hacían con el dinero del pueblo, con lo cual, en la realización de aquellas obras no cabían los enjuagues con sectores de la burguesía para que estos terminaran siendo beneficiarios económicos de lo que el pueblo precisaba y de lo que el Estado estaba obligado a aportar. Los ciudadanos debían ser iguales y los beneficios de las realizaciones del Estado tenían que estar destinadas a todos por igual, sin privilegios y sin ganancias encubiertas para unos sectores frente a otros. La obra estatal no podía seguir siendo utilizada para el enriquecimiento particular de contratistas y constructores, pues aquel enriquecimiento se había estado produciendo con el pretexto del pueblo, con el dinero del pueblo y a costa del pueblo.

Fidel Castro no eludió tampoco hablarles a aquellos obreros de las becas para sus hijos. En Cuba, la igualdad de oportunidades sería una realidad en un corto espacio de tiempo. Todos los cubanos tenían el derecho a disponer de las mismas oportunidades y el derecho de disfrutar de los mismos servicios.

⁴⁹⁸ *Idem.*

⁴⁹⁹ *Idem.*

El igualitarismo, doctrina cara a la ideología fidelista durante décadas, encontró en los años iniciales de la revolución sus primeros fundamentos teóricos y estos crecieron a la sombra de la lucha establecida contra el sistema capitalista imperante en la Cuba prerrevolucionaria. Sin embargo, lo más sustancioso del discurso de Fidel Castro en aquella jornada se localizó en aquellos pasajes en los que entró a exponer lo que significaba la figura del trabajador para el nuevo período en el que estaba inmersa la Revolución cubana.

Después de afrontar en un primer bloque el momento por el que pasaba la construcción y los cambios acaecidos en aquel sector durante los últimos meses, el primer ministro pasó en un segundo bloque a analizar el papel que se esperaba del trabajador en la Cuba revolucionaria, del trabajador de la construcción en particular y del trabajador cubano en general. Aquel no era un discurso nuevo, había sido acometido en diversas ocasiones ya por Fidel Castro y Ernesto Che Guevara. Sin embargo, lo que sí resultaba novedoso era la frecuencia con la se acudía a aquel discurso en aquellas fechas y la contundencia que se imprimía al argumentario.

Fidel Castro, en aquel discurso a los trabajadores del ramo de la construcción, atacó sin contemplaciones a la contrarrevolución; afirmó en sus consignas que los trabajadores cubanos, gracias a la revolución, habían dejado de ser víctimas de “*los inmorales*” y de “*los saqueadores*”⁵⁰⁰. Los trabajadores de Cuba, junto al resto del pueblo, se habían librado de los “*engaños*”, de las “*inmoralidades*” y de la “*politiquería*” y todo ello gracias al empuje del proceso revolucionario⁵⁰¹. El pueblo, en definitiva, según enfatizaba Fidel Castro, había visto cómo se había acabado “*la explotación*” y “*la humillación de los hombres*” tras el triunfo de la revolución⁵⁰².

Aquella era la sensación que reinaba en el pueblo de Cuba, señalaba el primer ministro, y, por tanto, era una verdadera ingenuidad que desde fuera de Cuba se creyera que los trabajadores cubanos iban a renunciar a aquellas victorias para volver al pasado. Por muchas que fueran las amenazas y las privaciones, el pueblo resistiría. El trabajador, por primera vez en la historia de Cuba, apuntaba Fidel Castro, se había sentido “*hombre*” en la plenitud del concepto⁵⁰³. El trabajador había pasado de ser ignorado y vapuleado a ser respetado y se había convertido en “*sujeto de derecho*”; en ciudadano de pleno derecho que participaba “*en las cuestiones de su país, que participaba en el destino de su país, que participaba, con todas sus responsabilidades, en la obra de la Revolución*”⁵⁰⁴. El primer ministro cubano era tajante en su razonamiento: el trabajador era parte integrante, directiva y responsable del proceso revolucionario que se estaba llevando a cabo en Cuba.

Fidel Castro expuso aquellos razonamientos de forma contumaz y machacona con el ánimo no disimulado de certificar que el nuevo bloque hegemónico formado desde la sociedad civil era el que sostenía el entramado estatal y que lo hacía porque era ya parte sustancial del Estado cubano. El trabajador, hombre pleno por primera vez, sujeto de derecho, “*recibía un arma para defender a su patria y defender su causa*”, porque su causa era la de Cuba⁵⁰⁵. Fidel Castro señaló que la única causa del trabajador cubano era ya aquella: la defensa de la revolución. En Cuba, se había superado el marco de las reivindicaciones de corto alcance; ahora el obrero apostaba por ser dueño de la totalidad y estaba decidido, con las armas en la mano, a impedir el paso de aquellos que querían devolverle al pasado de oprobio.

⁵⁰⁰ *Idem.*

⁵⁰¹ *Idem.*

⁵⁰² *Idem.*

⁵⁰³ *Idem.*

⁵⁰⁴ *Idem.*

⁵⁰⁵ *Idem.*

En los momentos en que la revolución necesitaba de un giro argumental la figura de Fidel Castro emergía para imprimir fuerza a este giro. En aquel momento, cuando se amenazaba a Cuba por sus inclinaciones socialistas, Fidel Castro hacía propaganda manifiesta de estas inclinaciones y no dudaba en afirmar que la verdadera libertad no era la que promovía el liberalismo y el capitalismo de cuño norteamericano y occidental. La “verdadera libertad”, el “verdadero hombre sujeto de derecho” no era el que votaba “una vez cada cuatro años por un pillo cualquiera”, sino que era aquel que votaba a diario⁵⁰⁶. El trabajador cubano votaba todos los días “porque todos los días discutía y porque todos los días creaba para su beneficio, creaba para su pueblo, y porque todos los días se sentía parte activa de la obra que estaba haciendo”⁵⁰⁷.

La palabra socialismo estaba exenta del discurso, no aparecía para definir, pero definía a través de sus contenidos. El cuerpo teórico y práctico del socialismo se hacía tan evidente en el discurso de Fidel Castro que su mención o la falta de ésta pasaba a ser totalmente secundaria. Si no se hacía mención explícita al socialismo era porque formaba parte de la estrategia defensiva de la revolución. Sin embargo, sus contenidos se manifestaban y sustentaban con tanta vehemencia que la ausencia terminológica no invalidaba el carácter socialista de lo realizado. Así pues, a falta de mención explícita, Fidel Castro acudía a subterfugios del tipo de “nuestra obra revolucionaria”, “esto que hemos hecho”, o simplemente “nuestro proyecto revolucionario”.

Cuba había desafiado al poder imperial y a su sistema capitalista de extracción y aquello tenía un precio que había que pagar. El precio eran las privaciones: las privaciones a las que se vería sometido el pueblo cubano como consecuencia del bloqueo impuesto por su antiguo proveedor y por la imposibilidad de adaptarse en tan poco tiempo a los nuevos suministradores. Sin embargo, aquello que “se había hecho”, según señalaba Fidel Castro al hablar de la Revolución cubana y de su carácter, sería defendido a capa y espada. El pueblo y la clase trabajadora, curtida en el padecimiento de sortear toda clase de privaciones durante décadas, sabían cómo defender lo conseguido y contaban con las armas y el arrojo para defenderlo. Las palabras del propio Fidel Castro constituían la muestra fehaciente de los sacrificios y las satisfacciones, mezcladas a partes iguales, que traería aparejada la ruptura con el capitalismo de corte liberal. El primer ministro cubano lo expresaba de este modo:

*“Esto que hemos hecho, ¡sabemos cómo defenderlo, tenemos armas con qué defenderlo y tenemos valor y decisión con qué defenderlo! Esto que hemos hecho, y este porvenir que estamos forjando para nuestro pueblo, ¡cuéstenos lo que nos cueste, sean cuales fueren las privaciones, las sabremos llevar adelante, como las saben llevar los pueblos cuando tienen dignidad!; ¡como las saben llevar los humildes, como las saben llevar los trabajadores, que a los trabajadores no los pueden asustar con las privaciones, porque esta Revolución ha tenido lugar precisamente por todas las privaciones a que sometieron a los trabajadores, por todas las humillaciones a las que sometían al pueblo pobre!”*⁵⁰⁸

Fidel Castro señalaba para finalizar su discurso en aquel trascendental encuentro con los trabajadores de la construcción que el obrero cubano tenía que convertirse en el conductor del proceso revolucionario, porque nadie como él estaba tan preparado para resistir los embates del imperialismo, decidido, como estaba éste, a rendir por el hambre y la privación al pueblo cubano. Así pues, nadie mejor que el obrero cubano, doblegado por las privaciones y la miseria durante años, para plantarle cara al imperio. El primer ministro no parecía albergar dudas al respecto: en el obrero estaban concentradas y sublimadas las características del combatiente que necesitaba Cuba en aquel trance de su historia. Fidel Castro exponía aquellas virtudes del obrero, tan necesarias en aquel momento de

⁵⁰⁶ *Idem.*

⁵⁰⁷ *Idem.*

⁵⁰⁸ *Idem.*

tribulaciones, en contraposición a los atributos de los que estaban investidos los imperialistas y sus servidores y lo hacía siguiendo la retórica acostumbrada:

“¡Ustedes se pueden asustar, señores imperialistas, señores barrigones al servicio del imperialismo, ustedes se pueden asustar ante cualquier privación!; ¡de lo que no se asusta un obrero es de ninguna privación, porque toda su vida fue de privación; eso es lo que le tocó en suerte: privaciones! ¡Nació pobre, creció pobre, vivió pobre, trabajando para ustedes!, ¡la pobreza no le asusta, y la privación y el sacrificio tampoco, porque saben que esa privación y ese sacrificio será mañana fruto beneficioso para él, será mañana felicidad para sus hijos!, ¡que la privación de hoy será abundancia de mañana!, ¡que el sacrificio de hoy será la felicidad de mañana! ¡Viva la Revolución! ¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!”⁵⁰⁹

Un día después de su encuentro con los trabajadores de la construcción, Fidel Castro acudió a una nueva cita con el mundo del trabajo. En esta ocasión la cita tuvo lugar en el Teatro del Palacio de los Trabajadores y el motivo aducido fueron los preparativos para dar inicio a la Campaña de Organización del 1º de Mayo. Fidel Castro tomó la palabra en aquel encuentro y señaló que aquel el 1º de Mayo de 1961 tenía que constituir un hito en la historia de Cuba, pues había que hacer todo lo necesario para que se erigiera como el más multitudinario de la historia del país.

Fidel Castro habló de la necesidad de trocar aquella efeméride en una de las festividades capitales para la nación cubana y relató el modo en que aquella celebración del 1º de Mayo se había convertido en una fecha maldita durante el período republicano. El primer ministro pormenorizó las prohibiciones a las que se había sometido a aquella cita revolucionaria durante la historia de Cuba y señaló que aquel comportamiento, sostenido durante años, era un síntoma más que evidente del tipo de régimen que había imperado en la isla en las últimas décadas. El día de los trabajadores había sido durante la historia de Cuba, sobre todo “*bajo los gobiernos inmorales y reaccionarios*”, un verdadero “*dolor de cabeza*”⁵¹⁰. Algo que se había hecho especialmente evidente en tiempos de Batista. Durante los siete años de tiranía batistiana ni siquiera se le había permitido a la clase trabajadora salir a la calle para celebrarlo: durante aquellos siete años de dictadura, el 1º de Mayo tuvo que “*conmemorarse bajo techo*”⁵¹¹.

El 1º de Mayo, día de los trabajadores, era también, según señaló Fidel Castro, “*el día de los hombres y mujeres humildes del pueblo*” y, por tanto, a nadie le debía sorprender que desde el triunfo de la revolución aquella fecha hubiera ido ganado estatus hasta convertirse en “*una verdadera fiesta nacional*”⁵¹². El día de los trabajadores había pasado a ser, por derecho propio, uno de los días más importantes en el calendario cubano y las razones de la importancia ganada por aquella fecha había que buscarlas en el cambio orquestado en la sociedad cubana. Fidel Castró, atendiendo a este razonamiento, aseveró que el 1º de Mayo se había convertido en un día de importancia capital “*porque los intereses que dominaban la economía*” del país en 1959 “*habían desaparecido de la vida pública nacional*” dos años después⁵¹³.

Fidel Castro, en apretada síntesis, expuso lo que había sucedido en el país para que el 1º de Mayo pasara a ser una celebración tan cubana como cualquier otra del calendario festivo. El Estado cubano había cambiado y con él lo habían hecho sus instituciones; los que sustentaban las armas y el aparato

⁵⁰⁹ *Idem.*

⁵¹⁰ Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba. 1961. Año de la Educación: “Discurso pronunciado en el Teatro del Palacio de los Trabajadores, para dar inicio a la Campaña de Organización del 1º de mayo, el 7 de abril de 1961”.

<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f070461e.html> (Consultado: 25-07-2015).

⁵¹¹ *Idem.*

⁵¹² *Idem.*

⁵¹³ *Idem.*

estatal ya no eran los soldados al servicio de las clases privilegiadas de antaño, sino las clases trabajadoras y, por tanto, el Estado tenía que estar al servicio de los intereses de estas nuevas clases hegemónicas. Si la sociedad y el Estado que le daba cobertura y sustento cambiaban, necesariamente, tenían que hacerlo también los días de exaltación popular de aquella sociedad y las jornadas de festividad fijadas por el Estado.

Fidel Castro exponía aquel argumento sin circunloquios y lo hacía señalando que, en aquel momento, *“el poder del Estado”*, *“sus instituciones”* y *“la maquinaria”* estatal ya no estaban al servicio de los latifundistas ni de la alta burguesía ni de las minorías acaudaladas y que, por tanto, como era de esperar, aquello tenía consecuencias en todos los ámbitos de la vida⁵¹⁴. La cotidianidad cubana se había visto sacudida por la vorágine revolucionaria y aquello no sólo tenía efectos en el ámbito de producción y de la defensa, sino que afectaba también a los periodos de asueto y de recreo y, por supuesto, también a los días de holganza considerados como festivos por aquel Estado transformado.

El Estado había dejado de estar al servicio de los intereses de aquellos grupos de privilegiados que habían sido los dominadores seculares de la política, la economía y la sociedad cubana. Después de dos años largos de revolución, apostillaba Fidel, el nuevo ejército, *“los soldados rebeldes y los milicianos”*, ya no estaban *“a las órdenes de aquellos magnates”* ni a las *“de aquellas compañías extranjeras”* ni tampoco atendían ya al mandato *“de los administradores y mayores”* ni al de *“los dueños de centrales azucareros y de grandes latifundios”*⁵¹⁵. Los que sostenían las armas en la Cuba de 1961 ya no eran los servidores de las clases dirigentes de antaño, las armas habían sido tomadas por los que constituían *“el poder de la nación cubana”* y su misión ya no consistía *“en desahuciar campesinos”* ni en *“aplastar manifestaciones de protestas obreras o estudiantiles”*; no podía ser éste su cometido porque el nuevo ejército cubano había nacido precisamente como consecuencia de la sublevación de estas clases otrora oprimidas⁵¹⁶. Todo había cambiado tras la puesta en marcha de la carga transformadora que portaba la revolución: las armas y los hombres del ejército cubano estaban *“al servicio de los intereses”* de los *“campesinos”*, de *“los obreros”* y de *“los estudiantes”*, porque las tropas se nutrían de estos sectores, y, por consiguiente, contaban para ello, debido al derecho ganado en la defensa de su país y de sus intereses, *“con toda la fuerza”* que les otorgaba *“el poder del Estado”*⁵¹⁷.

Aquel era en esencia, según relataba Fidel Castro, el gran cambio que se había orquestado en Cuba en los últimos dos años. Las armas estaban ahora en manos de hombres y mujeres que pertenecían a las clases *“de los campesinos, de los obreros y de los estudiantes”* y por tanto el júbilo del pueblo frente a aquel 1º de Mayo que se avecinaba estaba más que justificado⁵¹⁸. El Estado y el Gobierno cubano, al ser reflejo y soporte de aquellas nuevas clases hegemónicas, tenían la misión de acompañar al pueblo en todas sus manifestaciones y la del 1º de Mayo era una de las más señeras.

Llegados a aquel punto, Fidel Castro señalaba que la misión del Estado cubano, como la de cualquier otro, era la de velar por las clases sociales que le daban sustento y sentido y que por lo tanto tenía que hacer todo lo posible para que el pueblo cubano pudiera celebrar sus festividades con todas las garantías. Además, tenía que velar para que a aquel pueblo no le faltara de nada y más en periodos de tribulaciones y estrecheces como los que se intuían en Cuba en aquellos momentos de máxima tensión con los Estados Unidos. Fidel Castro afirmó entonces que la contienda sería dura, que probablemente el acoso norteamericano iría en aumento y que casi con toda seguridad lo peor estaba todavía por llegar. Ahora bien, el Gobierno cubano, se comprometía ante los trabajadores de Cuba y ante el resto de las

⁵¹⁴ *Idem.*

⁵¹⁵ *Idem.*

⁵¹⁶ *Idem.*

⁵¹⁷ *Idem.*

⁵¹⁸ *Idem.*

clases populares a asegurar las necesidades básicas. Lo que nunca faltaría en Cuba, por muchas que fueran las estrecheces impuestas por el imperialismo, serían “*pan, medicinas, ropas, zapatos, educación y recreo*”⁵¹⁹. Fidel Castro señalaba que podría faltar algunos artículos, pero el trabajo para todo el pueblo estaría garantizado, como lo estarían también las escuelas, los maestros, los libros y las becas para los estudiantes de las familias humildes. Además, los centros de recreo y deportivos, que habían estado sólo a disposición de unos pocos en el pasado, estaban ahora a disposición del pueblo. Así pues, según remachaba el primer ministro, sobrarían “*playas y centros de distracción*” para el esparcimiento de las clases populares⁵²⁰.

Aquello era lo que podía asegurar la revolución al pueblo y no era poco, pues, por primera vez en la historia de Cuba, lo que antes habían sido privilegios de unos pocos eran ahora derechos de todos, ganados por las armas y garantizados por un Estado que no era más que el reflejo de aquellas clases que habían sabido ganarse su soberanía.

Aquel mensaje fue lanzado por Fidel Castro a los trabajadores cubanos el 7 de abril de 1961, algo que había hecho también el primer ministro ante las cámaras de televisión a finales de marzo⁵²¹. La revolución garantizaría todos aquellos derechos a los ciudadanos de Cuba, pero lo ciudadanos tenían que ser conscientes también del periodo difícil que les había tocado vivir. Ante las cámaras de televisión, como lo hiciera después en el Teatro del Palacio de los Trabajadores ante los obreros cubanos, el primer ministro señaló que el pueblo tendría que defenderse y tendría que luchar para sostener lo conseguido y lo que estaba por llegar. Y también ante las cámaras de televisión y ante los trabajadores de Cuba el primer ministro señaló que el pueblo tendría que acostumbrarse a hacer sacrificios, pues algunos productos podían llegar a escasear en algunos momentos; sin embargo, aquellas seis necesidades que el primer ministro consideraba fundamentales: “*la ropa, los zapatos, la comida, las medicinas, la educación y el recreo*”, quedaban aseguradas para todos los cubanos⁵²².

Cuba, según señaló Fidel Castro, se estaba batiendo en toda la isla para que el analfabetismo desapareciera de las tierras cubanas, estaba peinando el territorio para que la contrarrevolución no pudiera asentarse y estaba trabajando para que la población no sufriera en ningún momento los rigores del bloqueo. Ante las cámaras de televisión a finales de marzo y ante los trabajadores en las jornadas del 6 y 7 de abril, Fidel Castro expuso aquel programa de becas para los estudiantes y de viviendas para los trabajadores, de servicios básicos cubiertos, de igualdad racial en todos los órdenes y de desafíos para el futuro inmediato; y expuso igualmente la responsabilidad que el pueblo cubano había contraído tanto en la defensa de la nación como en la defensa de los intereses de las clases populares del continente⁵²³.

Por lo demás, Fidel Castro señaló que la nación cubana no se sentía amedrentada por los cada vez más insistentes rumores de invasión. El pueblo se defendería con todos los medios a su alcance; el pueblo contaba con las armas necesarias para sostener la lucha y estaba decidido a dejar la vida en el empeño. El primer ministro se mostraba seguro de la capacidad de aguante y combate con la que contaba el pueblo y ante las audiencias de Cuba lanzó un mensaje demoledor a los sectores de la contrarrevolución que se escondían en la isla y conspiraban desde el exterior, un mensaje que la revista *Bohemia* destacó en grandes titulares en sus páginas centrales: “*Vamos a hacer trizas a todos los que asomen la cabeza por fuera o por dentro*”⁵²⁴.

⁵¹⁹ *Idem.*

⁵²⁰ *Idem.*

⁵²¹ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 16. La Habana: domingo, 16 de abril de 1961, págs. 56, 57, 81 y 82. Semanal.

⁵²² *Ibidem*, págs. 56 y 57.

⁵²³ *Ibidem*, págs. 56, 57, 81 y 82.

⁵²⁴ *Ibidem*, pág. 56.

La consigna pasaba por la trinchera y el trabajo y Cuba no podía fallar, pues en su éxito se encontraban depositas las esperanzas de las clases populares de América. En la jornada del 7 de abril, ante los obreros concentrados en el Palacio de los Trabajadores, Fidel Castro señaló la importancia que había adquirido la Revolución cubana en los últimos meses. Cuba se había convertido en el valladar para la penetración del imperio y, por tanto, tenía que dar ejemplo en todos los campos y resistir en todos los frentes: por muy poderoso que fuera el enemigo a combatir, Cuba tenía que dar la talla porque era la esperanza de los pueblos oprimidos. Así pues, el país, “*como en trinchera cercada por los enemigos*”, debía mantener alto el “*espíritu de dignidad y de sacrificio, de entereza y de firmeza*”. Cuba era una “*fortaleza rodeada*” por el apetito imperial y como tal tendría también que hacer frente a los agoreros del fracaso y tendría que combatir por tanto a “*los pesimistas*” y a “*los derrotistas*”⁵²⁵. Fidel Castro señalaba que “*en una fortaleza rodeada el derrotista servía al enemigo*”, como lo servía también el que se había instalado en la queja permanente⁵²⁶.

“Nuestra patria”, aseveraba Fidel Castro, “es hoy la fortaleza de los campesinos de América, de los obreros de América, de los humildes de América”⁵²⁷. Y en esta fortaleza, continuaba Fidel, “no queremos derrotistas ni cobardes que quieran entregar la bandera al enemigo que nos cerca”⁵²⁸. Las demandas de Fidel Castro a los trabajadores cubanos no podían ser más exigentes, Cuba era de los trabajadores, y lo era porque ellos se la habían ganado, pero aquella propiedad adquirida por derecho propio demandaba también de los mayores sacrificios y así se lo solicitó a los trabajadores de Cuba el primer ministro del Gobierno revolucionario: “Esta fortaleza no se rendirá, esta fortaleza sabrá resistir el tiempo que sea necesario, porque la defenderán hasta la última gota de su sangre los hombres y las mujeres dignos de esta tierra”⁵²⁹.

Fidel Castro, probablemente como consecuencia de los años que había pasado bajo la tutela de los jesuitas en el Colegio de Belén de la capital cubana, hacía suyas las enseñanzas jesuíticas y llegaba al extremo de proclamar como consigna de la revolución aquella máxima de San Ignacio de Loyola, militar fundador de los jesuitas, en la que se señalaba que “en una fortaleza sitiada cualquier disidencia es traición”. El religioso vasco había acuñado aquel célebre aforismo para hacer frente a las desavenencias en el contexto de la Reforma protestante, con la intención de contener las amenazas internas que suponía para la Iglesia del siglo XVI el advenimiento de las enseñanzas luteranas. Fidel Castro había decidido hacer suya aquella proclama y hacía uso de ella para combatir al sistema económico instalado en Cuba en el siglo XX por los protestantes de la América nortea y para contener las posibles disidencias que podía traer un periodo de privaciones o deterioro de la economía cubana debido al bloqueo estadounidense. En cierta medida, el choque entre cubanos y norteamericanos no hacía más que recrear la oposición secular que había enfrentado a la América anglosajona y protestante con la América católica e hispánica. Sin embargo, Fidel Castro y la revolución que encabezaba habían introducido un elemento nuevo en aquella lucha, el socialismo, lo que había propiciado que la secular pugna entre ambos mundos se tornara ahora más agria al adquirir aquella oposición nuevos perfiles y los tintes propios de la Guerra Fría.

Así pues, con aquella máxima ignaciana de condenar la disidencia como traición en la fortaleza sitiada en la que se había convertido Cuba, Fidel Castro solicitaba de los trabajadores cubanos la máxima implicación. El primer capítulo de aquella implicación superlativa, de aquel compromiso irrenunciable, tenía que materializarse el 1º de Mayo. Fidel Castro llamaba a los obreros de Cuba a la

⁵²⁵ “Discurso pronunciado en el Teatro del Palacio de los Trabajadores, para dar inicio a la Campaña de Organización del 1º de mayo, el 7 de abril de 1961”: *Op. Cit.*

⁵²⁶ *Idem.*

⁵²⁷ *Idem.*

⁵²⁸ *Idem.*

⁵²⁹ *Idem.*

movilización masiva en aquella fecha para convertirla en “la más grande” de las congregaciones obreras en la historia de Cuba y para darles a los imperialistas y “al puñado de traidores” que se refugiaban detrás de ellos una muestra feraz del poder de la revolución y de la capacidad de resistencia que albergaba en su seno⁵³⁰.

La mejor forma de contestar a los escribas que se parapetaban detrás del presidente Kennedy y a “los imperialistas” que acababan de publicar un “Libro Blanco” sobre Cuba, aparte de la respuesta cabal que el Gobierno cubano estaba obligado a cursar, tenía que ser la contestación que partiera del pueblo cubano, la que tuviera su origen en el verdadero “poder de la nación cubana”⁵³¹. Fidel Castro reclamaba aquella respuesta por parte de los trabajadores, pues el pueblo había sido impelido a hacerlo y por tanto “estaba obligado a darle al imperialismo” la respuesta que había demandado el “libro blanco imperialista”⁵³². Fidel Castro demandaba la mayor concentración obrera de la historia de Cuba para enviarle un mensaje claro al imperio. Aquel era el nuevo desafío para la revolución en los próximos días, darle al imperio la respuesta que había solicitado: “¡Démosle el pueblo, los obreros, los campesinos, los estudiantes, los jóvenes y las mujeres, démosle, el día 1º de Mayo, la respuesta que merece el “libro blanco” yanki!: ¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!”⁵³³

15.9.3 La vía hacia el socialismo de la Revolución cubana: un proyecto concebido entre la observancia teórica y la transgresión práctica

Fidel Castro, a través de aquellas dos intervenciones frente a los trabajadores de Cuba, del discurso pronunciado en el acto de homenaje al diario *Revolución* y del lanzado durante la plenaria estudiantil de la Asociación de Jóvenes Rebeldes, fijó el relato y el carácter de la revolución para los meses venideros. El pueblo tendría todas sus necesidades básicas cubiertas, pero a cambio tendría que prepararse para una larga resistencia, pues, tarde o temprano, las privaciones y los estragos que estaba generando el bloqueo comenzarían a hacerse presentes en la cotidianidad del ciudadano cubano. Entre tanto, Cuba no se podía detener, pues ni la defensa del territorio ni la producción ni la campaña de alfabetización ni el resto de las numerosísimas reformas puestas en funcionamiento podían permitirse un parón por muchas que fueran las tribulaciones.

Por lo demás, a principios de abril, Cuba contaba con un proyecto nacional perfectamente definido para llevar adelante su resistencia frente a la Casa Blanca y éste, ineludiblemente, pasaba por las recetas socialistas; nadie ponía en duda que estas recetas tendrían que estar impregnadas de un fuerte carácter cubano si se quería preservar la esencia de la revolución, sin embargo, aquello no era óbice para que el proceso estuviera ya predestinado a desenvolverse bajo los cauces del socialismo. Este mensaje, sin mentar todavía el carácter socialista de la revolución de forma explícita, fue el lanzado por el primer ministro cubano en aquellas fechas.

De esta suerte, el discurso revolucionario oficial, lanzado por boca del primer ministro como figura máxima de la revolución que era, ganaba en prestancia y uniformidad a principios de abril y presentaba a los cubanos un futuro de independencia y soberanía que sólo podía ya llegar de la mano de las propuestas socialistas. Para ser libre, Cuba tenía que desasirse del sistema capitalista, tendría que ser socialista, y tenía que hacerlo de la mano de clases populares, que eran las que estaban más dispuestas a desvincularse del capitalismo. El capitalismo liberal de impronta norteamericana impuesto en Cuba durante las últimas décadas había sido incapaz de llevar la prosperidad a las clases populares y por tanto eran estas clases las más capacitadas para romper con el capitalismo y con los Estados Unidos, pues su falta de hipotecas ideológicas y materiales con aquel sistema político y

⁵³⁰ *Idem.*

⁵³¹ *Idem.*

⁵³² *Idem.*

⁵³³ *Idem.*

económico habilitaban a estas clases para dar un paso adelante y colocarse al frente de la conducción del proceso revolucionario.

Por el contrario, la gran burguesía foránea y la nacional se había desvinculado ya de forma definitiva del proceso revolucionario porque temían al pueblo, porque abominaban de su protagonismo en la vida política y económica de Cuba y porque había preferido pactar con el imperio, la reacción y la jerarquía católica debido a que estos sectores eran los únicos que podían sostener con garantías el sistema capitalista que era el que le daba sentido a la burguesía como clase. Así pues, a aquellas alturas del proceso revolucionario, pocos dudaban ya de que Cuba caminaba con paso firme hacia el socialismo y de que estaba dispuesta a ponerse en manos de las clases trabajadoras para hacer realidad aquel proyecto.

La apelación a los trabajadores lanzada por el primer ministro explicitaba la predisposición del Gobierno cubano a encarar la transición que se fijaba como necesaria en la dogmática marxista para afrontar con éxito el paso del capitalismo al comunismo. Es más, aquella transición estaba ya en marcha, pues era algo que se desprendía de las palabras del mismo líder de la revolución en su mensaje a los trabajadores de Cuba.

Por lo demás, en lo tocante a la solidez del bloque hegemónico que se parapetaba tras el armazón organizativo de la revolución, los discursos de Fidel Castro en los primeros días abril y los últimos días de marzo habían dejado al descubierto que la alianza entre la pequeña burguesía radical, el campesinado y la clase trabajadora, fuente de legitimidad para la Cuba revolucionaria, era ya una realidad fuertemente asentada. Aquella alianza era además la que recetaban las corrientes de pensamiento marxista para poder llevar a buen puerto la empresa de derrocar el régimen capitalista e iniciar el tránsito hacia el socialismo. El bloque hegemónico llamado a entronizarse de forma definitiva en el Estado cubano, tras meses de fragua, pugna y decantación, había terminado por definirse, y este bloque hegemónico era además el que la dogmática marxista consideraba como el más idóneo para iniciar con buen paso el tránsito a una sociedad construida bajo la impronta socialista.

Aquellos discursos del primer ministro fueron definitorios, pues además de concretar la alianza de clases necesaria para apuntalar el régimen cubano, se fijaba también la importancia que estaban llamados a desempeñar los trabajadores cubanos en aquel régimen. Los trabajadores de Cuba, por necesidades teóricas y de praxis revolucionaria, eran la clase imprescindible para llevar a cabo la transición del capitalismo al socialismo. Esta transición, según señaló el propio Marx en su *Crítica al Programa de Gotha*, necesariamente tendría que pasar por un período en el que la clase trabajadora impusiera su criterio y tendría que hacerlo a través de lo que devino en llamarse “la dictadura revolucionaria del proletariado”⁵³⁴.

En Cuba, nadie osaba aún enfrascarse en semejante terminología, sin embargo, lo que se estaba proponiendo era precisamente esto: la dictadura del proletariado de la hablaban los teóricos marxistas. Aquella suerte de dictadura proletaria, con todas las peculiaridades y particularidades que le imprimía el proceso revolucionario cubano, era lo que Fidel Castro había propuesto en aquellos discursos de marzo y abril, pues ésta era la única receta ya disponible para llevar el proceso revolucionario hasta sus últimas consecuencias.

La Cuba revolucionaria tenía como máxima la soberanía nacional y la independencia de los Estados Unidos y la consecución de estas metas irrenunciables no resultaban compatibles con el sistema capitalista ensayado en las últimas décadas, una circunstancia que dejaba expedita la vía hacia el socialismo. El socialismo se presentaba ya como el compañero de viaje indispensable para ganar la independencia, pues la contradicción entre el pueblo cubano y el imperialismo norteamericano

⁵³⁴ Marx, Karl, “Crítica del programa de Gotha”, en C. Marx, F. Engels. *Obras Escogidas. Tomo III: Op. Cit.*, pág. 23.

resultaba ya un problema irresoluble si no se emparejaba a la contradicción madre del sistema capitalista del que se pretendía desligar la revolución, es decir, la contradicción capital trabajo.

Como hemos venido señalando, la revolución estaba abocada a afrontar el periodo de transición hacia el socialismo debido a la incompatibilidad de sus metas con las que imperaban en el sistema capitalista y tenía que hacerlo bajo la égida del dominio proletario; de lo contrario, la revolución no sería. Aquellas alturas del proceso, y después del giro orquestado por la Administración norteamericana, la Revolución cubana o se transformaba en socialista o terminaría por ser absorbida por las corrientes reformistas que llegaban desde la Casa Blanca.

A través de la Alianza para el Progreso Kennedy había dado cobertura a una suerte de régimen menchevique para Cuba, llamado a sustituir al Gobierno fidelista si este no se atenía a razones, y por medio del “Libro Blanco” la Administración norteamericana había hecho un llamamiento para que el Gobierno cubano olvidara cualquier tipo de inclinación comunista si quería insertarse en el marco organizativo de las Américas. Indudablemente, aquellos dos actos de coerción y ultimátum, contrarios a aquello que se entendían por soberanía, casaban mal con una negociación entre iguales, entre dos Estados soberanos, y lanzaban a la revolución hacia la radicalidad de la soviétización progresiva. Es muy probable que este plan estuviera ya en la mente de los dirigentes fidelistas, pero no se puede obviar que la actitud norteamericana contribuyó significativamente a acelerarlo. Así pues, ante el arribo como nuevos garantes del Estado cubano de los jóvenes liberales norteamericanos y de los social-reformistas que se integraban en la contrarrevolución, Fidel Castro determinó colocar al Estado cubano al servicio de los trabajadores de Cuba y de la revolución socialista.

El Estado cubano, tal y como había señalado Fidel Castro, respondía a los intereses clasistas de los grupos que lo defendían, porque la misión del Estado cubano no era otra que ser la expresión feraz de la sociedad a la que cobijaba. Dadas las circunstancias, las clases trabajadoras tenían que ponerse al frente, pues era para ellas para las que se había legislado en los últimos meses. El primer ministro cubano colocaba así al proletariado al frente para que, tal y como había señalado Lenin en sus escritos sobre el Estado y la revolución, condujera a todo el pueblo hacia el socialismo⁵³⁵. Sin embargo, Cuba tenía sus peculiaridades y, como era habitual en la puesta en práctica de los proyectos socialistas, la teoría no encajaba plenamente con la práctica revolucionaria, pues, en el caso cubano, la vía para empoderar a los trabajadores no se había establecido a través de la conducción de “*un partido de vanguardia del proletariado*”, tal y como fijaba la teoría marxista-leninista⁵³⁶, sino por petición expresa de la dirigencia revolucionaria, que había hecho las veces de vanguardia de las clases trabajadoras⁵³⁷.

Con aquel fin en cartera, Fidel Castro había colocado al Estado como avalista de la supremacía social ganada por los trabajadores de Cuba. Las clases trabajadoras podían ejercer la dominación sobre el Estado porque eran ellas las garantes de su existencia y supervivencia. El Estado cubano, como cualquier otro, según preconizaba la lógica marxista, se organizaba sobre la base de ofrecer protección a las clases dominantes; siempre había sucedido así. En Cuba, aquellas clases dominantes, organizadas ya como bloque hegemónico, eran ahora las que se conocían en el discurso cubano como clases populares y, dentro de éstas, el proletariado cubano, entendido en el sentido más amplio del término, era una parte sustancial de esta amalgama.

⁵³⁵ Lenin, Vladimir Ilich, “El Estado y la revolución”, en *Obras Completas Tomo VII (1917-1918): Op. Cit.*, pág. 10.

⁵³⁶ *Idem.*

⁵³⁷ A mediados de 1961 las ORI (Organizaciones Integradas Revolucionarias) ya se encontraban a pleno rendimiento. En su seno se habían integrado el Movimiento 26 de Julio, el Directorio Revolucionario 13 de Marzo y el PSP. Sin embargo, *extricto sensu*, no se le podía colocar a esta organización el cartel de partido de vanguardia del proletariado tal y como se entendía en la dogmática marxista, pues es su seno se recogían diferentes ideologías que englobaban, además del marxismo, otras corrientes de pensamiento nacionalistas y progresistas de América Latina.

Además, como venimos señalando, el proletariado había sido colocado por Fidel Castro en posición de vanguardia dentro de aquel conglomerado popular. Esta posición protagónica, obtenida por la lógica impuesta por el proceso revolucionario y concedida además por la máxima instancia de poder, respondía también a razones meramente prácticas, pues a nadie se le escapaba que el colectivo de los trabajadores de Cuba era el grupo más dotado para escenificar el cambio de régimen organizativo, social y económico que demandaba la sociedad cubana y el más capacitado también para resistir un período de tribulaciones y estrecheces como el que se avecinaba. Y es que, debido a sus luchas parciales durante el período republicano, a su capacidad adaptativa a los períodos de crisis y a sus continuas privaciones y reclamaciones insatisfechas, el trabajador cubano se encontraba en situación de sostener la lucha prolongada que Cuba demandaba en aquel contexto de ultimátum al que estaba sometida.

El Gobierno cubano, por boca de su máximo representante, que lo era también de la revolución, había solicitado de los trabajadores aquel apoyo expreso, aquella toma consciente del poder, pues estas clases trabajadoras ya no podía seguir actuando como si su única lucha fueran las reivindicaciones laborales. Ahora, el llamado proletariado cubano, era parte sustancial del bloque hegemónico y como tal tenía que dar un paso al frente y asumir las responsabilidades de las que había sido investido por la lógica del proceso revolucionario. En aquel estadio de la revolución ya no cabían las vacilaciones, si la dinámica del proyecto revolucionario había hecho de la revolución antimperialista una revolución socialista, la clase trabajadora tenía que movilizarse, pronunciarse y hacerlo además de una manera inequívoca. Se requería, por tanto, un cambio de mentalidad en las clases trabajadoras, un cambio que hacía referencia explícita a los comportamientos y a la manera de actuar frente al Estado y las autoridades gubernamentales.

El proletariado cubano había sido llamado a encabezar el proceso y aquello tenía una implicación evidente en sus hábitos de lucha, que necesariamente tendrían que pasar por la ampliación de las metas y la superación de los intereses estrictamente corporativos. El trabajador cubano tenía que transformar la parcialidad de la lucha laboral en la totalidad de la lucha política. La batalla ya no podía asentarse en la lucha de la reivindicación económica en el puesto de trabajo; ahora había que luchar por la toma del control, por la dirección de la sociedad, sus intereses ya no podían ser intereses particulares, sino universales, pues sus intereses de clase tenían que englobar a los intereses del resto de los grupos sociales. Fidel Castro, con aquel llamamiento a hacer del 1º de Mayo la respuesta cabal al “Libro Blanco” cocinado en la Casa Blanca, colocaba a la clase trabajadora como clase hegemónica de la Cuba revolucionaria y hacía bandera de la teoría marxista que preconizaba la supremacía de esta clase como vehículo idóneo para afrontar la transición al socialismo.

Antonio Gramsci, en sus notas sobre Maquiavelo, había teorizado sobre el tránsito que debía orquestarse dentro de la clase que aspiraba a ser clase dominante. En el caso concreto del proletariado, para ganar la hegemonía, esta clase debía superar el momento económico-corporativo, circunscrito normalmente a la lucha sindical, para pasar a otro estadio en el que las reclamaciones materiales dejaran paso a las reclamaciones de dirección y control. Es decir, lo que concedía la hegemonía era el tránsito de lo material y concreto a lo político-ideológico y universal⁵³⁸. Para que se produjera el transvase de hegemonía del sector de la burguesía y sus aliados al del proletario y los suyos resultaba imprescindible que el proletariado fuera capaz de transformar sus “*proprios intereses corporativos*” en metas de mayor alcance y profundidad para poder así integrar en ellas los intereses de la sociedad a la que pretendía representar⁵³⁹.

⁵³⁸ Gramsci, Antonio: *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno: Op. Cit.*, págs. 57 y 58.

⁵³⁹ *Ibidem*, pág. 57.

En la lucha por el socialismo los objetivos habían cambiado porque había cambiado el contexto, ya no se trataba de arañar concesiones del Estado liberal capitalista, ahora la misión era conducir al Estado proletario en pos del socialismo. Así pues, había que pasar de la reivindicación puramente económica a la “*fase más estrictamente política*” con el objetivo de articular el tránsito “*de la estructura*” a “*las superestructuras complejas*”⁵⁴⁰. Gramsci preconizaba que, de producirse aquel tránsito, la ideología del grupo dominante, articulada a través del partido o de un grupo de vanguardia, terminaría por prevalecer y “*difundirse por toda el área social*”⁵⁴¹.

De esta suerte, a través de aquel tránsito de clase subordinada a clase dominante, el proletariado, las clases trabajadoras, entrarían en una nueva fase en la que las metas políticas y económicas terminarían por converger en una “*unidad intelectual y moral*” que superaría “*el plano corporativo*” para colocarse en “*un plano universal*” con el objetivo manifiesto de crear “*la hegemonía de un grupo social*” al hacer de sus intereses e ideas fundamento de la base ideológica del resto de los grupos de la sociedad⁵⁴².

Fidel Castro, a través de su discurso en el Palacio de los Trabajadores del 7 de abril, estaba llamando a los trabajadores de Cuba a ejercer la hegemonía política, ideológica y cultural en la sociedad civil. El llamamiento a los trabajadores de Cuba para que el 1º de Mayo se orquestara como cabal respuesta al desafío norteamericano concedía el protagonismo del proceso revolucionario a la clase trabajadora, al hacer de su festividad el marco desde el cual se enviaría a los Estados Unidos el mensaje de que la verdadera revolución era la que protagonizaban las clases trabajadoras de Cuba. Fidel Castro había ido incluso más allá, pues a través de aquel llamamiento a los trabajadores señalaba explícitamente que la respuesta del Estado y el Gobierno de Cuba a los Estados Unidos sólo podía encauzarse a través de las clases sociales a las que este Estado y este Gobierno prestaban cobertura y servicios. El Estado cubano estaba a merced de las clases trabajadoras de Cuba y no por el capricho de la dirigencia revolucionaria, sino porque eran estas clases trabajadoras las que sostenían al Estado con las armas en la mano y con su trabajo diario.

Ahora bien, aquel llamamiento a hacer del Estado el hogar de las clases trabajadoras se hacía para que estas clases tendieran a fundirse con él, haciendo así de sus metas las metas del Estado y del conjunto de la sociedad a la que representaba, y no para que fuera utilizado como un instrumento de sus reclamaciones corporativas o materiales. Lo político e ideológico tenía que prevaler sobre lo económico y lo concreto, pues estos dos aspectos, puramente corporativos, no eran más que una parte de los objetivos de la clase obrera, unos objetivos que, en solitario, tenían sentido en un contexto de subordinación, pero en ningún caso en un escenario de dominación y hegemonía.

Las clases trabajadoras de Cuba, por boca del primer ministro del Gobierno revolucionario, estaban dando la batalla por la supremacía cultural, por la hegemonía política y por el control económico y militar del entramado estatal al que había dado paso el triunfo revolucionario. Así pues, la batalla en la que estaban inmersos los trabajadores tenía como destino la conversión del proletariado en elemento indisociable del Estado, del nuevo Estado revolucionario, pues su intención era sustituir la lucha desde el exterior del Estado, aquella destinada a ganarse el favor del entramado estatal y obtener sus concesiones, por la lucha desde el interior para unificarse con él en pos de la consecución de unas metas colectivas. Unas metas que eran colectivas porque pasaban de ser particulares de una clase, la trabajadora, a universales dentro de la totalidad social.

Fidel Castro, a través de aquellos dos discursos, no hizo otra cosa que fijar de forma oficial lo que extraoficialmente se venía desarrollando desde hacía algunos meses: el Estado y el Gobierno cubano

⁵⁴⁰ *Idem.*

⁵⁴¹ *Ibidem*, págs. 57 y 58.

⁵⁴² *Ibidem*, pág. 58.

estaban al servicio del nuevo bloque hegemónico, pues éste era ya indisociable de aquellos. Por lo demás, dentro de este bloque, dado el contexto nacional e internacional por el que pasaba Cuba, los trabajadores estaban llamados a ejercer el control y nada mejor que el 1º de Mayo para escenificar ante Cuba y ante el continente el papel al que habían sido emplazados por la dirigencia revolucionaria los trabajadores cubanos.

De este modo, la dirigencia revolucionaria creaba las condiciones propicias para hacer del Estado, del nuevo Estado nacido de la revolución, el instrumento “*del proletariado organizado como clase dominante*”, una de las máximas del marxismo-leninismo⁵⁴³. En la teoría marxista, y volvemos aquí a hacer referencia a Lenin en su tratado sobre el Estado y la revolución, el Estado debía entenderse como “*una organización especial de la fuerza*”, ejercida por una clase para someter a otra⁵⁴⁴. El Estado, por tanto, según aseveraba Lenin, no podía entenderse sin la noción de dominación de clase: el Estado, en manos de una clase, se articulaba como “*una organización de la violencia para reprimir a otra clase*”⁵⁴⁵.

El Estado era pues imprescindible para el proletariado si quería ejercer la dominación, al menos en el periodo de transición y durante la construcción del socialismo, un aspecto que, según Lenin, tendía a olvidarse al hacer referencia a la desaparición del Estado en las etapas de madurez o asentamiento definitivo de la sociedad comunista. Las fases de la extinción del Estado en la teoría marxista, según Lenin, tendían a confundirse de forma malintencionada, pues no era el Estado burgués el que tenía que terminar por extinguirse ante el avance proletario, sino el propio Estado proletario que una vez cumplida su función de construcción y asentamiento del comunismo debería ir desapareciendo progresivamente. El Estado burgués no se debía extinguir, sino destruirse y la labor de derribo y demolición debía llevarla a cabo la insurrección revolucionaria.

El Estado que tendía a extinguirse, una vez construido y asentado el socialismo, era el Estado proletario o “semiproletario” que había nacido de los escombros del entramado estatal del capitalismo y no el Estado burgués, fenecido en los inicios de proceso revolucionario, mucho antes de que el comunismo fuera dejando sin espacio de acción al Estado proletario⁵⁴⁶.

De acuerdo a los planteamientos de Lenin, esta confusión era planteada por muchos teóricos reformistas de la socialdemocracia para hacer pasar a la revolución a un segundo plano, para desacreditarla y para tratar de construir el socialismo desde la transformación paulatina o la evolución del Estado burgués⁵⁴⁷. De este modo, la revolución pasaba a ser prescindible y la clase trabajadora quedaba anclada en la reclamación corporativa dentro del Estado burgués, con la esperanza, vana según Lenin, de que los avances del sindicalismo y de la socialdemocracia terminaran por minar al Estado burgués. Por lo demás, esta confusión era la que había impedido a España sacar adelante su revolución. Una tesis que había sido planteada, como ya hemos expuesto, por González Jerez en las páginas de *Bohemia* y por el propio Fidel Castro en sus discursos de finales de marzo al establecer un análisis comparado entre Cuba y España.

El error de la Segunda República había estado en la no destrucción del entramado del Estado burgués, algo que sí había hecho la Revolución cubana desde los primeros meses de la revolución. Así pues, la dominación de clase del proletariado tenía que ejercerse a través de un proceso revolucionario que diera al traste con el entramado estatal de la burguesía para generar desde sus cenizas un espacio estatal propio desde el que ejercer la hegemonía conseguida. Una vez tomado el control estatal, las

⁵⁴³ Lenin, Vladimir Ilich, “El Estado y la revolución”, en *Obras Completas Tomo VII (1917-1918): Op. Cit.*, págs. 9 y 10.

⁵⁴⁴ *Idem.*

⁵⁴⁵ *Idem.*

⁵⁴⁶ *Ibidem*, págs. 6-10.

⁵⁴⁷ *Idem.*

clases trabajadoras tenía que seguir trabajando para destruir el sistema capitalista y según Lenin esto sólo podía hacerse a través de la supresión de las clases que medraban a la sombra del capitalismo. ¿Cuáles eran estas clases? “¿A qué clase tenía que reprimir el proletariado?”, se preguntaba Lenin⁵⁴⁸. Estaba claro que únicamente a la clase explotadora, es decir, en el marco del capitalismo, “a la burguesía”⁵⁴⁹.

Los trabajadores necesitaban pues del Estado para terminar con la resistencia de los explotadores. El proletariado era, de acuerdo a los razonamientos leninistas, la única clase capaz de encabezar esta lucha y la única que podía unir a todos los trabajadores y explotados en la lucha por terminar con el sistema capitalista sobre el que se sustentaba la burguesía. El proletariado, según Lenin, debido al papel que representaba en la gran producción capitalista, era la clase sobre la que se debían de unir el resto de las clases trabajadoras para terminar con el poder de la gran burguesía.

En la teoría de la lucha de clases aplicada por Marx al problema del Estado y de la revolución socialista y expuesta años después por Lenin en el contexto de la Revolución rusa, todo conducía a “la dominación política del proletariado”, a “su dictadura”, asentada ineludiblemente “en la fuerza armada de las masas”⁵⁵⁰. El proletario tenía que convertirse en “la clase dominante” y para ello precisaba del poder estatal que, “como organización centralizada de la fuerza”, era la herramienta imprescindible para “dirigir” a la “gigantesca masa de la población, a los campesinos, a la pequeña burguesía y a los semiproletarios, en la obra de poner a punto la economía socialista”⁵⁵¹.

Así pues, aquel Estado del que tenían que servirse los trabajadores era de aquel surgido desde las ruinas del Estado capitalista burgués, no había otra salida, pues, tal y como se preguntaba Lenin, “¿era posible crear semejante organización sin destruir previamente, sin demoler la máquina del Estado que había creado para sí la burguesía?”⁵⁵² Evidentemente no y estas eran las conclusiones a las que habían llegado Marx en el Manifiesto Comunista y en sus análisis sobre las experiencias revolucionarias acaecidas en Francia y en el resto de Europa entre 1848 y 1851⁵⁵³.

En las grandes líneas maestras de la teoría marxista leninista sobre el Estado y la revolución se fijaba como necesaria la existencia de un Estado para que el proletariado pudiera ejercer su dominación política, un Estado que debía además ser distinto del burgués, construido desde la destrucción de éste. Sobre este Estado de nuevo cuño, redificado sobre las cenizas de la destrucción del Estado burgués, el proletariado podría organizarse como clase dominante al abrigo de la fuerza armada de las masas.

A grandes rasgos, esto era precisamente lo que les había propuesto Fidel Castro a las clases trabajadoras de Cuba, apoyar a la revolución porque ésta estaba construida, como lo estaba el Estado en el que se sustentaba, en el poder de las clases populares, donde los trabajadores tenían un papel señero. Las clases dominantes en el Estado cubano habían dejado de ser las pertenecientes a la gran burguesía, que además había perdido el control de los aparatos coercitivos. El Estado y el ejército estaban en manos de los trabajadores de Cuba y por lo tanto mal podían representar otros intereses que no fueran los suyos.

La situación en Cuba se presentaba pues de lo más propicia para lanzarse a las labores de la construcción del socialismo. La alianza entre proletarios y campesinos, unida a la radicalidad de los sectores de la pequeña burguesía, había propiciado la creación de un bloque hegemónico coherente con la realidad nacida del proceso revolucionario y capacitado para dar satisfacción a las demandas

⁵⁴⁸ *Ibidem*, pág. 10.

⁵⁴⁹ *Idem*.

⁵⁵⁰ *Idem*.

⁵⁵¹ *Idem*.

⁵⁵² *Ibidem*, págs. 10 y 11.

⁵⁵³ *Ibidem*, pág. 11.

populares. Dicho bloque portaba además en su seno una identidad de clase que era compatible con el nacionalismo primigenio y con los anhelos populares que habían dado inicio a la Revolución cubana. Así pues, la revolución, más que traicionada como se apuntaba desde la Casa Blanca, parecía más coherente con sus principios que en sus inicios. Había ganado en racionalidad y estaba al servicio de las clases que decía representar.

En aquel contexto, las convicciones de la dirigencia revolucionaria se unían a las necesidades del momento y propiciaban un discurso más atrevido, que sin mentar todavía de forma explícita las intenciones manifiestas de la revolución, hacía suyo el proyecto de transición hacia el socialismo, pues este proyecto era compatible con la soberanía que se pretendía afianzar y conseguir de forma definitiva. La lucha de clases soterrada que se había desarrollado durante los meses precedentes al abrigo del discurso antiimperialista había dejado al descubierto que el logro de la soberanía nacional era indisociable de la victoria de las clases populares sobre sus enemigos seculares, pues ambos objetivos circulaban ya por la misma vereda al estar el Estado revolucionario bajo la tutela y el abrigo de estas clases populares.

La lucha establecida en los meses precedentes entre las clases populares y aquellos sectores nacionalistas que eran partidarios de una revolución blanda había basculado finalmente del lado de los primeros, pues las segundas se habían quedado sin el entramado estatal y militar que podía defender sus intereses, el Estado burgués, y las primeras habían construido un nuevo Estado sobre las ruinas del perteneciente al antiguo régimen desde el que ostentaban el monopolio de la coerción y violencia.

Cuba seguía estando acosada desde el exterior con la connivencia de algunos sectores del interior del país, pero el Estado que había crecido al abrigo de la revolución respondía ya a unos intereses de clase que eran los de sus clases trabajadoras y no a los de los que pretendían recuperar el control estatal parapetados tras el poder y la influencia de los Estados Unidos.

El antiguo entramado estatal había sido destruido y lo poco que quedaba de él estaba en manos de la dirigencia revolucionaria, que, además, habían pedido la colaboración del pueblo para su mejor gestión y manejo. En los últimos meses, un nuevo Estado, con algunos organismos reformados del antiguo y con nuevas organizaciones que estaban a medio camino entre lo civil y lo estatal, había terminado por cristalizar dentro de Cuba. En lo tocante a las fuerzas armadas, el Ejército rebelde, organismo ya totalmente desvinculado del antiguo Ejército cubano, y las milicias, expresión armada del pueblo uniformado, eran ahora la expresión militar de Cuba. Un aparato militar que respondía a unos intereses que ya no eran los de las antiguas clases dirigentes, como había dejado meridianamente claro en aquellas fechas Fidel Castro. Así pues, Estado y ejército parecían servir ahora, como nunca antes en la historia de la Cuba postcolonial, a las mayorías que formaban la nación cubana, a sus clases populares, que eran fermento de la sociedad civil y sustento del entramado estatal.

En poco más dos años Cuba había organizado un nuevo armazón estatal y militar que respondía a los intereses de las mayorías nacionales marginadas durante el período republicano. Además, contaba con un Gobierno decidido a transformar el país bajo criterios que respondían a los intereses de estas mayorías nacionales que estaban sustentando al proceso revolucionario y al Estado cubano. Las clases trabajadoras, por iniciativa gubernamental y por la propia inercia del proceso revolucionario, habían sido colocadas en primera línea de combate para sostener a la revolución, pues ésta trabajaba ya para hacer realidad sus intereses y demandas. Las clases trabajadoras, verbigracia de la lucha de clases de los últimos meses, habían hecho del Estado su arma de combate y de sus intereses los de toda la población cubana. Todo ello conducía ya de forma ineludible a poner fin al régimen capitalista imperante en Cuba en las últimas décadas y a organizar un régimen nuevo que sería ya socialista.

De este modo, a principios de abril, Cuba se encontraba ya en una fase del proceso revolucionario, en la que se daba por amortizado, al menos en teoría, al régimen capitalista que había imperado en la isla en los últimos años. El capitalismo de corte liberal dejaba de ser alternativa para el desarrollo de Cuba y su lugar venía a ocuparlo una receta política que mezclaba a partes iguales soberanía y socialismo y que parecía ser la estación final a la que habían conducido al proceso revolucionario el Gobierno cubano en su pertinaz búsqueda de la independencia y la contrarrevolución en su cerrazón de perseverar en la salvaguarda de un sistema político y económico que dejaba marginada a una parte mayoritaria de la población cubana.

Por lo demás, en aquella fase de transición hacia el socialismo, además del papel a desempeñar por las clases trabajadoras, el nuevo Estado, que había nacido del proceso de erosión constante del antiguo entramado estatal, estaba llamado a alcanzar un fuerte protagonismo, pues, como se ha indicado, este Estado refundado era la herramienta con la que contaban las clases trabajadoras para ejercer su hegemonía. El nuevo Estado estaba listo para desplegar su labor de conducción bajo el yugo de las clases trabajadoras y lo estaba porque había sido construido bajo la tutela del tejido asociativo que había nacido de la organización y movilización de las clases populares.

A la vera del nuevo Estado habían medrado una serie de organismos y asociaciones populares que complementaban la labor estatal, que confluían con ella y que, en muchas ocasiones, tendían a confundirse con la iniciativa y la acción estatal. Aquellas organizaciones, paraestatales para algunos, *seudociviles* para otros y civiles pero con atribuciones estatales para otros tantos, constituían un puente entre la sociedad civil y la política, pero con tal número de atribuciones que muchas veces resultaba complicado establecer la frontera entre lo estatal y lo civil. La Federación de Mujeres Cubanas; la Asociación de Jóvenes Rebeldes; los Comités de la Defensa de la Revolución, un organismo de autodefensa vecinal que no tenía parangón en otros sistemas políticos; la Central de Trabajadores de Cuba Revolucionaria; las milicias populares, o las Organizaciones Revolucionarias Integradas constituían una entramado de organismos en los que no terminaba de estar claro su condición: *stricto sensu*, no eran estatales, aunque, a bien seguro, tampoco podían ser definidos como organizaciones exclusivas de la sociedad civil.

El Estado que había cuajado tras dos años intensos de transformaciones revolucionarias no sólo había dado al traste con el Estado burgués hasta casi llevarlo a su extinción, sino que había dejado como secuela un entramado estatal al que la sociedad civil se había sumado a través de una serie de organismos nacidos del tejido asociativo popular que, poco a poco, habían terminado por confundirse, y nos atreveríamos a decir que casi por integrarse, con el propio aparato del Estado.

Los ejemplos a los que se puede acudir para justificar este aserto no eran pocos. En aquel primer tercio de 1961 las iniciativas de defensa corrían a cargo del Ejército Rebelde, un ejército de extracción popular y condición estatal, pero también de la milicia popular, un organismo netamente civil pero que se desenvolvía, tanto en su sección femenina como masculina, dentro de unos ámbitos que eran monopolio del Estado. Algo parecido sucedía con los Comités de Defensa de la Revolución. Los ya célebres CDR cubrían labores de defensa, pero también de información y espionaje que normalmente deberían pertenecer al ámbito estatal, concretamente al conocido como G2, servicio secreto cubano.

Estos planteamientos, en los que sociedad civil y Estado tendían a ser un solo cuerpo, se daban también dentro de la CTC, pues nunca quedaba del todo claro donde terminaba su acción y comenzaba la del Ministerio de Trabajo o la del INRA. En igual sentido se desempeñaba la FMC y la AJR, dos organismos que tenían competencias y libertad de acción en el campo de la defensa y la educación, no en vano, muchas milicias habían sido organizadas bajo su supervisión; incluso dentro de la campaña de alfabetización, un proyecto estatal que contaba con la dirección del Gobierno cubano, era

complicado discernir qué campos eran monopolio estatal y qué otros tenían en aquella federación femenina y en aquella agrupación juvenil su principal sustento.

Sociedad civil y sociedad política estaban tan sólidamente emparentadas que aquel llamamiento de Fidel Castro a los trabajadores de Cuba para que tomaran el control de la revolución no dejaba de ser, desde un punto de vista operativo, un puro ejercicio retórico, una arenga para enaltecer el ánimo de un pueblo destinado a pasar por momentos de angustia en los días venideros, pues en realidad hacía meses que la sociedad civil había tomado el control de la Revolución cubana.

Aquella comunión entre lo civil y estatal aportaba además poderosos réditos a la Revolución cubana, pues todo aquel entramado asociativo podía diseminarse por el interior de Cuba y más allá de sus fronteras para que llevara el mensaje de la revolución. Dentro de Cuba, aquella estrategia disolvía la acción gubernamental entre el tejido asociativo y lo hacía más digerible y accesible, fuera de las fronteras cubanas, la revolución fidelista tenía la posibilidad de desplegarse sin que las recurrentes acusaciones de injerencia en los asuntos de terceros países pudieran desplegarse tan alegremente. Tal era así que eran estas asociaciones civiles las que llevaban el mensaje de la revolución a los pueblos de América.

Esto fue precisamente lo que sucedió con “la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz”, el proyecto estrella de la revolución para hacer frente en aquel momento a la Alianza para el Progreso preconizada por Kennedy. En aquel congreso, el peso de la representación cubana no corrió a cargo del Ministerio de Exteriores, del Gobierno cubano o de algún miembro del Consejo de Estado o del Gabinete ministerial, sino de miembros de aquellas organizaciones provenientes de la sociedad civil. Bilma Espín, presidenta de la FMC, según relató la revista mejicana *Política* y el semanario cubano *Bohemia*, fue la principal representante de la comitiva cubana ante aquella conferencia, y tras ella se personaron en la capital mejicana una pléyade de representantes de los trabajadores y de las clases populares de Cuba⁵⁵⁴. Así pues, no fueron los hombres al frente del aparato estatal los que encarnaron al Estado cubano y a su Gobierno revolucionario en aquella cita, sino los representantes del tejido asociativo de las clases populares los que ostentaron la representación de la Cuba revolucionaria.

La “Conferencia Latinoamericana” presidida por Lázaro Cárdenas en Méjico constituyó la cita más importante de la Revolución cubana en aquel primer tercio del año 1961 y al frente de ella no se situó a ningún dirigente de la revolución con responsabilidades estatales o cargo ministerial, sino a dirigentes de la sociedad civil cubana, al ser ellos tan válidos como cualquier otro cargo público para representar a Cuba ante el continente.

De esta suerte, la distinción entre sociedad civil y sociedad política, en la Cuba de aquellos años, era un tema difícil de abordar. Y es que, sociedad civil y sociedad política, tendieron a fusionarse en muchos ámbitos. La Revolución cubana hizo gala de una concepción del Estado en la que se hacía referencia a la totalidad y en la que la separación entre el ámbito civil y el político-estatal tendió a desdibujarse como tendió a desdibujarse también la división de poderes propia de las democracias occidentales. El Gabinete ministerial legislaba y el Gobierno cubano ejecutaba, pero en realidad todo parecía estar sujeto a la aprobación final por parte del pueblo en aquellas asambleas populares y multitudinarias. Aquella suerte de democracia directa, ejercida con cierta regularidad, pero sin un calendario establecido ni un estudio apriorístico de los temas a tratar era la consecuencia lógica de aquella concepción del Estado que hacía referencia a la totalidad, al Estado como expresión del grupo hegemónico y como representante también de las clases antaño sojuzgadas que, ahora, tras las

⁵⁵⁴ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 16. La Habana: domingo, 16 de abril de 1961, pág. 61. Semanal.

deserciones y las partidas hacia al exilio de muchos cubanos, eran ya mayoría aplastante y fermento único sobre el que podía sostenerse el Gobierno y el Estado de Cuba.

Como hemos apuntado ya en los capítulos precedentes, en Cuba se estaba aplicando una concepción del Estado que trataba de llevarlo a su plenitud a través de la superación de su marco “superestructural”. En este sentido, se nos antoja especialmente oportuno acudir de nuevo a Antonio Gramsci y, concretamente, a aquellas reflexiones de los *Cuadernos de la cárcel* en las que el teórico italiano abogaba por una concepción del Estado que desborda al andamiaje “superestructural”.

Para Gramsci, el Estado tendría que aspirar a la superación del almacén político jurídico para tender a su convergencia con el ámbito de la sociedad civil. Así pues, la estructura estatal deseable estaría formada por una combinación de lo político y lo civil que tendría como consecuencia final la desaparición del propio Estado tal y como ambicionaban las teorías marxistas leninistas. Ahora bien, el planteamiento de Gramsci para terminar con la existencia del Estado apostaba por la disolución de éste dentro de la sociedad civil⁵⁵⁵. Aquella concepción total y plena del Estado sobre la que había teorizado Gramsci parecía que tenía ciertos visos de realización en la Cuba revolucionaria de principios de los años sesenta, pues el Estado cubano, como había señalado Fidel Castro en los discursos a los que hemos aludido, parecía tener como objetivo único la salvaguarda de los intereses de las clases populares que en aquellos momentos se confundían ya con los de la nación.

La desaparición del Estado, tal y como se entendía en su concepción clásica, nos situaría en un escenario en el que la dominación y el bloque hegemónico se verían afectados y necesariamente tendrían que cambiar su naturaleza. En primer lugar, el componente coercitivo del Estado, aquel al que había hecho referencia Fidel Castro como garante de las clases trabajadoras, estaba condenado a la desaparición también, pues, al representar y englobar el aparato estatal al bloque hegemónico, la existencia de medios de coerción para imponerse sobre las clases antagonistas terminaría por ser prescindible, lo que necesariamente llevaría a esta coerción a variar su naturaleza o a articularse bajo nuevos parámetros. En segundo lugar, el bloque hegemónico afianzado en la sociedad terminaría también desdibujándose pues al subsumir en su seno al Estado aquel terminaría siendo reflejo de este y este síntesis de aquel. La única salida a este embrollo dialéctico al que conduce la disolución del Estado en la sociedad civil nos la ofrece Gramsci a través de aquella máxima, ya mentada en el capítulo anterior, en la que se hacía referencia a la “*hegemonía acorazada de coerción*”⁵⁵⁶.

La desaparición del Estado en la sociedad civil haría que la hegemonía terminara por ejercer las labores de coerción. De este modo, la fusión de la sociedad política con la sociedad civil tendería a dejar al Estado expedito para su disolución en el seno de la sociedad y llevaría por consiguiente a la superación de la identificación clásica entre Estado y Gobierno. El Estado terminaría disolviéndose dentro de la sociedad civil al ser aquel reflejo de esta y como consecuencia lógica de la fusión entre lo político y lo civil.

Gramsci, a través de aquel artefacto heurístico, rompía con la división tradicional de sociedad política y sociedad civil propia de la dogmática liberal, para considerar al Estado como la suma de ambas; ya no se define al Estado como territorio exclusivo de la sociedad política, sino que se lo hace partícipe también de la sociedad civil, dentro de la cual terminaría por disolverse. Hegemonía y coerción pasan a ser así parte de un todo: el Estado, cuya comprensión resulta indisociable de la sociedad en la que se cobija.

Esta teoría puede servirnos de referente para llegar a una mayor comprensión de lo que se planteaba en Cuba para la construcción del porvenir bajo la égida del socialismo. Ahora bien, el poder político

⁵⁵⁵ Gramsci, Antonio: *Cuadernos de la cárcel*. Volumen 3, Ediciones Era, México D.F, 1984, pág.76.

⁵⁵⁶ *Idem*.

en Cuba seguía siendo un factor de primer orden en la estabilidad cubana y un elemento indispensable para hacer del socialismo una realidad en Cuba. Las clases populares podían hacerse cargo o participar en la gestión y sustento del aparato estatal que se había redificado sobre los escombros del Estado liberal, pero el poder político, personificado en la dirigencia revolucionaria, seguía teniendo una importancia capital y su disolución en partidos u otras organizaciones populares no parecía una salida factible para Cuba. Y es que, mientras existiera un grupo de cubanos que impugnaran el camino trazado por la revolución, la dirección política seguiría siendo imprescindible.

Y aquí resulta oportuno hacer una distinción entre la importancia concedida por Fidel Castro y los principales dirigentes de la revolución a los órganos de gobierno o dirección frente a las estructuras de Estado. La dirigencia revolucionaria no había prestado demasiada atención a la construcción de unas nuevas estructuras de Estado, se había limitado a crear organismos a medio camino entre lo civil y lo estatal que restaban competencias al antiguo Estado y se había aplicado a poner en funcionamiento reformas de gran calado para adaptar el aparato estatal a las nuevas necesidades políticas, económicas y sociales de la revolución.

El mayor empeño de la dirigencia revolucionaria había estado centrado en las nacionalizaciones y en el uso de la legislación para beneficiar a las clases populares y facilitar su acceso a los bienes y servicios de los que siempre habían carecido. Es más, los nuevos aparatos estatales para el sustento de la revolución y del impresionante sector empresarial que habían traído los procesos de nacionalización, como podía ser el INRA o el JUCEPLAN, parecían más proclives a edificarse en los alrededores de la maquinaria estatal que en las interioridades del Estado. La dirigencia cubana en su afán de terminar con el andamiaje estatal del antiguo régimen fue más proclive a ensayar la táctica de rodearlo que a promocionar la iniciativa de derribarlo o enriquecerlo. Por medio del cerco impuesto por organismos nacidos de la iniciativa gubernamental o civil, el Estado primigenio fue poco a poco vaciado de contenido y funciones, para terminar generando uno nuevo cada vez más diferenciado.

Así pues, la mayoría de los cambios producidos en el Estado cubano no vinieron del empuje revolucionario de la masa popular, sino de las decisiones tomadas dentro del Gabinete ministerial, de las ideas provenientes del grupo de hombres que habían acompañado a Fidel Castro desde sus inicios y de la cesión de responsabilidades a las organizaciones nacidas del tejido civil al calor del proceso revolucionario. El factor político en Cuba seguía siendo clave, pues desde él se estaba construyendo el proceso revolucionario, desde él se le había dado un nuevo sentido al Estado, desde él se estaba acometiendo la nacionalización de las fuerzas productivas y desde él se había generado el bloque hegemónico que terminó por darle un sentido socialista a la revolución.

De este modo, la desaparición del Estado como consecuencia de su absorción por la sociedad civil, en el caso cubano, parecía más factible que la desaparición del poder político convencional. La explicación a este argumento parecía encontrarse en el desarrollo alcanzado por la clase obrera cubana. El propio Marx había señalado que la disolución del poder político convencional sólo sería posible en una sociedad en la que las contradicciones de clase desaparecieran como consecuencia de la sustitución de la antigua sociedad civil del mundo liberal por la sociedad representada por la clase obrera en el sistema comunista. La disolución del poder político sería pues sólo posible tras la transformación de la sociedad de civil en clase obrera y tras el final de los antagonismos de clases. Es decir, bajo los planteamientos marxistas, una sociedad sin poder político sólo podía entenderse en una sociedad sin antagonismos de clase. Nada mejor para entender las condiciones que se demandaban para la desaparición del poder político que las ideas expresadas por Marx en una de sus obras tardías: *“La Miseria de la filosofía”*. En la parte final de este trabajo Marx señalaba lo siguiente:

“La clase trabajadora sustituirá, en el curso de su desarrollo, a la antigua sociedad civil con una asociación que excluirá a las clases y su antagonismo; ya no habrá un poder político

*propiamente dicho, ya que el poder político es precisamente la concreción oficial del antagonismo en la sociedad civil. Mientras tanto, el antagonismo entre el proletariado y la burguesía es una lucha de clases, lucha que, llevada a su más alta expresión, en una revolución total*⁵⁵⁷.

Cuba estaba ya inmersa en aquella revolución total y la lucha estaba establecida entre las clases trabajadoras, en el sentido más amplio del término, y aquellos sectores que desde fuera de Cuba, y en menor medida desde dentro, apostaban por rescatar la antigua organización del Estado liberal que había imperado durante el período prerrevolucionario. Ahora bien, en aquella lucha por el socialismo, en la que el Estado había llegado a integrar de tal modo a la sociedad civil que tendían a confundirse con ella, Cuba contaba con ciertas particularidades que tendían a singularizar su proyecto.

En primer lugar, como ya hemos señalado en el capítulo precedente, no había una identidad total entre masa y clase, pues las clases trabajadoras a las que hacía alusión Fidel Castro en su discurso no reflejaban exactamente a aquel proletariado del que se hacía eco la teoría marxista. Las clases trabajadoras a las que se refería Fidel Castro, lejos de evocar el proletariado de la teoría marxista, englobaba a una amalgama de clases en la que se encontraban trabajadores de la diversa condición y otros sectores sociales que se habían visto depauperados en las últimas décadas.

Así pues, dentro de aquellas clases trabajadoras, el discurso cubano englobaba a los semiproletarios, a los trabajadores agrícolas, a los campesinos y a los pequeños propietarios agrícolas, a los empleados de las diferentes ramas de la administración, a la pequeña burguesía empobrecida, a las clases medias radicalizadas y a todos aquellos sectores que no habían ostentado una posición de privilegio durante las últimas décadas en Cuba. En fin, entre los trabajadores de Cuba, lo que menos abundaba era precisamente el proletariado de las sociedades industrializadas y aquello tenía ciertas repercusiones dentro de la explicación marxista de los procesos revolucionarios, del tránsito del capitalismo al socialismo y de la configuración del bloque hegemónico.

Sin embargo, lo que sí había conseguido la dirigencia revolucionaria en un espacio de tiempo relativamente breve era unificar aquella variedad clasista en pos de un objetivo común: la independencia nacional y la redención de las clases populares. Al contrario de lo que propugnaba la teoría marxista, parecía haber sido el proletariado el arrastrado por el poder político y no a la inversa, pues más allá de la retórica exhibida por Fidel Castro en aquellas fechas sobre el trabajador cubano, éste había sido emplazado a tomar el control. Indudablemente el trabajador contaba con méritos para desempeñar aquella labor de dirección, pero el llamamiento para que ocupara la primera línea en la dirección del proceso no había procedido de un partido de vanguardia proletaria al estrilo clásico, sino que provenía directamente de la cúpula revolucionaria, del Gobierno cubano y del puñado de hombres que se mantenían apegados a la dirección de Fidel Castro.

Por lo demás, aquella falta de sintonía entre masa y clase nos colocaba ante una contradicción que terminó por superarse a través de la redefinición del discurso y de “la enumeración” para superar aquella pluralidad de antagonismos que surgían como fruto de una masa popular que no respondía a los intereses de una sola clase. De ahí la insistencia de la dirigencia revolucionaria y particularmente de Fidel Castro en acuñar términos tan elusivos como el de las clases populares, que siempre solían venir acompañadas de un apéndice aclarativo que hacía referencia a “*los campesinos*”, “*los obreros*” o “*los estudiantes*”⁵⁵⁸.

⁵⁵⁷ Marx, Karl: *Miseria de la Filosofía*, Siglo XXI Editores, México D.F., 1987, pág.121.

⁵⁵⁸ “Discurso pronunciado en el Teatro del Palacio de los Trabajadores, para dar inicio a la Campaña de Organización del 1º de mayo, el 7 de abril de 1961”: *Op. Cit.*

El término proletariado o clase proletaria fue desechado por la dirigencia revolucionaria. En su lugar se primaron otros apelativos más ajustados a la realidad cubana, como el de clases trabajadoras o clases populares, y más capaces también de desarticular las contracciones que traía aparejadas la falta de identidad entre masa y clase. Esta particularidad del programa fidelista, la elusión del término proletariado y la asunción de otro término más ajustado al sujeto real, no era privativa de la Revolución cubana, sino que se extendía a otros proyectos socialistas implantados en países coloniales o semi-coloniales durante el siglo XX. Esta singularidad no pasó desapercibida para pensadores marxistas de Latinoamérica, como fue el caso de Ernesto Laclau, que fue quien acuñó el ilustrativo término de *“la enumeración”* para salvar aquella falta de sintonía entre masa y clase⁵⁵⁹.

El politólogo argentino analizó estas peculiaridades del proyecto cubano y las comparó con las registradas en otros ensayos revolucionarios del siglo XX que presentaban también esta discordancia entre clase y masa. En China, Vietnam y Cuba *“la identidad popular de masas”* fue *“distinta y más amplia que la identidad de clase”*, lo que condujo a las clases dirigentes a recomponer el discurso socialista para hacerlo converger con la dogmática marxista⁵⁶⁰.

Aquella falta de sintonía entre masa y clase constituyó desde los albores del marxismo leninismo un verdadero desafío intelectual al que tuvieron que hacer frente los ideólogos marxistas para tejer un relato de la revolución y de la construcción del socialismo que se amoldara a las fuentes primigenias del marxismo. La realidad revolucionaria se mostraba tozuda y parecía empeñada en contradecir los planteamientos teóricos. La solución a semejante dilema fue resuelta por medio de la intervención y la recomposición del discurso. La argumentación comunista, según nos señala Laclau, acudió entonces a *“la enumeración”* para salvar aquella amalgama de antagonismos que surgían de la falta de sintonía entre los intereses de la masa que no correspondían a los intereses de una clase específica⁵⁶¹. En el caso particular de Cuba, esta *“enumeración”* a la que hacía mención Laclau, se cubrió con las ya mentadas referencias *“a la clase obrera, al campesinado, a la pequeña burguesía, a las fracciones progresistas de la burguesía nacional, etc”*⁵⁶².

Fidel Castro, para salvar aquella falta de sintonía entre clase y masa, acudió a la enumeración y a un planteamiento dualista en el que se hablaba de las clases populares, nacionales o revolucionarias, para contraponerlas a aquellas otras caracterizadas por su rechazo a la revolución. Las clases populares se oponían a las contrarrevolucionarias y dentro de las primeras Fidel Castro hablaba de aquella amalgama obrera y campesina que, en comunión con la radicalidad de las clases medias y algunos sectores de la pequeña burguesía, estaba en condiciones de acuñar una conciencia de clase colectiva desde que la opción socialista podía construirse.

A través de estas clases populares y de la enumeración de los colectivos que albergaba en su seno se podía salvar la contradicción teórica que generaba la falta un proletariado mayoritario o al menos numeroso. Este grupo heterogéneo de las clases populares podía caminar hacia su homogeneización a través del enfrentamiento ineludible con las antiguas clase dominantes apoyadas en los basamentos del imperialismo. Y fue precisamente éste el argumento que explotó la dirigencia revolucionaria para hacer de las conquistas nacionales parte de las conquistas populares y de éstas basamento de aquellas. El triunfo de la causa nacional y de la popular pasó entonces a ser inseparable y tendió a hacer más homogénea aquella amalgama que se agitaba dentro del frente revolucionario, definido como clases populares.

⁵⁵⁹ Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal: *Op. Cit.*, págs. 72-74.

⁵⁶⁰ *Ibidem*, pág. 72.

⁵⁶¹ *Idem*.

⁵⁶² *Idem*.

En el caso de Cuba, la lucha por la soberanía y contra el imperialismo norteamericano contribuyó a homogeneizar a las clases populares; una tendencia que tendió a acentuarse cuando esta lucha por la independencia y la soberanía terminó por vehiculándose a través de la construcción del socialismo. En Cuba las clases populares desempeñaron la función que la clase proletaria tenía asignada en la teoría marxista. Así pues, la lucha por la resolución de la contradicción capital trabajo y de la contradicción imperialismo norteamericano pueblo cubano encontró en la emancipación de las clases populares un sustrato tan sólido como el que podía encontrarse en una clase proletaria más homogénea para edificar la transición del capitalismo al socialismo. De este modo, el motor de la historia para Cuba no fue el proletariado en sentido clásico, sino sus clases populares, sometidas a un ejercicio de enumeración que terminó por definirse y erigirse como la expresión veraz de lo que realmente era el pueblo cubano.

El pueblo, como expresión de sus clases populares, comenzó a ser tratado como sujeto del cambio y como motor del socialismo, una circunstancia que no fue privativa del proyecto cubano, sino que se registró también en otros procesos de construcción del socialismo. A través de aquel ejercicio de enumeración se pretendía dar un sentido a la masa heterogénea y tuvo como consecuencia, según Laclau, el ascenso del pueblo a la condición de agente político⁵⁶³. El discurso socialista identificó a ciertas clases con la totalidad del pueblo, haciendo de sus objetivos los de la población y transformando a este núcleo revolucionario en el motor del socialismo. El bloque hegemónico, en su enfrentamiento con otras clases tradicionalmente dominantes, mayormente la burguesía, consiguió suplir al proletariado como motor del cambio, lo absorbió y generó una polarización de nuevo tipo que posibilitó la asunción del socialismo⁵⁶⁴.

De este modo, según expuso el propio Laclau, la enumeración, lo que el teórico argentino acuñó bajo el término de enumeración comunista, tenía “*un carácter performativo*”, pues la unidad de aquel grupo de clases populares no podía tomarse como “*una situación de hecho*” o como un “*dato*”; requería de un trabajo reflexivo, exegético o hermenéutico. Es decir, precisaba de un trabajo cimentado en la acción teórica e ideológica y de un proceso de definición construido a través del discurso.

La homogeneidad de aquel grupo, a priori heterogéneo, se concebía así como un proceso apegado a la definición del sujeto real que protagonizaba el cambio. Un sujeto real que daba lugar al nuevo concepto de pueblo, construido bajo el prisma de nuevos intereses asumidos por la totalidad de las clases populares como propios. En definitiva, la unidad de aquella amalgama de clases no se presentaba como dato objetivo; tal y como nos explica Laclau, precisaba de “*un proyecto de construcción política*” para poder concebir esta unidad de intereses y objetivos⁵⁶⁵.

Laclau nos sitúa así ante una nueva perspectiva que supera el concepto de la alianza de clases, pues en la construcción de un grupo hegemónico la alianza de clases tenía que mutar para convertirse en una nueva relación estructural que fuera capaz de dotar de identidad e intereses renovados al nuevo grupo que se desempeñaba como agente político protagonista. Aquella apelación al pueblo y a los intereses de clase que portaba, en el caso cubano, era fruto del trabajo ideológico, construido pacientemente durante meses a través del discurso político de los dirigentes cubanos.

En el caso particular de Cuba la construcción del nuevo concepto de pueblo se cimentó durante la formación del grupo hegemónico, en el que se integraron aquellas clases que tradicionalmente se definía como populares. Así pues, el proceso de construcción del grupo hegemónico en Cuba no se

⁵⁶³ *Ibidem*, págs. 73 y 74.

⁵⁶⁴ *Idem*.

⁵⁶⁵ *Ibidem*, pág. 74.

puede entender a través de la alianza de clases, responde más bien a la formación de una nueva identidad, definida a través de lo que representaba en Cuba el concepto de pueblo.

Volviendo a la obra de Laclau, nos resultan oportunas aquellas reflexiones en las que afirmaba que para “*hegemonizar a un conjunto de sectores*”, no era suficiente “*el acuerdo coyuntural o momentáneo*”, se precisaba algo más; se requería un proyecto político que fuera capaz de construir “*una relación estructural nueva diferente de la relación de clases*”⁵⁶⁶. La clase por sí misma no era capaz de generar un bloque hegemónico de poder capaz de arrastrar a toda la sociedad tras su estela. Sin embargo, tampoco era factible la renuncia al factor de clase dentro del grupo hegemónico, pues hacerlo suponía poner en tela de juicio todo el andamiaje político ideológico sobre el que se alzaba la teoría marxista.

Este fue uno de los dilemas al que tuvo que enfrentarse la dirigencia revolucionaria. La clase no podía erigirse en facto único, porque en Cuba el frente revolucionario no estaba integrado por una sola clase. Sin embargo, tampoco se podía prescindir de este facto de clase, so pena de poner en tela de juicio todo el andamiaje teórico del socialismo. La salida por la que optó la dirigencia cubana posó por la enumeración y por el compromiso de hacer de las clases trabajadoras la palanca de la revolución, al concederles a estas clases un fuerte protagonismo dentro del bloque hegemónico. El proletariado o la clase trabajadora, por sí sola, no podía representar al bloque hegemónico llamado a conducir el proceso revolucionario, pero sí podía encuadrarse dentro de él para darle cobertura y racionalidad al proyecto socialista en ciernes. De ahí la insistencia de Fidel Castro en hacer de aquel 1º de Mayo la festividad del pueblo cubano organizado como fuerza revolucionaria. La única forma de frenar al imperialismo y al capitalismo norteamericano pasaba por colocarlos frente a una nación armada y pertrechada con la ideología del proletariado cubano.

Esta postura adoptada por la Revolución cubana nos remite de nuevo a las ideas de Laclau. Este teórico argentino nos señala que la forma que encontró el discurso de los ideólogos marxistas para enfrentarse al problema de cómo mantener la identidad clasista del sector hegemónico pasó por sustituir el principio de representación de la clase proletaria en el Estado por el principio de articulación de dicha clase dentro del Estado⁵⁶⁷. De la representación y se pasó a la articulación. Esta vía permitía aceptar tanto “*la diversidad estructural de las diversas relaciones*” en las que los agentes sociales estaban inmersos, como el hecho de que el grado de unificación que pudiera existir entre las mismas “*no era la expresión de una esencia común subyacente, sino la resultante de una lucha y construcción políticas*”⁵⁶⁸.

Laclau, tomando como base este razonamiento de raíz “gramsciana”, afirmaba que el proletariado podía actuar como agente en la construcción de la hegemonía, pues el soporte teórico que le daba cobertura hacía posible que se pudiera articular en torno a él “*una variedad de luchas y reivindicaciones democráticas*”⁵⁶⁹. Así pues, la condición hegemónica de la clase obrera no era un principio inmutable e insalvable para la construcción del socialismo. El proyecto socialista se podía construir tomando como fermento un conjunto de clases populares reconvenidas través del trabajo ideológico para formar un bloque hegemónico, pues, como señalaba Laclau, aquella categoría hegemónica no dependería de un “*privilegio estructural apriorístico, sino de una iniciativa política*” consciente⁵⁷⁰. El proletariado podía quedar representado así dentro de este bloque hegemónico, pues

⁵⁶⁶ *Idem.*

⁵⁶⁷ *Ibidem*, pág. 74.

⁵⁶⁸ *Idem.*

⁵⁶⁹ *Idem.*

⁵⁷⁰ *Idem.*

después de la labor política sobre el resto de las clases sociales, sus intereses quedarían perfectamente salvaguardados.

En la construcción del socialismo cubano esa voluntad política de hacer del proletariado o de la clase trabajadora parte integral y fundamental del bloque hegemónico fue un proyecto voluntario y buscado. Al trabajador de Cuba se le conminó a dar un paso al frente para hacer más sólido el proyecto nacional y el proyecto socialista y se hizo desde las condiciones particulares de Cuba. La teoría se plegó a la práctica y como venía siendo habitual en Cuba era la teoría la que tenía que ir cubriendo las explicaciones e interpretaciones de la realidad vivida. La arrolladora praxis revolucionaria del fidelismo iba dejando a su paso una realidad a la que la teoría debía adaptarse.

En el caso de la Revolución cubana el sujeto real se colocó por encima del sujeto político y la teoría tuvo que amoldarse al contexto particular y a las condicionantes con las que tuvo que lidiar el proceso revolucionario cubano. En la construcción del proceso revolucionario cubano la práctica política se impuso al dogma político, y la realidad del país a lo que dictaban los manuales teóricos.

Ahora bien, la Revolución cubana fue un proceso eminentemente político con derivaciones radicales en lo social y en lo económico. El ámbito de la superestructura, y fundamentalmente de la política, determinó totalmente a la infraestructura e intervino sobre ella condicionándola desde los inicios del proceso revolucionario.

Así pues, no es aventurado sostener que el bloque hegemónico en Cuba se construyó desde el ámbito político y que no fue la infraestructura, tal y como señalaba el marxismo soviético, la que devino factor primordial para la transformación del aparato político ideológico. La concienciación del bloque hegemónico se produjo desde el campo ideológico y político a través del impulso brindado por la dirigencia revolucionaria. Lo político, la acción política consciente en la lucha por la hegemonía, alcanzaría así la mayor relevancia, pues el sujeto real, el hacedor del cambio, se modelaría durante el proceso; es decir, se le darían las herramientas por parte del poder político para protagonizar el proceso revolucionario vivido en Cuba. Fue, en definitiva, el poder político y la ideología por él destilada la que supuso el cambio decisivo y la que influyó en la infraestructura, en el tejido productivo, para ponerlo al servicio de las clases populares.

De este modo, la falta de sintonía entre el sujeto político y el sujeto real no supuso un gran problema para que la dirigencia revolucionaria fuera capaz de tejer un relato político coherente. La teoría clásica del marxismo disenta en algunos aspectos de la realidad revolucionaria. Sin embargo, aquello no era un problema insalvable, pues el sujeto real del cambio en Cuba difería también del sujeto político retratado en la teoría. Una realidad que no era privativa del proceso revolucionario cubano, pues, si se atendían a una de las máximas del marxismo, el teórico tenía que tener presente en su construcción del relato de la revolución y de la construcción del socialismo esta diferencia entre el sujeto real y el político.

La filósofa cubana Díaz Castañón, mentada ya en numerosas ocasiones en los capítulos precedentes, nos coloca en la senda de distinguir al sujeto político del sujeto real como condición *sine qua non* en el análisis de la revolución. El examen del proceso revolucionario tiene que abordarse desde el protagonista del cambio y no desde el supuesto protagonista abordado en los planteamientos teóricos. Algo que está en plena sintonía con el pensamiento marxista, pues “*la fuente del equívoco*” se encontraría precisamente ahí, en “*la identificación del sujeto de la teoría con el protagonista del cambio subversivo*”⁵⁷¹. Díaz Castañón nos advierte de los peligros que trae aparejados el apego dogmático a una teoría dada, pues la teoría no puede adatarse plenamente a “*las características*

⁵⁷¹ Díaz Castañón, María del Pilar: *Op. Cit.*, pág. 33.

histórico-concretas del todo al que se aplica”⁵⁷². La filósofa cubana, tomando como referente las opiniones vertidas por Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista*, nos informa sobre la necesidad de adaptación a la que están impelidos los teóricos, pues “*han de ser capaces de transformar la teoría según el devenir real*”⁵⁷³. El teórico, según Díaz Castañón, tiene que ser capaz «*de reconstruir para el protagonista de la historia un diseño también real del mundo en el que vive, hartado ajeno a nivel cotidiano, de las tesis “puramente especulativas y teóricas”*»⁵⁷⁴.

Se impone así una huida del dogmatismo, pues, tal y como señala Díaz Castañón, “*el análisis del sujeto real*” debería centrarse en “*los valores que encarna*” y en el cambio al que se ve sometido durante el proceso de subversión. Esta máxima nos conduce, según indica la filósofa cubana, a ajustarnos, tal y como apuntara Marx, a acometer un análisis de la revolución en la que el sujeto real se convierta en el eje del análisis: “*Pensar la revolución desde el sujeto de la revolución*”⁵⁷⁵.

La dirigencia revolucionaria cubana, consciente de la especificidad de su proceso revolucionario, trufado de una tradición en la que el nacionalismo y el antimperialismo tenían tanto peso como el socialismo, se ciñó a esta máxima de pensar la revolución desde el sujeto de la revolución. La dogmática soviética, promovida por muchos de los militantes del PSP y de otros asesores llegados del otro lado del telón de acero, no consiguió imponerse en la Cuba de 1961, pues la dirigencia revolucionaria nunca forzó el relato para que se ajustara a una teoría dada. La interpretación canónica promovida por el Kremlin no fijó el discurso de la dirigencia revolucionaria y mucho menos el de Fidel Castro, verdadero ideólogo del socialismo cubano.

El socialismo cubano, tal y como hemos señalado de forma reiterada, tenía sus regularidades dentro de la dogmática marxista, pero también numerosas particularidades y estas últimas se hicieron especialmente evidentes en el campo de la evolución, formación y cristalización del sujeto hegemónico. Un sujeto que no hacía referencia a un proletariado industrial de corte occidental porque en Cuba no era la clase mayoritaria, sino al trabajador de la pequeña industria cubana, al campesino y al obrero de diversa condición que se encuadraban en la milicia, a los estudiantes que habían sido siempre sustento de la corrientes antimperialistas, a la pequeña burguesía empobrecida por la afluencia sostenida y arrolladora de los productos, los modelos y los patrones de comportamiento norteamericanos, a una parte significativa de las clases medias radicalizadas y al trabajador cubano que cortaba caña durante la zafra y después sobrevivía en condición de subempleado en las labores más variadas. Un trabajador, en definitiva, que era propio de los países que presentaban una estructura colonial o semi-colonial y que, en la mayoría de los casos, no reflejaba al proletario ideologizado y politizado al que solía hacer referencia la teoría marxista.

En Cuba se fijó una clara distinción entre el sujeto político y el sujeto real y esta fue una de las claves en el éxito de la construcción de un relato de la revolución capaz de seducir a las clases populares y capaz también de adentrarse en las sendas del socialismo venciendo los prejuicios que existían. La dirigencia revolucionaria, principal criatura del proceso revolucionario, se desempeñó como intelectual orgánico de la revolución con la intención manifiesta de moldear a estas clases populares para convertirlas en motor del cambio y núcleo del bloque hegemónico de poder. Fue así, desde el terreno político e ideológico, desde el que se dotó de sentido, conciencia y se le dio homogeneidad a la amalgama de clases que formaban el pueblo cubano, verdadero agente político desde el que se orquestó el cambio económico, político y cultural que precisaba el momento, y fue también desde el

⁵⁷² *Ibidem*, pág. 22.

⁵⁷³ *Idem*.

⁵⁷⁴ *Idem*.

⁵⁷⁵ *Ibidem*, pág. 18.

**Capítulo 15- Cabildeo, propaganda y ruido de sables: Cuba y Estados Unidos se preparan para afrontar la
contienda definitiva (febrero – abril de 1961)**

ámbito de la política y la ideología desde el que se salvaron las posibles contradicciones entre la teoría marxista y la realidad de la construcción del socialismo en Cuba.

RELOJERIA, JOYERIA PLATERIA

ROBYCE

Alcala, 79 - General Ricardo, 23 - Fernández de los Rios, 63 - Avenida Albufera, 49 - Martínez de la Riva, 51

M A D R I D

PUEBLO

ANO XXII
NUMERO 6726
1,50 PESETAS

Director Emilio Romero

Depósito Legal, M. 16.-1958

Narváez, 70 • Apartado número 517 • Teléfono (centralita) 225-61-32

¿Quiere ver bien?

ULLOA

OPTICO

SEGUN EMISORAS CUBANAS INTERIORIZA LA INVASION DE CUBA

MIRO CARDONA anuncia también un levantamiento interno

Paracaidistas refuerzan la operación de desembarco que se ha producido en tres puntos de la isla

Varios aviones bombardearon las posiciones y baterías cubanas

MIAMI, 17. (Urgente).—Una emisora de radio cubana informó anoche que una fuerza de invasión había desembarcado en la provincia de Matanzas, al sur de Cuba. La emisora cubana fue escuchada en Miami.

El informe, interceptado de la red de comunicaciones del Gobierno cubano, citó que luego de ametralladoras fueron oídos en un lugar llamado Playa Larga, y que los soldados en dicho punto solicitaron que les fueran enviados refuerzos. Declaraban que estaban haciendo frente a un desembarco.

Las informaciones añadían que el ruido de los disparos aumentaba incesantemente en intensidad.

Mientras, en Nueva York, en la sede del movimiento revolucionario, se anunciaba que una invasión por vía marítima, para derribar al régimen de Fidel Castro, había conseguido éxito en su primera etapa. José Miró Cardona, presidente del Consejo revolucionario cubano, dijo que "centenares de soldados de liberación cubana desembarcaron el sábado por la noche en la provincia de Oriente" (este de Cuba), añadiendo que "se encontraron oposición". La zona en que los soldados desembarcaron no fue revelada.

LEVANTAMIENTO INTERIOR

El presidente del Consejo revolucionario cubano, José Miró Cardona, ha manifestado que a las diez de la noche del domingo (6:00 de la madrugada hora española del lunes) fue radiada a Cuba una señal previamente convenida, para iniciar un levantamiento "interno" entre las fuerzas clandestinas cubanas.

En relación con la información "invasión", el informe de la estación de radio meridional de Cuba a unos ochocientos kilómetros al oeste de la provincia de Oriente.

El cuartel general secreto revolucionario cubano anunció que el trabajo de sabotaje había comenzado ya en Cuba, y que un puente en la provincia de Oriente había sido volado con dinamita, quedando cortadas las comunicaciones. (Efe.)

LA BATALLA "POR LA LIBERTAD"

El doctor don José Miró Cardona, presidente del Gobierno provisional cubano en el exilio, ha anunciado en Nueva York, hoy, que "antes del amanecer las patriotas cubanas en las ciudades y en las colinas han comenzado la batalla para liberar nuestra patria del Gobierno despótico de Fidel Castro y para sacar a Cuba de la cruel opresión del comunismo internacional".

Una estación de radio de Nueva York, la W. N. E. W., anunció a las 10:30 de la mañana que los exiliados cubanos habían anunciado que se habían producido desembarcos en cuatro lugares. La radio neoyorquina dijo que una radio del Ejército cubano había admitido tres de estos desembarcos. (Efe.)

ULTIMA HORA DE CUBA

Militares castristas están desertando y uniéndose a las fuerzas rebeldes

- ★ Dos cañoneros disparan frente a la playa de Matanzas
- ★ Los invasores han establecido una firme cabeza de puente

MIAMI, 17. — Una potente emisora, situada en el Caribe ha dicho que miembros del Ejército de Castro están desertando y uniéndose a las rebeldes en gran número. Radio SWAN dijo que un considerable número de oficiales del Ejército y la Armada se unen a las patriotas, en vez de entrar en acción. (Efe.)

DOS CAÑONEROS FRENTE A MATANZAS

MIAMI (Florida), 17.—La emisora de Obras Públicas, escuchada en Miami, informó que dos cañoneros están disparando sobre la playa de Matanzas desde un lugar frente a la costa y que dichos barcos no fueron atacados por los aviones que bombardearon y ametrallaron las posiciones gubernamentales, lo que parece indicar que los cañoneros forman parte de las fuerzas de invasión.

Los mensajes intercambiados en la red interna del Gobierno parecen indicar que los invasores han conseguido establecer por lo menos una firme cabeza de playa.

Una emisora interceptada señaló que cinco milicianos cubanos habían sido muertos, y otros tres, heridos en la lucha que se produjo a primera hora de la mañana, mientras los dirigentes cubanos en el exilio, residentes en los Estados Unidos, proclamaban que un levantamiento simultáneo ha comenzado en el interior de Cuba.

No se tienen noticias directas de La Habana, puesto que todos los servicios telefónicos con Cuba quedaron cortados esta mañana. A las ocho (hora local) catorce por los aviones que bombardearon y ametrallaron las posiciones gubernamentales, lo que parece indicar que los cañoneros forman parte de las fuerzas de invasión.

Las informaciones captadas de trase en La Habana debían

unirse inmediatamente a sus unidades. La emisora no dio las razones de este llamamiento, pero la orden fue repetida de cuando en cuando. (Efe.)

★ INFORMACIONES CON FUSAS

MIAMI, 17.—Las noticias sobre desembarcos realizados por las fuerzas antifidelistas en Cuba son necesariamente confusas debido a que proceden de emisiones o mensajes de radio captados por las emisoras norteamericanas. Parece ser, por las informaciones de que se dispone, que una invasión por mar de Cuba se inició a primera hora de hoy y que Castro envió miles de soldados a las playas ocupadas por las fuerzas atacantes, una de ellas situada a unos cientos cincuenta kilómetros de La Habana.

(Pasa a la pág. siguiente.)

MIAMI (Urgente).—La emisora de radio del Ministerio de Obras Públicas cubano ha dicho hoy que cuatro aviones rebeldes arrojaron paracaidistas y suministros a las fuerzas de invasión en la playa de Matanzas. La radio agregó que los aviones bombardearon y ametrallaron posiciones y baterías antiaéreas del Gobierno cubano. (Efe.)



UNO DE LOS BOMBARDEROS

★ DECLARACION DE MIRO CARDONA

NUEVA YORK, 17. — La siguiente declaración ha sido publicada hoy en esta ciudad por el presidente del Consejo Revolucionario Cubano, José Miró Cardona: "Antes del amanecer de hoy, patriotas cubanos en las ciudades y en las montañas han comenzado la batalla para liberar a nuestra patria de la depótica tiranía de Fidel Castro y para que los cubanos sean libres de la cruel opresión internacional. Esta lucha sigue la gloriosa tradición de José Martí. El pueblo cubano, alzado contra el tiránico opresor, tiene un objetivo final: el restablecimiento de la libertad cubana. La histórica acción de hoy es el resultado de largos meses de proyectos y esfuerzos por parte de los cubanos, que, una vez más, arriesgan sus vidas contra la tiranía. Estos patriotas han reemprendido ahora la incompleta tarea de restablecer su revolución, tan cínicamente traicionada. Ellos representan a todas las clases y grupos sociales. Durante muchos meses se han mantenido contactos con varios elementos militares cubanos por parte de varios grupos revolucionarios y, ahora, estos silenciosos guerreros han llevado a cabo las misiones que les han sido encomendadas por el mando revolucionario. En su inabarcable sed de libertad, el pueblo cubano ha tomado hoy las armas para arrojar al opresor extranjero." (Efe.)

★ BOMBARDEO POR ERROR

LA HABANA, 17. — Un avión lanzó una bomba a las once de la noche (hora española) sobre el



UNO DE LOS PILOTOS CUBANOS

Las fotografías de Cifra muestran, arriba, uno de los bombarderos que intervinieron el sábado. Aún tiene abiertas las compuertas de las bombas que arrojó. Abajo, uno de los pilotos cubanos antes del bombardeo, a su llegada a Miami. (Fotografías Cifra.)

Imagen 17- La epopeya de Playa Girón consolidó de forma definitiva a la Revolución cubana, determinó su futuro carácter socialista, supuso, según el relato fidelista, la primera derrota del imperialismo estadounidense y convirtió a Cuba en el primer territorio libre de América. Sin embargo, en la prensa franquista aquella invasión trató de presentarse como un levantamiento popular en el interior de la isla y como el regreso de los exiliados políticos. *Pueblo* (Año XXII). Núm.6726. Madrid: lunes, 17 de abril de 1961, pág. 1. Diario.

Capítulo 16- Cuba: primer territorio libre de América (abril y mayo de 1961)

16.1 Vísperas de sangre en suelo cubano

Durante el mes de marzo y la primera semana de abril Estados Unidos y Cuba expusieron sus programas sobre el futuro de Cuba y de Latinoamérica, dos programas que chocaban frontalmente porque se sustentaban en dos modelos contrapuestos. El capitalismo asentado en el liberalismo norteamericano y la vía hacia el socialismo de corte cubano eran dos recetas que se negaban mutuamente y sobre las que no había posibilidad de tejer acuerdos para la convivencia. Una realidad que vino a evidenciarse después de la publicación del “Libro Blanco” sobre Cuba y de la respuesta ofrecida por Fidel Castro. Estados Unidos y Cuba se encontraban en las antípodas, algo que quedó meridianamente claro tras el llamamiento de la Casa Blanca a la dirigencia cubana para que abandonara sus inclinaciones socialistas y su vinculación al bloque comunista y después de la respuesta orquestada desde La Habana a aquella demanda revestida de ultimátum: Cuba, lejos de arrugarse ante los requerimientos de la Administración Kennedy, había propuesto que la mejor respuesta a los Estados Unidos pasaba por hacer del 1º de Mayo la mayor manifestación de la clase trabajadora en la historia de la Cuba postcolonial.

Aquellas dos posturas irreconciliables eran la constatación de que la suerte parecía echada y de que el añorado acercamiento entre Fidel Castro y Kennedy había sido un mero espejismo, pues la realidad dejaba al descubierto que el estado de las relaciones bilaterales entre ambos países parecía más dañado que nunca. Los canales para el entendimiento estaban ya rotos y todo parecía indicar que los Estados Unidos y Cuba tendrían que dirimir sus diferencias en el contexto del enfrentamiento directo. La dialéctica de las armas parecía la única herramienta disponible para dirimir las diferencias y sólo restaba ya saber el cómo y el cuándo.

Por lo demás, un ataque directo contra el territorio cubano podía levantar una ola de protestas en el continente y los miembros de la Administración Kennedy no parecían dispuestos a asumir los costes. Como hemos apuntado ya, entre la Casa Blanca y la CIA había diferencias procedimentales y estratégicas que hacía de la operación militar contra Cuba fuente de enfrentamiento y disenso. La CIA no parecía dispuesta a abortar los planes que tan celosamente se venían preparando desde mediados de 1960 y la Administración Kennedy encontraba arriesgado acometer un ataque convencional que dejara al descubierto la enésima intervención norteamericana en el Caribe. La Casa Blanca, de todos modos, no desechaba el ataque militar contra Cuba, pero era renuente a encabezar un proyecto en que el Estados Unidos protagonizara de nuevo otro acto descarado de intervención militar en un país del continente. En definitiva, la diferencia entre los servicios de inteligencia y el poder gubernamental

norteamericano no residía en los principios o los propósitos, sino en las formas y la imagen mostrada al mundo.

De este modo, durante el mes de marzo y los primeros días de abril, mientras la CIA trabajaba en los últimos preparativos del inminente ataque, la Casa Blanca, consciente del desgaste político que podía suponer en Latinoamérica una nueva intervención en Cuba, había promovido con la “Alianza para el Progreso” la posibilidad de ensayar revoluciones controladas bajo el paraguas del sistema liberal. La Administración Kennedy, deseosa de demorar en la medida de lo posible un desembarco convencional, había ofrecido una salida al continente que estaba a medio camino entre la tradicional receta estadounidense y la radicalidad cubana. Había ido incluso más lejos, pues estaba dispuesta a transigir con una revolución política de corte moderadamente menchevique; lo que constituía una verdadera concesión dados los planteamientos que habían imperado en tiempos de Eisenhower.

Sin embargo, aquella respuesta llegaba tarde; quizás hubiera supuesto una salida honrosa para Cuba a finales de 1959 o a principios de 1960, pero a aquellas alturas del proceso todo lo que no fuera una ruptura con el modelo capitalista que habían imperado en Cuba en los últimos años suponía una adulteración de la Revolución cubana. Para la independencia a la que aspiraba Cuba sólo cabía ya la opción socialista, pues la revolución antimperalista y democrática había terminado por dejar al descubierto que el verdadero problema de Cuba había estado en la explotación capitalista del trabajo cubano y en la apropiación de las riquezas cubanas por parte de los monopolios estadounidenses. El origen de la postración política y del sometimiento social de los cubanos se encontraba en la férrea dependencia económica vivida por Cuba durante décadas y este estado de subordinación casi absoluta sólo podía revertirse a través de la transición cubana hacia el socialismo.

Así pues, en vistas de la falta más absoluta de entendimiento entre el Gobierno de La Habana y el de Washington, ya sólo restaba esperar a la respuesta de los Estados Unidos. Cuba había rechazado toda posibilidad de romper con el bloque comunista y Estados Unidos no iba a permitir que Cuba se convirtiera en un modelo socialista para el continente. Ante tales premisas, el enfrentamiento armado entre los Estados Unidos y sus aliados cubanos, por un lado, y la Revolución cubana y los suyos, por el otro, parecía ya la salida previsible de aquel conflicto.

Fidel Castro, en aquellas fechas, ya no tenía dudas de que la opción de la intervención directa era la que más peso tenía en los núcleos de poder norteamericanos: la cuestión estaba en saber cómo se organizarían y en conocer el papel que tendrían en la intervención armada las fuerzas que se estaban preparando en diferentes puntos del Caribe. ¿Descargaría Estados Unidos la responsabilidad del desembarco en estos grupos de la contrarrevolución, sería el Pentágono el que actuaría directamente con la presencia de estos grupos entre sus fuerzas o actuarían los grupos de la contrarrevolución como simple pantalla para enmascarar la intervención norteamericana? Esta era, en última instancia, la gran cuestión. Por otra parte, una cuestión no menor, pues las posibilidades de victoria por parte cubana, dada la abrumadora e incontestable diferencia de fuerzas, estarían en el grado de implicación de los Estados Unidos.

El pueblo cubano, convertido ya en agente político del cambio y entendido como la suma de las clases trabajadoras y populares, estaba dispuesto a batirse. Bajo la égida del Gobierno revolucionario, el bloque de poder entronizado en Cuba estaba ya preparado para hacer frente a la inminencia de un ataque, sólo restaba ya por saber si Cuba resistiría la ofensiva y esto dependería en gran medida del despliegue bélico que estuviera dispuesta a asumir la Administración estadounidense. Si Estados Unidos decidía implicarse a fondo los muertos se contarían por miles, pues tendrían que hacer frente a un pueblo armado, y la dirigencia revolucionaria se vería obligada a pedir un sacrificio a los cubanos que rozaría los límites de lo razonable, pues el “Patria o muerte”, divisa de la revolución y arenga con

la que se identificaba el pueblo cubano, pasaría a ser literal y, por tanto, doctrina entre las fuerzas combatientes del frente revolucionario.

En última instancia, la suerte para la consolidación del proyecto nacional cubano pasaba por la correlación de fuerzas en la arena internacional. La Revolución cubana parecía segura, y más que preparada, para contener a la contrarrevolución interna y a la externa. Un pueblo en defensa de sus libertades y de los derechos adquiridos bajo el empuje de la revolución parecía mejor predispuesto para la victoria que los contingentes encabezados por los destronados del antiguo régimen. Ahora bien, si Estados Unidos cambiaba su estrategia y decidía una intervención directa, sin intermediarios, haciendo uso del cuerpo de marines y desplegando todo su potencial de ataque, la guerra podría ser larga, la derrota de la revolución más que posible y las bajas cubanas innumerables. En igual sentido, en caso de una intervención directa del Pentágono, la Revolución cubana se vería abocada a acudir al mundo socialista en busca de sustento militar y aquello tenía sus repercusiones políticas e geoestratégicas, pues el conflicto cubano, lejos de resolverse mediante una guerra civil podía tomar el carácter de una guerra cuasi mundial, con las dos superpotencias enfrentadas por la supremacía en la mayor de las Antillas.

Dadas las circunstancias y dado que Cuba parecía decidida a virar hacia el socialismo, la mera petición de Estados Unidos a las autoridades para que rompieran con el bloque soviético se convertía de forma automática en toda una provocación; pues aceptar aquella ruptura supondría el fin de la revolución al dejarla a merced de sus poderosos enemigos. De este modo, desde el punto de vista del Gobierno fidelista, la ruptura con la URSS no se contemplaba y mucho menos en un contexto de invasión inminente como el que se estaba viviendo en aquellas fechas. Esto parecía muy presente dentro de la dirigencia revolucionaria, que lejos de plantearse cualquier tipo de distanciamiento con la Unión Soviética, determinó en promover el acercamiento. Así pues, los discursos de Fidel Castro de finales de marzo y principios de abril pueden interpretarse desde una doble vertiente, pues los destinatarios de su mensaje no eran solamente el pueblo de Cuba y la Administración de los Estados Unidos, sino también las autoridades de la Unión Soviética.

Los mandatarios soviéticos, en aquel momento de preparativos y certezas sobre la inminencia de un ataque promocionado por la Casa Blanca, tenían que recibir un mensaje lo más nítido posible sobre el futuro político de Cuba. El llamamiento de Fidel Castro a los trabajadores y aquella campaña para hacer del 1º de Mayo la mayor manifestación obrera en la historia de Cuba podían entenderse como un manifiesto de intenciones más que elocuente. En caso de ataque, la URSS no podría permanecer en silencio, pues la falta de respuesta podía ser interpretada como un acto de debilidad ante los suyos y también ante los ajenos. Cuba, una pequeña nación caribeña en busca de la consecución de las metas socialistas, no podía ser aplastada por la mayor superpotencia capitalista ante la pasividad de la patria de Lenin. Este razonamiento resultaba tan obvio que, por necesidad, tuvo que estar presente en las mentes de los dirigentes cubanos y también en las de los mandatarios del Kremlin y la Casa Blanca.

De este modo, la respuesta orquestada por Fidel Castro ante el “Libro Blanco” sobre Cuba no pudo ser más acertada, pues involucraba de lleno a la URSS en el conflicto: Cuba no sólo no rompería con la URSS, sino que colocaría a los trabajadores de Cuba al frente del proceso revolucionario para que fueran ellos los que le dieran el 1º de Mayo a la Casa Blanca la respuesta que exigían sus moradores. Con aquel gesto, el pueblo cubano y sus clases dirigentes, mostraban ante aliados y enemigos cuál era el carácter de la revolución y dónde se encontraba su verdadera fuerza. Frente a la “revolución traicionada” de la que hablaban los mandatarios nortños, Fidel Castro colocaba la revolución verdadera, que era la que encabezaban los trabajadores de Cuba. Un mensaje más que elocuente y que tenía como destinatarios a los gobernantes de Washington, pero también a los de Moscú.

De esta suerte, podemos señalar que la respuesta fidelista era tan acertada como oportuna, pues hacía del contencioso cubano un conflicto ideológico y mundial al colocarlo lejos de los estrechos marcos en los que quería situarlo la diplomacia de los Estados Unidos. La Casa Blanca había pretendido hacer de sus problemas con Cuba un conflicto continental, un problema americano que debía resolverse y afrontarse dentro del estrecho, elusivo e inconcreto marco de la lucha contra las tiranías de cuño extracontinental. Cuba era un país americano y las señas de identidad del continente eran la democracia y la soberanía, por lo tanto, cualquier régimen político contrario a la democracia estadounidense quedaba ya bajo la etiqueta del totalitarismo y de la tiranía contra la que había luchado América desde sus guerras de independencia. Cuba rompía con la tradición americana, ponía en peligro la seguridad del continente y se inclinaba por los regímenes perniciosos que llegaban de Europa y Asia, con lo cual sólo quedaba reconvenirla, o disciplinarla si no se atenía a razones.

Sin embargo, la respuesta ofrecida por el pueblo de Cuba rompía este marco publicitado por la Casa Blanca, pues la disputa se situaba ahora en un nuevo ámbito. La disyuntiva planteada por los dirigentes cubanos se situaba en un régimen de elección dicotómica en el que había que decantarse por el imperio estadounidense o por la nación cubana. No cabía alternativa ante esta encrucijada: se trataba de una elección, planteada a través de un análisis prospectivo, en el que había que escoger entre dos opciones que se autoexcluían: soberanía o sometimiento. La lucha estaba establecida entre las clases trabajadoras, léase pueblo cubano, y las depredadoras, parapetadas tras el escudo del imperio a la espera del momento propicio para preparar su regreso a Cuba. Este era el contexto de elección que planteaba la dirigencia revolucionaria y aquello tenía poco que ver con aquel régimen de tiranías imaginadas y supuestas democracias con el que la diplomacia norteamericana armaba sus discursos.

Cuba quería ser cubana y organizarse para que los cubanos disfrutaran de los frutos del país. La Doctrina Monroe se disciplinaba desde La Habana para hacer de Cuba territorio de cubanos. Estados Unidos, sin embargo, seguía insistiendo en la versión original de aquella doctrina y porfiaba en la idea de que Cuba, como el resto del continente, debía ser para los americanos sin distinción de nacionalidades. Ahora bien, frente a la Doctrina Monroe se había situado el valladar socialista y aquello constituía un obstáculo que había que salvar antes de aventurarse en cualquier iniciativa intervencionista. Así pues, Estados Unidos, con su petición de ruptura con los países socialistas al Gobierno cubano, pretendía eliminar el principal obstáculo para abalanzarse sobre Cuba: la presencia de la URSS.

La presencia de la URSS en Cuba y en el resto del continente debía combatirse y nada mejor para la promoción de esta causa que acudir por enésima vez a la manida doctrina del anticomunismo. Desde los Estados Unidos la necesidad de promover una imagen negativa de la presencia de la URSS en territorio americano se convirtió en la consigna a seguir y es que, para los mandatarios norteamericanos, el comunismo no era otra cosa que la perversión política llegada desde los confines de Europa y el corazón de Asia. Cuba había caído bajo aquel tenebroso influjo y la misión de los Estados Unidos era salvarla de semejante amenaza. A través de este relato, el conflicto bilateral desencadenado entre los Estados Unidos y Cuba a causa de los derechos de soberanía reclamados por la revolución fidelista pasaba a un segundo plano, porque lo que verdaderamente importante era la presencia del despotismo asiático-europeo en territorio americano. Esta pintoresca y maniquea versión de los hechos fue la difundida por los Estados Unidos a través de la Alianza para el Progreso y del Libro Blanco sobre Cuba y la que se criticó con acritud desde los medios de comunicación cubanos.

Para la revista *Bohemia*, la posición adoptada por Estados Unidos en el último mes era de un cinismo sin parangón, pues pretendía enmascarar la naturaleza del conflicto cubano bajo el ropaje del

anticomunismo más grosero. Bajo aquella premisa, se había solicitado del Gobierno cubano la ruptura con el mundo socialista y se había aducido para ello una supuesta preocupación por el porvenir cubano. La Administración norteamericana se revestía de altruismo sin ningún tipo de pudor y pretendía hacer pasar sus intereses por los del continente sin rubor alguno. La revista *Bohemia* se mostraba muy dura en sus páginas con la Administración norteamericana y señalaba que la petición de ruptura con el bloque soviético propuesta por la Casa Blanca al Gobierno cubano era “*un insulto al sentido común de los pueblos y de los gobiernos*”, pues “*sin la ayuda generosa de las naciones socialistas a Cuba*” los Estados Unidos habrían estrangulado “*en la cuna a la revolución*”¹.

Bohemia no parecía albergar dudas sobre este particular y afirmaba que sin la presencia del mundo socialista, Estados Unidos no hubiera tenido ni siquiera la necesidad de “*violar la Carta de Bogotá, recurriendo al atropello público que implica la supresión de la cuota azucarera y el bloqueo económico*”, hubiera intervenido directamente, pues nada se lo habría impedido². Así pues, según señalaba la revista *Bohemia*, el bloque socialista era garantía de soberanía para Cuba y, por tanto, mal podía renunciar Cuba a estos países en un contexto de acoso como el que estaba viviendo el pueblo cubano en aquel momento. Estados Unidos había hecho todo lo que estaba en su mano para terminar con la Revolución cubana y había llegado incluso a violar las leyes vigentes en América para poder darle satisfacción a este objetivo; sin embargo, no tenía más remedio que respetar aquellas otras leyes que operaban a nivel mundial, pues el bloque socialista, según señalaba *Bohemia*, era garante de ellas.

De esta suerte, la petición cursada a través del Libro Blanco a las autoridades cubanas no era más que “*mamotreto diplomático*” que hacía de “*apéndice a la tesis de la alianza para el progreso*”³. Es decir, se quería hacer creer a los países del continente que las preocupaciones de los Estados Unidos no “*se dirigían contra la política de reformas económicas y sociales promovida por la revolución cubana*”, sino que estaban encaminadas a combatir las relaciones establecidas por Cuba con “*el mundo socialista*”⁴. Según afirma la diplomacia estadounidense, bastaría con “*romper esos lazos*” con el mundo socialista “*para retornar a la buena voluntad del vecino poderoso*”⁵. La ruptura con los países socialistas dejaría expedito el camino para la buena vecindad entre la Revolución cubana y la Administración Kennedy. Aquella tesis, después de todo lo vivido en los dos últimos años, se le antojaba a la revista *Bohemia* un argumento tan pueril como cínico, pues lo único que pretendía Estados Unidos era eliminar el principal obstáculo para intervenir sin cortapisas.

Los países del bloque socialista, y principalmente la URSS, suponían un desafío para la intervención norteamericana y su eliminación del panorama cubano parecía premisa obligada antes de afrontar cualquier tipo aventura en suelo cubano. De igual modo, si Cuba no rompía con la URSS aquello justificaba la beligerancia norteamericana, pues la Casa Blanca podía darle al contencioso con Cuba el rango de un conflicto de la Guerra Fría desencadenado por el imperialismo soviético.

Desde la sede de la ONU en Nueva York, Raúl Roa así lo entendió y se mostró aún más categórico que el semanario cubano en su crítica a la diplomacia norteamericana, pues calificó al Libro Blanco como “*una formalización de la guerra no declarada contra Cuba*”⁶. Según expuso el ministro de Exteriores cubano, “*después de aquel pronunciamiento*” por parte de la Casa Blanca, las intenciones de Estados Unidos habían quedado meridianamente claras, pues ahora se mostraba ya abiertamente “*el intervencionismo contumaz y cínico*” en el que había estado inmersa la diplomacia

¹ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 16. La Habana: domingo, 16 de abril de 1961, págs. 62 y 63. Semanal.

² *Ibidem*, pág. 62.

³ *Idem*.

⁴ *Idem*.

⁵ *Idem*.

⁶ *Ibidem*, pág. 63.

norteamericana en los últimos meses⁷. Todo estaba preparado para la invasión, pero había que eliminar el obstáculo soviético para afrontar con mayores garantías la operación o tomar la negativa cubano-soviética a romper sus lazos como pretexto para la intervención. El Libro Blanco se convertía así en una declaración de guerra en toda regla, pues independientemente de la respuesta que se orquestara desde Cuba la intervención en suelo cubano se pondría en marcha.

El “Libro Blanco”, según aseveraba *Bohemia* en otro de sus pasajes, era el arma definitiva para el “ablandamiento” de la conciencia latinoamericana⁸. La consigna era “aislar a Cuba de las naciones hermanas del hemisferio, familiarizándolas con la idea de que, fatalmente, Estados Unidos se vería obligado a lanzar a sus marines a la ocupación de la isla”⁹. La cerrazón cubana había obligado a la “apesadumbrada” diplomacia norteaña a tomar tan severa decisión y para que ello quedara suficientemente claro había que adoptar por enésima vez el ropaje anticomunista. Así pues, según criticaba *Bohemia*, las autoridades norteamericanas habían decidido, “hipócritamente”, declararse “partidarios de reformas agrarias, del desarrollo industrial y de las aspiraciones de progreso latinoamericano” pero totalmente contrarias a las recetas socialistas¹⁰. La Administración Kennedy no podía consentir con el establecimiento de regímenes de aquella naturaleza en América. Sin embargo, se declaraba partidaria de los anhelos del continente y de las necesidades de reformas sociales, políticas y económicas. De este modo, haciendo gala de un sagaz cinismo, la diplomacia norteamericana consentía con parte del programa revolucionario que había promovido la Revolución cubana; ahora bien, bajo ciertos esquemas restrictivos: la única condición que ponían las autoridades estadounidenses, “inocente condición”, señalaba *Bohemia*, era que aquella obra “se realizara conforme al patrón yanqui”¹¹. Un patrón, por otro lado desconocido, pues hasta la llegada de la Revolución cubana la liberación de Latinoamérica nunca había sido prioridad para la diplomacia norteamericana.

Para la revista *Bohemia*, la propuesta norteamericana era tan endeble que se desarticulaba bajo el más sencillo de los análisis. Un análisis que había tenido que llegar por boca de un “norteamericano honesto”, según aseveró *Bohemia*; este norteamericano era Carleton Beals, miembro a la sazón del Comité Pro Trato Justo a Cuba¹². El afamado escritor norteamericano, trotskista confeso, había declarado a la prensa colombiana que la postura de Kennedy no podía ser más contradictoria, pues mientras “pedía una especie de revolución de las condiciones económicas y sociales de los países latinoamericanos”, consentía que los núcleos de poner norteamericanos y los medios de comunicación a su servicio atacaran “al único hombre que había hecho aquella revolución en América Latina: Fidel Castro”¹³. Frente a aquella manifiesta contradicción, el escrito norteamericano terminaba por señalar que el Libro Blanco, a pesar de su nombre, no representaba otra cosa “que una nueva página negra en la historia del imperialismo” norteamericano¹⁴.

El problema pues era Cuba y su programa revolucionario. La Revolución cubana había expulsado a los Estados Unidos de la mayor de las Antillas y esto era algo intolerable para la diplomacia norteamericana, si además se le daba a aquella expulsión un carácter socialista la cosa empeoraba ostensiblemente. Así pues, la vestimenta socialista era un agravante, pero no era la causa fundamental del enojo norteamericano. Sin embargo, a pesar de ser secundario, se desplegaba como argumento principal ante la opinión pública, pues airear el carácter socialista de la revolución a lo largo y ancho

⁷ *Idem.*

⁸ *Idem.*

⁹ *Idem.*

¹⁰ *Idem.*

¹¹ *Idem.*

¹² *Idem.*

¹³ *Idem.*

¹⁴ *Idem.*

del continente resultaba sumamente útil para la diplomacia norteamericana ya que servía para justificar el ataque a la revolución o la intervención directa en aras de salvar la manida seguridad continental.

El socialismo cubano se había convertido de esta forma en el argumento principal para justificar la intervención. La presencia soviética alentaba a todos aquellos que no querían ver en la Revolución cubana el apéndice moscovita de América o el puente para la penetración del comunismo en el continente. Por el contrario, la ruptura de Cuba con el bloque socialista era vista por otros como la gran oportunidad para aplastar a la Revolución cubana y mostrar así ante el continente los riesgos que traía aparejados romper con el modelo capitalista de corte liberal entronizado por los Estados Unidos. Así pues, durante la primera quincena de abril se trató de dilucidar cuál sería la implicación soviética en el conflicto cubano en caso de intervención armada desde el exterior, pues en el alcance de esta implicación podía estar la clave para pronosticar cual sería el papel de Estados Unidos en el conflicto armado que se avecinaba.

De este modo, desde la Casa Blanca, a través de aquel tejido de documentación diplomática lanzado entre mediados de marzo y principios de abril, se trató de extender la idea de que Estados Unidos no podía seguir demorando la resolución del problema cubano: había que terminar con la Revolución cubana porque su existencia constituía un peligro para las repúblicas americanas. Sin embargo, había mucho más. Estados Unidos, a aquellas alturas del proceso, sabía que “el pernicioso” ejemplo cubano podía terminar con el dominio absoluto de los Estados Unidos en Latinoamérica, pues era susceptible de ser imitado por otros países. Aquella amenazante realidad demandaba de la más drástica de las decisiones, pero previamente se necesitaba tantear el sentir soviético y el grado de implicación que las autoridades de Moscú estaba dispuestas a asumir en la defensa de Cuba.

El principal obstáculo para arremeter de forma decidida contra el régimen cubano se encontraba en el nuevo marco de relaciones internacionales organizado por el Gobierno fidelista y, fundamentalmente, en la estrecha relación que las autoridades de La Habana habían tejido con las del Kremlin. La URSS era el principal escollo para la ofensiva militar estadounidense y por eso se antojaba imprescindible que los lazos entre Moscú y La Habana se debilitaran. Tomando esta idea como premisa, la prensa franquista exploró la posibilidad de que la URSS, debido a los intereses propios de la Guerra Fría, terminara haciéndose a un lado para facilitar la actividad norteamericana.

Esta fue la tesis que defendió el diario *Pueblo* el día 7 de abril de 1961, curiosamente el mismo día que Fidel Castro hacía un llamamiento a los trabajadores cubanos para que convirtieran el 1º de Mayo en la mayor manifestación de la Cuba trabajadora. Mientras Fidel Castro decidía responder a los Estados Unidos a través de la voz del trabajador cubano, el diario *Pueblo* señalaba en grandes titulares y en su primera página que Moscú estaba comenzando “*a replegarse en Cuba*”, pues, en aquellos momentos, a las autoridades del Kremlin les podía convenir “*retirar el obstáculo Fidel Castro*” para encauzar las relaciones con la recién nacida Administración Kennedy¹⁵. Aquella sorprendente noticia, sin embargo, no había sido confirmada públicamente por ninguna figura de peso dentro de la diplomacia soviética, cubana o norteamericana, estaba sustentada solamente en los “*rumores insistentes*” que corrían por los mentideros de Nueva York¹⁶.

De aquellos rumores se hacía eco el siempre bien informado Blanco Tobío, que, desde Nueva York, señalaba que todo parecía indicar que la Unión Soviética había comenzado “*a replegarse suavemente en Cuba*” y que la mejor muestra de ello era el “*enfriamiento*” que habían sufrido las relaciones entre La Habana y Moscú en las últimas semanas¹⁷. Aquellos rumores provenían, según Blanco Tobío, de

¹⁵ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6718. Madrid: viernes, 7 de abril de 1961, pág. 1. Diario.

¹⁶ *Idem*.

¹⁷ *Idem*.

círculos cercanos a la Casa Blanca y habían sido confirmados por tres embajadores latinoamericanos acreditados en la capital estadounidense. Blanco Tobío no facilitaba ni los nombres ni las nacionalidades de aquellos embajadores y tampoco ofrecía mayores detalles sobre la identidad de los círculos gubernamentales estadounidenses. Ahora bien, lo que sí señalaba era los síntomas que parecían dar cierta legitimidad a aquellos “insistentes rumores” que apuntaban a un repentino enfriamiento entre Moscú y La Habana. Blanco Tobío, tomando como premisa lo acontecido en las últimas semanas, apuntaba a la existencia de tres síntomas que podían servir como basamento desde el que sustentar el mentado enfriamiento de las relaciones entre la Revolución cubana y el régimen soviético.

En periodista español señalaba en primer lugar que la URSS todavía no había reaccionado ante el documento divulgado por el Departamento de Estado “*en el que se acusaba al Gobierno de Fidel Castro de haber traicionado la revolución y de haberse entregado al comunismo*”¹⁸. Un documento en el que se invitaba además a Fidel Castro “*a romper sus lazos con el bloque chinocomunista*”, so pena de un mayor sustento a la contrarrevolución en caso de negativa¹⁹. Aquella apreciación de Blanco Tobío no iba desencaminada, pues mientras Fidel Castro se desgañaba desde La Habana frente a los trabajadores de Cuba, reservándoles un lugar dentro del frente revolucionario que quizás le hubiera correspondido al campesinado cubano, la diplomacia soviética permanecía en el más sorprendente de los mutismos. Blanco Tobío señalaba que aquel silencio era inquietante, pues no era costumbre de las autoridades soviéticas aquella actitud displicente ante los ataques de la Administración norteamericana a la Revolución cubana.

El “Libro Blanco” era una declaración de guerra en toda regla y sorprendía la quietud de Moscú en aquel momento. En segundo lugar, Blanco Tobío, señalaba que en Cuba se estaba haciendo cada día más evidente la escasez de materias primas y que aquello estaba dejando al descubierto “*la insuficiencia*” y “*la lentitud de la ayuda soviética*”²⁰. Los suministros soviéticos eran fundamentales para la supervivencia de la revolución y aquellas deficiencias en los suministros estaban dejando un cierto desencanto entre las autoridades cubanas.

En tercer lugar, el corresponsal de *Pueblo* señalaba lo que él consideraba el síntoma más evidente del enfriamiento entre Moscú y La Habana: las dificultades con las que estaba topando Cuba para recabar apoyos en la ONU para armar su estrategia acusatoria contra Estados Unidos. Según informó Blanco Tobío, el lunes 10 de abril estaba previsto “*un debate en la cuarta comisión de la Asamblea General sobre las acusaciones de Cuba contra los Estados Unidos*” y la delegación cubana estaba encontrando serias dificultades para encontrar oradores que apoyaran su causa entre los países amigos²¹. Aquella tardanza de la diplomacia cubana en la búsqueda de sustentos a su alegato inculpatario contrastaba con lo acontecido en situaciones anteriores, donde “*una orden de Moscú*” había conseguido en pocas horas colocar “*detrás de Raúl Roa a las baterías de todos los países del bloque comunista*”²².

Estos tres síntomas eran, según Tobío, evidencias y certezas para todos los que pensaban que las relaciones entre la URSS y Cuba estaban pasando por un severo bache. Tobío, de todos modos, señalaba que eran meras especulaciones y no se mostraba renuente a reconocer que había mucho de rumorología en todas aquellas afirmaciones. Sin embargo, no podían desecharse alegremente, pues

¹⁸ *Idem.*

¹⁹ *Idem.*

²⁰ *Idem.*

²¹ *Idem.*

²² *Idem.*

resultaba evidente para cualquier observador avezado a escrudñar en la realidad internacional que la URSS no había salido en defensa de Cuba como solía hacerlo en los últimos meses.

La prensa norteamericana había caído también presa de aquella fiebre especulativa y había llegado a afirmar que el retraimiento moscovita en el caso cubano respondía a los intereses del Kremlin en el contencioso laosiano. El conflicto que se estaba viviendo en Laos, una guerra civil en la que aparecían implicados soviéticos, ingleses y norteamericanos como adalides de los bandos enfrentados, estaba centrando la atención internacional en aquel momento y la URSS parecía encontrarse cercada ante las presiones de las fuerzas angloamericanas. Aquella circunstancia bélica al otro lado del globo parecía estar obstaculizando la puesta en escena de una acción más decidida de la URSS en el caso cubano. Tobío señalaba que la situación en Laos estaba funcionando como un potente inhibidor para la diplomacia soviética, pues en aquellos momentos podía convenirle a la URSS suavizar su presión sobre Cuba para mejorar sus relaciones con los Estados Unidos “*con vistas a obtener ganancias más sustantivas en otras latitudes*” sobre las que la diplomacia soviética tenía mayor control²³.

Todas aquellas versiones de lo que estaba aconteciendo alrededor de las relaciones entre Cuba y la URSS eran las que proliferaban en los mentideros norteamericanos y en los conciliábulos de la diplomacia americana. Sin embargo, entre aquellas versiones, todas ellas revestidas de fuerte carga especulativa, la que parecía contar con mayor predicamento era la que vinculaba el conflicto de Laos con la evolución de Cuba hacía un modelo más maoísta que soviético. La guerra civil en Laos hacía desaconsejable una presencia demasiado evidente de la URSS en Cuba, algo que la diplomacia soviética trataría de compensar con el paulatino incremento del protagonismo chino en la causa cubana. Aquella idea servía a la política exterior soviética, concedía cierto espacio a la China comunista en el ámbito internacional y podía ser bien vista desde Cuba, pues, como ya hemos indicado, la mayoría de la dirigencia revolucionaria encontraba más cercana a la Revolución cubana la experiencia revolucionaria china que la soviética.

De acuerdo a esta versión, la URSS estaría “*despegándose de Cuba*”, pero “*cuidándose de robustecer al mismo tiempo las relaciones entre La Habana y China comunista*”²⁴. Aquella estrategia tenía indudablemente sus ventajas para la Unión Soviética. En primer lugar, se le concedía a China cierto protagonismo en la defensa y promoción del comunismo a nivel internacional; en segundo lugar, el comunismo, como marco de organización política, podía “*seguir manteniendo su cabeza de puente en Hispanoamérica*” a través de Cuba, y, en tercer y último lugar, la diplomacia soviética conseguía apartarse sin hacer demasiado ruido de un conflicto “*que inevitablemente producía fricciones con los Estados Unidos*” y que tenía todos los ingredientes para producir “*gravísimas*” perturbaciones en el futuro “*una vez vista la determinación del Presidente Kennedy de apoyar el movimiento anticastrista que se estaba fraguando militarmente en diversos puntos de las naciones americanas*”²⁵.

Todos aquellos ingredientes hacían más que justificable, según señalaba Blanco Tobío, el retraimiento soviético en los asuntos cubanos. Naturalmente, no se podían tomar aquellos rumores como certezas, advertía el enviado especial de *Pueblo*, pero estaban dentro de “*la lógica*” del contexto internacional que se estaba viviendo en aquellos momentos, sobre todo si se llegaba a un acuerdo que fuera capaz de satisfacer a todas las partes enfrentadas en el conflicto laosiano²⁶. Muchos analistas, según aventuraba Blanco Tobío, señalaban ya que era previsible que las relaciones entre Washington y

²³ *Idem.*

²⁴ *Idem.*

²⁵ *Idem.*

²⁶ *Idem.*

Moscú entraran “*en una vía de concesiones mutuas*”, pues aquel era el único camino capaz de evitar a la larga “*una tercera y seguramente definitiva conflagración mundial*”²⁷.

Por lo demás, Blanco Tobío era muy consciente de lo que aquello podía suponer para Cuba, pues, según aseguraba el periodista español cargándose de razones, la conversión de la Revolución cubana en moneda de cambio dentro de la partida que se estaba jugando en el tablero de la Guerra Fría sólo podía ir en perjuicio del proyecto fidelista. Aquella máxima estaba en la mente de todos los analistas, pues siempre se había tenido por cierto que “*cualquier verdadera mejoría en las relaciones ruso-norteamericanas repercutiría en perjuicio de Cuba, en el sentido de que uno de los precios de esa mejoría tendría que ser forzosamente el dejar a La Habana sin el respaldo de la coherencia soviética*”²⁸.

El diario *Pueblo*, un día después de exponer todos aquellos rumores y conjeturas sobre el papel a jugar por la URSS en el conflicto cubano, acudió de nuevo a Blanco Tobío para exponer lo que estaban contando los medios de comunicación estadounidenses en aquellas jornadas sobre la actividad de la contrarrevolución en territorio norteamericano. La situación cambiaba de un día para otro y en los medios norteamericanos comenzaba a calar con fuerza la idea de que una operación a gran escala contra Cuba estaba a punto de producirse debido a los movimientos de la contrarrevolución en aquellos días.

La comunidad cubana de Miami se mostraba cada día más agitada y la prensa norteamericana comenzó a informar con todo lujo de detalles sobre los planes de invasión y los movimientos de contingentes armados en otros puntos del Caribe. En la noche del día 7 de abril la CBS había dedicado un boletín especial a la situación cubana. Su corresponsal en Miami hablaba ya abiertamente del nerviosismo que reinaba en la comunidad cubana y señalaba que “*el intento de invasión de Cuba por las fuerzas antifidelistas era inequívocamente inminente*”²⁹. Estas informaciones eran confirmadas por *The New York Times* en grandes titulares en la mañana del 8 de abril. Tobo aseguraba que el ataque a Cuba estaba ya preparado y que lo único que restaba por saber era el momento preciso en el que se produciría el ataque.

Los medios de comunicación norteamericanos no mostraban ya pudor alguno a la hora de suministrar “*toda clase de detalles sobre los proyectos de invasión*”³⁰. Se hablaba abiertamente de “*los movimientos de tropas*” registrados en “*las dos bases antifidelistas de La Florida, en la de Luisiana y en las dos que estaban localizadas en Guatemala*”³¹.

La CBS era todavía más explícita en los detalles y hablaba de cuatro mil o cinco hombres listos para entrar en acción. Aquellos hombres habían terminado su formación en los campos de entrenamiento y en las últimas horas estaban siendo “*concentrados*” para “*salir hacia sus destinos*” en Cuba³². Las organizaciones antifidelistas, sin ningún tipo de reparo, hablaban a los medios norteamericanos de los preparativos y ofrecían todo lujo de detalles sobre la ingente tarea a acometer, pues la expedición llamada a terminar con el régimen fidelista no necesitaba solamente soldados, también se precisaban médicos y enfermeros “*para actuar a bordo de los barcos hospitales*” habilitados para la atención de “*los heridos*” que se produjeran en la contienda³³. Todos aquellos indicios hacían pensar en la

²⁷ *Idem.*

²⁸ *Idem.*

²⁹ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6719. Madrid: sábado, 8 de abril de 1961, pág. 1. Diario.

³⁰ *Idem.*

³¹ *Idem.*

³² *Idem.*

³³ *Idem.*

inminencia del ataque, algo que venía a confirmarse también por “*la gran cantidad de plasma sanguíneo*” adquirido por las organizaciones revolucionarias en aquellos días³⁴.

La invasión parecía cuestión de horas y aquello tenía su reflejo, según señalaba Blanco Tobo, en el nerviosismo que reinaba dentro del exilio cubano estadounidense y en el alcance y la naturaleza de la actividad en la que estaba implicada la contrarrevolución en aquellas jornadas. En Nueva York aquel era el tema fundamental entre la comunidad latinoamericana y los cubanos neoyorquinos parecían convencidos de que había llegado el momento, algo que se evidenciaba también dentro de la delegación del Gobierno cubano destacado en las Naciones Unidas donde el semblante era de “*honda preocupación*”³⁵.

Corrían “*visperas de sangre en Cuba*”, según señalaba lacónicamente Blanco Tobo, y, mientras tanto, la Unión Soviética, que había acostumbrado a los analistas a ver ya con cierta normalidad cómo salía de inmediato en defensa de Cuba cuando sonaban los primeros rumores sobre una intervención armada, permanecía absolutamente callada, sin reaccionar, sin definirse; una actitud que tenía “*intrigado a todo el mundo*” y que daba pábulo a los rumores que hablaban del distanciamiento entre La Habana y Moscú³⁶.

La diplomacia soviética estaba “*dejando caer a Fidel Castro en las manos de su destino*”, señalaba entre la incredulidad y la suspicacia Blanco Tobo³⁷. Cuba estaba a punto de ser atacada y las autoridades del Kremlin no reaccionaban, algo que mantenía desconcertados a los analistas internacionales; como los mantenía también aquella facilidad con la que la prensa norteamericana revelaba detalles de las operaciones bélicas a desarrollar en Cuba y que claramente jugaban en contra de los intereses norteamericanos. Los periódicos estadounidenses relataban con todo lujo de detalles los lugares en que estaban adiestrándose “*las unidades antifidelistas*” y no tenían problemas en afirmar que “*los monitores eran oficiales norteamericanos*”³⁸. Las autoridades norteamericanas no habían salido a negar a aquel aserto, lo que daba cierta credibilidad a aquellos rumores de invasión y pábulo a las acusaciones sobre la más que evidente participación norteamericana en los preparativos del ataque contra Cuba.

Después de todos aquellos razonamientos y especulaciones, Blanco Tobo señalaba igualmente que comenzaba a haber fricciones entre los técnicos comunistas llegados de otro lado del atlántico y los revolucionarios cubanos y que muchos de aquellos especialistas habían regresado en los últimos días a sus respectivos países debido a los desencuentros con las autoridades revolucionarias. En los Estados Unidos y en Cuba se estaba viviendo una verdadera guerra de nervios en las últimas horas; un momento de incertidumbre que la prensa norteamericana trataba de llenar con toda suerte de especulaciones.

Por lo demás, había muchas dudas en torno a la operación a pesar de los numerosos detalles: era difícil pensar que cuatro mil hombres, por bien armados que estuvieran, pudieran hacer frente a los 250 mil o 400 mil cubanos que se encuadraban en el Ejército Rebelde y la milicia. Muchos confiaban en que el desembarco de aquellas tropas generaría una sublevación popular de grandes magnitudes. Otros creían que aquellos cuatro mil hombres no eran más que la avanzadilla y la pantalla que serviría para camuflar el posterior desembarco de los marines.

En fin, conjeturas que no hacía más que alentar la incertidumbre y exponer los pros y los contras de una intervención de aquella naturaleza. Ahora bien, lo que parecía imprescindible para el éxito de una

³⁴ *Idem.*

³⁵ *Idem.*

³⁶ *Idem.*

³⁷ *Idem.*

³⁸ *Idem.*

operación contra Cuba era que ésta tuviera un mínimo apoyo entre la población cubana. De lo contrario, sería muy complicado sostenerse frente a las fuerzas fidelistas. Esta era la clave de cualquier tipo de aventura en suelo cubano y todo parecía indicar que algunos sectores de la disidencia, y la propia inteligencia norteamericana, confiaban en que los grupos de la contrarrevolución que operaban en el interior de Cuba fueran capaces de organizar un levantamiento interno que dividiera a las fuerzas fidelistas.

La contrarrevolución del interior de Cuba, según informaba la prensa franquista, estaba bien pertrechada y llevaba meses recibiendo suministros del exterior para preparar un alzamiento que pudiera desencadenar una guerra civil. De todos modos, todo seguían siendo dudas, pues ni siquiera los grupos de la contrarrevolución parecían compartir estrategia. Blanco Tobo hablaba de Ray Rivero y de su organización, el MRP, reacios a afrontar una operación de aquella envergadura contra el Gobierno de Fidel Castro. El periodista español señalaba que aquella diversidad de pareceres no era un asunto menor, pues según los informes que obraban en poder de Blanco Tobo, Ray Rivero era el hombre en quien *“había pensado el Presidente Kennedy para el futuro de Cuba”*³⁹. Rivero no era partidario de llevar a cabo una operación como la que se estaba preparando y prefería un *“alzamiento desde dentro de la misma Cuba, cuando la situación llegara a madurar lo suficiente”*⁴⁰.

La situación distaba mucho de estar clara, pues parecía evidente, como hemos indicado ya en otros pasajes del capítulo anterior, que la disidencia no estaba unida como tampoco lo estaban los servicios de inteligencia y la Casa Blanca. Unos, según señalaba Blanco Tobo, eran partidarios de un desembarco para trasladar con posterioridad a la zona conquistada a un Gobierno provisional, al frente del cual se situaría a Miró Cardona, que comenzaría a maniobrar de inmediato para recibir el reconocimiento diplomático de varios países, comenzando probablemente por el de los Estados Unidos. Por el contrario, otros grupos preferían seguir apostando por la actividad de la contrarrevolución interna y externa a la espera de que la situación se fuera degradando en Cuba, lo que podría dar pie a la formación de un sólido movimiento contestatario en el interior de la isla.

Dos soluciones estaban sobre el tapete, una la promovida por la CIA, el desembarco convencional, y la otra la promocionada por la Casa Blanca, la ofensiva contrarrevolucionaria mientras maduraban las condiciones de un levantamiento interior al que Fidel Castro no pudiera hacer frente. Detrás de la Casa Blanca había un sector de la disidencia predispuesto a asumir su estrategia, pero la CIA, que llevaba meses trabajando en el proyecto de invasión, también tenía tras de sí a un sector importante de la disidencia. En última instancia, la disputa parecía ceñirse a la percepción que se tenía de la velocidad, desarrollo y fase en la que se encontraba la contrarrevolución. Para la Casa Blanca en una etapa de evidente inmadurez, para la CIA en una fase avanzada de desarrollo.

La gran duda y la clave de la operación del desembarco, tal y como estaba concebida, dependía en gran medida del acoso que algunos sectores de la contrarrevolución interna pudieran ejercer sobre el frente revolucionario y esto no parecía estar del todo claro. De este modo, nada mejor que el llamamiento a tomar las armas para poner en guardia a la población cubana que estuviera dispuesta a batirse en favor de las tropas invasoras. Y esto fue precisamente lo que hizo desde Nueva York el día 8 de abril Miró Cardona, presidente del Consejo Revolucionario Cubano: *“un llamamiento al pueblo cubano para que acudiera a las armas”* tan pronto como se produjeran las primeras luchas en el interior de Cuba⁴¹. Las palabras de Miró Cardona parecían dejar al descubierto la inminencia de la invasión. Sin embargo, en una conferencia de prensa ofrecida en aquella misma jornada por el propio Miró Cardona, éste *“no quiso revelar, cosa lógica, la fecha de la invasión”*, e incluso negó que esta

³⁹ *Idem.*

⁴⁰ *Idem.*

⁴¹ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6720. Madrid: lunes, 10 de abril de 1961, pág. 5. Diario.

fuera a realizarse al afirmar que “*la revuelta contra el régimen de Castro partiría desde dentro del país*”⁴².

El máximo líder de la contrarrevolución era capaz de enviar un mensaje favorable al desembarco y otro contrario a él con pocas horas de diferencia y, por momentos, talmente parecía que estaba siendo zarandeado por los cabecillas de las posturas enfrentadas, por los servicios de inteligencia norteamericanos y por las consignas que llegaban desde la Casa Blanca. Miró Cardona insinuaba la inminencia del desembarco y lo negaba acto seguido, para señalar a continuación que no estaba en posición de señalar el momento preciso de la futura invasión. Nos encontrábamos, probablemente, ante maniobras de distracción encaminadas a generar confusión entre las fuerzas fidelistas, pero que ayudaban poco a los apesadumbrados sectores de la contrarrevolución del interior de Cuba que llevaban meses a la espera del momento definitivo.

Las noticias que procedían de los Estados Unidos eran pues tan contradictorias que los cubanos, revolucionarios y contrarrevolucionarios, no sabía a qué atenerse, como afirmaba Blanco Tobo. Aquel torbellino de incongruencias vertidas desde los sectores de la contrarrevolución, en la que unos hablaban del desembarco inminente, otros del levantamiento popular sin desembarco convencional y algunos insignes otros de ambas cosas de forma ambigua, no hacían más que poner al descubierto la falta de sintonía entre la CIA y la Administración del presidente Kennedy y la complejidad que se daba cita dentro de la contrarrevolución cubana.

Los responsables de los servicios de inteligencia estaban ya deseosos de que los grupos adiestrados durante meses tomaran rumbo a Cuba para entrar en acción y los hombres de Kennedy no querían verse involucrados en una operación que por falta de apoyos entre la población cubana arrastrara a los Estados Unidos a una intervención directa o peor aún a una derrota ante las tropas fidelistas. El día 10 de abril las dudas seguían todavía y el desembarco seguía en un compás de espera que parecía no tener fin. Sin embargo, las noticias que procedían de Estados Unidos comenzaban a clarificar los motivos que estaban detrás de aquel torbellino de noticias que arrastraban a unos y a otros a la mayor de las incertidumbres. El día 10 de abril el FBI puso bajo custodia a Rolando Masferrer, antiguo dirigente sindical en tiempos de Batista y cabecilla de uno de los sectores batistianos que estaban deseosos de intervenir.

Masferrer, como algún otro líder de la contrarrevolución demasiado significado durante la dictadura de Batista, había sido “*reiteradamente rechazado por el Consejo Revolucionario como fuerza integrante del antifidelismo*”⁴³. Es más, según señalaba *Pueblo* en sus páginas, la detención de Masferrer había sido solicitada por “*los mismos desterrados cubanos antibatistianos, por temor a que la presencia de aquel en Miami pudiera identificarlos con un descartado propósito de restaurar el viejo régimen prerrevolucionario*”⁴⁴. Aquella detención, según Blanco Tobo, reforzaba más si cabe la posibilidad de la que la invasión estuviera a punto de producirse y también las luchas que existían dentro de la disidencia por alcanzar la supremacía dentro de una posible Cuba “postfidelista”.

Así pues, las dudas no estaban solamente planteadas entre la disyuntiva de acometer un desembarco o posponerlo para seguir promocionando la acción armada y el crecimiento de la disidencia en el interior de Cuba, estaban también planteadas en torno al papel a desempeñar por ciertos grupos de batistianos dentro de la operación. Como hemos relatado ya, la CIA no tenía reparo alguno a la hora de integrar a reputados batistianos dentro de la operación de desembarco, algo que contrastaba con la visión de la Casa Blanca que, en sintonía con la Alianza para el Progreso y el Libro Blanco, pretendía

⁴² *Idem.*

⁴³ *Idem.*

⁴⁴ *Idem.*

difundir una imagen de la contrarrevolución que estuviera lo más alejada posible de la antigua Cuba y sobre todo del régimen de Batista.

Más allá de la conveniencia o la inconveniencia de acometer un desembarco en aquel momento, uno de los principales problemas estaba planteado en torno al carácter ideológico de los integrantes de dicho desembarco. El otro elemento de discordia era el grado de implicación norteamericana. Como ya hemos comentado, en el entorno de la Casa Blanca se prefería que la participación norteamericana fuera logística y material; cualquier participación que implicara el despliegue de tropas estadounidenses en suelo cubano era vista con recelos, pues aquello daría munición a las organizaciones y a los simpatizantes de la Revolución cubana en Latinoamérica y también carta blanca a la diplomacia del bloque socialista para descargar las previsibles acusaciones sobre la injerencia de Estados Unidos en el continente y condenar su actitud imperialista.

En los núcleos del poder norteamericano y entre los sectores de la contrarrevolución había pues demasiadas dudas: desembarco o promoción de la contrarrevolución a la espera de una mejor coyuntura; batistianos, antiguos revolucionarios o un frente unitario sin banderías y sin exclusiones; implicación directa de los Estados Unidos en las operaciones militares o simple apoyo logístico. Tres focos de discusión que dejaban al descubierto la falta de sintonía entre la Casa Blanca y los servicios de inteligencia y explicitaban las disputas y los rencores que se daban cita en el seno de la contrarrevolución.

En Estados Unidos todo era incertidumbre y en Cuba la situación no era muy diferente. El día 10 de abril, la diplomacia cubana, movida quizás por el silencio soviético, o aturdida probablemente ante la avalancha de noticias contradictorias que llegaban desde los Estados Unidos, decidió posponer el debate que tenía por objeto debatir la agresión norteamericana durante la cuarta comisión de la Asamblea General de la ONU. El debate se aplazó, según adujeron las autoridades cubanas, debido a la enfermedad del ministro de Exteriores cubano, Raúl Roa, "*aquejado de anginas, según unos, y de enfermedad diplomática, según otros*", como observó sagazmente Blanco Tobo en su crónica desde Nueva York publicada en *Pueblo* el 11 de abril⁴⁵.

Sin embargo, aquella no fue la única noticia que deparó el 10 de abril, pues este mismo día, mientras Cuba tomaba la determinación de aplazar su debate sobre la agresión norteamericana ante la Asamblea General, la prensa de los Estados Unidos cambió de forma radical el discurso sobre el conflicto cubano. La invasión de la isla, anunciada a bombo y platillo durante días, se transformó en aquellos mismos medios que la habían promocionado en algo que nada tenía que ver con una operación de desembarco a gran escala. El día 10 abril la prensa estadounidense aseguró que no se produciría un desembarco convencional de tropas, sino múltiples desembarcos de menor tamaño, a través de los cuales, según aseguraba *Pueblo*, Estados Unidos podía esquivar con mayor facilidad las acusaciones de intervención directa.

Así pues, las operaciones que tendrían lugar en los próximos días, y que se venían realizando ya desde hacía varias semanas, estarían encaminadas a conseguir la infiltración de pequeños grupos guerrilleros y terroristas en diferentes puntos de Cuba con el objetivo manifiesto de "*crear islotes de territorio anticastrista dentro de la isla*"⁴⁶. El corresponsal de *The New York Times* en Miami, uno de los que había cimentado con mayor empeño el relato de la inminente invasión a gran escala, se retractaba de las informaciones vertidas en las páginas del diario neoyorquino cuarenta y ocho horas antes para apuntalar ahora una versión de los hechos que hablaba de la infiltración de múltiples grupos en la isla y del refuerzo de la contrarrevolución interna. Otros diarios de menor enjundia habían

⁴⁵ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6720. Madrid: lunes, 10 de abril de 1961, pág. 5. Diario.

⁴⁶ *Idem*.

secundado al afamado diario neoyorquino con informaciones similares y aquello, según aventuró Blanco Toba con gran acierto, sólo podía indicar una cosa: que las tesis de Ray Rivero y de la Casa Blanca estaban comenzando a imponerse.

La única explicación lógica que encontraba Blanco Toba a aquel cambio de rumbo súbito en las informaciones vertidas en la prensa norteamericana estaba en la imposición de las tesis de Ray Rivero dentro del Consejo Revolucionario Cubano. El antiguo ministro de Obras Públicas de Fidel Castro siempre había sostenido, “*en público y en privado*”, según aseveraba Blanco Toba, “*que una operación de desembarco en Cuba sería un desatino, y que la revuelta contra el Gobierno revolucionario tendría que partir de dentro de Cuba*”⁴⁷. Esta postura de Ray Rivero estaba en las antípodas de lo que pensaban otros grupos de la disidencia e iba también en contra de los planes de la CIA; sin embargo, contaba con el apoyo de la Casa Blanca, pues como apuntaba el siempre bien informado Blanco Toba, Ray era «*el hombre de los Estados Unidos para Cuba, con vistas a realizar algún día la fórmula “fidelismo sin Fidel”, salvando así la revolución, pero no, según el Departamento de Estado, a sus traidores*»⁴⁸. Aquel giro súbito en las informaciones hacía prever, según apuntaba Blanco Toba, que Ray Rivero estaba ahora al mando y que detrás de él, como cabía esperar, estaría Washington. Si realmente éste era el nuevo panorama, el cronista de *Pueblo* daba por finalizado el peligro de una invasión convencional.

Sin embargo, no toda la prensa franquista estaba inclinada a asumir que el peligro de invasión había pasado ya. El diario *ABC*, aunque publicó una información muy similar a la de *Pueblo*, la presentaba con un enfoque relativamente diferente y ofrecía algún detalle extra que hacía de aquellas operaciones de núcleos reducidos preparados para el desembarco en territorio cubano algo más que la puesta en circulación de un puñado de guerrilleros “antifidelistas”. En gran medida, estas diferencias podían estar en la procedencia de las crónicas y en la personalidad y el calado ideológico de los enviados especiales de ambos diarios. Entre Blanco Toba, al que nunca se le podía captar de parte de quien estaba realmente en aquella contienda entre cubanos y estadounidenses, más de allá de su alambicado anticomunismo, y el periodista carlista Jesús Evaristo Casariego, el enviado del diario *ABC* en la capital mejicana, había grandes diferencias. Sus crónicas remitas desde Nueva York, las del primero, y desde México, las del segundo, dejaban al descubierto diferencias que iban más allá del supuesto sindicalismo de Toba y del tradicionalismo evidente de Casariego, pues dejaban al descubierto una cierta distancia del conflicto por parte Toba y una implicación más evidente en el caso de Casariego, que salpicaba sus crónicas con descalificaciones explícitas de los revolucionarios cubanos.

Estas diferencias han de ser tenidas en cuenta ante cualquier análisis, ahora bien, más allá de las supuestas simpatías y de las fobias declaradas, en las crónicas de Casariego había un seguimiento más detallado del estado de las operaciones de la contrarrevolución en territorio guatemalteco, debido a su vecindad con Méjico, y estas hacían presagiar que los batallones de hombres allí radicados se habían preparado para algo más que para el sabotaje y la lucha guerrillera. Esto era lo que había publicado con insistencia el enviado especial del *The New York Times* en la capital de Guatemala y aquello había propiciado su inmediata expulsión del país por parte de las autoridades guatemaltecas.

El corresponsal de *The New York Times* se había limita a señalar lo que todo el mundo sabía: “que los exiliados cubanos que proyectaban un ataque contra el régimen de Fidel Castro estaban siendo adiestrados en Guatemala”⁴⁹. Una información archiconocida para propios y extraños, pero que resultaba poco conveniente en aquel momento, pues las agencias de prensa de medio mundo se acercaban a la realidad cubana para constatar lo que había de cierto en aquellos augurios guerreristas

⁴⁷ *Idem.*

⁴⁸ *Idem.*

⁴⁹ *ABC* (Año LIV). Núm.17183. Madrid: martes, 11 de abril de 1961, pág. 50. Diario.

que llegaban del Caribe. Así pues, ante la inconveniencia del momento y dado que las informaciones publicadas en el diario neoyorquino se difundían a continuación a lo largo y ancho del planeta, las autoridades guatemaltecas tuvieron a bien expulsar al enviado de *The New York Times* del país, acusándole de difundir “informaciones calumniosas”⁵⁰.

Los rumores de invasión habían sido difundidos con profusión en los días precedentes y ahora resultaba difícil imponer criterios de otra índole por mucho empeño que pusieran los medios de comunicación norteamericanos en desmentir el desembarco a gran escala. Además, eran estos mismos medios los que ahora se desdecían de todo lo dicho anteriormente para apostar por una nueva línea argumental y esto tenía ciertas dificultades de cara a la transmisión de un mínimo de credibilidad. Dadas las circunstancias, la mejor solución para darle salida a aquel embrollo de dimes y diretes en el que se había convertido el acoso a la Cuba fidelista era apostar por las declaraciones oficiales y nada mejor que las palabras que pudiera ofrecer el propio presidente Kennedy como máxima autoridad estadounidense.

Sin embargo, las palabras de Kennedy en aquellos días se mostraron tan ambiguas como las lanzadas por Miró Cardona. El día 11 de abril, justo un día después de que la prensa norteamericana diera un giro en sus informaciones, Kennedy apareció ante las cámaras de televisión para señalar que Fidel Castro podía convertirse en “*un gran peligro*” para el continente, a menos que los Estados Unidos actuaran en aquel momento⁵¹. El presidente norteamericano realizó aquellas declaraciones durante una entrevista televisada y aunque “*no amplió su declaración*” sobre Cuba “*ni explicó su referencia a la acción norteamericana*” contra el Gobierno de Fidel Castro, sí señaló que las relaciones de Estados Unidos con Latinoamérica se encontraban en un momento crítico y que aquel estado de zozobra tenía mucho que ver con la incertidumbre que la Cuba fidelista estaba sembrando en el continente⁵².

Un día después el presidente Kennedy volvió a hacer referencia a Cuba en el contexto de una rueda de prensa en la que se abordó la situación internacional. El mandatario norteamericano hizo un balance de las relaciones con la URSS y la China popular y aludió a la situación en Laos y Cuba. En lo tocante a las relaciones con China el presidente Kennedy señaló que Estados Unidos seguiría oponiéndose al ingreso de la República Popular China en la ONU y que, por tanto, “*sus compromisos con el pueblo y con el Gobierno de Formosa*” seguían en plena vigencia⁵³. El presidente norteamericano no pudo ser más explícito sobre este particular: “*Quiero aprovechar esta oportunidad para hacer resaltar el apoyo norteamericano a Taiwan y al Gobierno de Formosa en su permanencia en las Naciones Unidas*”⁵⁴.

En cuanto a las relaciones con la URSS Kennedy señaló que en aquel momento todo pasaba por el conflicto de Laos y que la Casa Blanca seguía a la espera de la respuesta soviética a la propuesta británica de establecer un alto fuego indefinido en la contienda laosiana. Los soviéticos se habían comprometido a ofrecer una contestación en el plazo de una semana y la diplomacia norteamericana confiaba en que la respuesta de las autoridades moscovitas fuera afirmativa. Aquel cese de las hostilidades tenía que servir, según señaló Kennedy, para que “*los abastecimientos de armas a los dos bandos enfrentados en Laos terminaran*”⁵⁵.

⁵⁰ *Idem.*

⁵¹ *ABC* (Año LIV). Núm.17184. Madrid: miércoles, 12 de abril de 1961, pág. 34. Diario.

⁵² *Idem.*

⁵³ *ABC* (Año LIV). Núm.17185. Madrid: jueves, 13 de abril de 1961, pág. 56. Diario y *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7745. Madrid: jueves, 13 de abril de 1961, pág. 3. Diario.

⁵⁴ *Idem.*

⁵⁵ *Idem.*

Sin embargo, el tema estrella de la conferencia de prensa del mandatario norteamericano fue Cuba. Kennedy declaró en aquella jornada que bajo ningún concepto habría una intervención en Cuba de las fuerzas armadas norteamericanas. El presidente norteamericano se expresó en los siguientes términos: *“Este Gobierno hará todo cuanto buenamente pueda, y yo creo que puede aceptar esta responsabilidad, para asegurarse de que ningún norteamericano se vea envuelto en ninguna acción que se lleve a cabo en Cuba”*⁵⁶.

El presidente declaró igualmente que el Departamento de Justicia había puesto bajo arresto a Rolando Masferrer *“sobre la base de que estaba planeando una invasión a Cuba desde Florida, con el fin de establecer un régimen estilo Batista, y que su libre actuación podría hacer creer que los Estados Unidos animaban el establecimiento de tal clase de régimen”*⁵⁷. El presidente Kennedy trató de dejar claro en todo momento, según aseguraba un cable informativo de la Agencia Efe distribuido en la prensa franquista, que la Casa Blanca se opondría *“a cualquier intento para organizar una ofensiva desde los Estados Unidos con el fin de derribar al régimen de Castro”*⁵⁸.

Aquel cable de la Agencia Efe finalizaba con una coletilla de factura propia que sólo fue recogida por el diario ABC y en la que se dejaba al descubierto que Estados Unidos, aunque no apoyara explícitamente los planes de la contrarrevolución, seguiría apoyándolos en la sombra. La coletilla en cuestión rezaba así: *“Los observadores políticos dicen que el presidente ha dado la impresión de que si bien los Estados Unidos no apoyarán abiertamente una revolución democrática contra Cuba, el Gobierno no se interpondrá en el camino de los rebeldes, cuyos fines aprueba calladamente”*⁵⁹.

Aquella información postrera publicada en el diario ABC no iba mal encaminada. Sin embargo, se podía ir todavía más allá en la interpretación de las palabras de Kennedy, pues la trascendencia de su comunicado parecía estar más en lo que se decía implícitamente que en lo que se aseveraba explícitamente. La Casa Blanca descartaba una operación convencional con marines o tropas norteamericanas; tampoco eran partidarios del restablecimiento de un régimen dictatorial como el impuesto por Batista en los años cincuenta, y definitivamente se descartaba el territorio norteamericano como punto de partida de cualquier expedición para terminar con Fidel Castro. Aquellos eran los compromisos a los que la Administración estadounidense se comprometía. Eran unas aseveraciones ciertamente arriesgadas, pues no eran fáciles de cumplir dados los antecedentes de los últimos dos años. Ahora bien, a lo que no se comprometía Estados Unidos era a restringir su apoyo a la contrarrevolución en todas sus variantes y tampoco se había hecho promesa alguna con respecto al apoyo de expediciones que partieran de otros puntos del Caribe situados en países aliados de la Administración norteamericana. Así pues, el mensaje de Kennedy, más que tranquilizador para el Gobierno cubano, era esclarecedor.

Por otro lado, lo que había dejado al descubierto el mandatario norteamericano en aquella rueda de prensa era el proceso de negociaciones en el que la URSS estaba inmersa a causa del conflicto laosiano. Estados Unidos estaba esperando una respuesta soviética para poner en marcha un alto al fuego en Laos, lo que indudablemente daría un respiro a los ejércitos monárquicos laosianos en su contienda con las fuerzas comunistas y socialistas. Estados Unidos e Inglaterra eran partidarios de un cese de las hostilidades en Laos para ganar tiempo y la URSS consideraba que una declaración de alto al fuego tenía que quedar *“al arbitrio de los contendientes”*⁶⁰. Por su parte, la China Popular había señalado que estaban dispuestos a *“enviar tropas”* chinas a Laos si la SEATO, organización militar

⁵⁶ *Idem.*

⁵⁷ *Idem.*

⁵⁸ ABC (Año LIV). Núm.17185. Madrid: jueves, 13 de abril de 1961, pág. 56. Diario y El Alcázar (Año XXV). Núm.7745. Madrid: jueves, 13 de abril de 1961, pág. 5. Diario.

⁵⁹ ABC (Año LIV). Núm.17185. Madrid: jueves, 13 de abril de 1961, pág. 56. Diario.

⁶⁰ Pueblo (Año XXII). Núm.6714. Madrid: lunes, 3 de abril de 1961, pág. 1. Diario.

formada por Australia, Francia, Nueva Zelanda, Pakistán, Filipinas, Tailandia, Gran Bretaña y los Estados Unidos, decidía colocar soldados en suelo laosiano⁶¹.

Aquella era una decisión no menor para la diplomacia soviética, pues la derrota del frente monárquico en Laos podía tener también sus repercusiones en el denominado “sendero Ho Chi Minh”, ruta de la que servían las fuerzas norvietnamitas para apoyar a los grupos insurgentes del sur de Vietnam y que cruzaba por territorios de Laos y Camboya. Una apuesta decidida por las fuerzas comunistas de Laos podía colocar bajo el control de los grupos insurgentes del comunismo laosiano, camboyano y vietnamita una porción de territorio vital para la supremacía comunista en toda la región de Indochina⁶².

La partida que se estaba jugando entre la URSS y los Estados Unidos se disputaba en el tablero internacional y a la vista del conflicto indochino, llamado a prolongarse en el tiempo para ambas potencias, ninguno de los dos contendientes parecía dispuesto a convertir a Cuba en factor de disputa por el momento. Estados Unidos porque lo consideraba parte de su territorio de influencia y debía impedir que el conflicto rompiera de forma definitiva las fronteras del continente y la URSS porque una defensa armada de Cuba terminaría por poner en tela de juicio su publicitada coexistencia pacífica en un momento en el que la diplomacia soviética abanderaba esta doctrina ante las potencias occidentales en el sureste asiático. La URSS estaba defendiendo la no intervención en Laos, las decisiones tenían que quedar en manos de los contendientes sin que la influencia exterior decantara la balanza. Una decisión que exigía también para Cuba, pero que se vería obligada a violentar si los Estados Unidos finalmente decían intervenir en suelo cubano.

Ciertamente, las circunstancias no eran las más propicias para que la URSS se pronunciara ante el contencioso cubano, ya lo había hecho en otras ocasiones y nadie parecía tener dudas que los lazos entre Moscú y La Habana eran todavía sólidos. Ahora bien, tampoco se podía pasar alto que el mutismo del Kremlin estaba generando cierta zozobra en la contrariada diplomacia cubana, lo que daba pábulo a aquellos rumores que hablaban de un cierto distanciamiento entre la Revolución cubana y las autoridades soviéticas. Así pues, los rumores tenían cierta consistencia, algo que podía constatar en los silencios de la revista *Bohemia*.

Desde la puesta en circulación del “Libro Blanco” hasta su número del 23 de abril la URSS desapareció de las páginas de *Bohemia*. Aquellas salvas a los dirigentes soviéticos que eran tan propias del semanario habanero se desvanecieron de forma súbita. En su lugar aparecieron los amigos de la Revolución cubana en el continente, con mención especial a Janio Quadros. El mandatario del Brasil, Quadros, había enviado tras la publicación del Libro Blanco un mensaje al presidente Dorticós por conducto del director de *Revolución*, Carlos Franqui, y en él se exponía que la Cancillería brasileña se opondría a cualquier acto de agresión contra la Cuba de Fidel Castro⁶³.

Las palabras de Quadros no podían ser más contundentes y venían a reiterar el mensaje enviado a Kennedy semanas antes: Brasil “*no permitirá ninguna intervención en Cuba*”; si ésta llegaba a producirse, la diplomacia brasileña defendería “*los derechos sagrados de autodeterminación del pueblo cubano*” a través de todos los canales y “*todas las formas*” disponibles⁶⁴. *Bohemia* valoraba aquella declaración como algo trascendental para la defensa de Cuba y más si cabe al constatar el aplauso que había recibido tal pronunciamiento desde todos los rincones de América. La negativa del

⁶¹ *Idem*.

⁶² Para un relato detallado de las relaciones entre las formaciones comunistas de Vietnam, Laos y Camboya véase: Lockhart, Bruce M. y Duiker, William J.: *The A to Z of Vietnam*, Scarecrow Press, Plymouth, 2006, págs.199, 200, 294, 295, 345 y 346

⁶³ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 16. La Habana: domingo, 16 de abril de 1961, págs. 65. Semanal.

⁶⁴ *Idem*.

gigante brasileño a permanecer en silencio cambiaba el escenario de la potencial agresión contra Cuba, señalaba *Bohemia*, independiente de que los preparativos para perpetrar un artero golpe contra la revolución estuvieran ya muy adelantados. Ahora, aseveraba el semanario habanero, sería menos fácil “*conducir la gigantesca y alevosa intriga contra Cuba*”, pues ya no sólo eran los pueblos los que se oponían a la intervención, sino también algunos valerosos dirigentes continentales⁶⁵.

Por lo demás, la ausencia de menciones al apoyo de la URSS no sólo se cubrió con los pronunciamientos del presidente Quadros, sino que tuvieron también un oportuno sustituto en los dirigentes de la China Popular y su ejemplo revolucionario. El vicealcalde de Pekín, Feng Chi Ping, huésped de la revolución y de la capital cubana, no perdió tampoco la oportunidad de dejar sus impresiones en la prensa cubana sobre lo que estaba observando en Cuba. El mandatario de la capital china señaló que su pueblo comprendía perfectamente la lucha en la que estaba inmersa Cuba, porque también China había sufrido “*el yugo del imperialismo*”⁶⁶. Las batallas que había tenido que librar Cuba para lograr su definitiva independencia eran las mismas por las que había pasado China una década antes. La China popular había tenido un proceso revolucionario que encajaba más con la experiencia cubana que con la soviética y de esto dejó constancia el vicealcalde de Pekín en las páginas de *Bohemia* al señalar que le había impresionado ver a los soldados del Ejército Rebelde levantando en alto, no armas de fuego, sino armas de trabajo: “*el pico y la pala*”⁶⁷. En la Cuba de Fidel Castro los soldados empuñaban la herramienta de trabajo si la ocasión lo demandaba, como los campesinos y obreros vestían el uniforme miliciano para defender el país. En la Revolución cubana había mucho de la revolución encabezada por Mao y los dirigentes chinos no dejaban de recalcarlo en las publicaciones cubanas. Algo de lo que habían dejado constancia también, como ya hemos comentado, Ernesto Guevara y el propio Fidel Castro.

La China Popular, ideológicamente, estaba más cerca de la Revolución cubana que la URSS. Sin embargo, la presencia de la URSS resultaría fundamental para Cuba si finalmente Kennedy pretendía ir más allá del apoyo moral, material, económico y diplomático a la contrarrevolución. Las espadas estaban por en alto y Cuba, sin ni siquiera pretenderlo, estaba enfrascada en los escenarios propios de la Guerra Fría como demostraban las precauciones de norteamericanos y soviéticos en sus afirmaciones y en sus silencios. Una precipitación podía resultar fatal y convertir a la Revolución cubana en víctima de un conflicto que no había generado.

Dentro de los núcleos de poder norteamericanos había división de opiniones: el tema cubano era tan delicado como complejo, pues el grado de apoyo norteamericano a los contrarrevolucionarios debía ser medido para que la intervención pudiera pasar por un conflicto entre cubanos. Al fin y al cabo, todo dependía en última instancia de la predisposición que mostraran los soviéticos a ser engañados, pues nadie parecía dudar que los contrarrevolucionarios cubanos dispondrían de todo aquello que pidieran excepto un desembarco de marines en las playas cubanas. Aquí parecía fijarse el límite de la colaboración entre los contrarrevolucionarios y las autoridades norteamericanas, pues, de cruzarse esta frontera, la URSS se vería obligada a acudir en defensa de Cuba. Estados Unidos debía intervenir en Cuba sin aspavientos y sin hacer uso de tropas regulares norteamericanas, de lo contrario, la URSS no podría desentenderse de los asuntos de Cuba.

16.2 Los prolegómenos de la primera derrota del imperialismo en América

Después de la publicación del Libro Blanco, el Gobierno cubano y la Casa Blanca habían fijado sus posiciones haciendo uso de una ambigüedad que parecía propia de aquella guerra psicológica a la que

⁶⁵ *Idem*.

⁶⁶ *Ibidem*, pág. 63.

⁶⁷ *Idem*.

la Administración norteamericana tenía sometida a la Revolución cubana. Una guerra que, además de psicológica, estaba siendo también tremendamente costosa para Cuba, tanto en lo material como en lo humano.

El compromiso de Kennedy de no invadir territorio cubano tomando como base de partida el territorio norteamericano hacía referencia a expediciones de desembarco o aerotransportadas de tipo convencional, pero nada decía del terrorismo más tradicional. El ataque amparado en la bomba y el sabotaje. Es decir, aquel destinado a sembrar el pánico en el interior de la isla y fomentar el desánimo a través del terrorismo, parecía ser el método que más convencía a la Casa Blanca y también a su hombre predilecto para el futuro de una Cuba “posfidelista”, el ya popular dirigente del MRP Manuel Ray Rivero.

En la conferencia de prensa del día 12 de abril Kennedy había señalado que Estados Unidos no organizaría desde su territorio un ataque contra Cuba con fuerzas norteamericanas y que tampoco permitiría que se utilizara el territorio estadounidense para lanzar el ataque contra Fidel Castro. Sin embargo, había señalado que Fidel Castro podía convertirse en un problema de primera magnitud para el continente y que la misión de la Administración norteamericana era actuar contra él de forma pronta y efectiva. Aquellas apreciaciones dejaban el camino más que expedito para el ensayo terrorista y también para la intervención sobre Cuba desde otro país del continente que no fuera Estados Unidos. Dos circunstancias que se materializaron a las pocas horas de que Kennedy pronunciara aquellas declaraciones, donde, una vez más, los silencios del mandatario norteamericano eran más elocuentes que sus propias palabras.

Efectivamente, Kennedy no mentía: los Estados Unidos no harían uso de su territorio para preparar un desembarco contra Cuba. Ahora bien, esto no incluía el suelo de sus aliados caribeños, donde todo parecía estar permitido. El día 12 abril, a las ocho de la tarde, las tropas acantonadas en los campos de entrenamiento de Guatemala eran concentradas para abordar en tres aviones con rumbo desconocido para sus ocupantes⁶⁸. Los pilotos de los aviones eran los únicos que fueron informados del destino: la base aérea de Puerto Cabezas en la costa atlántica nicaragüense⁶⁹. Horas antes de abordar los aviones, las tropas fueron despedidas por el presidente guatemalteco Ydígoras Fuentes y por el coronel norteamericano Jack Hawkins, organizador y estratega de la Brigada 2506, la célebre brigada que tenía como cometido desembarcar en las costas cubanas para tomar una porción de territorio en el que asentar un Gobierno provisional que pudiera maniobrar diplomática y militarmente frente al Gobierno cubano⁷⁰.

El coronel Jack Hawkins, no pisaría suelo cubano, pues el mando fue trasferido a José Pérez San Román, un militar del ejército batistiano que, tras servir por un espacio corto de tiempo bajo las órdenes de Fidel Castro en el Ejército Rebelde, había partido hacia el exilio estadounidense⁷¹. Sin embargo, el verdadero conductor de toda la operación de desembarco era el coronel Hawkins que había trabajado con San Román durante los últimos meses para colocarle en posición de capitanear una operación de aquella naturaleza. Hawkins, coronel de la Infantería de Marina estadounidense, había preparado la operación a conciencia. Su experiencia en la Guerra del Pacífico, donde al final de la II Guerra Mundial había sido necesario desembarcar en infinidad de islas y tomarlas una a una, le habilitaba como uno de los hombres más idóneos para preparar aquella acometida contra las costas cubanas⁷².

⁶⁸ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 153.

⁶⁹ *Idem.*

⁷⁰ *Ibidem*, pág. 149.

⁷¹ *Idem.*

⁷² Fernández Álvarez, José Ramón: *Op. Cit.*, págs. 225 y 229.

De este modo, la tropa adiestrada en Guatemala en las operaciones de desembarco había contado con uno de los mejores directores disponibles en los Estados Unidos. Esta brigada sabía que la invasión se produciría por la costa y que sería por un lugar poco poblado, probablemente de playas, como había sucedido en Guadalcanal y Okinawa durante la Guerra del Pacífico. Sin embargo, cuando partieron de Guatemala en aviones suministrados por la CIA desconocían su destino, aunque salieron de dudas a las pocas horas.

En la madrugada del día 13 de abril la Brigada 2506 aterrizó en Puerto Cabezas y pronto corrió la noticia entre los integrantes de las tropas de que se encontraban en Nicaragua. En suelo nicaragüense los miembros de la brigada hicieron los últimos preparativos antes de partir rumbo a Cuba. Se siguió un protocolo similar al establecido en Guatemala, desinformación entre las tropas sobre el siguiente destino, control absoluto por parte de los responsables norteamericanos de cada movimiento y palabras de apoyo y aliento de las autoridades del país anfitrión. En esta ocasión fue Luis Somoza, máxima autoridad del Ejército nicaragüense, el que les dedicó unas palabras a los complotados: un breve discurso en el que les aseguró “*que vencerían, pues iban bien pertrechados*”⁷³.

A las cinco de la tarde del día 13 de abril partió el primer buque cargado de tropas con destino a un lugar todavía desconocido. Las tropas no serían informadas hasta la mañana del 14 de abril sobre el punto en el que habría de acometerse el desembarco⁷⁴. El destino era Bahía de Cochinos, en la Ciénaga de Zapata, costa sur de Cuba. Todo se estaba llevando a cabo bajo el mayor de los secretos, las tropas y la propia jefatura cubana de la brigada de asalto fueron informadas en alta mar sobre el destino final en tierras cubanas. De esta forma, se evitaba que cualquier agente infiltrado por el Gobierno cubano pudiera informar sobre un secreto que había sido celosamente guardado por la CIA durante semanas⁷⁵.

De Nicaragua, partieron aquella tarde del día 13 de abril tres buques cargados de brigadistas y armamentos: el Caribe, el *Lake Charles* y el Río Escondido. Casi al anochecer lo hizo el Houston, seguido del Bárbara J. y el *Blagar*. Los buques habían zarpado con mil doscientos cuarenta y dos brigadistas y “*en sus bodegas transportaban miles de toneladas de material de guerra*”⁷⁶. Los barcos habían sido contratados a los dueños de la compañía cubana García Lines S.A., una firma naviera que realizaba viajes entre La Habana y los puertos de Estados Unidos y Centroamérica⁷⁷.

La CIA había contratado el transporte de las tropas con aquella compañía, quizás como compensación a la desaparición del negocio habitual de aquella naviera y quizás también por el interés de esta compañía en terminar con un régimen cubano que, debido a los rigores del embargo, condenaba a aquel tipo de empresas a un futuro oscuro mientras Fidel Castro estuviera al frente de Cuba. La concertación de los intereses norteamericanos con los de los antiguos potentados de Cuba daba la medida de lo mezclado que estaba lo económico y lo militar en aquella operación. La suerte de los Estados Unidos en Cuba pasaba por la caída del régimen de Fidel Castro y en ello tenía como máximos aliados a las grandes fortunas y compañías cubanas que se habían visto desalojadas de sus prebendas, pero también a las compañías norteamericanas que habían corrido la misma suerte que sus homólogas cubanas. Algo que no hacía más que explicitar la identidad de los contratistas de los buques que debían llevar las tropas de la contrarrevolución a suelo cubano.

La CIA no podía pedir a la Casa Blanca y al Pentágono que utilizaran barcos de la marina norteamericana para trasladar las tropas de los insurgentes a Cuba, pero tenía candidatos muy interesados en cubrir aquellos servicios, pues aquel mismo día 13 de abril, después de partir los barcos

⁷³ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 159.

⁷⁴ *Ibidem*, pág. 160.

⁷⁵ *Idem*.

⁷⁶ *Idem*.

⁷⁷ Fernández Álvarez, José Ramón: *Op. Cit.*, pág. 230 y Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 155.

contratados a la naviera García Lines S.A, zarpaban al anochecer otros dos navíos, el *Opratava* y La Playa, ambos pertenecientes a la *United Fruit Company*, cuyo cometido era trasportar a Bahía de Cochinos una carga adicional de material de guerra para surtir a las tropas a medida que fueran avanzando las operaciones⁷⁸.

Con aquella flota hecha a la mar en la tarde noche del día 13 de abril echaba a andar la última fase de la denominada por la CIA “Operación Pluto”. Una invasión destinada desembarcar tropas en dos puntos situados en la Bahía de Cochinos, Playa Larga y Playa Girón, y en un tercer punto situado a diez kilómetros al este de Playa Girón, en lugar conocido como Caleta Buena. Las tropas de desembarco tendrían que ocupar la región de la Ciénaga de Zapata, una región formada por una larga franja de tierra firme separada del resto de Cuba por una amplia zona de terrenos pantanosos que se extendía por unas cuantas decenas de kilómetros de este a oeste⁷⁹. Un punto, en principio, fácil de defender durante al menos unas cuantas jornadas.

En Playa Girón, en la boca de la bahía, se situaría el centro de las operaciones y allí se establecería la comandancia general. En Playa Larga, situada en el fondo de la bahía y a unos treinta y cuatro kilómetros al noroeste de Playa Girón, se situaría la infantería⁸⁰. Por lo demás, serían lanzados paracaidistas en varios puntos; en el poblado de Horquita, en las inmediaciones de la Central azucarera Covadonga y de la Central Australia para cortar las tres vías de comunicación que unían el territorio continental de Cuba con las playas y los diez kilómetros de selva que se extendían desde la costa⁸¹.

La misión de los paracaidistas era clara: arruinar o destruir las carreteras que conducían a la costa. Entre las playas y la franja selvática, por un lado, y la tierra firme, por el otro, se extendía un terrino de marismas y ciénagas que sólo podía franquearse a través de tres carreteras que, en la medida de lo posible, debían ser obstruidas para que las tropas de los milicianos y soldados fidelistas se vieran imposibilitados en las labores de desalojo de los invasores. La misión de la Brigada 2506 era tomar por asalto aquellos puntos de la costa, avanzar hacia la ciénaga y las marismas y ocupar y defender aquellos territorios frente a las fuerzas fidelistas. El objetivo de la operación estaba encaminado a ocupar una porción de territorio cubano destinado al establecimiento de un Gobierno provisional, un contrapoder establecido en territorio cubano que solicitaría acto seguido el reconocimiento de los países del continente y el apoyo norteamericano para luchar frente a las tropas revolucionarias de Fidel Castro y extender la guerra civil al interior del país.

Todo parecía bien planeado para darle el golpe de gracia a la Revolución cubana y, mientras los miembros de la Brigada 2506 zarpaban de las costas de Nicaragua para afrontar el desembarco en territorio cubano, el Gobierno fidelista permanecía todavía ajeno a los detalles de la operación y desconocía, por descontado, cuál sería el lugar y el día del desembarco. En cierta medida, ni siquiera se tenía la certeza fehaciente de que una invasión a gran escala fuera realmente a producirse. Por lo demás, tampoco había tiempo para especulaciones de aquella naturaleza, pues en aquella jornada del 13 de abril, cuando todavía no habían pasado ni veinticuatro horas desde el pronunciamiento del presidente norteamericano y cuando la Brigada 2506 se había hecho ya a la mar con destino a la Bahía de Cochinos, Cuba se debatía en otra suerte de tribulaciones al tener que hacer frente a nuevo atentado cargado de espectacularidad.

A primera hora de aquel día 13 de abril, tres bombas fueron colocadas por sabotadores anticastristas en los almacenes “El Encanto”, produciendo como resultado de la deflagración de las mismas el

⁷⁸ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 160.

⁷⁹ Fernández Álvarez, José Ramón: *Op. Cit.*, pág. 228.

⁸⁰ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 156.

⁸¹ Fernández Álvarez, José Ramón: *Op. Cit.*, págs. 236 y 237.

incendio del centro comercial y su completa destrucción⁸². El mayor centro comercial de La Habana, recientemente nacionalizado y buque insignia del comercio capitalino, ardía por los cuatro costados. Aquel atentado se producía una semana después de la destrucción del central azucarero de *Hershey*, una de las más grandes refinerías de azúcar de Cuba.

La mentada central azucarera había sido destruida horas después de la publicación del Libro Blanco sobre Cuba y el atentado que había producido el siniestro de “El Encanto” había llegado también pocas horas después de la conferencia de prensa del presidente norteamericano sobre la situación internacional, donde Cuba había sido el tema estrella. La contrarrevolución interna parecía más dotada de recursos que en los meses precedentes y no sólo eso, pues parecía también mucho más coordinada con la Casa Blanca y la CIA para llevar a cabo sus operaciones cuando más impacto psicológico podían generar.

“El Encanto” ardió en pocas horas en aquella jornada del 13 de abril y sus ruinas bloquearon tres de las calles más transitadas del centro de la capital cubana⁸³. Durante varias horas los equipos de emergencia se aplicaron en la contención del incendio. El balance de las pérdidas materiales fue enorme, no hubo consenso en la cuantía de los destrozos, pero entre el valor del inmueble y las mercancías allí depositadas todas las fuentes consultadas hablaban de decenas de millones de dólares⁸⁴. Además, como consecuencia de la deflagración y el incendio se produjo la muerte de una mujer y más de una decena de heridos entre los cuerpos de bomberos que se ocuparon de las tareas de la extinción del fuego⁸⁵.

El incendio de aquellos almacenes generó una verdadera conmoción en la prensa franquista, pues habían sido fundados por familias españolas y en ellos estaba el origen de los célebres establecimientos comerciales españoles que respondían a los nombres de Galerías Preciados y de El Corte Inglés⁸⁶. “El Encanto” era toda una institución en Cuba y había sido escuela y origen de los incipientes centros comerciales españoles como señalaron en repetidas ocasiones *ABC*, *El Alcázar* y *La Vanguardia* a través de la pluma de Manuel Aznar, director de varios diarios cubanos durante los años veinte y treinta, entre ellos el *Diario de la Marina*, y director a la sazón de *La Vanguardia* de Barcelona⁸⁷. La desaparición de “El Encanto” parecía el fin de toda una época. Y efectivamente así fue. La destrucción de aquellos almacenes constituyó el entreacto de la contienda por la que los cubanos llevaban esperando desde el inicio de 1961.

Sin embargo, nada parecía presagiar que así fuera. Detrás del atentado al “El Encanto” se encontraba el MRP de Manuel Ray Rivero⁸⁸. El MRP era en aquel momento el grupo de acción directa más sólido con el que contaba la contrarrevolución y el protagonismo de esta organización dentro de los sabotajes al tejido productivo cubano parecía presagiar que las tesis que defendía el grupo más cercano al presidente Kennedy habían terminado por imponerse, sobre todo después de escuchar las declaraciones del mandatario estadounidense en los días previos.

El MRP de Ray Rivero se había situado por encima del MRR de Artime en las campañas de atentados de las últimas fechas. Los atentados a los establecimientos de los *Ten Cents* de La Habana y a la

⁸² *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7746. Madrid: viernes, 14 de abril de 1961, págs. 3 y 34. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6724. Madrid: viernes, 14 de abril de 1961, pág. 1. Diario.

⁸³ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6724. Madrid: viernes, 14 de abril de 1961, pág. 1. Diario.

⁸⁴ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7746. Madrid: viernes, 14 de abril de 1961, págs. 3 y 34. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6724. Madrid: viernes, 14 de abril de 1961, pág. 1. Diario.

⁸⁵ *Idem*.

⁸⁶ *ABC* (Año LIV). Núm.17188. Madrid: domingo, 16 de abril de 1961, pág. 95. Diario, *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7748. Madrid: lunes, 17 de abril de 1961, págs. 5 y 25. Diario y *La Vanguardia* (Año LXXVII). Núm. 29504. Barcelona: sábado, 15 de abril de 1961, pág. 5. Diario.

⁸⁷ *Idem*.

⁸⁸ Torreira Crespo, Ramón y Buajasán Marrawi, José: *Op. Cit.*, pág. 285 y 286.

tienda por departamentos de “La Época”, ya relatados en capítulos precedentes, venían a unirse a la destrucción de “El Encanto” y todos ellos llevaban la firma del MRP⁸⁹. Desde el inicio del año 1961, aquel era el grupo terrorista con mayor capacidad operativa, pues estaba en disposición de acometer las acciones más espectaculares y peligrosas. Los centros comerciales más emblemáticos de La Habana habían sido reducidos a cenizas sin que nadie pudiera evitarlo y todas aquellas acciones llevaban el sello de la organización de Ray Rivero. Así pues, aquella hiperactividad a la que estaba sujeto el MRP parecía indicar que sería Ray Rivero, con el respaldo de la Casa Blanca, el que impondría a capricho su estrategia sobre Cuba. Sin embargo, aquella percepción, por otro lado de lo más lógica, estaba muy lejos de la realidad y no hubo que esperar demasiado tiempo para llegar a la certeza de que el terrorismo en el interior de Cuba no estaba reñido con operaciones de mucho mayor tamaño y trascendencia.

La Revolución cubana había alcanzado una fuerza en el interior de Cuba y un prestigio allende de sus fronteras que todas las estrategias para derrocarla parecían insuficientes. De este modo, los Estados Unidos no escatimaron en gastos y se aplicaron a la puesta en ejercicio de todos los mecanismos a su alcance. Los procedimientos convencionales y los novedosos, los violentos y los propagandísticos o los económicos y los diplomáticos fueron desplegados en todo su alcance, todos tenían cabida y todos tenían que darse cita para poder cercar al movimiento fidelista. Esta era la única estrategia contra Cuba: utilizar todos los medios al alcance de la Administración norteamericana para terminar con el proceso revolucionario que se estaba llevando a cabo en tierras cubanas.

Así pues, detrás de la retórica de Kennedy, había una convicción clara de que la Revolución cubana, tal y como estaba organizada bajo los auspicios de Fidel Castro, suponía un escollo para los Estados Unidos y eso implicaba que no se podía rechazar ningún plan aunque hubiera diferentes puntos de vista sobre la mejor estrategia a seguir para ultimar al régimen fidelista. De este modo, mientras Kennedy señalaba en conferencia de prensa que los Estados Unidos no intervendrían directamente sobre Cuba, se patrocinaban las acciones de grupos terroristas como el protagonizado por el MRP contra los almacenes de “El Encanto” y se daba luz verde a una operación que tenía como cometido la invasión de Cuba.

El presidente Kennedy autorizó la puesta en marcha de la última fase de la Operación Pluto pocas horas antes de la conferencia de prensa del día 12 de abril en la que se había comprometido a no invadir Cuba; como consecuencia de aquella decisión, en la tarde noche del día 13 de abril, partió la flota invasora de las costas nicaragüenses con destino a Cuba y el presidente se reservó el derecho de suspender la operación, fijándose como límite para la cancelación los días previos al desembarco, si no se notificaba la suspensión en el período anterior a las últimas 24 horas previas al desembarco final de las fuerzas invasoras en las playas de Cuba, la operación ya no tendría marcha atrás⁹⁰. Como hemos señalado en repetidas ocasiones, el desembarco no era la opción predilecta del presidente Kennedy, pero el mandatario norteamericano tampoco estaba en posición de desautorizar una operación en la que venía trabajándose desde hacía ya algo más de un año y que contaba además con el aval de la CIA y de otros núcleos de poder con influencia en la Casa Blanca.

16.2.1 Escuadrones de bombarderos: premonición del desembarco anfibio

El día 14 de abril la prensa franquista había despachado los titulares de la jornada con el incendio del “El Encanto” y el día 15 de abril las noticias sobre la situación cubana eran todavía de mayor calado y mucha mayor gravedad. El diario *Pueblo*, publicaba a toda página la siguiente noticia: “*Dos aviones*

⁸⁹ *Idem.*

⁹⁰ Fernández Álvarez, José Ramón: *Op. Cit.*, pág. 232.

bombardean la principal base aérea cubana”⁹¹. En el desarrollo de aquella información, presentada en su primera página, se señalaba que un avión había bombardeado la principal base de la fuerza aérea cubana, situada a unos diez kilómetros al oeste de la capital. La base en cuestión era Ciudad Libertad, la principal base de las fuerzas aéreas de Cuba. El bombardeo se había ejecutado a las seis de la mañana, produciendo cuantiosos desperfectos y daños en la zona. Acto seguido, la información vertida por *Pueblo* indicaba que otras versiones hablaban de dos aviones, o incluso tres. Aquella flotilla, compuesta de un número todavía indeterminado de aviones, había lanzado al menos una docena de bombas sobre la mentada base aérea y se indicaba igualmente que había sido alcanzado un depósito de municiones, lo que había propiciado que la cortina de humo se hiciera visible desde la capital y los estruendos de las explosiones audibles desde el centro de La Habana.

En la capital cubana reinaba el pánico, según rezaba el diario sindical, y el tráfico había sido suspendido; sólo circulaban vehículos de las fuerzas de seguridad cargados de policías y soldados. La información desplegada por gran parte de los diarios franquistas era todavía muy confusa debido a la proximidad en el tiempo de los hechos. El vespertino *El Alcázar*, pródigo en sus informaciones internacionales, ni siquiera la reflejaba en sus páginas. La información vertida en la prensa franquista fue escasa y a ello contribuyó sobremanera que los bombardeos se produjeran en la mañana del sábado día 15 de abril. El domingo, como era habitual, *Pueblo* y *El Alcázar* no lanzaban ejemplares a las calles del país y aquello dificultó darle continuidad a las noticias provenientes de La Habana. Otros diarios franquistas, como *ABC* y *La Vanguardia*, sin embargo, sí lo hacían y eran ya mucho más precisos en sus informaciones.

La Vanguardia hablaba de bombardeos sobre las bases militares del ejército del aire cubano situadas en La Habana y Santiago de Cuba⁹², pero era *ABC* el que concretaba lo realmente sucedido con la publicación del comunicado oficial lanzado a la población por el jefe del Gobierno cubano. El comunicado en cuestión había sido difundido a través de todas las emisoras de radio cubanas en la jornada del 15 de abril y hablaba de bombardeos simultáneos sobre “*puntos de la ciudad de La Habana, San Antonio de Baños y Santiago de Cuba*”⁹³. Uno de los aviones que había protagonizado el ataque se había retirado envuelto en llamas y se señalaba también que los aviones de la fuerza aérea cubana habían salido en persecución del enemigo, dando a entender que parte de la flota de combate cubana no había sido destruida en el ataque.

El parte informativo del Gobierno cubano trataba de infundir tranquilidad a la población y para ello era necesario informar sobre el origen de la cadena de explosiones que se estaban produciendo a pocos kilómetros de La Habana. Aquellas deflagraciones eran fruto del incendio desatado en “*los depósitos de municiones de la base de la Fuerza Aérea en Campo Libertad*” y, por tanto, no respondían al fuego cruzado entre las huestes fidelistas y los atacantes⁹⁴.

El comunicado señalaba a continuación que Cuba había sido “*víctima de una agresión imperialista criminal*”, a través de la cual se habían “*violado todas las normas de la ley internacional*”⁹⁵. Se apuntaba igualmente que la delegación cubana en las Naciones Unidas había recibido instrucciones “*para acusar directamente al Gobierno de Estados Unidos de aquella agresión*”⁹⁶. Cuba denunciaría aquellos hechos de inmediato, como de inmediato se había movilizado a la totalidad del país para defenderse de la inminente invasión. En este sentido el comunicado señalaba también que se habían dado órdenes “*para la movilización de todas las unidades combatientes del Ejército Revolucionario*

⁹¹ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6725. Madrid: sábado, 15 de abril de 1961, pág. 1. Diario.

⁹² *La Vanguardia* (Año LXXVII). Núm. 29505. Barcelona: domingo, 16 de abril de 1961, pág. 9. Diario.

⁹³ *ABC* (Año LIV). Núm.17188. Madrid: domingo, 16 de abril de 1961, pág. 79. Diario.

⁹⁴ *Idem.*

⁹⁵ *Idem.*

⁹⁶ *Idem.*

y de la *Milicia Revolucionaria Nacional*”⁹⁷. Todos los puestos militares habían sido ya colocados en estado de alerta. Por lo demás, se señalaba que si aquel ataque aéreo era el preludio para la invasión del país, la nación estaba ya preparada para luchar y repeler el ataque.

En otro orden de temas, el comunicado señalaba que el pueblo cubano sería “*ampliamente informado sobre cualquier acontecimiento*” y pedía a este pueblo confianza, pues las fuerzas militares cubanas resistirían y destruirían “*con mano de hierro a cualquier fuerza que intentara desembarcar en territorio cubano*”⁹⁸. El comunicado finalizaba haciendo un llamamiento a los ciudadanos para que se conservara la calma, el orden y la disciplina, factores fundamentales para la victoria, expresando aquel deseo a través de las siguientes palabras:

“Cada cubano debe ocupar el puesto que le ha sido asignado en unidades militares y centros de trabajo sin interrumpir la producción ni nuestra campaña contra el analfabetismo en pro de una única tarea revolucionaria. La patria resistirá con firmeza y serenamente frente a cualquier ataque enemigo, segura de su victoria. Patria o muerte. Fidel Castro”.⁹⁹

Tras el bombardeo el Gobierno cubano mantuvo informada a la población sobre los acontecimientos y sobre el saldo macabro de los ataques: cuantiosos daños materiales, varios muertos y decenas de heridos. A las pocas horas del bombardeo el Gobierno cubano, a través de otra declaración, señaló con los daños materiales eran inmensos, pero lo que peor había estado en el balance de bajas: siete personas muertas y cuarenta heridas de diversa consideración¹⁰⁰.

¿Qué había sucedido realmente? Si nos atenemos a lo expuesto en el comunicado gubernamental las conclusiones que podían sacarse eran obvias, aviones procedentes del exterior del país habían bombardeado las principales bases aéreas de Cuba, con el objetivo evidente de destruir las fuerzas de combate aéreas de la revolución, y efectivamente así fue. Como se supo con posterioridad, tres escuadrillas formadas por bombarderos B-26 habían partido de Puerto Cabezas, Nicaragua, con destino a Cuba. Como se recordará, Puerto Cabezas era la base desde la que habían zarpado hacía poco más de veinticuatro horas las tropas de asalto de la Brigada 2506. Aquellos escuadrones de combate, dos de tres aviones y uno de dos aviones, habían volado desde las costas nicaragüenses hasta las principales bases aéreas de las fuerzas armadas revolucionarias para destruir su fuerza aérea, con la intención manifiesta de permitir el desembarco de la brigada invasora y privar a Cuba de su defensa aérea ante posibles y futuros bombardeos¹⁰¹. Las tres escuadras respondían al nombre de Linda, Gorila y Puma y cada una de ellas fue destinada al bombardeo de una base diferente. Linda a la base de Santiago de Cuba y Gorila y Puma a la de Santiago de Baños y Ciudad Libertad¹⁰².

Desde la CIA y desde el Pentágono se había considerado prioritario destruir las defensas aéreas de las que pudiera disponer Cuba, pues, aunque éstas fueran sumamente débiles, no se las podía subestimar si el objetivo final para derrocar a Fidel Castro era acometer una operación anfibia. Un puñado de aviones de combate en manos de la Revolución cubana podía desbaratar el desembarco de las tropas de la Brigada 2506 y aquella era una circunstancia que había evitar en la medida de lo posible.

La envejecida y exigua fuerza aérea de combate cubana estaba compuesta por quince bombarderos B-26, tres aviones de entrenamiento para el ataque aéreo T-33 y seis *Sea Furies*, unos cazas británicos

⁹⁷ *Idem.*

⁹⁸ *Idem.*

⁹⁹ *Idem.*

¹⁰⁰ *Idem.*

¹⁰¹ Fernández Álvarez, José Ramón: *Op. Cit.*, pág. 231.

¹⁰² *Idem.*

diseñados durante la Segunda Guerra Mundial¹⁰³. Aquella escasa flota se completaba con varios aviones de carga, transporte de tropas y entrenamiento militar. La CIA era conocedora de la capacidad aérea de las fuerzas cubanas y esta información, facilitada en los meses precedentes por las numerosas deserciones acaecidas dentro de la membresía de la fuerza aérea cubana y por las labores de espionaje de los agentes infiltrados y de los vuelos de reconocimiento de los U2 norteamericanos, fue transmitida a los pilotos de la Brigada 2506 que tenían como misión bombardear las bases cubanas¹⁰⁴. La misión era destruir aquella exigua flota, pues, aunque endeble, podía complicar el desembarco de las tropas de infantería del batallón de exiliados.

El día 13 de abril los responsables norteamericanos informaron a los pilotos de la brigada de cuál era su misión y pusieron en su conocimiento los informes de la CIA en los que se hablaba de las malas condiciones en que se encontraba la flota cubana que sería objeto de los ataques. Los informes de la CIA hablaban de una flota con “*poca capacidad operacional*”, con “*escasez de pilotos y de mecánicos capacitados*”; señalaban también la “*inexistencia de escuadrones*”, la antigüedad de los aviones de combate y la falta de “*piezas de repuesto*”¹⁰⁵. No obstante, a pesar de las dificultades con que contarían los cubanos para enfrentarse a un escuadrón aéreo bien organizado, la flota aérea cubana debía destruirse para conseguir asegurar el éxito de la operación de desembarco en las playas cubanas. Como se ha indicado ya, uno de los puntos débiles de la defensa cubana se encontraba en el aire, y había que aprovechar aquella evidente desventaja antes de que las fuerzas revolucionarias pudieran reforzar la defensa aérea de Cuba a través de la adquisición de aviones de combate en el campo socialista. El mayor temor de los servicios de inteligencia norteamericanos era que las fuerzas revolucionarias pudieran hacerse con los temidos *Mig* soviéticos. El desembarco anfibio pasaba por la supremacía aérea y los B-26 puestos a disposición de las fuerzas invasoras tenían que hacer evidente aquella supremacía antes de que los cubanos pudieran poner en el aire su escasa flota.

Con aquella misión en mente partieron las tres escuadradas de combate de la Brigada 2506 con destino a Cuba el día 15 de abril a las dos de la mañana. Se trataba de ocho bombarderos B-26 pintados con las insignias del Ejército cubano y camuflados bajo el aspecto que mostraba la flota aérea de Cuba. Aquellos ocho B-26 constituían la mitad de los bombarderos de aquel tipo con los que contaba la brigada. Es decir, la contrarrevolución cubana contaba con una fuerza de combate aérea superior a la de la flota aérea revolucionaria.

Desde Puerto Cabezas en Nicaragua hasta sus objetivos en territorio cubano los escuadrones tardaban poco menos de cuatro horas en llegar y fue, por tanto, a la seis de la mañana cuando descargaron “*el peso demoledor de 20800 libras de TNT, 64 cohetes de 5 pulgadas y 23040 balas cal. 50*”¹⁰⁶. Todo aquel material, desproporcionado para tan reducidos objetivos, como señalaron los expertos militares de Cuba, fue el utilizado para destruir una flota que no llegaba a la docena de aviones de combate, pues los únicos que ostentaban propiamente esta condición eran los B-26¹⁰⁷.

Después de aquella descarga los daños materiales fueron cuantiosos. Sin embargo, la flota cubana no fue destruida en su totalidad. Es más, casi la mitad de los aviones con los que contaba Cuba para su defensa quedaron a salvo del bombardeo y no recibieron daño alguno. Fidel Castro contaba con la experiencia sufrida en 1956 por Nasser tras la nacionalización del Canal de Suez y al contrario que su homólogo egipcio dispersó los pocos aviones que se encontraban en un buen estado: los situó lejos de las bases aéreas y los rodeó de baterías para su defensa¹⁰⁸. En las bases cubanas “*se agruparon*

¹⁰³ Thomas, Hugh: *Op. Cit.*, pág. 1075.

¹⁰⁴ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, págs. 231 y 232.

¹⁰⁵ *Ibidem*, pág. 232.

¹⁰⁶ *Ibidem*, pág. 234.

¹⁰⁷ *Idem*.

¹⁰⁸ Thomas, Hugh: *Op. Cit.*, pág. 1075.

varios aviones fuera de servicio como cebo para engañar a los atacantes” y atraer así la descarga de la flota aérea invasora¹⁰⁹.

Fidel Castro había sospechado siempre que la invasión anfibia, de producirse, vendría precedida de un ataque contra las fuerzas aéreas cubanas¹¹⁰. Y efectivamente así sucedió. Fruto de esta oportuna previsión, después de los bombardeos, quedaron en condiciones operativas once aviones susceptibles de presentar batalla ante posibles y futuras agresiones: tres T-33, cuatro *Sea Fury* y cuatro B-26¹¹¹. Con estas fuerzas era con las que el pueblo cubano tendría que hacer frente a la invasión anfibia.

Los daños causados por los bombardeos sobre la flota cubana no habían sido tan importantes como las autoridades norteamericanas hubieran deseado y esta información quedó al descubierto a las pocas horas tras los informes suministrados por los aviones espías U2 del ejército norteamericano¹¹². Había más bombardeos programados a medida que las tropas de asalto comenzaran a desembarcar en territorio cubano, pero parecía evidente que ya no resultaría tan fácil destruir en tierra a los aviones de las fuerzas revolucionarias que habían resultado ilesos, pues justo después de los bombardeos el ejército cubano instaló en lo que quedaba de las instalaciones aéreas bombardeadas todas las baterías y el material antiaéreo con el que contaban las fuerzas revolucionarias¹¹³.

El primer ataque era el que contaba con el factor sorpresa y, por lo tanto, en él había sido depositada la confianza; esperar que sucesivos ataques fueran a tener más éxito era esperar demasiado. Además, resultaría excesivo continuar bombardeando el territorio cubano en busca de la destrucción de un puñado de aviones que eran difíciles de localizar y cuya capacidad de combate había sido puesta en entredicho por los propios informes de la CIA.

Por otro lado, acometer futuros bombardeos sólo serviría para hacer más evidente la implicación de los Estados Unidos y, como hemos expuesto ya, la Administración norteamericana había fiado su suerte al encubrimiento de su participación en los ataques. La Casa Blanca había puesto como condición para dar luz verde a la operación que la implicación norteamericana fuera difícil de demostrar y aquello parecía garantizado a través del concienzudo trabajo que llevaba haciendo la CIA desde hacía meses.

Al frente de la operación contra la Revolución cubana se encontraba Richard Bisell¹¹⁴, director de Planes Especiales de la CIA, y, tras él, el mejor equipo de agentes, estrategas y propagandistas de los servicios de inteligencia norteamericanos que, además, habían demostrado su efectividad durante la operación de Guatemala pocos años antes y recientemente en el conflicto del Congo con el asesinato de Patrice Lumumba. A todo ello se unían otros factores que reforzaban la viabilidad del operativo orquestado, el grupo de la CIA contaba con la supervisión y el apoyo del Pentágono y con varias docenas de oficiales del ejército, la marina y la fuerza aérea de los Estados Unidos¹¹⁵. Así pues, una vez que el presidente Kennedy había dado el visto bueno a la operación, había motivos para confiar en el éxito final, pues no era la primera vez que se acometían operaciones encubiertas con el beneplácito de la Casa Blanca y terminaban con un rotundo éxito.

Todo lo que rodea a la operación de Bahía Cochinos parecía generar confianza entre los detractores de la Revolución cubana. El cuartel general de la última fase de la llamada Operación Pluto, es decir, el desembarco de las fuerzas de la contrarrevolución en las playas cubanas, se encontraba en

¹⁰⁹ *Idem.*

¹¹⁰ *Idem.*

¹¹¹ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 237.

¹¹² *Ibidem*, pág. 10.

¹¹³ *Idem.*

¹¹⁴ *Ibidem*, pág. 16.

¹¹⁵ *Idem.*

Washington, en las propias dependencias del Pentágono, y la CIA había estado involucrada en el plan desde hacía meses. La Casa Blanca había dado el visto bueno, reservándose, como se ha apuntado ya, la carta de la suspensión de la operación veinticuatro antes de que se iniciara el desembarco en vistas de que pudiera haber alguna complicación de última hora, y el proyecto, estudiado y visado por todo tipo de expertos, contaba también con el aval del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos.

Bahía Cochinos, o una operación de similar factura, era la salida lógica y la justificación teórica del Libro Blanco sobre Cuba y, para alivio del presidente norteamericano, todo parecía estar previsto para que la mano de los Estados Unidos quedara oculta tras la Brigada 2506. En definitiva, todo había sido estudiado al detalle y, por tanto, el fracaso no se contemplaba como posibilidad. Había ciertas personalidades cercanas a Kennedy que se habían mostrado renuentes a acometer aquel proyecto, entre los más señeros estaban Arthur Schlesinger, asesor del presidente, Dean Rusk, secretario de Estado, Adlai Stevenson, embajador en la ONU y Thomas C. Man, promotor de la Alianza para el Progreso y partidario de la acción diplomática frente a la militar¹¹⁶. Sin embargo, todos ellos, se sentían abrumados por los medios puestos a disposición de la operación y por el aval que le otorgaban los verdaderos expertos en aquellos asuntos, que eran los hombres de la CIA y el Pentágono, ante los cuales, lógicamente, se sentían retraídos¹¹⁷.

Era difícil que las ideas de los diplomáticos, de los intelectuales y de los políticos pudieran imponerse sobre la postura de los altos mandos del ejército y de los servicios de inteligencia en asuntos que atañían a operaciones de carácter militar. Así pues, como cabía prever, Kennedy terminó cediendo ante el empuje del ministro de Defensa, Robert McNamara, del director de la CIA, Allen Dulles, del responsable dentro de ésta de las operaciones encubiertas, Richard Bissell, y de los jefes del Estado Mayor¹¹⁸; todos ellos fervientes partidarios de terminar con la Revolución cubana a través de un plan de aquella naturaleza.

Al fin y al cabo, la Brigada 2506 sólo tenía que conquistar y sostener una cabeza de playa durante algunos días y para ello se estaban poniendo a su disposición unas fuerzas militares, económicas y logísticas con las que no contaban la mayoría de los ejércitos del continente. A priori, un fracaso no entraba dentro de la lógica y la Revolución cubana, dado el despliegue de medios puestos en escena, tendría que empeñar su victoria en una guerra contra una contrarrevolución muy reforzada, que contaba además con el poderoso y decidido sustento de los núcleos de poder estadounidenses.

Sin embargo, la Revolución cubana parecía dispuesta a defenderse y maniobró con suma rapidez en todos los terrenos. Al contrario de lo que sucedía en los Estados Unidos, en Cuba no imperaba el triunfalismo, pero sí la vocación de defenderse a toda costa y la capacidad de poner sus escasos recursos rápidamente en funcionamiento. En Cuba se contaba con un mando único y solidario en sus decisiones y con un pueblo capaz de movilizarse con suma rapidez para hacer frente a una fuerza enemiga. Algo que terminó constatándose a las pocas horas del ataque aéreo de la mañana del 15 de abril.

Después de los bombardeos, del recuento de las víctimas y del balance de lo que se podía salvar de aquella hecatombe. El Gobierno cubano, por medio del comunicado al que hemos aludido, movilizó a la población de Cuba con una consigna clara: cada uno en el puesto que le había sido asignado, dispuesto para defender el país. Unos con el libro bajo el brazo en la campaña de alfabetización, otros

¹¹⁶ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 256 y Thomas, Hugh: *Op. Cit.*, págs. 1042 y 1043.

¹¹⁷ Thomas, Hugh: *Op. Cit.*, pág. 1043.

¹¹⁸ *Idem.*

con la herramienta en la mano en el puesto de trabajo y otros tantos empuñando las armas para defender el territorio cubano del ataque mercenario.

Sin embargo, había que hacer mucho más, era necesario también poner bajo arresto a todos aquellos sospechosos de colaborar con la contrarrevolución. Si finalmente se producía el desembarco, la revolución no podía permitirse el lujo de luchar contra una quinta columna insertada en la retaguardia de las fuerzas fidelistas. Con este propósito en mente aquella mañana del día 15 de abril, cuando todavía humeaban los restos del bombardeo, *“las fichas donde se hallaban los datos de buena parte de los conspiradores del país”* fueron entregadas a los agentes de seguridad del Estado cubano para que procedieran al apresamiento de todos aquellos elementos susceptibles de organizar la rebelión interna¹¹⁹.

El teatro Blanquita de La Habana y la Ciudad Deportiva, situada también en la capital cubana, fueron habilitados para albergar a los sospechosos mientras durara el peligro de invasión. Por lo demás, aquellos miembros del clero regular y secular que pertenecían a la Iglesia católica cubana y que eran también susceptibles de colaborar con los posibles complotados fueron conminados a permanecer en las iglesias y en los centros religiosos a los que pertenecían y se les sometió a una estrecha vigilancia. Durante todo el día 15 de abril esta fue la consigna general desplegada por las fuerzas de seguridad cubanas, una actitud que no fue privativa de la capital y que se extendió a otros puntos del país. Las fuerzas policiales cubanas se movieron con suma rapidez y en una sola jornada los posibles focos de colaboracionistas que pudieran encontrar las tropas invasoras se desvanecieron. Por lo demás, la rápida reacción, mostró también con claridad el grado de información con el que contaba la dirigencia cubana sobre los posibles elementos decididos a inclinarse por un alzamiento interno tras el desembarco. Los servicios de inteligencia norteamericanos y algunos dirigentes estadounidenses habían fantaseado con la posibilidad de que se produjera un levantamiento interno después del desembarco, pero no habían tenido en cuenta la capacidad de reacción del Gobierno cubano a la hora de contener aquellos posibles focos de insurrección.

El día 15 de abril las posibilidades de que la invasión contara con una quinta columna dentro del país se desbarataron de forma definitiva y todo ello gracias a aquella delgada línea que separaba la sociedad civil de la sociedad política. La fusión de ambas dentro del frente revolucionario dio entonces sus mejores frutos y dio también sentido pleno a aquella estrategia de la dirigencia cubana de armar al pueblo para facultarlo en las labores de defensa. El Estado cubano, amalgama de lo político y lo civil, se había puesto en marcha para defender el proyecto revolucionario y en pocas horas las milicias, el ejército, la policía y los CDR, capitaneados por el G2, pusieron bajo arresto, real o domiciliario, o bajo estrecha vigilancia a todos aquellos sujetos sospechosos de colaborar con la contrarrevolución. Todas aquellas detenciones, arrestos de diferente consideración y turnos de vigilancia sobre los sospechosos, se realizaron sin generar una sola baja entre los contrarrevolucionarios, lo que no hacía más que explicitar la poca confianza que los propios miembros de la disidencia que estaban en el interior de Cuba tenían en el éxito del desembarco o en alguna otra operación de insurrección interior.

De este modo, cuando apenas habían pasado doce horas de los bombardeos del territorio cubano la contrarrevolución interna había sido desmovilizada. Durante tres o cuatro días la lista de detenidos fue alcanzando cada vez más volumen hasta llegar a una cifra que podía rondar los veinte mil prisioneros¹²⁰. Aquella desmesura desbordó las previsiones del Estado cubano, pues el número de detenidos estaba muy por encima de los registrados en los informes de seguridad del Gobierno revolucionario. Los partidarios de la revolución se lanzaron a las calles y detuvieron o sometieron a

¹¹⁹ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 205.

¹²⁰ *Ibidem*, pág. 206.

vigilancia a todo aquel que consideraron susceptible de sumarse a las filas de la contrarrevolución. Así pues, los sospechosos de sedición, los proclives a serlo y los propiamente involucrados en labores contrarrevolucionarias fueron sacados de circulación como medida cautelar.

En Cuba cada uno tenía que responsabilizarse de la misión que le había tocado desempeñar y muchos cubanos se aplicaron a la tarea encomendada sobrepasando los límites de lo exigido. Por lo demás, fuera de Cuba también se demandaba la misma entrega y para ello había que poner en posición de combate a las fuerzas de la diplomacia. Con este objetivo en cartera se personó Raúl Roa en la sede de la ONU aquella mañana del 15 de abril; su misión: acusar directamente a los Estados Unidos de atentar contra el pueblo de Cuba y su revolución por medio del bombardeo del territorio cubano.

El diario *ABC* y *La Vanguardia*, el domingo 16 de abril, cubrieron aquella justa de Raúl Roa frente al embajador norteamericano en la ONU, Adlai Stevenson, que, como hemos apuntado, no estaba entre los fervientes partidarios de acometer el problema cubano a través de la invasión. El interés internacional en aquella jornada del 15 de abril pasó de forma súbita de los bombardeos sobre las bases aéreas cubanas al alegato de Raúl Roa en la sede de la ONU, quedando las detenciones en el interior de Cuba en un discreto segundo plano. Circunstancia bastante incomprensible, pues la operación de un futuro desembarco podía salir reforzada si era capaz de cosechar algunos focos de apoyo en el interior de Cuba. Como hemos señalado, aquel apoyo no se produjo y esto era una primera noticia desalentadora para los llamados a desembarcar por la Bahía de Cochinos.

16.2.2 Cuba acusa: el entreacto del conflicto en la sede la ONU

La discusión en la ONU en torno al conflicto cubano no era un detalle menor y en él se centró la prensa franquista. Las detenciones y los bombardeos no carecían de importancia, pero en la sede la ONU se podía dirimir en mejor medida el rumbo que podría tomar aquel espinoso asunto en los días venideros. Así pues, el interés suscitado por lo que pudiera pasar en la sede de la ONU estaba más que justificado, pues era la oportunidad para valorar hasta qué punto la URSS estaba dispuesta a dar la cara por Cuba y a la vez constatar la acogida que podían tener los argumentos estadounidenses frente a la acusación de la delegación cubana.

El tiempo apremiaba y era un bien escaso para la diplomacia cubana, que intuía, con toda la lógica que aportaban los últimos acontecimientos, que aquel bombardeo intenso sobre las bases aéreas de Cuba formaba parte de una ofensiva de mayor calado que estaba a punto de producirse. Bajo aquella premisa, Raúl Roa, tan pronto como tubo oportunidad para ello, tomó la palabra en la sede de la ONU en aquella mañana del 15 abril y manifestó ante la Asamblea General que “*aviones norteamericanos*” habían atacado territorio cubano hacía escasas horas¹²¹. Fue tanto como pudo decir, porque inmediatamente fue llamado al orden por el presidente de la Asamblea, quien le indicó al representante cubano que aquel asunto “*no figuraba en el orden del día*”¹²². Roa fue conminado a retirarse a pesar de la urgencia de la demanda cubana y fue entonces cuando el delegado soviético, Valerian Zorin, ministro de Asuntos Exteriores de la URSS, subió a la tribuna y “*propuso que la Asamblea abandonase su proyectado debate sobre el Congo para tratar de la agresión contra Cuba*”; un tema, este último, al que se le debía dar prioridad dada la gravedad de los hechos¹²³.

El presidente de la Asamblea señaló a continuación que aquel cambio en la agenda tendría que ser aprobado “*por una mayoría de dos tercios*” y apuntó igualmente que la queja cubana contra “*los supuestos planes agresivos*” se encontraba ya en el orden del día de la Primera Comisión de Política

¹²¹ *La Vanguardia* (Año LXXVII). Núm. 29505. Barcelona: domingo, 16 de abril de 1961, pág. 9. Diario.

¹²² *Idem*.

¹²³ *Idem*.

y Seguridad que tendría que comenzar el lunes 17 y que sería allí cuando el representante cubano podría explicitar su protesta¹²⁴.

Valerian Zorin no aceptó el argumento lanzado por el presidente de la Asamblea, replicó que el asunto cubano era de la mayor urgencia y que, por tanto, la Comisión política debía reunirse a más tardar en el transcurso de aquella misma jornada. El presidente de la Asamblea, después de varias discusiones sobre procedimiento y después del asentimiento de los delegados, señaló que la Asamblea aceptaba la propuesta soviética y que, por tanto, él no pondría impedimentos al adelanto del debate cubano en una primera reunión de urgencia. La Asamblea aceptó la propuesta soviética, el presidente dio su consentimiento y fue entonces cuando Roa pudo abordar lo acontecido en Cuba en las últimas horas.¹²⁵

Raúl Roa, a las tres de la tarde de aquel sábado de mediados de abril, entró de lleno en el tema y, sin mayores formalismos, señaló que el territorio cubano había sido objeto de un bombardeo “*vandálico*” y que aquel atropello era el “*prólogo*” de una invasión a gran escala protagonizada “*por renegados cubanos*”¹²⁶. Unos renegados que contaban con el aval y sustento de “*los dictadores de Iberoamérica*” y de “*los técnicos del Pentágono*”¹²⁷. El ministro de Exteriores cubano aseveró que aquella invasión, ahora sí inminente, había sido “*urdida, organizada, avituallada, armada y financiada por el Gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica, con la complicidad de las dictaduras satélites del hemisferio occidental y el concurso de cubanos traidores y mercenarios de toda laya*”¹²⁸.

Roa señaló igualmente que Estados Unidos nunca había intentado arreglar sus diferencias con Cuba y que siempre habían acudido al uso de “*la fuerza*”, aún a sabiendas de que aquella actitud ponía en riesgo la convivencia entre naciones¹²⁹. Los bombardeos de aquella mañana, según afirmó Roa, más allá de los perjuicios de toda índole causados al pueblo cubano, traerían además consecuencias graves “*para la paz y la seguridad internacionales*” y que la responsabilidad de aquella crisis sólo podía recaer sobre la Administración norteamericana¹³⁰.

El delegado cubano no perdió tampoco la oportunidad que se le brindaba para denunciar, ante “*la Comisión Política y de Seguridad*” y “*ante la opinión pública mundial*”, los “*cínicos esfuerzos*” que “*la propaganda oficial norteamericana*” estaba realizando en las últimas horas para difundir “*una versión distorsionada de los sucesos*” acaecidos en las últimas horas, poniendo todo el empeño en desvincularse de aquellos ataques para poder así encubrir la implicación de la CIA, el Pentágono y el Gobierno de los Estados Unidos en los bombardeos y en los planes de invasión¹³¹.

Raúl Roa se mostró de lo más contundente y señaló a continuación que durante más de diez años los Estados Unidos, como “*potencia imperialista*”, se habían estado burlando “*de los principios básicos de la Carta de las Naciones Unidas*” y que no habían tenido el menor escrúpulo a la hora de violar “*las más elementales normas de la ley internacional*”¹³². Aquella actitud se reflejaba a la perfección en la hostilidad mostrada hacia Cuba en los últimos años, materializada a través de toda suerte de

¹²⁴ *Idem.*

¹²⁵ *Idem.*

¹²⁶ ABC (Año LIV). Núm.17188. Madrid: domingo, 16 de abril de 1961, pág. 81. Diario y *La Vanguardia* (Año LXXVII). Núm. 29505. Barcelona: domingo, 16 de abril de 1961, pág. 9. Diario.

¹²⁷ *Idem.*

¹²⁸ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 259.

¹²⁹ ABC (Año LIV). Núm.17188. Madrid: domingo, 16 de abril de 1961, pág. 81. Diario y *La Vanguardia* (Año LXXVII). Núm. 29505. Barcelona: domingo, 16 de abril de 1961, pág. 9. Diario.

¹³⁰ *Idem.*

¹³¹ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 259.

¹³² ABC (Año LIV). Núm.17188. Madrid: domingo, 16 de abril de 1961, pág. 81. Diario y *La Vanguardia* (Año LXXVII). Núm. 29505. Barcelona: domingo, 16 de abril de 1961, pág. 9. Diario.

agresiones, entre ellas, el sustento y la financiación de elementos hostiles al Gobierno cubano. Roa definió al “*Consejo Revolucionario cubano con sede en Nueva York*” como una organización de “*mercenarios*”, como una agrupación de renegados “*comprados por los Estados Unidos*” para atacar a Cuba, aunque ello implicara “*el bombardeo de las ciudades cubanas*”¹³³.

Cuba, a través del correo Raúl Roa, había acusado a los Estados Unidos de forma clara y directa, tal y como le había solicitado el Gobierno cubano, y había criticado con acritud la desvergüenza mostrada por “*la propaganda oficial norteamericana*” en sus intentos de desvirtuar lo acontecido al difundir una versión aviesa sobre la autoría de los bombardeos¹³⁴. Sin embargo, a pesar de la crítica, este fue el derrotero a través del que se desenvolvió la réplica de Adlai Stevenson.

Después del alegato sostenido por Raúl Roa y tras aquellas duras acusaciones, tomo la palabra el representante norteamericano a modo de desquite. Adlai Stevenson aseguró que el Gobierno de los Estados Unidos no tenía ninguna responsabilidad en aquellos ataques aéreos y como prueba de su afirmación mostró unas fotografías de los supuestos aviones atacantes en las que “*se veía claramente el distintivo de las Fuerzas Aéreas cubanas*”¹³⁵. Aquellas fotografías habían sido tomadas a uno de los aviones que habían bombardeado los aeródromos cubanos tras aterrizar en la Florida. El piloto de aquel avión juraba haber despegado de territorio cubano. Al parecer, según señaló la prensa franquista, los dos pilotos que habían aterrizado en el Aeropuerto Internacional de Miami aseguraban que había “*desertado de la tiranía de Castro*”¹³⁶.

Stevenson afirmó a continuación que las declaraciones de aquellos pilotos eran la prueba irrefutable de que los Estados Unidos nada habían tenido que ver en los bombardeos y aseguró además que las autoridades de su país “*estaban adoptando las medidas necesarias para incautarse de los aviones, a los que no se les permitiría despegar con dirección a Cuba*”¹³⁷. Lejos de quedarse aquí señaló igualmente que lo ocurrido en las últimas veinticuatro horas era “*una prueba innegable*” de la razón que había tenido el presidente Kennedy al afirmar en fechas recientes que “*el pueblo cubano lucharía por su libertad*”¹³⁸.

Stevenson leyó la declaración de uno de los pilotos durante el turno de su intervención, sin mencionar la identidad del desertor, al parecer, para preservar la integridad de su familia, que permanecía todavía en Cuba y temía las “*represalias del Gobierno cubano*”¹³⁹. El representante norteamericano finalizó su intervención con aquella declaración del exiliado cubano, todavía sin saber, según apuntó al día siguiente en los correos cifrados que envió a Dean Rusk, secretario de Estado, de que aquello era un montaje de los servicios de inteligencia norteamericanos. Según han señalado la mayoría de los historiados que han tratado el tema, Stevenson se sintió traicionado y se enfureció debido al sucio papel que se había visto obligado a desempeñar en aquella jornada y así se lo hizo saber a Dean Rusk a través de un correo fechado el 16 de abril. El correo en cuestión, en uno de sus párrafos, decía así:

“No entiendo cómo pudimos dejar que se produjeran esos ataques dos días antes del debate sobre el tema de Cuba en la Asamblea General. Tampoco puedo entender que si no podíamos evitar que esos ataques se produjeran desde fuera de Cuba en este momento, por qué no se me advirtió y no se me suministró material preelaborado (sic) con el cual defendernos. Las respuestas que di a los pronunciamientos de Roa con relación al incidente del sábado fueron preparadas precipitadamente en el Departamento y revisadas por mí en el último minuto,

¹³³ *Idem.*

¹³⁴ *Idem.*

¹³⁵ *Idem.*

¹³⁶ *Idem.*

¹³⁷ *Idem.*

¹³⁸ *Idem.*

¹³⁹ *Idem.*

suponiendo que se trataba de un claro caso de ataque llevado a cabo por desertores dentro de Cuba”.¹⁴⁰

Efectivamente, Stevenson mintió ante la Asamblea General. Al parecer, no lo hizo a sabiendas, sin embargo, aquellas disquisiciones sobre la voluntariedad, o la ausencia de ésta, en la mentira interesarían poco a los delegados que habían asistido a aquella diatriba del representante norteamericano, pues cuando fueran conscientes de que habían sido manipulados por la diplomacia y los servicios secretos de los Estados Unidos seguro que no encajarían aquel engaño con agrado. Una circunstancia que sería oportunamente explotada por la diplomacia cubana tan pronto como se obtuvieran las pruebas de que aquella versión de los hechos presentada por el delegado norteamericano había sido cocinada por la CIA para exculpar a los Estados Unidos de su implicación en los bombardeos.

Entretanto, mientras Stevenson permanecía ajeno a que la versión de los bombardeos por él defendida pronto terminaría por derrumbarse, el debate seguía en la sede de la ONU y tras el representante norteamericano tomó la palabra el delegado de Guatemala, *“quien afirmó de forma categórica que era falso que su país se hubiese prestado para entrenar fuerzas dispuestas a atacar al gobierno cubano”*¹⁴¹.

El delegado guatemalteco negaba lo que ya había sido publicado por la prensa de medio mundo con todo lujo de detalles, incluida la estadounidense. La implicación de Guatemala en el entrenamiento de las tropas contrarrevolucionarias cubanas era una realidad sobre la que no albergaban dudas los delegados presentes en la Asamblea General, sobre todo si se tomaban en consideración las últimas declaraciones del Gobierno guatemalteco en las que se denunciaba un *“complot contra Ydígoras”* financiado por Fidel Castro debido al apoyo del primero a los disidentes cubanos¹⁴².

Como venía siendo habitual, había una falta de sintonía más que evidente entre lo apuntado por los representantes guatemaltecos dentro y fuera de su país, como la había también entre lo afirmado por los voceros de la Casa Blanca y los del Gobierno de Ydígoras en lo tocante a las instalaciones militares financiadas y construidas por los Estados Unidos en territorio guatemalteco. Como hemos expuesto ya en varias ocasiones, las contradicciones y las declaraciones contrapuestas eran la norma entre los representantes guatemaltecos, como lo eran también las afirmaciones lanzadas por éstos, que solían contradecir a las emitidas por las autoridades norteamericanas.

Guatemala, como era público y notorio, estaba demasiado involucrada en la conjura contra Cuba como para permanecer al margen del debate en aquellas jornadas de fuerte tensión en el Caribe y fruto de aquellas urgencias solía actuar al margen de la diplomacia norteamericana, normalmente, sin mucha fortuna, pues sus declaraciones solían ir en perjuicio de su defensa y dejaban al descubierto su implicación en la conjura contra Cuba y su connivencia con los Estados Unidos en aquella lucha. Los representantes de Guatemala no sólo caían en el error de contradecirse entre sí, sino que articulaban también un discurso de cara al exterior que ponía en entredicho lo apuntado trabajosamente por la diplomacia y los servicios de inteligencia norteamericanos.

En aquellos momentos, esta falta de pericia mostrada por la diplomacia guatemalteca en la defensa de su inocencia quedó al descubierto una vez más, pues pensó que la mejor manera de defenderse de las previsibles acusaciones fidelistas era denunciar a la Revolución cubana por la injerencia de agentes del Gobierno revolucionario en los asuntos internos de Guatemala. Con esta idea en cartera, saltó la noticia a las secciones de internacionales de la prensa franquista de que la Revolución cubana estaba

¹⁴⁰ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 256.

¹⁴¹ *Ibidem*, pág. 260.

¹⁴² *Pueblo* (Año XXII). Núm.6725. Madrid: sábado, 15 de abril de 1961, pág. 4. Diario.

distribuyendo “dinero a manos llenas entre los descontentos con el régimen de Ydígoras” con la intención manifiesta de lograr un grupo compacto entre las clases poderosas del país para propiciar un cambio de Gobierno¹⁴³.

Fidel Castro, según la versión difundida por el Gobierno guatemalteco, quería ganar voluntades entre las clases acomodadas de Guatemala y los militares jóvenes de las fuerzas armadas guatemaltecas con la intención de propiciar el desalojo de Ydígoras del poder y romper la alianza que unía al país caribeño con la Administración norteamericana en la lucha contra la Revolución cubana. El objetivo principal de aquella conjura era, según señalaba la prensa franquista haciéndose eco de la denuncia guatemalteca, dismantlar las instalaciones militares construidas en la finca Helvetia, acuartelamiento en el que se encontraban los campos de adiestramiento de las huestes de la contrarrevolución cubana.¹⁴⁴

Así pues, mientras el delegado de Guatemala en la ONU juraba y perjuraba que su territorio no estaba siendo utilizado para el entrenamiento de los complotados cubanos, su Gobierno denunciaba desde Guatemala que Fidel Castro estaba conspirando contra Ydígoras para terminar con la alianza que éste había establecido con los Estados Unidos en su lucha contra la Revolución cubana. En fin, un canto a la impericia que desacreditaba a Guatemala y a los Estados Unidos y que no parecía generar demasiados daños en el prestigio de Cuba ante el continente.

Por lo demás, la veracidad de aquellas noticias que querían hacer de Fidel Castro un agresor de la soberanía guatemalteca era más que cuestionable. Difícilmente podía la Revolución cubana distribuir dinero entre las clases acomodadas de Guatemala en detrimento de los sectores populares que eran fervientes partidarios de la revolución. Ahora bien, la publicación de aquel tipo de informaciones, lanzadas a la prensa el mismo día en que se produjeron los bombardeos sobre las bases aéreas cubanas, era la muestra evidente de los temores de Guatemala y también de su implicación en las acciones conspirativas contra Cuba. Aquel tipo de noticias constituían ya una costumbre entre la diplomacia guatemalteca, muy dada a utilizar aquellos mecanismos de distracción informativa cuando preveía que el nombre de Guatemala iba a aparecer al lado de los Estados Unidos en las denuncias lanzadas por los revolucionarios cubanos sobre el imperialismo norteamericano, sus tendencias injerencistas y su violento intervencionismo.

Guatemala, como todo el mundo sabía por las constantes alusiones a aquel asunto en la prensa internacional, era parte sustancial del entramado conspirativo montado por los servicios de inteligencia norteamericanos y la Administración estadounidense contra la Revolución cubana; una evidencia que quedó sobradamente probada décadas después cuando se desclasificaron los papeles del llamado Comité de Investigación Taylor¹⁴⁵.

La diplomacia cubana no albergaba dudas sobre este particular: Guatemala era parte sustantiva de la conjura contra Cuba y, por tanto, como todo el mundo esperaba, Raúl Roa así lo denunció en aquella jornada del día 15 de abril. El representante guatemalteco había solicitado la palabra después de la intervención de Adlai Stevenson movido por las alusiones directas que Raúl Roa había hecho sobre Guatemala en su primera intervención, acusándola directamente de ser el teatro de operaciones en el

¹⁴³ *Idem.*

¹⁴⁴ *Idem.*

¹⁴⁵ Sobre los acuerdos establecidos en la lucha contra la Revolución cubana entre el Gobierno de Ydígoras y las Administraciones norteamericanas de Eisenhower y Kennedy pueden consultarse los documentos desclasificados en el año 2011 sobre el conocido como Comité de Investigación Taylor y sobre los informes referentes a los apoyos internacionales con los que contaron las operaciones encubierta de Estados Unidos contra Cuba. Véase: The National Security Archive: *Official History of the Bay of Pigs. Volume IV. The Taylor Committee Investigation of the Bay of Pigs: Op. Cit.*, págs. 5, 6, 27, 34, 65, 88 y 91 y *Official History of the Bay of Pigs. Volume II, parte 1ª. Participation in the Conduct of the Foreign Policy: Op. Cit.*, págs. II y III.

que las tropas de la contrarrevolución se habían entrenado para preparar su asalto a Cuba¹⁴⁶. El delegado guatemalteco, por alusiones, estaba obligado a la réplica, aunque esta fuera, nada más, para verter nuevas falsedades, que venían a sumarse a las lanzadas ya por Stevenson.

Raúl Roa así lo hizo notar en su segunda intervención acusando a uno y otro de mentir en la sede de la ONU ante los delegados de los países allí representados. Sobre el argumentario de Stevenson, Roa señaló “*que cualquiera podía pintar un avión con los colores de Cuba*” y que aquella estrategia era “*un truco habitual*” dentro de las prácticas de “*la piratería internacional*”¹⁴⁷. El hecho de que uno de los aviones fotografiados en Miami “*ostentase la estrella cubana*” en su fuselaje no podía utilizarse como prueba de su pertenencia a las fuerzas aéreas de Cuba¹⁴⁸.

El ministro de Exteriores no dejó ninguna bala en la recámara y acusó también a Kennedy de mentir días antes a través de aquella declaración en rueda de prensa en la que había asegurado “*que los Estados Unidos no proyectaban intervenir en contra de Cuba*”¹⁴⁹. Raúl Roa criticaba aquellas declaraciones, cínicas y encubridoras, con las que se había pretendido extender “*una cortina de humo*” sobre los planes que ya se habían puesto en marcha contra Cuba¹⁵⁰. Roa consideraba inaudito que el presidente de los Estados Unidos se presentara ante los medios para defender públicamente una postura frente a Cuba que, probablemente aquella misma jornada, había dado órdenes de incumplir. El alegato de Roa contra la actitud mostrada por los Estados Unidos frente al continente se revistió de una dureza inusitada y llegó a acusar a la Administración norteamericana de ser un “*régimen totalitario, angelicalmente disfrazado de representante de la democracia*”, que tenía como cometido imponer un sistema político de falta de libertades en todo el continente¹⁵¹.

Las acusaciones de Roa contra los Estados Unidos prescindieron de todo protocolo y estuvieron encaminadas a dejar al descubierto la actitud agresiva e imperialista de la Administración norteamericana frente a Cuba, explicitada a través de los bombardeos sobre el territorio cubano. *La Vanguardia* calificó la intervención de Roa como violenta y *ABC* censuró los insultos inferidos por Raúl contra el sistema político norteamericano, calificado por Roa como totalitario¹⁵².

Aquella jornada de tensión en la Asamblea General no sólo puso al descubierto las acusaciones cubanas y la negativa de los Estados Unidos asumir su responsabilidad en la agresión contra Cuba, sino que dejó al descubierto cual sería la posición de la URSS en aquella justa. Lejos de lo que habían pronosticado algunos medios franquistas en las jornadas previas, la Unión Soviética no parecía dispuesta a consentir con una intervención de los Estados Unidos en Cuba y dejó constancia de ello en aquella cita a través de la intervención del ministro de Exteriores soviético.

Valerian Zorin tomó la palabra justo después de la segunda intervención de Roa y comenzó por señalar que “*los bárbaros bombardeos*” de aquella jornada constituían “*una abierta agresión contra el pueblo de Cuba*”¹⁵³. Expuso igualmente la sistemática labor que los Estados Unidos estaban desplegando para terminar con la libertad de Cuba. El representante soviético no le ahorró críticas a la Casa Blanca e hizo un balance de aquel acoso sistemático señalando que las muestras más evidentes de la voluntad estadounidense de rendir a Cuba por la fuerza eran “*el bloqueo económico de la isla*”

¹⁴⁶ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 259.

¹⁴⁷ *Ibidem*, pág. 260.

¹⁴⁸ *ABC* (Año LIV). Núm.17188. Madrid: domingo, 16 de abril de 1961, pág. 81. Diario y *La Vanguardia* (Año LXXVII). Núm. 29505. Barcelona: domingo, 16 de abril de 1961, pág. 9. Diario.

¹⁴⁹ *Idem*.

¹⁵⁰ *Idem*.

¹⁵¹ *Idem*.

¹⁵² *Idem*.

¹⁵³ *Idem*.

y los trabajos sostenidos durante meses “para alejar a Cuba del resto de los países iberoamericanos”¹⁵⁴.

Zorin señaló que la Administración norteamericana estaba actuando en todos los frentes contra el Gobierno cubano y que estaba desplegando en aquella acción los métodos más violentos e inmorales. Acusó también a los Estados Unidos de entrenar a “*miles de contrarrevolucionarios cubanos*” para lanzarlos contra Cuba por medio de una invasión a gran escala¹⁵⁵. Las palabras de Zorin fueron extremadamente duras y de aquella diatriba el representante soviético no salvó a los miembros de la contrarrevolución, a los que calificó de mercenarios: “*Entre ellos –dijo– hay tipos capaces de vender a su padre*”¹⁵⁶.

Aquellos cubanos desertores, desdeñados sin reparos por el delegado soviético, eran los que habían lanzado “*una agresión armada contra Cuba*”¹⁵⁷. Un ataque que contaba además con agravantes, pues se había producido, según remarcó Zorin, tres días después de que el presidente Kennedy se hubiera comprometido a “*evitar cualquier agresión contra Cuba*”¹⁵⁸. La Casa Blanca, lejos de evitar, había incentivado y sufragado aquel acto agresivo, dándole sus bendiciones a la CIA y a la contrarrevolución para que lanzaran un ataque sorpresivo contra Cuba.

El delegado soviético reprendió al presidente Kennedy ante la Asamblea General de la ONU y lo hizo de forma clara, sin optar por la evasiva o el circunloquio: “*Una sola palabra del Gobierno norteamericano*”, señaló Zorin, “*hubiera evitado que ningún avión bombardease las ciudades de la Cuba revolucionaria*”¹⁵⁹. Sin embargo, “*esa palabra no había sido pronunciada*”¹⁶⁰. Después de aquella condena sin paliativos a los núcleos de poder estadounidense, a la Casa Blanca y aquellos cubanos que les servían de tapadera, Valerian Zorin explicitó su apoyo a la Cuba revolucionaria con unas palabras que no dejaban lugar a las dudas: “*Cuba no está sola. Entre sus amigos más sinceros se encuentra la Unión Soviética*”¹⁶¹.

Después de la intervención de Valerian Zorin el debate de la Comisión Principal de Política y Seguridad de la Asamblea General de la ONU quedó emplazado para la mañana del lunes 17 de abril. Aquella primera reunión, fuera de la agenda y no prevista, había colocado a la delegación norteamericana en una situación no deseada, pues durante una hora había tenido que aguantar la descarga de los ministros de Cuba y la URSS, acusando a los Estados Unidos nada más y nada menos que de bombardear el territorio cubano. La insistencia mostrada por Raúl Roa en tratar el asunto a toda costa, dada la gravedad de los hechos, y el sustento soviético a aquella iniciativa cubana, había colocado a la diplomacia norteamericana contra las cuerdas, pues todos los llamados a pronunciarse en aquel conflicto, cubanos, soviéticos, estadounidenses y guatemaltecos habían tenido la oportunidad de hacerlo, aunque con desigual fortuna. Guatemala había negado lo evidente, Estados Unidos habían negado la evidencia de lo ocurrido amparándose en una oscura y endeble historia y la URSS y Cuba habían aprovechado la oportunidad, con los hechos todavía recientes, de darle un contenido opulento a las denuncias que venían lanzando contra el imperialismo norteamericano.

De todos modos, aquel debate era nada más el primer acto de todo lo que todavía se tendría que tratar sobre aquel espinoso asunto de los bombardeos. Las responsabilidades de aquel ataque sorpresivo contra las bases aéreas cubanas y las denuncias de Cuba frente a la agresión norteamericana tendrían

¹⁵⁴ *Idem.*

¹⁵⁵ *Idem.*

¹⁵⁶ *Idem.*

¹⁵⁷ *Idem.*

¹⁵⁸ *Idem.*

¹⁵⁹ *Idem.*

¹⁶⁰ *Idem.*

¹⁶¹ *Idem.*

que esperar. La agresión había tenido lugar el sábado día 15 de abril y aquella circunstancia, desde luego no casual, había obligado a posponer durante cuarenta y ocho horas el debate amplio sobre lo que estaba aconteciendo entre Cuba y los Estados Unidos. Sin embargo, aquel primer envite había sido sumamente provechoso para la causa fidelista. Cuba había logrado colocar en la agenda del sábado 15 de abril, a pocas horas del bombardeo, su denuncia contra la Administración norteamericana y había conseguido sacar adelante otros dos asuntos importantes: refutar las versiones sobre el ataque que los Estados Unidos habían difundido a través de las agencias de prensa y arrancar el compromiso soviético para la causa cubana, necesario para afrontar con mayores garantías el escenario que podían deparar las horas venideras.

El resultado de aquella primera contienda arrojaba un balance negativo para los Estados Unidos, pues, ante la Asamblea General y muy a su pesar, la diplomacia norteamericana había tenido que batirse para repeler los ataques de Roa y Zorin, cuyos argumentos parecían bastante más sólidos que los aportados por el delegado estadounidense. Por lo demás, la intervención guatemalteca, más que ayudar, empeoró la situación, pues negar a aquellas alturas la presencia de la contrarrevolución en las tierras de Guatemala parecía una verdadera burla a todos los que estaban siguiendo el debate desde la Asamblea General.

16.2.3 Propaganda y maniobras de distracción: entremés y mojiganga de la inminente invasión

La Casa Blanca parecía darse cuenta del revés y obró con reflejos. La historia lanzada por Adlai Stevenson no parecía del todo convincente y había demasiadas dudas sobre aquella versión de los pilotos cubanos que antes de fugarse habían optado por bombardear las bases aéreas de Cuba. Desde La Habana reclamaban con insistencia la identidad de los pilotos, algo que no facilitaban las autoridades norteamericanas debido a razones de seguridad. Fruto de aquel mar de dudas, que hacían que aquella versión de los ataques difundida por las autoridades norteamericanas fuera asumida con todas las reservas, el secretario de Prensa de la Casa Blanca, Pierre Salinger, apareció aquel mismo día ante los medios de comunicación para comunicar que estaban trabajando *“para tratar de saber lo que había ocurrido en Cuba en relación con los bombardeos de aquella mañana”*¹⁶². La Casa Blanca, según relato el atribulado secretario de prensa, no contaba con informes fidedignos sobre lo acontecido, pues la única información de la que disponían hasta aquel momento los funcionarios norteamericanos *“era la facilitada por las agencias de noticias”*¹⁶³.

La Casa Blanca parecía dispuesta a cubrirse las espaldas ante el más que previsible derrumbe de aquella historia. Como consecuencia de aquel temor más que fundado, Pierre Salinger señaló que Estados Unidos tenía serias dificultades para recabar *“información de primera mano”* debido a que no tenían *“relaciones directas con Cuba”*¹⁶⁴. Por lo demás, el secretario de Prensa de la Casa Blanca reiteró el compromiso de Kennedy de no lanzar un ataque contra Cuba y señaló que aquella postura había quedado meridianamente clara en la última conferencia de prensa del presidente norteamericano. Los Estados Unidos no simpatizaban con la Revolución cubana, pero aquello no significaba que se fueran a involucrar en un ataque contra Cuba.

No obstante, a pesar de la insistencia en señalar que los Estados Unidos no contaban con información fidedigna, Pierre Salinger, según relató el diario *ABC* y *La Vanguardia*, no se pudo zafar del acoso mediático y fue abordado por los periodistas sobre una cuestión fundamental: ¿quién sería el encargado de llevar a cabo las investigaciones?; ¿sería la CIA o algún otro organismo estadounidense

¹⁶² *Idem.*

¹⁶³ *Idem.*

¹⁶⁴ *Idem.*

el encargado de conocer y estudiar la situación reinante en Cuba? El secretario de Prensa de la Casa Blanca esquivó la pregunta y replicó que “*los Estados Unidos utilizarán cualquier medio para conseguir la información*” que precisaban para conocer lo que realmente había ocurrido¹⁶⁵.

Aquella pregunta no era una cuestión menor, pues la historia de los bombardeos, montada por los servicios de inteligencia y enviada al Departamento de Estado para que el atribulado Adlai Stevenson defendiera la posición estadounidense en la sede de la ONU, parecía derrumbarse por momentos. En aquella misma jornada, Tad Szulc, un habitual de *The New York Times* que cubría la información sobre Cuba, arrojó las primeras críticas contra aquella historia lanzada por la diplomacia estadounidense.

El afamado periodista norteamericano, autor de una de las biografías más celebradas sobre Fidel Castro¹⁶⁶, señaló que resultaba sospechoso que el piloto cubano que se jactaba de haber bombardeado las bases aéreas cubanas no facilitara su identidad, pues resultaba ingenuo pensar que al Gobierno de Castro le resultara difícil “*conocer de inmediato el nombre de cualquier piloto que hubiera desertado*”¹⁶⁷. Las razones de seguridad aducidas por las autoridades norteamericanas no parecían pues demasiado convincentes. Sobre los otros dos pilotos, sobre los que se aseguraba también que habían aterrizado en los Estados Unidos, no se tenía constancia, “*no aparecían por ninguna parte*”¹⁶⁸.

Por lo demás, el cronista del diario neoyorquino apuntaba ciertos detalles observados por los periodistas reunidos frente al avión fotografiado y mostrado por Stevenson ante la ONU que resultaban inquietantes y que ponían en evidencia la falta de pericia de los que habían confeccionado aquel relato. Tad Szulc señaló “*que en el aparato no existían señales de que hubiera disparado recientemente*”¹⁶⁹. Aquella circunstancia le hacía desconfiar de la versión difundida y no ponía reparos a la hora de reconocerlo. Su predisposición a comulgar con aquella tesis oficialista era tan escasa que llegaba hasta el punto de aventurarse a señalar, no sin cierta sorna, que los periodistas congregados ante aquel aparato habían certificado la presencia de insignias cubanas en el fuselaje, pero que, sin embargo, ninguno de los allí presentes había tenido la oportunidad de ver “*los aviones que en verdad habían bombardeado las bases cubanas*”¹⁷⁰.

El relato de los desertores cubanos fue puesto en cuestión por algunos medios norteamericanos y que el prestigioso *The New York Times* estuviera en aquella terna de los desafectos a la versión oficial no era desde luego una noticia que pudiera tranquilizar a los responsables de la Administración norteamericana. Así pues, aquella historia, lejos de ganar en solidez, fue perdiendo consistencia a medida que pasaban las horas y finalmente terminó por sonrojar a muchos de los que la habían defendido en un primer momento.

Sin embargo, pese a lo que algunos medios publicaban, el Consejo Revolucionario cubano intervino para tratar de apuntalar la maltrecha versión. José Miró Cardona, el presidente del Consejo Revolucionario, tomó la palabra aquel día 15 de abril desde Nueva York y señaló que los ataques aéreos de aquella mañana habían sido protagonizados por “*miembros de las Fuerzas Aéreas cubanas*” que, antes de desertar, habían intentado destruir el mayor número posible “*de aviones de Castro*”¹⁷¹. El Consejo Revolucionario cubano, por boca de su máximo representante, señalaba que “*se sentía orgulloso*” de lo realizado en aquella mañana del 15 de abril por un puñado de “*verdaderos*

¹⁶⁵ *Idem*.

¹⁶⁶ La biografía a la que nos referimos data de finales de los años ochenta del siglo pasado y apareció ya mencionada en la introducción de este estudio. Véase: Szulc, Tad: *Op. Cit.*

¹⁶⁷ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 261.

¹⁶⁸ *Idem*.

¹⁶⁹ *Idem*.

¹⁷⁰ *Idem*.

¹⁷¹ ABC (Año LIV). Núm.17188. Madrid: domingo, 16 de abril de 1961, pág. 81. Diario.

revolucionarios”, “que su plan había sido llevado a cabo con pleno éxito y que el propio Consejo había estado en contacto con los autores y les había alentado a realizar la hazaña a aquellos valientes pilotos”¹⁷².

Con aquellas declaraciones el Consejo Revolucionario cubano comenzó a ejercer el triste papel que le tocaría jugar en aquellas jornadas. Miró Cardona permanecía al margen de cualquier tipo de control sobre las operaciones y desde luego totalmente ausente en la toma de decisiones. Aquella declaración de Miró Cardona fue el comienzo de lo que fue la tónica general en los días subsiguientes: un Consejo Revolucionario ausente, la mayoría de las veces, o presente a través de declaraciones extemporáneas, las menos de ellas, que luchaba por protagonizar una historia en la que tenían reservado un papel totalmente secundario.

En realidad, los pilotos no habían tenido contacto con Miró Cardona ni con nadie de los insignes miembros de aquella formación política creada para encubrir las operaciones agresivas contra Cuba. El Consejo Revolucionario cubano era el mascarón de proa de aquella operación, se encontraba entre los complotados, pero como figura ornamental y, evidentemente, su misión no era la de coordinar las operaciones ni la de orientar el tipo de acciones que más convenían a la contrarrevolución en aquel trance.

Los pilotos que habían aterrizado en Miami no respondían a las órdenes del Consejo Revolucionario, sino a las de los técnicos del Pentágono y los agentes de la CIA que se encontraban tras la operación. Por lo demás, dos de los pilotos que supuestamente acababan de desertar y que habían participado en las razias sobre territorio cubano habían desaparecido sin dejar rastro y un tercero, aunque se había retratado junto al avión que supuestamente había participado en los bombardeos, aparecía bajo las sombras del misterio al no desvelarse su identidad. Las autoridades norteamericanas habían tratado de guardar celosamente la identidad de aquel piloto, pues de descubrirse que era uno de los hombres adiestrados en Guatemala y Nicaragua durante meses la versión de la súbita desertión y el bombardeo de procedencia interna se derrumbaría. Sin embargo, aquellos esfuerzos por mantener a aquel piloto fuera de los focos resultaron infructuosos, pues su nombre terminó por salir a la luz.

Aquel hombre que se jactaba de haber desertado hacía escasas horas y que alardeaba de haber bombardeado las bases cubanas era el ex capitán de la fuerza aérea cubana Mario Zúñiga, quien había desertado de la revolución hacía ya muchos meses y no en aquellas fechas como trataban de difundir las autoridades norteamericanas. Además, no había participado en los bombardeos, pues como se supo después había volado directamente desde Puerto Cabezas en Nicaragua para ser fotografiado en Miami y lanzar aquella versión de los bombardeos de carácter interno fruto de la conspiración y el golpe militar de las fuerzas cubanas contra el Gobierno fidelista. Zúñiga, tras su desertión, se había instalado en Miami y poco después se habían incorporado a las tropas de la contrarrevolución que estaban recibiendo adiestramiento militar en los campamentos de entrenamiento de Guatemala.

Mario Zúñiga, al que se le había señalado la importancia de permanecer en el anonimato, se había dejado fotografiar y aunque había aparecido parapetado tras una gorra y retratado a cierta distancia fue reconocido por su mujer. La esposa de Zúñiga, que residía en Miami y desconocía de la suerte que había corrido su marido desde que se había alistado en las filas de la contrarrevolución, trató de ponerse en contacto con él y pronto saltó a la prensa toda la historia: la mujer de Zúñiga señaló que llevaba meses sin ver a su marido desde que se había ido a Guatemala a los campos de entrenamiento y que lo único que deseaba era contactar con él¹⁷³. Así pues, fruto de la fatalidad, el exhibicionismo y la falta de previsión, la versión difundida por la mayoría de agencias de prensa y la sostenida por el

¹⁷² *Idem.*

¹⁷³ Thomas, Hugh: *Op. Cit.*, pág. 1076.

delegado norteamericano en la ONU parecía ya fuera de control y ahora Estados Unidos tendría que presentarse ante la Asamblea General el lunes 17 de abril para defender lo indefendible.

En un correo confidencial enviado a Dean Rusk por Adlai Stevenson fechado el día 16 de abril, el apesadumbrado embajador en la ONU de los Estados Unidos se quejaba, como hemos apuntado, a su superior de esta circunstancia. Aquella había sido una operación torpemente encubierta y ahora sería muy difícil sostener que los ataques habían partido del interior de Cuba, sostenía Stevenson ante su superior. La situación se había complicado fruto de la impericia mostrada por la CIA y fruto de aquella mala gestión los Estados Unidos tendrían que enfrentarse “a un ambiente de hostilidad creciente” en el seno de la ONU¹⁷⁴. Stevenson había señalado ante su superior que la falta de coordinación era evidente y que aquello apuntaba a desastre, pues la reprobación de Estados Unidos ante la Asamblea General era más que probable.

El día 16 deparó pues malas noticias para la diplomacia norteamericana, después de los bombardeos el gran damnificado por los ataques había sido el pueblo cubano, pero a medida que fueron pasando las horas, Estados Unidos parecía ser el más perjudicado. Los bombardeos del 15 de abril no consiguieron destruir la flota cubana en su totalidad y aquello había terminado con la capacidad de sorpresa que aquellos ataques podían tener. Desde un punto de vista puramente operativo, era difícil que un segundo ataque pudiera tener más éxito que el primero, pues las fuerzas fidelistas estaban más que avisadas de que aquello podía repetirse. Así pues, la apuesta por nuevos bombardeos lo único que podía generar eran riesgos innecesarios para los aviones puestos a disposición de la Brigada 2506.

Estas eran las limitaciones con las que contarían los nuevos bombardeos desde un punto de vista militar, pero había también otros inconvenientes que, más allá de lo bélico, afectaban a lo diplomático y a la imagen estadounidense, pues un segundo ataque no haría más que lanzar sobre la diplomacia norteamericana las acusaciones cubanas y las de sus aliados. Además, aquella historia de las deserciones y los bombardeos de procedencia interna montada por la CIA había sido tan mal orquestada que sólo pudo mantenerse en pie durante unas horas, lo que invalidaba también la posibilidad de lanzar nuevos ataques para aducir a posteriori el carácter interno de su procedencia. La historia del levantamiento interno y de las deserciones de las tropas fidelistas que trataba de difundir la diplomacia norteamericana quedó así herida de muerte, pues aducir un argumento similar al lanzado por Stevenson en aquella aciaga mañana del 15 de abril no parecía ya una salida viable. Los planes de nuevos ataques aéreos parecían ya descartados y aquello dejaba el desembarco de la Brigada 2506 en una posición mucho más vulnerable, pues ahora tendrían que luchar contra las defensas fidelistas por tierra, mar y aire.

Mientras todas estas conjeturas estaban sobre el tablero de las posibles estrategias a seguir para facilitar el desembarco, la Brigada 2506 seguía con rumbo a Cuba, ajena a las tribulaciones por las que había tenido que pasar la diplomacia norteamericana en aquellas jornadas del 15 y el 16 de abril y con el convencimiento entre sus tropas que los bombardeos sobre las bases aéreas cubanas habían resultado fatales para la aviación de las fuerzas fidelistas.

Entre los días 15 y 16 de abril los barcos que transportaban a las tropas de la brigada invasora comenzaron a concentrarse a medida que se iban aproximando a las costas cubanas, y ahora, después de un par de días de travesía, iban escoltados por una flota norteamericana para prevenir cualquier tipo de ataque durante el trayecto. La flota invasora navegaba protegida por los portaviones Essex y Sha-Gri-La, el portahelicópteros Boxer, los destructores Conway, Murray, Percy y Eaton y tres o cuatro submarinos, todos de la marina de los Estados Unidos¹⁷⁵. Además, dos de las naves de la flota

¹⁷⁴ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 256.

¹⁷⁵ Fernández Álvarez, José Ramón: *Op. Cit.*, págs. 232 y 233.

de la brigada, el Bárbara J. y el Blagar había sido conveniente artilladas para aumentar la capacidad de fuego del convoy¹⁷⁶, lo que contribuía, más si cabe, a aumentar la confianza en el éxito de la operación. Las tropas invasoras iban pertrechadas con un fenomenal equipamiento militar y además contaban con el sustento de la marina americana, que había puesto a disposición de las fuerzas contrarrevolucionarias un verdadero ejército. Nada podía fallar, pues si finalmente los invasores se veían asediados por las tropas fidelistas, era de suponer que los norteamericanos acudirían al rescate con aquellas impresionantes fuerzas de las que disponían.

Por lo demás, a pesar de que los bombardeos no habían cubierto sus objetivos y de que Estados Unidos comenzaba a sentirse asediado por la opinión pública internacional debido a su evidente implicación en aquella operación, las tropas invasoras permanecían ajenas a aquellos inconvenientes. Al amanecer del día 16 de abril *Radio Swan* comenzó a difundir noticias en las que se aseguraba que el levantamiento en Cuba había prendido tras los bombardeos de la víspera. La cadena de la CIA situada en las Islas Cisne hablaba de “*victoriosos combates*” de la “*guerrilla anticastrista*” en el Escambray, de “*sabotajes a lo largo de toda la isla*”, de “*nuevos alzamientos en Oriente y en Pinar del Río*” y del “*elevado número de muertos en los bombardeos de la víspera*”¹⁷⁷. La emisora exhortaba una vez más a los cubanos para que acudieran a las armas, el levantamiento tenía que ser general para que el régimen de Fidel Castro se viera obligado a la rendición. El discurso era tan triunfalista como irreal, de todos modos, los locutores de *Radio Swan* repetían el mismo latiguillo como un mantra: “*la liberación estaba cerca*”¹⁷⁸. Una consigna que servía de adormidera para las tropas invasoras, cuyos receptores de radio permanecían encendidos día y noche en alta mar, aportando unas noticias que distaban mucho de ser reales.

La situación en el interior de Cuba no reflejaba aquel levantamiento masivo de la población contra el Gobierno fidelista, sino de cientos de detenidos entre los susceptibles de intentarlo. A primeras horas de la mañana del día 16 de abril la fuerzas fidelistas, milicia, ejército, organizaciones civiles y servicios de inteligencia había retenido a todos aquellos que fueran sospechosos de conspirar contra la revolución, había ya miles de detenidos; muchos otros permanecían bajo arresto domiciliario o sometidos a una vigilancia estricta. Entretanto, el presidente Dorticós, desde La Habana, seguía reclamando la identidad de los pilotos desertores; a las fuerzas revolucionarias no les constaban dichas desertiones y aquello sólo podía indicar que los aviones no procedían de Cuba¹⁷⁹. El presidente cubano había hecho aquellas declaraciones ante las agencias de prensa norteamericanas con la intención de difundir la versión cubana en la prensa de los Estados Unidos.

Los dirigentes cubanos no permanecían pasivos y trataban de frenar la inflación de noticias que procedían desde el exterior en las que trataba de difundirse la idea de que el levantamiento interior había prendido y de que las fuerzas aéreas cubanas se habían amotinado contra el Gobierno cubano. Con este fin el ministro de Exteriores en funciones Carlos Olivares Sánchez, había remitido telegramas a varias cancillerías del mundo occidental para denunciar los hechos y la campaña propagandista que estaban desarrollando las autoridades norteamericanas para difundir la idea de que los bombardeos habían partido desde el interior de Cuba. Carlos Olivares había considerado oportuno informar también al ministro de Asuntos Exteriores español, Fernando María Castilla, sobre aquellas calumnias lanzadas a la prensa internacional y bajo este pretexto le había enviado un telegrama en el que se informaba, en nombre del Gobierno de Fidel Castro, sobre la naturaleza de los bombardeos acaecidos en la mañana del día 15 de abril. El telegrama en cuestión exponía lo siguiente:

¹⁷⁶ *Idem*.

¹⁷⁷ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 168.

¹⁷⁸ *Ibidem*, pág. 169.

¹⁷⁹ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6726. Madrid: lunes, 17 de abril de 1961, pág. 2. Diario.

*“Ante el bárbaro ataque del cual hemos sido víctimas, al bombardearse simultáneamente diferentes ciudades de nuestro país, y conociendo además la campaña de tergiversación de los hechos ocurridos, auspiciada por el Gobierno norteamericano, que presenta a los pilotos atacantes como miembros de las fuerzas aéreas cubanas, que al desertar efectuaron dichos ataques, el Primer Ministro del Gobierno revolucionario, comandante Fidel Castro Ruiz, ha emplazado al Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica a que presente ante la Organización de las Naciones Unidas los pilotos y aviones agresores, a fin de determinar inequívocamente el punto de partida de los mismos, la propiedad de los aviones y demás circunstancias que rodearon los hechos mencionados. El Gobierno revolucionario de Cuba, al informarle de lo anterior, reitera su invariable conducta de respeto incondicional a la verdad como uno de los fundamentos en que debe cimentarse la pacífica convivencia entre todos los Estados”.*¹⁸⁰

La dirigencia revolucionaria trataba de defenderse del aluvión de propaganda que partía desde los Estados Unidos y desde la emisora que la CIA operaba en la Isla del Cisne. *Radio Swan* hablaba el día 16 de abril de un levantamiento general en toda la isla y aquello podía generar una falsa impresión entre los aliados políticos y comerciales de Cuba. La campaña psicológica lanzada por los medios afines a la contrarrevolución estaba generando un aluvión de informaciones directamente falsas o sin confirmar que inundaban los diarios de medio mundo. Sin embargo, como era público y notorio, aquellas noticias falsas no provenían de la falta de información de los servicios de inteligencia norteamericanos o de los rumores procedentes de Cuba, como trataba de hacer creer Pierre Salinger, secretario de Prensa de la Casa Blanca, sino que nacían de las entrañas de un plan minuciosamente orquestado para producir el alzamiento en el interior de Cuba y el enfrentamiento de la población con el Gobierno revolucionario.

Richard Bissell, director de Planes Especiales de la CIA, era muy consciente de la importancia de la información en un contexto de Guerra y con este objetivo se había puesto en funcionamiento *Radio Swan*. La propaganda y la “contrapropaganda” era un factor fundamental, que ganaba en importancia en un contexto bélico como el que estaban viviendo Cuba y los Estados Unidos. Bissell, consciente de que la victoria contra la Revolución cubana debía cimentarse en la información además de en las armas, había colocado al frente de la propaganda a uno de los mejores agentes de la CIA en materia de desinformación, el periodista David A. Phillips, que fue el que se encargó de difundir a través de *Radio Swan* todo tipo de noticias sobre los avances de la contrarrevolución, un aspecto que se hizo especialmente evidente en aquellas jornadas del 15 y el 16 de abril y que fue en aumento durante los días subsiguientes¹⁸¹.

David A. Phillips contaba además con varias emisoras que retransmitían desde Miami, Cayo Hueso y Nueva Orleans y que servían también, además de para generar el desconcierto o el rechazo a la revolución entre los cubanos, para enviar mensajes cifrados a los alzados en el interior de Cuba y a los agentes de la CIA que operaban dentro de los grupos terroristas de la contrarrevolución¹⁸². A los servicios de inteligencia norteamericanos no les resultó difícil arrimar dineros a aquella empresa de una red de estaciones de radio para Cuba. A través de aquellas estaciones de radio, el dinero fluía, y no sólo el proveniente de la CIA, sino también el de muchas empresas norteamericanas que habían sido desalojadas de Cuba tras los procesos nacionalizadores de la segunda mitad de 1960¹⁸³. Por lo demás, aquellas estaciones de radio contaban con locutores que habían formado parte de la historia del periodismo cubano prerrevolucionario. Luis Conte Agüero, Sergio Carbó, Ignacio Rivero o Ángel

¹⁸⁰ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6727. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 1. Diario.

¹⁸¹ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 64.

¹⁸² *Ibidem*, pág. 66.

¹⁸³ *Ibidem*, pág. 65.

del Cerro eran las voces habituales de aquellas cadenas de radio¹⁸⁴. Todos aquellos locutores y periodistas, como hemos señalado en capítulos precedentes, habían sido las voces de Cuba en los últimos años, eran voces conocidas por las audiencias cubanas y aquella familiaridad daba cierta verisimilitud a lo que ellos podían contar sobre la situación cubana y el empuje de las fuerzas contrarrevolucionarias.

David A. Phillips era pues un hombre de acreditada experiencia en aquel campo y supo rodearse de voces y caudales adecuados para aquella empresa; no en vano, había sido el “*organizador del hostigamiento radial contra Jacobo Árbenz en 1954*”, conocía la realidad cubana, pues había estado destacado en La Habana durante los últimos años de Batista y tras el triunfo de la revolución había estado involucrado en varios planes para derrocar al Gobierno cubano y eliminar a su primer ministro: Fidel Castro¹⁸⁵.

David A. Phillips era el hombre de la CIA en materia de propaganda e información y contaba con la experiencia de Guatemala en su haber. Este último factor, a nuestro modo de ver, pudo resultar fundamental en algunos de sus análisis y en la ligereza con la que se trataron algunos asuntos, que quedaron rápidamente desacreditados por la evidencia de los hechos. La mayoría de las informaciones difundidas, además de carecer de base real, estaban imbuidas de un convencimiento total en la victoria, pues la experiencia de Guatemala parecía ejercer un influjo más que evidente. Así pues, la victoria de Guatemala se erigió como baldón, más que como blasón, en la toma de decisiones y terminó por ejercer una influencia perniciosa. Esta circunstancia, la fe en que nada podía fallar y en que el frente fidelista se terminaría por hundir ante el empuje de la contrarrevolución, tenía además una difícil corrección, pues el superior inmediato de David A. Phillips, Richard Bissell, había estado también involucrado en la operación de Guatemala en 1954 como responsable que era de las operaciones encubiertas de la CIA y por tanto compartía aquella falsa idea de que el asunto cubano se podía despachar como el guatemalteco y que lo único que se necesitaba en 1961 para terminar con la experiencia cubana eran más recursos que los invertidos en Guatemala en 1954¹⁸⁶.

Sobre las espaldas de Richard Bissell recaían las responsabilidades de la toda información vertida por la CIA sobre los bombardeos y él había sido además el responsable de que Stevenson mintiera ante la Asamblea General¹⁸⁷. La noticia de los pilotos desertores de las fuerzas aéreas cubanas se extendió por las principales agencias de información del mundo y, al descubrirse a las pocas horas que aquello había sido un burdo montaje de los servicios de inteligencia, la diplomacia norteamericana quedó dañada, y en inferioridad moral, para acometer las disputas que tendría que librar con Cuba en los días subsiguientes en la sede de la ONU. Por lo demás, aquellas noticias falsas, como hemos apuntado ya, cuestionadas casi desde el primer momento por muchos analistas, comprometieron la capacidad de maniobra de la Casa Blanca de cara a afrontar nuevos ataques aéreos contra Cuba.

El análisis y los planteamientos de Bissell habían sido apropiados para una operación relámpago como había sido la de Guatemala. Para terminar con el Gobierno de Árbenz había bastado con la propagación de falsas noticias sobre el avance y la marcha de soldados rebeldes sobre la capital y con el bombardeo de las plazas de armas del mayor campamento militar de la Ciudad de Guatemala¹⁸⁸. Aquellas dos acciones habían sido acompañadas además de la simulación de bombardeos en la capital mediante la colocación de unos altavoces en el tejado de la Embajada norteamericana que emitían una grabación simulando el ruido de los aviones de combate en plena noche¹⁸⁹. Una estrategia similar

¹⁸⁴ *Idem.*

¹⁸⁵ *Idem.*

¹⁸⁶ Wender, Tim.: *Legado de cenizas. La historia de la CIA*, Debate, Barcelona, 2008, págs. 116-122.

¹⁸⁷ *Ibidem*, pág. 178 y 179.

¹⁸⁸ *Ibidem*, pág. 120.

¹⁸⁹ *Idem.*

se estaba siguiendo con Cuba: las noticias sobre el levantamiento interior y el bombardeo de las bases aéreas por renegados de última hora pretendían recrear, bajo ciertas variantes, la estrategia seguida en Guatemala. Sin embargo, para derrocar a la Revolución cubana se precisaba mucho más. Cuba, como habían señalado en repetidas ocasiones los dirigentes revolucionarios y el propio Jacobo Árbenz en declaraciones a la revista *Bohemia*, no era Guatemala y pronto quedó demostrado¹⁹⁰.

La Revolución cubana, a diferencia del débil Gobierno de Árbenz, contaba con las masas irredentas de la vieja Cuba. Los sectores populares cubanos, el pueblo, como se definía ya en el argumentario de la revolución, estaba dispuesto a resistir y a batirse con las armas en la mano frente al invasor por poderoso que fuera éste. Esta realidad había quedado patente en numerosas ocasiones y volvería a quedar de nuevo de manifiesto, ahora de forma definitiva, en aquellos días centrales del mes de abril de 1961.

16.2.4 La proclamación del carácter socialista de la revolución

La jornada del 16 de abril había dejado ya varios puntos meridianamente claros y que en nada beneficiaban a los intereses de la Casa Blanca, la mentira era ya un baldón para la causa que defendía la Administración norteamericana y la situación todavía empeoró más si cabe tras la intervención del primer ministro cubano en el entierro de las víctimas de los bombardeos.

Fidel Castro tomó la palabra el día 16 de abril para dirigirse al pueblo en aquella jornada de luto nacional y lo hizo cargando contra los poderes de Estados Unidos y definiendo el carácter de la revolución de forma inequívoca. En aquella mañana de abatimiento general, Fidel Castro, ante el asombro de propios y extraños, proclamó lo que era ya una evidencia en Cuba: el carácter socialista de la revolución. Una realidad vivida en primera persona desde hacía ya unos meses por todos los presentes en aquel duelo a las víctimas del bombardeo.

Aquel trascendental discurso lanzado por el primer ministro cubano pasó a la historia de Cuba como el primero en el que se reconoció abiertamente y sin ambages el carácter socialista de la Revolución cubana. Sin embargo, contra pronóstico, aquel mensaje de Fidel Castro al pueblo cubano quedó diluido en el aluvión de noticias que procedían de los Estados Unidos sobre la situación de Cuba en aquel momento. La prensa franquista hizo mención a aquel discurso sin entrar en mayores profundidades, pues, obviamente, más allá del carácter de la revolución, lo que se estaba dilucidando en aquellas fechas era la supervivencia de la propia revolución debido a la ofensiva norteamericana. Por otro lado, ha de tenerse en cuenta también la naturaleza de los destinatarios del mensaje lanzado por el primer ministro cubano. Aquella trascendental alocución de Fidel Castro tenía como destinatarios, más que a los países iberoamericanos o a los Estados Unidos, que habían proclamado aquel carácter socialista de la Revolución cubana hacía ya meses, al propio pueblo cubano y, sin duda, también a la Unión Soviética y al bloque de países que encabezaba.

Así pues, antes de valorar el discurso de Fidel Castro de aquel 16 de abril, es necesario dejar constancia de estos dos puntos: la poca acogida que tuvo fuera de Cuba la proclamación del carácter socialista de la revolución, algo cuando menos sorprendente, aunque se tenga en cuenta el agitado contexto en el que se produjo este discurso, y la naturaleza de los destinatarios de aquel mensaje. En lo tocante a este segundo aspecto es pertinente señalar que Fidel Castro habló para los cubanos, pero también para las autoridades soviéticas y el resto de mandatarios del orbe socialista.

El primer ministro parecía convencido de que los cubanos, si iban a empuñar el fusil finalmente para preservar la independencia y la revolución, tenían que saber lo que significaban ambas y, por tanto, debían conocer cuál era el contenido real del proyecto que se aprestaban a defender frente a los

¹⁹⁰ *Bohemia* (Año LII). Núm. 24. La Habana: domingo, 12 de junio de 1960, pág. 48. Semanal.

invasores en las playas de Cuba. En igual sentido, la URSS tenía que tener constancia de que Cuba, además de por su independencia nacional, también lucharía por preservar un sistema socialista todavía en construcción. Socialismo y soberanía nacional eran ya parte de una sola realidad revolucionaria; ambos aspectos eran ingénitos, nacidos de una misma realidad indisociable, y, por tanto, la aceptación de uno significaba la asunción del otro.

Con este bagaje en cartera, y con la responsabilidad de hacer valer aquella máxima que hacía de la revolución, la nación y el socialismo un solo cuerpo, Fidel Castro se dirigió a las masas al mediodía de aquel 16 de abril, en el marco del sepelio de las víctimas del bombardeo de la víspera. El cortejo fúnebre había sido custodiado por una impresionante multitud a través de la Calle 23 del barrio del Vedado en La Habana. El momento no podía ser más solemne, y a la vez más dramático, pues, en aquellos instantes, la invasión ya no era una sospecha sino una realidad, sólo faltaba el conocimiento de la hora exacta y el lugar elegido; es decir, el tiempo de espera había finalizado, los norteamericanos estaban decididos a intervenir y Cuba tendría que defender su revolución a través de las armas.

Bajo estos augurios en la mente de casi todos los presentes, la comitiva fúnebre fue concentrándose en la confluencia de la Calle 23 con la 12 en aquel barrio del Vedado, lugar en el que Fidel Castro tomaría la palabra desde un improvisado palco para despedir al cortejo que se encaminaba al Cementerio de Colón de la capital cubana.

El primer ministro hizo uso de la palabra en aquella jornada de consternación nacional para señalar, en primer lugar, la similitud que aquella amarga cita tenía con la concertada un año antes a raíz de la explosión del carguero *La Coubre*. Una vez más, como había sucedido en marzo de 1960, el “zarpazo” norteamericano se había llevado por delante “la vida de numerosos obreros y soldados”¹⁹¹. Sin embargo, había más similitudes entre ambos casos. En primer lugar, las protestas de Estados Unidos cuando surgieron las acusaciones cubanas por la posible implicación de los servicios de inteligencia norteamericanos en el ataque. Las autoridades estadounidenses habían negado su implicación en la voladura del carguero francés, algo que se había repetido a raíz de los bombardeos de los aeródromos cubanos. Esta coincidencia llevaba a Fidel Castro a profundizar en otra de las coincidencias: la negativa de Estados Unidos a que Cuba pudiera contar con fuerzas y armas para defenderse de los ataques de la contrarrevolución. Esta segunda coincidencia obraba además como hilo conductor de la acción norteamericana contra Cuba. Los Estados Unidos, como señaló Fidel Castro de forma machacona en varios momentos durante aquel discurso, requerían de una Cuba desarmada y desprotegida para desarticular su proyecto revolucionario; y este aspecto había sido sostenido de forma contumaz desde la entrada de las tropas fidelistas en La Habana allá en enero de 1959.

Fidel Castro dedicó una parte no desdeñable de su discurso a exponer estos argumentos, repasó igualmente, como era habitual en él, los ataques, sabotajes y bombardeos que había recibido el tejido productivo cubano en los últimos meses y colocó a aquellas razias del día 15 de abril sobre las bases aéreas cubanas como el punto culminante de una cadena de atentados que tendría como colofón una invasión a gran escala. Cuba se encontraba en un punto culminante de su historia y la trascendencia del momento no pasó desapercibida para el líder cubano.

El primer ministro cubano, aprovechando el argumento que le brindaban los bombardeos de la víspera, habló igualmente de los regímenes totalitarios de los años treinta y del modo en que sus métodos de guerra habían conseguido mantenerse a pesar de la derrota sufrida a mediados de los años

¹⁹¹ Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba. 1961. Año de la Educación: “Discurso pronunciado en las Honras Fúnebres de las Víctimas del Bombardeo a distintos puntos de la República, efectuado en 23 y 12, frente al Cementerio de Colón, el día 16 de abril de 1961”. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f160461e.html> (Consultado: 11-08-2015).

cuarenta. Durante la Segunda Guerra Mundial las Potencias del Eje habían utilizado con profusión y sin el menor reparo moral los ataques aéreos sorpresivos, Estados Unidos había sido víctima de ellos durante la Segunda Guerra Mundial y aquello había determinado su implicación en el conflicto. Estados Unidos había abominado de aquel método utilizado por los japoneses contra sus fuerzas aéreas; sin embargo, años después, había determinado que aquel método, el bombardeo de otro país sin previo aviso, era un procedimiento legítimo para la solución de las diferencias y conflictos entre países. El bombardeo por sorpresa, sin declaración previa de guerra, era del agrado de la diplomacia norteamericana y los bombardeos sobre Cuba del 15 de abril así parecían certificarlo.

Cuba había sido tratada por Estados Unidos igual que habían sido tratados muchos pueblos europeos por la Alemania nazi: sin declaración de guerra previa, atacando por sorpresa, con alevosía y con voluntad de someter. Cuba había sufrido en la víspera, según señaló Fidel Castro, *“tres ataques aéreos simultáneos al amanecer, a la misma hora, en la ciudad de La Habana, en San Antonio de los Baños y en Santiago de Cuba”*¹⁹². Aquellos bombardeos de la víspera contaban *“con todas las características y todas las reglas de una operación militar”*¹⁹³. Había sido además una operación encubierta, *“un ataque por sorpresa”*; había sido, en definitiva, *“un ataque similar a esos tipos de ataques con que los gobiernos vandálicos del nazismo y del fascismo acostumbraban a agredir a las naciones”*¹⁹⁴.

El primer ministro estaba construyendo aquella pieza oratoria desde las enseñanzas de la historia y colocaba a los Estados Unidos en el centro del debate para señalar lo que sus autoridades habían defendido en la Segunda Guerra Mundial y lo que, por el contrario, defendían ahora. Los cambios habían sido más que notables, pues las autoridades norteamericanas habían adoptado los métodos de aquellos contra los que habían combatido. La Administración norteamericana estaba obrando en 1961 como habían actuado los Gobiernos fascistas de Europa allá en el tránsito entre los años treinta y los cuarenta del siglo XX.

Sobre este punto Fidel Castro se mostraba inflexible, nada distinguía a los métodos norteamericanos en el arte de la guerra de los métodos implementados por el fascismo durante la Segunda Guerra Mundial. En torno a estos últimos, el líder cubano exponía lo siguiente:

“Los términos de declaración de guerra no fueron términos que conocieran los gobiernos fascistas de Europa. Los ataques armados sobre los pueblos de Europa por las hordas hitlerianas fueron siempre ataques de este tipo: ataques sin previo aviso, ataques sin declaración de guerra, ataque artero, ataque traicionero, ataque por sorpresa. Y así fueron invadidos por sorpresa Polonia, Bélgica, Noruega, Francia, Holanda, Dinamarca”.¹⁹⁵

Por lo demás, el primer ministro señalaba que aquellos métodos mezquinos no habían sido privativos de la Alemania nazi. Aquella guerra terminó por extenderse al resto del mundo y *“el gobierno imperialista del Japón quiso entrar en ella”* y lo hizo en comunión con Alemania. El Japón imperial, siguiendo la receta nazi, atacó también por sorpresa a sus enemigos y, sin mediar declaración de guerra ni aviso previo, atacó a los Estados Unidos. En plena madrugada, como había sucedido en el caso del bombardeo sobre territorio cubano del 15 de abril, *“los barcos y los aviones japoneses atacaron de forma sorpresiva la base naval de Pearl Harbor, y destruyeron casi totalmente los barcos y los aviones de las fuerzas navales de Estados Unidos en el Pacífico”*¹⁹⁶.

¹⁹² *Idem.*

¹⁹³ *Idem.*

¹⁹⁴ *Idem.*

¹⁹⁵ *Idem.*

¹⁹⁶ *Idem.*

Aquel ataque japonés contra los Estados Unidos, como cabía esperar, había generado una ola de indignación en el pueblo norteamericano y se había extendido entre la mayoría de los países del mundo, que no dudaron en solidarizarse entonces con la nación estadounidense como consecuencia de la felonía de la que había sido víctima. El pueblo de Estados Unidos se había movilizado contra aquella agresión, no olvidó aquel atropello y *“aquel hecho quedó como símbolo de traición”*¹⁹⁷. Aquellos bombardeos habían quedado impresos en la memoria de los Estados Unidos y Pearl Harbor había pasado a la historia como uno de los episodios más infames del conflicto entre naciones.

Después de aquella descripción del ataque japonés sobre la base aérea norteamericana situada en Hawái, Fidel Castro definió los bombardeos de la víspera sobre territorio cubano como un episodio de similar factura. Nada diferenciaba Pearl Harbor de los bombardeos sobre los aeródromos cubanos: la bellaquería de ambos actos estaba en sintonía. La diferencia, sin embargo, estribaba en el carácter de los países atacados y en la naturaleza de los contendientes. La disputa entre Japón y Estados Unidos había representado la guerra entre dos imperialismos, el primero de carácter guerrerista y agresivo y el segundo de impronta intervencionista y colonial sobre sus vecinos continentales. Dos imperios se habían enfrentado y uno de ellos había utilizado las malas artes para tomar ventaja en la contienda. Por el contrario, la lucha entre Cuba y los Estados Unidos era una disputa de otra naturaleza, se trataba de la lucha del estado revolucionario contra el estado imperialista. A diferencia de Pearl Harbor, Estados Unidos no había buscado con sus bombardeos sobre Cuba el ataque sorpresivo contra un contrincante de similar naturaleza. Japón había atacado a los Estados Unidos para debilitar a un rival en la dominación imperialista, Estados Unidos había bombardeado Cuba para avasallar a un pueblo al que consideraba susceptible de ser sometido al régimen colonial.

Llegados a aquel punto, el discurso de Fidel Castro viró hacia otros derroteros, con la intención manifiesta de poner el acento sobre todo aquello que separaba a Estados Unidos de Cuba. Para el primer ministro cubano la principal diferencia entre los Gobiernos de ambas naciones, la cubana y la estadounidense, estaba en su postura ante la explotación de los pueblos. Estados Unidos defendía la explotación de los pueblos, la practicaba con delectación, y estaba obligado a ello porque debía sostener a *“su casta de millonarios”*¹⁹⁸. Los verdaderos dominadores de los Estados Unidos eran aquella casta del privilegio que vivía a costa de *“decenas y decenas de millones de trabajadores en todo el mundo”*¹⁹⁹. Por el contrario, el propósito de Cuba estaba en la liberación de los pueblos y, por tanto, sus objetivos corrían por sendas contrarias a las de las clases dirigentes de los Estados Unidos. Cuba era un país que velaba para que *“sus obreros”* no tuvieran *“que trabajar para la casta de millonarios norteamericanos”*²⁰⁰.

Fidel Castro, en aquel momento de su discurso, acudía a los principios del socialismo para atender la descripción del tipo de país en que se había convertido Cuba tras el triunfo de la revolución. Todavía no definía a la revolución cubana como socialista, pero señalaba que Cuba ya se había liberado de aquel sistema en el que *“una mayoría del pueblo, una mayoría de obreros, de masas del país constituidas por obreros y campesinos”*, tenía que trabajar *“para una minoría explotadora y privilegiada de millonarios”*²⁰¹.

Cuba había dejado de ser aquel tipo de país, tan frecuente en el continente americano, en el que grandes segmentos de población estaba discriminados y preteridos. En América, obreros, campesinos y minorías raciales estaban sometidos a la explotación de una casta y aquella realidad había sido perseguida en Cuba hasta su erradicación. La Revolución cubana, lejos de estar sometida a aquellas

¹⁹⁷ *Idem.*¹⁹⁸ *Idem.*¹⁹⁹ *Idem.*²⁰⁰ *Idem.*²⁰¹ *Idem.*

clases privilegiadas que vivían del espolio de las demás clases, se había liberado, había puesto a las antiguas clases sometidas al frente de la revolución y aquello determinaba que los objetivos de Cuba se separaran radicalmente de los de Estados Unidos. Aquella “*parte minoritaria del pueblo*” que había vivido “*parasitariamente a costa del trabajo y del sudor de la masa mayoritaria del pueblo*” había desaparecido de la realidad cubana y ello tenía unas implicaciones claras en su política interior y exterior²⁰².

Fidel Castro fue condimentando su discurso con este tipo de argumentos, en los que la vocación y el carácter socialista de la revolución se iban decantando a medida que la pieza oratoria del líder cubano se adentraba en su núcleo central. Cuba había erigido un sistema para su desarrollo en el que la liberación nacional conducía a la liberación social. Socialismo y soberanía iban de la mano en la plática de Fidel Castro y aquello quedaba al descubierto en muchos de sus razonamientos: “*¡Nosotros, con nuestra Revolución, no solo estamos erradicando la explotación de una nación por otra nación, sino también la explotación de unos hombres por otros hombres!*”²⁰³. Un argumento más que elocuente y que se completaba a través de otros alegatos de similar factura en la acometida de la comparativa entre Cuba y los Estados Unidos: el Gobierno de Washington y el de La Habana diferían profundamente, pues el primero fomentaba todo aquello que Cuba combatía.

Fidel Castro no podía ser más explícito en su razonamiento. El Gobierno de los Estados Unidos era un régimen “*de castas privilegiadas y poderosas*” que habían establecido un sistema, en virtud del cual, fomentaba la explotación del hombre norteamericano y de los hombres de los países que estaban sometidos al régimen imperial estadounidense²⁰⁴. Las palabras de Fidel Castro así lo expresaban: “*Estados Unidos constituye políticamente hoy un sistema de explotación de otras naciones por una nación, y un sistema de explotación del hombre por otros hombres*”²⁰⁵.

Con aquella argumentación Fidel Castro no hacía otra cosa que exponer de forma sucinta un estudio de caso de las tesis sostenidas por Lenin en su afamada obra *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. El primer ministro cubano, con aquellas referencias a la casta de millonarios y al sistema de explotación impuesto por Estados Unidos sobre las clases trabajadoras de su propio pueblo y de otros pueblos, acometía el estudio particular de lo que había sido la historia de Cuba en las últimas décadas, parafraseando, aunque sin mentarlas de forma explícita, las tesis leninistas sobre la dominación ejercida en el sistema imperialista por las oligarquías financieras y las asociaciones de capitalistas²⁰⁶. Estados Unidos, dentro de la lógica que imponía el imperialismo en el reparto del mundo, había englobado a Cuba dentro de su feudo extractivo. Así pues, tal y como había teorizado Lenin, el imperialismo, como fase monopolista del capitalismo, precisaba de la dominación de los territorios y los recursos de otros países para poder sostenerse²⁰⁷.

Fidel Castro ocupó un parte sustancial de su discurso en aquellas teorías. Se envolvió en aquellos avatares que hacían de los bombardeos sobre Cuba una consecuencia lógica del desarrollo monopolista del capitalismo norteamericano. Estados Unidos, al verse privado de la dominación de parte del territorio al que consideraba como propio, dentro de la lógica que imponía el imperialismo a través del reparto del mundo entre potencias capitalistas²⁰⁸, había optado por recuperarlo a toda costa, aunque para ello tuviera que castigar de forma despiadada a los pueblos que considera parte de

²⁰² *Idem.*

²⁰³ *Idem.*

²⁰⁴ *Idem.*

²⁰⁵ *Idem.*

²⁰⁶ Lenin, Vladimir Ilich, “El imperialismo, fase superior del capitalismo”, en *Obras Completas Tomo V (1913-1916)*, Editorial Progreso, Moscú, 1973, págs. 177-189.

²⁰⁷ *Ibidem*, pág. 194.

²⁰⁸ *Ibidem*, págs. 189-193.

su feudo imperial. Por el contrario, los bombardeos de Japón sobre Pearl Harbor respondían a la lógica de la lucha por la hegemonía entre potencias imperiales. El imperialismo imponía el reparto del mundo entre las potencias que se encontraban en la fase monopolística del capitalismo y cuando aquel reparto no podía llevarse a cabo de forma pacífica tenía que acudir a la violencia para delimitar los ámbitos en los que estas naciones imperialistas ejercían su dominio.

Fruto de esta lógica, Fidel Castro exponía la aceptación por parte de Japón de su responsabilidad en el ataque contra Estados Unidos, por estar éste dentro de los parámetros que gobernaban la disputa entre potencias imperialistas que rivalizaban por el control en el Pacífico. Sin embargo, Estados Unidos negaba su participación en los bombardeos sobre Cuba, porque el reconocimiento de la paternidad de los ataques era aceptar su condición imperialista y asumir que las autoridades norteamericanas no consideraban a Cuba como un país soberano con igualdad de derechos frente a otros países independientes del mundo. Las autoridades norteamericanas no podían reconocer que había apadrinado un bombardeo contra el territorio cubano, pues, si lo hacían, establecían de inmediato la naturaleza de los parámetros en los que estarían obligados a moverse los países caribeños. Aceptar que aquellos ataques sobre las bases aéreas de Cuba habían contado con el patrocinio y la organización de los Estados Unidos era fijar que el destino de los vecinos de la nación norteaña venía dictado por lo que tuviera a bien disponer el Departamento de Estado norteamericano.

Así pues, siguiendo la lógica que imponía la condición imperialista de los Estados Unidos, la diplomacia norteamericana se había visto obligada a mentir y a desairar a la opinión mundial, porque asumir la verdad era asumir el tipo de Gobierno bajo el que se regían los Estados Unidos y reconocer por tanto que los intereses que primaban en Norteamérica eran los de los monopolios capitalistas que habían sido desalojados de Cuba por la legislación de la Revolución cubana.

Estados Unidos había sido víctima de su condición y su falta de valentía para asumir lo que era y lo que realmente representaba lo había empujado a incurrir en las mayores falsedades. Sin embargo, el engaño estaba a la vista de todos, Estados Unidos había estafado al mundo con sus mentiras y Fidel Castro procedió a la lectura de un sinfín de noticias difundidas a través de las agencias de información estadounidenses para demostrarlo. Aquellas eran las pruebas, señalaba el primer ministro cubano, de *“toda la mecánica operativa del imperialismo”*, de cómo el imperialismo *“no solamente cometía crímenes contra el mundo”*, sino que tenía a bien estafarlo a través de un rosario de mentiras²⁰⁹. Así pues, la traición estadounidense era doble: Estados Unidos estafaba al resto de los países del orbe, no sólo robándoles *“su petróleo”*, *“sus minerales”* y *“el fruto de los trabajos de sus pueblos”*, sino que estafaba al mundo *“moralmente”* a través de *“las mentiras y las cosas más truculentas que nadie pudiera imaginarse”*²¹⁰.

Fidel Castro, a través de la lectura de aquellos cables noticiosos y de los comentarios subsiguientes que de ellos se derivaban expuso ante el pueblo de Cuba la sarta de mentiras que se habían distribuido por la prensa y por los medios de comunicación internacionales. Las falsedades y las invenciones más siniestras, difundidas por la Administración norteamericana, habían corrido en aquellos días *“por miles y miles de periódicos”* y por *“miles y miles de estaciones de radio o de televisión”*²¹¹. Estados Unidos había mentido sin rubor alguno a aliados y a contendientes, a amigos y a enemigos, nadie se había salvado de la ofensa, ni siquiera los delegados de los países representados en la ONU habían podido escapar a aquel indigno ejercicio de falsedades. Fidel Castro cargó entonces contra el delegado de los Estados Unidos en la ONU, contra la Administración norteamericana y contra Miró Cardona.

²⁰⁹ “Discurso pronunciado en las Honras Fúnebres de las Víctimas del Bombardeo a distintos puntos de la República, efectuado en 23 y 12, frente al Cementerio de Colón, el día 16 de abril de 1961”: *Op. Cit.*

²¹⁰ *Idem.*

²¹¹ *Idem.*

Sobre este último Fidel Castro señaló que ya tenía las maletas preparadas para desembarcar en territorio cubano cuando los contrarrevolucionarios y los Estados Unidos tuvieran asegurada un cabeza de playa para fijar un Gobierno provisional que pudiera ser objeto de reconocimiento por otros países de Iberoamérica. Fidel Castro habló ante el pueblo cubano del desembarco del Gobierno provisional en las playas de Cuba y señaló que la falta de decoro en las declaraciones de Miró Cardona dejaba al descubierto la “*clase de sujetos*” y la “*clase de gusanos*” que eran aquellos “*parásitos*” que querían presentarse como alternativa a la Revolución cubana, a la revolución popular de las clases trabajadoras de Cuba²¹².

Fidel Castro tuvo también duras palabras para Adlai Stevenson, que había pasado “*de hombre ilustre, liberal, de izquierda, etcétera, etcétera*”, a convertirse en el vehículo de la conjura. Stevenson había demostrado su verdadera condición y esta no era otra que la del “*mentiroso*” y la del “*perfecto descarado*”²¹³. Su papel en la víspera no tenía ningún tipo de justificación, pues se había prestado a protagonizar uno de los episodios más bochornosos en la historia del imperialismo norteamericano.

El primer ministro cubano, una y otra vez, señaló ante aquella multitud que le escuchaba la condición de aquel contubernio que habían decidido montar las autoridades norteamericanas y la contrarrevolución cubana. Sin embargo, no todo era negativo, Cuba tenía que sacar las oportunas enseñanzas que aportaba aquel turbio episodio. Aquel cambalache entre millonarios y mercenarios, unidos bajo el apetito de las ganancias que les podía reportar la explotación del pueblo de Cuba y cubiertos bajo el paraguas que les brindaba la Administración norteamericana, estaban ofreciendo a Cuba la oportunidad, “*como pocas veces había tenido ningún pueblo*”, de conocer cómo actuaba el imperialismo²¹⁴. La Revolución cubana estaba teniendo la oportunidad de apreciar cómo funcionaba el imperio, cómo funcionaba “*el aparato financiero, publicitario, político, mercenario, cuerpos secretos, funcionarios...*”, todo un operativo puesto al servicio del engaño para dar satisfacción a los verdaderos depositarios del poder norteamericano, los millonarios, muchos de ellos situados en la misma Casa Blanca²¹⁵.

Estados Unidos, haciendo gala de una tranquilidad pasmosa, había engañado al mundo, como había engañado a Cuba durante décadas. Fidel Castro hacía escarnio público de los dirigentes norteamericanos y señalaba el aplomo con el que se movían “*los miserables imperialistas gringos*” en sus trabajos de exterminio de los pueblos²¹⁶. El imperialismo había sembrado “*el luto en más de media docena de hogares cubanos*” por medio del asesinato de jóvenes, “*que no eran millonarios parasitarios*”, que “*no eran mercenarios*”, sino que eran “*hijos entrañables del pueblo*”; “*jóvenes obreros; hijos de familias humildes, que no le robaban a nadie, que no explotaban a nadie, que no vivían del sudor, ni del trabajo de nadie*”, y que tenían derecho a la vida más que “*los millonarios*”, porque no vivían “*del trabajo de los demás, como los millonarios yankis*; porque “*no vivían del oro extranjero*”, como los mercenarios vendidos al imperialismo²¹⁷. “*Ningún miserable millonario imperialista*”, señalaba Fidel Castro cargándose de razones, tenían “*el derecho a mandar aviones, ni bombas, ni cohetes, para destruir aquellas vidas jóvenes y queridas de la patria*”²¹⁸.

El discurso de Fidel Castro, poco a poco, fue entrando en una deriva en la que el aporte emotivo, en aquella jornada de rabia y consternación, se mezclaba con el aporte ideológico: patria, nación,

²¹² *Idem.*

²¹³ *Idem.*

²¹⁴ *Idem.*

²¹⁵ *Idem.*

²¹⁶ *Idem.*

²¹⁷ *Idem.*

²¹⁸ *Idem.*

revolución y socialismo parecían ya sinónimos y poco a poco se fue preparando el terreno para declarar el carácter socialista de la revolución.

Cuba, según señalaba el primer ministro, sería implacable con los que apoyaban las actividades terroristas. Los que conspiraban contra la patria, “*en la calle, en las iglesias, en las escuelas, en dondequiera*”, estaban destinados a que la Revolución los tratase como se merecían²¹⁹. Aquellas amenazas de Fidel Castro pronto recibieron la respuesta de los presentes y esta no fue otra que los gritos de venganza: “*¡Paredón!, ¡Paredón!*”²²⁰.

Fidel Castro se mostraba inflexible ante aquella contrarrevolución que parecía decidida a teñir de sangre el suelo cubano y arengando a las masas que le escuchaban señaló que los que apoyaban la mentira del imperialismo, los que bendecían la mentira, los que actuaban con las armas en la mano contra la patria y la revolución no merecían el perdón de los revolucionarios. En las palabras de Fidel Castro nadie parecía quedar a salvo de la quema: Cuba no podía consentir que “*clérigos reaccionarios*” y que arzobispos “*estuvieran bendiciendo y santificando las mentiras*”²²¹. Cuba perseguiría a las asociaciones del crimen y la mentira, no podía consentir con ello, porque el consentimiento ponía en peligro la vida de los revolucionarios que se habían comprometido con el pueblo.

Fidel Castro señaló a continuación que no quedaba ningún “*cubano honesto*” que dudara de lo que había sucedido en la víspera²²². Frente a los cubanos honestos, Fidel Castro colocaba a la internacional del crimen imperialista. Los “*reaccionarios*”, los “*imperialistas*” y el “*clero farsante*” que engañaban y estafaban al mundo, como engañaban y estafaban a los pueblos, constituían esta internacional y, por tanto, tendrían que irse; ya no tenían espacio en Cuba, porque el pueblo estaba decidido a liberarse de la explotación y a zafarse del yugo imperial²²³.

Por lo demás, Fidel Castro hacía igualmente un llamamiento al presidente Kennedy para que presentara, a más tardar al día siguiente, ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, a los pilotos y los aviones que habían salido de territorio cubano tras bombardear las bases aéreas. El presidente norteamericano tenía que demostrar, estaba obligado a ello, que aquellos aviones habían partido de territorio cubano, y si no podía hacerlo tendría que soportar el bochorno de ser acusado de mentir, no sólo al pueblo cubano, sino al resto de los pueblos del planeta.

El primer ministro cubano señalaba que Estados Unidos estaba dando un triste espectáculo al dejar al descubierto su condición imperialista. Quedaban pocas horas para que la Asamblea General volviera a reunirse y el delegado norteamericano ya no se encontraba en condiciones de mentir nuevamente; Estados Unidos, para bochorno de los presentes, tendría que confesar su mentira, tendría que confesar lo que todo el mundo intuía:

“Que los aviones eran suyos, que las bombas eran suyas, que las balas eran suyas, que los mercenarios fueron organizados, entrenados y pagados por ellos, que las bases estaban en Guatemala, y que de allí partieron a atacar nuestro territorio, y que los que no fueron derribados fueron allí a salvarse en las costas de Estados Unidos donde han recibido albergue”.²²⁴

El mundo, en pocas horas, tendría que presenciar de nuevo un nuevo esperpento de los Estados Unidos si finalmente no reconocía sus mentiras. Fidel Castro señalaba que Cuba también tenía canales de

²¹⁹ *Idem.*

²²⁰ *Idem.*

²²¹ *Idem.*

²²² *Idem.*

²²³ *Idem.*

²²⁴ *Idem.*

difusión y que las pruebas de que aquellos pilotos no habían salido de territorio cubano habían sido ya distribuidas por los medios de comunicación latinoamericanos.

Llegados a aquel punto, Fidel Castro entraba en el tramo final de su vibrante y acalorado discurso, sin duda, uno de los más relevantes desde la entrada de los hombres de Fidel Castro en La Habana en enero de 1959. El primer ministro, en aquella parte final de su alocución comparó a los Estados Unidos con la URSS, comparó las hazañas que patrocinaban los mandatarios estadounidenses y las que recibían el soporte de las soviéticas y sacó de aquella comparativa las conclusiones que quedaban al descubierto para el pueblo cubano.

Los Estados Unidos, aquel país que se había pasado décadas engañando a Cuba sobre las virtudes de su sistema político y económico, daban el ejemplo al mundo de la conspiración contra el país pequeño, de su sometimiento al capital financiero y de su soberbia ante la voluntad de existir de los pueblos. La URSS, sin embargo, estaba embarcada en otra serie de empresas, unas empresas que estaban basadas en la promoción de la técnica y el ámbito científico. Fidel Castro señalaba *“que cuando todavía no se ha apagado el eco de la admiración suscitada en el mundo entero hacia la Unión Soviética, por la precisión, la técnica elevada y el éxito que para la humanidad significa la hazaña científica que acaban de realizar”*: el primer viaje tripulado al espacio de la historia, Estados Unidos deleitaba al mundo con sus bombardeos sobre el territorio cubano. Al lado de los logros de la Unión Soviética, Fidel Castro presenta al *“gobierno yanqui”* y a *“su hazaña”*²²⁵. Frente al trabajo realizado por los científicos soviéticos, capaces de poner a un hombre en órbita, Estados Unidos se conformaba con el patrocinio de vuelos menos heroicos: el protagonizado por bombarderos norteamericanos con el objetivo de destruir *“las instalaciones de un país que no tenía aviación, ni tenía barcos ni fuerza militar con qué ripostar el ataque”*²²⁶.

Ciertamente, la comparativa entre los logros soviéticos y los norteamericanos era una estrategia más que sagaz con la que sustentar el importante mensaje que el primer ministro iba a proclamar ante el pueblo de Cuba: el reconocimiento del carácter socialista de la Revolución cubana. Fidel Castro utilizaba oportunamente aquel argumento para presentar ante el pueblo de Cuba cuál era el modelo más conveniente a imitar. Los cubanos tenían antes sí los logros de las URSS y las agresiones de los Estados Unidos. Aquellos eran los modelos a imitar y ante aquella elección los cubanos no debían albergar dudas, pues el contexto no las propiciaba.

Aquellas referencias utilizadas por el primer ministro eran tan efectivas como concluyentes, pues en aquellos días la imagen de la URSS no podía estar más reforzada, como no podía estar más dañada la de los Estados Unidos. La prensa franquista, incluso aquella señalada como la más rabiosamente anticomunista, había tenido que postrarse ante la evidencia de los logros soviéticos. El diario *ABC*, que destilaba inquina en sus páginas contra el modelo soviético y que parecía el depositario de la propaganda más aviesa contra los países socialistas, no tuvo más remedio que reconocer en aquellos días el hito que había supuesto para la humanidad el viaje espacial del primer cosmonauta ruso. El 12 de abril de 1961, Yuri Alexéyevich Gagarin, teniente de la fuerza aérea de la URSS, realizó en la nave Vostok el primer vuelo tripulado al espacio de la historia. Aquella era una hazaña a la que no se le podían poner peros y el diario *ABC*, aparador en el que tenían cabida todos los improperios que pudieran lanzarse contra la URSS, reconoció el logro y a él dedicó un amplio espacio en sus números de los días 13, 14 y 15 de abril²²⁷, justo cuando las páginas de este mismo diario se inundaban también

²²⁵ *Idem.*

²²⁶ *Idem.*

²²⁷ *ABC* (Año LIV). Núm.17185. Madrid: jueves, 13 de abril de 1961, págs. 49-52. Diario, *ABC* (Año LIV). Núm.17186. Madrid: viernes, 14 de abril de 1961, págs. 37-39. Diario y *ABC* (Año LIV). Núm.17187. Madrid: sábado, 15 de abril de 1961, pág. 26 del suplemento Blanco y Negro. Diario.

con el otro asunto que captaba la atención mundial, los preparativos norteamericanos para la invasión de Cuba y los bombardeos sobre el territorio cubano.

La gesta espacial soviética y la imagen del joven cosmonauta Yuri Gagarin, definido en el diario *ABC* como el “*Cristóbal Colón del cosmos*”²²⁸, constituyó un hito para los medios de comunicación de todo el mundo en aquellos días centrales de abril, como lo constituyó también la agresión de Estados Unidos contra Cuba. Y en aquella comparativa, como era de esperar, la imagen de la Administración Kennedy no salía bien parada. Fidel Castro no desaprovechó aquella oportunidad que le brindaba la divina providencia e hizo un uso copioso de la comparativa de ambos modelos, el norteamericano y el soviético, para exponer ante el pueblo de Cuba de parte de quién estaba la razón en aquella contienda entre las dos superpotencias. Así pues, el *deus ex machina* de aquella historia que enfrentaba a los Estados Unidos con Cuba lo resolvió en última instancia la bellaquería de la diplomacia norteamericana, teñida de imperialismo, y la gesta soviética, investida de progreso e innovación. Fidel Castro, con aquella pedagogía de la que hacía gala, expuso al pueblo aquella disyuntiva:

“Comparemos, y pedimos al mundo que compare la hazaña soviética y la hazaña imperialista; entre el júbilo, el aliento y la esperanza que ha significado para la humanidad la hazaña soviética, y la vergüenza, el asco y la repugnancia que ha significado la hazaña yanki; ante la hazaña científica que permite llevar un hombre al espacio y regresar con toda seguridad, y la hazaña yanki que arma mercenarios y los paga para que vengán a asesinar jóvenes de 16 y 17 años en ataque sorpresivo, artero y traicionero en todos los órdenes, contra un país al que no le pueden perdonar su vergüenza, su dignidad, su valor. Porque lo que no pueden perdonarnos los imperialistas es que estemos aquí, lo que no pueden perdonarnos los imperialistas es la dignidad, la entereza, el valor, la firmeza ideológica, el espíritu de sacrificio y el espíritu revolucionario del pueblo de Cuba”.²²⁹

Llegados a aquel punto, el nudo gordiano sobre el que se debatía el carácter del Revolución cubana, quedaba resuelto. Y es que, lo que no podía perdonar la diplomacia norteamericana era que la Revolución cubana deviniera en socialista como fruto de su dinámica liberadora. Fidel Castro lo expresó en estos términos: “*Eso es lo que no pueden perdonarnos*”, enfatizó el primer ministro cubano, “*que estemos ahí en sus narices ¡y que hayamos hecho una Revolución socialista en las propias narices de Estados Unidos!*”²³⁰.

Después de aquellas palabras, tan esperadas por muchos y tan temidas también por otros tantos, la multitud rompió en aplausos y Fidel Castro, aprovechando aquel momento de euforia y rabia desatada, dio rienda suelta a la verbalización de aquel vocablo que había estado vedado hasta aquel preciso momento en los discursos de los dirigentes revolucionarios para señalar que aquella “*Revolución socialista*” la defenderían “*los hombres y las mujeres del pueblo*” con los “*fusiles*” en la mano, que aquella “*Revolución socialista*” la defendería el pueblo “*con el valor*” con el que habían defendido los “*artilleros antiaéreos*” cubanos los ataques de “*los aviones agresores*” de la víspera²³¹.

Después de aquellas palabras del primer ministro los aplausos y los vítores inundaron la calle en la que se encontraba el cortejo fúnebre y las multitudes entonaron consignas que hubieran parecido imposible meses antes: vivas a Fidel Castro, algo habitual, pero también vivas para Krushev y para el socialismo, estas últimas, nunca antes registradas en aquellas manifestaciones multitudinarias.

²²⁸ *ABC* (Año LIV). Núm.17185. Madrid: jueves, 13 de abril de 1961, pág. 49. Diario.

²²⁹ “Discurso pronunciado en las Honras Fúnebres de las Víctimas del Bombardeo a distintos puntos de la República, efectuado en 23 y 12, frente al Cementerio de Colón, el día 16 de abril de 1961”: *Op. Cit.*

²³⁰ *Idem.*

²³¹ *Idem.*

El discurso de aquella jornada había convertido el abatimiento en esperanza. Cuba era socialista y este socialismo había que defenderlo, porque era la única vía para defender a la revolución de los humildes y a la soberanía de la patria. Fidel Castro, después de encadenar un sinfín de preguntas sobre la revolución y la disposición del pueblo a defenderse fue emplazando a los allí presentes a responder aquellas cuestiones lanzadas al socaire del momento de excitación para dejar claro en qué parámetros se asentaba aquella revolución. Fidel Castro señaló entonces lo que era la Revolución cubana, lo que siempre había sido: *“Compañeros obreros y campesinos, esta es la Revolución socialista y democrática de los humildes, con los humildes y para los humildes. Y por esta Revolución de los humildes, por los humildes y para los humildes, estamos dispuestos a dar la vida”*²³².

La suerte parecía echada y Fidel Castro preguntó entonces, haciendo aquella pregunta extensiva a los “obreros” y a los “campesinos”, a los “hombres y mujeres humildes de la patria”, si “juraban defender hasta la última gota de sangre aquella Revolución de los humildes, por los humildes y para los humildes”²³³. La respuesta, como no podía ser de otra forma, se expresó a través de un “sí” clamoroso.

Después de aquel compromiso, Fidel Castro expuso la situación en la que encontraba Cuba, el ataque de la víspera era *“el preludio de la agresión de los mercenarios”*²³⁴. Los bombardeos sobre las bases aéreas habían tenido como objetivo la destrucción de los aviones de la flota aérea cubana en tierra; sin embargo, aquella operación había fracasado. Fidel Castro señaló entonces que sólo se habían destruido *“tres aviones”* cubanos y que *“el grueso de los aviones enemigos”* había sido *“averiado o abatido”*²³⁵. Aquella era la situación, el ataque era inminente, el pueblo cubano tenía que explicitar su compromiso y, *“frente a la tumba de los compañeros caídos”*, tenía que hacer gala de su valor y no vacilar ante el invasor²³⁶.

Fidel Castro dio entonces las últimas instrucciones: *“todas las unidades”* debían dirigirse *“hacia la sede de sus respectivos batallones”*. La invasión era ya cuestión de horas y el país debía mantenerse en *“estado de alerta”* ante la inminencia del ataque a gran escala. El primer ministro emplazó a la población para que se dirigiera *“a las Casas de los Milicianos”* para formar los batallones que tendría que hacer frente al enemigo. Después de aquellas palabras el Himno Nacional invadió aquel improvisado foro nacional y las estrofas del himno que llamaban *“al combate”*, a la convicción de que *“morir por la patria era vivir”* y que vivir encadenados era *“vivir en oprobios y afrentas sumidos”*, se hizo más elocuente que nunca antes.²³⁷

Fidel Castro se despidió de las multitudes rindiendo homenaje a los caídos y con unos vítores que tenían como destinatario al pueblo cubano, pero también a los Estados Unidos, y, por supuesto, a la Unión Soviética. El primer ministro dedicó vítores a la *“clase obrera”*; a *“los campesinos”*; a *“los humildes”*; a los *“mártires y héroes de la patria”*; a la *“Cuba libre”*, y, por supuesto, a *“la Revolución socialista”*²³⁸. La divisa de la revolución sonó entonces como un estruendo en el improvisado foro y el *“¡Patria o Muerte!”* se hizo más real que nunca, pues explicitaba el verdadero compromiso del pueblo en aquel momento²³⁹.

En aquella jornada se cerró el proceso a través del cual la Revolución cubana había ido decantando el carácter de la revolución. Aquella era una revolución popular y como tal socialista. Cuba defendería su soberanía y la revolución de los humildes, que, como no podía ser de otro modo, era socialista.

²³² Idem.

²³³ Idem.

²³⁴ Idem.

²³⁵ Idem.

²³⁶ Idem.

²³⁷ Idem.

²³⁸ Idem.

²³⁹ Idem.

Fidel Castro cerró en aquella jornada la concepción trinitaria sobre la que giraría Cuba a partir de entonces: patria, revolución y socialismo pasaron a formar parte de un solo cuerpo y frente al invasor los cubanos se batirían para defender aquella noción tripartita de la nación.

Así pues, tras la finalización de aquel discurso, la dirigencia cubana, por medio de su máximo representante, dio marchamo oficial al carácter socialista de la revolución. Un acontecimiento que hubiera dado para consumir resmas de papel en la prensa internacional en las jornadas subsiguientes. Sin embargo, la velocidad de los acontecimientos y el contexto de guerra abierta en el que vivían Estados Unidos y Cuba no facilitaban los análisis de tipo ideológico o programático; eran momentos en que primaba lo puramente bélico y aquello se hizo evidente a las pocas horas.

16.3 Playa Girón: la epopeya de un pueblo en armas

Al mediodía del 16 de abril, en su discurso durante el sepelio de las víctimas de los bombardeos de la víspera, Fidel Castro declaraba el carácter socialista de la revolución; poco después, Kennedy dio la orden de seguir adelante con los preparativos del desembarco. El presidente norteamericano se había reservado la prerrogativa de suspender la invasión anfibia veinticuatro horas antes de que se produjera el desembarco y esta dispensa no fue utilizada por el mandatario norteamericano. A menos de doce horas para el desembarco, los planes seguían adelante y el convoy invasor, escoltado ya por una verdadera flota de guerra, seguía rumbo a las costas cubanas.

Sin embargo, no todo siguió según el plan establecido, el desembarco estaba previsto para la medianoche del día 16 al 17 y tenía que ir acompañado de un nuevo ataque contra la flota aérea cubana. Las autoridades norteamericanas eran ya conscientes de que los bombardeos del día 15 de abril no habían causado los suficientes daños en la flota cubana y conocían por tanto que ésta todavía tenía capacidad operativa y que podía complicar el desembarco. Contando con estos precedentes, un nuevo bombardeo sobre las bases aéreas cubanas parecía indispensable. Sin embargo, este no se produjo, el presidente Kennedy, consciente de los problemas que estaba generando aquella historia de los aviadores desertores cubanos, decidió cancelar los bombardeos previstos para la noche del día 16 y el amanecer del lunes 17²⁴⁰.

Unos nuevos ataques hubieran generado una situación todavía más embarazosa para el atribulado embajador norteamericano en la ONU. El representante estadounidense ante la Asamblea General, Adlai Stevenson, el domingo 16 de abril, como hemos señalado, ya había protestado ante Dean Rusk, secretario de Estado, sobre las deficiencias de aquella historia de los desertores cubanos como responsables de los bombardeos del sábado 15. Por tanto, nada parecía indicar que estuviera dispuesto a presentarse el lunes 17, una vez más, ante la Asamblea General para jugar la carta de la inocencia de los Estados Unidos en unos nuevos ataques. Por lo demás, Fidel Castro y el presidente Dorticós, como ya hemos apuntado también, seguían reclamando la identidad de los pilotos desertores y un nuevo bombardeo haría todavía más complicado sostener la postura norteamericana.

Kennedy, consciente de aquellas dificultades y del malestar que estaba generando en la ONU aquella endeble historia, decidió cancelar los bombardeos previstos para el día del desembarco. Stevenson había protestado airadamente por tener que jugar aquel papel tan poco honroso en la Asamblea General y parecía claro que no estaba dispuesto a volver a hacerlo. Es más, según han señalado historiadores como Hugh Thomas, nada sospechosos de simpatizar con las tesis cubanas, Stevenson había sido utilizado de forma descarada para defender las tesis oficiales estadounidenses, no se le informó que aquello que iba a defender el día 15 de abril era una cortina de humo para encubrir la intervención norteamericana, y con aquella historia engañó a todos los presentes en la Asamblea

²⁴⁰ Fernández Álvarez, José Ramón: *Op. Cit.*, pág. 235.

General. Stevenson asumió los costes de aquella mentira, tanto en lo personal como en lo colectivo, y ni siquiera fue consciente de ello durante su disputa con Raúl Roa en el seno de la Asamblea General.

El historiador Hugh Thomas, teniendo en cuenta estos condicionantes, señaló que lo más extraño fue que Stevenson siguiera al frente de la representación norteamericana y que no decidiera dimitir cuando se enteró del engaño masivo al que había sido sometido para sostener una mentira como aquella ante el resto de delegados de los países representados en la ONU²⁴¹. Stevenson había sido puesto en ridículo por las altas autoridades de Washington y por la CIA, dejando como secuela que la diplomacia norteamericana quedara seriamente dañada ante la opinión internacional²⁴². Detractores y paladines de la Revolución cubana no parecían albergar dudas al respecto: el papel jugado por los Estados Unidos en el seno de la Asamblea General el 15 de abril y la posición allí defendida constituyó un verdadero fiasco para la diplomacia estadounidense.

Así pues, las razones de Kennedy para suspender aquel segundo bombardeo parecían más que justificadas. Sin embargo, Richard Bissell, máximo responsable de la CIA en aquella operación, y sus más estrechos colaboradores no compartían aquella decisión, pues eran perfectamente conscientes de los problemas que podía generar la diezmada fuerza aérea cubana durante el desarrollo de la operación²⁴³. Después de los bombardeos del sábado, las FAR todavía contaban con varios aparatos de combate operativos, así lo había reconocido Fidel Castro en su discurso del domingo día 16 y así lo habían certificado también los informes suministrados por los aviones espías U2 del ejército norteamericano, y de esta realidad eran perfectamente conscientes los máximos responsables del desembarco en Bahía Cochinos y los servicios de inteligencia norteamericanos.

De este modo, la decisión del presidente Kennedy de cancelar aquellos nuevos ataques aéreos era un asunto no menor y, dada su trascendencia y la información que obraba en manos de los máximos responsables de la operación, sorprende que no se produjera discusión alguna sobre aquel cambio de planes repentino. Los ataques fueron cancelados y la CIA no tuvo a bien comunicarse con el presidente Kennedy para hacerle saber que Cuba contaba todavía con suficientes fuerzas para complicar la operación y que aquella decisión de cancelar los bombardeos previstos era un error que podía tener fatales consecuencias.

En las conclusiones del Comité de Investigación Taylor, documentación desclasificada en el año 2011, se señaló que la cancelación de aquellos ataques había supuesto la pérdida de la última oportunidad para destruir el grueso de las fuerzas aéreas de Castro²⁴⁴. Aquella cancelación se había producido al socaire de la condición endeble en que se encontraba la diplomacia norteamericana en aquel momento. Sin embargo, los riesgos de aquella cancelación estaban muy por encima de los daños que podía generar seguir adelante con los planes de bombardeos. Así pues, según señaló el mentado comité en sus conclusiones, el presidente Kennedy tomó aquella decisión debido a la falta de información; una información que debió de ser enviada a la Casa Blanca por los servicios de inteligencia antes de abandonar aquellos bombardeos.

Sobre este particular, el comité señaló que ni el presidente Kennedy ni el secretario de Estado Dean Rusk habían sido informados en profundidad, con el tiempo suficiente y con la antelación precisa, sobre los planes de los bombardeos, sobre su importancia y sobre las consecuencias que podía traer la cancelación. Es decir, ni el presidente y el secretario de Estado habían sido persuadidos de que era

²⁴¹ Thomas, Hugh: *Op. Cit.*, pág. 1077.

²⁴² Fernández Álvarez, José Ramón: *Op. Cit.*, pág. 235.

²⁴³ Thomas, Hugh: *Op. Cit.*, pág. 1077.

²⁴⁴ The National Security Archive: *Official History of the Bay of Pigs. Volume IV. The Taylor Committee Investigation of the Bay of Pigs: Op. Cit.*, págs. 264 y 265.

imprescindible anular las fuerzas aéreas cubanas. Un error que pesaba, y que pesaría, sobre las espaldas de la CIA y sobre los responsables militares del desembarco. Por lo demás, el presidente tampoco había sido rebatido en su decisión, nadie se había dirigido a él para informarle, con la suficiente fuerza, sobre las probables consecuencias militares que podía acarrear aquella cancelación en el último minuto. En este sentido, nada mejor que la prosa utilizada por el propio comité, para reflejar la importancia que se le dio a aquella decisión del presidente Kennedy; a todas luces, según reflejó aquella comisión de investigación, una iniciativa desafortunada que nadie supo revertir:

*“The cancellation seems to have resulted partly from the failure to make the air strike plan entirely clear in advance to President and the Secretary of State, but, more importantly, from the failure to carry the issue to the President when the opportunity was presented and explain to him with proper force the probable military consequences of a last-minute cancellation”*²⁴⁵.

Los bombardeos planificados para el día 17 de abril no se llevaron a cabo y para muchos de los analistas, aquella decisión fue un error que lastró todo el operativo de la invasión. Sin embargo, desde la perspectiva de los historiadores cubanos, el éxito de la operación no gravitaba sobre esta decisión. Fidel Castro y los responsables de las fuerzas aéreas cubanas llevaban preparándose para aquellos bombardeos desde mucho antes del 15 de abril. En el mes de marzo, Fidel Castro ya había mantenido reuniones con los pilotos de la Base de San Antonio de Baños para que los aviones se mantuvieran dispersos²⁴⁶. En aquella dispersión se encontraban las causas de que la flota cubana no hubiera sido aniquilada el 15 de abril y de haberse producido un segundo ataque al amanecer del día 17 es más que discutible que hubiera tenido más éxito que el primero.

Desde el punto de vista cubano, acometer un segundo bombardeo hubiera puesto en riesgo, de forma innecesaria, la flota aérea con la que contaba la Brigada 2506, pues desde el día 15 de abril, los aviones de combate cubanos que se habían salvado de la quema, además de dispersos, se encontraban protegidos con baterías antiaéreas y con los pilotos y mecánicos durmiendo debajo de las alas para levantar el vuelo tan pronto se detectara cualquier amenaza de que podían ser atacados²⁴⁷.

Independientemente de que aquella decisión hubiera sido tan trascendental para la suerte de los invasores, como afirmaron los norteamericanos y como negaron los cubanos, lo cierto es que Estados Unidos, por boca de su presidente, se había comprometido a no intervenir en Cuba, y un segundo ataque hubiera hecho insostenible una nueva negación de la implicación norteamericana, lo que hubiera supuesto nuevas mentiras y sin duda una situación más comprometida si cabe para Adlai Stevenson.

Las autoridades norteamericanas habían sostenido con encono durante aquel fin de semana que los pilotos que habían aterrizado en Miami habían desertado de las fuerzas fidelistas hacía escasas horas, que habían robado varios aviones y que, antes de partir, habían bombardeado los aeródromos cubanos. Como hemos señalado ya, aquella historia comenzó a tambalearse el mismo día de los bombardeos y, fruto de aquellas dudas, los pilotos fueron colocados lejos del alcance de los medios de comunicación. Las autoridades norteamericanas, para disipar el riesgo de cualquier posible desliz por parte de aquellos pilotos, que, como hemos apuntado también, procedían de la base aérea de Nicaragua, les concedieron asilo político con una rapidez que sorprendió a propios y extraños y acto seguido los aisló de todo contacto con los periodistas, que estaban sedientos de nuevas informaciones sobre aquellos bombardeos²⁴⁸. El Servicio de Inmigración norteamericano, aduciendo razones de

²⁴⁵ *Ibidem*, pág. 265.

²⁴⁶ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 239.

²⁴⁷ *Ibidem*, págs. 240 y 241.

²⁴⁸ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6726. Madrid: lunes, 17 de abril de 1961, pág. 1. Diario.

seguridad, colocó a aquellos pilotos fuera del alcance de los focos, los sometió a un régimen de aislamiento, y evitó así las posibles indiscreciones que aquellos pudieran tener con los medios²⁴⁹.

Después de todo lo expuesto y sin dejar de poner el acento en los riesgos que suponía para la posición norteamericana la suspensión de los bombardeos, lo cierto es que el presidente Kennedy no podía autorizar una operación de nuevos ataques contra los aeropuertos cubanos que dejara al descubierto, ya de forma manifiesta, la participación norteamericana en los ataques contra Cuba.

16.3.1 Una primera jornada presidida por la desinformación y la propaganda contrarrevolucionaria

Los bombardeos fueron suspendidos por el presidente norteamericano en la tarde del día 16 de abril, pero no así la operación de desembarco. Todo estaba preparado ya para que la Brigada 2506 tocara suelo cubano y esta realidad pareció confirmarse a última hora del domingo del 16 de abril. En aquella jornada dominical, cuando el día tornaba a su fin, Miró Cardona, presidente del Consejo Revolucionario Cubano, anunció una ola de sabotajes que tendrían como cometido poner en guardia a los combatientes clandestinos del interior de Cuba para que protagonizaran un levantamiento contra Fidel Castro²⁵⁰. Como se ha señalado ya, los servicios de inteligencia cubanos y los CDR habían puesto en marcha un operativo que había dejado a la oposición interna seriamente dañada. Sin embargo, estas noticias no parecían contar con mayor relevancia para el Consejo Revolucionario y ni siquiera tuvieron repercusión en la prensa norteamericana. Miró Cardona parecía convencido de que el levantamiento en Cuba prendería con una velocidad inusitada y así lo manifestó en su comunicado.

Horas más tarde, en la mañana del día 17 de abril, junto a las primeras noticias sobre la invasión, la prensa franquista publicó parte del primer comunicado oficial del Consejo Revolucionario Cubano. En él se señalaba que “antes del amanecer, los patriotas cubanos en las ciudades y las montañas” habían comenzado “la batalla para liberar” a Cuba del “gobierno despótico de Fidel Castro” y “de la cruel opresión del comunismo internacional”²⁵¹. Aquella era la entrada del boletín informativo número 1 del Consejo Revolucionario Cubano. Aquella parte del comunicado fue publicada de forma íntegra en la prensa franquista y con ella se señalaba que el levantamiento interno había prendido en Cuba y que los combates entre detractores y seguidores de Fidel Castro se estaban librando ya en el interior de la isla.

Aquel primer comunicado hacía también vagas referencias a “la libertad”, a las ideas de José Martí y a “la revolución traicionada”; al duro trabajo que se había realizado en los últimos meses para armar un potente contingente de alzados en el interior de Cuba y fuera de ella, y se indicaba igualmente la composición social de los complotados²⁵². El boletín señalaba que entre “los patriotas combatientes” estaban representadas “todas las formas de vida y grupos sociales”²⁵³.

Por otro lado, este primer boletín informaba sobre las labores llevadas a cabo por la oposición para ganar partidarios entre las fuerzas armadas cubanas. En los últimos meses, según aseveraba aquel volante, las fuerzas anticomunistas habían “mantenido contactos con elementos de la comunidad militar cubana” y que estos “combatientes del silencio”, ganados ya para la causa, se encontraban ya ejecutando los planes que las fuerzas de la oposición les habían encomendado²⁵⁴. El primer

²⁴⁹ *Ibidem*, pág. 2.

²⁵⁰ *Ibidem*, pág. 1.

²⁵¹ *Idem*.

²⁵² *Pueblo* (Año XXII). Núm.6726. Madrid: lunes, 17 de abril de 1961, pág. 1. Diario y Valdés-Dapena Vivanco, Jacinto: *Op. Cit.*, pág. 44.

²⁵³ Valdés-Dapena Vivanco, Jacinto: *Op. Cit.*, pág. 44.

²⁵⁴ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6726. Madrid: lunes, 17 de abril de 1961, pág. 1. Diario y Valdés-Dapena Vivanco, Jacinto: *Op. Cit.*, pág. 44.

comunicado finalizaba señalando que el grupo insurgente sabía que contaba con la confianza de “*los pueblos amantes de la libertad*” del hemisferio occidental, pues, estos pueblos, al entender las razones de los alzados, les apoyarían en su causa²⁵⁵. Las últimas palabras de aquel boletín afirmaban que “*ninguna causa había sido jamás tan justa*” como aquella en la que estaban inmersas las fuerzas que luchaban contra el Gobierno de Fidel Castro²⁵⁶.

Este primer boletín resumaba de la retórica y de las formas de las que había hecho gala el Libro Blanco sobre Cuba lanzado por la Administración norteamericana a principios de aquel mes de abril, pero todavía no se revelaban los pormenores sobre la naturaleza y el lugar del desembarco de las tropas invasoras. Hablaba de un alzamiento, de los adeptos a la causa y de la justicia de sus reivindicaciones, pero nada más. Hubo que esperar al segundo comunicado para que el Consejo Revolucionario certificara la existencia de la invasión.

El segundo comunicado salió pocas horas después y en él se señalaban ya más detalles sobre el desembarco de tropas procedentes del exterior de Cuba. Aquel comunicado era el boletín número 2 del Consejo Revolucionario y no fue publicado en los diarios franquistas al salir a la luz horas después de que estos lanzaran sus números a las calles. En este segundo parte, se informaba que se había producido un “*desembarco exitoso*” en el área de Bahía Cochinos y que, tras vencer algunas resistencias frente a los partidarios de Castro, los invasores habían conseguido introducir “*cantidades importantes de alimentos y municiones*” que estaban llegando ya de forma efectiva “*a elementos de la resistencia interna que estaban enfrascados en activos combates*”²⁵⁷.

Este segundo boletín se asemejaba ya a un parte de guerra y dejaba entrever que los combates entre los partidarios y detractores de Fidel Castro se extendían por toda la isla y que el cometido de la invasión de Bahía Cochinos era suministrar material bélico y víveres a los combatientes anticastristas. De este modo, y de acuerdo a esta descripción de los hechos, el desembarco de los invasores parecía más una operación de avituallamiento para las tropas insumisas que un desembarco de contrarrevolucionarios destinados a derrocar al Gobierno cubano a través de la ocupación de un pedazo de territorio en el que se pudiera establecer un poder alternativo. Esta visión del acontecer cubano fue confirmada también a través de las primeras informaciones publicadas y radiadas desde fuera de Cuba sobre la invasión y así se reflejó en la prensa franquista.

El diario *Pueblo*, en sus primeras páginas del día 17 de abril, asumiendo las tesis que emanaban de los medios estadounidenses y de los comunicados de la dirección contrarrevolucionaria, recreaba también este ambiente de guerra total, sin focos protagónicos y extendida a todo el territorio. Las fuentes a las que acudía el diario sindical habilitaban una versión de los hechos que provenía por entero de la contrarrevolución. El diario sindical acudía a *Radio Swan* y a través de lo vertido en esta emisora aseguraba que los miembros del ejército de Castro estaban “*desertando*” y “*uniéndose a los rebeldes en gran número*”²⁵⁸. *Radio Swan* no ofrecía cifras pero señalaba que los oficiales del “*Ejército y la Armada*” de Cuba se estaban uniendo a “*los patriotas*”, en lugar de entrar en acción para defender al Gobierno cubano²⁵⁹.

Las noticias que se vertieron desde los medios afines a la contrarrevolución durante aquella jornada del lunes 17 de abril recreaban un contexto de guerra casi total y escenificaban la antesala del derrumbamiento del frente fidelista. Los encargados de propaganda de la CIA, con el periodista David A. Phillips a la cabeza, estaban haciendo su trabajo a conciencia y talmente parecía que la invasión

²⁵⁵ Valdés-Dapena Vivanco, Jacinto: *Op. Cit.*, pág. 44.

²⁵⁶ *Idem.*

²⁵⁷ *Ibidem*, pág. 45.

²⁵⁸ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6726. Madrid: lunes, 17 de abril de 1961, pág. 1. Diario.

²⁵⁹ *Idem.*

de Bahía de Cochinos era solamente un foco más dentro de la insurrección general que se estaba viviendo en Cuba. La táctica desplegada no difería mucho, como ya hemos señalado, de la desplegada frente al Gobierno guatemalteco de Jacobo Árbenz. Víctimas de esta campaña fueron los diarios franquistas, que parecían convencidos, según relataban sus respectivas líneas editoriales, de que Fidel Castro podía estar viviendo sus últimas horas al frente de los destinos de Cuba.

El diario *ABC*, *El Alcázar* y *Pueblo* vertieron el martes 18 de abril una crónica detallada de las informaciones que se publicaron y difundieron desde los Estados Unidos y desde los medios de comunicación afines a la contrarrevolución durante la jornada del día 17 de abril y en aquellas noticias se recreaba una Cuba presa de la guerra civil.

Los medios franquistas certificaron que se habían producido varios desembarcos a las cero horas del 17 de abril en la zona de Bahía de Cochinos y que pasadas las cinco de la madrugada habían comenzado los combates entre los invasores y las fuerzas del Gobierno cubano, se señalaba igualmente que Fidel Castro había tomado el mando de las operaciones contra los invasores a las once de la mañana y que el teatro de operaciones no tenía como punto único aquella región de la provincia de Matanzas en la que se había producido el desembarco²⁶⁰.

A las doce de la mañana del día 17 la cadena norteamericana *NBC* había señalado que, según habían informado varios portavoces anticastristas desde Méjico, había varios focos de desembarco y que la invasión progresaba “*favorablemente en las zonas de Santiago de Cuba y Matanzas*”²⁶¹. Aquella misma fuente aseguraba que informes procedentes de Cuba hacían presagiar que la Isla de los Pinos había caído en manos rebeldes y que habían sido liberados “*ocho mil detenidos políticos que se encontraba en dicha isla*”²⁶², el diario *Pueblo* elevaba la cifra a diez mil²⁶³.

Aquellos infundios comenzaron a tomar fuerza una hora más tarde y además de la Isla de los Pinos los medios norteamericanos comenzaron a hablar de la caída de otras regiones y ciudades en poder de los rebeldes. Estaciones de radio afines a la contrarrevolución comenzaron a señalar que la Ciudad de Colón, a 80 kilómetros de la cabeza de playa de Bahía de Cochinos, estaba ya en manos de los invasores, como lo estaban también otras ciudades de la provincia de Matanzas²⁶⁴. Según las informaciones procedentes de la contrarrevolución el avance de los invasores parecía imparable y se estaba extendiendo a gran velocidad.

Las noticias sin base real sobre el éxito de un alzamiento masivo en el interior de Cuba fueron la tónica habitual durante aquel lunes 17 de abril y fueron en aumento a medida que iban pasando las horas. La prensa franquista recogió aquel aluvión informativo que apuntaba al arrollador avance contrarrevolucionario y, bajo la receta de fuentes sin confirmar, fidedignas o amparándose en aquella máxima que apuntaba a los informes procedentes de los portavoces de la oposición, se hablaba de las “*defecciones de las unidades navales castristas*”, englobadas ya en el frente contrarrevolucionario, y de “*la caída en la lucha contra los insurrectos*”, nada menos y nada menos, que de “*toda la guardia personal del jefe del Gobierno cubano*”, Fidel Castro. El líder de la revolución había “*escapado indemne*” de la masacre, pero sus apoyos se iban contrayendo poco a poco²⁶⁵. En Cuba se estaba

²⁶⁰ *ABC* (Año LIV). Núm.17189. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 48. Diario, *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7749. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 5. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6727. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 2. Diario.

²⁶¹ *Idem*.

²⁶² *ABC* (Año LIV). Núm.17189. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 48. Diario y *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7749. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 5. Diario.

²⁶³ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6727. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 2. Diario.

²⁶⁴ *ABC* (Año LIV). Núm.17189. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 48. Diario, *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7749. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 5. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6727. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 2. Diario.

²⁶⁵ *Idem*.

luchado de forma enconada y las fuerzas de la contrarrevolución parecían llevar la iniciativa de los combates. A primera hora de la tarde, los contrarrevolucionarios, según aquellos informes, habían conseguido extender la lucha a todo el territorio a través de sangrientas batallas y todo parecía indicar que el precio a pagar en aquella lucha sería alto para ambos bandos.

Desde Méjico, los líderes de la contrarrevolución se estaban mostrando muy activos en el acopio de noticias sobre lo que acontecía en el interior de Cuba y señalaban que “*las fuerzas anticastristas se estimaban en unos quince mil hombres*”, una cifra que iba en aumento a medida que se iban sumando más y más cubanos a la causa de los alzados²⁶⁶. Los miembros del Consejo Revolucionario, según aseguraban también las fuentes de la contrarrevolución, se encontraban ya “*a bordo de un barco, anclado fuera de Cuba*” a la espera del momento en el que pudiera asegurarse “*una cabeza de puente lo suficientemente amplia para desembarcar*”, ponerse al frente de la insurrección y establecer un Gobierno provisional²⁶⁷. Todas aquellas noticias, a las que se les daba marchamo de verosimilitud, aparecía salpicadas en algunos medios con los rezos de los exiliados de Miami, que desde las primeras horas de la tarde de aquel lunes 17 de abril habían acudido a la Iglesias de la ciudad miamense para “*rezar por el éxito de las fuerzas anti-Castro que luchan en su patria*”²⁶⁸. *El Alcázar*, dadas sus inclinaciones católicas, se ocupaba de cubrir las noticias sobre los rezos de los exiliados y *Pueblo*, más prosaico en sus informaciones y más pendiente de la movilización que de la oración, apuntaba que lo que estaba abarrotado en Miami no eran las iglesias sino los centros de reclutamiento, a los que acudían cientos de exiliados deseosos de sumarse a la lucha y partir cuanto antes con destino a Cuba²⁶⁹.

En aquella cadena de informaciones desatadas tenían también cabida aquellas noticias que hacían referencia a la caída en manos de los rebeldes de la ciudad de Pinar Río, a sesenta y cinco kilómetros a La Habana, y aquellas otras en las que se aseguraba que Raúl Castro, tras la caída de Santiago de Cuba, había sido hecho prisionero por los insurrectos²⁷⁰. La situación para la Cuba revolucionaria, a tenor de todas aquellas informaciones, era pues límite y el diario *ABC* llegó a publicar que “*altos jefes del Ejército castrista*” se habían pasado a los rebeldes, que la invasión por mar contaba con un fuerte apoyo aéreo y que las luchas callejeras habían comenzado a producirse en La Habana²⁷¹. Desde oriente a occidente, pasando por el centro de la isla y sin dejar fuera a la capital del país se estaba luchando por “la libertad de Cuba”, así se aseguraba en los medios de información estadounidenses, así lo publicaban los portavoces de la contrarrevolución y así lo recogían los medios franquistas.

Muchas de aquellas noticias, ni siquiera llegaron a ser desmentidas cuando los hechos fueron dejando al descubierto que habían sido lanzadas como fruto de una campaña de propaganda y desinformación orquestada por los servicios de inteligencia norteamericanos y por los líderes de la contrarrevolución. Como en tantas otras ocasiones, la prensa franquista, en parte por afinidad y en parte por incapacidad, seguía nutriéndose de la información que llegaba de las agencias de prensa norteamericanas y aquello les colocaba, en parte por analogía ideológica y en parte por ineptitud informativa, al lado de todos aquellos que perseguían el fin de la Revolución cubana.

²⁶⁶ *Idem.*

²⁶⁷ *Idem.*

²⁶⁸ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7749. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 5. Diario.

²⁶⁹ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6727. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 2. Diario.

²⁷⁰ *ABC* (Año LIV). Núm.17189. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 48. Diario, *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7749. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 5. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6727. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 2. Diario.

²⁷¹ *ABC* (Año LIV). Núm.17189. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 48. Diario.

16.3.2 La primera jornada de combates en Bahía Cochinos

Las noticias publicadas en España que procedían de la Cuba revolucionaria fueron escasas en aquella primera jornada de invasión, pero dejaban al descubierto una realidad que desmentía aquel levantamiento general del que alardeaban estadounidenses y opositores cubanos. Lo único que habían reconocido los medios de comunicación cubanos era la invasión a través de Bahía Cochinos de un contingente contrarrevolucionario fuertemente armado, sostenido desde el exterior y al que se le estaba haciendo frente desde el mismo momento del desembarco²⁷².

¿Qué estaba sucediendo pues en el interior de Cuba? Efectivamente a las cero horas del día 17 la Brigada 2506 había comenzado a desembarcar en territorio cubano y allí se centró la lucha entre la contrarrevolución y las fuerzas fidelistas. El resto del territorio, ocupado en sofocar alguna escaramuza residual y enfrascado en labores de vigilancia, tuvo tiempo de volcar su atención en lo que sucedía en la Ciénaga de Zapata, pues allí y sólo allí parecía estar el futuro de la revolución. La consigna del frente revolucionario era clara: terminar con la invasión con la mayor brevedad posible e impedir que el paso de las horas facilitara el establecimiento de un Gobierno provisional en la zona ocupada.

A las cero horas del 17 de abril, en la boca de Bahía Cochinos, en un lugar llamado Playa Girón, las fuerzas de la contrarrevolución comenzaron el desembarco de varios batallones, el tres, el cuatro y el seis de la brigada invasora; mientras, en Playa Larga, en el fondo de la bahía, el batallón número dos comenzaba también a desembarcar²⁷³. En Playa Girón, el primero en poner pie en tierra fue un norteamericano, el tejano Grayton Lynch, un agente de la CIA que respondía al sobrenombre de Gray y que tan pronto como pisó territorio cubano comenzó a abrir fuego contra un grupo de milicianos que patrullaban la zona²⁷⁴. En Playa Larga, otro norteamericano, agente también de la CIA, cumplía la misma misión. Se trataba de Rip Robertson, conocido entre las tropas invasoras por el sobrenombre de “Cocodrilo”²⁷⁵. Robertson había participado en la operación de Guatemala contra Jacobo Árbenz, tenía pues experiencia acreditada en aquel tipo de acciones y era uno de los encargados de organizar el desembarco anfibio en aquella playa²⁷⁶.

Así pues, las conclusiones sobre la participación norteamericana en aquella invasión saltaban a la vista, eran difíciles de ocultar e iban más allá de la logística y el sustento moral y monetario de los opositores cubanos. Por lo demás, el intercambio de disparos entre asaltantes y defensores se dio desde el primer momento y esto facilitó que los brigadistas que hacían guardia en la zona pudieran dar aviso a las autoridades con gran rapidez. A la una de la madrugada, desde la Central Covadonga, a escasos kilómetros de Playa Girón, se informó al cuartel del Ejército Rebelde en Cienfuegos de lo que estaba aconteciendo, éste puso a su vez en conocimiento de la jefatura de la Seguridad del Estado en la provincia Las Villas la noticia del desembarco y a las tres de la madrugada llegó la noticia a La Habana y fue informado el primer ministro cubano²⁷⁷.

Tres horas después de la invasión, las fuerzas fidelistas en las provincias de Matanzas, Las Villas, Cienfuegos y La Habana estaban ya al corriente del desembarco. Fidel Castro tomó entonces el mando de la operación y ordenó que varias columnas de combate del Ejército Rebelde y varios batallones de

²⁷² *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7749. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 3. *Diario y Pueblo* (Año XXII). Núm.6727. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 1. *Diario*.

²⁷³ Fernández Álvarez, José Ramón: *Op. Cit.*, pág. 236.

²⁷⁴ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 275.

²⁷⁵ *Ibidem*, anexo fotográfico, páginas centrales.

²⁷⁶ *Idem*.

²⁷⁷ *Ibidem*, pág. 277.

las Milicias Nacionales Revolucionarias se desplazaran a la Ciénaga de Zapata para combatir al invasor.

El escenario de las operaciones quedó así plenamente definido desde el primer momento. El desembarco se produjo en la Bahía de Cochinos, situándose el grueso de las tropas invasoras en Playa Larga y Playa Girón. La brigada asaltante tenía como misión ocupar la Ciénaga de Zapata, una región formada por una franja de tierra firme separada del resto de Cuba por una zona de terrenos pantanosos que se extendía a través de unas decenas de kilómetros de este a oeste²⁷⁸. Un territorio de difícil acceso para los defensores y fácil de defender para los invasores durante al menos unas cuantas jornadas.

En Playa Girón, en la boca de la bahía, se situó la comandancia general de la brigada invasora y allí se ubicaron la mayoría de las tropas. Al mando de las mismas se encontraba Pérez San Román, que se desempeñó también como máximo responsable en tierra de la Brigada 2506. En Playa Larga, situada en el fondo de la bahía y a unos treinta y cuatro kilómetros al noroeste de Playa Girón, se situaría la primera línea de infantería, al frente de la cual se colocó a Erneido Oliva, segundo responsable militar de la invasión. Como responsable político se colocó a Manuel Artime, el “*golden boy*” de la CIA²⁷⁹.

Los accesos a aquellas playas desde tierra firme no eran una empresa fácil. Entre las playas, la franja selvática que la custodiaba y la tierra firme se extendían amplias zonas de marismas y ciénagas que sólo podía atravesarse por tres carreteras: la que conducía al central Australia, la que desde San Blas seguía al central Cavadonga y la que venía de la población de Yaguaramas, pasaba por Horquitas y se comunicaba con la Ciénaga de Zapata²⁸⁰.

Como es fácil de entender, el control de aquellas tres carreteras resultaba fundamental, tanto para los invasores como para las fuerzas revolucionarias, y los primeros, que contaron con la iniciativa en las primeras horas de combate, trataron de asegurar este control en las primeras horas de la mañana del lunes 17 de abril. Poco antes de la seis de la mañana, un escuadrón de la Brigada 2506, formado por siete aeronaves lanzaron tropas de paracaidistas sobre aquellas vías de acceso a las playas de Bahía de Cochinos.

Quedaba así establecido el teatro de operaciones para los días siguientes. Un pedazo de territorio cubano que comprendía una extensión de varios kilómetros. Como hemos señalado, entre Playa Girón y Playa Larga había treinta y cuatro kilómetros de distancia, y desde esta última playa a la central Australia, situada al norte de dicha playa, había veintinueve kilómetros²⁸¹. Entre la central Cavadonga y Playa Girón treinta kilómetros y entre el poblado de Yaguaramas y esta playa cuarenta y cuatro kilómetros²⁸². En fin, un extenso territorio, salpicado de un puñado de poblaciones que se verían condenadas a presenciar duros combates durante las primeras horas de lucha para asegurar el control de aquel territorio cubano.

Sobre aquel territorio se engendró la batalla y el primer revés para los invasores se produjo cuando no había desembarcado todavía el grueso de las tropas, formadas por aquellos mil doscientos cuarenta y dos brigadistas²⁸³, según apuntan algunas fuentes, mil quinientos²⁸⁴, según aseguraban otras. Poco después de que fueran lanzados los paracaidistas de la brigada invasora, lo que quedaba de la flota aérea cubana entró acción y en aquel mismo momento quedó de manifiesto lo importancia de contar

²⁷⁸ Fernández Álvarez, José Ramón: *Op. Cit.*, pág. 228.

²⁷⁹ Hernández, Rafael: *Op. Cit.*, pág. 42.

²⁸⁰ Fernández Álvarez, José Ramón: *Op. Cit.*, pág. 237.

²⁸¹ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 280.

²⁸² *Idem*.

²⁸³ *Ibidem*, pág. 160.

²⁸⁴ Fernández Álvarez, José Ramón: *Op. Cit.*, pág. 232 y Thomas, Hugh: *Op. Cit.*, pág. 1080.

con aquella exigua, pero funcional escuadra de aviones de combate. Dos de los *Sea Furies* cubanos y otros dos T-33 que se habían salvado de la quema, consiguieron derribar a uno de los B-26 de las tropas invasoras que estaban custodiando el desembarco²⁸⁵. Aquellos antiguos aviones, de reducido tamaño, pero muy maniobreros, se estaban mostrando muy efectivos en la lucha contra los pesados bombarderos B-26, que en aquellas primeras horas, procedentes de Nicaragua, tenían que cubrir un trayecto de más de tres horas para prestar servicios a las tropas invasoras.

Además, uno de los buques que transportaba a uno de los batallones, el número cinco, fue alcanzado por el fuego de uno de los *Sea Furies*. A los pocos minutos el buque encalló y ardió. Treinta brigadistas se ahogaron y el resto consiguió alcanzar la costa. El Houston, uno de los últimos en partir de Nicaragua, quedaba así inhabilitado. Pocas horas después, como consecuencia de los ataques de aquel *Sea Fury*, el Río Escondido corría igual suerte, cargado de armas, municiones y material bélico, estalló cuando fue alcanzado por el fuego de la aeronave cubana. Cuba contaba con un contingente aéreo ciertamente reducido, había sido atacado en la jornada del 15 de abril, pero aquellos aparatos que se habían salvado de los bombardeos estaban resultando muy efectivos, especialmente aquellos viejos cazas británicos de la Segunda Guerra Mundial, los mentados *Sea Fury*.

Aquellas primeras victorias del frente revolucionario comenzaron a dejar al descubierto lo poco venturosa que había sido, para la suerte de los invasores, aquella decisión presidencial de suspender los bombardeos sobre las bases aéreas cubanas. Durante la mañana del día 17 los aviones de combate cubanos habían acosado a los buques que habían descargado tropas y suministros, el Río Escondido habían sido destruido por un *Sea Fury*, el Houston, fruto del ataque de los *Sea Furies*, ardió tras encallar sobre una barrera de coral a la altura de un punto de la costa denominado Punta Cazonas y el resto de los buques, el Caribe, el *Lake Charles*, el Bárbara y el *Blagar*, se habían alejado del frente combate: habían huido mar adentro acosados por los ataques de los T-33 de las fuerzas fidelistas²⁸⁶. El Comité de Investigación Taylor, en sus conclusiones, valoró de forma negativa la evaluación que la CIA había hecho de la efectividad y la capacidad operativa de los aviones de entrenamiento para el ataque aéreo T-33, que habían pasado casi desapercibidos en los informes de la CIA y que a la postre habían resultado un arma letal en manos de las fuerzas fidelistas²⁸⁷. Sin embargo, aquellos primeros reveses sufridos por la contrarrevolución estaban todavía lejos de decidir el combate.

A lo largo de la mañana, desde el central Covadonga y sobre todo desde el central Australia se comenzaron a enviar batallones de milicianos y soldados para contener el avance de los invasores. Las ambulancias comenzaron a llegar poco después al hospital de campaña ubicado en el central Australia, portando los primeros muertos y heridos de aquella contienda²⁸⁸. Los reporteros de guerra de la revista *Bohemia* relataron días más tarde aquellos hechos: jóvenes milicianos, algunos de ellos todavía por debajo de los veinte años, comenzaron a llegar en ambulancias a la central Australia; mientras, camiones cargados de milicianos y soldados partían hacia el frente para suplirlos²⁸⁹.

En aquella primera jornada, poco antes del mediodía, comenzó a quedar claro que la batalla más enconada se estaba librando en los accesos que conducían a Playa Larga, el punto de desembarco situado en el fondo de la bahía, el más próximo a la tierra firme, y por tanto el prioritario para asentar el avance. Por lo demás, las bajas, dado lo angosto del terreno por el que tenían que avanzar las tropas

²⁸⁵ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 287.

²⁸⁶ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, págs. 287 y 288 y Thomas, Hugh: *Op. Cit.*, pág. 1085.

²⁸⁷ The National Security Archive: *Official History of the Bay of Pigs. Volume IV. The Taylor Committee Investigation of the Bay of Pigs: Op. Cit.*, pág. 270.

²⁸⁸ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 17. La Habana: domingo, 23 de abril de 1961, págs. 50 y 51. Semanal.

²⁸⁹ *Idem.*

fidelistas, una carretera circundada por manglares, ciénagas y terrenos pantanos, comenzaron a contabilizarse desde el primer momento.

Sin embargo, no había tiempo para remilgos en la acometida contra el desembarco contrarrevolucionario, la invasión no podía eternizarse y debía ser sofocada en el menor tiempo posible. Dadas las circunstancias, no sorprende que se militarizara rápidamente el país y que se colocaran en primera línea los responsables políticos y militares de la Cuba revolucionaria. Al frente de las operaciones se encontraba, desde primeras horas de la madrugada, José Ramón Fernández Álvarez, conocido como “*El Gallego Fernández*”, director a la sazón de la Escuela de Oficiales de Milicias²⁹⁰. Pocas horas después llegó al puesto de mando en el Australia Fidel Castro y junto a él el ministro de Trabajo, Augusto Martínez Sánchez²⁹¹. A partir de entonces, la dirección final de las operaciones contra los invasores corrió a cargo de Fidel Castro, que había destinado, horas antes, al Che Guevara a Pinar del Río para defender las costas occidentales, a su hermano Raúl a Santiago de Cuba para hacerse cargo de la defensa de oriente y a Almeida a la zona centro de la isla para controlar las provincias centrales que quedaban entre La Habana y Santiago de Cuba²⁹².

Durante toda la jornada del día 17 la atención se centró en controlar los accesos a Playa Larga. Es decir, lo prioritario era alcanzar el que era el punto de invasión más cercano a tierra firme y, por tanto, los mayores combates se dieron en aquella carretera que comunicaba el central Australia con la mentada playa. Al este, en las dos carreteras que daban acceso a Playa Girón, la situación era más favorable para los invasores, los paracaidistas habían conseguido controlar aquellas dos vías de acceso con mayor fortuna y el frente se mantuvo casi inamovible durante muchas horas. De todos modos, el avance de las fuerzas fidelistas era lento pero constante, cada kilómetro avanzado traía aparejado un alto precio: los muertos y los heridos comenzaban a abundar y aquello hacían extremar las precauciones. Sin embargo, al anochecer del día 17, las fuerzas revolucionarias, tanto al norte de Playa Larga, como de Playa Girón, habían conseguido expulsar hacia al sur a las tropas de paracaidistas en los puntos avanzados²⁹³; lentamente avanzaban por las carreteras que conducían a las playas, con la intención de reducir, poco a poco, el territorio ocupado por los invasores.

El frente revolucionario avanzaba penosamente, pero avanzaba, y los invasores se encontraban cada vez más cercados. Sin embargo, cada hora que pasaba jugaba a favor de las tropas contrarrevolucionarias. La misión de la Brigada 2506 era tomar por asalto aquellos puntos de la costa; avanzar, en la medida de lo posible, a través de las ciénagas y las marismas hacia tierra firme, y sostener el territorio ocupado frente a las fuerzas fidelistas. Como se ha apuntado ya en diversas ocasiones, el objetivo prioritario de la operación era ocupar una cabeza de playa en la que pudiera establecerse, con las mayores seguridades, un Gobierno provisional. Un Gobierno que pudiera presentarse ante la opinión pública internacional como un contrapoder en territorio cubano, lo que facilitaría el reconocimiento de los países del continente y el apoyo norteamericano, quizás ya explícito, para luchar frente a las tropas revolucionarias de Fidel Castro en una guerra abierta y convencional.

Así pues, después de las primeras veinticuatro horas de desembarco, la situación se encontraba en un empate técnico. Ahora bien, el foco sedicioso estaba perfectamente localizado, se encontraba aislado y no había recibido ningún tipo de sustento por parte de la población de la zona. Una situación que poco tenía que ver con aquellas noticias triunfalistas, publicadas en los medios españoles y norteamericanos, en las que se hablaba de un levantamiento general en Cuba. Es más, entre la

²⁹⁰ *Ibidem*, pág. 54.

²⁹¹ *Ibidem*, pág. 55.

²⁹² Taibo II, Paco Ignacio: *Op. Cit.*, págs. 440.

²⁹³ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 299.

población cubana residente en las inmediaciones de la Ciénaga de Zapata y la Bahía de Cochinos los asaltantes no recibieron ningún tipo de apoyo. Si en algo han mostrado unanimidad los historiadores que se han referido a la invasión de Bahía de Cochinos en sus estudios sobre la Revolución cubana fue precisamente en la falta de predisposición de las habitantes del sur de la provincia de Matanzas a embarcarse o secundar los planes de la contrarrevolución.

La región de la Ciénaga de Zapata había sido uno de los territorios en los que más había trabajado la revolución en los últimos dos años. Aquel enclave localizado en el extremo sur de la provincia de Matanzas, hasta el triunfo de la revolución, había sido uno *“de los territorios más pobres y abandonados de todo el país”* y, tras el triunfo de aquella, uno de los más beneficiados²⁹⁴. Cuando se produjo la invasión había trescientos hijos de campesinos de la zona estudiando en La Habana becados por el Estado cubano y trabajaban sobre el terreno doscientos maestros entregados a las labores de alfabetización²⁹⁵.

Las infraestructuras de la zona habían mejorado considerablemente y había en construcción varios centros turísticos en las playas que fueron objeto del desembarco. Así pues, como señalara Hugh Thomas en su voluminosa obra sobre Cuba, *“habría sido difícil encontrar una región de Cuba en la que sus habitantes estuvieran menos dispuestos a colaborar con una rebelión”*²⁹⁶.

Un aspecto que, de forma tangencial, dejó al descubierto también el Comité de Investigación Taylor, al señalar que la zona escogida era de las menos propicias para iniciar una guerra de guerrillas en caso de fracaso de la operación²⁹⁷. Si los hombres desembarcados no conseguían mantener la cabeza de playa, no tendrían ninguna posibilidad de seguir combatiendo, pues aquella zona no contaba con las condiciones mínimas de sustento popular para iniciar aquel formato de guerra irregular.

Para establecer una guerra de guerrillas se precisaban unas condiciones objetivas mínimas en el territorio y los servicios de inteligencia norteamericanos, haciendo gala de una falta de previsión casi absoluta, consideraron que el factor subjetivo, el alzamiento, era suficiente para que prendiera el descontento por ciencia infusa. Una circunstancia que nos inclina a pensar, dada la torpeza, que la guerra de guerrillas, a pesar de lo que se pudiera afirmar, nunca había estado en realidad dentro de los planes de la CIA, pues la población de la Ciénaga de Zapata era quizás una de las menos proclives a apoyar aquel tipo de operaciones.

Más allá de las intenciones reales o figuradas de la CIA en establecer un foco guerrillero en aquella zona en caso de fracaso, lo que resultó evidente fue su falta de pericia en la elección del lugar del desembarco. Escogieron aquel territorio por su condición geográfica, fácil de defender por varios batallones de hombres bien armados, pero desatendieron de forma evidente las características de la población y aquello dejó a los invasores sin apoyos posibles en la zona, tanto durante el desembarco y las luchas de los días posteriores, como en la posible salida guerrillera de la invasión en caso de fracaso. Los habitantes de la Ciénaga de Zapata nunca apoyarían un desembarco de aquella naturaleza, no lo hicieron, y las razones estaban a la vista del observador menos perspicaz. En la ciénaga, las condiciones materiales determinaban la existencia como en ningún otro lugar de Cuba y estas condiciones mejoraron radicalmente tras el triunfo de la revolución:

«El único medio de transporte para entrar o salir de la Ciénaga de Zapata era una “chispa” de ferrocarril que a menudo descarrilaba. Entonces el territorio quedaba totalmente aislado. Sus habitantes eran los más pobres de la Isla. Con la revolución se construyeron carreteras,

²⁹⁴ Fernández Álvarez, José Ramón: *Op. Cit.*, pág. 236.

²⁹⁵ *Idem.*

²⁹⁶ Thomas, Hugh: *Op. Cit.*, pág. 1082.

²⁹⁷ The National Security Archive: *Official History of the Bay of Pigs. Volume IV. The Taylor Committee Investigation of the Bay of Pigs: Op. Cit.*, pág. 269.

*se organizaron cooperativas, se abrieron tiendas donde podían adquirir las más variadas mercancías a crédito. Muchos de los cienagueros (sic) comenzaron a trabajar en los centros turísticos, los que continuaron haciendo carbón vieron su poder adquisitivo elevarse de uno a diez pesos. De cerca de mil cienagueros (sic) hechos prisioneros, solamente se sumaron dos a los invasores. Provenían de otro lugar, eran dueños de un bar en Playa Larga».*²⁹⁸

Después de lo expuesto, resulta ocioso señalar que los intereses de los habitantes de la ciénaga diferían radicalmente de los de los invasores. La cacareada democracia representativa que traían Kennedy y los prohombres del Consejo Revolucionario Cubano en cartera significaban poco para aquellos hombres que habitaban la ciénaga, que habían visto multiplicarse sus oportunidades en los últimos dos años como consecuencia de las políticas fidelistas. Con los batistianos tenían todavía menos puntos en común, pues secundarlos significaba, simple y llanamente, la vuelta a un pasado de oprobio.

Sin embargo, estos razonamientos parecían estar muy distantes de lo que fijaba en aquel momento el Consejo Revolucionario Cubano. A última hora del día 17 de abril, el consejo lanzó su tercer boletín informativo y en él se seguía insistiendo en que la operación de aquella jornada había tenido como cometido *“abastecer y apoyar a las fuerzas que se habían movilizadas y entrenado dentro de Cuba”* en los últimos meses²⁹⁹. La batalla definitiva tendría lugar en *“las próximas horas”* y ésta sería librada por el *“poderoso ejército de invisibles patriotas soldados”* que se había rebelado en el interior de Cuba³⁰⁰. En aquel tercer comunicado el consejo hacía también referencia al carácter cristiano de los alzados: portaban la cruz en sus uniformes y tenían en *“el pez de Jesús”*, símbolo del cristianismo, a uno de sus referentes para las comunicaciones en clave³⁰¹. El pez, como acuñaba el boletín, se había levantado ya y la victoria se encontraba cerca³⁰². Según aseguraba aquel volante informativo, el desenlace estaba próximo y, antes del amanecer, la isla de Cuba se alzaría *“en masa”* a través de *“una ola coordinada de sabotajes y rebelión”* que barrería para siempre *“al comunismo”* del país³⁰³.

En fin, la oposición cubana seguía insistiendo en el carácter interno de la contrarrevolución y en que aquel desembarco había tenido un fin puramente logístico. Los miembros del Consejo Revolucionario Cubano no parecían de todas formas estar muy al corriente de sus propios comunicados, pues, al parecer, lejos de encontrarse a bordo de un buque en las proximidades de Cuba, prestos a desembarcar, como habían anunciado los diarios franquistas aquel lunes, se encontraban desde la víspera en Miami, retenidos por los servicios de inteligencia norteamericanos³⁰⁴. De hecho, cuando se despertaron el día 17 se enteraron con gran disgusto que el desembarco ya había empezado y que ellos ni siquiera habían sido informados³⁰⁵.

Los boletines informativos del Consejo Revolucionario, como se supo después, estaban en manos de David A. Phillips, responsable de propaganda de la CIA, que fue el que se encargó de difundirlos, sin ningún tipo de *“participación en su redacción”* por parte de los integrantes del consejo³⁰⁶. Los miembros de aquella organización, que con tanto esmero había promocionado la Administración norteamericana durante las últimas semanas, estaban quedando totalmente al margen de las operaciones. Es más, permanecían retenidos, como ya hemos indicado, y *“sin comunicación alguna”*.

²⁹⁸ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, anexo fotográfico, páginas centrales.

²⁹⁹ Valdés-Dapena Vivanco, Jacinto: *Op. Cit.*, pág. 45.

³⁰⁰ *Ibidem*, pág. 46.

³⁰¹ *Idem*.

³⁰² *Idem*.

³⁰³ *Idem*.

³⁰⁴ Thomas, Hugh: *Op. Cit.*, pág. 1078.

³⁰⁵ *Ibidem*, págs. 83 y 84.

³⁰⁶ Valdés-Dapena Vivanco, Jacinto: *Op. Cit.*, pág. 50.

*con el exterior*³⁰⁷. Su único papel pasaba por mantenerse a la espera, pendientes de que se consolidara aquella cabeza de playa en las costas cubanas para establecer un Gobierno provisional.

La doctrina oficial en aquellos momentos estaba lejos de lo que pudieran opinar los líderes de la contrarrevolución en el exilio y pasaba por difundir la idea de que el levantamiento era interno y de que los desembarcos de los que se hablaba en la prensa habían sido organizados por la contrarrevolución para suministrar municiones y vituallas a los alzados, nada más. De todos modos, aquella teoría se mostraba cada vez más endeble y así lo demostró la deslucida justa que protagonizaron Roa y Stevenson en la sede la ONU aquella esperada jornada del 17 de abril.

16.3.3 Roa versus Stevenson: una batalla deslucida por la falta de informaciones fidedignas procedentes de Cuba

El lunes 17 de abril todo parecía preparado en la sede la ONU en Nueva York para que Roa y Stevenson se batieran en un enfrentamiento sin precedentes. Sin embargo, la falta de claridad de las noticias procedentes de Cuba deslució la justa. De todos modos, Roa colocó una vez más contra las cuerdas a un desdibujado Stevenson, que eludió cualquier tipo de debate sobre la realidad que se estaba viviendo en aquellas horas en el interior de Cuba. El delegado norteamericano, resabiado quizás por haberse desempeñado, sin consulta previa, como un agente más de la CIA, se centró en las relaciones de Cuba con la URSS, llevando el debate hasta el absurdo en algunos momentos, pues, evidentemente, aquel asunto no era el que figuraba en la agenda de la Asamblea General en aquella jornada.

Así pues, como si la suerte de Estados Unidos estuviera ya echada de ante mano, como si todo fluyera bajo la batuta de un guion escrito previamente, Raúl Roa castigó sin contemplaciones al delegado norteamericano, dejando al descubierto lo que había de torticera y cínica en la posición defendida por la Casa Blanca en el seno de la ONU. Raúl Roa, después de cubrir las formalidades protocolarias que exigía la reanudación del debate de la Comisión Política y de Seguridad de la Asamblea General, tomó la palabra y salió en tromba a por el delegado norteamericano. Empezó señalando que Cuba estaba ya cansada de acudir a los organismos internacionales en busca de amparo ante la agresión norteamericana y reiteró lo que venía señalando desde hacía ya muchos meses: que Estados Unidos ofrecía un apoyo incondicional a la contrarrevolución y que Estados Unidos sólo aceptaba relacionarse con Cuba a través del intervencionismo más descarnado. Aquellos dos argumentos fueron sustentados por el representante cubano desde todos los ángulos posibles y después de establecido aquel marco general, Roa pasó a hablar de lo concreto, de la última y más grave de las agresiones, de aquella que estaba teniendo lugar en aquel momento en el interior de Cuba. Tal y como reflejó *Bohemia* en sus páginas, la denuncia del delegado de la Revolución cubana ante la ONU no pudo ser más categórica y dirigiéndose a los presentes en aquella sala señaló lo siguiente: “*Yo acuso solemnemente al Gobierno de los Estados Unidos de haber desatado contra Cuba una guerra de invasión para apoderarse de sus recursos, tierras, fábricas y trasportes y retrotraerla a su oprobiosa condición de satélite del imperialismo norteamericano*”³⁰⁸.

Roa, según señaló la prensa franquista, reiteró durante sus tres intervenciones, en aquella jornada maratónica que se extendió de la mañana a la noche, que Cuba contaba con pruebas suficientes para aseverar “*que la invasión mercenaria*” estaba siendo “*promovida, organizada, armada y financiada por el Gobierno de los Estados Unidos*” y que llevaba camino, si las fuerzas cubanas no conseguían aplacar a los invasores, de terminar con la intervención militar directa de los Estados Unidos³⁰⁹. Los

³⁰⁷ *Idem.*

³⁰⁸ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 17. La Habana: domingo, 23 de abril de 1961, pág. 67. Semanal.

³⁰⁹ *El Alcázar* (Año XXV). Núm. 7749. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 6. Diario.

buques de guerra de la marina norteamericana, según afirmó Roa, se encontraban ya en aguas jurisdiccionales cubanas, y estaban surtiendo a los invasores de todo aquello que precisaban, en otras cosas, de cobertura para los aviones de combate que estaban acosando a las fuerzas fidelistas³¹⁰; era pues más que probable que, en caso de derrumbe de las fuerza invasoras, los buques de guerra norteamericanos terminaran interviniendo directamente para socorrer a las fuerzas de choque que llevaban meses adiestrando.

Desde primera hora de la mañana, cuando las noticias recibidas en Estados Unidos sobre la situación cubana eran todavía confusas y engañosas, Raúl Roa señaló que en Cuba estaba librándose la batalla del débil contra el poderoso y que el pueblo cubano estaba sabiendo batirse con gallardía. Cuba no daría un paso atrás, señalaba Roa, pues su Gobierno y su pueblo contaban con lo principal para defenderse frente aquel artero ataque: *“valor, decisión, conciencia, unidad y armas para repeler y aplastar la invasión”*³¹¹.

En el discurso de Roa no faltaron las alusiones a la OEA. El delegado cubano colocó la venda antes de sufrir la herida, pues presentía, como así sucedió más tarde, que los Estados Unidos, por mediación de alguna representación latinoamericana, trataría de derivar el asunto a la OEA. La diplomacia cubana, avezada ya a las maniobras norteamericanas, desautorizó a la OEA sin ningún tipo de miramiento. Cuba consideraba que la organización americana no podía intervenir en aquel asunto, pues su condición de comparsa de la diplomacia estadounidense la inhabilitaba para tales labores. Sobre la OEA, Raúl Roa fue incluso más allá, pues no dudó en referirse a la mentada organización como *“la Oficina de Colonias del Departamento de Estado norteamericano”*³¹².

Por lo demás, Roa lamentó que el delegado estadounidense, Stevenson, hubiera sido incapaz de *“contestar a ninguna de las acusaciones lanzadas contra su país”*³¹³ y afirmó entonces que Cuba, ante la imposibilidad de dar cauce legal a sus acusaciones debido a la incomparecencia del acusado, se reservaba el derecho de acudir al Consejo de Seguridad, pues la situación era tan grave, que no cabía la intervención de otras instancias para frenar la agresión norteamericana³¹⁴.

En otro orden de cosas, Raúl Roa, no sin cierta ironía, lamentaba igualmente que aquel denuedo que mostraban las autoridades norteamericanas por defender a los pueblos oprimidos no se mostrara con el mismo aplomo ante el propio pueblo norteamericano. Estados Unidos ofrecía armas y todo tipo de implemento bélico a la contrarrevolución cubana para que fuera a “liberar” a su pueblo de la opresión. El resto de pueblos del continente, según aseguraba Raúl Roa, estaban tomando nota de la bizarría mostrada por las Administración norteamericana en la lucha contra la opresión y parte del propio pueblo estadounidense estaba a la espera también de que la Casa Blanca les suministra armas para luchar contra sus opresores. Después de aquel razonamiento, el canciller cubano, con el ánimo de que el delegado norteamericano *“aprendiera la enjundia de la lección”*, leyó un telegrama que acababa de enviarle Robert F. Williams, secretario general de la Asociación Nacional para el Avance de la Raza de Color, en el que se señalaba lo siguiente: *“Le ruego haga llegar a Adlai Stevenson, ahora que los Estados Unidos proclaman ayuda militar a los pueblos oprimidos que deseen rebelarse, que los negros de los Estados Unidos desean tanques, armas y dinero para luchar contra los que les oprimen”*³¹⁵.

³¹⁰ *Idem.*

³¹¹ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 17. La Habana: domingo, 23 de abril de 1961, pág. 67. Semanal.

³¹² *ABC* (Año LIV). Núm. 17189. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 50. Diario.

³¹³ *Idem.*

³¹⁴ *Pueblo* (Año XXII). Núm. 6727. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 5. Diario.

³¹⁵ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 17. La Habana: domingo, 23 de abril de 1961, pág. 68. Semanal.

Raúl Roa colocaba con aquel telegrama a los Estados Unidos ante sus contradicciones, pues, ciertamente, era muy difícil jugar la carta de la liberación de Cuba de la opresión comunista y esconder al mismo tiempo lo poco que la Administración norteamericana estaba haciendo para liberar a una parte sustancial de su propio pueblo de la opresión racista. Raúl Roa se mostró inclemente con el delegado norteamericano, quien, sin duda, estaba pasando por uno de los episodios más angustiosos desde que se encontraba al frente de la diplomacia norteamericana en la ONU.

La prensa franquista y la revista *Bohemia*, aunque colocaron el acento y brindaron protagonismo a puntos bien diferentes dentro del discurso de Roa, recogieron de forma genérica los principales asuntos que expuso el canciller cubano en la Asamblea General en aquella jornada, puntos que no diferían de los anotados y sustentados dos días antes, pero que tendían a ser más virulentos en lo verbal ante la constatación de que la invasión había comenzado ya.

El ambiente en la Asamblea General no podía ser más tenso y Raúl Roa, dado el confusionismo que reinaba sobre las informaciones procedentes de Cuba, eludió las discusiones sobre la suerte de la contienda bélica para pulir su discurso de imprecisiones; se dedicó a ensalzar la gesta cubana y a proclamar la vileza con la que se estaban desenvolviendo las autoridades norteamericanas en aquel conflicto. Así pues, frente a aquella circunstancia de vacío informativo quedaba el verbo encendido de aquel al que se denominaba ya en Cuba el canciller de la dignidad; el ministro de Exteriores cubano, haciendo gala de aquella oratoria de la que estaba dotado, convirtió la causa de Cuba en la causa de los pueblos oprimidos del mundo y dejó pasajes tan llamativos como el que se reproduce a continuación:

*“Un clamor unánime estremece hoy a toda Cuba, resuena en nuestra América y repercute en Asia, África y Europa. Mi pequeña y heroica patria está reeditando la clásica pugna entre David y Goliat. Soldado de esta noble causa en el frente de batalla de las relaciones internacionales, permitidme que yo difunda ese clamor en el severo areópago de las Naciones Unidas: ¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!”*³¹⁶

El discurso de Roa se articuló, como venía siendo habitual, bajo la lógica del fidelismo de honda raíz martiana. Hubo alusiones a la opresión de los Estados Unidos sobre su propio pueblo y sobre los ajenos, salvas a la liberación continental y mundial, arengas de marcado sabor antimperialista y una mención especial a la América hispana y a la comunión de aquellos pueblos del continente que tenían el mismo origen. Dentro de esta dinámica decididamente latinoamericanista, la sala enmudeció y las delegaciones americanas se estremecieron cuando Raúl Roa aseveró que el expresidente mejicano Lázaro Cárdenas, aquella misma mañana, estaba disponiendo lo necesario para viajar a Cuba, vestir el uniforme de las fuerzas revolucionarias y jugarse la vida junto al pueblo cubano³¹⁷. La noticia fue impactante y, por sí misma, aglutinó toda la retórica latinoamericana de la que siempre había hecho gala la diplomacia fidelista: la lucha de Cuba era la lucha de los pueblos de América y junto a las clases dirigentes cubanas se encontraban los líderes más insignes de los pueblos americanos.

Sin embargo, aquella revolución popular, latinoamericana y soberanista, aquella revolución que siempre había representado tan dignamente Lázaro Cárdenas, habían dado un paso más y en el contexto cubano, bajo la batuta de otro líder continental, Fidel Castro, aquella revolución latinoamericana, era ya también socialista. Aquella era una realidad de la que era difícil abstraerse, pues en las playas del sur de Cuba, además de por la independencia, el pueblo estaba luchando en aquel preciso instante por la defensa del modelo de organización socialista.

³¹⁶ *Idem.*

³¹⁷ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 17. La Habana: domingo, 23 de abril de 1961, pág. 70. Semanal y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6727. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 5. Diario.

De todos modos, a pesar de aquella evidencia indisociable del debate y de la acción bélica en el interior de Cuba, el ministro de Exteriores cubano, haciendo gala de todas las prudencias imaginables, no hizo referencia a aquella realidad durante su discurso, como tampoco lo hizo el delegado soviético. Valerian Zorin, ministro de Asuntos Exteriores de la URSS, eludió pronunciarse sobre la reciente proclamación del carácter socialista de la Revolución cubana; se limitó a respaldar las acusaciones lanzadas por Roa, y afirmó lo que resultaba ya evidente para todos los delegados allí reunidos: sin el adiestramiento militar, sin los barcos, sin los aviones, sin las armas y sin los destructores norteamericanos aquella invasión no hubiera podido organizarse. Así pues, ante la constatación de aquellos hechos, suficientemente documentados ya en la prensa norteamericana y mundial, la ONU estaba facultada para declarar a los Estados Unidos como “país agresor” en el conflicto que se estaba viviendo en Cuba³¹⁸.

El ataque cubano soviético estaba resultando demoledor para la diplomacia norteamericana y, como había intuido Raúl Roa, la delegación estadounidense se movió entre bambalinas para lanzar el argumento de acometer la solución del conflicto en el seno de la OEA. El Departamento de Estado norteamericano no lanzó la propuesta a través de su representante en la ONU, demasiado acosado ya para intervenir con una salida de tono de aquella naturaleza, sino que lo hizo a través de delegados interpuestos. “*Siete de los gobiernos satélite*” del imperialismo norteamericano, como señaló despectivamente la revista *Bohemia*, se prestaron a aquel enjuague para tratar de serenar el debate y arrancar a la diplomacia norteamericana de aquel escarnio público³¹⁹. Argentina, Uruguay, Chile, Venezuela, Panamá, Colombia y Honduras desplegaron una propuesta para derivar el problema al marco de la OEA, es decir, “*trasferir del escenario de la ONU, donde el destino del debate podía escapar a los malabarismos de Washington, al mecanismo interamericano*”, un “*terreno que se prestaba mejor al escamoteo del conflicto*”³²⁰.

Y fue entonces cuando la situación se complicó más si cabe para la diplomacia norteamericana, pues la delegación mejicana, se desmarcó de aquel proyecto y señaló que la única salida viable al conflicto pasaba por el compromiso de todos los países signatarios de la ONU en la no intervención y que aquel compromiso debía vehicularse a través del cese de “*toda ayuda a los contrarrevolucionarios cubanos*”³²¹. Méjico elogió el compromiso de Kennedy de no intervenir “*con ciudadanos de su país en las acciones contra Cuba*”, pero señaló que el compromiso norteamericano debía de ir más allá y que era necesario también bloquear cualquier otro tipo de ayuda a los invasores³²². El delegado mejicano señaló sin ambages que el compromiso de no actuar a través de sus fuerzas militares o sus ciudadanos era una postura loable en el caso norteamericano, pero claramente insuficiente. Por lo tanto, los países presentes en la ONU estaban obligados a comprometerse con no prestar ayuda, de ningún tipo, a los invasores, y esto incluía, por supuesto, a los Estados Unidos.

Después de la intervención mejicana, Chile abandonó el bando de los países latinoamericanos que habían optado por derivar el asunto a la OEA y se decantó por sustentar la postura mejicana. Por su parte, Brasil se adhirió a la posición mejicana sin fisuras. Estados Unidos trató entonces de maniobrar para que la propuesta mejicana no saliera adelante. Sin embargo, la empresa no era fácil, pues tenía que luchar contra todo el bloque socialista, contra la postura de los neutrales, favorable también a Cuba, y contra el alzamiento en favor de Cuba de parte de los delegados latinoamericanos.

³¹⁸ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 17. La Habana: domingo, 23 de abril de 1961, pág. 68. Semanal.

³¹⁹ *Idem*.

³²⁰ *Ibidem*, pág. 69.

³²¹ *Idem*.

³²² *Idem*.

Desde el punto de vista diplomático Estados Unidos terminó saliendo dañado en aquella jornada, pues no pudo evitar que la propuesta mejicana saliera adelante³²³. Además, el delegado norteamericano tuvo que presenciar un aluvión de críticas, pues, más allá de las desafecciones de México, Brasil y Chile, Stevenson se vio asediado por los países del bloque socialista.

Polonia, Checoslovaquia, Bulgaria, Ucrania y China Popular le dedicaron duras palabras al delegado norteamericano y acusaron directamente a las autoridades de Washington de ser *“las responsables de la invasión”*³²⁴. El primer ministro de la China socialista *“subrayó la determinación de su país de acudir en ayuda de Cuba”*, algo que apostilló también el delegado soviético³²⁵. La diplomacia norteamericana sabía que tendría a los países socialistas en frente, sin embargo, los ataques contra la posición norteamericana rompieron los marcos de la Guerra Fría.

Los países neutrales, aquellos que siempre se habían caracterizado por la neutralidad entre bloques, consideraron que aquello no era un hecho de armas entre soviéticos y estadounidenses por el control de un territorio, sino que el conflicto cubano respondía, simplemente, a una agresión norteamericana contra Cuba. Los más conspicuos neutralistas *“no se mordieron la lengua en el momento de apuntar hacia Washington”*³²⁶. Nehru, Nasser y Tito acusaron a los Estados Unidos de estar detrás de aquella operación y mostraron su apoyo al pueblo cubano que se batía frente al invasor.

La India afeó la actitud norteamericana y su protesta fue más allá de la ONU. El premier de la India, tan pronto como trascendió la noticia de la invasión, envió *“un cablegrama de solidaridad a Fidel Castro”*, acusó desde el Parlamento de Nueva Delhi al Gobierno de Kennedy de aquella invasión y solicitó el cese inmediato del apoyo a los invasores³²⁷. Algo similar sucedió en la Asamblea Nacional de El Cairo, donde se adoptó *“una resolución unánime de protesta por la criminal agresión de mercenarios, financiada por el Gobierno norteamericano contra Cuba”*³²⁸. La Cámara representativa de la RAU añadió a aquella acusación explícita otro comunicado en el que se proclamaba la *“gran admiración por la heroica lucha del pueblo cubano en defensa de su libertad e independencia, bajo la dirección de su gran líder, Fidel Castro”*³²⁹.

Por su parte, el otro gran representante de los “no alineados”, el delegado yugoslavo, lanzó también una dura acusación contra la Administración norteamericana en la sede de la ONU y el propio Tito emitió un comunicado de los más duros contra los responsables de la invasión. En dicho comunicado no se mencionaba a los Estados Unidos, pero su contenido resultaba concluyente; decía así:

“Los que han ayudado a las fuerzas mercenarias han contraído una enorme responsabilidad ante el mundo. Su ataque no es únicamente a Cuba, sino a la paz mundial. Los protagonistas de la agresión han comenzado un juego peligroso con el destino de la humanidad. Las Naciones Unidas tienen ahora que demostrar su eficacia y prevenir el intento si desean salvar su reputación, tan maltrechas después del caso del Congo”.³³⁰

La situación ciertamente era grave y Gobiernos como el de Arabia Saudí, tan poco proclives a violentar a los Estados Unidos, ridiculizaron al delegado norteamericano y criticaron abiertamente *“la insolencia de Washington”*, pues resultaba inaudito que las autoridades norteamericanas siguieran defendiendo su inocencia mientras los periódicos estadounidenses mostraban en sus páginas las oficinas de reclutamiento de la contrarrevolución en Estados Unidos llenas de exiliados prestos para

³²³ *Idem.*

³²⁴ *Ibidem*, pág. 70.

³²⁵ *Idem.*

³²⁶ *Idem.*

³²⁷ *Idem.*

³²⁸ *Idem.*

³²⁹ *Idem.*

³³⁰ *Idem.*

ir a combatir a Cuba³³¹. El delegado saudí exigió al norteamericano que diera a conocer ante la ONU la identidad de los pilotos que habían bombardeado el territorio cubano durante el día 15 de abril, tal y como habían solicitado Fidel Castro, y que hasta que aquel tema no se aclarara era ridículo seguir debatiendo³³². La ONU tenía derecho saber la verdad sobre aquel asunto, señaló el delegado árabe, y las autoridades estadounidenses estaban entorpeciendo el flujo de información y bloqueando todas las vías para llegar a la verdad.

La posición de Estados Unidos, después de los engaños del sábado 15 de abril, se encontraban ahora más débil que nunca y así se lo hizo saber el delegado norteamericano a Dean Rusk, secretario de Estado, a través de un telegrama enviado horas más tarde cuando todavía se combatía en Bahía Cochinos. En aquel telegrama, Stevenson le informaba a su superior que Estados Unidos no había recibido ningún tipo de apoyo en sus discursos de justificación sobre el contencioso cubano y que era preferible el fracaso de la intentona que se estaba llevando a cabo en aquel momento para terminar con Fidel Castro que la intervención abierta de Estados Unidos, pues, de producirse ésta, la diplomacia norteamericana no podría presentarse ante el mundo³³³.

Dadas las circunstancias y el creciente malestar que estaba generando en el seno de la ONU la posición norteamericana en aquel conflicto, las intervenciones de Stevenson se decantaron hacia los dos únicos bloques temáticos que Estados Unidos parecía dispuesto a tratar en el asunto cubano: la revolución traicionada, de la que había hecho bandera el Libro Blanco sobre Cuba, y la penetración soviética en el régimen cubano.

Así pues, la intervención del delegado norteamericano, esquivó cualquier alusión a las acusaciones planteadas por Raúl Roa, y se limitó a atacar al régimen cubano y a señalar sus vinculaciones con el bloque comunista. Sobre este último particular, afirmó que, en los últimos meses, había llegado a Cuba una gran cantidad de material bélico soviético, “*unas treinta mil toneladas*”, que había observadores e instructores militares rusos y checoslovacos en la isla y que, además, muchos ciudadanos cubanos habían sido enviados a países del bloque comunista “*a recibir instrucción militar*”³³⁴.

Stevenson, en sus ataques a Cuba, hizo mención a los “*presos políticos*” y a los “*piquetes de ejecución*”; a la situación a la que se estaban viendo abocados los agricultores cubanos, meros “*empleados del Estado*”, y a la condición a la que habían sido sometidos los “*movimientos de trabajadores independientes*”, privados de toda libertad³³⁵. Stevenson señaló también que el régimen de Castro no tenía que temer a los norteamericanos sino a los cubanos, que eran los que estaban empuñando las armas contra él. Sobre este particular añadió que “*si el régimen castrista fuera derribado lo sería por los cubanos, no por los norteamericanos*” y que Estados Unidos no tenía “*la obligación*” de “*proteger al doctor Castro de las consecuencias de su traición a su propia revolución*”³³⁶.

Los argumentos de Stevenson eludieron en todo momento hacer frente a las acusaciones cubanas y se centraron en exponer de forma sucinta la mayoría de los puntos que habían sido recogidos dentro del Libro Blanco sobre Cuba. Bajo esta estela, Stevenson señaló que el régimen de Fidel Castro “*había destruido caprichosamente la libertad que el pueblo cubano había gozado en los primeros*

³³¹ *Idem.*

³³² *Idem.*

³³³ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, págs. 264 y 265.

³³⁴ ABC (Año LIV). Núm.17189. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 50. Diario y *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7749. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 6. Diario.

³³⁵ *Idem.*

³³⁶ ABC (Año LIV). Núm.17189. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 50. Diario.

días de la revolución” y que, por tanto, era lógico que estuviera sufriendo las consecuencias en aquel momento³³⁷.

Sin embargo, a pesar de aquel argumentario lanzado por un atribulado Stevenson, nadie parecía poner en duda que los Estados Unidos estaban detrás de aquella operación intervencionista sobre el territorio cubano. Muchos dirigentes latinoamericanos podían compartir los argumentos de Stevenson, pero lo que nadie compartía eran aquellos aspectos del discurso del delegado norteamericano que hacían referencia a la falta de implicación de los Estados Unidos en aquella operación contra Cuba. Incluso medios de comunicación tan señalados en la defensa de la posición norteamericana y en el ataque a la postura cubana como podía ser el diario tradicionalista *ABC* parecían dar por hecho que los Estados Unidos estaban a los mandos de aquella invasión del territorio cubano. El diario *ABC* no parecía albergar dudas al respecto y tomando como referencia las informaciones de su corresponsal en Washington señalaba lo siguiente:

*“Para una América que ha centrado, desde Corea, su acción internacional sobre el principio de la negociación pacífica y el honor de los tratados, el momento cubano es dramático, angustioso y triste, por lo que tiene de renuncia a un principio teórico y por lo que contiene de incertidumbre ante el futuro. La ciudad de Washington y la Administración Kennedy, tan consciente del problema de las Américas, se estremece esta noche cuando escucha a los locutores de Radio Habana repetir incasablemente durante horas y horas: Hermanos latinoamericanos; la batalla de Cuba es la batalla de todos ustedes”.*³³⁸

Así pues, amigos y enemigos de los Estados Unidos, defensores y detractores de la estrategia estadounidense contra Cuba parecían coincidir en un aspecto fundamental: la Administración norteamericana, indudablemente, estaba detrás del desembarco mercenario en las costas cubanas.

La jornada en la Asamblea General del día 17 de abril, tan esperada desde el sábado día 15, quedó deslucida por el contexto bélico que se estaba viviendo en Cuba y, sobre todo, por la falta de certezas en torno a la suerte que estaban corriendo invasores y defensores. Sin embargo, se erigió en una verdadera victoria para la Revolución cubana.

El delegado soviético sustentó las tesis de Roa y abogó por la declaración de los Estados Unidos en la ONU como “país agresor” de Cuba, el bloque socialista se movió bajo las mismas tesis y la China Popular se mostró decidida a acudir en apoyo de Cuba para expulsar a los invasores. Además, aquellos vientos de fronda no corrían solo al otro lado del telón de acero, sino que se hicieron extensibles a los “no alineados”. El bloque de los neutrales se amotinó también en la ONU y salió en defensa de la Cuba agredida.

Frente a aquel vendaval, Estados Unidos se refugió de los aires de tempestad que corrían en el seno de la ONU al abrigo de la protección que podían ofrecerle el resto de países americanos, pero incluso aquí no cosechó la adhesión total; Méjico, secundado por los delegados de Chile y Brasil, abogó por la no intervención estricta y por la suspensión de todo tipo de ayuda a los invasores. Estados Unidos se quedó prácticamente en solitario en la defensa de sus tesis y optó entonces por hacer un uso excesivo de los argumentos manidos que trataban de justificar aquel ataque contra Cuba en la penetración comunista de la que estaba siendo víctima y colaborador el Gobierno cubano. Stevenson, en lo tocante a las acusaciones sobre Cuba, esquivó su responsabilidad a través de la elusión del debate y se centró en la exposición de su programa para Cuba, compendiado en el articulado de su Libro Blanco sobre la Revolución cubana.

³³⁷ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7749. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 6. Diario.

³³⁸ *ABC* (Año LIV). Núm.17189. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 50. Diario.

La sesión de la Asamblea General de aquel lunes 17 de abril fue un episodio más dentro del contencioso cubano norteamericano de Bahía de Cochinos, pero no aportó la solución definitiva, y es que, la clave del aquel conflicto, por más que se empeñaran los delegados cubano y norteamericano, no se encontraba en aquel momento en la sede de la ONU en Nueva York, sino a más de dos mil kilómetros de distancia; es decir, en las ciénagas que daban acceso al mar en el sur de la provincia de Matanzas.

Ahora bien, a nadie se le escaba que aquella justa diplomática contaba ya con un ganador, el delegado cubano, y con un perdedor, el representante estadounidense. Indudablemente, en aquella jornada, a pesar de no poder ofrecer informaciones concluyentes sobre la invasión norteamericana, pues Roa no disponía del parte de guerra, Cuba obtuvo una victoria diplomática sin precedentes y como consecuencia de ello también política; faltaba solamente alcanzar la victoria militar, pero para ello se precisaba reducir a los centenares de invasores que resistían el avance fidelista parapetados en las playas de Bahía de Cochinos.

16.3.4 El cerco se cierra sobre los invasores

Cuba había ganado una batalla en la sede de la ONU, pero precisaba salir victorioso del enfrentamiento bélico con los invasores. Después de la primera jornada de combates en los accesos a las playas de Bahía Cochinos, los miembros de la Brigada 2506 habían quedado cercados en Playa Larga y Playa Girón. Durante toda la jornada del día 17 de abril las fuerzas fidelistas habían batallado para frenar el avance de los invasores y en la madrugada del 18 comenzó la ofensiva fidelista.

Desde la central Australia las tropas cubanas avanzaron hasta una pequeña población llamada Pálpite y en la carretera que conduce desde este núcleo a Playa Larga se entabló una sangrienta batalla entre invasores y defensores. Los combates comenzaron a las cero horas del día 18 de abril y, tras varias horas de lucha y muchas bajas, ni las tropas revolucionarias consiguieron llegar a Playa Larga ni los brigadistas invasores consiguieron hacer retroceder a los revolucionarios. Al frente de las tropas revolucionarias se encontraba “el gallego”, José Ramón Fernández, y en la defensa de Playa Larga, Erneido Oliva, segundo responsable militar de la invasión.

Los combates fueron ciertamente duros y Fernández, ante la evidencia de que el cuerpo de asalto revolucionario no lograba avanzar, decidió suspender el fuego tras más de dos horas de combate frontal. Fernández, en un relato del año 2006, afirmó que habían sufrido en aquella batalla de la madrugada del día 18 de abril más de treinta bajas y que el número de heridos se contaba por decenas; se perdieron además dos tanques y el batallón terminó por desorganizarse casi por completo³³⁹. En aquellas circunstancias, el avance de las tropas fidelistas era sumamente penoso, pues avanzaban por una carretera que no tenía más de veinticinco metros de ancho. En cuanto los invasores, aunque luchaban desde una posición más ventajosa, sufrieron la acometida fidelista y tuvieron un número de bajas que superó los veinte, según Fernández³⁴⁰; entre diez y veinte según otros autores, elevándose el número de heridos por encima de la cuarentena³⁴¹. Fernández consideró que su ofensiva había fracasado y Oliva, que vio como uno de los taques fidelista había cruzado la trinchera desde la que se defendían sus tropas, aventuró que no podría resistir una nueva acometida de aquellas características, pues sus hombres no la aguantarían³⁴².

Entre tanto, Fidel Castro abandonó el frente de batalla de Bahía Cochinos aquella madrugada, pues noticias procedentes de Pinar del Río hablaban de un segundo desembarco en las costas de aquella

³³⁹ Fernández Álvarez, José Ramón: *Op. Cit.*, pág. 248.

³⁴⁰ *Ibidem*, pág. 247.

³⁴¹ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 307.

³⁴² Fernández Álvarez, José Ramón: *Op. Cit.*, pág. 248 y Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 307.

provincia. Un desembarco que finalmente resultó ser una maniobra de distracción para dividir y dispersar a las tropas fidelistas. Aquella amenaza de invasión, por una zona que en principio parecía la más propicia para acometer el desembarco, por ser la más cercana a las costas norteamericanas, finalmente no se materializó y quedó en eso, en una amenaza.

La CIA había preparado una maniobra de distracción que se asemejaba a la puesta en práctica en Guatemala para ultimar al Gobierno de Jacobo Árbenz: la simulación de ataques para propiciar la rendición de las tropas gubernamentales. Aquellos simulacros habían conseguido que las tropas guatemaltecas se rindieran, sin ni siquiera presentar batalla; sin embargo, esta estratagema no rindió los frutos esperados en el caso de Cuba.

La mascarada acometida por la CIA pasaba por hacer visible una verdadera flota de guerra durante el día, tal y como sucedió al anochecer del día 17 de abril, y simular después, por la noche, que aquella flota estaba realizando un desembarco anfibio y que estaba combatiendo con las fuerzas fidelistas. Así pues, durante el día, en las costas situadas al oeste de La Habana, en la zona de Mariel y Cabañas, se habían observado varios buques de guerra y, cuando anocheció, comenzaron a escucharse los estruendos de un combate. Aquello fue puesto en conocimiento de Fidel Castro que, desde Bahía de Cochinos, viajó a La Habana para tratar de contener aquel segundo frente³⁴³.

Sin embargo, pronto cayó en la cuenta de que se trataba de una falsa alarma; tal y como había sucedido en Guatemala, la CIA había desplegado en aquel punto de la geografía cubana un verdadero simulacro que llevó a la confusión a las tropas fidelistas. A bordo de varios barcos de guerra, se habían instalado potentes altavoces y un sin fin de efectos especiales que simulaban una verdadera batalla, visible desde las poblaciones interiores de la región de occidente. En el caso de Guatemala los altavoces se habían colocado en el tejado de la Embajada norteamericana para recrear un ataque aéreo³⁴⁴, y en el caso de Cuba los megáfonos fueron emplazados en los barcos para simular el ruido ambiente de una gran invasión. Varias embarcaciones se acercaron a las costas y a través de efectos “*sonoros y lumínicos*”, que incluían “*explosiones de diversos calibres*”, simulaban la existencia de un desembarco³⁴⁵.

Vano intento, pues aquella estratagema quedó rápidamente desenmascarada al trasladarse efectivos al cargo de Guevara a la zona. El área occidental de la isla estaba al cargo de Ernesto Guevara que contaba con recursos suficientes para dar el aviso pertinente o contener una invasión durante algunas horas. En oriente, en la provincia de Guantánamo, a pocos kilómetros de la base naval norteamericana, se había intentado algo similar a través del desembarco de un pelotón de ciento sesenta y ocho hombres que desde la víspera del desembarco en Bahía de Cochinos estaba intentado alcanzar las costas cubanas para distraer a las fuerzas fidelistas³⁴⁶. En este caso la técnica era diferente, pero tampoco se generó el efecto deseado.

Las costas orientales estaban fuertemente custodiadas por fuerzas al mando de Raúl Castro, especialmente aquellos territorios que se encontraban cercanos a la base norteamericana. Para las fuerzas fidelistas era prioritario evitar cualquier tipo de conflicto en Guantánamo, pues un desembarco de aquella naturaleza podía terminar propiciando una intervención desde la base. Raúl Castro dio orden de vigilar aquellas embarcaciones que deambulaban por la costa y ordenó también que no se abriera fuego hasta que no tomaran tierra los integrantes de la flotilla³⁴⁷. La identidad de los merodeadores no estaba clara y se precisaba evitar cualquier conflicto con las tropas norteamericanas,

³⁴³ Taibo II, Paco Ignacio: *Op. Cit.*, pág. 443.

³⁴⁴ Wender, Tim: *Op. Cit.*, pág. 120.

³⁴⁵ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, págs. 264 y 265.

³⁴⁶ *Ibidem*, págs. 169-172.

³⁴⁷ *Ibidem*, pág. 171.

pues cualquier ataque sin cerciorarse de la identidad de la embarcación o las embarcaciones podía servir de excusa al Pentágono para forzar la intervención alegando la legitimidad de la defensa ante la agresión. Así pues, aquel pelotón de distracción intentó durante varias noches tomar tierra o entrar en combate con las tropas cubanas, pero fracasó en su intentona. Las fuerzas fidelistas no mordieron el anzuelo y mantuvieron el control sobre el buque asaltante, impidiendo su desembarco, pero sin atacarlo en alta mar.

Durante aquellas jornadas se trató de difundir la idea de que la lucha se había extendido a todo el territorio y a aquella labor no sólo contribuyó la información vertida por las agencias de noticias norteamericanas y los medios de comunicación afines a la contrarrevolución. Las maniobras de distracción fueron también otro de los mecanismos utilizados para que prendiera esta idea en el interior y el exterior de Cuba. Sin embargo, el centro de operaciones y el grueso de la tropa invasora estaban al sur de Matanzas y allí era donde se libraría la batalla final. Tan pronto como Fidel Castro dispuso las dudas sobre el desembarco por occidente, centró de nuevo su atención en Playa Larga.

En la madrugada del día 18 de abril, después de aquel primer combate fallido, Fidel Castro dio la orden a Fernández de acometer un nuevo ataque contra las posiciones de los invasores en Playa Larga. Augusto Martínez Sánchez, ministro de Trabajo, se encontraba en la central Australia en contacto permanente con Fidel Castro y envió un mensaje al frente de Pálpite a Fernández para que reanudara el ataque sobre Playa Larga. Se ordenó que se emplazaran unidades antiaéreas para proteger a las tropas, que los tanques siguieran avanzando y que se reforzaran las piezas de artillería de tierra para acosar al enemigo con mayor fuerza³⁴⁸. Cerca de Pálpite había otro pequeño núcleo poblado y se enviaron allí nuevas tropas para intentar cerrar el paso entre Playa Larga, situado en el fondo de la bahía, y Playa Girón, en el margen oriental de la boca de la bahía³⁴⁹. Fidel Castro, por boca del ministro de Trabajo, le ofreció también a Fernández un refuerzo de tanques, otros diez carros protegidos con defensas antiaéreas, y finalmente le indicó que había que tomar Playa Larga en un breve plazo, fuera cual fuera el precio³⁵⁰.

El avance comenzó a ser entonces imparable y a las siete y media de la mañana Oliva se comunicó con sus superiores en Playa Girón para hacerles saber que no podría sostener la posición por más de treinta minutos³⁵¹. Efectivamente, a las ocho de la mañana, según afirmó el propio Fernández, se decretó el avance de las tropas fidelistas sobre Playa Larga y las fuerzas cubanas toparon entonces con los primeros prisioneros liberados. Allí encontraron los testimonios de los habitantes de la zona, retenidos durante día y medio, quienes informaron sobre el perfil de los asaltantes, su armamento y los detalles del desembarco. Eran los primeros testimonios fidedignos con los que contaban las fuerzas revolucionarias sobre las características de la invasión.

A primeras horas de la mañana del 18 de abril las tropas cubanas comenzaban a tomar posiciones en Playa Larga. De todos modos, el ejército fidelista no había podido contener la huida de los invasores hacía Playa Girón, pues las tropas de milicianos que estaban destinadas a cortarles el paso no habían llegado a tiempo para impedir la evasión del contingente que comandaba Oliva, que tuvo el tiempo suficiente para tomar la estrecha carretera que bordeaba la costa oriental de la bahía y encaminarse hacia Playa Girón³⁵². En la otra línea de combate, la que iba de la central Covadonga a San Blas para desembocar en Girón, cuando el día comenzó a clarear, las tropas revolucionarias combatían para

³⁴⁸ *Ibidem*, págs. 303 y 304.

³⁴⁹ *Ibidem*, pág. 304.

³⁵⁰ *Idem*.

³⁵¹ *Ibidem*, pág. 311.

³⁵² Fernández Álvarez, José Ramón: *Op. Cit.*, pág. 250.

hacerse con el control de San Blas³⁵³, población situada en la franja selvática que se encontraba entre las costas y la ciénaga de Zapata.

En la mañana del día 18, segundo día de combate, la situación había cambiado radicalmente. Los invasores se encontraban ya cercados en Playa Girón y su situación, de no producirse un giro brusco, apuntaba a tragedia. Después del primer día de combate, ni se había producido un levantamiento general, ni los invasores habían conseguido romper el cerco. Es más, cada vez se encontraban más aislados y ahora parecía claro que el desembarco estaba condenado a sucumbir. Los invasores no habían sido derrotados, pues aquello todavía costaría muchas vidas cubanas, pero la posibilidad de establecer un Gobierno provisional en territorio cubano parecía ya una quimera, pues los invasores contralaban ya solamente una playa y un territorio circundante que se extendía pocos kilómetros más allá.

En previsión de frenar aquel desastre, el presidente Kennedy, en la madrugada de aquella jornada, había autorizado un nuevo bombardeo sobre las bases aéreas cubanas. Pocas horas antes de que las tropas invasoras fueran derrotadas definitivamente en Playa Larga, mientras el frente permanecía estable, con las tropas invasoras parapetadas en la costa y los defensores fidelistas imposibilitados en su avance, el presidente norteamericano tomó una arriesgada decisión: guiado por los informes de inteligencia que indicaban que sin la destrucción completa de la flota aérea cubana la invasión fracasaría, autorizó un nuevo bombardeo sobre las bases aéreas cubanas³⁵⁴.

De este modo, mientras Oliva al frente de los invasores luchaba por conservar el bastión de Playa Larga, los B-26 de la brigada invasora sobrevolaban el cielo cubano en busca de las bases aéreas donde se encontraban los T-33 y los *Sea Furies* que tanto daño habían causado a las fuerzas invasoras de la contrarrevolución³⁵⁵. A aquellas alturas de los combates, había quedado claro que los bombardeos del día 15 de abril habían sido un verdadero fracaso y que la flota aérea cubana aún disponía de fuerzas suficientes para imponerse en el aire³⁵⁶.

Por lo demás, el mayor trago en la ONU ya se había pasado y aunque aquel nuevo ataque sobre territorio cubano, fuera del frente de batalla de Bahía de Cochinos, supusiera un nuevo conflicto para los Estados Unidos con todos aquellos países que habían condenado los bombardeos, las autoridades norteamericanas le dieron luz verde al proyecto. El objetivo era la base aérea de San Antonio de Baños, a pocos kilómetros de La Habana, desde donde se sospechaba que partían los aviones cubanos para acosar a las tropas de la brigada invasora. Aquel nuevo bombardeo, además de estar presidido por la desesperación de la posible derrota, fue un auténtico fracaso, las condiciones meteorológicas impidieron hacer blanco en los objetivos y la flota aérea cubana no sufrió daño alguno³⁵⁷.

Así pues, al amanecer del martes día 18 de abril, cuando las tropas de Oliva se batían en retirada de Playa Larga y los invasores comenzaban a ser acosados en la población de San Blas, seis B-26 de la brigada invasora procedentes de las bases de Nicaragua volaban sobre San Antonio de Baños tratando de hacer blanco sobre la base aérea. Una fuerte neblina impedía ver los objetivos y la falta de combustible impedía esperar durante horas a que las condiciones mejoraran. De este modo, tras varios intentos fallidos de hacer blanco sobre la base aérea, el escuadrón de la Brigada 2506 tomó la determinación de regresar a Nicaragua ante la imposibilidad de cumplir los objetivos de la misión³⁵⁸.

³⁵³ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 313.

³⁵⁴ *Ibidem*, pág. 244.

³⁵⁵ *Ibidem*, págs. 243 y 244.

³⁵⁶ Thomas, Hugh: *Op. Cit.*, pág. 1085 y 1086.

³⁵⁷ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, págs. 243-247 y Thomas, Hugh: *Op. Cit.*, pág. 1085 y 1086.

³⁵⁸ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, págs. 244.

Pocas horas después, a las doce del mediodía de aquella segunda jornada de combates, las tropas fidelistas se encontraban ya fuertemente parapetadas en Playa Larga, con dispositivos antiaéreos firmemente asentados y preparadas para hacer frente a cualquier ataque terrestre, aéreo o marítimo. Mientras tanto, en el puesto de mando de la Brigada 2506, en aquella mañana del martes 18 de abril, parte de la plana mayor de la invasión lograba reunirse en las inmediaciones de Playa Girón para evaluar la complicada situación en la que se encontraban las fuerzas de la Brigada 2506: allí se encontraban Manuel Artime, hombre de la CIA entre los cubanos, responsable máximo del MRR y jefe político de la operación, Erneido Oliva, segundo responsable militar de la invasión, Ramón Ferrer, jefe del Estado Mayor, y San Román, responsable máximo de la operación militar. Este último presidió el encuentro y allí se debatieron las posibilidades de actuación de cara a las próximas horas. Oliva afirmó que, a su entender, las fuerzas de la brigada no podrían sostenerse frente al empuje fidelista desde Playa Larga y San Blas y que lo mejor era romper el cerco y dirigirse por la carretera que se comunicaba a través de la costa con la población de Cienfuegos para desde allí tratar de alcanzar las cumbres del Escambray³⁵⁹.

Oliva, después de enfrentarse contra las fuerzas fidelistas en Playa Larga, consideraba que iba a ser imposible batirlas y que la mejor opción era dirigirse a las montañas del Escambray, donde las fuerzas invasoras podrían organizar la lucha armada y contarían con el apoyo de los grupos de alzados presentes en aquellas cumbres. San Román, que era quien estaba al cargo del operativo militar, desestimó el plan; Cienfuegos estaba demasiado lejos y aquel contingente de hombres tan numeroso sería presa fácil de las milicias y del ejército cubano³⁶⁰. Así pues, la única salida a aquel atolladero en que se había convertido la invasión pasaba por resistir y confiar en que los Estados Unidos intervinieran directamente ante la inminencia del fracaso de la operación y el derrumbe de las tropas invasoras.

San Román parecía totalmente seguro de que los norteamericanos intervendrían finalmente y para incentivarles a que lo hicieran con la mayor brevedad posible facilitó información falsa sobre el desarrollo de las operaciones militares. Las tropas fidelistas, a las doce del mediodía, estaban tratando de establecerse en Playa Larga después de la evasión de las fuerzas al mando de Oliva, y en el frente de Playa Girón el foco de los combates estaba a varios kilómetros de la costa, en torno a la población de San Blas, donde las fuerzas revolucionarias estaban tratando de cruzar la ciénaga a través de aquella angosta carretera para situarse en tierra firme. Sin embargo, a las doce la mañana, San Román radió un mensaje alarmista a sus superiores en Washington: los combates se estaban desarrollando en Playa Girón y las tropas de la brigada 2506 estaban siendo atacadas por T-33 y aviones Mig-15 de fabricación soviética³⁶¹.

Aquella información nada tenía que ver con la realidad, pues los combates sobre Girón todavía se demorarían unas cuantas horas. Ahora bien, lo que resultaba todavía más inverosímil era la presencia de los *Mig* soviéticos en los combates. Era cierto que los cubanos estaban pendientes de adquirir aquellos aviones, pero el primer *Mig* soviético que volaría sobre el cielo de Cuba se encontraba todavía en alguna base de Rusia y el piloto cubano destinado a pilotarlo “*sentado en el aula o en prácticas aprendiendo a pilotarlo*”³⁶².

Aquellas falsas noticias sobre la presencia de los temidos cazas soviéticos rápidamente trascendieron a los medios de comunicación. La prensa franquista, en las referencias a los combates acontecidos en

³⁵⁹ *Ibidem*, págs. 316.

³⁶⁰ *Idem*.

³⁶¹ *Ibidem*, págs. 314.

³⁶² *Idem*.

la segunda jornada de desembarco, colocó a los *Mig* soviéticos en la base aérea de Campo Libertad, La Habana, desde donde partían rumbo al sur de Matanzas para castigar a las fuerzas invasoras³⁶³.

A propagar aquellos rumores contribuyó también el Consejo Revolucionario Cubano o más bien el equipo que trabajaba a la sombra del periodista David A. Phillips, responsable de propaganda de la CIA. En su cuarto boletín informativo, propagado el día 18 de abril, se señalaba que las tropas de “*los combatientes de la libertad cubanos*” estaban siendo atacadas, en la zona de Matanzas, “*por tanques soviéticos pesados y aviones Migs*”³⁶⁴. Aquella fabulosa fuerza de choque soviética había conseguido destruir grandes cantidades “*de suministros de medicinas y equipos*”, valioso “*material humanitario*”, según enfatizaba aquel comunicado, que habría sido destinado a las tropas que luchaban en el interior de Cuba para liberar al pueblo de “*las cadenas del comunismo*”³⁶⁵.

En otro orden de cosas, el Consejo Revolucionario Cubano, a través de aquel cuarto volante informativo, aprovechaba la oportunidad para agradecer “*los innumerables mensajes de apoyo y aliento que llegaban de todas partes del mundo*”³⁶⁶. Lejos de quedarse aquí el comunicado iba más allá al señalar de forma ufana que “*semejante demostración de solidaridad internacional*” era “*la prueba convincente*” de que “*los pueblos amantes de la libertad del mundo rechazaban la esclavitud comunista impuesta por Castro al pueblo de Cuba*”³⁶⁷.

Por lo demás, el boletín seguía señalando, como lo habían hecho sus homólogos en las tres anteriores entregas, que “*los campesinos, trabajadores y milicianos*” de Cuba se estaban “*uniendo al frente de la libertad*” y que estaban ayudando a incrementar el “*área de expansión ya liberada por el comando revolucionario*”³⁶⁸. El comunicado del consejo opositor, haciendo caso omiso de los pesimistas informes que provenían de las tropas contrarrevolucionarias destacadas en Cuba, violentaba la realidad cubana y hablaba de un avance de los invasores que estaba lejos de producirse y de un apoyo internacional que no terminaba de materializarse más allá del ofrecido por los Estados Unidos.

En definitiva, el Consejo Revolucionario Cubano, sin rastro de pudor, presentaba a una Cuba inmersa en la guerra civil y en la que uno de los bandos, el invasor, estaba recibiendo el apoyo internacional y la adhesión de gran parte de la población cubana. Aquello estaba lejos de ser cierto, pues ni había una guerra civil, ni los complotados contaban con las bendiciones de la opinión pública internacional, que no podía ver en ellos otra cosa que lo que realmente eran: tropas paramilitares al servicio de los intereses de la Casa Blanca.

La campaña de infundios montada por los servicios de inteligencia norteamericanos, aquella en la que se hablaba del levantamiento general y en la que se describía a Cuba inmersa en una verdadera guerra civil, comenzó a quedar en entredicho en aquella jornada del día 18 de abril. Aquellas noticias, construidas como un mecanismo de propaganda desinformativa, estaban concebidas para que la invasión pareciera un levantamiento general, pero sólo podían ser efectivas si las tropas fidelistas no conseguían contener el avance de la tropa invasora. En aquel contexto de derrota de la revolución, y sólo en aquel contexto, Estados Unidos podría desembarcar al Gobierno provisional para, tras reconocerlo, presentarlo ante el mundo como fruto del alzamiento cubano frente a “*las hordas comunistas de Fidel Castro*”. Aquella circunstancia, como estamos viendo, no se produjo y rápidamente comenzaron a quedar al descubierto todas las deficiencias de aquella operación.

³⁶³ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6728. Madrid: miércoles, 19 de abril de 1961, pág. 1. Diario.

³⁶⁴ Valdés-Dapena Vivanco, Jacinto: *Op. Cit.*, pág. 47.

³⁶⁵ *Idem.*

³⁶⁶ *Idem.*

³⁶⁷ *Idem.*

³⁶⁸ *Idem.*

Richard Bissell, responsable máximo de aquel operativo, debió de pensar que el problema de Cuba se asemejaba mucho al de Guatemala, algo que evidenciaban la similitud de los medios utilizados por la CIA para resolver ambos conflictos. Evidentemente, el problema cubano era más grave y sobre aquello no parecía haber dudas; la Cuba de Fidel Castro había llegado mucho más lejos de lo que nunca hubiera osado llegar la Guatemala de Árbenz. Sin embargo, el diagnóstico, para los servicios de inteligencia norteamericanos, parecía ser el mismo y, bajo un razonamiento relativamente sencillo, se consideró que el mismo diagnóstico tenía que conducir, necesariamente, a la misma cura. Dadas las circunstancias, si se seguía aquella lógica tautológica, el atolladero cubano podría resolverse si se ejecutaba la estrategia guatemalteca. Sólo se necesitaba más tiempo y más recursos, más dinero y más propaganda, más armas y más apoyo gubernamental; si esto se conseguía, finalmente, Fidel Castro terminaría por sucumbir, como lo había hecho Jacobo Árbenz, para cuyo derrocamiento se habían empleado infinitamente menos recursos de los que se estaban desplegando contra el pertinaz Fidel Castro.

Obviamente, esta predicción estaba lejos de cumplirse y el operativo norteamericano, con su campaña propagandística al frente, estaba comenzando a mostrar sus muchas deficiencias y sus escasos aciertos. La propia prensa franquista, con mejor o peor predisposición, comenzó a ser consciente de esta evidencia y, con la intención de revertir el curso en el que habían entrado las informaciones que llegaban de Estados Unidos, que habían conseguido copiar los rotativos de los diarios occidentales con noticias falsas, comenzó a dar cabida a otro de tipo de fuentes, sobre todo a aquellas que procedían de Cuba, en las que se dejaba al descubierto que la situación no era tan favorable para los invasores como habían apuntado las primeras informaciones provenientes de los Estados Unidos.

En este sentido debe entenderse la publicación en el diario *Pueblo*, el día 18 de abril, del telegrama enviado a Castiella por el ministro interino de Relaciones Exteriores de Cuba, Carlos Olivares Sánchez, en el que se advertía sobre el aluvión de infundios lanzados en la prensa norteamericana sobre los bombardeos del 15 de abril sobre territorio cubano³⁶⁹. Y también las declaraciones del embajador cubano en Moscú, Faure Chomón, quien había declarado en aquella mañana del 18 de abril que los contrarrevolucionarios habían sido rodeados en Bahía de Cochinos por tropas leales a Fidel Castro³⁷⁰. Chomón señalaba igualmente que aquellas eran noticias de última hora, remitidas desde La Habana aquella misma mañana por el presidente Dorticós a través de una conversación telefónica sostenida con el personal de la Embajada cubana en Moscú³⁷¹.

Las declaraciones del embajador cubano en Moscú certificaban lo que pocas horas después comenzaron a difundir los medios de comunicación cubanos: que los invasores se encontraban cercados en Playa Girón y que la batalla entraba en su tramo final y definitivo. Los reporteros de *Bohemia*, a las doce del mediodía de aquella segunda jornada de combates, se encontraban ya en Pálpite, a pocos kilómetros de Playa Larga, y comenzaron a difundir las noticias de la caída del frente invasor situado en Playa Larga.

Por lo demás, con la caída del frente de Playa Larga, comenzaba a hacerse visible el rostro de los derrotados. Algunos heridos entre los asaltantes comenzaban a llegar a los hospitales situados en aquella población de Pálpite y con ellos llegaba también el relato de la lucha, detalles sobre la operación y características sobre las tropas desplegadas en Bahía de Cochinos por la contrarrevolución. Uno de los recién llegados, malherido, afirmó ante los medios de comunicación que el contingente de invasores rondaba los mil quinientos hombres y que se habían retirado de Playa

³⁶⁹ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6727. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 1. Diario.

³⁷⁰ *Idem*.

³⁷¹ *Idem*.

Larga con dirección a Playa Girón³⁷². El joven recién llegado vestía un traje de camuflaje en el que aparecía la simbología de los invasores: “una cruz blanca sobre fondo verde y azul y el número 2506”³⁷³. El escudo que distinguía a las tropas invasoras aparecía con una cruz cristiana de color blanco en el centro, superpuesta por un fondo azul y verde, el mar y la tierra, y encabezado con el distintivo numérico de la brigada, el 2506, número de tropa de uno de los brigadistas fallecido en los campos de entrenamiento meses antes.

Los medios de comunicación cubanos, por primera vez tenían acceso a los antagonistas de la batalla, pues hasta entonces, el relato había sido el de las tropas fidelistas. Sin embargo, con el arribo de los primeros heridos del batallón número dos de la brigada invasora llegaron también los primeros prisioneros liberados y fue entonces cuando comenzaron a salir de Playa Larga camiones cargados con cerca de cien familias que habían permanecido retenidas en las inmediaciones del campo de batalla³⁷⁴. Ellos habían sido las primeras víctimas del desembarco, pues muchos de ellos habían perdido a algún miembro de la familia en las primeras refriegas con los invasores.

La revista *Bohemia*, lanzada a la calle pocos días después de aquellos acontecimientos, presentó un reportaje en el que se siguió de forma detallada la liberación de Playa Larga. Las fotografías del mentado reportaje reflejaban las imágenes de la jornada. En una de ellas aparecían Carlos Rafael Rodríguez, director del diario *Hoy*, y Carlos Franqui, responsable de *Revolución*, repasando mapas con José Ramón Fernández, al que se conocía entre las tropas como “el gallego”³⁷⁵. Otras fotografías presentaban a los hijos de los campesinos heridos o asesinados por la metralla lanzada desde Playa Larga contra tierra firme y desde el aire por la tropa invasora; otras a carboneros y campesinos que se habían enfrentado a los invasores y que habían pagado semejante atrevimiento con la vida³⁷⁶.

La revista *Bohemia* no le ahorraba los horrores de la guerra al lector y señalaba las paradojas de aquel conflicto: los primeros prisioneros de la brigada invasora que iban cayendo en manos de las fuerzas revolucionarias, la mayoría de ellos heridos, pedían clemencia y los campesinos, muchos de ellos padres de los inocentes caídos bajo el fuego enemigo, exigían paredón³⁷⁷. Las imágenes del enfrentamiento eran más que elocuentes y en ellas se mostraba el fenomenal arsenal que habían dejado tras de sí los invasores tras la salida de Playa Larga: bombas de avión, obuses, municiones de todo tipo y calibre; hileras e hileras de implementos militares se alineaban y eran contabilizados por las fuerzas fidelistas en la arena de Playa Larga³⁷⁸. En otras fotografías aparecían los cadáveres de los invasores y de los milicianos y también los de los campesinos que habían caído víctimas del fuego aéreo de las tropas invasoras³⁷⁹.

El reportaje fotográfico de *Bohemia* se construía a través de los caídos, tanto de los invasores como de los defensores; se construía también a través del arsenal de fabricación norteamericana que habían portado hasta Cuba los primeros y, cómo no, se construía también a través del dirigente máximo. Las fotografías de aquel reportaje escenificaban la sintonía entre los anhelos y los sacrificios de la nación y los del hombre llamado a conducirla: Fidel Castro, con boina, pistola al cinto, con el inseparable puro y unas gafas de aumento descomunales, recorría la zona seguido por un nutrido grupo de

³⁷² *Bohemia* (Año LIII). Núm. 17. La Habana: domingo, 23 de abril de 1961, pág. 57. Semanal.

³⁷³ *Idem*.

³⁷⁴ *Idem*.

³⁷⁵ *Ibidem*, pág. 56.

³⁷⁶ *Ibidem*, pág. 57.

³⁷⁷ *Idem*.

³⁷⁸ *Ibidem*, págs. 53 y 57.

³⁷⁹ *Ibidem*, págs. 46, 53 y 57.

milicianos, destinando allí, asesorando allá y haciendo un balance de todo lo recuperado y de todo lo perdido en la contienda³⁸⁰.

Aquel era el final de dos intensos días de lucha para hacerse con aquel enclave costero situado en el fondo de la Bahía de Cochinos. Por lo demás, en el texto que acompañaba a aquel reportaje de *Bohemia*, se relataba el panorama que arrojaba Playa Larga después de la huida de los asaltantes. Los enviados de los medios de comunicación cubanos comenzaban a llegar a Playa Larga cuando todavía no habían sido retirados los vestigios de la batalla y el panorama que contemplaron era dantesco:

*“Playa Larga, otro centro turístico en construcción, presentaba el aspecto de un campo donde era profunda la huella del combate; un tanque nuestro, virado; en trincheras cavadas por los aventureros, aparecían cadáveres de invasores, aplastantemente derrotados por el pueblo uniformado, por la milicia obrera y campesina, por lo valerosos soldados del Ejército Rebelde. En otro hueco, obuses de morteros y cajas de granadas. Durante la marcha se advierte a todos que tengan cuidado con los montones de arena que se divisan a un lado y otro de la carretera. Pueden ser minas puestas por los mercenarios para hacerlas estallar al paso de las tropas revolucionarias. El capitán Fernández monta allí, por indicación de Fidel, el centro de operaciones desde donde se va a dirigir el asalto final a Playa Girón, refugio de los agresores”.*³⁸¹

Efectivamente, desde Playa Larga y San Blas comenzaría pocas horas después el combate para hacerse con el control de Playa Girón, último bastión de los invasores. Eran las doce la mañana y lo único que importaba era asegurar el terreno tan trabajosamente ganado al enemigo, pues antes de avanzar se precisaba asegurar la retaguardia.

Así pues, a las doce de la mañana de día 18 de abril, treinta y seis horas después del desembarco, el grueso de los invasores se encontraba ya cercado en Playa Girón, con los accesos de salida cercenados y sin otra posibilidad que resistir el envite que las tropas fidelistas no tardarían mucho en lanzar. Los invasores se encontraban acorralados y sus patrocinadores comenzaban a correr la misma suerte, pues a esas horas las agencias de prensa ya habían distribuido por medio mundo las advertencias lanzadas por Krushev al Gobierno norteamericano y la oleada de protestas contra los Estados Unidos que se estaban registrando en Latinoamérica, en el bloque socialista y en otros países del mundo.

16.3.5 Del cerco militar al cerco diplomático y propagandístico: Estados Unidos comienza a sufrir los rigores de su controvertida decisión

Estados Unidos estaba perdiendo la iniciativa en el frente de batalla y también en el campo diplomático, pues aquella mañana, el primer ministro soviético y secretario general del PCUS, Nikita Krushev, enviaba un mensaje al presidente norteamericano en el que se le apremiaba a terminar con aquel ataque contra Cuba. La URSS tomaba la iniciativa y solicitaba a Estados Unidos el cese de hostilidades contra Cuba, dando por sentado que la Administración norteamericana se encontraba detrás de la invasión del día 17 de abril.

El jefe del Gobierno soviético, Nikita Krushev, según reflejó *Pueblo* en su primera página, había enviado aquella mañana del martes 18 de abril un mensaje al presidente Kennedy solicitándole que pusiera fin a aquella agresión contra la República de Cuba. La agencia de noticias soviética *Tass* había informado aquella mañana que aquel mensaje había sido entregado en Moscú al encargado de

³⁸⁰ *Ibidem*, pág. 56.

³⁸¹ *Ibidem*, pág. 57.

Negocios de los Estados Unidos en la URSS por el ministro adjunto de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética³⁸².

En el mensaje se señalaba además que, de no suspender la Administración norteamericana el apoyo logístico y material a los invasores, la Unión Soviética facilitaría *“al pueblo cubano y a su Gobierno toda la ayuda necesaria”* para que pudiera rechazar *“el ataque armado del que habían sido objeto”*³⁸³. La situación a la que había llevado Estados Unidos a la Revolución cubana era intolerable y la URSS en respuesta a aquel atropello no podía hacer otra cosa que suministrarle al agredido la ayuda que éste demandara.

En el documento cursado por el primer ministro soviético se señalaba que Moscú, de acuerdo a la doctrina de la coexistencia pacífica que venía sosteniendo en la arena internacional, estaba *“sinceramente interesada en la relajación de la tensión internacional”*, pero que no permanecería impasible ante las agresiones norteamericanas contra Cuba³⁸⁴. Krushev pidió entonces al presidente norteamericano que pusiera fin *“a la agresión”* contra Cuba de forma inmediata, pues de no hacerlo se podía desencadenar un conflicto de mucha mayor magnitud³⁸⁵. Sobre este particular el premier soviético no podía ser más explícito: *«Las técnicas militares y la situación política del mundo son tales que cualquiera de las llamadas “pequeñas guerras” pueden producir una reacción en cadena en todas las partes del mundo»*³⁸⁶.

El mensaje del mandatario soviético mezclaba la petición y la amenaza a partes iguales y señalaba que *“todavía no era demasiado tarde para evitar lo irreparable”*³⁸⁷. El Gobierno de los Estados Unidos, según aseveraba Krushev, estaba todavía a tiempo *“de impedir que se encendiera la llama de la guerra que trataban de prender los intervencionistas en Cuba”*³⁸⁸.

Así pues, todo estaba en última instancia en manos del presidente norteamericano, pues de él dependía, continuaba Krushev, que el conflicto pudiera encauzarse o que la extensión de la conflagración fuera ya imposible de controlar y terminara implicando a los partidarios de la agresión y a sus detractores en un enfrentamiento de incierto final. El mensaje enviado por Krushev era contundente y la prensa franquista, tan poco proclive a reproducir las palabras de los líderes del bloque socialista, consideró que no se podía esquivar la importancia de aquel comunicado y bajo diferentes recetas lo reprodujo en sus diarios³⁸⁹.

Krushev, ausente de la conjura contra Cuba durante varias jornadas, intervenía el día 18 de abril de forma concluyente y lo hacía para invocar el cese de las hostilidades por parte de los Estados Unidos. Krushev finalizaba su alegato dirigiéndose al presidente norteamericano en primera persona, tal y como lo había hecho durante todo el mensaje, para justificar las razones que le habían impulsado dirigirse directamente a Kennedy, único dirigente que podía darle un vuelco al conflicto en aquel momento. Krushev lo expresaba así:

“Me dirijo con este mensaje a usted en una hora de grave peligro para la paz mundial. No es ningún secreto para nadie que las bandas armadas que han invadido Cuba han sido instruidas, armadas y equipadas en los Estados Unidos de América. Que los aviones que

³⁸² *Pueblo* (Año XXII). Núm.6727. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 1. Diario.

³⁸³ *Idem.*

³⁸⁴ *Idem.*

³⁸⁵ *Idem.*

³⁸⁶ *Idem.*

³⁸⁷ *Idem.*

³⁸⁸ *Idem.*

³⁸⁹ *ABC* (Año LIV). Núm.17190. Madrid: miércoles, 19 de abril de 1961, pág. 32. Diario, *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7750. Madrid: miércoles, 19 de abril de 1961, pág. 3. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6727. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 1. Diario.

*bombardearon las ciudades cubanas pertenecían a los Estados Unidos y que las bombas que lanzaron les fueron facilitadas por el Gobierno norteamericano. Todo ello ha provocado una comprensible indignación en el Gobierno y el pueblo soviéticos”.*³⁹⁰

Aquel mensaje fue retransmitido por *Radio Moscú* y a las pocas horas, mientras los cubanos se debatían contra los invasores en Bahía de Cochinos, en la capital soviética marchaban los estudiantes en señal de protesta frente a la Embajada norteamericana. Ciertamente, tal y como reflejaba Kruschev, el pueblo soviético parecía indignado. Sin embargo, los soviéticos no eran los únicos que manifestaron sus protestas. En todos y cada uno de los países de América Latina prendió la ira contra las Embajadas norteamericanas y contra otros símbolos de la presencia estadounidense al sur del Río Bravo. *Bohemia*, *Pueblo*, *El Alcázar* e incluso *ABC* se hicieron eco de este rechazo al intervencionismo norteamericano y, por primera vez en aquellos días, los medios de comunicación franquistas y cubanos parecieron estar de acuerdo en algo: la invasión de las fuerzas contrarrevolucionarias había recibido una contestación multitudinaria en América Latina en forma de protestas, en donde el principal damnificado terminó siendo Estados Unidos.

De este modo, lejos de suceder lo que graciosamente declaraba el Consejo Revolucionario Cubano en su cuarto boletín informativo, es decir, las muestras de apoyo a los invasores, lo que realmente se estaba produciendo era todo lo contrario, el rechazo más absoluto a aquellas fuerzas interventoras y a sus patrocinadores.

Desde Chile a Méjico corrió un aire de protesta que fue difícil de ocultar para propios y extraños. En Santiago de Chile las manifestaciones contra la invasión obligaron a acordonar la Embajada norteamericana para protegerla de los manifestantes que no dudaron en colocar algunos explosivos de baja carga en alguna compañía norteamericana de la capital³⁹¹. Los sindicatos chilenos convocaron una huelga general para el miércoles 19 y las protestas no cesaron en aquella jornada de movilización general. El día 19, según reflejó la revista *Bohemia*, el país se paralizó, pues a la huelga decretada por los sindicatos obreros se unieron las federaciones de estudiantes³⁹².

En Bogotá, los simpatizantes de la Revolución cubana apedrearon la Embajada norteamericana y el Centro Colombiano-Norteamericano; se produjeron choques entre manifestantes y policías y el balance al final de la jornada dejó un reguero de heridos³⁹³. La revista *Bohemia* señaló también enfrentamientos en otras ciudades de la geografía colombiana. En Barraquilla, Cartagena, Medellín y Cali los choques entre los manifestantes y las fuerzas de orden público habían sido tan duros como los de la capital³⁹⁴.

En Caracas, según señaló la prensa franquista, la Cámara de representantes aprobó “por unanimidad” una resolución en la que se condenaba “cualquier intervención armada por parte de un país extranjero en Cuba o en cualquier otro país americano”, pero aquello no contuvo la protesta³⁹⁵. La revista *Bohemia*, muy crítica ya desde hacía meses con el Gobierno de Betancourt, condenó la brutalidad con la que se emplearon los servicios policiales en Caracas. Las detenciones fueron la nota predominante, cualquier sospechoso de simpatizar con la Revolución cubana fue detenido en previsión de males mayores y los que escaparon a la criba y se manifestaron en la calle recibieron tal

³⁹⁰ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6727. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 1. Diario.

³⁹¹ *ABC* (Año LIV). Núm.17190. Madrid: miércoles, 19 de abril de 1961, pág. 36. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6727. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 5. Diario.

³⁹² *Bohemia* (Año LIII). Núm. 17. La Habana: domingo, 23 de abril de 1961, pág. 71. Semanal.

³⁹³ *ABC* (Año LIV). Núm.17190. Madrid: miércoles, 19 de abril de 1961, pág. 36. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6727. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 5. Diario.

³⁹⁴ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 17. La Habana: domingo, 23 de abril de 1961, pág. 70. Semanal.

³⁹⁵ *ABC* (Año LIV). Núm.17190. Madrid: miércoles, 19 de abril de 1961, pág. 36. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6727. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 5. Diario.

trato que las manifestaciones de los días 17 y 18 de abril dejaron como saldo tres muertos y treinta y nueve heridos³⁹⁶.

En Méjico, a pesar del honroso trabajo que estaba haciendo la delegación mejicana a favor de Cuba en la sede de la ONU, no se pudieron contener las algaradas, cien mil personas, según señaló *Bohemia* en sus páginas, se manifestaron en defensa de Cuba en la capitalina Plaza del Zócalo³⁹⁷. En Panamá varios manifestantes intentaron invadir la zona del canal bajo gritos a favor de Cuba y en contra del imperialismo norteamericano. Las autoridades repelieron violentamente la invasión del territorio norteamericano del canal y custodiaron durante aquella jornada del martes 18 la Embajada norteamericana y todos los consulados del país³⁹⁸. Al final de la jornada varios dirigentes estudiantiles y obreros fueron detenidos³⁹⁹.

En Costa Rica las organizaciones populares se concentraron frente a la Embajada cubana para mostrarle su apoyo a la revolución y se comenzaron a reclutar voluntarios para trasladarse a luchar a Cuba si la situación lo demandaba⁴⁰⁰. Además, la actitud mostrada por el expresidente José Figueres frente a la invasión fue reprobada por parte del Parlamento del país⁴⁰¹. En Perú, el Partido Social Progresista y las federaciones estudiantiles organizaron actos en favor de Cuba⁴⁰².

En Buenos Aires la Confederación General de Trabajadores de la Argentina se solidarizó con la Revolución cubana y la Facultad de Filosofía y Letras de la capital abrió sus aulas a los actos de apoyo a la causa fidelista⁴⁰³. En otras ciudades argentinas, como fue el caso de Rosario y Córdoba, diversas instituciones norteamericanas fueron también atacadas⁴⁰⁴. En Guatemala las autoridades repelieron con gases lacrimógenos a los manifestantes frente a la Embajada norteamericana. Sin embargo, en este país las protestas no sólo tenían como blanco al presidente Kennedy, sino también a su propio presidente, Ydígoras Fuentes, debido al papel que estaba jugando en la invasión de Cuba⁴⁰⁵. Las oficinas de la *United Fruit Company* fueron también atacadas y se produjeron daños de diversa consideración en otras compañías norteamericanas⁴⁰⁶. En Montevideo se registraron también algaradas y en La Paz un grupo de asaltantes trató de irrumpir en la Embajada norteamericana y las fuerzas de orden público contuvieron a la multitud con gases lacrimógenos⁴⁰⁷.

En Brasil las manifestaciones a favor de la Revolución cubana fueron también sonadas y el propio presidente Quadros declaró en rueda de prensa que el país se encontraba alarmado ante las noticias que llegaban de Cuba y que era el momento de reiterar el compromiso brasileño con “*los principios de la autodeterminación*” de los pueblos⁴⁰⁸. En declaración oficial, Quadros señaló igualmente que el Ministerio de Asuntos Exteriores brasileño estaba recibiendo instrucciones para obtener información sobre las características de la invasión y que sus misiones diplomáticas en el extranjero estaban trabajando en aquel sentido⁴⁰⁹.

En fin, el continente se volvió un polvorín. Las Embajadas de los Estados Unidos en la mayoría de las capitales latinoamericanas tuvieron que ser custodiadas por las fuerzas del orden público y las

³⁹⁶ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 17. La Habana: domingo, 23 de abril de 1961, pág. 70. Semanal.

³⁹⁷ *Idem*.

³⁹⁸ *Idem*.

³⁹⁹ *Idem*.

⁴⁰⁰ *Idem*.

⁴⁰¹ *Idem*.

⁴⁰² *Idem*.

⁴⁰³ *Idem*.

⁴⁰⁴ *Idem*.

⁴⁰⁵ *Ibidem*, pág. 71.

⁴⁰⁶ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7750. Madrid: miércoles, 19 de abril de 1961, pág. 5. Diario.

⁴⁰⁷ *Idem*.

⁴⁰⁸ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6727. Madrid: martes, 18 de abril de 1961, pág. 5. Diario.

⁴⁰⁹ *Idem*.

autoridades norteamericanas se sumieron en el mayor de los descréditos. Estados Unidos recibía el repudio de los pueblos y ni siquiera consiguió retener el favor de sus Gobiernos. La diplomacia norteamericana no obtuvo la anuencia de las autoridades latinoamericanas y éstas terminaron divididas, las partidarias de apoyar a la Revolución cubana, Méjico, Brasil y Chile, llamaron a la suspensión de la intervención norteamericana en Cuba, y el resto de repúblicas se miraron mucho de hacer una declaración en firme a favor de los Estados Unidos.

Por lo demás, fuera del continente americano, la situación no se mostraba demasiado halagüeña para la diplomacia norteamericana. Como hemos expuesto ya, el bloque soviético y la China popular se mostraron beligerantes y los denominados no alineados, casi en su totalidad, se volcaron con la causa de la Revolución cubana. India, la RAU y Yugoslavia condenaron sin paliativos la invasión de territorio cubano. Las protestas alcanzaron también el mundo anglosajón, pues se registraron choques entre la policía y manifestantes en las ciudades de Londres y Sídney⁴¹⁰. En ambas ciudades varios grupos de trabajadores que protestaban ante las Embajadas norteamericanas fueron abordados por las fuerzas de seguridad, registrándose enfrentamientos de diversa consideración entre manifestantes y policías⁴¹¹.

Para el diario franquista *El Alcázar* aquellas “oleadas de manifestaciones contra los Estados Unidos” que recorrían el mundo habían sido “incitadas por los partidos comunistas” que se movían al servicio de “una campaña ordenada por Moscú”⁴¹². Pueblo apuntó directamente al influyente Partido Comunista Italiano, que se había declarado beligerante en el problema cubano y dispuesto enviar voluntarios entre sus militantes si las tropas de Fidel Castro necesitaban ayuda. Sin embargo, una de las declaraciones más significativas fue la lanzada por Dolores Ibárruri, “La Pasionaria”, a los latinoamericanos y a los españoles el día 18 de abril de 1961⁴¹³.

La Pasionaria, a través de un comunicado de una fuerte carga emocional, lanzó un llamamiento a “*los demócratas, camaradas y amigos de toda América Latina*” y a los pueblos del continente en general para que salieran en defensa de Cuba⁴¹⁴. Según la veterana comunista española, presidenta a la sazón del PCE, luchar por Cuba era luchar “*por la libertad de toda América Latina*”⁴¹⁵. En otros pasajes de su comunicado, Ibárruri hacía un llamamiento a “*los demócratas y antifranquistas españoles*”, a “*los españoles de España y a los españoles de todos los rincones del mundo*”, para enviarles el mismo mensaje: lo prioritario en aquel momento era Cuba⁴¹⁶.

Espanoles y latinoamericanos, según señalaba Ibárruri, tenían ahora una misión común, un proyecto compartido en el que había que volcarse sin reservas: frenar la agresión norteamericana contra el pueblo cubano. La defensa de Cuba era “*la tarea más urgente, la más inmediata, la más humana*”⁴¹⁷. La Pasionaria después de exponer largo y tendido el carácter de la agresión y la dignidad del pueblo cubano volvía de nuevo a dirigirse a todos aquellos españoles que se encontraban en Cuba o en otros puntos de Latinoamérica para que hicieran causa común con la Revolución cubana. La Pasionaria iba incluso más lejos al señalar que la lucha contra el imperialismo era la lucha contra el franquismo y que esta última lucha era parte de aquella. El acoso al franquismo no era más que un episodio dentro de la contienda que los pueblos del mundo tenían que librar contra el imperialismo norteamericano.

⁴¹⁰ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7750. Madrid: miércoles, 19 de abril de 1961, pág. 5. Diario.

⁴¹¹ *Idem*.

⁴¹² *Idem*.

⁴¹³ *España Republicana* (Año XXIII). Núm. 495. La Habana: segunda quincena de mayo, págs. 1 y 11. Quincenal.

⁴¹⁴ *Ibidem*, pág. 1.

⁴¹⁵ *Ibidem*, pág. 11.

⁴¹⁶ *Idem*.

⁴¹⁷ *Idem*.

La Pasionaria hablaba entonces de los vínculos de sangre entre españoles y cubanos, del idioma y la cultura compartida, de la enconada lucha por la democracia que estaban sosteniendo y habían sostenido ambos pueblos y de la necesidad de compartir objetivos. En la lucha contra los agresores imperialistas, según Ibárruri, surgía la lucha de España por sus libertades. Así pues, tal y como señala la combativa militante marxista, “*hacer fracasar los planes imperialistas yanquis sobre Cuba era asestar al franquismo un serio golpe*”, era “*alejar el peligro de una guerra mundial*”, era “*asegurar la paz*”⁴¹⁸.

Dolores Ibárruri hacía un llamamiento a todo el continente y dentro de él a los españoles que allí residían: la causa era Cuba y ella merecía todos los sacrificios. El comunicado finalizaba con un llamamiento a la numerosa colonia española de Cuba para que se unieran a la lucha. Un llamamiento que recordaba aquellas soflamas de la Guerra Civil española; rezaba así:

*“¡Camaradas y amigos españoles que vivís en Cuba! ¡Sed los primeros en la lucha, en el sacrificio, en la resistencia a los agresores imperialistas! Ayudad con todas vuestras fuerzas al pueblo cubano a limpiar su tierra hospitalaria, donde fuisteis acogidos como hermanos, de los detritus del imperialismo: ¡Ayudad a Fidel Castro a defender la soberanía y la independencia cubanas! ¡Fuera de Cuba el imperialismo yanqui! ¡Viva Cuba libre!”*⁴¹⁹

Aquel comunicado, mandato para los miembros y simpatizantes del PCE en Cuba y petición para el resto de españoles, aparecía fechado el 18 de abril de 1961 y fue radiado y difundido en los espacios que la España antifranquista tenía en los medios de comunicación cubanos y también en la publicación de los españoles exiliados: *España Republicana*.

El cerco sobre los invasores a nivel internacional se iba haciendo cada vez más intenso y la diplomacia norteamericana seguía sufriendo la acometida del bloque socialista y de los no alineados en el seno de la Asamblea General. En la tarde del 18 de abril la Unión Soviética había dado forma a una resolución en la que se solicitaba a todos los miembros de la ONU que se abstuvieran de prestar ningún tipo de ayuda a los invasores de Cuba⁴²⁰.

El texto de la resolución soviética constaba de cuatro puntos. En el primero se condenaban, de forma genérica, “*las acciones agresivas de los Estados Unidos y otros países del continente americano*” contra Cuba⁴²¹. Se señalaba igualmente que Estados Unidos y otras repúblicas americanas habían puesto su territorio a disposición de los alzados contra Fidel Castro y que estos países habían financiado, armado y formado a los invasores⁴²². En el segundo de los puntos se exigía “*el inmediato desarme de todos los elementos de las mencionadas bandas en territorio de los Estados Unidos y en los de otros países*” donde, según los informes que obraban en manos del servicio diplomático soviético, seguían reclutándose efectivos para enviarlos a sostener la invasión de Cuba⁴²³. En el tercer punto se hacía un llamamiento a los Estados Unidos y a sus más estrechos aliados en el continente para que dejaran de sostener a los alzados que se encontraban ya en territorio cubano y se solicitaba igualmente que la ONU debía obligar a estos países a que suspendieran la ayuda a los invasores a través de las bases que tenían instaladas en los Estados Unidos y otros puntos del Caribe⁴²⁴. Y en el último de los puntos se pedía a todos los países de la ONU que prestaran la ayuda necesaria al

⁴¹⁸ *Idem.*

⁴¹⁹ *Idem.*

⁴²⁰ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7750. Madrid: miércoles, 19 de abril de 1961, pág. 6. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6728. Madrid: miércoles, 19 de abril de 1961, pág. 5. Diario.

⁴²¹ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6728. Madrid: miércoles, 19 de abril de 1961, pág. 5. Diario.

⁴²² *Idem.*

⁴²³ *Idem.*

⁴²⁴ *Idem.*

Gobierno de Cuba en caso de que la solicitase⁴²⁵. Si Cuba solicitaba ayuda para rechazar la agresión de la que estaba siendo objeto, la ONU tenía la obligación moral de prestársela.

Frente a esta resolución varias repúblicas latinoamericanas, como hemos señalado ya, estaban promoviendo el desvío de la discusión del contencioso cubano al seno de la OEA, y a medida que iban transcurriendo las horas, el tono de la petición se iba haciendo más neutralista con el afán de recabar apoyos de otros países. La resolución latinoamericana solicitaba una estricta neutralidad y en ella se hacía un llamamiento a que se permitiera derivar el debate a la OEA⁴²⁶. Según esta propuesta, el mejor marco para debatir aquel problema eran los organismos americanos.

La propuesta soviética era contraria a la promovida por el grupo de países latinoamericanos. Mientras los primeros apostaban por la máxima implicación de la ONU en defensa de las autoridades legítimas de Cuba, los segundos demandaban la neutralidad absoluta en el contencioso, promoviendo la no intervención a favor o en contra de los detractores o defensores de Fidel Castro en el conflicto cubano. Sin embargo, estas dos proposiciones no eran las únicas en el seno de la Comisión Política de la Asamblea General.

Como se apuntado ya, Méjico, secundado por Brasil y Chile, habían optado por presentar una resolución paralela a la soviética y a la latinoamericana. La delegación mejicana había presentado una resolución en la que se solicitaba oficialmente a los Estados miembros de la ONU el fin del apoyo a los alzados. Méjico demandaba “*el fin inmediato de todas las actividades que pudieran dar como resultado mayor derramamiento de sangre en Cuba*”⁴²⁷. La delegación mejicana exigía también de los Estados miembros de la ONU un compromiso de no intervención: ningún país podía poner “*su territorio y recursos*” al servicio de la promoción de la “*guerra en Cuba*”⁴²⁸. El espíritu de la Carta de la ONU apuntaba a la solución pacífica de los conflictos y, según la delegación mejicana, aquel espíritu estaba reñido con la promoción de grupos insurgentes en territorio cubano.

Aquellas eran las tres posturas que finalmente quedaron reflejadas en el seno de la Asamblea General, dos de ellas claramente hostiles a la posición norteamericana y la proclive, la promovida por varias repúblicas latinoamericanas, había asumido en su articulado tantas clausulas sobre la no intervención que parecía finalmente una condena indirecta a la actitud mostradas por el Departamento de Estado norteamericano. El propio Raúl Roa había promovido aquel disenso dentro del grupo que patrocinaban varias repúblicas latinoamericanas al señalar que aquella propuesta iba en contra de los intereses de los que la promovían, pues con ella aquellas repúblicas “*habían comprado soga para el pescuezo de su autodeterminación, independencia y soberanía al ignorar el principio de no intervención, columna vertebral del sistema interamericano*”⁴²⁹.

Aquellas palabras de Roa, junto a otras de igual naturaleza e intención, movieron el debate en el seno de las delegaciones latinoamericanas y matizaron la adhesión a la propuesta conjunta que promovía el trasvase del contencioso a la OEA. La no intervención, bajo diferentes matices y recetas, quedó vinculada a aquella propuesta, que terminó teniendo como único factor de unión la desviación del conflicto a la deliberación de los organismos americanos.

El día 19 de abril tendrían que seguir discutiéndose aquellas propuestas y la situación de los Estados Unidos, independiente de que fuera casi imposible arrancar una condena en firme contra la diplomacia norteamericana en el seno de la ONU, comenzó a ser dramática, pues prácticamente ningún país se

⁴²⁵ *Idem*.

⁴²⁶ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7750. Madrid: miércoles, 19 de abril de 1961, pág. 6. *Diario y Pueblo* (Año XXII). Núm.6728. Madrid: miércoles, 19 de abril de 1961, pág. 5. *Diario*.

⁴²⁷ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6728. Madrid: miércoles, 19 de abril de 1961, pág. 5. *Diario*.

⁴²⁸ *Idem*.

⁴²⁹ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 17. La Habana: domingo, 23 de abril de 1961, pág. 69. *Semanal*.

comprometió con su postura y los que lo hicieron asumieron tal cantidad de observaciones sobre la soberanía nacional y la no intervención que dejaron a los Estados Unidos huérfanos de apoyos sin fisuras.

16.3.6 La ofensiva final en Playa Girón

El día 18 de abril a primeras horas de la tarde, mientras la carpeta de la delegación cubana en la ONU estaba repleta de telegramas de apoyo procedentes de diversos países del mundo y la opinión pública internacional terminaba decantándose por la causa cubana, las tropas fidelistas decidieron afrontar la contienda final contra los invasores. El tiempo apremiaba y cada hora que pasaba jugaba en favor de la Cuba opositora, que, aunque mermada en su prestigio, seguía contando con la baza del apoyo norteamericano.

De todos modos, el escenario era tan complejo que enmarañaba el análisis que pudieran hacer detractores y defensores de la Revolución cubana, pues si bien era cierto que los invasores todavía conservaban una porción de territorio cubano y que, por tanto, disponían de una base factible para establecer un Gobierno provisional; no era menos cierto que la situación de la Brigada 2506 era cada vez más desesperada, pues, después de treinta y seis horas de combates, no sólo no habían conseguido avanzar sino que se encontraban cercados en Playa Girón.

Así pues, la dirigencia revolucionaria, consciente ya del fenomenal apoyo que les habían dispensado la Unión Soviética, el bloque socialista, los no alineados, parte de los Gobiernos americanos y la totalidad de los pueblos latinoamericanos, se lanzó a dar la batalla definitiva contra los invasores. La presencia de tropas invasoras en territorio cubano jugaba en contra del Gobierno fidelista, pues servía de basamento a todas aquellas informaciones que hablaban de una verdadera guerra civil en suelo cubano. Ante esta realidad, el Gobierno revolucionario decidió acelerar las maniobras militares contra los invasores: más hombres, más armas, más arrojo; esta fue la consigna a seguir. La orden de avanzar hacia Girón, se dio el día 18 de abril pasadas las tres de la tarde. Cuarenta horas después de la invasión, la dirigencia revolucionaria lanzó la ofensiva final contra el bloque de las fuerzas invasoras.

Sin embargo, el avance distó mucho de ser fácil. Las primeras dificultades se registraron muy pronto. En el frente que unía la central Covadonga con San Blas y que conducía a Playa Girón los combates dejaban muchas bajas en el frente revolucionario. La carretera era angosta y las fuerzas fidelistas no habían conseguido situarse firmemente en la franja selvática que separaba la costa de la marisma. La situación parecía más sencilla para el avance desde Playa Larga. Al fin y al cabo, desde Playa Larga a Playa Girón había una carretera que bordeaba la costa y que podía conducir las tropas fácilmente hasta las estribaciones de Playa Girón. Sobre el papel este era el plan, pero rápidamente se constataron las dificultades del avance.

A media tarde, cuando las tropas de milicianos cargados en autobuses surcaban la carretera que desembocaba en la Playa Girón, una escuadrilla de aviones B-26 de la brigada invasora asaltaron al convoy. Ráfagas de ametralladora, cohetes y napalm dejaron al batallón que se dirigía a Girón seriamente dañado⁴³⁰. El saldo de muertos y heridos fue elevado y el ataque ocasionó desconcierto⁴³¹. Minutos antes de emprender la marcha, un grupo había explorado el camino que conducía a Girón y ordenó el avance; en principio, el convoy de milicianos debía tener protección aérea, pero ésta llegó tarde y no pudo evitar el ataque enemigo⁴³². Los autobuses ardieron por completo, se perdió cuantioso

⁴³⁰ Fernández Álvarez, José Ramón: *Op. Cit.*, pág. 252.

⁴³¹ *Idem.*

⁴³² *Idem.*

material y sobre todo se perdieron vidas de milicianos que se habían batido horas antes con valentía en la toma de Playa Larga⁴³³.

El ya mentado José Ramón Fernández, el conocido como “el gallego”, que estaba al mando del frente de Playa Larga, se personó en el lugar de la tragedia, reorganizó las fuerzas revolucionarias, evacuó a los heridos y dispuso que el avance continuara a pie⁴³⁴. La aproximación a la Playa Girón no iba a ser fácil y aquella realidad tenía también su reflejo en el otro frente de combate. En las inmediaciones de San Blas, donde se encontraba el otro bloque de las fuerzas fidelistas, la situación tampoco era sencilla: las fuerzas fidelistas seguían batiéndose contra los invasores y el avance estaba siendo lento y penoso⁴³⁵.

Los combates y escaramuzas entre invasores y defensores continuaron durante toda la tarde y cuando comenzó a anochecer en aquel segundo día de batalla, martes 18 de abril, la cabeza de playa de la brigada asaltante, después de varias horas combate, se había reducido considerablemente. Por el oeste, en el frente que provenía de Playa Larga, las tropas revolucionarias habían conseguido avanzar a pesar del ataque aéreo y se encontraban ya parapetadas en un lugar denominado Punta Perdices, a unos once kilómetros de Playa Girón⁴³⁶. Por el noreste, las tropas revolucionarias, cada vez más numerosas, habían conseguido dejar atrás la zona cenagosa y se encontraban posicionados en las inmediaciones de San Blas, dispuestos para acometer el asalto final a Playa Girón. Entre las tropas fidelistas de este segundo frente y Playa Girón la distancia se había reducido considerablemente. El grueso de las fuerzas invasoras y de las defensoras estaban cada vez más próximos: entre uno y otro apenas había 15 kilómetros de distancia⁴³⁷.

Además, había otros factores que reforzaban la confianza de las tropas fidelistas. Por primera vez desde el desembarco, las fuerzas revolucionarias contaban con un equipamiento bélico similar al de la brigada invasora. Había costado trasladar todo aquel material al frente de batalla y había resultado todavía más complicado emplazarlo en el frente para que las tropas combatientes pudieran hacer uso efectivo del mismo, pero, a última hora del día 18 de abril, las fuerzas fidelistas tenían ya todo dispuesto para ejecutar el avance final. Ahora el Gobierno revolucionario contaba en el frente de batalla con “*tanques, morteros, cañones, ametralladoras pesadas y artillería antiaérea*”; aún no disponía de medios de comunicación para mantener a las dispersas fuerzas informadas sobre los movimientos en los frentes de combate, algo que les situaba en desventaja con el enemigo, que contaba con el material radiofónico suministrado por los Estados Unidos⁴³⁸. Sin embargo, aquella desventaja se suplió con el conocimiento del terreno y con los comunicados y partes de guerra, que fluyeron a través de la ciénaga por medio de un ágil sistema de correo humano⁴³⁹.

Con este equilibrio de fuerzas en lo material comenzó el combate. Durante parte de la noche del día 18 de abril, madrugada del 19, las baterías de cañones dispararon sin descanso sobre las posiciones de la Brigada 2506 y bien entrada la madrugada comenzó el avance de las tropas fidelistas⁴⁴⁰. Ambos frentes, el situado en San Blas y el situado en Punta Perdices comenzaron a avanzar. Las tropas revolucionarias fueron poco a poco conquistando terreno. Sin embargo, la batalla todavía depararía sobresaltos. A las ocho de la mañana, varios aviones de combate, cinco B-26 procedentes de Nicaragua, bombardean la zona del central Australia, donde estaba situada la comandancia general

⁴³³ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 17. La Habana: domingo, 23 de abril de 1961, pág. 57. Semanal y Fernández Álvarez, José Ramón: *Op. Cit.*, pág. 252.

⁴³⁴ Fernández Álvarez, José Ramón: *Op. Cit.*, pág. 252.

⁴³⁵ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 17. La Habana: domingo, 23 de abril de 1961, pág. 57. Semanal.

⁴³⁶ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 322.

⁴³⁷ *Idem.*

⁴³⁸ *Idem.*

⁴³⁹ *Idem.*

⁴⁴⁰ *Idem.*

cubana. Las tropas de la Brigada 2506 se encontraban cercadas y se precisaba un revés para cambiar el destino de la invasión. Dos de los aviones fueron derribados por las defensas antiaéreas revolucionarias, uno de ellos cayó al mar envuelto en fuego y en el otro se identificó a dos norteamericanos a bordo, pruebas irrefutables, por si había alguna duda, de la participación de ciudadanos estadounidenses en la contienda⁴⁴¹.

Al amanecer del día 19, después de aquel revés momentáneo de los bombardeos, comenzó el avance definitivo sobre Girón. Al frente de San Blas y al de Playa Larga, se unió un tercero, comandado por el capitán Emilio Aragonés, que con ocho tanques, una compañía de camiones artillados y la infantería detrás acosó a los invasores por su flanco oriental⁴⁴². Poco a poco, todos los frentes fueron avanzando, Policía Nacional, milicianos y soldados del Ejército Rebelde fueron ganando terreno, cada kilómetro que separaba a las fuerzas fidelistas de Playa Girón fue ganado trabajosamente pero sin retrocesos. El avance era imparable. A las once de la mañana las tropas revolucionarias superaron San Blas y a partir de aquí el frente de Aragonés, que avanzaba por el frente oriental, se unió al que provenía de la central Covadonga⁴⁴³. Las tropas de Playa Larga, poco a poco, se aproximaban a Girón y a media tarde la suerte parecía echada.

En los accesos a Girón se libraron combates encarnizados, hubo muchas bajas. José Ramón Fernández, uno de los hombres de Fidel Castro destacados en el frente de batalla, señaló años después que en los caminos que conducían a la arena de Playa Girón habían caído “*decenas de compañeros en el intento de ocupar las posiciones de los mercenarios*”⁴⁴⁴. El combate final, según los testimonios de la época y los emitidos años después, fue encarnizado y finalmente, a las sesenta y cinco horas y media de iniciarse el desembarco, Girón fue tomado. Las últimas posiciones de la Brigada 2506 en Playa Girón fueron tomadas a las cinco y media de la tarde del día 19 de abril⁴⁴⁵.

Después de sesenta y cinco horas de combate el número de heridos se contaba por cientos y el de las bajas también. No hay consenso en cuanto a las bajas que finalmente arrojó aquel enfrentamiento. Entre los asaltantes el historiador Richard Gott habla de más de cien muertos y mil doscientos detenidos⁴⁴⁶. El periodista español Enrique Meneses habla de mil ciento trece detenidos por las fuerzas fidelistas⁴⁴⁷. Por su parte, Hugh Thomas nos remite a la cifra de mil ciento ochenta prisioneros y ochenta muertos en combate dentro de la Brigada 2506 a lo que habría que sumar entre treinta o cuarenta más durante el desembarco⁴⁴⁸. En lo que se refiere a las tropas cubanas, datos suministrados por la contrarrevolución a finales de 1961 hablaban de poco más de doscientos muertos entre las tropas fidelistas, a lo que habría que unir casi dos decenas de campesinos caídos bajo los bombardeos de la Brigada 2506⁴⁴⁹.

Cifras más recientes vienen a confirmar la información apuntada por Richard Gott. En su edición digital de mayo de 2011, *Granma* habla de que fueron apresados algo más de mil doscientos invasores y que perdieron la vida en el intento de invasión ciento catorce brigadistas. Esta cifra de capturados fue también refrendada por el comandante Manuel Quiñones Clavelo, responsable en el año 1961 de la sección de Información del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. En el año de

⁴⁴¹ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 17. La Habana: domingo, 23 de abril de 1961, pág. 57. Semanal y Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, págs. 324 y 325.

⁴⁴² Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 326.

⁴⁴³ *Ibidem*, pág. 333.

⁴⁴⁴ Fernández Álvarez, José Ramón: *Op. Cit.*, pág. 253.

⁴⁴⁵ *Idem*.

⁴⁴⁶ Gott, Richard: *Op. Cit.*, pág. 298.

⁴⁴⁷ Meneses, Enrique: *Op. Cit.*, pág. 135.

⁴⁴⁸ Thomas, Hugh: *Op. Cit.*, pág. 1089.

⁴⁴⁹ Ruiz, Leovigildo: *Diario de una traición. Cuba 1961*, Librería Cervantes, Miami, 1962, pág. 267-269.

2014, Quiñones Clavelo, con motivo del cincuenta y tres aniversario del desembarco, señaló la cifra exacta de capturados en la Ciénaga de Zapata, mil doscientos cinco⁴⁵⁰.

En cambio, en la defensa del país agredido, según *Granma* cayeron ciento cincuenta y un soldados y milicianos; a los que tendrían que sumarse las bajas sufridas por los bombardeos de los aeropuertos y la Ciénaga de Zapata, ascendiendo así el total de víctimas a ciento setenta y seis.⁴⁵¹

Los datos oficiales asumidos por la Revolución cubana justo después de la invasión los ofreció el día 23 de abril de 1961 el primer ministro cubano. Fidel Castro afirmó que se habían perdido ochenta y siete vidas, una cifra que probablemente llegaría a los cien con el transcurso de los días, según reconoció el propio Fidel Castro⁴⁵². El primer ministro facilitó también una cifra para los asaltantes: al menos ochenta y dos muertos. El balance de heridos era más cuantioso, doscientos cincuenta entre los fidelistas y cuatrocientos cincuenta y ocho entre los atacantes⁴⁵³. En lo tocante a los detenidos las cifras, a cuatro días de la derrota, superaban ya los setecientos⁴⁵⁴.

De todos modos, en lo tocante a los detenidos, aquel recuento facilitado por Fidel Castro subió de forma acusada en los días subsiguientes, pues, aunque el número de prisioneros se contó por cientos a partir de las seis de la tarde del día 19 de abril, muchos consiguieron darse a la fuga.

Algunos invasores intentaron la huida y fueron cayendo prisioneros en el transcurso de la semana. La inhóspita ciénaga se convirtió en una ratonera para los que intentaron huir, circunstancia más que lógica, pues, para las tropas fidelistas, había sido muy difícil alcanzar la posición de los alzados y, por consiguiente, los insurgentes encontraron casi imposible superar el cerco que habían montado las fuerzas fidelistas sobre Playa Girón y los territorios adyacentes. A las pocas horas los detenidos ya superaban el medio millar.

Por lo demás, el gran número de detenidos en las primeras horas, más allá de las complicaciones que presentaba la fuga, resultaba también comprensible: entre muchos de los miembros de la brigada invasora reinaba el desencanto y la predisposición para continuar la lucha en otro punto de la geografía cubana era casi nula. Aquello desactivaba las opciones de optar por la peligrosa huida. Cruzar la ciénaga ante miles de campesinos resentidos y milicianos que habían sufrido las bajas de muchos compañeros era algo poco deseable para unos combatientes que se sentían además traicionados por sus superiores norteamericanos.

Las primeras declaraciones de los vencidos a pie de playa reflejaban aquel desencanto. Todos los capturados señalaron que habían sido “*engañados*”, manipulados y “*embarcados*” en una operación que estaba mal planificada y destinada al fracaso⁴⁵⁵. El estado de ánimo de los recién capturados era el de “*la indignación*”, habían esperado en las playas durante horas más refuerzos y estos terminaron por no llegar⁴⁵⁶. Los corresponsales de la prensa cubana y de la extranjera comenzaron entonces a recoger las primeras declaraciones y algunas de ellas eran más que elocuentes sobre el estado de excitación en el que se encontraban los miembros de la Brigada 2506 después de tres días de duros combates. Uno de ellos, visiblemente molesto ante la traición de la que se consideraba objeto,

⁴⁵⁰ Suarez Ramos, Felipa de las Mercedes, “¿Qué pasó con los mercenarios capturados?”, *Trabajadores* (Año XLIV), Edición Digital, La Habana: domingo, 13 de abril de 2014. Diario. <http://www.trabajadores.cu/20140413/que-paso-con-los-mercenarios-capturados/> (Consultado 10-12-2015)

⁴⁵¹ García Moré, Magali, “Lo más significativo fue la actitud, el derroche de valor y de coraje de los combatientes. Entrevista realizada al General de División José Ramón Fernández”, *Granma* (Año XLVII), Edición Digital, La Habana, 15 de mayo de 2011. Diario. <http://www.granma.cu/granmad/secciones/giron-50/artic-30.html>. (Consultado 10-12-2015)

⁴⁵² *Pueblo* (Año XXII). Núm.6732. Madrid: lunes, 24 de abril de 1961, pág. 6. Diario.

⁴⁵³ *Idem*.

⁴⁵⁴ *Idem*.

⁴⁵⁵ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 17. La Habana: domingo, 23 de abril de 1961, pág. 57. Semanal.

⁴⁵⁶ *Idem*.

escenificó ante los medios de comunicación lo que, probablemente, era el sentir de muchos. Dijo así: “¡Que nos dejen vivos a cinco de nosotros, por favor, que vamos a matar a todos los jefes que nos embarcaron!”⁴⁵⁷

16.3.7 La orfandad de la derrota y la paternidad de la victoria

En la tarde del día 19 de abril las tropas invasoras habían sido finalmente vencidas y los detenidos comenzaban a ser trasladados a diferentes prisiones de La Habana y de otras ciudades de Cuba. Algunos habían conseguido escapar y estaban siendo perseguidos por las tropas milicianas. Sin embargo, todo había acabado ya y poco después Fidel Castro lanzaba un comunicado al pueblo de Cuba en el que se señalaba lo siguiente:

*“La Revolución ha salido victoriosa, aunque pagando un saldo elevado de vidas valiosas de combatientes revolucionarios que se enfrentaron a los invasores y los atacaron incesantemente sin un solo minuto de tregua, destruyendo así en menos de 72 horas el ejército que organizó durante muchos meses el gobierno imperialista de los Estados Unidos”.*⁴⁵⁸

Sin embargo, la prensa franquista, como lo hacía la estadounidense, de la que aquella se nutría, todavía hablaba de los combates y de la guerra civil extendida a todo el territorio. Aquellas noticias estaban fechadas el 19 de abril, la diferencia horaria entre La Habana y Madrid y el contraste entre la salida de los diarios y los acontecimientos en Cuba justificaban este desfase. De todos modos, entre la información publicada y lo acontecido en el frente de batalla había todavía un abismo. El diario *Pueblo*, el 19 de abril, publicaba en su sección de internacionales la imagen de cubanos en los puntos de reclutamiento de Miami, muchos de ellos ya uniformados⁴⁵⁹. Mientras, *El Alcázar* recogía una entrevista a Juan Carlos Espinosa, presidente de la Asociación de Universitarios Cubanos en Madrid, en la que se presentaba una imagen sombría del régimen cubano⁴⁶⁰. Un régimen que estaba a punto de derrumbarse y que arrasaría el país antes de abandonarlo. Espinosa señalaba que aquella era una orden dada por Fidel Castro ante la inminente derrota de sus fuerzas. El comunismo se había hecho cargo de Cuba, según señalaba enfáticamente el representante universitario cubano, y aquello había representado el acta de defunción de la experiencia fidelista.

Sin embargo, lo más relevante de la información publicada en la prensa franquista, era el bombardeo de La Habana, al parecer, según había señalado la oposición cubana, la capital había sido bombardeada en la mañana del día 19 de abril⁴⁶¹. Aquella información falsa, probablemente, fue filtrada tras las incursiones aéreas sobre territorio cubano en la mañana del 19 de abril que habían bombardeado el teatro de operaciones militares en Bahía de Cochinos, pero en ningún caso La Habana.

El presidente Kennedy, a petición de Richard Bissell y el almirante Burke, jefe del Estado Mayor naval y que además contaba con el apoyo directo de Allen Dulles, director de la CIA, autorizó que varios cazas despegaran del portaviones Essex, situado en las inmediaciones de Cuba, para cubrir los bombardeos de los B-26 de la brigada sobre Bahía Cochinos⁴⁶². Sin embargo, los B-26 que procedían de Nicaragua llegaron antes de lo previsto y los cazas norteamericanos no pudieron protegerlos, con las consecuencias que ya hemos expuesto⁴⁶³. Uno de los B-26 de los invasores calló al mar envuelto

⁴⁵⁷ *Idem.*

⁴⁵⁸ Fernández Álvarez, José Ramón: *Op. Cit.*, pág. 258.

⁴⁵⁹ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6728. Madrid: miércoles, 19 de abril de 1961, pág. 5. Diario.

⁴⁶⁰ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7750. Madrid: miércoles, 19 de abril de 1961, págs. 3 y 32. Diario.

⁴⁶¹ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7750. Madrid: miércoles, 19 de abril de 1961, pág. 3. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6728. Madrid: miércoles, 19 de abril de 1961, pág. 1. Diario.

⁴⁶² Thomas, Hugh: *Op. Cit.*, pág. 1089.

⁴⁶³ *Idem.*

en llamas y el otro fue abatido por las fuerzas fidelistas. Fallecieron cuatro pilotos norteamericanos y dos de ellos cayeron en manos cubanas.

Aquel desastre no era más que la constatación de las horas finales de la brigada invasora. Entre las fuerzas de la contrarrevolución y las autoridades norteamericanas había una falta de comunicación alarmante y dentro de estas últimas, el presidente Kennedy y sus más estrechos colaboradores parecían hacer la guerra por su cuenta, al margen de la CIA que era, en última instancia, la que había organizado el desembarco de los batallones de la contrarrevolución en Bahía de Cochinos.

En fin, en la mañana del miércoles 19 de abril, tras dos días intensos de combate, las autoridades norteamericanas eran conscientes de que la operación contaba ya con pocas posibilidades de sobrevivir. En la víspera, Kennedy había respondido al mensaje enviado por Krushev aquella misma mañana y en sus palabras, además de un enconado ataque al régimen cubano, se señalaba que los Estados Unidos no tenían intención “*de intervenir militarmente en Cuba*”⁴⁶⁴.

En la respuesta a Krushev, Kennedy denunció el oportunismo soviético, pues, a su parecer, el caso cubano estaba siendo usado por la URSS para “*inflamar otras zonas del globo*”⁴⁶⁵. El presidente norteamericano señaló igualmente que esperaba toda la cooperación en el ámbito internacional que el mandatario soviético reclamaba a los Estados Unidos. Kennedy hablaba de Laos y del Congo, donde, como hemos señalado ya, el enfrentamiento entre norteamericanos y soviéticos era máximo.

Después de aquel balance internacional, Kennedy continuó apostando, como habían hecho Stevenson en los días previos y en aquella misma jornada, por la inocencia estadounidense y señaló que los Estados Unidos no tenían nada que ver con el contencioso cubano. El presidente norteamericano se aventuró también a señalar que lo que sucedía en Cuba debía entenderse bajo los parámetros que marcaba la lucha por las libertades de los pueblos. Los cubanos, según señalaba enfáticamente el mandatario estadounidense, encontraban “*intolerable la negación de las libertades democráticas*” y difícilmente soportable la suplantación del régimen del 26 de Julio, originalmente defendido por Fidel Castro, por un régimen de prosapia extranjera⁴⁶⁶. Aquella era una afrenta al pueblo cubano y, en consecuencia, el pueblo cubano había respondido al agravio de Fidel Castro con el levantamiento.

Por lo demás, Kennedy seguía mostrándose taxativo en la no intervención: Estados Unidos no intervendría en Cuba, reiteró Kennedy, pero tampoco permitiría que lo hiciera otra potencia extracontinental. Kennedy hizo entonces varias referencias a los tratados interamericanos de defensa y señaló que la no intervención no debía confundirse con la indiferencia. Estados Unidos y el pueblo norteamericano se abstendrían de intervenir militarmente en Cuba, pero no podían ocultar “*su admiración por los patriotas cubanos*”, que luchaban para “*ver establecido en Cuba un sistema democrático en un país independiente*”⁴⁶⁷. Bajo esta premisa irrenunciable, Kennedy cerraba su respuesta a Krushev, señalando que los Estados Unidos no podían “*llevar a cabo acción alguna para debilitar el espíritu de libertad*” que moraba entre la población cubana⁴⁶⁸.

Con aquella respuesta el presidente Kennedy ponía el acento en una remozada Doctrina Monroe, en el régimen parlamentario como única vía admisible para Cuba y en la no intervención militar como principio. Acusaba a Cuba de haberse entregado al comunismo y a la URSS de aprovechar el conflicto cubano para cobrar ventaja en otros puntos conflictivos del planeta. Sin embargo, aquellas afirmaciones en las que se hablaba de que Estados Unidos no era responsable de aquella invasión, no

⁴⁶⁴ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7750. Madrid: miércoles, 19 de abril de 1961, pág. 3. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6728. Madrid: miércoles, 19 de abril de 1961, pág. 1. Diario.

⁴⁶⁵ *Idem*.

⁴⁶⁶ *Idem*.

⁴⁶⁷ *Idem*.

⁴⁶⁸ *Idem*.

convencían ya ni a sus propios partidarios. Kennedy, con aquella respuesta, no hacía más que cimentar las teorías expuestas en el Libro Blanco sobre Cuba, ahondar en aquella idea fértil de la revolución traicionada y poner sobre la mesa su Alianza para el Progreso. Sin embargo, toda aquella retórica contradecía los hechos.

En Bahía Cochinos no se encontraban los más firmes defensores de la Alianza para el Progreso o del fidelismo sin Fidel, sino una mezcla de batistianos y de sectores del ala más conservadora de la sociedad cubana. La operación de Bahía Cochinos estaba condenada al fracaso porque Kennedy defendía en público el fidelismo sin Fidel y enviaba al frente de batalla a todos aquellos que habían tenido una lealtad efímera con la revolución o se habían opuesto directamente a ella. Es más, muchos de los que habían luchado en Bahía de Cochinos contra las fuerzas fidelistas ya lo habían hecho contra los hombres del “26 de Julio” o del “Directorio Revolucionario 13 de Marzo” en las montañas de Cuba.

Como se supo días después, en la mañana del día 19 de abril, cuando los invasores estaban quemando sus últimos cartuchos en Playa Girón, los exiliados de la Junta Revolucionaria descargaron su ira contra el Gobierno norteamericano. Miró Cardona, Ray Rivero y el resto de los líderes del consejo, a excepción de Artime, que se encontraba en Girón como jefe político del desembarco, estaban profundamente decepcionados por la realidad que tenían ante sí. Habían permanecido totalmente aislados y apartados de la toma de decisiones durante el desembarco, no habían podido movilizar a su gente en el interior de Cuba y a aquellas alturas todo parecía indicar que la operación estaba condenada al fracaso.

Con estos nefastos resultados en cartera, los miembros del Consejo Revolucionario cubano se enfrentaron al Gobierno de Kennedy debido a la deficiente conducción de todo el operativo. Arthur Schlesinger y Adolf Berle, parteros del Libro Blanco y mentores también de la Alianza para el Progreso de Kennedy, fueron los encargados de aplacar a los airados y defraudados dirigentes del Consejo Revolucionario Cubano, que, no sin razón, criticaban la penosa puesta en escena de la contrarrevolución y reclamaban “*ataques aéreos y refuerzos*”⁴⁶⁹. Los ruegos de los irrelevantes e ignorados líderes de la contrarrevolución, que tanto había patrocinado el presidente Kennedy para aligerar de la evidente carga derechista a la disidencia cubana, caían en saco roto, pues el presidente Kennedy ya había decidido no involucrarse más en las operaciones militares.

Kennedy asumió en aquel momento que todo había terminado, pues era consciente de que los invasores se batían ya en retirada. Por lo demás, el presidente norteamericano, más allá de lo irreversible del cerco impuesto a los alzados, pudo guiarse también por motivaciones de otra índole en su decisión de no intervenir directamente; quizás por la advertencia de Kruschew, quizás por la convicción propia de que aquel acto de agresión no tenía justificación alguna o quizás por el aluvión de críticas que estaban cayendo sobre el atribulado representante norteamericano en el seno de la Asamblea General. Todo ello pudo tener su peso, pero lo cierto fue que el presidente Kennedy abandonó todo intento de revertir la situación a través de una intervención directa y más decidida contra las fuerzas de Fidel Castro.

La operación estaba así condenada al fracaso y era difícil ya cambiar la naturaleza de los acontecimientos a no ser que Estados Unidos tomara la decisión de desembarcar tropas estadounidenses en las playas cubanas o bombardear de forma masiva el territorio de Cuba. La aventura de la contrarrevolución había fracasado y aquello no hizo más que evidenciarse horas después cuando Fidel Castro dio por sofocada la intentona invasora a través del comunicado al que ya hemos hecho referencia.

⁴⁶⁹ Thomas, Hugh: *Op. Cit.*, pág. 1088.

El diario *Pueblo*, días después, cuando los entresijos de la operación comenzaron a quedar al descubierto, no daba crédito a la cadena de errores en la que habían incurrido las autoridades norteamericanas. Blanco Tobo, en una crónica de finales de abril, comentaba con perplejidad las deficiencias que habían dejado al descubierto los Estados Unidos en los preparativos de aquella invasión anfibia.

Blanco Tobo confirmaba lo que hasta la fecha habían sido rumores, señalaba que las noticias que apuntaban a que el Consejo Revolucionario cubano había estado retenido e incomunicado durante la invasión parecían ser ciertas y que, por tanto, había llegado el momento de “*creer en lo inverosímil*”⁴⁷⁰. Blanco Tobo destilaba una evidente crítica en sus comentarios hacia la Administración norteamericana y no dudaba en señalar que si la invasión hubiera llegado “*a ser un éxito*”, no cabría otra explicación que “*atribuirlo a un milagro*”⁴⁷¹. El enviado de *Pueblo* en Nueva York afirmaba, no sin cierta ironía, que el Consejo Revolucionario cubano, “*en cuyo nombre se había hecho la operación*” y sobre el que “*en principio se descargaron las responsabilidades de la debacle*”, había tenido tanto que ver en el desembarco como el que escribía aquella crónica para *Pueblo* y como aquel que se aprestaba a leerla⁴⁷².

Blanco Tobo, valiéndose de declaraciones oficiales y tomando como referencia lo publicado en aquellas fechas en la revista *Time*, señalaba que Miró Cardona, junto al resto de dirigentes del consejo, habían sido trasladados desde Nueva York a Florida en la víspera del desembarco y que allí habían permanecido “*incomunicados mientras duraron las noticias de la invasión*”⁴⁷³. La radio y la prensa habían sido su fuente de información, como lo habían sido “*para cualquier vecino de Nueva York*”⁴⁷⁴. Por lo visto, según señalaba un sorprendido Blanco Tobo, aquella “*manifiesta falta de confianza en el Consejo*” y confinamiento subsiguiente habían enfurecido tanto a los miembros de aquella organización “*que trataron de evadirse para protestar ante el coordinador de la política hispanoamericana de la Administración Kennedy, Adolf Berle, y ante el Consejero especial de la Presidencia Arthur Schlesinger*”⁴⁷⁵. Las protestas de los miembros del consejo ante aquellos dos miembros del Gobierno estadounidenses fueron tan airadas que finalmente fueron devueltos a Washington aquel mismo día 19 de abril, cuando las noticias del frente no podían ser más negativas, y recibidos por el presidente Kennedy⁴⁷⁶.

Tobo no aireaba las conversaciones que Miró Cardona y sus correligionarios habían tenido con el mandatario norteamericano, pero lo que sí exponía, cargándose de razones, era la irrelevancia de aquel Gobierno en la sombra tan promocionado desde la Casa Blanca. Su única función, señalaba Blanco Tobo cargando una vez más las tintas sobre la ironía, había consistido “*en firmar el comunicado dando cuenta del fracaso de la operación*”⁴⁷⁷.

Las noticias que se comenzaron a filtrar en la semana siguiente al fracaso de la invasión no hacían más que dejar al descubierto el despropósito de todo aquel operativo. Blanco Tobo hablaba también de algunos de los escasos hombres que habían conseguido hacerse a la mar tras el fracaso de la invasión, para salvar así el cerco fidelista y la captura. Entre aquellos evadidos de Playa Girón

⁴⁷⁰ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6736. Madrid: jueves, 27 de abril de 1961, pág. 5. Diario.

⁴⁷¹ *Idem*.

⁴⁷² *Idem*.

⁴⁷³ *Idem*.

⁴⁷⁴ *Idem*.

⁴⁷⁵ *Idem*.

⁴⁷⁶ *Idem*.

⁴⁷⁷ *Idem*.

abundaban los relatos del desastre, una operación de desembarco que se había torcido ya desde el primer momento con el hundimiento de varios buques y el ataque aéreo de las fuerzas fidelistas⁴⁷⁸.

Blanco Tobo, no sin razón, señalaba que la opinión internacional había estado deficientemente informada sobre lo que había detrás de la invasión y que aquella estrategia de aislar al Consejo Revolucionario Cubano no podía haber sido más contraproducente para los intereses de la oposición cubana, pues había dejado a los agentes anticastristas del interior del país totalmente aislados del exterior, sin noticias de lo que realmente estaba sucediendo en Cuba y, sobre todo, sin dirección y órdenes de sus superiores en el exterior.

De aquella “*sorprendente historia*”, se infería, según señalaba Blanco Tobo, que la principal organización clandestina en el interior de Cuba, el MRP de Manolo Ray, se había quedado aislada del exterior y a merced de las fuerzas fidelistas⁴⁷⁹. Ray, hombre predilecto de la Casa Blanca, se había quedado sin la posibilidad de dar instrucciones a sus lugartenientes en la isla, desmovilizándose así a uno de los grupos más capacitados para promover “*la acción subversiva en el interior*”⁴⁸⁰. Aquella decisión de dejar a Ray Rivero al margen de las operaciones era incomprensible, sobre todo si se atendía a aquella máxima, publicitada con profusión, en la que se señalaba que la acción invasora no podía prosperar si no se contaba con la implicación activa de los grupos anticastristas que operaban en el interior de Cuba.

Tobo no profundizaba en aquel aspecto, pero reiteraba una y otra vez en aquella crónica, su incomprensión frente a aquella nefasta decisión. Al sagaz periodista español le faltaban quizás detalles de los preparativos de aquella conjura y, sobre todo, parecía desconocer las cuitas que existían entre la Casa Blanca y CIA por llevar la batuta en aquella operación. Ray Rivero, como hemos apuntado ya en diversas ocasiones, era el hombre de la Casa Blanca, el predilecto de Kennedy y de sus más estrechos colaboradores. Sin embargo, en las playas de Matanzas había desembarcado como jefe político de los invasores, Manuel Artime, el consentido de la CIA y el director del MRR, antagonista en la acción terrorista en el interior de Cuba del MRP, organización que respondía a los dictados de Ray Rivero.

De todos modos, más allá de este apunte, las conclusiones de Blanco Tobo en aquella crónica caían por su propio peso. Estados Unidos tenía sus propios planes para Cuba y en ellos no parecían caber unos políticos que podían entorpecer el desarrollo y la configuración de la Cuba poscastrista. De todos modos, aquella evidencia, no era óbice para pasar por alto la cadena de infundios, desinformación y pasajes inexplicables que había tenido la operación de Bahía de Cochinos.

La información publicada durante los días del desembarco se había desenvuelto por unos derroteros que contradecían de forma flagrante la realidad y en aquella marea propagandística de infundios, consciente o inconscientemente, habían participado los medios franquistas. En la noche del 18 al 19 de abril, cuando todo apuntaba al desplome de las fuerzas invasoras, la prensa franquista seguía insistiendo en el éxito de la operación y así lo reflejó en sus páginas en la jornada del día 19, haciendo caso omiso de lo que la realidad internacional comenzaba a certificar de forma evidente.

El día 19 de abril la opinión pública internacional conocía ya la respuesta del presidente Kennedy a su homólogo soviético y aquella misma jornada, la delegación norteamericana en la ONU seguía soportando el rechazo casi mayoritario de la Asamblea General. La situación era tan desesperada para los intereses de los Estados Unidos que el propio representante estadounidense ante la Asamblea General, Adlai Stevenson, envió un telegrama directamente al presidente Kennedy y al ministro de

⁴⁷⁸ *Idem.*

⁴⁷⁹ *Idem.*

⁴⁸⁰ *Idem.*

Estado para exponerles la encrucijada en la que se encontraban los Estados Unidos. En aquel telegrama Stevenson no podía ser más explícito en sus conclusiones. El telegrama en cuestión comenzaba por señalar lo que era ya evidente en los medios cubanos: *“El ambiente en las Naciones Unidas entre nuestros amigos y neutrales es muy insatisfactorio y extremadamente peligroso para la posición estadounidense en el mundo. Los soviéticos y los cubanos de Castro han sido capaces de captar y mantener hasta ahora la iniciativa moral”*.⁴⁸¹

Ante aquella debacle, Stevenson demandaba una posición más activa del Departamento de Estado, solicitándole a Dean Rusk que moviera la diplomacia norteamericana, que realizara *“contactos inmediatos con las capitales”* de los países aliados y que se tratara de conseguir algún discurso favorable a la posición estadounidense⁴⁸². Stevenson señalaba igualmente que el prestigio de los Estados Unidos estaba seriamente dañado y que aquella situación se hacía especialmente visible en América Latina.

El delegado norteamericano señalaba que tenían en contra a todos los países socialistas, también a los neutrales y que las influencias de la delegación norteamericana no estaban consiguiendo hacer meya en los representantes latinoamericanos, que temían pronunciarse debido a *“las repercusiones internas de la lucha en Cuba en sus propios países”*⁴⁸³. La invasión debía triunfar en cuestión de horas: *“en cuestión de horas”*, repetía con insistencia un acosado Stevenson en su telegrama⁴⁸⁴. Además, tema no menor, solicitaba argumentos de peso, una frase que consiguiera oponerse, *“en cuestiones de derecho internacional e interamericano”*, a la opinión mayoritaria extendida en la Asamblea General *“de que apoyar, instigar y organizar desde el exterior”* era *“tan culpable como intervenir”*⁴⁸⁵.

El telegrama de Stevenson, teñido de desesperación y fatalismo, terminaba señalando lo que probablemente pensaban ya los hombres más próximos a Kennedy y el propio presidente norteamericano, que el fracaso era preferible a la intervención directa, pues entonces la posición de Estados Unidos sería todavía mucho más difícil de defender. Stevenson lo expresaba así:

“Ocurra lo que ocurra, entramos en un período de graves problemas políticos. Desde el punto de vista de la posición de Estados Unidos en el mundo, según se refleja en Naciones Unidas, la intervención abierta en Cuba, después de todo lo que hemos dicho, probablemente sea peor que el fracaso del intento actual”.⁴⁸⁶

La situación transmitida por el delegado norteamericano en la ONU estaba plenamente en sintonía con lo que realmente estaba sucediendo. En aquellas horas, el delegado de la URSS en la ONU, Valerian Zorin, reiteraba en el seno de la Asamblea General el compromiso de su país con la causa cubana. La URSS defendería a Cuba de la agresión y les suministraría a los dirigentes cubanos lo que demandaran para defenderse de la agresión norteamericana. Algo que certificaba el diario *Pravda* en aquella misma jornada a través de un comentario editorial⁴⁸⁷. Mientras tanto, Kennedy campeaba el temporal con los dirigentes del Consejo Revolucionario cubano, irritados ante la falta de consideración que la Administración norteamericana había mostrado ante el que estaba llamado a erigirse en nuevo Gobierno de Cuba, y Stevenson, remitía un mensaje desesperado al Dean Rusk y al propio presidente en el que se exponía sin ambages lo delicado de la situación estadounidense en el seno de la ONU. Pocas horas después, se produciría la desbandada de los invasores en Playa Girón.

⁴⁸¹ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 264.

⁴⁸² *Idem.*

⁴⁸³ *Ibidem*, págs. 264 y 265.

⁴⁸⁴ *Ibidem*, pág. 265.

⁴⁸⁵ *Idem.*

⁴⁸⁶ *Idem.*

⁴⁸⁷ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6729. Madrid: jueves, 20 de abril de 1961, pág. 1. Diario.

Sin embargo, el día 20 de abril, cuando todo había acabado ya, la prensa franquista todavía no daba por finalizada la “guerra civil cubana”, Blanco Tobo emitía su crónica desde los pasillos del edificio de la ONU en Nueva York y señalaba que, en conversaciones privadas, los delegados de varios países occidentales veían poco probable que los Estados Unidos permitieran que fracasara de forma definitiva la intentona, pues aquello supondría “*un tremendo golpe para el prestigio de los Estados Unidos en toda Hispanoamérica y la elevación de Fidel Castro, sobre el pavés de una gran victoria militar de su régimen, como figura legendaria*”⁴⁸⁸.

Los delegados occidentales en la ONU reiteraban entre bastidores aquella convicción de que la Administración norteamericana no dejaría desamparados a los invasores, según reflejaba Blanco Tobo en las páginas de *Pueblo*, pues resultaba difícil de creer que los Estados Unidos se permitieran el lujo “*de no contestar a noventa millas de su territorio lo que Rusia estaba edificando en Cuba a nueve mil millas del suyo*”⁴⁸⁹. Blanco Tobo no mencionaba por su nombre a ninguno de los delegados que se habían hecho partícipes de aquella teoría, pero señalaba que los Estados Unidos se encontraban en una encrucijada sumamente complicada y que la caída de los invasores contribuiría, más si cabe, a hacer su situación todavía más difícil.

Así pues, la solución de aquel galimatías no era nada sencilla: la no intervención supondría el fin de la aventura de los desembarcados y la intervención dejaría al descubierto que las palabras de Kennedy en las últimas horas eran papel mojado y que la posibilidad de una conflagración mundial podía desatarse. Sin embargo, algo resultaba ya evidente, como reconocía sin ambages el periodista español, la Casa Blanca, el Departamento de Estado y Stevenson estaban sosteniendo en público exactamente lo contrario de lo que unánimemente estaban afirmando “*la prensa, la radio y la televisión norteamericanas*”⁴⁹⁰. Los medios de comunicación estadounidenses estaban facilitando a través de dosis masivas de reportajes, entrevistas, programas y declaraciones “*meticulosa y detallada información sobre la parte que los Estados Unidos habían tenido y estaban teniendo en los planes de los invasores*” y esta información dejaba al descubierto lo que era ya verdad irrefutable para amigos y enemigos de la Revolución cubana: los Estados Unidos estaban detrás de la invasión del territorio cubano⁴⁹¹.

Por lo demás, Blanco Tobo señalaba que todo eran incertidumbres y señalaba sin tapujos que el desconcierto y la falta de información contrastada había sido la tónica general en las noticias vertidas en los últimos días sobre la dichosa invasión. Unos comenzaban a hablar del fracaso de los insurrectos, entre estos estaban los sectores partidarios de las fuerzas fidelistas, y otros del éxito de los invasores, y aquí se encontraban los núcleos proclives a defender a las huestes contrarrevolucionarias. Así pues, ante la divergencia entre las informaciones procedentes de Washington y La Habana había que rendirse y asumir que “*las espadas seguían todavía en alto*”, señalaba Blanco Tobo, y “*la confusión arreciando*”, apuntillaba a continuación⁴⁹².

Todo lo relacionado con la situación de Cuba, según señalaba *Pueblo* en sus páginas, había sido “*un lio espantoso desde el principio y amenaza con serlo hasta el final*”⁴⁹³. La situación era todavía ciertamente confusa en la mañana del día 20 de abril y, según aseguraba Tobo, aquella confusión no permitía un diagnóstico definitivo. En Cuba, según el cronista de *Pueblo*, se abrían tres alternativas de cara al futuro inmediato: “*una Hungría de rápida extensión, una Guatemala de desenlace*

⁴⁸⁸ *Ibidem*, pág. 2.

⁴⁸⁹ *Idem*.

⁴⁹⁰ *Idem*.

⁴⁹¹ *Idem*.

⁴⁹² *Idem*.

⁴⁹³ *Idem*.

fulgurante, tras días de muchas alternativas, o una larga y sangrienta Corea”⁴⁹⁴. Tres variantes del conflicto general de la Guerra Fría en la que se había visto envuelta Cuba por mor del desarrollo de su proyecto revolucionario.

Al análisis de Tobo no le faltaba carga analítica, pero como en tantas otras ocasiones se estaba sobrevalorando la incidencia de la URSS en el conflicto. En las playas cubanas, las milicias, la policía y los soldados del Ejército cubano habían puesto en fuga a los invasores cuando Tobo escribía aquella crónica y lo habían hecho con armamento procedente del este, pero también con otro de fabricación norteamericana. Los *Migs* soviéticos no habían participado en la batalla, como aventuraban todas las crónicas, sino que Cuba se había defendido con aviones norteamericanos y británicos.

La victoria era del pueblo cubano, única y exclusivamente del pueblo cubano. Así pues, las referencias a Corea no parecían de lo más oportunas, pues la inclusión de la URSS en el conflicto cubano fue coyuntural y moral, tardía y no era imperativa para la dirigencia cubana. Sin embargo, aún parecían menos pertinentes aquellos planteamientos que remitían al caso de Hungría. Cuba no había tenido nunca un sistema político económico como el estadounidense, sino un régimen de dependencia casi total y una inestabilidad política que había combinado largos períodos de dictadura o semi-dictadura con efímeros períodos democráticos. Guatemala era la única referencia oportuna en el análisis de Tobo y los hombres involucrados en la dirección norteamericana de la invasión, muchos de ellos curtidos en la contienda guatemalteca, así parecían certificarlo. La estrategia utilizada por Estados Unidos en Cuba respondía a la táctica militar desplegada en Guatemala, pero la evaluación realizada por los servicios de inteligencia norteamericanos sobre las condiciones objetivas de la Revolución cubana, en cuanto a su implantación popular y fuerza internacional, había sido claramente deficiente; pues Cuba no era Guatemala y aquí residían las razones del fracaso norteamericano frente Fidel Castro.

El diario *Pueblo*, el día 20 de abril, hablaba de la invasión en clave de presente, como si la aventura de los invasores estuviera viviendo todavía sus momentos culminantes, cuando era evidente que ya había terminado. El diario sindicalista recogía en sus titulares de la primera página que los invasores habían sufrido un revés, pero que la lucha continuaría en las montañas del Escambray y en otros puntos de la geografía cubana⁴⁹⁵.

Pueblo enviaba así un mensaje ambivalente que era fruto, más que de los éxitos de los invasores, imposibles de certificar y fáciles de rebatir, de la sospecha de que los Estados Unidos seguirían nutriendo las filas de los insurrectos. Sin embargo, los boletines informativos del Consejo Revolucionario Cubano, o más bien los volantes de información difundidos en su nombre, estaban ya teñidos de pesimismo. Efectivamente, tal y como reflejaba *Pueblo*, los boletines del Consejo Revolucionario hablaban de una nueva fase en la lucha, desplegada ya fuera de la ciénaga de Zapata, lejos de Bahía de Cochinos⁴⁹⁶, lo que dejaba al descubierto, que aquella cabeza de playa tan trabajosamente defendida durante tres días y dos noches había caído en manos de las tropas fidelistas. Aquellos boletines hablaban de la continuación de la lucha en el Escambray y de que la guerra por la liberación de seis millones de cubanos continuaría.

En los dos boletines informativos lanzados por el Consejo Revolucionario en la jornada del 19 de abril se hablaba, sin rubor alguno, de la lucha de los invasores contra las “*armas soviéticas al mando de asesores soviéticos*”⁴⁹⁷. Los boletines no hablaban ya de las fuerzas de Fidel Castro, sino de los tanques y las piezas de artillería soviéticas y de los continuos ataques de los *Migs* sobre las heroicas

⁴⁹⁴ *Idem*.

⁴⁹⁵ *Ibidem*, pág. 1.

⁴⁹⁶ *Idem*.

⁴⁹⁷ Valdés-Dapena Vivanco, Jacinto: *Op. Cit.*, pág. 49.

fuerzas invasoras⁴⁹⁸. Aquellos dos últimos boletines resultaban, ciertamente, difíciles de asimilar para la opinión pública norteamericana, pues informada ya como estaba de la implicación estadounidense en la invasión, el Consejo Revolucionario, o los agentes de la CIA que hablaban en su nombre, evocaban una guerra en la que un grupo de alzados en el interior de Cuba se enfrentaban a un ejército soviético en territorio cubano. En fin, un relato de difícil digestión incluso para los más entusiastas defensores de la expedición invasora.

Por lo demás, *Pueblo*, no pasaba por alto la versión cubana de que la invasión había sido aplastada, según había señalado el propio Fidel Castro en la víspera. En la mañana del día 20 de abril, las estaciones de radio cubanas hablaban ya abiertamente de la victoria sobre las tropas invasoras y se hacían eco del comunicado del Gobierno cubano en el que se señalaba que los contrarrevolucionarios habían sido derrotados el día 19 de abril a las cinco y media de la tarde, cuando las tropas fidelistas habían conseguido tomar las últimas posiciones de los insurgentes en Playa Girón⁴⁹⁹. *Pueblo*, sin entrar en mayores disquisiciones, más allá de los atinados análisis que desprendía la avezada pluma de Blanco Tobo, se limitaba a señalar las versiones de unos, los revolucionarios, y de los otros, los “contras”, pero sin acertar a definir claramente en donde se encontraba realmente la versión más atinada.

Por su parte, *El Alcázar* iba más allá que el diario *Pueblo* y no reflejaba dudas sobre la buena fortuna de los alzados. La confianza de *El Alcázar* en el éxito de la invasión parecía no tener límites y haciendo gala de un optimismo militante y casi militar pasaba por encima de la realidad al señalar en aquella jornada del día 20 que la victoria del frente invasor terminaría por llegar.

La información vertida por *El Alcázar* difería radicalmente de lo que estaba aconteciendo en el interior de Cuba y aquello tenía una explicación. Su fuente de información provenía, casi en exclusiva, de los medios de información norteamericanos, pero, además, contaba con la inestimable información que facilitaban los grupos de la contrarrevolución cubana radicados en España.

El matutino madrileño dio voz en aquella jornada del 20 de abril al representante del MRR de Manuel Artime en Madrid, un tal Oscar Miñoso Bachiller, quien aseguraba que el desembarco se había realizado conforme al plan previsto y que no eran ciertas las últimas noticias vertidas por el Gobierno cubano en las que se hablaba de la derrota de los alzados⁵⁰⁰. Oscar Miñoso señalaba también que Fidel Castro había disparado contra el Che en una discusión que había tenido lugar tras el desembarco de las tropas anticastristas y que el caos era la nota predominante en Cuba⁵⁰¹. Aquellas noticias se hacían eco de un accidente que había sufrido el Che al disparársele su pistola personal y herirle en el cuello⁵⁰²; sin embargo, aquel accidente, entre los grupos de la disidencia de Miami se había traducido en una reyerta entre Fidel Castro y el Che. En fin, el relato del MRR en Madrid no podía ser más fantástico y en él se hablaba del buen ánimo de las tropas y de la “*armonía y unión*” imperante entre los invasores⁵⁰³.

Oscar Miñoso hablaba además de la estrecha colaboración que existía entre el MRR, al que él representaba en Madrid, la Triple A de Aureliano Sánchez Arango, el Frente Revolucionario Democrático, organización que como se recordará había antecedido al Consejo Revolucionario

⁴⁹⁸ *Ibidem*, págs. 47-49.

⁴⁹⁹ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6729. Madrid: jueves, 20 de abril de 1961, pág. 1. Diario.

⁵⁰⁰ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7751. Madrid: jueves, 20 de abril de 1961, págs. 3 y 6. Diario.

⁵⁰¹ *Ibidem*, pág. 3.

⁵⁰² Taibo II, Paco Ignacio: *Op. Cit.*, págs. 443.

⁵⁰³ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7751. Madrid: jueves, 20 de abril de 1961, pág. 3. Diario.

Cubano y en la que no estaban integrados ni Miró Cardona ni el MRP de Ray Rivero, y la Organización Auténtica de Carlos Prío Socarrás, antiguo presidente de la Cuba prerrevolucionaria⁵⁰⁴.

Los comentarios de Oscar Miñoso dejaban al descubierto la poca aceptación que tenía entre algunos sectores de la contrarrevolución el flamante Consejo Revolucionario, que, como hemos señalado, parecía ser simplemente un puro ornamento dentro de la estrategia cubana y latinoamericana de la Administración estadounidense. El Consejo Revolucionario, al que ni siquiera hacía mención Oscar Miñoso, no era más que el mascarón de proa que daba cobertura al libro Blanco sobre Cuba, pero que, a la hora de la verdad, ni siquiera había tenido presencia en la operación de Bahía de Cochinos. El jefe político de esta operación era Manuel Artime y nadie mejor que su representante en Madrid para ofrecer el parte de batalla.

Así lo entendió *El Alcázar* que desde sus páginas dio pábulo a cuanto tuvo a bien contar el tal Miñoso. El delegado del MRR en Madrid centró su entrevista en desmentir las noticias difundidas por Fidel Castro en las que se hablaba de la derrota de los invasores. Aquella información presente ya en los medios de comunicación de todos los países iberoamericanos debía ser rebatida y no sólo a través de la prensa y otros medios de comunicación. Con este fin, señalaba Miñoso, se había emprendido una campaña, llevada a cabo por un grupo de mujeres cubanas, para desmentir aquellas noticias que hablaban del fin de la oposición en Cuba. Aquel grupo de mujeres estaba recorriendo todas las Embajadas de Madrid para informar sobre el progreso de la lucha contra Fidel Castro y sobre la batalla que estaban librando “*los patriotas cubanos*” en toda la isla⁵⁰⁵.

Miñoso señalaba igualmente que muchos de los desembarcados en Bahía de Cochinos ya se encontraban en el Escambray y que se habían unido a los guerrilleros que operaban en aquella zona, reforzando así la lucha en el interior de Cuba⁵⁰⁶. El informe del representante del MRR señalaba igualmente que las tropas de Fidel Castro estaban armadas con pertrechos soviéticos en cantidades ingentes y que a pesar de ello los disturbios seguían produciéndose en La Habana⁵⁰⁷. La represión del Gobierno cubano estaba siendo fuerte pero no se había conseguido terminar con las revueltas. Miñoso hablaba también de la partida hacia territorio cubano de un grupo de exiliados residentes en Madrid, que habían tomado un vuelo a Estados Unidos en la víspera para incorporarse al frente de combate en el interior de Cuba⁵⁰⁸. Los grupos de la disidencia radicados en Madrid, según aseguraba Miñoso, estaban en contacto permanente con sus compañeros de Miami y apoyaban a las organizaciones anticastristas en todo lo que demandaban⁵⁰⁹. Ahora lo que se precisaba era combatientes y por eso muchos exiliados en Madrid partían con destino a Miami para integrarse en la lucha.

El informe del delegado del MRR en Madrid no podía ser más optimista, las tropas que habían desembarcado para combatir al comunismo estaban bien preparadas, estaban dando la batalla en el interior de Cuba y seguirían haciéndolo hasta el final del régimen castrista. Miñoso hablaba igualmente de la implantación del comunismo en Cuba, muy escasa según su parecer, pues el número no llegaba a los quinientos⁵¹⁰. Sin embargo, tenían contactos desde hacía años con los hermanos Castro y con otros dirigentes cubanos y habían conseguido ocupar cargos importantes en la dirección de los sindicatos⁵¹¹.

⁵⁰⁴ *Idem.*

⁵⁰⁵ *Ibidem*, págs. 3 y 6.

⁵⁰⁶ *Ibidem*, pág. 3.

⁵⁰⁷ *Idem.*

⁵⁰⁸ *Idem.*

⁵⁰⁹ *Idem.*

⁵¹⁰ *Ibidem*, pág. 6.

⁵¹¹ *Idem.*

Miñoso señalaba también que Fidel Castro tenía gente infiltrada entre los hombres de la oposición y que ellos eran los encargados de falsear los hechos. Cuba se había dotado de un servicio de contra-propaganda muy eficiente y aquello, según enfatizaba el exiliado cubano, estaba generando gran confusión entre los partidarios de derrocar a Fidel Castro. Por lo demás, el representante del MRR no negaba que “*las fuerzas patrióticas*” habían “*sufrido grandes reveses*”, pero aquello no era óbice para que la lucha por la liberación de Cuba se hubiera abortado, muy al contrario sería reforzada en los próximos días⁵¹². Miñoso afirmaba también con rotundidad que el MRR y otras fuerzas de la oposición contaban con células en el interior de Cuba y que entre sus integrantes había muchos milicianos de las fuerzas fidelistas⁵¹³.

El representante del MRR aportaba también otros detalles de interés, pues señalaba que el 24 de mayo se realizaría en Quito una conferencia de la OEA y que se confiaba en que para aquella fecha hubiera ya un nuevo Gobierno en Cuba⁵¹⁴. Aquella era una fecha clave para la contrarrevolución y Miñoso, hablando en nombre no sólo del MRR, sino del resto de exiliados cubanos de Madrid, aseveraba que la victoria estaba cerca y que la actitud y el patriotismo de los combatientes en suelo cubano hacía presagiar los mejores augurios para Cuba.

El Alcázar no sólo daba voz en sus páginas a la formación que capitaneaba Manuel Artime, destinado a ser el nuevo Fidel Castro si la invasión conseguía imponerse a las fuerzas fidelistas, sino que ofrecía también espacio a los simpatizantes de Batista. Al frente de ellos se encontraba Rosendo Canto, un hombre que había tenido cierto protagonismo en Madrid tras la caída del régimen de Batista. Canto se había desempeñado como embajador cubano en Formosa y Costa Rica durante el período batistiano y en aquel momento era director de la publicación anticastrista más importante de España: una publicación que respondía al nombre de *Acción Cubana*⁵¹⁵. Las relaciones a nivel diplomático y la dirección de *Acción Cubana*, órgano de los antiguos partidarios de Batista en Madrid y que trataba de erigirse en casa madre de todos los contrarrevolucionarios de la capital, le concedían a Rosendo Canto una cierta relevancia dentro del exilio.

Así pues, con este bagaje en cartera, la posición y la opinión de Rosendo Canto se erigía en una de las más influyentes dentro del exilio cubano en Madrid. *El Alcázar* no desatendió este factor y además de la opinión del hombre de Artime en Madrid, le cedió espacio también a aquel diplomático de vieja estirpe.

Rosendo Canto concedió una entrevista a *El Alcázar* aquel 20 de abril y en ella señaló, como idea matriz, que la lucha contra Fidel Castro no entendía de banderías. Así pues, según aseveró Canto, en la batalla contra el fidelismo nadie podía ejercer el control absoluto. La jefatura tenía que ser compartida. Es decir, la dirección del movimiento no podía ser patrimonio de ningún grupo ni de ninguna personalidad y menos de Miró Cardona, al que la mayoría de los seguidores de Batista y grupos de otras tendencias no veían con buenos ojos. Canto señalaba que la dirección de Cardona no era la más adecuada, pues de lo que se trataba era de generar unidad y no de crear facciones⁵¹⁶. Canto aseguraba que había, nada más y nada menos, que ciento cuarenta y tres organizaciones que luchaban contra Fidel Castro y que, por tanto, ante semejante fragmentación, no había posibilidad para los liderazgos fuertes y mucho menos para aquellos que no contaban con un mínimo de consenso⁵¹⁷.

⁵¹² *Idem.*

⁵¹³ *Idem.*

⁵¹⁴ *Idem.*

⁵¹⁵ *Idem.*

⁵¹⁶ *Idem.*

⁵¹⁷ *Idem.*

Ante esta circunstancia irrefutable lo único importante, afirmaba Canto, tenía que ser la liberación de Cuba y el restablecimiento de la democracia. El director de *Acción Cubana* señalaba que los antiguos seguidores de Batista habían tenido que soportar una campaña difamatoria sin precedentes, pero que, rápidamente, aquella propaganda adversa, había comenzado a decaer y que en aquel momento los seguidores de Batista estaban siendo rehabilitados y su prestigio repuesto. Canto afirmaba igualmente que era necesario recordar que ellos, los batistianos, habían sido los primeros en captar la vertiente comunista de la Revolución cubana y que habían sido injuriados por aquella afirmación de modo contumaz durante muchos meses. Ahora, la realidad, señalaba satisfecho Canto, les estaba dando la razón a ellos y quitándosela a la legión de escépticos y difamadores.⁵¹⁸

Por lo demás, Canto señalaba que la inclusión de los batistianos en el frente opositor no era meramente una cuestión de prestigio, sino que su presencia era más real que la de ningún otro grupo, a pesar de no contar con tantas prebendas como otras formaciones. La fuerza de los antiguos seguidores de Batista estaba presente en los batallones que habían protagonizado la invasión de Cuba, como atinadamente señalaba Canto, pues según sus informaciones el sesenta y cinco por ciento de los desembarcados eran miembros del Ejército profesional de la nación en tiempos de Batista y el restante treinta y cinco por ciento exfidelistas⁵¹⁹.

Canto señalaba que en Madrid, como en muchas otras capitales iberoamericanas, los grupos de mayor implantación eran el MRR, el Frente Revolucionario Democrático, los antiguos miembros del Partido Revolucionario Cubano de Prío Socarras y los batistianos. Estas cuatro formaciones eran las que tenían protagonismo en Madrid y de ellas se nutría también la mayor parte de la expedición que había protagonizado la invasión en Bahía de Cochinos.

El representante de los partidarios de Batista señalaba igualmente que ellos, la facción batistiana, no se movían por banderías de ningún tipo y que lo único que deseaban era la liberación de Cuba, pero que dudaba que esta liberación pudiera venir de la mano de Miró Cardona y del grupo de hombres que lo secundaba. Miró Cardona creía en la revolución y los batistianos la consideraban innecesaria. El sector que había apoyado a Batista, señalaba Rosendo Canto, estaba por las reformas legales y en ningún caso por la revolución, por lo tanto, según Canto, la jefatura de Miró Cardona al frente del futuro Gobierno atemperaría la situación, pero no constituiría, a largo plazo, una solución definitiva para el conflicto⁵²⁰. La posición del frente batistiano, aseguraba Canto, apostaba por la designación para la futura jefatura de la nación del magistrado de más edad del Tribunal Supremo para, después, acometer un proceso constituyente, celebrar elecciones y determinar un Gobierno elegido en las urnas⁵²¹.

Aquellas declaraciones de los representantes de la contrarrevolución en Madrid constituían un regalo para el análisis de lo que realmente había sucedido en Cuba, confirmaban el protagonismo de los sectores proclives a Batista en la invasión y certificaban la supremacía dentro de los exfidelistas del grupo que encabezaba Manuel Artime. El aislamiento de Miró Cardona y del resto de los integrantes del Consejo Revolucionario cubano, especialmente de Ray Rivero, no era pues ninguna sorpresa, pues respondía a la lógica del carácter ideológico de los hombres que integraban la expedición de Bahía de Cochinos. Mal podían ponerse al frente de los alzados Miró Cardona, al que aborrecían más de la mitad de las tropas invasoras, y lo mismo se podía decir de Ray Rivero, quien no había dudado en señalar por activa y por pasiva que aquel proyecto de invasión era precipitado y que estaba condenado al fracaso. Ray Rivero, a pesar de contar con las bendiciones de la Casa Blanca, no podía

⁵¹⁸ *Idem.*

⁵¹⁹ *Idem.*

⁵²⁰ *Idem.*

⁵²¹ *Idem.*

ser uno de los hombres destacados en Playa Girón, pues no creía en el proyecto y lo había denostado ante las autoridades norteamericanas y los miembros de la CIA en numerosas ocasiones.

De todos modos, lo que más sorprendía de aquella operación fallida de Bahía de Cochinos era la falta de predisposición de la contrarrevolución para asumir la derrota, algo que compartían con las autoridades norteamericanas, totalmente reacias a arrogarse ni tan siquiera la paternidad del fracasado proyecto. Los derrotados no asumían la derrota, pero tampoco concedían los laureles de la victoria a las tropas fidelistas. Si Fidel Castro había vencido, cosa que no concretaban ni los miembros de la contrarrevolución ni los Estados Unidos, era por las amenazas y el armamento soviético, como había quedado meridianamente reflejado en los dos últimos boletines informativos del Consejo Revolucionario cubano, y no por la implantación sólida que la Revolución cubana tenía entre la población.

Según la versión de la Administración norteamericana y de la contrarrevolución, con la derrota de Bahía de Cochinos Cuba perdía, siendo los únicos vencedores los jerarcas del Kremlin. Aquella era la lectura que lanzaban los medios afines a la contrarrevolución, los dirigentes anticastristas y por extensión la prensa franquista. Los vencidos habían dejado a la derrota en la orfandad y se resistían o asumir la victoria del pueblo cubano. Sin embargo, era difícil ocultar lo que había sucedido. Aquella victoria fidelista era mucho más que un triunfo de la Revolución cubana, pues era también la victoria ante los Estados Unidos y sus alguaciles de la primera revolución socialista de América.

16.4 El fracaso entre los vencidos y los temores entre los victoriosos

El día 20 de abril, a casi cuarenta y ocho horas de la victoria fidelista, la realidad se imponía ya sobre las interesadas versiones de la contrarrevolución y el presidente Kennedy parecía ser ya consciente de ello. Así pues, aunque llegara tarde la reacción, parecía imprescindible tomar el mando frente al desastre; debía imperar de nuevo la cordura y se requería un mensaje que fuera capaz de serenar los ánimos y aplacar a desencantados y agraviados. Kennedy, después del revolcón sufrido en la Asamblea General por su representante y de la derrota cosechada por los muchachos de la CIA y sus soldados cubanos en Playa Girón, decidió dirigirse a los medios de comunicación estadounidenses para exponer su visión del problema cubano.

16.4.1 Hungría: material heurístico para la interpretación

El presidente Kennedy tomó la palabra el día 20 de abril y lo hizo ante la reunión anual de la Sociedad Norteamericana de Directores de Periódicos para señalar “*que los Estados Unidos no estaban dispuestos a abandonar Cuba a los comunistas*”⁵²². Con aquel rotundo posicionamiento, toda una declaración de intenciones, se marcaba el eje sobre el que giraría el contencioso con Cuba a partir de aquel momento. Sin embargo, aquella aseveración, en la que se daba ya por sentado que el comunismo se había hecho cargo del Gobierno cubano, no significaba que Estados Unidos tuviera que acudir a una intervención directa y unilateral en Cuba, pues aquella postura, según Kennedy, era contraria “*a sus tradiciones y a sus obligaciones internacionales*”⁵²³.

El presidente justificaba mediante aquel aserto que los Estados Unidos no se desentenderían de la contrarrevolución; sin embargo, dejaba meridianamente claro también que la intervención directa no era un escenario plausible en aquel momento. Ahora bien, lo que también señalaba Kennedy era que la no injerencia tenía unos límites. Los Estados Unidos no podrían tolerar la presencia soviética en Cuba y aquello debía quedar meridianamente claro. Aquel mensaje iba destinado a Cuba y a la opinión

⁵²² *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7752. Madrid: viernes, 21 de abril de 1961, pág. 4. Diario.

⁵²³ *Idem*.

pública estadounidense, pero también tenía como destinatarios evidentes a las autoridades del Kremlin.

Con aquel desquite Kennedy rectificaba sus anteriores declaraciones y, sobre todo, matizaba aquella afirmación de que las fuerzas armadas norteamericanas no intervendrían, “*bajo ningún concepto*”, directamente en Cuba⁵²⁴. Según la versión lanzada por *Pueblo* a través del ya omnipresente Blanco Tobo, la no intervención quedaba ya como parte de la historia, pues, como el propio presidente advertía, el aguante norteamericano tenía unos límites. El presidente Kennedy había afirmado con rotundidad que “*las reservas de paciencia*” de las autoridades norteamericanas podían agotarse, dando a entender que los Estados Unidos, “*solos o acompañados por las otras repúblicas americanas*”, impondrían, si la situación lo demandaba, “*la filosofía política*” que dejaba fuera del “*hemisferio occidental*” a toda clase de “*injerencia comunista*”⁵²⁵.

Así pues, la no intervención se imponía, pero bajo unos criterios que la convertían en papel mojado si la URSS implantaba su modelo en la Cuba de Fidel Castro. Por lo demás, Blanco Tobo, desde las páginas del diario sindical, señalaba que la Administración norteamericana había encajado mal la soledad vivida en los últimos días en el seno de la ONU. Sobre todo, la falta de un respaldo decidido por parte de las autoridades latinoamericanas. La solidaridad continental no había funcionado o, al menos, había mostrado sus deficiencias de forma evidente y, por tanto, el Departamento de Estado estaba decido a obrar en solitario, con independencia ya de la posición que adoptaran el resto de repúblicas latinoamericanas.

Aquella era la interpretación de Tobo y como venía siendo habitual no difería de las ideas que se desprendían del discurso de Kennedy. De todos modos, en el discurso de Kennedy había mucho más. El mandatario norteamericano enviaba un mensaje inequívoco a Nikita Krushev en el que se aseveraba que la Administración norteamericana no aceptaría consejos de la diplomacia del Kremlin ni se dejaría “*aleccionar en materia de intervención por la Unión Soviética*”, pues, sobre la URSS, pesaban como una losa “*las ensangrentadas calles de Budapest*”⁵²⁶.

Hungría, presente ya en los discursos lanzados desde los medios de comunicación estadounidenses y españoles, saltaba ahora al argumentario de los mandatarios norteamericanos, pero bajo unos perfiles que diferían de los abordados en las jornadas previas. El caso húngaro centró la atención de Kennedy, quizás, para rebatir las interpretaciones que habían proliferado en la prensa internacional en los últimos días.

En los diarios occidentales, como era el caso del diario *Pueblo* y de su cronista Blanco Tobo, se había apuntado que la intervención en Cuba por parte americana parecía un fiel reflejo de lo acometido por la URSS en Hungría en la década anterior. Kennedy no aceptaba aquel argumento y le daba la vuelta para señalar que eran precisamente los cubanos los que habían sido aplastados por los tanques soviéticos, como había sucedido anteriormente en Hungría. No era la primera vez en la historia, señalaba Kennedy retorciendo en extremo el ejemplo húngaro, “*que los tanques comunistas habían aplastado a valientes hombres y mujeres que luchaban por la libertad y la independencia de su patria*”⁵²⁷. El mandatario norteamericano doblegaba así la lógica que estaba detrás de la utilización del caso de Hungría y lo hacía porque asumir aquel ejemplo tal y como había sido presentado por los analistas del mundo occidental representaba asumir la participación manifiesta de Estados Unidos en

⁵²⁴ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6730. Madrid: viernes, 21 de abril de 1961, pág. 5. Diario.

⁵²⁵ *Idem*.

⁵²⁶ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7752. Madrid: viernes, 21 de abril de 1961, pág. 4. Diario.

⁵²⁷ *Idem*.

territorio cubano y dar marchamo de realidad a la condición imperial de Washington y aquel posicionamiento, lógicamente, estaba fuera de la estrategia norteamericana en aquel momento.

Por lo demás, el discurso de Kennedy era seguramente muy efectivo para su propia parroquia, pero aquella referencia a Hungría, y sobre todo su aviesa interpretación de aquel episodio en su aplicación al caso cubano, debía resultar toda una ofensa para los cubanos e incluso para las autoridades moscovitas. La presencia de tanques soviéticos en suelo cubano era fruto del comercio armamentístico al que Estados Unidos se entregaba con profusión en otros países. La industria militar norteamericana había colocado sus implementos militares en todo el bloque occidental y había decidido que Cuba quedaba excluida de este bloque por razones de seguridad. Debido a estas razones y no a otras, Cuba había comprado material bélico en la Unión Soviética porque Estados Unidos había bloqueado el comercio de pertrechos militares con Cuba desde el mismo triunfo de la Revolución cubana allá en enero de 1959.

Por lo tanto, la presencia de aquellos carros de combate de fabricación soviética en Cuba no era fruto, como trataba de imponer Kennedy a través de su argumentación, de la intervención soviética en territorio cubano, sino del comercio de armas al que estaba sujeta Cuba como lo estaban la mayor parte de naciones del mundo en aquellos años. Si Cuba no podía adquirir armamento en su mercado tradicional, los Estados Unidos, era lógico que acudiera a otros mercados para hacerse con aquel material defensivo y el único país que era capaz de resistir las presiones de los Estados Unidos para no vender a Cuba material bélico era, precisamente, la Unión Soviética.

Ahora bien, más allá del alcance del razonamiento anterior, aquella interpretación del caso húngaro le servía al presidente Kennedy para colocar a los desembarcados en Bahía de Cochinos fuera de la categoría de mercenarios. El presidente norteamericano señaló que la brigada desembarcada en Cuba había luchado por la libertad de su pueblo y no al servicio de los intereses de otro país. Aquellos hombres eran unos “*patriotas*”, según Kennedy, y “*en las montañas cubanas*” seguían luchando muchos de ellos, “*dispuestos a que la memoria de aquellos que habían dado sus vidas no fuera olvidada*”⁵²⁸.

Kennedy, como había hecho la contrarrevolución en las páginas de la prensa de medio mundo, eludía hablar de la derrota y proyectaba la imagen de una guerra más amplia en la que se producían, como era lógico, éxitos y reveses. Como señaló *Pueblo* en grandes titulares el día 21 de abril, “*el fidelismo había ganado una batalla*”, pero “*no la guerra*”⁵²⁹. Kennedy no lo expresó con aquellas palabras, pero ciertamente su mensaje trataba de transmitir aquella idea genérica. El pueblo cubano, según enfatizó el presidente norteamericano, no había dicho todavía la última palabra, y sin duda, proseguía Kennedy, continuaría haciendo “*oír su voz en favor de una Cuba libre e independiente*”⁵³⁰.

Las palabras del mandatario norteamericano, desconocían la naturaleza de los combates vividos en Bahía de Cochinos, pues las fuerzas que habían hecho frente a los invasores, habían sido precisamente las pertenecientes al pueblo cubano. Independientemente del cariz que se le diera al elusivo término de pueblo, tan manoseado por unos y otros en todo momento, lo que parecía evidente y fuera de duda era que los uniformados milicianos de Fidel Castro representaban mucho más al pueblo que los miembros de la Brigada 2506. Sin embargo, Kennedy no parecía estar de acuerdo con aquella evidencia y hacía pasar por pueblo al invasor y por opresor extranjero al pueblo que le había dado batalla.

⁵²⁸ *Idem*.

⁵²⁹ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6730. Madrid: viernes, 21 de abril de 1961, pág. 1. Diario.

⁵³⁰ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7752. Madrid: viernes, 21 de abril de 1961, pág. 4. Diario.

De todos modos, en lo que Kennedy parecía estar acertado era en el nuevo carácter de los conflictos a los que tendría que hacer frente Estados Unidos en un futuro inmediato. El presidente norteamericano puso de manifiesto lo que había sido expuesto por muchos otros analistas tras el triunfo de la Revolución cubana: la guerra había adquirido un nuevo formato y *“los grandes ejércitos preparados para cruzar fronteras”* o *“los proyectiles dispuestos para el lanzamiento”* se mostraban inservibles ante cierto tipo de conflictos⁵³¹. Kennedy se mostraba taxativo sobre este particular: *“nuestra seguridad puede perderse sin que se dispare un sólo proyectil o se cruce una sola frontera”*⁵³².

La estrategia en ciertos conflictos internacionales tenía que cambiar y aquella lección de Cuba, según Kennedy, no hacía más que certificarlo. Había llegado el momento, según declaró el presidente norteamericano, de *“examinar”* y *“dar una nueva orientación”* a *“las fuerzas”*, a *“las tácticas”* y a *“las instituciones”* para afrontar desafíos hasta ahora desconocidos⁵³³. Aquel programa de reformas resultaba imprescindible, pues la Administración estadounidense, según señaló el propio presidente Kennedy, estaba decidida a que el sistema norteamericano perviviera y resultara exitoso y atractivo. Aquella era la principal misión de los mandatarios norteamericanos y para la consecución de la misma se precisaba la dedicación total y el máximo compromiso; no se escatimarían ni gastos ni esfuerzos en aquel proyecto. Sobre este particular Kennedy se mostraba tajante. Estados Unidos estaba decidido a triunfar. Sin embargo, para que aquel triunfo resultara efectivo y real se debía defender a toda costa el sistema político, social y económico de los Estados Unidos en el mundo. En la consecución de aquella misión irrenunciable, todo un programa para los años venideros, se aplicaría a fondo la administración que él encabezaba *“sin reparar en lo que cueste ni en el peligro”*⁵³⁴.

El presidente norteamericano, dirigiéndose al país y a los creadores de opinión que le escuchaban en directo, señaló que *“la lección de Cuba, de Laos y del creciente coro de voces comunistas en Asia y en Iberoamérica”* tenían que llevar a Estados Unidos a redoblar sus esfuerzos; de lo contrario, terminaría por ser rodeado por países que impugnaba su sistema⁵³⁵. El discurso adquiría entonces tonos dramáticos para señalar que *“los complacientes, los indulgentes y los pueblos débiles”* serían *“barridos en el devenir de la historia”*⁵³⁶. Esta era la lección principal que debía sacarse de los recientes conflictos internacionales: los pueblos debían adaptarse a un contexto mundial poco apto para el titubeo y la debilidad. Kennedy lo exponía sin circunloquios, a partir de aquel momento, *“solamente los fuertes, los laboriosos y los que tenían visión de los hechos podrían sobrevivir”*⁵³⁷.

El discurso del presidente norteamericano había sido pronunciado ante un auditorio de quinientos directores de periódicos, se trató de un mensaje leído, donde no hubo hueco a la improvisación y además fue radiado y televisado a todo el país. Aquella rigidez y el empeño en que se difundiera por todos los medios radiados y televisados del país no hacían más que certificar la trascendencia del momento. Aquel era sin duda el primer fracaso sonado desde la Segunda Guerra mundial y el prestigio norteamericano, su autoridad, por primera vez desde su entronización como potencia indiscutible dentro del bloque capitalista, se habían puesto en cuestión.

⁵³¹ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7752. Madrid: viernes, 21 de abril de 1961, pág. 4. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6730. Madrid: viernes, 21 de abril de 1961, pág. 11. Diario.

⁵³² *Idem*.

⁵³³ *Idem*.

⁵³⁴ *Idem*.

⁵³⁵ *Idem*.

⁵³⁶ *Idem*.

⁵³⁷ *Idem*.

16.4.2 El escenario internacional dicta sentencia: descrédito norteamericano y prestigio soviético

Durante los días 20 y 21 el tema de Cuba siguió rodando por la Asamblea General y a última hora ni siquiera Estados Unidos contaba ya con un puñado de delegados latinoamericanos, lo suficientemente significativo, para sacar adelante una resolución que pudiera derivar el asunto a la OEA. Ante aquel contexto, en el que todo el mundo daba por supuesta la participación norteamericana en aquella conjura contra la Revolución cubana y en el que habían quedado al descubierto ciertas deficiencias de la inteligencia estadounidense en los preparativos del desembarco, el presidente decidió tomar de nuevo la palabra y lo hizo en una rueda de prensa el día 21 de abril, veinticuatro horas después de su inflamado discurso ante la Sociedad Norteamericana de Directores de Periódicos.

La imagen de los Estados Unidos estaba seriamente dañada y se precisaba enviar un mensaje de confianza a los aliados y de seguridad a los enemigos. El resbalón de Estados Unidos en Cuba podía tener derivaciones imprevistas y era imprescindible difundir certezas entre los aliados y prudencias entre los enemigos. La intervención del día 20 parecía haber dejado algún resquicio a la duda y la del día 21 tenía como propósito cerrar las posibles fisuras y contener la deriva de incertidumbres que proliferaban en los foros internacionales sobre el liderazgo norteamericano.

De todos modos, en la rueda de prensa del 21 de abril Kennedy no aportó mayores novedades a su discurso de la víspera. Sin embargo, ahora, más que Cuba, su destinatario parecía ser la Unión Soviética y el bloque de los países occidentales. En el contexto de la Guerra Fría, la intervención norteamericana en Cuba y su estrepitoso fracaso habían supuesto una victoria moral para la Unión Soviética, que en aquellas fechas se presentaba ante el mundo como un modelo más tolerante con la libertad de los pueblos, más legalista en cuanto a la asunción de las reglas del juego impuestas por el derecho internacional y, sobre todo, se presentaba como un modelo capaz de competir en desarrollo y progreso con el norteamericano. La gesta de Yuri Gagarin, a pesar de la convulsión cubana de aquellos días, seguía ocupando espacio en los medios de comunicación de todo el mundo, y aquello debía resultar irritante para la diplomacia norteamericana.

De este modo, a pesar de las divergencias ideológicas que separaban al mundo y de la complejidad de los conflictos que azotaban la escena mundial, la URSS había conseguido presentarse ante la opinión pública internacional como un ejemplo en la gestión de los problemas y como un modelo en la resolución de los desafíos que afrontaba la humanidad. La diplomacia soviética se había convertido en la defensora del derecho de los pueblos pequeños a su autonomía e independencia, como reflejaba con claridad su posición en el conflicto de Cuba y Laos. Los científicos soviéticos habían colocado a uno de sus cosmonautas en el espacio antes que ningún otro país de la tierra, sin duda, aquello suponía un golpe de autoridad en la carrera espacial. Y, además, las autoridades soviéticas se permitían el lujo de aleccionar públicamente a los Estados Unidos sobre cuáles eran las reglas y los procedimientos a respetar en la relación entre naciones.

La imagen internacional de los Estados Unidos, desprestigiada en muchos campos en aquel mes de abril, demandaba pues un fuerte liderazgo para salir de la crisis y así debió entenderlo Kennedy o así se lo debieron hacer ver sus más estrechos colaboradores. Las reuniones del presidente norteamericano con Nixon y Eisenhower durante los días 20 y 21 de abril⁵³⁸, con el caso cubano como telón de fondo de las conversaciones, no hacían más que certificar las urgencias estadounidenses por recomponer su imagen y dar un mensaje de unidad.

⁵³⁸ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7752. Madrid: viernes, 21 de abril de 1961, pág. 4. Diario, *Pueblo* (Año XXII). Núm.6731. Madrid: sábado, 22 de abril de 1961, pág. 1. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6732. Madrid: lunes, 24 de abril de 1961, pág. 6. Diario.

Probablemente, con esta necesidad apremiante de recomponer aquella imagen hecha girones, acometió Kennedy su segunda alocución pública sobre el conflicto cubano y la situación mundial. Los titubeos que había mostrado en los días precedentes dejaron paso a una sobreactividad y a cierta dureza en sus discursos. De este modo, a poco más de veinticuatro horas de su primer posicionamiento ante el problema cubano, el presidente captó de nuevo la atención de los focos para exponer la posición norteamericana. Cuba y Laos captaron la atención de su discurso, aunque fueron tratadas de forma genérica en el contexto de la ofensiva comunista a nivel internacional. Sin embargo, cuando los periodistas abordaron preguntas específicas sobre Cuba el presidente norteamericano se negó a profundizar en algunas de ellas y en otras simplemente se negó a contestar.

Según publicó el diario *ABC* en su crónica internacional del día 22 de abril, la negativa del presidente a contestar algunas de las preguntas que le habían sido formuladas en el contexto de la rueda de prensa de la víspera era más que comprensible, pues se demandaban del mandatario norteamericano unas respuestas que comprometían en grado sumo a la Administración norteamericana. Las preguntas formuladas al presidente y esquivadas por éste fueron las siguientes:

*“¿Es cierto que decidió usted la operación de Cuba sin el consejo de su Secretario de Estado, Dean Rusk, y el Subsecretario, Chester Bowles? ¿Es cierto que su Embajador en la ONU, Adlai Stevenson, le pidió que declarase explícitamente que, bajo ninguna circunstancia, Estados Unidos intervendría militarmente en Cuba?”*⁵³⁹

El presidente Kennedy, como era de esperar, se negó a contestar aquellas preguntas, aduciendo que abordar aquellas cuestiones en aquel momento “*perjudicaría a los intereses de los Estados Unidos*”⁵⁴⁰. Evidentemente aquellas cuestiones, tan sensibles de cara a la unidad gubernamental frente a la crisis, no podían ser abordadas por el presidente, pero circulaban ya en los medios de comunicación de medio mundo y de ahí la insistencia de la prensa norteamericana en arrojar luz sobre aquellos controvertidos temas.

El plan de invasión, como hemos señalado ya en diversas ocasiones, habían estado presidido por la mucha improvisación y por la poca concreción. El plan primigenio estaba destinado a ejecutar un desembarco en Trinidad, pero pronto se cambió el destino de los invasores; se establecieron también súbitas variaciones para encubrir la operación y se registraron, durante todo el proceso de gestación del operativo, divergencia de opiniones sobre la oportunidad del mismo y sobre sus características técnicas. Por lo demás, como acertadamente señalaba *ABC* en su crónica desde Washington, el éxito de la operación de desembarco precisaba del apoyo interior y muchos dirigentes norteamericanos habían confiado fervientemente en que aquel apoyo interno se terminaría por producir a medida que fueran pasando las horas. Es más, entre la mayoría de los agentes de la CIA involucrados en aquella operación, parecía existir la certeza de que se produciría un alzamiento importante contra Castro tan pronto como trascendieran las noticias sobre el desembarco y los combates en Bahía de Cochinos. Sin embargo, como terminó demostrándose, aquel levantamiento interno había estado lejos de producirse.

Aquí residía la clave de la acción norteamericana contra Cuba: el éxito del desembarco precisaba de un levantamiento en el interior de Cuba y sobre aquel particular, en las semanas previas a la invasión, no se había suscitado un mínimo consenso entre los dirigentes norteamericanos y tampoco entre las principales figuras del Consejo Revolucionario Cubano. Unos consideraban que el levantamiento sería masivo e inmediato; otros que sería mínimo y susceptible de ser fácilmente controlado por las fuerzas fidelistas y algunos otros pensaban que la intervención de la Brigada 2506, perfectamente

⁵³⁹ *ABC* (Año LIV). Núm.17193. Madrid: sábado, 22 de abril de 1961, pág. 55. Diario.

⁵⁴⁰ *Idem.*

armada y entrenada, era una fuerza más que suficiente para batir al ejército cubano y desencadenar un conflicto durante varias semanas que pudiera dar pie a que los Estados Unidos tomaran partido por el bando invasor una vez transcurridos los primeros días de batalla.

Como hemos explicado ya, la segunda tesis era la correcta, pero fue precisamente la que no fue tenida en cuenta como clave para el éxito de la operación. Terminaron prevaleciendo las opiniones que hablaban del levantamiento masivo y aquellas otras que alababan la fenomenal fuerza de choque adiestrada para enfrentarse a las fuerzas fidelistas. Estos últimos consideraron que se podía prescindir de un levantamiento inmediato en el interior de Cuba, pues la milicia y la soldadesca fidelista serían incapaces de repeler el ataque de la Brigada 2506.

La operación contra Cuba había resultado un fracaso porque las premisas de las que partían los dirigentes norteamericanos eran falsas; se hizo un diagnóstico equivocado sobre las condiciones objetivas de la situación cubana y el factor subjetivo, las tropas de asalto, aunque estuvieran sobradamente preparadas para afrontar un desafío de aquella naturaleza, no pudieron revertir la situación ni solucionar sobre el terreno los problemas que se derivaban de los planteamientos erróneos sobre los que se había planificado la operación de desembarco.

La crónica de *ABC*, remitida desde Washington por el corresponsal del diario en la capital norteamericana, el analista internacional José María Massip, no ocultaba la responsabilidad de la Administración norteamericana en aquel fracaso. Un fracaso que no sólo podía circunscribirse al plano militar, pues tenía derivaciones mucho más graves: había dejado maltrecha a la oposición cubana y había mermado el prestigio de los Estados Unidos, arrojando por lo tanto como consecuencia inevitable un reforzamiento de la Cuba fidelista y de la URSS.

José María Massip señalaba lo que opinaban la mayoría de los diarios franquistas, pero lo expresaba con la franqueza que muchos no se atrevían a explicitar. El diario *ABC*, sin duda el mayor azote de la Cuba fidelista en la España de Franco, parecía el más legitimado entre los diarios del régimen para erigirse en el mayor detractor del presidente Kennedy en lo tocante a su resbalón en Bahía de Cochinos. Su inquina a la Revolución cubana y su apuesta sin reservas por los Estados Unidos parecían colocar a aquel diario en la posición de ejecutar las críticas que pudiera albergar la cúpula franquista frente a la Administración norteamericana en la debacle cubana. Una teoría que parecía reverdecer en los comentarios del siempre incisivo José María Massip, quien no duraba en señalar que “una operación de alta política como la de Cuba” no se podía “hacer a medias ni con información deficiente”⁵⁴¹. Había que “estar seguro” de lo que se hacía y entonces “hacerlo bien”⁵⁴².

Las palabras de Massip no podía ser más concluyentes, pues aquello que demandaba para el éxito de la operación contra la Cuba de Fidel Castro era precisamente lo que no había sucedido: los errores de cálculo habían existido, habían resultado “*fatales*” y el modo de solucionarlos una vez cometidos resultaba más dañino que la propia equivocación⁵⁴³. Massip se alineaba sin complejos con la posición norteamericana de intervenir en Cuba, pero renegaba de la falta de pericia en la puesta en escena. El cronista de *ABC* no negaba que las motivaciones para acometer la operación habían sido “*excelentes*” o que “*las presiones*” habían sido “*irresistibles*”; tampoco se apartaba de “*la honradez*” con la que había sido tomada la decisión de intervenir en Cuba; sin embargo, lo que era evidente es que el resultado había sido catastrófico y que la operación en Cuba había resultado un completo desastre⁵⁴⁴.

⁵⁴¹ *Idem.*

⁵⁴² *Idem.*

⁵⁴³ *Idem.*

⁵⁴⁴ *Idem.*

La terminología utilizada por Massip era más que elocuente: “catastrófico”, “desastre”, “consecuencias fatales”, “errores de cálculo” ...⁵⁴⁵ Aquel diagnóstico de lo sucedido distaba de ser exagerado, pues la evidencia de la debacle, a dos días de la declaración del Gobierno cubano sobre el fracaso de la operación, era ya irrefutable. El balance para Estados Unidos era desolador.

El día 21 de abril, después de la conferencia de prensa del presidente norteamericano, ya nadie dudaba ante la evidencia de la debacle, el desembarco había fracasado, y tampoco había dudas de que los Estados Unidos habían estado muy implicados en la operación. Es más, medio mundo acusaba directamente a la Administración norteamericana de ser la responsable directa del desembarco. Por lo demás, aquel intento fallido había supuesto, según señalaba de forma sentenciosa el diario *ABC* en sus páginas, “un gravísimo golpe” para “la causa de la libertad cubana”⁵⁴⁶. Como consecuencia de ello, “las Américas estaban divididas como nunca” antes lo habían estado⁵⁴⁷. Aquellos males, ya de por sí suficientes, señalaba *ABC*, venían a unirse a la derrota norteamericana y al encumbramiento soviético en el plano internacional. El “prestigio de Estados Unidos y la reputación del Presidente Kennedy” habían resultado seriamente dañados; por el contrario, Krushev salía reforzado como garante de los derechos de “los pequeños y los humildes”⁵⁴⁸.

Después de la intervención fracasada de los Estados Unidos en Cuba, era incuestionable, según señalaba Massip, que la imagen del mandatario soviético había salido claramente reforzada a los ojos de “las nuevas naciones asiáticas y africanas” y a los ojos de amplios “sectores sociales iberoamericanos”⁵⁴⁹. Además, tema no menor y emparentado con el duro golpe infligido a la oposición cubana, aquella operación fallida de Bahía Cochinos justifica la represión fidelista y aplazaba de forma indefinida “todo movimiento efectivo contra el régimen de Fidel Castro”⁵⁵⁰. Así pues, el balance no podía ser más desalentador y de poco servían ya las explicaciones, por lo demás insuficientes, y la dureza con la que se estaba aplicando Kennedy en aquellas dos intervenciones públicas de los días 20 y 21 de abril de 1961.

ABC se mostraba inclemente ante los hechos y consideraba que la rueda de prensa de Kennedy había hecho lo posible por cambiar el signo de un contexto que era ya imposible de revertir. Quedaban las declaraciones de Kennedy en las que se señalaba que Washington no se desentendería de Cuba, las acusaciones sobre la supuesta persecución religiosa desatada por Fidel Castro en aquellos días contra la Iglesia católica y la promesa de Washington de intervenir militarmente en Cuba si la isla se convertía en una base soviética en el Caribe⁵⁵¹. En definitiva, mensajes loables, según el diario *ABC*, pero insuficientes para tapar lo que estaba a la vista de todos: la revolución de Fidel Castro se afianzaba y la URSS ganaba enteros entre los países recién independizados o en vías de estarlo; por el contrario, la oposición anticastrista se debilitaba profundamente, Estados Unidos recibía la reprobación internacional y América Latina presenciaba con perplejidad la torpeza de los Estados Unidos frente a la Cuba fidelista.

En aquellos días, como han señalado historiadores del período, la Administración norteamericana luchaba por aparentar aplomo y unidad frente al desastre, pero la cadena de reproches e incomprensiones entre los núcleos de poder norteamericanos se había desatado ya y las tensiones entre la CIA y Gobierno de Kennedy pasaron a ser la tónica dominante⁵⁵². La operación de Bahía de

⁵⁴⁵ *Idem.*

⁵⁴⁶ *Idem.*

⁵⁴⁷ *Idem.*

⁵⁴⁸ *Idem.*

⁵⁴⁹ *Idem.*

⁵⁵⁰ *Idem.*

⁵⁵¹ *Idem.*

⁵⁵² Thomas, Hugh: *Op. Cit.*, pág. 1086.

Cochinos había resultado un verdadero fiasco para la diplomacia norteamericana y dentro del bloque de poder que regía los destinos de los Estados Unidos nadie parecía dispuesto a cargar con el peso de aquel rotundo fracaso.

Por lo demás, los miembros del Consejo Revolucionario cubano, después de la irritación sufrida en los días precedentes, dieron también un paso al frente y a través de su máximo representante ofrecieron una rueda de prensa. Miró Cardona tomó la palabra a la misma hora que el presidente Kennedy aquel 21 de abril de 1961, pero el carácter de su rueda de prensa nada tuvo que ver con la del mandatario norteamericano: el líder contrarrevolucionario eludió cualquier tipo de comentario sobre la naturaleza de la expedición, los promotores de la misma o las causas de la debacle; se limitó, simplemente, a solicitar clemencia para los prisioneros de Playa Girón.

Miró Cardona apeló al papa Juan XXIII para que ejerciera sus influencias e intercediera por los presos ante las autoridades revolucionarias, con el objeto, según manifestó Cardona, de poner fin a las ejecuciones que se estaban llevando a cabo en la isla en aquellos días⁵⁵³. En las suplicas del líder de la disidencia cubana, el Vaticano fue su principal destinatario, no en vano, aquella expedición tenía mucho de revancha católica, como terminó demostrándose. Sin embargo, esta no fue la única dignidad a la que se apeló. Miró Cardona envió también peticiones de similar naturaleza a los presidentes de Argentina, Venezuela, Uruguay, Brasil, Colombia, Panamá y Honduras para que intercedieran en favor de los presos⁵⁵⁴. El dirigente de la contrarrevolución denunció además al Gobierno cubano por violar los derechos humanos y los tratados internacionales *“al ejecutar a prisioneros de guerra”*⁵⁵⁵.

El presidente del Consejo Revolucionario cubano cerraba su rueda de prensa con un lacónico llamamiento a todos los aludidos, papado y presidencias latinoamericanas, para que actuaran con presteza, pues había en juego muchas vidas: *“Les ruego que actúen inmediatamente para poner fin a tales crímenes. El pueblo de Cuba, las madres cubanas, imploran su valiosa cooperación”*⁵⁵⁶.

Con aquella rueda de prensa, en la que se eludía cualquier explicación sobre el desembarco, mal podía darla quien había permanecido totalmente al margen de la operación, Miró Cardona trataba de ganar tiempo para los prisioneros. Sin embargo, más allá de lo loable de sus peticiones, el exministro cubano volvía a mentir por enésima vez, pues daba a entender que los prisioneros de Girón estaban siendo ejecutados, algo que distaba de ser real.

En aquellas fechas se había ejecutado a varios contrarrevolucionarios⁵⁵⁷, pero ninguno de ellos pertenecía a la Brigada 2506. Los fusilados eran integrantes de los comandos terroristas que operaban en el interior de Cuba y que habían sido capturados semanas antes o incluso meses antes de la invasión⁵⁵⁸. Sin embargo, la noticia de las ejecuciones tuvo un gran impacto, pues uno de los fusilados había sido Sorí Marín, antiguo comandante del Ejército Rebelde y exministro de Agricultura durante los primeros meses de revolución⁵⁵⁹. Sorí Marín había sido capturado por las fuerzas revolucionarias un mes antes de la invasión de Bahía Cochinos⁵⁶⁰.

Como hemos señalado ya en el capítulo precedente, Sorí Marín había desembarcado en Cuba, junto a un grupo de hombres, el 13 marzo de 1961, con la intención manifiesta de coordinar, armar y organizar a los grupos de la contrarrevolución que operaban en el interior de Cuba. La CIA había

⁵⁵³ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7753. Madrid: sábado, 22 de abril de 1961, págs. 3. Diario.

⁵⁵⁴ *Idem*.

⁵⁵⁵ *Idem*.

⁵⁵⁶ *Idem*.

⁵⁵⁷ Ruíz, Leovigildo: *Op. Cit.*, págs. 80, 82, 83 y 86.

⁵⁵⁸ Arboleya Cervera, Jesús: *Op. Cit.*, págs. 76 y 96.

⁵⁵⁹ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6732. Madrid: lunes, 24 de abril de 1961, pág. 6. Diario.

⁵⁶⁰ Arboleya Cervera, Jesús: *Op. Cit.*, págs. 76 y 96 y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6732. Madrid: lunes, 24 de abril de 1961, pág. 6. Diario.

considerado, no sin razón, que se precisaba organizar la contrarrevolución interna de cara a un posible desembarco y con esta misión había desembarcado en Cuba el grupo de Sorí Marín; pocos días más tarde el mentado comando había sido apresado, y, finalmente, la mayoría de ellos, habían sido condenados a la pena capital. Fueron fusilados el día 20 de abril de 1961⁵⁶¹.

Uno de los hombres que había militado en el “Movimiento 26 de Julio” desde una posición destacada y que había desempeñado cargos relevantes en la primera línea de gobierno en los albores de la revolución había sido fusilado y aquello constituía una conmoción dentro del exilio. Sorí Marín era quizás el personaje con el pasado revolucionario de más relevancia ejecutado por la Revolución cubana hasta la fecha. Así pues, visto el precedente, la disidencia cubana sospechó que los prisioneros de Girón podían estar corriendo la misma suerte en aquellos días en que Sorí Marín había hecho frente al pelotón de ejecución.

El llamamiento desesperado de Miró Cardona, a pesar de incurrir una vez más en el infundio, pues no se estaba fusilando a los apresados en Girón, sino a miembros de organizaciones terroristas que habían operado ya en el interior de Cuba, parecía más que justificado a tenor de sus motivaciones personales. Entre los detenidos en Girón estaba su hijo, y pronto lo estarían también los vástagos de otros dirigentes del consejo. Por lo demás, las informaciones que llegaban de Cuba eran todavía muy confusas y los fusilamientos del día veinte, a pocas horas del fracaso de la invasión, parecían presagiar lo peor para los prendidos en Bahía de Cochinos.

Así pues, con todas las reservas que aporta el caso, es de suponer que Miró Cardona hablaba como padre y no como político cubano o emisario norteamericano cuando hizo aquel llamamiento al Vaticano y a los mandatarios latinoamericanos. Sin embargo, aquellas declaraciones de Cardona no hacían otra cosa que desprestigiar más si cabe al ejecutivo norteamericano, que parecía empeñado en desentenderse de la operación en todos los sentidos y en no asumir ninguno de los costes morales que traía aparejada la invasión de Bahía de Cochinos. Extraña que fueran precisamente los miembros del Consejo Revolucionario, más allá de sus lazos familiares con los detenidos, los que salieran en defensa de los detenidos ante el silencio de la Administración norteamericana. El Consejo Revolucionario, ajeno a los detalles de la operación y, por tanto, sin responsabilidades directas en el fracaso, contra pronóstico y de manera incomprensible, era el llamado a defender la suerte de los prisioneros. Evidentemente, el Consejo Revolucionario Cubano era responsable de embarcar a aquellos cientos de cubanos en una guerra contra un Gobierno legitimado y legítimo; sin embargo, también lo era la Administración norteamericana, que, después de lanzar a aquella aventura suicida a cientos de cubanos, había decidido abandonarlos cuando la derrota terminó por concretarse. Una vez más el fracaso encontraba el campo poco propicio para el apadrinamiento y ni siquiera lo encontraba a la hora de promover la salvación de los invasores.

16.4.3 La facundia de los invasores y el carácter de la invasión: el juicio público a los complotados

El día 21 de abril, cuando habían pasado ya cuarenta y ocho horas desde que los primeros brigadistas fueran prendidos por las fuerzas revolucionarias, la diplomacia norteamericana seguía sin incluir a los prisioneros en sus alocuciones. Cualquier referencia a su *estatus* o a su pronta liberación sentaría las bases sobre la implicación norteamericana, la daría por supuesta, y aquello estaba dejando a la tropa invasora totalmente indefensa. Kennedy se limitó a rebatir su condición de mercenarios y a sustituirla por la de patriotas y con aquella mención, que trataba de dignificar su imagen, no hacía otra cosa que desguarnecerlos de la defensa que podía ofrecerles la diplomacia norteamericana. Cada palabra de las autoridades estadounidenses en aquel contexto de crisis era sometida a un análisis

⁵⁶¹ Ruíz, Leovigildo: *Op. Cit.*, pág. 86.

riguroso y, en ocasiones, los discursos de los mandatarios norteamericanos tenían un efecto pernicioso sobre sus aliados y sobre la contrarrevolución, aunque su intención primigenia fuera prestarles ayuda.

Dadas las circunstancias, dentro de la diplomacia norteamericana imperaba la prudencia, pero aquella prudencia, inevitablemente, se teñía de silencio y desde el punto de vista de los miembros de la brigada se traducían en indolencia, traición y abandono. La indiferencia de la Administración norteamericana ante los prisioneros debía resultar irritante para los integrantes de la invasión, pues, a medida que iban pasando las horas, se sentían cada vez más abandonados ante la posible represión que podía descargar sobre ellos el pueblo cubano. Habían pasado ya cuarenta y ocho horas desde las primeras detenciones masivas y la Casa Blanca no parecía sentirse apremiada por la suerte que pudieran correr aquellos centenares de hombres a los que habían lanzado sus servicios de inteligencia al campo de batalla. El mutismo continuaba y la Administración estadounidense seguía sin hacer una sola mención a ellos en sus numerosas comparecencias públicas. Estados Unidos, al negar su participación en el desembarco, se desprendía de los restos del naufragio de la aventura y esto incluía, irremediabilmente, a los cientos de hombres que habían participado en la primera línea de combate.

Aquella falta de interés por el castigo que pudiera recaer sobre la soldadesca de las huestes invasoras era otro factor más que contribuía a dañar más si cabe la ya de por sí quebrada imagen de la Administración estadounidense. Sin embargo, la caída libre del prestigio norteamericano ante los pueblos del mundo no había hecho nada más que empezar. Pocas horas después de aquella embarazosa rueda de prensa del presidente Kennedy y de que Miró Cardona implorara ante el Vaticano y las cancillerías latinoamericanas por la salvación de los prendidos, los atribulados y desencantados prisioneros de la fracasada Brigada 2506 comenzaron a circular por las televisiones de Cuba, dejando al descubierto ante la opinión pública cubana e internacional el carácter y las motivaciones que habían impulsado aquel desembarco y mostrando también de forma elocuente que su condición no estaba muy en sintonía con aquel pueblo cubano evocado por Kennedy en sus dos últimas comparecencias públicas.

La revista *Bohemia*, a través de un extenso reportaje fotográfico en el que aparecían los detenidos y haciendo uso también de un diario de testimonios en el que se daba puntual información de las declaraciones de éstos ante las cámaras de la televisión cubanas, retrató la ya denominada en Cuba “*fauna de los mercenarios capturados*”⁵⁶². Los asaltantes que habían caído en manos de la Revolución cubana comenzaron a pasar frente a las cámaras y lo hicieron ante la mirada reprobatoria de los presentes y las preguntas incómodas de los conspicuos interrogadores: directores de periódicos cubanos y periodistas de primer nivel de Cuba.

Como señaló *Bohemia*, aquella noche del 21 de abril, tuvo lugar en Cuba un dramático juicio público en el que el principal encausado era “*el imperialismo yanqui*”⁵⁶³. Las autoridades estadounidenses, simbólicamente, estaban sentadas en el banquillo de los acusados y, frente a ellas, la opinión pública internacional, representada por infinidad de reporteros llegados desde todos los confines del planeta, se aprestaba a jugarlas. Así pues, cuanto allí dijeran los invasores sería conocido en todo el mundo para indignación de los pueblos. Aquel juicio público cubriría cintillos periodísticos y sería relatado en todos los idiomas. *Bohemia* no albergaba dudas al respecto: a través del relato de algunos de aquellos cientos de detenidos se sabría cuánto de verdad y cuánto de mentira había en el discurso del presidente Kennedy y del resto de autoridades norteamericanas.

Por lo demás, el relato de *Bohemia* sentó las bases sobre las que transcurriría aquel evento multitudinario, que, además, no se circunscribiría a una sola jornada. El día 21 de abril no era más

⁵⁶² *Bohemia* (Año LIII). Núm. 17. La Habana: domingo, 23 de abril de 1961, pág. 82. Semanal.

⁵⁶³ *Ibidem*, pág. 6 del suplemento.

que el inicio de un macro-juicio compuesto de varias entregas que serían retransmitidas a todo el país por radio y televisión. En lo tocante a los objetivos buscados, *Bohemia* señaló que el principal cometido de aquellas conversaciones con los invasores apresados no era determinar su grado de culpabilidad, sino el grado de implicación norteamericana en la conjura. Lo que allí se iba a ventilar no era la responsabilidad individual de los detenidos, por otra parte sobradamente conocida, sino la responsabilidad de la Administración norteamericana en los hechos. Los testimonios de los detenidos obrarían como testimonio vivo de la implicación norteamericana y con este objetivo en cartera se citó a un grupo de los conjurados en la noche del 21 de abril, pocas horas después de que el presidente Kennedy ofreciera su elusiva conferencia de prensa y Miró Cardona solicitara clemencia para los acusados implorando al papa Juan XXIII. Este era el contexto bajo el que arrancó aquel macro-juicio que se extendería durante cinco días.

Los llamados a extraer aquella valiosa información de los prisioneros eran los siguientes. Como moderador obraría Luis Gómez Wangüemert, un clásico en las pantallas de las televisiones cubanas, y junto a él un panel de periodistas integrado por directores de medios de comunicación: Enrique de la Osa, de *Bohemia*; el comandante Guillermo Jiménez, del diario *Combate*; Carlos Franqui, de *Revolución*; Raúl Valdés Vivó, del noticiero *Venceremos*; Gregorio Ortega, de la *CMQ*; Carlos Rafael Rodríguez, de *Hoy*; el teniente Ramos, de la revista de las FAR *Verde Olivo*, y Mario Cuchilán, columnista afamado que colaboraba con varios diarios y revistas de Cuba. A los interrogatorios se unió también Leonel Soto, un histórico del sindicalismo y del comunismo cubano.⁵⁶⁴

El escenario donde se celebró el juicio público era más que elocuente y denotaba claramente el significado que se le quería dar a aquella vista pública de los capturados en Playa Girón. Se trataba del enorme salón central del teatro de la CTC, sede del sindicalismo cubano. Así pues, el escenario habitual de “*las asambleas proletarias*”, como reflejó *Bohemia*, “*ganó un contorno solemne*” ante lo que allí se iba a dilucidar⁵⁶⁵. Los agresores del pueblo cubano serían juzgados en la casa de los trabajadores. La imagen que se trataba de transmitir al mundo era tan evidente que resulta ocioso profundizar en más comentarios.

La imagen proyectada, de todos modos, no se reducía al espacio elegido para presentar a los invasores ante la opinión pública, iba más allá, pues estaba revestida de otro tipo de mensajes. En las primeras filas de aquel enorme salón, frente al escenario, ocupaban su asiento la plana mayor del Consejo de Ministros y el presidente Dorticós; todos ellos, según señaló *Bohemia*, “*vistiendo el uniforme miliciano*”⁵⁶⁶. El pueblo uniformado, a través de sus representantes, era la acusación particular en aquel juicio. Un escalón por detrás, estaban las numerosas representaciones diplomáticas que habían acudido a presenciar aquel acto.

Los pueblos del mundo, con el cubano al frente, albergados para la ocasión en la casa de los trabajadores, contemplaban la barbarie del imperio. Un imperio que se camuflaba bajo la apariencia de tropas mercenarias y que hacía uso, como era habitual en él, de las minorías explotadoras y reaccionarias de las naciones débiles del orbe para cumplir sus siniestros fines. Esta fue, a nuestro modo de ver, la imagen que la dirigencia revolucionaria quiso transmitir a la opinión pública cubana e internacional. Una imagen más que elocuente y que de un solo golpe transmitía aquellos valores sustentados por las fuerzas fidelistas, unos valores que parecían ya indisociables y que se amalgamaban dentro de un cuerpo doctrinario común: revolución, socialismo, antimperialismo, nacionalismo e internacionalismo eran perfectamente compatibles dentro de la realidad cubana y así, con aquella pretendida y nada inocente naturalidad, eran transmitidos al mundo.

⁵⁶⁴ *Idem.*

⁵⁶⁵ *Idem.*

⁵⁶⁶ *Idem.*

Así pues, con aquella tramoya como telón de fondo se dispuso lo necesario para comenzar la sesión. La expectación era grande y a las nueve y cuarto de la noche las cámaras empezaron a retransmitir. Por primera vez desde el inicio el 15 de abril de aquella grave crisis se comenzó a tener información de primera mano sobre lo sucedido en los últimos días y en los últimos meses y, sobre todo, comenzó a quedar al descubierto el papel jugado por las autoridades estadounidenses en aquella conjura.

Después de las primeras comparecencias, la participación de los Estados Unidos en la invasión comenzó a mostrarse con meridiana claridad. El Pentágono, la Casa Blanca y la CIA eran parte fundamental de la conjura, pues, sin su presencia, nada podría haberse llevado a cabo. Otro de los puntos que quedaron al descubierto desde el primer momento fue la falta de incidencia que la invasión tuvo en el interior de Cuba. El levantamiento masivo que esperaban los invasores no se produjo y este fue uno de los asuntos cardinales sobre los que giraron las declaraciones de los detenidos.

Así pues, a pesar de estar ante “*un acontecimiento excepcional*”, según relató *Bohemia*, no se tributaron demasiadas novedades a lo ya aportado en la prensa norteamericana en las últimas horas⁵⁶⁷. El mayor interés estuvo en las motivaciones personales que habían empujado a aquellos cientos de hombres a emprender aquella aventura. Ahora bien, la importancia de la cita era incuestionable, pues se constató la organización norteamericana de aquella conjura y se concretó la ausencia de rebelión interna. Las declaraciones de los encausados eran tan concluyentes que no dejaban resquicio a la duda.

De todos modos, la falta de novedades sustanciosas, no invalidaba el principal propósito de aquel juicio radiotelevisado, pues lo que se pretendía era dejar al descubierto el engaño al que los Estados Unidos y sus autoridades habían sometido a la opinión pública internacional. Algo que quedó meridianamente claro desde aquella primera cita del gran juicio ante las cámaras de televisión.

En los testimonios de aquel rosario de encausados se confirmaba lo que todo el mundo daba ya por sentado, las declaraciones de los detenidos fueron confirmando, una tras otra, los argumentos ya largamente explorados y explicados en la prensa de medio mundo: Nueva Orleans y Vieques, en Puerto Rico, habían sido dos de los puntos destinados al entrenamiento de algunos de los hombres de la brigada, el resto, la inmensa mayoría, se adiestró en Guatemala, y Puerto Cabezas, en Nicaragua, aparecía como el punto de partida de las tropas y el lugar desde el que partieron los aviones que bombardearon el territorio cubano desde el día 15 al 19 de abril.⁵⁶⁸

Aquella primera jornada de interrogatorios había dejado los primeros nombres de los cabecillas de la operación, San Román y Artime, y, sobre todo, había dejado al descubierto una imagen que tenía mucho de evocadora para todos aquellos que defendían la implicación norteamericana en la conjura. Los complotados vestían, según señaló *Bohemia* y según pudieron comprobar los televidentes cubanos, los uniformes de los marines norteamericanos: una imagen que rivalizaba en elocuencia con cualquier afirmación que pudieran realizar los encausados sobre la implicación estadounidense. Aquella imagen de cubanos enfundados en el uniforme de los marines era el mentís más rotundo de la Revolución cubana a las autoridades norteamericanas.

Por lo demás, la condición de los miembros de la expedición invasora tampoco sorprendió a los presentes. En la primera jornada quedó al descubierto que entre los integrantes de la brigada había un pequeño grupo de aventureros, siempre presentes en cualquier operación de aquella naturaleza; había también exmilitares y antiguos miembros de las fuerzas de seguridad del Estado del período de Batista, estos eran los más, se trataba sin duda de la facción más numerosa dentro de la soldadesca, y había igualmente un grupo muy importante de antiguos propietarios. Dentro de aquel grupo de

⁵⁶⁷ *Idem.*

⁵⁶⁸ *Ibidem*, págs. 6-13 del suplemento.

“fidelistas desencantados”, que el representante del grupo batistiano en Madrid, Rosendo Canto, había situado en torno al treinta y cinco por ciento de la expedición, lo que había fundamentalmente era antiguos propietarios, que habían estado en algún momento a favor de la revolución en sus primeros meses, pero que la habían abandonado tan pronto como el Gobierno revolucionario comenzó a implantar sus primeras reformas.

Así pues, el primer día de juicios puso al descubierto la composición social de la brigada, intuida durante días, pero no constatada hasta aquel momento. Frente a las cámaras se presentó un joven aventurero que trabajaba para la organización de Justo Carrillo y junto a él se personó un antiguo propietario despojado de sus tierras por la Reforma agraria⁵⁶⁹. Ellos fueron los primeros en dar su parecer sobre el desembarco y la operación de invasión. Acto seguido, pasaron ante las cámaras varios militares de la época de Batista, que justificaban su presencia en la invasión, cosa inaudita, por la experiencia de aprendizaje que ofrecía trabajar a las órdenes del ejército estadounidense durante la formación y adiestramiento de las tropas⁵⁷⁰. Además, uno de estos excombatientes a las órdenes de Batista expuso de forma detallada los honorarios con los que se pagaba la soldadesca. Unos sueldos que iban de los ciento setenta y cinco pesos mensuales a los cuatrocientos⁵⁷¹; si se tiene en cuenta que casi existía paridad entre peso y dólar en 1961, lo elevado de los emolumentos cobrados por los miembros de las huestes invasoras quedaron a la vista de los presentes. Los jornales eran desde luego muy elevados si se comparaban con los sueldos que se pagaban en Cuba en aquel momento y constituían una muestra inequívoca de lo fácil que podía resultarle a la contrarrevolución reclutar tropas en Miami.

Sin embargo, a pesar de aquellos fabulosos jornales, todos los interrogados, de forma invariable, afirmaron sentirse engañados, pues las condiciones del desembarco no habían sido las prometidas por los directores de la operación. A todos ellos se les había asegurado que en Cuba reinaba el desorden y que su desembarco se produciría de forma simultánea a un levantamiento en el interior. Los detenidos aseguraron también sentirse sorprendidos por el apoyo que tenía la revolución entre el pueblo cubano y lamentaron haberse enrolado en aquella nefasta aventura, donde los primeros en ponerse a salvo habían sido Artime y San Román, a los que se había visto partir en bote tras la caída del frente invasor⁵⁷².

Por otro lado, el nombre de la *United Fruit Company* pronto salió a relucir como una de las principales fuentes de financiación de la invasión, como salió también la escolta que había dispensado a la expedición invasora la “*Quinta Flota*” americana⁵⁷³. Destruidores y submarinos norteamericanos habían resguardado a la flota invasora, preservándola de cualquier ataque hasta las playas cubanas.

Sin embargo, el momento cumbre de la jornada lo protagonizó José Miró Torras. La presencia ante las cámaras del “*hijo del presidente en armas*”, como señaló con ironía *Bohemia*, constituyó un hito en los juicios⁵⁷⁴; un antes y un después, y no por su responsabilidad en la conjura, sino por lo conocido de su apellido. El hijo de José Miró Cardona, presidente del Consejo Revolucionario, comparecía ante los medios ante la mirada expectante de los que le escuchaban. Poco importaba lo que pudiera decir, pues la noticia estaba en su mera presencia, no en los argumentos que pudiera desplegar aquel joven de buena familia. Por lo demás, no aportó mayores novedades a lo ya expuesto por sus compañeros de armas.

⁵⁶⁹ *Ibidem*, págs. 6-9 del suplemento.

⁵⁷⁰ *Ibidem*, pág. 12 del suplemento.

⁵⁷¹ *Ibidem*, pág. 10 del suplemento.

⁵⁷² *Ibidem*, págs. 9 y 12 del suplemento.

⁵⁷³ *Ibidem*, págs. 8 y 10-12 del suplemento.

⁵⁷⁴ *Ibidem*, pág. 12 del suplemento.

El impacto de la presencia de Miró Torras ante las cámaras estuvo en la escenificación de su aparición pública, más que en el contenido de sus palabras. Su declaración ante los periodistas abundó en los argumentos de los hombres que le habían precedido: la escolta estadounidense de la flota invasora, la sorpresa ante la falta del levantamiento interno, el desencanto de la traición, la fuga de Artime y San Román, la información deficiente sobre la verdadera situación interna de Cuba...⁵⁷⁵ En fin, posiciones que ya habían expuesto de forma detallada muchos de sus compañeros. Sin embargo, la mera presencia de aquel joven en la expedición dejaba al descubierto la confianza que habían depositado los líderes de la contrarrevolución en aquel desembarco anfibio.

Los hijos de las antiguas clases dirigentes cubanas, muchos de ellos teñidos de una pátina progresista, posaban ante los medios de comunicación cubanos con el traje de los marines norteamericanos y franqueados por connotados miembros de las fuerzas de seguridad de Batista. Aquella imagen, más allá de lo que pudieran alegar en su defensa aquel perfil de encausado, era ya de por sí un desprestigio que sería imposible de restañar. Una falta de credibilidad que no sólo tenía su incidencia dentro de la sociedad cubana, sino también en Latinoamericana y, sobre todo, en el seno de aquellos sectores que dentro del progresismo latinoamericana habían confiado en la Alianza para el Progreso. Y es que, aquella imagen de Miró Torras compartiendo destino con los hombres de Batista, dejaba al descubierto que, al menos en Cuba, la tercera vía no era posible. La lucha en Cuba estaba establecida entre la contrarrevolución y la revolución; una lucha entre dos polos antagónicos, dentro de los cuales, al extremarse la lucha, el matiz había dejado de tener relevancia.

Por lo demás, aquel ilustre apellido de “los Miró”, iba más allá de la notoriedad del padre, se extendía a la generación anterior, y dejaba al descubierto, como señaló *Bohemia* con un regusto de amargura, las paradojas de la historia cubana. La revista habanera lo exponía así:

*“Un estudioso de la historia hubiera anotado la triste contradicción. Miró Argenter hizo la invasión al lado del general Antonio Maceo para independizar a Cuba. El nieto, leal al padre renegado pero traidor a la memoria del abuelo ilustre, hizo una invasión a la inversa, con los extranjeros para yugular la independencia de Cuba”*⁵⁷⁶.

Aquella cita, aunque *Bohemia* no iba tan allá en el análisis, dejaba al descubierto el carácter de la revolución acontecida en Cuba. La sociedad patricia que había conducido el proceso de independencia de España era la que había cimentado la Cuba republicana y la que había dado sentido a aquellos sesenta años de la Cuba poscolonial. Una Cuba que se habían movido entre la democracia débil y la dictadura rígida y que, finalmente, habían desembocado en el socialismo ante el fracaso del régimen liberal capitalista, incapaz de articularse a través de un entramado político estable. Estados Unidos había zarandeado el débil sistema político económico cubano y éste se derrumbó en la tercera generación republicana. Los abuelos habían luchado por la independencia del sistema colonial español, los hijos habían gestionado la república mediatizada y los nietos se habían dividido entre los partidarios de sostener el status quo y los proclives a surcar las sendas de la revolución.

Así pues, la presencia del hijo de Miró Cardona entre los apresados en Girón no era más que la constatación del fracaso de la Cuba republicana y, al mismo tiempo, la afirmación positiva de que el proyecto cubano sólo podía discurrir por la senda del socialismo. El socialismo, ante la huida en masa de la vieja élite republicana, refractaria a cualquier receta inclusiva, parecía ya la única alternativa plausible y aquella concreción no tenía mejor relato que la presencia de aquellos jóvenes de apellidos ilustres entre la tropa invasora. Miró Torras no era además un caso único dentro de la contrarrevolución, junto a él estaban también otros reputados disidentes de primera hora, Díaz Lanz,

⁵⁷⁵ *Ibidem*, págs. 12 y 13 del suplemento.

⁵⁷⁶ *Ibidem*, pág. 12 del suplemento.

bisnieto de una hermana, nada más y nada menos, que de José Martí, prócer de la independencia cubana, o los hijos de Tony Varona, otro de los rostros conocidos de la Cuba republicana y del Consejo Revolucionario Cubano.

Las clases dirigentes de la vieja sociedad cubana que había protagonizado la lucha contra el sistema colonial español habían construido un régimen dual en Cuba y la llegada de la revolución, tendente a llevar el progreso emancipador hasta sus últimas consecuencias, había apostado por la inclusión de todos los cubanos tal y como preconizaba el proyecto de nación martiano, sintetizado en su célebre aforismo “con todos y para el bien de todos”. Cuba tenía vocación inclusiva, como había celebrado su más ilustre prócer, y esto fue lo que no terminaron de percibir y concretar los constructores de la ya fenecida Cuba republicana.

De este modo, el proyecto inclusivo, violentado por la Cuba republicana y propugnado por la nueva Cuba, sólo podía optar por la ruptura, sólo podía ampararse en la carrera transformadora, en la demolición del viejo aparato político-económico, y para ello tenía que apoyarse, ineludiblemente, en la Cuba olvidada, en la Cuba pobre y desheredada. La revolución se había ido poco a poco radicalizando y había barrido en su camino hacia la inclusión de la totalidad del pueblo cubano a las antiguas clases dirigentes, renuentes a integrarse en el vendaval revolucionario.

El igualitarismo que se estaba construyendo en Cuba no parecía ser compatible con aquella clase aristocrática descendiente de los próceres cubanos. De este modo, aquella contradicción irresoluble entre la actitud de los próceres y la de sus descendientes inmediatos conducía fatalmente a la anomalía, a la paradoja, al contrasentido. Desembocaba, en definitiva, en la contradicción: la Revolución cubana que encabezaba Fidel Castro cantaba las glorias de los abuelos de la patria y de los padres fundadores de la Cuba independiente de España mientras condenaba la actitud de los hijos y los nietos de aquella saga de libertadores. Los hijos y los nietos de los padres fundadores compadreaban ahora con el poder imperial, haciendo añicos la memoria de sus ancestros, unos ancestros que habían luchado contra el poder colonial y que habían colocado los cimientos sobre los que se sustentaba la soberanía cubana. Por el contrario, los conductores de la revolución parecían nutrirse de aquellas familias españolas que habían arribado a Cuba tras la pérdida de la Guerra del 98. La historia cubana arrojaba contrasentidos de aquella naturaleza e irremediablemente la prensa tenía que hacerles frente, porque todos aquellos apellidos ilustres formaban parte de la corta historia de la Cuba postcolonial.

Así pues, en aquella primera jornada de encuentros entre invasores y defensores de la nueva Cuba se dilucidó, para pesar de muchos, algo más que la intervención norteamericana en Cuba, se aireó también la inconsistencia de una parte sustancial de las clases dirigentes cubanas, incapaces de romper el cerco ideológico que se había construido desde Estados Unidos durante tres décadas de régimen neocolonial y explotación imperialista. La historia de Cuba tenía un poso de independentismo irredento, las antiguas clases dirigentes de la isla habían prescindido de él demasiado pronto y aquella renuncia los había separado definitivamente de la Revolución cubana. Por lo demás, y este no era un tema menor, aquella renuncia se había producido antes de que la Revolución cubana proclamara el carácter socialista del proyecto transformador: la renuncia era anterior a la proclamación de la identidad socialista y aquello suponía un peso y una herida para el nacionalismo cubano que dejaba al descubierto la pujanza del autonomismo y de la independencia tutelada que se cimentó tras la emancipación de Cuba de la España monárquica.

Con la comparecencia de José Miró Torras y con aquel regusto de traición a la memoria de los abuelos que venía aparejado a su discurso se cerró aquella primera cita con los invasores de Girón. Eran las dos y media de la madrugada del día 22 de abril y la dirigencia cubana había conseguido ya las certezas de lo que siempre había proclamado: la organización de la invasión de Bahía de Cochinos

era enteramente norteamericana; Guatemala, Puerto Rico, Nicaragua y los mercenarios desembarcados en las playas de Cuba no eran otra cosa que el brazo ejecutor de la agresión imperialista.

Veinticuatro horas después de aquella primera cita con los invasores comenzó la segunda jornada de interrogatorios y durante su desarrollo, en la noche del día 22 de abril, llegó la noticia al teatro de la CTC de que habían sido capturados en la Ciénega de Zapata otros ciento setenta y ocho mercenarios. Entre ellos, los hijos de Tony Varona y el conocido actor cubano Carlos Badías⁵⁷⁷.

Cuando llegaban estas noticias a la sala del teatro de la CTC la concurrencia quebraba la consigna del silencio y se sumía en “una cerrada ovación”⁵⁷⁸. La Ciénega de Zapata se había convertido en una verdadera ratonera para los invasores y, los que no habían caído en combate, poco a poco fueron cayendo en manos de las fuerzas fidelistas. Fuera de los terreros de la ciénega y de los terrenos pantanosos que la circundaban la única posibilidad de huida era lanzarse al mar y aquella vía entrañaba tantos peligros como la huida hacia el interior.

Por lo demás, las nuevas detenciones no hacían más que cimentar la radiografía humana que se tenía de las tropas invasoras. En las filas de los hombres capturados en Girón había grandes potentados e hijos de familias pudientes, esbirros de la época de Batista, exsoldados batistianos y miembros de la antigua policía cubana que habían huido del país dejando tras de sí varios crímenes y asesinatos⁵⁷⁹. En fin, la composición social de los nuevos detenidos certificaba y daba todavía más fuerza a la imagen percibida en un primer momento.

A medida que iban pasando las horas la radiografía social de los complotados se hacía más y más definida, dejando al descubierto un componente social que distaba mucho de que aquello que podía entenderse por pueblo cubano. Entre los capturados había batistianos, “exfidelistas” e indiferentes a la política, infinidad de apellidos ilustres, refractarios todos ellos a la revolución por diferentes motivos, pero unidos por el rechazo a las políticas de la revolución fidelista. Aquel material humano, impregnado de un anticomunismo tan doctrinal como irreflexivo, iba sumándose a las huestes de los detenidos para dibujar el bloque social que se enfrentaba a la Revolución cubana. La condición de todos ellos se unificaba bajo el signo del privilegio en la Cuba prerrevolucionaria, una condición que habían querido recuperar por la fuerza de las armas, embarcándose en una aventura que devino debacle. Ahora, frente a las cámaras de la televisión cubana, aparecían retratados como compañeros de armas en su lucha contra la Cuba fidelista y como camaradas de infortunio ante la evidente derrota.

En aquella segunda jornada de interrogatorios se completó el panorama y la semblanza de los individuos que habían protagonizado el desembarco. Lo más abundante entre la tropa, como señaló *Bohemia*, eran “los jovenzuelos de apellidos otrora sonoros como el oro de sus familias respectivas”⁵⁸⁰. La noche del día 22 de abril fue pródiga en la aparición de apellidos por todos conocidos, lo más selecto de la aristocracia del dólar apareció ante las cámaras de televisión y, para sonrojo de la nueva Cuba, vestían el uniforme de los marines norteamericanos. Ellos habían sido los grandes perjudicados por la revolución y ellos eran por tanto los mejores aliados del imperio. Sin embargo, lo que resultaba dañino en extremo de cara a la sociedad cubana era verlos compartiendo rancho y andanzas con los más connotados sicarios del período batistiano.

La revista cubana señalaba que, “cobijados bajo la misma bandera”, “juntos y revueltos”, habían desembarcado en las playas de Cuba connotados asesinos y torturadores en tiempos de Batista y los

⁵⁷⁷ *Ibidem*, pág. 14 del suplemento.

⁵⁷⁸ *Idem*.

⁵⁷⁹ *Ibidem*, págs. 83-86.

⁵⁸⁰ *Ibidem*, pág. 14 del suplemento.

hijos de conocidas familias de la vieja Cuba⁵⁸¹. Todos obedecían al mismo amo y todos compartían consignas. Por lo demás, la tónica general entre los interrogados siguió siendo la acusación contra los líderes de la invasión, pues, estos últimos, les habían asegurado que gran parte de la milicia y del Ejército rebelde se pasaría al frente invasor tan pronto como corriera la noticia del desembarco.

Durante la segunda jornada de interrogatorios aquella radiografía humana de la invasión no hizo más que afianzarse, como se afianzaron también otras cuestiones tratadas en la víspera. El nombre de la *United Fruit Company* volvió a estar presente y muchas de las declaraciones ofrecieron información detallada sobre los implementos militares desembarcados en Girón. Unos implementos que no se reducían a las armas convencionales. Varias barcasas de compuertas y fondo plano, al parecer gemelas de las utilizadas en el desembarco de Okinawa, fueron las encargadas de desembarcar en territorio cubano “camiones, jeeps, tanques y artillería pesada”⁵⁸².

Lo acontecido en Bahía de Cochinos no había sido solo un desembarco de combatientes destinado a la lucha armada, como trataron de hacer creer a última hora los servicios de inteligencia norteamericanos, sino un desembarco militar en toda regla, al estilo de los que había realizado la marina norteamericana durante la Segunda Guerra Mundial. Aquel desembarco había causado muchas muertes e innumerables heridos; sin embargo, tal y como reflejaba *Bohemia*, el balance podría haber sido todavía peor de no mediar la derrota de los mercenarios. Es más, si los invasores hubieran triunfado, señalaba *Bohemia*, si las fuerzas revolucionarias no hubieran podido contenerlos y Estados Unidos hubiera reconocido un poder alternativo en territorio cubano, todo el mundo podía imaginarse “la tormenta de sangre que habría cubierto la Isla”⁵⁸³.

Sin embargo, a pesar de la enorme responsabilidad contraída por los invasores con el pueblo de Cuba, los integrantes de aquellos batallones de mercenarios al servicio del imperialismo demandaban el perdón y trataban de refugiarse detrás de una mal fingida inocencia. *Bohemia* criticaba con dureza aquella actitud de la que hacían gala los prisioneros y afeaba su teatralidad ante las cámaras. La revista cubana señalaba que, a pesar de la agresión y de la sangre cubana derramada por su culpa, los prisioneros posaban frente al pueblo cubano como “infelices”, hacían “muecas de terror ante las cámaras de televisión”, “sonreían inofensivamente”, hacían “chistes”, se declaraban “engañados, embarcados, inocentes e ignorantes” de la realidad de Cuba; en definitiva, luchaban por aligerar de carga agresiva su acción y pretendían que su acción fuera disculpada; algo difícil de aceptar para el frente revolucionario⁵⁸⁴.

Bohemia, en todos los espacios que consignó a aquel macro-juicio, señaló que la revolución tenía que mostrarse inclemente frente aquellos hombres, pues se había puesto en juego la seguridad de Cuba en su totalidad. Todos aquellos invasores al servicio del imperialismo, que, tras ver como su intento sedicioso fracasaba, trataban de congraciarse con el pueblo cubano, habían perdido el derecho a solicitar clemencia. En una de sus páginas la revista *Bohemia* iba más allá y alegaba sin reparos que merecían la pena máxima: «Desde el dramático lunes 17, todos ellos han dejado de tener nombre propio. Ahora se llaman todos “Paredón”. ¡Son traidores a su patria!»⁵⁸⁵

Bohemia no hablaba en el vacío cuando apuntalaba aquella atroz premisa, pues, para muchos cubanos, aquella dureza parecía más que justificada. Entre los encausados había varios individuos que habían huido de Cuba durante el período revolucionario dejando tras de sí varios asesinatos y robos, como era el caso de un hombre que respondía al nombre Jorge King, otros habían sido refinados torturadores

⁵⁸¹ *Idem.*

⁵⁸² *Ibidem*, págs. 11 y 13 del suplemento.

⁵⁸³ *Ibidem*, pág. 82.

⁵⁸⁴ *Idem.*

⁵⁸⁵ *Idem.*

en la época de Batista, como era el caso de Ramón Calviño Insúa. Aquellos siniestros personajes, el primero protagonista en las declaraciones de la noche del viernes 22 de abril y el segundo en las del lunes 24 de abril daban a la conjura un aspecto siniestro que en nada beneficiaba al resto de los conjurados y que tampoco dejaba en buen lugar a la Administración norteamericana, pues ni los primeros ni la segunda habían tenido reparo alguno a la hora de embarcar en aquel proyecto de invasión a los represores más inclementes del régimen de Batista.

La segunda jornada de interrogatorios se configuró como un calco de la primera y dejó el terreno expedito para lanzar ya un balance definitorio. El diario *Hoy*, que tenía a su director entre el plantel de periodistas que habían interrogado a los detenidos en aquellas dos primeras jornadas de juicios públicos, estableció las conclusiones que se podían extraer de aquella doble jornada en el teatro de la CTC. En su edición del domingo 23 de abril, el vocero del PSP, consciente de que las siguientes jornadas no aportarían ya grandes novedades, estableció tres ejes sobre los que articular las conclusiones.

En primer lugar, lo que había quedado claro tras las declaraciones de varios de los prisioneros era que *“la intervención militar”* había sido *“organizada, financiada, ordenada y conducida por los Estados Unidos”*⁵⁸⁶. En segundo lugar, las declaraciones de los encausados avalaban también la tesis defendida en Cuba sobre el carácter mercenario de la invasión. Los invasores habían sido *“reclutados mediante pago de cuantiosos emolumentos que eran entregados a sus familiares”*⁵⁸⁷. Las cantidades aportadas a la tropa invasora iban desde los ciento setenta y cinco pesos mensuales hasta cantidades que podían llegar a los cuatro cientos pesos mensuales⁵⁸⁸. Según declaró uno de los encausados, un tal José Martínez Suárez, antiguo comandante de la Guardia Rural en tiempos de Batista, los sueldos se distribuían del siguiente modo: *“Se pagaban ciento setenta y cinco pesos por la señora, cincuenta pesos por el primer hijo y veinticinco pesos por cada uno de los restantes, dándose el caso que había soldados de la brigada que devengaban hasta cuatrocientos pesos”*⁵⁸⁹. En tercer y último lugar, el diario *Hoy* señalaba los países que habían apoyado activamente la invasión y que habían actuado en connivencia con las autoridades norteamericanas: *“Los cómplices inmediatos y directos de los Estados Unidos para agredir a Cuba fueron los gobiernos de Guatemala, Nicaragua y Puerto Rico”*⁵⁹⁰.

16.4.4 Nikita Krushev, Fidel Castro y John Fitzgerald Kennedy establecen las líneas rojas del conflicto

El diario *Hoy*, órgano de expresión de los comunistas cubanos, había dejado meridianamente claro en sus conclusiones sobre la invasión de Bahía de Cochinos de quién era la responsabilidad del desembarco: Estados Unidos estaba detrás de la operación tal y como habían relatado los propios protagonistas del desembarco, los prisioneros de la abortada invasión. Las autoridades soviéticas tenían ya las conclusiones finales sobre la operación invasora y éstas provenían del entorno del comunismo cubano, una fuente que gozaba de la mayor fiabilidad en Moscú. Los más leales aliados de la diplomacia soviética en Cuba se habían mostrado tajantes: *“la intervención militar”* había sido *“organizada, financiada, ordenada y conducida por los Estados Unidos”*⁵⁹¹.

Aquellas conclusiones, después de los interrogatorios de los días 21 y 22 de abril, contradecían la respuesta que Kennedy le habían enviado a Krushev el 18 de abril tras la advertencia soviética de

⁵⁸⁶ *Ibidem*, pág. 14 del suplemento.

⁵⁸⁷ *Idem*.

⁵⁸⁸ *Idem*.

⁵⁸⁹ *Ibidem*, pág. 10 del suplemento.

⁵⁹⁰ *Ibidem*, pág. 14 del suplemento.

⁵⁹¹ *Idem*.

que la URSS no consentiría la agresión contra Cuba. Lejos de no intervenir, tal y como había señalado y asegurado Kennedy en su lacónica respuesta al mandatario soviético, los Estados Unidos habían estado detrás de la operación y le habían brindado un apoyo total en todos los órdenes.

Así pues, la diplomacia soviética, que había asediado en las jornadas previas a la delegación norteamericana en la ONU, decidió dar un paso más allá y de boca del primer ministro soviético y secretario general del PCUS, Nikita Krushev, le envió un nuevo mensaje a Kennedy. Una respuesta a la respuesta insatisfactoria que el mandatario norteamericano le había hecho llegar a los dirigentes soviéticos. Estados Unidos había agredido a la Revolución cubana, había apostado por los invasores hasta el último momento y había despachado la advertencia soviética con la mentira y la negación de los hechos. Ante aquella falta de consideración, las autoridades del Kremlin no se contuvieron y, a través de Nikita Krushev, enviaron un nuevo mensaje presidido por la contundencia a la cada vez más asediada Administración norteamericana.

El mensaje de Nikita Krushev a Kennedy del día 18 de abril había tenido más repercusión internacional que la timorata respuesta del presidente Kennedy, cargada de tópicos y de lugares comunes que perdían eficiencia ante la evidencia de la participación norteamericana en la invasión. Sin embargo, aquella respuesta endeble y de baja carga argumental del mandatario norteamericano, con el paso de los días, había pasado del revestimiento elusivo a la vestimenta de la infamia. Kennedy había engañado a la diplomacia soviética sin ningún tipo de pudor y, por tanto, ésta última estaba ahora legitimada para resarcirse a través de un nuevo comunicado.

Lo único reseñable de la respuesta del mandatario norteamericano a su homólogo soviético en su mensaje del 18 de abril había sido el compromiso de no intervención militar. Algo que, en aquel momento, segunda jornada de invasión, certificó el fracaso norteamericano y la desesperación de la disidencia cubana, pero que, días más tarde, una vez fracasó la invasión y depuradas las responsabilidades, dejó al descubierto algo todavía más grave: explicitó el engaño y la ocultación de los hechos a la que la diplomacia norteamericana había pretendido someter a la soviética.

Aquel mensaje de Kennedy, lanzado un día antes de la humillante derrota de la fuerza invasora como respuesta al llamamiento soviético de no intervención, parecía tener cierto sentido en aquel momento, pues Estados Unidos se había abstenido de brindarle apoyo a la fuerza invasora durante sus últimas horas de combate en la tarde del 19 de abril. Sin embargo, este mismo mensaje terminó por convertirse en papel mojado tras las declaraciones ante las televisiones cubanas de los mercenarios apresados en Playa Girón, los cuales describieron con pelos y señales cual había sido el papel jugado por las fuerzas armadas norteamericanas y sus servicios de inteligencia en la conjura.

Los Estados Unidos habían perdido aquel envite contra la Cuba fidelista, habían sido humillados y ridiculizados en el campo de batalla y en la arena diplomática, y aquel edicto de derrota vino a confirmarse aquel mismo día 23 de abril, cuando Krushev se dirigió de nuevo a Kennedy para informarle que su compromiso del día 18 de abril de no apoyar militarmente la invasión resultaba tan irrelevante como falso, pues todos los indicios y las pruebas apuntaban a que ya lo había hecho y a que sus servicios de inteligencia y todo su potencial bélico habían estado a disposición de las tropas invasoras.

El mandatario soviético enviaba un acuso de recibo a su homólogo americano y en él cargaba con saña contra el presidente Kennedy. Aquella respuesta a la respuesta, más que una contestación era un verdadero programa para el futuro de la Cuba independiente de los Estados Unidos, pues en él se señalaba que la URSS no permitiría ni una intromisión más en los asuntos cubanos. La diplomacia soviética, después de ser engañada sin ningún tipo de reparo por la norteamericana, no le quedaba más remedio que extremar la vigilancia y advertir a los Estados Unidos que el juego se había

terminado ya. La URSS no permitiría que los Estados Unidos desencadenaran una nueva “*guerra mundial*” con sus “*acciones insensatas*”⁵⁹². Cada pueblo tenía el derecho a decidir “*por sí mismo*” y, por tanto, el papel de “*gendarme*” continental que pretendía ejercer Estados Unidos en América Latina era tan inapropiado como extemporáneo⁵⁹³. Los tiempos del furibundo imperialismo había quedado atrás y Estados Unidos tenía que asumirlo: así de contundente se mostraba el primer ministro soviético.

Kruschev aprovechaba además el conflicto cubano para congraciarse con la China popular y señalaba que lo que se pretendía organizar en Cuba tenía puntos de encuentro más que evidentes con lo acontecido en Formosa⁵⁹⁴. La libertad, aquella libertad de la que hablaban los Estados Unidos, se había convertido en coartada irrefutable para justificar la agresión y el colonialismo. Frente a esta realidad, Kruschev se preguntaba si era aquella la moralidad que Estados Unidos quería imponer en el siglo XX: ¿Era la moral de “*los bandidos*” y de “*los colonizadores*” la que pretendía imponer Estados Unidos en el hemisferio occidental?, se preguntaba de forma irónica el mandatario soviético, para señalar a continuación que si la respuesta a aquella pregunta era afirmativa, la Administración norteamericana, la gobernante y la venidera, se encontraría abocada al conflicto con la Unión Soviética⁵⁹⁵. Si aquella era la moral norteamericana, los Estados Unidos estaban destinados al enfrentamiento constante con la Unión Soviética, porque ésta no permitiría la implantación de aquel régimen de oprobio.

Kruschev señalaba igualmente que la URSS no pretendía establecer bases militares en Cuba y que aquella afirmación gratuita estaba sirviendo de coartada para atacar a Cuba. La Unión Soviética no había utilizado aquel procedimiento, algo que la distinguía de los Estados Unidos, que estaban obligando a alguno de sus aliados a seguir “*una política absolutamente insensata*” tendente a concertar acuerdos militares y a ceder territorio “*para instalar en él bases militares norteamericanas*”⁵⁹⁶. Aquella afirmación, según señalaba Kruschev, no era una ocurrencia de la diplomacia soviética, pues eran los propios militares norteamericanos los que aseveraban “*con toda franqueza que aquellas bases estaban enfiladas contra la Unión Soviética*”⁵⁹⁷.

Kruschev, con aquella respuesta al presidente norteamericano, trazaba las líneas rojas del conflicto. La URSS no permitiría un nuevo ataque contra Cuba y como había reiterado ya en numerosas ocasiones ofrecería a los cubanos lo que precisaran para su defensa. La diplomacia soviética, al contrario que la norteamericana, según señalaba su máximo dirigente, se movía de acuerdo a otros parámetros, hablaba de otro tipo de libertades y no tenía como cometido utilizar la libertad de los pueblos para emprender guerras y ganar recursos y capitales a costa del sacrificio y la aniquilación de otras naciones.

Sobre este particular Kruschev se mostraba concluyente: “con el pretexto de defender la libertad se han llevado a cabo sangrientas represiones contra los pueblos, se han librado guerras coloniales y se ha agarrado por la garganta a un país pequeño tras otro”⁵⁹⁸. La Unión Soviética no estaba ya dispuesta a hacer la vista gorda ante aquel régimen de latrocinio y esclavitud que patrocinaban los Estados Unidos y, por lo tanto, estaba decidida a no abandonar a Cuba a su suerte.

⁵⁹² *Ibidem*, pág. 87.

⁵⁹³ *Idem*.

⁵⁹⁴ *Ibidem*, pág. 77.

⁵⁹⁵ *Ibidem*, pág. 87.

⁵⁹⁶ *Ibidem*, pág. 77.

⁵⁹⁷ *Idem*.

⁵⁹⁸ *Ibidem*, pág. 76.

Kruschev señalaba que Cuba sabía perfectamente “*cuáles eran sus intereses*” y que sabía cómo “*defenderlos*”⁵⁹⁹. La libertad de la que hablaba Kennedy era precisamente la libertad frente a la que se habían levantado los cubanos. Estados Unidos, según aseveraba Kruschev, ardía en deseos “*de restablecer en Cuba la libertad*”, una libertad encaminada a preservar los intereses de “*su poderoso vecino*” y de “*los monopolios extranjeros*”⁶⁰⁰. Cuba no quería volver de nuevo a la libertad de antaño, aquella que permitía “*saquear las riquezas nacionales*” y enriquecer al prójimo “*con el sudor y la sangre del pueblo cubano*”⁶⁰¹. La Cuba de hoy, señalaba Kruschev, no era ya la Cuba que Kennedy identificaba con “*el puñado de traidores que se habían levantado contra su pueblo*”⁶⁰². La nueva Cuba era “*la Cuba de los obreros, los campesinos y los intelectuales*”, era “*la del pueblo que había cerrado filas en torno a su Gobierno revolucionario encabezado por el héroe nacional Fidel Castro*”⁶⁰³. Aquel era el pueblo de Cuba, un pueblo que habían expulsado a los invasores y que estaba resuelto a decidir por sí mismo sin injerencia exterior. Cuba podía contar con el apoyo soviético en aquel empeño. La Unión Soviética, sin otro interés que la preservación de la paz mundial, señalaba Kruschev en su misiva a Kennedy, se aprestaría a preservar la independencia cubana. Cuba era libre de decidir su futuro y aquello tenía que hacerlo sin presiones de ningún tipo. Así pues, la URSS advertía a los Estados Unidos: “*Nadie puede esgrimir compromisos, cualesquiera que sean, de defender a los facciosos contra el gobierno legítimo de un Estado soberano, como lo es Cuba*”⁶⁰⁴.

El mensaje de Kruschev era más que concluyente y era el que tenía que prevalecer, según le dictaba el mandatario soviético a su homólogo norteamericano, para poder vivir en un contexto mundial regido por la paz. Kruschev esbozaba entonces sus planteamientos sobre la coexistencia pacífica de diferentes regímenes políticos y finalizaba su mensaje a Kennedy señalando lo siguiente: Sólo bajo el reconocimiento “*de todos los pueblos*” y “*del régimen social y político que ellos deseen darse*” y sólo bajo el “*verdadero respeto a la voluntad de los pueblos y a la no intervención en sus asuntos internos*” podían establecerse “*las condiciones*” para “*la coexistencia pacífica*”, pues este régimen de paz sólo podía articularse “*si los Estados con regímenes sociales distintos se sometían a las leyes internacionales*” y reconocían “*que su más alto fin era garantizar la paz en el mundo entero*”⁶⁰⁵.

El problema cubano y su vía de resolución se adaptaban a la perfección al ideario de la política exterior soviética. Frente a la agresión por divergencias políticas se alzaba la coexistencia política, soporte al que podía asirse la dirigencia cubana para preservar su independencia frente a los Estados Unidos. La diplomacia soviética ofrecía una salida digna a la Revolución cubana que no demandaba hipotecas ideológicas. Cuba ya había declarado el carácter socialista de su revolución, eso sí, sin entrar en mayores disquisiciones teóricas, ni Cuba estaba en posición de ofrecerlas ni tampoco las demandaban las autoridades del Kremlin, que parecían más que satisfechas con la adquisición de aquel aliado político a escasas millas de la costa norteamericana. Cuba se había convertido en aliado de la URSS sin que los dirigentes de Moscú hubieran movido un solo dedo y Estados Unidos, debido a su torpeza, se granjeaba un enemigo de enjundia a escasas millas de su costa.

Con aquel comunicado soviético, expresado por medio de una carta abierta al presidente Kennedy, Kruschev se comprometía de lleno con la causa cubana y aprovechaba el establecimiento de aquel compromiso público con la Revolución cubana para cargar de nuevo sin contemplaciones contra el presidente Kennedy y los Estados Unidos. La historia de Cuba, según señaló Kruschev, había estado

⁵⁹⁹ *Idem.*

⁶⁰⁰ *Idem.*

⁶⁰¹ *Idem.*

⁶⁰² *Idem.*

⁶⁰³ *Idem.*

⁶⁰⁴ *Ibidem*, pág. 77.

⁶⁰⁵ *Ibidem*, pág. 87.

presidida por el abuso norteamericano y los cubanos tenían todo el derecho a cambiar el sino de su historia.

Por lo demás, Kruschew adoptaba aquella vigorosa posición después de las dos primeras comparecencias públicas de los apresados en Playa Girón y justo en el momento en el que el diario *Hoy*, órgano de expresión de los comunistas cubanos, arrojaba sus primeras conclusiones oficiales sobre la invasión. De todos modos, aquel parecía el momento más propicio para pronunciarse, pues las declaraciones de los encausados no dejaban ningún resquicio a la duda de que los Estados Unidos eran los responsables de aquella agresión. Así lo entendió también Fidel Castro que, pocas horas después de la intervención del mandatario soviético, saltó a la palestra para ofrecer al pueblo cubano una extensa comparecencia televisada sobre lo sucedido en los últimos días.

Después de las dos primeras jornadas de interrogatorios a los invasores capturados; las pruebas en manos de la dirigencia revolucionaria eran más que contundentes para que su máximo representante, Fidel Castro, se presentara ante el pueblo para rendir cuentas sobre lo acontecido en las últimas fechas. El primer ministro cubano, tal y como había sucedido con los interrogatorios de los días previos, tomó la palabra ante las cámaras de televisión y los micrófonos de las principales emisoras de radio en la noche del domingo 23 de abril, a modo de continuación y paréntesis de los juicios populares. Cuba ya tenía pruebas más que suficientes para hacer un balance de lo acontecido y así lo reflejó el líder cubano.

Fidel Castro comenzó por señalar que la agresión contra Cuba había estado presidida por el engaño, pues aunque las tropas invasoras no habían sido norteamericanas, los implementos militares, el apoyo naval y aéreo y la dirección del operativo sí que lo habían sido. Una vez explicadas las características de la invasión, Fidel Castro pasó a exponer con todo lujo de detalles los precedentes de aquella agresión. Habló de la vigilancia constante a la que había sido sometida la base naval de Guantánamo para evitar la autoagresión; habló de las reiteradas denuncias de la diplomacia cubana en la ONU, y habló, sin circunloquios, del peligro que significaba para una Cuba independiente un enclave militar norteamericano en territorio cubano. Ante este desafío, Cuba se entregaría con dedicación a trabajar en el campo de la diplomacia para recuperar la base de Caimanera y lo haría por medios legales a través de la reclamación en los organismos internacionales de aquella porción de territorio cubano usurpado por los Estados Unidos. La devolución de aquel enclave militar era una prioridad, porque sin él la intervención directa de los Estados Unidos sería más complicada.

Por lo demás, Fidel Castro exponía cuál era y cuál sería en adelante la disposición de Cuba ante el imperialismo norteamericano y lo hacía con una frase que no daba lugar a la doble interpretación: “*resistir aquí hasta el último hombre*”⁶⁰⁶. La divisa revolucionaria “Patria o muerte” se colocaba así en el frontispicio de la nueva frontera cubana, aquella proclama alcanzaba de este modo toda su crudeza y se exponía sin dobleces. Aquella sería la actitud que encontraría en Cuba una nueva agresión norteamericana, la resistencia a ultranza y sin fisuras. En este mismo sentido, Fidel Castro señalaba que el enfrentamiento con los Estados Unidos no había terminado con la invasión, pues el sistema norteamericano estaba imbuido de un componente agresor que venía marcado por su sistema económico. El sistema económico norteamericano estaba sustentado en “*una economía de guerra*” que demandaba como elemento nutricio la tensión y el conflicto en el mundo⁶⁰⁷.

Fidel Castro se mostraba inclemente con los círculos dirigentes norteamericanos y, para definirlos, no dudaba en utilizar términos como “*fascista*” y “*dominante*”⁶⁰⁸. El proyecto que había apadrinado en los últimos días la Administración norteamericana respondía, según el líder cubano, a aquella

⁶⁰⁶ *Ibidem*, pág. 59.

⁶⁰⁷ *Idem*.

⁶⁰⁸ *Idem*.

impronta, pues su único cometido era sustituir a la Revolución cubana por un Gobierno de “ladrones”, “malversadores”, “asesinos” y “estafadores”⁶⁰⁹. Estados Unidos no estaba de acuerdo con el Gobierno revolucionario porque servía al pueblo cubano y no a los intereses norteamericanos, que habían sido siempre los verdaderos beneficiarios del sistema político y económico que había imperado en Cuba hasta los años sesenta.

La revolución tenía un programa social inasumible para los círculos de poder americanos. Estados Unidos, según aseveró Fidel Castro, nunca asumiría un Gobierno como el que había implantado la revolución y por eso habían utilizado contra Cuba todos los mecanismos agresores a su alcance para desbaratarlo. Estados Unidos había acudido, según señalaba Fidel Castro, a todos los procedimientos imaginables para frenar el progreso cubano: el líder cubano hablaba de las presiones a terceros para que dejaran de comercial con Cuba; de la campaña terrorista contra bienes y personas, una campaña sin precedentes en la historia de América; del suministro de armas a todo aquel grupo que estuviera dispuesto a enfrentarse con la Revolución cubana, y del bloqueo económico y comercial. En definitiva, el Departamento de Estado norteamericano se había embarcado en el “hostigamiento” constante y sostenido en el tiempo contra Cuba⁶¹⁰. El pueblo cubano había tenido que hacer frente sin un minuto de respiro a aquel acoso inclemente, al “terror” y al “sabotaje” de su tejido productivo y de su propia existencia, y lo había hecho a base de tesón y de toda clase de sacrificios⁶¹¹.

Una vez expuestos todos aquellos aspectos, regados por medio de detalles y ejemplos, Fidel Castro expuso con lujo de detalles la ingente cantidad de armas que el Pentágono había puesto a manos de la contrarrevolución. Fidel Castro habló de las armas desembarcadas en los meses precedentes por tierra, mar y aire y detalló, con minuciosidad quirúrgica, todo el arsenal armamentístico desplegado por los invasores en las jornadas previas en las playas de Bahía de Cochinos. Sin ningún tipo de reparo, señalaba el primer ministro, “los gusanos” habían sido nutridos por el Pentágono con una ingente cantidad de material militar, como si del ejército de una nación se tratara⁶¹². El término gusano y gusanera había desplazado ya al de contrarrevolución y Fidel Castro no hacía uso de otro tipo de vocablos para referirse a los alzados en Cuba antes y durante el desembarco.

Nunca antes un grupo opositor había contado con semejantes recursos para abatir a un Gobierno establecido por el pueblo; sin embargo, las Administración norteamericana estaba fracasando en su intento de doblegar a Cuba por la fuerza. Estados Unidos había creído que con dinero y armas podría someter a su voluntad al pueblo cubano, pero la realidad se mostraba tozuda y Cuba no se arrodillaba, ni se sometería nunca, aseveraba el líder cubano. Bajo este argumento, expuesto bajo todos los perfiles imaginables, y trabajado bajo el signo de aquel carácter suasorio que era propio de la dirigencia cubana, Fidel Castro se agitaba ante las cámaras señalando que los Estados Unidos no tenían derecho alguno a fijar la política cubana y mucho menos a determinar las reglas del juego en territorio cubano. Cuba no era Estados Unidos y aquella evidencia era sustentada por el primer ministro cubano con frases tan elocuentes como aquellas en las que señalaba que los cubanos “no hablaban inglés” y tampoco “masticaban chicle”⁶¹³.

Sin embargo, según apuntillaba Fidel Castro, aquello no era lo que pensaban los Estados Unidos y, seguramente, fruto de aquella convicción de propiedad que moraba en las cerradas mentes de la dirigencia norteamericana, volverían a atacar Cuba y seguirían acosándola sin desmayo. La guerra contra el imperialismo no se resolvía mediante una batalla, señalaba Fidel Castro, era una guerra que

⁶⁰⁹ *Idem.*

⁶¹⁰ *Ibidem*, pág. 60.

⁶¹¹ *Idem.*

⁶¹² *Idem.*

⁶¹³ *Idem.*

había que sostener con tesón y valentía, pues los Estados Unidos harían lo posible y lo imposible para que la revolución fracasara.

La agresión directa volvía a estar en la mente de todos y Fidel Castro no esquivaba el tema. Si el imperialismo norteamericano quería “suicidarse” ese era su problema, desde Cuba se resistiría⁶¹⁴. Ante aquel desafío, Fidel Castro entraba en aquella receta tan habitual en sus discursos: una batería plagada de preguntas retóricas que daba lugar a una retahíla de cumplidas respuestas que él mismo acometía sin dilación: “¿Cuál es nuestro deber ante el mundo? ¿Cuál es nuestro deber hoy en la posición que ocupa Cuba?”⁶¹⁵, se preguntaba Fidel Castro, para responder sin solución de continuidad lo siguiente. “Resistir. Nuestro deber es resistir. Resistir es afincarse en la tierra y batirse con el enemigo que venga con lo que sea. Resistir es preparar nuestro ánimo y nuestra mente a soportar lo que venga”⁶¹⁶.

“¡Resistir, resistir, resistir...!”⁶¹⁷, con esta escueta y lenguaraz cita tituló *Bohemia* en grandes caracteres su reproducción del discurso de Fidel Castro ante las cámaras de televisión del 23 de abril. La consigna era resistir, la resistencia era la nueva bandera de Cuba y bajo este vocablo, articulado y verbalizando bajo las más disímiles formas, Fidel Castro ocupó gran parte de su alocución. El argumento principal de Fidel Castro en aquella jornada parecía destinado a mentalizar al pueblo cubano de que la lucha sólo había comenzado. Los círculos de poder norteamericanos habían sido humillados y ridiculizados en la arena internacional y aquello los convertía en más peligrosos si cabe, esta era la idea que Fidel Castro trataba de transmitir a las audiencias. El imperialismo era “una fiera enfurecida por el fracaso” y aquello lo hacía todavía más temible⁶¹⁸.

Fidel Castro estaba decidido a que el pueblo mantuviera la tensión. Era necesario rebajar los aires de victoria que recorrían Cuba. El triunfalismo que reinaba entre el pueblo debía de ser rebajado. Y es que, el peligro no había terminado todavía, simplemente había mutado de apariencia. Fidel Castro señalaba que probablemente la amenaza de un desembarco de aquella naturaleza había terminado, pero ahora existía la posibilidad de que los Estados Unidos actuaran directamente, sin intermediarios. La agresión directa tomaba ahora cuerpo de amenaza real. Algunos senadores republicanos, según señaló Fidel Castro, ya lo habían verbalizado: la alternativa al fallido desembarco mercenario era la invasión directa. La intervención militar directa contra Cuba se prescribía ya como recurso si los demás mecanismos de presión fracasaban.

Estados Unidos, mediante aquella actitud agresiva, estaba dejando al descubierto su decadencia, señalaba Fidel Castro, su asunción definitiva de potencia de segundo orden. Los adelantos científicos, la lucha en favor de la paz, el esfuerzo por contribuir a los logros espaciales...; todos aquellos asuntos parecían muy lejos de la realidad de los mandatarios norteamericanos. Estados Unidos se debatía ante otros quehaceres menos sutiles y elevados; había optado por la guerra y por la opresión de los pequeños para mantener en pie su economía de guerra.

Fidel Castro no mencionaba en ningún momento a la URSS en su discurso, pero la doctrina de la coexistencia pacífica de impronta soviética y la última y reciente gesta del cosmonauta Yuri Gagarin estaban en la mente de todos. Frente a la URSS, modelo para los pueblos, se alzaban los Estados Unidos como contra modelo, que, en el caso de Cuba, según señalaba Fidel Castro, se habían comprometido “a seguir matando”⁶¹⁹. La Administración norteamericana, por boca de su máximo

⁶¹⁴ *Ibidem*, pág. 59.

⁶¹⁵ *Ibidem*, pág. 60.

⁶¹⁶ *Idem*.

⁶¹⁷ *Ibidem*, pág. 59.

⁶¹⁸ *Ibidem*, pág. 61.

⁶¹⁹ *Idem*.

representante, lo había expresado con meridiana claridad y congresistas republicanos y demócratas lo habían secundado sin vacilaciones. Varios congresistas habían señalado que sobre el presidente norteamericano recaía una gran responsabilidad y que el Senado y el Congreso, sin banderías de ninguna clase, apoyarían la decisión de una intervención directa si finalmente la Casa Blanca se decantaba por aquella opción. Fidel Castro citó, con nombres y apellidos, a varios de estos congresistas y señaló que Cuba no tenía miedo. Aquella amenaza no amedrantaría al pueblo cubano. El primer ministro cubano señaló que el ataque norteamericano sería el fin del imperio, porque el cubano prefería la *“muerte gloriosa, a vivir en esclavitud, a vivir vergonzosamente bajo el yugo de aquellos señores”*⁶²⁰.

Las palabras de Fidel Castro resultaban de una contundencia inusitada, si los Estados Unidos atacaban tendrían que pasar por las armas a toda la población cubana. Además, Cuba no permanecería impasible y aquí Fidel Castro, como nunca antes, emplazaba a los Estados Unidos a meditar sus pasos. Si Estados Unidos se atrevía a invadir Cuba las consecuencias serían fatales, pues en América Latina, las autoridades norteamericanas no iban a tener un minuto de sosiego. La lucha se extendería a todo el continente, *“los cubanos simpatizantes de la Revolución”* llevarían la guerra a todo el continente⁶²¹. Si Estados Unidos invadía Cuba, *“los ejércitos de América Latina”* tendrían que dedicarse por entero a proteger a *“los embajadores”*, a *“los cónsules”* y a *“los representantes diplomáticos yanquis”*, a *“los presidentes de las compañías”* y a *“los presidentes de los monopolios”*⁶²². Los ejércitos de América Latina no alcanzarían *“para cuidar”* los intereses norteamericanos en el continente⁶²³.

Fidel Castro señalaba con firmeza que Cuba no aceptaría más amenazas de los Estados Unidos y afirmaba que si los Estados Unidos emprendían *“una guerra contra Cuba”*, *“los pueblos de América Latina”*, con el apoyo cubano, harían de la guerra cubana una guerra continental⁶²⁴. Aquello no era una amenaza, sino una consecuencia, continuaba Fidel Castro, y debía ser tenido en cuenta por las autoridades norteamericanas. En caso de intervención directa la guerra rompería las fronteras de Cuba y se extendería por todo el continente y aquel contexto de guerra no era el mejor caldo de cultivo para que pudieran prosperar los negocios de los Estados Unidos; aquello, asevera Fidel Castro, debía *“hacerles meditar”*⁶²⁵. Ni Cuba ni el continente ni el resto del planeta podían estar expuestos de forma permanente a la bravuconería de la diplomacia norteamericana, empeñada en seguir *“metiéndole miedo al mundo”*, pues todo el mundo podía tener capacidad de infundir miedo en el contrario si realmente se lo proponía⁶²⁶.

Fidel Castro siguió tirando de aquel argumentario para dejarle claro a la Administración norteamericana que Cuba no les tenía miedo y que no iba a aceptar ni una sola amenaza más. El primer ministro comparó entonces, sin ningún tipo de empacho, a Kennedy con Hitler, ambos se habían sostenido en el poder *“amenazando”* y *“agrediendo”* a los pueblos vecinos; sin embargo, Kennedy tenía que saber que Hitler había caído, no se podía ir contra la historia y ésta no estaba del lado de los norteamericanos en aquel momento⁶²⁷.

Las palabras de Fidel Castro no dejaban lugar a dudas, Estados Unidos, su modelo y su actitud no seducían ni a Cuba ni al mundo, como tampoco lo había hecho el nazismo y el fascismo. Su éxito había sido efímero y momentáneo y frente a ello sólo cabía la resignación. Si Estados Unidos se

⁶²⁰ *Ibidem*, pág. 62.

⁶²¹ *Idem*.

⁶²² *Idem*.

⁶²³ *Idem*.

⁶²⁴ *Idem*.

⁶²⁵ *Idem*.

⁶²⁶ *Ibidem*, pág. 72.

⁶²⁷ *Idem*.

empañaba en mantener el orden vigente tendría que continuar en aquella senda de agresión. Un modelo diferente al norteamericano estaba ganando la batalla del progreso y este modelo apuntaba al socialismo. Fidel Castro seguía ofreciendo resistencia a verbalizar el vocablo socialista en sus comparecencias públicas, pero sus palabras delataban el sabor marxista de sus discursos. Estados Unidos estaba a favor de la guerra porque la dialéctica de la historia le empujaba a ello y otros estaban a favor de la paz por similares motivos. Fidel Castro lo expresaba así:

*“¿Y quiénes están a favor de la paz? Los que saben que la historia está con ellos, y que la historia lejos de estar señalándoles que su fin está próximo, les está señalando que el porvenir es de ese entonces. No se impacientan con la historia. No batallan contra la historia, luchan junto a la historia y progresan con la historia”*⁶²⁸.

Aquellas palabras de Fidel Castro no hacían más que exponer de forma evidente la retórica marxista del materialismo histórico que daba sustento al análisis político, social y económico de la realidad. Bajo aquellos planteamientos teóricos, una vez más sin verbalizarlo, se hallaban los países socialistas, y frente a ellos se encontraba la otra realidad, la realidad de la que Cuba estaba luchando por liberarse. Esta realidad vivida con oprobio en Cuba durante décadas era la norteamericana a la que el líder cubano definía del siguiente modo:

*“El imperialismo, que está fuera de moda, que está ya fuera de la historia, trata de luchar contra la historia y trata de lograr por la fuerza, la violencia, la destrucción y la muerte, lo que de ninguna manera puede lograr por medio de la paz; es decir: preservar su sistema y preservar sus privilegios”*⁶²⁹.

El discurso de Fidel Castro, sin hacer mención al socialismo como sistema a implementar en Cuba, señalaba lo que resultaba ya evidente para todos y lo que Fidel Castro había declarado en la jornada del 16 de abril en el entierro a las víctimas de los bombardeos sobre territorio cubano: Cuba había elegido su camino y este circulaba ya por sendas que nada tenían que ver con las que había patrocinado Estados Unidos en Cuba y las que seguía patrocinando en otros países del mundo.

Cuba no aceptaría la imposición del sistema económico y político norteamericano y aquello tenían que tenerlo presentes las autoridades norteamericanas. Fidel Castro señaló entonces a través de un lenguaje críptico que los destinos de Cuba tenían que virar para salirse de la órbita capitalista y, frente aquel desafío, Cuba, como pueblo, tenía *“que analizar”* los desafíos del futuro, tenía que *“pensar serenamente”* sobre cuál era la vía que más le interesaba de cara a los próximos años. Sin embargo, para afrontar aquel imprescindible debate, Cuba tenía que despojarse de todo prejuicio, de *“toda preocupación”*, *“actuar con mucha serenidad”*, analizar el contexto internacional tal como se presentaba y *“responder a la situación”* sin temores y sin vacilaciones de ninguna clase⁶³⁰. Aquello era lo que les tocaba a los cubanos en aquel momento, señalaba Fidel Castro.

Aquellas últimas palabras de Fidel Castro parecían destinadas a vencer los temores y los prejuicios heredados con respecto al comunismo y parecían tener como destinatarios a algunos sectores dentro del frente revolucionario que, aunque eran partidarios de la revolución y estaban fuertemente comprometidos con ella, todavía mostraban reticencias a afrontar sin vacilaciones una apuesta decidida por el socialismo.

Después de aquellas palabras, Fidel Castro cerró su discurso señalando que era lógico que el pueblo saboreara la victoria, la *“victoria sobre los mercenarios”* había sido *“motivo de gran alegría”* y a los

⁶²⁸ *Ibidem*, pág. 73.

⁶²⁹ *Idem*.

⁶³⁰ *Idem*.

que habían expuesto sus vidas por la revolución les correspondía degustar las mieles del triunfo⁶³¹. Ahora bien, la guerra continuaba y era necesario “*mantener movilizadas a todas las fuerzas revolucionarias*”⁶³². La alegría de aquel momento se la debían los cubanos a los que habían caído en combate y la alegría del porvenir se la agradecerían los cubanos de las futuras generaciones a los sacrificios que las generaciones cubanas de aquel momento estuvieran dispuestas a acometer.

Fidel Castro, a través de aquella comparecencia no solamente expuso lo que había acontecido en Bahía de Cochinos, fijó un programa para el futuro que terminaría por concretarse, como él mismo señaló, en la jornada del Primer de Mayo. El horizonte inmediato para Cuba, señaló Fidel Castro, pasaba por “*la movilización*”, “*la organización del Primero de Mayo*”, el fomento y la defensa de la revolución, el fortalecimiento del “*espíritu*” y la determinación ante “*los sacrificios*” que habría que asumir en el futuro⁶³³.

En la jornada del día 23 de abril, Fidel Castro y Krushev, por separado pero esgrimiendo argumentos de similar naturaleza, fijaron su posición internacional con respecto a los últimos movimientos de Estados Unidos en Cuba. El derecho de los pueblos a elegir libremente su sistema político y su régimen económico y social quedó fijado para ambos líderes como el mecanismo bajo el que tenían que regirse las relaciones internacionales. Ningún Estado podía imponer a un tercero un determinado sistema político o ideológico. Además, la puesta en escena de salvos a la libertad para justificar una agresión era un mecanismo repudiable, tanto en cuanto aquella libertad evocada respondía a los planteamientos ideológicos que tuviera a bien explicitar el Estado agresor. La libertad de los pueblos no podía supeditarse a la libertad de los inversores y sus corifeos.

Este posicionamiento iba en sentido radicalmente opuesto a lo apuntado por Kennedy en las jornadas del día 20 y 21 de abril, donde el mandatario norteamericano, esgrimiendo argumentos de diversa factura, habló de la necesidad de hacer triunfar el sistema liberal capitalista que Estados Unidos practicaba y promocionaba. Este era el propósito con el que se había comprometido el presidente Kennedy y, como él mismo señaló, no se repararía ni en los costes ni en los peligros para llevarlo a efecto.

La posición del presidente Kennedy era pues clara y no parecía que se precisaran más aclaraciones. Sin embargo, el acuso de recibo del mandatario soviético a la respuesta del presidente norteamericano, la alocución pública de Fidel Castro y los juicios públicos a los invasores apresados en Playa Girón habían agitado de nuevo el panorama internacional y no precisamente a favor de los Estados Unidos. Las declaraciones del presidente norteamericano del 20 y 21 de abril, tras las intervenciones de Krushev y Castro del día 23 y de los juicios populares de los días previos en La Habana, se habían quedado desfasadas y la cambiante situación demandaba un nuevo pronunciamiento. Dadas las circunstancias, Kennedy tomó de nuevo la palabra el día 24 de abril, pues la situación requería de una nueva intervención para frenar la hemorragia que estaba sufriendo el prestigio norteamericano.

El contexto era apremiante para la diplomacia norteamericana y exigía la contención de los ataques que procedían de Moscú y La Habana. Con este propósito en cartera, el lunes 24 de abril, cuando las palabras de Fidel Castro y Nikita Krushev todavía resonaban en la prensa internacional, el presidente Kennedy fijó la posición política y estratégica de Estados Unidos con respecto a la Guerra Fría y al problema cubano.

El presidente norteamericano dio respuesta a ambas cuestiones: a la intervención en Cuba y a la lucha contra la ideología soviética a nivel mundial. De todos modos, aquellas respuestas se dieron por

⁶³¹ *Idem.*

⁶³² *Idem.*

⁶³³ *Idem.*

persona interpuesta ya que el presidente norteamericano eludió en todo momento la exposición pública ante los medios. Razones para el camuflaje no faltaban, pues la posibilidad de recibir preguntas a las que no podría responder constituía motivo más que suficiente para la ocultación. Además, las declaraciones de los apresados en Playa Girón constituían un escenario poco propicio para una aparición pública, pues el presidente podía verse impelido a desdecirse de todo lo dicho en las semanas previas. Estados Unidos necesitaba posicionarse para frenar aquella guerra de declaraciones y contradecimientos en la que la Administración norteamericana parecía cada vez más debilitada. Lo principal, en aquel momento, era cerrar el debate y nada mejor para hacerlo que reconocer la responsabilidad norteamericana en el desembarco de Bahía de Cochinos y fijar la posición de Estados Unidos frente a la “ofensiva comunista”.

Estos dos aspectos fueron tratados por separado, pero en la misma jornada. El presidente Kennedy decidió asumir la responsabilidad del desembarco y lo hizo a través del Departamento de Prensa de la Casa Blanca. Pierre Salinger, secretario de Prensa de la Casa Blanca, leyó un comunicado en rueda de prensa en el que se informaba a los periodistas que el presidente Kennedy asumía su responsabilidad en la invasión de Bahía Cochinos. El comunicado en cuestión rezaba así:

*“Kennedy, como Presidente de los Estados Unidos, asume toda la responsabilidad por los sucesos de los últimos días en cuanto a la posición de Norteamérica con respecto a Cuba y se opone a cuantos, dentro y fuera de su Administración, traten de inculpar a otros de lo sucedido”*⁶³⁴.

Aquel posicionamiento sobre la invasión mercenaria era la salida lógica a lo revelado por los propios invasores frente a las cámaras de las televisiones cubanas. Unas informaciones de las que ya empezaban a hacerse eco los diarios de medio mundo. Sin embargo, la nota más extensa de aquella jornada la dio el Departamento de Estado norteamericano a través de la respuesta que el presidente Kennedy había enviado a la carta de la víspera de Nikita Krushev.

En aquella segunda nota, ya no se trataba de reconocer lo obvio, sino de justificar el ataque. La Casa Blanca seguía pensando, tal y como había fijado el presidente Kennedy en sus comparecencias de los días 20 y 21 de abril, que la posición de los Estados Unidos estaba al lado de los alzados contra el Gobierno cubano. En cierta medida el Departamento de Estado justificaba la nota del secretario de Prensa de la Casa Blanca al señalar que las autoridades norteamericanas no podían tolerar la soviétización del régimen cubano y por esa razón habían apostado por la operación invasora.

El Departamento de Estado cursó aquella nota en atención al mensaje enviado por Krushev al presidente Kennedy en la víspera y en ella se señalaba que las principales cuestiones sobre el conflicto cubano habían quedado ya explicadas *“de manera clara y detallada en la carta enviada a Krushev”* del día 18 de abril, *“en el discurso del Presidente del 20 de abril ante los miembros de la Sociedad Norteamericana de Directores de Periódicos y en la Conferencia de Prensa del 21 de abril”*⁶³⁵.

En política internacional y en lo relativo a Cuba Estados Unidos no tenía más que añadir y, como afirmaba el propio presidente Kennedy, la Administración norteamericana no quería establecer *“un debate público”* con el mandatario soviético sobre la cuestión cubana⁶³⁶. Ahora bien, había algunos aspectos que requerían una respuesta por parte de la Administración norteamericana. Entre ellos los referidos al concepto de libertad y autodeterminación. Dos campos en los que la posición

⁶³⁴ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7755. Madrid: martes, 25 de abril de 1961, págs. 5. Diario.

⁶³⁵ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7754. Madrid: lunes, 24 de abril de 1961, págs. 5. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6732. Madrid: lunes, 24 de abril de 1961, pág. 6. Diario.

⁶³⁶ *Idem*.

norteamericana difería de la soviética o, al menos, era abordada desde planteamientos radicalmente diferentes.

Kruschev le había preguntado a Kennedy en su carta qué clase de libertad era la que defendían las autoridades estadounidenses en el mundo y la contestación de Estados Unidos, según el portavoz del Departamento de Estado, debía constreñirse al respeto estricto de la democracia. Sin democracia no había libertad posible ni vía de entendimiento con los Estados Unidos. El presidente Kennedy lo expresa del siguiente modo:

*“Nuestra contestación es sencilla. Esta nación se comprometió desde su nacimiento a contribuir para que todos los pueblos del mundo tuvieran derecho, libremente, a determinar su propio futuro mediante procedimientos democráticos y a cooperar libremente con sus vecinos”*⁶³⁷.

De este modo, junto a la libertad, entendida bajo los supuestos de los procedimientos democráticos, las autoridades estadounidenses entendían que el derecho de autodeterminación de los pueblos era también prioritario. Sobre este particular, según le apuntó el presidente Kennedy a su homólogo soviético, la Administración norteamericana tampoco era dudosa: *“El pueblo de los Estados Unidos cree que el derecho a la autodeterminación es fundamental y aplicable a todo el mundo”*⁶³⁸. Esta sentencia fijaba la posición norteamericana. Sin embargo, el hacer de la libertad y la democracia términos indisociables tenía derivaciones en el campo de la determinación de los deseos. Estados Unidos rechazaba *“la pretensión de cualquier grupo político o de países de arrogarse el derecho a determinar los verdaderos deseos del pueblo”*⁶³⁹.

Aquel argumento, unido a la concepción de la libertad por la que apostaba la diplomacia norteamericana, dejaba el campo expedito para apuntalar la tesis norteamericana. Según rezaba la nota del presidente de Kennedy, autodeterminación y democracia debían de ir unidos y la historia, según el mandatario norteamericano, no registraba *“un solo caso en que los comunistas se hubieran adueñado de un país por el voto libre del pueblo”*⁶⁴⁰.

El presidente norteamericano cimentaba su respuesta al mandatario soviético en aquella máxima: comunismo y democracia eran antitéticos. Este posicionamiento funcionaba como eje axiomático de la respuesta de la Casa Blanca a las autoridades del Kremlin y sobre él se cimentaba la imposibilidad de alcanzar la libertad y la autodeterminación sobre un régimen que partiera de las ideas comunistas: *“Todo el mundo sabe que allí donde una minoría comunista se ha adueñado del poder han cesado automáticamente todas estas libertades, mientras que eran sometidos a una durísima represión quienes trataban de mantenerlas. Cuba es un ejemplo trágico”*⁶⁴¹.

Así pues, según el presidente Kennedy, lo que acontecía en Cuba y en el resto del planeta, donde una parte del pueblo se enfrentaba a otra para defender la democracia, no era más que *“la historia política del mundo”*, presidida por *“una continua lucha en pro de los derechos fundamentales del hombre”* y en pro *“del establecimiento de instituciones políticas”* que hicieran posible *“la verdadera expresión de la voluntad popular”*⁶⁴².

Para *“alcanzar y mantener”* aquellos objetivos de libertad y autodeterminación se requería *“una lucha creadora sin fin”*, señalaba enfático el presidente Kennedy, y aquella lucha seguía *“adelante”*.

⁶³⁷ *Idem.*

⁶³⁸ *Idem.*

⁶³⁹ *Idem.*

⁶⁴⁰ *Idem.*

⁶⁴¹ *Idem.*

⁶⁴² *Idem.*

día a día en todas las partes del mundo”, apostillaba a continuación⁶⁴³. Después de aquella aseveración, las consecuencias caían por su propio peso: Estados Unidos estaba al lado, como no podía de ser de otro modo, de aquellos que luchaban por la verdadera libertad. La URSS y Estados Unidos no entendían del mismo modo el concepto de libertad y, por tanto, la autodeterminación y la democracia eran concebidas de forma radicalmente diferente por ambas potencias.

Aquella nota del Departamento de Estado norteamericano, de un profundo calado ideológico, y repleta de afirmaciones pretendidamente apodícticas, trataba de cerrar el debate con las autoridades soviéticas y, en cierta medida, lo consiguió. Sin embargo, el debate con Cuba seguía abierto aunque se reconociera la participación norteamericana en el desembarco mercenario. La dirigencia cubana quería llegar a todos los vericuetos de la operación y sobre todo quería que los detenidos fueran contemplados por el pueblo cubano. Para el Gobierno revolucionario los detenidos representaban a la sociedad pretérita felizmente superada y su exhibición ante los medios de comunicación servía como garantía para afrontar el futuro bajo la impronta socialista y como advertencia a la población sobre los intereses que se apoyaban al combatir a la Revolución cubana.

Así pues, el reconocimiento de Kennedy de la participación norteamericana en el operativo de Bahía de Cochinos, lejos de desincentivar la curiosidad periodística y popular tendió a avivarla, pues los interrogatorios públicos se extendieron por otras tres jornadas y fueron incluso más reveladores que los dos primeros. En aquellos interrogatorios, más que la presencia norteamericana, asumida en Cuba como una realidad irrefutable desde el primer momento, se trataba de desenmascarar también a sus aliados en Cuba, que eran además los que se habían enfrentado, desde los primeros meses de revolución, a todas las reformas que llevaban la impronta popular.

En la noche del lunes 24 las cámaras de televisión volvieron a centrarse en los rostros y las declaraciones de los hombres capturados en Girón. Lo mismo sucedió el martes y el miércoles, días 25 y 26 de abril. En total fueron cinco sesiones de interrogatorios, interrumpidas solamente en la jornada dominical por la intervención de Fidel Castro. En fin, casi una semana de análisis y reportajes en la prensa y los medios cubanos sobre los detenidos y la responsabilidad norteamericana. Una semana que tendió a fijar en la población cubana un relato en el que la Administración norteamericana no pudo salir peor parada, pues ante la vista de propios y extraños quedó patente la clase de aliados con los que Estados Unidos querían recurrar “las libertades perdidas” en Cuba.

El contubernio era de lo más sabroso: la dictadura de Batista, la burguesía cubana, las antiguas clases adineradas de la Cuba prerrevolucionarias y la oficialidad de la Iglesia católica recibieron un correctivo del que fue difícil reponerse. Todos ellos servían con armas y haberes a los Estados Unidos. La imagen no podía ser más demoledora para los intereses conjurados. El Imperio y sus fieles servidores: los hijos de la dictadura, las criaturas del dólar y la amancebada Iglesia católica formaban el tríptico de la traición y aquella lectura pasó al ideario revolucionario por la vía de los hechos. En Playa Girón todos ellos habían sido sorprendidos infraganti, empuñando las armas del imperio contra el pueblo al que pretendían liberar de todos sus males.

16.4.5 La Iglesia de Franco como componente de la intelectualidad orgánica de la agresión

El día 24 de abril se reanudaron los interrogatorios y ante las cámaras de televisión desfilaron de nuevo interrogados e interrogadores. Como había sucedido en las jornadas del viernes y el sábado, aquel lunes, un nutrido plantel de periodistas se presentó ante las cámaras de televisión y frente a ellos los elementos más representativos del desembarco. Allí estaban, según relató *Bohemia*, “el

⁶⁴³ *Idem.*

mercenario típico, el ricachón insolente con pretensiones de intelectual, la sotana falangista, el asesino de profesión...”⁶⁴⁴ El semanario cubano se despachaba sin contemplaciones ante la conocida como fauna mercenaria. Según señaló *Bohemia*, el tema parecía ya agotado, pues poco “*quedaba por decir*”; entre los cubanos, después de aquellas dos primeras sesiones maratónicas, reinaba el “*asco y la fatiga*” ante todo lo confirmado⁶⁴⁵. Los testimonios de los detenidos eran coincidentes y aportaban ya una visión de conjunto de todo lo que había detrás de la invasión. Sin embargo, la sesión del día 24 aportó nuevos elementos a la explicación de la conjura. Aquella tercera cita del pueblo cubano con los invasores dejó al descubierto la pincelada franquista dentro del desembarco, que, como venía siendo habitual, se teñía de catolicismo.

Junto a los invasores habían llegado tres curas españoles y uno de ellos se despachó ante la cámara aquel 24 de abril haciendo gala de una locuacidad que dejaba a los Estados Unidos y a la Iglesia católica en una situación más que delicada. El sacerdote en cuestión respondía al nombre de Segundo Lasheras Cobo y fue presentado ante la audiencia cubana como “*el cura paracaidista*”⁶⁴⁶. En lugar de los hábitos, para descrédito de la Iglesia cubana, vestía el uniforme de camuflaje de los marines y, tan pronto como comenzó a ser interrogado, su acento “*de inconfundible sabor peninsular*”, según señaló *Bohemia*, pregonó “*su nacionalidad española*”⁶⁴⁷.

Segundo Lasheras había llegado a Cuba en 1955, en octubre de 1960 había partido para Miami y poco después, según reconoció él mismo, se incorporó a los centros de entrenamiento de la Brigada 2506⁶⁴⁸. Lasheras se presentó ante la audiencia cubana como “*religioso, escolapio, sacerdote católico y maestro*” y acto seguido comenzó a exponer las razones de su inclusión en aquella operación⁶⁴⁹. Según la versión aportada por *Bohemia*, Lasheras afirmó que se había trasladado a los campamentos de Guatemala, *motu proprio*, para dar consuelo espiritual a la soldadesca; una vez en los campamentos de adiestramiento no se le permitió salir.

Sin embargo, aquella explicación no parecía del agrado de sus interlocutores y Enrique de la Osa, director de *Bohemia*, le preguntó, no sin cierta ironía, si su función religiosa era la de paracaidista. El sacerdote respondió que los americanos le habían obligado a ello y entonces interrogador e interrogado entraron en una larga discusión en la que Enrique de la Osa le increpó señalando que la religión no le obligaba a invadir Cuba y que sobre su conciencia pesarían las mujeres y los niños que habían muerto en Playa Girón y Playa Larga bajo los bombardeos norteamericanos. Se le apuntó además que no había venido como sacerdote sino como paracaidista y se señaló, una vez más tirando de la ironía, que se le había lanzado en paracaídas sobre la población de San Blas con armas y no “*con una oración en los labios*”⁶⁵⁰.

Segundo Lasheras se sintió entonces abrumado por el vendaban argumental y se refugió en su inocencia al señalar que había sido engañado como muchos otros de los integrantes de la brigada invasora. En Miami se hablaba de la represión en Cuba y de la dictadura atroz en la que estaba inmerso el pueblo cubano y bajo estas premisas se les aseguró que el pueblo se alzaría en masa tan pronto como trascendiera la noticia de que un grupo de combatientes habían desembarcado en las playas de Cuba.

Detalles de su alocución dejaron al descubierto que era de los hombres que más tiempo había estado en el campo de entrenamiento de Guatemala. Por lo demás, como otros compañeros, habló del

⁶⁴⁴ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 17. La Habana: domingo, 23 de abril de 1961, pág. 15 del suplemento. Semanal.

⁶⁴⁵ *Ibidem*, pág. 14 del suplemento.

⁶⁴⁶ *Ibidem*, pág. 15 del suplemento.

⁶⁴⁷ *Idem*.

⁶⁴⁸ Torreira Crespo, Ramón y Buajasán Marrawi, José: *Op. Cit.*, pág. 64.

⁶⁴⁹ *Ibidem*, pág. 15 del suplemento.

⁶⁵⁰ *Idem*.

aislamiento en aquellos campamentos y apuntó que fuera de Cuba, concretamente en la comunidad cubana de Miami, la información que llegaba sobre la revolución fidelista era muy diferente a la observada en Cuba. Este fue su argumento principal de defensa: el engaño al que había sido sometido, y fue entonces cuando esbozó una retahíla de alabanzas sobre la Revolución cubana que dejaron atónitos a propios y extraños. Interrogados e interrogadores escucharon pasmados la repentina conversión del sacerdote español al movimiento revolucionario cubano. Aquel cambio repentino de opinión, fruto quizás más del miedo y el arrepentimiento que del convencimiento, hizo de su comparecencia la nota curiosa de la jornada de interrogatorios.

En uno de los pasajes de su alocución, el cura español, alabó el heroísmo del pueblo cubano y señaló que *“las fuerzas expedicionarias no tenían la moral de las tropas del pueblo de Cuba”*⁶⁵¹. Sin embargo, Lasheras no dejó aquí sus alabanzas, el elogio al pueblo cubano se hizo extensible al de su Gobierno y fue entonces cuando cantó las virtudes del Gobierno cubano. Sin asomo de pudor señaló lo siguiente: *“Fidel dijo que la revolución era por los humildes, con los humildes y para los humildes, y lo he podido comprobar. Es el Evangelio puro, el cumplimiento de la doctrina de Cristo”*⁶⁵².

Su opinión había cambiado desde que tomó tierra en suelo cubano; después de ser lanzado en paracaídas por un avión de transporte militar norteamericano su posicionamiento frente a la Cuba revolucionaria había cambiado radicalmente. Al sacerdote español le habían bastado cinco días para sacar todas aquellas conclusiones y caer en la cuenta del monstruoso engaño del que había sido objeto.

La caída del caballo de Pablo de Tarso parecería la parábola más adecuada para describir la súbita conversión del sacerdote español. Camino de Damasco, San Pablo calló de su montura y desde los cielos el padre Lasheras calló en Bahía de Cochinos. Ambos habían visto la luz tras aquella toma de tierra súbita y ambos habían visto el error en el que habían caído al perseguir a los cristianos. Bajo el hilo de aquel argumento implícito, el escolapio español emprendió de nuevo una serie de alabanzas al pueblo cubano y a sus clases dirigentes que parecía no tener fin y fue entonces cuando encomió la labor del padre Germán Lence, español como él, y ferviente partidario de la Revolución cubana⁶⁵³.

Por otro lado, Lasheras quiso dejar muy claro “que su viaje a Guatemala se había realizado por la libre, sin autorización de sus superiores eclesiásticos, en su caso el Vicario de las Escuelas Pías de Guanabacoa”⁶⁵⁴. Aquel era un punto en el que puso especial empeño el encausado ante las insistentes preguntas de los periodistas: Lasheras dejó en todo momento al margen de la conjura a las autoridades eclesiásticas cubanas. Un aspecto muy delicado de cara a la posición de la Iglesia dentro de Cuba. La condena podía ser individual, pero nunca colectiva. Lasheras quiso dejar claro en todo momento que aquella apuesta por los alzados era puramente personal y que, por tanto, ni la orden de los escolapios ni sus superiores podían ser presentadas como colaboradores del imperialismo.

Sin embargo, los periodistas no parecían darse por satisfechos con las explicaciones del escolapio español y le preguntaron su opinión sobre la implicación de los Estados Unidos y la Iglesia católica en aquella conjura. Lasheras señaló entonces que muchos hogares cubanos estaban de luto en aquellas jornadas y que él no podía *“aprobar de ninguna manera esa mortandad”*, para agregar a continuación que el responsable de aquellas muertes era el Gobierno norteamericano⁶⁵⁵. Sobre este particular, el sacerdote se mostró nuevamente categórico en sus afirmaciones al apuntar que *“los instructores, el*

⁶⁵¹ *Idem.*

⁶⁵² *Idem.*

⁶⁵³ *Idem.*

⁶⁵⁴ *Idem.*

⁶⁵⁵ *Idem.*

*dinero, los barcos, los aviones e incluso la influencia y el engaño era americanos” y que, por tanto, el último responsable de la tragedia era “el Gobierno de Estados Unidos”*⁶⁵⁶.

Lasheras habló también de Kennedy y de la responsabilidad que tenía como católico en todo aquello y señaló que los pronunciamientos de los cardenales norteamericanos, a través de los cuales se estaban reclamando nuevos ataques contra Cuba, eran un error y una irresponsabilidad. La Iglesia católica fracasaría si se aliaba contra el pueblo cubano en aquella lucha contra los Estados Unidos.

Indudablemente, Segundo Lasheras, como sacerdote escolapio, rindió un gran favor a la Revolución cubana después de conjurarse contra ella, pues alabó las tesis de la dirigencia revolucionaria, hizo un llamamiento para que la Iglesia permaneciera al margen del conflicto cubano estadounidense y culpó a las autoridades de Estados Unidos de ser las autoras materiales e intelectuales del desembarco.

El padre Lasheras apareció en las páginas de *Bohemia* fotografiado junto al resto de invasores, con el traje de los marines, gafas de sol y barba, con una imagen muy desviada de lo que se esperaba de un sacerdote de la Iglesia católica, pero con un pie de foto más que benevolente en el que se señalaban las conclusiones que había arrojado su interrogatorio. El pie de foto rezaba así:

“El cura Segundo Lasheras Cobo vino entre los mercenarios como paracaidista y como capellán del batallón de paracaidistas. Su condición de sacerdote no se correspondía, pues, con sus funciones de guerrero. Declaró que la Iglesia está condenada al fracaso si se intentan nuevas agresiones contra Cuba, porque la revolución está firme y unida, ahora más que nunca, y porque ha cumplido con los postulados del verdadero cristianismo”.⁶⁵⁷

Lasheras, para bochorno de sus correligionarios de aventura, había avalado a la revolución como no lo había hecho casi ningún otro de los prisioneros y, para alivio de la Iglesia cubana, había actuado con aplomo para dejar al margen de la conjura a la ya de por sí desacreditada jerarquía católica.

Sin embargo, los peligros para la Iglesia no terminaron con la alocución del escolapio español en la jornada del 24 de abril. Un día después, en la cuarta jornada de interrogatorios salieron a la luz nuevas implicaciones para la Iglesia cubana: otros dos sacerdotes españoles habían desembarcado con las tropas invasoras en las playas de Bahía de Cochinos y a uno de ellos se le intervino un comunicado que no sólo le comprometía a él, sino al resto de la comunidad a la que pertenecía.

En aquel comunicado se relataba que, bajo el signo de la cruz, presente en el escudo de la Brigada 2506 como emblema principal, habían desembarcado en Cuba los nuevos cruzados, cristianos todos ellos, con la convicción de que serían capaces de abatir al ateísmo que trataba de implantarse en tierras cubanas. Este era el mensaje fundamental que se desprendía de la alocución que estaba destinada a lanzarse al pueblo de Cuba a través de la planta de radio instalada por la brigada en territorio cubano. El plan orquestado por los sacerdotes franquistas embarcados en la aventura de la Brigada 2506 quedaba meridianamente claro: tan pronto como fuera avanzando la invasión el carácter cristiano de la misma se iría intensificando para colocar en el bando de los alzados a todo aquellos que se sintieran católicos y rechazaran el supuesto carácter ateo y materialista de la Revolución cubana.

El llamado a pronunciar aquel comunicado era el padre Ismael de Lugo, capuchino y jefe de los servicios eclesiásticos de la tropa invasora. Ismael de Lugo era el seudónimo bajo el que se desenvolvía Fermín Asla Polo, natural de Lugo, sacerdote capuchino en aquel momento y antiguo combatiente en la Guerra Civil española a las órdenes de las tropas franquistas. Fermín Asla había luchado como alférez bajo las órdenes de los sublevados franquistas y, después de ordenarse como sacerdote, se trasladó a Cuba, donde desempeñó sus funciones sacerdotales en la Iglesia El Salvador,

⁶⁵⁶ *Idem.*

⁶⁵⁷ *Ibidem*, pág. 84.

del barrio de Marianao de La Habana⁶⁵⁸. En noviembre de 1960 había salido de Cuba y a los pocos días se enroló en la Brigada 2506⁶⁵⁹. El capuchino español no reveló ante los medios cubanos su pasado franquista, pero sí explicó su labor sacerdotal en Cuba y su partida hacia el exilio tras desavenencias con la línea ideológica del Gobierno cubano.

La revista *España Republicana*, desde La Habana, pronto desenmascaró al franquista infiltrado y no tuvo reparos en hacer de él la semblanza que daba fe de su biografía. En su número de la segunda quincena de mayo la revista de los republicanos españoles lo describía del siguiente modo. Ismael de Lugo había sido uno de los tres curas franquistas que habían desembarcado en Cuba con “*la cruz oculta bajo el traje de Guerra*”⁶⁶⁰. Los tres religiosos franquistas, Segundo Lasheras, escolapio, Ismael de Lugo, capuchino, y Tomás Macho Castillo, jesuita, habían venido a defender un proyecto para Cuba que respondía al dictado de “*los señoritos*” que les acompañaban, “*sin más patria ni Dios que sus privilegios perdidos*”⁶⁶¹.

Una vez aplastada la invasión, señalaba *España Republicana*, “*los tres curas falangistas*” se habían convertido en prisioneros y “*sus impulsos bélicos y trabucaires*” habían dejado paso en pocas horas a la “*mansedumbre y aparente resignación*”⁶⁶². Ante las cámaras de televisión, continuaba exponiendo la publicación hispano-cubana, pretendieron justificar su presencia entre “*las tropas mercenarias*” escudándose en “*una alta misión espiritual*”, pero lo cierto es que había intervenido en Cuba junto a “*muchachos*” como Calviño y King, junto “*a latifundistas desposeídos, explotadores y politiqueros*”⁶⁶³.

España Republicana consideraba indigna la actitud mostradas por los “*tres los curas falangistas*”, pues no habían dudado “*en escudarse una vez más tras la cruz y el hábito*” para eludir sus responsabilidades⁶⁶⁴. Sin embargo, aquel intento había resultado vano, el mayor de ellos, con edad suficiente para haber vivido la Guerra Civil española, daba el carácter a aquel triunvirato del ribete y la sotana.

La revista española se mostraba inclemente con los tres mercenarios franquistas. Aquellos tres invasores eran, según aseveraba *España Republicana*, “*un típico producto del régimen franquista*”⁶⁶⁵. Se habían sumado a la invasión “*sirviendo los intereses de los enemigos de Cuba*”, como se habían sumado “*a Franco y a las tropas moras, alemanas e italianas para servir a los reaccionarios españoles*”⁶⁶⁶.

España Republicana señalaba igualmente que aquel episodio de “*los ensotanados (sic) franquistas*” no hacía más que demostrar el inmovilismo franquista⁶⁶⁷. Para el régimen español nada había cambiado. Los mismos que se habían enfrentado a la España republicana tenían ahora a bien hacer lo mismo frente a la Cuba fidelista y la actitud de Ismael de Lugo no hacía más que demostrarlo, de forma tan rotunda que sobraban las excusas que pudieran mascullar los feroces curas franquistas.

Ismael de Lugo, según señalaba la publicación española, había sido combatiente “*al lado de Franco y de los invasores franquistas*”⁶⁶⁸. Además, no era un soldado raso, había ganado grados dentro del

⁶⁵⁸ Torreira Crespo, Ramón y Buajasán Marrawi, José: *Op. Cit.*, pág. 64.

⁶⁵⁹ *Idem.*

⁶⁶⁰ *España Republicana* (Año XXIII). Núm. 495. La Habana: segunda quincena de mayo, pág. 14. Quincenal.

⁶⁶¹ *Idem*

⁶⁶² *Idem*

⁶⁶³ *Idem*

⁶⁶⁴ *Idem*

⁶⁶⁵ *Idem*

⁶⁶⁶ *Idem*

⁶⁶⁷ *Idem*

⁶⁶⁸ *Idem*

Ejército franquista. Después de la guerra, señalaba *España Republicana* en su relato, había cambiado “*el traje de soldado al servicio del franquismo por el hábito de capuchino*”⁶⁶⁹. Aquel gesto de cambiar de indumentaria, continuaba la revista española, no había respondido al “*cristiano arrepentimiento*”, había sido simplemente un “*cambio de disfraz*” para continuar dedicándose a la misma tarea: “*servir, ahora en el nombre de Dios, a la causa de los explotadores y egoístas*”⁶⁷⁰.

España Republicana, a través de aquel comentario editorial, descargaba sobre aquellos tres sacerdotes toda la responsabilidad del desembarco, compartida con sus compañeros de armas, pues aquellos curas habían aparecido ante las cámaras con el uniforme y habían sido capturados con la metralleta en la mano. Por tanto, “*su acción contra el pueblo de Cuba*”, que lo era “*también contra el pueblo de España*”, debía ser castigada con la misma dureza con la que serían castigados el resto de las tropas invasoras⁶⁷¹. La revista republicana no aceptaba aquel argumento esgrimido por los curas falangistas, al que se habían acogido también el resto de las tropas invasoras, en el que se aseguraba que habían sido engañados por los Estados Unidos. La realidad era otra: servían al imperialismo, argumentaba *España Republicana*, y la única sorpresa que habían experimentado no era la del engaño, sino la de la derrota.

Sin embargo, lo que más irritaba a la Revolución cubana no era el pasado falangista o franquista de los tres curas infiltrados en las tropas invasoras, sino el uso que pretendían hacer del catolicismo para enfrentarlo a las fuerzas fidelistas. El comunicado que Ismael de Lugo traía preparado para lanzar al pueblo cubano contra el Gobierno fidelista se escudaba en el carácter católico del pueblo de Cuba y pretendía hacer de la Revolución cubana el azote de aquel sentimiento religioso y de las libertades del pueblo. El comunicado en cuestión, extenso y grandilocuente, comenzaba así:

“*¡Atención! ¡Católicos cubanos! Las fuerzas liberadoras han desembarcado en las playas cubanas. Venimos en nombre de Dios, de la justicia y de la democracia a restablecer el derecho conculcado, la libertad pisoteada y la religión metodizada y conculcada. Venimos a traer la paz, aun cuando por conseguirla tengamos que hacer la guerra*”⁶⁷².

Después de aquella declaración de intenciones, el comunicado se adentraba en el carácter que iluminaba a los combatientes de aquella libertad y el padre Lugo señalaba lo siguiente para cimentar esta idea: “*La Brigada de Asalto está constituida por miles de cubanos que son en su totalidad cristianos y católicos. Su moral es la moral de los cruzados. Vienen a restablecer los principios que en un día el maestro legisló en el monte de las Bienaventuranzas*”⁶⁷³.

Aquel comunicado, a medio camino entre la arenga militar y la pastoral eclesiásticas, aportaba como dato relevante que “*antes de desembarcar todos habían oído la santa misa y habían recibido los santos sacramentos*”⁶⁷⁴, circunstancia que los imbuía, al parecer, de todas las virtudes imaginables⁶⁷⁵. El capuchino español proseguía aquel relato, por momentos delirante, señalando que los cruzados sabían por qué y para quién luchaban y entonces exponía lo siguiente: “*Quieren que la Virgen Morena, la patrona de la Caridad del Cobre, no sufra más al contemplar desde su santuario tanta impiedad, tanto laicismo, y tanto comunismo*”⁶⁷⁶.

El discurso que había preparado el religioso gallego para ser lanzado al pueblo cubano traía en su seno el regusto franquista de la “cruzada” contra “los rojos” durante la Guerra Civil española. Por lo

⁶⁶⁹ *Idem*

⁶⁷⁰ *Idem*

⁶⁷¹ *Idem*

⁶⁷² Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, pág. 272.

⁶⁷³ *Idem.*

⁶⁷⁴ *Idem*

⁶⁷⁵ *Idem.*

⁶⁷⁶ *Idem.*

demás, aquella soflama, evocaba momentos y emociones más propias de la Batalla de Lepanto o de la Armada Invencible que de aquellas otras que atendían al imperialismo norteamericano o a los conflictos propios de la Guerra Fría. Su discurso parecía concebido para alguna gesta del siglo XVI, quizás adecuada para alguna arenga de Juan de Austria antes de entrar en batalla contra el turco o para el Duque de Medina Sidonia antes de partir con la “Grande y Felicísima Armada”, tal y como se definió en la época, rumbo a la costa británica, pero poco adecuado para levantar a un pueblo contra un régimen popular.

Sin embargo, esta no parecía ser la idea del singular capuchino Ismael de Lugo que, profundizando en aquel estilo, solicitaba de los católicos la mayor colaboración posible en aquella singular batalla. Sus palabras resultaban más que elocuentes:

*“Nuestra lucha es la de los que creen en Dios contra los ateos. La de los valores espirituales contra el materialismo. La lucha de la democracia contra el comunismo. Las ideologías sólo se derrotan con otras ideologías superiores. La única ideología capaz de derrotar la ideología comunista es la ideología cristiana. Para eso venimos y para eso luchamos”*⁶⁷⁷.

En fin, entre estos y otros argumentos de similar naturaleza iba consumiendo el capuchino español varios minutos de su alocución para terminar demandando la confianza del pueblo cubano en la victoria de los alzados: *“Tened fe, que la victoria es nuestra”*, afirmaba Ismael de Lugo; *“Dios está con nosotros”*, aseveraba a continuación⁶⁷⁸. Con aquella semblanza de un sabor más propio de la España colonial que de la Cuba republicana, Ismael de Lugo se despedía del pueblo cubano con unas arengas que hacían de aquella batalla un asunto religioso, una verdadera cruzada contra el ateo. Ismael de Lugo cerraba su alocución con estentóreas y grandilocuentes salvas: *“¡Católicos! ¡Viva Cuba libre, democrática y católica! ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva nuestra gloriosa Patrona!”*⁶⁷⁹

El episodio de los curas franquistas infiltrados en la conjura de Girón pasó totalmente desapercibido en la prensa franquista, como no podía ser de otra forma. La diplomacia española estaba recibiendo demasiados disgustos en Cuba como consecuencia de la deriva contrarrevolucionaria de la Iglesia cubana, que, por otro lado, no era otra cosa que una extensión de la española desde el punto de vista ideológico. Así pues, la prensa franquista, consciente de que aquel episodio sólo serviría para ahondar en la herida que ya existía entre Madrid y La Habana, prefirió pasar por alto todo aquel engorroso asunto.

Por lo demás, desde la España franquista se consideraba que la Iglesia cubana no podía amparar una postura diferente a la que estaba adoptando, aunque aquello trajera aparejado un desgaste difícil de gestionar. Así pues, la Iglesia cubana se comportaba como se esperaba de ella, no podía entrar en connivencia con la Revolución cubana porque iba en contra de su dogma y sus principios doctrinales. La defensa de la Revolución cubana por parte de algunos miembros de la Iglesia cubana, como hemos reflejado en los capítulos precedentes, fue duramente castigada por la jerarquía católica, lo que dejaba como única salida para la Iglesia colocarse en el bando de la contrarrevolución. El episodio de Girón no hacía más que poner al descubierto aquella sólida alianza que existía entre la mayor parte de la Iglesia cubana y los sectores dominantes en la vieja Cuba. El bloque hegemónico de poder había cambiado en Cuba y la Iglesia se había quedado sin espacio por su dogmatismo y por las hipotecas ideológicas que arrastraba, un de ellas, quizás las más gravosa, la influencia del régimen franquista.

El sabroso episodio de los curas españoles parecía el colofón del descrédito de la operación anfibia de Bahía de Cochinos, pues dejaba al descubierto la falta de pudor del imperialismo norteamericano,

⁶⁷⁷ *Idem.*

⁶⁷⁸ *Ibidem*, pág. 273.

⁶⁷⁹ *Idem.*

dispuesto a vestirse con los ropajes de la ideología franquista para liberar a Cuba de los males del comunismo.

16.4.6 Las conclusiones finales sobre la incruenta batalla

El episodio de los sacerdotes españoles constituyó la nota de color del desembarco y dejó al descubierto el núcleo de las alianzas sobre las que se había tejido el desembarco. En la jornada de juicios públicos del día 24 de abril, tercera jornada de declaraciones entre los invasores, quedaron ya establecidos todos los matices que albergaba en su seno el ejército invasor: batistianos, aventureros, señoritos y falangistas parecían constituir la composición humana de aquel desembarco.

Además, aquella jornada, aparte de las declaraciones del escolapio español, dejó para la historia de la infamia la comparecencia ante las cámaras de Ramón Calviño Insúa, uno de los más distinguidos torturadores en tiempos de Batista. Frente a él circularon varios de los torturados durante la dictadura batistiana y en aquel careo entre víctimas y victimario recobraron protagonismo las crueldades del período de la dictadura. Todas las atrocidades cometidas contra el pueblo cubano en tiempos de Batista volvieron al recuerdo de los cubanos y con ellas el componente siniestro que albergaba en su seno la brigada invasora.

Uno de los aspectos más absurdos de la operación había estado, según reconoció el historiador británico Hugh Thomas, en la decisión de enrolar en aquella invasión “a varios famosos asesinos de la época de Batista”⁶⁸⁰. Calviño era uno de ellos, quizás uno de los más sanguinarios, y, para desgracia de la tropa invasora, fue su imagen la que se difundió en Cuba como paradigma de lo que la invasión representaba. La revista exhibió en sus páginas un gran retrato suyo, mucho mayor que el consignado a sus compañeros de armas, bajo el que se desplegó un pie de foto de lo más elocuente. Calviño representaba la perversión moral de los apresados y fue él, para escarnio del grupo, el que ofreció su dura imagen a la invasión. *Bohemia*, en aquel pie de foto que acompañaba a la imagen del torturador, describía así al fotografiado y a sus compañeros de armas:

«Torva expresión de bestia acorralada, el odio y el miedo en la mirada, apretados labios, la barba sucia crecida en la fuga por los manglares de la Ciénaga. Se llama Ramón Calviño Insúa, el más siniestro y feroz de los verdugos...Mató, torturó, traicionó, ultrajó. No respetó a mujeres ni niños y en los cadáveres de sus víctimas desahogó su sevicia. Por ese pasado, que movería al asco y la indignación de todos los hombres honrados, le contrató el gobierno de los Estados Unidos, presidido por el católico John F. Kennedy, y le dieron galones de mando gusanos despreciables como José Miró Cardona o Manuel Antonio de Varona. Por sus crímenes lo convirtieron en ciudadano honorable del llamado “mundo libre” y exponente de la “democracia representativa” y pusieron un arma en sus manos para devolverlo a Cuba, a reanudar sus menesteres de asesino. Él, Calviño, tipifica la condición moral de los mercenarios que desembarcaron en Playa Girón. En la miserable empresa contra la patria los juntó la ley de afinidades. No importan nombres, justificaciones o escrúpulos tardíos. Calviño sirve de espejo para calibrar la calaña del imperialismo y sus secuaces»⁶⁸¹.

En aquel pie de foto y en aquella imagen, compendio de lo que representaba la invasión para el frente revolucionario, se condensaba toda la inquina del pueblo cubano frente a la contrarrevolución. La revista *Bohemia* se desempeñaba así como el artefacto teórico de la imagen que se quería transmitir al mundo sobre la invasión. La revista daba forma a la síntesis ideológica de la revolución. Frente al

⁶⁸⁰ Thomas, Hugh: *Op. Cit.*, pág. 1079.

⁶⁸¹ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 17. La Habana: domingo, 23 de abril de 1961, pág. 7 del suplemento. Semanal.

pueblo en armas, que estaba construyendo un proyecto de liberación nacional y transformación social, se presentaban los otros, los garantes del antiguo régimen de oprobio y opresión.

El contraste entre lo que representaba el frente fidelista y lo que encarnaba el contingente contrarrevolucionario era más que evidente. El primero atesoraba las virtudes de las que estaba adornado el pueblo cubano y el segundo todos sus defectos. Como nos enseña la profesora cubana Pilar Díaz Castañón, “*el hacedor*” de la revolución estará investido de “*todas las virtudes*” y el antagonista que se le opone será ungido con el “*crimen notorio*” que representa su oposición⁶⁸². El componente teórico de la “*imago mundi*”, a través de la ideología, obraba así para representar aquella dicotomía entre revolución y contrarrevolución.

Por lo demás, otro aspecto a tener en cuenta estaba en el carácter reaccionario del desembarco. Después de aquellas primeras tres jornadas no había ni rastro de aquella Cuba de la que hablaba el “Libro Blanco” cubano en sus páginas, de aquel pueblo cubano en busca de “la libertad” al que había hecho referencia Kennedy en sus discursos. Como han reconocido diversos autores, entre ellos Hugh Thomas, poco sospecho de lanzar salvas a favor de la revolución y dardos en contra de la oposición, el componente ideológico de los hombres que habían desembarcado en Cuba iba del centro a la extrema derecha. Al parecer, “*no había nadie que estuviera tan a la izquierda como Manuel Ray o cualquier miembro de su organización*”⁶⁸³.

Algo que está en perfecta sintonía con las figuras del exilio que salieron en favor de los apresados y trataron de interceder por ellos ante las instancias internacionales y ante el Vaticano. El primero fue Miró Cardona, cuya intercesión ante el Vaticano y las cancillerías latinoamericanas ya ha sido abordada, y el segundo fue Batista, que, saliendo de su atonía de meses, tomó la palabra el día 24 abril, horas antes de que Calviño trajera a la mente de los cubanos los peores horrores de la dictadura, para solicitar clemencia para los apresados.

Batista tomó la palabra desde su exilio en la isla de Madeira y lo hizo en un doble sentido. Como había hecho Miró Cardona, lo primero que hizo fue apelar públicamente al papa Juan XXIII para que, a través de su influencia, indujera “*a la Organización de Estados Americanos a interceder con los comunistas cubanos*” para “*impedir el fusilamiento de los centenares de compatriotas*” que habían caído “*en la diabólica trampa tendida por los comunistas en la invasión de la ciénaga de Zapata*”⁶⁸⁴.

En su apelación al papa, Batista hacía un llamamiento para “que el terror fuera totalmente erradicado” de Cuba y para que fuera restablecido en el país “un régimen constitucional sobre la base de los principios cristianos y la equidad de la constitución de 1940”⁶⁸⁵. Aquellas palabras del antiguo mandatario cubano apelando al fin del terror y al respeto de la constitución de 1940, en boca del que se había afanado en imponer lo primero con delectación y a violentar la segunda sin ningún tipo de cortapisa, parecían toda una provocación. Igual que lo parecía la definición del frente revolucionario bajo el término de comunistas y la vocación cristiana de la Cuba prerrevolucionaria, una vocación cristiana perdida, al parecer, tras el arribo fidelista.

Sin embargo, Batista no se dio por satisfecho con su plegaria a la intermediación del Vaticano. Se dirigió también al presidente Kennedy para que ayudara “*por igual a todos los grupos y tendencias*” de la oposición “*en su lucha contra la Revolución cubana*”⁶⁸⁶. Aquel llamamiento de Batista tenía todo el sentido, pues sobre los que pesaba un mayor peligro de enfrentarse a los pelotones de fusilamiento era precisamente sobre los que habían sido sus estrechos colaboradores en el período de

⁶⁸² Díaz Castañón, María del Pilar: *Op. Cit.*, pág. 43.

⁶⁸³ Thomas, Hugh: *Op. Cit.*, pág. 1079.

⁶⁸⁴ Torreira Crespo, Ramón y Buajasán Marrawi, José: *Op. Cit.*, pág. 65.

⁶⁸⁵ *Idem*.

⁶⁸⁶ *Ibidem*, pág. 66.

la dictadura; muchos de ellos acusados de asesinato o de someter a prolongadas torturas a muchos revolucionarios durante el período de la insurrección popular. En igual sentido, Batista temía que la Administración intercediera solamente por los miembros del Consejo Revolucionario cubano o por aquellos prisioneros que estuvieran acogidos en su seno mediante la recluta, dejando a un lado al importante y mayoritario contingente de seguidores de Batista que habían caído prisioneros en Playa Girón y que seguían siendo apresados en la ciénaga de Zapata.

Los temores de Batista estaban bien fundados, pues, entre los apresados, fueron nada más un puñado los fusilados, cinco en total, todos ellos relacionados con el régimen de Batista. La información más fiable sobre este particular la ofrece el comandante Manuel Quiñones Clavelo, quien, con grado de capitán en abril de 1961, tenía a su cargo la sección de información del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. En el año de 2014, Quiñones Clavelo, con motivo del cincuenta y tres aniversario del desembarco, señaló que de los mil doscientos cinco capturados fueron fusilados cinco hombres, los ya mencionados Ramón Calviño y Jorge King y otros tres connotados asesinos de la época de Batista, Emilio Soler Puig, Roberto Pérez Cruzata y Antonio Valentín Padrón⁶⁸⁷.

Aquellos cinco hombres fueron condenados a la pena capital el 9 de septiembre de 1961⁶⁸⁸. Sin embargo, era Calviño el que despertaba mayor inquina entre la población cubana. En la jornada del día 24 de abril se le atribuyeron ante las cámaras al menos ocho asesinatos e innumerables vilezas durante las torturas a las que sometió a muchos miembros del “Movimiento 26 de Julio”⁶⁸⁹. Calviño había sido infiltrado por las fuerzas policiales de Batista dentro de la formación que había encabezado Fidel Castro y después se dedicó a delatar a infinidad de miembros del movimiento. Muchos de ellos fueron asesinados y torturados por el propio Calviño. En definitiva, Calviño, como delator, asesino y torturador, contaba con serias dificultades para salvar la vida en aquel trance, pues los que pedían para él la pena máxima se contaban por cientos.

La justicia cubana se encontraba así ante un dilema con aquel grupo de hombres de los servicios represores de Batista que habían torturado y asesinado a infinidad de jóvenes antes de 1959 y que habían aparecido después entre el grupo de los apresados en Girón. El odio que suscitaban era demasiado y desde luego tenían un historial que iba más allá del episodio del desembarco en las costas de Cuba.

Por lo demás, las comparecencias televisadas de los encausados del lunes 24 de abril dieron paso a las del martes 25 y el guion tendió a repetirse. Ante las cámaras de televisión cubana circuló de nuevo el cura falangista, el batistiano, el joven de buena familia, el hacendado, el afectado por las leyes revolucionarias... El signo de las declaraciones tampoco cambió, todos alegaban los mismos argumentos y señalaban a Estados Unidos como el responsable final de la operación.

En la jornada del 25 de abril le tocó el turno a Carlos de Varona, hijo de Antonio de Varona, uno de los líderes del Consejo Revolucionario Cubano, junto a él aparecieron también los vástagos de otras insignes familias cubanas, “*niños bien*”, señalaba la revista *Bohemia* en sus páginas haciéndose eco del origen social de los encausados⁶⁹⁰.

El día 26 de abril el comandante Fidel Castro dio por finalizada aquella muestra pública de los invasores de Girón, con una última cita en la que se reprodujeron más declaraciones de los miembros del ejército invasor. En esta ocasión Fidel Castro llevó el peso del interrogatorio y el escenario se

⁶⁸⁷ Suarez Ramos, Felipa de las Mercedes: *Op. Cit.*

⁶⁸⁸ Ruíz Leovigildo: *Op. Cit.*, pág. 161.

⁶⁸⁹ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 17. La Habana: domingo, 23 de abril de 1961, pág. 66. Semanal.

⁶⁹⁰ *Ibidem*, págs. 82 y 85.

trasladó a la Ciudad Deportiva de La Habana. La afluencia de público y periodistas era tan grande que el teatro de la CTC se había quedado pequeño.⁶⁹¹

Fidel Castro fue el encargado de lanzar las conclusiones que se derivaban de aquella conjura. Unas conclusiones que no podían ser más reveladoras sobre el proyecto que aquella brigada, formada por varios batallones de cientos de hombres, había venido a imponer a Cuba. Fidel Castro señaló que la democracia y las libertades del pueblo cubano nunca les habían importado a aquellos hombres que se habían embarcado al servicio del imperialismo y mucho menos les importaban ahora en un contexto de revolución popular sin parangón en la historia de Cuba. Sus intereses eran más crematísticos que ideológicos y espirituales y fue entonces cuando Fidel Castro apuntaló las demoledoras conclusiones finales. La brigada tenía una motivación verdaderamente clasista, según señaló el primer ministro cubano, y la prueba evidente de ello eran las posiciones y posesiones que había ostentado en Cuba aquel ejército de cruzados. Aquellos hombres que habían pasado ante las cámaras de televisión, según afirmó Fidel Castro, eran propietarios, en conjunto, de “*veintisiete mil caballerías de tierra*”, de “*diez mil casas o edificios de viviendas*”, de “*setenta industrias*”, de “*diez centrales azucareros*”, de “*cinco minas y de dos bancos*”⁶⁹².

Las motivaciones de los desembarcados quedaban así al descubierto desnudas de cualquier motivación espiritual. Aquellos eran, en definitiva, los intereses por los que se habían desembarcado en Cuba las tropas mercenarias; los aventureros y franquistas eran parte del folclore de la operación y las antiguas tropas militares de Batista las únicas fuerzas capaces de hacerle frente a la revolución para recuperar todo lo perdido. La Administración norteamericana apoyaba aquel desembarco, pues si lo antiguos propietarios cubanos del período prerrevolucionaria recuperaban sus haberes, era de suponer que los monopolios norteamericanos terminarían recuperando los suyos.

Las comparecencias públicas habían terminado y con ellas las conclusiones quedaban a la vista de amigos y enemigos, de revolucionarios y contrarrevolucionarios. No se precisaba una declaración final de carácter oficial. Todo había quedado ya meridianamente claro. Sin embargo, a pesar de las pruebas irrefutables de la agresión norteamericana, Cuba no cerraba la puerta al diálogo.

El día 27 de abril, pocas horas después de la clausura de los juicios públicos, los medios radiados de Cuba emitieron un comunicado en el que se informaba al pueblo cubano que el cuerpo diplomático acreditado en La Habana había sido informado sobre la posición del Gobierno cubano tras el fracaso de la invasión. El comunicado llevaba la firma del presidente de Cuba, Osvaldo Dorticós, del primer ministro cubano, Fidel Castro y del ministro interino de Relaciones Exteriores de Cuba, Carlos Olivares.

El comunicado en cuestión señalaba que el Gobierno cubano estaba dispuesto “a iniciar conversaciones con los Estados Unidos, a través de los canales diplomáticos, con objeto de llegar a una solución pacífica de los problemas mutuos”⁶⁹³. Sin embargo, la declaración añadía que para ello era necesario que Estados Unidos frenara sus planes de ataque contra Cuba. De hecho, según registraba el comunicado, el ataque directo contra territorio cubano podía producirse “en cualquier momento”⁶⁹⁴. La dirigencia cubana tendía la mano al Gobierno norteamericano, pero también le

⁶⁹¹ Ruíz Leovigildo: *Op. Cit.*, pág. 91.

⁶⁹² *España Republicana* (Año XXIII). Núm. 495. La Habana: segunda quincena de mayo, pág. 8. Quincenal y Torreira Crespo, Ramón y Buajasán Marrawi, José: *Op. Cit.*, pág. 65.

⁶⁹³ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7758. Madrid: viernes, 28 de abril de 1961, págs. 3 y 34. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6737. Madrid: viernes, 28 de abril de 1961, pág. 1. Diario.

⁶⁹⁴ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7758. Madrid: viernes, 28 de abril de 1961, pág. 34. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6737. Madrid: viernes, 28 de abril de 1961, pág. 1. Diario.

advertía que si se producía un ataque directo “los cubanos resistirían hasta su última gota de sangre”⁶⁹⁵.

Aquel mensaje fue lanzado al pueblo de Cuba y comunicado personalmente a todos los miembros del cuerpo diplomático acreditados en La Habana mediante una recepción brindada por el presidente Dorticós en el Palacio Presidencial. Cuba negociaría o lucharía, la última palabra la tenían los Estados Unidos. Las palabras de Dorticós en aquella recepción eran tan concluyentes como lo era el texto del comunicado difundido en los medios de comunicación. Dorticós, ante los miembros del cuerpo diplomático, afirmó lo siguiente: “*El Gobierno cubano está dispuesto a iniciar toda clase de negociaciones necesarias para hallar una solución a la tensión existente entre Cuba y los Estados Unidos*”; sin embargo, también estaba dispuesto luchar y combatir “*hasta la última gota de sangre*” si Cuba era atacada⁶⁹⁶.

Entretanto, en los Estados Unidos, había comenzado el período de recriminaciones tras el fracaso del desembarco y de aquella quema no parecía salvarse nadie. Todos eran responsables de lo sucedido y, aunque el grado de culpabilidad no se repartía de forma homogénea, nadie quedaba exculpado tras el desastre. El presidente Kennedy se había hecho plenamente responsable del *affaire* cubano el día 24 de abril a través del Departamento de Estado y del secretario de Prensa de la Casa Blanca; sin embargo, todos los grupos que ejercían cierto poder o influencia en los Estados Unidos habían aportado su grano de arena al desastre final.

El día 27 de abril, mientras Fidel Castro y Dorticós hacían un llamamiento al entendimiento, el presidente Kennedy reconvenía a la prensa norteamericana por el papel jugado en los últimos meses. El presidente Kennedy no mencionaba en ningún momento a Cuba, pero las alusiones eran tan obvias que no hacía falta mentar de forma explícita el caso cubano.

El presidente norteamericano, en un discurso pronunciado durante una reunión de la Asociación de Editores de Periódicos, solicitó a la prensa norteamericana que cumpliera con “*su deber de autocensura en favor del interés nacional y en contra de la conspiración comunista*”⁶⁹⁷. Kennedy declaró que el derecho a la información y el derecho del Gobierno a preservar secretos de interés nacional debían convivir, pero, en caso de entrar en colisión, sobre todo en el contexto de la lucha contra el comunismo, los periódicos debían reevaluar su línea de actuación, pues la seguridad nacional estaba por encima de cualquier interés particular. De todos modos, el presidente llamó a la calma, no se iba promover ninguna suerte de censura oficial. El Gobierno no tenía intención alguna “*de establecer una nueva oficina de información de guerra para controlar la publicación de noticias*”, simplemente reclamaba a los medios periodísticos que se impusieran la autocensura en los asuntos que atañían a la seguridad nacional⁶⁹⁸.

Kennedy justificaba aquella petición amparándose en las facilidades que tenía el enemigo para saber los planes de acción que se maquinaban en la Casa Blanca o en los servicios de inteligencia. Estados Unidos, al parecer de Kennedy, estaba dando demasiadas ventajas al frente comunista en el campo de la información y la propaganda y aquello debía ser tenido en consideración por los periódicos del país.

Al parecer del presidente norteamericano, se precisaba, a nivel de toda la nación, un cambio de estrategia porque el desafío era mayúsculo. La lucha contra el comunismo no se libraría en grandes batallas ni en una guerra definitiva, serían pequeñas contiendas las que decantarían la balanza. El

⁶⁹⁵ *Idem.*

⁶⁹⁶ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7758. Madrid: viernes, 28 de abril de 1961, pág. 3. Diario.

⁶⁹⁷ *Ibidem*, pág. 5.

⁶⁹⁸ *Idem.*

enemigo, señalaba Kennedy, era partidario “*de la infiltración en lugar de la invasión*”; prefería “*la subversión en lugar de la celebración de elecciones*”; practicaba “*la intimidación*” y desechaba “*el libre albedrío*”, y operaba “*en la noche*” a través “*de guerrillas*” en lugar de empuñar “*las armas a la luz del día*”⁶⁹⁹.

Este era el rostro de la guerra que tenía ante sí el Departamento de Estado norteamericano y cualquier ventaja previa, incluida la de la información, podía pagarse cara. Kennedy no hacía mención alguna al caso cubano, pero la batería de ejemplos que ponía en juego en su discurso se ajustaba tan bien al conflicto cubano, que cualquier referencia resultaba redundante.

El comunismo había mudado sus métodos. Ahora tenía un sistema operativo más complejo y contaba además con “*enormes recursos humanos y materiales*”⁷⁰⁰. Se trataba, según señalaba Kennedy, de una “*máquina eficientísima que combinaba las operaciones militares, diplomáticas, de espionaje, económicas, científicas y políticas*”⁷⁰¹. Aquel era el desafío al que se enfrentaban los Estados Unidos y sus aliados, señalaba Kennedy de forma lacónica, y frente a él se precisaba la adaptación, en todos los órdenes, de todo el país.

Este nuevo contexto tenía que ser tenido en cuenta por la prensa norteamericana, que no tenía que tomar las palabras del presidente, advertía Kennedy, como “*una excusa para censurar las noticias o camuflarlas, para ocultar las equivocaciones del Gobierno o para ocultar a la prensa y al público los hechos que se debían conocer*”⁷⁰². El presidente de los Estados Unidos, señalaba Kennedy hablando en tercera persona, no esquivaba la polémica ni ocultaba sus responsabilidades, las asumía, pero había llegado también el momento de que cada uno asumiera que ya nada volvería a ser como antes.

Ante aquella nueva coyuntura todos estaban llamados “*al sacrificio y a la auto-disciplina*”⁷⁰³. En lo tocante a la prensa, el presidente hacía un llamamiento “*a cada propietario de un periódico, a cada director y a cada periodista*” para que reexaminara “*sus propias normas de acción*” y asumiera el desafío al que se enfrentaban los Estados Unidos⁷⁰⁴.

Aquel llamamiento a “la autocensura” lanzado por el mandatario norteamericano no hacía otra cosa que explicitar la postración en la que se encontraba la diplomacia norteamericana. Desde la caída del frente contrarrevolucionario en Playa Girón el 19 de abril las noticias se habían ido sucediendo y cada día era más evidente el resbalón que había sufrido la Administración norteamericana en su lucha contra Fidel Castro. En Girón se había perdido algo más que la oportunidad de terminar con la Revolución cubana. Estados Unidos parecía haber regresado a su peor tradición, al intervencionismo descarado en los asuntos de sus vecinos, y, además de caer en semejante atrevimiento, parecía incapaz de llevarlo a cabo con éxito. Para los Estados Unidos, la agresión y el fracaso eran el corolario de aquella nefasta operación anfibia contra el régimen de Fidel Castro.

Un día después de aquella sorprendente petición del presidente norteamericano, en la que se podía en tela de juicio el derecho a la libertad de prensa, Miró Cardona tomó la palabra para apuntalar el discurso de Kennedy. Miró Cardona, en rueda de prensa, señaló que la toma del control de Cuba por el “*eje Moscú-China*” no era un problema cubano, sino continental, y que, para hacerle frente, no bastaba con la oposición al régimen de Fidel Castro que se pudiera orquesta desde el exilio, se

⁶⁹⁹ *Idem.*

⁷⁰⁰ *Idem.*

⁷⁰¹ *Idem.*

⁷⁰² *Idem.*

⁷⁰³ *Idem.*

⁷⁰⁴ *Idem.*

necesitaba la implicación de todo el continente⁷⁰⁵. Por lo demás, tuvo palabras para los medios de comunicación norteamericanos y siguiendo la estela trazada por el presidente norteamericano afirmó con rotundidad lo siguiente:

*“Aprovecho la oportunidad para hacer un llamado a la prensa y otros medios de comunicación norteamericanos, para que no divulguen lo que no deben decir. La curiosidad morbosa de la prensa norteamericana por anticiparse a los acontecimientos, que llegó hasta a dar el color de los cabellos de los patriotas que desembarcaron, alertó a Fidel Castro y le permitió poner en acción a sus aviones a reacción, sus tanques y sus milicias revolucionarias”.*⁷⁰⁶

Las palabras de Miró Cardona fueron más precisas y más incisivas que las del mandatario norteamericano y dejaban al descubierto que, en lo tocante a las actividades encubiertas de la contrarrevolución, debía reinar el silencio en la prensa norteamericana. La prensa estaba para brindarle apoyo y visibilidad a la oposición fidelista, pero, en ningún caso, como trató de exponer Miró Cardona, podía servir para dejar al descubierto los planes que se estaban organizando para terminar con la definida desde Miami como *“tiranía roja de Cuba”*⁷⁰⁷.

La prensa norteamericana estaba en el punto de mira, pues a nadie se le escapaba que fueron precisamente ellos los responsables de difundir, con todo lujo de detalles, la localización y los objetivos de los campos de adiestramiento de la contrarrevolución en el área del Caribe.

Por lo demás, el fracaso de Bahía de Cochinos habría nuevas perspectivas para los medios de comunicación norteamericanos, que podían lanzarse a obtener de la no siempre discreta disidencia cubana todos los detalles del operativo del desembarco y también las razones de la debacle. Así pues, el comunicado de Kennedy y también el de Miró Cardona salían al paso de aquella posibilidad más que real de seguir sembrando el descrédito de la disidencia cubana y de sus principales soportes, la Administración norteamericana y la CIA. Sin embargo, a pesar de aquel llamamiento a guardar silencio, las autoridades norteamericanas debían ser las primeras interesadas en esclarecer lo sucedido y en fijar de forma clara las razones de la derrota. La Casa Blanca no quería un debate público sobre el desastre, pero era consciente que aquel debate, aunque se desarrollara entre bambalinas, tenía que realizarse.

Así pues, días antes, justo después del fracaso del desembarco, concretamente el día 21 de abril, momento el que el presidente Kennedy ofreció su primera y elusiva conferencia de prensa tras el desastre, se decidió abrir una investigación sobre lo sucedido en Bahía de Cochinos⁷⁰⁸. El designado para encabezarla sería el general Maxwell Taylor, que había sido jefe del Ejército de los Estados Unidos entre 1955 y 1959. El general Taylor, retirado ya en aquel momento, había señalado de forma reiterativa que la suerte de la lucha entre el bloque comunista y el occidental capitaneado por los Estados Unidos no se libraría en términos de conflagración total, sino *“en contiendas parciales reñidas con armas convencionales”*⁷⁰⁹.

La opinión de Taylor había sido desestimada en los últimos tiempos por la Casa Blanca, según señaló Blanco Tobío en las páginas de *Pueblo*, y en su lugar se habían adoptado aquellas tesis que preconizaban que la única amenaza para los Estados Unidos estaba en la contienda global. Una guerra de aquella naturaleza, una guerra mundial, era la única que podía comprometer la supervivencia

⁷⁰⁵ Ruíz Leovigildo: *Op. Cit.*, pág. 92.

⁷⁰⁶ *Idem.*

⁷⁰⁷ *Ibidem*, pág. 91.

⁷⁰⁸ The National Security Archive: *Official History of the Bay of Pigs. Volume IV. The Taylor Committee Investigation of the Bay of Pigs: Op. Cit.*, pág. 12.

⁷⁰⁹ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6735. Madrid: miércoles, 26 de abril de 1961, pág. 4. Diario.

estadounidense y, por tanto, el desarrollo de las llamadas armas definitivas tenía que ser lo prioritario. La defensa norteamericana debía centrarse en el desarrollo de “*los proyectiles balísticos*”; de “*los submarinos atómicos, artillados con Polaris*”, y de “*los portaviones*” para ganar “*el mando estratégico aéreo*”⁷¹⁰. En aquellas armas estaba la capacidad de represalia masiva de los Estados Unidos en caso de ataque soviético. Sin embargo, la realidad cubana había desmentido las teorías de todos aquellos pensadores militares del Pentágono, como reconoció el propio presidente Kennedy en una carta enviada al general Taylor fechada el 22 de abril de 1961⁷¹¹. Militares como el general Taylor, que venían advirtiendo desde hacía años sobre los desafíos que suponían para el enfrentamiento entre bloques la guerra irregular y de baja intensidad, cobraron entonces el mayor protagonismo, pues el conflicto cubano parecía darles totalmente la razón.

Se precisaba un cambio de rumbo en la acción exterior norteamericana. El desastre cubano y los problemas que ya se avizoraban en otros escenarios del sudeste asiático, el más evidente en aquel momento era Laos, requerían una nueva hoja de ruta para hacer frente a los desafíos de la Guerra Fría. Si Cuba, un país que había estado sometido al capricho estadounidense durante más de medio siglo, se había independizado y coqueteaba con las recetas soviéticas, la situación en Laos, Camboya o Vietnam podía ser todavía más desastrosa. La experiencia cubana no podía repetirse y para ello resultaba fundamental conocer qué es lo que había fallado en el plan de derrocamiento de Fidel Castro. Con este fin nació el “Comité de Investigación Taylor”.

16.4.7 El comité de investigación Taylor: el lavado de la ropa sucia tras las bambalinas

El caso cubano había dejado al descubierto las deficiencias de la estrategia defensiva del Pentágono y facilitó la puesta en escena de alternativas. Fue entonces cuando las ideas de algunos disidentes con la teoría militar imperante hasta el momento comenzaron a tomar realce. Aquellos hombres que se habían desempeñado al frente del ejército norteamericano y que seguían dándole una relevancia fundamental a la guerra en todas sus variantes, incluida la guerra con armas convencionales y la irregular articulada a través de partidas guerrilleras, cobraron entonces cierto protagonismo entre los círculos de poder de Washington. El más relevante entre ellos era el general Taylor. Dadas las circunstancias, tras la constatación del fracaso de la invasión, Kennedy se dirigió a él para que encabezara una investigación sobre las causas del fracaso. La comisión de investigación contaría con Taylor a la cabeza y junto a él se situarían otras tres personalidades: Robert Kennedy, Allen Dulles y el almirante Arleigh Burke. Robert Kennedy sería el representante de la presidencia en dicho comité investigador, Burke representaría la posición del Estado Mayor Conjunto y Dulles se haría cargo de la representación de la CIA⁷¹². Así quedaban representadas dentro de la comisión las tres instituciones que había llevado el peso de la operación fallida del desembarco opositor cubano.

Una de las principales funciones de la comisión, más allá de conocer la verdad sobre lo acontecido, fue ventilar las diferencias entre el Pentágono, la CIA y la Casa Blanca en terreno acotado y separar así a los funcionarios de estos tres departamentos de la prensa y del cruce de declaraciones. En la comisión, como han destacado documentos desclasificados recientemente, las tensiones entre Burke y Dulles, por un lado, y Robert Kennedy, por el otro, se hicieron evidentes y aquella división no podía trascender a los medios⁷¹³.

De este modo, calmar a la prensa y a la opinión pública con la investigación que se estaba llevando a cabo y separar a ambas del proceso de depuración de responsabilidades fue uno de los cometidos

⁷¹⁰ *Idem*.

⁷¹¹ The National Security Archive: *Official History of the Bay of Pigs. Volume IV. The Taylor Committee Investigation of the Bay of Pigs: Op. Cit.*, pág. 11.

⁷¹² *Ibidem*, pág. 7.

⁷¹³ *Ibidem*, pág. 8.

clave de la investigación. El comité desarrolló sus trabajos entre el 22 de abril y el 13 de junio y, además de servir de pantalla para frenar las especulaciones de la prensa, consignó las conclusiones dentro de la categoría de alto secreto, quedando así las resoluciones finales del comité presidido por Taylor bajo secreto durante cincuenta años⁷¹⁴.

El cometido de la Comisión Taylor fue recoger el testimonio de todos los involucrados, citando para ello a varias decenas de testigos: miembros de la CIA, del Departamento de Estado y de Defensa, del Estado Mayor Conjunto y de algún que otro cubano involucrado en los preparativos del desembarco. Los testimonios de todos aquellos testigos se distribuyeron en veintiuna jornadas de trabajo⁷¹⁵. Sin embargo, en la tercera reunión, el día 25 de abril, ya quedaron establecidos los puntos que debían ser objeto de análisis para establecer algún tipo de conclusión. Los puntos tratados durante aquellas veintiuna sesiones, según constató el propio comité, fueron los siguientes: “*Control of the air, cancellation of the D-Day air strike, internal support from anti-Castro elements, capability of the Brigade to pass to guerrilla status, and interdepartmental planning and cooperation during the course of the operation*”⁷¹⁶.

Estos temas fueron el foco de los principales debates y fueron los que generaron mayor controversia; no en vano eran los sujetos a enfrentar a la Casa Blanca con la CIA y los que dejaban más al descubierto la falta de pericia del Estado Mayor Conjunto, del Pentágono, del Departamento de Defensa y del de Estado en el desarrollo de la operación de Bahía de Cochinos. Así pues, la cancelación de los bombardeos del día 17 de abril; la supremacía aérea de la mermada y antigua flota aérea cubana; la falta de apoyos internos al desembarco; la falta de coordinación y cooperación entre los diferentes departamentos estatales norteamericanos, y la imposibilidad de transformar a los brigadistas desembarcados en guerrilleros que pudieran continuar la batalla dentro de Cuba centraron las conclusiones del comité, arrojando, después de varias semanas, un balance desolador.

Unos resultados que, no obstante, no se dieron a conocer en su totalidad hasta el año 2011 y que dejaron bajo las tinieblas durante décadas la responsabilidad de la operación. Una responsabilidad, por otra parte, compartida por todos los departamentos del Estado implicados en la conjura contra Cuba y en la que la nota dominante fue la falta de comunicación entre departamentos y los cambios constantes en la hoja de ruta establecida para terminar con la Revolución cubana.

El comité de investigación presentó un estudio preliminar al presidente Kennedy el 16 de mayo 1961 y le envió el informe definitivo el 13 de junio bajo el título de documento secreto, comprometiéndose, tal y como había sido acordado, a facilitarle al presidente una exposición oral de todo lo dilucidado en el comité de investigación⁷¹⁷. Aquel informe final constaba de cuatro memorándums.

En el primero de ellos, titulado “*Narrative of the Anti-Castro Operation Zapata*”, constaba de treinta y una páginas de texto, cinco mapas y varias cartas, a lo que se sumaba una extensa sección de treinta y dos anexos que comprendían informes y documentos varios basados en las declaraciones de sesenta testigos entrevistados durante la comisión de investigación. El relato de aquel primer memorándum hacía referencia a los planes desplegados contra la Revolución cubana desde el primer plan anti-Castro del 17 marzo de 1960 hasta la derrota de la Brigada 2506 el 19 de abril de 1961 y en él se especificaba todo lo acontecido entre aquellas fechas, errores y aciertos, cambios de rumbo y aspectos a corregir.⁷¹⁸

⁷¹⁴ *Ibidem*, pág. 1.

⁷¹⁵ *Ibidem*, pág. 23.

⁷¹⁶ *Ibidem*, pág. 19.

⁷¹⁷ *Ibidem*, pág. 180.

⁷¹⁸ *Ibidem*, págs. 180-200.

El segundo de los memorándum llevaba por título “*Immediate Causes of Failure of the Operation Zapata*” y estaba compuesto de cuatro páginas. En él se señalaba que uno de los principales motivos del fracaso era la falta de municiones a partir del día 17 de abril. Las causas de esta falta de munición, algo que contradecía las informaciones difundidas en los medios de comunicación cubanos, eran achacadas por parte de la comisión de investigación al hundimiento de los buques Río Escondido y Houston, a la falta de disciplina en su uso y a la retirada del resto de los buques a mar abierto para huir de los ataques de la flota aérea de Castro.⁷¹⁹

Otros aspectos que fueron tenidos en cuenta por el comité fueron la falta de gallardía de los miembros de la brigada y su indisciplina, sobre todo cuando fueron conscientes de que las tropas de Castro estaban ganando la batalla aérea. Aquella certeza quedó al descubierto tras la comparecencia ante las cámaras de televisión cubana de los prisioneros y fue certificada también por alguno de los invasores que pudieron escapar y comparecieron ante la Comisión Taylor. Uno de ellos señaló que el número de prisioneros era la muestra evidente de la poca resistencia que habían ofrecido las tropas desembarcadas⁷²⁰.

Por lo demás, ninguno de los militares al mando cayó en combate, otra muestra más de la cobardía desplegada, y muchos de ellos revelaron detalles transcendentales de la operación ante las cámaras de televisión cubanas que facilitaron la captura de otros miembros de la brigada⁷²¹. Varios encausados habían confesado detalles relevantes de la operación cuando había todavía cientos de compañeros intentando romper el cerco que se había impuesto sobre la ciénaga de Zapata. Además, la actitud de Manuel Artime y Pérez San Román, responsables político y militar de la operación, había dejado mucho que desear. Ambos habían sido los primeros en abandonar el campo de batalla, como quedó de manifiesto ante las cámaras cubanas, y, tras ser detenidos en los primeros días de mayo de 1961⁷²², no dudaron en entregar confesiones firmadas en las que se acusaba de traición a los Estados Unidos por haberlos embarcado en una operación de aquella naturaleza⁷²³.

En otro orden de cosas, la falta de control aéreo había sido también una de las claves. La cancelación de los bombardeos previstos para el día diecisiete resultaron fatales para la suerte de los brigadistas y la decisión de Kennedy de cancelarlos se tomó sin el conocimiento de que dos buques de la brigada habían sido hundidos por la flota aérea cubana⁷²⁴. El comité señaló que el presidente no fue convenientemente informado sobre estos aspectos y que tuvo que tomar decisiones militares sin el conocimiento del estado real del frente de batalla, sin la información de las consecuencias militares que podían tener sus decisiones y presionado por el varapalo que la diplomacia norteamericana estaba sufriendo en la ONU⁷²⁵.

El comité señaló igualmente que, a pesar de los prejuicios causados por aquellas cancelaciones de los bombardeos previstos, la gran oportunidad se había perdido en los bombardeos del día 15 de abril. Único momento en que la flota cubana estaba en tierra y desprevenida. En realidad, el control aéreo era base fundamental para el éxito y esto, a pesar de conocerse por todas las partes implicadas, no tuvo el peso que debía en la toma de decisiones y en la coordinación del operativo.⁷²⁶

⁷¹⁹ *Ibidem*, pág. 201.

⁷²⁰ *Ibidem*, pág. 202.

⁷²¹ *Ibidem*, págs. 202 y 203.

⁷²² Ruíz Leovigildo: *Op. Cit.*, págs. 98 y 104.

⁷²³ The National Security Archive: *Official History of the Bay of Pigs. Volume IV. The Taylor Committee Investigation of the Bay of Pigs: Op. Cit.*, pág. 203.

⁷²⁴ *Ibidem*, pág. 206.

⁷²⁵ *Idem*.

⁷²⁶ *Ibidem*, págs. 205 y 206.

Por último, un detalle no menor, y que inhabilitaba todo el operativo, más allá de los fallos técnicos y de los problemas de organización, fue la falta de preparación del Gobierno estadounidense para acometer una operación paramilitar a aquella escala; algo que se agravó por la falta de coordinación con el resto de estamentos involucrados en la operación. Aquella era quizás la causa principal del fracaso, pues era ella el origen de la cadena de despropósitos que tuvieron lugar entre el día 17 y el 19 de abril. El comité de investigación se pronunció sobre este particular sin ambages y dejó al descubierto aquel defecto de base: *“The United States Government was not organizationally prepared to handle a paramilitary operation on this scale. It is correctly pointed out that there was no single authority short of the President who could have coordinated the actions of CIA, Defense, State, and the USIA”*⁷²⁷.

Efectivamente, tal y como hemos podido comprobar durante el relato de lo acontecido entre los días 17 y 19 de abril, la acción de la Casa Blanca, del presidente, de la diplomacia desplegada en la ONU, del Departamento de Estado y del de Defensa y de la desaparecida *United States Information Agency* (USIA), con funciones destinadas al servicio de información exterior y a la divulgación de noticias, dejó al descubierto la falta de coordinación en unos casos, la inanición en otros y el mutismo generalizado.

Los correos enviados por Stevenson, embajador norteamericano en la ONU, a Dean Rusk, secretario de Estado, en la jornada del día 19 de abril no hacían más que desvelar esta falta de coordinación y desconexión interdepartamental⁷²⁸. Estos correos, ya comentados en páginas anteriores, daban muestra de la indefensión de Stevenson ante la acometida conjunta de soviéticos y cubanos en la sede de la ONU. Además, como se recordará, Stevenson tuvo que jugar el papel de mentir ante la Asamblea General sin conocimiento de causa; fue utilizado por la CIA y por su propio Gobierno, que, a la sazón, tampoco mantenían en aquellos momentos el contacto más fluido con los servicios de inteligencia.

Todos aquellos aspectos, analizados con lujo de detalles en la mentada comisión de investigación, no hacían más que certificar las razones del fracaso. Unas razones que tenían sus responsables en lo más alto de la cadena de mando y también en lo más bajo. En aquella estructura piramidal, la descoordinación y la falta de criterios ajustados a la realidad que se estaba viviendo fueron las notas predominantes.

Ahora bien, más allá de la descripción de la operación contra Fidel Castro y de las causas de su fracaso, materia analizada en los memorándum uno y dos del informe final de la comisión investigadora, había otros aspectos que también requerían atención. Y estos no eran otros que las conclusiones que se podían sacar de aquel desastre y las recomendaciones que se podían hacer para que la Administración norteamericana no volviera a incurrir en otro fracaso de aquella magnitud.

En el memorándum número tres de lo que devino en llamarse *“The Taylor Committee Report”* se hizo una pormenorización de las conclusiones a las que había llegado la comisión de investigación. Este tercer documento llevaba por título *“Conclusions of the Cuban Study Group”* y en él, como indica su propia denominación, se reflejaban las conclusiones finales que podían deducirse de aquel sonoro revés.

Las conclusiones se desprendían ya del memorándum número dos en el que se hablaba de las causas del fracaso y, a nuestro modo de ver, podrían dividirse en cuatro grandes bloques temáticos. En aquellas cuestiones que hablaban de la falta de cobertura aérea durante el desembarco; en aquellas otras que hacían referencia a los fallos propios de la brigada invasora que proporcionaron su derrota e imposibilitaron su conversión en partidas guerrilleras; en aquellas que hablaban de la

⁷²⁷ *Ibidem*, pág. 207.

⁷²⁸ Rodríguez, Juan Carlos: *Op. Cit.*, págs. 264 y 265.

responsabilidad del Estado Mayor Conjunto al no asumir mayor control y dejar prosperar las deficiencias militares de partida, y en aquellas otras, por último, que hablaban de cuestiones más generales y que hacían referencia a los dirigentes y promotores del desembarco. En este último bloque temático de las conclusiones se hacía referencia a las deficiencias de información de todos los implicados; a la falta de colaboración interdepartamental; a la comprensión inadecuada de lo que estaba en juego, y a la falta de pericia de los altos funcionarios involucrados en la operación invasora.

En una revisión sobre la Comisión Taylor organizada y ejecutada en 1984 por Jack B. Pfeiffer, director del departamento de historia de la CIA, se dividieron las conclusiones en ocho apartados que hacían referencia a diferentes aspectos de la operación. En el primero de estos apartados se señalaba que a finales de 1960, cuando se aventuró que el desembarco podía tener dificultades a la hora de hacerse pasar por una operación encubierta, se debió revisar todo el plan de Bahía de Cochinos. Hubiera sido necesario, según señaló el comité, reconocer que la CIA no podía hacerse cargo de una operación de semejante envergadura y determinar entonces el grado y la naturaleza de la participación estadounidense. Evaluar si el Departamento de Defensa podía hacerse responsable de la operación anfibia sin implicar directamente a la Administración norteamericana o tomar, simple y llanamente, la determinación de cancelar el plan. El plan debería haber sido reorientado o abandonado. Otra de las alternativas que aventuraba la comisión en este apartado era la de emprender un esfuerzo militar abierto y directo contra Castro. Es decir, independientemente de cuál hubiera sido la estrategia adoptada, cualquier alternativa hubiera sido válida si estaba encaminada a asegurar el éxito de la operación. Por el contrario, si no se quería una implicación total, debido a impedimentos políticos o propagandísticos, lo oportuno hubiera sido abortar la operación para eludir las consecuencias de un posible fracaso.⁷²⁹

En el segundo de los apartados se señalaba que, una vez establecida la necesidad de afrontar una operación de aquella naturaleza, el éxito de la operación tenía que haber sido el factor primordial del análisis y elemento vertebrador de todas y cada una de las decisiones adoptadas. Así pues, las restricciones operativas que habían sido diseñadas para proteger el carácter encubierto de la operación sólo deberían haber sido tenidas en cuenta si no comprometían el éxito final de la operación. Este aspecto primordial; es decir, el compromiso con la victoria por encima de cualquier otro condicionante, según reflejaba la comisión, no fue tenido en cuenta, y los responsables de la operación se habían visto obligados a cambiar ciertos aspectos de la planificación que no tenían en cuenta las consideraciones militares y que determinaron a la postre grandes inconvenientes para el correcto desarrollo de las operaciones puramente bélicas en Bahía de Cochinos.⁷³⁰

En el tercer apartado se señalaba que los líderes y los responsables inmediatos de la operación no facilitaron toda la información ni se posicionaron con la suficiente fuerza y claridad frente a los altos funcionarios civiles del Gobierno para permitir que estos últimos pudieran evaluar con claridad las consecuencias de sus decisiones⁷³¹. Este apartado hacía referencia de forma explícita a las circunstancias que rodearon la cancelación de los bombardeos planificados para el día 17 de abril.

En este tercer apartado se señalaba directamente a Allen Dulles y Richard Bissell, por parte de la CIA, que no presionaron con la suficiente insistencia al presidente Kennedy y al Departamento de Estado, encabezado por Dean Rusk, para exponerles con claridad los peligros que tenía para la operación que la fuerza aérea de la Cuba revolucionaria tuviera capacidad de respuesta⁷³².

⁷²⁹ The National Security Archive: *Official History of the Bay of Pigs. Volume IV. The Taylor Committee Investigation of the Bay of Pigs: Op. Cit.*, pág. 208.

⁷³⁰ *Ibidem*, págs. 208 y 209.

⁷³¹ *Ibidem*, pág. 209.

⁷³² *Ibidem*, págs. 209 y 210.

En el cuarto apartado el comité señalaba que una operación de semejante envergadura debería haber sido acometida bajo la responsabilidad del Gobierno. El Gobierno de los Estados Unidos tenía que haberse implicado con todos sus recursos y potencial en aquel desembarco y asumir desde un primer momento la dirección del proyecto, coordinando a todos los sectores estatales implicados en la operación. La necesidad de dar al traste con la Revolución cubana debía haber sido una política gubernamental, asumida con todas sus consecuencias. De este modo, se podría haber asignado la misión a los estamentos estatales más adecuados para realizarla, se podría haber planificado de forma más rigurosa y se habrían fijado también directrices claras para su desarrollo. Uno de los defectos de la operación, según señalaba el comité, había estado en la falta de coordinación interdepartamental y en la ausencia de un registro adecuado de la toma de decisiones; lo que dificultaba enormemente la evaluación del desastre y la depuración de responsabilidades.⁷³³

En el apartado cinco se indicaba que una operación paramilitar a gran escala como la pretendida en Cuba debían encuadrarse dentro de la contienda global de la Guerra Fría y, por tanto, la implicación del Estado tenía que ser máxima⁷³⁴. Se trataba en definitiva de un conflicto bélico y, por tanto, las operaciones militares debían ser planificadas y ejecutadas haciendo uso de todos los mecanismos que la Administración norteamericana fuera capaz de poner en juego. El desembarco de Bahía de Cochinos había sido una operación de vital importancia para asentar la supremacía ideológica de los Estados Unidos y, por tanto, no sólo tenían importancia las operaciones militares encubiertas, sino todas las demás fuerzas disponibles de las que tenía que revestirse la acción armada.

Todos los recursos de los que pudiera hacer acopio la Administración norteamericana tenían que entrar en la partida. Y aquí la comisión hablaba de las fuerzas políticas, ideológicas, económicas y de inteligencia⁷³⁵. En un conflicto exterior con el bloque socialista Estados Unidos tenía que poner en juego a sus mejores fuerzas para poder coronar con éxito una operación como la intentada en Bahía de Cochinos. El éxito volvía a estar de nuevo en el centro de la discusión, un aspecto que no había tenido el peso preponderante que le correspondía en el momento de planificar el desembarco y tampoco durante su ejecución.

El apartado seis comprendía una serie de cuestiones que hacían referencia al plano puramente organizativo y a la cadena de decisiones tomadas durante las tres jornadas de la operación de desembarco y en los meses previos durante los preparativos de la invasión anfibia.

Según señaló el comité investigador, un aspecto no menor y que condicionó todo el desarrollo del desembarco fue la extensa cabeza de playa a cubrir por la tropa invasora. Según la comisión, las tropas no eran suficientes para asegurar treinta y seis millas de costa. Este punto fue planteado por el Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas en el momento de la planificación, pero fue desatendido.⁷³⁶

Las tropas eran insuficientes o el territorio a cubrir era demasiado extenso y esto no se tuvo en consideración. Como tampoco se valoró en su justa medida lo que suponía cancelar los bombardeos del día 17 de abril. Sobre la defensa aérea de las tropas desembarcadas la comisión fue muy crítica, señalando que los pilotos eran escasos y que no se utilizó la pista de aterrizaje que había en Playa Girón, sin duda más peligrosa, pero que hubiera evitado los largos vuelos desde Nicaragua y hubiera servido mejor a los intereses de los hombres que luchaban en tierra.⁷³⁷

El fracaso de la cobertura aérea resultó evidente desde el primer momento. Sin embargo, no se tomaron medidas efectivas para revertir la situación. Aquello hacía aventurar al comité de

⁷³³ *Ibidem*, pág. 210.

⁷³⁴ *Idem*.

⁷³⁵ *Ibidem*, págs. 210 y 211.

⁷³⁶ *Ibidem*, pág. 211.

⁷³⁷ *Ibidem*, pág. 212.

investigación que la operación había fracasado, también y entre otras razones, porque desde Washington, desde la sede de la CIA y desde el centro de operaciones del Pentágono no se tenía información real de qué estaba sucediendo en la cabeza de playa tomada por los invasores⁷³⁸. La falta de suministros remitida por la tropa invasora en la jornada del 18 de abril no obtuvo respuesta y el desastre de la operación de bombardeo del día 19 de abril, donde los B-26 no habían tenido el apoyo de una escolta artillada, así parecían acreditarlo. Dos circunstancias que se acreditaron como ejemplos de las deficiencias a las que había estado sujeta la operación en lo referente a la comunicación y la información entre el frente de combate y la dirección norteamericana. La información de lo que acontecía en el frente de batalla, según señaló el comité en sus conclusiones, fue confusa, tardía y muchas veces errónea.

Todos aquellos aspectos no hacían más que constatar la mediocridad en la organización de aquella operación que, además, se vio agigantada en el momento de la derrota del frente invasor el día 19 de abril, pues la posibilidad de organizar a las tropas como partidas guerrilleras podía ser apropiada en un desembarco que tuviera como objetivo la toma de Trinidad, muy cercana a las sierra del Escambray, pero imposible en la Ciénaga de Zapata, localización alternativa al plan primigenio de Trinidad.

Sobre este particular, Robert Kennedy se mostró especialmente beligerante al señalar que el presidente no había sido informado que en caso de derrota los invasores tendrían que cruzar sesenta o setenta millas de territorio cubano hostil para emprender la lucha guerrillera⁷³⁹. La conversión en guerrillas de la partida invasora era una salida realista al fracaso en Trinidad, pero inviable en la Ciénaga de Zapata. Esta área, como señaló también el comité, había sufrido mejoras más que ostensibles desde que Castro se había hecho con el control de Cuba y difícilmente se podía esperar el apoyo de la población a una tropa invasora que tenía como objetivo terminar con la revolución⁷⁴⁰. Así pues, la opción guerrillera, como salida digna al fracaso de conquistar una porción de territorio cubano, era una verdadera quimera.

En otro orden de cosas, la comisión determinó también que la respuesta cubana a la invasión había sido eficaz y rápida y que aquello había complicado también las posibilidades de éxito de la invasión. La respuesta lanzada por el Gobierno cubano había comenzado justo después de los bombardeos del día 15 de abril mediante redadas contra la oposición y a partir del día 17 de abril se había concentrado en reducir a los batallones desembarcados en las costas de Cuba. El frente fidelista había planificado bien la respuesta mediante una combinación de acciones policiales y militares que habían conseguido frustrar el levantamiento interior y contener y derrotar la invasión exterior en tiempo récord.⁷⁴¹

En el apartado número siete de las conclusiones el comité señaló que las preferencias del Estado Mayor Conjunto habían estado con el plan original de organizar el desembarco por Trinidad y que el aval al plan Zapata había sido otorgado ante la negativa de la Casa Blanca a afrontar el plan primigenio⁷⁴². Es decir, el plan Zapata recibió solamente el beneplácito del Estado Mayor como el mejor plan alternativo al desembarco originario de Trinidad, que era, de acuerdo a la posición sostenida por el Estado Mayor el plan más adecuado para hacerse con el control de una porción del territorio cubano, debido a las infraestructuras con las que contaba Trinidad, a la proximidad del Escambray y a la fortaleza de la oposición interna de la zona.

⁷³⁸ *Ibidem*, pág. 216.

⁷³⁹ *Ibidem*, págs. 213 y 214.

⁷⁴⁰ *Ibidem*, pág. 214.

⁷⁴¹ *Ibidem*, pág. 213.

⁷⁴² *Ibidem*, pág. 216.

Esta posición de firme apoyo al plan Trinidad como el más conveniente por encima de cualquier otro sostenida por parte de la jefatura del Estado Mayor Conjunto, según el comité investigador, no fue puesta en conocimiento de los más altos funcionarios civiles de la Administración Kennedy⁷⁴³. Sin embargo, como señaló el informe de Jack B. Pfeiffer de 1984 el comité pasó por alto algunos detalles. Entre ellos el conocimiento que Robert McNamara, secretario de Defensa, tenía de la opinión del Estado Mayor Conjunto sobre este particular. Según aseguró Pfeiffer en su revisión de las conclusiones del comité investigador, el secretario de Defensa contaba con al menos dos informes del Estado Mayor Conjunto sobre la idoneidad de Trinidad, localización perfecta para realizar una operación de aquella naturaleza⁷⁴⁴. Sin embargo, estos documentos o se perdieron o fueron ignorados⁷⁴⁵. Allen Dulles también estaba en posesión de estos informes y ni él ni el Estado Mayor Conjunto tuvieron el coraje, señaló Pfeiffer, de presionar al secretario de Defensa o al presidente Kennedy para que fueran analizados con detenimiento⁷⁴⁶.

La comisión de investigación, al parecer de Pfeiffer, pasó por alto este detalle y no tuvo el arrojo de situar la responsabilidad de la elección de aquella errónea localización para el desembarco allí donde correspondía. Es decir, en el Departamento de Defensa, capitaneado por uno de los principales miembros del gabinete presidencial.⁷⁴⁷

El último de los apartados, el octavo, señalaba que las decisiones de la CIA, aunque no habían sido perfectas, no podían cargar con la responsabilidad del fracaso de la operación. La única salvedad que señalaba el comité era la evaluación incorrecta que se había hecho de la fuerza aérea fidelista en cuanto a su capacidad de respuesta. La comisión investigadora apuntalaba este controvertido punto del siguiente modo: *“Although the intelligence was not perfect, particularly as to the evaluation of the effectiveness of the T-33s, we do not feel that any failure of intelligence contributed significantly to the defeat”*⁷⁴⁸.

Aquel posicionamiento, según señaló acertadamente Pfeiffer, contenía serios problemas semánticos, pues aquella evaluación incorrecta era la que había lastrado, en gran medida, la suerte de la operación y la que había impulsado al presidente Kennedy y al secretario de Estado, Dean Rusk, a cancelar los bombardeos masivos contra la flota cubana. La errónea evaluación de la efectividad y peso decisivo que estaban llamados a tener en la batalla los T-33 no fue evaluada por la CIA y todo ello a pesar de contar dentro de la brigada con pilotos norteamericanos que conocían perfectamente aquellos aparatos biplaza de entrenamiento que podían ser usados eventualmente como aviones de combate y de contar también con pilotos cubanos que tenían pleno conocimiento de las posibilidades de aquellas aeronaves y del estado de conservación en el que se encontraban.⁷⁴⁹

Así pues, las conclusiones del comité investigador y los incisos que apuntó Pfeiffer en su revisión de 1984 nos ayudan a entender dónde estuvieron los principales problemas del operativo y dónde las responsabilidades en la toma incorrecta de decisiones. Unos problemas y sobre todo unos errores que no eran precisamente de orden menor.

A la vista de las conclusiones, la visión que aportó el comité investigador sobre aquel plan de invasión distó mucho de ser benevolente. Los errores en los que se incurrió en aquella operación parecían no tener fin. De todos modos, la comisión hacía una observación más que interesante con respecto a la decisión del presidente Kennedy de llevar a delante los planes de desembarco a pesar de las

⁷⁴³ *Ibidem*, págs. 216 y 217.

⁷⁴⁴ *Ibidem*, pág. 217.

⁷⁴⁵ *Idem*.

⁷⁴⁶ *Idem*.

⁷⁴⁷ *Idem*.

⁷⁴⁸ *Idem*.

⁷⁴⁹ *Ibidem*, págs. 217 y 218.

deficiencias de base que se podían intuir antes de su puesta en ejecución: después de muchos meses de preparativos, la cancelación del operativo tenía más inconvenientes que la apuesta por el desembarco por muchas que fueran las dificultades, los desafíos y los problemas de base.

Según señalaba el comité investigador, la desmovilización de la Brigada 2506 tras el arribo de Kennedy a la Casa Blanca planteaba un problema político que tenía ramificaciones internacionales, en términos de pérdida de prestigio ante la oposición cubana y las naciones latinoamericanas, y nacionales, debido al impacto que supondría dentro del Partido Demócrata, y también de cara a sus electores, el abandono del presidente Kennedy de la lucha contra Fidel Castro⁷⁵⁰. Así pues, el presidente, una vez constatado que los costes de un posible fracaso se habían reducido a un nivel aceptable, decidió lanzar la operación a pesar de las dudas que tenían personalidades de su entera confianza como eran Dean Rusk, cabeza del Departamento de Estado, o Arthur Schlesinger, asesor del presidente⁷⁵¹. Según declaró este último, una vez evaluados los costes de la operación en términos de éxito-fracaso, se decidió que lo mejor para la Administración norteamericana era enviar a aquellos ochocientos cubanos que estaban plenamente involucrados en la operación a las costas de Cuba, que era a donde verdaderamente querían ir, que desmovilizarlos y dejarlos en Estados Unidos⁷⁵².

De todos modos, aquel oportuno apunte, no invalidaba los muchos defectos operativos y de dirección con los que se había adornado la denostada invasión de la Brigada 2506. La cadena de errores por acción o por omisión había sido tal que era difícil apuntar hacia un único responsable. Ahora bien, por acción, los más señalados en la toma incorrecta de decisiones parecían ser la CIA y el gabinete presidencial, y, por omisión, el Estado Mayor Conjunto del Ejército parecía ser el damnificado. Sin embargo, los desaciertos que pendían del Departamento de Defensa y del de Estado, del propio presidente y del mismo Pentágono no podían minusvalorarse.

Frente aquel desolador panorama, en el que ninguno de los estamentos implicados en la conjura contra la Revolución cubana parecía salir indemne, el comité de investigación Taylor entregó un cuarto memorándum en el que se hablaba de una serie de recomendaciones para no incurrir en nuevos fracasos. Bahía de Cochinos había supuesto un duro golpe al prestigio norteamericano en todos los órdenes y, por tanto, episodios de aquella naturaleza no podían volver a repetirse, so pena de encumbrar a la URSS y entregarle el féretro de la dominación global.

La última parte del informe Taylor estaba dedicada al tratamiento de la enfermedad diagnosticada y para su cura el comité investigador redactó un último memorándum en el que se relataban una serie de recomendaciones. Las recomendaciones estaban divididas en bloques temáticos y el comité invitaba a que se afrontaran con premura y diligencia, pues de su recta ejecución dependía la recuperación estadounidense.

En un primer bloque, formado por cuatro recomendaciones, se recetaban una serie de medidas imprescindibles para hacer frente a los desafíos de la Guerra Fría, dando por sentado que el fracaso de Bahía de Cochinos debía inscribirse dentro de la Guerra Fría como un episodio más. Eso sí un episodio revestido de fracaso.

Así pues, de acuerdo a la visión explicitada por el comité investigador, el conflicto con el régimen fidelista no era una reyerta bilateral entre Cuba y los Estados Unidos, sino una batalla dentro de la contienda global que se estaba librando frente la URSS. Estas cuatro recomendaciones apuntaban en la siguiente dirección. La primera hacía referencia a la necesidad de crear un grupo de recursos estratégicos, “*Strategic Resources Group*”, cuya misión tenía que estar encaminada a generar los

⁷⁵⁰ *Ibidem*, pág. 212.

⁷⁵¹ *Ibidem*, págs. 212 y 213.

⁷⁵² *Ibidem*, pág. 213.

mecanismos necesarios para la planificación y coordinación estratégica de los conflictos que traía aparejados la Guerra Fría. La segunda recomendación apuntaba a la necesidad de crear un grupo que se hiciera responsable de las operaciones paramilitares para terminar con la improvisación que había caracterizado la fracasada operación cubana. La tercera, estrechamente relacionada con la segunda, hablaba de la imprescindible mejora en la efectividad de las operaciones paramilitares. Y la cuarta apuntaba a la necesidad de definir y establecer un marco claro en las relaciones, necesarias e imprescindibles, que tenían que existir entre la jefatura del Estado Mayor Conjunto y el presidente norteamericano para acometer con seriedad los desafíos de la Guerra Fría.⁷⁵³

El segundo bloque de recomendaciones no aparecía bajo un título definitorio. En él se señalaba simplemente que todos los involucrados en el operativo tenían que ser informados puntualmente de los errores cometidos y de las conclusiones que de ellos podían derivarse. Las lecciones que podían sacarse del fracaso cubano podían ser de gran utilidad y era necesario que fueran expuestas, por medio de una presentación oral a todos y cada uno de los implicados, para que fueran sometidas a minucioso estudio. Esta exposición de todos los detalles era considerada imprescindible, según señalaba el comité, pues, debido a la estricta seguridad y al carácter encubierto que había rodeado a la operación, los círculos gubernamentales probablemente no conocían en su totalidad hechos importantes que habían afectado al desarrollo de la operación de desembarco y que finalmente habían conducido a su fracaso.⁷⁵⁴

El comité señalaba igualmente que era necesario que el presidente y sus principales asesores fueran conscientes de que la guerra a la que los Estados Unidos estaban condenados era a vida o muerte y que esta guerra se podía perder si no había un cambio inmediato de actitud. El desafío de la Guerra Fría requería de nuevos planteamientos y de una inyección importante de recursos. Se vivían tiempos de guerra y de aquel contesto no parecían ser plenamente conscientes las instancias gubernamentales de los Estados Unidos. El comité se mostraba inflexible y señalaba que derrotas de aquella naturaleza no podían repetirse, so pena de encumbrar el modelo soviético y denostar el propio de los Estados Unidos. La Administración norteamericana, señalaba también el comité, debía ser consciente de que la ayuda de los Estados Unidos a terceros países tenía que ser utilizada con mesura e inteligencia y que tenía que tener como destino a aquellos países que mostraran una actitud positiva hacia los Estados Unidos.⁷⁵⁵

Por lo demás, todos aquellos puntos, debidamente desarrollados y estudiados debían ser expuestos a todos los involucrados, como ya hemos expuesto. Según la comisión se imponía el establecimiento de mecanismos eficaces para manejar los problemas de la Guerra Fría y dentro de ellos era imprescindible un análisis crítico de lo sucedido en la operación fracasada de Cuba, donde estuvieran presentes las visiones del presidente Kennedy, expuestas y debatidas frente a las principales personalidades con responsabilidad en el entramado estatal. Entre estas personalidades el comité consideraba fundamental la presencia de las siguientes: la del vicepresidente, Lyndon B. Johnson, la del secretario de Estado, Dean Rusk, la del secretario de Defensa, Robert McNamara, la del fiscal general, Robert Kennedy, la de todos los integrantes de la jefatura del Estado Mayor Conjunto, la del director de la CIA, Allen Dulles, la del director de Seguridad Nacional, Mac George Bundy, y la del propio general Taylor.⁷⁵⁶

La gravedad del asunto y la magnitud del fracaso parecían justificar semejante puesta en escena. Sin embargo, había una recomendación más, que justificaba plenamente la necesidad de un cambio

⁷⁵³ *Ibidem*, págs. 218 y 219.

⁷⁵⁴ *Ibidem*, pág. 219.

⁷⁵⁵ *Ibidem*, págs. 219 y 220.

⁷⁵⁶ *Ibidem*, pág. 220.

inmediato. Esta recomendación hablaba sin ambages del peso de la Revolución cubana internacionalmente. El comité señalaba a través de múltiples razonamientos que la magnitud del fenómeno cubano era lo suficientemente grande como para poner en jaque a todo el continente. El comité estaba convencido de que el liderazgo de Fidel Castro en Cuba constituía una amenaza real para las Américas. La Revolución cubana y sus agentes contaban con la capacidad eventual de derrocar Gobiernos, aunque estos fueran electos, y contaban con sobradas herramientas para terminar con aquellos otros Gobiernos de las repúblicas latinoamericanas que se mostraban más vacilantes o que estaban presididos por la debilidad.

Fidel Castro era el principal problema al que tendría que hacer frente la Administración norteamericana en América en los años venideros. Estados Unidos había manejado a su antojo la política continental; sin embargo, aquel dominio, según señalaba el comité, ya no sería posible mientras la revolución fidelista siguiera ejerciendo el poder en Cuba. Fidel Castro ejercía sobre el continente una influencia sólida y más profunda de lo que las autoridades norteamericanas estaban dispuestas a reconocer; hasta tal punto era así, que Cuba rivalizaba ya con los Estados Unidos en su capacidad de aupar o derrocar Gobiernos a nivel continental. Sobre este particular el comité se mostraba más que concluyente en su posicionamiento: *“Fidel Castro's leadership constitutes a real menace capable of eventually overthrowing the elected governments in anyone or more of weak Latin American republics”*⁷⁵⁷.

El desafío al que se enfrentaba la Administración norteamericana era pues mayúsculo y por tanto se precisaban poner en práctica medidas para terminar con Fidel Castro y su régimen. Estados Unidos tenía que acometer abierta y directamente acciones contra el régimen cubano, tratando de sumar, en la medida de lo posible, al mayor número de repúblicas latinoamericanas en aquella cruzada contra la revolución fidelista. De todos modos, se imponía la prudencia, pues las acciones contra Castro podían desencadenar conflictos de peso en contra de los intereses norteamericanos en otras zonas del mundo. Un aspecto no menor, pues Cuba se había convertido en un símbolo para muchos países y aquello debía ser tenido en cuenta por la diplomacia norteamericana.⁷⁵⁸

Sin embargo, aquello no era óbice para que no se reanudara de forma inmediata el acoso contra Cuba; el fracaso de Bahía de Cochinos no significaba que Estados Unidos tuviera que asumir la presencia de Castro en el continente. La debacle de Playa Girón solamente implicaba que se debían acometer cambios importantes en la estrategia contra la Cuba fidelista, pues los principios y las premisas tenían que continuar siendo las mismas: Estados Unidos no podía permitir el establecimiento de un régimen levantisco, y además socialista, en el continente americano.

Lo que urgía era redoblar el esfuerzo partiendo de las premisas adoptadas por Eisenhower en 1960. Todos los mecanismos para estrangular el proyecto cubano tenían que ser puestos en escena. En realidad, la fallida operación de la Brigada 2506 no tenía que variar los planes estadounidenses. La estrategia, mejorada, revisada y reforzada, tenía que seguir los principios establecidos por la Administración Eisenhower en marzo de 1960 y desplegar todos los mecanismos al alcance del Gobierno estadounidense para que la Revolución cubana fracasara de forma definitiva. Sobre este particular el comité se mostraba así de concluyente: *“It is recommended that the Cuban situation be reappraised in the light of all presently known factors and new guidance be provided for political, military, economic, and propaganda action against Castro”*⁷⁵⁹.

El informe definitivo sobre las conclusiones y recomendaciones del comité investigador, como ya hemos señalado, fue enviado al presidente Kennedy el 13 de junio, comprometiendo al mandatario

⁷⁵⁷ *Idem.*

⁷⁵⁸ *Ibidem*, págs. 220 y 221.

⁷⁵⁹ *Ibidem*, pág. 221.

norteamericano, tal y como había sido acordado, a que sus visiones sobre lo acontecido fueran expuestas oralmente ante un nutrido grupo de altos funcionarios y autoridades norteamericanas de primer nivel. Además, con aquel informe y con el llamamiento final a reforzar la lucha contra la Revolución cubana se colocaban las primeras piedras de lo que poco después devino en llamarse Operación Mangosta, un plan de sabotajes contra la Revolución cubana que iban desde el más estricto bloqueo económico hasta los atentados contra el tejido productivo cubano, sin desatender tampoco los intentos de eliminar físicamente al primer ministro cubano, Fidel Castro.

Sin embargo, cuando Kennedy recibió aquel informe secreto, en Cuba habían sucedido ya cambios de mucha enjundia. El fracaso de Bahía de Cochinos o la victoria de Playa Girón habían lanzado ya abiertamente a la revolución por la senda del socialismo. El carácter socialista de la revolución se proclamó de forma oficial el Primero de Mayo, bajo el paraguas de los fastos que acompañaron al día de los trabajadores. Así pues, el discurso del Primero de Mayo del primer ministro cubano fue algo más que una de sus numerosas alocuciones públicas. Como era habitual no faltaron en aquella cita las arengas al orgulloso frente fidelista, pero además se esbozó en aquella jornada todo un programa de transformaciones de indudable sabor socialista que poco a poco se fueron implementando en los meses subsiguientes.

Como se recordará, el carácter socialista de la revolución se proclamó de forma oficiosa en la jornada del 16 de abril durante en el entierro de las víctimas de los bombardeos que precedieron el desembarco de la Brigada 2506, pero su proclamación oficial y la asunción de todos los condicionantes que traía aparejada aquella declaración de intenciones se produjo el Primero de Mayo. A partir de esta fecha la Revolución cubana pasó a ser oficialmente socialista. Cuba, desde el Primero de Mayo, pasó a ser el primer régimen socialista de las Américas. Una proclamación oficial que no por esperada dejó indiferente a aquellos países que habían compartido historia y vivencias con los cubanos.

Cuba proclamó el carácter socialista de la revolución el Primero de Mayo haciendo uso de unos lemas y una escenografía que revelaba su inapelable código ideológico. Como venía siendo habitual, el lugar del encuentro de aquellas multitudinarias manifestaciones y asambleas populares fue la Plaza Cívica. Los edificios colindantes a aquella extensa plaza, hoy Plaza de Revolución, se engalanaron para la ocasión y en los carteles que colgaban de sus fachadas se hablaba de la significación de aquella jornada y se hacía alusión a la fiesta que se celebraba. Cuba rendía homenaje al “Primero de Mayo”, pero lo hacía desde la más alta instancia de poder, haciendo de aquella festividad la de la revolución.

En la fachada del Palacio del INRA, aledaño a la Plaza Cívica, apareció colgado un enorme cartel que decía: “*Viva la Revolución Socialista*”. En el Teatro Nacional, sito también en las inmediaciones de aquella plaza, se colocó un letrero que expresaba: “*Paz*”. Del edificio de la Biblioteca Nacional, situado también en aquella plaza, colgaba otro significativo anuncio: “*Cuba, Faro de América*” y a los pies de la tribuna presidencial desde la que tomarían la palabra los dirigentes revolucionarios se podía leer: “*Trabajadores del Mundo, Uníos*”.⁷⁶⁰

Aquella elocuente y trasparente escenografía daba fe de una realidad ya plenamente asumida. Cuba era socialista ante la perplejidad de sus vecinos latinoamericanos, ante la irritación de las autoridades norteamericanas y ante la incredulidad de la antigua metrópoli colonial. El proyecto de definición y decantación ideológica de todos los sectores que habían cerrado filas con la revolución había finalizado y con él, después de muchos devaneos, había llegado la conclusión inapelable: la revolución, o era socialista, o no sería.

⁷⁶⁰ Ruíz, Leovigildo: *Op. Cit.*, pág. 95.

16.5 Primero de Mayo en Cuba socialista: primer peldaño de la transformación definitiva

Después de aquella segunda quincena de abril presidida por el humo, la metralla, los bombardeos y las conclusiones de la contienda bélica, llegó el esperado Primero de Mayo. Y fue entonces cuando el carácter socialista de la revolución cubana se pudo exponer en un contexto más distendido que el que tuvo que presidir el primer pronunciamiento sobre la naturaleza socialista de la revolución.

Tal y como había sucedido durante el entierro de las víctimas de los bombardeos del 15 de abril, Fidel Castro volvió a profundizar en su alocución del Primero de Mayo sobre el carácter socialista de la revolución, pero, a diferencia de su discurso del día 16 de abril, sus palabras fueron más concluyentes, pues se aventuró a justificar las razones de aquel pronunciamiento.

El carácter de la revolución era socialista, señaló Fidel Castro, y lo era no porque lo pronunciaran sus clases dirigentes, sino porque aquel carácter venía abalado por la obra de la revolución. El socialismo cubano venía impuesto por la praxis y no por la teoría. Eran los hechos los que dictaban la definición y no la teoría la que se imponía sobre la realidad.

Así pues, con estas ideas gravitando en la mente de la dirigencia cubana, Fidel Castro, en nombre del Gobierno de Cuba, acometió, a nuestro modo ver, el discurso más relevante para el rumbo de la revolución desde su entronización como figura germinal del proceso cubano en enero de 1959. Un discurso en el que se marcó la hoja de ruta para los años venideros, en el que se asumió sin dobleces el ineludible carácter socialista de la Revolución cubana y las implicaciones que ello traía aparejado.

Aquel discurso de Fidel Castro, extenso como era habitual, pero de mayor calado y trascendencia que casi ningún otro, abordó la situación de Cuba tras el desembarco mercenario en las playas de Cuba. El discurso de Fidel Castro, a nuestro modo ver, podría dividirse en ocho bloques temáticos. En el primero de ellos se habló del concepto de patria, muy diferente del que había imperado en Cuba en las últimas décadas, porque los patriotas cubanos tenían ahora otra composición social. En el segundo de los bloques se habló de Playa Girón, del cinismo de las autoridades norteamericanas y de la composición social de la tropa mercenaria. En un tercer bloque Fidel Castro se refirió a las deficiencias de las democracias latinoamericanas y la inanidad de muchos de aquellos regímenes supuestamente democráticos, repletos de grandes principios que nadie se preocupaba de respetar y que promulgaban constituciones con la misma facilidad con las que las vaciaban de contenidos reales. Un modelo, el de las ineficientes democracias latinoamericanas, que contraponía al cubano, donde la voluntad del pueblo se cumplía a diario, sin la necesidad de acudir a unas urnas que eran puro engaño, que constituían el subterfugio a través del cual se perpetuaban las castas reaccionarias del continente. Cuba estaba con los pueblos de América, pero no podía estar con sus Gobiernos, que engañaban y sometían al pueblo a la opresión amparados en la retórica de una falsa democracia.

En un cuarto bloque Fidel Castro hablaba de la necesidad de establecer un nuevo sistema social para dar cobijo a la realidad transformadora que se vivía en Cuba. Un nuevo sistema que ineludiblemente tenía que ser socialista. Cuba tendría que regirse bajo normas socialistas porque así lo demandaban las clases populares y, por tanto, la nación cubana debía regirse bajo la impronta que emanara de una constitución socialista. La Constitución del 1940, la que muchos de los mercenarios habían reclamado, era una vestimenta escasa para la nueva democracia cubana. Ya había sido superada hacía meses y su asunción representaba para la nueva Cuba un paso atrás, la reedición de fases ya superadas. Cuba tenía derecho a establecer su propio sistema social y económico y aquella decisión, la de determinar el tipo de régimen que le convenía, sólo le correspondía a los cubanos. Soberanía y socialismo eran convergentes en aquel momento para Cuba y esta realidad, este binomio indisoluble,

tenían que terminar por asumirlo las autoridades norteamericanas; de lo contrario nunca llegaría el entendimiento entre Washington y La Habana.

En un quinto bloque temático Fidel Castro señalaba que la decisión del marco de relaciones que Estados Unidos quería establecer con Cuba estaba en manos de las autoridades norteamericanas. Cuba estaba dispuesta a negociar, pero no a traficar con las ideas. La Revolución cubana no renunciaría a su carácter. En el sexto bloque Fidel Castro hablaba del triste papel jugado por la Iglesia católica cubana en los últimos meses y para ello no dudó en poner como ejemplo a “*los curas falangistas*” que habían llegado a Cuba junto a la brigada mercenaria⁷⁶¹. La Iglesia cubana se había enfrentado a la Revolución cubana y Cuba tenía obligación de defenderse. En esta parte Fidel Castro señaló que el clero extranjero que predicara en Cuba precisaría de la autorización gubernamental y que aquella autorización no le sería dispensada a la caterva de curas falangistas que llevaban combatiendo a la revolución desde hacía ya muchos meses. Aquellos eclesiásticos que no habían respetado a la revolución tendrían que irse y cerrar muchos de los colegios que tenían en funcionamiento y que habían servido, también durante muchos meses, para reclutar a mercenarios y contrarrevolucionarios.

En el séptimo bloque temático Fidel Castro definió de forma precisa qué sectores debían temer a la revolución socialista y cuales podían sentirse tranquilos ante su presencia. La Revolución cubana era socialista, pero no tenía ningún afán persecutorio. La pequeña burguesía, la pequeña industria y el pequeño comerciante, igual que los sentimientos y las prácticas religiosas no debían ver en la revolución socialista una amenaza sino un aliado, pues sus intereses serían preservados y defendidos por una revolución que englobaba a todo el pueblo y que no se había creado para luchar contra las clases populares. Por lo demás, la proclamación del carácter socialista de la revolución era un triunfo colectivo y todavía había tiempo para sumar más voluntades. Los pocos que aún no abrazaban la causa de Cuba estaban a tiempo de sumarse. Cuba no condenaría a nadie por su implicación tardía. Cuba estaba abierta a todos los cubanos y no favorecería a los entusiastas del primer momento en detrimento de los seducidos a última hora. Y en el último bloque, ya en el tramo final de su discurso, Fidel Castro se extendió sobre el tratamiento que, a su entender, debían recibir los mercenarios capturados tras el fracaso del desembarco.

A través de aquellos ocho bloques temáticos, Fidel Castro, haciendo uso de aquellas maneras pedagógicas de las que hacía gala con tanta frecuencia, fue construyendo un discurso que, partiendo de la corta historia de la revolución que él había encabezado, desembocaba en el socialismo como única alternativa posible para alcanzar las metas que se había propuesto el pueblo cubano.

Aquel discurso del Primero de Mayo resultó trascendental para la suerte de la Revolución cubana y condicionó por entero su futuro. Así pues, la escenografía para enmarcar aquel discurso programático no podía ser algo residual, tenía que representar, de la mejor forma posible, la trascendencia del momento y el carácter fundacional que se respiraba en aquella jornada. En definitiva, se necesitaba un escenario acorde a la función que se iba a representar. Cuba abrazaba el socialismo de forma oficial y aquello tenía que ir más allá de las palabras que pudieran pronunciar los líderes de la revolución.

Así pues, como hemos apuntado ya, los edificios se engalanaron con grandes carteles que aunaban soberanía y socialismo y por la Plaza Cívica desfiló el más curioso de los ejércitos. Un ejército que representaba al pueblo uniformado, presto a emprender el período de transición hacia la sociedad socialista. Junto a los carros de combate y demás armamento del ejército cubano desfilaron los más diversos colectivos; entre ellos, los integrantes de la organización de Jóvenes Rebeldes, los miembros

⁷⁶¹ Discursos e intervenciones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba. 1961. Año de la Educación: “Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro del Gobierno revolucionario de Cuba, resumiendo los actos del Día Internacional del Trabajo. Plaza Cívica, 1º de Mayo de 1961”. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f010561e.html> (Consultado: 13-09-2015).

de la Federación de Mujeres cubanas, de la Confederación de Trabajadores de Cuba, de la Federación de Campesinos, de las Fuerzas Armadas de tierra, mar y aire, de las Milicias Nacionales Revolucionarias, de la Policía Nacional, de los Bomberos, de los Comités de Defensa de la Revolución, de las más diversas organizaciones de estudiantes de todas las edades, de las organizaciones deportivas de todas las disciplinas imaginables, de las Brigadas de Alfabetización, de las organizaciones de profesionales y, en definitiva, de todo el entramado civil que había generado aquella revolución en los últimos dos años y medio⁷⁶².

Fue después de aquel multitudinario y singular desfile cuando el primer ministro se dirigió al pueblo en nombre del Gobierno de Cuba, Fidel Castro tomó la palabra para indicar, a través de un largo y pormenorizado relato de los últimos dos años, el punto al que había llegado la revolución. Aquel desfile popular, que duró como señalaron las crónicas y apuntó el propio Fidel Castro en su discurso más de catorce horas, era la muestra irrefutable del momento en el que se encontraba Cuba⁷⁶³. El pueblo cubano, en el que los soldados y las milicias se mezclaban con la sociedad civil igualmente movilizaba, había inaugurado un nuevo período tras aquella marcha gigantesca. Sin embargo, aquel punto en el que se encontraba la revolución no era la meta, sino el comienzo, señalaba Fidel. La Revolución cubana, tras una larga decantación y convergencia ideológica de todos los sectores que la arropaban, había dado con la piedra filosofal que regiría su destino a partir de entonces: Cuba había construido un proyecto que devino socialista por la dinámica de su propia acción. La praxis había estado en la vanguardia del proyecto fidelista desde sus orígenes y esta acción transformadora, después de todo lo realizado, sólo podía interpretarse bajo la luz que arrojaba una teoría: la teoría marxista.

Con este pensamiento implícito en el discurso de Fidel Castro, Cuba había terminado por asumir la lectura teórica de la que hablaban sus acciones. El pueblo sabía ya cuál era su destino y este estaba escrito en los carteles que portaban los más jóvenes dentro del desfile. Los hijos más jóvenes del pueblo lo reflejaban ya con meridiana claridad en sus pancartas: “*Viva nuestra Revolución socialista*”⁷⁶⁴. Este era el mensaje de la jornada, señalaba Fidel Castro, y como tal debía ser percibido. Las palabras de la consigna hablaban por sí mismas: “nuestra revolución socialista”. Una revolución socialista propia, asentada en la historia de Cuba. El deseo de Martí, afirmaba Fidel Castro en otro tramo de su alocución, se había hecho realidad. Ahora la patria se construía “*con todos y para el bien de todos*”⁷⁶⁵.

Aquella era la máxima de aquella jornada: las ideas de Martí habían servido de cimiento al socialismo cubano. Cuba hablaba de socialismo, pero bajo las recetas que determinaba la historia de la patria anhelada, deseada durante décadas y conquistada tras el triunfo de la revolución popular que encabezaba Fidel Castro. La patria alcanzaba así su máxima altura moral porque había dejado de prevalecer la injusticia en ella.

Cuba ya no era aquella tierra en la que “*unos pocos lo tenían todo y casi todos no tenían nada*”⁷⁶⁶. Ahora la patria era común y en la defensa de ella se debía luchar y dejar la vida si era necesario. Así lo proclamaba Fidel Castro, la divisa revolucionaria tenía ahora pleno sentido. El Patria o muerte con el que se había identificado la revolución no hacía referencia un concepto elusivo, a una patria inaprensible, sino a la propia, a la de todos; una patria común tanto en cuanto todo lo que había en ella era colectivo; es decir, pertenecía al conjunto de la población cubana.

⁷⁶² *España Republicana* (Año XXIII). Núm. 495. La Habana: segunda quincena de mayo, págs. 8 y 9. Quincenal y Ruíz, Leovigildo: *Op. Cit.*, pág. 95.

⁷⁶³ “Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro del Gobierno revolucionario de Cuba, resumiendo los actos del Día Internacional del Trabajo. Plaza Cívica, 1º de Mayo de 1961”: *Op. Cit.*

⁷⁶⁴ *Idem.*

⁷⁶⁵ *Idem.*

⁷⁶⁶ *Idem.*

Cuba entraba así en una nueva fase de su historia y aquella nueva etapa que se abría para el pueblo, señalaba Fidel, era más perceptible para los visitantes latinoamericanos que se encontraban en Cuba en aquellas fechas que para los propios cubanos. Los representantes de los pueblos latinoamericanos que habían sido invitados por la revolución a aquella jornada veían lo lejos que había quedado de Cuba la realidad que ellos todavía sufrían. Cuba se había desmarcado de la oprobiosa realidad latinoamericana, se separaba de sus clases oligarcas y de todos aquellos Gobiernos que había hecho de la democracia teórica la vía para la extracción práctica de las riquezas del continente; sin embargo, Cuba no se separaba de sus pueblos, de los pueblos de Latinoamérica. Los representantes populares de América Latina estaban con la revolución, porque aquel era el tipo de gobierno que demandaban. El razonamiento de Fidel Castro no podía ser más concluyente.

Por el contrario, los invitados que llegaban de otros países, sobre todo los que provenían del bloque socialista, contemplaban lo mucho que había avanzado Cuba en tan corto espacio de tiempo. Cuba se alejaba de la receta imperialista, para abrazar el proyecto independentista que se revestía de socialismo. Una vez más el pensamiento de Fidel Castro se exponía sin dobleces.

A través de aquellos razonamientos, abordado por el primer ministro cubano desde todos los perfiles imaginables, Cuba tomaba distancia de aquella historia latinoamericana que había estado presidida por el dominio imperialista y se aproximaba aquella otra que parecía alumbrar un futuro de independencia y socialismo.

Por lo demás, haciendo referencias constantes también a la historia de Cuba, Fidel Castro señalaba lo especial de aquel Primero de Mayo, donde las reivindicaciones y las reclamaciones históricas de las clases trabajadoras habían dejado espacio, por primera vez, a la celebración. Después de décadas de protesta tutelada, en muchas ocasiones, y reprimida, en tantas otras, el pueblo, capitaneado por la clase trabajadora, celebraba sus conquistas. Por primera vez en la historia de Cuba, el día internacional de los trabajadores tenía en Cuba un aspecto festivo. Aún quedaba mucho por hacer para que las clases trabajadoras se consideraran plenamente dueñas de su destino, pero el cambio era ya más que evidente, señalaba Fidel.

Cuba había sufrido una transformación radical y con ella el propio concepto de patriotismo al que Fidel Castro dedicó una parte extensa de su alocución. El concepto de patria había sido esbozado en muchas ocasiones por las antiguas clases dominantes, pero este concepto, tras los últimos meses de transformaciones económicas y sociales, había tomado un nuevo cariz. Ahora la patria era un concepto inclusivo y que hacía referencia a la totalidad de los cubanos.

De este modo, la lucha por la salvaguarda de la patria adquiriría también un nuevo sentido. Las autoridades cubanas podían ponerse al frente en el campo de batalla porque sabían que el pueblo les seguiría. El Gobierno cubano, en la guerra contra los enemigos de la patria, se sentía respaldado por el pueblo, porque la nueva patria tenía implicaciones morales de indudable alcance. En la Cuba de aquel momento, señalaba Fidel Castro, el que luchaba en la defensa de la patria combatía por la defensa de las metas alcanzadas por el pueblo, luchaba por la conservación del estatus adquirido por el pueblo. Muy diferente era la situación en los Estados Unidos. En el vecino del norte, las autoridades norteamericanas no tenían ningún derecho a llamar al combate a sus clases trabajadoras, a los hombres negros o a los puertorriqueños para que defendieran la patria. Las clases trabajadoras y las minorías raciales de los Estados Unidos podían rechazar la salvaguarda de la patria porque ésta significaba la defensa de los intereses de una minoría.

Una vez más el pensamiento del Fidel Castro se mostraba con claridad meridiana: en los Estados Unidos no se podía exigir al pueblo ir *“a pelear y morir en los campos de batalla”*, porque aquella

sangre derramada servía para apuntalar y defender el interés ajeno⁷⁶⁷. La defensa de la patria norteamericana, en aquel momento, significaba la salvaguarda de los intereses de “*las minorías privilegiadas*” y de “*los monopolios*”⁷⁶⁸. Sin embargo, en Cuba no hacía falta arengar al pueblo, el pueblo sabía que la defensa de la patria era parte indisociable de sus conquistas sociales. La lucha por la patria era la lucha por el bien común y no la defensa de los privilegios de un reducido grupo.

En Cuba, la población había luchado por defender su territorio de la agresión imperialista porque sabía que defender el suelo cubano del agresor era defender sus intereses. Cuba había cambiado y con ella la totalidad de su pueblo. Fidel Castro lo expresaba así:

*“Este pueblo de hoy es el mismo pueblo escéptico de ayer. ¡Este pueblo entusiasta de hoy, este pueblo que hoy se está quince horas y dieciséis horas de pie, hombres y mujeres por igual, jóvenes o ancianos, es el mismo pueblo de ayer, que no era capaz de estarse una hora de pie para ir a juntarse en un acto público con aquellos a quienes se les obligaba a ir a un acto, o se les pagaba por ir a un acto! ¡Este pueblo entusiasta, heroico y valeroso de hoy, era el pueblo indiferente de ayer, con una sola diferencia: que ayer trabajaba para otros, ayer su sudor, su energía y su sangre eran para otros, y hoy su sudor, su energía y su sangre son para sí mismo!”*⁷⁶⁹

Aquella mención al cambio sustancial acontecido dentro de Cuba le daba pie a Fidel Castro para hablar del cinismo que desplegaba la diplomacia norteamericana y de las argucias a las que tenía que acudir para justificar sus ataques contra Cuba. Estados Unidos, como expuso el primer ministro de forma detallada, había acudido a la mentira y a las tropas mercenarias para ultimar a la Revolución cubana. Aquellos eran sus métodos porque frente a una revolución popular y legitimada por el propio pueblo era muy difícil luchar.

Después del fracaso cosechado en Playa Girón, Estados Unidos ya sólo tenía ante sí la opción de la intervención directa y la asunción de los costes que traía aparejado pasar por las armas a un porcentaje inmenso de la población cubana. Es más, para terminar con la revolución, señalaba Fidel Castro, los marines tendrían que ir casa por casa, pueblo por pueblo y batirse cuerpo a cuerpo con la población. Aquel era el coste de la intervención directa: el genocidio de un pueblo.

Cuba había llegado a un momento de su historia revolucionaria en el que no sería nada fácil abatirla. Fidel Castro habló entonces de las revoluciones aplastadas por el poder del privilegio en otros períodos de la historia. Habló de la rebelión de los esclavos en la Roma imperial, de los cientos de combatientes que habían sido crucificados en los caminos que conducían a Roma. Habló de la Comuna de París y del “*saldo espantoso de obreros asesinados*” que había dejado aquella experiencia revolucionaria⁷⁷⁰. Aquellos eran los ejemplos del precio a pagar por la derrota de las clases irredentas.

Fidel Castro lo expresaba con la claridad: la revolución abatida pagaba un alto precio en sangre. Sin embargo, bajo ciertas condiciones la revolución podía ser imbatible. Las partidas de esclavos de la Roma imperial y las clases populares que habían tomado el control de París durante unas cuantas semanas habían sido abatidas porque no ostentaban el poder real. En Cuba, sin embargo, las clases populares sí se habían alzado con el poder, lo ostentaban desde hacía meses. Aquí residía la diferencia fundamental, la revolución en el poder defendía el orden establecido y luchaba con los recursos que podía facilitar el Estado. En Cuba aquella realidad era irrefutable: la sangre derramada en la defensa del orden establecido ante el agresor exterior había sido sangre obrera y campesina. En Cuba, las

⁷⁶⁷ *Idem.*

⁷⁶⁸ *Idem.*

⁷⁶⁹ *Idem.*

⁷⁷⁰ *Idem.*

clases populares, no habían luchado para hacerse con el poder; muy al contrario, en las playas de Cuba, los obreros y los campesinos habían luchado para retener el poder conquistado en los últimos meses.

La Revolución cubana se había batido contra la reacción desde el poder y aquello era una diferencia sustancial con respecto a otros movimientos revolucionarios. Los que nunca habían tenido nada habían luchado por defender lo conquistado, el poder del Estado y el tejido productivo arrancado de las manos de los antiguos propietarios.

La comparativa entre los bienes que poseían los caídos en Playa Girón y en Playa Larga en la defensa de la revolución y los bienes que habían poseído los cientos de mercenarios capturados en aquellas playas era la muestra irrefutable de lo que estaba en juego y de los intereses que habían defendido los bandos enfrentados. Los que habían venido a “liberar a Cuba” no lo había hecho pensando en el restablecimiento de la Constitución de 1940, de la democracia y de la libre empresa, como aseguraron durante los interrogatorios de los últimos días, sino para defender sus propiedades y las de sus promotores norteamericanos. La mayoría de los desembarcados en Cuba no eran más que los testaferros de los monopolios norteamericanos y los representantes de los latifundistas y millonarios cubanos.

Después de ahondar en las nuevas perspectivas que abría para Cuba la asunción de aquel nuevo concepto de patria, Fidel Castro entró a analizar lo que había supuesto el desembarco anfibio norteamericano y los intereses que representaba aquella gente. El propósito del desembarco era derrocar a la Revolución cubana, revertir todo el entramado legislativo revolucionario y matar obreros y campesinos, eliminar de Cuba aquellos obreros y campesinos más conscientes para implantar el régimen de antaño, que nada tenía que ver con la democracia ni con la Constitución de 1940.

Los temas se iban sucediendo sin solución de continuidad y unos conducían a otros sin contradicción aparente. De la patria cubana, de aquella nueva concepción del patriotismo, se pasaba a la defensa que hacían de él las clases trabajadoras. Los detractores de Cuba eran los detractores de su proyecto revolucionario, eran los renegados de la patria que habían desembarcado en Cuba al servicio del poder imperial. Sin embargo, aquellos agresores y sus promotores foráneos no asumían su condición y muchos menos la fuente de sus motivaciones crematísticas. Muy al contrario, envolvían sus espurios motivos en los ropajes de la democracia y la libertad.

Aquella falacia le daba pie a Fidel Castro para emprender su tercer bloque temático, aquel que hacía referencia al concepto de democracia. Tras el de patria y el de revolución, le tocaba el turno al de democracia, un concepto manoseado y desprestigiado en todo el continente debido a las imposiciones del imperialismo norteamericano. En esta fase de su discurso Fidel Castro cargó sin contemplaciones contra la democracia burguesa, descalificada en toda su extensión no por sus fundamentos teóricos, sino por su implantación práctica en las Américas.

Las democracias latinoamericanas eran un armazón teórico sin aplicación práctica y el pretexto ideal para que las oligarquías nacionales y foráneas saquearan el país con la coartada que les otorgaban las urnas y los votos. La democracia no tenía razón de ser si antes no existía la soberanía, y ni la primera ni la segunda tenían el terreno abonado en América Latina.

Fidel Castro exponía entonces las razones de América. Estados Unidos había presionado al resto del continente para que rompiera con Cuba y muchas de las repúblicas latinoamericanas habían acudido al llamamiento. La diplomacia norteamericana había hecho sonar la corneta y los Gobiernos lacayos del continente se arrodillaron al unísono. Aquella era la realidad, según Fidel Castro, a quien no le dolían prendas a la hora de poner en solfa la hipocresía de algunos Gobiernos latinoamericanos, dispuestos a romper con Cuba, pero reacios a enjuiciar a Nicaragua, Guatemala o los Estados Unidos.

Así pues, en aquel continente encabezado por la diplomacia norteamericana, la dictadura de Nicaragua, la democracia de mínimos, nominal y represiva, que representaba Guatemala y el imperialismo que encabezaba la Administración norteamericana eran asumidos sin cortapisas; sin embargo, la revolución popular y la democracia directa que se habían instalado en Cuba eran el gran peligro, la amenaza para la seguridad del continente.

Frente aquella ignominia, el pueblo cubano se revelaba. Frente al imperialismo, la democracia de la represión y el clientelismo y la dictadura, Cuba promocionaba su modelo, un modelo propio destinado a traer el progreso que no habían conseguido llevar al pueblo cubano el imperialismo, la democracia deficiente y la dictadura. En Cuba, sin necesidad de acudir al engaño de las urnas, que sólo servía para mantener el privilegio de casta de unos pocos, se ejercía a diario la democracia. La voluntad popular estaba sometida al plebiscito diario.

La democracia que defendían los Estados Unidos era la de Somoza y la de Batista, o quizás aquella otra que llamaba a las urnas para, amparándose en la retórica de las urnas tuteladas, encumbrar a sus testaferros al frente de las repúblicas latinoamericanas. Aquella forma de someter al pueblo la conocían bien los cubanos, según preconizaba Fidel Castro. La democracia nominal y vacía de contenido no la deseaba el pueblo cubano. El pueblo de Cuba ejercía la soberanía a diario y la democracia directa. Aquella era la receta cubana y aquello no era negociable. Cuba no estaba interesada en la democracia que preconizaban los Estados Unidos, tenía su propio sistema político, social y económico, y no renunciaría a él por muchas que fueran las presiones. Fidel Castro expresaba esta idea de forma axiomática, la democracia nominal no interesaba en Cuba, en Cuba había plebiscito diario, soberanía y democracia directa. El primer ministro cubano lo expresaba con rotundidad en su discurso:

“La Revolución es expresión directa de la voluntad del pueblo, no una elección cada cuatro años, una elección todos los días, un constante tener el oído puesto en las necesidades y en el palpitir del pueblo, una constante reunión con el pueblo; reuniones como estas, que sumando todos los votos que sacaban comprando los partidos politiqueros, nunca hubieran podido sumar tanto como el número de hombres y mujeres que espontáneamente y entusiastamente han venido en el día de hoy aquí a respaldar a la revolución. Y como la Revolución es un cambio profundo, no una tomadura de pelo, no un engañabobos; la Revolución es un cambio profundo y no una perdedera de tiempo, ¿qué es lo que querían estos señores, politiquería, pasquines electorales, los postes llenos de todos aquellos descarados con un sombrero de jipijapa y un tabaco de a peso? Elecciones como aquellas, no; elecciones como aquellas no las tendrán. ¿Por qué?, porque la Revolución ha cambiado sencillamente el concepto de la democracia falsa, de la seudodemocracia como medio de explotación de las clases dominantes, por un sistema de gobierno directo del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, como lo demuestran los hechos”⁷⁷¹.

La posición del primer ministro, vitoreada por las multitudes y acompañada con salvas al socialismo, no podía ser más concluyente. Cuba había elegido ya su sistema político porque aquel sistema era el único capaz de dar satisfacción a las necesidades económicas y políticas de la población y tenía todo el derecho a hacerlo porque ejercía la soberanía que tenía como país independiente.

Cuba, en el ejercicio de su soberanía, había optado por el socialismo y aquello no podía ser interpretado como una amenaza continental. Estados Unidos no podía presionar al resto de repúblicas latinoamericanas para que rompieran con Cuba por razones políticas. Cuba, al contrario que los Estados Unidos, no tenía pretensiones expansionistas, señalaba Fidel Castro, no quería ejercer ningún

⁷⁷¹ *Idem.*

tipo de tutela sobre ningún pueblo ni imponer modelo alguno. La soberanía estaba en los pueblos y ellos debían elegir por encima de su tamaño, poder o influencia. Fidel Castro se mostraba así de irrefutable sobre este particular al señalar lo siguiente:

“Si a Mr. Kennedy no le gusta el socialismo, bueno, a nosotros no nos gusta el imperialismo, a nosotros no nos gusta el capitalismo. Tenemos tanto derecho a protestar de la existencia de un régimen imperialista y capitalista a 90 millas de nuestras costas, como él se puede considerar con derecho a protestar de la existencia de un régimen socialista a 90 millas de sus costas. Ahora bien, a nosotros no se nos ocurriría protestar de eso, porque eso es una cuestión que les incumbe a ellos, una cuestión que le incumbe al pueblo de Estados Unidos. Sería absurdo que nosotros pretendiéramos decirle al pueblo de Estados Unidos qué régimen de gobierno es el que debe tener, porque en ese caso nosotros consideraríamos que Estados Unidos no es un pueblo soberano y que nosotros tenemos derecho sobre la vida interior de Estados Unidos”⁷⁷².

Patria, soberanía, socialismo y democracia comenzaban a ser términos intercambiables en la Cuba de Fidel Castro; intercambiables e indisociables y, por tanto, el entramado legislativo y constitucional tenía que adaptarse a aquella realidad. El campo teórico había optado por la teoría socialista para dar una explicación de la realidad cubana y, por tanto, el entramado constitucional tenía que adaptarse también para encauzar aquel nuevo devenir. En la parte central de su discurso Fidel Castro habló de la disposición cubana para el entendimiento con los Estados Unidos. La Revolución cubana no pretendía imponer a nadie su receta organizativa, pero esperaba la misma actitud por parte de sus vecinos, sobre todo del más poderoso: los Estados Unidos.

Si se respetaba la decisión cubana de afrontar su transición hacia el socialismo, Estados Unidos encontraría la mayor disposición por parte del Gobierno revolucionario. Ahora bien, lo que no aceptaría el Gobierno cubano, bajo ningún concepto, era el recorte de su soberanía y su derecho a decidir sobre la organización política, económica y social que más convenía a su país. Cuba sería socialista; en manos de Estados Unidos estaba definir sobre qué parámetros se construiría aquella decisión cubana. Cuba no podía aceptar la imposición y mucho menos aquella máxima que manejaban las autoridades norteamericanas de que la Revolución cubana suponía una amenaza para la seguridad norteamericana y continental.

Fidel Castro profundizó durante todo su discurso en aquel afán de soberanía que impregnaba el proyecto cubano; el socialismo, como tal, era simplemente una decisión tomada en el ejercicio de aquella soberanía, por considerar que aquel sistema político era el que mejor se acomodaba a la realidad cubana.

Por lo demás, nadie debía temer en el continente que Cuba tomara sus propias decisiones para apuntalar el futuro de la nación cubana, humillada y amenazada durante décadas. Cuba no tenía afanes imperialistas, la expansión más allá de sus fronteras, como señaló una y otra vez Fidel Castro, no desvelaba a la dirigencia cubana porque aquel pensamiento no estaba entre las preocupaciones del pueblo de Cuba. Sin embargo, Estados Unidos parecía empeñado en difundir aquella imagen, tenía interés en jugar al equívoco de la expansión cubana y estaba empeñado en denostar el modelo cubano.

Fidel Castro, en su alocución, se dirigía al pueblo y se dirigía también a las autoridades norteamericanas para afirmar sin complejos que Cuba tenía todo el derecho a ser comunista si así lo decidía su pueblo. Sin embargo, el primer ministro cubano dudaba mucho que aquello del comunismo fuera la mayor preocupación de la Administración norteamericana. Lo que realmente le preocupaba a los Estados Unidos era el ejemplo cubano, no el régimen social que adoptara. Era la capacidad de

⁷⁷² *Idem.*

contagio lo que soliviantaba la conciencia de las autoridades norteamericanas. Cuba, el caso cubano, tenía que ser suprimido y no porque supusiera un peligro para la seguridad de los Estados Unidos, “sino porque el ejemplo de Cuba era un ejemplo contagioso”⁷⁷³.

Por primera vez, desde el triunfo de la revolución, Fidel Castro hablaba abiertamente de socialismo. Los conceptos tradicionales que habían salpicado sus discursos desde el triunfo de la revolución tendían ahora a teñirse de socialismo. La asunción abierta del socialismo transformaba por entero al resto de los principios sobre los que se había apuntalado la revolución cubana desde enero de 1959.

Sin embargo, el socialismo no contradecía aquellos principios inmanentes que habían formado parte del pensamiento fidelista desde sus orígenes, lejos de contradecirlos los reforzaba, pero les daba un nuevo alcance que iba más allá del derecho a ejercer la soberanía frente a los deseos de dominación estadounidense. Como ya hemos señalado en varias ocasiones, la contradicción entre el pueblo cubano y el imperialismo norteamericano había terminado por colocar en el primer frente de combate a la contradicción fundamental del sistema capitalista: la contradicción capital trabajo, que, en el contexto cubano, se articulaba a través de la disyuntiva que enfrentaba al capital norteamericano y al de sus colaboradores con el trabajo ejercido por el pueblo cubano.

Así pues, la asunción del socialismo no violentaba el tradicional discurso soberanista cubano; más bien todo lo contrario, pues ponía en sintonía la liberación nacional con la lucha contra el capitalismo norteamericano, abriéndose de este modo, con pasmosa naturalidad, nuevas perspectivas para el ensayo de la vía socialista. Una vía socialista que se erigía además como el mecanismo más fiable para erradicar de forma definitiva en Cuba la dominación estadounidense y cimentar la soberanía nacional.

El discurso de Fidel Castro de aquel Primero de Mayo señaló con claridad que socialismo y nacionalismo iban de la mano y que al frente de aquella conjunción se encontraba el pueblo cubano, en cuya vanguardia se situaban sus clases trabajadoras. La democracia que trataba de patrocinar Estados Unidos en todo el continente había quedado excluída de Cuba por decisión de sus clases trabajadoras. Este era el mensaje principal que podía extraerse de aquel trascendental discurso del primer ministro cubano y así lo captó la prensa franquista con la lucidez que otorga a los derrotados el análisis de las perspectivas que ofrece a los vencedores la victoria.

La derrota de Bahía de Cochinos había traído como consecuencia lógica, la proclamación del socialismo en Cuba y el final de la democracia parlamentaria tal y como se entendía en el bloque capitalista que encabezaban los Estados Unidos. Así lo expresó la *Agencia Efe* en sus teletipos y así lo publicaron los diarios franquistas en sus páginas.

El cable de la *Agencia Efe* se centró en estos puntos vertebradores del discurso fidelista y señaló que el jefe del Gobierno cubano, Fidel Castro, había “*proclamado el socialismo en Cuba*” y que había asegurado también que no se celebrarían en el país más elecciones⁷⁷⁴. Aquella declaración de Castro, según apuntaba la agencia de noticias española, había sido lanzada a través de “*la radio y la televisión*” con motivo del Primero de Mayo⁷⁷⁵.

Fidel Castro había atacado además a los Estados Unidos, señalaba la prensa española, reflejando para apuntalar aquel aserto aquellos pasajes en los que el primer ministro cubano había señalado que Cuba tenía el mismo derecho de queja que el que amparaba a los Estados Unidos y las mismas facultades para invocar el derecho a su seguridad nacional y a su soberanía. El razonamiento esbozado por Fidel

⁷⁷³ *Idem.*

⁷⁷⁴ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7761. Madrid: martes, 2 de mayo de 1961, pág. 3. *Diario y Pueblo* (Año XXII). Núm.6739. Madrid: martes, 2 de mayo de 1961, pág. 5. *Diario*.

⁷⁷⁵ *Idem.*

Castro era bien simple, argüía la prensa franquista: si al presidente Kennedy no le gustaba que un régimen socialista se instalara a ciento cuarenta y cuatro kilómetros de sus costas, al pueblo cubano tampoco le seducía la idea de tener un régimen capitalista e imperialista a la misma distancia de sus costas⁷⁷⁶.

La prensa franquista destacó también que en un momento de su discurso Fidel Castro había realizado la siguiente pregunta: “¿Necesitáis elecciones?” a lo que respondieron tres millones de almas con una sonora negación; “la muchedumbre respondió: ¡No, no!”⁷⁷⁷ Ante aquella rotunda respuesta Fidel Castro señaló que de aquel momento en adelante su Gobierno dependería “del apoyo del pueblo”, poniendo de relieve que “la clase obrera” era la que sostenía “las riendas del poder”⁷⁷⁸.

El análisis que se difundió en la prensa franquista de lo acontecido en Cuba aquel Primero de Mayo no dejaba al lector español desinformado. Sin embargo, aquel cable informativo de la *Agencia Efe* eliminaba las numerosas alusiones que Fidel Castro hizo a España y a la Iglesia católica en su discurso. Estados Unidos había sido atacado por el primer ministro cubano, pero también lo había sido la España franquista, incluso con mayor virulencia. De hecho, la antigua metrópoli colonial había tenido tanto protagonismo en el discurso de Fidel Castro como el que cosechó el poder imperial norteamericano.

La prensa franquista, temerosa quizás de las simpatías que despertaba en España la valentía cubana frente a los Estados Unidos, esquivó estos comentarios ofensivos contra el régimen de Franco, algo que desde luego no hizo el órgano de los exiliados españoles en Cuba.

España Republicana publicó en sus páginas centrales aquellas referencias del discurso del primer ministro cubano que hacían referencia a la España de Franco y a la Iglesia católica. Fidel Castro, en su discurso del Primero de Mayo, cargó sin contemplaciones contra la actitud de parte de la Iglesia cubana; es decir, contra aquella que se situaba más a la derecha y que siempre había comulgado con las ideas de la España franquista.

Los tres curas que habían desembarcado con la brigada invasora constituyeron una verdadera conmoción para la sociedad cubana. A aquellas alturas del proceso revolucionario, a nadie le sorprendía la connivencia de ciertos sectores de la Iglesia con la contrarrevolución, pero hasta la fecha no se había registrado un acto tan flagrante de agresión contra la Revolución cubana.

Fidel Castro, en su discurso del Primero de Mayo, no eludió el deshonesto papel que había jugado la Iglesia católica en el desembarco mercenario. Tres curas habían llegado con la brigada invasora. “¿Eran tres curas cubanos?”, preguntaba Fidel Castro al pueblo cubano; “no, ninguno era cubano, eran nada menos que tres curas españoles, tres curas falangistas”, contestaba Fidel Castro a la pregunta por él mismo lanzada⁷⁷⁹.

El primer ministro cubano consideraba inaceptable la inclusión de aquellos tres sacerdotes en la expedición y consideraba aún más inadmisibles que hubieran alegado “funciones puramente espirituales”⁷⁸⁰. Según declararon los tres sacerdotes su misión eran “puramente evangélica, puramente cristiana, puramente espiritual”⁷⁸¹. Aquel posicionamiento, según señaló Fidel Castro, no podía pasar inadvertido para el pueblo de Cuba, pues aquellos “tres curas falangistas” habían desembarcado en las playas de Cuba para atender “espiritualmente” y prestar consuelo cristiano a

⁷⁷⁶ *Idem*.

⁷⁷⁷ *El Alcázar* (Año XXV). Núm. 7761. Madrid: martes, 2 de mayo de 1961, pág. 5. *Diario y Pueblo* (Año XXII). Núm. 6739. Madrid: martes, 2 de mayo de 1961, pág. 5. *Diario*.

⁷⁷⁸ *Idem*.

⁷⁷⁹ *España Republicana* (Año XXIII). Núm. 495. La Habana: segunda quincena de mayo, pág. 8. Quincenal.

⁷⁸⁰ *Idem*.

⁷⁸¹ *Idem*.

los propietarios de aquellos miles de caballerías y miles de casas expropiadas por la revolución⁷⁸². Aquellos tres sacerdotes habían escoltado hasta las playas de Cuba a cientos de antiguos propietarios, a cientos de señoritos y batistianos y también a un connotado puñado de asesinos y torturadores de la peor ralea. Esta era la realidad que debía analizar el pueblo y ninguna otra, señalaba Fidel Castro.

Después de afrontar aquella dura evaluación sobre aquellos sacerdotes armados y los feligreses que les acompañaban en aquella aventura, Fidel Castro desplegó un papel en que traía una copia del manifiesto que el padre Ismael de Lugo traía en su libro de notas para ser leído a los cubanos. Fidel Castro procedió a su lectura y a cada párrafo fue añadiendo alguna jugosa reflexión. Aquellos mercenarios pagados por el imperio, al parecer, según señalaba Fidel Castro tirando de ironía, venían “*en nombre de Dios*”⁷⁸³.

Los miembros más infames de las fuerzas represoras de la dictadura de Batista, torturadores y asesinos de la peor calaña, los soldados que permanecían todavía fieles a Batista, “*los dueños de los cabarets y de los casinos de juego*”, “*los miserables explotadores*”, más el resto de la fauna de Girón venían “*en nombre de Dios*”⁷⁸⁴.

Fidel Castro, ante aquellas frases sentenciosas del capuchino español, mostraba tanto asombro como si fuera la primera vez que las leía. Aquellos cruzados, que venían a salvar a la religión y a la patria, a sembrar la paz y el amor, según señalaba ufano el sacerdote español, habían hecho más bien todo lo contrario. Fidel Castro hablaba de aquellos otros feligreses, mujeres, niños, milicianos y soldados, que habían muerto bajo el fuego de los mercenarios e interrogaba al pueblo sobre la cristiandad de aquellos sacerdotes.

El primer ministro cubano señalaba que aquel manifiesto del padre Ismael de Lugo no podía incitar a otra cosa que a la indignación. Aquellos sacerdotes habían llegado a Cuba con el odio instalado en sus mentes y con afán de dividir al pueblo cubano a través de sus sentimientos religiosos. Prometían paz y traían guerra, prometían amor y traían odio. Fidel Castro apuntaba a la irresponsabilidad de aquellos sacerdotes que habían intentado generar un frente en el interior de Cuba para sostener una guerra estéril y de desgaste contra la Revolución cubana. Aquellos sacerdotes, continuaba el primer ministro, sabían del apoyo con el que contaba la revolución y promover el enfrentamiento entre cubanos con el sustento norteamericano y su posterior intervención sólo podía servir para el derramamiento masivo de sangre cubana.

Por lo demás, aquel comunicado estaba plagado de falsedades. El padre Ismael de Lugo hablaba de una brigada formada por miles de cubanos, todos ellos cristianos y católicos; tan católicos, señalaba Fidel Castro, como podían serlo “*Calviño, Soler Puig, King*” y muchos otros⁷⁸⁵. De Lugo hablaba también de la moral de la tropa, su moral era “*la moral de los cruzados*”; hablaba de sus inclinaciones “*espirituales*” y “*antimaterialistas*”; hablaba, en definitiva, del desembarco en Cuba de miles y miles de cristianos dispuestos a luchar contra la “*impiedad*”, el “*laicismo*” y el “*comunismo*”⁷⁸⁶.

Sin embargo, según señalaba Fidel Castro cargándose de argumentos, las entrevistas con los apresados en la ciénaga de Zapata en los últimos días hablaban de sentimientos que nada tenían que ver con las motivaciones religiosas. Los prisioneros de Girón parecían más inclinados por los objetivos materiales que por los objetivos espirituales. Además, las alusiones al anticomunismo doctrinario, habituales entre la contrarrevolución desde enero de 1959, eran el revestimiento del batistiano que no reconocía su condición. En definitiva, el sentimiento cristiano parecía evaporarse

⁷⁸² *Idem.*

⁷⁸³ *Idem.*

⁷⁸⁴ *Idem.*

⁷⁸⁵ *Idem.*

⁷⁸⁶ *Idem.*

en los apresados con la misma facilidad con la que había sido abrazado en la víspera del desembarco a través de aquellas misas y comuniones de las que hablaba el padre Ismael de Lugo en su bando de alzamiento.

Aquellos cruzados, aquellos hombres que había desembarco en nombre de Dios, parecían más bien movidos por otros intereses, por intereses puramente crematísticos. Y fue entonces cuando Fidel Castro habló de “*las veintisiete mil caballerías de tierra*”, de “*las diez mil casas*”, de “*las setenta industrias*”, de las “*cinco minas*”, de los “*dos bancos*”, de “*los diez centrales azucareros*” y de “*los cabarets*” y “*los casinos*”⁷⁸⁷. Entre aquellos cruzados de la cristiandad, señalaba un enjundioso Fidel Castro, había “*doscientos y pico socios de los clubes aristocráticos*” más selectos y exclusivos de Cuba, donde no podía entrar “*ningún cubano negro*”⁷⁸⁸. Aquellos eran los cruzados de la cristiandad que enviaba la Iglesia católica para liberar a Cuba de la supuesta tiranía.

Fidel Castro leyó aquel bando injurioso sin esquivar una sola coma del texto y tras las coletillas constantes, las reflexiones y los comentarios que se derivaban de aquel documento señaló que la Revolución cubana no podía seguir tolerando la afrenta diaria y el ataque constante de aquel sector de la Iglesia que parecía más comprometido con la dictadura de Madrid y el imperio de Washington que con el pueblo cubano al que aseguraba servir.

El primer ministro señaló que aquel sacerdote reaccionario emboscado tras la sotana, como representante de un sector de la Iglesia cubana, no era otra cosa que un mercenario al servicio del imperio y de los intereses más oscuros; eclesiásticos como él, continuaba Fidel Castro, no habían mostrado aquellos arranques libertarios para luchar por la emancipación del pueblo español de la dictadura franquista. Los religiosos falangistas que moraban en la Iglesia cubana nunca había mostrado aquello bríos guerreros contra Francisco Franco, más bien todo lo contrario. Nada mejor que los propios argumentos de Fidel Castro para reflejar aquel contrasentido al que estaban sometidos una gran parte de los resueltos sacerdotes españoles. El primer ministro cubano lo expresaba por medio de aquellas preguntas retóricas que eran tan propias de su discurso y en los que las cuestiones lenguaraces y atrevidas venían sucedidas de respuestas igual de elocuentes. Así lo expresaba Fidel Castro:

*“¿Y por qué viene aquí con otros tres curas españoles falangistas y no va a España a luchar por la libertad contra el señor Francisco Franco, contra el caudillo del Ferrol, que lleva veinte y no sé cuántos años oprimiendo al pueblo español, vendido al imperialismo yanki, veintitantos años asesinando a españoles, oprimiendo a los españoles y convirtiendo a España en toda una base militar yanki?”*⁷⁸⁹

La pregunta era más que reveladora, los llamamientos del padre Ismael de Lugo a luchar por la democracia y la libertad, viniendo como venían de un sacerdote que se había desempeñado como oficial de las tropas franquistas en sus años mozos⁷⁹⁰, parecía, más que una provocación, una auténtica majadería.

Así lo entendió también Fidel Castro, que haciendo de aquella pregunta el preámbulo de otra parte de su discurso señaló que aquel sacerdote no podía luchar por la libertad de España, porque servía a los norteamericanos y “*los yanquis no luchaban por la libertad en España*”⁷⁹¹. Para infortunio del pueblo español, sometido a los mismos males que Nicaragua o Guatemala, según señalaba Fidel Castro, no había consuelo en la Iglesia católica. Franco era uno de “*los grandes amigos*” del imperio, como lo

⁷⁸⁷ *Idem.*

⁷⁸⁸ *Idem.*

⁷⁸⁹ *Ibidem*, pág. 9.

⁷⁹⁰ *Ibidem*, pág. 14.

⁷⁹¹ *Ibidem*, pág. 9.

eran los dirigentes de Nicaragua y Guatemala, y, por tanto, aquellas huestes de ensabanados en la sotana con los que contaba Francisco Franco en América nunca lucharían por la libertad de los pueblos⁷⁹².

El argumentario de Fidel Castro era una verdadera desautorización de aquella Iglesia cubana, y por extensión latinoamericana, que estaba vinculada por origen o ideas con la España de Franco. Las prudencias para con la Iglesia exhibidas por el primer ministro cubano durante meses parecían haber quedado atrás. Y es que la posición de todos aquellos sacerdotes, mayoría en la Iglesia cubana y también españoles en su mayoría, era ya manifiestamente contrarrevolucionaria. Todos ellos habían optado por el levantamiento y no se conformaban ya con instigar a los jóvenes a empuñar las armas contra el pueblo, sino que eran ellos mismos los que portaban directamente las armas para luchar contra la revolución.

El diagnóstico que lanzaba Fidel Castro era pues concluyente. Aquellos sacerdotes falangistas no hacían más que cumplir órdenes de aquellos a los que servían. En España, como en Cuba, defendían a “los latifundistas”, a “los monopolios yanquis”, a “los generales” y a “los militares” de los ejércitos de la dictadura, a “la aristocracia”, a “los capitales” y a “la nobleza reaccionaria”⁷⁹³. Su causa no era la de “la libertad de los obreros y los campesinos españoles”; no era la causa de la “libertad para el sufrido pueblo humilde de España”, como tampoco era su causa la que defendía el pueblo cubano a través de su revolución popular⁷⁹⁴.

Después de meses, en los que el pueblo cubano había visto como sectores importantes de la Iglesia se parapetaban detrás la contrarrevolución, reclutando a jóvenes y acercando dineros a la causa de los traidores, había llegado el momento de plantarse. Fidel Castro señalaba que el caso de aquellos tres curas franquistas capturados en Playa Girón no era la excepción, sino una norma. Otros sacerdotes, también españoles, habían sido capturados entre los bandidos del Escambray⁷⁹⁵.

Un sector de la Iglesia estaba contra la revolución, se enfrentaba a ella abiertamente y el Gobierno cubano se veía obligado a tomar medidas. Si “los curas fascistas y falangistas españoles” habían decidido “hacer la guerra contra la revolución”⁷⁹⁶, señalaba Fidel Castro, la revolución se defendería y fue entonces cuando el primer ministro hizo uno de sus anuncios más importantes de aquella cita:

*“Vamos a anunciar aquí, al pueblo, que el Gobierno Revolucionario, en los próximos días decretará una ley en virtud de la cual declarará nulo todo permiso para permanecer en el territorio nacional a todo sacerdote extranjero que haya en nuestro país. Y esa ley no tendrá más que una excepción. ¿Saben para quién? Podrá permanecer cualquier sacerdote extranjero, con permiso especial, siempre que el Gobierno lo considere, porque no haya estado combatiendo a la Revolución Cubana, es decir que no haya mantenido una actitud contra la revolución”*⁷⁹⁷.

Fidel Castro apenas pudo completar aquella propuesta, pues los aplausos y las arengas prolongados hacían inaudibles sus palabras. El pueblo concentrado en la Plaza Cívica cortó el discurso del primer ministro con un cantico más que elocuente: “¡Que se vayan, que se vayan!”⁷⁹⁸.

El primer ministro llamó entonces a la prudencia y aunque señaló que la mayoría de los sacerdotes extranjeros habían combatido al Gobierno cubano había algunas excepciones. Fidel Castro no se

⁷⁹² *Idem.*

⁷⁹³ *Idem.*

⁷⁹⁴ *Idem.*

⁷⁹⁵ *Idem.*

⁷⁹⁶ *Idem.*

⁷⁹⁷ *Idem.*

⁷⁹⁸ *Idem.*

refirió a nadie por el nombre, no hizo alusiones personales, pero dejó claro que algunos sacerdotes habían sido honestos, señaló que había algunas excepciones y que aquello debía ser tenido en cuenta por el pueblo.

El primer ministro sabía a qué se enfrentaba cuando hizo aquella declaración contra ciertos miembros de la Iglesia católica y advirtió al pueblo que no tardarían en llegar las acusaciones sobre la impiedad y sobre el carácter antirreligioso de la revolución. Fidel Castro señaló que había que hacer frente a aquellas críticas, pues el sentimiento religioso de la población cubana no suponía ningún problema para el Gobierno cubano. La Iglesia católica seguiría funcionando en Cuba sin problema alguno, pero tendría que circunscribirse al ámbito que era propio de sus competencias.

Sin embargo, se esperaban momento de tribulación entre la Iglesia y el Estado, porque la revolución no iba a tolerar más ataques de aquella naturaleza contra el pueblo cubano. Cuba no podía seguir tolerando las connivencias de un parte de la Iglesia con los mayores enemigos del pueblo, ni podía tampoco permitir que los curas empuñaran las armas contra la nación cubana.

Fidel Castro pasó entonces a encadenar nuevas preguntas de fácil respuesta para las multitudes que le escuchaban. Unas preguntas que buscaban un “no” rotundo por respuesta y que lo obtuvieron entre aplausos y exclamaciones que pedían la expulsión de todos los sacerdotes franquistas y de todos los religiosos sospechosos de colaborar con la contrarrevolución. Las preguntas del primer ministro colocaban a la Iglesia cubana y a la nutrida membresía española que la habitaba en una situación límite; éstas eran las preguntas:

*“¿Podrá seguir tolerando la Revolución que estos hechos sigan ocurriendo impunemente, y que estos señores vengán a traernos el infierno en la misma tierra con sus criminales de guerra, sus Calviño, sus King, sus Soler Puig, sus latifundistas, y sus niños privilegiados, que vengán a traerles al obrero aquí, y al campesino, el infierno sobre la misma tierra? ¿Podremos permitir que siga la falange española, a través de sus curas, promoviendo aquí los derramamientos de sangre y la conspiración? ¡No! ¡No estamos dispuestos a permitirlo! Y, sencillamente, ya lo saben los curas falangistas: que deben ir preparando sus maletas”*⁷⁹⁹.

Los aplausos prolongados, las negativas estentóreas a cada pregunta y las exclamaciones y cánticos reclamando la expulsión de Cuba de todos aquellos religiosos coparon entonces la Plaza Cívica, enardecida frente y contra aquellos sacerdotes con los que la revolución había sido tan prudente hasta aquel momento. Sin embargo, la expulsión de aquellos sacerdotes tenía fuertes implicaciones en las plataformas educativas con las que contaba la Iglesia católica en Cuba.

La Iglesia cubana se había comprometido de lleno en la actividad contrarrevolucionaria, había empuñado las armas contra el Gobierno cubano y había utilizado los colegios religiosos como caladero de nuevos opositores y como fuente para nutrir las filas de la lucha armada contra la Revolución cubana. El papel jugado dentro de la contrarrevolución por los colegios y los centros educativos que la Iglesia católica tenía en Cuba no era un secreto para la dirigencia cubana. Cada vez que se producía una redada entre los grupos terroristas que actuaban en el ámbito urbano o entre las partidas guerrilleras que operaban en la Sierra del Escambray aparecían antiguos miembros de aquellos colegios y de las organizaciones de base de la Iglesia católica.

La composición de la brigada invasora certificaba aquella tendencia observada durante meses. Además de la soldadesca batistiana, de los potentados cubanos y de los torturadores y asesinos, la brigada estaba también nutrida, “mayoritariamente”, según varios autores, “por miembros de las

⁷⁹⁹ *Idem.*

organizaciones juveniles de Acción Católica de Cuba, liderada por Manuel Artime Buesa, prominente dirigente de la Agrupación Católica Universitaria, bajo la dirección del cura jesuita español Amando Llorente”⁸⁰⁰.

Aquella constatación no hacía más que corroborar lo largamente sospechado. La Iglesia tenía un papel medular dentro de la contrarrevolución, no en vano, Manuel Artime era el jefe político del desembarco. Es decir, el encargado de jugar un papel fundamental en las labores de gobierno si la invasión prosperaba y conseguía asentarse en territorio cubano.

Así pues, nadie parecía salvarse de la quema, la mayoría de las órdenes religiosas del clero regular, el clero secular, las instituciones educativas de la Iglesia, el entramado asociativo y la jerarquía católica estaban ya señaladas. Sin embargo, lo más urgente para la revolución era secar las fuentes de las que se nutría la contrarrevolución y aquí el mayor caladero eran los centros educativos de la Iglesia católica.

Fidel Castro era consciente de ello y, en aquella jornada así lo hizo notar: los colegios religiosos eran la cantera principal de la que se alimentaba la contrarrevolución. Desde los centros educativos de la Iglesia católica, señalaba Fidel Castro, se les estaba inculcando “*a los jóvenes el veneno de la contrarrevolución*”⁸⁰¹. Y lo hacían, apuntillaba Fidel Castro, porque encontraban “*el terreno abonado*”, pues era en aquellos centros en los que se educaban, “*por lo general, los hijos de las familias adineradas*”⁸⁰².

En aquellos colegios estaba “*el caldo de cultivo*” de la contrarrevolución, señalaba el primer ministro cubano sin atisbo de duda⁸⁰³. En aquellos colegios se sembraba el “*veneno contrarrevolucionario en la gente joven*”; se fomentaba la proliferación de “*mentalidades terroristas*”; se difundía entre los jóvenes “*el odio a su patria y el odio a su revolución*”⁸⁰⁴. Aquellas eran las enseñanzas que se transmitían en aquellos centros y la revolución no podría tolerar aquel comportamiento.

La revolución había tolerado con aquel orden de cosas durante demasiado tiempo, pero podía llegar un momento en el que el pueblo terminara por acusar al Gobierno cubano de no atajar aquella fuente de terrorismo. En los colegios católicos se hacía campaña descarada a favor de la acción armada contra el régimen y el Gobierno cubano, so pena de hacerse impopular, no podía seguir tolerando con aquella fuente de contrarrevolución tolerada.

Así pues, al anuncio de expulsión de una parte mayoritaria del clero extranjero le siguió un nuevo pronunciamiento y éste era mucho más grave, pues ya no hacía referencia a miembros de la Iglesia, sino a instituciones. Fidel Castro señaló que, “*en los próximos días*”, el Gobierno revolucionario decretaría “*una ley de nacionalización de las escuelas privadas*”⁸⁰⁵. Todas las escuelas privadas del país, aquellas que tuvieran más de un profesor, serían nacionalizadas. Fidel Castro señalaba además que algunas de aquellas escuelas serían indemnizadas y que el criterio de indemnización estaría sujeto a la implicación en las actividades contrarrevolucionarias. Fidel Castro lo expuso con la más rotunda de las franquezas: “*Hay muchos directores de escuelas privadas, de tipo laico, y algunas escuelas privadas de tipo religioso, no católicas, que han tenido una actitud distinta, que no han estado inculcando el veneno de la contrarrevolución*”⁸⁰⁶.

⁸⁰⁰ Torreira Crespo, Ramón y Buajásán Marrawi, José: *Op. Cit.*, pág. 65.

⁸⁰¹ *España Republicana* (Año XXIII). Núm. 495. La Habana: segunda quincena de mayo, pág. 10. Quincenal.

⁸⁰² *Idem.*

⁸⁰³ *Idem.*

⁸⁰⁴ *Idem.*

⁸⁰⁵ *Idem.*

⁸⁰⁶ *Idem.*

Todas las escuelas privadas serían nacionalizadas, pero no todas estarían sujetas al mismo régimen de compensaciones e indemnizaciones. Algunas serían debidamente compensadas y otras no serían compensadas en absoluto. Éste sería el criterio para llevar a cabo la transformación del régimen de propiedad de los centros educativos. La temida nacionalización había llegado, se produciría de forma abrupta y portaba una carga de desprestigio para el catolicismo más que evidente.

Fidel Castro proclamó en aquella jornada que un proyecto pretendidamente socialista tenía que optar por la educación pública y más todavía cuando una parte significativa de la enseñanza privada trataba de articularse como un contrapoder violento y guerrerista. Sin embargo, a pesar de ser mayoría los que había practicado esta actitud, no todos los colegios privados podían ser catalogados de aquella forma. Los colegios e instituciones educativas que se habían mostrado respetuosos con la revolución serían debidamente indemnizados; el Gobierno revolucionario indemnizaría a aquellos directores o dueños de escuelas que no hubieran tenido una actitud contrarrevolucionaria.

Es decir, aquellos planteles educativos que habían mantenido “una actitud patriótica y una actitud decorosa con respecto a la Revolución” serían indemnizados y “sus directores invitados a trabajar con el Gobierno Revolucionario en la dirección de ese plantel o de otro plantel educativo”⁸⁰⁷. Todos aquellos directores serían llamados por la revolución para ayudar “en la enseñanza y en la docencia”⁸⁰⁸. A los profesores de todos aquellos colegios de carácter laico se les incorporaría al sistema educativo estatal, se haría también lo propio con el personal no decente de aquellos centros.

Todos tendrían asegurado su trabajo, señalaba Fidel Castro. Además, los alumnos de aquellas escuelas que fueran indemnizadas y que hubieran estado separadas de la actividad conspirativa podrían seguir asistiendo a ellas. Se mantendría el nivel de estudios, se trataría de elevar ese nivel, y además, aspecto no menor, “*¡no tendrían que pagar absolutamente nada por ir a esas escuelas!*”, apostillaba el primer ministro⁸⁰⁹.

Así pues, en aquella ley de nacionalización de la enseñanza, unos saldrían airoso y otros dañados. Entre estos segundos, mención especial mereció en el discurso de Fidel Castro la Universidad de Villanueva. Villanueva sería nacionalizada, pues allí estaba uno de los focos primigenios y más importantes de la contrarrevolución.

La Iglesia católica había pretendido imponer una política al Gobierno y cuando no lo consiguió intentó derrocarlo. Aquella era la lectura de los últimos dos años y a Fidel Castro no parecía escapársele aquella idea implícita en su discurso. Religión y política tenían campos diferentes para su expresión, apuntaba el primer ministro, y, por tanto, ni la una podía entrar en el ámbito de la otra, ni la otra determinar los contenidos de la una. La política cubana estaba en manos del Gobierno cubano y la Iglesia tenía que acotar su acción al campo que le era propio: al de la promoción de los valores cristianos y las enseñanzas religiosas en las iglesias. La lógica de la separación entre la Iglesia y el Estado, nunca planteada con franqueza, se imponía así por mor de la actitud levantisca de la primera frente al segundo.

Por lo demás, Fidel Castro señalaba que la revolución había pretendido sumar a todos al proyecto nacional. La Iglesia católica estaba también incluida. Si las declaraciones del catolicismo oficial hubieran sido justas y ecuanímes, señalaba Fidel Castro, los periódicos cubanos no hubieran tenido problema alguno en “*publicar sus pastorales*”⁸¹⁰. Sin embargo, cuando aquellas pastorales se convirtieron ya en algo totalmente ajeno a las cuestiones religiosas y tomaron partido abiertamente

⁸⁰⁷ *Idem.*

⁸⁰⁸ *Idem.*

⁸⁰⁹ *Idem.*

⁸¹⁰ *Idem.*

por los intereses de los Estados Unidos y de la contrarrevolución el pueblo cubano comenzó a separarse de la Iglesia católica.

Aquella era la realidad vivida en Cuba en los últimos meses. Sin embargo, la revolución no tomaría represalias contra la Iglesia católica; una vez depurados aquellos elementos de la clerecía que alentaban el alzamiento, apologizaban el terrorismo y llegaban incluso a empuñar las armas contra el Gobierno cubano, la Iglesia podría insertarse en la sociedad cubana sin mayores problemas.

Fidel Castro señalaba que las iglesias continuarían abiertas y que en ellas los sacerdotes tenían toda la libertad del mundo para ejercer su doctrina y enseñar religión. El primer ministro cubano señala que la revolución no buscaba un enfrentamiento con la Iglesia y que las relaciones todavía se podían reconducir. El Gobierno y el pueblo de cubano respetarían a la Iglesia y le ofrecerían su colaboración si esta se avenía a seguir la misma política de respeto y consideración con el frente revolucionario.

La Iglesia, según Fidel Castro, tenía que alejarse del imperialismo y de los explotadores y centrarse en aquellos aspectos que eran propios de la religión. Si la Iglesia estaba dispuesta a dar aquel paso, encontrarían el respeto y la consideración del pueblo cubano y de sus clases dirigentes.

En fin, lo que el primer ministro reclamaba de la Iglesia era un cambio de rumbo. Un cambio de rumbo que sería posible si la Iglesia circunscribía su acción a aquellos campos que le eran propios; los de la fe, la doctrina cristiana y la enseñanza religiosa. En un contexto de esta naturaleza era totalmente viable la convivencia entre religión y revolución.

Sin embargo, a pesar de aquellas palabras que invitaban a la concordia, el golpe asestado a la Iglesia católica era enorme. La Iglesia se había situado abiertamente en el bando de la contrarrevolución y, tras muchos meses de acoso y descalificaciones contra el frente revolucionario, había encontrado la respuesta del Gobierno y del pueblo cubano. Centenares de sacerdotes tendrían que abandonar Cuba, la mayoría de ellos españoles. En aquellas fechas, según declaró el padre Guillermo Sardiñas, sacerdote católico con el grado de comandante dentro de la revolución, en Cuba había unos setecientos sacerdotes y de ellos cuatrocientos eran españoles⁸¹¹. Es decir el número de sacerdotes españoles superaba con creces a los cubanos. El padre Sardiñas ofreció estos datos a mediados de mayo de 1961 en una entrevista concedida al diario *Revolución*, donde además de aquella manifiesta supremacía del clero masculino español dentro de la Iglesia cubana, señaló que en el caso de las monjas y religiosas el porcentaje de españolas frente a las cubanas era incluso mayor⁸¹².

El número de religiosos y religiosas extranjeros que abandonaron Cuba desde mayo de 1961 hasta septiembre del mismo año se contó por centenares y la mayoría de ellos eran españoles. El régimen de expulsiones comenzó además de forma inmediata. El 3 de mayo se decretó que dieciocho agustinos tendrían que abandonar el país debido a su actividad contrarrevolucionaria⁸¹³. El 15 de mayo un grupo de veintisiete monjas salió con rumbo a los Estados Unidos⁸¹⁴; tres días después otro contingente de religiosos formado por sesenta y tres monjas y sacerdotes llegaron por vía aérea a Montreal, Canadá⁸¹⁵.

Entretanto, la prensa franquista, con gran indignación y con el diario *El Alcázar* al frente, señalaba como cosa extraordinaria que los sacerdotes y religiosos que predicaban en Cuba tuvieran que solicitar el permiso de residencia cubano y demandar también del Estado si estaban dentro del grupo

⁸¹¹ Torreira Crespo, Ramón y Buajasán Marrawi, José: *Op. Cit.*, pág. 71.

⁸¹² *Idem*.

⁸¹³ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7762. Madrid: miércoles, 3 de mayo de 1961, pág. 3. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6740. Madrid: miércoles, 3 de mayo de 1961, pág. 5. Diario.

⁸¹⁴ Ruíz, Leovigildo: *Op. Cit.*, pág. 102.

⁸¹⁵ *Ibidem*, pág. 104.

de los que no quedaban excluidos de su labor sacerdotal debido a la acción contrarrevolucionaria⁸¹⁶. *El Alcázar*, el día 6 de mayo, señalaba además que más de cien sacerdotes permanecían detenidos en las iglesias, que estaban siendo custodiadas por las milicias cubanas y que había comenzado ya la “incautación” de “los centros privados de enseñanza”⁸¹⁷. La situación era sumamente tensa y días después el Vaticano hizo un llamamiento a la calma para tratar de salvar las relaciones con La Habana, aunque criticó con dureza el cierre de los colegios católicos⁸¹⁸.

El número de religiosos que abandonaron Cuba en aquellas fechas fue considerable. Algunos habían sido expulsados por estar directamente involucrados en labores contrarrevolucionarias, otros partieron simplemente por temor a la implantación de un régimen comunista y algunos otros abandonaron la isla siguiendo la consigna dictada por la orden religiosa a la que pertenecían. El caso es que la sangría de la Iglesia católica en Cuba no parecía tener fin y daba muestras del grado de implicación y de compromiso que la Iglesia había adquirido con el frente contrarrevolucionario.

Siguiendo esta secuela de renovación sacerdotal, según unas versiones, las de la Cuba revolucionaria, o de purga impuesta por el Gobierno cubano, según otras, las de la Iglesia católica, la salida de sacerdotes fue la tónica general en las semanas subsiguientes. El día 24 de mayo cien hermanos de La Salle llegaron a los Estados Unidos procedentes de Cuba⁸¹⁹.

Sin embargo, el ritmo de salidas aumentó tras el decreto de nacionalización de la enseñanza dictado el 7 de junio de 1961⁸²⁰. A partir de esta fecha la salida fue más numerosa que en el mes de mayo. En total, la Iglesia contaba en Cuba “con ciento treinta y dos escuelas primarias, cuarenta y ocho de segunda enseñanza, treinta y tres escuelas de comercio, veintidós de secretariado, once de hogar, cuatro high schools y tres vocacionales”⁸²¹. Además, contaba con “las universidades Católica de Villanueva y Social de La Salle”⁸²².

En definitiva, más de doscientos centros que al ser nacionalizados dejaron al profesado que allí impartía clases sin labor alguna en la isla. Al ser la mayoría de este profesado eclesiástico, español y con fuertes vínculos con la contrarrevolución el ritmo del éxodo de sacerdotes se incrementó durante el verano de 1961. El 15 de junio embarcaron ya con dirección a España los primeros sacerdotes españoles⁸²³. Y el día 26 de junio llegó a La Coruña el trasatlántico “Marqués de Comillas” con nada más y nada menos que cuatrocientos cincuenta sacerdotes y monjas provenientes de Cuba⁸²⁴.

Durante los meses de julio y agosto no se registraron más salidas reseñables, pero el ritmo del éxodo tomó cuerpo otra vez a mediados de septiembre. El día 16 de este mes, uno de los mayores azotes del régimen cubano dentro de la Iglesia católica, monseñor Boza Masvidal, junto a otros ciento treinta y cinco sacerdotes, entre ellos cuarenta y seis cubanos, eran expulsados de Cuba⁸²⁵. El día 27 de septiembre llegaron a La Coruña procedentes de Cuba aquellos ciento treinta y cinco sacerdotes, junto

⁸¹⁶ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7762. Madrid: miércoles, 3 de mayo de 1961, pág. 5. Diario y *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7763. Madrid: jueves, 4 de mayo de 1961, pág. 6. Diario.

⁸¹⁷ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7765. Madrid: sábado, 6 de mayo de 1961, pág. 3. Diario.

⁸¹⁸ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7773. Madrid: martes, 16 de mayo de 1961, pág. 6. Diario y *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7774. Madrid: miércoles, 17 de mayo de 1961, pág. 6. Diario.

⁸¹⁹ Ruíz, Leovigildo: *Op. Cit.*, pág. 107.

⁸²⁰ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7792. Madrid: miércoles, 7 de junio de 1961, pág. 3. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núm.6770. Madrid: miércoles, 7 de junio de 1961, pág. 5. Diario.

⁸²¹ Torreira Crespo, Ramón y Buajasán Marrawi, José: *Op. Cit.*, pág. 66.

⁸²² *Idem*.

⁸²³ Ruíz, Leovigildo: *Op. Cit.*, pág. 115.

⁸²⁴ *Pueblo* (Año XXII). Núm.6786. Madrid: lunes, 26 de junio de 1961, pág. 22. Diario y Ruíz, Leovigildo: *Op. Cit.*, pág. 118.

⁸²⁵ *El Alcázar* (Año XXV). Núm.7882. Madrid: miércoles, 20 de septiembre de 1961, pág. 6. Diario y Ruíz, Leovigildo: *Op. Cit.*, pág. 164.

a otros varios cientos de religiosos y religiosas⁸²⁶. Según las fuentes de la época, eran unos quinientos en total⁸²⁷. Entre ellos estaba el denostado Boza Masvidal⁸²⁸.

De este modo, el número de sacerdotes y religiosos en Cuba, después de aquellos cuatro meses de salidas masivas, se redujo de forma drástica. De acuerdo a las fuentes consultadas, antes de junio de 1961, en Cuba había setecientos veintitrés sacerdotes, novecientos sesenta y un religiosos y dos mil cuatrocientas una religiosas⁸²⁹. Después del mes de septiembre del mismo año el número de sacerdotes rondaba los ciento cincuenta y el número de religiosos y religiosas se había reducido a más de la mitad⁸³⁰.

Se cerraba así un episodio de la Iglesia católica en Cuba; un episodio poco edificante y que había dejado como regusto final la amargura para muchos católicos, que tuvieron que contemplar a varios sacerdotes portando fusiles para combatir al pueblo en lugar de catecismos para insuflarle la doctrina católica a la que servían. Así pues, la Iglesia cubana, después de más de cuatrocientos años de historia, dejaba de ser una extensión de la Iglesia española. Además, perdía el carácter reaccionario que llevaba impreso, sobre todo desde el arribo al poder del régimen franquista.

Sin embargo, el trascendental discurso de Fidel Castro del Primero de Mayo de 1961 tenía más implicaciones para España que las referidas a los asuntos de la Iglesia y la condición reaccionaria del régimen franquista. En la última parte de su discurso, el primer ministro hacía un llamamiento a todos los sectores de la nación para que se sumaran al proceso revolucionario. Eran una minoría los que estando dentro de Cuba rechazaban todavía al Gobierno cubano. Sin embargo, según señalaba Fidel Castro, no había razón para que aquellos cubanos que no habían optado por vincularse a la contrarrevolución permanecieran al margen del frente revolucionario. Entre estos sectores había católicos recelosos, pequeños industriales cautelosos y comerciantes atemorizados por los bulos que hacía correr la contrarrevolución sobre la prohibición del culto, el cierre de iglesias y la nacionalización de todo tipo de industrias, negocios y comercios.

Aquellos bulos, “bolas” como se decía coloquialmente en Cuba, tenían a ciertos sectores de la población cubana alejados de la revolución, cuando la revolución, lejos de perseguirlos, necesitaba de ellos para completar el proyecto nacional y hacer de Cuba un país más próspero. Ni los comerciantes, ni los católicos, ni los industriales, ni tampoco aquellos miembros de la Iglesia que no hubieran conspirado contra el Gobierno cubano tenían nada que temer de la revolución.

Para cimentar aquellas afirmaciones y restar credibilidad a los bulos que hacía correr la contrarrevolución, el primer ministro acudía a aquellos razonamientos de sabor historicista, tan propios de sus discursos, para señalar que la Iglesia no tenía razones históricas para rechazar el socialismo, como tampoco debían tenerlas la pequeña industria y el pequeño comercio.

La Iglesia era una realidad que procedía del devenir histórico. Aquella Iglesia milenaria había nacido durante el imperio romano y consiguió convivir con él durante décadas hasta que terminó por erigirse en culto oficial del imperio. “*Desapareció el imperio romano*”, señalaba Fidel Castro, “*y surgió el feudalismo; aquella Iglesia convivió con el feudalismo*”, también sin mayores problemas⁸³¹. Tras el feudalismo, señalaba el primer ministro con aquel tono suasorio que caracterizaba sus discursos, se formaron las monarquías absolutas nacionales, y aquella Iglesia “*convivió y perduró con las*

⁸²⁶ El Alcázar (Año XXV). Núm.7889. Madrid: jueves, 28 de septiembre de 1961, pág. 9. Diario y Ruíz, Leovigildo: *Op. Cit.*, pág. 169.

⁸²⁷ *Idem.*

⁸²⁸ *Idem.*

⁸²⁹ De Paz-Sánchez, Manuel: *Zona de Guerra: Op. Cit.*, pág. 127.

⁸³⁰ Uría, Ignacio: *Op. Cit.*, pág. 491.

⁸³¹ “Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro del Gobierno revolucionario de Cuba, resumiendo los actos del Día Internacional del Trabajo. Plaza Cívica, 1º de Mayo de 1961”: *Op. Cit.*

monarquías absolutas nacionales”⁸³². Aquella sucesión de etapas históricas pasaba de las monarquías absolutas a “*las repúblicas burguesas*”, donde la Iglesia había encontrado también asiento⁸³³.

Tras el fin de la república burguesa, fase en la que se encontraba Cuba, según señaló Fidel Castro, llegaba la última fase de la historia; aquella en la que había desaparecido “*la explotación del hombre por el hombre*”⁸³⁴. Frente a esta nueva realidad cubana, presente también en otros países, Fidel Castro señalaba que la Iglesia, si era capaz de asumir toda la enjundia que portaba su doctrina primigenia, tendría que sentirse más cómoda que nunca, pues la Revolución cubana respetaba los principios de igualdad que preconizaba la Iglesia y hacía honor a aquel concepto de hermandad entre iguales que el catolicismo pretendía extender entre sus feligreses.

Entre revolución y religión no había contradicción. Una máxima esbozada por Fidel Castro en aquellos momentos, y asumida años después por la Teología de la Liberación, que dejaba al descubierto todo lo que había de convergente entre el sistema socialista y las creencias primigenias del cristianismo. Todas estas ideas, expuestas en aquel discurso programático que quería ser la síntesis de la hoja de ruta para el futuro de Cuba, fueron abordadas por Fidel Castro y tratadas en profundidad años después en aquel célebre libro narrado a dos voces por Frei Betto, dominico brasileño y teólogo de la liberación, y el propio Fidel Castro en 1985 y que llevaba por título *Fidel Castro y la religión*.

En esta obra Fidel Castro confesaba a Frei Betto, a mediados de la década de los ochenta del siglo pasado, que entre “*los objetivos que preconizaba el cristianismo y los objetivos que buscaban los comunistas*” no había contradicción alguna⁸³⁵. Fidel Castro señalaba sin rodeos que “*la prédica cristiana de la humildad, la austeridad, el espíritu de sacrificio y el amor al prójimo*” eran totalmente convergentes con aquello que podía “*llamarse contenido de la vida y la conducta de un revolucionario*”⁸³⁶. Así pues, aunque las motivaciones de las que partían cristianos y comunistas eran diferentes, “*las actitudes y la conducta ante la vida*” que propugnaban ambos eran “*muy similares*”⁸³⁷. Por lo demás, en aquella entrevista con el dominico brasileño Fidel Castro señaló que había “*diez mil veces más coincidencias del cristianismo con el comunismo, que las que pudiera haber con el capitalismo*”⁸³⁸.

Estas ideas de Fidel Castro en 1985 estaban ya presentes en su discurso del Primero de Mayo de 1961. Un cuarto de siglo antes de la publicación de aquel libro, el Primero de Mayo de 1961, Fidel Castro acometió razonamientos sobre la doctrina cristiana, la revolución social y el socialismo que podían haber sido insertados sin contradicción aparente en aquellas largas conversaciones entre líder cubano y el teólogo dominico de mediados de los años ochenta del siglo XX. Valga de muestra alguna de las preguntas que Fidel Castro lanzó al pueblo en aquella jornada de mayo para señalar que la contradicción entre religión y revolución era de todo punto absurda. Fidel Castro lo razonaba así:

“¿Por qué no va a convivir esa iglesia con un régimen de justicia social muy superior al imperio romano, al feudalismo, a las monarquías absolutas y a la república democrática burguesa, y que en sus leyes sociales, en sus leyes y en su proyección social, en su defensa de los intereses humanos, en su defensa de los intereses de todos los hombres de la sociedad, en su lucha contra la explotación, se asemeja mucho más al cristianismo de lo que se semejaba el feudalismo explotador y cruel, o las monarquías absolutas, o el imperio romano, o la

⁸³² *Idem.*

⁸³³ *Idem.*

⁸³⁴ *Idem.*

⁸³⁵ Betto, Frei y Castro Ruz, Fidel: *Op. Cit.*, pág. 17.

⁸³⁶ *Idem.*

⁸³⁷ *Idem.*

⁸³⁸ *Ibidem*, págs. 17 y 18.

república burguesa, o el imperialismo yanki, que es capaz de discriminar al negro, de enviar a morir por el oro de los millonarios a los hijos de Puerto Rico, que es capaz de hacer matar millones de obreros por defender los intereses bastardos y egoístas de las camarillas reducidas de millonarios que controlan las finanzas y controlan la industria y controlan los monopolios de Estados Unidos?”⁸³⁹

Aquella máxima de que no se debía establecer una contradicción entre el socialismo cubano, por un lado, y las inclinaciones religiosas o la Iglesia católica, por el otro, era también extrapolable a otros sectores de la sociedad cubana. El socialismo cubano no tenía entre sus objetivos la persecución de las inquietudes religiosas, como tampoco tenía entre sus metas la supresión de la pequeña empresa, la pequeña industria o el pequeño comercio.

España Republicana consideró que esta última parte del discurso de Fidel Castro del Primero de Mayo, donde se hacía referencia a la pequeña burguesía, era tan relevante para España y la comunidad española que vivía en Cuba, como lo era aquella otra que había hecho referencia a la Iglesia católica y al régimen franquista. Partiendo de esta base, no resulta pues extraño, que la publicación del exilio español reflejara también estos pasajes en sus páginas.

Fidel Castro señaló que la proclamación del carácter socialista de la revolución no tenía que soliviantar a los pequeños propietarios, a los pequeños comerciantes o a los pequeños industriales. Aquellos grupos de pequeños propietarios no debía de temer a la revolución socialista, porque todos aquellos grandes sectores de la economía que resultaban prioritarios o estratégicos y que resultaban fundamentales para preservar la independencia de Cuba estaban en manos de la revolución: “*las industrias básicas, las minas, los combustibles, los centrales azucareros, la función bancaria, el comercio de exportación y de importación, es decir, el volumen fundamental y esencial de la economía nacional, estaba en manos del pueblo*”⁸⁴⁰. Con lo cual, el pueblo contaba con más recursos incluso de los que era capaz de gestionar. La pequeña burguesía era pues un pilar fundamental para la revolución.

El primer ministro cubano señalaba que el pueblo cubano contaba con los recursos básicos para sacar adelante el proyecto revolucionario de la nueva Cuba. Así pues, la revolución podía convivir perfectamente con “*el pequeño industrial y el pequeño comerciante*”⁸⁴¹. La revolución, continuaba Fidel Castro, siempre había tenido en cuenta “*los intereses de esos pequeños sectores, sectores de pequeños propietarios*”⁸⁴². Algo que podía comprobarse a través de las disposiciones que había fijado la Reforma Urbana. Aquella reforma había afectado a los grandes propietarios de inmuebles, pero los pequeños propietarios estaban cobrando ya los alquileres de sus propiedades inmobiliarias. Todos aquellos que cobraban alquileres por debajo de los seiscientos pesos estaban cobrando los dividendos de sus propiedades y la revolución no tenía ninguna intención de alterar aquel régimen. En Cuba, proseguía el primer ministro, se habían reducido los grandes propietarios, pero, los pequeños, no había sufrido merma alguna tras el triunfo de la revolución. Aquella era la realidad cubana y el Gobierno revolucionario no tenía ninguna intención de cambiarla.

Fidel Castro expuso igualmente todos los planes de distribución de la riqueza nacional que había puesto en marcha el Gobierno revolucionario y de muchos de aquellos planes, enfatizaba el primer ministro, se estaban beneficiando las clases medias. La revolución socialista, señalaba Fidel Castro haciendo de aquel calificativo todo el uso que se había evitado en los meses precedentes, estaba

⁸³⁹ “Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro del Gobierno revolucionario de Cuba, resumiendo los actos del Día Internacional del Trabajo. Plaza Cívica, 1º de Mayo de 1961”: *Op. Cit.*

⁸⁴⁰ *España Republicana* (Año XXIII). Núm. 495. La Habana: segunda quincena de mayo, pág. 10. Quincenal.

⁸⁴¹ *Idem.*

⁸⁴² *Idem.*

concebida para eliminar la preponderancia que “los grandes terratenientes”, “los grandes latifundistas”, “los bancos” y “los grandes industriales” habían tenido en la historia política, económica y social de Cuba⁸⁴³. Sin embargo, la revolución socialista, tal y como había afirmado el Gobierno revolucionario durante los procesos de nacionalizaciones de mediados de 1960, no tenía ningún interés en causar perjuicio a los “sectores medios de la población”⁸⁴⁴. Cualquier medida que adoptara el Gobierno cubano en el ámbito económico o social tendría en cuenta aquellos intereses medios y si alguno de estos sectores medios se sentía comprometido por la acción revolucionaria, por cualquier medida que esta pudiera tomar en perjuicio de estos sectores, el Gobierno estaba dispuesto a discutirla para adoptar la solución más ventajosa para las partes implicadas; nada sería legislado en contra de aquellos intereses medios.

Fidel Castro iba incluso más allá, la revolución se había comprometido con las clases medias de la sociedad cubana y cumpliría su palabra. De hecho ya lo estaba haciendo; la revolución entendía que podía existir, y que debía existir, una colaboración con el pequeño comerciante y con el pequeño industrial, porque entendía que los intereses de estos sectores corrían parejos a los de la revolución.

El primer ministro señalaba no obstante que había todavía algunos aspectos que debían ser mejorados: quedaban todavía algunas medidas que debían ser puestas en práctica para mejorar el funcionamiento de la economía. Ahora bien, las medidas fundamentales ya habían sido tomadas. Fidel Castro lanzaba aquella “advertencia” para que nadie se llevara a engaño, nadie tenía ya razones objetivas para la preocupación⁸⁴⁵. Las nacionalizaciones habían finalizado y nadie podía ampararse ya en la defensa de sus intereses para conspirar contra la revolución⁸⁴⁶. Es más, Fidel Castro entendía que aquel “momento victorioso de la revolución” debía servir “de elemento de juicio” para todos aquellos que habían estado “dudosos o vacilantes”⁸⁴⁷.

La revolución, señalaba Fidel Castro, seguía abierta para todos los sectores de la sociedad cubana, nadie sería recriminado por la inserción tardía, por los errores de apreciación o por haber caído en manos de la propaganda contrarrevolucionaria. Aquel llamamiento de Fidel Castro tenía un doble destinatario, pues iba dirigido tanto a los que había salido victoriosos en Girón, que podían ser víctimas de la soberbia, como a los que había depositado ciertas esperanzas en el triunfo de las tropas mercenarias. Las propias palabras de Fidel Castro dejaban aquel principio meridianamente claro:

*“Es esta la hora en que nosotros lejos de utilizar la victoria que costó tanta sangre del pueblo como momento para humillar a los que no hayan sido capaces de entender la Revolución, les hablamos con toda honradez y con toda generosidad, y les preguntamos si no es hora que comprendan; a esa minoría que todavía es incapaz de sumarse a la Revolución, preguntarle si no es hora de que recapacite y que se sume”*⁸⁴⁸.

Fidel Castro, en aquel contexto en el que muchos podían hacer un uso obsceno de la victoria y otros podían sentirse excluidos y vencidos, llamaba a la concordia. En aquellos días en que Cuba había sido víctima de la agresión, la revolución se había visto en la necesidad de reforzar la vigilancia, se había visto obligada a “adoptar medidas contra posibles enemigos”⁸⁴⁹. En aquel proceso de autodefensa, las fuerzas de seguridad del Estado se habían visto “en la necesidad de impedir la acción por parte de la quinta columna” que operaban en el interior de Cuba y en aquella acción preventiva,

⁸⁴³ *Idem.*

⁸⁴⁴ *Idem.*

⁸⁴⁵ “Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro del Gobierno revolucionario de Cuba, resumiendo los actos del Día Internacional del Trabajo. Plaza Cívica, 1º de Mayo de 1961”: *Op. Cit.*

⁸⁴⁶ *Idem.*

⁸⁴⁷ *Idem.*

⁸⁴⁸ *Idem.*

⁸⁴⁹ *Idem.*

posiblemente, reconocía Fidel Castro, muchas personas, “*por razones distintas*”, habían “*sido objeto de retención*”⁸⁵⁰. El frente revolucionario no condenaría a nadie que no estuviera directamente involucrado en los proyectos de levantamiento interior y aquellos que habían sido objeto de retención, sin que hubiera motivos de suficiente peso, no debían temer ningún tipo de represalia. La mayoría habían sido ya liberados y muchos otros, tras la toma de declaraciones y una simple conversación, serían puestos en libertad en breve.

La Revolución no deseaba “*hacer uso de sus fuerzas*” contra las minorías disidentes⁸⁵¹. Prefería ganar a la población con el “*uso de su razón*” y de la “*persuasión*”⁸⁵². Fidel Castro tendía una vez más la mano a todos aquellos que se sintieran desplazados o dudosos ante el futuro de Cuba. “*Nosotros queremos*”, señalaba Fidel Castro, “*que mientras haya un cubano equivocado, pero capaz de rectificar, capaz de comprender, hacer que ese cubano comprenda, hacer que ese cubano rectifique*”⁸⁵³.

Los cubanos dudosos no debían temer a la revolución, porque la revolución estaba segura de su destino. La Revolución tenía “*demasiado respaldo para tener miedo*”, señalaba Fidel Castro, y, por tanto, tampoco lo podía tener su población⁸⁵⁴. Muchos cubanos, señalaba el líder cubano ahondando en aquella idea, habían rectificado ya. En los últimos meses, venciendo trabas de toda índole, muchos cubanos habían entendido que la revolución estaba concebida para promover el desarrollo y la libertad de Cuba y que, por tanto, no tenía sentido perseverar en la traición. Muchos de los desembarcados en las playas de Cuba, contra pronóstico, habían llegado también a aquella conclusión.

Así pues, la revolución, señalaba Fidel Castro, debía ser magnánima en la victoria. La dirigencia cubana pensaba, señalaba el primer ministro “*con toda franqueza*”, que el frente revolucionario no debía “*empequeñecer*” la “*victoria*” a través de sanciones que pudieran parecer demasiado severas⁸⁵⁵. “*Los pueblos victoriosos*”, continuaba el primer ministro, eran “*pueblos generosos*” y Cuba, a lo largo de la historia, había demostrado aquella generosidad⁸⁵⁶.

Aquella idea fue sostenida por el primer ministro cubano desde todos los puntos de vista: el pueblo cubano había obtenido “una victoria militar aplastante, y también una victoria moral más aplastante todavía ante los ojos del pueblo y ante los ojos del mundo”⁸⁵⁷. Así pues, todo lo que no fuera magnanimidad en la victoria iría en contra de los intereses de la revolución. La insistencia de Fidel Castro en este punto tenía todo el sentido, porque la pena máxima para los detenidos en Girón había sido solicitada desde todos los diarios cubanos. La revista Bohemia, como hemos señalado ya, lo había explicitado de forma evidente en sus páginas. Los encausados de la invasión mercenaria no tenían derecho a la clemencia. “Desde el dramático lunes 17”, señalaba Bohemia, «todos ellos han dejado de tener nombre propio. Ahora se llaman todos “Paredón”. ¡Son traidores a su patria!»⁸⁵⁸

Los atrapados en la ciénaga de Zapata tenían ya la soga al cuello, pero Fidel Castro tenía otros planes para ellos. A partir del mes de mayo de 1961 y hasta finales de 1962, el Gobierno cubano se enfrentó a una serie de negociaciones en las que se trató sobre el montante de la indemnización que Estados Unidos tendría que pagar a Cuba por el rescate de los miembros de la Brigada 2506 y de los daños causados al pueblo cubano. Durante las largas negociaciones se valoraron todo tipo de propuesta,

⁸⁵⁰ *Idem.*

⁸⁵¹ *Idem.*

⁸⁵² *Idem.*

⁸⁵³ *Idem.*

⁸⁵⁴ *Idem.*

⁸⁵⁵ *Idem.*

⁸⁵⁶ *Idem.*

⁸⁵⁷ *Idem.*

⁸⁵⁸ *Bohemia* (Año LIII). Núm. 17. La Habana: domingo, 23 de abril de 1961, pág. 82. Semanal.

entre ellas el intercambio de los prisioneros de la Brigada 2506 por presos políticos del régimen franquista y de otros países “del mundo libre”. Aquella propuesta, realizada directamente por Fidel Castro, no llegó a prosperar, pero tuvo una fuerte repercusión en la comunidad de los españoles de Cuba⁸⁵⁹.

Finalmente, los presos fueron intercambiados por medicinas y compotas infantiles por un valor que ascendía a sesenta y dos millones trescientos mil dólares. A aquel acuerdo no se llegó hasta finales de diciembre de 1962 y previamente hubo otro tipo de propuestas, como el intercambio de los prisioneros por maquinaria agrícola, y unos juicios a finales de marzo y principios de abril de 1962 en los que se determinaron las indemnizaciones económicas a pagar y las penas subsidiarias de prisión mientras no se les diera satisfacción a las indemnizaciones fijadas.⁸⁶⁰

Las indemnizaciones millonarias, pagadas por los Estados Unidos en forma de medicinas y alimentos infantiles, promocionadas en Cuba a través de la consigna “*mercenarios por compotas*”⁸⁶¹, tardó en llegar, pero, finalmente, dio satisfacción a las demandas cubanas. Los presos fueron intercambiados por suministros médicos y alimenticios infantiles; lo que indudablemente constituyó una victoria moral y propagandística para la Revolución cubana.

De este modo, desde el primer momento, Fidel Castro fue consciente de que los presos no podían ser condenados a la pena capital, se debía obtener algo por ellos que sirviera para resarcir al pueblo cubano del daño causado. Por lo demás, el prestigio de la revolución era alto y cualquier acto que pudiera enturbiar aquel prestigio debía de ser rechazado. Solamente un puñado de los cientos y cientos de detenidos, como ya hemos señalado, tendrían que hacer frente al pelotón de fusilamiento, el resto correrían mejor suerte. A finales de 1962 fueron enviados a los Estados Unidos y recibidos por el presidente Kennedy el 28 de diciembre después de que la Administración norteamericana, como acabamos de señalar, accediera a pagar cuantiosos rescates por los cabecillas y aceptara la entrega de varias toneladas de alimentos infantiles y medicinas para obtener la liberación de los prisioneros y satisfacer las indemnizaciones de guerra⁸⁶².

Fidel Castro consideró desde un primer momento que los prisioneros de Girón, dado la resonancia internacional del desembarco, no debían ser fusilados. Desde el primer momento se les concedió el estatus de prisioneros de guerra y como tales fueron tratados, llegando a la conclusión de que lo más ventajoso para la revolución y para el pueblo cubano era su intercambio por divisa, prisioneros de otras naciones o suministros materiales. La primera y la última opción fue la que acabó prevaleciendo, pues el intercambio por prisioneros políticos del régimen franquista o de otras naciones occidentales abría negociaciones con varios países que estaban poco involucrados en el desembarco o nada tenían que ver con él.

Por otro lado, además del espinoso tema sobre la suerte que debían correr los prisioneros, Fidel Castro destinó la parte final de su discurso del Primero de Mayo a exponer de forma abierta los desafíos a los que Cuba tendría que hacer frente en el futuro. Las palabras del primer ministro eran más que elocuentes:

“¿Qué tenemos por delante? Tenemos por delante los riesgos de la agresión imperialista, tenemos por delante grandes tareas; hemos llegado al punto en que debemos plantearnos con

⁸⁵⁹ *España Republicana* (Año XXIII). Núm. 496. La Habana: primera quincena de junio, págs. 1, 4 y 6. Quincenal.

⁸⁶⁰ Para obtener un relato detallado del largo proceso de negociaciones entre Cuba y los Estados Unidos sobre la liberación de los capturados en Playa Girón puede consultarse el primer número de la revista *Bohemia* del año 1963. Véase: *Bohemia* (Año LV). Núm. 1. La Habana: domingo, 4 de enero de 1963, págs. 58-65. Semanal.

⁸⁶¹ Véase: *Bohemia* (Año LIV). Núm. 52. La Habana: domingo, 28 de diciembre de 1962, págs. 56, 57 y 74. Semanal.

⁸⁶² Fornés-Bonavía Dolz, Leopoldo: *Op. Cit.*, pág. 228.

toda responsabilidad que ha llegado la hora de hacer el mayor esfuerzo, ha llegado la hora de hacer el máximo”⁸⁶³.

Los meses venideros serían fundamentales, señalaba Fidel Castro, y el esfuerzo tendría que ser máximo, *“tanto en el campo de la preparación militar, como en el campo de la producción, como en el campo de la organización, como en el campo del trabajo revolucionario y político*”⁸⁶⁴. Cuba había superado todos los obstáculos hasta la fecha, pero ahora era la primera república socialista de América y aquello entrañaba mayores desafíos y mayor responsabilidad.

En otro orden de cosas, Fidel Castro no pasó por alto la oportunidad de dejar patente la coherencia que había mostrado la revolución desde sus inicios. En los juicios del Moncada la revolución primigenia había expuesto lo que pensaba sobre *“la libre empresa”, “la oferta y la demanda” y “garantías al capital de inversión*”⁸⁶⁵. Tres aspectos que parecían sacrosantos para los desembarcados en Girón y para sus patrocinadores norteamericanos. En el Moncada, o más bien en aquel documento medular que respondía al nombre de *“La historia me absolverá”*, Fidel Castro lo había expresado con meridiana claridad:

“El porvenir de la nación y la solución de sus problemas no puede seguir dependiendo del interés egoísta de una docena de financieros, ni de los fríos cálculos sobre ganancias que tracen en sus despachos de aire acondicionado diez o doce magnates. El país no puede seguir de rodillas implorando los milagros de unos cuantos becerros de oro que, como aquel del Antiguo Testamento, no hacen milagros de ninguna clase. Los problemas de la república solo tienen solución si nos dedicamos a luchar por ella con la misma energía, honradez y patriotismo que invirtieron nuestros libertadores en crearla”⁸⁶⁶.

Fidel Castro lo había expresado con rotundidad allá en el año 1953 durante los juicios del Moncada: no se trataba de dejarlo todo tal cual estaba *“y pasarse la vida farfullando sandeces sobre la libertad absoluta de empresa, las garantías al capital de inversión y la ley de la oferta y la demanda*”⁸⁶⁷. Había que solucionar los problemas reales de la gente real y esto era lo que no parecían entender los políticos cubanos. El pueblo reclamaba *“soluciones urgentes”*, se precisaba intervenir, pues *“ningún problema social se resolvía por generación espontánea*”⁸⁶⁸.

Aquellas eran las ideas de la revolución en 1953, señalaba Fidel Castro, y aquellas ideas habían sido renovadas con la Declaración de La Habana en septiembre de 1960. En esta ocasión Cuba había defendido con aplomo los intereses de los obreros y los campesinos de Cuba y de América, había desterrados del suelo cubano *“la explotación del hombre por el hombre, y la explotación de los países subdesarrollados por el capital financiero imperialista*”⁸⁶⁹.

Fidel Castro traía a colación *“La historia me absolverá”* y *“la Declaración de La Habana”* para señalar que los principios revolucionarios estaban ya impresos desde el asalto al Cuartel de Moncada allá en 1953. La Revolución había ido ocurriendo *“conforme a las ideas revolucionarias”* de los que habían jugado *“un rol importante”* en aquella lucha; además, el pueblo había ido avanzando a través de aquellas ideas⁸⁷⁰. Aquel ideario se había ido desarrollando a través de la práctica revolucionaria y el proyecto se había ido definiendo poco a poco. En aquellos documentos primigenios de 1953 y de

⁸⁶³ “Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro del Gobierno revolucionario de Cuba, resumiendo los actos del Día Internacional del Trabajo. Plaza Cívica, 1º de Mayo de 1961”: *Op. Cit.*

⁸⁶⁴ *Idem.*

⁸⁶⁵ *Idem.*

⁸⁶⁶ *Idem.*

⁸⁶⁷ *Idem.*

⁸⁶⁸ *Idem.*

⁸⁶⁹ *Idem.*

⁸⁷⁰ *Idem.*

1960 se concentraba “*el pensamiento*” que daba sentido a la revolución, a “*la revolución socialista*” de Cuba⁸⁷¹.

La Revolución cubana aunaba socialismo y soberanía nacional. Ambas vertientes de la revolución debían entenderse de forma conjunta, pues ni el uno podía materializarse sin la una, ni la una tenía posibilidad de cimentarse sin el otro. La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba así lo había postulado a través de la Declaración de la Habana, señalaba Fidel Castro, y lo había hecho extensible a otras naciones que compartían destino y padecimiento con el pueblo de Cuba.

La Declaración de la Habana lo había dejado meridianamente claro y nada mejor que rescatar alguno de sus pasajes sobre los deberes a los que estaba abocada la ciudadanía para corroborarlo: “*El deber de los obreros, de los campesinos, de los estudiantes, de los intelectuales, de los negros, de los indios, de los jóvenes, de las mujeres y de los ancianos*” tenía que pasar por la contienda diaria que suponía la lucha por “*sus reivindicaciones económicas, políticas y sociales*”; “*el deber de las naciones oprimidas y explotadas*” tenía que cimentarse en la lucha “*por su liberación*”; “*el deber de cada pueblo*” estaba abocado “*a la solidaridad con todos los pueblos oprimidos, colonizados, explotados o agredidos*”, independientemente de las distancias geográficas, las diferencias culturales o la ubicación continental. *¡Todos los pueblos del mundo eran hermanos!*”, había proclamado la Declaración de La Habana⁸⁷²

Después de la lectura de aquellos párrafos de la Declaración de La Habana y de algunos otros sobre los juicios del Moncada, Fidel Castro señalaba para finalizar que aquel era “*el programa y la esencia del pensamiento de la Revolución socialista*” de Cuba y que aquel mensaje tenía que seguir vigente⁸⁷³. Cuba era socialista y nada mejor que aquel día “*de triunfo*”, “*de éxito y de esperanza para la clase obrera*” para proclamarlo con todas las formalidades ante el pueblo de Cuba y ante el resto de los pueblos del mundo⁸⁷⁴.

Fidel Castro cerraba así uno de los discursos más trascendentales de la historia de la revolución cubana, pero no sin antes lanzar unas salvas que hablaban por sí mismas del carácter del que se revestía la Revolución cubana. Aquellas andanadas verbales lanzadas por Fidel Castro, y secundadas por los allí presentes, vitoreaban a “*la clase obrera cubana*”, a “*los pueblos hermanos de América Latina*”, a “*la liberación*” de estos pueblos y de los del resto del mundo y, cómo no, a “*la patria*” cubana⁸⁷⁵. Aquellos huegos y aclamaciones recibían como cierre la célebre divisa revolucionaria “*¡Patria o Muerte!*” y una soflama postrera que hablaba de la victoria rotunda en el futuro: “*¡Venceremos!*”⁸⁷⁶.

De este modo, y haciendo uso de todas las formalidades habidas y por haber, Cuba proclamaba el carácter socialista de la revolución, de una revolución que había trazado su rumbo al socialismo desde las premisas de la liberación nacional y la lucha contra el imperialismo. Así pues, como hemos señalado ya en numerosas ocasiones, la contradicción entre el pueblo cubano y el imperialismo norteamericano había encontrado en la senda del socialismo el mejor método para alcanzar su resolución, no en vano, la contradicción entre el capital, fundamentalmente norteamericano, y el trabajo, básicamente cubano, había terminado por hacer de aquella revolución soberanista una revolución plenamente socialista.

⁸⁷¹ *Idem.*

⁸⁷² *Idem.*

⁸⁷³ *Idem.*

⁸⁷⁴ *Idem.*

⁸⁷⁵ *Idem.*

⁸⁷⁶ *Idem.*




ESPAÑA REPUBLICANA

PORTAVOZ DEL MOVIMIENTO ANTIFRANQUISTA

18 de Julio de 1936
(Vea página TRECE).

AÑO XXIII (3a. época) NÚMERO 499 LA HABANA, SEGUNDA QUINCENA DE JULIO DE 1961 5 CENTAVOS

La Gesta que Iniciamos Bajo la Dirección de Fidel Tiene Mucho de Inspiración Española

DECLARACIONES DEL COMANDANTE RAUL CASTRO RUZ, MINISTRO DE DEFENSA, EXCLUSIVAS PARA **ESPAÑA REPUBLICANA**



Los revolucionarios cubanos vemos con gran esperanza la marcha de los acontecimientos en España, ya que nos encontramos ligados al pueblo de esa nación por diversos lazos de afecto, cariño, políticos y hasta familiares. Nada de lo que sucede allí nos es ajeno. Nuestra adolescencia transcurrió bajo el impacto de la lucha de la República Española contra la invasión fascista. El ejemplo heroico del pueblo español luchando solo (entonces del mundo socialista solo existía la Unión Soviética quien le prestó ayuda, pero sola no pudo variar la situación internacional existente) contra el fascismo alemán e italiano y también contra la política entreguista de las llamadas democracias occidentales, nos infundió su ardor heroico. La gesta que nosotros iniciamos bajo la dirección de Fidel tiene mucho de inspiración española.

Por eso, entre otras razones, nosotros no hemos olvidado los presos políticos que hoy llenan las cárceles de España y nuestro Gobierno ha propuesto incluirlos en el canje de prisioneros hechos en Playa Girón por los patrióticos luchadores que llevan decenas de años en las ergástulas franquistas.

Vemos muy cercano el día de la liberación de España de las garras franquistas y de su socio protector, el imperialismo yanqui. Se ve que la dictadura franquista transita por un período de franca descomposición. Puede decirse que desde 1956 en la Península se produce un crecimiento del movimiento revolucionario aunque haya tenido sus altas y sus bajas. Ello explica los planes de la dictadura franquista encaminados a buscar una "estabilización". Estos planes en el fondo no buscan más que concentrar la propiedad en manos de los monopolios oligárquicos lo que se traduciría en una mayor explotación de los trabajadores, todo esto realizado bajo el pretexto de abaratar los costos de producción para que las mercancías españolas puedan competir más ventajosamente en el mercado internacional y pretextando que así mejorarían las condiciones de vida de la sufrida población hispana.

Pero todos los planes franquistas están llamados a fracasar; la huelga de mayo de 1947 en Vizcaya, los boicots a los transportes de Barcelona, Madrid y otras ciudades en 1957, dicen bien a las claras que los días de Franco están contados.

Reforzando la unidad entre todas las fuerzas antifranquistas, organizándola allí donde no exista y fortaleciéndola donde sea una realidad, se acelera la llegada del día de la victoria del pueblo español y con ello habremos tenido todos los pueblos una victoria más contra la reacción y el imperialismo.

Raúl Castro

Imagen 18- La España de los años treinta se erigió en referente para los líderes de la Cuba revolucionaria y esta realidad, presente ya a finales de 1960 y en los primeros meses de 1961, alcanzó un protagonismo más evidente tras la proclamación del carácter socialista de la Revolución cubana. *España Republicana* (Año XXIII). Núm. 499. La Habana: segunda quincena de julio de 1961, pág. 1. Quincenal.

Conclusiones

Revisión y reacomodo de los planteamientos de partida

A lo largo de estos dieciséis capítulos hemos expuesto en profundidad el proceso revolucionario cubano en sus primeros veintiocho meses de andadura. De enero de 1959 a abril de 1961 la Revolución cubana transformó de forma definitiva y definitoria el tejido económico, social y cultural del país y lo hizo a través de varias fases en las que resulta complicado establecer cortes abruptos o divisiones drásticas, pues el proceso se fue radicalizando de forma paulatina sin cortes programáticos significativos.

La revolución pasó del humanismo de los primeros meses a desenvolverse como un movimiento en el que el protagonismo fue copado por las clases populares en la segunda mitad de 1960 debido a la desvinculación progresiva del proceso revolucionario de grupos significativos de la burguesía cubana; un movimiento de las clases populares que, a la postre y sin contradicción reseñable con los valores que lo definieron desde sus inicios, terminó por precipitarse hacia los patrones organizativos del socialismo en el tránsito de 1960 a 1961 debido a la condición y naturaleza de las clases sociales que terminaron configurando el bloque hegemónico de poder.

En tan solo veintiocho meses la revolución regeneracionista de enero de 1959,alzada contra el régimen de latrocinio y represión impuesto por Batista, se transformó en socialista en abril de 1961: un proceso rápido y en el que el nacionalismo inclusivo patrocinado por la dirigencia revolucionaria acogió en su seno las ideas socialistas para cimentar el bloque hegemónico constituido durante los dos primeros años de proceso revolucionario.

Este proceso vertiginoso, en el que las contradicciones puntuales son tan evidentes como natural la resolución de las mismas, estuvo inmerso, y todavía lo está, en una guerra de relatos que se nutren de un indudable componente ideológico. Tal y como apuntamos al esbozar las tres hipótesis de partida de las que nació esta investigación, se pueden articular tres relatos básicos de la revolución que condicionan por entero la interpretación y el sentido de lo acontecido en este periodo que va desde la entrada de los hombres de la sierra en La Habana hasta la proclamación del carácter socialista de la revolución en la víspera de la invasión de Bahía de Cochinos.

Estas tres hipótesis hacían referencia a tres planteamientos básicos en las lecturas que de la revolución se han hecho. En una primera lectura, de gran fortuna en los estudios anglosajones, habíamos apuntado al carácter contingente del proceso. La Revolución cubana devino socialista por tres causas principales: primera, la incapacidad norteamericana para maniobrar ante el empuje y los principios programáticos del frente revolucionario cubano; segunda, la tenacidad del nacionalismo cubano, inaprensible al desmayo y plenamente decidido a llevar hasta sus últimas consecuencias un proyecto soberanista que pendía sobre la conciencia de la nación desde la independencia del colonialismo

español, y tercera, la habilidad soviética para abrir un butrón en el ajado panamericanismo patrocinado por la Casa Blanca al sumar a Cuba al orbe socialista. Nos encontramos así con una lectura de concepción tripartita, en la que cubanos, norteamericanos y soviéticos comparten protagonismo y en la que la responsabilidad del destino socialista de la revolución viene determinada por la confluencia de estos tres factores: la inflexibilidad del nacionalismo cubano, la impericia de la diplomacia norteamericana y el subrepticio oportunismo soviético.

En una segunda lectura, como se recordará, lo que se priorizaba en la articulación de la explicación eran los factores ideológicos en el desarrollo del proceso revolucionario y fundamentalmente la destreza de la dirigencia revolucionaria para manejar los tiempos de la política y el contenido del discurso, amoldando el relato de la revolución triunfante a las peculiaridades de cada momento. Ahora bien, siempre con el socialismo como bandera y principio aunque no se pudiera propagar su presencia de forma explícita en los pronunciamientos discursivos. De este modo, la revolución se articuló bajo la existencia de un guion previo, bajo la tutela de una hoja de ruta impresa por la dirigencia revolucionaria antes de la toma del poder y en la que el objetivo último era alcanzar el socialismo. Aquí los condicionantes de la Revolución cubana y su posterior desarrollo vienen marcados por la supremacía de los factores internos y el sentir de sus clases dirigentes. En esta hipótesis no hay paridad entre lo que aporta Cuba y lo que aportan estadounidenses y soviéticos, pues es la ideología de la dirigencia cubana, marxista y martiana, la que impone los ritmos y las lecturas que cada fase del proceso revolucionario requiere para llegar a la meta final: el establecimiento del socialismo en Cuba.

El socialismo se erige así, dentro de esta segunda hipótesis, en la línea argumental prioritaria. La clave del análisis pasa por el contenido discursivo adecuado a cada fase o momento revolucionario y por la elección del instante preciso para explicitar el contenido socialista del proyecto fidelista. Por lo tanto, la proclamación del carácter socialista de la revolución responde al momento adecuado para su pronunciamiento. La táctica se erige en el eje de la explicación; Cuba proclama el carácter socialista de su revolución cuando se dan las condiciones objetivas y subjetivas para llevar a cabo el pronunciamiento capital y este pronunciamiento se produce cuando el bloque hegemónico forjado durante el proceso revolucionario está ya preparado para asumir las implicaciones programáticas, teóricas y prácticas que supone asumir el socialismo como eje para el futuro desarrollo de la revolución. Es decir, el socialismo se establece como premisa para la Revolución cubana, pues es la única vía para alcanzar la plena soberanía. Una certeza con la que contaban desde el inicio los sectores más conscientes de la dirigencia revolucionaria, pues, sin socialismo, se truncaba la independencia, resultaba imposible romper con el subdesarrollo imperante en Cuba y se cercenaba además la posibilidad de construir un proyecto nacional inclusivo al que pudiera incorporarse la totalidad de la sociedad cubana, sobre todo las clase preteridas y secularmente olvidadas por el antiguo régimen.

De esta suerte, en estas dos primeras hipótesis, que han hecho fortuna en las interpretaciones de la Revolución cubana confeccionadas a partir de los años sesenta, se establece como principio rector la preparación teórica previa. En la primera hipótesis la Revolución cubana, imbuida de un nacionalismo contumaz y renuente a claudicar, termina por erigirse en víctima propiciatoria de la Guerra Fría. La intolerancia norteamericana y la habilidad soviética apuntalan la independencia cubana al asumir la dirigencia revolucionaria el régimen organizativo socialista como vehículo para asegurar su soberanía. De acuerdo a los parámetros fijados por el Kremlin Cuba asume el socialismo para liberarse del imperialismo norteamericano y según los planteamientos difundidos por las diferentes administraciones norteamericanas Cuba se convierte en peón de Moscú debido a la agresividad del bloque socialista, la infiltración comunista en las filas revolucionarias y la traición a los valores primigenios de la Revolución cubana por parte de la dirigencia fidelista. En la segunda hipótesis el elemento fundamental se vertebra a través de la asunción del plan socialista, oculto hasta abril de 1961, pero presente implícitamente en los pasos que va dando la revolución en su decurso y que

encuentran su explicación en los principios que articula la teoría política del marxismo leninismo y los mecanismos para llevarla a la práctica.

En estas dos lecturas, en estas dos hipótesis, contamos con supuestos políticos preestablecidos. Es decir, existen planteamientos ideológicos y teóricos estables asumidos por los principales actores intervinientes en el conflicto. Unos planteamientos que condicionan por entero el resultado final y que conducen al proceso revolucionario por sendas regladas y conocidas. En ambas hipótesis los fundamentos teóricos e ideológicos prevalecen, arrinconan la dinámica interna del proceso revolucionario y condicionan el desarrollo de la realidad imperante en Cuba desde 1959 a 1961 a una suerte de profecía que termina por materializarse en una realidad previsible y anticipada. De este modo, el sujeto político se coloca por encima del sujeto real y el factor subjetivo por encima de los condicionantes objetivos. Lo ideal parece ganar terreno a lo factual y la lectura de la Revolución cubana se aleja del relato apegado al contexto, se distancia de las dificultades que genera la vorágine revolucionaria y se desentiende de las contradicciones a las que se debe y está sujeto el estudio del proceso como tal.

Nos encontramos pues ante dos lecturas de la realidad cubana que discurren a través de una razón teleológica, pues se establece de antemano que el devenir revolucionario sólo podía conducir al resultado que finalmente cosechó. La dinámica de la revolución pierde protagonismo frente al guion preestablecido y pautado, bien a través del desempeño de la diplomacia norteamericana o soviética en la defensa de sus intereses o bien por mediación del proyecto socialista defendido implícitamente, desde el inicio, por la dirigencia revolucionaria.

Las evidencias que se esgrimen para sustentar estas dos hipótesis prefiguran así la existencia de un plan que termina por validar planteamientos fundamentados en relaciones causales en las que el resultado final, la proclamación del socialismo, viene determinada por la asunción de unas metas establecidas de antemano. El nacionalismo cubano, tal y como es entendido por la dirigencia revolucionaria, conduce, irremediabilmente, al socialismo. El socialismo, desde la perspectiva soviética, es el único régimen organizativo al alcance de los países sometidos al sistema de explotación capitalista para liberarse del imperialismo y, desde la perspectiva estadounidense, la ruptura del régimen liberal y comercial impuesto por los Estados Unidos conduce de forma irremediable a la tiranía de corte soviético.

Todas estas teorías, no obstante, tal y como hemos podido constatar a lo largo de este trabajo, sólo pueden contemplarse como válidas y resultan coherentes si el análisis se produce a posteriori. Sin embargo, cuando se acude al análisis pormenorizado de la realidad vivida en Cuba en estos dos años largos de revolución y al modo en el que se relató esta realidad en aquel momento se contempla que el resultado final, la proclamación del carácter socialista de la revolución, sólo tiene pleno sentido si se asume que esta meta se alcanzó a través de la agregación de políticas y acciones no necesariamente coordinadas desde un principio, frecuentemente contradictorias y discontinuas e inspiradas en corrientes de pensamiento que pugnaban entre sí en la arena de la política internacional en los años sesenta. Así pues, a lo largo de este período en el que nos hemos centrado, se mezcló desarrollismo, proteccionismo y socialismo sin que el proyecto nacional y nacionalista se viera ostensiblemente violentado. De este modo, los planes, los discursos y las estrategias de soviéticos, estadounidenses, cubanos e incluso españoles, han de ser contemplados desde la óptica del proceso revolucionario, desde la dinámica de la revolución, y no desde planteamientos que se atengan a los guiones previos.

Frente a estas dos lecturas que priorizan la preparación teórica de la revolución, en este trabajo que hemos acometido, hemos optado por centrarnos, de forma prioritaria, en la dinámica de la revolución, pues consideramos que fue ésta la que determinó, en última instancia, que el socialismo se erigiera,

durante el proceso y no antes de iniciarse, en solución para la mayoría de los problemas a los que tuvo que hacer frente el Gobierno cubano y el bloque hegemónico que, finalmente, terminó sustentándolo.

Al asumir estos planteamientos, sujetos al proceso y centrados en él, consideramos, a raíz de todo lo expuesto, que el socialismo de la revolución vino dado por la dinámica interna de la propia revolución, por la búsqueda de la solución de los problemas concretos en los contextos concretos. Es decir, fueron los protagonistas de la revolución, los sujetos reales en sus condiciones particulares de existencia, los que determinaron la asunción del socialismo como cauce ideal para el desarrollo del proyecto revolucionario de liberación nacional y lo hicieron al calor de los acontecimientos y de la realidad vivida y no a la luz que emanaba de un plan preestablecido.

Tal y como apuntamos al inicio de este trabajo haciéndonos eco de las teorías marxistas, de algunos de los clásicos de estas teorías y de algunos estudiosos cubanos comprometidos con los principios del análisis marxista, la Revolución cubana se hizo socialista por todo lo que sucedió y no todo lo que sucedió se debió a las ideas marxistas de los convencidos o seducidos que condujeron el proceso revolucionario en sus diferentes momentos. La Revolución cubana no se diseñó desde patrones marxistas, pues, aunque estas ideas medraran en los planteamientos ideológicos de una parte significativa de la dirigencia revolucionaria, no fueron marxistas declarados o comprometidos oficialmente con partidos socialistas o comunistas los que condujeron el proceso revolucionario. Las ideas marxistas, para la mayoría del grueso de las fuerzas revolucionarias, se asumieron al calor del proceso y se fueron explicitando a medida que la estructura socioeconómica de Cuba comenzó a asemejarse a los patrones de organización socialista imperantes en el llamado bloque oriental y a medida que el bloque hegemónico formado al socaire del proceso revolucionario se encontró capacitado para asumir las implicaciones teóricas y prácticas que suponía la asunción del socialismo como patrón organizativo de la sociedad.

En esta tercera hipótesis, como se observará y se ha podido constatar, hay ciertas conexiones con la segunda de las hipótesis, pero una diferencia fundamental, el revolucionario cubano se hace marxista con la revolución y no nace marxista con el advenimiento de ésta. O dicho de otro modo, la revolución asume el programa marxista tras la imposibilidad de encauzar la revolución por otras vías, pero no alcanza el socialismo tras el seguimiento de un programa socialista o comunista sujeto a los planteamientos de los partidos marxistas de aquellos años.

Al asumir esta hipótesis, damos por sentado que la idea de emprender la construcción del socialismo se produjo primero en la dirigencia revolucionaria como consecuencia de la propia dinámica del proceso y de sus posibilidades de desarrollo y después, debido a la acción ideológica lanzada desde los grupos rectores más conscientes y comprometidos, se propagó este objetivo entre el conjunto de la sociedad cubana, al igual que los ritmos de su puesta en funcionamiento y sus implicaciones prácticas en el proyecto nacional de independencia.

Por lo demás, el haber hecho uso de este tercer enfoque nos ha permitido establecer y confeccionar una interpretación de estos primeros veintiocho meses que no precisa del acomodo de la realidad a la teoría para establecer un relato coherente. Las particularidades y singularidades de la Revolución cubana se han colocado en el centro de la reflexión y el sujeto real, el protagonista del cambio y las circunstancias concretas en las que vive, se erigen en protagonistas. El foco principal de la argumentación pasa por el análisis del proceso particular y, por tanto, el sujeto real se coloca por encima del sujeto político, pues, en ocasiones, este último, el sujeto del que habla la teoría política, resulta totalmente ajeno al contexto particular por el que pasa la dirigencia cubana y el pueblo que la sustenta y le da legitimidad.

Las dos hipótesis anteriores, las que hemos definido como primera y segunda, permiten un relato cuajado de la Revolución cubana interconectado con el relevante contexto internacional, en el caso de la primera, y unido a los planteamientos de la organización política y del obrar en el campo ideológico, en el caso de la segunda. Sin embargo, a nuestro modo de ver, requieren de un sinnúmero de supuestos, a los que no nos vemos obligados a acudir en el estudio que toma como eje de la explicación a las condiciones objetivas que existían en Cuba en cada fase del proceso revolucionario y a las dinámicas subjetivas desatadas en cada una de estas fases para manejar la realidad concreta de cada momento.

Además, la asunción de esta tercera hipótesis, nos ha ayudado a comprender la dinámica de la propia revolución, una dinámica en la que la puesta en funcionamiento de los proyectos que traía en cartera la primigenia revolución terminó por dar lugar a la lucha por materializar otras metas no previstas. Es decir, la dinámica desatada por la revolución fue generando otras propuestas que diferían del plan primigenio o que no habían sido contempladas o incluso sospechadas, pues el proceso revolucionario propició la irrupción de nuevos planteamientos fruto de las sinergias desarrolladas en la resolución de los problemas, los conflictos y los nuevos escenarios desencadenados.

La revolución, como subversión de la totalidad, desde sus inicios, propició la apertura de nuevos planteamientos que no figuraban explícitamente en el programa revolucionario, se adentró por vías no planificadas de antemano y propició que el relato o los relatos que trataban de dar fe del hecho vivido fueran múltiples, contradictorios y que rivalizaran entre ellos desde el primer momento. La revolución no generó un relato único de lo sucedido y ello propició, como hemos podido comprobar, relatos de la más diversa condición, enfrentados además en una guerra de lecturas que rivalizaban por hacerse con la supremacía de una interpretación que pudiera ser asumida por el propio proceso revolucionario. La búsqueda de un relato de consenso fue una de las grandes batallas a las que tuvo que hacer frente la dirigencia revolucionaria, pues todos estos relatos, como ha quedado de manifiesto y como cabía esperar, estuvieron condicionados por los intereses de los que los difundían.

Así pues, el tránsito del capitalismo al socialismo en Cuba, la definición del carácter de la revolución y la diversidad de relatos que se difundieron desde Estados Unidos, la URSS, España y Cuba debe contemplarse desde la dinámica del proceso revolucionario y de sus condicionantes. Un proceso que nace con un fuerte componente nacionalista y latinoamericanista, pero que, debido a los desafíos que tuvo que enfrentar, contó con un importante componente reflexivo, circunstancia que, a nuestro modo de ver, le permitió desarrollar la capacidad de aprender durante el propio proceso de cambio a través de la distribución y el ejercicio del poder y la configuración del bloque hegemónico que resultó de dicho proceso.

Ahora bien, ¿significa lo anterior que debemos abandonar totalmente la primera y segunda hipótesis en la explicación y centrarnos exclusivamente en la tercera? En modo alguno, el reto al que tuvo que hacer frente Cuba para organizar el país de acuerdo a sus principios y frente a las presiones exteriores, unido a la rapidez con que se estableció la asunción del proyecto socialista, nos conducen a contemplar la influencia soviética y la norteamericana al igual que el poderoso influjo de un nacionalismo cubano renuente a claudicar, del mismo modo que nos abocan a tomar en consideración el poso socialista que indudablemente albergaba una parte nada despreciable de la dirigencia revolucionaria, pues el no hacerlo imposibilitaría llegar a la plena comprensión del protagonista del cambio, de las particularidades del socialismo que se puso en marcha en Cuba y del propio proceso de transformación y derribo del capitalismo de impronta norteamericana.

La clave, a nuestro ver de ver, pasa por reconocer que la explicación exclusiva bajo los parámetros que fija la realidad concreta, el contexto interno y sus condiciones objetivas y subjetivas, el estudio del momento y de cada momento y la dinámica de la propia revolución deben ser completados, aunque

con matices, desde la perspectiva de la influencia que ejercieron los poderes de Moscú y Washington y desde la ideología política de los conductores de la revolución, pues sólo así puede entenderse a cabalidad que el proceso revolucionario fuera transformado sobre la base de las constantes adaptaciones. Unas adaptaciones que nacieron de la retroalimentación que produjo el cambio vertiginoso, la vorágine transformadora y el conocimiento que pudieron adquirir los propios revolucionarios cubanos sobre las posibilidades que se le ofrecieron a Cuba para mantener su independencia y poder llevar a cabo la articulación de su plena soberanía.

Así pues, esta tercera hipótesis explicativa, a pesar de las virtualidades que porta, ha precisado de ciertas modificaciones para dar fe de lo acontecido. Y es que, la influencia de los Estados Unidos y de la Unión Soviética, base sobre la que se cimienta la primera hipótesis, no puede quedar al margen de la interpretación como hemos podido comprobar a lo largo de este trabajo. Como tampoco puede quedar al margen el protagonismo absoluto del nacionalismo cubano, pues es él el que habilita la llegada del socialismo, que no deja de ser epifenómeno del primero o consecuencia más que causa.

Sin embargo, esta indudable influencia de las dos potencias enfrentadas en la Guerra Fría sobre el desarrollo de la Revolución cubana debe también modificarse sensiblemente a raíz de lo observado y tomarse con las mayores reservas, pues ni Estados Unidos estaba en posición de asumir los planteamientos cubanos, so pena de poner en entredicho todo su andamiaje ideológico y material en el continente, ni La Habana pasó a ser un peón de la URSS, tal y como trató de difundir la propaganda norteamericana.

De este modo, los planteamientos que se fundamentan en la torpeza o la cerrazón de las Administraciones norteamericanas han de tomarse con las precauciones pertinentes, ya que, los Estados Unidos, no estaban en posición de asumir los requerimientos de la Revolución cubana, pues hacerlo ponía en tela de juicio el dominio total que ejercía en el área del Caribe y Centroamérica y por extensión en el resto del continente. Cuba suponía un desafío inasumible para el dominio norteamericano y su cerrazón a asumir el programa revolucionario fidelista entra dentro de la lógica. Es decir, la negación de la Revolución cubana no fue un error de la diplomacia norteamericana, sino una premisa bajo la que sostener los principios sobre los que se venía gobernando la política exterior estadounidense desde finales del siglo XIX.

En lo tocante a la condición de Cuba como satélite de la URSS, las reservas son aún mayores. Y es que, sobre este supuesto y publicitado sometimiento de La Habana a Moscú, como hemos podido constatar, son muchas las objeciones. Cuba no subordinó en ningún momento sus objetivos de política exterior o interior a los requerimientos de la URSS. Es más, tal y como hemos expuesto en muchas ocasiones, Cuba mantuvo sus propios criterios en materia exterior, convergiendo con Moscú en aquello que no violentaba los principios de la Revolución cubana y separándose de la diplomacia moscovita cuando había margen para el disenso.

Además, dada la naturaleza de la Revolución cubana, las posibilidades para que cuajara la confrontación entre La Habana y Moscú, las fuentes para que medrara el disenso, no eran pocas e iban desde el apoyo que los cubanos brindaron a los movimientos de liberación en América Latina, África y Asia, hasta su evidente comunión intelectual y moral con el comunismo chino, más afín al modelo cubano que el soviético. De todos modos, los posibles puntos de fricción entre Moscú y La Habana no se reducían a las vías más convenientes para alcanzar el poder y asentar la posibilidad de establecer el socialismo, existían además disparidad de criterios a la hora de asegurar su supervivencia y aquí podemos destacar tres como los más determinantes. Primero, la dirigencia revolucionaria tenía un visión particular de la organización económica que convenía a Cuba, donde se patrocinaba un proyecto decidido por la alta industrialización en el que no creía plenamente la dirigencia soviética; segundo, Cuba contaba igualmente con un sector importante de capital nacional privado al que no

estaba dispuesto a renunciar en aras del dogmatismo marxista, pues una parte de la pequeña y mediana burguesía cubana estaba integrada en el bloque hegemónico bajo el que se había configurado la revolución, y tercero, en materia de vínculos internacionales la dirigencia revolucionaria había formulado su apuesta, de forma explícita en muchas ocasiones, por el eje de los “no alineados”. Cuba quería abrirse al mundo para liberarse del cepo norteamericano y ello implicaba el comercio y el intercambio con todas las naciones y por lo tanto se precisaba huir, en la medida de lo posible, del encasillamiento al que abocaba el enfrentamiento entre bloques.

Así pues, sobre este último aspecto, el supuesto sometimiento de La Habana o Moscú, base del discurso de la revolución traicionada patrocinado desde la Administración Eisenhower y, posteriormente, con mayor fuerza todavía, desde la Administración de Kennedy a través de su Libro Blanco sobre Cuba, estamos obligados a discrepar rotundamente si nos atenemos a todo lo observado durante este período.

El relato de una Cuba sometida a los intereses de Moscú constituyó el argumento propagandístico por excelencia para combatir la revolución y se erigió en la coartada perfecta para que la maquinaria de la Administración norteamericana pudiera articular su apuesta por la revolución pasiva, encontrara el contexto ideal para la difusión masiva de los discursos en los que se hablaba de la revolución traicionada por el frente fidelista y pudiera justificar además, ante propios y extraños, la puesta en marcha del ejercicio continuado y constante de su apoyo y financiación de la contrarrevolución violenta. Tres estrategias que se muestran complementarias a lo largo de estos veintiocho meses, que se simultanearon en ocasiones y que convivieron en muchas otras, para frenar el avance revolucionario y que terminaron desembocando, dada la inanidad de todas ellas frente a la fortaleza de la revolución, en la invasión de Bahía de Cochinos.

A tenor de lo expuesto, se impone pues una reinterpretación severa del argumentario norteamericano que pretendió hacer pasar a la Revolución cubana como una criatura de la política exterior soviética. Y es que, el artefacto propagandístico de una Cuba subordinada a los intereses soviéticos, o la presentación de la Revolución cubana como plataforma de la penetración comunista en el continente, no fue otra cosa que el mecanismo más eficiente para comprometer al resto de las repúblicas latinoamericanas en la defensa de unos intereses que, siendo particulares de los Estados Unidos, trataban de hacerse pasar por colectivos y continentales. Se apuntalaba así uno de los principios vertebradores de la historia de la política exterior norteamericana, tendente a convertir a los llamados enemigos de su seguridad nacional y de su estatus hegemónico en las Américas en enemigos de la seguridad hemisférica e incluso de los valores del continente americano. Estados Unidos no podía asumir la independencia cubana y mucho menos su condición de potencia no alineada, de ahí la insistencia en colocar a Cuba como peón soviético ante el resto del continente para desacreditarla, para que todos contribuyeran a su erradicación y para evitar así la reproducción de su ejemplo a nivel continental.

Esto nos lleva a establecer como una de las conclusiones fundamentales de este estudio la negación de aquel aserto, asumido en la prensa franquista, en la norteamericana y en gran parte de la latinoamericana como principio interpretativo, de que Cuba se desempeñaba como satélite de los soviéticos. Esta aseveración axiomática ha de ser refutada e reinterpretada a la luz de la intención que portaba su difusión y de la función que desempeñó para la diplomacia norteamericana como extravío y desorientación intencionada para encubrir los motivos reales del conflicto cubano-norteamericano. Un conflicto que debe ser entendido desde la contradicción que viene expresada por el enfrentamiento irresoluble entre la hegemonía continental de los Estados Unidos y la soberanía a la que se deben y están obligadas las repúblicas americanas por el bien de sus pueblos, principio irrenunciable para la Revolución cubana.

Por lo demás, la historia terminó por demostrar que la hostilidad de Washington hacia el régimen fidelista transcendía y superaba la estrecha vinculación y las relaciones privilegiadas que durante tres décadas existieron entre Moscú y La Habana. Algo que puede rastrearse con claridad tras el derrumbe del bloque socialista. La desaparición de la URSS propició que el argumento de que Cuba constituía un desafío para la seguridad continental dejara de tener sentido a partir de la década de los noventa del siglo pasado. Sin embargo, a pesar de esta circunstancia, pretexto y excusa con la que Estados Unidos alimentó de forma secular su aversión por la Cuba revolucionaria, el conflicto se mantuvo con la misma vigencia e incluso se tornó más virulento, recordando, en cierta medida, los enfrentamientos de principios de los años sesenta.

Las diferentes administraciones norteamericanas, tras el ocaso de la URSS, en lugar de trabajar para tender puentes con Cuba, intensificaron las presiones sobre la isla con la esperanza vana, como terminó demostrándose, de conseguir el derrumbe de la revolución. Durante las dos últimas décadas del siglo XX y la mayoría del presente siglo se promovieron nuevas sanciones, se endurecieron las antiguas, incluido el bloqueo económico, y la agresividad hacia el régimen fidelista, lejos de atenuarse, se incrementó por momentos y no decayó en lo esencial. Un aspecto este último que deja al descubierto la verdadera esencia del enconado conflicto entre Cuba y los Estados Unidos y su carácter netamente bilateral. Así pues, el verdadero contencioso entre Washington y La Habana trasciende los postulados de la Guerra Fría, pues era y sigue siendo otro: la incapacidad norteamericana para asumir la trascendencia histórica de la Revolución cubana, el carácter irrevocable de ésta y su perseverancia en la apuesta por profundizar en las vías del socialismo.

Desde la perspectiva norteamericana, el modelo estadounidense es incompatible con el cubano dentro del continente americano y el problema de Cuba, según han explicitado las diferentes Administraciones norteamericanas a lo largo del siglo precedente y también del presente, reside, fundamentalmente, en su política interior y en la realidad interna de la isla. Algo que ha quedado de manifiesto de forma meridiana en la postura de la Administración Obama tras la apertura del proceso de normalización de relaciones entre Washington y La Habana dado a conocer en diciembre del 2014. Es decir, Estados Unidos siguen oponiéndose de forma firme al modelo cubano, simplemente reconocen que la estrategia implementada en los últimos cincuenta y seis años ha sido totalmente improductiva. En diciembre del 2014 se reconoció que el patrocinio del acoso, del aislamiento y de las sanciones no había dado resultado y que, por tanto, se debía dar paso al ensayo de otro tipo de acción que, para ponerse en práctica, precisaba de la normalización de relaciones con la isla.

De este modo, el conflicto entre Cuba y los Estados Unidos sigue estando en los mismos parámetros que antaño, en los mismos parámetros que lo vieron nacer. Como hemos señalado en múltiples ocasiones a lo largo de este estudio, la contradicción que ejerció como principal desde el triunfo de la revolución en 1959, la contradicción entre el pueblo cubano y el imperialismo norteamericano, sólo ha encontrado vía de resolución a través del asiento en el centro del debate de la contradicción capital trabajo: la resolución de la contradicción fundamental del sistema capitalista, madre de todas las contradicciones, se ha erigido en la vía para solucionar el complejo nudo de contradicciones que se han venido dando en la sociedad cubana a lo largo de las últimas décadas.

Es decir, el núcleo rector de la problemática cubana-norteamericana radica en lo que distancia a Cuba de los Estados Unidos, en la incompatibilidad, según la versión estadounidense, de transigir con regímenes de organización socialista en las Américas y, por parte cubana, en la necesidad de poner en práctica un proyecto de organización social y económica capaz de blindar la independencia nacional. Una independencia que, hasta la fecha, sólo ha encontrado la vía para el encauzamiento a través del socialismo, un socialismo que ha venido marcado por el bloque hegemónico resultante del

proceso transformador llevado a cabo en los primeros años de revolución y que está teñido de un indudable carácter nacional debido a sus particularidades de formación y desarrollo.

Cinco períodos y cinco razones

Una vez fijadas estas primeras conclusiones generales y reacomodados, al calor de estas conclusiones, los principios genéricos de los que habíamos partido al principio de este trabajo, debemos pasar a continuación a concretar en qué medida y en qué tramos del período analizado el tercer relato, tercera hipótesis de partida, es capaz de dar fe de la realidad revolucionaria, y en qué momentos, por el contrario, este relato precisa del complemento o del socorro de las otras dos hipótesis contempladas. Dos hipótesis que, como hemos señalado, se erigen como prioritarias y medulares en la mayoría de la bibliografía disponible sobre la Revolución cubana en sus primeros años de andadura, pero que nosotros hemos adaptado a los principios de los que parte este trabajo.

El asentamiento del poder y las diferentes aproximaciones a la Revolución cubana

El tercer relato, aquel que toma como premisa la dinámica de la revolución, es capaz de explicar plenamente el período de la revolución que va de enero a mayo de 1959. Durante este período la revolución reorganiza los ámbitos de poder; desecha comprometerse con las corrientes políticas al uso; niega sus vinculaciones marxistas; pone en marcha las primeras transformaciones de carácter económico, político y social, y encuentra los primeros escollos para llevar a término su programa.

La llegada del frente revolucionario al poder estuvo presidida por una cierta ambivalencia, pues las primeras dudas sobre el carácter de la revolución y sus posibilidades de futuro, se combinaron con los parabienes inflamados. Así pues, a pesar de las dudas cultivadas desde dentro y desde fuera de Cuba y explicitadas desde las corrientes de pensamiento más conservadoras, los inicios de la revolución fueron de lo más prometedores, pues se generó en la prensa internacional un contexto de lo más propicio para la aceptación del nuevo régimen.

El arribo de los hombres de Fidel Castro al poder estuvo además teñido de una mística cuasi-religiosa que cubrió los primeros dos meses de revolución y, aunque durante estas primeras semanas la revolución tuvo que hacer frente a las primeras críticas, gozó de un amplio margen de confianza dentro y fuera de Cuba.

Fidel Castro, como líder indiscutible de la revolución, se convirtió en el personaje del momento y apareció en las páginas de los diarios norteamericanos, cubanos y españoles como el hombre imprescindible, como el factor aglutinante de la revolución recién coronada. El joven revolucionario fue retratado en los medios de comunicación como un personaje casi de ficción, como una suerte de héroe clásico. De todos modos, desde el primer momento se constataron diferencias entre los discursos vertidos desde España, Estados Unidos y Cuba y también algunas desconfianzas dentro de algunos sectores ante lo que podía llegar tras el triunfo de aquella revolución sugestiva y romántica, pero también inquietante y turbadora.

En la prensa franquista, el origen social de Fidel Castro, su prosapia española y su formación católica, pronto alumbraron esperanzas, teñidas de deseos y elucubraciones no siempre fundadas, de que las relaciones entre Madrid y La Habana podían alcanzar cuotas de entendimiento superiores a las precedentes. Había además otros factores que, siguiendo la misma lógica, podían coadyuvar en el propósito de estrechar todavía más los lazos entre la antigua metrópoli y la levantisca excolonia. Y es que, dentro de las formaciones revolucionarias, sobre todo dentro del Movimiento 26 de Julio de Fidel Castro, había sectores conservadores y profundamente católicos, un aspecto que parecía también una base sólida para fomentar la aproximación y los acuerdos con el régimen franquista, alejar, al mismo

tiempo, al exilio republicano del régimen recién instaurado en La Habana e imposibilitar cualquier connivencia con el Gobierno republicano del exilio, el PSOE o el PCE.

El triunfo de la revolución y el profundo carácter nacionalista que la mecía no eran pues fuente de peligrosos para el régimen franquista, al menos en teoría, y esto pronto se dejó entrever en la entusiasta prensa franquista de los primeros días de enero de 1959, que se dejó arrastrar por una serie de conjeturas, difundidas en gran medida por el exilio cubano presente en Madrid, en las que el nuevo orden revolucionario se presentó como una suerte de redición de los tradicionales valores de la sociedad cubana socavados por el entreguismo de Batista a los poderes imperiales. Cuba, según se difundió en la España franquista, recuperaba su prosapia hispana y lo hacía de la mano de un puñado de jóvenes educados en la tradición española, reacios, por tanto, a asumir los patrones organizativos y la cultura norteamericana que había señoreado en Cuba en las últimas décadas.

Por el contrario, desde los Estados Unidos, la visión fue otra y se primó la conveniencia de fomentar la reforma necesaria e imprescindible, pero dentro del marco existente, presidido por el entendimiento secular entre Washington y La Habana. La Administración norteamericana primó la apuesta por la reforma frente a la revolución, pues el carácter de ésta era incierto y la ruptura abrupta con el pasado no carecía de peligros e incertezas para los sectores más poderosos e influyentes de los Estados Unidos.

La Administración Eisenhower percibió que la caída de Batista daría lugar a una reforma profunda de Cuba, algo imposible de evitar. Sin embargo, este cambio irrefrenable no tenía por qué perjudicar necesariamente a los intereses norteamericanos en la isla y, por tanto, había que permanecer en guardia ante lo que pudiera acontecer.

La estrategia norteamericana pasó por tratar de encauzar el proceso sin despertar la susceptibilidad del crecido y triunfante nacionalismo cubano y para ello se precisaba hacer uso de todas las sutilezas y finezas al alcance, pues la Administración norteamericana era consciente de los riesgos que podía entrañar el intervencionismo o la actitud injerencista en aquel contexto de exaltación revolucionaria por el que estaba pasando Cuba.

Desde los Estados Unidos se ofreció una respuesta ambivalente ante el triunfo de la revolución: una mezcla de satisfacción y temor, la primera explicitada a través de un relato romántico sobre la llegada de los barbados de Fidel Castro a La Habana y la segunda materializada en las reservas que despertaba la evocación de la misma idea de revolución en tierras latinoamericanas. Una parte significativa de la opinión pública de los Estados Unidos era presa todavía de los fantasmas del macartismo y percibió con suma rapidez que las ideas socialistas podían medrar e imponerse dentro de algunas facciones del frente revolucionario. Así pues, en la diplomacia norteamericana había ciertas dudas sobre el porvenir, aunque también esperanzas fundadas, pues, mientras las formas de Fidel Castro y, sobre todo, de alguno de sus más próximos colaboradores generaban temores, y aquí el Che Guevara y Raúl Castro eran los blancos predilectos para desplegar la desconfianza retenida, airear los reparos y promover los recelos, el carácter liberal de la mayoría de los líderes revolucionarios que ocuparon el primer gabinete ministerial cosechó esperanzas de concordia dentro de la Administración de Eisenhower y confianza en los núcleos de poder norteamericanos. Se imponía por tanto la espera, pues aunque había aspectos con un fuerte componente amenazante para los intereses norteamericanos, había otros aspectos que ciertamente respondía a lo que Estados Unidos esperaba de un Gobierno latinoamericano.

Aquellas contradicciones dentro de los núcleos más influyentes de la sociedad norteamericana ante el advenimiento de aquella revolución desconcertante resultaban, hasta cierto punto, naturales, pues pronto se entendió en todo el continente que el triunfo de Fidel Castro en Cuba era algo más que un

simple episodio de cooptación de clases dirigentes en la convulsa política de América Latina. Aquella era una revolución verdadera y popular, nacionalista y publicitada a lo largo y ancho del continente, a veces por los propios norteamericanos, y era, sobre todo y ante todo, y aquí residía su principal peligro para los Estados Unidos, una revolución que portaba toda una doctrina sobre la toma del poder frente a los regímenes de oprobio que tan fácilmente prendían en algunas repúblicas del subcontinente americano. Una doctrina, en definitiva, que estaba llamada a agitar a la totalidad de América Latina y fundamentalmente al decurso y devenir de aquellas repúblicas que eran víctimas de regímenes dictatoriales, muchas de ellas aliadas de los Estados Unidos y fieles servidoras de su política americana.

La diplomacia franquista y la norteamericana, como parte del juego de influencias que se recreaban en América Latina, se vieron así azotadas por el triunfo revolucionario desde el primero momento y sorprende, dado el carácter dictatorial y ultraconservador del régimen franquista y la prosapia democrática de la nación norteamericana, que fuera el Departamento de Estado norteamericano y no el Palacio de Santa Cruz el que mostrara más temores antes los jóvenes revolucionarios cubanos y el que se mostrara más reacio a difundir el aplauso sin salvedades.

Sin embargo, a pesar de la aparente tranquilidad del régimen franquista si se le compara con la zozobra generada en Washington, la Revolución cubana portaba un mensaje inquietante para la España de Franco: un puñado de hombres armados y decididos podían hacer frente a un régimen dictatorial si contaban con el apoyo de un sector significativo de la sociedad. Por lo demás, aquella máxima de que la revolución se podía hacer con el ejército o sin él, pero nunca contra él, parecía haberse derrumbado en 1959 y esto tenía implicaciones tanto para el franquismo como para el exilio español, algo que traería quebrantos para la España de Franco y que también fomentaría la división dentro del exilio español entre los partidarios y detractores de la lucha armada.

Esta mera exposición sobre un tema capital, que tendió a tensar las relaciones entre La Habana y Madrid y que abría nuevas perspectivas sobre el propio futuro del régimen franquista, certifica la repercusión que estaba teniendo todo lo que sucedía en Cuba sobre España, que, como gajo de América, se estaba viendo arrastrada, en muchos casos a su pesar, a debatir sobre temas incómodos y sobre el verdadero significado que portaba el arribo de Fidel Castro a la política y la realidad de América Latina. Una circunstancia que se hacía extensible también a la España del exilio, la caída de Batista en Cuba y de Pérez Jiménez en Venezuela alumbraban un futuro de esperanza para los regímenes democráticos en el ámbito iberoamericano, lo que produjo un miríada de artículos en *El Socialista*, órgano de difusión del PSOE y la UGT, pues se intuía la posibilidad, más que real, de establecer una ofensiva contra el franquismo a nivel latinoamericano, una ofensiva que podía extenderse de Méjico a Caracas pasando por La Habana.

De este modo, aunque las dos Españas alabaron el advenimiento del líder cubano y de lo que representaba su revolución, no es menos cierto que la perspectiva desde la que se afrontaba esta alabanza se realizaba desde vertientes bien diferentes y, en la mayoría de los casos, totalmente antagónicas.

La Revolución cubana tenía, por lo tanto, implicaciones de peso para España y no debe extrañar que gozara de un amplio crédito entre las filas de las dos Españas, pues, a aquella revolución, se le intuía una importancia capital como actor de peso para el futuro de América Latina.

Las huestes franquistas, tras el triunfo de la revolución, comenzaron a significarse del lado fidelista y lo hicieron no sólo debido a los vínculos familiares, históricos y a los resentimientos contra los Estados Unidos nacidos a finales de siglo XIX, sino también debido a la importancia que podía adquirir Cuba en la promoción de grupos de acción directa contra las dictaduras hispanas. Enfrentarse

a la Revolución cubana suponía para la España de Franco unos riesgos difíciles de asumir. Así pues, la España franquista reconoció de inmediato a la Revolución cubana, pues hacerlo y explicitar toda aquella simpatía, más allá de la comunión espiritual y moral debido a la raigambre hispánica de Cuba, servía para establecer un régimen de entendimiento con La Habana, imprescindible para desactivar la labor diplomática de la España republicana ante el recién nacido régimen revolucionario y desalentar la puesta en práctica de cualquier proyecto redentor inspirado en la gesta fidelista.

Para las autoridades franquistas resultaba imprescindible establecer un régimen de concordia con los nuevos detentadores del poder en Cuba, pues el entendimiento, aunque fuera más nominal que real, contribuía a la desactivación del posible foco de infección que podía suponer para España la “hipermovilizada” y exaltada población cubana, dentro de la cual abundaban los españoles, algunos de ellos, probablemente, dispuestos a imitar la gesta fidelista para terminar con el régimen franquista.

Por su parte, la España del exilio, molesta por el papel jugado por Estados Unidos como soporte y avalista de la dictadura en España y en otros países de América Latina, celebraba también la llegada de un nuevo régimen a Cuba, pues aquel triunfo fidelista frente a la tiranía podía significar el comienzo de una nueva era para los países iberoamericanos. Sin embargo, también traía sus riesgos, pues el triunfo de la Revolución cubana, inevitablemente, traía a colación el debate sobre los métodos más adecuados para terminar con la dictadura, un debate que parecía haber superado el exilio español, al menos de puertas afuera, pero que la llegada de los hombres de Fidel Castro a La Habana reavivaba de nuevo con toda intensidad. Así pues, la España republicana, o al menos una parte de ella, tendría que lidiar con aquel debate, recordar los fracasos del pasado y probablemente replantearse la acción del presente y aquel asunto, indudablemente, tenía implicaciones claras en la lucha por preservar la unidad de acción frente al franquismo. Una unidad que tenía serias dificultades antes del arribo de Fidel Castro y su revolución, como podía observarse en los enfrentamientos frecuentes que se vivían entre el PCE y el PSOE, pero que podía complicarse todavía más debido a la efervescencia revolucionaria y guerrillera que podía prender entre las filas de algunos sectores del antifranquismo, especialmente en las jóvenes generaciones de la oposición que habían crecido dentro de la dictadura.

De este modo, el apoyo que supuso para Cuba el reconocimiento temprano de la Revolución cubana por parte del régimen franquista y el apoyo moral que supuso para el frente fidelista el aplauso de la España del exilio no debe servir para ocultar las diferencias evidentes que existían entre ambos sustentos. La aparente uniformidad de aquel apoyo esconde diferencias sustanciales, cualitativas y cuantitativas, que son aplicables a los vencedores y a vencidos en la Guerra Civil española, pero también a los diferentes grupos, clases, estratos sociales y generaciones que había en cada una de las Españas. Cada clase social, cada generación, cada formación política del exilio o cada familia del régimen franquista contaban con su propia valoración y con su propia representación de la Cuba revolucionaria. Una valoración que venía teñida de una herencia común en lo tocante a la visión que se tenía sobre los Estados Unidos, sobre España y sobre América Latina, pero aquella herencia común distaba de ser homogénea, pues había sido adquirida a través de diferentes vías. Unos y otros compartían algunas premisas y también algunos estereotipos del lenguaje, pero diferían en las mentalidades y las conductas políticas, lo que hacía de aquella aparente unanimidad de apoyo a la revolución un asunto plagado de matices, de variantes y de diferencias sustanciales. Unas diferencias que se recreaban dentro de la España franquista y también de la republicana, pues aquellas dos Españas distaban mucho de ser dos bloques homogéneos en su interior en cuanto a su posición con respecto a Cuba como hemos podido comprobar.

Desde la Cuba recién liberada, por el contrario, la posición durante los primeros meses de revolución era bien distinta, pues imperaba un consenso más marcado entre los vencedores, antagonistas claros de los vencidos. Después de la contienda entre revolucionarios y batistianos sólo quedó la victoria de

los unos y la derrota de los otros y se arrinconaron los matices intra-grupales, al menos durante un tiempo. Sin embargo, aquella unanimidad era más nominal que real a pesar del aplauso generalizado que recibieron las huestes revolucionarias tras su entrada en La Habana.

Desde el interior de Cuba todo fueron loas para las fuerzas revolucionarias y estas alabanzas y parabienes no atendieron a ideologías ni a diferencias marcadas entre izquierdas y derechas en los primeros momentos. La prensa conservadora, aunque se había cuidado de atacar al régimen de Batista mientras estuvo en el poder, creía firmemente en la necesidad del cambio y consideraba que Fidel Castro podía ser el hombre que encarnara aquella reforma imprescindible. De todos modos, los medios de comunicación situados a la derecha en el espectro político albergaban también algún soterrado temor, pues consideraban que la naciente revolución tenía que cuidarse del radicalismo que siempre había medrado en la izquierda cubana y sobre todo tenía que permanecer atenta a los movimientos del comunismo cubano, cuya formación partidista, al contrario que el resto de partidos tradicionales que habían habitado la convulsa realidad política de las últimas décadas, había salido indemne de la vorágine por la que había pasado el país durante la guerra civil. De ahí que las advertencias teñidas de consejos dispensadas a la dirigencia revolucionaria sobre los peligros de la infiltración comunista y sobre las consecuencias que podía traer la fiebre de radicalismo de la que siempre había estado aquejada la izquierda nacional fueran constantes entre la prensa conservadora. Periódicos como el *Diario de la Marina* hicieron de estos llamamientos parte sustancial de su contenido informativo y todo ello a pesar del aparente contento que parecían propagar entre la sociedad cubana durante las primeras semanas de 1959.

Por su parte, la prensa adscrita a las corrientes de la izquierda política, al igual que aquella otra de tendencia liberal y nacionalista, albergaron una opinión tan positiva como similar sobre la revolución recién instaurada: el frente revolucionario estaba formado, en lo fundamental, por hombres y mujeres íntegros. Lo mejor del nacionalismo cubano habían tomado el poder y aquello aseguraría el advenimiento de un régimen separado del latrocinio y la barbarie que había caracterizado la década de los años cincuenta en Cuba.

Durante las primeras semanas de revolución se crea el mito de Fidel Castro y de los hombres que lo secundaron durante la contienda contra Batista. Sin embargo, una vez transcurrido este tiempo comenzaron a definirse ciertas posiciones alarmistas frente a la posible deriva radical del proyecto revolucionario y comenzó a manifestarse el empeño, presente en los sectores más conservadores de Cuba y del exterior, por hacer de aquella revolución una epopeya romántica vacía de contenido social y, en la medida de lo posible, de contenido económico.

Cuba necesitaba cambios para asentar la buena gobernanza de la república y depurar de malos hábitos la gestión de lo público y aquí, sin ir más allá, tenía que terminar la revolución para, sin demora, dar paso a un nuevo sistema de gobierno compatible con el norteamericano. Para estos sectores conservadores el proyecto revolucionario tenía que desenvolverse por estos derroteros, reforma política y administrativa, tímida reforma económica en algunos aspectos puntuales y contención en todo aquello que pudiera desencadenar una lucha entre sectores económicos y productivos. Bajo los principios que demandaba esta receta se compaginó el alago con los llamamientos a la prudencia y a la moderación, haciendo para ello uso de un equilibrio discursivo no exento de tensiones y también de incomprensiones. De este modo, desde el mismo arranque de la revolución, la maniobrabilidad de la dirigencia revolucionaria se ve condicionada, tanto desde dentro como desde fuera de Cuba, por aquellos sectores conservadores que trataron de frenar la radicalización del proceso y circunscribir la revolución al arte de la reforma política y administrativa.

Bajo las consecuencias que se deducen de esta tendencia, empecinada en frenar la revolución, encauzarla y tutelarla, se entiende la tensión que se vivió en Cuba desde enero de 1959, pues el

nacionalismo cubano más comprometido no estaba dispuesto a rebajar el programa de cambios que había aglutinado al frente fidelista para poder contener el descontento de las tradicionales clases dirigentes. La resolución de los problemas que habían sacudido la realidad cubana durante las últimas décadas, inevitablemente, ponían en tela de juicio algunas de las premisas sobre las que se asentaban los poderes tradicionales de la vieja Cuba. Una Cuba en donde los estadounidenses, y también muchos españoles, estaban ciertamente representados y también comprometidos. Dicho esto, se puede afirmar que la partida a jugar quedó claramente fijada desde este preciso instante, si la revolución avanzaba perjudicaría a las élites extractivas de la Cuba tradicional y aquella máxima traería aparejada como secuela inevitable el conflicto político, indudablemente el económico, y muy posiblemente el social.

Así pues, a pesar del tumulto mediático que generó la cotidianidad revolucionaria cubana, el líder de la revolución y el movimiento que encabezaba pronto comenzaron a cosechar los recelos de una parte significativa de los grupos rectores de la política franquista y de la norteamericana. El carácter de líder desconcertante que persiguió a Fidel Castro desde su llegada a La Habana arrojó las primeras dudas durante las primeras semanas, pero fue la justicia revolucionaria, causa imprescindible e irrenunciable para los recién llegados al poder debido a los agravios y atropellos cometidos por el régimen de Batista, la que constituyó el primer punto serio de fricción y también el primer pretexto para que un sector significativo de los generadores de opinión de la España franquista y un grupo todavía mayor dentro de la opinión pública norteamericana viertan sus primeras críticas sobre el decurso de la revolución gobernante.

De este modo, cuando todavía no había pasado ni un mes desde el establecimiento del Gobierno revolucionario comenzaron a explicitarse las dificultades por las que tendría que pasar el régimen revolucionario cubano, pues desde la España franquista y desde los Estados Unidos se comenzó a difundir la idea de que Fidel Castro debía dejar a un lado al hombre de acción para encarnar al político pragmático. Cuba precisaba de un estadista moderado, de un contemporizador dispuesto al acuerdo con las autoridades de Washington, y para ello las barbas y los uniformes tendrían que dar paso a los trajes y la tez rasurada.

Los relatos hagiográficos que sobre Fidel Castro se habían lanzado desde Madrid y Washington comenzaron a teñirse entonces de un cierto pesimismo cuando se constató que los hábitos de la sierra continuaban teniendo asiento en el llano. El hombre que había conducido a un grupo de formaciones diversas en la guerra contra Batista estaba teniendo dificultades para convertir la guerra en paz y la paz en justicia, al menos desde la perspectiva que la entendían el viejo dominador y el reciente dueño de Cuba, y aquello podía generar dificultades serias para el porvenir de la revolución. La revolución pasiva a la que hemos hecho referencia de forma acusada a lo largo de este trabajo se presenta así, desde el mismo arranque del proyecto revolucionario, como vía para encauzar la revolución y privarla de su componente más radical. Esta idea de la revolución pasiva o la revolución restauración de raigambre “gramsciana” se erige de este modo en vector explicativo para entender el comportamiento de la contrarrevolución emboscada. Es decir, se establece esta estrategia como vía prioritaria para que las antiguas clases rectoras de la vieja Cuba puedan adaptarse al cambio y salvar, en la medida de lo posible, patrones, privilegios y hábitos del antiguo régimen.

Desde el primer momento, antes incluso de que la revolución triunfante pusiera en marcha su programa reformista, el colonizador de antaño, el poder imperial de hogaño y todos sus servidores en el interior de Cuba se centraron en hacer de aquella revolución recién nacida, que tenía encandilada a la opinión pública continental, un proyecto de renovación de las élites sin que nada cambiara sustancialmente. El franquismo, tras el arribo de los fidelistas al poder, tal y como reflejó la prensa del momento, deseaba un mayor margen de maniobrabilidad para el Gobierno cubano. Una flexibilización del corsé panamericano para convertir al poderoso nacionalismo cubano en un aliado

para la penetración de España, pero era también consciente de que la transformación debía reducirse al ámbito del maquillaje político y de la apertura económica. Desde Estados Unidos la posición era todavía más cerrada. Se exigía democracia, tal y como la entendía la Casa Blanca, y depuración de la vida pública, imprescindible tras la situación de oprobio vivida desde 1952, pero siempre en el marco de la revolución política y administrativa. Por lo tanto, la revolución social y económica quedaba fuera de los deseos norteamericanos.

Así pues, contener la revolución social pasó a ser prioritario y este aspecto de la revolución fidelista fue materia de preocupación para la España de Franco y los Estados Unidos de Eisenhower. Ambos países eran partidarios de la reforma política, con diferencias obvias de procedimiento debido al carácter dictatorial del régimen franquista, pero, mientras España veía con buenos ojos un cierto grado de revolución económica, Estados Unidos veía en esta vertiente de la revolución el mayor de los peligros, pues era precisamente en el ámbito económico donde residía, y desde donde se había sostenido, la supremacía norteamericana en la isla y también su hegemonía en el resto del Caribe.

De todos modos, en lo tocante a la información difundida en España, el panorama fue tan desconcertante como confuso y no resulta fácil sacar conclusiones genéricas, pues el aplauso desmedido y la crítica encendida rivalizaban en las páginas de los diarios sin contradicción aparente. Como hemos señalado, fue *Pueblo* el que, tras los primeros recelos, ocupó una posición más decidida en defensa de Cuba y fue también este diario, con el paso de los meses, el que más tarde se sumó a la crítica desmedida contra el proceso revolucionario, algo que nos ha permitido establecer diferencias entre las familias del régimen franquista afines al falangismo y aquellas otras proclives al catolicismo en lo tocante a la Revolución cubana en particular y a los asuntos de América en general. La España franquista estuvo sometida a esta tensión durante los dos primeros años de revolución, algo que se manifestó de forma evidente desde el primer momento. De este modo, todo aquello que contribuía a presentar a Fidel Castro como un caudillo para su país y un ejemplo de soberanía para el continente frente al omnívoro poder estadounidense era exacerbado en diarios de corte falangista o sindical como *Pueblo* y todo aquello que presentaba a Fidel Castro como el vehículo para articular Cuba bajo un régimen de incuestionable raigambre cristiana era puesto en solfa por diarios de prosapia católica como *El Alcázar*.

Sobre estos ejes discursivos se articuló la difusión de la Revolución cubana entre la opinión pública de la España franquista. Una imagen, por lo demás, desenfocada y que contribuyó a difundir la hiperactiva Embajada española en La Habana y el Gobierno franquista. La Embajada franquista contribuyó a presentar una imagen equívoca de la revolución al publicitar su apoyo a ciertos sectores del frente revolucionario emparentados con el tejido asociacionismo católico cubano durante la lucha contra Batista, presentándolos como si fueran la base de la propia revolución y no una parte marginal de ésta. Por su parte, el Gobierno franquista, al permitir los fastos del triunfo revolucionario en Madrid por parte del exilio cubano, un exilio en el que estaban representados los sectores más conservadores del frente revolucionario “antibatistiano”, dio a entender que el nuevo régimen cubano era del total agrado de las autoridades franquistas. El régimen franquista, como se recordará, permitió un día después de la huida de Batista las celebraciones de los revolucionarios en el Retiro y, como había sucedido en EEUU y los países latinoamericanos, los representantes del 26 de Julio, el Directorio Revolucionario y la Organización Auténtica se manifestaron por las calles y mostraron su adhesión a Fidel Castro como líder de la revolución triunfante.

La diplomacia franquista, desde el triunfo de la revolución y durante los primeros meses de gobierno revolucionario, construyó una imagen de la Revolución cubana muy próxima a sus intereses domésticos e internacionales. Y se esmeró también, haciendo uso de toda la propaganda disponible, en presentar a la España del exilio como algo totalmente ajeno a la nueva Cuba, donde socialistas y

comunistas no encontraban asidero alguno ni podían encontrarlo dada la naturaleza de la revolución triunfante.

El régimen de Franco contó para llevar a cabo esta lectura interesada de la Revolución cubana con el apoyo sostenido, como no podía ser de otra forma, de todo el arsenal mediático franquista, pero también con la inestimable y entusiasta colaboración del celeberrimo *Diario de la Marina* que, como hemos podido comprobar, se desempeñó como una suerte de vocero del franquismo en tierras cubanas.

De este modo, los encuentros de Gordón Ordás, presidente del Gobierno de la República española en el exilio, con Batista durante los años cincuenta fueron publicitados en las páginas del *Diario de la Marina* y de otros diarios cubanos con la inestimable e interesada colaboración de la Embajada franquista, como también lo fueron las pugnas entre el exilio español, tanto las teóricas como las prácticas, especialmente aquellas que hacían referencia a la lucha armada o a la reconciliación nacional. Todos estos aspectos, los menos lúcidos del exilio español, aparecieron con toda su crudeza en la prensa conservadora cubana. Un debate que en nada contribuía a la fortaleza del exilio y que dejaba al descubierto su evidente desunión. El régimen franquista movió sus influencias cubanas en el ámbito civil, político y eclesiástico para infligir un duro golpe al exilio español, fundamentalmente al Gobierno republicano en el exilio, y ciertamente lo consiguió, pues en aquella contienda la España republicana salió mal parada. El golpe, además, fue efectivo y duradero, pues concedió a la diplomacia franquista unos cuantos meses de sosiego frente al Gobierno revolucionario; un gobierno imposibilitado para tratar con aquellos que habían compadreado con el dictador, aunque fueran nada más una minoría dentro del variado y extenso exilio español.

Después de todo lo expuesto, podemos señalar que la diplomacia franquista se movió con habilidad para preservar sus intereses, pues el conflicto inevitable con el frente revolucionario se esquivó con maestría durante los primeros meses de Gobierno revolucionario.

Durante los dos primeros meses de revolución el régimen franquista utilizó todo tipo de resortes propagandísticos para confeccionar una imagen del movimiento fidelista encaminada a emparentar, a veces por medio de relatos ciertamente delirantes, a la Revolución cubana con el régimen del general Franco y evitar así las lecturas alternativas que pusieran en evidencia la incompatibilidad de los Gobiernos de Madrid y La Habana. Bajo este patrón se esquivó el debate sobre el contenido ideológico que comenzaba a resultar evidente en el frente fidelista y se eludió también profundizar en las medidas concretas que estaba desplegando la revolución. El plano mítico del relato se impuso así al cotidiano y al teórico y las ideas propias de la dictadura franquista trataron de hacerse pasar, sin reparo alguno, por cubanas. En Cuba, según el relato que confeccionó la prensa franquista, había mucho de revolución hispana, y aquel convencimiento de los propagandistas de Franco se vertió en los diarios del régimen sin pudor alguno. Los colores rojo y negro del Movimiento 26 de Julio se presentaron en sintonía con los de la falange en las ocasiones en las que se pretendía ensalzar la gesta nacional y nacionalista de Cuba o vincular al líder de la Revolución cubana con José Antonio Primo de Rivera y en otras ocasiones, cuando la intención era advertir que el último vestigio de orden representado por Batista debía ser remplazado, con premura y sin demora, por una nueva legalidad, se utilizaban estos mismo colores para rescatar del imaginario colectivo español a la olvidada CNT o a la FAI. Desde los altavoces del régimen franquista esta era la gran duda de los primeros meses: ¿Sería Fidel Castro una suerte de Durruti antillano o, por el contrario, encarnaría al caudillo latinoamericano o al caballero cristiano que tan bien caracterizó el filósofo español García Morente en las décadas precedentes?

En torno a este debate, en el que el acierto brillaba por su ausencia, algo que fue quedando en evidencia con el paso de los meses, entretuvo la propaganda franquista a los lectores españoles. La

Revolución cubana, desde la prensa franquista, podía derivar en una suerte de anarquismo caribeño debido a la falta de experiencia de los jóvenes que acompañaban a Fidel Castro, podía decantarse hacia un régimen de fuerza de tipo caudillista, precipitarse hacia una dictadura más convencional, o podía encauzarse hacia una democracia cristiana de cuño hispano, pero en ningún caso podía ser marxista. Esta última condición estaba fuera del análisis y no se contemplaba en la prensa franquista.

De este modo, a pesar de la inseguridad informativa que concurría a diario en las páginas de los periódicos franquistas, el fantasma del comunismo, espantajo temprano del que se nutrieron muchos diarios conservadores de América Latina y una parte significativa de los estadounidenses, no entró con fuerza en la propaganda franquista durante los primeros meses de Gobierno revolucionario. El miedo a difundir este debate, después de los parabienes vertidos y de la propaganda que se habían hecho sobre Fidel Castro, era evidente y de ahí que se desaconsejara adentrarse por aquellas lides del discurso. Además, dentro la España franquista, el rencor contra los Estados Unidos estaba todavía muy vivo en algunos sectores influyentes del régimen y pronto se sembraron los paralelismos entre la propaganda adversa lanzada contra España en el 98 desde la prensa norteamericana y los infundios arrojados contra Cuba en el 59 haciendo uso de las mismas tretas.

Así pues, el régimen franquista hizo todo lo posible por esquivar el conflicto con la Revolución cubana y renunció a todo aquello que podía distanciar a Cuba de España, pues hacer lo contrario concedía alas a la España del exilio y colocaba al franquismo en una posición muy próxima a la estadounidense, algo que siempre trató de evitarse. El franquismo, a pesar de compartir muchos objetivos con los Estados Unidos, sorteó en todo momento aparecer como fiel escudero de la Administración norteamericana y buscó vertebrar una política propia frente a América Latina, pues consideraba que esto le aportaba prestigio y maniobrabilidad entre las repúblicas latinoamericanas.

Sin embargo, a pesar de estos intentos de aproximación a Cuba y de la escenificación del supuesto distanciamiento con los Estados Unidos emprendida por parte de la diplomacia del régimen franquista, para la España de Franco comenzó a quedar claro que la Revolución de Fidel Castro no era un régimen afín al español y esto aunque no se reconoció de forma explícita quedó evidenciado tras el arribo de Fidel Castro al puesto de primer ministro en febrero de 1959. A partir de este momento, la información sobre lo que acontecía en Cuba se restringió de forma acusada en la prensa franquista, desapareció casi por completo en el mes de marzo, cobró interés durante parte del mes de abril a raíz de la visita del fotogénico Fidel Castro a Estados Unidos, pero en lo tocante a este viaje y no en lo concerniente al devenir de la revolución en el interior de Cuba, y no regresó de nuevo hasta la proclamación de la Reforma agraria a mediados de mayo. Tanto *El Alcázar* como *Pueblo* disminuyeron ostensiblemente su contenido informativo sobre Cuba después de la asunción de Fidel Castro a la posición de primer ministro, precisamente cuando la acción de gobierno se volvió más vigorosa, y no volvieron a informar en profundidad sobre el proceso revolucionario cubano hasta la Reforma agraria, catarsis en la historia de Cuba y punto de inflexión en las relaciones con Estados Unidos.

En Cuba, sin embargo, la información publicada circulaba por otros derroteros y tras el arribo de Fidel Castro al Gobierno como primer ministro la revolución comenzó a legislar para aquellos sectores que consideraba parte integrante de sus filas. Tal y como reflejó la revista *Bohemia* en numerosas ocasiones durante el primer cuatrimestre de 1959, la verdadera nación tenía que brotar tras el triunfo de la revolución y esta nación real se encontraba en la defensa de los intereses de tres clases sociales que habían sido castigadas a lo largo de la historia de Cuba. La Revolución cubana tenía que compartir objetivos con el campesinado, la clase obrera y la burguesía progresista, pues ésta era la base social que le daba sentido y la legitimaba. Así pues, una vez constatada esta realidad, se erigió como prioritaria la lucha por las metas de estas clases sociales, tratando de armonizar la relación entre ellas

al margen de contenciosos clasistas que pudieran decantar de forma abrupta a la revolución hacia las sendas del socialismo o habilitar el paso a la reacción golpista de los más conservadores. El equilibrio y la unidad pasaron a ser prioritarios; sin embargo, aquella empresa no era fácil

Ahora bien, a pesar de las dificultades de concertación entre unos y otros, algo parecía evidente: el momento de la burguesía progresista cubana, del amplio espectro de los campesinos del país y de la variada clase trabajadora había encontrado el momento para su pleno desarrollo en la alborada de la revolución y es que, por primera vez en la historia de Cuba, este bloque social contaba con un gobierno que velaría por sus intereses y sobre todo con un ejército dispuesto a defender dichos intereses al margen de las presiones norteamericanas. Esta circunstancia se mostraba con la mayor naturalidad en la prensa y las publicaciones periódicas de Cuba, donde los reportajes, noticias y crónicas hacían referencia a los problemas e inquietudes de estas clases sociales y a la labor que la revolución estaba haciendo para defender sus intereses. De esta suerte, la reforma urbana en el régimen de alquileres y tenencia de inmuebles, la promoción y sustento de la industria cubana y la reforma agraria se erigieron en tres de las palancas para cimentar esta alianza interclasista y comprometer a las clases que la integraban con la revolución.

En Cuba, desde el primer momento, tal y como reflejaron la práctica totalidad de sus medios de comunicación, resultó de vital importancia mantener la unidad del frente revolucionario y para hacerlo había que dar cauce a las reivindicaciones y a la satisfacción de los intereses de estos colectivos. Ahora bien, como hemos podido constatar, esta labor estaba preñada de sinsabores, pues, en muchas ocasiones, resultaba más que complicado contentar a trabajadores, industriales y campesinos sin entrar en contradicciones y generar conflictos. Sin embargo, la dirigencia revolucionaria lo intentó con denuedo y fue dando respuesta a través de los equilibrios pertinentes y las reuniones constantes con los colectivos que representaban a estas clases sociales.

El juego de equilibrios para no desatar una lucha de clases incruenta que diera al traste con la revolución se antojó materia fundamental y para ello era necesario huir de toda sospecha que colocara a la burguesía progresista ante las evidencias de la deriva socialista de la revolución; del mismo modo, resultaba perentorio convencer a los campesinos de que la Reforma agraria tenía que acometerse bajo el imperio de la ley, y, de igual forma, resultaba también apremiante solicitar la paciencia y la comprensión de las clases trabajadoras ante sus reivindicaciones constantes, muchas de ellas imposibles de satisfacer a corto plazo. El nacionalismo cubano jugó un papel fundamental en este aspecto, pues fue él el que trabajó a través del discurso por la concertación y la convergencia de intereses clasistas en aquel momento de asentamiento del proceso revolucionario. Se primó el interés nacional, que pronto comenzó a identificarse con el de la propia revolución, y, de esta suerte, la vocación de existir de la nación cubana por encima de los intereses norteamericanos se colocó en el centro del debate, pues una Cuba soberana sería capaz de colmar las aspiraciones de sus nacionales. La revolución y la nación no podía entenderse por separado y la consecución de sus metas correría pareja a la satisfacción de los intereses de las clases y colectivos que la sustentaban.

Así pues, el Gobierno cubano, ante las dificultades prácticas derivadas de la legislación revolucionaria, que, inevitablemente, comenzaba a ganarse enemigos entre las clases afectadas, optó por encauzar a los posibles desertores y a los potenciales seguidores a través del discurso del interés nacional, que era el interés de sus ciudadanos y el de la propia revolución. Bajo los patrones discursivos que imprimía esta demanda, las sentencias de Fidel Castro se pusieron a la par de las de Martí, prócer de la independencia cubana, y la lucha por la transformación cubana se colocó en el plano del nacionalismo cubano. Las enseñanzas de Martí y de los líderes de la independencia del colonialismo español se colocaron como referentes del discurso revolucionario con la intención de que los líderes de ayer fueran capaces de guiar a los dirigentes de la revolución naciente. La emoción

ante la independencia real de Cuba, largo tiempo esperada, encontraba su punto culminante en la identificación de Martí, el arquitecto de la nación, con Fidel Castro, su alumno más aventajado, algo que contribuía además a presentar la lucha por la independencia de Cuba como un continuo histórico y como un movimiento de raíces nacionales.

De esta suerte, la revolución definía su carácter en base a su historia nacional, sin necesidad de comprometerse con otra etiqueta que fuera más allá de su derecho a existir como nación soberana. La Revolución cubana no tenía por qué definirse bajo los patrones al uso, ni le interesaba ni le convenía. La revolución se definía por la praxis, por el quehacer revolucionario. La ideología de la revolución era la teoría en acción, la praxis, pues ésta era la que dictaba el camino y la que fijaba la lectura que convenía en cada momento. La acción se explicaba por sí misma y la teoría, coaccionada por una realidad apabullante, no tenía más remedio que ir a remolque. Cuba clamaba por reformas preteridas durante décadas y había llegado el momento de ponerlas en práctica. Aquí residía la fuerza de la revolución, en su voluntad de existir haciendo. De esta suerte se rechazó toda etiqueta que fuera ajena al nacionalismo cubano, a la propia existencia de la lucha de Cuba por su soberanía y así lo presentaron los medios de comunicación cubanos, muy cómodos en aquella situación de equidistancia entre el capitalismo y el socialismo imperantes a nivel internacional.

La mayoría de la prensa cubana rechazaba el marxismo, pero también el capitalismo que había regido los destinos de Cuba tras la independencia de España. Con lo cual, una revolución que partía de un nacionalismo acusado, y que era renuente al corsé que imponían las grandes ideologías imperantes, era también muy propicia a crear nuevos significados que nacieran de su propia tradición. Sobre este sustrato nacional encontró la dirigencia revolucionaria al humanismo. El humanismo de la revolución, la revolución humanista, parecía la respuesta más atinada para librarse de la celada del capitalismo liberal y del lazo socialista y de los peligros para la seguridad nacional que traía aparejados este socialismo. Cuba se comprometía con el humanismo de corte democrático. Un humanismo que abominaba de su pasado reciente y que no encontraba la necesidad de importar sistemas ajenos a la mera y directa lucha por su independencia.

A raíz del viaje de Fidel Castro a los Estados Unidos la joven revolución se proclama humanista y este feliz hallazgo se populariza a partir de los meses de abril y mayo de 1959 para responder a la necesidad de definición que muchos anhelaban, y otros tantos solicitaban desde dentro y desde fuera de Cuba. La revolución se define como humanista justo cuando precisaba de la unidad para sostenerse a raíz de la Reforma agraria, la medida que le granjeó, hasta la fecha, los enemigos más poderosos, pues ahora sí habían sido violentados los intereses norteamericanos. Es decir, los que tenían un poder más que sobrado para comprometer toda la arquitectura institucional de la joven revolución.

El humanismo cubano constituyó un constructo abierto a interpretaciones que paliaba las demandas de definición sobre el carácter de la revolución que se demandaban desde el interior de Cuba y también, y sobre todo, desde el exterior. Se acotaba así la pugna de pareceres y lecturas que luchaban por imponerse; se adquiría una definición de consenso para la revolución que, aunque no contentaba plenamente a la diversidad que medraba en el seno del frente revolucionario, reconducía el debate y lo reconciliaba con la práctica revolucionaria.

El humanismo se erigió así en la solución de consenso a un atormentado dilema y se consagró como la síntesis perfecta de lo que precisaba Cuba en aquel momento, pues, frente a la tesis del capitalismo depredador que habían imperado en Cuba en las últimas décadas no se optaba por la antítesis representada por el comunismo de corte soviético, sino por un camino intermedio. De este modo, Cuba hablaba del humanismo de la revolución triunfante, un humanismo capaz de apostar por la justicia social del socialismo, pero sin caer en las posibles restricciones civiles, un humanismo

dispuesto a asumir la democracia liberal del capitalismo, pero sin caer tampoco en los atropellos e injusticias del régimen de explotación capitalista.

Se abría así una tercera vía. Una síntesis de modelos que incomodaba a muchos por los riesgos que entrañaba y las ambigüedades que portaba, pero que estabilizaba el debate y dejaba a la dirigencia revolucionaria un cierto margen para la actuación. Aquella apuesta por una solución de consenso, por una tercera vía, desestabilizaba las veredas por las que venía desenvolviéndose el ataque exterior que comenzaba a articularse desde España, América Latina y Estados Unidos y ofrecía además a los más timoratos y medrosos la oportunidad de permanecer uncidos al carro de la revolución sin necesidad de justificarse y sin remordimientos ideológicos. Fidel Castro popularizó entonces aquella máxima de “Libertad con pan y pan sin terror”, aquella simple frase ejemplificaba el significado veraz del humanismo cubano y de la propia revolución, un artefacto heurístico sumamente sugerente y capaz de concertar voluntades. Se había tardado un tiempo hasta confeccionar tan útil herramienta, pero aquel feliz hallazgo suponía la adquisición de una definición de consenso que imprimía un carácter a la revolución, solicitado por una parte significativa de la nación y exigido por la opinión pública internacional.

Aquel subterfugio oportuno que encontró la revolución desarticulaba las bases ideológicas de la conjura exterior y frenaba la base del anticomunismo sobre el que comenzaba a fundamentar la contrarrevolución su manida retórica. Además, en el caso de España, servía de fundamento para que el régimen franquista pudiera continuar en buenos términos con la revolución. El franquismo, a través del elusivo humanismo, podía confeccionar un relato de Cuba que tenía capacidad de enlazar con su revolución pendiente, con su falangismo de corte social y con la doctrina social de la Iglesia en su versión más conservadora. A través de aquel término maleable, el franquismo, haciendo uso de los medios de comunicación que le servían, pudo seguir construyendo sus convergencias imposibles con Cuba, pudo seguir jugando al autoengaño y, sobre todo, pudo seguir tratando de engañar a los españoles durante un tiempo. Indudablemente, aquella tercera vía suponía para la España de Franco una ventana de oportunidad tanto económica como espiritual. Sin embargo, también la suponía para el exilio, que podía abrazar a la revolución desde sus sectores liberales y también desde los sectores marxistas. El humanismo, en definitiva, era un terreno fértil para la adhesión y no comprometía el bagaje ideológico que cada grupo o individuo cargaba sobre sus espaldas.

La revolución ganaba así un tiempo precioso para seguir avanzando y ciertamente lo necesitaba, pues el advenimiento de la Reforma agraria sería el primer escoyo serio a superar. La Administración norteamericana, por primera vez de forma firme, se plantó ante la revolución y desautorizó a la dirigencia cubana en su propuesta de reforma del agro, lo que, indudablemente, era una injerencia irritante, pues mostraba sin tapujos la clase de independencia y soberanía que Estados Unidos estaba dispuesta a conceder a su vecino caribeño.

Aquel encontronazo supuso el enfrentamiento, ya irresoluble, entre Estados Unidos y Cuba e incomodó, por todo lo que traía aparejado, al resto de las repúblicas latinoamericanas y a la propia España. Sin embargo, supuso también un duro golpe para la Revolución cubana, pues desencadenó el inicio de la fragmentación del bloque hegemónico que se había alzado con el poder y propició el comienzo de la formación de un bloque alternativo de cara al futuro. Y es que, la Reforma agraria, trajo consigo el fraccionamiento interno del “Movimiento 26 de Julio”, el grupo que encabezaba Fidel Castro, el que llevaba las riendas del poder y el que ejercía de patrón para el resto de formaciones revolucionarias. Después de la Reforma agraria, el 26 de Julio se fracturó irremediablemente y se formaron en su interior tres grupos bien definidos.

Uno de estos grupos estaba compuesto por los ministros descontentos, que no tardarían en abandonar el ejecutivo, y por algunos miembros del Ejército Rebelde que comenzaban a mostrar su

disconformidad ante el rumbo que iba tomando la revolución. En este grupo estaban presentes las corrientes más liberales y conservadoras dentro del movimiento. Su anticomunismo era feroz, casi doctrinal, y se nutría de planteamientos ideológicos importados de los Estados Unidos que, en cierta medida, recordaban a la peor época del “macartismo”. Una de sus figuras prominentes era Humberto Sorí Marín, ministro de Agricultura y uno de los primeros en dimitir. Todo un síntoma de lo que supuso el cambio de régimen de propiedad de la tierra en Cuba.

Un segundo grupo estaría formado por aquellos sectores que creían en la necesidad y la justicia de todas las medidas tomadas por el Gobierno, pero su posición ante el PSP y el comunismo cubano era inflexible. Se rechazaba cualquier tipo de colaboración con los comunistas y se mantenía una posición sumamente crítica con el PSP y con su desempeño en la historia de Cuba. Este sector, sumamente influyente, pues era el que fijaba las lindes entre las que tenía que discurrir el discurso oficial, estaba representado por muchos de los colaboradores del diario *Revolución* y en cierta medida reflejaba la línea editorial de este periódico. Su figura señera era Carlos Franqui, el director de *Revolución*.

Ya por último, nos encontramos con un tercer grupo, el más radical y el más dispuesto a llevar la revolución soberanista hasta sus últimas consecuencias. Este grupo apostaba por profundizar en el proceso de reformas y no tenía problemas de índole ideológica para pactar con el comunismo cubano si ello iba en beneficio de la consecución de las metas fijadas por el proceso revolucionario. En este grupo se situaban todos aquellos revolucionarios que sin formar parte del PSP convergían con ellos en muchas de sus ideas, diagnósticos o planteamientos. Este grupo tenía en Ernesto Guevara, en Raúl Castro y en Núñez Jiménez a sus tres dirigentes más destacados. No eran hombres del partido comunista pero, en lo fundamental, no diferían en exceso de las tesis del mismo. Además, en este grupo tenían también cabida casi todas las corrientes del marxismo, simpatizantes socialistas, comunistas, trotskistas o maoístas que rechazaban el sectarismo y que estaban abiertos a la colaboración entre las familias de la izquierda.

En medio de las tres facciones se encontraba Fidel Castro que tenía que navegar en aquel mar de diversidad para mantener las filas unidas y evitar la escisión. Mientras le fue posible, trató de complacer a las tres facciones y evitó decantarse por ninguna de ellas, pues hacerlo supondría la ruptura inmediata del frente. Y es que, la joven revolución, estaba impelida a conservar la unidad a toda costa, pues el no hacerlo suponía la lucha intestina entre sus diferentes sensibilidades y abría la senda para la conspiración múltiple, tanto la de los batistianos como los de los desafectos de última hora, un envite que había que evitar a cota costa debido a la juventud del gobierno instaurado.

Todas estas divisiones y fracturas dentro del país las habían desencadenado las reformas que había puesto en práctica la revolución. En un tiempo relativamente corto la unidad de enero se había convertido en división y zozobra a principios de junio. Y es que, la primera mitad del año 1959 había puesto ya en marcha los cimientos de la futura revolución y al hacerlo había afectado de forma decisiva a la población cubana y a sus tradicionales formas de entender y gestionar la autoridad, el poder y la legitimidad.

Durante la primera mitad de 1959 se creó la imagen de la Revolución cubana en el mundo y en aquella creación no sólo participaron los órganos de difusión cubanos. Desde Estados Unidos, las repúblicas de América Latina y España se creó una imagen de la revolución en la que sus componentes míticos, cotidianos y teóricos fueron confeccionados en función de sus lineamientos ideológicos y sus intereses nacionales. De este modo, España utilizó sin medida las apelaciones a la revolución de raigambre católica instaurada en Cuba; habló hasta la saciedad de la comunidad de intereses hispánicos en el continente y de la necesidad de preservarlos; teorizó sobre el caudillismo latinoamericano en sus diferentes vertientes; habló de la necesidad de preservar la soberanía de las repúblicas americanas y de la necesidad que estas repúblicas tenían de mejorar e internacionalizar sus

sistemas de producción y comercio, y disertó sobre la impostergable actualización del régimen de intercambios de América Latina con los Estados Unidos. Un régimen de intercambios que debía de transformarse de forma radical en beneficio del sur continental si los Estados Unidos querían preservar al continente de los ensayos marxistas.

La prensa franquista, durante el primer año de revolución, se manifestó de forma reiterada sobre la amenaza de que las revoluciones nacionalistas de América Latina se transformaran en marxistas si Estados Unidos no acometía reformas drásticas en sus relaciones seculares con el continente. El intercambio norte sur era demasiado oneroso para los segundos y la URSS, según la versión franquista, podía aprovechar aquel flanco de debilidad en el continente para establecerse de forma permanente. La España de Franco generó una imagen de la revolución totalmente apegada a sus intereses particulares y a sus mitos fundacionales y trató, en todo momento, de presentar a Fidel Castro y al movimiento que encabezaba como algo totalmente ajeno al comunismo o al socialismo, como algo totalmente alejado de la España republicana y como un régimen al que había que acompañar para evitarle los sinsabores de la izquierda oportunista, que podía aprovechar los errores norteamericanos para introducirse en el proceso revolucionario cubano. De este modo, la propaganda franquista, durante este primer año de revolución, perseveró en la idea de que el advenimiento del socialismo en Cuba, de producirse, no vendría de la mano de la voluntad cubana, sino de la torpeza norteamericana y del oportunismo soviético.

Estados Unidos, por el contrario, confeccionó una imagen de la revolución en la que su única legitimidad pasaba por la defensa a ultranza de la democracia liberal; del régimen de propiedad vigente como canon de legalidad, acuerdo y estabilidad, y de la necesidad de promover la concordia en el continente y evitar los conflictos que pudieran derivarse en otros países del entorno como consecuencia de las réplicas o contagios que la Revolución cubana pudiera generar entre sus vecinos. Sin embargo, contribuyó y popularizó de forma irresponsable las acusaciones sobre el carácter comunista de la revolución, algo que en aquellos momentos no tenía visos de realidad, pero que condicionó la imagen de la Revolución cubana en el exterior y avivó todo tipo de conflictos en el interior.

En América Latina, en función de las particularidades de cada república y de la especificidad de su régimen político, se produjo una síntesis entre la posición franquista y la norteamericana, con polos próximos a la postura de Washington en el caso de las democracias liberales o con posicionamientos próximos al régimen franquista en el caso de las dictaduras. Por lo demás las posturas fueron variadas y se situaron entre los extremos que representaban Venezuela y Méjico por lado, entre los más favorables a Cuba, y Nicaragua, República Dominicana y Guatemala por otro, entre los detractores más contumaces.

Así pues, durante este primer semestre de revolución se definen los patrones a partir de los cuales será juzgada Cuba. La propia dinámica de la revolución, que hasta aquellas fechas lo único que había hecho era poner en práctica parte del programa con el que las fuerzas revolucionarias habían llegado al poder, se ve asediada por una serie de relatos exteriores que condicionan sus posibilidades de difundir su propia imagen fuera de Cuba.

Ahora bien, lo que sí creó Cuba fue la imagen del guerrillero como prototipo a encomiar y aquello, inevitablemente, trajo aparejado que el guerrillero no sólo fuera alabado sino también imitado en todo el continente, lo que generó conflictos para el Gobierno cubano más allá de sus fronteras, pues las acusaciones de injerencia contra Cuba por parte de algunas repúblicas latinoamericanas, asediadas por los vientos de cambio que había traído la revolución, no tardaron en llegar. Sólo se precisaba la presencia de algún cubano o de cualquier otro elemento relacionado con Cuba para que las acusaciones, con o sin fundamento, cayeran entonces sobre la dirigencia cubana.

Por lo demás, la imagen del guerrillero tal y como habían sido concebida en Cuba podía ser asumida por la totalidad del continente sin participación cubana y, sobre todo, sin la necesidad de entrar en contradicción con las peculiaridades de cada pueblo, nación o territorio. La Revolución cubana era un ejemplo a seguir para los pueblos de América y esto implicaba, más que la exportación del modelo, base sobre la que se acusaba al Gobierno cubano de injerencia, la importación del mismo, pues su versatilidad lo convertía en un ejemplo a imitar sin sobresalto para los patrones nacionales que imperaban en las distintas repúblicas.

El guerrillero cubano aunaba los valores de la Cuba pretérita y también de la recién creada, pues no sólo representaba la lucha en la sierra contra Batista, sino que recogía también la tradición cubana en su lucha secular por la independencia. Es decir, el guerrillero representaba a los hombres de Fidel Castro y al resto de las fuerzas revolucionarias que habían luchado contra Batista, pero también recreaba, desde esta perspectiva contemporánea, la esencia del ejército mambí. La contienda contra el colonialismo y contra el imperialismo se hacía una, se mostraba como un continuo en el que los que habían pasado por la primera, en aras de alcanzar la plena soberanía, estaban condenados a pasar por la segunda. Los mitos de la joven revolución, representados por el pueblo armado y su paradigma emblemático, el guerrillero cubano, se construyeron a la sombra de la gesta fidelista y al abrigo de los héroes de la guerra de la independencia del régimen colonial español, referencia inexcusable para los hombres que estaban protagonizando el nuevo período cubano.

Así pues, aquella receta cubana, aquel constructo historicista que difundía la dirigencia fidelista o aquella suerte de introspección nacional en la que estaba inmersa Cuba, era perfectamente aplicable al resto de los pueblos de América Latina que, después de analizar la realidad de la nación en la que vivían, podían llegar a la conclusión o a la constatación, por sus propios medios, sin demasiado esfuerzo y sin injerencia externa, que la independencia real no había llegado con el fin del colonialismo español.

Durante este primer año de revolución, el Gobierno cubano puso en marcha las medidas que consideró imprescindibles para asegurar un mínimo de independencia y compensar a aquellas clases sociales que había luchado por la revolución y lo hizo evocando unos mitos que se construyeron desde la tradición cubana y también latinoamericana, pues la independencia cubana se jugaba en el continente. De esta suerte, Bolívar, Benito Juárez o Sandino fueron referentes que se situaron, poco a poco, a la vera de José Martí o Antonio Maceo. La independencia y la verdadera soberanía se colocaron en el centro del debate y los héroes de la primera independencia colonial y de la lucha por la soberanía de las naciones latinoamericanas se colocaron a la vera de los de la independencia cubana del imperio con todo lo que ello significaba.

De este modo, aquella falta de distinción entre la colonia y el imperio en lo tocante a la soberanía real, aquel continuo histórico en la lucha por la independencia, operada en Cuba como argumento para cimentar la contienda por el ejercicio de la verdadera soberanía. Una lucha por la independencia que no había finalizado en el 98. Aquella había sido la primera etapa, el proceso independentista arrancaba en el siglo XIX y tenía que culminarse en la segunda mitad del XX, una aseveración verdaderamente revolucionaria, ya que suponía un desafío sin precedentes para todo el continente.

Esta visión histórica, tan atrevida como desafiante para la hegemonía norteamericana, traería problemas para la Revolución cubana, pues la enfrentaría a sus enemigos declarados y pondría al descubierto a todos aquellos que habían permanecido emboscados durante meses y que no dudaron en colocar al Gobierno cubano como factor de desestabilización para todo el continente tan pronto como tuvieron ocasión para ello.

En la imagen del mundo que se proyectó desde Cuba del proceso revolucionario este componente mítico, que hacía del guerrillero el icono de la revolución y el verdadero sujeto histórico de la liberación del continente, tuvo una influencia indudable en la cotidianidad cubana y continental. Y es que, el componente dentro de la imagen del mundo que hemos definido como pensamiento cotidiano a lo largo de este trabajo, es decir, aquel que acoge en su seno al conjunto de las tradiciones y al poso de la costumbre, se vio violentado por las nuevas aportaciones del pensamiento mítico que trajo la revolución, pues los mitos del pasado de Cuba tendieron a recrearse bajo los nuevos marcos interpretativos que habían generado los mitos del presente cubano.

De este modo, los barbados de Fidel Castro se erigieron en el prototipo de la verdadera revolución latinoamericana, pues eran ellos los que representaban a cabalidad la imagen más genuina de la lucha por la soberanía nacional. La Revolución cubana portaba así, en su propia concepción, una carga destructiva de las viejas estructuras que parecía no tener espacio suficiente en los límites geográficos a los que la había confinado su nacimiento en la mayor de las Antillas. Su carácter internacionalista y latinoamericanista, a pesar de su acusado nacionalismo, la convirtieron rápidamente en ejemplo a seguir y también en presa a abatir. Bajo la lógica que emanaba de esta realidad las críticas al proyecto cubano se multiplicaron, pero también los elogios y los intentos de réplica en otros puntos de la geografía de América Latina. Jóvenes cubanos y jóvenes latinoamericanos, como terminó por comprobarse a partir del mes de abril de 1959, parecían movidos por la fiebre de la revolución. Una fiebre que se traducía, en algunas ocasiones en contra de los deseos de la propia dirigencia revolucionaria, en la reproducción del modelo cubano como paradigma de la lucha por la toma del poder en el resto del continente.

La Revolución cubana trajo consigo una infinidad de revoluciones y entre ellas no deben minimizarse aquellas que hacen referencia a la mentalidad y la concepción del mundo. El conjunto de tradiciones y el poso de la costumbre en la sociedad civil se transformaron al calor de los nuevos patrones de comportamiento que trajo la revolución. Por primera vez se tomó conciencia de que el cambio era posible y que podía enfrentarse desde el tesón de un grupo comprometido con la lucha armada. Una revolución de las costumbres y de la concepción del poder que se materializó a través de los nuevos espacios de participación abiertos en Cuba y de la confrontación de ideas que propició la caída de la dictadura. Este nuevo contexto, y las potentes imágenes que irradiaba el frente fidelista, propiciaron la apertura de un debate fértil sobre la revolución y los procesos de cambio en América Latina, e incluso en la Península Ibérica, que puso en serios apuros al Gobierno cubano, incapaz, en algunas ocasiones, o renuente, en algunas otras, a apadrinar las honrosas propuestas, y también las maliciosas, de los grupos que se dirigieron a la cúpula revolucionaria cubana en busca de ayuda material, asesoría teórica o apoyo moral.

En las semanas que antecedieron y sucedieron a la Reforma agraria cubana los conatos de levantamiento e insurrección armada y de guerrilla urbana o rural fueron materia frecuente en la prensa americana y también en la española. En todas aquellas referencias había un denominador común: el nombre de Cuba terminaba apareciendo involucrado de una u otra forma. En todos los desórdenes que se registraban en el continente, desde los laborales a los políticos, pasando por aquellos que tenían como meta terminar con los dictadores del continente y que no eran infrecuentes antes del arribo fidelista, Cuba aparecía mentada como actor principal. Muchas veces aquellas referencias tenían ciertos visos de realidad, pero otras muchas se proferían de manera maliciosa para justificar la represión y acusar a la revolución de injerencia en los asuntos de sus vecinos y tradicionales aliados. En muchas ocasiones a ello ayudaba la presencia de algún cubano entre los alzados o los revoltosos. Una situación propiciatoria que daba pábulo a las más fantásticas elucubraciones y teorías. Así pues, desde la propia dirigencia cubana se precisó, casi desde el primer momento, toda una labor pedagógica para contener los aires de revancha que, desde dentro y desde

fuera de Cuba, medraban entre los sectores más progresistas de la sociedad iberoamericana, cansada ante la pervivencia de algunos regímenes dictatoriales que asolaban a los pueblos iberoamericanos.

Para la Revolución cubana las acusaciones de injerencia fueron un problema no menor, pues podían coadyuvar a la idea, ambicionada por la diplomacia norteamericana, de generar un frente internacional contra la revolución. Además, colocaban a Cuba en una posición de indefensión frente a la posible agresión norteamericana. Por lo demás, estos debates alcanzaron mayor relevancia a medida que Estados Unidos y otros países con dictaduras asentadas, como era el caso de España, Nicaragua o la República Dominicana, comenzaron a atacar a la Revolución cubana de forma inmisericorde, algo que se acentuó a partir de mayo de 1959.

La dinámica de la revolución y su avance arrollador, decantó de forma natural el campo en el que se situaban los enemigos y también los amigos y esto poco tuvo que ver con las dinámicas de la Guerra Fría. La Revolución cubana y el modelo que representaba, nada que ver con el soviético y con lo que los poderes de Moscú promovían en aquel momento, se vio impelido a gestionar el bagaje teórico que ella misma generó. Una circunstancia que trajo como consecuencia que la dirigencia revolucionaria o sectores próximos a ella tendieran a dar cobertura, en ciertas ocasiones, a algunos movimientos revolucionarios latinoamericanos debido a su condición de cabeza de la revolución a nivel continental y, en otras ocasiones, tuvieran que ejercer como freno para disolver alguna intentona mal planificada, injustificada o sospechosa de estar movida por la reacción, pues podían comprometer a Cuba frente al continente.

El cubano, después de la proclamación de la Reforma agraria, momento en el que la Administración estadounidense lanzó sus objeciones más importantes hasta la fecha contra la Revolución cubana, se vio conminado a pasar de la butaca al escenario en aquella representación. Es decir, pasó de espectador a partícipe y tuvo que asumir, con el paso de los meses, un papel creador en la nueva realidad, lo que indudablemente transformó por entero su cotidianidad. Este nuevo ambiente de efervescencia revolucionaria, cargado de desafíos, de orgullo nacional y voluntarismo mesiánico, trajo consigo sin embargo varios problemas para Cuba, pues, después de la empresa fidelista y de los laureles que fueron otorgados al nuevo mito nacional, al guerrillero cubano, parecía imposible para muchos creer que se podía alcanzar la gloria a través de la lucha por las transformaciones económicas, sociales y políticas de Cuba. A la dirigencia revolucionaria, como consecuencia de las dinámicas que ella misma generó, le costó sujetar al cubano a la realidad nacional para convencerle que la defensa de la patria y de la liberación del continente se podían conseguir por otros medios diferentes al fusil y que, aquel objetivo, se podía lograr sin salir de Cuba.

A medida que fue aumentando el acoso exterior la defensa de lo conseguido por la revolución comenzó a ser una prioridad para la población cubana y también para algunos sectores políticos de América Latina. Sin embargo, la efervescencia revolucionaria y la pasión por la toma del poder que había creado la caída de Batista y, en menor medida, el desplome de la dictadura de Venezuela, generaron en la juventud cubana y continental unas expectativas de éxito y gloria que la cotidianidad de la defensa de Cuba no parecía satisfacer a plenitud. La gloria se conseguía con el fusil al hombro en las sierras y montañas del continente y la lucha política, el trabajo y la defensa de lo conseguido no parecían suficiente reclamo para algunos.

De este modo, la Revolución cubana se extendió más allá de sus fronteras en una doble vertiente: una propagandística, en la que se ponía el acento en la necesidad de preservar la soberanía de las repúblicas latinoamericanas y abrir su economía y sus relaciones exteriores frente a la estrechez impuesta por la Casa Blanca como estrategia para defender a Cuba, que era, a la postre, la defensa de toda América Latina, y otra que consideraba que la defensa de Cuba era la de toda América Latina y que tenía que ejercerse por tanto desde el continente a través de la recreación de la experiencia cubana.

El razonamiento era tan sencillo como desafiante: Estados Unidos no permitiría el asentamiento del proceso cubano y la mejor forma de rebatir aquella realidad pasaba por la creación de regímenes afines al cubano en aquellas repúblicas que estaban asediadas por la tiranía o las democracias “entreguistas”. Esta circunstancia generó a su vez dos posturas, una oficial y otra oficiosa o libre de influencia alguna: un grupo, formado por los que ya se habían batido en la lucha contra “el tirano”, llevó de forma pacífica la dicha de la Revolución cubana por todo el continente, y otro grupo, integrado por los más jóvenes y aventureros, reivindicó su derecho a empuñar el fusil para luchar por la libertad de Cuba a través de la liberación de otros pueblos. Para este último grupo la redención de Iberoamérica pasaba por la acción directa y se lanzaron a la búsqueda de nuevos “batistas” que les permitieran alcanzar la talla de héroes de leyenda que ya muchos jóvenes ostentaban en Cuba tras poner en fuga a Batista. En un continente como el americano en la década de los sesenta los candidatos a tirano al que eliminar para la redención del pueblo no faltaban.

El ejempló de la Revolución cubana trastocó la política y la forma de entenderla en América Latina y los contingentes de cubanos dispuestos a batirse en connivencia con grupos de otros países se multiplicaron. Haití, Nicaragua y sobre todo República Dominicana parecían estar llamados a ser las primeras víctimas del empuje revolucionario, sin embargo, ningún país estaba a salvo como se demostró en Panamá.

La Revolución cubana y la imagen del mundo que de ella se difundió desde los diferentes ámbitos vino condicionada por el pensamiento mítico que se puso en liza, pero también por la transformación de la cotidianidad y por la recreación de las tradiciones y costumbres del continente que trajo la nueva realidad. Ahora bien, este relato precisó de la intervención de reputadas plumas y de otra clase de propagandistas para llevarse a efecto.

El tercer factor de la imagen del mundo que se proyectaba sobre la Revolución cubana se daba a través del pensamiento teórico: complemento indispensable del mítico y el cotidiano en la recreación de la realidad. El intelectual orgánico, representado por el periodista profesional o casual, por el agitador y el propagandista o por el activista político, era el que creaba y recreaba estos nuevos mundos a través de los nuevos planteamientos ideológicos. En el pensamiento teórico todos los ciudadanos participaban pero los líderes revolucionarios y los medios de comunicación fueron los encargados de generar las premisas que definirían ideológicamente al régimen. La revolución humanista, la democracia humanista o el humanismo revolucionario fueron los grandes hallazgos teóricos del momento y la definición que la revolución asumió hasta la víspera de la invasión de Playa Girón.

Ya para terminar, en lo tocante a la imagen del mundo difundida sobre la revolución, es necesario señalar que la puesta en circulación de todos estos elementos produjo unas lecturas del proceso cubano que, partiendo de una misma realidad, dieron origen a interpretaciones totalmente enfrentadas que, al estar trufadas de un importante componente ideológico, se desempeñaron como detonantes para la feroz lucha de clases que se desarrolló a partir de entonces. La Reforma agraria supuso el punto de inflexión y se erigió en desencadenante de la lucha de clases, que, teñida todavía de lucha contra el imperialismo, comenzó a abrirse paso a través de los discursos.

La decantación ideológica del grupo rector

Con el arribo de la Reforma agraria se dio por finalizada la luna de miel de la revolución y aquel relato que trataba de unir a las clases por encima de los enfrentamientos se desbarató, pues los perjudicados por la reforma se aliaron a los primeros disidentes para comenzar a conspirar contra la revolución. A partir de aquel momento Cuba tuvo que defender su proyecto ante una más que hostil actitud estadounidense. En España la desconfianza también se instaló en los medios de comunicación

y la tradicional crítica encubierta a los Estados Unidos, debido a su dominio omnívoro del continente, comenzó también a producirse contra la Revolución cubana, caracterizada desde entonces como foco de distorsión y tensión para América Latina. El proyecto revolucionario tenía ya enemigos externos en América y en Europa y comenzó a tenerlos también, y esto era más preocupante, en el interior del país y hasta en sus propias filas.

Los primeros síntomas, tal y como hemos señalado, se recrearon dentro del propio Movimiento 26 de Julio y aquello tuvo sus consecuencias inmediatas en junio de 1959 mediante la sustitución dentro del gabinete ministerial de los sectores más conservadores. Un mes después, la situación fue todavía más grave: en julio de 1959 el presidente Urrutia dimitió tras acusar de forma velada a la revolución de no hacer lo suficiente para frenar la injerencia de los comunistas patrios en el proyecto revolucionario. De esta forma se entró de lleno en un nuevo período que arrancó con la Reforma Agraria y finalizó con la conjura de Hubert Matos y sus repercusiones durante los últimos meses de 1959.

Los que salieron del Gobierno en junio de 1959 eran figuras que estaban relacionadas con los partidos tradicionales de la Cuba republicana o que se asentaban en el ala más conservadora del “26 de Julio”. Y los que entraron eran dirigentes comprometidos con la radicalización del proceso. Más que significativa fue la renovación de Exteriores y Agricultura, dos carteras fundamentales y que, necesariamente, tenían que estar cubiertas por personal totalmente afín a la línea de acción gubernamental: en aquel momento no cabían las ambigüedades, pues el rechazo de la Administración norteamericana al proyecto revolucionario ya no se revestía de circunloquio alguno. El Departamento de Estado norteamericano rechazaba la Reforma Agraria y exigía la indemnización pronta y efectiva de las propiedades afectadas de las corporaciones estadounidenses.

A partir de aquel momento la proclamada y publicitada unidad se hizo indispensable y giró en torno a la labor que desempeñaron aquellos grupos del frente fidelista que sin desear la entrada de los comunistas en los puestos claves, algo que no se produjo ni antes ni después de la Reforma Agraria, apostaban de forma decidida por la radicalización del proceso. Por lo demás, aquellos cambios ministeriales abrieron la veda para una serie de acciones en las que la presencia de Estados Unidos resultó tan grosera como evidente. En el vecino del norte comenzaron a tener fácil acomodo todas las voces disidentes con las reformas llevadas a término hasta el momento por la dirigencia cubana y las delaciones sobre el carácter comunista de la revolución, protagonizadas por los desencantados con el devenir revolucionario, comenzaron a tener fácil asiento en los medios de comunicación norteamericanos y pronto se distribuyeron a través de las agencias de prensa por toda Europa y América Latina.

Las acusaciones sobre el comunismo de la revolución se difundieron de forma masiva a partir entonces y la novedad de aquellas soflamas era que ya no estaban representadas por la disidencia que tenía relaciones orgánicas con el régimen de Batista. Nacía así la primera generación importante de disidentes “antibatistianos”, compuesta en lo fundamental por los sectores más conservadores del frente revolucionario.

La Administración de Eisenhower concedió todo el crédito a aquellas acusaciones y les brindó todas las facilidades institucionales y propagandísticas para que pudieran difundirse a nivel internacional. Ha de tenerse en cuenta que la decidida apuesta norteamericana por conceder el mayor crédito a aquellas afirmaciones que apuntaban al carácter comunista del proyecto cubano llegaban justo después de que Fidel Castro proclamara y promocionara el humanismo como tercera vía para la Revolución cubana durante su viaje por Estados Unidos en abril de 1959. Sin embargo, las palabras de los disidentes gozaban de mayor crédito para la Administración norteamericana que los pronunciamientos del Gobierno cubano y la muestra más evidente de esta realidad podía comprobarse en la falta de relevancia que el concepto de revolución humanista tuvo en Estados Unidos.

El humanismo cubano, tal y como había sido esbozado por el primer ministro cubano, se presentaba como un concepto que, de utilizarse con un mínimo de inteligencia, podía reportar beneficios tanto para los cubanos como para los norteamericanos. Aquel hallazgo dotado de innegables cualidades heurísticas podía servir para encauzar las reformas cubanas bajo parámetros alejados del socialismo de corte soviético, podía haber servido para que Estados Unidos tratara de vehicular las imprescindibles reformas que precisaba el intercambio norte-sur en el continente americano y sobre todo dejaba fuera de la partida a las corrientes de pensamiento marxista. El humanismo hubiera servido para representar a cabalidad la revolución restauración por la que pasaron los sectores conservadores del frente revolucionario, poco después, la Iglesia cubana y, finalmente, bajo los condicionantes que hemos apuntado a lo largo de este trabajo, la propia Administración del presidente Kennedy.

Sin embargo, esto no sucedió así, lo que demuestra, a nuestro modo de ver, la escasa visión que la Administración norteamericana tenía de lo que estaba sucediendo en Cuba. Las clases dominantes de los Estados Unidos estaban incapacitadas para entender lo que suponía aquella revolución y, sin duda, en aquel momento, no acertaron a vislumbrar en su justa medida el papel de liderazgo que estaba llamado a tener aquel movimiento revolucionario en todo el continente.

Lo que estaba ocurriendo en la mayor de las Antillas no entraba dentro de los cálculos estadounidenses, pues se les hacía imposible imaginar que después de tanto años de control efectivo del hemisferio occidental, pudiera un país tan cercano y sometido como Cuba apartarse de forma abrupta de los deseos inapelables y de la poderosa influencia de la Casa Blanca. Así pues, en este segundo período de la revolución, el que iría de mayo-junio de 1959 hasta enero de 1960, la tercera lectura sigue siendo válida para encauzar el análisis de la revolución, pues ni las ideas socialistas de una parte de la dirigencia revolucionaria, fuente de la segunda hipótesis, ni la presencia soviética, parte del andamiaje que fundamenta la primera hipótesis tienen presencia real en el devenir revolucionario. Ahora bien, dos de los aspectos medulares de la primera hipótesis, el nacionalismo cubano, que se erigió a partir de entonces como bastión para la cohesión y la propia supervivencia de la revolución, y la cerrazón norteamericana, tomada, eso sí, desde la perspectiva de la falta de pericia para reconducir el proceso revolucionario a través de las posibilidades que ofrecía el humanismo cubano y de la falta de adscripción explícita de la dirigencia revolucionaria a las corrientes marxistas, comienzan a condicionar la dinámica de la revolución.

Así pues, la cerrazón norteamericana ha de entenderse desde esta perspectiva, pues los Estados Unidos, tal y como hemos señalado al principio de esta recensión final, no podía, so pena de poner entredicho su propia hegemonía, asumir el programa revolucionario en su totalidad. Ahora bien, lo que sí podían, pues tenían influencia y poder suficiente para ello, era reconducir el proceso. Algo que, a nuestro modo de ver, intentó, aunque con escaso éxito y demasiado tarde, la Administración Kennedy durante los primeros meses de 1961. Una solución, esta última, que de haber sido desplegada un año antes podría haber generado un clima muchos más abierto para el diálogo entre Washington y La Habana.

Estas conjeturas, de todos modos, no tuvieron posibilidad alguna de testarse en la realidad, pues durante la segunda mitad de 1959 Estados Unidos decidió restringir su contacto con Cuba al intercambio epistolar y al ataque a la Revolución cubana. Las relaciones entre Washington y La Habana, durante muchos meses, se redujeron al intercambio de las notas diplomáticas de protesta y de descargo contra estas protestas. Unas notas en las que Estados Unidos se mostró inflexible a la hora de asumir las transformaciones llevadas a cabo en el régimen de propiedad de la tierra en Cuba, pues asumirlo suponía aceptar la disminución de su influencia económica en la isla, la pérdida de activos para sus consorcios empresariales y el final de la hegemonía que venía ostentando, y en las

que Cuba se mostró completamente decidida a ejercer el derecho a tomar sus propias decisiones y desempeñarse como la nación soberana que pretendía ser.

Durante la segunda mitad de 1959 Cuba pasó a ser ya un problema de primer orden para la Administración norteamericana y en este período comenzaron a circular por la prensa cubana, y en forma de extractos por la prensa franquista, las notas de protesta del embajador norteamericano en Cuba y del secretario de Estado de la Administración Eisenhower, como también las respuestas, casi siempre vehiculadas a través del flamante nuevo ministro de Exteriores cubano, Raúl Roa, en las que se daba cumplida cuenta de la historia de las relaciones cubano norteamericanas y de la vocación de la revolución por hacer de estas relaciones algo más igualitario para que pudiera ser duradero.

La irrupción de Raúl Roa en la cartera de Exteriores, protagonista absoluto de la defensa de Cuba en el exterior a partir de entonces, supuso un cambio más que significativo para la diplomacia cubana, pues con el arribo de Roa llegaba a la dirección de la política exterior cubana la sensibilidad más a la izquierda del nacionalismo cubano. Los foros internacionales acogieron a partir de entonces el verbo encendido de Roa, que dejó de estar circunscrito a la representación de Cuba en la OEA, cargo en que se había desempeñado hasta su llegada al Ministerio de Exteriores.

Con Roa llegó un estilo que difería sobremedida del de su predecesor en el cargo, pues los modos de representar y defender la causa cubana en la arena internacional se hicieron más vigorosos y se alejaron de la retórica tradicional, teñida de un cierto hispanismo y también de un marcado panamericanismo. Con Roa las formas fueron otras y esto, indudablemente, tensaba las relaciones con Estados Unidos.

Con respecto a España la entrada de Roa tuvo también sus consecuencias, pues al contrario que su predecesor, el nuevo ministro había declarado durante su juventud y en numerosas ocasiones durante su madurez sus simpatías por la España república y su inquina, nunca disimulada, por la España franquista. Algo que se evidenció tan pronto como tuvo oportunidad para ello. La retórica de la hispanidad, de la que había hecho uso copioso Roberto Agramonte, ministro de Exteriores saliente, dio paso a una retórica en el nuevo ministro en la que se incorporaba el pensamiento de los intelectuales de la Segunda República al bagaje argumental del nacionalismo cubano. Roa, ante la sede de la OEA, echo mano de los argumentos del filósofo español José Gaos para defender los movimientos insurgentes que empezaban a medrar en el continente y exculpar a Cuba de su implicación en la organización de los mismos. La insurgencia en el continente estaba emparentada con el exilio de los perseguidos por las dictaduras, que, deseos de recuperar su libertad, partían desde los países de acogida hacia su patria de origen para ganar la liberación de los pueblos.

Cuba se defendía así de las acusaciones constantes de Nicaragua y República Dominicana, deseosas de culpar a Cuba de sus sublevaciones internas. Raúl Roa así lo expresó, e iluminó su retórica haciendo uso de los argumentos que amparaban al desarraigado contra su voluntad debido a su disidencia política y mencionando al latinoamericano al que se le impedía vivir en su tierra por sus ideas políticas. En definitiva, haciendo alusión al “transterrado”, feliz hallazgo de José Gaos, mediante el cual se hacía referencia al español exiliado en América Latina por la persecución franquista.

Aquella referencias de Roa a la intelectualidad republicana para orquestar la defensa de Cuba en los foros internacionales, más allá de las características heurísticas que aportaban a la causa de Cuba y a la de los pueblos de América en su lucha contra la dictadura, significaban también un cambio capital para la España de Franco, pues los representantes de Cuba en el exterior, lejos de arroparse bajo el tradicional mantón de la hispanidad y el catolicismo, acudían ahora a la intelectualidad de la otra España, la expatriada y “trasterrada”, para fundamentar sus posiciones.

Aquello revestía mayor trascendencia de la que podría preverse, pues, aquel cambio, iba más allá de la pura retórica al tener implicaciones reales en la política exterior. Y es que, el ministro de Exteriores saliente, Roberto Agramonte, tenía una excelente relación con el embajador de España, había tratado con él diversos asuntos en numerosas ocasiones y había solicitado de los servicios diplomáticos franquista ayuda cuando Cuba necesitó limar asperezas con otras representaciones diplomáticas. El embajador franquista en La Habana, Juan Pablo Lojendio, tenían cierta ascendencia entre las representaciones diplomáticas acreditadas en La Habana y tras el triunfo de la revolución se había colocado en excelentes términos con el nuevo Gobierno cubano y sobre todo con el Ministerio de Exteriores.

De este modo, el cambio en la cartera de Exteriores cubana no era asunto baladí para España, pues salía del Gabinete ministerial uno de los hombres que había sido caracterizado en el primer gabinete como perteneciente al grupo de los moderados y que contaba además con buenas relaciones con la representación franquista en La Habana. La mera salida de Agramonte era ya una noticia negativa para la España de Franco, pero lo era todavía más que el designado para sustituirlo fuera uno de los más conspicuos e inteligentes partidarios de la España expatriada que había en la política cubana. Esta circunstancia, como es de suponer, podía traer consecuencias para las relaciones entre la España de Franco y la Cuba de Fidel Castro o cuando menos colocar al régimen franquista en el disparadero cada vez que la popular diplomacia cubana tomara la palabra en los foros internacionales, como así terminó sucediendo.

El nuevo período inaugurado tras la Reforma agraria y el encontronazo con los Estados Unidos trajo así, como secuela inevitable, la remodelación ministerial de junio y la salida de Urrutia, otro “moderado”, de la Presidencia de la República pocas semanas después. Estos hechos tuvieron una repercusión casi inmediata en la prensa franquista, pues uno de los dos diarios que hemos tomado como referencia, *El Alcázar*, como hicieron también otros diarios franquistas y norteamericanos, fijaron a partir de entonces las dos claves bajo las que se estructuraría la información sobre Cuba en los meses venideros: la acusación de la penetración comunista en posiciones relevantes del organigrama de mando cubano y la intervención cubana en otros países del Caribe para imponer su modelo más allá de sus fronteras. Lo que había sido referencia esporádica en las informaciones sobre Cuba pasó a ser entonces factor principal del análisis en muchos diarios franquistas.

La característica fundamental de este período fue la insistencia sobre el carácter comunista de la revolución; una insistencia que puso en alerta a la propia dirigencia del PSP. Los comunistas cubanos se vieron acosados desde el exterior de Cuba y también desde el interior y, en ocasiones, sufrieron el desplante de las autoridades revolucionarias cubanas, obligadas, en muchos momentos, a llamar al orden a los comunistas o separarse de ellos de forma abrupta para preservar su imagen en el interior y el exterior de Cuba y alejar así la posibilidad del intervencionismo norteamericano y sus variadas formas injerencistas, una amenaza que, debido a la historia de Cuba, siempre estuvo presente. La situación llegó a tal punto que la dirigencia del PSP, tal como hemos podido constatar, no dudó en acudir a sus compañeros del PCE para solicitar ayuda y difundir lo que estaba sucediendo en Cuba. Es decir, para que se difundiera a nivel internacional la presión intolerable que estaba ejerciendo la Administración norteamericana sobre Cuba, la amenaza de agresión e intervención que pendía sobre la isla y los ataques constantes a los comunistas y al propio frente revolucionario, algo que estaba tensando la relación entre la dirigencia revolucionaria y el PSP. Una tensión injustificada, pues los comunistas cubanos desde sus órganos de difusión y propaganda siempre habían dado sustento al Gobierno instaurado por Fidel Castro.

Todos aquellos movimientos no hacían más que delimitar los contornos del complejo contexto en el que se estaba moviendo la revolución. Una revolución condenada a sufrir presiones por la derecha y

por la izquierda e incapacitada, de momento, para tomar decisiones drásticas que rompieran el endeble consenso y produjeran más deserciones. Por lo demás, su programa de transformaciones, lejos todavía de cualquier veleidad socialista, estaba cosechando las mayores críticas desde los Estados Unidos, que lo calificaban, precisamente, como lo que no era, un programa comunista. Además, estaba el tema de la difusión de la revolución por América Latina, fundamentalmente por el área del Caribe, lo que estaba dejando una secuela de enfrentamientos no menores. El conflicto entre Panamá y Cuba del mes de abril pudo ser encauzado y el de Nicaragua, empeñada en culpar a Cuba de las revueltas contra la dictadura somocista, seguía y seguiría latente. Sin embargo, fue la tensión entre la República Dominicana y Cuba la que centró la mayor atención. Poco después de la salida del poder de Urrutia, el régimen trujillista intentó organizar un golpe de Estado contra la Revolución cubana por medio de un desembarco de tropas mercenarias en el que figuraban como futuros mandatarios de la Cuba posrevolucionaria los sectores que habían sido golpeados por la revolución en sus primeros meses: estancieros, viejos políticos de la Cuba republicana, batistianos y todos los sectores de la Cuba en ciernes de desaparecer.

La conocida como conjura trujillista tuvo además un componente español evidente y para desgracia del régimen franquista los elementos afines a su régimen se encontraban entre los agresores de la Revolución cubana. Ciertos sectores apegados a la Iglesia católica cubana más conservadora, aquella que teniendo presencia en Cuba rendía antes sus lealtades a la España de Franco que a la Cuba de Fidel Castro, se vieron mezclados en la conjura, como también se vieron mezclados mercenarios reclutados en suelo español por los servicios de inteligencia trujillista. Finalmente, no se pudo demostrar que las autoridades franquistas estuvieran al corriente de aquella recluta de mercenarios al servicio de Trujillo en suelo español. Ahora bien, lo que resultó innegable fue la presencia, aunque sólo fuera en efigie, de la España franquista, pues los leales a ésta aparecían mezclados con los intereses golpistas y contrarrevolucionarios, lo que indudablemente separaba a la dictadura de Franco de la Revolución cubana. Después de la Reforma agraria, aunque los capitales españoles intervenidos fueron residuales, la España de -Franco comenzó a aparecer como enemigo probable, para muchos deseable y para la mayoría inevitable.

En la segunda mitad de 1959 comenzó a resultar insostenible aquella versión de la Revolución cubana que era tan del gusto de las corrientes de pensamiento falangistas y del sindicalismo vertical, pues los argumentos que corrían en contra de aquella versión tan particular del movimiento fidelista eran cada vez mayores. Sin embargo, diarios como *Pueblo*, que mantenían ya una línea editorial marcadamente diferente con respecto a Cuba de diarios como *El Alcázar* o *ABC*, seguían empeñados en presentar a la revolución de Fidel Castro bajo unos planteamientos ideológicos que estaban lejos de representar los dirigentes revolucionarios cubanos. Las explicaciones que proyectaban este tipo de diarios con respecto a episodios como los de la conjura trujillistas no hacían otra cosa que confirmar este aserto. Y es que, salvarle la cara al régimen trujillista, aliado de la España de Franco, y defender a la Revolución cubana al mismo tiempo parecía una empresa imposible. De todos modos, el diario sindical parecía empeñado en circular por estos complicados senderos, lo que terminaba por generar relatos faltos de coherencia, desconectados de la realidad vivida y tan al límite de lo posible que las contradicciones y errores tendían a aflorar debido al carácter rocambolesco y extravagante de los planteamientos defendidos. Solamente la pluma florida y hábil de algunos periodistas de indudable valía era capaz de hacer de aquellos relatos algo sugerente y digerible mediante un ejercicio de equilibrio en el que se conseguía defender a Trujillo o a Somoza, justificar los planteamientos de la Revolución cubana y no cargar demasiado las tintas contra la diplomacia norteamericana y su acendrado y recurrente intervencionismo en los asuntos de sus vecinos continentales.

La España de Franco se movía así en un terreno cada vez más difícil, pues era evidente que sus planteamientos ideológicos no corrían parejos a los cubanos, no obstante en octubre fue capaz de

llegar a acuerdos comerciales con Cuba y todo ello a pesar de las cada vez más inoportunas y discordantes declaraciones de los miembros de la Embajada franquista, obsesionados por guiar a los jóvenes dirigentes cubanos en la salvaguarda de las esencias de la revolución y de los peligros de la penetración comunista.

Mientras todo esto sucedía en torno a España, en el interior de Cuba el proceso revolucionario seguía la senda trazada por el embrujo de la oratoria inagotable de Fidel Castro, que era el que marcaba el verdadero sentir de la revolución, mezclando los temas del pasado y el porvenir, tanto de Cuba como del continente, y mostrando en todo momento que el enfrentamiento con los Estados Unidos era la consecuencia lógica de la lucha contra el imperialismo y en pos de la libertad. Así lo expresó también Raúl Roa en el seno de la OEA durante el mes de agosto y septiembre, donde se terminó por constatar el triste papel que estaba jugando Estados Unidos frente a la Revolución cubana, pues aparecía siempre al costado de la República Dominicana, Nicaragua o Haití, defendiendo posturas similares a las de las dictaduras caribeñas y acusando a la Revolución cubana de una agresión de la que no era sino víctima, pues, en aquellos meses, a nadie se le escapaba que los ya frecuentes ataques de la contrarrevolución contra los intereses y el tejido productivo cubano tenía fuertes sustentos en el exterior.

Durante los últimos meses de 1959 la situación tendió a enrarecerse todavía más, pues el frente revolucionario no sólo tenía que luchar contra las injerencias de la Casa Blanca, los ataques a su tejido productivo y la malquerencia y la agresión de las repúblicas vecinas regidas por las dictaduras dinásticas de los “Somozas” y los “Trujillos”, sino que tenía que hacer frente también a los ataques dialécticos que procedían del interior, presentes en muchas ocasiones en las páginas del *Diario de la Marina* y otras publicaciones conservadoras. Estos ataques lejos de remitir parecían ir en aumento y el punto de fricción o más bien el pretexto para explicitarlo seguía siendo la penetración comunista. Bajo esta premisa se habían movido insignes disidentes como Díaz Lanz o antiguos dirigentes de la revolución como el expresidente Urrutia.

En el mes de octubre, después de bregar durante el último trimestre contra las protestas que procedían de los afectados por la Reforma agraria y de resistir a los ataques exteriores, la dirigencia revolucionaria tuvo que hacer frente a las luchas internas que amenazaban con destruir al mismísimo proceso. Dentro del frente revolucionario existían elementos girondinos, dispuestos a frenar la revolución e incluso a revertirla, y también elementos jacobinos que creían, no sin razón, que la única manera de sobrevivir era profundizar en el proceso revolucionario. Los elementos más exaltados de estas dos vertientes entraron en colisión irremediablemente en el último trimestre de 1959 y fue entonces cuando la revolución dio un paso más hacia su radicalización.

Dentro del frente revolucionario había partidarios de frenar el proceso, de revertir algunas medidas, de poner en marcha una suerte de convención “termidoriana” tendente a eliminar a todos aquellos elementos del frente revolucionario que podían conducir a la radicalización extrema del proceso y probablemente a transformar aquel proyecto en una vía para alcanzar el socialismo en Cuba. Aquellos sectores, a los que hemos definido en algún momento como girondinos, estaban imbuidos de un anticomunismo doctrinal que rechazaba cualquier tipo de inclinación marxista dentro del frente revolucionario y aquella circunstancia, dada la transversalidad ideológica en la que vivía la revolución, resultaba explosiva. De este modo, cuando Cuba parecía haber salvado los momentos más difíciles estalló una crisis de grandes magnitudes que vino a recordar, aunque de forma más peligrosa, el episodio protagonizado por Urrutia meses antes. Tal y como había sucedido con el presidente de la República, Hubert Matos, uno de los hombres relevantes dentro de la comandancia del “26 de Julio” y al mando de importantes contingentes militares, presentó su renuncia. Los motivos de aquella dimisión no sorprendieron a nadie, pues respondían a los argumentos habituales esgrimidos

por los disidentes de última hora y por los batistianos exiliados en los primeros meses de revolución. Según Matos, la revolución corría el peligro de convertirse en un títere de Moscú, pues los comunistas trabajaban en la sombra sin que nadie se lo impidiera y, además, contaban con la connivencia de algunos miembros de la dirigencia revolucionaria para tomar las riendas del poder en un futuro próximo.

La noticia se produjo a finales de octubre y rápidamente cundió el desánimo entre muchos y la irritación en otros. Según reflejaron las propias declaraciones de Matos, su renuncia venía dictada por el poder que estaban alcanzado los comunistas en Cuba, una influencia que él había denunciado ante las autoridades, pero que había sido desatendida. Ante semejante tesitura y por responsabilidad sólo quedaba una salida: la dimisión. Sin embargo, la dirigencia revolución tenía otra versión de los hechos: Matos llevaba tiempo intentando frenar la Reforma agraria en Camagüey, provincia que estaba bajo su jurisdicción, y no contento con ello había decidido conspirar contra el Gobierno colocando a la revolución ante el peligro de la división y la intervención extranjera. Aquella conjura, de grandes magnitudes, fue dismantelada tras la detención de Matos y sus seguidores. Sin embargo, Matos no parecía actuar en el vacío, pues, durante aquella misma jornada, los contingentes revolucionarios de La Habana tuvieron que hacer frente a un bombardeo panfletario y de pequeños explosivos. Un ataque que regó de pasquines la capital cubana con unos mensajes muy similares a los vertidos por Matos horas antes y que produjo además varios muertos y heridos debido a la pequeña carga explosiva que había acompañado al riego de octavillas de propaganda.

La simultaneidad de los golpes perpetrados por Díaz Lanz y Matos no parecía casual como tampoco lo parecía que aquellos dos ataques al Gobierno cubano se produjeran justo cuando las autoridades cubanas habían acometido una nueva recomposición del gabinete ministerial. La renuncia de Matos y la andanada de Díaz Lanz se produjo pocos días después de la ascensión de Raúl Castro al recién creado Ministerio de las Fuerzas Armadas y de la llegada de Augusto Martínez Sánchez a la complicada cartera de Trabajo. Aquella reestructuración de ministerios, en la que dos hombres caracterizados por su radicalidad y su falta de aversión al comunismo copaban puestos clave en el organigrama del poder revolucionario, avivó el conflicto y precipitó la protesta de los sectores más conservadores capitaneados por Matos.

La renuncia de Matos constituyó sin duda el momento más peligroso para la revolución hasta la fecha, pues, al contrario que Urrutia, Matos tenía partidarios, influencias dentro del Ejército Rebelde y posibilidades de armar a una facción contra el Gobierno. Finalmente la crisis se pudo contener y Matos fue juzgado y condenado a prisión cuando el primer año de revolución llegaba a su fin. Sin embargo, su renuncia constituyó un desafío sin precedentes y tuvo consecuencias en los meses venideros. Con aquel episodio se cerraba la segunda fase de la revolución. Una fase en la que la tónica general como hemos expuesto estuvo centrada en la acusación del carácter comunista de la revolución. Díaz Lanz, Urrutia y Matos compartían tal diagnóstico y lo único que diferencia al último de los primeros era su capacidad de influencia. Díaz Lanz y Urrutia se fueron solos, pero Matos abandonó escoltado y secundado por un grupo de revolucionarios que habían prestado sus servicios contra Batista en la lucha guerrillera, toda una novedad.

Por lo demás, estos meses finales de 1959 fueron pródigos en la propagación de todo tipo de infundios sobre lo revueltas que andaban las aguas entre los máximos dirigentes de la revolución y las posibles facciones que se movían en su seno debido a la presencia de reputados comunistas. La propaganda fue un arma valiosa desde el mismo nacimiento de la revolución y la disidencia hizo un uso inteligente de ella para generar el desconcierto entre las filas revolucionarias, promover la división entre sus sectores más relevantes y desvirtuar el proceso revolucionario en el exterior.

Entre estos infundios llamados a generar la desconfianza, uno de los más irritantes para la dirigencia revolucionaria fue el propagado a raíz de la trágica desaparición de Camilo Cienfuegos. La desaparición de este dirigente, a la altura del menor de los Castro o el Che Guevara en el escalafón de mando, generó un torrente de historias rocambolescas sobre su posible paradero o sobre las causas de su desgracia. Aquellos accidentes aéreos, tan habituales durante los primeros años de revolución debido a la falta de material y efectivos humanos, se utilizaron sin reparo alguno para tratar de generar desconfianza dentro de Cuba, así había sucedido meses antes con la desaparición de Raúl Castro durante unas horas y así sucedió con la desaparición para siempre de Camilos Cienfuegos meses después.

La trágica pérdida de Camilo Cienfuegos en aquellos días finales de octubre de 1959 dio pie en la prensa norteamericana a una historia de confabulaciones y traiciones sin par. La desaparición de Cienfuegos, acontecida justo después de la detención de Matos, una detención que fue precisamente llevada a cabo por Cienfuegos, desató todo tipo de interpretaciones maliciosas en las que se culpaba a la fracción más radical del frente revolucionario de su desaparición.

El supuesto anticomunismo de Cienfuegos fue el arma utilizada para difundir aquellas calumnias. El estado de intoxicación informativa llegó a tal punto, que la propia prensa franquista, víctima como el resto de la prensa latinoamericana de aquella corriente de infundios y elucubraciones fantasiosas, cedió sus páginas a algunos dirigentes revolucionarios cubanos para que pudieran ofrecer en España sus explicaciones sobre el accidente del líder cubano desaparecido. Fue *Pueblo*, único diario franquista en el que la propaganda norteamericana parecía no tener asiento permanente, el que ofreció a la dirigencia revolucionaria este descargo, algo que resultó una verdadera novedad, pues, desde enero de 1959, los líderes de la revolución que permanecían fieles al proceso revolucionario no se habían pronunciado en los medios franquistas ni habían concedido entrevista alguna. Sin embargo, aquí se hizo un excepción por ambas partes debido al alcance que tenía culpar a la dirigencia revolucionaria de la desaparición del popular Camilo Cienfuegos y probablemente también debido al hartazgo de algunos medios franquistas, que se estaban viendo sometidos a publicar un torrente de noticias falsas que eran desmentidas por los hechos poco después. Aquella circunstancia dejaba en evidencia a la prensa franquista ante sus lectores, que podían ver con suma nitidez el clima de dependencia que la prensa española tenía de la norteamericana. Algo a todas luces humillante para un régimen que se vanagloriaba de sus relaciones con América Latina.

Por lo demás, la desaparición de Camilo Cienfuegos fue un caso más dentro de la fecunda información procedente de Cuba que terminó siendo utilizada para agitar el fantasma de la propaganda anticomunista. Las versiones sobre el carácter comunista de la revolución habían alcanzado tales proporciones dentro de las agencias de prensa norteamericanas que todo servía para cimentar y justificar aquellas teorías.

El anticomunismo, durante la segunda mitad de 1959, fue el recurso predilecto de la contrarrevolución y ello tuvo como consecuencia que muchos medios de comunicación, entre ellos la mayoría de la prensa franquista, estuvieran sometidos a una serie de informaciones que después de aparecer en grandes titulares desaparecían sin dejar secuela alguna en los días subsiguientes. Las noticias sobre las vinculaciones comunistas de la revolución aparecían haciendo uso del mayor estruendo, nunca aparecían bajo fundamentos sólidos, más allá de las habituales menciones “a las fuentes bien informadas o fidedignas”, y desaparecían con posterior de los medios sin mayor justificación para ser sustituidas sin dilación por otras de similar factura.

En aquellos meses, la inseguridad informativa en los diarios franquistas y en las agencias de prensa internacionales, fuentes éstas de las que se nutrían aquellos, era intensa. La información distribuida sobre Cuba en España rara vez hacía referencia a los medios de información cubanos, con alguna

excepción en las páginas de *Pueblo*, y estaba construida al amparo de las agencias de prensa internacionales. Como resultado de este entramado, la información aparecía siempre sobre una tramoya cambiante y tendenciosa, donde el decorado y los efectos escénicos podían ser variables, pero donde prevalecía un telón de fondo presidido por el supuesto carácter comunista de la revolución.

Sin embargo, cabe preguntarse, a tenor de todo lo expuesto, qué había de cierto en aquella infiltración comunista y la respuesta que obtenemos no pasa de la mera conjetura. Si nos acogemos a la lecturas que la dirigencia revolucionaria hizo de los primeros años de revolución a partir de mediados de la década de los sesenta, podemos señalar que era cierto que existían tendencias filocomunistas entre elementos distinguidos dentro de la dirigencia revolucionaria, podemos señalar también que lo que se definía como criptocomunismo en aquella época podía servir también para dar fe de lo que estaba sucediendo dentro de un grupo significativo de la dirigencia revolucionaria. Sin embargo, aquello no le daba la razón a los que habían hecho de la delación su sistema político, pues lo que Matos o Urrutia habían señalado y denunciado era que los comunistas estaban penetrando en la cúpula de poder. Es decir, que los comunistas se estaban introduciendo en los puestos clave de la revolución y aquello estaba lejos de ser real. La dirección de la revolución estuvo siempre en las mismas manos, en las de los hombres y mujeres que habían tomado el poder en enero de 1959 y lo único que había cambiado era que un sector del 26 de Julio, el más conservador, había optado por abandonar el frente revolucionaria y que lo había hecho a través del portazo y las acusaciones carentes de pruebas concluyentes.

Así pues, El PSP o los hombres a las órdenes del Kremlin, como solían definir algunos medios de comunicación a los miembros del partido comunista cubano, no figuran en los puestos señeros. Además, en ningún momento estuvo proscrita la crítica al comunismo como ideología o a los miembros del PSP como formación política. En Cuba había total libertad para apostar por la ideología política que se considerara oportuna. Sin embargo, lo que sí estaba censurado, y había razones de peso para ello, era afirmar que Fidel Castro o los hombres que estaban al mando de las instituciones y los ministerios eran comunistas o actuaban al servicio de los dictados de Moscú, pues aquella afirmación ofrecía artillería al nutrido grupo de opositores que se movían ya en los círculos de la conspiración. La revolución cubana se regía bajo los patrones que dictaba el nacionalismo cubano, que sólo aceptaba el compromiso ideológico que pudiera derivarse del elusivo y ambivalente humanismo patrocinado desde el poder revolucionario. Aquel era el carácter de la revolución que los dirigentes aceptaban como propio y acusar a la revolución de estar en manos de los intereses soviéticos colocaba al movimiento revolucionario a merced de la Administración norteamericana, deseosa ya de cargarse de razones para justificar la intervención y teñir de autodefensa cualquier tipo de agresión contra el régimen fidelista.

Durante este segundo período revolucionario, que arranca con la Reforma agraria, fuente de división para el “26 de Julio” en tres tendencias definidas, que compartían como premisa el nacionalismo, pero que diferían en lo tocante al ritmo y la naturaleza de las reformas y a la profundidad y alcance de las mismas, y que termina con la práctica desaparición de los sectores reformistas y continuistas que habían luchado contra Batista, el carácter de la revolución se define por la dinámica que genera el quehacer revolucionario. La dinámica de la revolución y la puesta en ejercicio de su programa de gobierno definen los ritmos, las adhesiones y las disidencias. Es la revolución y el avance de la misma la que determina el juego de las alianzas y las disidencias y es la revolución la marca la acción de los enemigos externos y de los internos. El bloque hegemónico que domina en los Estados Unidos reacciona ante el acontecer cubano y lo hace a través de las protestas de la Administración norteamericana y de las presiones de las clases extractivas que dominan la economía estadounidense, que ven, con incredulidad, el peligro al que están sometidos sus intereses materiales en la isla y, por

extensión, en el resto de continente si la revolución termina por contagiarse a la ya de por sí agitada América Latina.

A finales de 1959 la dinámica desatada por la revolución en su quehacer diario determina que estos tres grupos en que se había dividido la organización rectora del frente fidelista redefinan sus posturas y lo hacen en función de los condicionantes materiales y políticos que agitan al proceso revolucionario. El movimiento 26 de Julio, alrededor del cual giraban el resto de las fuerzas revolucionarias, sufrió durante esta segunda mitad de 1959 una convulsión que reestructuró su composición. El sector más conservador estaba en trance de desaparecer para diluirse en la amalgama variopinta a través de la cual comenzaba a caracterizarse a la contrarrevolución. El sector que se definía como anticomunista, pero que apostaba por continuar con la marcha de la revolución tenía todavía vigencia y capacidad de influencia, pero era el tercer sector, el más radical de ellos, propenso a sumergirse en la vorágine el cambio sin miedos y ataduras y proclive a pactar con los comunistas si la circunstancias de la lucha lo imponían el que estaba copando el protagonismo y sobre todo los principales puestos de dirección y la carteras ministeriales estratégicas. En este grupo figuraban los que se harían con el control de la revolución en los meses venideros y dentro de él Raúl Castro y Che Guevara marcaban la pauta a seguir.

Este sector del 26 de Julio fue el que salió reforzado tras el primer año de revolución, fue el único que consideró prioritario llevar a término el programa con el que el frente revolucionario se había comprometido tras la toma del poder. Muchos de sus miembros ocupaban posiciones relevantes en el Gobierno y la administración de Cuba y los que no las ocupaban todavía no tardarían en hacerlo. El episodio de Hubert Matos fue la última oportunidad de reconducir la revolución por las sendas de la reforma serena, fue la última oportunidad de poner en marcha un programa de revolución pasiva desde el interior del grupo dirigente que se había alzado con el poder, pero su fallida intentona de revertir la radicalidad del proceso dejó a la revolución en manos de los más decididos y condenó a los moderados a tomar como salidas únicas la reconversión, el desenganche de las posiciones de mando o canalizar el descontento a través de la conspiración. Los últimos girondinos se retiraron haciendo uso del estruendo y la protesta y los jacobinos coparon los puestos. Quedaban, es cierto, algunos sectores profundamente comprometidos con la revolución, pero rabiosamente anticomunistas. Sin embargo, estos sectores no se oponían a poner en marcha todas las reformas necesarias para asegurar la soberanía y a colocar al tejido productivo nacional en manos cubanas.

El triunfo de los radicales movió también a Fidel Castro, arbitro indiscutible de la tumultuosa contienda entre facciones, a situarse al lado de los sectores más decididos, pues fue consciente, como el resto del frente revolucionario, que si la revolución no se radicalizaba fenecería. Así pues, a finales de 1959, el sector radical del frente revolucionario, el integrado por los decididos a llevar el proceso revolucionario hasta sus últimas consecuencias, se encontró con todo el poder en sus manos. Contralaba ya con el Gobierno de Cuba, en poder del que pasaría a ser director de este grupo, Fidel Castro; la Presidencia, en poder de Osvaldo Dorticós; el Ministerio de Asuntos Exteriores, con Raúl Roa al frente; tenía el control de la masa obrera a través del Ministerio de Trabajo, en manos de Augusto Martínez Sánchez; el INRA, bajo la jefatura de uno de los más radicales dentro del 26 de Julio, Núñez Jiménez, y, sobre todo, esta facción del “26 de Julio”, contaba con algo fundamental, la banca nacional y la fuerzas armadas, los caudales y los fusiles, que estaban bajo la dirección de los dos máximos dinamizadores de aquel proceso de radicalización progresiva, Che Guevara y Raúl Castro.

Cuba fija los principios rectores de su política exterior

Durante el primer año de revolución, el decurso del proceso fue marcando los tiempos del proyecto y determinó sus posibles caminos al margen de la influencia extranjera. Es cierto que Estados Unidos y otros países iberoamericanos trataron de fijar el relato que más convenía a sus intereses, pero la partida se jugó, casi por entero, en el interior de Cuba a través de la lucha que se estableció entre las diferentes facciones revolucionarias. Este período se explica, casi en exclusiva, a través de la que hemos fijado como hipótesis prioritaria en nuestros planteamientos de partida. Sin embargo, a partir del mes de enero de 1960, la hipótesis a la que habíamos fiado la suerte de la explicación compresiva comienza a precisar de la asistencia de las otras dos hipótesis para dar cuenta de la realidad vivida.

En este segundo año de revolución, podemos distinguir dos períodos y un tercero que cubre los últimos dos meses de 1960 y que se extiende hasta mayo de 1961. El primero período, tercero en el cómputo global, iría desde el conflicto de la Revolución cubana con la España franquista y los Estados Unidos de Eisenhower en enero de 1960 hasta el establecimiento de relaciones con la URSS en mayo de 1960 y el cierre de la prensa cubana más conservadora en este mismo mes, y el segundo, cuarto desde el inicio de la revolución, arrancaría en junio de 1960 con las primeras leyes para hacerse con el control de las corporaciones extranjeras que dominaban el sistema productivo cubano y finalizaría en octubre de 1960 con la consecución del programa del Moncada, programa con el que se había comprometido el frente revolucionario tras su arribo al poder. A partir de este mes de octubre y hasta la proclamación del carácter socialista de la revolución en abril de 1961, se extiende un semestre en el que se sentarán las bases para la asunción de la vía socialista como modelo organizativo para la Revolución cubana.

En el período que va de enero a mayo de 1960 Cuba vive un periodo de excitación casi permanente y las influencias externas, junto a la radicalidad del nacionalismo imperante, parte vertebradora de la primera hipótesis, tienen que ser tomadas en consideración para explicar las encrucijadas por las que pasa la dinámica de la revolución.

Una vez finalizado el primer año de revolución se abrió un nuevo período para Cuba regido ya bajo los principios que emanaban del sector más radical del 26 de julio, lo que determinó que tanto España como los Estados Unidos se vieran condicionados en sus relaciones con Cuba al no contar con sectores afines dentro del organigrama de poder cubano. Este período, sumamente convulso, se cierra con el establecimiento de relaciones diplomáticas entre Cuba y la URSS.

El período comenzó con una crisis sin precedentes para la posición del régimen franquista en Cuba, síntoma inequívoco de que aquella entente imposible que había tejido el franquismo con la Revolución cubana tenía unos fundamentos sumamente endebles. La España franquista se encumbró frente a la revolución naciente en enero de 1959 con los mismos elementos que la hicieron caer en desgracia justo un año después, y es que, todo aquel influyente entramado de sacristías, cenobios, centros regionales, consulado y embajada que le había facilitado el favor de la revolución en los tiempos de la lucha contra Batista, fue el que la condenó finalmente.

El franquismo contaba con un almacén institucional y con un tejido asociativo vinculado a España a través del catolicismo o de la emigración que le había facilitado posicionarse junto al frente revolucionario en la lucha contra dictadura. De este modo, la España franquista, a pesar de haber mantenido unas relaciones más que satisfactorias con el régimen de Batista, consiguió colocarse a la vera de la frente revolucionario en enero de 1959, debido a los servicios prestados al frente “antibatistiano” durante la contienda civil. Sin embargo, gran parte de aquel andamiaje del que se había servido la Embajada española para estar a bien con el Gobierno revolucionario cubano comenzó a conspirar tras la Reforma agraria para derrocar, o al menos redirigir, el proceso revolucionario.

Aquel entramado afín a la Embajada española, tan pronto como cayó en la cuenta de que aquella revolución era real, comenzó a conspirar haciendo uso de aquellos mismos aparatos de presión e intervención que tan bien se habían desenvuelto durante la lucha contra Batista para crear una red clandestina de apoyos y confidentes en las labores conspirativas.

Después de un año de tanteo, los sectores que habían ayudado a la Embajada franquista a congraciarse con la revolución la precipitaron, con la misma naturalidad, por las sendas de la contrarrevolución. La España de Franco estaba pues condenada a vivir aquel viacrucis particular debido a los sectores que le daban cobertura en la isla, cada vez más desafectos con el régimen imperante en Cuba y más reacios a admitir de forma pacífica la nueva realidad.

La constatación de aquella realidad venía intuyéndose desde hacía semanas, pues dentro del catolicismo cubano se estaba viviendo un enfrentamiento en el que los asuntos españoles y la lectura de los últimos treinta años en la historia de España estaba tomando un protagonismo desacostumbrado y en el que la Embajada franquista, como cabía esperar y desatiendo la prudencia diplomática que convenía, estaba teniendo un protagonismo demasiado evidente. Aquella disputa dentro del catolicismo hacía referencia a la posición de la Iglesia cubana frente al franquismo, pero de forma intencionada o incidental reflejaba también cual debía de ser la posición del catolicismo frente al futuro de la revolución. De esta suerte, aquellos sectores dentro del catolicismo que apoyaban a la revolución eran precisamente los que se mostraban beligerantes con el franquismo y, por el contrario, los que loaban las excelencias del régimen franquista eran los que comenzaban a emparentarse con los sectores más refractarios al régimen cubano y los que, por tanto, antes iniciaron sus coqueteos con la contrarrevolución violenta.

Ante semejante escenario, la fricción entre los Gobiernos de Madrid y La Habana era una posibilidad muy real y finalmente, como cabía esperar, el desencuentro hizo acto de presencia de la manera más ruidosa y menos favorable para la imagen del franquismo en Cuba. El escándalo tuvo como detonante la denuncia de Fidel Castro ante las acciones injerencistas y la connivencia que los representantes de Washington y Madrid estaban teniendo con la contrarrevolución. Las Embajadas de la antigua metrópoli y de Estados Unidos, en colaboración con sus sectores afines en la isla, muy especialmente con una parte del catolicismo cubano, estaban conspirando contra el Gobierno cubano. La denuncia de Fidel Castro hablaba así de un entramado conspirativo en el que había implicados muchos actores y en el que la conjura, como pasó a ser habitual a partir de entonces, nacía en el interior del país con el sustento de los intereses internacionales afectados por la deriva revolucionaria. Sin embargo, a pesar de que las representaciones diplomáticas de Madrid y Washington compartían responsabilidades en el sustento de la contrarrevolución, el protagonismo en aquel episodio corrió a cargo de la España franquista debido a la incontinencia verbal y a las maneras intempestivas de su representante en Cuba.

Como hemos señalado en este trabajo, el contencioso gozó de la mayor visibilidad, pues pudo ser contemplado, en riguroso directo, por el pueblo cubano. Fidel Castro acusó, en una de sus comparecencias habituales y ante las cámaras de televisión, a la Embajada de España, a ciertos sectores del catolicismo cubano y a los intereses norteamericanos que se movían en el interior de Cuba de dar cobertura y protección a la contrarrevolución y a los grupos de acción directa que atentaban contra los intereses cubanos. La revolución, por boca de su figura señera, delimitaba así los contornos de quienes estaban llamados a poner en aprietos al pueblo cubano en los meses venideros, y antes de que el primer ministro acabara su alocución, en la que se relataba, entre otros asuntos, aquella injerencia intolerable, el embajador franquista irrumpió en los estudios de televisión de forma intempestiva e increpó públicamente al jefe del Gobierno cubano para solicitarle, con muy malas maneras, la oportunidad de defenderse y salvar el buen nombre de la representación franquista. Las

maneras del embajador español y los modos en que solicitó el descargo, ante las cámaras de televisión y visiblemente fuera de sí, causaron estupor en Cuba y colocaron al régimen franquista al borde la ruptura con la Revolución cubana.

Aquel episodio del embajador Lojendio, que, como acabamos de señalar, venía precedido de un agrio enfrentamiento dentro de la Iglesia cubana entre los detractores y los defensores del régimen de Franco y en el que el embajador franquista había tenido un destacado protagonismo, supuso la puntilla definitiva y certificó el fin de la influencia franquista en Cuba. El embajador español, tras aquel espectáculo, fue conminado a abandonar el país de inmediato y las relaciones entre ambos países estuvieron a punto de ser clausuradas.

La salida de tono del embajador Lojendio estuvo a punto de llevar a la ruptura de relaciones entre ambos países, y sólo la actitud del régimen franquista, dispuesto a encauzar el problema por los senderos que determinara la diplomacia cubana salvó a la Embajada franquista de la catástrofe definitiva. De todos modos, la delegación franquista quedó bajo la dirección del encargado de Negocios y ni Lojendio fue sustituido por embajador alguno ni el influente Miró Cardona, embajador cubano en Madrid, regresó nunca a su puesto en la capital española tras ser llamado a consultas.

Las relaciones diplomáticas, sin romperse formalmente quedaron seriamente dañadas y reducidas a su aspecto comercial. Aquel episodio tuvo además otros costes. España, muy a su pesar probablemente, apareció uncida al carro de la contrarrevolución mediante pruebas más que elocuentes, apareció igualmente mezclada con la Embajada norteamericana en aquellos manejos, cuyo representante, el embajador Bonsal, corrió a solidarizarse con su homónimo español tan pronto como tuvo oportunidad para ello.

Sin embargo, aquel encontronazo dejó como secuela más denigrante la defenestración casi total del régimen franquista ante el pueblo de Cuba, que explicitó sus simpatías, contenidas durante todo un año, por la España preterida; es decir, por aquella España que había representado la II República en sus múltiples sensibilidades. Una circunstancia que tuvo un reflejo claro en los medios de comunicación. La mayoría de la prensa cubana dio cabida en sus páginas a todos los recelos que moraban en la sociedad cubana sobre el régimen franquista. El Gobierno franquista y el bando de los vencedores en la Guerra Civil fueron puestos ante la opinión pública cubana bajo el adorno de todos sus defectos y lo que se había ocultado durante meses para no generar un nuevo frente exterior a la Revolución cubana fue explicitado en los medios sin reparo alguno. Las descalificaciones en torno a la figura del representante español se mezclaron con las críticas inmisericordes del régimen al que representaba y, por primera vez, la España de la II República recibió todos los honores.

La revista *Bohemia* dedicó una miríada de reportajes, editoriales y artículos de opinión a lo que se comenzó a conocer como “el caso Lojendio” y en la mayoría de ellos, más allá de las críticas al embajador y al régimen franquista, se presentó como principio lo que pasaría a ser una constante a partir de entonces: la causa de la República española era la causa de la Revolución cubana y, por tanto, las relaciones con la España franquista tenían que analizarse a calor de aquella evidencia. Las consecuencias que se derivaban de aquel aserto axiomático eran evidentes, el régimen derrotado en la Guerra Civil española y el triunfante en la cubana contra el régimen de Batista, tenían un enemigo común: la España antigua y militarista, progenitora y referente de los regímenes de fuerza que habían imperado en Cuba desde su independencia del régimen colonial español.

Bohemia lo presentó con una claridad que no dejaba lugar a la duda. Cuba tenía la obligación de estar con la España liberal frente a la absolutista, pues la primera era la que había tenido siempre como objetivo liberar al pueblo español de sus ataduras atávicas y la segunda había porfiando siempre por mantener al pueblo en aquel régimen de feroz opresión e inmovilismo.

Por otro lado, el rechazo a la Embajada española, y por extensión al régimen franquista, no fue patrimonio de las publicaciones cubanas, y esto parecía lo más preocupante. Los diarios y revistas de Cuba no actuaron ante un vacío factual, pues sólo reflejaron el sentir de las calles. El rechazo al embajador de España fue secundado por toda la población y terminó transformándose en un repudio al régimen franquista que inundó las calles de la capital cubana y de otras ciudades de Cuba de carteles, discursos y soflamas contra el régimen de Franco. La imagen de Lojendio y la del dictador al que representaba eran el anverso y el reverso de una misma moneda, la que representaba a la peor tradición de España, y en aquel momento, todo parecía indicar, que la ruptura de relaciones sería inevitable.

El régimen de Franco, que había estado bajo sospecha durante meses, confirmaba lo que muchos pensaban y nunca se había atrevido a exteriorizar. Y es que, después de la confirmación de aquellas sospechas, después de la presencia de las evidencias de todo lo intuido, la población no se aguantó y escenificó un mar de rechazo contenido. Horas después de la salida de tono de Lojendio a raíz de las declaraciones de Fidel Castro la población escenificó un rechazo hacia la España oficial sin precedentes y lo peor para el régimen franquista fue que hubo una unanimidad abrumadora, nadie sacó la cara en favor del denostado embajador y no hubo contrapeso posible para salvar la honra del franquismo, arrojado sin clemencia ante los pies de los caballos.

Por lo demás, las autoridades cubanas, que podían haber llamado a la moderación para contener los ánimos, se abstuvieron de ofrecer cauces para desactivar el vilipendio al que fue sometido el franquismo y dejaron que la repulsa alcanzara proporciones mayúsculas. Nadie salió a reclamar moderación en los actos de repulsa, lejos de darse esta circunstancia, se dio la contraria, pues todos parecían dispuestos a cargar contra el régimen franquista y su denostado embajador.

De todos modos, el momento más amargo para la diplomacia franquista ocurrió un día después del incidente, cuando una manifestación de grandes proporciones, inundó las calles de La Habana en protesta por lo acontecido. La organización de aquel acto de repulsa ciudadana corrió a cargo de la central sindical de Cuba, con la que Lojendio había tenido algunas diferencias en los meses precedentes, y en él se significaron todos los sectores de la España del exilio presente en Cuba para escenificar su afirmación de la Revolución cubana y su rechazo al régimen franquista. Como colofón de aquel acto de desagravio la ensaña franquista fue retirada de la balconada de la Embajada española y sustituida, sin más dilación ni protocolo, por la bandera republicana. Un duro golpe para la España de Franco, pues, ante los medios cubanos y ante el continente, todo el mundo pudo contemplar la comunión entre republicanos españoles y revolucionarios cubanos. La España republicana presente en Cuba, lejos de desempeñar un papel secundario en aquella jornada de descargo, compartió protagonismo con los líderes de la revolución en aquella manifestación como nunca pudo hacerlo la legación franquista en ninguna otra.

El caso Lojendio dejó un poso acusado en la opinión pública cubana y durante los días subsiguientes el vocero del “Movimiento 26 de Julio”, *Revolución*, y el de los comunistas cubanos, *Hoy*, no permitieron que la afrenta franquista cayera en el olvido. Por las páginas de estos dos diarios pasaron aquellos sectores de la otra España que tenían algo que decir sobre el asunto Lojendio, que, a la postre, fue utilizado como pretexto para hablar del régimen franquista y su perniciosa influencia en el continente americano.

El episodio Lojendio puso al descubierto todo lo que se había callado durante meses. Entre otras cosas, la falta de sintonía entre la dirigencia revolucionaria y la dirección de los centros regionales españoles que tenían sede en Cuba, lo que conducía, irremediablemente, a la necesidad de afrontar cambios en estas organizaciones del asociacionismo español para adaptarlas a las necesidades de la nueva Cuba. En aquellos centros había elementos, con cargos directivos o posiciones relevantes, que

habían apoyado a los representantes de Franco en Cuba. Es más, muchos eran reputados y conocidos franquistas y aquello suponía un elemento distorsionador. De este modo, se precisaba una regeneración democrática de los centros y sociedades españolas, pues muchos de sus dirigentes estaban lejos de representar los valores democráticos y revolucionarios que Cuba sostenía en aquel momento. En fin, el caso Lojendio desató todas las tensiones que durante meses habían estado soterradas y supuso un punto de inflexión en las relaciones entre España y Cuba. Y es que, de no llevarse a cabo aquella transformación de los centros regionales, se estaba dando cobertura a la presencia de una posible quinta columna contrarrevolucionaria dentro de la colonia española, pues era público y notorio que muchos de los directores de aquellos centros simpatizaban con el régimen franquista.

A partir del mes de enero de 1960 se desató una feroz lucha de clases en Cuba que no dejó a ningún sector de la sociedad al margen. Como cabía esperar, la potente y numerosa colonia española se vio arrastrada a esta vorágine después del caso Lojendio, detonante de las contradicciones que se habían insinuado entre la España de Franco y la Cuba de Fidel Castro, diferencias profundas que pudieron contenerse durante unos meses, pero que terminaron por estallar de forma abrupta cuando el sector más a la izquierda del 26 de Julio tomó el control del Gobierno revolucionario.

Ahora bien, el caso Lojendio, más allá de las posibilidades de ruptura que poseía, dejó como secuela inevitable un cambio radical en el ámbito de la influencia española en Cuba de cara al futuro. La primera damnificada, más allá de la Embajada española, fue la Iglesia católica, pues había aparecido claramente señalada entre los sectores que colaboraban con la contrarrevolución. A partir de aquel momento, una parte de la Iglesia cubana, aquella que se había significado en sus apoyos al régimen franquista o que había comulgado con los sectores más conservadores del frente revolucionario en los inicios de la revolución, quedó señalada. Desde entonces, la Iglesia tuvo que cargar con el peso que suponía albergar en seno a un sector contrarrevolucionario que la comprometería cada vez más y que terminó por implicarla por entero en el frente de la disidencia.

Después del caso Lojendio la Iglesia cubana se dividió en dos vertientes. Una de ellas, la más conservadora, sobre la que pendía ya la mácula de la traición, comenzó a tener en el *Diario en la Marina* a su órgano oficioso, que tras la salida de Lojendio, no dudó en seguir publicando en sus páginas algunos pasajes laudatorios sobre el régimen franquista. Frente a esta Iglesia conservadora se presentó aquella otra proclive a tender puentes con la revolución. Una Iglesia de corte progresista que expresó sus posiciones, como venía siendo habitual, a través publicaciones como *La Quincena*. De todos modos, los daños causados por aquel episodio fueron más allá de la división en dos bandos, pues dentro de cada uno se generaron dudas sobre el futuro y el más progresista comenzó a mostrar reticencias ante las maneras de Fidel Castro, un aspecto, ciertamente novedoso.

El caso Lojendio, como ha podido comprobarse, supuso un verdadero cataclismo para la España franquista. De todos modos, los daños pudieron minimizarse con el transcurso de los días, gracias, fundamentalmente, a la actitud del Gobierno franquista y del Ministerio de Exteriores de España que desplegaron un gran esfuerzo para que la ruptura no se hiciera efectiva. De hecho, la prensa franquista se mostró de lo más comedida y la posibilidad de romper con Cuba no llegó a contemplarse en ningún momento. Es más, algunos diarios, como fue el caso de *Pueblo*, lanzaron editoriales en aquellas fechas en los que se afeaba la actitud de Castro, pero en los que se reconocía su esfuerzo por colocar a Cuba en el mundo y su relevancia política a nivel continental. Sin embargo, a pesar de la tibieza mostrada por el entorno franquista, el precio fue alto, pues la España de Franco dilapidó en pocas horas la minuciosa labor llevada a cabo durante meses para mantener a la España republicana lejos de la dirigencia revolucionaria.

Un aspecto que tendió también a rebajar la tensión entre Cuba y España fue la irrupción, días después, del presidente norteamericano para refutar las acusaciones vertidas contra los Estados Unidos. Eisenhower acusó a Cuba de estar bajo la influencia de los sectores más radicales y señaló que todo aquella refriega respondía a los dictados de la intriga comunista. Aquella acusación recibió la réplica de Fidel Castro y una vez más las relaciones entre ambos países entraron en la vía, ya habitual, de las declaraciones cruzadas y los ataques constantes.

Este aspecto benefició en gran medida a la España de Franco, pues ésta, tras el primer sobresalto que trajo la investida de Lojendio, se centró en minimizar los daños, algo que la distinguió de los Estados Unidos. La España de Franco pasó del escándalo de su embajador al silencio del Ministerio de Exteriores y del Gobierno franquista en su encontronazo con Cuba. Estados Unidos siguió la vía contraria, el silencio de los primeros días dio paso a las declaraciones del secretario de Estado y del presidente norteamericano donde se dio rienda suelta a la indignación por las palabras de Fidel Castro y al que se le negó cualquier tipo de legitimidad en sus reclamaciones.

Cuba vivió en este primer mes de enero de 1960 en el sobresalto continuo. Sin embargo, la llegada de febrero no trajo la tranquilidad para el frente fidelista, más bien todo lo contrario. A principios de febrero llegó a La Habana en visita oficial el vice primer ministro de la URSS, Anastás Mikoyán, invitado por la revolución para inaugurar una exposición soviética que ya se había presentado meses antes en México y Estados Unidos. Sin embargo, a pesar de contar con precedentes en el continente la presentación de aquella exposición, el arribo del mandatario soviético no fue bien recibido por un sector de la sociedad cubana que, bajo los auspicios de periódicos como el *Diario de la Marina*, señaló los inconvenientes de aquella visita. Además, durante la estancia del mandatario soviético se produjeron altercados entre partidarios y detractores y una vez más entre estos últimos aparecieron sectores pertenecientes al asociacionismo católico.

Por lo demás, la visita de Mikoyán generó en Cuba todo un debate que mezcló la crítica al régimen soviético con el derecho de Cuba a comerciar con todos los países del orbe. Para los sectores nacionalistas más liberales aquello era perfectamente compatible y esta postura se explicitó tras la firma de los primeros acuerdos comerciales entre La Habana y Moscú, formalizados durante aquella visita de Mikoyán a Cuba.

Tras la estancia de Mikoyán en La Habana y los acuerdos comerciales con Moscú se produjo un fértil debate sobre el camino que tendría que afrontar Cuba en el futuro. Había partidarios de girar a la izquierda y otros de continuar en la senda del capitalismo ensayado durante décadas, pero bajo un régimen de intercambios comerciales más abierto al mundo. En cualquier caso, tanto si se producía un giro radical a la izquierda, como si se optaba por permanecer dentro del canon existente, había un cierto consenso en preservar la independencia frente a soviéticos y norteamericanos bajo el signo del intercambio intenso con ambos países. Cuba tenía que seguir su propio camino y esta receta podía ser aplicable al resto del continente. Una receta que, según señaló la revista *Bohemia* en aquellas fechas, podía venir marcada por los siguientes principios: neutralidad, democracia, soberanía e intercambio comercial al máximo nivel con todos los pueblos del orbe, incluyendo por su puesto a los dos más poderosos.

Durante este tercer período de revolución la marcha del proceso revolucionario sigue estando sujeta a los designios que parten de Cuba. Ahora bien, el ritmo de las reformas y las decisiones adoptadas, evidentemente, tienen un marcado sabor internacional. Cuba, la revolución, está sujeta, en cierta medida, al capricho de terceros, pues sus decisiones, firmes en sus convicciones, comienzan sin embargo a generar reacciones y posicionamientos entre los antiguos y los futuros socios internacionales. La revolución, comandada ya por el sector más radical, sufre menos los envites de la disidencia interna, pero comienza a ver como las decisiones que toma en lo tocante a su política

interna condicionan sus relaciones con el exterior, tanto con Estados Unidos, como con España y con América Latina, y desde luego con el bloque socialista y los llamados países neutrales.

Las posibles vías de desarrollo de la revolución comienzan a quedar claras, pues Cuba, desde sus más diversas vertientes ideológicas, rechaza en el encuadramiento de la Guerra Fría. Sin embargo, a pesar de esta declaración de intenciones, la dirigencia revolucionaria comienza a tener claro que ciertas decisiones la inclinaran hacia un bloque u otro dentro de la Guerra Fría, independientemente de su vocación y pretensión neutralista.

De este modo, es indudable que durante este primer bimestre de 1960 el carácter de la revolución su definición y futuro perfil comienzan a depender de factores que escapan a la pura dinámica de la revolución. La influencia de los Estados Unidos, en menor medida la de la URSS, y la capacidad de desestabilización que pueden generar los países iberoamericanos, entre ellos España, comienzan a jugar un papel relevante en la definición de los itinerarios a seguir. De igual modo, el nacionalismo cubano y las ideas de la dirigencia revolucionaria, sobre todo su capacidad para asumir sus compromisos con la URSS, pasan a ser factor de primer orden.

La explicación de la Revolución cubana, a partir de este mes de febrero, precisa de todas las hipótesis esbozadas al principio de este trabajo para dar fe de lo acontecido: la tercera de la hipótesis que habíamos planteado, es decir, aquella apegada al estudio en profundidad del escenario particular de Cuba para alcanzar la comprensión sigue siendo prioritaria, pero, indudablemente, las intelecciones teóricas generales que hacen referencia al contexto de la Guerra Fría y al análisis marxista, sobre todo a la capacidad de la dirigencia revolucionaria para asumir este análisis como propio, comienzan a tener importancia capital. Durante los últimos días de febrero, el mes de marzo y el de mayo estos nuevos condicionantes se hacen más evidentes en las dinámicas que afronta la revolución.

Por lo demás, las brechas abiertas entre la España de Franco y la Revolución cubana ya nunca se cerraron plenamente. Las relaciones no se rompieron, pero tuvieron sobresaltos durante todo el período analizado. Cuba mantuvo bajo cuarentena a lo que quedaba de la Embajada española y a sus simpatizantes en Cuba y la España de Franco no perdió la oportunidad de devolverle a Cuba los golpes de los que se sentía víctima. A finales de febrero, la dirigencia revolucionaria tiene que lidiar con los atentados del DRIL en España, una asunto que pasó de puntillas por la prensa cubana, pero que publicitó la franquista para articular un ataque sin precedentes contra la exilio y la Revolución cubana. El régimen franquista, a través de un comunicado oficial publicado en todos los diarios, situó a los comunistas, a los socialistas, al exilio en general y a sectores del entramado de la Revolución cubana en la senda de la conspiración contra España. Las conclusiones de las fuerzas de orden público franquistas lo exponían sin reparos: el variado exilio español, en comunión con elementos afines a la Revolución cubana, habían recaudado fondos a través de Cuba para atentar contra España en su propio suelo.

El general Alberto Bayo, instructor de los hombres de Fidel Castro durante su exilio mejicano y uno de los que había participado activamente en las manifestaciones de repulsa contra el régimen franquista que sucedieron al encontronazo entre Juan Pablo de Lojendio y Fidel Castro, era el único que aparecía mentado con nombre y apellidos en el comunicado que facilitaron las autoridades franquista sobre los atentados del DRIL, y esto colocaba a Bayo en una situación complicada frente al Gobierno cubano. Bayo era el principal señalado, tema no menor, pues, en aquel momento, era la figura del exilio español más cotizada dentro del panorama revolucionario cubano.

Así pues, un mes después del engorroso asunto Lojendio, que tenía como telón de fondo las acusaciones cubanas contra la Embajada de Franco por dar cobertura a la contrarrevolución en sus acciones violentas, el franquismo ofrecía también pruebas de que ellos también estaban siendo

acosados por su disidencia y que esta disidencia contaba con el poderoso apoyo de la Revolución cubana.

De esta suerte, el panorama, según el razonamiento franquista, se presentaba de esta guisa: si Fidel Castro había acusado a la España franquista de desestabilizar el proceso cubano, el franquismo respondía a aquellas acusaciones, un mes después, vertiendo los mismos argumentos, pero en sentido contrario. Elementos de la Revolución cubana, en colaboración con el exilio español, conspiraban para que crear el caos en España. Cuba acusaba al régimen español de fortalecer y colaborar con la contrarrevolución y la España franquista implicaba a la Revolución cubana en los actos de sabotaje que se acometían en suelo español.

La línea argumental que orientaba a los medios de comunicación franquistas a aquellas alturas del proceso revolucionario se expresaba con meridiana claridad: Cuba había llevado demasiado lejos su proyecto soberanista y al mezclarse con los sectores más radicales e izquierdistas en sus ansias de liberación había propiciado que su proyecto alterara el régimen de convivencia entre las naciones iberoamericanas.

Según el razonamiento difundido en la mayor parte de la prensa franquista, la Revolución cubana había estrechado lazos con la URSS y a resultas de ello las corrientes del marxismo español y latinoamericano actuaban ahora al abrigo de soviéticos y cubanos. Un nuevo escenario que había tensado, todavía más si cabe, la relación entre Estados Unidos y Cuba, circunstancia que tenía implicaciones para la lucha entre Oriente y Occidente, pues el contencioso cubano norteamericano, tras la firma de aquellos acuerdos cubano soviéticos, rompía el marco del desencuentro bilateral para convertirse en un escenario más de la Guerra Fría. La Revolución cubana, al llegar a acuerdos con la Unión Soviética y optar de forma clara por el bloque neutralista, le había abierto las puertas al socialismo y aquello perturbaba a la totalidad del continente y muy especialmente a España, abanderado de la lucha contra la penetración marxista.

Aquella apuesta del régimen franquista, difundida en sus medios sin medida, era la respuesta al caso Lojendio, que había dejado en Cuba unos rescoldos que se resistían a extinguirse. Desde Madrid y desde La Habana las acusaciones de injerencia se sucedían y respondían a los mismos principios. En pocas semanas el franquismo se había derrumbado en Cuba y Fidel Castro ya no tenía reparo alguno a la hora de atacar al régimen de Franco, que, de forma habitual, era situado al pie de la reacción cubana y de sus medios de comunicación para evidenciar que unos otros defendían similares propuestas. Sin embargo, aquella propuesta ruidosa de la España franquista para contrarrestar la ofensiva de la Revolución cubana en su rechazo, ya sin ambages, del régimen de Franco, estaba seriamente comprometida. En 1960 las dudas sobre la honorabilidad de aquella organización antifranquista que respondía a la siglas del DRIL estaban ya sumamente extendidas. Y es que, independientemente de la posición que tuvieran frente a la lucha armada las diferentes organizaciones políticas del exilio, corrían rumores, convertidos ya en certezas para muchos, de aquella organización respondía a los dictados de los servicios de inteligencia franquistas. Unos servicios que no tenían meros infiltrados en la organización, sino que la movían desde la misma cúpula. Tal era así que, a aquellas alturas de 1960, Bayo ya no tenía ningún tipo de contacto con la organización, de la que había dicho en varias ocasiones que estaba plagada de falangistas, y mucho menos las formaciones políticas del exilio español. Para socialistas y comunistas, aquellas siglas del DRIL, que habían llevado al martirio a varios jóvenes inocentes y bien intencionados, respondían a los intereses de la España franquista. Algo que se explicitó sin circunloquios en las páginas de *Mundo Obrero* y *El Socialista* en aquellas fechas.

El debate sobre el terrorismo como vía para la desestabilización no era un asunto menor y estuvo muy vivo en aquellas fechas. Sin embargo, acusar a Cuba de patrocinar el terrorismo, dado el contexto en

el que se estaba desarrollando el proceso revolucionario cubano, parecía, cuando menos, una broma de mal gusto o una grosería inaceptable, pues resultaba evidente que el gran damnificado por los ataques terrorista era precisamente el pueblo de Cuba y no sus enemigos manifiestos o emboscados. En el mes de marzo, cuando todavía no se habían apagado los rescoldos del caso Lojendio, del agrio contencioso, al más alto nivel, entre Cuba y Estados Unidos y cuando todavía seguían las conjeturas sobre lo que verdaderamente se movía detrás de las acciones del DRIL, La Habana se vio agitada por una tragedia sin precedentes. El carguero francés *La Coubre*, cargado de armas procedentes de Bélgica, estalló en el puerto de La Habana dejando como secuela más de un centenar de muertos y decenas de heridos de diversa consideración. Para el Gobierno cubano las evidencias de que aquello había sido un atentado fueron expuestas ante la opinión pública nacional e internacional pocas horas después de la tragedia por boca del primer ministro, Fidel Castro.

En el mes de marzo, la voladura del carguero francés agitó la escena cubana, y generó un sentimiento de consternación y rechazo al terrorismo del que no se apartaron ni siquiera los que se estaban mostrando más críticos con la Revolución cubana en el interior de Cuba. Como cabía esperar aquello supuso un nuevo giro de tuerca en las ya convulsas relaciones entre Washington y La Habana y tensó la situación hasta puntos insospechados. Estados Unidos negó su implicación en aquel atentado y no asumió implicación alguna en los ataques que Cuba estaba recibiendo en los últimos meses, protestó ante las acusaciones cubanas y elevó su protesta a las instituciones internacionales para desautorizar el relato cubano, inserto, según el Departamento de Estado, en una campaña antinorteamericana sin precedentes tendente a desacreditar a las instituciones estadounidenses ante el resto de las repúblicas americanas.

Sin embargo, mientras la Casa Blanca denunciaba esta supuesta campaña de falsas acusaciones contra los Estados Unidos por parte cubana, el presidente norteamericano, en la más estricta confidencialidad, ordenaba al director de la CIA, Allen Dulles, la organización y el adiestramiento de una fuerza armada integrada por cubanos del exilio para desembarcar en Cuba cuando la situación lo demandara o para perpetrar ataques puntuales contra los intereses y el tejido productivo cubano. A mediados de marzo de 1960 se aprobaron dos documentos que daban naturaleza de ley y racionalizaban lo que se venía practicando desde hacía meses. Aquellos dos documentos, que respondían a denominaciones más que elocuentes, se intitulaban así: “Programa de Acción Encubierta contra Castro”, en el que se integraban las acciones militares, propagandistas y de fomento de la oposición, y “Programa de Presiones Económicas contra el Régimen de Castro”, destinado a generar el descontento entre la población cubana a través de las estrecheces económicas con el ánimo de establecer las condiciones necesarias para que la contrarrevolución y sus acciones encubiertas encontraran un campo propicio para su desarrollo y aceptación.

Estas medidas, que hablaban por sí solas de lo acertado del diagnóstico cubano y del fariseísmo de la Casa Blanca, venían a completarse con la vuelta del embajador Bonsal a La Habana, ausente de su puesto tras el caso Lojendio. Pocos días después de que Eisenhower diera luz verde a estos programas para promover la disidencia y establecer una vía de acoso permanente y sistemático contra la Revolución cubana, el embajador norteamericano se reincorporó a su desempeño como cabeza de la sede diplomática de La Habana. Una vuelta a sus funciones que fue publicitada en los medios norteamericanos y franquistas como una muestra de “buena voluntad” por parte de la Casa Blanca.

De este modo, a partir de mediados del mes de marzo, la Administración Eisenhower dio cauce oficial a lo que antes se movía en el ámbito informal, asumió de iure lo que antes hacía de facto. Las relaciones con Cuba entraron en una nueva fase, pues se comenzó a trabajar de forma simultánea en una doble vía: la aproximación a la Revolución cubana compaginó la labor diplomática y la guerra sucia.

Por lo demás, las acusaciones de comunismo volvieron a asolar el debate entre los partidarios y detractores de la revolución y la situación llegó a tensarse de tal modo que algunos de los colaboradores con los que la revolución había contado en los últimos años se apartaron del frente fidelista arrojando los improperios acostumbrados y las acusaciones de que Cuba respondía al dictado de los comunistas. El caso de Conte Agüero, periodista significado en las filas fidelistas, fue el ejemplo más evidente de aquel clima de confrontación permanente. En aquel momento muchos de los partidarios de la revolución la abandonaron. Unos se fueron de forma discreta y sin levantar polvareda, como López Fresquet, ministro de Hacienda que abandonó el cargo en aquellas fechas, y otros hicieron gala de una actitud totalmente diferente, caso de Conte Agüero.

En aquellas fechas, el clima de enfrentamiento entre detractores y partidarios del comunismo, aunque contemplado desde una cierta distancia por la dirigencia revolucionaria, alcanzó cuotas difíciles de manejar. Entre tanto, algunos sectores de la prensa franquista, a pesar de la ausencia total de datos objetivos, daban ya por hecho el carácter comunista de la revolución, y algunos diarios como *ABC*, deslizaban ciertas críticas hacia la diplomacia norteamericana por no ver lo que se les venía encima: Fidel Castro era comunista y si no lo era poco importaba, porque actuaba como ellos y de acuerdo a su estrategia internacional.

Aquello era el entreacto de lo que estaba por venir, pues, poco después, a principios de mayo, Cuba restableció sus relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, y lo hizo en un contexto de máxima tensión entre Moscú y Washington, enfrascados en el contencioso que trajo aparejado el derribo de un avión espía norteamericano sobre territorio soviético. El restablecimiento de relaciones diplomáticas con la Unión Soviética dio alas a algunos sectores dentro de Cuba y trajo como contrapartida la desaparición de un porcentaje significativo de la prensa conservadora cubana que, en aquellas fechas, o cambió de carácter, o decidió echar el cierre para siempre. Las causas de aquella debacle periodística en su vertiente más conservadora fueron varias y entre ellas deben destacarse los conflictos que se generaron entre los grupos empresariales y directivos que capitaneaban aquellos diarios y las plantillas de trabajadores que laboraban en ellos, unos conflictos que venía de largo y que estallaron de forma violenta en aquel contexto de intensificación de la lucha de clases. Sin embargo, esta no fue la única causa de la desaparición de aquel tipo de prensa: existía además problemas, larvados durante meses, dentro de la industria periodística, ya que algunos diarios tenían una relación tormentosa con el gremio de periodistas y con las instituciones corporativas del ramo de la industria, que a medida que fueron pasando los meses contaban cada vez con más miembros partidarios de la línea que estaba siguiendo la Revolución cubana a la que era totalmente refractaria la prensa conservadora. Por otro lado, y éste no era un asunto menor, muchos de estos periódicos, asediados por las deudas y los problemas económicos, imposibles de subsanar debido al fin de las suculentas subvenciones de las que habían disfrutado durante décadas y de la disminución drástica de los ingresos que había proporcionado la publicidad, en aquel momento reducidos a la mínima expresión, aprovecharon el contexto de angustia para suspender su actividad amparándose en la excusa del arribo del régimen comunista. Por lo demás, la gran mayoría de aquellos medios tenían una relación más que conflictiva con el Gobierno cubano y de ahí que éste no moviera un dedo para salir en su defensa.

En aquel momento desapareció el *Diario de la Marina*, decano de la prensa cubana y todo un referente para las antiguas clases dirigentes cubanas. Su director había mantenido sonados enfrentamientos con Fidel Castro y otros líderes de la revolución y había sido uno de los grandes defensores, por no decir el principal y casi único, de la España franquista en la capital cubana. La desaparición de este diario, más allá del restablecimiento de relaciones entre La Habana y Moscú, reflejó a la perfección el cambio de ciclo.

Cuba finalizaba de este modo un período de la historia revolucionaria sumamente convulso en el que tuvo que enfrentar el encontronazo con la España de Franco, hacer frente a las críticas que suscitó la firma de los convenios comerciales con los soviéticos y gestionar el complejo marco internacional y nacional en el que se encuadró el restablecimiento de relaciones al máximo nivel con la URSS.

Un período caracterizado por una reorganización de su política interior y exterior. Durante este período, la dirigencia revolucionario hizo gala en todo momento de sus pretensiones neutralistas en el marco internacional y de su deseo de establecer relaciones con el mayor número posible de naciones en aras de expandir sus vínculos comerciales, culturales y diplomáticos sin tener en cuenta el marco asfixiante que imponían las reglas de la Guerra Fría. Su política exterior se colocó por encima de los planteamientos al uso y asumió de forma clara las premisas de la neutralidad en el enfrentamiento entre bloques. Para acometer esta empresa, por lo demás, muy complicada, el Gobierno revolucionario desarrolló un trabajo intenso y tuvo que contrarrestar además las deserciones de miembros prominentes y funcionarios dentro del régimen revolucionario y también las críticas desatas de las que fue objeto durante estos meses. Unos ataques, a todas luces, desproporcionados y que tuvieron en el anticomunismo su referente intelectual. El anticomunismo, doctrinal y muchas veces irreflexivo, fue la herramienta más utilizada por los opositores al régimen revolucionario para ganar adeptos a su causa. En el interior de Cuba el fantasma del anticomunismo se agitó para atemorizar a la población ante el advenimiento de un régimen totalitario y en el exterior el anticomunismo fue utilizado para generar otro tipo de miedo, el que podía representar la penetración de la URSS en el continente. El anticomunismo fue pues el principal argumento para sujetar a la revolución, para domesticarla o reducirla, y para ganar adeptos nacionales e internacionales en la lucha contra ella. Sin embargo, a mediados de 1960 la Unión Soviética ya tenía tres misiones diplomáticas en América Latina, Argentina, México y Uruguay, y nadie había montado en cólera ante aquella realidad vivida con una cierta normalidad en el continente.

En cuanto a las relaciones entre España y Cuba el período estuvo caracterizado por las secuelas del caso Lojendio; por los extraños episodios y las sospechas que rodearon a los atentados de Madrid, teñidos por la más que evidente presencia de elementos franquista en aquellas células terroristas; por las frecuentes alusiones desfavorables de Fidel Castro al régimen franquista en sus alocuciones públicas; por el acercamiento cada vez más evidente de la España del exilio a la Cuba de Fidel Castro, y por la consolidación del entendimiento entre el régimen franquista y la Administración de Eisenhower. Este último aspecto no dejó indiferente a la dirigencia revolucionaria y la prensa cubana lo utilizó para ensalzar, en el caso de la conservadora, o criticar, en el caso de la revolucionaria, al mandatario español, Francisco Franco, y también al estadounidense, Dwight David Eisenhower. Para la prensa afín al frente fidelista ambos dirigentes se erigían en representantes señeros de la reacción que acechaba desde el exterior al proyecto revolucionario cubano y para la prensa conservadora ambos mandatarios representaban el vivo ejemplo de cómo contener el avance del comunismo a nivel internacional.

Es necesario también destacar la tendencia, casi obsesiva, que tanto la prensa franquista como la cubana y sus máximos dirigentes mostraron por resaltar los paralelismos entre la historia de España y la de Cuba, algo que fue ya una constante durante todo el período que hemos analizado. Los artículos armados bajo la estructura de la historia comparada pasaron a ser habituales y bajo esta idea, portadora de una potente carga emocional y heurística, españoles y cubanos trenzaron sus relatos sobre el pasado, el presente y el porvenir. La dirigencia revolucionaria y un sector mayoritario dentro de los medios de comunicación cubanos no querían verse abocados a un régimen de corte franquista debido a la propaganda anticomunista y a la cerrazón a los procesos de cambio que mostraban las antiguas clases dirigentes cubanas. Aquí residían sus temores: en un golpe reaccionario, que, orquestado desde el interior y desde el exterior de Cuba, habilitara un régimen dictatorial como justificación de la lucha

contra el comunismo. Por su parte, la prensa franquista y el *Diario de la Marina* veían en la Revolución cubana una suerte de Segunda República que terminaría generando una guerra civil debido a su radicalismo y connivencia con la izquierda marxista. La opinión conservadora a ambos lados del Atlántico consideraba que el Gobierno revolucionario no le estaba poniendo freno a sus tendencias más radicales e izquierdistas y que aquella actitud, como había sucedido en la España de la primera mitad de los años treinta, estaba preparando el camino para un choque civil de consecuencias impredecibles. Cuba sería pasto de la guerra civil y de la intervención extranjera si no se le ponía coto al avance de los comunistas. Según explicitaba esta versión, los comunistas cubanos estaban promoviendo un frente popular para después pilotar el proceso en solitario o llevar al país a la guerra si no lo conseguían.

La Guerra Civil española se situaba así en el centro del debate como materia prospectiva para el análisis del porvenir cubano y para la confección del relato del acontecer diario. La prensa franquista y aquella que le era afín en Cuba caía con relativa frecuencia en presentar el panorama cubano en clave española. El futuro de Cuba pasaba por la conflagración civil si la dirigencia revolucionaria no emprendía una lucha decidida contra el avance de la influencia soviética. La prensa conservadora cubana, con el *Diario de la Marina* al frente, consideraba que el franquismo había sido la forma más efectiva de frenar el avance y la penetración comunista y que, por lo tanto, estaba fuera de lugar el ataque desmedido del que era objeto por parte de la dirigencia cubana, a no ser que, esta dirigencia, respondiera realmente a los dictados del Kremlin. Por otro lado, la visión de la prensa cubana afín al proceso revolucionario pasaba por sacar de la reciente historia de España las lecciones que Cuba debía aprender para impedir el enfrentamiento civil y la instauración de una nueva dictadura afín a la franquista o a la que había encabezado Batista. Para la dirigencia revolucionaria el presente de la desdichada España era más que elocuente y no estaba sujeto a interpretación alguna, pues el franquismo constituía la victoria de la reacción frente al proceso transformador y progresista que había intentado instaurar la Segunda República. Nos encontramos pues con un análisis cruzado sobre la realidad cubana que se afrontaba en clave española, que determinaba y justificaba los posibles destinos de Cuba y que configuraba el régimen de simpatías, fobias y odios que se estaba construyendo en Cuba ante el advenimiento de un régimen revolucionario radical decidido a romper con el pasado.

Por lo que respecta a Estados Unidos, aunque todavía había cauce para la negociación con Cuba, y la designación de Miró Cardona como embajador en Washington constituía una oportunidad para ello, las relaciones entre ambos países parecían varadas en la incomprensión y la desafección. La posibilidad de ruptura parecía avizorarse en cada uno de los enfrentamientos que tuvieron lugar en aquellas fechas, cada vez más frecuentes y más intensos. Por otro lado, la Administración norteamericana había tomado ya la determinación de hacer uso de los medios más violentos para dominar a la Revolución cubana o derrocarla. Una actitud que comprometía la seguridad de Cuba y de los propios Estados Unidos, especialmente desde que los cubanos tomaron la decisión de tratar abiertamente con la URSS y de liberarse de la tutela norteamericana en los asuntos internacionales y domésticos.

Sin embargo, en lo que respecta a la estabilidad del Gobierno fidelista, la Revolución cubana parecía más sólida que nunca, y todo ello a pesar de la tensión y la presión permanente a la que estaban sometidas las autoridades cubanas. En junio de 1960 Cuba tenía relaciones al máximo nivel con Estados Unidos, aunque estas estuvieran pasando por un momento más que delicado, pero también con la URSS, a la que se había vinculado a través de acuerdos comerciales y diplomáticos. Por lo demás, el Gobierno cubano se encontraba en los mejores términos con el bloque de los no alineados, al que se había vinculado en la segunda mitad de 1959 después de la gira comercial y diplomática emprendida por el Che Guevara a mediados de dicho año. Sus relaciones con los países de América

Latina no habían sufrido especial merma, más allá de los enfrentamientos habituales con las dictaduras, ya de por sí aisladas. Por otro lado, a pesar de la sima ideológica que separaba a la Revolución cubana del franquismo, las relaciones entre La Habana y Madrid continuaban y después de aquel agrio enfrentamiento en los primeros meses de 1960 las relaciones, al menos en el plano comercial, se habían salvado. Las relaciones de Cuba con España pasaron entonces a estar regidas por una más que evidente singularidad, pues la simpatía palpable por la España del exilio no imposibilitaba abrir pequeños cauces para el acuerdo con la España de Franco a pesar de los constantes desencuentros.

Así pues, a mediados de 1960, Cuba había conseguido diversificar, tanto en el plano comercial como en el diplomático, sus relaciones exteriores. Y es que, por primera vez en su historia, Cuba no estaba sometida al capricho de una potencia extranjera. Estos eran los mimbres y las premisas internacionales de las que partía la dirigencia revolucionaria para acometer una profundización en los objetivos revolucionarios durante los próximos meses.

La toma del control del tejido productivo y la consolidación de la independencia

En junio de 1960 se abre un nuevo período para Cuba que culmina en octubre de este mismo año con la consecución del programa del Moncada. Un período que estará presidido por los procesos de intervención y nacionalización de los principales consorcios extranjeros que operaban en la isla y por la defensa en la arena internacional del proceso revolucionario cubano desde su arribo al poder en enero de 1959. En este período se sientan las bases sobre las que se emprenderá la construcción del proyecto socialista a partir de octubre de 1960. De todos modos, en este período, la revolución se desenvuelve todavía dentro de la lógica de la revolución antimperialista. La contienda del frente fidelista se recrea en torno a la lucha por ver reconocido el derecho de Cuba a ejercer su soberanía frente al acoso norteamericano. La influencia de los Estados Unidos cumple un papel fundamental, pues, a nuestro modo de ver, la incapacidad e imposibilidad de la Casa Blanca para asumir los planteamientos cubanos imprime velocidad al proceso y virulencia al proyecto soberanista cubano.

Ahora bien, este mes de junio comienza con un acontecimiento fundamental y escasamente publicitado. Un acontecimiento que no reflejan los estudios que sobre Cuba se han hecho, pero que define, en gran medida, los caminos y la lógica por la que se condujo la revolución durante estos meses. En la segunda quincena del mes de mayo, según apuntó un miembro destacado del Comité Ejecutivo del PCE, Santiago Álvarez, Cuba estaba ya preparada para adentrarse por las sendas del socialismo, una idea que no era fruto del análisis de este dirigente comunista, sino que contaba con el aval del propio Fidel Castro.

Santiago Álvarez, que se había desplazado a Cuba y a otros países del continente para explicar la posición de los comunistas españoles tras el VI Congreso del PCE, celebrado en enero de aquel mismo año, tuvo la oportunidad de entrevistarse con Fidel Castro tras recibir el aval de sus compañeros cubanos del PSP. En aquel encuentro con el máximo líder de la revolución, según señaló el propio Santiago Álvarez en los informes remitidos sobre su viaje a la dirección del PCE, Fidel Castro le confesó que en Cuba se estaba trabajando para establecer las bases del socialismo. Esta es la primera vez que se tiene constancia, en documentos oficiales, aunque sean de carácter interno, de la condición socialista del líder cubano y del proyecto que encabeza. Un detalle no menor, pues esta declaración del primer ministro ante una figura relevante del PCE inserta de lleno en el relato la segunda de las hipótesis, a la que habíamos renunciado como herramienta prioritaria de la explicación debido a la imposibilidad de demostrar que el socialismo formaba parte de la estrategia de la dirigencia revolucionaria desde un principio. Seguimos, sin embargo, sin saber con exactitud si este plan fungía ya como base para la acción en el proyecto de Fidel Castro y sus principales colaboradores en enero

de 1959, pero es evidente que en mayo de 1960 este proyecto estaba ya sólidamente asentado entre los hombres que conducían el proceso revolucionario, algo que nos permite también entender las razones que estaban detrás del escaso margen temporal que separa la firma de acuerdos comerciales con la URSS y la posterior formalización de las relaciones diplomáticas.

Por lo demás, en esta misma reunión se ponen al descubierto las verdaderas convicciones y la posición real, tanto del líder cubano, como de la revolución que encabezaba, en lo tocante a los asuntos de España. Fidel Castro, en esta cita con Santiago Álvarez, se comprometió con los comunistas españoles a canalizar toda la ayuda para la lucha contra el franquismo a través del PCE y, como consecuencia de ello, se aceptó la línea estratégica de los comunistas españoles en la lucha contra Franco, un asunto no menor, pues la lucha armada y el terrorismo, y por lo tanto el DRIL o cualquier otra organización de aquella naturaleza, quedaban arrinconados frente a la reconciliación nacional, la huelga nacional pacífica y la colaboración con el resto de los grupos opositores, premisas por las que apostaba el PCE en sus lucha contra la dictadura española.

El DRIL, que había sido ya cuestionado por la oposición franquistas tras sus acciones en febrero de 1960, cayó en el ostracismo total cuando repitió de nuevo actos similares a finales de junio de 1960. El correctivo al que se vio sometida aquella organización después del mes de junio debe entenderse desde la óptica de esta trascendental reunión, pues, a partir de este momento, el poderoso aparato de difusión de los comunistas a nivel internacional contó con la autorización de Fidel Castro para hacer de su línea de acción en España la de la Revolución cubana.

Así pues, esta cita nos ayuda a entender el descrédito con el que cargó a partir de entonces el DRIL. Después de la acciones de este grupo en suelo español en junio de 1960, pocas semanas después del encuentro entre Álvarez y Castro, la formación fue desautorizada desde todos los frentes de la oposición; condenada por el propio Santiago Carrillo frente a las cámaras de la televisión cubana; acusada en los medios cubanos de responder al dictado de los intereses franquistas y de sus servicios secretos, y castigada públicamente por el propio Alberto Bayo, referente español de la lucha armada en Cuba, que renunció públicamente a todo intento de doblegar por la fuerza de las armas a la dictadura de Franco y cedió toda la iniciativa a la estrategia fijada por los comunista, a los que concedió toda la legitimidad para marcar el camino que ellos consideraran más adecuado para terminar con el régimen franquista.

En esta reunión, incomprensiblemente omitida en los estudios que sobre la Revolución cubana se han hecho, Santiago Álvarez señaló otros puntos de interés tratados con Fidel Castro en aquella cita. El PCE reconocía a la Revolución cubana y, como fruto de aquel reconocimiento, le prestaría toda la ayuda que estuviera en su mano, especialmente a través del suministro de cuadros y el apoyo logístico en la arena internacional. El dirigente cubano y el español intercambiaron además opiniones sobre la situación de España y su futuro. El líder cubano le expuso también a su interlocutor español los entresijos del caso Lojendio y la decisión final de no romper con España a pesar de la tensión creada. Fidel Castro se comprometió además a apoyar económicamente al PCE a partir de entonces mediante una asignación mensual de cinco mil dólares. La primera entrega se hizo a finales de octubre de aquel año mediante el pago de veinticinco mil dólares, que hacían referencia a las mensualidades atrasadas de aquel verano. A partir de aquel mes se entregarían cinco mil dólares mensuales en el lugar que el PCE determinara.

Aquella asignación se erige en prueba irrefutable en lo tocante a la posición de Cuba frente a España y también en lo referente a su estrategia en la lucha contra el franquismo. La Revolución cubana se comprometió con los comunistas españoles y comenzó a correr con parte de los gastos de la organización a partir de octubre de 1960. Un detalle no menos, pues es precisamente en este mes, después de hacer efectiva toda la legislación nacionalizadora sobre el tejido productivo cubano y

después de proclamar la consecución del programa del Moncada, cuando la asignación económica al PCE se hace efectiva y periódica.

Todos estos asuntos, tal y como hemos expuesto en varias ocasiones, resultan fundamentales para entender los pasos que dio la Revolución cubana con posterioridad. Por lo demás, nos colocan también en la senda de entender la posición de la Revolución cubana en tocante a los asuntos de España. A partir de junio de 1960, toda la estrategia cubana con respecto a España se vio canalizada a través del PCE, un partido que comenzó a jugar un papel relevante en la realidad cubana. El contenido de aquella cita de Fidel Castro con Santiago Álvarez nos permiten también deducir las razones que había detrás de la trascendencia que alcanzó esta formación política en el contexto cubano y las facilidades de acceso con las que contaron a partir de entonces en los medios de comunicación de la isla los miembros del PCE, especialmente Santiago Carrillo, que se desempeñaba ya como secretario general, y Dolores Ibárruri, presidenta del partido. Sin embargo, lo más trascendente de aquella cita era la naturalidad con que Fidel Castro asumía el carácter socialista de la revolución, algo que nos inclina a pesar que la hoja de ruta hacia el socialismo para el futuro de Cuba ya estaba más que asentada dentro de la dirigencia revolucionaria y del Gobierno cubano.

Después del establecimiento de relaciones diplomáticas con la URSS, a la que, contra pronóstico, se le dio un escaso seguimiento tanto en la prensa cubana como en la española, las relaciones exteriores de la Revolución cubana en el continente se tensaron. Como cabía esperar, las relaciones con Trujillo no tenía cauce de restablecimiento, se rompió con la Nicaragua de Somoza, la tensión con Guatemala fue en aumento hasta terminar en la ruptura y las relaciones con Venezuela entraron en la senda de la desconfianza, algo que nadie habría vaticinado meses atrás. En aras de contener esta tensión, que fue creciendo entre marzo y mayo de 1960, una delegación del 26 de Julio recorrió el continente durante el mes de mayo y poco después, a principios de junio, Dorticós, el presidente de la república, visitó varios países del continente para exponer la posición cubana y generar confianza. Dorticós pasó por México, Venezuela, Perú, Argentina, Uruguay y Brasil.

Sin embargo, las amenazas para Cuba aumentaron a finales de junio con la creación del Frente Revolucionario Democrático, una organización que nacía con la pretensión de tender puentes e integrar las principales organizaciones contrarrevolucionarias que conspiraban contra el Gobierno cubano. Estados Unidos se involucró con fuerza en la promoción de aquellos grupos a los que no les faltaron desde entonces recursos económicos, propagandísticos y logísticos.

Sin embargo, ni la hostilidad de algunos sectores poderosos de América Latina ni la organización de la contrarrevolución, cada día más poderosa debido al paraguas que le ofrecía la Administración norteamericana, parecían amedrentar a Cuba, pues, a partir de aquel momento, junio de 1960, la Revolución cubana se adentró por la senda de la transformación definitiva. El proceso estuvo presidido además por la velocidad en la puesta en práctica de los cambios y la realidad comenzó a transformarse bajo las premisas de un programa radical sin parangón en la América Latina. Un camino que ya había sido explorado en cierta medida en los meses precedentes, sin embargo, la naturaleza del proyecto era ahora diferente, pues, a partir de aquel momento, se puso en tela de juicio todo el entramado económico y productivo que había regido los destinos de Cuba en las últimas décadas y se abogó por la necesidad de transformarlo de forma radical.

El proyecto revolucionario ganó en decisión, se armó de tenacidad y los caminos aventurados en los primeros meses se hicieron efectivos. Bajo las premisas que ilustraban la nueva época, la labor interventora de la dirigencia revolucionaria en aquellos meses fue frenética. Sin embargo, no fue un camino fácil, la incertidumbre y el miedo propagado por los contrarios al proyecto revolucionario definieron el período y las acciones cubanas recibieron la contestación inmediata de la Administración norteamericana por medio de sanciones y amenazas. Las relaciones se encauzaron a través de la

dialéctica del golpe y la respuesta, una dialéctica que en aquel momento dibujó un futuro incierto para la revolución. Sin embargo, la dirigencia revolucionaria sostuvo el pulso a pesar de las agresiones constantes y los ataques indiscriminados.

Aquel ciclo de incautaciones y nacionalizaciones por parte cubana y de sanciones y amenazas por parte estadounidense había comenzado con la negativa de las refinerías extranjeras a procesar el petróleo adquirido por las autoridades de Cuba en la URSS a raíz de los acuerdos firmados durante la visita de Mikoyán meses antes. Una negativa que llevó a las autoridades cubanas a expropiar a aquellas refinerías a finales del mes de junio después de una agria polémica y una guerra de nervios. Como represalia el Congreso de los Estados Unidos concedió al presidente Eisenhower la facultad de cancelar la cuota azucarera que Cuba tenía asignada anualmente. Cuba reaccionó de forma inmediata y pocos días después el Consejo de Ministro dio luz verde a la legislación pertinente para poder confiscar los grandes consorcios norteamericanos que operaban en Cuba. La respuesta de los Estados Unidos, en aquel juego inclemente de acción reacción, llegó en los primeros días julio mediante la cancelación de la cuota azucarera cubana. Un golpe sin precedentes a la economía cubana que se vio contrarrestado por la oferta soviética de adquirir las miles toneladas de azúcar que la Administración norteamericana había cancelado con las autoridades cubanas. La Unión Soviética, lejos de quedarse aquí, ofreció además, por boca del mismísimo Krushev defender a Cuba con la coherencia soviética si era atacada por los Estados Unidos.

La suspensión de la cuota y las amenazas lanzadas contra Cuba por parte de la Administración norteamericana terminaron dirimiéndose ante el Consejo de Seguridad de la ONU a mediados de julio, una circunstancia que desagradó profundamente a la diplomacia norteamericana, pues era precisamente en aquel escenario en el que Cuba, apoyándose en la URSS, el bloque socialista y el de los no alineados tenía más posibilidades de equilibrar la contienda con los Estados Unidos. En aquella cita, que escenificaba el enésimo enfrentamiento entre ambos países, Cuba defendió su postura y su derecho a fijar una política propia al margen de los Estados Unidos, por su parte la delegación norteamericana acusó a Cuba de promover la entrada de la Unión Soviética en el continente. Un argumento al que replicó el ministro cubano de Exteriores, Raúl Roa, al señalar que aquella estrategia de colocar a Cuba en la órbita de Moscú no resultaba novedosa, pues, según apuntilló el canciller cubano, era la que se había ensayado en Guatemala en 1954, con los resultados ya conocidos: derrocar a un movimiento popular a través de la asonada militar.

Aquella querrela cubano norteamericana aunque no solucionó el enfrentamiento entre ambos países dejó como secuela el apoyo soviético a la causa cubana, pues el delegado de la URSS, siguiendo la estela marcada por Nikita Krushev, señaló que la URSS estaba dispuesta a batirse por Cuba si Estados Unidos atacaba la isla.

Estados Unidos finalmente consiguió imponerse en la votación y la Administración norteamericana no fue condenada ante el Consejo de Seguridad; sin embargo, Cuba salió reforzada, pues reafirmó su derecho a exponer sus quejas ante el Consejo de Seguridad, consiguió sentar a Estados Unidos en el banquillo de los acusados, tuvo el sustento del bloque soviético y manifestó, de forma inequívoca, que no variaría su posición y que la diplomacia fidelista defendería sus derechos en los foros internacionales sin dar un paso atrás.

En los días finales de julio el debate se avivó en el continente, donde ya estaba presente desde el comienzo de aquella fase álgida del conflicto iniciada a finales de junio. En las calles la batalla la había ganado Cuba y así se lo expresaron los pueblos de América, sin embargo, como venía siendo habitual, las clases dirigentes del continente se mantenían distantes de la causa cubana, y atentas a las señales que llegaban de Washington. Se registraron además algunos episodios de falta de libertad de

expresión, con represión en las calles y represalias sobre algunos medios de comunicación del continente que se pronunciaron en favor de la causa cubana.

Por lo demás, en el interior de Cuba las aguas corrían también revueltas y tras la cancelación de la cuota, estallaron en el interior de la isla varios conflictos de forma simultánea. El catolicismo conservador velaba armas en las iglesias para enfrentar a la feligresía con la revolución. Los púlpitos se erigieron en foros improvisados para atacar al Gobierno cubano y los enfrentamientos entre partidarios y detractores de la revolución no tardaron en llegar y tuvieron como escenario las puertas de las iglesias. Como cabía esperar, el nombre de la España de Franco salió a colación una vez más y de nuevo emparentado con los grupos que se oponían al frente revolucionario. Sin embargo, la España de Franco, en lugar de velar por la concordia, parecía empeñada en ganarse la enemistad de la mayoría del pueblo cubano, pues los responsables de la Embajada franquista, lejos de frenar la escalada de enfrentamiento que se estaba viviendo, tendieron a avivarla y no tuvieron mejor ocurrencia que celebrar el 18 de Julio un *Te deum* y una misa en la capital habanera para loar el llamado “alzamiento nacional”.

Esta celebración franquista, carente del don de la oportunidad y revestida de un aire de provocación difícil de negar, se celebró un día después de que se registraran los mayores enfrentamientos entre católicos y revolucionarios en la capital cubana, justo cuando Cuba estaba defendiéndose en la ONU ante el envite estadounidense y el mismo día en que uno de los mayores propagandistas de la revolución, Miguel Ángel Quevedo, el director de la revista *Bohemia*, tuvo a bien dar la espantada, denunciando a la revolución y exiliándose acto seguido. La salida de Quevedo suponía el mayor acto de felonía tras la claudicación de Manuel Urrutia y la desertión de Hubert Matos. Además, aquel inesperado abandono, vino acompañado de la renuncia, aduciendo los motivos acostumbrados, es decir, la penetración comunista, de otros dos insignes de la política cubana: Valdespino, cabeza visible del catolicismo progresista, y Miró Cardona, el flamante nuevo embajador cubano en los Estados Unidos, un puesto que nunca llegó a desempeñar. La salida de Miró Cardona, antiguo embajador en Madrid y ex primer ministro durante los dos primeros meses de revolución, supuso también un duro golpe para las filas revolucionarias.

Aquel era el ambiente enrarecido que se vivía en el continente y el interior de Cuba cuando llegó el mes de agosto. Sin embargo, Cuba estaba decidida a continuar su camino y la respuesta cubana a las constantes presiones norteamericanas, materializadas muchas veces a través de otros países del continente, llegó finalmente el 6 de agosto en un acto multitudinario en presencia de centenares de latinoamericanos, entre ellos el ex presidente de Guatemala Jacobo Árbenz. Fidel Castro tomó la palabra en aquella jornada y anunció, ante el júbilo general, la nacionalización de todos los grandes consorcios industriales y agrarios norteamericanos. Fidel Castro justificó aquella medida en atención a las dificultades económicas que estaba pasando el país como consecuencia de la agresión norteamericana. Cuba afirmaba así la independencia económica del país haciendo uso de la soberanía de la que estaba investida como nación soberana. En aquella cita no faltaron tampoco las denuncias a los gobiernos títeres del continente y las alusiones a la España vencida por las hordas franquistas, unas hordas de golpistas y espadones que habían hecho del orgulloso país colonizador una colonia más, equiparable a sus hermanas latinoamericanas, al servicio del imperio norteamericano. El discurso del primer ministro cubano hacía referencia a la totalidad del continente y se erigía en apelación al mundo hispano, pues la Revolución cubana se presentaba como programa para el cambio de todas aquellas naciones sometidas al control norteamericano, un control al que se había sometido incluso la que trataba de presentarse, ufana y pretenciosamente, como cabeza de todas ellas, la España de Franco.

La nacionalización de todas aquellas empresas, algunas de ellas ya bajo el control estatal, representaba el movimiento más osado de la dirigencia revolucionaria hasta la fecha, pues suponía un golpe sin precedentes para el capital norteamericano en el continente. Además, aquella proclama, constituida en ley pocas horas después, fue regada con alusiones injuriosas a las clases dirigentes de los países iberoamericanos y con salvas a los líderes de la independencia. Benito Juárez y Augusto César Sandino se presentaban como los últimos representantes de un movimiento que partiendo de Bolívar y Martí tenía que desencadenar en la liberación definitiva del continente, dentro de la cual Cuba no era más que el primer movimiento en el tablero de aquella contienda: Cuba trataba de erigirse en detonante de un proceso que había arrancado ya con la Revolución mejicana y que el movimiento fidelista tenía que llevar hasta sus últimas consecuencias.

Sin embargo, aquella visión épica de la revolución, llamada a salvar a los pueblos de América de la opresión no fue entendida por todos por igual y el Gobierno cubano tuvo que hacer frente a la disidencia interior, donde la Iglesia, una vez más, fue protagonista indiscutible entre los que pretendían frenar o cercenar el proceso revolucionario. En aquel mes de agosto la jerarquía católica se enfrentó al Gobierno cubano a través de una circular colectiva en la que se opinaba sobre lo acontecido en Cuba en el último trimestre y en la que se ponía en tela de juicio el camino emprendido por la dirigencia revolucionaria a partir del mes de junio.

El enfrentamiento desatado entre las posiciones de la Iglesia y del Gobierno cubano a raíz de la circular colectiva de agosto de 1960 fue abordado en este trabajo mediante la noción “gramsciana” de “revolución pasiva” o “revolución restauración”, un concepto que nos ha ayudado a comprender el proyecto que la Iglesia defendió para Cuba.

La revolución que defendió la jerarquía católica cubana, la revolución restauración, respondió a la idea de una transformación desde arriba, destinada a trabajar, desde dentro y desde posiciones influyentes, por la modificación de las relaciones de fuerza imperantes en el Estado y en la sociedad civil, con la intención de preservar, en la medida de lo posible, los intereses de una parte del antiguo bloque hegemónico. La Iglesia, al integrarse en el frente revolucionario y no romper de forma abierta con la revolución, desplegó una labor tendente a neutralizar las demandas de cambio radicales exigidas por las clases populares y preservar así una porción significativa de los privilegios de las antiguas clases dominantes, de las que formaba parte y de las que dependía.

La Iglesia cubana, como promotora y parte integrante del bloque hegemónico prerrevolucionario, proponía una línea de acción para la Revolución cubana en la que se pretendía frenar el proceso transformador, tutelararlo y desposeerlo de sus atributos más beligerantes contra las antiguas clases dirigentes. Es decir, la Iglesia y su jerarquía, como componentes de los segmentos políticamente hegemónicos en la vieja Cuba, trataron de desviar a la revolución por las sendas del reformismo y para ello no dudaron en asumir una parte significativa de las demandas revolucionarias, pero controlando a través del discurso suasorio, la crítica, la algarada o incluso la violencia el proceso cubano y su más que previsible radicalización. La Iglesia, a través de este juego calculado, integró en su propia visión de la revolución parte de las premisas del frente fidelista, pero, al mismo tiempo, luchó por transformarlas y descargarlas de los aspectos más lesivos para las antiguas clases dirigentes. Esta fue su actitud mientras tuvo cauce para ello y cuando no lo tuvo no dudó en lanzarse en brazos de la contrarrevolución para hacer frente al Gobierno revolucionario.

Cuba estaba inmersa en aquellos meses centrales de 1960 en el momento más dinámico, rupturista y trascendental desde el advenimiento de la revolución. Se presentaba además, ante propios y extraños, como un movimiento liberador que rompía sus fronteras para dialogar con los países con los que compartía historia y cultura y aquello, como cabía esperar, despertaba suspicacias de todo tipo y disparaba la tensión fuera y dentro de Cuba. La Iglesia se agitaba y con ella el régimen franquista.

Estados Unidos estaba siendo expulsado de uno de sus feudos más emblemáticos y aquello hacía que la política interior tuviera una fuerte vinculación con la exterior. Y es que, la partida se jugaba también fuera de Cuba y aquella realidad se escenificó de forma dramática en la cita de la OEA de San José de Costa Rica, dividida en dos conferencias en las que la República Dominicana, presa ya de un intervencionismo agresivo y desembozado, fue sancionada y apartada del organigrama panamericano tras la condena de sus vecinos en la primera conferencia, y Cuba, por razones diametralmente diferentes, luchó con éxito por no recibir la misma condena por parte del organismo panamericano en la segunda de las conferencias.

La diplomacia cubana pudo contrarrestar el relato norteamericano y el Departamento de Estado, a pesar de la azarosa labor diplomática desplegada, empeñada en recrear la estrategia exitosa que se había aplicado en Guatemala un quinquenio antes, no pudo someter a la Revolución cubana, al menos en el grado que había ambicionado. La segunda conferencia de San José, en la que se pretendió convertir a Cuba en apéndice de Moscú y condenarla al ostracismo en el continente debido a ello, no brindó los resultados esperados por el Departamento de Estado norteamericano, pues, la condena de Cuba, no obtuvo la unanimidad esperada y escenificó además, de forma explícita, la fortaleza de la Revolución cubana al generar problemas y desavenencias dentro de las delegaciones de algunas de las repúblicas e incluso el enfrentamiento entre ellas.

Estados Unidos, en la VI reunión de cancilleres de San José de Costa Rica, había facilitado la condena de la República Dominicana como una concesión a Venezuela y otras democracias latinoamericanas. Sin embargo, esperaba, en justa compensación según su razonamiento, recibir el apoyo de sus vecinos en su acoso a la Revolución cubana en la VII reunión de San José celebrada a las pocas horas, algo que no consiguió, o al menos no con la profundidad y la contundencia que precisaba la Administración norteamericana para refrendar su hegemonía y dominio absoluto en el continente. Y es que, la puesta en ejercicio de un mecanismo que facilitara la intervención sobre uno de los Estados americanos, sin otro criterio que la definición ideológica que de dicho Estado tuviera a bien fijar la diplomacia norteamericana, era un riesgo perfectamente identificable para los países iberoamericanos, que, aunque temerosos del potencial que pudiera tener sobre el continente un movimiento fidelista apoyado desde Moscú, no parecían dispuesto a entregar a Estados Unidos la posibilidad de segar de raíz la soberanía nacional de las repúblicas americanas de acuerdo a sus intereses particulares. Aquí estaba el verdadero debate, pues, condenar a Cuba significaba conceder a la Administración norteamericana una poderosa herramienta de la que podía hacer uso para fijar el carácter y la naturaleza de cualquier régimen político de acuerdo a sus intereses y utilizar con posterioridad dicha etiqueta como coartada, como prerrequisito y como fase inicial para justificar una posible o futura intervención.

Así pues, las conclusiones que podemos sacar de la trascendental cita de San José de Costa Rica nos inclinan a señalar que el Departamento de Estado norteamericano, a pesar de su falso triunfalismo, no salió satisfecho de aquella cita. Es cierto que la diplomacia cubana no recibió el refrendo y el apoyo por parte de la repúblicas latinoamericanas que pretendían muchos sectores en el interior de Cuba, sin embargo, no es menos cierto que el panamericanismo que promovía la Casa Blanca salió maltrecho de aquellas conferencias, pues no consiguió que Cuba corriera la misma suerte que su vecina caribeña, la República Dominicana.

Es más, no es aventurado señalar que, desde la perspectiva norteamericana, los resultados de la cita de San José resultaban más que inquietantes para el futuro de la hegemonía de los Estados Unidos en su patio trasero. El resultado de la primera conferencia condenó al país que se desempeñaba como baluarte anticomunista del caribe, la República Dominicana, al aislamiento económico y diplomático, convirtiéndose de esta guisa en una suerte de paria a nivel continental. Sin embargo, aquel era un

precio que la diplomacia norteamericana podía estar dispuesta a asumir si, como contrapartida, conseguía el aislamiento y la condena de Cuba. Ahora bien, como hemos expuesto, esto estuvo lejos de suceder, pues el resultado de la segunda conferencia fue más que desalentador para los intereses de la Casa Blanca. Cuba salió viva de la conferencia y esto, dentro de la OEA, sometida como todo el mundo sabía a los designios de Washington, era una victoria para los revolucionarios cubanos difícil de ocultar.

Estados Unidos erró el tiro al tratar de doblegar a la Revolución cubana bajo el expediente habitual de la conjura comunista y la seguridad continental amenazada, pues aquella estrategia no recibió el aplauso unánime de sus vecinos, escarmentados quizás por el papel que habían jugado en Guatemala años antes aquel tipo de argumentos. La acusación comunista, presentando a Cuba como una criatura de la inteligencia soviética, no resultó demasiado convincente y la diplomacia norteamericana no pudo sostener aquella postura con alegatos solventes. El fino canciller cubano defendió la posición cubana a cabalidad y Cuba, aunque zarandeada en su orgullo, salió airosa de aquel complicado trance. Así pues, el relato que la prensa trató de difundir de una cita de San José entregada a la posición norteamericana, aireado en los Estados Unidos sin reparo alguno, no atiende del todo a la realidad cotejada si nos atenemos a las consecuencias prácticas que se derivaron para la diplomacia norteamericana de aquella doble conferencia.

De este modo, los resultados cosechados en Costa Rica, a nuestro modo de ver, no respondieron a los objetivos que pretendía la Casa Blanca. En primer lugar porque Cuba no recibió las sanciones que cayeron de forma inexorable sobre la República Dominicana y en segundo lugar porque la conferencia explicitó la división continental y la imposibilidad de abatir a Cuba bajo un procedimiento administrativo de aquella naturaleza.

Por lo demás, la segunda de las conferencias dejó al descubierto la debilidad argumental de los Estados Unidos frente a las reivindicaciones cubanas y por tanto dejó al resto de las repúblicas ante el papelón de presentarse ante sus respectivos pueblos como una suerte de lacayos del poderoso frente a la justa reivindicaciones del débil. El anticomunismo y la penetración soviética terminaron por figurar, para desgracia de los Estados Unidos, como el trampantojo que ocultaba los verdaderos motivos de la diplomacia norteamericana, que tenían más que ver con los intereses materiales que con los puramente espirituales. Los intereses crematísticos estaban por encima de las preocupaciones por la unidad espiritual del continente y la salvaguarda de una democracia con la que trataba de identificarse Estados Unidos en su lucha contra Cuba. Además, aquella democracia por la que aseguraba luchar la diplomacia norteamericana había sido vilipendiada durante años en toda América Latina mientras los diferentes moradores de la Casa Blanca habían mirado hacia otro lado, a veces con displicencia y otra muchas con total agrado, pues estas dictaduras les habían servido con mayor fidelidad que la mayoría de las democracias. Así pues, esta mascarada que trató de escenificar el Departamento de Estado al presentarse como el campeón de la defensa de la democracia en el continente resultaba tan evidente para casi todos los delegados latinoamericanos que la diplomacia norteamericana no pudo maquillar y ocultar los verdaderos objetivos que ambicionaba con la destreza que había exhibido en otras ocasiones.

El resultado de la conferencia no arrojó por tanto resultados concluyentes, pues los debates y las conclusiones finales no concedieron la posibilidad de apuntarse triunfos evidentes ni tampoco la de endosar claras derrotas: la Revolución cubana no salió indemne de aquella cita, pero la diplomacia norteamericana tampoco había alcanzado los objetivos que se había propuesto. Sin embargo, la gran perjudicada fue la OEA, pues parecía incapaz de ofrecer acuerdos satisfactorios para todas las partes y se presentó, una vez más, como una institución demasiado sujeta a los designios y caprichos que emanaban de la Casa Blanca.

En la “Declaración de San José”, documento en el que se fijaban las conclusiones de la VII reunión de cancilleres, gravitaba como premisa la condena de Cuba por facilitar la intervención soviética en el continente, pero dicha declaración terminó engalanada con tal volumen de anexos y declaraciones aledañas a favor del pueblo de Cuba y sus justas reivindicaciones que hacían de su deficiente articulado anécdota y no substancia sobre la que cimentar los acatamientos finales de la VII reunión de cancilleres. Después de aquellas jornadas de discusión, donde cubanos y norteamericanos cruzaron acusaciones y protagonizaron encendidos debates, la conferencia finalizó con aquel documento, conocido como la “Declaración de San José”, en el que los incisos y las aclaraciones de varios representantes latinoamericanos se erigieron en norma y donde se constató que el mayor damnificado en aquella justa no fue la Revolución cubana, sino el sistema interamericano, incapaz de disimular los girones que sufrió tras la reyerta y los problemas de representación que lo adornaban.

Después de todo lo señalado, cuesta mucho decantarse por la idea de que aquella conferencia supuso una derrota para la delegación cubana. Sin embargo, quizás debido al celebrado y a la postre ilusorio triunfo norteamericano, publicitado sin descanso en las agencias de prensa de Occidente, o quizás también debido a los deseos de la dirigencia revolucionaria de cargar contra aquella organización regional de la que no reconocía autoridad alguna y a la que consideraba una suerte de ministerio de colonias, lo cierto es que la dirigencia revolucionaria asumió la Declaración de San José y las resoluciones de la VII reunión de cancilleres como una afrenta a los intereses de los pueblos de América en general y de la nación cubana en particular, pues representaban la constatación de la falta de soberanía de América Latina a la hora de fijar su política exterior y sus relaciones con Estados Unidos.

La cita de San José supuso un punto de inflexión en las relaciones de Cuba con el continente, pues, por primera vez, la prensa, al unísono, cargó contra la OEA, la mayoría de los dirigentes latinoamericanos representados en Costa Rica y la Administración norteamericana, representados los tres como los ensamblajes imprescindibles para el funcionamiento de la maquinaria imperialista, fundamento sobre el que se sostenía el atraso latinoamericano.

Tras los primeros debates y tensiones recreadas en la prensa. El primer ministro cubano tomó la palabra para atacar sin ambages a la resolución de la OEA y convocar una manifestación para rechazar lo acordado en San José de Costa Rica y reafirmarse en la necesidad de Cuba de aceptar la ayuda prestada por la URSS. Tres ideas que fueron aliñadas con ataques airados contra el imperialismo norteamericano y contra la mayoría de las delegaciones latinoamericanas.

Sobre estas premisas construyó Fidel Castor su alocución pública del 2 de septiembre de 1960 en la Plaza Cívica, escenario en el que nació y se consagró la denominada Primer Declaración de La Habana, aprobada en asamblea general por el pueblo de Cuba en aquella misma jornada y en aquel mismo escenario. Aquella declaración, que pasó a desempeñarse a partir de entonces como el programa de la revolución, nació con el propósito de denunciar la opresión norteamericana sobre los pueblos del continente y el colaboracionismo de las élites latinoamericanas en aquella deshonrosa tarea. Sin embargo, el indudable carácter nacionalista que portaba, su inquebrantable vocación antiimperialista y su compromiso con los pueblos de América Latina le confirieron la facultad de convertirse en vehículo idóneo para sostener el carácter de la revolución a nivel internacional. Además, su condición generalista e internacionalista la habilitaban para acoger en su seno los diferentes matices que iría adquiriendo la revolución en su decurso, entre ellos el socialista.

Con la Declaración de la Habana, todo un canto a la independencia de los pueblos de América, Cuba se dotaba de un programa sólido a pesar de la falta de institucionalización del proceso revolucionario. Un asentamiento institucional por el que muchos clamaban desde dentro y fuera de Cuba, pero que parecía todavía distante ante las prioridades que se había fijado el frente revolucionario. Por lo demás,

la ausencia de formalismo institucional se suplía con claridad programática y un voluntarismo arrollador que satisfacía al bloque hegemónico en formación. Así pues, frente a la realidad vivida, marcada por una hoja de ruta rupturista e irrevocable, los planteamientos teóricos tenían que amoldarse al empuje de las realizaciones, lo que determinaba que, en el caso cubano, la teoría tuviera que dejar paso a la praxis, pues ésta la antecedía y aquella se veía conferida al papel de justificarla por medio del razonamiento y la explicación. En aquella explicación el marxismo que todavía permanecía ausente se comenzaba a dejar ver en algunas actitudes y pronunciamientos, sin embargo, el programa de la revolución solamente se comprometía de forma explícita con un proyecto de claras raíces martianas y bolivarianas que tenían como meta la redención de los cubanos, pero que no renunciaba a servir de guía a los pueblos del continente en su lucha por la emancipación definitiva.

La Revolución cubana parecía decidida a expandir su programa por el continente. Sin embargo, los asuntos internos no se descuidaban, pues Cuba seguía predicando con el ejemplo. La mejor forma de difundir su proyecto era llevarlo a la práctica hasta sus últimas consecuencias. Bajo la idea que deprendía esta premia, las nacionalizaciones e intervenciones continuaron y a mediados de septiembre le llegó el turno a los bancos que operaban en Cuba, que, a partir de entonces, pasaron a ser controlados por el Estado cubano. Sólo se salvaron de aquella quema los bancos canadienses por los servicios que le prestaban a la revolución en el exterior y por su corrección con las autoridades cubanas desde el triunfo de la revolución.

Con aquel programa en cartera, de una radicalidad inusitada y desconocida en el continente, Fidel Castro encabezó a la representación cubana en la apertura de la XV Asamblea General de la ONU. Una asamblea que tuvo gran resonancia en los medios cubanos y que escenificó el sino de los nuevos tiempos. En aquella cita, Fidel Castro, un referente indiscutible ya para los pueblos sojuzgados y toda una celebridad a nivel internacional, dejó más imágenes fuera que dentro del edificio de la ONU. Fue en esta estancia del primer ministro cubano en Nueva York cuando se tomaron las conocidas imágenes del abrazo con Nikita Krushev, una instantánea que fue celebrada por muchos y batallada por otros tantos. Por lo demás, este viaje dejó también las imágenes del primero ministro cubano con Nasser y Nehru, líderes del bloque de los no alineados, o con Malcolm X, activista norteamericano de renombre internacional. Sin embargo, lo más relevante de aquellos encuentros, a nuestro modo de ver, fue el escenario elegido. La delegación cubana, después de innumerables desencuentros con las autoridades norteamericanas, con las fuerza de orden público y después de ser expulsados del hotel de Manhattan en el que se hospedaban, tuvo la feliz ocurrencia de desplazarse al barrio de Harlem y hospedarse en el mítico Hotel Theresa, un marco incomparable para lanzar el mensaje que la revolución traía a la ONU.

Fidel Castro y la delegación que le secundaba, conscientes del escenario que se les presentaba en Harlem, tan efectivo como el atril de la ONU para difundir el programa de la revolución, prepararon la agenda de contactos para aquellas jornadas que permanecieron en el Hotel Theresa y lo hicieron de tal modo que la revolución quedó retratada sin la necesidad de proferir grandes discursos.

La mera presencia de Fidel Castro en el barrio negro y latino de Nueva York, rodeado de la variopinta y multirracial delegación cubana y vestido con el uniforme verde olivo y las botas de campaña, constituía toda una declaración de intenciones. La transcendencia de aquella potente imagen, difundida a nivel internacional por partidarios y detractores, era más que elocuente, pues propagaba por sí misma, sin la necesidad de proferir una palabra, el mensaje que la revolución pretendía llevar a la ONU y colocaba además ante sus evidentes contradicciones a la laureada democracia norteamericana.

En Harlem, los preteridos y castigados por la Administración norteamericana salieron al encuentro de la revolución; una revolución, que, haciendo de la doctrina acción, compartía escenario con

aquellos a los que decía representar. Mientras los medios de comunicación registraban la presencia de las delegaciones de otras naciones en los grandes hoteles de la Gran Manzana, la representación cubana aparecía retratada en los barrios populares, donde se albergaban los líderes que realmente eran populares. Cuba estaba con los pueblos de América y los habitantes de Harlem, negros y puertorriqueños, así lo atestiguaban; frente a ellos se encontraba la Administración norteamericana, garante de los Gobiernos lacayos del continente que gobernaban para minorías y hacían caso omiso a las necesidades del pueblo. Este era el mensaje que la prensa cubana reflejaba en sus páginas y el que se difundió a través de locuaces instantáneas en las que se contraponían las imágenes del líder cubano compartiendo mesa con los trabajadores del hotel en el que se albergaba, negros en su inmensa mayoría, a las que protagonizó Eisenhower en aquellas días en lujosos hoteles haciéndose acompañar de los representantes de las delegaciones latinoamericanas. Unos representantes que reflejaban en su fenotipo la herencia europea, una prosapia que contrastaba de forma evidente con el continente multirracial y mestizo al que decían representar.

Harlem y la zona central de Manhattan se erigían así en metáfora de la realidad cubana y latinoamericana frente a sus dominadores. La revolución fidelista recibía el aplauso y el calor de los barrios desatendidos y, en contraposición, era obsequiada con el acoso y el maltrato de los distritos opulentos de donde había sido expulsada días antes. Consciente de esta realidad, la delegación cubana se movió con celeridad y durante su estancia en el Hotel Theresa Fidel Castro y el resto de los representantes cubanos recibieron al activista afronorteamericano Malcolm X y a la mayoría de los líderes de las organizaciones afroamericanas neoyorquinas y del resto del país. Además, aquel barrio de Harlem fue también el escenario en el que se produjo el encuentro de Fidel Castro con otros líderes de talla mundial como Krushev, Nehru o Nasser.

El mensaje de Fidel Castro se pudo escuchar en la ONU y allí el líder cubano expuso el programa de la revolución, las dificultades a las que había tenido que hacer frente debido a los constantes y reiterativos ataques norteamericanos y su decisión de mantener relaciones con todos los pueblos del orbe. El mensaje de Fidel Castro estuvo centrado en la Declaración de La Habana y expuso también todos los temas que habían sido objeto de debate en los discursos que Raúl Roa había lanzado en los foros internacionales en los últimos meses. Sin embargo, como hemos señalado, lo más importante de aquella estancia de Fidel Castro en Nueva York tuvo lugar en el barrio de Harlem, pues, desde allí, la revolución difundió la verdadera naturaleza de su carácter y brindó al mundo imágenes más que elocuentes sobre las intenciones cubanas de cara al futuro.

Al regreso de Fidel Castro a La Habana la revolución siguió por la senda trazada en el último cuatrimestre y después de la intervención del sector bancario, le llegó el turno a la reforma urbana, que posibilitó que las casas y edificios arrendados pasaran a ser propiedad de sus ocupantes cuando se cubrieran las mensualidades pertinentes por parte de los inquilinos. En aquellos días centrales de octubre pasaron también a manos del Estado otros grandes consorcios extranjeros y cubanos. Una operación sin precedentes que no hizo distinciones entre capital foráneo y nacional y que pretendía ser el aldabonazo a todo un período de transformación económica radical.

A partir de entonces los bancos, las grandes industrias y las empresas comerciales más importantes de la alta burguesía cubana y foránea pasaron a ser controladas por el Estado. Los estratos más elevados de la burguesía cubana recibieron el mayor golpe desde el triunfo de la revolución y se colocaron ya, irremediablemente, en el bando de la contrarrevolución. Con aquella medida Cuba se hacía de forma definitiva con el control de la economía cubana, pero se ganó también un poderoso e influyente enemigo, un sector importante del capital cubano, que pronto sumó fuerzas con los Estados Unidos y la contrarrevolución preexistente.

Se cerraba así una etapa en la historia de Cuba para iniciarse un período nuevo, una circunstancia que se encargó de dejar patente el propio Fidel Castro ante las cámaras de televisión en la tarde noche del día 15 de octubre. Un período nuevo en que el campesinado y los trabajadores tendrían que tirar del carro de la revolución, pero del que no quedaba apeada la pequeña burguesía. Un sector en el que se refugiaba una porción importante de la colonia española y al que Fidel Castro quiso tranquilizar al indicarles que la revolución contaba con ellos para el futuro desarrollo de Cuba.

En aquella jornada de mediados de octubre Fidel Castro dio por concluido el programa del Moncada, el programa con el que la revolución había llegado al poder. Se había cubierto la etapa más complicada y el Estado cubano, después de aquellos primeros dos años de revolución, había tomado el control de los grandes almenes comerciales, de las tiendas por departamentos, del comercio mayorista y de los grandes consorcios industriales, energéticos y agrícolas extranjeros y nacionales. A través de aquel potente sector estatal se pretendía promover el desarrollo del país y Cuba tendría en cuenta en la promoción de este desarrollo al pequeño comerciante y al pequeño industrial. La revolución quería contar con la pequeña burguesía en sus filas, nunca había pretendido excluirla del proceso y aquel momento se presentaba como uno de los más idóneos para hacerle ver a aquel sector de la burguesía cubana que la revolución quería seguir contando con ellos en el futuro y que ellos eran parte fundamental del proceso.

Las autoridades norteamericanas captaron el mensaje del primer ministro cubano y se apresuraron a descargar contra Cuba los sinsabores y todo el peso del bloqueo. Después de promulgadas las leyes sobre aquella nueva batería de grandes nacionalizaciones por parte cubana la Administración norteamericana prohibió las exportaciones a Cuba de todo tipo de productos, sólo quedaban excluidos los alimentos y medicamentos que no estuviesen subvencionados.

La ruptura entre los dos países era ya cuestión de pocas semanas y Cuba asestó el golpe definitivo a finales de octubre mediante la expropiación de todas las empresas norteamericanas que quedaban en Cuba y que no habían sido afectadas todavía por la legislación anterior. Con esta última medida se suprimía de facto la inversión norteamericana en Cuba y el Gobierno cubano quedaba liberado de todo compromiso económico con sus tradicionales vecinos del norte.

La Revolución cubana sienta las bases para la construcción del socialismo

A finales de octubre Cuba entra en una nueva fase, la última de las tratadas en este trabajo. Una fase rica en matices en lo tocante a la teoría política de raigambre marxista, pues es en este semestre en la que Cuba sienta las bases de su particular modelo socialista antes de proclamarlo. A partir de este momento, finales de octubre de 1960, un momento presidido por la contienda electoral norteamericana, en la que Cuba fue materia de escrutinio y enfrentamiento entre los dos candidatos, el demócrata Kennedy y el republicano Nixon, Cuba comenzó a trabajar el discurso ideológico para preparar a la población ante el advenimiento de una organización socialista para el país. La contradicción fundamental del sistema capitalista, que había estado orillada durante meses en el discurso de los líderes cubanos entró entonces en escena con fuerza para combinarse con la que había ejercido como contradicción principal durante los dos primeros años de revolución: la liberación nacional frente al imperio norteamericano. El núcleo rector de la problemática cubana se centró a partir de entonces en lo que distanciaba a Cuba de los Estados Unidos y en la necesidad de poner en práctica un proceso de independencia nacional que indudablemente no podía sostenerse sobre el régimen capitalista que Estados Unidos había promocionado en la isla, pues, a finales de 1960, éste sistema económico importado del norte estaba ya prácticamente destruido.

La labor del Gobierno comenzó entonces a estructurarse bajo coordenadas clasistas, pues el bloque con el que se había construido el nuevo poder hegemónico en Cuba se articulaba alrededor de los

trabajadores, los campesinos y la pequeña burguesía nacionalista. Eran los intereses de estas tres clases, depositarias de la verdadera nación, los que tenían que definir el proyecto soberanista cubano y los que tendrían que definirse para explicitar el modo en el que se articularía el equilibrio de fuerzas dentro del bloque hegemónico.

Durante este último período, la segunda de las hipótesis, aquella que se centra en las ideas socialistas de la dirigencia revolucionaria, ha de ser tenida en cuenta con mayor fuerza que en la fase anterior, de lo contrario, resultaría complicado entender el manejo de los tiempos y de los discursos del que hicieron gala el Consejo de Ministros y los divulgadores de opinión cubanos para acoplarse a la lectura que más convenía a la realidad de cada comento durante este semestre de revolución.

Por lo demás, la influencia soviética y la norteamericana, al igual que el nacionalismo cubano juegan también un papel fundamental en esta fase. Sin embargo, es la dinámica de la propia revolución, las decisiones tomadas en el interior de la isla al calor de las alianzas trenzadas, de las fuerzas desplegadas y las contradicciones desatadas, la que determina, en última instancia, que el socialismo se erigiera durante estos meses en solución y no en problema, como había sucedido en los dos años precedentes.

Durante el último bimestre de 1960 y el primer cuatrimestre de 1961 el socialismo, sin ni siquiera ser mentado por su nombre, comenzó a la aparecer de forma implícita y masiva dentro del ideario revolucionario y se erigió, sin demasiado esfuerzo y sin demasiado estruendo, como la vía de organización ideal para solucionar la mayoría de los problemas a los que tuvo que hacer frente el Gobierno cubano y el bloque hegemónico que se aglutinó a su alrededor. La dirigencia revolucionaria proclamó el carácter socialista de la revolución a mediados de abril de 1961, en la víspera de la invasión de Bahía de Cochinos, y lo hizo al abrigo de las soluciones y las estrategias que se siguieron para hacer frente a la gestión del inmerso entramado comercial, económico e institucional al que tuvo que hacer frente la revolución. Ahora bien, la presión norteamericana ayudó a Cuba a acelerar un proceso que probablemente se hubiera desarrollado de forma más sosegada si el declinante Eisenhower y el recién llegado Kennedy no hubieran puesto todo su empeño en castigar al pueblo cubano y aislarlo del continente.

Estados Unidos constituyó un valladar en el que se estrellaban una y otra vez las ansias de independencia cubana y la URSS se erigió, sin demasiado esfuerzo, en un aliado para Cuba en la promoción y la defensa de la soberanía reclamada. Estos dos aspectos, unidos a las ideas que medraban entre la cúpula dirigente cubana se insertaron dentro de las dinámicas desatadas por la revolución en aquellos meses. Unas dinámicas que eran ya fruto indudable de la composición clasista que imperaba dentro del bloque hegemónico y que hicieron que la lucha por la soberanía llevara al socialismo y que ambos, independencia nacional y redención social, se defendieran antes, durante y después de las jornadas de Girón con la naturalidad que se desprende de la fusión de objetivos en un sólo bloque solidario. La revolución, la nación y el socialismo pasaron a integrarse en una triada indisoluble, dentro de la cual no se podían hacer exclusiones, ser revolucionario implicaba defender a la nación y al sistema de organización que parecía encumbrarse como el más idóneo para sostener la soberanía: el socialismo.

Sin embargo, este proceso, mediante el cual Cuba ingresa en el conjunto de países que tenían a la sociedad socialista como horizonte político, no fue fácil y estuvo plagado de contratiempos a los que, no obstante, la revolución pudo a hacer frente gracias al férreo compromiso del diverso frente revolucionario con el proyecto soberanista. Es decir, fue la irrevocable disposición soberanista, la vocación de existir, la que hizo del socialismo un objetivo irrenunciable, pues sin él, después de todo lo sucedido, la independencia de Cuba quedaba en el aire.

En este período la tensión fue permanente y las dificultades múltiples. Sin embargo, esta nueva era contó con dos problemas de difícil solución, dos escollos que fueron un auténtico quebranto para la dirigencia revolucionaria: primero, el empuje de la contrarrevolución, cada día mejor dotada, pues contaban ya con el firme compromiso de la Administración norteamericana, y segundo, el bloqueo comercial, que no permitió a Cuba un período de transición, aunque fuera corto, para desprenderse de los Estados Unidos y asumir las formas y las costumbres de sus nuevos aliados soviéticos. Estos eran los principales desafíos de la revolución y, aunque no estaba en sus manos erradicarlos, sí podía trabajar para que tuvieran el menor impacto posible en el interior de Cuba.

Los dos últimos meses de 1960 estuvieron destinados a solventar este doble problema y la dirigencia cubana se repartió el trabajo. Unos lucharon a brazo paridos por erradicar la violencia y la propaganda contrarrevolucionaria en el interior de Cuba y otros trataron de paliar a través de los aportes que se pudieran conseguir en el exterior los estragos que producía el bloqueo: una delegación cubana, presidida por el Che Guevara, partió con rumbo a los países socialista con el objetivo de aminorar los perniciosos efectos que traía aparejada la suspensión del régimen de intercambios con los Estados Unidos.

La estrategia de Cuba para romper el cerco norteamericano y el bloqueo económico, cuando este tomó naturaleza de ley en la segunda quincena de octubre de 1960 pasó por la aproximación a la URSS. Había que suplir a través del bloque socialista lo que ya no proveía Estados Unidos, es decir, casi todo. Con este objetivo en cartera partió Ernesto Che Guevara con rumbo a Madrid para desde aquí emprender el salto a los países socialistas. La misión cubana presidida por Guevara tenía un eminente componente económico y comercial, como demostraba el perfil de los miembros que la integraban, pero contaba también con un carácter político evidente.

La misión encabezada por Guevara, durante dos meses, desde el 22 de octubre, pocos días después de establecerse el bloqueo, hasta 26 de diciembre, visitó varios países del orbe socialista: Checoslovaquia, la Unión Soviética, la China popular, Mongolia, Vietnam del Norte, Corea del Norte y la Alemania oriental. Aquel viaje, dado el contexto en el que se producía, resultaba vital para la economía cubana, pues sus tradicionales vías de comercio estaban siendo cercenadas por el bloqueo norteamericano con suma rapidez. Una situación que tendería a empeorar a medida que fueran pasando los meses; de ahí su importancia y la sensación de urgencia que presidió esta misión. El viaje de la delegación cubana se centró fundamentalmente en la URSS, pero se visitaron también otros países en los que se firmaron acuerdos económicos: dos meses de apretada agenda en los que Revolución cubana sentó las bases comerciales y económicas para afrontar un bloqueo norteamericano que estaba llamado a perdurar en el tiempo, pero en los que también se consiguieron colocar en el exterior los contingentes de azúcar que habían quedado sin venta tras la cancelación de la cuota por parte de los Estados Unidos.

Del viaje de Guevara apenas se informó durante su desarrollo, fotografías puntuales aparecieron en la revista *Bohemia* durante los meses de noviembre y diciembre de 1960. Sin embargo, los detalles de aquella trascendental misión y sobre todo los acuerdos alcanzados no se difundieron en Cuba hasta una semana después del regreso del Che, que coincidió, curiosamente, con la ruptura de relaciones diplomáticas con los Estados Unidos a principios de enero de 1961.

Por su parte, la prensa franquista prácticamente obvió la existencia de aquella misión comercial y todo ello a pesar de la presencia del Che en Madrid, tanto a la ida como a la vuelta de aquella gira. Algo que, por otra parte, comenzaba a ser ya habitual. Por suelo español pasaban los dirigentes revolucionarios sin que la prensa ni las autoridades franquistas dieran cuenta de ello, lo que nos coloca de nuevo en la senda de las particulares y conflictivas relaciones que Cuba tenía con España y nos sitúa también en la posición de entender las razones que impulsaban a la dirigencia revolucionaria a

no romper totalmente con el régimen franquista, pues España era la escala habitual de las delegaciones cubanas en su tránsito de La Habana a los países del orbe socialista y del bloque de los no alineados.

Por lo demás, y en lo tocante al viaje de Guevara, los lectores españoles tuvieron que esperar hasta enero de 1961 para conocer el alcance y la trascendencia de lo acordado en este viaje. Además, la mayoría de los diarios se abstuvieron de hacer mención alguna a aquella trascendental misión comercial. *Pueblo* fue uno de los únicos diarios de tirada nacional que aireó la información y lo hizo para criticar el giro socialista de la revolución y a la figura del Che, poniendo el acento en todo lo que había de ideológico en aquella misión y oscureciendo los importantes acuerdos comerciales y económicos que se habían alcanzado entre Cuba y el bloque de los países socialistas.

Y es que, aquel silencio, no sólo respondía a los temores de calificar a la revolución de lo que ya era, un proyecto con vocación socialista, sino también al miedo que generaba la lucha de clases que se había desatado en el interior de Cuba, una lucha visible y presente en toda su crudeza, pues a aquellas alturas del proyecto revolucionario los que empuñaban las armas contra la revolución y los que se colgaban el fusil al hombro para defenderla pertenecían a dos sectores de la sociedad cubana que venían ya definidos por la clase a la que pertenecían y por los intereses que defendían.

Durante los dos últimos meses de 1960 Cuba tuvo que hacer frente a la hiperactividad de la contrarrevolución, en la que se integraban ya todos los sectores perjudicados por la legislación revolucionaria, surtidos generosamente por los núcleos de poder norteamericanos, que ya no mostraban pudor alguno a la hora de mostrar sus fobias y rencores, sus simpatías y sus apoyos.

En este tramo final de 1960 la contrarrevolución acometió, desde el interior y el exterior de la isla, una ofensiva contumaz, porfiada y sostenida contra la Revolución cubana. Una campaña de agresión sin precedentes y en la que la violencia tomó el mayor de los protagonismos. Desde las montañas, partidas de hombres armados luchaban contra el ejército cubano y las milicias y desde el llano la contrarrevolución se vestía con la sotana para perpetrar un ataque más sibilino y más difícil de contrarrestar. Ambas estrategias, la del llano y la de la montaña pronto mostraron sus vasos comunicantes y la revolución se vio entonces abocada a actuar con mucho tino para evitarse el tener que lidiar con demasiados frentes a la vez y eludir, en la medida de la posible, la propaganda adversa que el catolicismo tenía capacidad de difundir a nivel planetario.

La contrarrevolución, a medida que fueron pasando los meses, se fue trasformando en un movimiento cada vez más heterogéneo, donde se dieron extrañas alianzas que comenzaron a resultar naturales debido a los objetivos compartidos y donde la distinción entre lo internacional y lo doméstico nunca estuvo del todo clara. Durante estos meses finales de 1960 la contrarrevolución se mostró implacable y el catolicismo, sobre todo aquel instalado en las posiciones de mando dentro de La Iglesia, optó ya de forma mayoritaria por ubicarse en el bando de la contrarrevolución. En lo tocante al catolicismo que se oponían al Gobierno cubano, como sucedía con el resto de los sectores contestatarios con el proyecto revolucionario, no resultaba sencillo establecer donde se encontraba la disidencia nacional y donde comenzaba la conjura internacional y aquí Estados Unidos, y sobre todo España, eran fuente de toda clase de especulaciones, pues la injerencia de estos dos países dejaba de ser sospecha para convertirse en certeza.

En aquellos meses finales de 1960, la Iglesia como institución, ante la mirada atónita de los cubanos, derivó de la revolución pasiva hacia la contrarrevolución activa de forma evidente y acusada. Las razones de este tránsito parecían claras y eran achacables a su incapacidad para alcanzar acuerdos y a su rigorismo ideológico, caracterizado por la inflexibilidad y la intransigencia. El catolicismo cubano o al menos una parte significativa de él se negó en rotundo a colaborar con cualquiera de las facciones revolucionarias y especialmente con aquellas sujetas a los patrones de interpretación

marxista. De este modo, la Iglesia terminó aislándose de la sociedad cubana, pues consideró que la colaboración del catolicismo con los sectores apegados a las líneas de pensamiento marxista, fortalecidas por la composición clasista del frente revolucionario y por el contexto internacional en el que estaba inmersa la revolución, resultaba inviable.

Así pues, y esta es una conclusión que se deriva de lo recién expuesto, la Iglesia se aisló del frente revolucionario y decidió colaborar con la contrarrevolución debido a la falta de flexibilidad de los planteamientos teóricos del catolicismo imperante en Cuba. La Iglesia no podía establecer colaboración alguna con el frente revolucionario porque la dogmática imperante en el catolicismo cubano hacía incompatible su pensamiento con cualquier otro que tuviera también pretensiones hegemónicas. Una circunstancia que, dados los últimos movimientos de la dirigencia revolucionaria, empujaba a la Iglesia, irremediablemente, a compadrear con los que llevaban meses inmersos en la conjura y la conspiración. Los aires preconciarios del papado de Juan XXIII tuvieron mal asiento en la conciencia del Episcopado cubano y dejaron al descubierto, en contraste con la actitud mostrada por los comunistas y otros sectores marxistas, la incapacidad de los timoneles de la Iglesia cubana para colaborar con el Gobierno revolucionario.

Estos meses finales de 1960 se caracterizaron dentro del catolicismo cubano por la sublimación de los problemas que la Iglesia había albergado en su seno desde mediados de 1960 e incluso antes. Un pequeño sector de la Iglesia se desvinculó del catolicismo oficial, tras ser arrinconado y deslegitimado por la propia jerarquía católica, debido a su compromiso y adhesión al proyecto revolucionario y los católicos de base se vieron en la tesitura de elegir entre religión y revolución, una elección que nunca demandó la dirigencia revolucionaria, pero exigió de forma explícita la jerarquía católica. Una jerarquía que, no contenta con colocar a la feligresía ante semejante dilema, no dudó en hacer uso de la guerra psicológica, del castigo al clero que se apartaba de sus designios y de la propagación de infundios para hacer que la balanza se decantara a su favor. Durante este período un sector destacado e influyente dentro de la Iglesia y de la sociedad cubana conspiró contra la revolución, la atacó a través de las pastorales, concebidas ya como arma política en lugar de teológica, y colocó al catolicismo en su conjunto bajo la sospecha de responder a criterios crematísticos y materiales antes que a los teológicos o morales que le eran propios.

Dentro de todo este debate, en el que el catolicismo oficial, representado por el Episcopado, no dudó en atacar directamente al primer ministro a través de la carta abierta y la confrontación ideológica, la Iglesia reprendió, expulsó y calificó de cismático a todo sacerdote y religioso que osara instalarse en el bando de la revolución. El Episcopado cubano, como consecuencia de aquella deriva frentista que provocó, terminó colocando a la Iglesia, como institución, en el bando de la contrarrevolución. Una realidad que la dirigencia revolucionaria trató de evitar en todo momento sin demasiado éxito y es que, para la mayoría de los revolucionarios, poco deseosos de romper abiertamente con la Iglesia cubana, les resultó imposible callar ante las constantes provocaciones y las evidencias de la colaboración que existía entre gran parte del organigrama de mando eclesiástico y la contrarrevolución más violenta. Las sotanas y las pistolas comenzaron a ir de la mano y ante aquella realidad la dirigencia revolucionaria no tuvo más remedio que entrar en confrontación con la Iglesia. Aquella situación no fue desaprovechada por sus tradiciones detractores, socialistas y comunistas, que apoyados ahora en la legitimidad del que persigue al infractor y al terrorista se cargaron de razones para sostener que el imperialismo romano y el imperialismo yanqui eran entidades integrantes de un mismo fenómeno: la lucha contra la liberación de los pueblos. El franquismo, como cabía esperar, tuvo un protagonismo destacado en este período, pues, para su desgracia, entre los complotados de la Iglesia contra la revolución pronto aparecieron reputados sacerdotes y religiosos españoles que habían aireado en alguna ocasión sus simpatías por Franco o incluso su condición

falangista, algo que no hacía más que avivar el fuego de los resentimientos que se habían instalado en la sociedad cubana contra el régimen de Franco.

España, como consecuencia del protagonismo alcanzado dentro de la contrarrevolución por algunos sectores católicos apegados al franquismo, volvió a ganar relevancia en los discursos lanzados durante los dos últimos meses de 1960 y la primera mitad de 1961. Algo que resultaba completamente lógico pues, a aquellas alturas del proceso revolucionario, eran ya más que habituales aquellas lecturas de la Revolución cubana que trataban de explicarse a través de lo acontecido en España en los años treinta.

La contrarrevolución fue un problema constante y acuciante para la dirigencia cubana durante este período y propició, después de la campaña terrorista llevada a cabo en las navidades de 1960, que el país tuviera que ser movilizado ante la amenaza de un ataque a escala general. Los cubanos saludaron así al año 1961, año de la educación, con el fusil al hombro y recostados en la trinchera; poco después llegó la ruptura de relaciones diplomáticas con los Estados Unidos. Una ruptura que se erigió en la confirmación de lo ya anunciado implícitamente semanas antes. Además, esta ruptura, iniciativa de la Casa Blanca, su produjo mientras el infatigable Raúl Roa denunciaba en la sede de la ONU la campaña de acoso y la amenaza de invasión que pendía sobre Cuba. Estados Unidos estaba viviendo un período de interregno en la Casa Blanca y durante el traspaso de poderes entre republicanos y demócratas, Eisenhower, después de oficializar la ruptura con Cuba, podía verse tentado a hacerle un último servicio a su país mediante la invasión del territorio cubano. Aquella circunstancia, para alivio de muchos y pesar de otros tantos, finalmente no llegó y Kennedy se aupó al poder, sin que por ello la tensión disminuyera. Es cierto que hubo un período de tanteo entre La Habana y Washington, pero este momentáneo compás de espera rápido dio paso al estado habitual en que se habían instalado las relaciones entre Estados Unidos y Cuba.

Tras el arribo de Kennedy a la Casa Blanca, la opinión pública latinoamericana, sin tiempo para analizar aquel tránsito en la Administración norteamericana, se vio sacudida por el episodio del Santa María, donde el DRIL acometió la más poética y romántica de sus acciones, que fungió, prácticamente, como epílogo a su conflictiva y oscura actividad. Aquel episodio que pretendió ser una suerte de “Granma” para la liberación de España y Portugal terminó en el fracaso práctico, pero, indudablemente, supuso un éxito propagandístico. Por lo demás, aquella acción, tan espectacular como fotogénica e inane, explicitó de forma evidente la soledad de las dictaduras ibéricas entre sus antiguas colonias y también la falta de predisposición de la Administración norteamericana para salir en defensa de los intereses de Salazar y Franco. Supuso además la primera declaración de intenciones sobre el papel que quería jugar en el continente la fulgurante y corta presidencia del brasileño Jânio Quadros, toda una novedad en el panorama de la política de América Latina, pues, aunque alejado de los planteamientos socialista de Cuba, propuso ejercer la soberanía de Brasil frente a Estados Unidos como no lo había hecho ningún otro presidente del gigante carioca hasta la fecha y, al contrario que su predecesor, marcó una distancia clara con las dictaduras ibéricas.

Por lo demás, el mediático episodio del Santa María contaba con todos los ingredientes para implicar a la Revolución cubana en la conjura y desde España se trató de armar el relato para que así fuera, aunque, como había sucedido en otras ocasiones, los deseos parecían ir por unos derroteros que no tenían encaje en la realidad. Sin embargo, como pasaba en cada conato de rebelión contra los regímenes dictatoriales o semi-dictatoriales de Iberoamérica, la presencia de la Revolución cubana siempre planeaba y aunque no se pudieran confirmar las sospechas mediante evidencias, las dudas siempre quedaban y se aireaban con total impunidad tanto en España como en América.

Sin embargo, lo que caracterizó a estos primeros meses de 1961 hasta la proclamación del carácter socialista de la revolución no fueron las acciones exteriores que pretendían comprometer a la Revolución cubana, imitarla o implicarla en la defensa de sus intereses, sino la labor concienzuda de

la dirigencia revolucionaria para que el relato socialista pudiera fusionarse con el antimperialista que se venía difundiendo desde hacía meses. Para que esto pudiera ser posible en contexto tan complicado se precisaba darle toda la preponderancia a la teoría y que ésta, por primera vez, comenzara a marcarle el camino a la práctica. Se precisaba, en definitiva, una teoría marxista y martiana que pudiera dar fe de la praxis bajo la que se venía desarrollando la revolución en los últimos meses.

La segunda mitad de 1960 estuvo centrada en la acción para sostener todo lo conseguido en el último bienio y la primera de 1961 en la teoría para darle sentido. Los miembros más insignes dentro la dirigencia cubana, y los grupos más conscientes dentro la sociedad cubana, entraron a partir de enero en una batalla por imponer un discurso capaz de ser asumido por la totalidad del frente revolucionario. Un discurso que aunó antimperialismo, “cubanidad” y socialismo a través de un ejercicio dialéctico no exento de brillantez.

Durante aquellos meses de 1961 y hasta la invasión de Bahía de Cochinos se difundió la idea de que para ganar la soberanía de forma definitiva había que producir en territorio cubano producto cubano; había que comerciar con todos los pueblos para eludir la dependencia y sortear el bloqueo económico, y había que fortalecer la defensa para repeler la injerencia extranjera y los ataques de la contrarrevolución. Aquellos tres objetivos, producción, soberanía y defensa comenzaron a correr parejos durante el primer cuatrimestre de 1961 y sobre ellos se profundizó en el cambio del sistema económico, político y social que se venía gestando desde hacía meses. El capitalismo, tal y como había sido entendido hasta la fecha, ya no tenía campo de asentamiento en Cuba, pues este capitalismo bloqueaba la soberanía y ponía en manos extranjeras los frutos del trabajo cubano. De este modo, sin desatender en ningún momento los principios con los que la revolución había llegado al poder, se fue gestando la idea de que el cambio definitivo acabaría llegando por la vía del socialismo, pues sólo a través de la resolución definitiva de la contradicción capital, extranjero, trabajo, cubano, se podía romper el vínculo de la dependencia. El socialismo era el único camino para romper con la dependencia secular del capitalismo norteamericano. Con este cometido en cartera, la dirigencia revolucionaria incorporó a la sociedad civil al desempeño de funciones que antes tenía reservada la sociedad política y es que, la sociedad civil que imperaba en Cuba en aquellas fechas convergía con la sociedad política, pues ambas se habían liberado ya de los sectores más reacios a profundizar en la vorágine del cambio, algo que jugaba a favor de la consolidación del proyecto socialista y de la unidad interclasista del bloque hegemónico. Cuba había optado por un modelo de organización que difería del capitalismo norteamericano y estaba ya inmersa en el proceso de transición de la revolución antimperialista a la socialista, que por serlo era también atalaya desde la que defenderse del imperio.

El primer cuatrimestre de 1961 fue rico en producción ideológica, pues la dirigencia revolucionaria precisaba de la construcción de un nuevo relato de consenso que pudiera legitimar aquella fusión entre la revolución martiana y la marxista que demandaba el proceso revolucionario en aquel momento. Para llevar a cabo este objetivo se construyó un relato en el que la teoría martiana se armonizó con la marxista, lo que propició, como hemos expuesto a lo largo de este trabajo, un discurso original plagado de matices en el que las bases del nacionalismo cubano y del antimperialismo continental encontraron asiento en algunas de las corrientes y tradiciones marxistas.

Resulta perentorio señalar que desde el primer momento se estableció una distinción clara entre el socialismo que existía en aquellas fechas dentro del bloque soviético y su área de influencia y el que realmente necesitaba Cuba en aquel contexto de reivindicación soberanista para cubrir los objetivos que se había autoimpuesto el Gobierno cubano. Y esto explica la obsesión de la dirigencia cubana por respetar el discurso martiano, un discurso que todo el mundo compartía, y esto revela también el apego que la Revolución cubana mostró al sujeto real frente al sujeto político. Cuba construiría su proyecto socialista desde el sujeto revolucionario que le había dado vida y a través de los intelectuales

orgánicos que el propio proceso había creado, todos ellos, indudablemente, familiarizados e imbuidos de las enseñanzas martianas y también impregnados de un conocimiento profundo de la convulsa historia de Cuba.

De este modo, se entiende también la dificultad que tuvo en Cuba el asentamiento de las corrientes marxista más dogmáticas, el marxismo “sovietizante” no tuvo fácil asiento en Cuba y no lo tuvo porque el socialismo cubano fue contemplado desde sus inicios como un proyecto en construcción apegado al terreno y a la nación a la que estaba destinado, sin recetas definitivas, sin modelos finales inapelables y, por tanto, escurridizo e inasimilable al dogmatismo imperante dentro del marxismo de corte soviético y refractario a cualquier tipo de sectarismo ideológico.

Así pues, a pesar de las urgencias del momento, de la agresión y la presión norteamericana y, probablemente, de las prisas de Moscú para poder justificar dentro de sus filas la apuesta por Cuba, la Revolución cubana no se propuso quemar etapas para acelerar el proyecto de construcción socialista y asumió por tanto que el proceso cubano, para ser firme, precisaba de la transformación en profundidad de la mentalidad del bloque hegemónico que sustentaba a la revolución. Es decir, los intereses de las clases sociales que constituían a la nación cubana ya no podía luchar por sus metas y objetivos particulares, pues estos tenían que ser consensuados con los del resto. En esta labor, como hemos podido comprobar en los últimos capítulos de este trabajo, se desempeñó con tesón la dirigencia revolucionaria, consciente de que las reivindicaciones de los campesinos no podían ir contra los intereses de los trabajadores y que las metas de estos últimos no podían condenar a la desaparición de la pequeña burguesía integrada en el frente revolucionario.

El diseño del modelo socialista cubano se centró en el elemento fundamental, que era, no podía ser otro, la transformación de los cubanos, de la mentalidad de los cubanos, un proceso largo y complicado que no se podía acometer en varias semanas. Lo que devenido en llamarse el “cambio de mentalidad” era un proyecto a largo plazo que no ligaba con las prisas y que de ningún modo podía cimentarse en las urgencias. Un proceso complejo en el que se comenzó a trabajar en aquellas fechas, que llevó años conseguir y en el que, a nuestro modo de ver, todavía se trabaja en la Cuba actual. Este proceso de cambio de mentalidad para la instauración de nuevos valores y conductas se produjo también dentro del colonia española de Cuba, donde los exiliados republicanos sustituyeron a las tradicionales clases dirigentes en el entramado organizativo que los españoles tenían en Cuba. Un proceso que corrió en paralelo a los cambios establecidos en la sociedad cubana, aunque con un ligero desfase temporal y con el apoyo de figuras relevantes del mundo de la política y la cultura de Cuba.

Sobre todos estos aspectos relacionados con el cambio de mentalidad y con la transformación de la conducta se trabajó con intensidad en aquel semestre. Sin embargo, aquello no fue nada más que el inicio, pues, las personas, los cubanos, no podían cambiar de opinión en varias semanas solamente por el hecho de producirse una verdadera revolución en las relaciones de propiedad y producción. Se precisaba un profundo cambio para pasar del individuo capitalista, formado durante décadas en una serie de valores, al individuo socialista. De la mentalidad individual se precisa pasar a la mentalidad colectiva, a la solidaridad y a la gestión económica consensuada entre las tres clases sociales que formaban el bloque de poder, y aquella tarea precisaba de la dedicación y de la paciencia. Así pues, tal y como precisaba la teoría leninista, el tránsito de la propiedad privada a la estatal no convertía en socialista a la revolución, ahora bien, sí que era una plataforma fundamental para acometer la socialización de los medios de producción. Sin embargo, para llevar a término aquel proceso se precisaba un cambio de mentalidad.

De esta suerte, la promoción ideológica dentro de Cuba, la confección de un relato de consenso que fuera capaz de satisfacer a todos los sectores y clases sociales fue una constante durante el primer cuatrimestre de 1961. La dirigencia revolucionaria combinó la teoría marxista con la martiana, pero,

de momento, la primera nunca fue mentada por su nombre. Aquella prudencia por esconder lo que muchos afirmaban ya abiertamente entre sus círculos de confianza, otros daban por hecho y los más incrédulos sospechaban, a nuestro modo de ver, tiene que entenderse en el contexto del momento. La contrarrevolución seguía velando armas en las sierras, los atentados en el tejido urbano no desaparecían y algunos sectores antaño expectantes, como era el caso de la Iglesia, habían convertido el interior de Cuba en un artefacto dispuesto a estallar en cualquier momento. Así pues, declarar el carácter socialista de la revolución en aquel contexto de crispación y violencia contrarrevolucionaria, o hablar de la vocación socialista del Gobierno cubano abiertamente, constituía una temeridad, pues aún había grupos recelosos dentro del frente revolucionario que podían sumarse a la contrarrevolución si una declaración de aquella naturaleza entraba en el discurso de Fidel Castro o de otras figuras de primera línea.

Por lo demás, y en lo tocante a la política exterior la situación no cambió demasiado. Ahora bien, desde la ruptura de relaciones con los Estados Unidos, Cuba se mostró más decidida a exponer su proyecto a nivel continental e internacional. La Revolución cubana no abogaba por la promoción de su modelo para un sólo país, algo que la alejaba, según nuestro parecer, de las corrientes de inspiración estalinista y la situaba en aquellas otras propias de la tradición trotskista, pues consideraba que los males que padecía Cuba era los males de todo el continente y que, por tanto, las soluciones, salvando las particularidades de cada pueblo o nación, podían ser las mismas. La salvación, según los dirigentes cubanos, sería colectiva o no sería, e, indudablemente, dado el poder depredador del capitalismo norteamericano, las vías para conseguirla tendrían que correr paralelas a algún tipo de receta socialista. Con esta idea como bandera Cuba promocionó la libertad de los pueblos de América, denunció el trato vejatorio que recibían algunas repúblicas africanas recién independizadas y colocó en el centro del debate el caso del Congo belga, el último episodio de oprobio para los pueblos del mundo. El asesinato de Lumumba conmocionó a Cuba, y es que, los paralelismos y las lecturas que la Revolución cubana podía sacar de aquel atropello no pasaron desapercibidas en los medios cubanos.

Cuba denunció en aquellos meses el acoso norteamericano y explicitó su decepción ante la falta de cambios constatada tras la salida de los republicanos del poder. El contraste entre las expectativas despertadas por el relevo en la Casa Blanca y la decepcionante realidad registrada tras las primeras semanas de la Administración Kennedy era un hecho y la propaganda cubana lo difundió sin reparos. La situación no había cambiado y estos meses primeros de 1961 se mostraron igual de conflictivos que los precedentes. Es más, para muchos analistas, debido a la ruptura, las relaciones entre Cuba y Estados Unidos eran incluso peor que en 1960, pues la única forma de relación que existía entre La Habana y Washington se centraba en el cruce de declaraciones subidas de tono; en las afrentas y los zarandeos de ida y vuelta; en las notas de protesta por ambas partes, canalizadas ahora a través de terceros, y en las denuncias cubanas ante los ataques constantes y sostenidos por parte de la nueva Administración norteamericana.

Todo seguía como antaño y las relaciones entre ambos países no terminaban de entrar en un cauce de convivencia, más bien, todo lo contrario, pues Cuba ya no mostraba pudor alguno a la hora de denunciar lo que consideraba ya intolerable y la Administración norteamericana, lejos de practicar la contención, estaba metiendo cada día más fondos en el sustento y promoción de la contrarrevolución en todas sus variantes, una de ellas sumamente inquietante, la invasión del territorio cubano desde algún punto del Caribe.

En aquel contexto de tensión permanente la posibilidad de arreglo parecía imposible y en los homenajes rendidos a las víctimas de *La Coubre* en el primer aniversario de aquella catástrofe el primer ministro y el ministro de Exteriores cubano fijaron las condiciones de Cuba. Unas condiciones

que la Administración norteamericana debía de conocer si estaba dispuesta a entablar negociaciones con Cuba. Había pasado poco más de un mes desde la investidura del presidente Kennedy y la ocasión y el escenario parecían propicios para fijar el marco en el que tendrían que asentarse las relaciones entre La Habana y Washington si las autoridades norteamericanas estaban interesadas en concertar algún tipo de arreglo para la convivencia y el provecho mutuo. Las exigencias cubanas eran muy claras: Cuba estaba abierta a hablar de todo, pero la Administración norteamericana debía entender y asumir que la Revolución cubana había llegado para quedarse.

El proceso revolucionario debía ser aceptado por la Administración Kennedy, una condición previa a cualquier tipo de negociación. Fidel Castro y Raúl Roa fijaron este criterio como premisa irrenunciable ante cualquier posible acercamiento: las negociaciones, para la diplomacia cubana, sólo se entablarían si Estados Unidos asumía que la Revolución cubana era “un hecho irreversible”. Aquel fue el mensaje lanzado por ambos líderes y el que defendería Cuba, por boca de Raúl Roa, ante la Asamblea General de la ONU pocas horas después. Por lo demás, la dirigencia cubana estaba abierta a aceptar la mediación de algunas repúblicas latinoamericanas, pues no tenía interés alguno en convertirse en un foco de tensión para el continente. Ahora bien, la independencia de Cuba y el derecho que tenía como nación soberana a estrechar sus relaciones con el bloque comunista y con quien considerara oportuno debían de ser respetadas, pues la revolución no estaba dispuesta a renunciar a la facultad que tenía como país independiente de fijar su propia política.

El ministro de Exteriores cubano se mostró taxativo sobre este particular: Cuba ya no era una colonia española, ni una “neocolonia” estadounidense y, por tanto, no podía actuar como peón de poderes coloniales ni imperiales. Los tiempos habían cambiado y aquella realidad tenía que ser asumida por la Casa Blanca para entablar cualquier tipo de negociación, pues Cuba no renunciaría a la soberanía económica y política de la que estaba investida.

La soberanía y la independencia se colocaron en el frontispicio de la política exterior de la revolución y aquellas premisas, según el parecer cubano, podían y debían servir también como marco para las relaciones entre países dentro del continente. Es más, el deseo de Cuba era que fueran asumidas como propias por el resto de las repúblicas de América Latina. La revolución presentaba de este modo un programa que rompía los marcos de la nación cubana. Los países al sur del Río Bravo tenían todo el derecho a organizarse según sus propios criterios, en función de las necesidades de sus pueblos y al margen de los intereses de los Estados Unidos y de los cipayos latinoamericanos que trabajan para estos intereses antinacionales. Estos planteamientos, compartidos por un número significativo de las formaciones progresistas de América Latina, fueron sustentados por representantes de la Revolución cubana y otros líderes continentales y mundiales en una conferencia internacional organizada en México a principios de marzo de 1961. Esta conferencia, que respondía a un nombre más que elocuente, “Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz”, se presentó como decididamente antimperialista y tuvo en Lázaro Cárdenas, faro de la Revolución mejicana, a uno de sus máximos valedores.

Esta cita internacional, abiertamente procubana, escasamente publicitada en los medios de comunicación internacionales en aquellas fechas e incomprensiblemente olvidada por los “cubanólogos” anglosajones y cubanoamericanos, congregó, sin embargo, a dos mil quinientos asistentes con el objetivo de trabajar en la búsqueda de soluciones a “las carencias y necesidades acuciantes” por las que pasaba la región.

En aquel congreso se dieron cita varias vertientes ideológicas, algo que oscurecieron los escasos medios que hicieron referencia a él en aquellos días. Sin embargo, a pesar de la propaganda adversa, que trató de hacer pasar aquel encuentro por un congreso soviético en América Latina, en aquella transcendental cita estuvieron representados comunistas y socialistas, la mayoría de las corrientes de

la izquierda política americana y representantes de los movimientos de liberación nacional del continente y de fuera de él. Además, la diversidad no se circunscribió a lo ideológico, pues hubo también presencia de casi todos los países americanos, incluidos los Estados Unidos y Canadá, y de naciones europeas y asiáticas.

En aquel encuentro, de capital importancia para explicitar los apoyos internacionales con los que contaba Cuba, se abordó la soberanía nacional y económica, así como la necesidad de preservar la paz, siguiendo unos parámetros argumentales que se ajustaban rigurosamente a los esbozados por Fidel Castro y otros líderes de la Revolución cubana en las últimas fechas.

Sin embargo, una de sus funciones más relevantes estuvo en su carácter programático, de ahí lo incomprensible de su olvido en la historiografía anglosajona. Aquella conferencia se erigió en un contrapeso efectivo al plan reformista para las Américas que presentaría días después la Administración Kennedy, “la Alianza para el Progreso”, pues aprobó una declaración conjunta en la que se afirmó sin circunloquios que el imperialismo norteamericano, en sus diferentes facetas, se erigía en el principal obstáculo para el desarrollo de América Latina. El imperialismo, según rezaba el articulado de aquella declaración conjunta firmada en la capital mejicana, había tejido una tela de araña sobre el continente que bloqueaba cualquier posibilidad de desarrollo y lo había hecho además en connivencia con las oligarquías nacionales. Aquella penetración del imperialismo, ayudado por el colaboracionismo de la mayoría de las élites locales, se daba además en todos los campos, desde el económico hasta el cultural, lastrando así el progreso de la sociedad latinoamericana, generando un profundo estancamiento y creando un vínculo de dependencia insalvable con la potencia norteamericana.

La derrota del imperialismo se presentaba de esta suerte como condición *sine qua non* para acometer cualquier plan de desarrollo en los países latinoamericanos. Aquella declaración no dejaba lugar a dudas, el imperialismo era el gran problema de América Latina y por tanto era preciso barrer con la doctrina Monroe y con la política de seguridad impuesta por Estados Unidos al continente. Tanto la una como la otra se habían erigido en herramientas eficaces para el quebranto de la soberanía de los países hispanos. Así pues, frente al panamericanismo depredador se precisaba una receta puramente latinoamericana que fuera capaz de preservar la soberanía en todos los campos. Sin embargo, para que aquello fuera posible, la unidad, la solidaridad y la cooperación entre las repúblicas de raigambre ibérica resultaban fundamentales.

Todas aquellas ideas, expresadas por la mayor parte de los líderes revolucionarios, expuestas bajo diferentes recetas en la prensa cubana y sostenida en la conferencia de Méjico chocaban de frente con la Administración norteamericana, pues ésta tenía unas ideas bien diferentes sobre el futuro del continente. Un futuro en el que la Revolución cubana, tal y como estaba concebida, y todos los regímenes afines o contruidos bajo aquella prosapia no tenían espacio.

Para la nueva Administración norteamericana no había duda sobre la condición de la Revolución cubana: la existencia de un régimen de aquella naturaleza, claramente marxista según los criterios que propagaba ya sin remilgos la Casa Blanca, rompía con el consenso continental, constituía un ejemplo pernicioso para el resto de las repúblicas y ponía en tela de juicio el liderazgo norteamericano. Dadas las circunstancias, la suerte parecía echada: si Cuba apostaba por la irreversibilidad de su proyecto revolucionario, Estados Unidos pondría todo su empeño en hacerlo fracasar valiéndose de los medios que fueran precisos. La victoria cubana estaba concebida en términos de la derrota estadounidense y, por tanto, el camino quedaba expedito para una acción más decidida y radical por parte de las autoridades norteamericanas.

En realidad nada había cambiado, pero tras el asentamiento en el poder de la nueva Administración norteamericana, Cuba y Estados Unidos expusieron sus proyectos para el continente. Dos proyectos incompatibles e irremediabilmente condenados a enfrentarse. Sin embargo, en aquella justa, la Administración norteamericana, la parte fuerte del enfrentamiento, tenía que obrar con inteligencia para no hacer de la Revolución cubana la causa de los pueblos de América y del mundo y para ello era necesario que Cuba callera, pero sin la evidencia de que Estados Unidos había intervenido directa y abiertamente. La Revolución cubana tenía que ser derrotada, pero era necesario escenificar que aquella derrota se había producido como consecuencia de los errores cometidos por los alocados dirigentes revolucionarios, por el acercamiento del Gobierno cubano a la Unión Soviética y por el crecimiento exponencial de la contrarrevolución externa e interna debido al descontento generado por la política que patrocinaba Fidel Castro.

Sin embargo, para llevar a cabo tan ambiciosa empresa, ante las evidencias de la agresión constante de la Administración norteamericana a los intereses cubanos, se precisaba del sigilo y sobre todo se necesitaban ingentes cantidades de recursos materiales y diplomáticos. Cuba debía de ser aislada y la contrarrevolución debía disponer de todo lo que precisara para hacer caer a la revolución fidelista. Estados Unidos promocionaría su causa, sostendría el bloqueo económico contra Cuba y trataría de ganar la voluntad de las élites continentales.

Las autoridades norteamericanas contribuyeron, sin reparar en gastos, a que este proyecto para ultimar a la Revolución cubana pudiera financiarse y disfrutara de todas las facilidades para su promoción y sustento. Sin embargo, para contener el empuje fidelista a nivel continental se precisaba algo más, se precisaba una alternativa real: un contraproyecto con capacidad de enfrentarse con garantías a la arrolladora propuesta cubana. Una alternativa que fuera más allá del reparto de dinero al que había acudido con cierta asiduidad la Administración Eisenhower.

Así pues, la recién estrenada Administración Kennedy puso todas estas herramientas en funcionamiento para extinguir el proyecto cubano. Unificó la contrarrevolución a través de una organización única, insertó en ella a elementos progresistas que le dieran un aire más digerible para las democracias latinoamericanas y comenzó a promocionar un plan de desarrollo integral para América Latina. Y es que, para terminar con la revolución, para contener el empuje fidelista, se precisaba algo más que el encapsulamiento del problema cubano, el apoyo a la contrarrevolución o el bloqueo inflexible del comercio cubano. Se precisaba también un plan de desarrollo capaz de rivalizar con el cubano en América Latina, lo suficientemente atractivo para que el ejemplo fidelista no prendiera entre las repúblicas vecinas. Cuba y Estados Unidos fijaron así sus proyectos para las Américas, conscientes de que la batalla tendría que librarse en el continente y que era necesario atraer e involucrar a sus vecinos en la lucha que ambos mantenían.

Así pues, Kennedy, a diferencia de Eisenhower, consideró que las medidas coercitivas y el sustento de la contrarrevolución no serían suficientes para vencer el empuje cubano. Se precisaba además un modelo de desarrollo creíble y con capacidad de imponerse como proyecto de futuro para el desarrollo de los países latinoamericanos. Un modelo capaz de frenar la expansión de la Revolución cubana en el continente, capaz de contener la recetas soviéticas y capaz a la vez de reconstruir el liderazgo estadounidense.

La suerte parecía echada, Cuba y Estados Unidos expandían su reyerta a nivel continental una vez más, pero en esta ocasión Kennedy ofrecía un proyecto más sólido que las dádivas monetarias de Eisenhower. La nueva Administración Kennedy tenía que huir de la imagen dada en el continente en los últimos años. Eisenhower había canalizado la ayuda al continente a través aportaciones económicas torpemente otorgadas, casi siempre en contextos de crisis y normalmente impulsado por la necesidad de aislar a Cuba, de congraciarse con los países de América Latina o de sofocar algún

agravio o algún malentendido. Por lo demás, la mayoría de las veces, aquella ayuda había sido derivada hacia el sector de la defensa o al privado y otras tantas veces había sido tan rudamente organizada o respondía de tal modo a los conflictos puntuales que Estados Unidos tenía en el continente que parecía más un soborno o el pago de una afrenta que la concesión de una ayuda.

Por parte cubana, no había novedades. Su proyecto seguía siendo el mismo que durante el Gobierno de Eisenhower: soberanía nacional para los países de América, emancipación económica y política, diversidad de modelos sujetos a las necesidades y particularidades de cada pueblo y relaciones pacíficas en el hemisferio. Kennedy, sin embargo, como venimos esbozando, ofreció un plan alternativo al cubano: “la Alianza para el Progreso”. Una alianza concebida como un plan de desarrollo en el que se recogían parte de la demandas con las que Fidel Castro había llegado al poder, pero diluidas en un programa reformista y pulidas de aquellos aspectos más gravoso para las clases dirigentes de los países americanos y para los intereses de los consorcios estadounidenses. Un plan reformista en el que se promovería el desarrollo en todas sus variantes, pero en el que se colocaba como premisa fundamental la preservación y la integridad del capital invertido, doméstico y foráneo. Kennedy recogía así y hacía suya la revolución pasiva esbozada por la Iglesia cubana en el último año, pero dotada de contenidos reales e inversiones de capital norteamericano para poder ponerla en práctica.

Así pues, La Habana y Washington, después de dos años de revolución, exponían sus modelos para el continente. Desde Cuba se apostaba por una revolución en toda regla, una subversión de la totalidad en el campo político, económico y social y que demandaba la coexistencia pacífica entre naciones para poder desenvolverse con libertad. Por el contrario, desde Washington se apostaba por una revolución restauración, una revolución pasiva de tipo “gramsciano” en la que se recogían las demandas radicales que preconizaba la Revolución cubana, pero conveniente remozadas para que no interfirieran en los aspectos vertebradores que regían el *statu quo* imperante. De lo que se trataba, en definitiva, era de salvar el orden vigente con un paquete de reformas progresistas para que sirvieran de antídoto ante el empuje de la revolución fidelista.

Sin embargo, la Administración norteamericana consideró que para poder llevar a efecto aquel proyecto se precisaba previamente mancillar a la Revolución cubana y nada mejor que desacreditarla ante los pueblos de América. El Libro Blanco sobre Cuba, en el que se trataba en profundidad un concepto que había hecho fortuna, “la revolución traicionada”, fue publicitado a lo largo y ancho del continente y para ello se hizo uso de la inestimable colaboración de algunos líderes continentales de prosapia democrática y de acreditado anticomunismo, algo que no fue de difícil de encontrar en el aquel contexto de Guerra Fría. Estados Unidos cuidó todos los detalles y después de presentar la Alianza para el Progreso y el Libro Blanco sobre Cuba, promocionó al recién creado Consejo Revolucionario Cubano, la receta de la Administración Kennedy para hacerse con el control de la contrarrevolución y darle un aire de progresismo a aquella amalgama de organizaciones disidentes sobre la que pendían el estigma del sesgo conservador o abiertamente dictatorial.

Después de la ruptura entre La Habana y Washington, durante aquellos meses iniciales de 1961, los dirigentes de la Revolución cubana y la nueva Administración norteamericana se embarcaron en una ardua labor de difusión y propaganda para exponer las bases de su proyecto de futuro para el continente. La diplomacia norteamericana lo hizo en comunión con la mayor parte de los Gobiernos americanos y la dirigencia cubana acometió aquella tarea en sintonía con los pueblos de América. Cada uno trató de promocionar su proyecto en función de sus posibilidades y puso en escena todos sus recursos para glorificar el proyecto propio y desmerecer y mancillar el ajeno.

Un ejercicio de ofensiva propagandística en el que quedó meridianamente claro que ambos proyectos eran tan diferentes como incompatibles y que se escenificó de forma evidente tras la promoción del

Libro Blanco a principios de abril. En aquel documento la Revolución cubana era acusada de romper los consensos que habían dado vida a la revolución en sus orígenes. Sin embargo, en aquel documento, no sólo se criticaba a la dirigencia revolucionaria por haber traicionado a la revolución primigenia, sino que se le exigía además una rectificación, pues, según el criterio del Departamento de Estado, el Gobierno cubano debía dar un paso atrás en el discurso revolucionario, abandonar la línea de acción socialista y romper con el bloque soviético.

Estos eran los principios sobre los que se vertebraba aquel publicitado término de la revolución traicionada. Sin embargo, la Revolución cubana, lejos de rectificar el rumbo, respondió con más revolución. Bajo esta premisa y la cortina de humo que producían los atentados en La Habana y otras porciones del territorio cubano, que estaban asolando Cuba en aquella primera quincena de abril, Fidel Castro respondió al Libro Blanco sobre Cuba con un llamamiento a reforzar la revolución y mostrar con orgullo que lo que unos llamaban principios traicionados otros llamaban principios reclamados.

A través del Libro Blanco la Administración norteamericana había señalado que la revolución había traicionado sus principios y el primer ministro apostó por reivindicarlos. Estados Unidos había hecho un llamamiento a la dirigencia cubana para que hullera de toda veleidad socialista y para que rompiera con el bloque soviético y Fidel Castro, lejos de atender aquellos requerimientos, ofreció como respuesta un llamamiento a los obreros cubanos para que relanzaran la lucha, reforzaran la producción y defendieran cada palmo del país como si fuera predio propio, pues la invasión estaba al caer. El Libro Blanco, lejos de ser una recomendación, era una advertencia, un ultimátum o un mandato para que la dirigencia revolucionaria rectificara el rumbo.

Sin embargo, la Revolución cubana no daría un paso atrás y, por boca de su primer ministro, señaló que para sostener las posiciones ganadas se precisaba más poder para los trabajadores y más armas para que defendieran su causa; ésta era la respuesta de Fidel Castro al Libro Blanco y así se lo hizo saber a la Casa Blanca en las dos primeras citas en las que se encontró con los trabajadores cubanos: en los días 6 y 7 de abril de 1961, tres y cuatro días después de que el Libro Blanco sobre Cuba se diera a conocer, Fidel Castro les dio cumplida réplica a los inquilinos de la Casa Blanca haciendo un llamamiento a los obreros para que radicalizaran su postura frente al imperio y en defensa de la revolución y para que, aquí reside la clave, hicieran del próximo Primero de Mayo el mayor en la historia de Cuba. La fiesta de los trabajadores, según reclamó el primer ministro, tenía que convertirse en la más multitudinaria en la corta historia de la Cuba independiente, pues esta era la mejor respuesta que el pueblo cubano le podía ofrecer al articulado del Libro Blanco editado por la Administración norteamericana.

Fidel Castro con aquellos dos discursos a los trabajadores cubanos, dos discursos plagados de arengas y en los que se les concedía a los trabajadores el protagonismo absoluto dentro del bloque hegemónico, respondió a la Administración norteamericana con más revolución y con una apuesta por la clase social que tenía que erigirse en motor de los nuevos tiempos y lo hizo, aquí residía una de las particularidades de la vía hacia el socialismo cubana, sin usar ni una sola vez cualquier alusión al término socialista.

Pocos días después, el 16 de abril de 1960, Cuba proclamó el carácter socialista de la revolución, lo hizo sin que la población se extrañara ante tal pronunciamiento, lo hizo de forma abierta por primera vez y lo hizo en el entierro de las víctimas de los bombardeos sobre los aeropuertos cubanos perpetrados por un escuadrón de combate en la víspera. Unas horas después, mientras Roa denunciaba la agresión y los intolerables bombardeos en la sede la ONU, comenzaba la invasión sobre territorio cubano. Los bombardeos sobre la flota aérea cubana fueron el prólogo a la invasión de Bahía de

Cochinos y Fidel Castro, de forma inteligente, proclamó el carácter socialista de la revolución después de los bombardeos y justo antes de que comenzara el desembarco de las tropas invasoras.

Durante las primeras horas del desembarco, las maniobras de distracción informativa y propaganda contrarrevolucionaria se difundieron por doquier. La confusión fue tremenda y resultó complicado discernir dónde se encontraba lo real y dónde la fantasía y el infundio. Las agencias de prensa internacionales, durante la primera jornada de invasión, difundieron todo tipo de propaganda cocinada en los cuarteles generales de la CIA y del Departamento de Estado norteamericano con la intención de hacer creer a la opinión pública internacional de que la invasión era parte de un amotinamiento general y popular. Se difundió como cierto que Cuba era presa de un levantamiento general y que, por tanto, el fin de la revolución fidelista estaba cerca. Una circunstancia que nos ayuda a entender el desconcierto de los primeros momentos, la inseguridad informativa y la tardanza soviética en hacerse con un papel en el conflicto.

Sin embargo, a medida que fueron pasando las horas, la batalla que Roa estaba dando en la ONU contra el delegado norteamericano, Stevenson, comenzó a clarificar la situación, el alcance y los apoyos con los que contaba la invasión mercenaria. Bajo este guion fueron pasando las horas y la ofensiva de las tropas revolucionarias sobre los invasores de Bahía de Cochinos comenzó a avanzar al mismo ritmo que los argumentos de Roa para desmontar la estrategia norteamericana.

Así pues, tras el desasosiego de las primeras horas, las noticias comenzaron a ser favorables a la causa de la revolución, pues el cerco comenzó a estrecharse sobre los invasores de las playas de Cuba y, como consecuencia de ello, al cerco militar le acompañó el cerco a la contra-propaganda norteamericana difundida sin medida durante las últimas horas.

Por lo demás, el revés militar pronto se tornó en revés diplomático y el desventurado Stevenson, después de sostener durante horas una versión de los hechos cocinada por la CIA y plagada de mentiras, comenzó a sufrir los rigores de la controvertida decisión norteamericana y de los pobres argumentos con las que trató de justificarse semejante machada. Una circunstancia que le imposibilitó salir airoso de aquella justa, pues los desperfectos de la deficiente defensa y de la deficiente información que manejó en su enfrentamiento con Roa le pasaron factura de forma dramática.

La invasión de Bahía de Cochinos terminó en Playa Girón después de 72 horas de intensos combates y aquel fallido intento norteamericano, bautizado en Cuba como la primera derrota del imperialismo en América, lastró a la Administración Kennedy y produjo un episodio de descrédito sin precedentes para los Estados Unidos. La desventura fue tal que la derrota no encontró quien la apadrinara, y es que, el fracaso norteamericano había sido tan mayúsculo como grande la victoria cubana. En menos de 72, según remitió el parte oficial cubano, las fuerzas revolucionarias consiguieron sofocar la invasión. Sin embargo, los costes fueron altos, las fuerzas fidelistas tuvieron más de ciento cincuenta bajas y los invasores más de un centenar; además, tras la derrota y en los días subsiguientes, fueron detenidos por las fuerzas cubanas más de mil mercenarios.

Cuba, con el aliento de la mayoría de las naciones representadas en la ONU, en muchos casos manifiesto y en otros tantos implícito por lo que tenía de inconfesable, contuvo la invasión, ganó su soberanía por las armas y defendió también el socialismo proclamado días antes. En aquel enfrentamiento, Estados Unidos explicitó su derrota militar, diplomática y estratégica y la URSS ganó un aliado definitivo, ahora ya declaradamente socialista, sin la necesidad de colocar un solo soldado sobre el terreno para defender la soberanía cubana de la agresión norteamericana.

El fracaso norteamericano no pudo ser más sonado, se perdió en el frente de batalla, se perdió diplomáticamente en la ONU y se escenificó lo endeble de sus planteamientos. Además, con el transcurso de los días comenzaron a quedar al descubierto las divisiones que habían imperado en los

centros de poder norteamericanos: los servicios de inteligencia, el Departamento de Estado, el ejército y la Casa Blanca habían sido incapaces de coordinarse y reaccionar con aplomo ante la respuesta cubana. El descrédito era total y la victoria no sólo era cubana, sino también soviética. Por lo demás, toda la estrategia de Kennedy, de presentar un proyecto alternativo alumbrado por una receta progresista y liberal quedó desvirtuada al comprobarse, ante las cámaras de televisión y ante la prensa, quienes eran los elementos que habían participado en el desembargo.

Una muestra de los mercenarios apresados en Bahía de Cochinos expuso sus impresiones ante los medios de comunicación cubanos y sus declaraciones contribuyeron a desacreditar más si cabe a la ya de por sí baqueteada Administración norteamericana. La denominada en Cuba fauna de Girón no estaba compuesta de grandes demócratas, pues allí, entre curas falangistas, hijos de potentados, jóvenes de buenas familias y batistianos comprometidos se movió una amalgama de exmilitares y aventureros que habían sido reclutados para una aventura a la que le habían asegurado un éxito más que probable. Los hechos terminaron demostrando que no fue así y aquel patinazo norteamericano, además de sumir en el descrédito a la recién estrenada Administración Kennedy, asentó la revolución, validó su vocación socialista y la consagró ante el continente y ante al resto de los pueblos.

Epílogo

Después del análisis detallado de lo sucedido en Cuba durante estos veintiocho meses de revolución, hemos dividido el período sujeto a exposición en cinco tramos y lo hemos hecho atendiendo a los planteamientos de los que habíamos partido al inicio de este trabajo, pero sometidos a las correcciones oportunas, pues, indudablemente, la influencia exterior y los planteamientos ideológicos de los dirigentes revolucionarios, tal y como hemos podido comprobar, juraron un papel relevante, sobre todo después de enero de 1960. Así pues, en los tres tramos finales del período en el que se centra este trabajo, la tercera hipótesis ha precisado de la asistencia acusada de la primera y de la segunda hipótesis, a las que habíamos dado una importancia menor en los planteamientos de partida.

Durante todo el período analizado el decurso de la revolución, las contradicciones desatadas y las soluciones alumbradas al calor de los acontecimientos generaron dinámicas no previstas y el propio devenir revolucionario fue abriendo las veredas por las que la revolución tuvo que circular, muchas veces de forma consciente y otras tantas de forma inconsciente o no planificada. Ahora bien, es indudable que esta revolución no habría alcanzado la relevancia que alcanzó sino se hubieran desarrollado en plena Guerra Fría y sus dirigentes no hubieran mostrado la tenacidad y la audacia que demostraron a la hora de llevar sus planteamientos iniciales hasta sus últimas consecuencias. El socialismo cubano, en el que sus particularidades dentro de la teoría marxista son incluso más relevantes que sus regularidades, fue fruto de la combinación de todos estos factores. Sin embargo, fue la propia dinámica de la revolución, la vocación de transformar el país y ponerlo al servicio de los intereses cubanos el que determinó en última instancia que aquella revolución desconcertante e iluminada, presa de la voluntad de hacer y ser, se decantara por el socialismo, pues ésta terminó por ser la única receta capaz de satisfacer plenamente las metas que la revolución se había encomendado.

Estos cinco tramos en los que hemos dividido nuestras conclusiones responden pues a la vocación explicativa y rescatan como vehículo para la periodización los factores que obraron como fundamentales en la explicación de lo acontecido. El primero, que iría de enero a mayo de 1959, estaría definido por el asentamiento del nuevo poder y el desmantelamiento de la dictadura; el segundo, que iría de la Reforma agraria hasta la salida de los sectores reformistas de la revolución a finales de 1959, por la decantación ideológica; el tercero, que arranca en enero de 1960 con el enfrentamiento de la revolución con España y los Estados Unidos y que termina con el establecimiento de relaciones diplomáticas con la URSS, por la definición de la política exterior, los posibles aliados y los más que previsibles enemigos; el cuarto, que arranca a finales de junio de 1960 y que finaliza en octubre de dicho año, tendría como notas dominantes la toma de control de tejido productivo y la defensa del proyecto cubano en el exterior, y el quinto y último, que comprende el último semestre del período analizado, estaría destinado a sentar las bases para hacer de aquella revolución antimperialista una revolución socialista.

En este último periodo, en el que la apuesta por el socialismo se hace evidente hasta explicitarse y reivindicarse a mediados de abril de 1961, todas las contradicciones arrastradas durante los dos años precedentes se explicitan; se abordan desde el discurso y se reestructuran para darle sentido al nuevo período que se inaugurará en la segunda mitad de 1961, un período que se encuentra ya fuera del alcance de nuestro análisis. Así pues, en este semestre final, al que hemos dedicado una parte sustancial de este trabajo, la que había ejercido de contradicción principal del sistema, la contradicción entre el pueblo cubano y el imperialismo norteamericano, se subsume en la contradicción fundamental del sistema capitalista, la contradicción capital trabajo, contradicción que ejerció desde entonces como rectora del sistema. Sólo a través de la lucha contra el capitalismo de impronta norteamericana se podía liberar a Cuba del control imperialista y de esta suerte el discurso y la retórica marxista comenzó a insertarse en los discursos de corte martiano.

La revolución devino marxista porque partía de principios martianos y éstos, en aquel contexto, sólo tenían cauce de solución a través de la asunción de la vía socialista. De este modo, la dirigencia cubana, por boca de su máximo representante, Fidel Castro, declara el carácter socialista de la revolución en la víspera de la invasión de Bahía de Cochinos, presionado por los acontecimientos, pero consciente de que el pronunciamiento no se podía demorar *ad eternum* y de que aquel momento se presentaba de lo más propicio, pues comprometía a la URSS en la defensa de Cuba en el supuesto caso de que el ataque inminente no pudiera ser rechazado por las fuerzas cubanas.

A nuestro modo de ver, la invasión mercenaria patrocinada por los Estados Unidos, aceleró en unas semanas, o quizás en unos meses, el pronunciamiento trascendental sobre el carácter de la revolución, pero la decisión, a tenor de todo lo acontecido desde junio de 1960 y fundamentalmente desde octubre de 1960, estaba ya tomada desde mucho tiempo atrás. Por lo demás, y aquí entramos en el terreno de la especulación, aquella trascendental declaración que, como cabía esperar, fungía como puerta para un nuevo período, en el que se asumiría ya con todas sus consecuencias la naturaleza de la revolución, parecía preparada para el Primero de Mayo de 1960, algo que resulta plausible debido a los fastos desplegados y a los llamamientos que la dirigencia revolucionaria habían lanzado en las semanas previas para hacer de la fiesta de los trabajadores de 1960 la mayor de la historia de Cuba. Una festividad proletaria que, como hemos señalado, había sido concebida y planificada como respuesta cabal a las exigencias de ruptura de la revolución con el bloque socialista lanzadas por la Administración norteamericana a través del Libro Blanco y la revolución traicionada.

Ya por último, y para finalizar, consideramos oportuno romper una lanza en favor de los estudios de la Revolución cubana desde una perspectiva española, pues como hemos podido comprobar, debido a las vinculaciones históricas y familiares entre España y Cuba, la información que puede aportar la prensa franquista, la del exilio, la documentación diplomática y los archivos del PCE, entre otras fuentes, se erigen en materia tan válida como la aportada por las perspectivas latinoamericanas, anglosajonas o soviéticas para entender el desarrollo del proceso revolucionario cubano. Además, el estudio de la presencia de España en Cuba en aquel momento, su devenir, su transformación y el equilibrio de alianzas desplegado entre partidarios y detractores inconfesos, constituyen un aspecto sumamente útil para entender la decantación del proceso revolucionario, las razones que están detrás de su carácter y los motivos sobre los que se fundamentaron las diversas y enfrentadas lecturas que sobre la Revolución cubana se hicieron en aquellas fechas y con posterioridad.

ESPAÑA REPUBLICANA

PORTAVOZ DEL MOVIMIENTO ANTIFRANQUISTA

AÑO XXIII (3a. época) NUMERO 500

LA HABANA, PRIMERA QUINCENA DE AGOSTO DE 1961

5 CENTAVOS

Franco
y la
Revolución
Cubana
*
(Vea página
DOS)

DORTICOS, GAGARIN, FIDEL

SIMBOLO DE LA AMISTAD ENTRAÑABLE ENTRE LA UNION SOVIETICA Y CUBA



Cuando bajo un verdadero diluvio veíamos en Rancho Boyeros bajar del avión a Gagarin; cuando ante 70.000 jóvenes deportistas cubanos, veíamos en la tribuna junto a Fidel y Dorticos a Gagarin; cuando en esa noche estrechábamos en la embajada Soviética la mano del cosmonauta glorioso, pensábamos no sólo en el héroe extraordinario, sino en toda la juventud del gran país, amigo entrañable de todos los pueblos que luchan por su libertad. Veíamos en Gagarin a los héroes del "Komsomol" que per-

dieron la vida por llevarnos armas y víveres a los combatientes españoles; veíamos en Gagarin, a aquellos aviadores extraordinarios que manejando y volando chatos, en el cielo de la vida, libraron a nuestra capital de la pesadilla inmisericorde de los pajarracos fascistas.

Por eso es difícil que nadie, más que nosotros españoles —y perdamos la presunción— haya sentido mayor emoción al estrechar la mano del héroe de la humanidad Yuri Gagarin. Emoción lograda con la sangre, con

el esfuerzo común, con el agradecimiento que los hombres de bien tienen que tener hacia el que lo dio todo, en condiciones muy adversas para defender nuestro solar patrio. Y ese sentimiento era el mismo, compartido por todos los españoles presentes en la recepción de la Embajada Soviética, por Pedro Atienza, secretario del Partido Comunista de España en Cuba, por Antonio Fernández Brañas, presidente de la Casa de la Cultura; por Francisco García, por Carmen Meana, por Manuel Fernández Coli-

nos, por el que escribe estas líneas.

Yuri Gagarin es el hombre soviético modesto que en su discurso de la Plaza de la Revolución señaló: "Estoy sumamente alegre y agradecido a mi Patria, a mi Gobierno y a mi Partido Comunista porque a mí, al ciudadano soviético de fila, me confiaron tan responsable tarea de realizar el primer viaje del hombre al cosmos".

Esas características de Gagarin se han puesto de manifiesto en todas sus actividades en Cuba

y muy especialmente en su comparecencia por televisión, en la que dio muestras de capacidad, de sabiduría, de modestia y de sencillez. En el inicio de esa comparecencia destruyó un alegato miserable propalado por las agencias imperialistas y utilizado por la propaganda franquista en un esfuerzo por deshacer el enorme impacto que en el pueblo español, causó el vuelo glorioso. Ese argumento era de que Gagarin había sido introducido en una cápsula espacial, en la nave
(Pasa a la Pág. 14)

Imagen 19- La construcción del socialismo en Cuba tuvo que vencer miedos atávicos en la sociedad cubana y para ello se tuvo que hacer uso de la imagen de progreso que representaba la URSS en aquel momento, algo que entendieron los líderes de la revolución desde las etapas más tempranas. En los meses centrales de 1961, el reflejo más evidente del publicitado esplendor soviético, el progreso de la URSS, tenía su imagen más certera en el cosmonauta Yuri Gagarin. *España Republicana* (Año XXIII). Núm. 500. La Habana: primera quincena de julio de 1961, pág. 1. Quincenal.

Archivos y fuentes documentales

En esta tesis doctoral las fuentes fundamentales para la construcción del relato han sido los diarios y publicaciones periódicas de España y Cuba que acompañaron a los hechos relatados. Así pues, aunque la selección de los diarios y revistas trabajados, al igual que las razones de dicha selección, ya han sido apuntados en la introducción, es necesario hacer algún apunte final sobre estas fuentes primarias, pues han sido ellas las que se han desempeñado como los documentos protagonistas sobre los que se ha construido esta tesis doctoral. Del mismo modo, resulta igualmente necesario hacer referencia a los archivos a los que se ha acudido para la consulta de estas fuentes primarias y de algunas otras a las que también haremos referencias. A tal fin, y con el ánimo de sintetizar y aportar claridad a la exposición, dividiremos este breve capítulo en cuatro apartados: uno referente a Cuba, otro referente a España, otro acotado a los Estados Unidos y un último relativo a la OEA y América Latina.

Cuba: archivos y fuentes documentales

La revista *Bohemia* ha sido una de las principales fuentes documentales en esta investigación y para su consulta se acudió a la hemeroteca del Centro de Estudios Martianos (CEM), localizado en El Vedado, barrio residencial de La Habana. Este centro científico y cultural tiene como propósito el fomento de la investigación y el estudio del pensamiento y obra de José Martí. Sin embargo, dada la trascendencia e influencia de Martí en la historia de Cuba, este organismo cuenta con una biblioteca en la que pueden localizarse publicaciones seriadas y periódicas que se extienden a toda la historia de Cuba, entre ellas la revista *Bohemia*.

Los fondos de la revista *Bohemia* en este centro se conservan en formato papel, se presentan encuadernados por meses y se encuentran en excelente estado de conservación. Para esta tesis se han utilizado los siguientes números: *Bohemia* (Año LI). Núms. 1-52. La Habana: enero de 1959 – diciembre de 1959. Semanal; *Bohemia* (Año LII). Núms. 1-52. La Habana: enero de 1960 – diciembre de 1960. Semanal; *Bohemia* (Año LIII). Núms. 1-17. La Habana: enero de 1961 – abril de 1961. Semanal, y *Bohemia* (Años LIV y LV). La Habana: Números sueltos de 1962 y de 1963. Semanal.

Además de a la revista *Bohemia*, se ha hecho uso también al *Diario de la Marina*, decano de la prensa cubana. Para la consulta de este emblemático diario cubano se ha acudido a la hemeroteca de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí (BNCJM), sita en la Plaza de la Revolución de la capital cubana.

El *Diario de la Marina* fue consultado también en formato papel, con los números encuadernados por meses. Por lo demás, los números de este diario, al contrario que los de *Bohemia*, presentan un deterioro acusado y su consulta resultó trabajosa. Este deterioro es especialmente notable en los ejemplares de enero, mayo y octubre de 1959 y en los de los primeros meses de 1960. Los números consultados fueron los siguientes: *Diario de la Marina* (Año CXXVII). Núms. 5-308. La Habana:

enero de 1959 –diciembre de 1959. Diario y *Diario de la Marina* (Año CXXVIII). Núms.1-112. La Habana: enero de 1960 –mayo de 1960. Diario.

En la Biblioteca Nacional de Cuba se consultó también el diario *Noticias de Hoy*, órgano de expresión de los comunistas cubanos, y el diario *Revolución*, vocero del Movimiento 26 de Julio. Estos dos periódicos, de consulta también en formato papel, se encuentran en excelente estado de conservación.

Sobre estos dos periódicos la consulta fue tan exhaustiva como en el caso de *Bohemia* y el *Diario de la Marina*. Sin embargo, sólo se han utilizado para esta tesis varios números de febrero, marzo, mayo, junio y octubre de 1959 y algunos otros de enero de 1960 cuando se trataron en este trabajo los antecedentes y consecuencias de la Reforma Agraria, la Reforma Urbana y el llamado “caso Lojendio”. En concreto se han usado los siguientes números: *Noticias de Hoy* (Año XXI). La Habana: junio y octubre de 1959. Diario; *Noticias de Hoy* (Año XXII). La Habana: enero de 1960. Diario; *Revolución* (Año III). La Habana: febrero, marzo y mayo de 1959. Diario, y *Revolución* (Año III). La Habana: enero de 1960. Diario.

En la Biblioteca Nacional de Cuba se consultaron también los números de *España Republicana*, publicación en la que se dieron cita las voces del exilio español en Cuba, sobre todo aquellas situadas en la izquierda del espectro político. De *España Republicana* se revisaron todos los números de los años 59, 60 y 61; sin embargo, en esta tesis, sólo se han utilizado los de 1961, pues fue en este año en el que los organismos del exilio español presentes en Cuba se volcaron con el proceso revolucionario cubano. Desde finales de 1960, la retórica a favor de Fidel Castro se hizo efectiva y el exilio español se integró de forma definitiva en la estructura operativa de la revolución. En 1961 la publicación aumentó además el volumen de su tirada y pasó de ser mensual a editarse quincenalmente. Los números utilizados en esta tesis doctoral fueron los siguientes: *España Republicana* (Año XXIII). Núms. 489 y 490. La Habana: enero de 1961 –febrero de 1961. Mensual y *España Republicana* (Año XXIII). Núms. 492-496. La Habana: abril de 1961 –junio de 1961. Quincenal.

En Cuba se acudió también al Archivo Histórico de la Archidiócesis de La Habana (AHALH) y aquí, además de algunas biografías de sacerdotes españoles radicados en Cuba, aún sin editar, escritas a modo de historias de vida y relatadas en primera persona, se consultó la revista franciscana *La Quincena*. Esta publicación se conserva en formato papel, está encuadernada por años y se encuentra en excelente estado de conservación. Los números consultados y utilizados fueron los siguientes: *La Quincena* (Año V). Núms. 1-24. La Habana: enero de 1959 –diciembre de 1959. Quincenal; *La Quincena* (Año VI). Núms. 1-24. La Habana: enero de 1960 –diciembre de 1960. Quincenal, y *La Quincena* (Año VII). Núm. 1. La Habana: enero de 1961 –febrero de 1961. Quincenal.

Además, de las publicaciones periódicas, es necesario apuntar también otras fuentes primarias que pueden consultarse en línea y que han constituido material de frecuente consulta. Nos referimos a los discursos pronunciados por Fidel Castro Ruz durante los años 1960 y 1961. Todos estos discursos pueden consultarse en el *Portal Cuba* (<http://www.cuba.cu/>). En esta tesis doctoral se han utilizado y citado los discursos e intervenciones de Fidel Castro que a continuación se referencian.

CASTRO RUZ, Fidel, “Discurso pronunciado en el acto celebrado frente al Palacio Presidencial para recibir a los milicianos que se encontraban en las trincheras, el 20 de enero de 1961”, *Portal Cuba*. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f200161e.html> (Consultado 11-3-2015)

———, “Discurso pronunciado en el acto clausura de Cinco Congresos Obreros Extraordinarios, La Habana, el 8 de noviembre de 1960”, *Portal Cuba*. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1960/esp/f081160e.html> (Consultado 10-10-2014)

———, “Discurso pronunciado en el acto clausura del Primer Congreso Nacional de los Consejos Municipales de Educación, efectuado en el Salón Teatro del Palacio de los Trabajadores, el 10 de octubre de 1960”, *Portal Cuba*. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1960/esp/f101060e.html> (Consultado 18-10-2014)

———, “Discurso pronunciado en el acto conmemorativo del Primer Aniversario del Sabotaje al Vapor “La Coubre”, en el Muelle de la Pan American Docks, el 4 de marzo de 1961”, *Portal Cuba*. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f040361e.html> (Consultado 18-5-2015)

———, “Discurso pronunciado en el acto de clausura de la Convención Nacional de Consejos Técnicos Asesores, celebrado en el Círculo Social Obrero Charles Chaplin”, *Portal Cuba*. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f110261e.html> (Consultado 17-4-2015)

———, “Discurso pronunciado en el acto de clausura del Congreso de la Federación Nacional de Obreros del Calzado, tenerlas y sus anexos, en la CTC Revolucionaria, el 8 de septiembre de 1960”, *Portal Cuba*. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1960/esp/f080960e.html> (Consultado 18-10-2014)

———, “Discurso pronunciado en el acto de clausura del Primer Congreso Latinoamericano de Juventudes, el 6 de agosto de 1960”, *Portal Cuba*. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1960/esp/f060860e.html> (Consultado 15-1-2014)

———, “Discurso pronunciado en el acto de Graduación de los Maestros Voluntarios a su regreso de la Sierra Maestra, celebrado en el Teatro Auditórium, La Habana, el 29 de agosto de 1960”, *Portal Cuba*. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1960/esp/f290860e.html> (Consultado 18-4-2014)

———, “Discurso pronunciado en el acto de recordación a los Mártires del Asalto al Palacio Presidencial el 13 de marzo de 1957, celebrado en la Escalinata de la Universidad de La Habana, el 13 de marzo de 1961”, *Portal Cuba*. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f130361e.html> (Consultado 15-6-2015)

———, “Discurso pronunciado en el acto homenaje al Periódico Revolución, con motivo del Premio que le fuera otorgado por la Organización Internacional de Periodistas, efectuado en el Salón de Embajadores del Hotel Habana Libre, el 25 de marzo de 1961”, *Portal Cuba*. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f250361e.html> (Consultado 17-7-2015)

———, “Discurso pronunciado en el acto para la Constitución del Comité de Defensa de la Revolución de los Trabajadores de la Construcción, en el Distrito Metropolitano de Obras Públicas, el 6 de abril de 1961”, *Portal Cuba*. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f060461e.html> (Consultado 23-7-2015)

———, “Discurso pronunciado en el desfile efectuado en la Plaza Cívica, el 2 de enero de 1961”, *Portal Cuba*. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f020161e.html> (Consultado 12-12-2014)

———, “Discurso pronunciado en el Teatro del Palacio de los Trabajadores, para dar inicio a la Campaña de Organización del 1º de mayo, el 7 de abril de 1961”, *Portal Cuba*. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f070461e.html> (Consultado 25-7-2015)

———, “Discurso pronunciado en la clausura de la Plenaria Nacional de los Círculos Sociales, efectuada el 16 de diciembre de 1960”, *Portal Cuba*. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1960/esp/f161260e.html> (Consultado 18-10-2014)

———, “Discurso pronunciado en la clausura de la Primera Plenaria Estudiantil de Jóvenes Rebeldes, en el Teatro Payret, el 27 de marzo de 1961”, *Portal Cuba*. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f270361e.html> (Consultado 23-7-2015)

———, “Discurso pronunciado en la Escalinata Universitaria, el 27 de noviembre de 1960”, *Portal Cuba*. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1960/esp/f271160e.html> (Consultado 18-10-2014)

———, “Discurso pronunciado en la sede de las Naciones Unidas, Estados Unidos, el 26 de septiembre de 1960”, *Portal Cuba*. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1960/esp/f260960e.html> (Consultado 18-10-2014)

———, “Discurso pronunciado en las Honras Fúnebres de las Víctimas del Bombardeo a distintos puntos de la República, efectuado en 23 y 12, frente al Cementerio de Colón, el día 16 de abril de 1961”, *Portal Cuba*. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f160461e.html> (Consultado 11-8-2015)

———, “Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro del Gobierno revolucionario de Cuba, resumiendo los actos del Día Internacional del Trabajo. Plaza Cívica, 1º de Mayo de 1961”, *Portal Cuba*. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f010561e.html> (Consultado 13-10-2015)

———, “Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro del Gobierno revolucionario, en Ciudad Libertad, el 31 de diciembre de 1960”, *Portal Cuba*. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1960/esp/f311260e.html> (Consultado 11-10-2014)

———, “Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro, Primer Ministro del Gobierno revolucionario, en la clausura de la reunión de coordinadores de cooperativas cañeras, en el teatro de la CTC revolucionaria, el 10 de agosto de 1960”, *Portal Cuba*. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1960/esp/f100860e.html> (Consultado 18-2-2014)

———, “Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro, Primer Ministro del Gobierno revolucionario, en la magna asamblea popular celebrada por el pueblo de Cuba en la Plaza de la República, el 2 de septiembre de 1960”, *Portal Cuba*. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1960/esp/f020960e.html> (Consultado 28-5-2014)

———, “Palabras pronunciadas por el Comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro del Gobierno revolucionario, en el acto de graduación de los cadetes del Ejército Rebelde, en el campamento militar Managua, el 29 de octubre de 1960”, *Portal Cuba*. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1960/esp/f291060e.html> (Consultado 17-8-2014).

Ya por último se deben mencionar también como fuentes documentales primarias en el desarrollo de este trabajo los noticieros del Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC). Algunos de ellos se pueden consultar en línea y la totalidad de lo difundido por el ICAIC en los últimos años está disponible para el visionado en la videoteca de la Biblioteca Nacional de Cuba. Sin embargo, en esta tesis sólo se ha hecho referencia al siguiente:

ÁLVAREZ, Santiago, “Dorticós en la Argentina y Uruguay”, *Noticiero ICAIC Latinoamericano* (Año I), nº 3, La Habana, 6 de junio 1960. <http://www.cubaperiodistas.cu/fotorreportaje/72.html> (Consultado 3-9-2013).

España: archivos y fuentes documentales

En España la selección de los fondos documentales se centró en cuatro diarios franquistas y dos publicaciones del exilio. Los diarios franquistas fueron, como se ha apuntado ya, *El Alcázar* y *Pueblo*, tomados como referencia del análisis, y *ABC* y *La Vanguardia Española*, que se desempeñaron como documentación accesoria cuando el relato demandó algún tipo de matiz o fue necesario contrastar el parecer de otras familias del régimen en lo tocante al discurrir cubano.

En lo relativo a las publicaciones del exilio, además del ya mentado *España Republicana*, se ha acudido también a *Mundo Obrero* y *El Socialista*.

Los centros a los que se ha acudido para la consulta son los siguientes. En la Hemeroteca Municipal de Madrid, situada en el Centro Conde Duque, se ha consultado *El Alcázar*, *Pueblo*, *ABC* y *La Vanguardia Española*, todos ellos disponibles en papel y en buen estado de conservación. En lo concerniente a *ABC* y *La Vanguardia Española*, su consulta puede realizarse también en la hemeroteca de sus diarios digitales, la búsqueda es sencilla, pero la lectura no siempre es fácil. En nuestro caso realizamos la búsqueda en los portales digitales de estos dos diarios para la localización de los documentos y consultamos la versión en papel de todos aquellos artículos, informaciones, editoriales u opiniones de las que finalmente hemos hecho uso en este trabajo.

Los números consultados de *El Alcázar* son los que a continuación se citan: *El Alcázar* (Año XXIII). Núms. 7035-7320. Madrid: enero de 1959 –diciembre de 1959. Diario, *El Alcázar* (Año XXIV). Núms. 7364-7658. Madrid: enero de 1959 –diciembre de 1960. Diario y *El Alcázar* (Año XXV). Núms. 7661-7889. Madrid: enero de 1961 –septiembre de 1961. Diario.

Con respecto a *Pueblo* estos han sido los números consultados: *Pueblo* (Año XX). Núms. 6013-6311. Madrid: enero de 1959 –diciembre de 1959. Diario, *Pueblo* (Año XXI). Núms. 6342-6632. Madrid: enero de 1960 –diciembre de 1960. Diario y *Pueblo* (Año XXII). Núms. 6639-6786. Madrid: enero de 1961 –junio de 1961. Diario.

Como hemos comentado ya el uso de *ABC* y *La Vanguardia Española* ha sido más restringido y se ha circunscrito a los siguientes números. Para el diario madrileño se han utilizado varios números de los meses de febrero, septiembre, noviembre y diciembre de 1959. En lo tocante al año 1960 su uso ha sido mayor, fundamentalmente debido a la posición beligerante del diario, uno de los más críticos con la Revolución cubana, y al cierre del *Diario de la Marina*. Para este año se han usado los siguientes números: *ABC* (Año LIII). Núms. 16809-17034. Madrid: enero de 1960- octubre 1960. Diario. En lo concerniente al año 1961 la situación es similar a la 1959 para el primer trimestre y ciertamente coincidente con el año 1960 en lo tocante al mes de abril. Esto viene dado por el pronunciamiento en contra de la decantación ideológica de Revolución cubana y por la posibilidad de que ésta se derrumbara durante la segunda mitad del mes de abril de 1961. Los números utilizados han sido los siguientes: se han utilizado varios números de los meses de enero y febrero de 1961 y prácticamente la totalidad de los de la segunda quincena del mes de abril, *ABC* (Año LIV). Núms. 17183-17193. Madrid: abril de 1961. Diario.

El uso de *La Vanguardia* ha sido todavía menor y ha quedado restringido a algunas notas de su corresponsal en Nueva York; artículos referidos al cierre del *Diario de la Marina*, y algunas noticias y artículos concernientes a las relaciones comerciales entre España y Cuba. Solamente se han utilizado varios números del mes de enero, octubre y diciembre de 1959, otros varios de febrero, junio y julio de 1960 y algunos números de abril 1961. Sin embargo, se ha hecho un uso acusado de este diario durante el mes de mayo de 1960 a raíz del cierre del *Diario de la Marina*. Tal y como sucedió con *ABC*, *La Vanguardia* consignó una parte considerable de su espacio, durante varias semanas, a

informar sobre el cierre del decano de la prensa cubana: *La Vanguardia Española* (Año LXXVI). Núms. 29216-29224. Barcelona: mayo de 1960. Diario.

Además de la Hemeroteca Municipal de Madrid, hemos acudido también al Archivo Histórico del PCE (AHPCE), donde hemos consultado *Mundo Obrero*¹ y también otros documentos relativos a las relaciones del PCE con el PSP, siglas bajo las que se desempeñaban los comunistas cubanos, y con los dirigentes de la Revolución cubana. Estos documentos se encuentran en las carpetas del Archivo Histórico del PCE que responden a las siguientes denominaciones: “relaciones internacionales” y “América Latina. Generalidades. Emigración Política”.

Los números referenciados de *Mundo Obrero* han sido los siguientes: *Mundo Obrero* (Año XXIX). Núms. 12 y 13. Madrid: mayo de 1959 –junio de 1959. Quincenal, *Mundo Obrero* (Año XXX). Núms. 5-19. Madrid: abril de 1960 –noviembre de 1960. Quincenal y *Mundo Obrero* (Año XXXI). Núm. 1. Madrid: diciembre de 1960. Quincenal.

En lo tocante a las relaciones del PCE con las formaciones políticas cubanas la documentación consultada fue la siguiente:

ÁLVAREZ, Santiago, “Información sobre mi viaje por América Latina, Santiago Álvarez, 5 de octubre de 1960”, *América Latina. Generalidades. Emigración Política*, caja 102/1. Archivo Histórico de PCE, 1960.

COMITÉ NACIONAL DEL PSP, “Carta del Buró Ejecutivo del Comité Nacional del Partido Socialista Popular al Partido Comunista de España, junio de 1959”, *Relaciones internacionales*, leg. Sig, exp. Jacq. 8. Archivo Histórico del PCE, 1959.

Ya por último, la consulta de *El Socialista*, órgano de expresión del PSOE, se realizó en el portal electrónico de la Fundación Pablo Iglesias, <http://www.fpabloiglesias.es/>, donde están disponibles todos los números para la consulta en línea. Los números se presentan en formato “pdf”, son de fácil manejo y permiten la lectura cómoda debido a la calidad de la digitalización. Para esta tesis se ha hecho uso de los siguientes números: *El Socialista* (Año XIV). Núms. 5961-5986, 6003 y 6004. Toulouse: enero de 1959 –julio de 1959 y octubre, noviembre de 1959. Semanal y *El Socialista* (Año XV). Núms. 6014-623 y 6037-6050. Toulouse: enero de 1960 –marzo de 1960 y junio de 1960 –septiembre de 1960. Semanal.

Antes de finalizar este apartado, es necesario apuntar que, además de los Archivos del PCE y de los diarios referidos, hemos acudido igualmente a algún documento del Archivo Histórico Nacional, de consulta en la red, para dilucidar algunos aspectos confusos del DRIL y sus actividades durante el año 1960: DIRECCIÓN GENERAL DE LA POLICÍA, “Expediente número 53102”, *Boletín informativo de la Brigada Político-social*, Archivo Histórico Nacional, Zaragoza, 1961. <http://www.berria.info/dokumentuak/dokumentua1128.pdf> (Consultado 20-9-2013).

De todos modos, estas no han sido las únicas fuentes primarias analizadas, además, se ha visionado, a través de la red, todos los noticiarios del NODO en busca de algún rastro de la Revolución cubana. Sin embargo, sólo hemos utilizado el que a continuación se reseña: NODO. Noticiario español (Año XXVIII), n° 926C, Madrid, 3 de octubre de 1960, 10 min. <http://www.rtve.es/filmoteca/no-do/not-926/1469732/> (Consultado: 3-8-2014).

¹ La consulta de *Mundo Obrero* se realizó en octubre de 2012, momento en el que esta publicación todavía no se podía consultar en línea. Desde mediados de 2013 la publicación se puede consultar en la siguiente dirección: <http://archivohistoricopce.org/> (consultado 12-11-2013)

Estados Unidos: archivos y fuentes documentales

En lo concerniente a los Estados Unidos las referencias a los medios de comunicación, agencias de noticias y fuentes informativas contemporáneas al período analizado se han circunscrito a las alusiones que tuvieron a bien reseñar los diarios y revistas españolas y cubanas. Ahora bien, lo que sí hemos utilizado son los archivos de los servicios de inteligencia norteamericanos que han sido ya desclasificados y que pueden consultarse en la red. Los documentos de los que hemos hecho uso no se confeccionaron en el período en el que hemos acotado esta tesis doctoral, pero esta condición extemporánea no les priva de valor alguno, pues, estos documentos, hacen referencia a asuntos y temas trascendentales tratados en este trabajo. Estos documentos están circunscritos a las actividades del DRIL y las infiltraciones franquistas en su seno y al episodio de Bahía de Cochinos, concretamente a la Comisión Taylor, que trató de establecer las claves del fracaso norteamericano y de depurar responsabilidades entre los implicados en la operación.

En lo tocante al primero, la infiltración franquista en el DRIL, hemos acudido al *Center for the Study of Intelligence*, perteneciente a la CIA, donde se publican periódicamente documentos desclasificados ordenados por volúmenes. El rastreo no es sencillo, pero su consulta es relativamente rápida una vez localizados los fondos objeto de la investigación. Para la documentación concerniente a Bahía de Cochinos y la Comisión Taylor hemos acudido a *The National Security Archive*, una organización perteneciente a la Universidad George Washington en la que se publican periódicamente documentos desclasificados por el Gobierno norteamericano sobre la política exterior de Estados Unidos. En el caso que nos ocupa hemos hecho uso de un compendio de documentos en los que se relatan las investigaciones llevadas a cabo por las autoridades norteamericanas sobre las causas del fracaso norteamericano. Este compendio documental sobre la Comisión Taylor y las investigaciones derivadas de ella fue organizado y ejecutado en 1984 por Jack B. Pfeiffer, director del departamento de historia de la CIA. Se trata de una recapitulación documental en el que se amalgaman fuentes primarias y secundarias, pues el relato del autor, Pfeiffer, comparte protagonismo con los documentos originales que se derivaron de la Comisión Taylor. Estos documentos sobre la operación de Bahía de Cochinos no fueron desclasificados hasta julio de 2011.

Los documentos consultados han sido los siguientes:

MANAGHAN, Robert L., “Trends in African Forgeries”, *Studies Archive Indexes: Central Intelligence Agency–Digital Archive*, Volume 19, 1972. <https://www.cia.gov/library/center-for-the-study-of-intelligence/kent-csi/vol19no1/pdf/v19i1a03p.pdf> (Consultado 23-9-2013).

PLEIFFER, Jack B., “Official History of the Bay of Pigs. Participation in the Conduct of the Foreign Policy”, *The National Security Archive, Central Intelligence Agency*, Volume II, 1984. <http://nsarchive.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB353/bop-vol2-part1.pdf> (Consultado 29-5-2015)

———, “The Taylor Committee Investigation of the Bay of Pigs”, *The National Security Archive, Central Intelligence Agency*, 1984. <http://nsarchive.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB355/bop-vol4.pdf> (Consultado: 28-5-2015).

América Latina y Organización de Estados Americanos: archivos y fuentes documentales

Para el análisis de las relaciones de Cuba con el resto de países latinoamericanos y con los Estados Unidos, además de la prensa y el resto de publicaciones periódicas de España y Cuba, hemos utilizado otras fuentes documentales primarias y aquí han tenido un protagonismo destacado, en algunos

capítulos de la tesis, las actas de las reuniones de la OEA o de las reuniones de ministros de Exteriores americanos. Aquí se ha hecho uso de todas aquellas actas que ha sido necesarias para la confección del relato argumental de este trabajo, tanto las que hacen referencia al período analizado como las que hacen mención a reuniones precedentes de la OEA o a reuniones de consultas de ministros de Exteriores de los países americanos anteriores a la fundación de la OEA en 1948.

Las actas de estas reuniones pueden consultarse en el portal de la OEA, son de fácil acceso y su lectura nos remite a los documentos originales confeccionados en el período analizado. Las actas utilizadas en esta tesis doctoral son las que a continuación se exponen.

ORGANIZACIÓN DE LOS ESTADOS AMERICANOS. CONSEJO PERMANENTE, “Actas de las Reuniones de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores. I Reunión. Ciudad de Panamá, celebrada del 23 de septiembre al 3 de octubre de 1939, Acta Final”. <http://www.oas.org/consejo/sp/rc/Actas/Acta 1.pdf> (Consultado 20-2-2014)

———, “Actas de las Reuniones de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores. II Reunión. La Habana, celebrada entre el 21 y el 30 de julio de 1940, Acta Final”. <http://www.oas.org/consejo/sp/rc/Actas/Acta 2.pdf> (Consultado 20-2-2014)

———, “Actas de las Reuniones de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores. III Reunión. Río de Janeiro, celebrada entre el 15 y el 28 de enero de 1942, Acta Final”. <http://www.oas.org/consejo/sp/rc/Actas/Acta 3.pdf> (Consultado 20-2-2014)

———, “Actas de las Reuniones de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores. IV Reunión. Washington, celebrada del 26 de marzo al 7 de abril de 1951, Acta Final”. <http://www.oas.org/consejo/sp/rc/Actas/Acta 4.pdf> (Consultado 20-2-2014)

———, “Actas de las Reuniones de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores. V Reunión. Santiago de Chile, celebrada del 12 al 18 de abril de 1959, Acta Final”. <http://www.oas.org/consejo/sp/rc/Actas/Acta 5.pdf> (Consultado 20-2-2014)

———, “Actas de las Reuniones de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores. VI Reunión. San José de Costa Rica, celebrada del 16 al 21 de agosto 1960, Acta Final”. <http://www.oas.org/consejo/sp/rc/Actas/Acta 6.pdf> (Consultado 20-2-2014)

———, “Actas de las Reuniones de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores. VII Reunión. San José de Costa Rica, celebrada del 22 al 29 de agosto 1960”, Acta Final”. <http://www.oas.org/consejo/sp/rc/Actas/Acta 6.pdf> (Consultado 20-2-2014).

Además de las actas de las reuniones de ministros de Exteriores americanos y de la OEA hemos hecho también uso del Instituto Nacional de Estudios Políticos AC, una institución mejicana dedicada a la investigación y la divulgación de hechos, teorías, ideas, libros y documentos sobre la historia de México. En uno de sus portales electrónicos, *Memoria Política de México*, se pueden consultar documentos medulares de la historia de México y del resto del continente americano. Entre ellos discursos, correspondencia y otra clase de documentación primaria. En nuestro caso hemos hecho un uso acusado de este portal para contrastar información. De todos modos, el único documento referenciado en este trabajo ha sido el discurso pronunciado por John F. Kennedy ante el cuerpo diplomático latinoamericano, altos funcionarios y miembros del Congreso de los Estados Unidos en marzo de 1961, discurso en el que se hizo referencia por primera vez a la Alianza para el progreso:

KENNEDY, John F., “Discurso pronunciado por John F. Kennedy ante el cuerpo diplomático latinoamericano, altos funcionarios y miembros del Congreso de los Estados Unidos. (Alianza para el progreso)”, *Memoria política de México. Instituto Nacional de Estudios*

Políticos, Washington, 1961. <http://www.memoriapoliticademexico.org/Textos/6Revolucion/1964-ALPRO-JFK.html> (Consultado 22-5-2015).

Estas son las fuentes primarias a las que se ha acudido para la construcción de esta tesis doctoral. Ahora bien, a ellas hemos añadido, puntualmente, algunas otras fuentes para la confección argumental de este trabajo, así como algunos portales de organismos internacionales en los que se pueden consultar archivos y documentos en línea que resultan de interés para el período objeto de análisis. Además de estas fuentes subsidiarias, hemos acudido igualmente a la consulta de otras fuentes secundarias y terciarias, como artículos periodísticos o revistas especializadas en los que se pueden consultar documentos en línea, y, por supuesto, bibliografía de diferente índole, tanto específica como genérica. Todas estas fuentes, que han servido de material de apoyo a las fuentes primarias que se han desempeñado como hilo conductor de la trama de la tesis doctoral se expondrán en dos capítulos aparte, uno referido a bibliografía propiamente dicha, obras citadas, y otro relativo a recursos electrónicos y audiovisuales que no encajan dentro de los que hemos considerado fuentes primarias. En lo tocante a la bibliografía es necesario hacer un apunte adicional que, a nuestro entender, merece aclaración: sólo se hará mención a las fuentes bibliográficas que aparecen citadas en la tesis doctoral, al resto de las consultadas no se hará referencia, pues consideramos que, aunque hayan resultado de interés para entender el período analizado, no han sido explícitamente utilizadas en la confección de este estudio.

Bibliografía

AGUIAR RODRÍGUEZ, Raúl: *El bonchismo y el gangsterismo en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2001.

ALBA, Víctor: *El Partido Comunista en España*, Editorial Planeta, Barcelona, 1979.

ALEXANDER, Robert J.: *A History of organized labor in Cuba*, Praeger Publishers, Westport-Connecticut, 2002.

ALIJA GARABITO, Adela María: *Relaciones hispano-cubanas (1952-1962) entre el batistato y la revolución. Una perspectiva española*, Universidad Complutense de Madrid, 2010, Tesis doctoral en Historia contemporánea, dirigida por Juan Carlos Pereira Castañares.

ALONSO TEJADA, Aurelio, “El estudio del marxismo en una perspectiva histórica”, en *Marxismo y Revolución*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006.

ALTHUSSER, Louis: *La revolución teórica de Marx*, Siglo XXI Editores, México D.F., 2004.

ÁLVAREZ-TABÍO LONGA, Pedro, “Las primeras leyes revolucionarias y la reacción yanqui”, en *Memorias de la Revolución II*, Imagen Contemporánea, La Habana, 2008, págs. 65-96.

AMAYA QUER, Àlex, “La figura de Franco en el discurso de la Organización Sindical de España durante los años del desarrollismo a través del diario *Pueblo* (1957-1969)”, *Hispania. Revista Española de Historia*, vol. LXVIII, nº 229, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), Madrid, mayo-agosto 2008, págs. 503-532. Cuatrimestral.

ANASAGASTI, Iñaki y ERCOREKA, Josu: *Dos familias vascas: Areilza-Aznar, Foca-Akal*, Madrid, 2003.

ANDERSON, Jon Lee: *Che Guevara: una vida revolucionaria*, Emecé Editores, Barcelona, 1997.

ARBOLEYA CERVERA, Jesús: *La contrarrevolución cubana*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1997.

ARÉVALO BERMEJO, Juan José: *Fábula del tiburón y las sardina: América Latina estrangulada*, Editorial América Nueva, México D.F., 1956.

AZICRI, Max: *Cuba Today and Tomorrow: Reinventing Socialism*, University Press of Florida, Gainesville, 2001.

AZICRI, Max: *Cuba. Politics, Economics and Society*, Pinter Publishers, Londres, 1988.

BÁEZ HERNÁNDEZ, Luis: *Conversaciones con Juan Marinello*, Casa Editorial Abril, La Habana, 2006.

- BALFOUR, Sebastian: *Fidel Castro: una biografía política*, Ediciones Península, Barcelona, 2009.
- BARRERA, Carlos: *El periodismo español en su historia*, Editorial Ariel, Barcelona, 2000.
- BEKAREVICH, Anatolii Danilovich, et al: *El Gran Octubre y la Revolución Cubana*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1982.
- BENNASSAR, Bartolomé: *Franco*, Editorial EDAF, Madrid, 1996.
- BETANCOURT, Luis Adrián: *Fidel en la mira. Testimonio de un acoso*, Foca-Akal, Madrid, 2010.
- BETTO, Frei y CASTRO RUZ, Fidel: *Fidel y la religión. Conversaciones con Frei Betto*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 1985.
- BOERSNER, Demetrio: *Relaciones internacionales de América Latina: Breve historia*, Nueva Sociedad, Caracas, 1996.
- BOWERS, Claude: *My Life: The Memoirs of Claude Bowers*, Simon and Schuster Inc., New York, 1962.
- BRANDS, Hal: *Latin America's Cold War*, Harvard University Press, Cambridge, 2010.
- BROWN, Jonathan C.: “Contrarrevolución en el Caribe: la CIA y los paramilitares cubanos en los 60”, Revista *Temas*, nº 55, La Habana, julio-septiembre de 2008, págs. 57-72. Bimestral.
- CAIRO, Ana: *Antonio Guiterras. 100 años*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2007.
- CANTÓN NAVARRO, José: *Una revolución martiana y marxista*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2008.
- CASPISTEGUI GORASURRETA, Francisco Javier, “Esa maldita ciudad, cuna del centralismo, la burocracia y el liberalismo: la ciudad como enemigo en el tradicionalismo español”, en *Actas del congreso internacional de Arquitectura, ciudad e ideología antiurbana*, T6 Ediciones, Pamplona, 14 y 15 de marzo de 2002, págs. 71-86.
- CASSIRER, Ernst: *El mito del Estado*, Fondo de Cultura Económica, México D.F, 1996.
- CASTAÑEDA GUTMAN, Jorge: *La vida en rojo. Una biografía del Che Guevara*, Alfaguara, Madrid, 1997.
- CASTRO RUZ, Fidel: *La historia me absolverá*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2007.
- CRUZ SEOANE, María y SAÍZ GARCÍA, María Dolores: *Cuatro siglos de periodismo en España: de los avisos a los periódicos digitales*, Alianza Editorial, Madrid, 2007.
- DE BROCÀ, Salvador: *Falange y Filosofía*, Unieurop. Editorial Universitaria Europea, Salou (Tarragona), 1976.
- DE LA FUENTE, Alejandro: *Una nación para todos. Raza, desigualdad y política en Cuba. 1900-2000*, Editorial Colibrí, Madrid, 2006.
- DE LA OSA, Enrique: *Crónica del año 33*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989.
- DE LA TORRIENTE BRAU, Pablo: *Cartas y crónicas de España*, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, La Habana, 1999.
- DE PAZ SÁNCHEZ, Manuel: *Franco y Cuba. Estudios sobre España y la Revolución*, Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife, 2006.
- , *Zona de Guerra. España y La Revolución cubana (1960-1962)*, Centro de Cultura Popular Canaria-Taller de Historia, Santa Cruz de Tenerife, 2001.

- , *Zona Rebelde. La Diplomacia española ante la Revolución cubana (1957-1960)*, Centro de Cultura Popular Canaria-Taller de Historia, Santa Cruz de Tenerife, 1997.
- DE SOTOMAYOR, Jorge: *Yo robé el Santa María*, Editorial Akal, Madrid, 1978.
- DEL REY MORATÓ, Javier: *Filosofía, religión y política en el espacio antropológico. Una teoría de la comunicación y la cultura*, Editorial Fragua, Madrid, 2010.
- DÍAZ CASTAÑÓN, María del Pilar: *Ideología y revolución. Cuba, 1959-1962*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2001.
- DÍAZ SOSA, Fidel A., “El proceso de difusión del marxismo soviético en Cuba”, en *Marxismo y Revolución*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006, págs. 78-96.
- DOMHOFF, George William: *¿Quién Gobierna Estados Unidos?*, Siglo XXI Editores, México D.F, 2003.
- DOMINGO CUADRIELLO, Jorge: *El exilio republicano español en Cuba*, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 2009.
- , *Los españoles en las letras cubanas durante el siglo XX*, Editorial Renacimiento, Sevilla, 2002.
- DOMÍNGUEZ, Jorge I., “La política exterior de Cuba y el sistema internacional”, en *América Latina en el nuevo sistema internacional*, Ediciones Bellaterra, Barcelona, 2004, págs. 255-286.
- , *La política exterior de Cuba (1962-2009)*, Editorial Colibrí, Barcelona, 2009.
- DUDZIAK, Mary L.: *Cold War Civil Rights. Race and the Image of American Democracy*, Princeton University Press, Princeton, 2000.
- ELLWOOD, Sheelagh: *Historia de la Falange Española*, Editorial Crítica, Barcelona, 2001.
- ENRICH, Silvia: *Historia diplomática entre España e Iberoamérica en el contexto de las relaciones internacionales (1955-1985)*, Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, 1989.
- ESCALANTE FONT, Fabián, “La contrarrevolución en los primeros años de la Revolución cubana”, en *Memorias de la Revolución II*, Imagen Contemporánea, La Habana, 2008, págs. 169-196.
- FAUSTO, Boris: *A Concise History of Brazil*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999.
- FERMÍN CANSINO, Fermín, “Comunión o Comunismo”, *Punta Europa*, Año I, nº 2, Madrid, febrero de 1956, págs. 118-122. Mensual.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, José Ramón, “Playa Girón”, en *Memorias de la Revolución II*, Imagen Contemporánea, La Habana, 2008, págs. 222-258.
- FERNÁNDEZ MUÑIZ, Aurea Matilde: *José Martí. El Partido Revolucionario Cubano*, Universidad de Oviedo, Oviedo, 1998.
- FERNÁNDEZ-SHAW, Félix: *La Organización de los Estados Americanos (OEA)*, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1963.
- FERNANDOIS, Joaquín, “Chile y la cuestión cubana, 1959-1964”, *Historia*, nº 17, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 1982, págs. 113-200.
- FONTAINE ORTIZ, Elvin: *Fidel Castro desde el Punto Uno a Playa Girón*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2014.

FONTANA, Josep: *Por el bien del Imperio. Una historia del mundo desde 1945*, Ediciones de Pasado y Presente, Barcelona, 2011.

FORNÉS-BONAVÍA DOLZ, Leopoldo: *Cuba. Cronología. Cinco siglos de historia, política y cultural*, Editorial Verbum, Madrid, 2003.

FRANCO SALGADO-ARAUJO, Francisco: *Mis conversaciones privadas con Franco*. Editorial Planeta, Barcelona, 2005.

FRANQUI, Carlos: *Cuba, la revolución: ¿Mito o realidad? Memorias de un fantasma socialista*, Ediciones Península, Barcelona, 2006.

———, *Diario de la Revolución Cubana*, Ediciones R. Torres, Barcelona, 1976.

FRESNEDA CAMACHO, Edel José: *Raúl Roa: Homenaje en sus textos de fuego*, Volumen I, Ediciones Imagen Contemporánea, La Habana, 2004.

FUNG RIVERON, Thalía: *En torno a las regularidades y particularidades de la revolución socialista en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1982.

GARCÍA ITURBE, Néstor: *Estados Unidos, de raíz*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2007.

GARCÍA MORENTE, Manuel: *Idea de la Hispanidad, Conferencias pronunciadas los días 1 y 2 de junio de 1938 en la Asociación de Amigos del Arte de Buenos Aires*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1938.

GARCÍA RODRÍGUEZ, Yadira, “1959-1960: crónica de una polémica ideológica en torno al rumbo de la revolución cubana”, en *Marxismo y Revolución*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006.

GARCÍA, Edmundo: “No éramos aliados de los Estados Unidos. Entrevista a Manuel Ray Rivero”, *Revista Temas*, nº 55, La Habana, julio-septiembre de 2008, págs. 47-56. Bimestral.

GIROLA, Lidia, “Sobre la metodología de Max Weber: explicación y comprensión”, en *Max Weber: elementos de sociología*, Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, 1985.

GOTT, Richard: *Cuba. Una nueva historia*, Akal, Madrid, 2007.

GRACIA GARCÍA, Jordi: *Estado y cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo (1940-1962)*, Presses Universitaires du Mirail, Toulouse, 1996.

GRAMSCI, Antonio: *Cuadernos de la cárcel*. Volumen 2, Ediciones Era, México D.F, 1981.

———, *Cuadernos de la cárcel*. Volumen 3, Ediciones Era, México D.F, 1984.

———, *Cuadernos de la cárcel*. Volumen 4, Ediciones Era, México D.F, 1986.

———, *Introducción a la filosofía de la praxis*, Ediciones Península, Barcelona, 1970.

———, *La política y el Estado moderno*, Ediciones Península, Barcelona, 1971.

———, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Ediciones Nueva Visión, Madrid, 1980.

GUERRA VILABOY, Sergio y MALDONADO GALLARDO, Alejo: *Historia de la Revolución cubana*, Editorial Txalaparta, Tafalla, 2009.

HARNECKER, Marta: *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1975.

- HART DÁVALOS, Armando: *Ética, cultura y política*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2006.
- HERNÁNDEZ DE LEÓN-PORTILLA, Ascensión: *España desde México. Vida y testimonio de transterrados*, Algaba Ediciones, Madrid, 2003.
- HERNÁNDEZ, Luis Rafael y DEL CAMPO, Ángel Esteban (eds.): *José Martí. Claves del pensamiento martiano. Ensayos políticos, sociales y literarios*, Editorial Verbum, Madrid, 1998.
- HERNÁNDEZ, Rafael: “Siempre me he considerado un socialista. Max Lesnik habla sobre la Revolución cubana”, *Revista Temas*, nº 55, La Habana, julio-septiembre de 2008, págs. 32-46. Bimestral.
- INSTITUTO DE HISTORIA DEL MOVIMIENTO COMUNISTA Y LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA DE CUBA. ANEXO AL CC DEL PCC: *El pensamiento de Fidel Castro. Selección temática, enero 1959-abril 1961*, Tomo I, Volumen 1, Editora Política, La Habana, 1983.
- JULIÁ, Santos, “Política y sociedad”, en *La España del siglo XX*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2007.
- , *Historia de las dos Españas*, Editorial Taurus, Madrid, 2004.
- KOHAN, Néstor: *Nuestro Marx*, La oveja roja, Madrid, 2013.
- LACLAU, Ernesto y MOUFFE, Chantal: *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Siglo XXI, Madrid, 1987.
- LANE, Arturo: *La Democracia Cristiana Chilena ¿Comunitaria o Socialista?*, Talleres Gráficos Omega, Ciudad de Méjico, 1973.
- LEAL CRUZ, Miguel: *Cuba en la prensa canaria (1934-1962), antecedentes y revolución*, Universidad de La Laguna, 2007, Tesis doctoral en Humanidades y Ciencias sociales, dirigida por Javier González Antón y Manuel de Paz Sánchez.
- LENIN, Vladimir Ilich, “¿Cómo debe organizarse la emulación?”, en *Obras Completas Tomo VII (1917-1918)*, Editorial Progreso, Moscú, 1973, págs. 196-200.
- , “Discurso pronunciado en el I Congreso de las comunas y arteles agrícolas.”, en *Obras Completas Tomo X (1919-1920)*, Editorial Progreso, Moscú, 1973, págs. 115-119.
- , “El imperialismo, fase superior del capitalismo”, en *Obras Completas Tomo V (1913-1916)*, Editorial Progreso, Moscú, 1973, págs. 161-210.
- , *Las tesis de abril*, Fundación Federico Engels, Madrid, 1997.
- , *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005.
- LEÓN DEL RÍO, Yohanka, “Conversaciones con Fernando Martínez Heredia”, en *Marxismo y Revolución*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006, págs. 57-64.
- LOCKHART, Bruce M. y DUIKER, William J.: *The A to Z of Vietnam*, Scarecrow Press, Plymouth, 2006.
- LÓPEZ BERMÚDEZ, Andrés, “Para una biografía intelectual de Jorge Zalamea”, *Estudios de Literatura Colombiana*, nº 26, Universidad de Antioquía, Medellín, enero-junio 2010, págs. 75-93.
- LOZANO, Álvaro: *Mussolini y el fascismo italiano*, Marcial Pons. Ediciones de Historia, Madrid, 2010.

LUCAS, César: *Che Guevara: 1959, un paseo por Madrid*, Consejería de Cultura, Comunicación Social y Turismo del Principado de Asturias, Oviedo, 2005.

LUZÓN, José Luis: *Economía, población y territorio en Cuba (1899-1983)*, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1987.

MARCUSE, Herbert: *El Marxismo soviético*, Alianza editorial, Madrid, 1969.

MARQUES BEZERRA, Gustavo Henrique: *Brasil-Cuba: Relações Político-Diplomáticas no contexto da Guerra Fria (1959-1986)*, Fundação Alexander de Gusmão. Ministério das Relações Exteriores, Brasília, 2010.

MARTÍN, Vicente, “María Valeria Galván. El nacionalismo de derecha en la Argentina posperonista. El semanario Azul y Blanco (1959-1969), Editorial Prohistoria, Rosario, 2013, 234 págs”, *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*, n° 93, México, septiembre-diciembre 2015, págs.189-194. Trimestral.

MARTÍNEZ ALIER, Juan y MARTÍNEZ ALIER, Verena: *Cuba: economía y sociedad*, Ruedo Ibérico, París, 1972.

MARTÍNEZ LILLO, Pedro y NEILA HERNÁNDEZ, José Luis, “España en la sociedad internacional actual (1939-2003)”, en *Historia de España V. Contemporánea. Siglos XIX y XX*, Sílex Ediciones, Madrid, 2008, págs. 329-351.

MARX, Karl, “Crítica del programa de Gotha”, en *C. Marx, F. Engels. Obras Escogidas. Tomo III*, Ediciones Quinto Sol, Méjico, 1985, págs. 5-29.

———, *Miseria de la Filosofía*, Siglo XXI Editores, México D.F, 1987.

MATEOS LÓPEZ, Abdón, “La oposición democrática”, en *El Franquismo. Tercera parte. 1959-1975. Desarrollo, tecnocracia y protesta social*, Arlanza Ediciones, Madrid, 2005, págs. 141-164.

———, “La política exterior. 1957-1975”, en *El Franquismo. Tercera parte. 1959-1975. Desarrollo, tecnocracia y protesta social*, Arlanza Ediciones, Madrid, 2005, págs. 121-139.

MATTHEWS, Herbert: *Revolution in Cuba: An essay in understanding*, Scribner, New York, 1975.

———, *The Yoke and the Arrows. A report on Spain*, George Braziller Inc., New York, 1957.

MENESES, Enrique: *Castro. Comienza la revolución*, Espasa Calpe, Madrid, 1995.

MESA LAGO, Carmelo: *The Economy of Socialist Cuba: A Two-decade Appraisal*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1981.

MILLS, Charles Wright: *The Causes of World War Three*, Simon & Schuster, New York, 1958.

MINÀ, Gianni: *Un encuentro con Fidel: entrevista realizada por Gianni Minà*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 1987.

MONTALBÁN VÁZQUEZ, Manuel: *Pasionaria y los siete enanitos*, Editorial Debolsillo, Barcelona, 2005.

MONTANER, Carlos Alberto: *Informe secreto sobre la Revolución cubana*, Ediciones Sedmay, Madrid, 1976.

NART, Javier, “El jefe español de las SS”, *Interviú* (Año VII), n° 339, Barcelona, 10-16 de noviembre de 1982, págs. 91-95. Semanario.

OLMOS, Víctor: *Historia de la Agencia EFE. El mundo en español*, Espasa Calpe, Madrid, 1997.

PARTIDO COMUNISTA DE CUBA: *Informe del Comité Central del PCC al Primer Congreso*, Ediciones del Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Central del PCC, La Habana, 1975.

———, *Plataforma Programática del Partido Comunista de Cuba*, Ediciones del Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Central del PCC, La Habana, 1976.

PEREIRA CASTAÑARES, Juan Carlos y MARTÍNEZ-LILLO, Pedro Antonio: *Documentos básicos sobre Historia de las Relaciones Internacionales (1815-1991)*, Editorial Complutense, Madrid, 1995.

———, *La ONU*, Arco Libros, Madrid, 2001.

PÉREZ HERRERO, Pedro: *Auge y caída de la autarquía. Historia contemporánea de América Latina (1950-1980)*, Volumen 5, Editorial Síntesis, Madrid, 2007.

PÉREZ MATEOS, Juan Antonio: *ABC: historia íntima del diario. Cien años de “un vicio nacional”*, Libro Hobby Club, Madrid, 2002.

PÉREZ STABLE, Marifeli: *La Revolución Cubana. Orígenes desarrollo y legado*, Editorial Colibrí, Madrid, 1998.

PINO-SANTOS NAVARRO, Carina: *Cronología. 25 años de revolución*, Editorial Política. Centro de Documentación del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, La Habana, 1987.

PLÁ LEÓN, Rafael, “Trayectoria ideológica de la revista *Bohemia* en los sesenta”, en *Marxismo y Revolución*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006.

POCH, Rafael, “Legió Carles V”, *La Vanguardia* (Año CXXX), nº 46754, Barcelona, 4 de diciembre de 2011, pág. 8. Diario.

———, “Un nazi en la España de Franco”, *La Vanguardia* (Año CXXX), nº 46758, Barcelona, 8 de diciembre de 2011, pág. 6. Diario.

PRIMO DE RIVERA, José Antonio: *Obras Completas*, Recopilación y ordenación de los textos originales hecha por Agustín del Río Cisneros y Enrique Conde Gargoll, Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular de FET y de las JONS, Madrid, 1945.

QUIRK, Robert: *Fidel Castro: The full story of his rise to power, his regime, his allies, and his adversaries*, W.W. Norton & Company, Nueva York, 1994.

RAFFY, Serge: *Castro el desleal*, Aguilar, Barcelona, 2004.

RAMONET, Ignacio: *Fidel Castro. Biografía a dos voces*, Debate, Barcelona, 2006.

RAMOS VALDÉS, Humberto y GÓMEZ GARCÍA, Carmen: *Un revolucionario que no se fue a bolina: Raúl Roa*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004.

REMIRO BROTONS, Antonio: *La hegemonía norteamericana, factor de crisis de la OEA*, Publicaciones del Real Colegio de España en Bolonia, Bolonia, 1972.

RETAMA RAMÍREZ, Ruperto, “De la crítica de las armas a las armas de la crítica: la insurrección en Venezuela”, en *Insurrección y democracia en el circuncaribe*, Universidad Nacional Autónoma de México, México D.F., 1998, págs. 105-137.

REYNAGA MEJÍA, Juan Rafael: *La Revolución cubana en México a través de la revista Política: construcción imaginaria de un discurso para América Latina*, Universidad Autónoma de México, México, D.F., 2007.

RICOEUR, Paul: *Ideología y utopía*, Editorial Gedisa, Barcelona, 2008.

RODAS CHAVES, Germán, “La influencia de la Revolución Cubana en el Ecuador de los años 60”, *Rábida*, revista anual de humanidades, nº 28, Diputación Provincial de Huelva, Huelva, 2010, págs.83-90.

RODRÍGUEZ VIRGILI, Jordi: *El Alcázar y Nuevo Diario: del asedio al expolio (1936-1970)*, Cie Inversiones Editoriales Dossat 2000, Madrid, 2005.

RODRÍGUEZ, Carlos Rafael: *Letra con filo*, Tomo I, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1983.

———, *Letra con filo*, Tomo II, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1983.

———, *Letra con filo*, Tomo III, Ediciones Unión, La Habana, 1987.

RODRÍGUEZ, Juan Carlos: *Girón. La batalla inevitable. La más colosal operación de la CIA contra Fidel Castro*, Editorial Capitán San Luis, La Habana, 2005.

ROJAS, Rafael: *Las repúblicas de aire. Utopía y desencanto en la revolución de Hispanoamérica*, Editorial Taurus, Madrid, 2009.

ROMERO, Emilio: *Los papales reservados de Emilio Romero (Volumen I)*, Plaza y Janés, Barcelona, 1985.

———, *Papeles reservados (Volumen II)*, Plaza y Janés, Barcelona, 1986.

ROUSSEAU, Denis y CUMERLATO, Corinne: *La isla del doctor Castro*, Editorial Planeta, Barcelona, 2001.

ROY, Joaquín: *La siempre fiel. Un siglo de relaciones hispanocubanas (1898-1998)*, Los libros de la Catarata, Madrid, 1998.

RUIZ, Leovigildo: *Diario de una traición. Cuba 1961*, Librería Cervantes, Miami, 1962.

SÁNCHEZ ALBORNOZ, Claudio: *Ruedo Ibérico. Un desafío intelectual*, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 2004.

SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Nicolás: *Cárceles y Exilios*, Editorial Anagrama, Barcelona, 2012.

SANTOS DELGADO, Félix: *1898. La prensa y la Guerra de Cuba*, Asociación Julián Zugazagoitia, Bilbao, 1998.

SCANNONE, Juan Carlos: “La Teología de la Liberación. Caracterización, corrientes y etapas”, *Selecciones de Teología*, nº 92, Barcelona, octubre-diciembre de 1984, págs. 268-280. Trimestral.

SECO SERRANO, Carlos, “La renovación política: el regeneracionismo”, en *España en 1898*, RBA, Barcelona, 2005, págs. 235-260.

SINOVA, Justino: *La censura de prensa durante el franquismo*, Debolsillo. Random House Mondadori, Barcelona, 2006.

SMITH, Peter: *Estados Unidos y América Latina: hegemonía y resistencia*, Patronato Sud-Nord. Solidaritat i Cultura de la Fundació General de la Universitat de València i Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2010.

SOTO CARMONA, Álvaro, “España: un país industrial y de servicios”, en *El Franquismo. Tercera parte. 1959-1975. Desarrollo, tecnocracia y protesta social*, Arlanza Ediciones, Madrid, 2005, págs. 13-33.

SOTO MAYEDO, Isabel, “La Iglesia católica en el epicentro de las transformaciones”, en *Marxismo y Revolución*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006, págs. 137-156.

- STUBBS, Michael: *Análisis del discurso*, Alianza Editorial, Madrid, 1987.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis: *Franco y la URSS. La diplomacia secreta (1946-1970)*, Ediciones Rialp, Madrid, 1987.
- , *Franco. La historia y sus documentos*, Tomo XIII, Ediciones Urbión, Madrid, 1986.
- , *Franco. La historia y sus documentos*, Tomo XIV, Ediciones Urbión, Madrid, 1986.
- SUÁREZ SUÁREZ, Reinaldo, “El gobierno provisional revolucionario”, en *Memorias de la Revolución II*, Imagen Contemporánea, La Habana, 2008, págs. 15-43.
- SZULC, Tad: *Fidel: un retrato crítico*, Ediciones Grijalbo, Barcelona, 1987.
- TAIBO II, Paco Ignacio: *Ernesto Guevara, también conocido como el Che*, Editorial Planeta Mexicana, México, 2007.
- TERRILL, Robert: *The Cambridge Companion to Malcolm X*, Cambridge University Press, Cambridge, 2010.
- THOMAS, Hugh: *Cuba. La lucha por la libertad*, Debate, Barcelona, 2005.
- TORIELLO GARRIDO, Guillermo: *La Batalla de Guatemala*, Ediciones Pueblos de América, Buenos Aires, 1956.
- TORREIRA CRESPO, Ramón y BUAJASÁN MARRAWI, José: *Operación Peter Pan. Un caso de guerra psicológica contra Cuba*, Editorial Política, La Habana, 2000.
- TORRES-CUEVAS, Eduardo, et al., “La Revolución del 68. Fundamentos e inicio”, en *Historia de Cuba. Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales*, Editorial Política, La Habana, 1996.
- TROTSKY, León: *La revolución permanente*, Ruedo Ibérico, París, 1972.
- TRUJILLO LEMES, Maximiliano, “El catolicismo ante la Revolución cubana en su primer año. Otra aproximación al conflicto”, en *Marxismo y Revolución*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006, págs. 125-136.
- TUSELL, Javier: *Manual de Historia de España. Siglo XX*, Historia 16, Madrid, 1994.
- URBANEJA, Diego Bautista: *La política venezolana desde 1958 hasta nuestros días*, Temas de Formación Sociopolítica. Tomo 7, Fundación Centro Gumilla-Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, 2007.
- URÍA RODRÍGUEZ, Ignacio: *Iglesia y Revolución en Cuba: Enrique Pérez Serantes (1883-1968), el obispo que salvó a Fidel Castro*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2011.
- VALDÉS GALARRAGA, Ramiro: *Diccionario del pensamiento martiano*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1995.
- VALDÉS-DAPENA VIVANCO, Jacinto: *Piratas en el éter. La guerra radial contra Cuba. 1959-1999*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2006.
- VALLS, Rafael, “Ideología franquista y enseñanza de la historia en España, 1939-1953”, en *España bajo el franquismo*, Crítica, Barcelona, 2000.
- VAN DIJK, Teun A., “La multidisciplinaridad del análisis crítico del discurso: un alegato en favor de la diversidad”, en *Métodos de análisis crítico del discurso*, Editorial Gedisa, Barcelona, 2003, págs. 143-177.

———, *Discurso y Poder*, Editorial Gedisa, Barcelona, 2009.

———, *Texto y contexto. Semántica y pragmática del discurso*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1980.

VAZEILLES, José Gabriel: *La izquierda argentina que no fue: estudios de historia ideológica*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2002.

VELAZ SUÁREZ, Aníbal, “La lucha contra los bandidos”, en *Memorias de la Revolución II*, Imagen Contemporánea, La Habana, 2008, págs. 197-221.

VIDAL RODRÍGUEZ, José Antonio: *La emigración gallega a Cuba: Trayectos migratorios, inserción y movilidad laboral, 1898-1968*, Biblioteca de Historia de América, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), Madrid, 2005.

VIÑALET, Ricardo: *Fernando Ortiz ante las secuelas del 98. Un regeneracionismo transculturado*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 2001.

VV. AA, “Bases comunes para el incremento de las relaciones comerciales, financieras y de cooperación técnica: informe final”, en *Seminario de América Latina y España. 27-30 de enero de 1969*, Ediciones Mundo Hispánico, Madrid, 1970, págs. 541-657.

WENDER, Tim.: *Legado de cenizas. La historia de la CIA*, Debate, Barcelona, 2008.

ZALDÍVAR DIÉGUEZ, Andrés: *Bloqueo. El asedio económico más prolongado de la historia*, Editorial Capitán San Luis, La Habana, 2004.

Recursos electrónicos y audiovisuales

AYALA DIAGO, César Augusto, “La nueva prensa y su influencia en la política colombiana de los años sesenta”, *Reflexión Política*, vol. 2, n° 3, junio, Universidad Autónoma de Bucaramanga, Bucaramanga, junio 2000. <http://revistas.unab.edu.co/index.php?journal=reflexion&page=issue&op=view&path%5B%5D=57&path%5B%5D=showToc> (Consultado 20-5-2013).

DE LA HOZ, Pedro, “Bohemia: un siglo, una leyenda”, *La Jiribilla* (Año VI), Edición Digital, n° 366, La Habana, 10 al 16 de mayo de 2008. Semanal. http://www.epoca2.lajiribilla.cu/2008/n366_05/366_24.html (Consultado: 19-6-2014).

GIRÓN DE VELASCO, José Antonio, “La justicia social en el nuevo Estado español, y la colaboración de los sacerdotes para su implantación (9 de mayo de 1948)”, *Filosofía en Español*. <http://www.filosofia.org/his/19480509.htm> (Consultado: 11-6-2012).

EGAÑA, Iñaki, “Begoña Urroz, la policía española estaba infiltrada en los comandos que pusieron las bombas”, *Gara* (Año XI), Edición Digital, San Sebastián, 18 de diciembre de 2010. Diario. <http://gara.naiz.info/paperezkoa/20101218/238556/es/Begona-Urroz-Policia-Espanola-estaba-infiltrada-comandos-que-pusieron-bombas/> (Consultado 23-09-2013)

———, “Begoña Urroz, la policía española tras su muerte”, *Euskal Memoria Aldizkaria* (Año I), n° 2, Andoaín (Guipúzcoa), Diciembre de 2010, pags. 32 y 33. Mensual. http://www.euskalmemoria.eus/eu/Aldizkariak/Euskal_Memoria_aldezkarria_2._alea (Consultado 22-09-2013).

GARCÍA MORÉ, Magali, “Lo más significativo fue la actitud, el derroche de valor y de coraje de los combatientes. Entrevista realizada al General de División José Ramón Fernández”, *Granma* (Año XLVII), Edición Digital, La Habana, 15 de mayo de 2011. Diario. <http://www.granma.cu/granmad/secciones/giron-50/artic-30.html> (Consultado: 10-12-2015).

LEDO ANDIÓN, Margarita: *Santa Libertade*, Productora Cinematográfica Galega, S.L. en Coproducción con CNAC-Venezuela, Filmanova, Tango Bravo, Textimedia, Grupo Novo de Cinema y TVG,S.A., Santiago de Compostela, 2004, 85 minutos. https://www.youtube.com/watch?v=NKkEzx_cK4c (Consultado: 10-3-2015).

MÉNDEZ MÉNDEZ, José Luis, “Atentados contra el vapor La Coubre: ¿Qué investigó Estados Unidos?”, *Cubadebate*, La Habana, 4 de marzo 2004. Diario. http://www.cubadebate.cu/opinion/2004/03/04/atentado-contra-el-vapor-la-coubre-que-investigo-estados-unidos/#.VuIhV_nhDIU (Consultado: 13-5-2013).

NACIONES UNIDAS, *Carta de las Naciones Unidas*, Capítulo VIII, Art. 52, San Francisco, 1945. <http://www.un.org/es/sections/un-charter/chapter-viii/index.html> (Consultado: 04-01-2014).

———, *Carta de las Naciones Unidas*, Capítulo XVI, Art. 103, San Francisco, 1945. <http://www.un.org/es/sections/un-charter/chapter-xvi/index.html> (Consultado: 04-01-2014).

OPPENHEIMER, Walter, “Anacleto de Franco”, *El País*, Edición Digital, 1 de noviembre de 2009. Diario. http://elpais.com/diario/2009/11/01/domingo/1257051158_850215.html (Consultado: 25-09-2012).

PUYOL, Johanna, “Cien años de historia escrita”, *La Jiribilla* (Año VI), Edición Digital, n° 366, La Habana, 10 al 16 de mayo de 2008. Semanal. http://www.epoca2.lajiribilla.cu/2008/n366_05/366_26.html (Consultado: 19-6-2014).

QUINTEIRO MATA, Roberto, «El “Robin Hood” gallego y jesuita de Sierra Maestra», *El Correo Gallego*, Suplemento Edición Digital, Santiago de Compostela, 4 de enero de 2009. Diario. <http://www.elcorreogallego.es/lo-mas/lo-mas-visto/ecg/robin-hood-gallego-jesuita-sierra-maestra/idEdicion-2009-01-04/idNoticia-381005/> (Consultado: 11-6-2012).

REDACCIÓN CUBA AHORA, “La Coubre...su historia”, *Cuba Ahora* (Año XV), Diario Digital, La Habana, 4 de marzo de 2013. Diario. <http://www.cubahora.cu/historia/la-historia-del-la-coubre#.UcMF-5wmb6p> (Consultado: 13-5-2013).

REDACCIÓN EUSKAL IRRATI TELEBISTA (EITB), “El DRIL mató a Begoña Urroz, y no ETA, según documentos de la policía” y “Begoña Urruz sigue siendo una víctima del terrorismo, pero no de ETA”, Redacción *EITB*, Política- Documentos desclasificados, Bilbao, 5 de mayo de 2013. <http://www.eitb.com/es/noticias/politica/detalle/1331936/begona-urroz-eta--el-dril-mato-nina-no-eta-policia/> (Consultado: 22-09-2013).

ROJAS, Alberto, “Los españoles que defendieron a Hitler”, *El Mundo* (Año XVII), n° 497, Suplemento Edición Digital, Madrid, 24 de abril de 2005. Diario. <http://www.elmundo.es/suplementos/cronica/2005/497/1114293609.html> (Consultado: 14-5-2013).

ROJAS, Marta, “La escuela que fue para mí la sección *En Cuba*, de *Bohemia*”, *La Jiribilla* (Año VI), Edición Digital, n° 366, La Habana, 10 al 16 de mayo de 2008. Semanal. http://www.epoca2.lajiribilla.cu/2008/n366_05/366_22.html (Consultado: 19-6-2014).

ROMERO, Cira, “Atuei, revista de la vanguardia literaria cubana”, *La Jiribilla* (Año XII), Edición Digital, n° 684, La Habana, 21 al 27 de junio de 2014. Semanal. <http://www.lajiribilla.cu/articulo/7912/atuei-revista-de-la-vanguardia-literaria-cubana> (Consultado: 19-6-2014).

RUIZ GALVETE, Marta, “Cuadernos del Congreso por la libertad de la Cultura: anticomunismo y guerra fría en América Latina”, *El Argonauta Español*, n° 3, 2006. Anual. http://argonauta.imageson.org/document75.html#_nref_118 (Consulta: 5-11-2011).

STONE, Oliver: *Looking for Fidel*, escrita y dirigida por Oliver Stone, producida por Fernando Sulichín y Alvaro Longoria, Morena Films España, Madrid, 2004, 60 minutos.

SUAREZ RAMOS, Felipa de las Mercedes, “¿Qué pasó con los mercenarios capturados?”, *Trabajadores* (Año XLIV), Edición Digital, La Habana, 13 de abril de 2014, Diario. <http://www.trabajadores.cu/20140413/que-paso-con-los-mercenarios-capturados/> (Consultado 10-12-2015).

Índice de imágenes

- Imagen 1- El levantamiento popular frente a la dictadura de Batista, como subversión de la totalidad, no dejó al margen a ningún sector de la población cubana: mujeres y hombres, jóvenes y viejos, adolescentes, todos sumaron sus esfuerzos ante el desafío que suponía vencer al régimen “marcista”. *Bohemia* (Año LI). Núm. 3. La Habana: domingo 18-25 de enero de 1959, portada. Semanal. 15
- Imagen 2- La portada del segundo número del año 1959 de *El Alcázar* estaba dedicada a los dos hombres que se habían batido en Cuba: Batista y Fidel Castro, dos “caudillos” que compartían protagonismo, pero que diferían, como se encargaba de reflejar con rotunda claridad el diario, en todo lo demás. *El Alcázar* (Año XXIII). Núm. 7036. Madrid: viernes 2 de enero de 1959, portada. Diario. 103
- Imagen 3- El humanismo fue asumido por Fidel Castro en abril de 1959 como divisa de la revolución a través de aquel célebre aforismo que hablaba de “libertad con pan y pan sin terror”. *Bohemia* (Año LI). Núm. 18. La Habana: domingo 3 de mayo de 1959, pág. 81. Semanal. 183
- Imagen 4- Desde su arribo a la cartera de Exteriores en junio de 1960, Raúl Roa, el denominado “canciller de la dignidad”, se erigió en una figura capital para la defensa de Cuba en el exterior. *Bohemia* (Año LI). Núm. 29. La Habana: domingo 19 de julio de 1959, pág. 73. Semanal..... 285
- Imagen 5- Un acontecimiento dramático tuvo en vilo a toda la nación a finales de 1959: la desaparición de Camilo Cienfuegos, uno de los líderes con mayor ascendencia entre la población cubana. *Bohemia* (Año LI). Núm. 45. La Habana: domingo 8 de noviembre de 1959, pág. 59. Semanal. 385
- Imagen 6- A finales de enero de 1960 las relaciones entre España y Cuba estuvieron a punto de romperse de forma súbita; detrás del incidente estuvo el encontronazo, en pleno directo, pues fue retransmitido por las cámaras de televisión a todo el país, entre el embajador franquista en La Habana, Juan Pablo de Lojendio, marqués de Vellisca, y el primer ministro cubano, Fidel Castro. *Revolución* (Año III). Núm. 347. La Habana: jueves, 21 de enero de 1960, pág. 1. Diario. 463
- Imagen 7- El viceprimer ministro soviético Anastas Mikoyán visitó Cuba en febrero de 1960 para dar por inaugurada la Exposición Soviética de La Habana, ocasión que fue aprovechada por las autoridades del Kremlin para conocer de primera mano el proyecto revolucionario fidelista y para firmar una serie de acuerdos comerciales entre el Gobierno cubano y URSS. Véase *Bohemia* (Año LII). Núm. 8. La Habana: domingo, 21 de febrero de 1960, pág. 55. Semanal. 555
- Imagen 8- El día 12 de mayo de 1960 el *Diario de la Mariana* lanzaba su último número bajo un titular más que elocuente: “*Un día con el Pueblo, 128 años al servicio de la reacción*”. Aquel encabezamiento, debajo de la mancheta y con unos caracteres de tamaño desacostumbrado, se desempeñaba como una suerte de epitafio para el decano de la prensa cubana. Los ciento veintiocho

años al servicio de la reacción eran una refutación al lema del periódico: “128 años al servicio de los intereses generales y permanentes de la nación. El periódico más antiguo de habla castellana”. *Diario de la Marina* (Año CXXVIII). Núm. 112. La Habana: jueves, 12 de mayo de 1960, pág. 1A. Diario..... 691

Imagen 9- Durante los meses de junio y julio de 1960 la guerra del petróleo y el azúcar desencadenó un debate intenso sobre el sentido y el alcance de la liberación nacional dentro del capitalismo cubano. En aquel contexto definitivo y definitorio Fidel Castro se multiplicó para defender la posición de Cuba en todos los frentes y contener el desgarró que estaba generando el enfrentamiento, ya irresoluble, con la Administración norteamericana. Véase *Bohemia* (Año LII). Núm. 31. La Habana: domingo, 31 de julio de 1960, pág. 1. Semanal. 825

Imagen 10- Durante el agitado verano de 1960, que se erigió en parteaguas para la revolución, la prensa editada en la España de Franco optó por la ocultación de la realidad cubana y la campaña difamatoria. Esta línea fue secundada por todos los diarios franquistas, incluso por aquellos que se habían distinguido hasta entonces por una actitud más benevolente con Cuba. Véase *Pueblo* (Año XXI). Núm. 6516. Madrid: sábado, 13 de agosto de 1960, pág. 1. Diario..... 937

Imagen 11- Durante los meses de agosto y septiembre de 1960 el pueblo de Cuba rompió con el régimen político imperante en América y se desprendió de una tradición política que consideraba basada en un profundo servilismo y en el sustento de los intereses norteamericanos. A partir entonces, Cuba apostó, de forma decidida, por los pueblos de América y comenzó a difundir en los medios de comunicación cubanos la imagen de una revolución que mostraba ya un carácter continental. Véase *Bohemia* (Año LII). Núm. 36. La Habana: domingo, 4 de septiembre de 1960, pág. 43. Semanal. 1015

Imagen 12- Fidel Castro y la delegación cubana que le secundó durante la XV Asamblea General de la ONU se albergaron en el Hotel Theresa del barrio de Harlem en Nueva York y confeccionaron una cuidada agenda de contactos que fue convenientemente publicitada. La imagen que se quería mostrar al mundo sobre el carácter de la Revolución cubana tenía en Harlem un escaparate envidiable, no sólo para explicitar el mensaje revolucionario, sino también para hacer evidentes las contradicciones de la tan laureada democracia americana. *Bohemia* (Año LII). Núm. 40. La Habana: domingo, 2 de octubre de 1960, pág. 43. Semanal..... 1097

Imagen 13- A finales de octubre de 1960 Fidel Castro dio por concluido el Programa del Moncada y ofreció además los parámetros para la articulación del nuevo bloque hegemónico que tendría que establecerse en Cuba bajo la doctrina martiana, una doctrina que, bajo la interpretación fidelista, sentaba las bases de un posible desarrollo socialista para la revolución. Junto al primer ministro cubano se posicionaron todos los líderes de la revolución, entre ellos el Che Guevara. *Bohemia* (Año LII). Núm. 44. La Habana: domingo, 30 de octubre de 1960, pág. 68. Semanal. 1215

Imagen 14- Las navidades de 1960 fueron amargas para la Iglesia católica, pues recibió la reprobación de prácticamente la totalidad de la prensa cubana. Sus connivencias con la contrarrevolución eran ya sumamente evidentes y así se reflejó en los medios cubanos. Véase *Bohemia* (Año LII). Núm. 52. La Habana: domingo, 25 de diciembre de 1960, pág. 66. Semanal. 1281

Imagen 15- Martí había demandado en sus reflexiones políticas implicación del dirigente cubano en las labores del pueblo, el dirigente tenía que confundirse con el ciudadano. Bajo esta premisa se presentaba la imagen de Fidel Castro cortando caña en la revista *Bohemia*. Esta era la lectura explícita, pero había también otra, las labores de Fidel Castro, del Che Guevara y de otros dirigentes revolucionarios nos ponía en sintonía también con lo que Lenin definió en su obra como la emulación

socialista. Véase <i>Bohemia</i> (Año LIII). Núm. 8. La Habana: domingo, 19 de febrero de 1961, portada. Semanal.	1345
Imagen 16- El ejemplo de lo sucedido en la España de los años treinta comenzó a estar muy presente en Cuba durante el año 1960 y fue en aumento a medida que el proyecto fidelista se adentró por las sendas del socialismo. La causa de la Revolución cubana era la causa de la España republicana y así lo manifestaron abiertamente los dirigentes revolucionarios. Véase <i>España Republicana</i> (Año XXIII). Núm. 493. La Habana: segunda quincena de abril de 1961, pág. 1. Quincenal.	1477
Imagen 17- La epopeya de Playa Girón consolidó de forma definitiva a la Revolución cubana, determinó su futuro carácter socialista, supuso, según el relato fidelista, la primera derrota del imperialismo estadounidense y convirtió a Cuba en el primer territorio libre de América. Sin embargo, en la prensa franquista aquella invasión trató de presentarse como un levantamiento popular en el interior de la isla y como el regreso de los exiliados políticos. <i>Pueblo</i> (Año XXII). Núm.6726. Madrid: lunes, 17 de abril de 1961, pág. 1. Diario.....	1623
Imagen 18- La España de los años treinta se erigió en referente para los líderes de la Cuba revolucionaria y esta realidad, presente ya a finales de 1960 y en los primeros meses de 1961, alcanzó un protagonismo más evidente tras la proclamación del carácter socialista de la Revolución cubana. <i>España Republicana</i> (Año XXIII). Núm. 499. La Habana: segunda quincena de julio de 1961, pág. 1. Quincenal.	1813
Imagen 19- La construcción del socialismo en Cuba tuvo que vencer miedos atávicos en la sociedad cubana y para ello se tuvo que hacer uso de la imagen de progreso que representaba la URSS en aquel momento, algo que entendieron los líderes de la revolución desde las etapas más tempranas. En los meses centrales de 1961, el reflejo más evidente del publicitado esplendor soviético, el progreso de la URSS, tenía su imagen más certera en el cosmonauta Yuri Gagarin. <i>España Republicana</i> (Año XXIII). Núm. 500. La Habana: primera quincena de julio de 1961, pág. 1. Quincenal.....	1893

